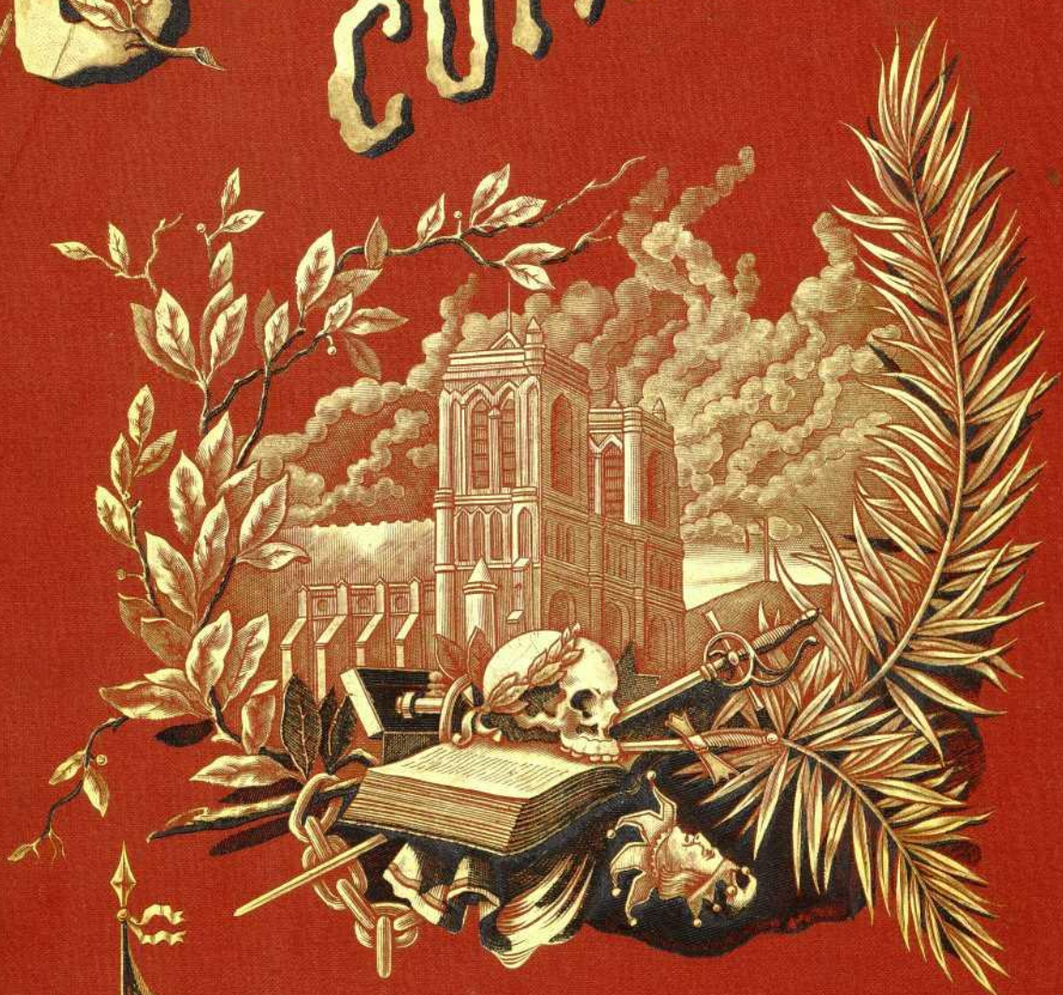
# OBRAS COMPLETAS



DE

# VICTOR HUGO

71644432
10115

OBRAS COMPLETAS

# DE VÍCTOR HUGO.

# OBRAS COMPLETAS

DE

# VÍCTOR HUGO

VERTIDAS AL CASTELLANO

POR

## DON JACINTO LABAILA.

Magnífica edición espléndidamente ilustrada con bellísimas cromo-litografías.

## TOMO II.

Fondo Bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria
10115

VALENCIA 1887:
TERRAZA, ALIENA Y COMPAÑÍA, EDITORES,
Embajador Vich, núm. 19.

Es propiedad de los Editores.

Imprenta de Juan Guix, calle de Miñana, núms. 7 y 9.

# 1862.

MIENTRAS exista, como consecuencia de las leyes y de las costumbres, la condenacion artificial, que crea infiernos en plena civilizacion, y complique con fatalidad humana el destino, que tiene orígen más alto; mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo, la degradacion del hombre por el proletariado, la decadencia de la mujer por el hombre y la atrofia del niño por las tinieblas; mientras que en ciertas regiones sea posible la asfixia social, ó lo que es lo mismo y para decirlo en lenguaje más claro, mientras existan en el mundo la ignorancia y la miseria, libros como este nunca serán inútiles.

V. H.

Hauteville-Housse 1862.

# LOS MISERABLES

## PRIMERA PARTE.

## FANTINA.

### LIBRO PRIMERO.

#### Un justo.

I.

Mr. Myriel.

En 1815, Mr. Cárlos Francisco-Bienvenido Myriel era obispo de Digne; habia cumplido setenta y cinco años y ocupaba la silla episcopal desde 1806.

Aunque este detalle no interesa al fondo de lo que vamos á relatar, quizás no será inútil, para ser exactos en todo, indicar aquí los rumores y los propósitos que circularon respecto á él cuando llegó á tomar posesion de su diócesis. Lo que se dice de cada hombre, sea verdadero ó falso, ocupa tanto sitio en su existencia como lo que cada hombre hace. Mr. Myriel era hijo de un consejero del Parlamento de Aix, que pertenecia á la nobleza de la toga. Creíase que su padre, destinándole á heredar su cargo, le hizo casar muy jóven, á los diez y ocho años, insiguiendo en la costumbre admitida entre las familias de la magistratura. Se murmuraba que Cárlos Myriel, á pesar de su matrimonio, habia dado motivo para que hablasen de él. Era de buena presencia, aunque de corta estatura, elegante, gracioso é inteligente; y la primera parte de su vida la consagró por entero al mundo y á la galantería.

Sobrevino la revolucion; precipitáronse los sucesos; las familias de la magistratura antigua fueron diezmadas, perseguidas, acosadas, y se dispersaron. Cárlos Myriel, desde los primeros dias de la revolucion, emigró á Italia y allí murió su mujer de una enfermedad en el pecho, de la que estaba ya herida largo tiempo. No tuvo hijos. ¿Qué es, pues, lo que hizo cambiar el destino de Myriel?

El hundimiento de la antigua sociedad francesa, la caida de su propia familia, los trágicos espectáculos del 93, más espantosos todavía para los emigrados, que los veian desde lejos con el aumento con que los abultaba el terror, ¿hicieron germinar en él ideas de recogimiento y de soledad? Entre las distracciones y las afecciones que le ocupaban la vida, ¿sintióse quizás súbitamente herido por uno de esos golpes misteriosos y terribles, que trastornan á veces al hombre que no conmoverian las catástrofes públicas si le hiriesen en su existencia ó en su fortuna? Se ignoraba; solo sabian de él que regresó de Italia siendo ya sacerdote.

En 1804 desempeñaba el curato de Brignolles: era ya anciano y vivia completamente retirado.

Hácia la época de la coronacion de Napoleon, un asunto del curato, no se sabe cuál, le hizo ir á Paris, y entre otras personas poderosas, cuyo apoyo solicitó para sus feligreses, fué á visitar al cardenal Fesch. Un dia que el emperador fué á ver á éste, su tio el digno cura, que estaba esperando en la antesala, se halló al paso de su majestad imperial. Napoleon, que vió que el anciano le contemplaba con cierta curiosidad, se volvió y dijo bruscamente:

—¿Quién es ese buen hombre que me mira?

—Señor, le contestó Mr. Myriel, vos mirais á un hombre bueno y yo miro á un grande hombre. Cada uno de nosotros puede aprovecharse de lo que mira.

El emperador, la misma noche pidió al cardenal el nombre de aquel cura, y algun tiempo despues quedó sorprendido Mr. Myriel al recibir el nombramiento de obispo de Digne.

¿Qué habia de cierto en el resto de las murmuraciones referentes á la primera parte de la vida de Mr. Myriel? Nadie lo sabia, porque muy pocos conocieron á su familia antes de la revolucion.

Myriel debia sufrir la suerte de todo el recien llegado á una poblacion pequeña, en donde hay muchas bocas que hablan y pocas cabezas que piensan; debia sufrirla, aunque fuera obispo, y precisamente porque era obispo. Pero despues de todo, las hablillas en que se mezclaba su nombre no pasaban de ser hablillas; rumores, palabras sueltas, nada.

Sea de esto lo que fuere, despues de nueve años de episcopado y de residencia en Digne, todas las murmuraciones que ocupan en los primeros momentos á las gentes de las poblaciones pequeñas cayeron en profundo olvido, y nadie se hubiera ya atrevido á hablar de ellas, ni aun á recordarlas.

Mr. Myriel llegó á Digne en compañía de una solterona, la señorita Baptistina, que era hermana suya y tenia diez años menos que él. Por toda servidumbre llevó una criada, de la misma edad que la señorita Baptistina, llamada Magloire, la que, despues de haber sido *ama del señor cura*, tomaba desde entonces el doble título de doncella de la señorita y ama de llaves de su ilustrísima.

La señorita Baptistina era larga, pálida, delgada y bondadosa; realizaba el ideal de lo que expresa la palabra *respetable*, porque parece que es preciso que una mujer sea madre para ser *venerable*. Jamás fué hermosa, pero su vida, que constituia una série de obras buenas, acabó de extender sobre ella como una especie de blancura y claridad, y al envejecer habia adquirido lo que se pudiera llamar la belleza de la bondad. Lo que fué flacura en su juventud, en su madurez se convirtió en transparencia, al través de la que se veia, no á la mujer, al ángel: era más un alma que una vírgen. Parecia creada á la sombra: apenas tenia bastante cuerpo para que en él hubiera sexo; era un puñado de materia que encerraba una llama; era un pretexto para que un lama permaneciese en el mundo.

La señora Magloire era una viejecilla blanca, gruesa, repleta, muy hacendosa; siempre jadeante por su gran actividad y á causa del asma que padecia.

A la llegada de Mr. Myriel le instalaron en el palacio episcopal con todos los honores dispuestos por decretos imperiales, que clasificaban á los obispos inmediatamente despues de los mariscales de campo. El maire y el presidente le hicieron la primer visita, y él visitó al general y al prefecto.

Cuando terminó la instalacion, la ciudad esperó á ver cómo se portaba su obispo.

## II.

### Mr. Myriel se convierte en monseñor Bienvenido.

El palacio episcopal de Digne estaba contiguo al hospital. El palacio episcopal era vasto y hermoso edificio de piedra, construido al principio del último siglo por monseñor Enrique Puget, doctor en Teología de la facultad de Paris y

abad de Simore, que fué obispo de Digne en 1712. Dicho palacio era una verdadera residencia señorial. Todo en él ofrecia aspecto de grandeza; las habitaciones del obispo, los salones, las habitaciones interiores, el patio de honor, muy ancho, con galerías de arcos, segun el gusto florentino, y los jardines plantados de magníficos árboles.

En el comedor, que era una larga y soberbia galería del piso bajo, con salida á los jardines, mónseñor Enrique Puget dió el 29 de Julio de 1714 un gran banquete de ceremonia á sus eminencias Cárlos Brulart de Genlis, arzobispo príncipe de Embrum; á Antonio de Mesgrigny, capuchino, obispo de Grasse, y á Felipe de Vendôme, gran prior de Francia y abate de Saint-Honoré de Lerius; á Francisco de Berton, obispo, baron de Vence; á César de Sabrán de Forcalquier, obispo, señor de Glandeve, y á Juan Soanen, sacerdote del oratorio y obispo y señor de Senez. Los siete retratos de dichos reverendos personajes decoraban aquella sala, y la memorable fecha del 29 de Julio de 1714 estaba allí grabada con letras de oro en una lápida de mármol blanco.

El hospital era una casa estrecha y baja, de un solo piso, con un pequeño jardin.

A los tres dias de su llegada el obispo visitó el hospital; cuando terminó la visita, suplicó al director que tuviese la bondad de ir á palacio.

—Señor director del hospital, le dijo, ¿cuántos enfermos teneis en este momento?

—Veintiseis, monseñor.

—Esos son los que yo he contado, contestó el obispo.

—Las camas, repuso el director, están demasiado próximas unas de otras.

—Tambien lo noté.

—Las salas son una especie de celdas, en las que el aire se renueva difícilmente.

—Así me lo parece.

—Despues, cuando penetran los rayos del sol, el jardin es muy pequeño para los convalecientes.

—Eso es.

—En épocas de epidemia, y hemos tenido este año el tifus y la fiebre miliar, se nos juntaron más de cien enfermos, y el local era insuficiente.

—Tambien me ha ocurrido esa idea.

—Pero es preciso resignarse, monseñor.

Pasaba esta conversacion en la galería comedor del piso bajo. El obispo calló un momento, y despues se volvió bruscamente hácia el director del hospital y le preguntó:

—¿Cuántas camas creeis que podrán caber en esta sala?

—En el comedor de monseñor? exclamó el director estupefacto.

El obispo recorria la sala con la vista y parecia que tomaba medidas con los ojos y que hacia sus cálculos.

—Bien cabrán veinte camas, dijo como hablando consigo mismo; luego, levantando la voz, añadió:

—Evidentemente, señor director, aquí hay mala distribucion. En el hospital sois veintiseis personas repartidas en cinco ó seis cuartos pequeños. Nosotros somos tres aquí y tenemos sitio para sesenta. Vos teneis mi casa y yo la vuestra; devolvedme, pues, la mia, que aquí estoy en la vuestra.

Al dia siguiente los veintiseis pobres enfermos fueron instalados en el palacio episcopal, y el obispo se trasladó al hospital.

Mr. Myriel carecia de bienes, porque la revolucion arruinó á su familia. Su hermana cobraba la renta vitalicia de quinientos francos, que bastaba para su gasto personal, y él percibia, como obispo, del Estado quince mil francos. El dia mismo en que se instaló en el hospital, determinó de una vez para siempre el empleo de esa suma en la forma siguiente:

"*Nota para arreglar las cuentas de mi casa:*

| | | |
|---|---|---|
| Para el pequeño seminario.. . . . . | 1500 | libras. |
| Congregacion de la mision. . . . . | 100 | " |
| Para los lazaristas de Montdidier.. . . . . | 100 | " |
| Seminario de las misiones extranjeras en Paris. . | 200 | " |
| Congregacion del Espíritu-Santo.. . . . . | 150 | " |
| Establecimientos religiosos de Tierra Santa. . . | 100 | " |
| Sociedades de caridad maternal.. . . . . | 300 | " |
| Idem para las de Arlés. . | 50 | " |
| Obra para la mejora de las prisiones.. . . . . | 400 | " |
| Obra para alivio y rescate de los presos. . . . . | 500 | " |
| Para librar á los padres de familia presos por deudas. . . . . | 1000 | " |
| Suplemento á la asignacion de los maestros de | | |

| | | |
|---|---|---|
| escuelas pobres de la diócesis. . . . . | 2000 | libras. |
| Casa-depósito de los Altos Alpes.. . . . . | 100 | " |
| Congregacion de señoras de Digne, de Manosque y Sisteron, para la enseñanza gratuita de niñas indigentes. . . . . | 1500 | " |
| Para los pobres. . . . . | 6000 | " |
| Mi gasto personal. . . . | 1000 | " |
| TOTAL.. . . . | 15000 | " |

Durante todo el tiempo que ocupó el obispado de Digne nada cambió de este primero y definitivo arreglo. Llamaba á esto, como acabamos de ver, *tener arreglados los gastos de su casa.* Estos fueron aceptados con absoluta sumision por la señorita Baptistina, porque para aquella santa mujer, monseñor era á la vez su hermano y su obispo, su amigo segun la naturaleza y su superior segun la Iglesia; le queria y á la vez le veneraba. Cuando él hablaba, le obedecia ciegamente; cuando obraba, se adheria ella á sus obras. Unicamente la señora Magloire murmuraba algunas veces. El obispo para sus gastos solo se reservaba mil libras, que, unidas á la pension de la señorita Baptistina, sumaban mil quinientos francos cada año, y con esta cantidad insignificante vivian aquellas dos mujeres y aquel anciano.

Cuando algun cura de aldea iba á Digne, todavía el obispo encontraba medio de obsequiarle, gracias á la severa economía de la señora Magloire y á la inteligente administracion de la señorita Baptistina.

Un dia, al estar cerca de tres meses en Digne, dijo el obispo:

—Con tanto gasto vivo con bastante estrechez.

—Ya lo creo, contestó con rapidez la señora Magloire: monseñor ni siquiera ha pensado en reclamar la renta que el departamento le debe para sus gastos de coche en la ciudad y de visitas á la diócesis. Esto era lo que hacian los obispos en otros tiempos.

—Es verdad, teneis razon, señora Magloire, replicó el obispo, y presentó su reclamacion.

Algun tiempo despues, el Consejo general, tomando esta demanda en consideracion, votó para que se le concediera la cantidad de tres mil francos, por asignacion, á su ilustrísima el obispo, para gastos de carruaje, de correo, de postas y de visitas pastorales.

Esta asignacion indignó hasta cierto punto á la clase media de la ciudad, y un senador del Imperio, antiguo miembro del Consejo de los Quinientos, favorable al 18 Brumario y que poseia en la poblacion de Digne magnífica senaduría, escribió al ministro de Cultos una carta confidencial muy irritado, de cuya carta extractamos las siguientes líneas auténticas:

—"Gastos de carruaje!... ¿Para qué, en una poblacion de menos de cuatro mil habitantes? Gastos de viaje!... ¿Para qué hacen falta esos viajes? ¿Ni cómo se ha de correr la posta en un pais montañoso, en el que no hay carreteras, ni se puede caminar más que á caballo? El puente de Durance á Chateau-Arnoux apenas puede sostener las carretas de bueyes. Todos los clérigos son lo mismo, avarientos y ambiciosos. Este cuando llegó parecia un buen apóstol, pero ahora hace lo mismo que los demás; necesita ya carruaje y silla de posta, desea ya el lujo de los antiguos obispos. Señor Conde, esto no irá bien hasta que el emperador nos libre de las sotanas. ¡Abajo el Papa! (Los asuntos de Roma estaban entonces embrollados.) En cuanto á mí, me parece que todo debia ser del César, etcétera.„

La nueva pension en cambio regocijó á la señora Magloire.—Me alegro, dijo á la señorita Baptistina, que monseñor comenzara por arreglar á los otros y que acabe por arreglarse á sí mismo, porque despues de dar tanto á la caridad, estos tres mil francos serán para nosotros.

Aquella misma noche, el obispo escribió y remitió á su hermana una nota concebida de este modo:

"*Gastos de coche y de viaje.*

| | | |
|---|---|---|
| Para dar caldo de carne á los enfermos del hospital.. . . . . | 1500 | libras. |
| Para la sociedad de caridad maternal de Aix. . | 250 | " |
| Para la sociedad de caridad maternal de Draguiñan. . . . . | 250 | " |
| Para los niños expósitos. . | 500 | " |
| Para los huérfanos. . . . | 500 | " |
| TOTAL.. . . . | 3000 | " |

Tal fué el presupuesto del señor obispo.

Los derechos episcopales, como dispensa de amonestaciones y de parentesco, predicaciones, bendiciones de iglesias ó de capillas, de matrimonios, etc., monse-

ñor los cobraba á los ricos con tanto rigor como prontitud tenia para socorrer á los pobres.

Al poco tiempo afluyeron las ofrendas en dinero: los que tenian y los que carecian de él llamaban á la puerta de Mr. Myriel, unos para pedir limosna y los otros para depositar dinero. El obispo, antes de un año, se convirtió en tesorero de todos los bienhechores y en cajero de todos los necesitados. Grandes cantidades pasaban por sus manos, pero no consiguieron que modificase su género de vida, ni que añadiese nada supérfluo á lo que era estrictamente necesario.

Lejos de esto, como siempre hay más miseria abajo que fraternidad arriba, todo estaba, por decirlo así, dado antes de recibirlo.

Es costumbre que los obispos encabecen con sus nombres de bautismo sus escritos y las cartas pastorales, y los pobres del pais eligieron por instinto afectuoso, entre los nombres del obispo, el que tenia significacion más adecuada, y solo le designaban con el de monseñor Bienvenido. Haremos, pues, lo mismo que los pobres de su feligresía y le llamaremos del mismo modo siempre que se ofrezca la ocasion. Al obispo le complacia que le llamasen así.

—Me gusta ese nombre, decia; Bienvenido suaviza á monseñor.

No pretendemos que el retrato que bosquejamos aquí sea verosímil: nos limitamos á decir que es parecido.

## III.

### A buen obispo, mal obispado.

No porque monseñor Bienvenido dedicara los gastos de carruaje á limosnas dejaba de hacer las visitas pastorales. Era fatigosa la diócesis de Digne. Hay en ella pocas llanuras y muchas montañas y carencia casi absoluta de caminos, y abarca treinta y dos curatos, cuarenta y un vicariatos y doscientas ochenta y cinco sucursales. Era asunto árduo hacer tan larga visita, pero su ilustrísima la verificaba; cuando el punto que queria visitar estaba cerca iba á pié, en tartana cuando era en el llano y en carro de violin cuando era por la montaña. Las dos mujeres le acompañaban casi siempre, excepto cuando el camino era muy penoso, que entonces iba solo.

Llegó un dia á Senez, que es antigua ciudad episcopal, montado en un burro. Su bolsa, escueta en aquellos momentos, no le permitió otra montura. El maire de la ciudad salió á recibirle, y escandalizado le vió apearse del burro. Algunos vecinos se reian á su alrededor.

—Señor maire, dijo el obispo, y vosotros, señores regidores, conozco qué es lo que os escandaliza; creeis que tiene mucho orgullo el pobre sacerdote que viene á caballo en una cabalgadura que fué la que sirvió á Jesucristo. Por necesidad la usé, no por vanidad, os lo aseguro.

En estos viajes era indulgente, bondadoso, y predicaba menos que conversaba. Nunca buscaba lejos ni argumentos ni modelos. A los habitantes de un pais les señalaba el ejemplo de los del pais inmediato. En los cantones en que veia poca caridad para con los necesitados, decia:

—Ved lo que han hecho los vecinos de Bianzon. Han concedido á los pobres, á las viudas y á los huérfanos el derecho de segar sus campos tres dias antes que los de los demás. Les reconstruyen gratuitamente las casas cuando amenazan ruina. Aquel es un pais bendito de Dios. Durante un siglo no se ha cometido allí ni un solo asesinato.

En los pueblos avaros y codiciosos decia:

—Ved lo que hacen los habitantes de Embrun. Si al tiempo de la recoleccion se encuentra un padre de familia con que sus hijos están sirviendo en el ejército, y sus hijas sirviendo en la ciudad, y él enfermo é impedido, el cura lo recomienda en el púlpito, y el domingo, despues de misa, todas las gentes del lugar, mozos, mujeres y muchachos, van al campo del pobre, hacen su siega y le llevan y le colocan la paja y el grano en sus trojes y en sus graneros.

A las familias divididas por cuestiones de intereses y de herencia, les decia:

—Ved lo que hacen los montañeses de Devolny, pais tan agreste que en él no se oye cantar un ruiseñor en cincuenta años. Pues bien; cuando el padre muere, los hombres de su familia se van á buscar fortuna, y dejan sus bienes á las mujeres solteras para facilitarlas encontrar marido.

En las comarcas aficionadas á litigios, en las que arruinaba á los arrendatarios el papel sellado, solia decir:

—Ved lo que hacen los excelentes campesinos del valle de Queyras. Viven allí unas tres mil almas, pero viven como si aquello fuera una pequeña re-

pública. Allí no conocen ni al juez ni al alguacil. El maire lo arregla todo; reparte la contribucion, tasa la cuota de cada uno segun su conciencia, juzga gratis las querellas, dicta los fallos sin costas, y todos le obedecen, porque es un hombre justo entre aquellos hombres sencillos.

En los pueblos que no tenian maestro de escuela citaba tambien el ejemplo de Queyras, diciéndoles:

—Sabeis lo que hacen? Como un lugarejo de quince ó veinte casas no puede costear un maestro, tienen maestros de escuela pagados por todo el valle, los que recorren las aldeas, pasando ocho dias en uno y diez en otro, y de este modo enseñan. Estos maestros van á las férias, y algunas veces me he encontrado con ellos. Se les conoce por las plumas de escribir que llevan en los sombreros. Los que enseñan solo á leer, llevan una sola pluma; los que enseñan á leer, escribir y contar, llevan dos, y los que además de eso enseñan latin, llevan tres. Estos son los sábios. Es una vergüenza ser ignorantes. Imitad, pues, el ejemplo de los campesinos de Queyras.

El obispo hablaba grave y paternalmente; á falta de ejemplos inventaba parábolas; iba recto al fin que se proponia; gastaba pocas frases y muchas imágenes, pues su elocuencia era la misma de Jesucristo, convencida y convincente.

## IV.

### Las obras como las palabras.

Su conversacion era alegre y afectuosa y plegaba la inteligencia hasta nivelarla con la de las dos ancianas que pasaban la vida á su lado, y reia con ellas con la risa de un escolar.

La señora Magloire le llamaba siempre *vuestra grandeza*. Un dia se levantó del sillon y fué á buscar un libro, que estaba en una de las tablas más altas del estante, y como el obispo era de poca estatura, no pudo alcanzarlo. *Señora Magloire*, dijo, *traedme una silla, porque mi grandeza no alcanza á esa tabla.*

La condesa de Ló, parienta lejana suya, enumeraba, siempre que se le presentaba la ocasion, ante él lo que ella llamaba "las esperanzas„ de sus tres hijos. Tenia varios ascendientes muy viejos y próximos á morir, de los que sus hijos habian de ser los herederos. El más jóven debia heredar de una tia más de cien mil libras de renta; el segundo debia heredar de un tio el título de duque, y el mayor debia suceder á su abuelo en la dignidad de senador. El obispo oia habitualmente en silencio estos inocentes y disculpables desahogos maternales. Una de las veces, sin embargo, se quedó más pensativo que de costumbre al oir que la condesa de Ló renovaba los pormenores de sus futuras sucesiones, y le interrumpió con cierta impaciencia.—Dios mio! primo, le dijo la condesa, ¿en qué estais pensando?—Pienso, le contestó el obispo, en una máxima singular, que creo que es de San Agustin: "Poned vuestra esperanza en aquel á quien nadie hereda„.

Otro dia, al recibir la esquela de defuncion de un hidalgo del pais, que incluia en larga relacion, además de las dignidades del finado, todas las calificaciones feudales y nobiliarias de sus parientes, exclamó:—"¡Buenas espaldas tiene la muerte! ¡La hacen llevar la pesada carga de tantos títulos! Es menester que los hombres tengan mucho talento para que logren que la tumba se ocupe de sus vanidades.„

Ocurríanle á veces chanzas irónicas, pero suaves, que encerraban siempre un fondo sério. Durante una Cuaresma llegó á Digne un vicario jóven y predicó en la catedral. Estuvo bastante elocuente. Su sermon versaba sobre la caridad; invitó á los ricos á socorrer á los indigentes, para precaverse así del infierno, que pintó lo más espantoso que pudo, y para que ganasen el cielo, que presentó halagüeño y apetecible. Entre los oyentes se encontraba un mercader rico y retirado, que era algo dado á la usura, llamado Geborand, que ganó dos millones fabricando paños burdos, sargas y bayetas, y que no habia dado en toda su vida ni una limosna. Desde que oyó dicho sermon se notó que daba todos los domingos un cuarto á las viejas pobres que mendigaban en el pórtico de la catedral, pero eran seis las que se debian repartir la caridad del mercader. El obispo le vió un dia dando su escasa limosna y dijo á su hermana, sonriendo:

—"Ahí tienes al señor Geborand comprando un cuarto de paraiso.„

Cuando se trataba de la caridad no le acobardaba una negativa, y decia en ocasiones frases que hacian reflexionar. En una ocasion que pedia para los pobres en uno de los salones de la ciudad, hallábase en ellos el marqués de Champtercier, que era viejo, rico y ava-

ro, y que encontró el modo de ser á la vez ultra-realista y ultra-volteriano. Se acercó á él el obispo y tocándole en el brazo, le dijo:

—Señor marqués, es necesario que me deis algo.

El marqués se volvió y le contestó con brusquedad:

—Monseñor, yo ya tengo mis pobres.

—Dádmelos, le replicó el obispo.

Un dia predicó este sermon en la catedral:

—"Queridos hermanos mios: Hay en Francia un millon trescientas veinte mil casas de aldeanos que solo tienen tres aberturas; un millon ochocientas diez y siete mil que no tienen más que dos, la puerta y la ventana; y trescientas cuarenta y seis mil chozas que solo tienen un agujero; la puerta. Esto es por causa del impuesto que se llama de puertas y ventanas. Figuraos que habitan estas cabañas familias pobres, mujeres ancianas y niños, y considerad las calenturas y enfermedades que padecerán. Dios dió el aire á los hombres y la ley se lo vende; no censuro la ley, pero bendigo á Dios. En el Isere, en el Var, en los Alpes Altos y Bajos, los campesinos carecen hasta de carretillas, y transportan el estiércol sobre sus espaldas; carecen de velas, y se alumbran con teas de resina y con cabos de cuerda empapados en alquitran. Eso sucede en todo el territorio alto del Delfinado. Amasan pan para seis meses y lo cuecen con boñiga seca de vaca; en el invierno cortan ese pan á hachazos y lo remojan en agua veinticuatro horas para poderlo comer; ¡hermanos mios, sed compasivos, pues ya veis cuánto se padece á vuestro alrededor!„

Como el obispo era hijo de Provenza, se familiarizó con facilidad con los dialectos del Mediodía de Francia y los hablaba bastante bien: esto agradaba al pueblo y contribuyó á ganarse las voluntades de la multitud. Sabia decir las cosas más elevadas en los idiomas más vulgares, y hablando todas las lenguas se introducia en todas las almas. Lo mismo trataba á la gente de mundo que á la gente humilde del pueblo. Nada condenaba con ligereza ni sin tener en cuenta las circunstancias, y solia decir: —Veamos el camino por el que ha pasado la falta.

Siendo un *ex-pecador*, como se calificaba á sí mismo sonriendo, no tenia ninguna de las asperezas del rigorismo, y profesaba en alta voz, sin hacer caso del fruncimiento de cejas de los virtuosos intratables, una doctrina que podia condensarse en las siguientes palabras: "El hombre carga con la carne, que es á la vez su peso y su tentacion; la arrastra y cede á ella. Debe vigilarla, contenerla, reprimirla y no obedecerla más que en el último extremo. En esta obediencia puede, sin embargo, cometer una falta, pero la falta que así cometa es venial.

„Es una caida, pero caida de rodillas, que puede acabar en oracion.

„Ser santos es una excepcion; ser justos es la regla. Errad, desfalleced, pecad, pero sed justos.

„Pecar lo menos posible es la ley del hombre. No pecar nunca es el sueño del ángel, pero todo lo terrenal está sometido al pecado. El pecado es una gravitacion.„

Cuando veia que algunas gentes gritaban mucho y se indignaban pronto, decia sonriendo:—Parece que se trate de un gran crímen que todo el mundo cometa, y que las hipocresías asustadizas se apresuran á protestar y á ponerse á cubierto.

Era indulgente con las mujeres y los pobres, sobre los que recae todo el peso de la sociedad humana. Decia:—Las faltas de las mujeres, de los niños, de los criados, de los débiles, de los indigentes y de los ignorantes, son las faltas de los maridos, de los padres, de los amos, de los fuertes, de los ricos y de los sábios.

Añadia además:—A los ignorantes enseñadles todo lo que podais: la sociedad es culpable de no proporcionar gratis la instruccion, y debe responder de la oscuridad de las inteligencias. Si el alma sumida en las tinieblas comete un pecado, el que peca no es en realidad el culpable, sino el que no disipa las tinieblas.

Como se vé, tenia un modo extraño y peculiar suyo de juzgar. Sospechamos que lo habia tomado del Evangelio.

Oyó referir un dia en un salon los pormenores de un proceso criminal que se estaba instruyendo y que pronto debia sentenciarse. Un infeliz, por cariño á una mujer y al hijo que tuvo de ella, viéndose sin recursos, se dedicó á acuñar moneda falsa. En aquella época se castigaba aun aquel delito con la pena de muerte.

Prendieron á la mujer cuando estaba poniendo en circulacion la primera moneda falsa que el hombre fabricó: la prendieron, pero no resultaban pruebas contra ella; solo podia perder á su aman-

te declarando la verdad, pero la negó. Siguió la causa y se obstinó en la negativa: al final de la causa les ocurrió la idea de suponer una infidelidad al amante de dicha mujer, y se consiguió, por medio de fragmentos de cartas, hábilmente presentados, persuadir á la infeliz de que tenia una rival y de que aquel hombre la engañaba. Exasperada por los celos, denunció á su amante, lo confesó todo y todo lo probó. El hombre estaba perdido. El y su cómplice iban á ser juzgados en Aix.

Referian este hecho y todo el mundo admiraba la habilidad del magistrado, que, poniendo en juego los celos, obligó á la cólera á confesar la verdad, haciendo brotar de la venganza la justicia. El obispo, que habia escuchado silenciosamente, cuando concluyó la relacion preguntó:

—¿Quién va á juzgar á ese hombre y á esa mujer?

—El tribunal de justicia de Aix.

—Y dónde juzgarán al fiscal? repitió el obispo.

Ocurrió en Digne una aventura trágica. Condenaron á muerte á un hombre por haber cometido un asesinato. Este desventurado, que no era ignorante ni falto de instruccion, habia sido titiritero de féria y memorialista. Se ocupó de este proceso toda la poblacion. La víspera del dia de la ejecucion del reo el capellan de la cárcel cayó enfermo, y era preciso un sacerdote para que asistiera al paciente en sus últimos momentos. Fueron á buscar al cura, que rehusó asistirle, diciendo que eso no le incumbia á él. Refirieron al obispo esta respuesta, y el obispo contestó:—*El señor cura tiene razon; eso no es de su incumbencia, sino de la mia.*

En seguida el obispo se presentó en la cárcel, bajó al calabozo del saltimbanqui, le llamó por su nombre, le dió la mano y le habló. Pasó todo el dia á su lado, olvidándose de comer y de dormir, rogando á Dios por el alma del reo.

Le predicó las mejores verdades, que son las más sencillas, y fué para él padre, hermano y amigo, siendo solo su obispo para bendecirle. Le tranquilizó y le consoló. Aquel hombre iba á morir desesperado; la muerte para él era un abismo. De pié y extremecido en el umbral lúgubre de la tumba, retrocedia horrorizado. No era bastante ignorante para ser completamente indiferente, y su sentencia fué la rápida y profunda sacudida que en cierto modo rompió aquí y allá en torno suyo el cercado que nos separa del misterio de las cosas, y que llamamos vida. Miraba sin cesar fuera de este mundo por aquellas brechas fatales y solo divisaba tinieblas fuera de él. El obispo le hizo ver la claridad.

Al siguiente dia, cuando fueron á buscar al reo, el obispo aun estaba á su lado. Le siguió, presentándose ante el pueblo con el traje morado, con la cruz episcopal al cuello, junto al reo amarrado con cuerdas.

Subió con él á la carreta y tambien le acompañó hasta encima del cadalso. El reo, sombrío y abatido la víspera, se presentó animado y radiante, pero contrito. Su alma se habia reconciliado y esperaba en Dios. El obispo le abrazó, y al ir á caer la cuchilla, le dijo:—"Al que el hombre mata, Dios lo resucita; al que sus hermanos repelen, lo acoge el Padre Eterno. Orad, creed, entrad en la vida. El Padre está allí."

Cuando el obispo bajó del patíbulo su mirada tenia un no sé qué de sublime que obligó al pueblo á abrirle calle. No sabian qué admirar más en él, si la palidez ó la serenidad. Al entrar en su humilde morada, que él llamaba sonriendo *su palacio*, dijo á su hermana: *Acabo de oficiar de pontifical.*

Como las cosas sublimes con frecuencia son las que menos se comprenden, no faltó gente en la ciudad que dijo, comentando la conducta del obispo, que aquello *era afectacion.* Pero esto solo fué una frase de salon. El pueblo, que nunca supone malicia en las acciones santas, quedó enternecido y admirado.

La vista de la guillotina produjo en el obispo un choque tan terrible, que tardó mucho tiempo en reponerse de él.

El patíbulo, en efecto, cuando se le vé levantado y dispuesto, tiene algo que alucina. Se puede ser hasta cierto punto indiferentes contra la pena de muerte, no pronunciarse ni en pró ni en contra mientras no se vé la guillotina; pero al contemplarla, la sacudida que produce es tan violenta, que es menester decidirse y declararse en su favor ó contra ella. Unos admiran, como de Maistre; otros execran, como Beccaria. La guillotina es la concrecion de la ley: se llama *vindicta*: no es neutral, ni os permite que lo seais. El que la contempla tiembla con el más misterioso de los extremecimientos. Todas las cuestiones sociales presentan alrededor de esa cuchilla sus puntos de interrogacion.

El cadalso es una vision: no es un tablado, ni una máquina, ni un mecanismo inerte de madera, de hierro y de cuerdas. Parece que sea una especie de sér que tiene no sé qué sombría iniciativa. Parece que sus andamios tengan vista, que la máquina oye, que el mecanismo comprende, que la madera, el hierro y las cuerdas están dotadas de voluntad. En la meditacion espantosa en que sumerge al alma su presencia, el patíbulo se le presenta terrible y como teniendo conciencia de lo que hace. El patíbulo es el cómplice del verdugo: devora, come carne y bebe sangre. El patíbulo es una especie de mónstruo fabricado por el juez y el carpintero, un espectro que parece que viva una especie de vida abominable creada por todas las muertes que ocasiona.

El obispo quedó abatido al recibir esta impresion, que no se borró de su espíritu ni al dia siguiente ni muchos dias despues. Se desvaneció en él la serenidad casi violenta del fatal momento y le asediaba el fantasma de la justicia social.

Hacíase á sí mismo un reproche de aquel acto, él, que quedaba ordinariamente satisfecho de todas sus acciones. A intervalos hablaba consigo mismo y murmuraba á media voz lúgubres monólogos. Hé aquí uno que su hermana pudo oir una noche:

—No creia que eso fuese tan monstruoso. Es acaso una falta absorberse en la ley divina, hasta el extremo de no apercibirse de la ley humana. Solo á Dios pertenece la muerte. ¿Con qué derecho los hombres disponen de esa cosa desconocida?...

Atenuáronse con el tiempo esas impresiones en el obispo, pero acaso no se borraron en él por completo, y se observó que desde aquel dia evitaba pasar por la plaza de las ejecuciones.

Podia llamarse á cualquier hora á monseñor Bienvenido á la cabecera de los enfermos y de los moribundos. No ignoraba que éste era su deber y su tarea más penosa. Las viudas y huérfanas no necesitaban llamarle; él acudia á visitarlas.

Sabia sentarse y estar callado horas enteras al lado del hombre que habia perdido á la mujer amada, ó de la madre que perdió á su hijo; y así como conocia cuándo debia callar, conocia tambien cuándo debia hablar. Era admirable y consolador; no trataba de borrar el dolor por medio del olvido, sino de agrandarlo y dignificarlo por medio de la esperanza. Decia:—"Conviene saber cómo se han de considerar los muertos; no hay que fijarse en la parte de ellos que se pudre, sino en la claridad viva que vuestro querido difunto destella en el cielo.„

Conocia el poder de la creencia, y aconsejaba y calmaba al hombre desesperado, fortaleciéndole en la resignacion, y transformando el dolor que contempla una fosa en el dolor que contempla una estrella.

## V.

### De cómo monseñor Bienvenido hacia durar demasiado tiempo sus sotanas.

La vida privada de Mr. Myriel era lo mismo que su vida pública. El que penetrase en ella veria el espectáculo grave y placentero de la pobreza voluntaria en que vivia el obispo de Digne.

Como todos los ancianos y como la mayoría de los pensadores, dormia poco; su breve sueño era profundo. Por la mañana rezaba una hora, y despues decia la misa, ya en la catedral, ya en su casa. Despues de la misa se desayunaba con pan de centeno mojado en leche de sus propias vacas. Despues trabajaba.

Los obispos tienen muchas ocupaciones; es preciso que reciban todos los dias al secretario del obispado, que ordinariamente es un canónigo, y tambien tienen que recibir casi diariamente á sus vicarios. Tiene congregaciones que inspeccionar, privilegios que conceder, toda una librería eclesiástica que examinar, libros de misa, catecismos, semanas santas, etc., etc.; pastorales que escribir, predicaciones que autorizar, curas y alcaldes que poner de acuerdo, su correspondencia clerical y su correspondencia administrativa; por una parte le ocupa el Estado y por otra la Santa Sede.

El tiempo que dejaban libre al obispo estos asuntos, los oficios y el breviario, lo dedicaba á los necesitados, á los enfermos y á los afligidos, y el que éstos le dejaban vacante lo destinaba al trabajo.

Hácia el medio dia, cuando hacia buen tiempo, paseaba á pié por el campo ó por la ciudad, entrando con frecuencia en las casas pobres. Siempre iba solo, ensimismado, con la vista baja, apoyado en un baston grueso, con un traje morado entretelado, con medias del mismo color y con zapatos gruesos, y cubierto con el sombrero chato, por entre cuyas

alas acanaladas pasaban las borlas de oro, que pendian por tres partes.

Por donde pasaba le recibian con regocijo, como si su paso esparciese calor, luz y animacion. Los niños y los viejos se asomaban al cancel de sus puertas para ver al obispo, lo mismo que salian para tomar el sol. El bendecia y le bendecian á él. A todo el que necesitaba algo le indicaban la morada del obispo. Este se detenia aquí y allá, hablaba á los niños y á las niñas y sonreia á las madres. Visitaba á los pobres mientras tenia dinero, pero cuando se le concluia visitaba á los ricos.

Como hacia durar las sotanas mucho tiempo y no queria que lo notasen, siempre se presentaba en público con su traje de obispo, aunque éste en verano le molestaba bastante.

Cuando regresaba del paseo comia. Su comida era parecida al almuerzo.

Por la noche, á las ocho y media, cenaba con su hermana, y la señora Magloire les servia á la mesa. Su cena era muy frugal. Pero cuando tenia convidado á la mesa á alguno de los curas de su diócesis, aprovechaba esta ocasion la señora Magloire para servir á monseñor ó excelente pescado de los lagos ó caza fina de la montaña. El cura convidado servia de pretexto para ordenar una buena cena; el obispo callaba y dejaba hacer. Fuera de estos casos, aquella consistia en algunas legumbres cocidas en agua y en sopas de aceite; por eso se decia en la ciudad que *cuando el obispo no tenia mesa de cura, tenia mesa de trapista.*

Despues de cenar hablaba media hora con la señorita Baptistina y con la señora Magloire; luego se marchaba á su gabinete, y allí se ponia á escribir, ó bien en cuartillas sueltas ó en los márgenes de algun libro infolio. Era hombre de letras y erudito. Dejó escritos cinco ó seis manuscritos muy curiosos; entre ellos una disertacion sobre el versículo del Génesis: *En el principio, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.* Confrontóle con tres textos: con el versículo árabe que dice: *Los vientos de Dios soplaban;* Flavio Josefo dice: *Un viento de lo alto se precipitó sobre la tierra,* y por último, con la paráfrasis caldea de Onkelos, que dice: *Un viento procedente de Dios soplaba sobre la superficie de las aguas.*

En otra disertacion examinaba las obras teológicas de Hugo, obispo de Tolemaida, ascendiente del autor de esta obra, y establecia que debian atribuirse á dicho obispo los varios opúsculos publicados en el último siglo con el pseudónimo de Barleycourt.

A veces, estando entregado á una lectura cualquiera, caia de repente en profunda meditacion, de la que solo salia para escribir algunas líneas en los márgenes del volúmen que estaba leyendo, y con frecuencia no tenian relacion alguna con el libro. Tenemos á la vista una nota que él escribió en el márgen de un libro en cuarto titulado: *Correspondencia de lord Germain con los generales Clinton, Cornwallis y con los almirantes de la estacion de América.* Hé aquí la nota que escribió en el susodicho libro:

"Quién eres tú?—El Eclesiastes te llama Todopoderoso; los Macabeos te llaman Creador; la Epístola á los efesios te llama Libertad; Baruch, Inmensidad; los Salmos, Sabiduría y Verdad; Juan te llamó Luz; los Reyes, Señor; el Exodo, Providencia; el Levítico, Santidad; Esdras, Justicia; la creacion te llama Dios; el hombre, Padre; pero Salomon te llama Misericordia, y este es el más hermoso de todos tus nombres.„

A las nueve de la noche se retiraban las dos mujeres y se subian al piso principal, donde tenian las habitaciones, y dejaban al obispo solo, en el piso bajo, hasta la mañana siguiente.

Vamos, pues se hace ya preciso, á dar una idea exacta de la casa de monseñor Bienvenido.

## VI.

### Quién era el guardian de la casa.

La casa que habitaba se componia de planta baja y de un solo piso, como ya dijimos; en el bajo habia tres piezas, otras tres en el primero, encima un granero, y detrás de la casa un jardin. Las mujeres ocupaban el primer piso; el obispo la planta baja: la primera pieza, que daba á la calle, le servia á éste de comedor; la segunda de dormitorio, y de oratorio la tercera. No se podia salir del oratorio sin pasar por la alcoba, ni salir de ésta sin pasar por el comedor. En el fondo del oratorio habia una alcoba cerrada, que contenia una cama preparada, por si tenia que recibir algun huésped. El obispo ofrecia dicha cama á los curas de las aldeas que por sus asuntos ó por las necesidades de sus parroquias se veian obligados á ir á Digne.

La botica del antiguo hospital, que era un pequeño edificio, añadido á la

casa y tomado del jardin, se habia transformado en cocina y en despensa.

Además, habia en el jardin un establo, que fué la antigua cocina del hospicio, en el que el obispo tenia dos vacas. Cualquiera que fuese la cantidad de leche que se sacase de ellas, enviaba invariablemente todas las mañanas la mitad á los enfermos del hospital, y decia: *Pago mi diezmo.*

La habitacion de monseñor era bastante grande y muy difícil de calentar en la estacion fria. Como la leña era muy cara en Digne, ideó que le hiciesen en el establo de las vacas una separacion, cerrada con tablas. Allí pasaba las veladas en la época de los grandes frios, llamando á aquello su *salon de invierno.*

No habia ni en el salon de invierno ni en el comedor más muebles que una mesa de madera blanca, cuadrada, y cuatro sillas de paja. En el comedor se veia, además, un antiguo aparador, pintado de color de rosa al temple. Otro aparador, semejante á éste, convenientemente revestido de mantelillos blancos y de falsos encajes, servia de altar y adornaba el oratorio del obispo.

Los penitentes ricos y las mujeres devotas de Digne habian reunido varias veces por suscricion entre ellos lo necesario para sufragar los gastos de un altar nuevo para el oratorio de monseñor, el que todas las veces tomó el dinero recogido para ese objeto y se lo dió á los pobres.

—"El altar más hermoso, decia, es el alma del desgraciado cuyo infortunio se alivia, y que dá gracias á Dios.„

Habia en su oratorio dos reclinatorios de paja, y en la alcoba un sillon de brazos, tambien de paja. Cuando por casualidad recibia siete ú ocho personas á un tiempo, como al prefecto, al general, á la plana mayor de la guarnicion ó á algunos discípulos del Seminario, era necesario ir á buscar al establo las sillas del salon de invierno, al oratorio los reclinatorios y el sillon á la alcoba; de este modo se podian reunir hasta once asientos para las visitas. Cada visita que llegaba hacia desamueblar una pieza.

Sucedia alguna vez que eran doce los que le visitaban, y entonces el obispo disimulaba la dificultad de su situacion manteniéndose en pié delante de la chimenea, si era en invierno, ó paseándose por el jardin, si era en verano.

Tenia cerrada en la alcoba una silla, pero estaba desvencijada y solo tenia tres piés: en una palabra, era inservible.

La señorita Baptistina tenia tambien en su habitacion una gran *bergere*, cuya madera fué dorada en otro tiempo, y que estaba forrada de nankin floreada, pero que fué preciso subirla al primer piso por la ventana, por ser la escalera demasiado estrecha, y por lo tanto tampoco podia contarse con ella en un caso de apuro.

La señorita Baptistina tenia vivos deseos de poder comprar una sillería de salon, de terciopelo de Utrech amarillo, con flores, y un canapé de caoba, de forma de cuello de cisne, pero esto hubiera costado lo menos quinientos francos; y al ver que no consiguió economizar para este objeto más que cuarenta y dos francos en cinco años, concluyó ya por renunciar á sus vivos deseos. ¿Quién consigue realizar su ideal?

No es posible figurarse nada tan sencillo como el dormitorio del obispo. Tenia una puerta vidriera que caia al jardin; enfrente la cama, una cama de hierro como las del hospital, con cortinaje de sarga verde, y detrás, entre la cortina y la pared, utensilios de tocador, que revelaban todavía los antiguos hábitos elegantes del hombre de mundo; dos puertas, una cerca de la chimenea, que daba paso al oratorio, y otra cerca de la biblioteca, que daba paso al comedor. La biblioteca era un armario grande con puertas vidrieras, lleno de libros: la chimenea era de madera pintada, imitando á mármol, habitualmente sin fuego; habia en el hogar un par de morillos de hierro, adornados con dos vasos con guirnaldas y canelones, en otro tiempo plateados, lo que constituia cierto lujo episcopal; encima de la chimenea un crucifijo de cobre, que tambien estuvo plateado como los morillos, y que estaba clavado sobre terciopelo negro raido y colocado en un cuadro de madera, que tambien fué dorada; cerca de la puerta vidriera que daba al jardin habia una mesa grande, y sobre ella un tintero y un monton de papeles y de libros gruesos. Delante de la mesa un sillon de paja, y delante de la cama un reclinatorio, sacado del oratorio.

Habia colgados de la pared, á entrambos lados de la cama, dos retratos metidos en marcos ovalados. Diminutivas inscripciones doradas sobre el fondo oscuro del lienzo indicaban que eran los retratos, uno el del abad de Chaliot, obispo de San Claudio, y el otro el del abad Tourteau, vicario general de Agde, abad de Grand-Champs, de la órden del

Cister, de la diócesis de Chartres. Al tomar posesion monseñor Bienvenido de este cuarto de los enfermos del hospital, encontró en él estos dos retratos y los dejó donde estaban, porque eran de dos sacerdotes, y probablemente donatarios, motivos suficientes para que él los respetara.

Cubria la puerta vidriera una antigua cortina de tela gruesa de lana, viejísima, para evitar el gasto de poner otra nueva. La señora Magloire tuvo la idea de hacer en medio de ella una gran costura en forma de cruz: el obispo la enseñaba con frecuencia, diciendo siempre que sentaba muy bien la cruz en la cortina.

Todos los cuartos de la casa, así los del piso bajo como los del primero, estaban blanqueados con cal, á la manera de cuartel ó de hospital.

Sin embargo, la señora Magloire encontró en los últimos años, como se verá más adelante, bajo del papel enjalbegado, unas pinturas que adornaban el aposento de la señorita Baptistina. Antes de ser hospital aquella casa fué locutorio del pueblo, y de eso provenia aquel adorno. Los suelos eran de baldosas encarnadas, que se lavaban todas las semanas, y habia esterillas de junco delante de todas las camas. La casa, cuidada esmeradamente por las dos mujeres, era un modelo de aseo y de exquisita limpieza: este era el único lujo que se permitia el obispo, diciendo:—Con la limpieza no se quita nada á los pobres.

De lo que monseñor poseyó en otros tiempos le quedaron seis cubiertos de plata y un cucharon, que la señora Magloire miraba con gozo relucir todos los dias espléndidamente sobre el blanco mantel de tela gruesa. Y para retratar fielmente al obispo de Digne, no debemos callar que le ocurrió decir bastantes veces que renunciaria con dificultad á comer con cubiertos de plata. Además de los cubiertos poseia dos candeleros grandes de plata maciza, que heredó de una tia. Dichos candeleros sostenian dos velas de cera y estaban colocados sobre la chimenea: cuando monseñor tenia un convidado á cenar, la señora Magloire encendia las velas y ponia los candeleros en la mesa de comer.

En el cuarto del obispo, á la cabecera de su cama, habia un cajon pequeño, en el que la señora Magloire guardaba todas las noches los seis cubiertos de plata y el cucharon. Debemos añadir que nunca quitaba la llave.

El jardin, que estropeaban en parte las construcciones bastante feas de que hablamos, se componia de cuatro calles en cruz convergentes á un pozo, y de otra calle que daba la vuelta á todo él y se prolongaba á lo largo de la blanca pared que le servia de cercado. Estas calles dejaban entre sí cuatro cuadrados, que separaban una hilera de césped: en tres de ellos la señora Magloire cultivaba legumbres; en el cuarto el obispo sembraba flores, y en todos crecian árboles frutales.

En una ocasion la señora Magloire dijo al obispo con ingénua malicia:

—Monseñor, vos que sacais partido de todo, teneis aquí un cuadro de tierra inútil, y más valdria que produjera frutas que flores.

—Señora Magloire, la respondió el obispo, os engañais; lo bello vale tanto como lo útil. Despues de una pausa, añadió:—Tal vez más.

Aquel cuadrado, compuesto de cuatro platabandas, ocupaba al obispo tanto como sus libros. Pasaba en él agradablemente una ó dos horas cortando, escardando y sembrando, aunque no era tan hostil á los insectos como un jardinero, pero él no tenia pretensiones de botánico. No estudiaba las plantas, pero le gustaban las flores. Respetaba mucho á los sábios; respetaba más todavía á los ignorantes, y sin faltar nunca á esos dos respetos, regaba sus platabandas todas las noches de verano con una regadera de hoja de lata pintada de verde.

No habia en la casa puerta que cerrase con llave. La del comedor, que, como dijimos, daba á la plaza de la Catedral, estuvo en otro tiempo pertrechada de cerraduras y de cerrojos, como la de una cárcel; pero el obispo los hizo quitar, y la puerta, desde entonces, solo se cerraba con un sencillo picaporte: podia entrar el que quisiera á cualquier hora solo levantándolo. Al principio las mujeres estaban muy asustadas al ver que esa puerta no podia cerrarse, pero el obispo las dijo:—"Poned cerrojos si quereis á las puertas de vuestras habitaciones„ y al fin acabaron por participar de la confianza de monseñor, ó al menos aparentaban tenerla. A la señora Magloire únicamente la asaltaban temores de vez en cuando. La idea que hacia proceder de ese modo á Mr. Myriel estaba explicada en estas líneas, que escribió al márgen de una Biblia:

"Hé aquí la diferencia; la puerta del médico no debe estar nunca cerrada

y la del sacerdote debe estar siempre abierta.„

En el libro titulado *Filosofía de la ciencia médica* puso esta otra nota: "¿Acaso no soy médico como ellos? Tambien yo tengo mis enfermos, en primer lugar los suyos, que ellos llaman pacientes, y en segundo lugar los mios, que yo llamo desgraciados.„

En otro libro escribió lo que sigue:

"No pregunteis su nombre al que os pida albergue; precisamente el que busca asilo es el que tiene más inconveniente en decir su nombre.„

Un digno cura, no recordamos si fué el de Coulonbroux ó el de Pompierry, instigado acaso por la señora Magloire, tuvo la ocurrencia de preguntar al obispo si estaba seguro de no cometer una imprudencia hasta cierto punto, dejando dia y noche la puerta abierta y á disposicion del que quisiese entrar, y de que no le sucediera una desgracia teniendo la casa tan mal guardada. Monseñor, tocándole en el hombro con severa gravedad, le contestó:

—*Nisi Dominus custodierit domum, in vanum vigilant qui custodiunt eam.* Despues cambió en seguida la conversacion.

Solia decir con frecuencia:—Existe el valor del sacerdote, como existe el valor del militar; el del sacerdote debe ser tranquilo.

## VII.

### Cravatte.

Vamos á relatar un hecho, que es de tal naturaleza, que hace comprender perfectamente qué clase de hombre era el obispo de Digne.

Cuando quedó destruida la partida de Gaspar Bés, que habia infestado los desfiladeros de Ollioules, uno de sus tenientes, llamado Cravatte, se refugió en la montaña. Estuvo oculto algun tiempo con sus bandidos, restos de la gente de Gaspar Bés, en el condado de Niza; despues pasó al Piamonte y luego reapareció en Francia por la parte de Barcelonnete. Se le vió primero en Jauziers y posteriormente en Tuiles. Se escondió en las cavernas de Joug de l' Aigle, y desde allí, descendiendo hácia las cabañas y aldeas por los barrancos del Ubaye y del Ubayette, llegó hasta Embrun, penetró una noche en la catedral y saqueó la sacristía. Sus latrocinios asolaban el pais. Los gendarmes le perseguian inútilmente; siempre se escapaban, y algunas veces les resistia á viva fuerza: era un desalmado audaz.

Cuando atemorizaba la comarca fué el obispo á hacer su visita á Chastelar. El maire salió á recibirle y le suplicó que se marchase á su obispado, porque Cravatte se habia hecho dueño de la montaña hasta el Arche, y era peligroso andar por allí hasta con escolta, porque era exponer inútilmente á cuatro pobres gendarmes.

—Pues siendo así, le contestó el obispo, iré sin escolta.

—No penseis en eso, monseñor! exclamó el maire.

—Lo pienso de tal modo, que no quiero que me acompañe ningun gendarme, y voy á partir dentro de una hora.

—Partir dentro de una hora!

—Sí.

—Solo?

—Solo.

—Monseñor, desistid.

—En la montaña, replicó el obispo, se encuentra una feligresía, tan grande como la palma de la mano, que no he visitado hace tres años. Son amigos mios esos buenos y honrados pastores, que poseen una cabra por cada treinta que guardan. Hacen lindos cordones de lana de diferentes colores y tocan sonatas pastoriles con flautines de seis agujeros. Necesitan que de vez en cuando se les hable de la bondad de Dios. ¿Qué dirian de un obispo que tuviese miedo? ¿Qué dirian si por eso no fuese á visitarlos?

—Pero monseñor... y los ladrones?

—Calle! dijo el obispo; ahora pienso en ello. Teneis razon; puedo encontrarlos, y tambien necesitan que se les hable de la bondad de Dios.

—¡Pero monseñor, si son una banda de foragidos, una manada de lobos!...

—Señor maire, precisamente es acaso de la que Jesús me hizo el pastor. ¿Quién sabe los designios de la Providencia?

—Monseñor, os robarán.

—Nada llevo y nada pueden robarme.

—Os matarán.

—¿A un pobre y anciano sacerdote que pasa la vida rezando? Para qué?

—¡Si llegase á encontrarlos su ilustrísima!...

—Les pediria limosna para mis pobres.

—¡En nombre del cielo no expongais vuestra vida, monseñor!

—No es más que eso? Pues ni vivo ni

estoy en el mundo para guardar mi vida, sino para guardar las almas.

Fué preciso acceder á su voluntad y marchó, acompañándole solo un niño, que se ofreció á servirle de guia. Su obstinacion sonó mucho en el pais y causó gran susto.

No quiso llevar consigo á su hermana ni á la señora Magloire. Atravesó la montaña montado en una mula; no encontró á los bandidos y llegó sano y salvo al territorio de sus buenos amigos los pastores. Permaneció allí quince dias predicando, administrando, enseñando y moralizando. Al acercarse el dia de su marcha resolvió cantar pontificalmente un *Te-Deum*. Habló de esto al cura, pero ¿cómo efectuarlo, careciendo de ornamentos episcopales? No le podian proporcionar más que el servicio de una mala sacristía de aldea y algunas viejas casullas de damasco.

—Bah! dijo el obispo. Esto ya lo arreglaremos. Anunciad, señor cura, desde el púlpito el *Te-Deum*.

Buscáronse ornamentos en las iglesias de los alrededores, pero todas las magnificencias de aquellas humildes parroquias no bastaban para vestir convenientemente á un chantre de una catedral.

No sabian cómo salir del paso el obispo y el cura, cuando dos hombres desconocidos, ginetes sobre briosos caballos, llevaron y depositaron en casa del cura un gran cajon para el obispo. Le abrieron y encontraron dentro de él una capa de tisú de oro, una mitra adornada con diamantes, una cruz arzobispal, un magnífico báculo y las vestiduras episcopales robadas hacia un mes de la iglesia de Nuestra Señora de Embrun. En el cajon encontraron un papel que decia: *Cravatte á monseñor Bienvenido*.

—Ya os dije que esto se arreglaria, exclamó el obispo. Despues añadió sonriendo: Al que se contenta con la sobrepelliz de cura, Dios le envia la capa de arzobispo.

—Monseñor, murmuró el cura moviendo la cabeza, Dios ó el diablo?

—Dios, replicó el obispo con autoridad y mirando fijamente al cura.

Cuando monseñor volvió al Chastelar, por todo el camino salia la gente á verle por curiosidad. En el presbiterio de dicho pueblo halló á la señorita Baptistina y á la señora Magloire, que le estaban esperando, y dijo á su hermana:

—Qué tal? Tenia yo razon? El pobre sacerdote fué á visitar á los pobres montañeses con las manos vacías y vuelve con las manos llenas. Partí confiando en Dios y traigo el tesoro de una catedral.

Aquella noche, antes de acostarse, habló del modo siguiente:

—No temamos á los ladrones ni á los asesinos, que esos peligros exteriores son los más pequeños. Temámonos á nosotros mismos. Las preocupaciones son los verdaderos ladrones, los vicios son los temibles asesinos; los grandes peligros están dentro de nosotros mismos. Lo que amenaza nuestra cabeza ó nuestra bolsa no es tan trascendental como lo que amenaza nuestra alma.

Volviéndose hácia su hermana, la dijo:

—El sacerdote nunca debe tomar precauciones contra su prógimo, porque lo que hace el prógimo lo permite Dios. Limitémonos á rogarle cuando creamos que nos amenaza un peligro. Roguémosle y no por nosotros, sino por nuestro hermano, que vá á cometer una falta quizás por culpa nuestra.

Fuera de lo referido, eran muy raros los acontecimientos en la existencia de monseñor Bienvenido. Ordinariamente pasaba la vida haciendo siempre lo mismo á las mismas horas.

Respecto á lo que se hizo el "tesoro„ de la catedral de Embrun, nos veríamos apurados para contestar si se nos preguntase por él. Componíase de objetos tentadores y á propósito para emplear en provecho de los desgraciados. Habian sido robados; la mitad, pues, de la aventura estaba cumplida. Solo faltaba hacer cambiar la direccion del robo y encaminarle hácia el lado de los pobres. Nada cierto, sin embargo, podemos afirmar respecto á este asunto. Unicamente podemos decir que se encontró, entre los papeles del obispo, una nota bastante oscura, que se referia quizás á este asunto, concebida en los siguientes términos:

"La cuestion consiste en saber si esto debe volver á la Iglesia ó debe ir al hospital.„

## VIII.

### Filosofar despues de beber.

El senador de quien antes nos ocupamos era un hombre inteligente, que hizo su carrera con esa rectitud que prescinde de todos los tropiezos que se ponen en medio del camino como un obstáculo y que se llaman conciencia, fé jurada, justicia y deber; marchó recto á su objeto y sin torcer una vez en la línea

de su adelanto ni de su interés. Fué un antiguo procurador, atemperado por el buen éxito, sin ser enteramente mal hombre, prestando los pequeños favores que podia á sus hijos, á sus yernos, á sus parientes y hasta á sus amigos; y aprovechándose de la parte favorable de la vida, de las ocasiones y de sus utilidades, todo lo demás de ella le parecia estúpido. Tenia chispa y era bastante instruido para creerse discípulo de Epicuro, cuando en realidad era discípulo de Pigault-Lebrun. Se burlaba con placer de lo infinito y de lo eterno y de las "salidas del buen obispo„. Reíase á veces con amable autoridad delante del mismo monseñor que le escuchaba.

No recuerdo por qué ceremonia semioficial el conde *** (que era el senador de quien nos ocupamos) y monseñor Bienvenido tuvieron que comer juntos en casa del prefecto. Al llegar á los postres, algo alegre el senador, aunque siempre digno, exclamó:

—Pardiez! señor obispo, hablemos. Rara vez se ven un senador y un obispo sin mirarse de reojo. Nosotros somos dos augures. Voy á haceros una confesion, y es la de que profeso una filosofía particular.

—Y teneis razon; segun su filosofía tiene cada cual la cama, y la vuestra es de púrpura.

—Pues bien, seamos buenos amigos, continuó el conde, alentado por la contestacion de monseñor.

—O buenos diablos, respondió el obispo.

—Os declaro, prorumpió diciendo el senador, que el marqués de Argens, Pirron, Hobbes y Naigeon no son necios. Tengo en mi biblioteca esos filósofos, encuadernados con cantos dorados.

—Como vos mismo, señor conde, replicó el obispo interrumpiéndole.

El senador prosiguió:

—Odio á Diderot; es ideólogo, declamador y revolucionario, creyente de Dios en el fondo, pero más mogigato que Voltaire. Voltaire se burló de Needham, y no tuvo razon, porque las anguilas de Needham prueban que Dios es inútil. Una gota de vinagre puesta en una cucharada de pasta de harina suple al *fiat lux*. Suponed que la gota es inmensa y la cuchara tambien, y obtendreis el mundo. El hombre es la anguila. Entonces, para qué sirve el Padre Eterno? Señor obispo, la hipótesis de Jehová me fatiga. Solo sirve para producir séres flacos que piensan hueco. ¡Abajo ese Gran Todo que me molesta! ¡Viva el Cero que me deja tranquilo! De vos á mí, para vaciar mi costal y confesarme con mi pastor, os diré que tengo muy buen sentido. No me entusiasmo por vuestro Jesucristo, que predica por todas partes la pobreza y el sacrificio. Consejo de avaro á pordioseros. Pobreza, ¿por qué? sacrificio, por qué? Nunca he visto que un lobo se inmole por la felicidad de otro lobo. Permanezcamos, pues, dentro del órden de la naturaleza. Los que estamos en la cumbre es preciso que tengamos una filosofía superior á la de los demás. ¿De qué nos serviria estar tan altos si no viéramos más allá de la punta de la nariz de los otros? Vivamos alegremente. La vida lo abarca todo. Que haya otro porvenir, otro mundo, arriba ó abajo, ó en cualquier parte, yo no lo creo. Se me recomienda la pobreza y el sacrificio, que debo mirar cómo obro y qué discernir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, entre el *fas* y el *nefas*. Por qué? porque soy responsable de mis acciones. Cuándo? despues de mi muerte. Bah! despues de muerto que me coman ratas. Haced que una mano de fantasma coja un puñado de ceniza. Digámonos la verdad, nosotros que somos los iniciados y que pudimos levantar el velo de Isis: no existe el bien ni el mal, solo existe la vegetacion. Busquemos lo real, profundicemos el fondo. Olfateemos la verdad escarbando bajo el suelo y apoderémonos de ella, que ella nos proporciona alegrías infinitas y nos hace bastante fuertes para reirnos de todo. Por eso yo soy cuadrado por la base, señor obispo. La inmortalidad del hombre es una paradoja. Fiaos de esa magnífica promesa. Si tenemos un alma, seremos ángeles y tendremos alas azules en los omoplatos. ¿No es Tertuliano el que dice que los bienaventurados irán de un astro á otro? Pues entonces serán las langostas de las estrellas. ¡Despues verán á Dios!... ¡No son malas tonterías esos paraisos!... Dios es una patarata mónstruo. No iré á decir semejante cosa en el *Moniteur*, diantre! pero lo digo cuchicheando entre amigos. *Inter pocula*. Sacrificar la tierra al cielo, es soltar la presa y quedarse sin nada. ¡Ser la burla del infinito! No soy tan estúpido que lo haga. Me llamo el señor conde Nada y soy senador. ¿Lo era antes de mi nacimiento? no. ¿Lo seré despues de la muerte? tampoco. Qué soy, pues? un puñado de polvo agregado y constituido en organismo. ¿Qué tengo que hacer en el

mundo? Esta es mi eleccion; sufrir ó gozar. ¿A dónde me conducirán los padecimientos? A la nada, pero habré sufrido. A dónde me conducirán los goces? A la nada, pero habré gozado. Pues la eleccion no es dudosa. Es preciso comer ó ser comidos, y yo cómo. Vale más ser diente que yerba; en esto consiste mi sabiduría. Despues de todo, anda segun te empujen, que el sepulturero está allí para todos, y todo vá á parar al gran agujero, que es el fin, *finis*, liquidacion total. La muerte está muerta, creedme, y si hay álguien que crea lo contrario me rio de él. Eso es invencion de nodrizas, bú para los niños, Jehová para los hombres. Ese dia de mañana es la noche. Detrás de la tumba no hay más que nadas iguales. Allí ya, lo mismo dá haber sido Sardanápalo ó Vicente de Paul. Esa es la verdad. Vivamos, pues, lo mejor que podamos. Usad del *yo* mientras seais dueños de él. En verdad os digo, señor obispo, que yo tengo mi filosofía y mis filósofos y no me alucinan patrañas. Esto no quita para que se les hable del modo que sea preciso á los que están bajo, á los que van con las piernas al aire, á los miserables; es indispensable hacerles tragar las leyendas, las quimeras, el alma, la inmortalidad, el paraiso y las estrellas; que masquen todo eso y que se lo coman con su pan seco. El que nada tiene debe creer en un Dios justiciero. Es lo menos que puede tener, y yo estoy contento de eso, pero digo con Naigeon que el Dios justiciero es bueno para el pueblo.

Calló el conde y el obispo batió las palmas.

—Eso es lo que se llama hablar bien! exclamó monseñor. Excelente y verdaderamente maravilloso es ese materialismo: no todo el que quiere lo profesa; el que no posee no puede ya ser engañado, pues no se deja desterrar néciamente como Caton, ni dilapidar como San Estéban, ni quemar vivo como Juana de Arco. Los que han conseguido procurarse ese materialismo admirable, gozan al creerse irresponsables y al pensar que pueden devorarlo todo sin la menor inquietud; los empleos, los beneficios, las dignidades, el poder bien ó mal adquirido, las palinodias lucrativas, las traiciones útiles, las sabrosas capitulaciones de conciencia, y al pensar que bajarán á la tumba despues de hecha la digestion. Esto es muy agradable, y no lo digo por vos, señor senador; sin embargo, no puedo menos de darle mi parabien. Vosotros, los grandes señores, teneis, como habeis dicho, una filosofía peculiar, que sirve para vuestro uso exclusivo, exquisita, refinada, accesible solo á los ricos; buena para todas las salsas, y que sazona admirablemente los placeres de la vida. Esa filosofía está sacada de las profundidades y desenterrada por buscadores especiales. Sin embargo, sois tan buenos príncipes, que no os parece mal que la creencia en Dios constituya la filosofía del pueblo; como si dijéramos que el pato asado sea el pavo trufado del pobre.

## IX.

### El hermano retratado por la hermana.

Para dar una idea del hogar doméstico del obispo de Digne y de la manera cómo aquellas dos santas mujeres subordinaban sus acciones, sus pensamientos y hasta sus instintos femeninos á los hábitos y costumbres de monseñor Bienvenido, sin que él se tomase el trabajo de hablar para expresarlos, lo mejor que podemos hacer es transcribir una carta de la señorita Baptistina, dirigida á la señora condesa de Boischevron, amiga suya de la infancia. Esta carta, que está en nuestro poder, dice así:

"Digne 16 Diciembre 18...

„No pasa dia, mi buena amiga, sin que hablemos de vos, y aunque es en nosotros ya costumbre, tenemos además otra razon para ello. Lavando y desempolvando los techos y paredes de nuestras habitaciones, la señora Magloire ha hecho varios descubrimientos: al presente nuestros dos cuartos, tapizados con papel viejo blanqueado con cal, figurarian bien en un castillo como el vuestro. La señora Magloire desgarró y arrancó todo el papel; debajo habia otras cosas. Mi sala, en la que no hay muebles y que nos sirve para tender la ropa colada, tiene quince piés de alta y diez de ancha, y un techo pintado antiguamente con dorados y artesonado como vuestro palacio. Le cubria un lienzo desde que fué hospital. En fin, en él han aparecido ensambladuras del tiempo de nuestros abuelos. Pero lo que hay que ver es mi cuarto: la señora Magloire ha descubierto, debajo lo menos de diez papeles, pegados unos sobre otros, pinturas que, sin ser buenas, son soportables. Una de ellas representa á Telémaco en el acto en que Minerva le arma de caballero, y en otra se le vé en los jardines cuyo

nombre ahora no recuerdo; en fin, donde las romanas iban una solo noche. Se ven en ellos romanos, romanas (aquí habia una palabra ilegible) y todo su séquito. La señora Magloire ha puesto todo eso en claro; este verano reparará algunas pequeñas averías y lo barnizará de nuevo, y mi cuarto quedará convertido en un verdadero museo.

„Tambien ha encontrado en un rincon del desvan dos consolas de madera antiguas. Nos han pedido dos escudos de seis libras por volverlas á dorar, pero vale más que esa cantidad sea para los pobres; son feas, además, y yo preferiria un velador de caoba.

„Yo continúo siendo feliz, porque mi hermano es tan bueno!... Todo lo que tiene lo dá á los pobres y á los enfermos, por lo que vivimos con mucha estrechez; pero este pais es muy malo en invierno, y es menester hacer algo por los que carecen de todo. Nosotros estamos bien abrigadas y bien alumbradas, lo que es una comodidad.

„Mi hermano tiene costumbres especiales: cuando hablamos sobre esto contesta que el obispo debe ser así. Fguraos que la puerta de casa nunca se cierra. Entra el que quiere y en seguida se encuentra en el cuarto de mi hermano. Nada teme, ni aun por la noche. Este es su valor, como él dice.

„No quiere que tengamos temor por él ni la señora Magloire ni yo. Se expone á toda clase de peligros, y le sabe mal que le demostremos que nos apercibimos. Es preciso saberle comprender.

„Sale de casa lloviendo, camina por el lodo y viaja en invierno. Ni le asusta la noche, ni las veredas sospechosas, ni los malos encuentros.

„El año pasado se fué á pié y solo á un pais de ladrones, sin querer que le acompañásemos. Estuvo ausente quince dias. Regresó sin que nada malo le sucediese: se le creia muerto, pero gozaba de buena salud, y dijo:—"¡Hé aquí cómo me han robado!„ Abrió una maleta que traia llena con las alhajas de la catedral de Embrun, que los ladrones le devolvieron.

„Esa vez le reñí un poco, pero cuando el coche hacia mucho ruido y nadie podia oirnos.

„Al principio me decia á mí misma:—"No hay peligros que le detengan, es terrible.„ Pero al presente concluí ya por acostumbrarme, y hago señas á la señora Magloire para que ésta no le contraríe, y él obra como quiere. Me llevo á la señora Magloire, me encierro en mi cuarto, rezo para que no le suceda ninguna desgracia y me duermo. Estoy tranquila, porque sé que si le sucediese algun infortunio, éste seria el fin de mi vida; me iria á ver al buen Dios en compañía de mi hermano y obispo. A la señora Magloire le ha costado más acostumbrarse á lo que ella llama sus imprudencias, pero tambien se acostumbró, y juntas rezamos, juntas tenemos miedo y juntas nos dormimos. Si el diablo entrara en casa haria lo que quisiera. Despues de todo, qué podemos temer aquí? Siempre habita con nosotros quien es más fuerte que él: el diablo puede pasar por la casa, pero Dios mora en ella.

„Esto me basta. No tiene mi hermano necesidad de decir nada más. Le comprendo sin que hable, y nos entregamos á la Providencia.

„Pregunté á mi hermano acerca de las noticias que me pedíais sobre la familia de Faux. Ya sabeis que está muy al corriente y que conserva sus recuerdos, porque es siempre buen realista. Los de Faux son una antigua familia normanda, de la nobleza de Caen. Hace quinientos años hubo un Raul de Faux, un Juan de Faux y un Tomás de Faux, que eran nobles, y uno de ellos señor de Rochefort. El último fué Guido Estéban Alejandro, maestre de campo. Su hija María Luisa casó con Adriano Cárlos de Grammont, par de Francia, coronel de guardias francesas y teniente general de los ejércitos. Se escribe Faux, Fauq y Faouq.

„Recomendadme, mi buena amiga, á las oraciones de vuestro santo pariente el cardenal. Silvania ha hecho bien en no perder, escribiéndome, los cortos momentos que pasa á vuestro lado. Sé que está buena, que trabaja segun vuestros deseos y que me quiere como siempre: eso es, pues, todo lo que yo deseo, y agradezco en lo que valen los recuerdos que me envia. Mi salud no es mala, y sin embargo, enflaquezco más cada dia. Adios; se me acaba el papel y esto me obliga á concluir. Mis afectos á todos.

BAPTISTINA.

„P. D.—Vuestro sobrinito es muy mono. Pronto cumplirá cinco años. Ayer vió pasar un caballo con rodilleras y dijo:—¿Qué es lo que le han puesto en las rodillas?—¡Es un chiquitin muy guapo! Su hermanito corre por la habitacion tirando de una escoba vieja como de un carro y grita:—Arre!„

—

Las dos santas mujeres, como lo denota esta carta, sabian plegarse á la manera de ser del obispo, con ese ingenio particular de la mujer, que comprende al hombre mejor que él se comprende á sí mismo.

El obispo de Digne, con su aire de serenidad y de candidez, sin alterarse jamás, hacia á veces cosas grandes, atrevidas y magníficas, sin aparentar que lo echaba de ver. Las mujeres temblaban, pero le dejaban obrar.

Algunas veces la señora Magloire solia mostrar oposicion anticipada; nunca mientras ni despues del hecho; ni podia distraérsele con una palabra ni con un signo de un acto comenzado. En ciertos momentos, sin que él necesitase decirlo, cuando él quizás no tenia aun conciencia de ello, ellas comprendian vagamente que obraba como obispo, y entonces solo eran dos sombras en la casa; le servian pasivamente, y si el desaparecer era obedecerle, desaparecian: comprendian con admirable delicadeza de instinto que hay cuidados que estorban. Por eso hasta cuando se creian en peligro comprendian, no su pensamiento, pero sí su naturaleza, hasta el punto de no velar por monseñor. Le confiaban á Dios.

Además, decia Baptistina, como acabamos de leer, que el fin de su hermano seria tambien el suyo.

La señora Magloire no lo decia, pero sentia lo mismo.

## X.

### El obispo ante una luz desconocida.

En época algo posterior á la fecha de la carta de Baptistina se atrevió monseñor á algo, que, segun la voz pública de la ciudad, era más arriesgado y peligroso que cruzar una montaña infestada de bandidos.

Cerca de Digne, en el campo, vivia solitario un hombre; un hombre que era nada menos que un antiguo convencional, y se llamaba G.

Se ocupaba toda la sociedad de Digne de G. con una especie de horror. ¡Un convencional se le figuraba una fiera! Un hombre de los que existian en la época en que todos se tuteaban y se llamaban ciudadanos. Aquel hombre era casi un mónstruo. No votó la muerte del rey, pero le faltó poco. Era casi un regicida y habia sido terrible. ¿Cómo era que al volver á Francia los príncipes legítimos no hicieron comparecer á aquel hombre ante un tribunal? En buen hora que no le hubiesen cortado la cabeza, porque es preciso ser clementes, pero al menos debian haberle condenado á destierro perpétuo. Hacer con él un escarmiento, porque era un ateo como todos los de antaño.—Bachillerías de los gansos contra el buitre.

¿Pero era en realidad un buitre el convencional G.? Así parecia, juzgándole por lo que habia de huraño en su soledad. Como no votó en pró de la muerte del rey, no fué comprendido en los decretos de destierro y pudo permanecer en Francia.

Habitaba á tres cuartos de hora de la ciudad, apartado de toda vivienda, separado de todo camino, en un retiro oculto en un valle semi-salvaje. Decian que tenia allí una especie de campo, un agujero, una guarida, sin vecinos y sin transeuntes. Desde que vivia en aquel valle el sendero que á él conducia lo obstruia la yerba. Se hablaba de aquel sitio como de la casa del verdugo.

Esto no obstante, el obispo pensaba en él y de vez en cuando miraba hácia el punto en que un grupo de árboles señalaba el valle del anciano convencional, y se decia á sí mismo: "Allí hay un alma que está sola.„ Y añadia luego: "Yo debia visitarla.„

Pero hay que confesar que esta idea, que á primera vista era tan natural, se le presentaba, despues de reflexionar, como extraño imposible y casi repugnante, pues en el fondo participaba monseñor de la impresion general, y sin acertar á explicárselo con claridad, le inspiraba el convencional ese sentimiento fronterizo del ódio que expresa bien la palabra repulsion. ¿La sarna de la oveja debe hacer que retroceda el pastor? No; pero era terrible aquella oveja.

El buen obispo estaba indeciso; algunas veces se dirigia hácia aquel sitio, pero retrocedia antes de llegar.

Cierto dia corrió por la ciudad la noticia de que un pastorcillo que servia al convencional G. en su morada habia ido á buscar un médico, pues el pícaro viejo se moria, su parálisis iba en aumento y quizás no pasaria de aquella noche.—A Dios gracias! añadian algunos.

El obispo cogió el báculo, púsose el sobretodo, por estar muy raida su sotana y tambien por resguardarse del viento frio de la noche, y partió.

Declinaba ya el sol cuando monseñor

llegó al sitio donde vivia el excomulgado, reconociendo por las palpitaciones de su corazon que se hallaba ya cerca de la madriguera. Saltó un foso, atravesó un seto, subió una escalera, entró en un cercado, dió algunos pasos con resolucion, y de pronto, en el fondo de un campo erial, detrás de una maleza bastante crecida, divisó la caverna.

Era una casucha baja, pobre, pequeña y limpia, con una parra que cubria la fachada.

Delante de la puerta estaba sentado en un viejo sillon de ruedas un hombre de cabellos blancos, que se sonreia mirando al sol. Cerca del anciano estaba de pié un jóven, el pastorcillo, que le presentaba un cuenco de leche.

Mientras el obispo examinaba al viejo, éste le dijo:

—Gracias; nada necesito ya.

Su sonrisa se apartó del sol para fijarse en el pastorcillo.

Monseñor avanzó. Al oir el ruido de sus pasos, el anciano, sentado como estaba, volvió la cabeza, y su rostro manifestó toda la sorpresa que se puede tener despues de tan larga vida.

—Desde que vivo aquí, esta es la primera vez que entra alguno en mi casa; quién sois, caballero?

—Me llamo Bienvenido Myriel, contestó el obispo.

—Bienvenido Myriel!... He oido pronunciar ese nombre... ¿Sois vos á quien la ciudad llama monseñor Bienvenido?

—Yo soy, contestó con una semi-sonrisa.

—En ese caso sois mi obispo.

—Así parece.

—Entrad, señor.

El convencional tendió la mano al obispo, pero éste no la tomó, limitándose á decir:

—Estoy satisfecho de ver que me habian engañado. Verdaderamente no parece que esteis enfermo.

—Señor, replicó el anciano, pronto me curaré.

Hizo una pausa y añadió:

—Moriré dentro de tres horas. Soy algo médico y conozco que se acerca mi última hora. Ayer solo tenia los piés frios; hoy el frio me llega hasta las rodillas, y ahora lo siento que sube hasta la cintura; cuando me llegue al corazon espiraré. Qué hermoso es el sol, ¿no es verdad? Me hice traer aquí para dirigir mi postrer mirada á la naturaleza. Podeis hablarme; el hablar no me fatiga. Hicísteis bien en venir á contemplar á un hombre que vá á morir. Bueno es que ese instante tenga testigos. Cada cual tiene sus manías; yo hubiera querido vivir hasta la aurora, pero no puede ser; aunque en rigor, qué me importa!

El anciano se volvió hácia el pastor y le dijo:

—Anda y acuéstate; has velado la noche anterior y debes estar cansado.

El jóven entró en la casucha.

El anciano le siguió con la vista y murmuró, como hablando consigo mismo:

—Mientras él duerme yo moriré; los dos sueños son buenos vecinos.

El obispo no estaba conmovido, como pudiera suponerse; no creia sentir á Dios en aquella manera de morir. Digámoslo todo é indiquemos las pequeñas contradicciones de los corazones grandes: él, que en muchas ocasiones se burlaba de su propia grandeza, creia herido su amor propio porque el anciano no le decia monseñor, y le daban tentaciones de llamarle ciudadano. Asaltóle un capricho de grosera familiaridad, bastante comun en los médicos y en los sacerdotes, pero que en él no era habitual. Despues de todo, el convencional, el ex-representante del pueble, fué un poderoso de la tierra; por la primera vez de su vida quizás el obispo trataba de ser severo.

El convencional le consideraba con modesta cordialidad, en la que se hubiera podido discernir acaso la humildad, que tan bien sienta al que está próximo á convertirse en polvo.

Por su parte el obispo, que ordinariamente no manifestaba curiosidad, ya que, segun él, estaba muy cerca de la ofensa, no podia dejar de examinar al convencional con una atencion que, no naciendo de la simpatía, le hubiera reprochado su misma conciencia si la dedicase á otro hombre cualquiera. El convencional le producia en cierto modo el efecto de un hombre que está fuera de la ley, y hasta de la ley de la caridad.

G., tranquilo, con la cabeza erguida y con la voz vibrante, era uno de esos octogenarios que causan la admiracion del fisiólogo. La revolucion tuvo muchos de esos hombres proporcionados á su época. En aquel anciano veíase un hombre de prueba, porque estando tan próximo á su fin, conservaba todavía todos los signos de la salud. Habia en su clara mirada, en su acento firme, en el robusto movimiento de sus hombros, algo que desafiaba á la muerte. Azrael,

el ángel mahometano del sepulcro, se hubiera vuelto atrás, creyendo que se equivocaba de puerta. Parecia morir porque queria. Habia libertad en su agonía; solo sus piernas estaban inmóviles, y por ellas le llegaba la muerte. Sus piés estaban frios y muertos, y su cabeza vivia con todo el poder de la vida y en completa lucidez. G. se asemejaba en aquel grave momento al rey del cuento oriental, que era de carne por la parte superior y de mármol por la parte de abajo.

Junto al sillon habia una piedra enorme. El obispo se sentó en ella é hizo este exordio exabrupto:

—Os felicito, dijo con acento de reprension, porque al cabo y al fin no votásteis por la muerte del rey.

El convencional no sabemos si notó el amargo sentido que ocultaban las palabras anteriores, pero la sonrisa desapareció de su fisonomía al contestar:

—Señor, no me feliciteis ligeramente, porque yo voté por el fin del tirano.

Era aquella la voz austera que respondia á la voz severa.

—Qué quereis decir? le preguntó el obispo.

—Quiero decir que al hombre le domina un tirano: la ignorancia; he votado por el fin de ese tirano, que engendra la monarquía, que es la autoridad tomada en falso, mientras que la ciencia es la verdadera autoridad. La ciencia es la única que debe gobernar al hombre.

—Y la conciencia, añadió el obispo.

—Que es lo mismo. La conciencia es la cantidad de ciencia innata que existe dentro de nosotros.

Monseñor Bienvenido escuchaba con cierto asombro este lenguaje tan nuevo para él.

El convencional prosiguió:

—No voté en pró de la muerte de Luis XVI. No tengo el derecho de matar á ningun hombre, pero tengo el deber de exterminar el mal. Voté por el fin del tirano, es decir, por el fin de la prostitución de la mujer, por el fin de la esclavitud del hombre, por el fin de la ignorancia del niño; y, votando en favor de la república, voté en beneficio de todo eso. Voté por la fraternidad, por la concordia, por la luz. Ayudé á la caida de las preocupaciones y de los errores: el hundimiento de unas y de otros produce la claridad. Hemos hecho caer nosotros el viejo mundo, y ese viejo mundo, vaso de miserias, al volverse sobre el género humano, se ha convertido en urna de alegría.

—De alegría aguada! dijo el obispo.

—Mejor podríais decir de alegría turbada; y hoy, despues del fatal retroceso á lo pasado, que se llama 1814, alegría desvanecida. La obra fué incompleta, convengo en ello; porque aunque hemos demolido el antiguo régimen en los hechos, no lo hemos podido suprimir en las ideas. No basta destruir los abusos; es indispensable modificar las costumbres. El molino ya no existe, pero el viento que lo movia continúa soplando.

—Habeis demolido, y eso puede ser útil, pero yo desconfio de las demoliciones verificadas por la cólera.

—El derecho tiene su cólera, señor obispo, y la cólera del derecho es un elemento del progreso. Dígase lo que se quiera, la Revolucion francesa es el paso más grande que ha dado el género humano desde el advenimiento de Jesucristo. Es incompleta, es verdad, pero es sublime. Ha despejado todas las incógnitas sociales, ha dulcificado los espíritus, ha tranquilizado y ha ilustrado, haciendo correr por el mundo torrentes de civilizacion. La Revolucion francesa es la consagracion de la humanidad.

—Sí?... y el 93?... exclamó el obispo.

El convencional se enderezó en su asiento con solemnidad casi lúgubre, y cuanto puede levantar la voz un moribundo, él la levantó, diciendo:

—Ah! ya pareció el 93!... Ya me lo esperaba. Durante mil quinientos años se ha estado formando un nublado; al cabo de quince siglos estalla la tormenta, y acusais al rayo!...

Conoció el obispo, tal vez sin confesarlo, que algo en él habia recibido un ataque. Sin embargo, respondió sin desconcertarse:

—El juez habla en nombre de la justicia; el sacerdote en nombre de la piedad, que solo es una justicia más alta. El rayo no debe equivocarse.

Despues añadió, mirando con fijeza al convencional:

—Luis XVII?

El convencional extendió la mano y cogió el brazo del obispo:

—Luis XVII? Veamos por quién llorais. Por el niño inocente? Entonces lloro yo con vos. Por el niño real? Entonces os suplico que reflexioneis. A mis ojos, el hermano de Cartouche, niño inocente, colgado por los sobacos en la plaza de la Gréve hasta que el suplicio le produjese la muerte, por el crímen de

ser hermano de Cartouche, no es menos digno de compasion que el nieto de Luis XV, martirizado en la torre del Temple por el único crímen de haber sido nieto de Luis XV.

—Señor mio, le contestó el obispo, no me parecen bien las proximidades de ciertos nombres.

—Cartouche? Luis XV? ¿Contra cuál reclamais?...

Hubo una pausa prolongada en el diálogo. El obispo casi se arrepentia de su visita, pero á la par se sentia vaga y extrañamente conmovido.

El convencional continuó:

—Veo que al sacerdote no le gustan las asperezas de la verdad y á Jesucristo le complacian. Tomaba el látigo y limpiaba el templo. Su látigo producia relámpagos de verdades. Cuando exclamaba: *Sinite parvulos*... no distinguia entre los niños. No se hubiera incomodado porque se comparase al delfin de Barrabás con el delfin de Herodes. La inocencia lleva en sí misma la corona y nada gana por ser alteza: tan augusta es con andrajos como adornada con flores de lis.

—Es verdad, contestó el obispo en voz baja.

—Habeis nombrado á Luis XVII, siguió diciendo el convencional; pues entendámonos. Lloremos por todos los inocentes, por todos los mártires, por todos los niños, por los altos y por los bajos; pero remontémonos más allá del 93, que debemos empezar á derramar lágrimas antes de Luis XVII. Lloraré con vos por todos los hijos de los reyes, si vos llorais conmigo por todos los hijos del pueblo.

—Yo lloro por todos, respondió el obispo.

—Igualmente?... y si ha de inclinarse á un lado la balanza será por el lado del pueblo, porque es el que está padeciendo mucho más tiempo!...

Reinó otro instante de silencio. Lo rompió el convencional, que se irguió, apoyándose sobre un codo, y que con el pulgar y el índice replegado comprimió algun tanto la mejilla, como se hace maquinalmente cuando se interroga y se juzga, é interpeló al obispo con una mirada llena de todas las energías de la agonía, que fué casi una explosion:

—Mucho tiempo hace que el pueblo está sufriendo; pero, ¿por qué venís á interrogarme y á hablarme de Luis XVII? Yo no os conozco. Desde que me enterré en este retiro estoy aquí solo, sin salir nunca, sin ver más que á ese niño que me sirve. Vuestro nombre, es cierto, llegó hasta mí confusamente y con cierta aureola, pero esto nada significa para mí. Las gentes hábiles tienen muchos medios para embaucar al pueblo bonachon.—A propósito... no oí el ruido de vuestro carruaje: le habreis dejado sin duda detrás del cercado, en el cruce del camino. Os dije que no os conocia y me contestásteis que érais el obispo, pero esto no me dá la descripcion moral de vuestra persona, por lo que vuelvo á preguntaros: Quién sois? Un obispo, es decir, un príncipe de la Iglesia, un hombre dorado, blasonado, rico, con grandes prebendas; el obispo de Digne, con quince mil francos fijos, diez mil francos eventuales; total, con veinticinco mil francos; un clérigo que dispone de cocinas, que gasta libreas y palacios, que arrastra coche en nombre de Jesucristo, que andaba á pié y descalzo. Todo esto me dice demasiado ó no me dice bastante; no me ilustra sobre vuestro valor intrínseco y esencial, del que debeis enterarme, ya que venís con la pretension de imponerme vuestra sabiduría. A quién hablo? Quién sois?

—*Vermis sum*, respondió el obispo inclinando la cabeza.

—Un gusano en carroza!...

Tocábale el turno de ser altivo al convencional y á monseñor de ser humilde. Mr. Myriel replicó con dulzura:

—Sea lo que querais, señor mio; pero explicadme de qué modo mi coche, mi buena mesa, mis familiares y mis lacayos prueban que la piedad no es una virtud, que la clemencia no es un deber y que el 93 no fué inexorable.

El convencional se pasó la mano por la frente, como para apartar una nube, y dijo:

—Antes de contestaros os suplico que me perdoneis. Estando en mi casa sois mi huésped y os debo cortesía. Discutís mis ideas y debo limitarme á rebatir vuestros argumentos. Vuestra riqueza y vuestros goces son las ventajas que tengo sobre vos en el debate, pero seria de mal gusto en mí aprovecharme de esas armas. Os prometo, pues, no volver á usarlas.

—Os lo agradezco, le contestó monseñor.

—Os daré la explicacion que me pedíais. ¿Dijísteis que el 93 fué inexorable?

—Inexorable, sí. ¿Qué pensais de Marat aplaudiendo á la guillotina?

—¿Y qué pensais de Bossuet cantando

el *Te-Deum* en loor de las dragonadas contra los protestantes?

La contrapregunta era dura, pero llegaba recta al blanco con la rigidez de una punta de acero. Se extremeció el obispo y no se le ocurrió ninguna réplica, escociéndole además el modo irrespetuoso de citar á Bossuet.

El convencional empezaba á respirar difícilmente; el asma de la agonía, que se presenta en los últimos momentos, le entrecortaba la voz, pero se veia aun en sus miradas la perfecta lucidez de la inteligencia. Continuó hablando del modo siguiente:

—Independientemente de la revolucion, que, considerada en su conjunto, es una inmensa afirmacion humana, el 93 es una réplica. Os parece inexorable; pero, no lo ha sido la monarquía? Carsier es un bandido; ¿qué nombre dais á Montrevel? Fouquier-Tinville es un pícaro, ¿y qué opinais de Lamoignon-Baville? Maillard es horrible, ¿y Saulx-Tavannes? El padre Duchène es feroz, ¿y cómo se califica al padre Leteiller? Jourdan-Coupe-Tete es un mónstruo, pero aun lo es más enorme el marqués de Louvois. Compadezco á María Antonieta, archiduquesa y reina; pero tambien me inspira compasion aquella pobre mujer hugonota, que en 1685, en la época de Luis el Grande, estando dando el pecho á su hijo la ataron á un poste, desnuda hasta la cintura, separándola de su hijo y poniéndoselo á alguna distancia. El verdugo decia á aquella mujer, madre y nodriza: Abjura! dándole á escoger entre la muerte de su hijo y la abjuracion. ¿Qué decís de este suplicio de Tántalo aplicado á una madre?—Abrevío y concluyo. Todo está en mi favor y, además, me muero.

Dejando de mirar al obispo el convencional, terminó su pensamiento con estas tranquilas palabras:

—Sí; las brutalidades del progreso se llaman revoluciones; pero cuando aquellas terminan, se vé que ha sido maltratado el género humano, pero que ha adelantado en su camino.

El convencional no sospechaba que habia tomado por asalto todos los atrincheramientos interiores del obispo. Uno solo le quedaba, y de éste, supremo recurso de la resistencia de monseñor, salieron estas frases, en las que apareció toda la rudeza del principio del diálogo:

—El progreso debe creer en Dios. El bien no puede valerse de un servidor impío, y el ateo es un mal conductor del género humano.

El antiguo representante del pueblo no respondió. Experimentó un temblor, miró al cielo y una lágrima brotó lentamente de sus ojos. Balbuceando en voz baja y como hablando consigo mismo, con la mirada perdida en la profundidad del espacio, exclamó:

—Oh, tú! oh, ideal! tú solo existes!

El obispo sintió inexplicable conmocion.

Hubo una pausa. El convencional levantó un dedo hácia el cielo y añadió:

—El infinito existe. Está allí. Si el infinito no tuviera un yo, el yo seria su límite; no seria infinito; en otros términos: no existiria. Pero existe; luego hay un yo. Este yo del infinito es Dios.

El moribundo pronunció estas últimas palabras en voz alta y con el extremecimiento del éxtasis, como si contemplase á álguien. Cuando las terminó, sus ojos se cerraron; el esfuerzo agotó sus fuerzas. Era evidente que habia vivido en un minuto las horas que le quedaban de vida; lo que acababa de decir le habia acercado á la muerte; llegaba ya para él el supremo instante.

El obispo lo comprendió; el tiempo le apremiaba, porque fué allí como sacerdote; de la extremada frialdad pasó por grados á la extremada emocion; miró los ojos cerrados del convencional, le cogió la mano arrugada y fria y se inclinó hácia el moribundo.

—Esta hora debe consagrarse á Dios, le dijo. ¿No creeis que seria sensible habernos encontrado en vano?

El convencional volvió á abrir los ojos, y en su semblante apareció sombría gravedad.

—Señor obispo, repuso con lentitud, que provenia más acaso de la dignidad del alma que del desfallecimiento físico, he pasado la vida meditando en el estudio y la contemplacion. Sesenta años tenia cuando mi pais me llamó, mandándome que interviniese en sus asuntos. Obedecí; habia abusos y los combatí; habia tiranías y contribuí á destruirlas; habia derechos y principios y los proclamé y confesé. El territorio estaba invadido y le defendí; la Francia estaba amenazada y la ofrecí mi pecho. No era rico entonces y ahora soy pobre! Fuí uno de los dueños del Estado, y cuando las cuevas del Tesoro estaban atestadas, hasta el punto de que fué necesario apuntalar las paredes, que amenazaban reventarse por el peso del oro y

de la plata, yo iba á comer á la calle del Arbol Seco un cubierto de un franco. Socorrí á los oprimidos y alivié á los dolientes. Desgarré las vestiduras del altar, es cierto, pero fué para vendar las heridas de la pátria. Sostuve siempre la marcha progresiva del género humano hácia la luz y he resistido algunas veces á los progresos crueles. Hubo ocasion en que protegí á mis adversarios, á vuestros amigos. Existe en Peteghem, en Flandes, un convento de urbanistas, el de la abadía de Santa Clara, á la que salvé en 1793. Cumplí siempre mi deber segun la medida de mis fuerzas, y he hecho todo el bien que he podido. A pesar de esto fuí perseguido, difamado, maldecido, proscripto. Desde hace muchos años y á pesar de mis canas, veo todavía que hay gentes que se creen con derecho á despreciarme; tengo para la multitud ignorante cara de condenado, y acepto sin odiar á nadie el aislamiento á que me obliga el ódio de los demás. Ahora he cumplido ochenta y seis años y voy á morir. ¿Qué es lo que venís á pedirme?

—Vuestra bendicion, contestó el obispo, y se arrodilló inclinándose.

Cuando monseñor levantó la cabeza, la faz del convencional habia adquirido expresion augusta: acababa de espirar.

El obispo regresó á su casa profundamente embebido en inexplicables pensamientos y pasó toda la noche en oracion.

Al dia siguiente algun curioso atrevido trató de preguntarle sobre el convencional G.; él se limitó á señalar al cielo.

Desde entonces el obispo redobló su ternura y su fraternidad con los miserables y con los pacientes.

Cualquier alusion que se hiciese al maldito convencional G. le sumia en profunda y singular meditacion. El paso de aquel espíritu ante el suyo, el reflejo de aquella gran conciencia sobre la suya, influyeron algo en su proximidad á la perfeccion.

Su "visita pastoral„ dió pábulo á las hablillas y murmuraciones de los círculos de la ciudad.

—"¿Es sitio á propósito para un obispo la cabecera del lecho de semejante moribundo? decian.

No podia esperar su conversion, porque todos esos revolucionarios son relapsos. Entonces, por qué fué á visitarle? Qué tenia que hacer allí?

Sin duda tenia gran curiosidad de ver cómo el diablo se llevaba un alma.„

Una viuda encopetada, de esas mujeres impertinentes que se creen agudas, le dirigió esta pregunta:

—¿Cuándo gastará monseñor gorro rojo?

—Ese es un hermoso color, la respondió el obispo, y los que lo desprecian en el gorro lo veneran en el capelo.

## IX.

### Una restriccion.

Se equivocaria el que dedujese de lo anterior que monseñor Bienvenido era un "obispo filósofo„ ó "un cura patriota.„ Su encuentro, que casi podria llamarse su conjuncion, con el convencional G., le causó cierto asombro que le hizo ser más humilde aun; pero no pasó de ahí.

Aunque monseñor Bienvenido no fué nunca hombre político, quizás esta es la ocasion de indicar cuál fué su actitud en los sucesos de entonces, suponiendo que monseñor hubiera pensado en tomar alguna.

Retrocedamos, pues, algunos años.

Poco despues de su elevacion al episcopado, el emperador le nombró baron del Imperio, al mismo tiempo que á otros varios obispos. Sabido es que se verificó el arresto del Papa en la noche del 5 al 6 de Julio de 1809; y en esta ocasion fué llamado monseñor Myriel por Napoleon al Sínodo de los obispos de Francia y de Italia, convocado en Paris.

El Sínodo se celebró en Nuestra Señora, el que se reunió por primera vez el 15 de Junio de 1811, bajo la presidencia del cardenal Fesch, y monseñor Bienvenido fué uno de los noventa y cinco obispos que acudieron, pero solo asistió á una sesion y á tres ó cuatro conferencias particulares. Como era obispo de una diócesis montañesa y vivia tan cerca de la naturaleza y en la rusticidad y en la sencillez, parecia aportar entre aquellos personajes eminentes ideas que cambiaban la temperatura de la asamblea, y regresó muy pronto á Digne. Cuando le preguntaron por el motivo de su rápido regreso, contestó:

—Les molestaba: el aire de fuera les entraba allí conmigo y yo les causaba el efecto de una puerta abierta.

Otra vez dijo:—Qué habia de suceder! Aquellos monseñores son unos príncipes y yo soy un obispo plebeyo.

La verdad era que disgustó á sus compañeros.

Entre otras cosas extrañas, se le escapó decir una noche que estaba en casa de uno de sus colegas más calificados:

—Qué hermosos relojes! ¡Qué preciosas alfombras! Qué ricas libreas!... Todo esto me parece inoportuno. No quisiera poseer estas superfluidades, porque creeria que me gritaban sin cesar á los oidos que hay personas que tienen hambre, que hay personas que tienen frio, que hay pobres.

Digámoslo de paso: no es ódio inteligente el ódio al lujo, porque implica el ódio á las artes; sin embargo, en los hombres de Iglesia, fuera de la representacion y de las ceremonias, el lujo es una falta, porque parece que revela hábitos poco caritativos. El clérigo opulento es un contrasentido; el clérigo debe estar muy cerca del pobre. ¿Puede rozarse noche y dia con todas las miserias, con todas las desgracias, con todos los infortunios, sin conservar algo en sí de esa santa miseria, como el polvo del trabajo? ¿Puede imaginarse un hombre al lado de un brasero y que no sienta el calor? ¿Hay algun hombre que trabaje contínuamente en una fragua, que no tenga ni un cabello quemado, ni una uña ennegrecida, ni una gota de sudor, ni una mota de ceniza en la cara? La primera prueba de la caridad del sacerdote es la pobreza, sobre todo en el obispo.

Así opinaba monseñor Bienvenido.

No por eso debe creerse que participaba sobre ciertos puntos delicados de lo que llamaremos "las ideas del siglo„. Se inmiscuia poco en las disputas teológicas del momento y guardaba silencio sobre las cuestiones en que están comprometidos el Estado y la Iglesia; pero si se hubiese visto obligado á dar su opinion, creemos que hubiese aparecido más ultramontano que galicano. Como dibujamos un retrato y nada tratamos de ocultar en él, debemos decir que fué glacial para con Napoleon cuando éste declinó. Desde 1813 se adhirió ó aprobó todas las manifestaciones hostiles al emperador. No quiso verle cuando pasó de vuelta de la isla de Elba, y se abstuvo de mandar que en su diócesis se hiciesen rogativas públicas por el emperador durante los cien dias.

Además de su hermana Baptistina, tenia el obispo otros dos hermanos; el uno era general y el otro prefecto. A entrambos les escribia con frecuencia. Por espacio de algun tiempo estuvo tirante y como enojado con el primero, porque estando encargado del mando en Provenza, en la época del desembarco de Cannes, se puso al frente de mil doscientos hombres para perseguir al emperador, y lo hizo de modo que lo dejó escapar. Con el otro hermano continuó la correspondencia más afectuosa; éste, que fué un antiguo y digno prefecto, vivia retirado en Paris.

Monseñor Bienvenido tuvo, pues, tambien su hora de espíritu de partido, su hora de amargura, su nube. La sombra de las pasiones del momento se proyectó en su alma grande y afable, solo ocupada de las cosas eternas. Semejante hombre merecia no tener opiniones políticas. No hay que interpretar mal nuestro pensamiento: no hay que confundir lo que se llama "opiniones políticas„ con la gran aspiracion al progreso, con la sublime fé patriótica, que debe constituir en nuestros dias el fondo de toda inteligencia generosa.

Sin profundizar cuestiones que solo atañen indirectamente al asunto de este libro, diremos sencillamente que hubiera realzado mucho la figura de monseñor Bienvenido no haber sido realista y no haber apartado nunca la mirada de la contemplacion serena del horizonte, en el que irradian, por encima del vaiven tempestuoso de las cosas humanas, las claras estrellas de la Verdad, de la Justicia y de la Caridad.

Hasta conviniendo en que Dios no creó para cargos políticos al obispo de Digne, hubiéramos comprendido y admirado en él que protestase en nombre del derecho y de la libertad contra Napoleon cuando era todopoderoso. Pero así como nos agrada la lucha *vis á vis* con los poderes que ascienden, nos disgusta el combate contra los poderes que caen. Nos place el combate mientras en él hay peligro, y en todos los casos solo los combatientes desde primera hora tienen el derecho de ser los exterminadores de la última. El que no fué acusador tenaz durante la prosperidad, debe callarse ante el hundimiento; el que denuncia durante el triunfo, es solo el justiciero legítimo durante la caida. En nuestro concepto, cuando la Providencia toma parte y hiere, hay que dejarla obrar.

El 1812 empieza á desarmarnos. En 1813 la cobarde ruptura del silencio de aquel Cuerpo legislativo, que envalentonaban las catástrofes, debió indignar, y era un error aplaudirla; en 1814, ante aquellos mariscales traidores, ante aquel

Senado que de un fango pasaba á otro, insultando despues de haber divinizado; ante aquella idolatría, que volvia las espaldas y escupia al ídolo, era un deber volver la cabeza y apartar la vista. En 1815, cuando se cernian en el aire los primeros desastres, cuando se agitaba Francia con el misterioso extremecimiento de su proximidad siniestra, cuando y confusamente se distinguia á Waterlóo abierto ante Napoleon, la dolorosa aclamacion del ejército y del pueblo al condenado por el destino no tenia nada de risible, y prescindiendo del déspota, un corazon como el del obispo de Digne no debió desconocer lo que habia de augusto y de conmovedor en el estrecho abrazo de una gran nacion y de un gran hombre, dado y recibido al borde del abismo.

Fuera de esto fué y era el obispo de Digne en todo justo, verdadero, equitativo, inteligente, humilde y digno; en él se amalgamaban el sacerdote, el sábio y el hombre. Hasta en la opinión política, que acabamos de reprocharle y que juzgamos con severidad, era tolerante; más tal vez que nosotros que le hemos censurado.

El portero de la Casa de la Ciudad fué colocado en Digne por el emperador: era un viejo sargento de la antigua guardia, legionario de Austerlitz y más bonapartista que el águila. Soltaba á cada instante y sin reflexionar frases que las leyes de entonces calificaban de *dichos sediciosos*. Desde que el contorno imperial desapareció de la Legion de Honor, nunca ya se vestia *con arreglo á ordenanza*, para no verse obligado á ponerse la cruz. Quitó por devocion la efigie imperial de la cruz que Napoleon le concediera, que causó un agujero en la condecoracion, y ya no quiso poner nada en aquel sitio. *Antes morir*, decia, *que llevar los tres sapos sobre mi corazon.* Burlábase en voz alta de Luis XVIII, y exclamaba: *¡Viejo gotoso, con calzones de inglés; que se vaya á Prusia con su escorzonera!* y se consideraba feliz reuniendo las dos cosas que más detestaba: la Prusia y la Inglaterra. Pero tanto chismeó, que al fin perdió el empleo, quedando sin pan y con mujer é hijos. El obispo le llamó, le riñó con dulzura y le nombró portero de la Catedral.

A los nueve años de acciones loables y santas consiguió monseñor Bienvenido que toda la ciudad de Digne sintiese por él cariñosa veneracion; hasta le dispensaron la conducta que observó con Napoleon, y tácitamente se la perdonó el pueblo; el pueblo, rebaño débil que adoraba á su emperador, pero que amaba á su obispo.

## XII.

### Soledad de monseñor Bienvenido.

Hay casi siempre alrededor de los obispos una turba de cleriguillos, como alrededor de los generales un enjambre de oficiales. A aquellos les llama el bueno y sencillo San Francisco de Sales, no sé dónde, "curas boquirrubios„. Todas las carreras tienen sus aspirantes, que forman el séquito de los que han llegado al término. No hay poder que no tenga su comitiva, ni fortuna que no tenga su corte. Los que desean crearse un porvenir hormiguean alrededor del presente espléndido. Toda metrópoli tiene su Estado Mayor. El obispo, por poco influyente que sea, tiene cerca de él una nube de querubines seminaristas, que hacen la ronda y conservan el órden en el palacio episcopal. Agradar á un obispo es poner un pié en el estribo para un subdiaconato. Es necesario hacer carrera, que el apostolado no desdeña las canongías.

Así como en otras carreras hay cargos pingües, en la Iglesia hay mitras productivas que las desempeñan los obispos que gozan de favor en la córte, los ricos, los hábiles, los que saben orar, pero tambien solicitar. ¡Feliz el que se aproxima á ellos! Como son personajes de crédito, hacen llover sobre sus servidores solícitos y sobre sus favoritos los buenos curatos, las prebendas, los arcedianatos, las capellanías y las canongías, para esperar así cómodamente que les lleguen las dignidades episcopales. Cuando aquellos avanzan hacen progresar á sus satélites, y constituyen todo un sistema solar en marcha. Sus rayos enrojecen á su acompañamiento. Su prosperidad se distribuye entre sus paniaguados en buenas proporciones y buenos ascensos. Cuanto mayor es la diócesis del patrono, mayor es el curato del favorito. En último término está Roma. El obispo que sabe llegar á arzobispo, el arzobispo que sabe llegar á cardenal, os lleva como conclavista, entrais en el tribunal de la Rota, disponeis de pálio, llegais á auditor, á camarero, á monseñor: desde Grandeza á Eminencia no hay más que un paso, y desde Eminencia á Santidad solo media el humo de un escrutinio. Todo

solideo puede soñar con la tiara. El sacerdote es en nuestros dias el único hombre que puede regularmente llegar á ser rey, ¡y qué rey! en rey supremo. Por eso es un semillero de aspirantes el Seminario, y muchos infantillos y muchos presbíteros jóvenes llevan en la cabeza el cántaro de la lechera de la fábula, y se equivocan de buena fé, tomando por vocacion su ambicion oculta.

El humilde, pobre y particular monseñor Bienvenido no era contado entre las grandes mitras, y por eso era visible la ausencia de clérigos jóvenes á su alrededor. Ya vimos que en Paris disgustó. Ni un solo porvenir se apoyaba en el solitario anciano, ni una sola ambicion en flor cometia la locura de cobijarse á su sombra. Sus canónigos y sus curas párrocos eran viejos bonachones, tan plebeyos como él y como él encerrados en aquella diócesis, sin salida para el cardenalato.

Comprendian muy bien la imposibilidad de medrar al lado de monseñor Bienvenido, y los jóvenes, que apenas salian del Seminario tonsurados y ordenados por él buscaban recomendaciones para los obispos de Aix ó de Auch, se alejaban de allí en seguida, porque todo el mundo, al fin y al cabo, desea hacer carrera. La vecindad de un santo entregado á la abnegacion es peligrosa y puede comunicar, por medio del contagio, la pobreza incurable, la anquilosis de las articulaciones útiles para avanzar y la renuncia á la ambicion, y todo el mundo huye de una virtud sarnosa. Por eso estaba tan aislado monseñor Bienvenido. Vivimos en una sociedad sombría. Medrar es la enseñanza que, gota á gota, cae de la corrupcion á plomo sobre nosotros.

Dicho sea de paso, la fortuna es una cosa repugnante. Su falsa semejanza con el mérito engaña á los hombres. Para la multitud la fortuna tiene casi el mismo rostro que la superioridad. La suerte, gemelo falso del talento, tiene una víctima á la que engaña, y es la historia. Solo Juvenal y Tácito murmuran de aquella. En nuestros dias ha entrado de criada en casa de la suerte una filosofía casi oficial, que lleva la librea de su ama y hace de lacayo en la antesala. Medrad, esta es la teoría. Prosperidad supone capacidad. Ganad el premio gordo de la lotería y sois un hombre hábil. La sociedad actual venera al que medra. Naced con zurron: todo consiste en eso. Aprovechad la ocasion de medrar y tendreis todo lo demás: sed afortunado y os creerán grande.

Si apartamos de la regla general á cinco ó seis escepciones inmensas, que son el orgullo y la luz de un siglo, la admiracion contemporánea no es más que miopía: toma por oro al doublé. Ser advenedizo no importa, con tal de ser afortunado. El vulgo es un viejo Narciso que se adora á sí mismo, aplaudiendo todo lo vulgar. La facultad extraordinaria por la que el hombre llega á ser Moisés, Esquilo, Dante, Miguel Angel ó Napoleon, la concede la multitud por unanimidad y por aclamacion á todo el que logra su objeto, cualquiera que éste sea.

La sociedad dice que tiene génio el notario que se transforma en diputado, el falso Corneille que escribe *Tiridates*, el eunuco que llega á poseer un serrallo, el militar adocenado que gana por chiripa la batalla decisiva de una época, el boticario que inventa suelas de carton para un ejército expedicionario, y con el carton vendido por cuero se forma una renta de cuatrocientos mil francos; el mozo de esquina que se dedica á la usura y la hace producir siete ú ocho millones, el predicador que llega á obispo por su oratoria gerundiana, el mayordomo de un opulento que se ha enriquecido y que al dejar el servicio le nombran ministro de Hacienda; á todo eso llama la multitud Génio, como llama Belleza á la figura de Mousqueton y Majestad á la tiesura de Claudio. Confunde con las constelaciones del firmamento las huellas estrelladas que dejan en el cieno blando del lodazal las patas de los gansos.

## XIII.

### Lo que el obispo creia.

Bajo el punto de vista de la ortodoxia no debemos sondear al obispo de Digne. Alma como la suya solo debe inspirar respeto. La conciencia del justo debe creerse bajo su palabra. Además, comprendiendo ciertas naturalezas, admitimos en ellas el desarrollo posible de todas las bellezas de la virtud humana en una creencia diversa de la nuestra.

¿Qué pensaba sobre este dogma ó sobre aquel misterio? Solo la tumba conoce estos secretos del foro interno, y en ella las almas entran desnudas. De lo que estamos seguros es de que nunca resolvia las dificultades de la fé por medio de

la hipocresía. En el diamante no cabe podredumbre. Creia todo lo que podia. *Credo in Patrem*, exclamaba con frecuencia, sacando además de las buenas obras la suma de satisfacciones que basta á la conciencia y que os dice en voz baja: ¡Tú estás con Dios!

Lo que debemos notar es que, fuera y, por decirlo así, más allá de su fé, sentia un exceso de amor. Por eso, *quia multum amavid*, le juzgaban vulnerable los "hombres sérios„, "las personas graves„ y la "gente sensata„, segun las locuciones favoritas de nuestro frívolo mundo, en el que el egoismo recibe el santo y seña del pedantismo.

Qué era, pues, su exceso de amor? La benevolencia tranquila y serena que, rebasando de los séres humanos, se extendia hasta á los objetos. Vivia sin desdeñar nada y era indulgente para todo lo creado. El hombre más excelente retiene dentro de sí cierta dureza irreflexiva que reserva siempre para los animales. El obispo de Digne carecia de esa dureza peculiar á muchos sacerdotes. No llegaba hasta la veneracion del brahman á los séres vivientes, pero parecia haber meditado esta frase del Eclesiastes: "¿Sabes á dónde vá el alma de los animales?„ La fealdad del aspecto, la deformidad del instinto, ni le turbaban ni le indignaban; al contrario, casi le conmovian y le extremecian. Parecia que quisiese investigar, más allá de la vida aparente, la causa, la explicacion ó la escusa de aquellas deformidades. En ciertos momentos parecia que pedia á Dios conmutaciones. Examinaba sin cólera y con la mirada del lingüista que descifra un palimpsesto la cantidad de caos que existe todavía en la naturaleza. Durante estas meditaciones dejaba á veces escapar palabras extrañas. Una mañana que se creia estar solo en el jardin, y en que su hermana caminaba detrás de él, sin que él la viese, paróse de pronto y miró en el suelo algo que se movia; era una araña gorda, negra y velluda. Su hermana oyó que le decia:

—Pobre animal! no tiene él la culpa.

¿Por qué no hemos de referir esas niñerías casi divinas de la bondad? Serán puerilidades, en buen hora; pero esas fueron las puerilidades sublimes de San Francisco de Asís y de Marco Aurelio.

Un dia monseñor se torció un pié por no querer aplastar una hormiga.

Así era ese hombre justo.

Si hemos de creer esos relatos que se hacian de su juventud y hasta de su edad viril, monseñor Bienvenido fué en otros tiempos hombre apasionado y casi violento. Su mansedumbre universal, más que instinto natural, era el resultado de una gran conviccion filtrada en su corazon al través de la vida, y que cayó lentamente sobre él pensamiento á pensamiento; porque en un carácter de roca puede haber agujeros causados por gotas de agua, y semejantes cavidades son indelebles; estas formaciones son indestructibles.

En 1815 tenia setenta y cinco años y no aparentaba tener más de sesenta. No era alto, estaba algo obeso, y para combatir la corpulencia daba largos paseos; su paso era firme, aunque su cuerpo se encorvaba un poco, detalle del que nada pretendemos deducir. Gregorio XVI, á los ochenta años se mantenia derecho y se sonreia, lo que no le impidió ser un mal obispo. Monseñor Bienvenido tenia hermosa cabeza, pero era tan amable que hacia olvidar su hermosura.

Cuando conversaba con la alegría infantil, que constituia una de sus gracias, causaba cierto placer estar á su lado, pues parecia que de todo su sér brotaba la alegría. Su cutis rosado y fresco, sus dientes blanquísimos y bien conservados, le daban el aspecto franco y abierto que nos hace decir de un hombre: "Es una buena persona„, y de un anciano: "Es un anciano bonachon„. Este fué el efecto que á Napoleon le produjo. El efecto que producia á primera vista era ese; pero para el que permanecia algunas horas á su lado, por poco rato que le viese pensativo, el buen hombre se transfiguraba poco á poco y adquiria un no sé qué de imponente; su frente espaciosa, serena y augusta, adquiria majestad en la meditacion; de su bondad perenne se desprendia la majestad, sin que la bondad dejase de irradiar en él, y hacia experimentar algo parecido á la emocion que causaria ver á un ángel sonriéndose y abrir lentamente las alas sin dejar de sonreir. Respeto inexplicable penetraba gradualmente y llegaba hasta el corazon del que pasaba largo tiempo á su lado, al comprender que estaba ante una de esas almas fuertes, experimentadas é indulgentes, en las que el pensamiento es tan grande que no puede dejar de ser tierno.

Como acabamos de ver, llenaban casi por completo los dias de su vida la oracion, la celebracion de los oficios religiosos, el cultivo de un rincon de tierra, la fraternidad, la frugalidad, la hospitali-

dad, el desprendimiento, la confianza, el estudio y el trabajo. *Llenar* es precisamente la palabra propia para expresar nuestra idea, pues todos los dias del buen obispo estaban llenos de buenos pensamientos y buenas palabras y obras.

Parecia que era para él una especie de rito prepararse para dormir, meditando ante los grandes espectáculos que ofrece el cielo por la noche, y por eso paseaba una ó dos horas por el jardin antes de acostarse. A veces, á hora bastante avanzada de la noche, si las dos mujeres no dormian, paseaba por las calles de su huerto. Allí, solo consigo mismo y recogido, comparaba la serenidad de su corazon con la serenidad de lo etéreo, y le conmovian en las tinieblas los resplandores visibles de las constelaciones y los invisibles de Dios, abriendo su alma á los pensamientos que caen de lo desconocido.

En aquellos momentos ofrecia su corazon á la hora en que las flores nocturnas ofrecen sus perfumes, encendido como una lámpara en la noche estrellada, difundiéndose en éxtasis entre la irradiacion universal de la creacion. No hubiera podido decir él mismo lo que pasaba en su espíritu; sentia algo que se lanzaba fuera de él y algo tambien que descendia sobre él. ¡Misteriosos cámbios entre los abismos del alma y los abismos del universo!

Pensaba en la grandeza y en la presencia de Dios, en el extraño misterio de la eternidad futura y en la eternidad pasada, misterio más extraño todavía; en todos los infinitos que á su vista se perdian en todas direcciones, y sin tratar de comprender lo incomprensible, lo contemplaba. No estudiaba á Dios, pero se deslumbraba contemplando sus obras. Consideraba los magníficos enlaces de unos átomos con otros que dan aspecto á la materia, revelan las fuerzas, evidenciándolas, que crean los indivíduos en la unidad, las proporciones en la extension, lo innumerable con lo infinito, y que por medio de la luz producen la belleza. Estos enlaces, que se anudan y desanudan sin cesar, causan la vida y la muerte.

Sentábase el obispo en un banco de madera pegado á una parra decrépita y miraba los astros al trevés de las siluetas descarnadas y raquíticas de sus árboles frutales. Profesaba gran cariño á aquel pequeño huerto, pobremente plantado y lleno de cobertizos y de casuchas. Aquel estrecho cercado que tenia por bóveda los cielos, ¿no era suficiente para adorar á Dios en sus obras más hermosas y sublimes? ¿qué más podia desear el humilde sacerdote? Un pequeño jardin para pasear y la extension inmensa para meditar; á sus piés lo que puede cultivarse y recogerse; sobre su cabeza lo que se puede estudiar y meditar: algunas flores en la tierra y muchas estrellas en el cielo.

## XIV.

### Lo que el obispo pensaba.

Como la clase de detalles que acabamos de dar, particularmente en el capítulo anterior, podrian hacer aparecer al obispo de Digne panteista y dar á entender, en favor ó en contra suya, que profesaba una de esas filosofías personales propias de nuestro siglo, que germinan algunas veces en los espíritus solitarios, arraigan, se desarrollan y crecen hasta reemplazar en ellos á la religion, debemos decir, é insistimos en esto, que ninguno que trató á monseñor Bienvenido se creyó autorizado para pensar nada semejante de él. El corazon era el que iluminaba á aquel hombre; de esta luz era hija su sabiduría.

No profesar ningun sistema y practicar muchas obras era su regla de conducta. Las especulaciones abstractas acaban por producir vértigos, y nada indica que aventurase su espíritu en los apocalipsis. El apóstol puede ser audaz, pero el obispo debe ser tímido. Probablemente hubiera tenido escrúpulo de sondear demasiado el fondo de ciertos problemas, reservados en cierto modo para los grandes y atrevidos pensadores. Producen horror sagrado los pórticos del enigma; sus huecos sombríos están abiertos, pero parece que se oye bajo de ellos una voz que grita: "Pasajeros de la vida, no entreis aquí. ¡Desgracido del que aquí penetre.„

Los génios, en las profundidades desconocidas de la abstraccion y de la especulacion pura, situados, por decirlo así, por encima de los dogmas, proponen sus ideas á Dios. Su plegaria ofrece audazmente la discusion, su adoracion interroga. Esta es la religion directa, llena de ansiedad y de responsabilidad para el que trata de subir por sus escabrosidades.

La meditacion humana no tiene límites. A su costa y riesgo analiza y profundiza su propio deslumbramiento, y

pudiera casi decirse que por una especie de reaccion espléndida deslumbra á la naturaleza; el misterioso mundo que nos rodea devuelve lo que recibe, y es probable que los contempladores sean contemplados. Sea de esto lo que quiera, hay hombres en el mundo que perciben distintamente en el fondo de los horizontes de la meditacion las alturas de lo absoluto, y que tienen la vision terrible de la montaña infinita. Monseñor Bienvenido no era de esos hombres; monseñor Bienvenido no era un génio. Le habrian asustado esas altas sublimidades, desde las que algunos hombres grandes, como Swedenborg y Pascal, se deslizaron hasta la demencia. Ciertamente esos poderosos delirios prestan su utilidad moral, y por esos caminos árduos nos aproximamos á la perfeccion ideal. El obispo de Digne caminaba por el sendero que abrevía el trayecto; por el Evangelio.

No pretendia que su casulla formase los pliegues del manto de Elías; no proyectaba ningun rayo del porvenir sobre la marcha tenebrosa de los sucesos; no trataba de condensar en llama la luz de las cosas; nada tenia de profeta ni de mago. Era una alma humilde que amaba y nada más.

Es probable que dilatase su oracion hasta convertirla en aspiracion sobrehumana, pero en orar no hay nunca exceso, ni en amar tampoco, porque si lo fuese el rezar mucho más de lo que marcan los textos, Santa Teresa y San Gerónimo serian herejes.

Inclinábase siempre ante los que gimen y ante los que expían. El universo era á sus ojos como una inmensa enfermedad; sentia en todas partes la calentura, auscultaba en todas partes el padecimiento, y sin tratar de adivinar el enigma, procuraba curar la llaga. El imponente espectáculo de las cosas creadas desarrollaba en él el enternecimiento, y solo se ocupaba en buscar para sí y para los demás el mejor modo de compadecer y de aliviar; cuanto existe, para aquel excelente eclesiástico era objeto permanente de tristeza, que procuraba consolar.

Hay hombres que trabajan para extraer el oro; él trabajaba para extraer la piedad, y la miseria universal era su mina. El dolor difundido por todas partes le daba ocasion siempre para ejercitar la bondad. *Amaos los unos á los otros*; en esta máxima se encerraba toda su doctrina. En una ocasion aquel senador, que ya describimos y que se creia "filósofo„, dijo al obispo:

—Ya veis el espectáculo que ofrece el mundo: el de la guerra de todos contra todos; el más fuerte es el que tiene más talento. Vuestra máxima de *Amaos los unos á los otros* es una tontería.

—Pues bien, le respondió monseñor Bienvenido, si es una tontería, el alma debe encerrarse en ella como la perla dentro de la concha.

Así lo hacia, en efecto, el digno sacerdote, sin ocuparse nunca de las cuestiones religiosas que atraen y asustan con las perspectivas insondables de la abstraccion, con los precipicios de la metafísica, con las profundidades, convergentes para el apóstol hácia Dios y para el ateo hácia la nada. No se ocupaba del destino, de la guerra del sér contra el sér, de la transformacion por medio de la muerte, de la recapitulacion de existencias que contiene la tumba, del alma, de la naturaleza, de la libertad, ni de la necesidad, ni de ninguno de esos problemas pavorosos, de esos precipicios siniestros á los que se asoman los gigantescos arcángeles del espíritu humano, formidables abismos que Manú, Lucrecio, San Pablo y Dante contemplan con los ojos fulgurantes, que, mirando fijamente al infinito, parece que hagan brotar en él las estrellas.

Monseñor Bienvenido era sencillamente el hombre que vé desde fuera las cuestiones misteriosas, sin escrutarlas, sin agitarlas, sin que lleguen á perturbar su propio espíritu: sentia en su alma respeto grave á los misterios.

# LIBRO SEGUNDO.

## La caida.

### I.

#### La noche de un dia de marcha.

En los primeros dias del mes de Octubre de 1815, una hora antes de ponerse el sol, un hombre que viajaba á pié entró en la ciudad de Digne.

Los pocos habitantes que estaban asomados á las ventanas, ó en el umbral de sus puertas, observaban con inquietud á dicho viajero. Difícil era ver un transeunte de aspecto más miserable. Era un hombre de mediana estatura, rechoncho y robusto, que podia contar de cuarenta

y seis á cuarenta y ocho años. Un casquete con visera de cuero, calado hasta los ojos, ocultaba en parte su faz, tostada por el sol y por el aire y llena de sudor. Llevaba camisa de lienzo grueso y amarillento, abrochada por el cuello con una pequeña áncora de plata, y dejaba entrever su pecho velludo: en su cuello una corbata se retorcia como una cuerda: gastaba pantalon de cutí azul, viejo y raido, blanco en una rodilla y agujereado en la otra; blusa gris haraposa, remendada por un codo con un pedazo de paño verde, cosido con bramante; cargaba las espaldas con una mochila de soldado, repleta, cerrada y nueva; se apoyaba en enorme y nudoso baston; los piés, sin medias, los calzaban gruesos zapatos claveteados, y llevaba el pelo cortado á cercen y las barbas largas. El sudor, el calor, el viaje á pié y el polvo del camino aumentaban el aspecto sórdido de aquel conjunto destrozado. El pelo, aunque cortado al rape, como acabamos de decir, le habia crecido un poco y se le erizaba, denotando que no habia sido cortado hacia algun tiempo.

Nadie le conocia. Evidentemente era forastero. De dónde venia? Del Mediodía; acaso de la orilla del mar, porque entraba en Digne por la misma calle que siete meses antes habia pasado Napoleon, yendo de Cannes á Paris. Aquel hombre debia haber andado toda la jornada, porque estaba muy fatigado. Algunas mujeres del barrio viejo, que está en el descenso de la ciudad, le habian visto pararse bajo los árboles de la alameda Gassendi, y doscientos pasos más lejos beber en la fuente de la plaza del Mercado.

Cuando llegó á la esquina de la calle Poichevert, torció por la izquierda y se dirigió á la Casa Municipal: entró en ésta y volvió á salir poco tiempo despues. Habia un gendarme sentado á la puerta, en el mismo banco de piedra en el que el general Drouot subió el 4 de Marzo para leer á los habitantes de la ciudad de Digne la proclamacion del golfo Juan; el hombre se quitó el casquete y saludó al gendarme. Este, sin contestar al saludo, le miró atentamente, le siguió algun tiempo con la vista y luego entró en la Casa del Ayuntamiento.

Entonces habia en Digne una buena posada que se llamaba la *Cruz de Colbas*. Su dueño era Joaquin Labarre, que estaba muy considerado en la ciudad por su parentesco con otro Labarre, que era el amo de la posada de Grenoble conocida por los *Tres Delfines*. Referíase que el general Bertrand, disfrazado de carretero, hizo allí frecuentes paradas durante el mes de Febrero, y que distribuyó cruces y muchos napoleones entre la gente de la ciudad y la del campo. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el emperador, cuando entró en Grenoble, no quiso hospedarse en el palacio de la Prefectura y dió las gracias al alcalde, diciéndole: *Voy á casa de un hombre que conozco*, y se fué á los *Tres Delfines*. La gloria de Labarre, dueño de la susodicha posada, se reflejaba á veinticinco leguas de distancia sobre el Labarre de la *Cruz de Colbas*. En la ciudad decian que era *primo del de Grenoble*.

El desconocido se dirigió hácia aquella posada, que era la mejor de la ciudad, y entró en la cocina, á la que se pasaba directamente desde la calle. Estaban encendidos todos los hornillos y ardia gran fuego en la chimenea. El posadero, que era tambien el jefe de la cocina, iba desde el hogar á las cacerolas, muy ocupado en vigilar una excelente comida destinada á unos carreteros, á los que se oia hablar y reir ruidosamente en una pieza inmediata. Los que han viajado por Francia saben que nadie se dá mejor trato en las posadas que los trajineros. Una liebre gruesa, flanqueada por dos perdices y dos gallinas, daba vueltas en un largo asador encima del fuego, y en los hornillos se cocian dos grandes carpas del lago de Lauzet y una trucha del lago de Alloz.

El posadero, al oir que la puerta se abria y que álguien entraba, preguntó, sin apartar la vista de los hornillos:

—Qué es lo que quereis?

—Comer y acostarme, contestó el desconocido.

—Nada más fácil, repuso el dueño de la posada, que volvió la cabeza, y examinando rápidamente al viajero, añadió:—Pagando.

El hombre sacó una bolsa de cuero del bolsillo de su blusa y dijo:

—Tengo dinero.

—En ese caso al momento soy con vos.

El hombre volvió á meter la bolsa en la blusa, se quitó el morral, lo dejó en tierra, cerca de la puerta, conservó el baston en la mano y fué á sentarse cerca del fuego. La poblacion de Digne está en la montaña, y las noches de Octubre son allí ya muy frias.

Entre tanto el posadero, que iba de

una parte á otra, no hacia más que examinar al viajero.

—Podré comer pronto?

—Al momento.

Mientras el recien venido se calentaba de espaldas al posadero, éste sacó un lápiz del bolsillo, rasgó un pedazo de un periódico que colgaba de una mesa pequeña, cerca de la ventana; escribió en el márgen blanco una ó dos líneas, lo dobló sin cerrarlo y lo entregó á un muchacho que le servia de pinche y de criado á la vez. Despues dijo una palabra al oido del chico, y éste se marchó corriendo en direccion á la Casa del Ayuntamiento.

El viajero nada de esto vió. Volvió á preguntar:

—Comeré pronto?

—En seguida, le contestó Labarre.

Volvió el muchacho, que vino trayendo otro papel. El posadero lo desdobló con la prisa del que está esperando una contestacion. Lo leyó atentamente, despues movió la cabeza y se quedó pensativo un instante. Por fin se acercó al viajero, que parecia embebido en reflexiones poco gratas.

—Buen hombre, le dijo, no puedo recibiros en la posada.

El hombre se incorporó en su asiento.

—Desconfiais de que os pague? ¿Quereis recibir el dinero adelantado? Ya os dije que tengo para pagar.

—No es eso.

—Pues, por qué?

—Vos teneis dinero, pero...

—Pero qué?...

—Yo no tengo cuarto para vos.

—Dejadme un sitio en la cuadra, contestó el viajero tranquilamente.

—No puedo.

—Por qué?

—Porque la ocupan por entero los caballos.

—Pues bien, me contentaré con un rincon en el granero: no faltará un poco de paja. Eso ya lo arreglaremos en cuanto coma.

—Es que no puedo daros de comer.

Esta declaracion, dicha en tono mesurado, pero firme, pareció grave al forastero. Se puso en pié y dijo:

—Estoy muerto de hambre, he andado doce leguas desde que salió el sol, pago y quiero comer.

—Pues no tengo que daros, insistió en decirle Labarre.

El hombre soltó la carcajada, y volviéndose hácia el hogar y hácia los hornillos, señalándoselos, le preguntó:

—No teneis que darme? y todo eso?

—Ya está comprometido.

—Para quién?

—Para unos trajineros que están dentro.

—Cuántos son?

—Doce.

—Pues ahí hay comida para veinte.

—Han encargado todo eso, y además me pagaron adelantado.

El hombre volvió á sentarse y dijo, sin levantar la voz:

—Estoy en una posada, tengo hambre y me quedo.

El posadero se inclinó entonces hácia él y le dijo al oido, con un acento que le hizo extremecer:

—Marchaos!

El viajero estaba encorvado en aquel momento, empujando algunas brasas hácia el hogar con la contera de su garrote; volvióse con rapidez, y al abrir la boca para replicar, el posadero le miró con fijeza y le dijo, siempre en voz baja:

—Basta ya de conversacion. ¿Quereis que os diga vuestro nombre? Os llamais Juan Valjean. Ahora, ¿quereis que os diga lo que sois? Al veros entrar me parecísteis sospechoso; envié á preguntar al Ayuntamiento, y ved lo que me han contestado. Sabeis leer?

Diciendo lo anterior, presentaba Labarre al viajero, desdoblado, el papel que acababa de recibir. El hombre pasó la vista por él. El posadero añadió, despues de una pausa:

—Me gusta ser cortés con todo el mundo. Marchaos.

El hombre bajó la cabeza, recogió el morral y se marchó.

Se internó por la calle principal y empezó á andar á la ventura, casi pegado á las paredes de las casas, como hombre triste y humillado. No volvió la cabeza ni una sola vez; si la hubiera vuelto habria visto al posadero de la *Cruz de Colbas* en el umbral de su casa, rodeado de todos los huéspedes de su posada y de todos los transeuntes de la calle, hablando con viveza y señalándole con el dedo; y por las miradas de desconfianza y de terror de aquel grupo hubiera comprendido que dentro de pocos instantes su llegada seria el acontecimiento de aquel dia en la ciudad.

Pero no vió nada de todo eso. Los hombres agobiados por algun pesar no miran hácia atrás, porque demasiado saben que les persigue la mala suerte.

El desconocido caminó algun tiempo andando á la ventura por calles que no

conocia, olvidándose de su cansancio. De pronto le aguijoneó el hambre. Era ya casi de noche. Miró á su alrededor por ver si descubria algun albergue.

Perdida la esperanza de albergarse en la posada mejor, buscó otra hostería más humilde ó algun pobre figon. En aquel momento encendian un farol al extremo de una calle y vió que una rama de pino se destacaba sobre el cielo blanquecino del crepúsculo, y se dirigió hácia allí. Era, en efecto, un figon, el de la calle de Chaffant.

El viajero se paró un instante y miró por los cristales el interior de la sala baja del figon, que alumbraba una pequeña lámpara colocada sobre una mesa y el fuego que ardia en la chimenea. Algunos hombres estaban allí bebiendo. El tabernero se calentaba á la lumbre. Las llamas hacian gruñir á una marmita de hierro, pendiente de un gancho.

Entrábase al figon, que era una especie de posada tambien, por dos puertas. La una daba á la calle y la otra á un pequeño corral, lleno de estiércol. El viajero no se atrevió á entrar por la puerta que daba á la calle. Entró en el corral, se paró otra vez, luego levantó tímidamente el picaporte y empujó la puerta.

—Quién vá? preguntó el hostelero.

—Un hombre que quiere cenar y dormir.

—Las dos cosas pueden hacerse aquí.

El viajero entró. Todos los que estaban en el figon se volvieron á mirarle. La luz de la lámpara le iluminaba por una parte y por la otra la luz del fuego. Los concurrentes le examinaban mientras se despojaba del morral.

—Aquí teneis fuego y la cena cuece en la marmita; venid á calentaros, le dijo el posadero.

El desconocido se sentó cerca del hogar y extendió hácia el fuego los piés, doloridos de fatiga. La parte de cara que permitia ver su casquete calado adquirió la vaga apariencia de bienestar, mezclada al aspecto doloroso que dá el hábito del sufrimiento. Su semblante era firme, enérgico y triste; su fisonomía extraña empezaba por parecer humilde y concluia por parecer severa. Brillábanle los ojos bajo las espesas cejas como el fuego bajo la maleza.

Uno de los que estaban bebiendo en la mesa del figon era un pescadero, que antes de llegar allí habia dejado el caballo en la posada de Labarre. La casualidad hizo que aquella misma mañana encontrase á aquel viajero de mal aspecto entre Bras d' Asse y... (he olvidado el nombre, creo que debe ser Escoublon). Al encontrarle, estaba éste tan fatigado, que le pidió por favor que le permitiese montar á la grupa, y el pescadero, en vez de contestarle, hizo doblar el paso á su cabalgadura. Este pescadero formaba media hora antes parte del grupo que rodeaba á Joaquin Labarre, y contó su desagradable encuentro de aquella mañana á los huéspedes de la *Cruz de Colbas*: Desde el sitio donde estaba sentado hizo al bodegonero una seña imperceptible; éste se le acercó y en voz baja cambiaron algunas palabras. El viajero estaba ensimismado en sus meditaciones.

El bodegonero se acercó á la chimenea, dejó caer bruscamente la mano sobre el hombro del viajero y le dijo:

—Vas á largarte de aquí.

El forastero volvió la cabeza y respondió:

—Ah, sabeis!...

—Sí.

—Me han despedido de la otra posada.

—Y yo te echo de ésta.

—Pero dónde he de ir?

—A cualquier parte.

El viajero tomó el garrote y el morral y se marchó. Al salir, algunos muchachos que le habian seguido desde la *Cruz de Colbas*, y que le esperaban á la puerta del figon, le tiraron piedras. Volvió atrás colérico y los amenazó con el garrote; los chiquillos se dispersaron como una bandada de pájaros.

Pasó por delante de la cárcel. A la puerta colgaba una cadenilla de hierro que comunicaba con una campana. Llamó. Abrióse un ventanillo.

—¿El señor alcaide tendria la bondad de abrirme y de albergarme por esta noche? dijo el viajero, quitándose respetuosamente el casquete.

—La cárcel no es posada. Haced que os prendan y de ese modo os abriré.

Volvióse á cerrar el ventanillo.

Entró en una callejuela á la que daban muchos jardines; algunos solo estaban cerrados por una pequeña empalizada. Entre los jardines y las empalizadas vió una casita de un solo piso, en cuya ventana habia una luz. Miró al través de sus cristales, como hizo en el figon, y vió un aposento grande blanqueado de cal, con una cama con colcha de indiana, una cuna en un ángulo, algunas sillas de madera y una escopeta

de dos cañones colgada de la pared. En medio del aposento habia una mesa dispuesta para comer. Un velon de cobre alumbraba el grueso mantel de hilo blanco, un vaso de estaño reluciente lleno de vino y una sopera oscura y humeante. Estaba sentado junto á la mesa un hombre de cuarenta años al parecer, de fisonomía alegre y franca, que hacia brincar á un niño sobre sus rodillas. A su lado, una mujer jóven daba el pecho á otro niño de pocos meses. El padre y el niño, que saltaba, reian, y la mujer se sonreia mirando al que tenia en brazos.

El forastero quedó un momento pensativo ante aquel espectáculo tierno y tranquilo. Qué es lo que pensaba? él solo podria decirlo. Quizás pensara que aquella casa tan alegre debiera ser hospitalaria y que su felicidad seria compasiva.

Golpeó con suavidad en la vidriera y no le oyeron.

Dió otro golpe ya no tan suave. Oyó entonces que la mujer decia al marido:

—Me parece que llaman.

—No, respondió el hombre.

El viajero dió un tercer golpe con más fuerza.

El marido se levantó, tomó el velon y abrió la puerta.

Era aquel hombre de alta estatura, medio campesino y medio artesano; llevaba gran delantal de cuero, que le subia hasta el hombro izquierdo, en el que formaban un bulto un martillo, un pañuelo rojo, una caja de rapé y otros objetos que la cintura retenia. Inclinaba la cabeza hácia atrás, y la camisa abierta con el cuello vuelto dejaba desnudo el suyo, que era blanco y grueso como el de un toro. Sus cejas eran espesas, sus enormes patillas negras, sus ojos relucian y la parte inferior de su rostro era semejante al de un perro de presa.

—Perdonadme que me haya atrevido á llamar aquí. ¿Podríais facilitarme, pagándolo, un plato de sopa y un rincon para dormir en el cobertizo del jardin?

—Quién sois? preguntó el dueño de la casa.

—Vengo de Puy-Moisson. He caminado todo el dia, he andado doce leguas. ¿Podeis proporcionarme lo que, pagando, os pido?

—No rehusaria proporcionar albergue al que lo pagase bien; pero, ¿por qué no vais á la posada?

—No habia ya sitio en ella.

—Eso es imposible. Hoy no es dia de féria ni de mercado. ¿Habeis estado en casa de Labarre?

—Sí.

—Y qué?

—No sé por qué no han querido recibirme, contestó turbado el viajero.

—¿Por qué no habeis ido al figon de la calle de Chaffant?

El embarazo del viajero crecia por instantes.

—Tampoco allí me han recibido.

La cara del artesano expresó entonces la desconfianza; examinó al viajero de cabeza á piés, y de pronto exclamó casi temblando:

—Ah!... sereis acaso...?

Dirigió otra mirada al forastero, dió tres pasos atrás, dejó en tierra el velon y descolgó la escopeta. Al oir *sereis acaso...* se levantó la mujer, cogió en brazos á los niños, se refugió con espanto detrás de su marido y murmuró en voz baja:—Tunante!

Esto sucedió en menos tiempo que hemos invertido en relatarlo. Despues de examinar al forastero como se examina á una víbora, el dueño de la casa se acercó á la puerta y le dijo con voz imperiosa:

—Vete.

—Por compasion, exclamó el viajero, dadme un vaso de agua.

—Un tiro te daré si no te vas.

Diciendo esto cerró la puerta con violencia y corrió por dentro los cerrojos. Luego cerró tambien las maderas de la ventana, y desde fuera se oyó el ruido de la barra de hierro que la cruzaba.

Continuaba anocheciendo y soplaba el viento frio de los Alpes. A la luz última del dia el forastero divisó, en uno de los jardines que costeaban la calle, una caseta ó choza, que le pareció construida con trozos de césped. Atravesó resueltamente la barrera de madera que cerraba el jardin y se encontró dentro de éste. Se acercó á la choza, que tenia por puerta una abertura estrecha y baja, y que se parecia á los cobertizos que los peones camineros levantan á la orilla de las carreteras. Pensó si seria, en efecto, alguna choza de peones camineros. Sentia frio y hambre; se habia ya resignado á sufrir el hambre, pero buscaba un refugio contra el frio. Esta clase de chozas ordinariamente no están habitadas de noche. Encorvóse cuanto pudo y se deslizó dentro de la caseta. Estaba caliente y halló allí una cama de paja bastante blanda. Quedóse tendido, sin poder hacer ningun movimiento; tal era su cansancio. Luego notó que el morral le incomodaba y que podria servirle

de almohada, y empezó á desatar una de sus correas. En aquel instante oyó un gruñido; alzó la vista y vió que por la abertura de la choza asomaba la cabeza de un mastin enorme. Se habia acostado en una perrera.

El viajero era vigoroso y temible; se armó con el garrote, hizo del morral una especie de escudo y salió como pudo de la choza, no sin destrozarse más su ropa, ya destrozada. Salió tambien del jardin, pero andando hácia atrás, viéndose obligado, para mantener al perro á cierta distancia, á recurrir al manejo del garrote, que los maestros de esta clase de esgrima llaman el *molinete*.

Cuando el viajero trabajosamente volvió á pasar la barrera y se encontró otra vez en la calle, solo, sin poder comer ni abrigarse bajo techo, arrojado hasta de una miserable cama de paja, se dejó caer sobre una losa, exclamando:

—Soy menos que un perro!

Momentos despues se levantó y volvió á andar. Salió del poblado, esperando encontrar algun árbol ó algun monton de estiércol en el campo.

Caminó un rato con la cabeza inclinada al suelo; al verse fuera de la ciudad alzó los ojos y miró á su alrededor. Estaba en el campo, tenia ante sí una de esas colinas bajas cubiertas de rastrojo, que despues de la siega parecen cabezas esquiladas.

El horizonte estaba oscurísimo y lleno de nubes bajas, que parecia que se apoyaban en la misma colina y que subian á cubrir el cielo; pero como la luna iba á salir y flotaba todavía en el zenit un resto de claridad crepuscular, las nubes formaban en lo alto del cielo una especie de bóveda blanquecina, desde la que llegaba á la tierra cierta claridad. La tierra estaba, pues, más iluminada que el cielo, que es un efecto particularmente siniestro, y la colina, de pobres y mezquinos contornos, se dibujaba vaga y descolorida sobre el horizonte tenebroso. Ni en el campo ni en la colina habia más que un árbol disforme, cuyas ramas se retorcian gimiendo á pocos pasos del viajero. Este estaba lejos de poseer los hábitos delicados de la inteligencia y del espíritu que nos hacen sensibles ante el aspecto misterioso de las cosas; pero habia en aquel cielo, en aquella colina, en aquella llanura y en aquel árbol algo tan profundamente desconsolador, que, despues de un instante de inmovilidad y de meditacion, el viajero se volvió atrás bruscamente. Hay momentos en la vida en que parece que hasta la naturaleza se nos muestre hostil.

El viajero se volvió hácia la ciudad. Las puertas de Digne estaban ya cerradas. Digne, que sostuvo dos sitios durante las guerras de religion, estaba rodeada aun en 1815 de viejas murallas, flanqueadas por torres cuadradas, que más tarde han sido demolidas. Pasó por una brecha y entró en la ciudad.

Serian las ocho de la noche. Como desconocia las calles de la ciudad, volvió á andar sin saber por dónde. De este modo llegó á la Prefectura y luego al Seminario. Cuando pasó por la plaza de la Catedral, enseñó el puño á la iglesia en señal de amenaza.

Hay en un ángulo de la plaza una imprenta. En ella imprimieron por primera vez las proclamas del emperador y de la Guardia imperial al ejército, traidas de la isla de Elba y dictadas por el mismo Napoleon.

El viajero, estenuado de fatiga, se echó sobre el banco de piedra que habia á la puerta de la imprenta.

En aquel momento una anciana, que salia de la iglesia, vió á aquel hombre allí tendido.

—Qué haceis ahí? le preguntó.

—Estoy acostado, buena mujer, le contestó con voz colérica.

La *buena mujer*, digna por cierto de que la llamaran así, era la marquesa de R.

—¿Pero vais á pasar la noche en ese banco?

—Diez y nueve años he tenido un colchon de madera y hoy lo tengo de piedra.

—Habeis sido soldado?

—Sí, buena mujer, soldado.

—Por qué no vais á la posada?

—Porque no tengo dinero.

—Ay! contestó la marquesa de R.; no llevo en el bolsillo más que cuatro sueldos.

—Dádmelos, pues.

El viajero los tomó; la anciana continuó diciendo:

—Con tan corta cantidad no os albergareis en ninguna posada. Es imposible que paseis ahí la noche. Tendreis frio y hambre. Bien pudieran recibiros por caridad.

—He llamado á todas las puertas.

—Y qué?

—En todas partes me han arrojado á la calle.

La "buena mujer„ tocó al viajero en el hombro y le señaló á la otra parte de

la plaza una casa baja, al lado del palacio arzobispal.

—¿Decís que habeis llamado á todas las puertas?

—Sí.

—Habeis llamado á aquella?

—No.

—Pues llamad allí.

## II.

### La prudencia aconsejando á la sabiduría.

Aquella noche el obispo de Digne, despues de haber dado su paseo por la ciudad, se encerró en su cuarto hasta muy tarde. Se ocupaba de una obra sobre los *Deberes*, que, por desgracia, ha quedado incompleta. Entresacaba cuidadosamente todo lo que los doctores y padres de la Iglesia han dicho sobre esta grave materia. Dividia la obra en dos partes: en la primera trataba de los deberes de todos; en la segunda de los deberes de cada uno, segun la clase á que pertenezca. Los deberes de todos son los grandes deberes; hay cuatro, y San Mateo los indica: Deberes para con Dios (San Mateo, IV), deberes para consigo mismo (San Mateo, V, 29, 30); deberes para con el prógimo (San Mateo, VII, 12); deberes para con las criaturas (San Mateo, VI, 20, 25). En cuanto á los demás deberes, el obispo los encontró indicados y prescritos en otra parte: entre los soberanos y los súbditos, en la epístola á los Romanos; los de los magistrados, de las esposas, de las madres y de los mancebos, en San Pedro; de los maridos, de los padres, de los hijos y de los servidores, en la epístola á los Efesios; de las doncellas, en la epístola á los Coríntios; de los fieles, en la epístola á los Hebreos. Formaba de todas estas prescripciones un conjunto armonioso, que queria presentar como un cuerpo de doctrina.

A las ocho estaba aun escribiendo con bastante incomodidad en pequeñas cuartillas de papel, sosteniendo un libro grueso sobre las rodillas, cuando entró la señora Magloire, como de costumbre, á sacar los cubiertos de plata del cajon, que estaba inmediato á la cama.

Poco despues, conociendo el obispo que ya estaria la mesa dispuesta y que su hermana le esperaba quizás, cerró el libro y salió al comedor.

La señora Magloire acababa efectivamente de poner los cubiertos y entre tanto hablaba con la señorita Baptistina.

Encima de la mesa habia un quinqué; la mesa estaba cerca de la chimenea, en la que ardia buen fuego.

Fácil es formar idea de aquellas dos mujeres, que las dos pasaban de los sesenta años: la señora Magloire era pequeña, gruesa, vivaracha; la señorita Baptistina era afable, delgada, un poco más alta que su hermano, y vestia un traje de seda de color de ala de mosca, que estuvo muy en boga en 1806, que entonces compró en Paris y le duraba todavía; y usando de una de esas locuciones vulgares que expresan con una sola palabra una idea que á veces una página no bastaria para expresar, diremos que la señora Magloire tenia aire de *paleta* y la señorita Baptistina de *señora*.

El ama de gobierno de monseñor usaba cofia ó gorra blanca encañonada, gargantilla de oro al cuello (única alhaja de mujer que habia en la casa), camiseta muy blanca, que salia de un vestido de buriel negro, con mangas anchas y cortas; delantal de algodon á cuadros azules y verdes atado á la cintura, zapatos gruesos y medias amarillas, como las que usan las mujeres de Marsella.

El vestido de la señorita Baptistina estaba cortado con arreglo á la moda de 1806: talle corto, saya sin vuelo, mangas con hombreras y con botones. Ocultaba sus cabellos grises con una peluca de rizos, llamada de *niño*. La señora Magloire tenia aspecto inteligente, vivo y bonachon, los dos ángulos de la boca levantados con desigualdad, el labio superior más grueso que el inferior, lo que la daba un no sé qué de áspero é imperioso.

Mientras monseñor callaba, le hablaba resueltamente con una mezcla de respeto y de libertad; pero cuando hablaba monseñor, obedecia pasivamente como la señorita Baptistina. Esta rara vez decia algo, limitándose á complacer y á obedecer. Ni cuando jóven fué linda. Sus grandes ojos azules eran saltones y su nariz larga y remangada; sin embargo, su rostro y toda su persona respiraba inefable bondad, como ya tenemos dicho. Siempre fué predestinada á la mansedumbre; pero la fé, la caridad y la esperanza, estas tres virtudes que confortan al alma, elevaron poco á poco su mansedumbre hasta la santidad. La naturaleza hizo de ella una oveja, pero la religion la convirtió en ángel.

La señorita Baptistina ha referido des-

pues tantas veces lo que pasó en casa del obispo aquella noche, que muchas personas que viven aun recuerdan hasta los menores detalles.

En el momento en que monseñor salió al comedor, la señora Magloire estaba hablando con vivacidad. Conversaba con la señorita de un asunto que la era familiar y al que el obispo estaba ya acostumbrado. Se trataba del picaporte de la puerta de entrada. Parece que yendo á hacer algunas provisiones para la cena, la señorita Magloire habia oido referir ciertas cosas en diferentes sitios. Hablábase de un vagabundo recien llegado y sospechoso, que debia estar en alguna parte de la ciudad, y que podrian tener algun mal encuentro los que aquella noche se retirasen tarde á sus casas. Añadian que la policía estaba mal organizada por ciertas rivalidades que mediaban entre el maire y el prefecto, que trataban de perjudicarse mútuamente y que dejaban que se efectuasen sucesos que podrian evitar; que á las personas prudentes tocaba vigilar lo que la policía descuidaba; estar prevenidas, pasar los cerrojos, atrancar *y cerrar bien las puertas*.

La señora Magloire recalcó esta última frase; pero el obispo venia de su cuarto, que estaba bastante frio, se sentó ante la chimenea y se calentaba pensando en cosas muy diferentes: ni siquiera fijó la atencion en la frase de efecto que pronunció la señora Magloire, por lo que ésta la repitió: entonces la señorita Baptistina, queriendo satisfacer al ama de gobierno sin desagradar á su hermano, se atrevió á decir tímidamente:

—¿Oyes, hermano, lo que dice la señora Magloire?

—He oido vagamente algo, respondió el obispo.

Despues, medio volviéndose en la silla hácia la anciana, poniendo las manos sobre las rodillas y alzando el rostro cordial y francamente alegre, que iluminaba el resplandor del fuego, preguntó:

—Veamos: qué hay? qué sucede? ¿nos amenaza algun peligro?

Entonces la señora Magloire volvió á referir lo anterior, exagerándolo algo, aunque sin advertirlo.

Dijo que un buhonero, un desarrapado, una especie de mendigo peligroso, vagaba en aquellos momentos por la ciudad. Se presentó en la posada de Joaquin Labarre y no le quisieron recibir. Le vieron entrar en la poblacion por el boulevard Gassendi y vagar por las calles al oscurecer. Que iba cargado con un morral y que tenia aspecto terrible.

—De veras? exclamó el obispo.

Esta interrogacion alentó á la señora Magloire, porque parecia que le indicaba que el obispo estaba próximo á alarmarse, y prosiguió con más brios:

—Sí, monseñor; es tal como os lo refiero. Vá á suceder esta noche en la ciudad alguna desgracia. Todo el mundo lo dice; ¡como la policía está tan mal organizada!...Vivimos además en la montaña y sin tener faroles en las calles. Salimos y á lo mejor... Digo yo, monseñor, y tambien lo dice la señorita, que....

—Yo, contestó interrumpiendo Baptistina, yo no digo nada. Lo que haga mi hermano estará bien hecho.

La señora Magloire prosiguió, sin hacer caso de la anterior protesta:

—Decíamos que esta casa no ofrece seguridad; que si monseñor me lo permite, avisaré á Paulino Musebois para que venga á poner en la puerta los antiguos cerrojos, que, estando en casa, eso es operacion de un minuto. Digo que es preciso poner los cerrojos aunque no sea más que por esta noche, porque es cosa muy expuesta una puerta que se abre desde fuera con solo levantar el picaporte; además, como monseñor tiene la costumbre de decir siempre: *adelante!*, y como además, á media noche no hace falta permiso para entrar...

Un golpe violento que dieron á la puerta interrumpió en este instante á la señora Magloire.

—Adelante! dijo el obispo.

## III.

### Heroismo de la obediencia pasiva.

La puerta se abrió. Se abrió de par en par, como empujada con energía y resolucion.

Entró un hombre. Ya le conocemos: era el viajero que vimos vagar en busca de un albergue.

Entró, dió un paso y se detuvo, dejando la puerta abierta detrás de él. Llevaba el morral á la espalda y el garrote en la mano, y manifestaba su ruda expresion gran fatiga; iluminábale el fuego de la chimenea y estaba espantoso. Era una aparicion siniestra.

La señora Magloire ni siquiera tuvo aliento para lanzar un grito. Se extremeció y se quedó con la boca abier-

ta. La señorita Baptistina, al ver al desconocido, medio se incorporó de miedo: luego volvió poco á poco la cabeza hácia la chimenea, se puso á mirar á su hermano, y al fin su rostro adquirió aspecto de calma y de serenidad.

El obispo fijaba en el recien entrado su mirada tranquila. Al abrir los labios, sin duda para preguntar á aquel hombre lo que deseaba, éste apoyó ambas manos sobre el garrote, miró al anciano y á las dos mujeres, y sin esperar á que el obispo le preguntase, dijo en alta voz:

—Quereis saber quién soy, y os lo debo decir. Me llamo Juan Valjean. Soy presidiario cumplido. Pasé en el presidio diez y nueve años. Estoy libre desde hace cuatro dias, y me encamino hácia Pontarlier, que es el punto marcado para mi residencia. Hace cuatro dias que vengo de Tolon. Hoy he andado doce leguas á pié. Esta tarde, en cuanto llegué á esta ciudad, entré en una posada, de la que me han despedido por usar el pasaporte amarillo, que tuve que manifestar en la Alcaldía. Entré en otra posada y me sucedió lo mismo. Nadie quiere recibirme. Fuí á la cárcel, y el carcelero tampoco me abrió. Me metí en una perrera para acostarme, y el perro me mordió y me arrojó de allí como si fuese un hombre; parecia que supiera quién era yo. Salia al campo para acostarme bajo un techo de estrellas, y tampoco habia estrellas. Me pareció que iba á llover con gran furia y me volví á la poblacion para dormir en ella en el hueco de alguna puerta. En la plaza iba á acostarme sobre un banco de piedra, cuando pasó una buena mujer y me dijo, enseñándome esta casa: Llamad ahí. Yo llamé. Qué es esta casa? ¿Es una posada? Traigo dinero, el producto de mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado en el presidio con mi trabajo de diez y nueve años. Pagaré. Nada me importa pagar teniendo dinero, porque estoy fatigadísimo por haber andado doce leguas á pié y tengo hambre. Quereis que me quede aquí?

—Señora Magloire, dijo el obispo, poned en la mesa otro cubierto.

El hombre avanzó tres pasos y se acercó al velon que estaba encima de la mesa.

—Acaso no me habeis comprendido. Os he dicho que soy un forzado, un presidiario, que vengo de presidio.

Sacando del bolsillo una hoja grande de papel amarillo, que desdobló, dijo:

—Ved mi pasaporte. Quereis leerlo? Lo leeré yo mismo. He aprendido á leer en el presidio, que allí hay una escuela para los que quieren aprender. Hé aquí lo que han escrito en mi pasaporte: "Juan Valjean, presidiario cumplido, natural de...„ esto no hace al caso... "Ha estado diez y nueve años en presidio: cinco por robo con fractura; catorce por haber intentado evadirse cuatro veces. Es hombre muy peligroso.„ Por eso en todas partes me echan. ¿Quereis recibirme? Esta casa es posada? ¿Quereis darme cama y cena? Teneis cuadra?

—Señora Magloire, dijo el obispo, pondreis sábanas limpias en la cama de la alcoba.

Explicamos ya de qué naturaleza era la obediencia de las dos mujeres. La señora Magloire salió á ejecutar las órdenes que acababa de recibir.

El obispo se volvió hácia el viajero y le dijo:

—Tomad asiento y calentaos; en seguida cenaremos y mientras os harán la cama.

El forastero lo comprendió todo al oir lo anterior. Su faz, sombría y dura, adquirió un aspecto de estupefaccion y de alegría extraordinarias, y empezó á hablar como un loco:

—De veras! Me recibís! ¿No me arrojais á la calle? á un presidiario? ¡y no me tuteais!... Vete! me dicen en todas partes, y temí que aquí tambien me lo dijeran... ¡Gracias á la buena mujer que me ha enseñado esta casa!... ¡Voy á cenar y á dormir en cama con colchones y sábanas como todo el mundo!... ¡Hace diez y nueve años que no duermo en cama! ¡No quereis que me vaya de aquí!... ¡Sois personas muy buenas! Pero tengo dinero y os pagaré bien. Sois excelente sugeto. Sois el posadero, no es verdad?

—Soy, respondió el obispo, un sacerdote que vivo aquí.

—Un sacerdote! exclamó el forastero. Un sacerdote modelo! ¿Entonces no me hareis pagar? Sois el cura? ¿El cura de esta iglesia grande? Toma, y es verdad! Qué bestia soy!... ¡No me habia fijado en vuestro solideo!...

Mientras así hablaba, dejó el morral y el garrote en un rincon, guardó el pasaporte en el bolsillo y se sentó.

—Sois muy humano, señor cura, continuó diciendo, porque no despreciais á nadie. Es una gran cosa un buen sacerdote. ¿De modo que no necesitareis que os pague?

—No, le contestó el obispo; guardad

el dinero. ¿Me dijísteis que poseeis ciento nueve francos?

—Y quince sueldos.

—¿Cuánto tiempo os costaron de ganar?

—Diez y nueve años.

—Diez y nueve años! El obispo suspiró profundamente.

El forastero continuó:

—Los conservo íntegros. En cuatro dias solo he gastado veinticinco sueldos, que gané ayudando á descargar carros en Grasse. Y ya que sois sacerdote, voy á deciros que en presidio teníamos un capellan, y un dia ví á un obispo, á un monseñor, como allí le llaman. Era el obispo de Marsella. Es el cura que está sobre todos los curas; pero perdonadme, vos sabeis eso mejor que yo. El obispo dijo misa en medio del presidio, en un altar, y llevaba en la cabeza una cosa de oro que terminaba en punta, y como era el medio dia brillaba. Estábamos colocados en fila, formando tres lados, y pusieron cañones con mechas encendidas enfrente de nosotros. No veíamos bien al obispo; habló, pero como estaba demasiado lejos, no le pudimos oir. Ved lo que es un obispo.

Mientras hablaba, monseñor se levantó y fué á cerrar la puerta que el recien entrado dejó enteramente abierta.

Entró la señora Magloire y puso otro cubierto en la mesa.

—Señora Magloire, la dijo el obispo, poned ese cubierto lo más cerca posible del fuego. Volviéndose hácia el huésped, le preguntó:—El viento de la noche es muy crudo en los Alpes: teneis frio?

—Me encuentro perfectamente, contestó el forastero.

—Qué mal alumbra ese quinqué! exclamó monseñor.

La señora Magloire comprendió lo que queria decir su ilustrísima; salió y volvió á entrar, trayendo los dos candeleros de plata, que puso encendidos en la mesa.

—Señor cura, sois tan bueno que no me despreciais. No solo me recibís en vuestra casa, sino que encendeis bujías por mí, á pesar de que no os he ocultado de dónde vengo, ni que soy un miserable.

El obispo, que estaba sentado al lado del expresidiario, le dijo:

—Podíais haberos excusado de decirme quién sois. Esta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Al que entra por esa puerta no se le pregunta su nombre; solo se le pregunta si es desgraciado. Padeceis, sufrís hambre y sed; pues bien venido seais. Ni me lo agradezcais ni digais que os recibo en mi casa. Aquí está en su casa el que necesita albergue. ¿Para qué me hace falta saber vuestro nombre? Antes de decírmelo teníais uno que yo ya sabia.

El viajero abrió los ojos atónitos.

—De veras? Sabíais cómo me llamo?

—Sí, os llamais mi hermano.

—Señor cura, mucha hambre tenia cuando entré aquí, pero sois tan bueno que ahora ya no sé qué es lo que tengo. Se me ha pasado el hambre.

—Habeis sufrido mucho? le preguntó el obispo.

—Mucho, señor; se padece con la chaqueta roja, con la bala al pié, con una tarima para dormir, con el calor, el frio y el trabajo; con la chusma, con los latigazos, con arrastrar dobles grillos por cualquier cosa, con el calabozo, con la cadena, hasta estando enfermos. Los perros son más felices que los presidiarios. ¡Diez y nueve años de tormento, para tener ahora cuarenta y seis y llevar un pasaporte amarillo!

—Sí, replicó el obispo, salís de un lugar de tristeza; pero sabed que al cielo causan más alegrías las lágrimas de un pecador arrepentido que la vestidura de cien justos. Si salís de ese doloroso sitio con pensamientos de ódio y de cólera contra los hombres, sereis digno de compasion; si salís de él con pensamientos de benevolencia, de mansedumbre y de paz, valdreis más que ninguno de nosotros.

Entre tanto, la señora Magloire habia servido la cena, que consistia en una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal; un poco de tocino, un pedazo de carnero, higos, queso fresco y un gran pan de centeno. De extraordinario puso en la mesa el ama de gobierno una botella de vino añejo de Mauves.

La fisonomía del obispo adquirió de repente la expresion de alegría peculiar á las naturalezas hospitalarias.—A cenar, dijo con viveza, como tenia por costumbre cuando cenaba con él algun forastero. Hizo sentar á su derecha al expresidiario. La señorita Baptistina se sentó á su izquierda apaciblemente.

El obispo dijo el *Benedicite* y despues sirvió la sopa. El forastero se puso á comer con avidez.

—Me parece que falta algo en la mesa, exclamó de pronto monseñor.

La señora Magloire puso los tres cubiertos absolutamente necesarios; pero

era la costumbre, cuando el obispo tenia algun convidado, extender sobre el mantel los seis cubiertos de plata como inocente ostentacion. Esta apariencia de lujo era una puerilidad notable en aquella casa sóbria y severa, que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

La señora Magloire comprendió la observacion; salió sin hablar, y un momento despues los cubiertos que reclamaba el obispo lucian en el mantel, colocados simétricamente ante cada uno de los tres comensales.

## IV.

### Pormenores acerca de las queserías de Pontarlier.

Para dar una idea exacta de lo que pasó durante la cena en casa del obispo, transcribiremos un trozo de una carta de la señorita Baptistina á la señora Boischevron, en el que refiere con minuciosa sencillez la conversacion que medió entre monseñor y el forzado.

. . . . . .

. . . . . .

"El viajero no prestaba atencion á nadie. Comia con la voracidad del hambriento. Despues que la hubo saciado, dijo:

„—Señor cura, esta cena es muy buena para mí, pero debo deciros que los trajineros que no me permitieron comer con ellos en la posada comen mejor que vos.

„Esta observacion me chocó.

„Mi hermano le contestó:

„—Tambien se fatigan más que yo.

„—No es por eso, es porque tienen más dinero. Veo que sois pobre y que ni aun sois cura. Pero si Dios fuese justo debíais serlo.

„—Dios es superiormente justo, contestó mi hermano. Un instante despues repuso:

„—Señor Valjean, vais á Pontarlier?

„—Con itinerario forzoso. Es preciso que me ponga en camino mañana al rayar el dia. Es incómodo viajar en este tiempo, en que las noches son frias y los dias calurosos.

„—Pero vais á buen pais, replicó mi hermano. Durante la revolucion quedó arruinada mi familia, y yo me refugié en el Franco-Condado al principio, y allí viví algun tiempo con el trabajo de mis manos. Tenia buena voluntad y encontré en qué ocuparme. Allí se puede escoger la ocupacion que se desee. Allí hay almacenes de papel, de curtidos, de esencias, de aceite; fábricas de relojes, de acero, de cobre y de hierro, entre las que son las más notables las de Lods, Chatillon, etc.

„Creo que no me equivoco y esos nombres citó mi hermano. Despues se volvió hácia mí y me preguntó:

„—No teníamos parientes en ese pais?

„—Sí; tenemos, entre otros, á Lucenet, que era capitan de las puertas de Pontarlier durante el antiguo régimen, le contesté yo.

„—Pero desde el año 92 ya no nos quedó allí ninguno, ni teníamos más recurso que vivir de mi trabajo. Existe en Pontarlier, señor Valjean, una industria patriarcal y admirable. Las queserías, que allí se llaman *fruterías*...

„Entonces mi hermano explicó al forastero detenidamente lo que son las fruterías de dicho pais—que son de dos clases: las grandes granjas, que pertenecen á los ricos y poseen cuarenta ó cincuenta vacas, que producen de siete á ocho mil quesos cada verano, y las queserías de asociacion, que son de los pobres, es decir, de los campesinos de la montaña, que reunen sus vacas y se reparten lo que éstas producen.—Toman á jornal un quesero, al que llaman el *grurin*, el que recibe la leche de los asociados tres veces al dia, y anota las cantidades en una tabla duplicada. A últimos de Abril empieza el trabajo de las queserías, y hácia mediados de Junio los queseros llevan sus vacas á la montaña.

„El viajero se reanimaba comiendo. Mi hermano le servia el excelente vino de Mauves, vino que él no bebe, porque dice que es muy caro. Le referia todos estos pormenores alegremente. Insistió mucho en lo que ganaba el grurin, como si deseara que su huésped se ocupara en este oficio, sin aconsejárselo directamente. Me chocó que, siendo este hombre un presidiario, como os he dicho, mi hermano, durante la cena ni despues, no le dijese ni una sola palabra que le pudiese recordar su desagradable situacion. Esta fué sin duda ocasion á propósito para sermonearle y dar á este desgraciado al mismo tiempo aliento á su cuerpo y á su alma, para dirigirle alguna recomendacion sazonada de moral y de consejo, ó para manifestarle conmiseracion exhortándole á obrar mejor en el porvenir. Mi hermano no le preguntó de dónde era ni qué vida habia llevado. En su historia está indudablemente su falta, y mi hermano parecia que evitaba todo lo que pudiese recordársela, hasta el punto de que cuando habló de los montañeses de

Pontarlier, diciendo que tienen *suave trabajo cerca del cielo y que son felices porque son inocentes*, se detuvo de repente, temeroso de que las referidas palabras pudieran sonrojar á su huésped.

„A fuerza de reflexionar creo haber comprendido lo que pensaba mi hermano respecto á aquel. Pensaba sin duda que Juan Valjean demasiado presente tenia su miseria, y que lo mejor era distraerle de ese pensamiento y hacerle creer, aunque fuese por pocos momentos, que era un hombre como otro cualquiera, y tratarle como á cualquier otro convidado. ¿No es esto comprender bien la caridad? ¿No es proceder casi evangélico tener la delicadeza de prescindir del sermon, de la moral y de las alusiones? ¿No es ser compasivo no tocar la parte dolorida del paciente? Creo que esta debia ser la idea de mi hermano. Lo que puedo decir es que si pensaba de ese modo no lo indicó ni á mí siquiera; estuvo lo mismo que todas las noches y cenó con Juan Valjean con la misma naturalidad y con la misma fisonomía que hubiera cenado con el Sr. Gedeon, el preboste, ó con el señor cura párroco.

„Al terminar la cena llamaron á la puerta. Era la señora Gerband con su hijo en brazos. Mi hermano besó al niño y me pidió quince sueldos para dárselos á la madre de éste. Juan Valjean no prestó atencion á esto. No hablaba y parecia estar muy cansado. En cuanto se fué la señora Gerband, mi hermano recitó la accion de gracias, y volviéndose despues hácia el huésped, le dijo:

„—Teneis necesidad de descansar.

„La señora Magloire quitó en seguida la mesa. Comprendí que debíamos retirarnos, dejando que se acostase el viajero, y nos subimos las dos á nuestras habitaciones. Sin embargo, un instante despues hice bajar á la señora Magloire para que pusiese en la cama del huésped una piel de corzo de la Selva Negra, que tengo en mi cuarto. Las noches son muy frias y esa piel calienta mucho. Es lástima que esté ya muy usada y que se le caiga todo el pelo. Cuando mi hermano estuvo en Alemania la compró en Tottlingen, cerca de las fuentes del Danubio, lo mismo que el cuchillito con mango de marfil que uso yo en la mesa.

„La señora Magloire volvió á subir casi al instante, nos quedamos á rezar en la sala en que se tiende la ropa y despues nos fuimos cada una á su cuarto sin decirnos una palabra.„

## V.

### Tranquilidad.

Monseñor Bienvenido, despues de dar las buenas noches á su hermana, tomó de la mesa uno de los candeleros de plata, dió el otro á su huésped y le dijo:

—Voy á enseñaros vuestro cuarto.

El forastero le siguió.

Como se ha podido notar por lo que ya llevamos dicho, la habitacion estaba distribuida de tal modo, que para salir ó entrar al oratorio, en el que estaba la alcoba, era preciso pasar por el dormitorio del obispo.

En el momento en que atravesaban este cuarto, la señora Magloire estaba cerrando la plata en la alacena situada á la cabecera de la cama. Este era el último cuidado que se tomaba por las noches antes de ir á acostarse.

El obispo instaló en la alcoba á su huésped. En ella le esperaba una cama blanca y limpia. El viajero puso la luz sobre una mesilla.

—Deseo, le dijo el obispo, que paseis buena noche. Mañana temprano, antes de emprender el camino, tomareis una taza de leche de las vacas de casa; una taza muy caliente.

—Mil gracias, señor cura.

Apenas pronunció estas palabras tranquilas, de repente, sin transicion, hizo un movimiento extraño, que hubiera helado de espanto á las dos santas mujeres si lo hubiesen presenciado. Hoy mismo nos seria difícil explicar la causa que le impulsaba en aquel momento. ¿Queria hacer una advertencia ó dirigir una amenaza? ¿Obedecia á un impulso instintivo y desconocido para él mismo? Lo cierto es que se volvió bruscamente hácia el anciano, cruzó los brazos, fijó en él una mirada salvaje y exclamó con voz ronca:

—¡Decididamente me alojais en vuestra casa y tan cerca de vos!...

Calló un instante y luego añadió, manifestando una sonrisa que tenia algo de monstruoso:

—Lo habeis reflexionado bien? ¿Quién os ha dicho que yo no sea un asesino?

—Eso es cuenta de Dios, le respondió tranquilamente el obispo.

Despues, con gravedad y moviendo los labios como el que reza en voz baja, bendijo con la mano derecha á su huésped, que ni siquiera inclinó la cabeza, y sin volver la vista atrás se entró en su dormitorio.

Cuando la alcoba estaba ocupada, cubria el altar del oratorio una cortina larga de sarga. El obispo se arrodilló al pasar por delante de ella é hizo una corta oracion.

Un instante despues paseaba por el jardin, meditabundo y contemplando con el alma y con el pensamiento los grandes misterios que Dios descubre por la noche á los que permanecen con los ojos abiertos.

Juan Valjean estaba tan rendido, que ni siquiera se fijó en que las sábanas eran buenas y limpias. Sopló la bujía con la nariz, como tienen por costumbre los presidiarios, y se dejó caer vestido en la cama, quedándose en seguida profundamente dormido.

Daban las doce de la noche cuando el obispo volvia del jardin á su aposento.

Minutos despues todos dormian en aquella casa.

## VI.

### Juan Valjean.

Juan Valjean se despertó poco despues de media noche. Era hijo de una familia pobre de la Brie. No aprendió á leer en su infancia, y cuando fué hombre tomó el oficio de podador en Faverolles.

Valjean era de carácter pensativo, sin ser triste, lo que es propio de las naturalezas afectuosas. Su naturaleza estaba algo adormecida, al menos en la apariencia. Perdió, siendo de muy corta edad, á su padre y á su madre; ésta murió de una pulmonía descuidada; su padre, que era podador, como él, habia muerto de una caida de un árbol. Juan Valjean se encontró sin otra familia que una hermana, mayor que él, viuda y con siete hijos entre varones y hembras.

Esta hermana le crió y le tuvo en su casa mientras vivió su marido. Su marido murió cuando el mayor de sus hijos tenia ocho años y el más pequeño uno. Juan Valjean acababa de cumplir veinticinco años. Reemplazó al difunto marido de su hermana, manteniendo á ésta y á su familia. Lo hizo como un sencillo deber, pero con cierta rudeza.

Juan Valjean gastaba de ese modo su juventud en un trabajo duro y mal pagado. No se le conocian galanteos en el pais; no le quedaba tiempo para sostener amoríos.

Por la noche entraba cansado en casa, se comia la sopa y no hablaba; mientras estaba comiendo, la tia Juana tomaba de la fuente lo mejor de la comida, el pedazo de carne, la lonja de tocino, el cogollo de la col, para dárselo á alguno de sus hijos. El seguia comiendo doblado sobre la mesa, casi con la cabeza dentro del plato, como si no lo observase, y dejaba hacer á su hermana. Habitaba en Faverolles, cerca de la casa de Juan Valjean, al otro lado de la callejuela, una lechera llamada María Claudia; los hijos de Juana, hambrientos casi siempre, iban á veces á pedirla fiado en nombre de su madre una pinta de leche, y se la bebian en cualquier rincon de la calle, quitándose el vaso unos á otros, y con tal precipitacion, que las niñas pequeñas se lo derramaban por el cuello y por el delantal. Si su madre hubiera sabido este hurto, hubiera castigado á los delincuentes. Juan Valjean, brusco y regañon, pagaba, sin dárselo á entender á su hermana, la pinta de leche á María Claudia, y de este modo no eran castigados los niños.

Juan Valjean ganaba en la estacion de poda diez y ocho sueldos diarios; despues que ésta pasaba se dedicaba á segar, á peon de albañil, á criado de pastor boyero, á cargador, á lo que podia. Su hermana tambien trabajaba por su parte; pero ¿cómo poder mantener siete criaturas? Aquella familia formaba un triste grupo, que poco á poco iba cercando y apretando la miseria. Llegó un invierno cruel y Juan no encontró trabajo. No pudo tener pan para la familia, compuesta de siete criaturas.

Un domingo por la noche, Maubert Isabeau, panadero de la plaza de la Iglesia de Faverolles, se disponia á acostarse, cuando oyó que daban un golpe violento en el escaparate enrejado y con cristales de su tienda. Llegó á tiempo de ver pasar un brazo al través del agujero que un puñetazo acababa de abrir en la rejilla y en el cristal.

El brazo cogió un pan y se lo llevó.

Isabeau salió corriendo: el ladron escapó, pero el panadero corrió tras él y logró detenerle.

El ladron habia arrojado el pan al suelo, pero conservaba aun el brazo ensangrentado. Era Juan Valjean.

Esto sucedió en 1795. Valjean fué acusado ante los tribunales de aquella época de autor "de robo con fractura, de noche y en casa habitada„.

Tenia en casa un fusil, del que se servia mejor que un cazador de profesion, porque solia cazar furtivamente, y esto

le perjudicó. Esta clase de cazadores inspiran repulsion legítima. El cazador furtivo y el contrabandista andan muy cerca del salteador. Sin embargo, digámoslo de paso, media un abismo entre éstos y el miserable asesino de las ciudades. El cazador furtivo vive en el bosque; el contrabandista en las montañas ó en el mar. Las ciudades crian hombres feroces, porque crian hombres corrompidos. La montaña y el mar crian hombres salvajes, en los que desarrollan la parte feroz, pero casi siempre sin destruir el instinto humano.

Declararon culpado á Juan Valjean. Las palabras del Código eran terminantes. Hay en nuestra civilizacion momentos terribles, y son precisamente aquellos en que la ley pronuncia una condena; ¡instante fúnebre es aquel en el que la sociedad consuma el irreparable abandono de un sér pensador! Juan Valjean fué condenado á cinco años de presidio.

El dia 22 de Abril de 1796 se celebró en Paris la victoria de Montenotte, que ganó el general en jefe del ejército de Italia, al que el mensaje del Directorio á los Quinientos, el 2 Floreal del año IV de la República, llamaba Bonaparte. Dicho dia se dispuso una gran cadena de presidiarios en la prision de Bicetre, y Juan Valjean formó parte de esta cadena. Un antiguo alcaide, que hoy cuenta noventa años de edad, recuerda aun á aquel infeliz, cuya cadena se remachó en la extremidad del cuarto cordon, en el ángulo del Norte del patio. Estaba sentado en el suelo, como los demás. Parecia comprender solo que su posicion era horrible, aunque es probable que al través de las vagas ideas del hombre ignorante descubriese que su pena era excesiva. Lloraba, mientras á fuerza de martillazos remachaban detrás de él la bala de la cadena; las lágrimas le sofocaban la voz, impidiéndole hablar, sin acertar más que á decir de vez en cuando:—"Yo era podador de Faverolles.„ Despues sollozaba y levantaba y bajaba gradualmente la mano derecha hasta siete veces, como si tocase sucesivamente siete cabezas á desigual altura, como indicando que cometió aquella falta para dar de comer á siete criaturas.

Partió para Tolon, donde llegó despues de un viaje de veintisiete dias, en una carreta y con la cadena al cuello. En Tolon le pusieron la chaqueta roja, borrándose allí su vida anterior y hasta su nombre; porque ya no era Juan Valjean, sino el número 24.601. ¿Qué seria de su hermana? qué de sus siete hijos?

La historia siempre es la misma. Aquellos pobres séres, aquellas criaturas, sin apoyo, sin guia, sin asilo, quedaron á merced de la casualidad; ¡quién sabe! Cada uno, por su parte, se sumergiria poco á poco en la fria bruma en que se sepultan los solitarios; sombrías tinieblas, en las que desaparecen sucesivamente tantos infortunados en la sombría marcha del género humano. Abandonaron aquel pais. El campanario de lo que fué su pueblo los olvidó, el límite de lo que fué su campo los olvidó, y despues de algunos años de presidio, Juan Valjean los olvidó tambien. En su corazon, que recibió la herida, quedó la cicatriz y nada más. Apenas, en todo el tiempo que pasó en Tolon, oyó hablar una sola vez de su hermana. Creemos que fué hácia el fin del cuarto año de su prision cuando recibió noticias, no sabemos por qué conducto. Alguno de los que les conocian habia visto á su hermana, que estaba en Paris y vivia en un miserable callejon, cerca de San Sulpicio, en la calle de Geindre. Solo tenia en su compañía un niño, el menor de todos. Dónde estaban los demás? Acaso su madre tampoco lo sabia. Todas las mañanas iba á una imprenta de la calle de Sabat, núm. 3, en donde trabajaba de plegadora y de encuadernadora; debia estar allí á las seis de la mañana, mucho antes de hacerse de dia en invierno. En el mismo edificio de la imprenta habia una escuela, y á esta escuela llevaba á su hijo, que era un niño de siete años; pero como ella iba á trabajar á las seis de la mañana y la escuela no se abria hasta las siete, el niño tenia que esperar una hora en el patio á que ésta se abriese, y en la imprenta no querian que entrase el chico porque les incomodaba. Los trabajadores veian al pasar por la mañana al pobrecillo sentado en tierra, cayéndose de sueño, y muchas veces dormido y acurrucado. Los dias de lluvia una portera vieja tenia compasion del infeliz y le recogia en su covacha, que solo contenia una mala cama, una rueca y dos taburetes, y el niño se dormia en un rincon, arrimándose al gato para sentir menos el frio. Cuando daban las siete se entraba en la escuela. Esto fué todo lo que le dijeron á Juan Valjean. Le ocupó un dia esta noticia, es decir, un momento; fué como un rayo; como una ventana bruscamente abierta sobre el destino de los séres á quienes profesara cariño; despues se cerró la

ventana y todo concluyó. No supo nada más, no los volvió á ver, no los encontró ni los encontrará en la terminacion de su dolorosa historia.

Hácia el fin del cuarto año de estar encarcelado, llegó á Juan Valjean el turno de evadirse. Con el auxilio de sus compañeros, como es costumbre en semejantes sitios, se evadió. Erró libremente dos dias por los campos, si es estar libre verse perseguidos, volver la cabeza á cada instante, extremecerse al menor ruido, tener miedo de todo; del techo que humea, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que suena, del dia porque está claro, de la noche porque está oscura, del camino, del sendero, de los árboles, del sueño.

Le cogieron la noche del segundo dia de su evasion. No habia comido ni dormido durante treinta y seis horas. El tribunal marítimo le condenó por este delito á un recargo de tres años, con el que ya tuvo que sufrir ocho de pena. Al sexto le volvió á tocar el turno de evasion, pero no pudo consumarla, aunque faltó á la lista. Dispararon el cañonazo y la ronda le encontró por la noche oculto en la quilla de un buque en construccion; hizo resistencia á los agentes que le cogieron, y fué acusado de evasion y de rebelion. Este hecho, que prevé el Código, le castigaron con un recargo de cinco años, dos de ellos de doble cadena. Trece años de condena. Al décimo le tocó por tercera vez el turno de evadirse; lo aprovechó, pero no salió mejor librado que las veces anteriores. Le cargaron tres años más por esta nueva tentativa; total diez y seis años. Por fin, el año décimo-tercio volvió á escaparse, y á las cuatro horas le cogieron, añadiéndole tres años más por estas cuatro horas; total diez y nueve años. Le pusieron en libertad en Octubre de 1815 y habia entrado en el presidio en 1796 por romper un vidrio y por robar un pan.

Permítasenos un pequeño paréntesis para decir que esta es la segunda vez que el autor de esta obra, en sus estudios sobre la cuestion penal y sobre la condena de la ley, toma el robo de un pan como punto de partida del desastre de un destino. Claudio Gueux robó un pan lo mismo que Juan Valjean. La estadística inglesa demuestra que en Lóndres, de cada cinco robos, cuatro tienen por causa inmediata el hambre.

Juan Valjean entró en presidio sollozando y extremeciéndose. Entró desesperado y salió sombrío.

¿Qué revolucion se operó en su espíritu?

## VII.

### El interior de la desesperacion.

Tratemos de explicar que es preciso que la sociedad examine ciertos hechos, ya que ella los causa.

Dijimos que Juan Valjean era ignorante, pero que no era imbécil; la luz natural le daba ténue resplandor, y la desgracia, que tambien proyecta su luz, aumentó la escasa claridad de aquel espíritu. El preso, bajo la presion del látigo, de la cadena, del calabozo, del trabajo, sufriendo los ardores del sol y en su lecho de tablas, replegóse en su conciencia y reflexionó.

Se constituyó en tribunal y empezó por juzgarse á sí mismo.

Reconoció que no era un inocente injustamente castigado. Confesó que habia cometido una accion punible, que quizás le hubieran dado el pan si lo hubiese pedido, pero que de todos modos debia haber esperado conseguirlo del trabajo ó de la compasion; que no es una razon sin réplica decir que el hambre no tiene espera; que es muy raro el caso de que el hombre se muera literalmente de hambre, pues el hombre está constituido de modo que puede resistir física y moralmente muchísimo sin morir; que debia haber tenido paciencia, que esto hubiera sido mejor hasta para los pobres pequeñuelos; que fué un acto de locura en él agarrar violentamente por el cuello á la sociedad y creerse que se sale de la miseria por medio del robo, pues mala puerta es para salir de la miseria la que dá entrada á la infamia; y en fin, confesaba que habia obrado mal.

Despues se preguntó si era el único que no tenia razon en su fatal historia; si desde luego no era muy grave que él, siendo trabajador, careciese de trabajo; si él, que era laborioso, no pudiese tener pan; si en segundo lugar, cometida y confesada la falta, su castigo no habia sido extremado y feroz; si no habia más abuso en la pena por parte de la ley que en la culpa por parte del culpado; si no habia exceso de peso en uno de los platillos de la balanza, en el de la expiacion; si con el recargo de la pena no se borraba del todo el delito, resultando un cámbio de situacion, reemplazando la

falta del delincuente con el exceso de la represion, transformando al culpado en víctima, al deudor en acreedor, poniendo definitivamente el derecho de parte del que lo habia violado; si esta pena, que complicaban los recargos sucesivos por las tentativas de evasion, no concluia por ser una especie de atentado del fuerte contra el débil, un crímen de la sociedad contra el individuo, un crímen que se renovaba todos los dias y que duraba diez y nueve años.

Se preguntó si la sociedad humana podia tener el derecho de hacer sufrir igualmente á sus miembros, en un caso su imprevision irracional y en otro caso su prevision implacable, y de apoderarse para siempre de un pobre hombre por una falta y por medio del exceso, por la falta de su trabajo y por el exceso de castigo que se le imponga.

Se preguntó si no era injusto que la sociedad tratase de esa manera precisamente á los miembros peor dotados en la reparticion de los bienes que hace la casualidad, y que por lo tanto son los miembros más dignos de consideracion.

Expuestas y resueltas estas cuestiones, juzgó á la sociedad y la condenó; la condenó á su ódio.

La hizo responsable de su deplorable suerte y pensó en que llegaria el dia en que él la pidiera cuentas. Comprendió con claridad que no habia equilibrio entre el mal que causó y el que habia recibido, deduciendo de esto que su castigo no era una injusticia, pero era una iniquidad.

La cólera puede ser loca y absurda, el hombre puede irritarse injustamente, pero solo se indigna cuando se siente lleno de razon. Juan Valjean estaba indignado.

La sociedad empeoró su desventurado destino; de ella solo conoció la fisonomía iracunda que se llama justicia y que la enseña á los que castiga. Los hombres solo le habian tocado para magullarle; su contacto con ellos fué por medio de golpes. Nunca, desde su niñez, exceptuando á su madre y á su hermana, encontró mirada benévola ni voz amiga. Así, pasando de padecimiento á padecimiento, llegó á convencerse de que la vida era una guerra y que en esta guerra él era el vencido. No pudiendo disponer de otra arma que de la del ódio, se resolvió á aguzarle en el presidio y á llevarle consigo al salir de él.

Habia en Tolon una escuela para los presidiarios, regentada por una comunidad de hermanos, en la que se enseñaba lo más preciso á los desgraciados que querian aprender; Juan Valjean fué de este número. Entró en la escuela á los cuarenta años y aprendió á leer, á escribir y á contar. Conoció que fortificar su inteligencia era fortificar su ódio; en ciertos casos la instruccion y la luz sirven de auxiliares al mal.

Triste es decirlo, pero despues de juzgar á la sociedad, que causó su desgracia, juzgó á la Providencia, que creó la sociedad, y la condenó tambien.

Así, durante aquellos diez y nueve años de tortura y de esclavitud, su alma se elevó y decayó al mismo tiempo, entrando en ella la luz por una parte y las tinieblas por otra.

Ya hemos visto que Juan Valjean no era de mala índole; era bueno todavía cuando llegó al presidio. En él condenó á la sociedad y varió de índole, condenó á la Providencia y se hizo impío.

Meditemos ahora unos instantes.

La naturaleza humana, ¿puede transformarse completamente? El hombre que Dios crea bueno, ¿pueden convertirlo en malo los hombres? ¿Puede modificar por entero el destino el alma, y ser perversa siendo perverso el destino? ¿Puede hacerse deforme el corazon, adquirir defectos y enfermedades incurables bajo la presion de una desgracia desproporcionada, como la columna vertebral bajo una bóveda demasiado baja? ¿No hay en el alma humana, no habia en la de Juan Valjean una primera chispa, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien puede desarrollar, atizar y encender, y que el mal no puede apagar nunca?

Cuestiones son estas graves y oscuras, y á la última de ellas todos los filosofistas hubieran dicho probablemente que *no*, á haber visto en Tolon, en las horas de descanso, que Juan Valjean las pasaba meditando, con los brazos cruzados, apoyado en algun cabrestante, metiendo en el bolsillo el extremo de la cadena para impedir que arrastrase; si hubieran visto á dicho presidiario triste, sério, silencioso y pensativo, pária de las leyes, que miraba al hombre con cólera, condenado por la civilizacion, y que miraba al cielo con severidad.

Ciertamente, y no tratamos de disimularlo, el observador filósofo hubiera visto en él una miseria irremediable, un enfermo por el ministerio de la ley, pero ni siquiera hubiera intentado curarle,

apartando los ojos de las cavernas que pudiese entrever en aquella alma, y, como el Dante en la puerta del infierno, hubiera borrado en la existencia de aquel infeliz la palabra que Dios escribió, sin embargo, en la frente de todos los hombres: *La esperanza.*

El estado del alma de Juan Valjean que probamos á analizar, ¿era tan claro para él como lo es para los que nos lean? ¿Conocia éste desde su formacion y veia á medida que iban formándose todos los elementos que componian su miseria moral? Este hombre rudo é ignorante, ¿se explicaba con claridad la sucesion de ideas por medio de las que, escalon por escalon, habia subido y bajado hasta los lúgubres espacios, que hacia ya muchos años que constituian el horizonte interior de su espíritu? ¿Tenia conciencia exacta de todo lo que habia pasado por él, de todas las emociones que experimentaba? No nos atrevemos á asegurarlo, pero no lo creemos. Era demasiado ignorante Juan Valjean para que aun despues de sufrir tanto infortunio no le quedase mucha vaguedad en el espíritu. Ni aun sabia con exactitud lo que pasaba por él cada momento. Juan Valjean vivia, padecia y odiaba en las tinieblas, y puede decirse que odiaba todo lo que pudiera haber delante de él. Vivia á tientas, como un ciego, como un delirante. Unicamente, á intervalos, recibia de pronto, de sí mismo ó del interior, un impulso de cólera, un aumento de padecimientos, un pálido y rápido relámpago que iluminaba toda su alma y presentaba bruscamente á su alrededor, entre los resplandores de una luz horrible, los negros precipicios y las sombrías perspectivas de su destino; pero pasaba el relámpago, volvia la oscuridad de su noche, y, dónde se encontraba? Ya no lo sabia.

La consecuencia de las penas de esta naturaleza, en las que domina lo desapiadado, esto es, lo embrutecedor, es transformar poco á poco, por medio de una transformacion estúpida, al hombre en bestia, y algunas veces en bestia feroz. Las obstinadas y sucesivas tentativas de evasion de Juan Valjean bastarian para probar los estragos que causa la ley en el alma humana. El desventurado criminal hubiera renovado tentativas tan inútiles y temerarias cuantas veces se le presentara la ocasion, sin pensar siquiera en el resultado ni sin tener en cuenta la experiencia adquirida. Se escapaba impetuosamente como el lobo que encuentra la jaula abierta. El instinto le decia:—Sálvate! La razon le hubiera dicho:—Espera.—Pero ante tentacion tan violenta se le eclipsó el raciocinio y quedó en él dominando el instinto. Obraba como el animal. Al verse preso otra vez, la severidad que con él usaban le servia solo para aumentar su irritacion.

Un detalle que no debemos omitir es el que estaba dotado de mayor fuerza física que todos sus compañeros de cadena. En los trabajos penosos, como para arriar un cable, para tirar de un cabrestante, etc., Juan Valjean valia por cuatro hombres. Levantaba y sostenia pesos enormes en la espalda, y reemplazaba en algunas ocasiones al instrumento llamado *cábria* ó *gato*, y sus compañeros le pusieron por mote *Juan el Gato*. Cuando estaban componiendo el balcon de las Casas Consistoriales de Tolon, una de las admirables cariátides de Puget, que lo sostienen, se separó é iba á caer; pero Juan Valjean, que estaba allí cerca, sostuvo la cariátide con los hombros, y así dió tiempo para que llegasen los trabajadores.

La agilidad de dicho preso era aun mayor que su fuerza. Algunos presidiarios, fraguadores perpétuos de evasiones, concluyen por hacer de la fuerza y de la destreza combinadas una verdadera ciencia, la ciencia de los músculos. Dichos presidiarios, envidiosos de las moscas y de los pájaros, practican cuotidianamente esta estática misteriosa. Trepar por una perpendicular y hallar punto de apoyo donde apenas exista una prominencia, era un juego para Juan Valjean. Dado el ángulo de un muro, se subia por él, como por mágia, hasta un piso tercero, sin más que emplear la tension de la espalda y pantorrillas, encajando codos y talones en las asperezas de la piedra. Algunas veces subia así hasta el tejado del presidio.

Hablaba poco y nunca se reia. Era precisa una emocion extrema para arrancarle, una ó dos veces al año, la lúgubre risa del forzado, que es como el eco de la risa del demonio. Parecia que estuviese ocupado contínuamente en mirar algo terrible. En efecto, siempre estaba absorto.

Al través de las percepciones defectuosas de su naturaleza incompleta y de su inteligencia oprimida, sentia que habia en él algo monstruoso. En la semioscuridad sombría y tenebrosa en que se arrastraba, cada vez que volvia la cabe-

za y que levantaba los ojos veia con terror lleno de rabia apoyarse, entrelazarse y subir, perdiéndose de vista por encima de él con desigualdades horribles, una andamiada ó monton espantoso de leyes, de preocupaciones, de hombres y de hechos, cuyos contornos se le desaparecian, cuya masa le asustaba, y que era la prodigiosa pirámide que llamamos civilizacion. Distinguia aquí y allá, en ese conjunto hormigueante y deforme, tan pronto cerca de él, tan pronto lejos en alturas inaccesibles, algun grupo, algun detalle vivamente iluminado; aquí el sotacómitre con su vara, allí el gendarme con su sable; en el fondo el arzobispo con su mitra, y más arriba, en una especie de sólio, el emperador, coronado y resplandeciente. Y todos esos resplandores lejanos, en vez de disipar su oscuridad, la hacian más opaca y más fúnebre. Todo esto, leyes, preocupaciones, hechos, hombres y cosas, iban y venian por encima de él, siguiendo el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime á la civilizacion, y pasaban aplastándole con ese no sé qué apacible que tienen la crueldad y lo inexorable en su indiferencia. Estos réprobos de la ley, estas almas caidas en el fondo del infortunio, estos desgraciados perdidos en lo más inferior de los limbos, á los que nadie dirige la mirada, sienten gravitar sobre sus cabezas todo el peso abrumador de la sociedad humana, tan formidable para el que está fuera de ella y tan espantoso para el que está debajo.

Meditando Juan Valjean sobre esta situacion, ¿cuál podrá ser la naturaleza de sus ideas? Si el grano de mijo colocado en la muela fuera capaz de pensar, pensaria lo mismo que Juan Valjean. Todas estas realidades llenas de espectros, estas fantasmagorías llenas de realidades acabaron por crearle un estado interior indescriptible.

Habia momentos que en el presidio, en medio del trabajo, se paraba y se ponia á meditar y se sublevaba su razon, más medrosa, pero más turbada que en los primeros años de su juventud. Le parecia absurdo todo lo que le habia sucedido; todo lo que le rodeaba le parecia inverosímil. Se decia:—Estoy soñando; pero miraba al cabo de vara, de pié á algunos pasos de distancia; el cabo le parecia un fantasma, pero de pronto el fantasma le sacudia un varazo.

La naturaleza visible apenas existia para él; seria casi exacto decir que no habia para Juan Valjean ni sol, ni dias hermosos de verano, ni cielo radiante ni mañanas frescas. No sé qué dia de suspiros alumbraba habitualmente su alma.

Reasumiendo y traduciendo en resultados positivos todo lo que acabamos de indicar, consignaremos que en diez y nueve años Juan Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el terrible presidiario de Tolon, llegó á ser capaz, gracias á la constitucion del presidio, de dos especies de acciones malas: primero, de la mala accion rápida irreflexiva, llena de aturdimiento, que nace del instinto, y es una especie de represalia del daño sufrido; y en segundo lugar, de la mala accion grave, séria, debatida y meditada, adquirida por las ideas falsas que hacen germinar semejante infortunio. Sus premeditaciones pasaban por las tres fases sucesivas que solo pueden recorrer las naturalezas de cierto temple; raciocinio, voluntad y obstinacion. Eran sus móviles la indignacion habitual, la amargura de su alma, el profundo sentimiento de la indignidad sufrida y la reaccion hasta contra los buenos, contra los inocentes y contra los justos. El punto de partida, así como el término de sus pensamientos, era el ódio que sentia hácia la ley humana; ódio que, si no detiene en su desarrollo algun incidente providencial, llega á convertirse, en un plazo dado, en ódio á la sociedad, despues en ódio al género humano y luego en ódio á la creacion; que se traduce por el deseo vago, incesante y brutal de hacer daño á todo viviente, sea quien sea. Motivo habia, pues, para que el pasaporte calificara á Juan Valjean de *hombre muy peligroso*.

De año en año su alma se habia ido desecando lenta, pero fatalmente. A corazon seco, ojos secos. A su salida de presidio hacia diez y nueve años que Juan Valjean no habia derramado una lágrima.

## VIII.

### La ola y la sombra.

Porque caiga un hombre en el mar, el navío no se detiene; el viento sopla, el buque tiene trazado el camino que ha de recorrer forzosamente y lo recorre. El hombre desaparece y vuelve á aparecer, se sumerge y sube á la superficie, llama, tiende los brazos y no le oyen; continúa sus maniobras temblando el navío á impulsos del huracán, los marineros y los

pasajeros no ven al hombre sumergido; su flotante cabeza solo se ve como un punto en la inmensidad de las olas.

Lanza gritos desesperados desde las profundidades; se le figura un espectro la vela que se aleja: la mira desalentado; pero la vela se aleja, se oscurece y disminuye de tamaño; allí estaba él hace un momento, formando parte de la tripulacion; iba y venia por encima del puente como los demás, gozaba de su parte de aire y de sol como los otros, estaba vivo. Qué sucedió, pues? Que resbaló y cayó, y todo ha terminado para él.

Se encuentra sorbido por el mónstruo de las aguas; bajo sus piés todo se hunde y desaparece. Las olas que el viento rasga y parte le rodean de un modo horrible, los vaivenes del abismo le sacuden, los harapos del agua se agitan alrededor de su cabeza, un populacho de olas le escupe, confusas cavernas amenazan devorarle; cada vez que se sumerge entrevé precipicios oscuros; vegetacion desconocida le sujeta, le enreda los piés, le atrae; siente que se vá á connaturalizar con el abismo, que forma ya parte de la espuma, que las olas se lo arrojan unas á otras y bebe toda su amargura: el Océano se encarniza con él para ahogarle; la inmensidad juega con su agonía. Parece que para él el agua sea ódio.

Lucha todavía: trata de defenderse, hace esfuerzos, nada. ¡Pobre fuerza individual, ya agotada, que combate con lo inagotable!...

Dónde está el buque?...—Allá á lo lejos, apenas visible en las tinieblas del horizonte.

Soplan las ráfagas, abruman al náufrago todas las brumas. Alza los ojos y solo divisa la lividez de las nubes. Asiste agonizando á la inmensa demencia del mar, y esta locura es su suplicio. Oye ruidos inauditos que parecen salir de más allá de la tierra, de no sé qué exterior espantoso. Hay pájaros en las nubes, como hay ángeles sobre las miserias humanas; pero, ¿qué pueden hacer por él? Mientras ellos vuelan, cantan y se ciernen en los aires, él agoniza y se ve sepultado entre dos infinitos; el del cielo y el del Océano; éste le sirve de tumba y aquel de mortaja.

Al llegar la noche, como está ya nadando muchas horas, sus fuerzas se agotan; el buque, aquel punto lejano en el horizonte que contiene hombres, ha desaparecido ya, y el náufrago está ya solo en el formidable abismo crepuscular; se hunde, se retira, se retuerce, y al ver debajo de sus piés los vagos mónstruos de lo invisible, grita

Pero allí ya no hay hombres. ¿Dónde está Dios? Llama, pide socorro.

Pero no le contestan ni en la tierra ni en el cielo. Implora al espacio, á las olas, á las algas, á los escollos. Todo está sordo. Ruega á la tempestad, pero la tempestad, imperturbable, solo obedece al infinito.

Le rodean la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso é inconsciente y los ataques indefinidos de las olas feroces; dentro de sí le martirizan el horror y la fatiga, y debajo de él la caida, sin tener un punto de apoyo. Se presentan á su imaginacion las aventuras del cadáver en la oscuridad ilimitada.

Un frio sin término le paraliza; sus manos se crispan y se cierran. ¡Vientos, nubes, torbellinos, estrellas inútiles!... El desesperado se abandona, el rendido se decide á dejarse morir, entregándose á su suerte, y rueda para siempre por las profundidades lúgubres del abismo.

¡Marcha implacable de las sociedades humanas, que dejais hombres perdidos por el camino!... ¡Océano en el que cae todo lo que deja caer la ley... ¡Siniestra desaparicion del socorro, muerte moral!...

El mar es la inexorable noche social, en la que la penalidad arroja á sus condenados. El mar es el gran misterio.

El alma, cayendo en ese abismo, puede convertirse en cadáver. ¿Quién la resucitará?

## IX.

### Nuevos agravios.

Cuando llegó la hora de que Juan Valjean saliese del presidio, oyó resonar en sus oidos estas palabras extrañas: *Estás libre!* y fué para él aquel momento inverosímil é inaudito: un rayo de viva luz, un rayo de la verdadera luz de los vivos, penetró súbitamente en él; pero no tardó ese rayo en debilitarse. Deslumbró la idea de la libertad á Juan Valjean, creyendo que iba á gozar de nueva vida; pero pronto vió lo que es la libertad concedida por medio de pasaporte amarillo.

Tras esta, otras amarguras le aguardaban: calculó que su masita, durante su estancia en presidio, debia elevarse á ciento setenta y un francos; pero se olvidó en sus cálculos del reposo forzado de

los domingos y de los dias de fiesta, que en diez y nueve años constituye una diminucion de cerca de veinticuatro francos. Además, su peculio quedó reducido, por diversas retenciones y rebajas, á la suma de ciento nueve francos y quince sueldos, que le entregaron cuando salió de presidio.

Juan Valjean no comprendia lo que acabamos de referir y se creia perjudicado, ó diciendo su misma palabra: robado.

Al siguiente dia de estar en libertad vió en Grasse, delante de la puerta de una fábrica de destilacion de flores de azahar, varios hombres que descargaban fardos, y ofreció sus servicios. Como el trabajo era urgente, los aceptaron. Se puso á trabajar: era inteligente, robusto y ágil, y el que lo empleó estaba satisfecho de él.

Estando dedicado á dicha faena pasó un gendarme, le observó y le pidió sus documentos. Le enseñó el pasaporte amarillo. Hecho esto, Juan Valjean volvió á dedicarse á su trabajo. Momentos antes habia preguntado á un compañero cuánto se ganaba cada dia en aquella tarea y le respondió que *treinta sueldos*. Cuando se hizo de noche, como se veia obligado á partir al dia siguiente, se presentó al dueño de la fábrica y le rogó que le pagase. El dueño no le contestó una palabra y le entregó *quince sueldos*. Reclamó y le contestaron:—*Bastante es eso para tí*. Insistió. El fabricante le miró de un modo particular y le dijo:—*¡Guárdate de la cárcel!*

Allí tambien se creyó robado.

La sociedad, el Estado, disminuyendo su masita, le robó al por mayor, y ahora le tocaba el turno al individuo y le robaba al por menor.

La escarcelacion no es la libertad: se acaba el presidio, pero no la condena.

Esto fué lo que le sucedió en Grasse; ya acabamos de ver cómo fué recibido en Digne.

## X.

### El hombre despierto.

Juan se despertó cuando estaban dando las dos en el reloj de la Catedral. Le despertó la cama demasiado buena. Hacia muchos años que no se habia acostado en cama, y, aunque no se desnudó, la sensacion era demasiado nueva para él y turbó su sueño. Durmió poco más de cuatro horas, pero habia descansado ya, porque no tenia costumbre de dedicar más horas al reposo.

Abrió los ojos en la oscuridad para mirar á su alrededor; despues los cerró para volver á dormir.

Cuando sensaciones diversas nos han agitado durante el dia, cuando diversas cosas nos preocupan el espíritu, nos dormimos, pero no volvemos á dormir despues de despertarnos. El sueño viene con más facilidad la primera vez que la segunda. Esto fué lo que le sucedió á Juan Valjean. No pudiendo volver á conciliar el sueño, se puso á pensar.

Se encontraba en uno de esos instantes en los que tenemos en la mente confusas ideas. Sentia una especie de vaiven oscuro en el cerebro; sus recuerdos antiguos y sus recuerdos inmediatos flotaban en él atropelladamente y se cruzaban en confusion, perdiendo las formas, abultándose y desapareciendo de pronto como en una laguna fangosa y removida.

Muchas ideas le acosaban, pero entre ellas una se presentaba con más tenacidad á su espíritu, expulsando á las demás. Esta idea era la siguiente: Se habia fijado en los seis cubiertos de plata y en el cucharon que la señora Magloire puso en la mesa.

Esos seis cubiertos de plata le perseguian. Estaban allí... á algunos pasos de él. Cuando atravesó el cuarto contiguo para venir al suyo, el ama de gobierno los guardó en la alacena, junto á la cabecera de la cama, á la derecha, entrando por el comedor, y eran macizos y de plata antigua. Los cubiertos y el cucharon valdrian lo menos doscientos francos, doble de lo que él habia ganado en diez y nueve años. Verdad es que él hubiera ganado más si "la administracion„ no le hubiera "robado„.

Su espíritu osciló durante una hora larga en fluctuaciones que indicaban lucha.

Dieron las tres. Volvió á abrir los ojos, se incorporó bruscamente en la cama, extendió los brazos y tentó el morral que habia arrojado en un rincon de la alcoba; despues dejó caer las rodillas y se encontró, sin saber cómo, sentado en la cama.

Permaneció un rato en esta actitud, que hubiera parecido siniestra al que le hubiera visto despierto en aquella casa, en la que todos dormian.

Bajó de la cama, se quitó los zapatos y los dejó con suavidad en la esterilla que habia cerca del lecho; recobró su

primera postura de meditacion y se quedó inmóvil.

En su horrible meditacion las ideas que acabamos de indicar se removian sin tregua en su cerebro; entraban, salian y volvian á entrar, ejerciendo sobre él cierta presion. Luego pensaba, sin saber por qué, con la obstinacion maquinal propia del delirio, en un presidiario llamado Brevet, que fué compañero suyo, cuyo pantalon sostenia en la cintura con un solo tirante de punto de algodon. El dibujo á cuadros de dicho tirante no se le borraba de la memoria.

Permanecia en esta situacion y hubiera quizás permanecido en ella si no hubiese sonado en el reloj una campanada. Parecia que esa campanada le dijera: Vamos!

Se puso en pié, vaciló un momento y escuchó. Todo estaba en silencio en la casa. Entonces se dirigió con pasos lentos y rectamente á la ventana, guiado por la luz que penetraba por las rendijas. La noche era bastante clara; habia luna llena, pero por delante de ella pasaban negras nubes, impulsadas por el viento, que producian alternativas de sombra y de claridad á la parte exterior de la casa, y por dentro una especie de crepúsculo, que bastaba para servir de guia, por más que fuera intermitente por causa de las nubes, y se asemejaba á las tintas lívidas que penetran al través del respiradero de una cueva, por delante de la que van y vienen los transeuntes.

Cuando Juan Valjean llegó á la ventana, la examinó. Caia al jardin, no tenia reja y estaba cerrada, segun la costumbre del pais, con una chabeta. La abrió, pero el aire frio y penetrante que entró bruscamente en la alcoba le obligó á cerrarla en seguida. Tendió la vista al jardin con esa mirada atenta que estudia más que mira. Cercaba el jardin una pared blanca bastante baja y fácil de escalar. En su fondo distinguió las copas de árboles plantados simétricamente, lo que le indicaba que la tapia separaba el jardin de una alameda ó de una calle con árboles.

Despues de esta ojeada, con el ademan del hombre resuelto se dirigió á la alcoba, cogió el morral, le abrió, le registró, sacó de él un objeto que dejó sobre la cama, se metió los zapatos en los bolsillos, cerró el morral, echándoselo á la espalda; se puso la gorra, bajándose la visera hasta los ojos; buscó á tientas el garrote, que habia dejado en el ángulo de la ventana; despues volvió hasta la cama y tomó el objeto que dejara antes encima de ella. Era una barra de hierro, corta, aguzada como un chuzo por uno de sus extremos. Difícil era conocer en la oscuridad para qué servia aquel pedazo de hierro. Era una palanca? ¿Era tal vez una maza?

De dia se hubiera conocido que era un pico de minero. Los presidiarios se empleaban algunas veces en extraer piedra de las colinas que rodean á Tolon, y no es extraño que Juan Valjean tuviese en sus manos este auxilio de minería. Los picos de minero son de hierro macizo y terminan por el extremo inferior en punta, que se clava en la roca.

Tomó, pues, el pico, retuvo el aliento, y, andando sigilosamente, dirigióse á la puerta del cuarto contiguo, donde estaba el obispo, como saben nuestros lectores. Al llegar á dicha puerta la encontró entornada. El obispo no la cerró al ir á acostarse.

## XI.

### Lo que hace.

Juan Valjean escuchó un momento, y no oyendo ningun ruido, empujó la puerta, la empujó con la punta del dedo ligeramente, con la suavidad furtiva é inquieta del gato que quiere entrar en una habitacion.

La puerta cedió á la presion con movimiento inperceptible y silencioso, que ensanchó un poco su abertura. Aguardó un momento y despues empujó la puerta por segunda vez con más fuerza.

La puerta cedió silenciosamente. La abertura era ya suficiente para dejarle paso, pero habia cerca de la puerta una mesilla, que formaba ángulo con ella y le impedia la entrada.

Juan Valjean conoció esta dificultad y que necesitaba abrir más la puerta. Se decidió y la empujó con más fuerza que las dos veces anteriores, y entonces el gozne, mal untado de aceite, produjo ruido ronco y prolongado.

Juan Valjean tembló al oir ese ruido, que sonó en sus oidos como eco formidable y vibrante, como la trompeta del juicio final. En la perturbacion fantástica del primer instante se imaginó que el gozne se animaba, adquiriendo de pronto vida terrible, y que, como un perro, ladraba para despertar á los durmientes de la casa.

Se detuvo temblando y azorado. Oyó latir sus sienes como dos martillos de

fragua, pareciéndole que el aliento salia de su pecho haciendo el ruido del viento que sale de una caverna. Creia imposible que el clamor del gozne irritado no hubiese conmovido toda la casa como la sacudida de un temblor de tierra; creyó que la puerta, impulsada por él, dando la voz de alarma, habria hecho levantarse de la cama al anciano y á las dos mujeres, que iban á pedir socorro, que les darian auxilio, y que antes de un cuarto de hora la poblacion estaria en movimiento y los gendarmes en pié.

En aquel instante se creyó perdido.

Permaneció inmóvil, petrificado, sin atreverse á hacer el menor movimiento.

Pasaron algunos minutos. La puerta se habia abierto de par en par. Se atrevió á mirar dentro del cuarto; nada se movia en él. El ruido del gozne mohoso no habia despertado á nadie.

Pasó el primer peligro; Juan Valjean se quedó sobrecogido y confuso, pero no retrocedió, porque hasta cuando se creyó perdido tampoco habia retrocedido. Solo pensó en despachar pronto. Dió un paso y entró en el cuarto.

Reinaba en él perfecta calma. Distinguia aquí y allá formas vagas y confusas, que de dia eran papeles, libros abiertos, tomos colocados unos sobre otros encima de un taburete, un sofá con algunas ropas y un reclinatorio; pero que á aquellas horas solo aparecian como rincones tenebrosos y como espacios blanquecinos. Juan Valjean se adelantó con precaucion, evitando tropezar con los muebles. Oia en el fondo del cuarto la respiracion igual y tranquila del obispo dormido.

Paróse de repente; estaba cerca de la cama, á la que llegó antes de lo que creia.

La naturaleza hace muchas veces coincidir sus efectos y sus espectáculos con nuestras acciones con cierta oportunidad sombría é inteligente, como si quisiese obligarnos á reflexionar.

Hacia media hora que cubria el cielo una nube opaca; en el momento en que Juan Valjean se detuvo ante la cama, abrióse la nube, como á propósito, y un rayo de luna que atravesó la alta ventana iluminó súbitamente el semblante del obispo. Dormia tranquilo, medio vestido, en la cama, para evitar la frialdad de las noches de los Bajos-Alpes, con un traje de lana oscura que le cubria los brazos hasta las muñecas. Tenia la cabeza en la actitud de abandono peculiar al reposo, y le colgaba, cayendo fuera de la cama, una mano adornada con el anillo pastoral; aquella mano que ejecutaba tan buenas acciones y tan santas obras. Iluminaba su fisonomía vaga expresion de satisfaccion, de esperanza y de beatitud. Esta expresion, más que una sonrisa, era un resplandor. En su frente brillaba la indefinible claridad de una luz oculta, pues el alma de los justos durante el sueño contempla un cielo misterioso. La fisonomía del obispo reflejaba el fulgor de ese cielo, teniendo al mismo tiempo transparencia luminosa, porque ese cielo estaba dentro de él y era su propia conciencia.

En el instante en que el rayo de la luna se sobrepuso, por decirlo así, á dicha claridad interior, el obispo, dormido, apareció como en medio de una aureola, y ésta quedó, sin embargo, suave y velada por una semiluz inefable.

La luna, aquella naturaleza adormecida, el jardin sin murmullo, la casa silenciosa, la hora, el momento y el silencio, comunicaban un no sé qué solemne al venerable reposo del obispo, y rodeaban de aureola majestuosa y serena sus cabellos blancos y sus ojos cerrados, su semblante que expresaba la fé y la esperanza, su cabeza de anciano y su sueño de niño. Habia casi divinidad en aquel hombre augusto.

Juan Valjean, con el pico de hierro en la mano, estaba en la oscuridad, de pié, inmóvil y azorado ante aquel anciano resplandeciente. Jamás habia visto cosa igual. Le asustaba aquella confianza. El mundo moral no puede ofrecer espectáculo más grande que el de una conciencia turbada é inquieta, próxima á cometer una mala accion y que contempla el sueño del justo. Su sueño, en aquel aislamiento y al lado de aquel hombre, tenia algo de sublime, que se sentia vaga, pero imperiosamente. Nadie hubiera podido decir lo que pasaba en aquel momento en el interior del criminal, ni él mismo lo sabia. Para tratar de expresarlo es preciso combinar mentalmente lo más violento con lo más suave: en su fisonomía nada podia distinguirse con certidumbre; parecia expresar asombro esquivo. Contemplaba lo que veia y nada más, pero era imposible leer su pensamiento, aunque era evidente que estaba conmovido y desconcertado.

Su vista no se apartaba del anciano, denotando extraña indecision. Sin duda vacilaba entre perderse ó salvarse, entre herir aquel cráneo ó besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes levantó

el brazo izquierdo hasta la frente y se quitó la gorra; despues dejó caer el brazo con lentitud y volvió á meditar con la gorra en la mano izquierda, el pico en la derecha y con el pelo erizado sobre la torva frente. El obispo seguia durmiendo profundamente.

El reflejo de la luna hacia visible confusamente encima de la chimenea el crucifijo, que parecia abrir los brazos hácia el obispo y el presidiario, para bendecir al uno y para perdonar al otro.

De pronto Juan Valjean se encasquetó la gorra, pasó rápidamente á lo largo de la cama sin mirar al obispo, dirigiéndose á la alacena, y levantó el pico de hierro para forzar la cerradura, pero estaba puesta la llave: abrió y lo primero que hirió su vista fué el cestillo de la plata; lo tomó, atravesó la estancia á largos pasos, sin precaucion alguna y sin cuidarse ya de no hacer ruido; ganó la puerta, entró en el oratorio, cogió el garrote, abrió la ventana, la saltó, guardó la plata en el morral, tiró el canastillo, atravesó el jardin, saltó por encima de la tapia como un tigre y desapareció huyendo.

## XII.

### El obispo trabaja.

Al dia siguiente, al salir el sol, monseñor Bienvenido se paseaba por el jardin. La señora Magloire corrió hácia él azorada, gritando:

—Monseñor, ¿sabe vuestra grandeza dónde está el canastillo de la plata?

—Sí, contestó el obispo.

—Bendito sea Dios! exclamó ella. Yo no lo encontraba.

El obispo acababa de recoger el canastillo en uno de los cuadros cultivados del jardin y se lo presentó á la señora Magloire:

—Aquí está!

—Sí, pero vacío. Dónde está la plata?

—Ah! dijo el obispo; ¿es la plata lo que buscais? No lo sé.

—Gran Dios! La han robado! ¡El huésped de anoche!

En seguida, con la viveza de vieja avispada, la señora Magloire corrió al oratorio, entró en la alcoba y luego volvió adonde estaba el obispo. Este, inclinado, examinaba suspirando una planta de coclearia de Guillous, que el canastillo destrozó al caer encima de ella. La voz del ama de gobierno le hizo ponerse en pié.

—¡Monseñor, el huésped se ha escapado, robando la plata!

Al exclamar así, sus miradas se fijaron en un ángulo del jardin, en el que se conocian las huellas del escalamiento. El tejadillo de la tapia estaba estropeado.

—Por ahí se escapó, saltando á la calle de Cochefilet. Qué abominacion! Nos ha robado la plata!

El obispo permaneció un momento silencioso, alzó despues la vista y dijo á la señora Magloire con la mayor dulzura:

—¿Verdaderamente era nuestra esa plata?

El ama de gobierno se quedó estupefacta. Despues de una pausa el obispo añadió:

—Yo retenia injustamente hace tiempo esa plata. Pertenece á los pobres. Qué es ese hombre? Indudablemente es un pobre.

—Ay, Dios mio! no lo siento por mí ni por la señorita, contestó la señora Magloire; lo siento por vuestra ilustrísima. Con qué vá ahora á comer monseñor?

El obispo la miró asombrado.

—¿Pues no tenemos cubiertos de estaño? preguntó.

—El estaño huele mal, contestó el ama de gobierno encogiéndose de hombros.

—Entonces de hierro.

—El hierro sabe mal.

—Pues bien, con cubiertos de madera.

Poco despues monseñor se desayunaba en la misma mesa junto á la que Juan Valjean se sentó la víspera, y hacia ver á su hermana, que estaba callando, y á la señora Magloire, que estaba gruñendo, que no necesitaban cuchara ni tenedor, ni aun de madera, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

—¡Fué peregrina idea la de recibir en casa á un hombre como aquel!... decia la señora Magloire hablando sola, yendo y viniendo de aquí para allá.—¡Ponerle cama al lado de la suya! ¡Gracias que se ha contentado con robar!... ¡Me extremezco con solo pensarlo!...

Cuando el hermano y la hermana iban á levantarse de la mesa, llamaron á la puerta.

—Adelante, dijo el obispo.

Abrióse la puerta. En el umbral apareció un grupo extraño y violento. Tres hombres traian á otro agarrado por el cuello; tres gendarmes que habian cogido á Juan Valjean.

Un cabo que dirigia el grupo estaba

cerca de la puerta. Entró y se adelantó hasta el obispo, dirigiéndole el saludo militar.

—Monseñor... le dijo.

Al oir este tratamiento, Juan Valjean, que estaba silencioso y abatido, levantó la cabeza con asombro.

—Monseñor!... entonces no es el cura... exclamó.

—Silencio! gritó un gendarme. Es monseñor el obispo de Digne.

Este, acercándose á la puerta y encarándose con Juan Valjean, le dijo:

—Ah! estais ahí?... me alegro de veros. Os dí tambien los candeleros, que son de plata, como lo demás, y que pueden valeros muy bien doscientos francos. ¿Por qué no os los llevásteis con los cubiertos?

Juan Valjean abrió los ojos y miró al obispo con una expresion que ninguna lengua humana es capaz de describir.

—Monseñor, dijo el cabo, ¿es verdad entonces lo que nos dijo este hombre? Le vimos que huia y le hemos detenido hasta averiguar... Llevaba encima seis cubiertos...

—¿Y os dijo, interrumpió el obispo, que se los dió un buen hombre, un sacerdote anciano en cuya casa pasó la noche anterior? Entonces ya lo comprendo... le habeis traido aquí... pues es una equivocacion.

—Segun eso, podemos dejarle libre? preguntó el cabo.

—Sin duda alguna, contestó monseñor.

Los gendarmes soltaron á Juan Valjean, que retrocedió.

—Es cierto que me dejais libre? preguntó con voz inarticulada y como si hablara soñando.

—Sí; no lo has oido?

—Amigo mio, repuso el obispo; tomad los candeleros antes de iros. Aquí están.

Monseñor Bienvenido se llegó á la chimenea, tomó los dos candeleros de plata y se los entregó á Juan Valjean. Las dos mujeres miraban al obispo sin hablar palabra ni hacer un gesto.

Juan Valjean temblaba de piés á cabeza. Tomó con ojos extraviados y maquinalmente los candeleros.

—Ahora, dijo el obispo, idos en paz.—A propósito: debo deciros, amigo mio, que cuando volvais es inútil que paseis por el jardin. Podeis entrar y salir por la puerta de la calle; solo está cerrada con el picaporte de dia y de noche.

Despues, volviéndose hácia los gendarmes, les dijo:

—Señores, podeis retiraros.

Los gendarmes se marcharon.

Juan Valjean quedó como el hombre que vá á desmayarse. El obispo se le acercó y le dijo en voz baja:

—No olvideis nunca que me habeis prometido emplear esa plata en convertiros en hombre honrado.

Juan Valjean, que no recordaba haber prometido nada, quedó desconcertado. El obispo, que subrayó las palabras anteriores al pronunciarlas, continuó hablándole con acento solemne:

—Juan Valjean, hermano mio, vos ya no perteneceis al mal, sino al bien. Os he comprado el alma, la libro de sus ideas perniciosas y de su espíritu de perdicion y la consagro á Dios.

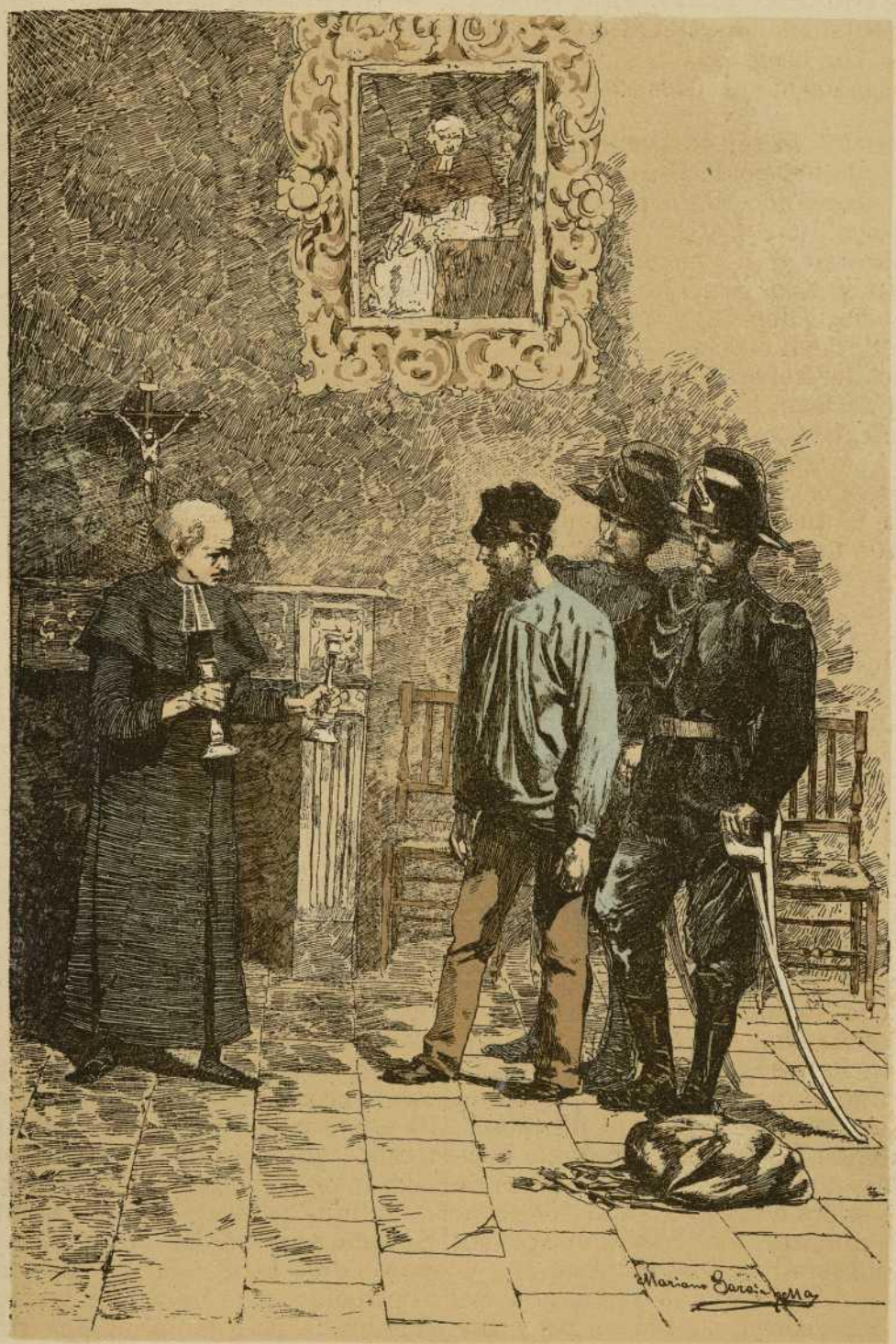
## XIII.

### Gervasillo.

Juan Valjean salió de Digne como escapado. Caminó precipitadamente por el campo, tomando los caminos, y senderos que se le presentaban por delante, sin notar que cada momento desandaba lo andado. Así erró toda la mañana sin haber comido y sin tener hambre. Era presa de multitud de sensaciones nuevas. Estaba colérico y no sabia contra quién. No podia discernir si estaba conmovido ó humillado. Habia momentos en los que se apoderaba de él extraño enternecimiento, que combatia oponiéndole el endurecimiento de sus veinte años últimos. Esta situacion le fatigaba. Veia inquieto que se debilitaba en su sér la horrible calma que le hizo adquirir la injusticia de su desgracia, y se preguntaba con qué la reemplazaria. Habia momentos en que hubiera preferido que los gendarmes le llevasen preso y que el hecho hubiese tenido otro desenlace, porque entonces no hubiera estado tan intranquilo.

Aunque la estacion estaba muy adelantada, aun en las enramadas aparecian flores tardías, cuyo olor percibia caminando y le traia á la memoria recuerdos de su infancia. Estos recuerdos le eran insoportables, porque hacia ya muchísimos años que no le impresionaban. Todo el dia le persiguieron multitud de pensamientos imposibles de expresar.

Cuando ya el sol declinaba hácia el ocaso, alargando en la tierra la sombra de la menor piedrecilla, se sentó Juan Valjean detrás de un matorral, en extensa y rojiza llanura, enteramente de-



TÓME SUS DOS CANDELEROS DIJO EL OBISPO.

sierta. En el horizonte solo descubria los Alpes; ni siquiera se destacaba sobre él el campanario de un pueblecillo próximo.

Juan Valjean se encontraba á tres leguas de Digne. Un sendero que cortaba la llanura se veia á algunos pasos del matorral.

En medio de su ensimismamiento, que hubiera contribuido á hacer más terribles sus harapos para el que le hubiera encontrado, oyó un ruido alegre.

Volvió la cabeza y vió venir por el sendero á un niño saboyano, que podria contar diez años, que venia cantando, con la gaita al lado y llevando un cajon con una mona á la espalda. Era uno de esos alegres muchachos que van de pueblo en pueblo, enseñando las rodillas por los agujeros de los pantalones.

Mientras proseguia cantando, el muchacho interrumpia de vez en cuando su marcha para jugar con algunas monedas que llevaba en la mano, y que probablemente constituian su capital. Entre sus monedas habia una de plata de dos francos.

El muchacho se paró cerca del matorral sin ver á Juan Valjean, y tiró al alto su puñado de piezas, que hasta entonces habia recibido todas juntas y con bastante acierto en el dorso de la mano; pero la última vez la moneda de dos francos se le escapó y fué rodando por la yerba á parar donde estaba Juan Valjean. Este le puso el pié encima; el muchacho siguió á la moneda con la vista y lo vió.

Sin asombrarse se fué recto hácia el hombre.

Aquel sitio era completamente solitario. No se veia á nadie en todo el espacio que podia abarcar la mirada, ni en la llanura ni en el sendero.

El muchacho daba las espaldas al sol, que doraba sus cabellos y que teñia de sangrienta claridad la salvaje fisonomía de Juan Valjean.

—Señor, dijo el saboyano con la confianza propia de los niños, que es una mezcla de ignorancia y de inocencia; dadme la moneda.

—Cómo te llamas? le preguntó Juan Valjean.

—Gervasillo, señor.

—Pues vete, le dijo el presidiario.

—Señor, devolvedme primero mi moneda, repitió Gervasillo.

Juan Valjean dobló la cabeza y no respondió.

—Quiero la moneda! volvió á decir el muchacho.

Juan Valjean continuó mirando al suelo.

—Mi moneda! mi dinero! gritó Gervasillo.

Juan Valjean parecia que no le oia. El chico le cogió por el cuello de la blusa y sacudió al hombre, haciendo esfuerzos para que apartara el pié que tenia sobre su tesoro.

—Quiero mi moneda! gritó el muchacho llorando.

Juan Valjean levantó la cabeza, pero continuó sentado. Sus ojos estaban turbios. Miró al niño asombrado, y despues llevó la mano al garrote, gritando con voz terrible:

—Quién está ahí?

—Yo, señor, respondió el muchacho; Gervasillo, que pido mi dinero. ¿Quereis levantar el pié?

Al verse contrariado, aunque era niño, le dijo con acento casi amenazador:

—Vamos! Apartais el pié?

—Conque estás ahí aun! exclamó Juan Valjean, poniéndose en pié de repente y ocultando siempre la moneda. ¡Acabarás de largarte!

El niño le miró aterrorizado; temblóle todo el cuerpo, y despues de unos minutos de estupor, echó á correr con toda la ligereza de sus piernas, sin volver la cabeza y sin lanzar un grito. A cierta distancia la fatiga le obligó á detenerse, y Juan Valjean le oyó sollozar. Instantes despues el niño desapareció.

El sol se habia puesto ya.

La oscuridad crecia alrededor del presidiario. En todo el dia probó alimento; probablemente tendria calentura. Permanecia en pié, sin cambiar de postura, desde que el niño huyó.

La respiracion fuerte le levantaba el pecho á intervalos largos y desiguales. Clavaba la mirada á diez ú once pasos de él, examinando con profunda atencion un pedazo de loza azul que habia entre la yerba. De pronto se extremeció, sintiendo ya el frio de la noche.

Se encasquetó la gorra, se cruzó y abotonó maquinalmente la blusa, dió un paso y se inclinó para coger del suelo el garrote. Al hacer este movimiento vió la moneda de plata de dos francos, que su pié medio habia sepultado en tierra, y que brillaba entre las piedras. Su vista le produjo el efecto de una conmocion galvánica.—Qué es esto? dijo entre dientes. Retrocedió tres pasos sin poder separar la vista de aquel punto que habia

pisoteado un momento antes, como si aquel objeto que brillaba en la oscuridad hubiese sido un ojo abierto y fijo en él.

Al cabo de algunos minutos se abalanzó convulsivamente á la moneda de plata, la cogió, y enderezándose, miró á lo lejos por la llanura, dirigiendo la vista á todos los puntos del horizonte, de pié, anhelante, como una fiera azorada que busca un asilo.

Pero nada consiguió ver. La noche cerraba: la llanura estaba fria.

Suspiró y marchó con rapidez siguiendo la direccion por donde el niño habia desaparecido. Despues de andar treinta pasos, se detuvo y miró; pero tampoco vió nada.

Entonces gritó con todas sus fuerzas:

—Gervasillo! Gervasillo!

Calló y esperó; no le contestó nadie.

El campo estaba desierto y sombrío. Alrededor de Juan Valjean se extendia la sombra, en la que se perdian sus miradas, y el silencio, en el que se perdia su voz.

El viento glacial que soplaba daba á los objetos inmediatos una especie de vida lúgubre. Los arbustos sacudian sus ramas descarnadas con increible fúria; parecia que perseguian y amenazaban á alguno.

El presidiario volvió á andar, despues echó á correr; de vez en cuando se paraba y gritaba en medio de aquella soledad, con voz formidable y desolada:—Gervasillo! Gervasillo!

Si el saboyano le hubiese oido, seguramente se hubiera atemorizado y en vez de acercársele hubiera huido más lejos de él; pero el niño debia estar ya á mucha distancia de allí.

Juan Valjean encontró un sacerdote que iba á caballo. Se dirigió á él y le preguntó:

—Señor cura, ¿habeis visto pasar á un muchacho?

—No, contestó el eclesiástico.

—Un muchacho que se llama Gervasillo.

—No he visto ningun chico.

Juan Valjean sacó del morral dos monedas de cinco francos y se las dió al sacerdote.

—Tomad; esto para los pobres, le dijo. Os pregunto por un muchacho de diez años que lleva una gaita y una mona, un saboyano.

—Os digo que no le he visto.

—¿Será de algun pueblo de las cercanías?

—Debe ser uno de esos extranjeros ambulantes que nadie conoce.

Juan Valjean cogió con violencia dos monedas más de cinco francos y se las entregó tambien al sacerdote.

—Para los pobres, volvió á decirle.

Despues exclamó azorado:

—Señor cura, mandad que me prendan; soy un ladron.

El sacerdote picó espuelas y huyó atemorizado. Juan Valjean echó á correr en la direccion que antes llevaba; caminó durante algun tiempo, llamando y gritando, pero no encontró á nadie. Al fin se detuvo en un sitio en el que habia tres senderos. La luna habia aparecido.

Paseó la mirada á lo lejos y llamó por última vez á Gervasillo. Sus voces se apagaron sin despertar siquiera un eco. Aquel fué su postrer esfuerzo; se le doblaron las piernas bruscamente, como si un poder invisible le oprimiese de pronto con todo el peso de su criminal conciencia. Cayó desfallecido sobre una enorme piedra, exclamando:—¡Soy un miserable! Su corazon estalló y se puso á llorar. Era la primera vez que lloraba despues de diez y nueve años.

Cuando Juan Valjean salió de casa del obispo pensaba de otro modo que habia pensado hasta entonces. No podia explicarse lo que le sucedia. Queria resistirse á la accion angélica y á las tiernas palabras del anciano: "Me habeis prometido ser hombre honrado. He comprado vuestra alma para librarla de la perversidad y para consagrarla á Dios.„ Estas frases no se apartaban de su memoria y oponia á la indulgencia celestial su orgullo, que es en nosotros como la fortaleza del mal. Conocia bien que el perdon del obispo era el ataque más formidable que podia recibir; que su endurecimiento seria infinito si resistia á aquella clemencia; y que si cedia, le era preciso renunciar al ódio con que llenaron su alma las acciones de otros hombres durante muchos años y que le halagaba; que en esta ocasion no tenia otro remedio que vencer ó ser vencido, y que la lucha, la lucha colosal y definitiva, estaba empeñada entre su maldad y la bondad del anciano sacerdote.

Absorbido en estos destellos de su raciocinio caminaba como hombre enagenado; ¿pero tenia clara la percepcion de lo que podria resultar de su aventura de Digne? ¿Oia todos los rumores misteriosos que aconsejan ó importunan al espíritu en ciertos momentos de la vida? Una

voz le decia al oido que acababa de atravesar la hora solemne de su destino; que no habia término medio para él; que si en lo sucesivo no era el mejor de los hombres, seria el peor; que era ahora ya preciso, ó elevarse á más altura que el obispo ó descender más abajo que el presidiario; que si queria ser bueno, tenia que ser un ángel, y si queria ser malo, tenia que ser un mónstruo.

Debemos aquí repetirnos preguntas ya hechas. ¿Tenia en la inteligencia alguna sombra confusa de lo que por ella pasaba? Ciertamente la desgracia educa la inteligencia, pero es muy dudoso que Juan Valjean estuviese en estado de comprender todo lo que vamos diciendo. Si le ocurrian estas ideas, las vislumbraba, pero no las veia con claridad, y solo le servian para sumirle en confusion inexorable y casi dolorosa. Al salir del presidio el obispo le causó daño en el alma, así como una claridad demasiado viva hace daño en la vista al salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible que desde allí en adelante se le aparecia pura y esplendente, le llenaba de congoja y de ansiedad y no sabia definir su situacion. Como el mochuelo si viera salir bruscamente el sol, así el presidiario quedó ciego y deslumbrado al ver salir radiante la virtud.

Lo que cierto é indudable para él es que ya no era el mismo hombre, que estaba cambiado y que no podia ya impedir que el obispo le hubiera hablado y le hubiera conmovido.

En esta situacion de su espíritu encontró á Gervasillo y le robó la moneda de dos francos. Por qué? De seguro no hubiera podido explicarlo él mismo... ¿Aquella accion ruin fué el último efecto, el supremo esfuerzo de las ideas que traia del presidio, el resto del impulso, el resultado de lo que en mecánica se llama *fuerza adquirida?* Esto era, ó quizás aun menos que esto. Digámoslo sencillamente: no era él el que habia robado, no era el hombre, era el animal, que por hábito y por instinto puso estúpidamente el pié sobre la moneda, mientras la inteligencia se debatia en medio de tantas obsesiones nuevas y desconocidas. Cuando se despertó la inteligencia y vió la accion del bruto, Juan Valjean retrocedió con angustia y dió un grito de espanto. Y es que, fenómeno extraño é imposible en su nueva situacion, al robar aquel dinero al muchacho cometió un acto del que ya no era capaz.

Sea como fuese, su última mala accion le causó un efecto decisivo; atravesó bruscamente el caos de su inteligencia y lo disipó; separó á un lado las nubes oscuras y al otro la luz, y obró sobre su alma, en el estado que ésta se encontraba, como obran ciertos reactivos químicos sobre una mezcla turbia, precipitando un elemento y clarificando otro.

Ante todo, antes de examinarse y reflexionar, azorado como el que busca la salvacion, trató de volver á encontrar al muchacho para devolverle el dinero, y cuando se persuadió de que esto era inútil é imposible, se detuvo desesperado. En el instante que exclamó:—¡Soy un miserable! acabó de reconocerse tal cual era, y ya desde aquel momento se vió tan diferente de sí mismo, que se creyó un fantasma que tenia delante de él, presente, en carne y hueso, con el garrote en la mano, con la blusa ceñida, con el morral, lleno de objetos robados, á la espalda, al repugnante presidiario Juan Valjean.

El exceso del infortunio le habia convertido en una especie de visionario, y esto fué para él una vision. Vió realmente ante él á Valjean con su siniestra fisonomía. Estuvo casi dispuesto á preguntar quién era aquel hombre, pero preguntarlo le causó horror. Pasaba su cerebro por uno de esos momentos violentos, y sin embargo horriblemente tranquilos, en los que el desvarío es tan profundo que absorbe á la realidad; momentos en los que no se ven los objetos que se tienen delante y se ven fuera de nosotros mismos las imágenes que tenemos en la fantasía.

Se contempló, pues, por decirlo así, cara á cara, y al mismo tiempo, al través de su alucinacion, veia, en profundidad misteriosa, una especie de luz, que de pronto tomó por una antorcha; examinando con más atencion aquella luz que aparecia en su conciencia, reconoció que tenia forma humana y que era el obispo. Su conciencia comparó sucesivamente á los dos hombres colocados delante de ella: al obispo y á Juan Valjean. Fué preciso el primero para vencer al segundo. Por uno de los efectos singulares de esta clase de éxtasis, á medida que su desvarío se prolongaba, el obispo crecia y resplandecia á sus ojos, y Juan Valjean se achicaba y se iba oscureciendo hasta convertirse en una sombra; despues desapareció, quedando solo el obispo, que iluminaba el alma de aquel miserable con magnífico resplandor.

Juan Valjean lloró bastante rato,

lloró lágrimas ardientes, sollozando con la debilidad de la mujer y con el sobresalto del niño.

Mientras así lloraba, la claridad penetraba más cada vez en su cerebro, claridad extraordinaria, arrebatadora y terrible á la vez; entonces vió reaparecer en su fantasía su primera falta, su larga expiacion, su embrutecimiento exterior, su endurecimiento interno, su libertad sedienta de venganza, las escenas de casa del obispo, el robo de la moneda del niño; todo esto lo vió claro, muy claro, como no lo habia visto hasta entonces. Examinó su vida y le pareció horrible; examinó su alma y le pareció indigna; y sin embargo, suave claridad bañaba esa vida y esa alma. Le parecia ver á Satanás á la luz del paraiso.

Cuánto tiempo lloró? ¿Qué hizo despues de llorar? á dónde fué? no se supo. Solo se averiguó que aquella noche, el conductor que hacia en aquella época el servicio de Grenoble y llegaba á Digne á las tres de la madrugada, al atravesar la plaza de la Catedral vió á un hombre, en la oscuridad, de rodillas en el empedrado, en actitud de rezar, delante de la puerta de monseñor Bienvenido.

# LIBRO TERCERO.

## El año 1817.

### I.

#### El año 1817.

Luis XVIII, con cierto aplomo régio, que no carecia de orgullo, calificaba el año 1817 de vigésimo-segundo de su reinado. El año en que Bruquiere de Sorsum era célebre. Todas las peluquerías, esperando la vuelta del ave real, estaban pintadas de azul y de flores de lis. Era la época inocente en la que el conde de Linch se sentaba todos los domingos como mayordomo de fábrica en el banco de la iglesia de San German de los Prados, vestido de par de Francia, con el cordon rojo y con la nariz larga, y con la majestad de contorno peculiar al hombre que ha hecho una accion brillante. Su accion brillante consistió en entregar la ciudad de Burdeos demasiado pronto al duque de Angulema, siendo alcalde de dicha ciudad, el 12 de Marzo de 1812, por lo que obtuvo el nombramiento de par. En 1817 la moda tapaba las cabezas de los niños de cuatro ó seis años con grandes gorras de tafilete con orejeras algo parecidas á las mitras de los esquimales. El ejército francés vestia de blanco, á la austriaca; los regimientos se llamaban legiones, y en vez de número llevaban el nombre de los departamentos.

Napoleon estaba en Santa Elena, y como Inglaterra se negaba á darle paño verde, hacia volver del revés sus trajes viejos. En 1817 cantaba Pellegrini, bailaba la señorita Bigothini, reinaba Potier y Odry no existia aun. Madame Saqui sucedia á Fonoso. Habia aun prusianos en Francia. Delalot era un personaje. La legitimidad acababa de afirmarse cortando primero la mano y despues la cabeza á Pleignier, á Carbonneau y á Tolleron. El príncipe de Talleyrand, gran chambelan, y el abate Luis, designado para ministro de Hacienda, se miraban y se reian con la risa de dos augures; ambos habian celebrado en el Campo de Marte la misa de la Federacion; Talleyrand oficiando como obispo y Luis ayudándole como diácono. En 1817, en la arboleda del mismo Campo de Marte, se veian gruesos cilindros de madera, expuestos á las lluvias y pudriéndose entre la yerba, pintados de azul, con restos de águilas y de abejas que fueron doradas; estos restos eran las columnas que dos años atrás sirvieron para sostener el sólio del emperador en el Campo de Marte, y estaban ennegrecidos por el fuego de los austriacos, acampados cerca de Gros-Caillon. En dicho año 1817 eran populares dos cosas: el Voltaire-Fouquet y la caja de rapé de la Carta. La emocion parisiense más reciente era el crímen de Dautun, que arrojó la cabeza de su hermano en el estanque del Mercado de las flores. El ministerio de Marina empezaba á inquietarse por no tener noticias de la desgraciada fragata *Medusa*, que debia cubrir de vergüenza á Chaumareix y de gloria á Gericault. El coronel Selves hacia su viaje á Egipto para convertirse allí en Soliman-Bajá. El palacio de las Termas de la calle de La Harpe servia de tienda á un tonelero. Aun estaba en la plataforma de la torre octógona del palacio de Cluny la garita de Tablas que habia servido de observatorio á Messier, astrónomo de la marina en tiempo de Luis XVI. La duquesa Durás leia á tres ó cuatro amigos en un gabinete, revestido de adornos y de mue-

bles en forma de aspa y de raso de color azul celeste, la *Ourik* inédita. Borraban y raspaban las NN en el palacio del Louvre. El puente de Austerlitz abdicaba y tomaba la denominacion del puente del Jardin del Rey, doble enigma que disfrazaba á la vez al puente de Austerlitz y al Jardin Botánico. Luis XVIII, preocupado, marcaba con la uña en Horacio á los héroes que se hacen emperadores y á los zapateros que se hacen delfines, y le inquietaban dos hombres: Napoleon y Mathurin Bruneau. La Academia francesa proponia por tema para el premio *La felicidad que proporciona el estudio*. Mr. Bellart era oficialmente orador de gran elocuencia; á su sombra germinaba el futuro abogado general Broé, prometido á los sarcasmos de Pablo Luis Courier. Habia un falso Chateaubriand, llamado Marchangy, esperando la hora de que hubiese un falso Marchangy, que se llamaria D'Arlincourt. *Clara de Alba* y *Malek-Adel* eran entonces las obras magistrales, y madame Cottin era considerada como el primer escritor de la época. El Instituto dejaba borrar de su lista al académico Napoleon Bonaparte. Un decreto real erigia á Angulema en escuela de marina, porque siendo el duque de Angulema gran almirante, era evidente que la ciudad de Angulema tenia condiciones de puerto de mar, sin lo que hubiera peligrado el principio monárquico. Se trataba en Consejo de ministros si se debian tolerar las viñetas que representaban juegos gimnásticos y que adornaban los carteles de Franconi, porque hacian parar y amontonarse á los pilluelos de Paris en las calles. Mr. Paër, autor de la *Inés*, hombre de buena fé, de cara cuadrada, con una verruga en el carrillo, dirigia los conciertos íntimos y familiares de la marquesa de Sassenaye, en la calle de la Ville-l'Eveque. Todas las jóvenes cantaban la cancion del *L' Eremite de Saint-Avelle*, con letra de Edmundo Geraud.

El *Nain jaune* se transformaba en *Miroir*. El café Lemblin defendia al emperador contra el café de Valois, que defendia á los Borbones. Acababa de casarse el duque de Berry con una princesa de Sicilia y Lovel le seguia ya los pasos. Hacia un año que habia muerto madame Stael. Los guardias de corps silbaban á la señorita Mars. Los grandes periódicos eran muy pequeños: diminutos en la forma, pero muy libres en el fondo. El *Constitutionnel* era constitucional. La *Minerva* llamaba á Chateaubriand, Chateaubriant. La T final hacia reir al pueblo á costa del gran escritor. En los periódicos asalariados escribian periodistas prostituidos, que insultaban á los proscriptos de 1815; para ellos David no tenia talento, ni Arnault ingenio, ni Carnot probidad. Soult no habia ganado ninguna batalla, y hasta Napoleon no tenia verdaderamente génio.

Nadie ignora que es muy raro que lleguen á los desterrados las cartas por el correo, porque la policía convierte la interceptacion en un deber religioso; pero este hecho es muy antiguo. Descartes en su destierro se quejaba ya de esto. El pintor David se lamentaba en un periódico belga de no recibir las cartas que le dirigian; esto lo encontraban gracioso los realistas y les servia de pretexto para mofarse del proscripto. En aquella época, decir los *regicidas* ó decir los *votantes*, decir los *enemigos*, decir los *aliados*, decir *Napoleon*, ó decir *Buonaparte*, separaba á dos hombres más que un abismo. Todas las personas sensatas convenian en que Luis XVIII, llamado "el autor inmortal de la Carta„, habia cerrado para siempre la era de las revoluciones. En el terraplen del puente Nuevo se esculpia la palabra *Redivivus* en el pedestal que esperaba la estátua de Enrique IV. Mr. Piet abria en la calle Therese, número 4, un conciliábulo para consolidar la monarquía. Los jefes de la derecha decian en las grandes crísis: "Es preciso escribir á Bacot„. Canuel, O' Mahony y Chepedelaine insinuaban ya, con beneplácito del heredero real, lo que más tarde habia de llamarse "La conspiracion de Bord de l'eau„. "El Alfiler negro„ conspiraba por su parte. Delaverdiere se avistaba con Trogoff. Dominaba Decazes, liberal hasta cierto punto. Chateaubriand, de pié todas las mañanas junto á su ventana de la calle de Saint-Dominique, número 27, con pantalon largo y zapatillas, envolviendo su pelo gris en un pañuelo de la India, con los ojos fijos en un espejo y con un estuche completo de cirujano-dentista abierto á su lado, se limpiaba los dientes, que los tenia hermosos, mientras dictaba *La monarquia segun la Carta* á Pilorge, su secretario. La crítica más autorizada daba la preferencia á Lafon sobre Talma. Feletz firmaba A.; Hoffman firmaba Z. Cárlos Nodier escribia su *Teresa Aubert*. Se habia abolido el divorcio. Los liceos se llamaban colegios, y los colegiales, con la flor de lis en el cuello, se

daban trompazos á propósito del rey de Roma. La contrapolicía de palacio denunciaba á su alteza real, la hermana del rey, el retrato del duque de Orleans, expuesto en todas partes, que estaba mejor de uniforme de coronel general de húsares que el duque de Berry de uniforme de coronel general de dragones, lo que era grave inconveniente. La ciudad de Paris hacia dorar de nuevo á sus costas la cúpula de los Inválidos. Los hombres formales se preguntaban qué haria en tal ó cual ocasion Mr. de Trinquelagne. El cómico Picard, que era de la Academia, en la que no pudo entrar el cómico Moliére, hacia representar en el Odeon *Los dos Filibertos:* en el frontis de dicho teatro, á pesar de haber arrancado las letras, se podia aun leer: *Teatro de la Emperatriz.* Habia partidos en pró y en contra de Cuquet y de Montarlot. Fabvier era faccioso y Bavoux revolucionario. El librero Pilicier publicaba una edicion de Voltaire bajo el título de *Obras de Voltaire*, de la Academia francesa, y decia cándidamente: "Esto llama á los compradores„. Era opinion general que Cárlos Loyson seria el génio del siglo; la envidia empezaba á morderle, signo de gloria, y se le aplicaba este verso:

*Méme quand Loyson vole on sent qu'il á des pattes* (1).

Como el cardenal Fesch se negaba á presentar su dimision, Pins, arzobispo de Amasa, administraba su diócesis. Principiaba la cuestion del valle de Dappes, entre Suiza y Francia, por una Memoria del capitan Dufour, que despues fué general.

Saint-Simon, que aun era desconocido, bosquejaba su delirio sublime. Pertenecia á la Academia de Ciencias un Fourier célebre, que ya ha olvidado la posteridad y vivia en un desvan, un Fourier oscuro, del que se acordará el porvenir. Empezaba á sonar el nombre de lord Byron, y en su poema *Millevoye*, por medio de una nota, lo anunciaba á la Francia del modo siguiente: *un tal lord Baron.* David de Angers se ensayaba en modelar el mármol. El abate Caron citaba con elogio en el comité de seminaristas del callejon de Fenllantines á un sacerdote desconocido, llamado Felícitas Roberto, que fué despues Lamennais. Veíase en el Sena un objeto que humeaba y se movia, haciendo el ruido de un perro que nada, yendo y viniendo por bajo de las ventanas de las Tullerías, desde el puente del Real hasta el puente de Luis XV; era un aparato mecánico que no valia gran cosa, un juguete, el sueño de un inventor fantástico, una utopia: el barco de vapor. Los parisienses miraban en aquella época con indiferencia esa inutilidad. Vaublanc, reformador del Instituto, por golpe de Estado, que creó hornadas de académicos, no pudo conseguir serlo. El barrio de San German y el pabellon Marsan deseaban que se nombrase á Delaveau prefecto de policía, porque era devoto. Dupuytren y Recamier disputaban en el anfiteatro de la escuela de Medicina y se amenazaban con los puños á propósito de la divinidad de Jesucristo. Cuvier, mirando con un ojo el Génesis y con el otro á la Naturaleza, se esforzaba por complacer á la reaccion gazmoña, poniendo de acuerdo los fósiles con los textos bíblicos y adulando á Moisés por medio de los mastodontes.

El abate Gregoire, antiguo obispo, antiguo convencional y antiguo senador, pasó, durante la política realista, al estado de "infame Gregoire„. La locucion de *pasar al estado de* era denunciada como un neologismo por M. Royer-Collard. Se distinguia aun por su blancura, en el tercer arco del puente de Jena, la piedra nueva que sirvió dos años atrás para cubrir la boca de la mina que hizo Blucher para volar el puente. La justicia citaba ante el tribunal á un hombre que, al ver entrar al conde de Artois en la iglesia de Nuestra Señora, dijo en voz alta:—*¡Pardiez, que echo de menos el tiempo en que veia á Bonaparte y á Talma entrar cogidos del brazo en el baile del Salvaje!* Por esas frases sediciosas le condenaron á seis meses de prision.

Los traidores se mostraban al descubierto: hombres que se habian pasado al enemigo la víspera de la batalla, no ocultaban la recompensa y se pavoneaban impúdicamente con el cinismo de la riqueza y de las dignidades: desertores de Ligny y de Quatre-Bras, con la desenvoltura de su venalidad pagada, manifestaban su adhesion monárquica enteramente al desnudo, olvidando la recomendacion escrita en el interior de los retretes públicos de Inglaterra: *Sírvase V. abrocharse antes de salir.*

Hé aquí, todo revuelto, lo que sobrenadaba confusamente en el año 1817, olvidado ya en la actualidad. La historia desdeña casi todos esas particularidades, y no puede hacer otra cosa tampoco, por-

(1) Hasta cuando Loyson vuela se vé que tiene patas.

que si lo hiciese la invadiria el infinito. Sin embargo, estos detalles, que sin razon se llaman pequeños—porque no hay hechos pequeños en la humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetacion,—son útiles. De la fisonomía de los años se compone la fisonomía de los siglos.

En dicho año 1817 cuatro jóvenes parisienses representaron "una buena farsa„.

## II.

### Doble quator.

Los cuatro jóvenes de que vamos á ocuparnos eran: uno de Tolosa, otro de Limoges, el tercero de Cahors y el cuarto de Montauban: eran estudiantes, y quien dice estudiante dice parisien; estudiar en Paris es nacer en Paris.

Dichos jóvenes eran insignificantes; todo el mundo conoce su tipo; cuatro ejemplares vulgares: ni buenos ni malos, ni sábios ni ignorantes, ni génios ni imbéciles, con la belleza de ese Abril que se llama veinte años. Cuatro Oscares como todos los demás, porque en esa época los Arturos no existian aun. *Quemad en honor suyo los perfumes de la Arabia*, decia la cancion. *Oscar llega, voy á recibir á Oscar*. Tenian reciente en la memoria á Ossian, y la elegancia era escandinava y caledoniana: el género inglés puro debia prevalecer más tarde, y el primero de los Arturos, Wellington, acababa apenas de ganar la batalla de Waterlóo.

Los cuatro Oscares en cuestion se llamaban Félix Tholomyés, de Tolosa; Listolier, de Cahors; Famenil, de Limoges, y Blachevelle, de Montauban. Naturalmente, cada uno de ellos tenia su querida. Blachevelle amaba á Favorita, llamada así porque habia estado en Inglaterra; Listolier adoraba á Dalia, que tomó como nombre de guerra el nombre de una flor; Famenil idolatraba á Zefina, abreviatura de Josefina, y Tholomyés queria á Fantina, llamada la Rubia, por sus cabellos, que eran como rayos de sol.

Favorita, Dalia, Zefina y Fantina eran cuatro preciosas jóvenes, perfumadas y radiantes, algo costureras todavía, no habiendo abandonado del todo la aguja, distrayéndose con sus amoríos, pero conservando aun en la fisonomía un resto de la serenidad del trabajo y en el alma la flor de la honestidad, que sobrevive en la mujer á su primera caida.

Llamaban la jóven á una de las cuatro, porque era la menor, y á otra la vieja, porque tenia veintitres años. Para no ocultar nada, diremos que las tres primeras tenian más experiencia, más despreocupacion, y se dejaban arrastrar más por la corriente de la vida que Fantina la Rubia, que vivia aun de su primera ilusion.

Dalia, Zefina, y sobre todo Favorita, no hubieran podido decir otro tanto, porque se habia desarrollado ya más de un episodio en la novela apenas comenzada de su vida, y el amante, que se llamaba Adolfo en el primer capítulo, se convertia en Alfonso en el segundo y en Gustavo en el tercero. La pobreza y la coquetería son dos consejeras fatales: la una riñe y la otra halaga, y las jóvenes del pueblo no se pueden librar de que las dos les hablen bajo, al oido, cada una por su parte. Sus almas, mal guardadas, las escuchan. Por eso tropiezan y caen y las arrojan piedras. Las abruman con todo el esplendor de lo inmaculado y de lo inaccesible. Ay! ¡si las doncellas aristocráticas tuviesen hambre!...

Zefina y Dalia admiraban á Favorita, porque habia estado en Inglaterra y porque tuvo en edad muy temprana casa propia. Su padre era un antiguo profesor de matemáticas, brutal y fanfarron, que no estaba casado y que vivia á salto de mata, á pesar de su edad. En su juventud, dicho profesor vió un dia engancharse el vestido de una doncella de servicio en la rejilla de la chimenea de un gabinete, y se enamoró de este accidente. De él resultó Favorita. Esta encontraba algunas veces á su padre, que la saludaba.

Una mañana, una mujer vieja, con aspecto de beata, entró en casa de Favorita y la dijo:

—No me conoces?—No.—Pues soy tu madre.—Dicho esto, la vieja abrió la despensa, bebió y comió, hizo llevar allí un colchon que tenia, y se instaló en casa de su hija. La vieja, gruñona y devota, no hablaba nunca con Favorita; permanecia horas enteras sin pronunciar ni una sola palabra; almorzaba, comia y cenaba como cuatro, y bajaba á hacer visita al portero, donde pasaba el rato hablando mal de su hija.

Lo que arrastró á Dalia hácia Listolier, hácia otros y hasta la ociosidad, era el tener las uñas bonitas y rosadas; ¿cómo habia de trabajar teniendo las manos preciosas? La mujer virtuosa no debe tener compasion de ellas.

Zefina conquistó á Famenil por su manera porfiada y cariñosa de decir:—"Sí, señor„.

Los jóvenes eran compañeros y las jóvenes eran amigas. Tales amores llevan consigo tales amistades.

Juicioso y filósofo son dos cosas distintas, y lo prueba el que, prescindiendo de ciertas particularidades, Favorita, Zefina y Dalia eran filósofas y Fantina era juiciosa. Juiciosa? se preguntará: ¿y Tholomyés?... Salomon responderia que el amor forma parte de la sabiduría: nosotros nos limitaremos á decir que el amor de Fantina era su primer amor, amor único y amor fiel. Fantina era la única de las cuatro que no tuteaba más que un solo hombre.

Fantina era uno de esos séres que brotan de las profundidades del pueblo. Salió de las regiones insondables de la sombra social, llevando en la frente el signo del anónimo y de lo desconocido. Nació en Montreuil-sur-Mer. ¿De qué padres? nadie lo supo. Nadie conoció á su padre ni á su madre. Se llamaba Fantina, y tambien ignoraba todo el mundo por qué se llamaba así. Cuando nació existia aun el Directorio. Ni tenia familia ni apellido. Se llamó como se le antojó llamarla al primer transeunte que la encontró pequeñuela, en la calle y con los piés desnudos. Recibió el nombre como recibia en la cabeza el agua de las nubes cuando llovia. Llamáronla Fantina y nadie sabia más de ella. Así nació esa pobre criatura. A los diez años dejó el pueblo y se puso á servir en las granjas de las cercanías. A los quince se fué á Paris "á buscar fortuna„. Fantina era hermosa y permaneció siendo pura todo el tiempo que pudo. Era una linda rubia con blanquísima dentadura; tenia por dote el oro y las perlas; el oro lo llevaba en la cabeza y las perlas en la boca.

Trabajó para vivir; despues, para vivir tambien, amó, porque el corazon tambien siente su hambre. Amó á Tholomyés. Amor pasajero para él, amor pasion para ella.

Las calles del barrio Latino, en las que hormiguean estudiantes y grisetas, vieron el principio de estas relaciones. Fantina, en los dédalos de encrucijadas de la colina del Panteon, en los que tantas aventuras se atan y se desatan, huyó mucho tiempo de Tholomyés, pero huia de modo que llegaba á encontrarse con él. Hay modo de huir que parece modo de buscar. En una palabra, se realizó la égloga.

Blachevelle, Listolier y Famenil formaban un grupo del que Tholomyés era el jefe. Era el director de la compañía.

Tholomyés, estudiante veterano, rico con cuatro mil francos de renta, era un escándalo de esplendidez en la montaña de Santa Genoveva: Tholomyés era un vividor de treinta años mal conservado. Estaba arrugado, le faltaban dientes y empezaba á estar calvo. Digería difícilmente y tenia un ojo lacrimoso; pero á medida que se extinguia su juventud se encendia su buen humor; reemplazaba la falta de dientes con animadas gesticulaciones, la falta de pelo con la alegría, la de la salud con la ironía, y con el ojo que lloraba reia sin cesar. Su juventud, liando el petate antes de tiempo, se batia en buen órden en retirada, riendo y haciendo fuego. Le rechazaron una comedia en el teatro del Vaudeville, y contínuamente escribia versos. Dudaba de todo, lo que le daba gran fuerza á los ojos de los débiles. Como era irónico, calvo y veterano, era el jefe *Iron*, que es una palabra inglesa que significa hierro. Vendrá de ella la palabra ironía?

Un dia llamó Tholomyés aparte á sus tres camaradas y les dijo:

—Pronto hará un año que Fantina, Dalia, Zefina y Favorita nos piden una sorpresa; se la prometimos solemnemente y nos la reclaman muchas veces, á mí sobre todo. Como en Nápoles las viejas dicen á San Genaro: *Faccia gialluta, fa il miracolo* (cara amarillenta, haz el milagro), nuestras parejas me dicen sin cesar: Tholomyés, ¿cuándo das á luz la sorpresa? Al mismo tiempo nos escriben nuestros padres y estamos apremiados por ambas partes. Ha llegado el momento de cumplir con todos. Platiquemos.

Despues Tholomyés, bajando la voz, dijo misteriosamente algunas frases tan alegres, que de las cuatro bocas salió á la vez ruidosa y entusiasta carcajada.

Blachevelle exclamó:

—Es una gran idea!

Hallaron á su paso un café lleno de humo, entraron en él precipitadamente y el resto de la conferencia se perdió en la espesa atmósfera del susodicho café. De ella resultó una brillante partida de campo, que se celebró el domingo siguiente, á la que convidaron á las cuatro jóvenes.

## III.

### Cuatro á cuatro.

Difícil es en la actualidad figurarse lo que era hace cuarenta y cinco años una partida de campo de estudiantes y de grisetas. Paris no tiene ya los mismos alrededores: la vida que podria llamarse circumparisiense ha cambiado completamente desde hace medio siglo: donde estaba el carro está hoy el wagon, donde estaba el lanchon está ahora el barco de vapor; hoy se vá á Fecamp como entonces se iba á Saint-Cloud. El Paris de 1862 es una ciudad que tiene por arrabales á toda la Francia.

Las cuatro parejas llevaron á cabo concienzudamente todas las locuras campestres posibles entonces. Principiaban las vacaciones y era un dia claro y ardiente de verano. La víspera, Favorita, que era la única que sabia escribir, dirigió á Tholomyés una carta en nombre de todas, en la que le decia: "Es muy sano salir al campo á la madrugada.„ Por eso se levantaron á las cinco de la mañana. Fueron en coche á Saint-Cloud; se pararon ante la cascada seca y exclamaron: —Qué hermosa seria si tuviese agua! Almorzaron en la *Tete-Noire*, por la que no habia pasado aun Castaing; jugaron una partida de sortija en las arboledas del estanque grande, subieron á la linterna de Diógenes, se jugaron barquillos en la ruleta del puente de Sevres, hicieron ramilletes en Poteaux, compraron silbatos en Neuilly, comieron en todas partes pastelillos de manzana y, en una palabra, fueron perfectamente felices.

Las jóvenes triscaban y gritaban como cotorras escapadas; retozaban con los jóvenes con la embriaguez matinal de la vida.

Recordais esa edad dichosa? ¿Recordais haber ido alguna vez por entre las malezas, separando las ramas para que pasase una linda cara que venia detrás de vosotros? ¿Habeis bajado alguna vez alguna cuestecilla humedecida por la lluvia, con la mujer querida, que os detiene por la mano y exclama: "¡Ay, cómo se han puesto mis botitos nuevos!„...

Apresurémonos á decir que faltó esa alegre contrariedad, la de la lluvia; aunque Favorita dijo al salir de Paris, con acento sentencioso y natural: *Los caracoles se pasean por las sendas; señal de lluvia, hijos mios.*

Las cuatro poseian hermosuras llamativas.

Un viejo, poeta clásico, de mucha fama entonces, que dedicaba su inspiracion á una Eleonora, el caballero de Labonisse, paseando aquel dia por debajo de los castaños de Saint-Cloud, las vió pasar á las diez de la mañana, y exclamó: *Sobra una*, acordándose de las tres Gracias. Favorita, la amiga de Blachevelle, la vieja, corria más que todas por entre las filas de árboles, saltaba zanjas, cruzaban atrevidamente por entre los matorrales y presidia la fiesta con el entusiasmo de una jóven fauna. Zefina y Dalia, que eran hermosas y á las que la casualidad hizo juntar para completar mútuamente de ese modo sus bellezas, no se separaban la una de la otra, más por instinto de coquetería que por amistad, y apoyándose una en otra, formaban actitudes inglesas.

Acababan de aparecer los primeros álbums, que se llamaban entonces *Keepsakes;* la melancolía empezaba á apoderarse de las mujeres, como más tarde se apoderó el byronismo de los hombres, y los cabellos del bello sexo comenzaban á caer lánguidamente. Zefina y Dalia llevaban tirabuzones. Listolier y Famenil, engolfados en una discusion sobre sus profesores, explicaban á Fantina la diferencia que habia entre Delvincourt y Blondeau. Blachevelle parecia haber sido creado expresamente para llevar en el brazo los domingos el chal de tres colores de Favorita.

Tholomyés seguia detrás dominando al grupo. Estaba muy alegre, pero se traslucía en él la aspiracion al mando: su jovialidad participaba en cierto modo de la dictadura; la prenda principal de su traje consistia en un pantalon muy ancho, de mahon, con trabillas de trenza metálica; llevaba enorme baston de bambú, de doscientos francos, y como todo se lo permitia, llevaba en la boca una cosa extraña, llamada cigarro, y fumaba.

—Tholomyés es admirable! decian los otros con veneracion. Qué pantalones! qué energía!...

Fantina estaba radiante de júbilo. Sus magníficos dientes sin duda habian recibido una mision, la de reir. Llevaba en la mano más tiempo que en la cabeza el sombrero de paja, con largas cintas blancas. Sus espesos cabellos rubios, acostumbrados á flotar y á desatarse fácilmente (siendo preciso arreglarlos á cada instante), parecian hechos para representar la Fuga de Galatea entre los

sauces. Sus labios rosados se abrian para producir charla deliciosa. Los extremos de su boca, voluptuosamente levantados como los de los antiguos mascarones de Erigona, parecian animar á los atrevidos; pero sus largas y sombreadas pestañas se bajaban discretamente sobre ese atractivo de la parte inferior del rostro, como para imponerle silencio. Su traje presentaba un conjunto chillon y brillante: llevaba vestido de barés color de malva, botitos de color de canela, ajustados con trencilla, que dejaba ver por entre el cruzado media fina y calada; y una especie de *spencer* de muselina (pañoleta) de invencion marsellesa, cuyo nombre, *canesú*, que es una corrupcion de la frase *quince aout* (quince de Agosto) pronunciada en la Canebière, significa buen tiempo, calor y medio dia.

Las otras tres jóvenes, menos tímidas, segun ya hemos dicho, iban muy escotadas, lo que en verano, llevando sombreros adornados de flores, dá á la mujer mucha gracia y gran atractivo. Al lado de su hermosura atrevida, el canesú de Fantina, con sus transparencias, indiscreciones y reticencias, parecia invencion provocativa de la decencia. La famosa Córte de Amor, presidida por la vizcondesa de Cette, la de los ojos de verdemar, probablemente hubiera concedido el premio de la coquetería á dicho canesú, que concurria representando la castidad. A veces lo más ingénuo es lo mejor. Fantina podia vanagloriarse de poseer fisonomía deslumbradora, perfil delicado, ojos de azul oscuro, párpados largos, piés diminutos y artísticos, blanco cútis, que dejaba traslucir por todas partes las ramificaciones azuladas de las venas; mejillas infantiles, frescas; el cuello robusto de las Junos de Egino, hombros que parecian modelados por Coston; en una palabra, Fantina era una alegría helada por la meditacion, era una escultura exquisita. Bajo aquellas ropas y aquellas cintas se adivinaba una estátua, y en la estátua un alma.

Fantina era hermosísima sin saberlo. Los escasos pensadores, sacerdotes misteriosos de lo bello, que lo confrontan silenciosamente todo para llegar á la perfeccion, hubieran descubierto en la costurera, al través de la transparencia de la gracia parisiense, la antigua eufonía sagrada. Esta hija de la noche tenia su raza. Era hermosa bajo dos aspectos: el del estilo y el del ritmo. El estilo es la forma del ideal; el ritmo es su movimiento.

Dijimos que Fantina era la personificacion de la alegría, pero tambien era la del pudor. Para el observador que la estudiara con atencion, lo que trasporaba en ella al través del ardor de la edad, de la estacion y del amor, era una expresion invencible de recato y de modestia. Estaba siempre algo asombrada: este casto asombro lo produce la nube que separa á Psiquis de Vénus. Los dedos de Fantina eran largos, blancos y finos, como los de la vestal que remueve las cenizas del fuego sagrado con un alfiler de oro. Aunque nada habia rehusado á Tholomyés, como veremos más adelante, su faz en reposo era soberanamente original; cierta dignidad séria y austera le invadia en determinados momentos, y era espectáculo singular y admirable ver aparecer en su semblante rápidamente la alegría y pasar sin transicion del abandono al recogimiento. Esta súbita gravedad, vigorosamente acentuada á veces, se asemejaba al desden de una diosa. Su frente, su nariz y su barba presentaban el equilibrio de líneas que es diferente del equilibrio de proporcion, y del que resulta la armonía del rostro. En el intervalo tan característico que separa la base de la nariz del labio superior tenia ese pliegue imperceptible y atrayente, que es el signo misterioso de la castidad que obligó á Barbaroja á enamorarse de una Diana que se encontró en las excavaciones de Iconia.

El amor será una falta; sea. Fantina era la inocencia sobrenadando en la falta.

## IV.

### Tholomyés está tan alegre, que canta una cancion española.

Aquel dia era hermoso y sonriente; la naturaleza parecia estar de fiesta y entregarse á la alegría. Los parterres de Saint-Cloud embalsamaban el aire; el soplo del Sena agitaba suavemente las hojas; las ramas gesticulaban en el viento; las abejas saqueaban los jazmines; una bohemia de mariposas se posaba sobre los tréboles y las avenas, y el augusto parque del rey de Francia le ocupaba el ejército vagabundo de los pájaros.

Las cuatro parejas alegres gozaban del sol, del campo, de las flores y de los árboles en su felicidad comun, hablando, cantando, corriendo, bailando, persiguiendo á las mariposas, cogiendo

campanillas, mojando el calzado en las yerbas altas y húmedas, recibiendo todos los besos de todos, menos Fantina, que, meditabunda y esquiva, se encerraba en su tenaz resistencia de enamorada.

—Tú, le decia Favorita, siempre has de ser rara.

Así son las alegrías. Los pasos de las parejas felices eran un llamamiento á la naturaleza y á la vida, y hacian brotar de todas partes el amor y la luz. Cuéntase que una hada hizo expresamente las praderas y los árboles para los enamorados. Desde entonces existe esa escuela campestre para los amantes, que dura y que durará mientras haya campo y estudiantes. Desde entonces arranca la popularidad de la primavera entre los pensadores. El patricio y el plebeyo, el jornalero y el duque, el cortesano y la gente villana, todos son súbditos de esa hada. Todos allí rien, todos se buscan, brilla en el aire una claridad de apoteósis; ¡transfiguracion sublime la que opera el amor! Los pasantes de notario se creen dioses. Los chillidos y las carreras persiguiéndose por entre las matas; los talles cogidos al vuelo, los dicharachos que parecen melodías, las adoraciones que se descubren por el modo de pronunciar las palabras, las cerezas arrancadas de una boca por otra, todo esto se convierte en goces celestiales. Las jóvenes desperdician sus gracias, imaginando que nunca han de concluir. Los filósofos, los poetas, los pintores, deslumbrados por estos éxtasis, no saben por dónde comenzar su trabajo. ¡La partida de Citerea! exclama Wateau; mientras Lancret, el pintor de la plebe, se queda contemplando los grupos populares que se pierden en el azulado horizonte: Diderot tiende los brazos á esos amorcillos y Urfé los confunde con los druidas.

Despues del almuerzo, las cuatro parejas fueron á ver lo que entonces se llamaba el Reservado del Rey, una planta recien llegada de la India, cuyo nombre no recordamos en este instante y que en aquella época hacia ir á todo Paris á Saint-Cloud: era un caprichoso y lindo arbolillo, cuyo tallo de innumerables ramas, delgadas como hilos, enmarañadas y sin hojas, se cubrian de rositas blancas, que daban á la planta el aspecto de una cabellera sembrada de flores, á cuyo alrededor habia siempre mucha gente contemplándola.

Despues de examinar el arbusto, dijo Tholomyés:

—Propongo una carrera en burros.

Ajustó el precio con un burrero y tomaron el camino por Vanves é Issi. En Issi los entretuvo un incidente. El parque *El Bien Nacional*, que era propiedad entonces del asentista Bourquin, estaba abierto. Los jóvenes pasaron la verja, visitaron al anacoreta de maniquí en su gruta, probaron los efectos misteriosos del famoso gabinete de los Espejos, lasciva emboscada digna de un sátiro millonario ó de un Turcaret metamorfoseado en Príapo. Pusieron en movimiento el columpio sujeto á dos castaños, celebrados por el presbítero Bernis. Tholomyés, mientras columpiaba á las jóvenes, una despues de otra, en medio de la risa general que provocaban los pliegues de las faldas que volaban al aire; el tolosano Tholomyés, algo español, porque Toulouse es prima de Tolosa, cantó con acento melancólico una antigua cancion española, que inspiraria probablemente alguna hermosura lanzada á todo vuelo sobre una cuerda entre dos árboles:

*Vengo de Burgos por verte,*
*que el amor á tí me llama;*
*mas no me enseñes las piernas,*
*porque me abrasas el alma.*

Fantina fué la única que se negó á columpiarse.

—No me gustan esos genios! exclamó murmurando de ella ágriamente Favorita.

Dejaron los burros; luego tuvieron la nueva diversion de embarcarse en el Sena; despues, desde Passi, fueron á pié hasta la barrera de la Estrella. Estaban levantadas desde las cinco de la mañana, pero como decia Favorita: *Nadie se cansa el domingo; el domingo no cansa el trabajo.* A las tres de la tarde las cuatro parejas subian y bajaban por las montañas rusas, edificio singular, que ocupaba entonces las alturas de Beaujou, cuya línea se descubria serpenteando por encima de los árboles de los Campos Elíseos.

De vez en cuando preguntaba Favorita:

—Y la sorpresa?

—Ten paciencia, contestaba Tholomyés.

## V.

### En casa de Bombarda.

Cuando se cansaron de las montañas rusas pensaron en comer, y los ocho de la partida de campo, algo fatigados ya, entraron en la hostería de Bombar-

da, sucursal que habia establecido en los Campos Elíseos el famoso fondista Bombarda, que tenia su establecimiento entonces en la calle de Rívoli, al lado del pasaje Delorme.

Entraron en un cuarto grande, pero mal amueblado, con alcoba sin cama en el fondo, y tuvieron que habilitarle como comedor (por estar toda la hospedería ocupada); tenia dicha habitacion dos ventanas, desde las que se veia el muelle y el rio al través de los olmos; un rayo magnífico del sol de Agosto daba en los cristales; de las dos mesas que habia en el aposento, en una descollaba una montaña de ramilletes interpolados con sombreros de hombre y de mujer, y en la otra se sentaron las cuatro parejas alrededor de un monton de platos, bandejas, vasos y botellas de cerveza y de vino. Habia poco órden encima de la mesa y algun desórden por debajo:

*ils faisaient sous la table*
*un bruit, un trique-trac de pieds èponvantable,*

como dice Molière.

A eso vino á parar á las cuatro y media de la tarde la broma pastoril que empezaron á las cinco de la mañana. El sol declinaba y el apetito de los comensales se extinguia.

Los Campos Elíseos, llenos de sol y de gente, eran ya tan solo luz y polvo, cosas ambas de que se compone la gloria. Los caballos de Marly eran mármoles que parecia que relinchaban y caracoleaban entre una nube de oro. Los coches iban y venian. Un escuadron de guardias de corps, precedido del clarin, bajaba por la alameda de Neuilly; la bandera blanca, rosada vagamente por el sol poniente, flotaba en la torre de las Tullerías. La plaza de la Concordia, que entonces volvió á llamarse plaza de Luis XV, rebosaba de alegres paseantes. Muchos de ellos llevaban una flor de lis de plata colgada con una cinta de moiré blanco, que en 1817 no habia desaparecido aun de los ojales. Aquí y allá, entre los paseantes que abrian círculo y aplaudian, veíanse corros de niñas, que lanzaban al viento una cancion borbónica destinada á satirizar los Cien Dias, y tenia este ritornello:

*Volvednos á nuestro padre de Gante.*

Gran número de habitantes de los arrabales, con sus trajes de dia de fiesta, diseminados por el salon cuadrado y por el de Marigny, jugaban á la sortija y daban vueltas en los caballitos de madera. Otros bebian. Algunos aprendices de cajistas llevaban gorras de papel é iban riendo. Todo estaba radiante. Era aquel un tiempo de paz incontestable y de profunda seguridad realista; la época en que un informe reservado del prefecto de policía Anglés, dirigido al rey acerca de los arrabales de Paris, terminaba con las palabras siguientes: "Bien considerado todo, señor, nada hay que temer de estas gentes. Son apáticos é indolentes como los gatos. El populacho de las provincias es inquieto, pero el de Paris no. Todos son hombrecillos. Dos se necesitarian, puesto uno sobre otro, para formar un granadero de la guardia de vuestra majestad. No debe inspiraros temor el populacho de la capital. Es digno de notarse lo mucho que ha disminuido la estatura de cincuenta años acá; el pueblo de los arrabales de Paris tiene menor estatura que antes de la Revolucion. No es temible.„

Los prefectos de policía no creian que el gato pudiese convertirse en leon; pero este es el milagro del pueblo de Paris. Por otra parte, el gato, que tanto despreciaba el conde de Anglés, era tan estimado de las repúblicas antiguas, que encarnaba para ellas la libertad, y haciendo juego con la Minerva sin alas del Pireo, se erguia en la plaza pública de Corinto el coloso de bronce de forma de un gato.

La cándida policía de la Restauracion creia "muy bueno„ al pueblo de Paris; no lo era tanto segun el significado que daba á aquella expresion. El parisiense es al francés lo que el ateniense es al griego; nadie duerme mejor que él, nadie es más frívolo ni más perezoso; parece que sea olvidadizo, pero no hay que fiarse de esto. Es á propósito para toda clase de dejadeces, pero cuando le deslumbra la gloria, su fúria es admirable. Dadle una pica y realizará el 10 de Agosto; dadle un fusil y obtendreis un Austerlitz. Es el punto de apoyo de Napoleon y el recurso de Danton. ¿Se trata de la patria? Se alista. ¿Se trata de la libertad? Levanta barricadas. No le provoqueis, porque su cabeza colérica llega á ser épica, y su blusa se convierte en clámide. Guardaos de él, porque de la primera calle Grenetat que encuentre hará horcas caudinas. Cuando suena la hora, ese hombre pequeño crece, se levanta, su mirada es terrible y su soplo tempestuoso. De su pecho endeble sale un viento bastante fuerte para deshacer los repliegues de los Alpes. El pueblo bajo de Paris, mezclado con los ejércitos

de la Revolucion, conquistó la Europa. Su placer consiste en cantar. Proporcionadle una cancion apropiada á su naturaleza y ya vereis de lo que es capaz. Mientras no tiene otro estribillo que la *Carmañola*, solo derriba á Luis XVI; pero cuando se le hace cantar la *Marsellesa*, dá la libertad al mundo.

Despues de poner esta nota al márgen del informe del conde de Anglés, volvamos á ocuparnos de las cuatro parejas. La comida, como dijimos, estaba concluyendo.

## VI.

### Cómo amaba Favorita.

Las palabras de sobremesa y las palabras de amor son difíciles de coger, porque las palabras de amor son llamaradas y las palabras de sobremesa humo.

Famenil y Dalia tarareaban una cancion. Tholomyés bebia; reia Zefina y Fantina sonreia; Listolier hacia sonar una trompetilla de madera que compró en Saint-Cloud. Favorita miraba cariñosamente á Blachevelle y le decia:

—Blachevelle, te adoro.

—¿Qué harias, Favorita, si dejara de amarte? le preguntó su amante.

—Qué haria!... exclamó Favorita. Bah! no digas eso ni de broma. Si dejaras de amarme me echaria sobre tí, te arañaria, te arrancaria los ojos, te daria un baño y te haria prender.

Blachevelle se sonrió con la voluptuosa fatuidad del hombre que siente halagado su amor propio.

Favorita añadió:

—Gritaria, llamaria á la guardia. ¡No me acobardaria por eso, bribon!...

Blachevelle, extasiado, se recostó en la silla y cerró los ojos con orgullo.

Dalia, sin dejar de comer y entre la algazara que movian los comensales, dijo en voz baja á Favorita:

—Tanto idolatras á Blachevelle?

—Quién, yo? le detesto, la contestó Favorita tambien en voz baja y empuñando el tenedor.—Es avaro. Prefiero al jóven que está enfrente de mi cuarto; es muy guapo. Le conoces? tiene trazas de actor, y á mí me gustan los cómicos. En cuanto entra en casa dice su madre:—¡Ay, Dios, ya acabé de estar tranquila; ya vá á gritar! ¿No ves que tus chillidos me aturden?—En cuanto entra sube á lo alto de la casa, á los desvanes, á las boardillas, á los tejados, adonde puede, y empieza á declamar, á cantar y á gesticular, con tal extrépito, que se le oye desde bajo. Gana un franco diario en casa de un procurador copiando escritos. Es hijo de un sochantre de Santiago de Haut-Pas. Tiene muy buena figura. Me quiere tanto, que un dia que me vió hacer almidon para unos rizados, me dijo: *Señorita, si haceis buñuelos de vuestros guantes, soy capaz de comérmelos.* Solo á los artistas se les ocurren cosas como estas. Creo que voy á volverme loca por ese chico; pero sin embargo, sigo diciendo á Blachevelle que le adoro. ¡Cómo miento!...

Favorita hizo una pausa y continuó:

—Lo creerás, Dalia? estoy triste. Todo el verano está lloviendo; el viento me irrita los nervios y no me calma la bilis; Blachevelle es muy tacaño; no se encuentran guisantes en el mercado; no sé qué comer; tengo *spleen*, como dicen los ingleses; está muy cara la manteca, y luego, ya lo ves, esto es un horror, estamos comiendo en un cuarto donde no hay ni una cama; ¡esto hace aborrecer la vida!

## VII.

### Sabiduría de Tholomyés.

Entre tanto que unos cantaban y otros charlaban tumultuosamente, todos á la vez, Tholomyés intervino para cortar aquella algarabía del modo siguiente:

—No hablemos todos á un tiempo ni tan alto. Es indispensable meditar para producir efecto; improvisar con exceso deja vacía la imaginacion; señores, no tengamos prisa. Demos majestad á la francachela; comamos con recogimiento; no nos apresuremos. Ved lo que le sucede á la primavera; cuando se adelanta todo se hiela. El exceso de celo pierde á los albérchigos y á los albaricoques. El exceso de celo mata la gracia y la alegría de los banquetes. Nada de celo, señores, ya que Grimaud de la Reyniere es de la misma opinion que Talleyrand.

Sorda rebelion gruñó entre el grupo.

—Tholomyés, déjanos en paz, dijo Blachevelle.

—Abajo el tirano, exclamó Famenil.

—Bombarda, trueno y francachela! gritó Listolier.

—El domingo existe, dijo sentenciosamente Famenil.

—Somos sóbrios, añadió Listolier.

—Tholomyés, dijo Blachevelle, contempla mi calma.

—Tú eres el marqués de ella, respondió Tholomyés.

Ese juego de palabras de mediano gusto produjo el efecto de una piedra arrojada en un barco (1). Todas las ranas se callaron.

—Amigos mios, continuó hablando Tholomyés con el acento del hombre que ha recobrado su imperio; serenaos. No hay que acoger con estupor ese *calembour* caido del cielo. No todo lo que cae de ese modo es digno de entusiasmo y de respeto. El equívoco es el excremento del génio cuando vuela; la secrecion cae en cualquier parte, y el talento, despues de segregar una necedad, se remonta y se pierde en el azul del cielo. La materia blanquecina que cae y se aplasta contra una roca, no impide que el condor siga volando. Lejos de mí la idea de insultar á los equívocos. Los respeto en proporcion á sus méritos, pero nada más. Han dicho equívocos las personas más augustas y más sublimes de la humanidad. Jesucristo dijo uno acerca de San Pedro; Moisés otro sobre Isaac; Esquilo acerca de Polinice, y Cleopatra acerca de Octavio; y advertid que el equívoco de Cleopatra precedió á la batalla de Accio, y que por él nos acordamos de la ciudad de Toryne, nombre griego, que significa cucharón. Concededme esto y continúo.—Hermanos mios, os lo repito, basta de barullo, basta de excesos en chistes, en juegos de palabras, en todo. Escuchadme, ya que estoy dotado de la prudencia de Anfiarao y de la calvicie de César. Deben tener límites hasta los geroglíficos. *Est modus in rebus.* Deben tener límites hasta las comidas. Señoras mias, sé que os gustan las tortas de manzana, pero no abuseis de ellas, porque hasta en el comer tortas debe haber arte y buen sentido. La glotonería castiga al gloton. Gula castigó á Gulax. Dios encargó á las indigestiones que moralizasen los estómagos. No olvideis que cada una de nuestras pasiones, incluso el amor, tiene su estómago, que es preciso no llenar demasiado.

En todo es conveniente escribir á tiempo la palabra *finis*; preciso es contenerse, y en caso de urgencia echar el cerrojo al apetito; aprisionar la fantasía y ser uno mismo su propio carcelero. El sábio es el hombre que sabe contenerse.

Tened confianza en mí, que porque haya estudiado algo de leyes, como acreditan mis exámenes; porque sepa la diferencia que existe entre la cuestion incoada y la cuestion en litigio; porque sostuviese una tésis en latin sobre la manera de dar tormento en Roma en la época en que Munatins Demens era cuestor del parricida; porque sea doctor pronto, segun parece, no se deduce necesariamente de todo lo dicho que yo sea un imbécil. Os recomiendo, á fé de Félix, la moderacion en los deseos. ¡Dichoso aquel que suena la hora y abraza un partido heróico, como Sila ó como Orígenes!

Favorita escuchaba con profunda atencion.

—Félix, exclamó; qué bonito nombre! Debe ser latino y significar lo mismo que Próspero.

Tholomyés continuó sin hacer caso de lo que decia Favorita.

—*Quirites, gentlemen!* Caballeros amigos mios. ¿Quereis no sentir ningun aguijon, no necesitar el lecho nupcial y desafiar al amor? Pues nada es más sencillo. Os voy á dar la receta: Mucha limonada, mucho ejercicio y trabajo forzoso. Desanimaos, arrastrad peso, no durmais, velad; agua de nitro á todo pasto y tisanas de ninfeas; saboread emulsiones de adormideras y de agnocasto; sazonad todo esto con severa dieta; reventad de hambre; tomad baños frios y bizmas de yerbas; aplicaos una placa de plomo, lociones con el licor de Saturno y fomentos con el oxicrato.

—Prefiero la mujer á todo eso, contestó Listolier.

—La mujer! replicó Tholomyés. Desconfiad de ella. ¡Desgraciado del que se entrega al corazon cambiante de la mujer! La mujer es pérfida y tortuosa. Detesta á la serpiente por celos del oficio: la serpiente es para la mujer lo que la tienda de enfrente para el tendero.

—Tholomyés, tú estás borracho, gritó Blachevelle.

—Quién sabe!

—Pues ponte alegre.

—Consiento con mucho gusto, respondió Tholomyés, y cogiendo el vaso se levantó y dijo:

—Gloria al vino! *Nunc te Bache, canam!* Con perdon vuestro, niñas, esto es español. La prueba voy á darla. Segun es el pueblo así es el tonel. La arroba de Castilla tiene diez y seis litros; el cántaro de Alicante, doce; el almud de Canarias, veinticinco; el cuartal de las Baleares,

(1) El juego de palabras consiste en que *mi calma* se dice en francés *mon calme* y se pronuncia *Moncalm*, que era el título de un marqués realista de aquella época.—(N. del T.)

veintiseis; la bota de czar Pedro, treinta. ¡Viva este czar, que era grande, y viva su bota, que era más grande todavía!...

Os voy á dar, niñas mias, un consejo de amigo. Equivocad la puerta de un vecino con la de otro: lo natural en el amor es equivocarse. La mujer enamorada no ha de acurrucarse ni embrutecerse como las criadas inglesas, que crian callos en las rodillas. No fué creada para eso, sino para errar alegremente. Dicen que el error es humano: yo digo que es enamorado. Jóvenes encantadoras, os amo á todas. Oh, Zefina; oh, Josefina! cara que empieza á arrugarse; ¡serias hermosa si no estuvieras ladeada! Tienes bonita cara, sobre la que por equivocacion parece que se haya sentado alguno. En cuanto á Favorita, recuerdo que un dia que Blachevelle cruzaba por el arroyo de la calle de Guerin-Boisseau, vió una muchacha con media blanca y estirada, que enseñaba las pantorrillas: este prólogo le gustó y se enamoró, se enamoró de Favorita. ¡Favorita, tienes labios jónicos! En Grecia hubo un pintor llamado Eufosion, al que apellidaron el pintor de labios. Solo aquel griego seria digno de pintar tu boca. Antes de que tú nacieras no habia criatura digna de ese hombre. Fuiste creada para recibir la manzana, como Vénus, ó para comértela, como Eva. La belleza empieza en tí. Mencioné á Eva, pero tú fuiste quien la creaste. Mereces el privilegio de invencion de la mujer hermosa. Dejo de tutearos, porque paso de la poesía á la prosa. Hablábais de mi nombre hace poco y esto me ha enternecido, pero hay que desconfiar de nuestros nombres. Los nombres pueden engañar. Yo me llamo Félix y no soy feliz. Las palabras son embusteras y no las debemos creer ciegamente. Seria un error pedir á Lieja tapones y á Pau guantes. Miss Dalia, yo en tu lugar me llamaria Rosa: la flor debe oler bien y la mujer debe tener chispa. Nada tengo que decir de Fantina, que es una soñadora, una pasionaria, una sensitiva, un fantasma en forma de ninfa y con el pudor de una monja, que se extravía en la vida de griseta, pero que se refugia en la de las ilusiones; que canta, reza y mira al cielo sin saber de fijo lo que ve ni lo que hace, y mirando á la inmensidad, vaga por un jardin en el que vé más pájaros que existen. Fantina, es menester que sepas que yo, Tholomyés, no soy más que una ilusion; pero ni siquiera me oye la hija rubia de las quimeras. Por lo demás, brillan en tí la frescura, la suavidad, la juventud y la claridad de la aurora. Debias llamarte Margarita ó Perla: eres una mujer oriental. Niñas mias, voy á daros otro consejo: no os caseis. El matrimonio es un ingerto: en unos prende bien y en otros mal. Huid, pues, del riesgo. Pero hablo en vano; mis palabras se las lleva el viento. Las mujeres en este punto son incurables, y todo cuanto digamos nosotros los sábios no podrá impedir que las chalequeras y ribeteadoras sueñen tener maridos ricos y llenos de diamantes. Enhorabuena; pero no olvideis, hermosas mias, que comeis demasiado azúcar, y habeis de saber que el azúcar es una sal. Toda sal es secante, y la más secante de todas las sales es el azúcar. Absorbe al través de las venas los líquidos de la sangre y produce la coagulacion y despues la solidificacion de la sangre, de que provienen los tubérculos en el pulmon, luego la muerte. Por eso la diabetes confina con la tísis. Así, pues, no comais azúcar y vivireis.

Ahora, compañeros, me dirijo á vosotros y os digo que hagais conquistas. Quitaos las queridas los unos á los otros sin miramiento. Cambiad de parejas. En el amor no hay amigos. Por todas partes donde haya una mujer hermosa están abiertas las hostilidades. ¡No haya cuartel! guerra á muerte! Una mujer bonita es un *casus belli*; una mujer hermosa es un delito flagrante. Todas las invasiones de la historia las marcan las faldas. La mujer es el derecho del hombre. Rómulo robó las sabinas; Guillermo robó las sajonas; César robó las romanas. El hombre que es correspondido se cierne como un buitre sobre los amores del prógimo. A todos esos infortunados que están viudos les dirijo la sublime proclama de Bonaparte al ejército de Italia: "Soldados, careceis de todo. El enemigo lo tiene„.

Tholomyés hizo una pausa.

—Escupe, le dijo Blachevelle, y despues seguirás hablando.

Al decir esto, apoyándose en Listolier y en Famenil, entonó con cadencia lastimera uno de esos cánticos de taller, compuesto de las primeras palabras que ocurren á la imaginacion, medio rimados, vacíos de sentido, y que nacen del humo de los cigarros y se desvanecen como él.

No era esta cancion á propósito para calmar la improvisacion de Tholomyés, y éste vació el vaso, lo llenó otra vez y continuó hablando:

—Abajo la sabiduría. Olvidad cuanto llevo dicho. No seamos recatados, ni prudentes, ni hombres de seso. ¡Alegrémonos! Completemos los cursos de derecho con la locura y con el alimento. Indigestion y digesto. ¡Que sea Justiniano el macho y francachela la hembra! ¡Que ruede la creacion! El mundo es una bola de diamante. Soy feliz. ¡Los pájaros me admiran! El ruiseñor es un Farinelli que gozamos gratis. ¡Te saludo, verano, y á tí tambien, Luxemburgo! ¡Oh, niñeras encantadoras, que mientras cuidais de los niños os divertís en bosquejar otros! Las pampas de América me gustarian si no tuviese tan á mano las arcadas del Odeon. Mi alma vuela hácia los bosques vírgenes y hácia las praderas primitivas. Todo es bello. Las moscas zumban, revoloteando alrededor de los rayos del sol. De un estornudo del sol ha nacido el colibrí. Abrázame, Fantina.

Tholomyés se equivocó y abrazó á Favorita.

## VII.

### Muerte de un caballo.

Se come mejor en casa Edon que en casa de Bombarda, dijo Zefina.

—Pues yo prefiero esta casa, declaró Blachevelle. Hay más lujo en su fonda, y sino mirad en la sala de abajo qué profusion de espejos hay en las paredes.

—Pero yo no me los he de comer, le contestó Favorita.

—Mirad aquí los cuchillos con mango de plata, mientras los tienen de hueso en casa de Edon, insistió Blachevelle. La plata es más preciosa que el hueso.

—Escepto para los que tienen la barba de plata, observó Tholomyés, dirigiendo la vista á la cúpula de los Inválidos, que se veia desde las ventanas de casa Bombarda.

Hubo una pausa en la conversacion.

—Tholomyés, dijo Famenil, hace poco Listolier y yo sosteníamos una discusion.

—Discutir es bueno, pero reñir es mejor, respondió Félix.

—Disputábamos sobre filosofía.

—Sobre qué?

—¿A quién prefieres tú, á Descartes ó á Espinosa?

—A Desangiers, contestó Tholomyés.

Dictada esta sentencia, bebió y continuó hablando.

—Consiento en vivir. Todo no ha concluido en el mundo, porque todavía se puede disparatar. Doy gracias por esto á los dioses inmortales. Se miente, pero se rie. Se afirma, pero se duda. Lo inesperado brota del silogismo, y esto es muy hermoso. Aun quedan hombres en el mundo que saben abrir y cerrar la caja de sorpresas de la paradoja. Lo que estais bebiendo tranquilamente ahora, señoritas, es vino de Madera, de la cosecha del Corral das Freiras, que se halla á trescientas diez y siete toesas sobre el nivel del mar. El señor Bombarda, el magnífico fondista, os dá esas trescientas diez y siete toesas por cuatro francos y cincuenta céntimos.

Famenil le interrumpió otra vez:

—Tholomyés, tus opiniones son leyes. Cuál es tu autor favorito?

—Ber...

—Quién?

—No: Col.

Tholomyés prosiguió:

—Honor á Bombarda! Se igualaria á Munofis de Elefanta si pudiera alcanzarme una bailarina de Oriente, y á Tigelion de Cheronea si pudiera traerme una hetaira; porque, señoras mias, tambien habia Bombardas en Grecia y en Egipto. Apuleyo nos lo refiere. Siempre hay las mismas cosas, nada es nuevo. *Nihil sub sole novum*, dijo Salomon. *Amor omnibus idem*, dijo Virgilio, y Carabin se mete en Carabina en la barca de Saint-Cloud, como Aspasia se embarcaba con Pericles en la escuadra de Samos. ¿Sabeis quién era Aspasia, niñas mias? Aunque vivió en tiempos en que aun no se concedia que tuviesen alma las mujeres, ella la tenia: tenia el alma de color de rosa y de púrpura; más encendida que el fuego y más fresca que la aurora. Aspasia era una criatura en la que se tocaban los dos extremos de la mujer: era la diosa prostituida. Sócrates unido á Manon Lescant. Aspasia fué creada para el caso de que le hubiese faltado un molde á Prometeo.

Desbocado Tholomyés en el monólogo, difícilmente se hubiera detenido, á no caer un caballo en la calle en aquel momento. Al choque del vehículo que arrastraba se pararon la carreta y el orador. Era el animal una yegua normanda, vieja y flaca, digna del matadero, que conducia un carro muy pesado. Al llegar ante la puerta de casa Bombarda, agotadas ya sus fuerzas, se negó á dar un paso más. Este incidente atrajo mucho público. En cuanto el carretero, indignado, jurando, pronunció con la conveniente energía la palabra

sacramental *¡arre!* acompañada de implacable latigazo, la yegua cayó al suelo para no volverse á levantar. Al ruido de la gente, los alegres oyentes de Tholomyés volvieron la cabeza, y éste aprovechó la ocasion para cerrar su discurso con esta melancólica estrofa:

*Era una yegua que arrastró carretas,*
*y el sino de las yeguas le tocó;*
*era rosa y vivió lo que las rosas,*
*el brevísimo término de un sol.*

—Pobre yegua! exclamó Fantina.

—¿Tambien vas á compadecerte de los animales? Se necesita para eso ser tonta de capirote, repuso Dalia.

En aquel momento Favorita, cruzándose de brazos y echando la cabeza hácia atrás, miró resueltamente á Tholomyés y le dijo:

—Cuándo viene la sorpresa?

—Precisamente en este instante, respondió Félix. Ha llegado la hora de sorprender á estas señoras, caballeros. Hijas mias, esperadnos un momento.

—La sorpresa empieza por un beso, dijo Blachevelle.

—En la frente, añadió Tholomyés.

Cada uno depositó con gravedad un beso en la frente de su querida: despues se dirigieron hácia la puerta los cuatro en fila, con el dedo índice puesto sobre los labios.

Favorita palmoteó al verlos salir.

—Esto es muy divertido! exclamó.

—No tardeis mucho, dijo Fantina, que os estamos esperando.

## IX.

### Alegre fin de la alegría.

Cuando quedaron solas las jóvenes se apoyaron dos á dos en la baranda de las dos ventanas, sacaron fuera de éstas las cabezas y se hablaban de una ventana á la otra.

Vieron salir á los cuatro jóvenes de casa de Bombarda, cogidos del brazo: éstos se volvieron, les hicieron señas y desaparecieron riéndose entre la empolvada muchedumbre que invade los domingos los Campos Elíseos.

—No tardeis mucho! gritó Fantina.

—Qué nos traerán? preguntó Zefina.

—De seguro alguna cosa bonita, dijo Dalia.

—Yo quisiera que fuese de oro, replicó Favorita.

Pronto las distrajo el movimiento de la gente que pasaba por allí cerca y que se veia por entre las ramas de los grandes árboles. Era la hora de la salida de los correos y de las diligencias. Casi todos los carruajes del Mediodía y del Oeste pasaban entonces por los Campos Elíseos. La mayor parte de ellos seguian por el muelle y salian por la puerta de Passy. De vez en cuando alguna voluminosa diligencia pintada de amarillo y negro, pesadamente cargada, con ruidoso atalaje, llena de cabezas que en seguida desaparecian, cruzaba al través del gentío.

Aquel extrépito alegraba á las jóvenes y Favorita exclamaba:

—Qué estruendo! ¡Parece que esas diligencias arrastran montañas de cadenas!

Sucedió que uno de dichos carruajes, que apenas se distinguia por entre la espesura de los olmos, se paró un momento y luego partió al galope. Esto chocó á Fantina.

—Es singular! dijo; yo creia que la diligencia nunca paraba.

Favorita se encogió de hombros, diciendo:

—Qué cosas tiene Fantina! ¡Se asombra de todo!...

—Suponte que yo soy un viajero que le digo á la diligencia: voy delante: subiré cuando paseis por el muelle. La diligencia llega, me ve, se pára y subo. ¡No sabes lo que es la vida!...

Cuando pasó algun tiempo, Favorita, con el movimiento del que se despierta, exclamó:

—Y la sorpresa?

—Es verdad! ¿Cuándo viene la famosa sorpresa? añadió Dalia.

—Mucho tardan! observó Fantina suspirando.

Poco despues de las anteriores palabras entró el camarero que les habia servido la comida. Llevaba en la mano algo que se parecia á una carta.

—Qué es eso? le preguntó Favorita.

—Un papel que los señores me han dejado para las señoritas.

—¿Por qué no nos lo habeis entregado antes?

—Porque me mandaron que no lo entregase hasta despues de una hora de la salida de los señores, respondió el cacamarero.

Favorita arrancó el papel de las manos del sirviente.

Era efectivamente una carta.

—Calla! exclamó: no trae en el sobre ni nombre, ni direccion, pero tiene escrito lo siguiente:

ESTA ES LA SORPRESA.

Rompió el sobre y abrió la carta, que estaba concebida en estos términos:

"Amadas nuestras: Habeis de saber que tenemos padres. No comprendereis muy bien lo que es tener padres. Así se llaman el padre y la madre en el pueril y honrado Código civil. Pues bien, esos padres lloran, esos ancianos nos reclaman, esos buenos hombres y buenas mujeres nos llaman hijos pródigos, desean nuestro regreso y se ofrecen á hacer sacrificios por nosotros. Somos virtuosos y les obedecemos. A la hora en que leais esta carta, cuatro fogosos caballos nos estarán conduciendo á la morada paterna. Levantamos el campo, como dice Bossuet. Partimos; hemos partido ya. Huimos en alas de las mensajerías del Mediodía. La diligencia de Tolosa nos arranca del borde del abismo, y el abismo sois vosotras, encantadoras sirenas! Entramos por fin otra vez en la sociedad, en el deber y en el órden, al gran trote, esto es, á razon de tres leguas por hora. Interesa á la pátria que seamos, como todo el mundo, prefectos, padres de familia, guardias campestres y consejeros de Estado. Tened veneracion por nosotros, ya que sabemos sacrificarnos. Lloradnos rápidamente y reemplazadnos pronto. Si os desgarra el corazon esta carta, desgarradla en seguida. Adios.

„Durante dos años os hicimos dichosas; no nos guardeis, pues, rencor.—BLACHEVELLE, FAMENIL, LISTOLIER, THOLOMYÉS.

„*Post-scriptum.*—La comida está pagada.„

Las cuatro jóvenes se miraron unas á otras.

Favorita interrumpió el silencio que guardaban, exclamando:

—Pues bien, lo mismo dá; de todos modos la broma es chistosa.

—Chistosísima! añadió Zefina.

—Debe haberla inventado Blachevelle, y esto me impulsa á volverle á amar. En cuanto ha partido le vuelvo á querer. Este es el mundo!

—No, replicó Dalia; este pensamiento sin duda ha nacido de Tholomyés; se conoce á la legua.

—Pues en ese caso, repuso Favorita, muera Blachevelle y viva Tholomyés.

—Viva Tholomyés! gritaron Dalia y Zefina, soltando la carcajada.

Todas se echaron á reir: Fantina tambien rió como las otras.

Una hora despues, al verse Fantina sola en su cuarto, lloró. Perdia la infeliz su primer amor, el amor que la hizo entregarse á Tholomyés como á un marido. La pobre jóven era madre!...

# LIBRO CUARTO

## Confiar es á veces entregar.

### I.

#### Una madre que se encuentra con otra.

En el primer cuarto de este siglo habia en Montfermeil, cerca de Paris, un figon que ya no existe.

Este figon era propiedad de los Thenardier, que eran marido y mujer, y estaba situado en el callejon del Panadero.

Encima de la puerta habia una tabla clavada derecha en la pared, en la que estaba pintado algo semejante á un hombre que llevaba á cuestas á otro hombre, con grandes charreteras de general, doradas, y con grandes estrellas plateadas; manchas rojas querian denotar la sangre; el resto del cuadro era todo humo y representaba una batalla. Debajo del cuadro se leia esta inscripcion: *Al sargento de Waterlóo.*

Es comun ver un carro ó carreta á la puerta de un meson; sin embargo, el vehículo, ó por mejor decir, el fragmento de vehículo que obstruia la calle que estaba delante del bodegon del sargento de Waterlóo una tarde de primavera del año 1818, por su enorme bulto, hubiera llamado la atencion de cualquier pintor que hubiera pasado por allí. Era la parte delantera de uno de esos carretones que se usan en paises montuosos y que sirven para transportar maderas y troncos de árboles. Se componia de un eje de hierro macizo, en el que se encajaba un grueso timon, y que sostenian dos ruedas desmesuradas. Aquel conjunto era amazacotado, pesado y disforme; parecia que fuese el afuste de un cañon gigantesco. Los carriles fangosos habian cubierto con una capa de barro las ruedas, las llantas, los cubos, el eje y el timon, capa amarillenta y sucia, parecida al revoque con que se pretende adornar las paredes de algunas catedrales. Cubria el barro la madera y el moho el hierro. Por debajo del eje colgaba una enorme cadena, digna de un forzado Goliat; esta cadena hacia traer á la memoria, no las vigas que estaba destinada á conducir, sino

los mastodontes y megaterios que hubiera podido enganchar; tenia aspecto de objeto de presidio, pero de presidio ciclópeo y sobrehumano, y parecia desatada de algun mónstruo. Homero hubiera amarrado con ella á Polífemo y Shakespeare á Caliban.

¿Por qué la desmesurada carreta ocupaba aquel sitio en la calle? Por obstruirla y para acabarse de enmohecer. En el antiguo órden social hay tambien una porcion de instituciones que ocupan de ese modo la via pública, no teniendo tampoco ninguna razon para estar en ella.

El centro colgante de la cadena casi llegaba al suelo, y en medio de él, como sobre la cuerda de un columpio, estaban sentadas, formando grupo, dos niñas: una de dos años y medio y otra de diez y ocho meses, la más pequeña en brazos de la mayor. Estaban atadas con un pañuelo á la cadera para que no cayesen en tierra. La madre, al contemplar la enorme cadena, habia dicho sin duda: Hé aquí un buen entretenimiento para mis hijas.

Las dos criaturas, ataviadas hasta con esmero, brillaban, por decirlo así: parecian dos rosas entre hierro viejo; sus ojos brillaban y sus bocas sonreian. La una tenia el pelo castaño, la otra era morena; sus inocentes rostros embelesaban: un espino florido que crecia allí cerca enviaba á los transeuntes su aroma, que parecia provenir de las niñas; la de diez y ocho meses enseñaba su lindo vientre desnudo con la casta indecencia de los albores de la vida. Encima, y alrededor de sus delicadas cabezas, inundadas de luz, la carreta, negra por el orin, llena de curvas y de ángulos feísimos, formaba un circuito como boca de caverna. A poca distancia de las niñas, acurrucada en el umbral del bodegon, estaba su madre, mujer de aspecto poco agradable, pero interesante en aquel momento, en que se entretenia en mecer á las dos criaturas por medio de una cuerda larga, protegiéndolas con sus miradas de algun incidente con la expresion propia de la maternidad. A cada vaiven los anillos de la cadena despedian ruido estridente, que parecia grito de cólera, y las niñas se extasiaban; el sol poniente participaba de su alegría, y era hermoso aquel capricho del azar, que hizo de una cadena de titanes un columpio de querubines.

Meciendo á las niñas, la madre tarareaba con voz de falsete una cancion, de moda entonces, que empezaba:

*Es preciso, decia un guerrero...* etc.

Su canto, y el no perder de vista á las criaturas, le impedian ver y oir lo que pasaba en la calle. Entre tanto, una mujer se fué poco á poco aproximando á ella desde que empezó la primera estrofa de la cancion, y de pronto oyó una voz que al oido le decia:

—Señora, teneis dos hermosas niñas.

La madre suspendió la cancion, volvió la cabeza y vió casi á su lado á otra mujer, que llevaba otra niña en brazos y además un abultado saco de noche que parecia pesar mucho.

La hija de aquella mujer era preciosísima; podria tener de dos á tres años; iba tan adornada y tan elegante como las otras dos criaturas. Llevaba un cuellecito de lienzo fino, cintas en la camiseta y encajes en la gorrita. El pliegue de su falda levantada descubria un muslo blanco, apretado y firme. Estaba muy sana y admirablemente sonrosada. Sus ojos eran grandes y estaban adornados con magníficas pestañas. Estaba dormida. Dormia con el sueño de absoluta confianza propio de la edad. Los brazos de las madres son para los niños tibias cunas y en ellos duermen profundamente.

La madre era de aspecto pobre y triste. Llevaba el traje de obrera que tiende á convertirse en aldeana. Era jóven y quizás hermosa, pero vestida como iba no lo parecia. Sus cabellos, de los que se descubria un mechon rubio, parecian espesos, pero los ocultaba con severidad una gorra de percal de color, fea, estrecha y sujeta por debajo de la barba. La risa enseña los dientes hermosos, cuando se poseen, pero aquella mujer no se reia. Sus ojos parecian secos desde hacia mucho tiempo. Estaba pálida y parecia cansada y enferma; miraba á la niña dormida en sus brazos con la expresion particular de la fisonomía de la madre que ha criado á su hijo. Cubria su talle un pañuelo grande y azul, que lo llevaba doblado en forma de pañoleta. Sus manos estaban ásperas y salpicadas de manchas rojizas y el dedo índice enrojecido y agrietado por la aguja. Un manton de tosca lana de color oscuro, vestido de percal y gruesos zapatos, completaban su traje. Era Fantina. Difícilmente se la podia reconocer, pero examinándola atentamente se descubria en ella su antigua hermosura. Un plie-

gue sombrío, que parecia un principio de ironía, arrugaba su mejilla derecha. Su traje de ayer, aquel traje aéreo de muselina y de cintas que parecia hecho de alegría, de locura y de música, lleno de cascabeles y perfumado de lilas, se desvaneció como las lucientes escarchas, que parecen diamantes iluminadas por el sol, y que al derretirse dejan las ramas negras y sombrías.

Diez meses habian transcurrido desde la famosa sorpresa. Lo que á Fantina habia ocurrido durante ese tiempo es fácil de adivinar.

Despues del abandono la escasez. Fantina perdió de vista en seguida á Favorita, á Zefina y á Dalia: roto este lazo por parte de los hombres, se deshizo pronto por parte de las mujeres: quince dias despues se habrian admirado ellas mismas de que alguno las dijera que eran amigas: su intimidad no tenia razon de ser. Fantina se quedó sola. Separándose de ella el padre de su hija—y estas separaciones son irrevocables,—se encontró completamente aislada, sin el hábito del trabajo y con la aficion al placer. Sus relaciones con Tholomyés la arrastraron á desdeñar el oficio que sabia: no se acordó ya de los parroquianos que la sostenian, y despues éstos la abandonaron. No le quedó ningun recurso: no sabia leer ni escribir: en su infancia solo la enseñaron á escribir su nombre. Dirigió una carta á Tholomyés, que le escribió un memorialista, despues otra y hasta tres, pero su fugitivo amante no contestó á ninguna.

Un dia Fantina oyó decir á sus compañeras, que miraban á su hija:—¿Por ventura toman en sério tener esta clase de hijos? El que los engendra se encoge de hombros.—Entonces pensó ya que tambien Tholomyés se encogeria de hombros cuando oyese hablar de su hija, y que no lo tomaria en sério, y su corazon quedó sombrío para todo lo que se relacionaba con aquel hombre; pero le era forzoso tomar un partido. ¿Qué iba á hacer? Es cierto que habia cometido una falta, pero en el fondo de su naturaleza habia pudor y virtud. Conoció vagamente que estaba en vísperas de caer en la miseria y de rodar hasta el abismo. Necesitaba valor: lo recobró tomando salvadora resolucion. Ocurriósele la idea de volver á su pais natal, á Montreuil-sur-Mer, en donde podria encontrar alguno que la conociese y le diera trabajo. Sí, pero tenia que ocultar su falta, y entreveia vagamente la necesidad posible de otra separacion más dolorosa todavía que la primera. Aunque esta idea le oprimia el alma, tuvo valor para resolverse, porque, como vamos á ver, tenia el valor feroz de la vida. Renunció completamente á las galas y á los adornos, se vistió de percal y dedicó á su hija todas sus cintas, todos sus encajes y todas sus blondas; á su hija, que era la única vanidad que le quedaba, y que es una santa vanidad. Vendió todas sus galas, cuya venta la produjo doscientos francos, y despues de pagar sus cortas deudas, le quedaron cerca de ochenta francos. A los veintidos años, y en una hermosa mañana de primavera, salió de Paris llevando á su hija en las espaldas. Hubiera tenido lástima de ellas el que las hubiera visto pasar. Esta mujer no tenia en el mundo más que esa niña, ni esta niña tenia en el mundo más que aquella mujer. Fantina sentia fatigado el pecho de criar á su hija y tosia algunas veces.

Ya no tendremos ocasion de hablar de Félix Tholomyés, por lo que nos concretaremos á decir que, veinte años despues, en el reinado de Luis Felipe, era un voluminoso abogado de provincias, influyente y rico, elector prudente y jurado severísimo, pero siempre aficionado á la vida de los placeres.

Hácia el medio dia, Fantina, despues de pasar á trechos el camino, para no fatigarse mucho, en los carruajes que entonces se llamaban cochecillos de los alrededores de Paris, se encontró en Montfermeil, en la callejuela del Panadero.

Al pasar por delante de la hostería de Thenardier, las dos chiquitinas, embelesadas en su columpio mónstruo, le causaron como un deslumbramiento y se paró ante ellas. Hay cosas que hechizan en la vida, y aquellas dos criaturas hechizaron á aquella madre, que las contemplaba conmovida. La presencia de los ángeles es un anuncio del paraiso, y Fantina creyó leer en la hostería el misterioso *Aquí* de la Providencia. ¡Sin duda eran dichosas las dos criaturas! Las miraba y las contemplaba tan enternecida, que al tomar aliento la madre de ellas para proseguir su cancion, no pudo menos de prorumpir en la exclamacion que ya hemos referido:

—Teneis dos lindas hijas, señora!

Los séres más feroces quedan desarmados cuando se acaricia á sus hijos. La madre, levantando la cabeza, dió las gracias á la desconocida y la hizo sentar en el escalon de la puerta, pues ya diji-

mos que la hostelera estaba en el umbral. Las dos mujeres entablaron conversacion.

—Soy la señora Thenardier, dijo la madre de las dos niñas, mujer del dueño de la hostería.

Era la señora Thenardier una mujer colorada, carnuda y angulosa, el tipo de la mujer-soldado en toda su desgracia, aunque tenia cierto aire sentimental y caprichoso, debido á las lecturas novelescas. Era una mujer hombruna remilgada. Las antiguas novelas que se infiltran en las imaginaciones de las bodegoneras producen esos efectos. Era jóven todavía; apenas habia cumplido los treinta años. Si conforme estaba acurrucada hubiera estado derecha, acaso su alta estatura y su aspecto de coloso ambulante, como los que se ven en las férias, hubieran asustado á primera vista á la viajera, turbado su confianza y quizás hubiera pasado de largo. El destino depende á veces de que una persona esté en pié ó sentada.

La viajera le contó su historia, modificándola. Le dijo que era costurera; que habia muerto su marido; que como carecia de trabajo en Paris, se iba á buscarlo en otra parte, en su pais natal; que salió de Paris á pié aquella mañana; que estando cansada de llevar á su hija á cuestas, subió en la diligencia de Villemomble, que encontró al paso, y que de Villemomble siguió á pié hasta Montfermeil; que tuvo que llevar en brazos á su niña, que de cansada se habia dormido. Diciendo esto dió tan apasionado beso á la niña que la despertó.

La criatura abrió los ojos, grandes y azules como los de su madre, y miró... qué? Nada y todo, con el aire grave y á veces severo de los niños, que es un misterio de su luminosa inocencia ante nuestros crepúsculos de virtud, como si ellos conociesen que eran ángeles y que nosotros somos hombres. Despues la niña se echó á reir; y aunque la quiso detener su madre, se deslizó hasta el suelo con la indomable energía del pequeñuelo que quiere correr. De repente descubrió en el columpio á las otras dos niñas, se quedó parada y sacó la lengua en señal de admiracion.

La señora Thenardier bajó al suelo á sus dos chiquitinas y las dijo.

—Id á jugar las tres.

A su edad las criaturas se familiarizan pronto, y al cabo de un minuto las tres jugaban como tres hermanas y se divertian haciendo agujeros en tierra.

La niña recien llegada era muy alegre; la bondad de la madre se leia en la alegría de la chiquitina, que cogió un palito que la servia de pala y cavaba con energía una fosa para una mosca. La obra del sepulturero causa risa si la efectúa un niño.

Las dos mujeres continuaban hablando.

—Cómo se llama vuestra niña?

—Cosette.

Cosette queria decir Eufrasia, que es como se llamaba, pero su madre habia convertido Eufrasia en Cosette, por el tierno y gracioso instinto de las madres y del pueblo, que deriva de Josefa Pepita y de Francisca Paquita. Este es un género de derivados que altera y desconcierta toda la ciencia de los etimologistas.

—Qué edad tiene?

—Aun no ha cumplido tres años.

—Lo mismo que mi niña mayor.

Entre tanto, las tres chiquitinas se habian agrupado en actitud de profunda ansiedad, por el acontecimiento de acabar de salir de la tierra un gran gusano; tenian miedo y estaban en éxtasis. Sus frentes radiantes se tocaban; parecian tres cabezas en una aureola.

—Ved lo que son los niños, exclamó la señora Thenardier... ¡cualquiera, al verlas así, diria que son tres hermanas!

Asiéndose á estas palabras la otra madre, cogió la mano de la Thenardier, miróla fijamente y la dijo:

—Quereis encargaros de mi hija?

La Thenardier hizo uno de esos movimientos de sorpresa que no indican consentimiento ni negativa.

La madre de Cosette continuó así:

—Teniendo como tengo que trabajar para poder vivir, no puedo llevar conmigo á mi niña: con ella no podré trabajar; con ella no encontraré dónde colocarme, que en mi pueblo son muy ridículos. Sin duda Dios me ha hecho pasar por delante de esta posada. Al ver vuestras niñas tan limpias, tan alegres y tan arregladas, sentí gran regocijo y dije en mi interior: hé aquí una buena madre. Podrán ser tres hermanas. Yo tardaré poco en volver. ¿Quereis encargaros de mi hija?

—Eso merece pensarse, contestó la Thenardier.

—Os daré seis francos cada mes.

Una voz de hombre dijo desde el interior de la hostería:

—No puede ser por menos de siete

francos cada mes, y eso pagando seis meses adelantados.

—Que suman cuarenta y dos francos, añadió apoyando la Thenardier.

—Los pagaré, contestó Fantina.

—Además quince francos para los primeros gastos, replicó la voz de hombre.

—Total cincuenta y siete francos.

—Los pagaré, volvió á decir Fantina. Tengo ochenta francos; me quedará lo suficiente para llegar á mi pais, caminando á pié. Trabajaré, ganaré dinero, y cuando tenga una pequeña cantidad volveré á buscar á la hija de mis entrañas.

La voz del hombre preguntó:

—La niña tiene equipo?

—Ese que habla es mi marido, repuso la Thenardier.

—Ya lo presumia. Tiene equipo y precioso y abundante, todo por docenas, y vestiditos de seda como una señora. Lo llevo todo en el saco de noche.

—Habrá que dejarlo aquí.

—Ya lo creo que lo dejaré! exclamó la madre. ¡No seria mala picardía que dejase desnuda á mi hija!

Entonces apareció el dueño del bodegon.

—Está bien, dijo.

Quedó cerrado el trato. La madre pasó la noche en la hostería; entregó el dinero y dejó allí á su hija. Cerró el saco de noche, vacío ya del equipo de la niña, y partió á la madrugada del dia siguiente, acariciando la idea de volver pronto. Se arreglan con facilidad estas separaciones, que causan nuestra desesperacion.

Una vecina de la Thenardier encontró á Fantina cuando salia, y al regresar les dijo:

—Acabo de ver en la calle á una mujer que lloraba sin consuelo.

Despues de alejarse de la posada la madre de Cosette, Thenardier dijo á su mujer:

—Con esta cantidad puedo satisfacer el pagaré de cien francos que vence mañana; me faltaban cincuenta. Sin esta chiripa se hubiera presentado mañana aquí el escribano á protestarle. ¡De tus chiquillas has hecho buena ratonera!

—Sin pensarlo, contestó la mujer.

## II.

### Primer bosquejo de dos rostros bizcos.

Pobre era el raton que cogieron; pero al gato le alegra siempre el raton, por flaco que sea.

Quiénes eran los Thenardier? Lo insinuaremos ahora y más tarde completaremos el croquis.

Pertenecian á la clase bastarda que se compone de gentes groseras que consiguen elevarse y de personas inteligentes caidas, á esa clase que está entre la llamada media y la llamada inferior, y que combina algunos de los defectos de la segunda y casi todos los vicios de la primera, sin tener ni el generoso impulso del obrero ni el órden honrado de la clase media.

Eran de esas naturalezas enanas, que si algun fuego sombrío las caldea, se truecan con facilidad en monstruosas. Tenia la mujer el fondo de bestia y el hombre era de la estofa del pordiosero. Ambos eran susceptibles en el más alto grado de la especie de repugnante progreso que se hace en el camino del mal. Hay almas que, como los cangrejos, retroceden contínuamente hácia las tinieblas, retrogradando más que adelantando en la vida; que emplean la experiencia en aumentar su deformidad, empeorando más cada vez, tiznándose más cada dia de creciente negrura. Los Thenardier eran séres de esta clase.

Thenardier ofrecia dificultades en su aspecto á los fisonomistas. Basta mirar á ciertos hombres para desconfiar de ellos, porque se les ve tenebrosos por todas partes. Hay en ellos mucho desconocido: nadie puede tener fé en lo que hayan hecho ni en lo que hagan en lo sucesivo: la sombra que proyecta su mirada los denuncia. Solo con oirles pronunciar una palabra ó con verles hacer un gesto se entrevén sombríos secretos en su pasado y sombríos misterios en su porvenir.

Si hemos de dar crédito á lo que Thenardier contaba, habia sido soldado y luego sargento: hizo la campaña de 1815 y se habia portado valerosamente. Despues sabremos la verdad de esto. La muestra de su figon aludia á uno de sus hechos de armas. Le pintó él mismo, que sabia de todo, pero, por supuesto, mal.

Entonces era la época en que la antigua novela clásica (que despues de ser *Clelia* no era ya más que *Lodoiska*; siem-

pre noble, pero cada vez más vulgar, pasando de la señorita Scudery á la señora Bournou-Malarme, y de la señora Lafayette á la señora Barthelemy-Hadot), incendiaba el alma amorosa de las porteras de Paris, haciendo estragos en las de los alrededores. La Thenardier sabia lo suficiente para leer esa clase de libros, en cuya lectura se nutria espiritualmente, perdiendo en ella el poco seso de que estaba dotada, haciéndole adquirir desde muy jóven y hasta despues una especie de actitud pensativa respecto á su marido, pícaro de cierta profundidad, rufian de gramática parda, grosero y fino al mismo tiempo, pero que en materia de sentimentalismo leia á Pigault-Lebrun, y en todo lo concerniente al sexo, como él decia, era un oso verdadero y legítimo. Su mujer tenia catorce ó quince años menos que él. Más tarde, cuando la cabellera románticamente llorona comenzó á blanquear, cuando la Mejera se desprendió de la Pamela, no fué ya la Thenardier más que una mujer obesa y de mala índole, que habia saboreado novelas estúpidas. Pero como no se leen necedades impunemente, de su lectura resultó que su hija mayor se llamó Eponina y la menor estuvo á pique de llamarse Gulnara: afortunadamente debió á no sé qué efecto producido por una novela de Ducray-Duminil que le pusiese el nombre de Azelma.

Por lo demás, digámoslo de paso, no es todo ridículo y superficial en la curiosa época á que aludimos, y que podria llamarse la época de la anarquía de los nombres de bautismo. Al lado de este elemento novelesco se encontraba el síntoma social. No es raro hoy dia que el hijo de un pastor ó de un carretero se llame Arturo, Alfredo ó Alfonso, y que el hijo de un conde se llame Tomás, Pedro ó Santiago. Esta dislocacion, que dá nombre elegante al plebeyo y nombre campesino al aristócrata, no es más que un remolino de la igualdad. La irresistible penetracion del soplo nuevo se vé en esto como en todo. Debajo de esta discordancia aparente palpita una cosa grande y profunda: la Revolucion francesa.

## III.

### La Alondra.

No basta ser malos para prosperar. El bodegon iba mal.

Merced á los cincuenta y siete francos de la viajera pudo Thenardier evitar el protesto y honrar su firma. Al mes siguiente volvieron á necesitar dinero, y la mujer del bodegonero llevó á Paris y empeñó en el Monte de Piedad el equipo de Cosette por la cantidad de sesenta francos. Cuando agotaron esta suma, los esposos Thenardier se fueron acostumbrando á mirar á aquella criatura como una niña recogida por caridad y la trataron como si efectivamente fuese así. Como se quedó sin su equipo, la vestian con zagalejos viejos y con las camisas de desecho de sus hijas; es decir, con harapos. La daban á comer lo que sobraba á los demás; esto es, un poco mejor que al perro y un poco peor que al gato. Estos dos animales eran sus comensales diarios, y Cosette comia con ellos, en una escudilla de madera, debajo de la mesa.

Su madre, que se habia establecido en Montreuil-sur-Mer, como veremos más tarde, escribia, ó por mejor decir, hacia escribir todos los meses para saber de su hija. Los Thenardier le contestaban siempre que seguia muy bien. Transcurridos los seis primeros meses la madre envió siete francos para pagar el séptimo mes, y continuó así con bastante exactitud enviando las mensualidades. Al concluir el primer año dijo Thenardier:—Vaya un favor que nos hace!... ¿qué podemos hacer por ella con siete francos?—y escribió á su madre pidiéndola hasta doce. Fantina, convencida de que su hija era feliz y se criaba bien, remitió los doce francos.

Hay ciertas naturalezas que no pueden amar por un lado sin odiar por otro. La Thenardier queria entrañablemente á sus hijas, lo que hizo que detestase á la forastera. Triste es pensar que el amor de madre ofrezca estos aspectos ruines. Lo poco que Cosette ocupaba en la casa le parecia que lo usurpaba á los suyos, que aquella niña disminuia el aire que sus hijas respiraban. La bodegonera, como muchas mujeres de su calaña, distribuia todos los dias una cantidad de caricias y de golpes; si no hubiera estado Cosette en su poder, de seguro que, aunque idolatraba á sus hijas, éstas los recibirian todos; pero la forastera se atrajo todos los golpes, y las caricias fueron siempre para las otras niñas.

Cosette no era dueña de moverse sin que al instante cayeran sobre ella castigos violentos é inmerecidos. Siendo Thenardier mala para Cosette, Eponina y Azelma tambien lo eran; porque los niños á esa edad son otros tantos ejempla-

res de la madre, de tamaño más pequeño, pero esta es la única diferencia.

Así pasó un año y despues otro.

Los vecinos de la poblacion decian:

—¡Qué buenas gentes son los esposos Thenardier! ¡Están manteniendo en el bodegon á una pobre niña abandonada!

Creian que Fantina habia olvidado á Cosette. Andando el tiempo, Thenardier llegó á descubrir, por conductos secretos, que la niña era bastarda y que no podia confesarlo, y exigió á su madre quince francos cada mes, escribiéndola que la criatura iba creciendo y que "comia„, amenazando con despedirla si no se le entregaba la cantidad que acabamos de decir.—"Que no me vaya cargando, exclamaba, porque sino le entrego la rapaza y le descubro sus tapujos. Es preciso que me aumente la asignacion.„ La madre pagó los quince francos mensuales.

De año en año la niña crecia y su miseria tambien.

Mientras Cosette fué pequeña sufria todos los golpes que debian llevar las otras niñas; pero cuando se desarrolló algo más, es decir, antes de que tuviese cinco años, fué ya la criada de la casa. Parecerá esto inverosímil, pero así era. El sufrimiento social empieza en todas las edades. Hemos visto hace poco el proceso de un tal Dumolard, huérfano, que fué un bandido, el que desde la edad de cinco años, como aseguran documentos oficiales, estaba solo en el mundo: "trabajaba para vivir y robaba.„

Obligaron, pues, á Cosette á hacer recados, á barrer las habitaciones, el patio y la calle, á fregar la vajilla y hasta á llevar fardos. Los Thenardier se creyeron tanto más autorizados para obrar así, cuanto que la madre, que continuaba en Montreuil-sur-Mer, empezó á no pagar al corriente, dejando al descubierto algunos meses.

Si Fantina hubiera vuelto á Montfermeil al cabo de estos tres años no hubiera conocido á su hija. Cosette, que llegó á aquella casa tan linda y tan fresca, estaba flaca y descolorida, habiendo adquirido cierto aire de desconfianza. Los Thenardier decian que era cazurra.

La injusticia la hizo huraña y la miseria la hizo fea. De su belleza solo le quedaban los hermosos ojos, que causaban lástima, porque como eran grandes, denotaban más su tristeza. Compasion daba ver en invierno á aquella pobre niña, que aun no habia cumplido seis años, tiritando por cubrir mal su cuerpo con pingajos de percal y barrer la calle antes del amanecer con enorme escoba, con las manos amoratadas y con lágrimas en los ojos.

En la poblacion la llamaban la Alondra. El pueblo, que es aficionado á imágenes, se complacia en dar ese nombre á aquel pequeño sér, poco mayor que un pájaro, que temblaba y que tiritaba, que era el primero en despertarse en la casa y en la aldea, y que salia el primero á la calle ó al campo antes del alba.

Pero la pobre Alondra no cantaba nunca.

# LIBRO QUINTO.

## El descenso.

### I.

#### Historia de un progreso en los abalorios negros.

Qué era de la madre, que, segun decian los habitantes de Montfermeil, habia abandonado á su hija? ¿Qué era de ella? Dónde estaba? Qué hacia?

Despues que dejó á Cosette en el bodegon de los Thenardier, prosiguió su camino y llegó á Montreuil-sur-Mer. Esto fué en 1818. Fantina dejó su pais natal diez años atrás, y durante ese tiempo Montreuil-sur-Mer habia cambiado de aspecto. Mientras ella descendia lentamente de miseria en miseria, su pueblo habia ido prosperando.

En los últimos dos años se realizó en él uno de esos hechos industriales que son los grandes acontecimientos de los lugares pequeños.

Desde tiempo inmemorial el distrito de Montreuil-sur-Mer se ocupaba de la industria especial de imitar el azabache inglés y los abalorios negros de Alemania. Semejante industria solo pudo vegetar por causa de la carestía de las primeras materias, lo que redundaba en perjuicio de la mano de obra.

Cuando Fantina volvió á su pais, se habia ya verificado inaudita transformacion en la produccion de los "artículos negros„. A fines de 1815, un hombre desconocido fué á establecerse á dicho pueblo y concibió la idea de sustituir en la citada fabricacion la goma laca á la resina, y para los brazaletes en particular, la chapa simplemente enlazada á la chapa soldada.

Tan pequeño cambio produjo una re-

volucion, porque redujo prodigiosamente el precio de la primera materia, lo que en primer lugar permitió subir el de la mano de obra en beneficio del pais; en segundo lugar mejoró la fabricacion en beneficio del consumidor, y en tercer lugar permitió vender más barato y triplicar la ganancia en beneficio del fabricante. De modo que solo una idea hizo obtener tres resultados beneficiosos.

En menos de tres años el autor del nuevo procedimiento se hizo rico y enriqueció á aquella poblacion. Era forastero en el departamento, nadie tenia noticia ni de su orígen ni de lo que fuera anteriormente. Solo se sabia que llegó á la aldea con poco dinero, con un centenar de francos. De tan exíguo capital, puesto al servicio de una idea ingeniosa, fecundada por el órden y por la prevision, sacó su fortuna y la fortuna de la comarca. Cuando llegó á Montreuil-sur-Mer, su traje, sus maneras y su lenguaje eran los del obrero.

El dia mismo que entró en dicha poblacion, á la caida de una tarde de Diciembre, con un morral al hombro y con un garrote en la mano, acababa de estallar violento incendio en la Casa Municipal. Aquel hombre desconocido se arrojó al fuego y con peligro de su vida salvó á dos niños de las llamas, que resultaron ser hijos del capitan de la gendarmería; esta circunstancia hizo que nadie pensara en pedirle el pasaporte, pero desde entonces se puso un nombre; se llamaba *el tio* Magdalena.

## II.

### El tio Magdalena.

Era hombre de cerca de cincuenta años; estaba siempre preocupado, pero era muy bueno. Esto es todo lo que podia decirse de él.

Gracias á los progresos rápidos de la industria que restauró, Montreuil-sur-Mer se habia convertido en centro considerable de negocios. España, que consume mucho azabache y mucho abalorio negro, hacia á esa poblacion anualmente grandes pedidos, y el tio Magdalena en este comercio casi competia con Berlin y con Lóndres. Los beneficios que su industria le rendia eran tales, que ya desde el segundo año pudo construir una gran fábrica, con dos vastos talleres, uno para hombres y otro para mujeres. Allí podia presentarse todo el que estuviese necesitado, porque encontraba siempre trabajo y pan.

El tio Magdalena solo exigia á los hombres buena voluntad, á las mujeres buenas costumbres y á unos y á otras probidad. Dividió los talleres con la idea de separar los sexos y de que las jóvenes pudiesen estar allí tranquilas. En este punto era inflexible; era en lo único que se manifestaba intolerante. Era tanto más fundada su severidad, cuanto Montreuil-sur-Mer era una ciudad de guarnicion y abundaban en ella las ocasiones de corromperse. Su llegada fué para la poblacion un beneficio y su establecimiento allí su Providencia. Antes de la llegada del tio Magdalena todo iba en decadencia en aquel pais; pero desde que llegó todo vivia la vida saludable del trabajo; gran circulacion lo reanimaba y lo caldeaba todo. La holganza y la miseria eran desconocidas ya allí. En los bolsillos más vacíos habia algun dinero y en las casas más pobres brillaba la alegría.

El tio Magdalena ocupaba á todo el mundo. Segun acabamos de decir, por medio de aquella actividad, de la que él era el eje y la causa, iba haciendo su fortuna; pero lo extraño en aquel hombre dedicado al comercio era que no fuese el enriquecerse su principal cuidado. Parece que pensaba en los otros más que en sí mismo.

En 1820 tenia colocada en casa de Laffitte la cantidad de seiscientos treinta mil francos; pero antes de haberlos ahorrado habia ya gastado más de un millon con el pueblo y con los pobres.

En el hospital, que estaba mal dotado, costeó diez camas. Montreuil-sur-Mer está dividida en poblacion alta y baja: la baja, que era donde vivia Magdalena, solo tenia una escuela, instalada en un mal casucho ruinoso: él contribuyó á sus costas dos escuelas, una para niños y otra para niñas, pagando á los maestros de su bolsillo doble cantidad que la asignada por el mezquino sueldo oficial.

Admiráronse algunos de esto, y él les dijo: "Los primeros funcionarios del Estado deben ser la nodriza y el maestro de escuela." Fundó á sus expensas una sala de asilo (la primera fundada en Francia), y una caja de socorros para los trabajadores viejos é impedidos. Como su fábrica constituia un centro, un barrio nuevo, que encerraba muchísimas familias indigentes, que surgieron rápidamente á su alrededor, estableció una botica gratuita para ellas.

En los primeros tiempos, cuando se le veia crecer, las gentes decian: Es un atrevido que quiere enriquecerse; cuando vieron que al mismo tiempo que hacia su fortuna hacia la del pais, exclamaron: Es un ambicioso. Esto parecia probable; aquel hombre era religioso y practicaba la devocion con cierta regularidad muy bien vista en aquella época. Todos los domingos oia misa rezada. El diputado del distrito, que en todas partes olfateaba competencias, se inquietó de ver á Magdalena tan entregado á la religion. Dicho diputado habia sido miembro del Cuerpo legislativo durante el Imperio, y participaba de las ideas religiosas del padre del Oratorio llamado Fouche, duque de Otranto, de quien era protegido y amigo; pero á puerta cerrada se burlaba hasta de Dios: cuando vió que el rico fabricante Magdalena iba á oir la misa rezada de las siete, vislumbró en él un candidato posible, y resolvió superarle, por lo que tomó por confesor á un jesuita, y asistia á misa mayor y á vísperas. En aquel tiempo la ambicion era una carrera á todo escape. Esta competencia, tanto como á Dios, aprovechó á los pobres, porque el honorable diputado costeó tambien dos camas en el hospital, con las que se aumentaron doce.

En 1819 se dijo públicamente en la poblacion una mañana que, á propuesta del prefecto, y atendiendo á los servicios que el señor Magdalena habia prestado al pais, le iba el rey á nombrar alcalde de Montreuil-sur-Mer. Los que le creyeron ambicioso en sus principios, aprovecharon esta ocasion para exclamar:—¿No lo decia yo? La noticia era fundada. Pocos dias despues apareció el nombramiento en el *Moniteur*. Al dia siguiente el tio Magdalena renunció dicho cargo.

En el mismo año 1819, los productos del procedimiento que inventó Magdalena figuraron en la Exposicion de la industria, y en vista del informe que dió el jurado, el rey nombró al inventor caballero de la Legion de Honor. En el pueblo volvieron á murmurar de él. El tio Magdalena renunció la cruz.

Decididamente aquel hombre era un enigma. Los murmuradores dijeron entonces: "Ese hombre, despues de todo, es un aventurero.„

Como acabamos de ver, el pueblo le debia mucho, y los pobres mucho más. Fué tan útil, que acabaron por honrarle; tan cariñoso, que acabaron por quererle; particularmente sus trabajadores le idolatraban, y él admitia esta adoracion con gravedad melancólica. Cuando adquirió la reputacion de rico, "las personas de la buena sociedad„ le saludaron, y en toda la poblacion le llamaban el señor Magdalena; solo sus trabajadores y los niños continuaban llamándole *el tio* Magdalena, que era lo que más le agradaba. A medida que ascendia, llovian sobre él las invitaciones. "La sociedad„ le buscaba. Las tertulias exíguas, pero presumidas, de Montreuil-sur-Mer, que se habian cerrado al artesano en sus primeros tiempos, abrieron de par en par las puertas al millonario. Le invitaron muchas veces, pero él se negó á asistir siempre.

Los murmuradores decian entonces lo siguiente:—"Es hombre ignorante y de mala educacion. No asiste á las tertulias, porque no sabria conducirse entre personas decentes. No estamos seguros de que sepa leer.„

Al verle ganar dinero, dijeron: "Es un negociante„; al verle derramar las ganancias, "Es un ambicioso„; al verle rechazar los honores, "Es un aventurero„; al verle rechazar á la sociedad, "Es un bruto„.

En 1820, cinco años despues de su llegada á Montreuil-sur-Mer, eran tan notables y manifiestos los servicios que habia prestado al pais, y tan unánime el voto en su favor en toda la comarca, que el rey le nombró otra vez alcalde de la ciudad. Renunció otra vez, pero el prefecto no admitió su renuncia; rogáronle los notables, el vecindario en masa le suplicó que admitiese, y esta insistencia fué tan viva, que no tuvo más remedio que aceptar el cargo. Notaron que lo que pareció determinarle fué este apóstrofe de un hombre viejo del pueblo, que desde el umbral de su puerta le dirigió casi irritado: *Es muy útil tener un buen alcalde. ¿Debe retroceder el que puede hacer un bien?*

Esta fué la tercera fase de su elevacion. *El tio Magdalena* pasó primero á ser *el señor Magdalena*, y despues *el señor alcalde Magdalena*.

## III.

### Cantidades depositadas en casa de Laffitte.

Magdalena, esto no obstante, continuó siendo tan sencillo como el primer dia. Su cabello era gris, su mirada grave; su cútis estaba curtido como el de los trabajadores, y su semblante

pensativo, como el de los filósofos. Gastaba ordinariamente sombrero de alas anchas y largo gaban de paño grueso, abrochado hasta la barba. Cumplia con sus obligaciones de alcalde, pero fuera de ellas vivia solitario. Hablaba con pocos. Huia de los cumplimientos, saludaba al paso, se esquivaba pronto, sonreia por ahorrarse de hablar y daba por ahorrarse de sonreir. Las mujeres decian de él: "Vaya un oso!„ Su distraccion era pasear por el campo.

Comia siempre solo, teniendo un libro abierto ante él, y leia. Reunió corta, pero escogida biblioteca. Tenia aficion á los libros, que son amigos frios, pero seguros. A medida que su riqueza le permitia descansar más del trabajo, aprovechaba más el descanso para cultivar su espíritu. Cuanto más tiempo iba pasando en Montreuil-sur-Mer, su lenguaje se iba haciendo más pulido y más culto.

Salia con frecuencia á paseo con la escopeta, pero rara vez la usaba. Cuando se servia de ella, por casualidad, su tiro era infalible; pero nunca mataba á animal inofensivo, jamás tiró á ningun pájaro.

Aunque ya no era jóven, decíase que su fuerza era prodigiosa. Daba la mano al que la necesitaba; levantaba del suelo al caballo caido; desatrancaba la rueda atollada; detenia por los cuernos al toro escapado. Llevaba llenos los bolsillos de monedas de poco valor al salir de casa y vacíos al volver. Cuando pasaba por algun pueblo, los chiquillos, desarrapados, corrian alegres detrás de él y le rodeaban como una nube de mosquitos.

Sospechábase que debia haber vivido la vida del campo, porque conocia toda clase de secretos útiles, que comunicaba á los campesinos. Les enseñaba á destruir la zizaña de los trigos, rociando las paneras y mojando las hendiduras del suelo con disolucion de sal comun, y otras muchas cosas.

Viendo un dia que se ocupaba la gente del pais en arrancar ortigas, miró al monton de plantas desarraigadas y ya secas y dijo:—Están muertas; no obstante, aun serian provechosas si se supieran utilizar. Cuando la ortiga es nueva, su hoja es excelente legumbre; cuando es vieja, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga seria tan buena como la tela de cáñamo. La ortiga picada es buena para los pájaros y molida para los animales con cuernos. La semilla de ortiga, mezclada con forraje, dá lustre al pelo de los animales; su raiz, mezclada con sal, produce hermoso color amarillo. Además es excelente heno, que se puede segar dos veces. La ortiga solo necesita un poco de tierra, sin cuidado y sin cultivo; la semilla se cae conforme se vá madurando y es difícil de recoger. Invirtiendo en ella algun trabajo, la ortiga seria útil; despreciándola es dañina. Muchos hombres se asemejan á la ortiga.—Despues de una pausa les añadió lo siguiente:—Amigos mios, acordaos de lo que os voy á decir: No hay ni yerbas malas ni hombres malos; solo hay malos cultivadores.

Los muchachos querian al señor Magdalena, porque sabia hacer lindos juguetes de paja y de corteza de coco.

Cuando veia enlutada la puerta de una iglesia, entraba en ella á buscar el entierro, como otros á buscar el bautizo. Le atraian la viudez y las desgracias del prógimo, y se colocaba entre los amigos afligidos, entre las familias que iban de luto y entre los sacerdotes que salmodiaban alrededor del féretro. Parecia que le complaciera dar por texto á sus pensamientos aquellos fúnebres responsos llenos de la vision de otro mundo: con los ojos clavados en el cielo escuchaba, aspirando hácia los misterios del Infinito, aquellas voces tristes que cantan al borde del oscuro abismo de la muerte.

Practicaba muchas acciones buenas, ocultándose para practicarlas, como si se tratase de acciones vituperables. Penetraba de oculto en las casas y subia furtivamente las escaleras. La gente pobre, al regresar á su cuchitril, encontraba la puerta abierta y hasta forzada durante su ausencia. Se alarmaban creyendo que habia entrado algun malhechor, pero al registrar la casa encontraban alguna moneda de oro sobre cualquier mueble. El malhechor que se habia introducido allí era el señor Magdalena. Todo el pueblo decia á boca llena que era un hombre rico y sin orgullo, un hombre feliz, pero que nunca estaba alegre.

Algunos le tomaban por un personaje misterioso, y afirmaban que nadie entraba en su cuarto, que era una verdadera celda de anacoreta, en la que habia relojes de arena alados, huesos en cruz y calaveras. Tanto se hablaba de esto, que algunas jóvenes elegantes y maliciosas de la ciudad fueron un dia á su casa y le dijeron: "Señor alcalde, enseñadnos vues-

tro cuarto, porque nos han dicho que es una gruta.„ Se sonrió y las introdujo en *la gruta*, con lo que castigó su curiosidad, pues dichas jóvenes solo vieron en un cuarto una habitacion adornada sencillamente con muebles de caoba, bastante feos, y tapizada de papel de muy poco coste. Soló chocó á las jóvenes susodichas ver dos candelabros de forma antigua que estaban sobre la chimenea, y que eran de plata.

A pesar de esta visita de inspeccion, siguieron diciendo en la ciudad que nadie penetraba en el cuarto del señor alcalde, que era una cueva de ermitaño.

Susurrábase tambien que habia colocado "sumas inmensas„ en la casa de Laffitte, con la particularidad de poder siempre disponer de ellas cuando quisiese; de modo que, añadian, el señor Magdalena podia llegar mañana á casa de Laffitte, firmar el recibo y llevarse sus dos ó tres millones de francos en diez minutos. Realmente los millones que le atribuian se reducian á seiscientos treinta ó cuarenta mil francos.

## IV.

### El señor Magdalena de luto.

A principios del año 1821 los periódicos anunciaron la muerte de monseñor Myriel, obispo de Digne, apellidado "monseñor Bienvenido„, que falleció en olor de santidad á la edad de ochenta y dos años.

El obispo de Digne, añadiendo nosotros un detalle que los periódicos omitieron, hacia ya muchos años que estaba ciego, y satisfecho, esto no obstante, por tener á su lado á su hermana.

Digámoslo de paso: ser ciego y ser querido es en este mundo de imperfecciones una de las formas más esquisitas de la felicidad humana. Tener siempre á nuestro lado la mujer, la hija ó la hermana, un sér cariñoso que os cuide porque le necesitais y porque él mismo no puede estar lejos de vosotros; conocer que somos indispensables al que no es necesario; poder incesantemente medir su afecto por la cantidad de presente que nos consagra y decir: Si me dedica todo su tiempo es porque poseo todo su corazon; ver su pensamiento, no pudiendo ver su fisonomía; comprobar la felicidad de ese sér con el eclipse del mundo; percibir el rozamiento de un vestido como un ruido de alas; oir salir y entrar, ir y venir, conociendo ser el centro de aquel movimiento; sentirse uno más poderoso cuanto uno es más impotente; llegar á ser en la oscuridad profunda el astro á cuyo alrededor gravita aquel ángel, es una felicidad que acaso ninguna otra iguala.

La dicha suprema en la vida consiste en tener la conviccion de que nos aman, de que nos aman por nosotros mismos, y el ciego tiene esta conviccion. Ser asistido en la desgracia es ser acariciado. Nada le falta al ciego que es querido así. Tener amor no es perder la luz. ¡Y qué amor!... Un amor enteramente fundado en la virtud. No hay ceguera donde hay certidumbre, que el alma busca á tientas á otra alma y la encuentra, y esa alma encontrada y probada es una mujer. Una mano os sostiene, es la suya; una boca roza vuestra frente, es la suya; una respiracion suena en vuestro oido, es la suya. Es el encanto delicioso, es la grata compensacion del infortunio conseguirlo todo de ella, desde el culto hasta la piedad; no verse nunca abandonados, sentir la tierna debilidad que os socorre, apoyarse en una caña inquebrantable, tocar con la mano la Providencia y poder tomarla en brazos como á un dios palpable. El corazon, celeste flor que vive en la oscuridad, se llena de misterioso desvanecimiento, y no cambiaria su sombra por toda la claridad. El alma-ángel está allí, siempre allí; si se aleja es para volver; se disipa como el sueño y reaparece como la realidad. Se apercibe un calor que se acerca; ella es. Hay en ella efusion de serenidad, de alegría y de éxtasis; es un rayo de luz en la noche. Cuidados insignificantes y mimos deliciosos, en los que se emplean los más inefables acentos de la voz femenil, suplen en nosotros al universo desvanecido. Al sentirse acariciado en el alma el pobre ciego no vé, pero conoce que le adoran y vive en un paraiso de tinieblas. Desde aquel paraiso pasó monseñor Bienvenido al otro.

El periódico de la localidad reprodujo el anuncio de su muerte, y el señor Magdalena se presentó al dia siguiente en Montreuil-sur-Mer vestido de negro y con gasa en el sombrero.

Su luto llamó la atencion de la ciudad y fué muy comentado. Por él creyeron vislumbrar el orígen del señor Magdalena, y dedujeron que debia tener algun parentesco con el venerable obispo. "Lleva luto por el obispo de Digne„, dijeron en las reuniones, y esto realzó en alto grado al señor alcalde, ganándole

súbita consideracion entre la clase alta de Montreuil-sur-Mer. Su microscópico centro aristocrático decidió que concluyese la cuarentena que impuso al señor Magdalena al creerle pariente probable del obispo. El fabricante pronto conoció este cámbio por las mayores reverencias que le hacian las viejas y por las sonrisas más frecuentes de las jóvenes. Una tarde, una de las decanas del alto círculo, curiosa por derecho de ancianidad, se atrevió á preguntarle:—"Erais, señor alcalde, quizás primo del obispo de Digne?

—No, señora, contestó.

—Pues entonces, ¿por qué llevais luto por él?

—En mi juventud fuí lacayo de su familia, respondió el señor Magdalena.

Tambien observaron en la ciudad que cada vez que pasaba por allí algun muchacho saboyano, recorriendo el pais para limpiar chimeneas, el señor alcalde le hacia llamar, le preguntaba su nombre y le daba dinero. Los saboyanos se pasaban la voz unos á otros, y por eso transitaban muchos por Montreuil-sur-Mer.

## V.

### Vagos relámpagos en el horizonte.

Poco á poco y con el tiempo vió cesar todas sus oposiciones el señor Magdalena. Al principio, por esa ley á que están sujetos todos los que se elevan, se propalaron contra él infamias y calumnias, que más tarde solo fueron murmuraciones y malicias y últimamente se desvanecieron por completo. Llegó la ciudad á mirarle con respeto cordial y unánime, y hubo momentos en 1821 en que se decia *el señor alcalde* con el mismo acento con que en 1815 se pronunciaban las palabras *el señor obispo*.

De diez leguas á la redonda iban á consultar al señor Magdalena, y él terminaba las diferencias, suspendia los pleitos y reconciliaba á los enemigos. Todos le consideraban como juez de sus derechos, como si su alma fuese el libro de la ley natural. Hubo como un contagio de veneracion, que durante seis ó siete años se extendió por toda la comarca.

Solo un hombre en la poblacion y en el distrito se libró absolutamente de aquel contagio, el que, por más que hizo el señor Magdalena, se le mostró rebelde, como si un instinto incorruptible é imperturbable le despertara y le inquietase. Diríase que existe, en efecto, en ciertos hombres verdadero instinto bestial, puro é íntegro como todo instinto que crea las antipatías y las simpatías, que separa fatalmente unas naturalezas de otras, que no vacila, que no se turba, ni calla, ni se desmiente nunca; claro en su oscuridad, infalible, imperioso, refractario á todos los consejos de la inteligencia y á todos los disolventes de la razon, y que, de cualquier modo que se le aparezcan formados los destinos, advierte secretamente al hombre-perro que le posee la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro la presencia del hombre-leon.

Muchas veces, cuando el señor Magdalena pasaba por una calle tranquilo, afectuoso, rodeado de las bendiciones de todos, acontecia que un hombre de alta estatura, vestido de levita gris oscura, con un grueso baston y con sombrero de copa achatada, se volvia bruscamente á mirarle y le seguia con la vista hasta verle desaparecer, cruzando los brazos, sacudiendo lentamente la cabeza y levantando los labios hasta la nariz, con un gesto significativo que podria traducirse de esta manera:—¿Quién es este hombre? Estoy seguro de haberle visto en alguna parte. De todos modos á mí no me engaña.

Este personaje grave, de gravedad casi amenazadora, era de esos que llaman la atencion del observador, por rápidamente que se les vea.

Se llamaba Javert y pertenecia á la policía.

Desempeñaba en Montreuil-sur-Mer las funciones penosas y útiles de inspector. No estaba allí cuando comenzó á dedicarse á la fabricacion el señor Magdalena. Debia el puesto que ocupaba á la proteccion del señor Chabouillet, secretario del ministro de Estado conde de Anglés, prefecto de policía entonces de Paris, y cuando llegó á dicha poblacion era ya rico el gran manufacturero.

Ciertos agentes de policía ofrecen una fisonomía particular, que tiene cierto aspecto de bajeza mezclada con cierto aire de autoridad. Javert poseia esta fisonomía, pero sin el aspecto de bajeza.

Abrigamos la conviccion de que si las almas fuesen visibles á los ojos, veríamos con claridad que cada uno de los individuos de la especie humana corresponde á alguna de las especies de la creacion animal, y podria reconocerse

fácilmente la verdad, apenas entrevista por el pensador, de que desde la ostra hasta el águila, desde el puerco hasta el tigre, todos los animales se encuentran en el hombre, cada uno en cada hombre, y á veces muchos de ellos en un hombre solo.

Los animales solo son las figuras de nuestras virtudes y de nuestros vicios, errantes delante de nuestros ojos, fantasmas visibles de nuestras almas. Dios nos los muestra para hacernos reflexionar. Pero como los animales solo son sombras, Dios no los ha hecho educables en el sentido completo de la palabra; al contrario que á nuestras almas, que siendo realidades y teniendo un fin que les es propio, les ha dado Dios la inteligencia, es decir, les ha hecho susceptibles de educacion. La educacion social, bien entendida, puede sacar siempre del alma toda la utilidad que contenga.

Entiéndase que hablamos bajo el punto de vista concreto de la vida terrestre aparente, y sin prejuzgar la cuestion profunda de la personalidad anterior ó ulterior de los séres que no son el hombre. El yo visible no autoriza en modo alguno al pensador para negar el yo latente. Hecha esta salvedad, pasemos adelante.

Pues bien; si admitimos por un momento que en cada hombre se encuentra una especie animal de la creacion, nos será fácil decir de qué especie era el inspector de policía Javert.

Los aldeanos de Astúrias creen que en cada camada de loba nace un perro, al que mata la madre, porque si creciese, al hacerse grande se comeria á sus demás hijuelos. Dótese de cara humana al perro hijo de la loba y nos resultará Javert.

Javert nació en una cárcel, de una echadora de cartas, cuyo marido estaba en presidio. A medida que fué creciendo comprendió cada vez más claro que se encontraba fuera de la sociedad, y desesperó de poder entrar en ella nunca; porque la sociedad retiene irremisiblemente fuera de ella dos clases de hombres, á los que la atacan y á los que la guardan. No tenia más remedio que elegir una de esas dos clases. Al mismo tiempo tenia un fondo de rigidez, de regularidad y de probidad complicado con inexplicable ódio hácia la raza bohemia, de la que él procedia. Entró, pues, en la policía y logró progresar en ella. A los cuarenta años era inspector.

En su juventud estuvo empleado en los presidios del Mediodía.

Antes de pasar adelante, expliquemos las palabras *cara humana* que hace poco aplicamos á Javert.

En la *cara humana* del inspector descollaba la nariz chata con dos profundas ventanas, hácia las que se extendian enormes patillas, que campeaban en los carrillos. Impresionaban desagradablemente aquellas dos selvas y aquellas dos cavernas cuando se veian por primera vez. Cuando Javert se reia, lo que en él era raro y terrible, sus delgados labios se separaban, dejando al descubierto, no solo los dientes, sino tambien las encías, y alrededor de la nariz se le formaba un pliegue abultado y feroz, como el que se forma sobre el hocico de una fiera. Cuando Javert estaba sério parecia un dogo y cuando reia un tigre. Tenia poco cráneo, mucha mandíbula; los cabellos le tapaban la frente y le caian sobre las cejas; separaba sus dos ojos un fruncimiento central, permanente, como signo de cólera; su mirada era sombría, su boca era temible y su aire de mando feroz.

Dominaban á este hombre dos sentimientos, sencillos y buenos relativamente, pero que él los convertia en malos á fuerza de exagerarlos; eran estos dos sentimientos el respeto á la autoridad y el ódio á la rebelion, y envolvia en una especie de fé ciega y profunda á todo el que desempeñaba una funcion en el Estado, desde el primer ministro hasta el último guarda rural; pero en cámbio le inspiraba desprecio, aversion y disgusto todo aquel que habia rebasado una vez el límite legal del mal: en esto era absoluto y no admitia escepciones. Por una parte pensaba:—El funcionario no puede equivocarse, el magistrado nunca se equivoca. Por otra parte pensaba tambien:—Los sentenciados están irremediablemente perdidos y nada bueno puede esperarse de ellos. Participaba enteramente de la opinion de los espíritus extremados, que atribuyen á la ley humana el derecho de calificar á los demonios y que colocan una Estigia en lo más bajo de la sociedad. Era estóico, sério, austero, pensador, lúgubre, humilde y altivo como los fanáticos. Su mirada era como una barrena fria y taladraba á aquel á quien se dirigia.

Su vida entera se compendiaba en estas dos palabras: velar y vigilar. Habia introducido la línea recta en lo que hay más torcido en el mundo; tenia la con-

ciencia de su utilidad y ejercia el sacerdocio de sus funciones, siendo de buena fé espía como otros de buena fé son eclesiásticos. ¡Desgraciado del que caia en sus manos!... Era capaz de prender á su padre si se hubiera escapado del presidio y de denunciar á su madre al huir de la cárcel, pero con la satisfaccion interior que produce la virtud.

Pasaba una vida de privacion, de aislamiento, de castidad, sin conocer jamás las distracciones. Era el deber implacable, la representacion de la policía comprendida como los espartanos comprendian á Esparta; esto es, la vigilancia inexorable, la honradez feroz, el espía de mármol, Bruto ingerto en Vidocq.

Todo en Javert daba á entender que era el hombre que espía y que se oculta. La escuela mística de José de Maistre, que en aquella época sazonaba con alta cosmogonía á los periódicos llamados *ultra*, hubiera dicho que Javert era un símbolo. No se le veia la frente, que desaparecia bajo el sombrero; no se le veian los ojos, que se perdian bajo las cejas; no se le veia la barba, que se le embutia en la corbata; no se le veian las manos, que se le quedaban dentro de las mangas; no se le veia el baston, porque se lo escondia bajo del gaban. Pero cuando se presentaba la ocasion, salia de pronto de aquella sombra, como de una emboscada, su frente angulosa y estrecha, su mirada funesta, su barba amenazadora, sus manos monstruosas y su grueso garrote.

En sus escasos momentos de ócio, aunque odiaba los libros, leia, por lo que no era completamente ignorante; esto se conocia en el énfasis que daba á sus palabras.

No tenia vicio alguno, como ya dijimos. Cuando estaba satisfecho de sí mismo tomaba rapé; éste era el lazo que le unia á la humanidad.

Despues de lo dicho se comprenderá fácilmente que Javert era el espanto de la clase que la estadística anual del ministerio de Justicia designa con el epígrafe de: "Personas sin oficio conocido.„ Solo pronunciando el nombre de Javert huian; si veian la cara de Javert se quedaban petrificados.

Tal era el formidable inspector.

Javert tenia siempre los ojos fijos en el señor Magdalena, sus ojos llenos de sospechas y de conjeturas.

El alcalde llegó á conocerlo, pero á lo que parecia eso poco le importaba. Ni una sola pregunta hizo á Javert; ni le buscaba, ni le huia, y sufria, como si no se apercibiese de ello, aquella mirada incómoda y pesada. Trataba á Javert como á todo el mundo, con llaneza y con bondad.

Por palabras sueltas escapadas á Javert podia comprenderse que habia inquirido secretamente, con la curiosidad propia de su raza, en la que tanta parte toma el instinto como la voluntad, los antecedentes y las huellas que el señor Magdalena pudo dejar en otras partes. Daba á entender por medio de frases embozadas que álguien habia tomado informes en cierto pais sobre una familia que habia desaparecido. Un dia se dijo, hablando consigo mismo:—"¡Me parece que ya le he cogido!...„—Luego se quedó tres dias pensativo sin pronunciar una sola palabra, como si se hubiese roto el hilo que creia coger.

Por otra parte, y este es un correctivo necesario al sentido demasiado absoluto que pretende darse á ciertas palabras, no puede ser verdaderamente infalible ninguna criatura humana, y es propio del instinto confundirse y desorientarse, porque si así no sucediera, seria superior á la inteligencia y resultaria que las bestias sabrian más que los hombres.

Desconcertaba hasta cierto punto la verdadera tranquilidad en que vivia Magdalena.

Llegó un dia en que el extraño comportamiento de Javert parecia que impresionó al rico fabricante, y vamos á ver por qué motivo.

## VI.

### El tio Fauchelevent.

Al pasar el señor Magdalena por una callejuela de Montreuil-sur-Mer, que no estaba empedrada, oyó un ruido y vió un grupo á alguna distancia de él; se acercó y vió que un viejo, llamado el tio Fauchelevent, acababa de caer bajo de un carro, cuyo caballo yacía en el suelo y estaba allí doblado.

Fauchelevent era uno de los pocos enemigos que tenia Magdalena en aquella época: cuando éste llegó á aquella poblacion, Fauchelevent era un campesino casi letrado, que tenia un comercio que empezaba á decaer, y vió que aquel simple obrero se enriquecia, mientras él, que era dueño de un establecimiento, se arruinaba; de aquí nació la envidia, que le obligó á hacer todo lo

que estuvo de su mano para perjudicar al fabricante. Fauchelevent se arruinó al fin, quedándole tan solo un caballo y un carro, y se hizo carretero para poder vivir.

El caballo se rompió las dos piernas y no podia levantarse; el anciano habia caido entre las ruedas, con tan mala suerte, que todo el peso del carro, que iba muy cargado, gravitaba sobre su pecho. El tio Fauchelevent lanzaba ayes lastimeros. Trataron de sacarle de bajo del carro, pero inútilmente. Un esfuerzo desordenado, un socorro mal entendido, una sacudida en falso podian acabar con él. Era imposible librarle de otro modo que levantando el carro por debajo. Javert, que se apareció en el momento de la ocurrencia, habia enviado á buscar un cabrestante.

Llegó el señor Magdalena y todos se apartaron con respeto.

—Socorro! gritó el viejo Fauchelevent. ¿No habrá nadie que se atreva á salvar á este anciano?

El señor Magdalena se volvió hácia los asistentes.

—Hay algun cabrestante? preguntó.

—A buscarle han ido, respondió un aldeano.

—Cuánto tiempo tardarán en traerlo?

—Han ido al punto más cerca en que pueden encontrarlo, al barrio de Hachot, en donde hay un herrador, pero sin embargo, tardarán un cuarto de hora.

—Un cuarto de hora! exclamó Magdalena.

Habia llovido el dia anterior, el suelo estaba reblandecido, y el carro se hundia en tierra más cada momento y comprimia más y más el pecho del carretero. Era evidente que antes de cinco minutos tendria las costillas rotas.

—Es imposible esperar un cuarto de hora, decia el señor Magdalena á los aldeanos que contemplaban aquella escena.

—No hay otro remedio.

—Pues entonces ya será tarde. ¿No estais viendo que el carro se hunde?

—Gran Dios! exclamaron todos los circunstantes.

—Veo, continuó diciendo el señor Magdalena, que queda espacio suficiente debajo del carro para que pase un hombre y lo levante por las espaldas. En un minuto se puede sacar de ahí á ese pobre hombre. ¿Hay alguno que tenga bastante fuerza y bastante corazon? Se ganará cinco luises de oro.

Ninguno de los asistentes hizo el menor movimiento.

—Diez luises! repitió el alcalde.

Los asistentes bajaron la vista. Uno de ellos murmuró:

—Se necesita para eso tener la fuerza de un demonio. Se corre el peligro de morir aplastados.

—Vamos, veinte luises!

El mismo silencio.

—No es buena voluntad lo que les falta, dijo una voz.

El señor Magdalena se volvió al oirla y conoció á Javert. No le habia visto hasta entonces.

Javert continuó:

—Lo que les falta es fuerza. Seria preciso ser un hombre terrible para levantar con las espaldas un carro tan cargado como éste.

Mirando con fijeza al señor Magdalena, continuó recalcando cada una de las palabras que pronunciaba:

—No he conocido más que un hombre capaz de hacer lo que pedís.

Magdalena se extremeció.

Javert añadió con aire indiferente, pero sin apartar la vista del alcalde:

—Era un forzado.

—Ah!... exclamó el fabricante.

—Del presidio de Tolon.

Magdalena palideció.

Entre tanto, el carro se hundia lentamente más cada vez. El tio Fauchelevent lanzaba gritos y ayes:

—Que me ahogo!... ¡Se me rompen las costillas!... Traed una cábria!... ¡Salvadme!...

—¿No hay nadie que quiera ganarse veinte luises salvando la vida á este pobre carretero? volvió á decir el fabricante.

No se movió nadie. Javert repitió.

—Solo el forzado á que me refiero pudiera realizar semejante proeza.

—Que me aplasta el carro! gritó el anciano.

Magdalena levantó la cabeza y vió que los ojos de halcon de Javert estaban siempre fijos en él; vió que la gente del grupo no se movia, y sonrió con tristeza. En seguida se puso de rodillas, y antes de que la multitud tuviese tiempo para lanzar un grito estaba ya debajo del carro.

Hubo un momento espantoso de espectacion y de silencio.

Vióse á Magdalena pegado con el vientre contra el suelo, bajo el enorme peso del carro, probar en vano dos veces á juntar los codos con las rodillas.

La multitud exclamaba:

—Salid de ahí, señor Magdalena! y hasta Fauchelevent se lo decia tambien.

Magdalena ni siquiera respondió.

Los concurrentes estaban sin aliento. Las ruedas habian seguido hundiéndose y era ya casi imposible que el fabricante pudiese salir de bajo del carro. De pronto vieron que se conmovia la enorme mole; el carro se levantaba lentamente y salian las ruedas casi del carril.

Una voz ahogada gritó:

—Pronto, pronto, ayudad!

Era Magdalena que acababa de hacer el último esfuerzo.

Todos se precipitaron sobre el carro. La abnegacion de uno solo dió fuerzas y valor á todos, y veinte brazos levantaron el carro, salvando de este modo al viejo Fauchelevent.

Se levantó del suelo Magdalena: estaba lívido y sudando, con la ropa destrozada y lleno de lodo. La multitud lloraba; el carretero le besaba las rodillas y le llamaba su salvador. La fisonomía de Magdalena expresaba sufrimiento feliz y celeste y fijaba los ojos serenos en Javert, que continuaba mirándole.

## VII.

### Fauchelevent, jardinero de Paris.

Fauchelevent se dislocó la rótula en la caida. Magdalena hizo que le llevasen á la enfermería que habia establecido para sus trabajadores en el edificio mismo de su fábrica, en la que asistian dos Hermanas de la Caridad. El carretero se encontró á la mañana siguiente, encima de la mesilla de noche, un billete de mil francos, con esta línea, escrita y firmada en un papel por Magdalena, que decia: *Os compro el carro y el caballo.* El carro estaba roto y el caballo habia muerto. Fauchelevent curó, pero la rodilla le quedó con anquilosis. Magdalena, por la recomendacion de las Hermanas y de su cura párroco, pudo colocar al carretero de jardinero en un convento de monjas del barrio de San Antonio de Paris.

Poco tiempo despues de aquella ocurrencia fué nombrado alcalde el señor Magdalena. La primera vez que Javert le vió revestido con la banda que le daba el mando de la poblacion, experimentó el extremecimiento que sentiria el lobo que olfatease á otro lobo debajo del vestido de su amo. Desde entonces le huyó todo lo que pudo, y cuando las necesidades del servicio lo exigian imperiosamente y tenia que encontrarse con el alcalde, le hablaba con profundo respeto.

La prosperidad con que hizo florecer á Montreuil-sur-Mer el señor Magdalena, tenia—además de los signos visibles que hemos indicado—otro síntoma que, no por ser invisible, era menos significativo, síntoma que nunca engaña. Cuando la poblacion padece, cuando falta el trabajo, cuando es nulo el comercio, el contribuyente se resiste á pagar el impuesto por su penuria, deja pasar los plazos y el Estado tiene que gastar en apremios y en reintegros: cuando el trabajo abunda, cuando el pais es feliz y rico, se paga el impuesto con desahogo y no ha de hacer gastos el Estado. Puede decirse que la miseria y la riqueza públicas tienen un termómetro infalible en los gastos de percepcion del impuesto. En siete años en el distrito de Montreuil-sur-Mer los gastos de percepcion del impuesto habian bajado las tres cuartas partes, lo que daba ocasion á que el ministro de Hacienda, M. Villele, le citase con frecuencia como al modelo de los distritos.

Tal era su situacion cuando volvió Fantina á su pais natal. Nadie allí se acordaba ya de ella, pero afortunadamente la fábrica de Magdalena era como un refugio para los trabajadores. Se presentó y la admitieron en el obrador de las mujeres. Aquel oficio era enteramente nuevo para Fantina y no podia ser experta en él, por lo que sacaba poco producto de su jornal, pero le bastaba para cubrir sus necesidades. Habia resuelto el problema: se ganaba la vida.

## VIII.

### La señora Victurnien gasta treinta francos en favor de la moralidad.

Cuando vió Fantina que vivia de su trabajo tuvo un momento de alegría. Ganarse la vida honradamente era para ella el colmo de sus deseos, y recobró la aficion al trabajo. Compró un espejo y se regocijó al verse jóven, con hermosos cabellos y con lindos dientes; pero olvidándose despues de esto, solo pensó en Cosette y en su porvenir, y fué casi feliz. Alquiló un cuartito y le amuebló con dinero prestado sobre su trabajo futuro, como un último resto de sus hábitos de desórden.

Como no podia decir que era casada, se guardó bien de decir á nadie que tenia una hija de pocos años.

Al principio, como vimos, pagaba con exactitud á los Thenardier: como no sabia más que firmar, se vió obligada para escribirles á valerse de un memorialista. Como les dirigia cartas con bastante frecuencia, lo notaron y empezó á decirse en voz baja en el taller de mujeres que Fantina "escribia cartas„ y que tenia "cierto aire„.

Nadie es mejor para espiar las acciones de los demás que aquel al que nada importan.—¿Por qué tal caballero solo viene al anochecer? ¿Por qué tal señor no cuelga la llave en su respectivo clavo de la portería los jueves? ¿Por qué va siempre por calles extraviadas? ¿Por qué tal señora se baja del coche de alquiler antes de llegar á la casa? Por qué? etcétera etc. Hay gentes que por saber el secreto de esos enigmas, que les son indiferentes, gastan dinero, pierden tiempo y se toman más trabajo que les costaria el realizar diez buenas acciones, y se ocupan de ello gratis, por gusto, por curiosidad. Siguen á éste ó á aquella dias enteros, hacen largas horas de centinela en las esquinas, entre los árboles, de noche, con frio y con lluvia; corrompen criados, emborrachan á cocheros y á lacayos, compran á la doncella, sobornan al portero, y... para qué? Para nada. Por el encarnizamiento de ver, de saber vidas agenas, por curiosidad ó por afan de murmuracion. Con frecuencia cuando se conocen estos secretos, cuando se publican estos misterios, cuando se descubren estos enigmas á la luz del dia, producen catástrofes, duelos, quiebras, ruinas de familias y amargas existencias, con gran satisfaccion de aquellos que lo han "descubierto todo„ sin interés y por puro instinto. Cosa triste es en verdad!

Ciertas personas solo son malas porque sienten la necesidad de hablar. Su conversacion, que es charla en la sala y habladuría en la antecámara, es como las chimeneas que consumen pronto la leña: necesitan mucho combustible, y su combustible es el prógimo.

Espiaron, pues, á Fantina. Algunas de las jóvenes que la espiaban tenian envidia á sus cabellos rubios y á sus dientes blancos. Observaron en el obrador que algunas veces volvia la cabeza para enjugarse una lágrima; esto la sucedia en los momentos en que pensaba en su hija y quizás tambien cuando pensaba en el hombre que habia querido. Es obra dolorosa la de romper los sombríos lazos del pasado.

Se descubrió que escribia dos veces al mes lo menos, siempre con la misma direccion, y que franqueaba las cartas. Consiguieron proporcionarse un sobre que decia: *Al señor Thenardier, posadero de Montfermeil.* Hicieron desembuchar lo que sabia en la taberna al memorialista, que era un viejo que no podia llenar el estómago de vino tinto sin desocupar el pecho de secretos. En una palabra, averiguaron que Fantina tenia una hija. Hubo comadre que hizo un viaje exprofeso á Montfermeil para hablar con los Thenardier, saberlo cierto y decir á la vuelta:—"Por treinta y cinco francos lo sé todo. He visto á la criatura.„

La comadre que tal hizo era una górgona, que se llamaba la señora Victurnien, guardiana y portera de la virtud de todo el mundo. Tenia cincuenta y seis años y forrada la máscara de su fealdad con la máscara de la vejez. Su voz era temblorosa y tenia instintos de macho cabrío. Asombraba que esa vieja hubiera sido jóven. En sus mocedades, en pleno Noventa y tres, se casó con un fraile que se escapó del claustro con gorro colorado y que se pasó de los Bernardinos á los Jacobinos. Era flaca, seca, áspera, puntiaguda, casi ponzoñosa; y se acordaba mucho de su fraile, del que era viuda, porque la sujetó y la domó. Era una ortiga que conservaba aun la plegadura del hábito monacal. Cuando vino la restauracion se hizo ferviente devota, por lo que los clérigos le perdonaron el haberse casado con un fraile. Poseia una corta hacienda que públicamente se sabia que tenia que heredarla una comunidad religiosa, y estaba muy bien mirada en el obispado de Arras. Dicha señora Victurnien fué la que hizo el viaje á Montfermeil y volvió diciendo: "He visto la niña„.

Averiguar tanto costó bastante tiempo. Fantina estaba ya un año en la fábrica, cuando una mañana la vigilante del obrador la entregó de parte del señor alcalde cincuenta francos y la participó que no formaba ya parte del taller, invitándola, tambien de parte del señor alcalde, á salir de la poblacion. Esto ocurrió precisamente en el mismo mes en que los Thenardier, despues de pedirla doce francos en vez de seis, acababan de exigirla quince en vez de doce.

Fantina quedó aterrada. No podia salir de la poblacion porque debia el alquiler de la casa y los muebles, y cincuenta francos no bastaban para pagar esas deudas. Balbuceó algunas palabras de súplica; pero la vigilante la intimó á que

saliera en seguida del taller. Además, era la pobre Fantina una operaria muy mediana. Oprimida por la vergüenza más que por la desesperacion, dejó el obrador y entró en su casa. ¡Su falta era ya, pues, conocida de todos!

No se sentia con fuerzas para defenderse. Aconsejáronla que fuera á ver al alcalde, pero no se atrevió. El alcalde le daba cincuenta francos porque era bueno, y la despedia porque era justo. Se sometió, pues, á su fatal decreto.

## IX.

### Triunfo de la señora Victurnien.

El señor Magdalena no supo nada respecto á lo ocurrido en el obrador por una de esas combinaciones de los sucesos de que está llena la vida; el fabricante tenia por costumbre no entrar casi nunca en el taller de mujeres; habia puesto al frente de él á una solterona que el cura le habia recomendado, y depositaba toda su confianza en aquella superintendente, que era persona respetable, equitativa, íntegra; dotada de la caridad que consiste en dar, pero no de la caridad que consiste en comprender y en perdonar.

El señor Magdalena descansaba en ella. Los hombres mejores se ven obligados muchas veces á delegar su autoridad, y usando de los poderes plenos que tenia, y convencida de que obraba bien, la superintendente instruyó el proceso, juzgó, condenó y ejecutó á Fantina. Respecto á los cincuenta francos que la dió, los tomó de una suma que el señor Magdalena le tenia confiada para limosnas y socorros á las operarias, y de la que no daba cuenta á su principal.

Fantina se presentó en las casas de la localidad solicitando ser admitida como criada, pero en ninguna la quisieron admitir. No pudo abandonar la poblacion, porque el prendero, á quien debia los miserables muebles, le dijo: "Si os marchais os haré prender por ladrona.„ Dividió los cincuenta francos recibidos entre el prendero y el propietario de su habitacion, devolviendo á aquel las tres cuartas partes de los muebles, quedándose solo con lo más necesario, y se encontró sin trabajo, sin oficio, con la cama solo, y debiendo todavía sobre cien francos.

Se dedicó á coser camisas groseras para los soldados de la guarnicion, y con lo poco que ganaba no tenia lo suficiente para el gasto que le hacia su hija. Entonces fué cuando empezó á pagar mal á los Thenardier.

Una vieja, que le encendia la luz cuando volvia á casa de noche, le enseñó el arte de vivir en la miseria. Tras de vivir con poco, queda aun el vivir con nada; de esas dos habitaciones, la primera es oscura y la segunda tenebrosa. Fantina aprendió cómo se vive en invierno sin fuego; cómo se renuncia al pájaro que comia dos céntimos de alpiste todos los dias; cómo se hace servir la saya de manta, y cómo se ahorra la vela, haciendo la comida á la luz de la ventana de enfrente. No se sabe el partido que ciertos séres que han envejecido en la honradez y en las privaciones saben sacar de una insignificante moneda de cobre: llega á ser esto un talento, y al adquirirlo, Fantina recobró parte de valor perdido.

En esta época la infortunada madre hablaba así con una vecina suya:—"Durmiendo cinco horas y trabajando todas las demás en la costura llegaré á ganar para comer pan; además, que cuando estamos tristes se come menos. ¡Pues bien! con mi sufrimiento, mi inquietud y un poco de pan por una parte y los pesares por otra, entre todo esto me alimentaré.„

En medio de su miseria, tener en su compañía á su hija hubiera sido para ella una felicidad.

Le ocurrió la idea de traerla á su lado. Para qué? ¿para que participase de su desnudez? Además, debia á los Thenardier, y no podia pagarles ni costear el viaje de Cosette.

La vieja que le habia enseñado lecciones de la vida indigente era una buena mujer, que se llamaba Margarita; ingénuamente devota, pobre y caritativa con los pobres y hasta con los ricos; sabia firmar con su nombre y creia en Dios, que es en lo que consiste la ciencia. Existen muchas de estas virtudes caidas en lo más hondo de la tierra, que un dia estarán allá arriba. Esta vida tiene un dia siguiente.

En los primeros tiempos de su miseria Fantina estaba tan avergonzada, que no se atrevia á salir de su mezquina habitacion. Cuando iba por la calle comprendia que la gente se volvia á mirarla, y que la señalaban por detrás con el dedo; nadie la saludaba, y el desprecio acre y frio de los transeuntes le penetraba en la carne y en el alma como un viento helado.

En las poblaciones pequeñas parece que la persona desgraciada se vea desnuda ante todos y tenga que sufrir el sarcasmo y la curiosidad.

Al menos en Paris pasa desconocida, y su incógnito la cubre como un vestido. La pobre deseaba volver á Paris, pero esto era imposible para ella.

Tenia que acostumbrarse á ser despreciada como se habia acostumbrado á ser indigente. Poco á poco fué adquiriendo esta resolucion.

Al cabo de dos ó tres meses sacudió la vergüenza y empezó á salir á la calle, como si nada la hubiera sucedido. Salia y entraba con la cabeza alta, sonriendo amargamente y comprendiendo que se volvia descarada.

La señora Victurnien, que algunas veces la veia pasar desde su ventana, se fijaba en la miseria de "aquella criatura„, colocada, gracias á ella, "en su lugar„, y se congratulaba de verla en aquel estado. Es repugnante la felicidad de los perversos.

El exceso de trabajo fatigaba á Fantina y le aumentó su tosecilla seca. Algunas veces decia á su vecina:—"Tocadme las manos y vereis qué calientes las tengo„.

Sin embargo, cuando por las mañanas se peinaba con un peine viejo y roto sus hermosos cabellos, que la caian como una madeja de seda, le causaban algunos minutos de satisfaccion.

## X.

### Continuacion del triunfo.

Fantina fué despedida de la fábrica á fines del invierno; pasó el verano y el invierno volvió otra vez. En los dias cortos se puede trabajar menos. En el invierno no hay calor, ni luz, ni medio dia; la tarde se junta con la mañana; todo es niebla y crepúsculo; la ventana está empañada, no se vé claro. El cielo es un tragaluz, el dia es una cueva. El sol tiene aspecto de mendigo. El invierno trueca en piedra el agua del cielo y el corazon del hombre.

Fantina ganaba poquísimo; sus deudas iban en aumento y sus acreedores la acosaban. Los Thenardier, mal pagados, le escribian á cada instante cartas cuyo contenido la afligia y cuyo porte la arruinaba. Un dia le escribieron que Cosette estaba enteramente desnuda, y que como hacia mucho frio, necesitaba una saya de lana, y que para comprarla era preciso que su madre enviase diez francos. Recibió esta carta y la estuvo estrujando en las manos todo el dia.

Por la noche entró en casa de un peluquero que vivia en la esquina de su calle y allí se quitó el peine. Sus admirables cabellos rubios le cayeron hasta las caderas.

—Hermoso pelo! exclamó el peluquero.

—Cuánto me dais por él? le preguntó Fantina.

—Diez francos.

—Cortadlo.

Compró una saya de lana y la envió á los Thenardier, los que se enfurecieron al recibirla. Lo que ellos querian era dinero. Dieron la saya á Eponina y la pobre Alondra continuó tiritando.

Entre tanto, la infeliz madre pensaba:—"Mi hija ya no tendrá frio; la he vestido con mis cabellos„.

Gastaba unas gorritas redondas que ocultaban la cabeza trasquilada, con las que todavía estaba muy linda.

Verificóse entonces un trabajo tenebroso en el corazon de Fantina. Cuando vió que ya no podia peinarse, comenzó á tomar ódio á cuanto la rodeaba.

Participó mucho tiempo de la veneracion general hácia el señor Magdalena, y esto no obstante, á fuerza de pensar que la habia despedido y que era el causante de su infortunio, llegó á odiarle más que á todos. Cuando pasaba por delante de la fábrica á las horas en que las operarias estaban á la puerta, afectaba cantar y reir. Una de las trabajadoras que la vió una vez riendo y cantando dijo:

—Esa muchacha acabará mal.

Fantina tomó un amante, el primero que se le presentó, por despique, con rabia en el corazon, un hombre al que no amaba. Era un miserable, un músico ambulante, un ocioso indigente, que la maltrataba y que la dejó como ella le habia tomado, por hastío.

Fantina adoraba á su hija.

Cuanto más iba descendiendo, cuanto más sombrío se hacia todo á su alrededor, más irradiaba en el fondo de su alma la imágen angelical de su hija.

Fantina pensaba:—Cuando yo sea rica estará conmigo Cosette; y se sonreia. Pero la tos no la abandonaba y sentia sudores en la espalda.

Un dia recibió de los Thenardier una carta concebida así:—"Cosette está enferma de una enfermedad que reina en

el pueblo, que se llama la fiebre miliar. Necesita medicamentos caros; esto nos arruina y ya no podemos pagar más. Si no nos enviais cuarenta francos antes de ocho dias, la niña habrá muerto.„

Fantina, despues que leyó la carta, echóse á reir á carcajadas y dijo á su vecina:

—Pues esto está bueno! ¡Cuarenta francos! ¿De dónde quieren que los saque esos lugareños? ¡Cuidado que son bestias!...

Se dirigió á la escalera, se acercó á un tragaluz y volvió á leer la carta. En seguida bajó á la calle y salió corriendo, saltando y riendo.

Un transeunte, al verla de ese modo, la preguntó:

—Qué teneis que estais tan alegre?

—Que acaban de escribirme una tontería. Me piden unos lugareños cuarenta francos; lugareños al fin!...

Al pasar por la plaza, Fantina vió mucha gente que se agolpaba alrededor de un coche de figura extraña, en cuyo pescante peroraba de pié un hombre vestido de rojo. Era un titiritero, sacamuelas de la legua, que ofrecia al público dentaduras completas, opiatas, polvos y elixires.

Fantina se unió al grupo y se echó á reir como los demás del discurso que pronunciaba.

El sacamuelas vió á la linda madre que reia, y exclamó de repente:

—¡Hermosos dientes teneis, jóven risueña! Si quereis venderme los dos paletos, os daré por cada uno un napoleon de oro.

—Qué son paletos? preguntó Fantina.

—Paletos, contestó el profesor dentista, son los dientes de delante, los dos de arriba.

—Qué horror! exclamó la infeliz.

—Dos napoleones de oro! exclamó una vieja desdentada. ¡Vaya una mujer dichosa!

Fantina huyó, tapándose los oidos para no oir la voz ronca de aquel hombre que la gritaba:

—Reflexionadlo bien, hermosa! Dos napoleones de oro son algo. Si os decidís, id á buscarme esta noche á la posada de la *Techumbre de plata*, en donde me encontrareis.

Fantina volvió á casa indignada y contó lo que le habia sucedido á su vecina Margarita.

—Ya lo oísteis; ¿no es verdad que es un hombre abominable? ¿Por qué permiten que gentes así vayan por los pueblos? ¡Arrancarme los dos dientes de delante! Me quedaria horrible. Los cabellos vuelven á crecer... pero los dientes... Es un mónstruo!... Antes me arrojaria á la calle desde un quinto piso. Me ha dicho que fuera á buscarle á la posada de la *Techumbre de plata*.

—Y cuánto os daba?

—Dos napoleones de oro.

—Son cuarenta francos.

—Sí, contestó Fantina, cuarenta francos.

Quedóse pensativa y se puso á trabajar.

Al cabo de un cuarto de hora dejó la labor y leyó otra vez en la escalera la carta de los Thenardier.

Al volver preguntó á Margarita, que trabajaba cerca de ella:

—Qué es la fiebre miliar?

—Es una enfermedad.

—Que necesita muchas medicinas?

—Sí, y medicinas terribles.

—En qué consiste?

—En una erupcion.

—Y ataca solo á los niños?

—Principalmente á los niños.

—Y mueren muchos de ella?

—Muchos.

Fantina salió á la escalera para leer la carta por tercera vez.

Por la noche salió de casa y vieron que se dirigia hácia la calle de Paris, en donde están las posadas.

A la mañana siguiente, cuando entró Margarita en el cuarto de Fantina, antes de hacerse de dia, porque trabajaban juntas siempre para no gastar más que una luz, encontró á Fantina sentada sobre la cama, pálida y helada: Fantina no se habia acostado. La gorra se le habia caido sobre las rodillas. La luz ardió toda la noche y la vela estaba casi consumida.

Margarita se detuvo en el umbral de la puerta, petrificada al ver aquel desórden, y exclamó:

—Qué es esto, Dios mio? ¿qué ha sucedido? La vela está consumida!...

Miró despues á Fantina, que dirigia hácia ella su cabeza sin pelo, la que desde el dia anterior habia envejecido diez años.

—Qué teneis, Fantina?

—No tengo nada, al contrario, contestó la desventurada madre. Mi niña no morirá de esa cruel enfermedad por falta de socorros. Estoy contenta.

Al decir lo anterior, señalaba á la vieja dos napoleones de oro que relucian sobre la mesa.

—Ay Jesús! exclamó Margarita. ¡Eso es un caudal! De dónde lo habeis sacado?

—Lo he ganado, contestó Fantina. Al mismo tiempo se sonrió. La vela alumbraba su fisonomía. Su sonrisa era sangrienta; saliva rojiza le manchaba los extremos de la boca, en cuyo centro se veia como un agujero negro. La habian arrancado los dos dientes. Envió los cuarenta francos á Montfermeil. La enfermedad de Cosette fué fingida: era una estratagema de los Thenardier para sacar dinero. Cosette estaba buena.

Fantina arrojó el espejo por la ventana.

Hacia ya tiempo que dejó su cuartito del segundo piso y se subió á una boardilla, cerrada solo con un picaporte, debajo del tejado, á uno de esos desvanes cuyo techo forma ángulo con el suelo, y donde á cada paso tropieza la cabeza. El pobre solo puede llegar al fondo de su cuarto como al fondo de su destino, encorvándose más cada vez. Fantina ya no tenia cama: le quedaba un pingo, al que llamaba cobertor; un jergon, tendido en tierra, y una silla desvencijada. Tenia un rosal que, olvidado, se habia secado en un rincon; en el otro rincon habia una tinajilla para contener el agua, que se helaba en invierno, y en ella quedaban marcados los diferentes niveles del líquido por medio de círculos de hielo.

Fantina perdió primero el pudor y despues la coquetería, que es el signo final. Salia con papalinas sucias, y por falta de tiempo, ó por indiferencia, ya no repasaba la ropa. A medida que se le gastaban los talones, iba metiendo la media dentro del zapato, lo que se descubria por ciertos pliegues perpendiculares. Remendaba el corsé, viejo y usado, con pedazos de percal de color, que se desgarraban al menor movimiento. Los acreedores le "armaban escándalos„ y no la dejaban descansar. Los encontraba en la calle y los volvia á encontrar en la escalera. Pasaba las noches llorando y cavilando. Le brillaban los ojos y sentia un dolor fijo en la espaldilla, hácia lo alto del omoplato izquierdo. Tosía mucho. Odiaba profundamente al señor Magdalena, pero en silencio. Pasaba cosiendo diez y siete horas cada dia; pero el contratista de las labores de las cárceles, que hacia trabajar más barato á las presas, consiguió hacer bajar los precios, con lo que quedó reducido el jornal de las trabajadoras libres á nueve sueldos. ¡Diez y siete horas de trabajo por nueve sueldos diarios!... Los acreedores de Fantina eran más implacables que nunca. El prendero, que habia recobrado ya casi todos sus muebles, le decia:—¿Cuándo me pagarás, bribona?—¿Qué más podia hacer ella, Dios mio?... Veíase acorralada y se iba desarrollando en ella algo de la fiera. Por entonces Thenardier la escribió diciéndole que no podia esperar más tiempo; que necesitaba cien francos en seguida, y que si no se los enviaba pondria á Cosette en la calle, que estaba aun convaleciente de la enfermedad, para que reventase donde quisiera, que él no se habia de arruinar por una chiquilla.

—Cien francos! exclamó Fantina. ¿Dónde hay ocupacion que preste un duro diario de utilidad? Vamos... pues... Vendamos el resto.

La desventurada se hizo mujer pública.

## XI.

### Cristo nos redimió.

Qué viene á ser la historia de Fantina? Simboliza á la sociedad comprando una esclava á la miseria, al hambre, al frio, al abandono, al aislamiento y á la desnudez. Horrible compra! Un alma por un pedazo de pan; la miseria la ofrece y la sociedad la acepta.

La ley santa de Jesucristo gobierna nuestra sociedad, pero no penetra en ella todavía. Se dice que la esclavitud ha desaparecido de la civilizacion europea; eso es un error: existe todavía; pero pesa únicamente sobre la mujer, y se llama prostitucion. Pesa sobre la mujer, es decir, sobre la gracia, sobre la debilidad, sobre la maternidad. Esta es una de las mayores ignominias del hombre.

Al extremo que llegamos de este doloroso drama, ya no le queda á Fantina nada de lo que fué en otro tiempo. Al encenagarse se convirtió en mármol. El que la toca siente frio. Pasa, se os somete y no os conoce; es la mujer deshonrada. La vida y el órden social le han dicho su última palabra. Le aconteció todo lo que le habia de acontecer. Todo lo sintió, lo soportó, lo perdió y lo ha llorado. Ahora está resignada con esa resignacion que se parece á la indiferencia, como la muerte se parece al sueño. Ahora nada evita, ni nada teme. Que caiga sobre ella una nube ó pase por encima de ella el Océano, ¿qué le im-

porta ya, si es una esponja empapada? Al menos ella lo cree así; pero es un error el imaginar que la suerte se agota y que se llega al fondo de una situacion cualquiera.

¿Qué será de todos esos destinos empujados de esa manera en confuso tropel? A dónde van? por qué son así? Lo sabe el que vé claro en la sombría oscuridad; el único que lo sabe se llama Dios.

## XII.

### Los ócios del señor Bamatabois.

Hay en todas las poblaciones pequeñas, como Montreuil-sur-Mer, una clase de jóvenes que malgastan quinientas libras de renta con el mismo aire con que sus iguales derrochan en Paris doscientos mil francos cada año. Pertenecen estos séres á la gran especie neutra; son impotentes, parásitos, nulos; poseen corta extension de tierra, tienen bastante tontería y bastante chispa; serian rústicos en un salon y se creen caballeros en una taberna; hablan de "sus prados„, de "sus bosques„ y de "sus colonos„; silban en el teatro á las actrices para probar que son hombres de buen gusto; riñen con los oficiales de la guarnicion para demostrar que son valientes; cazan, fuman, bailan, huelen á tabaco, beben, juegan al billar, van á ver bajar de la diligencia á los viajeros, viven en el café, comen en la fonda, tienen un perro que les roe los huesos bajo de la mesa y una querida que les sirve los platos encima; se agarran á un céntimo y exageran las modas; admiran las tragedias, desprecian á las mujeres, gastan botas viejas, copian á Lóndres al través de Paris y á Paris al través de Pont-á-Mousson; envejecen embrutecidos, no trabajan, no sirven para nada, pero tampoco dañan mucho.

Si Félix Tholomyés hubiera permanecido en su provincia, sin haber visto nunca á Paris, hubiese sido uno de esos hombres. Si esos hombres fuesen más ricos, se diria de ellos: "Son elegantes„; si fuesen más pobres, se diria de ellos: "Son holgazanes„. Son sencillamente desocupados, empalagosos y fastidiados, tarambanas y pillastres.

La elegancia de aquel tiempo se componia de un gran cuello, de una gran corbata, de reloj con dijes, de tres chalecos sobrepuestos de colores diferentes, de frac de color de aceituna, de talle corto y de cola de merluza, con dos carreras de botones de plata, muy espesos y que subian hasta el hombro; de pantalon de color de aceituna más claro, al que adornaban las costuras con número indeterminado de bandas, pero siempre impar; de botitos, con pequeñas herraduras en el tacon; de sombrero de copa alta y de alas estrechas, del pelo formando tupé, de enorme baston, de conversacion salpicada con los retruécanos del cómico Potier, y por remate, de espuelas y de bigotes.

El elegante de provincias llevaba las espuelas más largas y los bigotes más feroces.

Era la época de la lucha entre las Repúblicas de la América Meridional contra el rey de España, de Bolivar contra Morillo. Los sombreros de alas cortas eran realistas y se llamaban morillos; los liberales llevaban sombreros de ala ancha, que se llamaban bolivares.

Ocho ó diez meses despues de lo que hemos referido en las páginas anteriores, á principios de Enero de 1823, una tarde que habia nevado, uno de esos elegantes, de esos desocupados "de buenas ideas„, porque usaba *morillo* é iba embozado en una de aquellas grandes capas que completaban en invierno el traje de moda entonces, se divertia hostigando á una mujer que pasaba y repasaba en traje de baile, descotada y con flores en la cabeza, por delante de la puerta acristalada del café de los oficiales. El susodicho elegante iba fumando, porque tambien eso era de moda. Cada vez que la mujer llegaba cerca de donde él estaba la arrojaba al rostro una bocanada de humo, acompañándola con algun apóstrofe, que él creia agudo y chistoso, como por ejemplo:—"Qué fea eres! ¡escóndete pronto! eres desdentada!„ etcétera etc.

Este señor elegante se llamaba Bamatabois. La mujer, espectro vestido, que iba y venia sobre la nieve, ni le respondia ni siquiera le miraba, continuando en silencio y con regularidad sombría su monótono paseo, que la exponia cada cinco minutos al sarcasmo. El poco efecto que causó en ella picó al ocioso elegante, y aprovechando uno de los momentos en que la mujer le volvia las espaldas, se fué tras ella á paso de lobo, y ahogando su risa se bajó, cogió del suelo un puñado de nieve y se lo echó por la espalda entre los dos hombros desnudos. La jóven lanzó un rugido, se volvió, saltó como una pantera y agarró al

hombre, clavándole las uñas en la cara y prorumpiendo en las frases más espantosas que puedan pronunciarse en un cuerpo de guardia. Estas injurias, que vomitaba una voz enronquecida por el aguardiente, salian asquerosamente de una boca que carecia de los dos dientes de delante. Aquella mujer era Fantina.

Al ruido que movió, los oficiales salieron del café, los transeuntes se acercaron formando corro alegre, que azuzaba y aplaudia alrededor de aquel torbellino, compuesto de dos séres, en los que era difícil reconocer á un hombre y á una mujer: el hombre defendiéndose con el sombrero en el suelo y la mujer golpeando con piés y manos, descompuesta, rugiente, sin dientes, sin cabello, lívida de cólera, horrible.

De pronto salió rápido de entre la muchedumbre un hombre de alta estatura; cogió á la mujer por el corsé de satin, lleno de barro, y la dijo:

—Sígueme.

La mujer levantó la cabeza y su voz furiosa se apagó de repente. Sus ojos se pusieron vidriosos y empezó á temblar con extremecimientos de terror. En aquel hombre alto habia reconocido á Javert.

El elegante aprovechó esta coyuntura para escapar.

## XIII.

### Solucion de algunas cuestiones de policía municipal.

Javert apartó á los asistentes, deshizo el círculo y echó á andar á grandes pasos hácia la oficina de la policía, que estaba al extremo de la plaza, arrastrando tras sí á aquella desventurada mujer, que se dejaba llevar maquinalmente. Ni él ni ella decian una palabra. Una nube de espectadores, en el paroxismo de su alegría, los seguia, dirigiendo pullas á aquella infeliz. La suprema miseria dá ocasion á decir obscenidades.

Al llegar á la oficina de la policía, que era una sala baja, que caldeaba una estufa, que custodiaba un guardia, y que tenia una puerta vidriera enrejada que caia á la calle, Javert abrió dicha puerta, entró con Fantina, cerrando tras sí, con gran descontento de los curiosos, que se empinaban sobre la punta de los piés y alargaban el cuello por delante de la vidriera turbia del cuerpo de guardia, procurando ver. La curiosidad es una glotonería, y ver es devorar.

En cuanto entró Fantina, se sentó en un rincon, inmóvil, muda y acurrucada como una perra que tiene miedo.

El sargento de guardia puso sobre una mesa una vela encendida. Javert se sentó, sacó del bolsillo una hoja de papel sellado y empezó á escribir.

En Francia esa clase de mujeres están completamente relegadas á la discrecion de la policía, que hace de ellas lo que quiere, castigándolas como mejor le parece y confiscándoles su industria y su libertad.

Javert estaba impasible; en su seriedad no se traslucia ninguna emocion, pero estaba grave y profundamente preocupado, porque aquel era uno de los momentos en que ejercia, sin sujetarse á nadie, pero con el escrúpulo de una conciencia severa, su terrible poder discrecional, y conocia que su banquillo de agente de policía era entonces un asiento de tribunal. Juzgaba y condenaba. Reunia, pues, todas las ideas de su espíritu para desempeñar cumplidamente su cometido. Cuanto más examinaba el hecho de aquella jóven, tanto más indignado estaba. Era para él evidente que acababa de ver cometer un crímen: habia visto en la calle á la sociedad, que representaba un propietario elector, insultada y atacada por una criatura excluida de todo derecho, por una prostituta que atentó contra un ciudadano. El lo presenció. Escribia, pues, silenciosamente: cuando terminó puso la firma, dobló el papel y, entregándoselo al sargento de guardia, le dijo:

—Que os acompañen tres hombres y conducid á esta jóven á la cárcel.

Luego, volviéndose hácia Fantina, la habló así:

—Ya tienes para seis meses!

La desventurada se extremeció.

—Seis meses! seis meses de cárcel! Qué vá á ser de Cosette? ¿qué vá á ser de mi hija? Debo más de cien francos á los Thenardier; ¿no lo sabeis, señor inspector?

Despues de una pausa y de arrastrarse Fantina por las baldosas del piso, juntando ambas manos, continuó hablando en el colmo de su angustia:

—Os pido perdon, señor Javert, y os aseguro que yo no he tenido la culpa. Si hubiéseis estado allí desde el principio de la ocurrencia lo hubiérais visto. Os juro que no fué mia la culpa. Aquel caballero, á quien yo no conocia, me echó nieve en las espaldas. ¿Tenia derecho para obrar conmigo de ese modo, cuando yo seguia tranquilamente mi camino

sin molestar á nadie? Pues eso me exasperó... Estoy algo enferma, y eso salta á la vista; además hacia mucho tiempo que se divertia en insultarme y en injuriarme. Yo callaba pensando en mi interior: "Es un señor que se divierte„, y tuve con él mucha prudencia. Pero no contento con reirse de mí, me echó la nieve por entre el escote del vestido. Señor inspector, ¡cualquiera de los que lo presenciaron os asegurará que os declaro la verdad! Quizás hice mal en exasperarme, pero ya conoceis que una no es dueña de sí misma en los primeros momentos; el primer pronto no es fácil de evitar. Despues, causa cruel efecto sentir una cosa tan fria en la carne cuando menos se piensa. Falté en abollar el sombrero á aquel señor; pero si no se hubiera marchado yo le pediria perdon. Dispensadme por esta vez, señor Javert; ya sabeis que en la cárcel se gana muy poco trabajando, esto no es culpa del gobierno; pero figuraos que tengo que pagar cien francos, ó de lo contrario despedirán á mi hija, y yo no puedo tenerla en mi compañía, porque ¡mi oficio es tan vergonzoso!... ¡Oh Dios mio, qué seria de mi pobre Cosette! Haceos cargo de que los posaderos Thenardier son unos lugareños que no entienden de razones y lo que quieren es dinero. ¡No me encerreis en la cárcel!... porque si me encerrais, dejarán á mi pobre hija en medio del camino, expuesta á la ventura y en el rigor del invierno... Tened lástima de ella, señor Javert, que es una niña, un ángel; si fuese mayor se podria ganar la vida, pero á su edad... yo no soy mala en el fondo; no es el vicio ni la holgazanería los que han hecho de mí lo que soy. La miseria me hace beber aguardiente; no me gusta, pero me aturde. Cuando yo era feliz, cualquiera veia que yo era una mujer de vida ordenada. Compadeceos de mí, señor inspector!...

Fantina decia lo anterior doblada, de rodillas, entre sollozos y lágrimas, con la garganta desnuda, retorciéndose las manos y tosiendo con tos seca y breve. El dolor supremo es un rayo divino y terrible que transfigura á los miserables. En aquel momento Fantina volvió á estar hermosa. Habia instantes en que paraba de hablar y besaba con ternura el leviton del polizonte. Hubiera enternecido un corazon de granito, pero no enterneció á un corazon de madera.

—Vamos, contestó Javert, no dirás que no te he escuchado. Si has acabado de decirlo todo, puedes salir. Ya te notifiqué que tenias cárcel para seis meses; ni el Padre Eterno en persona podria impedirlo.

Fantina, al oir las anteriores palabras, comprendió que estaba pronunciada su sentencia. Quedó abatida, exclamando:

—Perdon!

Javert la volvió las espaldas. Los soldados la cogieron por los brazos. Hacia algunos minutos que entró en la sala un hombre sin que nadie reparase en él. Cerró la puerta y se aproximó á oir las desesperadas súplicas de Fantina. En el momento en que los soldados cogieron á la infeliz, que no queria levantarse del suelo, dió un paso en la oscuridad y dijo:

—Deteneos un instante.

Javert levantó los ojos y conoció al señor Magdalena.

Aquel se quitó el sombrero, y con cierta torpeza y cierto enfado replicó:

—Perdonad, señor alcalde...

La palabra alcalde causó en Fantina extraño efecto. Se levantó con rapidez, como un espectro que brota del fondo de la tierra, rechazó á los soldados que le tenian asidos los brazos, se dirigió al señor Magdalena antes de que pudiesen impedirlo, y mirándole con ojos extraviados, exclamó:

—Ah! tú eres el señor alcalde!...

Soltó una carcajada y le escupió en el rostro.

El señor Magdalena sacó el pañuelo, se limpió el semblante y dijo:

—Inspector Javert, poned á esta mujer en libertad.

Al oir esto, Javert creyó volverse loco. Experimentó en aquel instante, una despues de otra y casi confundidas, las emociones más fuertes que habia sentido durante su vida. Ver que una mujer pública escupia el rostro de un alcalde era para él cosa tan monstruosa, que hasta en sus suposiciones más absurdas hubiera considerado como sacrilegio creerlo posible. Por otra parte, en el fondo de su pensamiento hacia una comparacion terrible entre lo que era aquella mujer y lo que podia ser aquel alcalde, y entreveia con horror en ese caso que quizás fuese natural el prodigioso atentado; pero cuando vió al alcalde, al magistrado, limpiarse la cara tranquilamente y le oyó decir: *Poned en libertad á esa mujer*, quedó deslumbrado de estupor; le faltaron al mismo tiempo el pensamiento y la palabra y el asombro escedió en él los límites de lo posible. Quedó mudo.

Aquellas frases no hicieron efecto me-

nos extraño en Fantina. Levantó el brazo desnudo y se agarró á la llave de la estufa, como para no caer, como una persona que vacila. Miró vagamente á su alrededor y se puso á hablar en voz baja, como si hablase consigo misma:

—Que me pongan en libertad! ¡Que me dejen marchar! ¡Que no vaya por seis meses á la cárcel!... Lo habré oido mal? Eso no puede haberlo dicho el mónstruo del alcalde; sin duda lo dijo el inspector... Lo vais á saber todo, señor Javert. Figuraos que me despidió por las habladurías de una porcion de picaronas que tiene en el taller, y él tiene la culpa de todo lo que me ha sucedido desde entonces. ¡Es una infamia despedir á una pobre jóven que trabaja honradamente! Despues de despedida no he podido ganar lo que necesitaba y de esto provino mi desgracia. Estos señores de la policía debian hacer una reforma; la de impedir que los contratistas de las cárceles causen perjuicios á las trabajadoras pobres; porque rebajando tanto su jornal, éste no presta para vivir, y hay que ganarse la vida como se pueda. Yo tenia que pagar para que me mantengan á mi hija Cosette, y me he visto precisada á ser una mujer mala. Ya estais viendo que tiene la culpa de esto este pícaro alcalde. Si pisoteé el sombrero de aquel señor delante del café de los oficiales, fué porque él me echó á perder el vestido antes echándome la nieve. Nosotras no tenemos más que un vestido de seda. No hice el mal más que por represalias. ¿No es verdad, señor Javert? ¿Cuántas mujeres hay peores que yo y que son felices? ¿Vos habeis dicho que me pongan en libertad, señor Javert, no es cierto? Preguntad á mi casero y os dirá que le pago bien...—Ah, Dios mio! ¡he tocado sin querer la llave de la estufa y sale humo!...

Magdalena escuchaba con profunda atencion. Mientras Fantina hablaba, echó mano á la cartera del chaleco, sacó una bolsa y la abrió; pero al ver que estaba vacía la guardó otra vez. Despues preguntó á Fantina:

—Cuánto es lo que debeis?

Fantina, que no miraba más que á Javert, se volvió entonces y dijo:

—Hablo contigo acaso?

Despues, dirigiéndose á los soldados, añadió:

—Ya habeis visto que escupí á la cara al bribon del alcalde. Viene á meterme miedo, pero yo no me asusto. Al único que tengo miedo es al señor Javert.

Fantina, hablando así, se volvió hácia el inspector y continuó del modo siguiente:

—Debeis ser justo y creo que lo sois. Lo que pasó es sumamente sencillo. Un señor se divierte echando nieve en el cuello de una mujer; esto hace reir á los oficiales, que son gente de broma, y nosotras, las de mi clase, solo servimos para que esos señores se diviertan. Os apareceis, restableceis el órden llevándoos á la mujer que ha faltado; pero como sois bueno, reflexionais y mandais que me pongan en libertad, no por mí, sino por mi hija, diciéndome únicamente: ¡Cuidado con la reincidencia! Pero estad tranquilo; no me volverá á suceder; aunque hagan conmigo todo lo que quieran me estaré quieta. Grité hoy, porque me hicieron daño y me sorprendió la frialdad de la nieve, pues ya os he dicho que estoy enferma, que tengo tos y que siento en la garganta como una bola que me quema; el médico dice que me cuide. Dadme la mano, no tengais miedo; tocadme y vereis cómo abraso.

Fantina ya no lloraba; su voz era cariñosa y ponia en su blanca garganta la tosca mano de Javert, al que miraba sonriendo.

De repente arregló el desórden de su traje; dejó caer los pliegues de la falda, que al arrastrarse por el suelo se le quedó remangada á la altura de las rodillas, y se dirigió hácia la puerta, diciendo en voz baja á los soldados y moviendo amistosamente la cabeza:

—Hijos mios, el señor inspector ha mandado que me solteis y me voy.

Puso la mano en el picaporte. Al dar un paso más se hubiera ya encontrado en la calle.

Javert permanecia hasta entonces de pié, inmóvil, con la vista fija en tierra, colocado en medio de esta escena como una estátua quitada de su sitio, que espera que la pongan en otro; pero el ruido que hizo el picaporte le despertó, por decirlo así. Levantó la cabeza con expresion de autoridad soberana, expresion más terrible cuanto más baja es la autoridad, y gritó:

—Sargento, ¿no veis que se vá esa bribona? ¿Quién os ha dicho que la dejeis salir?

—Yo, contestó el señor Magdalena.

Fantina, al oir la voz de Javert, tembló y soltó el picaporte, como un ladron cogido infraganti suelta el objeto robado. Al oir lo que dijo Magdalena se volvió, y sin hablar, sin respirar siquiera, su

mirada pasó alternativamente de Magdalena á Javert y de Javert á Magdalena, segun hablaban uno ú otro.

Era preciso que Javert estuviese fuera de quicio para permitirse apostrofar de ese modo al sargento despues de la indicacion del alcalde de poner en libertad á Fantina. ¿Olvidó que estaba delante del alcalde? ¿Habia concluido por creer que era imposible que una autoridad hubiese dictado semejante órden, ó que habia dicho sin querer una cosa por otra? ¿O imaginaba que ante las enormidades que estaba presenciando era preciso tomar resoluciones supremas, que era necesario que el pequeño se hiciese grande, que el polizonte se transformase en magistrado, el hombre de policía en hombre de justicia, y que en aquella situacion extraordinaria se personificaban en él el órden, la ley, la moral, el gobierno y la sociedad entera?

Sea de esto lo que fuere, cuando el señor Magdalena pronunció aquel *yo*, el inspector de policía se volvió hácia el alcalde, y pálido y frio, con los labios azulados, agitado por imperceptible temblor, le dijo, con la vista inclinada al suelo, pero con voz firme:

—Señor alcalde, eso no puede ser.

—Cómo! exclamó Magdalena.

—Esa infeliz insultó á un caballero.

—Inspector Javert, contestó Magdalena con acento conciliador y sereno; escuchadme. Sois un hombre honrado y no tengo dificultad en explicaros mis intenciones. Vais á saber la verdad. Pasaba yo por la plaza cuando conducíais aquí á esta mujer; habia allí aun algunos grupos y me enteraron de lo ocurrido. Todo lo sé. El caballero fué el que faltó y el que debia haber sido arrestado.

—Esta miserable acaba de insultaros, le respondió Javert.

—Esa es cuenta mia, le replicó Magdalena, porque el injuriado fuí yo.

—Perdonadme, señor alcalde; no se os injurió á vos, sino á la justicia.

—Inspector Javert, la primera justicia es la conciencia. He oido á esta mujer y sé muy bien lo que me hago.

—Y yo, señor alcalde, no comprendo lo que veo.

—Pues limitaos á obedecer.

—Obedezco á mi deber, y mi deber manda que esta mujer sea condenada á seis meses de cárcel.

—Pues escuchad bien lo que os voy á decir: no estará en la cárcel ni un solo dia, le replicó Magdalena.

Al oir Javert esa afirmacion, miró con fijeza á su jefe y le dijo respetuosamente:

—Siento muchísimo tener que oponerme al señor alcalde; es la primera vez que lo hago en mi vida, pero séame permitido hacer observar que estoy dentro de los límites de mis atribuciones. Me refiero al hecho del caballero insultado. Yo lo presencié. Esta mujer se arrojó sobre el señor Bamatabois, que es elector y propietario de esa hermosa casa de piedra de tres pisos que hace esquina á la esplanada. Este es un hecho de policía ocurrido en la calle; es de mi incumbencia, y por lo tanto retengo á la culpada.

El señor Magdalena se cruzó de brazos y dijo con voz severa, con voz que nadie habia oido aun en la poblacion:

—El hecho á que os referís es un hecho de policía municipal, de la que yo soy el juez, segun los artículos nueve, once, quince y sesenta y seis del Código de procedimientos. Mando, pues, que esta mujer quede en libertad.

Javert quiso intentar el último esfuerzo.

—Pero, señor alcalde...

—Os recuerdo el artículo ochenta y uno de la ley de Diciembre de 1799 sobre la detencion arbitraria.

—Permitid...

—Ni una palabra más.

—Sin embargo...

—Salid de aquí, le dijo Magdalena.

Javert recibió este golpe de pié, de frente, en medio del pecho, como un soldado ruso. Saludó profundamente al alcalde y salió.

Fantina se apartó de la puerta y estupefacta le vió pasar por delante de ella, siendo tambien presa de extraño trastorno. Acababa de ver que se la disputaban dos poderes opuestos. Presenció la lucha de los dos hombres que tenian en sus manos su libertad, su vida y hasta su hija; uno la arrastraba hácia el abismo, el otro hácia la luz. En esa lucha, observada al través de las grandes dimensiones con que la abultaba el temor, aquellos dos hombres se le presentaban como dos gigantes, de los que uno hablaba como un demonio y el otro como un ángel. El ángel venció al demonio (esto era precisamente lo que la asustaba), porque el ángel, el libertador, era el hombre que ella aborrecia, el alcalde, autor de todos sus infortunios, el señor Magdalena. ¡La salvaba en el mismo instante en que ella acababa de insul-

tarle cobardemente! ¿Estaria ella equivocada? ¿Debia arrepentirse de los sentimientos que su salvador le inspiraba hasta entonces? No lo sabia y temblaba. Le escuchaba aturdida, le miraba atónita, y á cada palabra que pronunciaba Magdalena sentia desvanecerse en su interior las horribles tinieblas del ódio y nacer en su corazon un no sé qué consolador é inefable, algo como alegría, confianza y amor.

En cuanto salió Javert, Magdalena se volvió hácia Fantina y la dijo con voz lenta, con frase trabajosa y como hombre grave que no quiere llorar:

—Os he escuchado y os aseguro que no sabia nada de lo que habeis referido. Creo y comprendo que habreis dicho la verdad. Ignoraba tambien que no estuviérais ya en mis talleres. Pero, ¿por qué no os habeis dirigido á mí? Ya que lo sucedido no se puede remediar, pagaré vuestras deudas y haré venir á vuestra hija ó ireis vos misma á buscarla. Vivireis aquí ó en Paris, donde querais. Me encargo de vos y de vuestra hija; no trabajareis más si no quereis; os daré el dinero que os haga falta. Volvereis á ser honrada, y por lo tanto feliz; á pesar de que, si es cierto lo que me habeis referirido, y lo creo, no habeis dejado de ser virtuosa y santa á los ojos de Dios.

La esperanza de tan inesperada felicidad no podian resistirla las agotadas fuerzas de Fantina. Vivir con Cosette! Dejar la vida infame y repugnante! ¡Vivir libre, rica, dichosa y honrada con su hija! ¡Ver desarrollarse de súbito estas realidades portentosas en medio de su miseria! La desventurada jóven miró atolondrada al hombre que se las ofrecia, y solo pudo prorumpir en sollozos. Dobláronse sus piernas y cayó de rodillas delante de Magdalena, antes que éste pudiera impedirlo; el alcalde sintió que Fantina le cogia la mano y que posaba en ella los labios.

En seguida se desmayó.

# LIBRO SEXTO

## Javert.

### I.

#### Principio del reposo.

Magdalena hizo transportar á Fantina á la enfermería que tenia en su propia casa y la confió á las Hermanas de la Caridad, que la metieron en cama. Fantina fué acometida de una fuerte calentura, y pasó casi toda la noche delirando y hablando en alta voz; pero al fin acabó por dormirse.

Despertó al dia siguiente al medio dia: al oir respirar cerca de su cama, separó las cortinas y vió que el señor Magdalena estaba allí, derecho y mirando algo por encima de su cabeza. Sus miradas eran de angustia, de piedad y de fervor suplicante; siguió Fantina la direccion de ellas y vió que se fijaban en un crucifijo que habia suspendido en la pared.

Magdalena se habia transfigurado á los ojos de Fantina. Parecíale absorbido en oracion y rodeado de una aureola de luz. Le contempló largo rato sin atreverse á interrumpirle, y por fin, tímidamente, le preguntó:

—Qué haceis ahí?

Hacia una hora que Magdalena estaba allí esperando que se despertase Fantina. La cogió la mano, la pulsó y la dijo:

—Cómo estais?

—Bien, contestó ella; he dormido y creo que estoy mejor. Esto no será nada.

Magdalena respondió entonces á la primera pregunta de la enferma, como si la acabara de oir:

—Oraba al mártir que está allá arriba... Y añadió mentalmente: Por la mártir que está aquí abajo.

Magdalena pasó la noche y la mañana tomando informes de Fantina, y lo sabia todo. Conocia los dolorosos pormenores de la vida de la jóven.

—Habeis padecido mucho, pobre madre, la dijo. Pero no os quejeis, pues recibísteis la dote de los elegidos. De este modo los hombres convierten en ángeles á sus semejantes; pero no es culpa suya, porque no saben obrar de otro modo. El infierno de donde salís es la primera

forma del cielo, y era preciso empezar por ella.

Fantina suspiró profundamente.

Javert escribió aquella noche una carta, y él mismo la depositó en el correo de Montreuil-sur-Mer. Era para Paris, é iba dirigida al señor Chabouillet, secretario del prefecto de Policía. Como se habia divulgado la noticia de lo ocurrido en el cuerpo de guardia por toda la poblacion, la mujer encargada de la estafeta y otras personas que vieron dicha carta antes de salir de allí, y que conocieron la letra de Javert, se figuraron que enviaba en ella su dimision.

Magdalena se apresuró á escribir á los Thenardier. Fantina les debia veinte francos; les envió trescientos, diciéndoles que se cobrasen de esta cantidad y que enviaran inmediatamente la niña á Montreuil-sur-Mer, desde donde su madre, que estaba enferma, la reclamaba.

Esta cantidad deslumbró á Thenardier, y dijo á su mujer:

—Diablo! No hay que soltar la chica. Esta Alondra nos vá á dar el producto de una vaca de leche. Presumo que algun memo se habrá enamoricado de la madre.

Contestó Thenardier enviando una cuenta de quinientos y pico de francos, muy bien ideada. En ella ascendian á más de trescientos francos dos documentos incontestables; el recibo del médico y el del boticario, que habian asistido y medicinado en dos largas enfermedades á Eponina y á Azelma. Porque como dijimos, Cosette no habia estado enferma, pero lo arreglaron así sustituyendo los nombres, y Thenardier puso debajo del recibo general: *Recibido á cuenta, trescientos francos.*

Magdalena remitió en seguida otros trescientos francos, y escribió diciéndole al bodegonero: "Enviad en seguida á Cosette.„

—Pardiez, cuánto dinero! exclamó Thenardier. No hay que soltar la chica!

Fantina, no restablecida aun, continuaba en la enfermería.

Al principio las Hermanas de la Caridad recibieron y cuidaron con desconfianza á aquella "soltera„. Quien haya visto los bajo-relieves de Reims, recordará lo abultado del labio inferior de las vírgenes prudentes que miran á las vírgenes locas. El antiguo desprecio de las vestales hácia las meretrices es uno de los instintos más profundos de la dignidad femenina, y en las Hermanas de la Caridad se despertó con la severidad que le añade la religion; pero Fantina las desarmó á los pocos dias, empleando con ellas las palabras más tiernas y más humildes y su elocuencia de madre. Un dia, en medio de su calentura, las Hermanas le oyeron decir lo siguiente:

—Aunque he sido pecadora, si llego á tener conmigo á mi hija será señal de que Dios me ha perdonado. Mientras fuí mala no quise tener conmigo á Cosette, porque no hubiera podido soportar sus miradas asombradas y tristes. Y sin embargo, por ella, solo por ella, me dediqué á deplorable vida; por esto creo que Dios me perdonará. Recibiré la bendicion de Dios cuando ella esté á mi lado. La miraré y me consolará ver su inocencia. Es un ángel y nada sabe, hermanas mias. A su edad aun no se han caido las alas.

Magdalena visitaba á Fantina dos veces diarias, y ella le preguntaba cada vez:

—Veré pronto á Cosette?

—Quizás mañana. Espero que llegue de un momento á otro, le contestaba Magdalena.

En la pálida fisonomía de Fantina brillaba la esperanza.

—Oh, cuán feliz voy á ser! exclamaba.

Acabamos de decir que no se restablecia; al contrario, su estado era más grave cada dia. La nieve que la echaron sobre los dos omoplatos habia producido supresion repentina de transpiracion, y en seguida, la tísis, que tenia latente durante muchos años, acabó por estallar con violencia. Principiábase á seguir entonces en el estudio y el tratamiento de las enfermedades del pecho las indicaciones de Laënnec. El médico consultó á Fantina y movió tristemente la cabeza.

—Qué opinais? le preguntó Magdalena.

—No tiene una hija que desea ver?

—Sí.

—Pues que apresure su venida.

El señor Magdalena se extremeció, y á su vez le preguntó Fantina:

—Qué ha dicho el médico?

—Ha dicho que venga pronto vuestra hija, que esto os devolverá la salud, contestó Magdalena, esforzándose por sonreir.

—Tiene razon, repuso ella. ¿Pero cómo es que los Thenardier no me envian á mi hija? Oh, vá á venir! Por fin seré dichosa.

Thenardier "no soltaba la niña„, alegando para ello mil pretextos: ya que Cosette estaba delicada para ponerse en

camino en invierno, ya que se le habian de abonar pequeñas deudas de alimentos y de otras cosas de primera necesidad, cuyos recibos estaba reuniendo, etcétera etc.

—Enviaré alguno que traiga á Cosette, y si es preciso iré yo mismo.

Magdalena escribió la siguiente carta, que hizo dictar y firmar á Fantina:

"Señor Thenardier:

Entregareis mi hija Cosette al dador. Se os pagarán todas esas deudillas. Recibid mis afectos.

FANTINA.„

Entre tanto surgió un incidente grave. En vano tallamos y labramos lo mejor que podemos el bloque misterioso de nuestra vida, porque la vena negra del destino reaparece siempre.

## II.

### De cómo Juan puede convertirse en Champ.

Una mañana, en la que el señor Magdalena estaba en su gabinete ocupado en arreglar de antemano algunos asuntos apremiantes de la alcaldía, por si le precisaba ir á Montfermeil, entraron á decirle que el inspector de policía Javert deseaba hablarle. Al oir pronunciar su nombre, Magdalena recibió desagradable impresion. Desde la cuestion que tuvieron, Javert huia de él más que nunca y no le habia vuelto á ver.

—Que entre, dijo.

Javert entró.

Magdalena permaneció sentado cerca de la chimenea, con la pluma en la mano y la vista sobre un legajo que estaba hojeando y anotando, que contenia las actas de varias contravenciones á la policía urbana. No se movió cuando entró Javert. Se acordaba de la pobre Fantina y se mostraba glacial con el inspector. Este saludó respetuosamente al alcalde, que le daba las espaldas y que, sin mirarle, continuaba anotando el legajo.

El polizonte dió tres pasos en el gabinete y se paró sin romper el silencio.

El fisonomista que se hubiese familiarizado con el carácter de Javert y que hubiese estudiado mucho tiempo á este salvaje, puesto al servicio de la civilizacion, compuesto extraño de romano, de espartano, de fraile y de cabo de escuadra, espía incapaz de una mentira, polizonte vírgen, si hubiese sabido la secreta y antigua aversion con que miraba á Magdalena y el conflicto que tuvo con él respecto á Fantina, hubiera dicho, al examinarle en aquel momento: ¿qué ha pasado aquí? Para el fisonomista que le conociese era evidente que Javert acababa de experimentar gran conmocion interior, porque su rostro reflejaba siempre el estado de su alma. Como todos los hombres violentos, estaba sujeto á bruscas variaciones, y nunca su fisonomía se presentó tan extraña ni tan inesperada. Al entrar se inclinó ante el señor Magdalena, mirándole sin rencor, sin cólera y sin desconfianza; se detuvo algunos pasos detrás del sillon que ocupaba el alcalde y allí permaneció en pié, en actitud casi militar, con la rudeza ingénua y fria del hombre que nunca fué suave y que siempre fué paciente; esperaba sin decir palabra, sin hacer un movimiento, con verdadera humildad, con resignacion tranquila á que el alcalde se dignase volver la cabeza, sereno, grave, con el sombrero en la mano, con la vista baja, con la expresion intermedia entre la que guarda el soldado delante del oficial y la que conserva el reo delante del juez. Tanto los sentimientos como los recuerdos que hubieran podido atribuírsele se habian borrado en él: en su semblante, impenetrable como el granito, solo se descubria lúgubre tristeza.

Al cabo de un rato Magdalena dejó la pluma, y volviendo la cabeza, dijo:

—Qué sucede? ¿qué quereis de mí, Javert?

Javert permaneció un instante más silencioso y como meditando; luego dijo con triste solemnidad, que sin embargo no excluia la sencillez:

—Vengo á deciros, señor alcalde, que se ha cometido una accion culpable.

—Qué accion es esa?

—Un agente inferior de la autoridad ha faltado al respeto debido á un magistrado del modo más grave. Cumpliendo con mi deber, vengo á ponerlo en vuestro conocimiento.

—Quién es ese agente? preguntó Magdalena.

—Yo, contestó Javert.

—Vos!...

—Yo!

—¿Y quién es el magistrado á quien agravió el agente?

—Vos, señor alcalde.

Magdalena se incorporó en el sillon. Javert continuó hablando gravemente y con los ojos fijos en el suelo:

—Vengo á pediros, señor alcalde, que propongais á la superioridad mi destitucion.

Magdalena, estupefacto, abrió la boca.

—Me replicareis que puedo presentar mi dimision; pero esto no basta. Falté y deben castigarme, deben destituirme.

Despues de una pausa, añadió Javert:

—Señor alcalde, el otro dia fuísteis severo conmigo injustamente. Sedlo hoy con justicia.

—Qué galimatías es ese, señor Javert? Qué es lo que quereis decir? ¿Qué acto culpable cometísteis contra mí? ¿En qué habeis delinquido? ¿Os acusais y quereis ser reemplazado?...

—Destituido.

—No comprendo por qué.

—Os lo explicaré y lo comprendereis.

Javert suspiró desde lo hondo de su pecho y continuó hablando con la misma frialdad y tristeza:

—Hace seis semanas, señor alcalde, que, á consecuencia de la cuestion que tuvimos por aquella jóven, me encolericé y os denuncié.

—Me denunciásteis!

—Sí, á la Prefectura de la Policía de Paris.

Magdalena, que habitualmente aun reia menos que el inspector, soltó la risa.

—¿Como alcalde que usurpaba las atribuciones de la policía? le preguntó.

—No, como antiguo presidiario.

El alcalde se puso lívido. Javert prosiguió sin levantar la vista del suelo:

—Yo así lo creia. Hace algun tiempo que tenia esa idea. Vuestra semejanza con él, las indagaciones que habeis practicado en Faverolles, vuestra fuerza extraordinaria, vuestra destreza en el tiro, vuestra pierna que cojea un poco... qué sé yo! Tonterías!... Pero el caso es que os tomé por Juan Valjean.

—Juan... cómo decís que se llama?

—Juan Valjean: un presidiario que yo conocia hace veinte años, cuando yo era ayudante de cómitre en Tolon. Cuando salió del presidio dicho Juan Valjean parece que robó á un obispo, y despues robó á mano armada y en despoblado á un muchacho saboyano. Hace ocho años que está oculto y se ha perdido su pista, aunque se le persigue... Yo me figuré... En fin... ya está hecho. La cólera me impulsó y os denuncié á la Prefectura.

El señor Magdalena, que habia vuelto á tomar el legajo del expediente, preguntó con acento de perfecta indiferencia:

—¿Qué os respondieron en la Prefectura?

—Que estaba loco.

—Y á eso qué contestais?

—Que tienen razon.

—Bueno es que no lo dudeis.

—No puedo dudarlo, porque se ha encontrado al verdadero Juan Valjean.

El pliego de papel que tenia en la mano el señor Magdalena le cayó; levantó la cabeza, miró fijamente á Javert y exclamó, con inexplicable entonacion:

—Ah!

Javert continuó:

—Os referiré lo ocurrido, señor alcalde. En las cercanías de Ailli-le-Haut-Clocher parece que habitaba un pobre hombre, llamado Champmathieu. Era muy miserable. Nadie le hacia caso. Esas gentes no se sabe de qué viven. Este otoño Champmathieu fué detenido por un robo de manzanas en... no importa dónde; el hecho es que hubo robo con escalamiento de una pared y con la fractura de algunas ramas de árboles. Le detuvieron cuando aun llevaba las ramas en la mano y le metieron en la cárcel. Hasta aquí no fué más que asunto correccional, pero luego vino lo providencial. El mal estado de la prision hizo que el juez dispusiese trasladar á Champmathieu á la cárcel provincial de Arras. Allí sufria la condena un antiguo presidiario, que se llamaba Brevet, preso por no sé qué delito, pero que le habian nombrado calabocero del interior, porque se portaba muy bien. Apenas vió allí á Champmathieu empezó á decir: —Calla! yo conozco á ese hombre! *hemos sido compañeros de colegio.* ¡Mírame, compadre! Tú eres Juan Valjean!—Yo no conozco á semejante hombre, contestó el compadre, haciéndose el desentendido.—No te hagas el bobo, añadió Brevet; eres Juan Valjean y has estado en el presidio de Tolon hace veinte años. Estuvimos allí juntos.—Champmathieu continuó negando, pero se hicieron averiguaciones, y hé aquí lo que resultó. Se descubrió que dicho preso hace treinta años era podador en Faverolles y en otros puntos; pero allí se pierden sus huellas, y solo se supo que algun tiempo despues se encontraba en Auvernia y luego en Paris, en donde dice que habia sido carretero y que tuvo una hija que era lavandera, pero eso no está bien probado. Se sabe, por último, que vivia en el referido pais donde robó las manzanas. Ahora bien: antes de ir á presidio por robo consumado, ¿qué era Juan Valjean? Podador. De dónde? De Faverolles.—Otro hecho. El nombre de pila de Valjean era Juan, y el apellido de su madre Mathieu. Nada más natural que

al salir de presidio, para ocultarse, tomase el apellido de la madre y se llamase Juan Mathieu. Pasó despues á la Auvernia, y la pronunciacion del pais cambia el Juan en Chan, y se llama Chan-Mathieu. Nuestro hombre adopta esta modificacion y se transforma en Champmathieu. No es esto evidente? Tómanse informes en Faverolles. La familia de Juan Valjean ha desaparecido. Nadie sabe qué es de ella. Por más que se indaga nada se descubre, y como el principio de esta historia data de más de treinta años, ya no hay nadie en Faverolles que conozca á Juan Valjean. Se piden informes á Tolon. Además de Brevet, solo quedan ya dos presidiarios que hayan visto á Juan Valjean, y éstos condenados á cadena perpétua, y se llaman Cochepaille y Chenildieu. Los sacan del presidio y los hacen comparecer; los ponen delante de Champmathieu y tambien le reconocen. Para ellos, como para Brevet, es Juan Valjean. Tiene la misma edad, cincuenta y cuatro años; la misma estatura, el mismo aspecto, es el mismo hombre. Durante este careo precisamente envié mi denuncia á la Prefectura de Paris, y me respondieron que habia perdido el juicio, porque Juan Valjean estaba en Arras en poder de la justicia. Comprended cuál seria mi asombro, cuando yo creia tener á mi lado á Juan Valjean. Escribo al juez de la causa. Me hace comparecer. Me presentan á Champmathieu...

—Y qué? preguntó interrumpiéndole Magdalena.

—Señor alcalde, la verdad siempre se debe confesar; aquel hombre es sin disputa Juan Valjean. Yo mismo le conocí.

—Estais seguro? le preguntó Magdalena en voz baja.

—Oh, seguro! contestó Javert, que se echó á reir con la risa dolorosa que expresa conviccion profunda. Permaneció un momento pensativo, tomando y soltando maquinalmente con los dedos puñaditos de arenilla en la salvadera de la escribanía que estaba sobre la mesa, y añadió:

—Despues que he visto al verdadero Juan Valjean, no comprendo cómo he podido creer otra cosa. Os pido perdon, señor alcalde.

Al dirigir Javert esta frase suplicante á aquel á quien seis semanas antes le humilló en plena oficina de policía, diciéndole:—"Salid de aquí„, hablaba con sencillez y dignidad.

El señor Magdalena, en vez de contestarle, le hizo esta brusca pregunta:

—Y qué dice ese hombre?

—Señor alcalde, ese asunto presenta mal cariz para él. Si es Juan Valjean, es reincidente. Escalar una pared, tronchar un árbol y robar manzanas, es una travesura en un niño, es un delito en un hombre y es un crímen en un presidiario. Escalamiento y robo al mismo tiempo; esto ya no pertenece al tribunal correccional, sino á la Audiencia, y no se castigará con algunos dias de prision, sino con presidio para toda la vida. Además, ha de responder del robo del saboyano. Cáspita! hay mucha tela cortada, ¿no es cierto? para otro que no fuera Juan Valjean, pero éste es muy ladino. Tambien le reconozco en esto. Otro en su lugar, al verse cerca del fuego, se agitaria y gritaria como grita el puchero cerca de la lumbre, y no querria ser Juan Valjean. Pero él parece que no comprenda lo que le acumulan y se limita á decir: "Yo soy Champmathieu„. Está como asombrado y embrutecido. Representa muy bien ese papel; pero lo mismo dá, porque pruebas cantan. Fué reconocido por cuatro personas y será condenado. La causa está ya en el tribunal de Arras y yo tengo que deponer en ella como testigo; ya me han citado.

Magdalena estaba ya inclinado sobre la mesa-escritorio repasando el legajo del expediente con la tranquilidad del hombre atareado.

Volviéndose hácia Javert, le dijo:

—Basta, Javert; nada me importan todos esos detalles. Estamos perdiendo el tiempo y hay que despachar asuntos urgentes. Teneis que ir en seguida á casa de la tia Bureaupied, que vende yerbas en la esquina de la calle de Saint-Saulve. Le direis que presente su queja contra el carretero Pedro Chesnelong, que es un hombre brutal y por poco no atropella á esa mujer y á su hijo. Hay que castigar al carretero. Desde allí os dirigireis á casa el señor Charcellay, calle de Montrede-Chapigny, que se queja de una canal de la casa vecina que vierte en la suya el agua cuando llueve y le socava los cimientos. Despues os informareis de las faltas de policía que me han denunciado en las calles que tengo aquí apuntadas, y tomareis acta de lo que sea cierto. Creo que os doy demasiada tarea... Vais á ausentaros? Me dijísteis que teníais que ir á Arras á declarar sobre ese proceso dentro de ocho ó diez dias...

—Mucho antes, señor alcalde.

—Qué dia, pues?

—Mañana se verá esa causa, y yo debo marcharme de aquí en la diligencia esta noche.

Magdalena hizo imperceptible movimiento.

—Cuánto tiempo durará ese proceso? le preguntó.

—Un dia todo lo más. La sentencia se pronunciará mañana por la noche lo más tarde, pero yo no esperaré el fallo; en cuanto preste la declaracion regresaré.

—Está bien, contestó el alcalde, y despidió á Javert con un movimiento de mano. Este no se movió.

—Perdonad, señor, le dijo.

—Qué más teneis que decirme?

—Tengo que recordaros una cosa.

—Qué?...

—Que debo ser destituido.

Magdalena se puso en pié y le dijo:

—Javert, sois un hombre de honor y os aprecio. Exagerais vuestra falta; además, de que esta ofensa solo á mí me concierne. Mereceis ascender, no que os destituyan, y os aconsejo que conserveis vuestro empleo.

Javert miró á Magdalena, y en el fondo de sus miradas parecia reflejarse su conciencia poco ilustrada, pero rígida y casta, y dijo con tranquilo acento:

—Señor alcalde, no puedo acceder á eso.

—Os repito que ese asunto solo á mí me incumbe.

Javert, fijo siempre en su propósito, continuó hablando de este modo:

—En cuanto exagerar, no exagero. Oid cómo raciocino. Sospeché de vos injustamente. En esto no hay nada de particular, puesto que tenemos la obligacion de sospechar, aunque puede haber abuso con respecto á los superiores. Pero en un acceso de cólera, y sin pruebas, os denuncié como á presidiario, á vos, que sois un hombre respetable, un alcalde, un magistrado. Esto es gravísimo, porque ofendí á la autoridad en vuestra persona, yo, que soy agente de la autoridad. Si uno de mis subordinados hiciera lo que yo hice, le declararia indigno de desempeñar su cargo y le destituiria. Una palabra más, señor alcalde. Con frecuencia, durante mi vida, fuí severo con los demás, pero obraba bien, porque era justo; si ahora no fuese severo conmigo mismo, mi justicia anterior la convertiria en injusticia. No debo tratarme yo mejor que traté á los demás. ¿Serví para castigar á los otros y no serviria para castigarme á mí mismo? Entonces seria un miserable, y los que me llamasen "el bribon Javert„ tendrian razon para decírmelo. No deseo que me trateis con bondad, señor alcalde; vuestra bondad me ha dado muy malos ratos cuando la gastábais con los otros y no la quiero para mí. La bondad que consiste en dar la razon á una mujer pública contra un ciudadano, al agente de policía contra el alcalde, al inferior contra el superior, es una bondad de mal género; con ella se desorganiza la sociedad. Ser buenos es fácil, lo difícil es ser justos. Si vos fuéseis en realidad un presidiario, yo no hubiera sido bueno para vos; ya lo hubiérais visto! Debo tratarme como trato á los demás. Al castigar á los malhechores, al perseguir á los tunantes, siempre me he dicho:—"Mira no tropieces, porque si caes no deben tenerte compasion.„—Tropecé y caí en falta. Qué remedio! Deben destituirme, expulsarme. Trabajaré dedicándome á lo que pueda. La conveniencia del servicio exige que se haga conmigo un escarmiento. Pido, pues, la destitucion del inspector Javert.

Pronunció el anterior parlamento con acento humilde, firme, convencido y desesperado; lo dotaba de cierta rara grandeza aquel hombre extraño.

—Eso ya lo veremos, le contestó Magdalena, y le tendió la mano.

Javert retrocedió y dijo con acento salvaje:

—Perdon, señor, pero eso no debe ser. El alcalde no debe dar la mano á un soplon.

Luego añadió entre dientes:

—A un soplon, porque desde el momento en que abusé de mi cargo me convertí en espía.

Saludó profundamente y se dirigió hácia la puerta; desde ésta se volvió hácia el alcalde y le dijo:

—Continuaré desempeñando mi cargo hasta que venga el que me reemplace.

Despues salió.

Magdalena quedó pensativo, oyendo resonar los pasos firmes de Javert, que se iba alejando por el corredor.

# LIBRO SÉPTIMO.

## La causa de Champmathieu.

### I.

#### Sor Simplicia.

No se conocieron en Montreuil-sur-Mer todos los incidentes que vamos á narrar, pero lo que se traslució de ellos dejó en la poblacion tan hondos recuerdo, que seria omision grave no referirlos hasta en sus menores detalles.

En estos pormenores encontrará el lector dos ó tres circunstancias inverosímiles, que conservamos por respeto á la verdad.

La tarde que siguió á la visita de Javert, el señor Magdalena fué á ver á Fantina, como tenia por costumbre, y antes de entrar á verla llamó á la Hermana sor Simplicia.

Las dos Hermanas de la Caridad que cuidaban de la enfermería se llamaban sor Perpétua y sor Simplicia.

Sor Perpétua era una lugareña ordinaria, que entró en la casa de Dios como hubiera entrado en otro empleo cualquiera, y fué religiosa como hubiera sido cocinera: este tipo es bastante comun. Las órdenes monásticas aceptan gustosas el tosco barro provinciano, que se amolda con facilidad á la capuchina ó á la ursulina: su rusticidad se utiliza para las necesidades materiales de la devocion. La transicion de boyero á carmelita no es chocante; se transforma el uno en el otro sin gran dificultad: el fondo comun de ignorancia de la aldea y del claustro es una preparacion y pone al mismo nivel al campesino y al fraile: alargando la blusa resulta el hábito. Sor Perpétua era una beata fornida, de Marines, cerca de Pontoise, que hablaba el dialecto de su pueblo, que salmodiaba, gruñia y echaba más ó menos azúcar en la tisana, segun la mayor ó menor devocion del paciente; que era dura para los enfermos, áspera con los moribundos, dándoles casi con el Cristo en la cara y atormentando su agonía con oraciones dichas con fúria; era, en fin, atrevida, honrada y rubicunda.

Sor Simplicia era blanca como la cera. Al lado de la otra era como un cirio al lado de una vela de sebo. Vicente de Paul ha descrito cómo debe ser la Hermana de la Caridad con estas admirables palabras, en las que amalgama mucha libertad con mucha servidumbre: "No tendrán otro monasterio que la casa del enfermo, ni más celda que el cuarto alquilado, ni otra capilla que la iglesia de su parroquia, ni otro claustro que las calles de la poblacion ó las salas del hospital, ni otra clausura que la obediencia, ni otra reja que el temor de Dios, ni otro velo que la modestia„. Sor Simplicia era la realizacion viva de ese ideal. Nadie podria acertar su edad; parecia que no debia haber sido jóven y que nunca llegaria á ser vieja. Era una persona—no nos atrevemos á decir una mujer—afable, austera, bien educada, fria y que no habia mentido nunca. Era tan tierna que parecia frágil, pero era más fuerte que el granito. Tocaba con suavidad á los enfermos con sus dedos bellísimos, finos y puros. Habia algo de retenido en su lenguaje; hablaba solamente lo preciso, y su metal de voz podria edificar en un confesionario y encantar en un salon. Su delicadeza era adecuada á su ropa de estameña y encontraba en su rudo contacto un llamamiento contínuo del cielo y de Dios. Isistamos en un detalle. No haber mentido nunca, no haber dicho jamás por interés alguno, ni indiferentemente, algo que no fuese la verdad, la santa verdad, era el rasgo distintivo de sor Simplicia, era el sello de su virtud. Era célebre en la Congregacion por su veracidad imperturbable. El abate Sicard se ocupa de sor Simplicia en una carta dirigida al sordo-mudo Massieu. Dice así: "Por sinceros y puros que seamos, siempre existe en nuestro candor la hendidura de alguna inocente mentira; pero en el de ella no. ¿Pero hay acaso alguna mentira que sea realmente inocente, insignificante? La mentira es lo absoluto del mal. Mentir poco no es posible; el que miente, miente por completo, y la mentira es precisamente la forma del demonio. Por eso Satanás tiene dos nombres; se llama Satanás y se llama Mentira.„

Esta era la opinion de sor Simplicia respecto á la mentira y á ella arreglaba su conducta. De esto provenia la pureza que destellaba su blancura y que brillaba en sus labios y en sus ojos, porque podia decirse que su sonrisa y su mirada habian adquirido transparente blancura. Ni una tela de araña, ni un grano de polvo interrumpian la diafanidad de su conciencia. Al entrar en la Congrega-

cion de San Vicente de Paul adoptó el nombre de sor Simplicia, porque Santa Simplicia de Siracusa prefirió, como es sabido, que le cortasen los dos pechos á decir que habia nacido en Segesta, habiendo nacido en Siracusa, con cuya mentira se hubiera salvado. Este modelo correspondia á su imitadora.

Sor Simplicia, al ingresar en la órden, tenia dos defectos, de los que se fué corrigiendo poco á poco: era golosa y le gustaba recibir cartas. Solo leia un libro de oraciones, de letra gruesa, impreso en latin: no entendia el latin, pero comprendia el libro.

La piadosa mujer tomó cariño á Fantina, apercibiéndose quizás de su virtud latente, y se dedicó exclusivamente á cuidarla.

Magdalena llevó aparte á sor Simplicia, recomendándole á Fantina con singular acento, de lo que la religiosa se acordó más tarde.

En seguida se acercó á la cama de Fantina. Esta esperaba siempre la visita del señor Magdalena como se espera un rayo de sol y de alegría, y decia á las hermanas:—Solo vivo cuando está aquí el señor alcalde.

Aquel dia tenia la enferma gran calentura. En cuanto vió á Magdalena le preguntó:

—Y Cosette?

—Pronto vendrá, le respondió aquel sonriendo.

Magdalena estuvo al lado de Fantina, como tenia por costumbre; solo que en vez de media hora, como otros dias, permaneció allí una hora entera, con gran contento de la jóven. Encargó con insistencia que nada faltase á la enferma, y notaron las Hermanas de la Caridad que hubo un instante en que su rostro quedó sombrío; pero esto lo atribuyeron á que el médico le habia dicho casi al oido:

—La enferma decae muy de prisa.

Magdalena entró despues en la alcaldía, y el mozo de la oficina vió que examinaba con atencion un mapa itinerario de Francia, que estaba colgado allí, y vió tambien que escribia en un papel algunos guarismos con lápiz.

## II.

### Perspicacia de maese Scaufflaire.

Desde la alcaldía se fué al extremo de la poblacion á casa del flamenco maese Scaufflaire, que alquilaba caballos y carruajes.

Era el camino más corto para ir á casa maese Scaufflaire una calle poco transitada, en la que vivia el cura de la parroquia del señor Magdalena. Este cura gozaba fama de ser hombre digno, respetable y buen consejero. Cuando Magdalena llegó á casa de dicho sacerdote, solo pasaba por la calle una persona, que observó lo siguiente: el alcalde, despues de pasar de largo, se paró, permaneció inmóvil, y despues volvió atrás y llegó otra vez hasta la habitacion del párroco, en cuya puerta habia un llamador de hierro. Tomó resueltamente el llamador y le levantó: despues se detuvo otra vez y permaneció pensativo algunos instantes, y en vez de dejar caer el llamador con fuerza, le bajó con suavidad y prosiguió su camino con mayor celeridad que antes.

Cuando llegó á casa de Scaufflaire le encontró ocupado en arreglar un arnés.

—Maestro, le preguntó, ¿teneis un buen caballo?

—Señor alcalde, le contestó el flamenco, mis caballos todos son buenos. ¿A qué llamais un buen caballo?

—Un caballo que pueda andar veinte leguas en un dia (1).

—Diablo! Veinte leguas!

—Sí.

—Enganchado á un cabriolé?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo ha de descansar despues del viaje?

—Es preciso que pueda, en caso de necesidad, partir al dia siguiente.

—Para volver á andar lo mismo?

—Sí.

—Diablo! Veinte leguas otra vez!

Magdalena sacó del bolsillo el papel donde habia trazado con lápiz algunos guarismos y se lo enseñó al flamenco. Eran éstos los números siguientes: 5, 6, 8 1|2.

—Ya lo veis. Total, diez y nueve leguas y media, casi veinte.

—Señor alcalde, puedo complaceros, le contestó el flamenco. Tengo un caballo blanco del Bajo-Boloñés. Es pequeño, pero es un rayo; quisieron acostumbrarle á la silla, pero coceaba y tiraba al suelo á todos los ginetes. Tuviéronle por falso y no sabian qué hacer de él. Lo compré y lo enganché en el cabriolé; eso es lo que el animal queria, y ahora es manso como una malva y corre como el viento. Es imposible montarlo, porque le dá por

(1) Hay que tener presente que las leguas francesas son mucho más cortas que las españolas.

no querer ser caballo de silla; ¡cada uno tiene sus caprichos! Eso es sin duda lo que piensa ese caballo.

—Podrá hacer el viaje?

—Andará las veinte leguas á trote largo y en menos de ocho horas, pero con algunas condiciones.

—Decidlas.

—En primer lugar necesita un descanso de una hora en la mitad del camino; le dareis de comer, pero es preciso que haya alguno presente para que el mozo de la posada no le robe el pienso.

—Bien, lo haré así.

—En segundo lugar... ¿es para vos el cabriolé?

—Sí.

—Sabeis guiar?

—Sí.

—Pues bien, ireis solo y sin equipaje, con la idea de que el caballo no vaya muy cargado.

—Convenido.

—Yendo solo tendreis que cuidar vos de que no le roben el pienso.

—Desde luego.

—En tercer lugar, me abonareis treinta francos diarios y pagareis los dias de descanso. No puedo alquilarlo por menos, y además, los piensos serán de vuestra cuenta.

El señor Magdalena sacó del bolsillo tres napoleones de oro y los dejó en la mesa, diciendo:

—Ahí teneis dos dias adelantados.

—En cuarto lugar, para este viaje seria pesado un cabriolé y cansaria demasiado al caballo. Teneis que aveniros á ir en mi tílburi pequeño.

—Consiento.

—Es ligero, pero está descubierto.

—Me es igual.

—¿Ha reflexionado el señor alcalde que estamos en invierno?

Magdalena no respondió. El flamenco continuó diciendo:

—Que hace mucho frio?...

Magdalena siguió callando.

—Que puede llover?...

Magdalena levantó la cabeza y dijo:

—El tílburi y el caballo estarán mañana á la puerta de mi casa á las cuatro y media de la madrugada.

—Está bien, señor alcalde, contestó el flamenco; y rascando con la uña del pulgar una manchita que habia en el tablero de la mesa, dijo con aire indiferente:

—Ahora que caigo en ello... No me habeis dicho dónde vais... ¿A dónde se dirige el señor alcalde?

El flamenco no pensaba en otra cosa desde el principio de la conversacion, pero no se habia atrevido á hacer antes esta pregunta.

—Tiene el caballo buenos brazos? dijo el alcalde.

—Sí, señor. Hay que refrenarle un poco en las bajadas. ¿Tiene muchas cuestas el camino que vais á tomar?

—No olvideis que ha de estar en mi casa á las cuatro y media en punto, repuso Magdalena, y salió.

El flamenco se quedó inmóvil, "hecho un bestia„, segun dijo despues él mismo.

Dos ó tres minutos pasados, se abrió otra vez la puerta y dió paso al alcalde, que volvia, con el mismo aspecto, impasible y grave.

—Maese Scaufflaire, le dijo, ¿cuánto creeis que valen el tílburi y el caballo que os ajusto?

—Quereis comprarlos?

—No, pero por lo que pueda acontecer, quiero asegurároslos. A mi regreso me devolvereis la cantidad. ¿Cuánto valen el tílburi y el caballo?

—Quinientos francos.

—Aquí los teneis.

Magdalena dejó un billete de Banco sobre la mesa y se marchó definitivamente.

A maese Scaufflaire le pesó mucho no haber pedido mil francos, á pesar de que caballo y carruaje juntos solo valian trescientos.

El flamenco llamó á su mujer y la refirió lo sucedido.

Celebraron consejo para ver si podian averiguar á dónde iba el señor alcalde.

—Vá á Paris, dijo la mujer.—No lo creo, le contestó el marido. Magdalena dejó olvidado sobre la chimenea el papel que tenia números escritos. El flamenco se apoderó de él y comenzó á descifrarle.—Cinco, seis, ocho y media: estos deben ser los relevos de la posta. Despues de corta meditacion, se volvió á su mujer y la dijo:—Ya sé á dónde vá.—De veras?—Sí; hay cinco leguas desde aquí á Hesdin, seis desde Hesdin á Saint-Pol, ocho y media desde Saint-Pol á Arras; luego el señor alcalde vá á Arras.

Entre tanto Magdalena habia entrado en su casa, siguiendo el camino más largo, como si la puerta de la casa del cura párroco fuese para él una tentacion que tratase de evitar. Subió á su cuarto y se encerró, lo que no tenia nada de particular, porque acostumbraba á acostarse muy temprano. Sin embargo, la portera de la fábrica, que era al mismo

tiempo la única sirvienta suya, observó que apagó la luz á las ocho y media, y así se lo dijo al cajero cuando entró á preguntarla:

—Está indispuesto el señor alcalde? He notado que tenia aspecto extraño.

El cajero vivia en una habitacion que caia debajo de la del señor Magdalena. No hizo caso alguno de las palabras de la portera; se acostó y se durmió. A media noche se despertó bruscamente. Habia oido entre sueños un ruido encima de su cabeza. Prestó atencion y comprendió que lo producian los pasos de alguno que se paseaba por la sala de arriba; siguió observando y conoció que eran los pasos del señor Magdalena. Esto le extrañó, porque nunca oia ruido alguno en aquel cuarto antes de levantarse el alcalde. Momentos despues oyó como el ruido que hace un armario al abrirse y cerrarse, luego el arrastre de un mueble, despues silencio, y últimamente otra vez ruido de pasos. El cajero se sentó en la cama, completamente despierto; miró, y al través de los cristales de su ventana distinguió en la pared de enfrente el reflejo rojizo de otra ventana iluminada, que por la direccion de los rayos debia ser la del cuarto de Magdalena. El reflejo temblaba como si procediese más de una llama de chimenea que de una vela encendida. En el reflejo no se descubria la sombra del bastidor de la vidriera, lo que indicaba que la ventana estaba abierta de par en par. Era cosa sorprendente que estuviese abierta la ventana haciendo tanto frio. El cajero volvió á dormirse, y al despertar dos horas despues oyó todavía el ruido de pasos lentos y regulares en la habitacion de arriba. El reflejo seguia iluminando aun la pared, pero era entonces pálido y tranquilo como el de un quinqué ó el de una bujía. La ventana continuaba abierta.

Hé aquí lo que sucedia en el cuarto del señor Magdalena.

## III.

### Una tempestad dentro de un cráneo.

El lector sin duda alguna habrá comprendido que el señor Magdalena era Juan Valjean.

Hemos sondeado en otra ocasion las profundidades de su conciencia, y ha llegado ahora el momento en que debemos sondearlas otra vez. No lo haremos sin emocion y sin temblar, porque no hay nada tan terrible como semejante estudio.

La vista del espíritu no puede encontrar en ninguna parte más resplandores ni más tinieblas que en el hombre; no puede fijarse en nada más espantoso, más complicado, más misterioso ni más infinito. Hay un espectáculo más grandioso que el del mar, y es el del cielo; hay un espectáculo más grandioso que el del cielo, y es el del interior del alma.

Escribir el poema de la conciencia humana á propósito de un solo hombre, del hombre más insignificante, seria reunir todas las epopeyas en una epopeya superior y definitiva. La conciencia es el caos de las quimeras, de las codicias, de las tentaciones, el horno de los delirios, el antro de las ideas que avergüenzan, el pandemonium de los sofistas, el campo de batalla de las pasiones. Penetremos á ciertas horas, al través de la faz lívida de un sér humano que reflexiona, y miremos detrás de ella, observemos aquella alma, contemplemos aquella oscuridad. Descubriremos debajo del silencio exterior combates gigantescos como en Homero, peleas de dragones y de hidras y nubes de fantasmas como en Milton y espirales visionarias como en Dante. ¡Cuán sombrío es el infinito que todo hombre lleva dentro de sí mismo, con el cual mide con desesperacion las voluntades de su cerebro y las acciones de su vida!

El Dante encontró un dia una puerta siniestra ante la cual se paró; ahora nos encontramos nosotros en el umbral de otra que nos hace vacilar. Entremos, sin embargo.

Poco nos resta que añadir á lo que ya saben los lectores que ocurrió á Juan Valjean despues de la aventura con Gervasillo. Como hemos visto, desde entonces fué otro hombre. Realizó los deseos del obispo; en el criminal se verificó algo más que una transformacion, se realizó una transfiguracion.

Desapareció Juan Valjean y vendió la plata del obispo, conservando los candeleros como un recuerdo; fué escurriéndose de pueblo en pueblo, atravesó la Francia, llegó á Montreuil-sur-Mer, le ocurrió allí la idea que referimos, realizó lo que ya saben nuestros lectores, consiguió ser desconocido é inaccesible, y establecido ya, fué dichoso; al sentir su conciencia triste por su pasado y al comparar la primera mitad de su existencia con la última, vivió tranquilo, sosegado, sin ocuparse más que de dos

ideas; la de ocultar su verdadero nombre y la de sacrificar su vida, la de huir de los hombres y la de acercarse á Dios.

Estas dos ideas estaban tan íntimamente unidas en su espíritu, que formaban un solo pensamiento; ambas eran igualmente absorbentes é imperiosas y le dominaban hasta en sus actos más insignificantes. Casi siempre estaban de acuerdo para aconsejarle la senda que debia seguir; las dos le arrastraban al aislamiento, haciéndole benévolo y sencillo: sin embargo, algunas veces mediaba conflicto entre ambas ideas y entonces no dudaba en sacrificar la primera á la segunda; esto es, la seguridad á la virtud. Por eso, á pesar de su reserva y de su prudencia, conservaba los candeleros del obispo; vistió de luto por su muerte; llamaba é interrogaba á todos los saboyanos que pasaban; tomó informes de todas las familias de Faverolles, y salvó la vida al carretero Fauchelevent á pesar de las inquietantes insinuaciones de Javert. Creia, como todos los hombres justos, que el deber para con nosotros mismos no es el primero de los deberes.

Debemos decir, sin embargo, que las dos ideas que gobernaban á Juan Valjean, cuyos dolores vamos refiriendo, no habian sostenido nunca una lucha tan grave. Comprendiólo él así, confusa, pero profundamente, desde las primeras palabras que pronunció Javert al entrar en su cuarto: cuando oyó pronunciar el nombre que él ocultaba con tan espesos velos, quedó sobrecogido de estupor y trastornado ante el siniestro é inesperado golpe de su destino. Al través de su estupor sintió el extremecimiento que precede á las grandes sacudidas; se doblegó como una encina cuando se aproxima la tempestad, al ver venir sobre él nubes sombrías preñadas de relámpagos y de rayos. Al oir lo que Javert le decia, fué su primer pensamiento ir corriendo á denunciarse, sacar á Champmathieu de la cárcel y meterse él. Este pensamiento fué para él doloroso y punzante, como una incision hecha en carne viva: pero reflexionando, se dijo despues á sí mismo:—Veremos, veremos!...—Reprimió su primer movimiento generoso y retrocedió ante el heroismo.

Sin duda hubiera sido más heróico que, despues de las santas palabras del obispo, despues de tantos años de arrepentimiento y de abnegacion, y durante su penitencia tan admirablemente comenzada, Valjean, á presencia de tan terrible coyuntura, no dudara un instante y hubiera marchado con paso igual hácia el precipicio en cuyo fondo se descubria el cielo; sublime hubiera sido, pero no fué así. Debemos dar cuenta exacta de lo que pasó en su alma y debemos ser imparciales. Lo primero que le dominó fué el instinto de la propia conservacion; recogió apresuradamente sus ideas, ahogó sus emociones, vió que era terrible peligro la presencia de Javert, difirió toda resolucion con la firmeza del espanto, se aturdió pensando lo que debia hacer y volvió á recuperar la calma, como el gladiador vuelve á recoger su escudo.

El resto del dia lo pasó en el mismo estado, alimentando un torbellino por dentro y aparentando profunda tranquilidad por fuera. Solo tomó lo que podríamos llamar "medidas de conservacion„. Todo estaba confuso y se chocaba dentro de su cerebro: habia en él tal turbacion, que no podia ver con claridad la forma de ninguna idea, y solo podia decir de sí mismo que acababa de recibir un gran golpe. Fué, como acostumbraba, á ver á Fantina en su lecho de dolor, y prolongó la visita por un instinto de bondad, diciéndose que debia obrar así y recomendarla á las Hermanas de la Caridad por si llegaba el caso de tener que ausentarse.

Imaginaba que tal vez tendria que ir á Arras, y sin estar decidido á emprender ese viaje, pensó que, estando como estaba al abrigo de toda sospecha, podia, sin inconveniente alguno, ser testigo de lo que allí aconteciese, y retuvo el tílburi de Scaufflaire con la idea de estar preparado á todo evento.

Comió con bastante apetito.

Volvió á su cuarto y se recogió en sí mismo. Examinó su situacion y le pareció inaudita, tan inaudita, que, en medio de su meditacion y por impulso de temor casi inexplicable, se levantó de la silla y corrió el cerrojo de la puerta. Temia que entrase algo más contra él y se parapetaba contra lo posible.

Un momento despues apagó la luz. Le estorbaba. Creia que podian verle.

Y quién? Ay! lo que queria evitar que entrase por la puerta habia entrado ya; lo que queria cegar le miraba cara á cara: era su conciencia; su conciencia, es decir, Dios.

Esto no obstante, en el primer momento se hizo una ilusion; se creyó seguro y solo, se juzgó inaccesible habiendo corrido el cerrojo é invisible por haber apagado la luz. Entonces tomó

posesion de sí mismo, apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos y se entregó á la meditacion.

—Dónde estoy?... No deliro?... ¿Qué es lo que acabo de oir?... ¿Es cierto que ví á Javert y que me dijo todo eso?... Quién será ese Champmathieu?... ¿Se me parecerá?... Es esto posible?... ¡Cada vez que pienso que ayer estaba tan tranquilo y hoy!... ¿Qué hacia yo ayer á estas horas? ¿Qué curso llevará este incidente? Cuál será su desenlace?... ¿Qué haré?...

Esas preguntas le atormentaban. Su cerebro habia perdido la fuerza para retener las ideas, y pasaban por él como olas y trataba en vano de detenerlas, oprimiéndose la frente con las manos. Solo la angustia se desprendia de ese tumulto que trastornaba su voluntad y su corazon, y del que queria sacar una evidencia y una resolucion.

Su cabeza ardia; se dirigió á la ventana y la abrió de par en par. En el cielo no brillaba ni una estrella. Se volvió á sentar junto á la mesa.

Así pasó la primera hora.

Poco á poco comenzaron á formarse y á fijarse en su meditacion lineamientos vagos, y pudo entrever, con la precision de la realidad, no el conjunto de su situacion, sino algunos detalles.

Principió por reconocer que por extraordinaria y crítica que fuese su situacion, era dueño absoluto de ella; pero esto, lejos de disminuir, aumentó su estupor.

Con independencia del fin severo y religioso que se proponia en sus acciones, todo cuanto hizo hasta ahora no tuvo otro fin que el de ahondar la fosa en que habia enterrado su nombre. Oirle pronunciar era lo que más temia en sus horas de reflexion y en sus noches de insomnio; juzgaba que eso seria el término de todo; que el dia que reapareciera su nombre, se desvaneceria por completo su nueva vida y quizás su nueva alma. Le extremecia la idea de que eso fuese posible. Si alguno en esos momentos le hubiera dicho que llegaria una hora en que resonaria en sus oidos el odioso nombre de Juan Valjean, saliendo repentinamente de las tinieblas é irguiéndose delante de él; si alguno le hubiera dicho que la luz formidable creada para disipar el misterio en que se envolvia resplandeceria de súbito reflejando sobre él, y que, sin embargo, ese nombre no le amenazaria, esa luz solo produciria oscuridad más espesa, ese velo aumentaria el misterio, ese temblor de tierra consolidaria su edificio, y confrontando el fantasma Juan Valjean con el digno ciudadano señor Magdalena, saldria más honrado, más tranquilo y más respetado que nunca; si alguno le hubiera dicho todo esto, le hubiera vuelto las espaldas, teniendo su opinion por insensata. Pues bien, todo esto acababa de suceder; esa acumulacion de imposibles era un hecho; ¡Dios permitia que estos absurdos se convirtiesen en realidades!

Su divagacion se iba aclarando y se explicaba su posicion más cada vez. Le parecia que acababa de despertar de un sueño y que caminaba resbalando por una pendiente, en medio de la noche, tembloroso, retrocediendo en vano de la orilla del abismo. Veia con claridad, en la sombra, á un desconocido, á un extraño, á quien el destino confundia con él y lo empujaba al precipicio en su lugar; era preciso, para cerrar aquel precipicio, que alguno cayera en su fondo; ó él ó el otro. Era indispensable obedecer al destino.

La claridad llegó á ser completa en su cerebro y conoció:—Que su lugar estaba vacío en el presidio y le esperaba todavía; que el robo de Gervasillo le arrastraba allí; que ese lugar vacío le atraeria inevitablemente hasta que lo llenase. Conoció además:—Que en aquel momento tenia un sustituto, y que mientras le representase en el presidio Champmathieu y en la sociedad el señor Magdalena, nada debia temer, con tal de no impedir que cayese sobre la cabeza de Champmathieu la piedra de la infamia, que, como la piedra del sepulcro, cae para no volverse á levantar.

Como todo esto era tan violento y tan extraño, se verificó en él uno de esos movimientos indescriptibles que solo ocurren dos ó tres veces en la vida del hombre, especie de convulsion de la conciencia que remueve todas las dudas del corazon, compuesta de ironía, de gozo y de desesperacion, y que se pudiera llamar "risa interior„.

Encendió la luz bruscamente.

—Y qué! se dijo á sí mismo. ¿De qué tengo miedo? ¿Qué tengo que pensar sobre esto? Estoy salvado y todo ha concluido. No habia más que una puerta abierta por la que pudiera entrar mi pasado en mi nueva vida y queda ya tapiada para siempre. Javert, que me acosa hace mucho tiempo, ese terrible instinto que me adivinaba y me seguia á todas partes, ese perro de presa que

me acechaba, está ya desorientado completamente. Está satisfecho y me dejará en paz, pues ya tiene el Juan Valjean que buscaba, y es probable que quiera irse de esta poblacion. Todo esto ha sucedido sin intervencion mia. No hice nada para que sucediese. ¿Es esto acaso para mí un acontecimiento desgraciado? Cualquiera pensaria que me habia sucedido alguna catástrofe. Si le sucede á otro no es culpa mia. La Providencia así lo dispuso; y ¿tengo yo derecho para desordenar lo que ella ordena? Este es asunto que no me importa y no debo inmiscuirme en él. Nadie me reclama. No debo estar contento? ¿Qué más puedo desear que conseguir el fin á que aspiro hace tantos años, esto es, mi seguridad personal? Dios lo quiere así y no debo sublevarme contra la voluntad de Dios, y así lo quiere para que yo continúe realizando el bien, para que yo sirva de grande y animoso ejemplo, y pueda probar que la penitencia que sufro produce alguna felicidad cuando se hermana con la virtud. No comprendo por qué temí hace poco entrar en casa del excelente cura párroco, referírselo todo como á un confesor y pedirle consejo; seguramente me hubiera dicho todo esto que yo me digo: ¡Dejemos correr los sucesos! ¡Dejemos obrar á Dios!

De este modo se hablaba á sí mismo desde las profundidades de su conciencia, inclinado sobre lo que podria llamarse su propio abismo. Se levantó de la silla y se puso á pasear por la habitacion.—Vamos, dijo, no pensemos más en esto. Estoy ya resuelto.

Pero no se quedó contento; al contrario.

Querer prohibir que la imaginacion vuelva á ocuparse de una idea, es lo mismo que querer impedir que el mar vuelva á la playa; el marinero llama á este fenómeno marea, y el culpado le llama remordimiento. Dios agita las almas y al Océano.

Pocos momentos despues, por más que se empeñó en evitarlo, se engolfó otra vez en su sombrío diálogo, en el que él era el que hablaba y el que oia, diciendo lo que hubiese querido callar, y oyendo lo que no hubiera querido oir, cediendo al poder misterioso que le decia:—"Piensa!„ del mismo modo que á otro condenado le decia hace dos mil años:—"Anda!„

Es tan cierto que el hombre se habla á sí mismo, que no hay pensador que no haya experimentado este fenómeno. Puede decirse que nunca es más grande y magnífico el misterio del verbo, que cuando en el interior del hombre vá del pensamiento á la conciencia y vuelve de la conciencia al pensamiento. En este sentido deben entenderse en este capítulo las palabras *se dijo*, *se hablaba á sí mismo*, sin que rompiese el silencio exterior. Dentro de nosotros hay un tumulto algunas veces en el que todo habla, excepto la boca. Las realidades del alma no dejan de ser realidades porque sean invisibles é impalpables.

Preguntóse, pues, Juan Valjean en qué consistia su resolucion tomada y cuál era ésta; y no pudo dejar de confesarse que el arreglo que acababa de hacer en su espíritu era monstruoso, que dejar correr los sucesos y dejar obrar á Dios era una idea horrible. Dejar pasar el error del destino y de los hombres, no impedirlo, antes al contrario, favorecerlo callando, era enorme injusticia, el último grado de la indignidad hipócrita; era un crímen bajo, miserable, cobarde, abyecto y vil.

Por la primera vez despues de ocho años el desgraciado Juan Valjean acababa de sentir el amargo sabor de un mal pensamiento y de una accion ruin, y lo escupió con disgusto.

Luego continuó interrogándose con severidad á sí mismo qué era lo que entendió por "haber conseguido su objeto„, reconociendo que su vida lo tenia. ¿Qué objeto era este? Ocultar su nombre? ¿Engañar á la policía? ¿Por cosa de tan poca monta se estaba sacrificando? ¿No era su grandioso objeto salvar, no su persona, sino su alma, y ser bueno, honrado y justo? ¿No es esto por lo que tanto trabajó y lo que el obispo le exigia?—Trataba de cerrar la puerta á su pasado; pero de este modo no la cerraba, sino que la volvia á abrir por medio de una accion infame; volvia á ser ladron, el más odioso de los ladrones, porque robaba á otro hombre la existencia, la paz, el aire y el sol. Era un asesino; condenaba á otro hombre á la horrible muerte de los vivos, á esa muerte que llaman cadena perpétua. Por el contrario, entregarse, salvar á ese otro hombre víctima de funesto error, aparecer otra vez con su propio nombre, volver á ser el presidiario Juan Valjean, era completar su propia resurreccion y cerrar para siempre el infierno del que salió. Caer en él en la apariencia, era salir para siempre de él en la realidad. Si no cumplia con este deber, era inútil cuanto hasta entonces habia hecho, su penitencia era ineficaz, perdi-

da y sin objeto. Se sentia asistido por el obispo; á pesar de su muerte le tenia en su presencia, le miraba fijamente, y si no cumplia con su deber, seria odioso para monseñor Bienvenido el alcalde Magdalena con todas sus virtudes, y el presidiario Juan Valjean, en comparacion suya, seria un hombre admirable y puro. Los hombres verian su máscara, pero el obispo le veria el rostro; los hombres verian su vida, pero el obispo veria su conciencia. Debia, pues, ir á Arras, librar al falso Juan Valjean y denunciar al verdadero. Esto le costaria el mayor de los sacrificios, seria la más dolorosa de sus victorias, su último paso, ¡pero era necesario darle! ¡Era preciso, para entrar en el estado de santidad á los ojos de Dios, entrar en el estado de infamia á los ojos de los hombres!

—Pues bien, dijo, ¡tomemos esa resolucion! Cumplamos con nuestro deber.

Sin advertir que estaba solo, pronunció esas palabras en alta voz.

Tomó sus libros, los comprobó y los puso en órden y arrojó al fuego un legajo de recibos de comerciantes que le debian; escribió y cerró una carta, en cuyo sobre puso: *Al señor Laffite, banquero, calle de Artois.—Paris.* Sacó de un secreter una cartera, que contenia algunos billetes de Banco, y el pasaporte que le sirvió aquel año para ir á las elecciones.

El que le hubiese visto ejecutar todos estos actos durante su grave meditacion, no hubiera podido sospechar lo que en su interior pasaba. A intervalos movia los labios y fijaba la mirada ávida en un punto cualquiera de la pared, como si hubiese allí algo que quisiera aclarar ó álguien á quien tratase de dirigir alguna pregunta.

Cuando terminó la carta para el señor Laffitte se la metió en el bolsillo; lo mismo hizo con la cartera, y volvió á pasearse.

Seguia tenaz en su última resolucion; continuaba viendo claro su deber, escrito con letras luminosas, que resplandecian ante sus ojos y que seguian á sus miradas:—*Corre! Di tu verdadero nombre! ¡Denúnciate!*

Veia tambien ante sí moverse, tomando formas sensibles, las dos ideas que hasta entonces habian dirigido su vida: ocultar su nombre, santificar su alma. Por primera vez se le aparecian distintas la una de la otra y comprendia su diferencia. Reconocia que una de ellas era necesariamente buena, mientras la otra podia llegar á ser mala; que aquella era el sacrificio y ésta la personalidad; que una decia: el *prógimo*, y la otra decia: *yo;* que la primera nacia de la luz y la segunda de las tinieblas.

Ambas estaban combatiendo y él presenciaba el combate. A medida que reflexionaba iban creciendo ante los ojos de su espíritu y tenian ya colosales dimensiones: le parecia verlas luchar dentro de sí mismo, en el infinito de que antes hablamos, entre la oscuridad y la luz, y que una era diosa y la otra gigante. Estaba aterrado, pero comprendia que la idea buena obtendria el triunfo.

Conocia que tocaba en otro momento decisivo de su conciencia y de su destino; que el obispo marcó la primera fase de su nueva vida y que Champmathieu marcaba la segunda; á la gran crísis seguia la gran prueba.

Entre tanto, la fiebre, calmada por unos momentos, volvió á invadirle poco á poco. Le asaltaban pensamientos contradictorios, pero le fortificaban más en su resolucion.

Llegó un instante en que se dijo:—Que tomaba este asunto con demasiado calor; que al fin y al cabo, Champmathieu no era un hombre honrado, era un ladron.—Pero se respondió á sí mismo:—Si ese hombre robó algunas manzanas, merece un mes de prision, no cárcel perpétua. Aun concediendo esto, ¿hay pruebas de que ha robado? El nombre de Juan Valjean pesa sobre él y parece que le dispense de toda clase de pruebas. ¿No suelen pensar así los fiscales? Le creen ladron porque saben que ha estado en presidio.

En otro momento le ocurrió pensar que, denunciándose, comprenderian el heroismo de su accion y considerarian su vida honrada durante siete años y los beneficios que habia reportado al pais, y tendrian en cuenta todo esto; pero esta suposicion se desvaneció en él muy pronto y se sonrió con amargura al pensar en el robo de Gervasillo, que le hacia reincidente, porque reaparecia este delito, y la ley le condenaria á presidio por toda la vida.

Desechó, pues, todas las ilusiones, se alejó más y más de la tierra y buscó fuerza y consuelo en otra parte. Conoció que era necesario que cumpliese su deber; que quizás no seria tan desgraciado cumpliéndole como evitándole; que si dejaba *correr los acontecimientos* y continuaba viviendo en Montreuil-sur-Mer, su consideracion, su buen nombre, sus buenas

obras, su veneracion, su caridad, su riqueza y su prosperidad estarian impregnadas de un crímen; y ¿qué tranquilidad podrian darle estas cosas santas, unidas á una accion infame? Pero si llevaba á cabo el sacrificio, una idea celestial le embelleceria el potro, la cadena y el trabajo sin descanso.

Por fin se convenció de que éste era su destino; de que no debia desarreglar lo que viene arreglado de arriba, y que solo era libre para elegir: ó la virtud exterior y la abominacion interior, ó la santidad interna, unida á la infamia externa.

Removiendo estas lúgubres ideas no desfallecia su ánimo, pero se fatigaba su cerebro, y á su pesar empezaba á ocuparse de cosas indiferentes.

Las arterias de sus sienes latian con fuerza. Seguia paseando. Dieron las doce en el reloj de la parroquia y luego en el del Ayuntamiento. Contó las doce campanadas de los dos relojes; comparó el sonido de las dos campanas y recordó entonces que dias atrás habia visto en un almacen de hierro una campana vieja, que tenia grabado este nombre: *Antonio Albin de Romainville.*

Tuvo frio. Encendió la chimenea, pero no le ocurrió cerrar la ventana.

Despues volvió á caer en su estupor y le fué preciso hacer un gran esfuerzo para recordar lo que estaba pensando antes de que dieran las doce. Al fin lo recordó.

—Ah! sí, se dijo; tomé la resolucion de denunciarme.

Entonces se acordó de Fantina.

—Calla! exclamó, y esa pobre mujer?

Entonces principió para él una nueva crísis.

Al aparecer bruscamente Fantina en sus meditaciones, como rayo inesperado de luz, le pareció que todo cambiaba de aspecto á su alrededor, y dijo:

—Ah! sí. ¡Hasta ahora solo yo me he tenido en cuenta, no he atendido más que á mi conveniencia, á callar ó á denunciarme, á ocultar mi persona ó á salvar mi alma... Pero ¡Dios mio! esto no es más que egoismo. Formas diversas que toma el egoismo, pero egoismo puro en el fondo. Debe pensarse en los demás. La primera santidad es pensar en el prógimo. Olvidándome de mí, veamos lo que sucederia.—Me denuncio, me prenden: ponen en libertad á Champmathieu; me envian á presidio; y despues?... Queda aquí una poblacion, fábricas, una industria, obreros, hombres, mujeres y niños, ancianos y desvalidos. Yo he creado todo esto, yo le he dado vida: donde hay una chimenea que echa humo, he puesto yo la leña en el fuego y la comida en el puchero; á mí se me debe el bienestar, la circulacion, el crédito, que antes no existia; yo he vivificado, fecundado y enriquecido al pais. Si desaparezco, el pais muere.—Y esa mujer que ha padecido tanto, á la que el cariño maternal obligó á caer, cuya desgracia causé involuntariamente, qué será de ella? ¿Qué será de la criatura que yo queria ir á buscar, y que prometí entregársela á su madre? ¿No debo sacrificar algo á esa mujer en reparacion del daño que la he causado? Si desaparezco, morirá la madre, y Dios sabe lo que será de la hija. Todo esto sucederá si me denuncio. ¿Y si no me presento? Veamos qué es lo que sucederá.

Despues de sentada esta cuestion, paróse y estuvo vacilando y temblando un momento; pero luego, tranquilamente, se contestó á sí mismo:

—Ese hombre iria á presidio, es verdad, pero ¡qué diantre! ese hombre es un ladron. Yo me quedo como estaba en Montreuil-sur-Mer. En diez años puedo ganar diez millones de francos; los distribuyo íntegros en la poblacion, y de este modo nadie podrá decir que trabajo para mí. La prosperidad pública irá aumentando; las industrias entrarán en emulacion; las manufacturas se multiplicarán, haciendo felices á mil familias; el pais aumentará de poblacion; se crearán pueblos donde no habia más que caseríos; desaparecerá la miseria y con ella el escándalo, la prostitucion, el robo, el asesinato y todos los vicios y todos los crímenes. El pais será rico y honrado, y esa pobre madre podria educar á su hija. Estaba loco y pensaba en un absurdo cuando me decidí á denunciarme. Reflexionemos, pues, y no obremos con precipitacion. Pues qué! porque me complaciese el aparecer grande y generoso, representando un papel de melodrama; porque solo pensase en mí y en salvar de un castigo exagerado, pero justo en el fondo, á un ladron, ¿ha de perecer un pais entero, ha de morir esa mujer en el hospital y ha de quedar su hija abandonada en medio de la calle como un perro? ¡Ah, esto seria abominable! Sin que la madre haya visto á su hija, sin que la hija conozca apenas á su madre, ¿ha de suceder todo eso por un pícaro ladron, que acaso merezca el presidio por algo más que por el robo de

las manzanas? ¿De qué clase son estos escrúpulos, que salvan á un culpado sacrificando á los inocentes; que libran á un viejo vagabundo y criminal, al que le quedan pocos años de vida, inmolando á toda una poblacion, á madres, á mujeres y á niños? La pobrecilla Cosette, que no tiene en el mundo á nadie más que á mí, estará ahora tiritando de frio en el bodegon de los Thenardier, que son unos canallas. Me debo denunciar? Debo cometer semejante tontería?—Pongamos esta solucion en el peor caso. Supongamos que obrando de este modo hago una mala accion, y que mi conciencia me reconviene algun dia por haber obrado de este modo: aceptando por el bien del prógimo la culpa que caiga sobre mí, solo comprometo mi alma; pues este sacrificio es una virtud.

Se levantó y volvió á pasear. Esta vez parecia contento.

Así como los diamantes solo se encuentran en las profundidades de la tierra, las verdades solo se encuentran en las profundidades del pensamiento. Juan Valjean creia que despues de descender á dichas profundidades, despues de haber andado á tientas en lo más espeso de la oscuridad, acababa de encontrar un diamante, esto es, una verdad, que la tenia en la mano y que le deslumbraba.

—Sí, eso es! He dado en lo cierto. He encontrado la solucion. Me precisaba decidirme y ya estoy decidido. Esperemos, no retrocedamos, que así conviene, no á mi interés, sino al interés general. Me quedo siendo el señor Magdalena. ¡Desgraciado del que se llama Juan Valjean! Ese no soy yo. No conozco á ese hombre; que se arregle como pueda, que eso no me importa.

Se miró á un espejo, que estaba colocado encima de la chimenea, y dijo:

—Me consuela haber adoptado esta resolucion. Yo soy otro.

Dió algunos pasos y se paró de repente.

—No debo vacilar ante ninguna de las consecuencias de la resolucion tomada. Algunos hilos me atan todavía á Juan Valjean y es preciso romperlos. En este mismo cuarto hay objetos que me acusan, testigos mudos que deben desaparecer.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una cartera, la abrió y tomó de dentro de ella una llavecita. Introdujo esta llave en una cerradura, cuyo agujero apenas se veia, por estar oculto en las sombras más oscuras del papel que cubria la pared; abrió un escondrijo, un armario pequeño, colocado entre el ángulo de ésta y el cañon de la chimenea. En aquel cajon solo habia unos andrajos; un saco azul, un pantalon viejo, un morral y un garrote. Los que vieron á Juan Valjean en la época que pasó por Digne, en Octubre de 1815, reconocerian aquel traje miserable.

Lo conservaba, lo mismo que los candeleros de plata, para no olvidar nunca su punto de partida; pero ocultaba lo que procedia del presidio y dejaba á la vista los candeleros que pertenecieron al obispo.

Dirigió una mirada furtiva á la puerta, como temiendo que la abriese alguno, y luego, con rápido y brusco movimiento, sin mirar siquiera aquellos objetos que tantos años guardaba religiosamente, los cogió y los arrojó al fuego de la chimenea.

Cerró el escondrijo, y redoblando sus ya inútiles precauciones, porque quedó vacío, puso un mueble pesado para atrancar la puerta.

Al cabo de algunos segundos la habitacion y la pared de enfrente se iluminaron con resplandor rojizo y tembloroso. Todo ardia; el garrote chisporroteaba y despedia chispas hasta el medio del cuarto; al consumirse el morral con los harapos que contenia, dejó al descubierto un objeto que brillaba en la ceniza. Era una moneda de plata; sin duda la pieza de dos francos que robó al saboyano.

Pero Juan Valjean no miraba al fuego, y continuaba paseando por la habitacion. De pronto se fijó en los dos candeleros de plata, que al resplandor de las llamas relucian vagamente sobre la chimenea.

—Ah! exclamó. Aun está ahí Juan Valjean. Hay que destruir eso tambien.

Cogió los dos candeleros. Habia bastante fuego para desfigurarlos y convertirlos en una barra. Se inclinó sobre la chimenea y se calentó un instante:—Qué agradable calor! dijo. Removió las brasas con uno de los candeleros.

En aquel instante le pareció oir una voz que le gritaba desde su interior:

—Juan Valjean! Juan Valjean!

Se le erizó el pelo y se quedó como el hombre que oye algo terrible.

—Completa tu obra! prosiguió diciendo la voz; destruye los candeleros! ¡Aniquila ese recuerdo! olvídate del obispo! olvídalo todo! ¡Pierde á Champmathieu, y

ya que todo vá bien, regocíjate!... ¡Ya sé que estás resuelto, no hay más que hablar! Vá á ser condenado ese hombre, ese anciano, que no sabe lo que le pasa, que tal vez no ha cometido ningun delito; ese inocente, cuyo crímen consiste en que creen que lleva tu nombre y tu apellido, y vá á terminar sus dias en un presidio. Está bien. Debes aparecer como hombre honrado y respetable. Quédate siendo alcalde, enriquece al pueblo, alimenta á los indigentes, educa á los huérfanos, vive feliz, virtuoso y admirado, que entre tanto ya hay otro que vista tu chaqueta roja, que cargue con tu ignominia y que arrastre tu cadena en el presidio. Sí, todo está muy bien arreglado; pero eres un miserable!

El sudor corria por su frente. Fijó en los candeleros los ojos extraviados. La voz interior no habia terminado aun, y continuó hablando:

—Juan Valjean! Oirás á tu alrededor muchas voces que hablarán alto y con gran algarabía te bendecirán; pero habrá una sola que nadie oirá más que tú, y que te maldecirá en lo más espeso de las tinieblas. Pues bien, escucha, ¡infame! ¡Todas esas bendiciones caerán antes de llegar al cielo; solo la maldicion ascenderá hasta Dios!

Esta voz, débil al principio, y que salia y se elevaba desde lo más oscuro de su conciencia, se fué haciendo por grados ruidosa y formidable, hasta el punto de escucharla por los oidos; parecia haber salido de dentro de él y que le hablaba ya desde fuera. Creyó oir sus últimas palabras con tal claridad, que recorrió el cuarto con la vista aterrorizada.

—Quién está aquí? preguntó en voz alta y azorado.

Despues añadió, sonriendo como un idiota:

—Qué imbécil soy! ¡Si nadie puede entrar!... En efecto, álguien estaba allí, pero no era un sér visible á los ojos humanos.

Juan Valjean dejó los candeleros encima de la chimenea y repitió el paseo monótono, que despertó súbitamente al cajero, que dormia en la habitacion de bajo. Este paseo le aliviaba y le aturdia al mismo tiempo. Parece que uno anda en las situaciones supremas como para pedir consejo á todo lo que se vá encontrando al variar de sitio. Al cabo de algunos instantes se encontró indeciso sobre su regla de conducta. Retrocedia con igual espanto ante las dos resoluciones que alternativamente habia tomado. Las dos ideas que mantenian en lucha su pensamiento le parecian igualmente funestas. ¡La fatalidad fraguó el complot de que se le equivocara con Champmathieu! ¡Se veia precipitado precisamente por el medio que parecia haber empleado la Providencia desde el principio para tranquilizarle!

Quedóse contemplando cara á cara su porvenir, si se denunciaba, y abarcó con inmensa desesperacion todo lo que tenia que abandonar y todo lo que tenia que volver á adquirir. Le era indispensable despedirse de la existencia apacible, pura y radiante; del respeto humano, del honor, de la libertad: ya no podria pasearse por el campo, ni oir el canto de los pájaros, ni dar limosna á los niños, ni veria fijarse en él las miradas de cariño y de gratitud. Abandonaria aquella casa que él edificó y el aposento que se habia arreglado para él.

En este momento todo lo que tenia que abandonar se le presentaba con mayor embeleso: ya no leeria en sus libros, ya no escribiria en su mesa de bufete: la portera, su única criada, ya no le subiria el café por la mañana.

En vez de todo eso le esperaba el presidio, la argolla, la chaqueta roja, la cadena, la fatiga, el calabozo, el cepo y todos los horrores que ya conocia. ¡A su edad y despues de haber sido considerado rico y libre! Si fuese jóven todavía!... ¡Pero ser viejo y tuteado por todo el mundo, registrado por el carcelero y apaleado por el cómitre!... ¡Meter los piés desnudos en zapatos herrados y presentar la pierna por la mañana y por la tarde al martillo de la ronda, que examina los grillos!... Sufrir la curiosidad de los extraños, á los que se les diria al presentarse: *Este es el famoso Juan Valjean, que ha sido alcalde de Montreuil-sur-Mer.* ¿Puede acaso el destino convertirse en perverso, como un sér inteligente, y llegar á ser monstruoso, como el corazon humano?

Juan Valjean caia siempre en su sombría meditacion, en el inevitable dilema que le proponia su suerte: tenia, ó que permanecer en el paraiso y ser un demonio, ó entrar en el infierno y ser un ángel.

Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

La tormenta, de que se creyó libre despues de mucho trabajo, volvia á desencadenarse contra él. Sus ideas comenzaban á embrollarse y adquirian el carácter estúpido y maquinal propio de la desesperacion. El nombre de Romainville se

le presentaba á la imaginacion, recordándole dos versos de una cancion que oyó hace muchos años, y pensaba que es Romainville un bosquecillo, cerca de Paris, donde van los amantes á coger lilas en el mes de Abril. Seguia paseando con pasos trémulos, vacilando exterior é interiormente, como niño que empieza á andar solo.

En momentos dados, luchando con su cansancio, hacia esfuerzos para ordenar la inteligencia y trataba de resolver definitivamente el fatal problema. ¿Debia callar ó denunciarse? Los ojos de su razon no veian claro; los vagos razonamientos que se sucedian en su delirio temblaban, disipándose sucesivamente y convirtiéndose en humo. Solo veia que cualquiera que fuese su resolucion, por necesidad, y sin poderlo evitar, algo habia de morir en él, ya entrase en el sepulcro por la derecha ó por la izquierda, ya pasase por la agonía de su felicidad ó por la agonía de su virtud.

La irresolucion volvió á hacerle su víctima. Nada habia adelantado; estaba como al principio. Así se debatia entre sus angustias aquella alma desventurada. Mil ochocientos años antes, el Sér misterioso que reasume todas las santidades y todos los dolores de la humanidad, mientras agitaba los olivos el viento aterrador del Infinito, apartó durante algun tiempo con la mano el horroroso cáliz que se le apareció, derramando sombras y desbordando tinieblas en las profundidades estrelladas.

## IV.

### Formas que toma el sufrimiento durante el sueño.

Acababan de dar las tres de la madrugada: cinco horas hacia que Juan Valjean paseaba sin descanso, cuando se dejó caer en una silla.

Se durmió y tuvo un sueño.

Su sueño, como acontece casi siempre, solo se relacionaba con su situacion por algo que no se explica, por algo funesto y doloroso, pero que le causó gran impresion. Su pesadilla le afectó tan vivamente, que despues la escribió, y la encontramos entre algunos papeles que dejó escritos. Nos parece oportuno transcribirla aquí textualmente.

Cualquiera que fuese su sueño, la historia de aquella noche resultaria incompleta si lo omitiésemos. Es la sombría aventura de un alma enferma. En el sobre decia lo siguiente: *Sueño que tuve aquella noche.*

—

"Estaba en el campo, un campo inmenso y triste, desnudo de yerba. Ni parecia ser de dia ni de noche.

„Paseaba con mi hermano, con el hermano de mi niñez, en quien no pienso nunca y á quien casi no recuerdo ya.

„Hablábamos y encontramos algunos paseantes. Nuestra conversacion versaba sobre una vecina que tuvimos, que vivia en un cuarto bajo que caia á la calle y que trabajaba siempre con la ventana abierta. Al hablar sentíamos el frio que provenia de la ventana.

„No habia árboles en el campo.

„Pasó un hombre por nuestro lado; iba completamente desnudo: era de color de ceniza y montaba un caballo de color de tierra; dicho hombre era calvo, se le veia el cráneo y en el cráneo las venas. Llevaba en la mano una varita, flexible como un sarmiento y pesada como si fuese de hierro. Pasó por nuestro lado y no nos dijo nada.

„Mi hermano me dijo despues:—Vamos por el camino hondo.

„Habia allí un camino hondo en el que no se veia ni un matorral, ni una yerbecilla. Todo era de color de tierra, incluso el cielo. Al cabo de algunos minutos hablé y nadie me respondió. Volví la cabeza y ví que mi hermano ya no venia conmigo.

„Ví un pueblo y entré en él; era Romainville. La primera calle la encontré desierta; pasé á otra: en la esquina de ésta habia un hombre apoyado en la pared. Le pregunté:—Qué pueblo es este? dónde estoy? El hombre no me respondió. Ví abierta la puerta de una casa y entré.

„La primera habitacion estaba desierta; pasé á la segunda. Detrás de la puerta habia un hombre de pié apoyado en la pared. Pregunté á este hombre:—¿De quién es esta casa? dónde estoy? El hombre no me respondió.

„La casa tenia jardin. Salí de la casa y entré en el jardin, que estaba desierto. Detrás del primer árbol habia un hombre de pié. Le pregunté:—¿Qué jardin es este? dónde estoy? El hombre no me respondió.

„Recorrí despues el pueblo y observé que era grande, pero todas las calles estaban desiertas y todas las puertas abiertas. Ningun viviente transitaba por las calles, ni se movia en las casas, ni paseaba por los jardines; pero detrás de

cada esquina, de cada puerta y de cada árbol habia un hombre de pié y silencioso. No veia más que uno cada vez y todos ellos me miraban pasar.

„Salí del pueblo y eché á andar por el campo.

„Poco despues volví la cabeza y ví gran muchedumbre que venia tras de mí. Conocí á todos los hombres que habia visto en el pueblo. Tenian cabezas extrañas; parecia que andaban muy despacio y marchaban más de prisa que yo. No hacian ruido al andar y en un momento me alcanzaron y me cercaron. Los rostros de aquellos hombres eran de color de tierra.

„Entonces el primer hombre que yo ví é interrogué en el pueblo me dijo:

„—Dónde vais? ¿No sabeis que estais muerto hace mucho tiempo?

„Abrí la boca para contestar y ví que ya no habia nadie á mi lado.„

—

Juan Valjean se despertó. Estaba helado. El viento frio de la madrugada hacia girar en sus goznes los bastidores de la vidriera, que se habia quedado abierta. El fuego estaba ya apagado, la bujía tocaba á su fin. La noche era aun oscura.

Se levantó y se asomó á la ventana. No habia estrellas en el cielo.

Desde la ventana se descubrian el patio de la casa y la calle. Un ruido seco y duro, que resonó de repente en el piso de la calle, le hizo bajar los ojos, y vió debajo de él dos estrellas rojas, cuyos rayos se alargaban y recogian caprichosamente en la oscuridad. Como su imaginacion estaba sumergida aun en la bruma de los sueños, exclamó:—Calla! No hay estrellas en el cielo; ahora están en la tierra.

Al poco rato serenóse su imaginacion, y otro ruido, semejante al primero, acabó de despertarle; miró á la calle y conoció que aquellas dos estrellas eran los faroles de un coche.

Por la claridad que salia de ellos pudo distinguir la forma del carruaje. Era un tílburi enganchado en un caballo blanco. El ruido que oyó lo producian las patadas del caballo sobre el empedrado.

—Qué carruaje es ese? se preguntó á sí mismo. ¿Quién puede venir tan temprano?

En aquel instante dieron un golpecito en la puerta de su cuarto.

Tembló de piés á cabeza y gritó con voz terrible:

—Quién es?

—Yo, señor alcalde, le respondió una voz desde fuera.

Era la portera que le llamaba.

—Qué es lo que ocurre?

—Señor alcalde, van á dar las cinco.

—Y qué me importa!

—Os está esperando el carruaje.

—Qué carruaje?

—El tílburi.

—Qué tílburi?

—¿No le hicísteis venir á las cuatro y media?

—No.

—Pues el cochero dice que viene á buscar al señor alcalde.

—Qué cochero?

—El cochero del señor Scaufflaire.

—Scaufflaire!

Este nombre extremeció á Juan Valjean, como si un relámpago le hubiese pasado por delante de la cara.

—Ah! sí, contestó en seguida.—¡El señor Scaufflaire!

Si la portera le hubiera visto en aquel instante se hubiera aterrorizado.

Al diálogo siguió un rato de silencio. Juan Valjean se puso á examinar con aire estúpido la llama de la bujía y á coger la cera derretida que habia alrededor del pábilo para hacer pelotillas con los dedos. La vieja estuvo esperando, hasta que se atrevió á levantar la voz y á decir:

—Señor alcalde, ¿qué le digo al cochero?

—Decidle que bajo al instante.

## V.

### Las ruedas estropeadas.

El servicio de correos entre Arras y Montreuil-sur-Mer se hacia aun en aquella época, como en tiempo del Imperio, en pequeños cabriolés de dos ruedas, forrados de cuero leonado por dentro, suspendidos en muelles y con dos asientos, uno para el conductor y otro para el viajero. Las ruedas estaban armadas con esos largos cubos ofensivos que obligan á los demás carruajes á mantenerse á cierta distancia. La maleta de la correspondencia, que era una inmensa caja oblonga, estaba colocada detrás del cabriolé, formando con él un solo cuerpo. Estaba pintada de negro y el cabriolé de amarillo.

Estos carruajes, que en nada se parecen á los del dia, ofrecian un aspecto deforme y achaparrado, y cuando se les veia pasar de lejos y como arrastrándose

por alguna carretera, se parecian á esos insectos que se llaman "termitas„, que con cuerpo muy pequeño arrastran un grueso apéndice posterior. Con todo, caminan con gran velocidad.

El correo salia de Arras todas las noches á la una, despues que pasaba el de Paris, y llegaba á Montreuil-sur-Mer un poco antes de las cinco de la mañana.

Aquella noche el correo, que venia por el camino de Hesdin, al volver una calle, chocó con un tílburi tirado por un caballo blanco, que llevaba direccion contraria, guiado por un hombre que iba envuelto en su capa. La rueda del tílburi sufrió un golpe bastante rudo. El correo le gritó al hombre para que parase; pero el viajero no hizo caso y continuó su camino á trote largo.

—No lleva poca prisa! exclamó el conductor del correo.

El hombre que de aquel modo corria es el que acabamos de ver debatirse en convulsiones dignas de lástima.

Dónde iba? No hubiera podido decirlo. Por qué se apresuraba tanto? No lo sabia. Sin duda iba á Arras, pero tambien podia ir á otra parte. Habia momentos en que temblaba. Se hundia en aquella noche como en un abismo. Algo le empujaba, algo le atraia. Lo que pasaba en él nadie podria explicarlo, pero todos podrán comprenderlo. ¿Qué hombre no ha entrado por lo menos una vez en su vida en la caverna de lo desconocido?

Aun no habia resuelto ni decidido nada; ningun acto de su conciencia era definitivo. Se encontraba como en el primer momento de aquella noche.

A qué iba, pues, á Arras?

Juan Valjean se repetia á sí mismo lo que se dijo al alquilar el carruaje. Que cualquiera que fuese el resultado, nada perdia en ver y juzgar por sí mismo; que era prudente y le convenia saber lo que iba á pasar; que no debia decidir sin observarlo y escudriñarlo; que de lejos cualquier cosa nos parece una montaña; que en último caso veria si Champmathieu era un miserable, y su conciencia encontraria el consuelo en ese caso en dejarle ir á presidio; que aunque estuviesen allí Javert, Brevet, Chenildieu y Cochepaille, sus antiguos compañeros de cadena, hoy ya no le reconocerian; que Javert ya no sospechaba de él; que todas las conjeturas y todas las suposiciones se fijaban en Champmathieu, y no hay nada tan terco como el error; que no tenia que temer ningun peligro presentándose en Arras; que de ese momento crítico podria muy bien salir; que despues de todo tenia su suerte en la mano y era dueño de ella. Este pensamiento es el que le devolvia el ánimo.

Si hemos de decir la verdad, mejor hubiera querido no ir á Arras, y sin embargo, iba. Pensando así aguijoneaba al caballo, que corria con el trote regular y sentado que hace dos leguas y media por cada hora.

A medida que el tílburi avanzaba sentia algo dentro de él que retrocedia.

Al alborear el dia estaba en campo raso, y la poblacion de Montreuil-sur-Mer quedaba ya á larga distancia detrás de él. Contempló cómo blanqueaba el horizonte y cómo pasaban por delante de su vista las frias sombras de una aurora de invierno. La madrugada tiene sus espectros como la caida de la tarde: él no los veia, pero por una especie de penetracion casi física, los negros perfiles de los árboles y de las colinas aumentaban la tristeza y el estado violento de su alma.

Cada vez que pasaba por delante de una de esas casas aisladas que hay al lado de los caminos, exclamaba:

—¡Ahí dentro hay gentes que duermen!

El trote del caballo, los cascabeles del arnés y el ruido suave y monótono de las ruedas tienen su embeleso para el que está alegre y son lúgubres para el que está triste.

Era ya muy de dia cuando llegó á Hesdin y se detuvo delante de una posada para que descansase el caballo y para darle un pienso.

Era el caballo, como dijo Scaufflaire, de raza boloñesa, de cabeza gruesa, vientre abultado y de poco cuello, pero de pecho abierto, lomo ancho, piernas secas y finas y pié sólido; de raza fea, pero robusto y sano. Habia corrido cinco leguas en dos horas y no se le veia ni una sola gota de sudor.

El viajero no se habia apeado. El mozo de cuadra de la posada, que traia la avena para el caballo, se bajó de repente y examinó la rueda izquierda del tílburi.

—Vais muy lejos? le preguntó.

Distraido el viajero, le interrogó á su vez:

—Por qué?

—Venís de lejos?

—De cinco leguas de aquí.

—Ah!

—Por qué decís ah?

El mozo se inclinó otra vez, permaneció un instante silencioso, fijando la vista en la rueda, y luego se enderezó, diciendo:

—No dudo que esta rueda haya corrido cinco leguas, pero es seguro que no andará ni un cuarto de legua más.

Juan Valjean se apeó del tílburi.

—Qué es lo que decís?

—Digo que es un milagro que hayais andado cinco leguas sin volcar é ir rodando hasta el foso del camino. Mirad!

En efecto, la rueda estaba muy estropeada. El choque que tuvo con el coche-correo le habia partido dos rayos, destrozándole el cubo, que habia perdido la matriz.

—¿Hay algun maestro de carros por aquí? preguntó el viajero al mozo de cuadra.

—Ya lo creo; sí, señor.

—Pues hacedme el favor de ir á buscarle.

—Vive á dos pasos de aquí... Eh! maestro Bourgaillard!...

La persona llamada estaba en el umbral de la puerta de su casa. Llegó, examinó la rueda é hizo el gesto que hace el cirujano que vé una pierna rota.

—¿Podeis componer esta rueda al momento?

—Sí, señor.

—Cuándo podré ponerme en marcha?

—Mañana.

—Mañana!

—Aquí hay trabajo para todo un dia. Teneis mucha prisa?

—Mucha. Es preciso que salga de aquí lo más tarde dentro de una hora.

—Pues eso es imposible.

—Abonaré lo que sea menester.

—Es imposible.

—Pues bien, dentro de dos horas.

—No podreis poneros en camino hasta mañana, porque es preciso hacer dos rayos y un cubo nuevos.

—Mis asuntos no me permiten esperar hasta mañana. ¿Si en vez de componer esta rueda la reemplazárais con otra?...

—Cómo!

—No sois maestro carretero?

—Sí.

—¿No teneis ninguna rueda que venderme? De ese modo podria partir en seguida.

—Una rueda suelta?

—Sí.

—No tengo ninguna hecha para esta clase de carruajes. Además, que las ruedas se construyen á pares.

—Pues bien; vendedme un par de ruedas.

—Todas las ruedas no encajan en todos los ejes.

—Probad.

—Es inútil. Solo tengo para vender ruedas de carreta. Este es un pais muy pobre.

—No podreis alquilarme un cabriolé?

El maestro carretero conoció á primera vista que el tílburi era alquilado, y contestó, encogiéndose de hombros:

—¡Pues bien tratais los carruajes que os alquilan! Aunque tuviera alguno no os lo alquilaria.

—Vendédmelo, pues.

—No tengo.

—Ni un carruaje siquiera? me contento con el que tengais.

—Este es un pais sin recursos. Tengo en mi cobertizo una carretela vieja, que es de un vecino de este lugar y que no la usa nunca. Os la alquilaria; ¿á mí qué más me dá? pero era preciso que no la viera pasar su dueño; además, como es carretela, necesita dos caballos.

—Tomaré dos caballos de posta.

—A dónde vais?

—A Arras.

—Y quereis llegar hoy?

—Sí.

—Tomando caballos de posta?

—Por qué no?

—¿Es igual que llegueis á las cuatro de la madrugada?

—No, no es igual.

—Como hay algo más que hacer al tomar los caballos de posta... ¿El señor trae el pasaporte?

—Sí.

—Pues bien; tomando caballos de posta no llegareis á Arras hasta mañana. Aquí estamos en un camino de travesía. Los relevos están mal servidos; los caballos están en los campos. Ahora es la época de la labranza; se necesitan muchos caballos y se toman de cualquier parte, aunque sean los de posta. Tendreis que esperar en cada parada tres ó cuatro horas, y además caminareis al paso, porque hay muchas cuestas que subir.

—Entonces iré á caballo. Desenganchad, y á ver si me encontrais una silla.

—Sí; pero sufre silla este caballo?

—Es verdad; me recordais que no la puede sufrir.

—Pues entonces...

—¿Encontraré aquí algun caballo de alquiler?

—Para ir á Arras de una tirada?

—Sí.

—Es preciso para eso un caballo como no los hay en esta comarca; y además, como no os conocen, tendríais que comprarlo. Pero ni alquilado ni comprado le encontraríais por quinientos ni por mil francos.

—Pues ya no sé qué hacer.

—Lo mejor, á fé de hombre honrado, es componer la rueda y dejar el viaje para mañana.

—Mañana es tarde para mí.

—Demonio!

—Creo que pasa por aquí el correo que vá á Arras; á qué hora?

—Esta noche. Los dos correos hacen el servicio de noche, el que vá y el que viene.

—¡Pero necesitais todo un dia para componer esta rueda!

—Un dia y trabajando mucho.

—Si se empleasen dos hombres?

—Aunque empleara diez.

—Si pudieran atarse con cuerdas los rayos...

—Los rayos sí, pero el cubo no. Además, el rodete está en muy mal estado.

—¿Hay algun alquilador de coches en el pueblo?

—No, señor.

—Hay otro maestro carpintero?

El mozo de cuadra y el maestro respondieron al mismo tiempo:

—No.

Juan Valjean sintió inmensa alegría.

Era evidente para él que la Providencia intervenia en este incidente: ella rompió la rueda y le detenia en el camino: no queriendo rendirse á la primera intimacion, acababa de hacer los esfuerzos posibles para continuar el viaje: habia agotado leal y escrupulosamente todos los medios sin retroceder ante la estacion, ni ante la fatiga, ni ante los gastos. No tenia nada que reprocharse: si no iba más lejos no consistia en él. La detencion no dependia de su voluntad, sino de la Providencia.

Respiró y respiró libremente por primera vez desde la malhadada visita del inspector Javert, pareciendo que la mano de hierro que le estaba oprimiendo el corazon acababa de soltarle. Creia que Dios acudia en su ayuda, manifestándoselo ostensiblemente.

Si hubiese mediado en un cuarto de la posada el diálogo que sostuvo con el maestro de carros, nadie lo hubiera oido y hubiera pasado sin testigos: este asunto estaria terminado y probablemente no tendríamos que referir los acontecimientos que narraremos; pero dicho diálogo se entabló en la calle, lo que produjo un corro, como sucede siempre en semejantes casos, porque hay muchas gentes curiosas que desean ser espectadores.

Mientras Juan Valjean discutia con el maestro de carros, se pararon cerca de ellos algunos transeuntes. Un jovenzuelo, despues de oir la conversacion algunos instantes, se separó del grupo y echó á correr.

En el momento, despues de hacerse las reflexiones que acabamos de indicar, en que se decidia á no continuar el viaje, volvió el citado jovenzuelo acompañado de una vieja.

—Señor, dijo la vieja, este muchacho me ha dicho que quereis alquilar un cabriolé.

Estas sencillas palabras hicieron sudar copiosamente á Juan Valjean. Creyó ver en la oscuridad la mano que le habia soltado dispuesta á oprimirle otra vez, pero respondió:

—Sí, buena mujer, deseo alquilar un cabriolé; y añadió apresuradamente: Pero no hay ninguno en el pueblo.

—Sí que hay, le replicó la vieja.

—Dónde? preguntó el maestro carretero.

—En mi casa, contestó la vieja.

El viajero se extremeció. La mano fatal le asía otra vez.

Tenia en efecto la vieja, bajo un cobertizo, un cochecillo de mimbre.

El maestre de carros y el mozo de la posada, temerosos de que se les escapase el viajero, intervinieron en la conversacion, diciendo:

—Que era un horrible vehículo, que se apoyaba en el mismo eje; que los asientos estaban suspendidos con correas; que el que iba en él se mojaba; que las ruedas estaban mohosas y oxidadas, y que era una verdadera banasta.

Todo eso era cierto, pero aquel carricoche podria muy bien ir rodando hasta Arras.

Pagó por su alquiler lo que le pidieron; dejó el tílburi en casa del maestro de carros para que lo compusiera, con la idea de recogerlo á su vuelta; hizo enganchar el caballo blanco en el carricoche, subió en él y emprendió el camino.

Al partir se confesó á sí mismo que se alegró cuando creyó que no podria continuar el viaje; pero examinándolo despues, su pasada alegría le pareció absurda. Al cabo y al fin nadie le obligaba á ir á Arras, y una vez allí, nada le sucederia si él no queria que le sucediese.

Al salir de Hesdin oyó una voz que le gritaba:

—Parad! parad!

Detuvo el carricoche con rápido movimiento.

Era el muchacho que acompañó á la vieja, que le dijo:

—Señor, yo os he proporcionado el carruaje.

—Y qué?

—Que no me habeis dado propina.

El viajero, que era espléndido para dar, halló la pretension del muchacho exorbitante y casi odiosa.

—Ah! Eres tú, buena pieza? Pues tampoco te doy ahora.

Aguijoneó el caballo y partió á trote largo. Habia perdido mucho tiempo en Hesdin y queria recuperarlo. El caballo tenia brios y tiraba bien; pero reinaba el mes de Febrero, habia llovido y los caminos estaban muy malos. Además, el carricoche era más pesado que el tílburi y habia que subir muchas cuestas.

Gastó cerca de cuatro horas para ir desde Hesdin á Saint-Pol; cuatro horas para andar cinco leguas.

En Saint-Pol hizo desenganchar en la primera posada que encontró y mandó que llevasen el caballo á la cuadra. Estuvo cerca del pesebre mientras comia el animal, como prometió al flamenco, entregado á sus tristes pensamientos.

La posadera entró en la cuadra y le preguntó:

—Vais á almorzar?

—Sí, que tengo apetito.

Siguió á la posadera, que era fresca y alegre, hasta una sala baja, en la que habia varias mesas con hule en vez de mantel.

—Despachaos, que llevo prisa y voy á partir al momento.

Una criada robusta, flamenca, le puso el cubierto en una mesa. Le sirvió despues el almuerzo; cortó el pan, comió un bocado, pero volvió á dejarlo y ya no comió más.

A un carretero, que comia en otra mesa, le preguntó:

—Por qué es tan amargo este pan?

Pero el carretero era aleman y no le comprendió.

El viajero volvió á la cuadra á buscar el caballo.

Una hora despues habia ya salido de Saint-Pol y se dirigia á Tinques, que solo dista cinco leguas de Arras.

En qué pensaba durante el camino? Como por la mañana, miraba pasar los árboles, los techos de paja, los campos cultivados y las fugaces perspectivas del paisaje, que cambiaba á cada recodo del camino. Esa contemplacion satisface muchas veces al alma y la dispensa de pensar. Causa cierta melancolía ver mil objetos por primera y por última vez. Viajar es nacer y morir á cada momento. Acaso Juan Valjean, en la region más vaga de su espíritu, comparaba aquellos horizontes variables con la existencia humana. Todas las cosas de la vida huyen perpétuamente delante de nosotros. Mézclanse las sombras y las claridades. Despues de un resplandor viene un eclipse: el hombre mira, corre, tiende las manos para coger lo que pasa: cada acontecimiento es un recodo del camino, y de repente envejece. Siente por fin como una sacudida; lo vé todo negro y distingue una puerta oscura; el sombrío caballo de la vida, que le arrastra, se pára, y apercibe un sér velado y desconocido que le desunce en las tinieblas.

Empezaba ya el crepúsculo de la tarde, cuando los niños que salian de la escuela vieron entrar en Tinques al viajero. Debemos advertir que aquellos eran los dias más cortos del año. Juan Valjean no se detuvo en Tinques.

Al salir del pueblo, un peon caminero, que estaba echando piedra en el camino, levantó la cabeza y exclamó:

—Qué fatigado está ese caballo!

En efecto, el pobre animal ya solo podia ir al paso.

—Vais á Arras? preguntó el peon.

—Sí.

—¡Pues á ese paso á buena hora llegareis!

El viajero detuvo el caballo y preguntó:

—Cuánto hay de aquí á Arras?

—Siete leguas largas.

—Cómo! ¡Si la guia de postas no marca más que cinco leguas y un cuarto!

—Ah! respondió el peon, ¿pues no sabeis que están componiendo el camino? Le encontrareis cortado á un cuarto de hora de aquí y ya no podreis pasar adelante.

—De veras!

—Pero podeis tomar por la izquierda el camino que vá á Carency, pasais el rio, y al llegar á Camblin torceis á la derecha; allí está el camino que desde Mont-Saint-Eloy vá á Arras.

—Pero será de noche y me perderé.

—No sois de este pais?

—No.

—Pues entonces me atrevo á aconsejaros que, ya que el caballo está rendido,

os debeis volver á Tinques: en el pueblo hay una buena posada; acostaos y mañana de dia ireis á Arras.

—Tengo que estar allí esta noche.

—Eso es diferente. Entonces id á la posada y tomad un caballo de refresco. El muchacho que le guie os servirá de guia hasta la ciudad.

Siguió Juan Valjean el consejo del peon caminero; volvió atrás, y media hora despues pasó por el mismo sitio al trote largo de un buen caballo que habia agregado al suyo. Un mozo de cuadra, que se titulaba postillon, iba sentado en la delantera del carruaje.

Se habia hecho completamente de noche.

Entraron en la travesía. El camino era malísimo.

El carruaje saltaba de bache en bache.

El viajero dijo al postillon:

—Siempre al trote y doblo la propina.

De un vaiven se rompió el balancin.

—Señor, dijo el postillon, el balancin se ha roto y no sé cómo enganchar el caballo. Esta travesía es muy peligrosa de noche; si os parece nos volveremos á dormir á Tinques y podremos estar mañana temprano en Arras.

El viajero le preguntó:

—¿Teneis un cabo de cuerda y una navaja?

—Sí, señor.

Cortó una rama de un árbol y con ella hizo un balancin.

Habian perdido diez minutos, pero luego partieron al galope.

La llanura era tenebrosa; la niebla, baja y oscura, se arrastraba por las colinas y se desprendia como si fuese humo. Habia puntos luminosos y blanquecinos en las nubes. Soplaba viento fuerte, que venia del mar, produciendo en los límites del horizonte ruido semejante al trasteo de muebles. Aterrorizaba el aspecto de la naturaleza. ¡Cuántas cosas tiemblan al impulso de los soplos de la noche!...

El frio penetraba en los huesos de Juan Valjean; no habia comido desde el dia anterior. Recordaba vagamente otro viaje nocturno por la llanura de las inmediaciones de Digne ocho años antes.

Sonó la campana de algun campanario lejano y preguntó al postillon:

—Qué hora dá?

—Las siete, señor; á las ocho estaremos en Arras. Solo nos faltan tres leguas.

En aquel momento el viajero se hizo una reflexion que extrañó no le hubiera ocurrido antes; que acaso era inútil todo el trabajo que se tomaba, porque no sabia la hora de la vista del proceso, que debia haberse informado.

Despues calculó que ordinariamente las sesiones de los tribunales empiezan á las nueve de la mañana y que aquella vista no debia ser larga, pues reduciéndose á un simple robo de manzanas, debia ser corta; que solo se necesitaria identificar la persona, tomar cuatro ó cinco declaraciones y pronunciar algunas palabras los abogados. Quizás cuando él llegase á Arras ya todo estaria terminado.

El postillon aguijoneaba á los caballos. Habian ya pasado el rio y dejado á sus espaldas á Mont-Saint-Eloy.

La noche era cada momento más oscura.

## VI.

### Sor Simplicia puesta á prueba.

Aquella noche Fantina la pasó muy mal. Tuvo tos fuerte y contínua, gran fiebre y delirio, y cuando el médico la visitó al dia siguiente por la mañana aun seguia delirando. El doctor estaba alarmado y encargó que le avisasen en cuanto regresase el señor Magdalena.

Fantina estuvo toda la mañana triste, habló poco y se entretuvo en hacer dobleces con las sábanas, haciendo cálculos en voz baja. Tenia los ojos hundidos y fijos, casi apagados, pero habia momentos en que brillaban y resplandecian como estrellas. Parece que al acercarse ciertas horas sombrías, inunda la claridad del cielo á aquellos á quienes abandona la claridad de la tierra.

Cada vez que sor Simplicia la preguntaba cómo se sentia, respondia invariablemente:

—Bien. Quisiera ver al señor Magdalena.

Algunos meses antes, cuando perdió el último resto de pudor, Fantina era la sombra de sí misma, pero ahora era su espectro. La enfermedad física completó la obra de la enfermedad moral. A los veinticinco años tenia la frente arrugada, las mejillas marchitas, la nariz afilada, los dientes descarnados, el color plomizo, el cuello huesoso, las clavículas salientes, los miembros demacrados, y entre los rubios cabellos bastantes

grises. Ay! ¡las enfermedades improvisan la vejez!

A las doce volvió el médico, hizo algunas prescripciones, preguntó si habia vuelto el alcalde y movió tristemente la cabeza.

Magdalena acostumbraba todos los dias á visitar á la enferma á las tres, y como en este caso la exactitud era bondad, era exacto.

Fantina principió á inquietarse á las dos y media. En menos de veinte minutos preguntó más de diez veces á la Hermana de la Caridad:

—Qué hora es, hermana?

Dieron las tres. A la tercera campanada, Fantina, que apenas podia moverse en el lecho, se sentó bruscamente, cruzó convulsa las manos descarnadas y amarillentas y exhaló del pecho uno de esos suspiros profundos que parece que levantan un gran peso; despues dirigió las miradas á la puerta.

Ni se abria la puerta ni entraba nadie.

Permaneció con los ojos fijos en ella un cuarto de hora, inmóvil y en silencio.

Sor Simplicia no se atrevia á hablarla.

El reloj de la iglesia dió las tres y cuarto. Fantina se dejó caer sobre la almohada.

No dijo ni una palabra y se puso á hacer dobleces con la sábana.

Pasó media hora, despues una; nadie entró. Cada vez que se oia el reloj, Fantina se incorporaba, miraba hácia la puerta y volvia á dejarse caer.

Con claridad se descubria su pensamiento; pero no pronunciaba ningun nombre, no se quejaba, no culpaba á nadie. Tosia de un modo lúgubre. Habríase dicho que una nube oscura iba bajando sobre ella. Estaba lívida y tenia los labios azulados; sin embargo, se sonreia algunas veces.

Dieron las cinco. La Hermana de la Caridad oyó que Fantina decia en voz muy baja:

—Ya que me voy mañana, hace mal en no venir á verme hoy.

Sor Simplicia estaba tambien admirada del retraso del señor Magdalena.

Entre tanto Fantina miraba fijamente al techo de la habitacion, como queriendo recordar algo. De repente se puso á cantar con voz tan débil como un soplo. Sor Simplicia escuchó.

Lo que cantaba Fantina era una antigua cancion de nodriza, con la que solia dormir á Cosette y que no habia recordado su imaginacion durante los cinco años que pasó sin ver á su hija.

Cantó con voz tan triste y al mismo tiempo tan dulce, que hasta á sor Simplicia, habituada á la austeridad, se le escapó una lágrima.

Dieron las seis, sin que al parecer Fantina oyese las horas ni prestara atencion á nada de lo que sucedia á su alrededor.

Sor Simplicia envió una criada á que preguntara á la portera de la fábrica si habia vuelto el señor alcalde y si iria pronto á la enfermería. La sirvienta volvió al cabo de algunos minutos.

Fantina seguia inmóvil, prestando solo atencion á sus ideas.

La sirvienta refirió en voz muy baja á sor Simplicia que el señor Magdalena salió por la madrugada, á las cinco, á pesar del frio, en un tílburi tirado por un caballo blanco, solo, sin cochero; que unos decian que habia tomado el camino de Arras y otros el de Paris; que al marcharse estuvo amable como siempre con la portera, pero que la dijo que no le esperase esta noche.

Mientras que las dos mujeres, dando las espaldas á la cama de Fantina, hablaban en voz baja, ésta, con la viveza febril propia de ciertas enfermedades orgánicas, en las que se combinan los movimientos libres de la salud con la espantosa debilidad de la muerte, se puso de rodillas en la cama, apoyando sus crispadas manos en la almohada, y escuchó sacando la cabeza por entre las cortinas. De repente exclamó:

—¿Estais hablando del señor Magdalena? por qué hablais bajo? qué hace? por qué no viene?

Su voz era tan brusca y tan ronca, que las dos mujeres creyeron oir una voz de hombre y se volvieron asustadas.

—Respondedme, gritó Fantina.

La criada balbuceó:

—La portera me ha dicho que no podia venir hoy.

—Hija mia, le dijo la hermana, estad tranquila, acostaos.

Fantina, sin cambiar de actitud, respondió en voz alta y con acento imperioso:

—No podrá venir? por qué? vosotras sabeis la causa y os la comunicais en secreto. Yo quiero saberla.

La criada se apresuró á decir á la religiosa al oido:

—Decid que está ocupado en el Ayuntamiento.

Sor Simplicia se ruborizó ligeramen-

te: la criada le proponia que dijera una mentira. Por otra parte, creia que decir la verdad á la enferma la causaria un gran dolor, cosa temible en el estado grave de Fantina. Pasado el rubor, sor Simplicia dirigió á la enferma la mirada tranquila y triste, y la dijo:

—El señor alcalde ha marchado fuera de la poblacion.

Fantina se incorporó. Sus ojos brillaron; inmensa alegría se difundió por su fisonomía dolorida.

—Ha marchado! exclamó. ¡Ha ido á buscar á Cosette!

Despues levantó los brazos al cielo, y en su rostro se pintó expresion inefable. Movió los labios y oró en voz baja.

Cuando terminó de orar, dijo:

—Hermana mia, voy á acostarme otra vez y á obedeceros en todo. He sido mala y os pido perdon por haber hablado tan alto. Sé que me perjudica. Ahora ya veis que estoy muy contenta. Dios es muy bueno, y tambien lo es el señor Magdalena, que ha ido á Montfermeil á buscar á Cosette.

Ayudó á sor Simplicia á arreglar la almohada, volvió á acostarse y besó una crucecita de plata que llevaba al cuello, regalo de sor Simplicia.

—Hija mia, dijo la religiosa, descansad ya y no hableis más.

Fantina cogió con sus manos húmedas la mano de sor Simplicia, que sufria al sentir el contacto de aquel sudor mortal.

—Saldria esta mañana para Paris, aunque no tiene necesidad de llegar á dicha capital. Montfermeil está un poco á la izquierda viniendo hácia aquí. ¿Os acordais de ayer cuando le preguntaba por Cosette, que me decia que pronto la veria? Pues eso es que quiere darme una sorpresa. Me hizo firmar una carta para reclamársela á Thenardier, que le entregarán mi hija, porque les habrá pagado todo lo que yo les debia, y las autoridades no consentirian que se quedase en la posada mi niña, no debiéndoles nada á los posaderos. No me hagais señas para que calle. Soy muy feliz; estoy mucho mejor; voy á ver á Cosette; tengo hambre de verla. Hace cerca de cinco años que no la he visto. ¡No podeis figuraros lo que se quiere á los hijos! ¡Estará ahora tan hermosa! Tenia los deditos tan rosados! ¡Debe tener las manos muy bonitas! ¡Estará ya muy crecida! Tiene siete años. Será ya una mujercita. Yo la llamo Cosette, pero su nombre es Eufrasia. Esta mañana, mirando el polvo que habia en la chimenea, pensaba en que la veria pronto. Dios mio! ¡Qué triste es pasar muchos años sin ver á un hijo!... ¡Qué bueno es el señor alcalde que ha ido á traérmela!... Vendrá mañana, es verdad? Mañana será para mí un dia de fiesta. Mañana por la mañana recordadme que me ponga la papalina de encaje. El señor alcalde hace por mí un largo viaje, pero las diligencias van muy de prisa. Yo hice ese viaje á pié. Mañana estará aquí Cosette. ¿Cuánto hay desde aquí á Montfermeil?

Sor Simplicia, que no tenia idea alguna de las distancias, respondió:

—Creo que mañana podrá estar de vuelta.

—Veré á mi Cosette mañana! Creo, hermana, que ya no estoy enferma. Estoy loca de regocijo. Si me pidieran que bailase, bailaria.

El que la hubiera visto un cuarto de hora antes la hubiera desconocido. Estaba sonrosada, hablaba con voz viva y natural; todo su semblante se habia convertido, por decirlo así, en una sonrisa. Habia momentos en que se reia hablando en voz baja; alegría de madre, que es casi como la alegría del niño.

—Vamos, la dijo sor Simplicia, ya que soy feliz, obedecedme y no hableis más.

Fantina echó la cabeza sobre la almohada y se dijo á sí misma:

—Acuéstate y ten juicio, ya que vas á ver á tu hija: sor Simplicia tiene razon; todos en esta casa tienen razon.

Despues, sin moverse, sin menear la cabeza, se puso á mirar por todas partes con sus grandes ojos abiertos, con alegría, y ya no habló.

La hermana corrió las cortinas creyendo que dormia. Entre las siete y las ocho llegó el médico. No oyendo ruido alguno creyó á Fantina dormida, entró con cautela y se acercó de puntillas á la cama. Separó un poco las cortinas y vió que la enferma le miraba fijamente y con tranquilidad. En cuanto Fantina le vió le hizo esta pregunta:

—¿Verdad que dejareis que la acuesten en una camita á mi lado?

El médico creyó que deliraba; ella añadió:

—Queda el sitio preciso.

El médico llamó aparte á sor Simplicia, que le explicó lo sucedido, refiriéndole que el señor Magdalena habia salido de la poblacion por uno ó dos dias y que ella no quiso desengañar á la enferma, que creia que el señor alcalde ha-

bia ido á Montfermeil, que despues de todo podia ser verdad.

El médico aprobó la conducta de sor Simplicia, y acercándose á la cama, oyó que Fantina decia:

—Cuando despierte por la mañana la daré los buenos dias, y por la noche, como no duermo, la veré dormir. Oir su respiracion me dará la vida.

—Dadme el pulso, dijo el médico.

Extendió el brazo y exclamó riendo:

—Ah! Es verdad!... No lo sabeis!... Ya estoy buena. Cosette llega mañana.

El médico se sorprendió al encontrarla mejor; tenia menos opresion y el pulso habia recobrado fuerzas. Estaba reanimado aquel cuerpo desfallecido.

—¿Os ha dicho la hermana, señor doctor, que el señor alcalde ha ido á buscar á mi hija?

El médico la recomendó el silencio y que evitase toda emocion desagradable. La prescribió una infusion de quinina pura, y en el caso de que le repitiera la calentura por la noche, una pocion calmante. Al marcharse le dijo á sor Simplicia:

—Esto vá mejor. Si tuviésemos la suerte de que el señor Magdalena volviera mañana con la niña, quién sabe! Hay crísis muy asombrosas, y han hecho algunas curaciones las grandes alegrías, y aunque sé que su enfermedad orgánica está muy adelantada, sé tambien que hay aun mucho desconocido de esta clase de enfermedades. Tal vez se salvaria.

## VII.

**Al llegar el viajero al término del viaje toma precauciones para la vuelta.**

Cerca de las ocho de la noche eran cuando el carricoche que dejamos en el camino entró por la puerta-cochera de la casa de postas de la ciudad de Arras. El viajero se apeó, respondió distraido á las atenciones de los criados de la posada, despidió al postillon con su caballo de refuerzo y llevó él mismo á la cuadra el caballo blanco. Despues empujó la puerta de una sala baja, entró y se sentó, apoyando los codos en una mesa. Empleó catorce horas en el viaje que pensaba hacer en seis: se hacia la justicia de creer que no fué por culpa suya, pero en el fondo no le pesaba.

La posadera entró y le preguntó:

—Quereis comer ó acostaros?

El viajero hizo un signo negativo.

—Dice el mozo de cuadra que el caballo del señor está muy cansado.

—¿No podrá volver á ponerse en camino mañana temprano? preguntó el viajero.

—Oh! no. Necesita dos dias de descanso lo menos.

—Esta es casa de postas?

—Sí, señor.

La posadera guió al viajero al despacho, donde presentó el pasaporte y se informó si podria volverse aquella misma noche á Montreuil-sur-Mer en el correo. El asiento al lado del conductor precisamente estaba vacante; lo tomó y pagó su importe.

—A la una en punto parte el coche; os suplico que no falteis, le dijo el encargado.

Despues salió el viajero de la posada y empezó á andar por la poblacion.

No conocia la ciudad; las calles estaban oscuras y andaba á la ventura, pero se empeñaba en no preguntar nada á los transeuntes. Atravesó el riachuelo Crinchon y se encontró en un laberinto de callejuelas estrechas, en el que se perdió; al ver á un hombre que llevaba un gran farol, se decidió á preguntarle, mirando antes á derecha é izquierda, temeroso sin duda de que álguien oyese su pregunta:

—Amigo mio, ¿hareis el favor de indicarme por dónde se vá al Tribunal de Justicia?

—Veo que no sois de esta ciudad, respondió el transeunte, que era un viejo; conque así seguidme. Precisamente voy allí, es decir, á la Prefectura, que es donde ahora se reunen los jueces del tribunal, ínterin acaban de reparar las salas de Justicia.

—Allí se reunen?

—Sí, señor. Lo que hoy es la Prefectura, era el palacio episcopal antes de la revolucion. El obispo Conzie el año 1782 hizo construir una gran sala, que es donde hoy se reune el tribunal.

Mientras caminaban dirigiéndose al sitio indicado, el viejo le dijo:

—Si deseais presenciar algun proceso, ya es algo tarde; creo que concluyen las sesiones á las seis.

Cuando llegaron á la plaza Mayor, el viejo enseñó al viajero cuatro ventanas grandes é iluminadas en la fachada de un vasto y tenebroso edificio.

—Pues teneis la fortuna de llegar á tiempo, dijo el vecino de Arras. Esas cuatro ventanas grandes son las de la sala del tribunal; se ve la luz dentro,

luego no debe haber terminado la sesion. Será algun negocio largo y quizás prosiga la audiencia durante la noche. ¿Teneis interés en esa causa? ¿Sois acaso un testigo?

El viajero le respondió:

—No vengo por ningun proceso, pero tengo que hablar con un abogado.

—Eso es otra cosa, repuso el viejo. Ahí teneis la puerta, donde está el centinela. Subid por la escalera principal.

El viajero siguió las indicaciones del viejo y poco despues se encontró en una sala llena de gente, en la que, en varios grupos, algunos abogados vestidos de toga cuchicheaban.

Oprime el corazon ver esos grupos de hombres vestidos de negro que murmuran entre ellos en voz baja á la puerta de la sala del tribunal. Es raro encontrar caridad y compasion en sus palabras, pero no encontrar en ellas condenas anticipadas. Esos grupos parecen al que los observa sombrías colmenas ó espíritus zumbantes, que fabrican en comun tenebrosas viviendas.

La sala era espaciosa y la alumbraba una sola lámpara; era una antigua galería del palacio episcopal y servia ahora de antecámara al tribunal. Una puerta de dos hojas, cerrada entonces, la separaba de la sala en que estaba reunido el tribunal.

Habia allí tanta oscuridad, que el viajero no vaciló en dirigirse á preguntar al primer abogado que encontró:

—Caballero, ¿cuál es el estado de la causa?

—Ya se terminó.

—Se terminó!

Dijo el viajero de tal manera esta exclamacion, que el abogado se volvió hácia él y le interrogó:

—Sois tal vez algun pariente?

—No. No conozco á nadie en la ciudad. Hubo condena?

—Sin duda. Era preciso.

—A presidio?

—A cárcel perpétua.

—Se ha probado la identidad? se atrevió á decir con voz tan débil que apenas se oia.

—Qué identidad? replicó el abogado. No habia identificacion de persona que hacer. El asunto era claro. Esa mujer mató á su hijo y se la ha probado el infanticidio. Desechando el Jurado el cargo de premeditacion, ha sido condenada á galeras por toda la vida.

—Pero es una mujer la criminal?

—Ciertamente; la jóven Limosin. ¿De qué hablais, pues?

—De nada, puesto que ha terminado la audiencia; pero entonces, ¿cómo es que está la sala iluminada todavía?

—Porque están viendo otro proceso que ha empezado hace dos horas.

—Qué proceso?

—Otro proceso tambien muy raro; el de un truhán, un reincidente, un presidiario que ha cometido un robo. No recuerdo su nombre, pero verdaderamente tiene cara de bandido: solo por su cara le enviaria yo á presidio.

—Señor abogado, ¿no podria yo entrar en la sala?

—Creo que no. Hay mucha gente. Sin embargo, al suspenderse la audiencia han salido algunos; puede que al volverse á abrir la puerta podais entrar. Probad.

—Por dónde se entra?

—Por esa puerta grande.

El abogado se separó del viajero. Este en pocos instantes, casi simultáneamente, experimentó todas las emociones posibles. Las palabras de aquel hombre indiferente le atravesaron el corazon como agujas de hielo y como cuchillos de fuego.

Cuando supo que no habia terminado la causa respiró, pero no hubiera podido decir si lo que sentia era alegría ó dolor.

Se acercó á algunos grupos y escuchó lo que decian. Habiendo muchos procesos que juzgar durante el período de la reunion de los jurados, el presidente del tribunal habia señalado para aquella noche dos de los más sencillos y breves. Se vió primero el del infanticidio y luego la del presidiario reincidente. Este hombre era acusado del robo de unas manzanas, pero el robo no estaba bien probado; lo que sí lo estaba es que fué presidiario en Tolon: esta circunstancia era la que hacia presentar mal cariz á su causa. Habian terminado ya el interrogatorio y las declaraciones de los testigos, pero faltaba todavía la acusacion del fiscal y la defensa del abogado, por lo que la vista no terminaria quizás hasta las doce de la noche. Probablemente se condenaria al acusado; el fiscal era muy elocuente y conseguia casi siempre lo que pedia; era un jóven de talento, que escribia versos.

Cerca de la puerta de la sala del tribunal habia un portero de guardia, á quien el viajero preguntó:

—Abrirán pronto la puerta?

—No se abrirá ya, contestó el portero.

—¿No se abrirá cuando continúe la vista? No está suspendida ahora?

—Se suspendió, pero ya volvió á continuar, pero la puerta no se abre ya.

—Por qué?

—Porque la sala está llena.

—Pero no habria ni un solo sitio?...

—Ni uno; por eso está cerrada la puerta.

Despues de un momento de silencio, el portero añadió:

—Solo hay dos ó tres sitios vacíos detrás del señor presidente, pero solo los pueden ocupar los funcionarios públicos.

Diciendo esto volvió las espaldas.

El viajero se retiró con la cabeza baja, atravesó la antecámara y bajó la escalera con lentitud; es probable que celebrase consejo consigo mismo. La violenta lucha empeñada en su interior desde la víspera no habia concluido, se complicaba á cada momento con una nueva peripecia. Cuando llegó á la meseta de la escalera se arrimó á la barandilla y se cruzó de brazos. De repente se desabrochó la levita, sacó la cartera, tomó de ella el lápiz, arrancó una hoja y escribió á la luz de un farol estas palabras: *El señor Magdalena, alcalde de Montreuil-sur-Mer.*—Despues subió rápidamente la escalera, atravesó la multitud, se dirigió al portero, le entregó el papel en el que habia escrito y le dijo con voz de mando:

—Entrad esto al señor presidente.

El portero tomó el papel, lo leyó de una ojeada y obedeció.

## VIII.

### Erntada de favor.

El alcalde de Montreuil-sur-Mer, sin sospecharlo siquiera, habia adquirido popular nombradía. Hacia siete años que su reputacion de virtud se extendia por todo el Bajo-Boloñesado, traspasando los límites de dicha comarca y llegando á las dos ó tres provincias contiguas. Aparte del servicio que hizo á la capital reformando la industria de los abalorios negros, no habia ni uno de los ciento cuarenta y un ayuntamientos del distrito que no le debiese algun beneficio, y habia ayudado y protegido la industria de los demás distritos. Sostuvo con su crédito y con sus fondos la fábrica de tules de Boloña, la de hilados de lino á máquina de Frevent y los telares hidráulicos de Bombers-sur-Canche. Por todas partes se pronunciaba con veneracion el nombre del señor Magdalena. Arras y Donai envidiaban su alcalde á la dichosa y exígua ciudad de Montreuil-sur-Mer.

El magistrado del tribunal superior de Arras, que presidia el Jurado de Arras, conocia, como todo el mundo, nombre tan respetable y honrado universalmente. Cuando el portero, abriendo discretamente la puerta que comunicaba con la sala de la vista, se inclinó detrás del sillon del presidente y le entregó el papel, añadiendo:—*Este señor desea asistir á la vista*, hizo el presidente vivo ademan de deferencia, tomó una pluma, escribió algunas palabras en el mismo papel, se lo devolvió al portero y le dijo:—"Que entre„.

El viajero permanecia cerca de la puerta de la sala, en el mismo sitio y en la actitud meditabunda en que el portero le dejó, y al través de su abstraccion oyó una voz que le decia:—"Tened la bondad de seguirme.„ Era el portero, que hacia poco le volvió las espaldas y que ahora se inclinaba profundamente para saludarle, y que le devolvió el papel. El viajero lo desdobló, y como estaba cerca de una lámpara pudo leer:

"El presidente del Jurado ofrece sus respetos al señor Magdalena.„

Estrujó el papel entre las manos, como si las pocas palabras que contenia tuviesen para él sabor extraño y amargo, y siguió al portero.

Poco despues estaba solo en un gabinete artesonado, de aspecto severo, que alumbraban dos bujías colocadas sobre una mesa con tapete verde. Aun resonaban en sus oidos estas palabras, que el portero le dijo al separarse de él:—"El señor se encuentra ahora en la sala de las deliberaciones: con solo dar la vuelta al boton de cobre de la puerta se encontrará en la sala del tribunal, detrás del sillon del presidente.„ Estas palabras se mezclaban en su pensamiento al recuerdo vago de corredores estrechos y de escaleras oscuras que acababa de pasar.

El portero le dejó solo. Llegaba para Juan Valjean el momento supremo. Procuraba recogerse dentro de sí mismo y no podia conseguirlo. En los momentos en que el hombre más necesita pensar en las realidades de la vida, es precisamente cuando se rompen en el cerebro los hilos del pensamiento.

Estaba en el sitio en que los jueces deliberan y condenan: miraba con estúpida tranquilidad aquella cámara silenciosa y

terrible, donde tantas existencias fueron quebrantadas, donde su nombre iba á resonar dentro de poco y que su destino atravesaba en aquel instante. Examinaba las paredes, y luego á sí mismo, asombrándose de estar en aquel sitio y de ser él.

Hacia veinticuatro horas que no habia comido; estaba fatigado del movimiento del carruaje, pero no lo sentia; parecia insensible á todo.

Se acercó á la pared y se paró ante un cuadro de marco negro, que encerraba, cubierta con un cristal, una carta autógrafa de Juan Nicolás Pache, alcalde de Paris y ministro, fechada, sin duda por equivocacion, el 9 de Junio del año II, en la que Pache enviaba al ayuntamiento la lista de los ministros y diputados arrestados en sus propios domicilios.

El que hubiese visto entonces al viajero hubiera creido que aquella carta excitaba su curiosidad, porque no apartaba de ella la vista, y la leyó dos ó tres veces. Pero la leia sin prestar atencion y sin proponérselo. Estaba pensando en Fantina y en Cosette.

Bruscamente se volvió y descubrió el boton de cobre de la puerta que le separaba de la sala de la audiencia, de cuya puerta ya casi se habia olvidado. Su mirada, hasta entonces tranquila, se fijó en aquel boton, se extravió, y poco á poco adquirió la expresion del espanto. Gruesas gotas de sudor salian de entre sus cabellos y corrian por sus sienes.

Hubo un momento en que hizo un gesto indescriptible, que participaba de la autoridad y de la rebelion, y que queria decir:—"*Pardiez, ¿y quién me obliga á mí?* Se volvió con viveza, vió la puerta por donde habia entrado, se dirigió á ella, la abrió y salió.

Encontróse en un pasillo largo, estrecho, cortado por escalones y postigos que formaban toda clase de ángulos y que alumbraban aquí y allá faroles parecidos á lamparillas de enfermos: era el pasillo por donde entró.

Escuchó, y no percibiendo ruido alguno por delante ni por detrás de él, continuó huyendo sin que nadie le persiguiera.

Cuando recorrió algunos recodos del pasillo se puso á escuchar otra vez. El mismo silencio y la misma oscuridad le rodeaban. Estaba sofocado y temblaba; tuvo que apoyarse en la pared; era ésta de piedra y estaba fria: se heló el sudor en su frente y se enderezó extremecido. Se puso á meditar: meditando habia pasado toda la noche y todo aquel dia, oyendo solo en su interior una voz que exclamaba: Ay de tí! Así transcurrió un cuarto de hora. Por fin inclinó la cabeza, suspiró con angustia, dejó caer los brazos y volvió atrás. Andaba con lentitud y como abrumado; parecia que le habian alcanzado en su fuga y que le hacian retroceder.

Entró por segunda vez en la cámara de las deliberaciones, y lo primero que le hirió la vista fué el boton de la puerta, que era de cobre pulimentado y resplandecia para él como siniestra estrella, y le contemplaba como una oveja que mira á un tigre.

No podia separar la vista de aquel boton.

De rato en rato daba un paso y se aproximaba á la puerta. Si su estado le hubiera permitido escuchar, hubiera oido el ruido confuso que salia de la sala de la audiencia, pero ni podia oir ni escuchar.

De pronto, sin saber cómo, estuvo cerca de la puerta y cogió convulsivamente el boton: la puerta se abrió.

El viajero estaba ya en la sala de la audiencia.

## IX.

### Sitio donde empiezan á formarse las convicciones.

Dió un paso, cerró maquinalmente la puerta tras sí y se quedó de pié examinando lo que veia.

La sala de las vistas era un vasto recinto poco alumbrado, ya silencioso, ya lleno de rumores, en el que se desarrollaba todo el aparato de un proceso criminal, con su lúgubre gravedad, en medio del público.

En el extremo de la sala en que se encontraba el viajero, los jueces, con aire distraido, con la toga ya usada, se mordian las uñas ó cerraban los párpados; en el otro extremo se apretaba muchedumbre andrajosa, abogados en toda clase de actitudes y soldados de fisonomía dura y honrada. El entarimado estaba lleno de manchas; el techo sucio; las mesas cubiertas con tapetes de color verde amarillento; las puertas ennegrecidas; los quinqués eran tabernarios y despedian más tufo que claridad; en las mesas habia algunas velas de sebo metidas en candeleros de cobre: habia en aquel conjunto oscuridad, fealdad y tristeza, y producia impresion grave y

augusta; porque en él se descubria esa gran cosa humana que se llama ley y esa gran cosa divina que se llama justicia.

Nadie reparó en la entrada del viajero: las miradas de todos los asistentes estaban fijas en un banco de madera situado cerca de una puertecilla, á la izquierda del presidente. En aquel banco, que alumbraban varias velas, habia un hombre sentado entre dos gendarmes. Era el acusado. El viajero, sin buscarle, le vió. Sus miradas se dirigieron naturalmente hácia allí, como si de antemano supiera el sitio que debia ocupar.

Juan Valjean creyó verse á sí mismo, envejecido, no con rostro idéntico, pero sí con el mismo aspecto, con sus cabellos erizados, con su mirada fosca é inquieta, con su blusa, lleno de ódio y ocultando en el alma el repugnante tesoro de pensamientos horribles que habia recogido durante muchos años en los sufrimientos del presidio.

Extremeciéndose, se dijo á sí mismo:

—Dios mio! ¡En eso me voy á convertir!...

El acusado manifestaba tener lo menos sesenta años: se leian en su aspecto la rudeza, la estupidez y el espanto.

Al ruido que hizo la puerta al entrar el viajero, el presidente volvió la cabeza, y comprendiendo que el personaje que acababa de aparecer en la sala era el alcalde de Montreuil-sur-Mer, le saludó. El fiscal, que habia visto algunas veces al señor Magdalena, por haber tenido que desempeñar en varias ocasiones las funciones de su ministerio en la expresada ciudad, le saludó tambien.

El viajero apenas lo notó. Estaba sometido á una especie de alucinacion y miraba nada más.

Hacia veintisiete años que vió lo mismo que ahora: jueces, escribanos, gendarmes y multitud de cabezas cruelmente curiosas. Volvia á presenciar aquel espectáculo lúgubre: todas esas cosas funestas allí estaban, allí se movian. No era aquello un esfuerzo de su memoria ni un espejismo de su imaginacion; eran verdaderos gendarmes, verdaderos jueces, verdaderos espectadores, verdaderos hombres de carne y hueso. Veia reaparecer, con su horrible realidad, las escenas monstruosas de su pasado.

Horrorizóse y cerró los ojos, exclamando desde lo más profundo de su alma:—Jamás!

Por un capricho trágico de su destino, que le hacia temblar y casi le enloquecia, estaba delante de él *otro él mismo*. Otro acusado que todos tomaban por Juan Valjean. Tenia ante sus ojos la vision más extraordinaria, la escena más horrible de su vida, representada por su propio fantasma. Era la misma escena con el mismo aparato; á la misma hora de la noche, casi con las mismas caras de jueces, de soldados y de espectadores; solo que por encima del presidente sobresalia un crucifijo, que no estaba en la sala de los tribunales que le condenaron. Entonces Dios estaba ausente de ellos.

Habia una silla detrás de él, en la que se dejó caer, temiendo que pudieran verle, y ya sentado, ocultó la cabeza detrás de un alto monton de papeles que ocupaba parte de la mesa de los jueces: así podia ver sin ser visto. Poco á poco recobró el sentimiento de la realidad y se serenó, adquiriendo el estado de calma que permite ver y escuchar.

El señor Bamatabois era uno de los jurados.

Buscó con la vista á Javert, pero no lo encontró. La mesa del escribano le ocultaba el banco de los testigos, además de que, como dijimos, la sala estaba poco alumbrada.

Cuando el viajero se sentó en la sala de la audiencia, terminaba la defensa el abogado. Estaba muy excitada la atencion de los espectadores: la vista duraba ya tres horas. Tres horas hacia que la concurrencia veia doblegarse poco á poco, bajo el peso de una semejanza horrible, á un hombre, á un desconocido, á un miserable profundamente estúpido ó profundamente hábil. Era el acusado un vagabundo apresado en el campo, cargado con una rama de manzanas maduras de una heredad. ¿Quién era aquel hombre? Se procedió á su investigacion: las declaraciones de los testigos eran conformes y los hechos estaban puestos en claro. La acusacion decia:—"No solo es un ladron de fruta y merodeador, sino un bandido, un relapso, un antiguo presidiario, un malvado de los más peligrosos, un malhechor que se llama Juan Valjean, á quien la justicia persigue mucho tiempo, y que hace ocho años, cuando terminó la condena del presidio de Tolon, cometió un robo en despoblado y á mano armada en la persona de un saboyano llamado Gervasillo; crímen previsto por el art. 383 del Código penal, de cuyo crímen nos reservamos juzgarle cuando se haya averiguado la identidad legal de su persona. Acaba de cometer otro robo, que constituye un caso de

reincidencia. Condenadle por el hecho reciente; despues le juzgareis por el antiguo.„

El acusado parecia asombrarse de esta acusacion y de la unanimidad de los testigos. Hacia signos y gestos significativos que querian decir que no, ó miraba al techo atentamente. Hablaba con torpeza, respondia con gran trabajo, pero lo negaba todo. Aparecia como un idiota ante aquellas inteligencias formadas en batalla á su alrededor, como un extranjero ante la sociedad que le rodeaba.

Sin embargo, allí se fraguaba un porvenir amenazador; su semejanza con Juan Valjean á cada instante era mayor, y la multitud miraba con más ansiedad que él mismo la sentencia llena de calamidades que se cernia sobre su cabeza. Hasta preveia la eventualidad que la pena de cárcel perpétua se convirtiese en pena capital si se reconocia su identidad y si sobre el robo de Gervasillo recaia condena. ¿De qué índole era, pues, la apatía del acusado? Era imbécil ó astuto? ¿Comprendia demasiado ó no comprendia nada? De ambas opiniones participaba la multitud y la dividian, lo mismo que al Jurado. En aquel proceso habia enredo y causaba horror; el drama, además de sombrío, era oscuro.

El defensor habia hablado bastante bien, empleando el lenguaje provinciano que ha constituido durante mucho tiempo la elocuencia del foro y que antiguamente usaban todos los abogados, lo mismo en Paris que en Romorantin y que en Montbrison, y que en la actualidad, al hacerse clásico, le usan solo los oradores oficiales del ministerio público, á los que sienta bien por su sonoridad grave y por su frase majestuosa; lenguaje en el que el marido se llama *esposo* y la mujer *esposa*; Paris, el *centro de las artes y de la civilizacion*; el rey, *el monarca*; el obispo, *un Santo Pontífice*; el fiscal, *el elocuente intérprete de la vindicta pública*; el siglo de Luis XIV, *el gran siglo*; el teatro, *el templo de Melpómene*; la familia reinante, *la augusta sangre de nuestros reyes*; un concierto, *una solemnidad musical*, etc. etc.

El abogado defensor empezó por ocuparse del robo de las manzanas—cosa no fácil para decirla en estilo elevado; pero el mismo Bossuet tuvo necesidad de aludir á una gallina en una de sus oraciones fúnebres y lo hizo con elocuencia.—El defensor asentó que el robo de las manzanas no estaba materialmente probado. No habian visto á su defendido escalar la pared ó romper la rama del árbol; le cogieron con ella en la mano, es cierto, pero el acusado dice que se la encontró, y nadie ha probado lo contrario. —Sin duda arrancaron la rama robada despues del escalamiento y la arrojó acaso al suelo el ladron, que se atemorizó; ¿pero qué prueba que dicho ladron fuese Champmathieu? Solo una cosa; que habia sido presidiario. El defensor no negaba que esta circunstancia parecia, por desgracia, bien probada: el acusado residió en Faverolles, fué podador, el nombre de Champmathieu podia muy bien tener por orígen Juan Mathieu, todo esto era verdad; además, cuatro testigos habian reconocido que Champmathieu era el presidiario Juan Valjean. A estos datos y á estos testimonios el defensor solo podia oponer la negativa del acusado, que es negativa interesada; pero aunque fuese el presidiario Juan Valjean, esto no era una prueba de que hubiese robado las manzanas. Era todo lo más una presuncion. El defensor, para demostrar su buena fé, declaraba que el acusado habia adoptado mal sistema de defensa al obstinarse en negarlo todo, el robo y su condicion de presidiario. La confesion de esto último le hubiera valido más y le hubiera granjeado la indulgencia de los jueces; así se lo aconsejaba su defensor; pero el acusado no quiso seguir este consejo, creyendo sin duda salvarse negándolo todo. No era hábil su cálculo; pero debia tenerse en cuenta su escasa inteligencia. Aquel hombre era visiblemente estúpido. Su larga permanencia en el presidio y la miseria en que vivió fuera de él le habian embrutecido, etc. etc. Defendíase mal, pero esto no era una razon para condenarle. El abogado defensor concluia suplicando al Jurado y al tribunal que, si creian evidente la identidad de Juan Valjean, le aplicasen las penas de policía que corresponden á los transgresores de un bando, y no el castigo terrible que recae sobre el presidiario reincidente.

El fiscal replicó al abogado defensor. Estuvo violento y florido, como lo están habitualmente los fiscales.

Felicitó al defensor por su lealtad y supo sacar partido de ella, atacando al acusado por todas las concesiones que le hizo el encargado de su defensa: una de ellas sentar casi que el reo era Juan Valjean; el fiscal tomó acta de dicha afirmacion. Sobre este hecho, pues, ya no cabia debate. Despues, por medio de una hábil antonomasia, remontándose al orígen y á las causas de la criminalidad, el

fiscal tronó contra la inmoralidad de la escuela romántica, que estaba entonces en sus primeros albores, y se conocia bajo el nombre de *escuela satánica*, con que la bautizaron los críticos de la *Quotidienne* y del *Uriflamme*; y atribuyó, no sin inverosimilitud, á la influencia de esa literatura perversa el delito de Champmathieu, ó por mejor decir, de Juan Valjean. Agotadas estas consideraciones, pasó á ocuparse del acusado. Hizo la descripcion de lo que era dicho criminal. Un mónstruo vomitado por el infierno, etcétera etc. El modelo de esta clase de descripciones puede estudiarse en el Parlamento de Theramenes, que aunque no sirve para las tragedias, presta todos los dias grandes servicios á la elocuencia forense. El auditorio y los jurados "se extremecieron„.

Cuando el fiscal terminó la descripcion, tuvo un movimiento oratorio á propósito para excitar en el más alto grado, al dia siguiente, el entusiasmo del periódico de la Prefectura: "Semejante hombre, etc. etc., vagabundo, mendigo, sin medios de existencia, etc. etc., acostumbrado á acciones criminales y poco corregido por su estancia en el presidio, como lo prueba el crímen cometido contra Gervasillo, etc. etc.; semejante hombre fué cogido en la vía pública en flagrante delito de robo, á pocos pasos de la tapia escalada, con el cuerpo del delito en la mano, y niega el delito, el escalamiento, lo niega todo, niega hasta su nombre, niega hasta su identidad!

Además de estas pruebas, que no hay por qué repetir, cuatro testigos le reconocen: Javert, el íntegro inspector de policía, y tres de sus antiguos compañeros de ignominia, Brevet, Chenildieu y Cochepaille. Nada puede oponerse á semejante unanimidad, y el acusado, esto no obstante, persiste en negar que es Juan Valjean; pero vosotros hareis justicia, señores jurados, etc. etc.„

Mientras estuvo hablando el fiscal, el acusado le oia con la boca abierta, con asombro, con admiracion. Era indudable que estaba sorprendido de que un hombre pudiese hablar de aquella manera. De vez en cuando, en los momentos más enérgicos de la acusacion, en esos momentos en que la elocuencia, no pudiendo contenerse, se desborda en un torrente de epítetos sonrojantes y anega al acusado, movia este infeliz lentamente la cabeza de izquierda á derecha, haciendo la protesta muda y triste que era frecuente en él desde el principio de la vista. Los espectadores que estaban cerca del reo le oyeron decir dos ó tres veces á media voz:—¡Esto pasa por no haberse informado del señor Baloup!

El fiscal hizo notar al Jurado la actitud estúpida del reo, que indudablemente era fingida, y que revelaba, no la imbecilidad, sino la astucia y el hábito de engañar á la justicia, y ponia en evidencia la profunda perversidad de aquel hombre. Terminó reservándose para la causa por el delito contra Gervasillo y pidiendo para el acusado severa pena. Por de pronto cadena perpétua.

Levantóse el abogado defensor y empezó por cumplimentar al fiscal por su admirable palabra y continuó refutándole como pudo, pero débilmente: conocia que se hundia el terreno bajo sus piés.

## X.

### El sistema de negativas.

Llegó el momento de cerrar el debate. El presidente mandó al acusado que se levantara y le hizo la pregunta de costumbre:

—¿Teneis algo que alegar en defensa vuestra?

El reo se puso en pié dando vueltas á la gorra que tenia en la mano, como si no entendiese lo que se le preguntaba.

El presidente repitió la pregunta.

Entonces el acusado pareció haberla comprendido. Hizo un movimiento como si despertase de un sueño; paseó la vista por todas partes; miró al público, á los gendarmes, á su abogado, á los jueces; puso las enormes manos sobre la barandilla colocada delante del banco, y dirigiendo la vista al fiscal, empezó á hablar. Aquello fué una erupcion de palabras que se escapaban de su boca, incoherentes, impetuosas, atropelladas, confusas, como si acudiesen en tropel para salir todas á un mismo tiempo. Véase lo que habló:

—Sí, tengo que decir algo. He sido carretero en Paris y he estado en casa del señor Baloup. Mi profesion era muy pesada; en el oficio de carretero hay que trabajar siempre al aire libre, en corrales ó debajo de cobertizos, pero nunca en sitios cerrados, porque habeis de saber que nunca hay el sitio suficiente. En invierno se pasa tanto frio, que se necesita golpearse los brazos para entrar en calor; pero esto no les gusta á los maestros, porque dicen que se pierde el tiempo. Manejar el hierro cuando las calles

están heladas es una cosa insufrible. Pronto se gastan los hombres con semejante trabajo; en este oficio llega uno á viejo en la juventud. A los cuarenta años está el hombre gastado: yo ya tenia cincuenta y tres y lo pasaba muy mal. Yo no ganaba más que seis reales diarios; me pagaban lo menos que podian, tomando por pretexto los maestros que yo tenia muchos años.

„Añádase á esto que yo vivia con mi hija, que era lavandera del rio; ganaba un poco, y con una cosa y otra íbamos tirando. Ella padecia mucho: estaba metida todo el dia en la banca hasta medio cuerpo, sufriendo la lluvia, las nieves y el viento, que le cortaba la cara. Cuando hiela es preciso lavar lo mismo, porque hay personas que tienen poca ropa y que están esperando á la lavandera para mudarse, y si ésta no cumpliera, perderia los parroquianos. Las tablas de las bancas están mal ajustadas y entra el agua por todas partes. Las faldas se mojan por fuera y por dentro, y la humedad penetra hasta la carne. Trabajó tambien en el lavadero de los Niños Desamparados, al que llega el agua por medio de cañerías. Allí no hay bancas. Se lava delante del cañon y se aclara en el estanque. Como aquel es un sitio cerrado, se tiene menos frio, pera el vaho del agua caliente es muy malo y ataca á la vista. Mi hija volvia á casa á las siete y se acostaba en seguida; venia rendida. Su marido la pegaba. Ya ha muerto: hemos sido muy desgraciados. Era una jóven que no iba nunca á los bailes; siempre estaba en casa. Me acuerdo que un martes de Carnaval se acostó á las ocho. Os digo la verdad. Preguntadme lo que querais. Qué bestia soy! Paris es un abismo. ¿Quién vá á conocer allí al tio Champmathieu? Sin embargo, me conoce el señor Baloup. Despues de todo, no sé lo que quereis de mí.„

El acusado calló y continuó permaneciendo en pié. Habló con voz alta, ronca, dura, con ingenuidad airada y salvaje. Una vez se interrumpió para saludar á uno de los espectadores. Las afirmaciones que lanzaba, por decirlo así, á la ventura, salian de su boca como una especie de hipo violento, y acompañaba cada una con un gesto parecido al que hace el leñador al hendir la madera. En cuanto terminó, el auditorio se echó á reir. Miró al público, y no comprendiendo por qué se reia, se puso á reir tambien.

Triste fué aquel espectáculo!

El presidente, que era hombre atento y benévolo, habló á su vez, recordando á los jurados que el señor Baloup, antiguo maestro de carros, en cuya casa decia el acusado haber trabajado, se le habia citado inútilmente. Se habia declarado en quiebra y no pudo ser habido.

Despues, volviéndose hácia el acusado, le aconsejó que oyera lo que iba á decirle, y añadió:

—Vuestra situacion os pone en el caso de reflexionar. Sobre vos pesan gravísimas presunciones y os pueden reportar consecuencias capitales. Por vuestro propio interés os interpelo por última vez para que expliqueis con claridad estos dos hechos: Primero: ¿habeis escalado la tapia de Pierron, roto una rama y robado manzanas, es decir, habeis cometido un robo con escalamiento? Sí ó no? Segundo: ¿sois el presidiario Juan Valjean? Sí ó no?

El acusado movió la cabeza como si hubiese comprendido y supiese lo que iba á responder. Abrió la boca, se volvió hácia el presidente y dijo:

—En primer lugar...

Despues miró la gorra, miró al techo, y calló.

—Acusado, repuso el fiscal con voz severa, estad atento. No respondeis á nada de lo que os preguntan, y vuestra turbacion os condena. Es cierto que no os llamais Campmathieu y que sois el presidiario Juan Valjean, oculto bajo el nombre de Juan Mathieu, que era el apellido de vuestra madre; es cierto que habeis estado en la Auvernia, que sois hijo de Faverolles, de cuyo pueblo fuísteis podador. Es cierto que habeis cometido un robo de manzanas escalando la tapia de Pierron. Los señores jurados sabrán apreciar estos hechos.

El acusado, que concluyó por sentarse, se levantó con rapidez cuando terminó el fiscal y gritó:

—Sois muy malo! eso es lo que antes queria decir y no sabia cómo. Yo soy un infeliz que no puedo comer todos los dias. No he robado nada. Venia de Ailly, iba por el camino, despues de una tempestad que habia asolado los campos y los pantanos se desbordaban. Encontré al lado del camino una rama tronchada con manzanas, que estaba en tierra, y la recogí, sin creer que esto pudiera traerme disgustos. Hace tres meses que me tienen preso y me interrogan. Despues de esto nada tengo que decir.

Hablan contra mí y me dicen:—¡Responded! Un gendarme, que es un buen muchacho, me empuja con el codo y me dice en voz baja:—Contesta. Yo no sé explicarme, yo no he estudiado, yo soy un pobre infeliz. Es injusto no conocerlo. No he robado; he cogido del suelo una rama. Me hablais de Juan Valjean y de Juan Mathieu; no conozco á semejantes personas. He trabajado en casa del señor Baloup, que vive en el *boulevard* del Hospital, y me llamo Champmathieu. Sois mal intencionado al decirme dónde he nacido, porque yo no lo sabia. No todos los que nacen tienen casa donde nacer; eso seria muy cómodo. Creo que mis padres eran gentes que andaban por los caminos; no sé nada más de ellos. Cuando era niño me llamaban *El pequeño* y ahora me llaman *El viejo*. Hé aquí mis nombres de pila, y tomadlo como querais. He estado en la Auvernia y tambien en Faverolles; ¿y qué? ¿no se puede haber ido á esos dos pueblos sin haber estado en presidio? Os repito que no he robado nada y que soy el tio Champmathieu, y me están fastidiando vuestras tonterías. ¿Qué motivo hay para que os encarniceis todos contra mí?

El fiscal, que permanecia en pié, se dirigió al presidente, diciéndole:

—Señor presidente, en vista de las negativas confusas y hábiles del acusado, que pretende pasar por idiota, pero que no lo conseguirá, pedimos al tribunal que se sirva mandar que comparezcan otra vez los condenados Brevet, Cochepaille y Chenildieu y el inspector Javert, é interpelarles por última vez acerca de la identidad del acusado y del presidiario Juan Valjean.

—Debo advertir al representante del ministerio público, contestó el presidente, que el inspector Javert, llamado por sus obligaciones á la capital de un distrito próximo, salió de esta ciudad en cuanto depuso su declaracion. Le dimos licencia para eso con el consentimiento del señor fiscal y del defensor del acusado.

—Es cierto, señor presidente, repuso el fiscal; pero en ausencia del señor Javert, debo recordar á los señores jurados la declaracion que hizo. Dicho inspector es muy estimado, porque honra con su rigurosa probidad un destino inferior, pero importante. Declaró en los términos siguientes:—"No se necesitan presunciones morales ni pruebas materiales que desmientan las negativas del acusado, porque yo le conozco perfectamente. No se llama Champmathieu; es un antiguo presidiario de mala índole y muy temible que se llama Juan Valjean. Con repugnancia se le puso en libertad cuando terminó su condena. Sufrió diez y nueve años de trabajos forzados por robo calificado y por tratar de escaparse cinco ó seis veces. Además del robo de Gervasillo y del de las manzanas, sospecho que cometió otro en casa del difunto obispo de Digne. Le ví muchas veces en la época en que yo era ayudante de cómitre en el presidio de Tolon. Repito que le conozco.„

Esta terminante declaracion produjo viva impresion en el público y en el Jurado.

El fiscal insistió en que fuesen oidos por última vez los tres testigos Brevet, Cochepaille y Chenildieu.

El presidente dió la órden al portero de estrados, y un momento despues se abrió la puerta de la sala de los testigos. El portero, acompañado de un gendarme, introdujo al presidiario Brevet.

El auditorio quedó como en suspenso; todos los corazones palpitaban como si tuviesen una sola vida.

El presidiario Brevet vestia el traje negro y gris de las prisiones centrales. Frisaría en los sesenta años y tenia facha de hombre de negocios y aire de pícaro, dos cualidades que van juntas algunas veces. En la cárcel adonde le condujeron sus fechorías habia llegado á ser calabocero. Era hombre del que sus superiores decian: Procura ser útil. Los capellanes atestiguaban que tenia hábitos religiosos: no hay que olvidar que esto sucedia en la época de la Restauracion.

—Brevet, dijo el presidente, habeis sufrido una pena infamante y no podeis jurar.

Brevet bajó la vista.

—Esto no obstante, repuso el presidente, hasta en el hombre que la ley degrada puede quedar, cuando la misericordia divina lo permite, un sentimiento de honor y de equidad. Apelo á ese sentimiento en estos momentos decisivos. Considerad por una parte que podeis perder al acusado, y por otra que podeis ayudar á la justicia. El instante es solemne y podeis aun retractaros si os habeis equivocado.—Acusado, levantaos. —Brevet, miradle bien; reunid vuestros recuerdos y declarad si persistís en reconocer en este hombre á vuestro antiguo compañero de presidio Juan Valjean.

Brevet contempló al acusado, y volviéndose hácia el tribunal, contestó:

—Sí, señor presidente. Soy el primero que le reconocí. Ese hombre es Juan Valjean, que entró en el presidio de Tolon en 1796 y cumplió la condena en 1815. Yo salí un año despues. Ahora tiene aspecto de estúpido, pero eso debe consistir en que le habrá embrutecido la edad. En el presidio era muy socarron, pero le reconozco perfectamente.

—Id á vuestro asiento, dijo el presidente. Acusado, seguid de pié.

Entró en la sala Chenildieu, presidiario perpétuo, como lo indicaba su chaqueta roja y su gorro verde. Sufria su condena en el presidio de Tolon, del que salió para declarar en este proceso. Era un hombrecillo de cincuenta años, vivo, arrugado, feo, pálido, nervioso y descarado. Todos sus miembros sufrian una especie de debilidad enfermiza, y su mirada poseia fuerza inmensa.

El presidente le hizo las mismas preguntas que á Brevet. En el momento en que le recordó que su infamia no le permitia jurar, Chenildieu levantó la cabeza y miró al público con descaro. El presidente le amonestó para que se reportara, y le preguntó, como á Brevet, si conocia al acusado.

—Vaya que le reconozco! contestó Chenildieu soltando la carcajada. Hemos pasado cinco años atados á la misma cadena. ¡No te enfades por eso conmigo, antiguo camarada!

—Id á vuestro asiento, le dijo el presidente.

El portero trajo á Cochepaille, que era otro presidiario perpétuo, é iba vestido como Chenildieu; era natural de Lourdes y un semi-oso de los Pirineos. Habia guardado ganado en la montaña, y de pastor pasó á ser bandolero. No era menos salvaje que el acusado y parecia aun más estúpido. Era uno de esos infelices que la naturaleza crea bestias feroces y que la sociedad acaba por hacerlos presidiarios.

El presidente trató de conmoverle pronunciando palabras graves y patéticas, y le preguntó, como á los dos testigos anteriores, si persistia en reconocer al acusado.

—Es Juan Valjean, contestó Cochepaille. En el presidio le llamábamos Juan Cábria, por su fuerza colosal.

Cada una de las afirmaciones de estos tres hombres, sin duda sinceras, suscitó en el auditorio un murmullo de triste agüero para el acusado, murmullo que crecia y se prolongaba más tiempo cada vez que una nueva declaracion confirmaba la anterior. El acusado las oia atónito, con el asombro que, segun la acusacion, era su principal medio de defensa. A la primera declaracion los gendarmes que estaban á su lado le oyeron decir:—Ah, éste tambien!...—Despues de la segunda, dijo en voz más alta y con aire casi satisfecho:—Bien!—Y al oir la tercera, gritó:—Muy bien!

El presidente le interpeló:

—Acusado, habeis oido? ¿Qué teneis que decir?

El acusado respondió:

—Digo... que está bien... ¡Que eso es magnífico!...

En el público estalló tal rumor que llegó hasta el Jurado. Aquel hombre estaba perdido sin remedio.

—Porteros, dijo el presidente, imponed silencio.

En este instante produjose un movimiento cerca del presidente, y una voz gritó:

—Brevet, Chenildieu, Cochepaille! ¡mirad hácia aquí!...

Todos cuantos oyeron aquella voz quedaron helados. ¡Tan lastimera y tan terrible fué! Todas las miradas se dirigieron al sitio de donde salia. Un hombre, colocado entre los espectadores privilegiados, que estaba sentado detrás del tribunal, acababa de levantarse, y empujando la puertecilla de la baranda que le separaba del tribunal, se puso en pié en medio de la sala. El presidente, el fiscal, Mr. Bamatabois y otros muchos le reconocieron, y exclamaron á la vez:

—El señor Magdalena!

## XI.

### Champmathieu está cada vez más asombrado.

Era, efectivamente, el alcalde de Montreuil-sur-Mer. El quinqué de la mesa del escribano iluminaba su semblante. Llevaba el sombrero en la mano, no habia desórden en su traje y conservaba abotonada la levita. Estaba muy pálido y temblaba imperceptiblemente. Su pelo gris se habia vuelto completamente blanco. Habia encanecido en una hora.

Todos los asistentes se volvieron á mirarle. La sensacion que produjo es indescriptible. Hubo en el auditorio un instante de duda. Su voz fué tan penetrante y aquel hombre parecia tan sere-

no, que al pronto nadie comprendió lo que aquello significaba. Preguntábanse unos á otros quién era el que gritó, no pudiendo creer que un hombre tan sereno hubiese arrojado en medio de la sala de la audiencia tan espantoso grito.

Pero esta duda solo duró algunos segundos. Antes de que el presidente ó el fiscal pudiesen pronunciar una sola palabra, antes de que los gendarmes ó los porteros hubiesen podido hacer alguna demostracion, el señor Magdalena se acercó á los testigos Brevet, Cochepaille y Chenildieu y les preguntó:

—No me reconoceis?

Los tres quedaron atontados, indicando con un movimiento negativo de cabeza que no le reconocian. Cochepaille, intimidado, le hizo un saludo militar. El señor Magdalena, volviendo la cabeza hácia los jurados del tribunal, dijo:

—Señores jueces, mandad que pongan en libertad al acusado. Señor presidente, mandad que me prendan. El hombre que buscais no es él; soy yo. Yo soy Juan Valjean.

El auditorio ni siquiera respiraba. A la conmocion del asombro siguió un silencio sepulcral. Sentíase en la sala el terror religioso que sobrecoge á la multitud cuando vá á realizarse algun acto grandioso.

En la fisonomía del presidente estaban retratadas la simpatía y la tristeza, y cambió un gesto rápido con el fiscal y algunas palabras en voz baja con los jurados. Dirigiéndose despues al público, preguntó con entonacion que todo el auditorio comprendió:

—¿Hay algun médico entre la concurrencia?

El fiscal tomó la palabra y habló así:

—Señores jurados, el incidente extraño é inesperado que acaba de pasar me inspira, lo mismo que á vosotros, un sentimiento que no necesito expresar. Todos conoceis, por lo menos de nombre, al respetable señor Magdalena, alcalde de Montreuil-sur-Mer. Si hay algun médico entre los asistentes, unimos nuestra voz á la del señor presidente para rogarle que examine al señor Magdalena y le acompañe á su casa.

El señor Magdalena no dejó concluir al fiscal, interrumpiéndole con un acento lleno de mansedumbre y de autoridad. Pronunció las siguientes palabras literales, que escribió un testigo presencial de aquella escena:

—"Os doy las gracias, señor fiscal, pero no he perdido el juicio. Os lo voy á probar. Estábais á punto de cometer una gran injusticia; dejad libre al acusado. Al denunciarme cumplo con mi deber; yo soy el criminal que buscais. Soy el único que vé claro aquí; os digo la verdad. Dios desde el cielo juzga lo que yo hago en este instante, y esto me basta. Podeis prenderme, porque yo mismo me entrego. Mirando por mi propio interés, he vivido mucho tiempo con otro nombre; llegué á ser rico, me nombraron alcalde y quise vivir y alternar con los hombres honrados; pero ya he visto que eso no puede ser. Robé á monseñor el obispo de Digne, esto es verdad; robé á Gervasillo, esto es verdad tambien. Tuvísteis razon para decir que Juan Valjean era un desgraciado y un perverso, pero no fué suya toda la culpa. Creedme, señores jueces, un hombre tan infamado como yo no debe quejarse de la Providencia ni aconsejar á la sociedad; pero ya estais viendo que es cosa nociva la infamia de que quise desprenderme, y que el presidio hace al presidiario. Sobre esto debeis meditar. Antes de ir á la cárcel era yo un pobre aldeano, casi rústico, casi idiota, y el presidio me transformó. Era estúpido y me volvió perverso; era leño y me convirtió en tizon. Más tarde la bondad y la indulgencia me salvaron de la perdicion á que antes me arrastró la severidad. Pero perdonadme si os hablo de lo que no podeis comprender. En mi casa, entre la ceniza de la chimenea, encontrareis la moneda de dos francos que hace siete años robé á Gervasillo. Nada tengo ya que decir: prendedme. Veo que el señor fiscal menea la cabeza dando á entender que á Magdalena se le ha trastornado el juicio. No me creeis! Esto es lo más triste. Al menos no condeneis á un inocente. ¡Los testigos tampoco me reconocen! Si Javert estuviese aquí, él sí que me reconoceria.„

Imposible es expresar la melancolía triste y tranquila que acompañó á sus últimas palabras.

Volviéndose despues hácia los testigos, les dijo:

—Nos conocemos, Brevet; ¿os acordais?...

Se interrumpió, vaciló un instante y añadió:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de cuadros que usabas en el presidio?

Tuvo Brevet una sacudida de sorpresa, y espantado, le miró de piés á cabeza.

—Chenildieu, tienes quemado todo el

hombro derecho, porque te echaste un dia sobre un brasero encendido para borrar las tres letras T. F. P., que aun se conocen bastante. Responde: es verdad?

—Es verdad! contestó Chenildieu.

Dirigiéndose luego á Cochepaille, le dijo:

—Tú, Cochepaille, tienes cerca de la sangría del brazo izquierdo una fecha grabada con letras azules y con pólvora quemada. La fecha es la del dia del desembarque del emperador en Cannes el 1.° de Marzo de 1815. Destápate la manga.

Cochepaille obedeció, y todos los concurrentes contemplaban su brazo desnudo; un gendarme acercó una luz y se cercioraron de que el señor Magdalena decia la verdad.

El desventurado se volvió hácia el auditorio y hácia los jueces, sonriendo de un modo indescriptible; su sonrisa indicaba su triunfo y su desesperacion.

—Podeis ya convenceros, dijo, de que soy Juan Valjean.

No habia ya en aquel recinto ni jueces, ni acusadores, ni gendarmes; solo habia ojos fijos y corazones conmovidos. Nadie se acordaba ya del papel que tenia obligacion de desempeñar; el fiscal olvidó que estaba allí para acusar, el presidente para presidir y el defensor para defender. Nadie preguntó nada al señor Magdalena, no intervino contra él ninguna autoridad. Los espectáculos sublimes se apoderan del alma y convierten en meros espectadores á todos los que los presencian. Ninguno quizás se daba cuenta de lo que por él pasaba; ninguno podia decir tal vez que veia allí una gran luz, y sin embargo, interiormente todos estaban deslumbrados.

Estaban todos convencidos de que Magdalena era Juan Valjean. Su aparicion bastó para poner en claro aquel asunto, antes tan oscuro. Sin necesidad de ninguna explicacion, toda la concurrencia comprendió en seguida, como por medio de revelacion eléctrica, la sencilla y magnífica historia del hombre que se entregaba para impedir que por él condenasen á un inocente. Los detalles, las dudas, las resistencias posibles, se perdieron en este hecho vasto y luminoso. Fué rápida esta impresion, pero irresistible.

—No quiero perturbar vuestra atencion por más tiempo, repuso Juan Valjean. Ya que no me prenden, me voy. Tengo mucho que hacer. El señor fiscal me conoce ya y sabe dónde voy; puede cuando quiera mandar que me prendan.

Magdalena se dirigió á la puerta de salida. Ni se oyó una voz contra él, ni nadie extendió el brazo para detenerle; al contrario, todos se apartaron para que pasase. Juan Valjean habia adquirido en aquel momento esa superioridad que obliga á la multitud á retroceder delante de un hombre. Atravesó por entre la concurrencia á paso lento: no se supo quién abrió la puerta, pero estaba ya abierta cuando llegó á ella, y al salir dijo:

—Señor fiscal, estoy á vuestra disposicion.

Despues añadió, dirigiéndose al auditorio:

—Todos creeis que soy digno de compasion. No es verdad? Pues yo me creo ahora digno de envidia, y sin embargo, preferiria que nada de esto hubiera sucedido.

Salió, y la puerta se cerró como se habia abierto; porque los que ejecutan acciones magnánimas deben estar seguros de encontrar siempre sirvientes entre la muchedumbre.

Una hora despues el veredicto del Jurado declaraba inocente á Champmathieu, que fué puesto en libertad en seguida y que salió de allí estupefacto, creyendo que todos aquellos hombres estaban locos y sin comprender nada de lo que oyó y presenció.

# LIBRO OCTAVO.

## Reaccion.

### I.

**Espejo en que Magdalena se mira el cabello.**

Empezaba á amanecer. Fantina habia pasado una noche de fiebre y de insomnio, mecida por halagüeñas esperanzas, y no se quedó dormida hasta la madrugada. Sor Simplicia, que pasó la noche velándola, aprovechó aquel sueño para prepararla una nueva pocion de quinina, y hacia algunos minutos que estaba en el laboratorio de la enfermería, entre drogas y redomas, cuando de pronto volvió la cabeza y dió un grito: el señor Magdalena, que entró silenciosamente, estaba delante de ella.

—Sois vos, señor alcalde! exclamó.

Magdalena le preguntó en voz baja:

—Cómo sigue esa pobre mujer?

—No vá mal por ahora, pero nos vimos apuradas.

Sor Simplicia le refirió lo sucedido: que Fantina estuvo muy grave el dia anterior, pero que se habia mejorado al creer que el señor alcalde habia ido á Montreuil á traerle su hija. La hermana no se atrevió á preguntar al alcalde dónde fué, pero conoció que no venia de Montreuil.

—Hicísteis bien en no desengañarla, dijo.

—Sí, contestó sor Simplicia; pero ahora que verá que no traeis la niña, ¿qué le diremos?

El alcalde quedó un momento pensativo.

—Dios nos inspirará! exclamó.

—Sin embargo, no se la podrá mentir, dijo la religiosa á media voz.

Era ya completamente de dia y la luz iluminaba de lleno el rostro del señor Magdalena. La casualidad hizo que sor Simplicia alzase los ojos y le mirase.

—Dios mio! exclamó; ¿qué os ha sucedido? Habeis encanecido!...

—He encanecido! repitió el alcalde.

Sor Simplicia no gastaba espejos, pero metió la mano en un cajon y sacó un espejito de un estuche de instrumentos del médico de la enfermería, que servia á éste para comprobar cuando un enfermo no respiraba ya si estaba muerto. El señor Magdalena tomó el espejo, y contemplándose, dijo:—Calla! Es verdad!—Pronunció estas palabras con indiferencia, como si pensase en otra cosa.

La religiosa se quedó helada, comprendiendo que al señor Magdalena le sucedia algo extraordinario de que ella no podia darse cuenta.

—Puedo ver á la enferma? la interrogó el alcalde.

—No se acordará de su hija al veros? se atrevió á preguntarle sor Simplicia.

—Sin duda, pero se necesitan dos ó tres dias para traerla.

—Si no os viese hasta entonces, replicó tímidamente sor Simplicia, no sabria que habíais regresado; ella tendria paciencia, y cuando viese á su hija creeria que habíais vuelto con ella. De este modo no tendríamos que decirle ninguna mentira.

El señor Magdalena reflexionó algunos instantes, y despues dijo con su gravedad habitual:

—Es preciso que yo la vea. Tal vez estoy de prisa.

La religiosa aparentó no fijarse en el *tal vez*, que daba significado oscuro y particular á las palabras del alcalde, y respondió con voz respetuosa y bajando la vista:

—En ese caso podeis entrar; está durmiendo.

Magdalena hizo algunas observaciones acerca de una puerta que cerraba mal y cuyo ruido podia despertar á la enferma, y entró en seguida en el cuarto de Fantina, se acercó á la cama y descorrió las cortinas. La enferma estaba durmiendo. El aliento salia de la boca de ésta con el ruido lúgubre propio de las enfermedades de su clase; pero la penosa respiracion apenas turbaba la inefable serenidad de su rostro, que se transfiguraba durante el sueño. Su palidez se habia convertido en blancura; sus pupilas estaban rojas; sus largas y rubias pestañas, única belleza que le quedaba de su virginidad y de su juventud, se agitaban, á pesar de tener los ojos cerrados. Todo su cuerpo temblaba con movimiento semejante al de alas dispuestas á entreabrirse y llevársela, cuyo aleteo era invisible, pero se sentia. Contemplándola entonces nadie hubiera creido que era una enferma casi desauciada. Más que estar próxima á morir, parecia estar próxima á volar.

Cuando se acerca la mano á una rama para arrancar una flor, aquella tiembla y parece que huya y que se ofrezca al mismo tiempo. El cuerpo humano participa de ese temblor cuando llega el instante en que la mano misteriosa de la muerte vá á apoderarse del alma.

Magdalena permaneció algun tiempo inmóvil al lado de la cama, mirando alternativamente á la enferma y al crucifijo, como le sucedió dos meses antes, el dia en que fué á verla por vez primera á aquel asilo. Los dos estaban en la misma actitud: ella dormia, él oraba; pero en los dos meses transcurridos el pelo de Fantina se hizo gris y el de Magdalena blanco. Sor Simplicia no habia entrado con el alcalde. El señor Magdalena permanecia al lado de la cama, en pié, con el dedo sobre los labios, como si impusiera silencio á alguno.

Fantina abrió los ojos, le vió, y serena y sonriente le preguntó:

—Y Cosette?

## II.

### Fantina feliz.

Fantina, radiante de alegría, hizo la pregunta anterior con tan profunda fé, con tanta certidumbre, con carencia tan completa de inquietud y de duda, que no creyó necesarias más palabras.

—Sabia que estábais ahí y hasta durmiendo os veia. Hace mucho tiempo que os veo y que os sigo con la vista toda la noche. Estais en una especie de gloria rodeado de caras celestiales.

Dirigió las miradas al crucifijo y añadió:

—Pero, dónde está Cosette? ¿por qué no la habeis dejado en la cama para que yo me encontrase con ella al despertarme?

Magdalena respondió maquinalmente algunas palabras, que luego nunca ha podido recordar.

Por fortuna, el médico, enterado de todo, acudió en auxilio del alcalde, y la dijo:

—Hija mia, calmaos, que vuestra hija está aquí.

Los ojos de Fantina se iluminaron y cubrieron de claridad toda su fisonomía.

—Oh! exclamó, traédmela.

Tierna ilusion de madre! Cosette era aun para ella el niño que se lleva en brazos.

—En este momento no, la contestó el médico. Aun teneis calentura y la vista de la niña os agitaria y os pondria peor. Ante todo es preciso curaros.

Fantina le interrumpió, exclamando:

—Si estoy ya buena! os digo que estoy ya buena. Vaya un médico estúpido! quiero ver á mi hija; quiero verla.

—Os habeis exaltado ya, que es lo que yo no queria. Mientras no salgais de ese estado me opondré á que veais á la niña, porque es indispensable que vivais para ella. Cuando os vea razonable, yo mismo la traeré.

La pobre madre dobló la cabeza y dijo:

—Señor doctor, os pido perdon humildemente. En tiempos pasados no hubiera hablado de este modo; pero han llovido sobre mí tantas desgracias, que muchas veces no sé lo que digo. Comprendo que temeis que me emocione, pero os aseguro que no me perjudicará el ver á mi hija. Mis ojos no cesan de verla desde ayer noche. Si me la presentan la hablaré tranquilamente y sin conmoverme. ¿No son naturales mis deseos? Pero no estoy enfadada; sé que voy á ser feliz. Toda la noche he estado viendo nubes blancas y personas que me miraban sonriendo. Cuando quiera el médico me traerán á Cosette. Estoy ya sin calentura y curada, pero voy á portarme como si estuviese enferma y á no moverme para complacer á las hermanas que me cuidan. Cuando vean que estoy muy tranquila, dirán:—Entreguémosla su hija.

El señor Magdalena se habia sentado en una silla, al lado de la cama. Fantina se volvió hácia él, haciendo visible esfuerzo para aparecer "muy juiciosa„, como ella decia durante el abatimiento de su enfermedad, parecido á la debilidad de la infancia, con la idea de que al verla tan tranquila, no tuviesen inconveniente en traerla su hija. A pesar de contenerse, no pudo prescindir de hacer algunas preguntas al señor Magdalena:

—El señor alcalde tuvo feliz viaje? Sois tan bueno que habeis ido por ella!... Decidme no más cómo está. ¿Ha resistido bien el camino? Ya no me conocerá!... Me habrá olvidado mi vida? Los niños no tienen memoria; son como los pájaros. Hoy ven una cosa, mañana otra, y luego ya no se acuerdan de nada. ¿Llevaba la ropa limpia? ¿La tenian aseada los Thenardier? Comia bien? ¡Cuánto he sufrido al preguntarme todo eso en el tiempo de mi miseria!... Ahora ya pasó; ahora ya soy feliz. Estoy deseando verla!... Es muy guapa, señor Magdalena? Debeis haber sentido mucho el frio en la diligencia. Traédmela un momento y se la llevarán en seguida. Decidlo vos, que mandais aquí.

Magdalena cogió á Fantina la mano y la dijo:

—Cosette es muy linda, está buena y la vereis pronto; pero tranquilizaos. Hablais con demasiada viveza, sacais los brazos fuera de la cama y esto os hace toser.

En efecto, varios golpes de tos interrumpian á la enferma con frecuencia.

Fantina calló, creyendo haber comprometido con alguna frase apasionada la confianza que trataba de inspirar, y prosiguió hablando de cosas indiferentes.

—¿Es bonito Montfermeil, no es verdad? En el verano acuden allí muchas partidas de campo. Es un buen sitio de recreo. Hacen negocio los Thenardier? No entra mucha gente en su posada, que es un mal figon.

Magdalena tenia á Fantina asida aun

de la mano y la contemplaba con ansiedad; era evidente que fué allí para hablarla de cosas importantes, y que sin embargo no se atrevia ahora. Cuando el médico terminó la visita se retiró, y quedáronse con la enferma el alcalde y sor Simplicia.

En medio del silencio que reinaba en el aposento, Fantina exclamó:

—Dios mio! Ya la oigo! ya la oigo!...

Extendió el brazo como imponiendo silencio, contuvo la respiracion y escuchó con ansiedad.

La voz que oia era de una niña de la portera ó de cualquier trabajadora que estaba jugando en el patio. Era una de esas casualidades que ocurren y que forman parte del misterio que rodea á los sucesos lúgubres. La niña iba y venia corriendo para entrar en calor, y cantaba en alta voz.

—Oh! dijo Fantina, es mi Cosette!...

La niña se alejó, como se habia aproximado: ya no se oyó, pero Fantina aun permaneció escuchando algunos momentos. Despues se entristeció su fisonomía y Magdalena la oyó decir en voz baja:

—¡Qué mal hace el médico en no dejarme ver á mi hija! ¡Tiene mala cara ese hombre!

Pronto volvieron á adquirir sus ideas su fondo risueño, y continuó así, hablándose á sí misma:

—Vamos á ser muy dichosas! Tendremos un jardincillo, porque el señor Magdalena me lo ha prometido, y mi niña jugará en el jardin. Ya debe saber deletrear. La veré correr en el jardin á las mariposas; despues hará su primera comunion. ¿Cuándo comulgará por primera vez?

Se puso á contar con los dedos.

—Uno, dos, tres, cuatro... tiene siete años. Dentro de cinco. Llevará velo blanco y medias caladas, y parecerá una mujercita. Qué tonta soy! ¡Pues no estoy pensando en la primera comunion de mi hija!...

Y se echó á reir.

Magdalena habia soltado la mano de la enferma y escuchaba sus palabras como se oye el viento que muje, con la vista en el suelo y el espíritu sumido en profundas reflexiones.

De repente Fantina dejó de hablar, y esto hizo que el alcalde levantara la cabeza. Fantina tenia su fisonomía espantada.

Sin hablar, sin respirar casi, se habia incorporado; su hombro huesoso salia fuera de la camisa; su rostro, tan alegre momentos antes, estaba lívido; su vista parecia fijarse en alguna cosa formidable que estaba delante de ella, en el otro extremo del aposento, y la miraba con ojos que el terror abria desmesuradamente.

—Dios mio! Qué teneis, Fantina? la preguntó Magdalena.

Fantina no respondió ni apartó la vista del sitio en que la fijaba, pero le tocó en el brazo con una mano y con la otra le indicó que mirase detrás de él.

Magdalena volvió la cabeza y vió á Javert.

## III.

### Javert contento.

Acababan de dar las doce y media de la noche cuando el señor Magdalena salió de la sala del Tribunal de Arras. Volvió á la posada precisamente en el instante en que iba á salir el correo, en el que habia tomado un asiento, y antes de las seis de la mañana estaba de regreso en Montreuil-sur-Mer. Su primer cuidado fué echar al correo la carta que escribió para el señor Laffitte, y despues ir á la enfermería á ver á Fantina.

Apenas salió de la sala del tribunal, repuesto ya el fiscal de la primera sorpresa, tomó la palabra para deplorar el acto de locura del respetable alcalde de Montreuil-sur-Mer y declarar que no se habian modificado sus convicciones por el extraño incidente, que ya se aclararia más tarde, y pedir entre tanto la condenacion de Champmathieu, que para él seguia siendo el verdadero Juan Valjean. La insistencia del abogado fiscal estaba en contradiccion con los sentimientos de todos los presentes, con los del público y con los del tribunal. Al abogado defensor le costó poco trabajo refutar el discurso del ministerio público y de sentar que, á consecuencia de las revelaciones del señor Magdalena, esto es, del verdadero Juan Valjean, el asunto habia cambiado completamente de aspecto y el Jurado solo tenia ya delante de él á un inocente. El defensor dedujo de este incidente algunos epifonemas de gusto anticuado sobre los errores judiciales, etc. etc. El presidente, al hacer el resúmen, se unió al defensor, y el Jurado declaró exento de culpa á Champmathieu. Pero como el fiscal necesitaba un Juan Valjean, escapándosele Champmathieu, tuvo que apoderarse de Magdalena.

En cuanto pusieron en libertad á Champmathieu, el fiscal se encerró con el presidente y conferenciaron sobre la necesidad de apoderarse de la persona del alcalde de Montreuil-sur-Mer. Era indispensable que la justicia siguiese su curso. Expidióse, pues, la órden de prision y el fiscal la remitió á Montreuil-sur Mer con un propio, á escape, encargando de ella al inspector de policía Javert. Ya sabemos que éste regresó á dicha ciudad inmediatamente despues de haber declarado.

Se levantaba de la cama Javert en el momento en que el propio le entregaba la órden de arresto y de traslacion á Arras.

El propio era un individuo de la policía, tambien muy listo, que en dos palabras puso al corriente á Javert de lo sucedido en la sala de la Audiencia. La órden de arresto, firmada por el ministerio fiscal, estaba concebida en estos términos: "El inspector Javert constituirá en prision al señor Magdalena, alcalde de Montreuil-sur-Mer, que en la vista de la audiencia de hoy se reconoció ser el ex-presidiario Juan Valjean.„

El que no conociese á Javert y le viera penetrar en la sala de la enfermería, no adivinaria lo que estaba sucediendo y lo habria visto con su aspecto ordinario. Aparecia frio, tranquilo, grave, con los cabellos grises perfectamente alisados sobre las sienes, y subiendo por la escalera con su habitual lentitud; pero el que le conociese á fondo y le examinara con atencion, se hubiera extremecido. La hebilla de su corbatin de cuero, en vez de estar en la nuca, estaba bajo de la oreja izquierda, y esto revelaba en él extraordinaria agitacion.

Javert era un carácter completo; no se permitia tener un pliegue ni en su uniforme ni en su obligacion; era metódico con los malhechores y rígido con los botones de su traje, y para llevar mal puesto el corbatin era preciso que experimentase una de esas conmociones que pueden llamarse terremotos interiores.

Presentóse sencillamente en la fábrica, despues de haber pedido cuatro soldados y un cabo en el punto de prevencion inmediato, y los dejó en el patio, haciendo que la portera le guiase al cuarto de Fantina. La portera obedeció sin temor alguno, porque estaba habituada á ver gente armada venir á buscar al señor alcalde.

Javert, en cuanto llegó al aposento de Fantina, levantó el picaporte y empujó la puerta con tanto cuidado como un enfermero ó un espía, y entró. Hablando propiamente, no entró. Se mantuvo de pié junto á la puerta entreabierta, con el sombrero puesto y la mano izquierda metida en el leviton, abrochado hasta la barba. Por la sangría del brazo se veia el puño de plomo de su enorme baston, que desaparecia por detrás de su cuerpo. Así se quedó dos minutos, sin que nadie notase su presencia. De repente Fantina alzó los ojos, le vió é hizo que el señor Magdalena volviese la cabeza para verle.

En el momento en que la mirada de Magdalena se encontró con la mirada de Javert, éste, sin moverse, sin acercarse, presentó espantosa fisonomía. No hay sentimiento humano que degenere en expresion tan horrible como el de la alegría. Su rostro expresó la alegría del demonio que encuentra á un condenado.

La seguridad de tener en sus manos á Juan Valjean hizo reflejar en su fisonomía todo lo que habia en el fondo de su alma. El fondo removido subió á la superficie. La humillacion de haber perdido la pista y de haberse equivocado, tomando á Champmathieu por Valjean, la borraba el orgullo de haber adivinado desde el principio y haber tenido desde tanto tiempo atrás certero instinto. La satisfaccion de Javert estalló en toda su extension; en su estrecha frente se dibujó la deformidad del triunfo, y desplegó todo el horror que puede ofrecer una fisonomía satisfecha.

Javert estaba en sus glorias en aquel instante. Creia, sin saber por qué, por una intuicion confusa de su necesidad y de su éxito, que personificaba la justicia, la luz y la verdad en el desempeño de su funcion celeste de destruir el mal. Tenia detrás y á su alrededor, á una profundidad infinita, la autoridad, la razon, la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, que eran como sus satélites; protegia el órden, hacia brotar de la ley el rayo, vengaba á la sociedad, prestaba auxilio á lo absoluto y se erguia en la gloria. En su triunfo quedaba aun un resto de provocacion y de combate, y de pié, altivo y resplandeciente, brillaba en el azulado ambiente con la bestialidad sobrehumana de un arcángel feroz; la sombra terrible de la accion que ejecutaba hacia visibles en su crispada mano vagos destellos de la espada social; satisfecho, pero indignado, tenia bajo sus piés el crímen,

el vicio y la rebelion, la perdicion y el infierno; lanzaba rayos, exterminaba y se sonreia con la incontestable grandeza de un San Miguel monstruoso.

Javert era espantoso, pero no innoble. Cuando se equivocan la probidad, la sinceridad, el candor, el deber á la conviccion, pueden llegar á ser repugnantes, pero aun así permanecen siendo grandes; su majestad, anexa á la conciencia humana, subsiste en estos casos; son virtudes que tienen un vicio, el error. La implacable y honrada alegría del fanático gozando en sangrientas atrocidades, conserva siempre algun resplandor lúgubre, pero venerable. Sin conocerlo, era Javert digno de lástima en medio de su repugnante felicidad, como todo ignorante que triunfa. Era doloroso y terrible ver su fisonomía, en la que se reflejaba lo que podria llamarse todo lo malo de lo bueno.

## IV.

### La autoridad recobra sus derechos.

Fantina no habia visto á Javert desde el dia en que el alcalde la sacó de sus garras; la pobre enferma, sin explicarse por qué, se imaginó que venia á buscarla, y no pudiendo soportar la vista de aquella cara horrible, ocultó el rostro con las manos y gritó con angustia:

—Señor Magdalena, salvadme!

Juan Valjean—desde ahora le llamaremos así—que estaba ya en pié, dijo á Fantina con voz serena:

—Sosegaos; no viene por vos.

Despues volvióse á Javert para decirle:

—Ya sé lo que quereis.

—Vamos pronto! respondió el inspector.

La inflexion de voz que acompañó á esas dos palabras tenia un no sé qué de frenética y feroz; no fué palabra humana, fué un rugido.

No hizo lo que tenia por costumbre; no habló más; no enseñó la órden de prision. Para él era Juan Valjean un combatiente misterioso, con el que luchaba hacia cinco años sin poder vencerle; su arresto no era un principio, era un fin; por eso se limitó á decir:

—Vamos pronto!

Al decirlo no se movió, sino que dirigió á Juan Valjean la mirada que arrojaba á los criminales como un garfio y con la que los atraia violentamente. Esa mirada fué la que penetró en Fantina hasta la médula de los huesos dos meses atrás.

Al oir el grito de Javert, Fantina volvió á abrir los ojos; estando allí el alcalde creyó que nada debia temer.

Javert avanzó hasta el medio del aposento y gritó:

—Ea! vienes pronto?

La enferma miró á su alrededor, pero solo estaban en el cuarto el alcalde y sor Simplicia. ¿A quién tuteaba, pues, el inspector? Creyendo que á ella, se puso á temblar.

Entonces vió una cosa inaudita, tan extraordinaria como no la vió en los más tenebrosos delirios de su fiebre. El polizonte Javert cogia por el cuello al alcalde y éste humillaba la cabeza; creyó ver el mundo vuelto del revés.

—Señor alcalde! exclamó Fantina.

Javert soltó una carcajada, que le hizo enseñar todos los dientes.

—¡Ya no hay aquí ningun señor alcalde!

Juan Valjean no trató de separar del cuello la mano que le sujetaba; solo dijo:

—Javert!...

—Llámame señor inspector, replicó el polizonte.

—Señor inspector, quiero deciros á solas una palabra.

—Habla alto, respondió Javert; á mí se me habla en voz alta.

—Es un favor que tengo que pediros,

—Te digo que hables en voz alta.

—Es que quiero que me oigais vos solo...

—Pues eso nada me importa y no escucho.

Juan Valjean se volvió hácia él con rapidez y le dijo con voz muy baja:

—Concededme tres dias; necesito tres dias para ir á traer á la hija de esta desgraciada moribunda. Pagaré lo que sea preciso y podeis acompañarme.

—Quieres burlarte de mí? gritó Javert. No te creia tan estúpido!... ¿Me pides tres dias para escaparte?... ¡Para que yo crea que vas á buscar la hija de esta mujer!...

Al oir esto Fantina se extremeció.

—Para traer á mi hija! ¡Luego no está aquí!... Hermana, contestadme; ¿dónde está Cosette? quiero mi hija! ¡Señor Magdalena! señor alcalde!

Javert dió una patada en el suelo.

—Esta es otra! ¿Te callarás, buena pieza? ¡Endiablado está este pais, en el que son alcaldes los presidiarios y las



ESTABA MUERTA.

mujeres públicas están cuidadas como marquesas!... ¡Pero todo va á cambiar, que ya es hora!...

Miró fijamente á Fantina y añadió, cogiendo de un puñado la corbata, la camisa y el cuello de Juan Valjean:

—Te repito que aquí ya no hay ningun Magdalena, ni ningun alcalde; solo está aquí un presidiario y un ladron que se llama Juan Valjean, y es éste que tengo agarrado.

Fantina se incorporó súbitamente, apoyándose en los brazos y en las manos; miró á Juan Valjean, miró á Javert, miró á sor Simplicia, abrió la boca para hablar y salió un ronquido del fondo de su garganta; chocaron sus dientes, extendió con angustia los brazos, abriendo las manos convulsivamente, tentando á su alrededor, como el que se ahoga, y despues cayó á plomo sobre la almohada. Su cabeza chocó contra la cabecera de la cama y le cayó sobre el pecho con la boca abierta, lo mismo que los ojos.

Estaba muerta.

Juan Valjean cogió con su mano la de Javert, que le tenia asido, y se la abrió como si fuese la de un niño, diciéndole:

—Habeis matado á esa mujer!

—Concluyanos, gritó Javert furioso. No he venido aquí á gastar conversacion. Vámonos en seguida, porque sino, te llevará atado la guardia que está abajo.

Habia en un rincon de la sala una cama vieja de hierro en mal estado, que servia para recostarse las Hermanas de la Caridad las noches que velaban. Juan Valjean se acercó á ella, desencajó en un instante la cabecera, ya muy resentida, operacion fácil para fuerza como la suya, empuñó la barra principal y miró á Javert de piés á cabeza.

Javert retrocedió hasta la puerta.

Juan Valjean, con la barra en la mano, se fué con lentitud hasta la cama de Fantina, y al llegar á ella volvióse de frente hácia Javert, diciéndole:

—Os aconsejo que no me distraigais en estos momentos.

Lo cierto es que Javert temblaba. Tuvo la idea de ir á llamar á la guardia, pero Juan Valjean podia aprovecharse de esta ocasion para huir. Quedóse, pues, de pié, cogió el baston por la punta y se apoyó en el quicio de la puerta, sin apartar los ojos de Juan Valjean.

Este puso el codo en la cabecera de la cama, apoyó la frente en la mano y contempló el rígido cadáver de Fantina, permaneciendo unos minutos absorto y mudo, sin pensar acaso en nada de esta vida. En su rostro y en su actitud solo se reflejaba inexplicable compasion.

Despues de su meditacion silenciosa inclinóse hácia Fantina y le habló en voz baja.

Qué le dijo? ¿qué le dijo aquel hombre, considerado como réprobo, á aquella mujer que estaba muerta? Nadie oyó las palabras que pronunciara. ¿Las oiria el cadáver? Hay ilusiones conmovedoras que son casi realidades sublimes.

Lo que está fuera de duda es que sor Simplicia, único testigo de lo que allí pasó, refirió despues muchas veces que, mientras Juan Valjean hablaba á Fantina, vió asomarse inefable sonrisa á los lívidos labios de ésta y moverse sus pupilas vagas.

Juan Valjean cogió la cabeza de Fantina y la colocó en la almohada, como una madre hubiera hecho con su hijo; despues la ató el cordon de la camisa y la metió el pelo dentro de la gorra. Hecho esto la cerró los ojos.

El rostro de Fantina parecia en aquel momento singularmente iluminado. La muerte es la entrada en la gran luz.

La mano de Fantina colgaba fuera del lecho. Juan Valjean se arrodilló delante de ella, la levantó con suavidad y la besó.

Despues se puso en pié, y volviéndose hácia Javert, le dijo:

—Ahora estoy á vuestra disposicion.

## V.

### Tumba correspondiente.

Javert instaló á Juan Valjean en la cárcel de Montreuil-sur-Mer. El arresto del señor Magdalena produjo en la ciudad conmocion extraordinaria. Triste es decirlo, pero al oir la frase: *ha sido un presidiario*, todo el mundo le abandonó. En menos de dos horas olvidaron todos los beneficios que le debian los habitantes de la poblacion, pero tambien es preciso decir que no conocian los pormenores de lo sucedido en Arras. Durante todo el dia se oyeron conversaciones como estas:

—No lo sabeis? Era un presidiario que habia cumplido la condena.—Quién?—El alcalde.—Bah! el señor Magdalena?—Sí.—De veras?—No se llama Magdalena; tiene un nombre muy feo; se llama Bejean, Bojean ó Boujean.—Dios mio!—Está preso.—Preso!—En la cárcel, hasta que lo trasladen.—¿Que le trasladen? á dónde?—A Arras.—¿Por qué á

Arras?—Porque van á hacerle comparecer allí por un robo que cometió en la carretera hace muchísimo tiempo.—Ya me lo sospechaba yo; era demasiado bueno, demasiado amable y demasiado perfecto; renunciaba las condecoraciones y daba dinero á todos los pilluelos que encontraba, como si de ese modo quisiera ocultar su pasada mala vida.

En las tertulias, sobre todo, abundaban diálogos semejantes. Una vieja encopetada, suscritora á la *Bandera blanca*, hizo la siguiente reflexion, cuya profundidad es imposible sondear:

—Me alegro! ¡Así escarmentarán los bonapartistas!

Así se desvaneció el fantasma que se llamó el señor Magdalena. Solo tres ó cuatro personas permanecieron fieles á su memoria, y una de ellas fué la portera que le servia.

La noche de aquel mismo dia, esta digna anciana estaba sentada en el cuarto de la portería, asustada aun y sumida en tristes reflexiones. La fábrica estuvo cerrada todo el dia, la puerta cochera con el cerrojo pasado y la calle desierta. Solo quedaron en la casa las Hermanas de la Caridad, sor Perpétua y sor Simplicia, que velaban el cadáver de Fantina.

Al llegar la hora en que el señor Magdalena acostumbraba á recogerse, la portera se levantó maquinalmente, cogió la llave de la habitacion de su amo que estaba en un cajon y el candelero que llevaba todas las noches para subir la escalera; colgó la llave en el clavo de donde él la tomaba, puso á su lado el candelero, y se quedó esperando que viniese. Volvió á sentarse y comenzó á cavilar. La pobre vieja hizo todo aquello sin tener conciencia de lo que hacia. Al cabo de dos horas se apercibió de la triste realidad y exclamó:

—Calle! ¡pues no he puesto la llave en el clavo!

En aquel momento se abrió la puerta vidriera de la portería, pasó una mano por el hueco, cogió la llave y encendió la bujía del candelero. La portera levantó los ojos y se quedó con la boca abierta, sin poder lanzar un grito, que se le ahogó en la garganta.

Conoció la mano, el brazo y la manga. Eran del señor Magdalena.

Quedó sobrecogida algunos segundos antes de poder hablar, como lo refirió más tarde al contar esta aventura.

—Dios mio! señor alcalde, yo os creia...

Se paró antes de concluir la frase para que no creyese que faltaba al respeto debido, porque Juan Valjean continuaba siendo para ella el señor alcalde.

—En la cárcel, añadió él. Sí, allí me encerraron, pero rompí un barrote de hierro de la ventana, me dejé caer desde lo alto de un tejado y aquí me teneis. Voy á mi habitacion; avisad á sor Simplicia que allí la aguardo. Sin duda está velando á la muerta.

La portera obedeció con rapidez. No la recomendó que guardase silencio; estaba seguro de que lo sabria guardar mejor que él mismo.

Nunca se pudo saber cómo Juan Valjean consiguió penetrar en el patio sin hacer abrir la puerta cochera. Llevaba siempre consigo una llave maestra que abria una puertecilla lateral, pero al registrarle debian habérsela quitado. Esto no se pudo aclarar.

Subió la escalera que conducia á su habitacion; cuando llegó dejó el candelero en el último escalon, abrió la puerta haciendo el menor ruido posible, y á oscuras cerró la ventana; despues tomó la bujía y entró con ella en su aposento. La precaucion era útil, porque su ventana se veia desde la calle.

Echó una mirada á su alrededor, á la mesa-escritorio, á la silla, á la cama que no se habia deshecho en tres dias. No quedaba vestigio alguno del desórden de la última noche que estuvo allí. La portera habia arreglado el aposento, pero habia recogido y dejado sobre la mesa el puño y la contera del garrote y la moneda que ennegreció el fuego.

Tomó una hoja de papel y escribió en ella lo que sigue: "Hé aquí el puño y la contera de hierro de mi baston, y la moneda de dos fracos que robé á Gervasillo, de que he hablado al tribunal.„

Despues dejó los indicados objetos sobre el papel escrito, para que fuese lo primero que viesen al entrar en el cuarto.

Sacó de un armario una camisa suya vieja, que hizo pedazos, y envolvió con ellos los candeleros de plata. Obraba sin prisa y sin agitacion, y envolviendo los candeleros del obispo mordia un pedazo de pan negro. Sin duda seria el pan de la cárcel que sacó de allí al evadirse.

Este hecho se comprobó por las migajas de pan que se encontraron en el suelo, cuando la justicia practicó el reconocimiento de la habitacion.

Dieron dos golpes suaves á la puerta.

—Entrad, dijo.

Era la hermana sor Simplicia. Estaba

pálida; tenia los ojos enrojecidos y le temblaba la bujía que llevaba en la mano.

Las violencias del destino consiguen, por disimulados y frios que seamos, sacar de sus entrañas á la naturaleza humana, obligándola á aparecer en el exterior. Las emociones de aquel dia convirtieron á la religiosa en mujer. Habia llorado y temblaba.

Juan Valjean habia escrito unos renglones en otro pliego de papel, que presentó á la hermana, diciéndola:

—Enviad esto al señor cura.

El papel estaba desdoblado. La jóven lo miró.

—Podeis leerlo.

Sor Simplicia leyó lo siguiente:—"Ruego al señor cura que cuide de todo lo que dejo aquí. Será preciso pagar las costas de mi proceso y el entierro de la mujer que ha muerto hoy. El resto lo distribuireis entre los pobres.„

La hermana quiso hablar, pero solo consiguió balbucear algunos sonidos inarticulados. Sin embargo, acertó á decir:

—¿No quereis ver por última vez á esa desventurada?

—No, contestó; me persiguen y podrian encontrarme en su cuarto.

Apenas pronunció estas palabras, sonó gran ruido en la escalera: oyeron el tumulto de los pasos de gente que subia y á la portera que gritaba con toda su voz, diciendo:

—Os juro que no ha entrado aquí nadie, ni en todo el dia ni en toda la noche, y yo no me he alejado un instante de la portería.

Un hombre la replicó:

—Sin embargo, hay luz en aquella habitacion.

Reconocieron que era Javert el que hablaba así.

El cuarto estaba dispuesto de modo que al abrirse la puerta ocultaba el ángulo de la pared á mano derecha. Juan Valjean apagó su bujía y se metió en dicho ángulo.

Sor Simplicia cayó de rodillas cerca de la mesa.

Abrióse la puerta y entró Javert.

Oíanse el cuchicheo de muchos hombres y las protestas de la portera en el corredor.

La hermana no levantó los ojos: estaba orando.

La bujía, que estaba sobre la chimenea, daba escasa claridad.

Javert vió á la hermana y se paró, quedando suspenso. Recuérdese que el fondo de Javert, su elemento, su centro respirable era la veneracion hácia toda autoridad. Inflexible y absoluto en este punto, no admitia objecion ni restriccion. Creia que la autoridad eclesiástica era la primera de todas, y era religioso, superficial y correcto en este punto como en todos. Para él un sacerdote es un espíritu que nunca se engaña y una religiosa una criatura que no peca jamás; almas tapiadas en el mundo, que tienen una puerta que solo se abre para dar paso á la verdad.

Al ver á sor Simplicia, su primera intencion fué retirarse; pero tenia que cumplir un deber que le arrastraba en sentido inverso imperiosamente... Su segunda intencion fué quedarse y atreverse á preguntar á sor Simplicia, á aquella Hermana de la Caridad que nunca mentia. Javert lo sabia y especialmente por esto la veneraba.

—Hermana, la dijo, ¿estais sola en este cuarto?

Hubo un terrible momento de silencio, en el que la portera creyó morir.

La religiosa levantó la vista y respondió:

—Sí.

—Perdonadme, continuó diciendo Javert, si insisto por cumplir mi deber. ¿No habeis visto á un hombre que se llama Juan Valjean, que se ha evadido de la cárcel y que vamos buscando?

—No.

Mintió sor Simplicia y mintió dos veces seguidas, una tras otra, sin vacilar, con rapidez, como persona que se sacrifica á sí misma.

—Perdonadme, pues, contestó Javert, y se retiró saludando profundamente.

Oh, mujer santa! ¡años hace que ya no eres de este mundo y que encontraste en el reino de la luz á tus hermanas las vírgenes y á tus hermanos los ángeles! ¡séate descontada esa mentira en el paraiso!

La afirmacion de sor Simplicia fué tan decisiva para Javert, que ni siquiera se fijó en la bujía que acababan de apagar y que humeaba aun sobre la mesa.

Una hora despues, un hombre, caminando á través de los árboles y de las brumas, se alejaba rápidamente de Montreuil-sur-Mer en direccion á Paris. Este hombre era Juan Valjean. Se supo despues, por testimonio de dos ó tres trajinadores que le encontraron, que llevaba un lio y que vestia de blusa. Nunca llegó á averiguarse de dónde sacó aquella blusa. Sin embargo, como mu-

rió en la fábrica dias antes un viejo trabajador, se supuso que seria la blusa de éste.

Una palabra sobre Fantina.

Todos tenemos una madre comun, que es la tierra.

Fantina fué devuelta á su madre.

El cura creyó con razon que debia reservar casi todo el dinero que puso en sus manos Juan Valjean para los pobres. En rigor, de quién se trataba? De un presidiario y de una mujer pública; por eso simpilficó el entierro de Fantina y lo redujo á lo estrictamente necesario, á lo que se llama la fosa comun.

Fantina fué, pues, enterrada en la zanja gratuita del cementerio, en el hoyo que es de todos y de nadie, en el que se hunden los pobres. Felizmente Dios sabe dónde ha de encontrar las almas.

Fantina fué arrojada á la fosa pública. Su tumba se pareció á su lecho.

# SEGUNDA PARTE.

## COSETTE.

## LIBRO PRIMERO.

### Waterlóo.

#### I.

**Lo que se encuentra viniendo de Nivelles.**

Una hermosa mañana del mes de Mayo de 1861, el viajero que refiere esta historia llegaba de Nivelles y se dirigia hácia La Hulpe. Caminaba á pié. Iba siguiendo, por entre dos filas de árboles, una calzada larga, empedrada y ondulante, sobre una série de colinas, que unas veces levantan el camino y otras le dejan caer, formando como olas enormes. Estaba ya más allá de Lillois y Bois-Seigneur-Isaac. Distinguia al Oeste el campanario de pizarra de Braine-l'Alleud, que tiene la forma de un vaso boca abajo. Acababa de dejar á sus espaldas un bosque, situado en una altura y en el ángulo de un camino de travesía, al lado de un poste carcomido, que sostenia esta inscripcion: *Barrera antigua, núm. 4,* y vió allí una venta, en cuya fachada leyó: *A los cuatro vientos. Echabau, café de particular.*

Medio cuarto de legua más allá de la venta llegó al centro de un valle, en el que el agua pasaba por debajo de un arco practicado en el terraplen del camino. El grupo de escasos, pero verdes, árboles que cubre el valle por la parte de la calzada, se desparrama por la otra parte en las praderas, extendiéndose con pintoresco desórden hácia Braine-l' Alleud.

A la derecha, y á orillas del camino, habia una posada; delante de la puerta de ésta un carro de cuatro ruedas, un gran haz de estacas para lúpulo, un arado, un monton de ramas secas cerca de un seto vivo, cal, que humeaba en una balsa cuadrada, y una escalera de mano apoyada en un cobertizo, que tenia de paja las paredes.

Una jóven escardaba en un campo, en el que el viento agitaba un cartel grande y amarillo, que era sin duda el anuncio de alguna féria ó romería. En el ángulo de la posada, y junto á una laguna, en la que nadaban algunos patos, habia un sendero de piso ruin, que desaparecia entre la maleza. El viajero se internó en él.

Al cabo de cien pasos de haber seguido la direccion de una pared del siglo quince, que remataba en una albardilla construida de ladrillos encontrados, se halló frente á una puerta de piedra, grande, cintrada, con imposta rectilínea del grave estilo de Luis XIV, y adornada en los costados con dos medallones planos. Severa fachada dominaba á dicha puerta; una pared perpendicular á ésta llegaba casi á tocar aquella y la flanqueaba con brusco ángulo recto. En el prado y delante de la puerta habia tres rastrillos, al través de los que brotaban mezcladas todas las flores de Mayo. La puerta estaba cerrada, y en sus dos hojas decrépitas resaltaba un aldabon viejo y mohoso.

El sol era magnífico; las ramas se movian con el suave extremecimiento del

mes de Mayo, que parece que venga de los nidos más que del viento. Entusiasmado un pajarillo, poblaba el aire con sus trinos desde un árbol frondoso.

El viajero se inclinó para examinar en la piedra de la izquierda, por bajo de la jamba derecha de la puerta, una excavacion ancha y redonda, parecida al alvéolo de una esfera. En aquel momento se abrió la puerta y salió una aldeana.

Vió al viajero y conoció lo que estaba examinando.

—Eso lo hizo una bala francesa, le dijo ella, añadiendo:

—Eso que veis en la puerta, más arriba, junto á un clavo, es el agujero de un casco de metralla, que no llegó á atravesar la madera.

—Cómo se llama ese sitio? preguntó el viajero.

—Hougomont, le contestó la aldeana.

El viajero se incorporó, dió algunos pasos y se puso á mirar por encima de los setos. Distinguió en el horizonte, á través de los árboles, un montecillo, y sobre él algo que desde lejos se parecia á un leon.

Estaba en el campo de batalla de Waterlóo.

## II.

### Hougomont.

Hougomont fué un sitio fúnebre; el principio del obstáculo, la primera resistencia que encontró en Waterlóo el gran talador de la Europa que se llamó Napoleon; fué el primer nudo que encontró el filo de su hacha.

Hougomont fué ayer un castillo, hoy solo es una granja. Hougomont se escribe ahora, pero para el anticuario siempre será Hugomons. Dicha residencia la construyó Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sexta capellanía de la abadía de Villiers.

El viajero empujó la puerta, tropezó al pasar bajo el pórtico con un carruaje viejo y entró en el patio. Lo primero que en él le llamó la atencion fué una puerta del siglo diez y seis que figuraba el ojo de un puente, estando asolado todo lo demás á su alrededor. El aspecto monumental nace á veces de la ruina. Cerca de esta puerta hay otra con clavos de la época de Enrique IV, por la que se distinguen los árboles de un vergel. Inmediato á ella habia un hoyo para el estiércol, palas y azadones, algunas carretillas, un pozo antiguo con brocal de piedra y torniquete de hierro, un potro que salta, un pavo que hace la rueda, una capilla rematada por un pequeño campanario, un peral en flor y en espaldera, apoyado en la pared de la capilla. ¡Tal era el patio cuya conquista fué el sueño de Napoleon!... Apoderarse de ese rincon de tierra, tal vez le hubiera facilitado el apoderarse del mundo. Las gallinas remueven el polvo con sus picos. Se oye allí el gruñido de un perrazo que enseña los dientes y que reemplaza á los ingleses.

Los ingleses estuvieron admirables en ese sitio. Las cuatro compañías de guardias de Coocke hicieron allí frente, durante siete horas, al encarnizamiento de todo un ejército.

Hougomont, visto en el mapa en plano geométrico, incluyendo los cercados y los edificios, forma una especie de rectángulo irregular, que tiene estropeado un ángulo; en este ángulo se halla la puerta meridional guardada por aquella pared, que la fusila á boca de jarro. Hougomont tiene dos puertas; la meridional, que es la del castillo, y la septentrional, que es la de la granja. Napoleon envió contra Hougomont á su hermano Jerónimo; las divisiones de Guilleminot, de Foy y de Bachelu se estrellaron allí: casi todo el cuerpo de ejército de Reille fué enviado sobre dicho punto y sucumbió allí, y las balas de Kellerman se agotaron en aquellos heróicos muros. Con harto trabajo pudo la brigada Bauduin forzar la entrada por el Norte y la brigada Soye acometer á Hougomont por el Sur, pero sin conseguir tomarlo.

Los edificios de la granja forman el límite del patio por el Sur. Un trozo de la puerta del Norte, rota por los franceses, pende colgando de la pared, y se compone de cuatro tablas clavadas á dos traviesas, en las que aun se ven los destrozos del ataque.

La puerta septentrional, que forzaron los franceses, á la que pusieron una pieza para reemplazar al trozo colgante, se entreabre al otro lado del patio; está cortada en cuadro, en una pared de piedra por bajo y de ladrillo por arriba, y cierra el patio por el Norte. Es una puerta para carros, como las que existen en las granjas, y se compone de dos grandes hojas construidas con tablas rústicas. Fuera de ella se extienden los prados.

La disputa de esta entrada fué furiosa. Mucho tiempo despues de la batalla se veian en la parte superior de dicha puer-

ta muchas huellas de manos ensangrentadas. Allí mataron á Bauduin.

Parece que aun se oiga en aquel patio la tempestad del combate; el horror aun es visible allí; el trastorno de la lucha quedó como petrificado; parece allí que aun sea ayer. Las paredes se extremecen, las piedras caen, las grietas gritan, los agujeros son heridas y los árboles, inclinados y extremecidos, parece que hagan esfuerzos para huir.

En 1815 habia allí más edificaciones que en la actualidad. Construcciones que derribaron despues, formaban entonces redientes ángulos y codos fortificados. Allí se parapetaron los ingleses, y aunque penetraron los franceses, no pudieron sostenerse.

Al lado de la capilla se eleva ruinosa y desvencijada una ala del edificio, único vestigio que queda de la residencia señorial de Hougomont. El castillo sirvió de torre y la capilla de fortin. Hubo exterminio general. Los franceses, ametrallados por todas partes, por detrás de las paredes, desde lo alto de los graneros, por las ventanas, por los respiraderos, acercaron faginas y prendieron fuego á los muros y á los hombres; á la metralla respondió el incendio.

Aun se ven en el ala arruinada, al través de las ventanas guarnecidas de barras de hierro, los cuartos desmantelados de un cuerpo de edificio construido de ladrillos; en dichos cuartos se emboscó la guarnicion inglesa; y la espiral de la escalera, medio destrozada desde el piso bajo hasta el techo, aparece como el interior de una concha hecha pedazos. La escalera tiene dos tramos: los ingleses, sitiados en ella, se agruparon en los peldaños superiores y cortaron los inferiores, consistentes en anchas losas de piedra azul, que ahora yacen en monton entre las ortigas. Diez escalones existen aun incrustados en la pared; el primero tiene grabado un tridente. Estos escalones inaccesibles están aun sólidos en sus alvéolos; el resto de la escalera se parece á una mandíbula desdentada. Dos árboles seculares existen aun; uno de ellos se ha secado, el otro está herido en el pié y reverdece en Abril. Desde 1815 empezó á brotar al través de la escalera.

En la capilla hubo gran carnicería; su interior, tranquilo ya, presenta, sin embargo, extraño aspecto. No ha vuelto á decirse misa allí despues de la matanza. Consérvase, esto no obstante, el altar de madera tosca arrimado á una pared de piedra. Cuatro paredes blanqueadas con cal, una puerta frente al altar, dos ventanas cintradas, sobre la puerta un crucifijo de madera, y encima del crucifijo un tragaluz, es todo lo que queda de la capilla. Cerca del altar está clavada una imágen de Santa Ana, que es una escultura del siglo quince; la cabeza del Niño Jesús se la llevó una bala de cañon. Los franceses fueron dueños un momento de la capilla, pero en seguida los desalojaron, y ellos al huir la incendiaron. Las llamas invadieron aquel recinto, que se convirtió en horno; quemaron la puerta y el suelo, pero se salvó el Cristo de madera; el fuego llegó á roerle los piés, pero no pasó de los muñones, que aun hoy se ven ennegrecidos. Eso fué un milagro, segun el sentir de los habitantes de la comarca. El Niño Jesús decapitado no tuvo tanta suerte como el Cristo.

Las paredes están llenas de inscripciones. Junto á los piés del Cristo se lee este nombre: *Henquinez*. Luego estos otros: *Conde de Rio Mayor; Marqués y marquesa de Almagro (Habana)*. Hay nombres franceses con puntos de admiracion, como signos de cólera.

En 1849 blanquearon las paredes, porque en ellas se insultaban las naciones.

En la puerta de dicha capilla se recogió un cadáver que tenia una hacha en la mano; era el del subteniente Legrós.

Saliendo de la capilla y á la izquierda se vé un pozo. Ocurre preguntar: ¿por qué no hay cubo ni polea en este pozo? porque ya no sacan agua de él. ¿Y por qué? porque está lleno de esqueletos. El último que pozó se llamaba Guillermo Van Kylson. Era un aldeano, que habitaba en el castillo de Hougomont, en el que ejercia el oficio de jardinero. Su familia apeló á la fuga el 18 de Junio de 1815 y él se ocultó en los bosques.

Las selvas que rodean la abadía de Villiers escondieron durante muchos dias y muchas noches á los habitantes dispersos de aquella comarca. En la actualidad aun quedan vestigios, como los troncos de árboles quemados, que indican el sitio que ocuparon los pobres vivaques que formaron los fugitivos.

Guillermo Van Kylson permaneció en Hougomont "para guardar el castillo„, y se escondió en una cueva, en la que le encontraron los ingleses. Le sacaron á sablazos del escondite y le obligaron á que les sirviese. Cuando tenian sed, Guillermo les daba de beber, y de dicho pozo sacaba el agua. Muchos ingleses

bebieron allí por última vez, pero el pozo debia beber tambien como ellos.

Cuando terminó la batalla se apresuraron á enterrar los cadáveres. La muerte tiene su modo peculiar de perseguir á la victoria, trayendo la peste en pos del tiunfo; el tifus vá anexo á él. Como el pozo era profundo, le convirtieron en sepulcro, enterrando en él trescientos muertos, tal vez con demasiada precipitacion, porque la leyenda dice que no todos los sepultados eran cadáveres, pues oyeron salir del fondo del pozo voces débiles y lastimeras que pedian socorro.

El pozo estaba aislado en medio del patio. Tres paredes con la mitad de ladrillo y con la mitad de piedra, replegadas como las hojas de un biombo y figurando una torrecilla cuadrada, le rodeaban por tres lados; el otro estaba abierto y por allí se sacaba el agua. La pared del fondo la corta una abertura informe, causada tal vez por una bala de obús. Del techo de la indicada torrecilla solo quedan las vigas. El maderaje que sostenia la pared de la derecha forma el dibujo de una cruz; al asomarse al pozo la vista se pierde en un profundo cilindro enladrillado, en el que reina densa oscuridad. Alrededor del pozo, la base de sus paredes desaparece entre montones de ortigas.

El brocal de este pozo no tiene la ancha losa azul que adorna á todos los de Bélgica. Sustituye á la losa una travesía, en la que se apoyan cinco ó seis troncos de madera deformes y dislocados. Ya no conserva el cubo, ni la cadena, ni la polea, pero sí la pila de piedra donde se vertia el agua; en ella se acumula la de la lluvia, y de vez en cuando van á beber allí los pájaros del bosque inmediato.

En estas ruinas existe aun la casa de la granja y está habitada; la puerta dá al patio; al lado de una linda placa de cerradura gótica hay en dicha puerta un puño de hierro que sirve de llamador. Al coger dicho llamador el teniente hannoveriano Wilda para refugiarse en la granja, un zapador francés le cortó la mano de un hachazo.

El abuelo de la familia que ocupa la granja fué el antiguo jardinero Van Kylson, que murió hace ya algunos años. Una mujer de pelo canoso nos dijo:

—"En la época de la batalla yo estaba aquí y tenia tres años; mi hermana la mayor, llena de miedo, lloraba. Nos llevaron al bosque; yo iba en brazos de mi madre; de vez en cuando ponia el oido en tierra para oir é imitaba al cañon, haciendo: *Bum! bum!*„

Ya dijimos que la puerta del patio, situada á mano izquierda, caia al vergel. El vergel era muy grande y estaba dividido en tres partes; casi podria decirse en tres actos. La primera parte es jardin, la segunda huerto y la tercera bosque. Las tres partes tienen un cercado comun: por el lado de la entrada están los edificios del castillo y de la granja, á la izquierda un seto, á la derecha una tapia, que es de ladrillo, y en el fondo otra tapia, que es de piedra. Primero se entra en el jardin, que se extiende cuesta abajo; está plantado de groselleros y lleno de vegetaciones silvestres, y cerrado por un malecon monumental de piedra sillería con balaustres de doble espesor. Era un jardin señorial del primer estilo francés que precedió á Lenotre, y que hoy se ha convertido en abrojos y ruinas. Las pilastras terminan por unos globos que parecen balas de piedra. Hay aun cuarenta y tres balaustres de pié, los demás están echados por tierra; casi todos están acribillados de balas de fusil.

En este jardin, que está más bajo que el huerto, penetraron seis tiradores del primero de ligeros, y no pudiendo ya salir, al verse cogidos y acosados, aceptaron el combate contra dos compañías hannoverianas, una de las que gastaba carabinas: coronaban los balaustres y tiraban desde arriba, y los tiradores franceses respondian al fuego desde abajo; eran seis contra doscientos, pero intrépidos y sin otro resguardo que el de los groselleros; tardaron, sin embargo, un cuarto de hora en morir.

Despues de subir algunos escalones, desde el jardin se pasa al huerto propiamente dicho. Allí, en el espacio de algunas toesas cuadradas, murieron mil quinientos hombres en menos de una hora. El muro parece que está dispuesto para comenzar otra vez el combate: aun existen en él las treinta y ocho troneras que abrieron los ingleses á alturas irregulares. Delante la décimasexta se encuentran dos tumbas inglesas de granito. Las troneras solo están en el muro del Sur, que fué por donde se verificó el ataque principal: oculta el exterior de este muro un alto seto. Llegaron los franceses hasta allí, creyendo que no tenian otro obstáculo que vencer que el seto; le saltaron y entonces se encontraron con los obstáculos del muro y la emboscada; con los guardias ingleses detrás; con las treinta y ocho troneras

haciendo fuego á la vez; con una tempestad de balas y de metralla, que aniquiló á la brigada Soye. Así comenzó Waterlóo.

Sin embargo, se apoderaron del huerto. Los franceses no tenian escalas, pero treparon con las uñas. Los enemigos pelearon cuerpo á cuerpo bajo los árboles. Toda la yerba quedó teñida de sangre. Quedó allí exterminado el batallon de Nassau, que se componia de setecientos hombres. La parte exterior del muro, contra la que se asestaron las dos baterías de Kellerman, está acribillada de metralla.

Dicho vergel, esto no obstante, es sensible al mes de Mayo como cualquier otro. Produce sus botones de oro y sus margaritas blancas: la yerba crece mucho; pacen en él caballos de labor; atan de árbol á árbol cuerdas de crin para secar la ropa, que hacen bajar la cabeza á los transeuntes; los piés caminan por un erial y se hunden en los agujeros que hacen los topos. En medio de la yerba se encuentra todavía un tronco desarraigado, pero verde aun; en él el mayor Blackman se recostó para espirar. Debajo de un árbol inmediato cayó muerto el general aleman Duplat, oriundo de una familia francesa, refugiada cuando se revocó el edicto de Nantes. Los troncos de los árboles secos abundan en el vergel. Los cuervos vuelan por entre sus ramas. En el fondo del huerto hay un bosque lleno de violetas.

En aquel terrible sitio fué muerto Bauduin, Foy herido, hubo incendio, matanza, carnicería, furioso arroyo de sangre inglesa, alemana y francesa mezclada; un pozo lleno de cadáveres; fueron destruidos el regimiento de Nassau y el de Brunswick. Duplat y Blackman muertos, la guardia inglesa mutilada, diezmados veinte batallones del cuerpo de ejército de Reille y tres mil hombres en las ruinas de Hougomont degollados, destrozados y quemados: todos estos desastres, para que hoy un aldeano le diga al viajero:

—Señor, dadme tres francos y os explicaré la batalla de Waterlóo.

## III.

### El 18 de Junio de 1815.

Retrocedamos al año 1815, un poco antes de la época en que comienza la accion de esta novela.

Si no hubiera llovido la noche del 17 al 18 de Junio de 1815, hubiera sido diferente el porvenir de Europa. Algunas gotas de agua hicieron caer á Napoleon. Para que Waterlóo fuese el fin de Austerlitz, solo necesitó la Providencia un rato de lluvia, y una nube, atravesando el cielo en sentido contrario á la estacion, bastó para destruir un mundo.

La batalla de Waterlóo no pudo empezar hasta las once y media de la mañana, lo que dió tiempo á Blúcher para llegar. Por qué no pudo empezar antes? Porque la tierra estaba mojada, y fué preciso que se secase algo para que la artillería pudiera maniobrar.

Napoleon era oficial de artillería y se resentia de esto. En el fondo de este prodigioso capitan resaltaba el hombre que en el parte que dirigió al Directorio desde Abukir decia: *Tal bala nuestra mató seis hombres.* Hizo todos sus planes de batalla para el proyectil. Hacer converger la artillería sobre un punto dado, era para él la clave de la victoria. Trataba á la estrategia del general enemigo como á una ciudadela, y la batia en brecha. Abrumaba con la metralla el punto débil; ataba y desataba las batallas con el cañon. Poseia su génio el arte de la puntería. Desbaratar los cuadros, pulverizar los regimientos, romper las líneas, barrer y dispersar las masas, en eso para él consistia todo; destruir, destruir siempre, y encargaba este trabajo á las balas. Método temible, que, unido á su génio, hizo invencible durante quince años á aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de Junio de 1815 contaba con tanta más razon con su artillería, cuanto que era más numerosa que la del enemigo. Wellington tenia ciento cincuenta y nueve bocas de fuego y Napoleon tenia doscientas cuarenta.

Si la tierra hubiese estado seca y hubiera podido rodar por ella la artillería, la batalla hubiera empezado á las seis de la mañana y estaria concluida y ganada por Napoleon tres horas antes de sobrevenir la peripecia prusiana.

¿Qué cantidad de culpa tuvo Napoleon en la pérdida de la susodicha batalla? ¿Puede imputarse al piloto el naufragio?

La evidente decadencia física de Napoleon, ¿se complicaba en aquella época con su decaimiento interior? ¿Veinte años de guerra habian gastado el acero y la vaina, el alma y el cuerpo? ¿Era ya el capitan un veterano inválido? En una palabra, ¿se eclipsaba su génio, como

han creido algunos historiadores importantes? Se eclipsaba ya? ¿Oscilaba ya impulsado por el extravío de un soplo del viento del azar? ¿Era inconsciente del peligro? Esos grandes hombres materiales, que pueden llamarse los gigantes de la accion, ¿pasan por el período de miopía del génio? La vejez no hace mella en los génios del ideal; para Dante y para Miguel Angel, envejecer es crecer en grandiosidad; para Aníbal y Bonaparte, será llegar á la decadencia? ¿Habia perdido Napoleon el sentido directo de la victoria? ¿No conocia ya el escollo, no adivinaba el lazo, no veia la pendiente del abismo? ¿No olfateaba ya las catástrofes? Al que en otro tiempo conocia todos los caminos del triunfo y desde lo alto de su carro relampagueante los indicaba con su dedo soberano, ¿le dominaba ahora el siniestro aturdimiento de arrastrar al precipicio su tumultuoso atalaje de legiones? ¿Se veia atacado á los cuarenta y seis años de locura suprema? El conductor titánico del carro del destino, ¿no era ya más que inexperto fanfarron, que le conducia por sitios en que era fácil volcar?

No lo podemos creer.

Segun la opinion general, su plan de batalla era una obra magistral. Se reducia á ir derecho al centro de la línea de los aliados; abrir un claro en el enemigo, dividirlo en dos; empujar la mitad británica hácia Hal y la mitad prusiana hácia Tongres; hacer en dos pedazos los ejércitos de Wellington y de Blúcher, apoderarse de Mont-Saint-Jean, tomar á Bruselas, arrojar á los alemanes al Rhin y á los ingleses al mar. Este era el plan de batalla de Napoleon.

Inútil es decir que no pretendemos aquí hacer la historia de Waterlóo; una de las escenas generatrices del drama que estamos desarrollando arranca de esta batalla; no es, pues, nuestro objeto historiarla; además, dicha historia está magistralmente escrita bajo un punto de vista por Napoleon y bajo otro punto de vista por una pléyade de autores notables: nosotros desempeñamos aquí el papel del testigo que la vé desde lejos, del transeunte por la llanura, del investigador inclinado sobre aquella tierra sazonada con carne humana, que toma tal vez las apariencias por realidades; no nos creemos con derecho á hacer frente, en nombre de la ciencia, á un conjunto de hechos en los que hay sin duda algun fenómeno de espejismo; ni poseemos la práctica militar ni la competencia estratégica que autorizan á tener un sistema; en nuestra opinion, á los dos capitanes los dominó en Waterlóo un encadenamiento de azares, y cuando se trata del reo misterioso del destino, juzgamos como el pueblo, que es un juez cándido.

## IV.

### A

Para tener una idea exacta de la batalla de Waterlóo, hay que figurarse pintada en el suelo una A mayúscula. La pierna izquierda de la A es el camino de Nivelles; la pierna derecha es la carretera de Genappe; el palo transversal de la A es el camino hondo de Ohain á Braine l' Alleud. El vértice de la A es Mont-Saint-Jean; en él está situado Welligton; la punta izquierda inferior es Hougomont; en ella está Reille con Jerónimo Bonaparte; la punta derecha inferior es la Bella-Alianza; allí está Napoleon. Un poco más abajo del punto en el que el palo transversal de la A encuentra y corta la pierna derecha, está la Haie-Sainte. En medio de dicho palo está precisamente el punto en que se dijo la última palabra de la batalla, y allí se ha colocado un leon, como símbolo involuntario del supremo heroismo de la Guardia imperial.

El triángulo comprendido en el vértice de la A, entre las dos piernas y el palo transversal, es la meseta de Mont-Saint-Jean. La disputa de esta meseta constituyó toda la batalla.

Las dos alas de ambos ejércitos se extienden á derecha é izquierda de los dos caminos de Genappe y de Nivelles; Erlon haciendo frente á Pieton y Reille á Hill.

Detrás de la punta de la A, tras la meseta de Mont-Saint-Jean, se encuentra la selva de Soignes.

Dos ejércitos enemigos en el campo de batalla son dos atletas que luchan á brazo partido. Cada uno de ellos procura hacer caer al contrario; se agarran á lo que tienen á la mano; un matorral les sirve de punto de apoyo, el ángulo de un muro de punto de baluarte; á veces retrocede todo un regimiento por faltarle un resguardo cualquiera; un declive de la llanura, un accidente del terreno, un sendero transversal, un bosque, un barranco, consiguen detener la planta del coloso que se llama ejército y le impiden retroceder. El que sale del campo

es derrotado; por eso es preciso que el jefe responsable examine hasta la menor espesura de árboles y que profundice el menor relieve.

Ambos generales habian estudiado atentamente la llanura de Mont-Saint-Jean, llamada hoy llanura de Waterlóo. Desde el año anterior hizo su estudio Wellington con sagacidad previsora para el caso de dar en ella una batalla. Sobre este terreno y para el terrible desafío, el 18 de Junio ocupaba Wellington la parte ventajosa y Napoleon la adversa. El ejército inglés estaba situado en una altura y el francés en una hondonada.

Creemos inútil bosquejar ahora la figura de Napoleon á caballo, con el anteojo en la mano, en las alturas de Rosomme, al amanecer el dia 18 de Junio de 1815, porque este retrato se ha popularizado ya. La figura del último César se pinta en todas las imaginaciones con el semblante tranquilo, sombreado por el diminuto sombrero de la escuela de Brienne, con el uniforme verde con vueltas blancas, que oculta la placa; con su holgada levita, que tapa las charreteras y el extremo del cordon rojo que asoma por bajo del chaleco; con el calzon de ante, con su caballo blanco con gualdrapa de terciopelo de color de púrpura, marcada con dos N N coronadas y con águilas en los extremos; con botas de montar sobre medias de seda, con las espuelas de plata y con la espada de Marengo.

Aureola luminosa ha rodeado mucho tiempo á esta figura, por la nebulosidad romancesca que envuelve á los héroes á cierta distancia y que oculta por más ó menos tiempo la verdad; pero hoy dia la historia y la luz se abren paso.

La claridad de la historia es implacable; tiene de extraño y de divino que siendo luz, y precisamente porque es luz, coloca la oscuridad allí donde veíamos rayos luminosos; del mismo personaje hace dos fantasmas distintos, y el uno ataca al otro, haciéndole justicia, y las tinieblas del déspota luchan con el deslumbramiento del capitan: de esto nace la apreciacion más exacta y definitiva de los pueblos. Babilonia, violada, rebaja á Alejandro; Roma, encadenada, rebaja á César, y Jerusalen, muerta, rebaja á Tito. La tiranía sigue al tirano, y es una desgracia para el hombre dejar en pos de sí la oscuridad que tiene aquella forma.

## V.

### El quid obscurum de las batallas.

Es muy conocida la primera fase de la batalla de Waterlóo, que fué un principio confuso, incierto, vacilante y amenazador para los dos ejércitos, para los ingleses aun más que para los franceses.

Habia llovido toda la noche; la tierra estaba empapada en agua, acumulándose aquí y allá y formando balsas; en algunos puntos llegaba el agua hasta los ejes de los carros; las cinchas de los tiros goteaban fango líquido; si los trigos y los centenos que derribó el tropel de carros en marcha no hubiera llenado los baches, formando un lecho bajo las ruedas, hubiera sido imposible todo movimiento, sobre todo en los valles de la parte de Papelotte.

La accion empezó tarde; como antes explicamos, Napoleon acostumbraba á tener toda la artillería en la mano y á prepararla como el que prepara una pistola, apuntando á éste ó al otro punto de la batalla; esperó que las baterías enganchadas pudiesen rodar y galopar libremente; para esto era preciso que alumbrase bien el sol y que secase la tierra. Pero el sol no apareció. Aquella no era la cita de Austerlitz. Cuando se disparó el primer cañonazo, el general inglés Colville miró el reloj y señalaba las once y treinta y cinco minutos.

La accion se empeñó con furia, tal vez con más furia que queria Napoleon, por el ala izquierda francesa contra Hougomont. Al mismo tiempo Napoleon atacó el centro, precipitando la brigada Quiot sobre la Haie-Sainte, y Ney llevó el ala derecha francesa contra el ala izquierda inglesa, que se apoyaba sobre Papelotte.

El ataque de Hougomont tenia algo de simulado; el objeto era traer hácia allí á Wellington y hacerle inclinarse hácia la izquierda. Este plan hubiera dado buen resultado si las cuatro compañías de guardias inglesas y los fogosos belgas de la division de Perponcher no hubiesen sólidamente defendido la posicion: Wellington por eso no tuvo que concentrarse allí, limitándose á enviar por todo refuerzo otras cuatro compañías de guardias y un batallon de Brunswich.

El ataque del ala derecha francesa fué un ataque á fondo; su objeto era desbaratar el ala izquierda inglesa, cortar

el camino de Bruselas, interceptar el paso á los prusianos que pudieran acudir por aquella parte, forzar á Mont-Saint-Jean, rechazar á Wellington hácia Hougomont, de allí hácia Braine-l'Alleud y de allí hasta Hall. A excepcion de algunos incidentes, este ataque tuvo buen éxito: los franceses se apoderaron de Papelotte y de Haie-Sainte.

Notemos este detalle. Habia en la infantería inglesa, particularmente en la brigada de Kempt, muchos reclutas. Estos soldados bisoños se portaron como valientes, combatiendo con la temible infantería francesa; su inexperiencia salió intrépidamente del paso, prestando excelente servicio de guerrillas: el soldado de guerrilla entregado á sí mismo hasta cierto punto, se convierte, por decirlo así, en su propio general; dichos reclutas mostraron tener algo de la invencion y de la bravura francesa. Dicha infantería bisoña tuvo momentos de inspiracion que desagradaron á Wellington.

Despues de la toma de Haie-Sainte, el éxito de la batalla quedó indeciso.

En esta jornada, desde las doce á las cuatro de la tarde, hay un oscuro intervalo; la parte segunda de esta batalla está confusa y participa de lo sombrío de la pelea: la oculta el crepúsculo. En su bruma hay vastas fluctuaciones, hay una especie de ilusion vertiginosa, que formaban los arreos de guerra de entonces, casi desconocidos hoy; los morriones con llama, los portapliegos flotantes, las correas cruzadas, las cartucheras de granadas, los dolmanes de los húsares, las botas encarnadas de mil pliegues, los pesados chacós, adornados con cordones; la infantería casi negra de Brunswich, revuelta con la infantería color de escarlata de Inglaterra; los soldados ingleses, que llevaban, en vez de charreteras, gruesos rodetes circulares y blancos; la caballería ligera hannoveriana, con el casco de cuero oblongo con filetes de cobre y crines rojas; los escoceses, con las rodillas desnudas y sus mantas á cuadros; las grandes polainas blancas de los granaderos franceses; y todo esto trazando cuadros, no líneas estratégicas, á propósito para el pincel de Salvator Rosa, pero no para el de Gribeanval.

Se mezcla siempre en las batallas cierta cantidad de tempestad: *quid obscurum, quid divinum*, y cada historiador copia los contornos que le agradan en ese torbellino. Cualquiera que sea la combinacion de los generales, el choque de las masas armadas ofrece incalculables reflejos; en la accion, los planes de ambos jefes penetran el uno en el otro y se desfiguran mútuamente. Este punto del campo de batalla devora más combatientes que aquel, como los suelos esponjosos, que absorben más ó menos pronto el agua que se les arroja. Es indispensable derramar más soldados de los que se quisiera. Gastos que ocasiona lo imprevisto. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los regueros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondean; los regimientos, al entrar ó al salir, forman cabos ó golfos; todos esos escollos se renuevan contínuamente unos delante de otros; al sitio donde estaba la infantería llega la artillería; donde estaba la artillería acude la caballería; los batallones son columnas de humo. Algo habia allí, buscad; ha desaparecido: los claros cambian de sitio; los pliegues sombríos avanzan y retroceden; una especie de viento del sepulcro empuja, arrolla, dilata y dispersa á aquellas trágicas muchedumbres. Qué es una pelea? Una oscilacion. La inmovilidad del plano matemático expresa un minuto, no una jornada. Para pintar bien una batalla, es preciso poseer la paleta de uno de esos pintores poderosos que tienen algo del caos en su manera de pintar, y para esto vale más Rembrandt que Vandermenlen. Vandermenlen, que es exacto al medio dia, miente á las tres. La geometría engaña; solo el huracán es verdadero, y esto es lo que dá derecho á Folard para contradecir á Polibio. Añadamos á lo dicho que hay siempre algun momento en que la batalla degenera en combate, se particulariza y se subdivide en innumerables hechos de detalle que, segun dice el mismo Napoleon, "pertenecen más á la biografía de los regimientos que á la historia del ejército„. El historiador en este caso tiene indudablemente el derecho de resumir. Solo puede apoderarse de los rasgos principales de la lucha, porque es imposible al narrador más concienzudo fijar con precision la forma de la nube horrible que se llama una batalla. Esto, que es verdad tratándose de los grandes choques de los ejércitos, es particularmente aplicable á Waterlóo.

Despues del medio dia hubo cierto instante en que la batalla adquirió carácter determinado.

## VI.

### Las cuatro de la tarde.

A dicha hora era grave la situacion del ejército inglés. El príncipe de Orange mandaba el centro, Hill el ala derecha y Picton el ala izquierda. El príncipe de Orange gritaba á los holando-belgas: *Nassau! Brunswick! ¡No retrocedais nunca!* Hill, debilitado, se dirigia á apoyar su espalda en Wellington; Picton habia muerto. En el mismo momento en que los ingleses cogian la bandera del regimiento 105 de línea de los franceses, éstos mataban de un balazo en la cabeza al general inglés Picton. Para Wellington la batalla tenia dos puntos de apoyo; Hougomont y la Haie-Sainte: Hougomont estaba ardiendo, pero se sostenia aun, y se habia apoderado de la Haie-Sainte; del batallon aleman que la defendia, solo cuarenta y dos hombres quedaban; todos los oficiales, menos cinco, murieron ó eran prisioneros. Tres mil combatientes perecieron en aquella granja. Un sargento de guardias inglesas, reputado por el primer boxador de Inglaterra, fué muerto allí por un tamborcillo francés. Baing fué desalojado y Alten acuchillado. Se perdieron muchas banderas; una de la division de Alten y otra del batallon de Luxemburgo, que llevaba un príncipe de la familia de Deux-Ponts. Los escoceses grises no existian ya. Los fornidos dragones de Ponsomby estaban destrozados; arrollaron esta valiente caballería los lanceros de Bro y los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos, solo quedaron seiscientos; de los tres coroneles, dos estaban tendidos ya en el suelo, Hamilton herido y Mater muerto. Ponsomby cayó atravesado por siete lanzas. Gordon habia muerto y Marsh tambien. Las divisiones quinta y sexta quedaron destruidas.

Hougomont asaltado y Haie-Sainte tomada, solo le quedaba un nudo al ejército inglés, el centro, que continuaba resistiendo: Wellington lo reforzó. Hizo acudir á él á Hill, que estaba en Merbe-Braine, y á Chassé, que estaba en Braine-l'Alleud.

El centro del ejército inglés, algo cóncavo, muy denso y muy compacto, estaba muy bien situado. Ocupaba la meseta de Mont-Saint-Jean, teniendo á las espaldas la aldea y delante la cuesta, entonces muy áspera, y se apoyaba en la casa sólida de piedra, que en aquella época era dominio señorial de Nivelles, y marca la interseccion de los dos caminos: edificio del siglo diez y seis, tan inexpugnable, que rebotaban en él las balas sin hacerle mella. Alrededor de la meseta los ingleses habian cortado los setos aquí y allá, abriendo troneras en los árboles, colocando bocas de cañon entre las ramas y aspillerando los zarzales. Su artillería se emboscaba detrás de la maleza. Este trabajo púnico, que la guerra autoriza, admitiendo las estratagemas, estaba tan bien hecho, que Haxo, enviado por el emperador á las nueve de la mañana á reconocer las baterías enemigas, no las vió, y volvió á decir á Napoleon que no existia otro obstáculo que el de dos barricadas que obstruian los caminos de Nivelles y de Genappe. A la sazon estaban las mieses muy crecidas: un batallon de la brigada de Kempt, el 95, armado con carabinas, estaba echado entre los trigos.

Fortificado de este modo, el ejército anglo-holandés ocupaba excelente posicion; su único peligro consistia en la selva de Soignes, contigua al campo de batalla, y que cortaban las lagunas de Grœnendael y de Boitsfort. El ejército no hubiera podido retroceder allí sin disolverse ni sin diseminarse. La artillería era preciso perderla en los pantanos. La retirada, segun varias opiniones científicas, hubiera sido una dispersion general, aunque otros hombres competentes no opinan de esta manera.

Wellington añadió á dicho centro una brigada de Chassé, quitada al ala derecha, y otra brigada de Wincke, que suprimió del ala izquierda, y además lo reforzó con la division Chiston. A los regimientos ingleses de Halkett, á la brigada de Mitchell y á los guardias de Maitland dió, como sostén y contrafuerte, la infantería de Brunswick, el contingente de Nassau, los hannoverianos de Kielmansegge y los alemanes de Ompteda.

Formaban un conjunto de veintiseis batallones. El ala derecha, como dice Carras, fué rechazada hasta detrás del centro. Una enorme batería se ocultaba detrás de sacos de tierra en el sitio que hoy se llama "el Museo de Waterlóo„. Wellington escondia además, en un repliegue del terreno, los guardias dragones de Somerset, que sumaban mil cuatrocientos caballos, y que constituian la otra mitad de la célebre caballería inglesa. Destruido Ponsomby, quedaba Somerset.

La batería, que si se hubiese terminado hubiera sido un reducto, estaba colocada detrás de las tapias de un jardin muy bajo y revestida con precipitacion con una cortina de sacos de arena y con ancho repecho de tierra; no tuvieron tiempo para empalizarla.

Wellington, inquieto, pero impasible, estaba á caballo, y todo el dia permaneció en la misma actitud delante del molino viejo de Mont-Saint-Jean, que existe todavía, y bajo un olmo, que un inglés entusiasta, pero vándalo, compró despues por doscientos francos, lo hizo serrar y se lo llevó. Wellington se mostró allí friamente heróico. Llovian las balas á su lado. Su ayudante de campo, Gordon, murió cerca de él. Lord Hill, señalándole un obús que acababa de disparar, le dijo:

—Milord, ¿qué instrucciones y qué órdenes nos dejais si os matan?

—*Hacer lo que yo*, le respondió Wellington.

A Clinton le dijo lacónicamente:

—*Permanecer aquí hasta perder el último hombre.*

La batalla tomaba mal aspecto para los ingleses. Wellington gritaba á sus antiguos compañeros de Vitoria, de Talavera y de Salamanca:

—*Muchachos, no penseis en cejar!... ¡Acordaos de la vieja Inglaterra!*

A las cuatro de la tarde la línea inglesa se movió hácia atrás. De repente solo se vieron ya en la cresta de la meseta la artillería y los tiradores; los demás habian desaparecido; los regimientos, arrojados por los obuses y las balas francesas, se replegaron en el fondo que hoy aun corta el sendero de la granja de Mont-Saint-Jean; hubo un momento de retroceso, desapareció el frente de batalla inglés, y Wellington fué hácia atrás.

—Principio de retirada, exclamó Napoleon.

## VII.

### Napoleon de buen humor.

El emperador, aunque estaba enfermo y le incomodaba para montar un sufrimiento local, nunca estuvo de tan buen humor como ese dia. Desde por la mañana su impenetrabilidad se sonreia. El hombre que estuvo sombrío en Austerlitz, estaba alegre en Waterlóo. Todos los predestinados célebres ofrecen estos contrasentidos. Nuestras alegrías solo son sombras; la sonrisa suprema pertenece á Dios.

*Ridet, Cæsar, Pompejus flebit*, decian los soldados de la legion fulminadora. Pompeyo no debia llorar esta vez, pero lo cierto es que César reia.

Desde la una de la noche anterior, explorando á caballo con Bertrand, en medio de la lluvia y de la tempestad, las colinas inmediatas á Rossomme; satisfecho al contemplar la larga línea de los fuegos ingleses, que iluminaban el espacio, desde Frischemont hasta Braine-l' Alleud, le pareció que el destino, emplazado por él para un dia fijo en el campo de Waterlóo, era exacto á la cita: detuvo el caballo y permaneció inmóvil algun tiempo, mirando los relámpagos y oyendo los truenos, murmurando en su fatalismo esta frase misteriosa: "Estamos de acuerdo.„ Pero Napoleon se equivocaba: no estaban ya de acuerdo el destino y él.

No durmió ni un minuto aquella noche; todos sus instantes se habian señalado para él con una alegría. Recorrió todas las líneas de las avanzadas de caballería, parándose aquí y allá á hablar con los centinelas. A las dos y media de la madrugada, cerca del bosque de Hougomont, oyó el paso de una columna en marcha, y creyó por un momento que Wellington se retiraba. Entonces dijo á Bertrand: *Es la retaguardia inglesa, que se prepara para levantar el campo. Haré prisioneros á los seis mil ingleses que acaban de llegar á Ostende.* Hablaba con expansion, con la elocuencia con que se producia cuando el desembarco de 1.° de Marzo al presentar al gran mariscal el aldeano del golfo Juan, y exclamaba:—*Pues bien, Bertrand, ya tenemos refuerzo!* La noche del 17 al 18 de Junio se mofaba de Wellington, diciendo:—*Ese inglesillo necesita una leccion.* Arreciaba la lluvia y retumbaba el trueno mientras hablaba Napoleon.

A las tres y media de la madrugada habia perdido una ilusion: dos oficiales que envió de exploradores le anunciaron que el enemigo no habia hecho ningun movimiento. Nada se movia en su campamento, en el que ni una sola hoguera se habia apagado. El ejército inglés dormia; habia profundo silencio en la tierra; solo se oia el ruido en el cielo.

A las cuatro le presentaron las avanzadas un aldeano que habia servido de guia á la caballería inglesa, probablemente á la brigada Vivian, que fué á tomar posicion en la aldea de Ohain. A

las cinco dos desertores belgas le refirieron que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla. *Tanto mejor!* exclamó Napoleon; *prefiero arrollarlos á obligarles á que se retiren.*

Al amanecer echó pié á tierra en el ribazo que forma el ángulo del camino de Plancenoit, en medio del lodo; mandó que le llevaran allí una mesa de cocina y una silla rústica de la granja de Rossomme; se sentó en ella, teniendo por alfombra un haz de paja, y desdobló sobre la mesa el mapa del campo de batalla, diciéndole á Soult: *¡Bonito tablero de ajedrez!*

Por la pertinacia de la lluvia de la noche anterior los convoyes de víveres, atascados en los caminos llenos de baches, no pudieron llegar por la mañana; los soldados no habian dormido, estaban calados de agua hasta los huesos y en ayunas, lo que no impidió que Napoleon dijera alegremente á Ney:—*Tenemos noventa y nueve probabilidades contra una.* A las ocho le presentaron el almuerzo á Napoleon, al que invitó á muchos generales. Mientras almorzaban hubo quien refirió que Wellington estuvo la víspera de la batalla en el baile de la duquesa de Richmond, en Bruselas. Soult, que era rudo guerrero con cara de arzobispo, dijo:—*El baile será hoy.*

Al emperador, que se chanceaba con Ney, éste contestó:—*Wellington no será tan necio que se atreva á esperar á vuestra majestad.* En efecto, á su majestad imperial "le gustaba chancearse„, como dice Fleury de Chaboulon. "El humor festivo constituia el fondo de su carácter„, afirma tambien Gourgaud. "Decia con frecuencia chistes más originales que ingeniosos„, añade Benjamin Constant. Vale la pena de insistir en estas alegrías del gigante. Llamaba á sus granaderos "los gruñones„, les pellizcaba las orejas y les tiraba de los bigotes. *El emperador no cesa de chancearse con nosotros*, decia uno de ellos.

Durante la misteriosa travesía de la isla de Elba á Francia, el 27 de Febrero, en alta mar, el *Zéfiro*, brick de guerra francés, encontró al *Inconstante*, brick, en el que iba escondido Napoleon, y habiéndole pedido noticias del emperador, éste, que aun llevaba la escarapela blanca y de color de amaranto, sembrada de abejas, que habia adoptado en la isla de Elba, cogió riendo la bocina y contestó:

"El emperador sigue muy bien.„

El que de este modo rie se familiariza con los acontecimientos. Napoleon tuvo muchos accesos de risa durante el almuerzo de Waterlóo. Despues de almorzar se quedó pensativo un cuarto de hora, y luego hizo escribir á dos generales sobre el haz de paja, con la pluma en la mano, un pliego de papel sobre las rodillas, y les dictó el órden de batalla.

A las nueve, el ejército francés, escalonado y puesto en movimiento en cinco columnas, desplegaba sus divisiones en dos líneas, con la artillería entre las brigadas, con las músicas á la cabeza, batiendo marcha el redoble de los tambores y el sonido de las trompetas, y se destacaba en el horizonte el poderoso é inmenso mar de cascos, de sables y de bayonetas: conmovido el emperador, exclamó dos veces:

—*Magnífico! Magnífico!*

Desde las nueve hasta las diez y media todo el ejército imperial tomó posicion, ordenándose en seis líneas, formando, segun la misma frase de Napoleon, "una figura de seis VV„. Algunos instantes despues de formarse el frente de batalla, en medio del profundo silencio del principio de la tormenta que precede á los combates, al ver desfilar las tres baterías de á doce, destacadas de los cuerpos de Erlon, de Reille y de Lobau, destinadas á comenzar la accion atacando á Mont-Saint-Jean, Napoleon tocó á Haxo en el hombro y le dijo:—*Hé ahí veinticuatro jóvenes guapas, general.*

Seguro del éxito alentó con su sonrisa, al pasar por delante de él, á la compañía de zapadores del primer cuerpo, que habia designado para fortificarse en Mont-Saint-Jean en cuanto se tomara la aldea; solo turbó su serenidad una palabra de altiva compasion; al ver á su izquierda, en el sitio donde hoy hay una tumba, agruparse en masa con sus soberbios caballos los admirables escoceses grises, exclamó:—*Es lástima!*

Montó despues á caballo, dirigióse hácia Rosomme y eligió para observatorio un montecillo que habia á la derecha del camino de Genappe á Bruselas, que fué su segunda estacion durante la batalla. Su tercera estacion, la de las siete de la tarde, entre la Bella-Alianza y la Haie-Sainte, fué terrible; fué en una altura bastante elevada, que existe aun, y tras la cual se agrupó la Guardia en un declive de la llanura. Alrededor de este cerrillo rebotaban las balas sobre el empedrado de la calzada hasta donde estaba Napoleon. Como en Brienne, silbaban sobre su cabeza las balas y la metralla.

Se recogieron, casi en el sitio en que puso los piés su caballo, balas oxidadas, hojas de sable y proyectiles informes tomados de orin. Hace algunos años se desenterró en aquel sitio un obús de sesenta, cargado todavía, cuya boca se habia roto al ras de la bomba. En el referido sitio fué donde dijo el emperador á su guia Lacoste, campesino enemigo, que iba atado á la silla de un húsar y temblando, volviendo la cabeza á cada descarga de metralla y procurando esconderse detrás de Napoleon:

—Imbécil! Eso es vergonzoso! ¡Vas á hacerte matar por la espalda!

El que escribe esta obra encontró en la movediza pendiente de ese cerrillo, removiendo la arena, los restos del cuello de una bomba casi deshechos por el óxido de cuarenta y seis años, pedazos de hierro viejo que sus dedos rompian como si fueran ramas de saúco.

Las ondulaciones de la llanura, diversamente inclinadas, en la que se verificó el encuentro de Napoleon y de Wellington, no son ya las que eran el 18 de Junio de 1815. Al tomar de este campo fúnebre materiales para construir en él un monumento, han destruido su antigua forma, y la historia, desconcertada, no lo conoce ya.

Para glorificarle lo han desfigurado. Cuando Wellington volvió á ver, dos años despues, á Waterlóo, dijo:—"Han cambiado mi campo de batalla.„ Donde se levanta hoy la gran pirámide de tierra que corona un leon, habia un cerrillo que declinaba hácia el camino de Nivelles y descendia por medio de pendiente practicable, pero que por el lado de la calzada de Genappe era casi un risco escarpado. Aun puede medirse la elevacion de este repecho por la altura de los montecillos de las dos grandes sepulturas que encallejonan el camino de Genappe á Bruselas: una, que es la tumba inglesa, está á la izquierda; y la otra, que es la alemana, á la derecha. No hay tumba francesa. Para Fancia, toda aquella llanura fué un sepulcro. Gracias á las mil y mil carretadas de tierra empleadas para construir el promontorio, de ciento cincuenta piés de altura y de media milla de circuito, es hoy dia accesible, por medio de una cuesta suave, la meseta de Mont-Saint-Jean: el de la batalla, sobre todo por el lado de la Haie-Sainte, era de áspero y escabroso acceso. Su vertiente era tan inclinada, que la granja, situada en el fondo del valle, centro del combate, quedaba por debajo del tiro de los cañones ingleses. El 18 de Junio de 1815 las lluvias habian formado barrancos en aquellas asperezas, el cieno dificultaba la subida, y no solo se trepaba mal, sino que se hundian en el lodo los que se aventuraban á subir. A lo largo de la meseta corria una especie de foso que era imposible conocer desde lejos.

Digamos algo de ese foso. Braine-l'Alleud es una aldea de Bélgica, Ohain es otra. Estas aldeas, escondidas ambas en las sinuosidades del terreno, se unen por un camino de cerca de legua y media, que atraviesa una llanura ondulante, y que muchas veces entra y se hunde como un surco entre colinas, lo cual hace que el camino, en varios puntos, sea materialmente un barranco. En 1815, como hoy, ese camino cortaba la cresta de la meseta de Mont-Saint-Jean, entre las calzadas de Genappe y de Nivelles, pero en la actualidad está al nivel de la llanura, y entonces era una hondonada. Sus dos repechos laterales han servido para formar el promontorio-monumento. Este camino era, y es aun, una zanja en la mayor parte de su trayecto, zanja que tiene algunas veces doce piés de profundidad, y cuyas paredes, demasiado escarpadas, se desmoronaban por varias partes, sobre todo en invierno en tiempo de lluvia; así es que ocasionaron algunos accidentes dolorosos. Era tan estrecho el camino á la entrada de Braine-l'Alleud, que murió allí un viajero aplastado por su carro, como lo prueba una cruz de piedra levantada junto al cementerio, en la que se lee que allí murió *el señor Bernardo de Brye, comerciante de Bruselas*, y la fecha del accidente, esto es, *Febrero de 1657*. El suelo del camino era tan profundo en la meseta de Mont-Saint-Jean, que un campesino llamado Mateo Nicasio quedó aplastado allí en 1783 por un hundimiento del repecho, lo que atestiguaba tambien otra cruz de piedra, cuyos brazos desaparecieron cuando el desmonte, pero cuyo pedestal derribado se vé aun en la pendiente del césped, á la izquierda de la calzada, entre la Haie-Sainte y la granja de Mont-Saint-Jean.

En un dia de batalla era invisible, esto es, formidable, dicho camino hondo y pantanoso, cuya existencia no podia presumirse, y que rodeaba la cresta de Mont-Saint-Jean, formando un foso en la cima de la escarpadura y un barranco oculto entre los cerros.

## VIII.

**El emperador hace una pregunta al guia Lacoste.**

Dijimos que Napoleon estaba contento por la mañana el dia de la batalla de Waterlóo; tenia razon: el plan que habia concebido era admirable, como hemos tenido ocasion de ver.

Una vez empeñada la batalla, las peripecias muy diversas que se sucedieron, los mil incidentes tempestuosos, pasando como las nubes de la batalla por delante de Napoleon, apenas turbaron su mirada ni anublaron su faz imperial. Se sucedieron las siguientes inquietadoras peripecias: la resistencia que opuso Hougomont, la tenacidad de la Haie-Sainte, morir Bauduin, quedar Foy fuera de combate, la inesperada muralla, contra la que se estrelló la brigada Soye; el fatal aturdimiento de Guilleminot, que se quedó sin petardos y sin sacos de pólvora; el atascamiento de las baterías, quince piezas sin escolta, que derrotó Uxbridge en una cañada; el poco efecto que producian las bombas que caian en las líneas inglesas, por hundirse en el suelo empapado de agua; la inutilidad del ataque simulado de Piré contra Brainel' Alleud con quince escuadrones, que quedaron casi anulados; el ala izquierda del enemigo mal atacada; el extraño error de Ney de formar en masa, en vez de escalonar, las cuatro divisiones del primer cuerpo, entregando de ese modo á la metralla masas de veinte filas y frentes de doscientos hombres; los horribles huecos que hacian las balas en esas masas; las columnas de ataque diseminadas; la batería Descarpe bruscamente descubierta por el flanco; Bourgeois, Doucelot y Durutte comprometidos, Quiot rechazado, el teniente Bieux herido, al derribar á hachazos la puerta de la Haie-Sainte, por el fuego del reducto inglés, que cortaba el ángulo del camino de Genappe á Bruselas; la division Marcognet cogida entre la infantería y la caballería, fusilada á quemaropa en los trigos por Bert y Pack, acuchillada por Ponsomby, clavándole su batería de siete piezas; el príncipe de Sajonia Weimar manteniendo y conservando á Frischemont y á Smohain, á pesar del conde de Erlon; la toma de las banderas del 45 y del 105; el húsar prusiano negro, que detuvieron los exploradores de la columna volante de trescientos cazadores que recorrian el camino de Wavre á Plancenoit; las noticias alarmantes que dió dicho prisionero; la tardanza de Gronchy; los mil quinientos hombres que perecieron en el huerto de Hougomont; los mil ochocientos muertos en menos tiempo alrededor de la Haie-Sainte: ninguna de las referidas peripecias desastrosas turbó el ánimo del emperador, que estaba acostumbrado á mirar la guerra cara á cara, importándole poco los guarismos aislados, sin hacer caso de ellos, si sumados le daban este total: Victoria. Si al principio la accion tomaba mal rumbo, no se alarmaba por eso, porque se creia dueño y poseedor del fin; sabia esperar, suponiéndose fuera de cuestion, y trataba al destino de igual á igual. Parecia que desafiaba á la suerte diciéndola: "No te atreverás conmigo„.

Napoleon, que era mitad luz y mitad sombra, creia que el bien le protegia y que el mal le toleraba. Creia tener en su favor connivencia ó complicidad con los acontecimientos, equivalente á la invulnerabilidad antigua.

Sin embargo, teniendo tras sí al Beresina, á Leipzig y á Fontainebleau, parece que tenia motivos para desconfiar de Waterlóo.

En el mismo instante en que retrocedió Wellington, se extremeció Napoleon. Vió desalojar la meseta de Mont-Saint-Jean de pronto y desaparecer el frente del ejército inglés; es que se rehacia escondiéndose. El emperador se levantó sobre los estribos. El relámpago de la victoria cruzó por delante de sus ojos. Acorralar y destruir á Wellington en la selva de Soignes significaba que Francia aniquilaba definitivamente á Inglaterra; era tomar la revancha de las derrotas de Crecy, de Poitiers, de Malplaguet y de Ramillies. Era que el hombre de Marengo rehabilitaba á Azincourt.

El emperador, meditando sobre este incidente, paseó por última vez el anteojo por todos los puntos del campo de batalla. Su Guardia, descansando sobre las armas detrás de él, le observaba desde abajo con religioso respeto. Napoleon meditaba, examinando las laderas y las pendientes, escudriñando los grupos de árboles, el cuadrado de centenos y el sendero; parecia que contaba los matorrales. Miró largo rato los reductos ingleses de las dos calzadas, formados de dos talas inmensas de árboles; el de la calzada de Genappe por encima de la Haie-Sainte, armado de dos cañones, únicos

de toda la artillería inglesa que apuntaban al fondo del campo de batalla; y el de la calzada de Nivelles, en el que resplandecian las bayonetas holandesas de la brigada de Chassé. Vió junto á este reducto la antigua capilla de San Nicolás, pintada de blanco, que está en el ángulo de la travesía hácia Braine-l'Alleud. Se inclinó sobre el caballo y habló en voz baja al guia Lacoste. Este hizo con la cabeza un signo negativo, probablemente pérfido.

Enderezóse el emperador sobre la silla y reflexionó.

Wellington habia retrocedido; solo le restaba terminar el retroceso con una derrota completa.

Napoleon, volviéndose bruscamente, envió á Paris un correo á escape que anunciase que habia ganado la batalla.

Napoleon era uno de esos génios que producen el trueno, y acababa de encontrar el modo de lanzar el rayo.

Dió órden á los coraceros de Milhaud de que se apoderasen de la meseta de Mont-Saint-Jean.

## IX.

### Lo inesperado.

Dichos coraceros eran tres mil quinientos; eran hombres gigantes que montaban caballos colosales y formaban un frente de un cuarto de legua. Constituian veintiseis escuadrones, y para apoyarlos tenian detrás la division de Lefebvre-Desnouettes, ciento seis gendarmes escogidos, mil ciento noventa y siete cazadores de la Guardia y mil ochocientos lanceros de la Guardia tambien. Llevaban casco sin crin, coraza de hierro batido, pistolas en el arzon de la silla y un largo sable-espada.

Todo el ejército los admiró aquella mañana, cuando al tocar los clarines y al entonar todas las bandas de música el himno: *Velemos por la salvacion del imperio*, se desplegaron en columna cerrada en dos filas entre la calzada de Genappe y Frischemont y ocuparon su puesto de batalla en la poderosa segunda línea, sábiamente dispuesta por Napoleon, que tenia en su extremo izquierdo á los coraceros de Kellerman y en su extremo derecho á los coraceros de Milhaud; línea que podia decirse que tenia las dos alas de hierro.

El ayudante de campo del emperador, Bernard, les llevó la órden. Ney desenvainó la espada y se puso al frente. Los enormes escuadrones partieron.

Entonces se vió un espectáculo formidable. Toda esta caballería, con los sables desnudos, con sus flotantes banderines, sonando las trompetas, formada en columna por divisiones, bajó con un mismo movimiento y como un solo hombre por la colina de la Bella-Alianza; se internó en el temible fondo donde tantos hombres habian ya perecido; desapareció entre nubes de humo; despues, saliendo de la sombra, volvió á aparecer por el otro lado del valle, siempre compacta y unida, y atravesando una nube de metralla que llovia sobre ella, subió al trote largo la espantosa pendiente, cubierta de fango, de la meseta de Mont-Saint-Jean. Aquellos hombres subian con gravedad imperturbable y amenazadora, y en los intervalos del fuego de la fusilería y de la artillería, oíase el colosal ruido de la marcha de los caballos. Formaban dos divisiones y por lo tanto dos columnas: la division Wathier iba á la derecha y la division Delord á la izquierda. Creíase ver desde lejos alargarse hácia la cresta de la meseta dos inmensas culebras de acero que atravesaron como un prodigio el campo de la batalla.

Desde que tomó la caballería pesada el gran reducto de Moskowa no se habia visto cosa igual; Murat faltaba allí, pero estaba Ney. Parecia que aquella masa de hombres se habia convertido en mónstruo y solo tenia un alma. Cada escuadron ondulaba y se dilataba como los anillos de un pólipo. Se les distinguia al través de vasta humareda, rasgada aquí y allá. Formaban revuelta confusion de cascos, de gritos, de sables, de saltos de las grupas de los caballos al oir el estampido del cañon y el sonido de los clarines, de tumulto terrible, pero disciplinado.

Esta narracion parece propia de otra edad. Algo semejante á esta vision aparecia sin duda en las antiguas epopeyas de Orfeo, que se referian á los hombres-caballos, á los antiguos hipántropos, titanes de rostro humano y de pecho ecuestre, mitad dioses y mitad bestias, que escalaron á galope el Olimpo, y que eran horribles, invulnerables y sublimes.

Por caprichosa coincidencia numérica, veintiseis batallones iban á recibir á aquellos veintiseis escuadrones. Detrás de la cresta de la meseta, á la sombra de la batería oculta, estaba la infantería

inglesa formada en trece cuadros, constituyendo cada cuadro dos batallones, y en dos líneas, la primera de siete y la segunda de seis, con la culata del fusil apoyada en el hombro y apuntando á los enemigos que se aproximaban. La infantería inglesa no veia á los coraceros ni éstos á aquella; pero aquella oia subir la marea de los soldados enemigos y engrosar el ruido de los tres mil caballos, las pisadas alternativas y simétricas de los cascos al trote largo, el roce de las corazas, el retintin de los sables y una especie de resoplido inmenso y feroz. Despues reinó un momento de pavoroso silencio, y luego, de repente, apareció encima de la cresta larga fila de brazos levantados blandiendo sables, y cascos y trompetas y banderines, y tres mil cabezas con bigotes grises, de cuyas bocas salia este grito: ¡Viva el emperador! Toda la caballería desembocó en la meseta y produjo como el principio de un temblor de tierra.

Súbitamente, á la izquierda de los ingleses y á la derecha francesa, la cabeza de la columna de coraceros se paró, lanzando clamor horrible. Al llegar al punto culminante de la cresta, desenfrenados los coraceros, con toda la fúria de su carrera de exterminio contra los cuadros enemigos, acababan de ver entre ellos y los ingleses un foso, una terrible zanja. Era la hondonada del camino de Ohain. Aquel instante fué espantoso. Se encontraron con el inesperado barranco, abierto á pico bajo los piés de los caballos, de profundidad de dos toesas entre sus dos declives; la segunda fila de la caballería empujó hácia él á la primera, y la tercera empujó á la segunda; los caballos se encabritaban, se echaban hácia atrás, caian sobre las grupas, alzaban al aire los cuatro piés, amontonando y derribando á los ginetes, sin que éstos pudieran retroceder; toda la columna era un proyectil, y la fuerza adquirida para aplastar á los ingleses aplastó á los franceses: inexorable el barranco, solo podia ser vencido llenándolo; ginetes y caballos cayeron en él confundidos, despedazándose unos á otros, formando carne comun dentro del abismo, hasta que la zanja estuvo llena de hombres y de caballos; entonces empezaron á andar por encima los demás y pasaron. Casi la tercera parte de la brigada de Dubois cayó en el barranco. Este fué el principio de la pérdida de la batalla.

Refiere una tradicion local, quizás exagerada, que quedaron sepultados en el camino hondo de Ohain dos mil caballos y mil quinientos hombres. En este número deben comprenderse todos los demás cadáveres que se arrojaron allí al dia siguiente del combate.

Digamos de paso que la brigada de Dubois, tan funestamente desbaratada, una hora antes habia arrebatado la bandera al batallon de Lunebourg.

Antes de mandar Napoleon que entrasen á la carga los coraceros de Milhaud habia examinado el terreno, pero no pudo ver dicho camino hondo, que ocultaba por completo la superficie de la meseta. Sin embargo, como le llamase la atencion la capillita blanca que marca el ángulo que forma el camino con la calzada de Nivelles, hizo una pregunta al guia Lacoste, como previendo probablemente la eventualidad de un obstáculo; pero el guia le respondió que no lo habia, y del movimiento de cabeza negativo de un campesino dependió la catástrofe de Napoleon. Pero aun debian sobrevenirle otras fatalidades.

¿Era posible que Napoleon ganase esta batalla? Creemos que no era posible. Por qué? por causa de Wellington? por causa de Blúcher? No. Por causa de Dios.

No estaba ya en la ley del siglo diez y nueve que Napoleon venciese en Waterlóo; se preparaba una série de hechos en los que Napoleon no tenia sitio designado. La contrariedad que le oponian los acontecimientos lo anunciaba ya desde larga fecha. Era hora ya que este hombre gigantesco cayese; su peso excesivo turbaba el equilibrio de los destinos humanos. Este solo individuo pesaba más que el grupo universal. Serian mortales para la civilizacion si durasen mucho las plétoras de la vitalidad humana concentradas en una sola cabeza y el mundo subiéndose al cerebro de un solo hombre. Habia llegado ya el momento de que remediara esto la incorruptible equidad suprema. Probablemente estarian lastimados los principios y los elementos de que depende la gravitacion regular en el órden moral como en el órden material. Son abogados temibles la sangre que humea, los cementerios demasiado llenos y las madres derramando interminables lágrimas. Cuando la tierra sufre sobrecargada, salen de la oscuridad gemidos misteriosos y los oye el abismo.

Napoleon fué denunciado en el infinito y estaba decretada su caida.

Waterlóo no fué, pues, una batalla; fué el cambio de frente del universo.

## X.

### La meseta de Mont-Saint-Jean.

Al mismo tiempo que el barranco, apareció al descubierto la batería inglesa.

Sesenta cañones y trece cuadros de infantería rompieron el fuego á boca de jarro sobre los coraceros franceses. El intrépido general Delord saludó militarmente á la batería.

Toda la artillería volante inglesa habia entrado al galope en los cuadros. A los coraceros no les hicieron esperar ni un momento. El desastre del barranco los habia diezmado, pero no los desanimó. Pertenecian á los bravos que, cuando disminuye su número, aumenta su valor.

El desastre lo sufrió solo la columna Wathier; la columna Delord, á la que Ney hizo oblicuar hácia la izquierda, como si presintiese la celada, llegó entera.

Los coraceros se lanzaron sobre los cuadros ingleses á galope tendido, con las bridas sueltas, con el sable entre los dientes, con las pistolas en la mano; de ese modo fué el ataque.

Hay momentos en las batallas en los que se endurece el hombre, hasta el extremo de trocar al soldado en estátua y de convertir la carne en granito. Los batallones ingleses, con tal furia atacados, no se movieron.

Aquellos momentos fueron horrorosos.

Todos los frentes de los cuadros ingleses se vieron atacados á un mismo tiempo y envueltos en frenético torbellino. La infantería inglesa permaneció impasible y fria. La primera fila, con un rodilla en tierra, recibia á los coraceros con las bayonetas; la segunda fila los fusilaba; detrás de esta los artilleros cargaban los cañones, abríase el frente del cuadro, dejaba pasar la erupcion de la metralla y se cerraba otra vez. Los coraceros contestaban aplastando á sus enemigos. Sus grandes caballos se encabritaban, pasaban por encima de las filas, saltaban sobre las bayonetas y caian como gigantes en medio de las cuatro murallas vivientes. Las balas abrian claros en la masa de los coraceros, y los coraceros abrian brechas en los muros humanos. Filas de hombres desaparecian destrozadas bajo los piés de los caballos, y las bayonetas se hundian en los vientres de aquellos centauros, causando heridas deformes. Aunque mermaba los cuadros la caballería, éstos se estrechaban sin retroceder. Sin agotárseles la metralla verificaban explosiones en medio de los acometedores. Era monstruosa la forma de este combate: los cuadros no eran ya batallones, eran cráteres; los coraceros no eran ya soldados, eran una tempestad. Cada cuadro era un volcán atacado por una nube; la lava combatia al rayo.

El cuadro extremo de la derecha, que era el más expuesto de todos por estar al aire libre, quedó casi aniquilado desde los primeros choques. Le formaba el regimiento núm. 76 de *highlanders* (montañeses de Escocia). El tocador de *cornamusa* en el centro, mientras se exterminaban á sus alrededores, bajaba con profunda inatencion los ojos melancólicos llenos del reflejo de las selvas y de los lagos, sentado sobre un tambor, con el papel de música bajo el brazo y tocaba los aires de sus montañas. Los escoceses que formaban dicho cuadro morian pensando en Ben Lothian, como los griegos acordándose de Argos. El sable de un coracero, derribando la cornamusa y el brazo que la sostenia, hizo cesar la música, matando al músico.

Los coraceros, poco numerosos relativamente y disminuidos por la catástrofe del barranco, tenian contra ellos casi todo el ejército inglés, pero se multiplicaban, y cada uno valia por diez. Algunos batallones hannoverianos tuvieron que replegarse. Wellington lo vió y pensó en valerse de la caballería. Si en aquel momento Napoleon hubiera acudido á su infantería, hubiera ganado la batalla. Este olvido fué su falta grave.

De pronto, los coraceros agresores se vieron atacados. Tenian á sus espaldas la caballería inglesa, ante ellos los cuadros, detrás á Somerset, y Somerset lo componian mil cuatrocientos guardias dragones. Somerset llevaba á su derecha á Doruberg con la caballería ligera alemana y á Trip con los carabineros belgas. Atacados los coraceros por el flanco y de frente, por delante y por detrás, por la infantería y por la caballería, tuvieron que hacer frente por todas partes. Pero qué les importaba? Eran un torbellino. Su bravura llegó á un extremo inexplicable.

Tenian, además, detrás de ellos la batería, que continuaba vomitando fuego. Todo esto se necesitaba para que aquellos valientes fuesen heridos por la

espalda. Semejantes franceses necesitaban ingleses como los de la batalla de Warterlóo, que entonces ya no fué un combate, sino una furia, una ira vertiginosa, un huracán de espadas flameantes. En pocos momentos los mil cuatrocientos guardias dragones quedaron reducidos á ochocientos; su teniente coronel, Fuller, cayó muerto. Ney acudió con los lanceros y los cazadores de Lefebvre-Desnouettes. La meseta de Mont-Saint-Jean fué tomada, perdida y vuelta á tomar. Los coraceros dejaban la caballería para volverse contra la infantería, ó por mejor decir, toda aquella formidable confusion de combatientes se trababan unos con otros, sin que ninguno soltase á su contrario, pero los cuadros continuaban firmes. Hubo doce asaltos. A Ney le mataron cuatro caballos. La mitad de los coraceros sucumbió en la meseta. La lucha duró cerca de dos horas.

El ejército inglés sufrió grandes pérdidas. No cabe duda que si no hubiese debilitado á los coraceros el desastre del camino hondo, hubieran derrotado al centro y decidido la victoria. Su extraordinaria caballería petrificó á Clinton, que estuvo en Talavera y en Badajoz. Wellington, casi vencido, les admiraba heróicamente, exclamando en voz baja: Brillantísimo! (*Splendid!* palabra textual.)

Los coraceros deshicieron siete cuadros de los trece del ejército inglés, tomaron ó clavaron sesenta cañones y quitaron seis banderas á seis regimientos, que tres coraceros y tres cazadores de la Guardia fueron á entregar á Napoleon.

La situacion de Wellington habia empeorado. Esta extraña batalla se asemejaba á un duelo entre dos heridos encarnizados que se van desangrando cada uno por su parte, pero que no por eso dejan de combatir y de resistirse recíprocamente. ¿Cuál de los dos caerá primero?

Continuaba la lucha en la meseta.

Nadie puede decir hasta dónde llegaron los coraceros; pero al dia siguiente de la batalla aparecieron muertos un coracero y su caballo entre las vigas de la báscula de pesar carruajes en Mont-Saint-Jean, en el punto donde se dividen y se encuentran los cuatro caminos de Nivelles, de Genappe, de Hulpe y de Bruselas. El ginete muerto habia atravesado todas las líneas inglesas. Uno de los hombres que levantaron su cadáver vive todavía en Mont-Saint-Jean, y se llama Dehace. Tenia entonces diez y ocho años.

Wellington se creia ya que iba á ser derrotado. La crísis estaba próxima.

Los coraceros no habian conseguido su objeto, porque no pudieron destruir el centro del ejército inglés. Todos poseian la meseta, pero nadie era dueño de ella; en su mayor parte pertenecia á los ingleses. Wellington poseia la aldea y la llanura culminante; Ney solo tenia la cresta y la pendiente, y ambas partes parecia que habian echado raices en aquel terreno fúnebre.

Pero el decaimiento de los ingleses parecia irremediable. La hemorragia de dicho ejército era horrible. En el ala izquierda Kempt pedia refuerzo.—*No le hay*, le respondia Wellington; *¡que muera en su puesto!* Casi al mismo tiempo, y es una coincidencia singular que denuncia el agotamiento de fuerzas de ambos ejércitos, Ney pedia infantería á Napoleon, y éste exclamaba:—*¿De dónde quiere que saque la infantería? La voy á fabricar?*

Estaba, sin embargo, enfermo de más peligro el ejército inglés. Los embates furiosos de los grandes escuadrones con coraza de hierro y pechos de acero habian triturado la infantería. Unos cuantos hombres alrededor de una bandera marcaban el sitio donde estuvo formado un regimiento: habia batallon que quedó mandándolo un capitan ó un teniente; la division Alten, tan maltratada en la Haie-Sainte, estaba casi destruida; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze cubrian con sus cadáveres los campos de centeno de la orilla del camino de Nivelles; apenas quedaban restos de los granaderos holandeses, que en 1811, unidos en España á las filas francesas, combatieron á Wellington, y que en 1815 eran aliados de los ingleses y combatian á Napoleon. Era considerable el número de oficiales que perdieron. Lord Uxbridge, que al dia siguiente hizo enterrar su pierna, tenia rota la rodilla. Si entre los franceses, por las cargas que dieron los coraceros, quedaron fuera de combate Delord, Lheritier, Colbert, Dnop, Travers y Blancard, entre los ingleses Alten estaba herido, Barne tambien, y murieron Delancey, Van Meereu y Ompteda: el Estado Mayor de Wellington fué diezmado y sacó Inglaterra la peor parte del sangriento equilibrio. El segundo regimiento de Guardias de infantería perdió cinco tenientes coroneles, cuatro capitanes y tres subtenientes; el primer batallon del 30 de infantería perdió vein-

ticuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79 de montañeses tenia veinticuatro oficiales heridos, diez y ocho oficiales muertos y cuatrocientos cincuenta soldados muertos tambien. Los húsares hannoverianos de Cumberland, el regimiento entero, con su coronel Hacke á la cabeza, el que despues fué juzgado y destituido, volvieron grupas al combate y huyeron por la selva de Soignes, sembrando el desórden hasta Bruselas.

Los carros, los tiros, los bagajes, los furgones llenos de heridos, al ver que los franceses ganaban terreno y se acercaban á la selva, se precipitaban en ella; los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡A las armas! Desde Vert-Coucon hasta Groenendael, en una longitud de cerca de dos leguas en direccion á Bruselas, habia, segun lo aseguran testigos que viven aun, tal multitud de fugitivos, que no se podia andar por los caminos indicados. El pánico fué tan horroroso que se comunicó hasta al príncipe de Condé, en Malinas, y hasta á Luis XVIII, en Gante. A Wellington no le quedaba más caballería que la débil reserva escalonada en el hospital de sangre, establecido en la granja de Mont-Saint-Jean, y las brigadas Vivian y Vandeleur, que flanqueaban el ala izquierda. Muchas de sus baterías estaban desmontadas. Han confesado estos hechos Siborne y Pringle, exagerando el desastre hasta el punto de decir que el ejército anglo-holandés quedó reducido á treinta y cuatro mil hombres. *El duque de hierro* permanecia sereno, pero sus labios estaban lívidos.

Creian perdido al duque el comisario austriaco Vincent y el comisario español Alava, que presenciaban la batalla en el Estado Mayor inglés. A las cinco sacó Wellington el reloj y se le oyó murmurar esta frase sombría: *¡Que vengan Blúcher ó la noche!*

Apenas la pronunció se vió brillar en las alturas, por la parte de Frischemont, una línea lejana de bayonetas.

Traian la peripecia del drama gigantesco.

## XI.

### Mal guía para Napoleon y bueno para Bulow.

Sabida es de todo el mundo la dolorosa equivocacion de creer que llegaba Gronchy, cuando el que llegó fué Blúcher; esto es, la muerte en vez de la vida.

El destino dá estas vueltas, y cuando se espera ver el trono del mundo, hace divisar á Santa Elena.

Si el pastorcillo que servia de guia á Bulow, teniente de Blúcher, le hubiese aconsejado desembocar en la selva por encima de Frischemont, en vez de salir por bajo de Plancenoit, la forma del siglo diez y nueve tal vez hubiera sido diferente, porque entonces Napoleon hubiera ganado la batalla de Waterlóo. Por cualquier otro camino más arriba de Plancenoit, el ejército prusiano hubiera salido á un barranco intransitable para la artillería y Bulow no hubiera llegado á tiempo.

El general prusiano Muffing declara que si Blúcher se hubiera retardado una hora, no hubiera encontrado á Wellington en pié y se hubiera perdido la batalla.

Como se vé, fué oportuna la llegada de Bulow. Habia encontrado muchos obstáculos en su marcha, descansó la noche anterior en Dion-le-Mont y volvió á ponerse en marcha al amanecer. Los caminos estaban impracticables y sus divisiones se habian metido en el fango hasta las rodillas, llegando el barro en los baches hasta los cubos de las ruedas de los cañones. Además fué preciso pasar el Dyle por el estrecho puente de Wavre; los franceses habian incendiado la calle que conduce al puente, y no pudiendo atravesar las arcas y los furgones de la artillería por entre dos hileras de casas que estaban ardiendo, tuvieron que esperar á que el incendio se extinguiese. A las doce la vanguardia de Bulow no habia podido llegar aun á Chapelle-Saint-Lambert.

A haber comenzado la accion dos horas antes, hubiera terminado á las cuatro y Blúcher llegaria despues de que Napoleon fuera el vencedor de la batalla. Tales son esos azares inmensos proporcionados á un infinito que no está á nuestros alcances.

A las doce el emperador, con el anteojo de larga vista, divisó en lo más lejos del horizonte algo que le llamó la atencion, y dijo:—En lontananza veo una nube que debe ser tropa.—Volviéndose hácia el duque de Dalmacia, le preguntó:—Soult, ¿qué veis hácia Chapelle-Saint-Lambert?—El mariscal, dirigiendo el anteojo hácia el indicado punto, respondió:—Cuatro ó cinco mil hombres, señor. Sin duda los trae Gronchy.

Nada, sin embargo, daba á entender que se moviese lo que veian á lo lejos. Todos los anteojos del Estado Mayor

estaban examinando la "nube„ que el emperador señalaba. Algunos dijeron: Son columnas que hacen alto. Otros: Son árboles. Lo cierto era que la nube no se movia. El emperador destacó, para que fuese á reconocer aquel punto oscuro, la division de caballería ligera de Domon.

Bulow, en efecto, no se movia. Su vanguardia era muy débil y tenia que esperar al grueso del cuerpo de ejército, habiendo recibido la órden de concentrarse antes de entrar en línea; pero á las cinco Blúcher, viendo el peligro que corria Wellington, ordenó á Bulow que atacase, diciéndole esta frase notable: "Es preciso dar aire al ejército inglés„.

Poco despues se desplegaban ante el cuerpo de Loban las divisiones Losthin, Hiller, Hacke y Rossel, y la caballería del príncipe Guillermo de Prusia salia del bosque de Paris; Plancenoit estaba ardiendo y comenzaban á llover balas prusianas hasta en las filas de la Guardia de reserva, que estaba detrás de Napoleon.

## XII.

### La Guardia.

Sabido es lo demás: la irrupcion del tercer ejército dislocó la batalla; ochenta y seis bocas de fuego tronaron de repente, Pirch I acudió con Bulow, Blúcher en persona dirigió la caballería de Zieten; los franceses fueron rechazados, Marcognet barrido de la meseta de Ohain, Durette desalojado de Papelotte; retrocedieron Doncelot y Quiot; Loban fué cogido entre dos fuegos: se precipitó una nueva batalla á la caida de la noche sobre los regimientos franceses desmantelados, volviendo á tomar la ofensiva toda la línea inglesa, abriendo gigantesca brecha en el ejército francés la metralla inglesa y la metralla prusiana, y sembrando el exterminio, hasta el extremo de tener que entrar en línea la Guardia en aquel espantoso y general derrumbamiento.

La Guardia, conociendo que iba á morir, gritó:

—Viva el emperador!

Nada hay en la historia tan patético como su agonía estallando en aclamaciones.

El cielo, que estuvo cubierto de nubes todo el dia, de pronto, en aquellos momentos, á las ocho de la tarde, apareció claro y sereno, y se vió al través de los olmos de la carretera de Nivelles pasar el siniestro fulgor del sol poniente, del mismo sol que los franceses vieron salir en Austerlitz.

Para el desenlace de la batalla mandaba un general cada batallon de la Guardia. Allí peleaban Friaut, Michel, Roquet, Harlet, Mallet y Poret de Morvau. Cuando las altas gorras de pelo de los granaderos de la Guardia, con la placa que ostentaba el águila esculpida, aparecieron entre las brumas de aquel revuelto mar, simétricas, tranquilas y alineadas, la Francia impuso respeto al enemigo, que creyó ver entrar veinte victorias en el campo de batalla con las alas desplegadas, y los vencedores retrocedieron creyéndose vencidos, pero Wellington les gritó:—*¡A ellos, guardias, y buena puntería!* El regimiento encarnado de Guardias inglesas, que estaba apostado detrás de los setos, salió: una lluvia de metralla acribilló la bandera tricolor, flotante en medio de las águilas francesas; se precipitaron unos sobre otros y comenzó la carnicería suprema. La Guardia imperial conoció que el ejército francés huia y que general dispersion seguia á la derrota; oyó el ¡sálvese el que pueda! que sustituyó al ¡viva el emperador!, y á pesar de quedarse casi sola, continuó avanzando, cada vez más destrozada y mermando á cada paso que daba. No hubo en la Guardia ni vacilantes ni tímidos; los soldados de este cuerpo eran héroes como su general. Ni uno solo se sustrajo ni tembló ante el suicidio.

Ney, aterrado de estupor, pero grande, con la altivez del que acepta la muerte, era el primero que se ponia en los sitios de mayor peligro. Allí le mataron el quinto caballo. Empapado en sudor, con ojos llameantes, con espuma en los labios, con el uniforme desabrochado, con una charretera cortada por un guardia inglés de caballería, con la placa del águila grande abollada por una bala, lleno de sangre, de fango, magnífico, con la espada rota en la mano, gritaba:

*—¡Venid á ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla!...*

En vano lo deseaba, porque no murió. Estaba furioso é indignado, y dirigió esta pregunta á Drouet de Erlon:

*—No te haces matar?*

En medio de la horrorosa carnicería gritó:

*—No hay nada para mí? Quisiera recibir en el pecho todas las balas inglesas.*

Infeliz! Su desgracia le reservaba para las balas francesas.

## XIII.

### La catástrofe.

Lúgubre fué la derrota de los franceses á espaldas de la Guardia. El ejército se replegó bruscamente á la vez en Hougomont, en la Haie-Sainte, en Papelotte y en Plancenoit. Al grito de ¡traicion! sucedió el de ¡sálvese el que pueda! Un ejército desbandado es como un deshielo general; se rinde, cede, estalla, flota, rueda, cae, choca, empuja y se precipita en maldita dispersion. Ney toma otro caballo, lo monta, y sin sombrero, sin corbata y sin espada, se planta en medio de la calzada de Bruselas, deteniendo á la vez á ingleses y á franceses. Trata de detener á su ejército, lo llama, lo insulta, lucha á brazo partido con la derrota, pero las oleadas de los fugitivos pasan adelante y sus soldados huyen de él, gritando: *Viva el mariscal Ney!* Dos regimientos de Durutte van y vienen, azorados y llevados de una parte á otra entre los sables de los hulanos y el fuego de fusilería de las brigadas de Kempt, de Best, de Paek y de Rilandet; la derrota es la peor de las confusiones: por huir, los amigos se matan unos á otros; los escuadrones y los batallones se chocan y dispersan unos contra otros: Loban á un extremo y Reille al otro, son arrollados por el sangriento torrente. En vano Napoleon forma una muralla con los restos de su Guardia imperial; en vano utiliza, como último esfuerzo, los escuadrones de su servicio. Quiot retrocede ante Wivian, Kellerman ante Vandeleur, Loban ante Bulow, Moran ante Pirch, Dumon y Suberoie ante el príncipe Guillermo de Prusia. Guyot, que entró á la carga con los escuadrones del emperador, cae á los piés de los dragones ingleses. Napoleon corre al galope en pos de los fugitivos; les arenga, les estrecha, les amenaza y les suplica inútilmente. La caballería prusiana, que entró de refresco en la pelea, se lanza, vuela, acuchilla, raja, hiende, mata y extermina. Los atalajes se arremolinan, los cañones se sueltan; los soldados del tren desenganchan las arcas, toman los caballos, montan y huyen; los furgones, volcados y con las ruedas en alto, embarazan el tránsito y ocasionan muertes violentas. Los fugitivos se aplastan, se atropellan y andan por encima de los muertos y de los vivos. Muchedumbre vertiginosa llena los caminos, los senderos, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles y los bosques, atestados por aquella evasion de cuarenta mil hombres. Horribles gritos de desesperacion, mochilas y fusiles arrojados en los campos; abriéndose paso á sablazos, sin haber ya allí ni compañeros, ni oficiales, ni generales; indescriptible espanto; Zieten acuchillando á Francia á su sabor; los leones convertidos en ciervos; tal fué la fuga de Waterlóo.

En Genappe parte del ejército intentó volver, hacer frente y tener á raya al enemigo. Loban reunió trescientos hombres, que se fortificaron á la entrada de la aldea; pero cuando recibieron la primera descarga de la metralla prusiana, huyeron todos y Loban quedó prisionero. Todavía se ven las huellas de la metralla impresas en la pared de una casa vieja, construida de ladrillos, á la derecha del camino, poco antes de llegar á Genappe. Los prusianos se lanzaron dentro de dicha aldea, furiosos sin duda por haber vencido á tan poca costa. Fué monstruosa la persecucion que sufrieron los fugitivos; Blúcher ordenó su exterminio. Rouget habia dado antes el lúgubre ejemplo de amenazar con la muerte al granadero francés que le llevase un prisionero prusiano vivo, pero Blúcher fué más allá que Rouget. Duhesme, general de la Guardia jóven, acorralado en la puerta de la posada de Genappe, entregó la espada á un húsar de la Muerte, que la tomó y mató al prisionero. La victoria terminó con el asesinato de los vencidos. Castiguemos, ya que representamos á la historia. El viejo Blúcher se deshonró, y su ferocidad colmó el desastre. La derrota desesperada atravesó Genappe, Quatre-Bras, Sombreffe, Franes, Thin, Charleroy, y no se detuvo hasta la frontera. ¿Quién huia de ese modo?

El grande ejército.

¿Acaso dejó de tener causa ese terror, la caida del más alto valor que ha admirado la historia? No. La sombra de una resta enorme se proyectaba sobre Waterlóo. Esa línea sombría es la jornada del destino. Fuerza superior á la del hombre produjo ese dia; por eso el pánico se apoderó de los bravos y todos aquellos héroes rindieron las espadas. Los que vencieron á la Europa cayeron aterrados, sin decir ni hacer nada, viendo en las tinieblas la presencia terrible del hado. *Hoc erat in fatis.* Aquel dia cambió

la perspectiva del género humano; Waterlóo es el gozne del siglo diez y nueve. Se necesitaba la desaparicion del grande hombre para el advenimiento del gran siglo, y de efectuarlo se encargó *Aquel* á quien nadie puede oponerse. Solo así se explica el pánico de los héroes. En la batalla de Waterlóo hubo algo más que nubes, hubo un meteoro. Dios pasó por allí.

Al caer la noche, en un campo próximo á Genappe, Bernard y Bertrand detuvieron y asieron por el faldon de la levita á un hombre sombrío, pensativo y siniestro, que, arrastrado hasta allí por el torrente de la derrota, acababa de echar pié á tierra, habiendo pasado por debajo del brazo la brida del caballo, y que con la mirada extraviada se volvia hácia Waterlóo. Era Napoleon, que intentaba aun ir adelante, sonámbulo inmenso de aquel sueño desvanecido.

## XIV.

### El último cuadro.

Algunos cuadros de la Guardia, inmóviles en el torrente de la derrota como rocas entre el agua corriente, se sostuvieron hasta la noche; cuando ésta llegó en compañía de la muerte, esperaron á esa doble sombra y se dejaron envolver en ella inquebrantables. Cada regimiento, aislado de los demás y sin lazo alguno ya con el ejército deshecho, moria por su cuenta. Para este último acto cada cual tomó sus posiciones: unos regimientos se situaron en las alturas de Rossomme, otros en la llanura de Mont-Saint-Jean. En dichos puntos, abandonados, vencidos y terribles, aquellos cuadros sombríos agonizaban heróicamente. Las victorias de Ulm, de Wagram, de Jena y Friedland morian con ellos.

A la hora del crepúsculo, hácia las nueve de la noche, solo quedaba un cuadro en la parte baja de la meseta de Mont-Saint-Jean. En su valle funesto, al pié de la pendiente por la que habian trepado los coraceros, y que inundaban ahora las masas inglesas, luchaba aun un cuadro, sufriendo los fuegos convergentes de la artillería enemiga y victoriosa, recibiendo horrible cantidad de proyectiles. Lo mandaba un oficial desconocido llamado Cambronne. A cada descarga que recibia el cuadro mermaba éste, pero respondia; con la fusilería contestaba á la metralla, estrechando contínuamente sus cuatro caras. Los fugitivos se detenian á lo lejos para tomar aliento, y escuchaban en la oscuridad aquel trueno sombrío, que cada instante decrecia.

Cuando la legion francesa se vió reducida á un puñado de hombres, cuando su bandera era ya un harapo, cuando los fusiles agotaron las balas y se convirtieron en bastones, cuando el monton de los cadáveres era más numeroso que el de los vivos, invadió á los vencedores como terror sagrado hácia aquellos sublimes moribundos, y la artillería inglesa calló para tomar aliento, dándoles unos instantes de tregua. Los combatientes tenian á su alrededor hormiguero de espectros, siluetas de hombres á caballo, el negro perfil de los cañones, el cielo blanco visto al través de las ruedas y de las cureñas. La colosal cabeza de muerto que los héroes entrevén siempre entre el humo en el fondo de la batalla, avanzaba hácia ellos y les miraba. Oyeron cargar las piezas en la semi-oscuridad crepuscular, vieron las mechas encendidas, que parecian ojos de tigre en la sombra, formando un círculo en torno de sus cabezas; los botafuegos de las baterías inglesas se acercaron á los cañones, y entonces, conmovido al suspender sobre aquellos bravos el último momento, el general inglés Colville, segun dicen unos, ó el general Maitland, segun dicen otros, les gritó:—"¡Rendíos, valientes franceses!„ Cambronne contestó:—"Mierda!„

## XV.

### Cambronne.

El respeto que debe guardarse á los lectores no debe llegar hasta el punto que la historia no repita la palabra quizá más sublime que ha dicho un francés, porque esto equivaldria á prohibir que la historia consignase rasgos notables.

De nuestra cuenta y riesgo infringimos esa prohibicion.

Entre aquellos gigantes hubo un Titán, y éste fué Cambronne.

¿Hay algo más grande que pronunciar dicha palabra y morir en seguida? Porque querer morir es morir, y no fué culpa suya si sobrevivió al ametrallamiento.

El que ganó la batalla de Waterlóo no fué Napoleon, que quedó allí derrotado; no fué Wellington, que se replegó á

las cuatro y se creyó perdido á las cinco; no fué Blúcher, que no combatió; el que ganó la batalla fué Cambronne, porque fulminar el rayo que os mata es vencer. Dar esa respuesta á la catástrofe, decir eso al destino, dar la base al leon futuro, arrojar esa réplica á la lluvia de la noche, á la muralla traidora de Hougomont, al barranco de Ohain, al retardo de Grouchy, á la oportunidad de la llegada de Blúcher; ser la ironía en el sepulcro, saber quedar en pié despues de haber caido, ahogar en dos sílabas la coalicion europea, ofrecer á los reyes las letrinas que ya conocieron los Césares, convertir la última de las palabras en la primera, comunicándola el brillo de la Francia; terminar insolentemente Waterlóo con un martes de Carnaval, completar á Leonidas con Rabelais, resumir esa victoria en una palabra suprema, imposible de pronunciar; perder la tierra y ganar la historia, y poner de su parte, despues de la carnicería, al público que rie, es conseguir un gran éxito, es insultar al rayo, es alcanzar la grandeza de Esquilo.

La palabra de Cambronne produce el efecto de una fractura; es la fractura del pecho causada por el desden; es el desbordamiento de la agonía que hace explosion. Quién venció? fué Wellington? no, porque sin la ayuda de Blúcher estaba perdido. Fué Blúcher acaso? no; porque si Wellington no hubiera empezado, Blúcher no hubiera podido concluir.

Cambronne, ese pasajero de última hora, ese soldado desconocido, ese átomo de la guerra, comprende que hay mentira en aquella catástrofe, doblemente punzante, y que en el momento en que estalla de rabia le ofrecen, por irrision, la vida... ¡Cómo no ha de protestar!...

Allí están todos los reyes de Europa, los generales afortunados, los Júpiter Tonantes, arrastrando cien mil soldados victoriosos, y tras los cien mil, un millon; sus cañones, con las mechas encendidas, dan un momento de tregua, cuando ya tienen á sus piés la Guardia imperial y al gran ejército; acaban de estrellar á Napoleon y no queda con las armas en la mano más que Cambronne; solo queda para protestar un gusano, pero el gusano protestará. Entonces éste busca una palabra como se busca una espada; sale espuma de sus labios, y esa espuma es la palabra. Ante aquella victoria prodigiosa y mediocre, ante aquella victoria sin vencedores, ese desesperado se levanta erguido y se somete á sus terribles consecuencias, pero hace constar su nulidad; hace más, la escupe, y abrumado por el número, por la fuerza y por la materia, halla en el alma expresion que aplicarla: el excremento.

El espíritu de los grandes dias inspiró á ese hombre desconocido en aquel minuto fatal. Cambronne encuentra la palabra de Waterlóo, como Rouget de L' Isle encontró la Marsellesa, por inspiracion del cielo. Un efluvio del huracán divino se desprende y pasa por la mente de los dos hombres, que se extremecen inspirados, y el uno entona el canto supremo y el otro lanza el grito terrible. Aquella palabra de desden titánico, Cambronne no la arroja solo á Europa en nombre del imperio, la lanza tambien al pasado en nombre de la revolucion. Al oirla se reconoce que Cambronne posee el alma antigua de los gigantes; parece que es Danton que habla ó Kleber que ruge.

A la palabra de Cambronne contestó una voz inglesa: "Fuego!„ Las baterías arrojaron llamas, la colina tembló; de las formidables bocas de bronce salió el último y espantoso vómito de metralla, se levantó vasta nube de humo, que blanqueó la argentada luz de la luna, y cuando se disipó la humareda, ya no se vió en pié ni un soldado de la Guardia imperial; la Guardia de Napoleon habia ya muerto. Las cuatro murallas del cuadro viviente yacían en tierra: apenas se agitaba ya ningun hombre en las convulsiones de la muerte, y las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, espiraron en Mont-Saint-Jean, en tierra empapada en lluvia y sangre, entre los trigos, en el sitio por donde pasa hoy á las cuatro de la madrugada, á caballo, el conductor José, que presta alegremente el servicio del correo de Nivelles.

## XVI.

### Quot libras induce?

La batalla de Waterlóo es un enigma tan oscuro para los que la ganaron como para los que la perdieron. Para Napoleón fué un pánico (1).

(1) La batalla concluida y ganada, reparacion de falsas medidas, mayores triunfos asegurados para el dia siguiente, todo se perdió por un momento de terror pánico.
(NAPOLEON, *Memorias de Santa Elena.*)

Blúcher no vió en ella más que fuego; para Wellington fué incomprensible, como lo prueban sus comunicaciones oficiales. Los boletines están confusos, los comentarios embrollados; éstos balbucean, aquellos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterlóo en cuatro momentos; Muffing la separa en tres peripecias; Charras, aunque discrepamos de él en algunas apreciaciones, es el único que aprecia con certero golpe de vista los lineamientos característicos de aquella catástrofe del génio humano en su lucha con el azar divino. A los demás historiadores les deslumbra esta batalla, y como están deslumbrados, andan á tientas. Jornada fulgurante fué, en efecto, la del hundimiento de la monarquía militar, que, dejando á los reyes estupefactos, arrastró consigo todos los reinos; fué la caida de la fuerza, la derrota de la guerra.

En este acontecimiento, que lleva impreso el sello de la necesidad sobrehumana, no tienen los hombres parte alguna.

Suprimir la fama conseguida en Waterlóo á Wellington y á Blúcher, no es quitar nada á la Inglaterra ni á la Alemania, ni la ilustre Inglaterra ni la augusta Alemania tienen nada que ver con el problema de Waterlóo. Gracias al cielo, los pueblos son grandes sin necesidad de las lúgubres aventuras de la espada. Ni la Inglaterra ni la Alemania dependen de ella. En esa época en que Waterlóo solo es un ruido de sables, por encima de Blúcher la Alemania tiene á Goethe, y la Inglaterra por encima de Wellington á lord Byron. En la aurora del vasto sol naciente de las ideas de nuestro siglo brillan esas dos naciones con magnífico esplendor. Son majestuosas porque piensan. La elevacion del nivel que dan á la civilizacion les pertenece intrínsecamente, procede de ellas, no de cualquier accidente. Su engrandecimiento en el siglo diez y nueve no trae su orígen de Waterlóo. Solo los pueblos bárbaros tienen crecidas súbitas despues de una victoria. Esto solo es la vanidad pasajera de los torrentes que hincha la tormenta. Los pueblos civilizados, sobre todo en la época actual, ni se elevan ni se rebajan por la buena ó por la mala fortuna de un capitan. Su peso específico sobre el género humano depende de algo más que de un combate. A Dios gracias, su honor, su dignidad, su luz y su génio no son números que pueden poner á la lotería de las batallas los jugadores que se llaman conquistadores y héroes. Con frecuencia una batalla perdida conquista un progreso. Cuanto menos gloria, más libertad. El tambor calla y la razon recobra la palabra. Es el juego del ganapierde. Examinemos con frialdad la batalla de Waterlóo por ambas partes. Demos al azar lo que es del azar y á Dios lo que es de Dios. Qué fué Waterlóo? ¿Una victoria? No. Fué un quinterno. Quinterno que ganó la Europa y que pagó la Francia.

No merecia la pena de poner allí un leon.

Por lo demás, Waterlóo es el encuentro más extraño que ofrece la historia: Napoleon y Wellington, que no son enemigos, son contrarios. Dios, que se complace en las antítesis, no produjo nunca contraste tan notable ni careo tan extraordinario. Uno de ellos representa la precision, la prevision, la geometría, la prudencia, la retirada asegurada, las reservas bien dispuestas, la sangre fria tenaz, el método imperturbable, la estrategia que aprovecha el terreno, la táctica que equilibra los batallones, la matanza tirada á cordel, la guerra arreglada con reloj en mano, el antiguo valor clásico, la correccion absoluta: el otro contrario representa la intuicion, la adivinacion, una ciencia militar extraña, el instinto sobrehumano, la ojeada llameante que mira como el águila y hiere como el rayo, el arte prodigioso, todos los misterios de un alma profunda, la asociacion con el destino, el déspota que llega á tiranizar el campo de batalla, la fé en la suerte unida á la ciencia estratégica y engrandeciéndola, pero turbándola; Wellington fué el Barême de la guerra, Napoleon el Miguel Angel, y esa vez el cálculo venció al génio.

Ambas partes esperaban socorro y el calculador exacto fué el que lo consiguió. Napoleon esperaba á Grouchy y no fué; Wellington esperaba á Blúcher y llegó.

Wellington es la guerra clásica que toma su revancha. Bonaparte en la aurora de su sol la encontró en Italia y la batió heróicamente. La vieja lechuza huyó ante el jóven buitre. Anonadó la táctica antigua y la escandalizó. ¿Quién era ese corso de veintiseis años, qué significaba ese ignorante espléndido, que teniéndolo todo en contra suya y nada en su favor, sin víveres, sin municiones, sin cañones, sin zapatos, casi sin ejército, con un puñado de hombres, contra masas

inmensas, se precipitaba sobre la Europa coligada y ganaba absurdamente victorias imposibles? ¿Quién era ese advenedizo de la guerra que tenia la insolencia de aparecer como un astro? ¿De dónde salia ese rayo furibundo que, casi sin tomar aliento y con el mismo juego de combatientes, pulveriza, uno despues de otro, los cinco ejércitos del emperador de Alemania, arrojando á Beaulieu sobre Alvinzi, á Wurmser sobre Beaulieu, á Mélas sobre Wurmser y á Marck sobre Mélas? La Academia militar lo excomulgaba, al mismo tiempo que cejaba ante él; de aquí provino el implacable rencor del viejo cesarismo contra el nuevo, el del sable correcto contra la espada flamíjera, el del tablero contra el génio. El 18 de Junio de 1815, ese rencor se vengó, y debajo de Lodi, de Montebello, de Mántua, de Marengo y de Arcole escribió: Waterlóo. El triunfo de los mediocres halaga á las mayorías. El destino consintió esta ironía. Napoleon en su decadencia encontró ante él á Wurmser jóven; para que Wellington fuera éste realmente, bastaria blanquearse el cabello.

Waterlóo es una batalla de primera clase ganada por un capitan de segundo órden.

La Inglaterra es lo que hay de admirable en la batalla de Waterlóo; la firmeza, la resolucion, la sangre inglesa; lo que allí fué magnífico fué Inglaterra, no su capitan, sino su ejército.

Wellington, caprichosamente ingrato, declara en una carta dirigida á lord Bathurst que su ejército, el ejército que se batió el 18 de Junio de 1815, era "un ejército detestable„. ¿Qué pensarán de esa frase los montones de huesos enterrados en los surcos de Waterlóo?

La Inglaterra ha sido demasiado modesta tratándose de Wellington; engrandecerlo tanto fué empequeñecerse ella. Wellington es un héroe como otro cualquiera. Pero la magnificencia de la renombrada batalla pertenece á los escoceses grises, á los guardias de á caballo, á los regimientos de Maitland y de Mitchell, á la infantería de Pack y de Kempt, á la caballería de Ponsomby y de Somerset, á los highlanders que tocaban la cornamusa recibiendo la metralla, á los bisoños reclutas de los batallones de Rylandt, que apenas sabian manejar el fusil y hacian frente á los veteranos de Essling y de Rívoli. La tenacidad fué el mérito que tuvo Wellington, y no se lo escaseamos, pero el último de sus ginetes y de sus infantes fué tan obstinado como él. El soldado de hierro valió tanto como el duque de hierro.

Nosotros glorificamos al soldado, al ejército, al pueblo inglés. Si hubo trofeos, la Inglaterra los mereció. La columna de Waterlóo seria más justa, si en vez de la figura de hombre ostentase en su cúspide la estátua de un pueblo.

Quizás Inglaterra se irrite por lo que aquí decimos. Conserva aun, despues de su 1688 y del 1789 francés, la ilusion feudal. Cree en el derecho de herencia y en la gerarquía. Ese pueblo, al que ninguno sobrepuja en poder ni en gloria, se estima á sí mismo como nacion, pero no como pueblo. Como pueblo se subordina expontáneamente á la direccion de cualquier lord. Obrero, deja que le desprecien, y soldado, se deja apalear. Recordamos que en la batalla de Inkerman, un sargento que, segun se cree, salvó al ejército, no pudo mencionarlo lord Raglan, porque no permite la gerarquía inglesa citar en ningun parte á ningun héroe de menor graduacion que un oficial.

Lo que sobre todo admiramos en el encuentro de Waterlóo es la prodigiosa habilidad del acaso. La lluvia nocturna, la muralla oculta de Hougomont, el barranco de Ohain, Grouchy, sordo al estampido del cañon; el guia de Napoleon, que le engaña; el guia de Bulow, que le dirige bien; todo este cataclismo fué maravillosamente conducido.

Digámoslo de una vez: en Waterlóo hubo una mortandad excesiva con relacion á la batalla.

De todas las batallas ordenadas, Waterlóo es la que presenta menos frente con respecto al número de combatientes: el de Napoleon se extendia á tres cuartos de legua (francesa) y el de Wellington á media legua; á cada parte habia setenta y dos mil combatientes. De semejante amontonamiento de hombres provino la espantosa carnicería.

Se han formado el cálculo y la proporcion siguientes: Pérdida de hombres: en Austerlitz, franceses, el catorce por ciento; rusos, el treinta por ciento; austriacos, el cuarenta y cuatro por ciento. En Wagram, franceses, el trece por ciento; austriacos, el catorce. En Moskowa, franceses, el treinta y siete por ciento; rusos, el cuarenta y cuatro. En Bautzen, franceses, el trece por ciento; rusos y prusianos, el catorce. En Waterlóo, franceses, el cincuenta y seis por ciento; aliados, el treinta y uno. Total de muertos en Waterlóo, el cuarenta y uno por

ciento. De ciento cuarenta y cuatro mil combatientes, sesenta mil muertos.

El campo de Waterlóo ofrece hoy la tranquilidad propia de la tierra, que es el sustentáculo impasible del hombre, y se parece á todas las llanuras.

Por la noche, sin embargo, despréndese de dicho campo una especie de bruma fantástica, y si algun viajero lo recorre, lo observa, escucha y medita en él, como Virgilio en las funestas llanuras de Filipos; se siente sobrecogido por la alucinacion de la catástrofe. Revive en su mente el 18 de Junio; bórrase la falsa columna monumental; se desvanece el leon y el campo de batalla recobra su realidad; las líneas de la infantería ondulan en la llanura, y galopes furiosos atraviesan el horizonte. El pensador, espantado, vé el brillo de los sables, el resplandor de las bayonetas, el flamear de las bombas y el choque monstruoso de los elementos; y oye, como el estertor que sale del fondo de la tumba, el vago clamor de la batalla fantástica. Estas sombras son los granaderos; esos resplandores son los coraceros; aquel esqueleto es Napoleon, aquel otro es Wellington: todo esto no existe ya, pero aun se choca y combate, y los barrancos se tiñen de sangre, los árboles se extremecen, hasta las nubes respiran venganza; y cuando llega la hora de las tinieblas, las feroces alturas de Mont-Saint-Jean, de Hougomont, de Frischemont, de Papelotte y de Plancenoit, aparecen confusamente coronadas de torbellinos de espectros, que sin tregua se exterminan unos á otros.

## XVII.

### Fué bueno el resultado de Waterlóo?

Existe una escuela liberal respetabilísima que no ódia á Waterlóo; nosotros no pertenecemos á ella. Para nosotros, Waterlóo solo es la fecha estupefacta de la libertad. Que esta águila haya salido de aquel huevo es verdaderamente inesperado.

Considerado Waterlóo desde el punto culminante de la cuestion, es intencionalmente una victoria contrarevolucionaria. Es Europa contra Francia; es San Petersburgo, Berlin y Viena contra Paris; es el *statu quo* contra la iniciativa; es el 14 de Julio de 1789 atacado al través del 20 de Marzo de 1815; es el somatén de las monarquías contra la indomable revuelta francesa, y su objeto fué apagar de una vez el volcán del vasto pueblo francés, que estuvo en erupcion durante veintiseis años. Este objeto consiguió la solidaridad de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanoff, de los Hohenzollern, de los Hapsburgos y de los Borbones. Waterlóo lleva á la grupa el derecho divino. Por otra parte, como el imperio fué despótico, en virtud de la reaccion natural de las cosas, la monarquía tradicional debia ser forzosamente liberal, y nació de Waterlóo un régimen constitucional contra la voluntad de los vencedores. Como la revolucion no puede ser verdaderamente vencida, y es providencial y absolutamente fatal, vuelve á aparecer siempre: antes de Waterlóo, con Bonaparte, que derriba los tronos decrépitos; despues con Luis XVIII, que otorga y se somete á la Carta constitucional. Bonaparte pone á un postillon en el trono de Nápoles y á un sargento en el trono de Suecia, empleando la desigualdad para demostrar la igualdad: Luis XVIII rubrica en Saint-Ouen la declaracion de los derechos del hombre. ¿Queremos explicarnos lo que es la revolucion? Pues llamémosla Progreso. ¿Queremos explicarnos lo que es Progreso? Pues llamémosle Mañana. Mañana ejecuta su tarea irresistible, y la ejecuta hoy y alcanza siempre lo que se propone de un modo extraño. Emplea á Wellington para convertir á Foy en orador; á Foy, que solo era un soldado. Foy cae en Hougomont y se levanta en la tribuna. Así procede el progreso, que es un obrero para el que no hay herramienta mala. Ajusta á su trabajo divino, lo mismo al hombre que ha atravesado los Alpes, que al enfermo y vacilante del padre Elíseo. Lo mismo se sirve del gotoso que del conquistador. Al poner término Waterlóo á la demolicion de los tronos europeos por medio de la espada, ha producido el efecto de hacer continuar el trabajo revolucionario por otro lado. El militarismo concluyó y llegó su turno á los pensadores. El siglo que Waterlóo queria detener ha pasado por encima de él, prosiguiendo su camino. Esta victoria siniestra fué vencida por la libertad.

Es incontestable que fué la contrarevolucion lo que triunfaba en Waterlóo; lo que sonreia detrás de Wellington; lo que le entregaba todos los bastones de mariscal de Europa; lo que hacia rodar alegremente las carretadas de tierra, llenas de huesos, para elevar el cerro del Leon; lo que hizo inscribir triunfalmente en su pedestal la fecha de 18 de Junio de 1815; lo que animaba á Blúcher á

acuchillar y rematar á los derrotados; lo que desde lo alto de la meseta de Mont-Saint-Jean se inclinaba sobre la Francia como sobre una presa. La contrarevolucion era la que murmuraba esta palabra infame: Desmembracion. Pero al llegar á Paris vió el cráter de cerca, sintió que sus cenizas le quemaban los piés y varió de opinion. Entonces tartamudeó una Carta constitucional.

No veamos en Waterlóo lo que no hubo allí; ninguna libertad intencional. La contrarevolucion era liberal involuntariamente, como Napoleon; era un fenómeno análogo, era revolucionario contra su voluntad. El 18 de Junio de 1815 Robespierre á caballo perdió los estribos.

## XVIII.

### Recrudescencia del derecho divino.

Terminada la dictadura echó abajo todo un sistema europeo. El imperio francés se desmoronó en una sombra parecida á la del mundo romano espirante. Volvióse á ver el abismo como en tiempo de los bárbaros; solo que la barbarie de 1815—á la que llamaremos contrarevolucion—tenia poco aliento, se desanimó pronto y se detuvo. El imperio, lo confesamos imparcialmente, fué llorado, y llorado por ojos de héroes. Si la gloria consiste en convertir la espada en cetro, el imperio fué verdaderamente la gloria. Derramó por la tierra toda la luz sombría que la tiranía puede derramar. Comparándola con la luz del dia, fué la luz de la noche, pero la desaparicion de esa noche produjo el efecto de un eclipse.

Luis XVIII regresó á Paris. Los bailes del 8 de Julio borraron el entusiasmo del 20 de Marzo. El corso se convirtió en antítesis del bearnés. Enarbolóse en la cúpula de las Tullerías la bandera blanca. El desterrado se sentó en el trono. La mesa de pino de Hartwell se colocó delante del sillon flordelisado de Luis XIV. Hablóse de Bouvines y de Fontenoy como de sucesos de ayer, y Austerlitz habia envejecido. El altar y el trono fraternizaron majestuosamente. En Francia y en el continente se estableció una de las formas menos disparatadas de la salvacion de la sociedad en el siglo diez y nueve. La Europa se puso la escarapela blanca. Trestaillon se hizo célebre. La divisa *non pluribus impar* volvió á aparecer en medio de rayos de piedra, figurando un sol, en la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde estaba instalado un punto de guardia imperial se puso una casa roja. El arco del *Carrousel*, cargado de victorias ya insoportables, extraño á las recientes novedades, vergonzoso quizá de Marengo y de Arcole, salió del paso con la estátua del duque de Angulema. El cementerio de la Magdalena, terrible fosa comun de 1793, fué cubierto de mármol y de jaspe por haberse encontrado allí los huesos de Luis XVI y de María Antonieta. En el foso de Vincennes apareció un monumento recordando que el duque de Enghien murió en el mismo mes en que Napoleon fué coronado. El Papa Pio VII, que consagró la coronacion tan próxima á la muerte del duque, bendijo tranquilamente la caida del emperador como habia bendecido su elevacion. Fué sedicioso llamar rey de Roma á un niño de cuatro años que estaba en Sænbrun. Todos los reyes volvieron á sus tronos; el dueño de Europa fué encerrado en una jaula, se restableció el antiguo régimen, y la luz y la sombra de la tierra cambiaron de sitio, porque en la tarde de un dia de verano, un pastor, que era guia, dijo en un bosque á un oficial prusiano:—Pasad por aquí y no paseis por allí.

1815 fué una especie de Abril lúgubre. Las realidades antiguas, nocivas y venenosas, se cubrieron con la apariencia de la novedad. La mentira se casó con 1789; el derecho divino se enmascaró con una Carta; las farsas se hicieron constitucionales; las supersticiones, las preocupaciones y los pensamientos ocultos se barnizaron de liberalismo, escondiendo en el corazon el artículo 14. Cambio de piel de las serpientes.

Napoleon engrandeció y rebajó á la vez al hombre. Lo ideal, bajo el reinado de la materia espléndida, tomó el nombre extraño de ideología. Grande imprudencia fué en un grande hombre ridiculizar el porvenir. Los pueblos, esto no obstante, la carne de cañon tan enamorada del artillero, le buscaban por todas partes. Dónde está? qué hace?—Napoleon ha muerto—decia un transeunte á un inválido de Marengo y de Waterlóo.—*Muerto!* le contestó el soldado. *No le conoceis!...*—Las imaginaciones inmortalizaban al hombre derribado. Despues de Waterlóo fué tenebroso el fondo de Europa. Durante mucho tiempo causó gran vacío la ausencia de Napoleon.

Los reyes se colocaron en ese vacío. La vieja Europa le aprovechó para reformarse. Hubo una Santa-Alianza. ¡Be-

lla-Alianza dijo ya de antemano el campo fatal de Waterlóo!

En presencia y frente á frente de la antigua Europa rehecha se bosquejaron los rasgos de la Francia nueva. El porvenir, que ridiculizó el emperador, hizo su entrada solemne llevando en la frente la estrella de la libertad. Los ojos ardientes de las generaciones jóvenes se volvieron hácia él, y ¡cosa singular! se enamoraron al mismo tiempo del porvenir Libertad y del pasado Napoleon. La derrota engrandeció al vencido, y Bonaparte, caido, parecia más alto que Napoleon en pié. Los vencedores tuvieron miedo. Inglaterra puso por carcelero del gigante derribado á Hudson Love y Francia hizo que le espiara Montchenu. Los brazos cruzados de Napoleon alarmaron á los tronos. Alejandro le llamaba: Mi insomnio. La alarma procedia de la cantidad de revolucion que encontraban en él, lo que explica y escusa el liberalismo bonapartista. El fantasma hacia temblar al mundo viejo. Los reyes reinaron con cierto malestar mientras tuvieron á la vista la roca de Santa Elena.

Mientras Napoleon agonizaba en Longwood, yacían pudriéndose tranquilamente en el campo de Waterlóo los sesenta mil hombres muertos allí, y algo de su paz se difundió por el mundo. El Congreso de Viena celebró los tratados de 1815 y la Europa llamó á esto la Restauracion.

Hé aquí lo que fué Waterlóo.

Pero todo esto, ¿qué le importa al Infinito? Esa tempestad, ese nublado, esa guerra, y luego la paz, no turbó ni un solo momento el resplandor del ojo inmenso, ante el que un pulgon, saltando de hoja en hoja, es igual al águila que vuela de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora.

## XIX.

### El campo de batalla por la noche.

Es una necesidad de esta obra que volvamos al campo de batalla.

El 18 de Junio de 1815 habia luna llena, y su claridad favoreció la feroz persecucion de Blúcher, denunció las huellas de los fugitivos, entregó las masas desordenadas á la caballería prusiana y ayudó á la matanza. La noche se complace á veces en ser testigo de esas catástrofes.

Despues de disparar el último cañonazó, quedó desierta la llanura de Mont-Saint-Jean. Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses. La comprobacion habitual de la victoria es acostarse en el lecho del vencido.

Establecieron su vivac más allá de Rossomme. Los prusianos continuaron adelante persiguiendo á los derrotados. Wellington fué á la aldea de Waterlóo á redactar el parte para lord Bathurst.

Si alguna vez es aplicable el *sic vos non vobis*, lo es á la aldea de Waterlóo. Waterlóo no intervino para nada en la batalla, y está situada á media legua de ésta. Mont-Saint-Jean fué cañoneado, Hougomont, Papelotte y Plancenoit fueron incendiados, la Haie-Sainte tomada por asalto, y la Bella-Alianza presenció el abrazo de los dos vencedores; sin embargo, los nombres que acabamos de citar han quedado desconocidos, y Waterlóo se ha coronado con toda la gloria de aquella jornada.

No somos aduladores de la guerra, pero cuando se presenta la ocasion decimos siempre la verdad. La guerra tiene bellezas horribles que no hemos ocultado, pero tiene tambien fealdades repugnantes. Una de las más sorprendentes es el rápido despojo de los muertos despues de la victoria. La alborada que sigue á la noche de una batalla ilumina siempre cadáveres desnudos.

Quién hace esto? ¿Quién mancha así el triunfo? ¿Qué asquerosa mano furtiva se introduce en el bolsillo de la victoria? ¿Qué rateros son los que roban detrás de la gloria? Algunos filósofos, entre ellos Voltaire, afirman qne son los mismos que la conquistan. Son los mismos, dice; no cabe sustitucion: los que quedan en pié saquean á los que están por tierra. El héroe del dia es el vampiro de la noche. Despues de todo, parece que tenga derecho á despojar á un muerto el que lo mató. Nosotros no lo creemos así. Nos parece imposible que una misma mano recoja laureles y robe los zapatos á un cadáver.

Lo cierto es que ordinariamente despues de los vencedores vienen los ladrones. Pongamos, sin embargo, al soldado, sobre todo al soldado contemporáneo, fuera de cuestion.

Todo ejército tiene su cola, y á ésta es á la que debe acusarse. Se compone esta cola de séres murciélagos, mitad criados y mitad bandidos, de toda clase de aves nocturnas que engendra el crepúsculo de la guerra, que llevan uniforme y no combaten; enfermos fingidos, cojos terri-

bles, cantineros contrabandistas, á los que á veces acompañan sus mujeres, que roban y venden lo que roban; mendigos que se ofrecen como guias á los oficiales; granujas, merodeadores; todo este séquito de los ejércitos de otros tiempos, que en el lenguaje especial militar se conocian con el nombre de "los rezagados„.

Ningun ejército y ninguna nacion era responsable de semejante hez; hablaban italiano y seguian á los alemanes; hablaban francés y seguian á los ingleses. Uno de estos miserables, rezagado español, que hablaba francés, engañó al marqués de Fervaques con su charla, hasta el punto de tomarle por compatriota; se fió de él y él lo mató á traicion, para robarle en el mismo campo de batalla la noche que siguió á la victoria de Cernolles. La detestable máxima de *vivir á costa del enemigo* produjo esta lepra,que solo podia curar rigurosísima disciplina. Hay celebridades engañosas, y algunas veces no se sabe por qué ciertos generales, grandes por otros motivos, han sido tan populares. Los soldados adoraban á Turena porque les toleraba el pillaje; consentir el mal forma parte de la bondad, y Turena era tan bueno, que dejó entrar á sangre y á fuego en el Palatinado. Detrás de los ejércitos iban mayor ó menor número de merodeadores, segun la mayor ó menor severidad del jefe. Hoche y Marceau no llevaban rezagados; Wellington, debemos hacerle justicia, muy pocos.

Sin embargo, en la noche del 18 al 19 de Junio se despojó á los muertos. Wellington fué rígido y dió la órden de fusilar á todo el que fuese cogido en flagrante delito; pero la rapiña es tenaz. Los merodeadores estaban robando en un extremo del campo mientras los fusilaban en el otro.

La luna vertia luz siniestra sobre la llanura. Sobre las doce de la noche un hombre caminaba arrastrándose por el lado del camino hondo de Ohain. Era, al parecer, uno de esos séres que acabamos de caracterizar, ni inglés, ni francés, ni soldado, ni paisano; menos hombre que hiena, que le atraia á robar el olor de carne muerta, y á eso acudia al campo de batalla de Waterlóo. Llevaba una blusa parecida á una esclavina ceñida, é inquieto y atrevido, marchaba hácia adelante, mirando hácia atrás. ¿Quién era aquel hombre? Probablemente la noche le conocia más que el dia. No llevaba morral, pero es indudable que tenia grandes bolsillos debajo de la esclavina-capote. De vez en cuando se detenia, examinaba á su alrededor la llanura como para ver si le observaba alguno, se bajaba bruscamente, revolvia en tierra un objeto silencioso é inmóvil, y luego se enderezaba y huia de aquel sitio. Su modo de escurrirse, sus actitudes, su gesto rápido y misterioso, le daban cierta semejanza á las larvas crepusculares que frecuentan las ruinas y que llaman *Andantes* las antiguas leyendas normandas. Ciertas aves nocturnas forman esta clase de figuras en los pantanos.

El que mirara atentamente al través de la bruma, hubiera podido distinguir á cierta distancia una especie de carro de vivandero con toldo de mimbre, embreado, del que tiraba un hambriento rocin, que pacía las ortigas al través del freno, parado y escondido detrás de un caseron que rodea la calzada que vá desde Mont-Saint-Jean á Braine-l' Alleud. En el susodicho carro estaba sentada una mujer sobre lios y baules. Quizás existia algun lazo de union entre el carro y el merodeador.

Ni una nube empañaba el limpio azul del horizonte. Aunque la tierra estaba roja, la luna continuaba siendo blanca, como manifestando la indiferencia del cielo. Las ramas de los árboles que rompió la metralla, pero que no habian caido y estaban aun sujetas á la corteza, se balanceaban en la pradera suavemente impulsadas por el soplo ligero del viento de la noche. Un aliento, casi una respiracion, agitaba las malezas. Habia temblores en la yerba parecidos á los de las almas al abandonar los cuerpos.

Oíase á lo lejos el ir y venir de las patrullas y de las rondas del campamento inglés.

Continuaban ardiendo Hougomont y la Haie-Sainte, formando dos grandes hogueras, una al Oeste y otra al Este, á las que venia á juntarse, como un collar desatado de rubíes con dos carbunclos á los extremos, el cordon de fuegos del vivac inglés, que se extendia en inmenso semicírculo por las colinas del horizonte.

Referimos antes la catástrofe del barranco de Ohain. El corazon se espanta al pensar lo que fué aquella muerte para tantos valientes.

Si hay algo más espantoso, si existe una realidad más horrible que el más horrible sueño, fué dicha manera de morir: vivir, ver el sol, poseer la fuerza viril, disfrutar de salud y de alegría,

correr hácia la gloria, que se tiene á la vista; sentir en el pecho el pulmon que respira, el corazon que late, la voluntad que raciocina; pensar, esperar, amar, tener madre, mujer ó hijos; y de repente, en el instante que se invierte en lanzar un grito, hundirse en el abismo, caer, rodar, aplastar y ser aplastado, ver ramas y no poder agarrarse á ellas ni á nada, ver inútil el sable, tener hombres debajo y caballos encima, y debatirse en vano, ahogarse, aullar, retorcerse, estar en el fondo y decirse: ¡Hace un instante yo vivia!...

Donde ocurrió tan lamentable desastre reinaba ahora completo silencio. La zanja del camino hondo estaba llena de caballos y de ginetes inextricablemente amontonados. Terrible enredamiento!

Los cadáveres nivelaban el camino con la llanura y llegaban al ras del borde como medida de cebada muy colmada. Un monton de muertos en la parte alta y un rio de sangre en la parte baja, era el camino hondo en la noche del 18 al 19 de Junio de 1815. La sangre corria hasta la misma calzada de Nivelles, y al llegar allí se extendia en un ancho lago, delante de la tala de árboles que cerraba el paso de la calzada, en el sitio que hoy se enseña aun. Recuérdese que fué en el punto opuesto, hácia la calzada de Genappe, donde ocurrió el desastre de los coraceros. La espesura de los cadáveres era proporcionada á la profundidad del camino hondo. Hácia el medio, en el sitio en que estaba el llano, por donde pasó la division Delord, la capa de los muertos era más delgada.

El vagabundo nocturno, que acabamos de describir, iba por este lado escudriñando aquella inmensa tumba, mirando, pasando asquerosa revista á los muertos y hundiendo los piés en charcos de sangre. De pronto se paró.

A algunos pasos de él, en el camino hondo, en el punto en que terminaba el monton de los muertos, por bajo de la masa confusa de hombres y de caballos, salia una mano abierta, que alumbraba la luna.

La mano tenia en el dedo una cosa que brillaba, una sortija de oro.

El hombre se encorvó, permaneció un momento agachado, y cuando se levantó ya no brillaba en ella la sortija. No se irguió completamente, permaneció en actitud feroz y medrosa, volviéndose de espaldas al monton de los muertos, escudriñando de rodillas el horizonte, con el cuerpo inclinado hácia adelante, apoyando en tierra los dos índices y sacando la cabeza por encima de la orilla del camino. A ciertas acciones convienen las cuatro patas del chacal.

Despues, tomando un partido, se levantó.

En aquel momento se quedó sobresaltado. Sintió que le agarraban por detrás. Se volvió: la mano abierta estaba entonces cerrada y le habia cogido el faldon del capote.

Del hombre honrado se hubiera apoderado el terror; de éste se apoderó la risa.

—Calla! si es el muerto! dijo. Prefiero un aparecido á un gendarme.

La mano se fué aflojando y le soltó. El esfuerzo se agota pronto en la tumba.

—Veamos si está vivo este muerto, repuso el vagabundo.

Inclinóse otra vez, separó los obstáculos que le impedian llegar hasta la mano, la cogió, empuñó el brazo, separó la cabeza, sacó el cuerpo, y arrastró en la oscuridad del camino á un hombre inanimado ó desvanecido. Era un coracero, un oficial de rango superior, al que le salia una abultada charretera de oro por debajo de la coraza. Este oficial no conservaba el casco. Un terrible sablazo le destrozó la cara, en la que solo se veia sangre. Parecia no tener ningun miembro roto por feliz casualidad, si es posible usar esta palabra en su situacion; los muertos habian formado arco por encima de él, librándole de este modo de ser aplastado. Tenia cerrados los ojos. Sobre la coraza se veia la cruz de plata de la Legion de Honor.

El vagabundo le arrancó la cruz y se la escondió en el bolsillo. Despues registró el chaleco del oficial, tentó el reloj y lo tomó. Le encontró tambien una bolsa y se la guardó como el reloj y como la cruz.

Entonces el oficial abrió los ojos.

—Gracias, dijo con voz muy débil.

Los movimientos bruscos del hombre que lo manejaba y el aire fresco de la noche respirado con libertad le sacaron del letargo.

El vagabundo no respondió, pero levantó la cabeza, porque oia en la llanura ruido de pasos: probablemente se acercaria alguna patrulla.

El oficial, con voz agonizante, preguntó:

—Quién ha ganado la batalla?

—Los ingleses, le contestó el vagabundo.

El oficial continuó diciendo:

—Registradme y encontrareis el reloj y una bolsa; tomadlos.

Ya los tenia en su poder el desconocido, pero fingió que cumplia los deseos del moribundo.

—No los teneis en los bolsillos, le contestó.

—Me los han robado, pues, replicó el oficial; lo siento; hubiera sido para vos.

Se oian más claros cada vez los pasos de la patrulla.

—Viene gente! exclamó el vagabundo, disponiéndose á huir.

El oficial, levantando el brazo con gran esfuerzo, le detuvo.

—Me habeis salvado la vida. ¿Quién sois?

El vagabundo le respondió con rapidez y en voz baja:

—Pertenecia, como vos, al ejército francés; tengo que dejaros, porque si me cogiesen me fusilarian. Ya que os he salvado la vida, componeos como podais.

—Qué graduacion teneis?

—Sargento.

—Cómo os llamais?

—Thenardier.

—No olvidaré vuestro apellido, y vos conservad el mio. Me llamo Pontmercy, le contestó el oficial.

# LIBRO SEGUNDO.

## El navío „Orion".

### I.

**El número 24.601 se convierte en el número 9.430.**

Capturaron otra vez á Juan Valjean. Séanos permitido pasar rápidamente sobre detalles dolorosos. Vamos á limitarnos á reproducir dos sueltos que publicaron los periódicos de aquella época, pocos meses despues de los sorprendentes acontecimientos que ocurrieron en Montreuil-sur-Mer.

Estos artículos son bastante concisos, porque, como es sabido, no existia aun en aquel tiempo la *Gaceta de los tribunales*.

La *Bandera blanca* del 25 de Julio de 1823 decia:

"Un distrito del departamento del Pas-de-Calais acaba de ser teatro de un acontecimiento extraordinario. Un hombre forastero, llamado el señor Magdalena, habia dado gran impulso de algunos años á esta parte, por medio de procedimientos nuevos, á la antigua industria local de la fabricacion de azabaches y de abalorios negros, con la que hizo su fortuna y enriqueció á la ciudad. Para compensar sus servicios le nombraron alcalde de ella. La policía acaba de descubrir que dicho Magdalena era un antiguo presidiario, escapado de Tolon, que fué condenado por robo en 1796, y que se llama Juan Valjean.

„Juan Valjean ha sido reinstalado en el presidio. Parece que antes de ser capturado consiguió sacar de casa de Laffitte la cantidad de más de medio millon de francos, que tenia colocados en dicha casa, y que, segun se dice, habia ganado legítimamente. No se ha podido saber dónde ocultó esa suma Juan Valjean antes de volver á ingresar en el presidio de Tolon.„

El segundo artículo, algo más extenso, se publicó en la misma fecha en el *Diario de Paris*. Decia así:

"Acaba de comparecer ante el tribunal criminal del Var un antiguo licenciado de presidio, llamado Juan Valjean, con circunstancias tan extraordinarias que han llamado justamente la atencion. Este criminal consiguió burlar la vigilancia de la policía cambiando de nombre, y consiguiendo que le nombraran alcalde de una de las pequeñas ciudades del Norte, en la que habia establecido un comercio de mucha consideracion. Por fin fué desenmascarado y preso, gracias al celo infatigable de la autoridad. Tenia por concubina á una mujer pública que estaba muy enferma y murió de sobresalto al saber que iban á encerrarle en la prision. Este miserable, dotado de fuerza hercúlea, encontró el medio de evadirse; pero tres ó cuatro dias despues de su evasion la policía consiguió apoderarse de él otra vez en el momento en que subia en uno de los carruajes que van desde la capital á Montfermeil. Dícese que aprovechó el intervalo de esos tres ó cuatro dias de libertad para retirar una suma considerable que tenia colocada en casa de uno de los principales banqueros, que importa, segun se dice, de seiscientos á setecientos mil francos. Si hemos de dar crédito á la acusacion, debe haber enterrado esa suma en sitio que él solo conoce, porque no se ha podido encontrar. Juan Valjean acaba de comparecer ante el tribunal del Var, acusado de robo en un camino y á mano armada, hace cerca de ocho años, cometido en la persona de uno de esos jóvenes



¿ COMO OS LLAMAIS ? — TENARDIER

honrados que, como dijo el patriarca de Ferney en versos inmortales,

«*Todos los años vienen de Saboya*
*para limpiar con sus expertas manos*
*el hollin de las altas chimeneas.*»

„El citado criminal renunció á defenderse; pero probó el hábil y elocuente órgano del ministerio público que habia complicidad en el robo perpetrado, y que Juan Valjean formaba parte de una cuadrilla de ladrones establecida en el Mediodía. En su consecuencia, Juan Valjean fué declarado culpable y condenado á pena de muerte. El reo se negó á entablar el recurso de casacion, y la sentencia se hubiera ejecutado si el rey, en su inagotable clemencia, no se hubiera dignado conmutar la última pena por la de cadena perpétua. Juan Valjean fué conducido inmediatamente al presidio de Tolon.„

Recordará el lector que Juan Valjean observaba en Montreuil-sur-Mer costumbres religiosas; por lo que algunos periódicos, entre otros *El Constitucional*, atribuyeron la conmutacion de la pena á un triunfo que habia conseguido el partido clerical.

Juan Valjean cambió de número en el presidio. Se llamó esta vez el 9.430.

Por otra parte, digámoslo para no volverlo á repetir, con el señor Magdalena desapareció la prosperidad de Montreuil-sur-Mer. Se realizó lo que él previó en aquella noche de vacilacion y de fiebre: faltando él, faltó el alma á la ciudad. Cuando cayó verificóse en ella el reparto egoista de la herencia de las grandes existencias caidas, el fatal desmenuzamiento de las cosas florecientes, que se efectúa todos los dias oscuramente en la comunidad humana y que la historia solo una vez consigna, porque se ejecutó despues de la muerte de Alejandro. Los lugartenientes se hacen reyes; los contramaestres se hicieron fabricantes. Surgieron las rivalidades envidiosas. Cerráronse los vastos talleres del señor Magdalena; cayeron en ruinas los edificios y los obreros se dispersaron. De éstos, unos abandonaron el pais y otros el oficio.

Desde entonces todo se hizo en pequeño, en vez de hacerse en gran escala, y en vez de ser para el beneficio general, fué para el lucro personal. Ya no hubo centro; la competencia y el encarnizamiento aparecieron por todas partes. Magdalena lo dominaba y lo dirigia todo. Cuando cayó, cada uno se fué por su lado; el espíritu de lucha sucedió al espíritu de organizacion; la aspereza á la cordialidad; el ódio de unos contra otros á la benevolencia del fundador para todos; los hilos que ató el señor Magdalena se enredaron y se rompieron.

Se falsificaron los procedimientos; se envilecieron los productos; se mató la confianza; disminuyeron las exportaciones; hubo menos ventas; menguó el salario; cerráronse los talleres y sobrevino la quiebra. La riqueza del pais se desvaneció.

Hasta el Estado se apercibió de que álguien se habia arruinado en alguna parte. No habian transcurrido aun cuatro años desde la ausencia de la ciudad de Juan Valjean, cuando ya los gastos de recaudacion del impuesto del distrito de Montreuil-sur-Mer eran dobles, y el ministro Villèle hacia esta observacion desde la tribuna en el mes de Febrero de 1827.

## II.

**En el que se leerán dos versos que son quizás del diablo.**

Antes de seguir más adelante, es conveniente referir algunos pormenores de un hecho singular que en la misma época sucedió en Montfermeil y que coincide con ciertas conjeturas del ministerio público.

Hay en la comarca de Montfermeil una supersticion muy antigua, que es muy curiosa y muy rara, porque una supersticion popular en las cercanías de Paris es como un áloe en la Siberia. Somos de los que respetan todo lo que está en el estado de planta rara. Consiste la supersticion de Montfermeil en creerse allí que el diablo, desde tiempo inmemorial, ha escogido aquella selva para enterrar sus tesoros. Las sencillas mujeres de aquel pais afirman que no es raro encontrar á la caida de la tarde, en los sitios apartados del bosque, á un hombre negro, con traza de carretero ó de leñador, calzado con zuecos, vestido de pantalon y saco de lienzo y fácil de conocer, porque en vez de sombrero ó gorra lleva en la cabeza dos cuernos grandes. Es, en efecto, un buen distintivo para conocerle. Este individuo se ocupa habitualmente en abrir hoyos en la tierra. Hay tres modos de sacar partido de este encuentro. El primero consiste en llegarse hasta el hombre y hablarle, y así se vé que es verdaderamente un aldeano, y que si aparece negro es por efecto del

crepúsculo; que no hace ningun agujero, sino que corta yerba para sus vacas, y que lo que se creian cuernos era una horquilla para remover el estiércol que lleva á la espalda, y cuyos dientes, por efecto de la perspectiva de la noche, parecian salirle de la cabeza. El que lo encuentra se vuelve á casa y se muere al cabo de una semana. El segundo método consiste en observarle, esperar que concluya de abrir el hoyo, que lo vuelva á cubrir y que se vaya; luego ir corriendo al hoyo, destaparlo y coger el tesoro que el hombre negro ha depositado en él. El que así obra se muere al cabo de un mes. El tercer método consiste en no hablar al hombre negro, no mirarle y echar á correr á escape. El que esto hace muere al cabo de un año.

Como los tres métodos tienen sus inconvenientes, generalmente se adopta el segundo, que ofrece al menos la ventaja de poseer un tesoro, aunque no sea más que un mes. Los hombres atrevidos, que intentan toda clase de aventuras, han abierto, segun se dice, muchas veces los hoyos que hace el hombre negro, intentando robar al diablo. Pero esta operacion no ha producido grandes resultados, si se dá crédito á la tradicion y particularmente á los dos versos escritos en latin bárbaro, que dejó sobre este asunto un pícaro fraile normando, con sus puntas y ribetes de brujo y que se llamaba Trifon. El fraile Trifon está enterrado en la abadía de San Jorge de Bocherville, cerca de Ruan, y de su sepultura nacen sapos.

Para sacar la tierra de dichos hoyos se tienen que hacer esfuerzos supremos, porque están muy hondos. Se suda, se cava, se trabaja toda la noche (porque esto se hace de noche), se gasta toda la luz, se mella el azadon, y cuando se llega al fin del hoyo, cuando se pone la mano sobre el tesoro, se encuentra á veces una moneda de cobre, á veces un escudo, una piedra, un esqueleto, un cadáver destilando sangre; en unas ocasiones un espectro doblado por cuatro partes, como un pliego de papel en una cartera; en otras ocasiones no se encuentra nada. Esto es lo que anuncian á los curiosos indiscretos los versos de Trifon:

*Fodit, et in fossa thesauros condit opaca,*
*as, nummos, lapides, cadaver, simulacra nihilque.*

Parece que en la actualidad se encuentra tambien en dichos hoyos, ya un frasco de pólvora con balas, ya una baraja de naipes grasientos y chamuscados, que indudablemente han jugado con ellos los demonios. Trifon no menciona los dos últimos hallazgos, y no parece que el diablo debia inventar la pólvora en tiempos anteriores á Rogerio Bacon, ni las cartas en los anteriores á Cárlos VI. El que juega con dicha baraja tiene la seguridad de perder lo que posee, y la pólvora del frasco tiene la propiedad de hacer reventar el fusil en la cara del que lo dispara.

Muy poco tiempo despues de la época en que el ministerio público creyó que Juan Valjean, durante la evasion de algunos dias, habia vagado por los alrededores de Montfermeil, se observó en la citada aldea que un antiguo peon caminero, que se llamaba Boulatruelle, hacia frecuentes visitas al bosque. Sabian en el pais que dicho peon estuvo en presidio tiempo atrás, que le vigilaba la policía, y como no encontraba trabajo en ninguna parte, la administracion le empleaba de peon en el camino vecinal de Gagny á Lagny, dándole exiguo jornal.

La gente del pais miraba de reojo á Boulatruelle, que, á pesar de ser muy humilde y respetuoso con todo el mundo y de temblar y sonreir ante los gendarmes, estaba afiliado á una partida de malhechores, segun decia la voz pública, sospechando que se emboscaba al anochecer en alguna espesura de los bosques. Solo tenia en su favor la circunstancia de ser borracho.

Hé aquí en lo que se fijaron los curiosos de la aldea.

Hacia ya algun tiempo que Boulatruelle dejaba muy temprano su trabajo y se marchaba al bosque con el azadon. A la caida de la tarde le encontraban en los claros más desiertos ó en las malezas más espesas, buscando, al parecer, algun objeto, y muchas veces abriendo hoyos. Las mujeres que pasaban por allí á primera vista creian que era Belcebú; fijándose más, conocian que era Boulatruelle; pero no se quedaban por eso más tranquilas. Semejantes encuentros contrariaban al peon caminero, indicio visible de que procuraba ocultarse y de que obraba misteriosamente.

Decian en la aldea:—"No cabe duda de que el diablo se ha aparecido, porque Boulatruelle lo ha visto y lo busca. Se ha empeñado en atraparle el tesoro.„ Los volterianos añadian:—"¿Será el diablo el que atrape á Boulatruelle ó Boulatruelle el que atrape al diablo?„ Las viejas pasaban todo el camino haciendo la señal de la cruz.

Poco tiempo despues cesaron las visitas del peon caminero al bosque y volvió á trabajar hasta entrada la noche, por lo que ya en la aldea no se ocuparon de esto.

Sin embargo, la curiosidad de algunos no quedó satisfecha, creyendo que en este asunto no existirian probablemente los tesoros fabulosos de Lucifer, pero sí alguna respetable cantidad, más real que los billetes de Banco del diablo, y cuyo secreto acaso habia sorprendido el peon caminero. Los vecinos de la aldea más curiosos eran el maestro de escuela y el bodegonero Thenardier, que era amigo de todo el mundo y que no desdeñaba la compañía de Boulatruelle.

—Dicen que ha estado en presidio? decia Thenardier. Dios mio! ¡quién sabe si nosotros caeremos mañana en semejante desgracia!...

Una noche, que aseguraba el maestro de escuela que en otros tiempos la justicia habria averiguado lo que iba á hacer Boulatruelle en el bosque, obligándole á hablar, por ejemplo, por medio del tormento del agua, Thenardier le dijo:

—Pues á ver si habla dándole el tormento del vino.

Así lo hicieron, dándole de beber bastante cantidad de vino añejo; pero el peon caminero bebió mucho y habló poco. Combinó con admirable arte y en proporcion magistral la sed del gloton con la discrecion del juez. Sin embargo, á fuerza de volver á la carga y de compaginar y de estrujar las pocas palabras oscuras que se le escaparon, Thenardier y el maestro de escuela creyeron comprender lo siguiente:

Una mañana, al ir Boulatruelle á trabajar, cuando apenas amanecia, se quedó sorprendido al ver en un recodo del bosque, y entre la maleza, una pala y un azadon, ocultos al parecer. Creyó que serian del tio Six-Fours, el aguador, y ya no pensó en ellos. Pero la noche del mismo dia vió, sin ser visto, por taparle un árbol corpulento, á un individuo que no era del pais, y que por el camino se dirigia á la parte más enmarañada del bosque, á cuyo individuo Boulatruelle conoció muy bien. Este individuo, segun la interpretacion de Thenardier, seria *un compañero de presidio*. Boulatruelle se negó á pronunciar su nombre. Dicho individuo llevaba un paquete de forma cuadrada, que debia ser ó una caja grande ó un cofre pequeño. Boulatruelle se sorprendió al reconocer al hombre del paquete, por lo que hasta siete ú ocho minutos despues no le ocurrió la idea de seguirle. Era ya tarde cuando esto le ocurrió, y el hombre se habia internado ya en la espesura del bosque; era de noche y no le hubiera podido alcanzar. Entonces se decidió á observar desde la orilla del bosque. Apareció la luna en el horizonte, y dos ó tres horas despues vió salir al hombre entre la maleza, sin la caja y con una pala y un azadon. Boulatruelle le dejó pasar sin acercársele, porque sabia que dicho individuo era tres veces más fuerte que él, y estando armado, al reconocerle, probablemente lo hubiera pasado mal. Cariñoso encuentro de dos camaradas que vuelven á verse despues de mucho tiempo. La pala y el azadon fueron un rayo de luz para Boulatruelle; fué á buscarlos donde los vió por la mañana y ya no estaban allí, de lo que dedujo que el hombre dentro del bosque abriria un hoyo en la tierra con el azadon y volveria á cerrar el hoyo con la pala. El cofre era demasiado pequeño para encerrar un cadáver; debia, pues, encerrar dinero. De esta idea provinieron sus pesquisas. Exploró, sondeó, escudriñó todo el bosque por todas partes donde le parecia que habian removido la tierra recientemente, pero todo fué en vano. No consiguió *pescar* nada.

Nadie volvió á ocuparse de este suceso en Montfermeil. Solo algunas viejas dijeron:

—Tened por seguro que el peon caminero por algo ha movido esta gresca; indudablemente debe habérsele aparecido el diablo.

## III.

### El salvador.

A fines de Octubre del año 1823 los habitantes de Tolon vieron entrar en el puerto, lanzado por el temporal y para reparar algunas averías, el navío *Orion*, que más tarde dedicaron en Brest á navío-escuela, y que entonces formaba parte de la escuadra del Mediterráneo.

A pesar de estar averiado dicho buque, porque el mar lo maltrató, hizo gran efecto al entrar en la rada. Llevaba no sabemos qué pabellon, que le tuvieron que saludar disparando once cañonazos, á los que él contestó con otros once. Se calcula que en salvas, cortesías reales y militares, cámbios de ruidos corteses, formalidades de radas y fortalezas, saludos de los buques de guerra al salir

y ponerse el sol, etc. etc., gasta en pólvora el mundo civilizado en toda la tierra, cada veinticuatro horas, ciento cincuenta mil tiros de cañon inútiles. Calculando á seis francos por tiro, importan novecientos mil francos cada dia y trescientos millones al año, que se convierten en humo. Entre tanto los pobres se mueren de hambre.

El año 1823 lo llamó la Restauracion "la época de la guerra de España„. Esta guerra encerró muchos acontecimientos en uno solo y muchas singularidades: fué un gran asunto de familia para la casa de Borbon; la rama de Francia socorrió y protegió á la de Madrid, es decir, ejecutó un acto de primogenitura. Fué un retroceso á las tradiciones nacionales obligado á la servidumbre y á la sujecion de los Gabinetes del Norte; el duque de Angulema, al que los periódicos liberales llamaban el *héroe de Andújar*, comprimia con actitud triunfal, algo contrariada por su aspecto pacífico, al antiguo terrorismo, demasiado real, del Santo Oficio, que estaba en lucha con el terrorismo quimérico de los liberales: los *sans-culottes* resucitaron, con espanto de las viejas aristócratas, bajo el nombre de *descamisados*; el monarquismo se oponia al progreso, calificándole de anarquía; quedaron bruscamente interrumpidas en su trabajo de zapa las teorías de 1789; un *¡alto!* europeo intimó á la idea francesa que daba la vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el príncipe de Carignan, despues Cárlos Alberto, se alistaba en la cruzada de los reyes contra los pueblos como simple granadero; los soldados del imperio volvieron á entrar en campaña despues de ocho años de reposo, viejos, tristes y con la escarapela blanca; un puñado heróico de franceses agitaba en el extranjero la bandera tricolor, como treinta años atrás agitaron en Coblenza la bandera blanca; los frailes se confundieron con los militares; las bayonetas restringieron el principio de libertad y de novedad; sofocaban los principios á cañonazos; la Francia deshacia con las armas lo que habia hecho con sus ideas; los jefes enemigos eran hombres vendidos; los soldados titubeaban; las ciudades se sitiaban con millones; casi no habia riesgos militares, pero sí explosiones posibles; poca sangre vertida, poco honor conquistado, vergüenza para algunos y gloria para nadie. Tal fué la citada guerra, que promovieron príncipes que descendian de Luis XIV y que dirigieron generales que procedian de Napoleon. Consiguió la triste suerte de no recordar ni la gran guerra ni la gran política.

Hubo algun notable hecho de armas: la toma del Trocadero fué una buena accion militar; pero en conjunto, repetimos que las trompetas de esa guerra produjeron sonido cascado; el total fué sospechoso y la historia reprueba la conducta de Francia, que aceptó con gran dificultad este triunfo falso. Parecia evidente que algunos oficiales españoles encargados de la resistencia cedieron con demasiada facilidad, desprendiéndose de la victoria la idea de corrupcion; parecia que Francia ni ganaba á los generales ni las batallas, y el soldado vencedor regresó humillado. Guerra fué que en vez de engrandecer empequeñecia á los vencedores, porque podia leerse *Banco de Francia* en los pliegues de su bandera. Los soldados de la guerra de 1808, sobre los que se habia formidablemente desplomado Zaragoza, frunciran el ceño en 1823 al ver abrirse ante ellos fácilmente las ciudadelas, y echaban de menos á Palafox. Preferible es al ardimiento de la Francia tener enfrente á Rostopchine que á Ballesteros.

Bajo otro punto de vista más grave, en el que es conveniente insistir, esa guerra, que lastimaba en Francia el espíritu militar, indignaba al espíritu democrático, porque era una empresa de esclavizamiento. El objeto que llevaba en esa campaña el soldado francés, hijo de la democracia, era conquistar el yugo para otro pueblo. Repugnante contrasentido. El destino de Francia es despertar el espíritu de los pueblos, no sofocarlo. Desde 1793 todas las revoluciones de Europa son hijas de la Revolucion francesa: la libertad irradia de Francia; es un hecho solar y es ciego el que no lo vé, como dijo Bonaparte.

La guerra de 1823, que fué un atentado á la generosa nacion española, fué al mismo tiempo otro atentado á la Revolucion francesa. Francia acometió esa agresion monstruosa á la fuerza; porque exceptuando las guerras libertadoras, todas las demás las hacen á la fuerza los ejércitos, y lo indica la frase *obediencia pasiva* que los mueve. El ejército es una obra magistral de combinacion, obra extraña, en la que la fuerza resulta de una cantidad enorme de impotencia. Solo así se explica la guerra hecha por la humanidad contra la humanidad, á pesar de la humanidad.

Respecto á los Borbones, les fué fatal

la guerra de 1823. La tomaron por un triunfo. No vieron el peligro que hay en hacer matar una idea por medio de una consigna. En su candidez se equivocaron, hasta el punto de introducir para su establecimiento, como elemento de fuerza, la inmensa debilidad de un crímen. En su política entró el espíritu de asechanza, y 1830 germinó en el seno de 1823. La guerra de España vino á ser en sus consejos un argumento en favor de los golpes de fuerza y en favor de las aventuras de derecho divino, y restableciendo Francia *el rey neto* en España, bien podia restablecer el rey absoluto en su nacion. Los Borbones cometieron la temible equivocacion de tomar la obediencia del soldado por el consentimiento de la nacion. Esa confianza les hizo perder los tronos. Es pernicioso dormirse á la sombra del manzanillo y á la sombra del ejército.

Volvamos al navío *Orion*.

Durante las operaciones del ejército, que mandaba el príncipe generalísimo, cruzaba una escuadra por el Mediterráneo, y, como dijimos antes, pertenecia á ella el navío *Orion*, que acababa de entrar en el puerto de Tolon.

La presencia de un buque de guerra en un puerto tiene algo que atrae y que preocupa á la muchedumbre; sin duda es porque es grande, y á la muchedumbre le gusta todo lo grande.

El navío de línea es una magnífica combinacion del génio del hombre con el poder de la naturaleza. El navío de línea se compone de lo más pesado y de lo más ligero, porque tiene que habérselas á un mismo tiempo con las tres formas de la sustancia, la sólida, la líquida y la flúida, y ha de luchar con las tres. Tiene once garras de hierro para asir el granito en el fondo del mar, y más alas y entenas que un coleóptero para tomar el viento en las nubes. Su aliento sale por sus ciento veinte cañones como por enormes clarines, y contesta al rayo con orgullo.

El Océano procura extraviarlo con la pavorosa semejanza de sus olas; pero el navío tiene su alma, que es la brújula, que le aconseja y que le indica siempre el Norte. En las noches oscuras, sus fanales sustituyen á las estrellas. Contra el viento tiene la cuerda y la lona; contra el agua, la madera; contra la roca, el hierro, el cobre y el plomo; contra la sombra, la luz; contra la inmensidad, la aguja.

Para formarse idea de las proporciones gigantescas cuyo conjunto constituye el navío de línea, hay que entrar en una de las calas cubiertas de seis pisos de los puertos de Brest ó de Tolon. Los buques en construccion están, por decirlo así, bajo una campana. Aquella viga colosal es una verga; aquella gruesa columna de madera echada en el suelo y que se pierde de vista es el palo mayor. Midiéndole desde su raiz en la cala hasta su elevadísima cima, tiene sesenta toesas de longitud y tres piés de diámetro en la base. El palo mayor inglés se eleva á doscientos diez y siete piés por encima de la línea del agua. La marina de nuestros padres empleaba cables; la nuestra emplea cadenas. El simple monton de cadenas de un navío de cien cañones tiene cuatro piés de altura, veinte de longitud y ocho de latitud. Para construir un navío de esta clase se necesitan tres mil metros cúbicos de madera. Es un bosque flotante.

Esto se refiere solo á un buque de guerra de hace cuarenta años, que era un barco sencillo de vela; el vapor, que estaba entonces en su infancia, añadió despues nuevos milagros á ese prodigio que se llama navío de guerra. En la actualidad, por ejemplo, el navío de vapor de hélice es una máquina sorprendente, arrastrada por un velámen de tres mil metros cuadrados de superficie y por una caldera de la fuerza de dos mil quinientos caballos.

Dejando aparte las maravillas modernas, la antigua nave de Cristóbal Colon y de Ruyter fué una de las obras magistrales del hombre, que, inagotable en fuerza, como el infinito en soplos, almacena el viento en su vela, la mantiene fija en la inmensa difusion de las olas y en ellas flota y reina.

Llega, sin embargo, un momento en que una ráfaga rompe como si fuese una paja la verga de sesenta piés de longitud, en que el viento doblega como un junco el mástil de cuatrocientos piés de altura; llega un instante en que el áncora, que pesa diez mil libras, se tuerce en la garganta de la ola como el anzuelo del pescador en la quijada de un sollo, en el que todo el poder y toda la majestad del buque se abisman en un poder y una majestad superiores. Hace pensar á los hombres ver que se despliega una fuerza inmensa que termina en una inmensa debilidad. Por eso abundan los curiosos en los puertos alrededor de esas maravillosas máquinas de guerra y de navegacion, sin que ellos mis-

mos se expliquen satisfactoriamente el motivo.

Todos los dias, desde la mañana hasta la noche, se veian atestados los muelles, los diques y las escolleras del puerto de Tolon de una multitud de curiosos y de desocupados, sin otra ocupacion que la de mirar al navío *Orion*.

El *Orion* era un buque averiado desde hace mucho tiempo. En sus navegaciones anteriores se habian amontonado en su quilla espesas capas de mariscos, que le hacian perder la mitad de su andar. Dejaron al navío en seco el año anterior para rasparle los mariscos y despues le botaron otra vez al agua; pero las raspaduras alteraron los pernos de la carena, y al llegar á la altura de las Baleares el bordaje interior se habia fatigado y abierto. Como el forrado no se hacia entonces con chapa metálica, el buque comenzó á hacer agua. Sobrevino violento vendaval del equinoccio, que desfondó á babor la roda y la portañola y deterioró el porta-obenque de mesana, y á consecuencia de estas averías el navío tuvo que regresar á Tolon.

Fondeó cerca del Arsenal, en el que le estaban armando y reparando. El casco no habia sufrido nada á estribor, pero le desclavaron algunos listones de los costados para que el aire pudiese penetrar en el armazon.

La multitud, que lo contemplaba una de las mañanas, presenció un deplorable accidente.

La tripulacion se ocupaba en envergar las velas. El gaviero encargado de tomar el mastelero de gavia por la parte de estribor perdió el equilibrio. Se le vió vacilar, y la multitud reunida en el muelle lanzó un grito. Al marinero se le fué la cabeza tras el cuerpo, dió vueltas alrededor de la verga con las manos extendidas hácia el abismo, cogió al paso, primero con una mano y luego con la otra, el marcha-pié y quedó colgando de él. El mar estaba debajo de aquel hombre á una profundidad vertiginosa. El sacudimiento de su caida imprimió al marcha-pié violento movimiento de columpio, y el hombre iba y venia agarrado de dicha cuerda como la piedra en una honda.

Socorrerle era correr horrible riesgo. Ninguno de los marineros, que eran todos pescadores de la costa recientemente enganchados para el servicio, se atrevia á aventurarse á auxiliarle. Entre tanto el infeliz gaviero se cansaba; no se le conocia la angustia en el semblante, pero todos sus miembros denotaban agotamiento de fuerzas. Sus brazos se retorcian muy estirados. Cada esfuerzo que hacia para subir aumentaba las oscilaciones del marcha-pié. No gritaba por miedo de aniquilar la poca fuerza que le quedaba. Los espectadores aguardaban el instante en que soltase la cuerda, y todas las cabezas se volvian al lado opuesto por no verle caer al mar. Hay momentos en los que un cabo de cuerda, un palo, la rama de un árbol salvan la vida, y es espectáculo horrible ver que un sér viviente se desprende y cae como una fruta madura.

De repente apareció un hombre que trepó por el aparejo con la agilidad del tigre. Este hombre vestia de color rojo, lo que indicaba que era un forzado, y llevaba en la cabeza un gorro verde, señal de estar condenado á cadena perpétua. En cuanto llegó á la altura de la gavia, una ráfaga de viento se le llevó el gorro y descubrió su cabeza, enteramente cana.

Dicho individuo, que pertenecia á una cuerda de presidiarios empleada á bordo, se presentó desde el primer momento al oficial de cuarto y le pidió permiso para salvar al gaviero, arriesgando la vida al ver que no lo intentaba ninguno de los de la tripulacion. Cuando el oficial le concedió el permiso solicitado, rompió de un solo martillazo la cadena sujeta á la argolla de su pié, cogió luego una cuerda y se lanzó á los obenques. Nadie se fijó en aquel momento en la facilidad con que rompió la cadena. Esta circunstancia la recordaron mucho más tarde.

En un abrir y cerrar de ojos se le vió en la verga. Se detuvo algunos segundos, en los que pareció que la media con la vista. Estos segundos, durante los que el viento columpiaba al gaviero en la extremidad de la cuerda, parecieron siglos á los que lo estaban mirando. A poco el presidiario levantó los ojos hácia el cielo y dió un paso hácia adelante. La multitud respiró. El presidiario recorrió la verga en un instante, y al llegar á la punta ató un cabo de cuerda que llevaba consigo y la dejó pendiente del otro cabo; despues empezó á bajar deslizándose por la cuerda, y entonces el público sintió inexplicable angustia al ver dos hombres, en vez de uno, suspendidos sobre el abismo. Parecia el presidiario una araña lanzándose á coger una mosca; pero en este caso la araña iba á dar la vida, no la muerte.

Infinidad de miradas se fijaban en el

grupo; el mismo extremecimiento frunce todas las cejas y no se oia ni una palabra, ni un grito; todas las bocas contenian el aliento, como si temiesen añadir el menor soplo al viento que sacudia á aquellos dos infelices.

Entre tanto el forzado habia conseguido arrimarse al marinero. Ya era tiempo, porque un minuto más tarde éste, rendido y aniquilado, hubiera caido al mar. El presidiario lo amarró á la cuerda á que él se sujetaba con una mano, mientras trabajaba con la otra. Al fin se le vió volver á subir á la verga y tirar del marinero hasta que lo tuvo tambien en ella; le sostuvo allí un instante para que recobrase las fuerzas, despues lo tomó en brazos y lo llevó andando sobre la verga hasta el tamborete, y desde allí á la gavia, en donde lo dejó en manos de sus compañeros.

La multitud prorumpió en aplausos: algunos ancianos de la chusma lloraban, las mujeres se abrazaban en el muelle, y oyéronse voces que salian de todas partes, que gritaban:

—Perdon, perdon para ese hombre!...

El presidiario entre tanto se preparaba para bajar y reunirse con la cuadrilla á que pertenecia.

Para bajar más pronto se dejó escurrir por el aparejo y echó á andar con ligereza sobre una verga baja. Todo el mundo fijaba las miradas en él. Hubo un momento en que los espectadores temieron que estuviese fatigado y que se marease, y hasta creyeron verle vacilar y bambolearse. De repente la multitud lanzó un grito; el forzado acababa de caer al mar.

La caida era peligrosa. La fragata *Algeciras* estaba anclada junto al *Orion*; el pobre presidiario cayó entre los dos buques y era de temer que hubiese ido á parar debajo de alguno de ellos.

Cuatro hombres saltaron á un bote inmediatamente. La multitud los alentaba llena otra vez de ansiedad. El forzado no subia á la superficie. Desapareció en el mar sin dejar huella. Sondearon, bucearon inútilmente. Le estuvieron buscando hasta que fué de noche y no le pudieron encontrar.

Al otro dia el *Diario* de Tolon decia lo siguiente: "17 de Noviembre de 1823.—Un presidiario que trabajaba ayer con su cuadrilla á bordo del *Orion*, despues de salvar la vida á un marinero, cayó al mar y se ahogó. No ha podido encontrarse su cadáver. Se cree que se habrá enredado en los pilotes de la punta del Arsenal. Dicho forzado estaba inscrito en el registro con el número 9.430 y se llamaba Juan Valjean.„

# LIBRO TERCERO.

## Cumplimiento de la promesa hecha á la difunta.

### I.

#### La cuestion del agua en Montfermeil.

Montfermeil está situado entre Livry y Chelles, en la orilla meridional de la alta meseta que separa el Ourque del Marne. Hoy es una villa de mucha poblacion, adornada con quintas construidas de yeso, y que los domingos se llenan de vecinos alegres, sencillos y honrados. En 1823 no habia en Montfermeil ni tantas casas de campo blancas, ni tantos ciudadanos satisfechos: era una aldea situada entre bosques. Solia verse en alguno que otro sitio alguna casa de recreo, edificada en el siglo anterior, que se conocia por su aspecto aristocrático, por sus balcones de hierro retorcido y por sus grandes ventanas, cuyos vidrios verdes tomaban matices diferentes sobre el color blanco de los postigos cerrados. Pero no por eso dejaba de ser Montfermeil una pobre aldea. Los mercaderes de paños retirados y los aficionados á veranear aun no la habian descubierto. Aunque estaba situada en sitio apacible y risueño, no era camino para ninguna parte y se vivia allí económicamente con la vida campestre, abundante y fácil; su única falta era que escaseaba el agua por causa de la elevacion del terreno.

Era preciso ir á buscarla bastante lejos. El extremo de la aldea que está á la parte de Gagny se surtia de agua en los magníficos estanques que hay en el bosque, y el otro extremo de la aldea, que rodea la iglesia y está á la parte de Chelles, iba á buscarla á un cuarto de hora de Montfermeil.

Era, pues, trabajo pesado para cada vecino el proveerse de agua. Las casas principales, la aristocracia y el bodegon de Thenardier pagaban los cubos de agua á un hombre que se habia dedicado á este oficio, en el que apenas ganaba dos reales diarios, pero solo trabajaba hasta las siete de la tarde en verano y hasta las cinco en invierno, y cuando se

hacia de noche, el vecino que no tenia agua para beber tenia que ir á buscarla él mismo ó pasarse sin ella.

Esto era lo que aterraba á la pobre criatura, á la niña Cosette, de la que el lector se acordará, recordando al mismo tiempo que era útil de dos modos á los Thenardier, porque recibian el dinero de la madre y hacian servir á la hija. Cuando Fantina dejó de enviarles la pension por los motivos expuestos en su lugar, los Thenardier se quedaron á Cosette para utilizarla como á criada, y ella era la que iba á buscar el agua cuando faltaba en casa, por lo que cuidaba de que hubiera siempre, por no tener que ir de noche á la fuente.

La Navidad de 1823 fué de agradable temperatura en Montfermeil; el principio del invierno fué templado; aquel año no hubo ni hielo ni nieve. Titiriteros que venian de Paris obtuvieron permiso del alcalde para colocar sus tiendas en la calle principal de la aldea, y mercaderes ambulantes colocaron sus puestos, tambien con permiso, en la plaza de la Iglesia, y hasta en la callejuela de Boulanger, en donde estaba situado el bodegon de los Thenardier. Toda esa gente llenaba las posadas y las tabernas y comunicaba á aquel pais tan tranquilo vida bulliciosa y alegre. Entre las curiosidades expuestas en la plaza habia una especie de barraca, en la que feísimos payasos, vestidos de andrajos, enseñaban á los aldeanos de Montfermeil uno de esos terribles buitres del Brasil, que el Museo Real de Paris no poseyó hasta el año 1845, y que tienen por ojo una escarapela tricolor. Creemos que á esta ave le llaman los naturalistas Caracara Polyborus; es del órden de los aspícides y de la familia de los buitres.

Algunos veteranos bonapartistas, retirados en esta aldea, iban complacidos á ver el pajarraco, y los payasos les enseñaban la escarapela tricolor, como fenómeno único, y que Dios creó expresamente para que formase parte de la coleccion de animales raros que llevaban.

La noche de Navidad habia mucha concurrencia en la sala baja del figon de Thenardier; varios carreteros y trajineros estaban sentados alrededor de las mesas, que alumbraban cuatro ó cinco velas, y bebian. La sala era como la de todas las tabernas; habia allí mesas, jarros de peltre, botellas, bebedores, fumadores, poca luz y mucho ruido. Indicaban la fecha de 1823 dos objetos que estuvieron de moda entre la clase media, y que estaban encima de la mesa; un kaleidoscopio y una lámpara de hoja de lata morada. La Thenardier vigilaba la cena que estaba asándose junto al fuego; su marido hablaba de política y bebia con sus parroquianos.

Además de los diálogos políticos, en los que se ocupaban de la guerra de España y del duque de Angulema, en medio del bullicio se recortaban paréntesis locales como estos:

—Por la parte de Nanterre y de Suresne se ha cosechado mucho vino. Donde contaban tener diez botas han tenido doce. El lagar ha dado más jugo del que creian.—Pero la uva no debia estar aun madura.—En esos pueblos no la dejan madurar, porque si lo está, el vino se tuerce en cuanto viene la primavera.—¿Que ese vino es flojo?—Más flojo que los de acá. Por eso vendimian la uva verde, etcétera.

Un molinero decia:

—¿Somos acaso responsables de lo que hay dentro de los sacos? Nos encontramos con una porcion de granos que no podemos entretenernos en limpiar, y que es indispensable que pasen por las ruedas, como la zizaña, el añublo, el tizon, la algarroba, el cañamon, la cola de zorra y otra infinidad de drogas, sin contar las piedrecitas que abundan en ciertos trigos, sobre todo en los trigos bretones. Es molesto el moler esta clase de trigos, como lo es á los serradores aserrar vigas con clavos. Resulta mucho polvo despues de la molienda, y luego se quejan de la harina; si ésta no sale limpia no es culpa nuestra.

En el espacio comprendido entre dos ventanas, un segador, hablando con un propietario, que ponia precio al trabajo de una pradera que tenia aquel que segar en la primavera, decia:

—No importa que la yerba esté mojada. Así se corta mejor; el rocío es bueno; pero de todos modos vuestra yerba es muy temprana y difícil de segar; en unos sitios está demasiado tierna, en otros se dobla contra la hoz, etc.

Cosette se sentaba como siempre en su puesto, en el travesaño de la mesa de la cocina, cerca del hogar; con el vestido destrozado, con los piés desnudos dentro de los zuecos y haciendo medias á la luz del fuego, medias de lana destinadas para las hijas de los bodegoneros. Debajo de las sillas jugaba un gatito. En la pieza inmediata se oian dos voces frescas é infantiles que charlaban y reian; las

de las niñas Eponina y Azelma. En un rincon de la chimenea pendian de un clavo unas disciplinas.

A intervalos se oia, á pesar del ruido de la taberna, el chillido de una criatura de poco tiempo que salia de las habitaciones interiores. Era de un niño que la Thenardier tuvo un invierno pasado, "sin saber por qué„, segun decia, y que podria contar tres años. La madre le crió, pero no le queria. Cuando el clamor encarnizado del chiquillo importunaba al bodegonero, éste decia á su mujer:—Tu hijo llora; vé á ver lo que quiere.—Bah! contestaba ella, me fastidia.

La criatura, abandonada, continuaba llorando.

## II.

### Dos retratos completos.

Hasta ahora solo hemos visto el perfil de los Thenardier; pero ha llegado el momento de dar la vuelta alrededor de este matrimonio y de verle por todas partes.

Thenardier acababa de cumplir cincuenta años, su esposa frisaba en los cuarenta, que son cincuenta en la mujer; de modo que estaba equilibrada la edad de los dos.

Quizás los lectores recuerden la primera aparicion de la mujer de Thenardier, alta, rubia, colorada, gruesa, membruda, cuadrada, enorme y ágil, que, como dijimos, procedia de la raza de salvajes colosales que en las férias levantan con el pelo grandes piedras. Ella lo hacia todo en la casa: las camas, los cuartos, la colada, la cocina, la lluvia, el buen tiempo y el diablo. Tenia por única criada á Cosette, que era un ratoncillo al servicio de un elefante. Todo temblaba al sonido de la voz de la bodegonera, los vidrios, los muebles y la gente. Su ancha cara, salpicada de manchas rojizas, parecia una espumadera. Tenia barbas. Era el tipo de un maton de plazuela vestido con sayas. Juraba como un carretero y se jactaba de partir una nuez de un puñetazo. A no ser por las novelas que habia leido, y que de vez en cuando producian en ella el efecto extravagante de presentar á la giganta bajo el aspecto de niña melindrosa, á nadie le hubiera ocurrido pensar que era una mujer. Era el producto del ingerto de una señorita en una rabanera. El que la oia hablar decia: Es un gendarme; el que la veia beber decia: Es un carretero; el que la veia pegar á Cosette decia: Es un verdugo. Cuando estaba durmiendo, de la boca le salia un diente.

Thenardier era un hombre pequeño, flaco, pálido, anguloso, endeble, que parecia enfermizo y se conservaba muy bien, y en esto empezaba ya su trapacería. Se sonreia de ordinario con precaucion y era atento con todo el mundo, hasta con el mendigo á quien negaba la limosna. Tenia mirada de zorro y aspecto de letrado. Se parecia mucho á los retratos de Delille. Su coquetería consistia en beber con los trajineros sin que nadie pudiera emborracharle nunca. Fumaba en una pipa muy grande. Llevaba blusa y bajo de ella frac negro muy antiguo. Tenia pretensiones de literato y de materialista, y pronunciaba con frecuencia nombres célebres en apoyo de lo que decia, como los de Voltaire, Raynal, Porny y, cosa extraña, el de San Agustin. Afirmaba que tenia un "sistema„. Por otra parte, era un estafador, pero estafador por principios y reglas científicas.

Esta es una variedad que existe. Se recordará que pretendia haber servido: contaba con cierto énfasis que, siendo sargento en Waterlóo, él solo, contra un escuadron de húsares de la Muerte, habia cubierto con su cuerpo y salvado al través de la metralla "á un general peligrosamente herido„. Por eso puso ese cuadro á la puerta del bodegon como muestra, y tituló á éste: "Posada del sargento de Waterlóo.„ Era liberal, clásico y bonapartista. Se inscribió en el Campo del Asilo, y decian en la aldea que habia estudiado para cura.

Nosotros creemos que solo habia estudiado en Holanda para posadero. Este tunante del órden compuesto era, segun todas las probabilidades, algun flamenco de Lila en Flandes, francés en Paris, belga en Bruselas, y tenia un pié en cada una de las fronteras. Ya conocemos su hazaña de Waterlóo, y como se vé, la exageraba mucho. El flujo y reflujo, las peripecias y las aventuras eran el elemento de su existencia; la conciencia desgarrada produce siempre vida descosida; y es creible que en la época tormentosa de 1815 perteneciera Thenardier á la variedad de cantineros merodeadores que antes describimos, que recorrian los caminos vendiendo á éstos y robando á aquellos, y rodando en algun carreton cojo, en familia, el marido, la mujer y los hijos, á la cola del

ejército en marcha, con la idea de pegarse siempre á las tropas del vencedor. Cuando terminó la campaña, encontrándose, como decia, *cum quibus*, abrió su bodegon en Montfermeil.

Este *cum quibus* consistia en las bolsas, en los relojes, en las sortijas de oro y en las cruces de plata que cosechó en la época de la vendimia en los surcos llenos de cadáveres, pero no era de gran consideracion cuando hizo que prosperase poco el vivandero convertido en posadero.

Thenardier tenia en el gesto un no sé qué rectilíneo, que cuando juraba recordaba el cuartel y cuando hacia la señal de la cruz el seminario. Hablaba con soltura y hacia creer que era un sábio; sin embargo, el maestro de escuela habia observado que cometia errores gramaticales. Extendia bien la cuenta del gasto de los viajeros, pero nunca faltaba alguno que encontrase en ella faltas de ortografía. Era taimado, glotón, perezoso y hábil. No desdeñaba á las criadas, por lo que su mujer no las tenia, que la giganta era celosa, y creia que aquel hombre flaco y pálido debia ser objeto de apetito universal.

Además de todo lo dicho, Thenardier era hombre de astucia y de equilibrio, era un bribon del género templado; los bribones de esta clase son los peores, porque son hipócritas. Esto no quiere decir que el bodegonero, en ocasiones dadas, no fuera capaz de encolerizarse tanto como su mujer; pero esto era rarísimo, y cuando sucedia se ponia espantoso, porque en aquellos momentos odiaba á todo el género humano, se encendia dentro de él un horno profundo de ódio, y era de esas gentes que se están vengando siempre y que atribuyen á los demás la culpa de todo cuanto les sucede. ¡Desgraciado el que entonces se ponia al alcance de su furor!...

Aparte de sus malas cualidades, Thenardier era atento y penetrante, silencioso ó charlatan, segun le convenia, y siempre inteligente. Tenia algo de la mirada de los marinos que están acostumbrados á entornar los ojos en los anteojos de larga vista. Thenardier era un hombre de Estado.

Cualquier recien venido que entraba en el bodegon, al ver á la mujer del bodegonero, exclamaba: "Hé aquí al amo de la casa„. Pero se equivocaba; ella no era ni siquiera ama. El marido era el amo y el ama todo en una pieza. Ella hacia, pero él creaba. Lo dirigia todo con una especie de accion magnética, invisible y contínua. Era suficiente una palabra suya, á veces una seña, para que el mastodonte hembra obedeciera. Thenardier era para su costilla, sin que ésta se explicase el por qué, un sér particular y soberano. Tenia aquella la virtud de su modo de ser; nunca habia disentido ni en un detalle del señor Thenardier, y era hipótesis inadmisible que quitase alguna vez la razon públicamente á su marido en nada. Jamás habia cometido "delante de extraños„ esa falta que con tanta frecuencia cometen las mujeres y que en el lenguaje parlamentario se llama dejar en descubierto á la corona. Aunque esta conformidad y mútuo acuerdo solo produjese el mal, habia algo contemplativo en tanta sumision de la mujer al marido. Aquella montaña de carne ruidosa se movia al impulso del dedo meñique de su frágil déspota. Visto este matrimonio por su lado mezquino y grosero, se verificaba en él el fenómeno universal de la adoracion de la materia al espíritu; porque ciertas fealdades tienen su razon de ser en las profundidades de la belleza eterna. En Thenardier existia algo desconocido, y de aquí nacia el imperio absoluto sobre su mujer. En ciertos momentos le veia como una vela encendida y en otros le sentia como la garra de una fiera.

La bodegonera era formidable; solo amaba á sus hijos y solo temia á su marido. Era madre porque era mamífera, y aun así su maternidad no pasaba de sus hijas; como se verá más adelante, no se extendia á los varones.

Thenardier solo pensaba en ser rico y no lo podia conseguir. Le faltaba teatro digno de su gran talento. Se arruinaba en Montfermeil, si es posible arruinarse estando á cero. Sin embargo, este perdido hubiera llegado á ser millonario en Suiza ó en los Pirineos, pero el posadero tiene que vivir donde la suerte le coloca. Ya se comprende que empleamos aquí la palabra *posadero* en su sentido limitado y que no se extiende á la clase entera.

En el año 1823 estaba empeñado en mil quinientos francos de deudas corrientes, que no admiten espera, y esto le tenia muy caviloso.

A pesar de la injusticia tenaz del destino de Thenardier, era uno de los hombres que comprendian mejor, con más profundidad y del modo más moderno, lo que es una virtud en los pueblos bár-

baros y una mercancía en los pueblos civilizados: la hospitalidad.

Era admirable cazador furtivo y en todas partes se citaba el acierto de su puntería. Su risa fria y pacífica era particularmente peligrosa. Algunas veces brotaban en él á modo de relámpagos sus teorías de posadero. Seguia aforismos profesionales, que procuraba imbuir á su mujer.

—El deber del posadero—la decia una vez violentamente y en voz baja—es vender al primero que llega la comida, el descanso, la luz, el fuego, sábanas súcias, criada, pulgas y sonrisas; detener á los caminantes, vaciar los bolsillos pequeños, aligerar honradamente los grandes, albergar con respeto á las familias que viajan, estafar al hombre, desplumar á la mujer, desollar al niño; poner en la cuenta la ventana abierta, la ventana cerrada, el rincon de la chimenea, el sillon, la silla, el taburete, la cama de pluma, el colchon y el haz de paja; saber cuánto usa el espejo el que se mira en él y reducir este *cuánto* á tarifa; en una palabra, hacer que el viajero lo pague todo, hasta las moscas que se coma su perro.

Los Thenardier eran la astucia y la rabia casadas: eran una pareja repugnante y terrible. Mientras el marido reflexionaba y combinaba, la mujer no se ocupaba de los acreedores ausentes, ni estaba inquieta por el pasado ni por el porvenir; vivia exclusivamente del presente.

Entre semejantes séres estaba sufriendo la pobre Cosette doble presion, como una criatura que se viese triturada á un tiempo por una piedra de molino y hecha trizas por unas tenazas. El hombre y la mujer tenian cada uno diferente modo de martirizar.

Moler á palos á Cosette era cosa de la mujer: ir con los piés desnudos era cosa del marido.

Cosette lavaba, cepillaba, frotaba, barria y la hacian cargarse los objetos más pesados, y estando débil y enfermiza, la ocupaban en los trabajos más penosos. No la tenian compasion ni su ama feroz ni su amo venenoso. El bodegon era para ella una red en que estaba cogida y en la que temblaba. Realizaba el ideal de la opresion su domesticidad siniestra. Era algo parecido á la mosca que sirve á las arañas. La pobre niña sufria y callaba.

¿Qué pasa en las almas de esos séres que acaban de dejar á Dios cuando se ven de este modo entre los hombres desde que nacen pequeños y desnudos?

## III.

### Vino á los hombres y agua á los caballos.

Llegaron cuatro nuevos viajeros al bodegon.

Cosette reflexionaba, porque aunque no tenia más que ocho años, habia sufrido ya tanto, que meditaba como si fuese una anciana.

Tenia un párpado amoratado á consecuencia de un puñetazo que le habia dado la bodegonera, la que de vez en cuando decia:—¡Qué fea está con ese cardenal en el ojo!...

Cosette pensaba, pues, que era ya tarde, esto es, muy entrada ya la noche; que era preciso llenar las jarras y las garrafas en los cuartos de los viajeros recien llegados, y que ya no quedaba agua en la cuba.

Lo que la tranquilizaba algo es que se bebia poca agua en la posada. Ciertamente no faltaban en ella personas que tuviesen sed, pero era esa sed que prefiere la botella al cántaro; al que pidiera un vaso de agua entre los vasos de vino, le hubieran creido salvaje los bebedores.

Sin embargo, hubo un momento en que la muchacha tembló. La Thenardier quitó la tapadera de un puchero que hervia en los hornillos; despues tomó un vaso y se acercó á la cuba. Dió vuelta al grifo y Cosette levantó la cabeza, siguiendo todos los movimientos de su ama. Salió un chorro muy delgado del grifo, que no llenó más que medio vaso.

—Calla! exclamó; no queda agua!

Siguió un instante de silencio. Cosette no respiraba.

—Bah! repuso la Thenardier examinando el vaso; bastante habrá con ésta.

Cosette se volvió á su trabajo, pero durante mucho rato sintió saltársele el corazon en el pecho.

Contaba con ansiedad los minutos que iban transcurriendo, y hubiera querido estar ya en el dia siguiente por la mañana.

De vez en cuando uno de los bebedores miraba á la calle y decia:—La noche está oscura como boca de lobo. Oh! es preciso ser gato para salir á estas horas sin farol.

Cosette se extremecia.

De repente, uno de los viajeros recien venidos entró y dijo con áspera voz:

—No han dado de beber á mi caballo.

—Sí por cierto, contestó la Thenardier.

—Os digo que no, patrona, replicó el viajero.

Cosette salió de bajo de la mesa y respondió:

—Sí, señor, sí; el caballo ha bebido un cubo lleno; yo misma le dí de beber y le hablé.

Esto no era cierto. Cosette mentia.

—¡Vaya un arrapiezo, que no es mayor que el puño y que miente con mucha serenidad! ¡Te digo que no ha bebido, bribonzuela! Conozco muy bien el modo de resollar de mi caballo cuando no ha bebido.

Cosette insistió, añadiendo con voz enronquecida y que apenas se oia:

—Ha bebido y mucho!

—Ea! repuso el viajero con cólera, no hay nada de eso; que den de beber á mi caballo y basta de cuestion.

Cosette volvió á meterse debajo de la mesa.

—Ciertamente es justo que beba e caballo si no ha bebido, le contestó la bodegonera.

Despues, mirando á su alrededor, exclamó:

—Vaya! dónde está esta chiquilla?

Se encorvó y vió á Cosette agazapada al otro extremo de la mesa, casi debajo de los piés de los bebedores.

—Pronto! ven aquí! la gritó la Thenardier.

Cosette salió de su escondite.

—Señorita perra, le dijo la posadera, marcha á traer agua para el caballo.

—Pero si no queda agua en casa! respondió Cosette con voz débil.

La Thenardier abrió la puerta de la calle y la dijo:

—Pues bien; vé á traerla.

Cosette inclinó la cabeza y se fué á tomar un cubo vacío que estaba en el rincon de la chimenea. El cubo era más grande que ella y hubiera podido sentarse dentro de él cómodamente.

La Thenardier se volvió á los hornillos y probó con una cuchara de madera lo que habia en la cacerola, y gruñendo dijo entre dientes:

—Aun hay en la fuente... no se necesita cavilar mucho... creo que hubiera sido mejor freir las cebollas.

Despues registró un cajon, en el que tenia calderilla, pimienta y ajos.

—Toma, renacuajo, dijo á Cosette; al volver me traerás una hogaza de la panadería. Aquí tienes tres reales.

Cosette, sin decir una palabra, metió la calderilla en una faltriquera pequeña que tenia en el delantal. Despues se quedó inmóvil ante la puerta abierta con el cubo en la mano. Parecia que esperaba que alguno fuera á ayudarla.

—Anda! pronto! gritó la Thenardier.

Cosette salió; la posadera cerró la puerta.

## IV.

### Entra en escena una muñeca.

Dijimos que la fila de puestos al aire libre, que empezaba en la plaza de la Iglesia, se extendia hasta la "posada del Sargento de Waterlóo„.

Estas tiendas ambulantes, por estar al paso de los vecinos que concurrian á la misa del Gallo, estaban alumbradas con velas, que ardian dentro de cucuruchos de papel, lo que, segun decia el maestro de escuela de Montfermeil, que entonces estaba en el bodegon, producia "efecto mágico„. En cambio no se veia en el cielo ni una sola estrella.

El último de los barracones, establecido precisamente delante de la puerta de los Thenardier, contenia toda clase de juguetes, mucho oropel, muchos vidrios de colores y muchos objetos de hoja de lata.

Delante, en primera fila, habia colocado el mercader, sobre el fondo de tela blanca, una gran muñeca, de dos piés de altura, vestida con traje de crespon de color de rosa, con espigas de oro en la cabeza, con pelo verdadero y con ojos de esmalte. Todo el dia estuvo expuesta esa maravilla á la admiracion de los niños, sin que en todo Montfermeil una madre bastante rica ó bastante pródiga se la comprase á su hija. Eponina y Azelma habian pasado horas enteras contemplándola, y Cosette se atrevió á mirarla, aunque furtivamente.

Cuando ésta salió de la posada con el cubo en la mano, aunque estaba triste y angustiada, levantó los ojos hácia la prodigiosa muñeca. Como aun no la habia visto de cerca, al contemplarla ahora se quedó petrificada. El barracon le parecia un palacio y la muñeca una vision. Era la alegría, el esplendor, la felicidad, que se aparecian como sol quimérico á aquel sér pequeño y desgraciado, sumido profundamente en la miseria. Cosette medía, con la sagacidad ingénua y triste de la infancia, el abismo que la separaba de aquella muñeca, y creia

que era necesario ser reina, ó por lo menos princesa, para poseerla. Contemplaba el lindo vestido de color de rosa, los hermosos y rizados cabellos, y pensaba en su interior:—¡Qué feliz debe ser esa muñeca!

Sus ojos no podian apartarse del barracon fantástico. Cuanto más lo miraba más se deslumbraba. Creia ver el paraiso. Habia otras muñecas detrás de la grande, que le parecian hadas y génios. El mercader, que se movia en el fondo del barracon, le hacia el efecto del Padre Eterno.

En su deslumbramiento, se olvidaba de todo, hasta de la comision que le habian encargado. De repente la voz áspera de la posadera la hizo volver á la realidad:—Aun estás ahí?... ¡Aguarda, pues, que ya voy yo!... ¿Qué tienes que hacer ahí?... Pero ya te compondré!

La Thenardier se habia asomado á la calle y se encontró á Cosette, que estaba en éxtasis.

La pobre muchacha huyó, arrastrando el cubo y corriendo todo lo que podia.

## V.

### La niña completamente sola.

Como el bodegon de los Thenardier estaba en el extremo de la aldea inmediato á la iglesia, tenia Cosette que ir á traer el agua de la fuente del bosque, que está á la parte de Chelles.

Cosette, al verse sorprendida por la bodegonera, ya no miró más los barracones de los juguetes. Se puso en marcha; mientras estuvo en la callejuela de Boulanger, las luces de las tiendas le alumbraban el camino; pero en cuanto salió de ella se quedó en la más completa oscuridad. Hundida ya en ella, se apoderaba de su ánimo cierta emocion, y por eso al andar agitaba todo lo que podia el asa del cubo, porque la hacia compañía su ruido.

Cuanto más andaba más se espesaban las tinieblas. Nadie transitaba por las calles. Encontró, sin embargo, una mujer, que al verla pasar se volvió y quedóse murmurando entre dientes:—¿A dónde irá esa niña á estas horas? Calla! ¡Si es la Alondra!...

Cosette atravesó el laberinto de calles tortuosas y desiertas con que la aldea de Montfermeil termina por la parte de Chelles. Mientras vió casas y paredes á los dos lados del camino tuvo bastante ánimo. De vez en cuando veia luz por las rendijas de las ventanas, que la indicaba que allí habia gente, y esto la tranquilizaba. Pero á medida que avanzaba iba aminorando el paso maquinalmente. Cuando pasó de la esquina de la última casa se paró. Le fué difícil ir más allá del último barracon, pero le fué imposible ir más allá de la última casa. Dejó el cubo en tierra, hundió la mano en el pelo y se rascó la cabeza con lentitud, gesto propio de los niños que están indecisos ó aterrados. No tenia ya delante de ella la aldea, sino el campo oscuro y desierto. Miró con desesperacion en la oscuridad, en la que no veia gente, en la que solo habia animales, en la que quizás encontraria aparecidos. Volvió á mirar y oyó á animales que pacian yerba, y vió almas en pena que se movian en los árboles. Entonces volvió á coger el cubo y el miedo le dió atrevimiento.—Bah! dijo; ¡la diré que no habia agua! Resueltamente se volvió hácia Montfermeil.

En cuanto andó unos pasos se volvió á parar y á rascarse la cabeza. Ahora se le aparecia la Thenardier, pero repugnante, con la boca de hiena y con los ojos lanzando chispas de cólera. La niña arrojó una mirada lastimera hácia adelante y otra hácia atrás. No sabia qué resolver. Veia ante ella el espectro de la Thenardier, y detrás todos los fantasmas de la noche y de los bosques, pero retrocedió ante la bodegonera. Volvió á tomar el camino de la fuente y echó á correr. Salió de la aldea y entró en el bosque, siempre corriendo, sin mirar ni oir nada. No detuvo su carrera hasta que le faltó la respiracion, pero no por eso interrumpió la marcha. Caminaba hácia adelante como desvanecida.

Al mismo tiempo que corria tenia ganas de llorar. El extremecimiento nocturno del bosque la rodeaba por todas partes. Ya no pensaba ni veia. La inmensa oscuridad de la noche acometia á aquel sér tan pequeño: á una parte estaban todas las tinieblas y á la otra el átomo.

Solo separaban la orilla del bosque de la fuente siete ú ocho minutos, y Cosette sabia muy bien el camino, por haberle andado de dia muchas veces. No se extravió; un resto de instinto la guiaba, y eso que no dirigia la vista á la derecha ni á la izquierda, por temor de ver cosas horribles en las ramas y entre la maleza. De este modo llegó á la fuente.

Era un estrecho pozo natural que abrió el agua en una tierra arcillosa, que estaba rodeada de musgo, de la yerba que se conoce con el nombre de gorgueras de Enrique IV, y empedrado groseramente. Partia de allí un arroyuelo que susurraba suave y tranquilamente.

Cosette no descansó ni para tomar aliento. Estaba muy oscuro, pero ella conocia la fuente.

Buscó en la oscuridad con la mano izquierda una encina jóven que se inclinaba hácia el manantial, que la servia siempre de punto de apoyo; encontró una de las ramas, se agarró á ella, se inclinó y metió el cubo en el agua.

La situacion de su ánimo era tan violenta que sus fuerzas se habian triplicado. Mientras permaneció inclinada no se fijó en que el bolsillo de su delantal se vaciaba en la fuente. Toda la calderilla le cayó al agua, pero Cosette ni la vió ni la oyó caer. Sacó el cubo casi lleno y lo dejó sobre la yerba.

Despues de esta operacion se encontró desfallecida de cansancio. Queria volver á casa en seguida, pero fué tal el esfuerzo que tuvo que hacer para llenar el cubo, que se vió imposibilitada de dar un solo paso. Se vió obligada á sentarse. Se dejó caer sobre la yerba y se acurrucó.

Cerró los ojos, los volvió á abrir, sin saber por qué, pero no siendo dueña de obrar de otro modo. A su lado tenia el cubo, cuya agua agitada formaba círculos que se parecian á serpientes de fuego blanco.

Encima de ella aparecia el cielo lleno de vastas nubes negras, que formaban como masas de humo. El planeta Júpiter llegaba á su ocaso en la profundidad del horizonte. La niña miraba con la vista extraviada aquel planeta, que no conocia y que la causaba miedo. Júpiter se hallaba en aquel momento cerca del extremo del horizonte, atravesando espesa capa de bruma, que le daba un tinte rojizo. La bruma, lúgubremente teñida de color de púrpura, dilataba al astro, dándole el aspecto de una llaga luminosa.

Frio viento soplaba de la llanura. El bosque estaba tenebroso, sin tener ninguno de los extremecimientos agradables de las hojas, ni ninguno de los vagos y frescos resplandores del verano. Por todas partes se divisaban grandes ramajes. Entre los claros silbaba el viento.

La yerba alta hormigueaba impulsada por el viento frio, moviéndose como un gran monton de culebras. Las zarzas se torcian como brazos enormes con garras buscando una presa.

Hojas y yerbas secas, que el viento impelia, pasaban con rapidez, pareciendo que huian de alguno que las persiguiera.

Todo estaba lóbrego.

La oscuridad es vertiginosa: el hombre necesita claridad; al internarnos en las tinieblas sentimos el corazon oprimido. Cuando la mirada vé oscuro, el espíritu vé turbio. El eclipse, la noche, lo opaco, causan ansiedad á los más fuertes. Nadie camina de noche por los bosques sin temblar. Sombras y árboles son dos espesuras temibles. En la profundidad oscura aparece la realidad quimérica. A cierta distancia de nosotros se bosqueja lo inconcebible con claridad espectral. Se vé flotar en el espacio ó en nuestro propio cerebro algo vago é impalpable, como los sueños de Flora dormida. Hay en el horizonte actitudes feroces. Aspiramos los efluvios del gran vacío tenebroso. Tenemos miedo y deseo de mirar hácia atrás. No hay defensa posible contra las cavidades de la noche, contra los objetos que se vuelven pavorosos, contra los espectros irritados y lívidos, contra la inmensidad sepulcral del silencio, contra los séres desconocidos y posibles; no, no hay defensa ni audacia que no se trueque en terror y que no presienta la proximidad de la angustia. Experimentamos algo repugnante, como si el alma se amalgamase con la sombra. Esta penetracion de las tinieblas es inexplicablemente siniestra en una niña.

Los bosques son apocalipsis, y el batir de las alas de un alma niña hace el ruido de la agonía bajo su bóveda monstruosa.

Cosette, sin explicarse lo que la pasaba, sentia que se apoderaba de ella la enormidad oscura de la naturaleza. No solo experimentaba terror, sino algo más terrible que el mismo terror; la pobre niña temblaba de miedo. Es inexplicable el temblor que se apoderó de ella y que le helaba hasta el fondo del corazon. Se le extraviaba la vista. Pensaba la infeliz que quizás no podria evitar el volver al dia siguiente á la misma hora.

Entonces, por una especie de instinto, para salir de su singular estado, que no comprendia, pero que la aterraba, se puso á contar en voz alta: uno, dos, tres, cuatro, hasta diez, y al llegar á este número volvió á empezar. Así volvió á adquirir la percepcion verdadera de las



COSETA RETIRÓ EL CUBO CASI LLENO.

cosas que la rodeaban. Sintió frio en las manos, que se mojó al sacar el agua, y se puso en pié. Volvió á tener miedo, pero un miedo natural é insuperable. Se apoderó de ella el pensamiento de huir, de huir á escape por medio del bosque, por medio del campo, hasta llegar á las casas. Su mirada se fijó en el cubo que tenia delante. Tal era el terror que la inspiraba la Thenardier, que no se atrevió á huir sin llevarse el cubo del agua. Cogió el asa con las dos manos y le costó gran esfuerzo levantarlo.

Dió con él una docena de pasos, pero el cubo estaba lleno y pesaba mucho; tuvo que dejarlo en tierra. Respiró un instante; volvió á coger el asa y andó un poco más que antes. Pero se detuvo otra vez. Andaba inclinada hácia adelante y con la cabeza baja; el peso del cubo le mantenia los brazos tiesos y tirantes. El asa de hierro entorpecia sus manos mojadas; de cuando en cuando se tenia que parar, y cada vez que se paraba, el agua fria que salia del cubo caia sobre sus piernas desnudas. Esto la sucedia á la pobre niña en el fondo de un bosque, en invierno, lejos de las miradas humanas; porque en aquel momento solo Dios presenciaba tan triste escena.

Ay! sin duda su madre tambien!...

Porque hay sucesos que hacen á los muertos abrir los ojos en la tumba.

Respiraba Cosette con dolorosa dificultad; los sollozos le oprimian la garganta, pero no se atrevia á llorar; ¡tanto miedo aun desde lejos tenia á la Thenardier! Siempre creia verla delante de ella.

Con tal peso podia hacer poco camino y andaba con lentitud. Pensaba con angustia que necesitaria más de una hora para llegar á Montfermeil, y que la bodegonera la pegaria. A esta angustia habia que añadir el miedo de verse sola y de noche en el bosque. Estaba fatigadísima y aun le quedaba mucho que andar. Cuando llegó á un castaño viejo que conocia, hizo una detencion más larga que las otras para ver si conseguia descansar; despues reunió todas sus fuerzas y echó á andar valerosamente; pero la pobre niña, desesperada, no pudo menos de exclamar:—Dios mio! Dios mio!

Terminada la exclamacion, sintió de pronto que el cubo ya no pesaba. Enorme mano acababa de coger el asa y lo levantaba vigorosamente. Cosette alzó la cabeza y vió que una forma negra, derecha y alta, caminaba á su lado en la oscuridad. Era un hombre que no habia visto, pero que iba detrás de ella.

Este hombre, sin pronunciar una palabra, habia cogido el asa del cubo que llevaba Cosette. Hay instintos que no engañan en los encuentros que tenemos en la vida. La niña no tuvo miedo.

## VI.

### Donde se prueba la inteligencia de Boulatruelle.

En la tarde del dia de Navidad de 1823 estuvo paseando un hombre durante mucho tiempo por la parte más desierta del boulevard del Hospital de Paris. Parecia buscar habitacion, y se detenia con preferencia ante las casas más modestas y más retiradas del arrabal de San Marcelo.

Más tarde veremos que efectivamente habia alquilado un cuarto en dicho barrio aislado.

Este hombre, en su traje y en su persona, realizaba el tipo del mendigo simpático, es decir, el de la extrema miseria combinado con el de la extrema limpieza. Mezcla bastante rara, que inspira á los fisonomistas el doble respeto que sentimos hácia el que es pobre y hácia el que es digno. Llevaba sombrero redondo muy viejo, pero muy cepillado; leviton raido de paño basto de color de ocre, color que en aquella época no era extravagante; chaleco con bolsillos de forma secular, calzon negro, que estaba ya gris por las rodillas; medias de lana negra y zapatos gruesos con hebillas de cobre. Parecia un preceptor antiguo de una casa noble recien llegado de la emigracion. Si le juzgamos por el cabello cano, por la frente llena de arrugas, por los labios lívidos, por la fisonomía entera, que denotaba cansancio y abrumamiento de la vida, le supondríamos sesenta años lo menos; pero si nos fijamos en su modo de andar firme, aunque lento, y en el vigor singular que imprimia á todos sus movimientos, apenas le supondríamos cincuenta años. Las arrugas de su frente estaban tan bien colocadas, que prevenian en su favor á cualquiera que le observara con atencion. Sus labios se contraian formando un pliegue extraño, que parecia severo y era humilde. Su mirada destellaba lúgubre serenidad. Llevaba en la mano izquierda un paquete pequeño atado con un pañuelo, y con la derecha se apoyaba en un palo cortado de un seto. Este baston estaba muy bien trabajado y no tenia mal as-

pecto; el artífice supo sacar partido de los nudos, y él puso un puño de coral; era un palo y parecia un baston.

Por dicho boulevard pasa poca gente, sobre todo en invierno, pero aquel hombre parecia que la evitaba.

En aquella época el rey Luis XVIII iba casi todos los dias á Choisy-le-Roi, que era uno de sus paseos favoritos. Casi invariablemente á las dos pasaban el carruaje y la escolta real por el boulevard del Hospital á todo escape, lo que servia de reloj á los pobres del barrio, que decian:—Ya son las dos, pues ya vuelve á las Tullerías.

Unos corrian, otros se formaban en fila para esperarle, porque un rey que pasa causa siempre tumulto. La aparicion y la desaparicion de Luis XVIII producia cierto efecto en las calles de Paris. La escena era rápida, pero majestuosa. Este rey impotente era aficionado á ir á galope; no pudiendo andar, queria correr; no pudiendo usar las piernas, de buena gana á ser posible haria que tirasen relámpagos de su carruaje. Pasaba pacífico y severo por medio de los sables desenvainados. Su berlina, maciza y toda dorada, con ramas de lirio pintadas á los costados, rodaba extrepitosamente y apenas daba tiempo para poder ver su interior. En el ángulo del testero de la derecha, sobre almohadones de raso blanco, se veia una cara ancha y colorada, una frente recien empolvada, una mirada fiera, dura y fria, una sonrisa de letrado, dos charreteras gruesas de canelones retorcidos, y flotando sobre un frac de paisano el Toison de Oro, la cruz de San Luis, la cruz de la Legion de Honor, la medalla de plata del Espíritu-Santo; un vientre muy abultado y un grueso cordon azul; era el rey. Fuera de Paris llevaba sombrero con plumas blancas, que hacia descansar sobre las rodillas, que envolvia en altas polainas inglesas; pero cuando regresaba á la ciudad se cubria con el sombrero, saludaba poco y miraba friamente al pueblo, que le pagaba con la misma moneda. Cuando el rey apareció la primera vez en el barrio de San Marcelo, su triunfo consistió en esta frase, que un vecino del arrabal dijo á otro vecino:—Ese gordo que vá ahí es el gobierno.

El infalible paso del rey á la misma hora casi todos los dias era el acontecimiento cuotidiano del boulevard del Hospital.

El hombre de la levita de color de ocre no era sin duda del barrio, ni quizás tampoco de Paris, porque ignoraba estos pormenores; así es que cuando desembocó en el boulevard el coche real, rodeado de un escuadron de guardias de Corps, el hombre quedó sorprendido y casi aterrado. Estaba él solo en la calle de árboles y se colocó rápidamente tras la esquina de una pared, pero esto no impidió que el duque de Havre le viese. Este era el capitan de la guardia que estaba de servicio aquel dia é iba sentado en el carruaje frente á frente al rey, y dijo á su majestad:

—Ese hombre tiene mala traza.

Los agentes de policía que vigilaban la carrera que debia andar el rey tambien notaron lo mismo, y uno de ellos recibió la órden de seguirle.

El hombre se internó en las callejuelas solitarias del arrabal, y como el dia empezaba á declinar, el agente perdió la pista, segun consta de un parte que dirigió aquella misma noche al conde Anglés, ministro de la Real Casa y prefecto de policía.

Cuando el desconocido hizo perder la pista al agente, dobló el paso, volviendo muchas veces la cabeza para asegurarse de que no le seguian. A las cuatro y cuarto, es decir, de noche ya, pasaba por el teatro de la puerta de San Martin, en el que aquel dia se representaba el drama *Los dos presidiarios*. El cartel, que alumbraban los reverberos del teatro, le llamó la atencion, porque, á pesar de ir de prisa, se paró á leerlo.

Momentos despues estaba ya en el callejon sin salida de la Planchette y entró en el despacho de carruajes para Lagny. El coche salia á las cuatro y media. Los caballos estaban enganchados, y los viajeros, que el mayoral habia llamado, subian la escalera de hierro del cupé.

El hombre preguntó:

—Hay asiento para mí?

—Sí, uno queda, á mi lado, en el pescante, le contestó el mayoral.

—Pues lo tomo.

—Subid.

Antes de partir el coche echó el mayoral una ojeada sobre el viajero y su pequeño paquete, y por precaucion hizo que le pagase.

—Vais hasta Lagny? le preguntó.

—Sí.

El viajero pagó hasta Lagny.

El coche partió. En cuanto pasaron la barrera el mayoral trató de trabar conversacion con el desconocido, pero éste solo le contestaba con monosílabos: al

comprender que no queria hablar, tomó el partido de silbar y de echar votos y ternos á los caballos.

Despues se envolvió en la capa. Hacia frio: el desconocido no parecia ocuparse de esto.

Silenciosamente atravesaron Gournay y Neuilly-sur-Marne.

Hácia las seis de la noche llegaron á Chelles. El mayoral se detuvo para dar descanso á los caballos delante de la posada de Trajineros, establecida en los antiguos edificios de la Abadía real.

—Aquí me quedo, dijo el hombre de la levita.

Tomó el baston y el paquete y saltó del carruaje.

En seguida desapareció.

No entró en la posada.

Cuando despues de algunos minutos volvió á partir el coche hácia Lagny, no encontraron al desconocido en la calle Mayor de Chelles.

El mayoral se volvió hácia los viajeros del interior y les dijo:

—Ese viajero no es de este pais, porque yo no le conozco. Tiene aspecto de ser un pobre, y sin embargo, malgasta el dinero; paga hasta Lagny y se queda en Chelles. Es de noche; todas las casas están cerradas, no entra en la posada y no le encontramos ya. Se lo ha tragado sin duda la tierra.

La tierra no se lo habia tragado, pero aceleró el paso y cruzó rápidamente la calle Mayor de Chelles, y despues se dirigió á la izquierda, antes de llegar á la iglesia, tomando el camino vecinal que vá á Montfermeil sin vacilar, como conocedor del pais.

Andó con celeridad dicho camino; al llegar al sitio donde lo corta la antigua alameda que vá desde Gagny á Lagny, oyó que venia gente, se ocultó con precipitacion en un foso y esperó á que se alejasen los que pasaban.

Esta precaucion era, sin embargo, supérflua, porque la noche estaba tan oscura que apenas se veian dos ó tres estrellas en el cielo.

En donde estaba el hombre empezaba la subida de la colina, pero éste no volvió á entrar en el camino de Montfermeil; se fué por la derecha á través del campo y se internó rápidamente en el bosque; al llegar al bosque acortó el paso, caminó poco á poco, como si buscase algo, y siguió direccion misteriosa, que solo él conocia. Pareció un instante que se habia perdido y se paró indeciso. Por fin llegó á tientas á un claro, en el que habia un monton de piedras grandes y blanquizcas. Se acercó á ellas y las examinó con atencion, como si las fuese pasando revista. Inmediato á las piedras habia un árbol corpulento, lleno de esas excrecencias que son las verrugas de la vegetacion. Se aproximó á él y puso la mano en la corteza del tronco, como si procurase reconocer y contar todas las verrugas.

Frente á este árbol, que era un fresno, habia un castaño, enfermo de una descortezadura, al que habian puesto por vendaje clavada una tira de zinc.

Despues andó tentando el suelo con los piés durante un largo rato por el espacio comprendido entre el árbol y las piedras, para asegurarse de que no habian removido recientemente la tierra. Hecho esto se orientó y volvió á emprender la marcha al través del bosque.

Este hombre era el que acababa de encontrar á Cosette.

Caminaba por la espesura en direccion á Montfermeil, y divisó una pequeña sombra que se movia gimiendo, que dejaba la carga en tierra, la volvia á coger y continuaba andando. Acercóse á ella y vió que era una niña, cargada con enorme cubo de agua. Entonces se puso á su lado y le tomó silenciosamente el asa del cubo.

## VII.

### Cosette y el desconocido.

Cosette, como dijimos, no tuvo miedo al ver un hombre á su lado; éste le dirigió la palabra.

Hablaba con voz grave y bastante bajo.

—Hija mia, eso que llevas es muy pesado para tí.

Cosette levantó la cabeza y contestó:

—Sí, señor.

—Dame, pues; yo lo llevaré.

Cosette soltó el cubo. El desconocido echó á andar al lado de ella.

—En efecto, es muy pesado, murmuró entre dientes. Luego añadió:

—Qué edad tienes, niña?

—Ocho años, señor.

—Vienes cargada desde muy lejos?

—Desde la fuente que hay en el bosque.

—Vas muy lejos?

—Sí; me falta más de un cuarto de hora para llegar.

El desconocido permaneció un mo-

mento sin hablar; despues la preguntó bruscamente:

—No tienes madre?

—No lo sé, respondió la niña.

Antes de que el hombre tuviese tiempo para hablar, añadió:

—No lo creo. Las otras sí que tienen madre, pero yo no la tengo... creo que no la he tenido nunca.

El hombre se paró, dejó el cubo en tierra, inclinóse y puso las dos manos en los hombros de la niña, haciendo esfuerzos para poder ver su rostro en la oscuridad. El resplandor lívido del cielo dibujaba vagamente la figura flaca y macilenta de Cosette.

—Cómo te llamas? la preguntó.

—Cosette.

El desconocido sintió un sacudimiento eléctrico. Volvió á mirarla, quitó las manos de los hombros de la niña, cogió el cubo y echó á andar.

Al cabo de un instante preguntó:

—Dónde vives, niña?

—En una aldea que se llama Montfermeil.

—Vamos allí?

—Sí, señor.

Hubo otro momento de pausa y el desconocido hizo esta pregunta:

—¿Quién te envió á buscar agua en el bosque á estas horas?

—La señora Thenardier.

El desconocido replicó, con acento que se esforzaba por que fuese indiferente, pero cuyo temblor no pudo evitar:

—Quién es la señora Thenardier?

—Es mi ama, contestó la niña. Es la dueña de una posada.

—De una posada? Pues bien; allí iré á pasar esta noche. Guíame.

—Vamos allá, dijo la niña.

El desconocido andaba bastante de prisa. Cosette le seguia sin esfuerzo; ya no sentia el cansancio; de vez en cuando levantaba la vista para mirarle con una tranquilidad y un abandono inexplicables. No la habian enseñado á dirigirse á la Providencia ni á rezar, y sin embargo, sentia en sí algo parecido á la esperanza y á la alegría y que se encaminaba al cielo.

—¿No hay criada en casa de la señora Thenardier? continuó preguntándola el desconocido.

—No, señor.

—La sirves tú sola?

—Sí, señor.

Otra pausa. Cosette añadió á lo anterior:

—Pero hay dos niñas más en casa.

—Qué niñas?

—Eponina y Azelma.

—Qué son Eponina y Azelma?

—Las señoritas de casa, las hijas de la señora Thenardier.

—Y ellas qué hacen?

—Oh! tienen muñecas muy bonitas, muchas cosas de oro y muchos juguetes. Juegan y se divierten.

—Todo el dia?

—Sí, señor.

—Y tú?

—Yo, trabajo.

—Todo el dia?

Levantó la niña sus grandes ojos, en los que asomaba una lágrima, que la oscuridad no dejó ver al desconocido, y respondió:

—Sí, señor.

Despues de una pausa, añadió como corrigiéndose:

—Algunas veces, cuando concluyo el trabajo y me lo permiten, me divierto tambien.

—Y con qué te diviertes?

—Como puedo. Me dejan, pero yo tengo muy pocos juguetes. Eponina y Azelma no quieren que juegue con sus muñecas, y yo solo tengo un sable pequeño de plomo, así de largo.

La niña señalaba su dedo meñique.

—Y no corta?

—Sí, señor, contestó la niña; corta ensalada y cabezas de moscas.

Llegaron á la aldea; Cosette guió por las calles al desconocido. Pasaron por delante de la panadería, pero ella no se acordó de entrar en ella por el pan encargado. El desconocido no la hacia ya preguntas, sumido en sombrío silencio. Cuando dejaron detrás de ellos la iglesia, al ver el hombre los barracones al aire libre, preguntó á Cosette:

—Hay féria aquí?

—No; es que es Navidad.

Al acercarse al bodegon, Cosette tocó tímidamente en el brazo del desconocido:

—Señor!

—Qué quieres, hija mia?

—Ya llegamos á la posada.

—Y qué?...

—Quereis que ahora lleve yo el cubo?

—Por qué?

—Porque si la señora vé que no lo llevo, me pegará.

El desconocido le devolvió el cubo. Momentos despues estaban á la puerta del bodegon.

## VIII.

### Las apariencias engañan.

Cosette no fué dueña de no dirigir una mirada oblícua á la muñeca grande que continuaba expuesta en el barracon de juguetes. Despues llamó en la posada: abrióse la puerta y apareció la Thenardier con una luz en la mano.

—Ah! eres tú, bribonzuela? ¡Gracias á Dios! ¡Se habrá estado divirtiendo la holgazana!...

—Señora, dijo Cosette temblando, aquí hay un señor que desea un cuarto en la posada.

La Thenardier trocó instantáneamente el gesto gruñon por el gesto amable, cambio visible y propio de los posaderos, y miró con avidez al recien venido.

—Es el señor? preguntó á la niña.

—Yo soy, respondió el hombre, llevando la mano al sombrero.

Los viajeros ricos no son tan atentos. Este ademán y la inspeccion del traje y del equipo del forastero, que examinó la Thenardier de una ojeada, hicieron desaparecer su amable gesto y reaparecer su mueca avinagrada. Contestóle, pues, con sequedad:

—Entrad, buen hombre.

El "buen hombre„ entró. La Thenardier examinó con más atencion su leviton, que no podia estar más raido; su sombrero abollado, y con un movimiento de cabeza, con un fruncimiento de nariz y guiñando los ojos, consultó con su marido, que continuaba bebiendo con los trajineros. El marido la contestó agitando imperceptiblemente el dedo índice y dilatando un poco los labios, lo cual significaba en este caso: "Maldita la cuenta que nos tiene.„ Cuando obtuvo esta respuesta, la Thenardier dijo:

—Lo siento mucho, buen hombre, pero no tengo ningun cuarto desocupado.

—Pues me quedaré en el granero ó en la cuadra y pagaré como si ocupase un cuarto.

—Me dareis cuarenta sous.

—Cuarenta sous? Bueno.

—Pues estamos convenidos.

—Si eso no vale más que veinte sous! dijo en voz baja un trajinero á la bodegonera.

—Para él vale cuarenta, le contestó tambien á media voz la Thenardier. No admito los pobres por menos.

—Es verdad, replicó el marido con acento suave; siempre es un perjuicio admitir gentes de esa clase.

Entre tanto, el desconocido, en cuanto dejó sobre un banco el paquete y el baston, se sentó junto á una mesa, en la que puso Cosette una botella de vino y un vaso. El trajinero que habia pedido agua para su caballo, él mismo tomó el cubo y se lo llevó. Cosette ocupó otra vez su puesto debajo de la mesa de cocina y se puso á hacer media.

El desconocido, que apenas desfloró el vaso del vino, contemplaba á la niña con atencion extraña.

Cosette era fea, pero si fuera feliz hubiera podido ser linda. Ya bosquejamos su cara sombría: era delgada y pálida, tenia cerca de ocho años y solo representaba seis. Sus grandes ojos, hundidos, estaban casi apagados de tanto llorar. Los extremos de la boca formaban la curvatura de la angustia habitual que se observa en los sentenciados y en los enfermos desauciados. Tenia las manos "perdidas de sabañones„.

El resplandor del fuego, que la iluminaba en aquellos momentos, descubria los ángulos de sus huesos y hacia visible su flacura. Como siempre estaba tiritando, adquirió la costumbre de apretar una rodilla contra la otra. Su vestido, hecho girones, hubiese dado lástima en el verano é inspiraba horror en el invierno. No la cubria ni un pequeño pañuelo de lana. Descubria la piel por varias partes, y aquí y allá se la veian manchas azules, que indicaban los golpes que habia recibido de la Thenardier. Todo el aspecto de la pobre niña, su aire, su actitud, su mirada, su silencio, el sonido de su voz, su menor gesto, expresaban una sola idea: el miedo. La expresion de la mirada de esta niña de ocho años era habitualmente tan triste, que habia momentos en los que parecia que se iba á volver idiota ó demonio.

Como dijimos, no sabia lo que era rezar, ni habia puesto los piés en la iglesia.

El desconocido no apartaba la vista de Cosette.

De pronto preguntóla la Thenardier:

—A propósito, y el pan?

Cosette, cada vez que la bodegonera la levantaba la voz, salia en seguida de bajo de la mesa.

Se habia olvidado de traer el pan y recurrió al expediente que recurren los niños cuando se asustan. Mintió.

—Señora, el panadero tenia la tienda cerrada.

—Por qué no llamaste?

—Sí que llamé.

—Y qué?

—No me abrió la puerta.

—Mañana sabré la verdad, dijo la Thenardier, y si me engañas verás la que se arma. Ahora devuélveme el dinero.

Cosette metió la mano en el bolsillo del delantal y se quedó lívida. No encontró en él la calderilla.

—Vamos, no me has oido?

Cosette volvió el bolsillo al revés; estaba vacío. La desgraciada niña no comprendió cómo habia sucedido esto. Quedó petrificada.

—¿Has perdido el dinero ó me lo quieres robar? aulló la bodegonera, que al mismo tiempo alargó el brazo á las disciplinas que estaban colgadas en el rincon de la chimenea.

Aquel terrible ademan hizo gritar á Cosette:

—Perdonadme, no lo haré más!

La Thenardier descolgó las disciplinas.

Entre tanto el desconocido metió los dedos en el bolsillo del chaleco sin que nadie lo viese, porque todos los demás viajeros estaban ocupados en beber ó en jugar á los naipes y no se fijaban en nada más.

Cosette se revolvia con angustia en el rincon de la chimenea, tapándose todo lo que podia para librar sus miembros casi desnudos.

La Thenardier levantó el brazo.

—Perdonad, señora, dijo el desconocido; acabo de ver caer algo del bolsillo del delantal de la niña, que ha venido rodando hasta aquí. Quizás sea la moneda que busca.

Diciendo esto se inclinó y se puso á buscar un instante en el suelo.

—Aquí está, exclamó levantándose.

Entregó una moneda de plata á la Thenardier.

—Sí, esta es, dijo ella.

No era, pero se hizo la tonta, porque salia ganando.

La guardó en el bolsillo y se limitó á echar una mirada feroz á la niña y á decirla:

—Cuidado que te suceda otra vez!

Cosette volvió á meterse en lo que la bodegonera llamaba "su nicho„, fijando la mirada en el desconocido con una expresion que no habia tenido nunca; de admiracion ingénua, mezclada con una especie de estupefacta confianza.

—Quereis cenar? preguntó la Thenardier al viajero.

Pero éste no respondió. Estaba profundamente pensativo.

—Quién será este hombre? se preguntaba entre dientes la Thenardier. Parece que no tenga dinero para cenar. ¿Se irá sin pagarme el cuarto? He tenido la suerte de que no le ocurriese la idea de robarme el dinero que estaba en tierra.

En aquel momento entraron Azelma y Eponina.

Eran dos niñas muy lindas, que vestian como las de la clase media y no como las aldeanas. Estaban muy bonitas; la una con las trenzas de color de castaña muy brillantes y la otra con la larga cabellera negra, que la caia por la espalda; tan animadas, tan limpias, tan frescas y tan sanas, que daba gusto verlas. Iban muy bien vestidas. Estas dos niñas vertian rayos de luz; eran dos reinas; habia cierta soberanía en sus trajes, en el júbilo y en el ruido que movian al entrar. Malhumorada la Thenardier, pero con tono de cariño, les dijo:

—Ah, sois vosotras!...

Despues las sentó sobre sus rodillas, las alisó el pelo, las ató los lazos y las soltó en seguida de un modo suave, propio de las madres, exclamando:

—Qué mal vestidas estais!...

Se fueron á sentar al lado del fuego. Jugaban y cantaban con una muñeca, á la que daban vueltas y más vueltas sobre las rodillas. De vez en cuando Cosette levantaba la vista y veia con gran tristeza cómo jugaban.

Eponina y Azelma ni siquiera miraban á Cosette, que era para ellas como el perro.

Estas tres niñas, que entre las tres no tenian veinticuatro años, representaban ya la sociedad humana: parte de ellas la envidia y la otra parte el desprecio.

La muñeca de las hijas de la bodegonera estaba estropeada, sucia y rota; pero no por eso dejaba de parecer admirable á Cosette, que en su vida habia tenido una muñeca, una *verdadera muñeca*, para usar una expresion que todos los niños comprenderán.

La Thenardier, que continuaba yendo y viniendo por la sala, notó que Cosette se distraia y que en vez de trabajar miraba cómo jugaban sus hijas.

—Ah, ya te he pillado! ¡Eres una holgazana! ¡Yo te haré trabajar á disciplinazos!

El desconocido se volvió hácia la bodegonera y la dijo sonriendo:

—Bah!... Dejadla jugar!...

Si hubiera manifestado este deseo cualquier otro viajero que hubiera hecho buen gasto en la cena y no tuviera aspecto de un *pobre asqueroso*, hubiera sido una órden para la tabernera; pero ésta creyó que no se lo debia tolerar al desconocido, y le replicó con acritud:

—Es preciso que trabaje, ya que la mantengo.

—Pero qué es lo que trabaja? preguntó el desconocido, con voz tan suave, que contrastaba de un modo extraño con su traje de mendigo y con su facha de ganapan.

—Hace medias para mis hijas, que no tienen, vamos al decir, y que casi van con las piernas desnudas.

El desconocido se fijó en los piés amoratados de Cosette, y preguntó:

—¿Cuándo concluirá el par de medias que hace?

—Como es perezosa, aun tiene trabajo para tres ó cuatro dias.

—¿Despues de terminado ese par de medias, cuánto valdrá?

—Lo menos seis reales.

—Lo venderíais por cinco francos?

—Cáspita! exclamó uno de los trajineros soltando una risotada. Ya lo creo... pues digo, cinco francos!

Thenardier creyó que debia intervenir y dijo:

—Sí, señor; si teneis ese capricho os daremos ese par de medias por cinco francos. Nosotros no sabemos negar nada á los viajeros.

—Pero es preciso pagar en el acto, añadió la mujer con voz breve y perentoria.

—Compro el par de medias, respondió el desconocido—y añadió, sacando del bolsillo una moneda de cinco francos:—y lo pago.

Despues, volviéndose á Cosette, la dijo:

—He comprado tu trabajo. Ahora puedes ir á jugar, hija mia.

El trajinero, que oia con curiosidad el diálogo anterior, se conmovió al ver la moneda de cinco francos, dejó su vaso y se acercó á reconocerla.

—Pues es verdad! exclamó. ¡Y no es falsa!

La cogió Thenardier y se la guardó silenciosamente en el bolsillo. Su mujer no podia replicar. Se mordió los labios y su fisonomía adquirió la expresion del ódio.

Cosette, temblando, se atrevió á preguntar:

—Verdad que puedo jugar?

—Juega, le contestó la bodegonera con voz terrible.

—Gracias, la dijo Cosette.

Mientras con la boca daba gracias á la Thenardier, con el alma se las daba al viajero.

Thenardier continuó bebiendo. Acercósele su mujer y le dijo al oido:

—¿Quién podrá ser ese hombre del leviton?

—He visto, la respondió con tono soberano su esposo, he visto millonarios que usaban levitones como ese.

Cosette habia dejado la media, pero estaba aun en "su nicho„. Se movia siempre lo menos posible. Tomó de una caja que tenia detrás de ella algunos trapos viejos y un sablecito de plomo.

Eponina y Azelma no se fijaban en nada de lo que estaba sucediendo. Acababan de ejecutar una operacion importante; se habian apoderado del gato. Arrojaron al suelo la muñeca, y Eponina, que era la mayor, ataba al gato con trapos y con cintas encarnadas y azules, á pesar de sus maullidos y contorsiones. Mientras ejecutaba esta difícil operacion, decia á su hermana, con el dulce y adorable lenguaje de los niños:

—Mira, esta muñeca es más divertida que la otra. Se mueve, grita y no se deja vestir. Ven, Azelma, juguemos con ella. Será mi hija. Poco á poco verás sus bigotes y te extrañarás. Verás las orejas y la cola y te admirarás. Entonces me contestas:—Ay, Dios mio! y yo te responderé:—Sí, señora, es una niña que yo tengo: ahora las niñas son así.

Azelma oia á Eponina con adoracion.

Entre tanto los bebedores se pusieron á entonar una cancion obscena, de la que se reian de tal modo, que hacian temblar el techo. Thenardier los animaba y los acompañaba tambien.

Así como los pájaros hacen el nido de todo, así los niños hacen una muñeca de cualquier cosa. Mientras Eponina y Azelma envolvian al gato, Cosette habia tambien envuelto el sable. Despues se lo acostó en brazos y cantaba tiernamente para adormirlo.

La muñeca es una de las imperiosas necesidades y al mismo tiempo uno de los deliciosos instintos de la infancia femenina. Cuidar, vestir, adornar, desnudar, volver á vestir, enseñar, gruñir un poco, mecer, mimar, adormir, figurarse

que cualquier cosa es un sér humano; hé aquí todo el porvenir de la mujer. Mientras piensa y charla, mientras hace envoltorios pequeños y pequeñas mantillas y corsés y almillas, la niña se convierte en púber, la púber en adolescente y la adolescente en mujer. Su primer hijo es la continuacion de su última muñeca. Una niña sin muñeca es tan desgraciada y tan imposible como una mujer sin hijos.

Cosette habia hecho, pues, del sable una muñeca.

La Thenardier se acercó al desconocido, murmurando para sí:—Mi marido tiene razon; tal vez ese hombre sea el señor Laffitte. Hay ricos muy caprichosos! Se llegó, pues, á la mesa del desconocido, y apoyando en ella los codos, le dijo:

—Señor...

Al oir la palabra *señor* volvió la cabeza el hombre del leviton, á quien la Thenardier ya no llamaba *buen hombre*.

—Ya veis, señor, continuó diciendo con acento agridulce, que era en ella más repugnante aun que el acento feroz, que yo sí que quiero que juegue la niña, pero solo alguna vez. Es pobre y es preciso que trabaje.

—No es hija vuestra?

—No, señor; es una pobrecita que hemos recogido por caridad. Es algo imbécil. Debe tener la cabeza aguada. Hacemos lo que podemos por ella, porque no somos ricos. Hemos escrito á su pais hace más de seis meses y no nos contestan. Debe haber muerto su madre.

—Ah! exclamó el desconocido, y quedó pensativo.

—Poco debia valer su madre cuando abandona así á su hija.

Durante esta conversacion, Cosette, como si le advirtiera el instinto que se ocupaban de ella, no apartaba la vista de la bodegonera. Escuchaba vagamente y oia algunas palabras.

Los bebedores, ya borrachos casi todos, repetian la inmunda cancion, yendo en aumento la alegría y el ruido. La Thenardier tomaba parte en las risotadas. Cosette, bajo la mesa, mecia otra vez al sable, convertido en muñeca de trapos, cantando en voz baja:—"¡Mi madre ha muerto! Mi madre ha muerto!„

Vencido por las instancias de la posadera, el desconocido consintió en cenar.

—Qué es lo que quiere el señor?

—Pan y queso.

—Indudablemente es un mendigo, dijo para sí la Thenardier.

Los borrachos continuaban entonando la cancion, y la niña, debajo de la mesa, cantaba tambien la suya.

De repente dejó de cantar Cosette. Habia vuelto la cabeza y visto en el suelo la muñeca de las hijas de Thenardier, que la habian dejado para jugar con el gato y que estaba á pocos pasos de la mesa de cocina. Entonces dejó en tierra el sable fajado y paseó con lentitud las miradas alrededor de la sala.

La tabernera hablaba en voz baja con su marido; Eponina y Azelma jugaban con el gato; los viajeros bebian ó cantaban; nadie se fijaba en ella. Sin perder un momento salió de bajo de la mesa, arrastrándose sobre las rodillas y las manos, se cercioró de que nadie la miraba, se deslizó con rapidez hasta la muñeca y la cogió. Un instante despues estaba ya en su sitio, sentada y vuelta de modo que la sombra la tapase la muñeca que tenia en brazos. La felicidad de jugar con una muñeca era para ella tan extraordinaria, que la saboreaba con toda la violencia del deleite.

Nadie notó su operacion más que el desconocido, que se comia lentamente su cena frugal.

El gozo de la niña duró cerca de un cuarto de hora.

A pesar de la precaucion de Cosette, no se apercibió de que uno de los piés de la muñeca sobresalia y que el fuego de la chimenea le alumbraba de lleno; pues ese pié rosado y luminoso, que salia de la sombra, atrajo de repente la mirada de Eponina, que dijo á su hermana:

—Mira, Azelma, mira!

Las dos hijas de Thenardier se quedaron estupefactas. ¡Cosette se habia atrevido á tomar la muñeca!

Eponina se levantó sin soltar el gato, se fué hácia su madre y le tiró de la falda.

—Déjame, estáte quieta! la dijo la tabernera. Qué es lo que quieres?

—Mira, madre, mira, exclamó la niña, señalándole á Cosette.

Cosette, entregada á los éxtasis de la posesion, no oia ni veia.

La fisonomía de la Thenardier adquirió esa expresion particular que se compone de lo terrible que interviene en las fruslerías de la vida y que hace dar á esta clase de mujeres el nombre de mejeras.

El orgullo herido exasperaba doblemente su cólera. Cosette habia traspasado los límites del respeto. Cosette habia

atentado á la muñeca de sus señoritas. No pondria tan mala cara una czarina que viese que su marmiton se ponia el gran cordon azul de su hijo imperial.

Gritó con voz ronca de indignacion:—Cosette!

La niña tembló como si la tierra se abriera bajo sus piés.

—Cosette! repitió la bodegonera.

La pobre criatura cogió la muñeca y la dejó suavemente en el suelo con cierta desesperada veneracion. Sin separarse de ella juntó las manos, y, es horrible decirlo de una niña de corta edad, se las torció. Despues lloró, cuando no habia conseguido que llorara ninguna de las emociones del dia, ni la ida al bosque, ni el peso del cubo del agua, ni la pérdida del dinero, ni la vista de las disciplinas, ni las amenazas de la Thenardier.

El desconocido se levantó de la mesa y preguntó á la posadera:

—Qué es esto?

—Ya lo veis, contestó ésta enseñándole con el dedo el cuerpo del delito, que yacía á los piés de Cosette.

—Y bien, qué? insistió preguntando el viajero.

—Que este arrapiezo se ha permitido tocar la muñeca de mis hijas.

—Por eso moveis tanto ruido? Y aunque hubiera jugado con la muñeca, ¿qué tendria de particular?

—¡Es que la ha tocado con sus manos súcias!

Cosette redobló sus sollozos al oir esto.

—Callarás! la gritó la Thenardier.

El desconocido fué derecho á la puerta de la calle, la abrió y salió.

En cuanto no estuvo en la posada, la Thenardier se aprovechó de su ausencia para dar á Cosette un tremendo puntapié por debajo de la mesa; ésta, entonces, lloró con más fuerza.

Volvió á abrirse la puerta y apareció el desconocido, llevando en las manos la muñeca magnífica de que antes hablamos, y que admiraba todo el dia á las niñas de la aldea. Se la presentó á Cosette y la dijo:

—Toma, para tí.

Es creible que durante la hora que estaba en la posada habria distinguido aquel barracon de juguetes, alumbrado con velas y candilejas, y que se veia confusamente al través de los vidrios del bodegon.

Cosette levantó la vista al ver ir hácia ella al desconocido con la preciosa muñeca, y se quedó como si hubiese visto ir hácia ella el sol; oyó las palabras inauditas *Para tí*, le miró, miró la muñeca, y despues retrocedió con lentitud hasta esconderse en el último extremo bajo la mesa, en el rincon de la pared.

No gritaba, ni lloraba, pero no se atrevia á respirar.

La Thenardier, Eponina y Azelma parecian otras tantas estátuas. Hasta los jugadores dejaron de gritar y cantar. Reinaba silencio solemne en todo el bodegon.

La posadera, petrificada y muda, volvia á perderse en conjeturas:—¿Quién será este viejo? ¿Un pobre ó un millonario? Quizás sea las dos cosas, es decir, un ladron.

La fisonomía de Thenardier presentó la arruga expresiva que acentúa la cara humana cada vez que el instinto dominante aparece en ella con todo su poder bestial. El fígonero contemplaba alternativamente á la muñeca y al desconocido; parecia que olfateaba á aquel hombre como el que olfatea una talega de dinero. Pero esta contemplacion fué rápida como un relámpago. Se acercó á su mujer y la dijo en voz baja:

—Esa muñeca le cuesta lo menos treinta francos. No hagamos tonterías y arrodillémonos ante ese hombre.

Las naturalezas groseras se parecen á las cándidas en que para ellas no hay transiciones.

—Vamos, Cosette, la dijo la bodegonera, tratando de dulcificar su voz, que era de esa miel ágria que tiene la de las malas mujeres; vamos, toma la muñeca.

Cosette se aventuró á salir de "su nicho„.

—Querida Cosette, repuso Thenardier con acento cariñoso, el señor te regala esta muñeca; tómala. Es tuya.

Cosette miraba la maravillosa muñeca con cierto terror. Habia aun lágrimas en sus mejillas; pero sus ojos, como el cielo en el crepúsculo matutino, empezaban á llenarse de las extrañas irradiaciones de la alegría. Sentia entonces algo parecido á lo que sentiria si le dijesen bruscamente: Hija mia, eres reina de Francia.

Le parecia que si tocaba aquella muñeca saldria de ella un trueno. Esto era verdad hasta cierto punto, porque creia que la Thenardier la reñiria y la pegaria.

Por fin triunfó en Cosette la atraccion de la muñeca. Se acercó á ella y preguntó tímidamente á la Thenardier:

—Puedo tomarla?

—Sí, es tuya; el señor te la dá.

—De veras, señor? repitió Cosette; ¿es verdad? Es mia?

El desconocido parecia tener los ojos llenos de lágrimas y de haber llegado al extremo de la emocion, en el que no se habla por no llorar.

Hizo signo afirmativo á Cosette y puso entre las manos de ésta las de la muñeca.

Cosette las retiró vivamente como si se las quemase y se quedó mirando al suelo. En aquel momento sacaba extraordinariamente la lengua. De pronto se volvió, y cogiendo con violencia la muñeca, dijo:

—La llamaré Catalina.

Ofrecian espectáculo extraño los harapos de Cosette juntos y apretando las cintas y las muselinas nuevas de color de rosa de la muñeca.

—Puedo ponerla en una silla?

—Sí, hija mia, la dijo la Thenardier.

En aquellos momentos Eponina y Azelma eran las que envidiaban á Cosette.

Cosette puso á Catalina sobre una silla y se sentó en el suelo, donde permaneció inmóvil y silenciosa contemplándola.

—Juega con ella, la dijo el desconocido.

—Oh, sí! ya estoy jugando, contestó la niña.

La persona que más odiaba en este momento en el mundo la posadera era el desconocido, que se apareció á Cosette como la Providencia. Pero era preciso que se contuviera, á pesar de no poder soportar tantas emociones y de estar acostumbrada á copiar el disimulo de su marido.

Mandó á sus hijas que fueran á acostarse, y pidió permiso al desconocido para que se retirase Cosette, diciéndole con aire maternal *que hoy se ha cansado mucho.* Cosette fué á acostarse llevándose en brazos á Catalina.

La posadera iba de vez en cuando al otro extremo de la sala, en el que estaba su marido, *para ensanchar un poco el corazon*, segun decia, y cambiaba con él algunas palabras furiosas, viendo que no podia pronunciarlas en voz alta.

—Viejo maldito y caprichoso! ¿Por qué viene aquí á incomodarnos? ¿Por qué le regala muñecas á ese mónstruo y quiere que juegue? ¡Y muñecas de cuarenta francos, cuando yo vendería á ese mónstruo por mucho menos!... ¿Tiene esto sentido comun? ¿Es loco ese viejo misterioso?

—Eso es muy sencillo, y no sé por qué lo extrañas, le replicaba el marido; porque eso le divierte. A tí te divierte que trabaje la niña y á él que juegue. Está en su derecho. El viajero hace lo que quiere cuando paga. Nada te importa que sea filántropo, imbécil ó loco. En esto no debes meterte, ya que tiene dinero para pagar.

Lenguaje de amo y razonamiento de posadero; ni uno ni otro admitian réplica.

El desconocido, apoyado en la mesa, volvió á tomar su actitud pensativa. Los demás viajeros, trajineros y feriantes se habian alejado de él y ya no cantaban, examinándole desde lejos con cierto temor respetuoso.

Así transcurrieron algunas horas. Habia ya pasado la Nochebuena y terminado la misa del Gallo. Los bebedores habíanse marchado y el bodegon estaba cerrado ya; la sala baja desierta, el fuego apagado, y el desconocido continuaba en el mismo sitio y en la misma postura. No habia pronunciado una sola palabra desde que Cosette se fué á acostar.

Solo los posaderos, por el bien parecer y por curiosidad, permanecian en la sala.

—Si pensará pasar la noche ahí? gruñia la posadera.

En aquel momento dieron las dos de la madrugada; la Thenardier se declaró vencida y dijo á su marido:

—Me voy á acostar. Tú haz lo que quieras.

Sentóse el posadero junto á una mesa, encendió una vela de sebo y se puso á leer el *Correo Francés.*

Así se pasó una hora. El bodegonero se habia leido lo menos tres veces el periódico desde la cruz hasta la fecha. El desconocido no se movia.

Thenardier se movió, tosió, escupió, se sonó, hizo ruido con la silla; el forastero continuaba inmóvil.—Estará dormido? pensó para sí Thenardier. El desconocido no dormia, pero nada lo despertaba.

Por fin Thenardier se quitó el casquete, se acercó lentamente á él y se aventuró á decirle:

—El señor no vá á descansar?

Decirle *no vá á acostarse* le parecia usar con él demasiada familiaridad. *Descansar* era más respetuoso y de mejor educacion. Hablar en buenos modales tiene la propiedad misteriosa y admirable de aumentar al dia siguiente por la mañana el total de la cuenta.

—Calla! exclamó el desconocido, teneis razon. Dónde está la cuadra?

—Señor, le contestó Thenardier sonriendo, voy á conduciros.

El desconocido tomó el paquete y el baston, Thenardier la luz, y lo acompañó á un cuarto del primer piso adornado con lujo estrafalario, con muebles de caoba y una cama en forma de barco, con colgaduras de percal rojo.

—Qué significa esto? preguntó el desconocido.

—Esto es mi cámara nupcial. Mi esposa y yo dormimos ahora en otra. Aquí no se entra más que tres ó cuatro veces al año.

—Lo mismo me hubiera dado dormir en la cuadra, contestó con tono brusco el desconocido.

Thenardier hizo como que no oia esta observacion, poco halagüeña para él.

Encendió dos velas de cera que, sin estrenar, estaban encima de la chimenea, en la que ardia una buena lumbre. Sobre esta chimenea habia un sombrero de mujer con adornos de hilo de plata y de flores de color de naranja, debajo de una campana de cristal.

—Esto qué es? preguntó el desconocido.

—Es el sombrero que llevó mi mujer el dia que nos casamos.

El desconocido lo miró de un modo que parecia querer decir:—¡Ha habido, pues, un momento en que aquel mónstruo fué vírgen!...

Pero Thenardier mentia. Cuando arrendó aquella casucha para convertirla en bodegon, encontró el cuarto amueblado como estaba ahora, y compró los muebles y las flores de color de naranja, creyendo que ese conjunto proyectaria simpática sombra sobre su esposa, resultando para su posada lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando volvió la cabeza el desconocido ya no vió á Thenardier, que se habia eclipsado discretamente, sin atreverse á dar las buenas noches para no tener que tratar con cordialidad poco respetuosa al hombre que se proponia desollar régiamente al otro dia.

El posadero se retiró á su cuarto. Su mujer estaba ya acostada, pero no dormia. Cuando oyó entrar á su marido le dijo:

—¿Sabes que mañana pienso poner á Cosette de patitas en la calle?

—Muy á pechos lo has tomado.

No hablaron más y al poco rato apagaron la luz.

El desconocido dejó en un rincon el paquete y el baston. En cuanto salió Thenardier se sentó en un sillon y se quedó pensativo. Despues se quitó los zapatos, tomó una de las dos velas, apagó la otra y salió del cuarto, mirando á su alrededor como quien busca algo. Atravesó un corredor y llegó á la escalera. Desde allí percibió leve ruido, parecido á la respiracion de un niño. Siguió la direccion del ruido y llegó á un hueco triangular practicado debajo de la escalera, ó por mejor decir, formado por ella misma, porque este hueco era el que quedaba naturalmente debajo de los peldaños. Allí, entre cestos y trastos viejos, entre el polvo y las telarañas, habia una cama, si cama puede llamarse un jergon lleno de agujeros, por los que enseñaba la paja, y encima de él un cobertor agujereado, por el que á trechos se veia el jergon. Este estaba en el suelo y sin sábanas. En esta cama dormia Cosette. Acercóse á ella el desconocido y se quedó contemplándola. Cosette, echada y vestida, dormia profundamente. No se desnudaba en invierno para tener así menos frio. Abrazaba á la muñeca, cuyos grandes ojos abiertos brillaban en la oscuridad. Cosette exhalaba de vez en cuando hondo suspiro, como si fuese á despertarse, y estrechaba la muñeca en sus brazos casi convulsivamente. Al lado de la cama solo se veia uno de sus zuecos.

Una puerta abierta cerca de donde estaba Cosette dejaba ver un cuarto oscuro, bastante grande. El desconocido se internó en él. En su fondo, y al través de una puerta vidriera, se veian dos camas gemelas muy blancas. Eran las de Eponina y de Azelma. Detrás de las camas se distinguia una cuna sin colgaduras donde dormia el niño, que estuvo llorando toda la noche.

El desconocido conjeturó que este cuarto se comunicaria con el de los posaderos. Iba á retirarse, cuando le llamó la atencion una de esas grandes chimeneas de posada, en las que hay muy poco fuego, cuando le hay, y que dá frio el verlas. En ésta no habia fuego ni ceniza, pero llamó la atencion del viajero, porque vió en ella dos zapatitos de niña, de hermosa forma, pero de tamaño desigual: entonces el desconocido recordó la inmemorial costumbre de los niños en Francia de poner un zapato en la chimenea la noche de Navidad, para que coloque en la oscuridad un regalito una hada benéfica. Eponina y Azelma no faltaron á esta costumbre, y cada una puso un zapato en la chimenea.

El desconocido los examinó.

La hada, es decir, la madre, habia hecho ya la visita y habia dejado en cada zapato una moneda de un franco, nueva.

El viajero vió además, en el fondo, en el rincon más oscuro de la chimenea, otro objeto. Un zueco, un zueco horrible de la madera más basta, medio roto y lleno de ceniza y barro seco. Era el de Cosette. La pobre niña, con la ciega confianza de los niños, que hace que siempre se consiga engañarlos, puso tambien su zueco en la chimenea.

La esperanza es dulce y sublime en una niña que solo ha conocido la desesperacion.

El zueco no contenia ninguna moneda.

El viajero se inclinó hácia el zueco de Cosette y metió en él un luis de oro.

Despues se fué de puntillas á su habitacion.

## IX.

### Thenardier maniobrando.

Al dia siguiente, quizás dos horas antes de amanecer, Thenardier, sentado junto á una mesa de la sala del bodegon, á la luz de una vela, estaba arreglando la cuenta del viajero del leviton.

Su mujer, de pié é inclinada sobre él, seguia con la vista la operacion de su marido. No hablaban; él estaba entregado á profunda meditacion, y ella á la admiracion religiosa con que esperamos ver nacer y florecer una maravilla del espíritu humano.

Oíase ruido en casa; lo producia la Alondra barriendo la escalera.

Despues de un cuarto de hora largo y de hacer algunas raspaduras, Thenardier formuló la siguiente obra magistral:

*Cuenta del señor del núm. 1.*

| | | |
|---|---|---|
| Cena. . . . . | 12 | reales. |
| Cuarto.. . . . . | 40 | » |
| Bujías.. . . . . | 20 | » |
| Fuego. . . . . | 16 | » |
| Servicio. . . . . | 4 | » |
| TOTAL. . . | 92 | » |

La palabra servicio estaba escrita así: *cervisio.*

—Noventa y dos reales! exclamó la mujer con entusiasmo y moviendo la cabeza.

Como los grandes artistas, Thenardier estaba descontento de su obra.

—Psch! prorumpió con el mismo acento que Castlereagh al redactar en el Congreso de Viena la cuenta que se queria imponer á Francia.

—Tienes razon, exclamó la Thenardier, pensando en que habia regalado una muñeca á Cosette delante de sus hijas; debe abonar lo que le pides. Es justo, pero es demasiado y no querrá pagar.

Thenardier, sonriendo friamente, dijo:

—Pagará.

Su sonrisa tenia la significacion suprema de la certidumbre y de la autoridad. Lo que él decia de ese modo tenia que suceder, y su esposa ya no insistió. Se dedicó á arreglar las mesas, mientras Thenardier se paseaba arriba y abajo por la sala.

Poco rato despues éste dijo:

—¡Y yo que debo mil quinientos francos!

Dicho esto se sentó en un rincon de la chimenea, poniendo los piés sobre la ceniza caliente y quedándose pensativo.

—Ah! exclamó de pronto su mujer; no olvides que hoy despido á Cosette. ¡Es un mónstruo que me roe las entrañas con su muñeca! ¡Preferiria casarme con Luis XVIII á tenerla un dia más en casa!

El marido encendió la pipa, y echando una bocanada de humo, le dijo á su mujer:

—Entregarás esta cuenta al viajero del leviton.

Despues salió de la sala. Apenas acababa de salir Thenardier, entró el desconocido; pero el posadero entró otra vez detrás de él y se quedó inmóvil y oculto tras de la puerta, visible tan solo para su mujer.

El viajero llevaba en la mano el baston y el paquete.

—Mucho madruga el señor. ¿Que nos deja ya? le preguntó la Thenardier.

Hablándole de este modo, con embarazo, daba vueltas á la cuenta entre los dedos, haciéndola pliegues con las uñas. Expresaba su fisonomía lo que no la era habitual: la timidez y el escrúpulo. Se le resistia presentar semejante cuenta á un hombre que tenia la apariencia de pordiosero.

El viajero la contestó:

—Sí, señora, me voy.

—¿El señor no tiene negocios en Montfermeil?

—No, estoy aquí de paso; y añadió: qué es lo que debo?

La Thenardier, sin hablar, le presentó la cuenta.

El desconocido desdobló el papel y lo

miró, pero su atencion indudablemente se fijaba en otras cosas.

—Haceis negocio en Montfermeil? preguntó á la posadera.

—Así, así, señor, contestó la Thenardier, admirada de que la cuenta no le hiciera gran efecto.

Despues de breve pausa, prosiguió con acento elegíaco:

—Señor, los tiempos están muy malos, y en esta aldea hay pocos vecinos acomodados. No hay más que gente de poco dinero. Fortuna es que de vez en cuando viene algun viajero rico y generoso como vos. Además, tenemos tantos gastos... Esa niña nos cuesta un ojo de la cara.

—Qué niña?

—Cosette, la Alondra, como la llaman en la aldea.

—Ah! exclamó el desconocido.

La posadera continuó:

—¡Qué estúpidos son los lugareños para poner apodos!... La niña más aspecto tiene de murciélago que de Alondra. No pedimos limosna, pero tampoco podemos darla. Casi no ganamos y tenemos muchas contribuciones que pagar, y luego, teniendo hijas, no puedo mantener á las de los demás.

—¿De modo que os alegraríais de que os desembarazasen de ella?

—De quién? de Cosette?

—Sí.

La cara colorada y violenta de la figonera se iluminó con expresion de alegría repugnante.

—Qué bueno sois, señor! Podeis llevárosla y conservarla, y os bendecirán la Vírgen y los innumerables santos de la corte celestial.

—Pues ya está dicho.

—De veras! Os la llevais?

—Me la llevo.

—Ahora mismo?

—Ahora mismo. Llamadla.

—Cosette! gritó la posadera.

—Entre tanto, prosiguió el desconocido, voy á pagaros el gasto que he hecho. A cuánto asciende?

Echó una ojeada á la cuenta y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa al leerla.

—A noventa y dos reales!

Miró á la posadera y repitió:—¿Son noventa y dos reales?

Pronunció las palabras que acababa de repetir con el acento que separa el punto de exclamacion del punto interrogante.

La Thenardier tuvo tiempo para prepararse al choque y respondió con aplomo:

—Sí, señor; noventa y dos reales.

El forastero dejó cinco duros sobre la mesa y dijo:

—Id á buscar á Cosette.

En esto Thenardier entró en la sala diciendo:

—El señor no debe más que cinco reales.

—Cinco reales! exclamó la posadera.

—Cuatro reales por el cuarto y uno por la cena. En cuanto á llevarse á Cosette, necesito hablar antes con el señor. Déjanos solos.

La Thenardier experimentó uno de esos deslumbramientos que producen los rasgos imprevistos del talento. Adivinó que el gran actor entraba en escena; no replicó y salió de la sala.

Cuando quedaron solos los dos hombres, Thenardier ofreció una silla al desconocido, que se sentó. El posadero permaneció en pié y su fisonomía adquirió expresion singular de bondad y de sencillez.

—Es necesario, señor, dijo, que sepais que yo adoro á esa niña.

El viajero le miró con fijeza, exclamando:

—Qué niña?

Thenardier continuó en el uso de la palabra:

—Es extraño, pero ¡no se puede remediar el apasionarse de una persona!... Tanto, que os digo que os guardeis los cinco duros. No quiero entregaros la niña.

—A quién no quereis entregarme? preguntó el viajero.

—A Cosette. No queríais llevárosla? pues hablándoos francamente, no lo puedo consentir. Esa niña me haria mucha falta. La he visto casi nacer. Verdad es que me cuesta dinero, y que tiene sus defectos, que nosotros no somos ricos y que hemos gastado más de cuatrocientos francos en medicinas para curarla de sus enfermedades; pero es preciso ser caritativos y humanitarios. La he criado porque no tiene padre ni madre y parto mi pan con ella. En fin, que quiero á la niña, porque tengo más corazon que cabeza; yo soy así! Mi mujer, aunque es brusca y tiene el génio vivo, tambien la quiere. La tenemos como si fuese hija nuestra y no podemos renunciar á oir en casa su charla infantil.

El desconocido continuaba mirando fijamente á Thenardier; éste prosiguió:

—Perdonad, señor, pero ya compren-

dereis que no se entrega así como así un hijo al primero que llega. No es verdad? Sin embargo, comprendo que debeis ser rico, y que sois honrado y que pudiérais hacerla dichosa... pero yo necesito saber... me comprendeis?... Supongamos (es una suposicion) que yo la dejase ir y me sacrificase; pues bien, quisiera saber á dónde la llevais, no perderla de vista, conocer á casa de quién vá, para visitarla de vez en cuando y velar por ella. En fin, que hay cosas que no son posibles. Ni siquiera sé vuestro nombre. Si al menos pudiera ver vuestro pasaporte...

—Señor Thenardier, le contestó el desconocido, no se saca pasaporte para salir á cinco leguas de Paris. Si me llevo á Cosette me la llevaré sin condiciones. No sabreis mi nombre, ni mi casa, ni dónde ha de ir á parar, pues es mi intencion que no os vuelva á ver en toda su vida. Rompo el hilo que aquí la ata y vuela y se vá. Os conviene, sí ó no?

Como los demonios y los génios conocian por ciertas señales la presencia de un dios superior, comprendió Thenardier que tenia que habérselas con un sér más fuerte que él. Tuvo esta intuicion con prontitud clara y sagaz. La noche anterior, mientras bebia con los trajineros, estuvo observando al viajero, acechándole como un gato y estudiándole como un matemático. Le espió por su propia cuenta, por placer y por instinto, como si le hubiesen pagado para que le espiara, y no se le escapó ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada del hombre del leviton. Antes de que éste manifestara gran interés por Cosette, Thenardier adivinó que lo tenia. Sorprendió las profundas miradas del viejo clavadas en la niña. Se hizo á sí mismo, entonces, las siguientes preguntas: Quién era aquel hombre? ¿por qué gastando mucho usaba traje de pordiosero? Seria el padre de Cosette? ¿seria el abuelo? ¿Por qué no se daba á conocer en seguida? El que posee derechos hace uso de ellos. Evidentemente aquel hombre no tenia derecho sobre Cosette.

Thenardier se perdia en un mar de hipótesis. Lo entreveia todo y no veia nada. Fuera lo que fuera, comprendia que aquel hombre tenia un secreto que guardar; estaba interesado en permanecer incógnito, y al entablar con él conversacion se creyó fuerte; pero al oir la respuesta categórica y firme del viajero se sintió débil, porque comprendió que aquel personaje era sencillamente misterioso. Esto derrotó sus conjeturas. En un segundo reunió sus ideas y lo pesó todo, porque Thenardier era de esos hombres que de una ojeada juzgan una situacion. Calculó que era el momento de ir recto al bulto, é hizo como los grandes capitanes en el momento decisivo, que ellos solo conocen: descubrió bruscamente su batería.

—Señor, le contestó, necesito mil quinientos francos.

El desconocido sacó una cartera de cuero negra y vieja, la abrió y sacó de ella tres billetes de Banco, que dejó sobre la mesa, diciendo al tabernero:

—Haced venir á Cosette.

Mientras esto pasaba, hé aquí lo que hacia la niña.

Cosette, en cuanto se despertó, fué corriendo á ver su zueco y encontró dentro de él la moneda de oro. Quedó deslumbrada. Empezaba á sonreirle la suerte. No habia visto nunca una moneda de oro y no sabia cómo era; se la ocultó en seguida en el bolsillo, como si la hubiera robado, aunque conocia que aquella moneda era realmente suya y adivinaba de dónde procedia el regalo, pero su alegría le causaba miedo. Estaba contenta y admirada. Cosas tan magníficas no le parecian reales. La preciosa muñeca y la reluciente moneda de oro le daban miedo. Temblaba sin saber por qué ante estas magnificencias. Solo el desconocido no le causaba miedo, antes al contrario, la tranquilizaba. Desde el dia anterior, en medio de su admiracion y del sueño, pensaba su espíritu infantil en aquel hombre, que parecia pobre y triste, y que era tan bueno y tan rico. Desde que le encontró en el bosque todo cambió en su modo de ser. Menos feliz que una pobre golondrina, Cosette no habia sabido nunca lo que era refugiarse á la sombra de una madre y bajo sus alas. Hacia cinco años, es decir, desde que podia recordar, que no hacia más que temblar y extremecerse. Sufrió desnuda el rudo huracán de la desgracia, y ahora le parecia que estaba ya vestida. Antes su alma sentia frio, ahora calor. Cosette no sentia ya tanto miedo á la Thenardier, porque ya no estaba sola; habia encontrado quien velase por ella.

En seguida se puso á trabajar como todas las mañanas. El luis de oro, que llevaba en el bolsillo del delantal, la distraia. No se atrevia á tocarlo, pero algunas veces pasaba cinco minutos contemplándolo. Barria la escalera, y de vez en cuando se paraba, quedándose inmóvil, olvidando la escoba y al uni-

verso entero, ocupada en ver brillar aquel astro en el fondo del bolsillo. Mientras estaba en una de sus contemplaciones, se acercó á ella la Thenardier, que por órden de su marido fué á buscarla. Contra su costumbre, no la dió ningun porrazo ni la dirigió ninguna injuria; por el contrario, le dijo con voz casi dulce:

—Cosette, ven aquí en seguida.

Un instante despues entraba la niña en la sala baja.

El desconocido tomó su paquete y lo desató. Contenia un vestidito de lana, un delantal, una almilla, un jubon, un pañuelo, medias de lana y zapatos; el traje completo para una niña de siete años; todo el traje era negro.

—Hija mia, le dijo el desconocido, toma esto y vístete en un instante.

Amanecia, cuando los vecinos de Montfermeil, que empezaban á abrir las puertas, vieron pasar por la calle de Paris á un hombre pobremente vestido, que conducia de la mano á una niña que iba de luto y que llevaba en brazos una muñeca con traje de color de rosa. Se dirigian á la parte de Livry. Eran el desconocido y Cosette. A él nadie lo conocia, y á ella, como iba bien vestida, muchos tampoco la conocieron.

Cosette se iba. Con quién? Lo ignoraba. A dónde? No lo sabia. Lo único que la constaba era que iba á perder de vista el bodegon de los Thenardier. Nadie se despidió de ella, ni ella se despidió de nadie. Salia de aquella casa odiando y odiada. ¡Pobre niña, que hasta entonces solo habia experimentado las amarguras de la existencia!

Cosette andaba con gravedad, abriendo sus grandes ojos y contemplando el cielo. Habia pasado el luis al bolsillo del delantal nuevo; de vez en cuando se inclinaba para contemplar la moneda de oro; despues miraba al desconocido. Sentia al mirarle algo parecido á encontrarse cerca de Dios.

## X.

### El que busca lo mejor puede hallar lo peor.

La Thenardier, segun costumbre, dejó que su marido hiciese lo que quisiera, pero esperaba grandes acontecimientos. Luego que el desconocido y Cosette se marcharon, un cuarto de hora despues el bodegonero llamó aparte á su mujer y le enseñó los mil quinientos francos.

—Nada más que eso! exclamó ella.

Despues de su casamiento era la primera vez que se atrevia á criticar á su marido.

Su golpe fué certero.

—En realidad tienes razon, contestó Thenardier; soy un imbécil. Dame el sombrero.

Dobló los tres billetes de Banco, se los guardó en el bolsillo y salió con rapidez de la posada; pero equivocó el camino. Se informó de algunos vecinos, que se lo hicieron comprender así, diciéndole que habian visto á la Alondra con un hombre tomar la direccion de Livry. Entonces Thenardier la siguió tambien.

—Sin duda es un millonario vestido de pobre, decia hablando consigo mismo, y yo soy un animal. Primero dió un franco, despues cinco, luego cincuenta, luego mil quinientos, y esto con la mayor facilidad. Hubiera podido sacarle quince mil francos; pero yo lo volveré á atrapar. Tenia preparada la ropa para la niña... luego venia por ella... aquí debe haber algun misterio grave, y el que pilla un secreto no lo suelta fácilmente. Los secretos de los ricos son esponjas de oro, que es preciso saber exprimir.

Todos estos pensamientos bullian en el cerebro de Thenardier.

Al salir de Montfermeil, y al llegar al recodo que forma el camino que se dirige á Livry, se vé desarrollarse éste á lo lejos por la llanura. Al llegar allí creyó el posadero que debia ver al hombre y á la niña, pero miró hasta donde su vista podia alcanzar y no los vió. Volvió á preguntar. Algunos transeuntes le dijeron que se habian encaminado hácia los bosques de la parte de Gagny. Apresuró, pues, el paso en la direccion indicada.

Le llevaba mucha delantera, pero una criatura anda despacio y él caminaba muy de prisa. Además conocia bien el terreno.

De pronto se paró, dándose un golpe en la frente, como hombre que se ha olvidado de lo esencial y que está dispuesto á volver atrás.

—Debia haber tomado el fusil! exclamó.

Thenardier era una de esas naturalezas dobles que encontramos sin saberlo y que desaparecen sin haberlas conocido, porque el destino solo nos las ha enseñado por un lado. La suerte de muchos hombres consiste en vivir casi sepultados en la sombra. En situaciones tranquilas y llenas, Thenardier representaba—no era

—un comerciante honrado y un buen ciudadano; pero al mismo tiempo, en ciertas circunstancias, cuando los acontecimientos levantaban las capas inferiores de su naturaleza, era un verdadero criminal. Satanás debia acurrucarse, en momentos dados, en algun rincon del tabuco donde vivia Thenardier, y quedarse reflexionando sobre la perversidad magistral del bodegonero.

Este vaciló un instante y despues pensó:

—Si volviera á casa les daria tiempo para escapar.

Continuó, pues, su camino andando aceleradamente, con seguridad y con la sagacidad de la zorra que olfatea una banda de perdices.

En cuanto pasó los estanques y atravesó oblícuamente el gran claro del bosque, que está á la derecha de la alameda de Bellevue, al llegar al césped, que rodea casi toda la colina, vió encima de un matorral un sombrero, que le hizo formar muchas conjeturas. Era el sombrero del desconocido. Como la maleza era baja, calculó Thenardier que aquel y la niña estaban sentados allí. No veia á Cosette, por ser muy bajita, pero distinguia la cabeza de la muñeca.

No se equivocaba el bodegonero. El desconocido se sentó para que Cosette descansara un poco. Thenardier se fué por detrás de la maleza y se presentó bruscamente ante los que buscaba.

—Perdonad, señor, dijo pudiendo apenas respirar, pero vengo á devolveros los mil quinientos francos.

Hablando así, devolvia al desconocido los tres billetes de Banco. Este levantó la vista y le preguntó:

—Qué significa esto?

Thenardier le respondió respetuosamente:

—Esto significa que me vuelvo á quedar con Cosette.

Extremecióse la niña y se apretó contra el desconocido. Este, mirando fijamente al posadero y acentuando todas las sílabas, le dijo:

—¿Que volveis á quedaros con Cosette?

—Sí, señor; voy á llevármela á casa. Lo he pensado mejor y creo francamente que no tengo derecho á entregárosla, porque, como veis, soy un hombre honrado. Su madre me la confió y solo á ella debo entregarla. Me contestareis que su madre ha muerto. Bien. En ese caso solo puedo entregar la niña á la persona que me presente por escrito la órden de la madre para que la entregue. Esto es muy claro.

El desconocido, sin responder, metió la mano en el bolsillo y Thenardier vió que sacaba la cartera de los billetes de Banco.

El posadero se extremeció de alegría.

—Muy bien, dijo para sí; mantengámonos firmes, que vá á corromperme.

El viajero, antes de abrir la cartera, echó una mirada á su alrededor. Aquel sitio estaba absolutamente desierto. Abrió la cartera y sacó de ella, no el paquete de billetes de Banco que esperaba Thenardier, sino un sencillo papelito, que desdobló, y que abierto presentó al bodegonero, diciéndole:

—Teneis razon; leed.

Thenardier tomó el papel y leyó lo siguiente:

"Montreuil-sur-Mer 25 Marzo 1823.

Señor Thenardier:

Entregareis mi hija Cosette al dador. Se os pagarán todas esas pequeñas deudillas.

Recibid mis afectos.

FANTINA."

—Conoceis la firma? le preguntó el desconocido.

Era, en efecto, de Fantina, y el posadero la reconoció.

A esto no habia nada que replicar. Sintió dos violentos despechos: el de tener que renunciar á ser corrompido, como esperaba, y de verse vencido.

El desconocido añadió:

—Podeis guardar ese papel para vuestro descargo.

Thenardier se replegó en buen órden.

—La firma está bien imitada, murmuró entre dientes; pero en fin... no hay subterfugio.

Despues intentó un esfuerzo desesperado.

—Ya veo, señor, que sois la persona que envia la madre para que recoja á su hija; pero antes de entregarla quiero cobrar lo que se me debe, que es bastante.

El desconocido púsose de pié, irguiéndose, y con voz grave habló al posadero de este modo:

—Señor Thenardier, en Enero la madre os debia ciento veinte francos; en Febrero le enviásteis una cuenta de quinientos; á fines de Febrero recibísteis trescientos francos y otros trescientos á principios de Marzo. Desde entonces han transcurrido nueve meses, que á quince francos cada uno, segun el precio convenido, suman ciento treinta y cinco francos. Teníais recibidos cien á cuenta,

por lo que solo os quedó á deber la madre treinta y cinco, y por estos treinta y cinco os acabo de dar mil quinientos.

Al oir esto Thenardier, experimentó lo que siente el lobo al verse mordido y cogido por la boca de acero de un lazo.

—Quién será este diablo de hombre! se dijo en su interior. En seguida hizo lo que el lobo haria en semejante caso; dió una sacudida, viendo que la audacia le salió bien la primera vez.

—Pues os digo, suprimiendo ya toda clase de respeto, que ó me dais mil escudos ó me quedo con Cosette.

El viajero le dijo á la niña con tranquilidad:

—Ven conmigo, Cosette.

La cogió de la mano izquierda y con la derecha recogió el baston, que estaba en tierra.

Thenardier se fijó en la soledad del sitio y en que el baston era muy grueso.

El desconocido se internó en el bosque con Cosette, dejando plantado é inmóvil al posadero, que no sabia qué hacer.

Mientras se alejaban, Thenardier examinaba los anchos hombros y los enormes puños del viajero. Despues echó una ojeada á sus endebles brazos y á sus flacas manos y pensó:

—Verdaderamente fuí un imbécil no trayendo el fusil, ya que iba á cazar.

Thenardier era terco, y aun no se dió por vencido.

—Yo sabré á dónde vá, dijo, y les siguió á cierta distancia. Le quedaron una ironía y un consuelo: la ironía era el pedazo de papel que Fantina firmó y el consuelo los mil quinientos francos.

El viejo y la niña caminaban en direccion á Livry: él andaba con lentitud, con la cabeza inclinada, reflexivo y triste. El invierno dejó los árboles tan desnudos de hojas, que á pesar de andar Thenardier á bastante distancia de ellos no los perdia de vista. De vez en cuando el desconocido se volvia para ver si le seguian. Vió al posadero y se ocultó bruscamente con Cosette en una espesura.

—Diantre! exclamó Thenardier, y redobló el paso.

El espesor de la maleza le obligó á acercarse á ellos. Cuando el desconocido estuvo en el punto más espeso volvió la cabeza. Thenardier procuró esconderse entre las ramas, pero no pudo evitar que le viera el viajero. Este le lanzó una mirada inquieta, se encogió de hombros y continuó su camino. El bodegonero volvió á seguirle. Andó tras el viejo y la niña unos trescientos pasos; pero de repente el desconocido volvió la cara hácia atrás y vió á Thenardier, y esta vez le arrojó una mirada tan amenazadora, que el posadero creyó ya inútil seguir más adelante y se volvió á casa.

## XI.

### Reaparece el número 9.430 y Cosette lo gana á la lotería.

Juan Valjean no habia muerto.

Al caer en el mar, ó hablando con más propiedad, al arrojarse al mar, como sabemos, estaba libre de la cadena y del grillete. Nadó entre dos aguas hasta llegar á un buque anclado, que tenia amarrada una barca, y se ocultó en ella hasta que llegó la noche. Entonces se echó á nadar otra vez y saltó á tierra á poca distancia del cabo Brun. Allí, como no le faltaba dinero, pudo proporcionarse un traje en una taberna de las cercanías de Balagnier, que era entonces el vestuario comun de los presidiarios escapados y hacia esta especulacion lucrativa. Luego, como todos los fugitivos que tratan de burlar la vigilancia de la ley y la fatalidad social, siguió un itinerario confuso y tortuoso. Primero encontró asilo en los Pradeaux, cerca de Reausset; despues se dirigió hácia el Grand-Villard, cerca de Brianzon, en los Altos-Alpes: fuga á tientas é inquieta, por caminos de topos, cuyas ramificaciones son desconocidas. Se pudo más tarde encontrar alguna huella de su paso por el Ain, en el territorio de Civrieux, por los Pirineos en Accous, en el sitio llamado la Granja de Donmecq, junto al caserío de Chavailles, y por las cercanías de Perigueux, en Bruines, canton de la Chapelle-Fonaquet.

Así llegó á Paris, y hace poco le acabamos de ver en Montfermeil.

Su primer cuidado al llegar á Paris fué comprar un traje de luto para una niña de siete años, y en seguida buscar una habitacion. Hecho esto se fué á Montfermeil.

Recordarán los lectores que durante su primera evasion hizo por aquellas inmediaciones un viaje misterioso, del que la justicia tuvo algun indicio.

Por otra parte, le creian muerto, circunstancia que hacia aun más espesa la oscuridad que le envolvia. En Paris llegó á sus manos uno de los periódicos que consignaban que él habia muerto ahо-

gado, y esto le hizo quedar tan tranquilo como si realmente hubiese muerto.

Al anochecer del dia en que libró á Cosette de las garras de los Thenardier entró en Paris con la niña, por la barrera de Monceaux. Allí subió en un coche de alquiler, que les llevó hasta la esplanada del Observatorio. Bajó, pagó al cochero, tomó á Cosette de la mano y ambos se dirigieron, en medio de la oscuridad de la noche, hácia el boulevard del Hospital, por las calles más desiertas.

Aquel dia fué extraño y lleno de emociones para Cosette. Comieron pan y queso detrás de los vallados del camino, que compraron en bodegones aislados; cambiaron de carruaje muchas veces y andaron á pié varios trozos del camino. Aunque no se quejaba la niña, estaba cansada, y Juan Valjean advirtió por su mano que Cosette tiraba de él para andar; entonces la tomó en brazos; la niña, sin soltar á Catalina, inclinó la cabeza sobre el hombro de Juan Valjean y se quedó dormida.

# LIBRO CUARTO.

## La casucha de Gorbeau.

### I.

#### Maese Gorbeau.

Hace cuarenta años, el paseante solitario que se internaba en los barrios perdidos de la Salpetriere y subia por la alameda hasta la puerta de Italia, llegaba á sitios donde hubiera podido decirse que Paris desaparecia.

En dichos sitios no reinaba la soledad, porque habia transeuntes; no se estaba en el campo, porque habia calles y casas; no se podia decir que era la capital, pues las calles tenian baches como las carreteras y la yerba nacia en ellas. Qué eran, pues? una prolongacion de la gran ciudad, una calle de Paris, más pavorosa de noche que un bosque y más melancólica de dia que un cementerio. Eran aquellos sitios el antiguo barrio del Mercado de Caballos.

Se aventuraba en latitudes desconocidas el paseante que iba más allá de los cuatro muros caducos de dicho Mercado si pasaba de la calle del Petit-Baugnier, despues de dejar á su derecha un corral cercado de altas tapias y un prado en el que se elevaban montones de casca de tenería, parecidos á covachas gigantescas de castores, y una cerca llena de pilas de madera de construccion, junto á montones de troncos, aserraduras y virutas; y encontraba una pared baja y ruinosa con una puertecita negra, cubierta de musgo, que se llenaba de flores en la primavera, y en la parte más desierta un edificio decrépito, en cuya fachada estaba escrito con letras grandes: SE PROHIBE FIJAR CARTELES, y llegaba por fin al ángulo de la calle de Vignes-Saint-Marcel.

Allí, cerca de una fábrica y entre dos tapias de jardin, habia en aquel tiempo una casucha que á primera vista parecia pequeña como una choza, pero que, sin embargo, era grande como una catedral. Por la via pública se veia solo un lado de ella, y de esto provenia su aparente exigüidad. Casi todo el edificio estaba oculto; solo presentaba una puerta y una ventana descubiertas.

Esta casucha no tenia más que un piso. Al examinarlas, el detalle que chocaba desde luego era que la puerta no pudo servir nunca más que para puerta de un tabuco, mientras que la ventana, si hubiese sido de sillería en vez de ser de piedra bruta, hubiera podido servir de ventana á un palacio.

La puerta era un conjunto de tablas carcomidas, toscamente unidas con travesaños parecidos á pedazos de leño mal igualados. Se abria sobre una escalera áspera de escalones altos, llenos de lodo, de yeso y de polvo, de la misma anchura que la puerta, y que desde la calle se veian empinarse como una escala y desaparecer en la oscuridad entre dos paredes. La parte alta de la abertura informe que constituia dicha puerta cubríala una tablilla estrecha, en medio de la que habian aserrado un agujero triangular, que servia á la vez de tragaluz y de postiguillo cuando la puerta estaba cerrada. Por la parte de dentro de la puerta, un pincel mojado en tinta habia trazado el número 52, y por encima, el mismo pincel habia borrajeado el número 50; de modo que no se sabia el número cierto de la casa. La parte superior veria que era el 50 y la inferior que era el 52. Algunos trapos de color de polvo pendian, como cortinas, del postiguillo triangular.

La ventana era ancha, bastante elevada, provista de persianas y de hojas con cristales grandes; pero éstos tenian varias heridas ocultas y descubiertas á

un mismo tiempo por ingenioso vendaje de papel; y las persianas, dislocadas y desencajadas, más amenazaban á los transeuntes que resguardaban á los inquilinos. Faltaban aquí y allá tabletas horizontales, y las habian reemplazado con tablas clavadas perpendicularmente, de modo que empezaban por persiana y acababan por postigo.

La puerta, que tenia aspecto inmundo, y la ventana, que lo tenia decente, aunque estaba deteriorada, vistas en la misma casa, producian el mismo efecto que dos mendigos desiguales que fuesen juntos, andando uno al lado de otro, aspectos diferentes y cubriéndose con los mismos andrajos, de los que uno hubiera sido siempre pordiosero y otro hubiese sido hidalgo.

La escalera conducia á un cuerpo del edificio vastísimo, semejante á un cobertizo convertido en casa. Dicho edificio tenia por tubo intestinal un largo corredor, sobre el que se abrian á derecha é izquierda aposentos ó compartimientos de varias dimensiones, apenas habitables, más semejantes á covachas que á celdas. Estos cuartos recibian la luz de los terrenos baldíos de los alrededores. Todos eran oscuros, incómodos, melancólicos, y atravesaban por ellos, segun tenian rendijas en el techo ó en la puerta, rayos frios ó corrientes heladas. La particularidad interesante y pintoresca de esa clase de habitaciones consiste en la enormidad de sus arañas.

A la izquierda de la puerta de entrada, en el boulevard, á la altura de un hombre, un tragaluz tapiado dejaba un nicho cuadrado que estaba siempre lleno de piedras, que los muchachos arrojaban al pasar por allí.

Una parte de dicho edificio fué demolida hace poco, pero por lo que hoy queda aun puede juzgarse todavía cómo fué. El total, en su conjunto, apenas tiene un siglo. Cien años indican juventud en una iglesia y vejez en una casa. Parece que la habitacion del hombre participe de la brevedad de su vida y la habitacion de Dios de la eternidad del creador.

Los carteros conocian esta casucha por los números 50 y 52 y en el barrio por la casa de Gorbeau.

Expliquemos por qué la llamaban así.

Los colectores de hechos de poca importancia, que recogen anécdotas y que fijan en la memoria las fechas fugaces, saben que habia en Paris en el siglo anterior, hácia 1770, dos procuradores en el Chatelet, que uno se llamaba Cuervo y el otro Zorro; dos apellidos previstos por el fabulista Lafontaine. Esta rara circunstancia sirvió de diversion á la gente de golilla, é inmediatamente corrieron por los pasillos del tribunal los siguientes conocidos versos:

*De un proceso en la rama,*
*muy ufano y contento,*
*ejecutoria en pico*
*estaba el señor Cuervo.*
*Del olor atraido*
*un zorro muy maestro,* etc. (1)

Los honrados curiales, molestados por los epígramas y heridos en su vanidad por las burlas de que eran objeto, resolvieron desembarazarse de sus apellidos, y con este propósito se dirigieron al rey. Presentaron la súplica á Luis XV en el momento en que, arrodillados dos altos personajes, calzaba cada uno una zapatilla á la Dubarry, que acababa de salir del lecho, á presencia de su majestad. El rey, que reia, continuó riendo al oir la peticion de los procuradores y les permitió que desfigurasen sus apellidos; permitió á maese Corbeau (*Cuervo*) que convirtiese la C en G, y que se llamase Gorbeau, y dió licencia á maese Renard (*Zorro*) para que pusiera una P antes de la R y se llamase Prenard.

Segun la tradicion local, maese Gorbeau fué el propietario del edificio números 50 y 52 del boulevard del Hospital y el autor de la ventana monumental. Por eso era conocida por la casa de Gorbeau.

Frente á dicho edificio descollaba entre las plantaciones del boulevard un olmo grande y casi seco; junto á él empezaba la calle de la Carrera de los Gobelinos, calle entonces sin casas ni empedrado, fangosa, plantada de árboles mezquinos, y que salia á la muralla que entonces rodeaba á Paris. De los tejados de una fábrica inmediata salian bocanadas de humo que despedian olor de caparrosa.

La barrera estaba muy cerca de allí. En 1823 el muro del recinto de Paris existia aun.

La barrera traia á la memoria ideas funestas; era el camino de Bicetre. Durante la Restauracion y durante el Imperio, por allí volvian á entrar en Paris los condenados á muerte el dia de la ejecucion. Allí, en 1829, se cometió el misterioso asesinato llamado de la "barrera de Fontainebleau„, cuyos autores no

(1) Fábula de Lafontaine, traducida por Samaniego.

pudo descubrir la justicia. Algunos pasos más allá se encuentra la calle fatal de Croulebarbe, en la que Ulbach dió de puñaladas á la cabrera de Jory en una noche de tempestad y de truenos, como en un melodrama. Más adelante se llega á los abominables olmos descabezados de la barrera de Saint-Jacques, expediente que adoptaron los filántropos para ocultar el cadalso.

Hace treinta y siete años, como hoy, prescindiendo de la plaza de Saint-Jacques, el sitio más triste del boulevard era el punto en que estaba construida la casa números 50 y 52.

Las casas de la clase media no empezaron á edificarse allí hasta veinticinco años despues. El sitio era lúgubre; por las ideas fúnebres que despertaba, el transeunte conocia que se hallaba entre la Salpetriere, cuya cúpula veia, y entre Bicetre, cuya barrera casi tocaba; esto es, entre la locura de la mujer y la locura del hombre. Por lejos que allí se quisiera extender la vista, solo se veian los mataderos, el muro de circunvalacion, raras fachadas de fábricas parecidas á cuarteles ó á monasterios; por todas partes casuchas de yeso, paredes negras como mortajas ó blancas como sudarios; por todas partes filas de árboles tirados á cordel, construcciones uniformes, largas líneas frias, la tristeza lúgubre de los ángulos rectos, sin que interrumpiese esta monotonía ni un accidente del terreno, ni un capricho de la arquitectura. Se veia un conjunto glacial, regular, antipático. Oprime al corazon la simetría, y es que la simetría es el fastidio, y el fastidio es el fondo mismo del desconsuelo. La desesperacion bosteza. Se puede soñar algo más terrible que el infierno, donde se padece, y es el infierno donde el condenado se aburre. Si semejante infierno existiese, el boulevard del Hospital hubiera podido ser su avenida, Sobre todo al caer la noche, cuando se apaga la claridad del dia, aquel boulevard era espantoso. Las líneas negras se internaban y se perdian en las tinieblas como si fueran infinitas, y al pasar se recordaban las innumerables tradiciones patibularias de aquel sitio. Era horrible la soledad de un barrio en el que tantos crímenes se habian cometido. De dia su conjunto era desagradable, en el crepúsculo lúgubre, de noche siniestro.

El barrio, que parecia más aviejado que antiguo, desde aquella época propendia ya á transformarse, y de dia en dia iba desapareciendo algun detalle de aquel conjunto. Desde hace veinte años la estacion del ferro-carril de Orleans está al lado de dicho arrabal viejo, é influye en su situacion, produce la muerte del arrabal y el nacimiento de una ciudad. Parece que alrededor de los grandes centros de los movimientos de los pueblos, al pasar las poderosas máquinas, al soplar los monstruosos caballos de la civilizacion, que comen carbon y que vomitan fuego, la tierra, llena de gérmenes, tiembla y se abre para absorber las antiguas moradas de los hombres y dejar salir á las modernas.

Desde que la estacion del ferro-carril de Orleans invadió los terrenos de la Salpetriere, se bambolean las antiguas y estrechas calles inmediatas á los Fosos de San Víctor y al Jardin Botánico, al ver que las atraviesan violentamente tres ó cuatro veces cada dia las diligencias, los coches y los ómnibus. Son evidentes allí los síntomas de una vida nueva. Empiezan á empedrarse las calles de aquel barrio provinciano y anticuado, y las aceras comienzan á asomar y á prolongarse hasta los sitios por los que antes no pasaba nadie. Una mañana memorable, en Julio de 1845, vieron allí humear de pronto las negras calderas del asfalto, y entonces pudieron decir que aquel dia llegó la civilizacion á la calle de Ourcine y que Paris habia entrado en el arrabal de San Marcelo.

## II.

### Nido para buho y curruca.

Juan Valjean se paró á la puerta de la casa de Gorbeau. Como las aves bravías, eligió aquel sitio desierto para hacer el nido.

Del bolsillo del chaleco sacó una especie de llave maestra; abrió la puerta, entró, la cerró luego con cuidado y subió la escalera llevando en brazos á Cosette.

Al llegar á lo alto de la escalera sacó otra llave con la que abrió otra puerta. El cuarto donde entró, y que volvió á cerrar en seguida, era un desvan bastante espacioso; contenia una mesa, sillas y un colchon en el suelo. Habia en un rincon una estufa encendida. El farol de reverbero del boulevard alumbraba vagamente este pobre cuarto. Enfrente de la puerta habia un gabinete y en él una cama de tijera. Juan Valjean dejó á la niña en ella sin despertarla.

Encendió una vela de sebo, que estaba preparada sobre la mesa, y como el

dia anterior, se puso á contemplar á Cosette con ojos estáticos, en los que la expresion de la bondad y de la ternura llegaba hasta el extravío. La niña, con la confianza tranquila que solo es peculiar de la fuerza extrema y de la extrema debilidad, se durmió sin saber con quién estaba y continuaba durmiendo sin saber dónde se encontraba.

Juan Valjean se inclinó y besó la mano de la niña. Nueve meses atrás besó tambien la mano de la madre, que tambien acababa de dormirse. Tenia el corazon lleno del mismo sentimiento religioso y punzante.

Arrodillóse junto á la cama de Cosette.

Era completamente de dia y la niña dormia aun. Pálido rayo del sol de Diciembre penetraba por la ventana del desvan, esparciendo por el techo destellos de luz y de sombra. De pronto la carreta de un cantero, muy cargada, que pasaba por la calzada del boulevard, conmovió el caseron, como lo hubiera hecho un prolongado trueno, y tembló todo el edificio.

—Sí, señora! gritó Cosette despertándose sobresaltada. Ya voy! ya voy!

Diciendo esto se arrojó de la cama, con los ojos medio cerrados y extendiendo los brazos hácia el rincon de la pared.

—Dios mio! dónde está la escoba?

Abrió completamente los ojos y se encontró con el semblante risueño de Juan Valjean.

—Calla! es verdad! exclamó la niña. Buenos dias, señor.

Los niños aceptan en seguida y familiarmente la alegría y la felicidad, porque ellos mismos son la felicidad y la alegría.

Cosette vió á Catalina á los piés de su cama; la tomó, y mientras jugaba con ella, hacia á Juan Valjean las siguientes preguntas:

—Dónde estoy? Es grande Paris? ¿Estaba muy lejos de allí la señora Thenardier? Volveria á verla? etc. etc.

De pronto exclamó, paseando la vista por el desvan:

—Qué bonito es esto!...

Era un horrible zaquizamí, pero ella se veia libre.

—Tengo que barrer? preguntó.

—No, juega, la contestó Juan Valjean.

Así se pasó el dia. Cosette sin inquietud; no comprendia lo que la pasaba, pero se consideraba enteramente feliz entre su muñeca y aquel buen señor.

## III.

### Dos desgracias entrelazadas producen felicidad.

Al dia siguiente, al amanecer, se situó otra vez Juan Valjean junto al lecho de Cosette; esperaba inmóvil que despertase. Su alma se abria á un sentimiento nuevo para él.

Juan Valjean no habia amado nunca. Hacia ya veinticinco años que estaba solo en el mundo. Nunca fué padre, amante, esposo, ni amigo. En presidio fué malo, sombrío, casto, ignorante y feroz, pero el corazon del presidiario estaba lleno de virginidad. Su hermana y los hijos de su hermana solo le dejaron recuerdo vago y lejano, que concluyó por desvanecerse y borrarse. Hizo todos los esfuerzos posibles por volver á encontrarlos, no lo consiguió y acabó por olvidarlos. Así es la naturaleza humana. Si sintió tiernas emociones en la juventud, no guardaba ya memoria de ellas.

Cuando vió á Cosette, la acogió y la libertó, sintió que se extremecian sus entrañas; todo lo que encerraban de afecto y de pasion se despertó en él y se concentró en esa niña. Se acercaba á la cama, donde estaba durmiendo, palpitante de alegría; sentia arranques de madre, sin poder explicárselo, porque es incomprensible y tierno el extraño movimiento del corazon que empieza á amar. ¡Su corazon era viejo y jóven al mismo tiempo!

Pero como tenia cincuenta y cinco años y Cosette ocho, todo el amor que era capaz de sentir se fundió en una especie de claridad inefable. Esta niña era para él la segunda aparicion pura. El obispo hizo brillar en su horizonte la aurora de la virtud, y Cosette hacia brillar en su cielo el alba del amor.

Cosette, sin saberlo, se volvia otra. Era tan pequeña cuando la dejó en casa los Thenardier su pobre madre, que no la recordaba. Como todos los niños, semejantes al retoño de la vid, que se agarra á todo, intentó amar, pero no pudo conseguirlo. Todos la rechazaban: los Thenardier, sus hijas y los demás niños. Habia querido á un perro, pero el perro se murió; despues ya no quiso nada ni á nadie. Lúgubre cosa es decir que á los ocho años tenia el corazon frio, pero no era culpa suya; no le faltaba la facultad de amar, sino la posibilidad. Por eso desde el primer dia que vió á Juan Valjean le quiso con todas las facultades

de su alma. Estaba contenta como jamás lo estuvo.

El buen hombre no le parecia ya ni viejo ni pobre. Creia que Juan Valjean era hermoso, lo mismo que le parecia lindo el desvan: estos son los efectos de la aurora, de la niñez, de la juventud y de la alegría. La novedad de la localidad y de la vida contribuye tambien á ellos en cierto modo. Es encantador el reflejo que colorea la dicha en un granero. Todos hemos tenido en nuestro pasado nuestro granero azul.

La naturaleza y cincuenta años de intervalo habian establecido separacion profunda entre Juan Valjean y Cosette; pero esta separacion la hizo desaparecer el destino. El destino unió y enlazó bruscamente, con su irresistible poder, dos existencias desarraigadas, distintas por la edad y parecidas por la desgracia, y la una completaba á la otra. El instinto de Cosette buscaba un padre, como el instinto de Juan Valjean buscaba una hija. En cuanto se encontraron se entendieron, y la mano de uno y de otra se soldaron en el momento misterioso de tocarse. Cuando las dos almas se vieron, se reconocieron necesarias la una á la otra y se abrazaron tiernamente.

Tomando las palabras en un sentido más comprensible y más absoluto, pudiera decirse que, separados de todos por las paredes de la tumba, Juan Valjean era el viudo y Cosette la huérfana.

La situacion de ambos convirtió á Juan Valjean en padre ideal de Cosette. Verdaderamente la impresion misteriosa que produjo á la niña en el fondo del bosque de Chelles la mano de Juan Valjean estrechando la suya no fué una ilusion, fué una realidad.

El expresidiario escogió bien su asilo. Estaba allí con seguridad completa al parecer. El cuarto con gabinete que ocupaban él y Cosette era el de la ventana que caia al boulevard. Como la casa no tenia más que esta ventana, no era de temer que los vecinos mirasen ni por un lado ni por otro.

El piso bajo de dicho edificio, especie de tejadillo derruido, servia de cochera á los hortelanos y no se comunicaba con el primero. Lo separaba de éste el techo, que no tenia ni trampa ni escalera, y era como el diafragma de la casa. El primer piso contenia, como ya dijimos, muchos cuartos y algunos desvanes, y solo una vieja ocupaba uno de éstos, cuya vieja cuidaba de la habitacion de Juan Valjean. Los demás estaban inhabitados. Esta vieja, que se llamaba la *inquilina principal*, pero que en realidad desempeñaba las funciones de portera, alquiló la habitacion á Juan Valjean el dia de Navidad. Se presentó á ella como un rentista arruinado por los bonos de España, que iba á vivir allí con su nieta. Pagó seis meses anticipados y encargó á la vieja que amueblase el cuarto y el gabinete como hemos visto. Esta buena mujer encendió la estufa y lo preparó todo para el dia de su llegada.

Las semanas iban pasando y el viejo y la niña veian transcurrir en el desvan dias felices.

Desde el amanecer Cosette reia, charlaba y cantaba. Los niños, como los pájaros, tienen su canto matinal.

Sucedia algunas veces que Juan Valjean cogia á la niña las manitas llenas de sabañones y se las besaba. Cosette, acostumbrada solo á los golpes, no sabia lo que aquello significaba y se retiraba avergonzada.

Habia momentos en que se quedaba séria y pensativa contemplando su traje negro y comprendiendo que ya no llevaba harapos y que iba vestida de luto, que salia de la miseria y que entraba en la vida.

Juan Valjean se dedicó á enseñarla á leer. A veces, cuando hacia que Cosette deletreara, recordaba que él aprendió en presidio á leer con la idea de causar daño, y esta idea se volvia del revés enseñando á leer á una niña, y cuando esto pensaba el expresidiario sonreia con la sonrisa pensativa de los ángeles. Veia en este suceso una premeditacion de las alturas, una voluntad superior á la del hombre, y se perdia en hondas meditaciones.

Los buenos pensamientos tienen sus abismos como los malos.

A enseñar á leer á Cosette y dejarla jugar se reducia entonces la vida de Juan Valjean, además de hablarla de su madre y hacerla rezar. La niña le llamaba *padre*; ni siquiera sabia cómo se llamaba.

Este pasaba las horas viendo cómo vestia y desnudaba á la muñeca y oyéndola canturrear. A la sazon le parecia la vida llena de interés, y los hombres buenos y justos; no reprochaba nada á nadie y no encontraba motivo para no llegar á edad muy avanzada, teniendo á aquella niña que le queria.

Veia que Cosette alumbraba su porvenir con brillante claridad. Los hombres mejores no están exentos de algun pensamiento egoista, y habia momentos en

los que Juan Valjean veia con satisfaccion que Cosette seria fea.

Opinamos (y esto solo es una opinion personal) que en la situacion á que llegó Juan Valjean cuando empezó á querer á Cosette, no se nos ha probado que no tuviese necesidad de este refuerzo para perseverar en el bien. Acababa de ver bajo nuevos aspectos la maldad de los hombres y la miseria de la sociedad; aspectos incompletos y que solo presentaban fatalmente un lado de la verdad: el de la suerte de la mujer, reasumida en Fantina, y el de la autoridad pública, personificada en Javert: habia vuelto al presidio esta vez por haber obrado bien; por eso habia devorado nuevas amarguras, y el cansancio y el disgusto de la vida se apoderaban de él: hasta el recuerdo del obispo llegó á eclipsarse un momento en su memoria, si bien luego se le apareció otra vez más luminoso y triunfante; pero lo cierto es que llegó á borrarse en él. ¡Quién sabe si Juan Valjean estaba próximo á desanimarse y á sufrir otra caida! Pero amó y volvió á ser fuerte. No estuvo menos vacilante que Cosette. El la protegió, pero ella le dió fortaleza. Gracias á él, Cossette pudo marchar por la senda de la vida; gracias á ella, él pudo continuar por el camino de la virtud; fué el sosten de la niña, y la niña fué su punto de apoyo. ¡Misterio divino é insondable es el de los equilibrios del destino!

## IV.

### Observaciones de la inquilina principal.

Juan Valjean adoptó la precaucion de no salir de dia. Todas las tardes, al oscurecer, paseaba una ó dos horas, unas veces solo y otras con Cosette, buscando las calles de árboles más solitarias de los boulevares y entrando en las iglesias al anochecer. Iba con preferencia á San Medardo, que era la iglesia más inmediata. Cuando no llevaba á Cosette ésta se quedaba con la vieja, pero la niña tenia más gusto de salir con él. Preferia pasar una hora con Juan Valjean á todas sus conversaciones con Catalina. Juan Valjean la llevaba siempre de la mano, hablándola cariñosamente. Así es que Cosette estaba muy contenta.

La vieja cuidaba de la casa y de la cocina y traia las provisiones.

Vivian sóbriamente; tenian siempre fuego en la estufa, pero llevaban la vida de las personas de escasos recursos. No habian aumentado los pocos muebles que describimos; solo hizo Juan Valjean que reemplazaran la puerta vidriera del gabinete de Cosette con una puerta de madera. El continuaba vistiendo el leviton de color de ocre, el calzon negro y el sombrero viejo. En las calles creian que era un pordiosero. A veces, mujeres caritativas le daban una limosna. Juan Valjean la recibia y les daba las gracias. En otras ocasiones encontraba algun mendigo pidiendo; entonces volvia la cabeza para ver si álguien le observaba, se acercaba furtivamente al mendicante y le ponia en la mano una moneda, algunas veces de plata, y se alejaba de él con rapidez; pero esto tenia sus inconvenientes, porque en el barrio empezaban á llamarle *el mendigo que dá limosna*.

La *inquilina principal*, vieja ceñuda, que examinaba al prógimo con la atencion que ponen en él los envidiosos, espiaba á Juan Valjean, sin que éste lo sospechase. Era algo sorda, pero muy charlatana. No le quedaban más que dos dientes, uno arriba y otro abajo, y tropezaba el uno con el otro. Hizo mil preguntas á Cosette, pero como ésta nada sabia, solo pudo decirle que venian de Montfermeil. Una mañana, que estaba acechando, vió entrar con extraño aspecto á Juan Valjean en uno de los desvanes deshabitados de la casucha. Siguióle de puntillas y observó, sin ser vista, por las rendijas de la puerta. Juan Valjean, sin duda por precaucion, daba las espaldas á la puerta. La vieja le vió meter la mano en el bolsillo y sacar de él un estuche, hilo y tijeras; despues vió que descosia uno de los faldones del leviton y que sacó de la abertura un pedazo de papel amarillento, que desdobló. La vieja conoció con asombro que era un billete de mil francos. Era el segundo ó el tercero que veia desde que estaba en el mundo y echó á huir espantada.

Poco despues Juan Valjean fué á buscarla y le suplicó que fuese á cambiar el susodicho billete de mil francos, diciéndola que era el semestre de su renta que habia cobrado el dia anterior.—¿En dónde? pensó para sí la vieja. No salió de casa hasta las seis de la tarde y la Caja del gobierno no está abierta hasta esa hora. La vieja fué á cambiar el billete, haciendo mil conjeturas. Este billete, comentado y multiplicado, produjo infinidad de murmuraciones entre las comadres de la calle de las Vignes-Saint-Marcel.

Algunos dias despues, mientras Juan Valjean, en mangas de camisa, estaba aserrando madera en el corredor, la vieja, arreglando su habitacion, se encontró sola, pues Cosette estaba presenciando la operacion de su *padre*, y vió el leviton colgado de un clavo y lo escudriñó. El forro estaba ya cosido, pero la vieja lo palpó y le pareció que entre el forro y el paño habia papeles doblados. ¡Sin duda otros billetes de mil francos! Notó además que habia en los bolsillos otras varias cosas, no solo las agujas, las tijeras y el hilo, que habia visto, sino una cartera abultada, un cuchillo grande y muchas pelucas de diferentes colores; cada bolsillo del leviton contenia distintos objetos, como si le hubiesen de servir para acontecimientos imprevistos. Los habitantes de la casucha llegaron en esta situacion á los últimos dias del invierno.

## V.

### Cuando cae al suelo una moneda de cinco francos hace ruido.

Cerca de San Medardo un pobre se sentaba sobre el brocal de un pozo de vecindad cegado, y á este mendigo daba limosna con frecuencia Juan Valjean. Ninguna vez pasaba por allí sin que le diese, y habia ocasiones en que conversaba con él. Los envidiosos del mendigo decian que éste pertenecia *á la policía*. Era un viejecillo de setenta y cinco años, que habia sido pertiguero y que siempre estaba rezando.

Una noche que Juan Valjean, solo, sin llevar á Cosette, pasaba por donde estaba el mendigo, le vió en su sitio de costumbre, debajo del farol, que acababan de encender. Parecia que rezaba encorvado. Juan Valjean se le acercó y le puso en la mano la limosna. El pordiosero levantó la vista con rapidez, mirándole con fijeza; despues bajó la cabeza con prontitud. Este movimiento fué como un relámpago que extremeció á Juan Valjean: le pareció que acababa de entrever, á la luz del farol, no la fisonomía del viejo pertiguero, sino otra espantosa y conocida. Le hizo la impresion que le hubiera producido encontrarse de pronto en la oscuridad con un tigre. Retrocedió aterrado y petrificado, no atreviéndose á respirar ni á hablar, ni á quedarse, ni á huir, contemplando al mendigo, que tenia la cabeza baja y tapada y que parecia ignorar que estuviese él aun allí. Entonces un instinto, tal vez el misterioso instinto de la conservacion, hizo que Juan Valjean no le hablara. El mendigo tenia la misma estatura, los mismos harapos y la misma apariencia que todos los dias.—Bah! se dijo á sí mismo Juan Valjean; estoy loco, sueño; es imposible! Entró en casa profundamente turbado. Apenas se atrevia á confesarse á sí mismo que la cara que creyó ver era la de Javert.

Pensando más y más en este suceso, le sabia mal no haber hablado á aquel hombre para obligarle á levantar la cabeza por segunda vez.

Al anochecer del dia siguiente volvió y vió al mendigo en su sitio.—Dios os guarde, buen hombre, le dijo resueltamente Juan Valjean, dándole limosna. El pordiosero levantó la cabeza y respondió con voz doliente:—Muchas gracias.

Era realmente el viejo pertiguero.

Juan Valjean se tranquilizó, echándose á reir.—¿De dónde diablos pudo ocurrírseme que este hombre pudiera ser Javert? Vaya! he visto visiones.—No pensó ya más en esto.

Algunos dias despues, á las ocho de la noche estaba en su cuarto haciendo deletrear á Cosette en voz alta, cuando oyó abrir y despues cerrar la puerta de la casucha. Esto le pareció extraño. La vieja, que era la única persona que vivia en el caseron, se acostaba siempre muy temprano para ahorrarse encender luz. Juan Valjean hizo señas á Cosette para que callara. Oyó que subian la escalera: podia ser la vieja que estuviese enferma y hubiera ido á la botica. Juan Valjean escuchó. Los pasos eran pesados y parecian de hombre, pero la vieja gastaba zapatos gruesos. Sin embargo, Juan Valjean apagó la luz. Hizo que se acostase Cosette, diciéndola en voz baja:—"Acuéstate muy quedito.„ Mientras la besaba en la frente, cesó el ruido de pasos.

Juan Valjean permaneció en silencio, inmóvil, de espaldas á la puerta, sentado donde estaba y conteniendo la respiracion. Al cabo de algun tiempo, no oyendo ya nada, volvió la cabeza sin hacer ruido, y al alzar la vista á la puerta de su cuarto vió luz por el ojo de la llave. Dicha luz trazaba una especie de estrella siniestra en la parte oscura de la puerta y de la pared. Indudablemente habia allí álguien con una luz en la mano que estaba escuchando.

Transcurridos algunos minutos desapareció la luz, pero no se oyó ruido de

pasos, lo que parecia indicar que el que escuchaba á la puerta se habria quitado los zapatos.

Juan Valjean, vestido, se echó en la cama, pero en toda la noche pudo cerrar los ojos.

Al amanecer, cuando la fatiga llegó á adormecerle, lo despertó el ruido de una puerta que se abria en alguna boardilla del fondo del corredor, y oyó despues los mismos pasos de hombre que en la noche anterior sonaron en la escalera. Dichos pasos se acercaban. Se levantó de la cama y aplicó un ojo á la cerradura, que era bastante grande, esperando ver pasar al hombre que se introdujo la víspera en la casucha. En efecto, este hombre pasó sin detenerse por delante del cuarto de Juan Valjean. El corredor estaba aun muy oscuro y no pudo distinguir su rostro; pero cuando el hombre llegó á la escalera hizo resaltar su perfil un rayo de luz de la parte de fuera, y Juan Valjean le vió de espaldas completamente. Era de alta estatura, vestia largo leviton y llevaba un baston debajo del brazo. Era la facha formidable de Javert.

Juan Valjean hubiera podido verle bien por la ventana que caia al boulevard, pero para esto era preciso abrirla y no se atrevió. Aquel hombre tenia, pues, llave de la casucha y entraba en ella como en su casa, Quién se la daria? qué significaba esto?

A las siete de la mañana, cuando la vieja entró á arreglar el cuarto, Juan Valjean la lanzó una mirada penetrante, pero no la interrogó.

Encontró como siempre á la buena mujer.

Esta, mientras barria, le preguntó:

—¿El señor habrá oido quizás entrar un hombre esta noche?

En aquella época, y en el boulevard, á las ocho de la noche era ya muy tarde.

—Es verdad, contestó con acento natural; á propósito, quién era?

—Un nuevo inquilino que ha entrado en casa, le contestó la vieja.

—Cómo se llama?

—Dumont ó Daumot, no lo sé á punto fijo.

—Y qué es ese señor Dumont?

Mirándole la vieja con sus ojillos de raposa, le dijo:

—Un rentista como vos.

Tal vez estas palabras no envolvian segunda intencion, pero Juan Valjean creyó que sí.

Cuando se retiró la vieja, éste hizo un rollo de unos cien francos que tenia en un armario y se lo guardó en el bolsillo. Aunque los tomó con precaucion para que no oyesen remover el dinero, se le escapó de las manos una moneda de cinco francos y rodó por el piso haciendo ruido.

Al anochecer bajó y examinó el boulevard por todas partes y no vió á nadie. Parecia desierto. Es verdad que cualquiera podia ocultarse detrás de los árboles.

Volvió á subir á su habitacion.

—Ven, dijo á Cosette.

La cogió de la mano y salieron los dos de la casucha.

# LIBRO QUINTO.

## A caza de espera, jauría muda.

### I.

#### Los zig-zags de la estrategia.

Debemos hacer aquí una observacion necesaria para poder comprender las páginas que van á leerse y otras que se leerán más tarde.

Hace muchos años que el autor de esta obra está ausente de Paris, y se vé en la precision de ocuparse de dicha ciudad; desde que la abandonó se ha transformado, surgiendo de ella una nueva poblacion que él desconoce hasta cierto punto. No necesita decir que está encariñado con Paris: Paris es la ciudad natal de su espíritu. A consecuencia de las demoliciones y de las reconstrucciones, el Paris de su juventud, que religiosamente conserva en la memoria, es ya el Paris antiguo; permítasele, pues, hablar de él como si existiese aun. Es muy posible que en los puntos adonde conducirá al lector, al decir: "En tal calle hay tal casa„, no exista ya tal casa ni tal calle.

Los lectores comprobarán sus citas si quieren tomarse ese trabajo. Como el autor desconoce el nuevo Paris, escribe teniendo á la vista el Paris antiguo, como ante hermosa ilusion. Es un consuelo para él soñar que deja en pos de sí algo de lo que veia cuando estaba en su pais, y no todo en éste ha desaparecido. Mientras uno vive en su pais natal cree que le son indiferentes las calles; que las ventanas, las puertas y los teja-

dos nada significan; que los árboles son como los demás; que las casas cuyo umbral no se traspasa nos son inútiles; que el suelo que se pisa es solamente de piedra; pero cuando se ha abandonado la patria se conoce que aquellas calles nos son queridas, que nos hacen falta aquellas ventanas, aquellas puertas y aquellos techos; que aquellos árboles nos son necesarios, que en aquellas casas cuyo umbral no se traspasaba deseamos entrar todos los dias, y que el desterrado dejó en aquel suelo de piedra que pisaba su sangre y su corazon. Todos esos sitios, que ya no se ven, que quizás ya no se vean nunca, y cuya imágen se conserva viva, adquieren á nuestra vista encanto doloroso, se nos presentan con la melancolía de una aparicion, nos hacen visible la tierra sagrada y constituyen, por decirlo así, la forma misma de la patria.

Séanos, pues, permitido hablar al presente de lo pasado, suplicando al lector que tenga en cuenta lo que acabamos de explicar, y continuamos.

Juan Valjean abandonó en seguida el boulevard y se perdió por las calles, haciendo en ellas todas las eses que podia, y volviendo muchas veces la cabeza hácia atrás para asegurarse de que no le seguia nadie. Su maniobra era la del ciervo acorralado. En los terrenos en los que la huella queda bien marcada, esta maniobra tiene la ventaja de engañar á los cazadores y á los perros con las huellas en sentido contrario. Es lo que en la montería se llama *emboscada falsa.*

Era una noche de luna llena, pero esto no le incomodaba á Juan Valjean. La luna, muy próxima aun al horizonte, marcaba en las calles grandes espacios de sombra y de luz. Juan Valjean podia deslizarse á lo largo de las casas y de las paredes por la parte oscura y observar por la parte iluminada. No reflexionaba acaso que la parte oscura cada vez iba disminuyendo. Al llegar á las callejuelas desiertas que desembocan en la calle de Poliveau creia estar seguro de que nadie le seguia.

Cosette andaba cogida de su mano sin preguntarle nada. Los sufrimientos de los seis años primeros de su vida dieron cierta pasividad á su naturaleza. Ya tendremos más adelante algunas ocasiones para insistir en esta observacion; la niña se habia ya habituado, sin darse cuenta de ello, á las irregularidades del buen hombre y á los caprichos del destino. Además, yendo con él se creia completamente segura.

Juan Valjean, lo mismo que Cosette, no sabia dónde iba; tenia la confianza puesta en Dios, así como la niña la ponia en él. El anciano creia llevar de la mano algo superior á la niña; creia que era un sér invisible que le guiaba. No habia hecho ninguna resolucion, no tenia plan ni proyecto. Tampoco estaba seguro de que era Javert el que le perseguia; podia ser Javert y éste no saber que él era Juan Valjean. No iba disfrazado? ¿No le creia muerto? Desde algunos dias, sin embargo, le sucedian cosas singulares, y esto le bastaba para huir. Estaba decidido á no volver á la casa Gorbeau. Como el animal arrojado de su cueva, buscaba un agujero donde pasar la noche, esperando encontrar otro donde alojarse.

Describió muchos laberintos en el barrio Monffetard, que yacía dormido, como si pesase aun sobre él la disciplina de la Edad Media y sufriese aun el yugo de la campana de la queda. Combinó de diversas maneras, en sábias líneas estratégicas, la calle de Censier y la calle Copeau, la del Battoir-Saint-Víctor y la del Puits-l'Ermite. Por allí habia posadas, pero no entraba en ellas, porque no encontraba lo que le convenia. En una palabra, dudaba de que si le seguian hubiera hecho perder la pista.

Dando las once en San Estéban atravesaba la calle de Pontoise por delante de la Comisaría de policía, que estaba en el número 14. Instantes despues volvió la cabeza hácia atrás y vió, gracias al farol de casa el comisario, á tres hombres que le seguian de cerca y que pasaban sucesivamente por debajo del farol, que les hacia traicion, á la parte oscura de la calle. Uno de los tres hombres entró en la Comisaría. El que iba al frente de ellos era el sospechoso para él.

—Ven, hija, dijo á Cosette, y abandonó precipitadamente la calle de Pontoise.

Hizo un circuito; dió la vuelta al Pasaje de los Patriarcas, que estaba ya cerrado; pasó las calles de la Espada de Madera y la de Arbalette y se metió en la calle de Postas. Hay allí una encrucijada en la que está hoy el colegio Rollin, al que desemboca la calle Nueva de Santa Genoveva.

La luna lanzaba viva claridad en la encrucijada. Juan Valjean se escondió en el hueco de una puerta, calculando que si le seguian aun aquellos hombres

los veria indispensablemente cuando atravesasen aquella claridad.

No transcurrieron tres minutos sin que apareciesen aquellos hombres. Entonces eran cuatro; altos, con largos levitones, con sombrero redondo y llevando gruesos bastones. No eran sospechosos por su elevada estatura, pero sí por su marcha siniestra en la oscuridad. Parecian cuatro espectros disfrazados de hombres.

Se pararon en medio de la encrucijada y formaron un grupo, como si estuviesen deliberando. Parecia que estaban indecisos. El que los dirigia señaló con resolucion y con la mano derecha el punto en que estaba oculto Juan Valjean; otro parecia indicar obstinadamente el punto contrario. En cuanto el primero volvió la cabeza, la luna le iluminó la fisonomía y Juan Valjean reconoció á Javert.

## II.

**Es una suerte que pasen carruajes por el puente de Austerlitz.**

Cesó la incertidumbre para Juan Valjean, pero afortunadamente aquellos hombres la tenian. Se aprovechó de su vacilacion, que fué tiempo perdido para ellos y ganado para él: Juan Valjean salió de su escondite y entró en la calle de Postas, hácia el lado del Jardin Botánico. Tomó en brazos á Cosette, que empezaba ya á cansarse, y se la llevó. Por allí nadie transitaba y por haber luna estaban los faroles apagados.

Redobló el paso.

En pocos minutos llegó á la alfarería de Goblet, en cuya fachada dejaba leer con claridad la luz de la luna esta antigua inscripcion:

*Aquí se halla la fábrica*
*de Goblet, hijo,*
*donde hay floreros, cántaros,*
*tubos, ladrillos;*
*todo se endosa,*
*desde ladrillos «bastos»*
*á finas «copas».*

Dejó detrás de sí la calle de la Clef y despues la fuente de San Víctor; costeó el Jardin Botánico por las calles bajas y llegó al muelle. Al llegar allí volvió la cabeza. El muelle y las calles estaban desiertas y nadie le seguia. Respiró. Desde allí abordó el puente de Austerlitz.

En aquella época aun se pagaba peaje.

Juan Valjean entró en la caseta del peajero y le dió un sou.

—Son dos, le dijo el inválido encargado de la cobranza. Os acompaña una criatura que anda ya sola y teneis que pagar por dos.

Pagó, contrariado de que su paso por el puente diese lugar á una observacion. Toda fuga debe deslizarse silenciosamente.

Pasaba al mismo tiempo que él una gran carreta, que se encaminaba tambien hácia la orilla derecha; esta circunstancia le sirvió en gran manera, porque pudo atravesar todo el puente cobijándose á su sombra.

Como Cosette tenia los piés entumecidos, quiso andar al llegar á la mitad del puente. Juan Valjean la bajó del brazo y le dió la mano.

Pasado el puente, descubrió á alguna distancia, hácia la derecha, los almacenes de madera, y se dirigió á ellos; para llegar hasta allí era preciso atravesar un ancho espacio descubierto é iluminado por la luna, pero no vaciló. Creia que habrian perdido su pista los que le perseguian y que estaba fuera de peligro; que le buscaban, pero que no le seguian.

Abríase entre las dos peañas citadas, que estaban rodeadas de tapias, una callejuela, la del Chemin-vert-Saint-Antoine. Esta callejuela era estrecha, oscura, y parecia abierta expresamente para él. Antes de penetrar en ella miró hácia atrás.

Desde donde estaba descubria el puente de Austerlitz en toda su longitud.

Cuatro sombras acababan de entrar en el puente y volvian las espaldas al Jardin Botánico, dirigiéndose por la orilla derecha; eran los cuatro hombres que perseguian á Juan Valjean.

Este se extremeció como una fiera descubierta.

Le quedaba la esperanza de que los cuatro hombres no habrian aun entrado en el puente ni le habrian visto cuando él atravesaba, llevando á Cosette de la mano, el espacio que iluminaba la claridad de la luna; en tal caso, metiéndose en la callejuela, si conseguia llegar hasta los almacenes, las huertas y los terrenos baldíos, donde no habia casas, podia escapar. Le pareció que podia confiar en la silenciosa callejuela, y en ella se internó.

## III.

**Véase el plano de Paris en 1727.**

Despues de andar trescientos pasos llegó á un punto en que la callejue-

la se bifurcaba; se dividia en dos: una de ellas iba hácia la derecha y la otra hácia la izquierda. Juan Valjean vió ante él como los dos brazos de una Y. ¿Cuál elegia? No dudó un instante; tomó el de la derecha. Porque el de la izquierda se dirigia al arrabal, es decir, á sitios habitados, y el de la derecha hácia el campo, es decir, á lugares desiertos.

Entre tanto andaban despacio, porque el paso de Cosette retardaba el de Juan Valjean.

Tomó otra vez en brazos á la niña, que apoyaba la cabeza en el hombro del buen hombre y no decia nada.

Juan Valjean de vez en cuando volvia la cabeza hácia atrás y acechaba, teniendo cuidado de caminar siempre por la parte oscura de la calle. Esta seguia en línea recta detrás de él. Las dos veces primeras que se volvió no vió á nadie; el silencio era profundo, y continuó su marcha más tranquilo. Al volverse en un momento dado le pareció ver, en la parte de la calle que acababa de pasar en la oscuridad y lejos, algo que se movia.

Se precipitó hácia adelante más que andó, esperando encontrar alguna callejuela lateral para evadirse por ella y hacer perder la pista otra vez.

Llegó á una tapia, pero esa tapia no le impedia ir más lejos: era una pared que costeaba una callejuela lateral, en la que concluia la calle que seguia Juan Valjean.

Allí tenia que decidirse otra vez y tomar á la derecha ó á la izquierda. Miró á la derecha. La callejuela se prolongaba por allí á pedazos entre construcciones, que eran cobertizos ó granjas, y terminaba luego sin salida. Veia con claridad el fondo cerrado por una pared blanca.

Miró á la izquierda. La callejuela estaba abierta por esta parte, y á distancia de doscientos pasos salia á una calle, de la que era afluente. Por este lado creia salvarse.

Cuando Juan Valjean determinó dirigirse por la izquierda, para llegar á la calle que distinguia al final de la callejuela, divisó en el ángulo que formaban entrambas una especie de estátua negra, inmóvil.

Era indudablemente algun hombre apostado allí y que le esperaba para cerrarle el paso.

Juan Valjean retrocedió.

El punto de Paris en que se encontraba el perseguido estaba situado entre el arrabal Saint-Antoine y la Rapée, y es uno de los que obras recientes han reformado por completo, afeándole segun unos y transfigurándole segun otros. Los huertos, los almacenes y los edificios antiguos han desaparecido; en su lugar se ven hoy grandes calles modernas, anfiteatros, circos, hipódromos, estaciones de ferro-carriles, la cárcel de Mazas, esto es, el progreso con su correctivo.

Hace medio siglo, la lengua corriente y popular, compuesta de tradiciones, que se obstina en llamar al Instituto *Las Cuatro-Naciones* y á la Opera cómica *Feideau*, llamaba al sitio en que estaba Juan Valjean el *Petit-Picpus*.

El *Petit-Picpus* solo fué siempre un bosquejo de barrio y tenia casi el aspecto monacal de una ciudad española. Habia muy poco empedrado y pocos edificios. Exceptuando las dos ó tres calles de que vamos á hablar, no habia en él más que tapias y soledad. No se veia una tienda ni un carruaje; apenas aquí y allá se divisaba alguna vela encendida en las ventanas, y á las diez ya se apagaban todas las luces. Habia jardines, conventos, almacenes de madera, huertas, algunas casas bajas y tapias tan altas como las casas.

Tal era ese barrio el siglo pasado. La revolucion lo habia maltratado. La municipalidad republicana lo demolió y lo agujereó. Se establecieron allí depósitos de cascote. Hace treinta años le hicieron perder su aspecto las construcciones nuevas; hoy se puede decir que está completamente borrado. El *Petit-Picpus*, del que no se conserva vestigio alguno en los planos actuales, está indicado con bastante claridad en el plano de 1727, publicado en Paris en casa de Denís Thierry, calle de Saint-Jacques, y en Lyon en casa de Juan Girin. El *Petit-Picpus* tenia la figura de lo que acabamos de llamar una Y de calles, formada por la calle del Chemin-vert-Saint-Antoine, que se separaba en dos brazos, tomando el de la izquierda el nombre de callejuela de Picpus y el de la derecha el de la calle de Polonceau. Los dos brazos de la Y se reunian en su parte superior como por una barra; esta barra se llamaba calle del Droit-Mur. La calle de Polonceau desembocaba en ella; la callejuela de Picpus seguia más allá y avanzaba hasta el mercado Lenoir. Subiendo por el Sena, el que llegaba al extremo de la calle de Polonceau tenia á su izquierda la calle Droit-Mur; volviendo bruscamente en ángulo recto, enfrente la pared de esta calle y á su derecha una prolongacion truncada de la calle Droit-

Mur, sin salida, y que se llamaba el callejon Genrot. Ahí es donde estaba Juan Valjean.

Como dijimos, al ver la silueta negra del hombre apostado en el ángulo de la calle Droit-Mur y de la callejuela de Picpus, retrocedió, porque no le cabia duda de que aquel fantasma le acechaba.

Qué iba á hacer?

No tenia tiempo para desandar lo andado, porque lo que habia visto moverse en la oscuridad á bastante distancia detrás de él, hace poco, eran sin duda Javert y su escolta. Javert probablemente habria entrado ya por el principio de la calle en cuyo final estaba Juan Valjean. Segun todas las apariencias, el polizonte conocia aquel pequeño dédalo y tomó sus precauciones enviando á uno de sus hombres á que vigilase la salida. Estas conjeturas, tan parecidas á la evidencia, se arremolinaron en seguida, como una nube de polvo que hace subir el viento súbito, en el doliente cerebro de Juan Valjean.

Examinó el callejon Genrot y vió que era una valla; examinó la callejuela Picpus y vió en ella un centinela. Veia esta sombría figura destacarse en negro sobre el suelo blanco que inundaba la claridad de la luna.

Avanzar era caer en manos de aquel hombre; retroceder era arrojarse en brazos de Javert.

Juan Valjean se vió cogido en un lazo que se le estrechaba lentamente.

Miró al cielo con desesperacion.

## IV.

### Tentativas de evasion.

Para comprender lo que sigue, es preciso formarse una idea exacta de la calle Droit-Mur y del ángulo que se dejaba á la izquierda, cuando se salia de la calle de Polonceau para entrar en aquella. Costeaban por la derecha, casi toda la calle Droit-Mur, casas de pobre apariencia, hasta la callejuela Picpus; á su izquierda solo existia un edificio de severo aspecto, compuesto de varios cuerpos de habitaciones, que se elevaban gradualmente de un piso ó dos á medida que éstos se aproximaban á la callejuela Picpus; de modo que dicho edificio era muy alto por el lado de la callejuela Picpus y era muy bajo por el lado de la calle de Polonceau. En ésta, en el ángulo de que hemos hablado, descendia hasta el punto de no tener más que una tapia. Esta tapia ó pared no llegaba rectamente á la calle; dibujaba un plano rebajado que ocultaba sus dos ángulos á dos observadores que estuviesen, uno en la calle Polonceau y el otro en la de Droit-Mur.

A partir de los dos ángulos del plano cortado, la pared se prolongaba por la calle Polonceau hasta una casa que tenia el número 49, y por la calle Droit-Mur, en la que era más corta su extension, hasta el edificio sombrío que antes citamos, y cuya fachada cortaba, formando en la calle otro ángulo entrante. Esta fachada era de aspecto triste; solo se veia en ella una ventana, ó por mejor decir, dos postigos revestidos de capa de zinc, que estaban siempre cerrados.

Llenaba casi por completo el plano cortado una especie de puerta vieja y colosal, que la constituia un conjunto informe de tablas perpendiculares, las de arriba más anchas que las de abajo, unidas con largas abrazaderas de hierro transversales. A su lado habia una puerta cochera de ordinarias dimensiones, y cuya construccion no databa seguramente de más de cincuenta años.

Un tilo extendia su ramaje por encima del plano cortado, y la pared estaba cubierta de hiedra por la parte de la calle de Polonceau.

En el inminente peligro que rodeaba á Juan Valjean le atraia el edificio solitario, sombrío y al parecer deshabitado. Sus miradas le examinaron con avidez. Pensaba que si conseguia penetrar en él estaria en salvo. Esta idea le infundió esperanza.

En la parte media de la fachada de este edificio que caia á la calle de Droit-Mur habia en las ventanas de los pisos antiguos canalones de figura de embudos de plomo. Los variados cruzamientos de los conductos que iban desde el central á estos embudos dibujaban en la pared una especie de árbol. Las ramificaciones de los tubos, con sus codos, imitaban á las parras deshojadas que se elevan torcidas en la fachada de una casa de campo.

Esta caprichosa espaldera, con ramas de plomo y de hierro, fué lo primero que llamó la atencion de Juan Valjean. Sentó á Cosette, apoyándole la espalda en un guarda-canton; la hizo que guardase silencio y fué á buscar el sitio en el que el conducto llegaba hasta el suelo. Tal vez por allí podria escalar la pared y entrar en el edificio. Pero el conducto

estaba inútil, destrozado y apenas tenia soldaduras. Además, las ventanas de aquella parte del edificio, y hasta las boardillas, tenian espesas barras de hierro. A su vez la luna iluminaba completamente la fachada y pudiera verle escalarla el hombre que le espiaba desde el extremo de la calle. ¿Y qué habia de hacer de Cosette? ¿Cómo subirla á una casa de tres pisos?

Renunció, pues, á subir por el conducto y se deslizó á lo largo de la pared para volver á entrar en la calle Polonceau.

Cuando llegó al plano cortado donde dejó á Cosette observó que desde allí nadie podia verle; burlaba desde allí las miradas de todas partes, como acabamos de explicar. Además, estaba en la oscuridad. Habia allí dos puertas; quizás pudiera forzarlas. La pared, por encima de la que veia el tilo y la hiedra, indudablemente daba á un jardin, en el que, aunque los árboles estaban desnudos de ramas, podria ocultarse y pasar allí el resto de la noche.

El tiempo le apremiaba y tenia que decidirse pronto por una cosa ú otra.

Examinó la puerta cochera y conoció en seguida que estaba condenada por dentro y por fuera.

Con más esperanza se acercó á la otra puerta. Estaba viejísima: su misma inmensidad la hacia poco sólida; tenia las tablas podridas y no le quedaban más que tres abrazaderas de hierro, oxidadas. Le pareció imposible agujerear esta barrera carcomida.

Examinándola con más atencion, descubrió que aquella puerta no era puerta. Ni tenia goznes, ni bisagras, ni cerradura, ni hojas. Las barras de hierro la atravesaban de parte á parte sin solucion de continuidad. Por las hendiduras de las tablas entrevió cascote y piedras groseramente cimentadas. Se vió obligado á confesarse, consternado, que esta puerta aparente era sencillamente el adorno de madera del edificio á que estaba adherida. Era fácil arrancar una tabla, pero tras ella se encontraria una pared.

## V.

### Imposible con el alumbrado de gas.

En este momento empezó á oirse á alguna distancia un rumor sordo y acompasado. Juan Valjean se atrevió á mirar por fuera de la esquina de la calle. Siete ú ocho soldados, dispuestos en peloton, acababan de desembocar en la calle de Polonceau. Vió brillar las bayonetas y que se dirigian hácia él.

Al frente de estos soldados se destacaba la alta estatura de Javert; avanzaban lentamente y con precaucion. Se paraban muchas veces; indudablemente registraban todas las paredes y todos los huecos de las puertas.

Sin duda Javert encontró una patrulla y la pidió auxilio. Los dos acólitos de Javert iban á su lado.

Al paso que llevaban y haciendo tantas detenciones, necesitaban un cuarto de hora para llegar donde estaba Juan Valjean. Horrible fué para él este momento. Solo algunos minutos le separaban del espantoso precipicio que iba á tragarle por la tercera vez. El presidio para él ya no era hoy solo la cárcel: era perder á Cosette para siempre.

Juan Valjean tenia una particularidad: podia decirse que llevaba dos alforjas; en una guardaba los pensamientos de un santo, en la otra la temible astucia del presidiario, y registraba la una ó la otra segun sus necesidades.

Entre otros recursos, y á consecuencia de sus repetidas evasiones del presidio de Tolon, disponia del de ser maestro consumado en el arte de subir, sin escalera ni garfios, solo con su fuerza muscular y ayudándose con las más pequeñas desigualdades de la piedra, por el ángulo recto de la pared, hasta un sexto piso; arte que hizo célebre y temible el ángulo del patio de la Conserjería de Paris, por el que se escapó hace veinte años el condenado Battemolle.

Juan Valjean midió con la vista la pared, encima de la que se veia el tilo. Tendria diez y ocho piés de altura. El ángulo que formaba con la fachada del gran edificio estaba relleno por la parte inferior de mampostería maciza de forma triangular, destinada acaso á preservar aquel mismo rincon de las paradas que en él pudieran hacer esos estercoleros llamados transeuntes. Este preservativo es muy usado en los rincones de las calles de Paris.

Dicho macizo tenia cerca de cinco piés de altura. Desde su vértice quedaban, pues, para subir hasta la albardilla de la pared catorce piés. Remataba la pared piedra lisa sin tejadillo.

La dificultad para este escalamiento era la pobre Cosette. Juan Valjean no queria abandonarla, pero le era imposible subir con ella á cuestas. El hombre necesita reunir todas sus fuerzas para

realizar estas peligrosas y árduas ascensiones; el menor peso le haria perder el centro de gravedad y le precipitaria al suelo.

Necesitaba una cuerda y allí no la tenia. ¿Dónde encontrar una cuerda á media noche y en la calle de Polonceau? Si en aquel momento Juan Valjean hubiera poseido un reino, le hubiera cedido por una cuerda.

De las situaciones extremas salen relámpagos, que tan pronto nos ciegan como nos iluminan.

La mirada desesperada de Juan Valjean encontró el brazo del farol del callejon Genrot.

En aquella época no habia alumbrado de gas en las calles de Paris. Al anochecer se encendian en ellas reverberos colocados á distancias simétricas, que se subian y bajaban por medio de una cuerda que atravesaba la calle de parte á parte y que se ajustaba en la ranura de una palomilla. El torniquete donde se arrollaba esta cuerda estaba sujeto á la pared, bajo del farol, en un hueco con tapa de hierro, cuya llave tenia el farolero, y protegia á la cuerda un tubo de metal.

Juan Valjean, con la energía de su desesperada lucha, atravesó corriendo la calle, entró en el callejon sin salida, hizo saltar la cerradura del pequeño armario con la punta de la navaja, y un instante despues estaba al lado de Cosette con la deseada cuerda. Estos sombríos sorteadores de dificultades ejecutan pronto sus maniobras cuando luchan con la fatalidad.

Dijimos antes que no estaban encendidos los faroles porque era noche de luna. El reverbero, pues, del callejon Genrot estaba apagado como los otros y podia pasar Juan Valjean por delante de él sin que le vieran.

La hora, el sitio, la oscuridad y la situacion en que veia al ex-presidiario empezaban á inquietar á Cosette. Otro niño hubiera gritado ó llorado mucho tiempo antes; la pobre niña se limitó á tirar el faldon de la levita de Juan Valjean. Se oia cada vez más claro el ruido de la patrulla que se acercaba.

—Padre, dijo la niña en voz muy baja, tengo miedo. Quién viene?

—Chist! respondió el perseguido; es la Thenardier.

Cosette se extremeció.

—No hables, por Dios, y déjame obrar. Si gritas, si lloras, la Thenardier te cogerá. Viene por tí.

Entonces, sin precipitacion, pero sin perder tiempo, con firme y breve precision se quitó la corbata, la pasó alrededor del cuerpo de Cosette por bajo de los sobacos, cuidando de no hacerla daño; ató la corbata á un extremo de la cuerda con el nudo que los marineros llaman el nudo de golondrina; cogió el otro extremo de la cuerda con los dientes; se quitó los zapatos y las medias y los lanzó por encima de la tapia; subió al macizo de mampostería y principió á elevarse por el ángulo de la pared y de la fachada con la misma seguridad que si subiera por escalones. Poco despues estaba ya de rodillas en lo alto de la pared.

Cosette le contemplaba con estupor, pero sin decir una palabra. El encargo de Juan Valjean y el miedo á la Thenardier la dejaron helada.

De pronto, Juan Valjean la dijo en voz baja:

—Arrímate á la pared.

La niña obedeció.

—No hables ni tengas miedo.

Cosette, silenciosa, sintió que se elevaba sobre el suelo. Antes de volver de su asombro se encontró en lo alto de la pared.

Juan Valjean la cogió, se la puso á las espaldas, asióle las dos manos con su izquierda, se echó boca abajo y se arrastró por lo alto de la pared hasta el plano cortado. Como sospechó, habia allí un cobertizo, cuyo techo, partiendo desde lo alto del remate de madera, bajaba hasta cerca del suelo por medio de un plano suavemente inclinado, tocando al tilo.

Circunstancia feliz, porque la pared era mucho más alta por aquella parte de la calle.

Juan Valjean veia el suelo á sus piés y á gran profundidad.

Acababa de llegar al plano inclinado del techo y no habia abandonado aun lo alto de la pared, cuando violento ruido le anunció la llegada de la patrulla. Oyó la voz tonante de Javert, que decia:

—Registrad el callejon sin salida. La calle Droit-Mur está guardada y la callejuela de Picpus tambien. Yo os aseguro que está en el callejon.

Los soldados se internaron en él.

Juan Valjean se deslizó á lo largo del techo, sosteniendo á Cosette, llegó al tilo y saltó á tierra. Cosette permaneció muda por miedo ó por valor. Tenia las manos un poco desolladas.

## VI.

### Principio de un enigma.

Juan Valjean se encontró en un jardin muy grande y de aspecto singular, en uno de esos jardines melancólicos que parece que deben verse en invierno y de noche.

Era de forma oblonga; tenia una larga calle de grandes álamos en el fondo, arboleda bastante alta en los lados, un espacio sin sombra en medio, en el que campeaba un árbol muy grande aislado, y se veian algunos otros árboles frutales torcidos y erizados; cuadros de legumbres, un melonar, cuyas campanas brillaban á la luz de la luna, y un pozo viejo. Aquí y allá habia algunos bancos de piedra, que parecian negros por estar cubiertos de musgo. Los andenes estaban rodeados de arbustos sombríos y rectos.

Juan Valjean tenia á su lado el cobertizo, cuyo techo le sirvió para bajar; un monton de haces de leña, y detrás de éste, apoyada en la pared, una estátua de piedra, cuya faz mutilada solo era una máscara informe, que aparecia vagamente en la oscuridad.

El cobertizo era una especie de ruina, en el que se veian cuartos desmantelados, uno de los que solo tenia verdaderamente sotechado.

El gran edificio de la calle Droit-Mur, que daba la vuelta á la callejuela de Picpus, desarrollaba sobre el jardin dos fachadas tiradas á escuadra. Las fachadas interiores eran mucho más lúgubres que por el exterior. Todas las ventanas tenian rejas. Tras ellas no se veia luz. Los pisos altos tenian tragaluces como las cárceles. Una de las fachadas proyectaba su sombra sobre la otra, que recaia en el jardin como inmenso paño negro.

No se veia otra casa. El fondo del jardin se perdia en la bruma y en la noche; sin embargo, se divisaban confusamente tapias que se entrecortaban, como si hubiese terreno cultivado más allá, y además los tejados bajos de la calle Polonceau.

No es posible figurarse jardin más solitario ni más pavoroso. No habia nadie en él, lo que era natural en aquellas horas; pero parecia que nadie debia internarse en él, ni aun á medio dia.

Lo primero que hizo Juan Valjean fué buscar los zapatos y calzarse, y despues entrar en el sotechado con Cosette. El que huye nunca se cree bastante escondido. La niña seguia pensando en la Thenardier y participaba del deseo de ocultarse lo más posible.

Cosette temblaba y se pegaba á Juan Valjean. Oian el ruido tumultuoso de la patrulla, que registraba el callejon sin salida y la calle; los golpes de las culatas contra las piedras; las voces que daba Javert llamando á los espías que habia apostado, y sus imprecaciones, mezcladas con otras palabras que no se oian bien.

Al cabo de un cuarto de hora el ruido tumultuoso empezó á alejarse. Juan Valjean apenas respiraba.

Puso suavemente la mano sobre la boca de Cosette. Pero la soledad en que se encontraban era tan extrañamente profunda, que aquel ruido tan fuerte y tan próximo apenas llegaba á ellos como un eco. Parecia que aquellas paredes estaban fabricadas con las piedras sordas de que habla la Escritura.

De súbito, en medio de la profunda calma, se oyó otro ruido, celeste, divino, inefable, tan delicioso como el otro era horrible. Era un himno que salia de las tinieblas, un deslumbramiento de plegaria y de armonía en el oscuro y terrible silencio de la noche; voces de mujeres, pero voces que participaban á la vez del acento puro de las vírgenes y del acento cándido de los niños; voces que no son de la tierra, que se parecen á las que los recien nacidos oyen aun y á las que los moribundos oyen ya. Ese canto salia del sombrío edificio que dominaba el jardin. Al momento de alejarse el extrépito de los demonios, se acercaba el canto de un coro de ángeles.

Cosette y Juan Valjean cayeron de rodillas.

No sabian lo que era esto, ni dónde se encontraban, pero conocieron ambos, el hombre y la niña, el pecador y la inocente, que debian estar arrodillados.

Lo extraño de aquellas voces era que no impedian que el edificio pareciese desierto. Resonaban como un canto sobrenatural en una mansion inhabitada.

Mientras cantaban las voces, Juan Valjean no pensaba en nada. No veia la noche, veia un cielo azul. Le parecia se le abrian las alas que tenemos todos dentro de nosotros mismos.

El canto se apagó. Tal vez habia durado mucho tiempo. Juan Valjean no podria decirlo. Las horas de éxtasis tienen pocos minutos.

Habia vuelto á reinar el silencio. Nada

se oia en la calle ni en el jardin. Lo que amenazaba, así como lo que inspiraba confianza, se habia desvanecido. El viento rozaba en lo alto de las paredes algunas yerbas secas, que producian rumor suave y lúgubre.

## VII.

### Continuacion del enigma.

Soplaba la brisa matutina, lo que indicaba que serian ya las dos ó las tres de la mañana.

La pobre Cosette continuaba callando. Como estaba sentada al lado de Juan Valjean é inclinaba la cabeza sobre él, creyó éste que se habia dormido.

Se inclinó para verlo y se encontró con que la niña tenia los ojos enteramente abiertos y aspecto pensativo que alarmó al pobre viejo. La infeliz no cesaba de temblar.

—Tienes sueño? la preguntó Juan Valjean.

—Tengo mucho frio, contestó ella.

Un instante despues añadió:

—Está ahí todavía?

—Quién?

—La señora Thenardier.

Juan Valjean no recordaba ya que se habia valido de este recurso para que no hablase Cosette.

—Ah! dijo. Se ha marchado! No la temas ya.

La niña respiró como si la aliviaran de un peso que la oprimia el corazon.

La tierra estaba húmeda, el cobertizo abierto por todas partes, el airecillo era más fresco á cada instante. El buen hombre se quitó el leviton y arropó con él á Cosette.

—Así tendrás menos frio.

—Sí, sí, padre mio.

—Pues bien, espérame un momento; vuelvo en seguida.

Salió del cobertizo y empezó á andar alrededor del gran edificio, buscando el mejor sitio donde abrigarse. Encontró varias puertas, pero estaban cerradas, y habia rejas en todas las ventanas del piso bajo.

Cuando pasó del ángulo inferior del edificio notó que habia llegado junto á unas ventanas cintradas y apercibió en ellas escasa claridad. Se levantó sobre las puntas de los piés y miró por una de estas ventanas. Daban todas á una vasta sala, empedrada con grandes losas, con arcos y pilares, en la que solo se distinguia débil claridad y muchas sombras. La luz provenia de una lámpara encendida en un rincon. La sala estaba desierta y en ella nada se meneaba. A fuerza de mirar, creyó ver en tierra, sobre las losas, un bulto que parecia envuelto en una mortaja y que era semejante á una forma humana. Estaba extendido boca abajo, la cara contra el suelo, y tenia los brazos en cruz y con la inmovilidad de la muerte. Podia tomarse por una especie de serpiente que se arrastraba por las losas: aquella figura siniestra llevaba una cuerda al cuello.

La sala se llenaba de la bruma propia de los sitios poco iluminados, que solo sirve para aumentar su horror.

Juan Valjean confesó despues varias veces que, aunque habia presenciado durante su vida muchos espectáculos lúgubres, nunca habia visto ninguno tan glacial y terrible como el que ofrecia aquella figura enigmática, realizando desconocido misterio en aquel lugar sombrío y entrevisto de noche. Era horrible suponer que aquel bulto estuviera muerto, pero era más horrible todavía suponer que estuviera vivo.

Tuvo, sin embargo, valor suficiente para pegar la frente á los cristales y observar si se movia. Permaneció así bastante tiempo y la figura no hizo el menor movimiento. De repente le sobrecogió terror inexplicable y huyó corriendo hácia el cobertizo, sin atreverse á mirar hácia atrás. Se imaginaba que si volvia la cabeza veria aquella figura andar detrás de él, siguiéndole muy de cerca y agitando los brazos.

Llegó jadeando al cobertizo. Se le doblaban las rodillas y sudaba por todo el cuerpo.

Dónde se hallaba? ¿Quién se habia de imaginar encontrarse con esa especie de sepulcro en medio de Paris? ¿Qué era aquella extraña morada? ¡Edificio lleno de misterio nocturno, que en la oscuridad llama á las almas con la voz de los ángeles, y que cuando acuden al llamamiento las ofrece bruscamente aquella espantosa vision, las promete abrirles la puerta radiante del cielo y les abre la puerta horrible de la tumba! ¡Era realmente ese edificio una casa que tenia su número en una calle! No era un sueño! Necesidad tenia Juan Valjean de tocar las piedras para convencerse de que todo aquello existia.

El frio, la ansiedad, la inquietud, las emociones de aquella noche, le producian verdadera fiebre, y todas estas ideas se estrechaban en su cerebro.

Acercóse á Cosette. La pobre niña estaba durmiendo.

## XVIII.

### Se duplica el enigma.

Cosette habia inclinado la cabeza sobre una piedra y se quedó dormida.

Juan Valjean se sentó á su lado y se quedó contemplándola. Poco á poco, á medida que la contemplaba, se iba calmando y se posesionaba de su libertad de espíritu.

Comprendia que desde entonces en adelante, mientras la niña existiese, mientras estuviera á su lado, no necesitaria nada más que para ella, ni tendria miedo de nada más que por ella.

Ni sentia que tenia mucho frio por haberse quitado el leviton para abrigarla.

A pesar de su ensimismamiento hacia un rato que oia un ruido singular, que sonaba en el jardin, como el ruido de un cascabel que se agitase.

Le oia con claridad, aunque débilmente. Se parecia al sonido que producen los cencerros de los ganados cuando pastan en el prado por la noche.

Juan Valjean volvió la cabeza, miró y vió que habia álguien en el jardin.

Un hombre andaba por medio de las campanas del melonar, levantándose, bajándose y parándose con movimientos regulares, como si arrastrase ó extendiese alguna cosa por el suelo. Aquel hombre parecia que cojeaba.

Juan Valjean se extremeció con el temblor contínuo de los desgraciados á quienes todo es hostil y sospechoso. Desconfian del dia porque contribuye á que les vean, y de la noche porque parece que ayuda á que les sorprendan.

Antes le extremecia que el jardin estuviese desierto, y ahora se extremecia de encontrar en él un hombre.

Pasó de los terrores quiméricos á los terrores reales. Pensó que Javert y sus auxiliares quizás no se habrian marchado; que acaso habrian dejado en la calle algunos espías, y que si aquel hombre le descubria en el jardin gritaria, creyéndole un ladron, y le entregaria. Tomó con suavidad á Cosette en brazos y dormida y la colocó detrás de un monton de muebles y de trastos viejos, en el rincon más oculto del cobertizo.

Desde allí observó las acciones del individuo que estaba en el melonar. Lo extraordinario era que el sonido del cascabel seguia todos los movimientos de aquel hombre. Cuando aquel se acercaba el sonido se acercaba, cuando aquel se alejaba el sonido se alejaba tambien; si hacia algun movimiento rápido le acompañaba un *trémolo*, si se paraba cesaba el sonido. Se comprendia que el cascabel estaba atado á aquel hombre; pero eso, qué significaba? ¿Quién podia ser aquel individuo, que llevaba colgando una campanilla como un carnero ó como un buey?

Haciéndose estas preguntas tocó las manos de Cosette y sintió que estaban heladas.

—Ay, Dios mio! exclamó. Cosette! dijo llamándola en voz baja.

Pero la niña no abrió los ojos.

La sacudió vivamente y no se despertó.

—Estará muerta! se dijo á sí mismo, poniéndose de pié y temblando.

Ideas horribles atravesaron su espíritu confusamente. Hay momentos en que las suposiciones más horrendas nos asaltan como una multitud de furias y fuerzan violentamente los tabiques del cerebro. Si las hacen nacer los séres que amamos, nuestra prudencia sabe inventar toda clase de locuras. Juan Valjean recordó que el sueño puede ser mortal, conciliado al aire libre en una noche fria.

Cosette, pálida, cayó á sus piés extendida en tierra sin hacer ni un movimiento. Aspiró su hálito y vió que respiraba, pero su respiracion le pareció débil y casi próxima á apagarse.

Cómo darla calor? Cómo despertarla? Todo lo que no era pensar en ella se borró de su imaginacion y salió desatentado del cobertizo.

Era preciso absolutamente que antes de un cuarto de hora Cosette tuviese fuego cerca de ella y se acostase en una cama.

## XIX.

### El hombre del cascabel.

Fuese derecho al hombre que apercibió en el jardin, llevando en la mano un cartucho de dinero que sacó del bolsillo del chaleco.

El hombre tenia la cabeza inclinada al suelo y no vió que se le acercaba. En cuatro brincos Juan Valjean estuvo á su lado y le abordó, gritándole:

—Cien francos!

El hombre dió un salto y levantó la vista.

—Os doy á ganar cien francos si me dais asilo esta noche.

La luna iluminaba de lleno el semblante asustado de Juan Valjean.

—Calla! sois vos, señor Magdalena? exclamó el hombre.

Este nombre, pronunciado á estas horas, en sitio solitario y por aquel desconocido, hizo retroceder á Juan Valjean.

Todo lo podia esperar menos esto. El que le hablaba era un campesino viejo, cojo y encorvado; en la pierna izquierda llevaba una rodillera de cuero, de la que pendia un cascabel grueso. No podia ver su fisonomía, porque se la ocultaba la oscuridad.

El hombre se quitó la gorra y le dijo temblando:

—Dios mio! ¿Cómo estais aquí, señor Magdalena? Jesús! ¿Por dónde habeis entrado? Habeis caido del cielo? Eso no seria extraño, que si alguna vez caeis, del cielo será. Pero, cómo os encuentro! sin corbata, sin sombrero y sin levita! ¿Sabeis que daríais miedo al que no os conociera? Sin levita! Pero, Dios mio! es que se vuelven ahora locos los santos? Cómo habeis podido entrar aquí?

El buen hombre hablaba con una volubilidad en la que no se descubria la menor inquietud; sus palabras se alcanzaban unas á otras y se expresaba con asombro, en el que se traslucia ingénua honradez.

—Quién sois y qué casa es esta? le preguntó Juan Valjean.

—Pardiez! Esto es magnífico! contestó el viejo. ¡Me habeis colocado vos en esta casa y me lo preguntais! ¿De veras, no me conoceis?

—No, le contestó Juan Valjean. ¿Cómo, pues, me conoceis vos?

—Porque me habeis salvado la vida, le respondió el buen hombre.

Entonces cambió de postura y la luz de la luna iluminó su fisonomía. Juan Valjean reconoció al viejo Fauchelevent.

—Ahora sí que os conozco, replicó el ex-alcalde.

—Me alegro mucho, le dijo el viejo con acento de reproche.

—Y qué haceis aquí?

—Pues estoy cubriendo los melones.

En efecto, Fauchelevent, en el momento en que se acercó á él Juan Valjean, tenia en la mano el extremo de una estera que extendia sobre el melonar, y ya habia colocado otras, pues hacia ya una hora que estaba dedicado á este trabajo. Sus operaciones le obligaban á hacer los extraños movimientos que llamaron la atencion de Juan Valjean desde el cobertizo.

El viejo continuó:

—Comprendí que vá á helar, porque la luna es muy brillante, y me dije á mí mismo: Voy á poner los carricks á los melones.

En seguida, riéndose y mirando á Juan Valjean, añadió:—Debíais tambien haber vos hecho lo mismo. ¿Cómo es que vais así?

Viendo Juan Valjean que este hombre le conocia al menos por el señor Magdalena, continuó siendo cauto y multiplicaba sus preguntas, trocando extrañamente los papeles. Aquí el intruso era el que interrogaba.

—¿Qué significa la campanilla que llevais en la rodilla?

—Ah!... esto es para que eviten mi presencia.

—Cómo!... para que huyan de vos?...

El tio Fauchelevent guiñó el ojo de un modo inexplicable y dijo:

—En esta casa no hay más que mujeres; muchas de ellas son jóvenes, y segun parece, mi presencia es peligrosa. El cascabel las avisa, y cuando me acerco á ellas se alejan.

—Pues qué casa es esta?

—Toma! Si lo sabeis!

—No, no lo sé.

—¿Pues no me colocásteis aquí de jardinero?

—Respondedme como si no supiera nada.

—Pues bien; este es el convento del Petit-Picpus.

Juan Valjean iba coordinando sus recuerdos. La casualidad, es decir, la Providencia le lanzó precisamente en el convento del barrio de San Antonio, en el que admitieron por recomendacion suya al tio Fauchelevent, que se estropeó cuando cayó debajo de la carreta. Repitió, pues, como hablándose á sí mismo:

—El convento del Petit-Picpus!...

—Pero vamos al caso, replicó Fauchelevent; ¿cómo demonios habeis entrado aquí? Por santo que seais sois un hombre, y aquí no entran los hombres.

—Pues vos entrais.

—Nadie entra más que yo.

—Sin embargo, repuso Juan Valjean, es preciso que yo me quede aquí.

—Ah, Dios mio!...

Juan Valjean se acercó más al viejo y le dijo con voz grave:

—Tio Fauchelevent, os he salvado la vida.

—No lo olvido, y os lo recordé, respondió el viejo.

—Pues hoy podeis hacer por mí lo que en otra ocasion hice por vos.

Fauchelevent cogió con sus arrugadas manos las robustas de Juan Valjean y permaneció unos minutos sin poder hablar; por fin exclamó:

—Ojalá pueda hacer algo por vos! Si puedo salvaros la vida, disponed de mí como querais, señor alcalde.

La alegría transfiguraba el rostro del viejo, que aparecia resplandeciente.

—Qué quereis que haga? le preguntó.

—Luego os lo esplicaré. ¿Teneis alguna habitacion?

—Tengo una casucha aislada, detrás de las ruinas del antiguo convento, que está muy oculta; en ella hay tres habitaciones.

La casucha estaba tan oculta detrás de las ruinas y tan bien situada para que nadie la viese, que Juan Valjean no la habia visto.

—Bien, contestó el ex-alcalde: ahora tengo que pediros dos favores.

—Qué favores?

—El primero, que no digais á nadie lo que sabeis de mí; y el segundo, que no trateis de enteraros de lo que yo no os diga.

—Como os plazca. Sé que habeis de proceder con honradez y que sois siempre un hombre de bien. Además, me habeis colocado aquí y soy vuestro. Estoy á vuestras órdenes.

—Pues no se hable más de esto. Ahora venid conmigo. Vamos á buscar á la niña.

—Ah! exclamó Fauchelevent. ¡Hay aquí una niña!...

No dijo una palabra más y siguió á Juan Valjean como el perro sigue á su amo.

A la media hora escasa, Cosette ya dormia en la cama del jardinero, iluminada por la llama de un buen fuego. Juan Valjean se habia puesto la corbata, el leviton y el sombrero, que antes arrojó por encima de la tapia y que encontró despues.

Mientras se ponia la levita, Fauchelevent se quitó el cascabel de la rodilla y lo colgó de un clavo, en el que lucia como un adorno de la pared. Los dos hombres se calentaban apoyados de codos sobre una mesa, en la que el viejo habia puesto un pedazo de queso, pan de cebada, una botella de vino y dos vasos. El jardinero decia á Juan Valjean, poniéndole una mano en la rodilla:

—¡Señor Magdalena, no me habeis reconocido en seguida! ¡Salvais la vida á las personas y despues las olvidais! ¡Sois un ingrato!...

## XX.

### Relacion retrospectiva.

Los acontecimientos que hemos descrito con órden inverso ocurrieron del modo más sencillo.

Cuando Juan Valjean, la noche del dia en que Javert le prendió junto al lecho mortuorio de Fantina, se escapó de la cárcel municipal de Montreuil-sur-Mer, la policía supuso que se habria refugiado en Paris. Porque Paris es el *mare magnum* donde todo se pierde; todo desaparece allí como en el seno del mar. No hay bosque que oculte al hombre como la muchedumbre; esto lo saben muy bien los fugitivos, y se arrojan en Paris como en un abismo, pues hay abismos que salvan. La policía lo sabe tambien, y por eso busca en Paris lo que se ha perdido en otras partes. Buscó, pues, allí al exalcalde de Montreuil-ser-Mer. Llamaron á Paris á Javert para auxiliar á la policía en la persecucion de aquel, y el celoso inspector contribuyó en gran parte á la captura de Juan Valjean. El señor Chabouillet, secretario de la Prefectura en la época del conde Anglés, se fijó en el celo é inteligencia de Javert en esta ocasion, y consiguió que fuese incorporado á la policía de Paris el inspector de Montreuil-sur-Mer, en cuya capital prestó honrosos servicios.

Ya no se acordaba de Juan Valjean, porque estos perros que están siempre en acecho olvidan el lobo de ayer por el lobo de hoy, cuando en el mes de Diciembre de 1823 leyó un periódico, él que nunca leia ninguno; pero como monárquico quiso saber los detalles de la entrada triunfal del "príncipe generalísimo„ en Bayona. Al terminar el artículo que le interesaba, le llamó la atencion en lo último de la plana un nombre, el nombre de Juan Valjean. El periódico anunciaba que el presidiario Juan Valjean habia muerto, y publicaba el hecho con tal formalidad, que Javert lo creyó, limitándose á decir: *Ese es el mejor registro*. Despues dejó el periódico y no pensó ya más en esto.

Algun tiempo despues, la Prefectura del Sena-y-Oise pasó á la Prefectura una nota sobre el robo de una niña, verificado, se decia en ella, en la aldea de Montfermeil. Decia la nota que una niña de siete á ocho años, que su madre habia entregado á un posadero del pais, fué robada por un desconocido; la niña respondia al nombre de Cosette y era hija de una tal Fantina, que murió en el hospital, no se sabe dónde ni cuándo. Esta nota, que llegó á las manos de Javert, le hizo reflexionar.

Le era muy conocido el nombre de Fantina. Recordaba que Juan Valjean le hizo reir pidiéndole un plazo de tres dias para ir á buscar á la hija de la susodicha jóven. Recordó tambien que Juan Valjean fué detenido en Paris en el momento en que iba á subir en la diligencia de Montfermeil, y algunos indicios habian hecho creer que era la segunda vez que subia en aquella diligencia, pues el dia anterior hizo una excursion por los alrededores de Montfermeil, ya que en la aldea nadie le vió. Qué tenia que hacer en Montfermeil? No se ha podido averiguar, pero Javert entonces lo adivinó. Estaba en dicho pueblo la hija de Fantina y Juan Valjean fué á buscarla. Robó á ésta un desconocido. Quién seria éste? ¿Seria Juan Valjean? No; el expresidiario habia muerto.

Javert, sin decir nada á nadie, hizo un viaje á Montfermeil; creia poner en claro allí este asunto y no fué así.

Despechados los Thenardier, habian charlado con exceso. La desaparicion de la Alondra hizo mucho ruido en la aldea, y al hecho se le daban mil versiones, concluyendo por creerle un rapto. Pero cuando á Thenardier le pasó la primera impresion, con su admirable instinto comprendió en seguida que no le convenia molestar al fiscal, y que si se quejaba del *rapto* de Cosette, esta queja le daria por primer resultado atraer sobre sí y sobre sus muchos negocios turbios la penetrante mirada de la justicia. Los buhos no quieren que se les acerque nunca una luz. ¿Cómo se justificaria de los mil quinientos francos que habia recibido por ella? Dió, pues, media vuelta, puso mordaza á la boca de su mujer y se hizo el asombrado cuando le hablaron del *robo de la niña*. Nada sabia; se lamentó en el momento de separarse tan pronto de su "niña querida„, pero como "su abuelo„ habia ido á buscarla, es muy natural que se la llevase. Aun añadia que el abuelo habia hecho bien. Esta fué la historia que oyó Javert cuando llegó á Montfermeil. Ante la presencia del abuelo se desvaneció Juan Valjean.

Sin embargo, Javert introdujo algunas preguntas á guisa de sondas en la historia de Thenardier, y fueron las siguientes:—¿Quién era y cómo se llamaba el abuelo de la niña? Thenardier respondió cándidamente, al parecer:—Es un labrador rico. He visto su pasaporte y creo que se llama Guillermo Lambert.

Lambert es un apellido tranquilizador. Javert regresó á Paris.

—Es indudable que Juan Valjean ha muerto, se dijo á sí mismo; soy un imbécil.

Principiaba á olvidar esta historia, cuando en Marzo de 1824 oyó hablar de un extraño personaje, que habitaba en la parroquia de San Medardo, y que le conocian por "el mendigo que dá limosna„. Decíase que dicho personaje era un rentista de nombre desconocido, y que vivia solo con una niña de ocho años, la que no sabia de su vida más que acababa de llegar de Montfermeil. Al sonar otra vez en los oidos de Javert la palabra Montfermeil, le llamó la atencion. Un mendigo viejo, que habia sido polizonte y pertiguero, al que daba el desconocido frecuentes limosnas, le añadió estos pormenores:—El rentista era un hombre huraño; solo salia de noche; no hablaba con nadie más que á los pobres algunas veces; no permitia que nadie se le acercase. Llevaba un leviton feo y viejo, de color de ocre, que valia muchos millones, porque estaba forrado de billetes de Banco.

Estos detalles excitaron la curiosidad de Javert, y con el objeto de ver de cerca á ese personaje extraordinario sin llamarle la atencion, se disfrazó un dia con el traje del pertiguero y ocupó el sitio en que el mendigo se acurrucaba todas las tardes, rezando y espiando al mismo tiempo.

"El individuo sospechoso„ se acercó á Javert, que estaba vestido de pordiosero, y le dió limosna. Javert levantó la cabeza y le miró, y la misma impresion que produjo en Juan Valjean la vista de Javert, produjo en éste la vista del presidiario, pues le reconoció.

Sin embargo, como era de noche pudo equivocarse, y la muerte de Juan Valjean era oficial. Javert dudaba, y como era hombre escrupuloso, dudando no prendia á nadie.

Siguió, pues, al "individuo sospechoso„ hasta la casucha Gorbeau, é hizo hablar á la vieja, lo que no le fué difícil,

Esta le confirmó lo del leviton forrado de billetes y le refirió el episodio del billete de mil francos, que ella vió y que ella fué á cambiar. Javert se puso á escuchar á la puerta del misterioso huésped, esperando oir el sonido de su voz; pero Juan Valjean vió la luz por la cerradura y chasqueó al espía guardando silencio.

Al dia siguiente Juan Valjean se marchó de la casa. La vieja oyó el ruido de la pieza de cinco francos que se le cayó en tierra, y al oir ruido de dinero comprendió que iba á mudar de domicilio el huésped, y fué apresurada á avisar á Javert.

Por la noche, cuando salia Juan Valjean de la casucha, Javert, acompañado de dos hombres, estaba esperando que saliera, oculto tras los árboles del boulevard.

Javert pidió fuerza á la Prefectura sin decir el nombre del individuo que queria prender. Era un secreto que queria guardar por tres razones: La primera, porque cualquier indiscrecion podia despertar las sospechas de Juan Valjean; la segunda, porque era prestar un gran servicio apoderarse de un antiguo presidiario escapado, que se le cree muerto, y que clasificó la justicia *entre los malhechores de la peor clase*, servicio que seguramente los antiguos polizontes de Paris no dejarian prestar al novato Javert; y tercera, porque era artista y tenia aficion á lo imprevisto; no le gustaban los éxitos anunciados, porque se les desflora ocupándose de ellos antes de tiempo. Le complacia elaborar sus grandes obras en la oscuridad y manifestarlas despues bruscamente.

Javert seguia á Juan Valjean de árbol en árbol, desde una esquina de calle hasta la otra, sin perderle de vista un solo instante. Pero, ¿por qué no le detenia? Porque dudaba aun que fuese él.

Es preciso recordar que en aquella época la policía no obraba con entera libertad: la prensa libre la tenia á raya. Algunas detenciones arbitrarias, que denunciaron los periódicos, cuyas denuncias llegaron hasta las Cámaras, intimidaron á la Prefectura. Atentar á la libertad individual era un hecho grave. Los agentes temian equivocarse, porque el prefecto los hacia responsables, y su error les costaba ser destituidos. Figuraos el efecto que hubiera producido en Paris este breve párrafo reproducido en veinte periódicos:—"Ayer un anciano de cabello blanco, respetable rentista, que se paseaba con una niña de ocho años, nieta suya, fué detenido y conducido al depósito de la Prefectura, como desertor de presidio.„

Repitamos, además, que Javert tenia sus escrúpulos; las objeciones de su conciencia se unian á las prevenciones del prefecto. Dudaba.

Juan Valjean, de espaldas á él, seguia su camino en la oscuridad. La tristeza, la inquietud, la ansiedad, el abatimiento, la desgracia de verse obligado á huir de noche y buscar á la ventura un asilo en Paris para él y para Cosette, habian cambiado de tal manera el modo de andar de Juan Valjean y habian dado á todo su cuerpo tal aspecto de senectud, que la policía, encarnada en Javert, podia equivocarse, y se equivocó. La imposibilidad de acercársele mucho, su traje de preceptor emigrado, la declaracion de Thenardier que le reconocia por abuelo de Cosette y la creencia de que habia muerto estando en presidio, aumentaban la incertidumbre que crecia en el espíritu de Javert.

Hubo un instante en el que le ocurrió la idea de detener bruscamente á Juan Valjean y de pedirle los documentos. Pero si no era Juan Valjean, si no era un honrado rentista, seria probablemente algun bribon muy versado en la oscura trama de los crímenes de Paris, algun jefe de alguna partida peligrosa, que daba limosna para ocultar sus fechorías. Tendria sin duda compañeros y sitios donde esconderse. Las vueltas y rodeos que daba parecia que indicaban que no era un hombre de bien. Detenerle de repente era "matar la gallina de los huevos de oro„. ¿Qué inconveniente habia en esperar? Javert estaba seguro de que no se le escaparia.

Caminaba, pues, bastante perplejo, haciéndose á sí mismo muchas preguntas sobre el personaje enigmático.

Solo al llegar á la calle Pontoise, y á favor de la viva claridad que salia de una taberna, reconoció definitivamente á Juan Valjean.

En el mundo hay dos clases de séres que tiemblan profundamente: la madre que encuentra al hijo perdido y el tigre que encuentra su presa.

En aquel instante Javert fué acometido de este profundo extremecimiento.

Al tener la seguridad de que aquel hombre era el temible presidiario Juan Valjean, notó que en su persecucion solo le acompañaban dos individuos, y pidió un refuerzo al comisario de policía de la calle de Pontoise. Antes de coger una

vara de espino se deben poner los guantes.

Este retardo y la parada que hicieron al entrar en la encrucijada Rollin para dar instrucciones á sus agentes, les hicieron perder la pista del perseguido. Javert, sin embargo, adivinó que querria poner el rio entre él y sus perseguidores. Inclinó la cabeza y reflexionó como un sabueso que olfatea la tierra para descubrir el camino, y con su poderosa rectitud de instinto se fué derecho al puente de Austerlitz. Una palabra del guarda le enteró de lo que queria saber.—¿Habeis visto pasar á un hombre con una niña?—Sí, y le hice pagar por los dos, le contestó el encargado de la cobranza. Javert llegó al puente á tiempo para ver á Juan Valjean, al otro lado del rio, llevando á Cosette de la mano, atravesar el espacio alumbrado por la luna. Les vió entrar en la calle del Chemin-vert-Saint-Antoine; se acordó del callejon sin salida de Genrot, situado como una trampa, y de la salida única de la calle Droit-Mur á la de Picpus. Le *cogió las vueltas*, como dicen los cazadores, y envió en seguida á uno de sus agentes á guardar aquella salida. Vió una patrulla que volvia al cuerpo de guardia del Arsenal; la pidió auxilio é hizo que le escoltase. En semejante juego los soldados son triunfos siempre. Por otra parte, es un axioma que para cercar á un jabalí se necesita ciencia de montería y muchos perros. Despues de combinar estas disposiciones, creyendo tener cogido á Juan Valjean entre el callejon sin salida de Genrot por la derecha, su agente por la izquierda y él por detrás, sacó la tabaquera y tomó un polvo.

Despues se puso á maniobrar.

Tuvo un momento de alegría infernal: dejó que su presa fuera más adelante, sabiendo que la tenia al alcance de sus garras, pero deseando retardar todo lo posible el momento de apoderarse de ella, gozando con tenerla cogida y verla andar con libertad, contemplándola con la mirada voluptuosa de la araña que deja revolotear á la mosca, ó como el gato que deja correr al raton. La uña y la garra tienen la sensualidad monstruosa que goza en ver movimientos medrosos del animal que aprisionan sus tenazas. Javert gozaba al ver sólidamente unidas las mallas de su red. Estaba seguro del triunfo; para conseguirle no necesitaba más que cerrar la mano. Con el séquito que llevaba era imposible la resistencia, por enérgico, vigoroso y desesperado que estuviese Juan Valjean.

Javert se adelantó lentamente, mirando y registrando al paso todos los rincones de la calle, como si fuesen los bolsillos de un ladron.

Cuando llegó al centro de la red no encontró en ella la mosca.

Calcúlese su desesperacion.

Preguntó al centinela que colocó á la salida de las calles Droit-Mur y Picpus; este polizonte, que habia permanecido inmóvil en su puesto, no vió salir á nadie.

Sucede á veces que un ciervo se escapa, teniendo sobre él la jauría, y entonces los cazadores más expertos no saben qué decir.

En uno de estos casos Artouge exclamó:

—*Eso no es un ciervo, es un brujo.*

Javert podia prorumpir en la misma exclamacion.

Su desengaño le hizo sentir en los primeros momentos furor y desesperacion.

Así como Napoleon cometió errores en la guerra de Rusia, Alejandro en la de la India, César en la de Africa y Ciro en la de Escitia, Javert los cometió en la campaña contra Juan Valjean.

Erró quizás en no reconocer á la primera ojeada al presidiario. Hizo mal en no apoderarse de él sencillamente en la casucha Gorbeau. Hizo mal en no prenderle cuando positivamente le conoció en la calle de Pontoise. Hizo mal en ponerse de acuerdo con su gente en la encrucijada Rollin, que iluminaba la luna. Los consejos son útiles ciertamente y deben seguirse los de los sabuesos, que merecen crédito, porque el cazador no debe creer nunca que toma demasiadas precauciones cuando ojea á animales tan astutos como el lobo y el expresidiario.

Javert, preocupándose demasiado en apostar los sabuesos, espantó á la fiera, dándole viento de cara, y la ahuyentó. Hizo mal, sobre todo desde que halló su pista en el puente de Austerlitz, en dedicarse al juego formidable y pueril de tener á un hombre como el antiguo presidiario sujeto del cabo de un hilo. Se creyó más fuerte de lo que era y se atrevió á jugar á los ratones con un leon; pero al mismo tiempo se creyó demasiado débil, porque pidió refuerzo; precaucion que le fué fatal, porque le hizo perder un tiempo precioso.

Javert cometió todas esas faltas y era, sin embargo, uno de los espías más astutos y prudentes que han existido.

Era lo que en montería se llama *un perro viejo*.

Pero quién es perfecto?

Los grandes estratégicos sufren sus eclipses.

Las grandes tonterías se hacen muchas veces, como las cuerdas gruesas, con muchos cabos. Tomad un cable hilo á hilo; tomad por separado los motivos determinantes; los rompereis con facilidad uno detrás de otro, y direis: ¡esto no vale nada! Pero trenzad y torced esos mismos hilos juntos y os resultará una resistencia enorme. Es Atila, que duda entre Marcio en el Oriente y Valentiniano en el Occidente; es Aníbal, que descansa en Cápua; es Danton, que se duerme en Arcis-del-Aube.

Sea como fuere, es lo cierto que Javert, cuando conoció que Juan Valjean se le escapaba, no se aturdió. Estando seguro de que el presidiario escapado no podia hallarse muy lejos, organizó emboscadas y ratoneras, y dió una batida por el barrio durante toda la noche. Lo primero que vió fué la cuerda del farol rota; pero este indicio le extravió más, porque le hizo dirigir todas sus investigaciones hácia el callejon sin salida de Genrot. Habia en este callejon varias tapias bastante bajas, que daban á los jardines, cuyas cercas terminaban en inmensos terrenos baldíos.

Juan Valjean debia indudablemente haber huido por ellos: en efecto, si éste se hubiera internado más en el callejon, probablemente hubiera huido por allí y entonces se hubiera perdido, porque Javert registró aquellos jardines y aquellos terrenos minuciosamente.

Al despuntar el dia dejó allí en observacion dos hombres inteligentes y volvió á la Prefectura de policía, avergonzado como un polizonte que se dejase coger por un ladron.

# LIBRO SEXTO

## El Petit-Picpus.

### I.

#### Callejuela Picpus, núm. 62.

Nada habia tan semejante, hace medio siglo, á cualquier puerta-cochera, que la puerta-cochera del núm. 62 de la callejuela de Picpus. Esta puerta, abierta casi siempre, dejaba ver dos cosas que no eran fúnebres: un patio rodeado de tapias cubiertas de vides y la fisonomía de un portero, que estaba ocioso. Por encima de la tapia del fondo sobresalian árboles grandes. Cuando los rayos del sol alumbraban el patio y vasos de vino al portero, era difícil pasar por delante del núm. 62 de la calle de Picpus sin adquirir una idea alegre, á pesar de ver que era aquel sitio sombrío.

El sol sonreia y la casa rezaba y lloraba.

Si se lograba pasar de la portería—lo que no solo no era fácil, sino imposible para casi todos, porque habia un *Sésamo, ábrete*, que era preciso saber;—si se lograba pasar de la portería se entraba por la derecha á un pequeño vestíbulo, al que daba una escalera estrecha entre dos paredes, y tan estrecha que apenas podia pasar por ella una persona; si al visitante no le asustaba el embadurnamiento amarillo con zócalo de color de chocolate de que estaba pintada la escalera, si se atrevia á subir, pasaba á un rellano, despues á otro, llegaba al primer piso y á un corredor, en el que la pintura amarilla y zócalo de color de chocolate le perseguian aun con pacífico encarnizamiento. Escalera y corredor se alumbraban con la claridad que dejaban entrar dos grandiosas ventanas. El corredor formaba recodo y estaba oscuro. Doblando este cabo despues de dar algunos pasos, se llegaba á una puerta que no estaba cerrada. Empujándola se entraba en una habitacion de unos seis piés cuadrados, embaldosada, lavada, limpia, fria, cubierta de papel de color de mahon con florecitas verdes. Claridad blanca-mate se introducia por una ventana grande con vidrios pequeños colocada á la izquierda, y que tenia toda la anchura del cuarto. El que mirara en el cuarto no veia á nadie; el que escuchara no oia ni un paso ni un murmullo humano. La pared estaba sin adornos, el cuarto sin muebles; no habia en él ni una silla.

Fijando más la atencion, se descubria en la pared de enfrente de la puerta un agujero cuadrangular, como de un pié cuadrado, cubierto con una reja de hierro de barras cruzadas, nudosas y fuertes, que formaban cuadrados, ó por mejor decir, mallas de menos de pulgada y media de diagonal. Las florecitas verdes del papel amarillo llegaban ordenadas hasta las barras de hierro, sin que este contacto fúnebre las asustase ni las extremeciese. Suponiendo que fuese un sér

viviente tan excesivamente delgado que intentase entrar ó salir por aquel agujero cuadrado, la reja se lo hubiera impedido. No dejaba pasar el cuerpo, pero dejaba pasar los ojos, esto es, el espíritu. Hasta esto parece que se habia tenido en cuenta al forrar la reja con una lámina de hoja de lata, introducida en la pared un poco más adentro y atravesada por mil agujeritos más pequeños que los de una espumadera. Por bajo de esta lámina habia una abertura semejante á la de un buzon del correo. Un cordon de hilo, unido á un torniquete de campanilla, colgaba á la derecha del agujero enrejado.

Si se tiraba del cordon, sonaba una campanilla y se oia una voz que hacia temblar:

—Quién es? preguntaba esa voz, que era de mujer, voz dulce, pero lúgubre.

Aquí era preciso saber tambien una palabra mágica.

Si no se sabia, la voz callaba y la pared volvia á quedar silenciosa, como si al otro lado de ella reinase la tenebrosa oscuridad del sepulcro.

Si se sabia la palabra, la voz respondia:

—Entrad por la derecha.

Entonces el visitante se fijaba en una puerta que coronaba una ventana con vidrios, pintada de color gris. Levantaba el picaporte y al entrar en la habitacion experimentaba la misma impresion que al entrar en un palco cerrado con una celosía, antes de bajarse ésta y antes de encender la araña (1). Entrábase, en efecto, en una especie de palco de teatro, que iluminaba apenas la luz que trasporaba de la puerta vidriera, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera rota, verdadero palco, que tenia hasta su barandilla, con regular altura para apoyarse en una tablilla de madera negra. El palco estaba enrejado, pero no con reja dorada como en el teatro de la Opera, sino con monstruoso cruzamiento de barras de hierro, horriblemente enredadas y empotradas en la pared por enormes soldaduras que parecian puños cerrados.

Despues de acostumbrar la vista durante algunos minutos á la semiclaridad de aquel cuarto, si el visitante trataba de atravesar la reja no podia pasar más allá de seis pulgadas, y allí se encontraba con una barrera de postigos negros, asegurados y reforzados por traviesas de madera pintadas de amarillo.

Al cabo de algunos momentos se oia una voz por detrás de los postigos, que decia:

—Aquí estoy. Qué quereis?

Era una voz simpática y algunas veces cariñosa.

Pero no se veia á nadie. Apenas se percibia su respiracion. Parecia que os hablase una evocacion desde el fondo de la tumba.

Si el visitante poseia las raras condiciones exigidas, se abria la estrecha hoja de un postigo y la evocacion se convertia en aparicion. Detrás de la reja y detrás del postigo se veia, en cuanto permitia ver el enrejado, una cabeza, de la que solo podian descubrirse la boca y la barba; lo demás de la fisonomía lo tapaba un velo negro. Se entreveia una toca negra y una forma apenas visible cubierta con negro sudario. Aquella cabeza os hablaba, pero no os miraba ni os sonreia nunca.

De tal modo estaba dispuesta la luz que penetraba por detrás, que el visitante veia blanca la aparicion y ésta lo veia á él negro. Aquella luz era simbólica.

La vista penetraba con avidez por aquella abertura practicada en un sitio cerrado á todas las miradas. Penumbra vaga rodeaba á la enlutada figura. Los ojos escudriñaban la penumbra, tratando de separarla de la aparicion. Pasados algunos momentos se convencia el visitante de que nada veia más que la noche, el vacío, las tinieblas, la bruma del invierno mezclada con el vapor de la tumba, paz; horrible silencio en el que nada se recogia, ni suspiros; sombra en la que nada se distinguia, ni fantasmas.

Lo que veia era el interior del claustro. El interior de la morada triste y severa que se llama el convento de las Bernardas de la Adoracion perpétua. Aquel palco era el locutorio. La primera voz que oyó el visitante fué la de la tornera, que estaba siempre sentada é inmóvil á la otra parte de la pared, cerca de la abertura cuadrada y defendida por la verja de hierro y por la placa de mil agujeros.

El locutorio era oscuro, porque tenia una ventana por la parte del mundo y ninguna por la parte del claustro. Los ojos profanos no penetran en aquel lugar sagrado.

Esto no obstante, más allá de la sombra habia algo, habia una luz; habia una vida en aquella muerte. Aunque

(1) En los teatros de España no existen semejantes palcos, como saben nuestros lectores, pero en los de Francia sí, y á ellos alude Víctor Hugo.—( N. del T.)

éste era el más impenetrable de los conventos, trataremos de introducirnos en él con los lectores, sin olvidar la discrecion al referir cosas que los novelistas no han visto y que por lo tanto no han relatado.

## II.

### La regla de Martin Vargas.

Este convento, que en 1824 hacia muchos años que existia en la callejuela de Picpus, era una comunidad de monjas Bernardas, de la regla de Martin Vargas. Dependian, pues, no de Clairvaux, como los Bernardos, sino del Císter, como los Benedictinos. O en otros términos, no seguian la regla de San Bernardo, sino la de San Benito.

Los que han hojeado libros antiguos saben que Martin Vargas fundó en 1425 una congregacion de Bernardas Benedictinas, que tenian á Salamanca por capital de la órden y á Alcalá por sucursal.

Esta congregacion echó raices en todos los paises católicos de Europa.

Los ingertos de una órden en otra son bastante frecuentes en la Iglesia latina. Para no ocuparnos más que de la órden de San Benito, diremos que á ella pertenecian, sin contar la regla de Martin Vargas, cuatro congregaciones: dos en Italia, la de Monte-Casino y la de Santa Justina de Pádua; dos en Francia, Cluny y San Mauro: además las nueve órdenes siguientes: Valombrosa, Grammont, los Celestinos, los Camandulenses, los Cartujos, los Humildes, los del Olivo y los Silvestrinos, y por último los Cistercienses; porque el Císter mismo, aunque era el tronco de otras órdenes, solo es una rama de la de San Benito.

El Císter lo fundó San Roberto, abad de Molesme, en la diócesis de Langres, en 1098. En 529 el diablo, que se retiró al desierto de Subiaco (era viejo ya; ¿se habria hecho ermitaño?), fué arrojado por San Benito, que entonces tenia diez y siete años, del templo de Apolo, donde aquel vivia.

Despues de la regla de los Carmelitas, que iban con los piés descalzos, llevaban al cuello áspero cordon de mimbre y no se sentaban nunca, la regla más dura era la de las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas. Iban vestidas de negro, con una pechera que, segun prescripcion expresa de San Benito, les llegaba hasta la barba. Componian su hábito túnica de sarga ancha y negra, la citada pechera, un gran velo de lana y la toca, que les bajaba hasta los ojos, cortada en cuadro sobre el pecho. Todo el traje era negro, exceptuando la toca, que era blanca. Las novicias llevaban el mismo hábito, pero blanco.

Las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas practicaban la adoracion perpétua, como las Benedictinas llamadas Señoras del Santo Sacramento, las que al principio de este siglo tenian en Paris dos casas, una en el Temple y otra en la calle Nueva de Santa Genoveva; por lo demás, las monjas del Petit-Picpus pertenecian á una órden completamente distinta de la que seguian las Señoras del Sacramento.

Las Bernardas Benedictinas de la regla española de Martin Vargas comen de vigilia todo el año, ayunan la Cuaresma y otros dias especiales, se levantan desde la una hasta las tres para leer el Breviario y cantar maitines, se acuestan sobre la paja y se cubren con sábanas de jerga en todas las estaciones; no usan el baño ni encienden nunca la lumbre; observan la regla del silencio; no hablan más que en las horas de recreo, que son muy cortas, y gastan camisas de buriel seis meses, desde el 14 de Setiembre, que es la Exaltacion de la Cruz, hasta la Páscua. Las llevan solo seis meses por una gracia, porque la regla dispone que debe ser todo el año; pero como la camisa de buriel era insoportable en el rigor del estío y las producia fiebres y espasmos nerviosos, fué preciso limitar su uso. Aun así, cuando se ponen dicha camisa el 14 de Setiembre tienen calentura tres ó cuatro dias. Sus votos, cuyo rigor aumenta esta regla, son de obediencia, de pobreza, de castidad y de perpetuidad en el claustro.

Eligen priora cada tres años las madres que se llaman *vocales*, porque tienen voz en el capítulo. Cada priora solo puede ser reelegida dos veces, de modo que su mando no puede durar más de nueve años.

Nunca ven al sacerdote celebrante, pues se lo oculta una cortina de sarga de nueve piés de altura. Cuando el predicador declama los sermones en el púlpito, se bajan el velo que las tapa el rostro. Deben hablar siempre en voz baja, andar con la vista fija en el suelo y con la cabeza inclinada. No puede entrar en el convento más hombre que el arzobispo de la diócesis, si se exceptúa el jardinero, que ha de ser viejo, y para

que esté siempre solo en el jardin y las religiosas eviten su presencia, tiene que llevar una campanilla ó un cascabel en la rodilla.

Estas monjas prestan á la priora sumision absoluta y pasiva, cumplen la sujecion canónica con toda su abnegacion. La oyen como á la voz de Cristo, *ut voci Christi*; la siguen al primer gesto, al primer signo, *ad nutum*, *ad primum signum;* con alegría, con perseverancia, con obediencia ciega, *prompte*, *hilariter*, *perseveranter et cœca quadam obedientia.*

Turnan en lo que llaman la *reparacion*. La reparacion consiste en rezar por todos los pecados, faltas, desórdenes, violaciones, iniquidades y crímenes que se cometen en el mundo.

Durante doce horas consecutivas, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, ó vice-versa, la hermana que le toca la *reparacion* permanece arrodillada sobre las baldosas ante el Santísimo Sacramento, con las manos juntas y con una cuerda al cuello. Cuando le es insoportable el cansancio, se prosterna extendida con el rostro en tierra y con los brazos en cruz, y este es todo su descanso. En esta actitud ora por todos los pecadores del universo. Esta grandeza raya en lo sublime.

Como el referido acto se realiza ante un poste, en cuyo extremo superior arde un cirio, se llama indistintamente hacer la *reparacion* ó *estar en el poste*. Las monjas, por humildad, prefieren llamarlo así, porque esta última expresion envuelve la idea de humillacion y de suplicio.

La *reparacion* es un acto que absorbe toda el alma. La hermana que lo practica no vuelve la cabeza aunque caiga un rayo á sus espaldas.

Además, hay siempre al mismo tiempo otra monja de rodillas delante del Santísimo Sacramento.

Esta estacion dura una hora y las hermanas se relevan como soldados que están de centinela. Esto es la Adoracion perpétua.

Las prioras y las madres se bautizan con nombres impregnados de gravedad particular, que recuerdan, no á santos ni á mártires, sino momentos de la vida de Jesucristo, como la madre Natividad, la madre Concepcion, la madre Presentacion y la madre Pasion.

Cuando se las vé, solo se consigue verlas la boca. Todas tienen los dientes amarillos, porque nunca entró en el convento un cepillo de dientes. Limpiárselos es estar en lo alto de una escala, debajo de la que no hay más que una cosa: la perdicion del alma.

Nunca dicen *mio*, porque no tienen nada suyo, ni deben profesar afecto á nada. Dicen siempre *nuestro*, como nuestro velo, nuestro rosario; y si hablasen de la camisa, dirian nuestra camisa. Algunas veces se aficionan á cualquier bagatela, á un libro de rezo, á una reliquia, á una *medalla bendita*; pero cuando conocen su aficion al indicado objeto deben regalarlo. Recuerdan las palabras de Santa Teresa, á la que le dijo una gran señora cuando entró en la órden:—"Permitidme, madre mia, que envie por una Biblia que aprecio muchísimo.—*Si apreciais aun algun objeto*, la contestó la Santa, *no entreis en nuestra casa.*„

Les está prohibido á estas monjas encerrarse y tener una celda propia. Viven en celdas abiertas.

Cuando dos hermanas se encuentran, dice una: *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar*; y responde la otra: *Por siempre sea alabado y bendito.* Palabras que se repiten cuando una llama á la puerta de otra.

Las monjas de la Visitacion dicen al entrar: *Ave María*, y la que está dentro responde: *Gratia plena.*

Efectivamente, este saludo está "lleno de gracia„.

Cada hora del dia dá tres golpes supletorios la campana de la iglesia del convento. Al oir esta señal, la priora, las madres vocales, las profesas, las conversas, las novicias y las postulantes interrumpen lo que hablan, lo que hacen ó lo que piensan, y dicen todas á la vez, si dan las cinco, por ejemplo: *A las cinco y á todas horas bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar.* Y así sucesivamente á todas las horas.

Esta costumbre, que tiene por objeto desviar el pensamiento y dirigirle hácia Dios, existe en muchas comunidades religiosas; solo varía la fórmula.

Las Benedictinas Bernardas de la regla de Martin Vargas, que existian hace cincuenta años en el Petit-Picpus, cantaban los oficios, salmodiando con gravedad canto llano puro y en alta voz todo el tiempo que dura el oficio.

Cuando encuentran un asterisco en el misal hacen una pausa y dicen en voz baja: *Jesús*, *María y José.* En el oficio de difuntos toman un tono tan bajo, que parece imposible que las voces de las mujeres puedan descender tanto, y esto produce efecto extremecedor y trágico.

Las monjas del Petit-Picpus hicieron

construir una cripta bajo el altar mayor para dar sepultura en ella á la comunidad.

El *Gobierno*, como ellas decian, no permitia ya que se enterrasen allí sus cadáveres.

Salian, pues, del convento cuando morian, y esto las afligia y las consternaba, como si cometiesen una infraccion.

Obtuvieron el semiconsuelo de ser enterradas á una hora especial, y en un rincon, especial tambien, del antiguo cementerio de Vaugirard, que ocupaba un terreno que habia pertenecido á la comunidad.

Estas monjas asistian los domingos y los jueves á misa mayor, á vísperas y á todos los oficios.

Observaban escrupulosamente las fiestas menores que desconocen los mundanos y que la Iglesia prodigaba antiguamente en Francia y sigue prodigando en España y en Italia.

El capítulo se reunia una vez cada semana; le presidia la priora y asistian á él las madres vocales. Cada hermana se arrodillaba por turno en las baldosas y confesaba en voz alta y á presencia de las demás las faltas y los pecados cometidos durante la semana. Las madres vocales deliberaban despues de cada confesion é imponian la penitencia en voz alta tambien.

Además de la confesion en alta voz, en la que entraban las faltas un poco graves, tenian para las faltas veniales lo que llamaban *la culpa*.

Purgar la culpa es prosternarse, durante la misa, boca abajo delante de la priora, hasta que ésta, que ellas la llamaban *nuestra madre*, avisa á la monja que puede ya levantarse, dando un golpe en el brazo de su sillon. Se purga la culpa por cosas insignificantes: por romper un vaso, por rasgar un velo, por tardar involuntariamente algunos minutos en acudir á la misa, por cantar mal una nota en la iglesia, etc.

La culpa es espontánea: la *culpada* (esta palabra se usa aquí etimológicamente) se juzga y castiga á sí misma.

Los domingos y dias de fiesta cuatro madres cantoras salmodiaban los oficios ante un gran facistol de cuatro pupitres.

Cuando llamaban al locutorio á una monja, aunque fuese á la priora, se bajaba el velo de modo que solo dejaba ver la boca.

Solo la priora podia hablar con los extraños; las demás solo podian ver á la familia, y esto raras veces. Si por casualidad una persona se presentaba á ver á una religiosa que conoció ó que amó cuando ésta pertenecia al mundo, necesitaba para conseguirlo entablar una negociacion. Si era mujer, se la autorizaba en algunos casos: la monja iba entonces al locutorio y hablaba por entre postigos, que solo se abrian para una madre ó para una hermana. Este permiso se negaba siempre á los hombres.

Tal era la regla de San Benito rigorizada por Martin Vargas.

Las monjas del Petit-Picpus no estaban alegres, rosadas ni frescas como lo están con frecuencia las de otras órdenes. Estaban pálidas y tristes. Desde 1825 á 1830 tres de ellas se volvieron locas.

## III.

### Severidades.

Para ingresar en el Petit-Picpus las jóvenes deben ser dos años por lo menos postulantes, algunas veces cuatro, y otros cuatro novicias. Es muy raro que se pronuncie el voto definitivo antes de los veintitres ó de los veinticuatro años. Las Bernardas Benedictinas de Martin Vargas no admiten viudas en su órden.

Las monjas se entregan en sus celdas á maceraciones desconocidas que ellas no deben referir.

El dia que profesa una novicia la visten con sus mejores galas, la cubren la cabeza con blancas rosas, perfuman y rizan su cabello; despues se prosterna; extienden sobre ella un gran velo negro y cantan el oficio de difuntos. Las religiosas se dividen en dos filas; una de las dos pasa cerca de la que vá á profesar, diciendo con acento plañidero: *Nuestra hermana ha muerto;* y la otra fila responde con voz sonora: *Vive en Jesucristo.*

En la época de esta historia habia anexo al convento un colegio de niñas nobles, casi todas ricas, entre las que se distinguian las señoritas de Saint-Aulaire y de Bélissen y una inglesa que tenia el apellido católico ilustre de Talbot. Aquellas jóvenes, educadas por las religiosas entre cuatro paredes, crecian teniendo horror al mundo y al siglo. Una de ellas nos decia una vez: *Solo ver el empedrado de la calle me hacia extremecer de piés á cabeza.* Vestian de color azul, llevaban casquete blanco y un Espíritu Santo de plata sobredorada en el pecho. Los dias de gran festividad, sobre todo el dia de Santa Marta, se les concedia,

como extraordinaria gracia y suprema felicidad, vestirse de monjas y cumplir todas las prácticas de San Benito durante un dia entero. En los primeros tiempos las religiosas les prestaban sus negros vestidos: pareciendo esto despues una profanacion, lo prohibió la priora, permitiendo este préstamo á las novicias no más. Es digno de notarse que estas representaciones, toleradas sin duda y favorecidas en el convento por secreto espíritu de proselitismo y para inspirar á las niñas aficion anticipada al santo hábito, diesen placer real y sirviesen de verdadera recreacion á las educandas. Estas representaciones las divertian. Cándidos regocijos de la niñez, que no consiguen convencer á los mundanos de que sea un placer tener en la mano un hisopo y permanecer en pié horas enteras cantando á coro ante un facistol. Las educandas se conformaban con todas las prácticas del convento, menos con la austeridad.

Las educandas, lo mismo que las monjas, solo veian á su familia en el locutorio. Ni aun sus madres podian abrazarlas. Hasta ese punto se llevaba allí la severidad. Un dia visitó á una educanda su madre, que iba con una niña de tres años, hermanita de aquella. La educanda lloraba porque queria abrazar á su hermana. Imposible. No consiguiendo esto, suplicó que á lo menos permitiesen á la niña que pasase la mano entre los hierros para besársela. Esta proposicion fué rechazada por ser casi escandalosa.

## IV.

### Alegrías.

No por eso aquellas niñas dejaron de llenar la grave mansion de graciosos recuerdos.

Habia ciertas horas en que la infancia chispeaba en la clausura. Sonaba la hora de recreo. La puerta giraba sobre sus goznes y los pájaros decian:—Bien! Bien! Ya vienen las niñas!... Un torrente de juventud inundaba el jardin, cortado en forma de cruz, como una mortaja. Niñas de fisonomías radiantes, de frentes blancas, de ojos inocentes y brillantes, eran las auroras de todas clases que se esparcian por aquellas tinieblas.

Despues de la monotonía de las salmodías, de los repiques de las campanas y de los oficios, estallaba de repente el ruido que movian las niñas, ruido más dulce que el que producen las abejas. Abríase la colmena de la alegría y cada una llevaba su miel. Jugaban, se llamaban unas á otras, se agrupaban, corrian; los velos desde lejos vigilaban las risas, las sombras espiaban los rayos; pero ¡qué importaba! ellas brillaban y reian. Aquellas paredes lúgubres tenian su minuto de deslumbramiento, y asistian, vagamente iluminadas por el reflejo de tanto placer, á todos los susurros del enjambre infantil. Era aquello como una lluvia de rosas en medio del luto. Las niñas loqueaban, inspeccionadas por las religiosas, pues la mirada de la impecabilidad no incomoda á la inocencia. Gracias á estas niñas, entre tantas horas de austeridad habia una de desahogo. Las niñas más pequeñas saltaban y las mayores bailaban. No hay nada tan arrebatador y augusto como la expansion de aquellas almas inocentes.

Homero hubiera ido con Perrault á reir á aquel jardin sombrío, lleno entonces de juventud, de salud, de ruido, de gritos, de aturdimiento, de placer y de felicidad.

Se han dicho en aquella morada, más quizás que en otras partes, esas *ocurrencias infantiles* que tienen tanta gracia y que provocan á una clase de risa que nos deja pensativos. Allí se oyó decir una vez á una niña de cinco años:—Madre, una de las mayores ha venido á decirme que ya no me quedan más que nueve años y diez meses de estar aquí. Qué alegría!

Tambien allí se oyó este diálogo memorable:

UNA MADRE VOCAL.—¿Por qué lloras, hija mia?

LA NIÑA *(de seis años, sollozando).*—Le he dicho á Alicia que sabia la historia de Francia y me ha contestado que no la sabia, y la sé.

ALICIA *(de nueve años).*—No, no la sabe.

LA MADRE.—¿Por qué lo dices, hija mia?

ALICIA.—Porque me hizo abrir el libro al azar y que le preguntase de él lo que quisiera, que ella me contestaria.

—Y qué?

—Que no me ha sabido contestar.

—Veamos, qué le preguntaste?

—La primera pregunta que me ha parecido.

—Qué pregunta era?

—Esta: *Qué sucedió despues?*

Allí se hizo tambien esta observacion profunda sobre una cotorra golosa que pertenecia á una educanda:

—Es muy mona! Se come la manteca de las tostadas como una persona.

En aquel convento se recogió esta confesion, escrita de antemano, para no olvidarla, por una pecadora de siete años:

—"Acúsome, padre, de haber sido avaricia.

„Acúsome, padre, de haber sido adulterio.

„Acúsome, padre, de haber dirigido miradas á los hombres.„

En uno de los bancos de césped de aquel jardin improvisó una boca de rosa de seis años este cuento, que escucharon ojos azules de cuatro y de cinco:

—"Eranse tres gallos pequeñitos que vivian en un pais en el que habia muchas flores, y se las metieron en el bolsillo. Despues cogieron las hojas y las metieron dentro de sus juguetes. Habia un lobo en aquel pais y muchos bosques; el lobo estaba en el bosque y se comió á los gallos pequeñitos.„

Tambien se oyó allí referir este poema:

—"Sucedió que dieron un palo.

„Fué Polichinela, que se lo dió al gato.

„Y esto no le hizo bien, que le hizo mal.

„Entonces una señora puso á Polichinela en la cárcel.„

Allí tambien una niña abandonada, que el convento recogió y educó por caridad, dijo esta frase tierna y dolorosa.

Oyendo hablar á las educandas de sus madres, murmuraba ella desde un rincon:

—"Mi madre no estaba allí cuando yo nací.„

El refectorio era una sala grande, oblonga y rectangular, que solo recibia la claridad por un claustro de archivoltas que habia al nivel del jardin; era oscuro y húmedo, y como decian las niñas: "Estaba lleno de animales„.

Los sitios contiguos le suministraban su contingente de insectos, y habian bautizado las educandas cada uno de sus cuatro ángulos con un nombre particular y expresivo. Los llamaban el rincon de las arañas, el rincon de las orugas, el de las cucarachas y el de los grillos.

Del refectorio habian pasado estos nombres al colegio, que dividieron en cuatro naciones. Cada educanda pertenecia á una de ellas, segun el rincon del refectorio donde se sentaba á la hora de comer.

El arzobispo, en una de sus visitas pastorales al colegio, vió entrar en la clase por donde pasaba á una niña sonrosada, de hermosos cabellos rubios, y le preguntó á una educanda morena, de frescas mejillas, que estaba á su lado:

—Quién es esta niña?

—Es una araña, monseñor.

—Y esa otra?

—Un grillo.

—Y aquella?

—Una oruga.

—Y vos?

—Yo soy una cucaracha, monseñor.

Cada casa de esta clase tiene su género de particularidades. Al principio del siglo era Ecouen uno de esos sitios graciosos y severos en los que se desarrolla la infancia de las niñas. En Ecouen, para tomar puesto en la procesion del Corpus, se hacia distincion entre las vírgenes y las floristas. Habia tambien "pálios„ é "incensarios„, segun llevaban las cintas del pálio ó incensaban al Santísimo Sacramento. Echar flores correspondia de derecho á las floristas. Delante iban cuatro vírgenes. En dicha festividad no era raro oir preguntar por la mañana en el dormitorio:

—Quién es vírgen?

La señora Campan cita el siguiente dicho de una "pequeña„ de siete años á una "mayor„ de diez y seis, que iba á la cabeza de la procesion, mientras aquella se quedaba á la cola:

—Tú eres vírgen, pero yo no lo soy!

## V.

### Distracciones.

Sobre la puerta del refectorio estaba escrita en letras gruesas la siguiente oracion, que llamaban el *Pater-Noster-blanco*, y que poseia la virtud de guiar las almas al Paraiso por el camino recto:

"Pater-Noster-blanco, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el Paraiso. Al ir á acostarme por la noche encontré tres ángeles echados en mi cama, uno á los piés y dos á la cabecera, y á la Vírgen María en medio, que me dijo que me acostase y que no pensase en nada más. El buen Dios es mi padre, la Santa Vírgen mi madre, los tres apóstoles mis hermanos y las tres vírgenes mis hermanas. La camisa con que Dios nació envolvió mi cuerpo, y en mi pecho llevo impresa la cruz de Santa Margarita. La Santa Vírgen se ha marchado por los campos, llorando á su Hijo querido, y encontró á San Juan. —De dónde venís? le preguntó.—Vengo del *Ave Salus*.—¿Habeis visto si allí está Dios?—Está en el árbol de la Cruz; pendientes tiene los piés, clavadas las ma-

nos, y una corona de espinas ensangrienta su cabeza. El que rezare esta oracion tres veces por la mañana y otras tantas por la noche, ganará el cielo.„

En 1827 esta oracion característica habia ya desaparecido de la pared bajo el espesor de una triple capa de pintura amarilla, y acaba tambien de borrarse de la memoria de algunas ancianas de hoy que entonces eran niñas.

Un crucifijo grande colgado en la pared completaba la decoracion del refectorio, cuya única puerta daba al jardin. Dos mesas estrechas y largas, con dos bancos cada una, formaban dos líneas paralelas del uno al otro extremo del comedor. Las comidas eran frugales y el régimen de las niñas muy severo. Las niñas comian callando, inspeccionadas por la madre que estaba de semana; sazonaba el silencio algun trozo de la vida de los santos, leido en alta voz desde una cátedra con atril, situada debajo del crucifijo. La lectora era una de las educandas mayores, y este cargo duraba una semana.

La educanda que interrumpia el silencio tenia que hacer en el suelo una cruz con la lengua. Lamia la tierra. El polvo, que es el fin de todas las alegrías, se encargaba de castigar á estas pobres hojas de rosa, á las que se hacia culpables del murmullo.

Habia en el convento un libro, del que solo se imprimió *un ejemplar único* y que estaba prohibido leer. Era la regla de San Benito, arcano que no debian penetrar profanos ojos. *Nemo regulas seu constitutiones nostras externis communicabit.*

Las educandas cogieron un dia dicho libro y se pusieron á leerle con avidez, pero interrumpiendo la lectura por temor de que las sorprendiesen, lo que las hacia cerrar el libro con precipitacion de vez en cuando. Pero del peligro que corrieron no les resultó gran placer. Lo más interesante que encontraron fueron algunas páginas ininteligibles acerca de los pecados de los jóvenes.

Un dia, estando de visita el arzobispo, una de las educandas, la señorita Bouchard, apostó á que le pediria un dia de asueto, que era pedir una enormidad en una comunidad tan austera. Le aceptaron la apuesta, creyendo que no lo conseguiria. Cuando llegó el momento de pasar el arzobispo por delante de las educandas, la señorita Bouchard, con indescriptible asombro de sus compañeras, salió de la fila y le dijo:—Monseñor, concedednos un dia de asueto. La señorita Bouchard era alta, fresca, hermosísima. El arzobispo se sonrió y respondióla:—*Un dia de asueto! Tres dias, si quieres*: te concedo tres dias.

La priora no podia oponerse: lo disponia el arzobispo. Hubo escándalo en el convento y gran alegría en el colegio.

Este claustro tan severo, no era, sin embargo, tan impenetrable que la vida de las pasiones del mundo y el drama y la novela no se abriesen paso en él. Para probarlo nos limitaremos á consignar un hecho real é incontestable, aunque no se relaciona con la historia que estamos narrando. Solo mencionamos este hecho para completar la fisonomía del convento.

En aquella época vivia en el convento una mujer misteriosa, que no era monja y la trataban con gran respeto: se llamaba la señora Albertina.

Solo se sabia de ella que estaba loca y que pasaba por muerta para el mundo. Se ocultaban bajo el velo de su historia arreglos de intereses necesarios para un gran casamiento.

Esta mujer, de treinta años, morena, bastante linda, tenia miradas vagas en sus grandes ojos negros. Veia? no se sabia con certeza. Andaba deslizándose, no hablaba nunca, no parecia que respirara. Tocar sus manos era tocar la nieve. Su gracia era extraña y sepulcral. Donde ella entraba se sentia frio. Un dia que pasaba por el lado de dos hermanas, dijo una de ellas:—Pasa por muerta.—Quizás lo está, contestó la otra.

Hacíanse muchas suposiciones sobre la señora Albertina, que era el tema de la curiosidad de las educandas. Habia en la capilla una tribuna que solo tenia un agujero circular, una claraboya, que era donde la señora Albertina asistia á los oficios del culto. Solo entraba ella allí, porque desde dicha tribuna se veia al predicador y al celebrante, y esto estaba prohibido á las monjas.

Un dia de sermon ocupaba el púlpito un sacerdote jóven y de elevada alcurnia, el duque de Rohan, par de Francia, que fué oficial de los mosqueteros Rojos cuando era príncipe de Leon, y que llegó á ser cardenal-arzobispo de Besançon despues de 1830. Era la primera vez que el duque de Rohan predicaba en el convento del Petit-Picpus. La señora Albertina asistia siempre á los oficios con imperturbable calma y con inmovilidad completa. Aquel dia, en cuanto vió al duque de Rohan, se incorporó en su asiento y dijo en voz tan alta, que se

oyó en medio del silencio de la capilla:—*Calla! Augusto!* Volvió la cabeza llena de asombro toda la comunidad; el predicador levantó la vista; pero la señora Albertina habia vuelto á amodorrarse en su inmovilidad. Un soplo del mundo exterior, una llamarada de vida agitó un momento su figura apagada y muerta; cuando el soplo y la llamarada se extinguieron, la loca volvió á ser cadáver.

Las dos palabras que pronunció sirvieron para hacer de ellas muchos comentarios en el convento. ¡Qué misterios, que revelaciones encerraban las dos frases: *Calla! Augusto!* El duque de Rohan efectivamente se llamaba Augusto. Era, pues, indudable que la señora Albertina procedia de la alta sociedad, ya que conocia al duque de Rohan, que vivia en el gran mundo, porque hablaba familiarmente de monseñor, y que le ligaban á él acaso relaciones íntimas de parentesco, porque le llamaba por su nombre de pila.

Dos duquesas muy severas, la de Choiseul y la de Sirent, visitaban con frecuencia á la comunidad, penetrando en el convento en virtud del privilegio *Magnates mulieres*, y asustaban á las educandas. Cuando pasaban las dos viejas, todas las niñas temblaban y miraban al suelo.

El duque de Rohan, sin él saberlo, era el objeto de la curiosidad de las pensionistas. Le acababan de nombrar, mientras esperaba el episcopado, vicario mayor del arzobispado de Paris. Acostumbraba á ir con bastante asiduidad á cantar los oficios al convento del Petit-Picpus. No podian verle las reclusas porque se lo impedia la cortina de sarga; pero tenia la voz tan dulce y tan simpática que le conocian sin verle. Sabian que fué mosquetero; se decia que era un dandy, que peinaba con esmero su hermoso pelo castaño, que llevaba un cinturon magnífico de moaré y la sotana negra cortada con elegancia: todo esto hacia que llamase la atencion de aquellas imaginaciones de diez y seis años.

Aunque no penetraba en el convento ningun ruido exterior, en una ocasion se oyó el sonido de una flauta; de este acontecimiento se acuerdan hoy aun las educandas de aquel tiempo.

Algun vecino tocaba aquella flauta, que siempre repetia el mismo aire: *Zetulbé mia, ven á reinar en mi pecho.* Esta cancion se oia dos ó tres veces cada dia. Las niñas se distraian escuchándola, las madres vocales estaban trastornadas, las imaginaciones trabajaban y los castigos llovian. Esto duró algunos meses. Las educandas, todas más ó menos, estaban enamoradas del músico; cada una de ellas se creia *Zetulbé*. La música provenia de la calle Droit-Mur. Ellas hubieran intentado todo lo indecible por ver, siquiera no fuese más que un minuto, al "jóven„ que tocaba la flauta tan deliciosamente y que, sin saberlo él, ponia en conmocion todos aquellos corazones. Algunas se escaparon por una puerta escusada y subieron al tercer piso de la calle Droit-Mur, para probar si podian verle por entre las celosías. Imposible. Una de ellas se atrevió á pasar el brazo al través de la reja y á agitar su pañuelo blanco. Otras fueron más atrevidas aun; encontraron medio de trepar hasta el tejado: se arriesgaron y consiguieron ver al "jóven„. El tocador de flauta era un viejo emigrado, arruinado y ciego, que por consolarse de su situacion tocaba la flauta en su boardilla.

## VI.

### El convento pequeño.

Habia en el recinto del Picpus tres edificios completamente distintos: el convento grande, que habitaban las monjas; el colegio, donde estaban las educandas, y el convento pequeño. Era éste un cuerpo de habitacion con jardin, en el que hacian vida comun las religiosas de varias órdenes, esto es, los restos de los claustros que destruyó la Revolucion: allí se reunieron los hábitos negros, grises y blancos de todas las comunidades, constituyendo lo que podria llamarse, si se nos permitiera esta extraña combinacion de palabras, un convento-arlequin.

Desde la época del Imperio se permitió á estas infelices, dispersas y desterradas, acogerse bajo la proteccion de las Benedictinas Bernardas, y allí recibian una corta pension del gobierno. Las religiosas del Petit-Picpus las recibieron muy bien. Allí reinaba extraña confusion, porque cada monja seguia su regla. Algunas veces se permitia á las educandas, por via de recreo, que las visitasen, y estas jóvenes han conservado hasta la vejez, entre otros recuerdos, los de la madre Santa Basilia, los de la madre Santa Escolástica y los de la madre Jacob.

Además de las dignas monjas que acabamos de referir, habia algunas viejas

del siglo que obtuvieron permiso de la madre priora para retirarse al convento pequeño. A este número pertenecian la señora Beauford de Hautpoul y la marquesa Dufresne y otras.

Hácia 1820 ó 1821 la señora Genlis, que publicaba un periódico titulado el *Intrépido*, pidió permiso para vivir en el Petit-Picpus, y la recomendó el duque de Orleans. Su entrada produjo gran rumor en la colmena; las madres vocales temblaban: la señora Genlis habia escrito novelas, si bien declaró que ella era la primera en condenarlas. Habia además llegado al extremo en el que la devocion se hace intransigente, y con la ayuda de Dios y del príncipe entró en la clausura, pero á los seis ú ocho meses se salió de allí, alegando por motivo que en el jardin no habia sombra. Las monjas se alegraron muchísimo. La señora Genlis, aunque ya era vieja, tocaba el arpa bastante bien.

Al marcharse dejó un recuerdo en su celda. La señora Genlis era supersticiosa y latinista; estas dos palabras bastan para describirla. No hace muchos años aun se veian pegados en el interior del pequeño armario de su celda, en el que guardaba el dinero y las alhajas, los siguientes versos latinos, escritos de su propio puño, con tinta roja, sobre papel amarillo; versos que, segun su opinion, poseian la virtud de intimidar á los ladrones:

*Imparibus meritis pendent tria corpora ramis;*
*Dismas et Gesmas, media et divina potestas;*
*Alta petit Dismas, infelix, infima, Gesmas.*
*Nos et res nostras conservet summa potestas.*
*Hos versus dicas, ne tu furto tua perdas.*

Estos versos, escritos en latin del siglo sexto, promueven la cuestion de si los dos ladrones del Calvario se llamaban, como comunmente se cree, Dimas y Gestas, ó Dismas y Gesmas. La ortografía de la señora Genlis pudo contrariar las pretensiones que tuvo en el siglo pasado el vizconde de Gestas de descender del Mal Ladron. Pero la virtud benéfica que se atribuye á estos versos es un artículo de fé en la órden de las Hospitalarias.

La iglesia del edificio, construida de modo que separaba el convento grande del colegio, era comun á éste, al convento grande y al pequeño; en ella se admitia tambien al público por una especie de lazareto que daba á la calle; pero todo estaba dispuesto para que ninguna de las que vivian en el claustro pudiese ver ningun rostro extraño. Figúrese el lector una iglesia, cuyo coro hubiera asido una mano de gigante y le hubiese doblado, de modo que formase, no como en todas las iglesias, una prolongacion detrás del altar, sino una especie de sala ó de caverna oscura á la derecha del celebrante; figúrese esta sala cerrada por la cortina de siete piés de altura, de que antes ya hemos hablado; y allí, sumergidas en la sombra que dá la cortina, en sus sitiales de madera, las religiosas del coro á la izquierda, las educandas á la derecha, las conversas y las novicias en el centro, asistiendo todas al culto divino. Esta caverna, que se llamaba el coro, se comunicaba con el claustro por medio de un pasadizo. La iglesia recibia la luz por el jardin.

## VII.

### Madres y hermanas.

Durante los seis años que median desde 1819 á 1825 fué priora del Petit-Picpus la señorita Blemeur, que en el claustro se llamaba la madre Inocente. Pertenecia á la familia de Margarita de Blemeur, autora de la *Vida de los Santos de la órden de San Benito*, y fué reelegida en el cargo. Era una mujer de sesenta años, baja, gruesa, que "cantaba como una olla cascada„, segun dice la carta que hemos citado. Por lo demás, era una mujer excelente y la única alegre que habia en el convento, por lo que la querian todas.

La madre Inocente era muy semejante á su ascendiente Margarita. Era instruida, erudita, sábia, competente, historiadora curiosa; estaba atestada de latin, de griego y de hebreo.

La vicepriora era una religiosa española de muchísima edad, casi ciega: se llamaba la madre Cineres.

Las más notables entre las madres vocales eran: la madre Santa Honorina, tesorera; la madre Santa Gertrudis, primera maestra de novicias; la madre Santo Angel, segunda maestra; la madre Anunciacion, sacristana; la madre San Agustin, enfermera, etc. etc.

Habia entre las más hermosas madres una preciosa jóven de veintitres años, natural de la Isla de Borbon, descendiente del caballero Roze, que se llamó en el mundo señorita Roze y en el claustro madre Asuncion.

La madre Santa Matilde, que era la encargada del canto y del coro, empleaba en él á las educandas, ocupando dia-

riamente una gama completa, es decir, á siete educandas de diez años á diez y siete inclusive, de voces y de cuerpos á propósito, á las que hacia cantar de pié, alineadas en fila por órden de edad; cuya vista ofrecia el aspecto caprichoso de una flauta de jóvenes, de una especie de flauta del dios Pan viva y formada de ángeles.

Las hermanas conversas que más querian las educandas eran sor Santa Eufrasia, sor Santa Margarita, sor Santa Marta, que era casi niña, y sor San Miguel, de larga nariz, que motivaba la risa de las pensionistas.

Todas las religiosas eran muy amables para las niñas; solo eran rígidas consigo mismas.

Solo se encendia lumbre en el colegio, y la comida de las educandas era superior á la del convento.

La regla del silencio engendró en todo el convento el fenómeno de que la palabra, que se prohibia á las criaturas humanas, la adquiriesen los objetos inanimados. Unas veces hablaba la campana de la iglesia y otras el cascabel del jardinero. Un timbre muy sonoro, que la tornera tenia á su lado y que se oia en toda la casa, indicaba con diversos golpes, como una telegrafía acústica, todos los actos de la vida material que habian de practicarse, y llamaba al locutorio cuando era preciso á tal ó á cual monja. Cada persona y cada cosa tenian su toque particular. La priora, uno y uno; la vicepriora, uno y dos; seis y cinco eran la llamada á clase; de modo que las educandas no decian nunca entrar en clase, sino ir á las seis y cinco. Cuatro y cuatro era el toque á que respondia la señora Genlis, y como se oia con frecuencia, *Es el diablo á cuatro*, decian las que tenian poca caridad. Diez y nueve campanadas anunciaban un gran suceso; tal era el de abrirse *la puerta de la clausura*, enorme plancha de hierro, erizada de cerrojos, que solo giraba sobre sus goznes para que entrase el arzobispo.

Este y el jardinero, como ya dijimos, eran los únicos hombres que penetraban en el convento. Las educandas veian á otros dos: al limosnero, que era el abate Banes, viejo y feo, al que miraban desde el coro al través de una reja, y al profesor de dibujo, señor Ausiaux, que llamaban, segun dice la carta de la que copiamos algunas líneas, señor Anelot, calificándole de *horrible viejo jorobado*.

Eran, pues, escogidos todos los hombres que entraban allí.

Tal era esta curiosa morada.

## VIII.

### Post corda lapides.

Despues de bosquejar la figura moral del convento, no será inútil delinear en pocas palabras su configuracion material, de la que el lector ya tiene una idea.

El convento del Petit-Picpus de San Antonio ocupaba casi completamente el vasto trapecio que formaban las intersecciones de las calles Polonceau, Droit-Mur, la callejuela de Picpus y el callejon sin salida que en los antiguos planos se llamaba Au-marais. Dichas cuatro calles rodeaban el trapecio como si fuese un foso. El convento se componia de varios edificios y de un jardin. El edificio principal, tomado en conjunto, era una justaposicion de construcciones híbridas, que, miradas á vista de pájaro, parecian una escuadra colocada en el suelo. El brazo mayor de esta escuadra ocupaba todo el trozo de la calle Droit-Mur, comprendido entre la callejuela de Picpus y la calle Polonceau; el brazo menor era una fachada alta, gris, severa, con rejas, que daba enfrente de la callejuela de Picpus: en su extremidad estaba la puerta-cochera número 62. Hácia el medio de esta fachada, el polvo y la ceniza habian blanqueado una puertecilla vieja, cintrada, en la que trabajaban las telarañas, y solo se abria una hora ó dos los domingos y en las raras ocasiones en que salia del convento el ataud de alguna religiosa; era la entrada pública de la iglesia. El ángulo de la escuadra era una sala cuadrada, que servia para guardar el servicio, y que las monjas llamaban *la despensa*. En el brazo mayor estaban las celdas de las madres y de las hermanas y el noviciado: en el menor, las cocinas, el refectorio, rodeado del claustro, y la iglesia. Entre la puerta número 62 y el extremo del callejon Au-marais estaba el colegio, que no se veia desde fuera. El jardin formaba el resto del trapecio, que estaba mucho más bajo que el nivel de la calle Polonceau, por lo que la cerca era mucho más alta por dentro que por fuera.

El jardin, ligeramente convexo, tenia en el centro de una pequeña altura un hermoso abeto, agudo y cónico, del que

partian, como de la punta central de un escudo, cuatro grandes calles, y otras ocho menores, colocadas dos á dos entre las primeras, de tal modo, que si el recinto hubiese sido circular, el plano geométrico de estas calles hubiera parecido una cruz puesta sobre una rueda. Todas las calles iban á terminar en las tapias irregulares del jardin, y por lo tanto eran de desigual longitud. Estaban rodeadas de groselleros. En el fondo una calle de grandes álamos se extendia desde las ruinas del antiguo convento, que estaba situado en el ángulo de la calle Droit-Mur, hasta la casa del convento pequeño, que estaba en el ángulo de la callejuela Au-marais. Antes de llegar al convento pequeño se encontraba lo que se conocia por el jardinillo. Añádase á este conjunto un patio, toda clase de ángulos distintos formados por cuerpos de las habitaciones interiores, por las paredes de prision, teniendo por toda perspectiva y vecindad la línea de tejados que se corria al otro lado de la calle Polonceau, y podrá tenerse idea completa de lo que era hace cuarenta y cinco años el convento de Bernardinas de Petit-Picpus. Esta santa mansion fué edificada precisamente en el sitio que ocupaba un juego de pelota, famoso desde el siglo catorce hasta el diez y seis, y que se llamaba *garito de los once mil diablos.*

Todas aquellas calles eran de las más antiguas de Paris; los nombres de Droit-Mur y de Au-marais son antiquísimos, pero las calles que los llevan son más viejas aun. La callejuela Au-marais se llamó antes Mangout; la calle Droit-Mur calle de los Eglantiers (de los Rosales), pues Dios ya abria las flores antes que el hombre labrase las piedras.

## IX.

### Un siglo bajo una toca.

Ahora que estamos dando pormenores de lo que fué en otro tiempo el convento del Petit-Picpus, y nos hemos atrevido á abrir una ventana en el secreto asilo, el lector nos permitirá otra digresion, corta, ajena al fondo de la obra, pero característica y útil para dar á conocer que hasta en el claustro hay tipos originales.

Habitaba en el convento pequeño una mujer centenaria que fué allí desde la abadía de Fontevrault. Antes de la Revolucion habia vivido en el gran mundo. Hablaba muchas veces de Miromesmil, guardasellos de Luis XVI, y de la presidenta Duplat, que trataba con intimidad. Tenia gusto y vanidad en recordar esos dos nombres. Referia maravillas de la abadía de Fontevrault, que era como un pueblo, y tenia calles dentro del monasterio.

Hablaba con acento picardo, que causaba risa á las educandas. Todos los años renovaba solemnemente sus votos, y al pronunciar el juramento decia al sacerdote: "Monseñor San Francisco de Sales le prestó en manos de monseñor San Julian; monseñor San Julian en manos de San Eusebio; monseñor San Eusebio en manos de monseñor San Procopio, etc. etc., y yo lo presto, padre, en vuestras manos.„

Las educandas no podian contener la risa y reian bajo los velos alegres y ahogadas risas, que hacian fruncir el ceño á las madres vocales.

Otras veces la centenaria referia historias. Decia que *en su juventud los Bernardinos no les iban en zaga á los Mosqueteros.* Era un siglo hablando, pero era el siglo diez y ocho. Describia la costumbre de los cuatro vinos en Champaña y en Borgoña antes de la Revolucion. Siempre que pasaba por una de estas dos ciudades un personaje, un mariscal de Francia, un príncipe, duque ó par, el ayuntamiento le arengaba y le ofrecia cuatro copas de plata llenas de cuatro vinos diferentes. En la primera se leia esta inscripcion: *Vino de mono*; en la segunda, *vino de leon*; en la tercera, *vino de carnero*, y en la cuarta, *vino de cerdo:* estas clasificaciones expresaban los cuatro grados que vá descendiendo el borracho: el primero alegra, el segundo irrita, el tercero atonta y el cuarto embrutece.

Tenia encerrado con llave en su armario un objeto misterioso al que profesaba gran estimacion. La regla de Fontevrault no se lo prohibia, pero ella no queria enseñarlo á nadie. Se encerraba en su celda, que tambien se lo permitia su órden, y se ocultaba en ella para contemplarlo á solas. Si oia pasos en el corredor, cerraba el armario con toda la precipitacion que sus débiles manos le permitian. Cuando le hablaban de dicho objeto enmudecia, ella que era tan amiga de la charla. Chasqueó su silencio á las más curiosas y su obstinacion á las más tenaces. Ese objeto era motivo de muchos comentarios. ¿Qué podia ser esa cosa tan preciosa y tan secreta, que constituia el tesoro de la centenaria? ¿Algun libro

santo? Algun rosario único en su clase? Alguna reliquia eficaz y probada? Todas se perdian en un mar de conjeturas. Cuando murió la pobre anciana corrieron todas velozmente hácia el armario y lo abrieron. Encontraron el objeto envuelto con triple lienzo, como patena bendita. Era un plato de loza mayólica, representando amorcillos perseguidos por mancebos de botica, armados con enormes jeringas. La persecucion era abundante en gestos y en posturas cómicas. Uno de los lindos amorcillos tenia ya puesta una cala, forcejea, agita las alas y trata de volar, y el boticario reia con risa satánica. Moralidad: el amor vencido por el cólico. Este plato curiosísimo, y que tiene quizás el mérito de haber sugerido una idea á Molière, existia aun en Setiembre de 1845 de venta en una prendería del boulevard Beaumarchais.

Aquella buena vieja no queria recibir ninguna visita, *porque*, decia, *el locutorio es muy triste.*

## X.

### Orígen de la Adoracion perpétua.

El locutorio casi sepulcral, de que hemos procurado dar la idea, es un hecho puramente local, que no se reproducia con la misma severidad en los otros coventos. En el de la calle del Temple, que era de otra órden, reemplazaban á los postiguillos negros cortinas oscuras, y el locutorio era un salon bien pavimentado, cuyas ventanas tenian cortinillas de muselina blanca, y en sus paredes habia cuadros de todas clases: un retrato de una Benedictina con la cara descubierta, floreros y hasta una cabeza de turco.

En el jardin del convento de la calle del Temple existia el castaño de Indias, que pasaba por ser el más grande y más hermoso de Francia, y que tenia fama entre el pueblo bonachon del siglo diez y ocho de ser *el padre de todos los castaños del reino.*

Ya dijimos que habitaban el convento del Temple Benedictinas de la Adoracion perpétua distintas de las que dependian del Císter. Esta órden no es muy antigua: solo cuenta doscientos años. En 1549 fué profanado dos veces el Santísimo Sacramento, con pocos dias de intervalo, en dos iglesias de Paris: en San Sulpicio y en San Juan de la Grève; sacrilegio horrible y raro, que conmovió toda la ciudad. El prior, vicario mayor de San German de los Prados, dispuso una procesion solemne de toda su clerecía, en la cual ofició el Nuncio del Papa. Esta expiacion no pareció suficiente á dos mujeres dignas, á la señora Courtin, marquesa de Boucs, y á la condesa de Chateauvieux. El ultraje que se cometió con el "augusto Sacramento del altar„ no se borraba del alma de estas dos santas mujeres, y creyeron que solo podria repararse con la "adoracion perpétua„ en algun convento de monjas. Ambas señoras, una en 1652 y otra en 1653, hicieron donacion de grandes sumas á la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa Benedictina, para que fundase con este piadoso fin un monasterio de la órden de San Benito. El señor Metz, abad de San German, concedió el primer permiso para esta fundacion, "con la condicion de que no se admitiese á ninguna que no aportase trescientas libras de renta, que suponen mil doscientos pesos de capital„. Despues del abad de San German, el rey concedió reales cédulas, y las licencias abaciales y las reales se registraron en 1664 en el Tribunal de Cuentas y en el Parlamento.

Tal fué el orígen y la consagracion legal del establecimiento de las Benedictinas de la Adoracion perpétua del Santísimo Sacramento en Paris. Su primer convento se "edificó de nueva planta„ en la calle Casette con las donaciones de las señoras de Boucs y de Chateauvieux.

Esta órden, como se vé, no se confundió con la de las Benedictinas llamadas del Císter, y dependia del abad de San German de los Prados, como las monjas del Sagrado Corazon dependen del general de los Jesuitas y las Hermanas de la Caridad del general de los Lazaristas.

Era tambien diferente de la órden de las Bernardas del Petit-Picpus, cuyo interior acabamos de describir. En 1657, el Papa Alejandro VII autorizó por un breve especial á las Bernardas del Petit-Picpus para que practicasen la Adoracion perpétua como las Benedictinas del Santísimo Sacramento, pero no por eso dejaron de ser distintas las dos órdenes.

## XI.

### Fin del Petit-Picpus.

El convento del Petit-Picpus estaba agonizando desde el principio de la Restauracion; su agonía era una pared de la muerte general de la órden que vá desapareciendo, como todas las demás, desde el siglo diez y ocho. Es una necesidad humana la contemplacion lo mismo que la oracion, pero se transformará, como todo aquello en que ha puesto la mano la revolucion, y de hostil que era al progreso se convertirá en favorable.

La casa del Petit-Picpus se despoblaba rápidamente. En 1840 habian ya desaparecido de ella el convento pequeño y el colegio, y en sus claustros no habitaban ya jóvenes ni viejas: unas habian muerto y otras se habian ido. *Volaverunt.*

La regla de la Adoracion perpétua es rígidamente espantosa y ante ella retroceden las vocaciones y la órden no encuentra novicias. En 1845 quedaban aun algunas religiosas conversas; de coro ninguna. Cuántas hay hoy? En 1847 la priora era jóven, no habia cumplido cuarenta años, señal de que la eleccion se hacia entre pocas. A medida que disminuye el número, aumenta el trabajo; el servicio cada dia es más penoso, y ya se veia próximo el momento en que solo una docena de espaldas doloridas y encorvadas tuviesen que cargar con todo el peso de la terrible órden de San Benito. La carga es muy pesada y la han de llevar, pocas ó muchas. Su peso aplasta, las monjas mueren. Viviendo en Paris el autor de estas líneas murieron dos monjas, una de veinticinco años y otra de veintitres. Esta pudo decir como Julia Alpínula: *Hic jaceo. Vixi annos viginti et tres.* Por sufrir esta decadencia el convento renunció á la educacion de las niñas.

No hemos podido pasar por delante de esta casa extraordinaria, desconocida y oscura, sin entrar en ella con los que nos acompañan y nos oyen referir la historia melancólica de Juan Valjean. Penetramos en aquella comunidad, cuyas prácticas nos parecen hoy novísimas, ocupándonos de esa morada singular detenidamente, pero con respeto, á lo menos hasta el punto en que los pormenores y el respeto son conciliables. No todo lo comprendemos; pero nada insultamos, colocándonos á igual distancia del *hosanna* de José de Maistre, que llega hasta la consagracion del verdugo, y de la burla de Voltaire, que llega hasta el escarnecimiento del crucifijo: falta de lógica de Voltaire, porque pudo defender á Jesús como defendió á Calas: pues, ¿qué representa el crucifijo hasta para los que niegan la encarnacion sobrehumana? El sábio asesinado.

En el siglo diez y nueve la idea religiosa sufre una crísis. Se olvidan ciertas cosas, y así debe ser, con tal de que al olvidarlas se aprendan otras nuevas. No debe hacerse el vacío en el corazon humano. Es conveniente demoler, pero con la condicion de levantar nuevas construcciones.

Esperándolas, estudiemos las cosas que ya no existen, aunque solo sea para evitarlas. Las falsificaciones del pasado aparecen con falsas denominaciones, y se adjudican á sí mismas el porvenir: lo pasado es un viajero que puede falsificar su pasaporte; estemos prevenidos y desconfiemos. La fisonomía del pasado es la supersticion y su máscara la hipocresía. Denunciemos su rostro y arranquemos su máscara.

Los conventos encarnan una cuestion compleja; la civilizacion los condena y la libertad los proteje.

# LIBRO SÉPTIMO.

## Paréntesis.

## I.

### El convento como idea abstracta.

Esta obra es un drama cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

En este supuesto, habiendo encontrado en nuestro camino un convento, hemos debido entrar en él. Por qué? porque el convento, que es tan propio del Oriente como del Occidente, de la antigüedad como de los tiempos modernos, del paganismo, del buddismo, del mahometismo como del cristianismo, es uno de los aparatos ópticos que el hombre dirige al infinito.

No es este el lugar oportuno para desarrollar ciertas ideas: sin embargo, conservando nuestra reserva, nuestras restricciones y hasta nuestra indignacion, debemos decir que cuantas veces

encontramos el hombre en el infinito, esté bien ó mal comprendido, nos sentimos poseidos de respeto. Tienen la sinagoga, la mezquita, la pagoda y el wigwam un lado horrible, que execramos, y un lado sublime, que atrae nuestro cariño. ¡Admirable contemplacion para el espíritu, materia de meditacion sin límites, Dios reflejando en las paredes humanas!...

## II.

### El convento como hecho histórico.

Condena al monaquismo el triple juicio de la historia, de la razon y de la verdad.

Cuando los monasterios abundan en las naciones, sirven de trabas á la circulacion, son establecimientos obstruyentes y centros de la pereza, que se constituyen donde debian estar los centros del trabajo. Las comunidades monásticas son, respecto á la gran comunidad social, lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga es al cuerpo humano. Su gordura y su prosperidad causa el empobrecimiento del pais. El régimen monástico, excelente en la infancia de la civilizacion, útil para producir la reduccion de la brutalidad por medio de lo espiritual, es perjudicial en la virilidad de los pueblos. Además, cuando se relaja y entra en su período de desarreglo, como continúa sirviendo de ejemplo, es perjudicial por los mismos motivos que era saludable en su período de pureza.

Los claustros han terminado su mision. Fueron útiles para la primera educacion de la civilizacion moderna, han servido de obstáculo para su crecimiento y son perjudiciales para su desarrollo. Como institucion, como manera de educar al hombre, los monasterios fueron buenos en el siglo diez, de discutible utilidad en el quince, y son detestables en el siglo diez y nueve. La lepra monacal ha roido, casi hasta el esqueleto, á dos grandes naciones, á Italia y á España, luz la una y esplendor la otra de la Europa durante siglos, y en la época actual estos dos pueblos ilustres empiezan á curarse, gracias á la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, el antiguo convento de monjas especialmente, como existia aun al principio de este siglo en Italia, en Austria y en España, es una de las más sombrías concreciones de la Edad Media. El claustro, el claustro de esa clase sirve de punto de interseccion de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está lleno de los resplandores fúnebres de la muerte.

El convento español sobre todo. En él se elevan en la oscuridad, bajo brumosas bóvedas, macizos y gigantescos altares, altos como una catedral; allí penden de cadenas inmensos crucifijos blancos; allí se destacaban desnudos sobre el ébano grandes Cristos de marfil, más que ensangrentados, vertiendo sangre, sombríos y magníficos, coronados con espinas de plata, clavados con clavos de oro, con gotas de sangre de rubíes en la frente y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubíes parecen mojados, y hacen llorar en la oscuridad y allá abajo á séres cubiertos con un velo, cuyo cuerpo martiriza el cilicio, y que la oracion desuella las rodillas á mujeres que se creen esposas, á espectros que se creen serafines. ¿Piensan acaso estas mujeres? —No. —Aman?—No. —Viven?—No. Sus nervios se han convertido en huesos. Sus huesos se han convertido en piedra. Su velo es una noche tejida. Su aliento bajo el velo parece la trágica respiracion de la muerte. Tales eran los antiguos monasterios de España.

La España católica era más romana que la misma Roma: el convento español era el convento católico por excelencia.

Hoy los defensores de lo pasado, no pudiendo negar ciertas verdades, se han decidido por sonreirse cuando se les habla de ellas. Se ha hecho de moda un medio cómodo y extraño de suprimir las revelaciones de la historia, de debilitar los comentarios de la filosofía y de borrar todos los hechos desfavorables y todas las cuestiones sombrías. *Todas esas invectivas son declamaciones*, dicen los hábiles: *son declamaciones*, repiten los necios. Juan Jacobo es un declamador, Diderot lo mismo; Voltaire, cuando trata de Calas, de Labarre y de Sirven, tambien *declama*. No sé quién descubrió hace poco que Tácito era un declamador, que Neron era una víctima, y que debíamos compadecernos del "pobre Holofernes„.

Los hechos, sin embargo, son difíciles de desconcertar, porque son muy obstinados. El autor de este libro ha visto por sus propios ojos, á ocho leguas de Bruselas, un recuerdo de la Edad Media, que todo el mundo puede ver en la abadía de Villiers: el agujero de una sima,

en medio de un prado, que fué el patio del convento, y á orillas del Dyle cuatro calabozos de piedra que están mitad bajo tierra y mitad bajo el agua. Eran los *in-pace*. Cada uno de estos calabozos conserva aun rastros de una puerta de hierro, de una letrina y de un tragaluz enrejado, que por la parte de fuera está á dos piés sobre el rio y por la de dentro á seis piés bajo el suelo. Cuatro piés de agua corren exteriormente por la pared, y el suelo está siempre mojado. El que vivia en el *in-pace* tenia por lecho este suelo. En uno de los calabozos queda aun un pedazo de argolla soldado á la pared; en otro se vé todavía una especie de caja cuadrada, formada de cuatro losas de granito, demasiado corta para echarse sobre ella y demasiado baja para sentarse. Allí metian á un sér humano, poniéndole una losa encima. Esto aun se vé y aun se toca. Esos *in-paces*, esos calabozos, esos gonces de hierro, esas argollas, ese alto tragaluz, á cuyo nivel corre el rio; esa caja de piedra, cerrada como una losa, como una tumba, con la única diferencia de que el muerto allí era un vivo; ese suelo de fango, ese agujero de la letrina, esas paredes que suman, todo eso son declamaciones!

## III.

### Bajo qué condiciones puede respetarse lo pasado.

El monaquismo, tal como existia en España y como existe aun en el Tibet, es una especie de tísis para la civilizacion. Pára en seco la vida. Despuebla. Claustracion es lo mismo que castracion. Ha sido el azote de Europa. A este mal hay que añadir la coaccion que se ha ejercido frecuentemente sobre las conciencias; las vocaciones forzadas, el feudalismo apoyándose en el claustro, el mayorazgo encerrando en él exceso de familia; los rigores atroces de que acabamos de hablar, los *in-pace*, las bocas enmudecidas, los cerebros tapiados y tantas desgraciadas inteligencias encerradas en la tumba de los votos perpétuos, sometidas á la toma de hábito y al entierro de las almas vivas. Unid á los suplicios individuales la degradacion nacional y temblareis, cualquiera que sean vuestras ideas, ante la capucha y el velo, esos dos sudarios de invencion humana.

Esto no obstante, en ciertos puntos, á despecho de la filosofía y del progreso, persiste el espíritu del claustro en la mitad del siglo diez y nueve, asombrando al mundo civilizado con extraña recrudescencia ascética. La terquedad que manifiestan en perpetuarse las instituciones decrépitas se parece á la obstinacion del perfume rancio que se empeña en perfumar el cabello, á la pretension del pescado podrido que desea que lo coman, á la persecucion del traje de niño que quiere vestir al hombre, y á la ternura de los cadáveres que desearan volver á abrazar á los vivos.

Ingratos! Dice el traje de niño:—Te he servido cuando eras más delicado y ahora que eres fuerte me desdeñas.—Procedo del mar, dice el pescado.—He sido rosa, dice el perfume.—Os he amado, exclama el cadáver.—Os he civilizado, replica el convento.—A esto solo se puede responder:—Sí, en otros tiempos.

Es sumamente extraño en plena civilizacion pensar en la prolongacion de la vida de lo que murió, en restaurar los dogmas estropeados, en dorar los púlpitos, en blanquear los claustros, en volver á bendecir los relicarios, en reamueblar las supersticiones, en reanimar los fanatismos, en poner mango nuevo á los hisopos y á los sables, reconstituyendo el monaquismo y el militarismo, y creer en la salvacion de la sociedad multiplicando los parásitos é imponiendo al presente el pasado. Sin embargo, hay algunos teóricos que sostienen estas teorías. Para éstos, que por otra parte son hombres de talento, el practicar su sistema es sumamente sencillo. Aplican á lo pasado un barniz, que llaman órden social, derecho divino, moral, familia, respeto á los antepasados, antigua autoridad, santa tradicion, legitimidad, religion, y van gritando:—¡Mirad, todo esto vamos á dar á los hombres honrados!... Esta lógica ya la conocian las gentes primitivas. Los arúspices ya la practicaban. Frotaban con greda blanca una ternera y decian:—Es blanca. *Bos cretatus.*

Nosotros respetamos algunas cosas del pasado y le perdonamos en todo si consiente en estar muerto. Si quiere vivir, lo atacaremos y procuraremos matarlo.

Supersticiones, hipocresía, falsa devocion, preocupaciones, á pesar de ser larvas, quieren vivir tenazmente, escondiendo sus dientes y sus uñas, y es preciso destruirlas cuerpo á cuerpo, haciéndolas guerra sin tregua, porque una de las fatalidades de la humanidad consiste en vivir condenada á luchar eternamente con fantasmas. Es muy difícil cogerlas por el cuello y derribarlas.

Un convento en Francia, en mitad del

siglo diez y nueve, es un colegio de buhos arrostrando la claridad del dia. Un claustro en flagrante delito de ascetismo en la ciudad de 1789, de 1830 y de 1848, es un anacronismo; es Roma viviendo dentro de Paris. En tiempos normales, para disolver un anacronismo y hacerle desaparecer, basta con hacerle deletrear el año de una moneda. Pero ahora no estamos en tiempos normales. Luchemos.

Luchemos, pero distingamos. El carácter propio de la verdad consiste en no ser extremado nunca. No se necesita exagerar. Hay cosas que deben destruirse, pero hay otras que deben estudiarse y mejorarse. El exámen benévolo y grave tiene mucha fuerza. No apliquemos la llama donde solo se necesita acercar la luz.

Estando en el siglo diez y nueve, nos oponemos en tésis general, en todos los pueblos, á la claustracion ascética, así en Asia como en Europa, así en la India como en la Turquía.

Decir convento es lo mismo que decir pantano. Su putrefaccion es evidente; su estancacion es malsana; su fermentacion enferma á los pueblos y los marchita; su multiplicacion se convierte en plaga de Egipto. No podemos pensar, sin extremecernos, en esos paises en los que los fakires, los bonzos, los santones, los calageros, los morabitos, los talapuinos y dervises hormiguean como un monton de gusanos.

Dicho esto, queda en pié la cuestion religiosa, que tiene un lado misterioso, casi temible. Séanos permitido mirarlo frente á frente.

## IV.

### El convento bajo el punto de vista de los principios.

Unos cuantos hombres se reunen para vivir en comunidad. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociacion. Se encierran en su casa. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre de abrir ó de cerrar la puerta de su domicilio. No salen nunca. En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que asiste al hombre á ir y venir libremente, que implica el derecho de quedarse en casa.

Y en su casa qué hacen?

Hablan bajo, inclinan los ojos al suelo y trabajan. Renuncian al mundo, á la vida de las ciudades, á las sensualidades, á los placeres, á las vanidades, al orgullo y al interés. Se visten de paño burdo ó de tosca tela. Ninguno de ellos posee nada en propiedad. El rico se empobrece al entrar allí, porque reparte entre todos lo que poseia. El que era noble caballero y señor, allí se iguala con el villano. La celda es igual para todos. Todos sufren la misma tonsura, llevan el mismo hábito, comen el mismo pan negro, duermen sobre la misma paja, mueren sobre la misma ceniza, llevan en la espalda el mismo saco y la misma correa en la cintura. Si la órden lo requiere todos van descalzos. Podrá entre ellos haber algun príncipe, pero al entrar allí deja de serlo. Allí no hay títulos y hasta desaparecen los apellidos de familia. Todos se inclinan ante los nombres de bautismo. Han disuelto la familia carnal y constituyen en su comunidad una familia espiritual. Son parientes de todos los hombres: socorren á los pobres y cuidan á los enfermos; eligen á los que han de prestar obediencia, y unos á otros se llaman hermanos.

Al llegar aquí los lectores me interrumpen, diciendo:—¡Pero eso es el convento ideal!...

Basta que sea el convento posible para que yo exponga mis opiniones sobre él.

Por esta razon hablé en el libro anterior del convento con respeto. Prescindiendo, pues, de la Edad Media, del Asia, de la cuestion histórica y política, que nos reservamos tratar; considerando esta cuestion bajo el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de la esfera de la política militante y con la condicion de que sea voluntaria la vida monástica, consideraré siempre á las comunidades religiosas con atenta gravedad y hasta con deferencia en ciertos puntos. Donde hay comunidad hay asociacion; donde hay asociacion hay derecho. El monasterio es producto de la fórmula Igualdad, Fraternidad. La libertad es magnífica y realiza espléndidas transfiguraciones. La libertad basta para convertir el monasterio en república.

Continuemos.

Los hombres ó las mujeres en los conventos, que viven encerrados entre cuatro paredes, que visten toscos hábitos, que son iguales, que se llaman hermanos, hacen algo más?

—Sí.

—Qué hacen?

—Miran en la oscuridad, se arrodillan y juntan las manos.

—Eso qué significa?

## V.

### La oracion.

Rezan.

—A quién?

—A Dios.

—Rezar á Dios qué quiere decir?

Existe un infinito fuera de nosotros. Ese infinito es uno, inmanente, permanente; necesariamente sustancial, porque es infinito, y si la materia le faltase tendria ya una limitacion; necesariamente inteligente, porque es infinito, y si la inteligencia le faltase seria finito. Ese infinito, ¿despierta en nosotros la idea de esencia, mientras que solo podemos atribuirnos á nosotros mismos la idea de existencia? O en otros términos: ¿no es él lo absoluto del que nosotros somos lo relativo?

Al mismo tiempo que existe un infinito fuera de nosotros, ¿no existe otro dentro de nosotros mismos? Estos dos infinitos, ¿no se superponen el uno al otro? ¿El segundo infinito no es, por decirlo así, subyacente al primero? ¿No es el espejo, el reflejo, el eco, el abismo concéntrico de otro abismo? ¿Es inteligente tambien este segundo infinito? Piensa? Quiere? Ama? Si los dos infinitos son inteligentes, cada uno de ellos tiene un principio volente y existe un *yo* en el infinito de arriba, como existe otro *yo* en el infinito de abajo. El *yo* de abajo es el alma y el *yo* de arriba es Dios.

Poner mentalmente en contacto el infinito de abajo con el infinito de arriba, se llama rezar.

No cercenemos nada al espíritu humano; suprimir nunca es bueno. Lo necesario es reformar y transformar. Ciertas facultades del hombre se dirigen hácia lo desconocido, como el pensamiento, la meditacion y la oracion. Lo desconocido es un Océano y la conciencia es la brújula de lo desconocido. El pensamiento, la meditacion y la oracion son fulgores misteriosos. Respetémoslos. ¿A dónde van esas irradiaciones majestuosas del alma? A la sombra, es decir, á la luz.

La grandeza de la democracia estriba en no negar nada y en no renegar de la humanidad. Cerca del derecho del hombre, ó al menos á su lado, coloca el derecho del alma.

Destruir los fanatismos y venerar al infinito es nuestra ley. No nos limitemos á prosternarnos ante el árbol Creacion y á contemplar sus inmensas ramas llenas de astros; tenemos que cumplir un deber: trabajar en pró del alma humana; defender el verdadero misterio contra el falso milagro; adorar lo incomprensible y rechazar lo absurdo; no admitir más hecho inexplicable que el necesario; purificar la creencia: separar las supersticiones que embarazan el camino de la religion; limpiar, para que resplandezca, la idea de Dios.

## VI.

### Bondad absoluta de la oracion.

En cuanto á los modos de rezar, creemos que todos son buenos con tal de que sean sinceros. Cerrad el libro que esteis leyendo y contemplad el infinito.

No ignoramos que hay una filosofía que niega el infinito; pero tambien hay una filosofía, patológicamente clasificada, que niega el sol; esa filosofía se llama ceguedad.

Erigir un sentido que nos falta en manantial de verdad, es una ocurrencia de ciego. Lo más curioso es el tono altivo de superioridad y de lástima que toma, frente á frente de la filosofía que vé á Dios, esa filosofía que anda á ciegas. Me parece que oigo exclamar á un topo: ¡Me dá lástima verlos entusiasmados con el sol!

Sabemos que existen ilustres y poderosos ateos, pero éstos, atraidos á la verdad por el mismo poder de ésta, no están muy seguros de su ateismo; para ellos casi es cuestion de definicion, y en todos los casos, si no creen en Dios, siendo grandes talentos prueban la existencia de Dios. Saludamos en ellos á los filósofos, calificando al mismo tiempo inexorablemente su filosofía.

Continuemos.

Tambien es admirable la facilidad para satisfacerse con palabras. Una escuela metafísica del Norte, algo metafísica, creyó provocar una revolucion en el entendimiento humano sustituyendo la palabra Voluntad á la palabra Fuerza.

Decir: la planta quiere, en vez de decir: la planta crece, seria una frase fecunda; y si se añadiese: el universo quiere. ¿Por qué? porque de esto se deduciria: si la planta quiere, es que hay un *yo* en ella: si el universo quiere, luego hay un Dios.

Nosotros, que en contraposicion á esa escuela no rechazamos nada á priori, creemos que admitir voluntad en la planta es mucho más difícil que admitir

la voluntad en el universo, que dicha escuela niega.

Negar la voluntad del infinito, es decir, negar á Dios, solo puede hacerse negando el infinito. Ya lo hemos demostrado.

La negacion del infinito conduce rectamente al nihilismo, y entonces todo se convierte en "una concepcion del espíritu„.

Con el nihilismo no hay discusion posible, porque si el nihilista es lógico, debe dudar de que exista su interlocutor, y no debe estar seguro de su propia existencia.

Aplicándole su doctrina, es posible que no sea él para sí mismo más que "un puro concepto de su espíritu„. Unicamente no advierte que todo lo que ha negado lo admite en junto con solo pronunciar esta palabra: "Espíritu„. En una palabra, todavía no ha abierto al pensamiento ningun camino esa filosofía que pretende que todo conduzca al monosílabo no. A no, solo puede responderse con este otro monosílabo: sí.

El nihilismo no tiene más trascendencia.

La nada no existe. El cero no existe. Todo es algo. Nada, no es nada.

El hombre vive de afirmaciones más aun que de pan.

Ver y mostrar no basta. La filosofía debe ser una energía. Debe tener por esfuerzo y por efecto mejorar al hombre. Sócrates debe entrar en Adan y producir á Marco Aurelio, ó dicho en otros términos: hacer salir del hombre de la felicidad el hombre de la sabiduría. Transformar el Eden en Liceo. La ciencia debe ser un cordial. Gozar es un triste objeto y una mezquina ambicion. Los brutos gozan. Pensar es el verdadero triunfo del alma. La mision de la filosofía real es hacer fluir el pensamiento para que mitigue la sed de los hombres; darles á todos en elixir la nocion de Dios, hacer fraternizar en ellos la conciencia y la ciencia, y conseguir que sean justos por medio de esa union misteriosa. La moral es una difusion de verdades. Contemplar conduce á obrar. Lo absoluto debe ser práctico. Lo ideal debe ser respirable, potable y comible para el espíritu humano. El ideal tiene derecho á decir: *Tomad, esta es mi carne*; *bebed, esta es mi sangre*. La sabiduría es una comunion sagrada, y con esta condicion cesa de ser amor estéril á la ciencia, para convertirse en el modo único y soberano de la union humana, y asciende de filosofía á religion.

La filosofía no debe ser un edificio construido sobre el misterio para mirarle más fácilmente, sin más resultado que una distraccion de la curiosidad.

Dejando para otra ocasion el desarrollo de nuestra idea, nos concretaremos á decir ahora que no comprendemos, ni al hombre como punto de partida, ni el progreso como fin, sin estas dos fuerzas motrices: creer y amar.

El progreso es el fin; el ideal es el tipo.

Qué es el ideal? Dios.

Ideal, absoluto, perfeccion, infinito, son palabras idénticas.

## VII.

### Precauciones que deben tomarse al condenar.

La historia y la filosofía tienen deberes eternos, pero que son al mismo tiempo deberes sencillos: combatir á Caifás, pontífice; á Dracon, juez; á Trimalcion, legislador; á Tiberio, emperador, es claro, directo, explícito, y no ofrece la menor duda. Mas el derecho de vivir aparte, hasta con sus inconvenientes y sus abusos, debe ser reconocido y respetado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, de esos lugares de error, pero de inocencia; de extravío, pero de buena voluntad; de ignorancia, pero de sacrificio, es preciso decir casi siempre sí y no.

Un convento es una contradiccion. Su objeto es la salvacion por medio del sacrificio; es el supremo egoismo que dá por resultado la suprema abnegacion.

El monaquismo parece que haya adoptado esta divisa: Abdicar para reinar.

En el claustro se padece para gozar más tarde. Se gira una letra de cámbio sobre la muerte; se descuenta en la noche terrenal la luz celeste; se acepta el infierno de antemano para conseguir la herencia del Paraiso.

La toma del velo ó del hábito es un suicidio que paga la eternidad.

Semejante objeto no debe ser materia de burla. Todo en él es sério, el bien y el mal.

El hombre debe fruncir el entrecejo, pero no sonreirse con sonrisa maligna. Comprendemos la cólera, pero no la malignidad.

## VIII.

### La fé, la ley.

Unas cuantas palabras para terminar esta materia. Vituperamos á la Iglesia cuando está saturada de intrigas, despreciamos lo espiritual cuando se opone á lo temporal, pero honramos en todas partes al hombre que medita.

Saludemos al que se arrodilla.

La fé es necesaria al hombre. ¡Desgraciado el que no cree!

No está desocupado el hombre cuando se extasía, porque existe el trabajo visible y el invisible.

Contemplar es trabajar; pensar es obrar. Los brazos cruzados trabajan, las manos juntas obran. La mirada que se dirige al cielo es un acto.

Thales permaneció cuatro años inmóvil y fundó la Filosofía.

Para nosotros, no son ociosos los cenobitas, ni los solitarios holgazanes.

Pensar en la sombra es cosa séria.

Sin debilitar en lo más mínimo lo que hemos dicho, creemos que conviene á los vivos acordarse perpétuamente de la tumba. En este punto están acordes el sacerdote y el filósofo. *Morir tenemos*, el abad de la Trapa replica á Horacio.

Impregnar la vida con la idea de la muerte es la ley del sábio y es tambien la ley del asceta: ambos converjen en este punto.

Queremos el mejoramiento material, pero tambien respetamos el perfeccionamiento moral. Las personas ligeras é irreflexivas preguntan:

—¿De qué sirven esas figuras inmóviles contemplando el misterio? ¿Qué hacen?

Ante la oscuridad que nos rodea y que nos espera más tarde, sin saber qué hará de nosotros la dispersion inmensa que nos aguarda, les contestamos:—Nada hay tan sublime como el trabajo de esas almas y quizás nada tan útil. Hace falta que haya quien rece por los que no rezan jamás. Para nosotros, toda la cuestion consiste en la cantidad de pensamiento que interviene en la oracion.

Leibnitz orando es grande; Voltaire adorando es magnífico. *Deo erexit Voltaire.*

Estamos en favor de la religion y en contra de las religiones.

Somos de los que creen en la miseria del rezo y en la sublimidad de la oracion.

Por lo demás, en el minuto que atravesamos, minuto que por fortuna no imprimirá su sello al siglo diez y nueve; en este momento en que tantos hombres humillan la frente y el alma, teniendo el placer por regla de moral, ocupándose solo de lo perecedero y deforme de la materia, el que voluntariamente se destierra del mundo nos parece venerable. El monasterio es un destierro eterno. Sacrificarse por error no deja de ser sacrificio. Tomar por deber un error austero, es cometer equivocacion magnánima.

Considerando el convento en sí mismo é idealmente para darle nuestra ojeada imparcial bajo todos sus aspectos, el convento de mujeres, sobre todo, tiene incontestablemente cierta majestad.

La existencia del claustro, tan austera y tan monótona, como ya lo indicamos anteriormente, no es la vida, porque no es la libertad; no es la tumba, porque no es la plenitud; es el lugar extraño desde el que se descubre, como desde la cima de un monte, á un lado el abismo en que vivimos y al otro lado el abismo en que caeremos; es la frontera estrecha y brumosa que separa dos mundos, alumbrada y oscurecida á un tiempo por los dos, en la que el rayo debilitado de la vida se confunde con el rayo sombrío de la muerte; es la penumbra de la tumba.

Nosotros, que no creemos lo que esas mujeres creen, pero que, como ellas, vivimos de la fé, no hemos podido pensar nunca sin cierto terror compasivo y religioso, sin envidiosa piedad, en la abnegacion de esas criaturas, trémulas y confiadas, en esas almas humildes y augustas que se atreven á vivir en las mismas orillas del misterio, esperando, entre el mundo, cerrado ya para ellas, y entre el cielo, que no se les ha abierto todavía, volviendo la cara á la claridad invisible, con el consuelo de tener la conviccion de saber dónde está, aspirando al abismo y á lo desconocido, con la vista fija en la oscuridad inmóvil, arrodilladas, en éxtasis, temblorosas y casi arrebatadas á ciertas horas por los soplos profundos de la eternidad.

# LIBRO OCTAVO.

## Los cementerios toman lo que se les dá.

### I.

#### De cómo se puede entrar en un convento.

En el convento cayó del cielo Juan Valjean, segun dijo Fauchelevent.

Saltó por la parte del jardin que formaba el ángulo de la calle Polonceau: el himno angélico que él sorprendió en medio del silencio de la noche era el canto de maitines de las monjas; la sala que entrevió en la oscuridad era la capilla; el fantasma tendido en el suelo era una religiosa en el acto de la reparacion; el cascabel, cuyo sonido le sorprendió extrañamente, era el que llevaba el jardinero sujeto á la rodilla.

Despues que acostaron á Cosette, Juan Valjean y el tio Fauchelevent habian cenado, como dijimos, pan y queso, rociado con una copa de vino al calor de agradable lumbre; la única cama que habia en la casucha la ocupaba Cosette, por lo que los dos hombres se echaron cada uno sobre un haz de paja. Juan Valjean, antes de cerrar los ojos, habia dicho al jardinero:

—Es indispensable que me quede aquí.

Estas palabras estuvieron dando vueltas toda la noche en el cerebro de Fauchelevent.

Pero ni uno ni otro pudieron conciliar el sueño. Juan Valjean, al ver que Javert le habia descubierto y perseguido, comprendia que tanto él como Cosette estaban perdidos si volvian á entrar en las calles de Paris. Ya que tuvo la suerte de ir á dar á un convento, debia quedarse allí. Para el desgraciado que se encuentra en su posicion, el convento era á la vez el refugio más peligroso y el más seguro: el más peligroso, porque no pudiendo entrar ningun hombre en el convento, al descubrirle le cogian en flagrante delito, y pasaria desde luego desde el monasterio á la cárcel; el refugio más seguro, porque si le admitian y permanecia allí, nadie iria á buscarle. Su salvacion consistia en habitar en un sitio inaccesible.

Fauchelevent por su parte se quebraba la cabeza y no comprendia lo que estaba sucediendo. ¿Cómo estaba allí el señor Magdalena, teniendo el jardin tan gigantescas cercas? Las paredes no se saltan. Cómo es que iba con una niña? Una pared vertical no se puede escalar con un niño en brazos. Quién era aquella niña? De dónde venian ambos? Desde que Fauchelevent entró en el convento no habia vuelto á oir hablar de Montreuil-sur-Mer y no sabia nada de lo que habia pasado. El señor Magdalena tenia un aspecto que impedia el que le preguntasen, y por otra parte, el jardinero se decia:—No se debe preguntar á un santo. Magdalena conservaba para él todo su prestigio. Solo por algunas palabras que se escaparon á Juan Valjean creyó poder deducir el tio Fauchelevent que el señor Magdalena habia quebrado y que le perseguian sus acreedores, ó que se habia comprometido en algun asunto político y que tenia que ocultarse: esto no le repugnaba al jardinero, que, como casi todos los campesinos del Norte de Francia, tenia un fondo bonapartista. Si trataba de ocultarse y habia buscado asilo en el convento, era natural que quisiera permanecer en él. Pero lo que no podia explicarse de ningun modo era cómo habia entrado allí el señor Magdalena y con la niña. Fauchelevent le veia, le tocaba, le estaba hablando y no lo creia. Lo incomprensible se habia introducido en la cabaña del jardinero, que andaba á tientas entre mil suposiciones, y solo veia con claridad que el señor Magdalena le habia salvado la vida. Esta única certidumbre le bastaba y era para él razon suficiente.—El señor Magdalena no deliberó tanto para sacarme de bajo de la carreta, se dijo. Decidió, pues, salvar al ex-alcalde de Montreil-sur-Mer.

Esto no fué obstáculo para que se hiciese algunas preguntas y se las contestase á sí mismo del modo siguiente:—Habiendo hecho por mí lo que hizo, ¿si fuese un ladron le salvaria? Sin duda alguna. Si fuese un asesino le salvaria? Tambien. Si fuese como es un santo? Le salvaré todavía con mayor satisfaccion.

La dificultad estaba en ver el modo de que pudiese permanecer en el convento. Ante esta tentativa, casi irrealizable, no retrocedió Fauchelevent, que era un pobre aldeano picardo, sin otros medios que su abnegacion y su buena voluntad y su astucia de campesino, puesta esta vez al servicio de una intencion generosa, con los que se propuso escalar las imposibilidades del claustro y las duras asperezas de la regla de San Benito. El

tio Fauchelevent, que fué egoista toda su vida, viejo ya, cojo, enfermo, sin vínculo alguno en el mundo, encontró que era sumamente grato el ser agradecido; y al ver que podia realizar una accion virtuosa, se apoderó de ella, como el hombre que en los últimos años de su vida encontrase á mano un vaso de exquisito vino que nunca hubiera probado y le bebiese con avidez. Debemos añadir que el aire que respiraba en el convento hacia ya muchos años habia destruido su personalidad y concluyó por hacerle desear la realizacion de una buena accion cualquiera.

Tomó, pues, la resolucion de sacrificarse por el señor Magdalena.

Acabamos de clasificarle de *pobre aldeano picardo*. La calificacion es justa, pero es incompleta. Al punto á que llegamos de esta historia será útil dar alguna idea filosófica del tio Fauchelevent. Era aldeano, pero habia sido curial, lo que añadia la trapacería á la astucia y la penetracion á la sencillez. Habiendo salido de mal modo de su destino por diversas causas, pasó de curial á pequeño industrial y luego á carretero. Tenia bastante talento natural, pronunciaba bien las palabras, sostenia cualquier conversacion, cosa rara entre los labriegos, y sus paisanos decian de él: Habla como un señor de levita. En efecto, Fauchelevent pertenecia á esa clase que el vocabulario impertinente y superficial del siglo pasado llamaba entre *merced* y *villano*.

Fauchelevent, aunque experimentado y trabajado por la suerte, espíritu gastado, que enseñaba ya la trama, era, sin embargo, hombre capaz de un primer movimiento expontáneo; cualidad preciosa, que impide que el hombre sea malo. Sus defectos y sus vicios, porque los habia tenido, eran superficiales; pero su fisonomía era simpática al que le veia. Su rostro, aunque viejo, no le cruzaba en lo alto de la frente ninguna de esas arrugas que indican maldad ó estupidez.

Al amanecer, despues de meditar bastante tiempo, el tio Fauchelevent abrió los ojos y vió que el señor Magdalena, sentado sobre el haz de paja, contemplaba cómo Cosette dormia.

El jardinero se incorporó y preguntó al ex-alcalde:

—Ahora que estais ya aquí, ¿cómo os lo vais á componer para entrar?

Estas palabras resumian el problema y sacaron de su meditacion á Juan Valjean.

Ambos celebraron una especie de consejo.

—Desde luego, dijo Fauchelevent, habeis de empezar por no salir de aquí ni vos ni la niña. Dar un paso por el jardin nos perderia.

—Es verdad.

—Señor Magdalena, repuso el jardinero, habeis llegado en momento oportuno. Tenemos una monja muy enferma y por eso no habrá ninguna en mucho tiempo que venga por este lado. Parece que se vá á morir: están rezando las Cuarenta-Horas; toda la comunidad está entristecida y no piensa más que en ocuparse de ella. La que vá á morir es una santa: esto no es extraño, porque aquí todos lo somos; no hay más diferencia entre ellas y yo, que ellas dicen: nuestra celda, y que yo digo: mi tabuco. Ahora van á rezar la oracion de los agonizantes y despues la de los muertos. Por hoy podemos estar tranquilos aquí, pero no respondo de lo que sucederá mañana.

—Sin embargo, observó Juan Valjean, esta casucha está arrinconada á la pared, está oculta por esas ruinas y por esos árboles y no se vé desde el convento.

—Y aun añado yo que las monjas no se acercan aquí nunca.

—Pues entonces...

Este "pues entonces„ significaba: Podemos permanecer aquí ocultos. A lo cual respondió el jardinero:

—Pero es que no sucede eso con las niñas.

—Qué niñas? preguntó Juan Valjean.

Cuando Fauchelevent abria la boca para explicar la palabra que acababa de decir, se oyó una campanada.

—La religiosa ha muerto! exclamó. Ese es el toque que lo anuncia.

Hizo señal á Juan Valjean de que escuchara.

Se oyó otra campanada.

—Ese es el toque, señor Magdalena. La campana sonará así de minuto en minuto veinticuatro horas, hasta que saquen el cuerpo de la iglesia. En cuanto á las niñas, debeis comprender que han de jugar. En las horas de recreo hay pelotas que llegan hasta aquí, á pesar de las prohibiciones. Son diablos esos querubines.

—De quién hablais?

—De las niñas. Os descubririan en seguida y correrian gritando:—¡Aquí hay un hombre! ¡aquí hay un hombre!...

Pero por hoy no hay cuidado, porque no habrá hora de recreo. Consumirán el dia rezando. Oís? Dá una campanada á cada minuto, como os dije.

—Comprendo; es que aquí hay colegialas.

Juan Valjean pensó para sí:—Aquí educarán á Cosette.

—Ya lo creo que hay colegialas! ¡Y que gritarian poco al veros!... Huirian como liebres asustadas. Aquí ser hombre es lo mismo que estar atacado de la peste. Ya veis que á mí me hacen llevar un cascabel.

Juan Valjean meditaba cada vez más ensimismado.

—Este convento nos salvará, murmuró entre dientes. Despues, levantando la voz, dijo:

—Pero lo difícil es permanecer aquí.

—No, contestó Fauchelevent; lo difícil es salir.

Juan Valjean sentia que le afluia toda la sangre al corazon, y exclamó:

—Salir!

—Sí, señor Magdalena; para volver á entrar es preciso que salgais. No deben encontraros aquí sin haberos visto entrar; porque, de dónde venís?... Para mí habeis caido del cielo, porque os conozco y sé quién sois; pero para las monjas es preciso que el que venga aquí entre por la puerta.

Oyóse en este momento un toque bastante complicado, en el que intervenia otra campana.

—Ah! dijo el jardinero; llaman á capítulo á las madres vocales. Siempre que muere alguna de ellas celebran capítulo. Ha muerto al amanecer, que es la hora en que se suele morir. Pero... ¿no podeis salir por donde habeis entrado? Veamos, y no os lo retraigo por preguntar: ¿por dónde habeis entrado?

Juan Valjean palideció. Solo la idea de volver á aquella terrible calle le hacia temblar. Salid de un bosque lleno de tigres, y estando ya fuera de él, pensad qué efecto os haria el consejo de un amigo que os invitara á volver á entrar en el bosque. Juan Valjean se imaginaba ver á la policía registrando el barrio, agentes espiando, centinelas en todas partes, horribles garras amenazando su cuello, y á Javert en el extremo de la encrucijada.

—Imposible! contestó; suponed que he caido del cielo.

—Sí... lo supongo, le dijo Fauchelevent; Dios os habrá cogido con las manos para miraros de cerca y despues os habrá soltado. Pero querria llevaros á un convento de hombres y os dejó caer aquí por equivocacion. Ese toque que ahora se oye es para decir al portero que prevenga á la municipalidad, para que ésta avise al médico de los muertos y que venga á ver el cadáver. Estas son las ceremonias de costumbre, pero á las religiosas las disgustan esas visitas. Los médicos no creen en nada. ¡Qué prisa tienen esta vez de llamarle! ¿Por qué será?... Vuestra niña duerme. ¿Cómo se llama?

—Cosette.

—Es hija vuestra, ó sois su abuelo?

—Sí.

—Pues á ella le será fácil salir de aquí. Hay una puerta de servicio que dá al patio. Llamo: el portero abre: llevo mi cesto á la espalda y dentro de él á la niña, y salgo. La advertireis que no se mueva ni tosa. Despues la deposito el tiempo que sea menester en casa de una frutera amiga mia, vieja y sorda. La gritaré al oido para decirla que es una sobrina mia, que me la guarde hasta mañana, y luego la niña entra aquí con vos, porque yo os facilitaré la entrada. Pero vos, cómo saldreis?

Juan Valjean movió la cabeza.

—Todo consiste en que nadie me vea. Ved si podeis proporcionarme como á Cosette un cesto con tapa, donde pueda meterme.

Fauchelevent se rascó el pezon de la oreja con el dedo del medio de la mano izquierda, signo evidente de apuro grave.

Se oyó un tercer toque.

—Ese toque indica que se vá el médico de los muertos. Habrá mirado el cuerpo de la monja, habrá dicho. Está muerta, y terminó su funcion. En cuanto el médico dá el pasaporte para el paraiso, la Administracion de pompas fúnebres envia un ataud. Si murió una madre, la amortajan las madres; si es una hermana, las hermanas, y despues clavo yo la caja. Esto está incluido en mis obligaciones de jardinero, porque el jardinero de aquí tiene algo de sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia, que dá á la calle, en la que no puede entrar más hombre que el médico de los muertos, porque no cuento como á hombres á los sepultureros ni á mí. En esa sala es donde clavo el ataud. Los sepultureros vienen por ella. Trajeron una caja vacía y la sacan llena. Hé aquí cómo se entierran las monjas.

Un rayo horizontal de sol iluminaba el rostro de Cosette dormida, que entre-

abria vagamente la boca y parecia un ángel bebiendo la luz. Juan Valjean la contemplaba, sin escuchar ya á Fauchelevent. No ser escuchado no es una razon para callar. El jardinero continuó pacíficamente charlando:

—Abren la fosa en el cementerio Vaugirard, que, segun dicen, van á suprimirlo. Es un cementerio muy antiguo, que está fuera de los reglamentos, que no tiene uniforme y que vá á tomar el retiro. Es lástima, porque es muy cómodo. Allí está mi amigo el tio Mestienne, que es enterrador. Las monjas de este convento gozan del privilegio de ser enterradas al anochecer. Hay un decreto de la Prefectura extendido exprofeso para ellas. Cuántos acontecimientos desde ayer!... Ha muerto la madre Crucifixion. El señor Magdalena...

—Está enterrado, interrumpió diciendo Juan Valjean y sonriéndose.

Fauchelevent dió un salto al oir esta palabra.

—Diablo! realmente si os quedais aquí es como si os enterrasen.

En este momento se oyó un cuarto toque. Fauchelevent tomó con precipitacion del clavo la rodillera con el cascabel y se la puso en la pierna.

—Esta vez es el toque para mí. Me llama la madre priora. Señor Magdalena, no os movais de aquí y esperadme. Si teneis hambre, ahí encontrareis pan, vino y queso.

Salió de la casucha diciendo:

—Ya voy!... ya voy!...

Juan Valjean le vió atravesar el jardin tan de prisa como le permitia su pierna torcida, y mirando de soslayo al paso el melonar.

Diez minutos despues el tio Fauchelevent, cuyo cascabel hacia huir á las monjas, llamaba suavemente á una puerta, y una voz sonora le respondia:

—*Por siempre, por siempre*; es decir *entrad*.

Aquella puerta era la del locutorio, reservado al jardinero para las necesidades del servicio. El locutorio estaba contiguo á la sala del Capítulo. La priora, sentada en la única silla que allí habia, esperaba á Fauchelevent.

## II.

### Fauchelevent ante la dificultad.

Tener el aspecto agitado y grave es propio, en las ocasiones críticas, de ciertos caractéres y de ciertas profesiones, sobre todo es peculiar á los sacerdotes y á las religiosas. En el momento en que entró el jardinero en el locutorio, tenia impresa en la fisonomía esa doble señal de la preocupacion la priora, que era la alegre erudita señorita de Blemeur en el mundo y la madre Inocente en el claustro.

El jardinero saludó tímidamente y se quedó parado en el umbral de la puerta. La priora, que pasaba las cuentas del rosario, levantó la vista y dijo:

—Ah! sois vos, señor Fauvent?

Tal era la abreviacion del apellido del jardinero que habian adoptado en el convento.

—Os hice llamar.

—Aquí me teneis ya, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Yo tambien, contestó el jardinero, asustado de su propia audacia. Tambien tengo que decir algo á la reverendísima madre.

La priora le miró.

—Ah! teneis algo que comunicarme?

—He de haceros una súplica.

—Pues bien, hablad.

El buen hombre, el ex-curial, pertenecia á la categoría de los aldeanos que tienen mucho aplomo. Cierta hábil ignorancia es una fuerza; no se desconfia de ella y engaña. En poco más de dos años que Fauchelevent estaba en el convento, se habia captado el afecto de la comunidad. Siempre solitario y poniendo sus cinco sentidos en el jardin, no tenia en realidad otro quehacer que ser curioso. A la distancia que se encontraba siempre de todas aquellas mujeres, que iban y venian cubiertas con el velo, no podia ver ante sí más que una agitacion de sombras. A fuerza de atencion y de penetracion habia llegado á rellenar de carne aquellos fantasmas, y las muertas vivian para él. Era como un sordo cuya vista crece y como un ciego cuyo oido se aguza. Se dedicó á conocer la significacion de los diferentes toques de las campanas y lo habia conseguido; de modo que aquel claustro enigmático y taciturno no tenia nada oculto para él; la esfinge le charlaba al oido todos sus secretos. Fauchelevent, sabiéndolo todo, ocultaba que lo sabia. Este era su arte. Todos en el convento le creian estúpido, que es un gran mérito en religion.

Las madres vocales hacian caso del jardinero. A pesar de ser curioso era mudo, porque así inspiraba confianza. Además hacia las cosas con regularidad,

y solo salia de casa cuando lo exigian las necesidades del jardin. La discrecion de sus salidas se le tenia muy en cuenta. Habia conseguido hacer charlar á dos hombres: en el convento al portero, por el que sabia las particularidades del locutorio, y en el cementerio al enterrador, por cuyo medio sabia las particularidades de la sepultura; de ese modo sabia con respecto á las religiosas dos clases de noticias: una sobre la vida y otra sobre la muerte de ellas. Pero no abusaba de nada y por eso la congregacion le estimaba. Por sus buenas cualidades de viejo, de cojo, de casi ciego y de casi sordo, difícilmente podia ser reemplazado.

El buen hombre, con el aplomo que dá el ser estimados, entabló frente á frente de la reverenda priora un discurso campesino muy difuso y muy profundo. Habló largamente de su edad, de sus enfermedades, del peso de los años, contándolos dobles; de las crecientes exigencias del trabajo, de la extension del jardin, de las noches que pasaba, como por ejemplo la última, en la que tuvo que cubrir con esteras los melones para evitar el efecto de la luna, y concluyó por decir que tenia un hermano (la priora hizo un movimiento), un hermano de edad madura (segundo movimiento de la priora, pero éste de tranquilidad), que si se le permitia podria venir á vivir con él y á ayudarle; que era excelente jardinero; que la comunidad podria aprovecharse de sus buenos servicios, más útiles que los suyos; que si no se admitia á su hermano, él, que era el mayor y estaba ya cascado é inútil para el trabajo, contra su voluntad quizá, se veria obligado á marcharse; que su hermano tenia una niña, que llevaria allí, que educaria en la casa de Dios, y quizás, quizás, llegaria un dia á ser monja.

Cuando el jardinero terminó de hablar, la priora suspendió el pasar las cuentas del rosario y le preguntó:

—¿Podríais procuraros de aquí á la noche una barra fuerte de hierro?

—Para qué objeto?

—Para que sirva de palanca.

—Sí, reverenda madre, respondió Fauchelevent.

La priora, sin añadir una palabra más, se levantó y entró en la habitacion contigua, que era la sala del Capítulo, donde probablemente estaban reunidas las madres vocales.

El jardinero se quedó solo.

## III.

### La madre Inocente.

Transcurrió próximamente un cuarto de hora. La priora volvió y ocupó su silla.

Los dos interlocutores estaban preocupados. Estereotiparemos como mejor podamos el diálogo que entre ellos se entabló.

—Tio Fauvent!

—Reverenda madre!...

—Conoceis bien la capilla?

—Sí, porque tengo en ella una especie de nicho para asistir á la misa y á los oficios.

—¿Habeis entrado alguna vez á hacer alguna obra en el coro?

—Dos ó tres veces.

—Se trata de levantar una losa.

—Pesada?

—La losa del suelo que está junto al altar.

—La que cierra la bóveda?

—Sí.

—Es un trabajo para el que se necesitarán dos hombres.

—La madre Ascension, que es fuerte como un hombre, os ayudará.

—Una mujer nunca es un hombre.

—Pues solo puede ayudaros una mujer: porque Mobillon incluya cuatrocientas diez y siete epístolas de San Bernardo y Merlonius Horstius no más que trescientas sesenta y siete, yo no desprecio á Merlonius Horstius.

—Ni yo tampoco.

—El mérito consiste en que cada uno trabaje segun sus fuerzas. El claustro no es un taller.

—Ni una mujer es un hombre. ¡Mi hermano sí que es fuerte!...

—Además tendreis una palanca.

—Es la única llave posible para semejantes puertas.

—La losa tiene un anillo.

—Pasaré por él la palanca.

—La piedra está colocada de modo que puede girar.

—Está bien, reverenda madre, abriré la bóveda.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—Y cuando esté abierta la cueva?

—Será preciso volverla á cerrar.

—Nada más?

—Sí, queda algo que hacer.

—Dadme vuestras órdenes, reverenda madre.

—Fauvent, tenemos la confianza depositada en vos.

—Estoy aquí para obedeceros.

—Y para guardar el secreto.

—Sí, reverenda madre.

—Cuando esté abierta la bóveda...

—La volveré á cerrar.

—Pero antes...

—Qué, reverenda madre?

—Es preciso bajar á la cueva algo.

Hubo una pausa en el diálogo. La priora, despues de hacer un gesto con el labio inferior, como titubeando, rompió el silencio:

—Tio Fauvent!

—Reverenda madre!

—¿Sabeis que ha muerto una madre esta madrugada?

—No.

—No habeis oido la campana?

—Desde mi casucha no se oye nada.

—De veras?

—Apenas oigo mi toque.

—Ha muerto al romper el dia.

—Además, esta mañana tenia el viento contrario.

—Murió la madre Crucifixion, que era una bienaventurada.

La priora dejó de hablar, movió durante algunos minutos los labios, como si hiciese oracion mental, y luego continuó:

—Hace tres años, solo por haber visto rezar á la madre Crucifixion la señora de Beltune, que era jansenista, se convirtió en ortodoxa.

—Ahora sí que oigo el toque, reverenda madre.

—Las madres la han llevado al depósito de muertos que dá á la iglesia.

—Ya sé dónde es.

—Ningun hombre más que vos puede y debe entrar en el depósito. Vigilad bien. ¡Tendria que ver que entrase un hombre en el depósito de los muertos!

—Con más frecuencia.

—Eh?

—Con más frecuencia.

—Qué decís?

—Digo que con más frecuencia.

—Con más frecuencia quién?

—Reverenda madre, no digo con más frecuencia quién, sino con más frecuencia.

—No comprendo, pues, por qué decís con más frecuencia.

—Por decir lo mismo que vos, reverenda madre.

—Yo no he dicho con más frecuencia.

—No lo dijísteis, pero yo lo dije por vos.

En este momento dieron las nueve.

—A las nueve de la mañana y á todas horas, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar, dijo la priora.

—Amén, contestó el jardinero.

La hora dió oportunamente para cortar el enredo del *con más frecuencia*, que es probable que sin esta interrupcion, ni la madre Inocente ni Fauchelevent hubieran podido desenredar la madeja.

El jardinero se enjugó la frente.

—Hizo en vida muchas conversiones la madre Crucifixion: despues de muerta probablemente hará milagros.

—Los hará! contestó Fauchelevent, poniendo los piés en firme para no volver á tropezar.

—La comunidad ha sido bendecida en la muerte de la madre Crucifixion. No todo el mundo consigue morir como el cardenal de Berulle celebrando la Santa Misa y exhalar el alma hasta Dios pronunciando estas palabras: *Hanc igitur oblationem*; pero sin conseguir tanta dicha, la madre Crucifixion ha tenido una muerte envidiable. Conservó el conocimiento hasta su último instante. Empezó hablando con nosotras y terminó hablando con los ángeles. Nos ha dado sus últimas órdenes. Si tuviérais más fé y hubiérais estado en su celda, os hubiera curado la pierna solo tocándola. Se sonreia pensando que iba á resucitar en Dios. Su muerte ha sido como una gloria.

—Amén, contestó el jardinero, creyendo que la priora concluia una oracion.

—Tio Fauchelevent, es preciso cumplir la última voluntad de los moribundos.

La priora pasó algunas cuentas del rosario. El jardinero callaba. Ella prosiguió:

—He consultado sobre este punto con muchos eclesiásticos que cultivan la viña del Señor, que se ocupan en el ejercicio de la vida clerical y que recogen admirables frutos.

—Reverenda madre, desde aquí se oyen las campanas mucho mejor que desde el jardin.

—Además, la muerta es una santa.

—Como vos, reverenda madre.

—Se acostaba en el ataud hacia ya más de veinte años, con licencia expresa del Santo Padre Pio VII.

—El que coronó al em... á Bonaparte.

Era indiscreto este recuerdo, traido por un hombre tan hábil como Fauchelevent; afortunadamente la priora, preocupada con su idea fija, no lo oyó.

—Tio Fauvent! le dijo.

—Reverenda madre!

—San Diodoro, arzobispo de Capadocia, quiso que en su sepultura solo se escribiese esta palabra: *Acarus*, que significa gusano, y así se hizo. ¿No es verdad?

—Sí, reverenda madre.

—El bienaventurado Mezzocane, obispo de Aquila, quiso ser inhumado bajo la horca, y así se hizo.

—Es verdad.

—San Terencio, obispo de Porto, en la embocadura del Tíber en el mar, pidió que se grabase en su sepulcro el signo que se ponia en la sepultura de los parricidas, con la idea de que los transeuntes escupiesen su tumba. Y así se hizo, porque es necesario obedecer á los muertos.

—Amén.

—El cuerpo de Bernardo Guidomis, hijo de Francia, como él dispuso y á pesar de la oposicion del rey de Castilla, fué trasladado á la iglesia de los Dominicos de Limoges, á pesar de haber sido Bernardo Guidomis obispo de Tuy en España. ¿Puede probarse lo contrario?

—No, reverenda madre.

—Atestigua este hecho Plantavit de la Fosse.

La priora volvió á pasar silenciosamente algunas cuentas del rosario, y despues repuso:

—La madre Crucifixion será enterrada en el ataud en que ha dormido veinte años.

—Es justo.

—Como si continuase su sueño.

—¿La encerraré en ese ataud y despues lo clavaré?

—Sí.

—¿Prescindiremos de la caja de las pompas fúnebres?

—Precisamente.

—Estoy á las órdenes de la reverendísima comunidad.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—Para clavar el ataud no las necesito.

—No, os ayudarán á bajarla.

—A dónde?

—A la cripta.

—Qué cripta?

—Debajo del altar.

Fauchelevent dió un brinco.

—Hay que enterrarla bajo el altar?

—Sí.

—Pero...

—Llevareis una barra de hierro.

—Sí, pero...

—Levantareis la losa metiendo la barra en el anillo.

—Pero...

—Es preciso cumplir la voluntad de los que mueren. El deseo supremo de la madre Crucifixion es ser enterrada en la cripta, debajo del altar de la capilla, no ir á parar á tierra profana, y habitar muerta en el sitio donde rezó cuando vivia. Así nos lo ha pedido, es decir, nos lo ha mandado.

—Pero eso está prohibido.

—Lo prohiben los hombres, pero lo ordena Dios.

—Si lo llegan á averiguar...

—Nos inspirais mucha confianza.

—Oh! yo soy mudo como las tapias del convento.

—Está reunido el capítulo. Acabo de consultar con las madres vocales, que aun están deliberando, y han decidido que la madre Crucifixion sea enterrada en su ataud, debajo del altar, cumpliendo de este modo su voluntad. Figuraos que llegue á hacer milagros aquí. ¡Qué gloria para la comunidad! Los milagros salen de los sepulcros.

—Pero, reverenda madre, si el inspector de la comision de Salubridad..

—San Benedicto II, en materia de sepulturas, se opuso á Constantino Pogonato.

—Sin embargo, el comisario de policía...

—Chonodemaire, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias durante el imperio de Constantino, reconoció expresamente el derecho que asiste á los religiosos á ser enterrados en religion, esto es, debajo del altar.

—Pero el inspector de la Prefectura...

—El mundo nada vale ante la Cruz. Martin undécimo, general de los cartujos, dió á su órden esta divisa: *Stat crux dum volvitur orbis.*

—Amén, contestó Fauvent, que seguia imperturbablemente su costumbre de esquivar la cuestion siempre que oia hablar en latin.

El que ha callado durante mucho tiempo necesita un auditorio cualquiera. Cuando el retórico Gymnastoras salió de la cárcel, llevando dentro del cuerpo muchos dilemas y silogismos trasnochados, se puso ante el primer árbol que encontró al paso, le arengó é hizo grandes esfuerzos para convencerle.

La priora, habitualmente condenada al silencio, estaba demasiado llena de

ideas; se levantó y exclamó, con la afluencia de una compuerta que se levanta:

—A la derecha tengo á Benito y á la izquierda á Bernardo; ¿quién es Bernardo? El primer abad de Clairvaux, Fontaines, en Borgoña; es un pais bendito solo porque le vió nacer. Su padre se llamaba Tecelino y su madre Alche. Principió en el Císter para llegar á Clairvaux. Le ordenó de abad el obispo de Chalon-sur-Saone, Guillermo de Champeaux. Tuvo setecientos novicios y fundó ciento sesenta monasterios; hundió á Abelardo en el Concilio de Sens, en 1140; á Pedro de Bruys y á Enrique su discípulo, y á otra secta de extraviados que se llamaban apostólicos; confundió á Arnaldo de Brescia; hizo sucumbir al monje Raul, matador de judíos; dominó en 1148 el Concilio de Reims; hizo condenar á Gilberto de la Porée, obispo de Poitiers, y á Eon de la Estrella; arregló las diferencias de los príncipes; ilustró al rey Luis el Jóven; aconsejó al papa Eugenio III; reglamentó el Temple; predicó la Cruzada; hizo doscientos cincuenta milagros en vida, treinta y nueve en un dia solo.—Quién es Benito? El patriarca de Monte-Casino, el segundo fundador de la santidad claustral, el Basilio del Occidente. De su órden han salido cuarenta Papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuatro emperadores, doce emperatrices, cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados, y su órden subsiste aun despues de cuatro mil cuatrocientos años. ¡A una parte tenemos á San Bernardo y á la otra el agente de la Salubridad pública! ¡A una parte tenemos á San Benito y á la otra el inspector de las calles! El Estado, la policía urbana, las pompas fúnebres, los bandos; ¿qué tenemos que ver con todo eso? Indigna ver cómo se nos trata. Ni aun nos dejan el derecho de entregar nuestros cadáveres á Jesucristo. El descubrimiento de la salubridad pública es una invencion revolucionaria; es subordinar Dios al comisario de policía. Este es el siglo! Silencio, Fauvent.

El jardinero no se encontraba bien teniendo que sufrir semejante ducha. La priora continuó:

—El derecho del monasterio á la sepultura no debe ser dudoso para nadie. Solo pueden negarle los fanáticos ó los extraviados. Vivimos en tiempos de horrible confusion. Se ignora lo que se debia saber y se sabe lo que se debiera ignorar. Nos dominan la ignorancia y la impiedad. Hay en esta época gentes que no saben distinguir al grandísimo San Bernardo del Bernardo que se llamaba de los pobres católicos, y era un infeliz eclesiástico que vivia en el siglo trece. Hay quien blasfema hasta el extremo de comparar el cadalso de Luis XVI con la cruz de Jesucristo; Luis XVI no era más que un rey. No encolericeis á Dios. No hay ya nada justo ni injusto. Conocen el nombre de Voltaire y no saben quién era César de Bus, y sin embargo, es un bienaventurado César de Bus y un desventurado Voltaire. El cardenal de Perigord no sabia que Cárlos de Gondreu sucedió á Berrulle y Francisco Bourgoin á Gondreu, y Juan Francisco Senault á Bourgoin y el padre Santa-Marta á Juan Francisco Senault. Se conoce al padre Coton, no porque haya sido uno de los tres que contribuyeron á la fundacion del Oratorio, sino porque fué el motivo para que pronunciara sus juramentos el rey hugonote Enrique IV. Lo que dá pié para que sea grato á las gentes del siglo San Francisco de Sales es que sabia hacer juegos de manos. Se ataca tambien á la religion; por qué? Porque han existido malos sacerdotes; porque Sagitario, obispo de Gap, era hermano de Salone, obispo de Embrum, y ambos siguieron á Mommol. ¿Y qué importa eso? Eso no impidió que Martin de Tours fuese un santo y diese á un pobre la mitad de su capa. Persiguen á los santos. Se cierran los ojos á la verdad. Los animales más feroces son los animales ciegos. Nadie piensa en que existe el infierno. Para el pícaro pueblo, rey significa revolucion. Ya no se sabe lo que se debe á los vivos y á los muertos. Está prohibido morir santamente. El sepulcro es un asunto civil. Esto causa horror. San Leon X. escribió dos cartas, una á Pedro Notario y otra al rey de los visigodos, para combatir y rechazar, en todas las cuestiones que hacen referencia á los muertos, la autoridad del exarca y la supremacía del emperador. Gautier, obispo de Chalons, se opuso en esta cuestion al duque de Borgoña. La antigua magistratura estaba conforme con esto. En otros tiempos teníamos voz en el Capítulo hasta para los asuntos del siglo. El abad del Císter, general de la órden, era consejero nato del Parlamento de Borgoña. Enterrábamos nuestros cadáveres donde queríamos. El cuerpo del mismo San Benito está en Francia, en la aba-

día de Henrig, llamada de San Benito del Loira, aunque murió en Italia, en Monte-Casino, el 21 de Marzo del año 543. Todo esto es incontestable. Aborrezco á los herejes, pero aun aborreceria más al que me sostuviera lo contrario. Basta leer, para convencerse de lo que digo, á Arnoldo Wion, á Gabriel Bucelin, á Tritemio, á Maurólico y á Lucas de Achery.

La priora concluyó su interminable parlamento; respiró cortos instantes, y volviéndose luego al jardinero, le preguntó:

—Conque estamos de acuerdo?

—Sí, reverenda madre.

—¿Puedo contar con vuestra obediencia?

—Obedeceré.

—Está bien.

—Estoy enteramente consagrado al convento.

—Pues no se hable más. Cerrareis el ataud. Las hermanas lo llevarán á la capilla; rezarán el oficio de difuntos y despues se volverán al claustro. A las once y media vendreis con la barra de hierro. Todo se ejecutará con gran secreto. En la capilla solo entrarán las cuatro madres cantoras, la madre Ascension y vos.

—Y la monja que está en el poste?

—No volverá la cabeza.

—Pero oirá.

—No escuchará. Además, lo que sabe el claustro lo ignora el mundo.

Hubo una pausa; la priora continuó:

—Os quitareis el cascabel. La monja que esté en el poste no debe enterarse de que habeis entrado allí.

—Reverenda madre!

—Qué se os ocurre?

—¿Hizo ya la visita el médico de los muertos?

—La hará hoy á las cuatro. Ya ha sonado el toque que manda llamarle. Pero, qué no oís ningun toque?

—Solo hago caso del mio.

—Muy bien hecho.

—Reverenda madre, se necesita una palanca de seis piés lo menos.

—De dónde la sacareis?

—Donde hay rejas nunca faltan barras de hierro. Tengo un monton de ellas en un rincon del jardin.

—Habeis de acudir antes que sea media noche: no lo olvideis.

—Reverenda madre!

—Qué?

—Si necesitais alguna vez algun trabajo como este, mi hermano tiene una fuerza colosal.

—Ejecutadlo todo con presteza.

—No puedo apresurarme. Estoy tan delicado que me serviria mucho un auxiliar. Cojeo.

—Ser cojo no es una desgracia; es quizás una bendicion. El emperador Enrique II, que combatió al anti-papa Gregorio y que restableció en la Santa Sede á Benedicto VIII, tiene dos sobrenombres: se llama el Santo y el Cojo.

—Bueno es tener dos sobretodos, murmuró Fauchelevent, que era algo duro de oido.

—Estoy pensando en que de ese modo debemos tomarnos una hora entera, y no será demasiado. Estareis á las once al lado del altar mayor con la barra de hierro. El oficio empezará á media noche, y es preciso que se ejecute todo un cuarto de hora antes.

—Pues bien; así quedamos. Clavaré el ataud y á las once en punto estaré en la capilla. Me esperarán ya allí las madres cantoras y la madre Ascension. Dos hombres seria mejor; pero en fin, no importa: llevaré la palanca. Abriremos la bóveda, bajaremos el ataud y volveremos á cerrarla. No dejaremos rastro alguno. El Gobierno ni lo sospechará. Queda de ese modo arreglado todo?

—No.

—Pues qué falta?

—Falta el ataud vacío.

Hubo otra pausa. Fauchelevent meditaba y la priora tambien.

—Tio Fauvent, qué haremos del ataud?

—Lo enterraremos.

—Vacío?

Otra pausa. El jardinero hizo con la mano izquierda ese movimiento que parece que dá por terminada una cuestion enfadosa.

—Reverenda madre; yo soy el que he de clavar el ataud en el depósito de la iglesia; nadie puede entrar allí más que yo, que le cubriré con el paño mortuorio.

—Sí; pero los que le lleven al carromato y lo bajen en la fosa conocerán por el peso que no hay nada dentro.

—Ah, *dia*...! exclamó Fauchelevent.

La priora empezó á santiguarse y miró fijamente al jardinero. El *blo* se le quedó en la garganta. Se apresuró á encontrar un expediente para hacerla olvidar su juramento.

—Reverenda madre, llenaré de tierra el ataud y parecerá que lleva un cuerpo dentro.

—Teneis razon. La tierra y el hombre

son una misma cosa. ¿De modo que arreglareis el ataud vacío?

—Sí; eso corre de mi cuenta.

La fisonomía de la priora, que estaba hasta entonces turbada y sombría, se serenó. Hizo al jardinero la seña del superior que despide al inferior, y éste se dirigió á la puerta para salir. Entonces la priora levantó suavemente la voz y le dijo:

—Estoy satisfecha de vos. Mañana, despues del entierro, presentadme á vuestro hermano y que venga acompañado de la niña.

## IV.

### De como Juan Valjean parece que haya leido á Agustin Castillejo.

Los pasos del cojo son como las miradas del tuerto, no llegan pronto al sitio que se dirigen. Además, Fauchelevent estaba perplejo. Empleó cerca de un cuarto de hora en llegar á la casucha del jardin. Cosette estaba despierta. Juan Valjean la habia sentado cerca de la lumbre, y cuando entró el jardinero le estaba enseñando la cesta de éste, que estaba colgada á la pared, y le decia:

—Escúchame bien, Cosette. Es preciso que salgamos de aquí, pero volveremos y estaremos aquí muy bien. El amigo que aquí vive te llevará á cuestas dentro de esa cesta. Tú me esperarás en casa de una señora, adonde yo iré á buscarte. Pero si no quieres que te atrape la Thenardier, obedece y no digas ni una palabra.

Cosette contestó afirmativamente, haciendo un grave movimiento de cabeza.

Al ruido que hizo Fauchelevent al abrir la puerta, volvió la cabeza Juan Valjean y le preguntó:

—Y qué?

—Todo está arreglado y no lo está. Conseguí el permiso para que entreis, pero antes es preciso haceros salir. Aquí es donde se atasca la carreta. En cuanto á la niña, es muy fácil.

—La llevareis en el cesto?

—Se callará?

—Sí, yo respondo.

—Pero y vos, señor Magdalena?

Despues de un silencio lleno de ansiedad, exclamó:

—¡Qué diablo, salid por donde habeis entrado!

Juan Valjean se limitó á contestar como la primera vez:

—Imposible!

Fauchelevent, hablando consigo mismo más que con Juan Valjean, murmuró:

—Hay otra cosa que me atormenta. He dicho que llenaré de tierra el ataud, y ahora estoy pensando que llevando tierra no van á creer que llevan un cadáver, porque ésta se moverá y se correrá y los hombres lo conocerán. Ya comprendeis, señor Magdalena, que esto puede llegar á oidos del Gobierno.

Juan Valjean le miró con fijeza, creyendo que deliraba.

Fauchelevent continuó:

—Cómo vais á salir? ¡Y es preciso que sea de hoy á mañana! Mañana os he de presentar á la priora: así hemos quedado.

Entonces explicó á Juan Valjean que habia conseguido eso como recompensa por un servicio que iba á prestar á la comunidad. Que en sus atribuciones habia alguna de sepulturero; que clavaba el ataud y ayudaba al enterrador; que la religiosa que murió por la mañana quiso ser enterrada en el ataud que le servia de lecho y sepultada en la bóveda, debajo del altar de la capilla; que esto estaba prohibido por los reglamentos de policía, pero que la monja era una de esas muertas á las que nada puede negarse; que la priora y las madres vocales querian cumplir la voluntad de la difunta; que él clavaria el ataud en la celda, levantaria la losa de la capilla y bajaria el cadáver á la bóveda; que para recompensarle, la priora admitia á su hermano de jardinero y á la niña de educanda; que su hermano era el señor Magdalena y la sobrina Cosette, y que la priora le habia dicho que le presentase á su hermano al dia siguiente por la tarde, despues del falso entierro en el cementerio. Pero que él no podia hacer entrar al señor Magdalena si éste no estaba fuera. Esta es la primera dificultad, y la segunda que quedaba un ataud vacío.

—Qué ataud es ese? preguntó Juan Valjean.

—El ataud de la Administracion.

—Qué Administracion es esa?

—Cuando muere una monja viene un médico del Ayuntamiento y dice:—Ha muerto una monja. El Gobierno envia un ataud; al otro dia un carro fúnebre y sepultureros para que carguen con el ataud y lo lleven al cementerio. Vendrán los sepultureros, levantarán la caja y estará vacía.

—Pues meted en ella cualquier cosa.

—No tengo ningun muerto.

—Claro es.

—Pués qué he de meter?

—Un vivo.

—A quién?

—A mí, contestó Juan Valjean.

Fauchelevent, que estaba sentado, se levantó con rapidez, como si hubiese estallado un petardo bajo su silla.

—A vos!...

—Y por qué no?

Juan Valjean se sonrió con una de esas sonrisas que se asemejan á un relámpago en un cielo de invierno.

—Me dijísteis antes: la madre Crucifixion ha muerto, y yo añadí: y el señor Magdalena está enterrado. Pues eso es.

—Os reís? hablais con formalidad?

—Con formalidad estoy hablando. ¿Es preciso salir de aquí?

—Sí, es preciso.

—Os dije que buscárais una cesta con tapadera para meterme en ella.

—Y qué?

—Que la cesta será de pino y la tapa de paño negro.

—No, de paño blanco. Las monjas son vírgenes.

—Pues será de paño blanco; lo mismo dá.

—No sois un hombre como los demás, señor Magdalena.

Fauchelevent, ante este recurso, que era uno de los salvajes y temerarios proyectos del presidio, y que surgia de la vida pacífica y monótona del convento, sentia un estupor comparable al del transeunte que viera una gaviota meter el pico para pescar en el arroyo de la calle de San Dionisio.

Juan Valjean prosiguió:

—Este es un medio para salir de aquí sin que me vean. Pero antes dadme instrucciones. Qué es lo que se hace? ¿Dónde está el ataud?

—El vacío?

—Sí.

—Bajo, en la sala que se llama de los muertos. Está sobre dos caballetes y bajo el paño mortuorio.

—Qué longitud tiene la caja?

—Seis piés.

—¿Qué es lo que se llama la sala de los muertos?

—Un aposento del piso bajo, que tiene una ventana con reja que dá al jardin y está cerrada por dentro con un postigo y dos puertas: una dá al convento y otra á la iglesia.

—A qué iglesia?

—A la de la calle. A la iglesia de todo el mundo.

—Teneis las llaves de esas dos puertas?

—No; solo tengo la de la puerta que dá al convento; el portero tiene la otra.

—Y el portero cuándo la abre.

—Solo para que entren los sepultureros cuando vienen á buscar el ataud, pero en cuanto salen la vuelve á cerrar.

—Quién clava el ataud?

—Yo.

—Quién pone el paño encima?

—Yo tambien.

—Vos solo?

—Ningun hombre, exceptuando el médico de la policía, puede entrar en la sala de los muertos. Hasta está escrito así en la pared.

—¿Podreis esta noche, cuando todos duerman en el convento, ocultarme en esa sala?

—No; pero puedo ocultaros en un cuartito oscuro que dá á la sala, donde guardo los útiles de enterrar, y cuya llave tengo yo.

—¿A qué hora vendrá el carro fúnebre mañana por el ataud?

—A las tres de la tarde. Lo entierran en el cementerio Vaugirard un poco antes del anochecer. Es bastante tarde.

—Estaré escondido en el cuartito de las herramientas toda la noche y toda la mañana. No podré comer? Tendré hambre.

—Yo os llevaré comida.

—Podríais venir á clavarme en el ataud á las dos de la madrugada.

Fauchelevent retrocedió, haciendo chasquear los dedos.

—Eso es imposible!

—Bah! ¿es imposible coger un martillo y clavar unos clavos en unas tablas?

Lo que le parecia inaudito al jardinero era sencillo para Juan Valjean, que habia pasado mayores riesgos. El que ha estado en presidio sabe el arte de encogerse con arreglo al diámetro de las evasiones.

El preso se entrega á la fuga cómo el enfermo á la crísis que le salva ó que le pierde. ¿Qué es lo que no hace por curarse? Una evasion es una curacion. Dejarse clavar y llevar dentro de una caja como un fardo, vivir algunas horas de este modo, encontrar aire donde no lo hay, economizar la respiracion durante algun tiempo, asfixiarse sin morir, era uno de los sombríos talentos de Juan Valjean.

Despues de todo, que un ataud encierre á un sér vivo, si es estratagema de presidiario, tambien lo es de emperador. Si hemos de dar crédito al monje Agustin Castillejo, de ese medio se valió

Cárlos V cuando quiso, despues de su abdicacion, ver por última vez á Bárbara Blomberg, para hacerla entrar y salir en el monasterio de Yuste.

Fauchelevent, reponiéndose, le preguntó:

—¿Cómo habeis de respirar dentro de la caja?

—Respiraré.

—En el ataud? solo de pensar en esto me dan escalofríos.

—Tendreis alguna barrena; haceis algunos agujeros diminutos alrededor de la boca aquí y allá, y clavareis la tapa sin apretarla.

—Bien; ¿pero si os ocurre toser ó estornudar?

—El que se evade no tose ni estornuda. Es preciso decidirse; ó ser descubierto aquí ó salir en coche fúnebre.

Todo el mundo ha observado la aficion que tienen los gatos á pararse y á juguetear entre las dos hojas de una puerta entreabierta. ¿Quién no ha dicho alguna vez á un gato:—Acabarás de entrar?... Pues hay hombres que cuando ven ante ellos un incidente entreabierto, tienen tendencias á permanecer indecisos entre dos resoluciones, exponiéndose á que los aplaste el destino cerrando bruscamente la aventura. Los demasiado prudentes, aunque sean gatos, y quizás porque lo son, corren más peligro algunas veces que los audaces. Fauchelevent era de esos hombres indecisos; sin embargo, la sangre fria de Juan Valjean le dominó, á pesar suyo, y murmuró:

—La verdad es que yo no veo otro medio.

—Lo único que me inquieta, replicó el ex-alcalde, es lo que pueda suceder en el cementerio.

—Pues eso es precisamente lo que á mí no me apura, contestó el jardinero. Si estais seguro de poder salir de la caja, yo estoy seguro de sacaros de la fosa. El sepulturero es un borracho amigo mio, el tio Mestienne, antiguo y terrible bebedor. El enterrador mete á los muertos en la hoya y yo me lo meto á él en el bolsillo. Voy á deciros lo que sucederá. Llegaremos poco antes de oscurecer, tres cuartos de hora antes que cierren las verjas del cementerio. El carruaje llegará hasta la fosa; yo le seguiré, porque tengo esta obligacion. Llevaré en el bolsillo martillo, escoplo y tenazas. Se detendrá el coche fúnebre, los enterradores atarán con una cuerda el ataud y lo bajarán á la hoya. El capellan recitará las oraciones, hará la señal de la cruz, echará agua bendita y se marchará.

Me quedaré solo con el tio Mestienne, que es amigo mio, como os he dicho. Sucederá una de estas dos cosas; ó estará borracho ó no. Si no está borracho, le digo: Ven á echar un trago conmigo al *Buen Membrillo* antes que lo cierren. Me lo llevo y lo emborracho, lo que no me costará mucho, porque él siempre está apuntado. Le dejo bajo la mesa, le tomo su licencia para entrar en el cementerio y vuelvo solo á dicho sitio. Entonces ya solo teneis que habéroslas conmigo. Si está borracho le digo: Vete, que yo solo enterraré el ataud. Se vá y os saco de la caja.

Juan Valjean le tendió la mano y Fauchelevent se apoderó de ella con toda la efusion de que es susceptible un campesino.

—Estamos convenidos y todo saldrá bien.

—Con tal de que no se desarregle, pensó para sí el jardinero. ¡Entonces seria muy terrible!

## V.

### No basta ser borracho para ser inmortal.

Al dia siguiente al declinar el sol, los que transitaban por el boulevard del Maine se quitaban el sombrero al ver pasar un carro fúnebre antiguo, que tenia adornos de calaveras, de tibias y de lágrimas. Conducia un ataud tapado con un paño blanco, en el que se destacaba una gran cruz negra, semejante á un esqueleto con los brazos colgando. Le seguia un coche enlutado, en el que iban un cura con sobrepelliz y un monaguillo con sotana roja. Dos sepultureros con traje gris con adornos negros marchaban á un lado y al otro del carro fúnebre. Detrás iba un viejo cojeando. El entierro se dirigia al cementerio Vaugirard.

Se veian sobresalir de los bolsillos del viejo el mango de un martillo, un escoplo y las puntas de unas tenazas.

El cementerio Vaugirard era una excepcion entre los cementerios de Paris. Tenia sus costumbres particulares, lo mismo que tenia puerta cochera y puerta pequeña, á las que aun llamaban los viejos del barrio la puerta noble y la puerta plebeya.

Las Bernardas Benedictinas consiguieron, como dijimos, el privilegio de ser enterradas en sitio aparte, en terreno

que habia pertenecido á la comunidad, y por la tarde. Los enterradores tenian que hacer el servicio en el cementerio por la tarde en el verano y por la noche en invierno, y estaban sujetos á disciplina particular. Las puertas de los cementerios de Paris se cerraban en esa época al ponerse el sol, y siendo esta medida del órden municipal, tenia que someterse á ella el cementerio Vaugirard como todos los demás. La puerta noble y la puerta plebeya eran dos verjas contiguas, situadas á los lados de un pabellon que construyó el arquitecto Perronet, donde vivia el guarda del cementerio. Estas verjas giraban inexorablemente sobre sus goznes en el momento en que el sol desaparecia por detrás de la cúpula de los Inválidos. Si se quedaba dentro algun sepulturero, no tenia otro medio de salir que el presentar su cédula de enterrador expedida por la Administracion de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda habia una especie de buzon; el sepulturero echaba en él la cédula, el guarda la oia caer, tiraba de una cuerda y se abria la puerta plebeya. Si el sepulturero no llevaba la cédula, se daba á conocer al guarda y éste le reconocia y le abria la puerta con la llave. Salia el sepulturero, pero tenia que pagar quince francos de multa.

Este cementerio, con sus privilegios, era un estorbo para la simetría administrativa, y fué suprimido poco despues de 1830. El cementerio del Monte-Parnaso le sucedió, heredando la famosa taberna medianera con él, que tenia por muestra un membrillo pintado, y formaba ángulo por un lado con las mesas de los bebedores y por el otro con los nichos, ostentando esta inscripcion: *Al Buen Membrillo.*

El cementerio Vaugirard habia caido en desuso. Lo invadia la yerba y le abandonaban las flores; las personas de la clase media esquivaban ser enterradas en él, porque decian que olia á pobre; preferian ir á parar al cementerio del padre Lachaise, que era como tener muebles de caoba. En esto se conocia la elegancia. El cementerio Vaugirard era un recinto venerable, plantado, como los antiguos jardines franceses, con calles rectas de bojes, tuyas, acebos, sembrado de sepulcros y la yerba muy alta. La noche era allí trágica.

No se habia aun puesto el sol cuando el carro fúnebre entró en la alameda del cementerio de Vaugirard. El cojo que le seguia era el tio Fauchelevent.

Se ejecutó sin ningun obstáculo el entierro de la madre Crucifixion en la cripta, debajo del altar de la capilla, la salida de Cosette del convento y la entrada de Juan Valjean en la sala de los muertos. Todo esto habia salido bien.

Digámoslo de paso; el entierro de la madre Crucifixion en la cripta es para nosotros un acto perfectamente venial, una de esas faltas que se parecen al deber. Las monjas le cumplieron, no solo sin temor, sino con aplauso de su conciencia. En el claustro, lo que se llama "gobierno„ no es más que una intrusion de la autoridad, intrusion que es muy discutible. Lo primero es la regla; el Código viene despues. Que promulguen los hombres las leyes que les plazca, pero que las guarden para ellos. El tributo que se paga al César no es más que el resto de lo que se paga á Dios. Un príncipe no es nada ante un principio.

Fauchelevent iba cojeando muy contento detrás del carro fúnebre. Sus dos complots gemelos, uno con las monjas y otro con el señor Magdalena, uno en pró del convento y otro en contra, habian tenido buen éxito. Juan Valjean poseia una de esas serenidades poderosas que se comunican á los demás. El jardinero creia que conseguiria triunfo completo, porque ya poco le quedaba que hacer. En dos años habia emborrachado diez veces al sepulturero tio Mestienne, que era un pobre hombre. Hacia de él lo que queria.

Cuando el convoy fúnebre entró en el camino que conducia directamente al cementerio, el jardinero, satisfecho y risueño, miró al carro y dijo para sí, frotándose las manos:

—Vaya una farsa!...

Paróse el carro; habia llegado á la verja.

Era preciso exhibir la licencia para el entierro.

El encargado de las pompas fúnebres se adelantó y se acercó al portero. Mientras estos dos conversaban, apareció un desconocido que fué á colocarse detrás del carro, al lado del jardinero; parecia un trabajador; llevaba blusa con grandes bolsillos y un azadon bajo del brazo.

Fauchelevent se fijó en el desconocido y el preguntó:

—Quién sois?

El hombre le contestó:

—El enterrador.

Fauchelevent se quedó como si le hu-

bieran disparado al pecho una bala de cañon.

—El enterrador!

—Sí.

—Vos?

—Yo.

—El enterrador es el tio Mestienne.

—Era.

—Cómo que era?...

—Ha muerto.

Fauchelevent lo habia previsto todo, menos que pudiera morirse el enterrador.

El pobre hombre se quedó estupefacto.

—Eso no es posible! exclamó.

—Pues así fué.

—No, no; el enterrador es el tio Mestienne, dijo casi á media voz el jardinero.

—Luego de Napoleon vino Luis XVIII; despues de Mestienne viene Gribier, que soy yo, compañero.

Fauchelevent palideció y examinó á Gribier.

Era un hombre alto, lívido, fúnebre. Parecia un médico desacreditado convertido en enterrador.

Fauchelevent se echó á reir.

—Cómo ha de ser! Este es el mundo! Ha muerto el tio Mestienne, pero vive el tio Lenoir. Sabeis quién es el tio Lenoir? Es la bota del tinto de á doce; es la bota de Surena, el verdadero Surena de Paris. Siento que haya muerto el tio Mestienne, porque era un buen sugeto; pero vos tambien lo sois. ¿No es verdad, camarada? Iremos en seguida á echar juntos una copa.

El hombre respondió:

—He estudiado cuatro años y no bebo nunca.

El coche fúnebre andaba siguiendo la calle ancha del cementerio.

El jardinero habia acortado el paso; le hacia cojear más la ansiedad que el estado de su pierna.

El enterrador caminaba delante de él.

Fauchelevent examinaba otra vez al inesperado Gribier; era uno de esos hombres que siendo jóvenes parecen viejos, y que son muy fuertes á pesar de ser delgados.

—Camarada! le dijo.

El hombre se volvió.

—Soy el sepulturero del convento.

—Sois mi colega, le contestó Gribier.

Fauchelevent era iliterato, pero sutil, y comprendió que tenia que habérselas con un hombre que sabia.

—Conque murió el tio Mestienne?

—Murió. Dios consultó su cuaderno de vencimientos y vió que le habia llegado el plazo al tio Mestienne, y se lo hizo cumplir.

—Dios!... replicó el jardinero maquinalmente.

—Dios, dijo el enterrador con énfasis: Dios, que es para los filósofos el Padre Eterno y para los jacobinos el Sér Supremo.

—Seremos amigos? le pregunto trémulamente el jardinero.

—Ya lo somos. Vos sois provinciano y yo soy parisien.

—Las amistades se traban bebiendo juntos. El que vacía su vaso vacía su corazon. A esto nadie debe negarse.

—Primero es la obligacion.

Fauchelevent pensó:

—Estoy perdido.

Faltaba ya muy poco para entrar en la calle que conducia al terreno de las monjas.

—Provinciano, le dijo Gribier, tengo que dar pan á siete bocas, y como han de comer, yo no puedo beber.

Y añadió con la satisfaccion del hombre sério que inventa una frase:

—Su hambre es enemiga de mi sed.

El carro fúnebre dió la vuelta á un plantío de cipreses, dejó la calle ancha, atravesó otra más estrecha, entró en el terreno inculto y despues en la maleza, lo que indicaba la proximidad inmediata á la sepultura.

Fauchelevent acortó más el paso, pero no podia detener al vehículo. Afortunadamente la tierra, removida y mojada por las lluvias del invierno, se pegaba á las ruedas y retardaba la llegada.

Fauchelevent se aproximó á Gribier y le dijo á media voz:

—Hay muy buen vino en Argenteuil.

—Provinciano, repuso Gribier, yo no debiera ser enterrador. Mi padre era el portero del Pritáneo. Me dedicaba á literatura, pero hemos sufrido muchas desgracias; mi padre tuvo pérdidas en la Bolsa y yo he tenido que renunciar á ser autor. Esto no obstante, soy memorialista.

—Luego no sois enterrador?

—Una cosa no se opone á la otra. Acumulo dos profesiones.

Fauchelevent no entendió la palabra "acumulo„ y le dijo:

—Vamos á beber.

Es preciso hacer ahora una observacion. Fauchelevent, en medio de su angustia, convidaba á beber, pero sin duda se olvidaba que él convidaba siempre al tio Mestienne, pero que éste era el que

pagaba. Aquel convite era quizás el resultado de la nueva situacion que le creaba el nuevo enterrador; pero el viejo jardinero dejaba en la oscuridad, no sin intencion, el proverbial cuarto de hora de Rabelais. Fauchelevent, á pesar de su emocion, no estaba decidido á pagar.

El enterrador continuó hablándole y sonriéndose con cierta superioridad:

—Es indispensable comer. Acepté el cargo de sucesor del tio Mestienne, porque cuando uno casi ha terminado sus estudios, es filósofo. Agregué al trabajo de la mano el del brazo, y tengo un puesto de memorialista en el mercado de la calle de Sevres. Sabeis dónde? En el mercado de los Paraguas. Todas las criadas de la Cruz-Roja acuden á mí, y escribo tambien las declaraciones de sus novios. Por la mañana me dedico á confeccionar cartas amorosas y por la tarde abro sepulturas. Esta es mi vida.

El carro avanzaba. Fauchelevent miraba con angustia hácia todas partes, y gruesas gotas de sudor le corrian por la frente.

—Pero, continuó el enterrador, no se puede servir á dos señores; tengo que elegir entre la pluma y el azadon. El azadon me destroza la mano.

El carro fúnebre paró.

El monaguillo bajó del coche y detrás de él el sacerdote.

Una de las ruedas delanteras del carro subia algo sobre un monton de tierra; un poco más allá se veia una fosa abierta.

—Vaya una broma! repitió consternado Fauchelevent.

## VI.

### Entre cuatro tablas.

Quién estaba en el ataud? Juan Valjean, que se colocó como pudo para vivir dentro de él y que apenas podia respirar.

Cosa extraña es hasta qué punto la seguridad de la conciencia nos dá la seguridad de todo lo demás.

La combinacion que ideó Juan Valjean iba perfectamente desde el dia anterior. Este, lo mismo que el jardinero, contaban con el tio Mestienne, y creian salir bien de la aventura. Imposible es ver situacion tan crítica con más completa calma.

Las cuatro tablas del ataud respiraban una paz horrible. La tranquilidad de Juan Valjean tenia algo del reposo de la muerte.

Desde dentro del ataud habia seguido y seguia las peripecias del terrible drama que con la muerte estaba representando.

Poco despues que Fauchelevent clavó la tapa del ataud conoció Juan Valjean que le llevaban, y luego que rodaba. Conoció tambien por la suavidad del movimiento que pasaba del empedrado á la arena, es decir, que salia de las calles y entraba en el camino. Al oir un ruido sordo adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz; en la primera parada conoció que entraba en el cementerio; en la segunda se dijo: Aquí está la hoya.

Sintió que bruscamente cogian el ataud y oyó áspero rozamiento de tablas; conoció que ataban una cuerda al ataud para bajarlo á la fosa. Despues sintió como un vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador hicieron oscilar el ataud y bajaron primero la cabeza que los piés. Recuperó el sentido y vió que estaba horizontal é inmóvil. Acababa de tocar el fondo de la fosa.

Se extremeció de frio.

Oyó encima de él una voz glacial y solemne pronunciar tan lentamente palabras en latin, que pudo oirlas todas, pero que no las comprendió:

—*Qui dormiunt in interræ pulvere, evigilabunt; alii in vitam æternam, et alii in opprobium, ut videant semper.*

Una voz infantil respondió:

—*De profundis.*

La voz grave y solemne continuó así:

—*Requiem æternam dona ei, Domine.*

Y la voz infantil contestó:

—*Et lux perpetua luceat ei.*

Oyó sobre la tapa del ataud como el débil ruido de algunas gotas de agua. Probablemente lo causaria el agua bendita.

Entonces pensó Juan Valjean:—Esto ya vá á terminar. Necesito tener paciencia solo unos cuantos momentos. Fauchelevent se llevará á Mestienne para que se emborrache; el sacerdote se irá en seguida. Me dejarán; despues el jardinero volverá solo y yo saldré de aquí. No será ya cuestion de mucho tiempo.

La voz grave dijo:

—*Requiescat in pace.*

Y la voz infantil:

—*Amen.*

Juan Valjean, con el oido atento, oyó el ruido de pasos que se alejaban.

—Ya se van, pensó; estoy solo.

De repente oyó un ruido sobre su ca-

beza: era una paletada de tierra que caia sobre el ataud.

Despues cayó otra.

Quedó obstruido uno de los agujeros por donde respiraba.

Despues cayó otra paletada. Despues otra.

Hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.

## VII.

### El nuevo enterrador.

Veamos lo que habia pasado encima del ataud en que yacía Juan Valjean.

En cuanto partió el carro fúnebre, el sacerdote y el monaguillo partieron tambien en coche.

Fauchelevent, que no separaba la vista del enterrador, le vió inclinarse y coger la pala que estaba clavada verticalmente en el monton de tierra.

Entonces el jardinero tomó suprema resolucion.

Se colocó entre la fosa y el enterrador, se cruzó de brazos y le dijo:

—Yo pago!

Gribier le miró asombrado y le preguntó:

—El qué?

El jardinero repitió:

—Yo pago!

—Pero qué?...

—El vino.

—Qué vino?

—El de Argenteuil.

—Dónde está ese Argenteuil?

—En la taberna del *Buen Membrillo.*

—Déjame en paz! le dijo el enterrador, y arrojó una paletada de tierra sobre el ataud, que despidió un sonido hueco.

Fauchelevent desfallecia y estaba á punto de caer en la hoya.

Gritó á su colega con voz angustiada:

—Camarada, vamos antes de que cierren la taberna.

El enterrador cogió otra paletada de tierra.

—Yo pago! repitió Fauchelevent, cogiendo del brazo á Gribier.—Escuchadme, camarada, le dijo; soy el enterrador del convento y vengo á ayudaros, pero esta faena la haremos á la noche; ahora vamos á beber un trago.

Al mismo tiempo que hablaba, agarrándose con insistencia á su idea fija, desesperado, se hacia á sí mismo esta lúgubre reflexion:—Si bebe, ¿se emborrachará?...

—Camarada, ya que os empeñais, consiento, le contestó el enterrador: beberemos, pero despues de terminar nuestra tarea; antes no, y levantó la pala.

Fauchelevent le detuvo el brazo.

—Es Argenteuil de á seis.

—Veo que sois campanero. Din, don, din, don: no sabeis decir más que eso.

Gribier arrojó á la fosa la segunda paletada.

Fauchelevent llegó á uno de esos momentos en los que el hombre no sabe lo que se dice.

—Vamos, venid á beber, que yo pago, le gritó.

—En cuanto enterremos á la monja, le contestó Gribier, echando la tercer paletada.

Despues clavó la pala en tierra y añadió:

—Además, vá á hacer mucho frio esta noche y la muerta nos chillará si no la abrigamos bien.

En este momento, Gribier, al llenar la pala de tierra, se encorvaba y dejaba abierto el bolsillo de la blusa. Las miradas extraviadas de Fauchelevent se dirigieron maquinalmente al indicado bolsillo y se detuvieron en él.

No estaba aun enteramente oculto el sol en el horizonte y habia aun la luz suficiente para distinguir una cosa blanca en el fondo del bolsillo abierto.

Las pupilas de Fauchelevent despidieron todo el fuego que pueden despedir los ojos picardos.

Se le acababa de ocurrir una idea.

Sin que el enterrador, que estaba ocupado en llenar la pala, lo notase, le metió por detrás la mano en el bolsillo y sacó la cosa blanca que éste contenia.

Gribier arrojó en la fosa la cuarta paletada.

Cuando iba á preparar la quinta, Fauchelevent le miró con calma y le dijo:

—A propósito, novato, ¿traeis la cédula?

—Qué cédula? le preguntó Gribier.

—El sol se vá á ocultar.

—Y qué?

—Van á cerrar la verja del cementerio.

—Y qué?

—Teneis cédula?

—Ah, mi cédula! exclamó el enterrador, y registró sus bolsillos.

—No, dijo; la he dejado en casa sin duda.

—Pues teneis que pagar quince francos de multa.

El enterrador se puso verde; la palidez es verde en las fisonomías pálidas.

—Ay, Dios mio! exclamó. ¡Quince francos de multa!

—Tres napoleones, insistió en decirle el jardinero.

El enterrador dejó caer la pala.

—Novato, no hay que desesperarse, le contestó Fauchelevent. Podeis evitar el pagar los quince francos. Como viejo en el oficio, voy á daros un consejo de amigo. Es evidente que el sol ya se pone y que el cementerio vá á cerrarse dentro de pocos minutos.

—Es verdad, contestó Gribier.

—En esos minutos no podeis llenar la fosa, que es muy profunda, y salir antes de que cierren la verja.

—Tambien es verdad.

—Pues en ese caso incurrís en la multa de quince francos.

—Quince francos!

—Pero aun teneis tiempo para... ¿dónde vivís?

—Un cuarto de hora de aquí, en la calle Vaugirard, núm. 87.

—Pues teneis tiempo, andando á escape, para salir de aquí.

—Es verdad.

—Ya fuera de la verja, correis á vuestra casa, tomais la cédula, volveis, el guarda os abre, y como traeis el documento, os escapais de pagar la multa. Enterrareis entonces á la monja, y yo me quedaré aquí vigilándola para que no se escape.

—Os debo la vida, compañero.

—Dejadme libre el campo.

El enterrador, muy agradecido, le apretó la mano y se fué corriendo.

En cuanto Fauchelevent le vió desaparecer, se inclinó hácia la fosa y dijo en voz baja:

—Señor Magdalena!

No obtuvo respuesta.

El jardinero se extremeció. Se dejó caer en la fosa más que bajó, se echó sobre el ataud y gritó:

—Señor Magdalena!

Continuó el silencio dentro del ataud.

Fauchelevent, casi sin poder respirar y temblando, sacó el escoplo y el martillo é hizo saltar la tapa de la caja. A la luz del crepúsculo apareció el pálido rostro de Juan Valjean con los ojos cerrados.

Fauchelevent sintió que se le erizaba el pelo; se puso en pié y se apoyó de espaldas en la pared de la fosa, cayéndose sobre el ataud. Miró al ex-alcalde.

Juan Valjean yacía pálido é inmóvil.

El jardinero exclamó con voz desfallecida:

—Está muerto!

Enderezándose, cruzó los brazos con tanta violencia, que se golpeó los hombros con ambos puños, gritando:

—Buen modo he tenido de salvarle!

El pobre hombre empezó á sollozar, monologando, porque es un error creer que el monólogo no existe en la naturaleza. Las fuertes agitaciones nos hacen hablar muchas veces en voz alta.

—El tio Mestienne tiene la culpa; ¿por qué se ha muerto ese imbécil? ¿Qué necesidad tenia de morirse cuando á mí me hacia falta? El ha matado al señor Magdalena. El pobre señor Magdalena se ha quedado en el ataud y todo ha terminado ya para él. Ay, Dios mio! ¡Está muerto! Y qué voy á hacer ahora de su niña! Qué vá á decir la frutera! ¿Pero es posible, Dios mio, que un hombre como este muera así? No puedo olvidar cuando se metió bajo de mi carro. ¡Señor Magdalena! Señor Magdalena! Se ha asfixiado; bien lo decia yo, pero no me quiso creer. He cometido una picardía. ¡Ha muerto ese hombre, que era el mejor entre los mejores! Y la niña!... ¡Yo no vuelvo allá! yo me quedo aquí. ¡Haber hecho una cosa tan descabellada! ¡Haber llegado á nuestra edad para ser dos viejos locos! Pero... cómo entró en el convento? De aquí provino todo, porque esas cosas no se deben hacer. Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! Señor alcalde! No me oye.

Fauchelevent, desesperado, se mesaba el cabello.

Se oyó á lo lejos en este instante un chirrido agudo por entre los árboles. Era que se cerraba la verja del cementerio.

Fauchelevent se inclinó sobre Juan Valjean, y de pronto retrocedió bruscamente todo lo que se puede retroceder dentro de una sepultura.

Juan Valjean tenia los ojos abiertos y le miraba.

Ver una muerte es cosa horrible, pero ver una resurreccion tambien lo es.

Fauchelevent se quedó petrificado, pálido, confuso, trastornado por el exceso de las emociones, sin saber si tenia que habérselas con un vivo ó con un muerto, y observando á Juan Valjean que le miraba.

—Me he dormido, dijo el ex-alcalde, y se sentó.

Fauchelevent cayó de rodillas.



TENGO FRIO, DIJO JUAN VALGEAN.



—Vírgen santa! exclamó. ¡Qué susto me habeis dado!

Juan Valjean, que solo estaba desmayado, al respirar el aire libre recobró el conocimiento.

La alegría es el reflujo del terror. Fauchelevent tuvo que hacer casi tanto como Juan Valjean para volver en sí.

—Conque no os habeis muerto! Teneis extraordinario valor. Os he llamado tantas veces que al fin os he dispertado. Cuando os ví con los ojos cerrados creí que habíais muerto de asfixia. Esto me hubiera vuelto loco, loco furioso, loco de atar; me hubieran encerrado en Bicetre. ¿Qué habia yo de hacer estando vos muerto? Y la niña? ¡La frutera, sin saber nada, se hubiera encontrado con la niña en los brazos y su abuelo muerto! ¡Qué historia, Dios mio, qué historia! Pero vivís y ya se han concluido todos los disgustos.

—Tengo frio, dijo Juan Valjean.

Estas palabras atrajeron á Fauchelevent á la realidad, á la urgente realidad. Aquellos hombres, vueltos ya en sí, sin saber por qué tenian el espíritu perturbado; sentian algo extraño, que era indudablemente la impresion que les hacia el sitio siniestro en que se encontraban.

—Salgamos pronto de aquí, dijo el jardinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una calabaza pequeña de que se habia provisto.

—Primero bebed un poco.

El contenido de la calabaza terminó lo que el aire libre habia empezado. Juan Valjean bebió unos sorbos de aguardiente y recobró plena posesion de sí mismo.

Salió del ataud y ayudó al jardinero á clavar la tapa.

Tres minutos despues estaban fuera de la hoya. Fauchelevent se habia tranquilizado y ya no tenia tanta prisa. El cementerio estaba cerrado y no podian temer que viniese el enterrador. El "novato„ estaria en su casa buscando la cédula que tenia el jardinero en el bolsillo, y sin ella le era imposible entrar en el cementerio.

Fauchelevent cogió la pala y Juan Valjean el azadon y enterraron el ataud vacío. Cuando llenaron la hoya, dijo el jardinero:

—Vámonos; llevad el azadon y yo llevaré la pala.

Era casi de noche.

Juan Valjean se movia y andaba con dificultad. En el ataud se habia enfriado y principiaba ya á convertirse en cadáver. La anquilosis de la muerte le habia cogido entre cuatro tablas, y le fué necesario deshelarse del sepulcro, por decirlo así.

—Estais yerto, le dijo Fauchelevent, y yo estoy patizambo; si así no fuera menearíamos mucho más los talones.

—En cuanto ande cuatro pasos volveré á adquirir fuerza en las piernas.

Siguieron el mismo camino que condujo al cementerio al carro fúnebre. Cuando llegaron á la verja, cerrada ya, y al cuarto del guarda, Fauchelevent, que llevaba en la mano la cédula del enterrador, la echó en la caja, el guarda tiró de la cuerda, se abrió la puerta y salieron.

—Nos salió todo á las mil maravillas. Tuvísteis una idea magnífica, señor Magdalena.

Franquearon el portillo Vaugirard con la mayor facilidad. Para las cercanías de un cementerio, una pala y un azadon son dos pasaportes. La calle de Vaugirard estaba desierta.

—Señor Magdalena, dijo Fauchelevent, sin dejar de andar y levantando la vista hácia las casas; á ver si veis mejor que yo el número 87.

—Aquí le teneis, le contestó Juan Valjean.

—Ya que no pasa nadie por esta calle, dadme el azadon y esperadme dos minutos.

Fauchelevent entró en la casa número 87. Subió al último piso, guiado por el instinto que lleva siempre al pobre hasta el desvan, y llamó en la puerta de una boardilla.

Una voz le respondió:

—Adelante.

Era la voz de Gribier.

Fauchelevent empujó la puerta. El cuarto del enterrador era un desvan sin amueblar y lleno de trastos. Una caja de embalar le servia de cómoda, una orza vieja de barro hacia el papel de tinaja, no habia más cama que un jergon de paja y el piso hacia las veces de sillas y de mesa. En un rincon, sobre un retazo de alfombra vieja, estaba sentada una mujer flaca y muchos niños formando un monton. Todo el cuarto daba indicios de un gran trastorno. Hubiérase dicho que allí habia habido un temblor de tierra "para uno solo„. Las tapaderas estaban fuera de su sitio, la ropa esparcida, el cántaro roto; la madre habia llorado, los niños probablemente habrian recibido porrazos; quedaban allí todas las

huellas de un registro riguroso y encarnizado. Era visible que el enterrador habia buscado inútilmente la cédula y hecho responsables de su pérdida á todos los de la casa, desde el cántaro hasta á su mujer. Gribier parecia que estaba desesperado.

Pero á Fauchelevent le urgia llegar pronto al desenlace de la aventura y no se fijó en la parte triste de su triunfo. Entró, pues, y dijo:

—Os traigo la pala y el azadon.

Gribier le miró estupefacto.

—Sois vos, camarada?

—Soy yo, que vengo á deciros que mañana por la mañana encontrareis vuestra cédula en el cuarto del guarda del cementerio.

Fauchelevent, acabando de decir lo anterior, dejó en el suelo la pala y el azadon.

—Qué quiere decir esto? le preguntó Gribier.

—Esto quiere decir que se os cayó la cédula del bolsillo, sin duda; que la encontré en el suelo despues que os marchásteis; que enterré á la muerta, rellené la fosa y me ocupé de vuestra tarea; que el guarda os entregará la cédula y que no pagareis la multa de los tres napoleones.

—Gracias, camarada! exclamó Gribier rebosando alegría. En la primera ocasion os convidaré á beber y me encargaré de pagar.

## VIII.

### Interrogatorio de buen resultado.

Una hora despues, muy entrada ya la noche, dos hombres y una niña se presentaron en el núm. 62 de la calle Picpus. El más viejo cogió la aldaba y llamó.

Eran Fauchelevent, Juan Valjean y Cosette.

Los dos hombres habian ido antes á buscar la niña á casa de la frutera, donde el jardinero la dejó el dia anterior. Cosette pasó aquellas veinticuatro horas sin comprender nada, temblando y callada. Temblaba tanto que ni siquiera lloró. No habia comido ni dormido. La pobre frutera la hizo mil preguntas, sin obtener otra contestacion de Cosette que las miradas sombrías y tristes de la niña. Esta no dejó traslucir nada de lo que oyó y vió durante los dos últimos dias. Adivinaba que atravesaban una crísis y que debia ser "prudente„. Todo el mundo ha probado el terrible poder de estas tres palabras, dichas en cierto tono al oido de un niño aterrado: *No digas nada!* El miedo es mudo. Además, nadie guarda un secreto como un niño.

Solo cuando, despues de aquellas veinticuatro horas lúgubres, volvió á ver á Juan Valjean, lanzó tal grito de alegría, que cualquier hombre observador que lo oyese adivinaria en el grito la creencia de haber escapado del abismo.

Fauchelevent era de casa en el convento y sabia la contraseña para entrar. Se le abrieron todas las puertas.

De este modo resolvieron el doble problema de que Juan Valjean saliese primero y entrase despues.

El portero, que ya tenia sus instrucciones, abrió la puerta de servicio que ponia en comunicacion al patio con el jardin, y que hace veinte años se veia aun desde la calle, en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera. El portero introdujo á los tres, y desde allí pasaron al locutorio reservado, donde el dia anterior Fauchelevent recibió las órdenes de la priora.

Esta, con el rosario en la mano, les esperaba. A su lado estaba de pié una madre vocal, con el velo echado. Una discreta vela alumbraba, ó por mejor decir, debia alumbrar el locutorio.

La priora examinó á Juan Valjean. Nada escudriña tanto como los ojos bajos, que parece que no miren. Despues le preguntó:

—Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre, respondió el jardinero.

—Cómo os llamais?

—Ultimo Fauchelevent, contestó el cojo, que efectivamente tuvo un hermano que murió que se llamaba Ultimo.

—De dónde sois?

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—Qué edad teneis?

—Cincuenta años, contestó Fauchelevent.

—Qué oficio?

—Jardinero.

—Sois buen cristiano?

Fauchelevent respondió:

—Todos lo son en nuestra familia.

—Es vuestra esta niña?

—Sí, reverenda madre.

—Sois su padre?

—No, su abuelo, contestó Fauchelevent.

La madre vocal dijo entonces á la priora en voz baja:

—Contesta bien.

Juan Valjean no habia dicho ni una sola palabra.

La priora se fijó en Cosette y dijo á media voz á la madre vocal:

—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz baja en un rincon del locutorio; despues volvió la cabeza la priora y dijo:

—Tio Fauchelevent, buscareis otra rodillera con cascabel, que ahora hacen falta dos.

En efecto, al dia siguiente se oian dos campanillas en el jardin, y las religiosas no podian resistir al deseo de levantarse una punta del velo.

En el fondo del jardin, entre los árboles, se veian dos hombres cavando, Fauchelevent y otro, lo que fué allí extraordinario acontecimiento. Rompieron el silencio y llegaron á decirse las monjas unas á otras:—Es un ayudante del jardinero.

Las madres vocales añadian:—Es un hermano del tio Fauvent.

La causa más eficaz para la admision de Cosette fué que la priora comprendió que *seria fea.* En cuanto hizo este pronóstico, se hizo amiga de Cosette y la admitió en el colegio como educanda de caridad.

Todo esto es muy lógico: aunque no haya espejos en el convento, las mujeres tienen la conciencia de su fisonomía, y á las jóvenes que se creen hermosas difícilmente se las hace profesar. La vocacion voluntaria está en razon inversa de la belleza, y por eso esperan las religiosas más de las feas que de las bonitas. De aquí proviene su aficion á las que carecen de atractivos.

La referida aventura aumentó la importancia del tio Fauchelevent, haciéndole conseguir triple éxito: respecto á Juan Valjean, porque lo salvó y le dió asilo; respecto á Gribier, porque hizo creer á éste que le habia librado de pagar la multa de los tres napoleones, y respecto al convento, porque enterrando el cuerpo de la madre Crucifixion debajo del altar de la capilla, pudo eludir el pago del tributo al César y cumplir la voluntad de la difunta. Se enterró un ataud con cadáver en el Petit-Picpus y un ataud sin cadáver en el cementerio Vaugirard. El órden público debió turbarse por eso profundamente, pero nadie lo conoció. La gratitud que el convento conservó para el tio Fauvent fué inmensa, tanto, que para las religiosas llegó á ser el mejor jardinero y el mejor criado. En la primera visita que giró al convento el arzobispo, la priora se lo refirió todo, culpándose algo, pero vanagloriándose tambien de lo sucedido. Monseñor, al salir del convento, habló de esto con elogio y en secreto á M. de Latil, confesor del hermano del rey, que despues fué cardenal-arzobispo de Reims.

La fama de Fauchelevent corrió largas tierras y llegó hasta Roma. Hemos tenido ocasion de ver una carta dirigida por el Papa reinante entonces, Leon XII, á un pariente suyo de la nunciatura de Paris, llamado como él Della Genga, en la que se leen estas líneas: "Parece que hay en un convento de Paris un jardidero excelente, que es un santo varon que se llama Fauvent.„ Ninguna noticia de su triunfo llegó á la casucha de Fauchelevent, que siguió ingertando, escardando y cubriendo los melones, sin conocer su excelencia ni su santidad. Tenia de su gloria las mismas noticias que pudiera tener de la suya el buey de Durham ó de Surrey, cuyo retrato se publicó en *L' Illustrated London New* con esta inscripcion: *Buey que ha ganado el premio en el concurso de animales de cuernos.*

## IX.

### Clausura.

Cosette continuó callando en el convento; se creia sencillamente hija de Juan Valjean, y como por otra parte nada sabia, nada podia contar, aunque á estar enterada de todo, nada tampoco hubiera dicho. Nada enseña á los niños como la desgracia. Cosette habia sufrido tanto, que de todo tenia temor, hasta de hablar, porque muchas veces una sola palabra hizo caer sobre ella una avalancha. Pero empezó á tranquilizarse desde que estaba con Juan Valjean. Pronto se acostumbró al convento; solo echaba de menos á su muñeca Catalina, pero no se atrevia á decirlo. Sin embargo, una vez le dijo á Juan Valjean que á saber que iba allí se la hubiera traido al convento. Cosette, al entrar de educanda, tuvo que adoptar el traje de las pensionistas de la casa. Juan Valjean consiguió que le devolviesen el traje de luto con que la vistió al sacarla de las manos de los Thenardier. El traje estaba poco usado. Juan Valjean lo guardó, con mucho alcanfor y otros aromas que tienen en los conventos, en un baul pequeño que pudo proporcionarse; lo puso en una silla al lado de su cama, y llevaba siempre consigo la llave del baul.—Padre, le dijo un dia Co-

sette, ¿qué tiene esa caja que huele tan bien?

El tio Fauchelevent, además de la gloria que acabamos de referir, y que él ignoró, obtuvo la recompensa de su buena accion. En primer lugar en la satisfaccion de su conciencia, y en segundo lugar tuvo menos trabajo, porque lo dividió con Juan Valjean: además, como le gustaba mucho el polvo, estando al lado del señor Magdalena absorbia triple cantidad que antes y con mayor placer, porque pagaba el señor Magdalena. Las monjas no pudieron acostumbrarse al nombre de Ultimo, y llamaban á Juan Valjean *el otro Fauvent*.

Si aquellas santas mujeres tuvieran la perspicacia de Javert, hubieran notado que cuando era preciso salir á la calle para proveer á las necesidades del jardin, salia siempre Fauvent el mayor, el viejo, el cojo, y el otro nunca; pero ya porque los ojos que están fijos en Dios no saben espiar, ya porque estuviesen ocupadas en espiarse las unas á las otras, lo cierto es que esto no las llamó la atencion ni lo notaron.

Juan Valjean obraba cuerdamente no saliendo á la calle, porque Javert estuvo vigilando el barrio más de un mes.

El convento era para Juan Valjean como una isla rodeada de abismos. Aquellas cuatro paredes eran desde entonces en adelante su mundo. Veia bastante pedazo de cielo para estar tranquilo, y tenia á su lado á Cosette para ser feliz.

Agradable vida empezó para él.

Vivia con el tio Fauchelevent en la casucha del jardin, de paredes de argamasa, que existia aun en 1845, y que se componia, como dijimos, de tres piezas completamente desamuebladas. El tio Fauchelevent cedió la principal al señor Magdalena, á pesar de que éste se oponia. La pared de dicho cuarto, entre los dos clavos destinados á colgar la rodillera y la cesta que usaba el tio Fauchelevent, tenia por adorno un papel-moneda realista de 1793, pegado á la pared por encima de la chimenea. Hé aquí su facsímile exacto:




Este asignado vendeano lo clavó á la pared el jardinero anterior, antiguo Chuan, que murió en el convento, al que Fauchelevent sucedió.

Juan Valjean trabajaba todos los dias en el jardin, y en él era muy útil. En su juventud fué podador y tenia conocimientos de jardinería. Recuérdese que conocia mucha clase de recetas y muchos secretos del cultivo, de los que sacó partido. Casi todos los árboles del jardin eran silvestres; los ingertó y los hizo producir excelente fruta.

Cosette tenia permiso para pasar todos los dias una hora al lado de Juan Valjean. Como las hermanas estaban siempre tristes y su *abuelo* era tan amable, la niña lo comparaba con ellas y le adoraba. A la hora fija entraba en la casucha y derramaba en ella su alegría infantil.

Juan Valjean esplayaba su ánimo y aumentaba su felicidad ver la felicidad de Cosette. La alegría que inspiramos tiene el encanto de que, lejos de debilitarse, como todos los reflejos, vuelve á nosotros más radiante.

En las horas de recreo, Juan Valjean observaba desde lejos cómo Cosette jugaba y reia, y distinguia su risa de las risas de las otras niñas.

Porque Cosette reia ya; su rostro se transformó hasta cierto punto. Perdió el aire sombrío. La risa es el sol; destierra el invierno de la fisonomía humana. Cuando concluia la hora de recreo y la niña se volvia al convento, Juan Valjean miraba á las ventanas de la clase, y por la noche se levantaba para mirar las ventanas del dormitorio de Cosette.

Dios hace caminar al hombre por caminos desconocidos, y el convento contribuia, como Cosette, á completar en Juan Valjean la obra del obispo. Cierto es que uno de los lados de la virtud desemboca en el orgullo, del que solo la separa un puentecillo construido por el diablo. Juan Valjean quizás estaba ya muy cerca de ese puente cuando la Providencia le llevó al Petit-Picpus. Mientras el ex-alcalde solo se comparó con el obispo, se creyó indigno y fué humilde; pero hacia ya algun tiempo que empezaba á compararse con los demás hombres y comenzó á tener orgullo. ¡Quién sabe! Acaso se hubiera resbalado con suavidad hasta el abismo del ódio.

El convento le detuvo en esa pendiente.

Era el segundo sitio de cautividad que encontraba. En su juventud, casi al

principio de su vida, y algunos años más tarde, habia visto otro lugar horroroso, terrible, cuyos rigores le parecieron siempre la iniquidad de la justicia y el crímen de la ley. Entonces, despues del presidio, veia el claustro, y al acordarse de que habia vivido en presidio y que ahora era espectador del claustro, los comparaba en su imaginacion. Algunas veces se apoyaba en la pala de hierro y descendia lentamente por la espiral sin fin de la imaginacion.

Recordaba la gran miseria de sus antiguos compañeros, que se levantaban al amanecer y trabajaban hasta la noche, permitiéndoles dormir apenas; acostándose en camas de campaña, en las que solo se les permitia tener un colchon de dos pulgadas de grueso; en departamentos que solo tenian lumbre los dos meses más crudos del año; que vestian horribles chaquetas rojas, y tenian licencia para usar pantalon de tela en los grandes calores y manta de lana durante los frios excesivos; que no bebian vino ni comian carne más que cuando "trabajaban„; que vivian sin nombre, que eran designados por números, casi convertidos en cifras, inclinando los ojos, bajando la voz, con el pelo cortado, avergonzados de sufrir el látigo.

Despues su imaginacion se fijaba en los séres que tenia á la vista.

Estos séres vivian tambien con el pelo cortado, los ojos inclinados y la voz baja, pero no por la vergüenza, sino por la burla del mundo; no tenian la espalda herida por el látigo, pero sí destrozada por las disciplinas. Tambien han perdido sus nombres y solo existen con austeros apelativos. Ni comen carne, ni beben vino, y muchos dias ayunan hasta la noche. No gastan chaqueta roja, pero llevan un sudario de lana negro y pesado en el verano, ligero en el invierno, sin poder quitarle ni añadir nada; seis meses del año llevan camisas de buriel, que les producen calenturas. Viven, no en departamentos calientes en los dias de frio riguroso, sino en celdas en las que nunca se enciende lumbre; duermen, no en colchones gruesos de dos pulgadas, sino sobre un monton de paja. Ni dormir se les permite. Todas las noches, despues de trabajar todo el dia, durante el amodorramiento del primer sueño deben despertarse, levantarse é ir á rezar en una capilla helada y sombría, arrodilladas sobre las baldosas. Ciertos dias, cada uno de estos séres, por turno, debe permanecer doce horas consecutivas de rodillas sobre el mármol, ó extendido en tierra con la cara en el suelo y los brazos en cruz.

Aquellos eran hombres; estos son mujeres. Qué hicieron aquellos hombres? Cometieron robos, violaciones, saqueos y asesinatos. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, asesinos y parricidas. ¿Qué hicieron estas mujeres? Nada. Allá el bandolerismo, el fraude, la violencia, la lubricidad, el homicidio, toda clase de sacrilegios, todas las variedades del atentado: aquí una sola cosa; la inocencia. La inocencia perfecta, casi llevada hasta una misteriosa asuncion, unida á la tierra por la virtud y al cielo por la santidad. Allá las confidencias del crímen, que se hacen en voz baja; aquí la confesion de faltas declarada en alta voz. Allá qué crímenes! ¡aquí qué faltas!...

Allá los miasmas, aquí inefable perfume. Allá la peste moral, vigilada por centinelas de vista, cercada de cañones y devorando lentamente á sus apestados; aquí el abrazo casto de todas las almas en el mismo foco. Allá las tinieblas; aquí la sombra, pero una sombra llena de claridades, y una claridad llena de fulgores.

Ambos sitios son centros de esclavitud; en el primero es posible redimirse, tiene un límite legal siempre esperado, y además la evasion. En el segundo es perpétua la esclavitud, y se tiene por toda esperenza, en la extremidad lejana del porvenir, esa luz de libertad que los hombres llaman muerte. En el primero, al recluso le encadena el hierro; en el segundo, la fé. ¿Qué sale del primer centro? Inmensa maldicion, rechinamiento de dientes, el ódio, la perversidad desesperada, el grito de rabia contra la sociedad humana, sarcasmo contra el cielo. Qué sale del segundo centro? La bendicion y el amor.

En esos dos sitios, tan semejantes y tan diversos, las dos clases de séres diferentes que los habitan realizan una misma cosa: la expiacion.

Juan Valjean comprendia perfectamente la expiacion de los primeros, esto es, la expiacion personal; pero no comprendia la de los segundos, de los séres sin mancha y sin reproche, y se preguntaba á sí mismo, temblando:—¿Expiacion de qué? ¿Qué es lo que expian?... Y en su conciencia le respondia una voz: —Practican la más divina de las generosidades humanas; la expiacion por los demás.

Nos abstenemos de sentar toda teoría personal; somos meros narradores; nos colocamos bajo el punto de vista de Juan Valjean y traducimos sus impresiones.

Juan Valjean tenia ante sus ojos la cumbre sublime de la abnegacion, la más alta de las virtudes, la inocencia, que perdona á los hombres sus culpas y que las expía por ellos; la práctica de la servidumbre, la aceptacion de la tortura, el suplicio pedido por las almas que no han pecado, para librar de éste á las almas que han delinquido; el amor á la humanidad abismándose en el amor á Dios, pero permaneciendo distinto y suplicante; débiles séres que confunden la miseria de los condenados con la sonrisa de los escogidos.

Entonces recordaba con sentimiento que se habia atrevido á quejarse.

Con frecuencia, á la mitad de la noche se levantaba del lecho para ir á oir el canto de gratitud de esas criaturas inocentes y aniquiladas por las rigideces, y sentia frio en las venas al pensar que los que eran justamente castigados, solo elevaban la voz hasta el cielo para blasfemar, y que él fué tan miserable que hasta habia amenazado á Dios.

Lo que le hacia meditar profundamente era la singularidad de que todos cuantos esfuerzos habia hecho para librarse del otro sitio de expiacion, el escalamiento, el rompimiento de la clausura, el peligro de muerte aceptado y la ascension brusca y difícil, tuvo tambien que realizarlos lo mismo para entrar en este segundo sitio. ¿Era acaso este el símbolo de su destino?

Aquella casa era tambien una cárcel y se parecia lúgubremente á la otra de donde se fugó, y jamás se le habia ocurrido esta semejanza. Veia allí rejas, cerrojos, barras de hierro. Para qué? Para guardar ángeles. Las altas paredes que habia visto levantadas para encerrar tigres, ahora las veia encerrando ovejas. El convento era un lugar de expiacion, no de castigo, pero no por esto era menos austero, menos tétrico ni menos inexorable que el presidio. Aquellas vírgenes vivian más oprimidas que los forzados. El viento frio y rudo, el viento que heló su juventud, atravesaba el foso enrejado y encadenado de los buitres, y otro viento más aspero y más doloroso mugía en la jaula de las palomas. Por qué?

Cuando Juan Valjean meditaba sobre esto se abismaba su espíritu ante la sublimidad de este misterio. Durante estas meditaciones desaparecia su orgullo. Se examinaba detenidamente á sí mismo, sentia no ser mejor y lloraba muchas veces. Cuanto habia sentido su alma en seis meses le conducia más y más á las santas recomendaciones del obispo; Cosette le arrastraba á ellas por el amor y el convento por la humildad.

Algunas veces, á la caida de la tarde, á la hora del crepúsculo, cuando el jardin estaba desierto, se arrodillaba en medio del paseo que costeaba la capilla, delante de la ventana á la que se asomó la primera noche, y de cara al sitio en que se colocaba la hermana que hacia la reparacion, y rezaba de rodillas ante ella.

Parecia que no se atreviera á arrodillarse directamente delante de Dios.

Todo lo que le rodeaba, el apacible jardin, las flores embalsamadas, las niñas dando gritos de alegría, las mujeres graves y sencillas y el claustro silencioso, le penetraban lentamente; y poco á poco su alma iba adquiriendo el silencio del claustro, el perfume de las flores, la paz del jardin, la ingenuidad de las monjas y la alegría de las niñas. Despues recordaba que dos casas de Dios le habian acogido en los momentos más críticos de su vida: la primera, cuando todas las puertas se le cerraban y le rechazaba la sociedad humana; y la segunda, cuando la sociedad humana volvia á perseguirle y el presidio volvia á solicitarle; sin la primera hubiera recaido en el crímen, sin la segunda le esperaba el suplicio. Su corazon se deshacia en gratitud y amaba más cada dia.

Así transcurrieron algunos años y Cosette iba creciendo en el convento.

# TERCERA PARTE.

## MARIO.

## LIBRO PRIMERO.

### Paris estudiado en su átomo.

#### I.

**Parvulus.**

Paris tiene su hijo y el bosque su pájaro; el pájaro se llama gorrion y el hijo *pilluelo*.

Asociad estas dos ideas, que contienen, la una un foco de luz y la otra una aurora; haced que se choquen esas dos chispas, Paris y la infancia, y brotará de ellas un sér pequeño. *Homuncio*, como diria Plauto.

Este sér pequeño es muy alegre. No todos los dias come y se le ocurre ir á los espectáculos todas las noches. Ni camisa cubre sus carnes, ni zapatos sus piés, ni techo su cabeza; carece de todo eso, como los pájaros. Cuenta de siete á trece años; vive en bandadas, trota por el empedrado, habita al aire libre, lleva un pantalon viejo de su padre, que le arrastra por el suelo; un sombrero deteriorado de cualquiera, que se le mete hasta las orejas; un tirante solo, de orillo amarillo; corre, espía, pierde el tiempo, culota pipas, jura como un carretero, frecuenta las tabernas, conoce á los ladrones, tutea á las rameras, habla el caló, canta canciones obscenas y no tiene mal corazon: esto consiste que encierra en el alma la perla de la inocencia, y las perlas no se disuelven en el fango. Mientras el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si se le preguntase á la gran ciudad: Quién es ese? responderia: Es mi hijo.

#### II.

**Señas particulares.**

El pilluelo de Paris es el hijo enano de una giganta.

Para no exagerar diremos que este querubin del arroyo á veces tiene camisa, pero una sola; suele tener zapatos, pero sin suela; tiene á veces casa y la aprecia, porque en ella vé á su madre, pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Tiene sus juegos propios, su malicia peculiar, cuyo fondo es el ódio al vecino acomodado. Tiene sus metáforas especiales: á morir llama *comerse la achicoria amarga por la raiz*. Se ocupa en proporcionar coches de alquiler, en bajar el estribo de los carruajes, en restablecer el paso de una acera á otra los dias de lluvia, á lo que llama *hacer puentes de las artes*; en pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés, y en ahondar las junturas del empedrado. Tiene su moneda particular, que se compone de los pedazos de cobre que encuentra por la calle: esta curiosa moneda, que llama *arambeles*, tiene curso invariable y arreglado entre su reducida sociedad de gitanillos.

Tiene, en fin, su fauna, que observa estudiosamente en los rincones: la bestia de Dios, el pulgon cabeza de muerto, la zanenda, el "diablo„, que es un insecto

negro que amenaza torciendo la cola, armada con dos cuernos. Tiene su mónstruo fabuloso, con escamas en el vientre sin ser lagarto, con pústulas en el dorso sin ser sapo, que vive en los agujeros de los hornos viejos de cal y en los de los pozos secos; que es negro, velludo, viscoso, rampante, unas veces ligero, otras pesado, que no grita, pero mira, y es tan terrible que nadie le ha visto nunca. A ese mónstruo le llama la "salamandra„. Buscar salamandras entre las piedras es para él extraordinario placer, y no lo es menor el de levantar el empedrado y ver las correderas. Cada region de Paris es interesante por los descubrimientos importantes que en ella puede hacer: en las leñeras de las Ursulinas hay gusanos tijeretas; en el Panteon cienpiés; en las zanjas del Campo de Marte renacuajos.

En cuanto á ocurrencias, las tiene este chicuelo como Talleyrand; no es menos cínico, pero le gana en honradez. Está dotado de cierta jovialidad imprevista y desconcierta á los tenderos con su loca risa. Su diapason recorre todos los tonos, desde el drama hasta el sainete.

Pasa un entierro. Entre los que acompañan el cadáver vá un médico.—Calla! exclama el pilluelo. ¿Desde cuándo los médicos van personalmente á devolver su faena?

Otras veces, en medio de la multitud, un hombre grave, cargado de anteojos y de dijes, se vuelve indignado y le dice:

—Bribon, acabas de coger la "cintura„ de mi esposa.

—Yo, señor! Registradme.

## III.

### Se divierte.

Por la noche, gracias á la calderilla que siempre encuentra medio de proporcionarse, puede entrar en el teatro el *homuncio*. En cuanto el pilluelo atraviesa el umbral mágico se convierte en titi. Los teatros son una especie de navío vuelto del revés, que tienen la cala en lo alto: á ésta sube el titi. El titi es al pilluelo lo que es la mariposa á la oruga; el mismo sér, pero volando y cerniéndose.

Basta que esté allí con la expansion de felicidad, con su poder de entusiasmo y de alegría, con sus palmoteos, semejantes al batir de alas, para que la cala, estrecha, fétida, oscura, malsana y abominable, se llame paraiso.

Dad á un sér lo inútil y quitadle lo necesario y os resultará el pilluelo.

El pilluelo está dotado de cierta intuicion literaria. Su tendencia, lo decimos con todo el dolor debido, no es al gusto clásico; es por naturaleza poco académico. Puede verse un ejemplo de ello en la popularidad de la señorita Mars, popularidad que el reducido número de chicuelos turbulentos sazonaba con algo de ironía. El pilluelo la llamaba la señorita *Mate*.

El pilluelo vocea, se burla, se mueve, lucha, vá apedazado como un niño pequeño y envuelto en harapos como un filósofo; pesca en los albañales, caza en las cloacas, saca alegría de la inmundicia, azota las calles con su locuacidad, husmea y muerde, silba y canta; entona aleluyas con la música del Mambrú, salmodia todos los ritmos, desde el *De profundis* hasta la *Mascarada*; encuentra sin buscar, sabe lo que ignora, es oportuno hasta la ratería, loco hasta la sabiduría, lírico hasta la obscenidad; se acurrucaria en el Olimpo; se revuelca en el estiércol y sale de allí cubierto de estrellas. El pilluelo es Rabelais en miniatura.

No le gustan los pantalones si no tienen bolsillo de reloj.

Se asombra poco, se asusta menos aun, convierte las supersticiones en cantares, deshincha las exageraciones, hace burla de los misterios, saca la lengua á los aparecidos, despoetiza á los encumbrados, introduce la caricatura en las hipérboles épicas.

Esto no quiere decir que el pilluelo sea prosáico, muy lejos de eso, pero reemplaza la vision solemne con la fantasmagoría de farsa. Si se le presentase Adamastor, él le diria:—¡Anda, espantajo!

## IV.

### Puede ser útil.

Paris empieza en el papanatas y termina en el pilluelo: estos son dos séres que no tiene ninguna otra capital; la aceptacion pasiva que se satisface con mirar y la iniciativa inagotable: Prudhomme y Fouillou. Solo Paris tiene esos tipos en su historia natural. El papanatas representa la monarquía; el pilluelo la anarquía.

El hijo pálido de los arrabales de Paris vive y se desarrolla, se enrosca y se desenrosca en el sufrimiento, ante las realidades sociales y las acciones huma-

nas, como un testigo pensativo. Se cree indiferente y no lo es. Todo lo observa, predispuesto siempre á reir y tambien predispuesto á ver las cosas de otra manera. ¡Guardaos del pilluelo indiferente; preocupaciones, abusos, ignominia, opresion, iniquidad, injusticia, fanatismo!

El chicuelo crecerá.

De qué masa fué creado? Del primer fango que se encontró. De un puñado de tierra y de un soplo, como Adan. Bastó que soplase Dios. La fortuna trabaja en favor del pilluelo; por fortuna entendemos aquí el azar. Este pigmeo amasado de la tierra tosca y comun, ignorante, iletrado, aturdido, vulgar, populachero, será un jonio ó un beocio? Esperad, *currit rota*, el espíritu de Paris, ese demonio que crea los hijos de la casualidad y los hombres del destino, y que al revés que el alfarero latino, hace del cántaro una ánfora.

## V.

### Sus fronteras.

Al pilluelo le gusta la ciudad, pero tambien el campo; tiene algo de sábio: *urbis amator*, como Fusco; *ruris amator*, como Flaco.

Vagar soñando, es decir, pasearse á la ventura, es emplear muy bien el tiempo para un filósofo, particularmente en la campiña bastarda, fea, extraña y compuesta de dos naturalezas, que rodea á algunas grandes poblaciones, especialmente á Paris. Observar los alrededores es observar un anfibio. Concluyen los árboles y empiezan los tejados; concluye la yerba y empieza el empedrado; concluye el surco y empiezan las tiendas; concluyen los carriles y empiezan las pasiones; concluye el murmullo divino y empieza el rumor humano; este contraste ofrece extraordinario interés. Por eso, sin objeto al parecer, el soñador se dedica á pasear por esos sitios de poco atractivo y que el transeunte califica con el epíteto de *tristes*.

El que estas líneas escribe ha rondado mucho tiempo por las afueras de Paris, que son para él una fuente de profundos recuerdos. Le atraian agradablemente el césped cortado, los senderos pedregosos, la greda, las margas, los yesos, la áspera monotonía de eriales y de barbechos, los plantíos de frutas tempranas de los hortelanos, aquella mezcla de campestre y de urbano, aquellos vastos y desiertos rincones, donde los tambores de la guarnicion establecen ruidosa escuela, haciendo incompleto simulacro de la batalla; aquellos desiertos de dia y ladroneras de noche, el molino que gira á impulsos del viento, los aparatos de estraccion de las canteras, las tabernas en las esquinas de los cementerios y el encanto misterioso de las grandes y sombrías tapias, que cortan á escuadra inmensos y vagos terrenos, inundados de sol y llenos de mariposas.

Casi nadie conoce aquellos sitios singulares, los pozos de la nieve, las tristes paredes de Grenelle, moteadas de balazos; el Monte Parnaso, el barranco de los Lobos, los Aubiers, sobre la pradera del Marne; el monte del Raton, la tumba de Isoire, la Piedra Llana de Chatillon.

La campiña de Roma representa una idea y las afueras de Paris otra; porque no ver en lo que nos ofrece el horizonte más que campos, casas ó árboles, es quedarse en la superficie: los aspectos que presentan las cosas son pensamientos de Dios. El sitio en que una llanura se une á una poblacion está impregnado siempre de penetrante melancolía. La naturaleza y la humanidad hablan allí á la vez y aparecen allí las originalidades locales.

El que haya andado como nosotros errante por esas soledades contiguas á los arrabales, que pudieran llamarse los limbos de Paris, habrá descubierto aquí y allá, en el rincon más desierto y en el instante más inesperado, detrás de un seto ó en el ángulo de una pared lúgubre, niños agrupados confusamente, fétidos, llenos de polvo y de barro, haraposos, que juegan al chito, con florecillas en la cabeza: son los chicos que se escapan de las casas de las familias pobres. El boulevard exterior es un medio respirable; las afueras les pertenecen, y allí establecen sus escuelas los que hacen novillos, y cantan allí ingénuamente su repertorio de canciones libres. Allí pasan las horas disfrutando del sol de Mayo ó de Junio, arrodillados alrededor de un agujero hecho en la tierra, jugando á las chinas, irresponsables, huidos, sueltos y felices; apenas os ven se acuerdan de que deben tener una industria y que necesitan ganarse la vida, y os ofrecen para que les compreis una media vieja de lana llena de grillos ó un manojo de lilas. El encuentro de estos niños es una de las gracias mayores y más dolorosas de los alrededores de Paris.

Algunas veces entre el monton de

muchachos hay algunas niñas—quizás hermanas suyas—casi mozas ya, flacas, nerviosas, curtidas por el sol y por el aire, coronadas de espigas y de amapolas, esquivas, alegres y descalzas. Estos grupos, vivamente alumbrados por el sol del medio dia, ó entrevistos á la luz del crepúsculo, preocupan al pensador, y sus visiones se aparecen ante sus pensamientos.

Paris es el centro y sus alrededores la circunferencia para estos niños: no conocen más mundo ni van más allá; no pueden salir de la atmósfera parisiense: como los peces, no pueden salir del agua. Para ellos no hay ya nada á dos leguas de la ronda: allí está el fin del universo.

## VI.

### Un poco de historia.

En la época, casi contemporánea, en que pasa la accion de esta novela, no habia, como en la actualidad, un agente de policía en cada boca-calle, y los muchachos vagabundos abundaban en Paris. Las estadísticas presentan, por término medio, doscientas sesenta criaturas sin asilo, recogidas todos los años, por las rondas de policía entonces, en los terrenos abiertos, en las casas en construccion y bajo los arcos de los puentes. Uno de estos nidos fué famoso por haber producido "las golondrinas del puente de Arcole„. Por lo demás, este es el más desastroso de todos los síntomas sociales. Todos los crímenes del hombre empiezan en la vagancia de sus primeros años.

Exceptuemos á Paris, sin embargo, creyendo que es justa esta excepcion, á pesar del recuerdo que acabamos de evocar. Mientras en otras grandes ciudades el muchacho vagabundo es hombre perdido; mientras en otras partes el niño entregado á sí mismo está condenado hasta cierto punto á la inmersion fatal en los vicios públicos, el pilluelo de Paris, tan corrompido y tan gastado por la superficie, se halla interiormente casi intacto.

Debemos hacer constar aquí que brilla en el pilluelo, en la espléndida probidad de nuestras revoluciones populares, esa incorruptibilidad que resulta de la idea que está en la atmósfera de Paris como la sal en el agua del Océano. Respirar el aire de Paris conserva el alma.

Pero esto no se opone en manera alguna á que nos oprima el corazon cada vez que encontramos á alguno de esos niños, á cuyo alrededor parecen que se vean flotar rotos los hilos de la familia. En la civilizacion actual, tan incompleta aun, no es muy anormal esas rupturas de familia que hacen ignorar qué se han hecho los hijos, y que dejan caer los pedazos de sus entrañas en la via pública. De aquí provienen los destinos desconocidos y la triste locucion de "ser arrojado en medio del arroyo de Paris„.

Digamos de paso que el abandono de niños no encontraba gran oposicion en la antigua monarquía. Ver las costumbres del Egipto y de la Bohemia en las bajas regiones convenia á las altas esferas y á los poderosos. Era entonces un dogma profesar ódio á la enseñanza de los hijos del pueblo. ¿De qué les sirve instruirse á medias? Esta era la consigna de los poderosos. El niño vagabundo era, pues, el corolario del niño ignorante.

Por otra parte, la monarquía necesitaba algunas veces muchachos, y entonces espumaba las calles.

En la época de Luis XIV, para no ir más atrás, el rey deseaba legítimamente crear una escuadra. La idea era loable, pero veamos cómo la realizó. No puede haber escuadra si al lado del buque de vela, que es juguete de los vientos, no se encuentra para remolcarle en caso de necesidad otro buque de remo ó de vapor, que se le hace ir donde se quiere. En aquel tiempo las galeras desempeñaban en la marina el papel que hoy desempeñan los barcos de vapor. Necesitando galeras, como éstas no se mueven sin galeotes, hacian falta galeotes tambien. Colbert dispuso, por medio de los intendentes de provincia y por medio de los tribunales, que se reclutase el mayor número posible de galeotes. La magistratura se prestó á ello con gran complacencia. A cualquiera que tuviese el sombrero puesto en la cabeza al pasar una procesion, le tomaban por hugonote y le condenaban á galeras. Al muchacho que encontraban en la calle, que hubiera cumplido los quince años y no tuviese dónde acostarse, á galeras.

Gran reinado, gran siglo.

En tiempo de Luis XV desaparecian los niños de Paris. Los robaba la policía no se sabe para qué misterioso destino. Murmurábase en voz baja, haciéndose monstruosas suposiciones sobre los baños purpúreos del rey. Barbier habla cándidamente de este asunto. A veces, los exentos que perseguian á los niños co-

gian á alguno que tenia padres. Los padres, desesperados, acudian á reclamarlos á los exentos. Intervenian entonces los tribunales y mandaban ahorcar... ¿á quién? á los exentos? No; á los padres.

## VII.

**El pilluelo podria ocupar un sitio en las clasificaciones de la India.**

La pillería de Paris es casi una casta, y pudiera decirse: el pilluelo nace.

Los elementos que constituyen la consideracion de los pilluelos entre ellos son muy variados. Sabemos que uno fué respetado y admirado porque vió caer á un hombre desde lo alto de las torres de Nuestra Señora; otro por haber conseguido penetrar en el patio interior donde estaban temporalmente depositadas las estátuas de la cúpula de los Inválidos y haberse "apropiado„ un poco de plomo; otro por haber visto volcar una diligencia; otro porque conocia á un soldado que casi dejó tuerto á un paisano.

Esto explica la siguiente exclamacion de un pilluelo parisiense, que es un epifonema profundo, del que se rie el vulgo sin comprenderle:

—*¡Dios mio, tengo la desgracia de poder decir que todavía no he visto caer á nadie de un quinto piso!*

Tambien es notable esta frase de un campesino:

—"Tio Fulano, ha muerto vuestra mujer de la enfermedad; ¿por qué no llamásteis al médico?

—„Qué quereis, señor! Los pobres *nos morimos solos.*„

Si en esta frase se pinta la pasividad del pueblo, en la siguiente se descubre la anarquía libre-pensadora del pilluelo del arrabal.

Un condenado á muerte, en la carreta escucha á su confesor, caminando hácia el suplicio. El pilluelo le vé y exclama:

—*Habla con el clerizonte! qué cobarde!*

Dá importancia al pilluelo ser audaz en materia de religion, ser espíritu fuerte.

Asistir á las ejecuciones es para él un deber. Se señalan unos á otros la guillotina y se rien. La han puesto varios apodos:—Fin de la cena.—Regañadientes. —La tia de lo azul (del cielo).—El último bocado, etc.

Para presenciar todo espectáculo, el pilluelo escala las paredes, trepa á los balcones, sube á gatas á los árboles, se abraza á las chimeneas y se cuelga de las rejas. Puede decirse que nace pizarrero y marino: ni le asusta un tejado ni un mástil. Para él no hay fiesta que iguale á la de la Grève. Sanson (el verdugo) y Montes (el capellan de la cárcel) son los nombres verdaderamente populares. Azuza al paciente para animarle y algunas veces le admira.

Lacenaire, cuando era pilluelo, dijo, al ver morir con gran serenidad al atroz Dantun, esta frase, que encierra un porvenir:

—*Le tengo envidia.*

La pillería no conoce á Voltaire, pero conoce á Papavoine. Confunde en la misma leyenda á los políticos y á los asesinos. Conserva por tradicion el recuerdo del último traje de todos. Sabe que Tolleron llevaba gorro de chispero; Avril casquete de nútria; Louvel sombrero redondo; que el viejo Delaporte era calvo y llevaba la cabeza descubierta; que Castaing era sonrosado y guapo; que Bories gastaba perilla romántica, Juan Martin tirantes, y que Lecouffé y su madre iban riñendo.—*No os echeis á la cara el cesto*, les gritó un pilluelo. Otro, para ver pasar á Debacker, se encaramó á la farola del muelle. El gendarme de aquel punto frunció el entrecejo.

—Dejadme subir, señor gendarme, le dijo el pilluelo.

Y para enternecer á la autoridad, añadió:

—No me caeré.

—Nada me importa que te caigas, le respondió el gendarme.

Entre la pillería se aprecian mucho los accidentes memorables. Llega á la cúspide de la consideracion el que de ellos se corta "hasta el hueso„. Los puños son un elemento de respeto; una de las cosas que el pilluelo dice con más gusto es: *Yo soy muy fuerte!* Ser zurdo entre ellos es envidiable; ser bizco, es cosa superior.

## VIII.

**Donde se leerá una buena ocurrencia del último rey.**

El pilluelo, durante el verano, se metamorfosea en rana, y por la tarde, al anochecer, delante de los puentes de Austerlitz y de Jena, desde lo alto de los montones de carbon y de las barcas de las lavanderas, se arroja de cabeza al Sena, infringiendo con audacia las leyes del pudor y las de la policía. Pero como los agentes vigilan, resulta de

aquí una situacion dramática, que dió pié una vez á un grito fraternal y memorable, grito que fué célebre en 1830, y fué un aviso estratégico de un pilluelo á otro pilluelo:—*Eh! Titi, cuidado no te trinquen por el troncho; hay moros en la costa; coge la ropa y vete; pasa por la alcantarilla.*

Algunos pilluelos saben leer, otros escribir, y todos ellos pintarrajear. No vacilan en adquirir por medio de mútua y misteriosa enseñanza las habilidades que pueden ser útiles á la cosa pública. Desde 1815 á 1830 imitaban el graznido del pavo (1); desde 1830 á 1848 pintarrajeaban una pera en las paredes. Una tarde de verano en que Luis Felipe volvia á palacio á pié, vió que un pilluelo chiquitin sudaba y se empinaba para dibujar con carbon una pera gigantesca en uno de los pilares de la verja de Neuilly. El rey, con la bondad que heredó de Enrique IV, ayudó al pilluelo; acabó éste de dibujar la pera, y le dió un luis, diciéndole:—*En esa moneda tambien hay una pera.* El pilluelo está en sus glorias cuando hay gresca; le complace el estado violento. Detesta á los curas. Un dia, en la calle de la Universidad, uno de esos bribonzuelos estaba haciendo un gesto grotesco de manos y de nariz á la puerta cochera del número 69.—Por qué haces gestos á esa puerta? le preguntó un transeunte.—Porque ahí vive un cura, le contestó el pilluelo. En efecto, allí vivia el Nuncio. Esto no obstante, á pesar del volterianismo del pilluelo, si se le ofrece la ocasion de ser monaguillo la acepta y entonces ayuda á misa con exactitud. En dos cosas se parece á Tántalo; siempre las desea y nunca las consigue, y son: derribar al gobierno y que le cosan el pantalon.

El pilluelo, en su estado perfecto, conoce á todos los agentes de policía de Paris y sabe cómo se llama cada uno de ellos. Estudia sus costumbres y lleva notas particulares sobre cada uno de ellos: lee como en un libro abierto en las almas de la policía, por lo que os dice en seguida y sin titubear:—Fulano es un *traidor*; zutano es *muy malo*; éste es *grande*; aquel *ridículo*. Este se figura que es suyo el Puente-Nuevo, y prohibe *á la gente* pasearse por la cornisa fuera del parapeto; aquel tiene la mala costumbre de tirar de las orejas á las *personas*, etc. etc.

(1) Las caricaturas de 1815 á 1830 pintaban á los Borbones en figura de pavos, y las de 1830 á 1848 pintaban las caras de Luis Felipe en figura de pera.

## IX.

### El antiguo espíritu de los galos.

El tipo de estos muchachuelos existia ya en Poquelin, hijo de los mercados, y tambien en Beaumarchais. La pillería es un matiz del espíritu galo; cuando se asocia al buen sentido, le dá fuerza como el alcohol al vino. Algunas veces es un defecto. Homero se repite muchas veces; tambien puede decirse que Voltaire pillea. Camilo Desmoulins era de los arrabales. Championet, que trataba brutalmente los milagros, habia salido del arroyo de las calles de Paris.

El pilluelo es respetuoso, irónico é insolente. Sus dientes son feos porque se alimenta mal y su estómago sufre; pero tiene buenos ojos porque es de ingenio agudo. En presencia de Jehová saltaria con la pata coja las gradas del paraiso. Toda clase de crecimiento es posible en él. Juega en el arroyo, se subleva en los motines; su tenacidad persiste ante la metralla; de pilluelo se convierte en héroe; como el tébano, sacude la piel del leon; el tambor Bara, que era un pilluelo de Paris, grita: Adelante! así como el caballo de la Escritura dice: *Vá!* y en un minuto pasa de pigmeo á gigante.

Este hijo del cieno es tambien hijo del ideal. Medid esta envergadura que vá desde Moliere á Bara.

Finalmente, y para reasumirlo todo en una frase, el pilluelo es un sér que se divierte porque es desgraciado.

## X.

### Ecce Paris, ecce homo.

Hoy el pilluelo de Paris es como el *grœculus* de la antigua Roma, es el pueblo niño que tiene en la frente la arruga del mundo viejo.

El pilluelo es una gracia para la nacion y al mismo tiempo una enfermedad, enfermedad que es preciso curar. Cómo? Por medio de la luz.

La luz sanifica.

La luz alumbra.

Todas las generosas irradiaciones sociales salen de la ciencia, de las letras, de las artes y de la enseñanza. Formad hombres; iluminadlos para que os calienten. Pronto ó tarde la magnífica cuestion de la instruccion universal se impondrá con la irresistible autoridad de

la verdad absoluta, y entonces los que gobiernen, bajo la vigilancia de la idea francesa, tendrán que elegir entre los hijos de Francia ó los pilluelos de Paris, entre las llamas de la luz ó entre los fuegos fátuos de la oscuridad.

El pilluelo representa á Paris y Paris representa al mundo. Paris es un total; es la cúpula del género humano. La prodigiosa ciudad es un resúmen de costumbres vivas y muertas. El que vé á Paris cree ver lo profundo de toda la historia, con el cielo y las constelaciones en los intervalos. Paris tiene su Capitolio, el Hotel de Ville; su Parthenon, Nuestra Señora; su Monte Aventino, el barrio de San Antonio; su Asinario, la Sorbona; su Panteon, el Panteon; su Via Sacra, el boulevard de los Italianos; su Torre de los Vientos, la opinion, y reemplaza las Gemonías con el ridículo. Su *majo* se llama faraute; su *trastiberino* se llama arrabalero; su *hammal*, su mozo de cordel; su *lazzaroni*, su vagabundo; su *cockney* se llama indígena. En Paris se encuentra todo lo que hay en todas partes. La verdulera de Dumarsais dá quince y falta á la vendedora de yerbas de Eurípides; el discobolo Veyano revive en el bailarin de cuerda Forioso; Terapontigono Miles pudiera dar bien el brazo al granadero Vadeboucœur; Damisipo el buhonero viviria feliz entre los vendedores de trapo y de hierro viejo; Vincennes se apoderaria de Sócrates, como Agora enjaularia á Diderot; Grimod de la Reyniere descubrió el modo de hacer el roastbeef con sebo, como Curhilo inventó el erizo asado; reaparece bajo el globo del Arco de la Estrella el trapecio de Plauto; el traga-espadas del Pecilo, inventado por Apuleyo, es el traga-sables del Puente-Nuevo; el sobrino de Rameau y Curculion el parásito hacen pareja; Aigrefenille podria representar á Ergasilo en casa de Cambaceres; los cuatro petrimetres de Roma, Alcesimarco, Phadromo, Diabolo y Argyripo bajan de la Courtille en la silla de posta de Labatut; Aulo Gelio no se paraba más tiempo ante Congrio que Cárlos Nodier ante Polichinela; Marton no es una tigre, como Pandalisca no era un dragon. Pantolabio el bufon recuerda en el café Inglés á Nomentano el vividor; Hermógenes es tenor en los Campos Elíseos, y á su alrededor Trasio, el mendigo, pide limosna, vestido de Bobeche. El vino de Suresne parodia al vino de Alba, el vaso lleno de vino tinto de Desangiers se equilibra con el de la gran copa de Balatron; el cementerio del Padre Lachaise exhala con las lluvias nocturnas los mismos fuegos fátuos que las Esquilias, y la fosa del pobre comprada para cinco años, equivale al ataud alquilado del esclavo.

En Paris todo se encuentra. La cubeta de Trofonio reaparece en la de Mesmer; Ergafilao resucita en Cagliostro; el bracman Vasafanta se encarna en el conde de San German; el cementerio de San Medardo hace tan buenos milagros como la mezquita Umunié de Damasco.

El Esopo de Paris es Mayeux y la Caindia la señorita Lenormand. Se agita, como Delfos, en las fosforescentes realidades de la vision, y hace que giren las mesas como Dodoma las trípodes. Coloca en el trono á la griseta, como Roma á la cortesana, y si Luis XV es peor que Claudio, en cambio la Dubarry es mejor que Mesalina. Paris combina en un tipo inaudito, que vive y con el que nos codeamos, la desnudez griega, la úlcera hebrea y la gracia gascona, confundiendo en él á Diógenes, á Job y á Paillase; viste un espectro con ejemplares del *Constitucional* y crea á Chodruc Duclos.

Aunque Plutarco diga que *el tirano no envejece*, Roma, en los tiempos de Sila y en los de Domiciano, se resignaba y echaba con gusto agua en el vino. El Tíber era un Leteo, si hemos de dar crédito al elogio algo doctrinario que de él hacia Varus Vibiscus: *Contra gracos Tiberim habemus. Bibere Tiberim, id est, seditionem oblivisci.* Paris bebe un millon de litros de agua cada dia; pero esto no le impide cuando se presenta la ocasion tocar á generala y á somatén.

Por lo demás, Paris es un buen muchacho y todo lo admite régiamente; no es escrupuloso en la eleccion de su Vénus; su Calipige es hotentota. Paris si se rie lo perdona todo; la fealdad le divierte, la deformidad le alegra y el vicio le distrae; absuelve al pícaro si es chistoso; ni la hipocresía, ese cinismo supremo, le incomoda; es tan literario que no se tapa la nariz ante Basilio y no se escandaliza de las palabras de Tartuffe, como Horacio no se escandaliza del "hipo„ de Príapo.

Ninguna faccion del rostro universal falta al perfil de Paris. El baile de Mabille no es la danza polimnia del Janículo, pero en él la revendedora de trajes atrae á la *loreta*, como la encubridora Estafila á la vírgen Planesia. La barrera del Combate no es un Coliseo, pero hay en ella tanta ferocidad como si la estuviese mirando César. La hostelera

siriaca era más graciosa que la tia Sagnet; pero si Virgilio frecuentaba la taberna romana, David d' Angers, Balzac y Charlet se han sentado á la mesa del figon parisiense. Paris reina; los génios brillan en su recinto y los diablos prosperan en él. Adonai pasa por Paris con su carro de doce ruedas lanzando truenos y relámpagos. Sileno entra montado en su asno, es decir, entra Ramponneau.

Paris es sinónimo de Cosmos. Paris es Atenas, Roma, Sibaris, Jerusalen y Pantin; es un compendio de todas las civilizaciones y de todas las barbaries. Paris sentiria verse privado de la guillotina.

Le place tener de vez en cuando el espectáculo de la plaza de la Grève; ¿qué seria su eterna fiesta si le faltase esta salsa? Las leyes así lo han previsto en su sabiduría, y gracias á ellas la cuchilla gotea sangre en su contínuo carnaval.

## XI.

### Burlarse es reinar.

Paris no tiene límites. Ninguna otra ciudad ha ejercido nunca semejante dominacion, que llega á escarnecer algunas veces á lo que subyuga. *¡Divertíos, atenienses!* exclamaba Alejandro. Paris impone no solo la ley, sino la moda; no solo la moda, sino tambiem la rutina. Paris puede ser bestia cuando le parece, algunas veces se permite ese lujo, y entonces el universo es bestia como él; despues se despierta, se frota los ojos y dice:—Qué estúpido soy! y se rie ante el género humano. ¡Es una ciudad maravillosa! Es extraordinario que lo grandioso y lo burlesco formen en ella tan leal maridaje, que la parodia no empañe lo majestuoso, y que la misma boca toque hoy la trompeta del juicio final y mañana la flauta hecha de un tallo de cebolla. Paris posee jovialidad soberana. Su alegría es un rayo y su farsa lleva cetro; su huracán sale á veces de una mueca; sus explosiones, sus jornadas, sus obras maestras, sus prodigios y sus epopeyas llegan hasta el fin del universo, lo mismo que sus despropósitos. Su risa es la boca de un volcán que salpica toda la tierra; sus bufonadas son chispas. Así como impone á los pueblos su ideal, impone sus caricaturas. Los más altos monumentos de la civilizacion humana aceptan sus ironías y prestan su eternidad á sus chuladas. Paris es grandioso; cuenta con su magnífico 14 de Julio, que dá libertad al mundo; obliga á todas las naciones á repetir el juramento del Juego de pelota; su noche del 4 de Agosto destruye en tres horas tres mil años de feudalismo; hace que sea su lógica el músculo de la voluntad unánime, y se multiplica bajo todos las formas de lo sublime; llena de resplandores á Washington, á Kosciusko, á Bolivar, á Botzaris, á Riego, á Bem, á Manin, á Lopez, á John Brown y á Garibaldi; está en todas partes donde resplandece el porvenir: en Boston en 1779; en la isla de Leon en 1820; en Pesth en 1848; en Palermo en 1860; murmura la poderosa consigna *Libertad* al oido de los abolicionistas americanos agrupados en la barca de Harper's Ferry y al oido de los patriotas de Ancona, reunidos á la sombra de los Arcos, delante de la posada de Gozzi, á la orilla del mar; crea á Canaris, á Quiroga y á Pisacane; irradia todo lo grande sobre la tierra; yendo hácia donde su soplo los empuja, y arrastrados por él, muere Byron en Missolonghi y Mazet en Barcelona; es tribuna para Mirabeau y cráter para Robespierre; sus libros, su teatro, sus artes, sus ciencias, su literatura y su filosofía son los manuales del género humano; tiene á Pascal, á Regnier, á Corneille, á Descartes y á J. J. Rousseau; á Voltaire para cada minuto y á Molière para todos los siglos. Hace que hable su lengua la boca universal, y su lengua llega á ser el Verbo. Hace fructificar en todos los espíritus la idea del progreso; los dogmas libertadores que forja son para las generaciones espadas flameantes, y la inspiracion de sus pensadores y de sus poetas ha formado desde 1789 los héroes de todos los pueblos, y Paris, que transfigura al mundo con la luz de su progreso, tiene sus pilluelos; dibuja con carbon la nariz de Bouginier en la pared del templo de Teseo, y escribe en las pirámides: *Credeville, ladron.*

Paris enseña siempre los dientes: cuando no gruñe, rie.

Tal es la gran ciudad. Las columnas de humo de sus chimeneas son las ideas del universo. Monton de barro y de piedra si se quiere, pero que se afirma sobre él un sér moral. Es, no grande, sino inmenso. Por qué? Porque se atreve. El progreso es el premio de la audacia. Prueban esta verdad las conquistas más sublimes. Para que se verifique la Revolucion no basta que la presienta Montesquieu, que Diderot la predique, ni que Beaumarchais la anuncie, ni que Con-

dorcet la calcule, ni que Voltaire la prepare, ni que Rousseau la premedite; es menester que Danton se atreva.

El grito *¡Audacia!* es un *fiat lux*. Se necesita, para que progrese el género humano, que encuentre en las cumbres de la sociedad lecciones de valor altivas y permanentes. Las temeridades deslumbran á la historia y dan gran claridad á los hombres. La aurora es audaz cuando aparece. Intentar, desafiar, persistir, luchar cuerpo á cuerpo con el destino, asombrar á la catástrofe, haciéndola ver que no la tememos, y afrontar los poderes injustos, son los ejemplos que necesitan los pueblos; esta es la luz que los electriza. El mismo relámpago formidable enciende la antorcha de Prometeo que el bota-fuego de Cambronne.

## XII.

### El porvenir latente en el pueblo.

El pueblo de Paris, aunque hombre ya formado, es siempre el pilluelo, y retratar á éste es retratar la ciudad; por eso hemos estudiado al águila en el gorrion.

En los arrabales es donde principalmente aparece la raza parisiense; allí conserva la pureza de su sangre y tiene su verdadera fisonomía; allí ese pueblo trabaja y sufre, y el padecimiento y el trabajo son las dos caras del hombre. Allí existen cantidades inmensas de séres desconocidos, en los que abundan los tipos más extraños, desde el descargador de la Rapée hasta el desollador de Montfaucon. *Fex urbis* (hez de la ciudad) los llama Ciceron; *mob*, Burke, indignado; turba, multitud, populacho, etc. Ciertamente que es fácil clasificarlos así; así son, pero esto qué importa? Si van con los piés descalzos, si no saben leer, tanto peor. Por eso vais á abandonarlos? ¿Consentireis que su desgracia se trueque en maldicion? ¿La ilustracion no puede penetrar en esas masas? Repitamos este grito: Luz! Luz! obstinémonos en él. ¿Quién sabe si esos séres opacos llegarán á ser transparentes? ¿Las revoluciones no son transfiguraciones? Filósofos, venid; enseñad, iluminad, pensad y hablad en voz alta; corred alegres hácia el vivo sol, fraternizad en la plaza pública, anunciad la buena nueva, prodigad los alfabetos, proclamad los derechos, cantad Marsellesas, sembrad el entusiasmo, arrancad las ramas verdes de las encinas. Haced de la idea un torbellino. La multitud puede llegar á ser sublime. Sepamos utilizar la vasta hoguera de principios y de virtudes que chisporrotea, estalla y se conmueve en momentos dados. Los piés descalzos, los brazos desnudos, los harapos, la ignorancia, la abyeccion y las tinieblas pueden emplearse en conquistar lo ideal. Mirad al través del pueblo y descubrireis esa verdad. La vil arena que oprimen vuestros piés echadla en el horno; se fundirá, se cocerá, se convertirá en brillante cristal, y por la virtud de éste, Galileo y Newton descubrirán los astros.

## XIII.

### El muchacho Gavroche.

Ocho ó nueve años despues de los acontecimientos que describimos en la segunda parte de esta novela, se veia en el boulevard del Temple y en las regiones del Chateau d' Eau un chicuelo de once á doce años, que seria el ideal perfecto del pilluelo que acabamos de bosquejar si, á pesar de la sonrisa, propia de la edad, que dibujaban sus labios, no hubiese tenido el corazon sombrío y absolutamente vacío. Este muchacho llevaba pantalon de hombre, que no era de su padre, y camisa de mujer, que tampoco era de su madre. Personas caritativas lo habian vestido de desechos, y sin embargo, tenia padres; pero su padre no se ocupaba de él y su madre no le queria. Era una de esas criaturas dignas de lástima y que son huérfanas á pesar de tener padres.

Este muchacho solo se encontraba bien en la calle: el empedrado era para él menos duro que el corazon de la mujer que le dió á luz. Sus padres le arrojaron al mundo de un puntapié.

Empezó á volar por sí mismo.

Era una criatura descolorida, amiga de la bulla, lista, chancera, viva y enfermiza. El chico iba, venia, cantaba, jugaba al chito, escarbaba en los arroyos, robaba lo poquito que podia, alegremente como los gatos y los pájaros; se reia cuando le llamaban galopin y se incomodaba cuando le llamaban granuja. No tenia hogar, ni pan, ni lumbre, ni cariño de nadie, pero estaba contento porque era libre.

Cuando estos desventurados séres llegan á ser hombres, casi siempre la rueda del órden social los encuentra y los tritura; pero mientras son muchachos se

escapan, porque son pequeños y el menor agujero los salva.

A pesar de estar este chico tan abandonado, algunas veces, cada dos ó tres meses, decia:—Calla! ¡voy á ver á mi madre!...

Entonces dejaba el boulevard, el Circo y la puerta de San Martin; bajaba al muelle, pasaba los puentes, entraba en el arrabal, iba hasta la Salpetriere y se paraba precisamente en los números 50 y 52, que el lector conoce ya, en la casa de Gorbeau.

Entonces el citado caseron, habitualmente vacío, estaba habitado por muchos inquilinos, que, como sucede siempre en Paris, no estaban relacionados ni tenian entre sí vínculos de parentesco. Todos ellos pertenecian á esa clase indigente que principia en el último ciudadano apurado y que se prolonga de miseria en miseria, por las capas inferiores de la sociedad, hasta los dos séres en los que van á parar todas las cosas materiales de la civilizacion; esto es, en el barrendero que limpia las alcantarillas y en el trapero que recoge los harapos.

La "inquilina principal„ de la época de Juan Valjean habia muerto y la habia reemplazado otra mujer semejante á aquella. No recuerdo qué filósofo ha dicho: "Nunca faltan mujeres viejas„. La de ahora se llamaba la señora Burgon, y en su vida solo era notable una dinastía de tres papagayos que habian reinado en su corazon sucesivamente.

La más miserable de las familias que habitaban en el caseron se componia de cuatro personas: padre, madre y dos hijas, ya mujeres, y se cobijaban en un mismo desvan, en una de las celdas que ya describimos.

Esta familia no ofrecia á primera vista nada de particular más que su extrema desnudez.

El padre, al alquilar la boardilla, dijo que se llamaba Jondrette.

Poco tiempo despues de vivir allí, Jondrette dijo á la inquilina principal, que, como su antecesora, era portera y barria la escalera:

—Tia Fulana, si alguno viene buscando á un polonés, á un italiano, ó quizás á un español, viene á preguntar por mí.

Esta familia era la del alegre pilluelo. Cuando éste llegaba allí se encontraba con la miseria y, lo que era más triste aun, sin recibir ni una sonrisa ni un cariño: frio en el hogar y frio en los corazones.

Le preguntaban al verle:

—De dónde vienes?

—De la calle, respondia.

Cuando se marchaba le preguntaban:

—A dónde vas?

Y respondia:

—A la calle.

Su madre exclamaba entonces:

—Pues por qué vienes?

Este muchacho carecia completamente de afectos, como esas yerbas pálidas que se crian en las cuevas; pero esto no le apesadumbraba y no queria mal á nadie; no tenia idea exacta de lo que deben ser un padre y una madre.

Su madre solo queria á sus hijas.

Nos olvidamos de decir que en el boulevard del Temple llamaban á este niño el muchacho Gavroche. Por qué? No lo sabemos.

Parece que el instinto de ciertas familias miserables es romper los hilos que unen á sus miembros.

El cuarto que Jondrette y su familia ocupaban en la casucha Gorbeau era el último del final del corredor. En el contiguo vivia un jóven muy pobre, que se llamaba Mario.

Digamos ahora quién era Mario.

# LIBRO SEGUNDO.

## El gran hidalgo.

### I.

#### Noventa años y treinta y dos dientes.

En las calles de Boucherat, de Normandía y de Saintonge, existen aun algunos antiguos vecinos que han conservado el recuerdo de un buen señor que se llamaba Gillenormand y hablan aun de él con fruicion. Dicho señor ya era viejo cuando ellos eran jóvenes. Su perfil, contemplado ligeramente por los que miran el vago movimiento de las sombras que se llama pasado, no ha desaparecido aun en el laberinto de las calles próximas al Temple, á las que se dieron en la época de Luis XIV los nombres de todas las provincias de Francia, así como en nuestros dias se dan á las calles del barrio nuevo del Tívoli los nombres de todas las capitales de Europa; adelanto en el que es visible el progreso.

El señor Gillenormand, que vivia aun en 1831, era una verdadera curiosidad;

era uno de esos hombres que parecen raros por haber vivido mucho tiempo, que años atrás fueron como todo el mundo y que años despues ya no se parecen á nadie. Este viejo particular era el tipo de otra edad, el verdadero hombre de la clase media algo altivo del siglo diez y ocho, que ostentaba su hidalguía con la misma altivez que el marqués su marquesado. Tenia cumplidos ya los noventa años y andaba derecho, hablaba alto, bebia vino puro, comia y dormia bien. Conservaba los treinta y dos dientes y solo gastaba anteojos para leer. Fué muy aficionado á aventuras amorosas, pero afirmaba que hacia ya una docena de años que habia renunciado por completo á las mujeres. Decia que ya no podia agradar, pero no añadia:—Soy muy viejo, sino:—Soy muy pobre. ¡Si no estuviese arruinado! Oh! oh! oh!...

No le quedaba, en efecto, más que una renta de cerca de quince mil libras. Su sueño dorado era poseer cien mil francos de renta para tener queridas. No pertenecia, como estamos viendo, á la variedad enclenque de octogenarios que, como Voltaire, han estado moribundos toda su vida; no estaba cascada su longevidad; este viejo rozagante siempre disfrutó de buena salud. Era superficial, de génio pronto é iracundo. Enfurecíase por cualquier cosa y muchas veces sin motivo.

Cuando le contradecian levantaba el baston y pegaba á la gente, como en el gran siglo. Tenia una hija de más de cincuenta años, soltera, á la que golpeaba cuando se montaba en cólera y á la que daria azotes de buena gana. La trataba como si tuviera ocho años. Abofeteaba á sus criadas, diciéndolas que eran unas perdidas. Su juramento favorito era: *Por el pantuflo de la pantuflada!*... Tenia otras costumbres pacíficas muy singulares. Hacia que le afeitase todos los dias un barbero, que habia estado loco y que le odiaba porque tuvo celos del señor Gillenormand, porque la barbera era bonita y coqueta.

El señor Gillenormand se creia con gran discernimiento y se tenia por muy sagaz. A propósito de esto solia decir: "Tengo tal penetracion, que cuando me pica una pulga sé de qué mujer viene„. Nunca le caian de los labios estas palabras: *El hombre sensible y la naturaleza.* Pero para él esta última palabra no tenia la gran acepcion que se le dá en nuestra época; la encajaba á su modo en las sátiras que usaba en el hogar doméstico.—"La naturaleza—decia,—para que la civilizacion tenga un poco de todo, le dá hasta el *especimen* de una barbarie divertida. Europa tiene tipos de Asia y de Africa en miniatura: el gato es un tigre de salon, el lagarto es un cocodrilo de faltriquera. Las bailarinas de la Opera son salvajes de color de rosa; no se comen á los hombres, pero se los chupan, ó con sus artes mágicas los convierten en ostras y se los tragan. Los caribes no dejan más que los huesos; ellas no dejan más que la concha. Tales son nuestras costumbres. No devoramos, pero roemos; no exterminamos, pero arañamos.„

## II.

### A tal dueño, tal casa.

Vivia en el Marais, calle de las Hijas del Calvario, número 6. La casa era propia. Dicha casa fué despues demolida y reedificada; su número habrá tambien cambiado en las revoluciones de la numeracion que sufren las calles de Paris. Ocupaba antigua y vasta habitacion en el primer piso, situada entre la calle y el jardin, adornada hasta el techo con grandes tapices de Gobelinos y de Beauvais, que representaban asuntos pastoriles; los dibujos de los entrepaños se repetian en pequeño en los sillones. Rodeaba su lecho un gran biombo de nueve hojas, pintadas con laca de Coromandel. Anchas y largas cortinas pendian de las ventanas y de las puertas, formando al caer grandes y magníficos pliegues. El jardin, situado debajo de estas ventanas, comunicaba con la que estaba en el rincon por medio de una escalera de doce á quince peldaños, que el buen señor subia y bajaba alegremente.

Además de la biblioteca, contigua á su cuarto, tenia un gabinetito que le gustaba mucho, que era un retiro galante, cubierto con una alfombra de color de paja flordelisada y llena de flores, obra de las galeras de Luis XIV, que el señor Vivonne encargó á los presidiarios para su querida. El señor Gillenormand la heredó de una hermana de su abuelo materno, mujer de genio áspero y que murió de cien años. El señor Gillenormand fué casado dos veces. Sus modales eran un término medio entre los del palaciego, que nunca habia sido, y entre los del hombre togado, que hubiera podido ser. En su juventud fué uno de esos hombres á quienes engaña siempre su mujer y no engaña nunca

la querida, porque son, á la par que maridos bruscos, amantes rendidos. Era inteligente en pintura. Tenia en su cuarto un retrato de persona desconocida, pintado por Jordaens, hecho á grandes rasgos, con detalles amontonados y como tomados al acaso. El traje que gastaba el señor Gillenormand no era el de Luis XV: era el traje de los *increibles* durante la época del Directorio. Hasta entonces se tuvo por jóven y continuaba siguiendo la moda de aquel tiempo. Llevaba frac de paño fino con grandes solapas, larga cola y grandes botones de acero, calzon corto y zapatos con hebillas. Siempre estaba con las manos metidas en los bolsillos.

Decia con énfasis autoritario: *La Revolucion francesa fué una gavilla de perdidos.*

## III.

### Lucas-Espíritu

A la edad de diez y seis años, una noche en la Opera tuvo el honor de que le dirigiesen los anteojos al mismo tiempo dos bellezas, entonces ya maduras, célebres y cantadas por Voltaire; la Camargo y la Sallé. Al verse cogido entre dos fuegos hizo una retirada heróica hácia una bailarina que se llamaba Nahemy, que tenia diez y seis años, como él, y era arisca como un gato, pero le tenia enamorado. Pasando revista á sus recuerdos, exclamaba: ¡Qué hermosa estaba Guimard-Guimardini-Guimardinette la última vez que la ví en Longchamps, con el pelo rizado á lo *sentimental*, con *ven-á-verme* de turquesas, con vestido de color de *recien llegados* y con manguito de *agitacion!*

El viejo de que nos ocupamos vistió en su adolescencia el traje de Nain-Londrin, que recordaba siempre con cariño. "Iba vestido como un turco de Levante„ solia decir. La señora de Bonffers, que le conoció por casualidad cuando este anciano tenia veinte años, le calificó de "loco encantador„. Le escandalizaban todos los nombres que oia sonar en la política y en el poder, por creerlos vulgares y poco merecedores de los altos sitios. Leia los periódicos, *los papeles noticieros* ó *las gacetas*, como él los llamaba, y riendo decia:—"Qué son estos individuos? Corbiere! Humann! Casimiro Perier! Esos son ministros!... Figúrome leer en un periódico: "El señor Gillenormand, ministro„. Vaya una farsa! Sin embargo, las gentes son tan tontas que lo creerian.„ Daba el nombre verdadero á todas las cosas, fuese éste decente ó no lo fuese, y no se recataba delante de las señoras. Decia groserías y obscenidades con una indiferencia y una tranquilidad casi elegantes. Tenia la *sans façon* de su siglo. Porque es digno de notarse que la época de las perífrasis en verso fué el tiempo de la mayor desnudez de la prosa. Su padrino predijo que seria hombre de génio y le puso en la pila estos nombres significativos: Lucas-Espíritu.

## IV.

### Aspirante á centenario.

Ganó premios en la niñez en el colegio de Moulins, que era su pais natal, y fué coronado por la mano del duque de Nivernais, al que él llamaba duque de Nevers. Ni la Convencion, ni la muerte de Luis XVI, ni Napoleon, ni la vuelta de los Borbones pudieron borrarle el recuerdo de aquella coronacion. El *duque de Nevers* era para él la gran figura del siglo.—"Era un gran señor muy amable y le sentaba muy bien el cordon azul„, solia decir.

A los ojos del señor Gillenormand, Catalina II habia reparado el crímen de la reparticion de Polonia comprando á Bestuchef por tres mil rublos el secreto del elixir de oro. Esto le entusiasmaba. —"El elixir de oro, decia, la tintura amarilla de Bestuchef y las gotas del general Lamotte, valian en el siglo diez y ocho un luis cada frasco de media onza, y eran el gran remedio para curar las catástrofes amorosas, la panacea contra Vénus.„ Le hubiera exasperado y hecho salir de quicio el que le dijera que el elixir de oro no es otra cosa que percloruro de hierro. El señor Gillenormand era apasionado de los Borbones y odiaba á 1793: referia sin cesar cómo pudo salvarse durante la época del Terror y que necesitó gran espíritu y mucha jovialidad para que no le cortasen la cabeza. Si á algun jóven le ocurria elogiar la República delante de él, se quedaba lívido y se irritaba hasta el punto de desmayarse. Algunas veces, aludiendo á su edad de noventa años, decia:—*Creo que no veré dos veces el Noventa y tres*; pero otras veces daba á entender que pensaba vivir cien años.

## V.

### Basco y Nicolasita.

Una de sus teorías especiales era la siguiente: "Cuando el hombre se enamora apasionadamente de las mujeres y no se cuida de su esposa, que es legítima, fea, de mal genio, llena de derechos, que cita al canto el Código y que es celosa, no hay más medio, para librarse de ella y vivir en paz, que poner el bolsillo á su disposicion. Esta abdicacion dá al hombre la libertad. La mujer, en este caso, se ocupa hasta con pasion en el manejo del caudal; se mancha los dedos de cardenillo, toma á su cargo la educacion de los criados y la direccion de los colonos, convoca á los procuradores, preside á los notarios, arenga á los curiales, visita á los golillas, sigue los procesos, repasa las escrituras, dicta los contratos, conoce su soberanía, vende, compra, arregla, manda, promete y compromete, ata y desata, cede, concede y retrocede, ordena y desordena, y la consuela esta especie de felicidad. Mientras su marido la desdeña, tiene la satisfaccion de arruinarle.„ El señor Gillenormand se aplicó á sí mismo esta teoría, que concluyó por ser su propia historia. Su segunda esposa le administró sus bienes de tal manera, que el dia fausto en que quedó viudo solo tenia ya lo estrictamente necesario para poder vivir colocándolo todo á renta vitalicia, produciéndole unos quince mil francos de renta, cuyas tres cuartas partes debian extinguirse con él. No dudó, pues, en colocar su capital de este modo, importándole muy poco no dejar herencia. Habia visto, por otra parte, que los patrimonios estaban sujetos á ciertas vicisitudes y que podian convertirse *en bienes nacionales*, por ejemplo; habia presenciado las conversiones del tercio consolidado y creia muy poco en el gran libro.

—*Todo eso vá á parar á la calle de Quincampoix*, decia. La casa que habitaba en la calle de las hijas del Calvario era suya, como ya hemos dicho: tenia dos criados: "un macho y una hembra„. Cuando tomaba alguno nuevo lo rebautizaba. Ponia á los hombres el nombre de la provincia de que eran hijos. El último lacayo que tuvo era grueso, fatigado, de cuarenta y cinco años, incapaz de correr veinte pasos; pero como era natural de Bayona, el señor Gillenormand le llamaba Basco. A todas las criadas las llamaba Nicolasitas (hasta á la Magnon, de que hablaremos más adelante).

Un dia se le presentó, pretendiendo entrar en su casa, una arrogante y encopetada cocinera, descendiente de la elevada raza de los porteros.—¿Qué salario quereis ganar cada mes? le preguntó el señor Gillenormand.—Treinta francos.—Cómo os llamais?—Olimpia.—Pues ganarás cincuenta francos y te llamarás Nicolasita.

## VI.

### En el que se vislumbra á la Magnon y á sus dos hijos.

En el señor Gillenormand el dolor se convertia en cólera; estaba furioso cuando se desesperaba. Tenia muchas preocupaciones y se tomaba infinidad de licencias. Constituia gran parte de su aspecto exterior y de su satisfaccion íntima el querer aparentar ser mozo verde y que le tuviesen aun por galan, á lo que él llamaba tener "régia fama„. La régia fama le hacia alguna vez objeto de raras aventuras. Un dia le llevaron á casa, sobre una borrica, lo mismo que si fuese un cesto de ostras, un robusto niño recien nacido dentro de una cestilla, en la que se desgañitaba, muy envuelto en mantillas; de este niño le atribuia la paternidad una criada que echó de su casa seis meses atrás, cuando el señor Gillenormand acababa de cumplir ochenta años. Toda la vecindad se indignó, porque queria hacer creer semejante cosa aquella pícara criada, admirando la audacia de aquella calumnia. El señor Gillenormand no se encolerizó. Contempló al chicuelo con la amable sonrisa del hombre á quien halaga la calumnia, y dijo en voz alta, para que lo oyeran todos: "Y qué? ¿Por qué esto os sorprende? ¿qué tiene de particular? Os quedais embobados como unos ignorantes. El duque de Angulema, bastardo de su majestad Cárlos IX, se casó á los ochenta y cinco años con una jovenzuela de quince; el marqués de Alluye, hermano del cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, tuvo á los ochenta y tres años, de una doncella de la presidenta Jacquin, un hijo, un verdadero hijo del amor, que fué caballero de Malta y consejero de Estado; un gran hombre de este siglo, el abate Tabaraud, es hijo de un padre de ochenta y siete años. Esto no es extraordinario; sin embargo, declaro que no soy el autor de

esa obra, pero quiero que se le cuide, porque él no tiene la culpa de haber nacido.„ Esta órden caritativa produjo sus consecuencias: la criada susodicha, que se llamaba Magnon, le hizo otro envio igual al año siguiente. Le remitió otro niño. Ante este golpe capituló el señor Gillenormand.

Devolvió á la madre los dos chicuelos, comprometiéndose á pagar por alimentos ochenta francos cada mes, con la condicion de no recibir nuevos envios. Añadió:—"Quiero que su madre los trate bien; yo iré á verlos alguna vez„. Así lo hizo.

Tuvo un hermano sacerdote, que fué rector de la Academia de Poitiers treinta y tres años, y que murió á los setenta y nueve.—*Le he perdido jóven*, decia. Dicho hermano era un avaro pacífico, que por ser sacerdote se creia obligado á dar limosna á los pobres que encontraba, pero solo les daba moneda falsa, hallando de este modo el medio de ir al infierno por el camino del paraiso.

Gillenormand, el mayor, no comerciaba con la limosna; la daba con gusto y noblemente. Era benévolo, brusco y caritativo; si viviese en la opulencia seria espléndido. Queria que tuviese grandeza todo lo que le rodeaba, hasta las bribonadas.

En una testamentaría le robó una vez un agente de negocios de un modo grosero y visible, y entonces pronunció estas palabras solemnes:—"Trabajan con suciedad las manos puercas; todo ha degenerado en este siglo, hasta los bribones. No se debe robar así á un hombre como yo„.

Como dijimos, fué casado con dos mujeres; de la primera tuvo una hija, que permanecia siendo soltera, y de la segunda otra, que murió á los treinta años, y que se habia casado por amor, por casualidad ó por otra causa, con un soldado de fortuna que sirvió en los ejércitos de la República y del Imperio, ganando la cruz de Austerlitz y recibiendo en Waterlóo el grado de coronel.—*Es la deshonra de la familia*, decia el viejo Gillenormand.

Tomaba mucho polvillo y tenia particular gracia para sacudirse la chorrera de encaje con el revés de la mano. Creia poco en Dios.

## VII.

**Regla: no recibir á nadie más que por la noche.**

Tal era el señor Lucas-Espíritu Gillenormand, que no habia perdido aun el cabello, más gris que blanco, y cuyo peinado conservaba siempre la forma de oreja de perro pachon.

A pesar de sus defectos era venerable; era grande y frívolo como el siglo diez y ocho.

En 1814, y en los primeros años de la Restauracion, que aun era jóven, no tenia más que sesenta y cuatro años; vivió en el barrio de San German, en la calle de Servandoni, cerca de San Sulpicio, y se retiró al Marais, hasta que se apartó del mundo, á los ochenta años cumplidos.

Al retirarse del mundo se habia fortificado en sus costumbres. La principal é invariable para él era tener absolutamente cerrada la puerta para todo el mundo de dia y abrirla solo de noche. Comia á las cinco y despues abria la puerta. Esta fué la moda de su siglo y no queria dejar de seguirla.—"El dia es canalla y merece que se le cierren las puertas, decia. Las personas de posicion alumbran su espíritu cuando el zenit enciende las estrellas.„

Se cerraba para todo el mundo sin ninguna excepcion, siguiendo la vieja elegancia de su pasada juventud.

## VIII.

**Las dos no forman pareja.**

Acabamos de ocuparnos de las dos hijas del señor Gillenormand. Nacieron con diez y seis años de intervalo. Cuando jóvenes se parecian muy poco, y fueron, tanto por el carácter como por la fisonomía, lo menos hermanas que podian ser. La menor poseia alma bellísima, corria siempre tras todo lo que daba luz, pensando en flores, versos y música, y entusiasta y etérea, se sumia en los espacios gloriosos, esperando desde la infancia unirse al ideal de una figura heróica. La mayor tambien acariciaba una quimera; veia en lontananza un asentista, un contratista muy rico, un marido espléndidamente tonto, un millon hecho hombre ó un prefecto, y fermentaban en su imaginacion las recepciones de la Prefectura, los ujieres de la antecámara, los bailes oficiales, los dis-

cursos de la alcaldía, en una palabra, ser "la señora prefecta„. Las dos hermanas, siendo jóvenes, se extraviaban cada una en su respectivo sueño. Ambas tenian alas; la una de ángel y la otra de ganso.

En el mundo no se realiza completamente ninguna ambicion; en nuestra época no existe el paraiso terrenal. La menor se casó con el hombre que encarnaba su sueño de oro, pero la pobre murió pronto. La mayor no se casó.

En el momento en que aparece en esta novela era ya una virtud vieja, una mojigata incombustible; poseia una de las narices más agudas y uno de los talentos más obtusos que pueden existir en el género humano. Fuera del estrecho círculo de su familia, nadie supo nunca su nombre de pila. Se la conocia por *la señorita Gillenormand mayor*.

En materia de recato podia rivalizar con la *miss* más escrupulosa. Era el pudor llevado hasta el extremo. Conservaba un recuerdo horrible en la memoria; el de que un hombre le vió una vez una liga.

La edad acrecentó su pudor intransigente. Para ella la pechera no era nunca demasiado opaca ni subia demasiado, y multiplicaba los broches y los alfileres allí donde á nadie podia ocurrírsele mirar.

Es muy propio de la mojigatería poner más centinelas cuando menos atacada está la fortaleza.

Sin embargo (el que pueda explicará estos misterios de la inocencia), dejaba sin repugnancia que la abrazase un oficial de lanceros, sobrino segundo suyo, que se llamaba Teodulo.

Prescindiendo del favorecido lancero, era absolutamente propio el calificativo de mojigata que acabamos de aplicarla. *La señorita Gillenormand mayor* era una especie de alma crepuscular. La mojigatería es semi-virtud y semi-vicio.

Agregaba á la mojigatería la falsa devocion, que es el forro que la conviene. Pertenecia á la cofradía de la Vírgen, y llevaba en ciertas fiestas un velo blanco: rumiaba oraciones especiales; adoraba la "Sagrada Sangre„ y el "Sagrado Corazon„; permanecia horas enteras ante un altar churrigueresco-jesuita, en una capilla cerrada para el comun de los fieles, y allí dejaba elevarse el alma entre nubes pequeñas de mármol y entre grandes rayos de madera dorada.

Tenia una amiga de capilla, vírgen vieja como ella, que se llamaba la señorita Vaubois, enteramente estúpida, á cuyo lado la señorita Gillenormand era un águila. Aparte del *Agnus Dei* y de las *Aves Marías*, solo sabia la señorita Vaubois los diversos modos de hacer confituras: era perfecta en su género; era el armiño de la estupidez sin una mancha de inteligencia.

Si hemos de decir la verdad, más habia ganado que perdido al envejecer, como sucede casi siempre con las naturalezas pasivas. Nunca fué mala, lo que es una bondad relativa; además, los años desgastan los ángulos, y habia adquirido ya la suavidad que dá el tiempo. Estaba triste, de una tristeza incomprensible, cuyo secreto ni ella misma poseia. En toda su persona se traslucia el estupor de una vida que terminaba casi sin haber empezado.

Dirigia la casa de su padre, y el señor Gillenormand la tenia á su lado del mismo modo que monseñor Bienvenido tenia á su hermana.

Estas uniones domésticas de un viejo y de una vieja solterona no son raras, y ofrecen el tierno espectáculo de dos debilidades que se sostienen mútuamente.

Vivia además en la casa, con la solterona y el viejo, un niño, un muchacho que estaba siempre mudo y temblando ante el señor Gillenormand. El anciano le hablaba siempre con voz severa y algunas veces con el baston levantado y amenazándole:—*Aquí, caballerito.—Bergante, pillo, acércate... Responde, tunante... Déjate ver, galopin!* etc. etc. A pesar de tratarle de esa manera le idolatraba.

Era su nieto. Ya volveremos á encontrarnos con ese muchacho.

# LIBRO TERCERO.

## El abuelo y el nieto.

### I.

#### Una tertulia antigua.

Cuando el señor Gillenormand vivia en la calle de Servandoni frecuentaba varias reuniones distinguidas, en las que le admitian á pesar de no ser noble. Como poseia dos clases de talento, el que tenia realmente y el que le suponian, le buscaban y le agasajaban. No iba á ninguna parte sin la condicion de dominar. Hay personas que quieren á

toda costa ejercer influencia y que se hable de ellos, y donde no pueden ser oráculos son bufones. El señor Gillenormand pertenecia á esta clase. La dominacion de los salones realistas que frecuentaba halagaba su amor propio. Era en todos ellos el oráculo, y algunas veces hasta rivalizaba con Bonald y con Bengy-Puy-Valée.

En 1817 pasaba invariablemente dos tardes cada semana en una casa de la vecindad, en la calle de Feron, en casa de la señora baronesa de T., digna y respetable dama, cuyo esposo fué en la época de Luis XVI embajador de Francia en Berlin. El baron T., que durante toda su vida fué aficionado á los éxtasis y á las visiones magnéticas, murió arruinado en la emigracion, dejando por única herencia diez volúmenes manuscritos, encuadernados en tafilete rojo con cantos dorados, que eran unas Memorias muy curiosas acerca de Mesmer y de su cubeta. La baronesa no publicó estas Memorias por dignidad, y se sostenia con una corta renta, que se salvó sin saber cómo: vivia separada de la corte, que era entonces *una sociedad muy mezclada*, segun ella decia, en aislamiento noble, altivo y pobre.

Algunos amigos se reunian dos veces por semana alrededor de su chimenea y formaban una tertulia puramente realista. Tomaban té y, segun el impulso del viento, se dirigian á la elegía ó al ditirambo, se lamentaban ó se horrorizaban del siglo, de la Carta, de los Bonapartistas, de la prostitucion del cordon azul, concedido á gente plebeya, del jacobinismo de Luis XVIII; y hablaban en voz baja de las esperanzas que les hacia concebir el hermano del rey, que despues se llamó Cárlos X.

Acogíanse en dicho salon con transportes de alegría las canciones picarescas en las que llamaban *Nicolás* á Napoleon. Las duquesas más delicadas y las mujeres más hermosas de la alta sociedad se extasiaban oyendo coplas como ésta, dirigida á los "federados„:

*Meteos en los calzones*
*el faldon que se os escapa,*
*no digan que los patriotas*
*ondean bandera blanca.*

Arreglaban la lista de la Cámara de los Pares, "Cámara abominable y jacobina„, combinando los apellidos de modo que resultasen frases como ésta: Damas, Fabrán, Gonvion-Saint-Cyr, etc.

En el salon de la baronesa de T. habia dos hombres que galleaban: uno de ellos era el señor Gillenormand y el otro el conde de Lamothe-Valois, del que murmuraban en voz baja unos con otros: *Ese Lamothe es el del asunto del collar*. Los partidos suelen conceder estas singulares amnistías.

Añadamos ahora que en la clase media ciertas posiciones honrosas pierden su importancia cuando mantienen relaciones demasiado fáciles: es preciso mirar bien á quién se trata, porque así como hay pérdida de calórico en la proximidad de un cuerpo frio, así tambien se pierde consideracion con el trato de gente menospreciada. La parte alta de la sociedad antigua prescindia de esa ley como de todas las demás. Marigny, hermano de la Pompadour, entraba libremente en casa del príncipe de Soubise solo por ser lo que era. A Du Barry, padrino de la Vaubernier, le recibia con mucho agasajo el mariscal de Richelieu. Ese mundo es como el Olimpo. Mercurio y el príncipe de Guemené están en él como en su casa; allí se admite al ladron con tal de que sea dios.

El conde de Lamothe, que en 1815 habia cumplido setenta y cinco años, era de aspecto reservado y sentencioso, de rostro frio, de modales distinguidos; iba abotonado hasta la barba, y cruzaba sus largas piernas, que llevaba metidas en un pantalon ancho de color de barro de Siena; de este mismo color era su semblante. Este señor gozaba de gran consideracion en esta tertulia por su celebridad y tambien por llamarse Valois.

El señor Gillenormand ejercia influencia de buen género. Habia adquirido autoridad. A pesar de su ligereza, y sin perjudicar á su galantería, tenia un modo de ser imponente, digno, noble y modestamente altivo, que su avanzada edad hacia más respetable. Nadie llega impunemente á ser un siglo andando. Los años concluyen por rodear la cabeza de venerable aureola.

Decia además frases que pertenecian completamente á la escuela clásica. Cuando el rey de Prusia, despues de restablecer en el trono á Luis XVIII, hizo á éste de incógnito una visita bajo el nombre de conde de Ruppin, le recibió el descendiente de Luis XIV como si fuese aun no más marqués de Brandenburgo y con la impertinencia más delicada. El señor Gillenormand lo aprobó, diciendo:—"Todos los reyes, exceptuando el rey de Francia, son reyezuelos de provincia„. Un dia oyó la siguiente pre-

gunta y la siguiente respuesta:—"¿A qué han condenado al redactor del *Correo Francés?*—A ser suspendido.„—"El *sus* sobra; deberia ser *pendido* ó colgado„, replicó el señor Gillenormand. Frases como éstas crean una reputacion. Una vez, en el *Te-Deum* que se cantó para celebrar el aniversario de la vuelta de los Borbones, vió pasar al príncipe de Talleyrand y exclamó:—"Ahí pasa su excelencia el Mal.„

El señor Gillenormand iba casi siempre á dicha tertulia con su hija, que entonces tenia cuarenta años y representaba cincuenta, y con un niño de siete años, blanco, sonrosado, fresco, de alegres é inocentes ojos, y al entrar en el salon oia susurrar á su alrededor estas exclamaciones:—"Qué hermoso es!—¡Qué lástima!—Pobre niño!...„

Este niño era el mismo de quien hemos hablado no hace mucho. Le llamaban "¡pobre niño!„ porque su padre era "el bandido del Loira„.

Este bandido era el yerno del señor Gillenormand, el que le calificaba, como ya sabemos, de *deshonra de su familia.*

## II.

### Uno de los espectros rojos de aquel tiempo.

El que pasase por aquella época por la pequeña aldea de Vernon y se detuviese en su puente, hermoso y monumental, observaria, dirigiendo la vista desde lo alto del parapeto, á un hombre de unos cincuenta años, con gorra de badana, con pantalon y casaca de paño burdo gris, en la que llevaba cosida una cinta amarillenta, que habia sido roja, que calzaba almadreñas y estaba curtido por el sol. Tenia la cara casi negra y el pelo casi blanco; una larga cicatriz le corria desde la frente hasta la mejilla; estaba envejecido y andaba encorvado, paseándose casi todos los dias con una azadilla y una podadera en la mano por los espacios encerrados entre tapias inmediatas al puente, que se extienden costeando como una cadena de terrados la orilla izquierda del Sena. Todos estos cercados terminan por una parte en el rio y por la otra en una casa.

El hombre calzado con almadreñas vivia en 1817 en el más pequeño de esos cercados y en la más humilde de aquellas casas. Vivia solitario, silencioso y pobremente, con una criada, que no era jóven, ni vieja, ni bonita, ni fea, ni lugareña, ni ciudadana. El cuadrado de tierra, que él llamaba su jardin, tenia fama en el pueblo por la belleza de las flores que cultivaba y que constituian toda su ocupacion. A fuerza de trabajo, de perseverancia y de cubos de agua, consiguió obtener algunas variaciones de tulipanes y de dalias, que parecia que habia olvidado la naturaleza. Este hombre era ingenioso: inventó antes que Soulange Bodin la formacion de los montecillos de tierra de brezo para cultivar los raros y preciosos arbustos de América y de la China. En el verano, desde que amanecia, estaba en el jardin cavando, cortando, escardando, entre sus flores, con cierto aspecto de bondad y de dulzura. Algunas veces se quedaba pensativo é inmóvil horas enteras, escuchando el canto de un pájaro en un árbol ó el ruido de un niño en una casa, y otras veces se quedaba estático ante las hojas tiernas de cualquier yerba, ó en alguna gota de rocío que los rayos del sol convertian en un rubí. Comia frugalmente y bebia más leche que vino. Un niño le hacia ceder y la criada le regañaba. Era tímido hasta parecer arisco; salia muy poco y solo veia á los pobres que llamaban á su ventana y al padre Babeuf, el cura, que era ya de bastante edad. Sin embargo, cuando algun convecino ó algun forastero llamaba á su puerta deseando ver sus tulipanes y sus rosas, le abria sonriendo. Este hombre era "el bandido del Loira„.

El que en aquella época tuviese costumbre de leer las Memorias militares, las biografías, el *Monitor* ó los boletines del grande ejército, hubiera visto en ellos repetido muchas veces el nombre de Jorge Pontmercy.

Desde muy jóven Jorge Pontmercy fué soldado en el regimiento de Saintonge. Cuando estalló la Revolucion, el regimiento de Saintonge fué agregado al ejército del Rhin. Los antiguos regimientos de la monarquía conservaron los nombres de las provincias despues de la caida del trono y no se reformaron hasta 1794. Pontmercy se batió en Spira, en Worms, en Neustadt, en Turkheim, en Alzey y en Maguncia, en donde fué uno de los doscientos que formaban la retaguardia de Honchard. Fué tambien uno de los doce que pelearon contra el ejército del príncipe de Hesse, detrás del viejo baluarte de Audernach, y no se replegaron sobre el grueso del ejército hasta que el cañon enemigo abrió la brecha desde el cordon del parapeto hasta la misma escarpa. Estuvo con

Kleber en Marchiennes y en la accion de Mont-Palissel, en la que le rompió un brazo una bala de cañon. Despues pasó á la frontera de Italia y fué uno de los treinta granaderos que defendieron el desfiladero de Tende con Joubert. A Joubert le nombraron entonces ayudante general y á Pontmercy subteniente. Estuvo al lado de Berthier en medio de la metralla en la jornada de Lodí, que hizo decir á Bonaparte: *Berthier fué en ella artillero, soldado de caballería y granadero.*

En Novi vió caer á su antiguo general Joubert en el momento de levantar el sable y de gritar: *Adelante!* Embarcóse despues con su compañía, para un asunto del servicio, en un buque que iba desde Génova á otro puerto de la costa, y cayó en una emboscada de siete ú ocho velas inglesas. El capitan del barco queria arrojar al mar los cañones, ocultar los soldados en el entrepuente y pasar como buque mercante; pero Pontmercy hizo brillar los colores nacionales en el mástil del pabellon y pasó orgullosamente por delante de los cañones de las fragatas británicas. Veinte leguas más allá, con audacia, su buque atacó y apresó á un gran transporte inglés que llevaba tropas á Sicilia, cargadísimo de hombres y de caballos.

En 1805 perteneció á la division Malher que arrebató Gunzbourg al archiduque Fernando. En Weltingen, en medio de una lluvia de balas, recibió en sus brazos al coronel Maupetit, herido mortalmente al frente del 9.° de dragones, y se distinguió en Austerlitz en la admirable marcha escalonada verificada ante el fuego del enemigo. Cuando la caballería de la Guardia imperial rusa destruyó un batallon del 4.° regimiento de línea, Pontmercy fué uno de los que lo vengaron, arrollando á sus enemigos. El emperador le concedió la cruz. Pontmercy vió sucesivamente caer prisioneros á Wurmser en Mántua, á Mélas en Alejandría y á Mack en Ulm. Formó parte del octavo ejército que mandaba Mortier y que conquistó á Hamburgo. Despues pasó al regimiento 33 de línea, que antes se llamó de Flandes. En Eylan estuvo en el cementerio, donde el heróico capitan Luis Hugo, tio del autor de esta novela, con su compañía, compuesta de ochenta y tres hombres, sostuvo, durante dos horas, el empuje del ejército enemigo. Pontmercy fué uno de los tres que salieron vivos de aquel cementerio. Estuvo tambien en Friedland; más tarde en Moscou, en la Beresina, en Lutzen, en Bautzen, en Dresde, en Wachan, en Leipzig y en los desfiladeros de Gelenhansen; y luego en Montmirail, Chateau, Tierry y Craon, en las orillas del Marne, en las riberas del Aisne y la terrible posicion de Laon. En Arnay-le-Duc, siendo capitan, acuchilló á diez cosacos y salvó, no á un general, sino á un cabo. Pontmercy fué entonces acuchillado tambien y le extrajeron veintisiete esquirlas del brazo izquierdo.

Ocho dias antes de la capitulacion de Paris acababa de permutar con un compañero y de entrar en caballería, pues era apto para lo que en el antiguo régimen se llamaba *doble mano*, esto es, que servia para manejar como soldado el sable ó el fusil y como oficial un batallon ó un escuadron. Acompañó á Napoleon á la isla de Elba. En Waterlóo ya era jefe de un escuadron de coraceros de la brigada Dubois. El se apoderó de la bandera del batallon de Lunebourg y la depositó á los piés del emperador, lleno de sangre, que le brotaba de un sablazo que recibió en la cara al arrebatar la bandera. El emperador, satisfecho de él, le dijo:—Desde hoy eres coronel, baron y oficial de la Legion de Honor.

—Señor, os lo agradezco por mi viuda, le contestó Pontmercy.

Una hora despues cayó en el barranco de Ohain. Quién era Jorge Pontmercy? El bandido del Loira.

Conocemos algo de su historia. Despues de la batalla de Waterlóo, Thenardier le sacó del barranco como ya vimos, consiguió unirse al ejército y fué arrastrándose, de hospital en hospital ambulante, hasta los acantonamientos del Loira.

La Restauracion le dejó con media paga y despues le envió de cuartel á Vernon, es decir, le sujetó á la vigilancia. Luis XVIII, considerando como no sucedido todo lo que pasó durante los Cien Dias, no le reconoció la gracia de oficial de la Legion de Honor, ni el grado de coronel, ni el título de baron; pero él siempre se firmaba *el coronel baron de Pontmercy*.

Solo tenia un uniforme azul y viejo, y nunca salia con él sin ostentar la insignia de oficial de la Legion de Honor. El procurador del rey le hizo avisar de que se le perseguiria por el uso ilegal de dicha condecoracion, y cuando lo supo por tercera persona, Pontmercy contestó con amarga sonrisa:—"O yo no entiendo

el francés ó vos no lo hablais; lo cierto es que no os comprendo.„ Despues de decir lo anterior salió ocho dias seguidos de uniforme y con la insignia; nadie se atrevió á inquietarle. Dos ó tres veces el ministro de la Guerra y el comandante general del departamento le escribieron con esta direccion: *Al señor comandante Pontmercy*; pero él devolvió las cartas sin abrirlas. Napoleon hacia entonces lo mismo en Santa Elena con las cartas de sir Hudson Lowe, dirigidas *al general Bonaparte*. Pontmercy concluyó, permítasenos la frase, por tener en la boca la misma saliva que el emperador.

En Roma hubo tambien prisioneros cartagineses que se negaban á saludar á Flaminio, y demostraban tener algo del alma de Aníbal.

Una mañana encontró Pontmercy al procurador del rey en una de las calles de Vernon; se dirigió á él y le dijo:—"¿Se me permite, señor procurador del rey, llevar la cicatriz en la cara?„

Solo contaba con la mezquina media paga de jefe de escuadron. Habia alquilado en Vernon la casa más pequeña que encontró, y vivia solo, como acabamos de decir.

En la época del Imperio, entre dos guerras, tuvo tiempo para casarse con la señorita Gillenormand; el padre de ésta, aunque indignado interiormente, consintió, suspirando y diciendo:—*Las familias más principales se ven obligadas á hacer lo mismo*. En 1815 murió la señora de Pontmercy, que era mujer admirable, elevada y poco comun, digna de su marido, al que dejó un niño. Este niño hubiera llenado de alegría la soledad del coronel; pero el abuelo reclamó imperiosamente al nieto, declarando que si no se le entregaba le desheredaria. El padre cedió por interés de su hijo, y no pudiendo tenerle á su lado, se dedicó á encariñarse de las flores. Habia renunciado á todo lo demás; ni se movia de casa ni conspiraba. Dividia sus pensamientos entre sus inocentes ocupaciones actuales y su tumultuosa y heróica vida pasada, y veia transcurrir los años esperando que se abriese un clavel ó acordándose de Austerlitz.

El señor Gillenormand no se trataba con su yerno. El coronel era para él "un bandido„ y él era para el coronel "un majadero„. El anciano solo hablaba de su yerno para aludir burlescamente á su "baronía„.

Estaban convenidos en que Pontmercy no trataria nunca de ver ni de hablar á su hijo, so pena de ser éste expulsado de la casa y desheredado. El anciano y su hija consideraban al coronel como á un apestado, y querian educar al niño á su manera. El coronel quizás obró mal al aceptar estas condiciones, pero pasó por ellas queriendo obrar bien respecto á su hijo, sacrificándose él solo. La herencia del señor Gillenormand era insignificante, pero la de su hija era cuantiosa, porque fué rica su madre, y permaneciendo ella soltera, su heredero natural tenia que ser el hijo de su hermana.

El niño, que se llamaba Mario, sabia que tenia padre, pero nada más. Nadie le hablaba de él, pero las gentes con quienes le hacia tratar su abuelo, con sus cuchicheos, sus medias palabras y sus guiños de ojos, á la larga llamaron la atencion del jovenzuelo, que concluyó por comprender algo, y como iba adquiriendo por lenta infiltracion las ideas y las opiniones de los que le rodeaban, llegó poco á poco á pensar en su padre con vergüenza y con el corazon oprimido.

Mientras Mario iba creciendo y respirando en dicha atmósfera, cada dos ó tres meses se escapaba el coronel, yendo furtivamente á Paris, como el que persigue la justicia por haber roto sus cadenas, y se apostaba en San Sulpicio á la hora en que la señorita Gillenormand llevaba á Mario á misa, y allí, temiendo que aquella volviese la cabeza, se ocultaba detrás de un pilar y estaba inmóvil, sin atreverse á respirar, contemplando á su hijo. El hombre lleno de cicatrices tenia miedo de una soltera vieja.

De esto provinieron sus relaciones con el cura de Vernon, el señor Babeuf. Este digno párroco tenia un hermano que era mayordomo de fábrica de San Sulpicio; vió muchas veces al coronel contemplando á su hijo, y fijó su atencion en la cicatriz que le cruzaba la cara y la gruesa lágrima que goteaba de sus ojos. El hombre tan varonil que lloraba como una mujer chocó al mayordomo; el rostro de aquel impresionó á éste. Un dia que fué á Vernon á ver á su hermano, encontró en el puente al Pontmercy y reconoció en él al hombre de San Sulpicio. El mayordomo habló de esto al cura, y ambos, con un pretexto cualquiera, visitaron al coronel. A esta visita siguieron otras muchas. Aunque al principio Pontmercy se les manifestó muy reservado, concluyó por abrirles el corazon. El cura y el mayordomo se enteraron de toda la historia del coronel y

que éste sacrificaba su felicidad por el porvenir de su hijo. Desde entonces el cura le profesó cariño y veneracion, y el coronel tambiem le cobró afecto. Por lo demás, cuando por casualidad se encuentran un anciano sacerdote y un militar veterano, si ambos son sinceros y buenos, se comprenden y simpatizan con facilidad, porque en el fondo tienen la misma abnegacion; el uno se sacrifica por la patria de aquí bajo y el otro por la patria de allá arriba.

Dos veces al año, el 1.° de Enero y el dia de San Jorge, escribia Mario á su padre cartas obligadas, que le dictaba su tia, y que parecian copiadas de algun formulario. Esto era lo único que consentia el señor Gillenormand: el padre respondia con cartas muy tiernas, que el abuelo, sin leerlas, se guardaba en el bolsillo.

## III.

### Requiescat.

Lo único que conocia del mundo Mario Pontmercy era la tertulia de la baronesa de T.; era el único agujero por donde podia mirar la vida; agujero sombrío, por el que recibia más frio que calor, más tinieblas que luz.

El niño, que era muy alegre, al entrar en aquel mundo extraño adquirió cierta tristeza al poco tiempo, y lo que era más opuesto á sus pocos años, gravedad. Rodeado de personas imponentes y singulares, miraba á su alrededor con sério asombro, y todo contribuia á aumentar en él el estupor.

En el salon de la señora T. habia algunas ancianas nobles y venerables, que se llamaban Mathau, Noe, Levis y Cambis, y pronunciaban los nombres de las dos últimas Leví y Cambises. Sus caras antiguas y sus nombres bíblicos se mezclaban en el pensamiento del niño con el Antiguo Testamento, que aprendia de memoria, y cuando se sentaban en círculo alrededor de moribunda lumbre, iluminando apenas una lámpara con pantalla verde sus severos perfiles, sus cabellos grises ó blancos, sus largos vestidos de otra época y de colores lúgubres, pronunciando á intervalos palabras majestuosas y graves, el niño Mario las contemplaba con ojos azorados, creyendo que eran, no mujeres, sino patriarcas y magos; no serés reales, sino fantasmas.

A los fantasmas se agregaban varios clérigos, que frecuentaban la tertulia, y algunos caballeros nobles: el marqués de Sas***, secretario de órdenes de la princesa de Berry; el vizconde de Val***, que publicaba, con el pseudónimo de *Cárlos Antonio*, odas de una sola rima; el príncipe de Beauf***, que era jóven y ya tenia el pelo gris, y una mujer hermosa y de talento, cuyos trajes, muy escotados, de terciopelo de color de escarlata con trencilla de oro, eran el escándalo de aquella sombría morada, etc. etc.

El señor Port-de-Guy, calvo, más envejecido que viejo, referia que en 1793, teniendo él diez y seis años, fué condenado á presidio por refractario y atado á la misma cadena que el obispo de Mirepoix, muy anciano ya; éste como á refractario por su estado eclesiástico y él como soldado.

En el presidio de Tolon su ocupacion era ir á recoger del patíbulo, por la noche, las cabezas y los cuerpos de los guillotinados durante el dia. Llevaban á cuestas los troncos destilando sangre, de modo que sus capotes de presidiario tenian por bajo de la nuca una costra de sangre seca por la mañana y húmeda por la noche.

En la tertulia de la señora T. se prodigaban estas narraciones trágicas, y á fuerza de maldecir á Marat aplaudian á Trestaillon. Algunos diputados de los que se llamaban *introuvables* jugaban una partida de wist; éstos eran el señor Thibord del Chalard, el señor Semarchant de Gomicourt y el célebre burlon de la derecha Cornet-Dincourt.

El bailío de Ferrette, con calzon corto y pantorrillas delgadas, entraba de paso alguna vez en el salon al ir á casa del señor Talleyrand. Fué el compañero de devaneos del conde de Artois, y al revés que Aristóteles, que se acurrucaba ante la Campaspe, hizo andar á la Guinard á cuatro piés, demostrando á los siglos que un bailío puede vengar á un filósofo.

Entre otros sacerdotes, concurrian al salon el abate Halma, á quien su colaborador, el señor Larose, decia en *El Rayo:—Bah! Quién no tiene cincuenta años? Solo algun boquirrubio*; el abate Letourneur, predicador del rey; el abate fray Ninons, que aun no era conde, ni obispo, ni ministro, ni par, y que usaba sotana vieja y sin botones; el abate Keravenant, cura de San German de los Prados; el nuncio del Papa, que era monseñor Macchi, arzobispo de Nisibis, y otro monseñor, que se titulaba el abate Palmieri y que era prelado doméstico de Su Santidad, y en fin, dos cardenales, el señor de

la Lucerne y el señor Cl***. El primero era escritor y tuvo algunos años despues la honra de firmar, al lado de Chateaubriand, algunos artículos en *El Conservador*. El señor Cl*** era arzobispo de Tolosa y solia ir frecuentemente á Paris á pasar una temporada en casa de un sobrino suyo, el marqués de T***., que fué ministro de Guerra y Marina. Dicho cardenal fué presentado á la tertulia de la señora T. por su íntimo amigo el señor de Roquelaure, antiguo obispo de Senlis. Este era notable por su elevada estatura y por su asiduidad en asistir á la Academia. A través de la puerta vidriera de la sala próxima á la Biblioteca, donde la Academia francesa celebraba entonces sus sesiones, los curiosos podian ver todos los jueves al antiguo obispo de Senlis, casi siempre en pié, con el pelo recien empolvado y con medias moradas, volver las espaldas á la puerta, sin duda para que vieran mejor su alzacuello.

Los citados sacerdotes, aunque eran tan cortesanos como hombres de Iglesia, aumentaban la gravedad de la tertulia de la baronesa de T., que la recargaba además el aspecto señorial de cinco pares de Francia. Pero como la revolucion en este siglo tiene que entrar por todas partes, dominaba, como ya dijimos, aquel salon feudal un hombre de la clase media; el señor Gillenormand.

Dicho salon era la esencia y la quinta esencia de la sociedad parisiense que seguia la bandera blanca: allí se ponian á discusion los nombres más conocidos, aunque fuesen realistas, porque la fama tiene algo de anárquico. Si Chateaubriand hubiese entrado allí, hubiera producido el efecto del padre Duchesne: en esta sociedad ortodoxa entraban, sin embargo, por tolerancia algunos arrepentidos.

Las tertulias "nobles„ de hoy no se parecen á aquellas. El moderno barrio de San German huele á hereje y los realistas de ahora son demagogos, dicho sea esto en elogio suyo.

La tertulia de la señora T. se componia de lo más selecto del partido, por lo que dominaba el gusto exquisito y altivo y escogida urbanidad: sus hábitos y modales llevaban consigo toda clase de involuntarios refinamientos que nacian del antiguo régimen, enterrado, pero vivo.

En este pequeño círculo aristocrático se inventó decir en las Tullerías, al hablar al rey con intimidad, *el rey* en tercera persona, y el no decir nunca *vuestra majestad*, porque ese tratamiento "lo profanó el usurpador„.

Juzgábanse allí los hechos y los hombres; burlábanse del siglo, con lo cual quedaban dispensados de comprenderle; auxiliábanse en su asombro y se comunicaban mútuamente la cantidad de ilustracion que cada uno poseia. Matusalen enseñaba á Espimenides; el sordo ponia al corriente al ciego; declarábase como no transcurrido el tiempo desde Coblenza, y así como Luis XVIII estaba, por la gracia de Dios, en el vigésimo-quinto año de su reinado, los emigrados se encontraban de derecho en el vigésimo-quinto año de su adolescencia.

Todo estaba en armonía; nada habia vivido demasiado; la palabra apenas era un soplo; el periódico, adecuado al salon, parecia un papiro. Habia jóvenes, pero estaban casi muertos. En la antecámara eran anticuadas las libreas, pues como los personajes pertenecian á tiempos pasados, los criados eran tambien de su época. Aquella sociedad parecia haber vivido muchísimos años y que luchaba con el sepulcro. Su diccionario se reducia á estas tres palabras: Conservar, Conservacion, Conservador. Lo que importaba era oler bien, y las opiniones de aquellos grupos venerables estaban aromatizadas y sus ideas olian á nardo. Aquel era un mundo de momias. Los señores estaban embalsamados y los criados empajados.

Todos los que asistian á la tertulia de la baronesa T. eran *ultras*. Ser *ultra* no tiene hoy ninguna significacion, aunque lo que representa no haya desaparecido. Expliquemos esa palabra. Ser ultra es ir más allá; es hacer la guerra al cetro en nombre del trono y á la mitra en nombre del altar; es maltratar lo que se arrastra, es arrojarse al tiro de caballos para que vayan más de prisa, es censurar á la hoguera porque quema poco á los herejes, es reprochar al ídolo su poca idolatría, es insultar por esceso de respeto, es encontrar poco papismo en el Papa, poco realismo en el rey y demasiada luz en la noche; es estar descontentos del alabastro, de la nieve, del cisne y de la azucena en defensa de la blancura; es ser partidarios de las cosas hasta el extremo de convertirse en enemigos de ellas; es exagerar tanto en *pró* que se llega hasta el *contra*.

El espíritu ultra caracteriza especialmente la primera fase de la Restauracion.

Nada hay semejante en la historia al

cuarto de hora que empieza en 1814 y termina en 1820, al advenimiento de M. Villele, el hombre práctico de la derecha. Esos seis años fueron un momento extraordinario, ruidoso y triste á la vez, risueño y sombrío, iluminado como por claridad de alba y cubierto al mismo tiempo por las tinieblas de las grandes catástrofes, que llenaban aun el horizonte y se perdian lentamente en el pasado. Apareció entre aquella luz y aquella sombra un pequeño mundo nuevo y viejo, bufon y triste, juvenil y anciano, que se frotaba los ojos; porque el acto de despertar se parece á la vuelta de la emigracion: el grupo de emigrados miraba á Francia con recelo y ésta le miraba con ironía; se componia ese mundo de viejos buhos, de marqueses finchados, de los que desaparecen y de los aparecidos, de los ex... estupefactos de todo; buenos y nobles aristócratas, que se sonreian por estar en Francia, pero que tambien lloraban, sorprendidos al regresar á su pátria y no encontrar su monarquía; la nobleza de las Cruzadas despreciaba á la nobleza del Imperio, es decir, á la nobleza de la espada; las razas históricas que habian ya perdido su significacion en la historia, los hijos de los compañeros de Carlo-Magno, menospreciaban á los compañeros de Napoleon.

Las espadas se insultaban recíprocamente: la espada de Fontenoy causaba risa y estaba llena de orin; la espada de Marengo era odiosa y solo se veia en ella un sable. El *antiguamente* desconocia al *ayer*. No se poseia el sentimiento de lo grande ni el de lo ridículo. Hubo quien llamó Scapin á Bonaparte. Aquel mundo ya no existe; nada queda de él. Cuando entresacamos de él por casualidad alguna figura y tratamos de hacerla revivir con el poder de la imaginacion, nos parece tan extraña como si perteneciese á un mundo antidiluviano, y es que, en efecto, sumergió ese mundo un diluvio. Desapareció entre dos revoluciones. Las ideas son olas tan poderosas que cubren rápidamente todo lo que deben destruir y sepultar, cumpliendo su mision.

Tal era la fisonomía de las tertulias de aquellos tiempos lejanos y cándidos, en los que el señor Martainville era más agudo que Voltaire. Dichas tertulias tenian literatura y política propias. Tenian fé en Fievée; ponia la ley el señor Agier, y comentaban á Colnet, publicista que vendia libros usados en el muelle Malagnais. Llamaban á Napoleon el ogro de Córcega; más tarde introdujeron en la historia al marqués de Bonaparte, teniente general de los ejércitos del rey, por concesion al espíritu del siglo.

Aquellos salones no conservaron mucho tiempo su primitiva pureza. Desde 1818 empezaron á germinar en ellos algunos doctrinarios de aspecto sospechoso, porque aunque tenian por sistema ser realistas, se disculpaban de serlo.

Donde los ultras aparecian triunfantes, los doctrinarios estaban algo avergonzados. Eran personas de talento y sabian callar: su dogma político les imprimia mucha gravedad; debian, pues, triunfar. El error ó la desgracia del partido doctrinario fué el crear una juventud envejecida. Tomaban posturas de sábios; soñaban en ingertar en el poder absoluto y excesivo un poder templado. Oponian, y á veces con rara inteligencia, liberalismo conservador al liberalismo demoledor, y se les oia decir: "Damos las gracias al realismo, porque nos ha prestado servicios. Nos ha traido la tradicion, el culto, la religion y el respeto; es fiel, valiente, caballeresco, amante y leal. Viene á mezclar, aunque con sentimiento, las nuevas grandezas de la nacion con las grandezas seculares de la monarquía. Tiene la desgracia de no comprender la revolucion, ni el imperio, ni la gloria, ni la libertad, ni las ideas de las nuevas generaciones, ni el siglo; este defecto, que tiene con relacion á nosotros, ¿no le tenemos tambien nosotros respecto á él?... La revolucion, de la que somos herederos, debe enterarse de todo. Atacar al realismo es el contrasentido del liberalismo; es una falta y es una ceguedad. La Francia revolucionaria no respeta á la Francia histórica, esto es, á su madre, esto es, á sí misma. Desde el 5 de Setiembre se trata á la nobleza de la monarquía como despues del 8 de Julio se trataba á la nobleza del Imperio. Fueron ellos injustos con el águila y nosotros lo somos con la flor de lis. Se desea tener siempre algo que proscribir. ¿Es acaso útil desdorar la corona de Luis XVI y rascar el escudo de Enrique IV? Nos burlamos de Vaublanc porque borraba las NN del puente de Jena. Pues lo mismo hacemos nosotros. Bouvines nos pertenece lo mismo que Marengo. Las flores de lis son tan nuestras como las NN; constituyen nuestro patrimonio; ¿por qué lo hemos de cercenar? No debemos renegar de la pátria, ni en lo pasado, ni

en lo presente; ¿por qué no hemos de admitir toda su historia? ¿Por qué no hemos de amar toda la Francia?„

De este modo los doctrinarios criticaban y protegian al realismo, que estaba descontento porque le criticaban é irritado porque le protegian.

Los ultras caracterizaron la primera época del realismo; la congregacion caracterizó la segunda.

A la pasion sucedió la habilidad.

En el curso de la narracion, el autor ha encontrado en su camino este momento curioso de la historia contemporánea y ha creido que debia dirigirle una mirada al pasar, trazando algunos perfiles singulares de aquella sociedad, desconocida hoy, con rapidez y sin impulsarle ninguna idea amarga ó burlesca. Recuerdos de afecto y de respeto, que se refieren á su madre, le unen á ese pasado. Además, hay que confesar que en cierto modo aquel pequeño mundo tenia su grandeza. Puede hacernos sonreir, pero no debemos despreciarle.

Mario Pontmercy, como todos los niños, estudió algo. Cuando salió de las manos de su tia Gillenormand, su abuelo lo entregó á un profesor de la más pura inocencia clásica, y el alma jóven del niño, que empezaba á abrirse, pasó desde una mojigata hasta un pedante.

Mario estudió los años de colegio y entró en la escuela de Derecho. Era realista fanático y austero. Queria apenas á su abuelo, cuya alegría y cuyo cinismo le disgustaban, y era sombrío respecto á su padre. Por lo demás era un jóven ardiente y frio á la vez, noble, generoso, altivo, religioso, exaltado, digno hasta ser duro y puro hasta ser insociable.

## IV.

### Fin del bandido.

La terminacion de los estudios clásicos de Mario coincidió con la despedida de la sociedad del señor Gillenormand. Este dió el último adios al barrio de San German y á las reuniones de la baronesa T., y se estableció en el Marais, en su casa de la calle de las Hijas del Calvario, en la que tenia por criados, además del portero, á la doncella Nicolasita, que sustituyó á la Magnon, y al Basco finchado de que antes hablamos.

Mario acababa de cumplir diez y siete años en 1827, y un dia, al volver á su casa, vió á su abuelo con una carta en la mano.

—Mario, le dijo el señor Gillenormand, mañana tienes que ir á Vernon.

—Para qué? preguntó.

—Para ver á tu padre.

Mario se extremeció. Nunca imaginaba que habia de llegar el dia en que tuviese que ver á su padre. Era esto para él inesperado, sorprendente y, digámoslo de una vez, desagradable. Era obligar á su antipatía á convertirse en simpatía; no era para él un disgusto, era un trabajo fatigoso.

Mario, además de la antipatía política, estaba convencido de que su padre no le queria, y se lo evidenciaba el haberle abandonado y entregado á otros parientes, y no le amaba creyendo no ser amado.—Esto es natural, se decia á sí mismo.

Se quedó, pues, estupefacto, pero nada le preguntó el señor Gillenormand.

Este añadió:

—Parece que se encuentra enfermo y te llama. Te irás mañana por la mañana. En la plaza de las Fuentes hay un carruaje que sale á las seis y llega á la noche. Toma el billete, porque tu padre dice que corre prisa.

Despues estrujó la carta y se la guardó en el bolsillo.

Mario pudo partir aquella misma noche y estar al lado de su padre al dia siguiente por la mañana, porque de la calle de Bonloy salia entonces una diligencia que iba á Rouen de noche, y que pasaba por Vernon; pero no pensaron en informarse ni el señor Gillenormand ni Mario.

Al anochecer del dia siguiente entró Mario en Vernon. Principiaban á encender los faroles, y preguntó al primer transeunte que le vino al paso por el domicilio del *señor Pontmercy*; porque profesaba las mismas ideas que la Restauracion, y no reconocia tampoco en su padre el grado de coronel ni la baronía.

Indicáronle la casa; llamó, y abrióle una mujer que llevaba en la mano una lamparilla.

—Vive aquí el señor Pontmercy?

La mujer permaneció inmóvil y muda.

—Vive aquí? repitió Mario.

La mujer hizo signo afirmativo con la cabeza.

—Puedo hablarle?

La mujer hizo signo negativo.

—Es que soy su hijo y me espera, replicó Mario.

—Ya no os espera, le contestó la mujer.

Mario se fijó entonces en que ésta estaba llorando y vió que le indicó con el dedo la puerta de una sala baja, por la que el jóven entró.

En la sala, que alumbraba una vela colocada sobre la chimenea, habia tres hombres; uno en pié, otro de rodillas y otro echado en el suelo y en camisa. El último era el coronel. Los otros dos un médico y un sacerdote, que estaba orando.

Hacia tres dias que el coronel tuvo un ataque de fiebre cerebral; al principio de la enfermedad le asaltó el presentimiento de que iba á morir y escribió al señor Gillenormand para que su hijo fuera á verle. Empeoró, y el dia de la llegada de Mario tuvo un acceso de delirio; se levantó de la cama y salió de la alcoba hasta la sala, cayendo al suelo y gritando:—Mi hijo no viene! ¡Voy á buscarle!...

Acababa de espirar.

Llamaron al médico y al cura, pero uno y otro llegaron demasiado tarde. Lo mismo que su hijo.

A la luz crepuscular de la vela se veia en la mejilla del pálido y tendido coronel una lágrima que fluyó del ojo ya moribundo; el ojo se apagó, pero la lágrima no se habia secado aun. Aquella lágrima significaba la tardanza de su hijo.

Mario le examinaba por primera y última vez: contempló la fisonomía venerable y varonil del coronel, sus ojos abiertos, que no miraban; sus cabellos blancos, sus miembros robustos, en los que se veian aquí y allá líneas oscuras, que eran sablazos, y una especie de estrellas rosadas, que eran agujeros de balas. Contempló la gigantesca cicatriz que imprimia sello de heroismo á la fisonomía que Dios marcó con el sello de la bondad. Pensó que aquel hombre era su padre, que era cadáver, y se quedó inmóvil.

Experimentó la tristeza que le hubiera sobrecogido ante cualquier otro cadáver; y sin embargo, en aquella sala se respiraba el dolor, y un dolor punzante. La criada sollozaba en un rincon, el cura rezaba, tambien entre sollozos; el médico se secaba las lágrimas y el muerto tambien lloraba.

El médico, el sacerdote y la criada miraban á Mario al través de su afliccion, sin decirle una palabra: él era allí un extraño; de no estar conmovido se avergonzaba y se veia en situacion embarazosa, y dejó caer al suelo el sombrero que tenia en la mano, para hacer creer que el dolor le quitaba la fuerza necesaria para sostenerlo.

Al mismo tiempo tenia como remordimiento y se reconvenia á sí mismo por obrar así. Pero era culpa suya?

El coronel no dejó bienes ni dinero. La venta de sus muebles apenas alcanzó para pagar el entierro. La criada encontró un pedazo de papel escrito, que entregó á Mario; escrito estaba de puño y letra del coronel. Su hijo lo leyó; decia así:

"PARA MI HIJO.—El emperador me hizo baron en el campo de batalla de Waterlóo. La Restauracion me niega este título, que he comprado con mi sangre; mi hijo lo heredará y lo usará. No dudo en creer que será digno de él.—En la batalla de Waterlóo me salvó la vida un sargento; se llama Thenardier. Creo que estos últimos años tenia una posada en un pueblo de los alrededores de Paris, en Chelles ó en Montfermeil. Si mi hijo le encuentra, que haga por él todo lo que pueda.„

Mario dobló y guardó este papel, no por cariño á su padre, sino por el vago respeto á la muerte, que tan imperiosamente vive en el corazon del hombre.

Nada quedó de lo perteneciente al coronel. El señor Gillenormand vendió á un prendero la espada y el uniforme. Los vecinos estropearon el jardin y cogieron las flores más raras; las plantas se convirtieron en abrojos y en maleza y murieron.

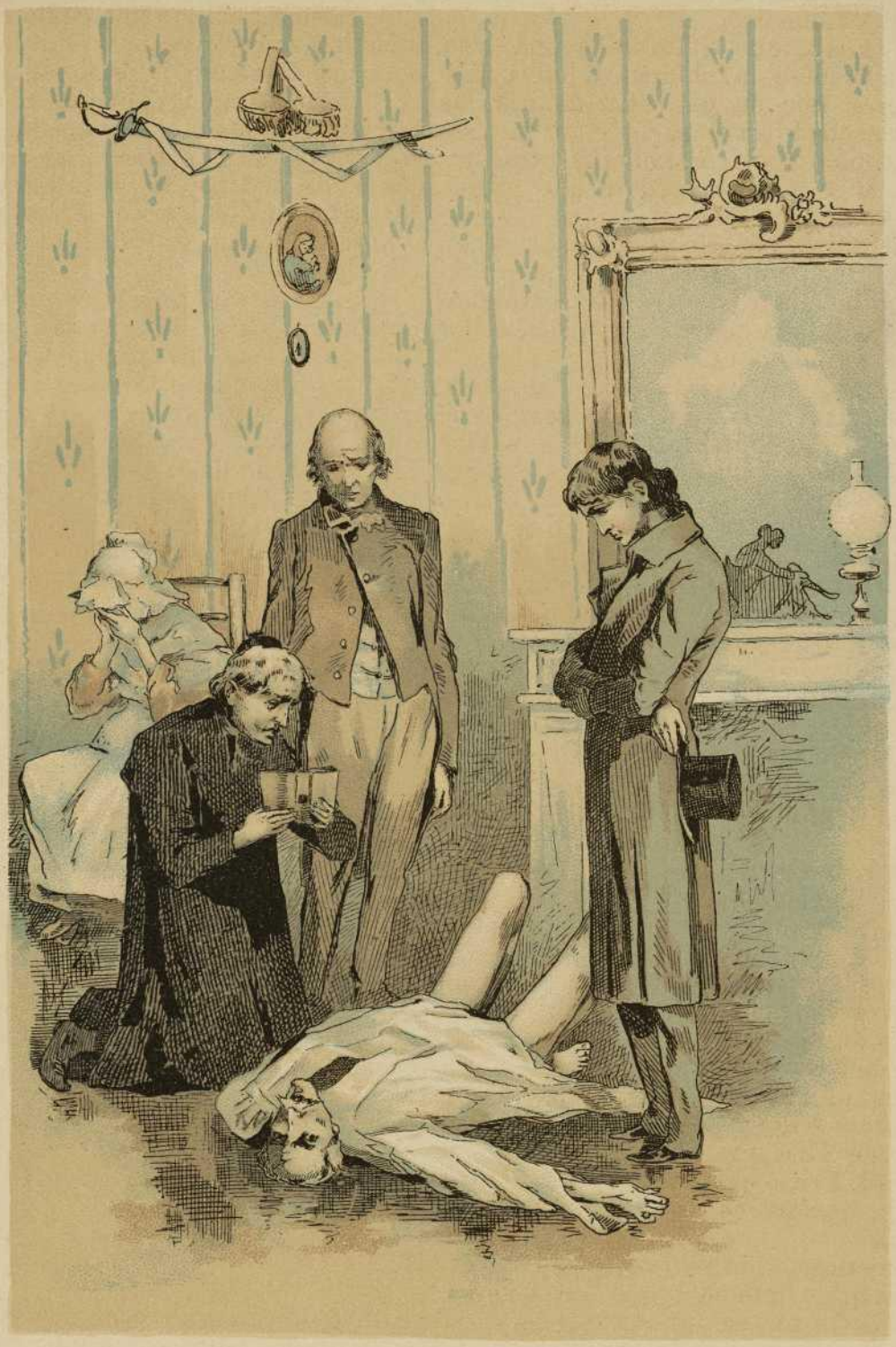
Mario no permaneció en Vernon más que cuarenta y ocho horas. Despues del entierro de su padre volvió á Paris y se entregó con ardor al estudio de las leyes, olvidándose de su padre como si nunca hubiera existido. A los dos dias enterraron al coronel y á los tres le olvidaron.

Mario llevaba gasa en el sombrero; á esto se redujo todo.

## V.

**Utilidad de ir á misa para convertirse en revolucionario.**

Mario conservaba los hábitos religiosos de la infancia. Un domingo que fué á misa á San Sulpicio, á la capilla de la Vírgen, donde le llevaba su tia cuando era pequeño, distraido y más pensativo que habitualmente, se situó detrás de un pilar y se arrodilló, sin advertirlo, sobre una silla de terciopelo de Utrech, en cuyo respaldo estaba escrito: *Señor Babeuf, mayordomo.* Apenas comenzó la



MUERTE DEL CORONEL PONTMERCY.

misa se llegó hasta él un anciano y le dijo:

—Caballero, ese es mi sitio.

Mario le dejó al momento y el viejo ocupó su silla.

Terminada la misa, el anciano volvió á acercarse á Mario, que se habia quedado pensativo, y le habló del modo siguiente:

—Os pido perdon de haberos molestado antes y de distraeros ahora; habreis creido que era un impertinente y debo daros una explicacion.

—Es inútil, caballero, le contestó Mario.

—No, porque no quiero que tengais mala idea de mí. Este sitio es mio, porque me parece que en él se aprovecha más la misa. Vais á saber por qué lo creo así. A este mismo sitio acudia por espacio de diez años, cada dos ó tres meses, un desdichado padre que no tenia otro medio ni otra ocasion de ver á su hijo, porque se lo impedian cuestiones de familia. Acudia aquí á la hora en que sabia que traian á su hijo á misa. El niño ignoraba que estaba aquí su padre; quizás el inocente no le conocia. El padre se situaba detrás de una columna para que no le viesen: miraba á su hijo y lloraba. Cuánto le queria! ¡Estoy convencido de ello! Este sitio está, pues, santificado para mí, y he adquirido la costumbre de oir en él la misa. Lo prefiero al sillon de la mayordomía, que yo debia ocupar. Traté luego al caballero de que os hablo. Tiene suegro y una tia rica y parientes que amenazaban desheredar á su hijo si le veia, y se sacrificaba por que mañana su hijo fuera rico y feliz. Le separaban de su familia las opiniones políticas. Yo apruebo el que se tenga opinion política, pero no que se exagere hasta ese extremo. Porque un hombre se encuentre en la batalla de Waterlóo no ha de ser un mónstruo, y ese no es motivo para separar á un padre de su hijo. El caballero de que os hablo era coronel del emperador y ha muerto ya. Vivia en Vernon, cuyo cura es hermano mio, y se llamaba Pontuarie ó Montpercy... una cosa así. Tenia en la cara una cicatriz grande...

—Se llamaba Pontmercy, contestó Mario palideciendo.

—Eso es. Le habeis conocido?

—Era mi padre.

El viejo mayordomo, juntando las dos manos, exclamó:

—Ah!... sois su hijo! Sí; ahora debe ser ya hombre. Pues bien; podeis jactaros de haber tenido un padre que os quiso entrañablemente.

Mario ofreció el brazo al anciano y le acompañó á su casa.

Al dia siguiente dijo á su abuelo:

—He arreglado con unos amigos una partida de caza. ¿Me dejais ir por tres dias?

—Por cuatro, le contestó el señor Gillenormand; anda, diviértete.

Despues, guiñando el ojo á su hija, le dijo:

—Algun amorcillo.

## VI.

### Consecuencias de haber encontrado á un mayordomo.

Adónde fué Mario ya lo veremos más adelante. El jóven estuvo ausente tres dias, despues regresó á Paris y se fué directamente á la Biblioteca de la escuela de Derecho y allí pidió la coleccion del *Monitor*.

Leyó el *Monitor*, leyó la historia de la República y la del Imperio, el Memorial de Santa Elena, Memorias, periódicos, proclamas, todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre y el apellido de su padre en el boletin del grande ejército estuvo febricitante una semana entera. Visitó á los generales á cuyas órdenes habia servido Jorge Pontmercy, entre otros al conde H. El mayordomo Babeuf, á quien volvió á ver, le refirió la vida que llevaba el coronel en Vernon y le habló de su retiro, de su soledad y de sus flores. Mario llegó á conocer perfectamente al hombre raro, sublime y tierno que fué su padre, especie de leoncordero.

Entre tanto, preocupado con el estudio, que le consumia todo el tiempo y todos sus pensamientos, casi no veia á su abuelo ni á su tia. Se presentaba á las horas de comer; despues le buscaban, pero él ya no estaba en casa. La tia murmuraba, Gillenormand se sonreia:—Bah! Bah! está en la edad de los amoríos! exclamaba: alguna vez añadia:—Demonio! Creia que se distraia, pero voy viendo que debe sentir una pasion.

En efecto, Mario sentia una pasion; iba adorando á su padre.

Extraordinario cambio se verificaba en sus ideas. Las fases de ese cambio fueron numerosas y sucesivas, y como esta es la historia de muchos talentos de nuestra época, creemos útil seguir estas fases paso á paso é indicarlas todas.

La historia en la que fijaba la vista le

deslumbró: el deslumbramiento fué el primer efecto que le produjo.

La República y el Imperio habian sido hasta entonces para él dos palabras monstruosas: la República una guillotina en un crepúsculo; el Imperio un sable en el fondo de la noche. Pero estudió ambos períodos, y donde solo esperaba encontrar un caos de tinieblas, vió con inaudita sorpresa, con temor y con alegría, brillar astros como Mirabeau, Vergniaud, Saint-Just, Robespierre, Camilo Desmoulins y Danton, y salir un sol, Napoleon. Retrocedia extraviado y ciego ante tanta claridad. Pasado el primer asombro, se acostumbró á aquellos resplandores; libre ya del vértigo, contempló sus actos, examinando á los personajes sin terror, y la Revolucion y el Imperio se colocaron luminosamente en perspectiva ante sus ojos; vió á cada uno de los dos grupos de acontecimientos y de hombres reunirse en dos grandes hechos: la República en el de la soberanía del derecho civil restituida al pueblo, y el Imperio en el de la soberanía de la idea francesa impuesta á la Europa; vió salir de la Revolucion la gran figura del pueblo y del Imperio la gran figura de la Francia. En el fondo de su conciencia aplaudió estos dos grandes hechos.

Lo que su deslumbramiento pasó por alto en su primera apreciacion, demasiado sintética, no creemos necesario indicarlo. Lo que queremos describir es el estado de su espíritu en marcha, y los progresos no se hacen en una sola etapa.

Dicho esto ya una vez para siempre, así para lo que precede como para lo que sigue, continuemos.

Conoció entonces Mario que hasta aquel momento no habia comprendido ni á su patria ni á su padre; desconocia á aquella y á éste, teniendo voluntaria venda en los ojos. Ahora que le caia ésta y veia claro, admiraba por una parte y por otra adoraba.

Apesadumbrado y lleno de remordimientos, pensaba con desesperacion que no podia comunicar lo que encerraba en el alma más que á una tumba. Oh! si su padre viviese, hubiera corrido á buscarle y á precipitarse en sus brazos, gritándole:

—Padre! mírame! ¡soy yo, que tengo el mismo corazon que tú!... Soy tu hijo!

Hubiera Mario besado su encanecida frente, inundado sus cabellos de lágrimas, contemplando respetuosamente la cicatriz. ¿Por qué murió su padre prematuramente, antes de efectuarse la justificacion, antes de poseer el cariño de su hijo?

Al mismo tiempo que Mario sentia esta pesadumbre se hacia más formal, más grave; se afirmaba en su fé y en sus ideas. A cada instante un rayo de la luz de la verdad venia á completar su razon, verificándose en él un verdadero crecimiento interior. Sentia una especie de engrandecimiento natural, producido por dos cosas nuevas para él: la pátria y su padre.

Como sucede cuando se posee una clave, todo se abria para él; se explicaba lo que habia aborrecido y penetraba en lo que habia condenado. Veia con claridad el sentido providencial, divino y humano de los grandes sucesos que le enseñaron á detestar y de los grandes hombres que le enseñaron á maldecir.

Cuando recordaba sus antiguas ideas, que eran de ayer, y le parecian viejas, se indignaba y se sonreia.

De la rehabilitacion de su padre llegó naturalmente á la rehabilitacion de Napoleon; pero debemos hacer notar que ésta no se verificó sin gran trabajo.

Desde la niñez imbuyeron á Mario el juicio que el partido de 1814 habia formado respecto á Bonaparte, y todas las preocupaciones de la Restauracion, sus intereses y sus instintos, tendian á desfigurar á Napoleon; le execraban más que á Robespierre.

La Restauracion explotó hábilmente el cansancio de la nacion y el ódio de las madres, y Bonaparte llegó á aparecer como mónstruo casi fabuloso. Para presentarle ante la imaginacion del pueblo, que se parece á la de los niños, el partido de 1814 evocaba sucesivamente los ideales más horribles, desde lo terrible y grandioso hasta lo terrible y grotesco; desde Tiberio hasta el Coco.

Representando así á Bonaparte, cada uno era libre de sollozar ó de reventar de risa, con tal de que todos le odiasen. Mario tenia esas ideas acerca del gran capitan y se habian combinado en su espíritu con la tenacidad propia de su carácter. Habia realmente dentro de él otro jovenzuelo testarudo que odiaba á Napoleon.

Pero leyendo la historia y estudiándola en los documentos y en los materiales, se fué poco á poco rasgando el velo que tapaba á Mario la figura de Napoleon. Entrevió algo inmenso y sospechó que estaba equivocado respecto á Bonaparte, como lo estuvo respecto á lo demás. Cada dia veia más claro y empezó

á subir lentamente, paso á paso, primero casi con sentimiento y despues con embriaguez, atraido por irresistible fascinacion, los escalones sombríos primero, luego los vagamente alumbrados, y por último los luminosos y radiantes del entusiasmo.

Una noche estaba solo en su cuarto, lindante con el tejado. Con la vela encendida leia, apoyado de codos sobre la mesa, teniendo abierta la ventana al lado. Multitud de pensamientos salian del espacio y se mezclaban á sus ideas. La noche ofrece espectáculo magnífico. Oyense ruidos sordos, que no se sabe de dónde vienen; centellea como una chispa Júpiter, que es mil doscientas veces mayor que la tierra; el azul es negro, las estrellas brillan; esto es imponente.

Leia los boletines del grande ejército, esas estrofas homéricas escritas sobre el campo de batalla: veia en ellos de vez en cuando el nombre de su padre y en todos el nombre del emperador; aparecia á su vista el gran imperio; sentia como una marea que subia de su interior; en momentos dados le parecia que su padre pasaba por su lado como un soplo y que le hablaba al oido; íbase poco á poco abstrayendo; creia oir los tambores, el cañon, las cornetas, el paso mesurado de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; de tiempo en tiempo sus ojos se elevaban al cielo y veian brillar en las profundidades sin fondo las colosales constelaciones, y despues los inclinaba hácia el libro y veia moverse confusamente otras cosas colosales. Sentia oprimido el corazon. Estaba enagenado, tembloroso, anhelante. De repente, sin saber lo que por él pasaba ni á quién obedecia, se levantó, extendió los brazos fuera de la ventana, miró fijamente en la oscuridad y en el silencio al infinito tenebroso, á la inmensidad eterna, y gritó:

—Viva el emperador!

Desde aquel momento el ogro de Córcega, el usurpador, el tirano, el mónstruo incestuoso, el histrion que recibia lecciones de Talma, el envenenador de Jafa, el tigre, Bonaparte, todo esto desapareció y dejó su sitio en su espíritu á un vago y luciente fulgor, entre el que brillaba á inaccesible altura el pálido fantasma de mármol de César. El emperador solo fué para el padre de Mario el capitan querido, á quien admira y por quien se sacrifica el soldado; para Mario fué algo más; fué el conductor predestinado del grupo francés, sucesor del grupo romano en la dominacion del universo; fué el prodigioso arquitecto de un cataclismo, el continuador de Carlo-Magno, de Luis XI, de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV y del Comité de salvacion pública; que como hombre tenia sus defectos, sus faltas y hasta su crímen, pero era grande en sus faltas, brillante en sus manchas y poderoso en su crímen. Fué el hombre predestinado para obligar á todas las naciones á que llamasen á la Francia *la gran nacion*; fué propiamente la encarnacion misma de la Francia, conquistando la Europa con la espada y al mundo con la luz que despedia. Mario vió en Bonaparte el espectro deslumbrador que se levantará siempre en la frontera y que guardará el porvenir. Déspota, pero dictador; déspota hijo de una república y símbolo de una revolucion, Bonaparte fué para Mario el Hombre-Pueblo, así como Jesucristo era el Hombre-Dios.

A Mario le sucedió como á todos los recien convertidos á una religion; le embriagaba la conversion, precipitándole y llevándole demasiado lejos. Su temperamento era de este modo; puesto en la pendiente le era imposible detenerse: el fanatismo por el sable le arrebataba y se complicaba en su espíritu con el entusiasmo por la idea. No conocia que al admirar el génio admiraba la fuerza, es decir, que instalaba en los dos recintos de su idolatría lo divino y lo brutal. Bajo diversos conceptos estaba otra vez equivocado. Todo lo admitia. Hay un modo de encontrar el error caminando hácia la verdad. Poseia una especie de buena fé violenta que todo lo abrazaba en conjunto. En la nueva vía que entró, al juzgar los errores del antiguo régimen como al juzgar la gloria de Napoleon, despreciaba las circunstancias atenuantes.

Sea como fuere, habia dado un paso inmenso. En donde antes vió la caida de la monarquía, veia ahora el porvenir de Francia. Cambió de oriente. Lo que fué para él Ocaso era ahora Levante. Dió una vuelta completa.

Estas revoluciones se verificaban en él sin que su familia lo sospechase.

Cuando en su misteriosa metamórfosis perdió por completo su antigua piel de borbónico y de ultra; cuando se despojó del traje de aristócrata y de realista; cuando fué revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, se dirigió á casa de un grabador de la calle de Orfevres y le mandó hacer

cien tarjetas con esta inscripcion: *El baron Mario Pontmercy.*

Esta era la lógica consecuencia del cambio que se verificó en él, cambio en el que todo gravitaba alrededor de su padre. Pero como no conocia á nadie y no podia dejar las tarjetas á ningun portero, se las guardó en el bolsillo. Por otra consecuencia, tambien natural, á medida que se acercaba más á su padre, á su memoria y á los ideales por los que el coronel se habia batido durante veinticinco años, se alejaba más de su abuelo. Dijimos que hacia ya algun tiempo que le desagradaba el genio del señor Gillenormand. Entre ambos habia todas las disonancias que puede haber entre un jóven grave y un viejo frívolo. La alegría de Jeronte repugna y exaspera la melancolía de Werther. Mientras tuvieron las mismas opiniones é ideas políticas, Mario se encontró como en un puente con el señor Gillenormand; pero cuando el puente se hundió, los separó un abismo. Además, Mario sentia inexplicables impulsos de rebelion cuando recordaba que su abuelo, por estúpidos motivos, le habia separado brutalmente del coronel, privando al hijo del padre y al padre del hijo.

A fuerza de compadecer á su padre, llegó casi á tener aversion á su abuelo.

Pero nada de esto se traslucia. Unicamente Mario cada dia se mostraba más frio y más lacónico en la mesa y estaba fuera de casa con más frecuencia.

Cuando le reprendia su tia era muy respetuoso y alegaba por pretexto sus estudios, el curso, los exámenes, las conferencias, etc. El abuelo no salia de su infalible diagnóstico:—Está enamorado. Ya sé lo que son esas cosas.

Mario, de vez en cuando, se ausentaba por algunos dias.

—A dónde irá? se preguntaba la tia.

En uno de sus cortos viajes fué á Montfermeil á cumplir el encargo de su padre, esto es, á buscar al veterano sargento de Waterlóo, al posadero Thenardier.

Este habia quebrado; encontró cerrada la posada y nadie le supo decir qué habia sido de él. Mario, durante estas investigaciones, estuvo fuera de su casa cuatro dias.

—Decididamente, dijo su abuelo, este muchacho se extravía.

Su abuelo y su tia notaron que Mario llevaba bajo la camisa, sobre el pecho, algo que pendia de una cinta negra que le colgaba del cuello.

## VII.

### Algun amorcillo.

El lancero que antes citamos era un sobrino tercero del señor Gillenormand por parte de padre, y que llevaba, lejos de la familia y del hogar doméstico, la vida de guarnicion.

El teniente Teodulo Gillenormand era un hermoso oficial. Tenia cuerpo "de señorita„, cierta manera triunfal de arrastrar el sable y bigote retorcido.

Iba á Paris tan pocas veces, que Mario no le habia visto nunca. Los dos primos solo se conocian de nombre.

Teodulo era, segun hemos dicho ya, el favorito de su tia Gillenormand, que le preferia porque le veia raras veces, y no ver á las personas permite suponer en ellas toda clase de perfecciones.

Una mañana la señorita Gillenormand entró en su cuarto, tan agitada como se lo permitia su estado de indiferencia. Mario acababa de pedir permiso á su abuelo para hacer otro viaje, pensando partir aquella misma noche.

Se lo concedió aquel, el que añadió para sí:—¡Es reincidente en dormir fuera de casa!...

La señorita Gillenormand entró en su cuarto muy cavilosa, exclamando:

—Esto ya es demasiado!... Pero ¿dónde vá?...

Entreveia alguna aventura amorosa, más ó menos lícita; veia en la oscuridad una mujer, una cita, un misterio, y no la hubiera disgustado poderla distinguir con el lente. Catar un misterio es como alcanzar las primicias de un escándalo, y esto no lo detestan las gentes más santurronas.

Existe en los secretos receptáculos de la mojigatería cierta curiosidad hácia el escándalo.

Veíase, pues, que le dominaba el vago apetito de saborear ese secreto.

Para distraer la curiosidad, que la agitaba más de lo ordinario, se refugió en sus habilidades y se puso á festonear con algodon y sobre algodon uno de esos bordados en boga durante el Imperio y durante la Restauracion, en el que se ven muchas ruedas de cabriolé. La obra era tosca y la obrera brusca.

Al poco rato de dedicarse á la susodicha faena se abrió la puerta de su cuarto. La señorita Gillenormand levantó la nariz y se encontró ante el teniente Teodulo, que la hacia el saludo de ordenan-

za. Dió un grito de alegría. La mujer puede ser vieja, mojigata, devota y tia, pero siempre se alegra de ver entrar en su cuarto á un lancero.

—Tú aquí, Teodulo! exclamó.

—De paso, querida tia.

—Pero ven! abrázame!

—Con mucho gusto, contestó Teodulo.

La abrazó. La tia Gillenormand tomó su secreter y lo abrió.

—¿Vendrás á pasar con nosotros una semana lo menos?

—Me marcho esta tarde, tia.

—Eso no es posible!

—Es preciso.

—Quédate, Teodulito; yo te lo ruego.

—El corazon me dice que sí, pero la consigna me dice que no. Me trae el siguiente motivo: cambiamos de guarnicion; estábamos en Melun y nos llevan á Gaillon; para ir de una parte á la otra hemos de pasar por Paris, y por eso yo he dicho:—Voy á ver á mi querida tia.

—Pues toma, por la molestia que eso pueda causarte.

Le puso en la mano diez luises.

—Por el placer querreis decir, mi querida tia.

Teodulo la abrazó por segunda vez, y ella tuvo el placer de que la rozara un poco el cuello con los cordones del uniforme.

—Viajas á caballo con el regimiento?

—No, tia. Queria veros y saqué un permiso especial. El asistente lleva mi caballo y yo iré en la diligencia. A propósito, tengo que preguntaros una cosa.

—Qué cosa?

—¿Está tambien de viaje mi primo Mario Pontmercy?

—Cómo lo sabes? exclamó súbitamente la tia, excitada en lo más vivo de su curiosidad.

—Al llegar fuí á la diligencia á tomar un asiento de berlina.

—Y qué?

—Habia ido antes á tomar un asiento en el imperial, y he visto el nombre en la hoja de la administracion.

—Qué nombre era ese?

—Mario Pontmercy.

—Ah, pícaro! exclamó la tia. Tu primo no tiene juicio como tú. ¡Saber que vá á pasar la noche en una diligencia!...

—Como yo.

—Tú la pasarás por obligacion, pero él por desórden.

—Ah!... exclamó Teodulo.

En este instante le sucedió una cosa notable á la señorita Gillenormand; le ocurrió una idea. Si fuera hombre se hubiera dado una palmada en la frente.

—Tu primo no te conoce, no es cierto?

—No; yo sí que le he visto, pero él nunca se ha dignado fijar en mí la atencion.

—Vais á viajar juntos?

—Sí; él en el imperial y yo en la berlina.

—A dónde vá la diligencia?

—A los Andelys.

—Y Mario vá allí?

—Sí, si no se queda, como yo, en una de las paradas del camino. Yo bajo en Vernon para tomar allí el coche que vá á Gaillon; pero no conozco el itinerario de Mario.

—Mario! qué nombre tan feo! ¡Qué ocurrencia haberle puesto Mario!... ¡A lo menos tú te llamas Teodulo!

—Mejor quisiera llamarme Alfredo, contestó el oficial.

—Escucha, Teodulo.

—Escucho, tia.

—Préstame atencion.

—Decid.

—Mario se ausenta de casa con frecuencia.

—Eh?

—Viaja.

—Ah!

—Duerme fuera de casa.

—Oh!

—Quisiéramos saber el motivo.

Teodulo contestó con la calma del hombre curtido:

—Algun amorcillo.

Luego añadió, sonriendo con esa risa entre carne y cuero que pone de manifiesto la certidumbre:

—Alguna chicuela.

—Es evidente, afirmó la tia, que creyó oir hablar al señor Gillenormand y que llegó á convencerse al oir la palabra *chicuela*, acentuada del mismo modo por el tio que por el sobrino. Despues añadió:

—Pues vas á hacernos un favor. Vas á seguir á Mario; esto te será muy fácil, puesto que no te conoce; supuesto que hay de por medio una mujer, trata de verla. Nos escribirás la aventura y se divertirá el abuelo.

No le venia de cara á Teodulo dedicarse al espionaje; pero le habian conmovido los diez luises y le hacian ver éstos otros en lontananza. Aceptó, pues, la comision y contestó:

—Como querais, tia; diciéndose en voz baja á sí mismo:—Ya estoy convertido en dueña.

La señorita Gillenormand le abrazó.

—Teodulo, tú no harias semejante

cosa, porque tú obedeces á la disciplina, eres esclavo de la consigna, escrupuloso y fiel á tus deberes, y no abandonarias á tu familia por ir á visitar á una chicuela.

El lancero hizo el mismo gesto de satisfaccion que hubiera hecho el ladron Cartouche si viera que elogiaban su probidad.

En la noche que siguió á este diálogo, Mario subió en la diligencia muy ageno de sospechar que iria en ella vigilado. En cuanto al vigilante, lo primero que hizo fué dormirse profundamente. Argos pasó roncando toda la noche.

Al despuntar el dia el mayoral gritó:

—Vernon! relevo de Vernon! ¡Los viajeros de Vernon!

El teniente Teodulo se despertó.

—Ah! exclamó medio dormido aun; aquí es donde debo bajar.

Luego se despejó poco á poco su memoria y se acordó de su tia, de los diez luises y de la promesa empeñada de averiguar el secreto de Mario, y se echó á reir.

—Tal vez ya no estará en el coche, pensó para sí, abotonándose el peto. Pudo quedarse en Poissy, en Triel ó en otros varios puntos de parada, y entonces échale un galgo. ¿Qué diablos voy á escribir entonces á mi tia?

En aquel momento apareció en la vidriera de la berlina un pantalon negro que descendia del imperial.

—Si será Mario? se preguntó el teniente.

Era Mario, en efecto.

Al pié de la diligencia y entre los caballos y los postillones, una muchacha del pueblo vendia flores á los viajeros.

—Compradme flores para las señoras, caballeros, decia.

Mario se acercó á la muchacha y le compró las flores más hermosas que tenia en la cesta.

—Por de pronto, exclamó Teodulo saltando de la berlina, esto ya me interesa. Dónde irán á parar esas flores? A alguna muchacha muy bonita que merezca ramillete tan precioso. Quiero conocerla.

No ya por mandato, sino por curiosidad personal, como los perros que cazan por cuenta propia, se puso á seguir á Mario.

Mario no se fijó en que le seguian. De la diligencia bajaron algunas mujeres elegantes, pero ni las miró; parecia que no veia nada á su alrededor.

—Está enamorado! pensó el lancero.

Mario se dirigió hácia la iglesia.

—Magnífico! exclamó Teodulo. Vá á la iglesia; eso es. Las citas sazonadas con la salsa de la misa son las mejores. Es exquisita la ojeada que pasa por encima de Dios.

Mario llegó á la iglesia, pero no entró; dió la vuelta por detrás de la fachada del templo y desapareció en el ángulo de uno de los estribos del ábside.

—La cita es fuera, dijo Teodulo. Veamos á la muchacha.

Se adelantó de puntillas hácia el sitio en que Mario habia dado la vuelta. Cuando llegó allí se quedó estupefacto.

Mario, con la frente entre las manos, estaba arrodillado sobre la yerba al pié de una tumba; en ella habia deshojado el ramo. En el extremo de la fosa, sobre una meseta que indicaba la cabecera, habia una cruz de madera, negra, en la que se leia este nombre escrito con letras blancas: EL CORONEL BARON DE PONTMERCY.

Mario estaba sollozando.

La muchacha era una tumba.

## VIII.

### Mármol contra granito.

Sabemos ya, pues, dónde fué Mario la primera vez que se ausentó de Paris y dónde iba cada vez que el señor Gillenormand decia:—Pasa la noche fuera de casa.

El teniente de lanceros se quedó desconcertado al encontrarse inesperadamente con un sepulcro; experimentó emocion singular y desagradable, que no le era posible analizar y que se fundia en el respeto que le inspiraba una tumba y un coronel. Retrocedió, dejando solo á Mario en el cementerio, influyendo algo la disciplina en su retirada. Se le presentaba la muerte con grandes charreteras y casi la hizo el saludo militar. No sabiendo qué decir á su tia de esto, tomó el partido de no escribirla, y acaso no hubiera tenido ninguna consecuencia el descubrimiento que hizo Teodulo sobre los amores de Mario, si, por una de esas coincidencias misteriosas y casuales, la escena de Vernon no hubiese tenido, por decirlo así, eco en Paris.

Mario regresó á Paris tres dias despues muy temprano; llegó á casa de su abuelo, y cansado de las dos noches que pasó en la diligencia, conoció que tenia

necesidad de reparar su insomnio con una hora de escuela de natacion; subió con rapidez á su cuarto y, quitándose el traje de viaje y el cordon negro que llevaba al cuello, se fué al baño.

El señor Gillenormand se levantó muy temprano, como todos los viejos fuertes; le oyó entrar y subió con toda la ligereza que sus viejas piernas le permitian la escalera del cuarto de Mario, con la idea de abrazarle y de preguntarle al mismo tiempo para ver si averiguaba de dónde venia.

El jóven empleó menos tiempo en bajar que el octogenario en subir, y cuando el señor Gillenormand llegó al cuarto de aquel, ya Mario habia salido de casa.

La cama estaba hecha y sobre ella el traje de viaje y el cordon negro.

—Prefiero esto, dijo el señor Gillenormand.

Un momento despues bajó á la sala, en donde su hija estaba bordando ruedas de cabriolé.

Esta entrada fué triunfal.

El señor Gillenormand llevaba en una mano un leviton de viaje y en la otra el cordon negro.

—Victoria! exclamó; ¡vamos á penetrar el misterio! Vamos á saberlo todo! ¡Vamos á saber los libertinajes del hombre reservado! Esta es la novela y aquí está el retrato.

Del cordon pendia una cajita de tafilete negro, muy semejante á un medallon.

El viejo cogió la caja y la contempló algunos momentos antes de abrirla, con el aire de voluptuosidad, de placer y de cólera del pobre famélico que viese pasar ante sus narices una comida magnífica que no fuese para él.

—Aquí indudablemente hay un retrato. Ya conozco esas cosas; solo eso se lleva tiernamente sobre el corazon. Qué tonto es ese chico!... ¡Será probablemente algun mascaron!... ¡Los jóvenes de hoy tienen tan mal gusto!...

—Veamos el retrato, padre, dijo la vieja solterona.

El señor Gillenormand abrió la cajita, apretando un resorte, y solo encontró en ella un papel cuidadosamente doblado.

—*De la misma al mismo*, exclamó el señor Gillenormand, echándose á reir. ¡Un billete amoroso!

—Leámosle, dijo su hija.

Se puso los anteojos. Desplegaron el papel y leyeron lo siguiente:

—"PARA MI HIJO.—El emperador me hizo baron en el campo de batalla de Waterlóo. La Restauracion me niega ese título, que he comprado con mi sangre; mi hijo lo heredará y lo usará. No dudo en creer que será digno de él.„

No es posible expresar lo que experimentaron al leer lo que antecede el padre y la hija. Se quedaron helados como si les hubiese soplado una calavera.

No se hablaron una palabra. Solo el señor Gillenormand dijo en voz baja, hablando consigo mismo:

—Esa es la letra del acuchillador.

La tia cogió el papel, lo examinó dándole vueltas y despues lo volvió á meter en la cajita. Entonces cayó al suelo, del bolsillo de la levita de viaje, un paquetito cuadrado envuelto en papel azul. La señorita Gillenormand lo recogió, lo desdobló y vió que eran las tarjetas de Mario. Tomó una y se la entregó á su padre. Este leyó: EL BARON MARIO PONTMERCY.

El viejo llamó y acudió Nicolasita. El señor Gillenormand cogió el cordon, la caja y la levita y los tiró al suelo, en medio de la sala, y dijo á la criada:

—Llévate esos guiñapos.

Pasaron una hora larga el padre y la hija entregados al más profundo silencio. El viejo y la soltera se sentaron dándose las espaldas y pensaban cada uno por su parte lo mismo probablemente.

Despues la señorita Gillenormand exclamó:

—Hemos quedado lucidos!

Algunos minutos despues apareció Mario. Volvia del baño. Al entrar en la sala vió que su abuelo tenia en la mano una de sus tarjetas.

Al verle, el abuelo exclamó con un aire de superioridad plebeya y burlona, que tenia algo de fulminante:

—Vaya! vaya! ahora eres baron. Te doy la enhorabuena. ¿Qué quiere decir esto?

Mario se ruborizó ligeramente y respondió:

—Eso quiere decir que soy hijo de mi padre.

El señor Gillenormand dejó de reir y le replicó con dureza:

—Tu padre soy yo.

—Mi padre, le contestó Mario, inclinando la vista y con gravedad, era un hombre modesto y heróico, que sirvió gloriosamente á la República y á la Francia, que fué grande en la historia más grande de la humanidad, que vivió un

cuarto de siglo en el campo de batalla, durante el dia sufriendo las balas y la metralla y durante la noche la nieve, el lodo y la lluvia; que se apoderó de dos banderas, que recibió veinte heridas, que ha muerto en el olvido y en el abandono, y que solo cometió dos faltas en su vida: amar demasiado á dos ingratos, á su patria y á mí.

Mario dijo mucho más de lo que el señor Gillenormand pudiera oir con paciencia; al oir pronunciar la palabra *república* se levantó, ó por mejor decir, se enderezó de repente. Cada una de las palabras de Mario hizo en la fisonomía del viejo realista el efecto del soplo de un fuelle de fragua sobre un tizon encendido. El color de su rostro pasó de oscuro á rojo, de rojo á purpúreo y de purpúreo á llameante.

—¡Mario, eres una criatura abominable! exclamó. No sé lo que era tu padre ni quiero saberlo; no quiero saber nada. No lo sé! Solo sé que entre su gente no habia más que miserables. ¡Eran todos ellos perdidos, asesinos, gorros rojos y ladrones! Repito que todos, aunque yo no conozco á ninguno. Lo oyes, Mario? Tú eres tan baron como mi zapatilla. Eran bandidos porque sirvieron á Robespierre, eran foragidos porque sirvieron á Buonaparte, traidores porque vendieron á su rey legítimo, y cobardes porque huyeron ante los prusianos y los ingleses en Waterlóo. Esto es lo que sé; si vuestro padre fué uno de ellos lo ignoro, y lo siento; tanto peor.

Ahora le tocaba el turno á Mario de ser el tizon y al señor Gillenormand el fuelle. Mario temblaba y no sabia cómo obrar; la cabeza le ardia. Era el sacerdote que vé arrojar al aire todas sus hostias; era el faquir que vé que un pasajero escupe á su ídolo. No podia persuadirse de que tales cosas se dijeran impunemente delante de él; pero ¿qué habia de hacer? Humillaba y pisoteaba en su presencia á su padre un hombre; ¿pero quién era este hombre? Su abuelo. ¿Cómo habia de vengar al uno sin ultrajar al otro? Le era imposible insultar á su abuelo, pero tambien le era imposible no vengar á su padre. A un lado veia una tumba sagrada y al otro cabellos blancos. Permaneció algunos instantes aturdido y vacilante, con un torbellino en su cerebro; despues levantó la vista, miró con fijeza á su abuelo y gritó con voz tonante:

—Abajo los Borbones! ¡Abajo el cerdo de Luis XVIII!

Luis XVIII habia muerto cuatro años atrás, pero á Mario esto le era indiferente.

El viejo, que estaba de color de escarlata, quedó de repente más blanco que sus cabellos. Se volvió hácia el duque de Berry, que tenia encima de la chimenea, y le saludó respetuosa y majestuosamente. Despues pasó dos veces en silencio y con lentitud desde la chimenea hasta la ventana y desde la ventana hasta la chimenea, atravesando la sala y haciendo resonar el pavimento como si sobre él se pasease una figura de piedra. Al terminar el segundo paseo se inclinó hácia su hija, que asistia á esta escena asustada como una oveja, y la dijo sonriendo casi tranquilamente:

—Un baron como este caballero y un plebeyo como yo no pueden vivir bajo el mismo techo. Despues, enderezándose, pálido, tembloroso y aterrador, extendió el brazo hácia Mario y le gritó:

—Vete!

Mario salió de la casa.

Al dia siguiente el señor Gillenormand dijo á su hija:

—Envia sesenta doblones cada seis meses á ese bebedor de sangre y nunca vuelvas á hablarme de él.

Mario tambien salió indignado de casa de su abuelo. Hubo una circunstancia que agravó su exasperacion, que siempre hay alguna pequeña fatalidad que complica los dramas domésticos y aumenta los motivos de queja, aunque no aumente los verdaderos agravios. Nicolasita, al sacar precipitadamente por órden del abuelo los "guiñapos„ de Mario, dejó caer, sin advertirlo, en la escalera de la buhardilla, que estaba oscura, el medallon de tafilete que encerraba el papel del coronel. Mario no pudo encontrar ni el papel ni el medallon, y se quedó convencido de que el señor Gillenormand, á quien llamó así desde aquel dia, habia arrojado al fuego el "testamento de su padre„. Sabia de memoria las pocas líneas que el coronel escribió; por consiguiente nada importaba su pérdida; pero aquel papel y aquella escritura eran para él una verdadera reliquia, y le indignó que se los hicieran desaparecer.

Mario salió de casa de su abuelo, sin decir ni saber á dónde iba, con treinta francos, el reloj y alguna ropa que metió en un saco de noche. Subió en un coche de alquiler, que tomó por horas, y se dirigió á la ventura al barrio Latino.

Qué iba á ser de Mario?

# LIBRO CUARTO.

## Los amigos del A. B. C.

### I.

**Un grupo que estuvo á punto de ser histórico.**

En aquella época, indiferente al parecer, corria por la atmósfera vagamente cierto extremecimiento revolucionario. Soplos que salian de las profundidades de 1789 y de 1792, cruzaban por el aire. La juventud (permítasenos la frase) estaba en el período de muda. Se transformaba, casi sin saberlo, por el movimiento del tiempo. Cada uno daba hácia adelante el paso que debia dar. Los realistas se hacian liberales y los liberales demócratas.

Era aquello una marea creciente, complicada con mil reflujos, y como es propio del reflujo mezclarlo todo, resultaban combinaciones de ideas singulares; se adoraba á la vez á Napoleon y á la libertad. Esto es pura historia; esos eran los espejismos de aquella época, porque las opiniones tienen sus fases. El realismo volteriano, que es una variedad caprichosa, tuvo por contrapeso extraño el liberalismo bonapartista.

Otros grupos de espíritu eran más razonadores: en ellos se sondeaba el principio; se buscaba el fundamento del derecho, se apasionaban por lo absoluto, se entrevejan las relaciones infinitas, porque lo absoluto, por su misma rigidez, impulsa los espíritus hácia lo etéreo y los hace flotar en lo ilimitado. Nada hay como el dogma para promover la meditacion, y nada hay como la meditacion para engendrar el porvenir. Lo que hoy es utopia, es mañana carne y hueso.

Las opiniones avanzadas tenian un doble fondo. Un principio de misterio amenazaba "el órden establecido„, el cual era suspicaz y receloso, signo altamente revolucionario. La intencion secreta del poder se encuentra en la zapa con la intencion secreta del pueblo. La incubacion de las insurrecciones responde á la premeditacion de los golpes de Estado.

No habia aun entonces en Francia vastas organizaciones subterráneas, como el *tugendbund* aleman y el *carbonarismo* italiano; pero se iban ya ramificando algunas minas oscuras. La *Cougourde* se bosquejaba en Aix; y habia en Paris, entre otras asociaciones de este género, la sociedad de los amigos del A. B. C.

Esta sociedad tenia por objeto aparente la educacion de los niños y por objeto real el mejoramiento de los hombres.

Los amigos del A. B. C. eran pocos; componian una sociedad secreta en estado de embrion; casi podemos decir que constituian una pandilla, si las pandillas pudiesen producir héroes.

Se reunian en Paris en dos puntos: cerca de los Mercados, en una taberna llamada *Corinto*, de la que nos ocuparemos despues, y cerca del Panteon, en un cafetin de la plaza de San Miguel, que se llamaba *el café Musain*, y que hoy ya ha desaparecido; el primero de los dos sitios de reunion estaba cerca de los jornaleros y el segundo cerca de los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los amigos del A. B. C. se celebraban en una sala interior del café Musain.

Esta sala, bastante apartada del café, con el que se comunicaba por un largo corredor, tenia dos ventanas y una puerta con escalera reservada, que salia á la callejuela de Grés. Allí fumaban, bebian y jugaban. Se hablaba de todo á gritos y de una sola cosa en voz baja. En la pared estaba clavado un antiguo mapa de Francia, del tiempo de la República, indicio suficiente para excitar el olfato de los agentes de policía.

La mayoría de los amigos del A. B. C. eran estudiantes que estaban en cordial inteligencia con algunos obreros. Hé aquí algunos de los principales, cuyos nombres pertenecen en cierto modo á la historia: Enjolras, Combeferre, Juan Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle ó Laigle, Joly, Grantaire, etc.

La amistad de estos jóvenes les formaba una especie de familia. Todos eran hijos del Mediodía, escepto Laigle. Este grupo, que era muy notable, se ha desvanecido ya en las profundidades invisibles que están detrás de nosotros.

Al punto del drama á que hemos llegado, no será inútil hacer penetrar un rayo de claridad en aquella reunion de jóvenes, antes que el lector los vea sumergirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, el primero que nombramos, por el motivo que despues se sabrá, era hijo único y rico; jóven simpático, capaz de ser terrible, y angelicalmente hermoso; era Antinóo encolerizado. Podria

creerse, al ver el pensativo fulgor de su mirada, que habia atravesado en otra existencia anterior el apocalipsis revolucionario y que, como testigo presencial, conservaba su tradicion; sabia todos los pormenores del gran acontecimiento.

Era de naturaleza pontifical y guerrera, extraña en un adolescente: era celebrante y militante: soldado de la democracia bajo el punto de vista inmediato, y sacerdote de lo ideal por encima del movimiento contemporáneo. Su mirada era profunda, sus párpados algo enrojecidos, el labio inferior grueso predispuesto á expresar el desden, la frente elevada. Mucha frente en una fisonomía es lo mismo que mucho cielo en un horizonte.

Como algunos jóvenes de principios de este siglo y de fines del pasado adquirieron prematuramente la ilustracion, gozaba de excesiva juventud y frescura como una jóven en sus horas de palidez. Era hombre ya y parecia niño aun. Sus veintidos años representaban diez y siete; era muy grave: parecia que no supiera que existiese esa maravilla llamada mujer. No sentia más pasion que la del derecho, ni le agitaba más pensamiento que el de destruir obstáculos.

En el Monte-Aventino hubiera sido Graco y en la Convencion Saint-Just. Apenas conocia las razas y desconocia la primavera; no oia cantar á los pájaros; la garganta desnuda de Evadno no le conmoveria más que á Aristogiton; para él, como para Harmodio, las flores solo servian para esconder la espada. Era severo en sus alegrías. Bajaba castamente los ojos ante todo lo que no era la República. Era el amante de mármol de la Libertad. Su palabra, ásperamente inspirada, tenia la vibracion del himno. A veces desplegaba las alas inesperadamente. ¡Desgraciado el amorcillo que se hubiese atrevido á pasar por su lado! Si alguna griseta de la plaza de Cambray ó de la calle de San Juan hubiera sentido apetito de su hermosura apetecible y tratase de probar el efecto de sus atractivos en Enjolras, la mirada sorprendente y terrible de éste le haria ver bruscamente el abismo, enseñándola á no confundir al querubin galan de Beaumarchais con el formidable querubin de Ezequiel.

Al lado de Enjolras, que representaba la lógica de la revolucion, estaba Combeferre, que representaba su filosofía. Entre la lógica y la filosofía de la revolucion existe la diferencia de que la lógica puede ir á parar á la guerra, mientras la filosofía tiene por última consecuencia la paz. Combeferre completaba y rectificaba á Enjolras. Era más bajo y más grueso que éste. Queria que se imbuyesen en los espíritus los principios extensos de las ideas generales, y decia: Revolucion, pero tambien civilizacion; y alrededor de la pendiente y escarpada montaña abria el vasto horizonte azul. De este modo en todas las teorías de Combeferre habia algo accesible y practicable. La revolucion era más respirable con él que con Enjolras, porque Enjolras expresaba el derecho divino y Combeferre el derecho natural. El primero se eslabonaba con Robespierre y el segundo con Condorcet. Combeferre vivia más que su compañero la vida del mundo. Si hubieran ocupado sitio en la historia estos dos jóvenes, uno habria sido justo y otro sábio. Enjolras era más viril, Combeferre más humano. *Homo* y *Vir* son palabras que los clasifican con exactitud. Combeferre era amable, así como Enjolras era severo. Le gustaba la palabra ciudadano, pero preferia la palabra hombre. Lo leia todo; iba á los teatros, seguia los cursos públicos, aprendia de Arago la polarizacion de la luz; se apasionaba por la leccion en que Geoffroy-Saint-Hilaire explicó la doble funcion de la arteria carótida externa y de la arteria carótida interna; seguia la ciencia paso á paso; confrontaba á Saint-Simon con Fourier; descifraba los geroglíficos y hablaba de geología; pintaba de memoria la mariposa bombix; señalaba las faltas del Diccionario de la Academia Francesa; no afirmaba nada, ni aun los milagros; no negaba nada, ni aun las apariciones; hojeaba la coleccion del *Monitor* y meditaba mucho. Queria que la sociedad trabajase sin descanso para conseguir la elevacion del nivel intelectual y moral, en la propagacion de la ciencia, en la circulacion de las ideas, en el crecimiento intelectual de la juventud. Era sábio purista, politécnico, trabajador y al mismo tiempo pensador. Creia en los caminos de hierro, en la materia quirúrgica, en la persistencia de la imágen en la cámara oscura, en el telégrafo eléctrico y en la direccion de los globos; y no se asustaba de que edificasen en todas partes sus ciudadelas contra el género humano la supersticion, el despotismo y la preocupacion, porque creia que la ciencia acabará por apoderarse de ellas por sorpresa. Enjolras era jefe y Combeferre guia. Se de-

bia marchar con el segundo y pelear con el primero; no porque Combeferre no fuese capaz de pelear ni de luchar cuerpo á cuerpo con el obstáculo, atacándolo á viva fuerza, sino porque preferia emplear la enseñanza de los axiomas y la promulgacion de las leyes positivas, para ir poniendo poco á poco al género humano de acuerdo con sus destinos, y de las dos claridades preferia la que ilumina á la que abrasa. Es cierto que un incendio puede producir una aurora; pero, ¿por qué no esperar la salida del sol? Un volcán alumbra, pero alumbra mejor el alba. Combeferre preferia tal vez la blancura de lo bello al resplandor de lo sublime. La claridad entorpecida por el humo, el progreso adquirido por la violencia, solo satisfacian á medias á aquel espíritu tierno y grave. El acto de precipitarse verticalmente el pueblo en la verdad, como en 1793, le asustaba; pero, sin embargo, la estancacion le repugnaba más, porque veia en ella la muerte y la putrefaccion; en último caso, preferia la espuma al miasma, el torrente á la cloaca, la catarata del Niágara al lago de Montfaucon. En una palabra, no queria pararse ni correr.

Mientras que sus tumultuosos amigos, enamorados caballerescamente de lo absoluto, adoraban é invocaban las espléndidas aventuras revolucionarias, Combeferre se inclinaba á dejar obrar al progreso, que es tal vez frio, pero puro; metódico, pero irreprensible; flemático, pero imperturbable. Combeferre hubiera pedido de rodillas y suplicado que llegase el porvenir con todo su candor, para que nada turbase la inmensa y virtuosa evolucion de los pueblos. *Es necesario que el bien sea inocente*, repetia sin cesar.

En efecto, si la grandeza de la revolucion consiste en mirar con fijeza al ideal deslumbrador y volar hácia él entre rayos y truenos, llevando en las manos sangre y fuego, la hermosura del progreso consiste en conseguir una caridad sin mancha alguna. Entre Washington que representa á éste y Danton que encarna á aquella, hay la misma diferencia que entre el ángel de alas de cisne y el ángel de alas de águila.

Juan Prouvaire era un tipo más templado aun que Combeferre. Era enamorado, cultivaba macetas, tocaba la flauta, escribia versos, amaba al pueblo, se compadecia de la mujer, lloraba por los niños, confundia en la misma esperanza el porvenir y Dios y censuraba á la revolucion por haber hecho caer una cabeza real, la de Andrés Chenier. Su voz era habitualmente delicada, pero en algunas ocasiones viril. Era literato erudito y casi orientalista. Era bueno sobre todo, y preferia en poesía lo inmenso, preferencia que fácilmente comprende todo el que sabe que la bondad confina con la grandeza. Sabia el italiano, el latin, el griego y el hebreo, cuyas lenguas solo le servian para leer cuatro poetas: Dante, Juvenal, Esquilo é Isaías. En francés preferia Corneille á Racine y Agripa de Aubigné á Corneille. Su espíritu sabia tomar dos actitudes: una mirando al hombre y otra mirando á Dios; estudiaba ó contemplaba. Durante el dia profundizaba las cuestiones sociales; el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religion, la libertad de pensar, la libertad de amar, la educacion, la penalidad, la miseria, la asociacion, la propiedad, la produccion y la reparticion; por la noche contemplaba los astros. Era hijo único y rico, como Enjolras. Hablaba despacio, inclinaba la cabeza, bajaba la vista, se sonreia con embarazo, se cuidaba poco, era desmañado y tímido.

Feuilly era un abaniquero, huérfano de padre y madre, que ganaba penosamente tres francos diarios, y que solo estaba dominado por un pensamiento, el de emancipar al mundo. Tenia tambien otra idea fija, la de instruirse, á lo que llamaba tambien emanciparse. Aprendió solo á leer y á escribir, y así aprendió todo lo que sabia. Tenia corazon generoso y queria abrazar lo inmenso. Aquel huérfano tomó á los pueblos como hijos adoptivos suyos. La patria era su madre, y no queria que en la tierra hubiera un solo hombre sin patria. Alimentaba dentro de sí mismo, con la adivinacion profunda del hombre del pueblo, lo que hoy llamamos *la idea de las nacionalidades*. Habia estudiado la historia con la intencion de indignarse con conocimiento de causa. En el cenáculo juvenil de utopistas, que se ocupaban principalmente de Francia, él representaba el exterior. Su especialidad era la Grecia, la Polonia, la Hungría, la Rumanía y la Italia. Pronunciaba estos nombres contínuamente con la tenacidad del derecho. Le exasperaban las violaciones de la Turquía en la Grecia y en la Tesalia; de la Rusia en Varsovia; del Austria en Venecia; pero entre todas le sublevaba la gran violencia de 1772. No hay elocuencia tan soberana

como la que presta la verdad á la indignacion; él poseia esa elocuencia. Nunca agotaba el tema cuando trataba de la fecha infame de 1772 y del noble y valiente pueblo que la traicion suprimió; del crímen de tres criminales, de la monstruosa asechanza, del prototipo y patron de las horribles supresiones de Estados, que despues se han realizado en nobles naciones, raspando, por decirlo así, su partida de bautismo. Los demás atentados sociales contemporáneos se derivan de la reparticion de Polonia. La reparticion de Polonia fué un teorema, cuyos corolarios son los actuales crímenes políticos. Cuando se examina el legajo de las traiciones modernas, ésta aparece la primera. El Congreso de Viena consultó este crímen antes de cometer el suyo. 1772 es el grito que dá el cazador; 1815 es el despojo que se dá á comer á los perros. Este era el tema habitual de Feuilly. Este pobre obrero se habia constituido en tutor de la justicia y ella le recompensaba engrandeciéndole, porque, en efecto, hay algo de eternidad en el derecho. La protesta del derecho contra el hecho persiste siempre: el robo de un pueblo no se prescribe. Estas grandes estafas no tienen porvenir, porque no se borra la marca de una nacion como se borra la marca de un pañuelo.

El padre de Courfeyrac se llamaba el señor *de* Courfeyrac. Una de las ideas falsas de la clase media de la Restauracion en materia de aristocracia y de nobleza era creer en la partícula *de*, y sabido es que dicha partícula nada significa. Pero la clase media de la época de *la Minerva* creia que significaba tanto que no creia usarla. El señor de Chanvelin se firmaba señor Chanvelin, el señor de Lafayette, señor Lafayette, etcétera, y Courfeyrac hizo lo mismo, suprimió la partícula.

Podríamos detenernos aquí en lo referente á Courfeyrac, limitándonos á decir: véase Tholomyés.

Courfeyrac conservaba, en efecto, la verbosidad de jóven, que podria llamarse la belleza de diablo del espíritu. Esta gracia se pierde más tarde como la gracia del gatito, y vá á parar, cuando tiene dos piés, en el ciudadano, y cuando tiene cuatro, en el gato.

Las generaciones que pasan por las escuelas y las promociones de la juventud se trasmiten esta clase de númen, pasándoselo de mano en mano y siendo casi siempre el mismo; de modo que, como acabamos de indicar, cualquiera que viese á Courfeyrac en 1828 hubiera creido oir á Tholomyés en 1817; pero Courfeyrac era un buen muchacho. A pesar de estas aparentes semejanzas exteriores, la diferencia entre él y Tholomyés era grande. El hombre latente que existia en ellos era en el primero distinto del segundo. Tholomyés era un procurador y Courfeyrac era un paladin.

Enjolras era el jefe, Combeferre era el guia y Courfeyrac era el centro: los dos primeros daban más luz y el tercero más calórico; tenia las cualidades del centro, la redondez y la irradiacion.

Bahorel habia figurado en el tumulto sangriento de Junio de 1822, que estalló con motivo del entierro del jóven Lallemand.

Bahorel era un individuo de buen humor y de mala compañía, bravo, gastador, pródigo hasta la generosidad, hablador hasta la elocuencia, atrevido hasta el descaro; el diablo de mejor pasta que se puede encontrar: gastaba chalecos *temerarios* y opiniones *de escarlata;* era camorrista, pero á las riñas preferia los motines y á los motines las revoluciones, dispuesto siempre á romper vidrieras, á desempedrar calles ó derribar un gobierno para ver el efecto que esto producia.

Llevaba once años de estudiante de leyes y aun no habia llegado al tercero. Olfateaba la jurisprudencia, pero no la aspiraba; su divisa era: *Abogado nunca*, y su escudo una mesa de noche sobre la cual descansaba un bonete cuadrado. Cuando pasaba por delante de la escuela de Derecho, lo que le sucedia pocas veces, se abotonaba la levita (porque entonces aun no se habia inventado el gaban) y tomaba precauciones higiénicas. Del frontispicio de la escuela decia que era un *viejo* hermoso, y del decano, señor Delvincourt, que *era un monumento*. Veia en las explicaciones de clase asuntos para canciones y en los profesores tipos de caricaturas. Gastaba en no ocuparse de nada la gruesa cantidad de tres mil francos cada año. Sus padres eran unos lugareños, á los que su hijo supo hacer que le respetaran. Este decia de ellos: "Son campesinos, no pertenecen á la clase media; por eso tienen inteligencia„.

Bahorel era hombre caprichoso y concurria sin fijeza á varios cafés; los demás tenian sus hábitos, él no tenia ninguno. Vagaba al azar. Andar errante es propio del hombre, pero vagar á la ventura

*(flaner)* es propio del parisien. En el fondo era, sin embargo, un talento penetrante y más pensador de lo que aparentaba serlo. Servia de lazo de union entre los amigos del A. B. C. y otros grupos, informes todavía, pero que más tarde debian delinearse.

En aquel cónclave de jóvenes se destacaba una cabeza calva. El marqués de Avaray, á quien Luis XVIII hizo duque por haberle ayudado á subir en un coche de alquiler el dia en que emigró, referia que en 1814, cuando dicho rey regresó á Francia y desembarcó en Calais, se le presentó un hombre que le entregó un memorial.

—Qué pedís? le preguntó el rey.

—Señor, una administracion de correos.

—Cómo os llamais?

—Laigle (el Aguila).

El rey frunció el entrecejo, miró la firma del memorial y vió dicho apellido escrito de este modo; *Lesgle*. Esta ortografía poco bonapartista tranquilizó al rey y le hizo sonreir.

—Señor, continuó el hombre del memorial, entre mis antepasades hubo un perro, á quien apodaban *Lesgueules* (Bocaza). De este mote nació mi apellido. De Lesgueules han hecho por contraccion Lesgle y por corrupcion Laigle.

Esto convirtió en risa la sonrisa del rey, y por fin le concedió la administracion de correos de Meaux, no sabemos si inocente ó intencionadamente.

El miembro calvo de los amigos del A. B. C. era hijo de dicho Lesgle ó Legle y se firmaba Legle de Meaux. Sus camaradas, para nombrarle con más facilidad, le llamaban Bossuet, pues es sabido que el obispo Bossuet era conocido por *L'Aigle de Meaux* (el águila de Meaux).

El jóven Bossuet era un muchacho alegre y desgraciado. Su especialidad consistia en que todo le salia mal, pero él se reia de todas las contrariedades. A los veinticinco años estaba ya calvo. Su padre consiguió comprar una casa y un campo; pero él perdió en una desgraciada especulacion el campo y la casa y se quedó sin bienes de fortuna. Tenia ciencia y talento, pero todo le salia al revés; en todo perdia, en todo salia engañado; lo que edificaba se le hundia, aplastándole debajo. Si partia leña se cortaba un dedo; si tenia una querida, pronto descubria que otro se la soplaba. A cada instante le sucedia una desgracia; de esto nacia su jovialidad.

Solia decir: *Habito en la casa del tejado cuyas tejas se caen.* No se admiraba de lo que le sucedia, porque preveia todos los malos accidentes; recibia con serenidad la mala suerte y se sonreia al ver los reveses del destino, como quien oye contar una broma. Era pobre, pero poseia un bolsillo inagotable de buen humor; agotaba fácilmente su último ochavo, pero no su última risa. Cuando la adversidad entraba en su casa, la saludaba cordialmente como á una antigua amiga y daba cariñosas palmadas en el vientre de la catástrofe; tenia tal franqueza con la fatalidad, que la llamaba por su nombre familiar.

—Buenos dias, Mala-suerte, la decia.

Las persecuciones de la suerte le habian dotado de cierto genio inventivo, abundante en recursos. Sin tener dinero, encontraba medio de hacer cuando se le antojaba "gastos desenfrenados„. Una noche se comió "cien francos„ cenando con una jovenzuela, que le inspiró en la orgía esta frase memorable: *Hija de cinco luises, sácame las botas.*

Bossuet caminaba con gran lentitud hácia la profesion de abogado, lo mismo que Bahorel. Bossuet tenia escasamente un cuarto para vivir, y á veces ninguno. Vivia ordinariamente, ya en casa de un amigo, ya en casa de otro, y con frecuencia con Joly, que estudiaba medicina y tenia dos años menos que Bossuet.

Joly era el enfermo imaginario jóven. Lo único que habia conseguido al estudiar la medicina fué creerse más enfermo. A los veintitres años se creia valetudinario y pasaba la vida mirándose la lengua en el espejo. Afirmaba que el hombre se imanta como una aguja. Ponia la cama en su alcoba con la cabecera hácia el Mediodía y los piés hácia el Norte, para que durante la noche no contrariase la circulacion de la sangre la gran corriente magnética del globo; cuando estallaba una tempestad se tomaba el pulso.

Dejando esto aparte, era el más alegre de todos.

Estas contradicciones entre su juventud y su manía, su aprension y su buen humor, se avenian en él perfectamente y hacian de él un tipo excéntrico y divertido.

Joly tenia la costumbre de tocarse la nariz con el puño del baston, lo que indicaba un espíritu sagaz.

Todos estos jóvenes tan distintos y que en conjunto debe hablarse de ellos con

seriedad, profesaban una misma religion: la del Progreso.

Eran los hijos directos de la Revolucion francesa. Los más frívolos llegaban á ser solemnes cuando pronunciaban esta fecha: 1789.

Sus padres eran ó habian sido fuldenses, realistas ó doctrinarios: esto poco les importaba; por sus venas corria con toda su pureza la sangre de los principios, y se consagraban, sin intermedio alguno, al derecho incorruptible y al deber absoluto. Afiliados é iniciados bosquejaban subterráneamente el ideal.

Entre estos corazones apasionados y estos ánimos convencidos habia un escéptico. Cómo es que se encontraba allí? Por justaposicion.

Dicho escéptico se llamaba Grantaire y se firmaba habitualmente con este geroglífico: R. Este hombre, que nada creia y que habia sido uno de los mejores estudiantes de Paris, sabia que el mejor café era el del café Lemblin y el mejor billar el del café Voltaire; que habia buenos pastelillos y buenas muchachas en el Ermitaje de la alameda del Maine; pollos con salsa picante en casa de la tia Sagnet; excelentes pasteles de pescado en el portillo de la Cunette, y cierto vinillo blanco en la puerta del Combate.

Sabia el sitio mejor para cada cosa; además conocia algo de baile y el manejo de la chancleta y del escarpin, lo mismo que el del palo, y era gran bebedor y extremadamente feo.

La pespunteadora de botinas más bonita de aquella época, Irma Boissy, á la que indignaba su fealdad, decia que *Grantaire era imposible*; pero no por esto se desconcertaba su fatuidad. Miraba tierna y fijamente á todas las mujeres, como diciéndolas: *¡Si yo quisiera!* y trataba de que creyeran sus compañeros que ellas lo solicitaban.

Las palabras derechos del pueblo, derechos del hombre, contrato social, Revolucion francesa, República, democracia, humanidad, civilizacion, religion y progreso, carecian para Grantaire casi completamente de sentido. Se reia de ellas. El escepticismo, que es la cáries de la inteligencia, no le habia dejado ni una idea entera en el cerebro. Vivia en la ironía y su axioma era éste: "No hay más que una certidumbre; el vaso lleno.„ Correton, jugador, libertino y embriagándose con frecuencia, disgustaba á aquellos jóvenes pensadores, cantando sin cesar: *Me gustan las mujeres, me gusta el vino*, con la música y el aire de "Viva Enrique IV„.

Este escéptico tenia, sin embargo, un fanatismo, no de dogma, ni de idea, ni de arte, ni de ciencia; tenia fanatismo por un hombre, por Enjolras. Grantaire le queria y le admiraba.

El incrédulo anarquista se unia al miembro más absoluto de aquella falange de espíritus absolutos; pero no lo subyugaba Enjolras por las ideas, sino por el carácter.

Este fenómeno se observa algunas veces. Que el escéptico se una al creyente es cosa tan sencilla como la ley de los colores complementarios: siempre nos atrae lo que nos falta; nadie ama la luz tanto como el ciego; los enanos adoran al tambor mayor; el sapo siempre mira hácia el cielo; para qué? para ver volar los pájaros.

A Grantaire, que se arrastraba en la duda, le complacia ver cernerse la fé de Enjolras. Sin explicarse y sin tratar de averiguar por qué, la naturaleza casta, firme, sana, recta, dura y cándida del jefe del grupo le embelesaba. Admiraba instintivamente á su contrario. Sus ideas flojas, flexibles, dislocadas y deformes se adherian á Enjolras como á una espina dorsal, y apoyaba en aquella firmeza su raquitismo moral.

Además, componian á Grantaire dos elementos incompatibles en la apariencia; era irónico y cordial: su indiferencia era cariñosa; su pensamiento podia pasarse sin creencias, pero su corazon no podia prescindir de la amistad. Esto era una profunda contradiccion, porque un afecto no es una conviccion, pero su naturaleza era así.

Hay hombres que parece que hayan nacido para ser el verso, el anverso y el reverso; que son al mismo tiempo Pólux y Patroclo, Niso y Eudamidas, Efestion y Pechmeya. Solo viven para estar pegados á otro; su nombre es una continuacion y se escribe precedido de la conjuncion *y;* su existencia no les pertenece; forman el otro lado de un destino que no es el suyo.

Grantaire era de esos hombres; era el reverso de Enjolras.

Casi podria decirse que las afinidades empiezan con las letras del alfabeto. En esa série la O y la P son inseparables. Podeis á vuestro gusto pronunciar O y P, ó sea Orestes y Pílades.

Grantaire, verdadero satélite de Enjolras, frecuentaba aquel círculo de jóvenes; solo allí vivia y gozaba y los se-

guia á todas partes. Todo su placer consistia en ver ir y venir sus contornos entre los vapores del vino, y ellos le toleraban por su buen humor.

Enjolras, creyente y sóbrio, despreciaba al escéptico y al borracho, que solo le inspiraba altiva compasion. Grantaire era un Pílades no aceptado. Enjolras le trataba con dureza, le rechazaba bruscamente, pero él volvia siempre y decia de Enjolras:—Es un hermoso mármol.

## II.

### Oracion fúnebre de Blondeau, por Bossuet.

Una tarde, despues de los sucesos que narramos en el libro anterior, Laigle de Meaux estaba recostado sensualmente en las jambas de la puerta del café Musain. Tenia el aspecto de una cariátide en vacaciones, y se entregaba á sus sueños. Miraba hácia la plaza de San Miguel. Recostarse es el modo de estar de pié de los soñadores. Laigle de Meaux pensaba, sin sentirlo, en un percance que le sucedió el dia anterior en la escuela de Derecho y que modificaba sus proyectos personales para el porvenir, proyectos que, por otra parte, eran bastante vagos.

Pero meditar no impide que pase un cabriolé y que el que medita se fije en él. Laigle de Meaux, cuya vista erraba en una especie de difusa vagancia, vió, al través de su sonambulismo, un vehículo de dos ruedas, que pasaba por la plaza, al paso y con indecision.

¿De quién era el cabriolé y por qué iba al paso? Laigle le observó. Iba dentro, al lado del cochero, un jóven que tenia ante él voluminoso saco de noche, que llevaba escrito con grandes letras negras, en un papel cosido á la tela, lo siguiente:

MARIO DE PONTMERCY.

Al leer ese nombre y apellido, Laigle cambió de posicion. Se enderezó y gritó al jóven del cabriolé:

—Señor Mario Pontmercy!

El cabriolé se paró; el jóven que lo ocupaba, y que parecia meditar tambien profundamente, contestó:

—Eh?

—Sois Mario Pontmercy?

—El mismo.

—Pues os buscaba, le respondió Laigle.

—Me buscábais? le preguntó Mario, pues era él, en efecto, que salia de casa de su abuelo, y se encontraba en presencia de un hombre á quien nunca habia visto. No os conozco.

—Ni yo tampoco, le respondió Laigle.

Mario creia que se encontraba con un burlon y que se veia obligado á aceptar una broma en medio de la calle. Como en aquel momento tenia mal humor, frunció el entrecejo, pero Laigle prosiguió imperturbable:

—Anteayer no fuísteis á cátedra.

—Es posible.

—Es cierto.

—Sois estudiante? le preguntó Mario.

—Como vos. Anteayer entré en clase por casualidad. Alguna vez tengo esta ocurrencia. El profesor iba á pasar lista, y ya sabeis en ese caso qué ridículos son los catedráticos. A las tres faltas os borran de la matrícula y sesenta francos perdidos.

Mario escuchaba. Laigle continuó:

—Pasaba lista el profesor Blondeau. Ya sabeis que su nariz puntiaguda y maliciosa olfatea con placer á los que faltan á clase. Principió socarronamente por la letra P. Yo prestaba poca atencion, porque esa no era mi letra. La lista seguia bastante bien, porque todos estaban presentes, y Blondeau estaba triste viendo que no podia castigar á nadie. Pero de repente nombra á *Mario Pontmercy* y nadie responde. Blondeau, muy contento, repite el nombre y en voz más alta; no le contestan y toma la pluma. Yo, que tengo buen corazon, pensé rápidamente que sois un buen muchacho y que os iban á borrar de la lista. Me propuse, pues, salvaros. ¡Muera Blondeau! Cuando hubo mojado la pluma en el tintero para borraros, paseó sus miradas fieras por el auditorio y repitió por tercera vez: *Mario Pontmercy!* Yo respondí: *Presente!* Por eso no os borraron.

—Mil gracias.

—Y me borraron á mí.

—Pues no comprendo...

—Nada más sencillo. Estaba sentado cerca de la cátedra para contestar y cerca de la puerta para marcharme. El profesor me tenia entre ojos. De pronto, Blondeau, que debe poseer la nariz maligna de que habla Boileau, salta á la letra L. La L es mi letra; soy de Meaux y me llamo Laigle.

—Laigle! hermoso nombre! exclamó Mario.

—Pues Blondeau llegó á este "hermoso nombre„ y gritó: *Laigle!* Yo respondí: Presente! Entonces el catedrático me miró con la dulzura del tigre, se sonrió

y me dijo: Si sois Pontmercy no podeis ser Laigle. Dicho esto me borró.

—Lo siento infinito, contestó Mario.

—Ante todo, replicó Laigle, quiero embalsamar á Blondeau con algunos elogios. Le supongo ya muerto, para lo que no necesitaria cambiar gran cosa su delgadez, su palidez, su rigidez y su fetidez. *Erudimini qui judicatis terram.* Aquí yace Blondeau, el Blondeau-Nariz, el Blondeau-Nasica, el buey de la disciplina, el mastin de la consigna, el ángel de la lista, que fué recto, cuadrado, exacto, rígido, honrado y repugnante. Dios le borró como él me borró á mí.

—Repito que siento en el alma... insistió diciendo Mario.

—Jóven, repuso Laigle interrumpiéndole, sírvaos esto de leccion para ser más puntual de hoy en adelante.

—Os pido mil perdones.

—No os expongais... á que... borren á vuestro prógimo.

—Verdaderamente eso ha sido muy sensible para mí.

Laigle soltó una carcajada.

—Pues á mí me dá alegría, contestó; estaba ya próximo á ser abogado y esta raya me salva. Renuncio á los triunfos del foro. Ya no defenderé á la viuda ni atacaré al huérfano. Nada de toga, nada de estrados. Obtuve que me borren y á vos os lo debo. Pienso haceros una visita de agradecimiento. Dónde vivís?

—En este cabriolé, contestó Mario.

—Señal de opulencia, respondió tranquilamente Laigle. Os felicito, porque podeis alquilar una habitacion que cuesta nueve mil francos cada año.

En este momento Courfeyrac salió del café.

Mario se sonrió con tristeza al oir la contestacion de Laigle, y añadió:

—Vivo en esta casa hace dos horas y deseo salir de ella, pero no sé á dónde ir.

—Caballero, le contestó Courfeyrac, venid á mi casa.

—Tengo la prioridad, pero te la cedo, porque yo no tengo casa, replicó Laigle.

—Cállate, Bossuet.

—Bossuet! exclamó Mario; creia que os llamábais Laigle.

—De Meaux, respondió Laigle, y por metáfora Bossuet.

Courfeyrac subió al cabriolé.

—Cochero, dijo, á la fonda de la Puerta de Santiago.

Aquella misma tarde Mario se instaló en un cuarto de la susodicha fonda, contiguo al de Courfeyrac.

## III.

### Asombros de Mario.

A los pocos dias fueron amigos Mario y Courfeyrac, porque la juventud es la estacion de las soldaduras prontas y de las cicatrizaciones rápidas. Mario al lado de Courfeyrac respiraba libremente, cosa bastante nueva para él: Courfeyrac no le hizo ninguna pregunta, ni pensó en ello siquiera. A cierta edad la fisonomía lo dice todo y preguntar es inútil. Hay jóvenes que puede decirse tienen el rostro parlante. El que los contempla los conoce.

Una mañana, esto no obstante, Courfeyrac le interrogó bruscamente de este modo:

—Decidme, teneis opinion política?

—Ya lo creo, contestó Mario, casi ofendido de la pregunta.

—Qué sois?

—Demócrata bonapartista.

—Nariz gris de raton confiado, le replicó Courfeyrac.

Al dia siguiente éste llevó á Mario al café Musain y le dijo al oido, sonriendo:

—Es preciso que os dé entrada en la revolucion.

Le condujo á la sala de los amigos del A. B. C. y lo presentó á sus compañeros, diciéndoles nada más estas palabras, que Mario no comprendió:—Es un discípulo.

Mario habia caido en un avispero de talentos, pero, aunque silencioso y grave, no era el menos alado ni el menos desprovisto de armas.

Mario, hasta entonces solitario y aficionado al monólogo y al aparte por gusto y por costumbre, se quedó al pronto como asustado ante aquella bandada de pájaros. Sus variadas iniciativas le solicitaban y le atraian en diversos sentidos á la vez. El vaiven tumultuoso de sus espíritus libres y laboriosos conmovia sus ideas en revuelto torbellino. A veces, en medio de su turbacion, se le iban tan lejos que le costaba esfuerzo recogerlas. Oia hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religion de un modo inaudito. Vislumbraba aspectos extraños, y como no los ponia en perspectiva, no estaba seguro de no ver el caos. Cuando abandonó las ideas de su abuelo por las de su padre, creia haber adquirido ideas fijas, y ahora sospechaba, con inquietud y sin atreverse á

afirmarlo, que no las tenia. El prisma por el que lo veia todo comenzaba á moverse otra vez; cierta oscilacion agitaba todos los horizontes de su cerebro, produciendo en él extraña y casi dolorosa confusion.

Parecia que no habia "cosas sagradas„ para aquellos jóvenes. Mario, sobre todo, oia un idioma nuevo y singular que dañaba á su alma, tímida aun.

Veian un cartel de teatro, en el que campeaba un título de tragedia del antiguo repertorio clásico, y gritaba Bahorel:—¡Abajo la tragedia, que tanto gusta á la clase media!

Mario oia que Combeferre le contestaba:

—Te equivocas, Bahorel; los tenderos prefieren la tragedia, y debemos en ese punto dejar tranquila á esa gente. La tragedia con peluca tiene su razon de ser; no soy de los que en nombre de Esquilo le disputan el derecho á existir. En la naturaleza hay bosquejos, en la creacion hay parodias realizadas. Existen picos que no son picos, alas que no son alas, aletas que no son aletas, patas que no son patas, gritos dolorosos que hacen reir: así es el pato. Pues bien, puesto que al lado del ave existe la volatería, no veo una razon para que la tragedia clásica no exista frente á frente de la tragedia antigua.

Por casualidad Mario pasaba por la calle de Juan Jacobo Rousseau, yendo entre Enjolras y Courfeyrac; éste, cogiéndole del brazo, le decia:

—Prestadme atencion. Esta fué la calle de la Yesería, que hoy se llama de Juan Jacobo Rousseau, por haber vivido en ella un matrimonio singular hace sesenta años. El matrimonio lo constituian Juan Jacobo y Teresa. De vez en cuando nacian algunos pequeñuelos. Teresa los echaba al mundo y Juan Jacobo á la inclusa.

Enjolras reprendia á Courfeyrac, diciéndole:

—Silencio ante Juan Jacobo! admiro á ese hombre; renegaba de sus hijos, es verdad, pero prohijó al pueblo.

Ninguno de aquellos jóvenes decia jamás el emperador. Unicamente Juan Prouvaire decia algunas veces Napoleon; todos los demás decian Bonaparte. Enjolras pronunciaba *Buonaparte.*

Mario se asombraba vagamente. *Initium sapientiæ.*

## IV.

### La sala interior del café Musain.

Una de las pláticas á que diariamente se entregaban estos jóvenes, á las que asistia Mario, tomando parte en ellas alguna vez, le ocasionó una verdadera sacudida en su espíritu.

Estas sesiones se verificaban en la sala interior del café Musain.

Una de las noches casi todos los amigos del A. B. C. estaban allí reunidos. Habian encendido solemnemente el quinqué. Se hablaba de todo sin pasion y moviendo algazara.

Exceptuando á Enjolras y á Mario, que callaban, los otros peroraban casi al aire. Las conversaciones entre camaradas son muchas veces tumultos apacibles. Parecia aquello un juego de frases más que una conversacion. Echábanse unos á otros las palabras, que cada uno recogia á su vez. Se hablaba en los cuatro ángulos de la sala. En ella no se admitia á otra mujer que á Luisita, la que fregaba la vajilla del café, que pasaba por allí de tiempo en tiempo para ir desde el fregadero al "laboratorio„.

Grantaire, completamente ébrio, ensordecia un rincon, del que se apoderó, razonando y desrazonando á gritos del modo siguiente:

—Tengo sed. Mortales, estoy soñando; sueño que el tonel de Heidelberg tiene un ataque de apoplegía y que yo soy una de las sanguijuelas de la docena que le han de aplicar. Quisiera beber, porque deseo olvidarme de la vida. La vida es una invencion repugnante inventada por no sé quién; es corta y no vale nada. Nos destrozamos viviendo. La vida es una decoracion que tiene muy poco practicable. La felicidad es un bastidor viejo pintado solo por un lado. El *Eclesiastes* dice: "Todo es vanidad!„; yo opino como ese buen hombre, que acaso nunca ha existido. El cero, no queriendo ir desnudo, se vistió de vanidad. La vanidad lo reviste todo con remiendos de grandes palabras. Para ella la cocina es laboratorio, el bailarin profesor, el saltimbanqui gimnasta, el boticario químico, el peluquero artista, el albañil arquitecto y el *jockey sportsman.* La vanidad tiene derecho y revés; el derecho es tonto, es el negro con sus cuentas de cristal; el revés es necio, es el filósofo con sus andrajos. Lloro por uno y me rio por el otro. Lo que llaman honores y digni-

dades solo son oropeles. Los reyes juegan con el orgullo humano. Calígula hace cónsul á su caballo; Cárlos II nombraba caballero á un solomillo de vaca; pavoneaos, pues, entre el cónsul Incitatus y el baron Roastbeef. No es más respetable el valor intrínseco de las personas. Escuchad el panegírico que el vecino hace de su vecino. Lo blanco sobre lo blanco es feroz; si hablase la azucena, cómo pondria á la paloma! La mojigata que habla de la devota es más venenosa que el áspid y que el búngaro azul. Si no fuese tan ignorante os haria muchas citas, pero nada sé. Yo, que siempre tuve fama de ser hombre de chispa, cuando era un rapaz aprendiz en el estudio del pintor Gros, en vez de embadurnar cuadritos pasaba el tiempo en escamotear manzanas; dije rapaz porque rapaz es el masculino de rapiña. Esto en cuanto á mí; en cuanto á vosotros, os digo que valeis otro tanto. Me rio de vuestras perfecciones, excelencias y cualidades. Toda buena cualidad se pierde en un defecto: la economía linda con la avaricia; la generosidad con la prodigalidad; la bravura con la fanfarronería; el que es piadosísimo es algo fanático; tiene tantos vicios la virtud como agujeros el manto de Diógenes. ¿A quién admirais, al muerto ó al matador? ¿A César ó á Bruto? Generalmente al matador. Viva Bruto! porque mató. Esto es la virtud. Es virtud, pero tambien locura. Los grandes hombres tienen manchas curiosísimas. El Bruto que mató á César estaba enamorado de la estátua de un niño. Esta estátua era del estatuario griego Estrongylion, el que esculpió tambien la figura de amazona Eucnemos, que Neron llevaba consigo cuando viajaba. Dicho artista solo dejó dos estátuas, que pusieron de acuerdo á Bruto y á Neron; aquel se enamoró de una y éste de otra. La historia solo es una contínua repeticion. Un siglo plagia á otro. La batalla de Marengo es copia de la batalla de Pydna; el Tolbiae de Clodoveo y el Austerlitz de Napoleon se parecen como dos gotas de sangre. Hago poco caso de la victoria. Nada hay tan estúpido como vencer; la verdadera gloria consiste en convencer. Tratad de probarme algo. Nada de eso; os contentais con el éxito de las conquistas y nada más. Vanidad y vileza en todas partes. Todo obedece al éxito, hasta la gramática. *Si volet usus*, dice Horacio. Desprecio, pues, al género humano. Descenderé ahora del todo á la parte. ¿Qué pueblo quereis que admire? La Grecia? Los atenienses, es decir, los parisienses de entonces, mataban á Focion, es decir, á Coligny, y adulaban á los tiranos, hasta el punto de que Anaceforo decia de Pisistrato: "Sus orines atraen á las abejas„. El hombre más notable de Grecia durante cincuenta años fué el gramático Filetas, que era tan diminuto y tan delgado, que se ponia plomo en los zapatos para que no se lo llevase el viento. En la gran plaza de Corinto elevaron una estátua que esculpió Silanion, y que está citada en el catálogo de Plinio; esta estátua representaba á Epritato. ¿Qué habia hecho Epritato? Inventó la zancadilla. Esto reasume la Grecia y la gloria. Pasemos á otros pueblos. ¿Admiraré á la Inglaterra? admiraré á Francia? A Francia! por qué? ¿Porque tiene un Paris? Acabo de deciros mi opinion sobre Atenas. A Inglaterra? y por qué? Porque tiene un Lóndres? Odio á Cartago. Además, Lóndres es la metrópoli del lujo y la capital de la miseria. Solo en la parroquia de Chasing-Cross mueren cada año cien personas de hambre. Eso es la Albion, y por remate os diré que he visto bailar á una inglesa con corona de rosas y anteojos azules. Así, pues, silbo á Inglaterra. No admirando á Jhon Bull, menos admiraré á su hermano Jonathan. Me gusta muy poco este hermano, porque tiene esclavos. Suprimid el *time is money*, y ¿qué queda de Inglaterra? Suprimid el *cotton is king*, y ¿qué queda de América? Alemania es la lista é Italia es la bilis. ¿Nos extasiaríamos ante Rusia? Voltaire la admiraba, pero Voltaire admiraba tambien á la China. Convengo en que Rusia tiene bellezas, entre otras el gran despotismo; pero compadezco á los déspotas. No puede darse un pito por su salud. Hubo allí un Alejo decapitado, un Pedro cosido á puñaladas, un Pablo extrangulado, otro Pablo hundido á taconazos, varios Ivanes degollados, varios Nicolases y Basilios envenenados, lo que indica que el palacio de los emperadores de Rusia no tiene condiciones de salubridad. Los pueblos civilizados ofrecen á la meditacion del hombre pensador un hecho: la guerra. Pues bien, la guerra civilizada emplea y reune en conjunto todas las formas del bandolerismo, desde el asalto del ladron de trabuco en las gargantas del monte Jaxa hasta el merodeo de los indios comanches en el Paso Dudoso. Me direis: Europa vale más que Asia. Convengo en que el Asia es una far-

sa; pero no sé por qué os reís del gran Lama, vosotros, pueblos del Occidente, que mezclais con las modas y las elegancias las inmundicias de la majestad, desde la camisa sucia de la reina Isabel hasta la silla del retrete del delfin. No teneis, pues, por qué reiros. Bruselas es el pueblo que consume más cerveza, Stockolmo más aguardiente, Madrid más chocolate, Amsterdam más ginebra, Lóndres más vino, Constantinopla más café, Paris más ajenjo. A esto se reducen todas las nociones útiles; Paris se lleva la palma. En Paris hasta los traperos son sibaritas: Diógenes hubiera preferido ser trapero en la plaza Maubert que filósofo en el Pireo. Sabed que las tabernas de los traperos se llaman *bibines*, y las más célebres son la *Cacerola* y el *Matadero*. Pero llámese como se llame la taberna, yo la presento por testigo en absoluto de que yo soy un voluptuoso; cómo en casa de Richard un cubierto de dos francos y quiero pisar alfombras de Persia de tal espesor que pueda rodar por ellas Cleopatra desnuda. ¿Dónde está Cleopatra? Ah! Eres tú? Luisita, buenos dias.

Al llegar aquí Grantaire, borracho como una cuba, se deshacia en palabras, abrazando á la fregatriz de la vajilla del café en el rincon que ocupaba en la sala interior del café Musain.

Bossuet, cogiéndole por el brazo, trataba de imponerle silencio, pero Grantaire continuó hablando con más entusiasmo aun:

—Aguila de Meaux, abajo las patas! No causa ningun efecto tu gesto de Hipócrates rechazando las baratijas de Artajerjes. Te dispenso de que me calmes. Además, estoy triste. ¿Qué quereis que os diga? El hombre es malo, deforme; la mariposa salió bien creada, pero el hombre fracasó. Dios no acertó á hacer este animal. Una multitud se compone de una coleccion de fealdades. Cualquiera es miserable. *Femme* rima con *infame* (1). Se apodera de mí el esplin amalgamado con la melancolía, con la nostalgia y con la hipocondría. Desesperado, rabio, bostezo, me fastidio, me aburro y me embrutezco.

—Silencio, R mayúscula! exclamó Bossuet, que estaba discutiendo con otros un punto de derecho y estaban con medio cuerpo metido en el fango de la jerigonza forense, y decia:

—Aunque apenas soy legista, sostengo que, segun la costumbre de Normandía, el dia de San Miguel y cada año debia pagarse un equivalente al señor, salvo derecho mejor de tercero, por todos y cada uno, tanto propietarios como herederos, por todas las enfiteusis, arrendamientos, alodios, contratos señoriales y señoriles, hipotecarios é hipotecables...

—Ecos, ninfas lastimeras, gritaba Grantaire.

Cerca de éste, sobre una mesa casi silenciosa, habia pliegos de papel, tintero y plumas, entre dos copas, que anunciaban que allí se bosquejaba un *vaudeville*. Este asunto se trabajaba en voz baja y tocándose las dos cabezas que se ocupaban de él.

—Principiemos por buscar nombres á propósito. Cuando se encuentran, ocurre en seguida el argumento.

—Es cierto. Dicta; yo escribiré.

—Señor Dorimon?

—Rentista?

—Sin duda.

—Su hija, Celestina.

—Tina... qué más?

—El coronel Sainval?

—Sainval está ya muy zurrado; yo le pondria Valsain.

Al lado de los aspirantes á vaudevillistas habia otro grupo que se aprovechaba del ruido para hablar en voz baja: discutian un desafío. Un viejo de treinta años aconsejaba á un jóven de diez y ocho y le explicaba con qué adversario tenia que batirse.

—Diablo! no te fies de él. Es un florete magnífico: tira muy limpio. Conoce el ataque y no pierde golpe. Tiene puño, impetuosidad, quite justo y respuestas matemáticas. Y es zurdo.

En el rincon opuesto á Grantaire estaban Joly y Bahorel jugando al dominó y hablando de amor.

—Eres feliz, decia Joly. Conseguiste conquistar una querida que siempre se está riendo.

—Pues eso es un defecto, le respondió Bahorel; las queridas hacen mal obrando así, pues su contínua risa nos incita á engañarlas. El verlas alegres nos quita el remordimiento; pero si las vemos tristes, tenemos cargo de conciencia de engañarlas.

—Ingrato! es muy bueno tener una mujer que se ria. Y no reñís nunca?

—Eso depende del convenio que celebramos. Al firmar nuestra santa alianza designamos á cada uno nuestra frontera, de la que no pasamos nunca. La que

(1) En francés, pero no en castellano; esto es intraducible. El autor quiere decir que mujer es sinónimo de infame. Esto lo pone en boca de un borracho.—(N. del T.)

está al Norte pertenece al canton de Vaud, la del Sur á Gex. De aquí proviene el vivir en paz.

—La paz es la felicidad haciendo la digestion.

—¿Y la desavenencia con tu *señorita*, Joly? Ya sabes á quién aludo.

—Sigue desdeñándome con paciencia cruel.

—Sin embargo, eres un enamorado tierno...

—Ah!...

—Yo en tu lugar desistiria.

—Eso es muy fácil de decir.

—Y de hacer. Se llama Musicheta?

—Sí. Ah, Bahorel! es una mujer soberbia, literaria, con piés y manos diminutos, compuesta, blanca, torneada, con ojos de hechicera. Me tiene loco.

—Pues entonces es preciso que la agrades, que seas elegante y que hagas efectos de rodilla. Compra en casa de Haub un buen pantalon de cuero de lana, que es tela que presta...

—A cómo? preguntó gritando Grantaire.

En otro rincon estaban empeñados en una discusion poética. La mitología pagana disputaba con la mitología cristiana. Se trataba del Olimpo y lo defendia Juan Prouvaire hasta por romanticismo. Juan Prouvaire solo era tímido en los momentos de reposo; pero cuando se excitaba estallaba con entusiasmo alegre y era risueño y lírico á la vez.

—No insultemos á los dioses, decia... Los dioses no se han ido quizás. Júpiter no me parece muerto. ¿Decís que los dioses son sueños? Pues bien, hasta en la naturaleza, tal como es hoy, despues de la desaparicion de los sueños, se encuentran todos los antiguos mitos paganos. La montaña, cuyo contorno se parece á una ciudadela, como por ejemplo, la Vignemale, es aun para mí el tocado de Cibeles; nadie me ha demostrado que Pan no venga por las noches á soplar en el tronco hueco de los sauces, tapando con los dedos sucesivamente los agujeros, y siempre he creido que por algo está en la cascada de Pissevache.

En el último rincon hablaban de política, tratando sin piedad á la Carta otorgada. Combeferre la defendia débilmente, y Courfeyrac la atacaba con energía. En la mesa habia un ejemplar de la famosa Carta, edicion Touquet. Courfeyrac la tenia en la mano y la sacudia, mezclando á sus argumentos la vibracion del papel y perorando de este modo:

—En primer lugar no quiero reyes; aunque no sea más que bajo el punto de vista económico, no los quiero: el rey es un parásito y no se tienen reyes gratis. Oid lo que cuestan los reyes: Cuando murió Francisco I, la deuda pública de Francia ascendia á dos mil seiscientos millones, de veintiocho libras el marco, lo que equivaldria en 1760, segun Desmarets, á cuatro mil quinientos millones, y ascenderia hoy á doce mil millones. En segundo lugar, y con perdon de Combeferre, otorgar una Carta es un pobre expediente de civilizacion. Son razones detestables las que se alegan de salvar la transicion, de dulcificar el tránsito, de amortiguar la sacudida, de hacer que la nacion pase insensiblemente de la monarquía á la República por la práctica de las ficciones constitucionales. No alumbremos al pueblo con falsa luz. Los principios se debilitan y palidecen en nuestra bodega constitucional. Fuera bastardías, fuera compromisos, fuera concesiones del rey al pueblo. En medio de esas concesiones se levanta el artículo 14; al lado de la mano que otorga está la garra que quita. Rechazo vuestra Carta. Esta Carta es una careta que tapa la mentira; el pueblo que la acepta abdica. El derecho debe ser completo, sino no es derecho. Fuera la Carta.

Como era invierno, la leña chispeaba en la chimenea; Courfeyrac no pudo resistir á la tentacion. Estrujó en las manos la Carta y la arrojó al fuego. El papel levantó llama, y Combeferre contempló filosóficamente cómo se quemaba la obra maestra de Luis XVIII, concretándose á decir:

—La Carta convertida en llama!

Y los sarcasmos, los chistes, las agudezas, lo que en francés se llama el *entrain*, lo que en inglés se llama el *humour*, la loca chispa del diálogo, creciente á cada instante y cruzándose por todos los puntos de la sala, formaban una especie de alegre bombardeo sobre las cabezas de los animados amigos del A. B. C.

## V.

### Ensánchase el horizonte.

El choque de los ingénios jóvenes ofrece la particularidad admirable que no se puede prever la chispa ni adivinar el relámpago que vá á brotar en un momento dado. La carcajada parte de la ternura; la gravedad sale de un instante burlesco. Los impulsos provienen de la

primera palabra que se oye. Es soberana la vena de cada uno. Un chiste es suficiente para abrir la puerta á lo inesperado. Estas conversaciones son escenas cambiantes, en las que la perspectiva varía de repente. La casualidad es su maquinista.

Un pensamiento grave, que surgió caprichosamente de un juego de palabras, atravesó de pronto aquella escaramuza de frases, en la que se tiroteaban confusamente Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Bossuet, Combeferre y Courfeyrac.

Cómo brota una frase en el diálogo? ¿Por qué causa queda escrita con letra bastardilla en la imaginacion de los que la oyen?

Nadie lo sabe. Entre aquella tumultuosa algazara, Bossuet terminó un apóstrofe que dirigia á Combeferre con esta fecha:

—18 de Junio de 1815; Waterlóo.

Al oir la palabra Waterlóo, Mario, que estaba apoyado de codos sobre una mesa, apartó los puños de la barba y miró con fijeza al auditorio.

—¡Vive Dios, que este número es extraño y me llama la atencion! exclamó Courfeyrac. Es el número fatal de Bonaparte. Poned á Luis delante y al Brumario detrás y tendreis todo el destino del hombre, con la significativa particularidad de que el principio es pisoteado por el fin.

Enjolras, que hasta entonces habia permanecido mudo, rompió su silencio, replicando á Courfeyrac:

—Quieres decir que fué pisoteado el crímen por la expiacion.

La palabra *crímen* salia de los límites de lo que Mario podia tolerar, conmovido como estaba por la brusca evocacion de Waterlóo. Se levantó de la silla, se fué con lentitud hasta el mapa de Francia que estaba colgado en la pared; en la parte inferior del mapa se descubria una isla en un cuadrito separado, y Mario puso el dedo sobre el cuadrito, diciendo:

—Córcega, isla pequeña, que ha hecho muy grande á la Francia.

Estas palabras hicieron en el auditorio el efecto de un soplo de aire helado. Todos callaron, conociendo que se iba á decir algo importante. Bahorel, que estaba replicando á Bossuet y que se disponia á recostarse para tomar su actitud favorita, renunció á ella para oir mejor.

Enjolras, cuyos ojos azules no se fijaban en nadie y parecia que contemplaban el vacío, respondió sin mirar á Mario:

—Francia no necesita á Córcega para ser grande. Francia es grande porque es Francia. *Quia nominor leo.*

Mario no quiso retroceder. Se volvió hácia Enjolras, y dejando oir su voz con una vibracion que provenia del extremecimiento del corazon, dijo:

—No permita Dios que yo deprima á la Francia, pero no es deprimirla asociarla á Napoleon. Discutamos. Soy nuevo entre vosotros, pero os confieso que no me asustais. Dónde estamos? qué somos? qué sois? qué soy yo? Hablemos del emperador. Os oigo decir Buonaparte, acentuando la ú como los realistas, y os advierto que mi abuelo hace más que vosotros, dice Buonaparté. Creia que érais jóvenes; pero, ¿en qué poneis vuestro entusiasmo? Qué haceis de él? ¿qué admirais, si no admirais al emperador? si no creeis que es grande, ¿quién es grande para vosotros? Napoleon lo reunia todo; era un sér completo. Su cerebro era el cubo de las facultades humanas. Redactaba Códigos como Justiniano, dictaba como César; su conversacion tenia la brillantez de Pascal y la precision de Tácito; hacia historia y la escribia; sus boletines son iliadas; combinaba las cifras de Newton con las metáforas de Mahoma; dejaba detrás de él en el Oriente frases grandiosas como las pirámides; en Tilsitt enseñaba majestad á los emperadores; en la Academia de Ciencias replicaba á Laplace; en el Consejo de Estado hacia frente á Merlin, daba alma á la geometría de éstos y á las argucias de aquellos; como Cromwell, de dos velas apagaba una, y se iba al Temple á regatear una borla de cortina; todo lo veia y lo sabia, lo que no era obstáculo para que se riese como un buen hombre al lado de la cuna de su hijo. De repente la Europa asustada escucha, los ejércitos se ponen en marcha, ruedan los parques de artillería, puentes de barcas cubren los rios, nubes de caballería galopan entre el huracán; se oyen gritos, trompetas y temblor de tronos; oscilan en el mapa las fronteras de los reinos; se oye el ruido de una espada sobrehumana que se desenvaina; se vé un hombre elevarse en el horizonte con una llama en la mano, con la irradiacion en los ojos, desplegando á la luz del rayo sus dos alas; esto es, el gran ejército y la guardia veterana. Es el arcángel de la guerra.

Todos guardaban silencio; Enjolras inclinaba la cabeza.

Mario, casi sin tomar aliento, continuó hablando con creciente entusiasmo:

—Seamos justos. ¡Brillante destino de un pueblo es ser imperio de semejante emperador, cuando ese pueblo se llama Francia y se asocia su génio al génio del gran hombre! Aparecer y reinar, combatir y triunfar, tener por etapas las capitales, hacer reyes de sus granaderos, decretar caidas de dinastías, transfigurar la Europa á paso de carga; hacer sentir, cuando amenaza, que pone la mano en el puño de la espada de Dios; ver en un solo hombre á Aníbal, á César y á Carlo-Magno; ser el pueblo del héroe que anuncia todas las auroras la noticia de una brillante victoria; tener por despertador el cañon de los Inválidos; arrojar en abismos de luz palabras prodigiosas que resplandecen eternamente; Marengo, Arcole, Austerlitz, Jena, Wagram; hacer brillar á cada instante en el zenit de los siglos constelaciones de victorias; dar al imperio francés el imperio romano por contrapeso; ser la gran nacion y producir el gran ejército; hacer volar sus legiones por todos los pueblos, así como una montaña envia sus águilas á todas partes; vencer, dominar, fulminar; apoderarse del mundo dos veces, una por conquista y otra por deslumbramiento; ¡esto es magnífico, sublime! ¿Qué es lo que encontrais superior á esto?

—Ser libres, contestó lacónicamente Combeferre.

Mario á su vez inclinó tambien la cabeza. La palabra anterior, pronunciada sencillamente y con frialdad, atravesó como una lámina de acero su épica efusion y la hizo desvanecerse. Cuando levantó la vista Combeferre ya no estaba en la sala. Satisfecho probablemente de la réplica que dió á la apoteósis, se marchó, y todos, escepto Enjolras, le habian seguido. La sala estaba vacía. Enjolras, que se quedó solo con Mario, le miraba con fijeza. Mario ordenó un poco sus ideas y no se creyó derrotado. Quedaba en él un resto de entusiasmo que iba acaso á traducirse en silogismos desplegados contra Enjolras, cuando oyó cantar en la escalera á álguien que se retiraba: era Combeferre. Hé aquí lo que cantaba:

*Si César me cediera*
*la guerra y la victoria*
*porque yo consintiera*
*en dejar á mi madre por la gloria,*
*contestaria á Augusto:*
*Cede tu cetro á quien mejor te cuadre;*
*no es eso de mi gusto,*
*que prefiero quedarme con mi madre.*

El acento tierno y severo con que entonaba Combeferre la anterior cancion la dotaba de extraña grandeza. Pensativo Mario, mirando al techo, repitió casi maquinalmente: Mi madre!

En seguida le tocó en el hombro la mano de Enjolras; éste le dijo:

—Ciudadano; mi madre es la República.

## VI.

### Res augusta.

La reunion de aquella noche produjo en Mario conmocion profunda y llenó su alma de triste oscuridad. Experimentó lo que tal vez experimenta la tierra en el instante en que el hierro abre su seno para depositar en ella el grano de trigo, esto es, solo siente la herida; el movimiento del gérmen y el placer del fruto vienen despues.

Mario se quedó sombrío. ¿Debia rechazar la fé que acababa de abrazar? Se contestó que no, se aseguró á sí mismo que no debia dudar; pero, sin embargo, á pesar suyo, dudaba, y es insoportable vivir entre dos regiones, sin haber dejado la una ni haber profanado la otra. El crepúsculo solo conviene á los murciélagos. Mario tenia las pupilas abiertas y necesitaba la verdadera luz.

La claridad media de la duda le hacia padecer. A pesar de los deseos que tenia de permanecer donde estaba, se veia obligado irresistiblemente á avanzar, á examinar, á ir más adelante. ¿A dónde le iba á llevar este impulso? Temia que despues de dar tantos pasos para aproximarse á su padre, tener que dar otros muchos para alejarse de él. Sus reflexiones aumentaban su malestar. Todo lo veia escarpado á su alrededor. No estaba de acuerdo ni con su abuelo ni con sus amigos; era temerario para aquel y retrógrado para éstos; se vió, pues, aislado de la vejez y de la juventud. Desde entonces dejó de ir al café Musain.

La turbacion de su conciencia le permitia pensar apenas en algunos detalles muy sérios de la vida; pero como las realidades de ésta se imponen, le acometieron bruscamente.

Una mañana entró en su cuarto el dueño de la fonda y le dijo:

—El señor Courfeyrac me respondió de vos.

—Sí, le contestó Mario.

—Pero necesito dinero.

—Pues llamad al señor Courfeyrac,

que tengo que hablarle, le replicó Mario.

Entró Courfeyrac y salió del cuarto el dueño de la fonda. Mario confesó á aquel lo que no se habia atrevido á decirle aun, que estaba solo en el mundo, que no tenia padre ni madre.

—Y qué vais á hacer? le preguntó Courfeyrac.

—No lo sé, le respondió Mario.

—Teneis dinero?

—Quince francos.

—Quereis que os preste?

—No; eso no.

—Teneis mucha ropa?

—Poca.

—Y alhajas.

—Un reloj.

—De plata?

—No, de oro. Vedle.

—Sé de un prendero que os comprará una levita y un pantalon.

—Bien.

—No os quedará ya más que un pantalon, un chaleco, un sombrero y un frac.

—Y las botas.

—No ireis descalzo? Qué opulencia!

—Me conformaré.

—Sé de un relojero que os comprará el reloj.

—Bien.

—Bien, pero... qué hareis despues?

—Lo que sea preciso. Todo lo que no deshonre.

—Sabeis el inglés?

—No.

—Y el aleman?

—Tampoco.

—Tanto peor.

—Por qué?

—Porque está publicando una Enciclopedia un librero amigo mio, y podríais traducir para dicha publicacion artículos alemanes ó ingleses. Paga mal, pero con lo que dá se puede vivir.

—Aprenderé el inglés y el aleman.

—Y entre tanto?

—Me comeré la ropa y el reloj.

Llamaron al prendero y compró el traje por veinte francos, y vendieron el reloj por cuarenta y cinco.

—No hemos salido mal, decia Mario á Courfeyrac al entrar de regreso en la fonda; llego á juntar ochenta francos.

—Teneis que pagar al dueño de la fonda.

—Es verdad, lo olvidaba, dijo Mario.

Pagó la cuenta en seguida; ascendia á setenta francos.

—Solo me quedan ya diez francos, exclamó Mario.

Entre tanto, la señorita Gillenormand, que era bastante buena en el fondo para las ocasiones apuradas, concluyó por averiguar el domicilio de su sobrino Mario; y una mañana, cuando éste volvia de cátedra, se encontró con una carta de su tia y con *setenta pistolas*; es decir, con los seiscientos francos en oro en una cajita cerrada, que dispuso su abuelo que le pasasen de pension.

Mario devolvió á su tia los treinta luises, acompañándolos de respetuosa carta, en la que aseguraba que tenia medios de subsistencia que bastaban para cubrir sus necesidades. Al escribir esta carta le quedaban tres francos.

La tia nada de esto dijo al señor Gillenormand, por miedo de exasperarle mucho; además de que la habia prohibido que le hablase de *ese bebedor de sangre*.

Mario salió de la fonda de la puerta de Santiago porque no queria contraer deudas.

# LIBRO QUINTO

## Excelencia de la desgracia.

### I.

#### Mario indigente.

La vida empezó á ser difícil para Mario. Despues de comerse la ropa y el reloj, se vió reducido á la horrible situacion de tener que *comerse los codos;* esto es, á pasar los dias sin tener pan, las noches sin sueño y sin luz, el hogar sin fuego, las semanas sin trabajo y el porvenir sin esperanza: tener la levita rota por los codos, el sombrero tan viejo que hacia reir á las jovenzuelas; encontrar cerrada la puerta de noche porque no se paga á la patrona, sufrir las insolencias del portero y del bodegonero, la burla de los vecinos y las humillaciones; ver la dignidad ultrajada, aceptar el trabajo de cualquier clase, sufrir disgustos, amarguras y abatimientos. Mario llegó á esa deplorable situacion. En los momentos de la existencia en los que el hombre necesita el orgullo, porque necesita amor, se vió burlado, porque iba mal vestido, y ridículo, porque era pobre. En la edad en que la juventud inflama el corazon con imperial altivez, contempló más de una vez sus botas

agujereadas, y conoció la injusta vergüenza y el punzante bochorno de la miseria; la miseria, que es la prueba terrible y admirable, de la que los débiles salen infames y los fuertes sublimes, que es el crisol donde el destino arroja al hombre cuando quiere convertirle en sér despreciable ó en semi-dios.

Se ejecutan grandes acciones en esas pequeñas luchas. Hay bravuras tercas é ignoradas que se defienden palmo á palmo en la oscuridad contra la fatal invasion de las necesidades y de la ignominia; hay nobles y misteriosos triunfos que nadie presencia, á los que no indemniza ninguna clase de fama, ni los saluda ninguna clase de aplausos. La vida, la desgracia, el aislamiento, el abandono y la pobreza son campos de batalla que tienen sus héroes, héroes desconocidos, pero superiores á veces á los héroes ilustres.

Hay naturalezas firmes y raras que así se han formado; pues la miseria, que es casi siempre madrastra, es madre algunas veces; la desnudez engendra en algunas ocasiones el vigor del alma y el del talento; la miseria amamanta la altivez; la desgracia suele ser alimento nutritivo para los séres magnánimos.

Hubo una época en la vida de Mario en la que él mismo barria su cuarto miserable, en la que iba á comprar á la tienda un pedazo de queso, en la que esperaba que anocheciese para entrar en la panadería y comprar una libreta de pan, que se llevaba furtiva y recelosamente á su buhardilla, como si la hubiera robado. Alguna vez se deslizaba en la carnicería de la esquina por entre cocineras parlanchinas que le codeaban, desmañado, con los libros bajo el brazo, tímido y furioso al mismo tiempo; al entrar se quitaba el sombrero, saludando á la carnicera, sorprendida; pedia despues una chuleta de carnero, la pagaba, la envolvia en un papel, se la colocaba debajo del brazo, entre dos libros, y huia de allí corriendo.

Con aquella chuleta vivia Mario tres dias; el primero se comia la carne magra, el segundo se bebia el caldo y el tercero roia el hueso.

En varias ocasiones su tia Gillenormand probó á enviarle los sesenta doblones; pero Mario se los devolvió siempre, diciendo que no los necesitaba.

Vestia aun de luto por la muerte de su padre, cuando se verificó en él la revolucion que más atrás hemos descrito; desde entonces no abandonó el traje negro, pero el traje negro le abandonó á él. Llegó un dia en que le fué inservible el frac, pero que aun podia gastar el pantalon. Entonces Courfeyrac, á cambio de algunos favores que recibió de Mario, le regaló un frac usado. Mario lo hizo volver del revés y se encontró con un frac nuevo. Pero como era verde, Mario no salia de casa hasta el anochecer y de ese modo el frac parecia negro. Mario deseaba no quitarse el luto y así lo conseguia hasta cierto punto.

Pasando por tantas privaciones llegó á tomar el grado y á recibirse de abogado. Hacia creer que vivia en casa de Courfeyrac, cuyo aspecto era decente, en la que cierto número de obras antiguas de jurisprudencia y algunas novelas incompletas figuraban la biblioteca que exigian los reglamentos. Tambien se hacia dirigir las cartas á casa de Courfeyrac. Cuando se licenció Mario, se lo participó á su abuelo por medio de una carta ceremoniosa que respiraba sumision y respeto. El señor Gillenormand tomó la carta temblando, la leyó y luego la hizo pedazos y la arrojó al cesto. Dos ó tres dias despues la señorita Gillenormand oyó á su padre, que estaba solo en su cuarto, hablar en voz alta, cosa que le sucedia cuando estaba muy agitado; el anciano decia:—Si no fuese imbécil, sabria que no se puede ser al mismo tiempo baron y abogado.

## II.

### Mario pobre.

Sucede con la miseria como con todo: llega á hacerse posible; concluye por tomar una forma y por arreglarse. Se vejeta, es decir, se desarrolla de un modo mezquino, pero suficiente para vivir. Hé aquí cómo Mario se arregló la vida.

Salió de la gran estrechura; el desfiladero se ensanchó un poco ante él. A fuerza de mucho trabajo, de valor, de perseverancia y de voluntad, consiguió ganar setecientos francos cada año. Habia aprendido el aleman y el inglés, y por recomendacion de su amigo Courfeyrac, el librero que publicaba la *Enciclopedia* utilizó sus servicios, traduciendo artículos de dichas lenguas. Además escribia prospectos, ponia notas, compilaba biografías, etc., etc., que le producian al año setecientos francos como acabamos de decir. Con esto vivia. Cómo? No muy mal. Vamos á decirlo.

Mario ocupaba en el caseron Gorbeau,

mediante el precio anual de treinta francos, un chiribitil sin chimenea, llamado gabinete, que solo tenia los muebles indispensables. Estos muebles eran suyos. Daba tres francos cada mes á la vieja por que le barriera el cuarto y por que le subiese por la mañana agua caliente, un huevo fresco y un panecillo. Con el pan y el huevo se desayunaba. El almuerzo le costaba de tres y medio á seis cuartos, segun los huevos estaban baratos ó caros. A las seis de la tarde iba á comer al restaurant Rousseau. No comia sopa; tomaba una racion de carne, media de legumbres y un postre, pan y agua á discrecion y no bebia vino. Cuando pagaba en el mostrador, en el que se sentaba majestuosamente la señora Rousseau, que era una mujer gruesa y fresca, daba al mozo insignificante propina y la señora Rousseau le regalaba una sonrisa.

Así, pues, almorzando por cinco cuartos y medio y comiendo por veinticuatro, gastaba en alimentarse unos treinta diariamente, lo que le sumaba al año trescientos sesenta y cinco francos. Añadiendo á estos los treinta francos de alquiler del cuarto y los treinta y seis que daba á la vieja, y algunos otros gastillos, resultaba que Mario por cuatrocientos cincuenta francos tenia casa, comida y servicio. En vestir gastaba cien francos, en ropa blanca cincuenta, con la lavandera cincuenta; total de gastos, seiscientos cincuenta francos. Aun le quedaban cincuenta.

Era rico, hasta el punto de prestar alguna vez diez francos á un amigo. Courfeyrac le tomó un dia á préstamo sesenta francos.

Mario tenia siempre dos trajes completos; uno usado para diario y otro nuevo para las ocasiones: los dos eran negros. No tenia más que tres camisas; una puesta, otra en la cómoda y otra en casa de la lavandera; las renovaba á medida que se iban gastando, y como casi siempre estaban rotas, se veia obligado á ir abrochado hasta la barba.

Para llegar Mario á esta situacion floreciente necesitó pasar algunos años, años rudos y difíciles de atravesar, pero su fortaleza no decayó ni un solo dia. Todo lo sufrió, todo lo hizo, menos contraer deudas. Nunca debió á nadie ni la más exigua cantidad, porque creia que la deuda era el principio de la esclavitud, y se decia á sí mismo que un acreedor es peor que un señor, porque el señor solo posee la persona del esclavo, pero el acreedor posee tambien su dignidad y puede abofetearla. Preferia no comer á pedir prestado, y así lo tuvo que hacer algunas veces. Conociendo que los extremos se tocan y que si no estamos apercibidos la baja de la fortuna puede conducirnos á la bajeza del alma, vigilaba celosamente su altivez.

Tal fórmula ó tal acto, que en otra ocasion le hubieran parecido deferencias, le parecian entonces rebajamientos y erguía la frente. No se arriesgaba porque no queria retroceder. En su fisonomía se reflejaba una especie de pudor severo. Era tímido hasta llegar á ser áspero.

En todas sus pruebas le animaba y á veces le impulsaba fuerza secreta que nacia de su interior.

El alma ayuda al cuerpo y hay momentos en que le sirve de apoyo. El alma es el único pájaro que sostiene su jaula.

Mario habia grabado en su corazon, al lado del nombre de su padre, el de Thenardier. El jóven abogado, entusiasta y grave á la par, rodeaba de cierta aureola al hombre á quien creia deber la vida de su padre, al intrépido sargento que salvó la vida del coronel entre las balas y la metralla de Waterlóo. Nunca separaba el recuerdo de éste del de su padre y los asociaba en su veneracion. Les profesaba un culto de dos grados: el altar mayor era para el coronel y el pequeño para el sargento. Renovaba la ternura de su reconocimiento la idea del infortunio en que creia caido y abismado á Thenardier, pues supo en Montfermeil la quiebra y la ruina del infeliz posadero.

Desde entonces hizo esfuerzos inauditos para descubrir sus huellas y llegar hasta el tenebroso abismo de la miseria en que aquel habia desaparecido.

Mario recorrió toda la comarca; fué á Chelles, á Bondy, á Gournay, á Nogent, á Lagny; le estuvo buscando por espacio de tres años y gastó en exploraciones el poco dinero que podia ahorrar. Nadie le pudo dar noticias de Thenardier; creíase que se habia ido al extranjero. Sus acreedores tambien le habian buscado, con menos cariño, pero con tanto teson como Mario, y no le pudieron encontrar. Mario se reprendia y se acusaba á sí mismo de la inutilidad de sus investigaciones, porque esta era la única deuda que le habia dejado el coronel, y creia que era honra suya pagarla. Mario por encontrarle hubiera dado un brazo y toda su sangre por sacarle de la miseria. Encontrarle, hacerle el favor que pudiese, diciéndole: "No me conoceis, pero yo os

conozco y podeis disponer de mí„, era el anhelado y magnífico deseo de Mario.

## III.

### Mario crece.

En esta época Mario habia cumplido veinte años: hacia ya tres que estaba separado de su abuelo. Ambos continuaban lo mismo; esto es, sin aproximarse ni verse. Verse era inútil, porque tenian que chocar. Ninguno de los dos hubiera dado la razon al otro. Mario era el vaso de bronce, pero el señor Gillenormand era la olla de hierro.

Debemos decir aquí que Mario se habia equivocado respecto al corazon de su abuelo. Estaba creido de que su abuelo nunca le quiso y que el vejete vivo, duro y risueño, que juraba, gritaba y levantaba el baston, nunca habia sentido por él más que ese afecto ligero y grave á la vez de los padres de comedia y gruñones. Mario se equivocaba. Si hay padres que no amen á sus hijos, no hay abuelos que no adoren á sus nietos.

En el fondo el señor Gillenormand idolatraba á Mario. Le queria á su modo, con acompañamiento de sofiones y hasta de golpes, y cuando su nieto desapareció de la casa sintió indefinible vacío en su corazon, y aunque exigió que no le hablasen de él, se lamentaba en su interior de ser tan fielmente obedecido. Los primeros dias esperó que volviese á casa el buonapartista, el jacobino, el terrorista; pero pasaron las semanas, luego los meses y despues los años, y con desconsuelo vió el señor Gillenormand que el hijo *del acuchillador* no volvió.—Tuve que echarle de casa, se decia el abuelo, y se preguntaba despues:—Si sucediera otra vez lo mismo, ¿volveria á obrar como obré? Su orgullo respondia que sí inmediatamente, pero su encanecida cabeza, que sacudia silenciosamente, le decia que no. Pasaba largas horas de abatimiento. Le faltaba Mario, y los viejos necesitan afectos como necesitan sol, porque los afectos les dan calor. A pesar de su fuerte naturaleza, la ausencia de Mario produjo en él alguna variacion. Por nada del mundo hubiera buscado "al picaruelo„, pero padecia. Nunca preguntaba por él, pero no pensaba en otra cosa. Cada vez vivia más retirado en el Marais. Era aun, como en otros tiempos, alegre y violento, pero en su alegría habia dureza convulsiva, como si encerrase dolor y cólera, y sus violencias terminaban siempre con abatimiento sombrío. Decia algunas veces: —Oh! ¡Si volviera, qué bofeton le daria!...

La tia pensaba demasiado para querer mucho; Mario era para ella una especie de contorno negro y vago, y terminó por ocuparse de él menos que del gato ó del loro.

Lo que aumentaba el secreto sufrimiento del señor Gillenormand era que le guardaba íntegro, tratando de que no se lo adivinasen. Su pesadumbre era como uno de esos hornillos de reciente invencion, que queman su propio humo.

Sucedia á veces que algun malhadado curioso le hablaba de Mario y le preguntaba:

—¿Qué hace, qué ha sucedido á vuestro nieto?

El vejete, suspirando si estaba triste, ó sacudiéndose los vuelillos si queria aparecer alegre, contestaba:—El señor baron de Pontmercy ejerce de abogado en algun pueblucho.

Mientras sufria el viejo, Mario estaba satisfecho de sí mismo. Como sucede á todos los buenos corazones, la desgracia le hizo perder la amargura. Pensaba sin rencor en el señor Gillenormand, pero habia hecho el firme propósito de no recibir nada del hombre *que habia sido malo para su padre.* Esta era la traduccion mitigada de su primera indignacion; por otra parte, se creia dichoso por haber padecido y por padecer aun por su padre. La dureza de su vida le satisfacia y le agradaba. Se decia alegremente que *eso era lo de menos;* que era una expiacion, que sin ella hubiera recibido de otro modo, más tarde, el castigo de la indiferencia impía que tuvo por su padre, y por un padre tan excelente; que no era justo que su padre hubiera cargado con todo el sufrimiento y él estuviese libre de sufrir; que sus privaciones y sus trabajos eran insignificantes, comparados con los que sufrió durante su vida heróica el coronel; y en fin, que el único medio de aproximarse y de parecerse al coronel era luchar sin tregua contra la indigencia, como el veterano militar luchó sin tregua contra el enemigo, que esto quiso sin duda expresar el coronel al decirle *que seria digno de él.* Estas palabras las llevaba Mario grabadas en el corazon.

El dia en que su abuelo le expulsó de casa, Mario era un niño; pero ahora era ya hombre y como tal debia obrar. La

miseria, repetimos, le sirvió de mucho.

La pobreza en la juventud, cuando acierta á triunfar, produce el magnífico resultado de dirigir toda la voluntad hácia el esfuerzo y toda el alma hácia la aspiracion. La pobreza pone de manifiesto la vida material en toda su desnudez y la hace horrible, y de esto nacen sus inexplicables impulsos hácia la vida ideal. El jóven rico dispone de muchas distracciones brillantes y groseras, como las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, los banquetes, etc. etc., ocupaciones que se satisfacen en las regiones bajas del alma á costa de las regiones más altas y delicadas. El jóven pobre gana difícilmente su sóbria manutencion, y despues que come, no tiene más recurso que divagar y soñar. Asiste gratis á los espectáculos que Dios le ofrece; contempla el cielo, el espacio, los astros, las flores, los niños, la humanidad que sufre, la creacion. Contempla tanto á la humanidad, que descubre el alma; contempla tanto la creacion, que descubre á Dios. Medita y conoce que es grande; medita más y conoce que es sensible. Del egoismo del hombre que sufre pasa á la compasion del hombre que reflexiona. Brilla en él admirable sentimiento: el olvido de sí mismo y la piedad para los demás. Al pensar en los innumerables goces que la naturaleza ofrece, dá y prodiga á las almas abiertas y niega á las almas cerradas, llega á compadecer, él, que es millonario de la inteligencia, á los millonarios del dinero; y bórrase todo el ódio de su corazon á medida que vá adquiriendo toda la claridad su espíritu. Por otra parte, es desgraciado? No; la pobreza del jóven no es nunca miserable. Cualquier jóven, por pobre que sea, por su salud, por su fuerza, por su paso ligero, por sus ojos brillantes, por su sangre que circula con ardor, por sus mejillas frescas, por sus labios sonrosados, por sus dientes blancos y por su aliento puro, causará la envidia de cualquier viejo, aunque sea emperador. Todos los dias, desde por la mañana, se dedica á ganarse el sustento; su espina dorsal adquiere gallardía, su cerebro adquiere ideas; y cuando concluye el trabajo vuelve á sus éxtasis inefables, á la contemplacion, á los goces, y si asienta los piés en la afliccion, en los obstáculos, en los abrojos y á veces en el lodo, levanta la cabeza hácia la luz. Es firme, sereno, grave, benévolo, y bendice á Dios que le dá dos riquezas que no poseen los ricos: el trabajo que le hace libre y la inteligencia que le hace digno.

Esto le habia sucedido á Mario, que se dedicaba asíduamente á la contemplacion. Desde el dia que pudo ganarse la vida casi con seguridad, se habia estacionado encontrando buena la pobreza, descontando algo del trabajo para dárselo al pensamiento; es decir, pasaba horas enteras meditando, sumergido y abstraido como un visionario en las mudas voluptuosidades del extásis y de la irradiacion interior. Así habia planteado el problema de la vida: daba el menor tiempo posible al trabajo material, para dar el mayor tiempo posible al trabajo impalpable; ó en otros términos, dedicaba algunas horas á la vida real y el resto de su tiempo al infinito. No advertia, creyéndose no carecer de nada, que la contemplacion comprendida de este modo concluye por ser una de las formas de la pereza; no comprendia que se habia satisfecho con dominar las primeras necesidades de la vida y que descansaba demasiado pronto.

Era evidente que, para su naturaleza enérgica y poderosa, este estado tenia que ser transitorio y que despertaria la primera vez que chocase con las inevitables complicaciones del destino.

Entre tanto, á pesar de ser abogado y á pesar de lo que opinaba el señor Gillenormand, no informaba ni defendia pleitos. La meditacion le alejaba de la abogacía. Le fatigaba tratar con los procuradores, ir á la Audiencia y buscar causas. Por qué se habia de dedicar á esto? No veia un motivo para cambiar su modo de vivir. El comerciante librero le proporcionaba trabajo seguro, trabajo penoso, como acabamos de ver, pero que le bastaba para vivir.

Uno de los libreros para quienes trabajaba le propuso emplearle en su casa, hospedarlo bien en ella, darle trabajo bastante y asignarle mil quinientos francos cada año; pero á Mario, aunque le halagaban los mil quinientos francos, le repugnaba estar asalariado, renunciar á su libertad y ser una especie de literato hortera. Mario creia que aceptar esta nueva posicion era estar mejor y peor al mismo tiempo; ganaba en bienestar y perdia en dignidad, y no quiso aceptarla.

Mario vivia solitario. Por la aficion que tenia á permanecer extraño á todo y por haberse quizás asustado, no quiso formar parte del grupo que presidia Enjolras. Quedaron amigos, estaban dispuestos á ayudarse mútuamente cuando se

presentase la ocasion y de todos modos, pero nada más. Mario solo tenia dos verdaderos amigos, el jóven Courfeyrac y el viejo Babeuf; pero preferia al anciano, porque le debia la revolucion que en su interior se habia verificado y porque habia conocido y profesado afecto á su padre. *Me ha hecho la operacion de la catarata,* decia de éste. Ciertamente el conocimiento del mayordomo fué decisivo para él. Esto no obstante, el señor Babeuf solo fué en aquella ocasion el agente tranquilo é impasible de la Providencia; iluminó á Mario inconscientemente y por casualidad, como ilumina una vela que lleva cualquiera; él fué la vela, no él cualquiera.

En cuanto á la revolucion política interior de Mario, el señor Babeuf era incapaz de comprenderla, de desearla y de dirigirla.

Como más adelante nos hemos de encontrar con el señor Babeuf, no estará de sobra que digamos algo sobre él.

## IV.

### El señor Babeuf.

El dia en que Babeuf dijo á Mario: *Ciertamente yo apruebo las opiniones políticas,* expresaba el verdadero estado de su espíritu. Todas las opiniones le eran indiferentes y las aprobaba sin distincion con tal de que le dejasen tranquilo. La opinion política del señor Babeuf consistia en amar apasionadamente á las plantas y sobre todo á los libros. Tenia, como todo el mundo, su terminacion en *ista*, sin la que nadie hubiera podido vivir en aquella época; pero no era realista, bonapartista, legitimista, orleanista ni anarquista; era *librista*. No comprendia que los hombres tuviesen por ocupacion odiarse por frivolidades, como la Carta, la democracia, la legitimidad, la monarquía, la república, etc., habiendo en el mundo tantas clases de musgo, de yerbas y de arbustos que poder estudiar y tantos montones de libros en infolio y en todos tamaños que hojear. Se cuidaba mucho de no ser inútil: tener libros no le impedia leer y el ser botánico no le impedia ser jardinero. Al conocer á Pontmercy simpatizó con él, porque lo que el coronel hacia por las flores él lo hacia por las frutas. El señor Babeuf llegó á conseguir peras de semilla tan sabrosas como las de San German: de una de estas combinaciones ha nacido, segun parece, el mirabel de Octubre, tan célebre hoy y que es tan oloroso como el mirabel de verano. Iba á misa, más por bondad que por devocion, y como le complacia ver á los hombres y odiaba el ruido que movian, solo podia encontrarlos reunidos y silenciosos en la iglesia. Conociendo que todos deben ser algo en el Estado, habia escogido la carrera de mayordomo de fábrica. No consiguió nunca querer tanto á una mujer como á una cebolla de tulipan, ni á ningun hombre tanto como á un ejemplar del Ezelvir. Habia ya cumplido sesenta años cuando le hicieron esta pregunta: —No fuísteis casado?—Me olvidé de casarme—contestó. Cuando le ocurria alguna vez decir:—¡Oh, si fuese rico!—no lo decia nunca al fijar los lentes en alguna jóven preciosa, como el señor Gillenormand, sino contemplando algun libro antiguo. Vivia solo con una ama de gobierno anciana. Padecia el señor Babeuf de gota en las manos, y cuando dormia, sus dedos, entorpecidos por el reumatismo, se agarrotaban entre los pliegues de las sábanas. Habia publicado una *Flora de las cercanías de Cauterets,* con láminas iluminadas, obra bastante apreciable, cuyas planchas poseía, y la vendia él mismo. Dos ó tres veces cada dia llamaban en su casa con ese objeto y sacaba de ella dos mil francos al año, en lo que consistia casi toda su fortuna. Aunque era pobre, tuvo habilidad para reunir, á fuerza de paciencia, de privaciones y de tiempo, una preciosa coleccion de ejemplares raros de todos los géneros. Nunca salia de casa sin llevar un libro bajo el brazo, y casi siempre volvia á ella llevando dos. No tenian más adorno las cuatro habitaciones del piso bajo, que con un pequeño jardin constituian su casa, que unos herbarios colocados en cuadros, grabados por artistas antiguos. Ver un sable ó un fusil le helaba la sangre, y en su vida se habia aproximado á ningun cañon, ni al de los Inválidos. Digeria regularmente, tenia un hermano cura, el cabello enteramente cano, no le quedaban dientes, estaba temblon, su acento era picardo, su risa infantil y era accesible al miedo. No tenia otros lazos amistosos ni más trato con los vivos que los que le unian á un viejo librero de la puerta de Santiago, que se llamaba Royol. Hacia muchos años que su sueño dorado era aclimatar el añil en Francia.

Su criada era tambien una variedad de la inocencia. Era vieja, pobre y vírgen. El gato Sultan, que hubiera podi-

do maullar el *Miserere* de Allegri en la Capilla Sixtina, llenaba por completo su corazon y bastaba á la cantidad de pasion que poseia. Ninguno de sus pensamientos llegó hasta los hombres; no pudieron ir más allá de su gato, que tenia bigotes como aquellos. Toda su gloria la tenia fijada en sus papalinas bien planchadas. Los domingos, despues de oir misa, los empleaba en contar en su baul la ropa blanca y en extender sobre la cama cortes de vestidos que se compraba y que nunca se hacia. Sabia leer, y el señor Babeuf la llamaba *la tia Plutarco*.

El señor Babeuf habia simpatizado con Mario, porque siendo Mario jóven y afable, templaba su ancianidad sin asustar su timidez. La juventud con afabilidad produce en los viejos el efecto del sol sin viento. Cuando Mario se quedaba saturado de gloria militar, de pólvora de cañon y de las prodigiosas batallas en las que su padre dió y recibió tantos sablazos, se iba á ver al señor Babeuf y éste le hablaba de los héroes bajo el punto de vista de las flores.

Hácia 1830 murió el cura hermano del señor Babeuf, y casi de repente, como cuando llega la noche, se oscureció para éste todo el horizonte. La quiebra de un notario le hizo perder la cantidad de dos mil duros, que era todo lo que poseia de la herencia de su hermano y de su patrimonio. La revolucion de Julio produjo una crísis en el comercio de libros. En tiempos revueltos las *Floras* no se venden, y la suya nadie la compraba, pasándose muchas semanas sin que se presentase en su casa ningun comprador. Algunas veces el señor Babeuf se extremecia al oir sonar la campanilla.

—Señor, le decia tristemente la tia Plutarco; es el aguador.

En resúmen, el señor Babeuf tuvo que dejar la casa de la calle de Mezieres, abdicó las funciones de mayordomo de fábrica, renunció á San Sulpicio, vendió una parte, no de sus libros, sino de sus estampas, las que apreciaba menos, y fué á instalarse en una casita del boulevard Montparnasse, donde no vivió más que un trimestre por dos razones: la primera porque el piso y el jardin le costaban trescientos francos, y no se atrevia á pagar de alquiler más de doscientos, y la segunda porque la casita estaba muy cerca del tiro de pistola, y le era insoportable oir pistoletazos á cada momento.

Entonces se estableció cerca de la Salpetriere, en una especie de cabaña de aldea de Austerlitz, donde por cincuenta escudos al año tenia tres cuartos, jardin cerrado por un seto y pozo. Se aprovechó de esta mudanza para vender casi todos los muebles. El dia que entró en su nueva morada estuvo muy contento. Clavó él mismo los clavos para colgar los cuadros y los herbarios, cavó en el jardin el resto del dia, y por la noche, viendo que la tia Plutarco estaba triste y pensativa, le dió un golpecito en el hombro y la dijo sonriendo:—¡Ya tenemos el añil!

Solo admitia dos visitantes, al librero de la puerta de Santiago y á Mario, en su cabaña de Austerlitz, nombre algo guerrero, que por eso le desagradaba.

Por lo demás, los cerebros absortos en una sábia meditacion ó en una locura, ó, lo que sucede con frecuencia, en las dos cosas á la vez, solo son sensibles con mucha lentitud á las realidades de la vida. Su propio destino lo consideran como cosa lejana para ellos. De estas concentraciones resulta una pasividad que, si fuese racional, se asemejaria á la filosofía. Esta clase de hombres declinan, descienden, se deslizan y hasta se desploman sin notarlo. Concluyen, es cierto, por despertar, pero tarde. Entre tanto parece que sean extraños á la partida entablada entre su felicidad y su desgracia. Ellos constituyen la puesta y miran la partida con indiferencia. Así es que al través de la oscuridad que se formaba á su alrededor, todas sus esperanzas morian una despues de otra, y á pesar de eso el señor Babeuf permanecia sereno, pueril, pero profundamente. Sus hábitos intelectuales tenian la oscilacion del péndulo; una vez impulsado éste por una ilusion, seguia andando mucho tiempo despues que la ilusion habia desaparecido. El reloj no se para en el momento mismo en que se le acaba la cuerda.

Los placeres del señor Babeuf eran inocentes, poco costosos é inesperados; se los proporcionaba la menor casualidad. Un dia la tia Plutarco leia una novela cerca de su señor, y leia en voz alta, creyendo así comprender mejor, porque leer en voz alta es afirmarse en la lectura; leia, pues, enérgicamente, con el libro en la mano, y el señor Babeuf la oia, pero no la escuchaba. Llegó la lectura á un pasaje en el que se trataba de un oficial de dragones y de una jóven hermosa.

—"...La beldad se incomodó (1) y el dragon...„

—Budda y el dragon, repitió á media voz el señor Babeuf. Es verdad; habia un dragon que desde el fondo de su caverna arrojaba llamas por la boca y encendia el cielo. Dicho mónstruo, que tenia garras de tigre, habia incendiado ya muchas estrellas, cuando Budda fué á la caverna y convirtió al dragon. Buen libro estais leyendo, tia Plutarco. Es una bonita leyenda.

El señor Babeuf quedó sumido en deliciosa meditacion.

## V.

### La pobreza es buena vecina de la miseria.

Mario simpatizaba con el anciano cándido, que lentamente iba cayendo en la indigencia y que se apercibia poco á poco, pero sin entristecerse aun. Mario encontraba á Courfeyrac y buscaba al señor Babeuf, pero no con frecuencia, dos ó tres veces cada mes.

El mayor placer de Mario consistia en dar largos paseos, solo, por las alamedas exteriores ó por el Campo de Marte, ó por las calles de árboles menos frecuentadas del jardin del Luxemburgo. A veces pasaba algunas horas contemplando una huerta, los cuadros de lechugas, las gallinas entre el estiércol, ó un caballo dando vueltas á una noria. Los transeuntes le miraban sorprendidos y á algunos les parecia de aspecto sospechoso y de fisonomía siniestra. Mario solo era un jóven pobre que meditaba sin objeto.

En uno de sus paseos descubrió la casucha Gorbeau, y complaciéndole su aislamiento y su bajo precio, se instaló en ella. Allí le conocian por el señor Mario.

Algunos antiguos generales ó compañeros de su padre, cuando le conocieron, le invitaron á que fuese á visitarlos; y Mario así lo hizo, porque aquellas visitas eran otras tantas ocasiones de hablar de su padre; por eso iba alguna vez á casa del conde Pajol, á la del general Bellavesne, á la del general Frision y á los Inválidos. En dichas casas habia alguna vez música y baile. Mario se ponia el frac nuevo; pero solo iba á las reuniones y á los bailes las noches en que helaba, porque no podia pagar coche y queria llevar las botas brillantes como un espejo.

Algunas veces decia, pero sin amargura:

—Los hombres son de tal manera, que se puede entrar en una reunion lleno de barro con tal de llevar las botas limpias. Se os pregunta para recibiros por una cosa irreprochable; ¿por la conciencia? No; por las botas.

La meditacion desvanece todas las pasiones, escepto las del corazon. La fiebre política de Mario habia ya desaparecido, conspirando á este fin la revolucion de 1830, que le satisfacia y que le calmó. Era el mismo, pero sin cólera; sus opiniones se habian dulcificado: propiamente hablando no tenia ya opiniones, sino simpatías. A qué partido pertenecia? Al de la humanidad, y entre la humanidad escogia á Francia; en la nacion al pueblo, y en el pueblo á la mujer. Esta escitaba principalmente su piedad. Preferia una idea á un hecho, un poeta á un héroe, y admiraba más un libro como el de Job que un triunfo como el de Marengo. Cuando despues de meditar un dia, iba por la noche á dar sus paseos y á través de las ramas de los árboles descubria el espacio sin fondo, los resplandores sin nombre, el abismo, la oscuridad y el misterio, le parecia muy pequeño todo lo humano.

Creia, tal vez con razon, haber llegado á la verdad de la vida y de la filosofía humana, y habia concluido por mirar no más al cielo, que es lo único que puede ver la verdad desde el fondo de su pozo.

Esto no le impedia multiplicar sus planes, las combinaciones, los castillos en el aire y sus proyectos para el porvenir. En su estado fantástico, si el ojo humano hubiera podido mirar en el interior de Mario le hubiera deslumbrado la pureza de su alma. Si fuese dado á nuestros ojos carnales ver en la conciencia de otro, juzgaríamos al hombre con más acierto por lo que sueña que por lo que piensa; porque en el pensamiento hay voluntad y en el sueño no. Ese sueño ó meditacion, cuando es expontáneo, toma y conserva hasta en lo jigantesco é ideal la figura de nuestro espíritu. Salen directa y sinceramente del fondo de nuestra alma esas aspiraciones irreflexivas y desmesuradas hácia los explendores del destino; en ellas, más que en las ideas compuestas, razonadas y coordinadas, se encuentra el verdadero carácter de cada

(1) Este calambour es intraducible. Dice en francés: *La b elle bouda, et le dragon. . Bouda* se incomodó, y *Bouddha*, el dios Budda, se pronuncia lo mismo.—(N. del T.)

hombre. Las quimeras de la imaginacion son los objetos que más se nos parecen. Cada uno, segun su naturaleza, sueña lo desconocido y lo imposible.

Hácia mediados del año 1831, la vieja que servia á Mario le contó que iban á despedir á sus vecinos, á la miserable familia Jondrette.

Mario, que pasaba todo el dia fuera de casa, apenas sabia si tenia vecinos.

—Por qué los despiden? preguntó.

—Porque no pagan el alquiler. Deben dos plazos.

—Y cuánto es?

—Veinte francos, contestó la vieja.

Mario tenia ahorrados en un cajon treinta.

—Tomad, dijo á la vieja, veinticinco francos; pagad por esos pobres, entradles un duro para ellos y no digais que á mí me deben esa cantidad.

## VI.

### El sustituto.

Hizo la casualidad que el regimiento á que pertenecia Teodulo fuese de guarnicion á Paris, lo que dió márgen á que le ocurriese la segunda idea á la señorita Gillenormand. La primera fué que Teodulo vigilase á Mario, y la segunda armar un complot para que Teodulo fuese el sucesor de Mario.

Ideaba esto porque si el abuelo experimentaba la vaga necesidad de ver en casa una fisonomía jóven, que estos rayos de aurora son muchas veces gratos á las ruinas, era útil buscar otro Mario.

—Eso haré, se dijo la solterona, y será una simple errata como las que se ponen en los libros: donde dice Mario debe leerse Teodulo. Un sobrino segundo es casi lo mismo que un nieto, y á falta de un abogado tomará un lancero.

Una mañana que el señor Gillenormand estaba leyendo *La Quotidienne*, entró en el cuarto su hija, y con el acento más suave de su voz, pues se trataba de su favorito, le dijo:

—Padre mio, Teodulo vendrá esta mañana á ofreceros sus respetos.

—Qué Teodulo?

—Vuestro sobrino.

—Ah! dijo el abuelo.

Y siguió leyendo sin volverse á acordar del sobrino. Poco tardó en ponerse de mal humor, lo que le sucedia cada vez que leia. El periódico que le ocupaba, realista, como era de esperar, anunciaba para el dia siguiente, sin ninguna amenidad, uno de los sucesos diarios en el Paris de entonces:—"Que los alumnos de las escuelas de Derecho y de Medicina debian reunirse para deliberar en la plaza del Panteon, á medio dia.„—Se trataba de una de las cuestiones del momento: de la artillería de la Guardia nacional y de un conflicto entre el ministro de la Guerra y la "Milicia ciudadana„, con motivo de los cañones depositados en la plaza del Louvre.

Sobre esto debian deliberar los estudiantes. No era preciso más para que se enfureciera el señor Gillenormand.

Pensó en que Mario era estudiante y en que probablemente iria con los demás "á deliberar„ á medio dia en la plaza del Panteon.

Cuando le estaba molestando este pensamiento entró el teniente Teodulo, vestido de paisano, lo que fué oportuno, y le introdujo discretamente la señorita Gillenormand. El lancero se hizo este razonamiento:—"El viejo druida no lo ha colocado todo á renta vitalicia, y esto vale la pena de que me disfrace de paisano de vez en cuando„.

La señorita Gillenormand dijo á su padre en voz alta:

—Vuestro sobrino Teodulo; y al teniente le murmuró al oido:

—Aprueba todo cuanto digo.

El teniente, poco acostumbrado á encuentros tan venerables, balbuceó con bastante timidez:

—Buenos dias, tio.

Le hizo un saludo mixto, de militar y de paisano.

—Ah! sois vos? Está bien. Sentaos.

En cuanto dijo lo anterior, el vejete se olvidó completamente del lancero.

Sentóse Teodulo y el señor Gillenormand se levantó; púsose á pasear de un lado á otro de la sala, con las manos en los bolsillos, hablando muy alto y atormentando con los dedos irritados los dos relojes que llevaba en los bolsillos del calzon.

—¿A ese monton de mocosos se convoca en la plaza del Panteon? ¿A galopines que ayer mamaban? ¡Si les apretaran la nariz aun les saldria leche!... ¿Esos son los que han de deliberar mañana al medio dia? A dónde vamos á parar? Vamos al abismo. A él nos arrastran los descamisados. ¡Deliberar sobre la artillería ciudadana!... ¡Ir á charlar sobre las pedorretas de la Guardia nacional! Y con quién van á deliberar? Apuesto todo lo que se quiera á que no habrá allí más que gente que persiga la justi-

cia y presidiarios cumplidos. Los republicanos y los presidiarios son como la nariz y el pañuelo. Cornet decia: ¿Adónde quieres que vaya, traidor? Y Fouché le contestaba: Adonde quieras, imbécil. Esos son los republicanos.

—Es verdad, dijo Teodulo.

El señor Gillenormand volvió un poco la cabeza hácia el teniente, le vió y continuó impasible:

—¡Cuando pienso que ese tunante se hizo carbonario!... ¿Por qué abandonaste la casa? Por hacerte republicano. En primer lugar, el pueblo no quiere la República, no la quiere porque tiene juicio, y sabe que ha habido reyes y que los habrá siempre. El pueblo se burla de la República; lo oyes, tonto? ¡Es un horrible capricho de todos los alucinados que se enamoran del padre Duchesne, que ponen buena cara á la guillotina y que cantan romances y tocan la guitarra bajo el balcon de 1793! Merecen que se les escupa por bestias. Todos son lo mismo, sin exceptuar á ninguno. Basta respirar el aire que corre por las calles para ser insensatos. El siglo diez y nueve es un veneno. Cualquier perdido se deja crecer barba de chivo, se cree un personaje y deja plantados á sus ancianos padres. Es republicano y romántico cometer todas las locuras posibles. Hace un año ser romántico era asistir á la representacion del *Hernani*. Y yo pregunto: qué es el *Hernani?* Abominaciones que ni siquiera están escritas en francés. Despues ponen cañones en la plaza del Louvre. ¡Estas son las violencias de esta época!

—Teneis razon, tio, dijo Teodulo.

El señor Gillenormand continuó:

—Cañones en la plaza del Museo! Para qué? ¿Quereis ametrallar el Apolo de Belvedere? ¿Para qué quereis cartuchos contra la Vénus de Médicis? ¡Los jóvenes de ahora son unos perdidos! ¡Qué gran cosa es su Benjamin Constant! Los que no son malvados son necios. Se empeñan en ser feos; van mal vestidos, tienen miedo á las mujeres, están alrededor de faldas con aspecto de mendigos, que hace reir; se les puede llamar los vergonzantes del amor. Son deformes y se completan siendo estúpidos; repiten los calambours de Tiercelin y de Potier, gastan levitas-sacos, chalecos de palafrenero, camisas gruesas, pantalones de paño burdo, botas de mal becerro, y su lengua se parece á su plumaje. Toda esa gentuza inepta se atreve á tener opiniones políticas; se les deberia prohibir severamente. Fabrican sistemas, refunden la sociedad, asolan la monarquía, echan por tierra todas las leyes, ponen el granero en el sitio de la cueva y á un portero en lugar del rey; trastornan la Europa de arriba á abajo, reedifican el mundo, y es para ellos una fortuna poder mirar socarronamente las piernas de las lavanderas cuando suben á sus carros. ¡El vagabundo Mario ir á vociferar en la plaza pública! ¡A discutir, á tomar medidas! ¡A esto llaman medidas, santo Dios! El desórden se empequeñece y se estupidiza. He visto el caos y ahora veo el lodazal. Que los escolares deliberen sobre la Guardia nacional, no se vé ni en el pais de los Ogibbewas ni en el de los Cadodaches. Los salvajes que van desnudos, con la cabezota adornada con un volante de jugar á la pelota y con una maza en la pata, son menos brutos que esos bachilleres! ¡Esos son los que han de raciocinar y deliberar! Esto es el fin del mundo; para esto se necesita una convulsion final y la dá la Francia. Deliberad, pillos! Estas cosas sucederán mientras el público vaya á leer periódicos á las galerías del Odeon, cuya lectura les cuesta un cuarto y el sentido comun, la inteligencia y el corazon. Salen de allí y se separan de la familia. Los periódicos son una peste, todos, hasta *La Bandera blanca*, porque Martainville en el fondo era un jacobino. Ah, pícaro! ¡podrás vanagloriarte de haber hecho desesperar á tu abuelo!

—Eso es evidente, dijo Teodulo.

Aprovechando el instante en que el señor Gillenormand tomaba asiento, el lancero añadió:

—No debiera haber más periódicos que *El Monitor* y el *Anuario militar*.

El señor Gillenormand volvió á tomar la palabra:

—Lo mismo que su Sieyes! que fué un regicida que llegó á ser senador, porque siempre concluyen por esto. ¡El filósofo Sieyes! Siempre hice de las filosofías de semejantes filósofos el mismo caso que de los anteojos del bufon del Tívoli. Ví pasar un dia á los senadores por el muelle Malagnais con mantos de terciopelo morado, sembrados de abejas, y con sombreros á lo Enrique IV. Estaban horribles; parecian los monos de la córte del tigre. Ciudadanos, os declaro que vuestro progreso es una locura, vuestra humanidad un delirio, vuestra revolucion un crímen, vuestra república un mónstruo y que vuestra jóven y vírgen Francia sale de un lupanar, y os lo sos-

tengo á todos, aunque seais publicistas, economistas y legistas, aunque conozcais mejor la libertad, la igualdad y la fraternidad que la cuchilla de la guillotina. Repito que os lo declaro.

—Pardiez! exclamó el teniente; todo eso que decís es la pura verdad.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto empezado, se volvió, miró con fijeza al lancero frunciendo el ceño, y le dijo:

—Sois un imbécil.

# LIBRO SEXTO

## La conjuncion de dos estrellas.

### I.

**El apodo: manera de formar nombres de familia.**

En aquella época Mario era un gentil mancebo de mediana estatura, de pelo negro y espeso, de frente ancha é inteligente, de aspecto sincero y tranquilo, y se traslucia en su semblante ese no sé qué que denota altivez, reflexion é inocencia á la par. Su perfil, de líneas redondeadas, sin dejar de ser decididas, era de esa suavidad germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por la Alsacia y la Lorena, y tenia la carencia absoluta de ángulos que hacia reconocer fácilmente á los sicambros entre los romanos y que diferencia á la raza leonina de la raza aquilina. Se encontraba en la estacion de vida en la que la imaginacion de los hombres pensadores se compone, casi en iguales proporciones, de reflexion y de sencillez. En una situacion grave tenia lo que se necesita para ser estúpido; daba un paso más y podia ser sublime. Sus modales eran reservados, frios, políticos, pero francos. Su sonrisa atemperaba la severidad de su fisonomía. En momentos dados formaban singular contraste su frente casta y su sonrisa voluptuosa. Tenia los ojos pequeños, pero las miradas penetrantes.

En los dias de su mayor miseria observaba que las jóvenes se volvian á mirarle, lo que era causa de que huyese ó se ocultase con la muerte en el alma, porque creia que le miraban por ir pobremente vestido y que se reian de él; pero le miraban porque les gustaba, y habia alguna jóven que le soñaba alguna noche.

Su muda desavenencia con las lindas transeuntes le hizo huraño, y como huia de todas no eligió á ninguna. Así vivia de contínuo, bestialmente, como decia Courfeyrac.

Courfeyrac solia decirle tambien:

—No aspires á ser venerable y oye un consejo: no leas tantos libros y mira más á las faldas. En ellas siempre se aprende algo bueno. Si no lo haces así, á fuerza de huir y ponerte encarnado te embrutecerás.

Otras veces el referido amigo le encontraba y le decia:

—Buenos dias, señor abate.

Cuando Courfeyrac le dirigia alguna de estas chanzas, Mario huia más que antes, durante ocho dias, de las mujeres y procuraba no encontrarse con su burlon amigo.

Sin embargo de esto, habia en el mundo dos mujeres de las que Mario no huia y contra las que no tomaba ninguna precaucion; verdad es que se hubiese admirado si le hubiesen dicho que eran mujeres. La vieja barbuda que le barria el cuarto, de la que decia Courfeyrac: —Al ver que su criada se deja crecer la barba, Mario se afeita la suya.—La otra mujer era una jóven que veia con frecuencia, pero sin atreverse á mirarla nunca.

Hacia más de un año que Mario observaba en una desierta calle de árboles del Luxemburgo, que costea el parapeto del Vivero, á un hombre y á una niña, casi siempre sentados juntos en el mismo banco, en el extremo más solitario del paseo por el lado de la calle del Oeste. Siempre que la casualidad llevaba á Mario por allí, y esto le sucedia casi todos los dias, encontraba sentada en el banco la misma pareja. El hombre podria tener sesenta años: su aire era triste y sério; era robusto y tenia el aspecto fatigado de los militares retirados. Si ostentara alguna condecoracion, hubiera dicho Mario: Es un oficial veterano. Su persona era simpática, pero inabordable; nunca fijaba la vista en la mirada de los demás. Vestia pantalon azul, leviton azul tambien, sombrero de alas anchas, traje casi nuevo, corbata negra y camisa de cuákero, es decir, de deslumbrante blancura, pero de tela gruesa. Tenia el pelo muy blanco. Mario oyó decir un dia á una griseta que pasó por el lado del anciano:

—Qué viejo tan aseado!

La jóven á quien acompañaba era una muchacha de trece á catorce años, flaca,

hasta el punto de ser casi fea; encogida, insignificante y que parecia tener preciosos ojos, pero los tenia siempre levantados con una especie de seguridad desagradable. Ofrecia el aspecto aviejado é infantil á la vez de las colegialas de un convento, y vestia un traje mal cortado de merino negro. Parecian ser padre é hija.

Mario examinó durante dos ó tres dias á aquel viejo, que no era todavía anciano, y á aquella adolescente, que no era acaso aun mujer, y despues ya no fijó la atencion en ellos; éstos parecia que tampoco le veian. Hablaban entre sí con aire tranquilo é indiferente. La jóven charlaba sin cesar y con alegría; el viejo hablaba poco, pero á cada momento fijaba en ella los ojos, llenos de inefable y paternal ternura.

Mario contrajo maquinalmente la costumbre de pasearse por aquella calle de árboles, en la que los encontraba todos los dias.

Generalmente Mario llegaba por el extremo de la calle opuesto al banco, la recorria á lo largo y pasaba por delante de la pareja; despues volvia y recorria otra vez el paseo hasta el extremo por donde habia entrado, y volvia á hacer lo mismo. Repetia este paseo cinco ó seis veces cada dia, sin que á pesar de tan contínuos encuentros aquellos desconocidos y él llegasen á cambiar ni un solo saludo.

El viejo y la niña, aunque evitaban las miradas, y quizás porque las evitaban, despertaron naturalmente la atencion de cinco ó seis estudiantes que tenian costumbre de pasear por el Vivero; los estudiosos despues de clase, y los otros despues de jugar al billar. Courfeyrac, que era de los últimos, los observó durante algun tiempo, pero le pareció fea la jóven y pronto se alejó de allí. Huyó como un parto, lanzándoles en vez de dardo un apodo. Como le chocaron el traje de la muchacha y el cabello del viejo, llamó á la jóven la *señorita Negra* y al padre el *señor Blanco*, con tal suerte que, como nadie los conocia y por lo tanto no sabian sus nombres, quedaron bautizados con los apodos de Courfeyrac.

Los estudiantes decian:—"Ya está en su banco el señor Blanco„, y Mario, como los demás, llamó así al desconocido. Seguiremos su ejemplo y adoptaremos este pseudónimo para la mayor facilidad del relato.

Mario continuó viéndolos casi todos los dias á la misma hora y en el mismo banco durante un año.

El hombre le era simpático, pero la jóven le parecia desagradable.

## II.

### Lux facta est.

Al segundo año de encontrar Mario al viejo y á la niña sucedió que aquel interrumpió la costumbre de pasear por el Luxemburgo, sin que él mismo supiera por qué, y estuvo cerca de seis meses sin poner los piés en dicho paseo. Al fin volvió Mario en una serena mañana del estío, en la que estaba alegre, á lo que contribuye en gran modo el buen tiempo. Parecia que Mario llevaba en el corazon los cantos de los pájaros que oia y el azul del cielo, que se trasparentaba al través del ramaje de los árboles.

Se fué recto "á su paseo„ y divisó desde lejos, en el mismo banco, á la consabida pareja. Pero al acercarse le pareció que el hombre continuaba siendo el mismo, pero que la jóven ya no era la misma. La muchacha que ahora veia era una criatura hermosa y alta, desarrollada con las formas encantadoras de la mujer en ese momento preciso en que se combinan todavía con las gracias cándidas de la niña; momento fugaz y puro, que solo se puede traducir por estas dos palabras: quince años. Sus admirables cabellos castaños estaban matizados con reflejos de oro; su frente parecia de mármol y sus mejillas formadas de hojas de rosas; su rostro de un sonrosado pálido, de una blancura que revelaba cierta emocion interior; su boca era de forma exquisita, y de ella se desprendia la sonrisa como una luz y la palabra como una música. Era la cabeza que Rafael hubiera puesto á María, colocándola sobre un cuello que Juan Goujon hubiera puesto á Venus. Para que nada se echase de menos en aquel semblante embelesador, la nariz no era hermosa, pero era linda; ni recta, ni aguileña, ni italiana, ni griega; era la nariz parisiense, es decir, algo espiritual, fina, irregular y pura, que desespera á los pintores y que encanta á los poetas.

Cuando Mario pasó por su lado no pudo verla los ojos, que tenia constantemente bajos; solo vió sus largas pestañas, llenas de sombra y de pudor. Esto no impedia que la hermosa jóven se sonriese oyendo al hombre del cabello blan-

co que la hablaba, y era arrebatadora la fresca sonrisa que entreabria sus labios, teniendo la vista inclinada al suelo.

En el primer momento creyó Mario que era otra hija de aquel hombre, sin duda hermana mayor de la primera. Pero la segunda vez que pasó inmediato al banco la examinó con atencion y conoció era la misma. En seis meses la niña se convirtió en mujer; esto era todo. Este fenómeno es frecuente. Hay en la vida un momento en que las niñas en un abrir y cerrar de ojos pasan de capullo á rosa. La desconocida no solo habia crecido, sino que se habia idealizado. Así como son suficientes tres dias de Abril para que ciertos árboles se llenen de flores, seis meses habian bastado para transformarla en belleza. Llegó para ella su Abril.

Se vé algunas veces que personas pobres y mezquinas se despiertan y pasan de repente de la indigencia al fausto, gastan de todos modos y se aparecen de pronto deslumbradoras, pródigas y magníficas. Esto dimana de una fortuna improvisada, de un plazo de cobrar vencido. La jóven, pues, habia cobrado su semestre. No era ya la colegiala con sombrero anticuado, con traje de merino, con zapatos rusos y con manos amoratadas. Al mismo tiempo que la hermosura, se habia desarrollado en ella el buen gusto. Era una señorita bien vestida, con elegancia sencilla y rica y sin pretensiones. Llevaba vestido de damasco negro, abrigo de la misma tela y sombrero de crespon blanco. Sus guantes, blancos tambien, dejaban entrever la finura de su mano, que jugaba con el puño de marfil chinesco de la sombrilla, y botitas de seda dibujaban sus piés, pequeños y bien formados. Al pasar por su lado se percibia cierta penetrante fragancia de juventud que exhalaba todo su traje.

El hombre conservaba el aspecto de siempre.

La segunda vez que llegó Mario cerca de la jóven, ésta levantó los párpados: sus ojos eran de color azul celeste y profundo, pero en su azul velado solo se veia aun la mirada de la niña. Miró á Mario con indiferencia, como hubiera mirado á la mona que corria por entre los sicomoros ó al jarron de plata que proyectaba su sombra en el banco. Mario continuó el paseo pensando en otra cosa.

Pasó cuatro ó cinco veces muy cerca del banco donde estaba la jóven, pero sin mirarla.

Los dos dias siguientes volvió, como de costumbre, al Luxemburgo; como siempre, encontró "al padre y á la hija„, pero no fijó en ellos la atencion. No pensaba más en la jóven, que ahora era hermosa, que habia pensado cuando era fea. Pasaba, sí, cerca de su banco, pero por costumbre.

## III.

### Efecto de primavera.

Un dia que el aire era tibio y estaba el Luxemburgo inundado de sombra y de sol, el cielo puro y los pajarillos cantaban en los árboles, Mario abrió enteramente su alma á la naturaleza: no pensaba en nada; solo vivia y respiraba: pasó cerca del banco; la jóven levantó los ojos y sus dos miradas se encontraron.

Cómo la jóven le miró aquella vez? Mario no sabia explicárselo. Su mirada nada decia y lo decia todo. Fué un relámpago extraño.

Ella bajó la vista; él continuó su camino.

Lo que acababa de ver no era la mirada ingénua y sencilla de la niña; era un abismo misterioso que se habia entreabierto y cerrado bruscamente. Llega un dia en que todas las jóvenes miran así. ¡Desgraciado del que se encuentra cerca de ellas!

La primera mirada del alma, que aun no se conoce á sí misma, es como el alba en el cielo. Es el despertar de algo radiante y desconocido. No es posible pintar el peligroso encanto de esa luz que ilumina vagamente de pronto tinieblas adorables, y que se compone de toda la inocencia del presente y de toda la pasion del porvenir. Es una especie de ternura indecisa, que se revela por casualidad y que espera. Es un lazo que la inocencia tiende inconscientemente, con el que aprisiona los corazones sin saberlo y sin querer. Es una vírgen que mira como una mujer.

Es muy raro que donde caiga esa mirada no haga nacer profunda meditacion. Todas las clases de pureza y de candor se encuentran reunidas en ese rayo celeste y fatal, que tiene, más que las miradas elaboradas de las coquetas, el mágico poder de hacer brotar de repente en el fondo del alma la flor som-

bría, llena de perfumes y de venenos, que se llama Amor.

Cuando por la tarde Mario volvió á su buhardilla se fijó por la primera vez en que era falta de aseo, inconveniencia y estupidez inaudita ir á pasear al Luxemburgo con su traje "de todos los dias„, es decir, con sombrero roto hácia el ala, con botas gruesas como las de un carretero y con levita descosida por los codos.

## IV.

### Principio de una gran enfermedad.

Al dia siguiente, á la hora de costumbre, Mario se puso el frac, los pantalones, el sombrero y las botas de los dias festivos, se puso guantes y se fué al Luxemburgo.

En el camino encontró á Courfeyrac é hizo como que no lo vió. Courfeyrac, al volver á casa, dijo á sus amigos:—"Acabo de encontrar al frac y al sombrero nuevos de Mario y á Mario dentro de ellos. Sin duda iba á examinarse, porque parecia un estúpido„.

En cuanto Mario llegó al Luxemburgo, dió la vuelta al estanque, miró los cisnes, y despues permaneció largo rato contemplando una estátua, cuya cabeza estaba completamente enmohecida. Cerca del estanque habia un caballero de unos cuarenta años, de prominente abdómen, que llevaba de la mano á un niño de cinco años y que le decia:—"Evita los excesos. Mantente, hijo mio, á igual distancia del despotismo que de la anarquía.„ Mario escuchó á aquel hombre; luego dió otra vuelta al estanque y despues se encaminó lentamente á "su calle„ y como á pesar suyo.

Cualquiera diria que estaba obligado á ir y que le retenia impulso contrario. Él no examinaba sus sensaciones y creia hacer lo mismo que todos los dias.

Al llegar al paseo distinguió al otro extremo y sentados en "su banco„ al señor Blanco y á la jóven. Abotonóse el frac hasta arriba, estiróle por el pecho y por la espalda para que no hiciese arrugas, examinó complacido los reflejos lustrosos del pantalon y se fué derecho hácia el banco. Habia algo del ataque en su marcha y hasta humos de conquista. Digo, pues, que se fué derecho hácia el banco, como hubiera podido decir: Anníbal marchó sobre Roma.

Todos sus movimientos eran maquinales y las ordinarias ocupaciones de su imaginacion y de su trabajo no sufrieron interrupcion alguna. Reflexionaba en aquel instante que el *Manual del Bachillerato* era un libro estúpido que debieron componerle personas sándias, examinando y analizando en él, como obras magistrales del espíritu humano, tres tragedias de Racine y solo una comedia de Moliere.

Sentia que le zumbaban los oidos, y al acercarse al banco volvió á estirar las arrugas del frac y sus ojos se fijaron en la jóven, pareciéndole que llenaba todo el extremo de la calle de vaga y azulada luz.

A medida que se acercaba iba acortando el paso. Al estar á cierta distancia del banco, mucho antes de llegar al final de la calle, se paró, y sin saber por qué se volvió en direccion opuesta á la que llevaba. La jóven solo pudo verle de lejos y fijarse en que le sentaba bien el traje nuevo. El, sin embargo, caminaba muy derecho para parecer buena figura al que le mirase por detrás.

Llegó al extremo opuesto, despues volvió, y esta vez se acercó un poco más al banco. Aproximóse á la distancia de tres intervalos de árboles; allí sintió no sé qué imposibilidad de pasar más adelante, y se quedó perplejo. Creyó ver que la jóven se volvia á mirarle; hizo un esfuerzo viril y violento, dominó su vacilacion y continuó avanzando. Momentos despues pasaba por delante del banco, tieso y firme, rojo hasta las orejas, sin atreverse á mirar á derecha ni á izquierda, con la mano metida entre los botones del frac, como un hombre de Estado. Cuando pasaba por delante de ella le latia con fuerza el corazon. La jóven vestia, como el dia anterior, traje de damasco y sombrero de crespon. Mario oyó una voz inefable, que debió ser la voz de la desconocida, que hablaba tranquilamente con el anciano. Estaba muy linda; nuestro enamorado lo conocia, aunque no procuraba verla.

—Me apreciaria y me consideraria, pensaba Mario, si supiese que soy el verdadero autor de la disertacion sobre el escudero Marcos Obregon, que el señor Francisco Neufchateau ha puesto como de su cosecha al frente de su edicion del *Gil Blas*.

Pasó el banco, llegó hasta la extremidad de la alameda, que estaba muy cercana, y despues volvió y cruzó otra vez por delante de la jóven. Estaba muy pálido. Experimentaba algo desagradable. Se alejó de la jóven del banco, y como,

aunque le daba las espaldas, se figuraba que le miraba, iba tropezando.

No intentó volver á acercarse al banco; se detuvo á la mitad de la calle y allí se sentó, mirando de reojo á un lado y á otro y pensando en las recónditas profundidades de su espíritu, que al fin y al cabo era difícil que las personas que él admiraba fuesen absolutamente insensibles á su lustroso pantalon y á su frac nuevo.

Pasado un cuarto de hora se levantó como si quisiese dar otro paseo en direccion á aquel banco, que se le aparecia rodeado de una aureola. Quedóse, sin embargo, de pié é inmóvil. Por primera vez, despues de quince meses, se dijo á sí mismo que aquel señor que se sentaba en el banco con la jóven todos los dias habria reparado en él y habria encontrado extraña su asiduidad.

Por primera vez conoció tambien que era irreverente designar al desconocido, hasta en el secreto de su pensamiento, con el apodo de *el señor Blanco*.

Permaneció algunos minutos con la cabeza baja, formando dibujos en la arena con una varita que tenia en la mano.

Despues se volvió bruscamente hácia el lado opuesto al banco de los desconocidos y se fué hácia casa.

A las ocho de la noche se acordó de que no habia comido, y como era ya tarde para ir á la calle de Santiago, se contentó con comerse un pedazo de pan.

No se acostó hasta despues de haber cepillado el traje y de haberle doblado con mucho cuidado.

## V.

### Caen varios rayos sobre la tia Bougon.

Al dia siguiente, la tia Bougon (que así llamaba Courfeyrac á la portera, inquilina principal del caseron Gorbeau, cuyo apellido era Bourgon), observó estupefacta que el señor Mario salia otra vez de casa con el traje nuevo.

Nuestro enamorado volvió al Luxemburgo, pero no pasó del banco que estaba á la mitad del paseo. Sentóse allí como el dia anterior, contemplando desde lejos el sombrero blanco y el traje negro, y sobre todo la claridad azulada. No se movió de aquel observatorio y no volvió á casa hasta que cerraron las puertas del Luxemburgo. No vió retirarse al señor Blanco y á su hija, y por esto dedujo que habrian salido del jardin por la verja de la calle del Oeste. Algunas semanas despues, cuando pensaba en aquel dia, no pudo acordarse dónde habia comido.

Al otro dia, era el tercero, la tia Bougon se quedó estupefacta otra vez al ver salir de casa á Mario tambien con el traje nuevo.—Tres dias seguidos! exclamó la portera.

Esta quiso seguirle, pero Mario andaba muy de prisa y no pudo; le perdió de vista á los dos minutos. Volvióse á casa sofocada, furiosa y casi asfixiada del asma.—Cosa más extraña! ¡Ponerse el traje nuevo todos los dias y hacer correr á las personas de esta manera!

Mario, como de costumbre, fué al Luxemburgo. La jóven estaba ya allí con el señor Blanco. Mario se acercó, aparentando leer en un libro, pero permaneció todavía á alguna distancia: luego se sentó en su banco, y allí pasó cuatro horas mirando cómo saltaban los bulliciosos gorriones, que le parecia que se burlaban de él.

De este modo pasaron quince dias. Mario iba al Luxemburgo, no á pasear, sino á sentarse en el banco, y sin saber por qué, en cuanto llegaba allí ya no se movia. Gastaba diariamente el traje nuevo para no dejarse ver, y todos los dias hacia lo mismo.

La jóven poseia maravillosa hermosura. La única observacion que se la pudiera hacer que se asemejase á crítica, era que habia contradiccion entre su mirada triste y su sonrisa alegre, lo que daba á su fisonomía aspecto desordenado, que hacia que en ciertos momentos pareciera extraña sin dejar de ser embelesadora.

## VI.

### Prisionero.

Un dia Mario estaba, como de ordinario, en el Luxemburgo, sentado en su banco, teniendo el libro abierto, pero sin volver hoja hacia más de dos horas. De pronto se extremeció; al final de la calle de la alameda se verificaba un acontecimiento. El señor Blanco y la jóven se acababan de levantar de su asiento; ésta se apoyaba en el brazo de su padre y ambos se dirigieron al centro del paseo donde se encontraba Mario. Este cerró el libro, le volvió á abrir é hizo como que leia; la aureola iba recta hácia él.

—Dios mio! pensaba, no me darán

tiempo para adoptar una postura conveniente.

Continuaban avanzando el hombre cano y la mujer vestida de negro. Parecíale á Mario que aquella marcha duraba siglos, cuando en realidad solo habian pasado algunos segundos.

—Por qué se dirigen hácia aquí? se preguntaba. ¡Vá á pasar por aquí delante; sus piés van á pisar esa arena, esa calle que está á dos pasos de mí!...

Mario estaba trastornado; hubiera querido en aquel instante ser hermoso y poseer una condecoracion. Oia aproximarse el rumor suave y mesurado de sus pasos. Se imaginaba que el señor Blanco le iba á dirigir miradas coléricas.

—Vendrá á hablarme? pensaba.

Inclinó la cabeza; cuando la volvió á levantar estaban ya junto á él. La jóven pasó y al pasar le miró. Le miró con fijeza, con pensativa ternura, que hizo que Mario temblase de piés á cabeza. Parecióle á éste que ella le reconvenia porque no se acercaba al banco donde ella tenia costumbre de sentarse y que le decia:

—Por eso vengo.

Sus pupilas, llenas de rayos y de abismos, deslumbraron á Mario.

Sentia arder una hoguera en su cerebro. La jóven se le habia acercado; ¡qué alegría! y luego clavó en él la mirada; qué placer! Le pareció más hermosa que nunca; hermosa, con la belleza femenil y angélica á la vez, con esa belleza que hubiera hecho cantar al Petrarca y arrodillarse al Dante. Le parecia que estaba nadando en pleno cielo azul. Al mismo tiempo sufria porque tenia empolvadas las botas; creia estar seguro de que ella las habia mirado.

La siguió con la vista hasta que desapareció. Luego se puso á pasear por el Luxemburgo como un loco. Probablemente algunos ratos se reiria solo y hablaria en voz alta.

Salió del Luxemburgo esperando encontrarla en alguna calle.

Encontróse con Courfeyrac bajo los arcos del Odeon, y le dijo:

—Vente á comer conmigo.

Fueron á casa de Rousseau y gastaron seis francos. Mario comió como un buitre y dió al mozo buena propina. Cuando estaban en los postres, dijo á Courfeyrac:

—Has leido los periódicos? ¡Qué buen discurso el de Andrey Puyrabeau!...

Estaba perdidamente enamorado.

Despues de comer dijo á Courfeyrac:

—Te convido al teatro.

Se fueron al de la puerta de San Martin á ver representar á Federico Lemaitre *El castillo de San Alberto*. Mario se divirtió mucho.

Al mismo tiempo se hacia más esquivo. Al salir del teatro se negó á mirar la liga de una modistilla que saltaba un arroyuelo, y le causó horror Courfeyrac porque dijo: *De buena gana aumentaria mi coleccion con esa mujer.*

Courfeyrac convidó á su vez á Mario á almorzar al dia siguiente al café Voltaire. Mario acudió á la cita y devoró más aun que el dia anterior. Estuvo pensativo y muy alegre al mismo tiempo. Parecia que aprovechaba todas las ocasiones de reir á carcajadas, y abrazó tiernamente á un provinciano que le presentaron.

Se formó alrededor de la mesa un círculo de estudiantes; se habia hablado allí de las simplezas que el Estado paga y que les arrojan desde la cátedra de la Sorbona, y luego recayó la conversacion sobre las faltas y las lagunas de los diccionarios y prosodias de Quicherart. Mario interrumpió la conversacion para exclamar:

—Sin embargo, debe ser muy agradable poder ostentar una condecoracion.

—Eso es graciosísimo! dijo Courfeyrac en voz baja á Juan Prouvaire.

—No, respondió éste en el mismo tono; al contrario, eso es muy sério.

Sério era, en efecto, porque Mario pasaba por esa primera hora violenta y embelesadora con que comienzan las grandes pasiones. Una mirada era la causante de su estado. Cuando la mina está cargada, cuando el combustible está dispuesto, nada es más fácil. Entonces una mirada es una chispa.

Su suerte estaba decidida. Amaba á una mujer; su destino entraba en lo desconocido.

La mirada de las mujeres se parece á un conjunto de ruedas que aparentemente están tranquilas, pero que son formidables. Pasamos por su lado todos los dias impunemente y sin sospechar nada de ellas. Llega un momento en que hasta olvidamos que están allí. Pasamos, volvemos á pasar, soñamos y nos reimos. De repente nos cogen y todo se acabó. La rueda nos detiene, la mirada nos ha prendido. Nos ha preso, no importa por dónde ni cómo; por una parte cualquiera de nuestro pensamiento, que vagaba sin objeto, por una distraccion que hemos tenido. Estamos perdidos. Pasaremos completamente por

todo el conjunto de las ruedas; se apoderará de nosotros el encadenamiento de fuerzas misteriosas, y en vano luchamos; no hay para nosotros socorro humano posible. Vamos á caer de engranaje en engranaje, de angustia en angustia, de tortura en tortura; y con la imaginacion, con la fortuna, con el porvenir y con el alma, segun que caigamos en poder de una criatura malvada ó de un noble corazon, saldremos de la espantosa máquina, ó desfigurados por la vergüenza, ó transformados por la pasion.

## VII.

### Aventuras de la letra U en el terreno de las conjeturas.

El aislamiento, el orgullo, la independencia, la inclinacion á las bellezas naturales, las luchas secretas de la castidad, todas esas circunstancias habian preparado á Mario para ser poseido por la pasion. El culto que tributaba á su padre llegó poco á poco á ser para él una religion, y como todas las religiones, se habia escondido en lo profundo de su alma. Le faltaba llenar su primer término, y de esto se encargó el amor.

Transcurrió un mes durante el cual Mario fué todos los dias al Luxemburgo. Cuando llegaba la hora nada podia detenerle.—Está de servicio, decia Courfeyrac. Mario vivia en contínuo éxtasis; verdad es que la jóven correspondia á sus miradas.

Acabó por atreverse y por aproximarse al banco. Sin embargo, no pasaba por delante, obedeciendo á la vez al instinto de timidez y al instinto de prudencia de los enamorados. Creia conveniente no llamar la atencion "del padre„. Combinaba sus paradas detrás de los árboles y de los pedestales de las estátuas con maquiavelismo profundo, para que le viese la jóven y el viejo no le pudiera ver. A veces permanecia inmóvil más de una hora detrás de Leonidas ó de Espartaco, con un libro abierto en la mano, por encima del que levantaba la vista en direccion á la hermosa jóven, la que volvia hácia él su perfil encantador, sonriendo vagamente. Hablando natural y tranquilamente con el viejo cano, apoyaba sobre Mario los rayos misteriosos de su mirada virginal y apasionada. Antigua é inmemorial habilidad, que Eva sabia tener desde el primer dia del mundo y que sabe toda mujer desde el primer dia de su vida. Su boca contestaba al anciano y su mirada respondia al jóven.

Preciso es, sin embargo, creer que el señor Blanco se habia apercibido, porque con frecuencia, al ver á Mario, se levantaba y echaba á andar. Abandonó su sitio de costumbre y escogió en el extremo opuesto de la alameda el banco inmediato al Gladiador, para ver sin duda si Mario tambien los seguia allí.

Mario no comprendió aquella treta y cometió esta falta. "El padre„ desde entonces no fué ya tan puntual al paseo y no llevaba todos los dias á su hija. Algunas veces iba solo; cuando esto sucedia Mario se marchaba y cometia otra falta.

Mario no se fijaba en estos síntomas. Desde la fase de la timidez habia pasado por progreso lógico á la fase de la ceguedad. Su amor crecia; soñábale todas las noches, y además tuvo una dicha inesperada, que fué como echar aceite en el fuego; redobló la oscuridad alrededor de su vista.

Una tarde, al anochecer, encontró en el banco que el señor Blanco y su hija acababan de abandonar un pañuelo, sencillo y sin bordados, pero blanco y fino, y que le pareció que exhalaba inefables perfumes. Apoderóse de él con entusiasmo. El pañuelo estaba marcado con las letras U. F.; Mario no sabia de la hermosa jóven ni el nombre ni el domicilio, ni conocia su familia; estas dos letras eran la primera noticia que adquirió de la desconocida, iniciales que le hicieron formar conjeturas en el acto. La U era indudablemente la inicial del nombre. Ursula! pensó que debia llamarse. Hermoso nombre! Besó el pañuelo, le aspiró, le puso sobre el corazon durante el dia y por la noche en los labios para dormirse así con él.

—Aspiro con él toda su alma! exclamaba.

El pañuelo era del anciano, que le dejó caer del bolsillo.

Los dias siguientes al del hallazgo, Mario se presentó en el Luxemburgo besando el pañuelo y estrechándole contra su corazon.

La hermosa jóven no comprendia aquella pantomima y él pretendia que lo comprendiese así por medio de imperceptibles señas.

—Es muy pudorosa! exclamaba Mario.

## VIII.

### Hasta los inválidos pueden ser felices.

Ya que hemos pronunciado la palabra pudorosa y ya que nada ocultamos, debemos decir que una vez, esto no obstante, experimentó Mario, á través de un éxtasis, de parte de "Ursula„ un agravio sério. Era uno de los dias que la jóven hacia que el señor Blanco se levantara del asiento y que paseara con ella por la alameda. Fresca brisa de Mayo agitaba los plátanos. El señor Blanco y su hija, apoyada en el brazo de aquel, pasaron por delante del banco de Mario, el que lo abandonó en seguida y los siguió con la vista, como convenia á la situacion en que se encontraba su espíritu.

De pronto una ráfaga de viento, más alegre y juguetona que las otras, encargada sin duda de los asuntos de la primavera, voló desde el Vivero, se abatió sobre la calle de árboles, envolvió á la jóven en delicioso extremecimiento digno de las ninfas de Virgilio y de los faunos de Teócrito y la levantó el vestido, aquel vestido sagrado como la túnica de Isis, hasta la altura de la liga, y enseñó desnuda una pierna de exquisita forma. Mario la vió y le exasperó y le puso furioso ese espectáculo.

La jóven se bajó con rapidez el vestido con gracioso movimiento de susto; pero no por eso se indignó menos Mario. Es verdad que estaba él solo en la alameda, pero podia haber habido gente.—Si lo hubiera visto alguno seria un bochorno, pensaba Mario.

La hermosa jóven no pudo impedirlo; el criminal fué el viento; pero Mario, en el que rugia el Bartolo que hay en todo querubin, estaba determinado á enfadarse, y sentia celos hasta de su sombra. De este modo se despiertan en el corazon humano y se imponen, hasta sin derecho, los acres y extraños celos de la carne. Además, y prescindiendo de los celos, la vista de la hermosa pierna no le fué agradable: la media blanca de la primera mujer que hubiese encontrado al paso le hubiera causado mayor placer.

Cuando "Ursula„ al llegar al extremo de la alameda, volvió á pasar con el señor Blanco por delante del banco, donde Mario estaba ya sentado, éste la dirigió una mirada irritada y feroz. La jóven hizo el movimiento de hombros y el arqueamiento de cejas que significan: "qué tendrá?„

Esta fué la "primera riña„ de Mario.

En este momento una persona atravesó la alameda. Era un inválido encorvado, viejo y cano, con uniforme de la época de Luis XV, que llevaba al pecho la cruz de San Luis de soldado, que le caia una manga del uniforme sin brazo dentro, y tenia una pierna de palo.

A Mario le pareció que aquel desdichado estaba extremadamente satisfecho; hasta le pareció que aquel viejo cínico, al pasar cojeando por su lado, le dirigió un guiño fraternal y alegre, como si la casualidad hubiera hecho que estuviesen en inteligencia y que hubiesen saboreado juntos alguna buena fortuna. ¿Qué motivos tenia para estar contento aquel despojo de Marte? ¿Qué habia pasado entre su pierna de palo y la de carne? Mario llegó al colmo de sus celos.—Tal vez estaba aquí y la ha visto! se dijo. Y le dieron tentaciones de exterminar al inválido.

Como con el tiempo todo se olvida, la cólera de Mario contra "Ursula„, por justa que fuese, se desvaneció. Acabó por perdonarla, pero necesitó hacer un esfuerzo y se manifestó resentido con ella tres dias.

Sin embargo, á pesar de todo esto y por causa de todo esto, la pasion de Mario crecia hasta rayar en la locura.

## IX.

### Eclipse.

Acabamos de saber que Mario descubrió ó creyó descubrir que la jóven se llamaba Ursula.

En el comer y en el amar, comiendo se abre el apetito. Saber que se llamaba Ursula, que fué mucho para él, era ahora ya poco. Mario en tres ó cuatro semanas devoró esa felicidad, y deseó otra; quiso averiguar dónde vivia.

Nuestro enamorado habia cometido dos faltas: la primera fué caer en la emboscada del banco del Gladiador y la segunda no quedarse en el Luxemburgo cuando iba allí solo el señor Blanco. Luego cometió la tercera falta, que fué seguir á Ursula.

Esta vivia en la calle del Oeste, en el sitio más solitario, en una casa nueva de tres pisos, de modesta apariencia.

Desde que Mario lo averiguó, añadió á la dicha de verla en el Luxemburgo la de seguirla hasta su casa.

Su apetito iba en aumento. Sabia su nombre, dónde vivia y quiso averiguar quién era.

Una noche, despues de seguir al padre y á la hija, cuando los vió desaparecer tras de la puerta-cochera, entró detrás de ellos y preguntó con audacia al portero:

—¿El que acaba de entrar es el señor del piso principal?

—No, respondió el portero. Es el inquilino del tercero.

Acababa de dar un paso; este triunfo, que consiguió con facilidad, le alentó.

—Interior ó exterior? preguntó Mario.

—La casa no tiene más que cuartos que dan á la calle.

—Qué profesion tiene ese caballero?

—Es rentista, es un señor excelente y muy caritativo, y aunque no es rico, dá mucho á los pobres.

—Cómo se llama? interrogó Mario.

El portero, mirándole con fijeza, le dijo:

—Sois acaso polizonte?

Mario salió de allí algo mohino, pero contento. Progresaba.

—Bien; ya sé que se llama Ursula, que es hija de un rentista y que vive en el piso tercero de la calle del Oeste.

Al dia siguiente el señor Blanco y su hija pasearon muy poco por el Luxemburgo, y aun era muy de dia cuando se marcharon. Mario los siguió hasta la calle del Oeste, como tenia por costumbre. Cuando llegaron á la puerta-cochera de la casa, el señor Blanco hiza pasar primero á la jóven; luego se paró, antes de atravesar el umbral, volvió la cabeza y miró fijamente á Mario.

Al dia siguiente ya no fueron á pasear al Luxemburgo y Mario les esperó en vano toda la tarde.

Al anochecer fué á la calle del Oeste, vió luz en las ventanas del tercer piso y se estuvo paseando debajo de ellas hasta que la luz se apagó.

Al dia siguiente tampoco fueron al Luxemburgo. Mario tambien esperó toda la tarde y luego se puso de centinela bajo las ventanas. Esto le entretenia hasta las diez de la noche. Apenas comia. La calentura alimenta al enfermo y el amor al enamorado. Así se pasaron ocho dias, durante los que el señor Blanco y su hija ya no volvieron á aparecer en el Luxemburgo. Mario hacia tristes pronósticos, y no se atrevia á espiar la puerta-cochera durante el dia. Se contentaba con ir de noche á contemplar la claridad rojiza de los cristales. Veia de vez en cuando pasar sombras por detrás de ellos y el corazon le latia entonces.

Al octavo dia, ó por mejor decir, á la octava noche ya no vió luz en las ventanas.—"Todavía están á oscuras, y sin embargo, ya es muy tarde. ¿Habrán salido?„ se dijo. Esperó hasta las diez, hasta las doce, hasta la una de la noche, pero ni se encendió luz detrás de las vidrieras, ni entró nadie en la casa. Mario se marchó de allí muy triste.

Al otro dia tampoco los vió en el Luxemburgo, como lo temia; al anochecer volvió á la casa. Tampoco habia luz en las ventanas: las persianas estaban cerradas y el tercer piso oscuro como boca de lobo.

Mario llamó á la puerta-cochera, entró y preguntó al portero:

—Está el señor del piso tercero?

—No vive aquí ya; mudó de domicilio, le contestó el portero.

Mario vaciló y preguntó con timidez:

—Desde cuándo?

—Desde ayer.

—Dónde se ha mudado?

—No lo sé.

—¿No dejó las señas de su nuevo domicilio?

—No.

El portero levantó la cabeza y conoció á Mario.

—Calla! exclamó, sois vos!... ¿Conque decididamente perteneceis á la policía?..

# LIBRO SÉPTIMO

## Patron Minette.

### I.

#### Las minas y los mineros.

Todas las sociedades humanas tienen lo que en lenguaje teatral se llama *el foso*. El suelo social está minado por todas partes, ya para el bien, ya para el mal. Estas obras están superpuestas; existen en ellas minas superiores y minas inferiores. Hay arriba y abajo, en ese oscuro subsuelo que se abre á veces bajo la civilizacion y que nuestra indiferencia y dejadez huellan á cada instante. La enciclopedia del siglo pasado fué una mina casi á cielo abierto. Las tinieblas, que fueron las sombrías incubadoras del cristianismo primitivo, solo esperaban la ocasion para hacer explosion en tiempo

de los Césares y para inundar de luz al género humano; porque en las tinieblas sagradas existe la luz latente.

Los volcanes están llenos de una sombra capaz de lanzar llamas. Toda lava empieza por ser oscuridad. Las catacumbas, donde se dijo la primera misa, no solo eran las cuevas de Roma, sino el subterráneo del mundo.

Hay debajo del edificio social la complicada maravilla de los sótanos, con escavaciones de todas clases. Allí se encuentran la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la económica y la revolucionaria. Allí cavan unos con la pica de la idea, otros con el número y otros con la cólera. Se llaman y se responden desde una catacumba á otra. Las utopias caminan bajo tierra por las galerías y se ramifican en todos los sentidos; se encuentran algunas veces y fraternizan. Juan Jacobo presta su piqueta á Diógenes y éste á su vez le presta la linterna. Otras veces se combaten unas á otras. Calvino riñe con Socin. Pero nada detiene ni interrumpe la tension de todas esas energías hácia su fin, ni la vasta actividad simultánea que vá y viene, sube, baja y vuelve á subir en aquellas oscuridades y que transforma lentamente lo superior desde bajo y lo exterior desde dentro; inmenso y desconocido hormiguero. La sociedad apenas sospecha que existe dicha excavacion, que le deja permanente la superficie y que le cambia las entrañas. Tantos pisos subterráneos suponen otros tantos trabajos diferentes, otras tantas extracciones diversas. ¿Qué sale de todas esas profundas simas? El porvenir.

Cuanto más se ahonda en el foso, más misteriosos son los trabajadores. Hasta el grado que el filósofo social sabe conocer, el trabajo es útil; más allá de este grado es dudoso y mixto, y más abajo llega á ser terrible. A cierta profundidad las excavaciones no son ya penetrables al espíritu de la civilizacion, porque traspasan el límite respirable del hombre, y en ellas solo es posible un principio de mónstruos.

Es extraña la escala descendente; cada uno de sus escalones corresponde á un piso, en el que la filosofía puede asentar el pié, y donde se encuentra á uno de esos obreros, unas veces divinos y otras veces deformes. Más abajo de Juan Hus se halla Lutero; más abajo de Lutero está Descartes; bajo de Descartes está Voltaire; bajo de Voltaire está Condorcet; bajo de Condorcet, Robespierre; bajo de Robespierre, Marat; bajo de Marat, Babeuf. Y así continúa. Más bajo aun, en el límite que separa lo indistinto de lo invisible, se divisan confusamente otros hombres sombríos, que acaso no existen todavía. Los de ayer son espectros, los de mañana son larvas. La vista del espíritu apenas los alcanza á distinguir. El trabajo embrionario del porvenir es una de las visiones del filósofo.

Es inaudita la silueta de un mundo en el limbo en estado de feto.

Saint-Simon, Owen y Fourier se hallan allí tambien en simas laterales.

Aunque cierto encadenamiento divino é invisible une entre sí y sin saberlo ellos mismos á todos los minadores subterráneos, que casi siempre se creen aislados y no lo están; sus trabajos son muy diversos, y la luz de unos contrasta con las llamaradas de otros. Unos son paradisíacos y otros trágicos. Pero cualquiera que sea el contraste que ofrezcan, todos estos trabajadores, desde el más alto hasta el más bajo, desde el más sábio hasta el más loco, tienen una semejanza, la del desinterés.

Marat se olvida de sí mismo, como Jesús. Presciden de ellos, dejan aparte su individualidad, y piensan solo en la humanidad. Tienden su mirada, y su mirada busca lo absoluto.

El primero tiene todo el cielo en los ojos, y el último, por enigmático que sea, tiene tambien en sus pupilas la pálida claridad del infinito. Respetemos á todo el que tiene por signo la pupila-estrella.

La pupila-sombra es el otro signo; en ella principia el mal. Ante el que tiene apagada la mirada meditad y temblad. El órden social tambien tiene sus mineros negros.

Se llega á profundizar en un punto en el que el ahondamiento es enterramiento y en el que la luz se apaga.

Por bajo de todas las minas que acabamos de indicar, más abajo de dichas galerías, más abajo del sistema inmenso, subterráneo y venenoso del progreso y de la utopia, mucho más dentro de la tierra, más bajo que Marat, más bajo que Babeuf, muchísimo más bajo, y sin relacion ninguna con los pisos superiores, se encuentra la última zapa, que es un sitio formidable. Es lo que designamos con el nombre de *foso*. Es el foso de las tinieblas. Es la cueva de los ciegos. *Inferi*. Es lo que comunica con los abismos.

## II.

### El bajo-fondo.

En él desaparece el desinterés. El demonio se bosqueja allí vagamente; cada cual trabaja para sí. El yo ciego aulla, busca, tantea y roe. El Ugolino social se encuentra en ese abismo.

Los espectros feroces que vagan por esas profundidades, casi bestias, casi fantasmas, no se ocupan del progreso social; desconocen la idea y la palabra y solo se cuidan de saciar el apetito individual. Son casi inconscientes y hay en su interior una especie de tabla rasa aterradora. Tienen dos madres que son madrastras: la ignorancia y la miseria. Tienen un guia, la necesidad, y por toda forma de satisfaccion el apetito. Son brutalmente voraces; es decir, feroces; no como el tirano, sino como el tigre. Del sufrimiento pasan estas larvas al crímen; filiacion fatal, engendro vertiginoso, lógica de la oscuridad.

Lo que se arrastra en el foso social no es la ahogada reclamacion de lo absoluto, es la protesta de la materia. El hombre se convierte allí en dragon. Tener hambre y sed es el punto de la partida; ser Satanás es el punto de la llegada. De esa caverna sale Lacenaire.

Acabamos de ver, hace poco, en el libro cuarto una de las regiones de la mina superior, de la gran zapa política, revolucionaria y filosófica. Allí, como hemos visto, todo es noble, puro, digno y honrado. Allí pueden equivocarse, y á veces se equivocan; pero el error es allí venerable, porque lleva envuelto en sí el heroismo. El conjunto del trabajo que allí se ejecuta se llama Progreso.

Hemos llegado ahora al momento de entrever otras profundidades, las profundidades repugnantes.

Existe bajo la sociedad, insistimos en ello, y existirá hasta el dia que se destruya la ignorancia, la gran caverna del mal.

Esta caverna es, de todas, la más baja, y es enemiga de todas. En ella reina el ódio. Esta cueva jamás conoció filósofo alguno; su puñal nunca sirvió para cortar una pluma. Su tizne negro no tiene relacion alguna con la negrura de la tinta. Jamás los dedos que se crispan en la oscuridad bajo aquel techo asfixiante han hojeado un libro ni desplegado un periódico. Babeuf era un explotador para Cartouche; Marat un aristócrata para Schinderhannes. Esa caverna tiene por objeto el hundimiento de todo.

De todo, inclusas las zapas superiores que ella execra. No solo mina en su horrible hormiguero el órden social actual; mina tambien la filosofía, la ciencia, el derecho, el pensamiento humano, la civilizacion, la revolucion y el progreso.

Esa caverna se llama robo, prostitucion, homicidio y asesinato. Es tinieblas y quiere ser caos. Su bóveda la mantiene la ignorancia.

Todas las otras minas, las de arriba, solo tienen un objeto; suprimir lo de abajo. A eso tienden por todos sus órgaganos á la vez, tanto por el mejoramiento social como por la contemplacion de lo absoluto: la filosofía y el progreso. Destruid la caverna de la Ignorancia y habreis destruido al topo del Crímen.

Condensemos en pocas palabras parte de lo que acabamos de decir. El único peligro social es la Oscuridad. Humanidad es identidad. Todos los hombres están formados del mismo barro. No existe diferencia alguna en el mundo en cuanto á la predestinacion. La misma sombra antes, la misma carne ahora, la misma ceniza despues; pero si la ignorancia se mezcla en la pasta humana, la ennegrece, y esta incurable negrura se apodera del interior del hombre y se convierte allí en el mal.

## III.

### Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnasse.

Desde 1830 á 1835 gobernaba el foso de Paris un cuaterno de bandidos, llamados Traga-mar, Suena-dinero, Babet y Montparnasse.

Traga-mar era un Hércules no clasificado.

Le servia de antro la alcantarilla del Arche-Marion. Tenia seis piés de estatura, pecho de mármol, piernas de acero, respiracion cavernosa, el torso de un coloso y el cráneo de un pájaro. Creíase ver en él al Hércules de Farnesio, vestido con pantalon de cutí y con blusa de veludillo. Traga-mar, por sus formas esculturales, hubiera podido domar mónstruos, pero le pareció mejor y más breve ser uno de ellos. Este hombre tenia frente estrecha, sienes anchas, menos de cuarenta años y pata de gallo en los ojos, pelo áspero y corto y barba de jabalí. Sus músculos solicitaban el trabajo y su estupidez lo rechazaba. Era una gran fuerza perezosa. Era asesino por

dejadez. Se le suponia criollo. En 1815 fué mozo de cordel en Avignon. Desde entonces se hizo bandido.

La diafanidad de Babet contrastaba con la corpulencia de Traga-mar. Babet era flaco y sábio. Era transparente, pero impenetrable; se transparentaban sus huesos, pero no sus pupilas. Referia que fué químico. Habia sido bufon en casa de Bobiche y payaso en casa de Bobino. Tambien representó vaudevilles en Saint-Mihiel. Era hombre intencionado, muy charlatan; subrayaba sus sonrisas y entrecomaba sus gestos. Se dedicaba á la industria de vender al aire libre bustos de yeso y retratos del jefe del Estado. Además era sacamuelas. Enseñó tambien fenómenos en las férias y fué dueño de un barracon, en el que puso este anuncio:—"Babet, artista dentista, miembro de varias academias; hace experimentos físicos en metales y en metaloides, extirpa los dientes y saca los raigones que dejan sus colegas. Precio: por una muela, franco y medio; por dos muelas, dos francos, etc. Aprovechad la ocasion„.—(Aprovechad la ocasion queria decir en este caso: Dejaos arrancar todas las muelas posibles.) Fué casado y tuvo hijos, pero no sabia qué era de éstos ni de su mujer. Los perdió como se pierde un pañuelo. Como á escepcion rara en el mundo en que vivia, Babet leia periódicos. Un dia, viviendo aun con su familia en el barracon, leyó en el *Mensajero* que una mujer habia dado á luz un niño viable, que tenia hocico de ternera, y exclamó:—*Qué fortuna! Mi mujer no tendrá el talento de darme un hijo por ese estilo.*

Despues lo abandonó todo para "trabajar en Paris„, segun él decia.

Suena-dinero vivia de noche; esperaba para salir que el cielo se oscureciera. Por la noche salia de su agujero, al que volvia antes de amanecer. Pero nadie sabia dónde tenia su agujero. Vivia de noche y hablaba con sus cómplices volviéndoles las espaldas. Solia decir yo me llamo Nadie, porque no tenia nombre ni apellido: *Suena-dinero* era un mote. En cuanto veia una luz, se ponia una careta. Era ventrílocuo, vago, errante y terrible. Desaparecia como un fantasma y aparecia como por escotillon.

Montparnasse era casi un niño, pero era un sér lúgubre. Aun no habia cumplido veinte años: era de linda cara, de labios parecidos á cerezas, de hermoso pelo negro y de ojos penetrantes; le dominaban todos los vicios y aspiraba á todos los crímenes. El digerir lo malo le abria el apetito á lo peor. Era el pilluelo convertido en ladron y el ladron convertido en bandido. Era afeminado y garboso, pero feroz. Llevaba el ala del sombrero levantada hácia la izquierda, para dejar descubierto el mechon de pelo rizado que exigia la moda de 1829. Vivia de lo que robaba violentamente. Su levita raida estaba bien cortada; era una especie de figurin entregado á la miseria y que cometia toda clase de crímenes, porque la causa de todos los atentados de este adolescente era el deseo de ir bien vestido. La primera modista que le dijo: "Eres guapo„, le imprimió en el corazon la mancha de las tinieblas, é hizo un Cain de este Abel. Al creerse hermoso quiso ser elegante; la primera elegancia es la ociosidad, y la ociosidad del pobre es el crímen. Habia pocos ladrones tan temidos como Montparnasse. A los diez y ocho años habia dejado ya tras sí algunos cadáveres.

## IV.

### Composicion de la banda.

Estos bandidos formaban entre los cuatro una especie de Proteo, que serpenteaba al través de la policía y que se libraba de las miradas indiscretas de Vidog, prestándose mútuamente unos á otros sus nombres y sus guaridas, protegiéndose, siendo cajas de secretos y asilos recíprocos, deshaciéndose de sus personalidades, como el que se quita la nariz postiza en un baile de máscaras; simplificándose unas veces, hasta el extremo de no ser más que uno, y otras multiplicándose, hasta el punto de hacer creer al mismo Latour que eran una turba.

Estos cuatro hombres componian una especie de ladron misterioso de cuatro cabezas, que aterraba á Paris; eran el pólipo monstruoso del mal que habitaba en la cripta de la sociedad.

Gracias á lo ramificados que estaban y á la red subyacente de sus relaciones, Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnasse tenian á su cargo la empresa general de los crímenes del departamento del Sena. Ejercian sobre el transeunte el golpe de Estado de abajo. Los que concebian ideas de este género, los hombres de imaginacion nocturna, se dirigian á ellos para ejecutarlas. Suministraban á estos cuatro bribones el argumento y ellos se encargaban de la

ejecucion. Trabajaban como en un teatro. Siempre estaban preparados para alquilar un personal proporcionado y conveniente para los atentados que necesitasen ayuda y fuesen suficientemente lucrativos. Cuando un crímen buscaba brazos, se subarrendaban cómplices. Tenian á sus órdenes una compañía de actores de tinieblas para todas las tragedias de caverna.

Se reunian habitualmente al anochecer, que era la hora de despertarse, en las llanuras inmediatas á la Salpetriere, y allí conferenciaban.

Tenian ante ellos doce horas negras y arreglaban el modo de emplearlas.

*Patron-Minette* era el nombre que en la circulacion subterránea se daba á la asociacion de dichos cuatro hombres. En el antiguo lenguaje popular fantástico, que diariamente vá perdiéndose, *Patron-Minette* significa en francés la madrugada, como *Entre chien y coup* significa el anochecer. El apelativo *Patron-Minette* procedia probablemente de la hora á que terminaban su trabajo, pues la del alba es la de desaparecer los fantasmas y la de separarse los bandidos. Por esa rúbrica eran conocidos aquellos cuatro hombres. Cuando el presidente del Tribunal del Crímen visitó á Lacenaire en la prision, le habló de una fechoría que el bandido negaba, y le preguntó:—Pues quién la ha cometido? Lacenaire dió esta respuesta, enigmática para el magistrado, pero clara para la policía: —Tal vez Patron-Minette.

Muchas veces se adivina el argumento de una obra dramática con la simple exposicion de los personajes; pues lo mismo se puede apreciar una banda por la lista de los bandidos. Véase, ya que sus nombres sobrenadan en memorias especiales, á qué apelativos respondian los principales afiliados del Patron-Minette:

Panchaud (a) Primaveral.
Brujon (habia una dinastía de este apellido).
Bouletruelle (el peon caminero que ya conocemos).
La viuda.
Finisterre.
Homero-Hogn, negro.
Martes-derroche.
Estafeta.
Fauntleros (a) la Ramilletera.
Glorioso, presidiario cumplido.
Para-coches (a) señor Dupont.
Lesplanade.
Pomssagrive.
Carmagnolet.
Kruideniers (a) Bizarro.
Traga-encaje.
Volatinero.
Demiliard (a) Millonario, etc. etc.

Omitimos otros y no de los peores. Dichos nombres tienen rostros; no solo expresan séres, sino especies. Cada uno de los nombres corresponde á una variedad de los deformes hongos de las capas inferiores de la civilizacion.

Esos séres ocultos no se ven transitar por las calles. Durante el dia, cansados de pasar noches feroces, se iban á dormir, ya en hornos de yeso, ya en las canteras abandonadas de Montmartre ó de Montrouge, y algunas veces en las alcantarillas, y se agazapaban en sus huroneras.

Qué se han hecho esos hombres? Siempre existen: siempre han existido. Horacio habla ya de ellos: *Ambubaiarum collegia, pharmacopolæ, mendici, mimæ*; y mientras la sociedad sea lo que es, ellos serán lo que son. Bajo el oscuro techo de su caverna renacen contínuamente de las filtraciones sociales. Vuelven á aparecer como espectros, siempre idénticos, solo que no usan los mismos nombres ni se cubren con las mismas pieles. Se extirpan los individuos, pero subsiste la tribu; conservan las mismas facultades del truhan y el vago; la raza se mantiene pura. Adivinan el dinero en los bolsillos y huelen los relojes en los chalecos, porque el oro y la plata tienen para ellos olor. Hay ciudadanos sencillos, de quienes se puede decir que están predestinados á ser víctimas del robo, y los rateros les siguen pacientemente. Al ver pasar un extranjero ó un provinciano, se extremecen como arañas.

Estos hombres son espantosos cuando se los descubre hácia la media noche en una calle desierta. No parecen hombres, sino formas creadas de bruma viviente. Diríase que habitualmente forman cuerpo con las tinieblas, que no se distinguen de éstas, que no tienen más alma que la sombra, y que solo por un momento y para vivir durante él vida monstruosa se desprenden de la noche.

¿Qué se necesita para desvanecer estas larvas? Luz, mucha luz; derramar la luz á torrentes.

No hay murciélago que pueda resistir la claridad del alba.

Iluminad la sociedad por abajo.

# LIBRO OCTAVO

## El mal pobre.

### I.

**Buscando Mario una jóven con sombrero, encuentra un hombre con gorra.**

Pasó el verano, despues el otoño y llegó el invierno. Ni el señor Blanco ni la jóven volvieron á pasear por el Luxemburgo.

Mario pensaba exclusivamente en volver á ver el rostro interesante de "Ursula„, y la buscaba sin cesar por todas partes. Mario no era ya el soñador entusiasta, el hombre ardiente y firme, el arriesgado provocador del destino; el cerebro que amontonaba porvenir sobre porvenir, con la imaginacion llena de planes y de proyectos; era un perro perdido. Quedó sumido en inconsolable tristeza; todo habia concluido para él. Le repugnaba el trabajo, le cansaba el paseo, le fastidiaba la soledad.

La naturaleza, tan llena para él, en otro tiempo, de luz, de horizontes, de consejos y de enseñanzas, se le presentaba vacía ante sus ojos. Todo lo que antes vió en ella le parecia disipado ahora.

Continuaba meditando, porque no podia hacer otra cosa; pero ya no le proporcionaban placer sus pensamientos, y á todo lo que éstos le proponian contestaba él en voz baja:—Y para qué?...

Se reprendia á sí mismo muchas veces:

—Por qué la habré seguido? ¡Era feliz solo con verla! Me miraba y sus miradas me hacian dichoso. Parecia que me amaba. Podia yo desear más? He querido avanzar y todo lo he perdido. Cometí faltas y mia es la culpa, etc. etc.

Courfeyrac, al que nada confiaba, porque obrar así era propio de su carácter, empezó por felicitarle por su amor, asombrándose; pero viendo despues sumergido á Mario en aquella melancolía, concluyó por decirle:

—Veo que eres sencillamente un imbécil. Vente conmigo al baile de la Chaumiere.

Un dia en que brillaba un hermoso sol de Setiembre, Mario dejó que le llevasen al baile de Sceaux Courfeyrac, Bossuet y Grantaire, creyendo, qué delirio! que allí la encontraria tal vez.

Como era de esperar, Ursula no estaba en el baile.

—Sin embargo, decia Grantaire aparte, aquí se encuentran todas las mujeres perdidas.

Mario dejó á sus amigos en el baile y salió de él solo, cansado, febricitante, aturdido por el ruido y por el polvo que producian los alegres carruajes, llenos de gentes gozosas que volvian de la fiesta cantando, y que pasaban por su lado, mientras él, desanimado, aspiraba, para refrescar la cabeza, el acre olor de los nogales del camino.

Desde entonces aun vivió más solitario, más embebido en su angustia interior, yendo y viniendo en su melancolía, como el lobo en la trampa, buscando por todas partes al objeto de su cariño, perdidamente enamorado.

Otro dia tuvo un encuentro que le produjo efecto singular. Vió en las callejuelas próximas al boulevard de los Inválidos á un hombre, vestido como un obrero, con gorra de gran visera, de la que salian algunos mechones de cabellos blancos. Mario quedó sorprendido de la belleza de dichos cabellos y examinó á aquel hombre, que andaba con lentitud y como absorbido por pensamientos dolorosos, y creyó reconocer en él al señor Blanco. Aquellos eran sus cabellos, aquel su contorno, aquel su aspecto, pero más triste que en tiempos anteriores. ¿Por qué vestia como un trabajador? ¿Qué significaba ese disfraz? Mario se quedó asombrado. Cuando recobró la serenidad, su primer impulso fué seguirle y quizás su rastro le conduciria adonde deseaba. De todos modos le era conveniente ver de cerca á aquel hombre y aclarar aquel enigma. Pero esta idea le ocurrió tarde; el hombre habia ya desaparecido. Sin duda se internó en alguna de las calles laterales y Mario no pudo alcanzarle. Este encuentro le tuvo pensativo algunos dias; despues lo olvidó.—"Será acaso algun hombre que se le parece„, decia.

### II.

**Hallazgo.**

Mario seguia viviendo en la casucha Gorbeau, en la que no hacia caso de nadie. Entonces no habia ya en el caseron más vecinos que él y la familia Jondrette, á la que una vez pagó el alquiler, sin haber hablado nunca con el padre ni con la madre ni con las hijas.

Los demás inquilinos, ó habian muerto, ó habian mudado de casa, ó los habian echado de allí por no pagar.

Un dia de aquel invierno salió un momento el sol despues de las doce; era el 2 de Febrero, es decir, el dia de la Candelaria, en el que el sol traidor, precursor de un frio de seis semanas, inspiró á Mateo Lacusberg estos dos versos, que justamente pasan por clásicos:

*Qu'il luise on qu'il luiserne,*
*L'ours rentre en sa caverne.* (1)

Mario acababa de salir de la suya al caer la noche. Era la hora en que acostumbraba á comer, y le impulsaba á este acto la necesidad.

Oh, debilidad de las pasiones ideales!

Acababa de pasar el umbral de su puerta, que estaba barriendo la tia Bougon, la que murmuraba este memorable monólogo:

—Hoy nada se encuentra barato, todo está caro. Solo están baratos en el mundo los trabajos y las penas.

Mario subia con lentitud por el boulevard hácia la barrera, con la intencion de llegar á la calle de Santiago: iba cabizbajo y pensativo.

De repente le dieron un empujon: se volvió y vió que dos jóvenes haraposas, una alta y delgada y otra más baja, pasaron con rapidez sofocadas, asustadas y huyendo; venian hácia él, no le vieron y le tropezaron al paso. Mario distinguió á la luz crepuscular sus figuras lívidas, sus cabezas despeinadas, sus horribles garras y sus piés descalzos. Sin dejar de correr iban hablando. La mayor decia en voz baja:

—Los corchetes vinieron; por poco me trincan.

La otra respondió:

—Los ví... y me afufé.

Mario comprendió que los gendarmes ó los agentes de policía trataron de prender á las dos muchachas y que ellas consiguieron escaparse.

Se internaron por entre los árboles del boulevard, que estaban detrás de Mario, y en la oscuridad formaron un rato una sombra blanquecina que luego desapareció.

Mario se paró. Cuando iba á continuar su camino vió á sus piés, en tierra, un paquetito; se bajó y lo cogió. Era un sobre bastante abultado y lleno de papeles al parecer.

—¡Esas desgraciadas le habrán dejado caer! dijo.

Volvió atrás, las llamó, pero ni las encontró ni le contestaron; estaban ya sin duda muy lejos. Se metió el paquete en el bolsillo y se fué á comer.

En su camino encontró, en el paseo de Monfetard, un ataud de niño, tapado con un paño negro, colocado sobre tres sillas y alumbrado por una vela. Recordó á las dos jóvenes que acababa de ver.

—Pobres madres! exclamó. Hay algo más triste para ellas que ver morir á los hijos, y es verlos llevar mala vida.

Despues las sombras que distraian su tristeza se disiparon en su imaginacion y volvió á recaer en sus habituales meditaciones. Recordó los seis meses de amor y de felicidad que habia pasado al aire libre en plena luz entre los hermosos árboles del Luxemburgo.

—Qué triste es ahora la vida para mí! se decia. Se me aparecen siempre las mujeres jóvenes; pero antes me parecian ángeles y ahora me parecen abismos.

## III.

### Cuatro cartas.

Cuando se estaba desnudando para acostarse se encontró en el bolsillo de la levita el paquete que habia recogido en el boulevard y que ya habia olvidado. Creyó que debia abrirlo, porque tal vez en el paquete constasen las señas del domicilio de aquellas jóvenes, si realmente era suyo, y si no lo era, quizás encontrara en él los indicios necesarios para restituirlo á su dueño.

Rompió el sobre, que no estaba pegado y que contenia cuatro cartas, que no estaban cerradas tampoco. Las cartas exhalaban repugnante olor de tabaco.

La primera iba dirigida:

"*A la señora marquesa de Grucheray, plaza de enfrente de la Cámara de Diputados, número...*„

Mario creyó encontrar en esta carta las indicaciones que buscaba, y no estando cerrada, pensó que podia leerse sin ningun inconveniente.

Estaba concebida en estos términos:

"Señora Marquesa:

„La virtud de la clemencia y de la compasion es la que une más estrechamente á la sociedad. Dad salida á vuestros cristianos sentimientos y dirigid una mirada de compasion á este desgraciado español, víctima de su lealtad y fideli-

(1) Que él brille ó que no brille, el oso entra siempre en su caverna.

dad á la causa sagrada de la legitimidad, que ha sellado con su sangre, y á la que consagró su fortuna, y por eso se encuentra hoy en la mayor miseria. No duda que vuecencia le concederá un socorro que conserve la existencia penosísima para un militar de honor y bien educado y acribillado de heridas. Este desgraciado cuenta de antemano con la humanidad que os distingue y con el interés que á la señora marquesa inspira una nacion desventurada. Su súplica no será vana y su agradecimiento durará toda la vida.

„Tengo el honor de ofrecer mis sentimientos respetuosos y ser

„Señora:

ALVAREZ, capitan español de caballería realista refugiado en Francia, que está de viaje para su patria y carece de recursos para ponerse en camino.„

No se incluian señas de ningun domicilio. Mario esperó encontrarlas en la segunda carta, cuyo sobre decia:

"*A la señora condesa de Montverdet, calle Cassete, núm. 9.*„

Mario leyó lo siguiente:

"Señora Condesa:

„Os escribe una desgraciada madre de familia con seis hijos, el menor de ocho meses. Estoy enferma desde el último parto, abandonada por mi marido desde hace cinco meses, sin recursos en el mundo y en la más horrorosa indigencia.

„Esperando en la señora condesa, tiene el honor de ser S. S. S.,

DE BALIZARD.„

Mario pasó á leer la tercera carta, que era petitoria como las anteriores. Decia así:

"*Señor Pabourgeot, elector, negociante, gorrero al por mayor, calle de San Dionisio, esquina á la calle de los Hierros:*

„Me tomo la libertad de dirigiros esta carta para rogaros que me concedais vuestras simpatías y para que os intereseis por un literato que ha presentado un drama en el teatro Francés. El argumento es histórico y la accion acaece en la Auvernia, en tiempo del Imperio; creo que el estilo de la obra es natural y conciso, y que puede tener algun mérito. Tiene versos cantábiles en cuatro escenas. Lo cómico, lo sério, lo imprevisto se mezclan en ella con la variedad de los caractéres, y un tinte de romanticismo, extendido ligeramente sobre todo el enredo, que camina misteriosamente y vá por entre peripecias sorprendentes al desenlace.

„Mi objeto principal es satisfacer el deseo que anima progresivamente al hombre de nuestro siglo, es decir, á la moda, que es caprichosa y extraña veleta que la hace cambiar cualquier viento.

„A pesar de ser una obra de estas cualidades, abrigo temores de que la envidia, el egoismo de los autores privilegiados, consigan mi exclusion del teatro, porque sé los disgustos que hacen pasar á los autores noveles.

„La justa reputacion de que gozais de protector ilustrado de los que se dedican á las letras, me dá valor para enviarle á mi hija para que le exponga la situacion precaria que atravesamos, sin pan y sin lumbre en este crudo invierno. Rogaros que admitais la dedicatoria de mi drama, es probaros que ambiciono colocarme bajo vuestra egida y honrar mis escritos poniendo vuestro nombre al frente de ellos.

„Si me honrais con una modesta ofrenda, me ocuparé en escribir una loa en verso para pagaros mi tributo de gratitud. Esta loa, que escribiré con entusiasmo, os la enviaré, antes de insertarla al principio del drama y antes de que se recite en la escena.

GENFLOT, *literato.*

„P. D. Aunque no sean más que dos francos.

„Perdonadme si os envio mi hija y no me presento yo en persona: tristes motivos de tocador no me permiten salir de casa...„

Mario abrió la cuarta carta, cuyo sobre decia: "*Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas*„, y contenia las siguientes líneas:

"Hombre bienhechor:

„Si os dignais venir acompañado de mi hija, vereis una gran calamidad y os enseñaré mis certificados. Al leerlos, vuestra alma generosa se convencerá con sentimiento de sensible benevolencia, porque los verdaderos filósofos experimentan siempre vivas emociones.

„Convenid conmigo, hombre compasivo, que es menester experimentar la necesidad más cruel y que es dolorosísimo, para conseguir algun consuelo, atestiguarlo con documentos, como si uno no fuese libre para padecer ó para morir de inanicion, esperando que socorran nuestra miseria. El destino es fatal para unos y pródigo para otros.

„Espero vuestra visita ó vuestro so-

corro, si os dignais darle, y os ruego que recibais mis respetuosos sentimientos.

P. FABANTOU, *artista dramático.*„

Despues de leer las cuatro cartas se quedó Mario tan poco enterado como antes. En ninguna ponia ningun firmante la direccion de su casa. Parecia que debian ser de cuatro individuos diferentes, pero ofrecian la particularidad de estar escritas por la misma mano.

De lo que podia deducirse que provenian de la misma persona. Lo que daba más verosimilitud á esta sospecha era que las cuatro cartas estaban escritas en el mismo papel grueso y amarillento, olian todas á tabaco, y aunque trataron de dar variedad al estilo, campeaban en ellas las mismas faltas de ortografía, y el literato Genflot cometia tantas faltas como el capitan español Alvarez.

Mario creyó que era inútil esforzarse en adivinar misterio tan poco importante para él, y que á no ser un hallazgo hubiera tomado por una burla: nuestro enamorado estaba demasiado triste para que le halagara esta broma de la casualidad y para prestarse á este juego; pues le parecia que estaba jugando á la gallina ciega entre las cuatro cartas que se burlaban de él.

Nada hacia presumir, por otra parte, que las cartas perteneciesen á las muchachas que encontró en el boulevard y que eran papeles sin ningun valor, por lo que Mario volvió á meter las cartas en el sobre, las echó en un rincon y se acostó.

A las siete de la mañana del siguiente dia, á poco de levantarse y de haberse desayunado, iba á ponerse á trabajar, cuando llamaron suavemente á la puerta.

Como nada poseia, solo quitaba la llave de la puerta cuando se ocupaba de algun trabajo que le corria mucha prisa; hasta cuando salia de casa dejaba la llave en la cerradura.—Cuidado que os van á robar, le decia la tia Bougon.—Se llevarian chasco, contestaba Mario.—Sin embargo, un dia le robaron un par de botas viejas, sin duda para comprobar la prevision de la tia Bougon.

Dieron á la puerta otro golpe tan suave como el primero.

—Adelante, dijo Mario.

Abrióse la puerta.

—Qué quereis, tia Bougon? preguntó Mario sin levantar la vista de los libros y de los manuscritos que tenia en la mesa.

Una voz, que no era la de la tia Bougon, respondió:

—Dispensadme, caballero...

Era una voz sorda, cascada, áspera; voz de viejo, enronquecida por el aguardiente y los licores. Mario volvió entonces la cabeza y vió á una jóven.

## VI.

### Una rosa en la miseria.

En efecto, una jóven estaba de pié en el hueco de la puerta entreabierta. La claraboya de la buhardilla estaba situada precisamente enfrente de ésta é iluminaba el rostro de la muchacha con lívido resplandor. Era una criatura flaca, consumida, descarnada, y no llevaba más que una mala camisa y un vestido para cubrir su helada y temblorosa desnudez. Hacia las veces de cinturon un bramante, y otro le servia para atarse el pelo; los puntiagudos hombros sobresalian de la camisa; tenia palidez linfática, clavículas terrosas, manos amoratadas, boca entreabierta y desfigurada por algunos dientes que le faltaban; vista mate, audaz y baja; las formas abortadas de la jóven y las miradas de la vieja corrompida; cincuenta años mezclados con quince. Era uno de esos séres que son débiles y horribles á la vez y que hacen extremecer á los que no hacen llorar.

Mario se levantó y se quedó contemplando con estupor á aquel sér, casi semejante á las formas de las sombras que vé en sueños la fantasía.

Era doloroso considerar que aquella jóven no habia venido al mundo para ser fea. En su niñez debió haber sido hasta linda. Las gracias de la edad luchaban en ella todavía con la horrible y anticipada vejez de la disolucion y de la pobreza. El resto de la hermosura moria en aquel semblante de diez y seis años, como el pálido sol que se apaga entre tenebrosas nubes durante el alba de un dia de invierno.

Su fisonomía no era absolutamente desconocida para Mario. Creia recordar haberla visto en alguna parte.

—Qué es lo que quereis? preguntó el jóven.

—Traigo una carta para vos, señor Mario, contestó la muchacha con su voz de presidiario ébrio.

Al oirla pronunciar su nombre no dudó

Mario que iba en su busca aquella mujer. Pero quién era? Esta, sin esperar á que la hiciese pasar adelante, se entró en la habitacion resueltamente, examinando con cierta seguridad que oprimia el corazon todo el cuarto y la cama deshecha. Iba descalza, y grandes agujeros de su vestido dejaban ver sus largas piernas y sus rodillas flacas. Estaba tiritando.

Llevaba en la mano una carta, que entregó á Mario. Este, al abrirla, observó que la oblea era enorme y estaba aun húmeda. El mensaje no debia venir de lejos. Rompió el sobre y leyó lo siguiente:

"Mi estimado vecino:

„Supe las bondades con que me habeis favorecido y que pagásteis mi alquiler hace seis meses.

„Os bendigo, jóven. Mi hija mayor os referirá que estamos sin poder comer ni un pedazo de pan hace dos dias cuatro personas y que tengo enferma á mi mujer. Si no me engaña el corazon, creo que puedo esperar de vuestra generosidad que os humaniceis á la vista de este espectáculo y que me seais propicio, dignándoos prodigarme algun socorro.

„Soy con la distinguida consideracion que se debe á los bienhechores de la humanidad,

„Vuestro servidor,

JONDRETTE.

„P. D. Mi hija esperará vuestras órdenes.„

Esta carta, aparecida durante la aventura que ocupaba la imaginacion de Mario desde la noche anterior, fué como una luz que penetra en una cueva.

Aquella carta venia por el mismo conducto que las otras cuatro; tenia igual letra, igual estilo, la misma ortografía, el mismo papel y el mismo olor de tabaco. En las cinco misivas, en las cinco historias, en los cinco nombres, solo habia un solo firmante. El capitan Alvarez, la tia Balizard, el literato Genflot y el cómico Fabantou se llamaban Jondrette, si es que Jondrette verdaderamente se llamaba así.

Hacia ya mucho tiempo que Mario vivia en el caseron Gorbeau; pero, como ya dijimos, pocas, rarísimas veces tuvo ocasion de ver, ni aun de entrever, su ínfima vecindad. Su imaginacion estaba en otra parte, y donde está la imaginacion está la mirada. Más de una vez debió cruzarse con los Jondrette en el corredor ó en la escalera; pero para él no fueron más que sombras, ni reparó en ellos. Tampoco se fijó en que la víspera habia tropezado en el boulevard con las hijas de Jondrette, aunque sin conocerlas, porque eran ellas; y con mucho esfuerzo, la que acababa de entrar en su cuarto despertó en él un vago recuerdo de haberla visto en otra parte.

Pero ahora todo lo veia claro. Comprendió que su vecino Jondrette se dedicaba á la industria, valiéndose de su miseria, de explotar la caridad de las personas benéficas, proporcionándose la direccion de sus domicilios, y escribia cartas, bajo nombres supuestos, á los sugetos que juzgaba ricos y caritativos, cartas que sus hijas entregaban de su cuenta y riesgo, porque habia llegado á ser un padre que se atrevia á arriesgar á sus hijas; jugaba una partida con el destino y sus hijas eran la apuesta. Mario comprendia, juzgando por la fuga precipitada de éstas la noche anterior, por su terror y por la jerga de sus palabras, que las desgraciadas desempeñaban además algunos oficios sombríos, y que de todo esto resultaban, en medio de la sociedad humana, dos miserables séres, que no eran niñas, ni doncellas, ni mujeres, sino una especie de mónstruos impuros é inocentes, producidos por la miseria.

Tristes criaturas, sin nombre, edad ni sexo, para las que no son posibles ni el bien ni el mal, y que al salir de la infancia no poseen ya nada en el mundo: ni libertad, ni virtud, ni responsabilidad; almas que ayer se abrieron y hoy se marchitan, como las flores que caen á la calle, que se manchan con toda clase de lodos, hasta que llega una rueda y las aplasta.

Mientras Mario fijaba en la jóven sus miradas de admiracion y de piedad, aquella iba y venia por el cuarto con la audacia de un espectro. Se movia en todos los sentidos sin importarle nada su desnudez, y habia instantes en que la camisa rota y desgarrada se le caia hasta la cintura. Movia las sillas, desarreglaba los objetos de tocador, colocados sobre la cómoda; tocaba los trajes de Mario y rebuscaba lo que habia por los rincones.

—Calla! exclamó. Teneis espejo!

Como si estuviese sola, tarareaba coplillas de vaudeville y estribillos ligeros, que, cantados por su voz gutural y ronca, parecian lúgubres.

Tras su descaro se asomaba á veces cierto encogimiento y cierta inquietud y humillacion.

El descaro hay ocasiones en que se avergüenza.

Causaba tristeza verla andar de un lado á otro, ó por mejor decir, revolotear por el cuarto, haciendo los movimientos del pájaro que se asusta de la luz ó que tiene rota una ala, porque se comprendia que en esa jóven, en otras condiciones de educacion y de fortuna, su aire alegre y libre hubiera tenido más atractivo y más moderacion. Entre los animales, nunca el que nace para paloma se convierte en garduña. Esto solo pasa entre los hombres.

Mario se quedó muy pensativo y la dejaba hacer.

Aproximándose á la mesa, exclamó:

—Ah! teneis libros!

Cruzó un relámpago por las vidriosas pupilas de la jóven. Siguió hablando y su acento expresó el placer de poderse vanagloriar de algo, á cuyo placer no hay ninguna criatura que sea insensible:

—Yo tambien sé leer, dijo.

Tomando con ligereza el libro que estaba abierto sobre la mesa, leyó con bastante soltura: "... El general Bauduin recibió la órden de apoderarse, con los cinco batallones de su brigada, del palacio de Hougomont, que está en medio de la llanura de Waterlóo...„

Al llegar aquí suspendió la lectura.

—Ah! Waterlóo; le conozco. Eso fué una batalla de hace tiempo. Mi padre estuvo en ella, porque mi padre sirvió en el ejército imperial. En casa somos bonapartistas.

Dejando el libro tomó una pluma y añadió:

—Tambien sé escribir.

Mojó la pluma en el tintero y se volvió hácia Mario.

—Quereis verlo? Pues voy á escribir dos palabras para que lo veais.

Antes de que Mario pudiese contestar escribió en un pedazo de papel blanco que encontró en la mesa: *Los corchetes están ahí.*

Luego, arrojando la pluma, añadió:

—No hago faltas de ortografía; miradlo. Mi hermana y yo hemos recibido buena educacion. No siempre hemos sido lo que somos. No nos habíamos criado para...

No dijo más: fijó en Mario sus pupilas apagadas y soltó la carcajada, diciendo con entonacion que contenia todas las angustias ahogadas por todos los cinismos:

—Bah!

Y se puso á entonar esta cancion con aire alegre:

*Yo tengo hambre, padre,*
*y no hay más sopas;*
*tengo frio, madre,*
*y las medias rotas.*
*¡Tirita*
*Lolita!*

Cuando concluyó el canto, preguntó:

—¿Vais alguna vez al teatro, señor Mario? Yo voy de vez en cuando. Mi hermanito es amigo de los artistas y algunas veces me dá billetes. Pero no me gustan los asientos de galería. Allí se está mal. Vá allí mucha gente y á veces gente que no huele bien.

Luego, fijándose en Mario, adquirió aspecto extraño, y exclamó:

—¿Sabeis, señor Mario, que sois un guapo mozo?

Al mismo tiempo ocurrióseles á ambos la misma idea, que á ella la hizo sonreir y á él ruborizarse. La jóven se aproximó al inquilino del cuarto, púsole una mano sobre el hombro y añadió:

—No os habeis fijado en mí, pero yo sí que os conozco. Os suelo encontrar en la escalera y os veo entrar algunas veces en casa del tio Babeuf, que vive hácia la parte de Austerlitz, cuando paseo por allí. Os sienta muy bien el pelo rizado.

Procuraba suavizar la voz, pero no lo podia conseguir. Una parte de sus palabras se perdia en el trayecto de la laringe á los labios, como en un teclado al que le faltan notas.

Mario se apartó suavemente de ella.

—Señorita, le dijo con su fria gravedad, tengo en mi poder un paquete, que creo que os pertenece. Os lo voy á devolver.

La entregó el sobre que contenia las cuatro cartas. Palmoteó ella de contento y exclamó:

—No lo podíamos encontrar y lo hemos buscado por todas partes.

Lo tomó, y abriendo el sobre, continuó diciendo:

—¡Pues apenas lo hemos buscado mi hermana y yo! ¿Os lo encontrásteis en el boulevard, no es verdad? Se nos cayó en la calle cuando íbamos corriendo. La tonta de mi hermana cometió esa torpeza. Volvimos á casa sin él, y como no queríamos que nos pegasen, porque esto es completamente inútil, dijimos que habíamos entregado las cartas y que se habian negado á socorrernos. ¿En qué habeis conocido que son mias estas cartas? Ah, sí, en la letra! ¿Luego érais vos

con quien tropezamos anoche? Como estaba tan oscuro le pregunté á mi hermana:—Es algun caballero? y ella me respondió:—Me parece que sí.

Hablando, desplegó la peticion dirigida "al señor benéfico de la iglesia de Santiago de Haut-Pas„.

—Calla! exclamó. Esta carta es para ese viejo que va á misa á esta hora. Voy á llevársela. Tal vez nos dará algo y podremos almorzar.

Despues se echó á reir y añadió:

—¿Sabeis de lo que servirá el almuerzo de hoy si llegamos á almorzar? Nos servirá para almuerzo y comida de anteayer, para almuerzo y comida de ayer todo junto y de una vez esta mañana. ¡Pardiez, si esto no os satisface, reventad, perros!

Estas palabras hicieron recordar á Mario lo que aquella infeliz fué á buscar á su casa.

Registró el chaleco y encontró dinero en sus bolsillos.

La jóven continuaba hablando como si ignorase que Mario estaba allí:

—A veces salgo por la noche; otras veces no vuelvo á casa. Antes de vivir aquí, el invierno pasado vivíamos bajo los arcos de los puentes. Nos estrechábamos unos contra otros para no helarnos. Mi hermanita lloraba. El agua es muy triste, pero cuando intenté ahogarme me decia: No; no está muy fria. Salgo sola cuando quiero y duermo algunas veces en los fosos. Cuando voy de noche por el boulevard veo los árboles ahorquillados y las casas negras y grandes como las torres de Nuestra Señora, y me figuro que las paredes blancas son el rio, y me digo: Ahí está el agua. Las estrellas me parecen candilejas de iluminacion, y que arrojan humo y que el viento las apaga: me aturdo, como si caballos me resoplasen en los oidos; aunque sea de noche me parece que oigo organillos y telares y qué sé yo qué más. Creo que me tiran piedras, huyo sin saberlo, todo me dá vueltas, todo, todo. Cuando se está en ayunas se ven cosas muy raras.

Miró á Mario con aire espantado. Este, á fuerza de buscar y de rebuscar en los bolsillos, consiguió reunir seis francos; esto era todo su capital.

—Para mi comida de hoy, se dijo guardándose un franco; mañana ya veremos.

Los otros cinco francos se los entregó á la jóven. Esta recibió esa cantidad, exclamando con alegría:

—Bueno; hoy ya ha salido el sol!

Como si el sol hubiera tenido la propiedad de fundir en su cerebro torrentes de palabras en caló, prosiguió diciendo:

—Cinco francos! Trigo largo! sois un chavó de primera. Os beso los calcos. Dos dias de bureo. Llenaremos la coba, jamaremos de lo lindo con manró de lo blanco y peñascaró. Y viva el jaleo!

Subióse hasta los hombros la camisa, saludó con una seña familiar con la mano á Mario y se encaminó hácia la puerta, despidiéndose de este modo:

—Buenos dias, caballero; me voy á buscar al viejo.

Al paso vió en la cómoda una corteza de pan seco, que se enmohecia entre el polvo, se apoderó de ella y la mordió, murmurando:

—Cáspita! qué dura está; me vá á romper los dientes.

Luego salió del cuarto.

## V.

### El ventanillo de la Providencia.

Hacia cinco años que Mario vivia pobre, casi indigentemente, pero hasta entonces no advirtió que no habia conocido aun la verdadera miseria, que era la que acababa de ver. Era la larva que se escurrió ante su vista. El que solo ha visto la miseria del hombre no ha visto nada; es preciso que vea la miseria de la mujer: quien no ha visto más que la miseria de la mujer no ha visto nada tampoco; es preciso que vea la miseria de la jóven ó del niño.

Cuando el hombre llega al último extremo, llega tambien á los últimos recursos. ¡Desgraciados entonces los séres sin defensa que le rodean! Cuando le falta á la vez el trabajo, el salario, el pan, el fuego, el valor y la buena voluntad, la claridad del dia se apaga para él en el exterior y la luz moral en el interior; en esta oscuridad el hombre se encuentra con la debilidad de la mujer y del niño, y las doblega violentamente á todas las ignominias.

Entonces todos los horrores son posibles. La desesperacion está rodeada de frágiles barreras, que lindan con el vicio ó con el crímen.

La salud, la juventud, el honor, las santas y esquivas delicadezas de la carne, el corazon, la virginidad, el pudor, esas epidermis del alma, son siniestramente manoseadas por el tanteamiento incierto, que busca recursos y encuen-

tra el oprobio y se acomoda á él. Padres, madres, hijos, hermanas, hijas, se adhieren y se agregan, casi como una formacion mineral, en esa brumosa promiscuidad de sexos, de parentescos, de edades, de infamias y de inocencias. Se amontonan, pegados unos á otros, en un malhadado chiribitil, y en él se miran unos á otros lamentablemente. Los infelices están pálidos y tienen frio, como si habitasen un planeta más lejano del sol que el nuestro.

Aquella jóven fué para Mario como una emisaria de las tinieblas; le reveló el lado más espantoso de la noche.

Mario casi se reprochó sus sueños de delirio y de pasion, que le impidieron hasta aquel dia dirigir la mirada compasiva á sus vecinos. Haber pagado su alquiler fué un impulso maquinal, que todo el mundo podia sentir, pero Mario debia haber hecho algo más. Le separaba un tabique de aquellos séres abandonados que vivian sin luz de noche, fuera del resto de los vivientes, se codeaba con ellos; era en cierto modo el último eslabon del género humano que ellos tocaban, los oia vivir, ó mejor dicho, suspirar, y no se habia fijado en ellos!...

Su pensamiento estaba en otra parte; soñando visiones imposibles, amores aéreos, locuras; y sin embargo, séres humanos, hermanos suyos en Jesucristo, hijos del pueblo agonizaban á su lado; tenia parte en su desgracia, la agravaba... Porque si ellos hubiesen tenido otro vecino menos entregado á quimeras y más entregado al mundo real, un hombre ordinario, pero caritativo, indudablemente se hubiera fijado en la indigencia que tenia cerca de sí, y quizá desde hace tiempo hubiera salvado á aquellos infelices. Eran al parecer depravados, envilecidos y hasta odiosos; pero son muy raros los séres que caen sin degradarse. Hay, además, un punto en el que los infortunios y las infamias se mezclan y se confunden en una palabra fatal, en la de miserables; pero cuanto más profunda es la caida, la caridad debe ser mayor.

Mientras Mario se daba á sí mismo esta leccion de moral, erigiéndose en su propio pedagogo, reprendiéndose acaso más de lo que merecia, contemplaba la pared que le separaba de los Jondrette, y hubiera deseado que sus miradas hubiesen podido atravesar aquel tabique para reanimar á aquellos infelices. Formaba la pared una pequeña capa de yeso, que sostenian listones y traviesas, y como acabamos de decir, dejaba oir perfectamente las palabras y las voces del cuarto del lado. Era preciso ser tan soñador como era Mario para no haberlo notado hasta ahora. No habia papel ninguno pegado en la pared, ni por la una parte ni por la otra; estaba completamente desnuda la grosera construccion.

Mario, sin saber casi lo que hacia, examinaba la pared; algunas veces la meditacion observa y escudriña como lo haria el pensamiento. De pronto se puso en pié; acababa de notar en la parte alta, cerca del techo, un agujero triangular, que era el resultado de tres listones que dejaban un hueco entre ellos. Faltaba la masa que debia llenar dicho hueco, y subiéndose sobre la cómoda, por aquel agujero podia verse la buhardilla de los Jondrette. La conmiseracion tiene y debe tener su curiosidad. El agujero formaba una especie de trampilla. Es lícito mirar á traicion al infortunio cuando se lleva la intencion de socorrerle.— Veamos, pues, lo que son esas gentes y lo que hacen, pensó Mario. Escaló la cómoda, aproximó la vista al agujero y miró.

## VI.

### El hombre-fiera en su cueva.

Las ciudades, como los bosques, tienen sus antros, en los que se esconde todo lo que aquellas tienen de peor y de más temible. Solo que en las ciudades lo que así se oculta es feroz, inmundo y pequeño, es decir, feo, y en los bosques lo que se esconde es feroz, salvaje y grande, es decir, bello. Madrigueras por madrigueras, son preferibles las de las fieras á las de los hombres. Las cavernas valen más que los tabucos.

Lo que Mario veia era un tabuco.

Mario era pobre y en su cuarto se conocia; pero así como era noble su pobreza, su guardilla estaba limpia. El tugurio de Jondrette era abyecto, sucio, fétido y tenebroso. Tenia por todo mueblaje una silla de paja, una mesa coja, algunos tiestos viejos y dos tarimas indescriptibles en dos rincones. Solo entraba allí la claridad por una ventanilla de un pié en cuadro, con cuatro vidrios llenos de telas de araña. Entraba por allí la suficiente luz para que la cara del hombre pareciese faz de fantasma. Las paredes ofrecian aspecto leproso por su sinnúmero de costurones y de cicatrices, como

fisonomía desfigurada por alguna enfermedad horrible. Destilábase al través de ellas humedad legañosa, y se veian algunos dibujos obscenos groseramente delineados con carbon.

El cuarto que ocupaba Mario estaba embaldosado de ladrillos ya destrozados; el de Jondrette no estaba embaldosado ni enyesado; andaban los inquilinos sobre la primera trabazon de fábrica, que el roce de los piés habia enegrecido. En el suelo desigual, donde el polvo parecia incrustado y que poseia una virginidad —la de la escoba,—se agrupaban desordenadamente constelaciones de calzones viejos, de zapatos y de pingajos asquerosos. Aquel cuarto tenia chimenea, por lo que se pagaba de alquiler cuarenta francos cada año. En la chimenea habia de todo; una estufilla, una marmita, planchas rotas, trapos colgados en clavos, una jaula, ceniza y hasta un poco de lumbre de dos tizones, que humeaban tristemente.

Lo que aumentaba el horror de aquel desvan era su magnitud. Tenia cabos, ángulos, agujeros negros, camaranchones, bahías y promontorios. Allí se veian horribles é insondables rincones, en los que debian encastillarse arañas gordas como puños, correderas largas como el pié, y tal vez... tal vez séres humanos monstruosos.

Una de las dos tarimas estaba cerca de la puerta y la otra junto á la ventana. Las dos camas tocaban en la chimenea por uno de sus extremos y Mario las veia de frente. En un ángulo, próximo al agujero, donde aquel estaba de observacion, colgaba de la pared, en un cuadro de madera negra, un grabado iluminado, á cuyo pié se leia esta inscripcion: EL SUEÑO. Representaba una mujer dormida y un niño durmiendo tambien en el regazo de su madre; una águila en las nubes llevaba una corona en el pico, y la mujer apartaba la corona de la cabeza del niño, sin despertarse: en el fondo se veia á Napoleon en una gloria, apoyándose en una columna de azul oscuro y de capitel amarillo, adornada con esta otra inscripcion:

MARENGO.
AUSTERLITZ.
JENA.
WAGRAMME.
ELOT.

Bajo del cuadro, una especie de tablero de madera, más largo que ancho, estaba en el suelo, apoyándose en plano inclinado contra la pared. Era sin duda un cuadro vuelto del revés, un bastidor pintarrajeado por el lado opuesto, algun marco descolgado de la pared, olvidado y que esperaba que le volviesen á colgar.

Junto á la mesa, en la que Mario veia pluma, tintero y papel, estaba sentado un hombre de unos sesenta años, pequeño, flaco, lívido, huraño, de aire astuto, cruel é inquieto; un bribon redomado.

Si Lavater hubiera visto su fisonomía, hubiera encontrado en ella la del buitre y la del procurador confundidas, el ave de rapiña y el curial comunicándose su propia fealdad y completándose uno y otro, el curial haciendo ignoble al ave de rapiña y ésta haciendo horrible al curial.

El hombre susodicho llevaba barba gris muy larga. Se cubria con una camisa de mujer, que dejaba al descubierto su pecho velludo y sus brazos desnudos y erizados de pelos grises. Bajo la camisa se le descubria el pantalon enlodado y las botas, por cuyas puntas asomaban los dedos de los piés. Sostenia una pipa con los dientes y fumaba. No habia pan en la casa, pero sí que habia tabaco.

Escribia probablemente alguna carta como las que Mario habia leido.

En un ángulo de la mesa descansaba un tomo viejo, rojizo y desencuadernado, de la forma de antiguo dozavo de los gabinetes de lectura, que revelaba que era una novela. En la cubierta campeaba este título, impreso con letras grandes: DIOS, EL REY, EL HONOR Y LAS DAMAS, POR DUCRAY DUMINIL, 1814.

Mientras el hombre estaba escribiendo hablaba en alta voz, y Mario le oyó decir lo siguiente:

—No hay igualdad ni en la muerte! Véase sino el cementerio del padre Lachaise. Los grandes, los ricos, están en lo más alto, en la alameda de las acacias, que está empedrada. Se puede ir hasta allí en carruaje; á los pequeños, á los pobres, á los desgraciados, los entierran en la parte más baja, en las hoyas, en la tierra húmeda, en la que hay barro hasta las rodillas. Los meten allí para que se descompongan más pronto. No es posible visitarlos sin hundirse en tierra.

Paróse de pronto, dió un puñetazo en la mesa y añadió, rechinando los dientes:

—Ah! me comeria el mundo!

Una mujer obesa, que lo mismo podria tener cuarenta años que ciento, estaba acurrucada cerca de la chimenea sobre sus talones desnudos. No llevaba más ropa que camisa y vestido de punto, remendado con pedazos de paño viejo. El delantal, de tela gorda, le ocultaba la mitad del vestido; aunque estaba doblada y recogida, se conocia que era muy alta. Un jigante al lado de su marido. Sus cabellos rubios, que tiraban á rojos entrecanos, eran espantosos, y los removia de cuando en cuando con sus enormes manos y sus aplastadas uñas. En el suelo y á su lado estaba completamente abierto un tomo igual de tamaño al otro y que seria probablemente de la misma novela.

En una de las camas, Mario entreveia una muchachuela larguirucha, sentada, casi desnuda, con los piés colgando, y que tenia aspecto de no escuchar, de no ver y de no vivir. Representaba de once á doce años, pero examinándola con atencion se conocia bien que habia cumplido los catorce. Era la que la noche anterior acompañaba á su hermana por el boulevard. Pertenecia á esa clase de séres enfermizos que permanecen atrasados mucho tiempo y crecen luego casi de repente.

La indigencia es la que produce estas tristes plantas humanas. Criaturas semejantes no tienen niñez ni adolescencia. A los quince años aparentan doce, á los diez y seis veinte; hoy son niñas, mañana mujeres. Diríase que saltan la vida de un brinco para concluir más pronto.

En aquel momento dicha jóven parecia una niña.

Nada revelaba en aquella habitacion la presencia de algun trabajo; ni telar, ni rueca, ni instrumento de ninguna clase. En un rincon habia objetos de hierro de aspecto dudoso. Reinaba en en aquel cuarto la triste y sombría pereza que sigue á la desesperacion y que precede á la agonía.

Mario contempló durante algun tiempo aquel interior fúnebre, más espantoso que el interior de una tumba, porque en él se removia el alma humana y palpitaba la vida.

El desvan, la cueva ó el foso, desde los que los indigentes se arrastran en lo más bajo del edificio social, no es precisamente el sepulcro, pero es su antesala; y así como los ricos ponen de manifiesto sus mayores magnificencias á la entrada de sus palacios, así la muerte, que está cerca de la indigencia, ostenta sus grandes miserias en su vestíbulo.

El hombre callaba, la mujer tambien, la jóven ni aun respiraba, y se oia rechinar la pluma sobre el papel.

El hombre exclamó con rabia, sin dejar de escribir:

—Canalla! Canalla! Todo es canalla!

Esta variante al epifonema de Salomon: Vanidad, vanidad, etc., arrancó un suspiro á la mujer.

—¡Cálmate, querido mio, no vayas á caer enfermo! le dijo.

La miseria hace apretar unos cuerpos contra otros, como el frio, pero hace separar los corazones. Aquella mujer, segun todas las apariencias, debió amar á aquel hombre con la cantidad de amor de que era susceptible, pero probablemente habrian apagado su cariño las reconvenciones cuotidianas y recíprocas de la espantosa miseria que pesaba sobre el grupo. Solo debian quedar en ella las cenizas del afecto. Sin embargo, los apelativos cariñosos sobrevivieron, lo que sucede con frecuencia.

El hombre continuó escribiendo.

## VII.

### Estrategia y táctica.

Mario sentia oprimírsele el corazon é iba ya á abandonar el improvisado observatorio, cuando atrajo su atencion un ruido, que le retuvo en el sitio en que se encontraba.

La puerta del desvan se abrió bruscamente. La hija mayor apareció en el umbral. Llevaba zapatos de hombre gruesos, manchados de barro, y se cubria con una manta vieja hecha girones, que Mario no vió una hora antes, porque probablemente la dejaria á la puerta para inspirar más compasion, y sin duda la recogió al salir de casa. Entró la jóven y cerró la puerta tras ella; se detuvo para tomar aliento, porque venia muy fatigada, y luego gritó con la expresion de la alegría y del triunfo:

—Viene!

El padre la miró, la madre volvió la cabeza, la chicuela no se movió.

—Quién? preguntó el hombre.

—El caballero.

—El filántropo?

—Sí.

—El de la iglesia de Santiago?

—Sí.

—Un señor anciano?

—Sí.

—Dices que viene?

—Me sigue.

—Estás segura?

—Estoy segura; viene en un coche de alquiler.

—En coche! es un Rothschild!

El padre se levantó.

—Pero si viene en coche, ¿cómo has llegado á casa antes que él? ¿Le has dado bien la direccion? ¿Le has dicho claro que es la última puerta del fondo del corredor, á la derecha? No vaya á equivocarse. Le encontraste en la iglesia? Leyó mi carta? Qué ha dicho?

—Pues apenas me preguntas!... Ten paciencia y te lo diré. Me introduje en la iglesia; él estaba en el sitio de costumbre; le hice una reverencia, le entregué tu carta, la leyó y me preguntó:—¿Dónde vives, hija mia?—Yo le respondí: Yo os acompañaré, caballero.—No; dadme la direccion; mi hija tiene que hacer algunas compras; tomaré un carruaje, y llegaré á vuestra casa al mismo tiempo que vos.—Le dí, pues, las señas. Cuando se las dí, pareció sorprenderse y que vaciló un momento, pero luego añadió:—Es igual; iré.—Cuando concluyó la misa, le ví salir de la iglesia con su hija y subir los dos en un coche.

—Y por qué supones que vendrá?

—Porque acabo de ver el coche, que llegaba por la calle del Petit-Banquier. Por eso vine corriendo.

—Cómo sabes que es el mismo coche?

—Toma! porque miré el número.

—Qué número tiene?

—El cuatrocientos cuarenta.

—Bien; eres una jóven de talento.

La jóven miró atrevidamente á su padre, y enseñándole los zapatos que llevaba, contestó:

—Es posible que tenga talento, pero os aseguro que no me vuelvo á poner estos zapatos; no los quiero: primero por mi salud, y segundo por la limpieza. Es muy fastidioso que las suelas rechinen y hagan ri, ri, ri durante todo el camino. Prefiero ir descalza.

—Tienes razon, respondió el padre con tono suave, que contrastaba con la rudeza de la jóven; pero no te dejarian entrar descalza en las iglesias, para lo que es preciso que los pobres gasten zapatos. Luego, volviendo á ocuparse del asunto que le preocupaba, repitió:

—Estás, pues, segura de que viene?

—Viene pisándome los talones.

El hombre se irguió, pareciendo que su fisonomía se iluminaba.

—Mujer, gritó, ya lo oyes. Vá á venir el filántropo. Apaga la lumbre.

La mujer obesa, estupefacta, no se movió.

El marido, con la agilidad de un saltimbanqui, agarró un puchero desportillado que habia encima de la chimenea y arrojó el agua que aquel contenia sobre los tizones.

Luego, dirigiéndose á su hija mayor, le dijo:

—Tú! quítale la paja á la silla.

Su hija no le comprendió. Cogió él la silla, y dándola un puntapié le quitó, ó mejor dicho, le rompió el asiento. Pasó la pierna por el agujero que habia abierto: al retirarse preguntó á la jóven:

—Hace frio?

—Muchísimo. Está nevando.

Volvióse el padre hácia su hija menor, que estaba sentada en la cama, cerca de la ventana, y le gritó con voz tonante:

—Levántate de ahí pronto, perezosa; nunca servirás para nada! Rompe un cristal.

La criatura saltó temblando de la cama.

—Que rompa un cristal! exclamó.

La jóven se quedó embobada y con la boca abierta, como quien no comprende.

—No me oyes? repitió el padre; te digo que rompas un cristal.

La chicuela, con una especie de pavorosa obediencia, se levantó sobre las puntas de los piés y pegó un puñetazo en un cristal, que se rompió y cayó con extrépito.

—Así, dijo el padre, que estaba grave y brusco.

Sus miradas recorrian rápidamente todos los rincones del desvan. Parecia un general haciendo los últimos preparativos en el instante en que vá á empezar la batalla.

La madre, que guardaba silencio, se levantó, preguntando con voz lenta y sorda; sus palabras parecia que salian coaguladas de su boca:

—Qué pretendes hacer?

—Echate en la cama, le contestó su marido.

Su entonacion no admitia réplica. La mujer obedeció, arrojándose pesadamente sobre una de las tarimas.

Entre tanto se oian sollozos en un rincon.

—Qué es eso? preguntó el hombre?

La hija menor le enseñó un puño ensangrentado. Se hirió al romper el cristal y se habia ido arrimando á la cama



PASE USTED ADELANTE.

de su madre, llorando silenciosamente.

Tocóle á la madre el turno de gritar.

—Ya lo ves! No haces más que tonterías; por tí la chica se ha cortado la mano.

—Tanto mejor! contestó su marido; ya lo habia yo previsto.

—Cómo mejor! replicó la mujer.

—Calma! repuso el hombre. Suprimo la libertad de imprenta.

Dicho esto, desgarró la camisa de mujer que llevaba puesta y sacó de ella una tira de tela, con la que envolvió el puño ensangrentado de su hija. Despues fijó la mirada en su camisa que acababa de romper, y exclamó:

—Tambien la camisa! Ahora todo tiene magnífico aspecto.

Un viento helado silbaba al pasar por el cristal roto y penetraba en el desvan. La bruma exterior llegaba hasta la vidriera y se dilataba allí como blanquecino algodon, vagamente desmenuzado por dedos invisibles.

Al través del vidrio roto se veia caer la nieve. El frio que prometió el dia anterior la Candelaria habia llegado.

El padre paseó la mirada á su alrededor para cerciorarse de que no se habia olvidado de nada; cogió una paleta vieja y echó con ella ceniza sobre los tizones mojados hasta taparlos completamente.

Luego, enderezándose y apoyándose en la chimenea, dijo:

—Ahora ya podemos recibir al filántropo.

## VIII.

### El rayo de sol en la cueva.

La hija mayor se acercó á su padre y puso su mano sobre la de éste.

—Tiéntala y verás qué frio tengo.

—Bah! respondió su padre; más tengo yo.

La madre gritó con ímpetu:

—Siempre lo tuyo es mejor ó mayor que lo de los demás; hasta en lo malo.

—Silencio! exclamó su marido, mirándola de cierto modo que la hizo callar.

Reinó en el desvan un momento de silencio.

La hija mayor deshilaba con aire indiferente el extremo inferior de la manta; la pequeña continuaba sollozando; la madre la cogió la cabeza entre sus dos manos y la besó, diciéndola en voz baja:

—Tesoro mio! te suplico que no llores; eso no será nada y tu padre se vá á enfadar.

—No, gritó éste; al contrario, llora, llora, que eso hará muy buen efecto.

Luego, volviéndose hácia su hija mayor, añadió:

—Ese hombre no llega! Si no viniese seria inútil haber apagado el fuego, romper la silla, desgarrar la camisa y destrozar el cristal.

—Y haberse herido la niña, añadió su madre.

—¿Sabeis que hace un frio horrible en este endiablado desvan? ¡Si ese hombre no viniera! Cuánto se hace esperar! Dirá como todos los ricos:—Que me esperen, ya que voy á socorrerles.—¡Oh, cómo los aborrezco y con qué entusiasmo los ahogaria á todos! Los ricos, esos supuestos hombres caritativos, que pasan por santos, que van á misa, que se sacrifican á la clericalla y que vienen á humillarnos trayéndonos cuatro trapos, que son inservibles para ellos, y algun pedazo de pan. No es eso lo que yo quiero, atajo de canallas; lo que yo quiero es dinero. Pero nunca nos lo dan, porque dicen que nos lo beberíamos en la taberna, y que somos unos borrachos y unos holgazanes. Y ellos? ¿Qué son ó qué han sido en otro tiempo? Unos ladrones; sino no se hubieran enriquecido. Deberíamos coger á la sociedad por las cuatro puntas, como á una manta, y arrojarlo todo al aire. Quizás se romperia todo, pero á lo menos nadie tendria nada y todos seríamos iguales. ¿Cómo es que no viene ese perro filántropo? Tal vez sea tan animal que haya olvidado las señas de mi casa. Apostemos cualquier cosa á que ese viejo bestia...

En aquel momento llamaron á la puerta; el padre se precipitó hácia ella y la abrió, haciendo profundos saludos y exquisitas sonrisas, y diciendo:

—Entrad, señor; dignaos entrar, mi respetable bienhechor, lo mismo que vuestra encantadora hija.

Un anciano y una jóven aparecieron en la puerta del desvan.

Mario estaba aun en el observatorio. Lo que en aquel momento sintió no puede expresarse en ninguna lengua humana. Era ella. Todo el que haya amado sabe las acepciones explendentes que encierran las tres letras de esta palabra: ella.

Era efectivamente ella. Mario apenas podia distinguirla al través del luminoso vapor que se esparció ante su vista súbitamente. Era el tierno sér ausente, el astro que brilló para él durante seis meses; las pupilas, la frente, la boca y el

rostro que, al desvanecerse, le sumieron en la oscuridad. La vision eclipsada reaparecia en las tinieblas de aquel desvan, de aquella cueva, de aquel antro.

Mario se extremeció. Las palpitaciones de su corazon le turbaban la vista. Sentíase dispuesto á llorar. La volvia á ver despues de haberla buscado inútilmente tanto tiempo. Y cómo? y dónde? Creia haber perdido el alma y que ahora volvia á encontrarla.

Ella estaba lo mismo, un poco más pálida; formaba marco de su delicado semblante un sombrero de terciopelo morado y la ocultaba el talle una manteleta de raso negro. Por bajo de la larga falda se le entreveian sus diminutos piés, aprisionados en botitas de seda. La acompañaba el señor Blanco, como siempre.

Dió algunos pasos por el cuarto y dejó un paquete grande sobre la mesa.

La hija mayor de Jondrette se habia retirado detrás de la puerta y miraba con ojos tristes aquel sombrero de terciopelo, aquel abrigo de seda y aquel rostro gracioso y feliz.

## IX.

### Jondrette casi llora.

Tan oscuro estaba aquel chiribitil, que las personas que venian de fuera experimentaban al entrar en él lo que experimentarian al entrar en una bodega. Los recienvenidos avanzaron vacilando, distinguiendo apenas formas vagas á su alrededor, mientras los veian y los examinaban perfectamente los habitantes del desvan, acostumbrados á su penumbra.

El señor Blanco, mirando triste y bondadosamente á Jondrette, se le acercó y le dijo:

—En ese paquete encontrareis algunas prendas nuevas, medias y mantas de lana.

—Nuestro angelical bienhechor nos abruma, contestó Jondrette, inclinándose hasta el suelo.

Luego, acercándose al oido de su hija mayor, mientras los dos visitantes examinaban el desvan, la dijo en voz baja y con rapidez:

—No te lo decia yo? Trapos, pero dinero no; todos son lo mismo. ¿Qué firma puse en la carta para este babieca?

—Fabantou, le respondió la hija.

—El artista dramático... bien.

A tiempo se acordó Jondrette; porque en aquel instante el señor Blanco se volvia hácia él y le decia, como tratando de recordar su apellido:

—Veo que sois muy digno de lástima, señor...

—Fabantou, respondió vivamente Jondrette.

—Fabantou, sí, eso es... ya lo recuerdo.

—Artista dramático, señor, que ha alcanzado algunos triunfos.

Jondrette creyó que éste era el momento oportuno de apoderarse del filántropo y exclamó, con una entonacion que participaba á la vez de la charla del titiritero de féria y de la humildad del mendigo de las carreteras:

—Discípulo de Talma, señor; he sido discípulo del gran maestro. En otros tiempos me sonrió la fortuna, pero ahora me ha vuelto las espaldas; ya veis cuánto es mi infortunio. No tengo fuego para que no se hielen mis pobres hijas; mi única silla está sin asiento. En la ventana se ha roto un vidrio; ¡con el frio que hace!... ¡Mi esposa en cama, enferma!

—Pobre mujer! dijo el señor Blanco.

—Mi hija herida! añadió Jondrette.

La chicuela, al llegar los recien venidos se quedó contemplando á la señorita y dejó de llorar.

—Llora, chilla! le dijo su padre en voz muy baja, y al mismo tiempo le pellizcó la mano herida, con verdadero talento de escamoteador.

La hija menor de Jondrette puso el grito en el cielo.

La jóven, á quien Mario llamaba Ursula, se acercó con rapidez á la herida y exclamó:

—Pobre niña!

—Ya veis, hermosa señorita, continuó diciendo Jondrette, que tiene el puño ensangrentado. Es un accidente que le sobrevino trabajando en una máquina para ganarse una friolera. Quizás haya necesidad de cortarla el brazo.

—De veras? exclamó alarmado el señor Blanco.

La chicuela, tomando en sério estas palabras, comenzó á llorar con más fuerza.

—Ah, sí, mi bienhechor! respondió el padre.

Hacia ya un rato que Jondrette contemplaba al filántropo de un modo extraño.

Mientras continuaba hablando, parecia escudriñar con atencion, como si tratase de coordinar sus recuerdos. De

pronto, aprovechándose del instante en que los recien venidos preguntaban á su hija menor con interés por la herida de la mano, pasó cerca de su mujer, que permanecia en la cama como una estúpida, y la dijo con viveza y muy por lo bajo:

—Mira bien á ese hombre.

Luego, volviéndose hácia el señor Blanco, prosiguió dirigiéndole su jeremiada:

—¡Estais viendo, caballero, que todo mi traje consiste en una camisa de mi mujer, rota, y en el rigor del invierno! No puedo salir de casa porque no tengo ropa; por ruin que ésta fuera, si la tuviese iria á visitar á la señorita Mars, que me conoce y que me distingue con su aprecio. Porque habeis de saber que hemos trabajado juntos en provincias; he compartido sus laureles. Celimene me socorreria. Elmira daria limosna á Belisario. Pero no hay en mi casa ni la moneda más insignificante, y tengo á mi mujer enferma y á mi hija peligrosamente herida. Mi mujer padece de espasmos, producidos por la edad y complicados con una afeccion del sistema nervioso, y necesita ciertos cuídados, lo mismo que mi hija, ¡y no puedo pagar médico ni botica!... Ya veis, señor, lo abatidas que están las artes. ¿Sabeis, bondadosa señorita y generoso protector, por qué educo religiosamente á mis hijas? Porque no he querido que se dediquen al teatro... y como vea que se tuercen... yo tengo malas pulgas... y soy hasta pesado sermoneándolas sobre el honor, sobre la moral y sobre la virtud. Es menester que anden rectas; para eso tienen padre. Gracias á Dios no son de esas desgraciadas que empiezan por no tener familia y concluyen por emparentar con el público. ¡Pardiez, eso no ha de suceder en la familia Fabantou! ¿Sabeis, mi querido protector, qué es lo que me vá á suceder mañana? Mañana es el 4 de Febrero, dia fatal para mí, el del último plazo que me ha concedido el casero; si esta noche no le pago, mañana nos arrojarán de aquí y nos echarán á la calle, al boulevard, sin abrigo, en medio de la lluvia y de la nieve, ¡y estando enfermas mi mujer y mi hija menor! Debo cuatro trimestres, es decir, un año, sesenta francos!

Jondrette mentia. Solo pagaba al año cuarenta francos, y no podia deber cuatro trimestres, porque aun no hacia seis meses que Mario le habia pagado dos.

El señor Blanco sacó del bolsillo una moneda de cinco francos y la echó sobre la mesa.

Jondrette tuvo un momento para murmurar al oido de su hija mayor:

—Es un tacaño! ¿Qué voy á hacer con cinco francos?

El señor Blanco se quitó un gaban grande, pardo, que llevaba sobre la levita azul, y le dejó sobre el respaldo de la silla.

—Señor Fabantou, le dijo, no llevo encima más que esos cinco francos, pero acompañaré á mi hija á casa y volveré aun esta noche. ¿No teneis que pagar hoy mismo?

La fisonomía de Jondrette se iluminó con extraña expresion y contestó rápido:

—Sí, mi respetable bienhechor. A las ocho debo estar en casa del propietario.

—Volveré á las seis y os traeré los sesenta francos.

—Oh! cuánto debo á mi bienhechor! exclamó Jondrette como delirante. Luego añadió en voz baja al oido de su mujer:

—Mírale bien; fíjate.

La hija del señor Blanco se apoyó en el brazo de éste y se dispusieron á salir; al llegar á la puerta, como por via de despedida, el desconocido dijo:

—Hasta la noche, amigos mios.

—A las seis? preguntó Jondrette.

—A las seis vendré.

Entonces la hija mayor de aquella familia, fijándose en que el anciano se dejaba el abrigo en el respaldo de la silla, le dijo:

—Señor, os dejais olvidado el gaban.

Jondrette dirigió á su hija una mirada furibunda, que acompañó con formidable encogimiento de hombros.

El señor Blanco volvió la cabeza y contestó sonriendo:

—No lo olvido; es que os lo dejo.

—Oh, mi augusto protector! ¡Lloro de gratitud! Permitidme que os acompañe hasta el carruaje.

—Si quereis acompañarme, le contestó el señor Blanco, poneos ese abrigo, porque hace muchísimo frio.

Jondrette no se lo hizo repetir dos veves. Se puso el gaban en seguida.

Padre, hija y Jondrette salieron del desvan; éste precediendo á los dos visitantes.

## X.

**Tarifa de los coches de alquiler: dos francos por hora.**

Mario presenció toda la escena anterior, y sin embargo, nada habia visto. Sus ojos estuvieron fijos constantemente en la jóven; su corazon se habia apoderado de ella, digámoslo así, desde el primer momento, envolviéndolo por entero.

Durante el tiempo que permaneció en el desvan habia vivido Mario la vida del éxtasis, con esa vida que suspende las percepciones materiales y concentra el alma en un solo punto. Contemplaba, no á aquella jóven, sino á aquella luz. Si la estrella Sirio hubiese entrado en el cuarto no le hubiera deslumbrado tanto.

Mientras la jóven abria el paquete, desplegaba las prendas y las mantas, preguntando á la madre enferma con bondad y á la hija herida con enternecimiento, espiaba Mario todos sus movimientos, y procuraba oir sus palabras. Conocia sus ojos, su frente, su belleza, su talle, su modo de andar, pero no conocia su voz. Creyó oirla pronunciar algunas palabras una vez en el Luxemburgo, pero no estaba seguro de ello. Hubiera dado diez años de vida por oirla, por poder conservar en el alma un poco de aquella música; pero su voz se ahogaba con las jeremiadas de Jondrette, y esto irritaba á Mario hasta en medio de su éxtasis. No apartaba los ojos de ella. No se podia dar cuenta de cómo podia estar aquella divina criatura en medio de séres tan inmundos y en aquel monstruoso tabuco. Parecíale ver un colibrí entre sapos.

Cuando la jóven salió del desvan, el pensamiento fijo de Mario fué seguirla, no perder sus huellas, no dejarla hasta saber dónde vivia, no volverla á perder, despues de haberla encontrado casi milagrosamente. Bajó de la cómoda y tomó el sombrero. Al poner la mano en el picaporte para salir le detuvo una reflexion. El corredor era largo, la escalera estrecha y empinada, Jondrette muy charlatan, y el señor Blanco no habia tenido tiempo aun para subir en el coche; si volviendo la cabeza dicho señor le veia en aquella casa, se alarmaria con motivo, impidiendo que volviera á ver á su hija, y todo habia acabado para él.

Qué iba á hacer, esperar un poco? Mientras esperaba desapareceria el coche. Mario estaba titubeando. Por fin se arriesgó y salió del cuarto.

No habia ya nadie en el corredor, ni tampoco en la escalera. Bajó á escape y llegó al boulevard á tiempo de ver que un coche de alquiler doblaba la esquina de la calle del Petit-Banquier y entraba en Paris.

Mario se precipitó en aquella direccion. Al llegar á la esquina del boulevard volvió á ver el coche, que bajaba rápidamente por la calle Monfftard, pero el coche estaba ya muy lejos y no era posible alcanzarlo. Podria, además, el padre desde el carruaje observar que un individuo corria á escape en su persecucion y reconocerle. En aquel instante por casualidad vió Mario un cabriolé de alquiler que pasaba vacío por el boulevard. Se decidió, pues, á subir en el cabriolé y á seguir al coche.

Mario hizo seña al cochero de que parase y le gritó:

—Por horas.

Mario no llevaba corbata é iba con el traje viejo de los dias de trabajo, al que le faltaban botones, y tenia rota la camisa por uno de los pliegues de la pechera.

El cochero se paró, guiñó el ojo y extendió hácia Mario la mano izquierda, frotando suavemente el índice con el pulgar.

—Qué quereis decir? le preguntó Mario.

—Que quiero la paga anticipada, contestó el cochero.

Mario recordó que no llevaba más que un franco.

—Cuánto es? preguntó.

—Dos francos por hora.

—A la vuelta pagaré.

El cochero, por toda respuesta, silbó una cancion de vaudeville y aplicó al caballo un latigazo.

Mario, consternado, vió alejarse el cabriolé. Por no tener suficiente dinero perdia la alegría, la felicidad, el amor, volviendo á sumirse en las tinieblas. Despues de ver quedaba ciego. Pensó con tristeza, con profundo pesar, en los cinco francos que dió aquella misma mañana á su miserable vecina. Con estos se hubiera salvado; hubiera salido del limbo, de las tinieblas, del esplin y de la viudez; y sin ellos, reanudaba el hilo negro de su destino al hermoso hilo de oro, que acababa de flotar ante sus ojos y de romperse en seguida. Volvió á su buhardilla desesperado.

Pudo reflexionar que el señor Blanco prometió volver por la noche y que debia manejarse entonces mejor para seguirle,

pero en su éxtasis apenas se habia fijado en esto.

Al ir á subir la escalera vió al otro lado del boulevard, junto á la desierta pared de la calle de la Barrera de los Gobelinos, á Jondrette envuelto en el gaban del filántropo, que estaba hablando con uno de esos hombres de aspecto sospechoso, que son conocidos por los *vagos de las barreras*, gentes de las que se debe huir.

Jondrette y su compañero, que conversaban inmóviles, á pesar de la nieve que caia en grandes copos sobre ellos, formaban un grupo que hubiera llamado la atencion de un agente de policía, pero Mario apenas lo reparó. Sin embargo, aunque estaba dolorosamente preocupado, no pudo menos de decirse á sí mismo que el vago de las barreras que hablaba con Jondrette se parecia á Panchaud, alias Primaveral, que Courfeyrac le enseñó un dia y que pasaba en el barrio por paseante nocturno muy peligroso. Ya vimos en el libro precedente este nombre en la lista de los bandidos. Panchaud figuró posteriormente en muchas causas criminales y llegó á ser un bribon célebre; entonces no era aun más que bribon notable. Hoy es tradicional entre los bandidos y salteadores; á fines del último reinado formaba escuela. Por la tarde, al anochecer, á la hora en que se formaban grupos y se hablaba en voz baja, se le mencionaba en la cárcel de la Fuerza, en la Cueva de los leones. Precisamente en dicha prision, por la que pasaba bajo el camino de la ronda el canal de la alcantarilla que sirvió para fugarse en pleno dia á treinta presos en 1843, se leia, escrito en los ladrillos de la alcantarilla, el nombre de PANCHAUD, audazmente grabado por él mismo en una de sus tentativas de evasion. En 1832 la policía le vigilaba ya, pero él aun no habia extremado sus fechorías.

## XI.

### Ofertas de servicio de la miseria al dolor.

Mario subia con lentitud la escalera de su buhardilla, y al ir á entrar en su cuarto vió que la hija mayor de Jondrette le seguia. Esta muchacha le era odiosa, porque habia recibido los cinco francos y no debia reclamárselos; y además, aunque se los reclamase ella tampoco se los devolveria. Era inútil tambien preguntarla por el domicilio de los dos visitantes, porque no debia saberlo, ya que la carta que firmó Fabantou se dirigia al bienhechor de la iglesia de Santiago y no á casa de éste.

Mario entró en su cuarto y empujó la puerta tras sí, pero al ver que no se cerraba, se volvió y encontró que una mano la mantenia entreabierta.

—Quién está ahí? preguntó.

Era la hija mayor de Jondrette.

—Sois vos otra vez? qué quereis?

Estaba pensativa y sin mirar; no tenia el aplomo de aquella mañana. No entraba y permanecia en la oscuridad del corredor.

—Contestais ó no? la dijo Mario. ¿Qué quereis?

La jóven levantó hácia él la apagada vista, en la que parecia encenderse vagamente una especie de claridad, y dijo:

—Me parece que estais muy triste, señor Mario. Qué teneis?

—Yo! exclamó éste.

—Sí, vos.

—Nada tengo.

—Sí.

—No.

—Os repito que sí.

—Dejadme en paz.

Mario volvió á empujar la puerta, pero la jóven seguia reteniéndola entreabierta.

—Haceis mal en negármelo. Sé que no sois rico, y habeis sido bueno esta mañana; sedlo tambien ahora. Me dísteis para que pudiese comer; decidme ahora qué es lo que teneis. Se conoce á la legua que estais apesadumbrado y quisiera que no os afligiese ninguna pena. ¿Puedo yo evitarlo? qué hay que hacer para eso? Si puedo serviros de algo, empleadme. Ni os pregunto vuestros secretos ni necesito que me los digais; pero si os puedo ser útil, quiero ayudaros como ayudo á mi padre. Sirvo para llevar cartas cuando es menester, para ir á las casas, para preguntar de puerta en puerta, para averiguar una direccion, para seguir á alguno. Confiadme lo que os pasa, iré á hablar con quien querais. Servíos de mí.

Mario acarició una idea. ¿Quién desdeña cogerse á una rama cuando se siente caer? Acercóse á la jóven y la dijo:

—Oye, pues.

Brillaron de alegría los ojos de la muchacha y le interrumpió de este modo:

—Sí, sí, tuteadme; prefiero eso.

—Pues bien; ¿condujiste aquí al caballero anciano que acompañaba á su hija?

—Sí.

—Sabes dónde viven?

—No.

—Averígualo.

La mirada de la jóven, que antes de triste se volvió alegre, ahora de alegre se convirtió en sombría.

—Es eso lo que quereis?

—Sí.

—Los conoceis acaso?

—No.

—Eso quiere decir que no la conoceis, pero que deseais conocerla.

La partícula *los*, que la jóven convirtió en partícula *la*, tenia un no sé qué significativo y amargo.

—Puedes ó no? preguntó Mario.

—Sabreis las señas de esa hermosa señorita.

Pronunció las palabras *hermosa señorita* con un acento que importunó á Mario, el que replicó:

—Lo que quiero saber son las señas del domicilio del padre y de la hija.

La jóven le miró fijamente.

—Qué me dareis?

—Todo lo que quieras.

—Todo lo que yo quiera?

—Sí.

—Pues pronto sabreis lo que deseais.

La jóven inclinó la cabeza y luego, con un movimiento brusco, tiró de la puerta, que quedó cerrada.

Mario se quedó solo.

Se dejó caer sobre una silla con la cabeza y los codos apoyados sobre la cama, abismado en pensamientos que no podia retener y como poseido de un vértigo. Todo lo que le habia sucedido aquella mañana, la aparicion del ángel, su desaparicion, lo que la Jondrette acababa de decirle, el vislumbre de esperanza flotando en su inmensa desesperacion, todo esto llenaba confusamente su cerebro.

De pronto le hicieron salir violentamente de su ensimismamiento.

Oyó hablar en voz alta y brusca á Jondrette, que pronunciaba estas palabras, que encerraban para él extraño interés:

—Te digo que estoy seguro y que le he conocido.

De quién hablaba Jondrette? ¿A quién habia conocido? ¿Al señor Blanco, al padre de Ursula? ¿Acaso Jondrette le conocia? ¿Iba, pues, á saber de un modo brusco todas las noticias que deseaba? ¿Iba á descubrir quién era aquella jóven y quién era su padre?

Se encaramó de un brinco sobre la cómoda y volvió á colocarse en el observatorio, penetrando otra vez con la vista en la cueva de Jondrette.

## XII.

### Empleo de los cinco francos del señor Blanco.

De aquella familia solo habian cambiado de aspecto la mujer y las hijas, que habian sacado del paquete medias y camisetas de lana y se las habian puesto. Habian extendido sobre las dos camas dos mantas nuevas.

Jondrette acababa de entrar y le quedaba aun una especie de sobrealiento, producido por el cansancio. Sus hijas estaban sentadas cerca de la chimenea y la mayor curaba la mano de la menor. La madre estaba acurrucada sobre la tarima inmediata á la chimenea y su fisonomía manifestaba asombro. Jondrette se paseaba por el desvan, dando largos pasos y lanzando extrañas miradas.

Su mujer, que parecia tímida y estupefacta ante él, se atrevió á preguntarle:

—Es de veras que estás seguro?

—Estoy seguro; no le he visto en ocho años, pero le he conocido, le conocí en cuanto entró. ¿No te ha saltado á la vista?

—No.

—Te dije, sin embargo, que te fijases en él. Tiene su estatura y su cara, está un poco más viejo, conserva la misma voz. La única diferencia de entonces á ahora consiste en que vá mejor vestido. Ah! endiablado y misterioso viejo, ya te atrapé!...

Se paró de pronto y dijo á sus hijas:

—Vosotras idos de aquí!

Las hijas se levantaron para obedecer.

La madre balbuceó:

—¿Se ha de ir con esa herida en la mano?

—El aire libre la hará provecho, contestó Jondrette. Idos.

Aquel hombre era de los que no admiten réplicas, y las dos muchachas salieron del desvan. Al llegar á la puerta, el padre detuvo por el brazo á la mayor y la dijo con acento particular:

—Volvereis á las cinco en punto las dos, porque os necesitaré.

Mario redobló la atencion.

Cuando se quedó Jondrette solo en el desvan con su mujer, se puso otra vez á pasear y dió dos ó tres vueltas al cuarto silenciosamente.

Despues hizo entrar y pasar por la cintura el faldon de la camisa de mujer que llevaba, y volviéndose hácia su mujer, se cruzó de brazos y dijo:

—Quieres que te diga una cosa? La señorita...

—La señorita qué? le interrogó su mujer.

Mario no podia dudar; estaban hablando de ella. Escuchaba con ardiente ansiedad. Todo su sér lo concentraba en los oidos. Jondrette se habia inclinado y hablaba en voz más baja; luego se enderezó y dijo más alto:

—Es ella!

—Esa? preguntó asombrada su mujer.

—Esa, contestó el marido.

Es indescriptible el acento con que la mujer pronunció la palabra *esa*. Destilaba sorpresa, rabia, ódio y cólera, confundidos en monstruosa entonacion.

Bastaron algunas palabras, acaso solo el nombre que su marido le dijo al oido sin duda, para que aquella mujer gorda y adormecida se despertase, pasando de ser repugnante á ser espantosa.

—Imposible! exclamó. ¡Cuando pienso que mis hijas van descalzadas y no tienen ni un vestido que ponerse, y ella gasta manteleta de raso, sombrero de terciopelo y botitas, esto es, más de doscientos francos en trapos!... ¡Cualquiera creeria que es una señora!... No, no, tú te equivocas. Desde luego la otra era horrible y esta no es fea, no, no. No puede ser ella.

—Te digo que es ella y ya te convencerás.

Al oir afirmacion tan absoluta, la mujer levantó la cara ancha, roja y rubia, y miró al techo con expresion deforme. En aquel momento le pareció á Mario más terrible que su marido. Era una marrana con mirada de tigre.

—Cómo! replicó; ¿la hermosa señorita que miraba á mis hijas con aire compasivo seria aquella pelona? ¡Oh, quisiera poderla destripar á zapatazos!...

Saltó de la cama, permaneció en ella un instante en pié, desgreñada, con las ventanas de la nariz dilatadas, con la boca entreabierta, con los puños crispados y echados hácia atrás, y luego se volvió á dejar caer sobre la tarima.

El hombre paseaba por el cuarto sin fijar la atencion en aquella fiera.

Despues de un rato de silencio, se aproximó á su mujer, parándose ante ella con los brazos cruzados como antes, exclamando:

—Quieres que te diga otra cosa?

—Qué? preguntó ella.

—Que he logrado ya hacer fortuna, respondió Jondrette en voz baja.

Su mujer le dirigió esa mirada que significa: Si estará loco este hombre!...

Jondrette prosiguió hablando:

—Mil truenos y rayos! Hace ya demasiado tiempo que soy feligrés de la parroquia muérete de hambre si tienes fuego, muérete de frio si tienes pan. He cargado hasta hoy con mi miseria y con la de los demás, y esto ya no me divierte. Basta de bromas, Padre Eterno! Quiero que mi hambre coma y que mi sed beba; quiero gozar, dormir y no trabajar. Quiero que me llegue ese turno antes que me toque reventar. Deseo ser millonario ó poco menos.

Dió un paseo por el cuarto y luego añadió:

—Como lo son otros.

—Qué estás diciendo? preguntó su mujer.

Jondrette sacudió la cabeza, guiñó los ojos y levantó la voz, como un charlatan de plazuela que vá á hacer una demostracion.

—Quieres saber lo que digo? pues escucha.

—Chist! murmuró su mujer. Si vas á hablar de negocios no hables tan alto, que no conviene que nos oigan.

—Bah! Quién nos ha de oir? El vecino? Acabo de verle salir hace poco; además, es un simplon... pero ya te he dicho que le he visto salir.

Esto no obstante, como por instinto, Jondrette bajó la voz, aunque no tanto que no le pudiese oir Mario. La circunstancia favorable que tuvo nuestro enamorado para no perder ni una frase de la conversacion que medió entre los cónyuges, fué que la nieve que habia caido amortiguaba el ruido de los carruajes que transitaban por el boulevard.

Mario oyó lo siguiente:

—Escucha bien. El Creso está cogido, ó como si lo estuviera; es cosa hecha, todo está preparado. Me he puesto de acuerdo con algunos amigos. El vendrá á las seis y traerá sesenta francos. ¡Canalla! ¿Viste cómo le embauqué con el casero, con el 4 de Febrero y con los sesenta francos que le hice creer que debia? Qué bestia! Vendrá, pues, á las seis. A esta hora el vecino se habrá ido á comer, la tia Bougon estará fregando en la casa que sirve y no habrá nadie en este edificio. El vecino no vuelve nunca hasta las once; las chicas estarán de escucha, tú nos ayudarás y él *se ejecutará*

—Y si no se *ejecuta?* preguntó la mujer.

—En ese caso nosotros le ejecutaremos.

Soltó la carcajada Jondrette diciendo esto.

Era la primera vez que Mario le veia

reir; su risa, fria y suave, hacia extremecer.

Jondrette abrió un armario que habia cerca de la chimenea y sacó de él una gorra vieja, que se puso despues de limpiarla con la manga.

—Ahora tengo que salir, dijo; he de ver aun á algunos de... los buenos. Verás como esto marcha. No tardaré mucho en volver. Vamos á dar un buen golpe. Guarda la casa.

Metiendo las manos en los bolsillos del pantalon, permaneció pensativo un momento; despues dijo lo siguiente:

—Ha sido una suerte que no me haya conocido, porque no le hubiéramos vuelto á ver el pelo. ¡Se nos hubiera escapado! Mi gran barba me salvó.

Volvió á echarse á reir; luego se acercó á la ventana. Continuaba nevando y el cielo estaba gris.

—Qué tiempo tan perro! exclamó.

Luego añadió, abrochándose el gaban:

—Tiene el pelo muy largo, pero es lo mismo. Hizo muy bien en dejármelo el tunante del viejo. Sin este gaban no hubiera podido salir de casa y todo se lo hubiera llevado la trampa. El mundo está lleno de casualidades.

Hundióse la gorra hasta los ojos y salió.

Apenas habia salido cuando la puerta se volvió á abrir, y su contorno montés é inteligente reapareció por la abertura.

—Me olvidaba decirte que prepares un brasero encendido.

Diciendo esto, arrojó en el delantal de su mujer los cinco francos del filántropo.

—He de comprar carbon?

—Sí.

—Cuánto compro?

—Una arroba.

—Costará franco y medio. Con el resto traeré comida.

—Diablo! no.

—Por qué?

—No quiero que gastes todo el dinero.

—Por qué?

—Porque yo tendré que comprar tambien algo.

—Qué?

—Algo.

—Cuánto necesitarás?

—¿Hay cerca de aquí algun quinquillero?

—En la calle Monffetard.

—Ah, sí! en la esquina de la calle; ya recuerdo dónde es.

—¿Cuánto necesitas para lo que deseas comprar?

—Unos tres francos.

—Pues poco quedará para la comida.

—Hoy no se trata de comer; hay que hacer una cosa mejor que eso.

—Como quieras, querido.

Jondrette se marchó, cerrando la puerta, y Marió oyó sus pasos que se alejaban por el corredor de la casucha y que bajaban rápidamente la escalera.

La una estaba dando en aquel momento en San Medardo.

## XIII.

**Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur orare Pater noster.**

Aunque Mario era soñador, su naturaleza era firme y enérgica. Sus hábitos de recogimiento solitario, desarrollando en él la simpatía y la compasion, le hicieron quizás poco irritable, pero le dejaron intacta la facultad de indignarse. Era benévolo como un brahman y severo como un juez; se apiadaba de un sapo, pero aplastaba á una víbora. Su mirada penetró en aquel agujero de víboras; tenia á la vista un nido monstruoso.

—¡Es preciso aplastar á esos miserables! se dijo á sí mismo.

No habia aclarado ninguno de los enigmas que queria descifrar; al contrario, se le presentaban más oscuros. Solo averiguó que Jondrette conocia á la hermosa jóven del Luxemburgo y al señor Blanco. Las tenebrosas palabras que acababa de oir le hicieron entrever que preparaban una emboscada siniestra y terrible, que padre é hija corrian peligro, que era necesario salvarlos, que era preciso burlar las espantosas combinaciones de Jondrette y romper la tela de aquellas arañas.

Vió que la mujer de su vecino habia sacado de un rincon un hornillo viejo de hierro y que estaba revolviendo en una espuerta llena de herraje.

Mario se deslizó de la cómoda, cuidando de no mover ruido.

En medio del espanto y del horror que le causaban los preparativos de la familia Jondrette, le sonreia la idea de que podia prestar un gran servicio á la mujer que amaba.

Qué iba á hacer? ¿Avisar á las personas amenazadas? No sabia dónde vivian. Reaparecieron un momento ante él y despues se hundieron en las inmensas profundidades de Paris. ¿Esperar al señor Blanco á las seis de la noche á la puerta de la calle y avisarle del lazo que

le habian tendido? Jondrette y sus compinches verian acaso que los espiaba; el sitio era desierto, serian más fuertes que él y podian cogerle y alejarle, y perderia de este modo al anciano que deseaba salvar.

Era la una y la emboscada no se habia de realizar hasta las seis. Mario podia disponer de cinco horas.

Se vistió con el traje de gala, tomó el sombrero y salió haciendo menos ruido que si hubiese caminado descalzo sobre el musgo. Cuando estuvo fuera de casa se encaminó á la calle del Petit-Banquier; pasaba por la referida calle cerca de una tapia muy baja, que por algunos sitios podia saltarse, y que tras ella habia terreno erial; Mario caminaba pensativo y lentamente; la nieve apagaba el ruido de sus pasos. De pronto oyó dos voces que hablaban próximas á él. Entonces le ocurrió la idea de mirar por encima de la tapia que iba costeando, y vió que estaban allí dos hombres pegados á la pared, sentados sobre la nieve y hablando en voz baja.

No los conocia: uno de ellos era muy barbudo y vestia de blusa; el otro cabelludo y desarrapado; el primero usaba gorro griego y el segundo llevaba la cabeza al aire y tenia el pelo lleno de nieve.

Mario sacó la cabeza por encima de la tapia para poderles oir.

El cabelludo empujaba con el codo al otro y le decia:

—Con Patron-Minette el negocio no puede fallar.

—Lo crees así? le preguntó el barbudo.

—Sí; siempre nos tocará á cada uno una récua de quinientos machos, y lo peor que nos pudiera suceder seria cinco años, seis, lo más diez.

El del gorro griego, tiritando y titubeando, replicó:

—Eso será lo más positivo, y no se deben buscar cosas tan seguras.

—Te repito que el negocio no puede fallar. Desataremos la culebra.

En seguida se ocuparon de un melodrama que vieron la noche anterior en la Gaité.

Mario continuó su camino.

Las palabras oscuras de aquellos hombres, extrañamente ocultos detrás de la tapia y acurrucados sobre la nieve, parecian relacionarse con los abominables proyectos de Jondrette. Este debia ser *el negocio* de que trataban.

Mario se dirigió hácia el arrabal de San Marcelo y preguntó en la primera tienda que le vino al paso dónde vivia algun comisario de policía. Le dijeron que en la calle de Pontoise, núm. 14.

Mario se encaminó hácia allí. Al pasar por una panadería compró un panecillo y se lo comió, previendo que quizás no comeria más aquel dia.

Mientras llegaba á casa del comisario hizo justicia á la Providencia, pensando que si no hubiese dado por la mañana aquellos cinco francos á la hija mayor de Jondrette, hubiera seguido en el cabriolé de alquiler al coche del señor Blanco, no podia entonces haberse enterado de lo que se enteró y por lo tanto no hubiera podido impedir la emboscada de los Jondrette, ni salvar al señor Blanco ni á su hija.

## XIV.

### El inspector de policía y el abogado.

Mario llegó al número 14 de la calle de Pontoise, subió al piso principal y preguntó por el comisario de policía.

—No está, le contestó un ordenanza de la oficina, pero hay aquí un inspector que le sustituye. Quereis hablarle? ¿Es cosa urgente?

—Sí, contestó Mario.

El ordenanza le introdujo en el gabinete del comisario, en donde encontró á un hombre de alta estatura, que estaba en pié, detrás de un enrejado, apoyado en una estufa y levantando con ambas manos los faldones de un gran carrik de tres esclavinas. Dicho personaje era de cara cuadrada, de boca pequeña y firme, gastaba patillas espesas, entrecanas y erizadas; su mirada era capaz de registrar hasta el fondo de los bolsillos. Podia decirse muy bien que sus ojos no miraban, sino que registraban. Su aspecto era tan feroz y tan terrible como el de Jondrette; hay veces que causa tanta inquietud el encuentro de un perro de presa como el encuentro de un lobo.

—Qué se os ofrece? preguntó á Mario.

—Ver al comisario de policía.

—Está ausente, pero yo le reemplazo.

—Es para un asunto muy secreto.

—Entonces hablad.

—Es muy urgente.

—Pues hablad pronto.

Aquel personaje, tranquilo y brusco, era á un tiempo temible y tranquilizador; inspiraba temor y confianza. Mario le refirió toda la aventura, diciéndole

que preparaban para aquella noche una emboscada á una persona que solo conocia de vista; que habitaba en el cuarto del lado de donde iba á cometerse la indicada fechoría; que se llamaba Mario Pontmercy y era abogado; que habia oido tramar todo el complot al través del tabique; que el malvado que lo proyectaba se llamaba Jondrette; que probablemente tenia cómplices entre los vagos de las barreras, entre otros un tal Panchaud; que las hijas de Jondrette debian estar en acecho, que no podia avisar á la persona amenazada porque no sabia ni cómo se llamaba, ni dónde vivia; y por último, que la fechoría debia verificarse á las seis de la noche en el punto más desierto del boulevard del Hospital, en la casa núms. 50 y 52.

Al oir los citados números el inspector levantó la cabeza y dijo friamente:

—¿Es, pues, en el cuarto del extremo del corredor?

—Precisamente, contestó Mario, añadiendo: Acaso conoceis la casa?

El inspector permaneció un momento silencioso; luego, calentándose el tacon de la bota en la puertecilla de la estufa, contestó:

—Sí.

Diciendo despues entre dientes:

—Ahí debe andar la mano de Patron-Minette.

Esta palabra llamó la atencion de Mario.

—Patron-Minette! dijo; efectivamente, he oido pronunciar esa palabra.

Refirió al inspector el diálogo que medió entre el hombre cabelludo y el hombre barbudo, detrás de la tapia de la calle del Petit-Banquier.

—El cabelludo debe ser Brujon y el barbudo Demiliard, dijo el inspector.

—En cuanto á la culebra, comprendo lo que podrá ser. ¡Pues no me he quemado el carrik! ¡Tienen demasiado fuego estas malditas estufas! Números 50 y 52 de la antigua casucha Gorbeau.

Luego, fijando la vista en Mario, le preguntó:

—¿Solo habeis visto al barbudo y al cabelludo?

—He visto tambien á Panchaud.

—¿No habeis visto rondar por allí á un endiablado petrimetre?

—No.

—¿Ni á un moceton macizo, que se parece al elefante del Jardin Botánico?

—No.

—¿Ni á otro malfachado, que tiene todo el aspecto de un antiguo colaroja?

—Tampoco.

—Al cuarto nadie le vé, ni sus ayudantes, dependientes ó empleados. No me sorprende que no le hayais visto.

—Pero, ¿quiénes son todos esos sugetos? preguntó Mario.

El inspector no le respondió.

—Además, esta no es su hora.

El inspector volvió á callar. Al poco rato dijo:

—Conozco la casucha números 50 y 52, y es imposible que nos ocultemos en su interior sin que lo noten los artistas; si lo notasen, saldrian del paso dejando la funcion para otro dia. ¡Son tan modestos que les incomoda el público! No quiero que suceda eso, que quiero oirlos cantar y hacer que bailen.

Terminado este monólogo, volviéndose hácia Mario, le preguntó:

—Teneis miedo?

—A qué?

—A esos hombres.

—Les tengo tanto miedo como vos, le contestó Mario con rudeza.

El inspector clavó la mirada en el abogado y le dijo con cierta solemnidad sentenciosa:

—Hablais como hombre valiente y honrado; el valor no teme al crímen, ni la honradez á la autoridad.

—Qué pensais hacer? preguntó Mario.

—Los inquilinos de esa casa tienen llave para entrar por la noche en sus cuartos. Vos tambien la tendreis.

—Sí, contestó Mario.

—La llevais encima por casualidad?

—Sí.

—Pues dádmela.

—Mario sacó la llave del bolsillo y se la entregó al inspector, diciéndole:

—Si me quereis creer, hareis bien en ir acompañado.

El inspector dirigió á Mario la mirada que hubiera lanzado Voltaire á un académico de provincia que le hubiese dado un consonante. Sumergió las dos manos, que eran enormes, en los inmensos bolsillos del carrik, sacó de ellos dos pequeñas pistolas de acero, dos cachorrillos, se las ofreció á Mario y le dijo vivamente:

—Tomad estas armas y volveos á casa. Ocultaos en vuestro cuarto de modo que crean que habeis salido. Cada cachorrillo está cargado con dos balas. Poneos en el observatorio que me habeis indicado. Acudirá esa gente; dejadla obrar, y cuando juzgueis que ha llegado la hora de prenderlos, dispararéis un pistoletazo, pero no antes. Lo demás queda á mi cargo. Sobre todo no dispareis muy

pronto; aguardad á que haya principiado la ejecucion: sois abogado y ya sabeis lo que esto significa.

Mario tomó los cachorrillos y se los metió en el bolsillo del pecho del frac.

—Ahí hacen mucho bulto, se ven, le dijo el inspector. Metedlas en los bolsillos del pantalon.

Mario hizo lo que el inspector le indicaba.

—Ahora no tenemos ni un minuto que perder. Son las dos y media. ¿La funcion no es á las siete?

—A las seis, contestó Mario.

—Hay suficiente tiempo, repuso el inspector, pero es preciso aprovecharle. No olvideis mis instrucciones. Acordaos del tiro.

—Descuidad, respondió Mario.

Salió y al llegar á la puerta volvió la cabeza al oir que el inspector le decia:

—Oid; si desde ahora hasta entonces me necesitáseis, venid ó enviadme un recado; preguntareis por el inspector Javert.

## XV.

### Jondrette hace sus compras.

Serian las tres de la tarde cuando Courfeyrac pasaba casualmente por la calle Monffetard con Bossuet.

La nieve caia cada vez más espesa. Bossuet iba diciendo á su amigo:

—Al ver caer tantos copos de nieve, cualquiera diria que en el cielo hay peste de mariposas blancas.

De pronto Bossuet divisó á Mario, que subia por la calle, hácia la barrera, muy preocupado.

—Mira, mira á Mario, dijo á Courfeyrac.

—Ya le he visto, contestó éste, pero no le hablemos.

—Por qué?

—Va ocupado.

—En qué?

—No ves qué cara pone?

—Qué cara?

—La del que vá siguiendo á alguno.

—Es verdad, contestó apoyando Bossuet.

—Ves cómo mira?

—Pero á quién diablos sigue?

—A algun pimpollo; está enamorado.

—Pero por esta calle no se ven ni pimpollos, ni flores, ni faldas. No se distingue ninguna mujer.

Courfeyrac observó y luego dijo:

—Va siguiendo á un hombre.

En efecto, un hombre que llevaba gorra, y cuya barba gris se le veia, á pesar de darles las espaldas, caminaba unos veinte pasos delante de Mario.

Usaba dicho hombre gaban largo y nuevo, demasiado holgado para él, pantalon pingajoso y ennegrecido por el lodo.

Bossuet soltó una carcajada.

—Qué clase de hombre será ese?

—Ese, repuso Courfeyrac, es un poeta. Los poetas suelen usar pantalon de vendedor de pieles de conejo y gaban de par de Francia.

—Veamos dónde vá Mario y dónde vá ese hombre. Sigámosles, eh?

—Bossuet, exclamó Courfeyrac, águila de Meaux, sois un bruto prodigioso. ¡Seguir á un hombre que sigue á otro hombre!...

Dicho esto se volvieron atrás.

Mario habia visto pasar á Jondrette por la calle Monffetard y le espiaba. Jondrette caminaba delante de él, sin sospechar que le iban vigilando.

Salió de la calle Monffetard y Mario le vió entrar en una de las horribles covachas de la calle Gracieuse, en donde permaneció un cuarto de hora, y luego volvió á entrar en la calle Monffetard. Se detuvo en casa de un quinquillero que habia entonces en la esquina de la calle de Pierre-Lombard, y salió minutos despues de la tienda llevando en la mano un gran escoplo, con mango de madera blanca, que escondió debajo del gaban. Cuando llegó á la altura de la calle del Petit-Gentilly torció á la izquierda y se encaminó á paso ligero á la calle del Petit-Banquier.

Iba declinando el dia; habia cesado de nevar unos momentos, pero volvian á caer copos otra vez. Mario se ocultó detrás de la esquina misma de la calle del Petit-Banquier, que, como siempre, estaba desierta, y no siguió ya á Jondrette. Hizo perfectamente, porque el bandido, en cuanto llegó á la tapia baja, tras la que Mario oyó hablar al cabelludo y al barbudo, volvió la cabeza para cerciorarse de que nadie le seguia y luego saltó la tapia y desapareció.

El terreno baldío que dicha tapia cercaba comunicaba con el corral de un antiguo alquilador de carruajes de mala fama, que quebró, pero que aun tenia bajo los cobertizos algunas berlinas viejas.

Mario creyó oportuno aprovecharse de la ausencia de Jondrette para entrar en su casa, y además porque ya se iba acer-

cando la hora. Todas las tardes la tia Bougon, al marcharse para ir á fregar la vajilla á otra casa, cerraba con llave la puerta del caseron, y al anochecer ya no estaba nunca abierta. Como Mario entregó su llave al inspector de policía, tenia que apresurarse á entrar en casa.

La noche se iba echando encima; solo habia ya en el horizonte un punto que iluminaba el sol, y la luna empezaba á asomar rojiza por detrás de la cúpula baja de la Salpetriere.

Mario llegó andando de prisa al caseron cuando aun estaba la puerta abierta. Subió de puntillas la escalera y se deslizó á lo largo de la pared del corredor hasta su cuarto. Dicho corredor, como recordarán nuestros lectores, tenia á ambos lados desvanes, que entonces estaban vacíos, por alquilar. La tia Bougon no cerraba nunca sus puertas. Al pasar por delante de una de ellas, Mario creyó ver en uno de los desvanes deshabitados cuatro cabezas de hombres inmóviles, que blanqueaba apenas un rayo de luz crepuscular que penetraba por una claraboya.

Mario no trató de ver, porque le interesaba no ser visto. Consiguió entrar en su cuarto sin que ninguno de los cuatro se apercibiesen de él. Ya era tiempo, porque pocos instantes despues oyó que la tia Bougon se iba y cerraba la puerta de la calle.

## XVI.

**En el que aparece una cancion con música inglesa que estaba en moda en 1832.**

Mario se sentó en la cama. Podrian ser las cinco y media: media hora faltaba para que el señor Blanco viniese á caer en el lazo que le tenian preparado. Mario oia latir sus arterias como se oye en la oscuridad y en el silencio el volante de un reloj. Pensaba en la doble marcha que en aquel momento se estaba verificando en las tinieblas; la del crímen avanzando por un lado y la de la justicia avanzando por el otro. No tenia miedo, pero le sobresaltaba lo que iba á suceder. Como al que repentinamente le asalta una aventura sorprendente, todo lo sucedido en aquel dia le parecia un sueño, y para no creerse juguete de una pesadilla, necesitaba sentir en los bolsillos el frio de las dos pistolas de acero.

Habia cesado de nevar, y la luna, cada vez más clara, se desprendia de las nubes, y su claridad, mezclada al reflejo blanquecino de la nieve que habia caido, daba al cuarto aspecto crepuscular.

Se veia luz en el tugurio de Jondrette. Mario veia brillar el agujero que le servia de observatorio con claridad rojiza que le pareció sangrienta. Era evidente que no podia producirla una vela. Además, en dicho cuarto habia silencio, nadie se movia, no se oia ni un soplo.

Mario se descalzó y metió las botas bajo de la cama.

Transcurrieron algunos minutos y Marió oyó girar sobre sus goznes la puerta de la calle y luego pasos rápidos por la escalera, por el corredor, y despues levantar el picaporte del cuarto haciendo ruido; era Jondrette que entraba.

Entonces oyó Mario varias voces, las de toda la familia, que estaba en el desvan, pero que callaban durante la ausencia del amo de la casa, como callan los lobeznos cuando se ausenta el lobo.

—Soy yo, dijo.

—Buenas noches, papá, gritaron las hijas.

—Y bien, qué hay? preguntó la madre.

—Que todo vá perfectamente, respondió Jondrette, pero tengo frio horrible en los piés. Te has vestido? me alegro. Así podrás inspirar confianza.

—Estoy ya dispuesta para salir.

—No olvidarás nada? ¿Lo harás bien todo?

—Descuida.

—Es que... dijo Jondrette, y no acabó la frase.

Mario oyó que aquel dejaba algo que pesaba encima de la mesa, probablemente el escoplo que venia de comprar.

—Ah! exclamó Jondrette; ¿aquí habeis comido?

—Sí, contestó su mujer; he traido tres patatas grandes y sal, y me aproveché del fuego para asarlas.

—Bien, repuso el cabeza de familia. Mañana os llevaré á comer á la fonda. Habrá pato y otros accesorios. Comereis como Cárlos X, porque todo vá bien.

Luego dijo bajando la voz:

—La ratonera está abierta y los gatos ya están ahí.

Bajó la voz más todavía y dijo á su mujer:

—Pon esto al fuego.

Mario oyó el ruido del carbon removido con una tenaza ó con otro instrumento de hierro, y Jondrette continuó:

—¿Has puesto sebo en los goznes de la puerta para que no hagan ruido?

—Sí, respondió su mujer.

—Qué hora es?

—Cerca de las seis, porque la media hace bastante tiempo que dió en San Medardo.

—Diablo! exclamó Jondrette. Muchachas, idos á poner en acecho, pero antes oid.

El padre cuchicheó un momento con ellas y luego preguntó á su mujer:

—Se ha marchado ya la tia Bougon?

—Sí.

—¿Estás segura de que no hay nadie en el cuarto del vecino?

—No ha vuelto en todo el dia; además, ya sabes que esta es la hora en que vá á comer.

—Estás segura?

—Segurísima.

—Es igual, replicó Jondrette; pero no estará de más verlo. Volviéndose hácia su hija mayor, la dijo:

—Toma la luz y vé á ver si el vecino está en su cuarto.

—Mario se puso á cuatro piés y se escurrió silenciosamente bajo de la cama. Apenas estuvo escondido divisó luz al través de las junturas de la puerta.

—Papá, gritó una voz, ha salido.

—Entraste en el cuarto?

—No, respondió su hija; pero cuando tiene la llave en la cerradura es señal de que ha salido.

—Entra, sin embargo, la gritó el padre.

La puerta se abrió y Mario vió entrar en su aposento á la jóven con una vela en la mano. Estaba como él la vió por la mañana, pero la claridad de la luz la hacia más espantosa. Se fué recta hácia la cama.

Mario pasó instantes de inexplicable ansiedad; pero no se dirigia ella á la cama, sino á un espejo que habia colgado en la pared. La muchacha se empinó sobre la punta de los piés y se miró en él. En la pieza inmediata se oyó un ruido como de remover hierro viejo.

La jóven se alisó el pelo con la palma de la mano, sonriendo ante el espejo y cantando con voz ronca y sepulcral:

*Duraron mis amores*
*una semana;*
*en amores la dicha*
*jamás fué larga.*
*Adorarse ocho dias*
*es breve tiempo;*
*¡debieran los amores*
*ser siempre eternos!*
*ser siempre eternos!*

Mario temblaba; le parecia imposible que la muchacha no oyese su respiracion: ésta se dirigió despues á la ventana y miró al exterior, hablando en voz alta y con su aire alocado:

—¡Qué feo es Paris cuando se pone la camisa blanca!...

Volvió al espejo, hizo ante él otras muecas, contemplándose de frente y de perfil.

—Qué haces ahí? la gritó su padre.

—Miro bajo la cama y bajo los muebles, respondió, continuando la operacion de alisarse el pelo, pero el vecino no está.

—Ea! pronto aquí y no perdamos tiempo, aulló su padre.

—Voy! voy! contestó la hija. No tiene una tiempo para nada en esta casucha.

Y volvió á cantar:

*Si por marchar á la gloria*
*me dejas abandonada,*
*mi doliente corazon*
*te seguirá adonde vayas.*

Dirigió al espejo la última mirada y salió, cerrando la puerta.

Un momento despues Mario oyó el ruido de los piés desnudos de las muchachas en el corredor y la voz de Jondrette que les gritaba:

—Fijaos bien: una por la parte de la barrera, la otra á la esquina de la calle del Petit-Banquier; no perdais de vista un minuto la puerta de la casa; si notais la menor cosa, aquí inmediatamente. Subid los escalones de cuatro en cuatro. Ya teneis llave para entrar.

—¡Hacer centinela con los piés descalzos en la nieve! murmuró la hija mayor.

—Mañana tendreis botas de seda, de color de escarabajo, las contestó el padre.

Las jóvenes bajaron la escalera, y poco despues el ruido de la puerta de la calle, que se cerraba, indicó que ya estaban fuera del caseron.

Quedaban dentro de éste Mario, Jondrette y su mujer, y quizás tambien los misteriosos séres que divisó nuestro enamorado á la luz del crepúsculo, detrás de la puerta del desvan deshabitado.

## XVII.

### Empleo del napoleon de Mario.

Mario creyó que era ya hora de ocupar su sitio en el observatorio. En un abrir y cerrar de ojos subió á la cómoda y miró por el agujero. El interior del desvan de sus vecinos ofrecia singular aspecto, y pudo entonces saber de dónde salia la claridad que antes le llamó la atencion. En un candelero de cobre ardia una vela de sebo, pero no era

ésta la que en realidad alumbraba el aposento. El desvan estaba iluminado por completo por la reverberacion de una gran estufa de hierro, colocada en la chimenea y llena de carbon encendido. Era la estufa que la mujer de Jondrette preparó por la mañana. El carbon estaba hecho áscuas y la estufa roja; una llama vagaba oscilante sobre el fuego y ayudaba á distinguir la forma del escoplo que compró Jondrette. En un rincon, cerca de la puerta, y como para uso ya previsto, se veian dos montones, uno de objetos de hierro y otro de cuerdas. Estos preparativos, para el que no supiese lo que allí se maquinaba, le hubiera hecho titubear entre una idea siniestra y otra idea natural.

La cueva así iluminada, más parecia una fragua que una boca de infierno, pero aquella claridad daba á Jondrette más aspecto de demonio que de herrero.

El calor de la estufa era tal, que la vela, que estaba encima de la mesa, se deshacia por la parte que daba al fuego, consumiéndose como cortada á bisel. Una linterna sorda, de cobre, digna de Diógenes convertido en Cartouche, estaba colocada sobre la chimenea.

La estufa, situada en el mismo hogar al lado de los tizones casi apagados, enviaba su vapor por el conducto de la chimenea y no hacia olor.

La luna, entrando por los cristales de la ventana, lanzaba su blanquecina claridad en el purpúreo y llameante desvan; y á la poética imaginacion de Mario, que era siempre soñador, se le aparecia como un pensamiento celeste confundiéndose con los deformes desvaríos del mundo.

Una corriente de aire, que entraba por el vidrio roto, contribuia á disipar el olor del carbon y á disimular la estufa.

Recordando cuanto hemos dicho acerca de la casucha Gorbeau, se comprenderá lo admirablemente dispuesta que estaba la madriguera de Jondrette para servir de teatro á un hecho violento y sombrío y de tapujo á un crímen. Era el cuarto más retirado de la casa más aislada del boulevard más desierto de Paris. Parecia construido exprofeso para efectuar en él sorpresas criminales, de tal modo, que si éstas no existiesen, allí se hubieran podido inventar. El espesor de la casa y una porcion de cuartos desalquilados separaban aquel centro del boulevard, y su única ventana caia á solares desiertos, cerrados por tapias ó por empalizadas.

Jondrette habia encendido la pipa y fumaba sentado en la silla del asiento roto. Su mujer le hablaba en voz baja.

Si Mario hubiese sido Courfeyrac, es decir, uno de esos hombres que de todo se rien, hubiera soltado la carcajada al contemplar á la mujer de Jondrette. Llevaba sombrero negro con plumas, parecido á los sombreros que se pusieron los reyes de armas en la consagracion de Cárlos X; inmenso pañuelo de tartan tapaba su traje de punto, y sus piés se sepultaban en los zapatos de hombre que su hija habia desdeñado aquella mañana. Este tocado fué el que arrancó á Jondrette aquella exclamacion: "*Has hecho bien en vestirte. Es preciso que puedas inspirar confianza*„.

Jondrette llevaba aun el gaban, que era demasiado nuevo y demasiado holgado para él, y continuaba ofreciendo con el pantalon el contraste que constituia á los ojos de Courfeyrac el ideal del poeta. De pronto dijo:

—A propósito. Como hace tan mal tiempo vendrá en coche. Enciende la linterna, tómala y baja la escalera. Quédate detrás de la puerta y abre en el momento en que oigas parar el carruaje; quiero que cuando suba le alumbres por la escalera y por el corredor; mientras entra aquí, bajas á escape, pagas al cochero y despides el coche.

—Con qué dinero le pago? preguntó su mujer.

Jondrette sacó de los bolsillos del pantalon una moneda de cinco francos.

—De dónde la has sacado?

—Es el napoleon que esta mañana me dió el vecino; luego añadió:

—Aquí hacen falta dos sillas.

—Para qué?

—Para sentarse.

—Pues voy á traerte las del vecino.

Extremecimiento glacial corrió por todo el cuerpo de Mario al oir dar á aquella mujer tan tranquila respuesta. Aquella mujer, con rápido movimiento, abrió la puerta del desvan y salió al corredor.

Mario no tenia ni el tiempo material para bajar de la cómoda, ir hasta la cama y esconderse debajo.

—Toma la luz, gritó Jondrette.

—No, contestó ella; me estorbará, porque tengo que cargar con las dos sillas; además, hay luna.

Mario oyó que la pesada mano de la mujer de Jondrette buscaba la llave á tientas en la oscuridad.

La puerta del cuarto del abogado se abrió, y éste se quedó clavado en su sitio,

sobrecogido de sorpresa y de estupor.

Entró en su cuarto la mujer.

La ventanilla abuhardillada dejaba pasar un rayo de luna entre dos trozos grandes de sombra; uno de éstos cubria enteramente la pared á la que Mario estaba pegado, de modo que desaparecia en la oscuridad.

Al levantar la vista la mujer de Jondrette no vió á Mario; tomó las dos sillas, únicas que éste poseia, y se fué, dejando que la puerta se cerrase sola y ruidosamente detrás de ella.

Volvió á entrar en su desvan.

—Aquí tienes las dos sillas.

—Y tú aquí la linterna; puedes bajar ya, la dijo su marido.

Ella obedeció y Jondrette se quedó solo.

Colocó las dos sillas á ambos lados de la mesa; dió una vuelta al escoplo en el brasero, puso delante de la chimenea un viejo biombo que ocultaba la estufa, y luego se fué al rincon donde estaba el monton de cuerdas y se inclinó para examinar en él alguna cosa. Mario conoció entonces que lo que antes le pareció monton informe era una escala de cuerda muy bien hecha, con travesaños de madera y con dos garfios para colgarla.

La escala y algunos instrumentos, verdaderas mazas de hierro, que habia entre un monton de herramientas detrás de la puerta, no estaban por la mañana en la madriguera de Jondrette, é indudablemente las llevaron allí por la tarde durante la ausencia de Mario.

—Son herramientas de cerrajero, pensó éste para sí.

Si hubiera sido inteligente en el oficio de aquellos miserables, conoceria que lo que tomaba por herramientas de cerrajero eran ciertos instrumentos á propósito para forzar una cerradura ó desencajar una puerta, y otros para hendir ó cortar; las dos clases de instrumentos siniestros que los ladrones llaman *ganzúas* y *ruiseñores*.

La chimenea, la mesa y las dos sillas estaban precisamente enfrente de Mario. Como el biombo ocultaba la estufa, solo la luz de la vela iluminaba el desvan; el menor objeto que se colocase sobre la mesa ó sobre la chimenea producia gran sombra. Un jarro de agua desportillado ocultaba la mitad de la pared. Respiraba aquel antro calma horrible y amenazadora. Sentíase en él la espectativa de algo horroroso.

Jondrette dejó apagarse la pipa, lo que era en él gran signo de meditacion, y volvió á sentarse. La luz hacia resaltar los ángulos finos y fieros de su fisonomía. Grandes fruncimientos de cejas y bruscos movimientos de la mano derecha parecian que indicasen que contestaba á los últimos consejos de un sombrío monólogo interno. En una de esas réplicas que á sí mismo se hacia, tiró con rapidez hácia sí del cajon de la mesa, cogió un ancho cuchillo de cocina que allí estaba oculto y probó el filo sobre la uña. Hecho esto metió el cuchillo en el cajon y lo cerró.

Mario sacó el cachorrillo que llevaba en el bolsillo derecho y lo montó. La pistola hizo al montarse un ruido débil y seco.

Jondrette se extremeció y se levantó de la silla.

—Quién está ahí! gritó.

Mario contuvo la respiracion: Jondrette escuchó unos instantes y luego se echó á reir, diciendo:

—Qué bestia soy! es que cruje el tabique.

Mario conservó en la mano el cachorrillo.

## XVIII.

### Las dos sillas de Mario frente á frente.

De pronto conmovió los cristales la lejana y melancólica vibracion de una campana.

Daban las seis en San Medardo.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza; cuando dió la sexta despabiló la vela con los dedos.

Despues empezó á pasear por el cuarto, escuchó en el corredor y volvió á pasear.—Con tal que venga! exclamó. Luego volvió á sentarse.

En cuanto se sentó se abrió la puerta.

La habia abierto la mujer de Jondrette, que permaneció en el corredor, haciendo una mueca amable y horrible á la par, y que iluminaba uno de los agujeros de la linterna sorda.

—Entrad, señor, dijo.

—Entrad, mi bienhechor, repitió Jondrette, poniéndose en pié rápidamente.

En la puerta apareció el señor Blanco.

Su aspecto sereno le hacia singularmente venerable.

Dejó sobre la mesa cuatro luises y dijo:

—Señor Fabantou; aquí teneis para pagar el alquiler y para cubrir las pri-

meras necesidades. Despues ya veremos.

—Dios os lo pague, generoso bienhechor, le contestó Jondrette.

Luego, acercándose con rapidez á su mujer, la dijo en voz muy baja:

—Despide el coche!

La mujer salió, mientras el marido prodigaba saludos y ofrecia una silla al señor Blanco.

Poco despues volvió la Jondrette y dijo á su esposo en voz muy baja tambien:

—Ya está.

Caia la nieve tan espesa, que ni se oyó el carruaje cuando llegó ni cuando se fué.

Entre tanto se habia sentado el señor Blanco; Jondrette tomó posesion de la otra silla de enfrente.

Para formarse idea exacta de la escena; que vá á seguir, tiene el lector que figurarse en la imaginacion aquella noche helada, las soledades de la Salpetriere cubiertas de nieve y blanqueadas por la claridad de la luna, como inmensos sudarios; la escasa luz de los reverberos alumbrando aquí y allá los trágicos boulevares y las largas filas de olmos negros, sin encontrar quizás ni un transeunte en un cuarto de legua á la redonda; la casucha Gorbeau en su mayor silencio, horror y oscuridad; y en medio de aquella soledad y de aquellas tinieblas, el vasto desvan de Jondrette, alumbrado por una vela de sebo, y en dicha madriguera dos hombres sentados junto á una mesa, el señor Blanco tranquilo, Jondrette risueño y espantoso; su mujer, la madre loba, en un rincon; y detrás del tabique Mario, invisible, en pié sobre la cómoda, no perdiendo ni una palabra ni un movimiento y acechando con los ojos y con la pistola en la mano.

Mario estaba horrorizado, pero no temeroso; apretaba la culata de la pistola y se tranquilizaba.

—Detendré la accion de ese miserable cuando yo quiera, se decia.

Comprendia tambien que la policía debia estar emboscada en alguna parte, esperando la señal convenida y dispuesta á tenderle los brazos.

Esperaba, además, que del violento encuentro del señor Blanco y de Jondrette brotaria la claridad que habia de iluminar todo lo que él tenia interés en conocer.

## XIX.

### Entrada de personajes mudos.

Apenas se sentó el señor Blanco volvió la cara hácia las tarimas, que no estaban ocupadas.

—Cómo está la pobre niña herida? preguntó.

—Mal, respondió Jondrette con sonrisa desconsolada y agradecida; muy mal, señor. Mi otra hija la ha llevado al Hospital de la Bourbe para que la curen allí. Pronto las vereis, que no deben tardar.

—La señora Fabantou parece que esté algo mejor que esta mañana, repuso el señor Blanco, fijando la mirada en el extraño modo de ir vestida ésta, que, de pié entre él y la puerta, como si guardase ya la salida, le miraba en actitud de amenaza y casi de combate.

—Está muriéndose, señor, contestó Jondrette, pero tiene tanto ánimo! No es una mujer, es una mula.

La Jondrette, halagada por el cumplimiento, exclamó con un arrumaco de fiera acariciada:

—Jondrette siempre fué bueno para mí.

—Jondrette? exclamó el señor Blanco; creia que os llamábais Fabantou.

—Fabantou, alias Jondrette, replicó con viveza su marido. Ese es mi apodo de teatro.

Lanzando á su mujer furibunda mirada, que el señor Blanco no vió, prosiguió hablando con voz enfática y acariciadora:

—Siempre hemos hecho buenas migas mi mujer y yo. ¿Qué nos quedaria si no nos quedase el cariño? ¡Somos tan desgraciados, señor! Tenemos brazos, pero no hay trabajo; tenemos voluntad, pero nos falta faena. No sé cómo el gobierno no arregla esto. Aunque hablo así, os doy palabra de honor, caballero, que no soy jacobino, ni realista, y que no le quiero mal; pero si yo fuese ministro, esto iria de otro modo. Por ejemplo, quise enseñar á mis hijas un oficio, á hacer cajas de carton. Extrañareis que las quisiera dedicar á un simple oficio para ganarse el pan de cada dia. Ya sé que eso es para mí una humillacion y una degradacion, habiendo sido lo que yo fuí, pero nada nos queda de la época de nuestra prosperidad. Unicamente un cuadro que aprecio extraordinariamente; pero que, sin embargo, me desharia de él, porque

es preciso vivir. Sí, señor, ¡es preciso vivir!

Mientras Jondrette hablaba con aparente desórden, que no debilitaba la expresion reflexiva y sagaz de su fisonomía, Mario levantó la vista y vió en el fondo del cuarto un bulto que hasta entonces no habia visto. Acababa de entrar un hombre, tan silenciosamente, que no hizo sonar los goznes de la puerta. Llevaba almilla de punto, morada, vieja, manchada y á girones; ancho pantalon de pana; babuchas; no gastaba camisa, y tenia el cuello y los brazos desnudos y pintarrajeados y la cara tiznada.

Se sentó, en silencio y con los brazos cruzados, sobre la cama más próxima á la puerta, y como estaba detrás de la mujer de Jondrette apenas se le veia.

La especie de instinto magnético que advierte á la mirada hizo que el señor Blanco volviese la cabeza al mismo tiempo que Mario y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, que Jondrette notó.

—Ah! ya comprendo, exclamó Jondrette abrochándose; ¡estais mirando vuestro gaban! Me sienta tan bien como si le hubieran cortado para mí.

—Quién es ese hombre? le preguntó el señor Blanco.

—Ese? exclamó Jondrette, es un vecino; no hagais caso.

El vecino tenia extraño aspecto, pero como en el arrabal de San Marcelo abundaban las fábricas de productos químicos, podian fácilmente sus trabajadores ir mascarados. El señor Blanco parecia poseer confianza cándida é intrépida.

—¿Qué me estábais diciendo, señor Fabantou?

—Os decia, mi apreciable protector, contestó Jondrette apoyando los codos en la mesa y fijando en el anciano miradas tiernas semejantes á las de la serpiente boa, os decia que tengo un cuadro en venta.

La puerta hizo ruido ligero. Entró otro hombre y fué tambien á sentarse sobre la cama. Como el primero, llevaba la cara tiznada y los brazos desnudos. Aunque se deslizó al entrar, no pudo impedir que le viese el señor Blanco.

—No tengais cuidado, dijo Jondrette; son gentes de casa. Os hablé de que tengo en venta un cuadro precioso. Vedle, caballero, vedle.

Así hablando, se dirigió á la pared contra la que estaba arrimado el bastidor y lo volvió del derecho, dejándole apoyado en la misma pared. Mario no lo pudo ver bien, porque la vela lo alumbraba apenas y porque Jondrette estaba entre el cuadro y él; pero le pareció un cuadro chillon y mal pintado, como una pintura de féria ó de biombo.

—Qué es lo que representa? preguntó el señor Blanco.

—Es una obra magistral! Un cuadro de mucho precio, al que le tengo tanto cariño como á mis hijas; cuadro que despierta mis recuerdos... pero que la necesidad me obliga á deshacerme de él.

El señor Blanco, por casualidad ó porque empezase á estar inquieto, al ir á examinar el cuadro volvió la vista al interior del desvan y vió que habia ya cuatro hombres; tres sentados sobre la cama y uno en pié cerca de la puerta, todos con los brazos desnudos, el rostro tiznado é inmóviles; uno de los que estaban sobre la cama tenia los ojos cerrados, como si durmiese; era viejo y le daba aspecto horrible la cabellera blanca caida sobre la cara negra; los otros dos parecian jóvenes; uno era barbudo y otro cabelludo. Iban descalzos los que no llevaban babuchas.

Jondrette observó que el señor Blanco se fijaba en aquellos hombres.

—Son amigos y vecinos, le dijo. Están tiznados porque son carboneros ó trabajan en estufas y en chimeneas. No hagais caso de ellos, señor, y compradme el cuadro. No os lo venderé caro. ¿Cuánto creeis que vale?

—Pero... contestó el señor Blanco mirando con fijeza á Jondrette; ¡pero si ese cuadro no es más que una mala muestra de taberna! Valdrá unos tres francos.

Jondrette le replicó sonriendo:

—Si llevais vuestra cartera, me contentaré con que me deis mil escudos.

El señor Blanco se puso en pié con rapidez, apoyó la espalda en la pared y paseó sus miradas veloces por el cuarto. Jondrette estaba á su izquierda, á la parte de la ventana, y la mujer de aquel y los cuatro hombres á su derecha, á la parte de la puerta. Dichos hombres no pestañeaban. Jondrette empezó otra vez sus súplicas con acento tan plañidero, con entonacion tan lastimera, que el señor Blanco podia creer que la miseria habia vuelto loco á aquel hombre.

—Si no me comprais el cuadro, como carezco completamente de recursos, no tengo más remedio que tirarme al rio. Consentí en que mis hijas aprendiesen á hacer cajas de carton finas para aguinaldos, y para que puedan trabajar me hace falta una mesa que tenga plancha

en el fondo para que los vasos no se caigan en el suelo; necesito un hornillo construido exprofeso; un cubilete con tres divisiones para los diferentes grados de fuerza que debe tener la cola, segun se la emplea en la madera, en el papel ó en la tela; una cuchilla para cortar el carton, un molde para dar forma á las piezas y un martillo para clavar aceros, pinceles y demonios. ¡Todo esto para ganar un ruin jornal y trabajar catorce horas!

Hablando de este modo, Jondrette no miraba al señor Blanco, que le estaba observando, que tenia fijos en él los ojos y que no perdia de vista la puerta del desvan.

De repente las apagadas pupilas de Jondrette se iluminaron con horrible fulgor; se enderezó y, á pesar de su baja estatura, apareció formidable; dió un paso hácia el señor Blanco y le gritó con voz de trueno:

—No se trata de nada de esto: ¿me conoceis?

## XX.

### La emboscada.

Acababa de abrirse bruscamente la puerta de la madriguera y aparecieron en ella tres hombres con blusas azules, que se cubrian la cara con caretas de papel negro. El primero de ellos era flaco y llevaba un garrote largo y claveteado; el segundo era un coloso y cogia con la mano por el medio del mango una cuchilla de las que se destinan para matar bueyes; el tercero, fornido de hombros, menos flaco que el primero y menos macizo que el segundo, empuñaba una llave enorme, quizás robada de la puerta de alguna cárcel.

Jondrette esperaba sin duda que vinieran aquellos hombres. Entabló el siguiente rápido diálogo con el enmascarado del garrote:

—Está todo preparado?

—Sí.

—Dónde está Montparnasse?

—El primer galan se paró á hablar con tu hija.

—Con cuál?

—Con la mayor.

—Está bajo el carruaje?

—Sí.

—Está enganchada la carraca?

—Sí.

—Con dos buenos caballos?

—Excelentes.

—Espera en el punto que yo dije?

—Sí.

—Está bien, contestó Jondrette.

El señor Blanco estaba lívido. Examinaba todo cuanto veia en la madriguera, como el hombre que comprende que ha caido en un lazo, mirando á todas partes, pero sin que el miedo se apoderase de él. Formó tras de la mesa improvisado atrincheramiento, y así como momentos antes ofrecia el aspecto de un anciano bonachon, se habia convertido ahora en una especie de atleta y apoyaba el robusto puño sobre el respaldo de la silla, con gesto temible y sorprendente.

El padre de la mujer á quien amamos no es nunca un extraño para nosotros, y Mario se sintió orgulloso al verle en aquella actitud.

Tres de los cuatro hombres que dijo Jondrette que eran carboneros tomaron cada uno del monton de las herramientas unas tijeras de cortar metales, la barra de una romana y un martillo, y se colocaron silenciosamente delante de la puerta. El más viejo se quedó sentado sobre la cama y abrió los ojos. La mujer de Jondrette se sentó al lado de éste.

Mario, creyendo ya muy próximo el momento en que debia intervenir, levantó la mano derecha hácia el techo, en la direccion del corredor y preparado para soltar el tiro.

Cuando acabó de hablar Jondrette con el hombre del garrote, se volvió hácia el señor Blanco y repitió la pregunta anterior, acompañada de la risa baja, contenida y terrible que le era peculiar.

—Me conoceis?

—No, le respondió el señor Blanco, mirándole fijamente.

Jondrette se acercó á la mesa. Inclinóse por encima de ella, cruzó los brazos, aproximó la mandíbula angulosa y feroz al rostro tranquilo del señor Blanco, avanzó cuanto pudo, sin conseguir que éste retrocediera, y en aquella postura de fiera que vá á morder, le gritó:

—No soy Fabantou ni soy Jondrette. Me llamo Thenardier! ¡Soy el posadero de Montfermeil!... Oís claro? ¡Soy Thenardier! Me conoceis ahora?...

Rubor imperceptible pasó con rapidez por la frente del señor Blanco; pero contestó con su natural afabilidad, sin temblarle la voz y sin levantarla:

—Tampoco.

Mario no oyó esta respuesta. Se quedó atontado, estúpido, como herido por un

rayo. En cuanto oyó que Jondrette dijo que se llamaba *Thenardier*, se extremeció y tuvo que apoyarse en la pared, como si hubiese sentido que le atravesaba el corazon el frio de una espada. Su brazo derecho, dispuesto á hacer la señal convenida, se bajó lentamente, y cuando Jondrette repitió: *Ois claro? ¡Soy Thenardier!* casi cayó la pistola de su mano desfallecida. Jondrette, al descubrirse, no conmovió al señor Blanco, pero trastornó á Mario. Recuérdese lo que dicho apellido significaba para él; dicho apellido, escrito en el testamento de su padre, lo llevaba grabado en el corazon, en el pensamiento y en la memoria. No olvidaba jamás que un Thenardier salvó á su padre la vida y que éste le encargaba que hiciese cuanto pudiera por aquel. El salvador de su padre, que tanto tiempo buscara en vano, se le aparecia de repente, y cómo? como un horrible bandido, como un mónstruo. El libertador del coronel Pontmercy iba á cometer un atentado, cuya forma no entreveia Mario con claridad, pero que probablemente terminaria en un asesinato, ¿y un asesinato de quién? Gran Dios! ¡Qué burla tan amarga de la suerte!... Su padre le mandaba desde el fondo del ataud que hiciese á Thenardier todo el bien posible; Mario, durante cuatro años, tuvo la idea fija de solventar esta deuda de su padre, y en el instante de intervenir para que la justicia se apoderara de un criminal en el acto de cometer el crímen, el destino le gritaba: ¡Es Thenardier! Iba á pagar la salvacion de la vida de su padre en el campo heróico de Waterlóo con el cadalso del salvador. Se habia propuesto, cuando encontrase á Thenardier, arrodillarse á sus piés; y le encontraba por fin, pero era para entregarlo al verdugo. Su padre le dijo: ¡Socorre á Thenardier! y él le contestaba destruyéndole. Qué irrision! ¡Llevar tanto tiempo en el pecho la última voluntad de su padre, escrita por su misma mano, para hacer horriblemente todo lo contrario!

Pero ¡cómo podia presenciar aquel asesinato premeditado y no impedirlo! ¿Habia de condenar á la víctima y salvar al asesino? ¿Merecia gratitud semejante miserable? Trastornaba el pensamiento fijo de Mario durante cuatro años este golpe inesperado. Temblaba. Todo dependia de él; tenia en la mano la suerte de todos aquellos séres sin que ellos lo recelasen. Si disparaba la pistola salvaba al señor Blanco y perdia á Thenardier; si no la disparaba, sacrificaba al señor Blanco y podia acaso salvarse Thenardier. Precipitar al uno ó dejar caer al otro le causaba en ambos casos remordimiento. Qué iba á hacer? qué partido elegir? ¡Faltar á sus imperiosos recuerdos, á los sagrados compromisos contraidos consigo mismo, al más santo deber, al texto que más veneraba, al testamento de su padre, ó dejar que se consumase un crímen! Por una parte creia oir á Ursula, que le suplicaba que salvase á su padre, y por otra parte le parecia que le hablaba el coronel, recomendándole á Thenardier. Estaba loco, se le doblaban las rodillas y no tenia tiempo para deliberar, porque la escena que presenciaba iba á llegar con rapidez furiosa á su desenlace. El torbellino que creyó manejar le arrastraba. Estuvo á punto de desmayarse.

Entre tanto Thenardier, á quien ya no nombraremos de otra manera, se paseaba por delante de la mesa como extraviado y frenético por su triunfo.

Cogió el candelero y lo puso sobre la chimenea con golpe tan violento, que la vela casi se apagó y la pared quedó salpicada de sebo.

Luego volvió su rostro espantoso hácia el señor Blanco y vomitó estas palabras:

—Chamuscado! Asado! Mechado!

Despues volvió á pasear, entregándose al paroxismo de su venganza satisfecha.

—¡Por fin os he encontrado, señor filántropo, señor millonario raido, señor regalador de muñecas, viejo maricon! Que no me conoceis, decís, y estuvísteis en mi posada de Montfermeil hace ocho años, en la noche de Navidad de 1823, y os llevásteis de allí á la hija de Fantina, la Alondra, y vestíais un leviton amarillento y llevábais un envoltorio de trapos como esta mañana! Parece que tiene la manía de llevar á las casas paquetes de medias de lana. ¿Sois gorrero, viejo caritativo, y regalais á los pobres géneros de la tienda? Este farsante dice que no me conoce. Pues yo sí que os conozco; os conocí en seguida, en cuanto metísteis aquí el hocico.

Dicho esto calló Thenardier y pareció como que hablaba consigo mismo. Pudiera decirse que su furor caia como el Ródano en un agujero. Luego, como si terminase de decir en voz alta lo que habia comenzado á decirse interiormente, dió un puñetazo en la mesa y exclamó:

—Con su aire bonachon!

Despues, apostrofándole, continuó:

—En otro tiempo os burlásteis de mí y fuísteis el causante de todas mis desgracias. Por mil y quinientos francos adquirísteis una muchacha que me pertenecia, y era hija sin duda de gente rica, porque me habia producido mucho dinero, y á su costa podia yo haber pasado sin trabajar toda la vida. Esa jóven me hubiera indemnizado de todo lo que perdí en aquel abominable bodegon, en el que se verificaban grandes francachelas y en el que me he comido mi hacienda como un imbécil. ¡Quisiera que todo el vino bebido en mi casa se volviese veneno para los que lo bebieron! Os debí parecer muy grotesco cuando os fuísteis con la Alondra; pero en el bosque llevábais una cachiporra y érais el más fuerte; ahora lo soy yo. Me he apoderado de los triunfos. Estais cogido, amiguito! Es gracioso este lazo y por eso me rio. Os dije que era actor, que me llamaba Fabantou, que habia trabajado con la señorita Mars y que mi casero me despedia si no le pagaba mañana 4 de Febrero, y sois tan babieca que os lo habeis creido y me traeis cuatro miserables luises. Canalla! ¡Ni siquiera habeis tenido valor para darme hasta cien francos! Pero ya habeis caido en el garlito; ya te cogí: esta mañana te lamia las manos, pero esta noche te arrancaré el corazon.

Thenardier calló. Se ahogaba. De su pecho diminuto salia el resuello como del fuelle de una fragua. Sus miradas expresaban la ignoble felicidad de la criatura débil, cruel y cobarde que logra al fin derribar al que ha temido é insultar al que ha halagado; espresaban la alegría del enano que consiguiese poner los piés encima de la cabeza de Goliat; la alegría del chacal que empieza á destrozar á un toro enfermo, bastante muerto para no defenderse ya, pero bastante vivo para padecer aun.

El señor Blanco le contestó:

—No sé qué es lo que me quereis decir. Os equivocais. Soy bastante pobre, estoy muy lejos de ser millonario. No os conozco y sin duda me confundís con otro.

—Ah! ¡Os empeñais en seguir la broma! Pues es inútil. ¿Conque no me recordais? No sabeis quién soy?

—Perdonad, le contestó el señor Blanco con acento cortés, que en aquel momento era extraño y poderoso; perdonad: estoy viendo que sois un bandido.

Los séres criminales tienen sus susceptibilidades, los mónstruos son quisquillosos. Al oir la palabra bandido, la mujer de Thenardier se levantó de la cama y su marido cogió una silla como si tratara de romperla.

—No te muevas, gritó á su mujer.

Volviéndose hácia el señor Blanco, le dijo:

—Así nos llaman los ricos señorones. Porque he quebrado, tengo que vivir oculto, me quedo sin poder comer, soy un bandido. Hace tres dias que carezco hasta de pan; soy un bandido. Vosotros vivís en piso principal, bien comidos, hartos, bien vestidos, bien abrigados, y cuando quereis saber si hace frio leeis en los periódicos los grados que marca el termómetro del ingeniero Chavalier. Nosotros, nosotros somos los termómetros. No necesitamos ir á la esquina de la Torre del Reloj para ver los grados del frio, porque sentimos la sangre coagularse en nuestras venas y el hielo llegar al corazon, y decimos: No hay Dios! ¡Y vosotros venís á nuestras cuevas á llamarnos bandidos! ¡pero os comeremos, os devoraremos, entes miserables!... Sabed, señor millonario, que yo he sido dueño de un establecimiento, que he pagado contribucion, que he sido elector, que soy ciudadano y que acaso vos no lo seais.

Thenardier dió un paso hácia los hombres que estaban cerca de la puerta y les dijo con acento nervioso:

—¡Este hombre se atreve á venir aquí á hablarme como á un zapatero remendon!

Luego, recrudeciéndose en él el frenesí, continuó, dirigiendo la palabra al señor Blanco:

—Sabed tambien, señor filántropo, que yo no soy un hombre oscuro, cuyo nombre nadie sabe y que vá á robar criaturas á las casas. Soy un veterano soldado francés, que debiera estar condecorado. Estuve en Waterlóo y salvé la vida en esa batalla á un general que se llamaba el baron de Pontmercy. Este cuadro que estais mirando y que David pintó en Bruselas, me representa á mí. David quiso inmortalizar en este lienzo mi accion heróica. En él llevo en hombros al general y lo saco fuera del alcance de la metralla. Esta es su historia. Ese general nunca hizo nada por mí, porque no valia más que los otros. No por eso dejé de salvarle la vida exponiendo la mia, y tengo de ello certificados. Soy un soldado de Waterlóo; y ahora que ya he tenido la bondad de enteraros de esto, concluyamos. Necesito dinero, mu-

cho, muchísimo dinero; si no me lo das te extermino.

Mario, que estaba ya repuesto de su angustia y escuchaba atentamente, vió que acababa de desvanecérsele la última posibilidad de dudar. Era aquel, efectivamente, el sargento Thenardier del testamento de su padre. Mario se extremeció al oir que aquel reconvenia como á ingrato á éste, y él estaba tambien á punto de justificar el desagradecimiento. Esto redobló su perplejidad. Además, habia en todas las expresiones de Thenardier, en el acento, en el gesto, en la mirada que hacia brotar llamas de cada palabra; habia en la explosion de su naturaleza perversa vista al descubierto, en su mezcla de fanfarronada y de abyeccion, de orgullo y de pequeñez, de rabia y de tontería, en el caos de agravios verdaderos y de sentimientos falsos, en el impudor del malvado que saborea la voluptuosidad de la violencia, en la desvergonzada desnudez de una alma indigna, habia, repetimos, algo que era horrible como el mal y doloroso como la verdad.

El cuadro de David, el lienzo magistral, cuya adquisicion propuso Thenardier al señor Blanco, era, como los lectores habrán comprendido, la muestra de su figon, pintada por él mismo, y lo único que salvó de su naufragio de Montfermeil.

Mario contempló el cuadro: Thenardier hizo alusion á él y distinguió entre los brochazos una batalla, con el fondo de humo y un hombre que llevaba á otro á cuestas. Mario estaba como ébrio: el cuadro le hacia en cierto modo el efecto de ver á su padre vivo; no era para él la muestra del bodegon de Montfermeil, era una resurreccion, era una tumba que se entreabria, un fantasma que se levantaba. A Mario le latian las sienes; oia el cañon de Waterlóo, veia vagamente pintado en el lienzo siniestro á su padre ensangrentado, que le asustaba, pareciéndole que aquella cara informe le miraba con fijeza.

Cuando Thenardier recobró aliento, clavando en el señor Blanco sus sangrientas pupilas, le dijo con voz breve y baja:

—¿Qué tienes que decir antes de que te emparrillen?

El señor Blanco nada contestó.

En medio del silencio, una voz cascada lanzó desde el corredor este lúgubre sarcasmo:

—Si hace falta partir leña, aquí estoy yo.

Era el hombre de la cuchilla, que se divertia.

—Por qué te has quitado la máscara? le gritó Thenardier enfurecido.

—Para reir, le replicó aquel hombre.

Hacia algunos instantes que el señor Blanco seguia y espiaba todos los movimientos de Thenardier, el que, cegado y deslumbrado por su propia rabia, iba y venia por el cuarto, con la confianza de tener custodiada la puerta, de estar armado contra un hombre desarmado y de ser nueve contra uno, suponiendo que su mujer no se contase más que por un hombre. Al apostrofar al de la maza daba las espaldas al señor Blanco.

Este se aprovechó de aquel instante; rechazó la silla con el pié y la mesa con la mano; de un brinco, con prodigiosa agilidad, antes de que se volviera Thenardier, saltó á la ventana. Abrirla, escalarla y meter una pierna en ella fué para él obra de un minuto. Tenia ya medio cuerpo fuera de la ventana cuando le cogieron seis robustos puños y le volvieron á meter con violencia en la madriguera. Los tres carboneros se arrojaron sobre él, y al mismo tiempo la mujer de Thenardier le asió por los cabellos.

Al oir el pataleo que se armó, acudieron los otros bandidos, que estaban en el corredor. El viejo de la cama, que parecia borracho, se bajó de ella y llegó vacilando, llevando en la mano un martillo de picapedrero.

Mario reconoció á Panchaud en uno de los hombres tiznados, cuyo rostro iluminaba la vela, y vió que levantaba sobre el señor Blanco una especie de cachiporra, formada por dos bolas de plomo en los dos extremos de una barra de hierro.

Mario no pudo resistir este espectáculo.

—Padre mio, dijo para sí, perdóname!

Y su dedo buscó el gatillo de la pistola. Iba ya á disparar cuando oyó la voz de Thenardier, que gritó:

—No le hagais daño!

La tentativa desesperada de la víctima, en vez de exasperar á Thenardier, lo calmó, porque habia en él dos hombres, el hombre feroz y el hombre diestro. Hasta aquel instante, por el desbordamiento del triunfo, ante la presa abatida é inmóvil, le dominaba el hombre feroz; pero desde que la víctima intentó luchar y se movió, volvió á reaparecer el hombre diestro y á dominarle.

—No le hagais daño, repitió.

Estas palabras detuvieron la pistola de Mario, que iba á disparar, paralizando su accion, pues éste comprendió que no era ya tan urgente hacer la señal convenida y esperó, quizás abrigando la vaguísima esperanza de que pudiera surgir algun incidente que le librase de la horrible alternativa de dejar perecer al padre de Ursula ó de perder al salvador del coronel.

Se habia empeñado lucha hercúlea en el desvan del vecino. El señor Blanco dió al viejo borracho tal puñetazo en la espalda, que le echó rodando en medio del cuarto; con el revés de cada mano tiró al suelo á otros dos de los que le atacaban, á otros dos los tenia sujetos bajo las rodillas, y los miserables se ahogaban bajo tal presion, como si tuviesen encima una rueda de granito; pero los otros cuatro cogieron al terrible anciano por los dos brazos y por la nuca, y le tenian doblegado sobre los dos carboneros que yacian en tierra. Dueño de unos y dominado por otros, aplastando á los de abajo y ahogado por los de arriba, oponiéndose en vano á los esfuerzos de los que se agrupaban sobre él, desaparecia bajo el grupo horrible de bandidos, como un jabalí de quien se apodera una trailla de mastines y de sabuesos.

Consiguieron echarle sobre la cama más próxima á la ventana y allí contuvieron sus esfuerzos. La mujer de Thenardier aun le tenia agarrado por el cabello.

—No te mezcles en esto, la dijo su marido; no quiero que te estropees el pañuelo.

La Thenardier obedeció, como la loba obedece al lobo, lanzando un gruñido.

—Vosotros registradle, dijo Thenardier.

El señor Blanco renunció á oponer resistencia. Le registraron, encontrándole encima nada más que una bolsa de cuero, que contenia seis francos, y el pañuelo. Thenardier se lo guardó en el bolsillo.

—No lleva cartera? preguntó.

—Ni reloj, añadió uno de los carboneros.

—Es igual, replicó con voz de ventrílocuo el hombre enmascarado, que iba armado con una llave enorme; es un viejo duro de pelar.

Thenardier sacó de un rincon un paquete de cuerdas, que arrojó á sus compañeros.

—Atadle al banquillo, dijo.

Al ver que el viejo permanecia tendido en medio del cuarto á consecuencia del terrible puñetazo que le asestó el señor Blanco, notando que no se meneaba, preguntó:

—Qué está muerto Boulatruelle?

—No, contestó Panchaud; está borracho.

—Pues barredle á un rincon.

Dos de los carboneros le empujaron, llevándole con el pié hasta cerca del monton de las herramientas.

—Babet, ¿por qué has traido tanta gente? dijo Thenardier en voz baja al hombre del garrote; es inútil.

—Todos han querido ser de la partida, porque los tiempos están malos y apenas se hacen negocios.

La tarima en que echaron al señor Blanco era una especie de cama de hospital, que sostenian un par de banquillos de madera, toscamente labrados. Los bandidos le ataron con fuerza, le pusieron derecho y con los piés sujetos al banquillo más distante de la ventana y más próximo á la chimenea.

En cuanto terminaron esta operacion, Thenardier cogió una silla y se sentó cerca y enfrente del señor Blanco; la fisonomía del bandido estaba transformada, pasando desde la violencia desenfrenada hasta la apacibilidad tranquila y astuta. Mario no podia reconocer en la sonrisa de aquellos labios la boca bestial que momentos antes echaba espuma; veia estupefacto la metamórfosis fantástica y alarmante, y sentia lo que sentiria el hombre que viese un tigre convertirse en procurador.

—Caballero!... le dijo Thenardier, apartando con el gesto á los bandidos, que aun no habian soltado al señor Blanco.

—Apartaos un poco y dejadme hablar con este caballero.

Todos se replegaron hácia la puerta, y él continuó hablando de este modo:

—Caballero, hicísteis mal en intentar saltar por la ventana, porque hubiérais podido romperos una pierna. Ahora, si lo permitís, vamos á hablar tranquilamente. Me he fijado mucho en que no habeis lanzado el menor grito.

Thenardier tenia razon; este detalle era cierto, aunque Mario no lo habia notado. El señor Blanco apenas pronunció algunas palabras sin levantar la voz y hasta luchando con los seis bandidos cerca de la ventana, guardando profundo y singular silencio.

Thenardier continuó:

—Os aseguro que no me hubiera parecido inconveniente que gritárais: ¡ladrones! ladrones! asesinos!; lo hubiese encontrado muy natural; porque natural es que se alborote cuando nos vemos entre gentes que no nos inspiran suficiente confianza. Aunque hubiéseis obrado de ese modo no nos hubiéramos molestado, ni siquiera os hubiésemos puesto una mordaza. Voy á deciros por qué. Este cuarto es muy sordo, no tiene más cualidad buena que ésta. Es una caverna. Aunque aquí reventase una bomba, en el cuerpo de guardia más próximo el ruido que sintiesen no pasaria de ser como el ronquido de un borracho. Es un domicilio cómodo. Pero, en fin, no habeis gritado; tanto mejor. Os felicito, pues, y voy á deciros lo que deduzco de vuestro modo de obrar. Cuando se grita, puede acudir la policía y despues de la policía la justicia. No habeis gritado, porque sin duda os interesa tanto como á nosotros que no acuda la justicia ni la policía. Hace ya tiempo que teneis interés en ocultar algo; por nuestra parte hay el mismo interés, con que podemos entendernos.

Hablando de este modo parecia que Thenardier trataba de hundir sus pupilas hasta la conciencia de su prisionero; pero su lenguaje, sazonado con insolencia suave y socarrona, era reservado, casi escogido, y en el miserable que antes apareció el bandido se revelaba entonces el hombre que habia estudiado en un seminario.

El obstinado silencio que habia guardado el señor Blanco, la precaucion que llegaba en él hasta olvidarse del cuidado de su vida, la resistencia que opuso al primer movimiento de la naturaleza, esto es, á gritar, desde que le observó y consignó Thenardier, importunaba á Mario y le asombraba, causándole sentimiento.

La fundada observacion de Thenardier oscurecia más aun las misteriosas sombras que ocultaban á aquel hombre grave y extraño, al que Courfeyrac habia apodado el señor Blanco. Fuese quien fuese dicho hombre, estaba atado y rodeado de verdugos, medio sumido en una sima que se abria bajo sus piés más y más á cada instante y, sin embargo, permanecia impasible, lo mismo ante la cólera que ante la dulzura de Thenardier, y Mario admiraba en aquellos momentos aquella faz soberbiamente melancólica. Se conocia que era un hombre inaccesible al espanto y á la desesperacion, que era uno de esos hombres que dominan las situaciones desesperadas.

Thenardier se levantó, dirigiéndose á la chimenea; apartó el biombo, apoyándole en la cama inmediata, y descubrió la estufa atestada de brasas ardientes, para que el prisionero viese el escoplo hecho áscua blanca y moteado de estrellitas rojizas.

Luego el antiguo posadero volvió á sentarse en la silla, que puso frente al señor Blanco, y dijo:

—Continúo. Podemos entendernos y arreglar este asunto amistosamente. Hice mal en incomodarme, no sé dónde tenia la cabeza; fuí demasiado lejos y dije mil simplezas. Como por ejemplo, porque sois millonario, exigiros muchísimo dinero, enorme cantidad de dinero. Esto no seria razonable, porque si teneis la suerte de ser rico, tambien tendreis vuestras obligaciones, porque todo el mundo las tiene. No pretendo arruinaros; al fin y al cabo no soy desollador. No soy de los que se aprovechan de la ventaja de la posicion para ser ridículos. Cederé algo y haré por mi parte este sacrificio. Necesito nada más doscientos mil francos.

El señor Blanco nada contestó. Thenardier siguió en el uso de la palabra:

—Ya estais viendo que pongo agua en el vino. Desconozco el estado de vuestra hacienda; pero sé que teneis poco apego al dinero, y vos, que sois hombre benéfico, bien podeis dar doscientos mil francos á un desgraciado padre de familia. Siendo, como sois, razonable, comprendereis que no me he tomado el trabajo de organizar este plan muy acabado, segun la opinion de estos señores, para que solo me deis para echar un trago de vino tinto de á doce y para comerme un cabrito en el figon de Desnoyers. Doscientos mil francos vale mi proyecto. Os respondo que en cuanto saqueis del bolsillo dicha cantidad todo ha terminado ya entre nosotros y no teneis ya nada que temer. Me replicareis: "Yo no tengo aquí los doscientos mil francos.„ ¡Oh, no soy exagerado ni exijo semejante cosa! Tened la bondad de escribir lo que voy á dictaros.

Dicho esto, y marcando cada una de las palabras siguientes, dirigiendo la sonrisa hácia la estufa, Thenardier añadió:

—Os prevengo que no os admito la escusa de no saber escribir.

Podia envidiar la sonrisa del posadero un inquisidor general.

Thenardier acercó la mesa al señor Blanco, sacó tintero, pluma y papel del cajon, que dejó entreabierto para hacerle ver cómo relucia la ancha hoja de un cuchillo.

Puso el papel delante del señor Blanco y le dijo:

—Escribid.

—¿Cómo quereis que escriba estando atado? dijo el prisionero.

—Es cierto, perdonad, contestó Thenardier; teneis razon.

Volviéndose hácia Panchaud, alias Primaveral, le dijo:

—Desatadle el brazo derecho.

El bandido ejecutó en seguida esta órden.

Despues Thenardier mojó la pluma en el tintero y se la presentó al señor Blanco.

—Fijaos en que estais en nuestras manos, á nuestra discrecion; en que ningun poder humano puede sacaros de aquí y que nos afligiria vernos obligados á recurrir á extremos desagradables. Ni sé vuestro nombre ni las señas de vuestra casa; pero os prevengo que seguireis atado aquí hasta que vuelva la persona que yo encargue de entregar la carta que vais á escribir. Os la voy á dictar.

El señor Blanco tomó la pluma.

—"Hija mia...„ dijo Thenardier.

El prisionero se extremeció y se quedó mirando al falso Jondrette.

—Escribid: "Mi querida hija.„

El señor Blanco obedeció. Thenardier continuó dictando:

—"Ven al momento..., te necesito indispensablemente. La persona que te entregará esta carta está encargada de acompañarte adonde estoy yo.

„Te espero. Ven con confianza.„

El señor Blanco escribió todo lo dictado.

Thenardier añadió:

—Ah! borrad *ven con confianza*, porque eso haria suponer que esto no es natural y que es posible que desconfie.

El señor Blanco borró esas tres palabras.

—Ahora, prosiguió Thenardier, firmad... Cómo os llamais?

El prisionero dejó la pluma y preguntó:

—Para quién es esta carta?

—Bah! ya lo sabeis, respondió Thenardier; para la niña; acabo de decíroslo.

Evidentemente Thenardier evitaba nombrar á la jóven. Decia "la Alondra„, "la niña„, pero no pronunciaba su nombre. Era precaucion de hombre hábil guardar su secreto ante sus cómplices. Decirles el nombre de la referida jóven hubiera sido entregarles todo el negocio y enseñarles más de lo que necesitaban saber.

—Firmad: cómo os llamais?

—Urbano Fabre, contestó el prisionero.

Thenardier se metió bruscamente la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo del señor Blanco. Buscó la marca y la acercó á la luz.

—U. F. Eso es, Urbano Fabre. Pues bien, firmad solo U. F.

El prisionero firmó así.

—Como se necesitan las dos manos para cerrar la carta, yo la cerraré; dádmela.

Así lo hizo Thenardier; despues añadió:

—Poned el sobre: A la señorita Fabre, en vuestra casa. Sé que no vivís lejos de aquí, en los alrededores de Santiago de Haut-Pas, puesto que vais todos los dias á misa á dicha iglesia, pero no sé en qué calle. Me alegro de que os hayais hecho cargo de vuestra situacion. Como no mentísteis al decir vuestro nombre, tampoco mentireis al poner las señas. Escribidlas vos mismo.

El señor Blanco quedó pensativo un momento; despues tomó la pluma y escribió:

—A la señorita Fabre, casa del señor Urbano Fabre, calle Saint-Dominique d' Enfer, núm. 17.

Thenardier se apoderó de la carta febrilmente convulso y llamó á su mujer. Esta se acercó.

—Aquí tienes esta carta, le dijo. Ya sabes lo que hay que hacer. Bajo encontrarás el coche. Marcha en seguida y vuelve con rapidez.

Thenardier se dirigió al hombre de la cuchilla y le dijo.

—Ya que te has quitado el tapabocas acompaña á esta ciudadana. Sube en la trasera del coche. Ya sabes dónde he dejado la "carraca„.

—Ya lo sé, contestó el hombre, que dejó la cuchilla en un rincon y salió del desvan detrás de la Thenardier. Al salir, el antiguo posadero sacó la cabeza por la puerta entreabierta y gritó en el corredor:

—Cuidado con perder la carta, que vale doscientos mil francos.

—Descuida, la llevo en el pecho, respondió la ronca voz de su mujer.

Poco despues se oyó el chasquido de un látigo, que fué disminuyendo y se apagó con rapidez.

—Bien! exclamó Thenardier. Van á

buen paso. Como corran de ese modo, la ciudadana volverá antes de tres cuartos de hora.

Acercó la silla á la chimenea y se sentó, cruzando los brazos y apretando las botas enlodadas contra la estufa.

—Tengo frio en los piés, dijo.

En el desvan quedaban con Thenardier y con el señor Blanco cinco bandidos. Aquellos hombres tiznados, que parecian carboneros, negros ó demonios, estaban tristes y embotados; se conocia que ejecutaban el crímen como cualquier otro trabajo, tranquilos, sin cólera, sin piedad y con fastidio. Estaban en un rincon, amontonados como bestias y callando. Thenardier se calentaba los piés. El prisionero estaba ensimismado y taciturno. Sombría calma sucedió al extrépito que un rato antes sonaba en el desvan.

La vela, con largo pábilo, casi no alumbraba la inmensa madriguera; el fuego palidecia, y las cabezas monstruosas de los bandidos proyectaban sombras deformes en las paredes y en el techo. Solo se oia la tranquila respiracion del viejo borracho, que estaba durmiendo.

Mario esperaba con ansiedad cada vez más creciente, pero el enigma era más impenetrable que nunca. ¿La niña que Thenardier llamaba la Alondra era su Ursula? El prisionero no se conmovió cuando la llamó la Alondra y contestó con naturalidad:—No sé lo que quereis decir. Mario obtuvo la explicacion de las dos iniciales U. F., que significaban Urbano Fabre, y supo que su Ursula no se llamaba Ursula. Fascinacion horrible le retenia clavado en su sitio, en el que observaba, dominando toda la escena. Estaba allí casi incapaz de reflexion y de movimiento, como si le aniquilasen tan abominables cosas vistas de cerca. Esperaba cualquier incidente, sin poder coordinar sus ideas y sin saber qué partido tomar.

—Si la Alondra es ella, la veré, porque la mujer de Thenardier vá á acompañarla aquí, y entonces ya sé cómo he de obrar; perderé la vida si es preciso, pero la salvaré. Entonces ya nada me detendrá.

Pasó así media hora. Thenardier estaba absorbido en tenebrosa meditacion; el prisionero no se movia. Mario creia oir, sin embargo, y por intervalos, insignificante y sordo ruido al lado del señor Blanco.

De pronto Thenardier le dijo:

—Escuchad lo que voy á deciros, señor Fabre.

Pareciendo á Mario que iba á decir algo importante, se puso á oir atentamente.

Thenardier continuó:

—No os impacienteis, que mi mujer pronto estará de vuelta. Creo que la Alondra es verdaderamente vuestra hija y me parece muy natural que querais que viva en vuestra compañía. Con la carta mi mujer irá á buscarla, y para eso la hice vestir, como vísteis, para que vuestra hija consienta sin dificultad en seguirla. Las dos subirán en el carruaje y mi camarada irá en la trasera. Fuera de las barreras dejé preparada una carraca con dos buenos caballos. Llevará allí á vuestra hija, se apeará del coche, mi camarada subirá con ella en la carraca y mi esposa se volverá aquí para decirnos: "Ya está hecho„. A vuestra hija no se le hará ningun daño: la carraca la llevará á un sitio donde estará tranquila, y en seguida que me entregueis doscientos mil francos, os devolveré á vuestra hija. Si me denunciais y me prenden, mi camarada dará el golpe de gracia á la Alondra. Hé aquí todo lo que puede suceder.

El señor Blanco callaba. Despues de una pausa, Thenardier prosiguió:

—El plan es muy sencillo. No os sucederá nada malo si no quereis que os suceda. Os entero de mis intenciones porque es conveniente que las sepais.

Calló Thenardier: el señor Blanco continuó guardando silencio. Luego el bandido añadió:

—Cuando mi esposa vuelva y me diga: "La Alondra está en nuestro poder„, os soltaremos y podreis ir á dormir á vuestra casa. Ya veis que no abrigamos malas intenciones.

Imágenes espantosas pasaron anublando el pensamiento de Mario. ¡No iban á llevar allí á la jóven que intentaban robar! ¡Uno de aquellos mónstruos la arrebataria y la ocultaria Dios sabe dónde! Y la Alondra era ella!... ¡Claro es que era ella!.. Mario sentia apagarse, paralizados, los latidos de su corazon. Qué haria? Disparar la pistola? ¿Entregar en manos de la justicia á todos aquellos miserables? Esta medida no ponia á la jóven fuera del alcance del hombre de la cuchilla, y Mario repetia estas frases de Thenardier, cuya sangrienta significacion era muy clara: *Si me denunciais y me prenden, mi camarada dará el golpe de gracia á la Alondra.*

Ahora, además del testamento del coronel, le detenia su mismo amor, el peligro que corria la mujer adorada. La espantosa situacion de Mario, que duraba ya más de una hora, cambiaba de aspecto á cada instante. Mario pasó revista sucesivamente á las más punzantes conjeturas, buscando una esperanza, y no pudo encontrarla. El tumulto de sus ideas contrastaba con el silencio fúnebre de la madriguera. En medio de él se oyó el ruido de la puerta de la calle que se abria y que se cerraba.

El prisionero hizo un movimiento en sus ligaduras.

—Aquí está ya la ciudadana, exclamó Thenardier.

En efecto, en cuanto acabó de hablar se presentó su esposa en el desvan, amoratada, sofocada, jadeante, echando llamas por los ojos y gritando:

—Eran falsas las señas!

El bandido que entró con ella se dirigió al rincon á tomar la cuchilla.

—Eran falsas? repitió Thenardier.

—Sí. En la calle de Saint-Dominique, número 17, no vive ningun Urbano Fabre, y nadie nos ha sabido dar razon de él.

Sofocada la Thenardier, calló un instante, y luego continuó hablando furiosa:

—Ese viejo te la ha pegado; eres demasiado bueno; yo le hubiera abierto en canal para empezar, y si se hubiera hecho de pencas le hubiera cocido vivo, y así sabríamos dónde está su hija y dónde tienen el gato encerrado. Yo debia haber manejado este negocio. Bien dicen que los hombres son más bestias que las mujeres. No vive nadie en el número 17, que es una puerta cochera muy grande.

Mario respiró. La mujer que él amaba se habia salvado.

Mientras estaba vociferando la mujer de Thenardier, éste se habia sentado sobre la mesa; permaneció algunos minutos sin decir nada, moviendo la pierna derecha, que le colgaba, y contemplando la estufa. Por fin le dijo al prisionero, con inflexion de voz lenta y singularmente feroz:

—Darme señas falsas!... ¿Qué es, pues, lo que esperabas?

—Ganar tiempo, contestó el señor Blanco con voz tonante.

Al decir esto sacudió sus ataduras, que estaban cortadas, quedando solo sujeto á la cama por una pierna.

Antes de que los siete bandidos tuviesen tiempo para comprender la situacion y para arrojarse sobre el señor Blanco, éste se inclinó hácia la chimenea, extendió la mano hácia la estufa, luego se enderezó, y Thenardier, su mujer y sus compañeros, asombrados, retrocedieron hasta el fondo del desvan, al ver que el prisionero levantaba por encima de su cabeza el escoplo hecho áscua y despidiendo siniestra claridad en actitud formidable y casi libre.

En la sumaria que más tarde se sustanció acerca del crímen de la casucha Gorbeau consta que la policía, en uno de sus reconocimientos, encontró en el desvan una moneda de cobre cortada y trabajada de un modo particular; dicha moneda era una de las maravillas de la industria que la paciencia del presidiario engendra en las tinieblas y para las tinieblas, maravilla que sirve de instrumento de evasion. Estos productos deformes y delicados, de arte prodigioso, son en la bisutería lo que las metáforas en caló son en la poesía. El infeliz que aspira á la libertad, cuando no tiene instrumentos, algunas veces se vale de un cortaplumas ó de un cuchillo viejo para serrar una pieza de cobre en dos hojas delgadas, para ahuecarlas sin tocar el relieve monetario y para practicar una muesca ó rosca sobre el corte de la moneda, de modo que las dos hojas puedan volver á adherirse. De modo que las separan ó juntan como quieren, formando una caja. En dicha caja se oculta un muelle de reloj, y este muelle, sabiéndolo manejar, corta los grillos y las barras de hierro, que algunas veces les proporciona la libertad. Una moneda de esta clase encontró la policía en dicha madriguera, abierta en dos pedazos sobre la cama inmediata á la ventana; tambien encontró una sierrecilla de acero empavonado, que podia ocultarse en dicha moneda. Es probable que cuando los bandidos registraron al prisionero, éste llevase consigo dicha moneda, que ocultaria en las manos, y al tener una de ellas libre la abriera y le sirviese de sierra para cortar las cuerdas que le ligaban, y acaso produjo el insignificante ruido y los movimientos casi imperceptibles que Mario observó. Como no pudo bajarse, por temor de descubrirse, no cortó las ligaduras que le sujetaban la pierna.

En seguida los bandidos se repusieron de su sorpresa.

—No hay cuidado, dijo Panchaud á Thenardier. Está atado por una pierna

y no se irá; yo respondo, porque yo le até la pata.

El prisionero, con voz tremenda, los apostrofó de este modo:

—¡Sois unos miserables, pues mi vida no vale la pena de defenderse! Pero si habeis creido que me hareis hablar, que hareis que escriba lo que yo no quiera, y que diga lo que vosotros querais...!

Se levantó la manga del brazo izquierdo y añadió:

—Mirad!

Alargó el brazo y puso sobre la carne desnuda el escoplo ardiendo, que cogia con la mano derecha por el mango de madera.

Se oyó el chirrido de la carne quemada y se esparció por el desvan el olor propio de los cuartos del tormento.

Mario vaciló, sobrecogido de horror; hasta los bandidos se extremecieron: el rostro del enigmático anciano apenas se contrajo, y mientras el hierro enrojecido penetraba en la herida humeante, impasible y casi augusto, fijaba en Thenardier su límpida mirada, sin ódio alguno, en la que desvanecia el dolor serena majestad.

En las naturalezas magnánimas y escogidas, la rebelion de la carne y la de los sentidos, cuando forcejean con el dolor físico, obligan á que salga el alma y la hacen aparecer en la frente, como las rebeliones de la soldadesca obligan á que aparezca el capitan.

—Miserables! ¡me teneis más miedo que os tengo yo á vosotros!

Arrancóse el escoplo de la herida, le lanzó por la ventana, que habia quedado abierta, y el horrible y encendido instrumento desapareció girando en la oscuridad, cayendo lejos, y fué á apagarse entre la nieve.

Luego el prisionero añadió:

—Ahora haced de mí lo que querais.

Estaba ya desarmado.

—Sujetadle! gritó Thenardier.

Dos bandidos le echaron la mano á los hombros, y el enmascarado de voz de ventrílocuo se le colocó enfrente, dispuesto á saltarle el cráneo al primer movimiento que hiciese.

Entonces Mario oyó á sus piés, en el extremo inferior del tabique, pero sin poder ver á los que hablaban, este diálogo, sostenido en voz baja:

—No hay que hacer ya más que una cosa.

—Abrirle en canal.

—Eso.

Así hablaban marido y mujer celebrando consejo.

Thenardier se dirigió con lentitud á la mesa, abrió el cajon y sacó el cuchillo.

Mario acariciaba la culata de la pistola, entregado á inexplicable perplejidad. Hacia rato que oia dos voces en su conciencia: una le decia que respetase el testamento de su padre y otra que socorriese al prisionero. Las dos voces luchaban sin tregua, haciéndole agonizar. Esperó vagamente hasta aquel momento encontrar un medio de conciliar los dos deberes, pero en vano. El peligro apremiaba ya, era imposible esperar más. Thenardier, cerca del prisionero, estaba pensativo y con el cuchillo en la mano. Mario, fuera de sí, paseaba la vista á su alrededor, último y maquinal recurso de la desesperacion.

De repente se extremeció.

A sus piés, sobre la cómoda, un rayo claro de la luna iluminaba una hoja de papel, como enseñándosela. En dicho papel leyó la línea que escribió, con letras gruesas, la hija de Thenardier aquella mañana, y que decia:

—LOS CORCHETES ESTÁN AHÍ.

Una idea luminosa atravesó la imaginacion de Mario; el medio que buscaba, la solucion del horrible problema que causaba su tortura: librar al asesino y salvar á la víctima. Se arrodilló sobre la cómoda, alargó el brazo, cogió el papel, arrancó con suavidad un yeson del tabique, lo envolvió en el papel y arrojó ambas cosas por el agujero en medio de la madriguera.

Ya era tiempo. Thenardier habia vencido sus últimos escrúpulos ó sus últimos temores y se dirigia hácia el prisionero.

—Han tirado algo, gritó la mujer del ex-posadero.

—Qué es eso? preguntó el marido.

La Thenardier recogió el yeso envuelto en el papel y se lo entregó á su esposo.

—Por dónde ha entrado esto? preguntó éste.

—Por dónde? Por la ventana.

—Yo le he visto pasar, añadió Panchaud.

Thenardier desenvolvió con rapidez el papel y se acercó á la luz para leerlo.

—Diablo! Es letra de Eponina.

Hizo una seña á su mujer, que se acercó; enteróla del contenido del aviso, y luego exclamó:

—Pronto! Venga la escala! Dejemos el

tocino en la ratonera y larguémonos á escape.

—Sin cortar el cuello á este viejo? le preguntó la Thenardier.

—No nos queda tiempo.

—Por dónde salimos? preguntó Panchaud.

—Por la ventana, respondió Thenardier. Cuando Eponina tiró la piedra por la ventana, es señal de que la casa no está cercada por esta parte.

El enmascarado de voz de ventrílocuo dejó la llave en el suelo, levantó los dos brazos y abrió y cerró tres veces rápidamente las manos sin decir una palabra. Esta señal fué como la voz de zafarrancho para una tripulacion. Los bandidos que sujetaban al prisionero le soltaron; instantáneamente desarrollaron la escala por la parte de fuera de la ventana, apoyándola sólidamente en el marco con los dos garfios de hierro.

El prisionero aparentaba no fijarse en lo que sucedia á su alrededor; soñaba ó rezaba.

Cuando estuvo fija la escala, gritó Thenardier:

—Ven, mujer.

Precipitóse hácia la ventana. Al ir á poner la pierna fuera de ella para saltar á la escala, Panchaud le agarró bruscamente por el cuello y le dijo:

—Todavía no, viejo farsante; saldrás despues que salgamos nosotros.

—Despues que todos, aullaron los demás bandidos.

—Sois unos chiquillos, les contestó Thenardier, y estamos perdiendo tiempo. Los podencos nos están pisando los talones.

—Pues bien, dijo un bandido, echemos á la suerte quién pasará el primero.

Thenardier exclamó:

—Estais locos! estais borrachos! ¡Sois un atajo de majaderos! Si os parece, para perder el tiempo del todo podemos echar chinas, podemos echar pajas. Podemos escribir nuestros nombres y echarlos dentro de una gorra...

—Os sirve mi sombrero? gritó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos se volvieron; era Javert, que llevaba el sombrero en la mano y lo alargaba sonriendo.

## XXI.

**Debiera empezarse por prender á las víctimas.**

Javert habia apostado su gente al anochecer y él mismo estaba emboscado detrás de los árboles de la calle de la Barrera de los Gobelinos, enfrente de la casucha Gorbeau, por la otra parte del boulevard. Empezó por ir á incautarse de las dos jóvenes que estaban encargadas de vigilar las inmediaciones de la madriguera, pero solo pudo enjaular á Azelma, porque Eponina no estaba en su puesto; habia desaparecido y no pudieron prenderla. Despues Javert se colocó en acecho, con el oido atento y esperando la señal convenida. Las idas y venidas del coche que pasó varias veces por delante de él le tenian inquieto y agitado sobremanera; estaba tan impaciente y tan seguro *de encontrar allí un nido*, por haber reconocido á los bandidos que iban entrando, que se decidió á subir á la madriguera sin esperar á oir el pistoletazo. Recuérdese que Mario entregó á Javert la llave de su cuarto.

Javert llegó á tiempo al desvan.

Asustados los bandidos, se apoderaron de las armas que habian abandonado en el momento de evadirse.

Instantáneamente los siete bandidos se agruparon en actitud de defensa, cada cual con el instrumento que halló á la mano. Thenardier cogió el cuchillo; su mujer se apoderó de un enorme pedrusco que estaba en el ángulo de la ventana y que servia de taburete á sus hijas.

Javert se puso el sombrero, dió dos pasos por el cuarto con los brazos cruzados, con el baston bajo el brazo y con el espadin dentro de la vaina.

—Alto ahí! dijo. No quiero que salgais por la ventana, sino por la puerta. Eso es más cómodo. Sois siete, pero nosotros somos quince. No nos agarremos como ganapanes y sed buenos chicos.

Panchaud sacó una pistola que llevaba escondida bajo la blusa y se la dió á Thenardier, diciéndole al oido:

—Es Javert y yo no me atrevo á disparar contra ese hombre. Te atreves tú?

—Ya lo creo!

—Pues bien; tírale.

Thenardier tomó la pistola y apuntó á Javert.

Este, que estaba á tres pasos de él, le miró fijamente y le dijo:

—No tires! El tiro te vá á fallar.

Thenardier apretó el gatillo y el tiro no salió.

—Ya te lo dije! repuso Javert.

Panchaud arrojó su cachiporra á los piés de Javert, diciéndole:

—Eres el rey de los diablos! Me entrego.

—Y vosotros? preguntó el inspector á los demás bandidos.

—Nosotros tambien.

—Bien; ya comprendia yo que seríais buenos chicos, dijo con calma Javert.

—Solo te pido una cosa, añadió Panchaud, y es que no se me niegue el tabaco mientras esté en chirona.

—Concedido, le contestó Javert.

Se volvió hácia la puerta y gritó llamando:

—Entrad ya!

Una escuadra de municipales y de agentes armados con cachiporras y garrotes se precipitó en la madriguera y ató á los bandidos, obedeciendo las órdenes de Javert. La multitud de hombres, que apenas alumbraba la vela moribunda, llenó de sombra aquel antro.

—Ponedles esposas á todos! gritó el inspector.

—Acercaos á mí! gritó una voz que no era de hombre, pero que nadie se atrevia á decir que era de mujer: era la Thenardier, que se habia atrincherado en uno de los ángulos de la ventana y que lanzaba aquel rugido.

Los municipales y los agentes retrocedieron.

La Thenardier se habia quitado el manton, pero no el sombrero; su marido, agachado, desaparecia casi bajo el pañuelo caido, y ella, además, lo tapaba con su voluminoso cuerpo y levantaba con ambas manos, por encima de la cabeza, el pedrusco, con el balanceo de un gigante que vá á lanzar una roca.

—Allá vá! gritó.

Todos se agolparon hácia el corredor y quedó vacío un gran trecho en medio del desvan.

La mujer de Thenardier dirigió una mirada de indignacion á los bandidos que se habian dejado maniatar, y exclamó con acento gutural y ronco:

—Cobardes!

Javert se sonrió y se adelantó en el espacio vacío que la Thenardier abrazaba con sus miradas feroces.

—No te acerques! gritó; ¡vete ó te aplasto!

—Eres un buen granadero, le contestó Javert, y aunque tienes barbas como un hombre, yo tengo uñas como una mujer.

Dicho esto continuó avanzando.

La mujer, desmelenada y terrible, abrió las piernas, se dobló hácia atrás, y con loca furia arrojó el pedrusco á la cabeza de Javert; éste se bajó, y la piedra enorme pasó por encima de él, dió en la pared de enfrente, arrancando un gran pedazo de yeso, y volvió, repercutiendo de ángulo en ángulo, á morir á los piés de Javert. Afortunadamente el desvan estaba casi vacío.

El inspector de policía se acercó entonces al matrimonio, y una de sus grandes manos cayó en el hombro de la mujer y la otra sobre la cabeza del marido.

—Traed las esposas! gritó.

Sus dependientes entraron en seguida y ejecutaron en el acto la órden de Javert.

Abatida aquella mujer fiera, vió agarrotadas sus muñecas y las de su marido, se dejó caer al suelo y exclamó llorando:

—Hijas mias!

—Están ya á la sombra, le contestó el inspector.

Entre tanto los agentes habian descubierto al borracho, que estaba dormido detrás de la puerta, y le sacudian de firme. Se despertó balbuceando:

—Hemos concluido, Jondrette?

—Sí, le respondió Javert.

Pasando revista con la mirada á los tres carboneros, como Federico II en la parada de Postdam, les dijo:

—Buenas noches, Panchaud; buenas noches, Brujon; buenas noches, Millonario.

Despues, volviéndose hácia los tres enmascarados, dijo al hombre de la cuchilla:

—Buenas noches, Traga-mar.

Y al hombre del garrote:

—Buenas noches, Babet.

Y al ventrílocuo:

—Buenas noches, Suena-dinero.

En aquel instante vió Javert al anciano que tenian prisionero los bandidos, que no habia dicho una palabra desde que entraron los agentes de policía y estaba con la cabeza inclinada.

—Desatad al señor, dijo Javert, y que nadie salga.

Dicho esto se sentó soberanamente junto á la mesa, en la que estaban aun la vela y el tintero, sacó del bolsillo papel sellado y comenzó á instruir la sumaria.

Luego que escribió las primeras líneas, que son las fórmulas de siempre, levantó la vista y dijo:

—Que se acerque el caballero que estos señores tenian atado.

Los agentes miraron á su alrededor.

—Y bien, preguntó Javert; dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Blanco, el señor Urbano Fabre, el padre de Ursula ó de la Alondra, habia desaparecido.

Estaba custodiada la puerta, pero no la ventana. El anciano, al verse libre, mientras escribia Javert, aprovechándose de la confusion, del tumulto, de la oscuridad y de un instante en que no se fijaban en él, saltó por la ventana.

Cuando notaron su ausencia, un agente se acercó á la ventana y miró. No se veia nada fuera, pero la cuerda de la escala temblaba todavía.

—Diablo! exclamó Javert entre dientes; el que se ha escapado debia ser el mejor de todos.

## XXII.

### El niño que lloraba en la segunda parte.

Al dia siguiente de verificarse los acontecimientos que acabamos de narrar en la casucha del boulevard del Hospital, un chico que venia por el lado del puente de Austerlitz subia por la travesía de la derecha en direccion á la puerta de Fontainebleau.

La noche estaba muy oscura. El chico era pálido, flaco, iba harapiento; se cubria con un pantalon de lienzo en el mes de Febrero y cantaba á grito pelado.

En la esquina de la calle del Petit-Banquier, una vieja encorvada, á la luz de un reverbero, rebuscaba en un monton de basura. Al pasar el chico la empujó, y luego retrocedió, exclamando:

—Calla! ¡pues no me habia parecido esta vieja un perro enorme!

Y se rió á carcajadas.

La vieja se enderezó furiosa, gritándole:

—Bribon! pillastre! ¡Si no hubiese estado encorvada hubieras visto dónde te hubiese aplicado la punta del pié!...

El chico se habia alejado, pero continuaba riendo.

—Chucho! chucho! decia. ¡Ya veo que me equivoqué!

La vieja, sofocada de indignacion, se levantó, y el resplandor de la linterna le dió de lleno en la cara, alumbrando su fisonomía angulosa y arrugada y con patas de gallo, que le bajaban casi hasta los ángulos de la boca. Su cuerpo se borraba en la oscuridad y solo se le distinguia la cabeza. Parecia la máscara de la decrepitud recortada por la claridad en las tinieblas. El chico la miraba con mucha atencion.

—Señora, la dijo, no poseeis la clase de belleza que me gusta. Dicho esto prosiguió su camino, volviendo á cantar:

*Mambrú se fué á la guerra*
*montado en una perra,*
*Mambrú se fué á la guerra,*
*no sé cuándo vendrá.*

Al llegar aquí de la cancion, dejó de cantar y se paró delante de la casucha números 50 y 52.

Como encontró la puerta cerrada, comenzó á descargar sendos golpes y taconazos resonantes sobre ella, con los zapatos de hombre que calzaban sus piés de niño.

Entre tanto, la vieja, que encontró en la esquina de la calle del Petit-Banquier, corria tras él, lanzando gritos y haciendo gestos extremados.

—Qué es eso? qué es eso? Gran Dios! Echan abajo la puerta! ¡Están derribando la casa!

Los golpes continuaban y la vieja seguia gritando:

—Así tratan las casas ahora!...

La vieja se paró y conoció al pilluelo.

—Cómo! Eres tú, Lucifer?

—Calla! es la vieja de antes! exclamó el muchacho. Buenas noches, tia Bougon. Vengo á ver á mis padres.

La vieja le respondió con una mueca del órden compuesto, que era una admirable improvisacion del ódio, sacando partido de la caducidad y de la fealdad y que por desgracia se perdió en las tinieblas:

—No hay nadie en la casa, tunante.

—Bah! la replicó el chico: ¿pues dónde está mi padre?

—En la cárcel de la Fuerza.

—Y mi madre?

—En la de San Lázaro.

—Y mis hermanas?

—En las Magdalenas.

El chico se rascó la oreja, miró á la tia Bougon y dijo:

—Ah!...

Luego giró sobre sus talones, y pocos momentos despues la vieja, que se habia quedado en el umbral de la puerta, le oyó cantar con voz clara y juvenil, al alejarse por entre los álamos negros, que hacia extremecer el viento fuerte y frio del invierno, su cancion favorita:

*Mambrú se fué á la guerra*
*montado en una perra;*
*Mambrú se fué á la guerra,*
*no sé cuándo vendrá.*
*Si vendrá por la Pascua*
*ó por la Trinidad.*

# CUARTA PARTE.

## El idilio de la calle Plumet y la epopeya de la calle de San Dionisio.

### LIBRO PRIMERO

#### Algunas páginas de historia.

##### I.

###### Bien cortado.

Los años 1831 y 1832, que siguieron inmediatamente á la Revolucion de Julio, constituyen uno de los monumentos más particulares y más notables de la historia. Dichos dos años aparecen como montañas entre los que les preceden y los que van detrás de ellos; son de grandeza revolucionaria y descubren precipicios. Las masas sociales, las filas de piedra del edificio de la civilizacion, el grupo sólido de los intereses superpuestos y adherentes, los perfiles seculares de la antigua formacion francesa, aparecen y desaparecen á cada instante al través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías: apariciones y desapariciones que se llaman resistencia y movimiento. Por intervalos se vé brillar entre ellas la verdad, que es la luz del alma humana.

Esta época notable está bastante circunscrita y ya bastante lejos de nosotros para que podamos apreciar bien sus principales líneas, y vamos á intentarlo.

La Restauracion fué una de esas fases intermedias, difíciles de definir, que están llenas de cansancio, de zumbido, de murmullos, de sueño y de tumulto, y que solo son la llegada de una gran nacion á una etapa, á un punto de descanso. Épocas singulares que engañan á los políticos que tratan de explotarlas. Al principio de ellas la nacion solo desea reposar; su única sed es la paz y su única ambicion ser pequeña: en una palabra, permanecer tranquila, porque conoció que los grandes sucesos, las grandes casualidades, las grandes aventuras y los grandes hombres la hartaron hasta la saciedad, y en ciertas ocasiones cambiaria de buena gana á César por Prusias y á Napoleon por el rey de Ivetot. Cuando ha caminado desde el amanecer, andando larga y fatigosa jornada, haciendo la primera parada al llegar á Mirabeau, la segunda al llegar á Robespierre y la tercera al llegar á Napoleon, el viajero está derrengado y solo desea una cama para descansar.

Imploran y solicitan descanso la fidelidad cansada, el heroismo envejecido, las ambiciones satisfechas y las fortunas adquiridas; y al encontrarle se posesionan de la paz, de la tranquilidad, del ócio, y están contentos. Mientras tanto, surgen ciertos hechos, que se dan á conocer llamando á la puerta cada uno por su parte.

Estos hechos, que salen de la revolucion y de las guerras, existen, viven, tienen derecho á instalarse en la sociedad, y se instalan, y casi siempre los hechos son aposentadores y furrieles que preparan la habitacion para los principios.

Entonces hé aquí lo que observan los filósofos políticos.

Mientras los hombres cansados piden reposo, los hechos consumados piden garantías. Las garantías son para los hechos lo que el reposo es para los hombres; pues esto es lo que Inglaterra pedia á los Estuardos despues del Protectorado, y esto es lo que Francia pedia á los Borbones despues del Imperio.

Dichas garantías son las necesidades de los tiempos y es preciso concederlas. Las otorgan los príncipes, pero las dá en realidad la fuerza de las circunstancias; y esta verdad, útil y profunda, la desconocieron los Estuardos en 1662 y la ignoraron los Borbones en 1814.

La familia predestinada que regresó á Francia cuando cayó Napoleon tuvo la inocencia fatal de creer que ella era la que daba, y que podia volver á tomar lo que dió; creia que la casa de Borbon poseia el derecho divino; que Francia nada poseia, pues el derecho político que en Carta reconoció Luis XVIII, solo era una rama del derecho divino que habia cortado la casa de Borbon y que concedia voluntariamente al pueblo, hasta el dia que el rey quisiese apoderarse de ella otra vez. Así lo creia, á pesar de que pudieron muy bien los Borbones, por el disgusto que les causaba conceder dicha gracia, conocer que ese dón no dimanaba de ellos.

Los Borbones aparecieron huraños en el siglo diez y nueve y poniendo mala cara á los desahogos de la nacion, y esa mala cara la vió el pueblo. Creyó la casa de Borbon que poseia la fuerza, porque ante ella habia desaparecido el Imperio como una decoracion de teatro, sin conocer que ella habia aparecido del mismo modo; no vió que podia expulsarla la misma mano que expulsó á Napoleon. Creyó que estaba arraigada en el pueblo, porque representaba el pasado, y se equivocó, pues solo representaba una parte del pasado; pero todo lo pasado era Francia. Las raices profundas y vivas de la sociedad francesa no estaban en los Borbones, sino en la nacion; no constituian el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo, y estaban en todas partes, menos en el trono.

La casa de Borbon era para la Francia el nudo ilustre y sangriento de su historia, pero no el elemento principal de su destino, ni la base necesaria de su política. Podia pasarse sin los Borbones, como se pasó veintidos años; ciertamente habia entonces solucion de continuidad, pero ellos lo negaban: ¿cómo no habian de negarlo ellos, que creian que Luis XVII reinaba el 9 Thermidor y que Luis XVIII imperaba el dia de la batalla de Marengo? Jamás, desde el orígen de la historia, hubo príncipes tan ciegos ante los hechos y ante la autoridad divina que éstos contienen y promulgan; jamás la pretension humana, llamada el derecho de los reyes, negó hasta tal extremo el derecho divino.

Este error capital indujo á dicha familia á privar de las garantías otorgadas en 1814 y de las concesiones, como ella las calificaba. Era triste cosa en verdad ver calificar de concesiones las conquistas de la nacion y de usurpaciones á los derechos nacionales.

La Restauracion, cuando juzgó llegada la hora, cuando creyó haber vencido á Bonaparte y haber arraigado en el pais, es decir, cuando se creyó fuerte y profunda, tomó bruscamente su partido y se arriesgó á dar un golpe.

Una mañana se levantó y se puso frente á frente de la Francia; con voz altiva le negó el título colectivo y el título individual: negó á la nacion la soberanía y al ciudadano la libertad; ó en otros términos, negó á la nacion lo que la hacia nacion y al ciudadano lo que le hacia ciudadano; porque esa era la esencia de los dos actos célebres que se conocen con el nombre de los Decretos de Julio.

La Restauracion cayó. Cayó con justicia, aunque debemos confesar que no fué absolutamente hostil á todas las formas del progreso. Hiciéronse algunos adelantos á su sombra.

En la época de la Restauracion la nacion llegó á acostumbrarse á la discusion tranquila, lo que no pudo lograr en los tiempos de la República, y á la grandeza en la paz, de la que careció durante el Imperio. El espectáculo de la Francia libre y fuerte sirvió de estímulo á los demás pueblos de Europa; la revolucion usaba de la palabra en la época de Robespierre, del cañon en tiempo de Bonaparte; pero en los reinados de Luis XVIII y de Cárlos X usó de la palabra y de la inteligencia al mismo tiempo. Cesó el viento y volvió á arder la antorcha, y vióse el espectáculo magnífico, útil y agradable de ver brillar en las serenas cimas la luz del pensamiento.

Vióse trabajar, durante quince años, en plena paz, en medio de la plaza pública, á esos grandes principios, tan antiguos para el pensador y tan nuevos

para el hombre de Estado; el de la igualdad ante la ley y el de la libertad de la conciencia, el de la libertad de la palabra, el de la libertad de la prensa, el de la accesividad de todas las clases á todos los cargos. Esto duró hasta 1830. Los Borbones fueron un instrumento de civilizacion que se quebró en manos de la Providencia.

La caida de los Borbones denota mucha grandeza; no por parte de ellos, sino por parte de la nacion. Dejaron el trono con gravedad, pero sin autoridad; su caida, en medio de la noche, fué como una de esas desapariciones solemnes que dejan sombría emocion en la historia; no dejó en ella ni la calma espectral de Cárlos I, ni el rugido de águila de Napoleon. Se fueron y nada más. Depusieron la corona sin conservar la aureola; fueron dignos, pero no augustos, faltando en cierto modo á la majestad de su desgracia. Cárlos X, en el viaje á Cheburgo, al hacer cortar una mesa redonda para cuadrarla, hizo ver que cuidaba más de la etiqueta, que peligraba, que de la monarquía, que se derrumbaba. Esta pequeñez entristeció á sus vasallos fieles que apreciaban su persona y á los hombres graves que honraban su raza.

El pueblo estuvo admirable; atacó á la nacion una mañana una especie de insurreccion real, pero aquella se sintió tan poderosa, que ni se encolerizó; se defendió y se contuvo, volviendo las cosas á su lugar, el gobierno á la ley y los Borbones al destierro, y con esto se satisfizo. Quitó al viejo rey Cárlos X de bajo el dosel que habia abrigado á Luis XIV y le dejó en tierra con suavidad; solo tocó á las personas reales con tristeza y con precaucion. Esto no lo hizo un hombre, sino la Francia entera, la Francia vencedora, y en la embriaguez de la victoria, que recordaba y que practicó á los ojos del mundo, estas graves palabras de Guillermo du Vair, vertidas despues de la jornada de las barricadas: "Es muy fácil, á los que acostumbran á utilizar los favores de los grandes y á saltar como un pájaro de rama en rama, de una situacion aflictiva á otra floreciente, manifestarse atrevidos contra sus príncipes en la adversidad; pero para mí siempre será venerable la suerte de mis reyes, sobre todo si son desgraciados."

La caida de los Borbones inspiró respeto, pero no sentimiento. Su desgracia fué superior á ellos. Desaparecieron en el horizonte.

La Revolucion de Julio tuvo inmediatamente amigos y enemigos en todas partes. Unos se entregaron á ella con alegría y con entusiasmo y otros le volvieron las espaldas; cada cual obró segun su naturaleza. Los príncipes de Europa, en el primer momento, como buhos en aquella aurora, cerraron los ojos, heridos y estupefactos, y solo los abrieron para amenazar, por un temor que se comprende y con una cólera que se disculpa.

Aquella extraña revolucion solo fué un choque que no hizo el honor al realismo de tratarle como enemigo, ni el de verter su sangre. Para los gobiernos despóticos, que están interesados en que la libertad se calumnie á sí misma, la Revolucion de Julio cometió la falta de aparecer formidable y de ser tranquila. Por otra parte, nada se intentó ni se maquinó contra ella. La saludaban los más descontentos, los más irritados y los que más la temian. Cualesquiera que sean nuestro egoismo y nuestros rencores, nos inspiran misterioso respeto los sucesos que descubren la colaboracion de alguno que trabaja desde sitio más elevado que el hombre.

La Revolucion de Julio es el triunfo del derecho que derroca al hecho; acontecimiento explendente. De este acontecimiento proviene el explendor de la Revolucion de 1830 y tambien su mansedumbre: cuando triunfa el derecho no necesita ser violento.

El derecho es lo justo y lo verdadero.

El carácter del derecho es permanecer eternamente bello y puro. El hecho, cuando más necesario es en la apariencia, cuando mejor lo aceptan los contemporáneos, si solo existe como hecho, si no encierra ni una partícula de derecho, está destinado á ser infaliblemente, con el transcurso del tiempo, deforme, inmundo, quizás monstruoso. Si se quiere conocer hasta qué grado de miseria puede llegar el hecho contemplado á algunos siglos de distancia, mírese á Maquiavelo. Maquiavelo no es un génio del mal, ni un demonio, ni un escritor malvado y miserable; es nada más que un hecho, pero no solo es el hecho europeo, sino que es el hecho del siglo diez y seis. Parece horrible, y lo es, ante la idea moral del siglo diez y nueve.

La lucha del derecho contra el hecho existe desde el principio de las sociedades, y el trabajo de los sábios tiene por objeto terminar este duelo, amalgamar la idea pura á la idea humana y hacer que penetre pacíficamente el derecho en el hecho.

## II.

### Mal cosido.

El trabajo de los sábios es diferente al trabajo de los hábiles.

La Revolucion de 1830 se detuvo muy pronto.

En cuanto llega al puerto la tempestad revolucionaria se calma, y los hábiles se apoderan del buque náufrago.

Los hábiles se han conferido á sí mismos la calificacion de hombres de Estado, si bien la frase hombre de Estado ha concluido por sonar como una palabra en caló. Hay que tener presente que donde no hay más que habilidad existe pequeñez; es decir, que hábiles equivale á decir medianías, como decir hombres de Estado equivale algunas veces á decir traidores.

Si hemos de creer á los hábiles, revoluciones como la de Julio son arterias cortadas que es preciso ligar pronto. Extremécese el derecho cuando se proclama en toda su grandeza, y una vez afirmado es necesario afirmar el Estado; despues que se asegura la libertad debe pensarse en el poder.

Hasta aquí los sábios no se separan aun de los hábiles, pero principian á desconfiar de ellos. Pensar en el poder, bien; pero ante todo, qué es el poder? ¿de dónde procede?

Los hábiles aparentan no comprender esta objecion y continúan su maniobra. Segun dichos políticos, ingeniosos para cubrir las ficciones, de las que se aprovechan con la máscara de la necesidad, lo primero que le hace falta al pueblo despues de una revolucion, cuando el pueblo forma parte de un continente monárquico, es proporcionarse una dinastía. De este modo, dicen ellos, puede alcanzar la paz despues de la revolucion; es decir, tener el tiempo necesario para curar sus heridas y reparar su casa. La dinastía oculta los andamios y tapa los hospitales de sangre. Pero no siempre es fácil encontrar una dinastía.

En todo rigor basta tener á la mano un hombre de génio ó un hombre afortunado para proclamarle rey; en el primer caso resulta un Bonaparte y en el segundo un Itúrbide; pero para fundar una dinastía no basta una familia cualquiera. Debe dar carácter augusto necesariamente á una raza cierta cantidad de antigüedad, porque las arrugas que causan los siglos no se improvisan.

Colocándonos bajo el punto de vista de "los hombres de Estado„, y hechas todas las reservas convenientes, preguntamos: despues de la revolucion, ¿qué cualidades debe tener el rey que de ella salga? Puede ser y es útil que sea revolucionario, es decir, partícipe personal de la revolucion, por haber puesto en ella la mano ó por haberse comprometido ó distinguido en ella de algun modo.

Qué cualidades debe tener la dinastía?

Debe ser nacional, es decir, revolucionaria desde cierta distancia; no por sus actos consumados, sino por las ideas aceptadas; debe participar de lo pasado y ser histórica, y participar del porvenir y ser simpática.

Todo esto explica por qué las primeras revoluciones se contentan con encontrar un hombre, llámese Cromwell ó Napoleon, y desean absolutamente encontrar una familia, como la casa de Brunswick ó la casa de Orleans.

Las familias reales se parecen á las higueras de la India, cuyas ramas se encorvan hasta la tierra, echando en ella raices, que se convierten en nuevos troncos. Cada rama puede ser una dinastía, con la exclusiva condicion de bajarse hasta el pueblo. Esta es la teoría de los hábiles.

Este es, pues, su arte sublime: hacer que un acontecimiento suene algo á catástrofe, con la idea de que tiemblen tambien los que se aprovechan de él; sazonar con algo de miedo un paso de hecho, aumentar la curva de la transicion hasta el retardamiento del progreso; endulzar la obra; denunciar y disminuir las molestias del entusiasmo; cortar los ángulos y las uñas; acolchar el triunfo; arropar el derecho; envolver al gigante-pueblo con mantas de bayeta y meterle en cama en seguida; imponer dieta á su esceso de salud; tratar á Hércules como á un convaleciente; ofrecer á los espíritus sedientos del ideal el néctar mezclado con tisana; tomar precauciones contra el éxito demasiado grande y poner una pantalla á la lámpara de la Revolucion.

En 1830 se practicó esta teoría, que ya se aplicó en Inglaterra en 1688. La Revolucion de 1830 fué detenida en la mitad de la playa; un progreso á medias, un casi derecho. Pero la lógica no conoce el *casi*, como el sol ignora que haya bujías.

¿Quién detuvo la revolucion en la mitad de la playa? La mesocracia. ¿Por

qué? Porque mesocracia significa interés satisfecho. Ayer fué apetito, hoy es plenitud y mañana será saciedad.

El fenómeno que se verificó despues de Napoleon en 1814 se reprodujo en 1830, despues de Cárlos X.

Se ha querido hacer una clase de la mesocracia y esto es un error. La mesocracia solo la constituye la parte satisfecha del pueblo: el individuo de esta mal llamada clase es el hombre que ha conseguido ya tener tiempo para sentarse; pero una silla no es una casta. Por querer sentarse demasiado pronto se puede detener la marcha del género humano, y ésta ha sido casi siempre la falta de la clase media.

No constituye clase el cometer una falta. El egoismo no es una de las divisiones del órden social.

Por lo demás, debemos ser justos hasta con el egoismo; no era á la inercia el estado á que aspiraba, despues de la conmocion de 1830, la parte de la nacion de que nos estamos ocupando; no era á la inercia, que se complica con la indiferencia y con la pereza, y es algo vergonzosa; no era á la soñolencia, que supone olvido momentáneo; era á una parada, á un alto.

*Hacer alto* es frase que tiene doble, singular y casi contradictorio sentido: tropa en marcha, quiere decir movimiento, y en ella *alto* quiere decir reposo. *Hacer alto* es tambien reparar las fuerzas; es el reposo armado y despierto; es el hecho consumado que pone centinelas y se mantiene en guardia. El alto supone combate ayer y combate mañana.

Este es el intervalo entre 1830 y 1848.

Lo que acabamos de llamar combate puede llamarse progreso.

Necesitaban, pues, la clase media y los hombres de Estado un hombre que representase la palabra: Alto! Atrás y Adelante: una individualidad compuesta que significase revolucion y estabilidad; ó en otros términos, que consolidase lo presente, haciendo compatibles el pasado con el porvenir.

Encontraron á la mano á dicho hombre. Se llamaba Luis Felipe de Orleans.

Doscientos veintiun votos proclamaron rey á Luis Felipe; Laffayette se encargó de su consagracion, y llamó á la nueva monarquía *la mejor de las repúblicas*. La Casa del Ayuntamiento de Paris reemplazó á la Catedral de Reims.

La sustitucion de un semitrono á un trono completo fué la obra de 1830.

Cuando la terminaron los hábiles, apareció en ella el vicio inmenso de su solucion: todo lo hicieron fuera del derecho absoluto, y el derecho absoluto gritó: Protesto! y despues, acontecimiento formidable, se sumergió en las tinieblas.

## III.

### Luis Felipe.

Las revoluciones tienen el brazo terrible y la mano afortunada, hieren fuerte y escogen bien. Aunque sean incompletas, bastardeadas y prematuras, aunque se sofoquen y se reduzcan al estado de revolucion menor de edad, como la de 1830, les queda casi siempre la lucidez providencial para sucumbir bien. Su eclipse no es una abdicacion. No nos gloriemos demasiado de esto, sin embargo, porque tambien se engañan las revoluciones y se equivocan á veces.

Volvamos á 1830, que acertó en su extravío. Cuando se estableció lo que se llamó el órden, despues de dicha revolucion, el rey valia más que el realismo: Luis Felipe era un hombre raro.

Hijo del hombre al que la historia juzgará quizás con circunstancias atenuantes y tan digno de aprecio como su padre lo fué de censura, poseia todas las virtudes privadas y algunas públicas: era cuidadoso de su salud, de sus bienes, de su persona, de sus negocios; conocia el valor de un minuto y no siempre el de un año; era sóbrio, sereno, pacífico, sufrido; buen hombre y buen príncipe. Se acostaba con su mujer y tenia en el palacio lacayos que se encargaban de enseñar á los ciudadanos el lecho conyugal, lo que era hábil despues de la antigua é ilegítima ostentacion de los reyes de la rama mayor. Sabia todas las lenguas de Europa, y lo más notable es que conocia y hablaba el idioma de todos los intereses. Era el admirable representante de la clase media, superior y avanzado á ella, poseyendo el singular talento de medirse por su valor intrínseco, sin dejar de apreciar la sangre de su familia; en cuanto á la cuestion de raza, supo ser Orleans y no Borbon, primer príncipe de la sangre mientras fué alteza serenísima, pero franco ciudadano desde el dia en que fué majestad. Era difuso en público y conciso en la intimidad: le acusaron de avaro, pero sin pruebas; en realidad era económico: era literato y poco sensible á las letras; noble y no caballeresco; sencillo, tranquilo y fuerte; le adoraban su

familia y sus familiares; seducia su conversacion; era hombre de Estado desengañado, frio, y le dominaba el interés inmediato; incapaz de rencor ni de agradecimiento; gastaba sin compasion á los talentos superiores en cosas mediocres; muy hábil para vencer, por medio de las mayorías parlamentarias, á las unanimidades misteriosas que gruñen sordamente bajo los tronos; era espansivo y algunas veces imprudente en sus espansiones, pero de maravillosa destreza en sus imprudencias; fértil en expedientes, en fisonomías, en máscaras; hacia miedo á Francia con la Europa y á la Europa con la Francia; amaba á su pais, pero mucho más á su familia; tenia en más aprecio la dominacion que la autoridad y á la autoridad en más que á la dignidad; era minucioso, correcto, atento, sagaz, infatigable. Poseia todas las formas de la intrepidez personal; la probó como general en Valmy, como soldado en Jemmapes; la probó ocho veces el regicidio, que le encontró con la sonrisa en los labios; era valiente como un granadero, animoso como un pensador; solo le inquietaba el éxito de una conmocion europea; era impropio para las grandes aventuras políticas; siempre estaba dispuesto á sacrificar su vida, pero no su obra política; encubria su voluntad con la influencia, con el objeto de que le obedeciesen más por ser inteligente que por ser rey; estaba dotado de observacion, pero no de adivinacion; conocia poco los talentos, pero mucho á los hombres; esto es, necesitaba ver para juzgar; su juicio era rápido y penetrante, su palabra fácil, su memoria prodigiosa, y el evocarla con frecuencia era el único punto de semejanza que tenia con César, Alejandro y Napoleon. Sabia los hechos, los detalles, las fechas, los nombres propios, é ignoraba las tendencias, las pasiones, los talentos no vulgares, las aspiraciones interiores; en una palabra, todo lo que puede llamarse las corrientes invisibles de las conciencias. Le aceptaba Francia por la superficie, aunque estaba algo discorde con él por el interior; pero salia adelante con su habilidad, gobernando demasiado y no reinando bastante, siendo su propio primer ministro; era excelente para convertir la pequeñez de las realidades en obstáculo á la inmensidad de las ideas y mezclaba con verdadera facultad creadora de civilizacion, de órden y de organizacion, espíritu extraño de procedimientos y de sutileza; era fundador y procurador de una dinastía; tenia algo de Carlo-Magno y algo de curial; era una figura grande y original; un príncipe que supo consolidar el poder, á pesar de la inquietud de la Francia, y adquirir fuerza, á pesar de los recelos de la Europa. Luis Felipe debe colocarse entre los hombres eminentes de su siglo; y se le colocaria entre los hombres de gobierno más ilustres de la historia, si le hubiese gustado la gloria, si hubiera conocido el sentimiento de lo grande como conoció el sentimiento de lo útil.

Luis Felipe cuando jóven poseia hermosa fisonomía; siendo viejo era agradable y simpático. Si la Francia no siempre le acogió bien, en cambio le queria la multitud, á la que agradaba, porque poseia el dón de la seduccion. La majestad no le sentaba bien; era rey y no llevaba corona; era anciano y no tenia el cabello blanco. Sus modales eran los del antiguo régimen, pero sus costumbres eran modernas: era Luis Felipe el conjunto de noble y de ciudadano que convenia á Francia en 1830; era la transicion reinante: conservaba la antigua pronunciacion y la antigua ortografía, que ponia al servicio de las opiniones modernas. Llevaba el uniforme de la Guardia nacional, como Cárlos X, y el cordon de la Legion de Honor, como Napoleon.

Iba poco á la iglesia y nunca á la caza ni á la Opera. Era incorruptible con los sacristanes, con los perreros y con las bailarinas, lo que le daba cierta popularidad entre la clase media. No tenia corte; salia de casa con el paraguas bajo el brazo, y el paraguas fué para él, durante mucho tiempo, parte de su aureola. Sabia algo de albañilería, de jardinería y de medicina; sangró á un postillon que se cayó del caballo, pues siempre llevaba consigo la lanceta, como Enrique III el puñal. Los realistas se burlaban de este rey ridículo, que fué el único que hizo derramar sangre para curar.

De lo que la historia reprocha á Luis Felipe hay algo que descontar. Estos reproches son de tres clases: el que acusa al realismo, el que acusa al reinado y el que acusa al rey. Son hechos del realismo: la confiscacion del derecho democrático, mirar el progreso como cosa de interés secundario, reprimir con violencia las protestas en las calles, la ejecucion militar en las insurrecciones, penar el motin por las armas, por los Consejos de guerra y que absorbiese el pais legal al pais real. Son hechos del reinado: rechazar á Bélgica, conquistar bárbara-

mente la Argelia, como los ingleses la India; no tener fé en Abd-el-Kader, Blaye, la compra de Deutz y el pago de Pritchard. Finalmente, es el hecho del monarca: seguir una política más familiar que nacional.

Como es fácil de comprender, verificando el descuento se disminuye el cargo del rey.

Su gran falta consistió en haber sido demasiado modesto en nombre de la Francia. De dónde provino esta falta? Vamos á decirlo.

Luis Felipe fué un rey demasiado padre, y la incubacion de una familia que quiere constituir dinastía se asusta de todo y no se aventura á nada, y de aquí nació la timidez excesiva é inoportuna para un pueblo que ostenta su 14 de Julio en su tradicion civil y un Austerlitz en su tradicion militar.

Por otra parte, si prescindimos de los poderes públicos, que deben cumplirse antes que todos, era merecida la profunda ternura que Luis Felipe profesaba á su familia. Su grupo doméstico era admirable; en él se hermanaban las virtudes con el talento. Una de las hijas de Luis Felipe, María de Orleans, lograba inscribir entre los artistas el nombre de su raza, y Cárlos de Orleans lo inscribia entre los poetas, haciendo de su alma un mármol, al que llamó Juana de Arco. Dos de los hijos de Luis Felipe arrancaron á Metternich este elogio demagógico: *Son jóvenes como hay muy pocos y príncipes como no hay ninguno.* Este es, sin disimular nada, pero sin agravarlo tampoco, el retrato verdadero de Luis Felipe.

Su fortuna en 1830 dimanó de ser príncipe Igualdad, esto es, en llevar en sí mismo la contradiccion de la Restauracion y de la Revolucion; en poseer el aspecto inquieto del revolucionario, que se convierte en tranquilizador en el gobernante. Jamás apareció otro hombre que se prestase tan bien á un acontecimiento; sus dos aspectos se fundieron y se hizo la encarnacion. Luis Felipe es el año 1830 hecho hombre. Para sentarse en el trono tenia, además, el gran precedente del destierro. Estuvo proscripto, errante, y vivió pobre, vivió de su trabajo. En Suiza, el futuro heredero de los dominios más ricos de Francia tuvo que vender un caballo para poder comer; en Richenau dió lecciones de matemáticas mientras su hermana Adelaida bordaba y cosía. Semejantes recuerdos en un rey entusiasmaban á la clase media. Demolió con sus propias manos la última jaula de hierro del monte de San Miguel, que construyó Luis XI y que aun utilizó Luis XV; era compañero de Dumouriez y amigo de Laffayette; perteneció al club de los Jacobinos; Mirabeau le daba golpecitos en el hombro; Danton le habia dicho: Bravo jóven! En 1793, cuando tenia veinticuatro años, siendo duque de Chartres, asistió, en el fondo de una oscura tribuna de la Convencion, al proceso de Luis XVI, bien calificado, de *ese pobre tirano.*

La huella que dejó la revolucion en Luis Felipe era prodigiosa; su recuerdo era para él la marca viva de aquellos años, minuto por minuto.

Luis Felipe fué un rey á la luz del dia. En su reinado la prensa, la tribuna, la conciencia y la palabra fueron libres. Las leyes de Setiembre eran lúcidas. Pero aunque conocia el poder desgastador de la luz sobre los privilegios, dejó el trono expuesto á la luz. Cuando le juzgue la historia le tomará en cuenta esta lealtad.

Luis Felipe, como todos los personajes históricos que salieron ya de la escena, está sujeto al juicio de la conciencia humana, pero su proceso está aun en primera instancia.

No ha sonado aun para él la hora en que la historia habla con acento venerable y libre; no ha llegado el momento de pronunciar sobre él juicio definitivo; hasta el austero é ilustre historiador Luis Blanc ha modificado hoy su primer veredicto. Eligieron á Luis Felipe los dos *semis* que se llaman 221 y 1830; es decir, un semi-parlamento y una semi-revolucion; en todo caso solo podíamos juzgarle aquí, como lo estamos haciendo, con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto. A los ojos de lo absoluto, fuera de estos dos derechos, el del hombre primero y el del pueblo despues, no existe más que la usurpacion. Haciendo estas reservas, podemos decir desde ahora, y reasumiendo, que Luis Felipe, examinado en sí mismo y bajo el punto de vista de la bondad humana, es, sirviéndonos del lenguaje de la historia antigua, uno de los mejores príncipes que se han sentado en el trono.

¿Qué tiene, pues, contra sí dicho monarca? Su trono. Privad á Luis Felipe de la monarquía y quedará en él el hombre; el hombre en él es bueno, y á veces llega á ser admirable.

Con frecuencia en medio de las más graves ocupaciones, despues de luchar un dia entero contra la diplomacia del

continente, volvia por la noche á su cuarto, y allí, abatido por el cansancio y rendido por el sueño, tomaba un legajo y pasaba la noche revisando un proceso criminal, creyendo que era algo afrontar á la Europa, pero que era aun más importante arrancar un hombre al verdugo. Disputaba con el ministro de Justicia; defendia paso á paso el terreno de la guillotina contra los fiscales generales, contra los *charlatanes de ley*, como él los llamaba. Algunas veces expedientes apilados llenaban su mesa; los examinaba todos, porque era angustioso para él abandonar á los infelices condenados. Un dia decia al testigo que hemos citado hace poco:—*Esta noche he ganado siete.* En los primeros años de su reinado estuvo como abolida la pena de muerte, y levantar el patíbulo fué como una violencia que se hizo el rey. Habiendo desaparecido la plaza de la Grève, en donde se ajusticiaba en los tiempos de la rama primogénita, se instituyó una Grève ciudadana, conocida por el nombre de Barrera de Santiago; los "hombres prácticos„ se convencieron de la necesidad de tener guillotina legítima, y esto le proporcionó á Casimiro Perier una de sus victorias, como á representante del lado estrecho de la clase media, contra Luis Felipe, que representaba el lado liberal. Luis Felipe anotó por su misma mano á Beccaria, y despues del atentado de Fieschi escribia:—*¡Es lástima que no me haya herido! Le hubiera podido perdonar.* Otra vez escribia á propósito de un condenado político, aludiendo á la resistencia que le oponian sus ministros:—*He concedido su perdon; no me falta más que obtenerlo.* Luis Felipe era afable como Luis IX y bueno como Enrique IV.

En la historia, en la que la bondad es una perla rara para nosotros, el que ha sido bueno se pone delante del que ha sido grande.

Es natural, habiendo juzgado unos severamente y otros con dureza á Luis Felipe, que el hombre que es hoy tambien un fantasma y que conocio á este rey, se presente á declarar en su favor ante el tribunal de la Historia: esta declaracion es cierta y sobre todo desinteresada; el epitafio que escribe un muerto es sincero: una sombra puede consolar á otra sombra; participar de las mismas tinieblas dá derecho á alabar, y no es de temer que se diga nunca de dos tumbas en el destierro: "Esta ha adulado á aquella.„

## IV.

### Grietas en los cimientos.

En el instante en que el drama que vamos narrando vá á penetrar en el espesor de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, era necesario retratar fielmente antes al citado monarca.

Luis Felipe adquirió la autoridad real sin violencia, sin accion directa de parte suya, por un giro revolucionario, indudablemente distinto del fin real de la revolucion, pero en el que el duque de Orleans no tuvo iniciativa personal. Habia nacido príncipe y se creyó elegido rey. No se dió á sí mismo el poder, no le tomó; se lo ofrecieron y lo aceptó, pero con el convencimiento de que se le ofrecia con arreglo al derecho y que aceptarlo era para él un deber. Por eso tomó posesion de buena fé de la autoridad real. Luego, en conciencia, debemos decir que poseyéndole Luis Felipe de buena fé, y atacando tambien de buena fé la revolucion, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no debe recaer sobre el rey ni sobre la democracia. El choque de principios se parece al choque de elementos: el Océano defiende al agua, el huracan defiende al viento; el rey defiende al realismo, la democracia defiende al pueblo; la sociedad vierte sangre en este conflicto, pero lo que hoy causa sus padecimientos mañana le proporcionará la salud, y en todo caso no debe culparse á los que luchan. Uno de los dos partidos se equivoca indudablemente, porque el derecho no está, como el coloso de Rodas, sobre dos riberas á la vez, con un pié en el pueblo y otro en el trono; es indivisible, está todo á un lado; pero los que se engañan se equivocan con sinceridad; el ciego no es culpable de no ver, como un vendeano no es un bandido. Imputamos, pues, solo á la fatalidad de las circunstancias esas colisiones terribles. Cualesquiera que sean esas tempestades, entra siempre en ellas la irresponsabilidad humana.

El gobierno de 1830 principió inmediatamente una vida escabrosa: nació ayer y tuvo que combatir hoy. Apenas se instaló, sentia por todas partes vagos movimientos de traccion sobre el aparato de Julio, tan recientemente armado y tan poco sólido.

La resistencia nació al dia siguiente; quizás habia nacido el dia anterior.

Cada mes creció la hostilidad, primero sorda, despues patente.

La Revolucion de Julio, que no querian aceptar los reyes fuera de Francia, en dicha nacion se interpretaba de varias maneras, como ya hemos dicho.

Dios manifiesta á los hombres su voluntad visible en los acontecimientos por medio de un texto oscuro y escrito en lengua misteriosa; los hombres lo traducen en seguida; sus traducciones son rápidas, incorrectas, llenas de faltas, de vacíos y de contrasentidos. Poquísimas son las inteligencias que comprenden la lengua divina. Las más sagaces, las más serenas y las más profundas descifran con lentitud, y cuando terminan de traducir el texto, todo se ha verificado hace tiempo; hay ya veinte traducciones en la plaza pública. De cada traduccion nace un partido; de cada contrasentido una faccion; y cada partido cree poseer el único texto verdadero y cada faccion la verdadera luz.

Muchas veces el poder mismo es una faccion. Existen en las revoluciones nadadores contra la corriente: estos son los partidos viejos. Los partidos viejos, que creen en el derecho hereditario por la gracia de Dios y que opinan que porque nacen las revoluciones del derecho de insurreccion tienen tambien el derecho de rebelion: esto es un error; porque en las revoluciones el insurrecto no es el pueblo, sino el rey. La revolucion es precisamente lo contrario de la insurreccion. Siendo, como es, toda revolucion verdadera, el cumplimiento de una funcion normal contiene en sí su legitimidad, legitimidad que algunas veces deshonran los falsos revolucionarios; pero que aunque se deshonre persiste, y aunque se ensangriente sobrevive. Las revoluciones arrancan, no de un accidente, sino de la necesidad; la revolucion no es la vuelta de lo ficticio á lo real; existe porque debe existir.

Los partidos legitimistas atacaron la Revolucion de 1830 con todas las violencias que produce el falso raciocinio. Los errores son excelentes proyectiles. La hirieron con acierto por su parte vulnerable, por el flaco de su corona, esto es, por su falta de lógica, preguntándola: Si eres revolucion, por qué quieres monarquía? Las facciones son ciegos que apuntan bien.

Los republicanos lanzaban el mismo grito, pero en ellos era lógico. Lo que era ceguedad en los legitimistas, era lucidez en los demócratas.

La Revolucion de 1830 para el pueblo hizo bancarrota y la reprendia la democracia indignada.

El establecimiento de Julio resistia al ataque del pasado y al ataque del porvenir; representaba el minuto presente, luchando por una parte con los siglos monárquicos y por otra con el derecho eterno.

En cuanto al exterior, convirtiendo 1830 la revolucion en monarquía, se veia obligado á seguir el paso de Europa. Debia conservar la paz, y esto era para él una complicacion más. La armonía que se busca equivocadamente es muchas veces más onerosa que la paz. Del sordo conflicto, siempre amordazado, pero siempre amenazador, nació la paz armada, ese ruinoso recurso de la civilizacion, recelosa de sí misma.

La monarquía de Julio se encabritaba enganchada entre los arreos de los gabinetes europeos. Metternich la hubiera puesto de buena gana en el potro. El progreso la impulsaba en Francia y ella impulsaba en Europa á las monarquías rezagadas. Era remolcada y remolcaba.

Entre tanto, en el interior de Francia se acumulaban sobre la sociedad, oprimiéndola con su terrible peso, las cuestiones del pauperismo, del proletariado, del salario, de la educacion, de la penalidad, de la prostitucion, del estado de la mujer, de la riqueza, de la miseria, de la produccion, del consumo, de la reparticion, del cambio, de la moneda, del crédito, del derecho al capital y del derecho al trabajo.

Por el exterior de los partidos políticos aparecia un nuevo movimiento. A la fermentacion democrática respondia la fermentacion filosófica. La parte alta estaba tan conmovida como la baja, de otro modo, pero tanto.

Los pensadores meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por corrientes revolucionarias, temblaba bajo sus piés con vagas sacudidas epilépticas. Estos pensadores, unos aislados, otros reunidos en familias y casi en conmociones, removian las cuestiones sociales pacífica, pero profundamente; eran mineros que trabajaban tranquilamente sus galerías en las profundidades de un volcan, y apenas los distraian las sordas conmociones y las llamas ocultas que presentian desde lejos. Su tranquilidad es una de las mayores bellezas de aquella época de agitacion. Estos hombres dejaban tratar á los partidos políticos la cuestion de los derechos, y se

ocupaban exclusivamente de la cuestion de la felicidad, proponiéndose extraer de la sociedad el bienestar del hombre.

Elevaban las cuestiones materiales de agricultura, industria y de comercio casi hasta la dignidad de una religion.

Estos hombres, que se agrupaban bajo distintas denominaciones, pueden designarse todos con el nombre genérico de socialistas. Sus trabajos lo abrazan todo; desde la cuestion del patíbulo hasta la cuestion de la guerra. Al derecho del hombre, que proclamó la Revolucion francesa, añadieron el derecho de la mujer y el derecho del niño.

Nadie debe extrañar que no tratemos aquí á fondo, bajo el punto de vista teórico, las cuestiones que promovió el socialismo. Nos limitaremos á indicarlas.

Todos los problemas que los socialistas se proponian pueden reducirse á los dos principales, haciendo caso omiso de las visiones cosmogónicas, de los delirios y del misticismo.

Primer problema: Produccion de la riqueza.

Segundo problema: Distribucion de la riqueza.

El primer problema implica la cuestion del trabajo; el segundo la cuestion del salario. En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas; en el segundo de la distribucion de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta el poder público.

De la buena distribucion de los goces resulta la felicidad individual.

Por buena distribucion debe entenderse, no la distribucion igual, sino la equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De la combinacion del poderío público en el exterior y de la felicidad individual en el interior nace la prosperidad social.

Prosperidad social quiere decir hombre feliz, ciudadano libre, nacion grande.

La Inglaterra es la que resuelve el primero de los dos problemas. Produce admirablemente la riqueza, pero la distribuye mal, y esta solucion, completa solo por un lado, la arrastra fatalmente á estos dos extremos; á la opulencia monstruosa y á la pobreza monstruosa; á que disfruten los goces algunos y sufran todas las privaciones los demás; los demás, es decir, el pueblo, naciendo de esta manera del mismo trabajo el privilegio, la excepcion, el monopolio y el feudalismo. Situacion falsa y peligrosa, porque asienta al poder público sobre la miseria particular, y funda la grandeza del Estado en los padecimientos del individuo.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema, pero se engañan: su reparticion mata la produccion; la distribucion igual mata la emulacion y por consiguiente el trabajo. No debe, pues, hacerse hincapié en estas falsas soluciones: matar la riqueza no es repartirla.

Para resolverse bien los dos problemas necesitan una solucion comun: deben combinarse las dos soluciones de modo que formen una sola.

Resolviendo solo el primer problema nos dá por resultado á Venecia ó á Inglaterra; Venecia es un poder artificial, Inglaterra un poder material: obtendremos el mal del rico y moriremos por vias de hecho, como ha muerto Venecia, ó por medio de una bancarrota, como caerá Inglaterra. El mundo nos dejará morir y caer; porque el mundo deja que caiga y que muera todo lo que no encierra más que egoismo, todo lo que no representa para el género humano una virtud ó una idea.

Entiéndase aquí que al decir Venecia, Inglaterra, designamos, no los pueblos, sino las construcciones sociales, la oligarquía que se sobrepone á la nacion, no á la nacion. Las naciones todas merecen nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, como pueblo, renacerá; Inglaterra, como aristocracia, caerá; pero Inglaterra como nacion es inmortal.

El socialismo decia: "Resolved estos dos problemas: animad al rico y proteged al pobre; suprimid la miseria; terminad la explotacion del débil por el fuerte; ajustad matemática y fraternalmente el salario al trabajo; combinad la enseñanza gratuita y obligatoria con el crecimiento de la niñez y haced de la ciencia la base de la virilidad; desarrollad las inteligencias á la par que ocupais los brazos; democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola; en una palabra, aprended á producir y á distribuir la riqueza, y alcanzareis á un mismo tiempo la grandeza material y la grandeza moral."

Esto es, dejando aparte las utopias de algunas sectas que se extraviaban, lo que decia el socialismo.

Admirables esfuerzos! ¡Sagradas tentativas!

Preocupaban casi dolorosamente á Luis Felipe esas doctrinas, esas teorías, esas resistencias; la inesperada necesidad

que tenia el hombre de Estado de contar con los filósofos; la política nueva que era preciso crear, que estuviera algo de acuerdo con el mundo antiguo sin estar desacorde con el ideal revolucionario; su situacion que le obligaba á emplear á Laffayette y á defender á Polignac; la intuicion del progreso, que veia transparente, tras el motin de las Cámaras y en las calles, las competencias que tenia que equilibrar á su alrededor; su fé en la revolucion, el deseo de ser como los de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo y su propia honradez. Todas estas complicaciones contradictorias, por fuerte y animoso que fuese Luis Felipe, le abatian, haciéndole ver la dificultad de ser rey.

Sentia bajo sus piés verificarse terrible disgregacion, que sin embargo no era desmoronamiento, porque Francia era Francia como nunca.

Tenebrosos nubarrones cubrian el horizonte. Extraña sombra, que iba aproximándose, se extendia poco á poco sobre los hombres, sobre las cosas y sobre las ideas; sombra que provenia de la cólera y de los sistemas. Todo lo ahogado con precipitacion se removia y fermentaba. La conciencia del hombre honrado retenia algunas veces la respiracion, pues daba malestar aquel aire en que los sofismas se mezclaban con las verdades. Temblaban los espíritus en aquella ansiedad social como las hojas cuando se aproxima la tempestad. La tension eléctrica era tal, que á veces un cualquiera, un desconocido, iluminaba, pero despues quedaba la oscuridad crepuscular. A veces, profundos y sordos murmullos podian hacer juzgar de la intensidad del rayo que encerraba la nube.

Apenas habian transcurrido veinte meses desde la Revolucion de Julio y el año 1832 aparecia ya con aspecto amenazador.

Al oscuro rumor de las ideas se unia el sombrío tumulto de los acontecimientos: la miseria del pueblo; el último príncipe de Condé desaparecido en las tinieblas; Bruselas expulsando á los Nassau, como París á los Borbones; la Bélgica ofreciéndose á un príncipe francés y entregada á un príncipe inglés; el ódio ruso de Nicolás contra los franceses; dos demonios en el Mediodía, Fernando en España y Miguel en Portugal; la tierra temblando en Italia; Metternich extendiendo la mano sobre Bolonia; Francia afrontando al Austria; en el Norte oyéndose el ruido siniestro del martillo que remachaba los clavos del ataud de Polonia; las miradas irritadas de Europa acechando á la Francia; Inglaterra dispuesta á empujar lo que iba á caer y á arrojarse sobre lo que hubiera caido; las flores de lis borradas del coche del rey; la cruz arrancada en Nuestra Señora; Laffayette decaido; Laffitte arruinado; Benjamin Constant muerto en la indigencia; Casimiro Perier muerto por el aniquilamiento del poder; la enfermedad política y la social declarándose á la vez en dos capitales de Francia, en la ciudad del pensamiento y en la ciudad del trabajo; en París la guerra civil y en Lyon la guerra servil; el Mediodía fanatizado; turbado el Occidente; la duquesa de Berry en la Vendée; los complots, las conjuraciones, los levantamientos y el cólera.

## V.

### Hechos históricos que la historia ignora.

Hácia fines de Abril el estado social de Francia se habia agravado; la fermentacion se convirtió en ebullicion. Desde 1830, las pequeñas conmociones parciales presentadas se reprimieron con facilidad, pero renacian en seguida, lo que era señal de vasta conflagracion subsistente. Se entreveian los lineamientos confusos de una revolucion posible.

Francia miraba á París, y París miraba al barrio de San Antonio; porque dicho barrio, sordamente caldeado, entraba en ebullicion.

Las tabernas de la calle de Charonne se presentaban graves y tempestuosas, aunque parezca singular la aplicacion á las tabernas de esos dos adjetivos unidos. En ellas no se hablaba de otra cosa que del gobierno; discutíase la *cosa pública*, *para combatir ó para permanecer tranquilos*. En algunas trastiendas se hacia jurar á los obreros que se echarian á la calle al primer grito de alarma y que pelearian con los enemigos sin contar el número. Despues que aceptaban este compromiso, un hombre, que estaba sentado en un rincon de la taberna, levantaba la voz y les decia:—*Ya sabes, pues, que lo has jurado.* Algunas veces se subian al primer piso, se cerraban en un cuarto y allí se verificaban escenas casi masónicas. Se hacia prestar al iniciado juramento, *para socorrerle como á los padres de familia.* Esta era la fórmula.

En las salas bajas se leian libros "subversivos„. *Trataban al gobierno á lati-*

*gazos*, dice un informe secreto de aquel tiempo.

Se oian frases como las siguientes: *No sé los nombres de los jefes; sabremos el dia con dos horas de anticipacion. Somos trescientos; demos cada uno medio franco y reuniremos ciento cincuenta francos para comprar balas y pólvora. No dentro de seis meses, ni de dos; antes de quince dias nos pondremos frente á frente del gobierno. No me acuesto porque paso la noche haciendo cartuchos.* De tiempo en tiempo algunos hombres "decentemente vestidos„ llegaban dándose importancia, y con aire de mando daban apretones de manos á los *más principales*, y luego se iban, sin pasar allí nunca más de diez minutos. Se cambiaban en voz baja estas palabras significativas: *El complot está maduro; la cosa está á punto.* Todos los que estaban allí repetian lo mismo con diferentes frases. La exaltacion llegó á tal punto, que un dia exclamó un obrero en medio de la taberna:—*No tenemos armas!* Uno de sus compañeros respondió:—*Los soldados las tienen!* parodiando de este modo, sin él saberlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia.

A veces las reuniones eran periódicas, y á algunas de éstas solo asistian ocho ó diez y siempre los mismos. En otras entraba el que queria, y la sala se llenaba de tal modo, que los concurrentes tenian que estar en pié. Unos asistian por entusiasmo y por pasion, y otros porque éste *era su camino para ir al trabajo.* Como en la Revolucion, acudian á estas tabernas mujeres patriotas que abrazaban á los neófitos.

Tambien se observaban otros hechos expresivos. Un hombre entró en una de las tabernas, bebió y se marchó diciendo:—*Tabernero, la Revolucion te pagará lo que te debo.*

En una taberna situada enfrente de la calle de Charonne se elegian agentes revolucionarios y el escrutinio se hacia en las gorras.

Otros obreros se reunian en casa de un maestro de esgrima que tenia asaltos en la calle de Cotte; allí habia un trofeo de armas formado con espadones de madera, con estoques, garrotes y floretes. Un dia quitaron los botones á los floretes y dijo un obrero:—*Somos veinticinco, pero no cuentan conmigo, porque me tienen por una máquina.* Esta máquina fué despues Quénisset.

Lo que se premedita vá tomando poco á poco extraña notoriedad. Una mujer, mientras barría la puerta, decia á otra: *Hace mucho tiempo que trabajan sin descansar haciendo cartuchos.*

Se leian en las esquinas de las calles proclamas dirigidas á la Guardia nacional de los departamentos. Una de estas proclamas la firmaba *Burtot, vinatero.*

Un dia, á la puerta de un licorista del mercado Lenoir, un hombre con barba corrida y con acento italiano se subió á un guardacanton y leyó en voz alta un escrito singular que parecia proceder de un poder oculto. Los grupos que se formaron á su alrededor le aplaudian, y los pasajes que más conmovieron á la multitud se recogieron y se anotaron.—"...Persiguen nuestras doctrinas, hacen pedazos nuestras proclamas, acechan á nuestros carteleros y los cierran en la cárcel...„—"La baja que acaban de experimentar los algodones nos ha traido á muchos partidarios del justo medio...„—"El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras escondidas filas...„—"... Hé aquí la cuestion clara: accion ó reaccion, revolucion ó contrarevolucion. En nuestra época no se cree ya en la inercia ni en la inmovilidad. Por el pueblo ó contra el pueblo, no hay más cuestion que ésta...„—"El dia que no os convengamos, rechazadnos, pero hasta entonces ayudadnos á marchar.„—Todo esto se pregonaba en medio de la calle.

Otros hechos, por su misma audacia, causaban sospechas al pueblo. El 4 de Abril de 1832, un transeunte subia en el guardacanton que está á la esquina de la calle de Santa Margarita y gritaba: *Soy babonista!*, pero bajo la máscara de Babeuf el pueblo descubria la punta de la oreja de Gisquet.

Entre otras cosas, ese transeunte decia:—"Abajo la propiedad! La oposicion de la izquierda es infame y traidora; cuando quiere tener razon, predica la revolucion; es demócrata para que no la ataquemos y realista para no combatir. Los republicanos son animales de pluma; desconfiad de ellos, ciudadanos trabajadores.„

—Silencio, ciudadano polizonte! le gritó resueltamente un obrero. El grito le hizo terminar el discurso.

Sucedian algunos incidentes misteriosos.

Al anochecer un obrero encontraba cerca del canal á un hombre "bien vestido„ que le decia:

—Adónde vas, ciudadano?

—Señor, le respondia el obrero, no tengo el honor de conoceros.

—Yo sí que te conozco: nada temas.

Soy el agente del comité. Se sospecha que no eres muy fiel; se cree que descubres algo y te vigilan.

Despues le daba un apreton de manos al obrero y se marchaba diciendo:

—Pronto nos volveremos á ver.

La policía, expiando, recogia, no solo en las tabernas, sino tambien en las calles, extraños diálogos.

—Haz que te reciban pronto, decia un tejedor á un ebanista.

—Por qué?

—Porque habrá que andar á tiros.

Dos transeuntes haraposos cambiaban entre sí estas palabras:

—Quién nos gobierna?

—El señor Felipe.

—No; la clase media.

Otras veces pasaban dos hombres y se decia uno á otro:

—Tenemos excelente plan de ataque.

De una conversacion íntima entre cuatro hombres, que estaban acurrucados en una zanja de la rotonda de la barrera del Trono, solo se pudo oir lo siguiente:

—Se hará lo posible para que él no se pasee ya por Paris.

Quién era este él?... Incomprensibilidad amenazadora.

"Los principales jefes„, como se decia en el barrio, estaban entre bastidores, y se creia que se reunian para ponerse de acuerdo en una taberna situada cerca de la puerta de San Eustaquio.

Un carpintero que en la calle de Reuilly estaba clavando las tablas de una empalizada, alrededor de un terreno en el que se elevaba una casa en construccion, encontró en él un pedazo de carta rota, en donde se podian aun leer estas palabras:

—"Es preciso que el comité tome medidas para impedir el reclutamiento en las secciones para las diversas sociedades...„

Se leia tambien en una postdata:

—"Hemos sabido que habia un depósito de fusiles en la calle del Faubourg-Poissonniere, núm. 5, duplicado, unos cinco ó seis mil fusiles en casa de un armero. La seccion no posee armas.„

Pero lo que asustó al carpintero y le impulsó á enseñar la carta á los vecinos fué el recoger tambien allí otro papel roto y más significativo aun, cuya configuracion reproducimos por el interés histórico que encierran estos extraños documentos:

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Q. | C. | D. | E. | Aprended esta lista de memoria y rompedla despues. Los iniciados harán lo mismo cuando les trasmitais órdenes.<br>Salud y fraternidad.<br>*L.*<br><br>u og a¹· fé. |

Los que estuvieron en el secreto de este hallazgo no comprendieron, hasta mucho tiempo despues, la significacion de las cuatro letras mayúsculas: *quinturiones*, *centuriones*, *decuriones*, *exploradores*; ni el sentido de las letras minúsculas *u og a¹· fé*, que indicaban una fecha, la del *15 de Abril de 1832*. En la columna de cada mayúscula estaban inscritos nombres, acompañados de indicaciones características. Por ejemplo:

Q.—*Baunerel*. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro.

C.—*Bonviere*. 1 pistola. 40 cartuchos.

D.—*Rollet*. 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora.

E.—*Teissier*. 1 sable. 1 canana. Exacto.

*Terreur*. 8 fusiles. Valiente, etc. etc.

El carpintero encontró tambien en el recinto de la empalizada un tercer papel, en el que estaba escrita con lápiz la enigmática lista siguiente:

"Unidad. Blanchard: Arbol-seco. 6.

Barra. Soize, Sala del Conde.

Kosciusko. ¿Aubry el Carnicero?

J. J. R.

Cayo Graco.

Derecho de revision. Dufond, Four.

Caida de los Girondinos. Derbal. Maubué.

Washington. Pinson. 1 pistola. 86 cartuchos.

Marsellesa.

Soberanía del pueblo. Miguel. Quincampoix. Sable.

Hoche.

Marcelo. Platon. Arbol-seco.

Varsovia. Tilly, vendedor de *El Popular*.„

El honrado ciudadano, en cuyas manos cayó esta lista, supo al fin su significacion. Era, sin duda, la nomenclatura completa de las secciones del cuarto distrito de la Sociedad de los Derechos del hombre, con los nombres y los domicilios de los jefes de seccion. Hoy pueden ya publicarse estos hechos casi ignorados; es preciso, sin embargo, añadir que la fundacion de la Sociedad de los Derechos del hombre parece que fué posterior á la fecha en que se encontró el indicado pa-

pel. Entonces solo existiria el bosquejo de la Sociedad.

Tras las palabras, los indicios y los propósitos, empezaron á despuntar los hechos materiales.

En la casa de un prendero de la calle de Popincourt se encontraron, en el cajon de una cómoda, siete pliegos de papel gris, todos doblados á lo largo y en cuatro dobleces; los pliegos contenian veintiseis cuadrados del mismo papel gris, en forma de cartucho, y una tarjeta en la que se leia:

| | |
|---|---|
| Salitre. . . . . | 12 onzas. |
| Azufre. . . . . | 2 id. |
| Carbon. . . . . | 2 y 1[2 |
| Agua. . . . . | 2 |

En la diligencia de embargo se hizo constar que el cajon exhalaba fuerte olor de pólvora.

Un albañil, al volver á casa despues del trabajo, se dejó olvidado en un banco, cerca del puente de Austerlitz, un paquetito; se apoderaron de él, le llevaron al cuerpo de guardia, le abrieron y encontraron dos diálogos impresos, firmados por *Lahautiere*, una cancion titulada *Obreros, asociaos*, y una caja de lata llena de cartuchos.

En una zanja en el camino de la ronda, entre el cementerio del Padre Lachaisse y la barrera del Trono, jugando unos chicos en el sitio más desierto, descubrieron debajo de un monton de virutas y de mondaduras un saco, que contenia un molde para hacer balas, otro molde de madera para hacer cartuchos, una cazuela con granos de pólvora de caza y una marmita pequeña de hierro, cuyo interior presentaba evidentes señales de plomo fundido.

Un sugeto, llamado Gallais, que lo mataron en la calle Beaubourg cuando los sucesos de Abril, se jactaba públicamente de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de fusil.

El gobierno recibió un dia el aviso de que se acababan de distribuir armas en el arrabal y doscientos mil cartuchos. La semana siguiente se repartieron treinta mil y la policía no pudo recoger ni uno. Una carta que ésta interceptó decia: "Está próximo el dia en que á las ocho estén sobre las armas ochenta mil patriotas.„

La fermentacion era pública, pero casi tranquila. La inminente insurreccion preparaba con calma la tempestad, frente á frente del gobierno. Ninguna singularidad faltaba á esta crísis, subterránea todavía, pero perceptible ya. Los ciudadanos, ocupándose de ella, preguntaban pacíficamente:—¿Cómo vá la insurreccion? del mismo modo que si les preguntasen: Cómo está vuestra mujer?

Un almacenista de muebles de la calle Moreau preguntaba á un trabajador:

—Cuándo atacais?

Un comerciante decia á un obrero:

—Sé que atacareis muy pronto. Hace un mes érais quince mil; ahora sois veinticinco mil.

Ofrecia su fusil y un vecino suyo un cachorrillo que queria vender por siete francos.

La fiebre revolucionaria iba ganando terreno. No habia punto en Paris ni en Francia que estuviese libre de ella. La arteria latia en todas partes. Como las membranas que nacen en ciertas inflamaciones y se forman en el cuerpo humano, empezaba á extenderse por el pais la red de las sociedades secretas.

De la Asociacion de los Amigos del pueblo, que era á un tiempo pública y secreta, nacia la Sociedad de los Derechos del hombre, que fechaba de este modo una órden del dia: *Pluvioso, año 40 de la era republicana*, la que debia sobrevivir á las sentencias de los tribunales que ordenaron su disolucion, y la que daba á sus secciones nombres tan significativos como éstos:

Picas.
Somaten.
Cañon de Alarma.
Gorro frigio.
21 de Enero.
Mendigos.
Truhanes.
Adelante.
Robespierre.
Nivel.
Se conseguirá.

La Sociedad de los Derechos del hombre engendró la Sociedad de Accion, que se componia de los impacientes que se separaban para ir más de prisa. Otras sociedades se reclutaban de las sociedades matrices. Los seccionarios se quejaban de verse atraidos en todas direcciones. De aquí nacieron "la Sociedad Francia y el comité organizador de las Municipalidades„, las asociaciones para la libertad de la prensa, para la libertad individual, para la instruccion del pueblo, contra los impuestos directos, la sociedad de los obreros igualadores, etcétera etc.

Las sociedades parisienses tenian ramificaciones en las principales ciudades.

Lyon, Nantes, Lila, Marsella, tenian su Sociedad de los Derechos del hombre, la Carbonaria y los Hombres libres. En Aix habia una sociedad revolucionaria que se llamaba la Cougourde.

En Paris el arrabal de San Marcelo no estaba menos conmovido que el de San Antonio, y las escuelas no mostraban menos entusiasmo que los arrabales.

La agrupacion de los estudiantes se reunia en un café de la calle de San Jacinto y en el fumadero de los Siete Billares de la calle de los Maturinos de Santiago. La Sociedad de los Amigos del A. B. C., que estaba afiliada á los naturalistas de Angers y á la Cougourde de Aix, se reunia, como ya dijimos, en el café Musain. Estos jóvenes se juntaban tambien algunas veces en una hostería, cerca de la calle Mondetour, que se llamaba Corinto. Generalmente estas reuniones eran secretas, pero algunas veces eran lo más públicas posible, y puede juzgarse de su audacia por el siguiente trozo de un interrogatorio de uno de los procesos ulteriores:—¿Dónde se celebró esa reunion?—En la calle de la Paz.—En qué casa?—En la calle.—¿Qué secciones asistieron?—Una sola.—Cuál?—La seccion Manuel.—¿Quién era el jefe de ella?—Yo.—Sois demasiado jóven para haber cargado con la responsabilidad de atacar al gobierno. ¿De dónde recibíais instrucciones?—Del comité central.

El ejército estaba minado tambien, como despues lo probaron los movimientos de Belfort, de Lunneville y de Epinal. Estaban comprometidos los regimientos 52.°, 5.°, 8.°, 37.° y el 20.° ligero. En Borgoña y en las ciudades del Mediodía se plantaba *el árbol de la libertad*, es decir, un mástil con un gorro frigio.

Tal era la situacion.

El arrabal de San Antonio, como dijimos al principio, hacia terrible y caracterizaba la situacion más que ningun grupo de la capital. Dicho arrabal, poblado como un hormiguero, laborioso, animado y colérico como una colmena, se extremecia esperando y ansiando la conmocion. Se agitaba extraordinariamente, pero sin interrumpir su trabajo. No es posible formarse idea del sombrío aspecto de su fisonomía; en dicho arrabal existen dolorosas miserias bajo el techo de las buhardillas, y tambien inteligencias ardientes y raras; y en materia de desgracia y de inteligencia es lo más peligroso que los extremos se toquen.

El arrabal de San Antonio tenia, además, otras causas para conmoverse, como son la de resentirse de la reaccion de las crísis comerciales, de las quiebras, de la carestía y de la falta de trabajo, causas inherentes á los grandes sucesos políticos. En épocas de revolucion la miseria es á la vez causa y efecto. El golpe que dá la hiere. Esa parte de la poblacion dotada de alta virtud, capaz del mayor grado de calórico latente, dispuesta siempre á tomar las armas y á las explosiones, irritada y minada, parecia que solo esperaba que brotase una chispa.

En cuanto brotan en el horizonte algunos resplandores que impulsa el viento de los sucesos, es preciso pensar en el arrabal de San Antonio y en la fatalidad que colocó á las puertas de Paris aquel polvorin de padecimientos y de ideas.

Las tabernas del arrabal de San Antonio tienen celebridad histórica; en épocas revolucionarias embriagan en ellas más las palabras que el vino. Una especie de espíritu profético, un efluvio del porvenir llena los corazones y engrandece las almas. Las tabernas de dicho arrabal se parecen á las tabernas del Monte Aventino, que se edificaron sobre el antro de la Sibila, y que se comunicaban con los profundos soplos sagrados; tabernas cuyas mesas casi son trípodes, y en las que se bebia lo que Ennio llamaba el *vino sibilino*.

El arrabal de San Antonio es un estanque en el que está contenido el pueblo: la conmocion revolucionaria abre en él grietas por las que corre la soberanía popular. Esta soberanía puede producir daño y engañarse, pero es grande hasta cuando se equivoca. Puede decirse de ella como del cíclope ciego: *Ingens*.

En 1793, segun la idea que flotaba era buena ó mala, segun era la luz del fanatismo ó del entusiasmo, partian del arrabal de San Antonio, ya legiones salvajes, ya falanges heróicas. Hemos dicho salvajes y vamos á explicar esta palabra. ¿Qué es lo que querian los hombres de cabello erizado que en los dias genesíacos del caos revolucionario se lanzaron aullando contra el Paris viejo y trastornado? Querian el fin de la opresion, el fin de la tiranía, el fin del sable, el trabajo para el hombre, la instruccion para el niño, la dulzura social para la mujer, la libertad, la igualdad y la fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, el progreso; y lo reclamaban ter-

riblemente, medio desnudos, con la maza en la mano y el rugido en la boca. Eran los salvajes de la civilizacion.

Proclamaban el derecho con furia; querian obligar al género humano á entrar en el paraiso, aunque fuese por medio del terror y del espanto.

Frente á esos hombres feroces y salvajes, pero feroces para conseguir el bien, existen otros hombres risueños, bordados, con medias de seda, plumas blancas, guantes amarillos y botas de charol, que, apoyándose de codos sobre una mesa cubierta con tapete de terciopelo, junto á una chimenea de mármol, insisten templadamente en la conservacion y permanencia del pasado, de la Edad Media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, y que glorifican en voz baja y con finura el sable, la hoguera y el patíbulo. Si nos viéramos obligados á elegir entre los bárbaros de la civilizacion y los civilizados de la barbarie, escogeríamos á los bárbaros.

Gracias á Dios no nos encontramos en esa terrible alternativa; no necesitamos ninguna caida vertical, ni hácia adelante ni hácia atrás. Ni despotismo ni terrorismo. Queremos ir al progreso por suave pendiente.

Dios se encarga de esto. Suavizar las pendientes constituye la política divina.

## VI.

### Enjolras y sus tenientes.

En esta época Enjolras, que preveia los sucesos posibles, hizo misterioso recuento de sus amigos.

Estaban reunidos en conciliábulo en el café Musain, y Enjolras, entre metáforas enigmáticas y significativas, dijo lo siguiente:

—Conviene saber dónde estamos y con quiénes se puede contar. Si se quiere tener combatientes es preciso procurárselos. Tener con qué herir no puede estorbar. Los que andan por un camino tienen más peligro de recibir alguna cornada cuando hay en él toros que cuando no los hay. Contemos, pues, el rebaño. Debemos saber cuántos somos, sin dejar esto para mañana. Las revoluciones deben siempre tener prisa, porque el progreso no debe perder tiempo. Desconfiemos de lo inesperado y que no nos pille desprevenidos. Se trata de planchar las costuras que hemos hecho y de ver si están firmes, y hoy mismo debe quedar terminado este negocio. Courfeyrac, tú verás á los politécnicos: hoy miércoles es dia de salida; Feuilly, tú verás á los de la Glaciere. Combeferre me ha prometido ir á Picpus; allí hay un excelente hormiguero; Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire, los masones se entibian; tráenos noticias de la lógia de la calle Grenelle-Saint-Honoré. Joly irá á la clínica de Dupuytren y tomará el pulso á la Escuela de Medicina. Bossuet dará una vuelta por la Audiencia y hablará con los escribanos. Yo me encargo de la Cougourde.

—Pues ya está todo arreglado, repuso Courfeyrac.

—No.

—Qué falta?

—Una cosa importantísima.

—Qué es?

—La barrera del Maine, contestó Enjolras, quedándose un momento absorto en sus reflexiones; luego añadió:

—En el portillo del Maine hay marmolistas, pintores y prácticos en los talleres de escultura. Son entusiastas, pero se enfrian con facilidad: no sé lo que les pasa hace algun tiempo; piensan sin duda en otra cosa y quizás por eso se entibian; pasan el tiempo jugando al dominó. Es urgente decirles algo, pero al alma. Se reunen en casa de Richefeu y se les encuentra allí entre doce y una. Es preciso soplar en aquellas cenizas: habia pensado en que hiciese esto el distraido Mario, para lo que es á propósito, pero ya no viene. Necesito uno que vaya al portillo del Maine y no lo tengo.

—Pues y yo? preguntó Grantaire.

—Tú?

—Yo.

—¿Tú has de ir á adoctrinar republicanos? ¿Tú has de devolver el calor, no á los principios, sino á los corazones frios?...

—Y por qué no?

—Puedes acaso servir para algo?

—Empiezo á sentir una ambicion vaga, repuso Grantaire.

—Tú no crees en nada.

—Creo en tí.

—Grantaire, ¿quieres hacerme un favor?

—Todos los que quieras; hasta limpiarte las botas.

—Pues bien, no te inmiscuyas en nuestros asuntos y bébete tus copas de ajenjo.

—Eres un ingrato, Enjolras.

—¡Serias capaz de ir á la barrera del Maine! Serás capaz!...

—Soy capaz de bajar por la calle de Gres, de atravesar la plaza de San Miguel, de torcer por la calle del Príncipe, de tomar la calle Vaugirard, de pasar por los Cármenes, volver á la calle de Assas, medir la calle de las Viejas Tullerías, de tomar el boulevard, de seguir la calzada del Maine, de atravesar la barrera y de entrar en casa de Richefeu. Mis zapatos y yo somos capaces de todo esto.

—¿Conoces á nuestros camaradas de casa Richefeu?

—No mucho, pero nos tuteamos.

—Y qué les dirás?

—Pardiez! les hablaré de Robespierre, de Danton y de los principios.

—Tú!

—Yo! No quereis hacerme justicia. Cuando me encargo de algo lo desempeño muy bien. He leido á Prudhomme, conozco el *Contrato social*; sé de memoria la Constitucion del año dos. "La libertad de un ciudadano termina donde empieza la libertad de otro ciudadano.„ ¿Crees acaso que soy un bruto? Conservo en el cajon de mi cómoda un antiguo asignado. Demonio! Conozco los derechos del hombre y la soberanía del pueblo. Soy, además, un poco hebertista, y puedo estar hablando seis horas, con reloj en mano, de cosas soberbias.

—Sé formal, le dijo Enjolras.

—Soy terrible, le respondió Grantaire.

—Consiento en ponerte á prueba. Irás al portillo del Maine á hablar con los artistas.

Esto dijo Enjolras despues de meditar algunos segundos y con el gesto del hombre que ha tomado una resolucion.

Grantaire vivia en una casa de huéspedes muy inmediata al café Musain. Se fué de allí y volvió á los cinco minutos: habia ido á ponerse un chaleco á lo Robespierre.

—Rojo, exclamó al entrar y mirando con fijeza á Enjolras. Despues, con enérgico movimiento de mano, cruzó sobre el pecho las dos solapas de color de escarlata del chaleco.

Aproximándose al oido de Enjolras, le dijo en voz baja:

—Ten confianza en mí; desempeñaré bien tu comision.

Se puso resueltamente el sombrero y salió.

Un cuarto de hora despues quedó desierta la sala interior del café Musain. Los amigos del A. B. C. se fueron cada uno por su parte á cumplir su mision. Enjolras, que se habia reservado la Cougourde, se marchó el último.

Los de la Cougourde de Aix, que estaban en Paris, se reunian en el llano de Issy, en una de las canteras abandonadas que tanto abundan por aquella parte de Paris.

Mientras Enjolras se dirigia á dicho sitio, iba pasando revista á las circunstancias de la situacion. La gravedad de los sucesos era visible. Cuando los hechos, precursores de una especie de enfermedad social latente, se mueven con pesadez, la menor complicacion los detiene y los enreda; de este fenómeno nacen los hundimientos y los renacimientos. Enjolras descubria luminoso levantamiento tras los velos tupidos del porvenir, y acaso quizás que el momento estaba muy próximo de presenciar el hermoso espectáculo de que el pueblo reasumiese el derecho y de que la revolucion volviera á tomar majestuosamente posesion de la Francia y de que dijera al mundo: Se continuará! Enjolras estaba contento: el horno se caldeaba. En aquellos momentos habia extendido una nube de amigos por Paris, y combinando en su imaginacion la elocuencia penetrante y filosófica de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, la verbosidad de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Juan Prouvaire, la ciencia de Joly y los sarcasmos de Bossuet, componia una especie de chisporroteo eléctrico que echaba fuego por todas partes, dedicándose todos á la misma obra. Todo iba bien y creia que el resultado corresponderia al esfuerzo. Esto le hizo acordarse de Grantaire.—Calla! se dijo á sí mismo, la barrera del Maine está casi en mi camino. Me llegaré hasta casa de Richefeu, veré dónde está Grantaire y qué es lo que hace.

Daba la una en la torre de Vaugirard cuando Enjolras llegó al fumadero de Richefeu.

Empujó la puerta, entró, cruzó los brazos, dejando cerrarse la puerta, que le dió en las espaldas, y miró en la sala, que estaba llena de hombres, de mesas y de humo.

Entre la bruma se oia una voz, á la que otra replicaba. Era la de Grantaire, que disputaba con un adversario.

Grantaire estaba sentado enfrente de otro hombre, al lado de una mesa de mármol sembrada de salvado y llena de fichas de dominó, y daba golpes en ella con el puño.

Hé aquí el diálogo que oyó Enjolras:

—Seis doble.

—Cuatro.

—Diablo! No tengo.

—Pues estás muerto. Dos.

—Seis.

—Tres.

—Un as.

—Me toca poner.

—Cuatro puntos.

—Difícilmente.

—Ahora tú.

—He cometido una falta enorme.

—Vas bien.

—Quince.

—Siete más.

—Que suman con estos veintidos.

—No esperabas el seis doble? Ya lo creo. Si le hubiera jugado al principio, habria cambiado de juego y hubiera perdido la partida.

—Dos otra vez.

—As.

—As? Pues bien; cinco.

—No tengo.

—No tienes, eh? Pues buena te espera.

—Allá veremos.

—Creo que has jugado tú?...

—Sí.

—Blanca.

—Tienes suerte! Tienes mucha suerte! (Momento de pausa.)—Un dos.

—Un as.

—Ni cinco ni as. Eso sí que es bueno para tí.

—Dominó.

—Vete al diablo!

# LIBRO SEGUNDO

## Eponina.

### I.

#### El Campo de la Alondra.

Mario presenció el inesperado desenlace de la emboscada que delató á Javert. En cuanto éste salió de la casucha, conduciendo á los bandidos presos en coches de alquiler, Mario salió tambien de su domicilio. Eran las nueve de la noche y se dirigió á casa de Courfeyrac.

Courfeyrac no era ya el imperturbable habitante del barrio Latino; por "razones políticas„ se habia mudado á la calle de la Vidriería; este barrio era entonces el centro de la revolucion que se estaba fraguando.

Mario le dijo á Courfeyrac:

—Vengo á dormir á tu casa.

Courfeyrac tomó uno de los dos colchones que tenia en su cama, lo extendió en tierra y le contestó:

—Duerme ahí.

A las siete de la mañana del dia siguiente Mario volvió á su casa, pagó el alquiler y lo que debia á la tia Bougon, hizo cargar en un carreton de mano sus libros, la mesa, la cómoda y las sillas y se fué sin dejar las señas de su nueva habitacion. Cuando Javert volvió por la mañana á preguntar á Mario sobre los sucesos de la víspera, solo encontró en la casucha á la tia Bougon, que le respondió:

—Se ha mudado!

Esta mudanza repentina hizo creer á la tia Bougon que Mario debia ser cómplice de los ladrones prendidos y exclamó:

—Quién lo habia de decir! ¡Un jóven que tenia el aire de una niña!...

Dos eran los motivos que hicieron mudar de casa á Mario. El primero por inspirarle horror aquella guarida en la que vió tan cerca en todo su desarrollo lo repugnante y lo feroz, fealdad más horrible que la del rico malvado, la del pobre perverso. El segundo motivo era que no queria figurar en el proceso que se estaria formando para no verse obligado á declarar contra Thenardier.

Javert creyó que el jóven cuyo nombre no recordaba tendria miedo y se habria fugado; hizo esfuerzos para encontrarle, pero no lo consiguió.

Pasó un mes y despues otro.

Mario seguia viviendo en casa de Courfeyrac. Supo por un pasante de abogado, visitante habitual de los corredores de la Audiencia, que Thenardier estaba incomunicado y que todos los lunes el alcaide de la cárcel de la Fuerza daba cinco francos para Thenardier.

Mario, que se quedó sin dinero, pedia prestados los cinco francos á Courfeyrac, siendo ésta la vez primera que pedia que le prèstasen. Los susodichos cinco francos constituian un doble enigma para Courfeyrac que los daba y para Thenardier que los recibia.

—Para quién serán? pensaba Courfeyrac.

—De dónde pueden venir? se preguntaba Thenardier.

Mario vivia desconsolado. Para él toda

la felicidad habia vuelto á desaparecer por escotillon. Su vida se sumergia en la oscuridad del misterio. En ella vió un momento y muy de cerca á la jóven que adoraba, al viejo que parecia su padre, á esos dos séres desconocidos en los que cifraba su único interés y su única esperanza en el mundo, y en el momento en que creia que iba á unirse á ellos, el soplo de la adversidad desvaneció sus dos sombras. Ni una sola chispa de certidumbre ni de verdad brotó para él de tan terrible choque. No pudo encontrar coyuntura alguna posible. Hasta ignoraba el nombre que se figuraba saber. Ella no se llamaba Ursula y la Alondra era un apodo. No sabia qué pensar de aquel anciano. Huia en efecto de la policía? El obrero de cabello blanco que encontró en las cercanías de los Inválidos se le presentó en la imaginacion. Antes dudaba que fuese el señor Blanco, pero ahora casi se convencia de que era él. Por qué, pues, se disfrazaba? Veia en ese anciano rasgos heróicos y rasgos inequívocos. ¿Por qué no gritó para pedir socorro? por qué huyó despues? ¿Seria verdaderamente padre de su desconocida? ¿Era realmente el hombre que conocia Thenardier? ¿No podia éste equivocarse?

Estas preguntas eran problemas sin solucion para Mario, pero que no por eso disminuian el encanto angelical de la jóven del Luxemburgo. Por su desgracia, Mario sentia encenderse la pasion en el pecho y sus ojos erraban en la oscuridad. Se sentia impulsado y atraido y no podia moverse; todo se desvanecia ante él, excepto el amor, y hasta el amor mismo habia perdido para él los instintos y las iluminaciones súbitas. Ordinariamente esa llama nos abrasa, pero nos alumbra un poco y presta exteriormente alguna claridad útil; pero Mario no podia ya oir los sordos consejos de la pasion. No se podia decir: Si yo fuese allí! Si hiciese tal ó cual cosa!...

Su desconocida sabe Dios dónde estaba, pero nada le indicaba á Mario dónde podia buscarla. Su existencia se condensaba en una incertidumbre absoluta, en una bruma impenetrable. Aspirando siempre á verla, perdia la esperanza de conseguirlo.

Para colmar su desgracia volvia á visitarle la miseria; sentia ya por detrás y muy cerca su soplo glacial. Durante las anteriores peripecias y angustias dejó de trabajar, y es muy peligrosa la interrupcion del trabajo, porque es una costumbre que se pierde, costumbre fácil de perder y difícil de volver á adquirir.

Cierta cantidad de meditacion fantástica es buena como un narcótico tomado en discretas dósis; adormece la fiebre, algunas veces dolorosa, de la inteligencia que trabaja y dá orígen en el espíritu á un vapor suave y fresco, que corrige los contornos demasiado ásperos del pensamiento puro, llena aquí y allá lagunas é intervalos y sombrea los ángulos de las ideas; pero mucha cantidad de estos sueños fantásticos sumerge y ahoga. ¡Desgraciado del obrero del pensamiento que se deja caer completamente desde el pensamiento á este ensueño! Cree que volverá á subir con facilidad y se dice á sí mismo que al fin y al cabo es lo mismo pensar que soñar. Error!

El pensamiento es el trabajo de la inteligencia y la meditacion fantástica es la voluptuosidad; reemplazar aquel por ésta es confundir un veneno con un alimento.

Recuérdese que Mario empezó por ahí; luego se le echó encima la pasion, que acabó por precipitarle en quimeras sin objeto y sin fondo; solo salia de casa para soñar, costumbre perezosa, abismo tenebroso y encubierto. A medida que disminuia su trabajo crecian sus necesidades. Esto es una ley. El hombre, en el estado de meditacion, es naturalmente perezoso y pródigo; el espíritu espaciado no puede tener vida concreta. En este modo de vivir se mezclan el bien y el mal; porque si la molicie es funesta, la generosidad es buena y sana; pero el hombre pobre, generoso y noble, que no trabaja, está perdido; agota sus recursos y aumenta sus necesidades.

Es esa una pendiente fatal que arrastra á los hombres honrados y firmes lo mismo que á los débiles y á los viciosos, hasta hacerlos caer en uno de estos dos abismos: el del suicidio ó el del crímen. A fuerza de salir de casa para meditar, llega un dia en que se sale para tirarse al agua.

El esceso de meditacion crea los Escousse y los Lebrás.

Mario bajaba por esa pendiente con lentitud, con los ojos fijos en la persona que ya no podia ver. Parecerá extraño lo que acabamos de decir y, sin embargo, es verdadero. El recuerdo del sér ausente se ilumina en las tinieblas del corazon, y cuanto más desaparece más brilla, y el alma desesperada en la oscuridad vé esta luz en su horizonte como si fuese una estrella de su noche interior. El pensa-

miento de Mario se concentraba en *ella*, únicamente en *ella*, y apenas notaba que su levita vieja estaba inservible y la nueva se le hacia vieja, que sus camisas se gastaban, lo mismo que el sombrero y las botas, es decir, que se gastaba su vida y, sin embargo, decia: "¡Si pudiera verla antes de morir!...„

Solo conservaba la grata idea de que *ella* le correspondia, se lo dijeron sus miradas; aunque *ella* no conocia su nombre conocia su alma, y tal vez en el sitio misterioso en que se encontrase seguiria correspondiéndole.

A veces en esas horas inexplicables que pasa todo corazon que ama, teniendo solo dolorosas razones, sintiendo, esto no obstante, desconocido temblor de alegría, exclamaba: "Estos son sus pensamientos que vienen hasta á mí„. Y añadia despues: "Mis pensamientos llegarán quizás hasta ella del mismo modo„.

Esta ilusion, que en Mario se desvanecia pronto, lograba infundir en su alma rayos de luz, que alguna vez se asemejaban á la esperanza. De vez en cuando, en las horas de la noche que más entristecen á los pensadores fantásticos, escribia en un cuaderno lo más puro, lo más impersonal, lo más ideal de los sueños con que el amor llenaba su cerebro, llamando á esto "escribirla„.

No por esto se crea que su razon estaba desordenada: aunque habia perdido la facultad de trabajar y de moverse con firmeza hácia un fin determinado, tenia más perspicacia y rectitud que nunca. Veia con claridad tranquila y real, aunque extraña, lo que pasaba á su vista, hasta los hechos y los hombres más indiferentes; lo juzgaba todo con rectitud en su abatimiento noble y desinteresadamente cándido. Su juicio, casi desprendido de la esperanza, se mantenia elevado y se cernía.

En la situacion en que se hallaba su espíritu, nada se le escapaba ni le engañaba y descubria á cada instante el fondo de la vida de la humanidad y del destino. ¡Dichoso en medio de su dolor es el sér á quien Dios dotó de alma digna del amor y de la desgracia! El que no ha visto con esta doble luz las cosas del mundo y del corazon de los hombres, no ha visto nada verdadero ni sabe nada.

El alma que ama y padece se encuentra en un estado sublime.

Mario pasaba así los dias, que no le ofrecian ninguna novedad; pero le parecia que el espacio sombrío que debia atravesar se reducia á cada instante y creia entrever ya con claridad el borde del precipicio sin fondo.

—No volveré á verla? se preguntaba muchas veces.

Subiendo por la calle de Santiago, dejando á un lado la barrera, siguiendo un poco hácia la izquierda el antiguo boulevard interior, se llega á la calle de la Salud, despues á la de la Glaciere, y un poco antes del arroyo de los Gobelinos se encuentra una esplanada, que en toda la ronda larga y monótona de las tapias de Paris es el único sitio donde el pintor Ruyedael se atrevia á sentarse.

No se sabe de dónde se desprende la gracia de aquel sitio, que se compone de un prado verde, que atraviesan cuerdas tendidas, en las que cuelgan y se secan algunos pingajos; de una casa de hortelano, edificada en la época de Luis XIII, con su gran empizarrado interpolado de buhardillas, con empalizadas arruinadas, con un hilo de agua que corre entre algunos álamos. En dicho paisaje se vé en el horizonte el Panteon, el árbol de los Sordo-Mudos, el Val-de-Grace, y en el fondo el severo cuadrado de las torres de Nuestra Señora.

Como aquel sitio no vale la pena de verse, nadie lo visita. Apenas lo atraviesa cada cuarto de hora una carreta ó un trajinero.

Uno de los dias en que Mario en sus paseos solitarios se encaminó á aquel sitio, al llegar cerca del arroyo se encontró con la novedad de que en el boulevard vió un transeunte. Como Mario era apasionado del atractivo casi salvaje de aquel lugar, le preguntó al transeunte:

—Cómo se llama este sitio?

—El Campo de la Alondra, le respondió aquel, añadiendo:

—Aquí fué donde Ulbalk mató á la pastora de Ivry.

Despues que oyó Mario la palabra Alondra ya no oyó nada más. En los soñadores una sola palabra produce congelaciones súbitas, y todo su pensamiento se condensa bruscamente alrededor de una idea, no siendo ya capaz de ninguna otra percepcion. La Alondra era el nombre con que Mario habia reemplazado al de Ursula.

—Calla! exclamó con estupor irracional, propio de esos apartes misteriosos; este es su campo. Aquí sabré dónde vive.

Esto era absurdo, pero irresistible para él. Desde entonces se fué á pasear todos los dias al Campo de la Alondra.

## II.

### Formacion embrionaria de los crímenes en la incubacion de las cárceles.

El triunfo de Javert en la casucha Gorbeau pareció completo, pero no lo fué.

Desde luego causaba su principal inquietud no haber preso al preso. Cuando se evade el que vá á ser asesinado, es más sospechoso que el asesino. Era probable que el personaje desconocido, que era preciosa captura para los bandidos, fuese tambien excelente presa para la autoridad.

Además, se escapó Montparnasse de las garras de Javert, y éste tuvo que esperar otra ocasion para apoderarse del endiablado currutaco. Montparnasse encontró á Eponina acechando escondida entre los árboles del boulevard y se fué con ella, prefiriendo ser Nemorino con la hija á ser Schinderhannes con el padre; haciendo esto quedaba libre. Pero á Eponina, Javert la hizo "trincar„, y le sirvió de consuelo enviarla á hacer compañía á Azelma en las Magdalenas.

En el trayecto de la casucha Gorbeau á la cárcel de la Fuerza desapareció uno de los principales presos: Suena-dinero. No se pudieron explicar cómo esto habia sucedido los agentes y los polizontes; el susodicho bandido se convirtió sin duda en humo y se escapó por las grietas del carruaje, que estaba roto, y se desvaneció. No pudieron decir otra cosa al llegar á la cárcel y al ver que Suena-dinero habia desaparecido. Javert quedó más irritado que asombrado de este accidente. Para él Mario era un abogadillo que se asustó, y no daba importancia á su desaparicion; pensando, además, que un abogado no es difícil de encontrar.

Habia empezado la sumaria. El juez que la instruia creyó conveniente no poner incomunicado á uno de los hombres de la cuadrilla Patron-Minette, por si le arrancaba alguna confesion, y escogió para eso á Brujon, el cabelludo de la calle del Petit-Banquier. Lo dejaron suelto en el patio de Carlo-Magno, pero teniendo siempre encima la vista de los vigilantes.

El apelativo Brujon es uno de los recuerdos de la cárcel de la Fuerza. En el patio repugnante que llama el vulgo el Edificio Nuevo, la Administracion el Patio de San Bernardo y los ladrones la Cueva de los Leones, en una pared que subia por la izquierda hasta el techo, cerca de una puerta de hierro, enmohecida ya y convertida en dormitorio de bandidos, se veia aun, hace doce años, un castillo groseramente esculpido con un clavo en la piedra, con esta firma debajo de él:

BRUJON, 1811.

El Brujon de 1811 era padre del Brujon de 1832. Éste, que apenas pudimos entrever en la emboscada de la casucha Gorbeau, era un moceton astuto y listo, pero de aspecto encogido y lastimoso; por eso le escogió el juez, creyéndole más útil en el patio de Carlo-Magno que incomunicado en el calabozo.

Los ladrones no interrumpen el ejercicio de su profesion aunque estén en manos de la justicia. Estar presos por un crímen no les impide comenzar otro; son como los artistas que tienen un cuadro en la Exposicion y se dedican en el taller á empezar otra obra.

Brujon aparentaba estar asombrado de que le hubiesen metido en la cárcel. Estaba muchas veces horas enteras en el patio de Carlo-Margo, de pié, cerca del tragaluz del cantinero, contemplando como un idiota la lista de los precios de la cantina; ó pasaba el tiempo temblando, chocando los dientes, diciendo que tenia calentura y preguntando si estaba vacante alguna de las veintiocho camas de la sala de los calenturientos.

Hácia la segunda quincena de Febrero de 1832 se supo que el atontado Brujon hizo desempeñar á los mozos de la cárcel, no en su nombre, sino en el de tres camaradas suyos, tres comisiones diferentes, que le costaron dos francos y medio, gasto exorbitante que llamó la atencion del inspector de la cárcel.

Hechas las informaciones, despues de consultar la tarifa de los recados clavada en la pared de la sala de los detenidos, se llegó á saber que dichos dos francos y medio se descomponian del modo siguiente: un recado al Panteon, dos reales; otro á Val-de-Grace, tres reales, y otro al portillo de Grenelle, cinco. Este último era el más caro de la tarifa.

Precisamente en el Panteon, en Val-de-Grace y en el portillo de Grenelle vivian los tres rateros más temibles de la ronda; Kruideniers, el Bizarro y Paracoches; por este incidente fueron espiados por la policía.

Creyóse adivinar que estos hombres estaban afiliados á la banda de Patron-Minette, de la que estaban presos ya dos

de sus jefes, Babet y Traga-mar. Supusieron que los recados que envió Brujon, no á las casas, sino á personas que los esperaban en la calle, debian ser avisos para cometer algun crímen. Como ya tenian otros indicios, pusieron á la sombra á dichos tres rateros y creyeron de esta manera haber destruido la maquinacion de Brujon, cualquiera que ésta fuese.

Una semana despues de tomar estas medidas, una noche, un vigilante de la ronda que recorria el dormitorio inferior del Edificio Nuevo, al ir á echar en el buzon de contraseñas su contraseña, es decir, la pieza de metal con su número, que sirve para indicar cumple el servicio con exactitud, vió por la rejilla del dormitorio á Brujon sentado y escribiendo en la cama á la luz de la lámpara. El inspector entró; metió á Brujon un mes en el calabozo, pero no le pudo coger lo que habia escrito. La policía no supo nada.

Al dia siguiente tiraron un *postillon* desde el patio de Carlo-Magno á la Cueva de los Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios. Los presos llaman *postillon* á una bola de pan artísticamente amasada, que envian á *Irlanda*, es decir, por encima de los tejados de una cárcel, de un patio á otro. Cuando cae la bola en el patio, el que la recoge la abre y encuentra dentro de ella un billete dirigido á alguno de los presos de allí. Si la coge el preso le dá su destino; si es un carcelero ó uno de los presos que se venden en secreto y que en las cárceles se llaman "borregos„ y "zorros„ en los presidios, el billete vá al alcaide y luego á la policía.

Esta vez el billete llegó á su destino, aunque en aquel instante el que debia recibirle estaba *en el apartado*: era nada menos que Babet uno de los cuatro jefes de Patron-Minette.

El *postillon* encerraba un papel rollado que tenia escritas estas dos líneas:

—"Babet. Se puede dar un golpe en la calle Plumet. Una verja en un jardin.„

Aquello era lo que Brujon habia escrito la noche anterior.

A pesar de los registradores y registradoras, Babet encontró medios para hacer llegar el billete desde la cárcel de la Fuerza á la Salpetriere hasta una "buena amiga„ que allí tenia encerrada. Esta trasmitió el billete á otra compañera suya, llamada Magnon, que vigilaba la policía, pero que no estaba presa. Dicha Magnon, cuyo nombre ya conoce el lector, tenia relaciones con los Thenardier, como explicaremos más adelante, y podia servir de puente entre la Salpetriere y las Magdalenas, yendo á ver á Eponina.

Precisamente en aquel momento, por no resultar nada contra las hijas de Thenardier por falta de pruebas en la sumaria formada á aquel, pusieron en libertad á Eponina y á Azelma. Cuando Eponina salió del encierro, la Magnon la esperaba á la puerta de las Magdalenas y la entregó el billete que Brujon escribió á Babet, encargándola que *diese á luz* el negocio.

Eponina fué á la calle Plumet, reconoció la verja y el jardin, observó la casa, espió, acechó, y pocos dias despues llevó á Magnon un bizcocho, que ésta trasmitió á la querida de Babet en la Salpetriere. Un bizcocho, en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: *No hay nada que hacer.*

Tan bien les salió el plan, que una semana despues Babet y Brujon, al encontrarse en el camino de la Ronda de la cárcel de la Fuerza, yendo uno "á la instruccion„ y volviendo el otro de ella, preguntó Brujon:

—Y la calle P.?

—Bizcocho, le respondió Babet.

Así abortó el feto de este crímen que engendró Brujon en la cárcel. Dicho aborto tuvo, sin embargo, consecuencias completamente extrañas al programa de Brujon, como se verá más adelante.

A veces se cree anudar un hilo y se anuda otro.

## III.

### Aparicion al señor Babeuf.

Mario no visitaba á nadie, pero algunas veces encontraba al señor Babeuf.

Mientras Mario descendia con gravedad por los lúgubres peldaños que podria decirse forman la escalera de la cueva y de los lugares sin luz, desde los que se oye que los dichosos marchan por encima, el señor Babeuf los bajaba de otra manera.

La *Flora de Cauterets* no se vendia ya absolutamente. Sus experimentos sobre el añil no le dieron resultado en su reducido jardin de Austerlitz, que estaba mal situado y en el que solo podia cultivar

plantas raras, que necesitan humedad y sombra. Pero el señor Babeuf no se desanimaba por eso. Consiguió disponer de un rincon de tierra en el Jardin Botánico, bien situado, para hacer á sus costas ensayos sobre el añil, por lo que tuvo que empeñar las láminas de su *Flora* en el Monte de Piedad.

Redujo su almuerzo á dos huevos, dando uno á la criada vieja, á la que no habia pagado el salario en quince meses, y muchos dias el almuerzo le servia de comida.

Se habia borrado ya en su rostro la risa infantil, se hizo huraño y no recibia visitas. Mario hacia bien en no ir á verle. Algunas veces, á la hora de ir Babeuf al Jardin Botánico, se encontraban el jóven y el viejo en el boulevard del Hospital; pero no se hablaban, se saludaban con la cabeza tristemente. Es doloroso que llegue un momento en que la miseria separe á los amigos. El librero Royol habia muerto ya. El señor Babeuf estaba exclusivamente entregado á sus libros, á su jardin y á su añil; estas eran las tres formas que tenian para él la felicidad, el placer y la esperanza; le bastaban para vivir, y se decia:—"Cuando saque las balitas azules seré rico; libraré las láminas del Monte de Piedad; con mi charlatanismo haré de moda mi *Flora;* pondré anuncios en los periódicos y compraré, sé ya de dónde, un ejemplar del *Arte de navegar*, de Pedro Medina, con grabados en madera, edicion de 1559.„

Entre tanto trabajaba todo el dia en su sembrado de añil y por la noche volvia á su casa á regar el jardin y á leer.

El señor Babeuf tenia entonces cerca de ochenta años.

Una noche tuvo una aparicion singular.

Volvió á casa antes del anochecer. La tia Plutarco, de salud ya muy quebrantada, estaba enferma y acostada. El señor Babeuf habia comido un poco de carne, que quedó sin roer de un hueso, y un pedazo de pan que encontró en la mesa de la cocina, y se sentó en un guardacanton tumbado, que le servia de banco en el jardin.

Cerca del banco habia, como era costumbre en los antiguos huertos, una especie de cajon alto, formado de vigas y de tablas estropeadas, que le servia de jaula de conejos por la parte inferior y de frutero por la superior. No tenia conejos en la jaula, pero conservaba aun algunas manzanas en el frutero, que eran los restos de su provision de invierno.

El señor Babeuf hojeaba y leia, con el auxilio de los anteojos, dos libros que le gustaban en extremo y que le tenian pensativo. Su natural timidez le hacia á propósito para aceptar ciertas supersticiones. Uno de estos libros era el famoso tratado del presidente Delancre, titulado *De la inconstancia de los demonios*, y el otro era la obra de Mutor de la Rubandiere, *Sobre los diablos de Vauverd y los gobelinos de la Bievre.* El último de estos libros le interesaba más, porque su jardin fué uno de los sitios que antiguamente frecuentaban los gobelinos.

El crepúsculo empezaba á blanquear los objetos que están altos y á ennegrecer los que están bajos.

Al mismo tiempo que leia el señor Babeuf, por encima del libro contemplaba sus plantas, y entre ellas un rododendro magnífico, que era uno de sus entusiasmos. El bochorno que reinó en los cuatro dias últimos, de viento y de sol, sin caer una gota de lluvia, hizo encorvar los tallos, inclinar los botones y caer las hojas. Era preciso regar el rododendro, porque estaba muy triste. El señor Babeuf era de los que creen que las plantas tienen alma.

El anciano, que trabajó todo el dia en el sembrado del añil, estaba rendido de cansancio, pero sin embargo, dejó los libros en el banco, se levantó y, encorvado y vacilante, se dirigió al pozo; pero cuando cogió la soga no pudo ni aun tirar para desengancharla. Entonces se volvió al banco, lanzando una angustiosa mirada al cielo, que se iba llenando de estrellas.

—Estrellas por todas partes! exclamó el anciano. Ni la nube más pequeña! ¡Ni una lágrima de agua!

Desfallecido dejó caer la cabeza sobre el pecho; permaneció algunos minutos en esta actitud y despues volvió á levantarla y á mirar al cielo, murmurando:

—Compasion para mis plantas! ¡Un poco de lluvia!...

Entonces oyó una voz que le dijo:

—Señor Babeuf, ¿quereis que os riegue el jardin?

Al mismo tiempo percibió en el seto el ruido de un animal salvaje que corre y vió salir de los matorrales una jovenzuela delgada, que se puso delante de él mirándole con descaro. Más parecia un aborto del crepúsculo que un sér humano.

Antes de que pudiese responder el asombrado anciano, que tan fácilmente se asustaba, aquel sér, cuyos movimien-

tos manifestaban cierto desenfado caprichoso, desenganchó la soga, sumergió y sacó el cubo y llenó la regadera. Veia el buen hombre á aquella aparicion, de piés descalzos y zagalejo roto, correr por las platabandas derramando la vida á su alrededor. El ruido del contacto de la regadera con las hojas y con las ramas encantaba al señor Babeuf. Creia que el rododendro ya estaria contento.

Cuando la jóven vació el primer cubo, vació el segundo, despues el tercero y así fué regando todo el jardin.

Cuando al andar entre las calles de arbustos aparecia enteramente negro su perfil y se agitaba su destrozada pañoleta sobre sus brazos, largos y angulosos, ofrecia el aspecto de un murciélago.

Cuando terminó de regar, el señor Babeuf se aproximó á ella con lágrimas en los ojos y la puso la mano en la frente.

—Dios os bendiga! la dijo; debeis ser un ángel, ya que cuidais de las flores.

—No, respondió ella: soy el diablo; pero eso es indiferente.

El viejo exclamó, sin oir la anterior respuesta:

—¡Lástima es que mi estado miserable no me permita hacer nada por vos!...

—Algo podeis, contestó ella.

—Qué es lo que puedo?

—Decirme dónde vive el señor Mario.

El viejo no la comprendió.

—Qué señor Mario?

—Un jóven que os visitaba en otro tiempo.

El señor Babeuf, recordando entonces, contestó:

—Ah! sí... ya sé de quién hablais... El señor Mario... el baron Mario Pontmercy... pardiez! vive, ó por mejor decir, no vive ya!... vamos... no lo sé...

Al mismo tiempo que hablaba, se habia encorvado para sujetar una rama del rododendro.

—Pero sí... ya lo recuerdo. Pasa con frecuencia por el boulevard y vá hácia la Glaciere, calle de Croule-Barbe, Campo de la Alondra. Id por allí y no será difícil que le encontreis.

Cuando se enderezó el señor Babeuf no vió ya á la jóven; habia desaparecido.

Entonces tuvo miedo.

—Si no viese que habia regado el jardin, creeria que esa jóven era un espíritu.

Al acostarse, una hora despues, volvió á pensar en ella; y al dormirse, en los momentos confusos en los que el pensamiento, como el pájaro fabuloso que se convierte en pez para pasar el mar, adquiere poco á poco la forma del ensueño para atravesar el sueño, se decia á sí mismo vagamente:

—Esto se parece á lo que Rubandiere cuenta de los gobelinos. ¿Si será un gobelino?

## IV.

### Aparicion á Mario.

Pocos dias despues de visitar un "espíritu„ al señor Babeuf, una mañana, la del dia en que Mario pedia á Courfeyrac la moneda de cinco francos para Thenardier, Mario se metió dicha moneda en el bolsillo y antes de llevársela al carcelero se fué á pasear un poco, para ver si de este modo tenia ganas de trabajar á la vuelta. Siempre esperaba lo mismo. En cuanto se levantaba se ponia delante un libro y una hoja de papel para concluir alguna traduccion; tenia entre manos entonces una célebre disputa entre alemanes, la controversia de Gans y de Savigny; cogia á uno y á otro, leia cuatro líneas; trataba de escribir una y no podia; veia una estrella entre sus ojos y el papel y se levantaba de la silla, diciendo:—Voy á salir. El paseo me dará ganas de trabajar.

Y se iba al Campo de la Alondra.

Allí veia la estrella más que nunca y menos que nunca á Savigny y á Gans.

Volvia á casa, intentaba trabajar, pero no lo conseguia; no podia reanudar ni uno de los hilos rotos de su cerebro, y se decia á sí mismo:—Mañana no saldré, porque si salgo no puedo trabajar; pero salia todos los dias.

Vivia en el Campo de la Alondra más que en casa de Courfeyrac. Las señas de su domicilio en realidad debian ser éstas: Boulevard de la Salud, séptimo árbol, pasada la calle de Croule-Barbe.

La mañana á que nos referimos no se arrimó al árbol y se sentó en el parapeto del arroyo de los Gobelinos. Radiante sol penetraba por entre las hojas recien abiertas y resplandecientes.

Pensaba en "ella„, y su pensamiento, convertido en reconvencion, recaia sobre él; pensaba con sentimiento en esa parálisis del alma, en la pereza que le habia dominado, y en la noche, cuya oscuridad se espesaba cada instante más ante su vista, hasta el punto de no ver ni el sol.

Sin embargo, al través del penoso desprendimiento de ideas indistintas, que no eran un monólogo, porque tanto

se debilitaba en él la actividad que carecia hasta de fuerza para querer consolarse, al través de su absorcion melancólica sentia las sensaciones exteriores.

Oia detrás y debajo de él, en ambas orillas del arroyo, golpear la ropa á las lavanderas de los Gobelinos, y por encima de la cabeza á los pájaros, que cantaban en los olmos. A una parte el rumor de la libertad, del descuido feliz, del placer que tiene alas; á otra parte el rumor del trabajo. Los dos ruidos le parecian alegres; esto le hacia pensar profundamente y casi reflexionar.

De pronto oyó en su éxtasis una voz conocida que exclamaba:

—Calla! Ahí está!

Levantó la vista y se encontró con la infeliz criatura que entró en su cuarto una mañana, con la hija mayor de Thenardier, con Eponina, cuyo nombre conocia desde la escena de la emboscada de la casucha Gorbeau. Le pareció más miserable y más bella, dos cosas casi imposibles; habia realizado el doble progreso hácia la luz y hácia la desgracia. Iba descalza y haraposa, como el dia que la vió en su cuarto, pero sus harapos tenian dos meses más, los agujeros eran más grandes. Conservaba la misma voz ronca, la misma frente atezada, la misma libertad en la mirada extraviada y vacilante, y además llevaba impreso en la fisonomía ese no sé qué asombroso y lastimero que añade la prision á la miseria.

Retenia restos de paja y de heno en los cabellos, no como Ofelia por haber enloquecido con el contacto de la locura de Hamlet, sino por haber dormido en algun pajar.

Sin embargo, no estaba fea.

Se paró ante Mario, manifestando su alegría con la semisonrisa del lívido rostro. Quedóse algunos instantes como sin poder hablar.

—Al fin os encontré, dijo. Tenia razon el señor Babeuf al dirigirme aquí. Cuánto os he buscado! Si lo supiéseis! Estuve en la cárcel quince dias, pero me soltaron viendo que nada resultaba contra mí y que aun no tenia la edad del discernimiento; me faltaban dos meses. Os estoy buscando hace seis semanas. Ya no vivís allá?

—No, contestó Mario.

—Ya lo comprendo; por lo que sucedió. Esos lances son muy desagradables. Os habeis mudado? ¿Cómo llevais ese sombrero tan viejo? Un jóven como vos debe gastar un buen traje. ¿No sabeis que el señor Babeuf os llama el baron Mario de no sé qué?... ¿Verdad que no sois baron? Los barones son viejos, van al Luxemburgo, delante del palacio, al sitio de más sol, á leer la *Quotidienne*. Un dia fuí yo á llevar una carta á uno de esos barones. Tenia más de cien años. Decidme: dónde vivís ahora?

Mario no la contestó.

—Ah! continuó ella; teneis un agujero en la camisa. Tendré que coserlo.

Luego añadió con tristeza:

—Parece que no os alegra el verme.

Mario callaba; ella guardó silencio unos instantes, y despues repuso:

—Sin embargo, si yo quisiera os obligaria á estar contento.

—Qué quereis decir? la preguntó Mario.

—Antes me hablábais de tú!

—Pues bien; qué quieres decir?

Eponina se mordió el labio, dudando, como si vacilase al decir lo que queria; por fin se decidió á hablar.

—Tanto peor, pero me parece que estais triste y quiero veros contento. Si me prometeis reiros os lo digo... Bien... Así me gusta. Recordad que me habeis prometido darme lo que yo quiera.

—Sí, pero habla.

Eponina, mirando fijamente á Mario, le dijo:

—Sé las señas!

Mario palideció. Toda su sangre afluyó al corazon.

—Qué señas?

—Las que me mandásteis que averiguase.

—Ah! sí.

—Las de la señorita, añadió Eponina, haciendo un esfuerzo y suspirando.

Mario saltó del parapeto y la cogió de la mano con violencia.

—Pues bien, le contestó; dímelas, llévame allí y pídeme todo lo que quieras. Dónde es?

—Venid conmigo, respondió Eponina. No sé bien la calle ni el número, pero conozco la casa; es al otro extremo. Os la enseñaré.

La jóven retiró entonces la mano, que Mario aun tenia asida, y dijo con acento capaz de lacerar el corazon de cualquier observador, pero que no llamó la atencion del conmovido enamorado:

—Ahora sí que estais contento!...

Pasó una nube por la frente de Mario:

—Júrame una cosa! dijo, cogiendo á Eponina por el brazo.

—Que os jure una cosa? ¿Qué quiere decir eso? Quereis que jure?

Se echó á reir.

—Prométeme, Eponina, que no dirás á tu padre dónde vive.

—Cómo sabeis que me llamo Eponina? exclamó la jóven volviéndose hácia él admirada.

—Prométeme lo que te digo!

Ella parecia no oirle y ensimismada repuso:

—Esto es muy raro. ¡Haberme llamado Eponina!...

Mario la asió á la vez por los dos brazos y la dijo con vehemencia:

—¡Respóndeme en nombre del cielo y atiende á lo que digo! ¡júrame que no dirás sus señas á tu padre!

—A mi padre? no, no se lo diré, tranquilizaos. Ahora está incomunicado. Además, yo no me ocupo de mi padre.

—Me lo prometes?

—Soltadme! exclamó ella, echándose á reir, que me estais sacudiendo!... Os lo prometo, os lo juro; ¿qué me importa eso? No diré sus señas á mi padre; ¿no es esto lo que quereis?

—Ni á nadie, añadió Mario.

—Ni á nadie.

—Ahora acompáñame á su casa.

—En seguida?

—En seguida.

—Venid... oh! qué contento vá! dijo para sí la jóven.

Empezaron á andar y ésta se paró á los pocos pasos.

—Me seguís demasiado cerca, señor Mario. Dejadme ir delante y que parezca que no venís tras de mí. No deben ver á un hombre decentemente vestido con una mujer como yo.

Es imposible explicar lo que expresaba la palabra mujer pronunciada por aquella criatura.

Dió unos cuantos pasos más y se detuvo otra vez: Mario la alcanzó: ella le dirigió la palabra de lado y sin volverse hácia él.

—A propósito, le dijo: ¿recordais haberme prometido una cosa?

Mario se registró los bolsillos. Solo poseia los cinco francos que destinaba para Thenardier; los sacó y se los puso á Eponina en la mano. Ella abrió los dedos, dejó caer en tierra la moneda y dijo con aire sombrío, mirando á Mario:

—No quiero dinero vuestro.

# LIBRO TERCERO

## La casa de la calle Plumet.

### I.

#### La casa del secreto.

A mediados del siglo anterior, un presidente togado del Parlamento de Paris tenia una querida, y queriendo ocultarla (porque en aquella época los grandes señores ostentaban sus mancebas y los pequeños las ocultaban), hizo construir "una casita„ en el arrabal de San German, en la desierta calle de Blomet, que hoy se llama Plumet, y cerca del sitio que se llamaba entonces *El combate de animales.*

Se componia esta casa de un pabellon de un solo piso; tenia dos salas en el bajo y dos cuartos en el principal; cocina en aquel y gabinete de tocador en éste; debajo del tejado habia un granero, y precedia al edificio un jardin con gran verja que daba á la calle. El jardin, de la estension de media fanega de tierra, era lo único que los transeuntes podian ver al pasar; pero detrás del pabellon habia un patio pequeño y en el fondo una habitacion baja, que constaba de dos piezas sobre un sótano; era una especie de secreto destinado á ocultar en caso necesario á un niño y á una nodriza. Dicha habitacion comunicaba por la espalda, por una puerta disimulada que se abria por medio de un secreto, con un pasadizo largo, empedrado y tortuoso, á cielo abierto, que costeaban dos altas paredes, cuyo pasadizo, oculto con arte prodigioso y como perdido entre las cercas de los jardines y sembrados, á lo largo de sus vueltas y recodos terminaba en otra puerta, tambien secreta, que se abria á medio cuarto de legua de allí, casi en otro barrio, á la extremidad solitaria de la calle de Babilonia.

El referido presidente entraba por allí; de modo que, aunque le siguiesen ó le espiasen y observaran que iba todos los dias misteriosamente á alguna parte, nadie hubiera podido sospechar que ir á la calle de Babilonia era ir á la de Blomet. Por medio de hábiles compras de terrenos el ingenioso magistrado pudo abrirse el camino secreto en sus posesiones. Despues dividió en pequeños

trozos para jardines y huertas los terrenos lindantes con el pasadizo, y los propietarios de dichos terrenos creian tener una pared medianera por ambos lados, y ni sospechaban la existencia de aquella vereda, que serpenteaba entre dos paredes por entre sus platabandas y vergeles. Solo veian los pájaros aquella curiosidad.

El pabellon era de piedra del estilo de Mausard; artesonado y amueblado á la Wateau; rocalla por dentro y peluca por fuera, circunvalado por un triple seto de flores. Su aspecto era discreto, elegante y solemne, adecuado al capricho amoroso de un magistrado.

La casa y el pasadizo, que han desaparecido ya, existian aun hace quince años.

En 1793 un calderero compró la casa para derribarla, pero como no pudo pagar los plazos, la nacion lo declaró en quiebra, de modo que la casa lo derribó á él. Despues quedó deshabitada y fué anunciándose lentamente, como todos los edificios á los que no comunica la vida la presencia del hombre. Permaneció amueblada con los antiguos muebles y arruinándose; la querian vender ó alquilar, pero esto solo lo sabian las diez ó doce personas que al año pasaban por la calle Plumet por el anuncio de un cartel amarillo é ilegible, que estaba colgado en la verja del jardin desde 1810.

En el último año de la Restauracion, los transeuntes notaron que el anuncio habia desaparecido y que estaban abiertos los postigos del primer piso. En efecto, la casa estaba ocupada; las ventanas tenian cortinillas, señal de que habitaba allí alguna mujer.

En Octubre de 1829 se presentó un hombre de edad y alquiló la casa amueblada como estaba, incluyendo, por supuesto, la habitacion de detrás y el pasadizo que terminaba en la calle de Babilonia, é hizo restaurar las aberturas secretas de las dos puertas de dicho pasadizo. Hizo tambien algunas reparaciones, poniendo lo que faltaba aquí y allá, como adoquines en el patio, baldosas en los suelos, escalones en la escalera, planchas en los entablados y cristales en las ventanas. Se instaló allí con una jóven y una criada vieja, sin mover el menor ruido, más como el que se escurre que como el que entra en su casa. No murmuraban de esto los vecinos, porque no los habia.

El silencioso inquilino era Juan Valjean y la jóven Cosette. La criada vieja, una solterona que llamaban la tia Santos y que Juan Valjean habia sacado del hospital y de la miseria; era provinciana, tartamuda y anciana, tres cualidades que decidieron á Juan Valjean á tomarla para su servicio. Alquiló la casa á nombre del señor Fauchelevent, rentista. Anteriormente el lector tardaria menos en reconocer á Juan Valjean que tardó Thenardier.

¿Por qué habia abandonado el convento del pequeño Picpus? ¿Qué habia sucedido? Nada extraordinario.

El lector recordará que Juan Valjean era feliz en el convento; tan feliz, que su conciencia acabó por alarmarse. Viendo á Cosette todos los dias sintió desarrollarse en él poco á poco el sentimiento paternal; cubria con su alma aquella niña, y se decia que era suya, que nadie podria quitársela y que siempre seria así; que Cosette llegaria á ser monja, viéndose contínuamente tan instada á serlo, de modo que el convento seria el universo para él y para ella; él moriria allí, y ella creceria, envejeceria y moriria allí tambien, y como última y consoladora esperanza no era posible separarlos nunca. Al mismo tiempo que pensaba esto vino á caer en nuevas perplejidades. Preguntóse á sí mismo si esa soñada felicidad era nada más la suya ó era tambien la de otra persona; es decir, la felicidad de la niña á quien él, apoderándose de ella, la confiscaba. ¿No era esto un robo?

Confesábase que esa niña tenia derecho á conocer el mundo antes de renunciar á él; que privarla de antemano y sin consultarla de todos los goces, con el pretexto de salvarla de todas las pruebas, aprovecharse de su ignorancia y de su aislamiento para hacer germinar en ella vocacion artificial, era desnaturalizar una criatura humana y engañar á Dios. ¿Quién sabe si Cosette, reflexionando algun dia sobre todo esto y encontrándose monja con disgusto, llegaria á odiarle? Este pensamiento era casi egoista y menos noble que los demás, pero insoportable para Juan Valjean.

Resolvió, pues, abandonar el convento. Se decidió, conociendo con pesadumbre que era necesario.

Sus cinco años de encierro y de desaparicion en aquellos claustros debian haber destruido ó dispersado necesariamente los elementos de temor; podia volver á vivir con tranquilidad entre los hombres; además, estaba viejo y desconocido. ¿Quién era capaz de reconocerle

ya? Aun poniendo su situacion en el peor caso, solo él corria peligro, pero no tenia derecho para condenar á Cosette al claustro porque á él le hubiesen condenado á presidio. Por otra parte, ante el deber no debe mirarse el peligro, y para evitarlo seria prudente y tomaria sus precauciones.

La educacion de Cosette era ya completa.

Despues de resolverse Juan Valjean, solo esperó la ocasion, y ésta no tardó en presentarse; murió el tio Fauchelevent.

Juan Valjean pidió una audiencia á la reverenda priora, en la que dijo que habiendo recibido á la muerte de su hermano una modesta herencia que le permitia vivir sin trabajar, pensaba dejar el servicio del convento y llevarse á su nieta; pero que como no era justo que se educara gratuitamente á Cosette no pronunciando el voto, suplicaba á la reverenda priora que le permitiese ofrecer á la comunidad la cantidad de cinco mil francos como indemnizacion de los cinco años que Cosette habia pasado en el convento.

De este modo salió Juan Valjean del convento de la Adoracion perpétua.

Al dejar aquellos claustros se llevó en brazos, sin querer entregarlo á ningun mozo, el pequeño baul cuya llave llevaba siempre encima, y que inquietaba á Cosette por el olor embalsamado que despedia. El baulito nunca se separó de Juan Valjean; siempre le tenia en su cuarto. Era lo primero y alguna vez lo único que trasladaba en sus mudanzas. Cosette se reia y le llamaba el *inseparable*, diciendo:—"Le tengo celos„.

Juan Valjean, cuando se vió al aire libre, experimentó profunda ansiedad.

Descubrió la casa de la calle Plumet y se quedó con ella, y además con el nombre y apellido de Ultimo Fauchelevent.

Al mismo tiempo alquiló otras dos casas en Paris, con el objeto de llamar menos la atencion no viviendo siempre en el mismo barrio, de poder ausentarse al tener el menor recelo, y no encontrarse desprevenido como la noche que escapó milagrosamente de Javert. Las otras dos casas eran dos edificios feos y de miserable aspecto en barrios separados uno de otro; tenia alquiladas una casa en la calle del Oeste y otra en la del Hombre-armado.

Iba de vez en cuando á una casa y á otra, á pasar un mes ó seis semanas con Cosette, sin llevar á la tia Santos. Le servian los porteros y pasaba por ser un rentista de las cercanías que tenia aquel apeadero en la capital. Juan Valjean, esto es, aquella gran virtud, tenia alquiladas tres casas en Paris para huir de la policía.

## II.

### Juan Valjean guardia nacional.

Casi siempre vivia en la calle Plumet, en cuya casa habia organizado su existencia del siguiente modo:

Cosette, con la criada, ocupaba el pabellon; tenia la alcoba principal con entrepaños pintados, el gabinete de molduras doradas, el salon del presidente adornado de tapicería y con grandes sillones, y el jardin. Juan Valjean mandó poner en el cuarto de Cosette una cama, una colgadura de damasco antiguo de tres colores y una hermosa alfombra de Persia, antigua tambien, que compró en la calle de Fiquier-Saint-Paul, en casa de la tia Gaucher: para evitar la severidad de estas magníficas antigüedades combinó con esta prendería todos los muebles graciosos y elegantes de las jóvenes, el tocador, la estantería de libros dorados, la papelera, el costurero incrustado de nácar, el *necesaire* sobredorado y la palangana de porcelana del Japon. Grandes cortinajes de damasco de fondo rojo de tres colores, semejantes á los de la cama, colgaban ante las ventanas del primer piso; en el de bajo habia colgaduras de tapicería. Todo el invierno estaba caldeada de arriba á abajo la habitacion de Cosette.

Juan Valjean ocupaba la especie de portería que habia en el fondo del patio, en la que tenia un colchon sobre una cama de tijera, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un jarro de loza, algunos libros en un estante y el baulito en un rincon; allí nunca se encendia lumbre. Comia con Cosette, pero habia en la mesa siempre un pan de centeno para él. El dia que entró á servirle la tia Santos, la dijo:—La señorita es el ama de la casa.—Y vos, señor? le replicó estupefacta la tia Santos.—Yo soy mucho más que amo; soy su padre.

Cosette en el convento habia aprendido á gobernar la casa, y arreglaba los gastos, que eran muy modestos. Todos los dias llevaba del brazo Juan Valjean á Cosette á pasear. La llevaba al Luxemburgo, á la alameda más solitaria, y los domingos á misa, siempre á Santia-

go de Haut-Pas, porque estaba muy lejos de su morada. Como aquel barrio era muy pobre, daba muchas limosnas, y los desgraciados le rodeaban en la iglesia, poniéndole el título que Thenardier le dió: *Al señor Bienhechor de la iglesia de Santiago.* Llevaba á Cosette á visitar á los pobres y á los enfermos. En la casa de la calle Plumet no entraba ningun extraño; la tia Santos llevaba las provisiones y Juan Valjean iba por sí mismo á traer agua de una fuente inmediata. Guardaban la leña y el vino en un espacio medio subterráneo, tapizado de conchas, que estaba cerca de la puerta que caia á la calle de Babilonia, y que en otros tiempos sirvió de gruta al señor presidente, porque en las épocas de las locuras y de las casitas no habia amor sin gruta.

En la puerta escusada de la calle de Babilonia habia una de esas cajas-buzones que sirven para recoger cartas y periódicos; pero como los tres habitantes de la calle Plumet no recibian periódicos ni cartas, utilizaban esta caja, mediadora, en otros tiempos, de amorcillos de un golilla petrimetre, para los avisos del cobrador de contribuciones y para las papeletas de guardia; porque el señor Fauchelevent, rentista, era guardia nacional y no pudo escaparse de las apretadas mallas del censo de 1831.

El empadronamiento municipal llegó en aquella época hasta el convento del Petit-Picpus, que fué una especie de concha impenetrable y santa, de la que Juan Valjean salió venerable á los ojos del alcalde de barrio, y por consiguiente digno de pertenecer á la Guardia nacional.

Juan Valjean se vestia de uniforme y entraba tres ó cuatro veces al año de guardia, y esto le agradaba, porque el uniforme era para él correcto disfraz que le hacia tratar á todo el mundo y le permitia, sin embargo, permanecer solitario.

Juan Valjean acababa de cumplir sesenta años, que era la edad de la excepcion legal, pero aparentaba unos cincuenta; por otra parte, no deseaba librarse de su sargento mayor y disputar con el conde de Lobau. Como carecia de estado civil, ocultaba su nombre, su edad, su identidad; lo ocultaba todo, y como dijimos, era un guardia nacional de buena voluntad. Su ambicion era asemejarse á cualquiera que pagase contribucion. El ideal suyo era, en lo interior ser ángel y en lo exterior ser contribuyente.

Cuando Juan Valjean salia con Cosette se vestia, como ya sabe el lector, con un traje que parecia de militar retirado; cuando salia de casa solo era habitualmente de noche y casi siempre llevaba blusa, pantalon de obrero y gorra que le ocultaba toda la cara. ¿Era esto precaucion ó humildad? Las dos cosas á la vez. Cosette se habia ya acostumbrado al aspecto enigmático de su destino y apenas notaba las rarezas de su padre. La tia Santos veneraba á Juan Valjean y encontraba bien hecho todo lo que hacia.

Un dia el carnicero, que habia visto á Juan Valjean, le dijo:

—Es un hombre raro.

Ella le respondió:

—Es un santo.

Juan Valjean, Cosette y la tia Santos salian ó entraban siempre por la puerta de la calle de Babilonia; de modo que, á no verlos por la verja del jardin, era difícil adivinar que vivian en la calle Plumet. Dicha verja estaba siempre cerrada, y Juan Valjean dejó inculto el jardin para que no llamase la atencion.

En esto quizás se equivocaba.

## III.

### Follis ac frondibus.

El jardin, abandonado completamente á sí mismo hacia más de medio siglo, llegó á ser extraordinario y hermoso.

Los transeuntes de hace cuarenta años se paraban á contemplarle, sin sospechar los secretos que escondian sus verdes y frescas espesuras.

Más de un transeunte reflexivo dejó penetrar varias veces en aquella época las miradas y el pensamiento indiscretamente al través de los hierros de aquella antigua verja, en forma de cadena, torcida, movediza y coronada caprichosamente por un fronton de indescifrables arabescos.

Habia en un rincon del jardin un banco de piedra y dos estátuas cubiertas de moho: encañados deshechos por el transcurso de los años se pudrian arrimados á la pared; no habia allí ni andenes ni césped; solo abundaba la grama. Puede decirse que desapareció la jardinería, reemplazada otra vez por la naturaleza. Brotaba la mala yerba, con admirable fortuna para un pobre rincon de tierra. Los alelíes crecian libre y expléndidamente. Nada contrariaba allí el esfuerzo sagrado de las cosas hácia la vida, nada

impedia su venerable desarrollo. Los árboles estaban inclinados hasta las zarzas y las zarzas se habian subido hasta los árboles; las plantas trepaban y las ramas se encorvaban; lo que se arrastra por tierra buscaba lo que se extiende en el aire; lo que flota en el viento se habia inclinado hácia lo que vive entre el musgo; troncos y ramas, hojas y fibras, tallos y zarzas, sarmientos y espinas se habian mezclado, atravesado y confundido; la vejetacion, por medio de estrecho y profundo abrazo, celebraba y realizaba á la vista del Creador satisfecho, y en el espacio de trescientos piés cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana. Aquello no era ya jardin, era una maleza colosal, impenetrable como un bosque, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, sombría como una catedral, perfumada como un ramillete, solitaria como una tumba y viva como la muchedumbre.

En la primavera, aquella maleza colosal, libre dentro de sus cuatro tapias, entraba, como todo, en el sordo trabajo de la germinacion universal; temblaba al salir el sol casi como un sér animado que aspira los efluvios del amor cósmico y que siente la sávia del Abril subir y bullir en las venas, y sacudiendo al viento su prodigiosa y verde cabellera, sembraba en la tierra húmeda, en las estátuas rotas, en la escalinata desvencijada del pabellon y hasta en el empedrado de la calle desierta, trocando las flores en estrellas y el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría y los perfumes. Al medio dia multitud de blancas mariposas se refugiaban allí, y era sublime espectáculo ver revolotear en copos, desde la sombra, aquella nieve viviente del estío. Allí, entre las oscuridades del verdor, multitud de voces inocentes hablaban al alma con dulzura, y lo que dejaba de decir el gorjeo de los pájaros, lo completaba el zumbido de los insectos.

Por la noche se extendia por el jardin, cercándolo, un vapor de meditacion; manto de bruma, tristeza tranquila y celestial le cubrian; el perfume embriagador de las madreselvas y de las corregüelas trasporaba de todas partes, como veneno exquisito y sutil; oíanse los últimos cantos de los pitirrojos y de las nevatillas al dormirse entre las ramas, descubriendo la intimidad sagrada del árbol y del pájaro. Por el dia las alas alegraban á las hojas y por la noche las hojas protegian á las alas.

En el invierno, como la maleza estaba negra, mojada, erizada y temblorosa, permitia ver algo de la casa al través del ramaje seco. En vez de flores en las ramas y en lugar de rocío en las flores, se veian los largos hilos de plata de los caracoles sobre el frio y espeso tapiz de las hojas amarillentas; pero siempre, bajo cualquier aspecto, en cualquiera estacion, aquel pequeño cercado respiraba melancolía, contemplacion, soledad, libertad, ausencia del hombre, presencia de Dios.

En vano el empedrado de Paris se extendia alrededor por todas partes; en vano estaban á dos pasos de allí los palacios clásicos y expléndidos de la calle de Varennes, y se veia muy cerca la iglesia de los Inválidos y no lejos de allí la Cámara de los Diputados; en vano los coches de lujo de la calle de Borgoña y de la de Santo Domingo rodaban fastuosamente por las cercanías; en vano ómnibus amarillos, oscuros, blancos y rojos se cruzaban en la próxima encrucijada; en vano, porque todo lo que acabamos de decir no impedia que la casa de la calle Plumet fuera un desierto. La muerte de sus primeros propietarios, el transcurso de una revolucion, el hundimiento de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de vacío á su alrededor, bastaron para producir en aquel sitio privilegiado los helechos, los gordolobos, la cicuta, las yerbas altas, las plantas rastreras grandes, de hojas anchas y de verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los insectos bulliciosos y rápidos; para hacer salir de las profundidades de la tierra y reaparecer, entre las cuatro paredes, cierta grandeza salvaje y feroz, y para que la naturaleza, que desconcierta los mezquinos arreglos del hombre y que donde puede extenderse se extiende, se desarrollara en un reducido jardin parisiense con tanta rudeza y majestad como en un bosque vírgen del Nuevo-Mundo.

Nada hay pequeño, efectivamente, y esto lo saben aquellos en los que la naturaleza penetra profundamente. Aunque la filosofía no puede de un modo absoluto ni circunscribir la causa ni limitar el efecto, el pensador cae en un éxtasis sin fondo cuando contempla los varios modos de descomposicion de las fuerzas que convergen todas hácia la unidad.

Todo trabaja para todo.

El álgebra se aplica á las nubes; la

irradiacion del astro es conveniente para la rosa, y ningun pensador se atreverá á asegurar que el perfume del espino sea inútil para las constelaciones. ¿Quién puede calcular el trayecto de una molécula? ¿Sabemos acaso si se crean mundos por medio de la caida de granos de arena? ¿Quién conoce el movimiento de flujo y reflujo de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, y el eco sonoro de las causas en los precipicios del sér y las avalanchas de la creacion? Un arador es un sér importante: lo pequeño es grande, lo grande es pequeño; todo lo equilibra la necesidad. Hay entre los séres y las cosas relaciones de prodigio: en el inagotable conjunto, desde el sol hasta el pulgon, ninguna cosa desprecia á la otra; cada una de ellas necesita á las demás. La luz lleva á la region azul los perfumes terrestres sin saber lo que hace, y la noche reparte convenientemente la esencia estelar entre las flores dormidas. Todas las aves llevan en las patas el hilo de lo infinito. La germinacion se vale lo mismo del estallido del meteoro que del picotazo de la golondrina para romper el huevo, y dirige á un mismo tiempo el nacimiento de una lombriz que el advenimiento de Sócrates. Donde termina el telescopio empieza el microscopio. ¿Cuál de los dos tiene más vista?

Una cantidad de moho es una pléyada de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas: igual es y aun más inaudita la promiscuidad de las cosas de la inteligencia con los hechos de la sustancia. Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se unen, se multiplican unos por otros, hasta el punto de hacer terminar el mundo material y mundo moral en la misma luz. El fenómeno está perpétuamente replegado en sí mismo. En las grandes transformaciones cósmicas la vida universal vá y viene en cantidades desconocidas, arrastrándolo todo en el invisible misterio de sus efluvios, empleándolo todo, no perdiendo ni el delirio de un sueño, sembrando un gérmen animal aquí, desmembrando un astro allá, oscilando y serpenteando, haciendo de la luz una fuerza y del pensamiento un elemento; disolviéndolo todo, excepto en ese punto geométrico que se llama el *yo*; refiriéndolo todo al átomo alma; desarrollándolo todo en Dios; combinando y enlazando todas las actividades, desde la más alta hasta la más inferior, en la oscuridad de un mecanismo vertiginoso; relacionando el vuelo del insecto con el movimiento de la tierra; subordinando acaso, aunque solo sea por la identidad de la ley, la evolucion del cometa en el firmamento á las vueltas del infusorio en la gota de agua. Máquina montada por el espíritu, engranaje colosal y complicado, cuyo primer motor es el mosquito y cuya última rueda es el zodiaco.

## IV.

### Cambio de reja.

Aquel jardin, creado en otras épocas para esconder los misterios del libertinaje, se habia transformado en sitio á propósito para protejer los misterios de la castidad. No se veian ya allí ni cunas, ni cenáculos cubiertos, ni grutas; sombra magnífica caia como un velo por todas partes. Pafos se habia convertido en Eden. Parecia que el remordimiento purificó aquel retiro; aquel ramillete ofrecia sus flores al alma. Un magistrado, con la ayuda de un jardinero; un buen hombre que se creyó ser la continuacion de Lamoignon, y otro buen hombre que se figuró ser la continuacion de Lenotre, le contornearon y le construyeron para la galantería; pero la naturaleza le hizo suyo despues, llenándole de sombra y habilitándole para el amor.

En aquella soledad vivia un corazon que estaba preparado. El amor solo necesitaba manifestarse; tenia allí dispuesto el templo de verdor, de yerba, de musgo, de suspiros de avecillas, de suaves sombras, de ramas agitadas, y en él un alma llena de dulzura, de fé, de candor, de esperanza y de ilusiones.

Cosette salió del convento casi niña; acababa de cumplir los catorce años: se encontraba en la "edad ingrata„, y como dijimos, era fea más que bonita, exceptuando sus hermosos ojos, pero no tenia ninguna faccion desgraciada; era delgada, sosa, tímida y atrevida á la vez; era, en fin, una niña grande.

Su educacion estaba terminada, lo que significa que le habian enseñado religion y sobre todo devocion; historia (es decir, lo que así se llama en el convento), geografía, gramática, los participios, la lista de los reyes de Francia, algo de música y á dibujar una nariz, etc. etc. Todo lo demás lo ignoraba, lo que en una jóven constituye el encanto, pero tambien el peligro. No debe dejarse el alma de las jóvenes en oscuridad tan

completa, porque más adelante penetran en ella imágenes demasiado repentinas y demasiado vivas, como en una cámara oscura. Debe iluminársela suave y discretamente, más con el reflejo de la realidad que con la luz directa y fuerte; con sencillez útil y austera, que disipe los temores pueriles y evite las caidas. Solo el instinto materno, intuicion admirable, que se compone de los recuerdos de la vírgen y de la experiencia de la mujer, sabe cómo y de qué modo debe ser esta semiluz. Nada puede reemplazar al instinto maternal; para educar el alma de una jóven todas las monjas del mundo no valen lo que una madre.

Cosette se quedó sin la suya.

Juan Valjean la profesaba gran ternura y la rodeaba de todos los cuidados posibles, pero era un viejo que nada sabia, y para el trabajo de la educacion, que prepara á la niña para la vida, se necesita saber mucho para luchar contra esa gran ignorancia que se llama inocencia. Nada como el convento prepara á las jóvenes para las pasiones; el convento dirige el pensamiento hácia lo desconocido.

El corazon, replegado sobre sí mismo, se socava, no pudiendo dilatarse, y se profundiza, no hallando expansion. De esto provienen las visiones, las suposiciones, las conjeturas, los bosquejos novelescos, el deseo de aventuras, los castillos en el aire, los edificios completos edificados en la oscuridad interior del espíritu, que son sombrías y secretas moradas, en las que las pasiones acuden á alojarse en cuanto ven la puerta abierta que las permite entrar.

El convento es una comprension que para dominar al corazon humano necesita durar toda la vida.

Cuando Cosette salió del Petit-Picpus nada pudo encontrar más grato ni más peligroso que la casa de la calle Plumet, que era la continuacion de su soledad, pero con un principio de libertad; un jardin cerrado, pero una naturaleza vigorosa, voluptuosa y aromática; los mismos sueños que en el convento, pero viendo á los jóvenes; una reja, como allí, pero reja que daba á la calle.

Cuando entró en aquella casa era aun una niña, como ya hemos dicho. Juan Valjean la dió posesion del jardin inculto, diciéndola:—Haz de él lo que quieras. Entretenia mucho á Cosette poner en movimiento las flores, las plantas y las piedras, buscando "gusarapos„; jugaba hasta que le llegase el tiempo de meditar; le gustaba el jardin porque encontraba insectos bajo sus piés entre la yerba, mientras se acercaba el tiempo de gustarle por las estrellas que pudiera ver entre las ramas y en las alturas.

Queria con toda su alma á su padre, es decir, á Juan Valjean, con cándida pasion filial, que convertia al buen anciano en compañero deseado y querido. Recordarán los lectores que el señor Magdalena leia mucho; Juan Valjean seguia haciendo lo mismo y habia conseguido llegar á hablar bien, poseyendo la secreta riqueza y la elocuencia de la inteligencia humilde, pero verdadera, que expontáneamente se ha cultivado. No le quedó más aspereza que la justamente precisa para sazonar su bondad; era un ingenio rudo y un corazon tierno. En sus paseos en el Luxemburgo, en sus conversaciones con Cosette, la hacia largas explicaciones de todo sacadas, ya de sus lecturas, ya de sus sufrimientos. Cuando Cosette le escuchaba, las miradas de ésta erraban vagamente.

Este hombre sencillo llenaba por completo el pensamiento de la jóven, como el jardin inculto le bastaba á su vista. Despues de perseguir á las mariposas, se acercaba á él sofocada y le decia:

—Ah! cuánto he corrido! y le besaba en la frente.

Cosette adoraba á Juan Valjean y siempre iba detrás de él; como su padre no habitaba ni en el pabellon ni en el jardin, la niña se encontraba más á gusto en el patio empedrado que en el recinto lleno de flores; y en el cuartito amueblado con sillas de paja mejor que en el salon alfombrado y con sillones de gran respaldo. Juan Valjean la decia algunas veces, haciéndole sonreir la dicha de verse importunado:

—Pero vete á tu cuarto! ¡déjame solo un rato!

Entonces le reñia Cosette, dándole una de las reprensiones tiernas y graciosas que las hijas dirigen á sus padres.

—Padre, tengo mucho frio en vuestra habitacion; ¿por qué no poneis aquí alfombra y estufa?

—Hija mia, hay muchos en el mundo que valen más que yo y ni tienen techado para abrigarse.

—Pues entonces, ¿por qué tengo yo lumbre en mi cuarto y todo lo que me hace falta?

—Porque tú eres mujer y niña.

—Bah! Pues qué, ¿los hombres deben sufrir el frio y pasarlo mal?

—Algunos hombres.

—Pues bien; vendré aquí con tanta frecuencia que os vereis obligado á encender lumbre.

A veces le preguntaba:

—Padre, ¿por qué comeis un pan tan malo?

—Porque me gusta, hija mia.

—Pues si insistís en comerlo, yo tambien lo comeré.

Entonces, para que Cosette no comiese pan negro, Juan Valjean comia pan blanco.

Cosette recordaba confusamente su infancia. Rezaba por la mañana y por la noche por su madre, á la que no habia conocido. Los Thenardier quedaron en su imaginacion como dos figuras repugnantes aparecidas en sus sueños; recordaba que una noche fué á traer agua de un bosque, muy lejos de Paris, y le parecia que hasta entonces habia vivido en un abismo, del que le habia sacado Juan Valjean. Al pensar en su infancia creia acordarse de un tiempo en el que no veia á su alrededor más que cienpiés, arañas y serpientes, y al reflexionar sobre esto, por la noche, antes de dormirse, como no tenia la seguridad de ser hija de Juan Valjean, imaginaba que el alma de su madre se habia trasladado al cuerpo de aquel hombre, para venir á morar á su lado. Cuando él se sentaba, ella apoyaba la cabeza en los blancos cabellos del anciano y vertia silenciosamente una lágrima, diciéndose:—"Tal vez este hombre es mi madre„.

Cosette, por más que esto parezca extraño, en su profunda ignorancia de niña educada en un convento, y siendo, por otra parte, la maternidad una cosa completamente ininteligible para la virginidad, concluyó por figurarse que habia tenido la menor cantidad posible de madre. Ignoraba hasta su nombre; siempre que sobre ella preguntaba á Juan Valjean, éste guardaba silencio; si repetia la pregunta, respondia sonriendo; un dia la niña insistió por tercera vez, y entonces la sonrisa del anciano degeneró en una lágrima.

El silencio tenaz de Juan Valjean cubria á Fantina con espeso velo. ¿Era esto en él prudencia ó respeto? Mientras Cosette fué niña, Juan Valjean le hablaba con gusto de su madre; pero cuando llegó á la adolescencia, le fué imposible seguir hablándola de ella. Creyó que no debia atreverse á tanto. ¿Obraba así por Cosette ó por Fantina? Sentia como terror religioso de introducir aquella sombra en el pensamiento de Cosette y de colocar entre ambos la tercera persona de la difunta madre; cuanto más sagrada era para él esta sombra, tanto más temible le parecia; cuando pensaba en Fantina le subyugaba el silencio. Entreveia vagamente en la oscuridad algo parecido á un dedo sobre una boca. El pudor de que estuvo dotada Fantina y que perdió violentamente, ¿volvió despues de su muerte á posarse sobre ella, á velar, indignado, por la paz del cadáver y á guardarlo sobre la tumba? ¿Esperimentaba Juan Valjean, sin saberlo, la presion de este pudor? Nosotros, que creemos en la muerte, no somos de los que rechazan esta misteriosa explicacion. De ella sin duda dimanaba la imposibilidad de Juan Valjean de pronunciar delante de Cosette el nombre de Fantina.

Un dia le dijo la jóven:

—Padre, esta noche en sueños he visto á mi madre, que volaba con grandes alas. Mi madre debió haber sido casi santa.

—Por el martirio, la respondió Juan Valjean.

Fuera de esto, el anciano era dichoso.

Cuando Cosette salia con él, se apoyaba en su brazo orgullosa, feliz, en la plenitud del corazon, y Valjean, viendo estas muestras de ternura tan exclusiva y tan satistecha, sentia un placer delicioso. El pobre hombre temblaba de alegría angelical pensando que iba á durar toda la vida y considerando que ya habia padecido bastante para merecer tan brillante porvenir, y daba gracias á Dios desde lo hondo de su alma por haber consentido que, siendo un miserable, le amase de aquel modo extraordinario un sér inocente.

## V.

### La rosa se apercibe de que es máquina de guerra.

Un dia que Cosette, por casualidad, se miró al espejo, se dijo á sí misma: —Vaya! Se encontró bonita y se quedó turbada. Hasta entonces no se habia ocupado de su rostro. Se veia en el espejo, pero no se miraba; además, habia oido decir muchas veces que era fea y habia crecido creyéndoselo, con la fácil resignacion de la infancia. De pronto el espejo le decia lo mismo que Juan Valjean:—"No eres fea„.

No pudo dormir en toda la noche.

—Si fuese guapa! exclamaba; ¡cuánto me alegraria de ser guapa! Recordaba entonces á las otras educandas cuya hermosura llamaba la atencion en el con-

vento, y se decia:—"Yo seré como fulanita„.

Al dia siguiente volvió á mirarse al espejo, pero ya no por casualidad, y dudó de su hermosura.

—Dónde tenia yo la cabeza ayer? se dijo. Soy fea.

Durmió mal, tenia los ojos encendidos y estaba pálida. No le causó gran alegría creerse bonita el dia anterior, pero entonces sintió gran tristeza al no creérselo. No se miró más al espejo, y por espacio de quince dias se peinaba y se vestia volviéndole las espaldas.

Por la noche, despues de comer, solia bordar en el salon ó dedicarse á alguna laborcilla de convento, y Juan Valjean leia á su lado. Una vez levantó los ojos de la labor y se quedó sorprendida al observar la inquietud con que su padre la miraba.

Otra vez, andando por la calle, le pareció que un transeunte decia detrás de ella:

—Es una muchacha linda, pero vá mal vestida.

—Bah! pensó ella; no lo dice por mí. Soy fea y voy bien vestida.

Llevaba entonces el sombrero de felpilla y el vestido de merino.

Un dia, en el jardin, oyó que la tia Santos decia á Juan Valjean:

—Señor, ¿habeis observado qué guapa se vá haciendo la señorita?

Cosette no oyó la contestacion de su padre, pero las palabras de la tia Santos la conmovieron.

Salió del jardin, subió á su cuarto, corrió al espejo, al que no se habia mirado en tres meses, y lanzó un grito. Se quedó deslumbrada.

Se encontró linda y graciosa; creia lo mismo que la tia Santos y que el espejo. Tenia el talle ya formado, blanqueado el cutis, los cabellos lustrosos, y fulgor desconocido se encendia en sus ojos azules. Adquirió completamente la conciencia de su belleza en un minuto. Además, los otros lo notaban, la tia Santos lo decia y el transeunte se refirió sin duda á ella.

Bajó al jardin, creyéndose reina; oyó cantar á los pájaros, miró al cielo dorado, al sol en los árboles y á las flores en las matas, conmovida, loca, con inefable embriaguez.

Juan Valjean experimentaba tambien profunda é indefinible opresion de corazon, porque hacia ya algun tiempo que contemplaba con terror la hermosura de la mujer que aparecia, cada dia más brillante, en la simpática fisonomía de Cosette: aurora de alegría para todos, menos para él.

Cosette iba embelleciéndose mucho antes de que lo observaran los demás, pero desde el primer dia el desarrollo gradual é imperceptible de su belleza hirió la sombría pupila de Juan Valjean. Conoció que aquello era un cambio en una vida feliz, tan feliz que no se atrevió á alterarla en nada, por miedo de perder algo en ella.

Juan Valjean, que pasó por todas las miserias; que aun le sangraban las heridas del destino, que fué casi malvado, pero que llegó á ser casi santo; que despues de arrastrar la cadena del presidiario arrastraba ahora la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida; que podia ser preso en cualquier instante y sacado de la oscuridad de su virtud á la luz del oprobio público, Juan Valjean lo aceptaba todo y benévolo lo disculpaba, lo perdonaba y lo bendecia todo, pidiendo solo á la Providencia, á los hombres, á las leyes, á la sociedad, á la naturaleza y al mundo una sola cosa: que Cosette le amase.

Que Cosette siguiera amándole! ¡Que Dios no impidiese llegar y permanecer en su corazon el corazon de aquella niña! Amándole Cosette era feliz; se creia curado, tranquilo y recompensado; era dichoso y no deseaba nada más.

Si le preguntasen: — ¿Quieres estar mejor? Él contestaria: — "No.„ Si Dios le dijese:—Quieres el cielo? Responderia: —"Perderia en el cambio„.

Todo lo que pudiese modificar su situacion actual, aunque solo fuese en la superficie, le hacia temblar como el principio de cosa desconocida.

Jamás supo lo que era la hermosura en la mujer, pero por instinto comprendia que era cosa terrible.

Juan Valjean, desde el fondo de su vejez, de su miseria y de su opresion, asustado, veia crecer aquella belleza cada dia más triunfante; sonreia á su lado, al ver la fisonomía pura y luciente de la jóven, y exclamaba:—"Qué hermosa es! Qué vá á ser de mí?„

En esto se diferenciaba su cariño de la ternura del de la madre; lo que él veia con angustia hubiera causado el placer de la madre.

Desde el dia siguiente á aquel en que Cosette se convenció de que era hermosa, puso cuidado en su tocador. Recordó que le dijo un transeunte que era linda, pero que vestia mal, y esas palabras fue-

ron el soplo del oráculo que pasó junto á ella y se desvaneció despues de haber dejado en su corazon los dos gérmenes que llenan por completo la vida de la mujer: la coquetería y el amor. La fé en su hermosura desarrolló en Cosette el alma de la mujer.

Odió el merino y se avergonzó de la felpilla.

En seguida se dedicó á estudiar la ciencia del sombrero, del vestido, de la manteleta, de los manguitos, etc.; del color que mejor sienta, en una palabra, á la ciencia que hace á la mujer parisiense seductora y peligrosa.

En menos de un mes la niña Cosette, en su Tebaida de la calle de Babilonia, fué una de las mujeres más bonitas y elegantes de Paris.

Deseaba encontrar al transeunte para ver el efecto que le producia y darle una leccion. La verdad es que era encantadora y que á primera vista sabia si un sombrero era de casa de Gerard ó de Herbant.

Juan Valjean veia con ansiedad estos estragos y comprendia que él solo podia arrastrarse, andar por tierra todo lo más, y Cosette iba adquiriendo alas. Esto no obstante, cualquiera mujer, al fijarse en el traje de la jóven, hubiera conocido que ésta no tenia madre. Cosette no observaba ciertas exigencias del decoro ni ciertas conveniencias especiales. Por ejemplo, su madre le hubiera enseñado que la jóven soltera no debe llevar vestidos de damasco.

El primer dia que Cosette, con vestido y manteleta de damasco negro y sombrero de crespon blanco, se cogió del brazo de Juan Valjean, alegre, radiante, sonrosada, orgullosa y explendente,

—Qué os parezco así? preguntó á su padre.

—Encantadora! le contestó Juan Valjean con entonacion semejante á la que daria un envidioso.

Como de costumbre fueron á pasear, y ya en casa, preguntó á Cosette:

—¿No piensas ya ponerte aquel sombrero y aquel vestido?

Estaban en el cuarto de Cosette. La jóven se volvió hácia la percha del guardaropa, de la que pendia su hábito de colegiala, y contestó:

—Ese disfraz, padre mio? Nunca volveré á usar esos trapos mal cosidos. Parezco una tarasca con ese casquete.

Juan Valjean suspiró profundamente.

Desde entonces observó que Cosette, que antes no queria salir, diciendo que en casa se divertia más, hacia ya enteramente lo contrario. En efecto, ¿de qué sirve la belleza y el traje rico y elegante si no se han de enseñar? Observó tambien que Cosette era ya menos aficionada al patio interior; le gustaba más estar en el jardin y pasearse por delante de la verja. Disgustado Juan Valjean, no ponia los piés en el jardin y permanecia en el patio como un perro.

Cosette, al saber que era hermosa, perdió la gracia de ignorarlo; gracia exquisita, porque la belleza que realza la sencillez es inefable, y nada es tan digno de adoracion como la inocencia deslumbradora, que, sin saberlo, lleva en la mano la llave del paraiso.

Más lo que perdió en gracia inocente lo ganó en atractivo pensativo y sério. Toda su persona respiraba expléndida melancolía, impregnándose de las alegrías de la juventud, de la belleza y de la inocencia.

En esta época fué cuando Mario, despues de pasar seis meses sin encontrarla, la volvió á ver en el Luxemburgo.

## VI.

### Empieza la batalla.

El destino, con paciencia misteriosa y fatal, aproximaba lentamente á Mario y á Cosette, á estos dos séres desfallecidos y cargados ambos de la tempestuosa electricidad de la pasion; á estas dos almas que encerraban el amor como las nubes llevan el rayo, y que debian encontrarse y confundirse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Se abusó tanto de las miradas en las novelas eróticas, que se ha llegado al extremo de concederles poca importancia, y apenas hay novelista que se atreva hoy á decir que dos séres se han amado porque se han mirado; y sin embargo, así es como se ama, únicamente así. Lo demás no es más que lo demás y viene despues. Nada es tan real como las grandes sacudidas que se producen dos almas al cambiar esa chispa.

En el instante en que Cosette, sin saberlo, dirigió aquella mirada que turbó á Mario, éste no sospechó que dirigió otra mirada que turbó tambien á Cosette, produciéndola el mismo mal y el mismo bien.

La niña hacia ya tiempo que lo veia y lo examinaba como las jóvenes ven y examinan mirando á otra parte. Mario encontraba aun fea á Cosette cuando

ésta encontraba ya hermoso á Mario. Pero como él no le hacia caso, le era indiferente. Sin embargo, ella observaba que poseia belleza varonil, que era seductor el timbre de su voz cuando le oia hablar con sus compañeros, que andaba mal, pero con gracia especial; que no le parecia tonto, que su aspecto era noble, afable, altivo.

El dia que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente las primeras cosas oscuras é inefables que balbucea una mirada, Cosette no las comprendió en seguida. Entró pensativa en la casa de la calle del Oeste, á la que Juan Valjean habia ido á pasar seis semanas.

Al dia siguiente, al despertar, pensó en el jóven desconocido, al que tanto tiempo fué ella indiferente y que parecia que ahora se fijaba en ella, sin creer que le pudiera ser agradable. Sentia quizás algo de cólera contra aquel jóven lindo y desdeñoso. Movióse en su interior un principio de guerra. Creyó que al fin iba á vengarse y experimentó alegría infantil. Al creerse hermosa conoció vagamente que poseia un arma. Las mujeres juegan con su belleza como los niños con un cuchillo y se hieren.

Recuérdense las vacilaciones de Mario, sus palpitaciones y sus temores. Se quedaba en su banco sin acercarse á Cosette, y esto la enojaba.

Un dia la jóven dijo á Juan Valjean.

—Padre, paseemos un poco por este lado.

Viendo que Mario no iba hácia ella, fué ella hácia él. En semejante caso todas las mujeres se parecen á Mahoma. Además, es muy extraño que el primer síntoma del amor en la mujer sea la timidez y en la niña el atrevimiento; esto, que asombra, es, sin embargo, muy sencillo. Son los dos sexos que tratan de aproximarse y toman cada uno las cualidades del otro.

Aquel dia la mirada de Cosette volvió loco á Mario y la de Mario dejó temblorosa á Cosette. Mario se fué contento; Cosette inquieta. Desde aquel dia se amaron.

Lo primero que experimentó Cosette fué cierta tristeza confusa y profunda; le parecia que desde aquel dia al siguiente su alma se habia vuelto negra; ella misma no la conocia ya.

La blancura del alma de las jóvenes, que la componen la frialdad y la alegría, se parece á la nieve: la deshace el amor, esto es, el sol.

Cosette no sabia lo que era el amor; jamás oyó pronunciar esta palabra en su sentido terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento reemplazaban la palabra *amor* con la palabra *tambor*; pero Cosette salió del convento siendo aun muy niña para haber pensado mucho en el *tambor*. No sabia, pues, qué nombre dar á lo que sentia. ¿Se está acaso menos enfermos por ignorar el nombre de la enfermedad?

Amaba con más pasion porque amaba con ignorancia; no sabia si amar era bueno ó malo, útil ó peligroso, necesario ó accidental, eterno ó pasajero, lícito ó prohibido; amaba. Hubiérase asombrado si la hubieran dicho: No dormís? Pues eso está prohibido.—No comeis? Pues eso es muy malo—¿Teneis opresion y latidos de corazon? Pues eso no se hace. —¿Os ruborizais, palideceis cuando un jóven vestido de negro aparece en el extremo de cierta calle de árboles? ¡Pues eso es abominable! Seguramente no comprenderia á la persona que así la hablara, y la responderia:

—¿Cómo he de tener culpa de una cosa involuntaria y que desconozco?

La clase de amor que sentia era precisamente el que más convenia al estado de su alma. Era la adoracion á cierta distancia, la contemplacion muda, la deificacion de un desconocido; la aparicion de la adolescencia á la adolescencia, el sueño de las noches convertido en novela y permaneciendo sueño; el fantasma deseado adquiriendo realidad y carne, pero sin nombre aun, sin culpa, sin mancha, exigencia ni defecto; en una palabra, el amante lejano envuelto en lo ideal, una quimera con forma.

Cualquier otro encuentro más palpable y más próximo hubiera asustado á Cosette en aquella época, en que estaba aun casi sumergida en bruma espesa del convento. Tenia mezclados los temores del niño con los miedos de las religiosas. El espíritu del convento, que la habia penetrado por espacio de cinco años, se evaporaba de ella lentamente y hacia que todo temblase á su alrededor; en su estado, lo que necesitaba no era un amante ni un sér enamorado, sino una vision. Principió á querer á Mario como á cosa bella, luminosa é imposible.

Como la extrema sencillez se toca con la extrema coquetería, dirigia á Mario sonrisas francas.

Esperaba todos los dias impaciente la hora del paseo; al encontrar á Mario sentia indecible felicidad y creia expresar

sinceramente todo su pensamiento con solo decir á Juan Valjean:

—¡Qué jardin tan delicioso es el Luxemburgo!

Mario y Cosette estaban en la oscuridad uno para el otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocian; se veian nada más: como los astros que están separados por millones de leguas, vivian de mirarse.

De este modo la niña Cosette iba transformándose en mujer y desarrollándose hermosa y enamorada, con la conciencia de su beldad y en la ignorancia de su amor.

## VII.

### A tristeza, tristeza y media.

Todas las situaciones tienen sus instintos. La madre naturaleza advertia sordamente á Juan Valjean la presencia de Mario y Juan Valjean se extremecia en lo más oscuro de su pensamiento; nada sabia, nada veia, y sin embargo, contemplaba con terca atencion la oscuridad que le envolvia, como si sintiese en ella una cosa que se construia y otra que se derrumbaba. Mario, tambien advertido por la madre naturaleza, hacia cuanto podia por ocultarse á las miradas del padre. Pero Juan Valjean se apercibia algunas veces. Los ademanes de Mario no eran siempre naturales. Tenia accesos de prudencia míope y de temeridad simple; no se acercaba ya á ellos, como antes; se sentaba lejos y permanecia en éxtasis; en el libro que llevaba fingia leer, pero por qué lo fingia? Antes llevaba traje usado y viejo y despues flamante; no era fácil asegurar que no se rizase el pelo; sus miradas eran picarescas y gastaba guantes. Juan Valjean detestaba cordialmente á aquel jóven.

Cosette nada dejaba de adivinar. Sin saber con exactitud qué era lo que tenia, conocia que debia ocultar aquello á su padre.

Veia Juan Valjean, entre el gusto del tocador que habia adquirido Cosette y la costumbre del desconocido de llevar levita nueva, un paralelismo importuno. Quizás eso era pura casualidad, pero para el anciano una casualidad amenazadora.

Jamás habia hablado á Cosette del desconocido. Un dia, sin embargo, que no pudo contenerse, con la vaga desesperacion del que introduce la sonda en su desgracia, la dijo:

—¡Qué aire tan pedante tiene ese jóven!...

Cosette, un año atrás, es decir, cuando era niña indiferente, le hubiera contestado:—Al contrario, me parece un jóven simpático. Diez años despues, sintiendo amor por Mario, hubiera respondido:—Es un pedante insoportable! ¡Teneis razon!

Entonces se limitó á contestar con suprema calma:

—Ese jóven? como si le mirase por primera vez.

—Qué estúpido soy!... pensó para sí Juan Valjean; Cosette no se habia fijado aun en él y yo soy quien se lo enseño.

Es una ley de los frescos años de padecimientos y de cuidados, de esas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos, que la jóven no se deje coger en ningun lazo y el jóven caiga en todos. Juan Valjean habia empeñado contra Mario una guerra sorda, que éste, en la sublime estupidez de su pasion y de su edad, no adivinó. Juan Valjean le tendió varias emboscadas; cambió las horas, cambió de banco, olvidó el pañuelo, fué solo al Luxemburgo; Mario se enredó en todos estos lazos, y á todas las preguntas que Juan Valjean colocó en su camino, contestó:

—Sí.

Entre tanto Cosette seguia encerrada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad; tanto, que Juan Valjean dedujo esta conclusion:—"Ese necio está enamorado locamente de Cosette, pero ella ni siquiera sabe que él existe.„

No por esto era menor la agitacion de su corazon, porque de un instante á otro podia sonar la hora en que Cosette empezase á amar. ¿No empieza todo por la indiferencia?

Solo una vez Cosette cometió una falta, que le asustó. Cuando Juan Valjean se levantó del banco para marcharse del paseo, despues que estuvieron sentados tres horas, la jóven le dijo:

—Tan pronto!

Juan Valjean no interrumpia los paseos al Luxemburgo por no obrar de un modo extraño y porque Cosette no lo notase; pero en aquellas horas tan agradables para los dos enamorados, mientras Cosette enviaba sus sonrisas á Mario y éste permanecia abstraido de todo, contemplando no más el semblante adorado, Juan Valjean miraba al descono-

cido con ojos chispeantes y terribles, y á pesar de haber llegado á creerse incapaz de ningun sentimiento malévolo, habia instantes que se creia que iba á ser otra vez salvaje y feroz y que volvian á abrirse contra aquel jóven las antiguas profundidades de su alma, que en tiempos ya lejanos habian abrigado tanta cólera. Le parecia que se volvian á formar en su corazon cráteres desconocidos.

Por qué estaba allí aquel jóven? ¿Por qué iba á aquel paseo? Qué buscaba? ¿Iba á matar el tiempo, á escudriñar, á probar? ¿Venia á dar vueltas alrededor de su vida, alrededor de su felicidad, para arrebatársela?

Juan Valjean añadia:—Sí, eso es. ¿Viene á buscar una aventura ó un amor verdadero? ¿Habré sido primero el hombre más miserable y despues el más desgraciado; habré pasado sesenta años padeciendo todo lo que se puede padecer; habré envejecido sin ser jóven; habré vivido sin familia, sin padres, sin mujer, sin hijos; me habré convertido en hombre bueno y honrado, arrepintiéndome y subsanando el mal que causé, para que al llegar el momento de recibir la recompensa, al llegar el momento de conseguir lo que deseo, pierda á Cosette, esto es, la vida, la alegría y la felicidad, porque á un advenedizo le ocurra venir todos los dias á pasear al Luxemburgo?

Pensando en esto, los ojos de Juan Valjean despedian claridad extraordinaria y lúgubre. No era el hombre que miraba á otro; era el hombre que miraba á su enemigo; un perro de presa que acechaba á un ladron.

Los lectores ya saben lo demás; Mario continuó siendo insensato. Un dia siguió á Cosette á la calle del Oeste; otro dia habló al portero, y el portero enteró á Juan Valjean, diciéndole:

—Un jóven curioso ha venido á preguntar por vos.

Al dia siguiente el anciano dirigió al jóven la mirada que éste notó.

Ocho dias despues, Juan Valjean cambió de domicilio, prometiéndose no volver á poner los piés ni en el Luxemburgo ni en la calle del Oeste, instalándose en su casa de la calle Plumet.

Cosette no se quejó de esto, no preguntó nada, ni trató de saber el por qué; pasaba ya por el período en el que se teme ser descubiertos y vendidos. Juan Valjean no poseia la experiencia de estas miserias, las únicas agradables y las únicas que él no conocia; por eso no comprendió la grave significacion del silencio de Cosette. Observó solo que ella estaba triste y se quedó sombrío. A una y á otro dominaba la inexperiencia.

Un dia quiso hacer una prueba y dijo á su ahijada:

—Quieres venir al Luxemburgo?

—Sí, contestó Cosette, cuyo rostro pálido se iluminó con un rayo de alegría.

Fueron al Luxemburgo; habian pasado tres meses y Mario no acudia ya al paseo; no estaba allí.

Al dia siguiente Juan Valjean volvió á preguntar á su ahijada:

—Quieres venir al Luxemburgo?

—No, respondió dulce y tristemente.

A Juan Valjean le conmovió su tristeza y le lastimó su dulzura.

¿Qué pasaba en aquel corazon tan jóven y ya tan impenetrable? ¿Qué transformacion se verificaba en él? Algunas noches Juan Valjean, en vez de acostarse, permanecia sentado cerca del lecho, con la cabeza entre las manos, y pasaba la noche preguntándose:—¿Qué es lo que piensa Cosette? y queria adivinar lo que ella pensaba.

En esos momentos dirigia dolorosas miradas hácia el claustro, hácia el jardin del convento lleno de flores invisibles y de vírgenes encerradas, donde todos los perfumes y todas las almas ascendian directamente al cielo. Adoraba aquel Eden, perdido para siempre, del que salió voluntariamente y sin prevision.

Se lamentaba de su abnegacion y de la locura de haber vuelto á Cosette al mundo y de ser el pobre héroe del sacrificio cogido y derribado por su propio desinterés.—Qué es lo que he hecho? exclamaba.

Cosette ignoraba lo que sufria Juan Valjean, porque éste no le manifestaba peor humor ni mayor rudeza; le encontraba siempre con su aspecto sereno y bondadoso y sus modales eran respecto á ella más tiernos y más paternales que nunca; si algo pudiese hacer su falta de alegría, seria su mayor mansedumbre.

Cosette iba languideciendo de dia en dia. Padecia en la ausencia de Mario, como gozaba en su presencia, sin acertar á explicárselo. Cuando Juan Valjean dejó de llevarla al Luxemburgo, su instinto de mujer la murmuró confusamente en el fondo del corazon que si manifestaba indiferencia por dicho paseo, su padre la llevaria allí; pero pasaron los dias, las semanas y los meses. Juan Valjean habia aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Cosette. Esta lo sintió, pero ya era tarde.

El dia que volvió al Luxemburgo Mario ya no iba. Qué hacer entonces? ¿Dónde volver á encontrarle? Sintió opresion en el corazon, que nada podia disminuir y que iba en aumento de dia en dia. No supo ya si estaba en invierno ó en verano, si llovia ó hacia sol, si el Luxemburgo era más pintoresco que las Tullerías, si la ropa que devolvia la planchadora estaba bien ó mal planchada; se quedó abatida, absorta, concentrada en una sola idea, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la oscuridad el sitio negro y profundo en el que se ha desvanecido una aparicion.

Pero tampoco dejó traslucir nada á Juan Valjean más que su palidez; continuó manifestándole cariñosa fisonomía. Sin embargo, su palidez bastaba para alarmar al anciano.

A veces le preguntaba:

—Qué tienes?

—No tengo nada, respondia ella.

Despues de un rato de silencio, como Cosette adivinaba la tristeza de Juan Valjean, le interrogaba tambien:

—Y vos, padre, qué teneis?

—Yo? nada, respondia éste.

Aquellos dos séres, que se habian querido exclusivamente con tan tierno amor y que vivieron durante tanto tiempo uno para otro, padecian ahora cada uno por su lado, uno por causa del otro, sin culparse recíprocamente y sonriendo.

## VIII.

### La cadena.

Juan Valjean era el más desgraciado de los dos, porque la juventud, en medio de sus pesares, conserva la alegría que le es propia. En ciertos momentos Juan Valjean tenia sufrimientos pueriles, que el dolor hace reaparecer muchas veces en el hombre la parte que retiene de niño. Comprendia de un modo claro que Cosette se le escapaba de las manos y deseaba luchar, conservarla y entusiasmarla con algo exterior y brillante.

Estos pensamientos que le atormentaban, pueriles y seniles á la vez, le sugirieron la nocion, bastante justa, de la influencia que ejercen en la imaginacion de las jóvenes los oropeles.

Sucedióle una vez que vió pasar por la calle un general á caballo con uniforme de gala, que era el conde Contard, comandante general de París, y envidió á aquel hombre de traje tan dorado y tan resplandeciente; pensó en Cosette, si le viera se quedaria deslumbrada; que si le diese el brazo y pasease con ella por delante de las Tullerías le presentarian las armas, y esto satisfaria á Cosette hasta el punto de apartar de ella la idea de fijarse en los jóvenes.

Un acontecimiento inesperado vino á mezclarse con estos tristes pensamientos.

En el aislamiento en que moraban en la calle de Plumet solian algunas veces ir á ver salir el sol, de cuyo placer disfrutan los que entran en la vida y los que salen de ella.

Pasear por la madrugada para el que ama la soledad, equivale á pasear de noche con la alegría de la naturaleza; las calles están desiertas y los pájaros cantan. Cosette, como los pájaros, se despertaba muy temprano.

Estas excursiones matinales se preparaban la víspera; él proponia y ella aceptaba. Arreglábanlas como un complot; salian antes de amanecer y eran muy gratas para la jóven, porque estas extravagancias inocentes agradan á la juventud.

El flaco de Juan Valjean era, como ya sabemos, visitar los lugares desiertos y los rincones solitarios. Habia entonces en las cercanías de las afueras de Paris algunos campos pobres, casi confundidos con la ciudad, en los que brotaba en el verano raquítico trigo, y en el otoño, despues de la recoleccion, no tenian el aspecto de campos segados, sino de campos yermos.

Juan Valjean los frecuentaba con predileccion y Cosette no lo sentia, porque el primero buscaba la soledad y la segunda la libertad. En dichos lugares Cosette se convertia en niña; podia correr y jugar; se quitaba el sombrero, le ponia sobre las rodillas de Juan Valjean y hacia ramilletes; seguia el vuelo y la parada de las mariposas en las flores, pero no las perseguia.

La mansedumbre y la ternura nacen con el amor, y la jóven que alimenta un ideal tembloroso y frágil tiene lástima de las alas de la mariposa.

Tejia guirnaldas de amapolas, se las ponia en la cabeza, las que, atravesadas, llenas de sol y purpúreas hasta la irradiacion, formaban sobre su rostro fresco y rosado una corona de áscuas.

Desde que se enseñoreó la tristeza del padre y de la hija, habian adoptado la costumbre de los paseos matinales.

Una mañana de Octubre, atraidos por la perfecta serenidad del otoño de 1831,

salieron y se encontraron al amanecer cerca del portillo del Maine. Rayaba apenas el momento delicioso y sombrío de asomar el alba; se veian algunas constelaciones esparcidas por el azul pálido y profundo; la tierra negra, el cielo blanco, las yerbecillas trémulas; por todas partes esparciéndose el misterioso sobrecogimiento del crepúsculo.

Al Oriente el Val-de-Grace destacaba en el horizonte, iluminado por claridad acerada, su oscura masa; el planeta Vénus, deslumbrante, subia por detrás de la iglesia y parecia un alma saliendo de un edificio tenebroso.

En todas partes reinaba la calma y el silencio; la calzada estaba solitaria y á lo lejos se distinguian vagamente algunos obreros que iban á trabajar.

Juan Valjean se sentó en una estrecha calle de árboles y sobre unos maderos que habia en la puerta de la casa de un carpintero. Miraba hácia el camino y volvia las espaldas al Oriente, olvidándose de que iba á aparecer el sol: se sumergia en una de esas absorciones profundas en las que nos concentramos, que aprisionan hasta las miradas, y que equivalen al encierro entre cuatro paredes. Hay meditaciones que pueden llamarse verticales, en las que, cuando hemos llegado al fondo, necesitamos algun tiempo para volver á subir á la superficie.

Juan Valjean habia descendido al fondo de una de ellas.

Pensaba en Cosette, en que era posible la felicidad para él si no se interponia un extraño entre ambos, y era casi feliz ensimismándose en esta meditacion.

La jóven, de pié al lado del anciano, observaba cómo las nubes iban adquiriendo color de rosa.

De repente exclamó:

—Padre, me parece que viene algo por allí.

Juan Valjean levantó la vista.

Cosette tenia razon.

La calzada que conduce al antiguo portillo del Maine es una prolongacion de la calle de Sevres y está cortada en ángulo recto por el boulevard interior. En el ángulo mismo de la calzada y del boulevard, en el sitio en que se unen las dos vias, se oia un ruido difícil de explicar á aquella hora y se distinguia una especie de grupo confuso. Del boulevard salia una cosa informe y entraba en la calzada.

Aquel grupo iba haciéndose más grande y parecia moverse con órden; parecia un carruaje, pero no podia divisarse su carga. Se veian caballos, ruedas; se oian gritos; chasqueaba el látigo.

Poco á poco fueron marcándose contornos, aunque borrosos á causa de la oscuridad.

Efectivamente, era un carro que acababa de volver la esquina del boulevard y que se dirigia hácia la barrera, cerca de la cual estaba Juan Valjean. Otro carro del mismo aspecto seguia al primero, despues otro y otro, y así desembocaron sucesivamente hasta siete, tan juntos, que las cabezas de los caballos tocaban siempre la trasera del carro á que seguian. Dentro de las carretas se agitaban algunas sombras. Veíanse relucir en la oscuridad algunas chispas como si brillasen sables desnudos; se oia el férreo sonido de mover cadenas; á medida que todo aquello avanzaba crecia el ruido de voces; aquello era formidable como si saliera de la caverna de los sueños.

Al aproximarse aquel fenómeno adquirió forma y se bosquejó por entre los árboles con la vaguedad de una aparicion; la luz del dia, que clareaba poco á poco, derramaba pálida claridad sobre aquel hormiguero sepulcral y vivo á un mismo tiempo, y las cabezas de las sombras se convirtieron en semblantes cadavéricos. Juan Valjean vió lo siguiente:

Siete carretas en fila marchaban por el camino; las seis primeras eran de estructura singular; parecian carromatos de toneleros; eran una especie de escaleras de mano colocadas sobre dos ruedas y formando angarilla en su extremidad anterior; cada carromato, ó por mejor decir, cada escalera, iba tirada por cuatro caballos, uno tras otro. De estas escaleras pendian extraños racimos de hombres. Como aun era escasa la luz no se veian, se adivinaban. Iban veinticuatro en cada carreta, doce á cada lado, recostados unos sobre otros, de cara á los transeuntes y las piernas en el aire. Tenian en las espaldas una cosa que sonaba; era una cadena, y al cuello una cosa que brillaba; era una argolla. Cada uno llevaba su argolla, pero la cadena era de todos; de modo que cuando los veinticuatro hombres tenian que bajar del carro y andar, los encadenaba una especie de unidad inexorable y serpenteaban en tierra, teniendo la cadena por vértebra como un miriápodo. Delante y detrás de cada carreta iban derechos dos hombres armados con fusiles, que sujetaban con los piés uno de los extremos

de la cadena. Las argollas eran cuadradas.

La séptima carreta era un furgon con barandilla de estacas, pero sin toldo; era de cuatro ruedas y la arrastraban seis caballos; conducia ruidoso monton de calderos, de marmitas de metal, de estufas y de cadenas, y entre estos objetos se veian algunos hombres atados y tendidos á lo largo; parecian enfermos. Guarnecian el furgon descubierto cañizos viejos.

Las carretas ocupaban el centro del camino.

A ambos lados de ellas marchaban en doble fila guardias de infame aspecto con tricornios chatos, como los de los soldados del Directorio; súcios, rotos, tapujados con uniformes de inválidos y con pantalones de sepultureros, casi hechos pedazos, con charreteras encarnadas, correas amarillas, machetes, fusiles y varas; eran una especie de soldados-galopos. Su aspecto participaba de la abyeccion del mendigo y de la autoridad del verdugo. El que parecia jefe llevaba en la mano látigo de postillon. Todos estos detalles, que sombreaba la escasa luz, se recortaban con más claridad á medida que el dia iba creciendo. A la cabeza y detrás del convoy iban gendarmes con sables desenvainados.

Era este tren tan largo, que al llegar á la barrera la primera carreta estaba desembocando la última en el boulevard.

Una multitud, salida no se sabe de dónde y reunida en un instante, como se reune en Paris, contemplaba apiñada el convoy desde un lado y otro de la calzada. Se oian en las callejuelas próximas los gritos de las gentes, que se llamaban unas á otras, y el ruido que producian los zuecos de los hortelanos que corrian á presenciar el espectáculo.

Los hombres amontonados en las carretas sufrian silenciosamente los vaivenes en los baches. El frio de la mañana daba lividez á sus fisonomías. Todos llevaban pantalones de lienzo y zuecos en los piés desnudos; el resto del traje dependia de la fantasía de la miseria. Sus arreos eran horriblemente heterogéneos, y nada hay tan fúnebre como un arlequin de andrajos. Unos gastaban sombreros sin copa, otros casquetes embreados, éstos horribles gorros de lana, aquellos chaquetas negras agujereadas por los codos; algunos llevaban sombreros de mujer, otros un canastillo; veíanse entre ellos pechos velludos, y al través de los vestidos rotos se divisaban pinturas en la carne, templos del Amor, corazones con llamas, Cupidos. Descubríanse tambien en la carne herpes y manchas de mal carácter. Dos ó tres tenian atada una cuerda de esparto á las traviesas del carro y les servia de estribo suspendido bajo ellos, en el que sostenian los piés. Uno se llevaba la mano á la boca y mordia algo parecido á una piedra negra; era que iba comiendo pan. En aquellos rostros solo habia ojos secos y apagados, ó que brillaban con fulgor repugnante. La escolta juraba y maldecia, los encadenados no chistaban; de vez en cuando se oia el ruido de un varazo dado en las espaldas ó en la cabeza; algunas de aquellas bocas bostezaban; colgaban los piés, los hombros oscilaban, se chocaban las cabezas, los hierros crujian, las pupilas brillaban ferozmente, los puños se crispaban, ó abriéndose, caian inertes como las manos de un muerto. Detrás del convoy multitud de muchachos corria, riendo á carcajadas.

Aquella fila de carretas, fuese lo que fuese, era lúgubre. Al dia siguiente, quizás dentro de una hora, podia caer espeso aguacero, y despues otro, y se calarian aquellos vestidos hechos pedazos, y si aquellos hombres se empapaban de lluvia ya no se secarian, y una vez helados ya no podrian entrar en calor; sus pantalones de lienzo se quedarian pegados á los huesos con el agua; el agua llenaria sus zapatos, los latigazos no podrian impedir el rechinamiento de los dientes, la cadena seguiria unciéndoles por el cuello y los piés seguirian en el aire. Imposible era no temblar al ver á humanas criaturas encadenadas de ese modo sin poder librarse de las nubes de otoño y entregadas á la lluvia, al huracan y á todas las furias del viento.

Las varas no respetaban ni á los enfermos, que yacian atados y sin movimiento en la séptima carreta, y que parecia que los habian echado en ella como sacos llenos de miseria.

De repente salió la luz deslumbradora del sol, pareciendo que prendia fuego á aquellas cabezas horribles. Desatáronse las lenguas y estalló un incendio de burlas, de juramentos y de canciones. La luz horizontal, extendiéndose á lo ancho, cortó en dos partes toda la fila, iluminando las cabezas y las espaldas y dejando los piés y las ruedas en la oscuridad.

Los pensamientos aparecieron en las fisonomías; aquel instante fué espanto-

so; se vieron demonios que se les habia caido la careta y almas feroces completamente desnudas. Iluminada aquella chusma pareció tenebrosa.

Algunos de los encadenados llevaban en la boca cañones de pluma y soplándolos arrojaban la miseria á la multitud y con preferencia á las mujeres. La aurora marcaba con la oscuridad de las sombras aquellos tristes perfiles; la miseria los hacia asquerosos á todos y ofrecian un conjunto tan monstruoso, que pudiera decirse que cambiaba la claridad del sol en la luz de un relámpago.

La carreta que abria la marcha entonaba y salmodiaba á voz en grito, con huraña jovialidad, el pot-pourri de Desaugiers titulado *La Vestal*, que entonces estaba en boga; los árboles temblaban lúgubremente, y en los paseos algunos curiosos escuchaban embobados los atrevidos cantares de aquellos espectros.

En el convoy se mezclaban todos los desastres como en un caos; allí se veian los viejos y adolescentes; cráneos calvos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones esquivas, risas salvajes, actitudes insensatas, viejos con casquetes, cabezas jóvenes con tirabuzones en las sienes, rostros de muchachas, y por esto mismo horribles. En la primera carreta iba un negro, que acaso habria sido esclavo y podia comparar ambas cadenas. El aterrador nivel de la bajeza, la deshonra, habia pasado por aquellas frentes; en su grado de abatimiento todos sufrian las últimas transformaciones en las últimas profundidades; la ignorancia convertida en imbecilidad, era para ellos lo mismo que la inteligencia convertida en desesperacion.

No podia escogerse entre aquellos hombres; todos se presentaban á la vista como lo más escogido del cieno. El ordenador de aquella procesion inmunda no los habia clasificado. Los atarian y aparearian confusamente con desórden alfabético y cargándolos al acaso en las carretas. Sin embargo, los horrores agrupados concluyen por producir una resultante; toda suma de desgraciados dá un total: de cada cadena salia un alma comun y cada carreta tenia su fisonomía. La que seguia á la que cantaba, aullaba; la tercera mendigaba; una de ellas rechinaba los dientes, otra blasfemaba de Dios, y la última callaba como una tumba. Dante hubiera creido ver en marcha los siete círculos de su Infierno, pero la marcha siniestra de los condenados hácia el suplicio, no en el formidable y fulgurante carro del Apocalipsis, sino en la sombría carreta de las gemonías.

Uno de los guardias, que llevaba un gancho en el extremo de la vara, meneaba de vez en cuando aquel monton de basura humana. Una vieja, que se destacaba entre la multitud, señalaba con el dedo los encadenados á un chiquillo de cinco años, y le decia:—¡Aprende, tunante!

Como iban en aumento creciente los cantos y las blasfemias, el capitan de la escolta hizo sonar el látigo; al dar esta señal, una série de fuertes varazos, que parecia una granizada, cayó sobre las siete carretas, y los que los sufrieron lanzaron un rugido, echando espuma de rabia, que redobló la algazara de los pilluelos, que acudieron como una nube de moscas á posarse sobre aquellas llagas.

Juan Valjean lanzaba miradas espantosas; sus ojos se parecian al vidrio que reemplaza á la mirada en algunos desgraciados, inconsciente á la realidad y en la que brilla la reverberacion del espanto y de la catástrofe. No contemplaba un espectáculo, padecia una vision. Quiso levantarse y huir, pero no pudo mover los piés. Muchas veces lo que contemplamos nos coge y nos sujeta. Permaneció, pues, en su sitio clavado, petrificado y estúpido, preguntándose en su angustia inexplicable qué era lo que significaba aquella persecucion sepulcral y de dónde habia salido aquel pandemonium que le perseguia. De pronto se llevó la mano á la frente, como el que recuerda de repente, y se acordó de que aquel era efectivamente el itinerario, de que aquella vuelta se daba siempre para evitar el encuentro posible con las personas reales en el camino de Fontainebleau, y de que hacia treinta y cinco años habia pasado tambien él por aquella barrera.

Cosette no estaba menos asustada, pero de distinta manera. No comprendia qué era lo que estaba mirando, pero le faltaba el aliento y no le parecia posible lo que veia.

Al fin exclamó:

—Padre, ¿qué son esos hombres que llevan en las carretas?

—Presidiarios, la respondió el anciano.

—Adónde van?

—Al presidio.

En aquel instante volvieron á sonar los varazos, multiplicados por cien manos, mezclados con sablazos dados de

plano; la rabia de los látigos y de las varas encorvó á los presidiarios: de este suplicio resultó la obediencia repugnante y todos callaron, lanzando miradas de lobos encadenados.

Cosette temblaba de piés á cabeza.

—Padre, preguntó, esos son hombres?

—Algunas veces, le contestó Juan Valjean.

Aquel convoy era la cadena que salia de Bicetre antes del amanecer y se dirigia por el camino de Mans para evitar el de Fontainebleau, en donde estaba el rey. Semejante rodeo hacia durar el viaje tres ó cuatro dias más, pero se prolongaba para ahorrar á las personas reales la vista del suplicio.

Juan Valjean volvió á casa con el corazon oprimido. Encuentros como ese son choques y el recuerdo que dejan parece un desquiciamiento. Por eso al volver con Cosette á la calle de Babilonia no notó que ésta le hizo otras preguntas sobre lo que acababa de ver; iba demasiado absorto en su abatimiento para oirla y para contestarla. Solo por la noche, cuando Cosette se separó de él para ir á acostarse, la oyó decir, casi en voz baja y como hablando consigo misma:

—Creo que si me encontrase un dia cerca de uno de esos hombres, me moriria de pena al verle á mi lado.

Afortunadamente, hizo la casualidad que al dia siguiente de la trágica mañana, y con motivo de una solemnidad oficial, hubiese fiestas en París; revista en el Campo de Marte, justas en el Sena, funciones en los teatros de los Campos Elíseos, fuegos artificiales en el Arco de la Estrella é iluminaciones por todas partes.

Juan Valjean, violentando sus costumbres, llevó á Cosette á dichas funciones con la idea de distraerla del recuerdo de la víspera y de borrar, con el alegre tumulto de París, la vision abominable que pasó el dia anterior ante sus ojos aterrados.

La revista que se verificaba para solemnizar la fiesta hacia que fuese natural la circulacion de uniformes, y Juan Valjean se puso el de guardia nacional, con el vago sentimiento interior del hombre que se esconde.

Le pareció que habia conseguido el objeto que se propuso.

Cosette, que consideraba como obligacion agradar á su padre, y que cualquiera espectáculo era nuevo para ella, aceptó complacida aquella distraccion y presenció sonriendo las fiestas públicas. De modo que Juan Valjean creyó desvanecida en ella la mala impresion del dia anterior.

Algunos dias despues, una mañana de sol radiante se encontraban ambos en la escalinata del jardin, cometiendo otra de las infracciones de la regla que parecia haberse impuesto Juan Valjean é infringiendo la costumbre que Cosette habia adquirido de permanecer en su cuarto. Estaba la jóven de pié, con peinador, con el traje negligente de la mañana, que envuelve graciosamente á las jóvenes y que parece una nube sobre un astro; la daba el sol en la cara, sonrosada por haber dormido bien, y la observaba tiernamente su padre, conmovido, mientras ella deshojaba una margarita. Daba vueltas á la flor instintiva é inocentemente, sin sospechar que deshojar una margarita es deshojar un corazon.

Si existiese la cuarta gracia y se llamase Melancolía, Cosette se hubiera parecido á esta gracia.

Juan Valjean estaba fascinado contemplando los dedos de Cosette sobre la flor, olvidándose de todo en la irradiacion que la jóven despedia. Cerca de ellos un pitirrojo piaba en las ramas; nubes blancas cruzaban el cielo con tanta alegría como si acabasen de dejarlas en libertad.

Cosette seguia con fijeza deshojando la flor; pero en aquel instante de encanto volvió de repente la cabeza con la delicada lentitud del cisne y preguntó á Juan Valjean:

—Padre, qué es el presidio?

# LIBRO CUARTO

## Socorros de abajo pueden ser socorros de arriba.

### I.

#### Herida por fuera y curacion por dentro.

La vida de ambos se iba haciendo así gradualmente sombría. Solo les quedaba una distraccion, que en otro tiempo constituyó su felicidad: llevar pan á los hambrientos y vestidos á los desnudos. En las visitas á los pobres, en las que Cosette acompañaba con frecuencia á Juan Valjean, encontraban algunos ratos de su antigua expansion; y á veces el dia en que habian socorrido muchas

miserias y reanimado y hecho entrar en calor á algunos pequeñuelos, Cosette estaba algo alegre por la noche. En esta época fué cuando visitaron la madriguera de Jondrette.

Al dia siguiente de dicha visita, Juan Valjean se presentó en el pabellon tranquilo como siempre, pero con una herida ancha, inflamada y misteriosa, en el brazo izquierdo, que parecia una quemadura, y de la que dió una explicacion falsa, pero tranquilizadora. Esta herida le ocasionó un mes de calentura y le tuvo sin poder salir de casa; no quiso que llamasen á ningun médico, y cuando Cosette se empeñaba en ello, él la contestaba:—Llama al médico de los perros.

Cosette le curaba la herida por la mañana y por la tarde de un modo tan cariñoso y manifestando tal júbilo por serle útil, que Juan Valjean sentia renacer en él la antigua alegría, disipándose sus temores y sus ansiedades, y contemplaba á Cosette, exclamando:—"Bendita herida!„ Esto contribuia á facilitar su curacion.

Cosette, cuando vió enfermo á su padre, abandonó el pabellon y volvió á tener aficion á la casita y al patio de detrás. Pasaba casi todo el dia al lado de Juan Valjean y le leia los libros que él la indicaba, que casi siempre eran de viajes. Juan Valjean renacia; volvia á irradiar sobre él la felicidad: el Luxemburgo, el rondador desconocido, la frialdad de Cosette, todas estas nubes de su alma se desvanecian, concluyendo por decirse:—"Todo fué ilusion mia; soy un viejo loco„.

Su felicidad era tal, que el horrible encuentro de los Thenardier, tan inesperado, se borró en él como si hubiese sido un sueño. Consiguió haber escapado y hecho perder su pista; ¿qué le importaba lo demás? Cuando recordaba la emboscada compadecia á aquellos miserables.

Estaban encerrados en la cárcel y por lo tanto imposibilitados de causar daño.

Cosette tampoco habia vuelto á hablarle de la repugnante vision de la barrera del Maine.

En el convento, sor Matilde enseñó la música á Cosette; ésta estaba dotada de una voz de avecilla con alma, y algunas noches en el cuarto del herido cantaba canciones tristes que agradaban á Juan Valjean.

Se acercaba la primavera, y el jardin estaba tan hermoso en dicha estacion, que el anciano dijo á su ahijada:

—Baja á pasearte por el jardin; quiero que pasees.

—Como querais, padre, le contestó Cosette.

Por obedecerle bajaba á pasear por el jardin, casi siempre sola, porque, como dijimos, Juan Valjean no paseaba, por temor de que le vieran desde la verja.

El herido sintió poco á poco gran alivio; cuando Cosette vió que su padre se curaba y que parecia feliz, sintió gran contento interior, que manifestaba apenas, por presentarse siempre ante él cariñosa y tierna.

Era el mes de Marzo; crecian los dias, el invierno iba desapareciendo; vino despues el Abril, que es la aurora del estío; alegre como la infancia y lloroso algunas veces como niño recien nacido.

La naturaleza en ese mes ofrece resplandores atrayentes, que pasan desde el cielo, desde las nubes, desde los árboles, desde las praderas y desde las flores hasta el corazon del hombre.

Cosette era aun muy jóven, y la alegría del Abril penetró en ella. La noche fué desapareciendo de su espíritu insensiblemente y sin sospecharlo. La primavera dá claridad á las almas tristes, como el medio dia dá claridad á los sótanos. Cosette no estaba ya triste.

Por la mañana, despues de almorzar y de conseguir hacer pasear á su padre un cuarto de hora por el jardin al sol y por delante de la escalinata, sosteniéndole el brazo enfermo, se reia á cada instante y era dichosa.

Juan Valjean, satisfecho, la veia más fresca y más sonrosada.

—Bendita herida! exclamaba para sí.

Estaba agradecido á los Thenardier.

En cuanto curó de la herida volvió á dedicarse á sus paseos solitarios y crepusculares.

Es un error creer que se puede pasear de este modo y solos por las regiones menos habitadas de Paris sin encontrar alguna aventura.

## II.

**La tia Plutarco no encuentra dificultades para explicar un fenómeno.**

Una tarde el muchacho Gavroche, que no habia comido, recordó que tampoco habia cenado el dia anterior; esto era ya muy pesado, y se resolvió á buscar el modo de poder cenar.

Se fué á dar vueltas más allá de la Salpetriere, por los sitios desiertos, don-

de se encuentran gangas, porque donde no hay gente se suele encontrar algo, y llegó hasta unas casuchas que le parecieron el pueblecillo de Austerlitz.

En una de sus excursiones anteriores recordó que habia visto allí un antiguo jardin, que frecuentaban un anciano y una anciana, en el que habia un manzano bastante grande; al lado de dicho árbol habia una frutera mal cerrada, de la que se podia sustraer alguna manzana. Para el muchacho una manzana era una cena, y una cena era la vida. Lo que perdió á Adan podia salvar á Gavroche. El jardin daba á una callejuela solitaria y sin empedrar, costeada de malezas y separada por un seto de los edificios.

Gavroche se dirigió hácia el jardin; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó la frutera y examinó el seto; el seto no es más que un salto. Iba declinando el dia; la callejuela estaba desierta, la hora era magnífica. Gavroche iba á saltar y se detuvo de repente.

Oyó hablar en el jardin y se puso á mirar por entre los cañizos que formaban la tapia del mismo.

A dos pasos de él, al pié del seto, por la otra parte, precisamente en el punto en que hubiera caido al dar el salto que queria, habia enorme pedrusco tendido que servia de banco, en el que estaba sentado el viejo del jardin y delante de él, en pié, la vieja.

La vieja refunfuñaba, y Gavroche, que era poco discreto, se puso á escuchar.

—Señor Babeuf! decia la vieja.

—Babeuf! repitió Gavroche; me choca ese nombre.

El viejo interpelado ni se movia ni contestaba. La vieja volvió á exclamar:

—Señor Babeuf!

El anciano, sin levantar la vista del suelo, respondió:

—Qué es eso, tia Plutarco?

—Tia Plutarco! repitió Gavroche; otro nombre que me choca.

La tia Plutarco volvió á hablar y el señor Babeuf no tuvo más remedio que aceptar la conversacion.

—El casero está disgustado.

—Por qué?

—Porque se le deben tres plazos.

—Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

—Dice que os echará á la calle.

—Entonces me iré.

—La tendera quiere que se la pague, y ya no nos fiará la leña; si no tenemos lumbre, ¿cómo os habeis de calentar este invierno?

—Tendremos sol.

—El carnicero tampoco nos fia; no quiere ya darnos carne.

—Está bien. Digiero mal la carne, es muy pesada.

—Y qué comeremos?

—Pan.

—El panadero quiere que se le dé algo á cuenta, y dice que si no le doy dinero no me dá pan.

—Bueno.

—Y qué comeremos?

—Las manzanas que quedan en el manzano.

—¡Pero señor, sin dinero no se puede vivir!

—Si yo no tengo!...

La anciana se marchó y el anciano se quedó solo y meditando.

Gavroche tambien meditaba. Era ya casi de noche. El primer resultado de la meditacion de Gavroche fué que, en vez de escalar el seto, se acurrucó bajo de él, cuyas ramas por la parte baja se separaban un poco de la maleza.

—Calla! exclamó interiormente; ¡esto es una alcoba!...

Se agachó allí; estaba casi recostado junto al banco del señor Babeuf y casi oia la respiracion del octogenario. Para conseguir comer trató de dormir, pero con el sueño del gato, sueño de un solo ojo. Gavroche, adormecido, espiaba.

La blancura del cielo crepuscular blanqueaba la tierra y la callejuela formaba una línea pálida entre dos filas de arbustos oscuros.

De repente en la línea blanquecina aparecieron dos sombras. Una iba delante y la otra detrás, á algunos pasos de la primera.

—Dos hombres! murmuró Gavroche.

La primera sombra parecia un viejo algo encorvado y pensativo, vestido con sencillez y que andaba con lentitud, quizás por causa de los años, y que salia á pasear á la luz de las estrellas.

La segunda sombra era recta, firme y pequeña. Arreglaba su paso al de la primera, pero en la lentitud voluntaria de su marcha se descubria la esbeltez y la agilidad; tenia algo de huraña y de inquieta y la figura de lo que entonces era un elegante; su sombrero era de buena forma, la levita negra, bien cortada, y el talle bien ceñido. Levantaba la cabeza con gracia varonil, y por debajo del sombrero se entreveía el pálido perfil de

un adolescente. Este perfil llevaba una rosa en la boca.

Gavroche conoció en seguida á la segunda sombra; era Montparnasse. De la otra solo podia decir que era un viejo.

Gavroche se puso en observacion, pero sin desamparar su sitio.

Uno de los dos intentaba algo contra el otro, y Gavroche estaba bien situado para ver lo que resultaria de allí. La *alcoba* se convirtió muy oportunamente en escondrijo.

Montparnasse era temible yendo de *caza* á aquella hora y en aquel sitio. El corazon de pilluelo de Gavroche sentia compasion por aquel pobre anciano. Pero nada podia hacer para impedirlo; una debilidad podia socorrer á otra? Esto hubiera dado motivo para que Montparnasse se burlase de él. Gavroche conocia que para el temible bandido de diez y ocho años, el viejo primero y el niño despues eran dos buenos bocados.

Mientras Gavroche pensaba esto, tuvo efecto el ataque brusco y repugnante; el ataque del tigre contra el asno, de la araña contra la mosca. Montparnasse tiró al suelo la rosa de pronto, saltó sobre el viejo, lo agarró del cuello, lo acogotó y se encabritó sobre él. Gavroche apenas pudo contener un grito. Poco despues uno de los dos hombres estaba debajo del otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de hierro sobre el pecho. Solo que no sucedió lo que Gavroche esperaba. El hombre tendido en tierra era Montparnasse y el que lo sujetaba era el anciano. Esta escena se verificó á pocos pasos del pilluelo.

El viejo recibió el choque, pero lo devolvió tan terriblemente, que en un abrir y cerrar de ojos el agresor y la víctima trocaron los papeles.

—Vaya un viejo fuerte! pensó para sí Gavroche.

No pudo menos de palmotear; su aplauso fué perdido, porque no llegó hasta los combatientes, que ensimismados y aturdidos mezclaban sus alientos en la lucha.

Al poco rato todo quedó en silencio. Montparnasse dejó de forcejear y Gavroche se dijo:—Estará muerto!

El viejo no habia pronunciado una palabra ni lanzado un grito. Enderezóse y Gavroche oyó que le decia á Montparnasse:

—Levántate.

Montparnasse se levantó, sin que el viejo lo soltase, ofreciendo la actitud humillada y furiosa de un lobo robado por un cordero.

El pilluelo miraba y escuchaba, esforzándose para duplicar la vista y los oidos. Se divertia extraordinariamente. Quedó recompensada su ansiedad de espectador al coger al vuelo el siguiente diálogo, al que imprimia la oscuridad cierto carácter trágico. El viejo preguntaba y Montparnasse respondia:

—Qué edad tienes?

—Diez y nueve años.

—Eres jóven y fuerte; ¿por qué no trabajas?

—Porque me fastidia trabajar.

—Qué eres?

—No me ocupo en nada.

—Puedo hacer algo por tí? ¿Qué quieres ser?

—Ladron.

Hubo un instante de silencio. El viejo estaba pensativo é inmóvil, pero no soltaba á Montparnasse.

De vez en cuando el jóven bandido, vigoroso y ágil, sentia el extremecimiento de la fiera cogida en la trampa. Daba una sacudida, probaba á hacer la zancadilla, retorcia sus miembros y trataba de escaparse. El viejo aparentaba no notarlo y le tenia cogidos los dos brazos con una sola mano, con la indiferencia soberana de una fuerza absoluta.

La meditacion del anciano duró un rato; mirando fijamente al bandido, levantó suavemente la voz, dirigiéndole en la oscuridad una especie de alocucion solemne, de la que Gavroche no perdió ni una sílaba.

—Hijo mio, entras por pereza en la más laboriosa de las existencias. Si quieres ser holgazan prepárate para trabajar. ¿Conoces la terrible máquina que se llama el laminador? Pues es feroz; ten cuidado con ella, porque si te coge el faldon de la levita se te lleva todo el cuerpo. Pues esta máquina es la ociosidad. Detente, aun es tiempo; aun puedes salvarte. Si no lo haces, dentro de poco te encontrarás entre las ruedas, y cuando te cojan te pierdes para siempre. Ya no descansarás, porque se habrá apoderado de tí la mano de hierro del trabajo implacable. ¿Te fastidia ganarte la vida, tener un oficio, cumplir un deber? ¿No quieres ser como los demás? Pues bien; serás de otra manera. El trabajo es la ley comun; el que lo rechaza, lo toma como á un suplicio. No quieres ser obrero, pues serás esclavo. El trabajo solo nos deja por un lado para cogernos por otro; no quieres ser su amigo, serás su



METIÓ LA MANO EN EL BOLSILLO DE LA LEVITA Y COGIÓ LA BOLSA.

negro; no quieres sentir el honrado cansancio de los hombres, pues sentirás el sudor de los sentenciados. Donde los demás cantan, tú gruñirás. Verás desde lejos cómo trabajan los hombres y te parecerá que descansan. El labrador, el segador, el marinero y el herrero, te parecerán bienaventurados de un paraiso; verás irradiar el yunque, guiar una carreta, atar las mieses, el barco bogando en libertad; mientras tú, perezoso, ¡cava, arrastra, rueda, anda! ¡Tira de tu cabestro, bestia de carga del tiro del infierno!... ¿No hacer nada es tu único objeto?... Pues bien; no pasarás una semana, un dia, ni una hora sin sufrir una humillacion. Lo que hagas lo verificarás con angustia; tus músculos crujirán todos los minutos; lo que para los demás es pluma blanda, será roca para tí. Ir, venir y respirar serán para tí trabajos terribles: el pulmon te causará el mismo efecto que si pesase cien libras. Ir aquí ó allá te será un problema difícil de resolver. El que quiere salir de su casa no tiene que hacer más que empujar la puerta y ya está fuera. Tú, si quieres salir, tendrás que taladrar una pared. Para salir á la calle, basta á cualquiera bajar la escalera; pero tú tendrás que romper las sábanas, hacer tiras de cuerda, pasarlas por la ventana, suspenderte colgando de este hilo sobre el abismo, de noche, cuando ruja la tempestad, cuando llueva, cuando sople el huracan, y si la cuerda es corta, tienes que bajar tirándote. Tirándote á ciegas en el precipicio, desde cualquier altura, abajo, á lo desconocido; ó subirte por el cañon de una chimenea con peligro de quemarte, ó deslizarte por el conducto de una letrina con el riesgo de morir ahogado. Si te descubren, qué sucederá de tí? Te encerrarán en el calabozo y te separarán del mundo por más años. No hacer nada es tomar lúgubre partido. Vivir en el ócio y de la sustancia social es ser inútil, es decir, perjudicial. El ócio conduce directamente al fondo de la miseria. El infeliz que quiere ser parásito será sabandija. ¡No te gusta trabajar! Solo quieres beber, comer y dormir bien; pues beberás agua, comerás pan negro y dormirás sobre una tabla atado á una cadena, cuyo frio helará tus carnes por la noche. Puedes romper la cadena y huir, pero entonces te arrastrarás por las malezas escondiéndote, y comerás yerbas como los animales silvestres. Volverán á prenderte, y entonces verás pasar los años en un patio profundo, cercado de murallas; buscarás á tientas el jarro para beber, morderás pan negro y repugnante y comerás habas que los gusanos habrán roido antes que tú. Serás una corredera en una cueva. Ten piedad de tí mismo, jóven miserable, y sigue mis consejos. Deseas gastar paño fino, zapatos lustrosos, pelo rizado, ser elegante y agradar á las mujeres; y te cortarán el pelo al rape y te harán vestir la chaqueta roja y calzar zuecos. Deseas cubrirte las manos de sortijas, y te pondrán una argolla en el cuello; y si miras á una mujer, te darán un palo. Entrarás en la cárcel á los veinte años y saldrás de ella á los cincuenta. Entrarás jóven y sonrosado, con ojos brillantes, dientes blancos y pelo negro, y saldrás encorvado, con arrugas, sin dientes y con el pelo blanco. ¡Infeliz criatura, vives en un error funesto! La holgazanería te aconseja mal, porque el trabajo más pesado es el robo. Créeme y no te dediques á la penosa profesion de perezoso. No es cómodo ser ratero; es más cómodo ser hombre honrado. Vete y medita todo lo que acabo de decirte. Querias robarme la bolsa; toma: aquí la tienes.

El anciano, soltando á Montparnasse, le puso en la mano su bolsillo, que el bandido retuvo un instante en la suya, pesándolo; despues, con precaucion maquinal, como si le hubiese robado, lo dejó caer con suavidad en la faltriquera de atrás de la levita.

El viejo le volvió las espaldas y continuó su paseo, sin acelerar siquiera su paso habitual ni volver la cabeza hácia atrás para ver si el bandido le seguia.

—Zopenco! murmuró Montparnasse.

El lector habrá indudablemente conocido al anciano.

Estupefacto el bandido y sin acertar á moverse, se quedó contemplando cómo se alejaba el viejo hasta perderlo de vista, pero le fué fatal esta contemplacion. Mientras el anciano se alejaba de él, Gavroche se le aproximaba.

Gavroche, mirando de reojo, se aseguró de que el señor Babeuf seguia sentado en el banco, quizás dormido, y salió de la maleza arrastrándose por detrás de Montparnasse, que permanecia inmóvil. Se llegó hasta él sin ser visto ni oido, metió suavemente la mano en la faltriquera de detrás de la levita del jóven bandido, sacó de ella el bolsillo, y volviéndose á su sitio, tambien arrastrándose, hizo en la oscuridad una evolucion de culebra.

Montparnasse, que nada de esto podia

recelar, y que reflexionaba acaso por vez primera en su vida, no lo notó. Gavroche, en cuanto llegó donde estaba el señor Babeuf, tiró el bolsillo por encima del seto y huyó á todo correr.

La bolsa cayó á los piés del señor Babeuf; el ruido que hizo al caer le despertó; se inclinó, la cogió y la abrió, sin comprender qué era aquello. Era un bolsillo con dos divisiones; uno de ellos contenia calderilla y el otro seis napoleones.

Asombrado el señor Babeuf, entregó la bolsa á su ama de gobierno.

—Esto ha caido del cielo! exclamó la tia Plutarco.

# LIBRO QUINTO

## Cuyo fin no se parece al principio.

### I.

#### La soledad y el cuartel combinados.

La tristeza de Cosette, punzante y viva aun cuatro ó cinco meses antes, sin notarlo ella habia llegado al estado de convalecencia. La naturaleza, la primavera, el cariño que profesaba á su padre y la alegría que dan los pájaros y las flores, infiltraban poco á poco, dia por dia, gota á gota, en su alma jóven y vírgen algo semejante al olvido.

¿Se apagaba completamente el fuego en su corazon, ó solo se iban formando en él capas de ceniza? No nos atrevemos á decirlo; el hecho era que ya no le sentia abrasador ni doliente.

Un dia que se acordó de Mario, exclamó con extrañeza:

—Calla!... pues ya no pienso en él!...

Aquella misma semana, al pasar por delante de la verja del jardin, se fijó en un apuesto oficial de lanceros, de brillante uniforme, de bigote retorcido, de linda é insolente fisonomía, que era la antítesis de la de Mario. Llevaba un cigarro en la boca. Cosette creyó que este oficial era del regimiento acuartelado en la calle de Babilonia.

Al dia siguiente le volvió á ver pasar y se fijó en la hora. Desde entonces lo vió pasar todos los dias.

Los compañeros del oficial notaron que habia en aquel jardin inculto y detrás de la verja churrigueresca una hermosa niña, que estaba allí siempre que pasaba el bizarro teniente, que no es desconocido para el lector: se llamaba Teodulo Gillenormand, y le decian:

—En ese jardin hay una jóven que se fija en tí; obsérvalo.

—¿Acaso tengo yo tiempo para entretenerme con todas las muchachas que me hacen guiños? respondia preguntando el lancero.

Esto sucedia precisamente en el momento en que Mario llegaba á la agonía de la miseria y exclamaba:

—Si pudiese verla antes de morir!...

Si hubiese podido realizar este deseo, se hubiera encontrado á Cosette correspondiendo á las miradas de un lancero y hubiera muerto de dolor.

Quién seria el culpable? Nadie.

El temperamento de Mario era de esos que se sumergen en la tristeza y mueren en ella. Cosette, por el contrario, se sumergia, pero luego sobrenadaba.

Cosette, además, atravesaba el instante peligroso de la fase fatal del ensueño femenil, en que el corazon de una jóven aislada se asemeja á los sarmientos de la vid, que por casualidad se enganchan al chapitel de una columna de mármol ó al poste de una taberna. Momento rápido, decisivo y crítico para toda huérfana, pobre ó rica, pues la riqueza no basta á impedir una mala eleccion; se verifican alianzas muy desiguales, porque la verdadera desigualdad del casamiento es la de las almas, y así como un jóven desconocido, sin nombre, sin familia y sin fortuna, puede ser un capitel de mármol que sostenga un templo de grandes sentimientos y de grandes ideas, así tambien un hombre de mundo, satisfecho y opulento, mirándole, no por el exterior, sino por el interior, como debe mirarlo la mujer, puede ser una viga estúpida conmovida por pasiones violentas é inmundas; esto es, puede ser el poste de una taberna.

Qué habia en el alma de Cosette? Una pasion calmada ó adormecida: amor en el estado flotante; algo que era límpido y brillante, turbio á cierta profundidad y oscuro más abajo.

La imágen del bizarro oficial se reflejaba en la superficie. ¿Quedaba el recuerdo en el fondo?

En el fondo tal vez, pero Cosette no lo sabia.

Entonces ocurrió un incidente singular.

## II.

### Miedo de Cosette.

En la primera quincena de Abril Juan Valjean hizo un viaje; esto le sucedia á veces á largos intervalos, y estaba ausente uno ó dos dias.

Dónde iba? Nadie lo sabia, ni Cosette.

Solo una vez, en uno de sus viajes, ésta le acompañó en coche hasta la esquina de un callejon sin salida, que tenia este letrero: *Callejon de la Planchette.* Allí se despidió Juan Valjean y Cosette se volvió en el coche á la calle de Babilonia. El anciano hacia estos viajes cuando faltaba dinero en casa.

Estaba ausente, y al marcharse dijo á su ahijada:—"Volveré dentro de tres dias.„

Por la noche Cosette estaba sola en la sala. Para matar el fastidio abrió el piano y empezó á cantar, acompañándose ella misma, el coro de Euryanthe: *Cazadores perdidos en los bosques*, etc.; cuando concluyó de cantarlo se quedó pensativa.

De repente creyó oir pasos por el jardin.

No podian ser de su padre, porque estaba ausente, ni de la tia Santos, porque ya se habia acostado.

Eran las diez de la noche.

Se dirigió á la ventana de la sala, que estaba cerrada, y aplicó el oido.

Le pareció oir los pasos de un hombre que andaba con suavidad.

Subió precipitada al primer piso, á su cuarto, abrió un ventanillo y miró hácia el jardin. Habia luna llena y estaba claro como si fuese de dia.

No vió á nadie.

Abrió la ventana. El jardin estaba en silencio y lo que se veia de la calle desierto como siempre.

Cosette pensó que se habria engañado al creer oir un ruido y que era el alucinamiento que la produjo el sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre ante el espíritu abismos insondables, que aparecen trémulos á la vista como un bosque vertiginoso, en el que se oye el ruido de las ramas muertas bajo las plantas inquietas de los cazadores casi envueltos en el crepúsculo.

Creyó engañarse y no pensó más en esto.

Además, Cosette no era asustadiza: corria por sus venas sangre de las gitanas y aventureras que van con los piés descalzos. Recuérdese que era alondra y no paloma, y que tenia un fondo de valor y de energía.

Al dia siguiente, más temprano, á la caida de la tarde, se paseaba por el jardin, y estando embebida en sus pensamientos, creyó oir con claridad un ruido semejante al del dia anterior, como si alguno andase en la oscuridad por entre los árboles y no lejos de ella; pero tampoco hizo caso, diciéndose que nada se parece tanto á los pasos sobre la yerba como el roce de dos ramas que se separan; además, no veia á nadie.

Salió de la maleza y tenia que atravesar un espacio alfombrado de yerba menuda para llegar á la escalinata del pabellon. La luna, que acababa de salir á sus espaldas, proyectó su sombra delante de ella, sobre dicho alfombrado, cuando salió de la maleza.

Cosette se paró atemorizada.

Al lado de su sombra, la luna proyectaba con claridad sobre el césped otra sombra singularmente espantosa y terrible; una sombra que llevaba sombrero redondo; parecia ser la de un hombre que estuviese de pié en la orilla del césped, á pocos pasos, detrás de la jóven.

Cosette permaneció un instante sin poder hablar, gritar, ni moverse, ni volver la cabeza: al fin, reuniendo todo su valor, la volvió resueltamente.

Pero no vió á nadie.

Miró al suelo; la sombra habia desaparecido.

Penetró otra vez en la maleza, registró con audacia todos los rincones, llegó hasta la verja y á nadie encontró.

Quedóse helada. ¿Habia sido aquello otra alucinacion? Dos dias seguidos? Lo que sobre todo la inquietaba en la sombra es que no era un fantasma, porque los fantasmas no llevan sombrero redondo.

Al dia siguiente regresó Juan Valjean.

Cosette le refirió lo que habia creido ver y oir, esperando que su padre le tranquilizaria, y que encogiéndose de hombros la dijera:—Eres una loquilla!

Pero Juan Valjean se alarmó.

—Quizás no sea nada, la dijo.

La dejó con cualquier pretexto y se fué al jardin.

Cosette observó que examinaba la verja detenidamente.

Por la noche la jóven se despertó: esta vez estaba segura de oir pasos cerca de la escalinata, bajo su ventana, y la abrió. En efecto, en el jardin vió á un hombre

que llevaba un garrote en la mano. Iba ya á gritar, cuando la luna iluminó el rostro del hombre. Era su padre.

Volvió á acostarse, exclamando:

—Está inquieto como yo.

Juan Valjean pasó aquella noche y las dos siguientes en el jardin y Cosette le estuvo observando desde el ventanillo.

La tercera noche estaba la luna en menguante y salia más tarde; hácia la una, Cosette oyó una carcajada y la voz de su padre que la llamaba:

—Cosette!

La jóven se levantó de la cama, se puso una bata y abrió la ventana.

Su padre estaba en el césped del jardin.

—Te despierto para tranquilizarte, la dijo. Mira, aquí está la sombra del sombrero redondo.

Y le enseñó sobre el césped una sombra que proyectaba la luna y que, en efecto, parecia el espectro de un hombre con sombrero redondo; era la silueta que producia un tubo de chimenea de hierro con chapitel, que subia por encima de un tejado próximo.

Cosette se echó á reir como su padre y se desvanecieron sus lúgubres suposiciones. Por la mañana, cuando estaba almorzando con Juan Valjean, se chanceó sobre el siniestro del jardin, al que visitaban las sombras de los tubos de chimenea.

Juan Valjean se tranquilizó completamente y Cosette se entretuvo en examinar si el cañon de la chimenea llevaba la misma direccion que la sombra que habia visto, ó que creyó ver, y si la luna se encontraba en el mismo punto del cielo. No notó la singularidad de que un cañon de chimenea tema ser sorprendido en flagrante delito y se retire cuando miran su sombra. Esta sombra desapareció cuando Cosette fué á contemplarla, y ella creia estar segura de ello. La jóven se quedó tranquila. La demostracion le pareció evidente y creyó que fué aquello un efecto de su imaginacion, lo mismo que los pasos que oyó de alguno que andaba por el jardin.

Algunos dias despues ocurrió otro incidente.

## III.

### Enriquecido con comentarios de la tia Santos.

En el jardin, cerca de la verja que daba á la calle, habia un banco de piedra, defendido por un enrejado de cañas de las miradas de los curiosos, pero hasta el que podia llegar el brazo de un transeunte al través de la verja y del encañizado.

Una tarde del mismo mes de Abril, que habia salido de casa Juan Valjean, Cosette, despues de ponerse el sol, se habia sentado en el referido banco. El viento penetraba por entre los árboles: Cosette meditaba; invencible tristeza sin objeto iba apoderándose de ella poco á poco; esa tristeza que produce la caida de la tarde y que proviene tal vez del misterio de la tumba, entreabierta á esa hora.

Fantina quizás estaba en aquella sombra.

Cosette se levantó, dió con lentitud una vuelta por el jardin, andando sobre la yerba inundada de rocío y diciéndose al través del sonambulismo melancólico en que se sumia:

—Debia usar zapatos gruesos para andar por el jardin á esta hora; es fácil constiparse.

Despues volvió al banco.

En el momento de volver á sentarse, observó en el sitio que habia ocupado una gran piedra que no estaba antes. Cosette la contempló, preguntándose qué era lo que aquello significaba. De repente le ocurrió la idea de que la piedra no se habia puesto sola en el banco y, por lo tanto, de que debia haber pasado algun brazo al través de la verja: esta idea le causó miedo, miedo verdadero esta vez, porque la piedra estaba allí y no era posible dudarlo; no la tocó, huyó sin atreverse á volver la cabeza, se refugió en la casa, cerró en seguida con maderas, con barras y con cerrojos la puerta vidriera de la escalinata, y preguntó á la tia Santos:

—Ha vuelto mi padre?

—Todavía no, señorita.

Como Juan Valjean era paseante nocturno, se retiraba ya muy entrada la noche.

—¿Tendreis cuidado de cerrar por la noche con barras las ventanas que dan al jardin y de poner los candados en los anillos? preguntó á la vieja.

—Podeis estar tranquila, señorita.

La tia Santos así lo hacia todas las noches y Cosette lo sabia.

Despues añadió:

—Está tan desierto este sitio!...

—Es cierto, la contestó la tia Santos. Nos podrian asesinar sin darnos tiempo para gritar: Ay! por no querer dormir el señor en la casa. Pero no tengais miedo,

señorita; cierro las ventanas y esto queda como una fortaleza. ¡Como estamos aquí mujeres solas!... Esto hace temblar! Figuraos que entren unos cuantos hombres en vuestro cuarto y os digan:—¡Cállate! y empiezan por cortaros la cabeza. La muerte no es lo más terrible, porque al fin y al cabo todos nos hemos de morir, pero es horrible tener que sufrir que nos toquen esos canallas. Además, ¡deben cortar mal sus puñales!...

—Oh, Dios mio! Callaos, dijo Cosette interrumpiendo á la vieja. Cerradlo todo bien.

Atemorizada por el melodrama que acababa de improvisar la tia Santos, y tambien quizás por el recuerdo de las otras apariciones, no se atrevió á decirla:—"Id á ver la piedra que han puesto sobre el banco„, por miedo de volver á abrir la puerta del jardin y que entrasen *unos cuantos hombres.*

Hizo cerrar todas las puertas y ventanas y que la tia Santos registrase toda la casa, desde la cueva hasta el granero; se encerró en su cuarto, pasó los cerrojos, miró bajo los muebles y bajo la cama, se acostó y durmió mal. Toda la noche estuvo viendo aquella piedra, tan grande como una montaña y llena de cavernas.

Cuando salió el sol, y el sol cuando sale tiene la propiedad de hacernos reir de nuestros errores nocturnos, y la risa es siempre proporcionada al miedo que se ha tenido; al salir el sol, repetimos, se despertó Cosette, pensó con espanto en lo que habia soñado y exclamó:—"Vaya un sueño que tuve! ¡Lo mismo es este sueño que los pasos que creia haber oido en el jardin dias pasados!... ¿Es que me he vuelto cobarde?„ El sol que entraba por las junturas de las ventanas y coloreaba de púrpura las cortinas de damasco, la tranquilizó de tal modo, que se borraron de su imaginacion las sombrías impresiones.

—No habia ninguna piedra en el banco, como no habia ningun hombre con sombrero redondo en el jardin; he soñado la piedra como lo demás, se dijo Cosette á sí misma.

Se vistió, bajó al jardin, corrió hácia el banco y se quedó helada al ver que la piedra estaba allí.

Pero esta emocion fué momentánea en ella: el miedo de noche es curiosidad de dia.

—Bah! dijo: veamos esto qué es.

Levantó la piedra, que pesaba bastante. Debajo habia un papel en forma de carta. Era un sobre en blanco: Cosette lo tomó y vió que no tenia sobreescrito por un lado ni obleas por el otro. Estaba abierto, pero no vacío. Encerraba papeles.

Cosette ya no tenia miedo ni curiosidad, sino un principio de impaciencia. Sacó del sobre el contenido, que era un cuadernillo de papel con hojas numeradas, en cada una de las que habia escritas algunas líneas, que le parecieron á Cosette de letra bonita y elegante.

La jóven buscó un nombre y no lo encontró; buscó una firma y tampoco la habia. A quién iba dirigido? Probablemente á ella, ya que habian depositado aquel paquete en su banco. ¿De dónde vendria?

Irresistible fascinacion se apoderó de Cosette. Intentó separar la vista del cuadernillo de papel, que temblaba en su mano; miró al cielo, á la calle, á las acacias alumbradas por el sol, á las palomas que volaban sobre un tejado próximo, y despues volvió á caer su vista con rapidez sobre el manuscrito, diciéndose á sí misma que debia leerlo.

Hé aquí lo que leyó:

## IV.

### Un corazon bajo una piedra.

La reduccion del universo á un solo sér, la dilatacion de un solo sér hasta Dios: esto es el amor.

---

El amor es el saludo de los ángeles á los astros.

---

Triste está el alma cuando está triste por el amor: causa vacío inmenso la ausencia del sér que llena el mundo. Es indudable que el sér amado se convierte en Dios. Se comprenderia que Dios tuviese celos si el Padre de todo no hubiera formado evidentemente la creacion para el alma y el alma para el amor.

---

Basta vislumbrar una sonrisa bajo un sombrero de crespon blanco con adornos de color de lila, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

---

Ciertos pensamientos son oraciones. En algunos momentos, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

---

Los amantes que están separados engañan la ausencia con actos quiméricos,

que tienen, eso no obstante, su realidad. Se les impide que se vean, que se escriban, pero encuentran multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envian el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creacion. Y por qué no? Dios hizo todas sus obras para servir al amor. El amor es bastante poderoso para emplear en sus mensajes á la naturaleza. ¡Oh primavera, tú eres la carta que yo le escribo!

---

El porvenir pertenece más al corazon que á la inteligencia. El amor es lo único que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito necesita lo inagotable.

---

El amor es una parte del alma; es de su misma naturaleza: como ella es una chispa divina, como ella es incorruptible, invisible é imperecedero. Es una partícula de fuego que existe dentro de nosotros, inmortal é infinita, que nada puede limitar ni amortiguar. La sentimos arder hasta en la médula de los huesos y la vemos brillar hasta en el fondo del cielo.

---

El amor y la adoracion constituyen el deleite de dos almas que se comprenden, de dos corazones que se cambian, de dos miradas que se compenetran. ¡Volvereis á mí, felicidades, paseos de dos solos en la soledad, dias benditos y resplandecientes!...

Alguna vez he soñado que de tiempo en tiempo se desprendian algunas horas de la vida de los ángeles y venian á la tierra á penetrar en el destino de los hombres.

---

Dios solo puede añadir á la felicidad de los que se aman la duracion sin fin. La eternidad del amor, despues de la vida del amor, es un aumento verdaderamente; pero acrecentar en su intensidad la felicidad inefable que el amor proporciona al alma en el mundo, hasta á Dios le es imposible. Dios es la plenitud en el cielo; el amor es la plenitud del hombre.

---

Contemplais una estrella por dos motivos: porque es luminosa y porque es impenetrable; pues á vuestro lado teneis una irradiacion más suave y un misterio mayor: la mujer.

---

Todos, sin excepcion, tenemos séres respirables. Si nos faltan, nos falta el aire y nos ahogamos. Morir por falta de amor es horrible. ¡Es la asfixia del alma!

---

Cuando el amor mezcla y funde dos séres, formando de ellos una unidad angélica y sagrada, estos séres encuentran el secreto de la vida; son los dos términos de un mismo destino, son las dos alas del mismo espíritu. Amad! Elevaos!

---

El dia que una mujer, al pasar por delante de tí, desprende luz al andar, estás perdido: la amas. Ya no puedes hacer más que una cosa: pensar tan fijamente en ella, que se vea obligada á pensar en tí.

---

Lo que el amor principia solo puede acabarlo Dios.

---

El amor verdadero se desespera ó se encanta por un guante perdido ó por un pañuelo encontrado, pero necesita la eternidad para su rendimiento y sus esperanzas: se compone á la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

---

Si sois piedra, sed imán; si sois planta, sed sensitiva; si sois hombre, sed amor.

---

Nada basta al amor. Si se logra la felicidad, se desea el paraiso; si se logra el paraiso, se desea el cielo.

---

Vá ella todavía al Luxemburgo?—No señor.—Oye misa en esta iglesia?—No viene ya.—Vive todavía en esta casa?—Se ha mudado.—Adónde ha ido á vivir?—No lo ha dicho.

Causa la desesperacion no saber dónde vive la mujer adorada.

---

El amor tiene cosas pueriles; las demás pasiones tienen pequeñeces. Avergüenzan las pasiones que empequeñecen al hombre y honran las que le convierten en niño.

---

Me sucede una cosa extraña. ¿Sabeis cuál? Estoy viviendo en profunda oscuridad: existe un sér que al separarse de mí se ha llevado consigo el cielo.

---

Los que padeceis porque amais, amad más todavía. Morir de amor es vivir.

---

Amad. Transfiguracion sombría y estrellada acompaña á este suplicio; hay éxtasis en esta agonía.

---

Envidiable es la alegría de las aves: cantan porque tienen nido.

---

El amor es la respiracion celestial del aire del paraiso.

---

Corazones profundos, espíritus ilustrados, tomad la vida como Dios la hizo: la vida es una larga prueba, es la preparacion ininteligible para un destino ignorado. Este destino, que es el verdadero, empieza para el hombre en el primer escalon del interior de la tumba. Entonces se le aparece algo y principia á distinguir lo definitivo.

---

Lo definitivo! Meditad en esta palabra. Los vivos ven lo infinito, pero lo definitivo solo lo ven los muertos. Entre tanto amad y padeced, esperad y contemplad. ¡Desgraciado el que solo ame cuerpos, formas, apariencias! La muerte se lo arrebatará todo. Amad á las almas y las volvereis á encontrar.

---

Tropecé en la calle con un jóven pobre, que amaba. Iba con sombrero viejo, con levita raida y rota por los codos; el agua penetraba en sus zapatos y los astros en su alma.

---

Vale mucho ser amado, pero aun vale más amar. La fuerza de la pasion hace el corazon heróico, inspirándose siempre en lo más puro y apoyándose en lo más grande y elevado: en él no puede germinar un pensamiento indigno, como no puede germinar una ortiga en un ventisquero.

---

El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones vulgares, dominando las nubes y las sombras del mundo, las locuras, las mentiras, los ódios, las vanidades y las miserias, habita en el azul del cielo, y solo siente las conmociones profundas y subterráneas del destino como las cimas de las montañas sienten los temblores de tierra.

---

Si no hubiera quien amase se apagaria el sol.

## V.

**Cosette despues de leer lo anterior.**

Durante la lectura, la jóven iba cada vez entregándose más á sus reflexiones. Cuando levantó la vista, despues de leer la última línea del cuadernillo, el bizarro oficial pasó con aire de triunfo por delante de la verja. Cosette le encontró horrible.

Se quedó contemplando, estática, el cuadernillo de papel, que le pareció escrito con hermosa letra, por la misma mano, pero con diferentes tintas, ya negras, ya blanquecinas, lo que indicaba que estaba escrito en varios dias.

Formulaba un pensamiento derramado en el papel, suspiro á suspiro, con irregularidad, sin órden, sin eleccion, sin objeto, á la casualidad.

Cosette no habia leido nunca nada parecido. El manuscrito, que en medio de su oscuridad tenia para ella alguna luz, le causaba el mismo efecto que un santuario abierto. Veia resplandecer ante sus ojos cada una de sus misteriosas líneas, que le inundaban el corazon de claridad extraña.

La educacion que la jóven habia recibido le hablaba siempre del alma y nunca del amor, que era como haberle hablado de la brasa sin ocuparse de la llama. Aquel manuscrito de quince páginas le revelaba suave y repentinamente el amor, el destino, la vida, la eternidad, el principio y el fin: fué para ella como una mano que se hubiese abierto de súbito y le hubiese arrojado de pronto un puñado de rayos.

Le descubrian aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente y generosa; una voluntad sagrada, un inmenso dolor y una esperanza inmensa; un corazon oprimido y un éxtasis manifestado. Qué venia á ser el manuscrito? Una carta. Una carta sin direccion, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y desinteresada; un enigma compuesto de verdades; un mensaje de amor, escrito para que lo recogiera un ángel y para que lo leyese una vírgen; una cita dada fuera de la tierra; un billete amoroso, dirigido por un fantasma á una sombra.

Descubria el referido manuscrito un alma ausente, tranquila y oprimida, que parecia dispuesta á refugiarse en la tumba, y que enviaba á otra alma ausente el secreto de su destino, la clave de la vida; el amor. Aquellas líneas se habian escri-

to con los piés en la fosa y el dedo en el cielo; aquellas líneas, cayendo una á una sobre el papel, podrian llamarse gotas del alma.

¿Quién podia haber escrito aquellas páginas?

Solo un hombre; Cosette no lo dudó ni un minuto.

Las habia escrito *él*.

La jóven sentia que volvia á iluminarse su alma y que para ella habia vuelto á aparecer todo lo perdido, y experimentaba alegría indecible y profunda angustia.

*Él* era el que la escribia! ¡*Él* estaba allí! ¡*Él* habia pasado el brazo por entre los hierros de la verja! Mientras ella le olvidaba, él la buscó y la encontró.

Pero, ¿realmente Cosette habia olvidado á Mario?

No! Nunca! ¡Fué locura creerlo un solo instante! le quiso y le amó siempre. El fuego estuvo cubierto y oculto durante algun tiempo, pero ella lo veia; no hizo más que ahondar un poco y volvió á brillar otra vez y á abrasarla. El cuadernillo de papel fué una chispa del alma de Mario, caida en la suya, que reanimó el fuego.

Cosette, repasando los pensamientos del manuscrito, exclamaba:

—Sí, sí... reconozco lo que dice, todo esto lo he leido antes en sus ojos.

Cuando terminaba de leerlo por tercera vez, el teniente Teodulo volvió á pasar por delante de la verja haciendo sonar las espuelas, cuyo ruido hizo levantar los ojos á Cosette, que lo encontró necio, soso, impertinente y desagradable. El oficial la dirigió una sonrisa, pero Cosette le volvió las espaldas, indignada y con vergüenza. De buena gana le hubiera tirado algo á la cabeza. Se marchó del jardin, entró en la casa y se encerró en su cuarto, para volver á leer el manuscrito hasta aprenderle de memoria. Despues lo besó y se lo escondió dentro del corsé.

Cosette habia caido en el profundo amor seráfico: acababa de abrirse para ella el abismo-Eden.

Pasó todo el dia sumida en una especie de aturdimiento. Apenas pensaba: sus ideas estaban en el estado de ovillo enredado en su cerebro: no podia reflexionar, y al través de extremecimientos esperaba algo vago. No se atrevia á prometerse nada, y nada queria rehusarse; sentia palideces en la fisonomía y escalofríos por el cuerpo; le parecia algunos momentos que lo que la pasaba era quimérico, y se preguntaba:—"¿Esto es real?„ Tentaba el manuscrito, lo oprimia contra su corazon: sentia sus dobleces en el pecho, y si Juan Valjean la hubiera visto entonces, le hubiera extremecido la alegría luminosa y desconocida que irradiaba de sus ojos.—"Oh! sí, exclamaba. Es él! Es él el autor del manuscrito!...„ Y atribuia el recibirlo á la intervencion de los ángeles, á una casualidad celestial.

Lo que Cosette creia casualidad celestial é intervencion de los ángeles fué la bola de pan, lanzada por un ladron á otro ladron desde el patio de Carlo-Magno á la Cueva de los Leones, por encima de los tejados de la cárcel de la Fuerza.

## VI.

**Los viejos saben marcharse oportunamente.**

Al anochecer salió de casa Juan Valjean y Cosette se vistió. Se peinó del modo que le sentaba mejor y se puso el vestido que más le gustaba. ¿Iba á salir? No. Esperaba alguna visita? Tampoco.

Vestida bajó al jardin. La tia Santos estaba ocupada en la cocina, que daba al patio de detrás.

Cosette empezó á pasear bajo los árboles, separando de vez en cuando las ramas bajas que encontraba al paso, hasta que llegó al banco.

Estaba allí la piedra todavía.

Se sentó y posó sobre la piedra su blanca mano, como si quisiera acariciarla para manifestarla su agradecimiento.

De repente sintió la impresion indefinible que se experimenta cuando tenemos alguno en pié detrás de nosotros antes de verle. Volvió la cabeza y se levantó del banco. Era él.

Estaba con la cabeza descubierta, flaco y pálido, vestido de negro. El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente y cubria de sombra sus ojos. Ofrecia el aspecto de la muerte y de la noche bajo un velo de incomparable dulzura. Iluminaban su fisonomía la claridad del dia que muere y el pensamiento de un alma que se vá. Parecia que aun no era fantasma, pero que ya no era hombre.

Su sombrero estaba en tierra, sobre la yerba, á pocos pasos de él.

Cosette se sintió próxima á desfallecer, pero no lanzó ni un grito.

Retrocedió lentamente, porque se sintó atraida. El no se movió. Cosette sentia que la traspasaba la mirada de los

ojos del jóven, que ella no podia ver al través del velo inefable y triste que la cubria.

Cosette, al retroceder, encontró un árbol y se apoyó; sin este apoyo hubiera caido al suelo.

Entonces oyó una voz, una voz que realmente no habia oido nunca, que apenas sobresalia del murmullo de las hojas y que murmuraba lo siguiente:

—Perdonadme si estoy aquí. El corazon me rebosa, no podia vivir en este estado, y he venido. ¿Leísteis los pensamientos que os dejé sobre ese banco? ¿Me conoceis? No me temais. ¿Os acordais del dia, ya lejano, en que me mirásteis? Fué en el Luxemburgo, cerca del Gladiador. ¿Os acordais de los dias que pasásteis cerca de mí? Fueron el 16 de Junio y el 2 de Julio. Hace cerca de un año. Hace muchísimo tiempo que no os veo. Pregunté á la alquiladora de sillas y me contestó que ya no os veia. Vivíais en la calle del Oeste, en un tercer piso de una casa nueva; lo averigüé siguiéndoos. Hice lo que debí. Despues habeis desaparecido. Creí veros pasar una vez, estando leyendo un periódico bajo los arcos del Odeon, y corrí á vuestro encuentro, pero no érais vos, era una jóven que llevaba un sombrero como el vuestro. Vengo aquí por la noche. Pero no temais, que nadie me vé; vengo á mirar de cerca vuestras ventanas. Ando con suavidad para que no me oigais, para no causaros miedo. La otra noche estaba detrás de vos, volvísteis la cabeza y huí. Una noche que os oí cantar fuí feliz. No os molestará que os oiga cantar al través de las persianas, no es verdad? ¡Sois mi ángel! Dejadme venir. Creo que moriré pronto. Os adoro! Perdonadme: os hablo y no sé lo que me digo; os incomodo tal vez. Os incomodo?

—Oh, madre mia! exclamó Cosette, cayendo como desfallecida.

El la cogió, porque iba á caer; la estrechó en sus brazos, sin conciencia de lo que hacia, y la sostuvo. La jóven temblaba. Mario creia tener la cabeza llena de humo y ver pasar relámpagos ante sus ojos, pareciéndole que realizaba un acto religioso y que al mismo tiempo cometia una profanacion; pero no le inspiraba el menor deseo aquella mujer seductora, cuyas formas palpitaban sobre su pecho.

Estaba admirado de amor.

La tomó una mano y se la puso sobre el corazon; sintió el contacto del cuadernillo de papel que allí tenia guardado y balbuceó:

—Me amais, pues?

Cosette le respondió con voz baja y casi imperceptible:

—Cállate! ya lo sabes!...

Y ocultó el semblante ruboroso en el pecho del jóven, que estaba ébrio de orgullo.

Mario cayó sobre el banco y ella á su lado.

No encontraban palabras que decirse. Las estrellas empezaban á brillar. ¿Cómo fué que sus labios se encontraron? ¿Cómo es que el pájaro canta, que la nieve se funde, que la rosa se abre, que el Mayo derrama su fragancia y que el alba blanquea detrás de los árboles negros en la cumbre ondulante de las colinas?

Un beso; esto fué todo.

Los dos se extremecieron y se miraron en la oscuridad con ojos brillantes.

No sentian el frio de la noche, ni la frialdad de la piedra del banco, ni la humedad de la tierra, ni la de las hojas; se contemplaban y sentian el corazon lleno de pensamientos. Tenian las manos cogidas casi sin saberlo.

Cosette nada preguntaba á Mario, ni pensaba siquiera por dónde habia entrado, ni cómo pudo penetrar en el jardin. ¡Le parecia ya tan sencillo que estuviese allí!...

De vez en cuando la rodilla de Mario rozaba con la rodilla de Cosette y ambos se extremecian.

Por intervalos la jóven tartamudeaba alguna palabra. Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío sobre una flor.

Poco á poco se hablaron. La expansion sucedió al silencio, que indica plenitud.

La noche se cernia, expléndida y serena, sobre ellos. Aquellos dos séres, puros como dos espíritus, se lo dijeron todo; sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus desfallecimientos, lo mucho que se querian desde lejos, cuánto se habian deseado y cómo la desesperacion se apoderó de ellos cuando dejaron de verse. Confiáronse recíprocamente en intimidad ideal lo que tenian más oculto y misterioso. Se refirieron, con fé cándida en sus ilusiones, cuanto el amor y la juventud les hacia pensar. Sus corazones se derramaron uno en otro de tal modo, que, despues de una hora, cada uno era dueño del alma del otro. Se

penetraron, se encantaron, se deslumbraron.

Cuando se lo confiaron todo, la jóven reposó la cabeza sobre el hombro de su amante y le preguntó:

—Cómo os llamais?

—Mario. Y vos?

—Yo me llamo Cosette.

# LIBRO SEXTO

## El muchacho Gavroche.

### I.

#### Travesuras del viento.

Desde 1823, mientras que el bodegon de Montfermeil se hundia, desapareciendo poco á poco, no en el abismo de la bancarrota, sino en la cloaca de las deudas pequeñas, los Thenardier tuvieron otros dos hijos, que, sumándolos con los anteriores, les sumaban cinco; dos hembras y tres varones, que eran bastantes.

La Thenardier se desembarazó de los dos últimos, cuando eran pequeñuelos, con singular facilidad; hemos dicho, con razon, que se habia desembarazado, porque aquella mujer solo tenia un fragmento de naturaleza, de cuyo fenómeno existe más de un ejemplo. Como la mariscala de Lamothe-Hondancourt, la Thenardier solo era madre para sus hijas; en ellas terminaba su maternidad. El ódio que profesaba al género humano empezaba por sus hijos; por el lado de éstos estaba su maldad cortada á pico, por decirlo así, y su corazon tenia por esa parte lúgubre escarpadura. Detestaba al mayor, como ya hemos visto, y odiaba á los otros dos. Por qué? Porque sí. El motivo más temible y la respuesta más incontestable es esta:

—No necesito una manada de chiquillos, decia esta madre desnaturalizada.

Vamos á explicar cómo los Thenardier se libraron de sus dos últimos hijos y llegaron hasta sacar provecho de ellos. La Magnon, de la que más atrás nos hemos ocupado, era aquella jóven que consiguió sacar una pension al bienaventurado Gillenormand para dos hijos que tuvo. Vivia en el muelle de los Celestinos, en la esquina de la antigua calle del Almizclero, que hizo por borrar, con su buen olor, su mala fama. Cuando devastó, hace treinta años, una gran epidemia de garrotillo los barrios ribereños del Sena, en París, la ciencia se aprovechó de la calamidad pública para experimentar en gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, que con tanta utilidad se reemplazan hoy por la tintura externa de yodo. En dicha epidemia la Magnon perdió en un dia á sus dos hijos, pequeñuelos aun, uno por la mañana y el otro por la tarde. Este golpe fué cruel para ella, porque sus dos niños la representaban ochenta francos cada mes, ochenta francos que cobraba religiosamente en nombre del señor Gillenormand, y que la pagaba su administrador el señor Barge, portero retirado que vivia en la calle del Rey de Sicilia.

Muertos los niños, perdia la pension. Entonces la Magnon recurrió á un expediente. En la tenebrosa masonería del mal, de la que ella formaba parte, se guardan los secretos y mútuamente se auxilian los asociados.

La Magnon necesitaba dos hijos, la Thenardier los tenia de sobra y precisamente del mismo sexo y de la misma edad; esto era buen arreglo para la una y buena colocacion para la otra; por lo tanto, los hijos de la Thenardier pasaron á ser los hijos de la Magnon.

Esta dejó la casa del muelle de los Celestinos y se mudó á la calle Cloche-Perce, porque en Paris la identidad que liga á un individuo á sí mismo se rompe de una calle á otra.

Como el Estado civil no fué avisado, no intervino en esto, no reclamó, y la sustitucion se hizo con gran facilidad. Solo la Thenardier exigió por el préstamo de sus hijos diez francos cada mes, que la Magnon la prometió y hasta la pagó.

El señor Gillenormand continuó pasando la pension á sus dos presuntos hijos. Cada seis meses iba á verlos y no notó el cambio.

—Señor, le decia la Magnon, ¡cómo se os parecen!...

Thenardier, que tenia facilidad para adoptar toda clase de disfraces, aprovechó esta ocasion para convertirse en Jondrette. Sus dos hijas y Gavroche apenas tuvieron tiempo para notar que tenian dos hermanitos. Al llegar á cierto grado de miseria se apodera del alma una especie de indiferencia espectral, en la que se ven los séres como larvas. Las personas más allegadas aparecen como vagas formas de la sombra, que apenas sobresalen del fondo nebuloso de la vida y se confunden fácilmente en lo invisible.

La noche del dia en que la Thenardier entregó sus dos hijos á la Magnon, con voluntad expresa de renunciar á ellos para siempre, tuvo, ó aparentó tener, un escrúpulo, y dijo á su marido:

—Esto no es abandonar á esos niños!

Thenardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo de su esposa con esta sentencia:

—Juan Jacobo Rousseau hizo más!

La madre pasó entonces del escrúpulo á la inquietud.

—La policía podia perseguirnos, porque no debe ser permitido lo que acabamos de hacer.

Thenardier la respondió:

—Todo es permitido. Todo el mundo lo encontrará esto natural. Por otra parte, nadie tiene interés en ocuparse de niños tan pobres.

La Magnon era una variedad elegante del crímen. Se vestia con gran esmero. Partia su habitacion, amueblada de un modo extraño y miserable, con una inglesa afrancesada, que era astuta ladrona. Ésta se habia naturalizado en Paris, era recomendable por sus altas relaciones y estaba íntimamente ligada á las medallas de la Biblioteca y á los diamantes de la actriz Mars; fué más tarde célebre en los anales del crímen y era conocida por *la señorita Miss*.

Los dos niños que tocaron por suerte á la Magnon no tuvieron de qué quejarse; como los recomendaban los ochenta francos mensuales, los cuidaba con el esmero que se tiene por todo lo que se explota; los vestia y los alimentaba bien, y los trataba como á señoritos; estaban mejor con su falsa madre que con la verdadera.

La Magnon, para darse humos de señora, no hablaba nunca en caló delante de ellos.

Así pasaron algunos años. Thenardier estaba satisfecho del préstamo. Un dia que la Magnon le entregaba los diez francos mensuales, la dijo:

—Será preciso que "su padre„ les dé educacion.

Pero de repente los dos niños, bastante protegidos hasta entonces, fueron arrojados bruscamente á la vida y se vieron obligados á recorrerla solos. Veamos cómo sucedió esto.

La arrestacion en masa de malhechores que se hizo en la madriguera de Jondrette, necesariamente habia de complicarse con requisitorias y prisiones ulteriores, y causó verdadero desastre en la repugnante contra-sociedad escondida, que vive debajo de la sociedad pública; las aventuras de este género arrastran tras sí toda clase de derrumbamientos en ese mundo sombrío. La catástrofe de los Thenardier ocasionó la catástrofe de la Magnon.

Un dia, poco despues que la Magnon dió á Eponina el billete que hacia referencia á la calle Plumet, hizo la policía repentina visita á la calle de Cloche-Perce y prendió á la Magnon, á la *señorita Miss* y á toda la vecindad sospechosa.

Los dos niños estaban jugando entonces en un patio y no vieron ni supieron la catástrofe. Cuando volvieron encontraron la puerta cerrada y la casa vacía. El zapatero del portal de enfrente los llamó y les dió un papel que su madre habia dejado escrito para ellos, que contenia estas señas: "Señor Barge, recaudador de rentas, calle del Rey de Sicilia, número 8.„ El zapatero les dijo:—Ya no vivís ahí. Idos. Esa casa está muy cerca. Es en la primera calle á la izquierda; con este papel preguntad por el camino.

Los chiquitines se marcharon, llevando el mayor al menor: éste asía con la mano el papel que debia servirles de guía. Tenia frio, y sus deditos hinchados se cerraban mal y apenas sostenian el papel. Al volver la esquina de la calle Cloche-Perce se lo llevó una ráfaga de viento, y como ya era de noche no pudieron encontrarlo.

Empezaron, pues, á vagar los dos por las calles.

## II.

### De cómo Gavroche saca partido de Napoleon el Grande.

En Paris suelen interrumpir la primavera vientos ásperos y rudos que no nos hielan, pero que nos dejan ateridos de frio; esos vientos entristecen los dias más hermosos, y causan el mismo efecto que los soplos de viento glacial, que penetran en un cuarto por los huecos de las ventanas ó por las puertas mal cerradas. Parece que la sombría puerta del invierno se haya quedado entreabierta y deje penetrar el viento.

En la primavera de 1830 apareció la primera gran epidemia de este siglo en Europa; esos vientos fueron más incómodos que nunca, porque habia entreabierta otra puerta más glacial que la del invierno: la del sepulcro. Sentíase en la atmósfera el aliento del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico,

estos vientos tenian de particular que no excluian la gran tension eléctrica, y estallaron en aquella época frecuentes tempestades, acompañadas de relámpagos y de truenos.

Una tarde, que era tan fria como si fuese de Enero y que los parisienses volvieron á sacar los abrigos, Gavroche, que alegremente temblaba de frio bajo su traje andrajoso, estaba de pié y como en éxtasis delante de una peluquería de los alrededores del Olmo de San Gervasio. Llevaba un pañuelo de lana de mujer, cogido no sabemos dónde, que habia convertido en tapaboca, y parecia que admiraba una figura de cera, escotada y adornada con flores de azahar, que daba vueltas en el escaparate, sonriendo á los transeuntes, entre dos quinqués; pero en realidad examinaba la tienda, para ver si podia escamotear del escaparate una pastilla de jabon para irla á vender en seguida á un peluquero de las afueras.

Muchos dias sacaba su almuerzo de una de esas pastillas, y á este género de trabajo, para él que tenia talento, llamaba hacer la barba á los barberos. Contemplando el muñeco de cera y mirando de reojo á la pastilla, decia entre dientes:—Martes.—No es martes.—¿Es acaso martes?—Quizás sí.—Sí, martes es.

No se sabe á qué se referiria este monólogo; si por casualidad se referia á la última vez que habia comido, hacia ya tres dias, pues era viernes.

El barbero en la tienda, que caldeaba una buena chimenea, afeitaba á un parroquiano y dirigia de vez en cuando miradas oblícuas al pillete descarado, que tenia las dos manos metidas en los bolsillos, pero sin duda alguna el espíritu fuera del cuerpo.

Mientras Gavroche examinaba el muñeco, el escaparate y los jabones de Windsor, dos niños de estatura desigual, con vestidos limpios, menores que él, uno de siete años y otro de cinco, hicieron levantar tímidamente el picaporte y entraron en la tienda pidiendo algo, quizás una limosna, con murmullo tan lastimero, que más que súplica parecia gemido. Hablaban ambos á la vez y eran ininteligibles sus palabras, porque los sollozos ahogaban la voz del más pequeño, y el frio hacia temblar los dientes del mayor. El barbero se volvió con el semblante airado; sin abandonar la navaja empujó al mayor con la mano izquierda y al menor con la rodilla, los echó á la calle y cerró la puerta, diciendo:

—Vienen á enfriarnos esos pilletes!

Los dos niños, llorando, echaron á andar. Empezaba á llover.

Gavroche corrió tras ellos, los alcanzó y les dijo:

—Qué teneis, chiquillos?

—No sabemos dónde hemos de quedarnos á dormir, contestó el mayor.

—Es eso todo? ¿Y por qué llorais, tontos?

Tomando al través de su superioridad algo burlona el acento de tierna autoridad y de benéfica proteccion, añadió:

—Chiquillos, venid conmigo.

—Vamos, pues, contestó el mayor.

Los dos pequeños siguieron á Gavroche, como hubieran seguido á un arzobispo, y dejaron de llorar.

Gavroche los hizo subir por la calle de San Antonio en direccion á la Bastilla, y al alejarse dirigió una mirada retrospectiva de indignacion á la peluquería.

—No tiene corazon ese bacalao, murmuró; parece un inglés.

Una mozuela, que vió marchar á los tres en fila precedidos por Gavroche, soltó sonora carcajada. Su risa fué una falta de respeto al grupo.

—Buenos dias, señorita Omnibus, la dijo Gavroche.

Un instante despues, acordándose del peluquero, añadió:

—Me he engañado; no es un bacalao, es una serpiente. Peluquero, buscaré un herrero y haré que te ponga un cascabel en la cola.

El peluquero le hizo agresivo, y saltando un arroyo apostrofó á una portera barbuda, que tenia la escoba en la mano y que era digna de encontrar á Fausto en el Brocken:

—Señora, salís con el caballo?

Al mismo tiempo salpicó de lodo las botas charoladas de un transeunte.

—Bribon! exclamó éste, furioso.

Gavroche asomó la nariz por encima del tapaboca.

—De qué se queja el señor? le preguntó.

—De tí, le contestó el transeunte.

—Pues se ha cerrado el despacho y ya no admito reclamaciones.

Mientras tanto seguian subiendo la calle y descubrió bajo una puerta-cochera á una pobrecita niña de trece á catorce años, helada y con un vestidito tan corto, que apenas le llegaba á la ro-

dilla. Era demasiado crecida ya la niña para ir de corto.

—Pobre chica! exclamó Gavroche. No lleva ni pantalones. Toma esto siquiera.

Quitándose el pañuelo de lana que llevaba al cuello, lo echó sobre los hombros flacos y amoratados de la niña, y convirtió en chal el tapaboca.

La chicuela lo contempló asombrada y recibió silenciosamente el chal. Se llega á un grado de infelicidad en el que el pobre, en su estupor, ni llora ya por el mal que siente, ni agradece tampoco el bien que le hacen.

—Brrr! decia Gavroche, extremeciéndose más que San Martin, que á lo menos se quedó con la mitad de la capa.

Despues de este ¡Brrr! la lluvia redobló su fuerza.

—Ah! exclamó Gavroche. ¿Qué significa esto? Llueve otra vez! Caracoles!

Dicho esto siguió su camino.

—Es igual, añadió despues, echando una mirada á la pobre que se arrebujaba en el pañuelo. Ya tiene la chica con qué taparse.

Volviéndose hácia la nube, la apostrofó así:

—Te has fastidiado!

Los dos niños le seguian.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, y tras los que se pone el pan, Gavroche se dirigió á los pequeñuelos y les preguntó:

—Muchachos, habeis comido?

—No hemos comido nada desde esta mañana.

—No teneis padre ni madre? les interrogó el pilluelo majestuosamente.

—Sí; tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces es mejor no saberlo, contestó Gavroche, que era todo un filósofo.

—Hace dos horas, continuó diciendo el niño mayor, que estamos andando; hemos buscado algo de comer por los rincones y no hemos encontrado nada.

—Ya me lo figuro, le respondió el pilluelo; los perros se lo comen todo.

El mayor de los dos niños, entregado ya casi por completo á la indiferencia, que tan pronto adquiere la infancia, exclamó:

—Lo que nos sucede es muy extraño. La mamá nos habia prometido que nos llevaria á comprar romero bendito el domingo de Ramos.

—Son inocentes! exclamó Gavroche.

—La mamá es una señora que vive con la señorita Miss.

—Já, já, já.

El pilluelo se paró, registró los rincones de sus bolsillos y despues levantó la cabeza con expresion de triunfo.

—Estad tranquilos, dijo. Ya tenemos con qué cenar los tres. Sacó del bolsillo cinco céntimos. Sin dejar tiempo á los niños de alegrarse, los empujó delante de sí hácia la tienda de un panadero y puso los cinco céntimos en el mostrador, gritando:

—Mozo! Cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el amo de la casa, cogió un pan y un cuchillo.

—En tres pedazos! gritó Gavroche, añadiendo con dignidad:—Porque somos tres.

Viendo que el panadero, despues de examinarlos, tomó un pan moreno, se metió profundamente el dedo en la nariz, con aspiracion tan imperiosa como si tuviese entre los dedos un polvo de tabaco de Federico el Grande, é indignado, dirigió al panadero este apóstrofe:

—Qué es eso?

—Qué es? Pan bueno de segunda clase.

—Pan de municion querreis decir, respondió Gavroche tranquila y friamente desdeñoso.—Pan blanco, mozo! yo convido.

El panadero no pudo menos de reirse, y cortando el pan blanco, les miró de un modo tan compasivo que chocó á Gavroche.

—Ah, pícaro! dijo. ¿Nos quieres medir á toesas?

Téngase presente que los tres, uno encima de otro, apenas median una toesa.

El panadero, en cuanto cortó el pan, se guardó los cinco céntimos, y Gavroche dijo á los niños:

—Jamad.

Los niños se miraron sorprendidos. El pilluelo se echó á reir.

—Calla! es verdad, se dijo; no entienden aun. Son tan pequeños!... Despues, expresándose con más claridad para ellos, repuso:

—Comed.

Al mismo tiempo dió á cada uno un pedazo de pan. Pensando que el mayor, que le parecia más digno de su conversacion, merecia distincion especial y debia perder todo temor para satisfacer su apetito, le dijo, dándole el pedazo más grande de pan:

—Echa ese cartucho en el fusil.

El pedazo más pequeño de pan se lo quedó Gavroche para él, porque conoció que los niños estaban hambrientos. Mientras comian el pan con buenos dien-

tes estaban aun en la panadería, á cuyo dueño, despues de cobrar, le molestaban ya, y Gavroche se lo conoció en la cara.

—Vámonos á la calle, les dijo.

Salieron, dirigiéndose hácia la Bastilla.

De vez en cuando, al pasar por delante de las tiendas iluminadas, el niño menor se paraba para mirar la hora en un reloj de plomo que llevaba en un cordon colgado del cuello.

—Es un tontuelo! decia entre dientes Gavroche, pero es igual. Si yo tuviese monigotes los educaria mejor.

Al terminar de comer el pedazo de pan llegaban á la esquina de la lúgubre calle de las Danzas, en cuyo fondo se descubre el postigo bajo y hostil de la cárcel de la Fuerza.

—Calla! Eres tú, Gavroche? le dijo un transeunte.

—Calla! Eres tú, Montparnasse? le contestó el pilluelo.

El hombre que se acercaba á Gavroche era Montparnasse, que iba disfrazado con anteojos azules, pero que el pilluelo le reconoció.

—Diablo! Llevas un pelaje de color de cataplasma de harina de linaza y anteojos azules como un médico. Tienes estilo, palabra de hombre de honor.

—Chist! le dijo Montparnasse; no hables tan alto.

Arrastró con viveza á Gavroche fuera del alcance de las tiendas. Los dos chiquitines los seguian maquinalmente agarrados de la mano. Cuando llegaron bajo la oscura archivolta de una puerta-cochera, le preguntó Montparnasse:

—Sabes dónde voy?

—A casarte con la *viuda* (la horca), le contestó el pilluelo.

—Farsante!

Montparnasse añadió:

—Voy á buscar á Babet.

—Ah! exclamó Gavroche; ahora se llama Babet.

Montparnasse bajó la voz y dijo:

—No á ella, sino á él.

—Sí, sí, á Babet. Yo creia que estaba á la sombra.

—Salió á la luz.

Montparnasse contó rápidamente al pilluelo que aquella misma mañana habian trasladado á Babet á la Conserjería y se habia escapado, tomando la izquierda en vez de tomar la derecha en el "corredor de la instruccion.„

—Es un valiente sacamuelas! exclamó Gavroche admirando su habilidad.

Montparnasse le dió otros detalles sobre la evasion de Babet, y concluyó diciéndole:

—Pero no es eso todo.

Mientras el pilluelo escuchaba, habia cogido un baston que Montparnasse llevaba en la mano y tiró maquinalmente de la parte superior, sacando la hoja de un puñal.

—Ah! dijo, envainando el puñal con viveza; llevas tu gendarme disfrazado de paisano.

Montparnasse le guiñó el ojo.

—Caracoles! preguntó Gavroche; ¿vas á agarrarte con los corchetes?

—No lo sé, le contestó Montparnasse con indiferencia. Bueno es siempre que nos acompañe un alfiler.

Gavroche insistió preguntando:

—Qué vas á hacer esta noche?

Montparnasse tomó otra vez el tono grave y dijo, mascando las sílabas:

—Negocios.

Cambiando bruscamente de conversacion, exclamó:

—A propósito!

—Qué?

—Oye una aventura que me sucedió el otro dia. Figúrate que tropiezo con un sugeto que me regala un sermon y la bolsa. La meto en esta faltriquera y un momento despues no habia nada ya en ella.

—Solo el sermon? preguntó Gavroche.

—Y tú dónde vas ahora? le preguntó á su vez Montparnasse.

—Voy á acostar á estos dos niños, le contestó el pilluelo señalando á sus dos protegidos.

—Adónde?

—A mi casa.

—Tú tienes casa?

—Casa propia.

—Y dónde vives?

—En el elefante, contestó Gavroche.

Aunque Montparnasse no era asustadizo, no pudo contener esta exclamacion:

—En el elefante!...

—Pues sí, tal como suena.

—Y se está bien allí?

—Muy bien, respondió Gavroche. Allí no se sufren vientos colados como bajo los puentes.

—Y cómo entras?

—Entrando.

—Tiene, pues, algun agujero? le preguntó Montparnasse.

—Caracoles! sí, pero eso no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los soplones no lo han visto.

—Y tú trepas! Ahora lo comprendo.

—Un cámbio de mano, cric, crac, y arriba; nadie lo vé.

Despues de una pausa, añadió el pilluelo:

—Para estos pequeñuelos buscaré una escalera.

Montparnasse se echó á reir.

—¿Dónde demonios has encontrado esos mochuelos?

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero, le contestó Gavroche.

Entre tanto Montparnasse, que estaba pensativo, dijo:

—Me has conocido con mucha facilidad.

Entonces sacó dos objetos pequeños, que eran dos cañones de pluma rodeados de algodon, y se introdujo uno en cada ventana de la nariz, que le desfiguraban por completo.

—Eso te transforma, repuso Gavroche. Así estás menos feo. Debieras ir siempre así.

Montparnasse era un hermoso jóven, pero el pilluelo era muy burlon.

—Sin burlarte, dijo el bandido, ¿qué te parezco? cómo estoy?

Habia variado hasta el timbre de la voz; estaba desconocido.

—Muy bien; haznos el polichinela, exclamó Gavroche.

Los niños, que hasta entonces nada habian oido, por estar muy ocupados en meterse los dedos en la nariz, se aproximaron al oir la palabra *polichinela* y miraron á Montparnasse con alegría y admiracion.

Desgraciadamente Montparnasse estaba sombrío.

—Escucha lo que voy á decirte, Gavroche: si me encontrase en la plaza con mi dogo, mi daga y mi diga, y me prodigasen algunos parnés, me dignaria trabajar, pero no todo se puede digerir.

Este lenguaje extraño produjo en el pilluelo efecto singular. Se volvió con presteza, miró á su alrededor con sus ojuelos pequeños y brillantes y descubrió á algunos pasos de distancia un agente de policía, que estaba de espaldas.

Gavroche dejó escapar un "¡Ah, entiendo!„ que reprimió en seguida, y sacudiendo la mano de Montparnasse, le dijo:

—Pues bien, buenas noches; me voy al elefante con mis monigotes. Si por casualidad alguna noche me necesitas ven á buscarme allí. Vivo en el entresuelo; no hay portero; pregunta por el señor Gavroche.

—Está bien, le contestó Montparnasse.

En seguida se separaron, dirigiéndose el bandido hácia la Grève y el pilluelo hácia la Bastilla.

Arrastraba al niño de cinco años su hermano mayor y éste era arrastrado por Gavroche, y volvia la cabeza varias veces para ver cómo se iba el polichinela.

La frase enigmática con que Montparnasse advertia á Gavroche de la presencia de un agente de policía consistia en la asonancia *dig* repetida cinco ó seis veces de diverso modo. La sílaba *dig*, no pronunciándola aisladamente, sino mezclándola artísticamente con palabras de una frase, quiere decir: *tengamos cuidado, porque no podemos hablar con libertad.* Encerraban además las palabras de Montparnasse una belleza literaria, que no observó Gavroche: la frase *mi dogo, mi daga* y *mi diga*, locucion del caló del Temple, que significa *mi perro, mi puñal* y *mi mujer*, era muy usada entre los pillos y granujas del gran siglo en que Moliére escribia y Callot dibujaba.

Hace veinte años se veia aun en el ángulo Sudeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la cárcel-ciudadela, un monumento extraño, que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, pero que merecia haber dejado su huella, porque era una idea del "miembro del Instituto, general en jefe del ejército de Egipto„.

Decimos monumento, aunque no era más que un maniquí; pero este maniquí era un boceto admirable, el cadáver grandioso de una idea de Napoleon, esqueleto al que dos ó tres golpes de viento sucesivos habian empujado y llevado tan lejos, que se habia hecho ya histórico, dándole carácter definitivo, que contrastaba con su aspecto provisional. Era un elefante de cuarenta piés de altura, construido de madera y de mampostería; sustentaba su torre, que parecia una casa, que pintó primitivamente de color verde un pintor de brocha gorda y que despues pintaron de negro el cielo, la lluvia y el tiempo. En el referido ángulo solitario y descubierto de la plaza, la ancha frente del coloso, la trompa, los colmillos, la enorme grupa y los cuatro piés, semejantes á cuatro columnas, dibujaban por la noche en el cielo estrellado una silueta sorprendente y terrible.

No se sabia lo que significaba: era una especie de símbolo de la fuerza popular,

un fantasma poderoso y visible de pié al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Pocos extranjeros visitaban aquel edificio y pocos transeuntes lo miraban. Caia ya en ruinas, y los pedazos de yeso que caian de todas partes le producian cada dia más llagas repugnantes. Los ediles le tenian olvidado desde 1814; y estaba allí arrinconado, enfermo y ruinoso, rodeado de empalizada ya podrida, que manchaban con frecuencia cocheros borrachos. Muchas grietas le serpenteaban en el vientre; de la cola le salia un madero y entre las piernas crecian altas yerbas; y como el nivel de la plaza se elevaba hacia ya treinta años alrededor, por el movimiento lento y contínuo que levanta insensiblemente el piso de las grandes ciudades, parecia que estaba en un hoyo y que la tierra se hundia por la fuerza de su peso. Era inmundo, repugnante y soberbio, feo á la vista del ciudadano y melancólico á los ojos del pensador. Tenia algo de la basura que se vá á barrer y algo de la majestad que se vá á decapitar.

Como dijimos, por la noche cambiaba de aspecto. Cuando llegaba el crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba; adquiria figura tranquila y temible en la formidable serenidad de las tinieblas; como pertenecia á lo pasado, le convenia la noche; la oscuridad sentaba bien á su grandeza.

Dicho monumento rudo, inmenso, casi deforme, pero majestuoso y lleno de cierta gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido, para que reine en paz la especie de estufa gigantesca que reemplazó á la sombría fortaleza de nueve torres, así como la clase media reemplaza al feudalismo. Demuestra sencillez que una chimenea sea el símbolo de una época cuyo poder está encerrado en una marmita. Esa época pasará, va pasando ya; pues ya se empieza á comprender que si hay fuerza en una caldera, tiene que haber poder en un cerebro, ó en otros términos, que lo que mueve y arrastra al mundo no son las locomotoras, sino las ideas. Uncid las locomotoras á las ideas, eso debeis hacer, pero no tomeis al caballo por ginete.

El arquitecto que construyó el elefante hizo con el yeso una cosa grande, y el arquitecto del cañon de la chimenea consiguió hacer con el bronce una cosa pequeña. Dicho cañon de chimenea, que bautizaron con el sonoro nombre de Columna de Julio; este monumento, hijo de una revolucion armada, se veia rodeado aun en 1832 de inmensa camisa de madera, que hoy echamos de menos, y de vasta empalizada de tablas, que acababa de aislar al elefante.

Hácia dicho rincon de la plaza, que apenas alumbraba el reflejo de un farol lejano, se dirigió el pilluelo con los dos niños.

Permítasenos ahora recordar á nuestros lectores que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron como vago y como causante de desperfectos de un monumento público á un muchacho que sorprendieron durmiendo en el interior del elefante de la Bastilla.

Consignado este hecho, continuemos la novela.

Al llegar cerca del coloso, comprendiendo Gavroche el efecto que podria producir lo infinitamente grande á lo infinitamente pequeño, dijo:

—Muñecos, no tengais miedo!

Despues se introdujo por un hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante y ayudó á los pequeñuelos á pasar la brecha. Los niños, bastante asustados, seguian á Gavroche sin hablar, entregándose por completo á aquella pequeña y andrajosa providencia que les dió pan y les prometió albergue.

Habia en el suelo una escalera de mano, que servia durante el dia á los trabajadores de una obra inmediata. Gavroche la levantó con vigor y la apoyó en una de las patas delanteras del elefante. Cerca de donde terminaba la escalera se distinguia un agujero negro en el vientre del coloso. El pilluelo enseñó la escalera y el agujero á los dos niños y les dijo:

—Subid y entrad.

Los niños, asustados, se miraron uno á otro.

—Teneis miedo, monigotes! exclamó Gavroche.

Luego añadió:

—Vais á ver.

Se agarró al pié rugoso del elefante y en un santiamén, sin dignarse hacer uso de la escala, llegó á la grieta y entró por él como una culebra que se desliza por una hendidura; desapareció, y poco despues los niños vieron aparecer vagamente una forma blanquecina y pálida; era la cabeza del pilluelo, que asomaba por el negro borde del agujero.

—Vamos! les gritó; subid! ¡vereis qué bien se está aquí! Sube tú, añadió dirigiéndose al mayor; yo te daré la mano.

Los niños se encogieron de hombros;

el pilluelo les inspiraba confianza y miedo al mismo tiempo.

Llovia copiosamente. El mayor se arriesgó, y el pequeño, viendo subir á su hermano y que se quedaba solo entre las patas del enorme animal, tuvo ganas de llorar, pero no se atrevió. El mayor subia temblando los peldaños de la escalera, y Gavroche, entre tanto, le animaba con las exclamaciones de un maestro de armas á sus discípulos, ó de un carretero á las mulas:

—No tengas miedo!

—Eso es!

—Adelante!

—Pon ahí el pié!

—Dame la mano!

—Valiente!

Cuando el niño estuvo á su alcance, le cogió vigorosamente por el brazo y le atrajo hácia él.

—Ya te has colado, le dijo.

El niño habia entrado ya por el agujero.

—Ahora, le dijo Gavroche, espérame. Siéntate.

Saliendo por la grieta como habia entrado, se deslizó ágil como un mono por la pata del elefante y cayó de pié sobre la yerba, cogió al pequeñuelo de cinco años por la cintura y lo plantó en medio de la escalera.

Despues empezó á subir detrás de él, gritándole al mayor:

—Yo le empujo, cógele tú.

Instantáneamente el niño se vió subido, empujado y metido en el agujero, sin tener tiempo para darse cuenta de lo que le habia pasado. Gavroche entró tras él y dió una patada á la escalera, que cayó sobre la yerba, palmoteó y gritó:

—Ya estamos aquí. ¡Viva el general Lafayette!

Despues de su explosion, exclamó:

—Párvulos, estais en mi casa!

En efecto, allí vivia Gavroche.

El monumento desmesurado que encerró el pensamiento del emperador se habia convertido en la jaula del pilluelo. El gigante adoptaba y abrigaba al niño.

Los paseantes que pasaban los domingos por delante del elefante de la Bastilla, decian, midiéndole con la vista y con desprecio:—De qué sirve eso? Pues servia para preservar del frio, del viento, de la lluvia y de la nieve á un sér pequeño, sin padre, sin madre, sin pan, sin ropa y sin albergue. Servia para recoger al inocente que la sociedad rechazaba. Servia para disminuir una falta pública. Servia de cueva abierta al que encontraba todas las puertas cerradas. Parecia que el viejo mastodonte miserable, carcomido y olvidado, especie de mendigo colosal que en vano imploraba la limosna de una mirada compasiva en aquella explanada, habia tenido lástima de otro mendigo, de un pobre pigmeo que iba descalzo, que carecia de techado, que se cubria con andrajos y que se alimentaba de desperdicios. Para esto servia el elefante de la Bastilla.

La idea de Napoleon, que despreciaron los hombres, Dios la acogió. Lo que solo pudo ser ilustre, se hizo augusto. El emperador hubiera necesitado para realizar su idea el pórfido, el bronce, el hierro, el oro y el mármol; á Dios le bastaba aquella vieja trabazon de tablas, de vigas y de yeso. El emperador concibió un pensamiento digno de su génio; queria que del elefante titánico brotasen y saliesen por todas partes aguas vivificantes, haciendo de él la encarnacion del pueblo. Dios hizo una cosa superior: alojó allí á un niño.

El agujero por donde Gavroche entró era una brecha que apenas se veia por fuera, por estar oculta bajo el vientre del elefante; y era tan estrecha, que solo los gatos ó aquellos niños podrian pasar por ella.

—Principiemos, exclamó el pilluelo, por decir al portero que no estamos en casa.

Penetró en la oscuridad con el aplomo del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero. Gavroche volvió á internarse en la oscuridad.

Los niños oyeron el chirrido del palito azufrado al sumergirse en la botellita fosfórica. Las cerillas, con fósforo, no se conocian aun; el eslabon representaba entonces el progreso.

Súbita claridad obligó á cerrar los ojos á los pequeñuelos; Gavroche habia encendido una de esas sogas impregnadas de resina que se llaman hachas de viento. El hacha, que despedia más humo que luz, dejaba entrever el interior del elefante.

Los huéspedes de Gavroche miraban á su alrededor, experimentando algo parecido á lo que experimentaria el que se viera encerrado en el gran tonel de Heidelberg, ó á lo que debió experimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena. Les parecia que los envolvia gigantesco esqueleto. En la parte alta gruesa viga, desde la que partian, de distancia

en distancia, macizas viguetas cintradas, figuraba la columna vertebral con las costillas; estaláctitas de yeso colgaban como vísceras, y vastas telas de araña, tendidas de un lado á otro, hacian el efecto de polvorosos diafragmas. Veíanse en los rincones grandes manchas negruzcas, que parecian vivientes, y que se agitaban rápidamente y con movimiento brusco y asustadizo. Los pedazos que habian caido del dorso del elefante sobre el fondo del vientre habian llenado la concavidad y se podia andar sobre ellos como sobre un piso.

El menor de los niños se arrimó á su hermano y le dijo á media voz:

—Qué oscuro está esto!

Esta exclamacion llamó la atencion de Gavroche, y al verles como petrificados, les habló del modo siguiente:

—Qué decís? No debemos ser descontentadizos. No necesitamos vivir en las Tullerías. No seamos majaderos. Os prevengo que no pertenezco al batallon de los tontos.

Para quitar el miedo sirve oir hablar ásperamente, porque dá confianza. Los niños se aproximaron á Gavroche. Éste, paternalmente enternecido, pasó de lo grave á lo dulce, y dirigiéndose al más pequeño, le dijo:

—Tontin, lo que está oscuro es la calle. En la calle llueve y aquí no; hace frio y viento y aquí no; en la calle hay gente y aquí estamos solos; en la calle no hay luna ni estrellas y aquí tenemos luz.

Entonces los niños empezaron á mirar la habitacion con menos espanto.

Gavroche no les dejó tiempo para examinarla.

—Entrad, les dijo, empujándoles hácia lo que podemos llamar el fondo del cuarto, en donde tenia la cama.

La cama del pilluelo se componia de un colchon y de una manta, y estaba en una alcoba con cortinas.

El colchon era una estera de paja, la manta un pedazo de lana gris, muy caliente y casi nueva.

Veamos lo que era la alcoba. La formaban tres rodrigones bastante largos, hundidos sólidamente en el cascote del suelo, es decir, en el vientre del elefante, dos delante y uno detrás, y reunidos por una cuerda en su vértice, de modo que formaban una pirámide. Esta pirámide sostenia un enrejado de hilo metálico, que estaba colocado por encima y artísticamente sostenido y aplicado con ataduras de alambre, de modo que rodeaba enteramente los tres rodrigones. Un cordon de piedras gruesas, colocado alrededor del enrejado, le sujetaba de manera que nada podia pasar por entre él y el suelo. El enrejado era un pedazo de esas alambreras de que se forman las pajareras de los corrales. La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado como en una jaula. El conjunto de la alcoba parecia el toldo de un esquimal. El enrejado hacia el oficio de cortinas.

Gavroche separó un poco las piedras que sujetaban el enrejado por delante y se separaron los dos pedazos, que caian uno sobre otro.

—Chiquillos, á cuatro piés, les dijo.

Hizo entrar con precaucion en la alcoba á sus huéspedes; despues entró él, arrastrándose; volvió á colocar las piedras y quedó bien cerrada la abertura.

Los tres se echaron en la estera.

Apesar de ser pequeños los tres, ninguno podia estar de pié en la alcoba. Gavroche seguia con la luz en la mano.

—Ahora, les dijo, sornad! Voy á suprimir el candelero.

—Qué es esto? preguntó el mayor de los niños señalando el enrejado.

—Eso? es para librarse de las ratas; sornad!

Gavroche creyó que debia decir algo para instruir á las pobres criaturas, y continuó hablándolas:

—Estas son cosas del Jardin Botánico. Eso sirve para los animales feroces. Allí hay un almacen lleno. No hay más que subir una pared, saltar por una ventana y pasar una puerta, y se obtiene todo lo que se quiere.

Mientras estaba hablando arropaba con la manta al más pequeño, que decia en voz baja:

—Está muy caliente! ¡Se está aquí muy bien!

Gavroche miró la manta con aire satisfecho.

—Tambien es del Jardin Botánico, añadió. Se la he quitado á los monos.

Luego, señalándole al mayor la estera en que estaba acostado, repuso:

—Esta era de la girafa. La he tomado de allí y los animales no se me han incomodado, porque les dije que era todo eso para el elefante.

Los dos pequeñuelos contemplaban con respeto y con asombro á aquel muchacho intrépido é ingenioso, vagabundo y miserable como ellos, y encontraban en su fisonomía algo admirable que les parecia sobrenatural. El mayor se aventuró á preguntarle:

—¿No teneis miedo á los agentes de policía?

—No se llaman agentes de policía, sino ganchos.

El menor de los pequeñuelos tenia los ojos abiertos, pero no decia una palabra. Como estaba á la orilla de la estera y su hermano en medio, Gavroche lo arropaba como una madre y puso en alto la estera por la parte de bajo de la cabeza para que le sirviese de almohada; despues se volvió hácia el mayor y le preguntó:

—Verdad que se está bien aquí?

—Ah! sí, muy bien.

Los pobres chiquitines, que estaban muy mojados y casi helados cuando entraron en el elefante, empezaban á entrar en calor.

—Por qué llorabas? En un pipiolo como tu hermanito se comprende, pero á tí, que eres ya un hombrecillo, eso te está muy mal.

—¡Pues si no teníamos casa donde ir á dormir!

—No se dice casa, se dice chiscon, le contestó corrigiéndole el pilluelo.

—Además, teníamos miedo de estar solos de noche y en la calle.

—No se dice noche, sino la oscura.

—Gracias, muchas gracias, le contestó el mayor de los pequeñuelos.

—Escucha, le dijo Gavroche. No debeis berrear nunca. Yo cuidaré de vosotros. Vereis cómo nos divertimos. Por el verano iremos á los pozos de nieve con Navet, un amiguito mio; nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre las barcas delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar á las lavanderas, que vocean y gritan. ¡Si supiérais qué malas son! Iremos á ver al hombre-esqueleto en los Campos Elíseos. Despues os llevaré al teatro á ver á Federico Lemaitre. Me dan billetes, conozco á los actores, y hasta una vez salí á las tablas representando en una comedia, con otros pipiolos como tu hermano pequeño, y corríamos bajo una tela que figuraba el mar. Os contrataré en mi teatro. Iremos á ver á los salvajes, que no son salvajes verdaderos: van vestidos de color de rosa y el traje les hace arrugas y hasta en los codos se ven zurcidos hechos con hilo blanco. Despues iremos á la Opera y entraremos con los alabarderos. Alabarderos son los encargados de aplaudir, y es un cuerpo que está muy bien organizado; pero yo no iria con ellos por la calle. Figúrate que hay quien paga un franco por oir la ópera, pero esos son los tontos y se llaman paganos. Además iremos á ver guillotinar; os enseñaré al verdugo. Vive en la calle del Marais y se llama Sanson. Tiene en la puerta de su casa un buzon para que le echen las cartas allí. Vereis cómo nos divertimos.

En aquel instante cayó una gota de resina en un dedo de Gavroche, que le recordó las realidades de la vida.

—Caracoles! exclamó. Se está acabando la mecha. Habeis de saber que solo puedo gastar en luz cinco céntimos cada mes. Pero cuando uno se acuesta es para dormir. No tenemos tiempo para leer novelas de Paul de Kock. Además, de que la luz podria pasar por las rendijas de la puerta-cochera y los ganchos podrian atisbarla.

—Y además, observó tímidamente el mayor de los niños, el único de los dos que se atrevia á hablar con Gavroche y á contestarle; podria caer una chispa en la paja, y hay que tener cuidado de no prender fuego á la casa.

—No se dice prender fuego á la casa, sino achicharrar los trapos ó dar candela.

La lluvia redoblaba, y oian no solo los truenos, sino la violencia del turbion que azotaba el lomo del elefante.

—Mientras estemos aquí metidos que llueva todo lo que quiera; á mí aun me divierte ver correr el agua por las patas de la casa. El invierno es un animal; pierde sus mercancías, pierde su trabajo, porque no puede mojarnos, y por eso gruñe ese viejo aguador.

A la alusion al trueno, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche en su calidad de filósofo del siglo diez y nueve, siguió relámpago tan deslumbrador, que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó terrible trueno. Los dos niños dieron un grito y se levantaron con tal rapidez que casi separaron el enrejado, pero Gavroche volvió hácia ellos la cara y se aprovechó del trueno para reir á todo trapo.

—Tened calma, niños, les dijo. No conmovamos el edificio. Ha sido un trueno muy fuerte, es verdad, pero un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el trueno! Está tan bien hecho como el del teatro del Ambigú.

En seguida arregló el enrejado, empujó con suavidad á los niños hácia la cabecera de la cama, les apretó las rodillas para que se estirasen bien y exclamó:

—Supuesto que Dios enciende su luz,

ya puedo apagar la mia. Niños, es preciso dormir; sabed que el no dormir hace abrir la boca. Envolveos bien en la manta, que voy á apagar la mecha. Estais ya?

—Sí, contestó el mayor, estoy muy bien; parece que tenga la cabeza sobre una pluma.

—No se dice cabeza, se dice chichi.

Los dos niños se apretaron uno contra otro.

Gavroche acabó de arreglarlos subiéndoles la manta hasta las orejas, y luego les repitió por tercera vez esta exclamacion en lengua hierática:

—Sornad!

Y apagó la luz.

En cuanto se quedaron á oscuras cierto temblor empezó á conmover el enrejado que cubria á los tres muchachos. Se oian multitud de rozamientos sordos que producian sonido metálico, como si garras ó dientes arañasen la alambrera, y acompañaban á ese ruido gritos insignificantes, pero agudos.

El chiquitin de cinco años al oirlos se quedó helado de espanto y empujó con el codo á su hermano; pero éste "sornaba„ ya, como le habia mandado el pilluelo.

Entonces el pequeñuelo, muerto de miedo, se atrevió á interpelar á Gavroche, pero en voz muy baja y conteniendo el aliento:

—Eh!... amiguito!

—Qué quieres? le preguntó Gavroche, que acababa de cerrar los ojos.

—Qué es eso?

—Son las ratas, respondió Gavroche, volviendo á echar la cabeza sobre la estera.

En efecto, las ratas, que pululaban en el esqueleto del elefante y que eran las manchas negras y vivas de que antes nos ocupamos, permanecieron quietas mientras vieron la luz, pero desde el momento que la casa se quedó á oscuras se metieron en la alcoba de Gavroche, trepando hasta el vértice, y mordian las mallas, como si quisieran agujerear aquella armadura de nuevo género.

El chiquitin no podia conciliar el sueño.

—Eh! amiguito! exclamó llamando al pilluelo.

—Qué quieres?

—Qué son ratas?

—Los ratones.

Esta explicacion tranquilizó algo al niño. Algunas veces habia visto ratones blancos y no les tenia miedo. Sin embargo, volvió á decir:

—Eh! amiguito!

—Qué? le respondió Gavroche.

—Por qué no tienes un gato?

—Tuve uno, respondió, pero se lo comieron.

Esta segunda explicacion deshizo el efecto de la primera y el niño volvió á temblar, de modo que quiso seguir hablando con Gavroche.

—Eh! amiguito!

—Qué?

—A quién se comieron?

—Al gato.

—Quién se lo comió?

—Las ratas.

—Los ratones?

—Sí.

El niño, al que asustaban ratones que se comian á los gatos, exclamó:

—Se nos comerán tambien á nosotros?

—Vaya! repuso Gavroche.

El terror del chiquitin llegó á su colmo, pero el pilluelo le dijo:

—No tengas miedo, tonto; aquí no pueden entrar los ratones. Además estoy aquí para preservarte. Dame la mano y calla y duerme.

Gavroche le cogió la mano al pequeñuelo por encima de su hermano; el niño la apretaba y esto le tranquilizó. El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Volvió á quedar la alcoba en silencio; el ruido de las voces asustó y ahuyentó á las ratas, y aunque poco despues volvieron á roer el enrejado, ya estaban los tres muchachos entregados al sueño y no las oian.

Entre tanto iban transcurriendo las horas de la noche. La oscuridad cubria la inmensa plaza de la Bastilla; viento frio de invierno, mezclado con lluvia, se desencadenaba en fuertes ráfagas; las patrullas registraban las puertas, las calles, los árboles, los cercados, los rincones oscuros, buscando á los vagabundos nocturnos, y pasaban por delante del elefante; pero el mónstruo en pié, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas, satisfecho de su buena accion, protegia contra el cielo y contra los hombres á los tres pobres niños dormidos.

Para comprender lo que vá á seguir, es preciso recordar que en aquella época el cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro extremo de la plaza, y que lo que pasaba cerca del elefante no podia oirlo ni verlo el centinela.

Una hora antes de rayar el alba salió un hombre corriendo por la calle de San Antonio, atravesó la plaza, dió la vuelta

á la gran empalizada de la columna de Julio y se deslizó por la cerca hasta colocarse bajo el vientre del elefante. Si hubiera luz se hubiera visto que aquel hombre estaba enteramente mojado, lo que haria suponer que la lluvia le habia caido encima durante la noche.

Cuando llegó bajo la barriga del elefante lanzó un grito extraño, que no pertenecia á ninguna lengua humana y que solo podria reproducir un papagayo.

Repitió dicho grito, y al lanzarle la segunda vez, una voz jóven, clara y alegre, le respondió desde el vientre del elefante:

—Sí!

Casi inmediatamente la tabla que cerraba el agujero se separó y dió paso á un muchacho, que bajó por la pata del elefante y fué á caer cerca del hombre.

Era Gavroche y el que le llamaba Montparnasse.

Al oir el pilluelo el grito se despertó sobresaltado, pero se arrastró fuera de la alcoba, separando un poco el enrejado, que volvió á cerrar despues cuidadosamente: luego abrió la trampa y descendió.

El hombre y el muchacho se reconocieron en la oscuridad.

Montparnasse se limitó á decir:

—Te necesitamos. Ven á ayudarnos.

El pilluelo no pidió más informes y contestó:

—Vámonos, pues.

Se dirigieron hácia la calle de San Antonio y serpentearon rápidamente al través de la larga fila de carretas de los hortelanos que á esa hora iban acudiendo ya al mercado.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos y tapados hasta los ojos con las mantas, para preservarse lo posible de la lluvia que los azotaba, ni siquiera vieron á los dos extraños transeuntes.

## III.

### Peripecias de la evasion.

Veamos ahora lo que sucedió aquella misma noche en la cárcel de la Fuerza.

Concertaron una evasion entre Babet, Brujon, Traga-mar y Thenardier, aunque este último estaba incomunicado. Babet la habia dirigido, como puede comprenderse por las palabras que Montparnasse dijo á Gavroche.

Montparnasse tenia que ayudarles desde fuera.

Como Brujon pasó un mes en el cuarto de correccion, tuvo tiempo para tejer una cuerda y para madurar un plan. En otros tiempos, los lugares severos, en los que la disciplina de la prision entrega al criminal á sí mismo, se componian de cuatro paredes de piedra, de techo de lo mismo, de suelo de baldosas, de una cama de campaña, de un tragaluz enrejado y de una puerta forrada de hierro: se llamaban *calabozos*. Hoy parece horrible esta denominacion y se llaman *cuartos de correccion*. El inconveniente que tienen estos cuartos es dejar pensar á los séres á quienes se debiera hacer trabajar.

Brujon, pues, habia reflexionado mucho y salió del cuarto de correccion con una cuerda. Como le consideraban peligroso en el patio de Carlo-Magno, lo trasladaron al Edificio Nuevo, y allí se encontró con Traga-mar y con un clavo: encontrar á Traga-mar quiere decir que encontró el crímen, y encontrar un clavo, encontrar la libertad.

Brujon, aunque aparentaba tener complexion delicada y laxitud profunda, era un criminal inteligente, un ladron de mirada agradable y de sonrisa atroz. Su mirada era el resultado de su voluntad y su sonrisa el resultado de su naturaleza. Sus primeros estudios del *arte* se dirigieron á los tejados é introdujo grandes progresos en la industria de los rateros de plomos, que levantan las planchas de las azoteas y arrancan los canalones por el procedimiento llamado entre ellos de *grasa doble*.

Lo que en aquel momento favorecia cualquier tentativa de evasion era que los plomeros repasaban y componian parte del empizarrado de la cárcel. El patio de San Bernardo no estaba enteramente aislado del patio de Carlo-Magno ni del patio de San Luis. Habia por la parte más alta andamios y escalas, ó en otros términos, puentes y escaleras por la parte de la libertad.

El Edificio Nuevo, que estaba muy agrietado y decrépito, era el punto más débil de la cárcel. El salitre habia desgastado tanto las paredes, que fué necesario cubrir con un entablerado las bóvedas de los dormitorios, porque se desprendian de ellos piedras que caian en las camas de los presos. A pesar de lo dicho, se cometia la falta de encerrar

en el Edificio Nuevo á los acusados más peligrosos.

El Edificio Nuevo tenia cuatro dormitorios superpuestos y una armadura de tejado encima, que se llamaba Buenos-Aires. Ancho tubo de chimenea, que probablemente habria pertenecido á alguna cocina de los duques de la Fuerza, partia del piso bajo, atravesaba los cuatro pisos y cortaba en dos partes todos los dormitorios, figurando un pilar aplanado que pasaba al otro lado del techo.

Traga-mar y Brujon estaban en el mismo dormitorio y por precaucion los encerraron en el piso bajo. La casualidad hizo que la cabecera de sus camas estuviese apoyada en el caño de la susodicha chimenea.

Thenardier estaba precisamente sobre la cabeza de ellos, en la armadura ó cubierta llamada Buenos-Aires.

El observador que se para en la calle Culture-Sainte-Catherine, más allá del cuartel de los Bomberos, delante de la puerta-cochera de la casa de Baños, descubre flores y arbustos encajonados, en cuyo fondo se eleva, entre dos alas, una rotonda pequeña y blanca, adornada con postiguillos verdes: el sueño bucólico de Rousseau.

Diez años atrás, aun por encima de esta rotonda, se levantaba una tapia enorme, negra, horrible y desnuda, con la cual estaba unida. Aquella era la pared del camino de la ronda de la Fuerza. Aquel muro, detrás de aquella rotonda, parecia Milton visto por detrás de Berquin. A pesar de la altura del muro, aun excedia á éste un tejado, más negro todavía y que se divisaba más allá. Era el tejado del Edificio Nuevo. Descubríanse en él cuatro buhardillas con rejas, que eran las ventanas de Buenos-Aires. La chimenea que atravesaba el tejado era la que pasaba por los dormitorios.

Buenos-Aires, la armazon superior del Edificio Nuevo, era una especie de desvan grande y abuhardillado, cerrado con triples rejas y con puertas forradas de hierro y tachonadas con desmesurados clavos.

Cuando se entraba en él por la parte del Norte, quedaban á la izquierda los cuatro tragaluces y á la derecha cuatro cuartos cuadrados, bastante grandes, separados por estrechos corredores de mampostería hasta cierta altura y desde allí hasta el techo por barrotes de hierro.

Thenardier estaba incomunicado en uno de esos cuartos desde la noche del 3 de Febrero. No sabemos por qué medios adquirió y tenia escondida una botella de cierto vino que, segun dicen, inventó Desrues, que contiene un narcótico, y que la banda de los *Adormecedores* hizo célebre.

La misma noche en que Gavroche recogió á los dos niños perdidos, Brujon y Traga-mar, que sabian que Babet se fugó por la mañana y que con Montparnasse los esperaba en la calle, se levantaron silenciosamente de la cama y empezaron á agujerear con el clavo que encontró Brujon el caño de chimenea en el que se apoyaba la cabecera de su lecho. Los yesones que iban desprendiéndose caian sobre la cama y no producian el menor ruido.

El turbion y el trueno conmovian las puertas sobre sus goznes y producian en la cárcel estrépito horrible y útil para dichos dos operarios.

Algunos presos que se despertaron aparentaron volverse á dormir y dejaron trabajar á Traga-mar y á Brujon. Brujon era diestro y Traga-mar vigoroso, y antes de que llegase ningun ruido al vigilante, acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, habian agujereado el caño, escalado la chimenea, forzado la reja que cerraba el orificio superior y se encontraban en el tejado los dos temibles bandidos.

La lluvia y el viento redoblaban y el tejado estaba resbaladizo.

—Buena rachi (1) para una chalada! (2) dijo Brujon.

Un abismo de seis piés de ancho y de ochenta de profundidad los separaba de la pared de ronda.

En el fondo de dicho abismo veian relucir en la oscuridad el fusil de un centinela.

Ataron por un lado á los pedazos de las barras de la chimenea, que acababan de retorcer, la cuerda que Brujon habia hilado en el calabozo; echaron el otro cabo por encima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se agarraron al caballete del muro, pasaron las piernas por encima, se deslizaron uno tras otro por la cuerda hasta un tejadillo que tocaba en la casa de Baños, le atravesaron, empujaron el postiguillo del portero, á cuyo lado pendia el cordon, tiraron de éste, abrieron la puerta-cochera y se encontraron en la calle.

---

(1) Noche.
(2) Fuga.

Solo hacia tres cuartos de hora que se habian levantado de la cama con el clavo en la mano y el proyecto de fuga en el pensamiento.

Poco despues se juntaron con Babet y Montparnasse, que vagaban por los alrededores.

Cuando tiraron de la cuerda se rompió y quedó un pedazo de ella atado á la chimenea del tejado. Solo sufrieron el contratiempo de despellejarse enteramente las manos.

Thenardier estaba prevenido aquella noche y no dormia, por haber recibido el aviso, no se sabe cómo. A la una, á pesar de la nocturna oscuridad, vió pasar dos sombras por el tejado, entre la lluvia y el viento, por delante del tragaluz que daba frente á su calabozo. Una de ellas se detuvo el tiempo suficiente para que la viera Thenardier; éste la conoció; era Brujon.

Thenardier, señalado como á peligroso, estaba preso por haber sido acusado de una emboscada nocturna á mano armada, y lo vigilaba un centinela de vista, que lo relevaban cada dos horas, y que se paseaba por delante del calabozo con el fusil cargado. Buenos-Aires estaba alumbrado por un farol.

El preso estaba sujeto por unos grillos de cincuenta libras de peso. Todos los dias, á las cuatro de la tarde, un carcelero, al que escoltaban dos perros de presa, entraba en el calabozo, dejaba cerca de la cama un pan moreno de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla con caldo muy claro, en el que nadaban algunas habichuelas; reconocia los grillos y los hierros de las rejas. El carcelero volvia por la noche dos veces, siempre acompañado por los perros.

Thenardier pudo conseguir que le permitiesen conservar una escarpia de hierro, que le servia para clavar el pan en una hendidura de la pared, con el objeto, decia, de "preservarle de los ratones„.

Como estaba tan vigilado, no tuvieron inconveniente en que conservase la escarpia.

A las dos de aquella madrugada relevaron al centinela, que era un soldado veterano, y lo reemplazaron por un quinto. Momentos despues el carcelero hizo la visita y se retiró, sin notar otra cosa que la extraordinaria juventud del soldado bisoño. Dos horas despues, á las cuatro, al ir á relevar al quinto, se lo encontraron dormido y tendido en el suelo como un madero, cerca del calabozo. Thenardier no estaba ya en el "cuarto de correcion„. Los grillos yacian rotos en tierra. Encontraron un agujero en el techo y otro más arriba en el tejado. Arrancaron una tabla de la cama y habia desaparecido. Vieron dentro del calabozo una botella medio vacía, que encerraba el resto del vino narcotizado que adormeció al centinela; la bayoneta de éste tambien habia desaparecido.

Cuando descubrieron todo esto creyeron que Thenardier estaria ya fuera de alcance. Pero en realidad, si no estaba ya en el Edificio Nuevo, se veia en gran peligro.

Al llegar Thenardier al tejado del Edificio Nuevo encontró el resto de la cuerda de Brujon, que colgaba de la reja de la cubierta superior de la chimenea; pero el cabo roto era muy corto y no pudo evadirse por encima del camino de ronda, como se fugaron Traga-mar y Brujon.

Al pasar de la calle de Ballets á la del Rey de Sicilia se descubre casi de repente una gran rinconada á la derecha; habia allí en el siglo anterior una casa, de la que ya solo queda la pared maestra, verdadera tapia maciza, que se eleva hasta la altura de un tercer piso por entre los edificios contiguos. Distínguese esta ruina por dos grandes ventanas cuadradas, que aun existen. Al través de las referidas ventanas se divisaba entonces alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla del camino de ronda de la Fuerza. El hueco que la casa demolida dejó en la calle le ocupa por mitad una empalizada de tablas podridas, que apuntalan cinco guardacantones de piedra. En dicho cercado se esconde una diminuta casa, apoyada en la pared ruinosa. La empalizada tiene una puerta, que hace algunos años solo cerraba el picaporte. A la parte alta de dicha pared era donde habia conseguido llegar Thenardier á las tres de la madrugada.

Cómo pudo llegar allí? No se supo, ni se puede explicar. Los relámpagos le habrian auxiliado, molestándole al mismo tiempo. ¿Se aprovechó de las escalas y de los andamios de los pizarreros para pasar de un tejado á otro, de una manzana á otra, de los edificios del patio de Carlo-Magno á los del patio de San Luis, luego al muro de ronda y despues al solar de la calle del Rey de Sicilia? En este trayecto habia soluciones de continuidad que le hacian, al parecer, imposible. ¿Haria servir la tabla de su

cama de puente desde el tejado de Buenos-Aires hasta la tapia del camino de ronda, y se arrastraria por el caballete como una culebra alrededor de la cárcel hasta el solar? Pero la tapia del camino de ronda de la Fuerza formaba una línea almenada y desigual, subia y bajaba, descendia hácia el cuartel de Bomberos y se elevaba hácia la casa de Baños, la cortaban varios edificios, y no tenia la misma altura por el hotel Lamoignon que por la calle Parée; por todas partes ofrecia líneas verticales y ángulos rectos; además, en este caso, los centinelas hubieran visto la sombría silueta del fugitivo, y aun así, es inexplicable que Thenardier recorriese este camino. La fuga era imposible, pues, de ambos modos. ¿Thenardier habria inventado algun nuevo medio de evasion? No llegó á descubrirse.

No siempre es posible explicarse las maravillas de una fuga. El hombre que se escapa está inspirado; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la evasion: el esfuerzo que se hace para conseguir la libertad no es menos sorprendente que el vuelo que se dá hácia lo sublime, y exclamamos al ver la evasion inverosímil de un ladron: —"Cómo ha podido escalar esta pared?„ como decimos de Corneille:—"¿Quién le inspiró la frase sublime *Qu' il mourût?*„

Sea como fuese, Thenardier, goteando sudor y empapado de lluvia, con la ropa destrozada, con las manos desolladas y con los codos ensangrentados, habia llegado á lo que los niños llaman en su lenguaje figurado *el corte* de la pared ruinosa, y allí, agotadas sus fuerzas, se tendió á lo largo. La altura vertical de un tercer piso le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenia era muy corta.

Allí esperaba pálido, rendido, sin esperanza, en la oscuridad de la noche, pero temiendo el próximo amanecer del dia y aterrorizado con la idea de oir dentro de algunos instantes dar las cuatro en el reloj inmediato de San Pablo, á cuya hora relevarian al centinela, le encontrarian dormido y verian el techo agujereado; y mirando con estupor á la luz de los faroles la profundidad terrible del suelo mojado y negro, del suelo de la calle, tan deseado y tan espantoso, que era para él la muerte ó la libertad.

Se preguntaba si sus cómplices de evasion la habrian conseguido, si le esperarian, y si acudirian á auxiliarle. Escuchaba sin cesar, pero desde que estaba allí nadie habia pasado por la calle, exceptuando una patrulla. Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy, que iban al mercado, bajaban por la calle de San Antonio.

Dieron las cuatro y Thenardier tembló. Poco despues, el rumor confuso que sigue á una fuga descubierta estalló en la cárcel. A poco rato llegó á sus oidos el ruido de puertas que se abren y se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncas voces de los carceleros y el choque de las culatas de los fusiles en los patios. Algunas luces subian y bajaban á las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corria por el último piso del Edificio Nuevo; habian llamado á los bomberos del cuartel inmediato; sus cascos, que iluminaban las antorchas en medio de la lluvia, iban y venian por los tejados; al mismo tiempo veia Thenardier, por el lado de la Bastilla, pálida claridad que blanqueaba lúgubremente la parte baja del cielo.

Estaba, pues, el bandido acostado en lo alto de una pared de diez pulgadas de ancha, sufriendo el viento y la lluvia, sin poder moverse, entre dos abismos, uno á cada parte, temiendo el vértigo de una caida posible y el horror de una prision segura. Atemorizado por la angustia de su situacion, vió de pronto en la calle, oscura aun, á un hombre que se deslizaba á lo largo de la pared, viniendo de la calle de Pavéc, y que se detenia en la rinconada, encima de la que él se veia como suspendido. A aquel hombre se le juntó otro, que andaba con la misma precaucion; despues llegó un tercero y despues se les reunió un cuarto. Cuando estuvieron juntos, uno de ellos levantó el picaporte de la puerta de la empalizada y entraron los cuatro al recinto en que estaba la casa pequeña. Se encontraban precisamente debajo de Thenardier.

Los cuatro hombres habian escogido indudablemente aquella rinconada para poder hablar sin que les vieran los transeuntes, ni el centinela que vigilaba la puerta pequeña de la cárcel de la Fuerza, á pocos pasos de allí.

Debemos confesar que el centinela, por no mojarse, se habia escondido en la garita.

Thenardier no podia distinguir las caras de aquellos hombres; pero prestó oido á lo que iban á hablar, con la atencion desesperada del miserable que se vé perdido.

El antiguo bodegonero sintió pasar algo por delante de sus ojos, parecido á la esperanza, al oir que aquellos hombres hablaban en caló.

El primero decia en voz baja, pero clara:

—Vámonos; qué hacemos aquí? (1)

El segundo respondió:

—Llueve para apagar el infierno; los polizontes vendrán, y allí hay un soldado de centinela: mira que nos pueden prender. (2)

Estas dos palabras, que pronunciaron aquellos hombres, *icigo* é *icicaille*, pertenecen, la primera al caló de las barreras y la segunda al caló del barrio del Temple, y fueron un rayo de luz para Thenardier. En la primera reconoció á Brujon, que era un vago de las afueras, y en la segunda á Babet, que, entre sus varios oficios, tenia el de prendero del Temple.

El antiguo caló del gran siglo no se hablaba ya en dicho barrio, y Babet era el único que lo sabia hablar con toda su pureza. A no ser por esto, Thenardier no le hubiera conocido, porque desfiguraba la voz completamente.

Otro de aquellos hombres dijo, tomando parte en la conversacion:

—Nada nos apremia todavía; esperemos un poco. ¿Quién sabe si nos necesitará?

En este lenguaje, que era el francés ordinario, Thenardier conoció á Montparnasse, que le complacia conocer toda clase de caló, pero que no queria hablarlo. El cuarto de aquellos hombres callaba, pero le denunciaba su ancha espalda. Thenardier comprendió en seguida que era Traga-mar.

Brujon replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja:

—Qué estás diciendo? El bodegonero no habrá podido escaparse. No conoce bien el oficio. Se necesita ser muy duchos para hacer tiras de la camisa y rasgar las sábanas para hacer una cuerda, para agujerear las puertas, falsificar documentos y llaves, romper grillos, atar la cuerda por fuera y esconderse y disfrazarse. Ese viejo no lo habrá conseguido. No sabe trabajar.

Babet añadió, siempre en el caló clásico que hablaban Poulailler y Cartouche y que es, respecto al caló atrevido, nuevo y brillante que hablaba Brujon, lo que la lengua de Racine es á la lengua de Andrés Chenier:

—Desengáñate, el bodegonero habrá caido en el garlito. Para fugarse se necesita ser muy largos y él es un aprendiz. Le habrá engañado algun soplon ó tal vez algun borrego se habrá hecho su compadre. Montparnasse, ¿oyes esos gritos? ves esas luces en la cárcel? Pues eso es que lo han atrapado. Ya tiene para veinte años de presidio. Ya sabes que nunca tengo miedo, pero conozco que no podemos hacer nada por él, y si nos empeñamos, nos harán bailar. No te incomodes y vente con nosotros á beber aguardiente.

—No se debe abandonar á los amigos cuando están en peligro, replicó Montparnasse.

—Te digo que lo han atrapado. No podemos ya hacer nada por él. Vámonos, que me figuro que á cada momento me van á echar mano los corchetes.

Montparnasse oponia ya débil resistencia. El hecho era que los cuatro hombres, con esa fidelidad que hace que los bandidos no se abandonen unos á otros, estuvieron rondando toda la noche alrededor de la cárcel de la Fuerza, á pesar del peligro que corrian, con la esperanza de ver salir á Thenardier por algun tejado.

Pero la noche, magnífica para ellos, era de lluvia y viento y poco á propósito para que nadie transitase por las calles; y los impulsaba á retirarse el frio que los entumecia, su ropa mojada, su calzado roto, las horas que habian pasado, el ruido que oyeron en la cárcel y las patrullas que habian visto. Hasta el mismo Montparnasse, que era algo yerno de Thenardier, cedia ya. Thenardier estaba anhelante en lo alto de la pared, como los náufragos de la *Medusa* en la balsa viendo pasar el buque y desaparecer en el horizonte.

No se atrevia á llamarlos, porque si oian sus gritos podia perderse y perderlos; de pronto, como un relámpago, le iluminó una idea desesperada. Sacó del bolsillo el cabo de la cuerda de Brujon, que habia desatado de la chimenea del Edificio Nuevo, y la tiró en el recinto de la empalizada.

La cuerda cayó á los piés de los cuatro hombres.

—Una cuerda! exclamó Babet.

—Mi cuerda! replicó Brujon.

—Pues por aquí está el posadero, dijo Montparnasse.

(1) Nagémonos. Qué querelamos *icigo?*

(2) Bisela hasta apagar el benquistano; los ganchos avillarán, y allí hay un jundo aplacerado á la coba: diquela que nal esgabarras mangue *icicaille*.

Los ladrones levantaron la vista y Thenardier asomó un poco la cabeza.

—Pronto! exclamó Montparnasse: ¿tienes el otro pedazo de la cuerda, Brujon?

—Sí.

—Ata los dos cabos, le echaremos la cuerda, la sujetará á la pared y podrá bajar.

Thenardier se arriesgó á decir algo:

—Estoy transido, helado.

—Luego te calentarás.

—No puedo moverme.

—Deslízate por la cuerda y nosotros te recibiremos.

—Tengo las manos hinchadas.

—Solo tienes que atar la cuerda á la pared.

—No podré.

—Entonces es preciso que uno de nosotros suba, dijo Montparnasse.

—Tres pisos! exclamó Brujon.

Una cañería antigua de barro y de yeso, que sirvió en otros tiempos de conducto de chimenea á la cocinilla de la casucha, subia á lo largo de la pared casi hasta el sitio donde estaba Thenardier.

—Por ahí se podria subir, observó Montparnasse.

—Por ese tubo? exclamó Babet. No puede un hombre; un chico, sí.

—Solo puede subir un muchacho, añadió Brujon corroborando.

—Dónde vamos á encontrarle ahora? dijo Traga-mar.

—Esperadme, repuso Montparnasse. Yo tengo lo que necesitamos.

Dicho esto abrió con suavidad la puerta de la empalizada, se aseguró de que no pasaba nadie por la calle, volvió á cerrar la puerta y salió corriendo en direccion á la Bastilla.

Transcurrieron siete ú ocho minutos, que parecieron siglos á Thenardier, durante los que Babet, Brujon y Traga-mar estuvieron callados. Abrióse al fin la puerta y entró muy sofocado Montparnasse conduciendo á Gavroche. Continuaba lloviendo y la calle estaba desierta.

Gavroche entró en la empalizada y miró á los bandidos con aire tranquilo. El agua le caia á chorros del cabello.

Traga-mar le dirigió la palabra:

—Chaval, eres hombre?

Gavroche se encogió de hombros y respondió:

—Un chiquillo como yo es hombre, y hombres como vosotros son chiquillos.

—¡Bien cortada tiene la lengua el chaval! exclamó Babet.

—Los chicos de París no son tontos, añadió Brujon.

—Qué hace falta? preguntó el pilluelo.

—Que trepes por ese caño.

—Con esta cuerda, añadió Babet.

—Y que la ates á la traviesa de la ventana.

—Y despues? preguntó Gavroche.

—Nada mas, dijo Traga-mar.

El pilluelo examinó la cuerda, la cañería, la pared, las ventanas, é hizo el inexplicable y desdeñoso ruido con los labios que significa:

—Vaya una gran cosa!

—Allá arriba, en lo más alto, hay un hombre, al que tienes que salvar, le manifestó Montparnasse.

—Quieres? le preguntó Brujon.

El muchacho, sin volverle contestacion, se quitó los zapatos.

Traga-mar cogió á Gavroche por un brazo, le subió sobre el tejadillo de la pequeña casa, cuyas tablas carcomidas cedian al peso del pilluelo, y le entregó la cuerda que Brujon habia empalmado en el poco rato que Montparnasse estuvo ausente de allí.

El pilluelo se dirigió al tubo, en el que era fácil penetrar por una abertura ancha que tenia junto al tejado. Al ir á trepar, Thenardier, que vió próxima su salvacion, se inclinó hácia fuera de la pared; la primera claridad del dia blanqueaba su frente, que estaba inundada de sudor, sus pómulos lívidos, su nariz afilada y su erizada barba gris; Gavroche, al conocerle, exclamó:

—Calla! Si es mi padre!... Vaya! ¡lo mismo dá!...

Cogió la cuerda con los dientes y empezó resueltamente á ascender, hasta que llegó á lo alto del paredon, montó en él como en un caballo y ató fuertemente la cuerda á la viga superior de la ventana.

Poco despues Thenardier estaba ya en la calle: en cuanto puso los piés en el suelo y se vió fuera de peligro ya no se sintió ni cansado, ni transido, ni tembloroso: las ideas lúgubres que le inspiraba la angustiosa situacion en que antes se veia se desvanecieron en él como el humo: despertóse su extraña y feroz inteligencia y se encontró en pié y libre y dispuesto á ir adonde ésta le encaminase. Hé aquí las primeras palabras que pronunció Thenardier:

—Y ahora, qué vamos á comer?

El sentido horrible de esta frase, terriblemente clara, es el de matar, asesinar

y robar á la vez. *Comer* significa *devorar*.

—Pongámonos de acuerdo, le contestó Brujon. Despachemos en pocas palabras y separémonos en seguida.

—Se presenta un negocio que tiene buena cara en la calle Plumet, que está aislada, desierta y cerrada por una verja podrida; casa de mujeres solas...

—Y por qué no lo trabajamos? preguntó Thenardier.

—Tu hija Eponina fué á verlo, respondió Babet.

—Y dió un bizcocho á la Magnon, añadió Traga-mar. No hay nada que maquilar allí.

—Mi hija no es gilí, replicó Thenardier, pero bueno será verlo.

—Sí, sí, dijo Brujon, bueno será verlo.

Mientras aquellos hombres se confabulaban, ninguno de ellos se acordó de Gavroche, que se habia sentado en uno de los guardacantones de la empalizada, en la que acaso estaba esperando que su padre se volviese hácia él; pero al ver que no le hacia caso, se puso los zapatos y dijo:

—Si no tengo otra cosa que hacer, ya os he sacado del apuro y me voy. Tengo que despertar á mis párvulos.

Despues que habló así el pilluelo se fué.

Los cinco hombres salieron uno detrás de otro de la empalizada. Cuando Gavroche desapareció por la esquina de la calle de Ballets, Babet, llevándose á Thenardier aparte, le preguntó:

—Te has fijado en el chaval?

—En qué chaval?

—En el que ha trepado hasta lo alto de la pared y te ha subido la cuerda.

—No me he fijado en él.

—No lo aseguraré, pero me parece que es tu hijo.

—Bah! dijo Thenardier. Lo crees tú?

# LIBRO SÉPTIMO.

## El caló.

### I.

#### Origen.

*Pigritia* es una palabra terrible.

Engendra un mundo: el *piger*, esto es, el robo, y un infierno, el *pigror*, esto es, el hambre.

De modo que la pereza es una madre que tiene un hijo que se llama el *robo* y una hija que se llama el *hambre*.

Vamos á ocuparnos del caló. ¿Qué es el caló? Es á un tiempo nacion é idioma; es el robo bajo dos especies: pueblo y lengua.

Cuando hace ya muchísimos años el autor de esta grave y sombría historia introdujo en uno de sus libros (1) á un ladron hablando en caló, produjo asombro y se suscitaron los siguientes clamores:

—¡Es escandaloso hablar en caló en un libro!

—Eso es horrible! ¡Esa es la lengua de la chusma, del presidio, de la cárcel, de lo más abominable de la sociedad!

Nunca hemos podido comprender semejantes objeciones.

Despues de nosotros, dos grandes novelistas, uno de ellos observador profundo del corazon humano y el otro intrépido amigo del pueblo, Honorato Balzac y Eugenio Sué, hicieron hablar á los bandidos en su lengua natural, como hizo en 1828 el autor del *Ultimo dia de un reo de muerte*, y promovieron las mismas reclamaciones.

Repitióse como antes:—"¿Qué se proponen los autores al hablar en esa jerigonza repugnante? ¡El caló es odioso y hace extremecer!„

Quién lo niega? Tienen razon; pero cuando se trata de sondear una llaga, un abismo ó una sociedad, ¿es acaso una falta penetrar muy adentro y llegar hasta el fondo? Muchas veces hemos creido, por el contrario, que esto era un acto de valor, ó por lo menos una accion inocente y útil, digna de la atencion simpática á que es acreedor el deber aceptado y cumplido. ¿Por qué no hemos de explorarlo y de estudiarlo todo? ¿Por qué nos hemos de parar en el camino? Pararse es efecto de la sonda, no del que sondea.

Verdaderamente no es empresa cómoda ni halagüeña ir á buscar en la última capa del órden social, en la que concluye la tierra y empieza el cieno, registrando en esas aguas espesas, y perseguir, coger y arrojar palpitante á la superficie el idioma abyecto que gotea lodo cuando se saca á la luz, el vocabulario pustuloso, en el que cada palabra parece un anillo inmundo de un mónstruo de lodo y de tinieblas. Nada es tan lúgubre como contemplar desnudo, á la

(1) El *Ultimo dia de un reo de muerte*.

luz del pensamiento, el hormiguero espantoso del caló.

Parece, en efecto, una especie de horrible fiera creada para vivir de noche y arrancada de su cloaca. Nos imaginamos ver terrible maleza viva y erizada, que tiembla, se mueve, se agita, desea volver á la oscuridad, mira y amenaza. Tal palabra de ese idioma parece una garra; tal otra un ojo apagado y sangriento; tal frase parece que se mueva como la tenaza de una langosta. Todas ellas viven de la vida repugnante de las cosas que están organizadas en la desorganizacion.

Pero, ¿desde cuándo el horror excluye el estudio? ¿desde cuándo la enfermedad rechaza al médico? ¿qué se diria del naturalista que se negase á estudiar la víbora, el escorpion, la tarántula, bajo el pretexto de que son horribles? Pues el pensador que desdeñase por ese motivo ocuparse del caló, se asemejaria al cirujano que desdeñase ocuparse de una verruga ó de una úlcera, al filólogo que vacilase en examinar un hecho de la lengua, al filósofo que titubease en analizar un hecho de la humanidad. Porque, debemos decirlo á los que lo ignoran, el caló es un fenómeno literario y un resultado social al mismo tiempo. ¿Qué es el caló propiamente dicho? Es la lengua de la miseria.

Al definirlo así, alguno podria interrumpirnos generalizando el hecho, lo que algunas veces es una manera de atenuarlo. Podria decirnos que tienen su caló especial todos los oficios, todas las profesiones y casi hasta los accidentes de la gerarquía social y todas las formas de la inteligencia. El comerciante dice: *Montpellier disponible, Marsella buena calidad;* el agente de Bolsa dice: *transferencia, prima, fin de mes;* el jugador dice: tercera de *triunfo*, *fallo á espadas;* el cómico dice: *arrebaté*; el soldado de infantería dice: *mi corneta;* el maestro de esgrima: *tercera, cuarta, á fondo;* el impresor dice: *atanasia*, etc. Pues todos ellos hablan en caló.

El pintor que dice: *el ambiente del cuadro;* el escribano que dice: *he dejado el crímen;* el peluquero que dice: *mi mancebo;* el zapatero que dice: *tapas*, tambien hablan en caló. Existe el caló de las encopetadas, como existió el de las marisabidillas. El palacio de Rambouillet, es decir, la aristocracia y el lujo, confinaba con la Córte de los Milagros, es decir, con la pobreza y el vicio.

Hay caló de duquesas, como lo demuestra la siguiente frase, escrita en un billete amoroso por una gran señora de la Restauracion: "Encontrarás en esas chismerías una infinidad de razones para que yo me libertice.„ Los médicos de la Edad Media, que por decir zanahoria, rábano y nabo, decian: *opoponach, pergrosohinum, reptisalmus, dræatholicum, angelorum, postmegorum*, hablaban caló. La escuela crítica, que decia hace veinte años: "La mitad de Shakespeare es un juego de palabras y de retruécanos„, hablaba caló. El académico clásico, que llama á las flores *Flora*, á los frutos *Pomona*, al mar *Neptuno*, al amor *los fuegos*, á la belleza *los atractivos*, al caballo *corcel*, á la escarapela tricolor *la rosa de Belona* y al sombrero de tres picos *el triángulo de Marte*, hablan caló.

El álgebra, la medicina y la botánica tienen su caló.

Todo esto es indudable; pero dígase lo que se quiera, este modo de comprender el caló tiene una extension que no todo el mundo admite: nosotros conservamos á esa palabra su antigua y precisa expresion, circunscrita y determinada, y limitamos el caló al caló. El caló verdadero, el caló por excelencia, si estos dos calificativos pueden ir juntos, el caló inmemorial es solo la lengua fea, inquieta, socarrona, traidora, ponzoñosa, cruel, torcida, vil, profunda y fatal de la miseria.

Existe en la extremidad del envilecimiento y del infortunio la última miseria que se subleva y se decide á entrar en lucha contra el conjunto de los hechos felices y de los derechos reinantes, en lucha horrible que ya es astuta, ya es violenta, ya feroz y maligna á la vez; que ataca el órden social á alfilerazos por medio del vicio y á estocadas por medio del crímen. Pues para las necesidades de esta lucha la miseria ha inventado una lengua de combate, que es el caló.

Hacer sobrenadar y mantener por encima del olvido, aunque solo sean fragmentos de un lenguaje cualquiera que los hombres hayan hablado y que de otro modo se perderia; es decir, conservar uno de los elementos buenos ó malos que componen ó complican la civilizacion, es aumentar los datos de la observacion social, es auxiliar á la civilizacion misma. Semejante servicio prestó Plauto, pretendiéndolo ó no, haciendo hablar en fenicio á dos soldados cartagineses; el mismo servicio prestó Moliére haciendo

hablar varios dialectos á algunos de sus personajes.

Aquí vuelve á objetársenos que los dialectos son idiomas que han pertenecido á naciones ó á provincias; pero, para qué quereis que sobrenade el caló? A esto responderemos, que ciertamente es digna de inspirar interés la lengua que habló una nacion ó una provincia, pero que todavía es más digna de atencion y de estudio la lengua que ha hablado la miseria: la lengua que ha venido hablando en Francia, por ejemplo, no solo la miseria, sino toda la miseria humana posible.

Además, volvemos á insistir en esto, estudiar las deformidades y dolencias sociales y enseñarlas para que se puedan curar, no es un trabajo en el que se permite la eleccion. La mision del historiador de las costumbres y de las ideas no es menos austera que la del historiador de los sucesos. A éste incumbe la superficie de la civilizacion, las luchas de las coronas, los nacimientos de príncipes, los casamientos de reyes, las batallas, las asambleas, los grandes hombres públicos, las revoluciones á la luz del dia, todo lo exterior. Al historiador de las costumbres y de las ideas le incumbe ocuparse del interior, del fondo, del pueblo que trabaja, sufre y espera; de la mujer abatida, del niño que agoniza, de las guerras sordas de hombre á hombre, de las ferocidades que están ocultas, de las preocupaciones, de las iniquidades de convencion, de las sacudidas y repercusiones subterráneas de la ley, de las evoluciones secretas de las almas, de los extremecimientos inconscientes de las muchedumbres, de los hambrientos, de los descalzos, de los desheredados, de los huérfanos, de los infelices y de los infames, de todas las larvas que andan vagando en la oscuridad. Necesita descender caritativo y sereno al mismo tiempo, como hermano y como juez, hasta las casamatas impenetrables, en las que se arrastran confundidos los heridos y los que hieren, los que lloran y los que maldicen, los que ayunan y los que devoran, los que sufren el mal y los que lo cometen. Estos historiadores de los corazones y de las almas tienen deberes no menos importantes que los historiadores de los hechos exteriores. Dante no tiene menos cosas que decir que Maquiavelo.

Lo inferior de la civilizacion, porque acaso es más sombrío y más profundo, ¿es menos importante que lo superior? ¿Se conoce bien la montaña cuando no se conoce la caverna?

Como de algunas de las palabras precedentes podria inferirse que existe marcada separacion entre ambas clases de historiadores, debemos advertir, antes de pasar adelante, que semejante separacion no existe en nuestro espíritu.

No se puede ser buen historiador de la vida patente, visible, ostentosa y pública de los pueblos, sin ser al mismo tiempo y hasta cierto punto historiador de su vida profunda y oculta; el buen historiador del interior lo ha de ser tambien del exterior. La historia de las costumbres y de las ideas penetra en la historia de los sucesos y vice-versa. Son dos órdenes de hechos diferentes que se corresponden, que se encadenan siempre y que con frecuencia se engendran mútuamente. Todos los lineamientos que la Providencia traza en la superficie de una nacion, tienen sus paralelas sombrías, pero claras en el fondo, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos en la superficie. Mezclándose la historia en todo, en todo debe mezclarse el buen historiador.

El hombre no es un círculo que solo tiene un centro; es una elipse de dos focos; el uno lo constituyen los hechos y el otro las ideas. El caló es un vestuario en el que el lenguaje vá á disfrazarse para cometer alguna mala accion: en él se reviste con palabras de máscara y con metáforas de andrajos, y está horrible. Cuesta trabajo reconocerlo.

Está dispuesto á entrar en escena y á replicar al crímen, y es apto para desempeñar todos los papeles en el repertorio del mal. Ya no anda, cojea, y cojea con las muletas de la Córte de los Milagros, cuya muleta se metamorfosea en maza; ese idioma se llama de la truhanería. Todos los espectros, que son camareros suyos, la han estropeado; se arrastra y se levanta, con el doble movimiento del reptil. Es á propósito para representar todos los personajes: el falsario la ha hecho ambígua, verde-gris el envenenador; la ha tiznado el hollin del incendiario y la ha prestado color rojo el asesino.

Cuando se escucha ese lenguaje al lado de las personas honradas, á la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que le hablan á la parte de fuera. Se oyen las preguntas y las respuestas; percíbese, sin comprenderlo, murmullo repugnante que suena casi como el acento humano, pero que se aproxima más al

aullido que á la palabra. Tal es el caló. Sus palabras son deformes y están impregnadas de una especie de bestialidad fantástica. Parece que se oye hablar á hidras.

Este lenguaje es lo ininteligible de lo tenebroso; rechina y cuchichea y completa el crepúsculo con el enigma. La noche envuelve á la desgracia, pero envuelve mucho más al crímen: las dos oscuridades amalgamadas componen el caló. Oscuridad en la atmósfera, oscuridad en las acciones, oscuridad en las palabras. ¡Espantoso idioma, reptil que vá, viene, brinca, se arrastra, babea y se mueve monstruosamente en la inmensa bruma oscura, compuesta de lluvia, de noche, de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno; medio dia de los miserables!

Compadezcamos á los castigados. ¿Qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo que os hablo en este momento? ¿Qué sois vosotros que me escuchais? ¿Estamos seguros de no haber cometido alguna falta antes de haber nacido? La tierra no deja de tener semejanza con un presidio. ¿Quién sabe si el hombre es un sentenciado por la justicia divina? Mirad la vida de cerca y vereis que, tal como es, en ella se encuentra el castigo. ¿Perteneceis á los que se llaman felices? Pues bien, estais tristes todos los dias. Cada dia os trae su disgusto y su inquietud. Ayer temblábais por una salud que os es querida, hoy temeis por la vuestra; mañana os inquietará el dinero, pasado mañana la diatriba de un calumniador; luego la desgracia de un amigo, las circunstancias; más tarde cualquier cosa que se rompa ó que se pierda; unas veces un placer que la conciencia y la columna vertebral os reprochan, y otras veces la marcha de los negocios públicos. Todo esto sin contar las penas del corazon, que muchas veces son las más dolorosas. Apenas se disipa una nube se forma otra; apenas brilla un dia de sol entre ciento. Perteneceis, sin embargo, al corto número de séres que gozan de felicidad. En cuanto á los demás hombres, se cierne sobre ellos eterna noche.

Los espíritus reflexivos califican pocas veces á los séres humanos de dichosos ó de desgraciados, porque en este mundo, que indudablemente es el vestíbulo de otro, no existen séres felices.

Los séres humanos debian dividirse en luminosos y en tenebrosos. El gran objeto debe consistir en disminuir el número de los tenebrosos y en aumentar el de los luminosos; por eso es nuestro grito: Enseñanza! Ciencia! Aprender á leer es encender el fuego; cada sílaba que se deletrea es una chispa.

Por lo demás, el que dice luz no dice necesariamente alegría. La luz hace sufrir; el exceso de ella abrasa. La llama es enemiga de las alas. Arder sin dejar de volar es el prodigio del génio.

Cuando ya sepais y cuando ameis, seguireis padeciendo todavía. El dia nace con lágrimas. Los luminosos lloran, aunque solo sea por los tenebrosos.

## II.

### Raices.

El caló es la lengua de los tenebrosos. El pensamiento se conmueve en sus más sombrías profundidades; la filosofía se sumerje en las más dolorosas meditaciones ante este enigmático dialecto, estigmatizado y rebelde al mismo tiempo. En él sí que se vé visible el castigo; en cada sílaba se nota la marca. Las palabras de la lengua vulgar aparecen en el caló como arrugadas y retorcidas por el hierro enrojecido del verdugo; algunas parece que aun humean. Hay frase que produce el mismo efecto que la marca de flor de lis en un ladron, al que se desnuda de repente. La idea se opone á expresarse por medio de los sustantivos que la justicia persigue. La metáfora es tan descarada algunas veces, que se conoce que ha estado en la argolla expuesta á la vergüenza.

Por lo demás, á pesar de esto, y quizás por esto, esa jerga extraña tiene de derecho su casilla en el gran estante imparcial, en que así hay sitio marcado para la moneda de cobre oxidada como para la medalla de oro, y que se llama literatura. El caló, concédase ó niéguese, tiene su sintaxis y su poesía, es un idioma; y si en la deformidad de ciertos vocablos se conoce que la masculló Mandrin, en el explendor de ciertas metonimias se descubre que la ha hablado Villon.

El siguiente verso exquisito y célebre:

*Dó están las nieves de antán?*

es un verso en caló. Antán, *ante annum*, es una palabra del caló de Túnez, que significa *el año pasado antaño*, y por extension *en otro tiempo*.

Podia leerse aun hace treinta y cinco años, en 1827, en la época de la salida

de una gran cadena de presidiarios, en uno de los calabozos de Bicetre, esta máxima, que grabó con un clavo en la pared un bey de Túnez condenado á galeras: *Les dabs d'antan trimaient siempre pour la pierre du Coesre*; lo que quiere decir en caló francés: *Los reyes de antaño iban siempre á hacerse consagrar.* Para dicho bey la consagracion era el presidio.

La palabra *decarade*, que significa la partida de un carruaje pesado al galope, se atribuye á Villon, y es digna de él. Esta palabra, que echa fuego por las cuatro partes, resume en una onomatopeya magistral el admirable verso de Lafontaine:

*Tiraban de un coche seis fuertes caballos.*

Bajo el punto de vista puramente literario, pocos estudios habrá tan curiosos y fecundos como el del caló. Es un idioma dentro del idioma comun; una especie de excrecencia maligna, ingerto malsano que ha producido una vejetacion; un parásito que tiene las raices en el antiguo tronco galo y cuyo follaje siniestro se arrastra por un lado de la lengua. Esto es lo que pudiera llamarse el primer aspecto, el aspecto vulgar del caló; pero para los que estudian las lenguas como deben estudiarse, es decir, como los geólogos estudian la tierra, el caló aparece como un verdadero aluvion.

Segun se profundiza más ó menos, se encuentra en el caló, por debajo del antiguo francés popular, el provenzal, el castellano, el italiano, el levantino (que es la lengua de los puertos del Mediterráneo), el inglés, el aleman, el romance francés, italiano y romano, el latin y el vasco y el celta. Formacion oscura y caprichosa, edificio subterráneo construido en comun por todos los miserables. Cada raza maldita ha depositado su capa, cada sufrimiento ha dejado caer una piedra, cada corazon ha aportado su guijarro. La multitud de almas criminales, bajas ó irritadas, que atravesaron la vida y han ido á desvanecerse en la eternidad, están en él casi completas y hasta cierto punto visibles todavía bajo la forma de una palabra monstruosa.

¿Se desea encontrar en el caló voces españolas? El antiguo caló gótico las tiene abundantes. La palabra *boffete* viene de bofeton; *vantana*, despues *vanterna*, de ventana; *gat*, de gato; *acite*, de aceite. ¿Se desea encontrar en él voces italianas? La palabra *spade* viene de *spada*; *carvel* (barco) viene de *caravella*.—Voces inglesas? La palabra *bichot* (obispo) viene de *bishop*; *raille* (espía) viene de *rascal*; *pilche* (estuche) viene de *pilcher*, (vaina).—Se quieren voces alemanas? La palabra *caleur* (mozo) de *keller*; *hers* (amo) de *herzog* (duque).—¿Se buscan en el caló palabras latinas? *Frangir* (romper) viene de *frangere*; *affurer* (robar) de *fur*; *cadene* (cadena) de *catena*.—¿Se buscan voces del vascuence? *Gahisto* (diablo) viene de la palabra *gaiztoa* (malos); *sorgabon* (buenas noches), que viene de *gabon* y significa lo mismo en vascongado.—Se buscan voces celtas? *Blavin* (pañuelo) viene de *blavet* (agua que salta); *menesse* (mujer, en mal sentido), que viene de *meinec* (lleno de piedras); *barant*, (arroyo) de *barranton* (fuente); *goffeur*, (cerrajero) de *goff* (herrero).

Además de los orígenes filológicos que acabamos de indicar, el caló tiene otras raices más naturales aun y que nacen, por decirlo así, del mismo espíritu del hombre.

En primer lugar, la creacion directa de las palabras, que es lo que constituye el misterio de las lenguas. Pintar con palabras que tienen, sin saber cómo ni por qué, figuras, es el fondo primitivo de toda lengua humana, es lo que pudiera llamarse el granito de su construccion. El caló abunda en palabras de esta clase, palabras inmediatas, creadas de un golpe, no se sabe dónde ni por quién, sin etimología, sin analogía, sin derivados; palabras solitarias, bárbaras, repugnantes algunas veces, pero que tienen fuerza singular de expresion y que viven. Por ejemplo: Verdugo, *taule;* bosque, *sabri;* miedo, fuga, *taf;* lacayo, *larbin*; general, prefecto, ministro, *pharos;* diablo, *rabouin.* Palabras extrañas que disfrazan, pero que insinúan la idea. Algunas de ellas, como *rabouin*, son grotescas y terribles al mismo tiempo y producen el efecto de una mueca ciclópea.

En segundo lugar las metáforas. Lo más adecuado para un idioma que quiere decirlo y ocultarlo todo, es la abundancia de figuras retóricas. La metáfora es un enigma, en el que se refugian el ladron que medita un golpe y el preso que combina una evasion.

No existe otra lengua tan metafórica como el caló. *Devisser le coco*, retorcer el cuello; *tortiller*, comer; *etre gerbé*, ser juzgado; un *rat*, el que roba un pan; *lansquine*, llueve; figura antigua y asombrosa, que en cierto modo lleva su fecha en sí misma y asimila las largas y oblícuas líneas de la lluvia á las picas espesas é

inclinadas de los lansquenetes y que encierra en una sola palabra la metonimia popular de *llueven chuzos.*

A veces, á medida que el caló pasa de la primera á la segunda época, las palabras pasan tambien del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico. El diablo deja de ser el *rabouin* y se convierte en el *panadero*; esto es, en el que mete en el horno. Esta significacion es más ingeniosa, pero menos grande; es algo como Racine despues de Corneille y como Eurípides despues de Esquilo. Algunas frases del caló participan de las dos épocas, y presentan á la vez el carácter bárbaro y el metafórico, y se asemejan á fantasmagorías. *Los murcios van á chorar queles á la luna.* (Los vagos van á robar caballos por la noche.) Esta frase pasa ante la imaginacion como un grupo de espectros y no se sabe lo que se vé.

En tercer lugar las modificaciones. El caló vive de los recursos que le presta el lenguaje; lo usa á su capricho; lo emplea al acaso, y se limita con frecuencia, cuando tiene necesidad, á desnaturalizarse sumaria y groseramente. A veces con las palabras usuales, transformadas y complicadas con palabras de caló puro, compone locuciones pintorescas, en las que se descubre la mezcla de los dos elementos precedentes, la creacion directa y la metáfora.

*Del estaripen me sacan*
*á caballito en un quel,*
*por toda la polvorosa,*
*zurrándome el barandel.*

Muchas veces, con el objeto de desorientar á los que escuchan el caló, se limita á añadir indistintamente á todas las palabras de la lengua una colilla innoble, una terminacion ó una anteposicion en *cuti* ó en *di*. Por ejemplo: *¿Tite, tipatiretice, tibien tiestecuti, guitisatidoti?* Te parece bueno este guisado? Tal fué la frase que dirigió Cartouche á un carcelero para saber si le convenia la cantidad que le ofrecia por su evasion. La terminacion en *mar* se ha añadido recientemente.

Como el caló es el lenguaje de la corrupcion, se corrompe muy pronto, y además, como trata siempre de ocultarse, en cuanto se vé comprometido se transforma. Al contrario de lo que sucede á cualquier otra vejetacion, en ella todo rayo de luz mata lo que toca: por eso el caló vá descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo rápido y oscuro que nunca para. El caló camina más en diez años que las lenguas en diez siglos. Así, *larton*, pan, se convierte en *lartif*; *gail*, caballo, se convierte en *gaye; monignard*, muñeco, en *momacque*; *chique*, iglesia, en *egrugoir*. El diablo se llama primitivamente *garhito*, luego *rabouin* y despues *panadero*. El clérigo *ratichon* y luego *jabalí*; el puñal *veintidos*, luego *surin* y despues *lingre*, etc. etc. Muchas locuciones han cambiado diferentes veces. Cartouche hablaria en hebreo para Lacenaire. Todas las palabras de dicha lengua están en perpétua fuga, como los hombres que las pronuncian. Sin embargo, de tiempo en tiempo, y por causa de este movimiento, reaparece el antiguo caló y se hace nuevo. Hay sitios capitales en los que se mantiene.

El Temple conservaba el caló del siglo diez y siete; Bicetre, cuando era cárcel, conservaba el caló de Túnez; allí se oia la terminacion en *anche* de los antiguos tunos; pero estas excepciones no se oponen á la ley del movimiento perpétuo del idioma.

Si el filósofo que lo estudia llega á fijarse por un momento en esta lengua, que se evapora sin cesar, cae en dolorosas y útiles meditaciones.

No hay estudio tan eficaz y tan fecundo en enseñanzas. No hay metáfora ni etimología en el caló que no encierre una leccion. Entre ellos *golpear* quiere decir *hender*. La astucia es su fuerza.

Para ellos la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se llama la *sorgue* y el hombre el *orgue*. (Esto es en el caló francés, porque en el caló español la noche es la *rachi* y el hombre el *manú*.) Se han acostumbrado á considerar á la sociedad como una atmósfera que los mata, como una fuerza fatal, y hablan de su libertad como si hablasen de su salud. Para ellos un hombre preso es un *enfermo* y un hombre sentenciado es un *muerto*.

Lo más terrible para el encarcelado son las cuatro paredes de piedra que le sepultan; la cárcel es para él una especie de castigo glacial, y llaman al calabozo el *casto*. En dicho sitio se le aparece siempre la vida exterior bajo su aspecto más risueño. Le oprimen los grillos; ¿pero creeis acaso que piensa que se anda con los piés? Pues no; piensa que con los piés se baila; y en cuanto consigue limar los grillos, su primera idea es que ya puede bailar, y llama á la lima la *bailadora*. El bandido tiene dos cabezas; una que razona sus acciones y le guia durante su vida, y otra que tiene sobre los hombros

el dia de su muerte; á la cabeza que le aconseja el crímen la llama la *sorbona*, y á la que lo expía el *troncho*. Cuando el hombre llega á vestir andrajos y á desgastarse en el vicio, cuando alcanza la doble degradacion material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra *miserable*, está preparado para enfangarse en el crímen, y entonces en caló se dice que está *aderezado*. Qué es el presidio? Un brasero de condenacion, un infierno, y el forzado se llama *un sarmiento*, así como el presidio se llama *el colegio*. Todo un sistema penitenciario puede dimanar de esa palabra.

En el mundo subterráneo de las acciones sombrías se guarda el secreto. El secreto es de propiedad comun; el secreto es para esos miserables la unidad que sirve de base á la union; romperle es arrancar á cada miembro de la comunidad terrible alguna cosa de sí mismo. Delatar es, en el enérgico lenguaje del caló, *comer el pedazo*; como si el delator tomase un poco de la sustancia de todos y se alimentara con un pedazo de carne de cada uno.

Qué es recibir un bofeton? La metáfora vulgar responde: *Ver las estrellas*. Interviene el caló y dice: *Candela, humazo*, sinónimo de bofeton. De modo que por una especie de penetracion de abajo á arriba, la metáfora, esa trayectoría incalculable, hace subir al caló desde la caverna hasta la Academia, y diciendo Poulaillier: *Enciendo mi humazo*, hace escribir á Voltaire: Langleviel de la Baumelle merece cien *humarazos* (bofetones).

Las investigaciones sobre el caló traen descubrimientos á cada paso. El estudio profundo de este idioma nos conduce al misterioso punto de interseccion de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El caló es el verbo del presidiario.

Realmente asusta que el principio pensante del hombre pueda ser lanzado tan abajo y arrastrado y oprimido allí por las oscuras tiranías de la fatalidad, y quedar sujeto en ese precipicio por desconocidos vínculos.

¿No habrá nadie que acuda en socorro del alma humana que yace en esas profundidades? ¿Será siempre su destino esperar en ellas al espíritu, al libertador, al inmenso ginete de los pegasos y de los hipógrifos, al combatiente de color de aurora que descienda alado desde el empíreo, al radiante caballero del porvenir? ¿Pedirá auxilio inútilmente á la lanza de la luz del ideal? ¿Está condenada en el espesor de su abismo á ver llegar al espantoso Mal y á entrever, cada vez más cerca, bajo las cenagosas aguas, la cabeza de dragon de éste, cuyas fauces arrojan espuma con su ondulacion serpenteante de garras, de hinchazones y de anillos? ¿Será preciso que permanezca allí sin un resplandor, sin una esperanza, entregada á la formidable aproximacion del mónstruo, espeluznada, temblando, retorciéndose los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en la oscuridad?

## III.

### Caló que llora y caló que rie.

Como se acaba de ver, todo el caló, así el de cuatrocientos años como el de hoy, está impregnado del tenebroso espíritu simbólico que dá á todas sus voces, ya aspecto dolorido, ya aire amenazador. Se percibe en ellas la antigua tristeza de los truhanes de la Córte de los Milagros, que jugaban á los naipes con cartas especiales, de las que aun se conservan algunas. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho hojas grandes de trébol, y era una personificacion fantástica del bosque. Al pié del árbol habia una hoguera, en la que tres liebres asaban en el asador á un cazador, y detrás habia en otra hoguera una marmita humeante, de la que salia una cabeza de perro.

Eran lúgubres esas represalias pintadas en una baraja, ante las hogueras en que quemaban á los contrabandistas y ante la caldera en que cocian á los monederos falsos.

Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino del caló, hasta la cancion, hasta la burla, hasta la amenaza, presentaban carácter de impotencia y de humillacion. Los cantares, cuyas melodías se han conservado, eran humildes y lastimeros. El *pigre* se llama el *pobre pigre*, y siempre es la liebre que se oculta, el raton que se escapa ó el pájaro que huye.

Esas melodías se limitan á suspirar: uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros; dice así, fielmente traducido:

"No comprendo cómo Dios, que es padre de los hombres, puede atormentar á sus hijos y oir sus gemidos sin que éstos le atormenten tambien."

El miserable, cuando tiene ocasion de

pensar, se considera pequeño ante la ley y despreciable ante la sociedad: se echa boca abajo, suplica é implora compasion; se vé que conoce sus faltas.

Hácia mediados del siglo pasado se verificó un cambio. Las canciones de las cárceles, los ritornelos de los ladrones, tomaron, por decirlo así, expresion insolente y jovial. La *larifa* reemplazó al quejumbroso *maluré*. En el siglo diez y ocho vuelve á encontrarse, en casi todas las canciones de las galeras y de los presidios, alegría diabólica y enigmática. Se oye en ellos este estribillo estridente, que parece alumbrado por luz fosfórica y lanzado en un bosque por un fuego fátuo, tocando el pífano:

*Mirlababi surlababo,*
*Mirliton ribonribete.*
*Surlababi mirlababo,*
*Mirliton ribonribo.*

Mientras cantaban esto, degollaban á un hombre en una cueva ó en un escondrijo del bosque.

Síntoma grave fué que en el siglo diez y ocho la antigua melancolía de esos tristes miserables se disipase; en esa época sueltan la carcajada y se burlan del gran *meg* (Dios) y del gran *dab* (rey).

Desde Luis XV llaman al rey de Francia "el marqués del Pantin„. Desde entonces están alegres, como si la conciencia no les pesase. Esas miserables tribus de la abyeccion no solo tienen ya la audacia desesperada de las acciones, sino tambien la osadía negligente del ingenio. Indicio de que pierden el sentimiento de su criminalidad y de que encuentran entre los pensadores y entre los utopistas apoyo que ellos mismos desconocen; indicio de que el robo y el pillaje principian á infiltrarse en las doctrinas y en los sofismas, que les hacen perder parte de su fealdad para traspasarla á los sofismas y á las doctrinas; indicio, en fin, de que si no se distrae esa corriente, está cercana alguna explosion prodigiosa.

Reflexionemos un momento para ver á quién se debe acusar de esto. ¿Al siglo diez y ocho? A su filosofía? No por cierto. La obra del siglo diez y ocho es sana y buena. A cuatro legiones sagradas se debe el inmenso paso que dió la humanidad hácia la civilizacion: á los enciclopedistas, que llevaban al frente á Diderot; á los fisiócratas presididos por Turgot; á los filósofos, á cuya cabeza iba Voltaire, y á los utopistas, que dirigia Rousseau; estas fueron las cuatro vanguardias del género humano que se dirigieron á los cuatro puntos cardinales del progreso. Diderot á lo bello, Turgot á lo útil, Voltaire á lo verdadero y Rousseau á lo justo.

Pero al lado y por bajo de los filósofos brotaron los sofistas, vejetacion venenosa, que se mezclaba con el progreso saludable, cicuta en un bosque vírgen. Mientras el verdugo quemaba en el átrio del Palacio de Justicia los notables libros de los libertadores del siglo, escritores hoy olvidados ya publicaban, con privilegio del rey, escritos extrañamente desorganizadores, que leian con avidez los miserables. Algunas de dichas publicaciones, que estúpidamente patrocinaba un príncipe, se encuentran en la *Biblioteca secreta*. Estos hechos ignorados no aparecian en la superficie. Algunas veces la oscuridad de un hecho constituye su peligro; es oscuro porque es subterráneo. De todos estos escritores, el que dejó más huella en los miserables fué Restif de La Bretonne.

Este trabajo, comun á toda Europa, hizo más estragos en Alemania que en ninguna parte. En Alemania, durante cierto período, que reanimó Schiller en su famoso drama *Los bandidos*, se erigieron en protesta contra la propiedad y el trabajo, el robo y el pillaje; se asimilaban algunas ideas elementales especiosas y falsas, justas en la apariencia y absurdas en la realidad; se envolvian en estas ideas, desapareciendo en ellas en cierto modo; tomaban un nombre abstracto y pasaban al estado de teoría; y de esta manera circulaban entre la multitud laboriosa, paciente y honrada, sin saberlo los mismos químicos imprudentes que habian preparado la mixtura, y sin saberlo tampoco las masas que la aceptaban.

Encierra mucha gravedad siempre que se verifica un hecho de esta índole. El sufrimiento engendra la cólera, y mientras que las clases felices están ciegas ó adormecidas, el ódio de las clases desgraciadas enciende su antorcha á la luz de algun espíritu tétrico ó contrahecho que está soñando en un rincon, y con ella se dedica á examinar la sociedad. ¡El exámen del ódio es terrible! De él nacen, si así lo trae consigo la desgracia de los pueblos, las terribles conmociones que antes se llamaban *jacquerías*, en cuya comparacion las agitaciones políticas son juegos de niños, que no significan la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelion del malestar contra el bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las *jacquerías* son temblores del pueblo.

Ese peligro, inminente quizás en Europa á fines del siglo diez y ocho, fué el que vino á detener la Revolucion francesa, ese acto inmenso de probidad; la Revolucion francesa, que no fué otra cosa que lo ideal armado con la espada, y que se levantó blandiéndola, y que con el mismo movimiento brusco cerró la puerta del mal y abrió la puerta del bien. Simplificó y resolvió la cuestion, promulgó la verdad, expulsó los miasmas, saneó el siglo y coronó al pueblo. Puede decirse que creó al hombre por segunda vez, dándole la segunda alma, el derecho.

El siglo diez y nueve hereda y se aprovecha de su obra; y hoy la catástrofe social, que indicamos hace poco, es imposible. Ciego es el que la anuncia y necio el que la teme. La Revolucion fué la vacuna de la *jacquería*.

Gracias á la Revolucion, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre; no queda ya nada de la Edad Media en nuestra constitucion. Pasaron ya los tiempos en los que hacian irrupciones espantosas hormigueros interiores, en los que bajo los piés se oia rumor sordo y profundo, en los que aparecian en la superficie de la civilizacion ciertos levantamientos de galerías secretas, en los que se abrian el suelo y las bóvedas de las cavernas para vomitar de repente sobre la tierra cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral.

Desarrollando el sentimiento del derecho se desarrolla el sentimiento del deber. La ley de todos es la libertad, que concluye donde empieza la libertad de otro, segun la admirable definicion de Robespierre.

Desde 1789 el pueblo entero se dilata en el individuo realzado: no hay pobre que teniendo su derecho no tenga su rayo de luz; el hambriento siente dentro de sí mismo la honradez de Francia; la dignidad del ciudadano es una armadura interior; el que es libre es escrupuloso; el que vota reina. De aquí proviene la incorruptibilidad y el aborto de las ambiciones funestas; de aquí que se aparten heróicamente las miradas de las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal, que en un dia de emancipacion, en un 14 de Julio, en un 10 de Agosto, no aparece ya el populacho.

En el primer grito queda la muchedumbre iluminada y engrandecida: "Muerte al ladron!„

El progreso es honrado; lo ideal y lo absoluto no son hipócritas. ¿Qué escolta tuvieron en 1848 los furgones que contenian las riquezas de las Tullerías? Los traperos del barrio de San Antonio. Los andrajos fueron los guardianes del Tesoro, y la virtud hizo resplandecer los andrajos. Los furgones llevaban en cajas apenas cerradas ó entreabiertas, entre cien estuches deslumbradores, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, que ostentaba por remate el carbunclo real del Regente, que vale treinta millones de francos, y esa corona y esas alhajas las custodiaron los haraposos, los descalzos y los hambrientos.

Acabóse, pues, la *jacquería*. Lo sentimos por los hábiles, porque con ella ha desaparecido el temor, y este gran efecto ya no podrá emplearlo su política; se ha roto el resorte del espectro rojo, y todo el mundo lo sabe: el espantajo no espanta ya. Los pájaros se familiarizan con el maniquí; los gorriones se posan sobre él, y los ciudadanos se rien al verle.

## IV.

### Los dos deberes: velar y esperar.

Ha desaparecido por esto todo peligro social? De ningun modo. No existe ya la *jacquería;* por esa parte puede estar tranquila la sociedad; no se le subirá la sangre á la cabeza, pero debe estudiar el modo con que respira. No debe temer la apoplegía, pero debe temer la tísis. La tísis social se llama la miseria.

Lo mismo se muere minado que de un ataque fulminante.

No nos cansaremos de repetirlo: hay que pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida; consolarla, proporcionarla aire y luz; darla educacion bajo todas las formas; ofrecerla el ejemplo del trabajo y nunca el de la ociosidad; aminorar el peso de la carga individual, aumentando la nocion del fin universal; limitar la pobreza sin limitar la riqueza; crear vastos campos de actividad pública y popular; tener, como Briareo, cien manos que tender por todas partes á los débiles y á los oprimidos; emplear el poder colectivo en el sagrado deber de abrir talleres para todos los brazos; escuelas

para todas las aptitudes y laboratorios para todas las inteligencias; aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el debe y el haber; en una palabra, conseguir que despida el aparato social más claridad y más bienestar en beneficio de los que padecen y de los ignorantes.

Todo esto, sin embargo, no es más que un principio. La verdadera cuestion es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

Si la naturaleza se llama Providencia, la sociedad debe llamarse Prevision.

El crecimiento intelectual y moral es tan indispensable como el mejoramiento material. El saber es un viático, el pensar es la primera necesidad, la verdad alimenta como el trigo. La razon, cuando sufre el ayuno de la ciencia y de la reflexion, enflaquece. Compadezcamos, como á los estómagos, á los espíritus que no comen. Si hay algo más doloroso que el cuerpo que agoniza por falta de alimento, es el alma que muere por falta de luz.

El progreso tiende á la solucion del problema. Llegará el dia en que todo el mundo, se asombre. El género humano, ascendiendo siempre, conseguirá que sus capas más profundas salgan naturalmente de la zona de la desgracia. La desaparicion de la miseria se verificará por la simple elevacion del nivel.

Nadie puede dudar de esta gran solucion. Cierto es que lo pasado conserva aun mucha vida en el momento que escribimos. Revive, y el rejuvenecimiento de su cadáver es cosa sorprendente. Anda y se acerca; parece triunfante; es un muerto conquistador; llega con sus legiones, que son las supersticiones; con su espada, que es el despotismo; con su bandera, que es la ignorancia; en poco tiempo gana diez batallas; avanza, amenaza, se rie y está á nuestras puertas. Pero nosotros no desesperamos. Vendamos el terreno que ocupa el campamento de Aníbal.

Los que creemos, ¿qué podemos temer?

No hay retroceso en las ideas, como no lo hay en los rios.

Reflexionen los que no quieren que amanezca el porvenir: negando el progreso no condenan el porvenir, sino á sí mismos. Se crean sombría enfermedad; se inoculan el mal de lo pasado. No existe más que un solo modo de negarse á ser Mañana: morir.

Nosotros no deseamos ninguna muerte: la del cuerpo, lo más tarde posible; la del alma, nunca. El enigma dirá la palabra; la esfinge hablará; el problema quedará resuelto. El pueblo que bosquejó el siglo diez y ocho, lo perfeccionará el siglo diez y nueve. El que lo niegue será idiota. La perfeccion futura, el estado próximo al bienestar universal, es un fenómeno divinamente fatal.

Los hechos humanos se rigen por inmensos empujes simultáneos que los ponen en un tiempo dado en su estado lógico; es decir, en equilibrio; es decir, que los conducen á la equidad. Fuerza que participa de celestial y de terrestre dá por resultado la humanidad, y la gobierna: esta fuerza hace milagros, y para ella los desenlaces maravillosos no son más difíciles que las peripecias extraordinarias; con el auxilio de la ciencia, que viene del hombre, y con el del acontecimiento, que viene de otra parte, no le asustan las contradicciones en la enunciacion de los problemas que al vulgo le parecen imposibles: no es menos hábil para sacar una solucion de la afinidad de ideas que para sacar una enseñanza de la afinidad de los hechos; y todo se debe esperar del misterioso poder del progreso, que un dia pone al Oriente frente al Occidente en el fondo de un sepulcro y hace conversar á los imanes con Bonaparte en el interior de la gran pirámide.

Esperando avanzar más cada dia no nos paremos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de los espíritus. La filosofía social es esencialmente la ciencia de la paz; tiene por objeto y debe tener por resultado la disolucion de las iras por medio del estudio de los antagonismos; examina, escudriña, analiza y despues recompone; procede por vía de reduccion, separando siempre el ódio.

Hemos visto más de una vez desaparecer ciudades: la historia está llena de naufragios de imperios y de pueblos; costumbres, leyes, religiones, todo desaparece, el dia menos pensado, ante la furia del huracan desconocido que pasa arrastrándolo todo.

Las civilizaciones de la India, de la Caldea, de Persia, de Asiria y de Egipto desaparecieron una tras otra. Por qué? Lo ignoramos. ¿Qué causas produjeron esos desastres? No lo sabemos. ¿Hubieran podido salvarse esas sociedades? ¿Tuvieron ellas la culpa de su destruccion? ¿Alimentaron algun vicio fatal que las perdió? ¿En qué cantidad entra el suicidio en las muertes terribles de una na-

cion y de una raza? Cuestiones son estas á las que no se puede contestar.

Espesa noche cubre á las civilizaciones condenadas. Hacian agua, puesto que se fueron á fondo. No podemos decir otra cosa. Miramos con cierto asombro en el fondo del mar, que se llama pasado, y detrás de las olas colosales, que se llaman siglos, cómo zozobran los inmensos buques que se llaman Babilonia, Nínive, Társis, Tebas y Roma, azotados por los furiosos aquilones que salen de todas las bocas de las tinieblas.

Pero esas tinieblas se quedan allí; aquí tenemos claridad, tenemos luz. Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas, pero conocemos las enfermedades de nuestra civilizacion; podemos contemplar sus bellezas y poner al descubierto sus deformidades. Donde encontramos un dolor lo sondeamos, y despues de consignar el padecimiento, el estudio de su causa nos encamina al descubrimiento del remedio. Nuestra civilizacion, que es obra de veinte siglos, es un mónstruo y un prodigio al mismo tiempo, y vale la pena de que la salvemos, y la salvaremos. Conseguir consolarla ya es mucho, pero iluminarla es mucho más. Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben dirigirse hácia ese punto. El pensador moderno tiene que cumplir el gran deber de auscultar la civilizacion.

Dicha auscultacion es un estímulo, é insistiendo en este estímulo vamos á terminar estas páginas, que es el entreacto austero del drama doloroso. En la mortalidad social se descubre que es imperecedera la humanidad. Porque el globo tenga aquí y allí esas heridas que se llaman cráteres, y esas herpes que se llaman solfataras; porque haya un volcan que se abra y arroje su pus, el globo no muere. Los males del pueblo no matan al hombre; sin embargo, el que estudia la clínica social tiembla á cada instante. Los más fuertes, como los más sensibles y como los más lógicos, tienen sus horas de desfallecimiento.

Llegará el porvenir? Bien podemos preguntarlo al descubrir sombras tan terribles. Sombras faz á faz de los egoistas y de los miserables. En los egoistas las preocupaciones, las tinieblas de una educacion rica; el apetito que aumenta la embriaguez; el aturdimiento de la prosperidad, que asombra; el temor de padecer, que en algunos llega hasta inspirarles aversion los que padecen; la satisfaccion implacable y el *yo*, tan hinchado, que cierra las puertas del alma. En los miserables la ambicion, la envidia, el ódio, que proviene de ver gozar á los demás; las profundas sacudidas de la fiera humana hácia la saciedad del apetito; los corazones llenos de tristeza, la fatalidad, la necesidad y la ignorancia simple ó la impura.

Debemos continuar elevando los ojos al cielo, porque el punto luminoso que en él se distingue no debe ser de los que se apagan.

Es terrible ver así perdido lo ideal en las profundidades, diminuto, aislado y brillante, pero amagado por las grandes amenazas negras que se amontonan monstruosamente á su alrededor, y que, esto no obstante, no corre más peligro que la estrella que se vé asaltada por las nubes.

# LIBRO OCTAVO

## Encanto y desconsuelo.

### I.

#### Plena luz.

Sin duda alguna habrá comprendido el lector que cuando Eponina conoció, al través de la verja, al inquilino de la calle de Plumet, á cuya casa la envió la Magnon, quiso alejar de allí á los bandidos y condujo hasta allí á Mario. Este, despues de pasar muchos dias en éxtasis ante la verja del jardin, impulsado por la fuerza que arrastra el hierro hácia el imán y el amante hácia el domicilio de su amor, acabó por introducirse en el jardin de Cosette, como Romeo en el jardin de Julieta.

Pero le fué más fácil que á Romeo; éste tuvo que escalar una pared y Mario no hizo más que forzar un poco una de las barras de la verja decrépita, que vacilaba en su alvéolo enmohecido, como los dientes de los viejos. Mario era delgado y pudo pasar por entre los hierros. Como la calle estaba siempre desierta y él solo entraba de noche en el jardin, no corria peligro de que le viesen.

Desde la hora bendita y santa en la que un beso unió dos almas, Mario seguia yendo al jardin de Cosette: si ésta, en aquel período de su vida, hubiera correspondido á un hombre poco escrupuloso ó libertino, se hubiera perdido para

siempre, porque hay naturalezas generosas que se entregan por completo, y la de Cosette era una de ellas. Una de las magnanimidades de la mujer consiste en ceder. Cuando el amor llega á la altura en que es absoluto, se complica con la celestial ceguedad del pudor y corren grandes peligros las almas nobles. Muchas veces dan el corazon y los hombres toman el cuerpo, y se quedan ellas con el corazon, mirándole y temblando en la oscuridad. El amor no tiene término medio; ó pierde ó salva. El destino humano se encierra en este dilema, que ninguna fatalidad plantea tan inexorablemente como el amor. El amor dá la vida ó la muerte; es cuna, pero tambien es tumba. El mismo sentimiento dice que sí ó que no en el corazon humano. De todas las cosas que Dios creó, el corazon es la que despide más luz, pero tambien la que sume en mayor oscuridad.

Dios quiso que Cosette encontrase uno de esos amores que salvan.

Durante el mes de Mayo de 1832 se encontraron todas las noches en el jardin semisalvaje, bajo el follaje, cada dia más espeso y más embalsamado, dos séres castos é inocentes, sumergidos en felicidades celestiales, más cerca de los arcángeles que de los hombres, embriagados y explendentes en medio de la oscuridad. Parecíale á Cosette que sobre la frente de Mario brillaba una corona, y á Mario que ceñia un nimbo la cabeza de Cosette.

Se miraban, se tocaban, se cogian las manos, se estrechaban uno contra otro; pero habia una distancia que no acortaban, no porque se respetasen, sino porque la desconocian.

A Mario le servia de barrera la pureza de Cosette, y á Cosette le servia de apoyo la lealtad de Mario. Su primer beso fué el último.

Despues Mario solo tocaba con los labios la mano ó el vestido ó un bucle de Cosette, que era para él un perfume, no una mujer: la aspiraba. Ella nada le negaba, porque él nada la pedia; ella era feliz y él estaba satisfecho. Vivian en el dichoso estado que pudiera llamarse el deslumbramiento de un alma por otra; en el inefable abrazo en lo ideal de dos virginidades; eran dos cisnes que se encontraban en las aguas de la pureza.

En el período del amor, en que el deleite se calla absolutamente, supeditado por el éxtasis, Mario hubiera sido capaz de entrar antes en una casa *non sancta* que de levantar el vestido de Cosette á la altura del tobillo. En una ocasion, á la luz de la luna, Cosette se bajó á coger algo del suelo, se entreabrió su corsé y dejó descubierto el nacimiento del cuello. Mario apartó la vista de ella. ¿Qué pasaba entre aquellos dos séres? Nada. Se adoraban.

Cuando estaban allí por la noche, el jardin parecia un lugar vivo y sagrado. Las flores se abrian alrededor de ellos y les enviaban sus perfumes, y ellos abrian las almas y las derramaban sobre las flores. Aquella vigorosa y ardiente vejetacion temblaba llena de sávia y de alegría en torno de los dos séres inocentes, y éstos se decian palabras amorosas que hacian extremecer á los árboles. ¿Qué palabras eran esas? Soplos, nada más; pero estos soplos bastaban para conmover y turbar á aquella naturaleza. Ese poder mágico seria comprensible apenas si se leyesen en un libro esas conversaciones que nacen para ser arrastradas y disipadas como humo por el viento que agita las hojas. Quitad á los murmullos de dos amantes la melodía que sale del alma y que les acompaña como una lira, y no queda nada de su diálogo; porque solo quedan de él niñeces, repeticiones, risas sin motivo, inutilidades, tonterías, lo más sublime y lo más profundo, las únicas cosas que merecen decirse y escucharse.

El hombre que jamás ha dicho ni escuchado esas tonterías y esas pequeñeces, ó es un imbécil ó es un hombre perverso.

—Sabes que me llamo Eufrasia? decia la jóven.

—Eufrasia? No, te llamas Cosette.

—Cosette es un nombre muy feo que me pusieron cuando era niña, pero mi verdadero nombre es Eufrasia. ¿No te gusta?

—Sí... pero Cosette no es feo.

—Te gusta más que Eufrasia?

—Pero... sí.

—Entonces tambien á mí me gusta más. Es verdad, es muy bonito Cosette. Llámame Cosette.

La sonrisa que acompañaba á esas palabras convertia este diálogo en un idilio digno de un bosque que estuviese en el cielo.

Otras veces la jóven miraba fijamente á Mario y exclamaba:

—Eres muy guapo, tienes mucho talento, eres más sábio que yo, pero te desafío á querer.

Mario estaba embebecido.

Ella le daba un golpecito porque tosía, diciéndole con gracioso mohin:

—No tosas, que no quiero que nadie tosa en mi casa sin mi permiso. No está bien que tosas para inquietarme. Quiero que estés bueno, porque si enfermaras seria yo muy desgraciada. ¿Qué habia de hacer?

Mario dijo una vez á su adorada:

—Figúrate que yo creia que te llamabas Ursula.

Esto les hizo reir toda la noche.

Otra vez exclamó Mario:

—Un dia, en el Luxemburgo, tuve deseos de acabar de estropear á un inválido.

Se detuvo y no fué más allá, porque hubiera tenido que hablar á Cosette de la liga, y esto le era imposible. Se interponia entre ellos una especie de barrera desconocida, la carne, ante la que retrocedia como con temor sagrado aquel amor inocente.

Mario se figuraba que vivir con Cosette era ir todas las noches al jardin de la calle Plumet, sentarse á su lado en el banco, poner en contacto el pliegue de la rodilla del pantalon con la falda de Cosette, acariciarla la uña del dedo pulgar, hablarse de tú y aspirar uno despues de otro el perfume de la misma flor indefinidamente.

Entre tanto las nubes pasaban sobre ellos por el horizonte. El viento, cuando sopla, arrastra más sueños del hombre que nubes del cielo.

Aquellos castos y casi huraños amores no rechazaban la galantería en absoluto. "Hacer cumplimientos„ á la persona querida es el primer modo de acariciar; es un ensayo de audacia.

El cumplimiento obsequioso es como un beso que se dá al través del velo. La voluptuosidad envuelve en él su gérmen, ocultándose; en la voluptuosidad el corazon retrocede para amar mejor. Las galanterías de Mario, saturadas de quimeras, eran, por decirlo así, celestes. Los pájaros cuando vuelan por extraordinarias alturas, cerca de los ángeles, deben oir palabras como esas; en ellas, sin embargo, transpiraba la vida, la humanidad y toda la cantidad de positivismo de que Mario era capaz.

Lo que se decian en la gruta era el preludio de lo que se dice en la alcoba; una efusion lírica, la estrofa interpolada con el soneto; las caballerescas hipérboles del arrullo; los refinamientos de la adoracion formando un ramillete y exhalando sutil y celestial perfume; el inefable susurro de corazon á corazon.

—Oh! exclamaba Mario; ¡qué hermosa eres! No me atrevo á mirarte. Por eso te contemplo. Eres una de las tres Gracias. No sé lo que tengo. El bajo de tu vestido, cuando asoma la punta del pié, me trastorna. Desprendes resplandor cuando se entreabre tu pensamiento. Hablas siempre con asombroso juicio. Hay momentos en los que me parece que eres un sueño. Habla, que te escucho y te admiro. Estoy verdaderamente loco de amor, porque eres digna de adoracion. Estudio tus piés con el microscopio y tu alma con el telescopio.

Cosette respondia:

—Ahora te quiero un poquito más por el tiempo que ha pasado desde esta mañana.

Cosette era la sencillez, la ingenuidad, la transparencia, la blancura, el candor, la luz; podria decirse que era diáfana. Causaba al que la veia sensacion semejante á la que producen el Abril y la aurora; en sus ojos aparecia el rocío; era la condensacion del resplandor boreal bajo la forma de mujer.

Se comprendia que adorándola Mario la admirase. La verdad es que la colegiala, tierna flor del convento, hablaba con penetracion exquisita y decia á cada instante frases exactas y delicadas; no se engañaba en ninguna materia, y acertaba á decir siempre lo justo. La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazon, que es infalible, y nadie puede decir cosas que sean tiernas y profundas á la vez como la mujer.

Gozando los dos amantes de plena felicidad, les asomaban á cada momento lágrimas á los ojos.

El insectillo aplastado, la pluma caida del nido, la rama de un árbol rota los extremecia, y su éxtasis, dulcemente impregnado de melancolía, parecia que solo deseaba una lágrima. El síntoma inequívoco del amor es el enternecimiento, casi insoportable algunas veces.

Despues de esto, porque tales contradicciones son el juego de los relámpagos amorosos, se reian expontáneamente y con expansiva libertad, y tan familiarmente que parecian dos niños. Sin embargo, aunque lo ignoraban, sus corazones rebosaban castidad; en ellos vivia la naturaleza inolvidable. Vivia con su objeto brutal y sublime, y por grande que sea la inocencia de las almas, se apercibe en la conversacion íntima más púdica el

adorable y misterioso matiz que diferencia á dos amantes de dos amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten. Los amantes se adoran, se sonríen, se acarician, se tutean, se entrelazan los dedos de las manos, y todo esto no se opone á la eternidad. Los amantes se esconden al anochecer en el crepúsculo, en lo invisible, como los pájaros y las rosas; se fascinan uno á otro en la oscuridad con sus corazones, que ven clarear en los ojos; murmuran, cuchichean, y entre tanto el grandioso oscilamiento de los astros llena el infinito.

## II.

### El aturdimiento de la felicidad completa.

Los dos amantes vivian asombrados de su felicidad y ni siquiera se habian fijado en que el cólera diezmaba á Paris precisamente en aquel mes.

Se habian hecho todas las confianzas posibles. Mario dijo á Cosette que era huérfano, que se llamaba Mario Pontmercy, que era abogado, que vivia de escribir para los editores, que su difunto padre fué coronel y héroe, que estaba reñido con su abuelo, que era hombre rico. Le indicó tambien que era baron, pero su título no produjo ningun efecto en Cosette. No comprendia que Mario fuese baron, no sabia lo que queria decir esa palabra. Para ella, Mario era Mario.

Cosette le refirió que se habia educado en el convento del Petit-Picpus, que no tenia madre, que su padre se llamaba el señor Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas, y á pesar de esto era pobre; que se privaba de todo, pero que á ella no la privaba de nada.

Le halagaba tanto á Mario la vida desde que visitaba á Cosette, que su pasado, hasta lo más reciente, le parecia tan confuso y lejano, que lo que Cosette le confiaba le satisfacia plenamente. Ni siquiera pensó en hablarla de la aventura nocturna del caseron de Thenardier, de la quemadura del señor Blanco, de su actitud extraña y su singular fuga.

Mario habia olvidado todo esto; no sabia por la noche lo que habia hecho por la mañana, ni recordaba dónde almorzó, ni con quién habia hablado; tenia en los oidos una música que le ensordecia para todo lo demás; solo existia las horas en que veia y hablaba á Cosette. Como entonces estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra. Los dos llevaban lánguidamente el peso indefinible de las voluptuosidades inmateriales. De ese modo viven esos sonámbulos que se llaman enamorados.

¿Quién no ha pasado por esa situacion? ¿Por qué llega la hora de salir de ese paraiso? ¿Por qué la vida continúa despues?

El amor reemplaza casi al pensamiento; es un completo olvido de todo lo demás. No pidais, pues, lógica á la pasion. No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazon humano, como no hay ninguna figura geométrica perfecta en la mecánica celeste.

Para Cosette y para Mario no existian en el mundo más que el uno y el otro: á su alrededor el universo habia caido en un abismo. Vivian en un minuto de oro. No miraban adelante ni atrás: Mario apenas pensaba que Cosette tenia padre. En su cerebro habia como un deslumbramiento que todo lo borra. ¿De qué hablaban aquellos amantes? Ya lo hemos dicho: de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes; se lo decian todo, esto es, el todo de los enamorados, que es nada. El padre, las realidades, la madriguera de Thenardier, la emboscada, los bandidos, ¿qué les importaba? ¿Tenian seguridad de que habia existido aquel sueño? Eran dos, se adoraban; esto era lo real, lo demás no existia para ellos. Posible es que el desvanecimiento del infierno detrás de nosotros sea inherente á la llegada al paraiso. ¿Acaso se han visto los demonios? Los ha habido? Se tuvo miedo? Se sufrió? Ya no se sabe, porque todo eso lo tapa una nube de color de rosa.

De este modo vivian á una gran altura Mario y Cosette con toda la inverosimilitud que puede haber en la naturaleza, sin estar en el nadir ni en el zenit, entre los hombres y los serafines, sobre el fango y bajo el éter, en las nubes; denotando apenas ser de carne y hueso; siendo alma y éxtasis desde los piés á la cabeza; demasiado sublimes para andar por la tierra, pero con bastante humanidad para poder desaparecer por lo etéreo; vivian en suspension, como átomos que esperan el precipitado; fuera del destino en la apariencia; ignorando la miseria del ayer, del hoy y del mañana; maravillados, pasmados y flotantes, aligerándose por momentos para desapa-

recer en el infinito, casi dispuestos á levantar el vuelo eterno.

Algunas veces, aunque Cosette era hermosa, Mario cerraba los ojos al mirarla, porque cerrando los ojos es como mejor se vé el alma.

Mario y Cosette no se preguntaban á dónde irian á parar. Se creian haber llegado ya. Los hombres tienen la extraña pretension de querer que el amor conduzca á alguna parte.

## III.

### Principia la oscuridad.

Juan Valjean nada sospechaba del amor de su ahijada. Cosette, algo menos soñadora que Mario, estaba alegre, y esto le bastaba á Juan Valjean para ser feliz. Los pensamientos de Cosette, sus tiernas ilusiones, la imágen de su adorado, que conservaba grabada en el corazon, no perjudicaban á la pureza incomparable de su frente hermosa y casta. Se encontraba en la edad en que la vírgen lleva el amor como el ángel la azucena. Juan Valjean estaba, pues, tranquilo.

Además, cuando dos amantes se entienden, es fácil desorientar á un tercero que podia turbar su amor, al que ciegan las precauciones que saben tomar los enamorados. Cosette nunca se oponia á lo que deseaba Juan Valjean. ¿Queria pasear? Paseaba. ¿Queria quedarse en casa? A ella le parecia muy bien. ¿Queria pasar la noche al lado de Cosette? Ésta se alegraba.

Cuando Juan Valjean se retiraba á las diez de la noche, Mario no iba al jardin hasta despues de esa hora, y no entraba hasta que oia desde la calle que Cosette abria la puerta vidriera de la escalinata.

De dia nunca iba Mario á la calle Plumet.

Juan Valjean ya no se acordaba de que existia semejante hombre.

Solo una mañana dijo á su ahijada:

—Calla! ¡tienes la espalda sucia de yeso!...

La noche anterior, Mario, en un momento de transporte, habia estrechado á Cosette contra la pared.

La tia Santos, que se acostaba muy temprano, solo pensaba en dormir cuando terminaba sus ocupaciones, y lo ignoraba todo como Juan Valjean.

Mario no subia á la casa, y cuando estaba en el jardin con Cosette se escondia en una rinconada cerca de la escalinata, para que no le viesen ni oyesen desde la calle. Allí se sentaban, contentándose muchas noches con apretarse las manos veinte veces por minuto, contemplando las ramas de los árboles.

En aquellos momentos, aunque cayera un rayo á treinta pasos de ellos no lo notarian: de tal manera absorbia cada uno el profundo pensamiento del otro.

La anchura del jardin los separaba de la calle. Cada vez que Mario entraba y salia ajustaba con gran cuidado la barra de la verja de modo que nada se conociese.

Ordinariamente se iba á la media noche y se dirigia á casa de Courfeyrac.

Courfeyrac decia á Bahorel:

—Lo creerás? Mario se retira ahora á la una de la mañana.

Bahorel le respondia:

—Qué quieres! cuando menos se piensa salta la liebre.

Algunas veces Courfeyrac cruzaba los brazos, y poniéndose sério, le decia á Mario:

—Te veo muy perdido, jóven!...

Courfeyrac, que era hombre práctico, no veia con buenos ojos el reflejo de un paraiso invisible en Mario: estaba poco acostumbrado á las pasiones inéditas; se impacientaba y hacia muchas reflexiones á Mario para que volviese á la vida real.

Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Me parece que te has instalado en la luna, reino del delirio y provincia de la ilusion. Vamos, sé razonable y dime quién es ella.

Pero no le fué posible conseguir que se lo confiase Mario; antes éste se hubiera dejado arrancar las uñas que pronunciar una de las tres sílabas sagradas que componian el nombre de Cosette. El verdadero amor es luminoso como la aurora y silencioso como la tumba.

Courfeyrac habia notado que Mario guardaba singular taciturnidad.

En el alegre mes de Mayo, Mario y Cosette descubrieron inmensas felicidades.

Reñir y hablarse de vos, con el objeto de hablarse despues de tú con más placer.

Hablar con extension y con minuciosos detalles de personas que no les importaban, lo que es una prueba más de que en la ópera arrebatadora que se llama amor, el libreto significa muy poco; escuchar, juntando las rodillas, el ruido de los coches que pasaban por la

calle de Babilonia; contemplar el mismo planeta en el cielo, ó el mismo gusano de luz en la tierra; callarse á un tiempo, que es placer mayor aun que el de conversar, etc. etc.

Una noche que Mario iba á acudir á la cita por el boulevard de los Inválidos, con la cabeza inclinada, como tenia por costumbre, al volver la esquina de la calle Plumet oyó que le decian:

—Buenas noches, señor Mario.

Levantó la cabeza y conoció á Eponina, que le causó extraña impresion.

Ni una sola vez habia pensado en aquella muchacha desde el dia que le acompañó á la calle Plumet; no la habia vuelto á ver y la habia olvidado enteramente. Tenia motivos para guardarle gratitud, porque la debia su felicidad presente, y, sin embargo, le disgustó encontrarla.

Es un error creer que la pasion, cuando es pura y feliz, acerca al hombre al estado de perfeccion; le conduce simplemente á un estado de olvido: en esa situacion el hombre se olvida de ser malo, pero tambien se olvida de ser bueno. El agradecimiento, el deber y otros muchos recuerdos se desvanecen en él. En otras circunstancias Mario hubiera hablado á Eponina de distinta manera. Absorbido su pensamiento en sus amores, ni siquiera recordaba que aquella jóven se llamaba Thenardier y llevaba el apellido que dejó escrito su padre en su testamento, apellido por el que se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes.

Preguntó, pues, á la jóven con aire indiferente:

—Ah! Sois vos, Eponina?

—Por qué no me tuteais? ¿Os he ofendido en algo?

—No, respondió Mario.

No tenia el menor resentimiento de ella; al contrario, le debia estar agradecido. Pero comprendia que debia obrar así: hablando de tú á Cosette, debia hablar de vos á Eponina.

—Decidme...

La hija de Thenardier dejó de hablar de pronto. Parecia que no encontraba palabras aquella pobre criatura, tan locuaz y tan atrevida en otro tiempo.

Trató de sonreir y no pudo, y le preguntó:

—Y bien...?

Despues calló otra vez y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Mario, dijo luego de repente, y se fué.

## IV.

**Cab roule en inglés y tamború en caló.**

Al dia siguiente, 3 de Junio de 1832, fecha que consignamos por estar suspendidos en ella sobre Paris graves acontecimientos, como preñadas nubes próximas á descargar, Mario, al anochecer, seguia el mismo camino de la víspera, con el regocijo de siempre, cuando vió por entre los árboles del boulevard á Eponina que se dirigia hácia él. Entonces Mario salió del boulevard y cambió de camino, encaminándose á la calle de Plumet por la de Monsieur.

Eponina le siguió hasta la calle Plumet, lo que nunca habia hecho, contentándose con verle pasar por el boulevard sin ir á su encuentro.

Eponina le siguió sin que él lo supiese; le vió cómo separaba el hierro de la verja y entrar en el jardin.

—Calla! exclamó; entra en la casa!...

Se acercó á la verja, tentó los hierros uno despues de otro y encontró con facilidad el que facilitaba la entrada á Mario.

Entonces exclamó con lúgubre acento:

—Nada de eso, Lisette!...

Se sentó en el estribo de la reja y al lado del hierro de entrada, como si lo estuviese custodiando: aquel punto era el extremo de la verja que tocaba en la casa próxima y formaba un ángulo oscuro, en el que se escondia Eponina.

En él permaneció más de una hora sin moverse y sin respirar, entregada á sus pensamientos.

Hácia las diez de la noche, una de las dos ó tres personas que pasaban por la calle Plumet, que era un viejo que se habia retardado y que pasaba muy de prisa por aquel desierto terrible, oyó una voz sorda y amenazadora que decia:

—¡No extraño que venga todas las noches!...

El transeunte miró á su alrededor; no viendo á nadie, y no atreviéndose á mirar al rincon oscuro, tuvo miedo y apresuró el paso.

El anciano transeunte hizo bien en salir de allí corriendo, porque un minuto despues, seis hombres, que andaban á corta distancia unos de otros, á lo largo de la pared, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó á la verja del jardin se paró, esperando á los otros; poco despues estaban ya reunidos los seis y empezaron á hablar en voz baja.

—Aquí es, dijo uno de ellos.

—¿Hay algun tamború (perro) en el jardin?

—No lo sé; para ese caso traigo una bolita que le haremos tragar.

—¿Has traido la pasta para romper la ventana?

—Sí.

—La verja es vieja, dijo el quinto, que tenia voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor, repuso uno de ellos; así no la hará chillar la lima y nos costará poco de franquear.

Uno de los hombres, que aun no habia hablado, examinaba atentamente la verja, como hizo Eponina una hora antes, empuñando cada hierro sucesivamente y moviéndolos con precaucion; en cuanto llegó al que Mario quitaba todas las noches, fué á cogerlo, y una mano que salió bruscamente de la oscuridad le agarró por el brazo; al mismo tiempo sintió que le rechazaban, dándole un golpe en el pecho, y oyó una voz que sin gritar le decia:

—Hay aquí un tamború.

En seguida vió delante de él una jóven pálida.

El hombre experimentó la conmocion que causa siempre lo inesperado. Se erizó de terror, y nada hay tan horrible como las fieras inquietas; su aspecto espanta. Retrocedió, murmurando:

—Quién será esa pícara?

—Vuestra hija.

En efecto, Eponina era la que hablaba á Thenardier.

Al ver aparecer á Eponina, los otros cinco hombres, Suena-dinero, Tragamar, Babet, Montparnasse y Brujon se acercaron silenciosamente y con lentitud siniestra de feroces bandidos. Llevaban repugnantes instrumentos. Tragamar tenia en la mano una de esas pinzas cortas que los vagos llaman tenaza.

—Qué haces ahí? Tratas de oponerte? Estás loca? exclamó Thenardier, gritando cuanto se puede gritar en voz baja. Pretendes impedir que trabajemos?

Eponina se echó á reir y se arrojó al cuello de su padre.

—Estoy aquí, padrecito mio, porque estoy aquí, sentada en este rincon oscuro; vos sí que no debíais estar aquí. Es inútil que vengais, porque ya le dije yo á la Magnon que esto es un bizcocho. Aquí no se puede trabajar. Pero abrazadme, querido papá. ¡Hace mucho tiempo que no os he visto! ¡Ya veo que estais libre!...

Thenardier trató de desembarazarse de los brazos de su hija y murmuró:

—Está bien, me has abrazado ya y basta; ya ves que salí de la sombra. Ahora vete.

Eponina no cesaba de acariciarle.

—Papaito, ¿cómo habeis conseguido escapar? Se necesita mucho ingenio para haberse fugado de allí. Contádmelo. Dónde está mi madre? Dadme noticias de mi mamá.

—Está buena, no lo sé, déjame; te digo que te vayas, le respondió Thenardier.

—No quiero irme, le contestó su hija haciendo un mimo de niño enfadado; es mucha crueldad despedirme cuando hace cuatro meses que no os he visto y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros.

Eponina volvió á echarse al cuello de su padre.

—Vaya una tonta! exclamó Babet.

—Despachemos, repuso Traga-mar, que pueden venir los corchetes.

Eponina volvió la cabeza hácia los cinco bandidos, exclamando:

—Calla! Aquí está el señor Brujon. Buenos dias, señor Babet. Buenas noches, señor Suena-dinero. ¿No me conoceis, señor Traga-mar? ¿Cómo estás, Montparnasse?

—Sí, se acuerdan de tí. Dá los buenos dias y las buenas noches y lárgate pronto de aquí. Déjanos en paz.

—Esta es la hora de los lobos y no la de las gallinas, le contestó Montparnasse.

—Ya ves que hemos de trabajar aquí.

Eponina le cogió la mano á Montparnasse.

—Ten cuidado! la dijo éste: te vas á cortar. Llevo la navaja abierta.

—Mi querido Montparnasse, respondió Eponina tiernamente, es preciso tener confianza en las personas, y yo soy hija de mi padre. Babet y Traga-mar, yo me encargué de dar á luz este negocio.

Luego, apretando con su mano huesosa y débil como la de un esqueleto los gruesos dedos de Traga-mar, continuó:

—Ya sabeis que no soy tonta y que os he prestado servicios muchas veces. Pues bien; he tomado informes y sé que os exponeis inútilmente. Os juro que nada podeis sacar de esta casa.

—Solo hay mujeres, objetó Tragamar.

—Hoy no: los inquilinos de antes se han mudado.

—Pero no las luces, repuso Babet, enseñando á Eponina al través de las co-

pas de los árboles una luz que se paseaba por la buhardilla del pabellon.

Era la tia Santos que velaba aun y estaba poniendo á secar la ropa.

Eponina tentó el último recurso:

—Pues bien; la gente que vive aquí es muy pobre; no tiene dinero.

—Vete al diablo! exclamó Thenardier. Despues que registremos toda la casa ya sabrás si tienen ó no tienen parnés.

La dió un empujon para poder entrar.

—Montparnasse, te lo ruego, tú que eres buen muchacho, no entres.

—Lárgate, mujer: deja que los hombres hagan sus negocios, dijo Thenardier con tono decisivo.

Eponina soltó la mano de Montparnasse, que habia cogido otra vez, y preguntó:

—¿Os empeñais, pues, en entrar en esta casa?

—Algo hay de eso, contestó mofándose el ventrílocuo.

Entonces Eponina se recostó en la verja, afrontando á los seis bandidos, que iban armados hasta los dientes, y les dijo en voz baja, pero firme:

—Pues bien, no quiero que entreis.

Los bandidos se detuvieron asombrados; el ventrílocuo dejó de reir; ella continuó hablando:

—Oid lo que os voy á decir, que hablo ahora sériamente. Si entrais en el jardin, si solo tocais esta verja, grito, llamo á las puertas, despierto á los vecinos, llamo á los agentes de policía y os hago prender.

—Lo haria como lo dice, murmuró Thenardier en voz baja á Brujon y al ventrílocuo.

Eponina movió la cabeza y añadió:

—Empezando por mi padre!

Thenardier se aproximó á ella.

—No tan cerca, repuso su hija, rechazándolo.

Él retrocedió, murmurando entre dientes:—No la comprendo!... Y en voz más alta la apostrofó, diciéndola: —Perra! riendo de un modo horrible.

—Seré lo que querais, pero no entrareis. No soy hija de perro, soy hija de lobo. Sois seis hombres, pero no me importa; yo soy una mujer y no me causais miedo; marchaos. No entrareis en esta casa, porque yo no quiero. Si os acercais, ladro; ya os he dicho que soy el perro. Seguid vuestro camino, que ya me fastidiais. Andando, largo de aquí.

Dió un paso hácia los bandidos; estaba horrible y se reia.

—Os digo que no os tengo miedo. ¿Serán brutos estos hombres, que creen que asustan á una mujer porque tienen queridas ladronas que se esconden bajo la cama en cuanto ellos alzan el gallo? Yo no tengo miedo á nada! ¡Ni á vos, padre! añadió mirando fijamente á Thenardier.

Despues prosiguió, paseando sobre los bandidos sus ojos sanguinolentos:

—Lo mismo me dá que me encuentren mañana en la calle Plumet asesinada á puñaladas por mi padre, ó que me recojan dentro de un año en las redes de Saint-Cloud ó en la isla de los Cisnes, entre tapones viejos y podridos de corcho y entre perros ahogados.

Al llegar aquí la obligó á pararse violento ataque de tos seca que la acometió; la respiracion la salia del pecho como un estertor.

Despues de una pausa prosiguió:

—Daré gritos, acudirán los corchetes y os echarán las garras. Vosotros sois seis, pero yo soy todo el mundo.

Thenardier hizo un movimiento para abalanzarse sobre su hija.

—Acercaos! gritó ella amenazándole.

Thenardier se detuvo y la dijo con suavidad:

—Pues bien; no me acercaré, pero no hables tan alto. Es preciso que trabajemos, hija, porque nos hemos de ganar la vida. No quieres á tu padre?

—Me estais fastidiando!

—Es preciso vivir y comer...

—Por mí ya podeis reventar.

Eponina apoyó el codo sobre la rodilla y la barba en la mano y empezó á menear el pié con indiferencia. El farol próximo alumbraba su actitud y su perfil; no podia verse nada tan resuelto y tan sorprendente.

Los seis bandidos, admirados y sombríos al ver que los detenia una muchacha, se retiraron á lo más oscuro de la calle y celebraron consejo, levantando los hombros, humillados y furiosos.

Ella les contemplaba con expresion pacífica y feroz.

—Por algo obra de ese modo, dijo Babet. Se habrá enamorado del perro? Es una lástima que abandonemos este trabajo. ¡Dos mujeres y un viejo que vive en un traspatio, con buenas cortinas en las ventanas! El viejo debe ser judío. Me parecia un buen negocio...

—Pues bien, entrad vosotros, contestó Montparnasse; trabajad, que yo me

quedaré con la muchacha, y si chista...

Dijo esto haciendo relucir á la luz del farol la navaja que conservaba abierta.

Thenardier callaba; parecia dispuesto á todo.

Brujon, que tenia algo de oráculo y era el inventor de este golpe de mano, no habia hablado aun. Estaba pensativo, á pesar de gozar fama de no retroceder ante ningun obstáculo y á pesar de saberse que por bravata robó una vez un cuerpo de guardia de la policía. Componia además versos y canciones, y esto le daba gran autoridad entre los bandidos.

Babet le preguntó:

—Cuál es tu opinion? No dices nada?

Brujon quedó un rato silencioso y por fin se decidió á hablar:

—Esta mañana he encontrado dos gorriones dándose de picotazos y esta noche tropiezo con una mujer que nos riñe. Las dos cosas son de mal agüero. Vámonos.

Dichas las anteriores palabras, se fueron los bandidos.

Al marcharse, Montparnasse dijo al oido á Babet:

—Pues yo no hubiera tenido inconveniente en darla el golpe de gracia.

—Pues yo sí, porque yo no zurro á las señoras, le contestó Babet.

Al llegar al fin de la calle se detuvieron y cambiaron entre ellos con acento sordo este diálogo enigmático:

—Dónde iremos á dormir esta noche?

—A Pantin (Paris).

—¿Llevas la llave de la verja, Thenardier?

—Vaya!

Eponina, que no los perdia de vista, los vió tomar el camino que siguieron al venir. Despues se fué arrastrándose tras ellos, arrimada á las paredes y á las casas: así los siguió hasta el boulevard. En él se separaron los bandidos, perdiéndose en la oscuridad como si se fundieran en ella.

## V.

### Cosas de la noche.

En cuanto se marcharon los bandidos, la calle Plumet recobró su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en ella no hubiera asombrado en un bosque. El arbolado, los sotos, los brezos, las ramas ásperamente cruzadas, las yerbas altas, todo esto está dotado de cierta vida sombría; el hormigueo salvaje entrevé allí súbitas apariciones de lo invisible; lo que está por debajo del hombre distingue, á través de la bruma, lo que está por encima, y las cosas que ignoramos nosotros los vivos se miran cara á cara allí durante la noche. La naturaleza, erizada y fosca, se asusta al ver la aproximacion de ciertas cosas, en las que cree percibir lo sobrenatural.

Las fuerzas de la oscuridad se conocen y tienen entre ellas misteriosos equilibrios. Los dientes y las garras temen á lo que es incogible. La bestialidad sedienta de sangre, los voraces apetitos que buscan su presa, los instintos armados de uñas, de mandíbulas, que tienen el vientre por principio y por fin, miran y olfatean con inquietud el impasible perfil del espectro que vaga cubierto con un sudario, y les parece que vive con vida muerta y terrible.

Esas brutalidades, que solo son materia, temen confusamente tener que habérselas con la inmensa oscuridad, condenada en un sér desconocido. Una figura negra, que se atraviesa al paso, detiene instantáneamente á una bestia feroz. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo á lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de un gaznate abierto.

## VI.

### Mario se despierta.

Mientras Eponina hacia guardia en la verja y los seis bandidos retrocedian ante una muchacha, Mario estaba al lado de su idolatrada Cosette.

Jamás, para nuestro enamorado, estuvo ninguna noche el cielo tan estrellado ni tan hermoso; jamás los pájaros se habian dormido entre las hojas con tan suaves arrullos; jamás las armonías de la serenidad universal habian correspondido mejor á las melodías interiores de su corazon; jamás Mario estuvo tan conmovido, tan extasiado, ni fué tan feliz. Pero encontró á Cosette triste: habia llorado; se le conocia en los ojos.

Esta fué la primera nube que anubló su límpido sueño.

Mario la preguntó:

—Qué tienes?

—Te lo voy á decir, respondió ella.

Sentóse en el banco de la escalinata, y mientras él se sentaba á su lado temblando, le dijo Cosette:

—Mi padre me ha prevenido esta mañana que estuviese preparada, porque sus negocios quizás nos obligarian á salir de París.

Mario se extremeció al oir la fatal noticia.

Cuando terminamos la vida, morir es partir; pero al principiarla, partir es morir.

Hacia seis semanas que Mario poco á poco, por grados, iba tomando de dia en dia posesion de Cosette; posesion enteramente ideal, pero profunda. En el primer amor se toma el alma antes que el cuerpo; despues se toma el cuerpo antes que el alma, y algunas veces no se llega á tomar el alma. Los Foblás y los Prudhomme añaden: "Porque no existe„: afortunadamente este sarcasmo es una blasfemia.

Mario, pues, poseia á Cosette como poseen los espíritus, pero la envolvia con toda su alma y la poseia con increible conviccion. Poseia su sonrisa, su perfume, la irradiacion profunda de sus ojos azules, la suavidad de su cutis cuando le tocaba, la encantadora señal que tenia en el cuello y todos sus pensamientos.

Se habian prometido no dejar de soñar uno con otro cuando dormian, y se habian cumplido la palabra. Poseia, pues, tambien todos los sueños de Cosette.

Al lado de Cosette creia estar cerca de su gloria y de su felicidad, cerca de su déspota y de su esclava.

Les parecia al uno y á la otra que habian mezclado sus almas de tal modo, que si hubiesen querido volver á tomar cada uno la suya no habrian podido conocerlas.

Mario era algo de lo que formaba parte de Cosette, y ésta algo de lo que formaba parte de Mario; éste sentia que la jóven vivia en él, y poseerla era para él lo mismo que respirar.

En medio de su fé, de su embriaguez, de la posesion virginal é inaudita, sintió caer estas palabras: "Vamos á partir„, y la voz brusca de la realidad le gritó: "Cosette no es tuya!„

La realidad despertó á Mario, que habia vivido seis semanas, como antes dijimos, fuera de la vida; las palabras "salir de Paris„ le hicieron entrar en ella rudamente.

No pudo contestar; Cosette sintió que helaban entre las suyas las manos de Mario, y le preguntó á su vez:

—Qué tienes?

Él respondió con voz tan débil que apenas le oyó Cosette.

—No te he oido. Mi padre me encargó que prepare la ropa para meterla en la maleta; que tenia precision de emprender un viaje, que íbamos á salir de Paris, que arreglase otra maleta para él, y que quizás iríamos á Inglaterra.

—Eso es monstruoso, exclamó Mario.

En aquel momento creyó la imaginacion exaltada del enamorado jóven que ningun abuso de poder, ninguna violencia ni abominacion del más atroz tirano, de Busiris, de Tiberio ó de Enrique VIII, podria igualar á la ferocidad del señor Fauchelevent, de llevarse á su hija á Inglaterra por tener negocios allí.

—Cuándo partirás? preguntó con débil voz.

—No me ha dicho cuándo.

—Y cuándo regresarás?

—Tampoco me lo ha dicho.

Mario se puso en pié y preguntó con frialdad:

—Cosette, ireis?

La pobre niña le miró con sus hermosos ojos llenos de angustia, y preguntó casi inconscientemente:

—Adónde?

—A Inglaterra. Ireis?

—Por qué me hablais de vos?

—Os pregunto si ireis.

—Qué quieres que haga? exclamó ella, juntando las manos con afliccion.

—Es decir, que ireis?

—Si vá mi padre!

—Ireis!

Cosette cogió la mano de Mario y la apretó sin contestar.

—Está bien; entonces yo me iré á otra parte.

Cosette sintió, más que comprendió, el significado de la frase anterior, de despechó ó de amenaza: palideció de conmocion y balbuceó:

—Qué quieres decir?

Mario la miró; despues levantó lentamente los ojos hácia el cielo y respondió:

—Nada.

Cuando bajó la vista, observó que Cosette le miraba y se sonreía. La sonrisa de la mujer querida despide tanta claridad que disipa las tinieblas.

—Qué tontos somos! Me ocurre una idea, dijo ella.

—Cuál?

—Si salgo de Paris con mi padre, sal tú tambien. Te diré dónde voy y tú vendrás á buscarme.

Mario estaba ya completamente despierto; vivia en plena realidad.

—Partir con vosotros! exclamó. ¡Estás



MARIO Y COSETA.

loca! Para eso necesito dinero y carezco de él. Cómo he de ir á Inglaterra! Debo doscientos francos á Courfeyrac, que es un amigo mio, que tú conoces. Solo tengo este sombrero viejo, esta levita sin botones, la camisa rota que llevo, estas botas que se calan: hace seis semanas que no me ocupo de nada y no te lo he dicho. Soy un miserable. Como tú solo me ves de noche, me concedes tu cariño; pero si me vieses de dia me darias una limosna. ¡Ir yo á Inglaterra, cuando ni siquiera tengo para pagar el pasaporte!...

Cuando acabó de hablar se recostó contra un árbol, de pié, poniendo los dos brazos encima de la cabeza y apoyando la frente en la corteza, sin sentir que ésta le arañaba, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil y á punto de caer al suelo, como la estátua de la Desesperacion. Y así permaneció mucho tiempo; al fin volvió la cara y oyó detrás de sí un ruido ahogado y triste.

Era que Cosette estaba sollozando.

Mario se acercó á ella, cayó de rodillas á sus piés, la cogió la punta del pié que le asomaba por debajo del vestido y la besó.

Cosette, silenciosa, le dejó hacer. Hay momentos en los que la mujer acepta como diosa sombría y resignada la religion del amor.

—No llores, dijo Mario.

—¡Voy á partir y tú no puedes venir conmigo! exclamó ella.

—Me amas? la interrogó él.

—Te adoro, le contestó Cosette sollozando esas palabras celestiales.

Mario continuó hablando con acento cariñoso:

—No llores; te ruego, te suplico que no llores.

—Y tú, me amas? le interrogó la jóven.

Mario, apoderándose de sus manos, la contestó:

—Nunca he dado á nadie mi palabra de honor, porque darla me causa miedo. Creo que al comprometerla estoy al lado de mi padre. Pues bien; te doy palabra de honor de que si te vas moriré.

Se desprendia del acento con que pronunció estas palabras melancolía tan tranquila y tan solemne, que Cosette tembló. Sintió el frio que causa la revelacion de lo sombrío y verdadero: esta impresion hizo que dejase de llorar.

—Escucha lo que voy á decirte, repuso Mario; no me esperes mañana.

—Por qué?

—No me esperes hasta pasado mañana.

—Pero por qué?

—Ya lo sabrás.

—Un dia sin verte! Eso es imposible!

—Sacrifiquemos un dia para conquistar quizás toda la vida.

Mario añadió á media voz y aparte:

—Es hombre que por nada cambia sus costumbres y solo recibe de noche.

—De quién hablas? le preguntó Cosette.

—Yo!... yo no he dicho nada...

—Qué es lo que esperas?

—Vendré pasado mañana.

—Lo quieres así?

—Sí.

Cosette cogió la cabeza de Mario entre sus manos y se irguió sobre la punta de los piés para igualar las estaturas y para leer de cerca los pensamientos de éste en las pupilas de sus ojos.

Mario continuó:

—Conviene que sepas las señas de mi casa, por lo que pueda suceder: vivo en casa de mi amigo Courfeyrac, calle de la Verrerie, núm. 16.

Sacó un cortaplumas del bolsillo y con la hoja escribió sobre el yeso de la pared:

*Calle de la Verrerie, 16.*

—Te ha ocurrido una idea? ¡Dime qué es lo que piensas para que yo pase buena noche!...

—Mi pensamiento es que es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—Qué haré hasta entonces? preguntó Cosette. ¡Tú eres libre y puedes ir y venir! Los hombres sois muy dichosos. Yo me quedo aquí sola, yo voy á estar muy triste. ¿Qué vas á hacer mañana por la noche? Dímelo.

—Voy á intentar algo que nos salve.

—En ese caso, rogaré á Dios y pensaré en tí hasta que lo consigas. No te pregunto más, ya que no quieres revelármelo. Eres mi señor. Pasaré la noche cantando el coro del *Enryanto*, que tanto te gusta y que oiste una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana vendrás temprano, no es verdad? Te esperaré esa noche á las nueve en punto, te lo advierto ya. ¡Dios mio, qué triste es que los dias sean tan largos!... Al dar las nueve estaré en el jardin. Lo oyes?

—Y yo tambien.

Sin decirse nada, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por las corrientes eléctricas que establecen comunicacion contínua entre dos almas,

embriagándose ambos de deleite hasta en sus dolores, cayeron uno en brazos de otro sin notar que se habian juntado sus labios, mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando Mario salió del jardin, la calle estaba desierta ya; salió en los momentos en que Eponina seguia á los bandidos hasta el boulevard.

Durante el tiempo que pasó Mario meditando con la cabeza apoyada en el tronco del árbol, le ocurrió una idea que él mismo juzgaba insensata é imposible. Se decidió á tomar una decision violenta.

## VII.

### El corazon viejo y el corazon jóven frente á frente.

El señor Gillenormand habia cumplido ya los noventa y un años. Seguia viviendo con su hija solterona en la calle de las Hijas del Calvario, núm. 6, en su casa antigua y propia. Como recordará el lector, era un vejete rancio de esos que esperan la muerte á pié firme, que se cargan de años sin doblegarse y á los que ni los pesares encorvan.

Esto no obstante, hacia ya algun tiempo que su hija decia: "Mi padre va decayendo„. No abofeteaba ya á las criadas ni golpeaba con el baston y dando gritos la puerta de la escalera cuando Basco tardaba en abrirle. La Revolucion de Julio solo le exasperó durante seis meses. Vió con tranquilidad en el *Monitor* casadas estas palabras: "El señor Humblot-Conté, par de Francia„. El anciano se abatia de dia en dia. No se doblegaba ni se rendia, porque esto era imposible en su naturaleza física y en su naturaleza moral, pero iba desfalleciendo interiormente. Cuatro años estaba esperando que volviese Mario, con la conviccion de que el pícaro extraviado llamaria algun dia á su puerta; y algunas veces, en momentos tristes, se decia que por poco que tardase quizás ya no lo volveria á ver: no le era insoportable la idea de morir, sino la idea de no volver á ver á su nieto.

Este pensamiento, que empezaba á apoderarse de su cerebro, le daba ratos muy amargos. La ausencia, como siempre sucede en los sentimientos naturales y verdaderos, solo consiguió aumentar el cariño que profesaba á Mario, que le habia abandonado con tanta indiferencia.

En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando más se piensa en el sol.

El señor Gillenormand era incapaz de dar un paso para ir en busca de su nieto.

—Consiento antes en reventar, decia.

No creia tener la culpa de que Mario hubiese abandonado la casa, pero se acordaba de él con profunda ternura y con la muda desesperacion del anciano que está próximo á la tumba.

Principiaba á perder los dientes, y esto aumentaba su tristeza.

El señor Gillenormand, sin confesarlo á sí mismo, porque esta confesion le hubiera enfurecido y avergonzado, no habia profesado tanto cariño á ninguna de sus queridas como á Mario.

Hizo colocar en su cuarto, cerca de la cabecera de su cama, un retrato antiguo de la hija suya que habia ya muerto, la casada con el coronel Pontmercy, para poderlo ver en cuanto se despertase. Este retrato se pintó cuando su hija tenia diez y ocho años.

Un dia de los que le contemplaba dijo:

—Ahora encuentro que está parecido.

—A mi hermana? le preguntó la señorita Gillenormand.

—Sí, á tu hermana y á él tambien, contestó el vejete.

Otro dia, que estaba sentado con las rodillas juntas, los ojos casi cerrados y muy abatido, su hija se atrevió á preguntarle:

—Padre, ¿aun estais tan enfadado con él?

Se paró sin atreverse á decir más.

—Con quién? interrogó el anciano.

—Con el pobre Mario.

El vejete irguió la cabeza, puso el arrugado puño sobre la mesa y gritó con acento vibrante é irritado:

—Pobre Mario has dicho? ¡Es un pícaro, un ingrato vanidoso sin corazon; tiene mucho orgullo, es un malvado!

Volvió la cabeza á la otra parte de donde estaba su hija, para que ésta no viese que asomaba una lágrima á sus ojos.

Tres dias despues rompió su silencio de cuatro horas para decir de repente á su hija:

—Ya te advertí que nunca me hablaras de él.

La señorita Gillenormand renunció, pues, á toda tentativa, sacando para sí la siguiente deduccion:

—Mi padre dejó de querer á mi her-

mana desde que hizo la calaverada; es indudable, pues, que detesta á Mario.

"Desde la calaverada„ queria decir, para ella, desde que se casó con el coronel.

Debe haber conocido el lector que la señorita Gillenormand no consiguió realizar su proyecto de que sustituyera á Mario su sobrino favorito, el oficial de lanceros.

Teodulo hizo fiasco; el vacío del corazon del anciano no se llenaba con cualquiera.

Teodulo, además, aunque deseaba heredar, le repugnaba esclavizarse; el viejo fastidiaba al lancero y viceversa. El teniente Teodulo era muy alegre, pero muy charlatan, frívolo y vulgar; buen vividor, pero no era hombre de sociedad; tenia queridas y hablaba mucho de ellas, pero siempre hablaba mal. El señor Gillenormand se cansaba de oirle contar las excelentes conquistas que hacia alrededor del cuartel, en la calle de Babilonia. Además, muchas veces el teniente se le presentaba de uniforme con la escarapela tricolor; todas estas cosas le hacian imposible, y el señor Gillenormand concluyó por decir á su hija:

—Ya me ha aburrido bastante Teodulo. No me gustan los guerreros en tiempo de paz. Recíbele tú si quieres; yo, casi, casi prefiero los acuchilladores á los que llevan el sable arrastrando. Además, es fanfarron como un matasiete; se aprieta el talle como una jovenzuela y gasta corsé debajo de la coraza, y esto es ser dos veces ridículo. El verdadero hombre no debe ser fanfarron ni pueril. Así, pues, te regalo á Teodulo.

—Sin embargo, es vuestro nieto, se atrevió á contestarle su hija.

El señor Gillenormand ni la contestó ni la hizo caso; en realidad, como tenia ingenio y comparaba, Teodulo solo sirvió para hacerle sentir más la ausencia de Mario.

A pesar de ser el 4 de Junio, una noche el señor Gillenormand tenia encendida la chimenea de su habitacion y habia hecho salir de allí á su hija, que cosia en el cuarto inmediato. Estaba solo en su gabinete, adornado de pinturas pastoriles, con los piés sobre los morillos, medio rodeado por un biombo de coromandel de nueve hojas, recostado en la mesa, que sostenia dos bujías con pantalla verde, sumergido en un sillon de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leer.

Su traje estaba cortado por el patron de los *increibles*, que era su moda, y se asemejaba á un retrato de Garat. Si hubiera salido con ese traje á la calle le hubieran seguido y perseguido los muchachos, pero cuando salia se cubria con una gran bata episcopal. En casa solo usaba la bata para levantarse y para acostarse:—*Eso le hace á uno parecer viejo*, decia.

El señor Gillenormand se acordaba de contínuo de Mario tierna y amargamente, más con amargura que con cariño, porque su ternura dolorida concluia por convertirse en indignacion. Estaba ya decidido á abrazar un partido y á aceptar el que le mortificaba. Empezaba á irse convenciendo de que no habia motivo para que Mario volviese, que hubiera vuelto si quisiera, y por consiguiente que era preciso resignarse á no verle. Trataba de familiarizarse con esta idea, que le causaba dolor. Pero su naturaleza se rebelaba contra ella, y su casi paternidad tambien, y no lo queria consentir. —Cómo! exclamaba. ¡Y no ha de volver á casa!... Esta era siempre su muletilla. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, fijaba vagamente en la ceniza de la chimenea la mirada triste é irritada.

Cuando estaba absorbido en esta tristeza, su antiguo criado Basco entró y preguntó:

—¿El señor quiere recibir al señor Mario?

El anciano se incorporó como un cadáver que se levanta al sentir una sacudida galvánica. Refluyó al corazon toda su sangre é interrogó:

—Qué señor Mario?

—No sé, respondió Basco, desconcertado por el aspecto de su señor. Nicolasita acaba de decirme que está ahí un jóven que dice llamarse Mario.

El señor Gillenormand balbuceó en voz baja:

—Que entre.

Permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y con las miradas fijas en la puerta. Abrióse ésta y entró su nieto.

Mario se paró á la puerta, esperando que le hiciese pasar adelante. Su traje, en muy mal estado, no lo dejaba ver la oscuridad que producia la pantalla. Solo se veia claro su semblante tranquilo, grave y triste.

El señor Gillenormand, sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos momentos viendo solo una claridad, como si estuviese delante de una aparicion. Se sentia próximo á desfallecer; veia á Mario al través de un deslum-

bramiento, despues de cuatro años de ausencia. Le abarcó, por decirlo así, de repente, de un solo golpe de vista, y lo encontró hermoso, noble, distinguido, hombre formal, en actitud conveniente y con aspecto simpático. Tuvo deseos de abrirle los brazos, de llamarle, de abrazarle; la alegría le oprimia el corazon y le ahogaba, desbordándose de su pecho palabras cariñosas. Toda su ternura se abrió paso y le llegó hasta los labios, y por efecto del contraste que constituia su naturaleza, salió de ellos una voz áspera que dijo bruscamente:

—Qué venís á hacer aquí?

—Señor... balbuceó Mario con embarazo, y no dijo nada más.

El señor Gillenormand deseaba que Mario se hubiera arrojado en sus brazos y quedó descontento del jóven y de sí mismo. Conoció que él habia sido demasiado brusco y que Mario estaba demasiado frio, y le causaba insoportable é irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en el interior y ser tan duro exteriormente. Volvió á estar amargado é interrumpió á Mario con aspereza:

—Entonces, á qué venís?

Este "entonces„ significaba "si no vienes á abrazarme„.

Mario miró con fijeza á su abuelo, cuya palidez le hacia semejante á un busto de mármol.

—Señor...

—Venís á pedirme perdon? ¿Habeis reconocido vuestra falta? le preguntó el anciano con acento severo.

Creia dar pié de este modo para que "el niño„ se humillara é hiciera lo que él deseaba. Mario tembló al ver que queria que se retractase de haber defendido á su padre; inclinó la vista al suelo y respondió:

—No, señor.

—Entonces, exclamó con ímpetu el viejo, sintiendo dolor agudo y colérico, qué es lo que quereis?

Mario juntó las manos, avanzó dos pasos y dijo con voz débil y temblorosa:

—Quiero, señor, que me tengais compasion.

Estas palabras, que conmovieron al señor Gillenormand, momentos antes le hubieran enternecido, pero ahora era ya tarde. Se puso en pié; apoyó las dos manos en el baston; sus labios estaban pálidos, su cabeza vacilante, pero su alta estatura dominaba á Mario, que permanecia inclinado.

—Decís que os compadezca! ¡El adolescente pide compasion al anciano de noventa años! Estais en la vida y yo salgo; vais al teatro, á los bailes, al café y al billar; teneis talento, gustais á las mujeres, sois buen mozo, y yo escupo en la chimenea en medio del verano; sois rico, porque poseeis las únicas riquezas que existen, y yo tengo todas las pobrezas de la vejez, la debilidad, el aislamiento. Teneis treinta y dos dientes, buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros; yo ya no tengo ni cabellos blancos. He perdido los dientes y voy perdiendo las piernas y la memoria. Veis delante un porvenir brillante; yo no veo ni gota, ¡tan metido estoy ya en la noche! vos estareis enamorado, eso es indudable; á mí ya nadie me quiere en el mundo!... ¡y venís á pedirme compasion!... Moliére ha olvidado esta escena. Si así litigais en los tribunales, os felicito cordialmente.

Hizo una pausa: despues, con voz airada y grave, dijo:

—Pero veamos: qué quereis de mí?

—Señor, le contestó Mario, sé que mi presencia os enoja; vengo únicamente á pediros un favor; despues me iré en seguida.

—Sois un necio! exclamó el octogenario. Quién os dice que os vayais?

Estas palabras eran la traduccion del tierno pensamiento que atormentaba interiormente al señor Gillenormand; querian decir:—"*¡Pideme perdon y ven á mis brazos!*„—El anciano comprendia que Mario le volveria á abandonar dentro de pocos instantes, porque su mal recibimiento le entibiaba, porque su dureza le rechazaba; se decia todo esto, que aumentaba su sufrimiento, pero como su dolor se trocaba en seguida en cólera, su cólera iba tambien en aumento. Queria que Mario le comprendiese y Mario no le comprendia, y se ponia furioso.

—Cómo! exclamaba el anciano. ¿Habeis faltado á vuestro abuelo, abandonásteis mi casa para iros no sé dónde, sumísteis en la afliccion á vuestra tia, quisísteis, porque esto os era más agradable, llevar la vida de jóven, hacer el dandy, volver á casa á cualquier hora, divertiros; no habeis dado señales de vida, habreis contraido deudas sin decirme que las pague, os habreis convertido en camorrista, y al cabo de cuatro años volveis á mi casa y no teneis que decirme más que eso?

Esta manera violenta de querer empujar al jóven hácia la ternura, solo consiguió hacer enmudecer á Mario. El señor Gillenormand cruzó los brazos, movimiento que en él era particularmente imperioso, y apostrofó á su nieto con amargura:

—Acabemos. Venís á pedirme algo? Decidlo. Qué es lo que quereis? Hablad.

—Señor, dijo Mario con la mirada extraviada del hombre que conoce que vá á caer en un precipicio; vengo á pediros permiso para casarme.

El señor Gillenormand tocó la campanilla. Basco entreabrió la puerta.

—Decid á mi hija que venga.

Poco despues apareció en el gabinete la señorita Gillenormand. Mario estaba en pié, mudo, con los brazos caidos, como si fuese un criminal. El anciano paseaba en todas direcciones por la habitacion. Se volvió hácia su hija y la dijo:

—No es nada. Está aquí el señor Mario; dale los buenos dias. El señorito se quiere casar. Eso es todo. Ya puedes marcharte.

La voz breve y ronca del viejo presagiaba gran plenitud de ira. La tia miró á Mario con asombro; apenas aparentó conocerle; no hizo un gesto, ni pronunció una sílaba, y desapareció, obedeciendo el mandato de su padre.

Entre tanto el señor Gillenormand se habia recostado al lado de la chimenea, y continuó apostrofando á su nieto:

—Casarse á los veintiun años! ¡Ya que así lo habeis dispuesto, solo necesitais pedirme permiso!... Llenar esta formalidad. Sentaos. Hemos pasado por una revolucion desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido los jacobinos. Debeis estar contento. No sereis ya republicano desde que sois baron, porque esas dos cosas son difíciles de conciliar... ¿Os han condecorado en Julio? ¿Habeis ayudado á la toma del Louvre? Conque quereis casaros? Con quién? Puedo preguntarlo sin ser indiscreto?

Hizo una breve pausa, y antes de que Mario tuviese tiempo para responder, preguntó, siempre con entonacion dura:

—Os habeis creado una posicion? ¿Hicísteis una fortuna? ¿Ganais mucho en el bufete?

—Nada, contestó Mario con rudeza y con resolucion.

—Nada! ¿Solo contais para vivir con la cantidad mensual que os he asignado?

Mario no respondió.

—Entonces ya lo comprendo... será rica esa jóven.

—Como yo.

—Qué! No tiene dote?

—No.

—Y esperanzas de tenerlo?

—Creo que tampoco.

—¡Vá al matrimonio enteramente desnuda! Y qué es su padre?

—No lo sé.

—Cómo se llama?

—La señorita Fauchelevent.

—Fauche... qué?

—Fauchelevent.

—Pists!...

—Señor...

El señor Gillenormand interrumpió á Mario, hablándose á sí mismo en voz alta:

—Eso es, veintiun años, mil doscientos francos al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá á la plaza á comprar cinco céntimos de peregil.

—Señor, exclamó Mario con la angustia suprema del que vé desvanecerse su última esperanza; os suplico en nombre del cielo, y si es preciso de rodillas, que me deis vuestro permiso para casarme.

El viejo soltó una carcajada estridente y lúgubre, en medio de la que tosía y hablaba:

—Já! já! já! Os habeis dicho sin duda: voy á embaucar al vejete estrafalario; ¡qué lástima que yo no tenga veinticinco años! Cumpliria con él enviándole respetuosa tarjeta de aviso, y no necesitaba más. Pero es lo mismo; le diré:—"Viejo chocho, debes darte por dichoso consiguiendo verme; deseo casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo estoy sin zapatos y ella no tiene camisa; pero quiero desprenderme de mi carrera, de mi juventud y de mi porvenir, y hacer una escursion por la miseria con una mujer al cuello; tengo este capricho y es preciso que me lo consientas„, y el viejo fósil consentirá. Anda, hijo mio, como tú quieras; átate la soga y ahórcate.

—Padre mio!...

—Tu padre? Nunca!

Mario perdió por completo la esperanza al oir la entonacion que dió su abuelo á la palabra "nunca„.

Atravesó el gabinete lentamente, temblando, con la cabeza inclinada, con más aspecto del que muere que del que se vá.

El señor Gillenormand le siguió con la vista, y en el momento en que Mario iba á cerrar la puerta y á desaparecer,

dió cuatro pasos con la viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió á su nieto por el cuello, le hizo entrar en el gabinete, le arrojó en un sillon y le dijo:

—Cuéntame eso!

Solo las palabras *padre mio*, que se escaparon antes á Mario, causaron esta revolucion en el anciano.

Mario le miró asustado. El móvil rostro del señor Gillenormand solo expresaba en aquel instante ruda é inefable bondad. El abuelo se acababa de convertir en padre afectuoso.

—Vamos á ver, habla; refiéreme tus amoríos, charla, cuéntamelo todo. ¡Qué tontos son los muchachos!...

—Padre mio! volvió á decir Mario.

La fisonomía del anciano se iluminó de indecible resplandor.

—Sí, eso es, llámame padre!...

Dijo estas palabras con acento tan tierno, tan franco y tan paternal, que Mario pasó de repente del desaliento á la esperanza y se quedó aturdido y lleno de confusion. Estaba éste sentado cerca de la mesa; la luz de las bujías hacia resaltar lo estropeado de su traje, que el señor Gillenormand examinaba con asombro.

—Pues bien, padre mio...

—Ah! exclamó interrumpiéndole el anciano. ¿Será verdad que estás en la miseria? Vas vestido como un ladron.

Abrió un cajon, sacó un bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

—Toma, ahí tienes doscientos francos; cómprate un sombrero.

—Padre mio, continuó diciendo Mario, si supiéseis cuánto la amo!... ¡No os lo podeis figurar!... La primera vez que la ví fué en el Luxemburgo, que era donde ella iba á pasear. Al principio no me llamó la atencion; pero luego, no sé cómo, me he ido enamorando. ¡Qué desgraciado me ha hecho esta pasion!... Por fin, ahora la veo todos los dias en su casa; su padre no lo sabe. Figuraos que van á marcharse de París. Nos vemos todas las noches en su jardin. Su padre quiere llevársela á Inglaterra, y yo me he dicho: voy á ver á mi abuelo y á contárselo. Si se vá y yo me quedo perderé el juicio, enfermaré, me arrojaré al Sena, moriré. Es preciso que me case, porque sino me vuelvo loco. Esta es la verdad... creo que todo os lo he dicho. Vive en una casa con jardin que tiene verja, en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand se habia sentado al lado de Mario. Mientras le estaba oyendo saboreaba, no solo el sonido de su voz, sino tambien un polvo de tabaco. Al oir "calle de Plumet„ detuvo la aspiracion y dejó caer el polvillo sobre las rodillas.

—Has dicho en la calle de Plumet? Veamos. No hay por allí un cuartel? Sí, eso es. Tu primo Teodulo me habló de ella ya; el lancero, el oficial. Es una muchacha muy linda. En la calle Plumet, que se llamaba antes calle Blomet; ahora lo recuerdo. He oido hablar de esa verja y de ese jardin. No tienes mal gusto; dicen que es una jóven muy aseadita. Entre nosotros, te confesaré que creo que ese necio oficial la ha puesto la proa; no sé hasta qué punto habrá llegado; pero en fin, eso no es nada; además, que no se le puede creer, porque es muy jactancioso cuando se trata de conquistas. Me parece muy bien que un jóven se enamore; eso es propio de la edad en que te encuentras, y prefiero que seas enamorado á que seas jacobino; prefiero que te apasiones de unas faldas, de veinte faldas, á que te apasiones de Robespierre; á mí en materia de *descamisados* solo me gustan las *descamisadas*, porque las muchachas bonitas siempre son bonitas. ¡Conque la niña te recibe á escondidas del papá!... Eso es muy natural; me ha sucedido más de una aventura de ese género. ¿Sabes en ese caso lo que debe hacerse? No hay que tomar la aventura con ferocidad; no hay que precipitarse en lo trágico, no debe terminarse por matrimonio. Es preciso tener chispa y sentido comun. Tropezad, jóvenes, pero no os caseis. Cuando sucede un caso como ese se recurre al abuelo, que tiene buen fondo y algunos cartuchos de monedas de oro bajo llave, y se le dice: "Abuelito, esto me pasa.„ Y el abuelo contesta: "Pues es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta y que la vejez se arrugue. Anda, hijo mio, que con el tiempo tambien dirás lo mismo á tus nietos. Toma quinientas pesetas y diviértete.„ No hay cosa mejor! Así debe conducirse ese negocio. No se llega hasta el matrimonio; pero eso qué importa! Me comprendes?

Mario estaba como petrificado; no pudo pronunciar ni una palabra; solo hizo con la cabeza un signo negativo.

El vejete se echó á reir, guiñó el ojo, le dió un golpecito en las rodillas, le miró con aire misterioso y le dijo:

—Tonto! Tómala por querida!

Mario hasta entonces no habia comprendido bien nada de lo que su abuelo

le decia; confusamente habia pasado por su imaginacion la calle de Blomet, el cuartel, el lancero, como vision fantasmagórica, pareciéndole que el viejo chocheaba, pero comprendiólo todo con claridad al oir las últimas palabras que injuriaban mortalmente á Cosette. La frase *tómala por querida* le penetró en el corazon como una espada.

Pálido, desencajado, cogió el sombrero, que estaba en el suelo, y se dirigió hácia la puerta con paso firme y resuelto; al llegar á ella volvió la cabeza, se inclinó ante su abuelo; luego se irguió y le dijo:

—Hace cinco años insultásteis á mi padre; hoy habeis insultado á mi mujer. Ya no os pido nada. Adios.

Asombrado el señor Gillenormand, abrió la boca, extendió los brazos y probó á levantarse, pero antes de poder pronunciar una palabra se habia ya cerrado la puerta y desaparecido Mario.

El anciano permaneció inmóvil algunos minutos, como si á sus piés hubiera caido un rayo, sin poder respirar ni hablar, como si le apretase la garganta vigorosa mano.

Por fin se levantó del sillon, corrió hácia la puerta con la velocidad que á su edad se puede correr, la abrió y gritó:

—Socorro! Socorro!

Acudieron en seguida su hija y los criados, y les dijo con angustioso acento:

—Corred detrás de él! Cogedle!... ¿Qué le he hecho yo? Está loco! Dios mio! ¡Se vá! Se vá! Ahora sí que no vuelve!...

Se acercó á la ventana que daba á la calle, la abrió, se asomó á ella sacando fuera medio cuerpo, de tal modo, que Basco y Nicolasita tuvieron que tirarle por detrás, y gritó con desconsuelo:

—Mario! Mario! Mario! Mario!

Su nieto ya no podia oirle; en aquel instante habia doblado la esquina de la calle de San Luis.

El octogenario se llevó dos ó tres veces las manos á las sienes con angustia, retrocedió temblando y se recostó en el sillon, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, moviendo la cabeza y agitando los labios, siendo víctima de vehemente y profundo sentimiento.

# LIBRO NOVENO

## Adónde van?

### I.

**Juan Valjean.**

Aquel mismo dia, á las cuatro de la tarde, estaba solo Juan Valjean sentado en una de las cuestas más solitarias del Campo de Marte. Ya por prudencia, ya por el deseo de recogimiento que sigue á los cámbios insensibles de costumbres que se introducen poco á poco, entonces salia pocas veces con Cosette.

Llevaba traje de obrero y la ancha visera de la gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo y era feliz respecto á su ahijada, desde que creia que fué una ilusion lo que en otro tiempo le asustó; pero hacia ya dos semanas que le perseguia una inquietud de otra clase. Al pasearse un dia por el boulevard vió á Thenardier, pero éste no le conoció, gracias al disfraz: desde entonces le habia visto varias veces y adquirió la certidumbre de que rondaba su barrio. Esto le bastó para determinarle á tomar resolucion terminante. Thenardier representaba para él toda clase de peligros. Además, Paris estaba en ebullicion, y las agitaciones políticas ofrecen el riesgo, para todo el que tiene algo que ocultar en su vida, de que la policía anda inquieta y recelosa, y al seguir la pista de hombres como Pepin ó Morey, podia muy bien tropezar con hombres como Juan Valjean. Por eso éste se decidió á salir de Paris y hasta de Francia, á irse á Inglaterra, y habia prevenido á Cosette que queria partir antes de ocho dias.

Estaba, como dijimos, sentado en una cuestecilla del Campo de Marte, dando vueltas en su cerebro á estas ideas: Thenardier, la policía, el viaje y la dificultad de sacar el pasaporte.

Todo esto le inquietaba, y además un hecho inexplicable que le sorprendió y que aun le tenia impresionado. Aquel dia se levantó á la madrugada, y paseando por el jardin antes de que Cosette abriese la ventana descubrió este letrero, grabado en la pared, probablemente con un clavo:

*Calle de la Verrerie, 16.*

La escritura era reciente, porque las letras estaban blancas aun en la antigua y ennegrecida argamasa, y una mata de ortigas que habia al pié de la pared estaba cubierta de polvo de yeso. Aquellas letras debieron escribirse la noche anterior. Pero, qué significaban? Eran unas señas? ¿Una señal para otros ó un aviso para él? De todos modos habia entrado y violado el jardin un desconocido. Recordó entonces los extraños incidentes que tiempo atrás alarmaron la casa y se abstuvo de hablar de ese letrero á Cosette por temor de asustarla.

A pesar de estar preocupado se fijó en una sombra que proyectaba el sol, que acaso era la de alguno que acababa de pararse en lo alto de la cuesta detrás de él. Iba á volver la cara cuando cayó sobre sus rodillas un papel plegado en cuatro dobleces, como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza. Tomó el papel, lo desdobló y leyó estas palabras escritas con lápiz y con letras grandes: CAMBIAD DE DOMICILIO.

Juan Valjean se levantó rápido, pero no vió á nadie en la cuesta. Miró hácia todas partes y descubrió que un sér más alto que un niño, pero más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris y con pantalon de pana de color de polvo, saltaba el parapeto y se deslizaba, hasta desaparecer en el fondo del Campo de Marte.

Juan Valjean regresó á casa muy pensativo.

## II.

### Mario.

Mario salió desconsolado de casa del señor Gillenormand; entró en ella con débil esperanza y salió con inmensa desesperacion.

No le hizo daño—y los que conozcan el corazon humano lo comprenderán así—el lancero, el necio Teodulo, que no consiguió anublar su espíritu ni con la más ligera nube. El poeta dramático esperaria quizás alguna complicacion de esta revelacion que el abuelo hizo á quemaropa al nieto, pero lo que ésta pudiese hacer ganar al drama lo haria perder á la verdad. Mario disfrutaba de la edad en la que no se cree nada malo; despues ya viene la edad en que sucede lo contrario. Las sospechas son arrugas y no salen en la juventud. Lo que anonada á Otelo, pasa indiferente para Cándido. Era imposible que nadie consiguiera que Mario sospechase de Cosette.

Se dedicó á pasear por las calles, que es un recurso de los que sufren. A las dos de la mañana entró en casa de Courfeyrac y se echó vestido sobre su colchon. Habia ya salido el sol cuando se durmió, con ese sueño pesado y horrible que deja ir y venir las ideas en el cerebro. Cuando se despertó vió que Courfeyrac, Enjolras, Feuilly y Combeferre estaban en pié, con el sombrero puesto á punto de salir y agitados.

Courfeyrac le preguntó:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

A Mario le pareció que su amigo hablaba en chino, pero salió de casa momentos despues que ellos. Se metió en los bolsillos los cachorrillos que Javert le entregó para la emboscada del 3 de Febrero, que conservaba aun y que aun estaban cargados. Seria difícil de decir qué idea le impulsó á llevarlos encima.

Todo el dia erró vagando sin saber por dónde iba: llovia á intervalos, pero él no lo notaba; compró un bollo en un puesto de pan, lo guardó en el bolsillo y ya no se acordó de comérselo. Tambien creemos que se bañó en el Sena sin tener conciencia de lo que hacia. Hay momentos en los que el cráneo arde como un horno y Mario pasaba por uno de esos momentos. Desde que le salió mal el paso decisivo que acababa de dar, nada esperaba ni nada temia. Aguardaba la noche con impaciencia febril, no teniendo en el cerebro clara más que esta idea: "Ver á Cosette á las nueve„. Esta última esperanza constituia ahora todo su porvenir; despues, la oscuridad completa. De vez en cuando, mientras paseaba por las calles más desiertas, le parecia oir ruidos extraños, y saliendo de su ensimismamiento, se preguntaba: ¿Es que se están batiendo?

A las nueve en punto de la noche, como prometió á Cosette, estaba en la calle Plumet. Cuando llegó á la verja todo lo olvidó. Hacia cuarenta y ocho horas que no habia visto á su adorada; iba á volverla á ver y se borraron en su pensamiento todas las demás ideas, y sintió extraordinaria alegría. Esos minutos, en los que se viven siglos, son admirables, porque cuando llegan llenan enteramente el corazon.

Mario, al través de la verja, entró rápidamente en el jardin. Cosette no le esperaba en el sitio de costumbre. Atra-

vesó la espesura y llegó hasta la rinconada, cerca de la escalinata; pero Cosette tampoco estaba allí. Levantó la vista y vió que los postigos de las ventanas estaban cerrados. Dió la vuelta al jardin y á nadie encontró. Volvió á la casa, y asustado, loco, exasperado por la pesadumbre y por la inquietud, como el dueño que entra en su casa á deshora, llamó á la ventana. Llamó hasta tres veces, exponiéndose á que se abriera y asomase por ella la sombría cabeza del padre de Cosette y que le preguntase:—¿Qué es lo que quereis?

Pero para Mario ese disgusto era insignificante comparado con el que tenia. Despues golpeó en la ventana y últimamente gritó, llamando:

—Cosette! Cosette! Cosette!

Nadie le respondió. Era indudable que estaban inhabitados la casa y el jardin.

Mario lanzó miradas de desesperacion al edificio negro, silencioso y vacío como una tumba, y contempló el banco de piedra en el que pasó tantas horas felices al lado de Cosette. Luego se sentó en la escalinata, y doliente y resuelto, bendiciendo su amor en el fondo del pensamiento, se decidió, viendo que Cosette habia partido de París, á morir como último recurso.

De repente oyó una voz que salia de la calle y que llegaba hasta él al través de los árboles.

—Señor Mario!

—Quién es? preguntó poniéndose en pié.

—Estais ahí?

—Sí.

—Pues vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle de Chanvriere.

Esta voz no le era desconocida; parecia la voz ronca de Eponina.

Mario se dirigió corriendo á la verja, separó el hierro móvil, pasó por él la cabeza y solo vió una sombra que corriendo desaparecia en la oscuridad.

## III.

### El señor Babeuf.

El bolsillo de Juan Valjean fué inútil para el señor Babeuf, cuya austeridad venerable é infantil no aceptó el regalo de los astros; no podia convencerse de que una estrella pudiera convertirse en luises de oro, y no podia adivinar que lo que caia del cielo viniese de la mano de Gavroche, por lo que presentó la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, para que lo pusiese á disposicion del que lo reclamara. Nadie reclamó la bolsa y el señor Babeuf se privó de este socorro.

Y eso que cada dia era más deplorable el estado del anciano. Los ensayos que practicó del índigo dieron tan mal resultado en el Jardin Botánico como en el jardin de Austerlitz. Debia el salario del año anterior á su ama, y ahora debia, como ya sabemos, el alquiler de la casa.

El Monte de Piedad, despues que pasaron trece meses, vendió las planchas de su *Flora*, y quizás algun calderero las habria convertido ya en cacerolas. Como se quedó sin las planchas, no podia completar los ejemplares descabalados de la *Flora*, que aun poseia, y tuvo que malvender á un librero chalan planchas y texto como desperfectos. Se quedó hasta sin el resíduo de los ejemplares de la obra de toda su vida y se comió en poco tiempo el escaso dinero que éstos le produjeron. Cuando vió que se agotaba este miserable recurso, renunció al jardin y ya no lo cultivaba. Antes, mucho antes, habia renunciado ya á los dos huevos y la racion de carne de toro que comia de vez en cuando. Se alimentaba con pan y patatas. Habia vendido los últimos muebles; todo lo que tenia doble de ropa blanca, de ropa de color y de mantas; despues vendió los herbarios y las estampas; pero conservaba aun los libros más selectos, entre los que habia algunos muy raros, como *Los cuadros históricos de la Biblia*, edicion de 1560. *La concordancia de las Biblias*, de Pedro de Besse; *Las Margaritas de la Margarita*, de Juan de la Aaye, con una dedicatoria á la reina de Navarra; el libro del *Cargo y dignidad de embajador*, de Villiers Hotman; un *Florilegium Rabbinicum*, 1644; un *Tibulo*, de 1567, y en fin, un *Diógenes Laercio*, impreso en Lyon en 1644, que contenia las famosas variantes del manuscrito 411 del siglo trece del Vaticano, y las de los dos manuscritos de Venecia, 393 y 394, que con tanto fruto consultó Enrique Estienne, y todos los pasajes en dialecto dórico, que solo se encuentran en el célebre manuscrito del siglo doce, de la Biblioteca de Nápoles.

El señor Babeuf no encendia nunca lumbre en su cuarto y se acostaba al anochecer para ahorrarse encender luz. Parecia que no tenia vecinos, porque éstos evitaban encontrarle, y él lo habia conocido. La miseria del niño conmueve

á una madre; la miseria de un jóven interesa á una jóven; pero la miseria del viejo no interesa á nadie: es la peor de las miserias. El señor Babeuf, á pesar de sus años, no habia perdido enteramente la serenidad de niño, y sus ojos aun despedian luz cuando se fijaban en los libros, y se sonreia cuando contemplaba el *Diógenes Laercio*, que era ejemplar único. Estos libros y su armario de cristales era todo lo que le quedaba, además de lo indispensable. Un dia le dijo la tia Plutarco:

—No tengo para comprar la comida.

Lo que llamaba "la comida„ era un pan y cuatro ó cinco patatas.

—Que os la fien, contestó el señor Babeuf.

—Ya sabeis que no quieren.

El señor Babeuf abrió la librería, repasó largo rato todos los libros, uno despues de otro, como el padre que se viera obligado á diezmar á sus hijos los miraria á todos antes de elegir; cogió uno de repente, se lo puso debajo del brazo y salió. A las dos horas volvió sin el libro y con un franco y medio, que dejó sobre la mesa, diciendo:

—Traed la comida.

Desde aquel dia la tia Plutarco vió siempre cubierto el cándido semblante del señor Babeuf con un velo sombrío que ya nunca desapareció.

Al dia siguiente, al otro y sucesivamente todos los demás dias, fué preciso hacer lo mismo. El señor Babeuf salia con un libro y volvia con alguna moneda de plata.

Como los libreros chalanes veian que tenia necesidad de vender, abusaban de su desgracia y casi no le daban nada por los libros. De este modo, tomo á tomo, fué desapareciendo su biblioteca.

Alguna vez decia:—"Ya tengo ochenta años„, como si abrigase la esperanza de llegar antes al fin de sus dias que al fin de sus libros.

Su tristeza iba en aumento, pero en una ocasion tuvo una alegría. Vendió un Roberto Estienne por siete reales y medio y compró un Alde por ocho reales.—Debo medio real, dijo muy alegre á la tia Plutarco.

Aquel dia no comieron.

Pertenecia á la Sociedad de Horticultura, en la que sabian su situacion precaria. El presidente de la Sociedad le hizo una visita y prometió recomendarle al ministro de Agricultura y Comercio, como efectivamente lo hizo.—"¡Ya lo creo! dijo el ministro; es un anciano muy erudito, un gran botánico y un hombre inofensivo. Haremos algo por él.„ Al dia siguiente Babeuf recibió una invitacion para comer con el ministro. El anciano, temblando de alegría, enseñó la carta á la tia Plutarco.

—Nos hemos salvado! la dijo.

El dia prefijado fué á casa del ministro. Allí se apercibió de que su corbata rosada, su frac grande y cuadrado y sus zapatos embetunados asombraban á los porteros. Nadie le dirigió la palabra, ni aun el ministro. Hácia las diez de la noche, que aun estaba esperando que le dijesen algo, oyó que la mujer del ministro, hermosa y descotada dama, á la que él no se atrevió á acercarse, preguntaba:—Quién es ese caballero anciano? El infeliz tuvo que volverse á casa á pié á media noche y lloviendo. Para ir á casa del ministro en coche tuvo que vender un Elzebir.

Tenia la costumbre de leer antes de acostarse algunas páginas de *Diógenes Laercio*; sabia bastante griego para saborear las particularidades del texto que poseia: no le quedaba ya otro goce.

Al cabo de algunas semanas que transcurrieron, la tia Plutarco cayó enferma repentinamente. Hay todavía algo más triste que no poder comprar pan, y es no poder comprar medicinas: una noche el médico recetó un medicamento caro. Además, la enferma se agravaba y necesitaba una persona que la cuidase. El señor Babeuf abrió la librería y la vió vacía; habia vendido hasta el último volúmen: solo le quedaba el *Diógenes Laercio*.

Se puso bajo el brazo el ejemplar único y salió de casa; era el dia 4 de Junio de 1832. Fué á la puerta de Santiago, á casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos. Puso la pila de napoleones sobre la mesa de noche de su antigua criada y se volvió á su cuarto sin decir una palabra.

Al dia siguiente, desde el amanecer, se sentó en el guardacanton que le servia de banco en el jardin y allí permaneció inmóvil toda la mañana, con la cabeza inclinada y la vista fija en sus platabandas marchitas. Llovia á intervalos, pero el anciano no lo notaba.

Al medio dia estallaron en Paris ruidos extraordinarios, parecidos á tiros de fusil y á clamores populares.

El señor Babeuf levantó la cabeza, y viendo pasar á un jardinero, le preguntó:

—Qué es eso?

—Un motin.
—Cómo! Un motin!...
—Sí; andan á tiros.
—Y por qué?
—Diablo! exclamó el jardinero.
—Hácia qué lado se baten?
—Hácia el Arsenal.

El señor Babeuf volvió á entrar en casa, buscó en la librería un libro maquinalmente para llevarlo bajo del brazo, no encontró ninguno, y dijo:

—Ah, es verdad!

Salió de casa con aspecto de extravío.

# LIBRO DÉCIMO

## El 5 de Junio de 1832.

### I.

#### La superficie de la cuestion.

Qué es lo que constituye un motin? Todo y nada. Es una electricidad que se desarrolla poco á poco, una llama que arde súbitamente, una fuerza de vapor, un soplo que pasa. Este soplo encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que aullan, y los arrastra.

Adónde? Al acaso... A través del Estado, de las leyes, de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

De los siguientes elementos se fragua el motin: de las convicciones irritadas, de los entusiasmos frustrados, de las indignaciones conmovidas, de los instintos de guerra comprimidos, de los espíritus jóvenes exaltados, de las ceguedades generosas, del gusto por la variacion, de la sed de lo inesperado, de los ódios vagos, de los rencores, del malestar, de los sueños insensatos, de las ambiciones desmesuradas y, en fin, de la turba, del lodo que se convierte en fuego.

Forman el motin lo más grande y lo más ínfimo; los séres perdidos, sin profesion ni oficio, los vagabundos, los que piden todos los dias el pan á la suerte y no al trabajo, los brazos desnudos y los piés descalzos. Todo el que siente en el alma la rebelion secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida ó de la muerte, confia en el motin, y desde que estalla le hace temblar y le conmueve con violencia el torbellino.

El motin es una especie de tromba de la atmósfera social, que se forma de repente cuando hay ciertas condiciones de temperatura, y cuyos remolinos suben, corren, truenan, arrancan, rompen y desarraigan, arrastrando consigo los espíritus grandes y los pequeños, al hombre fuerte y al débil, al tronco del árbol y á la arista de paja. ¡Desgraciados los hombres á quienes arrebata y desgraciados los hombres contra quienes choca!... Los estrella á unos contra otros. Comunica á los que coge poder extraordinario é indefinible. Arrastra al primero que encuentra con toda la fuerza de los sucesos y de todo hace proyectiles; convierte un canto en bala y á un cargador en general.

Si hemos de creer á algunos oráculos de la política recelosa, bajo el punto de vista del poder es deseable un motin. Para ellos es un axioma que el motin afirma los gobiernos cuando no los destruye; porque pone á prueba al ejército, concentra á los ciudadanos, estira los músculos de la policía y enseña la fuerza del esqueleto social. Es un ejercicio gimnástico, casi higiénico. El poder se encuentra mejor despues de un motin, como el hombre despues de una friccion.

El motin, hace treinta años, se consideraba además bajo otros puntos de vista.

Se ha inventado una teoría que se llama á sí misma "del sentido comun„, Filinto contra Alcestes; mediacion que se ofrece entre lo verdadero y lo falso; atenuacion altiva, que porque tiene cierta mezcla de culpa y de escusa, se cree sabiduría, cuando no es más que pedantería. De esta teoría ha nacido toda una escuela política; la que se llama del justo medio.

Entre el agua fria y el agua caliente existe el partido del agua tibia.

Esa escuela, con su falsa profundidad, es enteramente falsa y diseca los efectos sin remontarse á las causas y censura desde la altura de una semiciencia las agitaciones de la plaza pública.

Oigamos á esa escuela:

"Los motines que complicaron la Revolucion de 1830 quitaron á este gran acontecimiento una parte de su pureza. La Revolucion de Julio fué un saludable huracan popular, al que siguió inmediatamente la calma; pero los motines volvieron á anublarla, consiguiendo que degenerase en querella, habiendo sido esta revolucion al principio tan notable por su unanimidad.

„En la Revolucion de Julio, como en

todo progreso que se realiza por medio de una sacudida, hubo fracturas secretas; el motin las hizo visibles, y se pudo exclamar: "Ay, esto está roto!...„ Despues de la Revolucion de Julio solo se dejaba sentir la libertad; despues de los motines se dejó sentir la catástrofe.

„Todo motin hace cerrar las tiendas y bajar la Bolsa, suspende el comercio, paraliza los negocios, precipita las quiebras; el dinero se retira, las fortunas privadas están inquietas, el crédito público perdido, la industria desconcertada; los capitales retroceden, el trabajo está menos retribuido: en todas partes reina el miedo y la reaccion repercute en todas las ciudades.

„Todo esto abre hondos precipicios. Se ha calculado que el primer dia de motin cuesta á la Francia veinte millones, el segundo cuarenta, el tercero sesenta. El motin que dura tres dias cuesta ciento veinte millones; es decir, que teniendo solo en cuenta este resultado económico, equivale á un desastre, á un naufragio, á una batalla perdida, en la que se destruyese una escuadra de sesenta navíos de línea.

„No cabe duda que los motines tienen sus bellezas históricas; la guerra en las calles no es menos grandiosa ni menos patética que la guerra en los campos; en la una sobresale el alma de los bosques y en la otra el corazon de las ciudades; una tiene á Juan Chouan y la otra á Juana. Las llamas rojizas que despiden los motines son expléndidas y se descubren en ellos los rasgos más originales del carácter parisiense; la generosidad, el desinterés, la alegría tempestuosa, los estudiantes, que prueban que la bravura forma parte de la inteligencia; lo inquebrantable, que es la Guardia nacional, y el desprecio con que miran á la muerte los transeuntes. Las escuelas y los regimientos se encuentran, porque, despues de todo, solo hay entre los combatientes la diferencia de edad; son de la misma raza, son los mismos hombres estóicos que mueren defendiendo sus ideas á los veinte años y por su familia á los cuarenta. El ejército, que siempre está triste en las guerras civiles, opone la prudencia á la audacia. Los motines, al mismo tiempo que manifiestan la intrepidez popular, educan el valor del ciudadano.

„Está bien: ¿pero todo esto equivale á la sangre que se derrama? Además, á la sangre vertida hay que añadir el porvenir incierto que pueden traer los motines; hay que añadir que comprometen el progreso, que siembran la inquietud, que hacen desesperar á los liberales honrados, y que el absolutismo extranjero vé con placer las heridas que á sí misma se causa la revolucion, y que dan la razon á los vencidos de 1830, que pueden exclamar: "Ya lo habíamos previsto!„ Además, que si un motin puede engrandecer á Paris, empequeñece á la Francia, y por último, que los asesinatos deshonran con frecuencia la victoria que alcanza el órden feroz sobre la libertad loca. En una palabra; los motines siempre son funestos.„

Así habla la casi sabiduría de la mesocracia egoista.

Nosotros rechazamos la acepcion tan lata y tan cómoda de la palabra motin. Entre las conmociones populares establecemos distincion, y no nos preguntamos si un motin cuesta tanto como una batalla. ¿Y por qué compararle con una batalla? ¿Acaso la guerra es azote menos sensible que la calamidad de un motin? Además, ¿son calamidades todos los motines? ¿Qué consecuencia pretenden sacar de que el 14 de Julio costase ciento veinte millones? Pues la instalacion de Felipe V en el trono de España costó á la Francia dos mil millones; y nosotros, hasta por igual precio, preferimos el 14 de Julio.

Por otra parte, negamos esas cantidades, que parecen razones y solo son palabras. Cuando se aparece un motin le examinamos en sí mismo. En la extensa objecion doctrinaria que acabamos de exponer solo se consideran los efectos; nosotros buscamos las causas.

Vamos á explicarnos con más claridad.

## II.

### El fondo de la cuestion.

Existe el motin y existe la insurreccion, que representan dos clases de cólera; una que se equivoca y otra que tiene razon. Sucede algunas veces en los Estados democráticos, únicos que están fundados en la justicia, que una fraccion es usurpadora; entonces todo se subleva, y la necesaria reivindicacion del derecho puede llegar hasta tomar las armas. En cuantas cuestiones dependen de la soberanía colectiva, es insurreccion la guerra del total contra la fraccion, y es motin el ataque de la fraccion contra el total: segun habiten las Tullerías el rey ó la Convencion, son justa ó injustamente

atacadas. El cañon que se asestó contra la muchedumbre no tiene razon el 10 de Agosto y la tiene el 14 Vendimiario.

La apariencia es semejante, pero el fondo diferente; los suizos defienden lo falso y Bonaparte lo verdadero. Lo que estableció el sufragio universal, en virtud de su libertad y de su soberanía, no puede destruirlo la guerra de las calles. Así tambien sucede en las cosas de pura civilizacion: el instinto de las masas, ayer previsor, puede ser hoy equivocado. La misma ira, legítima contra Ferray, es absurda contra Turgot.

Son motines la destruccion de máquinas, el saqueo de almacenes, la ruptura de los rails, la demolicion de los docks, el desafío de la justicia del pueblo al progreso; que los escolares asesinen á Ramus, que espulsen de Suiza, á pedradas, á Rousseau; que se subleven Israel contra Moisés, Atenas contra Focion, Roma contra Escipion; pero es una insurreccion que París se subleve contra la Bastilla. Es motin impío que los soldados se rebelen contra Alejandro y los marineros contra Cristóbal Colon. Y por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada lo que Cristóbal Colon hace por América con la brújula; descubren un mundo. Las dádivas de mundos á la civilizacion son de tal magnitud, que es criminal oponer resistencia á los donantes.

A veces el pueblo se miente fidelidad á sí mismo y la multitud hace traicion al pueblo. Por ejemplo: ¿hay algo tan extraño como la larga y sangrienta protesta de los falsos Saulniers, rebelion crónica y legítima, que en el momento decisivo, en el dia de la salvacion, en la hora de la victoria popular, se casa con el trono, se convierte en chouanería, y siendo una insurreccion contra él, se resuelve en un motin á su favor? Tal fué esa obra magistral y sombría de la ignorancia. El falso Saulnier se escapa del patíbulo real, y conservando aun al cuello un resto de la cuerda, enarbola la escarapela blanca. Y el ¡Mueran las gabelas! dá á luz el ¡Viva el rey!... Asesinos de la noche de San Bartolomé, degolladores de Setiembre, verdugos de Avignon, asesinos de Coligny, de madame Lamballe, de Brune, migueletes, Verdets, cadenettes, compañeros de Jéhn, caballeros de Brassard, sois el motin. La Vendée fué el gran motin católico. Se conoce el ruido que hace el derecho cuando se mueve, aunque siempre no sale del temblor de las masas turbulentas; hay furores locos como hay campanas rajadas; el somatén no siempre suena á bronce. El extremecimiento de la pasion y de la ignorancia es diferente de la sacudida del progreso. Levantaos, pero para engrandeceros. Sepamos hácia qué lado vais, porque solo hay insurreccion hácia adelante. Cualquier otro levantamiento es punible; todo paso violento que se dá hácia atrás es un motin; el retroceso es un hecho de fuerza contra el género humano. La insurreccion es el acceso de furor de la verdad; los adoquines que desencaja la insurreccion despiden las chispas del derecho; esos adoquines solo dejan el barro al motin. Danton, rebelado contra Luis XVI, representa la insurreccion, y Hebert contra Danton, el motin.

De lo que se deduce que si la insurreccion es en casos dados, como dice Lafayette, el más santo de los deberes, el motin puede ser el más fatal de los atentados. Se diferencian tambien en la intensidad de su calórico; la insurreccion suele ser un volcan, y el motin es con frecuencia fuego de paja.

La rebelion, como hemos dicho, parte á veces del poder. Polignac es un amotinador; Camilo Desmoulins es un gobernante.

A veces insurreccion es resurreccion.

Como es un hecho moderno la solucion de todo por medio del sufragio universal, y la historia entera es anterior á este hecho, desde hace cuatro mil años que están padeciendo los pueblos y que se viola el derecho, cada época de la historia viene haciendo la protesta que le fué posible. En la época de los Césares no existia la insurreccion, pero existia un Juvenal.

El *facit indignatio* reemplaza á los gracos.

En tiempo de los Césares vivió el desterrado de Siena, pero tambien vivió el autor de los *Anales*.

Y no nos ocupamos del grandioso desterrado de Patmos, que tambien condena el mundo real, protestando en nombre del mundo ideal, que convierte á la vision en enorme sátira y lanza sobre Roma-Nínive, sobre Roma-Babilonia y sobre Roma-Sodoma, la resplandeciente reverberacion del Apocalipsis. Juan sobre la roca es la esfinge sobre el pedestal; no se puede comprender si es judío ó hebreo, pero el hombre que escribió los anales es latino, ó mejor dicho, romano.

Como los Nerones reinan en la oscuri-

dad, deben pintarse como reinan; para esto es pálido el trabajo del buril y se debe verter en las incisiones prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran siempre por algo en la idea de los pensadores. La palabra encadenada es terrible. El escritor duplica y triplica el estilo cuando el dueño impone silencio al pueblo. De este silencio sale cierta plenitud misteriosa que se filtra y se acera en el pensamiento. La comprension de la historia produce la concision del historiador. La solidez granítica de alguna prosa célebre solo es una condensacion que produce el tirano. La tiranía obliga al escritor á contracciones de diámetro, que son crecimientos de fuerza. El período ciceroniano que apenas basta á Verres, se embotaria en la época de Calígula; cuanto menor es la extension de la frase, mayor es la intensidad del golpe. Tácito piensa con gran fuerza.

La honradez de un gran corazon, condensada por la justicia y la verdad, fulmina.

Notemos de paso que es notable que Tácito no esté superpuesto, históricamente hablando, á César; es sin duda porque se le reservaban los Tiberios. César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece que evitó cuidadosamente el que, al sacar los siglos á escena, arregla las entradas y las salidas. César es grande, Tácito es grande, y Dios dirige estas dos grandezas para que no se choquen. El justiciero, hiriendo á César, podia herirle demasiado y ser injusto, lo que Dios no quiere, porque cubre el Rubicon la gloria de las grandes guerras de Africa y de España, la destruccion de los piratas de Cilicia y la civilizacion que introdujo en la Galia, en Bretaña y en la Germania. Se vé la delicadeza de la justicia divina en no dejar caer sobre el usurpador ilustre al ilustre y formidable historiador, y en privar á César de Tácito, para concederle las circunstancias atenuantes en pró de su génio.

Es cierto que el despotismo no deja de serlo porque lo imponga el génio. Domina la corrupcion en los tiempos de los tiranos ilustres, pero la peste moral es más repugnante en la época de los tiranos infames. En sus reinados nada vela la vergüenza, y los que pretenden enseñar por medio de ejemplos, tanto Tácito como Juvenal, abofetean con más utilidad, en presencia del género humano, á esa ignominia descarada.

Roma apesta más en tiempo de Vitelio que en tiempo de Sila. En las épocas de Claudio y de Domiciano existe la deformidad de bajeza correspondiente á la fealdad del tirano. La villanía de los esclavos es producto directo del déspota; los miasmas que se exhalan de sus conciencias encogidas son reflejos de los de su señor; los poderes públicos son inmundos, los corazones miserables, las conciencias están aplanadas, las almas son repugnantes en los tiempos de Caracalla, de Cómodo y de Heliogábalo; mientras que del Senado romano en la época de César solo sale el olor del estiércol propio de los nidos de águila.

De modo que solo es tardía en la apariencia la llegada á la historia de los Tácitos y de los Juvenales, porque el demostrador solo debe aparecer á la hora de la evidencia. Pero Juvenal y Tácito, lo mismo que Isaías en los tiempos bíblicos, lo mismo que el Dante en la Edad Media, encarnan al hombre; y el motin y la insurreccion son la multitud, que tan pronto tiene razon como no la tiene. En la generalidad de los casos proviene de un hecho material y la insurreccion de un fenómeno moral. El motin es Masaniello; la insurreccion es Espartaco.

La insurreccion confina con la inteligencia y el motin con el estómago.

Alimentar al pueblo es un buen fin, pero matarle es un mal medio.

Todas las protestas armadas, hasta las más legítimas, como la del 10 de Agosto y como la del 14 de Julio, principian de la misma agitacion. Antes de que se desprenda el derecho hay tumulto y espuma. Al comenzar la insurreccion es motin, como el rio es torrente, y ordinariamente llega hasta el Océano, que se llama revolucion.

Algunas veces, sin embargo, la insurreccion, que nace en las altas montañas que dominan el horizonte moral, denominadas la justicia, la prudencia, la razon y el derecho, despues de reflejar la transparencia del cielo y aumentarse con cien afluentes por el camino majestuoso del triunfo, se pierde de repente en alguna hondura popular, como el Rhin en un pantano sin fondo.

Decimos esto refiriéndonos al pasado; el porvenir se presenta de otro modo.

Lo admirable del sufragio es que disuelve el motin en sus principios, y dando el voto á la insurreccion, le quita las armas.

El progreso inevitable consistirá en la desaparicion de la guerra de las calles y

en la desaparicion de la guerra de las fronteras; hoy no, pero *mañana* se realizará la paz.

Por lo demás, cualquiera que sea la diferencia entre la insurreccion y el motin, estos matices apenas existen para el verdadero ciudadano; para él todo es sedicion, rebelion del perro contra el amo, intencion de morder, que hay que castigar con la cadena ó con el encierro; ladrido, aullido, hasta el dia en que la cabeza del perro, engrandeciéndose de repente, se vé vagamente en la sombra con cara de leon. Entonces el ciudadano grita: Viva el pueblo!

Dadas ya estas explicaciones, preguntamos: ¿Qué es para la historia el movimiento de Junio de 1832? ¿Motin ó insurreccion?

Insurreccion.

Podrá sucedernos que al presentar en escena este terrible acontecimiento le llamemos motin alguna vez, pero solo para clasificar los hechos de la superficie; pero haremos siempre la distincion necesaria entre la forma ó motin y el fondo ó insurreccion.

Tuvo tal magnitud el movimiento de 1832 en su rápida explosion y su lúgubre extincion, que hasta los que solo lo consideran como motin hablan de él con respeto; para estos es como un resíduo de 1830. Estos creen que las imaginaciones conmovidas no se calman en un dia; que una revolucion no se corta á pico; que presenta siempre algunas ondulaciones antes de volver al estado de paz, lo mismo que una montaña antes de terminar en la llanura; que no hay Alpes sin Jura ni Pirineos sin Astúrias.

Esta crísis patética de la historia contemporánea, que conocen los parisienses por la *época de los motines*, es seguramente una de las más características entre las más tempestuosas de este siglo.

Digamos unas cuantas palabras más antes de entrar en la narracion.

Los hechos que vamos á referir pertenecen á la realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por falta de tiempo y de espacio; en ella, sin embargo, se encuentra la vida, la palpitacion, el extremecimiento humano; los pormenores son, digámoslo así, el follaje de los grandes sucesos, y se pierden en la lontananza de la historia.

La *época de los motines* abunda en hechos de ese género. Los procesos judiciales, por diferentes razones que la historia, no lo han revelado todo, quizás tampoco lo han profundizado. Vamos, pues, á sacar á luz, entre particularidades conocidas y publicadas, otras que no se han sabido, hechos sobre los que ha pasado el olvido de unos y la muerte de otros.

Por las condiciones de este libro solo manifestaremos un lado y un episodio, seguramente el menos conocido, de las jornadas de los dias 5 y 6 de Junio de 1832; pero lo haremos de modo que entrevea el lector, bajo el sombrío velo que vamos á levantar, la figura real de aquella aterradora aventura pública.

## III.

### Un entierro: ocasion de renacer.

En la primavera de 1832, aunque hacia tres meses que el cólera acobardaba los espíritus, cubriendo con la agitacion su lúgubre tranquilidad, Paris estaba preparado para una conmocion.

Como dijimos, la gran ciudad se asemeja á un cañon; cuando está cargado, basta que caiga en él una chispa para que se dispare. En Junio de 1832 la chispa fué la muerte del general Lamarque.

Lamarque era hombre de fama y de accion. Tuvo en el Imperio y en la Restauracion sucesivamente las dos clases de valor necesarias en ambas épocas: el valor en los campos de batalla y el valor en la tribuna; era tan elocuente como habia sido bravo; su palabra parecia una espada. Como Foy, su antecesor, conservó primero á gran altura el mando militar, y despues mantuvo á gran altura la libertad.

Se sentaba entre la izquierda y la extrema izquierda; le queria el pueblo porque aceptaba las probabilidades del porvenir, y le queria la multitud porque habia servido lealmente al emperador; él y los condes Gerar y Dronet eran los mariscales *in petto* de Napoleon. Los tratados de 1815 le sublevaban como una ofensa personal. Odiaba á lord Wellington con ódio directo que agradaba á la multitud, y hacia diez y siete años que conservaba majestuosamente la tristeza de Waterlóo, prestando apenas atencion á sus sucesos intermedios. En su agonía apretaba contra el pecho la espada que le dedicaron los oficiales de los Cien Dias.

Napoleon murió pronunciando la palabra *ejército* y Lamarque pronunciando la palabra *patria*. Aunque estaba previs-

ta su muerte, el pueblo la consideraba como una pérdida y el gobierno como una ocasion. Su muerte fué un duelo general, duelo que, como todo lo que es amargo, puede trocarse en revuelta.

Así sucedió.

La víspera y la mañana del 5 de Junio, que era el dia fijado para el entierro del general Lamarque, tomó terrible aspecto el arrabal de San Antonio, por el que debia pasar el cortejo; aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores. Sus vecinos se armaban como podian. Los carpinteros llevaban las herramientas de sus talleres "para echar abajo las puertas„. Uno de ellos se hizo un puñal de un gancho de zapatero, rompiendo el garabato y aguzando la espiga. Otro, acometido por la fiebre de "atacar„, dormia vestido ya tres noches.

Un aserrador, que se llamaba Lombier, encontró á un compañero suyo y le preguntó:

—Adónde vas?

—Eso estoy pensando... no tengo armas.

—Entonces qué vas á hacer?

—Iré á la carpintería y tomaré un compás.

—Para qué?

—No lo sé.

Un tal Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba á los obreros que pasaban y los llamaba; les pagaba un cuartillo de vino y les preguntaba:

—Tienes trabajo?

—No.

—Pues ves á casa de Filspierre, entre el portillo de Montreuil y el de Charonne, y allí encontrarás.

En casa de Filspierre encontraban armas y cartuchos.

Ciertos jefes conocidos *corrian la posta*, es decir, iban de una parte á otra para reunir á su gente.

En la taberna de Barthelemy, en el figon de Capel y en el Petit-Chapeau, los bebedores se acercaban unos á otros con aspecto misterioso y se preguntaban y respondian:

—Dónde llevas la pistola?

—Debajo de la blusa. Y tú?

—Debajo de la camisa.

En la calle Traversiere, delante del taller Roland, y en la plaza de la Casa Quemada, frente al taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Entre los hombres que los constituian sobresalia un tal Mavot, que no trabajaba más de una semana en ninguna parte; los maestros lo despedian porque se veian precisados á disputar con él todos los dias. Le mataron al dia siguiente en la barricada de la calle Menilmontant. Pretot, que tambien estaba en el grupo y debia morir tambien en la lucha, preguntaba á Mavot:—"Qué quieres?„—"La insurreccion„, le respondia aquel.

Algunos obreros, que se habian reunido en la esquina de la calle de Bercy, esperaban á un tal Lemarin, agente revolucionario del arrabal de San Marcelo. Las órdenes de aviso se cambiaban casi públicamente.

El dia 5 de Junio, dia en que hubo intervalos de lluvia y de sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con pompa militar oficial, pero aumentada por precaucion. Escoltaban el féretro dos batallones con los tambores enlutados y con los fusiles á la funerala, diez mil guardias nacionales y baterías de artillería. Detrás iba innumerable multitud, agitada y extraña; los Amigos del Pueblo, la Escuela de Derecho, la de Medicina, los proscriptos de todas las naciones; banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, tricolores horizontales, toda clase de enseñas, niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros, impresores, agitando palos casi todos y sables, andando sin órden, dando gritos, y, á pesar de esto, guiados por el mismo pensamiento y pareciendo aquel conjunto ya una confusion, ya una columna. Algunos pelotones tenian jefe; un hombre que llevaba un par de pistolas parecia que pasaba revista á otros, cuyas filas se abrian para dejarle paso. Hormigueaban cabezas de hombres, de mujeres y de niños en los paseos de los boulevares, entre las ramas de los árboles, en las ventanas y en los tejados. Pasaba una multitud armada y la contemplaba otra multitud curiosa.

Por su parte el gobierno vigilaba, vigilaba con la mano en el puño de la espada. Estaban preparados para cualquier acontecimiento; carabinas y fusiles cargados y cartucheras llenas: en la plaza de Luis XV se veian cuatro escuadrones de carabineros, montados y con los clarines al frente; en el barrio Latino y en el Jardin Botánico estaba la Guardia municipal escalonada de calle en calle; en el mercado de vinos un escuadron de dragones; en la plaza de la Grève una mitad del 12.° ligero y la otra mitad en la Bastilla; el sexto de dragones en los Celestinos, y la artillería llenaba la pla-

za del Louvre. El resto de la guarnicion estaba acuartelada, excepto los regimientos de las afueras de París. La inquietud del poder suspendia sobre la muchedumbre amenazadora veinticuatro mil soldados en la ciudad y treinta mil en las afueras.

Entre el acompañamiento del entierro circulaban diferentes rumores. Se hablaba de intentonas legitimistas, se invocaba el nombre del duque de Reichstadt, al que Dios condenaba á muerte en el mismo instante en que la multitud lo designaba para el imperio. Un desconocido anunciaba que á la hora que habian prefijado ciertos contramaestres, éstos abririan al pueblo las puertas de una fábrica de armas. En las frentes descubiertas de la multitud de espectadores se leia el entusiasmo mezclado con el abatimiento.

Entre la muchedumbre, presa de emociones violentas, pero nobles, se destacaban rostros de malhechores y bocas innobles que decian:

—Robemos!

Estas agitaciones remueven el fondo de los pantanos y hacen subir á la superficie del agua nubes de cieno.

El acompañamiento caminaba con lentitud febril desde la casa mortuoria, por los boulevares, hasta la Bastilla. Llovia de vez en cuando, pero la lluvia molestaba poco á los acompañantes.

En la carrera ocurrieron varios incidentes: pasearon el ataud alrededor de la columna de Vendóme; apedrearon al duque de Fitz-James, que estaba en un balcon con el sombrero puesto; arrancaron el gallo de los galos de una bandera popular y lo arrastraron por el lodo; hirieron de un sablazo á un agente de policía en la puerta de San Martin; un oficial del 12.° ligero decia en alta voz:—"Soy republicano„. La escuela politécnica, despues de su consigna forzada, gritó: —"Viva la escuela politécnica! ¡Viva la República!...„

Estos hechos se efectuaron durante el tránsito del fúnebre convoy. Al llegar á la Bastilla, la multitud de curiosos que descendia del arrabal de San Antonio se unió al acompañamiento y principió á oirse terrible murmullo.

Un hombre decia á otro:

—¿Te has fijado en aquel que lleva perilla roja? Pues ese dirá cuándo hemos de disparar.

El féretro pasó la Bastilla, siguió por el Canal, atravesó el puente pequeño y llegó á la esplanada del puente de Austerlitz. Allí se paró. Trazóse un círculo alrededor del coche fúnebre; el acompañamiento guardó silencio: Lafayette habló y se despidió de Lamarque. ¡Momentos augustos y tiernos, en los que todas las cabezas se descubrieron y todos los corazones palpitaron!

De pronto apareció en medio del grupo un hombre vestido de negro, á caballo, llevando una bandera roja, segun unos, ó una pica terminada por un gorro frigio, segun otros. Al verle Lafayette volvió la cabeza. Excelmans abandonó el convoy.

El ginete negro levantó una tempestad y desapareció. Uno de esos rumores terribles que parecen una marejada de las muchedumbres corrió desde el boulevard de Bourdon hasta el puente de Austerlitz: oyéronse gritos prodigiosos:

*—Lamarque al panteon!—¡Lafayette al Hotel de Ville!*

Al oir estas exclamaciones, algunos jóvenes arrastraron el coche fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz y en otro coche á Lafayette por el muelle Morland.

Entre la multitud que rodeaba y aclamaba á Lafayette se hacia de señalar un aleman, que se llamaba Ludwig Suyder, que murió centenario, habiendo estado en la guerra de 1776 y habiendo peleado en Trenton á las órdenes de Washington y en Brandywine á las de Lafayette.

Entre tanto por la orilla izquierda la caballería municipal se ponia en movimiento para ir á ocupar el puente; por la derecha los dragones salian de los Celestinos y se desplegaban á lo largo del muelle Morland. Al verlos en la esquina del muelle, el grupo que arrastraba á Lafayette gritó:—Los dragones!

Los dragones avanzaban al paso, silenciosamente, con las pistolas metidas en las pistoleras, con los sables envainados, con las carabinas en el mosqueton, con aire sombrío de espera. A doscientos pasos del puente se pararon. El coche que conducia á Lafayette llegó hasta ellos; abrieron las filas, le dejaron pasar y volvieron á cerrarlas. En aquel momento estaban casi codeándose los dragones con el gentío; las mujeres huyeron atemorizadas.

Qué sucedió en aquel momento fatal? Nadie podrá decirlo. Fué el momento tenebroso en que se chocan dos nubes. Unos dicen que por la parte del Arsenal se oyó una trompeta que tocaba ataque; otros, que un muchacho dió una puñala-

da á un dragon. Lo cierto fué que se oyeron tres tiros; el primero mató á Cholet, jefe del escuadron; el segundo á una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle de Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera de un oficial. Mientras una mujer gritaba:—"¡Se empieza muy pronto!„ se vió por la parte opuesta al muelle Morland á un escuadron de dragones desembocar al galope y con los sables desnudos por la calle de Bassompierre y por el boulevard Bourdon y barrer todo lo que se les ponia por delante.

Entonces se desencadenó la tempestad: llovieron piedras, estalló el fuego; unos se precipitaron por los ribazos y pasaron el estrecho brazo del Sena, hoy ya cegado; las canteras de la isla Souviers, vasta ciudadela natural, se erizó de combatientes; arrancaron las estacas, dispararon pistoletazos, bosquejaron una barricada; los jóvenes, rechazados, pasaron el puente de Austerlitz con el féretro á paso de carga y atacando á la Guardia municipal; acudieron los carabineros; los dragones acuchillaban, la multitud se dispersó en todas direcciones, y rumor de guerra estalló en los cuatro extremos de Paris.

## IV.

### El hervor de otro tiempo.

Son extraordinarias las primeras agitaciones del motin, que estallan á un mismo tiempo en todas partes. ¿Estaba previsto? Sí. Estaba preparado? No. Pues de dónde salia? Del empedrado. De dónde caia? De las nubes. La insurreccion tiene en unas partes el carácter de complot y en otras el de improvisacion.

El primero que aparece se apodera de la corriente de la multitud y la lleva donde quiere. Principio que espanta y al que se mezcla formidable alegría. Empieza por clamores, por el cierre de las tiendas, por desaparecer los escaparates; despues se oyen tiros aislados, huye la gente, se dan culatazos en las puertas-cocheras, las criadas se rien en los patios de las casas y exclaman: *¡Se mueve jarana!*

En menos de un cuarto de hora, en veinte puntos de Paris pasaba lo que vamos á relatar.

En la calle de Santa Cruz, una veintena de jóvenes, con la barba y el cabello largos, entraban en una taberna y salian poco despues con una bandera tricolor horizontal, cubierta con crespon; á la cabeza de ellos iban tres hombres armados, uno con sable, otro con fusil y el tercero con una pica.

En la calle de Nonaindieres, un hombre bien vestido, barrigudo, calvo, con barba negra, ofrecia públicamente cartuchos á los transeuntes.

En la calle de San Pedro, algunos hombres, con los brazos desnudos, paseaban una bandera negra que llevaba escrito con letras blancas: *República ó muerte.*

Las calles des Jenneurs, del Cuadrante, de Montorgueil y de Maudar, las recorrian grupos que izaban banderas en las que se leia en letras de oro la palabra *Seccion*, con un número. Una de ellas era roja y azul con imperceptible faja blanca.

En el boulevard de San Martin saqueaban una fábrica de armas y otras tres tiendas de armeros de las calles inmediatas. En pocos minutos las innumerables manos de la multitud se apoderaron de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones; de sesenta y cuatro sables y de ochenta y tres pistolas.

Enfrente del muelle de la Grève, algunos jóvenes armados con mosquetes se instalaban en casas de mujeres públicas para hacer fuego desde allí. Llamaban, entraban y se dedicaban á hacer cartuchos.

Un grupo entraba en una tienda de antigüedades de la calle de Vieilles-Handriettes y cogia en ella yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro, yacía en la calle de la Perla.

En los muelles, en los boulevares, en el barrio Latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes y seccionarios leian proclamas y gritaban:—"A las armas!„ Rompian los faroles, desenganchaban los coches, desempedraban las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, rodaban toneles y amontonaban piedras, adoquines, muebles y tablas; hacian barricadas.

Obligaban á los ciudadanos á ayudarles; entraban en las casas y exigian á las mujeres que les entregasen el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribian con tiza en la puerta: *Ya han entregado las armas.* Algunos firmaban recibos de fusil y sable, diciendo: *Enviad por ellos mañana á la Alcaldía.* Desarmaban en la calle á los centinelas aislados y ar-

rancaban las charreteras á los oficiales que encontraban sueltos.

En el barrio de Santiago los estudiantes salian á grupos de sus casas y subian por la calle de San Jacinto al café del Progreso, ó bajaban al café de los Siete Billares de la calle de los Maturinos. A las puertas se subian en guardacantones y repartian armas. Saquearon la carpintería de la calle Transnonain para hacer barricadas. Solo en un punto se resistian los vecinos, en las calles de Saint-Avoye y de Simon-le-Franc, donde ellos mismos destruian la barricada. En un solo punto se replegaban los insurgentes. Abandonaban una barricada que habian principiado á construir en la calle del Temple, despues de hacer fuego contra un destacamento de la Guardia nacional, y huian por la calle de la Corderie. El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas. Los guardias nacionales desgarraron la bandera, llevándose los pedazos en las puntas de las bayonetas.

Lo que referimos, lenta y sucesivamente se verificaba á un mismo tiempo en casi todos los puntos de la ciudad.

En menos de una hora se levantaron veintisiete barricadas solo en el barrio del Mercado. En el centro estaba situada la famosa casa núm. 50, que sirvió de fortaleza, en la que se retiró Juana y sus ciento seis compañeros, flanqueada por una parte por la barricada de San Merry y por la otra por la barricada de la calle de Mambuée, y que dominaba tres calles, la de Arcis, la de San Martin y la de Aubry-le Boucher, á que daba frente.

Habia innumerables barricadas en otros veinte barrios de Paris. En la de la calle de Menetriers un hombre bien vestido distribuia dinero á los trabajadores. Un jóven rubio, sin corbata, iba de una barricada á otra comunicando órdenes. Otro, con sable desenvainado y gorra de polizonte, ponia los centinelas.

En lo interior, más allá de las barricadas, las tabernas y las porterías se habian convertido en cuerpos de guardia. Dirigia el motin ingeniosa táctica militar. Eligió con acierto las calles estrechas, desiguales, torcidas y llenas de ángulos y de recodos, sobre todo los alrededores de los mercados, que eran un laberinto de calles, intrincado como un bosque. Se creia que la Sociedad de los Amigos del pueblo dirigia la insurreccion del barrio de Saint-Avoy. A un hombre muerto en la calle del Ponceau le registraron y se le encontró en el bolsillo un plano de Paris.

Llevaba realmente la direccion del motin una especie de impetuosidad desconocida que reinaba en la atmósfera. La insurreccion construyó barricadas con una mano y con la otra se apoderó de todos los cuerpos de guardia. En menos de tres horas los insurgentes invadieron y ocuparon en la orilla derecha del Sena el Arsenal, la Alcaldía de la plaza Real, todo el Marais, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiote, el Chateau-d'Eau, todas las calles próximas al Mercado; en la orilla izquierda del Sena el cuartel de Veteranos, Santa Pelagia, la plaza Maubert, el polvorin de los Dos Molinos y todos los portillos.

A las cinco de la tarde se habian apoderado de la Bastilla, de la Lingerie, de los Blanes Manteaux; sus tiros llegaban hasta la plaza de las Victorias, y amenazaban al Banco, al cuartel de los Petits-Peres y á la Casa Correo. Los amotinados ocupaban la tercera parte de Paris.

La lucha estaba gigantescamente empeñada en todos los puntos; empezó á pedradas y continuó y seguia á tiros. Hácia las seis de la tarde el Pasaje de Saimson se convirtió en campo de batalla. Los insurrectos ocupaban un extremo y la tropa el otro; se fusilaban desde una verja á la otra. Un observador, el autor de este libro, que fué á ver el volcan de cerca, se encontró entre dos fuegos dentro del Pasaje, y no halló para librarse de las balas más que el hueco de las medias columnas que separan las tiendas, pasando en tan peligrosa situacion más de media hora.

Entre tanto el tambor tocaba llamada, los guardias nacionales se vestian y armaban con rapidez, las legiones salian de las mairías y los regimientos de los cuarteles. Frente al Pasaje del Ancora le dieron una puñalada á un tambor. A otro le asaltó en la calle del Cisne un grupo de jóvenes que le rompieron la caja y le quitaron el sable; otro yacía muerto en la calle del Granero de San Lázaro. En la de Michel-le-Comte mataron á tres oficiales, uno detrás de otro.

Retrocedian algunos guardias municipales heridos en la calle de los Lombardos.

Delante de la Cour-Batave encontró un destacamento de guardias nacionales una bandera que tenia la siguiente inscripcion: *Revolucion republicana, nú-*

*mero 127.* ¿Fué verdaderamente una revolucion?

El motin hizo del centro de París una especie de ciudadela intrincada, tortuosa, colosal. Allí estaba el foco; lo de otras partes eran escaramuzas, y la prueba de que allí se habia de decidir la cuestion era que allí no habia empezado la lucha aun.

En algunos regimientos los soldados estaban indecisos, lo que aumentaba la incertidumbre terrible de la crísis; dichos soldados recordaban la ovacion popular que recibió en Julio de 1830 la neutralidad del regimiento 33.° de línea. Mandaban las tropas dos generales intrépidos de las grandes guerras, el mariscal Lobeau y el general Bugeaud; éste á las órdenes del primero.

Iban reconociendo las calles sublevadas partidas en gran escala, compuestas de batallones de línea, á los que rodeaban compañías enteras de guardias nacionales y á las que precedia un comisario de policía.

Los insurgentes á su vez ponian vigías en las esquinas de las encrucijadas y enviaban con audacia patrullas fuera de las barricadas. Se acechaban por ambas partes. El gobierno, que tenia un ejército en la mano, titubeaba. Se acercaba la noche y se oia el toque de rebato en Saint-Merry.

El ministro de la Guerra, el mariscal Soult, que estuvo en Austerlitz, examinaba el motin con aspecto sombrío. Estos viejos marinos, que están acostumbrados á las maniobras correctas, sin más recurso ni guia que la táctica, que es la brújula de las batallas, quedaban desorientados ante la espuma inmensa que se llama cólera pública.

El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de las cercanías acudian de prisa en desórden. Un batallon del regimiento del 12.° ligero venia á paso de carga de San Dionisio; el 14.° de línea llegaba de Courbevoie; las baterías de la Escuela Militar se habian posesionado de Carrousel; la artillería bajaba de Vincennes.

En las Tullerías habia completa soledad: Luis Felipe, sin embargo, estaba muy sereno.

## V.

### Originalidad de París.

Durante dos años, París habia sido teatro de algunas insurrecciones. Fuera de los barrios sublevados, nada es tan extrañamente tranquilo como el aspecto de la gran ciudad durante el motin.

París se acostumbra pronto á todo, y tiene tantos negocios, que no se ocupa de una cosa tan insignificante como un motin. Solo las ciudades colosales pueden ofrecer semejantes espectáculos; solo los inmensos centros de poblacion pueden contener en su recinto guerra civil y extraña tranquilidad al mismo tiempo.

Habitualmente, cuando empieza la insurreccion, al oir el toque de llamada del tambor, el tendero se limita á decir:

—Parece que hay jarana en la calle de San Martin ó en el arrabal de San Antonio.

Algunas veces añade con aire indiferente:

—O en alguna otra parte.

Luego, cuando llega á sus oidos el estrépito horrible y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, exclama:

—Se vá formalizando! ¡Parece que se calienta el horno!

Despues, si vé que se aproxima el motin, cierra apresuradamente la tienda y se pone en seguida el uniforme; es decir, deja seguras sus mercancías y expone su persona.

Mientras se fusila en una encrucijada, en un pasaje ó en un callejon; mientras se toman y se pierden barricadas; mientras corre la sangre y los cadáveres se amontonan en las calles, se oye el choque de las bolas de un billar inmediato.

Los teatros abren las puertas y representan vaudevilles; los curiosos charlan y rien á pocos pasos de las calles donde es cruda la pelea; los coches hacen viajes; los vecinos salen á comer al campo, y á veces esto sucede en el mismo barrio donde está empeñada la lucha. En 1831 suspendieron una descarga para dejar pasar una boda.

Durante la insurreccion del 12 de Mayo de 1839, en la calle de San Martin, un viejo achacoso, que llevaba un carreton cargado de garrafas de refres-

cos, iba y venia, desde una barricada hasta la tropa y desde la tropa hasta la barricada, ofreciendo su género imparcialmente á la anarquía y al gobierno.

Esto es muy raro, pero es propio del carácter de los motines de Paris, y esto no sucede en ninguna otra capital, porque para que suceda se necesitan dos cosas: la grandeza y la alegría de Paris: es preciso ser la ciudad de Voltaire y de Napoleon.

Sin embargo, en la alarma del 5 de Junio de 1832 la gran ciudad sintió algo que era quizás más fuerte que ella. Tuvo miedo. Se vieron en todas partes, hasta en los barrios más lejanos y más indiferentes, cerradas las puertas y las ventanas en pleno dia. Los valientes se armaron y los cobardes se escondieron. Desapareció el transeunte curioso ó desocupado y muchas calles estaban desiertas como á las cuatro de la madrugada. Se referian por todas partes hechos alarmantes y noticias fatales.—Que los sublevados se habian apoderado del Banco; que solo en el claustro de Saint-Merry habia seiscientos, concentrados y parapetados en la iglesia; que la tropa de línea no inspiraba confianza; que Armand Carrel habia ido á ver al mariscal Clausel, y que éste dijo:—*Contad antes siquiera con un regimiento;* que Lafayette estaba enfermo, pero que habia dicho:—*Soy vuestro;* que era preciso estar con cuidado, porque habia gente dispuesta para saquear á la noche las casas aisladas de los extremos de Paris; que habian establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher; que Lobau y Bugeaud estaban de acuerdo, porque á la media noche ó al rayar el dia se lanzarian á un tiempo cuatro columnas contra el centro del motin, la primera desde la Bastilla, la segunda desde la puerta de San Martin, la tercera desde la plaza de la Grève y la cuarta desde el Mercado; que no se sabia lo que sucederia, pero indudablemente algo muy grave. Tambien les preocupaba en gran manera la vacilacion del mariscal Soult y extrañaban que no atacase en seguida. Estaba profundamente pensativo: el viejo leon parecia que olfateaba en la oscuridad á un mónstruo desconocido.

Llegó la noche y los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban irritadas; registraban á los transeuntes, detenian á los sospechosos. A las ocho de la noche tenian presas á más de ochocientas personas; la Prefectura estaba llena, la Conserjería atestada y la cárcel de la Fuerza tambien.

Los vecinos se fortificaban en las casas; las mujeres y las madres estaban inquietas y angustiadas. Solo á lo lejos se oia rodar algun coche. Al pasar por las puertas sonaban rumores, gritos, tumultos, ruidos sordos y confusos, palabras sueltas:—"Esa es la caballería„ ó "Son furgones que galopan„.—Se oian tambores, clarines, tiros, cañonazos y el toque á rebato de Saint-Merry. Los hombres salian por detrás de una esquina y desaparecian gritando:—"Encerraos en casa„. Y todos se apresuraban á pasar los cerrojos de las puertas. Algunos preguntaban:—"En qué parará esto?„ Por momentos, á medida que iba entrando más la noche, Paris parecia que se coloraba más lúgubremente con el terrible fulgor del motin.

# LIBRO UNDÉCIMO.

## El átomo fraterniza con el huracan

### I.

**Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico sobre su poesía.**

Desde el instante en que surgió la insurreccion del choque del pueblo y de la tropa enfrente del Arsenal, empezó un movimiento decisivo de delante hácia atrás en la muchedumbre que seguia al féretro, la que en toda la longitud de los boulevares pesaba, por decirlo así, sobre la cabeza de la comitiva y produjo espantosa confusion.

Se conmovió el tropel, se rompieron las filas y todos corrieron á un mismo tiempo, los unos atacando y huyendo los otros.

El gran rio humano que corria por los boulevares se dividió en dos, y en un santiamén se desbordó á derecha é izquierda y se extendió en torrentes por doscientas calles á la vez, con la impetuosidad de una exclusa que dejan abierta.

Un muchacho haraposo, que bajaba por la calle de Menilmontant y llevaba en la mano una rama de citiso en flor, que habia cogido en las alturas de Belleville, divisó en la delantera de una

prendería una pistola de arzon vieja. Echó al suelo la rama florida y gritó á la prendera:

—Tia Fulana, me llevo prestado este trasto.

Tomó la pistola y se fué á escape con ella.

Dos minutos despues, unos vecinos espantados, que huian por la calle Amelot y por la de Basse, encontraron al muchacho, que blandia la pistola é iba cantando:

*De noche nada se vé*
*hasta que el alba apunta,*
*el apócrifo escrito*
*al señor espeluzna.*
*Practicad la virtud*
*como nos dice el cura.*

Era Gavroche que marchaba á la guerra.

Cuando llegó al extremo de la calle notó que la pistola no tenia gatillo.

¿Quién era el autor de la cancion que le servia para marcar el paso y de las demás canciones que cuando le ocurria cantaba con cierta gracia? Lo ignoramos; quizás él mismo era el autor. Por otra parte, Gavroche estaba al corriente de todos los trinos populares que en aquella época eran de moda, y mezclaba con ellos sus propios gorjeos. Era un diablillo y un galopin que hacia un galimatías de las voces de la naturaleza y de las voces de Paris; combinaba el repertorio de los pájaros con el repertorio de los talleres. Conocia á muchos discípulos de artistas que constituian una tribu contigua á la suya. Habia sido tres meses aprendiz de imprenta. Un dia llevó un recado al señor Baour-Lormian, que era uno de los cuarenta miembros de la Academia.

Gavroche era un pilluelo literato.

Dejando aparte sus aficiones literarias, estaba lejos de figurarse que en aquella noche lluviosa, que ofreció hospitalidad á dos pequeñuelos en el elefante, habia hecho con sus propios hermanos el oficio de Providencia; con sus hermanos por la noche y con su padre por la madrugada.

Cuando al amanecer salió de la calle de las Danzas, regresó á escape al elefante, sacó de allí á los dos chicuelos, partió con ellos el desayuno que improvisó y luego se separó, confiándolos á esa buena madre que se llama la calle, que es la que á él le crió. Al separarse de ellos los citó para que acudieran por la noche al mismo punto, enjaretándoles por via de despedida este pequeño discurso:

—Yo ahora tomo las de Villadiego, ó de otra manera, me najo, ó para que lo entendais mejor, me voy. Monicacos, si no encontrais al papá ni á la mamá volved aquí por la noche, os improvisaré una cena y os acostaré en la alcoba donde habeis dormido esta noche.

Pero los dos pequeñuelos no volvieron; quizás los recogeria algun agente de policía y los enviaria al depósito de la Prefectura, ó los robaria algun saltimbanqui, ó sencillamente se perderian en el inmenso torbellino de Paris. El bajo-fondo del mundo social está lleno actualmente de esos vestigios perdidos. Gavroche no volvió á ver á los dos niños.

Habian ya transcurrido diez ó doce semanas desde la noche que los recogió, y algunas veces se rascaba la parte superior de la cabeza y exclamaba:

—¿Dónde diablos estarán mis dos chiquillos?

Corriendo con la pistola en la mano habia llegado á la calle de Pont-aux-Choux.

Notó que en dicha calle solo habia una tienda abierta, y, suceso digno de reflexion, era una pastelería; habia, pues, que aprovechar la ocasion providencial de comer un pastelillo de manzana antes de internarse en lo desconocido.

Gavroche se paró, se tentó á los dos lados, registró los bolsillos, los volvió del revés y no encontró en ellos ni la más exígua moneda de cobre; entonces gritó:

—Socorro!

Es muy duro privarse de comer un bocado cuando se tiene verdadera necesidad.

Gavroche no por eso se detuvo en su camino; poco despues estaba en la calle de San Luis.

Al atravesar la del Parque Real sintió vivísimos deseos de desquitarse del pastelillo imposible de manzana, y gozó del placer inmenso de rasgar en pleno dia los carteles de los espectáculos.

Despues, al ver pasar un grupo de individuos bien vestidos, que le parecieron propietarios, alzó los hombros y escupió esta bocanada de bílis filosófica:

—Qué gruesos están esos rentistas! ¡Como que se regalan con buenos bocados! Preguntadles en qué gastan el dinero. No lo saben. Se lo comen. Lo dedican todo al vientre.

## II.

### Gavroche en marcha.

La agitacion que produce una pistola sin gatillo que se lleva al descubierto por la calle en pleno dia es una funcion pública de tal índole, que aumentaba la verbosidad de Gavroche á cada momento.

Iba cantando fragmentos de la Marsellesa y diciendo:

—Todo vá bien. Me dolia la pierna izquierda, pero ya se me curó el reuma y estoy contento, ciudadanos. Como ahora los vecinos no tienen nada que hacer, voy á echarles unos versos subversivos. Vengo del boulevard, amigos mios, y se vá calentando poco á poco la caldera: empieza á cocer y pronto hervirá. Espumaremos el puchero. ¡Adelante los ciudadanos! ¡Que sangre impura inunde los muros! Doy la vida por la patria y ya no volveré á ver á mi concubina. Todo se acabó! Me es igual. ¡Viva la alegría! Luchemos, que estoy ya harto de despotismo.

Al decir esto, el caballo de un guardia nacional de lanceros, que pasaba por su lado, cayó en tierra. Gavroche dejó la pistola en el suelo, levantó al hombre y despues ayudó á levantar el caballo. En seguida volvió á tomar la pistola y prosiguió su camino.

En la calle de Thorigny reinaban la paz y el silencio: esta apatía, propia de los Marais, contrastaba con el inmenso rumor que la circuia.

En el dintel de una puerta estaban hablando cuatro comadres. La Escocia tiene tercetos de brujas, pero Paris tiene cuartetos de comadres, y el "Tú serás rey„ seria tan lúgubre si se le dijese á Bonaparte en la encrucijada Bandoyer, como dicho á Macbet en la selva de Armuyr; seria el mismo graznido poco más ó menos.

Las comadres de la calle de Thorigny solo se ocupaban de sus asuntos. Eran tres porteras y una trapera con cesto y gancho. Estaban de pié, como si fuesen las cuatro esquinas de la vejez; esto es, la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. Entre la gente que vive al aire libre, la trapera saluda y la portera proteje; la trapera estaba agradecida y se sonreia hablando con las tres porteras. Decian cosas tan importantes como las siguientes:

—Vuestro gato sigue siendo tan malo?

—Ya sabeis que los gatos son enemigos naturales de los perros, y los perros son los que se quejan.

—Y la gente tambien.

—Sin embargo, las pulgas de los gatos no se pasan nunca á las personas.

—Además, los perros son peligrosos. Me acuerdo que un año hubo tantos perros, que los pusieron en los periódicos. El año que tenian en las Tullerías unos borregos muy grandes que tiraban del cochecito del rey de Roma. ¿Os acordais del rey de Roma?

—Sí, pero yo queria más al duque de Burdeos.

—Yo conocí á Luis XVII, pero preferia á Luis XVIII.

—¡Qué cara está la carne, señora Patagon!

—Tiene un precio horrible, ¡no me hableis de eso!...

Intervino la trapera, diciendo:

—Señoras, pues el comercio está muy mal. Los montones de basura los echan rebuscados. No se tira nada, todo se come.

—Otros hay más pobres que vos.

—Eso es verdad; á lo menos yo tengo una profesion.

Medió una pausa; despues la trapera, cediendo á la necesidad de hablar que reside en la naturaleza, dijo:

—Al volver á casa por la madrugada, arreglo el cesto, elijo y formo montones en mi cuarto. Pongo los trapos en un canasto, los tronchos en un barreño, los pedazos de hierro en el baul, los de lana en la cómoda, los papeles viejos en el rincon de la ventana, lo que se puede comer en la cazuela, los pedazos de vidrio en la chimenea, los zapatos detrás de la puerta y los huesos debajo de la cama.

Gavroche, que se habia parado detrás de ellas, las estaba escuchando.

—Viejas! las dijo, ¿quién os mete á ocuparos de política?

El pilluelo recibió por respuesta un sofion cuádruple.

—Cállate, pillo!

—El muñeco lleva una pistola!

—Vaya un granuja!

—Vaya un mocoso!

Gavroche, despreciándolas, se limitó por toda represalia á levantar la punta de la nariz con la yema del dedo pulgar, abriendo enteramente la mano al mismo tiempo.

La trapera gritó:

—Vete! pilluelo! bribon!...

La que se llamaba señora Patagon, chocando una mano contra otra, exclamó escandalizada:

—Vamos á tener que lamentar muchas degracias. El galopin que vive aquí al lado y gasta perilla sale todos los dias dando el brazo á una jóven que lleva gorro de color de rosa, y hoy le he visto pasar dando el brazo á un fusil. Una portera, amiga mia, dice que la semana pasada hubo revolucion en... en... en Pontoise. ¡Y ahora pasa este pilluelo cargado con una pistola! Parece que los Celestinos están llenos de cañones. ¡Qué vá á hacer el gobierno con esos tunos, que no saben ya qué inventar para revolver el mundo, cuando empezaba á estar tranquilo, despues de tantos trastornos! Me acuerdo de la pobre reina, que yo ví pasar en una carreta. Todo esto, por supuesto, vá á ser causa de que suba el polvillo. ¡Eso seria una infamia! ¡Iré á ver cómo te guillotinan, galopin!...

—Te cae el moco, vieja, le dijo Gavroche. Límpiate ese promontorio.

Despues continuó su camino. Al entrar en la calle Parcé se acordó de la trapera y empezó este soliloquio:

—Haces mal en insultar á los revolucionarios, tia estercolera; te proteje esta pistola, pues te sirve para que tengas en el cesto cosas buenas para comer.

De pronto sintió pasos tras de él: era que le habia seguido la portera Patagon, y que desde lejos le amenazaba con el puño, gritándole:

—Bastardo! pillo!

—Bah! repuso Gavroche. De eso me rio á carcajadas.

Poco despues pasó por delante del hotel Lamoignon; entonces le sobrecogió un acceso de melancolía; contempló la pistola con aire de reconvencion, como si tratase de enternecerla, y dijo:

—Yo salgo y corro, pero tú no corres ni de tí sale el tiro.

Despues se encaminó hácia el Olmo de San Gervasio.

## III.

### Justa indignacion de un peluquero.

El digno peluquero que echó de su casa á los dos pequeñuelos, á los que Gavroche habia abierto el vientre paternal del elefante, estaba en la tienda afeitando á un soldado veterano, condecorado con la Legion de Honor, que habia servido en tiempo del Imperio. Conversaban, y el peluquero estaba hablando al veterano del motin, del general Lamarque y del emperador, de cuya charla resultó una conversacion entre barbero y soldado, que si la hubiese oido Prudhomme, enriqueciéndola con arabescos, la titularía: *Diálogo de la navaja y del sable.*

—Decidme, preguntaba el barbero. Cómo montaba el emperador á caballo?

—Mal. No sabia caer; así es que no cayó nunca.

—Debia tener muy buenos caballos!

—El dia que me concedió la cruz me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredora, enteramente blanca, con las orejas muy separadas; delgada de cabeza, en la que tenia marcada una estrella negra; de cuello largo, de rodillas fuertes, de costillas salientes, de lomo oblícuo. Tenia unos quince palmos de altura.

—Hermoso caballo! exclamó el peluquero.

—Era de su majestad imperial.

El peluquero creyó que despues de esas palabras debia hacer una pausa; calló un momento y despues dijo:

—El emperador solo una vez estuvo herido. No es verdad?

El veterano respondió con la entonacion tranquila y soberana del hombre que lo ha visto:

—Sí; le hirieron en el talon en Ratisbona.

—¿Y á vos os han herido muchas veces?

—Eh! poca cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca; en Austerlitz una bala en el brazo derecho; en Jena otra en la cadera izquierda; en Friedland un bayonetazo aquí; en Moscow siete ú ocho lanzadas; en Lutzen un disparo de obús me rompió un dedo... Ah!... en Waterlóo una bala de cañon me entró en el muslo... Nada más.

—¡Qué hermoso debe ser morir en el campo de batalla! exclamó el peluquero con arranque pindárico. Os aseguro, bajo palabra de honor, que preferiria, á morir en la cama de enfermedad lentamente, molido de drogas, de cataplasmas, de jeringas y de medicinas, morir recibiendo en el vientre una bala de cañon.

—No teneis mal gusto, le contestó el veterano.

Acabó de pronunciar estas palabras cuando resonó en la peluquería gran estrépito y quedó violentamente roto un vidrio del escaparate. El peluquero se quedó lívido.

—Ah, Dios mio! Aquí hay una! exclamó.

—Una... qué?

—Una bala de cañon.

—Aquí la teneis, le contestó el veterano sonriendo y poniendo en manos del barbero el objeto que recogió del suelo: era una piedra.

El peluquero se asomó por el vidrio roto y aun pudo ver á Gavroche que corria á escape hácia el mercado de San Juan. Al pasar el pilluelo por delante de la peluquería, recordó á los dos niños y no pudo resistir al deseo de saludar al barbero, y le tiró una piedra.

—Veis, señor? exclamó el dueño de la tienda. Ese granuja causa perjuicios solo por el gusto de hacer daño.

## IV.

### El muchacho admira al viejo.

Entre tanto Gavroche estaba ya en el mercado de San Juan, cuyo cuerpo de guardia habian desarmado, y se habia incorporado al grupo que dirigian Enjolras, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly. Todos iban armados. Bahorel y Juan Prouvaire les acababan de encontrar y aumentaron el grupo. Enjolras llevaba escopeta de caza de dos cañones; Combeferre fusil de guardia nacional, con el número de la legion, y en la cintura dos pistolas, que se le veian por bajo de la levita desabrochada; Juan Prouvaire manejaba un antiguo mosqueton de caballería y Bahorel una carabina. Courfeyrac blandia un estoque. Feuilly, con el sable desnudo, marchaba delante, gritando:—Viva Polonia!

Venian del muelle Morland, sin corbatas y sin sombreros, agitados, mojados de lluvia y echando fuego por los ojos. Gavroche se acercó á ellos tranquilamente y les preguntó:

—Adónde vamos?

—Ven aquí, le respondió Courfeyrac.

Detrás de Feuilly iba, ó por mejor decir, saltaba Bahorel; tenia puesto su chaleco rojo y pronunciaba frases de destruccion. Este chaleco trastornó á un transeunte, que gritó atemorizado:

—Ya están ahí los rojos!

Bahorel vió asomado á una ventana á un jóven pálido, con barba negra, que los estaba viendo pasar, que indudablemente era un amigo del A. B. C., y le gritó:

—Pronto, cartuchos para *bellum*.

Tumultuoso acompañamiento seguia á nuestros antiguos conocidos: estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Cougourde de Aix, obreros, hombres bien vestidos, armados con palos y con bayonetas y algunos como Combeferre, con pistolas sujetas en las pretinas de los pantalones. Un viejo septuagenario iba tambien en el grupo. No llevaba arma alguna, y se apresuraba para no quedarse rezagado y caminando muy pensativo.

Gavroche, en cuanto le atisbó, le preguntó á Courfeyrac:

—Quién es ese?

—Un viejo.

Era el señor Babeuf.

## V.

### El anciano.

Enjolras y sus amigos estaban en el boulevard Bourdon, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones dieron la carga. Enjolras, Courfeyrac y Combeferre formaban parte del grupo que habia pasado por la calle Bassompierre gritando:

—A las barricadas!

En la calle Lesdignieres encontraron á un anciano, que les llamó la atencion porque iba haciendo eses, como si estuviese embriagado; además llevaba el sombrero en la mano, á pesar de haber llovido toda la mañana y de seguir lloviendo. Courfeyrac reconoció en aquel anciano al señor Babeuf, que conocia por haber acompañado á Mario algunas veces á casa de aquel. Como estaba enterado de las costumbres pacíficas y tímidas del antiguo mayordomo librero, extrañó verle allí, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta á pesar de la lluvia, y se acercó á hablarle. El insurrecto de veinticinco años y el octogenario entablaron este diálogo:

—Señor Babeuf, retiraos á casa.

—Por qué?

—Porque vá á moverse la gorda.

—Eso es bueno.

—Vá á haber muchos sablazos y muchos tiros, señor Babeuf.

—Eso es bueno.

—Van á cañonearnos.

—No importa. Vosotros dónde vais?

—A echar abajo al gobierno.

—Me parece muy bien.

Despues de este diálogo el anciano los siguió sin pronunciar ni una palabra más. Poco á poco iba andando con más segu-

ridad; algunos obreros le ofrecieron el brazo, pero él lo rehusó por medio de un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, teniendo á la vez el movimiento del hombre que marcha y el semblante del hombre que duerme.

—Es un anciano de muchos brios! exclamaban algunos estudiantes. Entre el grupo corria el rumor de que era un antiguo convencional que habia votado la muerte del rey.

Entre tanto la columna insurgente se dirigia por la calle de la Verrerie.

Gavroche iba delante cantando á grito herido la siguiente cancion, haciendo las veces de clarin:

*La luna brilla en la esfera,*
*el bosque ya nos espera,*
*dijo Cárlos á Carlota.*
*Tú, tú, tú,*
*á Chatú.*
*Yo tengo un Dios, tengo un rey,*
*tengo un liard y una bota.*

—

*Por comer dos cañamones*
*se embriagan dos gorriones*
*al pié de una encina rota.*
*Sí, sí, sí,*
*á Passy.*
*Yo tengo un Dios, tengo un rey,*
*tengo un liard y una bota.*

—

*Un tigre vió estos bobos*
*convertidos en dos lobos,*
*riendo los alborota.*
*Don, don, don,*
*á Mendon.*
*Yo tengo un Dios, tengo un rey,*
*tengo un liard y una bota.*

—

*Y pues la luna ya brilla,*
*vamos al bosque, chiquilla,*
*dijo Cárlos á Carlota.*
*Tin, tin, tin,*
*á Pantin.*
*Yo tengo un Dios, tengo un rey,*
*tengo un liard y una bota.*

Los amotinados se encaminaban hácia Saint-Merry.

## VI.

### Reclutas.

La columna de insurrectos iba aumentando más cada momento. Hácia la calle de los Billetes se unió á ella un hombre de alta estatura que empezaba á encanecer, y cuyo rostro rudo y audaz llamó la atencion de Enjolras, de Courfeyrac y de Combeferre, pero nadie le conocia. Gavroche, que iba delante distraido, cantando, silbando y dando golpes en las puertas con la culata de la pistola, no se fijó en aquel hombre.

Al pasar por la calle de la Verrerie y al llegar á casa Courfeyrac, éste, que no llevaba dinero encima y que habia perdido el sombrero, se separó del grupo, se internó en su casa, subió los escalones de tres en tres, tomó un sombrero viejo, un bolsillo y un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande, que tapaba la ropa sucia. Al bajar la escalera la portera le llamó.

—Señor Courfeyrac!

—Silencio, señora! No me llameis por mi nombre.

La portera se quedó cortada.

—Ahora hablad. Qué se os ofrece?

—Hay ahí un jóven que quiere hablaros.

—Quién es?

—No le conozco.

—Dónde está?

—En vuestro cuarto.

—Demonio! exclamó Courfeyrac.

—Hace más de una hora que está esperando que volvais.

Diciendo esto la portera, apareció en la escalera un jovencillo pálido, delgado, pequeño, cuyo cutis tenia manchas rojizas; llevaba blusa agujereada y pantalon de terciopelo remendado; parecia una muchacha vestida de muchacho más que un hombre.

Se dirigió á Courfeyrac, preguntándole con voz que no era de mujer:

—El señor Mario ha venido?

—No.

—Volverá esta noche?

—No lo sé; yo sí que no volveré, añadió Courfeyrac.

El muchacho le miró fijamente, interrogándole:

—Por qué?

—Porque no.

—Adónde vais?

—Qué os importa!

—Quereis que os lleve el cofre?

—Es que voy á las barricadas.

—Quereis que vaya con vos?

—Si quieres!... la calle es libre, el empedrado es de todo el mundo, le respondió Courfeyrac con aire indiferente.

En seguida salió corriendo á juntarse con sus amigos. Cuando los encontró dió á uno de ellos el cofre para que lo llevara. Hasta un cuarto de hora despues no vió al jovencillo, que le habia seguido.

Los grupos numerosísimos de esta clase

no van precisamente donde quieren; el viento los arrastra. Pasaron por Saint-Merry y se encontraron, sin saber cómo, en la calle de San Dionisio.

# LIBRO DUODÉCIMO

## Corinto.

### I.

#### Historia de Corinto desde su fundacion.

Los parisienses que entren en la actualidad en la calle Rambuteau por la parte del Mercado, ven á la derecha, enfrente de la calle de Mondetour, una cestería, que tiene por muestra un canastillo que copia al emperador, con esta inscripcion:

NAPOLEON, HECHO DE MIMBRES,

é ignoran quizá las escenas terribles que se desarrollaron en aquel sitio hace treinta años. (1)

Allí existian la calle de la Chanvrerie y la célebre taberna llamada Corinto.

El lector recordará cuanto dijimos respecto á la barricada construida en dicho sitio, que eclipsó despues la de Saint-Merry; pues de esa famosa barricada de la calle de Chanvrerie vamos á ocuparnos ahora.

Permítasenos recurrir, para que sea más clara la narracion, al medio sencillo que empleamos al hablar de Waterlóo. Los lectores que quieran representarse con exactitud las manzanas de casas que se elevaban en esa época cerca de la punta de San Eustaquio, en el ángulo Norte de los Mercados de Paris, figúrense una N, tocando á la calle de San Dionisio por el vértice y por la base á los Mercados, y cuyos dos palos verticales serian la calle de la Grand-Truanderie y la de Chanvrerie y el trozo transversal la calle de la Petite-Truanderie. La antigua calle Mondetour cortaba los tres trazos, formando los ángulos más tortuosos. El cruzamiento laberíntico de estas cuatro calles formaba, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los Mercados y la calle de San Dionisio por una parte y la calle del Cisne y de Predicadores por otra, siete manzanas de casas, caprichosamente cortadas, de diferente magnitud, colocadas al través y como al acaso y separadas apenas, como los trozos de piedra de una cantera, por estrechas hendiduras.

Decimos estrechas hendiduras, porque no podemos dar idea más exacta de aquellas callejuelas oscuras, oprimidas, angulosas y flanqueadas por caserones de ocho pisos; eran estos caserones tan decrépitos, que en las calles de la Chanvrerie y en la de la Petite-Truanderie las fachadas estaban apuntaladas con vigas desde una casa á otra. La calle era estrecha y el arroyo ancho, de modo que el transeunte andaba siempre por el piso mojado, costeando tiendas, semejantes á cuevas; gruesos guardacantones, rodeados de aros de hierro, y montones de basura. La apertura de la gran calle Rambuteau devastó todo esto.

El nombre Mondetour indica maravillosamente las sinuosidades de aquellas calles, y estaban mejor expresadas aun por la de *Pironette*, que salia á la calle Mondetour.

El transeunte que pasaba desde la calle de San Dionisio á la de la Chanvrerie la veia estrecharse poco á poco delante de él como si entrase en un embudo inmenso y prolongado. Al final de la calle cerraba el paso, por la parte del Mercado, alta fila de casas, y el transeunte creeria encontrarse en un callejon sin salida, si no descubriese á derecha é izquierda dos cortaduras oscuras por las que podia escapar, y que daban acceso á la calle de Mondetour, que iba á unirse por un lado á la de Predicadores y por el otro á la del Cisne y á la de la Petite-Truanderie.

En el fondo de dicho callejon y en el ángulo de la cortadura de la derecha se veia una casa menos alta que las demás. En esa casa, que solo constaba de dos pisos, estaba instalado, hacia tres siglos, un figon ilustre, que producia alegre ruido en el paraje que indica el viejo Teófilo en estos versos:

*Allí se mece el esqueleto horrible*
*del infeliz amante que se ahorcó.*

El sitio era bueno y los figoneros se sucedian de padres á hijos.

En tiempo de Maturin Regnier, este figon se llamaba *La Corona de Rosas*, y como entonces estaban en moda los geroglíficos, tenia por muestra una corona de rey, recortada sobre una tabla, pintada de color de rosa.

En el siglo anterior, el digno Natoire,

(1) Hacia treinta años en la fecha en que Víctor Hugo escribió *Los Miserables*.

que era uno de los maestros caprichosos que hoy desdeña la escuela rígida, como se achispaba muchas veces en aquel figon y en la misma mesa en que se emborrachaba Regnier, pintó, en señal de gratitud, un racimo de uvas de Corinto en la tabla, de color de rosa, que ostentaba la corona.

El figonero quedó tan complacido, que cambió el título de su establecimiento, haciendo escribir con letras doradas bajo del racimo: *A las uvas de Corinto*. De aquí nació el nombre *Corinto*. La elipsis es propia de borrachos; la elipsis es la espiral de la frase. Corinto fué destronando poco á poco á *La Corona de Rosas*.

El último figonero de la dinastía, el tio Hucheloup, que ignoraba la tradicion, hizo pintar la tabla de azul.

El bodegon constaba de una sala baja, donde estaba el mostrador; de otra encima, que contenia una mesa de billar; de una escalera de caracol, que atravesaba el techo; de vino en las mesas, de humo en las paredes y de luz artificial desde la mitad del dia.

En la sala baja habia una escalera con trampa para bajar á la cueva. El segundo piso era la vivienda de los Hucheloup: se subia por una escalera, ó mejor dicho, escala, teniendo por única entrada una puerta oculta en la sala grande del primer piso. Debajo del tejado habia dos desvanes grandes y abuhardillados, que eran los nidos de las criadas. Entre la cocina y la sala del mostrador ocupaban la planta baja de la casa.

El tio Hucheloup tal vez habia sido químico; el hecho es que fué cocinero: en su figon no solo se bebia, sino que tambien se servian comidas. Hucheloup inventó un plato excelente que solo se encontraba en su establecimiento, carpas rellenas, que él llamaba *carpes au gras* (carpas con manteca). Comian allí á la luz de una vela de sebo ó de un quinqué del tiempo de Luis XVI, en mesas con hule clavado á guisa de mantel, y acudian al bodegon los aficionados desde muy lejos.

Hucheloup creyó en seguida que debia anunciar á los transeuntes su especialidad; mojó un pincel en un puchero que contenia tinte negro, y como tenia ortografía propia como tenia arte culinario propio, improvisó en la pared esta notable inscripcion:

CARPES HOGRAS.

Uno de los inviernos la lluvia y los chaparrones tuvieron el capricho de borrar la S con que terminaba la primera palabra y la G con que empezaba la tercera, y quedó el letrero en esta forma:

CARPE HO RAS.

De modo que con el auxilio del tiempo y de la lluvia, el humilde anuncio gastronómico se convirtió en consejo profundo. Así, pues, el tio Hucheloup, que no sabia ni su lengua, se encontró con que sabia latin y con que habia hecho salir la filosofía de la cocina, y queriendo eclipsar únicamente al famoso cocinero Careme, se habia igualado á Horacio. Lo más notable era que aquello queria decir: "Entrad en mi bodegon„.

Nada de todo eso existe ya. El dédalo Mondetour fué abierto y ensanchado desde 1847 y probablemente no quedarán ni restos de él en la actualidad. La calle de la Chanvrerie y el figon Corinto han desaparecido.

Como hemos anunciado, Corinto era uno de los puntos de reunion, si no era el cuartel general, de Courfeyrac y de sus amigos. Grantaire fué el descubridor de Corinto. Entró allí atraido por las carpas con manteca y repitió con frecuencia las visitas. Allí se bebia, se comia, se gritaba, se pagaba poco y mal, porque á veces no se pagaba, pero siempre se recibia bien á los parroquianos. El tio Hucheloup era un buen hombre. Además, el bodegonero gastaba bigotes.

Tenia cara de muy mal humor; parecia que iba á intimidar á sus clientes; refunfuñaba á los que entraban en el establecimiento, y tenia más aspecto de armar camorra con ellos que de servirles la sopa. Pero, sin embargo, sostenemos lo dicho; todos eran bien recibidos. Esta rareza suya habia acreditado el figon y acudian á él los jóvenes; diciéndose unos á otros: "Vamos á oir gruñir al tio Hucheloup.„

Tambien habia sido maestro de armas.

A lo mejor se reia á carcajadas; tenia la voz gruesa, pero era un buen diablo. Su fondo era cómico, pero de apariencia trágica; solo queria causar miedo; era como esas cajas de rapé que tienen forma de pistola, pero cuya detonacion es un estornudo.

Su mujer era feísima y barbuda.

Hácia 1830 murió el tio Hucheloup, y con él desapareció el secreto de las carpas con manteca.

Su inconsolable viuda continuó con el figon, pero la cocina degeneró hasta el

punto de ser muy ruin; el vino, que antes era malo, llegó á ser pésimo.

Courfeyrac y sus amigos siguieron frecuentando á Corinto, á pesar de lo dicho, por lástima, segun decia Bossuet.

La viuda Hucheloup era una tia coloradota y deforme, llena de recuerdos campestres, cuya gracia consistia en desfigurar las palabras con que las evocaba. Su modo de decir las cosas sazonaba sus reminiscencias primaverales y de la aldea. Decia que en otros tiempos era su gran placer oir "cantar al ruin-señor en la serva„.

La sala del primer piso, donde estaba el comedor, era una pieza grande y larga, con muchos taburetes, escabeles, sillas, bancos y mesas, y contenia además una mesa coja de billar. Se subia por la escalera de caracol, que concluia en el ángulo de la sala por un agujero cuadrado, semejante á la escotilla de un buque. Esta sala, que solo alumbraba una ventana estrecha y un quinqué siempre encendido, parecia una buhardilla. Las paredes estaban blanqueadas con cal y sin adorno alguno.

La viuda Hucheloup tenia dos criadas, que se llamaban Matelote y Gibelote; jamás se supo que tuviesen otros nombres: ayudaban á su ama á poner en las mesas los jarros de vino y la variedad de guisotes que se servian á los comedores en cazuelas de barro. Matelote era gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup; fea, tan fea como cualquier mónstruo mitológico, pero, sin embargo, era menos fea que la señora Hucheloup. Gibelote era alta, delgada, de blancura linfática, de ojos hundidos, de párpados caidos; siempre estaba fatigada y rendida, dominándola lo que podria llamarse laxitud crónica; era la primera que se levantaba y la última en acostarse; servia á todo el mundo, hasta á la otra criada, silenciosa y afectuosamente.

Sobre la puerta de la sala-comedor se leia esta inscripcion, que Courfeyrac escribió con yeso:

*Regálate si puedes y come si te atreves.*

## II.

### Alegrías preliminares.

Laigle de Meaux, como sabe el lector, vivia más en casa de Joly que en ninguna parte. Los dos amigos vivian, comian y dormian juntos. Todo les era comun, hasta Musichetta: formaban lo que los hermanos Chapeaux llaman un *bini*. La mañana del 5 de Junio se fueron á almorzar á Corinto. Joly estaba constipado. La levita de Laigle estaba muy usada, pero Joly iba bien vestido.

Eran las nueve de la mañana cuando entraron en el figon de Corinto. Subieron al primer piso.

En él los recibieron Matelote y Gibelote.

—Ostras, queso y jamon, pidió Laigle, y se sentaron á una mesa. La taberna estaba vacía y se encontraron solos los dos amigos.

Gibelote puso una botella de vino en la mesa, al mismo tiempo que las viandas pedidas.

Cuando empezaban á comer ostras, apareció una cabeza por la escotilla de la escalera y se oyó una voz que decia:

—Al pasar por la calle me ha dado en la nariz un delicioso olor á queso de Brie y he subido.

Era Grantaire, que tomó un taburete y se sentó.

Gibelote, al conocer á Grantaire, como conoció anteriormente á los dos primeros, puso en la mesa dos botellas más.

—¿Vas á beberte el par de botellas que acaban de sacar? preguntó Laigle á Grantaire.

—Hay hombres ingeniosos, pero tú eres el único ingénuo, contestó Grantaire. Dos botellas no asustan á un hombre.

Los dos amigos primeros empezaron por comer; el tercero por beber de un trago media botella.

—¿Tienes algun agujero en el estómago? le interrogó Laigle.

—Como tú lo tienes en el codo, contestó Grantaire, y despues de vaciar el vaso añadió:

—Está muy vieja esa levita.

—Lo sé, respondió el aludido, y por eso hacemos buenas migas la levita y yo; se ha acostumbrado á todos mis pliegues y ya no me incomoda, se ha amoldado á mis deformidades y se presta á todos mis movimientos, y no solo no la siento, sino que me abriga. Las levitas viejas son lo mismo que los amigos antiguos.

—Es verdad, dijo corroborando Joly.

—Grantaire, vienes del boulevard? preguntó Laigle.

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar el principio del entierro.

—Es espectáculo maravilloso, añadió Joly.

—¡Parece mentira que haya tanta tranquilidad en esta calle! Aquí parece imposible que Paris esté tan agitado. ¡Cómo se conoce que esta barriada era antes toda de conventos!... Du Breuil, Sanval y el abate Lebeuf traen la lista de los que habia en esta zona; aquí hormigueaban calzados, descalzos, tonsurados, barbudos, grises, negros, blancos, Franciscanos, Mínimos, Capuchinos, Carmelitas, Agustinos...

—No hablemos de frailes, dijo interrumpiéndole Grantaire.

Despues de una pausa, éste soltó el torrente de su charla:

—Acabo de tragar una ostra infame y ya me acomete la hipocondría. Las ostras están podridas y las criadas son feas. Odio á la especie humana. Acabo de pasar por la calle de Richelieu, por delante de la gran librería pública, y aquel monton de conchas de ostras que se llama biblioteca me ha quitado la gana de pensar. ¡Cuánto papel, cuánta tinta, cuantos garabatos! ¡Todo eso se ha escrito!... ¿Pues entonces por qué dijo un imbécil que el hombre es un bípedo sin pluma? Despues tropecé con una jóven, que yo conozco, hermosa como la primavera y digna de llamarse Floreal, que estaba entusiasmada y se creia muy dichosa porque ayer un espantoso banquero pintado de viruelas se ha dignado solicitarla. La mujer acecha al negociante como al pisaverde; las gatas cazan lo mismo á los ratones que á los pájaros. Esa doncella dos meses atrás aun era honesta, y en su buhardilla ajustaba circulitos de cobre á los agujeros de un corsé, dormia en cama de tijera, vivia al lado de una maceta de flores y estaba contenta. Ahora ya es una banquera; esta noche se ha operado esa transformacion. Esta mañana encontré á esa víctima muy alegre, y lo horrible es que la pícara está tan bonita hoy como ayer. En su fisonomía no se traslucía el banquero. Las rosas, comparadas con las mujeres sobre este punto, tienen la misma propiedad; son en unas y otras invisibles las huellas de los insectos. Ah! no hay moral en la tierra; y pongo por testigo al mirto, símbolo del amor; al laurel, símbolo de la guerra; al olivo, símbolo de la paz; al manzano, que supo perder á Adan con su fruto, y á la higuera, abuela de las faldas. En cuanto al derecho... ¿quereis saber lo que es el derecho? Los galos codician á Clusa, Roma la protege y les pregunta:—"Qué daño os ha hecho?„ Breno le responde:—"El daño que os ha causado Alba y el mal que os hizo Fidena, el que os causaron los egnos, los volsgos y los sabinos, que eran vecinos vuestros. Pues los clusianos son nuestros vecinos y entendemos la vecindad como vosotros. Os apoderásteis de Alba, nosotros nos anexionaremos Clusa„. Y Breno tomó á Roma y gritó: *Væ victis!* Esto es el derecho. En el mundo hay muchas aves de rapiña y muchas águilas. Yo me contento con la carne de gallina.

Grantaire hizo una pausa para presentar el vaso vacío á Joly, que lo llenó; lo apuró él primero y prosiguió dando rienda suelta á su imperturbable locuacidad:

—Breno, apoderándose de Roma, es un águila, y el banquero que arrebata á una griseta es un águila tambien. Tan poco pudor hay en un caso como en otro. No hay que creer nada; la única realidad consiste en beber. Cualquiera opinion que profeseis, ya os decidais por el gallo flaco, como el canton de Uri, ó por el gallo gordo, como el canton de Glaris, lo mismo tendreis; bebed. Me hablais del boulevard, del entierro, etc. etc. ¿Quereis decirme que vá á moverse otra revolucion? Lo que llamais progreso marcha por medio de dos motores: los hombres y los sucesos; pero es cosa triste que de vez en cuando lo excepcional tenga que ser lo necesario. Para los acontecimientos, como para los hombres, no basta la tropa ordinaria; se necesita que nazcan génios entre los hombres y que broten revoluciones de los sucesos. Los grandes accidentes forman la ley; el órden de las cosas no puede pasarse sin ellos, y al ver que aparecen cometas, estamos dispuestos á creer que hasta el cielo tiene necesidad de hacer intervenir á otros actores en la representacion. En el momento más impensado, Dios hace que aparezca un meteoro en el firmamento y se presente alguna estrella caprichosa subrayada por una cola enorme. Esto hace morir á César; Bruto le dá una puñalada y la estrella un cometazo. Luego viene una aurora boreal, viene una revolucion, un gran hombre; 1793 escrito en gruesos caractéres; Napoleon en acecho, el cometa de 1811 en lo alto del cartel, en el hermoso cartel azul, tachonado con repentinas claridades. Espectáculo extraordinario! Pero levantad los ojos, papanatas, y vereis que todo es descabellado; el astro lo mismo que el drama. Esos recursos, sacados de la excepcion, parecen magníficos y

son pobres en realidad. La Providencia no debe recurrir á medios bastardos. No prueba riqueza artística en la naturaleza ver ya tan gastado el destino humano y hasta el destino real, que enseña la cuerda, como lo demuestra el príncipe de Condé, ahorcado; ver que el invierno es una desgarradura del zenit, por la que el viento sopla; ver tantos harapos, hasta en la púrpura nueva de la mañana, en las cumbres de las colinas; ver la humanidad descosida y los acontecimientos remendados, y ver tanta miseria por todas partes. Hay en todo mucha riqueza aparente, pero en ella descubro yo la pequeñez. Se dá una revolucion, como el banquero, cuya caja está vacía, dá un baile: no se debe juzgar á los dioses por las apariencias. Debajo del dorado explendente del cielo descubro un universo pobre; la creacion está en quiebra y por eso estoy descontento. Ved; hoy es el 5 de Junio y está el dia como si fuera de noche; desde que amaneció espero que venga el dia y no ha venido, y ahora ya no vendrá: esto es una inexactitud de dependiente mal pagado. Todo está mal arreglado, nada ajusta; el mundo está viejo y derrengado y yo me paso á las filas de la oposicion. Todo marcha al través; el universo vá tropezando: total, es una pepitoria. Critico, pero no insulto; el universo es así, pero hablo sin mala intencion, segun la conciencia me dicta. Os juro por todos los santos del Olimpo y por todos los dioses del paraiso, que yo no nací para ser parisiense; esto es, para estar dando vueltas siempre, como un volante entre dos manoplas, desde el grupo de los ociosos hasta el grupo de los revoltosos. Nací para ser turco, para estar contemplando todo el dia las gracias orientales en los bailes del Egipto, lúbricos como los sueños de un hombre casto, ó para ser gentil-hombre veneciano y estar rodeado de gentiles hembras, ó principillo aleman, para contribuir con medio soldado á la Confederacion Germánica. Para uno de esos destinos habia nacido yo. He dicho turco y no me desdigo. No comprendo por qué se toma por costumbre hablar mal de los turcos. Mahoma tiene cosas muy buenas; ha inventado los serrallos de las huríes y los paraisos de odaliscas. No insultemos á los mahometanos. Insisto sobre esto para beber. Parece que van á pelearse todos esos imbéciles, á romperse las narices y á matarse en pleno verano, cuando todos ellos podrian salir, llevando cada uno del brazo á una hermosa jóven, á gozar en el campo del expléndido festin de la naturaleza en esta estacion. Se cometen en el mundo muchas necedades. Una linterna vieja y rota, que acabo de ver en una prendería, me sugiere la reflexion de que ya es hora de iluminar al género humano. Estoy triste otra vez, porque es horrible, al comer una ostra, encontrarse con una revolucion.

Cuando Grantaire terminó este trozo de elocuencia, tuvo un merecido ataque de tos.

—A propósito de revolucion, repuso Joly; parece que Mario está verdaderamente enamorado.

—Se sabe de quién? preguntó Laigle.

—No.

—No?

—Te digo que no.

—Adivino los amores de Mario, exclamó Grantaire. Mario es una niebla y habrá encontrado un vapor. Mario pertenece á la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. Mario y su María, su Marieta ó su Mariquita, deben ser dos amantes inocentes. Su amor debe cifrarse en el éxtasis, que se olvida del beso; serán castos en la tierra, pero se unirán en el infinito. Sus almas serán de las que tienen sentidos; dormirán juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba la segunda botella y tal vez su segundo discurso, cuando apareció un nuevo sér por la escotilla de la escalera. Era un muchacho de unos diez años, haraposo, bajito, pálido, con boca grande y ojos vivos, que venia empapado de la lluvia, pero alegre.

El niño, sin vacilar, aunque no conocia á ninguno de los tres amigos, se dirigió á Laigle de Meaux.

—Sois el señor Bossuet? le preguntó:

—Sí. Qué se te ofrece?

—Un hombre rubio me dijo en el boulevard si conocia á la tia Hucheloup; al contestarle afirmativamente, añadió: "Pues llégate al figon; allí encontrarás al señor Bossuet y le dirás de mi parte: A. B. C.„ Puede ser esto una burla, pero no me importa, porque me dió medio franco.

Laigle le dió otro franco al muchacho.

—Gracias, contestó éste tomándolo.

—Cómo te llamas?

—Navet; soy el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros, le dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros, añadió Grantaire.

—No puedo, respondió el muchacho; soy del acompañamiento y estoy encargado de gritar: "Abajo Polignac!„

Saludó y se fué. Cuando salió el muchacho, Grantaire tomó la palabra:

—Ese es el pilluelo puro; tiene muchas variedades el género. El pilluelo escribano, se llama salta-arroyos; el pilluelo cocinero, se llama marmiton; el panadero, mitron; el lacayo, groom; el soldado, granuja; el pintor, aprendiz; el negociante, hortera; el cortesano, marino.

—A. B. C., es decir, el entierro de Lamarque, decia Laigle meditando.

—El hombre rubio quiere significar que Enjolras te llama, añadió Grantaire.

—Iremos? preguntó Bossuet.

—Llueve, contestó Joly; yo juré ir al fuego y no al agua. No quiero constiparme.

—Yo aquí me quedo; prefiero un almuerzo á un entierro, repuso Grantaire.

—Pues ya que nos quedamos, beberemos, dijo Laigle; aunque faltemos al entierro no faltaremos al motin.

—Al motin no, contestó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Vamos á retocar la Revolucion de 1830. La verdad es que oprime las articulaciones del pueblo.

—Me es indiferente vuestra resolucion, dijo Grantaire. No execro á este monarca, que representa la corona atemperada por el gorro de algodon, y cuyo cetro termina en un paraguas. Me parece bastante bueno para la temperatura de hoy. Luis Felipe puede servirse de su realismo para dos fines; para dirigir un extremo del cetro contra el pueblo y para abrir el extremo del paraguas contra el cielo.

La sala comedor habia quedado muy oscura; grandes y negras nubes habian concluido por suprimir el dia.

Estaban desiertos el figon y la calle; todo el mundo habia ido al entierro.

—Es medio dia ó media noche? preguntó Bossuet. No se vé gota. ¡Gibelote, trae una luz!

Grantaire estaba triste y seguia bebiendo.

—Enjolras me desprecia, murmuró, y pensando en que Joly está enfermo y Grantaire borracho, ha enviado á Navet para que busque á Bossuet. Si me hubiera llamado, yo hubiera ido. ¡Tanto peor para Enjolras, porque no asistiré al entierro!

Los tres amigos permanecieron, pues, en la taberna.

A las dos de la tarde la mesa que ocupaban estaba llena de botellas vacías; sobre ella ardian dos velas, una en un candelero de cobre que verdeaba y otra en el cuello de una botella rota. Grantaire consiguió que Joly y Bossuet bebieran, y éstos que aquel estuviese alegre.

Grantaire habia ido más allá del vino que origina ensueños. El vino de los borrachos sérios siempre es alegre: en la embriaguez existe la mágia blanca y la mágia negra; el vino dá la mágia blanca. Grantaire era atrevido bebedor de sueños. La oscuridad de la embriaguez terrible se abria ante él, y lejos de contenerle le arrastraba; abandonó el vino y se entregó al chope; el chope es un abismo: como no tenia á la mano ni opio ni hastchis, recurria á esa horrible mezcla de aguardiente, de cerveza y de absenta, que produce letargos tan terribles; de estos tres vapores, de la cerveza, de la absenta y del aguardiente, se forma el plomo del alma; son tres oscuridades en las que se ahoga la mariposa celeste, y que forman una humareda membranosa, vagamente condensada con alas de murciélago; tres furias mudas, el delirio, la noche y la muerte, que van revoloteando por encima del espíritu adormecido.

Grantaire no habia llegado aun á esa fase lúgubre; lejos de ella todavía, estaba muy alegre, y Bossuet y Joly le acompañaban en la alegría y brindaban con él. Grantaire añadia á la acentuacion excéntrica de las palabras y de las ideas la divagacion de los gestos; apoyaba con dignidad el puño izquierdo en la rodilla, doblando el brazo en ángulo recto, con la corbata deshecha, y á caballo en un taburete; tenia en la mano derecha lleno el vaso, y dirigia á la gruesa Matelote estas solemnes palabras:

—¡Que se abran las puertas del palacio! ¡Que todo el mundo pertenezca á la Academia francesa y tenga el derecho de abrazar á la señora Hucheloup! ¡Bebamos!

Despues de vaciar el vaso, añadió, volviéndose hácia la aludida:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso; acércate para que te contemple!...

Joly gritaba:

—Matelote y Gibelote, no saqueis más vino á Grantaire; derrocha locamente el dinero: esta mañana ha devorado dos francos y noventa y cinco céntimos.

Grantaire continuaba:

—¿Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso para ponerlas sobre la mesa á guisa de velas?

Bossuet, que estaba muy borracho, conservaba la calma; se habia sentado en el hueco de la ventana abierta y la lluvia le mojaba la espalda, mientras contemplaba estúpidamente á sus dos amigos.

De repente oyó detrás de él gran tumulto, pasos precipitados y gritos de *¡á las armas!* Volvió la cabeza y distinguió en la calle de San Dionisio, á la esquina de la calle de la Chanvrerie, á Enjolras, que pasaba con la carabina en la mano, á Gavroche con la pistola, á Feuilly con el sable, á Courfeyrac con la espada, á Juan Prouvaire con el mosquete, á Combeferre con el fusil, á Bahorel con otro, y á todo el grupo armado que los seguia atropelladamente.

La calle de la Chanvrerie apenas era tan larga como el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con las dos manos una bocina, y gritó:

—Eh, Courfeyrac! Eh, Courfeyrac!...

El llamado oyó estas voces, vió á Bossuet, se le acercó y le preguntó:—Qué quieres? Cuyas palabras se cruzaron en el aire con estas otras:—¿Adónde vas?

—A hacer una barricada, respondió Courfeyrac.

—Pues constrúyela aquí, que es magnífico este sitio.

—Es verdad, dijo Courfeyrac.

Hizo una señal y todo el grupo se precipitó tras él en la calle de la Chanvrerie.

## III.

### Grantaire se duerme.

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado: la entrada de la calle, ancha; el fondo, estrecho y sin salida; Corinto formando allí una especie de embudo; la calle Mondetour fácil de cerrar á derecha é izquierda, no siendo posible allí más ataque que el de la calle de San Dionisio, es decir, un ataque de frente y al descubierto. Bossuet, estando gris, tuvo el mismo golpe de vista que Aníbal en ayunas.

Cuando el grupo hizo allí su irrupcion, el espanto se apoderó de toda la calle; los transeuntes se eclipsaron, y en un instante, á derecha é izquierda, se cerraron las tiendas, los establecimientos, las puertas y las ventanas, desde el piso bajo hasta el tejado.

Atemorizada una vieja, colgó un colchon delante de la ventana de una cuerda que le servia para tender la ropa, para amortiguar de ese modo el efecto de la fusilería. Solo el figon permanecia abierto, y esto porque allí se habia instalado el grupo.

—Ay, Dios mio, Dios mio! exclamaba suspirando la tia Hucheloup.

Bossuet bajó á recibir á Courfeyrac.

Joly, asomado á la ventana, gritaba:

—Courfeyrac, ¿por qué no llevas paraguas? Te vas á constipar.

En pocos minutos arrancaron veinte barras de hierro de las rejas de la fachada de la taberna y habian desempedrado diez toesas de la calle; Gavroche y Bahorel cogieron al pasar y derribaron un carro de un fabricante de cal, que llevaba tres toneles llenos, que colocaron sobre pilas de adoquines; Enjolras habia levantado la trampa de la cueva, y todos los toneles vacíos de la viuda Hucheloup los formaron con los de la cal; las manos de Feuilly, acostumbradas á iluminar delicados paises de abanicos, reforzaban los toneles y el carro con dos pilas macizas de guijarros, improvisados como todo lo demás y cogidos no se sabe dónde. Tambien arrancaron unos puntales de la fachada de una casa inmediata y los habian echado sobre los toneles. En muy poco tiempo la mitad de la calle estuvo cerrada por una muralla más alta que la estatura de un hombre. La mano popular es la única para levantar todo lo que se construye demoliendo.

Matelote y Gibelote tambien estaban entre los trabajadores; Gibelote iba y venia cargada de maderos; empleaba su laxitud en la barricada y servia adoquines, como hubiera servido vino, adormecida.

Un ómnibus, con dos caballos blancos, pasó por el extremo de la calle: Bossuet saltó por encima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar á los viajeros, dió la mano á las señoras, despidió al conductor y volvió llevando á los caballos de la brida y trayendo con ellos el coche.

—Los ómnibus, dijo, no pasan por delante de Corinto. *Non licet omnibus adire Corynthum.*

Poco despues, los caballos, desenganchados, desde la calle de Mondetour se fueron por donde quisieron, y el ómnibus, volcado, completó la barricada.

La tia Hucheloup, que se habia trastornado, se refugió en el primer piso; sus miradas eran vagas; miraba sin ver y hablaba sola en voz baja; sus gritos,

asustados, no se atrevian á salir de la garganta.

—Esto es el fin del mundo! exclamaba.

Joly la dió un beso en el cuello rojo y arrugado y despues dijo á Grantaire:

—Siempre me ha parecido el cuello de una mujer cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire llegaba ya á las más altas regiones del ditirambo. Matelote estaba ya en el primer piso y Grantaire la habia cogido por el talle y soltaba grandes carcajadas.

—Matelote es fea! gritaba. Matelote es el bello ideal de la fealdad; Matelote es una quimera. Voy á descubrir el secreto de su nacimiento. Un Pigmalion gótico, que hacia mascarones de catedrales, se enamoró de uno de ellos, del más horrible; suplicó al Amor que le diese vida y resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! Tiene el cabello de color amarillo de cromo, como la querida del Ticiano, y es una buena muchacha. Os respondo que se batirá bien; dentro de cada muchacha buena hay un héroe. La tia Hucheloup es una vieja valiente. Mirad qué bigotes gasta! Los heredó de su marido. Es un húsar. Tambien se batirá heróicamente. Dos mujeres como ella aterrarian la comarca. Compañeros, derribemos al gobierno; tan cierto como hay quince ácidos intermedios entre el ácido margásico y el ácido fórmico. Por lo demás, á mí lo mismo me dá. Habeis de saber, ciudadanos, que mi padre me odiaba porque no podia comprender las matemáticas: yo solo comprendo el amor y la libertad. ¡Soy Grantaire, el buen muchacho! Como nunca tuve dinero, no tengo hábito de tenerlo, y por eso nunca me ha hecho falta; pero si yo fuese rico no habria pobres. ¡Si los buenos corazones tuvieran grandes bolsillos mejor iria todo! ¡Jesucristo, con la fortuna de Rostchild, cuánto bien hubiera hecho!... ¡Matelote, abrázame! Eres voluptuosa y tímida; tus mejillas solicitan el beso de una hermana y tus labios reclaman el beso de un amante.

—Cállate, tonel! le gritó Courfeyrac.

—¡Soy capitular de Tolosa y maestro en Juegos florales!

Enjolras, que estaba de pié encima de la barricada, con el fusil en la mano, levantó hácia la ventana del primer piso su austero semblante. Sabemos que habia en él algo de espartano y de puritano. Hubiera muerto en las Termópilas como Leonidas y era capaz de haber quemado á Drogheda como Cromwell.

—Grantaire! le gritó. Vete á dormir fuera de aquí. Este es sitio de embriaguez, pero no de borrachera. ¡No deshonres la barricada!

Las palabras de Enjolras, dichas con irritacion, produjeron en Grantaire singular efecto, como si le hubieran arrojado á la cara un vaso de agua fria. Pareció que habia vuelto en sí.

Se sentó, apoyó los codos en la mesa que habia cerca de la ventana, miró á Eljolras con indecible afecto y le dijo:

—Déjame dormir aquí.

—Vete á dormir á otra parte.

Grantaire, fijando en él los ojos tiernos y turbados, repitió.

—Déjame dormir aquí... hasta que muera aquí.

Enjolras le miró desdeñosamente, diciéndole:

—Eres incapaz de creer, de querer, de vivir y de morir.

Grantaire le replicó con voz grave:

—Ya lo verás.

Murmuró algunas palabras ininteligibles, dejó caer pesadamente la cabeza sobre la mesa, y por efecto bastante comun del segundo período de la embriaguez, en el que Enjolras le precipitó con rudeza, se quedó instantáneamente dormido.

## IV.

### Tratan de consolar á la viuda Hucheloup.

Bahorel, extasiado ante la barricada, exclamaba:

—Ya está la calle decapitada! ¡Hace muy buen efecto!...

Courfeyrac, mientras iba saqueando el figon, trataba de consolar á su dueña.

—¿No os quejábais el otro dia de que os citaron á juicio y os declararon delincuente porque Gibelote habia sacudido un ruedo en la ventana?

—Sí, señor! Ay, Dios mio! ¿Vais á poner tambien esa mesa en la barricada? No me condenaron solo por el ruedo, sino tambien por un tiesto que se cayó desde la buhardilla á la calle; el gobierno me sacó cien francos de multa. ¿No fué eso una picardía?

—Pues bien, tia Hucheloup, nosotros os vengaremos.

La tia Hucheloup no comprendia muy bien, al parecer, el beneficio que le iba á reportar la reparacion.

Quedaba satisfecha "como aquella mu-

jer árabe que, habiéndole dado un bofeton su marido, fué á ver á su padre y á pedirle venganza, diciéndole:—Padre, debes devolver á mi esposo afrenta por afrenta. El padre le preguntó:—¿En qué mejilla te dió el bofeton?—En la izquierda. El padre entonces la dió un bofeton en la mejilla derecha, y añadió:—Ya debes estar satisfecha. Dile á tu marido que si él ha abofeteado á mi hija, yo he abofeteado á su mujer.

Habia cesado la lluvia; iban llegando reclutas. Los obreros traian bajo las blusas ya un barril de pólvora, ya una cesta de botellas de vitriolo, ya hachas de viento, y hasta un canasto lleno de vasos de lamparillas, "restos de la fiesta del rey„, recientemente celebrada en 1.° de Mayo. Decíase que enviaba estas municiones un droguero del arrabal de San Antonio que se llamaba Pepin.

Rompieron el único farol que habia en la calle de la Chanvrerie, la farola de la calle de San Dionisio y todas las de las calles circunvecinas.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac lo dirigian todo. A un mismo tiempo construian dos barricadas, apoyadas ambas en la misma casa de Corinto, formando escuadra; la mayor cerraba la calle de la Chanvrerie y la otra la de Mondetour, por el lado de la calle del Cisne; esta barricada era muy estrecha, y solo estaba construida con piedras y toneles. Habria allí cincuenta trabajadores; treinta de ellos tenian fusiles, porque al paso para ir á la barricada habian saqueado la tienda de un armero.

Era extraño y abigarrado aquel conjunto de gente. Uno llevaba levita, sable de caballería y pistolas de arzon; otro estaba en mangas de camisa, con sombrero redondo y una bolsa llena de pólvora colgada al cuello; un tercero se cubria con un peto formado de ocho hojas de papel y tenia en la mano una aguja de enjalmar. Una voz gritaba: *¡Exterminemos hasta el último y muramos en la punta de nuestras bayonetas!* El que así gritaba no tenia bayoneta en el fusil. Habia allí quien llevaba cruzadas sobre la levita las correas y la cartuchera de guardia nacional, con funda, en la que resaltaba esta inscripcion hecha con lana roja: *Orden público.* Allí habia un *totum revolutum* de trajes, de armamentos, de clases y de personas. Todos se movian activamente, y al mismo tiempo que trabajaban se ocupaban de los sucesos posibles, haciendo suposiciones terribles con cordial alegría. Parecia que eran hermanos y los unos no sabian cómo se llamaban los otros. Los grandes peligros tienen el privilegio de hacer fraternizar á los desconocidos.

Habian encendido lumbre en la cocina y estaban fundiendo toda la vajilla de estaño de la taberna al mismo tiempo que bebian.

Los pistones, las postas y las balas se mezclaban en las mesas con los vasos de vino. En la sala del billar la señora Hucheloup, Matelote y Gibelote estaban aterrorizadas de distinta manera: la primera atontada, la segunda sofocada y la tercera excitada, y rompian rodillas viejas y hacian hilas; tres insurgentes las ayudaban, tres jóvenes barbudos y cabelludos.

El hombre de alta estatura, que llamó la atencion de Courfeyrac, de Combeferre y de Enjolras cuando se les unió al grupo en la esquina de la calle de los Billetes, trabajaba en la barricada pequeña y les era útil: Gavroche trabajaba en la grande. El jóven que estaba en casa de Courfeyrac esperando á éste, desapareció poco despues de haber detenido el ómnibus.

Gavroche, completamente entusiasmado, se encargaba de todo: iba, venia, subia, bajaba, metiendo mucho ruido; parecia que estaba allí para animar á los demás. Gavroche era un torbellino. Le veian sin cesar, le oian contínuamente; llenaba todo el espacio, se encontraba á la vez en todas partes; era una especie de ubicuidad casi irritante; nada le detenia; la enorme barricada sentia su accion. Molestaba á los transeuntes, excitaba á los perezosos, reanimaba á los fatigados, impacientaba á los pensativos, alegraba á unos y encolerizaba á otros. En sus brazos dominaba el movimiento perpétuo y en sus pulmones el clamor contínuo.

—Bravo! Más adoquines! ¡más toneles! más maderos! Una mano de yeso para tapar este agujero. Es pequeña aun la barricada, ha de ser más alta. Demoled la casa. Tomad; aquí teneis una puerta vidriera.

Esto hizo exclamar á uno de los trabajadores:

—¿Para qué quieres que sirva una puerta vidriera, tubérculo?

—Los tubérculos sois vosotros, respondió Gavroche. La puerta vidriera en la barricada no impedirá el ataque, pero servirá de obstáculo para que la tomen. ¿No habeis robado manzanas nunca por encima de una pared llena de cascos de

botella? Pues una puerta vidriera cortará los callos de los guardias nacionales si quieren subir á la barricada. El vidrio es muy traidor. Estais preocupados y teneis obtusa la imaginacion.

Gavroche estaba furioso al ver que su pistola no tenia gatillo y uno á uno iba pidiendo á todos un fusil:—¡Quiero un fusil!...

—Para qué quieres tú el fusil? le preguntó Courfeyrac.

—Para qué? Ya lo tuve en 1830, cuando lo de Cárlos X.

Enjolras le dijo:

—Cuando los tengan todos los hombres se les darán á los niños.

Gavroche se volvió con altivez y le contestó:

—Si te matan antes que á mí, recogeré el tuyo.

—Pilluelo! exclamó Enjolras.

—Blanquillo! exclamó á su vez Gavroche.

Un elegante extraviado que pasaba por el extremo de la calle cortó esta disputa.

—¡Venid aquí, con nosotros, á trabajar por la patria! le gritó el pilluelo.

El elegante, asustado, huyó.

## V.

### Preparativos.

Los periódicos de aquel tiempo, que dijeron que la barricada de la calle de la Chanvrerie era una *construccion casi inexpugnable* y que llegaba al nivel del piso principal, se equivocaron. No pasaba de tener la altura de seis á siete piés. Se construyó de modo que los combatientes podian, segun su voluntad, ocultarse detrás ó dominar el paso, y hasta subir á la cumbre por medio de una cuádruple fila de adoquines superpuestos y colocados á guisa de escalera, por el interior. Por fuera, el frente de la barricada se componia de pilas de adoquines y de toneles sujetos por vigas y tablas, que se enchufaban en las ruedas del carro de Anceau y del ómnibus, y presentaba la barricada el aspecto de un obstáculo erizado y laberíntico. Una cortadura dejaba el espacio suficiente para que pasase por ella un hombre, entre el extremo de la barricada que estaba más lejos de la taberna y las casas, de modo que era posible la salida de la barricada.

La lanza del ómnibus la colocaron verticalmente y ataron con cuerdas á ella una bandera roja, que flotaba sobre la barricada.

La otra pequeña de la calle de Mondetour, escondida detrás de la casa del figon, no se veia desde allí. Reunidas las dos barricadas formaban una especie de reducto. Enjolras y Courfeyrac no creyeron conveniente construir otra en el segundo extremo de la calle de Mondetour, que abre una salida al Mercado por la calle de Predicadores, queriendo sin duda conservar la posibilidad de comunicacion con el exterior y no temiendo un ataque por la peligrosa callejuela de Predicadores.

Con la salida libre, que constituia lo que Jolar en su estilo estratégico hubiera llamado un ramal de trinchera, y con la cortadura de la calle de Chanvrerie, el interior de la barricada, en la que la taberna formaba ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes.

Esta construccion se ejecutó sin ningun obstáculo en menos de una hora y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese aparecer una gorra de pelo ni una bayoneta. Los pocos vecinos que se atrevian á pasar, despues que estalló el motin, por la calle de San Dionisio, echaban una ojeada á la calle de la Chanvrerie, veian la barricada y redoblaban el paso.

Cuando estuvieron terminadas las dos barricadas y se enarboló la bandera, arrastraron una mesa fuera de la taberna y Courfeyrac se subió encima. Enjolras trajo el cofre cuadrado, que estaba lleno de cartuchos: temblaron los más valientes y hubo un instante de silencio. Courfeyrac distribuyó los cartuchos sonriendo; cada uno recibió treinta. Muchos de los insurgentes tenian pólvora y se pusieron á hacer más cartuchos con las balas que se fundian en la taberna. El barril de pólvora estaba aparte, en otra mesa, cerca de la puerta, y lo reservaban.

No cesaba el toque de llamada, que recorria todo Paris, pero era un ruido monótono, del que nadie hacia ya caso; dicho ruido tan pronto alejaba como acercaba sus lúgubres ondulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas todos á la vez, pero sin precipitacion, con solemne gravedad.

Enjolras colocó tres centinelas fuera de las barricadas, uno en la calle de la Chanvrerie, otro en la de Predicadores y otro en la esquina de la Petite-Truanderie.

Despues esperaron ya, teniendo designados los puestos, los fusiles cargados, solos en aquellas calles terribles, por las que no pasaba ya nadie, rodeados de las casas mudas y como muertas, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba, en medio de la oscuridad y del silencio, en el que se sentia avanzar algo que tenia no sé qué trágico y terrorífico; esperaban los sublevados, repetimos, aislados, armados, resueltos y tranquilos.

## VI.

### Esperando.

Qué hicieron durante las horas de espera?

Debemos decirlo, porque esto pertenece á la historia.

Mientras los hombres hacian cartuchos y las mujeres hilas; mientras los centinelas vigilaban la barricada con el arma al brazo; mientras Enjolras, á quien nada distraia, vigilaba á los centinelas, Combeferre, Courfeyrac, Prouvaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros se reunieron, como en sus dias más pacíficos de sus conversaciones de estudiantes, en un rincon de la taberna, á dos pasos del reducto que acababan de construir, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de la silla.

Aquellos jóvenes, que estaban quizás próximos á su última hora, se pusieron á entonar con expresion versos amorosos.

La hora, el sitio, la evocacion de los recuerdos de su juventud, las estrellas que empezaban á brillar, el reposo fúnebre de las desiertas calles, la inminencia de la aventura inexorable que esperaban, daban poético encanto á los versos que á media voz entonaba Juan Prouvaire, que, como ya dijimos, era tierno poeta.

Entre tanto habian encendido una antorcha en la barricada pequeña y en la grande una de esas hachas que se encuentran el martes de Carnaval, que preceden á los coches cargados de máscaras que van á la Coartille. Dichas antorchas procedian del arrabal de San Antonio, como ya tenemos dicho. Habian colocado la referida hacha en una especie de jaula de adoquines, cerrada por tres lados para librarla del viento, y estaba puesta de tal modo que toda la luz reflejaba en la bandera. La calle y la barricada estaban sumidas en la oscuridad, y solo se veia la bandera roja como iluminada por una linterna sorda. La luz extendia sobre el color de escarlata de la bandera terrible tinte de púrpura.

## VII.

### El hombre reclutado en la calle de los Billetes.

Era ya completamente de noche; nadie se acercaba hácia las barricadas. Solo se oian desde lejos rumores confusos, y de vez en cuando algunas descargas poco nutridas y lejanas. La prolongacion de la tregua parecia indicar que el gobierno se tomaba tiempo y reunia sus fuerzas. Los cincuenta hombres esperaban á sesenta mil.

Dominaba á Enjolras la impaciencia que se apodera de las almas fuertes á la aproximacion de terribles acontecimientos. Fué á buscar á Gavroche, que estaba haciendo cartuchos en la sala baja á la dudosa claridad de dos velas, colocadas por precaucion en el mostrador, á causa de la pólvora que estaba extendida por las mesas. La luz de aquellas velas no se veia por fuera. Además, los insurgentes tuvieron el cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

Gavroche estaba muy pensativo en aquel momento, pero no precisamente por los cartuchos, sino porque el hombre de la calle de los Billetes acababa de entrar en la sala baja y se habia sentado junto á la mesa que estaba más oscura.

Llevaba fusil de municion, que sostenia entre las piernas. Gavroche, distraido hasta aquel momento por cien cosas "divertidas„, no vió hasta entonces á aquel hombre; cuando entró éste el pilluelo le siguió con la vista, admirando el gran fusil que llevaba, y despues, en cuanto el hombre se sentó, él se levantó repentinamente. Los que hubieran observado poco antes de anochecer al desconocido, hubieran visto que estaba espiando la barricada y el grupo de los insurgentes con singular atencion; pero desde que entró en la sala del figon se habia ensimismado en el recogimiento y parecia no ver nada de lo que pasaba á su alrededor. El pilluelo se acercó al hombre pensativo y se puso á dar vueltas en torno de él, sobre la punta de los piés, como se hace cuando no se quiere despertar á alguno. Al mismo tiempo en su rostro infantil, tan descarado y tan sério á la vez, se pintaron suce-

sivamente los gestos de viejo, que significan: Ah! —Bah!—No es posible!—Tengo telarañas en los ojos! Deliro.—Será él?—No, no es.—Sí, sí que es, sí.—Pero no... etc. etc. Gavroche estaba estupefacto, inseguro, convencido y trastornado. Tenia la cara de un jefe de eunucos que en el mercado de esclavas descubre una Venus entre muchas furias; la cara de un inteligente en pintura que encuentra una obra de Rafael entre un monton de cuadros viejos y ruines. En él trabajaban á un mismo tiempo el instinto que olfatea y la inteligencia que combina. Indudablemente llegaba un acontecimiento para Gavroche.

Enjolras se acercó á él cuando estaba más embebido en su preocupacion.

—Tú que eres pequeño, le dijo, puedes salir sin que te vean. Sal de las barricadas, deslízate á lo largo de las casas, explora las calles y ven á decirme lo que pasa.

Gavroche se enderezó al oir esto y respondió:

—Pues es una felicidad que los pequeños sirvan para algo... Ya voy!... entre tanto confiad en los pequeños y desconfiad de los grandes.

Levantó la cabeza, y bajando la voz y señalando el desconocido á Enjolras, le dijo:

—Ese grande es el hombre de la calle de los Billetes.

—Y qué?

—Es un espía.

—Estás seguro?

—Sí; no hace quince dias que me bajó de las orejas de la cornisa del puente Real, donde yo estaba tomando el fresco.

Enjolras se separó del pilluelo y se acercó á un obrero que estaba allí de centinela, diciéndole algunas palabras en voz muy baja. El obrero salió en seguida de la sala y volvió á entrar al poco tiempo acompañado por otros tres. Los cuatro se colocaron detrás de la mesa á la que estaba sentado el hombre sospechoso, sin hacer ningun movimiento que pudiese llamarle la atencion, pero visiblemente dispuestos á arrojarse sobre él.

Enjolras se acercó al desconocido y le preguntó:

—Quién sois?

Al oir la brusca interrogacion, el desconocido se sobresaltó. Dirigió á Enjolras una mirada penetrante que parecia querer adivinar la idea de la pregunta. El hombre de la calle de los Billetes entreabrió los labios con sonrisa desdeñosa, enérgica y resuelta, y respondió con altiva gravedad:

—Comprendo por qué me lo preguntais; pues bien, sí.

—Sois un espía?

—Soy agente de la autoridad.

—Cómo os llamais?

—Javert.

Enjolras hizo una señal á los cuatro hombres, y en un santiamén, antes de que Javert volviese la cabeza, le cogieron por el cuello, le derribaron al suelo y le registraron.

Le encontraron encima una tarjeta circular colocada entre dos cristales, la que tenia por una parte las armas de Francia grabadas con esta leyenda: *Seguridad y vigilancia*, y la otra parte lo siguiente: *Javert, inspector de policía; edad, cincuenta y dos años*, y la firma del prefecto de policía, que entonces era Gisquet.

Le encontraron además un reloj y un bolsillo, que encerraba algunas monedas de oro: le dejaron ambas cosas. En el fondo del bolsillo del chaleco, debajo del reloj, le descubrieron un papel plegado en cuatro dobles, que desdobló Enjolras, y en el que leyó las líneas siguientes, escritas por la mano del prefecto de policía: "El inspector Javert, en cuanto termine su mision política, se enterará, por medio de vigilancia especial, de si es cierto que andan vagando algunos malhechores por el ribazo de la orilla derecha del Sena, cerca del puente de Jena„.

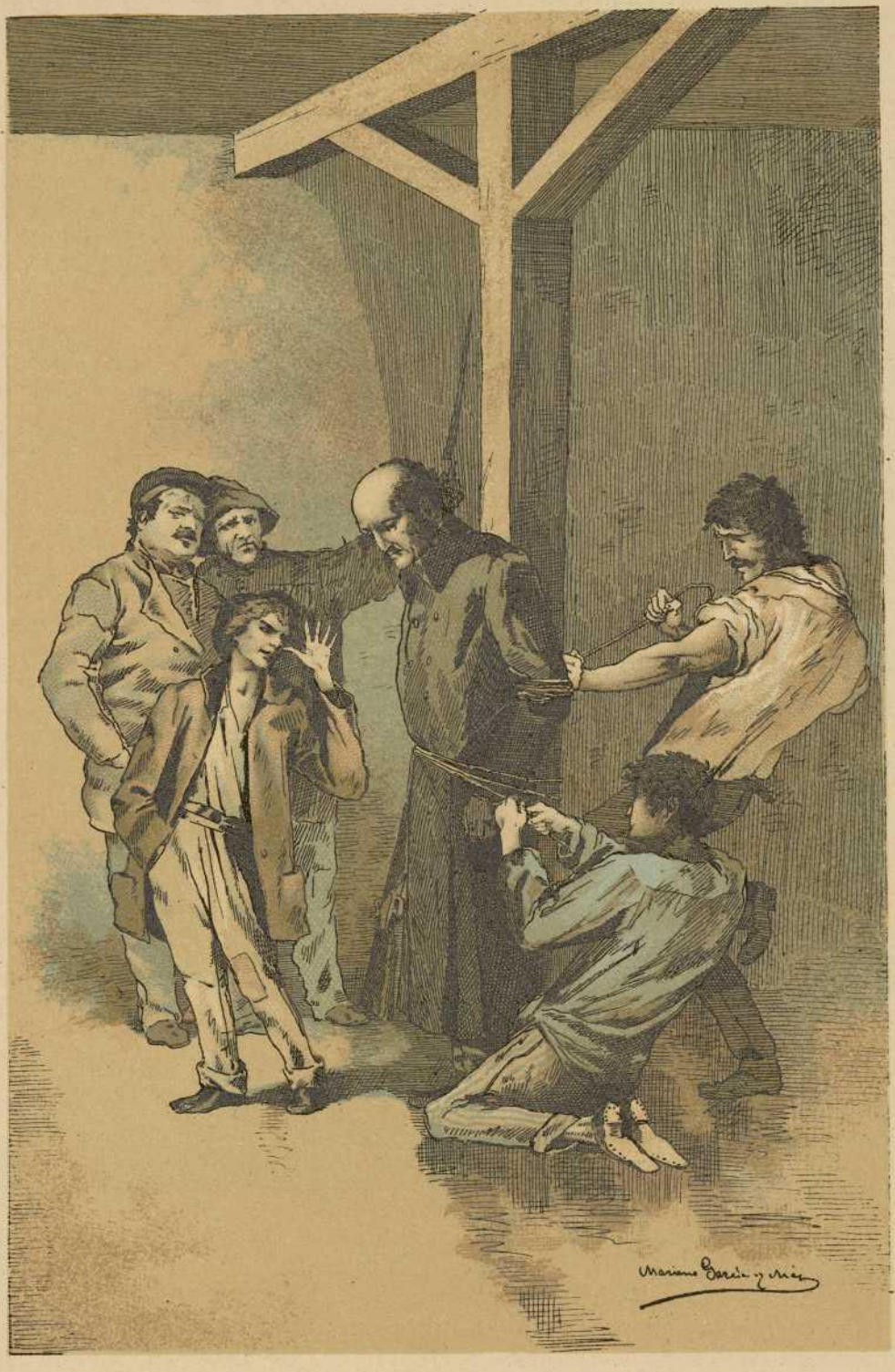
Cuando terminó el registro, pusieron en pié á Javert, le sujetaron los brazos por detrás de la espalda y le ataron en la sala baja al célebre poste que antiguamente dió nombre á la taberna.

Gavroche, que presenció y aprobó toda la escena con mudos movimientos de cabeza, se aproximó á Javert y le dijo:

—Amigo mio, el raton ha cogido al gato.

La escena anterior se ejecutó con tal rapidez, que habia terminado ya cuando empezaron á apercibirse en el figon. Javert no dió un solo grito, y estaba amarrado al poste cuando acudieron Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre y los demás que estaban en las barricadas.

Javert estaba recostado en el poste y tan atado que apenas podia hacer un movimiento, pero sin embargo, levantaba



EL RATON HA COGIDO AL GATO

la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que nunca ha mentido.

—Es un espía, dijo Enjolras á los que habian entrado en la sala, y volviéndose hácia Javert, le intimó la siguiente sentencia:

—Sereis fusilado dos minutos antes de que tomen la barricada.

Javert replicó con imperioso acento:

—Por qué no ahora?

—Queremos economizar la pólvora.

—Pues si es por eso, matadme de una puñalada.

—Espía, le contestó Enjolras, somos jueces y no asesinos.

Despues llamó á Gavroche y le dijo:

—Corre á desempeñar mi encargo.

—Voy, contestó el pilluelo, y deteniéndose al ir á marcharse, añadió:

—A propósito; me guardareis su fusil; os entrego al músico y me llevaré el clarinete.

El pilluelo hizo un saludo militar y salió bulliciosamente por la cortadura de la barricada grande.

## VIII.

### Un tal Cabuc, que quizás no se llamaba Cabuc.

La descripcion trágica que estamos haciendo no seria completa ni tendrian el relieve exacto y real ciertos instantes del drama social y del desarrollo revolucionario, si omitiésemos en este relato un incidente lleno de horror épico y terrible que aconteció despues de marcharse Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve, y rodando crecen, aglomerando al rodar un monton de hombres tumultuosos, á los que no preguntan de dónde vienen.

Entre los transeuntes que se unieron á la gente que dirigian Enjolras, Combeferre y Courfeyrac, habia uno que llevaba chaqueta de esportillero bastante usada, que gesticulaba y vociferaba con entusiasmo salvaje. Este hombre, llamado Cabuc, era completamente desconocido allí; era muy entusiasta ó aparentaba serlo, como acabamos de decir, y se habia sentado con otros insurrectos á una mesa que habian colocado fuera de la taberna. Dicho hombre, mientras hacia beber á sus compañeros de conversacion, no quitaba ojo de la casa grande que estaba en el fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle y estaban enfrente de la de San Dionisio.

De repente exclamó:

—Compañeros, desde esa casa debíamos hacer fuego; si nos colocásemos en sus ventanas nadie podria entrar en la calle.

—Sí, pero está cerrada la casa, dijo uno de los bebedores.

—Y no querrán abrir, añadió otro.

—Llamaremos.

—No abrirán.

—Echaremos abajo la puerta.

Cabuc corrió á la puerta, que tenia un aldabon muy pesado, y llamó; no abrieron. Volvió á llamar; nadie respondió. Dió el tercer golpe; el mismo silencio.

—No hay nadie en esta casa? gritó Cabuc.

Despues de otro rato de espera, tomó el fusil y dió culatazos contra la puerta: ésta era vieja, cintrada, sólida, de roble, forrada por el interior con una chapa de palastro y con armadura de hierro. Los culatazos hacian temblar la casa, pero no meneaban la puerta. Los vecinos se alarmaron sin duda, porque al poco rato se abrió, iluminándose un ventanillo cuadrado del tercer piso, y apareció una luz y la cara asustada de un hombre de pelo entrecano, que era el portero.

Cesaron los culatazos.

—Señores, qué se os ofrece? preguntó el portero.

—Abre! le contestó Cabuc.

—No puedo.

—Abre! repitió el que llamaba.

—Es imposible, señores.

—Sí?... Ahora verás!

Cabuc levantó el fusil y apuntó al portero; como estaba debajo de él y era de noche, el hombre del ventanillo no vió que le apuntaban.

—Quieres abrir? Sí ó no?

—No.

—Dices que no?

—No, porque...

El portero no pudo acabar la oracion: dispararon el fusil, le entró la bala por debajo de la barba y le salió por la nuca, despues de atravesarle la vena yugular. El pobre viejo cayó sin exhalar un suspiro; la luz se le fué de las manos y se apagó: luego solo se vió una cabeza inmóvil recostada en el borde de la ventana y una nubecilla de humo blanquecino que subia hácia el tejado.

—Caro le ha costado no abrir, dijo Cabuc dando un culatazo en tierra.

Apenas pronunció esas palabras, sintió una mano que le cogia del cuello con la fuerza de la garra del águila, y oyó una voz indignada que le dijo:

—De rodillas!

El asesino volvió la cara y se vió delante á Enjolras, pálido y sereno, que llevaba una pistola en la mano. Habia acudido al oir la detonacion: con la mano izquierda tenia asidos el cuello, la blusa y la camisa de Cabuc.

—De rodillas! repitió.

Con soberano movimiento el delicado jóven de veinte años dobló como una caña al ganapan robusto y le arrodilló en el suelo.

Cabuc trató de resistirse, pero se encontró con que le sujetaba un puño sobrehumano.

Enjolras, pálido, con el cuello descubierto, con el pelo esparcido y el semblante femenil, tenia en aquel momento algo de Thémis. La nariz abierta y los ojos bajos daban á su implacable perfil griego la expresion de cólera y de castidad que el mundo antiguo aplicaba á la Justicia.

Los insurrectos de la barricada habian acudido y estaban colocados en círculo á cierta distancia, comprendiendo que nada debian decir ante lo que iban á ver.

Vencido Cabuc, no trataba ya de defenderse y temblaba de piés á cabeza.

Enjolras lo soltó, y sacando el reloj, le dijo:

—Recógete dentro de tí mismo! Ora ó piensa. Te queda un minuto!

—Perdon! exclamó el asesino. Despues bajó la cabeza y balbuceó juramentos casi inarticulados.

Enjolras, cuando pasó el minuto, cogió á Cabuc por la nuca y apoyó en las sienes de éste el cañon de la pistola. Muchos de aquellos hombres intrépidos, que voluntariamente se habian metido en la peligrosa situacion en que se veian, volvieron la cabeza al otro lado. Oyóse una explosion y el asesino cayó á tierra boca abajo.

Enjolras se enderezó y paseó á su alrededor la mirada convencida y severa. Despues empujó el cadáver con el pié y dijo:

—Que echen eso fuera.

Tres hombres levantaron el cuerpo del asesino, que se agitaba en las convulsiones últimas y maquinales de la vida espirante, y le arrojaron por encima de la barricada en la callejuela Mondetour.

Enjolras se quedó pensativo. No sabemos qué grandiosas tinieblas se esparcian lentamente sobre su imponente severidad. De pronto levantó la voz y todos le escucharon silenciosamente.

—Ciudadanos, dijo, la accion de ese hombre es espantosa, la mia horrible. Mató y por eso le he matado. Obré así porque la insurreccion debe tener disciplina. El asesinato es en estos momentos mayor crímen que en otras circunstancias: nos mira la Revolucion, somos los apóstoles de la República, somos las víctimas del deber, y es preciso no dar ocasion para que calumnien nuestra lucha. Por eso he juzgado y condenado á muerte á ese hombre. He creido que mi deber era obrar de ese modo, á pesar de que detesto esa manera de obrar; me he juzgado á mí mismo y ya sabreis á lo que me he condenado.

Los que le oian temblaban.

—Participaremos de tu suerte, le dijo Combeferre.

—Os lo agradezco, respondió Enjolras. Oid algunas palabras más. Al matar á ese hombre obedecí á una necesidad; pero la necesidad es un mónstruo del mundo antiguo, la necesidad se llama fatalidad. La ley del progreso ha de obligar á que los mónstruos desaparezcan ante los ángeles, á que la fatalidad desapareza ante la fraternidad. Momento es este inoportuno para pronunciar la palabra amor; pero no importa, la pronuncio y la glorifico. Amor, tuyo es el porvenir. Muerte, me sirvo de tí, pero te aborrezco. Ciudadanos: en el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignorancia, ni pena sangrienta del talion: como no habrá Satanás, no será necesario Arcángel. En el porvenir nadie matará á nadie; el mundo será resplandeciente y el género humano amará. Al fin llegará el dia en que todo sea amor, concordia y armonía, luz, alegría y vida; llegará, y para que llegue, nosotros vamos á morir.

Enjolras calló; sus labios castos se cerraron y permaneció algun tiempo en pié en el sitio en que habia derramado sangre, con la inmovilidad del mármol. Los demás hablaban en voz baja á su alrededor.

Juan Prouvaire y Combeferre se estrechaban la mano silenciosamente, apoyados uno sobre otro en el ángulo de la barricada, y miraban con admiracion compasiva á aquel jóven tan grave, verdugo y sacerdote, transparente como el cristal y duro como la roca.

Despues que terminó el combate, cuando llevaron los cadáveres al depósito y los registraron, se encontró en el de Cabuc una cédula de agente de policía. El autor de este libro tuvo en las manos

en 1848 el informe especial que con este motivo recibió el prefecto de policía de 1832.

Añadamos á esto, que si hemos de dar crédito á extraña tradicion de la policía, pero probablemente fundada, Cabuc era Suena-dinero. Este miserable no dejó huella alguna de su desaparicion.

Los insurgentes estaban aun emocionados con el trágico suceso, instruido y terminado con tanta rapidez, cuando Courfeyrac vió en la barricada al jovencillo que por la mañana preguntó en su casa por Mario.

Este jóven, de aspecto atrevido é indiferente, vino por la noche á buscar á los insurrectos.

# LIBRO DÉCIMOTERCIO

## Mario entra en la oscuridad.

### I.

#### Desde la calle Plumet al barrio de San Dionisio.

La voz que en la oscuridad de la noche intimó á Mario á que acudiera á la barricada de la calle de Chanvrerie, le produjo el mismo efecto que si le llamase la voz del destino. Queria morir y se le presentaba la ocasion; llamaba á la puerta de la tumba y una mano sombría le enseñaba la llave. Son tentadoras las lúgubres cortaduras que se hacen en las tinieblas. Mario salió del jardin por el hierro de la verja, diciendo:

—Concluyamos!

Loco de dolor, no hallando nada fijo ni sólido en su cerebro, incapaz de aceptar ningun dón de la suerte, despues de haber pasado dos meses en la embriaguez de la juventud y del amor, oprimido por todos los delirios de la desesperacion, no tenia ya más deseo que el de terminar pronto la vida.

Empezó á andar con rapidez; precisamente se encontraba armado con los dos cachorrillos que le dió Javert. El jóven que creyó ver y que le llamó se habia perdido ya en la oscuridad de las calles.

Mario salió de la calle Plumet por el boulevard, atravesó la esplanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos y la plaza de Luis XV y llegó á la calle de Rívoli. Las tiendas allí estaban abiertas, el gas lucia en las arcadas, las mujeres compraban en las tiendas, se servian helados en el café Laiter y se comian pastelillos en la pastelería inglesa. Algunas sillas de posta partian al galope del hotel de los Príncipes y del hotel Mauricio.

Mario entró por el Pasaje Delorme, en la calle de San Honorato: allí las tiendas estaban cerradas, los comerciantes hablaban en las puertas entreabiertas, los transeuntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso todas las ventanas estaban alumbradas como de costumbre. En la plaza del Palacio Real habia caballería.

Mario siguió la calle de San Honorato. A medida que se alejaba del Palacio Real habia menos ventanas con luz, las tiendas estaban cerradas y no habia gente en las puertas, la calle se oscurecia y se espesaban los transeuntes, formando ya muchedumbre; ésta no hablaba, pero exhalaba murmullo sordo y profundo. Hácia la fuente del Arbol Seco habia grupos inmóviles, sombríos y fijos, entre los grupos que iban y venian, como piedras en medio de la corriente.

A la entrada de la calle de Prouvaires la multitud no andaba ya; formaba un bloc resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de gente amontonada que hablaba en voz baja. Apenas se veian allí levitas negras ni sombreros redondos; solo se veian chaquetones, blusas, casquetes y cabezas erizadas y terrosas.

Esta multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna; sus cuchicheos tenian el acento de un extremecimiento. Aunque nadie andaba, se sentia en el lodo contínuo pisoteo.

Más allá del espesor de la multitud, en la calle de Roule, en la de Prouvaires y en la prolongacion de la de San Honorato, no habia ya ninguna vidriera que reflejase luz. Se veian perderse en aquellas calles las filas solitarias y decrecientes de faroles.

Estos, en aquel tiempo, parecian gruesas estrellas rojas, colgadas de cuerdas, y proyectaban en tierra una sombra que tenia la forma de una araña grande.

Dichas calles no estaban desiertas. Habia en ellas fusiles formando pabellones, bayonetas que se movian y tropas que vivaqueaban.

Ningun curioso pasaba de aquel límite; allí cesaba la circulacion, allí concluia la multitud y empezaba el ejército.

Mario acudia con toda la voluntad

del hombre que ha perdido la esperanza. Llamaban y debia ir. Pudo atravesar por entre la multitud y por entre la tropa, ocultarse de las patrullas y evitar los centinelas. Dió un rodeo, llegó á la calle Bettisy y se dirigió hácia los Mercados.

En el extremo de la calle de Bourdonnais ya no habia faroles encendidos.

Despues de atravesar la zona que ocupaba la multitud, habia traspasado el límite de la tropa y se veia envuelto en algo terrible.

No encontró ya ni un transeunte, ni un soldado, ni una luz; nada. Nada más que silencio, noche, soledad y frio: entrar entonces en una calle era entrar en una cueva.

Continuó avanzando.

Dió algunos pasos y álguien pasó corriendo por su lado.

Era hombre? era mujer? ¿Era uno ó eran algunos?

No lo pudo conocer; lo que pasó se habia desvanecido.

Caminando casi á tientas llegó á una callejuela que creyó que era la de la Poterie, pero al medio de la calle encontró un obstáculo. Extendió las manos y tropezó con una carreta volcada, y al mismo tiempo estaba pisando charcos de agua, lodazales y adoquines amontonados y esparcidos. Allí se empezó á construir una barricada, que antes de terminar abandonaron. Pasó por encima de los adoquines y saltó á la otra parte del obstáculo. Andaba siempre muy cerca de los guardacantones, guiándose por las fachadas de las casas. A pocos pasos de la barricada le pareció ver una cosa blanca; se acercó y los bultos adquirieron forma; eran dos caballos blancos, los caballos del ómnibus que Bossuet desenganchó aquella mañana, que fueron errantes todo el dia y concluyeron por pararse allí con la paciencia sumisa de los animales, que no comprenden los actos de los hombres, como el hombre no comprende los actos de la Providencia.

Mario pasó adelante, dejando tras sí los caballos. Cuando llegó á la calle del Contrato Social oyó un tiro, que no supo de dónde venia; el fogonazo atravesó la oscuridad, pasó por su lado, y la bala fué por encima de su cabeza á dar en una vacía colgada en la puerta de un barbero. Aun se veia en 1846 en la calle del Contrato Social, en el extremo de los pilares del Mercado, dicha vacía agujereada.

El tiro que oyó aun representaba la vida, pero desde entonces ya nada encontró. Su itinerario se asemejaba á la bajada por una escalera de sombríos peldaños.

Pero no por eso dejó Mario de seguir adelante.

## II.

### Paris á vista de buho.

El sér que pudiera cernerse sobre Paris en aquellos momentos con alas de murciélago ó de mochuelo, descubriria lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que es como una ciudad dentro de otra, que atraviesan las calles de San Dionisio y de San Martin, en el que se cruzan mil callejuelas, de las que hicieron los insurrectos reductos y plazas de armas, se le hubiera aparecido como un agujero inmenso y sombrío en el centro de Paris. Las miradas se perdian allí en un abismo, en el que cesaba toda luz, toda vida, todo rumor y todo movimiento. La policía invisible del motin velaba en todas partes y conservaba el órden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurreccion es ocultar su número en la oscuridad, multiplicando la posibilidad de combatientes innumerables. Al anochecer todas las ventanas que tenian luz recibieron alguna bala que la apagó, y que apagó tambien alguna vez la vida del vecino. Nada, pues, se movia; en las casas reinaba el temor, el estupor y la tristeza, y en las calles una especie de horror sagrado.

Mirando desde lo alto el conjunto de sombras, quizás se pudiera descubrir aquí y allá, de distancia en distancia, algunos resplandores que permitian ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de construcciones extrañas, algo parecido á luces que fueran y vinieran por entre ruinas: eran las barricadas. El resto de la sombra era un lago de oscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, sobre el que se levantaban inmóviles y lúgubres la torre de Santiago, la iglesia de Saint-Merry y dos ó tres edificios más, gigantes creados por el hombre, y que la noche convierte en fantasmas.

Alrededor de este laberinto oscuro, desierto y alarmante, en los barrios donde no habia cesado la circulacion y habia faroles encendidos, el observador aéreo podria distinguir el centelleo metálico de los sables y de las bayonetas, el sordo

rumor de la artillería y el latido de los batallones silenciosos, que engrosaban por instantes y eran como la muralla formidable, que se estrechaba y cerraba alrededor del motin.

El barrio insurrecto era una especie de monstruosa caverna; en él todo parecia dormido é inmóvil: como acabamos de decir, cada calle era una sombra espesa. Sombra terrible, llena de peligros, de obstáculos desconocidos y espantosos; sombra en la que era temible entrar y peligroso permanecer.

En ella solo podia esperarse la claridad del relámpago de los fusiles y el encuentro de la aparicion brusca de la muerte. Dónde? Cómo? No se sabia, pero era cierta é inevitable. En aquel sitio designado para el combate, el gobierno y la insurreccion, la Guardia nacional y las sociedades populares, el órden y el motin iban á buscarse á tientas. La necesidad era la misma para unos y para otros; tenian que salir de allí ó muertos ó vencedores. Era tan extremada la situacion y tan poderosa la oscuridad, que los más tímidos estaban resueltos y los más atrevidos aterrados.

Por lo demás, combatirian por ambas partes con igual furia, con igual encarnizamiento, con igual decision. Para los unos, avanzar era morir, y no pensaban retroceder; para los otros, permanecer era morir, y no pensaban en la fuga.

Al salir el sol al dia siguiente debia terminar el combate, siendo vencedor uno de los dos bandos, ya convirtiéndose el motin en revolucion, ó ya siendo nada más que un chispazo extinguido. Así lo comprendia el gobierno, lo mismo que los partidos y que el último ciudadano. Por eso una idea de angustia se mezclaba á la oscuridad impenetrable de aquel barrio, en el que todo iba á decidirse, y anhelante ansiedad se cernía alrededor de aquel silencio, de donde habia de brotar la catástrofe.

Solo se oia un ruido, doloroso como un gemido, amenazador como una maldicion, el toque á rebato de Saint-Merry. Era glacial el clamor de su campana, perdida y desesperada, quejándose en las tinieblas.

Parecia que la naturaleza se habia puesto de acuerdo con lo que los hombres iban á hacer; nada se oponia á las armonías del conjunto. En el cielo no brillaban las estrellas, y pesadas y oscuras nubes cubrian el horizonte. El cielo negro gravitaba sobre las calles muertas, como si desplegase inmensa mortaja sobre inmensa tumba.

Mientras una batalla política se preparaba en el sitio que habia ya presenciado muchos sucesos revolucionarios; mientras la juventud, las sociedades secretas, las escuelas con sus teorías y la clase media con su interés se aproximaban para chocarse, para pelear y para derribarse; mientras cada uno evocaba la última y decisiva hora de la crísis, fuera del barrio fatal, en lo más profundo de las cavidades insondables del viejo y miserable Paris, que desaparece cegado por la explendidez del Paris dichoso y opulento, se oia sonar lúgubremente la voz sombría del pueblo. Voz terrible y sagrada, que se compone del rugido de la fiera y de la palabra de Dios; voz que aterra á los débiles y avisa á los sábios, que viene siempre de abajo, como el rugido del leon, y de arriba, como el estampido del trueno.

## III.

### El límite extremo.

Mario llegó al Mercado.

Allí todo estaba más tranquilo, más oscuro y más inmóvil que en las calles cercanas. Parecia que la paz glacial del sepulcro habia salido de la tierra y se habia extendido por el cielo.

Sin embargo, por encima de las casas que cerraban la calle de la Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubria claridad rojiza. Era el reflejo de la antorcha que ardia en la barricada de Corinto. Mario se dirigió hácia esa claridad; siguiéndola llegó al Mercado de legumbres; descubrió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores y entró en ella. El centinela de los insurgentes que vigilaba al otro lado de la calle no le vió. Mario conoció que ya estaba cerca del sitio adonde se encaminaba, y andaba de puntillas. Así llegó al recodo del trozo de la calle de Mondetour, que era la única comunicacion que con el exterior habia conservado Enjolras.

Al llegar Mario á la esquina de la última casa, á la izquierda, adelantó la cabeza y miró por este trozo de calle. Algo más allá de la esquina que forma el callejon y la calle de la Chanvrerie, divisó resplandor en los adoquines de la entrada del figon, y una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe y hombres acurrucados con fusi-

les entre las rodillas. Era el interior de la barricada, que estaba á unas diez toesas de él.

Las casas que flanqueaban la callejuela por la derecha le tapaban el resto del figon, la gran barricada y la bandera.

Para llegar allí tenia que andar pocos pasos; pero el desventurado jóven se sentó en un guardacanton, cruzó los brazos y se puso á pensar en su padre. Recordó que el heróico coronel Pontmercy fué tan bravo soldado, que defendió en la época de la República las fronteras de Francia y que llegó con el emperador hasta las fronteras de Asia; que habia estado en Génova, Alejandría, Milán, Turin, Madrid, Viena, Dresde, Berlin y Moscow, dejando en todos estos campos de gloria gotas de la sangre que corria por las venas de su hijo; recordó que su padre envejeció antes de hora en la disciplina y el mando; que habia vivido con el cinturon abrochado, con las charreteras caidas hácia el pecho, con la escarapela ennegrecida por la pólvora, con la frente arrugada por el casco, en el campamento, en el vivac, en los hospitales de campaña; y que al cabo de veinte años volvió de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, pero con el semblante risueño, sereno y puro como el de un niño, despues de haberse sacrificado por la Francia.

Mario, al recordar todo esto, se decia que ya habia sonado para él su hora; que, imitando á su padre, iba tambien á ser valiente, intrépido y atrevido, á afrontar las balas, á derramar su sangre, á buscar al enemigo y á encontrar la muerte; que á su vez iba á pelear al campo de batalla, que ahora era la calle, y que iba á empeñarse en la guerra civil.

Pero vió la guerra delante de él como si fuera un precipicio en el que iba á caer, y se extremeció. Se acordó de la espada de su padre, que su abuelo vendió á un prendero, y que tanto habia sentido privarse de ella en sus dolorosas aflicciones. Aprobó entonces que aquella valiente y casta espada huyese de sus manos é irritada se perdiese en la oscuridad; huyó de él porque era inteligente y preveia el porvenir; presentia el motin, la guerra en las calles, las descargas disparadas por los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por la espalda; huyó de él porque, viniendo de Marengo y de Friedland, no queria ir á la calle de la Chanvrerie, y habiendo salido tan honrosa de las manos del padre, no queria deslucirse en las manos del hijo.

Se dijo además Mario que si tuviera en su poder dicha espada, recibida en la cabecera de la cama de su padre moribundo, y se hubiese atrevido á empuñarla en el combate nocturno entre franceses, en una encrucijada, le quemaria la mano y la veria fulgurante como la espada del ángel. Pensó que era un bien no haberla adquirido y que era justo que desapareciese; que su abuelo fué el verdadero guardian de la gloria de su padre, y que era preferible que la espada del coronel se subastara en una almoneda, se vendiera á un prendero, ó se arrojase entre el hierro viejo, á emplearla en herir á la pátria.

Mario, pensando esto, lloraba.

Qué iba á hacer? Vivir sin Cosette le era imposible; habiéndose ella separado de él, debia morir, porque le dió palabra de honor de morir. Cosette lo sabia y, sin embargo, se ausentaba; luego queria que Mario perdiese la vida. Ella realmente no le amaba, porque partió sin avisarle, sin escribirle, sabiendo la direccion de su domicilio. ¿Para qué queria, pues, vivir? Llegó Mario hasta allí sin retroceder. ¡Se acercaba al peligro para huir de él! ¡Iba á la barricada para alejarse de ella! Decir ya he visto el sitio del combate, pero este combate es una guerra civil, y la abandono. ¿Pero habia de abandonar á sus amigos, que le esperaban en el momento del peligro, que quizás le necesitaran, que eran un puñado contra un ejército; habia de faltar á un mismo tiempo al amor, á la amistad, á su palabra, y escusar su cobardía con el pretexto del patriotismo? Esto era imposible; y si el fantasma de su padre se le apareciese y le viera retroceder, le azotaria con la espada de plano y le gritaría: Anda, cobarde!

Dominado por el tumulto de estos pensamientos inclinó la cabeza.

De pronto la irguió. Acababa de verificarse en su espíritu expléndida rectificacion. El pensamiento se dilata al sentir la aproximacion á la tumba; estar cerca de la muerte hace conocer la verdad. La vision del combate, en el que se veia próximo á entrar, no se le presentaba ya horrible, sino grandiosa. La guerra de las calles se transfiguró súbitamente, por medio de cierto trabajo interior del alma, ante los ojos de su pensamiento. Todos los tumultuosos interrogantes del desvarío se le aparecieron otra vez

en conjunto, pero sin turbarle, y respondió á todos ellos.

¿Por qué se habia de indignar su padre? ¿No hay circunstancias en las que la insurreccion se eleva hasta la dignidad del deber? ¿Por qué habia de ser, pues, ruin el combate en que iba á empeñarse el hijo del coronel Pontmercy? No es la accion de Montmirail, ni la de Champaubert; es otra cosa: no se trata de un territorio sagrado, sino de una idea santa. La patria podrá quejarse, pero la humanidad aplaudirá; pero, ¿verdaderamente la patria se queja? Es cierto que la Francia vierte sangre, pero la humanidad sonríe, y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida sus heridas.

Mirando los hechos desde su punto de vista más elevado, ¿qué quiere decir guerra civil? ¿Hay acaso guerras extranjeras? ¿Todas las guerras entre hombres no son guerras fratricidas? La guerra no debe calificarse por su objeto. No hay guerra extranjera, ni guerra civil; solo hay guerra justa é injusta. Hasta el dia en que se sancione el gran concordato humano, por lo menos la guerra que representa el esfuerzo hácia el porvenir, que lucha con el pasado, que se atrasa, puede ser necesaria. ¿Qué tiene, pues, de censurable esta clase de guerra?

La guerra no es una vergüenza; la espada solo se convierte en puñal cuando asesina al derecho, al progreso, á la razon, á la civilizacion ó á la verdad. Entonces, sea guerra civil ó extranjera, es inícua; se llama crímen. Fuera de la justicia, ¿con qué derecho una forma de la guerra condenará á la otra? ¿Con qué derecho la espada de Washington renegará de la pica de Camilo Desmoulins? Leonidas yendo contra el extranjero y Timoleon contra el tirano, ¿cuál de los dos es más grande? El uno es defensor y el otro libertador. ¿Habrá que motejar, sin pensar en el fin, el empuñar las armas en el interior de las ciudades? Entonces infamad á Bruto, á Marcelo, á Arnoldo de Blankenheim, á Coligny.

Guerra entre árboles! ¡guerra en las calles! Por qué no? Esa era la guerra de Ambiorix, de Arteveldo, de Marnix, de Pelayo. Pero Ambiorix luchaba contra Roma, Arteveldo contra Francia, Marnix contra España y Pelayo contra los moros; todos contra el extranjero.

Pues bien; la monarquía es el extranjero, la opresion es el extranjero, el derecho divino es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasion viola la frontera geográfica. Expulsar al tirano ó expulsar al inglés es, en ambos casos, recuperar el propio territorio.

Llega una hora en la que ya no basta protestar; despues de la filosofía se necesita la accion, y la viva fuerza termina lo que la idea aboceta.

Prometeo, encadenado, empieza y Aristogiton concluye; la Enciclopedia ilumina los espíritus y el 10 de Agosto los electriza.

Detrás de Esquilo viene Trasibulo, detrás de Diderot viene Danton.

La masa de la muchedumbre es apática y consiente en admitir un señor; la multitud se totaliza con facilidad en la obediencia, y se necesita removerla, empujarla, animar á los hombres, haciéndoles visibles los beneficios de la libertad, deslumbrándoles con ellos la vista y arrojándoles la luz á puñados; es necesario esto para que se salven, porque este deslumbramiento los despierta. Por eso hay necesidad de motines y de guerras y tienen que aparecer grandes combatientes que, con audacia, iluminen á las naciones y sacudan la apática humanidad; que cubran de sombra el derecho divino, la gloria de los Césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irreparable y las majestades absolutas á las miradas de la multitud, que está estúpidamente contemplando esos sombríos triunfos de la noche en su explendor crepuscular. ¡Abajo el tirano! De quién hablais? ¿Llamais tirano á Luis Felipe? No, ni tampoco á Luis XVI.

Ambos fueron lo que la historia llama buenos reyes; pero los principios no pueden hacerse pedazos; la lógica de lo verdadero es rectilínea; con la verdad no hay por qué ser complacientes y hacerla concesiones; debe reprimirse la compasion que inspire el hombre: existe el derecho divino en Luis XVI y en la familia de Luis Felipe: ambos representan en cierta medida la confiscacion del derecho; para derribar la usurpacion universal es preciso combatirlos, y Francia, como siempre, es la que empieza el combate. Cuando el jefe cae en Francia, cae en todas partes.

¿Qué causa es más justa y, por consiguiente, qué guerra es más legítima que la que trata de restablecer la verdad social, de devolver á la libertad el trono, de restaurar plenamente la razon y la equidad, de aniquilar el obstáculo que el realismo presenta para realizar la

inmensa concordia universal y poner al género humano al nivel del derecho?

Estas guerras traen la paz. Inmensa fortaleza de preocupaciones, de privilegios, de supersticiones, de abusos, de violencias y de iniquidades, se mantiene aun en pié sobre el mundo, irguiendo sus torres de ódio, y es preciso derribarla. Es grandioso vencer en Austerlitz, pero aun lo es más tomar la Bastilla.

Esto era lo que Mario estaba meditando.

Al mismo tiempo que meditaba decaido, pero resuelto, vacilando esto no obstante y tembloroso, sus ojos penetraban en el interior de la barricada. Los insurrectos estaban hablando en voz baja y sin moverse en el semisilencio que distingue la última fase de la espera. Encima de ellos, en una ventana del tercer piso, Mario divisaba á un espectador ó testigo que parecia singularmente absorbido; era el portero que Cabuc habia matado. Desde bajo, á la luz de la antorcha, que se sostenia entre adoquines, se dibujaba vagamente la cabeza. Era cosa extraña ver á la claridad sombría é incierta aquella faz lívida, inmóvil, asombrada, con el pelo erizado, con los ojos abiertos y fijos, con la boca entreabierta, que se inclinaba hácia la calle como mirando con curiosidad. Parecia que el muerto contemplase á los que iban á morir.

Largo rastro de sangre, manando de aquella cabeza, corria en hilos rojizos desde la ventana hasta el primer piso, en el que desaparecia.

# LIBRO DÉCIMOCUARTO

## Grandezas de la desesperacion.

### I.

**La bandera.—Acto primero.**

Las diez estaban dando en el reloj de Saint-Merry.

Enjolras y Combeferre se sentaron con la carabina en la mano cerca de la cortadura de la barricada más grande: no hablaban, escuchaban en medio del silencio sordo.

Súbitamente, en la calma lúgubre que allí reinaba, se oyó una voz clara, alegre y jóven, que venia de la calle de San Dionisio, y que cantaba con la música de una cancion popular antigua esta letra, que terminaba por un grito semejante al cacareo del gallo.

*Las narices me lloran,*
*buen amigo Bugaud;*
*préstame tus gendarmes,*
*les daré una leccion:*
*con capote azulado*
*y con un gran chacó*
*se van por las afueras;*
*coco-cocoricocó!...*

—Es Gavroche, dijo Enjolras.

—Sí; es que nos avisa, añadió Combeferre.

Precipitada carrera turbó el silencio de la desierta calle: Gavroche saltó con la agilidad del clown por encima del ómnibus y cayó en medio de la barricada, sofocado y gritando:

—Mi fusil! Están ya ahí!...

Extremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada, y todos tomaron los fusiles y se prepararon.

—Quieres mi carabina? preguntó Enjolras al pilluelo.

—Quiero un fusil grande, contestó éste, y se apoderó del de Javert.

Casi al mismo tiempo que entró Gavroche se retiraron dos centinelas, el de la esquina de la calle y el vigía de la de Petite-Truanderie; el de la esquina de la calle de Predicadores se quedó en su puesto, lo que indicaba que no venia nadie por la parte de los Puentes y del Mercado.

La calle de la Chanvrerie, de la que apenas se veian algunos adoquines al reflejo de la luz, que se proyectaba sobre la bandera, presentaba el aspecto de un gran pórtico abierto en una humareda. Cada uno de los insurgentes se habia colocado en su sitio de combate.

Cuarenta y tres de los combatientes, entre los que estaban Enjolras, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, se arrodillaron en la barricada grande, con las cabezas á flor del parapeto y con los cañones de los fusiles y de las carabinas apuntando á los guijarros y dispuestos á hacer fuego. Otros seis, capitaneados por Feuilly, se habian instalado en las ventanas de los dos pisos de Corinto, y desde ellas apuntaban.

Pasaron algunos instantes esperando, y luego se oyó con claridad por el lado de Saint-Leu rumor de pasos acompasados y numerosos; este rumor, débil al principio, fué convirtiéndose poco á poco en ruido sordo y sonoro, que se aproximaba con lentitud, sin hacer alto,

con continuidad tranquila y terrible. Era al mismo tiempo el silencio y el ruido de la estátua del Comendador, pero este paso de piedra tenia no sé qué de enorme y de múltiple que despertaba la idea de una multitud al mismo tiempo que la idea de un espectro. Los pasos se aproximaron, se aproximaron más y luego se detuvieron. En el extremo de la calle se oia el aliento de muchos hombres. No se veia nada, sin embargo; solo se distinguia en el fondo de la espesa oscuridad multitud de hilos metálicos, frios como agujas, casi imperceptibles, que se agitaban, pareciéndose á los indescriptibles fulgores fosfóricos que se perciben en el momento de dormirse, al través de los párpados cerrados, al llegar las primeras sombras del sueño: los producian las bayonetas y los cañones de los fusiles que alumbraba confusamente la reverberacion lejana de la antorcha.

Medió una pausa, como si estuviera esperando uno y otro bando. De pronto desde el fondo de la oscuridad, una voz, que parecia más siniestra porque no se oia á nadie, gritó:

—Quién vive?

—Revolucion francesa! respondió Enjolras con acento vibrante y altivo.

—Fuego! dijo la primera voz.

Vivo y fugaz relámpago iluminó de luz rojiza todas las fachadas de la calle, como si se hubiese abierto y cerrado rápidamente la puerta de un horno. Detonacion terrible estalló sobre la barricada; la bandera roja cayó al suelo. La descarga fué tan densa y tan violenta que cortó el asta, es decir, la punta de la lanza del ómnibus. Las balas que habian rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada é hirieron á muchos insurgentes. Produjo impresion glacial esta descarga. El ataque fué tan violento, que pareció grave á los más atrevidos; era indudable que lo menos tenian que luchar con un regimiento.

—Compañeros, les gritó Courfeyrac, no gastemos la pólvora en balde. Esperemos á que entren en la calle á hacer fuego.

—Ante todo, dijo Enjolras, izemos otra vez la bandera.

Precisamente habia caido á sus piés y la levantó.

Oíase á lo lejos el ruido de la baqueta de los fusiles de los soldados, que cargaban las armas.

Enjolras gritó preguntando:

—¿Hay aquí algun hombre de corazon? ¿Quién se atreve á clavar la bandera en lo alto de la barricada?

Ninguno contestó. Era arriesgadísimo hacer lo que pretendia Enjolras en aquellos momentos; era casi ir á la muerte, y el más valiente vacilaba.

Enjolras mismo se extremecia, pero repitió:

—Nadie se atreve?

## II.

### La bandera.—Acto segundo.

Desde que los insurrectos llegaron á Corinto y empezaron á construir la barricada, nadie se acordaba ya del señor Babeuf, que, sin embargo, no habia abandonado el grupo. Entró en el piso bajo de la taberna y se sentó detrás del mostrador. Estaba allí tan ensimismado que parecia que no veia ni pensaba. Courfeyrac y otros se acercaron á él para decirle que allí corria gran peligro, que se fuese, pero él ni siquiera les oyó. Cuando nadie le dirigia la palabra movia los labios como si contestara á álguien, y en cuanto le hablaban permanecian inmóviles y sus ojos se apagaban.

Horas antes de que atacasen la barricada tomó una postura que aun no habia abandonado; colocó las dos manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hácia adelante, como si contemplase un abismo. Nada podia distraerle de esta actitud; no parecia pensar en la barricada.

Cuando cada cual ocupó su puesto de combate, solo quedaron en la sala baja de la taberna Javert, atado al poste, un insurgente con sable desnudo custodiándole y el señor Babeuf. Cuando éste oyó la inmensa detonacion del ataque de la barricada, le conmovió una sacudida física, y como si se despertase, se levantó bruscamente, atravesó la sala y apareció en la puerta del figon en el momento en que Enjolras repetia la pregunta:

—No se atreve nadie?

La presencia del anciano hizo conmover á los insurrectos y salian de todas partes estas exclamaciones:

—Es el convencional! es el votante! es el representante del pueblo!

Es muy probable que él no las oyera.

Dirigióse hácia Enjolras; los insurgentes se apartaban á su paso con religioso temor. Cogió la bandera á Enjolras, que retrocedió petrificado, y sin que nadie se atreviese á detenerle ni á auxiliarle: el

anciano de ochenta años, con la cabeza temblorosa y los piés firmes, empezó á subir lentamente la escalera de adoquines construida en la barricada. Se conmovieron todos de tal modo que gritaban:—Abajo los sombreros!

A cada escalon que subia, saliendo de la oscuridad y engrandeciéndose en la claridad sangrienta de la antorcha, con el pelo blanco, la faz decrépita, la boca asombrada y abierta y llevando la bandera roja, parecia el espectro de 1793 que salia del fondo de la tierra con la bandera del terror en la mano.

Cuando estuvo en lo alto del último escalon, cuando el fantasma tembloroso y terrible, de pié sobre el monton de escombros, ante mil doscientos fusiles invisibles, se levantó enfrente de la muerte, como si se creyese más fuerte que ella, todo en la barricada tomó en las tinieblas un aspecto colosal, sobrenatural.

Hubo entonces ese silencio que rodea á los prodigios; en medio de este silencio el anciano agitó la bandera roja y gritó:

—Viva la Revolucion! ¡Viva la República! Fraternidad! Igualdad y muerte!

Oyóse desde la barricada donde estaba la tropa cuchicheo bajo y rápido. Despues la voz vibrante que preguntó:—Quién vive? dijo:

—Retiraos!

El señor Babeuf, lívido, con la vista extraviada, con las pupilas iluminadas con fulgores lúgubres, levantó la bandera por encima de la cabeza y repitió:

—Viva la República!

—Fuego! gritó la voz.

La segunda descarga, como si fuese metralla, cayó sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre las rodillas, despues se levantó, se le escapó la bandera de las manos y cayó hácia atrás en el suelo, inerte, á todo lo largo y con los brazos en cruz. Arroyos de sangre corrian por debajo de su cuerpo; su rostro, pálido, triste y arrugado, parecia que miraba al cielo.

Una de esas emociones superiores al hombre, que consiguen que éste se olvide de su propia defensa, sobrecogió á los insurgentes y se acercaron al cadáver con respetuoso espanto.

—¡Qué héroes han sido los convencionales! exclamó Enjolras.

—No pretendo disminuir tu entusiasmo, dijo Courfeyrac al oido de Enjolras, pero ese anciano nunca fué convencional. Yo le conocia, se llamaba el señor Babeuf, y extraño que hoy haya obrado así, porque siempre fué un buen hombre; examínale la cabeza y lo verás.

—Tiene cara de buen hombre, pero corazon de Bruto, respondió Enjolras.

Despues levantó la voz y dijo:

—Ciudadanos, ved el ejemplo que los viejos dan á los jóvenes. Todos vacilábamos y él se ofreció; retrocedíamos y él ha avanzado. Ved lo que enseñan los que tiemblan de viejos á los que tiemblan de miedo. Este anciano es augusto á los ojos de la patria; disfrutó de larga vida y de magnífica muerte. Retiremos ahora el cadáver y que cada uno de nosotros defienda al anciano muerto como defenderia á su padre vivo; que su presencia haga que sea inaccesible la barricada.

Murmullo de enérgica aprobacion siguió á estas palabras.

Enjolras se encorvó, levantó la cabeza del anciano y la besó en la frente con solemnidad; despues, separándole los brazos y manejándole con precaucion, como temiendo hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus sangrientos agujeros y exclamó:

—Esta será ahora nuestra bandera!

## III.

### El aviso de Gavroche.

Cubrieron el cadáver del anciano con un pañuelo negro, viejo, de la viuda Hucheloup; seis hombres hicieron con los fusiles una camilla de campaña, colocaron en ella el cadáver y, descubiertos, le llevaron con solemne lentitud á la mesa grande de la sala baja.

Los insurrectos, á pesar de estar tan comprometidos en la grave y sagrada revolucion, no pensaban en el peligro que corrian.

Cuando el cadáver pasó cerca de Javert, que continuaba impasible, Enjolras dijo al espía:

—Y tú en seguida!

Entre tanto Gavroche, único que no habia abandonado su puesto, estaba observando y creia ver algunos hombres que se aproximaban como lobos á la barricada.

De repente gritó:

—Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel, Bossuet y todos los demás salieron tumultuosamente de la taberna al oir el aviso.

Apenas era ya tiempo.

Veíase gran espesor de bayonetas ondulando por encima de la barricada. Los granaderos de la Guardia municipal penetraban en ella, unos saltando el ómnibus, otros por la cortadura, y empujaban al pilluelo, que retrocedia sin huir.

Era el instante crítico, el minuto primero y terrible de la inundacion, en el que el rio se eleva al nivel de sus barreras y el agua empieza á infiltrarse por las hendiduras de los diques. Si tardan un minuto más hubieran perdido la barricada.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia y lo mató de un tiro á quemaropa con la carabina; pero el segundo guardia mató á Bahorel de un bayonetazo. Otro derribó al suelo á Courfeyrac, que gritaba:—A mí!

El guardia más alto se dirigia contra Gavroche con la bayoneta calada. El pilluelo cogió el enorme fusil de Javert, apuntó al gigante, dejó caer el gatillo, pero el tiro no salió.

El guardia municipal se echó á reir y levantó la bayoneta contra el muchacho, pero antes de tocarle con ella en el cuerpo, el fusil se escapó de las manos del guardia y cayó de espaldas, herido de un balazo en medio de la frente. Otra bala hirió en el pecho al otro guardia que habia derribado á Courfeyrac.

Las habia disparado Mario, que acababa de entrar en la barricada.

## IV.

### El barril de pólvora.

Mario, oculto en el recodo de la calle Mondetour, habia presenciado la primera fase del combate irresoluto y tembloroso, pero no pudo resistir mucho tiempo al vértigo misterioso y soberano que se puede llamar atraccion del abismo.

Ante la inminencia del peligro, ante la muerte de Babeuf, que era para él un enigma; ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac que gritaba:—"A mí!„; ante aquel muchacho amenazado, ante sus amigos, que debia socorrer ó vengar, se desvanecieron sus vacilaciones y se lanzó á la pelea con las dos pistolas en las manos.

Su primer tiro salvó á Gavroche y su segundo tiro á Courfeyrac; al oir los tiros y los gritos de los guardias heridos, la columna habia subido al parapeto, en cuya cumbre se veia sobresalir de medio cuerpo y en tumulto guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las afueras con el fusil en la mano. Cubrian ya más de dos tercios de la barricada, pero no saltaban dentro, como si temiesen caer en algun lazo. Miraban á la barricada como si mirasen una cueva de leones; la luz de la antorcha solo iluminaba las bayonetas, las gorras de pelo y la parte alta de las caras inquietas é irritadas.

Mario estaba ya desarmado; habia tirado al suelo los cachorrillos disparados, pero habia divisado el barril de pólvora en la sala baja, cerca de la puerta del bodegon; al volverse para mirar á ese sitio, le apuntó un soldado, pero instantáneamente una mano agarró el fusil y le tapó la boca. Quien esto hizo era el obrero jovencillo de blusa y de pantalon de pana. Salió el tiro, que atravesó la mano de éste y acaso tambien el cuerpo, porque cayó en tierra sin que la bala tocase á Mario. Esto pasó en medio del humo, y fué más vislumbrado que visto. Mario, que entraba al mismo tiempo, lo notó apenas: habia creido ver, sin embargo, que un fusil le apuntaba, que lo tapó una mano, y habia oido el tiro; pero como en semejantes momentos todo lo que se vé es vacilante y precipitado, todo es sombra, nada nos detiene, y nos sentimos impulsados hácia otra sombra mayor.

Aunque fueron sorprendidos los insurrectos, luego se habian reorganizado valerosamente. Enjolras les decia: —"Calma! No tirar al acaso!„ porque si les dominaba la confusion podian herirse unos á otros. La mayoría de ellos estaba en la ventana del primer piso y en las boardillas del bodegon, desde donde dominaban á la tropa.

Los más temerarios, con Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire y Combeferre, estaban recostados en las casas del fondo, á cuerpo descubierto, y hacian frente á las filas de soldados que coronaban la barricada; así se colocaron sin precipitacion, con la gravedad extraña y amenazadora que precede al combate.

Por ambas partes se apuntaban casi á boca de jarro; estaban tan cerca, que podian hablarse al alcance de la voz. Cuando llegó el momento de hacer fuego, un oficial con gola y grandes charreteras extendió la espada y dijo:

—Rendid las armas!

—Fuego! contestó Enjolras.

Las detonaciones de ambas partes se oyeron al mismo tiempo, y todo desapa-

reció entre una nube de humo; humo acre y sofocante, en medio del que se arrastraban dando gemidos débiles y sordos los heridos y los moribundos. Cuando se disipó el humo se vió á los combatientes de ambos bandos disminuidos, pero en el mismo sitio, y cargando las armas silenciosamente.

De repente una voz tonante gritó:

—¡Retiraos, ó hago volar la barricada!

Todos se volvieron hácia el punto de donde salió la voz.

Mario habia entrado en la sala baja y habia cogido el barril de pólvora; despues se aprovechó del humo y de la especie de oscura niebla que llenaba el espacio cerrado para deslizarse á lo largo de la barricada hasta el nicho de adoquines, donde estaba la antorcha. Coger esta, poner en el lugar que ocupaba el barril de pólvora, empujar la pila de adoquines sobre el barril, cuya tapa se abrió inmediatamente con una especie de obediencia terrible, fué para Mario operacion de un minuto.

Durante la operacion, todos, guardias nacionales, municipales, oficiales y soldados, apelotonados en el otro extremo de la calle, le veian con estupor poner el pié sobre los adoquines, llevar la antorcha en la mano, la antorcha que iluminaba su fisonomía altiva, que expresaba resolucion fatal, inclinar la llama del hachon hácia el promontorio terrible, en el que se divisaba el barril de pólvora roto, y á Mario lanzar el grito aterrador:

—¡Retiraos, ó hago volar la barricada!

Mario representaba allí, despues del octogenario, la vision de la juventud revolucionaria despues de la aparicion de la vejez.

—Quieres volar la barricada? exclamó un sargento. Tú volarás tambien!

—Yo tambien, respondió Mario.

Y acercó la mecha al barril de pólvora. Pero ya no habia nadie sobre el parapeto.

Los asaltadores, abandonando sus heridos y sus muertos, se retiraron atropelladamente hácia el extremo de la calle, perdiéndose en la oscuridad. Aquello fué un "sálvese el que pueda„.

La barricada quedó libre.

## V.

### Juan Prouvaire.

Todos sus amigos rodearon á Mario. Courfeyrac le echó los brazos al cuello.

—Tú aquí! le dijo.

—Qué fortuna! exclamó Combeferre.

—Llegaste á tiempo, añadió Bossuet.

—Si no es por tí me matan! repuso Courfeyrac.

—Y á mí me zampan, dijo á su vez Gavroche.

—Quién es el jefe aquí? preguntó Mario.

—Tú, le contestó Enjolras.

Mario, que sintió todo el dia arder un volcan en su cerebro, ahora sentia un torbellino, que le ponia fuera de sí y le arrebataba. Se creia estar á inmensa distancia de la vida. Le parecia pesadilla monstruosa, despues de dos meses de amor y de alegría, ir á parar bruscamente á aquel horrible precipicio; ver á Cosette perdida para él; la barricada, el señor Babeuf dejándose matar por la República, y encontrarse él mismo convertido en jefe de los insurrectos. Tenia que hacer supremo esfuerzo de voluntad para convencerse de la realidad de todos estos acontecimientos.

Mario habia vivido poco aun para saber que nada hay tan inminente como lo imposible y que lo que hay que prever es lo imprevisto. Asistia á su propio drama como á una escena incomprensible.

La bruma que envolvia su pensamiento no le dejó conocer á Javert, que permanecia atado al poste sin hacer el menor movimiento de cabeza durante el ataque de la barricada, y que veia agitarse la rebelion á su alrededor con la resignacion del mártir y con la majestad del juez. Mario ni le vió.

Entre tanto, los salteadores no avanzaban; se les oia andar y hormiguear al final de la calle, pero no se aventuraban al asalto, ya porque esperaran órdenes, ya porque aguardasen recibir refuerzos antes de atacar el inaccesible reducto. Los insurrectos habian puesto centinelas, y algunos que eran estudiantes de medicina curaban á los heridos.

Sacaron todas las mesas fuera del bodegon, excepto dos, que destinaban para poner las hilas y los cartuchos, y otra en la que estaba tendido el cadáver del anciano; las agregaron á la barricada, poniendo en su lugar los colchones de las

camas de la tia Hucheloup y de las criadas, en cuyos colchones estaban acostados los heridos.

En cuanto á las tres mujeres que vivian en Corinto, no se sabia dónde estaban, hasta que las encontraron escondidas en la bodega y como aletargadas. Esto dió ocasion á Bossuet para exclamar:

—Al fin mujeres!

Una dolorosa emocion entristeció la alegría de haber recobrado el parapeto. Pasaron lista y faltaba uno de los insurrectos más queridos, uno de los más valientes: Juan Prouvaire. Le buscaron entre los heridos y entre los muertos y no le encontraron; sin duda habia caido prisionero.

Combeferre dijo á Enjolras:

—Nos han prendido al amigo, pero el agente de policía es nuestro. ¿Tienes empeño en la muerte del polizonte?

—Sí, respondió Enjolras, pero menos interés que en la vida de Juan Prouvaire.

Esto pasaba en la sala baja cerca del poste que retenia á Javert.

—Pues bien, contestó Combeferre, ataré el pañuelo al baston, me presentaré como parlamentario y les ofreceré el canje de su hombre por el nuestro.

—Espera, le dijo Enjolras, poniendo la mano sobre el brazo de Combeferre.

Oíase al extremo de la calle crujido de armas significativo; despues una voz vigorosa gritó:

—Viva Francia! Viva el porvenir!

Conocieron que era la voz de Juan Prouvaire. Brilló y pasó un relámpago y oyóse una detonacion. Luego volvió á reinar el silencio.

—Le han matado! exclamó Combeferre.

Enjolras miró á Javert y le dijo:

—Tus amigos acaban de fusilarte!

## VI.

### La agonía de la muerte despues de la agonía de la vida.

Es la particularidad de esta clase de guerra, que el ataque de las barricadas se verifique casi siempre de frente y que los agresores se abstengan de rodear las posiciones, ya por temor á emboscadas, ya por temor á meterse en calles tortuosas.

Los insurgentes fijaban toda su atencion en la barricada grande, que era el punto donde infaliblemente tenia que volver á empeñarse la lucha.

Mario pensó, sin embargo, en la barricada pequeña; fué allí y se la encontró desierta, vigilada únicamente por temblorosa lamparilla. La calle Mondetour y las encrucijadas de la Petite-Truanderie y del Cisne estaban profundamente tranquilas.

Cuando despues de la visita de inspeccion se retiraba Mario, oyó una voz débil que le llamaba:

—Señor Mario!

Esta voz le extremeció, porque era la misma que le llamó dos horas antes por la verja de la calle Plumet.

Pero ahora era casi imperceptible.

Miró á su alrededor y no vió á nadie.

Entonces creyó Mario que sufria una alucinacion; que fué aquello una ilusion suya, que se habia mezclado á las extraordinarias realidades que pasaban ante su vista, y dió un paso para salir del profundo recodo en que estaba construida la barricada.

—Señor Mario! repitió la misma voz.

Ahora ya no podia dudar, la habia oido con claridad: miró y no vió á nadie.

—Estoy á vuestros piés, dijo entonces la voz.

Mario se inclinó y en la oscuridad distinguió un bulto que se arrastraba, acercándosele, y que le hablaba.

La lamparilla le permitió entrever una blusa, un pantalon roto, de pana, unos piés descalzos y algo parecido á un mar de sangre.

Mario divisó un semblante cadavérico que se erguía hácia él y oyó que le preguntaban:

—Me conoceis?

—No.

—Soy Eponina.

Mario se encorvó rápidamente hasta ella: era, en efecto, la desdichada jóven, vestida de hombre.

—Cómo es que estais aquí? ¿A qué habeis venido?

—Me muero, dijo ella.

Hay palabras é incidentes que despiertan al hombre más decaido.

Mario exclamó sobresaltado:

—Estais herida! Esperad! Voy á llevaros á la sala baja y allí os curarán. ¿Es grave la herida? Decidme cómo os he de llevar para no haceros daño. ¿Padeceis mucho? Pero, Dios mio! ¿á qué habeis venido aquí?

Trató de pasar el brazo por debajo

de Eponina para levantarla; al hacerlo se encontró con su mano.

Ella lanzó un grito débil.

—Os hice daño? preguntó Mario.

—Un poco.

—Unicamente os toqué la mano.

Eponina la acercó á los ojos de Mario y le enseño en ella un agujero negro.

—Qué teneis ahí?

—Tengo la mano atravesada.

—Atravesada!

—Sí.

—De qué?

—De una bala.

—Cómo fué eso?

—¿Vísteis un fusil que os estaba apuntando?

—Sí, y una mano lo tapó.

—Era la mia.

Mario se extremeció de piés á cabeza.

—Hicísteis una locura!... pero eso no será nada; os llevaré, os pondré en una cama y os curarán: nadie se muere por tener la mano atravesada.

Eponina dijo entonces:

—La bala que me atravesó la mano salió por la espalda. Es inútil sacarme de aquí. Os diré cómo podeis curarme mejor que un cirujano; sentaos á mi lado en esas piedras.

Mario obedeció; ella inclinó la cabeza sobre las rodillas del jóven y le dijo sin mirarle:

—Oh, qué placer! Qué bien estoy así! Veis? ya no padezco!...

Permaneció callando un momento; despues volvió la cara hácia Mario y le miró, haciendo un esfuerzo.

—Me incomodaba que entráseis en aquel jardin; eso era una tontería, pero como precisamente yo os habia enseñado la casa, y además, yo debia conocer que un jóven como vos...

Se paró de pronto, y saltando por las sombrías transiciones que sin duda tenia en su alma, añadió con triste sonrisa:

—No es verdad que os parezco fea?

Luego continuó:

—Ya veis que estais perdido! Nadie podrá salir de la barricada. Os traje aquí y vais á morir; ya lo habia yo calculado. Sin embargo, cuando ví que os apuntaban puse la mano en la boca del fusil. He hecho una picardía y por eso queria morir primero que vos. Cuando recibí el balazo, me arrastré hasta aquí, no me han visto y no me han recogido. Os esperaba; me decia á mí misma: ¿No ha de venir? Oh! Si supiéseis!... Mordia la blusa... padecia tanto!... Pero ahora ya estoy bien... ¿Os acordais del dia que entré en vuestro cuarto y me miré al espejo, y del dia que os encontré en el boulevard? Cómo cantaban los pájaros! No hace de eso mucho tiempo. Me dísteis cinco francos y os contesté: No quiero vuestro dinero. Recogísteis la moneda? No sois rico y no me acordé de deciros que la recogiérais. Brillaba un sol hermoso; no hacia frio. ¿Os acordais, señor Mario? Oh! Qué feliz soy! ¡Todo el mundo vá á morir!

La pobre Eponina ofrecia un aspecto grave, insensato y doloroso. Por la desgarrada blusa le asomaba el cuello desnudo. Hablando, apoyaba la mano herida sobre el pecho, en el que tenia otro agujero, del que á intervalos salia una ola de sangre, como sale el vino de la abierta espita de un tonel.

Mario contemplaba á aquella desventurada con profunda compasion.

—Oh! exclamó de repente. ¡Me repite! Me ahogo!

Cogió la blusa y la mordió. Las piernas se le envaraban sobre las piedras.

En aquel instante el grito de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El muchacho se habia subido sobre una mesa para cargar el fusil y entonaba alegremente la cancion popular entonces, que empezaba así:

*Decian los gendarmes*
*al ver á Lafayette:*
*Huyamos! huyamos! huyamos!* etc.

Eponina se incorporó para escuchar; despues dijo en voz baja:

—Él es!

Y volviéndose hácia Mario, repuso:

—Ahí está mi hermano. No conviene que me vea, porque me regañaria.

—Vuestro hermano? preguntó Mario, que se acordaba, en medio de sus dolores, de la obligacion que su padre le impuso respecto á los Thenardier. ¿Quién es vuestro hermano?

—El muchacho que canta, contestó Eponina.

Mario hizo un movimiento.

—Oh, no os vayais! le dijo. ¡Ya poco podreis estar á mi lado!...

Eponina estaba casi sentada; pero su voz era ya apenas perceptible, y la entrecortaba el hipo unas veces y el estertor otras. Acercaba todo lo que podia el semblante al de Mario. Despues de una pausa, dijo con expresion extraña:

—No quiero engañaros. Tengo desde ayer en el bolsillo una carta para vos. Me encargaron que la dejase en el cor-

reo y me la guardé, porque no queria que la recibiérais. No quiero que me odieis cuando nos veamos dentro de poco, porque los muertos se vuelven á ver, no es verdad? Tomad la carta.

Cogió Eponina convulsivamente la mano de Mario con la suya herida, cuyo dolor parecia no sentir, y la metió en el bolsillo de la blusa. Mario tocó un papel.

—Tomadla, le dijo ella.

Mario tomó la carta.

Entonces Eponina hizo un signo de satisfaccion y de consentimiento.

—Ahora, por lo mucho que sufro, prometedme...

Se interrumpió y calló.

—Qué quereis que os prometa? preguntó Mario.

—Prometédmelo.

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando muera. Yo lo sentiré.

Dejó caer la cabeza sobre las rodillas de Mario y sus párpados se cerraron; él creyó que el alma habia abandonado ya el cuerpo de la desventurada jóven. Eponina quedó inmóvil, pero de repente, cuando ya Mario la creia dormida para siempre, abrió lentamente los ojos, apareciendo ya en ellos la sombría profundidad de la muerte, y dijo con un acento cuya dulzura parecia venir del otro mundo:

—Sabed, señor Mario, que creo que estaba enamorada de vos.

Probó á sonreirse y espiró.

## VII.

### Gavroche profundo calculador de distancias.

Mario cumplió la promesa y dió un beso en la frente lívida de Eponina, por la que corria sudor glacial. Aquel beso no era una infidelidad á Cosette, era dar un adios afectuoso y compasivo á un sér desgraciado.

Mario tomó extremeciéndose la carta que le dió Eponina; comprendió desde luego que encerraba algo grave y estaba impaciente por saber su contenido. Así es el corazon del hombre: en cuanto cerró los ojos la hija de Thenardier, solo pensó Mario en leer la carta. Dejó el cuerpo de la jóven en tierra con suavidad y se fué. Una voz interior le decia que no debia leer la carta delante de aquel cadáver.

Fué á la sala baja del bodegon y se acercó á una vela. La carta era un billetito doblado y cerrado con elegante esmero. La direccion del sobre, escrita con letra de mujer, era la siguiente:

"Al señor Mario Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrerie, núm. 16.„

Abrió el sobre y leyó:

"Estimado mio: Ay! mi padre quiere que salgamos de esta casa en seguida. Esta noche estaremos en la calle del Hombre-Armado, núm. 7, donde viviremos hasta dentro de ocho dias, que nos iremos á Lóndres.—*Cosette.*—4 Junio.„

Tal era la inocencia de estos amores, que Mario no conocia aun la letra de Cosette.

Puede referirse en pocas palabras lo que habia sucedido. Eponina tuvo la culpa de todo. Desde la noche del 3 de Junio concibió dos proyectos: hacer fracasar el golpe que intentaban dar su padre y los bandidos en la casa de la calle Plumet y separar á Mario de Cosette. Cambió de traje con el primer pilluelo que encontró, el que con mucho gusto se vistió de mujer.

Ella fué la que escribió é hizo llegar á las manos de Juan Valjean en el Campo de Marte la expresiva frase: *Cambiad de domicilio.* Juan Valjean, cuando ese dia volvió á casa, dijo á Cosette:—*Esta noche nos vamos con la tia Santos á la casa de la calle del Hombre-Armado, y la semana que viene á Lóndres.*

Cosette, aterrada por este golpe imprevisto, escribió apresuradamente á Mario dos líneas participándoselo. Pero, cómo habia de echar la carta al correo? No salia sola nunca, y la tia Santos, extrañando semejante encargo, indudablemente hubiera enseñado la carta al señor Fauchelevent. Pensando en esto, Cosette vió al través de la verja á Eponina vestida de hombre, que rondaba sin cesar por los alrededores del jardin. Cosette la llamó, le dió cinco francos y la carta, encargando que la llevara en seguida á su destino; pero Eponina, como sabemos, se guardó la carta en el bolsillo. Al dia siguiente, 5 de Junio, se fué á casa de Courfeyrac á preguntar por Mario, no por entregarle la carta, sino por lo que cualquier celoso comprenderá, "para ver lo que sucedia„. Allí esperó á Mario ó á Courfeyrac solo por ver. Cuando éste le dijo:—"Vamos á las barricadas„, se le ocurrió repentinamente una idea: buscar aquella muerte como hubiera buscado otra cualquiera, y arrastrar á ella á Mario. Siguió, pues, á Courfeyrac, se informó del sitio

donde construian la barricada, y como estaba segura de que Mario acudiria allí, lo mismo que acudia todas las noches á la cita, por no haber recibido la carta, se fué á la calle Plumet, esperó á Mario, y en nombre de sus amigos le dió el aviso de que fuese á la barricada. Contaba con la desesperacion de Mario al ver que Cosette habia desaparecido, y se engañaba. En seguida volvió á la calle de la Chanvrerie, donde ya vimos lo que hizo Mario, con la alegría trágica propia de los corazones celosos, que arrastran con su muerte al sér amado, diciendo:—"Nadie lo poseerá!„

Mario llenó de besos la carta de Cosette. Conoció que ella le amaba. Por un instante creyó que ya no debia morir; pero despues reflexionó y se dijo: "Cosette parte, su padre se la lleva á Inglaterra y mi abuelo me niega el permiso para casarme; continúa para mí la misma fatalidad.„ Comprendió, pues, que le quedaban dos deberes que cumplir: enterar á Cosette de su muerte, enviándola el último adios, y salvar de la catástrofe próxima que los amenazaba al muchacho que era hermano de Eponina é hijo de Thenardier.

Llevaba consigo la cartera, la misma en que escribió tantos pensamientos amorosos dedicados á Cosette; arrancó una hoja y escribió, con lápiz, estas líneas:

"Nuestro matrimonio es imposible. Mi abuelo se opone y me niega el permiso; yo nada poseo ni tú tampoco. Fuí á tu casa y no te encontré: ya sabes la palabra de honor que te dí: voy á cumplirla; moriré. Te amo. Cuando lleguen á tus manos estas líneas mi alma ya estará cerca de tí y te sonreirá.„

No teniendo con qué cerrar la carta, dobló el papel y le puso esta direccion:

*A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, núm. 7.*

En cuanto dobló la carta, quedó un instante pensativo; volvió á coger la cartera, la abrió y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas líneas:

"Me llamo Mario Pontmercy. Llévese mi cadáver á casa de mi abuelo el señor Gillenormand, que vive en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en el Marais.„

Guardó la cartera en el bolsillo de la levita y llamó á Gavroche; el pilluelo acudió con rostro alegre y decidido.

—Quieres hacerme un favor?

—Todos los que querais, le contestó Gavroche; si no fuese por vos, á estas horas ya no podria estar en pié.

—Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala. Sal al momento de la barricada (Gavroche, inquieto, empezó á rascarse la oreja), y mañana la llevarás á su destino; á la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, núm. 7.

El muchacho heróico contestó:

—¡Pero en ese tiempo podrán tomar la barricada y yo no estaré aquí!...

—No atacarán la barricada hasta el amanecer, segun espero, y no la tomarán hasta el medio dia.

El nuevo plazo que los agresores concedian á la barricada se prolongaba efectivamente: pasaba una de esas intermitencias frecuentes en los combates nocturnos, á las que sigue terrible encarnizamiento.

—¿No podria llevar la carta mañana por la mañana?

—Entonces ya seria tarde. Bloquearán probablemente la barricada, cerrarán todas las calles y ya no podrás salir. Vete en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar: se quedó indeciso y rascándose la oreja. De pronto, con uno de esos movimientos de pájaro habituales en él, cogió la carta.

—Está bien, dijo.

Y salió corriendo por la calle Mondetour.

Una idea que le habia ocurrido le decidió, pero no la espuso, temiendo que Mario se opusiese á ella. Esta idea era la siguiente:

—Apenas es media noche: la calle del Hombre-Armado no está lejos; llevaré la carta en seguida y aun volveré á tiempo.

# LIBRO DÉCIMOQUINTO

## La calle del Hombre-Armado.

### I.

#### Carta canta.

Qué son los motines de una ciudad comparados con las convulsiones del alma? En el hombre son más profundas aun que en el pueblo. Juan Valjean sentia en su interior violenta conmocion. Se volvia á abrir el abismo para

él y temblaba, como Paris, en el umbral de una revolucion formidable y oscura. Pocas horas bastaron para que su destino y su conciencia se cubrieran de opacas nubes. Podia decirse de él, como de Paris: los dos principios se encuentran frente á frente; el ángel de la luz y el ángel de la noche van á luchar cuerpo á cuerpo en la orilla del abismo. ¿Cuál de ellos caerá? Quién será el vencedor?

La víspera de aquel dia, Juan Valjean, con Cosette y la tia Santos, se instalaron en la calle del Hombre-Armado.

Cosette no salió de la calle Plumet sin oponer resistencia. Por primera vez, desde que vivian juntos, la voluntad de ésta y de Juan Valjean estaban en oposicion; nunca hubo objeciones por parte de ella ni inflexibilidad por parte de él. La órden *cambiad de domicilio*, que dió un desconocido, alarmó á Juan Valjean hasta el extremo de convertirle en absoluto, porque se creyó descubierto y perseguido. Cosette tuvo que ceder.

Ambos llegaron á la calle del Hombre-Armado sin desplegar los labios, absorbido cada uno en meditacion personal. Juan Valjean estaba tan inquieto que no veia la tristeza de Cosette, y Cosette tan triste que no veia la inquietud de Juan Valjean. Éste quiso que fuera tambien con él la tia Santos, que nunca abandonaba á Cosette durante las ausencias de su señor, previendo quizás que ya no habian de volver nunca á la calle Plumet.

En la mudanza, que casi era una huida, Juan Valjean solo llevó consigo la maletita olorosa que Cosette llamaba la *inseparable*. Para sacar otros bultos se necesitaban mozos de cordel, y éstos siempre hubieran sido testigos, por lo que mandó parar un coche en la calle de Babilonia y allí subieron en él, trasladándose á la calle del Hombre-Armado. Solo la tia Santos consiguió, con alguna dificultad, permiso para empaquetar alguna ropa blanca, vestidos y algunos objetos de tocador. Cosette se llevó su pupitre y su cartapacio. Juan Valjean no quiso salir del pabellon de la calle Plumet hasta la caida de la tarde, y por esto tuvo tiempo Cosette para escribir la esquelita á Mario.

Cuando llegaron á la calle del Hombre-Armado era ya completamente de noche, y al poco tiempo se acostaron silenciosos.

La nueva habitacion estaba situada en un patio interior; era un segundo piso, compuesto de dos alcobas, comedor y cocina al lado de éste, y además de un camaranchon, en el que habia una cama de tijera, que destinaron para la tia Santos. El comedor era tambien recibidor, y separaba las dos alcobas: la habitacion estaba dispuesta con todos los muebles necesarios.

La confianza se apodera de nosotros con la misma facilidad que la inquietud, porque así es la naturaleza humana: apenas entró Juan Valjean en la casa de la calle del Hombre-Armado, disminuyó su inquietud y fué disipándose por grados. Hay sitios tranquilos que obran mecánicamente sobre el espíritu. La calle era oscura, los vecinos pacíficos, y Juan Valjean sintió el contagio de la tranquilidad de aquella callejuela del Paris antiguo, tan estrecha y que estaba cerrada para el paso de los coches por una viga transversal, que sostenian dos estacas; que era sorda y muda en medio del rumor de la ciudad, que tenia luz de crepúsculo al medio dia, y que era incapaz de emociones, por decirlo así. Habia en aquella calle cierto olvido estancado. Juan Valjean respiró. ¿Cómo era posible dar con él allí? Su primer cuidado fué poner el inseparable á su lado. Durmió bien. Dícese que la noche aconseja y puede añadirse que tranquiliza.

A la mañana siguiente se despertó casi alegre. Parecióle bonito el comedor, que era feo y que estaba amueblado con una mesa redonda y vieja; con un aparador bajo, que tenia un espejo inclinado encima; con un sofá apolillado y algunas sillas, sobre las que descansaban los líos de ropa que trajo la tia Santos; en uno de ellos por una abertura se descubria el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

Cosette mandó á la tia Santos que le entrase caldo á su cuarto, y no salió de él hasta por la tarde. A las cinco, la tia Santos, que trajinaba ocupada en sus quehaceres, puso en la mesa del comedor una ave fiambre, que Cosette, por deferencia á su padre, consintió en mirar: hecho esto, pretextando una jaqueca persistente, dió las buenas noches á Juan Valjean y se encerró en su alcoba. Juan Valjean comió un alon con apetito, y apoyado de codos sobre la mesa, serenándose poco á poco, fué recobrando su antigua seguridad. Mientras comia oyó confusamente que la tia Santos le decia:

—Señor, hay jarana en la ciudad; andan á tiros; están batiéndose en las calles,

Pero él, absorbido en sus ideas, no hacia caso, ó por mejor decir, no lo habia oido. Se levantó de la mesa y comenzó á pasear desde la puerta hasta la ventana y desde la ventana hasta la puerta, cada vez más tranquilo. Al recuperar la calma volvia tambien á su imaginacion Cosette, que era su único pensamiento; no porque le inquietase su jaqueca, que es dolencia momentánea, sino porque pensaba en el porvenir, y como siempre, pensaba en él con cariño y no veia ya ningun obstáculo para que su vida feliz recobrase su curso.

En ciertas horas todo parece imposible y en otras todo parece fácil.

Juan Valjean atravesaba una de esas horas faustas, que suelen venir despues de las horas tristes, como el dia despues de la noche, por la ley de sucesion y de contraste que está en la esencia misma de la naturaleza y que los hombres superficiales, no sabiendo darlas nombre, las llaman antítesis.

En la calle pacífica donde se habia refugiado se desprendia de todo lo que le inquietó durante algun tiempo: despues de haber visto muchas sombras, empezaba á descubrir rayos de luz. Abandonar la calle Plumet sin haber mediado complicaciones ni incidentes era ya de buen agüero. Tal vez seria conveniente alejarse por una temporada de Paris é ir á Lóndres; pues bien, iria: ¿qué más le daba estar en Francia que en Inglaterra, teniendo á su lado á Cosette?

Cosette era su patria y le bastaba para su felicidad; porque la idea de que él no bastase para la felicidad de Cosette, esta idea, que en otro tiempo fué su pesadilla, ni siquiera se le ocurria ahora. Al ver el amortiguamiento de sus pasados dolores é inquietudes, se encontraba en pleno optimismo. Teniendo á su lado á Cosette le parecia que era suya, y este es un efecto de óptica que todo el mundo ha experimentado.

Con gran facilidad arreglaba el viaje á Inglaterra con Cosette, construyéndose él mismo su felicidad, no importaba dónde, en las perspectivas de su fantasía.

Mientras, cerniéndose sobre ilusiones, se paseaba lentamente de un lado á otro, sus miradas se fijaron en una cosa extraña.

Vió enfrente de él, en el espejo inclinado sobre el aparador, un papel, y leyó con claridad las líneas siguientes:

"Estimado mio: Ay! mi padre quiere que salgamos de esta casa en seguida. Esta noche estaremos en la calle del Hombre-Armado, núm. 7, donde viviremos hasta dentro de ocho dias, que nos iremos á Lóndres.

COSETTE.—*4 de Junio.*„

Juan Valjean se detuvo sobresaltado y atónito.

Cosette, al llegar á la casa, puso el cartapacio sobre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa agonía le dejó allí olvidado, sin pensar que le dejaba abierto precisamente por la hoja de papel secante sobre la cual se apoyó para secar la carta que escribió y que entregó al jóven que pasaba por delante de la verja de la casa de la calle Plumet.

Las líneas escritas se quedaron marcadas en el papel secante.

El espejo reflejaba la escritura, resultando lo que se llama en geometría la imágen simétrica, de tal modo, que la escritura del revés en el papel se presentaba al derecho en el espejo, y de este modo Juan Valjean tenia ante sus ojos la carta que el dia anterior Cosette escribió á Mario.

Esto era sencillo, pero terrible.

Juan Valjean se dirigió al espejo, volvió á leer lo escrito, pero no se atrevia á darle crédito; le parecia que aquellas líneas se las hacia ver su delirio; que aquello era una alucinacion, una cosa imposible.

Poco á poco fué precisándose su percepcion, se convenció de que lo que miraba era el cartapacio de Cosette y recobró el sentimiento de la realidad.

Examinó convulsivamente los renglones estampados en el papel secante, pero lo escrito del revés formaba tan confusos garabatos, que no encontró sentido.

Entonces dijo para sí:

—Esto nada significa; aquí no hay nada escrito.

Y respiró con indecible alivio.

¿Quién no ha tenido esas necias alegrías en momentos horribles? El alma solo se entrega á la desesperacion cuando acaba de agotar todas las ilusiones.

Juan Valjean tenia el cartapacio en la mano y le contemplaba con feliz estupidez, casi dispuesto á reirse de la alucinacion de que acababa de ser víctima.

De pronto sus miradas cayeron otra vez en el espejo, y otra vez se le presentó la vision. Aquellas líneas se dibujaban en el cristal con claridad inexorable. Ahora ya no la creyó ilusion: la reincidencia de una vision es una realidad; era un hecho palpable; era la escri-

tura de Cosette reflejada al derecho en el espejo.

Todo lo comprendió.

Juan Valjean, vacilante, soltó el cartapacio y se dejó caer en un sillon al lado del aparador, con la cabeza abatida y los ojos vidriosos y extraviados.

Conoció la evidencia; conoció que la luz del mundo se habia eclipsado por siempre para él; comprendió que Cosette dirigió aquella carta á otro hombre, y entonces su alma, convertida en fiera, dió sordo rugido en la oscuridad. ¡Probad á quitar al leon el perro que tiene en la jaula!...

Casualidad triste y extraña! En aquel momento Mario aun no habia recibido la carta de Cosette, y ya la traidora fatalidad se la habia dado á leer á Juan Valjean. Hasta ese dia ninguna prueba pudo vencerle: se sometió á ensayos horribles; la desgracia fué pródiga con él; la ferocidad de la suerte, armada con todas las venganzas y con todos los desprecios sociales, le hizo su víctima encarnizándose en él; pero Juan Valjean ni retrocedió, ni se acobardó de nada; aceptando por necesidad todos los extremos, sacrificó su inviolabilidad de hombre reconquistada, entregó su libertad, arriesgó la cabeza, todo lo sufrió, todo lo perdió, y, sin embargo, habia permanecido desinteresado y estóico, hasta el punto de poderle tomar por un mártir. Parecia inexpugnable su conciencia aguerrida contra todos los asaltos posibles de la adversidad; pero ahora, cualquiera que hubiese podido penetrar en su fuero interno, hubiera visto que flaqueaba. Es porque de todas las torturas que habia sufrido, en el largo tormento á que le sometia el destino, ésta era la más temible. Jamás sintió tortura tan cruel. Ah! la prueba suprema, ó mejor dicho, la prueba única es la pérdida del sér amado.

El pobre anciano queria á Cosette como un padre, pero su paternidad se componia de todos los amores que nunca disfrutó en su vida solitaria; y amaba á Cosette como á hija, como á madre y como á hermana; como nunca conoció ni amante ni esposa, y como la naturaleza es un acreedor que no admite ninguna escusa, el sentimiento del amor, que es el más necesario, se mezcló en él con los otros, pero con la ceguedad de la pureza, expontáneo y celestial, más como instinto que como sentimiento, invisible, pero real. El amor, propiamente dicho, se encerraba en la ternura que sentia por Cosette, como el filon de oro en la montaña, tenebroso y vírgen.

Entre ambos no era posible ninguna union, ni aun la de las almas, y sin embargo, estaban enlazados sus destinos. Juan Valjean, en su larga vida, no pudo querer más que á Cosette. Las pasiones y los amores que se suceden no pudieron dejar en su vida los matices sucesivos del verde, ya claros, ya oscuros, que se ven en las hojas que han pasado del invierno y que se ven en los hombres que pasan de los cincuenta años. En una palabra; toda esa fusion interior, todo ese conjunto, cuya resultante era una gran virtud, concluia por convertir á Juan Valjean en padre de Cosette; padre formado extrañamente del abuelo, del hijo, del hermano y del marido; padre para quien era Cosette la luz, la morada, la familia, la patria y el paraiso.

Cuando vió que todo terminaba para él, que Cosette se le escapaba; cuando tuvo la evidencia terrible de que otro era el objeto de su cariño; cuando ya no pudo dudar, el dolor que le desgarró traspasó en él los límites de lo posible.

¡Sacrificarse como se sacrificó por Cosette para llegar á no ser nada para ella!

Se extremeció desesperadamente, rebelándose contra el destino; sintió despertarse en él el egoismo y que el *yo* gritaba desde el abismo de su conciencia.

Suceden hundimientos interiores. La certidumbre de la desesperacion no penetra en el hombre sin separar y romper ciertos elementos profundos que á veces constituyen al mismo hombre. El dolor, cuando llega á ese extremo, dá el sálvese el que pueda á todas las fuerzas de la conciencia, y entonces se verifican crísis fatales; pocos salen de ellas semejantes á sí mismos y firmes en el cumplimiento del deber: al desbordarse el límite del padecimiento, se desconcierta la virtud más imperturbable.

Juan Valjean volvió á fijarse en las fatales líneas que escribió Cosette y quedó más completamente convencido que antes, quedando inclinado, petrificado y con la vista fija en aquella carta irrecusable.

Examinó aquella revelacion con el aumento que le prestaba el delirio, con tranquilidad aparente y terrible, porque la tranquilidad del hombre nunca es tan espantosa como cuando éste llega á la frialdad de la estátua.

Midió el paso espantoso que habia dado su destino sin que él lo sospechase; recordó que habia disipado locamente sus temores del verano pasado; reconoció que se encontraba en el mismo precipicio, pero no á la orilla, como entonces, sino en el fondo, y habia caido él, ¡cosa admirable!, sin notarlo. Cuando se habia apagado toda la claridad de su vida, aun creia estar viendo la luz del sol.

Su instinto no titubeó; recordó algunas circunstancias, algunas fechas, ciertos rubores y ciertas palideces de Cosette, y se dijo:

—Es él!

La adivinacion que asalta al hombre desesperado es una especie de arco misterioso que siempre dá en el blanco.

Desde su primera suposicion esperaba encontrarse con Mario; ignoraba su nombre, pero le conocia y le encontró; divisó con claridad, en el fondo de la implacable evocacion del recuerdo, al desconocido rondador del Luxemburgo, al amante platónico, al vagabundo novelesco, á aquel imbécil cobarde, porque es una cobardía ir á poner los ojos en doncellas que viven con un padre que las idolatra.

En cuanto se convenció de que era el desconocido de Luxemburgo el que le arrebataba el cariño de Cosette, Juan Valjean, el hombre regenerado, el que tantos sacrificios arrostró por salvar el alma, el que tantos esfuerzos hizo por trocar toda la miseria y toda la desgracia de su vida en amor, miró dentro de sí mismo y vió en su interior agitarse un espectro: el ódio.

Los grandes dolores llevan en sí mismos el decaimiento: desaniman. En la juventud su vista es lúgubre, pero en la vejez es siniestra. Si la desesperacion es terrible cuando la sangre bulle, cuando el pelo es negro, cuando la rueda del destino conserva aun casi todo su espesor; cuando el corazon, lleno de vida, tiene latidos que pueden hacer que renazca; cuando aun existen para el hombre todas las mujeres, todas las sonrisas y todo el horizonte, ¿cómo será la desesperacion en la vejez, cuando los años se precipitan cada vez más pálidos en esa hora crepuscular, en la que empiezan á divisarse las estrellas de la tumba?

Mientras en esto meditaba Juan Valjean, entró la tia Santos.

Juan Valjean se levantó y la preguntó:

—¿No me dijísteis que se estaban batiendo en las calles?

—Sí, señor. Hácia Saint-Merry.

Ciertos movimientos maquinales provienen, sin saberlo nosotros mismos, de nuestro pensamiento más profundo. Sin duda á impulsos de un movimiento de esta clase Juan Valjean salió á la calle antes de cinco minutos. Salió con la cabeza descubierta; se sentó en el escalon de la puerta de su casa y se puso á escuchar.

Era ya de noche.

## II.

### El pilluelo enemigo de las luces.

Cuánto tiempo pasó así? ¿Cuál fué el flujo y reflujo de su meditacion trágica? Se reanimó, permaneció abatido? Se dobló hasta romperse? ¿Podia erguirse aun y afirmar su conciencia sobre algo sólido? Probablemente él mismo no sabria decirlo.

La calle estaba desierta y apenas le vieron algunos vecinos inquietos que entraban rápidamente en sus casas. En los momentos de peligro cada cual solo piensa en sí mismo. El farolero encendió, como todas las noches, el farol colocado precisamente enfrente de la puerta número 7 y se fué. El que en la oscuridad hubiera examinado á Juan Valjean no le hubiese creido vivo. Continuaba sentado en el escalon de la puerta, inmóvil como una estátua de hielo, porque el hombre desesperado tiene cierta congelacion. Se oian el toque de rebato y rumores tempestuosos. En medio de las convulsiones de la campana, que se mezclaban con la gritería y tumulto del motin, el reloj de San Pablo dió las once gravemente, sin apresurarse, porque el toque de rebato lo dá el hombre y la hora la dá Dios. Ningun efecto produjo en Juan Valjean el sonido del reloj; no se movió siquiera. Poco despues oyó violenta detonacion por la parte de los Mercados; momentos despues estalló otra, más violenta que la primera: era probablemente el ataque de la barricada de la calle de la Chanvrerie, que, segun vimos, rechazó Mario. Al oir las dos descargas, cuya furia parecia aumentar el estupor de la noche, Juan Valjean tembló; levantóse, mirando hácia el sitio de donde venia el ruido, y despues se dejó caer en el escalon, cruzó los brazos é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entonces continuó el tenebroso diálo-

go que empezó antes á entablar consigo mismo.

Pasados algunos minutos levantó los ojos, creyendo que alguno andaba por la calle; cada vez oia más cerca los pasos: miró á la luz del farol, y por el lado de la calle que conduce á los Archivos descubrió una cara lívida, jóven y alegre.

Era Gavroche, que acababa de entrar en la calle del Hombre-Armado. Miraba con la cabeza alta y buscando. Veia perfectamente á Juan Valjean, pero no hacia caso de él. Gavroche, despues de mirar hácia arriba, miraba al suelo; iba de puntillas, tocando las puertas y las ventanas del piso bajo; pero todas estaban cerradas con barras y con cerrojos. Despues que reconoció cinco ó seis puertas cerradas del mismo modo, se encogió de hombros y exclamó:—Caracoles!

Volvió á mirar hácia arriba.

Juan Valjean, en la situacion por que pasaba, un momento antes no hubiera preguntado ni respondido á nadie, pero entonces se sintió impulsado á hablar á aquel pilluelo.

—Muchacho, qué es lo que tienes?

—Hambre, le contestó secamente Gavroche.

Juan Valjean metió la mano en el bolsillo y le dió una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche, que pertenecia á la familia de las neveras y pasaba con rapidez de un gesto á otro, acababa de recoger una piedra, porque habia visto un farol.

—Calla! dijo. Aquí aun teneis faroles; estais muy atrasados. Esto es un desórden. Fuera el farol!

Le tiró la piedra y cayeron los vidrios rotos, con tal estrépito, que los vecinos escondidos trás de las cortinas de las ventanas de las casas de enfrente gritaron:

—Ya vuelve el Noventa y tres!

El farol osciló violentamente y se apagó: la calle quedó enteramente á oscuras.

—Así me gusta, calle vieja; ponte el gorro de dormir, dijo el pilluelo. Luego, volviéndose hácia Juan Valjean, le preguntó:—¿Cómo se llama el monumento gigantesco del final de la calle? Los Archivos, no es verdad? Pues me vendrian bien algunos pedazos de esas columnas bestiales para construir una barricada.

Juan Valjean se acercó á Gavroche, y hablando consigo mismo decia entre dientes:

—Pobrecillo! tiene hambre!

Y le puso en la mano la moneda de cinco francos.

Gavroche levantó los ojos, asombrado de la magnitud de aquella moneda; la miró en la oscuridad y le deslumbró su blancura. Solo conocia de nombre semejantes monedas: quedó, pues, encantado cuando vió una, y se dijo:—"Voy á fijarme en el tigre„. Le examinó con éxtasis algunos instantes, y despues, volviéndose hácia Juan Valjean, le devolvió majestuosamente el napoleon, diciéndole:

—Ciudadano, prefiero romper los faroles. Tomad vuestro tigre, que á mí no se me compra, y aunque tiene cinco garras á mí no me araña.

—Tienes madre? le preguntó Juan Valjean.

—Tal vez más que vos, le respondió el pilluelo.

—Pues bien, le contestó Juan Valjean, guarda este dinero para tu madre.

Gavroche se conmovió. Además, notó que el hombre que le hablaba iba con la cabeza descubierta, y esto le inspiró confianza.

—¿Me lo dais para que no rompa los faroles?

—No; rompe todo lo que quieras.

—Sois todo un hombre, dijo el pilluelo, guardándose el napoleon en el bolsillo.

—Vivís en esta calle?

—Sí. Por qué me lo preguntas?

—Quereis enseñarme el núm. 7?

—Para qué quieres saber el núm. 7?

El pilluelo se detuvo: creyó haber dicho demasiado; se metió los dedos entre el pelo y contestó:

—Para saberlo.

De repente le ocurrió una idea á Juan Valjean; la angustia tiene momentos lúcidos. Le preguntó á Gavroche:

—¿Eres tú el que trae la carta que estoy esperando?

—Vos no sois mujer, le respondió el pilluelo.

—La carta es para la señorita Cosette, no es cierto?

—Cosette?... murmuró el muchacho; sí, sí... creo que es ese endiablado nombre.

—Pues bien, añadió Juan Valjean, debo recibir esa carta, para entregársela. Dámela.

—¿Entonces debeis saber que vengo de la barricada?

—Sin duda, contestó Juan Valjean.

Gavroche metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un papel doblado.

Despues hizo un saludo militar, diciendo:

—Respeto el despacho, que viene del Gobierno provisional.

—Dámela, repitió Juan Valjean.

Gavroche, que tenia el papel en la mano por encima de la cabeza, añadió:

—No creais que es billete amoroso: es para una mujer, pero es para el pueblo. Peleamos, pero respetamos al sexo.

—Dámela.

—Verdaderamente me pareceis un buen hombre.

—Vamos pronto!

—Tomad, y entregó el papel á Juan Valjean.

Despues que estuvo en poder del padre de Cosette, éste preguntó:

—¿Hay que llevar la respuesta á Saint-Merry?

—Nada de eso; haríais un pan como unas hostias. Esta carta viene de la barricada de la Chanvrerie, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Dicho esto se fué, ó mejor dicho, voló como pájaro escapado, corriendo en camino de la barricada. La callejuela del Hombre-Armado quedó silenciosa y solitaria; en un momento el extraño muchacho, que tenia algo de la sombra y del sueño, se hundió en la bruma entre la fila de casas negras, perdiéndose como el humo en las tinieblas; y se hubiera podido creer que se habia disipado completamente, si algunos minutos despues el ruido de un vidrio roto y el estruendo de un farol que cayó al suelo no hubieran despertado otra vez á los indignados vecinos.

## III.

### Mientras Cosette y la tia Santos duermen.

Juan Valjean entró en su casa con la carta de Mario. Subió á tientas, alegrándose de la oscuridad que reinaba, como el buho que ha agarrado su presa; abrió y cerró la puerta con suavidad, escuchó por ver si oia algun ruido, y se aseguró de que, segun todas las apariencias, Cosette y la tia Santos dormian; consumió tres ó cuatro pajuelas fosfóricas antes de poder encender la luz, porque tenia la mano temblorosa, porque habia algo de robo en lo que acababa de hacer. Por fin encendió la vela, se recostó en la mesa, desdobló el papel y lo leyó.

Cuando nos dominan emociones violentas no se lee, se atropella la lectura, por decirlo así; se oprime el papel como una víctima, se le estruja; se desea llegar al fin, se salta al principio, la atencion es febril, comprende en conjunto lo esencial sobre poco más ó menos, se apodera de un punto y todo lo demás desaparece. En la carta que Mario dirigia á Cosette, Juan Valjean no se fijó más que en lo siguiente:

—"... Muero; cuando leas estas líneas mi alma estará á tu lado.„

Al leer lo antecedente sintió horrible deslumbramiento; se quedó un momento anonadado por el cambio de emocion que se verificaba en él; contemplaba la carta con asombro embriagador y se aparecia á su vista la muerte del sér que odiaba.

Dió un grito horrible, grito de alegría interior. Así terminaba su desesperacion; el desenlace llegaba más pronto de lo que Juan Valjean esperaba. El sér que como un obstáculo se oponia á su destino desaparecia expontáneamente, sin culpa suya: Mario iba á morir, quizás habia muerto ya. Entonces empezó á reflexionar.—"No, se dijo, no ha muerto. Es indudable que esta carta se ha escrito para que Cosette la lea mañana por la mañana; despues de las dos descargas que he oido esta noche, ha cesado el fuego, y no atacarán formalmente la barricada hasta el amanecer; pero es igual: desde el momento en que "ese hombre„ se ha metido en la insurreccion, está perdido.„ Juan Valjean se creia desembarazado de él; volveria á ser el cariño exclusivo de Cosette, cesaban de hacerle competencia, lucía otra vez para él el deseado porvenir. Solo guardando la carta en el bolsillo, Cosette no sabria ya nunca qué habia sido de aquel hombre. —"No hay más que hacer que dejar correr los sucesos, se decia; ese hombre no puede escapar. Si no ha muerto, es seguro que morirá. Qué felicidad!„

Despues de decir lo antecedente se quedó sombrío; bajó y llamó al portero.

Una hora despues, Juan Valjean salia de su casa vestido de guardia nacional y armado.

El portero encontró en la vecindad fácilmente con qué completar su equipo. Llevaba el fusil cargado y la cartuchera llena de cartuchos. Se dirigió hácia el Mercado.

## IV.

### Los excesos de celo de Gavroche.

Entre tanto al pilluelo le sucedió una aventura.

Despues de apedrear el farol de la calle de Channe, llegó á la de Vieilles-Handriettes, y, viéndola desierta, creyó que era aquella buena ocasion para entonar una de sus canciones. Cantando llevaba el paso más acelerado.

Mientras andaba siguiendo la fila de casas, aterradas ó dormidas, echó al aire las siguientes coplas:

*Murmura un pajarillo*
*que ayer, Atala,*
*se marchó con un ruso*
*como escapada.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*Mucho charlas, Perico,*
*porque hizo Mila*
*que saliera á la reja*
*el otro dia.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*Las pícaras graciosas*
*tienen un tósigo*
*capaz de dar á Orfila*
*veinte soponcios.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*En amorosas riñas*
*Inés y Petra,*
*si entrambas se combaten,*
*á mí me queman.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*Al ver yo con mantillas*
*á Cleta y Juana,*
*el alma se me enreda*
*entre sus randas.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*No cubras á Dolores,*
*Amor, de rosas,*
*mira que me condenas*
*viendo así á Lola.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*Mi corazon, volando,*
*se escapó un dia,*
*mientras Julia, al espejo*
*se componia.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

Gavroche cantaba haciendo gestos pantomímicos; el gesto es el punto de apoyo del estribillo de la cancion, y el rostro del pilluelo era inagotable repertorio de carátulas, y hacia gestos más convulsivos y fantásticos que las bocas de un lienzo agujereado mientras sopla el vendaval.

Como estaba solo y era de noche, ni veia ni le veian.

De repente cesó de cantar y se paró.

Acababa de divisar en el hueco de una puerta-cochera lo que se llama en pintura un grupo; es decir, un sér y una cosa; la cosa era un carreton de mano y el sér un auvernés, que dormia tendido en él. Los brazos de la carreta estaban apoyados en el suelo y la cabeza del auvernés en la tabla del carreton.

Tenia el cuerpo encogido en aquel plano inclinado y tocaba el suelo con los piés.

Gavroche, con la experiencia que habia ya adquirido en ciertas cosas, conoció que estaba borracho.

Sin duda era algun mozo de esquina que habia bebido demasiado y dormia demasiado tambien.

—Véase, pensó Gavroche, para lo que sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en su carreta; pues yo cojo el carreton para la República y dejo al auvernés para la monarquía.

Le ocurrió de pronto que el carreton estaria muy bien en la barricada.

El auvernés roncaba.

El pilluelo sacó suavemente el carreton por detrás y al auvernés por delante, es decir, por los piés, é instantáneamente el pobre hombre estuvo tendido en el suelo.

Quedó libre de él el carreton.

El pilluelo, acostumbrado á hacer frente en todas las ocasiones á lo imprevisto, todo lo llevaba siempre encima; metió la mano en un bolsillo, sacó un pedazo de papel y una punta de lápiz rojo, robado á algun carpintero, y escribió:

"REPÚBLICA FRANCESA.

*Recibí tu carreton.*„

Y firmó:

"GAVROCHE.„

Hecho esto, metió el papel firmado en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, que impertérrito seguia roncando; cogió el carreton y partió hácia el Mercado, empujando el vehículo al galope y alborotando, satisfecho de su triunfo

Esto era peligroso, porque en la Imprenta Real habia un cuerpo de Guar-

dia. Gavroche no lo recordó. Aquella guardia la servian nacionales de las afueras, que se despertaban y levantaban la cabeza en las camas de campaña. Romper faroles á pedradas y cantar á grito pelado eran cosas graves en calles tan miedosas, en las que los vecinos se acuestan al ponerse el sol.

Hacia una hora que el pilluelo metia en el barrio el alboroto que un moscardon dentro de una botella. El sargento jefe de la guardia lo oia y esperaba: era hombre prudente.

El extrépito que al rodar movia el carreton colmó la calma del sargento y determinó salir á hacer un reconocimiento.

—Vendrá toda una partida! exclamó. Vayamos con tiento.

Para él era claro que la hidra de la anarquía habia salido de su agujero y se paseaba por el barrio.

El sargento se aventuró á salir del cuerpo de guardia sin mover el menor ruido.

De pronto, cuando el pilluelo empujaba el carreton para desembocar en la calle de Vieilles-Handriettes, se encontró frente á frente con un uniforme, un chacó y un fusil. Entonces se paró.

—Calla! Es él! ¡Buenas noches, órden público! dijo.

En Gavroche el asombro era breve; le pasaba en seguida.

—Adónde vás, granuja?

—Ciudadano, le contestó Gavroche; yo no os he llamado señor; ¿por qué, pues, me insultais?

—Adónde vas, renacuajo?

—Ayer tal vez seríais un hombre de talento, pero lo habeis perdido hoy.

—Te pregunto que adónde vas, tunante.

—Vaya un modo de hablar!

—Dime dónde vas, bandido!

—Eso son palabras de mal educado: la primera vez que os den de mamar que os limpien mejor la boca.

El sargento caló la bayoneta.

—Me dices dónde vás, miserable?...

—Mi general, contestó el pilluelo, voy á buscar comadron para mi esposa, que vá de parto.

—A las armas! gritó el sargento.

Salvarse con lo mismo que causa la perdicion es lo sublime de los hombres fuertes: Gavroche midió de una ojeada la situacion; el carreton le habia comprometido, pues el carreton debia protegerle. En el momento de caer el sargento sobre el pilluelo, el carreton, convertido en proyectil y lanzado con fuerza, cayó sobre el sargento, y dándole en medio del vientre le tiró boca arriba en el arroyo, al mismo tiempo que su fusil se disparaba en el aire.

Al oir el grito del sargento, salieron atropelladamente los que estaban en el cuerpo de guardia; el tiro fué seguido de una descarga general al acaso, despues de la que cargaron los fusiles y empezaron otra vez á hacer fuego. Duró éste un cuarto de hora y mató algunos cristales.

Entre tanto Gavroche, que retrocedió corriendo, se paró cinco ó seis calles más allá, y se sentó sofocado en el guardacanton de la esquina de la calle de los Niños Rojos.

En cuanto descansó un momento se volvió hácia el sitio donde sonaban los tiros, levantó la mano izquierda á la altura de la nariz, y la extendió tres veces hácia adelante, golpeándose con la mano derecha en la nuca; gesto soberano en el que la pillería parisiense ha condensado toda la ironía francesa, y que es evidentemente eficaz, puesto que dura ya medio siglo.

Amarga reflexion turbó la alegría de Gavroche.

—Sí, dijo; me desternillo de risa, reviento de gozo, pero pierdo camino y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Con tal de que llegue á tiempo á la barricada!...

Emprendió otra vez la carrera y volvió á cantar, atravesando rápidamente las calles, y su voz fué extinguiéndose en la oscuridad:

*Como quedan Bastillas*
*y otros presidios,*
*derribarlos ahora*
*es ya preciso.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*A los bolos juguemos,*
*que ya el gran bolo,*
*el mundo antiguo y viejo,*
*se hundió del todo.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*El Louvre á linternazos*
*rompe ya el pueblo,*
*como la monarquía*
*que está allí dentro.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

—

*Quitándole el apoyo*
*á Cárlos diez,*

*hasta el suelo rodando*
*vino á caer.*
*Dónde van las niñas lindas?*
*lon, la...*

La alarma del cuerpo de guardia no dejó de tener resultado. Conquistaron el carreton é hicieron prisionero al auvernés borracho. Al primero lo embargaron y el segundo fué acusado despues ante un Consejo de guerra como cómplice: el ministerio público dió pruebas en esta ocasion de infatigable celo por defender á la sociedad.

La aventura de Gavroche, que vive en la tradicion del barrio del Temple, es uno de los recuerdos más terribles de los antiguos vecinos del Marais, y se titula en su memoria "Ataque nocturno del cuerpo de guardia de la Imprenta Real„.

# QUINTA PARTE.

## JUAN VALJEAN.

### LIBRO PRIMERO.

#### La guerra entre cuatro paredes.

##### I.

**Caribdis del arrabal de San Antonio y Escila del arrabal del Temple.**

Las dos más memorables barricadas que el observador de las enfermedades sociales puede citar, no pertenecen al período en que pasa la accion de este libro. Esas dos barricadas, símbolo ambas, bajo distintos aspectos, de una situacion temible, surgieron durante la insurreccion de Junio de 1848, que fué la guerra más grande de las calles que ha presenciado la historia.

Sucede algunas veces que, contra los principios, contra la libertad, contra la igualdad y la fraternidad, contra el voto universal, contra el gobierno de todos y por todos, esa gran desesperada, la canalla, protesta, y el populacho dá la batalla al pueblo, desde lo profundo de su angustia, de su desaliento, de su desnudez, de su fiebre, de sus aflicciones, de sus miasmas, de su ignorancia y de sus tinieblas. Esos dias son lúgubres, porque hay siempre en esa misma demencia cierto grado de derecho, hay algo de suicidio en ese duelo; y estas palabras, que se consideran otras tantas injurias, mendigo, canalla, oclocracia, populacho, prueban más la culpa de los que reinan que la de los que padecen; más la de los privilegiados que la de los desheredados.

Nosotros nunca pronunciamos esas palabras sin dolor y sin respeto; porque cuando la filosofía sondea los hechos á que corresponden, encuentra con frecuencia ciertas grandezas al lado de las miserias. Atenas era una oclocracia; mendigos crearon á la Holanda; el populacho salvó muchas veces á Roma, y la canalla seguia á Jesucristo. Ningun pensador dejó de contemplar alguna vez las magnificencias de abajo. En esa canalla, en esa pobre gente, en todos esos vagabundos, en todos esos miserables, de los que salieron los apóstoles y los mártires, pensaba sin duda San Gerónimo, cuando dijo estas palabras misteriosas: *Fex urbis, lex orbis.*

La exasperacion de la muchedumbre que sufre las violencias contrarias á los principios que constituyen su vida, los ataques al derecho, son golpes de Estado populares y deben reprimirse. El hombre probo se sacrifica y combate á esa muchedumbre porque la ama; pero, ¡cuán excusable le parece despues de combatirla! ¡Cómo la venera á pesar de resistirla! Ese es uno de los momentos raros en que, obrando como debe obrarse, se siente algo que nos desconcierta y casi nos disuade de seguir adelante. Pero es preciso insistir, porque la conciencia satisfecha se encuentra triste al complicarse en la ejecucion del deber con la angustia del alma.

Lo que sucedió en Junio de 1848 fué un hecho aparte y casi imposible de calificar en la filosofía de la historia. Lo que acabamos de escribir huelga, tratándose de este motin extraordinario, en el que la santa ansiedad del trabajo

reclamó sus derechos. Fué necesario combatirle, era un deber, porque atacaba á la República; pero en el fondo, qué fué Junio de 1848? Una rebelion del pueblo contra sí mismo.

No puede decirse que hay digresion mientras el asunto no se pierde de vista. Permítasenos, pues, llamar un momento la atencion del lector hácia las dos barricadas únicas en su clase que acabamos de nombrar y que caracterizaron aquella insurreccion. Una cerraba la entrada del arrabal de San Antonio; otra impedia acercarse al arrabal del Temple: los vecinos ante cuyas casas surgieron aquellas dos terribles obras maestras de la guerra civil jamás las olvidarán.

La barricada de San Antonio era monstruosa. Tenia tres cuerpos, y su anchura no bajaba de setecientos piés. Cerraba de uno á otro ángulo la vasta embocadura del arrabal; es decir, tres calles: era abarrancada, cortada en picachos, con una inmensa hendidura por almena, con sus puntales á guisa de baluartes, con sus salientes aquí y allá; estaba fuertemente apoyada en los dos grandes promontorios de casas del arrabal, y se elevaba como una calzada ciclópea en el fondo de la terrible plaza que presenció el 14 de Julio. Diez y nueve barricadas se sucedian en la profundidad de las calles, detrás de esta barricada madre.

Con solo verla sentíase en el arrabal que el inmenso sufrimiento agonizante habia llegado al supremo instante de la desesperacion y deseaba á todo trance convertirse en catástrofe.

Decian unos que estaba construida dicha barricada con los escombros de tres casas de seis pisos, que para eso se demolieron, y decian otros que la habia levantado el prodigio de todas las cóleras. Tenia el lamentable aspecto de todas las construcciones del ódio: la ruina. Podia preguntarse: ¿Quién la ha edificado? Y tambien: ¿Quién la ha destruido? Era la obra improvisada de la fermentacion. Era la cooperacion del empedrado, del morillo, de la viga, del troncho de col, del trapo viejo, del piso hundido, del harapo, de la maldicion. Era una mezcla de lo grande y de lo pequeño. Era el abismo que parodiaba el barullo y la fraternidad amenazadora de todos los escombros. Sísifo habia arrojado en ella su peñasco y Job su teja. Era, en fin, una cosa terrible: el acrópolis de los descamisados.

Carretas volcadas accidentaban el declive. Un carromato descomunal estaba allí expuesto de un lado á otro, con el eje hácia arriba, y parecia una cuchillada dada en aquel frontispicio tumultuoso. Un ómnibus, que subieron á fuerza de brazos á la cima de este hacinamiento de objetos, como si los arquitectos de la horrible construccion hubieran querido añadir la burla al espanto, ofrecia su lanza á no sabemos qué caballos del aire.

Se imaginaba el espíritu que, aquella gigantesca masa, aluvion del motin, era el Osa sobre el Pelion de todas las revoluciones; el 93 sobre el 89; el 9 Termidor sobre el 10 de Agosto; el 18 Brumario sobre el 21 de Enero; 1848 sobre 1830. El sitio era á propósito y semejante barricada digna de aparecer en el punto donde habia desaparecido la Bastilla. Si el Océano construyese diques serian por este estilo. La furia de las olas estaba impresa en aquel inmenso parapeto: en él las olas eran la muchedumbre. Creíase ver allí el tumulto petrificado. Creíase oir zumbar por encima de la barricada, como sobre una colmena, á las abejas enormes y tenebrosas del progreso violento. ¿Era un conjunto de malezas? Era una bacanal? ¿Era una fortaleza? Parecia que el vértigo la habia construido con sus alas. Notábase algo de cloaca en aquel reducto y algo de olímpico en aquel desórden. Pudiera haberse dicho que eran los harapos de un pueblo; harapos de madera, de hierro, de bronce, de piedra, y que el arrabal de San Antonio lo habia lanzado á su puerta, dándole un colosal escobazo y haciendo la barricada de su miseria.

Pedruzcos parecidos á tajos, cadenas dislocadas, armazones de vigas en forma de horcas y ruedas horizontales saliendo de los escombros, amalgamaban en el edificio de la anarquía, la sombría figura de los antiguos suplicios que sufrió el pueblo.

La barricada de San Antonio echaba mano de todo: de ella salia todo lo que la guerra civil puede lanzar á la cabeza de la sociedad; aquello no era el combate, era el paroxismo: las carabinas que defendian el reducto, entre las que habia algunos trabucos, despedian pedazos de loza, huesecillos, botones, hasta aldabillas de las mesas de noche. La barricada estaba furiosa, atronaba el aire con clamor indecible; habia instantes en que provocaba al ejército y se llenaba de gente y de tempestad; la coronaba una baraunda de flameantes cabezas, y un

hormiguero hervia dentro de ella; presentaba cresta espinosa de fusiles, sables, picas, palos, hachas y bayonetas; una bandera, ancha y roja, crujia á impulso del viento; oíanse los gritos de mando, las canciones de ataque, los redobles del tambor, los sollozos de las mujeres y las carcajadas tenebrosas de los hambrientos; esta barricada era descomunal y parecia estar viva, y como del lomo de un animal eléctrico, salia de ella un chisporroteo de rayos; el espíritu de la revolucion cubria con su nube aquella cima, desde la que resonaba la voz del pueblo, semejante á la voz de Dios. Desprendíase extraña majestad de aquel titánico apilamiento de escombros. Era aquello un monton de basura y al mismo tiempo el Sinaí.

Como antes dijimos, atacaba en nombre de la revolucion. A qué? á la revolucion. Aquella barricada representaba el acaso, el desórden, el azoramiento, el error y lo desconocido; tenia frente á sí á la Asamblea constituyente, á la soberanía del pueblo, al sufragio universal, á la nacion, á la República; era la Carmañola retando á la Marsellesa. Reto insensato, pero heróico, porque este antiguo arrabal es un héroe.

El arrabal y el reducto se auxiliaban mútuamente; el reducto servia de respaldo al arrabal, y el arrabal de arrimo al reducto. Se presentaba la enorme barricada como un arrecife, en el que iba á estrellarse la estrategia de los grandes generales de la guerra de Africa. Las cavernas de la barricada, las excrecencias, las verrugas, las jorobas gesticulaban, por decirlo así, y se reian con mofa entre el humo. La metralla se perdia en lo deforme; los obuses se sumergian y se engolfaban allí; las balas solo conseguian ensanchar los agujeros. Tanto valia disparar contra el caos. Los regimientos, acostumbrados á las más terribles visiones de la guerra, miraban con inquietud aquel reducto, especie de fiera, javalí en lo erizado y montaña en lo enorme.

A un cuarto de legua de allí, en la esquina de la calle Vieja del Temple, el que se atrevia á sacar la cabeza fuera de la punta que formaba en la delantera el almacen Dallemagne, distinguia á lo lejos, más allá del Canal, en la calle que sube por las pendientes de Belleville, en el punto culminante de la calzada, una pared extraña que llegaba hasta el segundo piso de las fachadas, especie de guion entre las casas de la derecha y de la izquierda, como si la calle hubiese doblado por sí misma su pared más alta para cerrarse bruscamente. Esta pared estaba construida de adoquines y era recta, perpendicular, nivelada con escuadra, tirada á cordel: indudablemente le faltaba el cimiento; pero, como en ciertas paredes romanas, esto no perjudicaba á su rígida arquitectura. Adivinábase la profundidad viendo la elevacion. La cornisa era matemáticamente paralela á la base.

Se veian de trecho en trecho, sobre la plomiza superficie, troneras casi invisibles, parecidas á hilos negros y separadas unas de otras por espacios iguales.

La calle estaba desierta hasta donde alcanzaba la vista, y habian cerrado todas las puertas y ventanas. Surgia en el fondo de aquella barrera, que transformaba la calle en callejon sin salida, una pared inmóvil y tranquila en la que no se veia nadie ni se oia nada; ni un grito, ni el más leve ruido, ni un soplo. Parecia un sepulcro.

El resplandeciente sol de Junio inundaba de luz aquella mole terrible.

Era la barricada del arrabal del Temple.

Hasta los más atrevidos, desde que llegaban á aquel sitio y la veian, se quedaban pensativos ante la misteriosa aparicion. Tenia buenas proporciones; sus partes ajustaban y encajaban perfectamente; su total era rectilíneo, simétrico y fúnebre. Habia en él ciencia y tinieblas.

Se conocia que el jefe de la barricada era un geómetra ó un espectro.

De vez en cuando, si algun soldado, oficial ó representante del pueblo, se aventuraba á atravesar la calzada solitaria, se oia un silbido agudo y débil y el transeunte caia herido ó muerto; ó si se libraba, se veia penetrar en algun postigo cerrado, en un hueco entre dos piedras, ó en el yeso de la pared, una bala ó un casco de metralla. No gastaban inútilmente la pólvora; casi todos los tiros daban en el blanco.

Habia aquí y allá algunos cadáveres y charcos de sangre en el empedrado. En las cercanías, los umbrales de las puertas-cocheras estaban llenos de heridos.

Los soldados de la columna de ataque, amontonados detrás de la especie de albardilla que forma, á la entrada del arrabal del Temple, el puente cintrado del Canal, observaban, graves y pensativos, aquel lúgubre reducto, aquel objeto

inmóvil, impasible, de donde salia la muerte.

El valiente coronel Monteynavid, extremeciéndose, admiraba esta barricada.

—Qué bien construida está! decia á un representante. No hay una piedra más saliente que otra. Parece porcelana.

En aquel momento una bala le rompió la cruz que llevaba en el pecho y cayó.

—Cobardes! se le oia gritar. ¡Si no se presentan! ¡Que se atrevan á presentarse!

La barricada del arrabal del Temple, que defendieron ochenta hombres y que atacaron diez mil, resistió tres dias. Al cuarto dia hicieron como en Zaacha y Constantina; agujerearon las casas; entraron en ellas por los techos y tomaron la barricada. Ninguno de los ochenta pensó en huir; todos sucumbieron, excepto su jefe, Barthelemy, de quien hablaremos luego.

La barricada de San Antonio era el tumulto de los truenos; la del Temple era el del silencio.

Entre ambos reductos habia la misma diferencia que entre lo formidable y lo siniestro. Uno parecia la boca de una fiera, el otro un mascaron. Edificaron aquellas dos fortalezas dos hombres, Cournet y Barthelemy; Cournet levantó la barricada de San Antonio y Barthelemy la del Temple. Cada una era la imágen de su constructor. Cournet era de elevada estatura, espaldas anchas, rostro colorado, fuerza colosal, de corazon atrevido y de mirada sincera y terrible; era intrépido, irascible y violento; el más cordial de los hombres y el más formidable de los combatientes. Estaba en su elemento en la guerra y pelear le ponia de buen humor. Habia sido oficial de marina, y en sus gestos y en su voz se adivinaba que salia del Océano y que le traia la tempestad. Dejando aparte su génio, habia en Cournet algo de Danton, como prescindiendo de la divinidad, habia en Danton algo de Hércules.

Barthelemy era flaco, de pobre apariencia, pálido, taciturno, una especie de pilluelo trágico, que abofeteado por un municipal, acechó á aquel y cuando pudo le mató, por lo que fué á presidio á los diez y siete años. Salió de la cárcel y construyó aquella barricada.

Más adelante, por una complicacion fatal, hallándose ambos proscriptos en Lóndres, Barthelemy mató á Cournet. Fué un duelo fúnebre. Algun tiempo despues cogieron á Barthelemy en una de esas misteriosas aventuras en las que la pasion interviene, en una de esas catástrofes en las que la justicia francesa vé circunstancias atenuantes y la justicia inglesa castiga con la muerte; Barthelemy fué ahorcado.

La sombría construccion social está hecha de tal modo, que, gracias á las privaciones materiales, gracias á la oscuridad moral, aquel sér desgraciado, que encerraba una inteligencia, quizás firme, quizás grande, empezó por ir á presidio en Francia y acabó por ir á la horca en Inglaterra. Barthelemy, cuando llegaba la ocasion, no enarbolaba más bandera que la bandera negra.

## II.

### Mientras amanece.

Diez y seis años habian pasado de subterránea educacion del motin, y Junio de 1848 sabia más que Junio de 1832. La barricada de la calle de la Chanvrerie solo era un bosquejo y un embrion, si la comparamos con las dos colosales barricadas que acabamos de describir, mas para su época era formidable.

Los insurgentes, bajo la inspeccion de Enjolras, pues Mario no se ocupaba de nada, habian aprovechado la noche. No solo repararon, sino que aumentaron la barricada. La hicieron dos piés más alta. Algunas barras de hierro, colocadas entre las piedras, parecian lanzas en ristre, y escombros agregados de diferentes clases complicaban el armazon exterior. El reducto fué restaurado con habilidad, rehecho por dentro como pared y por fuera como maleza: recompusieron la escalera con adoquines y podian subir á la barricada como al muro de una ciudadela.

La sala baja de Corinto estaba libre de estorbos, la cocina convertida en hospital, y habian practicado la curacion de los heridos; recogieron la pólvora que estaba esparcida por el suelo y por las mesas, fundieron balas, fabricaron cartuchos, aprontaron hilas, limpiaron el interior del reducto, quitaron los escombros y sacaron de allí los cadáveres.

Depositaron á los muertos en la callejuela de Mondetour, de la que continuaban siendo dueños los insurrectos. Entre los muertos habia cuatro guardias nacionales de las afueras, cuyos uniformes

mandó recoger Enjolras. Éste aconsejó á los sublevados que durmieran dos horas. Los consejos de Enjolras eran para ellos como una consigna; sin embargo, solo durmieron tres ó cuatro personas. Feuilly empleó aquellas dos horas en grabar en la pared que daba frente á la taberna esta inscripcion:

VIVAN LOS PUEBLOS.

Estas tres palabras, escritas con un clavo en la piedra, se leian aun en 1848.

Las tres mujeres de la taberna se aprovecharon sin duda de la noche para desaparecer definitivamente: quizás encontraran algun medio de refugiarse en alguna casa vecina.

Casi todos los heridos podian y querian combatir aun.

Habia en la cocina-hospital, sobre una litera que formaron de colchones y de haces de paja, cinco hombres gravemente heridos, entre ellos dos guardias municipales. A estos últimos se les curó primero.

En la sala baja no quedaron más que el cadáver de Babeuf, cubierto con el paño negro, y Javert atado al poste.

—Esta es la sala de los muertos, dijo Enjolras.

La lanza del ómnibus, aunque estropeada por los tiros de fusil, estaba aun en disposicion de poder colgar en ella una bandera, y Enjolras, que poseia la cualidad, propia de jefe, de ejecutar todo lo que decia, ató á aquella asta el traje agujereado y sangriento de Babeuf.

No fué posible preparar comida alguna, porque carecian de pan y de carne. Los cincuenta hombres de la barricada, en las diez y seis horas que estaban allí, consumieron en poco tiempo las mezquinas provisiones de la taberna. En un instante dado toda barricada que resiste se convierte inevitablemente en la balsa de los náufragos de la *Medusa*. Tuvieron que resignarse á padecer hambre.

Eran las primeras horas del dia 6 de Junio, de ese dia espartano en el que Juana, en la barricada de Saint-Merry, rodeada de insurrectos que le pedian pan, les respondia:

—Para qué? Son las tres, y á las cuatro todos habremos muerto.

Como no habia qué comer, Enjolras prohibió que se bebiese. Quitó el vino y puso á racion el aguardiente.

Encontraron en la cueva quince botellas llenas, herméticamente tapadas. Enjolras y Combeferre las examinaron. El último dijo:

—Esto pertenece al antiguo almacen del tio Hucheloup, que empezó por tener tienda de comestibles.

—Debe ser verdadero vino, observó Bossuet. Es una suerte que Grantaire duerma; si estuviera despierto peligrarian esas botellas.

Enjolras, á pesar de los murmullos, puso su veto á las quince botellas, y para que nadie las tocara y las considerase como sagradas, las mandó colocar bajo la mesa en que yacía el cadáver de Babeuf.

A las dos de la madrugada se contaron los combatientes y quedaban aun treinta siete.

El dia empezaba á despuntar y se apagaba la antorcha de la barricada grande: el interior de ésta era una especie de patio usurpado á la calle; estaba anegado en la oscuridad, y se asemejaba, al través del vago horror crepuscular, al puente de un buque abandonado.

Los combatientes, yendo y viniendo, se movian por allí como formas negras. Por encima de este horrible nido de sombras, los pisos de las casas silenciosas se bosquejaban lívidamente y en la parte superior se veian blanquear las chimeneas. El cielo se pintaba de un matiz indeciso entre blanco y azul; los pájaros volaban cantando. La casa alta que formaba el fondo de la barricada presentaba en el techo un reflejo de color de rosa. En la ventana del tercer piso el airecillo de la mañana agitaba los cabellos blancos del hombre muerto.

—Me alegro de que se haya apagado la antorcha, decia Courfeyrac á Feuilly. Me incomodaba ver que se doblaba á impulsos del viento, porque parecia que tenia miedo. La luz de las antorchas es como la prudencia en los cobardes; alumbra mal porque tiembla.

El alba despierta las imaginaciones como despierta á los pájaros. Todos los insurrectos hablaban.

Joly, al ver que un gato andaba por la canal de un tejado, prorumpió en este arranque filosófico:

—Qué es el gato? Una correccion. Despues de crear Dios al raton formó en seguida al gato; el gato es la fé de erratas del raton. El raton, más el gato, es la prueba de la creacion, revisada y corregida.

Combeferre, rodeado de estudiantes y de obreros, hablaba de los muertos, de Juan Prouvaire, de Bahorel, de Babeuf,

hasta de Cabuc, y de la tristeza severa de Enjolras, diciendo:

—Armodio y Aristogiton, Bruto, Quereas, Stephanus, Cromwell, Carlota Corday, Sand, todos tuvieron, despues de dar el golpe, un momento de angustia. Nuestro corazon es tan propenso á extremecerse, y la vida humana es un misterio tan grande, que hasta en el caso de un suicidio cívico, de un suicidio libertador, el remordimiento de haber herido á un hombre excede á la alegría de haber salvado al género humano.

Poco despues, como ordinariamente acontece en las conversaciones, por la transicion á que dieron márgen los versos de Juan Prouvaire, Combeferre comparó entre sí á los traductores de las *Geórgicas*, á Raux con Cournaud, á Cournad con Delille, indicando los pasajes que tradujo Malfilatre, y sobre todo los prodigios de la muerte de César.

El nombre de César le condujo naturalmente á hablar de Bruto.

—César, dijo Combeferre, mereció caer. Ciceron trató con severidad á César justamente. Su severidad no es una diatriba. Cuando Zoilo insulta á Homero, cuando Mevio insulta á Virgilio, cuando Visé insulta á Moliére, cumplen una antigua ley de envidia y de ódio; los génios atraen la injuria: los grandes hombres siempre fueron más ó menos zaheridos. Pero Zoilo y Ciceron fueron dos entidades diferentes. Ciceron hizo con el pensamiento la misma justicia que Bruto con la espada: yo vitupero esta última justicia, pero la antigüedad la admitia. César, violando el Rubicon, confiriendo, procedentes de él, las dignidades que procedian del pueblo, obraba como un rey, casi como un tirano. Era un grande hombre, tanto peor ó tanto mejor, pues la leccion viene de más alto. Sus veintitres heridas me afectan menos que la saliva que se escupió á la frente de Jesucristo. César es inmolado por los puñales de los senadores; Cristo es abofeteado por los sirvientes. En este mayor ultraje se presiente á Dios.

Bossuet, dominando desde la cumbre de un monton de adoquines el monólogo de Combeferre, gritaba, con la carabina en la mano:

—Cidateneo! Oh, Mirrino! ¡Oh, Probalinto! Oh, Gracias de la Eantide! ¡Quisiera pronunciar los versos de Homero como un griego de Laurio ó de Edapteon!

---

## III.

### Claridad y sombra.

Enjolras fué á hacer un reconocimiento y salió por la callejuela de Mondetour, serpenteando por la orilla de las casas.

Los insurrectos estaban muy esperanzados. Como consiguieron rechazar el ataque de la noche, despreciaban de antemano el ataque que habrian de sufrir por la mañana. Le esperaban sonriéndose, y tenian tanta fé en el triunfo como en la causa que sustentaban. Además, contaban con un socorro que iban á recibir.

Arrastrados por la facilidad de profecía victoriosa, que es una de las fuerzas del francés en la pelea, dividian en tres fases seguras el dia próximo á clarear: á las seis de la mañana se habia de pronunciar un regimiento que *estaba ya ganado*; á las doce se insurreccionaria todo Paris, y á la puesta del sol la revolucion estaria triunfante.

La campana de Saint-Merry no habia cesado ni un solo minuto de tocar á rebato desde la víspera, lo que probaba que la otra barricada grande, la de Juana, seguia resistiéndose.

Todas estas esperanzas se comunicaban de uno á otro grupo con un murmullo alegre y formidable á la vez, que se parecia al sonido belicoso de una colmena.

Enjolras volvió á la barricada, despues de practicar el reconocimiento. Escuchó un momento la alegría que expresaban los sublevados cruzándose de brazos, y despues les dijo:

—Todo el ejército de Paris está sobre las armas. La tercera parte de ese ejército pesa sobre la barricada, y además la Guardia nacional. He distinguido los chacós del 5.° de línea y las banderas de la sexta legion. Dentro de una hora nos atacarán. El pueblo tuvo ayer efervescencia, pero hoy ya no se mueve; no debemos esperar que nos apoyen, ni un arrabal, ni un regimiento. Estamos abandonados.

Estas palabras cayeron sobre los bulliciosos grupos, produciendo en ellos el efecto de las primeras gotas de agua de la tempestad sobre una muchedumbre. Todos se quedaron mudos. Reinó un momento de inexplicable silencio, en el que se hubiera podido oir volar á la muerte.

Pero este momento fué corto.

Una voz, que salia del fondo más oscuro de los grupos, gritó á Enjolras:

—Ya que no hay remedio, levantemos la barricada hasta veinte piés de altura y muramos todos. Ciudadanos, que protesten nuestros cadáveres. Demostremos que si el pueblo abandona á los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Aquellas palabras, desprendiéndose de la penosa nube de las ansiedades individuales, expresaban el pensamiento de todos, y se acogieron con entusiastas aclamaciones.

Jamás se supo el nombre del que así habló: seria quizá algun obrero desconocido y olvidado, un héroe de paso, el gran anónimo que se mezcla siempre en las crísis humanas y en los génesis sociales, y que en instantes dados pronuncia con tono sublime la palabra decisiva, desvaneciéndose luego en la oscuridad, despues de representar durante un minuto con la claridad del relámpago al pueblo y á Dios.

Esta inexorable resolucion fué tan unánime entre los sublevados del 6 de Junio de 1832, que casi á la misma hora en la barricada de Saint-Merry los insurgentes lanzaron este grito, que conserva la historia y que consta en el proceso:

—Que se nos socorra ó que no se nos socorra, moriremos aquí hasta el último de nosotros.

Como se vé, las dos barricadas, que estaban materialmente aisladas, se comunicaban entre ellas.

## IV.

### Cinco menos y uno más.

En cuanto concluyó de hablar el desconocido, que decretó la protesta de los cadáveres, encontrando la fórmula del sentimiento comun, brotó de todos los labios un grito de extraña satisfaccion; grito terrible, fúnebre por el sentido y triunfal por el acento:

—Viva la muerte! ¡Muramos todos aquí!

—Para qué todos? dijo Enjolras.

—Todos! Todos!

—Nuestra posicion es buena, la barricada excelente. Basta sacrificar treinta hombres. Para qué sacrificar cuarenta? añadió Enjolras.

—Porque ninguno querrá marcharse, replicaron todos.

—Ciudadanos, exclamó Enjolras con cierta vibracion, casi con cólera; la República no es bastante rica en hombres para hacer gastos inútiles. La vanagloria es un despilfarro. Si el deber, respecto á algunos, es marcharse, hay que cumplirlo.

Enjolras, el hombre principio, tenia sobre sus correligionarios la especie de omnipotencia que se desprende de lo absoluto; pero, sin embargo, se oyeron algunos murmullos.

Enjolras, viendo que murmuraban, dijo, levantando el tono de la voz:

—Que los que teman no ser más que treinta lo digan.

Los murmullos crecieron.

—Marcharse es más difícil de lo que se cree, dijo una voz del grupo. La barricada está cercada por todas partes.

—Menos por la parte de los Mercados, contestó Enjolras. La calle de Mondetour está libre, y siguiendo la de Predicadores se puede llegar hasta el Mercado de los Inocentes.

—Pero al llegar allí no habrá medio de escapar, dijo otra voz del grupo. Tropezaremos con alguna patrulla de tropa de línea, ó de las afueras, que al vernos de blusa y gorra nos preguntará, y despues de examinarnos las manos, al notar que huelen á pólvora, nos fusilarán.

Enjolras, sin responder, tocó á Combeferre en el hombro, y ambos entraron en la sala baja.

Salieron al cabo de un momento, llevando Enjolras los cuatro uniformes que habia mandado reservar y Combeferre las correas y los chacós.

—Vistiendo este uniforme, dijo Enjolras, es fácil mezclarse entre las filas y huir. Hay para cuatro individuos.

Arrojó al suelo los cuatro uniformes, pero de aquel estóico auditorio nadie se movió. Combeferre tomó la palabra, diciendo:

—Es menester tener lástima de las pobres mujeres, ya que hay esposas y madres que mecen la cuna de los niños, que se amontonan á su alrededor. El que de vosotros no haya sentido jamás el calor del seno materno, que levante la mano. Quereis morir? Tambien yo, pero no quiero ver junto á mí espectros de mujeres retorciéndose los brazos de desesperacion. Morid si lo deseais, pero no causeis la muerte. Suicidios como el que aquí vá á verificarse son sublimes, pero el suicidio debe reducirse á estrechos límites, y en cuanto se extiende á los parientes toma el nombre de asesinato. Pensad en las cabecitas rubias, pensad

en los cabellos blancos, y oid. Enjolras acaba de decirme que ha visto hace poco en la esquina de la calle del Cisne luz en una ventana de un quinto piso, y al través de sus cristales la vacilante sombra de una cabeza de anciana, que parecia haber pasado la noche aguardando. Quizá sea la madre de alguno de vosotros. Pues bien, el que se marche que se apresure á buscar á su madre y á decirla: "Madre, aquí estoy!„ Que se vaya tranquilo, que por eso no dejaremos de cumplir nuestro deber. Cuando se sostiene á los parientes con el trabajo de los brazos no hay derecho á sacrificarse, porque el sacrificio equivale á desertar de la familia. ¿Pero habeis pensado en los que tienen hijas y en los que tienen hermanas? Deseais la muerte y morís hoy, pero mañana esas jóvenes se quedan sin pan y las condenais á terrible porvenir. El hombre mendiga, pero la mujer se vende. Llegarán á tener hambre. Hay un mercado de carne humana, y para alejarlas de él no bastarán vuestras manos de espectros agitándose trémulas á su alrededor. Pensad en las calles, en los boulevares llenos de transeuntes ociosos; pensad en las tiendas, ante las cuales pasan y vuelven á pasar mujeres descotadas y hundidas en el vicio; pues esas mujeres han sido puras. Los que teneis hermanas, pensad en ellas! La miseria, la prostitucion, los municipales y San Lázaro son los abismos que se abren ante esas jóvenes frágiles, maravillas de pudor, de donaire y de belleza, más frescas que las lilas del mes de Mayo. Habeis muerto y no podeis velar por ellas; por querer librar al pueblo de los reyes, entregais á la policía á vuestras hijas. ¡Es preciso pensar más en las infelices mujeres! ¡Es preciso que los que tienen familia obren como deben, que nos den un apreton de manos, que se marchen, que nos dejen solos para completar nuestra obra! Comprendo que es difícil marcharse, pero cuando hay una dificultad hay más mérito. Aquí se trata de salvar á las esposas, á las madres y á los niños; no se trata de vosotros, que todos sabemos que sois unos valientes, que os envanece perder la vida por la santa causa, que os creeis elegidos para morir útil y magníficamente, y que quereis participar con nosotros del envidiable triunfo. Pero no estais solos en el mundo: hay otros séres en quienes debeis pensar; no debeis ser egoistas.

Todos los insurgentes inclinaron la cabeza con aire sombrío.

Extrañas son las contradicciones del corazon humano en sus momentos más sublimes. Combeferre, que hablaba así, no era huerfano; se acordaba de las madres de los otros y se olvidaba de la suya. Iba á morir; tambien era egoista.

Mario, en ayunas, calenturiento, sucesivamente burlado en todas sus esperanzas, encallado en el dolor y sintiendo aproximarse su fin, estaba más sumido cada vez en el visionario estupor que precede á la hora fatal que se acepta voluntariamente.

Un fisiólogo estudiaria en él los síntomás crecientes de la absorcion febril, que conoce y clasifica la ciencia y que es respecto del sufrimiento lo que la voluptuosidad es respecto del placer. Asistia á todo lo que allí pasaba como si lo contemplase desde fuera. Como dijimos, los acontecimientos que sucedieron á su vista se los imaginaba lejanos; y aunque distinguia el conjunto, no percibia los detalles. Veia á los que iban y venian al través de un inmenso resplandor; las voces llegaban á él, como si saliesen del fondo de un abismo. Sin embargo, esta escena le conmovió. Su única idea era morir, no queria distraerse de esta idea, pero comprendió en su sonambulismo fúnebre que ésta no le impedia salvar á alguno. Levantó la voz diciendo:

—Enjolras y Combeferre tienen razon; opino como ellos; no hay que hacer sacrificios inútiles. Lo que Combeferre os ha dicho no admite réplica. Los que entre vosotros tengan madres, hermanas, esposas, hijos pequeños, que salgan de las filas.

Nadie se movia.

—Salgan de las filas los hombres casados y los que son el sosten de sus familias, repitió Mario.

Su autoridad era grande, porque aunque consideraban á Enjolras como á jefe de la barricada, miraban á Mario como á su salvador.

—Lo mando, gritó Enjolras.

—Os lo ruego, dijo Mario.

Los insurgentes, conmovidos por el discurso de Combeferre, por la órden de Enjolras y por la súplica de Mario, empezaron á denunciarse unos á otros.

—Tú, que eres padre de familia, decia un jóven á un hombre de treinta años, márchate.

—A tí te corresponde irte, respondia aquel hombre, ya que mantienes á tus dos hermanas.

De este modo empeñóse lucha inaudita entre ellos.

—Despachemos pronto, dijo Combeferre, porque dentro de un cuarto de hora ya será tarde.

—Ciudadanos, prosiguió Enjolras; aquí reina la República y con ella el sufragio universal. Designad vosotros mismos las personas que han de marcharse.

Obedecieron esta órden. Al cabo de cinco minutos, los cinco que designaron por unanimidad salieron de las filas.

—¡Son cinco y no hay más que cuatro uniformes! exclamó Mario.

—Pues es preciso que se quede uno de nosotros, contestó uno de los cinco.

Empezó otra vez el generoso certámen, alegando cada cual razones para no marcharse y para convencer á los otros de que debian irse.

—A tí te ama tu esposa.

—A tí te quiere tu anciana madre.

—Tú no tienes padre ni madre; ¿y qué vá á ser de tus tres hermanitos?

—Tú eres padre de cinco hijos.

—Tú tienes derecho á vivir, ya que apenas has cumplido los diez y siete años. Moririas demasiado pronto.

Las grandes barricadas revolucionarias eran centros de heroismo. Lo inverosímil parecia allí sencillo, y aquellos hombres no se admiraban unos de otros.

—Despachad, repitió Combeferre.

Una voz del grupo gritó á Mario:

—Designad vos al que deba quedarse.

—Sí, contestaron los cinco. Elegid y obedeceremos.

Mario creia no poder ya emocionarse, pero al tener que elegir un hombre para morir, toda su sangre refluyó á su corazon. Dirigióse á los cinco, que le aguardaban con la sonrisa en los labios y brillándoles en los ojos la llama, que se vé en el fondo de la historia en las Termópilas, que les gritaba:

—Yo! Yo! Yo!

Mario los contó como un estúpido; luego fijó la vista en los cuatro uniformes.

En aquel instante, un quinto uniforme cayó sobre los otros cuatro, como si lo hubiesen arrojado del cielo. El quinto hombre se habia salvado.

Mario levantó la vista y conoció al señor Fauchelevent.

Juan Valjean acababa de entrar en la barricada.

Ya por haber recibido indicaciones, ya por instinto, ya por casualidad, venia por la callejuela de Mondetour, y gracias á su uniforme de guardia nacional no encontró ningun obstáculo para llegar hasta allí. El centinela que tenian colocado los insurrectos en dicha calle no creyó que debia dar señal de alarma tratándose de un guardia nacional que iba solo; además, aquellos momentos eran demasiado graves para que el centinela se distrajese de su deber, separándose de su punto de observacion.

Cuando Juan Valjean entró en la barricada nadie le vió, porque todos tenian los ojos fijos en los cinco individuos y en los cuatro uniformes.

Juan Valjean presenció la escena y, despojándose silenciosamente de su uniforme, lo arrojó entre los otros cuatro.

La emocion que produjo fué indescriptible.

—Quién es ese hombre? preguntó Bossuet.

—Un hombre que salva á los demás, contestó Combeferre.

Mario añadió con voz grave:

—Yo le conozco.

No se necesitaba de más fianza.

Enjolras se volvió á Juan Valjean y le dijo:

—Bien venido seais, ciudadano. Supongo que sabreis que vamos á morir.

Juan Valjean, sin responder, ayudó á ponerse el uniforme al insurrecto que acababa de salvar.

## V.

### El horizonte que se descubre desde lo alto de la barricada.

La situacion de los insurrectos en aquella hora fatal daba por resultado la suprema melancolía que se habia apoderado de Enjolras.

Este reunia en su persona la plenitud de la revolucion, y sin embargo, era tan completo como puede serlo lo absoluto; tenia demasiado de Saint-Just y poco de Anacharxis Cloots; sin embargo, su espíritu, en la Sociedad de los amigos del A. B. C., acabó por experimentar la influencia de las ideas de Combeferre; hacia ya algun tiempo que, saliéndose poco á poco de la forma estrecha del dogma, cedia al empuje del progreso, llegando á aceptar como evolucion definitiva y magnífica la transformacion de la gran República francesa en inmensa República humana.

En cuanto á los medios inmediatos, dada una situacion violenta, queríalos tambien violentos; en esta parte no ha-

bia variado y permanecia fiel á la escuela épica y terrible del 93.

Enjolras estaba de pié en la escalera de adoquines, con un codo apoyado en el cañon de la carabina. Meditaba y de vez en cuando se extremecia, como si sintiese pasar un hálito misterioso. En los parajes que visita la muerte suelen notarse estos efectos de los antiguos trípodes.

De repente levantó la cabeza; sus cabellos rubios cayeron hácia atrás, como los del ángel sobre el carro sombrío de estrellas, y semejantes á la melena de un leon, erizada en forma de aureola resplandeciente.

Habló así:

—Ciudadanos: Debeis imaginaros el porvenir. Las calles de las ciudades estarán inundadas de luz, las naciones serán hermanas, los hombres justos, los ancianos bendecirán á los niños, el pasado amará al presente, los pensadores y los creyentes gozarán de completa libertad, la conciencia humana se convertirá en altar, se extinguirá el ódio, reinará la fraternidad en el taller y en la escuela, y el trabajo, el derecho, la paz se distribuirán entre todos; no habrá más sangre derramada, no habrá más guerras. Las madres serán dichosas! El primer paso es sojuzgar la materia, el segundo realizar el ideal. Reflexionad en lo que ha conseguido ya el progreso. Antiguamente las primeras razas humanas veian con terror ante sus ojos la hidra que soplaba sobre las aguas, el dragon que vomitaba fuego, el grifo que era el mónstruo del aire, y que volaba con alas de águila y garras de tigre; espantosas fieras que estaban por encima del hombre. Pero el hombre tendió sus redes, las redes sagradas de su inteligencia, y acabó por coger en ellas á los mónstruos. Hemos domado á la hidra, y la llamamos vapor; hemos domado al dragon, y le llamamos locomotora; estamos á punto de domar al grifo, pues ya ha caido en nuestras manos, y le llamamos globo. El dia en que termine esta obra de Prometeo, unciendo el hombre al carro de su voluntad la triple quimera antigua, la hidra, el dragon y el grifo, ese dia será dueño del agua, del fuego y del aire, y será para el resto de la creacion animada lo que para él eran en otro tiempo los dioses mitológicos. Valor y adelante! ¿A dónde vamos, ciudadanos? A la ciencia, convertida en gobierno; á la fuerza de las cosas, erigida en única fuerza pública; á la ley natural, con su sancion y su penalidad en sí misma y promulgada por la evidencia; á una alborada de verdad, que corresponda al nacer del dia. Caminamos á la union de los pueblos; caminamos á la unidad humana. No más ficciones, no más parásitos. La civilizacion celebrará sus justas en medio de Europa, y luego en el centro de sus continentes, en el gran parlamento de la inteligencia. Hemos visto ya algo parecido á esto. Los anfictiones tenian diez juntas al año, una en Delfos, mansion de los dioses; otra en las Termópilas, mansion de los héroes. Europa tendrá sus anfictiones, y el globo los tendrá tambien. Francia lleva en sus entrañas este porvenir sublime. Es la gestacion del siglo diez y nueve. Lo que bosquejó Grecia que lo termine Francia. ¡Ciudadanos! Suceda lo que suceda, venzamos ó seamos vencidos, vamos á hacer una revolucion, y así como los incendios iluminan toda una ciudad, las revoluciones iluminan á todo el género humano. Nos revolucionamos en favor de la verdad. Bajo el punto de vista político no debe haber más que un solo principio, el de la soberanía del hombre sobre sí mismo. Esta soberanía del *yo* sobre el *yo* se llama libertad; desde que dos ó más de estas soberanías se asocian empieza el Estado. Pero en esta asociacion no hay abdicacion. Cada soberanía concede cierta parte de sí misma para formar el derecho comun, parte que es igual para todos. Esta identidad de concesiones que hacen los individuos en beneficio de todos se llama igualdad. El derecho comun no es más que la proteccion de todos, irradiando sobre el derecho de cada uno, y se llama fraternidad. El punto de interseccion de todas estas soberanías que se agregan se llama sociedad. Siendo esta interseccion una union, el punto en que se verifica es un nudo; por eso se denomina vínculo social. Algunos le llaman contrato social, que viene á ser lo mismo. Es menester que comprendamos bien la palabra igualdad, pues así como la libertad es la cima, la igualdad es la base. La igualdad no significa que esté toda la vegetacion á un nivel; no significa una sociedad de matas grandes y de encinas pequeñas, ni un conjunto de envidiosos hostilizándose; la igualdad civilmente significa el camino abierto á todas las aptitudes; políticamente que tengan el mismo peso todos los votos; religiosamente que gocen el mismo derecho todas las conciencias. La

igualdad tiene su órgano, y este órgano es la instruccion gratuita y obligatoria. La escuela primaria debe imponerse á todos; la escuela secundaria debe ofrecerse á todos: esta es la verdadera ley. Ciudadanos! el siglo diez y nueve es grande, pero el siglo veinte será dichoso. Entonces no habrá nada que se parezca á la antigua historia; no habrá que temer como hoy una conquista, una invasion, una usurpacion, una rivalidad de naciones á mano armada; no habrá que temer un nacimiento en las tiranías hereditarias, un reparto de pueblos acordado en Congresos, una desmembracion por hundimiento de dinastía, un combate de dos religiones al encontrarse frente á frente; no habrá que temer el hambre, la explotacion, la prostitucion por miseria, la miseria por falta de trabajo, el cadalso, las batallas y todos estos latrocinios del acaso que se verifican en la selva de los acontecimientos. El género humano cumplirá su ley, como el globo terrestre cumple la suya; se restablecerá la armonía entre el alma y el astro, y el alma gravitará en torno de la verdad como el astro en torno de la luz. La hora en que os hablo es una hora sombría, pero tales son las terribles condiciones de la conquista del porvenir. La revolucion es un peaje, pero libertará al género humano, le sacará de su postracion y lo consolará. Se lo afirmamos desde esta barricada. El grito de amor ha de salir de lo alto del sacrificio. Aquí está el vínculo de la union de los que piensan y de los que padecen; la barricada no la forman los adoquines, las vigas ni el hierro viejo; está formada de dos montones: uno de ideas, otro de dolores. La miseria encuentra en ella su ideal. El dia se abraza aquí con la noche y le dice: Voy á morir contigo, y tú vas á renacer conmigo. Del estrecho abrazo de todas las aflicciones brota la fé. Los padecimientos traen aquí su agonía y las ideas su inmortalidad. Esta agonía y esta inmortalidad van á mezclarse y á constituir nuestra muerte. Hermanos, moriremos aquí en la irradiacion del porvenir y descenderemos á una tumba que iluminará la aurora.

Enjolras dejó de hablar, pero sus labios seguian moviéndose en silencio, como si continuara en voz baja hablando consigo mismo, y sus compañeros, ansiando recoger las palabras que no pronunciaba, no apartaban la vista de él. No se oyeron aplausos, pero se cuchicheó durante mucho tiempo. Como la palabra es aire, el extremecimiento de las inteligencias se parece al extremecimiento de las hojas.

## VI.

### Mario esquivo y Javert lacónico.

Veamos qué es lo que pensaba Mario, teniendo presente la situacion de su alma.

Como acabamos de indicar, todo se le aparecia como una vision. Tenia las ideas confusas; se encontraba bajo la sombra de las grandes alas tenebrosas que se abren sobre los agonizantes. Sentia que habia penetrado en él el sepulcro y le parecia que estaba al otro lado de la barrera, y que solo veia las caras de los vivos con ojos de muerto.

¿Cómo y por qué se encontraba allí el señor Fauchelevent? ¿qué iba á hacer en la barricada? Mario no trató de averiguar nada de esto, pues siendo propio de la desesperacion extenderse á cuanto nos rodea, hallaba lógico que todos fuesen á morir á aquel sitio. Esto no obstante, pensaba en Cosette con indecible angustia.

Por lo demás, el señor Fauchelevent no le habló ni le miró, y hasta pareció no oir á Mario cuando dijo:—Yo le conozco.

Esta actitud del padre de Cosette aliviaba á Mario de gran peso, y hasta diríamos que le agradaba, si tratándose de tales impresiones pudiera emplearse semejante palabra. Nunca se habia atrevido á hablar á aquel hombre enigmático, que era para él equívoco é imponente á la vez. Además, no le habia visto en mucho tiempo, lo que, unido á su índole tímida y reservada, contribuia más á su retraimiento.

Los cinco hombres designados salieron de la barricada por la callejuela de Mondetour, perfectamente disfrazados de guardias nacionales. Uno de ellos se fué llorando. Al partir dieron un abrazo de despedida á los que se quedaban.

Despues que se marcharon aquellos cinco hombres devueltos á la vida, Enjolras pensó en el sentenciado á muerte y entró en la sala baja. Javert, atado al poste, parecia abstraido.

—Quieres algo? le preguntó Enjolras.

—Cuándo me matais? le preguntó Javert.

—Espera un poco, que en este momento necesitamos todos nuestros cartuchos.

—Entonces dadme de beber, dijo Javert.

Enjolras le presentó un vaso de agua, y como Javert estaba atado, le ayudó á beber.

—Quieres algo más? le preguntó otra vez Enjolras.

—Estoy muy mal en este poste, respondió Javert, y habeis sido muy crueles dejándome pasar la noche así. Atadme como más os plazca, pero creo que no tendreis inconveniente en que me tiendan, como á ese otro, sobre una mesa.

Diciendo esto, con un movimiento de cabeza indicaba el cadáver del señor Babeuf.

Recordarán los lectores que en el fondo de la sala habia una mesa grande, en la que se fundieron balas é hicieron cartuchos; pero como luego emplearan unas y otros, quedó vacía aquella mesa.

Por órden de Enjolras, cuatro insurrectos desataron á Javert del poste. Le dejaron las manos atadas atrás, le sujetaron los piés con una cuerda delgada, pero fuerte, de modo que pudiese dar pasos de quince pulgadas, como se hace con los que van á subir al cadalso, y le condujeron á la mesa del fondo, tendiéndole en ella y atándole perfectamente por la mitad del cuerpo.

Para mayor seguridad, mediante una cuerda fijada al cuello, se añadió al sistema de ligadura que le imposibilitaba de evadirse la especie de lazo que en las cárceles se llama gamarra, que, partiendo de la nuca, se bifurca en el estómago y llega á las manos despues de haber pasado por entre las piernas.

Mientras amarraban á Javert, desde el umbral de la puerta le contemplaba un hombre con singular atencion.

La sombra que hacia éste hizo á Javert volver la cabeza. Levantó los ojos y conoció á Juan Valjean.

Sin extremecerse los inclinó al suelo con altivez, limitándose á decir:

—Es muy natural!

## VII.

### La situacion se agrava.

El dia adelantaba rápidamente, pero las ventanas y las puertas permanecian cerradas. Las tropas, como hemos dicho, habian desocupado la extremidad de la calle de Chanvrerie, que á la sazon parecia libre y que brindaba al transeunte con siniestra tranquilidad. La calle de San Dionisio estaba muda, como el paseo de las esfinges de Tebas. Ni un solo sér viviente se veia en las encrucijadas, que blanqueaba un reflejo naciente de sol, y nada hay tan lúgubre como la claridad en las calles desiertas.

No se divisaba nadie, pero en cambio se oia. Notábase á cierta distancia movimiento misterioso; era evidente que se aproximaba el instante crítico. Como la víspera por la noche, los centinelas se replegaron, pero esta vez no quedó ninguno de ellos.

La barricada estaba más fuerte que en el primer ataque, y despues que salieron de ella los cinco individuos todavía la elevaron más.

Enjolras, avisado por el vigía que observaba por la parte del Mercado y temeroso de ser sorprendido por allí, adoptó una resolucion grave. Mandó hacer otra barricada en la pequeña boca-calle de Mondetour, que permanecia libre hasta entonces. De este modo la barricada, tapiada en tres calles, la de la Chanvrerie por delante, la del Cisne y la pequeña Truanderie á la izquierda y la de Mondetour á la derecha, era casi inexpugnable, pero constituia verdaderamente un encierro fatal. Tenia tres frentes, pero ninguna salida. Era fortaleza y ratonera al mismo tiempo, como sonriendo dijo Courfeyrac.

El silencio era tan profundo por la parte por donde debia venir el ataque, que Enjolras hizo que cada cual ocupase su respectivo puesto.

Distribuyóse á todos una racion de aguardiente.

Es curioso ver cómo una barricada se prepara á recibir el asalto. Cada cual elije su sitio como en el teatro. Se recuesta, apoya los codos, se respalda y hasta algunos hacen sillones con los adoquines; si una esquina de pared incomoda, todos se alejan de ella; si sobresale un ángulo protector, á él se acogen. Muchos se disponen á combatir sentados, queriendo estar cómodos para matar y morir.

En cuanto el jefe manda zafarrancho de combate cesan todos los movimientos desordenados; no hay ya empellones, no hay ya corrillos, no hay ya apartes; todo lo que bulle en los espíritus converje y se cambia en ansiedad, esperando la embestida.

Antes del peligro, una barricada es el caos; en el peligro es la disciplina: del peligro nace el órden.

Desde que Enjolras tomó la carabina de dos cañones y se situó en una especie

de almena que se habia reservado, todos callaron. Oyóse un ruido de golpes secos resonar confusamente en toda la extension de la barricada.

Era que montaban los fusiles.

Por lo demás, reinaba en la barricada más grandeza de ánimo y más confianza que nunca.

El exceso del sacrificio fortalece, y aunque no contaban con la esperanza, contaban con la desesperacion: la desesperacion es la última arma que á veces dá la victoria, como dijo Virgilio. Los recursos extremos salen de las resoluciones extremas. Embarcarse en la muerte es á veces escapar del naufragio, y la tapa del ataud se convierte entonces en tabla de salvacion.

Como el dia anterior por la noche, la atencion de los insurrectos se dirigia, y casi podia decirse que se apoyaba, en la extremidad de la calle, ahora ya clara y visible.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. El movimiento empezó á oirse distintamente por la parte de Saint-Leu, aunque no se parecia al del primer ataque. Esta vez el crujido de cadenas, el alarmante sacudimiento de una mole, la trepidacion del bronce al saltar sobre el empedrado, anunciaron que se acercaba alguna siniestra armazon de hierro. Extremeciéronse las entrañas de las antiguas y tranquilas calles, que se construyeron y se abrieron para la fecunda circulacion de los intereses y de las ideas y no para que rodasen por ellas, con monstruoso estrépito, los carros de la guerra.

Las pupilas de los combatientes, que se clavaban en el extremo de la calle, adquirieron expresion feroz.

Apareció una pieza de artillería.

Los artilleros la conducian colocada ya sobre las muñoneras y desenganchada del avantren. Dos de ellos iban junto al afuste, cuatro empujaban las ruedas y otros seguian con el arcon.

Veíase humear la mecha encendida.

—Fuego! gritó Enjolras.

Toda la barricada hizo fuego y produjo espantosa detonacion; una avalancha de humo cubrió y oscureció al cañon y á los hombres; algunos segundos despues la nube se disipó y el cañon y los hombres reaparecieron. Los artilleros acababan de colocarlo enfrente de la barricada, con lentitud, segun las reglas, sin precipitacion de ningun género. No hubo ni uno solo herido. En seguida el jefe, apoyándose en la culata para elevar el tiro, se puso á apuntar el cañon con la gravedad del astrónomo que asesta el anteojo.

—Bravo por los artilleros! gritó Bossuet.

Toda la barricada aplaudió.

Un momento despues la pieza, perfectamente situada en medio de la calle, como si dijéramos á caballo sobre el arroyo, estaba ya en batería, abriendo ante la barricada formidable boca.

—Bien, bien! dijo Courfeyrac; ahora viene lo brutal. Detrás del papirotazo las puñadas. El ejército extiende sus garras contra nosotros. Vá á sacudir sériamente la barricada. La fusilería tantea, pero el cañon agarra.

—Es una pieza de á ocho, del método moderno y de bronce, añadió Combeferre. Esa clase de piezas, por poco que excedan de la proporcion de diez partes de estaño en ciento de cobre, están expuestas á reventar. El exceso de estaño las ablanda demasiado y entonces se les forman escarabajos en el oido. Para evitar esto y poder forzar la carga, tal vez convendria volver al procedimiento del siglo catorce y circuir exteriormente la pieza con un sistema de anillos de acero sin soldadura, desde la culata hasta los muñones. En la actualidad se remedia ese defecto del mejor modo posible. Para conocer dónde están los escarabajos del oido de un cañon se hace uso de la sonda, aunque es preferible la estrella móvil de Griveauval.

—En el siglo diez y seis, observó Bossuet, se rayaban los cañones.

—Sí, contestó Combeferre, eso aumenta la potencia balística, pero disminuye la precision del tiro. En el tiro á corta distancia, la trayectoría no tiene la tension debida, y exagerando la parábola, el camino del proyectil no es bastante rectilíneo para poder herir los objetos intermedios, lo que, sin embargo, es una necesidad del combate, cuya importancia crece con la cercanía del enemigo y la precipitacion de los disparos. La falta de tension de la curva del proyectil en los cañones rayados del siglo diez y seis consistia en lo escaso de la carga, y las cargas pequeñas en las piezas de guerra son una exigencia de las necesidades balísticas, tales, por ejemplo, como la conservacion de los afustes. En una palabra, el cañon, que es un déspota, no puede todo lo que quiere; la fuerza es una gran debilidad. Una bala de cañon solo anda seiscientas leguas por hora; la luz recorre setenta mil en un segundo.

Tal es la superioridad de Jesucristo sobre Napoleon.

—Volved á cargar, dijo Enjolras.

Mientras que los insurrectos cargaban otra vez los fusiles, los artilleros hacian lo mismo con el cañon. La ansiedad era profunda en el reducto.

Salió el cañonazo y sonó la detonacion.

—Presente! gritó una voz alegre.

Al mismo tiempo que la bala dió contra la barricada, Gavroche saltó dentro de ella.

Llegaba por la parte de la calle del Cisne, y habia tenido que valerse de toda su ligereza para saltar la barricada accesoria que estaba enfrente del laberinto de la Petite-Truanderie. Gavroche hizo más efecto en la barricada que la bala: ésta solo consiguió, perdida entre los escombros, romper una rueda del ómnibus y acabar con la carreta vieja. Al ver esto los insurrectos se echaron á reir.

—Continuad, gritó Bossuet á los artilleros.

## VIII.

### La situacion se vá formalizando.

Todos cercaron á Gavroche; pero Mario, sin darle tiempo para referir nada, se lo llevó aparte y le preguntó:

—Qué vienes á hacer aquí?

—Toma! y vos? le respondió el pilluelo, mirando fijamente á Mario con su descaro épico.

—Quién te ha dicho que volvieras? Supongo que habrás entregado mi carta, prosiguió preguntándole Mario con acento severo.

No dejaba de escocerle algo á Gavroche lo relativo á aquella carta, porque con la prisa de volver á la barricada, más bien que entregarla, se deshizo de ella. No podia menos de pensar en sus adentros que la confió con demasiada ligereza á un desconocido, cuyo rostro ni siquiera pudo distinguir por causa de la oscuridad. Reprendíase, pues, interiormente y temia los cargos que Mario pudiera dirigirle. Para salir del apuro eligió el medio más sencillo, el de mentir descaradamente.

—Ciudadano, entregué la carta al portero. La señorita dormia y se la dará cuando se despierte.

Mario, al enviar aquella carta, se propuso dos cosas: despedirse de Cosette y salvar á Gavroche.

Tuvo que contentarse con la mitad de lo que se proponia.

El envio de su carta y la presencia del señor Fauchelevent en la barricada ofrecian cierta correlacion, que se presentó á su espíritu y que le hizo preguntar á Gavroche:

—Conoces á ese hombre?

—No, contestó Gavroche.

En efecto, como acabamos de decir, el muchacho solo vió á Juan Valjean de noche y no le reconoció.

Se disiparon, pues, las vagas y turbias conjeturas que habian aparecido confusamente en el espíritu de Mario.

Entre tanto, Gavroche se habia ido al extremo de la barricada y gritaba:

—Mi fusil!

Courfeyrac mandó que se lo entregasen.

Gavroche advirtió á sus camaradas, como él los llamaba, que estaban bloqueados y que á él le costó mucho trabajo llegar hasta allí. Un batallon de línea, cuyos pabellones estaban en la Petite-Truanderie, ocupaba la salida de la calle del Cisne, y por el lado opuesto la Guardia municipal se habia apostado en la calle de Predicadores. Enfrente estaba el grueso del ejército.

Despues que dió estas noticias, añadió Gavroche:

—Os autorizo para que los zurreis bien.

Entre tanto Enjolras, desde la almena, espiaba con el oido atento.

Los sitiadores, poco satisfechos sin duda del cañon, no le habian vuelto á hacer funcionar.

Una compañía de infantería de línea ocupó el extremo de la calle, detrás de la pieza. Los soldados desempedraron el piso y construyeron allí, con los adoquines, una pared baja, que era una especie de parapeto, de unos diez y ocho piés de altura, en frente de la barricada. En el ángulo izquierdo del parapeto se veia la cabeza de un batallon de las afueras, formado en columna cerrada en la calle de San Dionisio.

Enjolras, desde la atalaya, creyó percibir el ruido particular que se hace al sacar del arcon las cajas de metralla, y vió al jefe cambiar la puntería é inclinar ligeramente á la izquierda la boca del cañon.

Despues los artilleros se pusieron á cargar la pieza. El mismo jefe cogió el bota-fuego y lo acercó al oido.

—Bajad la cabeza! gritó Enjolras. Todos de rodillas en la barricada!

Los insurrectos, esparcidos delante de la taberna y que dejaron su puesto de combate á la llegada de Gavroche, corrieron en peloton á la barricada, pero aun no se habia ejecutado la órden de Enjolras cuando se oyó el trueno terrible que produce la descarga de metralla.

La carga, dirigida á la cortadura del reducto, rebotó contra la pared, y el espantoso rebote ocasionó dos muertos y tres heridos.

Continuando así, pronto destruirian la barricada, porque la metralla se abria en ella ancha calle.

Se oyó un rumor de consternacion.

—Impidamos á lo menos el segundo metrallazo, dijo Enjolras.

Bajando la carabina apuntó al jefe, que, inclinándose en aquel momento sobre la culata del cañon, rectificaba y fijaba definitivamente la puntería.

El jefe era un jóven y arrogante sargento de artillería, que tenia el aspecto inteligente que es propio del arma tremenda y predestinada que, á fuerza de perfeccionarse en el horror, debe concluir por matar la guerra.

Combeferre, de pié junto á Enjolras, contemplaba á aquel jóven.

—Qué lástima! dijo. ¡Qué horribles son estas carnicerías! pero al fin, cuando ya no haya reyes no habrá guerras. Ese jóven tendrá padre, madre, familia; amará probablemente. Representa todo lo más veinticinco años. Podria ser hermano tuyo.

—Lo es, contestó Enjolras.

—Sí, replicó Combeferre, y tambien mio. No le matemos.

—Déjame. Lo que es preciso es preciso.

Diciendo esto, una lágrima rodó lentamente por la mejilla de mármol de Enjolras.

Al mismo tiempo oprimió el gatillo de la carabina y salió el tiro.

El artillero giró dos veces sobre sí mismo, tendiendo los brazos y levantando la cabeza como para aspirar el aire; despues cayó de costado sobre el cañon y no volvió á moverse. Le salia de la espalda un arroyo de sangre: la bala le habia atravesado el pecho de parte á parte y estaba muerto.

Fué menester que se le llevaran de allí y poner otro en su lugar.

De este modo los insurrectos ganaron algunos minutos.

## IX.

**La puntería segura que influyó en la condena de 1796.**

Cruzábanse las órdenes en la barricada. El fuego de la artillería iba á empezar de nuevo y la metralla concluiria el combate en menos de un cuarto de hora, si no conseguian amortiguar el efecto de los tiros.

—Es preciso poner ahí un colchon, dijo Enjolras.

—No los hay, respondió Combeferre; los ocupan los heridos.

Juan Valjean, que estaba sentado en un guardacanton junto á la esquina de la taberna, con el fusil entre las piernas, no habia tomado parte hasta entonces en nada de lo que sucedia. Ni oyó decir á los combatientes que le aludian que era un fusil inútil.

Al oir la órden de Enjolras, Juan Valjean se levantó.

Recordarán los lectores que cuando llegó el tropel de gente á la calle de la Chanvrerie, una vieja que temia á las balas colgó un colchon de la ventana: esta ventana pertenecia á una buhardilla, y estaba bajo el techo de una casa de seis pisos y algo fuera de la barricada. El colchon, colocado de través y apoyado por debajo con dos varas de tender ropa, le sostenian por arriba dos cuerdas, que parecian desde lejos dos hilos, atadas con dos clavos fijos clavados en el dintel de la buhardilla, y que se destacaban visiblemente.

—¿Quién me presta una carabina de dos cañones? preguntó Juan Valjean.

Enjolras le entregó la suya que acababa de cargar.

Juan Valjean apuntó á la buhardilla y tiró.

Una de las cuerdas quedó rota y el colchon pendiente de la otra.

Juan Valjean disparó el segundo tiro; la segunda cuerda golpeó en los vidrios de la buhardilla, el colchon resbaló por entre las dos varas y cayó á la calle.

Todos los de la barricada aplaudieron y gritaron:

—Un colchon! Un colchon!

—Pero quién irá á traerlo? preguntó Combeferre.

El colchon cayó por fuera de la barricada, entre los sitiados y los sitiadores, y como la muerte del sargento de artillería exasperó á la tropa, hacia unos instantes que los soldados se habian tendido boca abajo detrás de la línea de

adoquines que levantaron, y supliendo el silencio de la pieza que callaba mientras se reorganizaba su servicicio, habian roto el fuego contra la barricada. Los insurrectos no respondian á la fusilería por ahorrar municiones; sus tiros se estrellaban contra la barricada, pero llenaban la calle de balas.

Juan Valjean salió por la cortadura, entró en la calle, atravesó por entre la lluvia de balas, se fué recto al colchon, lo cogió, se lo cargó y volvió á la barricada; despues lo colocó en la cortadura y lo dejó contra la pared, de modo que no lo viesen los artilleros.

Hecha esta operacion aguardaron la descarga de metralla, que no se hizo esperar.

El cañon vomitó con rugido su carga, que ya no tuvo rebote. La metralla se amortiguió en el colchon. Por entonces consiguieron el efecto previsto y salvaron la barricada.

—Ciudadanos, dijo Enjolras á Juan Valjean, la República os dá las gracias.

Bossuet, admirándose y riéndose, exclamaba:

—¡Es inmoral que un colchon posea tan gran virtud! ¡Eso es el triunfo de la debilidad sobre la fuerza! Pero de todos modos, ¡gloria al colchon que anula los cascos de la metralla!

## X.

### Aurora.

En aquel momento se despertaba Cosette. Su cuarto tenia una gran ventana al Oriente, que daba al patio interior de la casa.

Cosette no sabia nada de lo que pasaba en Paris. No estaba allí el dia anterior, y ya se habia retirado á su cuarto cuando la tia Santos dijo:—Parece que hay jarana.

Cosette durmió bien, pero pocas horas. Tuvo sueños agradables. Se le apareció Mario inundado de claridad, y como al despertar le daba el sol en los ojos, se figuró que seguia soñando.

El primer pensamiento que le ocurrió al salir del sueño fué alegre. Cosette estaba tranquila. Experimentaba, como Juan Valjean algunas horas antes, esa reaccion del alma que no acepta bajo ningun concepto la desgracia; se entregaba á la esperanza sin saber por qué. De improviso se le extremeció el corazon; ¡hacia tres dias que no habia visto á Mario! Reflexionó que debia haber recibido su carta; que sabria dónde ella estaba; que teniendo talento encontraria el medio de acercarse á ella, acaso aquella misma mañana.

Era ya de dia claro, pero por la disposicion horizontal del rayo de luz creyó que amanecia. Era, pues, hora de levantarse para recibir á Mario. Conocia que le era imposible vivir sin él y creia que esta era suficiente razon para que viniese.

A esta razon no habia nada que objetar; el argumento era concluyente.

¿Pues no llevaba ya tres dias de padecer?

Tres dias sin ver á Mario!

Atrocidad inaudita! Dios quiso probarla, pero la prueba habia ya terminado y Mario iba á llegar trayendo buenas noticias. Así es la juventud; se enjuga pronto los ojos, y considerando inútil el dolor, no lo acepta. La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido, ante sí mismo. Nada es para ella más natural que ser dichosa; parece que respire la esperanza. Por lo demás, Cosette no recordaba bien lo que Mario le habia dicho á propósito de su ausencia, que solo debia durar un dia.

Habreis advertido con qué habilidad una moneda que cae en el suelo corre á ocultarse y atormenta al que la busca. Hay pensamientos que se divierten de ese modo con nosotros, escondiéndose en un rincon del cerebro: en vano corremos tras ellos; la memoria no consigue apoderarse de los fugitivos.

Cosette sentia despecho al ver que el recuerdo le era rebelde, porque juzgaba que era criminal en ella olvidar lo que Mario le habia dicho.

En cuanto dejó el lecho se apresuró á cumplir con las dos atenciones del alma y del cuerpo; la de la oracion y la del tocador.

Puédese introducir al lector rigurosamente en la alcoba nupcial, pero no en el dormitorio de una vírgen. Apenas se atreveria el verso á esto, y la prosa no debe intentarlo siquiera. Es el interior de una flor aun cerrada, es una blancura en la oscuridad, es la célula íntima de un lirio no abierto todavía, que el hombre no debe mirar hasta que lo haya mirado el sol. La mujer en capullo es sagrada. El lecho inocente que se descubre, la adorable semidesnudez que tiene miedo de sí misma, el blanco pié que se refugia en una chinela, la garganta que se vela delante del espejo como si el espejo tuviera ojos, la camisa

que se apresura á subir y ocultar los hombros al menor ruido de un mueble que cruje ó de un carruaje que pasa, el extremecimiento de frio y de pudor, todo esto, en fin, no conviene describirlo, y quizá es demasiado indicarlo.

La mirada del hombre debe ser más respetuosa ante la doncella que sale del lecho, que ante la estrella que aparece en el horizonte. La posibilidad de alcanzarla debe aumentar dicho respeto. La pelusa del melocoton, el polvillo de la ciruela, el radiante cristal de la nieve y el ala de la mariposa polvoreada de plumas, son objetos groseros comparados con su castidad, que ni siquiera sabe que es casta. La doncella es el fulgor de un sueño, ni aun llega á ser una estátua; ocúltase en su alcoba en la parte sombría del ideal. El indiscreto tacto de la mirada ofende brutalmente esa vaga penumbra. Contemplar, en este caso, es profanar.

Un cuento oriental refiere que Dios hizo blanca á la rosa; pero como la miró Adan en el momento en que se entreabria, tuvo vergüenza y se ruborizó, quedando rosada. Nosotros nos quedamos sobrecogidos ante las jóvenes y ante las flores, porque las juzgamos dignas de veneracion.

Cosette se vistió muy pronto y se peinó, lo cual era sencillísimo en aquella época, porque las mujeres no se ahuecaban el pelo con almohadillas, ni se ponian miriñaques en la cabeza.

Despues abrió la ventana, esperando ver venir por la calle á Mario. Pero desde allí no veia nada de lo que pasaba fuera, por hallarse el patio interior rodeado de pared y no salir más que á unos jardines. A Cosette le parecieron horrorosos aquellos jardines y feas las flores por la primera vez en su vida. Mucho más le hubiera gustado ver un pedazo de calle, pero no viéndolo, dirigió los ojos al cielo, como si creyera que Mario tambien pudiera venir por allí.

De repente empezó á llorar, no por efecto de la movilidad de su alma, sino por consecuencia de sus esperanzas frustradas, que le hacian comprender su situacion.

Todos dormian aun en la casa. Reinaba silencio profundo en las calles, y no habian abierto aun ninguna puerta ni ninguna ventana. La portería estaba cerrada. La tia Santos no se habia levantado aun, y Cosette supuso naturalmente que á su padre le sucederia lo propio.

Preciso fué todo lo que habia sufrido y lo que entonces sufria para llamar cruel á su padre por haberle sacado de su jardin y de su pabellon queridos, para encerrarla en aquella casa sombría y de mala sombra. Percibia de vez en cuando á cierta distancia como sacudimientos sordos, y exclamaba:

—¡Es raro que abran y cierren las puertas cocheras tan temprano!

Eran los disparos del cañon contra la barricada.

Un poco más abajo de la ventana de Cosette habia en la antigua y negra cornisa de la pared un nido de golondrinas algo saliente, y desde arriba se podia ver el interior de aquel pequeño paraiso. La madre entonces cubria con sus alas en forma de abanico á sus hijuelos, y el padre, revoloteando, iba y volvia, llevando en el pico comida y besos. El dia naciente doraba aquel dichoso nido; la ley de la naturaleza "Multiplicaos„ se verificaba allí risueña y augusta, y su dulce misterio se derramaba en la gloria de la mañana. Cosette se inclinó hácia el nido maquinalmente, brillando al sol sus cabellos y en el alma sus quimeras, y casi sin atreverse á confesar que al ver aquella escena tierna pensaba en Mario, y que contemplaba aquellas aves, aquella familia, aquellos padres y aquellos hijos con la profunda inquietud que los nidos causan á las vírgenes.

## XI.

### El tiro de fusil certero que no mata á nadie.

El fuego de los sitiadores continuaba: la fusilería y la metralla alternaban, sin causar grandes estragos. Solo padecia la parte alta de la fachada de Corinto; poco á poco iban perdiendo su forma la ventana del primer piso y las buhardillas del tejado, acribilladas de cascos de metralla y de balas. Los combatientes apostados allí tuvieron que marcharse.

La táctica que se observa en el ataque de las barricadas consiste en tirar durante mucho tiempo, con la idea de agotar las municiones de los insurrectos, si cometen la falta de contestar á los disparos. Cuando conocen por la disminucion de éstos que no tienen ya balas ni pólvora, se les dá el asalto. Pero Enjolras no habia caido en el lazo, y la barricada no contestaba.

A cada descarga, Gavroche se hinchaba el carrillo con la lengua y decia:

—Bien; rasga el lienzo, que necesitamos hilas.

Courfeyrac interpelaba á la metralla por el poco efecto que producia, y exclamaba, dirigiéndose al cañon:

—Te vuelves difuso.

El silencio de la barricada inquietaba á los sitiadores; el temor de algun incidente imprevisto excitó en ellos el deseo de ver claro al través del monton de adoquines y de saber lo que pasaba detrás de aquella pared impasible, que recibia los tiros sin dignarse responder. De repente los insurrectos divisaron un casco que reflejaba los rayos del sol en el tejado de una casa próxima. Era un bombero que, apoyado en una chimenea, estaba de centinela, dominando con la vista toda la barricada.

—Ese es un testigo incómodo, dijo Enjolras.

Juan Valjean habia devuelto la carabina á aquel, pero tenia en las manos un fusil. Sin decir palabra apuntó al bombero, y un momento despues el casco, herido por la bala, cayó con estrépito á la calle. Asustado el bombero, se alejó corriendo de allí.

Sucedióle otro observador, que era un oficial. Juan Valjean, que habia vuelto á cargar el fusil, apuntó al nuevo vigía, y el casco del oficial fué á reunirse con el del soldado. El oficial no insistió en vigilar, y desapareció con igual ligereza que el bombero. Comprendieron la advertencia, y los dos vigilantes ya no tuvieron reemplazo. Los sitiadores habian renunciado á espiar la barricada.

—¿Por qué no habeis matado á esos hombres? preguntó Bossuet á Juan Valjean.

Juan Valjean no le respondió.

## XII.

### El desórden partidario del órden.

Bossuet dijo en voz baja al oido de Combeferre:

—No ha contestado á mi pregunta.

—Es un hombre que hace el bien á tiros, le respondió Combeferre.

Los que conservan algun recuerdo de esta época saben que la Guardia nacional de las afueras combatió con valor las insurrecciones, mostrándose singularmente intrépida y encarnizada en las jornadas de Junio de 1832. Los taberneros de Paris y los alrededores, cuyos establecimientos dejaba el motin sin parroquia, se enfurecieron ante el espectáculo de su sala de baile desierta, pero se sacrificaban en aras del órden que representaban sus figones. En aquel tiempo, vulgar y heróico á la vez, se elevaban los intereses con sus paladines. El prosaismo del móvil no disminuia la bravura del movimiento. Los banqueros, al ver disminuir su monton de escudos, entonaban la *Marsellesa*. Vertíase líricamente la sangre en favor del mostrador y defendian con entusiasmo lacedemoniano la tienda, ese inmenso diminutivo de la patria.

En el fondo, justo es confesarlo, allí todo era formal.

Los elementos sociales entraban en lucha, esperando el dia de entrar en equilibrio.

Era otro de los signos de aquel tiempo mezclarse la anarquía con el gubernamentalismo (nombre bárbaro del partido correcto). Defendian el órden con indisciplina.

El tambor tocaba á llamada de repente, por órden ó antojo de tal ó cual coronel de la Guardia nacional; éste ó el otro capitan iban al fuego por inspiracion propia; éste ó aquel guardia peleaba de imaginacion y por cuenta suya. En los momentos de crísis se seguia más el consejo de los instintos que el de los jefes. Habia en el ejército del órden verdaderos guerrilleros; los unos de espada, como Jannicot; los otros de pluma, como Enrique Fonfrede.

La civilizacion, desgraciadamente representada en aquella época más por un agregado de intereses que por un grupo de principios, se creia estar en peligro y lanzaba el grito de alarma.

Todos, constituyéndose en centro, la defendian, la prestaban auxilio y proteccion, y el primero que llegaba se imponia la obligacion de salvar la sociedad.

El celo, muchas veces, llegaba hasta el exterminio.

Un piquete de Guardia nacional se constituia, por su propia autoridad, en Consejo de guerra y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos á los insurrectos que caian prisioneros. Un tribunal de esta clase, improvisado, juzgó y condenó á Juan Prouvaire.

El 6 de Junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, que mandaba el capitan Jannicot, que antes hemos mencionado, se hizo diezmar, por puro capricho, en la calle de Chanvrerie. Este hecho raro consta en

la sumaria que se formó á consecuencia de aquella insurreccion.

El capitan Jannicot, ciudadano impaciente y audaz, especie de guerrillero del órden, fanático é indómito partidario del gobierno, no pudo resistir al incentivo de hacer fuego antes de la hora fijada ni á la ambicion de tomar la barricada por sí solo, es decir, con una compañía. Exasperado por la aparicion sucesiva de la bandera roja y de la levita vieja de Babeuf, que él tomó por bandera negra, criticaba en voz alta á los generales y á los jefes de los cuerpos que estaban reunidos en consejo y no creian llegado el momento del asalto decisivo, y que dejaban, segun la célebre frase de uno de ellos, "Guisarse la insurreccion en su propia salsa„. Pero á dicho capitan le parecia que la barricada estaba ya en sazon, y como es natural que lo que está en sazon caiga, probó.

Mandaba á hombres tan resueltos como él; á hombres furiosos, segun el dicho de un testigo presencial. Su compañía, que fusiló al poeta Juan Prouvaire, era la primera del batallon situado en la esquina de la calle.

Cuando menos se esperaba, el capitan lanzó su gente contra la barricada; pero este movimiento, que ejecutó con mejor deseo que estrategia, costó caro á la compañía de Jannicot. Antes de que llegase á los dos tercios de la calle recibió una descarga general de la barricada, y cuatro de los más temerarios que corrian á la cabeza fueron muertos á boca de jarro al pié mismo del reducto. Entonces aquel peloton de guardias nacionales, valientes, pero que no poseian la tenacidad militar, se replegó, despues de alguna vacilacion, dejando tras sí quince cadáveres.

Mientras vacilaban dieron tiempo á los insurrectos para volver á cargar las armas y para disparar otra descarga mortífera, que alcanzó á la compañía antes de que pudiera doblar la esquina de la calle, que era su abrigo.

En aquel momento se encontró cogida entre dos metrallas y recibió tambien el fuego del cañon, que, no habiendo recibido órden en contrario, seguia haciendo disparos.

El intrépido é imprudente Jannicot fué una de sus víctimas. Matóle el cañon; esto es, el órden.

Aquel ataque, más furioso que formal, irritó á Enjolras, que exclamó:

—Imbéciles! Envian su gente á morir y nos hacen gastar las municiones inútilmente.

Enjolras hablaba como verdadero general de motin.

La insurreccion y la represion no luchan con armas iguales. La insurreccion, que se agota pronto, solo puede contar con un número limitado de tiros y de combatientes; le es imposible reemplazar la cartuchera que se vacía y al hombre que sucumbe. La represion, como cuenta con el ejército, no se cuida de los hombres; y como posee el parque de Vincenes, no le importa desperdiciar pólvora ni balas. La represion dispone de tantos regimientos como defensores una barricada, y de tantos arsenales como cartucheras tienen los insurrectos.

Son, pues, estas luchas desiguales de uno contra ciento, que han de terminar siempre por destruir las barricadas, á menos que la revolucion, surgiendo bruscamente, no se apresure á arrojar en la balanza su flamígera espada de arcángel.

Esto á veces sucede: entonces el levantamiento es general, los empedrados entran en efervescencia, pululan los reductos populares, Paris se extremece soberanamente; despréndese el *quid divinum*; hay en el aire un 10 de Agosto, hay un 29 de Julio; aparece prodigiosa luz, las fauces abiertas de la fuerza retroceden, y el ejército, ese leon, vé ante sí, de pié y tranquilo, al profeta que se llama Francia.

## XIII.

### Claridades que pasan.

Entre el caos de sentimientos y de pasiones que defienden una barricada se encuentra de todo, bravura, juventud, pundonor, ideal, entusiasmo, conviccion, encarnizamiento de jugador, y más que todo, intermitencias de esperanza. Una de éstas se experimentó de improviso y cuando menos se creia en la barricada de la calle de la Chanvrerie.

—Escuchad, exclamó de repente Enjolras desde su atalaya; me parece que Paris se despierta.

Es sabido que en la mañana del 6 de Junio la insurreccion tuvo, durante una ó dos horas, cierta recrudescencia. La obstinacion del toque á rebato de la campana de Saint-Merry reanimó algunas ilusiones. En las calles de Poirier y de Gravilliers se empezaron á levantar barricadas. En la puerta de San Martin,

un jóven, armado con una carabina, atacó solo á un escuadron de caballería. Al descubierto, en medio del boulevard, puso una rodilla en tierra, apuntó, tiró y mató al que mandaba el escuadron. Despues exclamó:

—Ese ya no nos hará daño.

Y en seguida fué acuchillado.

En la calle de San Dionisio, una mujer, situada detrás de una celosía cerrada, hacia fuego contra la Guardia municipal; á cada tiro se veian temblar las hojas de la celosía. Prendieron á un muchacho de catorce años, que llevaba los bolsillos llenos de cartuchos. Atacaron á varios cuerpos de guardia. En la entrada de la calle de Bertin, fuego de fusilería, muy nutrido é imprevisto, recibió á un regimiento de coraceros, á cuyo frente marchaba el general Cavaiñac; en la calle de Planche-Mibray arrojaban de los últimos pisos sobre la tropa tiestos de loza vieja y utensilios de cocina, lo que era mala señal, tanto, que al noticiar este hecho al mariscal Soult, el veterano de Napoleon, se quedó pensativo, acordándose de la frase de Suchet en Zaragoza:—*Estamos perdidos, porque las viejas nos vacían el orinal sobre las cabezas.*

Los síntomas generales que se forman en el momento de creerse localizado el motin, la fiebre de la cólera que volvia á adquirir fuerzas, las chispas que volaban acá y allá por encima de las masas tan combustibles de los arrabales de Paris, alarmaron á los jefes militares, que se apresuraron á apagar aquellos principios de incendio. Aplazóse para despues que se extinguieran éstos el ataque de las barricadas Maubée, Chanvrerie y Saint-Merry, con el objeto de tener que luchar ya solo con ellas y concluir con la revolucion de una vez. Lanzáronse columnas á las calles donde habia fermentacion, barrieron las grandes y registraron las pequeñas, ya con precaucion y lentitud, ya al paso de carga.

La tropa derribaba las puertas de las casas donde se habia hecho fuego, y al mismo tiempo piquetes de caballería dispersaban los grupos en los boulevares. Esta represion no se verificó sin ruido y sin el estrépito tumultuoso que acompaña á los choques entre el ejército y el pueblo, que era el que percibia Enjolras en los intervalos de la fusilería y la metralla. Vió además pasar por la esquina de la calle heridos que llevaban en parihuelas, y dijo á Courfeyrac:

—Esos heridos no son de aquí.

La esperanza de los insurrectos duró poco; la claridad que creyeron entrever no tardó en eclipsarse. En menos de media hora lo que veian en la atmósfera se desvaneció; fué como un relámpago sin rayos, y sintieron volver á caer sobre ellos esa especie de chapa de plomo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los que se obstinan en resistir al verse abandonados.

Habiendo abortado el movimiento general, que pareció haberse bosquejado vagamente, la atencion del ministro de la Guerra y la estrategia de los generales podian ya concentrarse en las tres ó cuatro barricadas que aun se sostenian.

El sol ascendia en el horizonte. Un insurrecto interpeló de este modo á Enjolras:

—Tenemos hambre. ¿Vamos á morir sin comer antes?

Enjolras, que seguia apoyado en la almena y sin apartar los ojos del extremo de la calle, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

## XIV.

**En el que se leerá el nombre de la querida de Enjolras.**

Courfeyrac, sentado en un adoquin junto á Enjolras, continuaba insultando al cañon, y cada vez que con monstruoso ruido pasaba la sombría nube de proyectiles que se denomina metralla, él la arrojaba una bocanada de ironía.

—Echa los pulmones, infeliz; me das lástima; te desgañitas en vano. Eso no es trueno, eso es tos.

Todos reian á su alrededor.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo buen humor aumentaba el peligro, sustituian, como la señora Scarron, el chiste al alimento, y no teniendo vino, escanciaban á todos alegría.

—Admiro á Enjolras, decia Bossuet. Su impasible temeridad me maravilla. Vive solo y por eso quizás está triste, porque su misma grandeza le obliga á permanecer viudo. Todos nosotros tenemos más ó menos queridas que nos vuelven locos, esto es, valientes. El que está enamorado como un tigre no es extraño que pelee como un leon. Así nos vengamos de las malas pasadas que nos juegan las grisetas. Roldán se hace matar por que rabie Angélica. Nuestros actos heróicos provienen de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer es una pistola sin

gatillo; la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien, Enjolras no tiene mujer, no está enamorado y, sin embargo, es intrépido. Es cosa inaudita que sea frio como la nieve y atrevido como el fuego.

Enjolras parecia que no escuchaba, pero el que hubiese estado á su lado le hubiera oido pronunciar á media voz esta palabra:—*Patria.*

Aun se reia Bossuet, cuando Courfeyrac gritó:

—Novedad!

Y con la voz de un ujier que anuncia, añadió:

—Me llamo pieza de á ocho.

En efecto, un nuevo personaje acababa de entrar en escena: otro cañon.

Los artilleros, maniobrando con rapidez, colocaron en batería la segunda pieza al lado de la primera.

Esto indicaba que ya se acercaba el desenlace.

En seguida las dos piezas, perfectamente servidas, tiraban de frente contra el reducto y las descargas cerradas del batallon de línea y las de las afueras sostenian á la artillería.

Oíanse tambien cañonazos á cierta distancia: era que al mismo tiempo que estas dos piezas se encarnizaban contra la barricada de la calle de la Chanvrerie, otras dos bocas de fuego acribillaban el reducto de Saint-Merry. Los cuatro cañones se hacian eco lúgubremente. Los perros sombríos de la guerra se respondian mútuamente con sus ladridos.

De las dos piezas asestadas contra la barricada de la calle de la Chanvrerie, una tiraba con metralla y otra con bala rasa. La última tenia la puntería algo más alta, y el tiro estaba calculado de modo que la bala hiriese la extremidad de la arista superior de la barricada, la derribase y arrojase pedazos de adoquines sobre los insurrectos, como si fuesen cascos de metralla. La direccion del tiro tenia por objeto alejar á los combatientes de la cima del reducto, obligándoles á agruparse en lo interior, con la intencion de dar el asalto.

Ahuyentados los combatientes de lo alto de la barricada por las balas y de las ventanas de la taberna por la metralla, las columnas de ataque podian adelantarse por la calle, sin que les apuntaran y acaso hasta sin ser vistas, escalar de repente el reducto, como la noche anterior, y tomarle tal vez por sorpresa.

—Es absolutamente preciso disminuir el daño que nos hacen esas piezas, dijo Enjolras, y gritó: ¡Fuego contra los artilleros!

Como todos estaban preparados, la barricada, que tanto tiempo se mantuvo silenciosa, hizo fuego desesperadamente, sucediéndose unas á otras siete ú ocho descargas con cierta rabia mezclada de alegría.

La calle se llenó de humo espesísimo, y al cabo de algunos minutos, entre aquella bruma rayada de llamaradas se divisó confusamente á dos terceras partes de artilleros tendidos bajo las ruedas de los cañones. Los que quedaron en pié continuaban sirviendo las piezas con tranquilidad, pero el fuego habia disminuido.

—Casi podemos cantar victoria, dijo Bossuet á Enjolras.

Enjolras, meneando la cabeza, contestó:

—Con que dure esta victoria un cuarto de hora más, no nos quedarán ni diez cartuchos en la barricada.

Gavroche oyó estas palabras de su jefe.

## XV.

### Gavroche fuera de la barricada.

De pronto, Courfeyrac vió un bulto al pié de la barricada, en medio de la calle y al alcance de las balas.

Gavroche habia tomado en la taberna una cesta de las que sirven para poner botellas, y saliendo por la cortadura de la barricada, se ocupaba tranquilamente en vaciar en dicha cesta las cartucheras de los guardias nacionales que habian muerto en el declive del reducto.

—Qué haces ahí? le preguntó Courfeyrac.

—Ciudadano, lleno mi cesta, le contestó Gavroche.

—No ves la metralla?

—Es igual; está lloviendo. Qué más?

—Entra! le gritó Courfeyrac.

—Al instante, contestó el pilluelo, y se internó en la calle.

Recordarán los lectores que la compañía de Jannicot, al retirarse, habia dejado tras sí un rastro de cadáveres. Yacían en el empedrado de la calle sobre unos veinte, que significaban veinte cartucheras para Gavroche y una provision de cartuchos para la barricada.

El humo formaba en la calle una niebla. El que haya visto una nube en la garganta de las montañas entre dos alturas perpendiculares, puede figurarse lo

que seria aquel humo encerrado y como condensado por las dos líneas sombrías de casas altas. Subia lentamente y se renovaba sin cesar, produciendo oscuridad gradual, que empañaba la luz del sol al medio dia. Los combatientes se distinguian apenas de un extremo á otro de la calle, á pesar de ser corta.

Aquella oscuridad, que probablemente habrian previsto y calculado los jefes que debian dirigir el asalto de la barricada, fué útil á Gavroche. Entre aquel velo de humo pudo avanzar por la calle, sin que le viesen, y desocupar las siete ú ocho primeras cartucheras sin gran peligro.

Se arrastraba boca abajo, andaba á gatas, cogia la cesta con los dientes, se torcia, se deslizaba, serpenteaba de un cadáver á otro y vaciaba cada cartuchera como un mono abre una nuez.

No se atrevian á gritarle que volviese desde la barricada por miedo de llamar la atencion hácia él.

En el bolsillo del cadáver de un cabo encontró un frasco de pólvora.

—Para la sed, dijo guardándoselo.

A fuerza de seguir avanzando, llegó donde la niebla de la fusilería era ya tan transparente, que los tiradores de la tropa de línea y los del batallon de las afueras notaron que se movia algo entre el humo.

En el momento en que Gavroche vaciaba la cartuchera de un sargento, una bala hirió el cadáver.

—Caracoles! dijo Gavroche. ¡Matan á mis muertos!

Otra bala arrancó chispas del empedrado junto á él.

La tercera volcó el cesto.

Gavroche miró y vió que el fuego procedia de los guardias nacionales de las afueras.

Se puso en pié, con los cabellos esparcidos al viento, con los brazos puestos en jarra, con los ojos fijos en los guardias nacionales, y les cantó:

*Si uno es feo en Nanterre,*
*la culpa es de Voltaire;*
*si es bruto en Palaiseau,*
*la culpa es de Rousseau.*

Despues recogió la cesta, volvió á meter en ella, sin perder ni uno, los cartuchos que habian caido al suelo, y sin miedo á los tiros se dedicó á desocupar otra cartuchera.

La cuarta bala que le dispararon tampoco le acertó.

Gavroche volvió á cantar:

*Notario voy á ser*
*por culpa de Voltaire;*
*y si lo soy ó no,*
*la culpa es de Rousseau.*

La quinta bala no produjo más efecto que el de inspirarle la tercera copla:

*La alegría es mi sér*
*por culpa de Voltaire;*
*si tan pobre soy yo,*
*la culpa es de Rousseau.*

Continuaron tirándole durante algun tiempo: el espectáculo era espantoso y entretenido á la vez. Gavroche servia de blanco á las balas y se burlaba de los fusiles. Parecia que se divertia mucho. Era el gorrion picoteando á los cazadores. A cada descarga respondia con una copla. Le apuntaban siempre y no le acertaban nunca. Los guardias nacionales y los soldados se reian al apuntarle: se echaba en el suelo, se levantaba, se escondia en el ángulo de una puerta, despues saltaba, desaparecia y volvia á aparecer; respondia á la metralla poniéndose el dedo pulgar en la nariz y tendiendo los demás dedos, mientras robaba cartuchos, vaciaba cartucheras y llenaba el cesto.

Los insurrectos le seguian con la vista casi sin respirar; estaban temblando mientras él cantaba. No era un niño ni un hombre; era extraño pilluelo y hada; parecia el enano invulnerable de la pelea. Las balas corrian tras él, pero él era más listo que las balas. Jugaba á una especie de juego terrible, el juego del escondite con la muerte; y cada vez que el espectro acercaba su faz lívida, el pilluelo le daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala, mejor dirigida ó más traidora que las otras, le alcanzó. Vióse vacilar á Gavroche y luego caer. Todos los de la barricada lanzaron un grito.

Habia algo de Anteo en aquel pigmeo: para el pilluelo, tocar el empedrado es como para el jigante tocar la tierra. Gavroche habia caido para volverse á levantar. Se incorporó y dejó ver una larga línea de sangre que le rayaba la cara. Alzó los dos brazos al aire, miró hácia el punto de donde habia salido el tiro y se puso á cantar:

*Si acabo de caer,*
*la culpa es de Voltaire;*
*si una bala me dió,*
*la culpa es...*

No pudo acabar la cancion. Otra bala del mismo tirador le cortó la frase en la garganta. Esta vez cayó con el rostro

contra el suelo y ya no se movió. El alma grande de aquel niño habia volado á otro mundo.

## XVI.

### Donde se verá que el hermano puede convertirse en padre.

Habia en aquellos dias en el jardin de Luxemburgo dos niños que iban cogidos de la mano, uno de siete años y otro de cinco. Los habia mojado la lluvia y por eso paseaban por donde daba el sol. El mayor conducia al más pequeño; ambos iban haraposos y estaban pálidos.

El más pequeño decia:

—Tengo hambre.

El mayor, con ínfulas de proteccion, conducia al otro con la mano izquierda y en la derecha llevaba una varita.

Se encontraban solos en el jardin, porque como habia revolucion, la policía hizo cerrar las verjas y el jardin estaba desierto. Las tropas que habian pasado en él la noche se habian ido á pelear.

Cómo estaban allí aquellos chicos? Quizá se habian evadido de algun cuerpo de guardia entreabierto; quizá se habian huido del portillo del Infierno, de la esplanada del Observatorio ó de algun barracon de saltimbanquis; quizá el dia anterior, por la tarde, burlando la vigilancia de los inspectores del jardin al cerrar la verja, se habian quedado allí y pasado la noche en alguna de esas garitas donde se leen los periódicos. El hecho es que vagaban por allí y que parecian estar libres. Vagar y parecer libres es estar perdidos; y lo estaban, en efecto, aquellos pobres niños.

Estos niños eran los que inquietaban á Gavroche; los hijos de Thenardier, que vivian con la tia Magnon, atribuidos al señor Gillenormand, y que ahora eran hojas caidas de todas esas ramas sin raices y que rodaban por tierra á impulsos del viento.

Estos dos séres pertenecian ya á la estadística de los niños abandonados que la policía comprueba, recoge, extravía y vuelve á encontrar en las calles de Paris.

Solo en un dia de tanta confusion se comprende que estuviesen en el jardin de Luxemburgo. Si los inspectores los hubiesen visto los hubieran arrojado de allí. Los niños pobres no entran en los jardines públicos. Sin embargo de que debia pensarse que, como niños, tienen derecho á las flores.

Se encontraban allí, pues, por haber mandado cerrar la verja. Estaban allí de contrabando. Se escurrieron en el jardin y se quedaron dentro.

Los inspectores, aquel dia, participando de la pública ansiedad y más ocupados en lo exterior que en lo interior, no se cuidaron del jardin y no vieron á los delincuentes.

La víspera habia llovido y tambien la mañana de aquel dia, pero los chaparrones en Junio no calan la tierra. El suelo se seca tan pronto como la mejilla de un niño.

En el instante del solsticio la luz del medio dia es, digámoslo así, punzante. Se apodera de todo. Se duplica y se superpone á la tierra como una especie de succion, como si el sol tuviera sed. Un chaparron es un vaso de agua. La lluvia se bebe al momento. Por la mañana hay arroyos que corren: por la tarde hay polvo que se levanta. Es admirable el verdor que la lluvia lava y el sol seca; es como sentir el ambiente cálido y fresco á un mismo tiempo. Los jardines y las praderas, con el agua en sus raices y el sol en sus flores, se convierten en braserillos de incienso y exhalan á la vez todos sus perfumes. Todo sonrie, canta y embriaga. La primavera es un paraiso provisional, y el sol ayuda al hombre á tener paciencia hasta que llegue el definitivo.

Hay séres que no piden más; vivientes que teniendo el cielo azul dicen: "¡Me basta!„ Ignoran esa gran necesidad del hombre, lo finito, que admite el alcance de un abrazo. No se acuerdan de lo finito que admite el progreso, el trabajo sublime. Huye de su mente lo indefinido, que nace de la combinacion humana y divina de lo infinito y de lo finito. Se sonrien viéndose frente á frente de la inmensidad. Para ellos no existe la alegría, sino el éxtasis. Abismarse constituye su vida. En su concepto, la historia de la humanidad no es más que un plano dividido en fracciones, en el que no se halla el todo; el verdadero todo está fuera. El hombre es un pormenor, dicen; para qué acordarse de esa fraccion? Decís que el hombre padece: es muy posible; pero mirad en cambio cómo se eleva Aldebaran. Decís que á la madre se le ha agotado la leche, que el recien nacido se está muriendo; así será, no lo sabemos, pero en cambio contemplad el magnífico roseton que forma la albura del abeto

cuando se la examina con el microscopio y comparadla con el más rico encaje.

Esos pensadores se olvidan de amar. Es tanto lo que en ellos influye el zodiaco, que les impide ver al niño que llora. Dios les eclipsa el alma. Constituyen una familia de inteligencias grandes y pequeñas á la vez. Horacio pertenecia á ese número, y Goethe, y tambien quizás Lafontaine, magníficos egoistas del infinito, espectadores tranquilos del dolor, que no ven á Neron cuando hace buen tiempo, á los que el sol oculta la hoguera, que verian guillotinar buscando en el suplicio un efecto de luz, que no oyen el grito ni el sollozo, ni el estertor, ni el toque de alarma, para los que todo se encuentra bien dispuesto porque existe el mes de Mayo, que están satisfechos porque ven sobre sus cabezas horizontes de púrpura y de oro, y que son felices porque los astros brillan y porque las aves cantan.

Podria comparárseles á cuerpos radiantes que despiden tinieblas. Ni siquiera sospechan que son dignos de lástima, y sin embargo lo son, porque el que no llora no vé.

El 6 de Junio de 1832, á las once de la mañana, estaba hermoso el jardin de Luxemburgo, despoblado y solitario.

Los arriates y los parterres se enviaban, en medio de la luz, perfumes y resplandores. Las ramas, locas con la claridad del medio dia, parecia que querian abrazarse.

Habia en los sicomoros una batahola de currucas; los gorriones celebraban su triunfo, y otros pajarillos trepaban por los castaños, picoteando en los agujeros de la corteza. La platabanda aceptaba la supremacía de los lirios. El más augusto de los perfumes es el que sale de la blancura. Se aspiraba el olor aromático de los claveles. El sol doraba y encendia los tulipanes, que no son otra cosa que las variedades de las llamas convertidas en flores. En torno de los bancos de tulipanes se remolineaban las abejas, chispas de aquellas flores-llamas.

Las estátuas, debajo de los árboles, desnudas y blancas, presentaban ropajes de sombras agujereados de luz: eran diosas con harapos de sol; de todas partes les colgaban los rayos. Alrededor del estanque grande la tierra estaba ya seca y hasta caliente. Se movia bastante viento para levantar acá y allá remolinos de polvo, y algunas hojas amarillas, restos del último otoño, se perseguian alegremente como los pilluelos en sus juegos.

La abundancia de claridad tenia un no sé qué de tranquilizadora. La vida, la sávia, el calor, los efluvios se desbordaban; sentíase en la creacion lo enorme del manantial; en los soplos cariñosos, en el vaiven de reverberaciones y de reflejos, en la prodigiosa expendicion de rayos, en el derrame indefinido de oro fiúido se sentia la prodigalidad de lo inagotable, y detrás de tanto explendor, como detrás de una cortina de llamas, se entreveia á Dios, ese millonario de estrellas.

Gracias á la arena no habia una mancha de lodo; gracias á la lluvia no habia un grano de polvo. Los ramilletes acababan de lavarse; todo el tercipelo, todo el raso, todos los barnices, todo el oro que sale de la tierra en forma de flores, se ofrecian á la vista con su mayor pureza. Toda aquella magnificencia respiraba aseo. El gran silencio de la naturaleza dichosa llenaba el jardin; pero era un silencio celeste y compatible con mil músicas, con los arrullos de los nidos, con los zumbidos de los enjambres, con las palpitaciones del viento. Toda la armonía de la estacion se completaba en agradable conjunto.

Un veterano del cuartel vecino, que contemplaba la naturaleza al través de la verja, exclamaba:

—Es la primavera que llega con su uniforme de gala.

La naturaleza se desayunaba; la creacion se habia sentado á la mesa; era su hora. El gran mantel azul estaba tendido en el cielo y el gran mantel verde sobre la tierra. El sol alumbraba á toda luz. Dios servia el banquete universal. Cada sér tenia su alimento ó su racion.

Los niños abandonados habian llegado junto al estanque y procuraban esconderse como si les asustase tanta luz, por ese instinto del pobre y del débil que le hace huir hasta de la magnificencia impersonal, y se ocultaron detrás de la cabaña de los Cisnes.

De vez en cuando oian confusamente desde lejos gritos, ruido, una especie de estertor tumultuoso, que producia el fuego de los fusiles, y golpes sordos, que eran los cañonazos. Veíase humo sobre los tejados por la parte del Mercado y sonaba á lo lejos una campana que parecia llamar.

Los niños no daban indicios de notar nada de esto. El más pequeño repetia de vez en cuando á media voz:

—Tengo hambre.

Casi á la par que los dos niños, arrimábase otra pareja al estanque. Un honrado vecino de cincuenta años, que conducia de la mano á otro honrado vecino de seis: sin duda eran padre é hijo. El hijo llevaba un bollo enorme.

En aquella época ciertas casas ribereñas poseian una llave del Luxemburgo, que usaban los inquilinos cuando las verjas estaban cerradas: este privilegio se suprimió despues. Aquel padre y aquel hijo indudablemente salian de una de esas casas.

Los pobrecillos niños vieron venir á aquel *señor* y se escondieron más.

Era éste un sugeto acomodado, tal vez el mismo á quien Mario un dia oyó en medio de su amorosa fiebre aconsejar á su hijo, junto al mismo estanque, "que evitase los excesos„.

Tenia aspecto afable y altivo, pero su boca sonreia sin cesar, con la sonrisa mecánica, que se produce por tener demasiada mandíbula y poca piel y que enseña, más que el alma, los dientes. El niño llevaba el bollo mordido y no seguia comiendo; parecia disgustado: vestia uniforme de guardia nacional, quizá por haber motin, pero el padre iba vestido de paisano, quizá por prudencia.

Detuviéronse el padre y el hijo junto al estanque, en el que se refocilaban los cisnes. Aquel ciudadano parecia que profesaba admiracion especial á dichos animales: entonces estaban nadando, y como este es su principal talento, parecian magníficos.

Si los dos pobrecillos niños se hubiesen puesto á escuchar y hubieran tenido edad para comprender, se hubieran enterado de lo que el ciudadano grave decia á su hijo:

—El sábio se contenta con muy poco. Toma mi ejemplo. No me gusta el fausto. No gasto nunca trajes galoneados ni piedras preciosas. Dejo ese falso brillo para las almas mal organizadas.

En aquel instante grandes gritos, algazara y aumento de sonidos de campanas se oyeron por la parte del Mercado.

—Qué es eso? preguntó el niño.

—Son saturnales, le respondió su padre.

De pronto vió á los dos chicos haraposos que seguian inmóviles detrás de la casita verde de los Cisnes.

—Ese es el principio, dijo aquel hombre.

Despues de una corta pausa, añadió:

—La anarquía entra en este jardin.

El hijo volvió á morder el bollo, escupió el bocado y se echó á llorar bruscamente.

—Por qué lloras? preguntó el padre.

—Porque no tengo gana, contestó el muchacho.

El padre se sonrió y le dijo:

—No es preciso tener gana para comerse un bollo.

—Me repugna, está muy duro.

—No quieres más?

—No.

El padre, señalándole los cisnes, dijo:

—Arrójalo á esos palmípedos.

El niño vaciló. Aunque no se quiera un bollo, no es esta una razon para darlo.

—Sé humano. Es preciso tener lástima de los animales.

Quitó el bollo á su hijo y lo tiró al estanque. El bollo cayó bastante cerca de la orilla.

Los cisnes estaban bastante lejos, y ocupados en hacer alguna presa, no habian visto al ciudadano ni al bollo.

El buen señor, conociendo que éste corria peligro de perderse y pesaroso de un sacrificio inútil, comenzó á ejecutar movimientos telegráficos, con los que consiguió llamar la atencion de los cisnes.

Divisaron éstos algo que sobrenadaba; viraron de bordo, como si fueran barcas, y se dirigieron hácia el bollo lentamente, con esa majestad augusta que tan bien sienta á los animales blancos.

—Los cisnes comprenden las señas, exclamó el ciudadano.

En aquel momento el tumulto lejano de la ciudad creció repentinamente de un modo siniestro.

Hay bocanadas de viento que hablan con más claridad que otras: la que soplaba entonces llevó hasta allí distintamente los redobles del tambor, los gritos, las descargas cerradas y las lúgubres respuestas de la campana y el cañon. Coincidió esto con una nube negra que ocultó al sol de pronto.

Todavía los cisnes no habian llegado hasta el bollo.

—Vámonos, dijo el padre, que atacan las Tullerías.

Cogió otra vez á su hijo de la mano y prosiguió:

—De las Tullerías al Luxemburgo no hay más distancia que la que separa la dignidad de rey de la dignidad de par. No es grande. Las balas van á llover. Quizás tambien vá á descargar la lluvia.

El cielo toma parte en todo esto. La rama segunda está condenada. Vámonos aprisa.

—Quisiera ver cómo los cisnes se comen el bollo, dijo el niño.

—Eso seria una imprudencia, le respondió el padre, llevándoselo.

El niño, que sentia dejar los cisnes, andaba de prisa, volviendo la cabeza hácia el estanque, hasta que un grupo de árboles se lo ocultó.

Entre tanto, al mismo tiempo que los cisnes, los niños vagabundos se habian acercado al bollo, que flotaba sobre el agua.

Mientras el pequeño no apartaba los ojos de él, el mayor se quedó mirando á los que salian del jardin. En cuanto los perdió de vista se tendió con prontitud boca abajo en el borde redondeado del estanque, y aferrándose á él con la mano izquierda, inclinado sobre el agua, casi expuesto á caer, extendió con la mano derecha la varita hácia el bollo.

Los cisnes, viendo al enemigo, se dieron prisa, y al apresurarse produjeron un efecto de pecho útil al niño pescador. El agua refluyó delante de ellos, y una de sus blandas ondulaciones concéntricas empujó suavemente el bollo hácia la varita del niño.

Esta tocaba al bollo al mismo tiempo que llegaban los cisnes: el muchacho dió un golpe vivo, lo atrajo hácia sí, asustó á los cisnes, lo cogió y se levantó. El bollo estaba mojado, pero los niños tenian hambre y sed. El mayor dividió el bollo en dos partes, una mayor y otra más pequeña; se quedó la pequeña y dió la mayor á su hermanito, diciéndole:

—Échate eso al coleto.

## XVII.

**Mortus pater, filium moriturum, espectat.**

Mario se lanzó fuera de la barricada; Combeferre le siguió, pero llegaron tarde; Gavroche habia ya muerto.

Combeferre recogió el cesto lleno de cartuchos y Mario se llevó al muchacho.

Pensaba éste que lo que el padre de Gavroche hizo por su padre él podia hacerlo por el hijo; pero Thenardier encontró á su padre aun vivo y él encontraba al hijo de éste muerto.

Cuando Mario volvió á la barricada con Gavroche en brazos, llevaba, como el pilluelo, el rostro manchado de sangre; en el instante que se bajó para cogerle, una bala le pasó rozando el cráneo sin que lo advirtiera.

Courfeyrac se quitó la corbata y vendó la frente de Mario.

Pusieron á Gavroche sobre la misma mesa que á Babeuf y extendieron sobre ambos cuerpos el paño negro, que fué suficiente para tapar al anciano y al niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos que habia traido en el cesto, proporcionando á cada hombre quince tiros más.

Juan Valjean seguia en el mismo sitio sin moverse.

Cuando Combeferre le presentó sus quince cartuchos, sacudió la cabeza.

—Qué escéntrico tan raro! dijo en voz baja Combeferre á Enjolras; ha encontrado el medio de no batirse en la barricada.

—Lo que no le impide defenderla, contestó Enjolras.

—El heroismo tiene sus originales, repuso Combeferre.

—Este original es distinto del tio Babeuf, añadió Courfeyrac.

Es de notar que el fuego que se hacia contra la barricada no perturbaba el ánimo de sus defensores. Los que nunca han formado parte del remolino que constituye esta clase de guerra, no se pueden imaginar los singulares momentos de tranquilidad que se entremezclan con terribles convulsiones.

Se vá y se viene, se habla, se dicen chistes y se pasa el tiempo.

El reducto de la calle de la Chanvrerie, repetimos, parecia tranquilo en su interior, cuando todas las peripecias y todas las fases habian sido ó iban á ser agotadas. Su posicion, de crítica habia pasado á amenazadora, y de amenazadora iba á pasar á desesperada.

Enjolras, grave, dominaba la barricada con la actitud del jóven espartano que consagra su espada desnuda al sombrío génio Epídotas.

Combeferre curaba á los heridos con el mandil atado á la cintura. Bossuet y Feuilly hacian cartuchos con la pólvora del frasco que Gavroche encontró en el bolsillo del cabo, y el primero decia al segundo:

—Pronto tomaremos el pasaporte para el otro planeta.

Courfeyrac, sentado en los adoquines que se habia reservado junto á Enjolras, disponia y arreglaba todo un arsenal, el baston de estoque, el fusil, dos pistolas de arzon y un cuchillo, con el cuidado

de una jóven que ordena sus avíos de tocador.

Juan Valjean, mudo é inmóvil, miraba la pared que tenia enfrente.

Un obrero se sujetaba á la cabeza con una cuerda un gran sombrero de paja de la tia Hucheloup, *porque no le molestasen los rayos del sol*, segun decia.

Los jóvenes de la Cougourde de Aix charlaban alegremente unos con otros, como si tuvieran prisa de hablar su dialecto por última vez.

Joly habia descolgado el espejo de la viuda Hucheloup y se examinaba en él la lengua. Algunos combatientes que descubrieron mendrugos de pan muy secos en una gaveta, se los comian con ánsia. Mario estaba inquieto pensando en lo que le diria su padre.

## XVIII.

### El buitre convertido en presa.

Queremos ocuparnos de un hecho psicológico que es propio de las barricadas, porque no debe omitirse nada de lo que caracteriza la sorprendente guerra de las calles.

A pesar de la extraña tranquilidad interior de que acabamos de hablar, la barricada, para los que estaban dentro de ella, seguia siendo como una vision.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil, y todas las brumas de lo desconocido se mezclan en sus terribles resplandores; las revoluciones son esfinges, y todo el que estuvo en una barricada cree haber soñado. Lo que allí se siente es más y menos que la vida. Cuando se está fuera de la barricada, no se sabe ya lo que desde allí se presenció. El que allí estuvo fué terrible y no lo sabe; le rodeaban ideas que combatian, que tenian rostros humanos, y su cabeza de patriota se iluminaba con la claridad del porvenir. Veia allí cadáveres tendidos y fantasmas en pié. Las horas eran allí colosales y parecian horas de eternidad. Habia vivido en la muerte. Habia visto pasear sombras. Despues lo olvidó todo.

Volvamos ahora á la calle de la Chanvrerie.

De repente, entre dos descargas, se oyó el toque lejano de la campana de un reloj.

—Son las doce, dijo Combeferre.

Aun no habian acabado de dar las doce campanadas, cuando Enjolras, poniéndose en pié, exclamó con voz tonante desde lo alto de la barricada:

—Subid adoquines á la taberna y colocadlos en el reborde de la ventana y de la buhardilla. La mitad de la gente á los fusiles y la otra mitad á las piedras. No hay un minuto que perder.

Una partida de zapadores bomberos, con el hacha al hombro, acababa de aparecer en órden de batalla en el extremo de la calle. Evidentemente formaban la cabeza de la columna de ataque. Los zapadores bomberos, encargados de demoler la barricada, preceden siempre á los soldados que han de escalarla.

Ejecutóse la órden de Enjolras con la diligente exactitud que es propia de los buques y de las barricadas, únicos sitios de combate donde no es posible evadirse. En menos de un minuto subieron al primer piso y á la buhardilla las dos terceras partes de los adoquines que Enjolras habia hecho amontonar en la puerta de Corinto; los colocaron artísticamente uno sobre otro, tapiando hasta la mitad de su altura la ventana de aquel y los tragaluces de aquella. Feuilly, que fué el principal constructor, dejó algunos intervalos para colocar los cañones de los fusiles. Esta especie de parapeto se formó con facilidad, porque no disparaban metralla. Las dos piezas estaban tirando con bala al centro del reducto con objeto de abrir un agujero, y si era posible una brecha para el asalto.

Cuando los adoquines destinados á la defensa estuvieron en su sitio, Enjolras mandó subir al primer piso las botellas que estaban colocadas debajo de la mesa que sostenia los dos cadáveres.

—Quién se las beberá? preguntó Bossuet.

—Ellos, contestó Enjolras.

Se tapió en seguida la ventana del piso bajo y prepararon los travesaños de hierro que servian para cerrar de noche por dentro la puerta de la taberna. La fortaleza estaba completa. La barricada era el baluarte y la taberna el torreon.

Con los adoquines que quedaron se cerró la cortadura.

Como los defensores de las barricadas se ven obligados á economizar las municiones, y los sitiadores lo saben, éstos combinan su plan con calma irritante y tomándose todo el tiempo que necesitan. Los preparativos de ataque se hacen con lentitud metódica; despues estalla el rayo.

Esta lentitud permitió á Enjolras revisarlo y perfeccionarlo todo: cuando así lo hizo, volvióse hácia Mario y le dijo:

—Los dos somos jefes. Voy dentro á dar algunas órdenes; quédate fuera tú y observa.

Mario se colocó de vigía en la cúspide de la barricada.

Enjolras mandó clavar la puerta de la cocina, que, como recordarán los lectores, servia de hospital.

—Que no lleguen las salpicaduras hasta los heridos, dijo.

Dió las últimas instrucciones en la sala baja; Feuilly se enteraba de ellas y contestaba en nombre de todos.

—Preparad hachas en el primer piso para cortar la escalera. Las hay?

—Sí, respondió Feuilly.

—Cuántas?

—Dos hachas y un machete.

—Está bien. Somos veintisiete hombres aptos para el combate. ¿Cuántos fusiles hay?

—Treinta y cuatro.

—Sobran siete. Tened á mano esos siete fusiles cargados como los demás; poneos en el cinto los sables y las pistolas. Que haya veinte hombres en la barricada y seis emboscados en la boardilla y en la ventana del primer piso para hacer fuego contra los sitiadores por las troneras de los adoquines. Luego, cuando el tambor toque á atacar, que los veinte de abajo se precipiten á la barricada. Los que primero lleguen se colocarán mejor.

Dadas estas órdenes, se volvió á Javert y le dijo:

—No te olvido.

Dejando una pistola sobre la mesa, añadió:

—El último que salga de aquí levantará la tapa de los sesos á ese espía.

—Aquí mismo? preguntó una voz.

—No, no mezclemos ese cadáver con los nuestros. Conducidle y ejecutadle en la barricada pequeña de la callejuela de Mondetour.

Entre los presentes habia un individuo más impasible que Enjolras, y era Javert.

En aquel momento se presentó Juan Valjean, que estaba confundido entre el grupo de los insurrectos.

Dirigiéndose á Enjolras, le preguntó:

—Sois el jefe?

—Sí.

—Hace poco me habeis dado las gracias.

—Sí, en nombre de la República. La barricada tiene dos salvadores: Mario Pontmercy y vos.

—Creeis que merezco recompensa?

—Ciertamente.

—Pues bien, la reclamo.

—Qué recompensa quereis?

—La de matar á ese hombre.

Javert alzó la cabeza, vió á Juan Valjean, hizo un movimiento imperceptible y repuso:

—Justo es.

Enjolras estaba cargando la carabina, miró á los insurrectos y preguntó:

—No hay nadie que reclame?

Despues, dirigiéndose á Juan Valjean, le dijo:

—Os entrego el polizonte.

Juan Valjean se apoderó de Javert, sentándose al extremo de la mesa. Cogió la pistola y un ruido débil y seco anunció que acababa de montarla.

Casi al mismo instante se oyó el sonido de una corneta.

—Alerta! gritó Mario desde lo alto de la barricada.

Javert se echó á reir con la risa sorda que le era propia, y mirando fijamente á los insurrectos, les dijo:

—No estais en menos peligro que yo.

—Todos fuera! gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tropel, y al salir recibieron en la espalda (permítasenos la frase) estas palabras de Javert:

—Hasta luego.

## XIX.

### La venganza de Juan Valjean.

Cuando Juan Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por la mitad del cuerpo. En seguida le hizo señal de que se levantase.

Javert obedeció, teniendo en los labios la indefinible sonrisa que condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Juan Valjean cogió á Javert por la gamarra, como cogería una acémila por las riendas, y arrastrándole en pos de sí salió de la taberna lentamente, porque Javert, por tener las piernas trabadas, solo podia dar pasos muy cortos.

Juan Valjean llevaba la pistola en la mano.

Atravesaron así el trapecio interior de la barricada.

Los insurgentes, atentos al ataque que iba á sobrevenir, estaban de espaldas á ellos. Solo Mario, que estaba ladeado en la extremidad izquierda del parapeto, los vió pasar.

El grupo que formaban el paciente y

el verdugo se iluminó á sus ojos con la luz sepulcral que habia en su alma.

Juan Valjean, aunque con algun trabajo, hizo que Javert, atado y sin soltarle un instante, escalase la trinchera baja de la callejuela de Mondetour.

En cuanto pasaron este parapeto se encontraron solos en la calle. Nadie los veia. El ángulo que formaban las casas les ocultaba á la vista de los insurrectos. A pocos pasos de allí estaban hacinados los cadáveres que sacaron de la barricada.

Entre el monton de los muertos se distinguia un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano agujereada y un seno de mujer casi desnudo: era Eponina.

Javert contempló el cadáver y dijo en voz baja, pero profundamente tranquilo:

—Me parece que conozco á esa muchacha.

Juan Valjean se puso la pistola debajo del brazo y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir: soy yo.

Javert contestó á aquella mirada:

—Desquítate.

Juan Valjean sacó una navaja del bolsillo y la abrió.

—Un jabeque! exclamó Javert. Tienes razon; eso es lo que mejor te cuadra.

Juan Valjean cortó la gamarra que Javert tenia al cuello; en seguida le cortó las cuerdas de las muñecas, y por último las de los piés.

Luego le dijo:

—Estais libre.

Javert no era hombre que se asombraba con facilidad, pero á pesar de ser tan dueño de sí mismo, se conmovió. Quedóse inmóvil y con la boca abierta.

Juan Valjean le dijo lo que sigue:

—No creo salir de aquí, pero si salgo, os participo que me llamo Fauchelevent, que vivo en la calle del Hombre-Armado, núm. 7.

Javert experimentó un extremecimiento de tigre, que le hizo entreabrir los labios, y murmuró entre dientes:

—Guárdate de mí.

—Idos, le dijo Juan Valjean.

Javert repuso:

—¿Te llamas Fauchelevent y vives en la calle del Hombre-Armado?

—Número 7.

—Número 7, repitió Javert en voz baja.

Se abrochó la levita, dió media vuelta, cruzó los brazos, apoyando la barba en una de las manos, y se encaminó en direccion del Mercado. Juan Valjean le seguia con la vista. En cuanto Javert dió algunos pasos, se paró y dijo gritando:

—Me fastidiais. Mejor será que me mateis.

Javert no advertia que no tuteaba ya á Juan Valjean.

—Idos, repitió éste.

Javert se alejó poco á poco. Un instante despues habia ya doblado la esquina de la calle de Predicadores.

En cuanto Javert desapareció, Juan Valjean descargó la pistola al aire.

En seguida entró otra vez en la barricada y dijo:

—Es asunto terminado.

Veamos ahora lo que sucedia en la barricada.

Mario, más ocupado en lo de afuera que en lo de adentro, no se habia fijado en el espía hasta que le vió pasar desde el reducto. Cuando le vió á la luz del dia atravesar la barricada para ir á la muerte, le conoció. Repentinamente le asaltó un recuerdo. Se acordó del inspector de la calle de Pontoise y de las pistolas que le entregó, que le sirvieron en la barricada, y no solo recordó su fisonomía, sino que recordó hasta el nombre; pero su recuerdo era nebuloso y confuso, como estaban todas sus ideas, y se dirigió á sí mismo, no una afirmacion, sino una pregunta:

—¿Este es el inspector de policía que se llama Javert?

Quizá aun era tiempo de intervenir en favor de aquel hombre, pero quiso antes cerciorarse de que era él efectivamente.

Mario fué en busca de Enjolras y le preguntó:

—Cómo se llama ese hombre?

—Quién?

—El agente de policía. ¿Sabes cómo se llama?

—Nos lo ha dicho; se llama Javert.

En aquel instante se oyó el pistoletazo.

Juan Valjean aparecia entonces, diciendo:

—Es asunto terminado.

Frio glacial atravesó el corazon de Mario.

## XX.

### Los muertos tienen razon y los vivos tambien.

Empezaba la agonía de la barricada. Todo contribuia á aumentar la trágica majestad de aquel momento supremo; ruidos misteriosos en el aire; el

murmullo de las masas armadas que se movian en las calles; el galope intermitente de los caballos, el sacudimiento de las piezas de artillería en marcha, las descargas cerradas y los cañonazos cruzándose en el laberinto de Paris, el humo dorado de la batalla elevándose por encima de los tejados, gritos lejanos, vagos, terribles, relámpagos amenazadores por todas partes, la campana de Saint-Merry, que parecia sollozar; lo templado de la estacion, el explendor del cielo lleno de sol y de nubes, la hermosura del dia y el espantoso silencio de las casas.

Ciertamente era terrible ese silencio, porque desde el dia anterior las dos filas de casas de la calle de la Chanvrerie se habian convertido en murallas, en murallas de aspecto feroz, y las puertas, las ventanas, los postigos, todo estaba cerrado.

En aquellos tiempos, tan distintos de los actuales, cuando llegaba la hora en que el pueblo queria derrocar una situacion ó acabar con una Carta otorgada, ó con un pais legal, los habitantes penetrados, digámoslo así, de motin, auxiliaban á los combatientes, y la casa fraternizaba con la fortaleza improvisada, sirviéndole de apoyo. Cuando la situacion no estaba aun madura, cuando la insurreccion no era consentida; cuando la masa de la vecindad rechazaba el movimiento, ¡ay entonces de los combatientes! La ciudad se convertia en desierto alrededor de los sublevados; las almas se helaban, los asilos se cerraban y la calle se trocaba en desfiladero, que ayudaba al ejército á tomar la barricada.

Por sorpresa no se hace andar á un pueblo más aprisa de lo que quiere. ¡Desgraciado del que acude á medios violentos! Un pueblo no se deja manejar. En semejantes casos la insurreccion queda abandonada á sí misma y mira á los insurrectos como apestados, y la casa es una escarpa, la puerta una repulsa, la fachada un muro. Este muro vé, oye y se hace el sordo. Pudiera entreabrirse y salvaros, pero no lo hace; ese muro es un juez; os mira y os condena. Ofrecen aspecto sombrío las casas cerradas; parecen muertas y están vivas. La vida, que se encuentra allí como en suspension, persevera. Nadie ha salido de allí hace veinticuatro horas, pero tampoco falta allí nadie; allí van, vienen, se acuestan, se levantan, viven en familia, beben, comen y tienen miedo. El miedo escusa comportamiento tan inhospitalario, y el susto que se apodera de ellos es una circunstancia atenuante. Algunas veces el miedo se convierte en pasion y el susto se trueca en furia como la prudencia en rabia. De aquí nace esta frase tan profunda: *Esos rabiosos moderados.*

Hay resplandores de supremo espanto, de los que sale la cólera como humo lúgubre.—Qué quiere esa gente? No están nunca contentos y comprometen á los hombres pacíficos; ya estamos hartos de revoluciones. Que busqen el medio de salvarse, y si no lo encuentran, peor para ellos; suya es la culpa. Son un hato de perdidos; sobre todo no hay que abrirles la puerta.

La casa toma el aspecto de una tumba: el insurrecto que agoniza junto á la puerta vé que llegan hasta él la metralla y los sables desnudos; si grita, sabe que le escuchan, pero que no vendrán á abrirle. Vé paredes que podrian protegerle; conoce que hay allí hombres que podrian salvarle; pero esas paredes tienen oidos de carne y los hombres entrañas de piedra.

A quién acusar? A nadie y á todos. A los tiempos incompletos en que vivimos.

La utopia se transforma siempre de su cuenta y riesgo en insurreccion, pasando de protesta filosófica á protesta armada, de Minerva á Palas. La utopia que se impacienta y se vuelve motin sabe lo que la espera. Lo comun es que llegue con demasiada anticipacion. En este caso se resigna y acepta estóicamente, en lugar del triunfo, la catástrofe. Sirve sin quejarse y hasta disculpa á los que reniegan de ella; su magnanimidad es consentir en el abandono. Es indomable contra el obstáculo é indulgente para con la ingratitud.

Es ingratitud en efecto?

Sí, bajo el punto de vista del género humano; no, bajo el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo de ser del hombre. La vida general de la especie humana se llama Progreso; el paso colectivo de la especie humana se llama Progreso. El progreso marcha; hace el gran viaje humano y terrestre hácia lo celestial y lo divino; tiene sus paradas, en las que reune al rebaño cuando se queda atrás; tiene sus estaciones, en las que medita ante alguna tierra de Canaán expléndida que descubre de improviso en el horizonte; tiene sus noches, en las que duerme, y una de las más doloro-

sas ansiedades del pensador es ver la oscuridad en el alma humana y tocar en medio de las tinieblas al progreso dormido, sin conseguir despertarlo.

*Dios está muerto tal vez*, decia un amigo del que escribe estas líneas, Gerardo de Nerval, confundiendo el progreso con Dios y tomando la interrupcion del movimiento por la muerte del Sér.

El que desespera hace mal. El progreso se despierta infaliblemente, y casi podria decirse que hasta dormido camina, por lo mucho que se desarrolla. Cuando se le vuelve á ver en pié, se le encuentra más alto. Estar siempre sereno no depende de él.

Qué es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo: la vida permanente de los pueblos.

Sucede algunas veces que la vida momentánea de los individuos ofrece resistencia á la vida eterna del género humano.

Debemos confesar que el individuo tiene interés distinto y puede, sin ser culpable, trabajar en favor de su interés y defenderlo. El presente posee cantidad escusable de egoismo; la vida momentánea tiene su derecho y no tiene obligacion de sacrificarse sin cesar por el porvenir. La generacion á la que toca actualmente dar la vuelta al mundo, no tiene el deber de abreviar un viaje en beneficio de otras generaciones, que son iguales á ella y cuyo turno llegará más adelante.

—Existo, murmura esa entidad que se denomina Todo; soy jóven y estoy enamorado; soy viejo y quiero descansar; soy padre de familia, trabajo, prospero, realizo buenos negocios, poseo casas, cobro dinero del Estado, tengo mujer é hijos y amo todo esto; deseo vivir; dejadme tranquilo. De todos estos motivos nacen en ciertas horas profunda indiferencia hácia la magnánima vanguardia del género humano.

Por otra parte, es preciso convenir en que la utopia sale de su radiante esfera cuando apela á las armas. Siendo como es la verdad de mañana, toma prestada su regla de conducta á la mentira de ayer, que es la batalla. Siendo el porvenir, obra como si fuera pasado; siendo idea pura, se convierte en hecho de fuerza. Complica su heroismo con cierta violencia, de la que es responsable; violencia de ocasion y de recurso, por la que fatalmente es castigada.

La utopia convertida en insurreccion, combate con el antiguo código militar en la mano; fusila á los espías, ejecuta á los traidores, suprime séres vivientes y los arroja en los abismos desconocidos de la muerte. Parece que la utopia ha perdido la fé en la irradiacion, que es en lo que consiste su fuerza irresistible. Maneja la espada, y como todas las espadas tienen dos filos, hiere con uno y se hiere con el otro.

Despues de hacer esta salvedad, á la que el ser imparciales nos obliga, no podemos dejar de admirar, que triunfen ó que no triunfen, á los gloriosos combatientes del porvenir, á los mártires de la utopia; aunque pierdan son venerables, y quizás su majestad es mayor en este caso. La victoria, en el sentido del progreso, merece el aplauso de los pueblos, pero la derrota heróica merece su simpatía. La una es magnífica y la otra es sublime.

Para nosotros, que preferimos el martirio al triunfo, Juan Brown es más grande que Washington, y Pisacana más grande que Garibaldi. Alguno debe declararse en favor de los vencidos, ya que el mundo es injusto con esos grandes ensayadores del porvenir, cuando no triunfan.

Se acusa á los revolucionarios de que siembran el espanto. Se recriminan sus teorías, se recela de su objeto, se teme su segunda intencion. Se les echa en rostro que elevan, construyen y acumulan contra el hecho social reinante un monton de miserias, de agravios, de iniquidades, de desesperacion, y que arrancan de las hondonadas pedriscos para combatir desde ellos.

Les gritan:

—Desempedrais el infierno!

Y pudieran contestar:

—Por eso la barricada está formada de buenas intenciones.

Como quiera que sea, hasta caidos son augustos esos hombres que, en todos los puntos del universo, teniendo fija la vista en Francia, luchan por la gran obra con la inflexible lógica del ideal. Pierden gratuitamente la vida por el progreso; cumplen la voluntad de la Providencia; ejecutan un acto religioso. Son sacerdotes esos soldados que, á la hora marcada, como un actor á quien llega su turno, obedecen al director de escena divino y bajan á la tumba, aceptando ese combate sin esperanza, esa desaparicion estóica, para conducir á sus explendidas y supremas consecuencias universales el irresistible movimiento humano que empezó el 14 de Julio de 1789.

Combatir á cada intimacion y siempre que la utopia lo desea, no es propio de los pueblos.

Los naciones no tienen á todas horas el temperamento de los héroes y de los mártires. Son más positivas.

A priori la insurreccion le repugna, porque frecuentemente su resultado es una catástrofe y porque siempre su punto de partida es una estacion. Pero siempre es magnífico que el que se sacrifica se sacrifique solo por el ideal. La insurreccion es un entusiasmo. El entusiasmo puede montar en cólera, y por eso apela á las armas. Pero toda insurreccion que apunta á un gobierno ó á un régimen, pone la mira más alta. Por ejemplo: lo que combatian los jefes de la insurreccion de 1832, y particularmente los jóvenes entusiastas de la calle de la Chanvrerie, no era precisamente á Luis Felipe. Todos ellos, cuando hablaban con franqueza, hacian justicia á las cualidades de aquel rey, que era el punto intermedio entre la monarquía y la revolucion: ninguno le odiaba. Pero atacaban la rama segunda del derecho divino en Luis Felipe, como habian atacado á la rama primogénita en Cárlos X; y lo que querian derrocar, derribando el trono en Francia, era la usurpacion del hombre por el hombre y acabar con el privilegio en beneficio del derecho del universo.

Paris sin rey dá por repercusion el mundo sin déspotas.

Así es como ellos raciocinaban, y su objeto, lejano sin duda alguna, vago quizás, era, sin embargo, grande.

En efecto, se sacrificaban por uno de esos fantasmas que son casi siempre ilusiones para los sacrificados. El insurrecto embellece y poetiza la insurreccion, lanzándose á los trágicos acontecimientos, embriagándose con la falaz esperanza de triunfar. Saben que son en menor número y que tienen contra ellos todo el ejército, pero defienden el derecho, la soberanía del hombre sobre sí mismo, la justicia, la verdad, y cuando es preciso mueren como los trescientos espartanos.

No piensan en Don Quijote, sino en Leonidas.

Siguen adelante; cuando se comprometen ya no retroceden. Precipítanse de cabeza con la esperanza de victoria inaudita, de la revolucion consumada, del progreso libre, del engrandecimiento del género humano, de la emancipacion universal, y en último caso con la esperanza de las Termópilas.

Con frecuencia los combates en favor del progreso se frustran, y ya acabamos de decir por qué.

La multitud se muestra reacia al impulso de los paladines. Las masas pesadas, las muchedumbres, que son frágiles por su mismo peso, temen las aventuras, y es algo aventurado perseguir al ideal.

Además se oponen los intereses, que son contrarios de lo ideal y de lo sentimental. Muchas veces el estómago paraliza el corazon.

La grandeza y la hermosura de Francia consiste en que cria menos vientre que los demás pueblos, y por eso se sujeta más fácilmente la cintura. Es la primera que se despierta y la última que se duerme. Marcha siempre hácia adelante y le gusta descubrir terreno.

Esto depende de que es artista.

Lo ideal no es más que el punto culminante de la lógica, así como la belleza no es más que la cima de la verdad.

Los pueblos artistas son tambien los pueblos consecuentes. Amar la belleza es ver la luz. Por eso la antorcha de Europa, esto es, la civilizacion, la llevó primero Grecia, que la traspasó á Italia, y ésta la traspasó despues á Francia.

Cosa admirable! La poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilizacion se mide por la cantidad de imaginacion. Pero un pueblo civilizador debe conservarse varonil; debe ser Corinto, no debe ser Sibaris. El que se afemina se envilece. En materia de civilizacion, no ha de buscarse el refinamiento, sino lo sublime. Con tal condicion se dá al género humano el modelo de lo ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte y su medio en la ciencia. Con el auxilio de la ciencia se realizará la vision augusta de los poetas, que es la belleza social. Al punto que ha llegado la civilizacion, lo exacto es un elemento necesario de lo expléndido, y el órgano científico, además de servir, completa el sentimiento artístico. La fantasía debe calcular. El arte, que es conquistador, debe apoyarse en la ciencia, que es la que marcha, y es muy importante la solidez de la montura. El espíritu moderno es el génio de la Grecia con el génio de la India por vehículo; es Alejandro sobre el elefante; las razas petrificadas en el dogma ó desmoralizadas por el lucro, son impropias para dirigir la civilizacion. La genuflexion ante el ídolo ó ante el oro, atrofia al músculo que anda y la voluntad que marcha. La absorcion

hierática ó comercial aminora el rádio de un pueblo, rebaja su horizonte rebajando su nivel, y le quita la inteligencia humana y divina á la vez del fin universal, que constituye á las naciones misioneras. Babilonia no tiene ideal, ni Cartago tampoco. Atenas y Roma tuvieron, y aun conservan al través de la espesa noche de los siglos, aureola de civilizacion.

Francia posee las mismas cualidades que Grecia é Italia. Es ateniense por amor á lo bello y romana por amor á lo grande. Además es buena y se entrega sin recelo. Es propensa á la abnegacion y al sacrificio con más frecuencia que los demás pueblos. Pero esa propension tan pronto la tiene como no la tiene. Por eso están en gran peligro los que corren cuando ella quiere andar ó los que andan cuando desea estarse quieta. Francia tiene sus recaidas de materialismo, y en momentos determinados, las ideas que obstruyen su cerebro no recuerdan la grandeza francesa, y son de las dimensiones de un Missouri ó de una Carolina del Sur. El jigante representa el papel de enano. La grandiosa Francia tiene caprichos insignificantes. Los pueblos, como los astros, tienen derecho al eclipse; pero esto no importa, con tal de que su luz vuelva á brillar y el eclipse no degenere en noche. Aurora y resurreccion son sinónimos.

Hagamos constar estos hechos. La muerte en la barricada ó la tumba en el destierro, es una necesidad aceptable para el sacrificio. El verdadero nombre en el sacrificio es el desinterés. Que los abandonados se dejen abandonar, que los desterrados se dejen desterrar, y limitémonos á suplicar á los grandes pueblos que no retrocedan demasiado lejos cuando retroceden.

La materia existe, el minuto existe, el vientre existe; pero es menester que el vientre no sea la única sabiduría. Concedamos que la vida individual momentánea tenga su derecho; pero debe concedérsenos que la vida permanente tambien tenga el suyo: haber subido no impide caer; ejemplos de esto se encuentran en la historia más de los que se quieran.

Digamos algunas palabras más antes de volver á la pelea.

Batallas como la que referimos en estos momentos, no son más que convulsiones hácia lo ideal. El progreso con trabas es enfermizo, y padece esa clase de epilepsias trágicas; por eso tropezamos con la guerra civil, que es esa enfermedad. Es una de las fases fatales, á la vez acto y entreacto de este drama, cuyo eje es un condenado social y cuyo verdadero título es: *El progreso.*

Este grito que lanzamos con frecuencia encierra todo nuestro pensamiento; y en el punto del drama á que hemos llegado, debiendo experimentar alguna prueba más la idea que abraza, quizá nos sea permitido, si no descorrer el velo, á lo menos dejar entrever claramente la luz.

Este libro es de un extremo á otro, en su conjunto y en sus detalles, la marcha del mal al bien, de lo injusto á lo justo, de lo falso á lo verdadero, de la noche al dia, del apetito á la conciencia, de la podredumbre á la vida, de la bestialidad al deber, del infierno al cielo, de la nada á Dios. Punto de partida: La materia. Punto de llegada: El alma. Al principio la hidra, al fin el ángel.

## XXI.

### Los héroes.

De repente el tambor dió la señal del ataque.

La embestida fué terrible. La noche anterior los sitiadores se acercaron en la oscuridad á la barricada cautelosamente. Entonces, á la luz del dia, en aquella calle abierta, la sorpresa era imposible de todo punto; además la fuerza viva se habia desenmascarado, el cañon rugía y el ejército se precipitó sobre el reducto. Entonces la fúria era habilidad.

Poderosa columna de infantería de línea, que cortaba á intervalos iguales la Guardia nacional y la municipal de á pié y que se apoyaba en numerosas masas, desembocó en la calle al paso de carga, tocando tambores y clarines, con las bayonetas caladas y con los zapadores á la cabeza, y cayó sobre la barricada como el peso de una viga de bronce sobre un muro.

Pero el muro se mantuvo firme.

Los insurrectos hicieron fuego impetuosamente y la barricada ostentó una cabellera de relámpagos. El asalto fué tan furibundo, que durante un momento se vió la barricada llena de sitiadores; pero se sacudió los soldados, como el leon se sacude los perros, y solo se cubrió de combatientes como de espuma el arrecife, para reaparecer luego escarpada, negra y formidable.

La columna, teniendo que replegarse, permaneció formada en la calle al descubierto, pero con aspecto terrible, y respondió al fuego del reducto con horrorosa carga de fusilería.

Todo el que ha visto fuegos artificiales recordará la manga de coetes voladores que se llama canastillo. Pues represéntese el lector ese canastillo ó ramillete, no vertical, sino horizontal, con una bala, una posta ó un casco de metralla en la punta de cada espiga de fuego, y lanzando la muerte al desmenuzarse sus racimos de rayos. La barricada estaba debajo de él.

Por ambas partes habia igual resolucion. Ostentaban el valor casi bárbaro mezclado con la ferocidad heróica que empieza por el sacrificio de sí mismos. Era la época en que los guardias nacionales se batian como zuavos. La tropa deseaba acabar de una vez; la insurreccion queria luchar. La aceptacion de la agonía en la edad juvenil y en la fuerza de la salud convierte la intrepidez en frenesí, y cada cual engrandecia su hora suprema. La calle estaba cubierta de cadáveres.

En uno de los extremos de la barricada estaba Enjolras y en el otro Mario. Enjolras se reservaba y se ponia al abrigo de las balas; tres soldados cayeron uno tras otro al pié de su almena sin haberle visto siquiera. Mario combatia al descubierto y era el blanco de los fusiles enemigos, porque más de la mitad de su cuerpo sobresalia por encima del reducto. Nadie es tan pródigo como el avaro que se entrega al despilfarro, ni nadie es tan terrible en la pelea como el hombre pensador. Mario combatia como en una batalla de sueño; parecia un fantasma disparando tiros.

Se iban agotando los cartuchos de los sitiados, pero no los sarcasmos. Se reian encontrándose envueltos en el remolino del sepulcro.

Courfeyrac estaba con la cabeza descubierta.

—Qué has hecho del sombrero? le preguntó Bossuet.

—Han conseguido quitármelo á cañonazos.

O se ocupaban de cosas más sérias.

—¡Cómo debemos calificar, exclamaba Feuilly amargamente, á algunos jefes de ejército que ofrecieron unírsenos y juraron ayudarnos, que se comprometieron bajo su palabra á ser nuestros generales y nos han abandonado!

Combeferre se limitaba á contestar, sonriendo gravemente:

—Hay hombres que observan las leyes del honor como se observan las estrellas, desde muy lejos.

Los sitiadores tenian la ventaja del número; los insurrectos la de la posicion. Desde lo alto de una pared hacian fuego á boca de jarro contra los soldados, los que tropezaban con muertos y heridos, enredándose en la escarpa. Aquel reducto, construido como estaba y admirablemente apuntalado, era verdaderamente una de las posiciones en las que un puñado de hombres resiste á una legion. Sin embargo, la columna de ataque reclutaba gente sin cesar, se agrandaba entre la lluvia de balas, se acercaba inexorablemente, y poco á poco, paso á paso, pero con seguridad, estrechaba la barricada.

Sucediéronse los asaltos. Crecia el horror. Se entabló en la calle de la Chanvrerie una lucha digna de la muralla de Troya. Los defensores de la barricada, macilentos, haraposos, cansados, sin comer y sin dormir en veinticuatro horas, quedándoles poquísimos cartuchos, heridos casi todos y chorreando sangre, se convirtieron en titanes. Atacaron y escalaron el reducto diez veces y no consiguieron tomarlo.

Allí se combatia cuerpo á cuerpo, palmo á palmo, á pistoletazos, á sablazos, á puñetazos, de lejos, de cerca, de arriba, de abajo, de todas partes: eran uno contra sesenta. La fachada de Corinto estaba casi demolida. La ventana, acribillada á metrallazos, se quedó sin vidrios y sin marcos. Habian muerto Bossuet, Feuilly, Joly y Courfeyrac. Combeferre, atravesado el pecho por tres bayonetazos en el momento de levantar á un soldado herido, solo tuvo tiempo para mirar al cielo y espirar.

Mario, combatiendo sin cesar, tenia tantas heridas, sobre todo en la cabeza, que el rostro se lo borraba la sangre y parecia que lo llevaba tapado con un pañuelo rojo.

Enjolras era el único que se conservaba ileso. Cuando no tenia armas, extendia la mano á la derecha ó á la izquierda y los insurrectos le daban una cualquiera. De cuatro espadas que blandió solo le quedaba un pedazo de una.

Homero dice: "Diomedes degüella á Axilo, hijo de Teutránide, que habitaba en la feliz Arisba; Eurialo, hijo de Menisteo, extermina á Dresos y Ofeltios, á Esopo y á Pedaso, el que la náyade

Albarbárea concibió del irreprensible Bucolionte; Ulises derriba á Pidites de Perosa; Antíloco á Allero; Polipete á Astialo; Polidamos á Otos de Cilene, y Teucro á Aretaonte. Megantino muere atravesado por la pica de Eurípides. Agamenon, rey de los héroes, aterra á Elatos, oriundo de la escarpada ciudad que baña el sonoro rio Satnois.„

En nuestros antiguos poemas, Esplandian ataca con una hacha de fuego al jigante marqués de Swantibore, el que se defiende apedreando al caballero con las torres que iba arrancando.

Nuestros frescos murales nos muestran á los dos duques de Bretaña y de Borbon, armados con sus escudos y arneses de guerra, á caballo y abordándose uno á otro, empuñando el hacha de combate, con máscara, botas y manoplas de hierro: el uno caparazonado de armiño y el otro gualdrapado de azul. Bretaña con el leon entre los dos cuernos de la corona, y Borbon con un casco de visera que representaba monstruosa flor de lis.

Pero para estar arrogante no se necesita llevar el morrion ducal, como Ivon, ni tener en la mano una llama viva, como Esplandian, ni haber traido de Epiro una buena armadura, como Jiles; basta para eso dar la vida por una conviccion ó por una lealtad.

¿Veis ese soldado sencillo que ayer era aldeano y hoy ronda con el machete al costado alrededor de las niñeras en el Luxemburgo? ¿Veis ese estudiante pálido que se inclina sobre un libro ó sobre un estuche de anatomía, ese adolescente rubio que se corta las barbas con tijeras? Pues aleccionad á los dos, inspiradles el soplo del deber, ponedlos cara á cara en la encrucijada de Boucherat ó en la callejuela de Planche-Mibray; que pelee uno por su bandera y el otro por su ideal; que se imaginen los dos que combaten por la pátria, que la lucha será colosal, y la sombra que proyectarán en el gran campo épico, en el que pelea la humanidad, el militarcillo y el estudiantillo igualarán á la sombra que proyecta Megarionte, rey de Licia, que está llena de tigres, luchando cuerpo á cuerpo con el invencible Ayax, rival de los dioses.

## XXII.

### Palmo á palmo.

Cuando ya no quedaron vivos más jefes que Enjolras y Mario en los dos extremos de la barricada, cedió el centro, que tanto tiempo sostuvieron Courfeyrac, Joly, Bossuet, Feuilly y Combeferre.

El cañon, sin abrir brecha practicable, habia ensanchado bastante la parte media del reducto. El borde superior de la pared desapareció, desmoronándose á impulsos de las balas, y los escombros que caian, ya interior, ya exteriormente, acabaron por formar, amontonándose á ambos lados, dos declives, uno dentro y otro fuera. El declive exterior presentaba á los sitiadores un plano inclinado.

Intentóse por allí un asalto decisivo, y esta vez con éxito. La masa erizada de bayonetas, marchando al paso gimnástico, llegó con irresistible empuje, y el espeso frente de la columna de ataque apareció entre el humo en lo alto de la escarpa. Entonces no hubo ya remedio. El grupo de insurrectos que defendia el centro retrocedió desordenadamente.

Despertóse entonces en algunos el sombrío amor á la vida. Viéndose blanco de aquella selva de fusiles, no querian ya morir. Llegaban al momento en el que el instinto de la conservacion lanza alaridos, y en el que el animal reaparece en el hombre. Se arrimaron á la casa de seis pisos que servia de fondo al reducto, creyendo que podia ser para ellos la salvacion. Estaba atrancada y como tapiada de arriba á bajo. Antes de que la tropa de línea estuviese en el interior del reducto habia tiempo para abrirse y cerrarse una puerta, y entreabrir de improviso y cerrar aquella puerta significaba la vida para aquellos desesperados, porque detrás de la casa habia calles, y la fuga era posible. Golpearon con la culata de los fusiles y con el pié contra la puerta, llamando, gritando, suplicando, juntando las manos. Nadie abrió. La cabeza muerta los miraba desde la ventana del tercer piso.

Mario, Enjolras y siete ú ocho más que los seguian corrieron á protegerlos. Enjolras gritó á los soldados:

—Deteneos! Y como un oficial no obedeciese á la insinuacion, Enjolras le dejó muerto en el acto. Encontrábase éste en el pequeño patio interior del reducto, respaldado en la casa de Corinto, con la espada en una mano y la carabina en la otra, habiendo abierto la puerta de la taberna, que impedia que pasaran los sitiadores. Desde allí gritó á los desesperados:

—No hay más puerta abierta que ésta.

Cubriólos con su cuerpo, y haciendo él solo cara á un batallon, les dió tiempo para que pasasen por detrás. Todos se precipitaron dentro.

Enjolras ejecutaba con la carabina, sirviéndose de ella como si fuese un baston, lo que los peritos llaman molinetes; paró los golpes de los bayonetazos alrededor y delante de sí y entró el último. Fué horrible el instante de querer penetrar los soldados y de querer cerrar los insurrectos. La puerta se cerró al fin con tal violencia, que al encajar en el quicio dejó ver cortados y pegados al dintel los cinco dedos de un soldado que se habia agarrado á ella.

Mario se quedó á la parte de fuera; una bala acababa de romperle la clavícula y se desmayó y cayó.

En aquel momento, con los ojos ya cerrados, experimentó la conmocion que le causaba una vigorosa mano que le cogia, y su desmayo le permitió apenas articular este pensamiento, en el que se mezclaba el supremo recuerdo de Cosette:

—Caí prisionero y me fusilarán.

Enjolras, que no vió á Mario entre los que se refugiaron en la taberna, creyó tambien lo mismo, pero habian llegado ya á ese extremo en el que no le quedaba á cada uno más tiempo que para pensar en su propia suerte.

Enjolras sujetó la barra de la puerta, corrió el cerrojo, dió dos vueltas á la llave y al candado, mientras por la parte de fuera atacaban furiosamente los soldados con las culatas de los fusiles y los zapadores con sus hachas.

Empezaba el sitio de la taberna.

Los soldados estaban furiosos de cólera. La muerte del sargento de artillería los habia irritado, y sobre todo la noticia que circulaba entre ellos, pocas horas anteriores al ataque, de que los insurrectos mutilaban á los prisioneros y de que yacía en la taberna el cadáver de un soldado sin cabeza.

Cuando la puerta estuvo barreada, Enjolras dijo á los suyos:

—Vendámonos caros.

Despues se acercó á la mesa en la que estaban tendidos los cadáveres de Babeuf y de Gavroche. Debajo del paño negro se veian dos formas rectas y rígidas, una grande y otra pequeña, y las dos caras se bosquejaban con gravedad entre los pliegues del sudario. Una mano, que asomaba por debajo del paño, colgaba hácia el suelo. Era la del anciano.

Enjolras se inclinó y besó aquella mano venerable, lo mismo que el dia anterior habia besado la frente.

Estos fueron los dos únicos besos que dió en su vida.

En una palabra; la barricada luchó como una puerta de Tebas; la taberna luchó como una casa de Zaragoza. No se capitula, no se dá cuartel; se quiere morir matando.

Cuando Suchet dice:

—Capitulad.

Palafox responde:

—Despues de la guerra del cañon la del cuchillo.

Nada faltó á la toma por asalto de la taberna de Hucheloup; ni los adoquines lloviendo desde la ventana y el tejado sobre los sitiadores, ni los disparos desde la cueva y desde la buhardilla, ni el furor del ataque, ni la rabia de la defensa, ni, al fin, cuando cedió la puerta, la frenética demencia del exterminio.

Los sitiadores, al precipitarse dentro del bodegon, con los piés enredados con las tablas de la puerta rota y derribada, no encontraron ni un solo combatiente.

La escalera de caracol, cortada á hachazos, yacía en medio de la sala baja; algunos heridos acababan de espirar; los que aun vivian estaban en el piso principal, y allí, por el agujero del techo que antes sirvió de encaje á la escalera, empezó un fuego espantoso. Disparaban los insurrectos sus últimos cartuchos.

Cuando quedaron sin pólvora y sin balas aquellos formidables agonizantes, tomó cada uno de ellos dos de las botellas que reservó Enjolras é hicieron frente al enemigo con estas mazas horriblemente frágiles. Eran botellas de agua fuerte.

Referimos los hechos lúgubres de la matanza tales como son.

El sitiado echa mano de todos los recursos; pero el fuego griego no deshonra á Arquímedes, ni la pez derretida á Bayardo.

Todos los detalles de la guerra son espantosos.

La fusilería de los sitiadores, aunque tenia que dirigirse de abajo á arriba, era mortífera. Pronto el borde del agujero del techo se vió rodeado de cabezas de muertos, del que corria la sangre en rojos y humeantes hilos. El estrépito era indecible; una nube de humo concentrado y ardiente casi oscurecia el desesperado combate. Faltan palabras para expresar su horror. No eran ya hombres los que peleaban en aquella lucha infernal.

No eran ya jigantes contra colosos; parecíase aquello más á Milton y á Dante que á Homero. Demonios atacaban y espectros resistian: aquello era el heroismo mónstruo.

## XXIII.

### Orestes en ayunas y Pílades ébrio.

Al fin, subiéndose unos sobre otros, ayudándose con el esqueleto de la escalera, trepando por las paredes, asiéndose del techo, acuchillando en el borde mismo de la trampa á los últimos que resistian, unos veinte de los sitiadores heridos y desfigurados, al verificar aquella terrible ascension, furiosos y salvajes, se precipitaron en la sala del piso principal. Solo Enjolras quedaba allí en pié. Solo, sin espada; no tenia en la mano más que el cañon de la carabina, cuya culata habia roto en las cabezas de los que iban entrando. Se situó de modo que el billar le separaba de sus enemigos, y habia retrocedido hasta un rincon de la sala; y allí, con la mirada altiva, con la cabeza erguida y aquel pedazo de arma en la mano, inspiraba aun bastante temor para que nadie se atreviera á acercársele.

Un soldado gritó:

—Ese es el jefe. Ese es el que mató al artillero. Allí está bien para fusilarle.

—Fusiladme, contestó Enjolras.

Arrojó el trozo de carabina, cruzó los brazos y presentó el pecho.

La audacia de una muerte heróica conmueve siempre.

En cuanto Enjolras cruzó los brazos aceptando el fin á que se le destinaba, el ruido atronador de la lucha cesó en la sala y el caos se convirtió repentinamente en una especie de solemnidad sepulcral. Parecia que la amenazadora majestad de Enjolras, desarmado é inmóvil, pesaba sobre el tumulto, y que la autoridad de la tranquila mirada de aquel jóven magnífico y ensangrentado, indiferente como si fuera invulnerable, obligaba á aquella gente siniestra á matarle con respeto. Su hermosura la realzaba en aquel momento la altivez. Quizá se refiriese á Enjolras el testigo que dijo luego ante el Consejo de guerra:

—Habia entre los insurrectos uno á quien oí llamar Apolo.

Un guardia nacional que le apuntaba bajó el cañon del fusil, diciendo:

—Me parece que voy á fusilar una flor.

Doce hombres se formaron en el rincon opuesto al de Enjolras y montaron los fusiles. Un sargento les gritó:

—Apunten!

Entonces intervino un oficial, diciendo:

—Esperad, y dirigiéndose á Enjolras, le preguntó:

—Quereis que os venden los ojos?

—No.

—¿Habeis efectivamente muerto al sargento de artillería?

—Sí.

Hacia pocos instantes que se habia despertado Grantaire, que, como recordará el lector, dormia desde la víspera en la sala alta de la taberna sentado en una silla y recostando la parte superior del cuerpo en una mesa. El horrible filtro de aguardiente, ajenjo y cerveza le habia aletargado. Como la mesa que tenia delante era pequeña y no podia servir para la barricada, no se la quitaron. Seguia en la misma postura, con el pecho doblado y la cabeza apoyada sobre el brazo, rodeada de vasos, copas y botellas. Dormia con el sueño profundo del oso entorpecido ó de la sanguijuela ya harta. Ni el fuego de los fusiles, ni el del cañon, ni el de la metralla, ni la inmensa baraunda lo despertaron. De vez en cuando respondia al cañon dando un ronquido. Parecia que esperaba allí á que una bala le evitase el trabajo de despertarse. El ruido no despierta á un borracho, pero lo despierta el silencio. Esta observacion se ha hecho alguna vez. Todo lo que caia alrededor de Grantaire aumentaba su letargo, como si fuese un arrullo; pero al cesar el tumulto delante de Enjolras, el silencio produjo un sacudimiento á su pesado sueño. Este efecto se asemeja al del carruaje que vá al galope y se pára de repente, que despierta entonces al que duerme dentro.

Grantaire levantó la cabeza con sobresalto, estiró los brazos, se frotó los ojos, miró, bostezó y comprendió.

La embriaguez, cuando concluye, se parece á una cortina que se corre. Deja ver en conjunto y de una sola vez cuanto ocultaba antes. Todo acude de repente á la memoria, y el borracho, que no sabe nada de lo que ha pasado durante veinticuatro horas, en cuanto acaba de abrir los párpados se entera de todo. Las ideas le ocurren con súbita lucidez; la opacidad de la embriaguez, que era una especie de vapor que le oscurecia el cerebro, se disipa y vuelve á adquirir la

percepcion de la realidad clara y distinta.

Como Grantaire estaba retirado en un rincon y casi le tapaba la mesa de billar, los soldados no separaban la vista de Enjolras, y ya el sargento se preparaba á repetir la órden de apunten, cuando oyó de repente que aquel gritaba con voz sonora:

—Viva la República! Aquí estoy yo.

Grantaire se habia puesto en pié.

El inmenso resplandor del combate, á que él no habia asistido, apareció en la brillante mirada del borracho transfigurado. Repitiendo ¡Viva la república! atravesó la sala con paso firme y se colocó delante de los fusiles, en pié y al lado de Enjolras.

—Matadnos á los dos juntos, dijo.

Volviéndose luego á Enjolras, añadió con tierno acento:

—Me lo permites?

Enjolras le estrechó la mano sonriéndose, y antes de terminar la sonrisa sonó una detonacion.

Enjolras, atravesado por ocho tiros, se quedó arrimado contra la pared, como si las balas le hubiesen clavado allí. No hizo más que inclinar la cabeza. Grantaire cayó á sus piés como herido por un rayo.

Poco despues los soldados desalojaban á los últimos insurrectos, que se refugiaron en lo alto de la casa. Tiraban dentro del desvan, desde las vigas cruzadas. Peleaban en la misma armazon del tejado. Se arrojaban cuerpos por las ventanas, algunos todavía vivos. Dos cazadores que intentaron poner el pié en el ómnibus hecho pedazos fueron víctimas de dos tiros de carabina que les dispararon desde la buhardilla. Un hombre de blusa que precipitaron desde aquella altura con el vientre atravesado por un bayonetazo, se revolcaba en el suelo con el estertor de la agonía. Un soldado y un insurrecto resbalaban juntos por el declive del tejado, sin querer desasirse, y caian fuerte y ferozmente abrazados. Despues de tan horrible lucha tomaron completamente la barricada.

Los soldados empezaron á registrar las casas vecinas y á perseguir á los fugitivos.

## XXIV.

### Prisionero.

Mario cayó prisionero, efectivamente, pero prisionero de Juan Valjean.

La mano que le cogió por detrás en el momento en que cayó y en que perdió el conocimiento, fué la mano del señor Blanco.

Juan Valjean no hizo en el combate más que exponer la vida; fué el único que pensó en los heridos en aquella fase suprema de la agonía; fué como una Providencia en todas partes; durante la matanza, levantaba á los que caian, los trasladaba á la sala baja y los curaba. En los intervalos reparaba la barricada. Pero su mano no dió ni un golpe ni un ataque. Callaba y socorria. Apenas tenia algunos rasguños. Las balas le habian respetado. Si el suicidio entró en algo en su propósito al dirigirse á aquella tumba, el éxito no le habia favorecido, pero dudamos que hubiese abrigado el pensamiento irreligioso del suicidio.

Juan Valjean, en medio de la densa niebla del combate, aparentaba no ver á Mario, pero no lo perdia de vista. Cuando el último balazo le echó al suelo sin conocimiento, Juan Valjean saltó con la agilidad del tigre, se arrojó sobre él como sobre una presa y se la llevó.

El torbellino del ataque estaba en aquel instante tan violentamente concentrado en Enjolras y en la puerta de la taberna, que nadie vió á Juan Valjean sostener en sus brazos á Mario desvanecido, atravesar el suelo desempedrado de la barricada y desaparecer detrás del ángulo de la casa de Corinto.

El lector recordará este ángulo, que formaba una especie de cabo de calle y protegia contra las balas y la metralla algunos piés cuadrados de terreno. Hay á veces en los incendios una habitacion que no arde y en los mares más alborotados, detrás de un promontorio ó al final de una série de escollos, un rincon tranquilo. En esa especie de repliegue del trapecio interior de la barricada habia agonizado Eponina. Allí se detuvo Juan Valjean; dejó en el suelo á Mario, se respaldó contra la pared y miró á su alrededor.

Su situacion era desesperada.

Por un momento, quizá durante cuatro ó cinco minutos, pudiera servirle de abrigo aquel lienzo de pared; pero, ¿cómo poder salir de allí y librarse de la matanza? Se acordaba con angustia de los riesgos que corrió ocho años atrás en la calle de Polonceau y cómo consiguió librarse de ellos; pero si entonces fué difícil, ahora le parecia imposible. Tenia delante la casa sorda é implacable de

seis pisos, que solo parecia habitarla el hombre muerto del ventanilo; tenia á la derecha la barricada bastante baja que cerraba la Petite-Truanderie; y aunque no ofrecia gran dificultad salvar este obstáculo, veia por encima del parapeto una fila de puntas de bayonetas; las de la tropa de línea, que estaba situada en acecho al otro lado de la barricada. Atravesar el parapeto equivalia á ir á buscar una descarga cerrada, porque el hombre que se atreviera á aparecer en lo alto de la pared de adoquines, serviria de blanco á sesenta tiros de fusil. A la izquierda estaba el campo del combate. Salir por allí era ir á la muerte.

Juan Valjean no sabia qué hacer. Era preciso, sin embargo, tomar un partido, hallar un recurso, adoptar una resolucion. A pocos pasos de allí estaban peleando; los combatientes se encarnizaban en un punto único, en la puerta de la taberna, pero si le ocurria á un soldado dar la vuelta á la casa ó atacarla por el flanco, todo habria concluido.

Juan Valjean miró la casa de enfrente, luego la barricada de la derecha y despues el suelo, con la violencia de la angustia suprema, desesperado y como si hubiese querido abrir en él un agujero con los ojos. A fuerza de mirar, bosquejóse y llegó á tener forma ante él una cosa vagamente perceptible, como si la vista tuviera poder para hacer brotar el objeto que deseaba. Vió á pocos pasos, al pié del parapeto, que con rigor vigilaban por la parte de fuera, bajo un hundimiento de adoquines y medio oculta, una reja de hierro colocada de plano y al nivel del piso; esta reja, compuesta de barrotes transversales, tenia unos dos piés cuadrados. Habian arrancado el marco de adoquines que la sostenia y estaba como desencajada. Al través de los barrotes se entreveia una abertura oscura, parecida al cañon de una chimenea ó al brocal de una cisterna. Abalanzóse á ella Juan Valjean. Su antigua ciencia de las evasiones le iluminó el cerebro con repentina claridad. Apartó los adoquines, levantó la reja, se cargó á cuestas á Mario, inerte como cuerpo muerto; bajó con esta carga, sirviéndose de los codos y de las rodillas, aquella especie de pozo, felizmente poco profundo; volvió á dejar caer la pesada trampa de hierro y asentó el pié en una superficie embaldosada, con la nerviosidad del delirio, con la fuerza de un jigante y con la rapidez de una águila. En todo esto empleó solo unos cuantos minutos.

Encontróse Juan Valjean con Mario, que seguia desmayado, en una especie de corredor largo y subterráneo. Reinaba en él paz profunda, oscuridad completa, silencio absoluto. Entonces recordó la impresion que habia experimentado en otro tiempo, cuando desde la calle cayó dentro del convento. Pero no llevaba consigo á Cosette entonces, sino á Mario.

Oía confusamente encima de él vago murmullo; era el formidable tumulto de la taberna tomada por asalto.

# LIBRO SEGUNDO.

## El intestino del Leviatan.

### I.

#### La tierra empobrecida por el mar.

París arroja anualmente veinticinco millones al agua. No hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Dia y noche. Con qué objeto? Con ninguno. Con qué idea? Sin pensar en ello. Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. Cuál es su intestino? La alcantarilla.

Veinticinco millones: tal es el más moderado de los guarismos aproximativos que dan los cálculos de la ciencia especial.

La ciencia, despues de andar á tientas durante mucho tiempo, sabe ya que el más fecundo y eficaz de los abonos es el humano. Los chinos, y lo decimos para nuestra vergüenza, lo sabian antes que nosotros. Ningun labrador chino (así lo dice Echeberg), vuelve de la ciudad sin llevar en los dos extremos de su bambú dos cubos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias. Merced al abono humano, la tierra está aun en la China tan jóven como en los tiempos de Abraham. El trigo chino dá hasta ciento veintiocho granos por uno. No hay guano comparable en fertilidad al detritus de una capital. Una gran ciudad es el mejor de los estercoleros. Emplear la ciudad en abonar la llanura seria asegurar un éxito infalible. Si nuestro oro es estiércol, en cambio nuestro estiércol es oro.

Qué se hace del estiércol? Se le arroja al abismo.

Se envian á fuerza de gastos convoyes de buques para recoger en el polo austral el excremento de los petrelos y de los pinguiños, y se tira al mar el incalculable elemento de opulencia que tan cerca tenemos. Si todo el abono humano y animal que el mundo pierde se devolviese á la tierra en vez de echarlo al mar, bastaria para alimentar al mundo.

Los montones de inmundicias de las esquinas y guardacantones, los carros de basura que se zangolotean por la noche en las calles, los horribles toneles del muladar, los fétidos arroyos de fango que el empedrado oculta, ¿sabeis todo eso lo que es y lo que significa? Es la pradera florida, la yerba verde, el serpol, el tomillo y la salvia; es la caza, el ganado, el mugido de satisfaccion de los bueyes; es heno oloroso, trigo dorado, pan en vuestra mesa, sangre caliente en vuestras venas; es salud, alegría y vida.

Así lo quiere esa creacion misteriosa, que es la transformacion en la tierra y la transfiguracion en el cielo. Devolved todo eso al crisol y de él saldrá vuestra abundancia. La nutricion de las llanuras forma el alimento de los hombres.

Dueños sois de perder esta riqueza y de juzgarme ridículo además. Esta será la obra maestra de vuestra ignorancia.

La estadística ha calculado que la Francia vierte sola todos los años en el Atlántico, por la boca de sus rios, quinientos millones. Con estos quinientos millones se cubriria la cuarta parte del presupuesto. Sin embargo, es tal la habilidad del hombre, que prefiere desprenderse de ellos y regalárselos al arroyo. La sustancia misma del pueblo, aquí gota á gota, allá á oleadas, se la lleva tras sí el miserable vómito de nuestras alcantarillas en los rios y el jigantesco desagüe de nuestros rios en el mar. Cada hipo de nuestras cloacas nos cuesta mil francos. Se consiguen estos dos resultados: la tierra queda empobrecida y el agua apestada. El hambre sale del surco y la enfermedad del rio. Sabido es que el Támesis envenena á Lóndres.

En cuanto á Paris, ha sido preciso hacer en estos últimos tiempos que la mayor parte de las alcantarillas desemboquen rio abajo por el útimo puente.

Un doble aparato tubular, provisto de válvulas y esclusas, aspirante y expelente, un sistema de drenaje elemental, sencillo como el pulmon del hombre y que funciona ya en varios pueblos de Inglaterra, bastaria para traer á nuestras ciudades el agua pura de los campos y para llevar á nuestros campos el agua rica de las ciudades, y de este modo aprovecharíamos los quinientos millones que se tiran.

El procedimiento actual perjudica queriendo beneficiar. La intencion es buena, pero el resultado es malo. Se cree purificar á la ciudad haciendo enfermar á sus habitantes. Una alcantarilla es una equivocacion. Cuando en todas partes el drenaje, restituyendo lo que toma, reemplace á la alcantarrilla y se combine esto con los datos de una nueva economía social, el producto de la tierra será décuplo y el problema de la miseria se atenuará considerablemente; añadiendo á esto la supresion de los parasitismos, el problema quedará resuelto.

Entre tanto la riqueza pública se marcha al rio y la merma sigue. La Europa se arruina por consuncion.

Hemos dicho lo que pierde Francia. Ahora bien, conteniendo Paris la vigésima parte de la poblacion francesa, y siendo el guarismo de Paris el más rico de todos, no se llega todavía al guarismo verdadero evaluando en veinticinco millones la parte que corresponde á la capital de los quinientos que Francia desecha anualmente. Estos veinticinco millones, empleados en socorros y en goces, doblarian el explendor de Paris: la ciudad los consume en cloacas. Por lo que puede decirse que la prodigalidad de Paris, sus locuras, sus orgías, su fausto, su lujo y su magnificencia son sus alcantarillas.

De este modo la ceguedad de una mala economía política anega, arrastra por la corriente y pierde en los abismos del Océano el bienestar de todos. Convendria que hubiese redes de Saint-Cloud para la riqueza pública.

Económicamente este hecho puede reasumirse así: Paris es una canasta agujereada.

Paris, la ciudad modelo, el patron de las capitales bien construidas, metrópoli de lo ideal, augusta pátria de la iniciativa, del impulso y del ensayo, centro y mansion de las inteligencias, ciudad, nacion, colmena del porvenir, admirable mezcla de Babilonia y de Corinto, bajo el punto de vista que la acabamos de considerar hace sonreir de lástima á un labrador chino.

Imitad á Paris y os arruinareis.

Debemos decir, sin embargo, que en

ese despilfarro inmemorial é insensato el mismo Paris imita. Esas sorprendentes inepcias no son nuevas; la necedad en el presente caso viene de muy atrás. Los antiguos obraban como los modernos. "Las cloacas de Roma, dice Liebig, absorbieron todo el bienestar del labrador romano.„ Cuando la alcantarilla romana arruinó la campiña de Roma, ésta agotó los recursos de toda la Italia, y despues de vaciar la Italia en su cloaca hizo lo mismo con Sicilia, Cerdeña y Africa. La alcantarilla de Roma se ha tragado al mundo. Su cloaca ofrecia sus tragaderas á la ciudad y al universo. *Urbis et orbi.* Ciudad eterna, albañal insondable.

En estas como en otras cosas, Roma dió el ejemplo á los habitantes del globo, y Paris lo sigue con la tontería propia de las ciudades de talento.

Para las necesidades de que hemos hablado, Paris tiene debajo de sí otro Paris. Un Paris de alcantarillas, con sus calles, encrucijadas, plazas, callejuelas sin salida, con sus arterias y su circulacion, que es de fango y solo le falta la forma humana.

No debe adularse á nadie, ni siquiera á un gran pueblo. Donde hay de todo se encuentra la ignominia junto á la sublimidad, y si Paris contiene á Atenas, la ciudad de las luces; á Tiro, la ciudad potente; á Esparta, la ciudad virtuosa; á Nínive, la ciudad de los prodigios, tambien contiene á Lutecia, la ciudad del cieno.

Por otra parte, el sello de su poder está tambien allí impreso; la titánica sentina de Paris vé realizado ese ideal extraño en la humanidad por algunos hombres, como Maquiavelo, Bacon y Mirabeau: lo grandioso abyecto.

El suelo subterráneo de Paris, si la vista pudiera penetrar por su superficie, ofreceria el aspecto de una mariposa colosal. La esponja no tiene más boquetes y pasillos que el pedazo de tierra de seis leguas de circuito donde descansa la antigua ciudad.

Sin hablar de las catacumbas, que son una bóveda aparte; sin hablar del confuso enverjado de las cañerías del gas, sin contar el vasto sistema de tubos que distribuyen el agua de las fuentes públicas, las alcantarillas por sí solas forman en las dos orillas del Sena prodigiosa y tenebrosa red; laberinto cuyo hilo es su misma pendiente.

Allí se descubre en la húmeda niebla el raton que parece que sea el producto del parto de Paris.

## II.

### Historia antigua del alcantarillado.

Si imaginamos á Paris levantado como una tapadera, la red subterránea de alcantarilla, contemplada á vista de pájaro, bosquejará en las dos orillas una especie de tallo grueso ingerto en el rio. En la orilla derecha el albañal del centro será el tronco de este tallo; los conductos secundarios las ramas, y los callejones sin salida las ramitas.

Esta figura abreviada no es completamente exacta, pues el ángulo recto, que es el ángulo habitual de esta clase de ramificaciones subterráneas, se encuentra rara vez en la vegetacion.

Nos formaremos idea más aproximada de este extraño plano geométrico imaginándonos ver en el suelo, sobre un fondo de tinieblas, caprichoso alfabeto oriental, desordenado, cuyas letras disformes estuvieran soldadas unas con otras, como á la ventura, ya por sus ángulos, ya por sus extremidades.

Las sentinas y los albañales representaban un gran papel en la Edad Media, en el bajo Imperio y en el antiguo Oriente. La peste nacia en ellos y los déspotas iban allí á morir. La muchedumbre miraba casi con religioso temor esos lechos de podredumbre, cunas monstruosas de la muerte. El foso de los gusanos de Banarés no era menos vertiginoso que el foso de los Leones de Babilonia. Teglat-Falasar, segun los libros rabínicos, juraba por la sentina de Nínive. Del albañal de Munster hacia salir Juan de Leiden su falsa luna y del pozo-cloaca de Keklischeb su menecmo oriental. Mokanna, el profeta encubierto del Korasan, hacia salir su falso sol.

La historia de los hombres se refleja en la historia de las cloacas. Las gemonías eran las crónicas de Roma. El albañal de Paris era una antigualla formidable; tan pronto servia de asilo como de sepulcro. El crímen, la protesta social, la inteligencia, la libertad de conciencia, el pensamiento, el robo, todo lo que las leyes humanas persiguen ó han perseguido, se ha escondido en esos agujeros; los apaleadores en el siglo catorce, los capeadores en el quince, los hugonotes en el diez y seis, los iluminados de Morin en el diez y siete, los abrasadores en el diez y ocho. Hace cien años, de allí

salia la puñalada nocturna y allí se deslizaba el ratero para salvarse del peligro. El bosque tenia sus cavernas y Paris su alcantarillado. El truhan aceptaba la alcantarilla como sucursal de la Córte de los Milagros, y por la noche entraba en el vomitorio de Maubée como en una alcoba.

Era natural que los que tenian por lugar de su faena cuotidiana el callejon sin salida de Vide Gousset, ó la calle de Courpe Gorge, tuviesen por domicilio nocturno el puentecillo del Camino Verde ó la huronera de Hurepoix. De aquí arrancan multitud de recuerdos. Fantasmas de todas clases frecuentan esos corredores largos y solitarios; en todas sus partes hay podredumbre y miasmas, y acá y allá un respiradero, en el que Villon, desde dentro, habla con Rabelais, que está situado fuera.

La alcantarilla, en el antiguo Paris, es el punto de reunion de todos los aniquilamientos y de todos los ensayos. La economía política vé en él un detritus y la filosofía social un resíduo.

El albañal es la conciencia de la poblacion. Todo se dirige á él y allí se confronta. En ese lugar lívido hay oscuridad, pero no secretos. Cada cosa tiene allí su forma verdadera ó por lo menos su forma definitiva. El monton de inmundicias puede alegar en su favor que no es mentiroso. La ingenuidad se ha refugiado allí. Todas las porquerías de la civilizacion, cuando ya no sirven, caen en ese foso, adonde vá á parar el inmenso derrame social. Se sumerjen en él, pero se ponen al mismo tiempo de manifiesto. Allí no hay ya falsas apariencias; no hay afeites, ni disfraz posible; la basura se quita la camisa y se queda en desnudez absoluta. Allí una botella rota confiesa los excesos de la embriaguez; el asa de una cesta refiere los lances del servicio doméstico; el salivazo de Caifás se encuentra con el vómito de Falstaff; el luis de oro que sale del garito, choca con el clavo de donde cuelga el extremo de la cuerda del suicidio; el feto lívido rueda envuelto con las lentejuelas que bailaron el último martes de Carnaval en el teatro de la Opera; la toga que ha juzgado á los hombres se mezcla con el harapo de lo que fué basquiña de mujer galante; allí todo fraterniza. La alcantarilla es cínica; lo dice todo.

La sinceridad de la inmundicia place por lo que alivia al alma. Cuando se ha vivido teniendo que soportar el espectáculo de la importancia que se arrogan en el mundo la razon de Estado, el juramento, la sabiduría política, la justicia humana, la probidad profesional y las togas incorruptibles, consuela entrar en una alcantarilla y ver el fango á que se ha reducido todo eso.

Además enseña, porque la historia pasa por las alcantarillas. Matanzas como la de la noche de San Bartolomé se filtran gota á gota por entre los adoquines. Los asesinatos públicos, las carnicerías políticas y religiosas, atraviesan ese subterráneo de la civilizacion y arrojan en él sus cadáveres.

Para el pensador, todos los asesinos políticos están allí, en la horrible penumbra, de rodillas, con un pedazo de sudario por delantal, lavando lúgubremente la mancha de sus crímenes.

Luis XI está allí en compañía de Tristan. Francisco I y Duprat, Cárlos IX y su madre, Richelieu y Luis XIII, Luvois, Letellier, Hebert, Maillard, están allí arañando las piedras para ver si consiguen borrar la huella de sus acciones. Bajo las bóvedas se oye la escoba de sus espectros. Se respira en ellas la enorme fetidez de las catástrofes sociales. Se ven allí reflejos rojizos, corre allí el agua terrible en la que se han lavado manos sangrientas.

El observador social debe penetrar en esos parajes sombríos que forman parte de su laboratorio. La filosofía es el microscopio del pensamiento. Todo quiere huir de ella, pero nada se escapa á su exámen. Inútil es tergiversar. ¿Qué lado es el que se pone al público cuando se tergiversa? El de la vergüenza. La filosofía persigue con su leal mirada al mal y no permite que se desvanezca. En el eclipse de las cosas que desaparecen, en el empequeñecimiento de las cosas que se extinguen, lo reconoce todo. Por el giron adivina la púrpura y por el harapo la mujer. Con su cloaca reconstruye la ciudad y con el cieno las costumbres. Del tiesto deduce el ánfora ó el cántaro. Conoce, por la marca de una uña en el pergamino, la diferencia que hay entre la judería de la Judengasse y la judería del Guetto.

En lo que resta de los objetos conoce lo que han sido; el bien, el mal, lo falso, lo verdadero, la mancha de sangre del palacio, el borron de tinta de la caverna, la gota de sebo del lupanar, las pruebas sufridas, las tentaciones logradas, las orgías vomitadas, y en la túnica de los

cargadores de Roma conoce la señal de los codazos de Mesalina.

## III.

### Bruneseau.

El albañal de Paris era en la Edad Media asunto de leyendas. En el siglo diez y seis, Enrique II intentó un reconocimiento que salió mal. No hace cien años, segun testifica Mercier, la cloaca quedó abandonada á sí misma. El antiguo Paris estaba entregado á las disputas, á las indecisiones y á los ensayos. Fué torpe durante mucho tiempo. Despues vino 1789 á manifestar cómo las ciudades recobran el talento.

Antiguamente la capital tenia poco entendimiento; no sabia desempeñar sus negocios, ni moral ni materialmente, é ignoraba cómo habia de barrer las inmundicias, así como ignoraba cómo habia de estirpar los abusos. En todas partes encontraba un obstáculo; de cualquier cosa le surgia una cuestion. Por ejemplo, la alcantarilla era refractaria á todo itinerario. No se orientaba mejor en el muladar que se entendia en la ciudad; por encima veia lo ininteligible, por bajo lo intrincado; confusion de lenguas arriba, confusion en los subterráneos. Babel sobre Dédalo.

A veces le ocurria al albañal de Paris desbordarse como si ese desconocido Nilo montase de repente en cólera. Habia inundaciones de albañal. Habia momentos en que este estómago de la civilizacion digeria mal; la cloaca refluia al gaznate de la ciudad y Paris tenia el resabor de su fango. Estas semejanzas de la alcantarilla con el remordimiento, servian como otros tantos avisos; pero se recibian mal, porque la ciudad se indignaba de que el cieno fuese tan audaz, y no se avenia con aquel gustillo á basura.

La inundacion de 1802 es uno de los actuales recuerdos de los parisienses octogenarios. El fango se derramó por la plaza de las Victorias, entró en la calle de San Honorato por las dos esclusas de los Campos Elíseos, en la calle de San Florentino por el albañal del mismo nombre, en la calle de Pierre-á-Poisson por el de la Sonnerie, en la calle de Popincourt por el del Chemin-Vert, en la calle de la Roquette por el de la calle del Lappe; cubrió las losas de la calle de los Campos Elíseos hasta la altura de treinta y cinco centímetros, y al medio dia, funcionando por el vomitorio del Sena en sentido inverso, penetró en la calle de Mazarino, en la de Echandé, en la de Marais, donde se detuvo á una distancia de ciento nueve metros. Llegó al máximum de profundidad en la calle de San Pedro, donde se elevó tres piés por encima de las baldosas de la esclusa, y al máximum de extension en la calle de Sabino, donde ocupó una longitud de doscientos treinta y ocho metros.

Al principio del siglo actual, la alcantarilla de Paris era todavía un sitio misterioso. El cieno no puede nunca gozar de buena reputacion, pero entonces su mala fama llegaba hasta infundir pavor. Hablábase de él como del charco monstruoso de Tebas, en el que pululaban escolopendras de quince piés de largo, y que hubieran podido servir de baño á Behemoth. Las grandes botas de los poceros no se aventuraban nunca más allá de ciertos puntos conocidos. Estaba aun muy próximo el tiempo en que los carros de la basura se vaciaban sencillamente en la alcantarilla. En cuanto á la limpieza, confiaban este cuidado á los chaparrones, que en vez de barrer acumulaban más basura. Roma, á lo menos, dejaba alguna poesía á su cloaca, llamándola Gemonía; pero Paris insultaba á la suya llamándola agujero hediondo. La ciencia y la supersticion marchaban esta vez de acuerdo. El agujero hediondo no repugnaba menos á la higiene que á la leyenda. El monje regañon apareció bajo el arco fétido de la alcantarilla de Monffetard; los cadáveres de los Marmousets se arrojaron en el albañal de la Barrillerie; Jagon atribuyó la terrible fiebre maligna de 1685 á la gran hendidura de la alcantarilla del Marais, que permaneció descubierta hasta 1833 en la calle de San Luis.

La boca del albañal de la calle de la Mortellerie era célebre por las pestes que de allí salian. La imaginacion popular realzaba el sombrío vertedero parisiense con horrible mezcla de infinito. El albañal carecia de fondo. Era como un Báratro. La idea de explorar esas regiones leprosas ni siquiera le ocurrió á la policía. ¿Quién habia de atreverse con aquel desconocido? ¿Quién osaría echar la sonda en aquellas tinieblas ó emprender un viaje de exploracion en tan espantoso abismo? Hubo, sin embargo, quien lo intentó. La cloaca tuvo su Cristóbal Colon.

Un dia, en 1805, en una de las raras

apariciones que el emperador hacia en Paris, recibió en audiencia matinal á su ministro del Interior. Se oia en el Carroussel el ruido de los sables de los soldados extraordinarios de la gran República y del gran Imperio; se agolpaban los héroes en las antesalas de Napoleon; se encontraban allí hombres del Rhin, del Escalda, del Adije y del Nilo; compañeros de Joubert, de Desaix, de Marceau, de Floche, de Kléber; areóstatas de Fleurix, granaderos de Maguncia y pontoneros de Génova; húsares á quienes habian visto las pirámides, artilleros á quienes habian salpicado las balas de Junot, coraceros de los que tomaron por asalto la escuadra fondeada en el Luyderzéc; unos habian seguido á Bonaparte por el puente de Lodi, otros habian acompañado á Murat en la trinchera de Mántua, otros se habian adelantado á Launes en el barranco de Montebello.

Todo el ejército de la época se encontraba allí, en el patio de las Tullerías, representado por compañías ó por pelotones y custodiando el reposo de Napoleon.

—Señor, dijo el ministro del Interior, ví ayer al hombre más intrépido de vuestro imperio.

—Quién es ese hombre? preguntó bruscamente el emperador, ¿y qué es lo que ha hecho?

—Quiere hacer una cosa, señor.

—Qué cosa?

—Visitar las alcantarillas de Paris.

El hombre aludido se llamaba Bruneseau.

## IV.

### Pormenores ignorados.

La visita se verificó, la visita fué una formidable campaña, una batalla nocturna contra la peste y la asfixia, al mismo tiempo que un viaje de exploracion. Un obrero inteligente que asistió á la visita, que era muy jóven entonces, referia aun hace pocos años curiosísimos detalles que Bruneseau creyó oportuno omitir en el informe que dió al prefecto de policía, como indignos del estilo administrativo.

Los procedimientos desinfectantes eran todavía en aquella época muy rudimentarios. Apenas Bruneseau pasó de las primeras articulaciones de la red subterránea, de los veinte trabajadores, ocho se negaron á seguir más adelante.

La operacion era complicada: la visita entrañaba la limpieza; era preciso, pues, limpiar y medir al mismo tiempo. Habia que anotar los desagües, contar las rejas y las bocas, ir señalando los empalmes, indicar las corrientes en los sitios de division, reconocer las circunscripciones respectivas de los varios depósitos; sondar los pequeños albañales, medir la altura y anchura de cada pasillo, tanto en el arranque de las bóvedas como á flor de las losas; determinar, en fin, las ordenadas de nivelacion de cada desagüe, ya en el solado de la alcantarilla, ya en el suelo de la calle.

Adelantaban penosamente, y más de una vez las escalas de descenso se sumergieron en una vara de fango. Los miasmas extinguian la luz de las linternas.

De vez en cuando habia que sacar algun pocero desmayado.

Tropezaban en algunos parajes con un precipicio, y era que el suelo se habia hundido y que el embaldosado habia venido abajo, transformándose el albañal en pozo sin fondo.

No se encontraba el punto sólido; un hombre desapareció bruscamente y costó mucho trabajo volverle á sacar. Por consejo de Gourcoray se encendian de trecho en trecho, en los lugares suficientemente saneados, grandes cubos llenos de estopa empapada de resina. La pared de vez en cuando la encontraban llena de excrecencias disformes que pudieran llamarse tumores, porque hasta las piedras parecian enfermas en aquel sitio sin ventilacion.

Bruneseau procedió á la exploracion de arriba á bajo. En el punto divisorio de las dos cañerías del Gran-Hurleur consiguió leer en una piedra saliente esta fecha: 1550; era el límite en donde se detuvo Filiberto Delorme, encargado por Enrique II de visitar el muladar subterráneo de Paris. Aquella piedra señalaba el siglo diez y seis en la alcantarilla. Bruneseau descubrió la mano de obra del siglo diez y siete en el conducto del Ponceau y en el de la calle Vieja del Temple, cuyas bóvedas se construyeron entre 1600 y 1650, y la mano de obra del siglo diez y ocho en la seccion Oeste del canal colector, encajonada y abovedada en 1740. Estas dos bóvedas, sobre todo la menos antigua, la de 1740, estaba más rajada y decrépita que la mampostería del albañal del centro, construido en 1412, época en la que el arroyo de agua viva de Menilmontant

fué elevado á la dignidad de alcantarilla principal de Paris.

Creyóse reconocer aquí y allá, sobre todo debajo del palacio de Justicia, alvéolos de antiguos calabozos practicados en la misma alcantarilla: horribles *in pace*. Una argolla de hierro colgaba todavía de uno de esos alvéolos, que los cerraron todos con paredes. Hallaron cosas rarísimas; por ejemplo: el esqueleto de un orangutan, que desapareció del Jardin Botánico en 1800, desaparicion probablemente relacionada con la famosa aparicion del diablo en la calle de los Bernardos el último año del siglo diez y ocho. El pobre diablo concluyó ahogándose en la alcantarilla.

Debajo del pasillo cimbrado que conduce á Arche-Marion se encontró una canasta de trapero, tan bien conservada que dejó admirados á los inteligentes. Por todas partes el cieno, que los poceros manejaban con intrepidez, abundaba en objetos preciosos, en alhajas de oro y plata, en pedrería y en moneda. Un jigante que hubiera hecho pasar por un tamiz aquella cloaca, hubiera acumulado la riqueza de los siglos. En el punto divisorio de los dos empalmes de la calle del Temple y de la de Saint-Aboye se recogió una medalla hugonota de cobre, que tenia en una cara un cerdo con birrete de cardenal y en la otra un lobo con tiara en la cabeza.

Pero el hallazgo más sorprendente se encontró en la entrada de la alcantarilla principal. Una reja cerraba en otro tiempo esta entrada, de cuya reja solo quedaban los goznes; de uno de ellos pendia una especie de harapo informe y sucio que quizá se detuvo allí al caer; flotaba en la oscuridad y acababa de hacerse trizas. Bruneseau acercó la linterna y lo examinó. Era de finísima batista y se distinguia en una de sus puntas, que estaba menos gastada que las demás, el resto de una corona heráldica, con estas siete letras encima: LAUBESP. La corona era de marqués y las siete letras significaban: *Laubespine*. Reconoció que tenia á la vista un pedazo de la mortaja de Marat. Marat en su juventud tuvo aventuras amorosas, sobre todo mientras formaba parte de la casa del conde de Artois, de la que fué veterinario. De sus amores con una dama principal, históricamente comprobados, le quedó aquella sábana como resíduo ó como recuerdo: cuando le mataron, como no habia otra tela fina en su casa, le amortajaron con ella. Unas viejas amortajaron al trágico Amigo del pueblo con la sábana que fué un dia teatro de sus voluptuosidades.

Bruneseau pasó más adelante. Dejó el harapo donde estaba, sin tocarle siquiera. No sabemos si fué por respeto ó por desprecio; Marat merecia ambas cosas.

La visita total del muladar subterráneo de Paris duró siete años, desde 1805 hasta 1812. Durante ese tiempo, Bruneseau proyectaba, dirigia y terminaba trabajos considerables: en 1808 bajó el zampeado del Ponceau y, creando líneas nuevas en todas partes, en 1809 hizo avanzar las alcantarillas por debajo de la calle de San Dionisio hasta la fuente de los Inocentes; en 1810 por la calle de Froidmanteau y por la Salpetriere; en 1811 por la calle nueva de los Pequeños Padres, pasando por otras varias hasta la plaza Real, y en 1812 por debajo de la calle de la Paz, hasta la calzada de Autin. Al mismo tiempo hacia desinfectar y sanear toda la red.

La antigua sociedad limpió á principios de este siglo su fondo interior, vistiendo de gala sus alcantarillas.

## V.

### Progreso actual.

Hoy dia las alcantarillas están limpias, tienen líneas rectas y su estilo es correcto. Casi realizan el ideal de lo que en Inglaterra significa la palabra respetable. Se vé en ellas casi claro. El fango se porta con decencia.

A primera vista puede confundírselas con aquellos corredores subterráneos tan comunes antiguamente y que tan útiles fueron para las fugas de los monarcas y de los príncipes, en los felices tiempos "en los que el pueblo amaba á sus reyes„. El albañal presente es un hermoso alcantarillado; reina en él el estilo más puro; el alejandrino clásico rectilíneo, que, expulsado de la poesía, parece que se haya refugiado en la arquitectura, se diria que ha querido mezclarse en todas las piedras de esa bóveda larga, tenebrosa y blanquizca; cada desagüe es una arcada; la construccion de la calle de Rívoli es artística hasta en su cloaca. Por lo demás, en ninguna parte está más en su sitio la línea geométrica que en la zanja que recibe el estiércol de una gran ciudad. En ella todo debe subordinarse al camino más corto.

La alcantarilla ha tomado hoy cierto aspecto oficial. La policía, en sus infor-

mes, cuando tiene que ocuparse de ella nunca la falta al respeto. Las palabras que la caracterizan en el lenguaje administrativo son dignas y elevadas. Lo que antes se llamaba tripa hoy se llama galería; lo que antes se llamaba agujero hoy se llama atabe. Villon no conoceria ya la antigua morada que en sus apuros le servia de refugio. Esas redes subterráneas siguen teniendo su inmemorial poblacion de roedores, más bulliidora que nunca; de vez en cuando un raton viejo asoma la cabeza por la alcantarilla y examina á los parisienses, pero hasta esa inmundicia se domestica y está satisfecha de su palacio subterráneo. La cloaca ya no conserva su ferocidad primitiva.

La lluvia que ensuciaba el albañal antiguo lava el moderno.

Sin embargo, no hay que fiarse mucho de él, porque los mismos miasmas le habitan todavía; más es hipócrita que irreprensible.

Por más que se empeñe la Prefectura de Policía y la Junta de Sanidad, y á pesar de los procedimientos empleados, exhala siempre cierto olorcillo vago y sospechoso, como Tartuffe despues de la confesion.

Preciso es convenir, esto no obstante, en que como la limpieza es homenaje que el albañal tributa á la civilizacion, y bajo este punto de vista la conciencia de Tartuffe es un progreso si se compara con el establo de Augías, la alcantarilla de Paris ha mejorado.

Es más que un progreso; es una transformacion. Media una revolucion entre la antigua y la moderna alcantarilla.

Quién la hizo? El hombre que todos han olvidado y que acabamos de citar: Bruneseau.

## VI.

### Progreso futuro.

La construccion del alcantarillado de Paris no es una obra insignificante. Los últimos diez siglos han trabajado en ella sin poder terminarla, como tampoco han podido terminar á Paris.

La alcantarilla sigue paso á paso el desarrollo de la gran ciudad. Es, en la tierra, una especie de pólipo tenebroso de mil arterias, que crece debajo al mismo tiempo que la ciudad crece encima. Cada vez que la ciudad abre una nueva calle, el albañal alarga el brazo. La vieja monarquía construyó veintitres mil trescientos metros de alcantarillado; á esa cantidad llegó Paris el 1.° de Enero de 1806.

Partiendo de esa época, de la que luego nos volveremos á ocupar, la obra ha sido útil y enérgicamente reformada y continuada.

Napoleon construyó cuatro mil ochocientos cuatro metros; Luis XVIII cinco mil cuatrocientos nueve; Cárlos X diez mil ochocientos treinta y seis; Luis Felipe ochenta y nueve mil veinte; la República de 1848 veintitres mil trescientos ochenta y uno, y el régimen actual setenta mil quinientos; total hasta el dia, doscientos veintiseis mil seiscientos diez metros; esto es, sesenta leguas de alcantarillado.

Resulta, pues, que el laberinto subterráneo de Paris es hoy más que décuplo de lo que era al principio de siglo. Trabajo cuesta figurarse la perseverancia y los esfuerzos que han sido menester para conducir esa cloaca al punto de perfeccion relativa en que se encuentra ahora. Con ímprobo trabajo pudieron el viejo prebostazgo monárquico y el corregimiento revolucionario, en los últimos años del siglo diez y ocho, llegar á construir las cinco leguas de albañal que existian antes de 1806.

Obstáculos de todo género embarazaban esa operacion; los unos eran propios de la naturaleza del terreno, los otros inherentes á las preocupaciones mismas de la laboriosa poblacion de Paris.

Paris está edificado sobre un terreno extraordinariamente rebelde á la piqueta, á la azada y á todo trabajo humano. Es dificilísimo perforar y penetrar en esa formacion geológica, á la que se superpone la maravillosa formacion histórica que se llama Paris. En cuanto la mano de obra se empeña y aventura en ese terreno de aluvion, encuentra resistencias subterráneas. Arcillas líquidas, manantiales vivos, duras rocas, légamo blando y profundo. El pico adelanta dificultosamente en las capas calcáreas, que alternan con hilos de greda muy delgados y sedimentos exquitosos á manera de hojas incrustadas de conchas de ostras, contemporáneas de los Océanos preadamitas. Ya encuentran un arroyo que hace reventar de repente una bóveda principiada é inunda á los trabajadores; ya una irrupcion de marga que se abre camino y se precipita con la fúria de una catarata y rompe los más fuertes maderos como si fueran vidrios. Agréguese á todo eso la asfixia que pro-

ducen los miasmas, los derrumbamientos que sepultan á los vivos, los hundimientos y el tífus, del que los trabajadores se impregnan lentamente.

Las alcantarillas de Paris estaban muy lejos de ser en 1832 lo que son en la actualidad. Bruneseau les dió el impulso; pero se necesitaba la venida del cólera para determinar la vasta construccion que despues se ha llevado á cabo.

Sorprende oir decir que en 1821, parte del albañal del centro, llamado el Canal Grande, se corrompia hasta al aire libre en la calle de Calabazas.

En 1823 la ciudad de Paris encontró en sus arcas los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos y seis céntimos que necesitaba para cubrir semejante inmundicia.

Treinta años hace, en la época de la insurreccion del 5 y 6 de Junio, estaba aun en muchos parajes la alcantarilla antigua. Gran número de calles, abovedadas hoy, eran entonces zanjas abiertas. Con frecuencia se veian, en el punto donde iban á parar las vertientes de una calle ó de una encrucijada, grandes rejas cuadradas y provistas de gruesos barrotes, cuyo hierro lucía bruñido por las pisadas de la multitud, cuyas rejas eran resbaladizas y peligrosas para las caballerías de los carruajes. La lengua oficial de puentes y caminos daba á esos puntos declives y á esas rejas el expresivo nombre de *rompedizos*.

En 1832, la antigua cloaca gótica aun mostraba cínicamente sus bocas en muchas calles; estas bocas eran enormes aberturas de piedra, que rodeaban guardacantones con impudencia monumental.

Paris, en 1806, casi no tenia mayor número de alcantarillas que el comprobado en Mayo de 1663; cinco mil trescientas veintiocho toesas. Despues de los trabajos de Bruneseau, en 1832 tenia ya cuarenta mil trescientos metros. Desde 1806 hasta 1831 se construyeron anualmente por término medio setecientos cincuenta metros. En los años posteriores ha correspondido á cada uno de ellos de ocho á diez mil metros de galerías. Calculando á doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarilla del Paris actual representan un capital de cincuenta y ocho millones de francos.

Además del progreso económico que al principio hemos indicado, se asocian graves problemas de higiene pública á la inmensa cuestion del albañal de Paris.

Paris está entre dos capas; una de agua y otra de aire. La capa de agua, que se extiende á bastante profundidad, ha sido ya sondeada dos veces y proviene de la capa de asperon verde, situada entre la creta y la calcárea jurásica, que puede representarse por un disco cuyo rádio mida veinticinco leguas. Multitud de rios y de riachuelos se rezuman allí. Bebiendo un vaso de agua del pozo de Grevelle, se bebe el agua del Sena, del Marne, del Jonne, del Oise, del Aisne, del Cher, del Vienne y del Loira. La capa del agua es salutífera; viene primero del cielo y luego de la tierra. La capa de aire es malsana; viene del albañal. Todos los miasmas de la cloaca se mezclan con la respiracion de la ciudad; de aquí proviene su mal aliento. El aire que se respira junto á un estercolero está científicamente probado que es más puro que el aire que se respira en Paris. Andando el tiempo, con la ayuda del progreso, cuando se perfeccione el mecanismo y la luz se difunda, se empleará la capa de agua para purificar la capa de aire; esto es, para lavar la alcantarilla.

Por lavar la alcantarilla entendemos restituir el fango á la tierra, el estiércol al suelo y el abono á los campos. De este hecho solo resultará para toda la comunidad social la disminucion de la miseria y el aumento de la salud. Hoy por hoy, la irradiacion de las enfermedades de Paris se extiende á cincuenta leguas alrededor del Louvre, tomado como centro de ese círculo contagioso.

Puede decirse que desde hace diez siglos la cloaca es la enfermedad de Paris. El albañal es el vicio que la ciudad tiene en su sangre. El instinto popular no se engaña nunca. El oficio de pocero era tan repugnante en otros tiempos para el pueblo, como el de descuartizador, que desempeñaba el verdugo. Necesitaba el albañal el incentivo de una gran paga para decidirse á bajar á los fétidos subterráneos; ponian las escaleras de mala gana, y era dicho corriente entonces *que bajar á la alcantarilla era como entrar en la fosa*. Toda clase de leyendas y de tradiciones cubrian de espanto ese vertedero colosal, esa temible sentina, en la que así aparece la huella de las revoluciones del globo como la de las revoluciones de los hombres, y en la que se encuentran vestigios de todos los cataclismos, desde las conchas diluvianas hasta el harapo de Marat.

# LIBRO TERCERO

## A un tiempo barro y alma.

### I.

#### La cloaca y sus sorpresas.

En la alcantarilla de Paris fué donde Juan Valjean se encontró.

La transicion era inaudita. Estando en medio de la ciudad, salió de ella, y en un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo preciso para levantar una tapa y volverla á dejar caer, pasó de la luz á las tinieblas, del medio dia á la noche, del ruido al silencio, del torbellino de los truenos al estancamiento de la tumba, y por medio de una peripecia más prodigiosa aun que la de la calle de Polonceau, del extremo peligro á la seguridad más absoluta.

Dejó aquella calle, en la que por todas partes veia la muerte, por una especie de sepulcro, donde debia encontrar la vida. Permaneció algunos segundos como aturdido y escuchando estupefacto, al ver abierta de improviso ante sus piés la trampa de salvacion, en la que fué cogido, digámoslo así, por traicion de la bondad celeste. ¡Incomprensibles emboscadas de la Providencia!

Entre tanto el herido no se movia y Juan Valjean ignoraba si estaba vivo ó muerto.

La primera sensacion que experimentó Juan Valjean fué la de cegar. Repentinamente dejó de ver; un minuto despues le pareció que se habia quedado sordo; no oia nada. El estrépito del huracan de matanzas que se desencadenaba á algunos pasos de allí, solo llegaba hasta él apagado y confuso por el espesor de la tierra que le separaba del sitio de aquella escena: lo único que conoció fué que pisaba en terreno sólido: extendió un brazo, luego el otro, y tocó la pared por ambos lados, de lo que infirió que el pasillo era estrecho. Resbaló y dedujo que las baldosas estaban mojadas. Adelantó un pié con precaucion, temiendo encontrar algun agujero, algun sumidero ó algun precipicio, y de este modo se cercioró de que se prolongaba el embaldosado. Una bocanada de aire fétido le hizo comprender el sitio en que se encontraba.

Al cabo de algunos instantes recobró la vista; sus pisadas se habian ya acostumbrado á la escasa luz que entraba por el respiradero de la alcantarilla. Empezó á ver.

El pasillo donde se encontraba le cerraba una pared á sus espaldas. Era uno de esos callejones sin salida que se llaman empalmes. Tenia ante sí una pared; una pared de tinieblas. La claridad del respiradero concluia á diez ó doce pasos de donde él se encontraba y apenas reflejaba su luz pálida á algunos metros de la pared de la alcantarilla. Más allá la opacidad era maciza; parecia imposible penetrar en ella; sin embargo, era preciso meterse en aquella bruma y hasta darse prisa, porque Juan Valjean calculó que la reja que él vió debajo de los adoquines tambien podian verla los soldados. Dependia esto de la casualidad, pero no era imposible que los soldados bajasen á la alcantarilla y la registraran.

No podia perder ni un minuto; recogió á Mario del suelo, se lo echó á cuestas y se puso en marcha, penetrando resueltamente en la oscuridad.

La verdad es que Juan Valjean no estaba tan salvado como se creia. Le esperaban peligros de otro género, y no menores quizá. Habia pasado desde el torbellino fulgurante de la lucha á la caverna de los miasmas y de las emboscadas: del caos á la cloaca. Juan Valjean habia caido desde un círculo del infierno á otro.

Cuando andó unos cincuenta pasos se paró, porque estaba dudando. El pasillo iba á parar á otro ramal, en el que tropezaban transversalmente, y allí se presentaban dos caminos. ¿Elegiria el de la derecha ó el de la izquierda? ¿Cómo orientarse en aquel oscuro laberinto? El hilo de este laberinto, como dijimos antes, es la pendiente; siguiéndola se vá al rio.

Juan Valjean lo comprendió en seguida.

Pensó que sin duda se encontraba en la alcantarilla de los Mercados, y que si se dirigia á la izquierda y seguia la pendiente llegaria antes de un cuarto de hora al Sena, entre el puente de los Cambios y el puente Nuevo; es decir, que apareceria en medio del dia en el punto más concurrido de Paris, tal vez en una encrucijada. Los transeuntes se asustarian al ver salir del suelo á dos hombres ensangrentados; acudirian los municipales y los soldados del cuerpo de guardia inmediato y se apoderarian

de ellos. Prefirió internarse en el laberinto, caminar en la oscuridad á la ventura, y para salir de allí encomendarse á la Providencia.

Subió á la pendiente y se dirigió á la derecha.

Cuando dobló el ángulo de la galería desapareció la lejana claridad del respiradero, la oscuridad se hizo densa ante él y quedó otra vez ciego. Continuó, sin embargo, avanzando. Los dos brazos de Mario rodeaban el cuello de Juan Valjean y los piés le colgaban por detrás. Juan Valjean le sostenia los brazos con una mano y con la otra iba tentando la pared. La mejilla de Mario tocaba á la suya, á la que la sangre la pegaba, sintiendo correr por encima de él y penetrar sus vestidos un arroyo tibio. La sensacion de calor húmedo que Juan Valjean sentia en la oreja próxima á la boca del herido le indicaba que Mario aun respiraba, y por consiguiente que vivia.

El pasillo por donde ahora caminaba Juan Valjean era menos estrecho que el primero, pero andaba penosamente, porque la lluvia del dia anterior no habia desaguado aun y formaba un pequeño torrente en el centro del zampeado, y necesitaba arrimarse á la pared para no meter los piés en el agua. De este modo tenia que andar en las tinieblas.

No obstante, poco á poco, ya porque otros respiraderos lejanos enviasen alguna claridad flotante á aquella opaca bruma, ya porque sus ojos se acostumbrasen á la oscuridad, empezó á entrever confusamente, ora la pared á que iba arrimado, ora la bóveda por debajo de la cual pasaba. Era, sin embargo, difícil dirigir el rumbo.

El trazado de las alcantarillas refleja, digámoslo así, el de las calles superpuestas. Habia en el Paris de aquella época dos mil doscientas calles, y hay que imaginarse debajo de él esa selva de tenebrosas ramas que se denomina el albañal.

Juan Valjean empezó por equivocarse. Creyó estar debajo de la calle de San Dionisio, y desgraciadamente no era así. Hay debajo de esa calle una alcantarilla vieja de piedra del tiempo de Luis XIII, que vá recta al albañal colector, que solo tiene un ángulo á la derecha, á la altura de la antigua Córte de los Milagros, y un solo ramal, que es la alcantarilla de San Martin, cuyos brazos se cortan en cruz. Pero el ramal de la Petite-Truanderie, cuya entrada estaba próxima á Corinto, nunca se ha comunicado con la calle de San Dionisio; vá á parar á la alcantarilla Montmartre, que era donde se habia internado Juan Valjean. Allí era muy fácil extraviarse, porque dicha alcantarilla es una de las más intrincadas de la antigua red. Por fortuna Juan Valjean habia dejado tras sí la alcantarilla del Mercado, pero tenia ante sí más de un encuentro embarazoso y más de una esquina de calle que aparecian en la oscuridad como puntos de interrogacion. Tenia á su izquierda la vasta alcantarilla Platiere, que conduce y embrolla en su caos por debajo de la casa de Correos y de la rotonda de la Alhóndiga, hasta terminar en el Sena. Tenia á su derecha el corredor en línea curva de la calle del Cuadrante, con sus tres dientes, que son otros tantos callejones sin salida. Tenia tambien á su izquierda el ramal del Mail, complicado casi desde la entrada por una especie de parquecillo, y que iba á parar, haciendo eses, á la gran cripta del Louvre, partida y ramificada en todos sentidos, y en fin, tenia tambien á su derecha el pasillo sin salida de la calle de los Ayunadores, sin contar otros pequeños retretes aquí y allá antes de llegar á la alcantarilla del centro, que era la única capaz de conducirle á alguna salida bastante lejana para poderla considerar segura.

Si Juan Valjean hubiera tenido alguna nocion de lo que acabamos de indicar, tocando solo la pared habria conocido en seguida que no estaba en la galería subterránea de la calle de San Dionisio.

No sabiendo nada de todo esto, seguia adelante con ansiedad, pero con calma, á la ventura, entregándose en manos de la Providencia. Gradualmente, cierto horror se apoderaba de él. La sombra que le envolvia penetraba en su espíritu. El acueducto de la cloaca es formidable y se cruzan sus galerías vertiginosamente.

Es lúgubre situacion la de verse sumidos en el Paris de las tinieblas.

Juan Valjean se veia obligado á encontrar y casi á inventar su camino sin verle.

En el subterráneo desconocido cada paso que daba podia ser el último de su vida. Cómo y por dónde salir de allí? Si salia, llegaria á tiempo? ¿Moririan allí, Mario de hemorragia y él de hambre? ¿Acabarian de extraviarse ambos, que-

dando reducidos á esqueletos en aquellos lóbregos sitios? Lo ignoraba. El intestino de Paris es un precipicio.

Estaba, como el profeta, en el vientre de un mónstruo.

De repente tuvo una sorpresa. Cuando menos lo esperaba, y sin dejar de caminar en línea recta, notó que ya no subia; el agua del arroyo le daba en los talones y no en la punta de los piés. La alcantarilla bajaba ahora. ¿Iba, acaso, á llegar de repente al Sena?

Este peligro era grande, pero era mayor el que le resultaria retrocediendo; siguió, pues, avanzando.

No se dirigia hácia el Sena. La alcantarilla que forma el suelo de Paris en la orilla derecha, vacía una de sus vertientes en el Sena y la otra en el albañal grande. La cima de esta albardilla, que determina la division de las aguas, dibuja una línea muy caprichosa. El punto culminante, que es el sitio en que se dividen los desagües, está en la alcantarilla de Saint-Aboye, más allá de la calle de Michel-le-Comte, en la alcantarilla del Louvre, cerca de los boulevares, y en la alcantarilla de Montmartre, cerca de los Mercados.

A este punto culminante habia llegado Juan Valjean. Dirigíase hácia el albañal de circunvalacion y estaba en buen camino, pero él no lo sabia.

Cada vez que encontraba un ramal buscaba á tientas los ángulos, y si la abertura que se ofrecia ante él era menos ancha que el corredor donde se encontraba, seguia sin hacer caso, juzgando, con razon, que las sendas más estrechas le conducirian á callejones sin salida, lo que era alejarle de su principal objeto.

De este modo evitó el cuádruple lazo que le tendian en la oscuridad los cuatro mencionados laberintos.

Poco despues conoció que se separaba del Paris que habia petrificado el motin, en el que las barricadas habian suprimido la circulacion, y comprendió que caminaba por debajo del Paris vivo y normal.

De repente oyó sobre su cabeza como el ruido de un trueno lejano, pero contínuo; era el que producian rodando los carruajes.

Segun sus cálculos, hacia una media hora que caminaba, pero no habia pensado aun en descansar; lo único que hizo fué cambiar la mano que sostenia á Mario. La oscuridad era más profunda que nunca, pero ahora le tranquilizaba.

De pronto vió su propia sombra delante de sí, destacándose sobre un rojo claro que teñia vagamente el zampeado y la bóveda, y que resbalaba á derecha é izquierda, por las dos paredes viscosas del corredor.

Volvióse asombrado.

Detrás de él, en la parte del pasillo que acababa de dejar, á lejana distancia, rayando las tinieblas, resplandecia una especie de astro horrible, que parecia que le miraba.

Era la sombría estrella de la policía, que se levantaba en el albañal.

Detrás de la estrella se movian confusamente ocho ó diez formas negras, rectas, vagas y terribles.

## II.

### Explicacion.

El dia 6 de Junio se mandó dar una batida en las alcantarillas. Temiendo que los vencidos se refugiasen en ellas, el prefecto de policía Gisquet tuvo el encargo de registrar el Paris oculto, mientras el general Bugeaud barria el Paris público; esta doble operacion exigió una doble estrategia de la fuerza pública, representada arriba por el ejército y abajo por la policía. Tres partidas de agentes y de poceros exploraron el alcantarillado de Paris; la primera partida la orilla derecha, la segunda la orilla izquierda y la tercera el centro, ó sea la *Cité*.

Los agentes iban armados con carabinas, cachiporras, con espadas y con puñales.

La luz que en aquel momento reflejaba sobre Juan Valjean, dimanaba de la linterna de la ronda de la orilla derecha, que acababa de visitar la galería curva y los tres callejones sin salida, que están debajo de la calle del Cuadrante.

Mientras la ronda lo registraba, Juan Valjean tropezó con la entrada de la galería, y viendo que era más estrecha que el pasillo principal, no entró en ella, sino que pasó adelante. La policía, al salir de la galería del Cuadrante, creyó oir ruido de pisadas en la direccion del albañal de circunvalacion. Eran las de Juan Valjean. El sargento que mandaba la ronda levantó la linterna y todos los individuos se pusieron á mirar entre la bruma, hácia la parte de donde procedia el ruido.

Juan Valjean pasó momentos de indecible angustia.

Por fortuna, aunque él veia la linterna, la policía no le veia á él. La linterna era la luz y él la sombra, y quedaba oculto en el fondo oscuro del subterráneo. Arrimóse á la pared y se paró.

Además, Juan Valjean no tenia cabal idea de qué era lo que se movia á sus espaldas. El insomnio, la falta de alimento y las emociones, le habian hecho pasar al estado de visionario. Veia un resplandor y junto al resplandor larvas. No comprendia lo que significaba aquello.

Cuando se paró Juan Valjean cesó el ruido.

Los hombres de la ronda escuchaban y no oian. Se reunieron y celebraron consejo. La ronda se agrupó en una especie de encrucijada que formaba entonces en aquel punto la alcantarilla de Montmartre, y que hoy ya no existe.

El resultado de la conferencia que tuvieron los agentes de policía fué decidir que se equivocaron, que no habia allí nadie, que era inútil internarse en el albañal del centro, que eso seria perder tiempo, y que convendria darse prisa á ir hácia Saint-Merry, por si habia que rastrear por aquella parte á algun republicano.

El sargento dió la órden de torcer á la izquierda y de dirigirse á la vertiente del Sena: si les hubiese ocurrido dividirse en dos partidas, marchando cada una en sentido opuesto, hubiera caido en sus manos Juan Valjean. Es probable que las instrucciones de la Prefectura, previendo el caso de un combate y suponiendo á los insurrectos en gran número, prohibiesen á la ronda que se fraccionase.

Los sabuesos se volvieron á poner en marcha, dejando tras sí á Juan Valjean. De todo ese movimiento, éste no percibió más que el eclipse de la linterna, que se ocultó de repente.

Antes de irse el sargento, para tranquilidad de su conciencia descargó la carabina en la direccion del sitio que ocupaba Juan Valjean. La detonacion sonó ronca de eco en eco por la cripta. Un pedazo de yeso que cayó en el arroyo é hizo saltar el agua á pocos pasos de Juan Valjean, le advirtió que la bala habia dado en la bóveda encima de su cabeza.

Ruido de pasos lentos y á compás resonó durante algunos instantes en el zampeado, desvaneciéndose á medida que se alejaban; el grupo de formas negras se perdió en la oscuridad; la luz osciló, bosquejando en la bóveda un arco rojizo que decreció y desapareció en seguida.

El silencio volvió á ser profundo, la oscuridad completa, las tinieblas quedaron otra vez ciegas y sordas, y Juan Valjean, no atreviéndose á moverse, permaneció algun tiempo respaldado contra la pared, con los oidos atentos, con las pupilas dilatadas, mirando cómo se desvanecia aquella patrulla de fantasmas.

## III.

### El hombre acechando.

Preciso es hacer justicia á la policía de aquel tiempo, diciendo que hasta en las circunstancias públicas más graves cumplia impasiblemente su deber de inspeccion y de vigilancia.

Los motines no le servian de pretexto para aflojar la rienda á los malhechores y descuidar á la sociedad porque el gobierno estuviera en peligro. El servicio ordinario se prestaba correctamente, á pesar del trabajo extraordinario, y sin resentirse por eso en medio del complicado suceso político, y bajo la presion de la insurreccion la policía continuaba siguiendo la pista á los ladrones.

Esto era lo que sucedia la tarde del 6 de Junio en las orillas del Sena, en el ribazo de la derecha, un poco más allá del puente de los Inválidos.

Hoy no existe semejante ribazo. El aspecto de aquellos sitios está muy cambiado.

En el ribazo, dos hombres, separados uno de otro á poca distancia, parecia que se observaban y que se evitaban mútuamente.

A medida que el que iba delante procuraba alejarse, parecia que el que iba detrás ponia empeño en vigilarle de más cerca.

Era aquello como una partida de ajedrez, jugada desde lejos y silenciosamente. No se hostigaban; los dos caminaban despacio, como si temiese cada uno de ellos que, apresurándose, su compañero avivase el paso. El que procuraba eclipsarse tenia mala traza y figura raquítica; el que queria echarle el guante era de alta estatura y de aspecto rudo. El primero, como más débil, evitaba encontrarse con el segundo, pero al mismo tiempo estaba furioso; sus miradas deno-

taban la sombría hostilidad de la fuga y la amenaza del miedo.

El ribazo estaba desierto; nadie pasaba por allí. Solo se podia ver bien á aquellos hombres desde el muelle de enfrente, y desde allí el que iba delante hubiera parecido un sér erizado, haraposo é inquieto, tiritando bajo una blusa remendada, y el otro un personaje clásico y oficial, con la levita de autoridad abrochada hasta la barba.

El lector los reconoceria si los viera más de cerca.

Qué se proponia el último? Probablemente suministrar al primero ropa de más abrigo en alguna cárcel del Estado. Si le permitia ir delante y no se apoderaba de él, era indudablemente porque esperaba que se dirigiese á alguna cita importante ó á algun grupo que fuese para él una buena presa.

Lo que hace verosímil esta conjetura es que el hombre de la levita abrochada divisó desde el ribazo un coche de alquiler que iba vacío é indicó algo al cochero.

Éste lo comprendió, y conociendo quién era el hombre de la levita, cambió de direccion y se dedicó á seguir poco á poco, desde lo alto del muelle, á aquellos dos hombres.

De esto no se enteró el personaje de mala traza que iba delante.

El coche iba junto á los árboles de los Campos Elíseos, y por encima del parapeto se veia pasar el busto del cochero con el látigo en la mano.

Maniobrando cada cual por su parte con hábil estrategia, se acercaban aquellos dos indivíduos á una pendiente del muelle que descendia hasta el ribazo y permitia á los cocheros, al volver de Paris, bajar al rio los caballos para que bebiesen.

Esta pendiente se suprimió despues por exigirlo así la simetría.

Era de suponer que el hombre de la blusa subiria por esta pendiente con la idea de evadirse en los Campos Elíseos, sitio muy lleno de árboles, pero en cambio muy frecuentado por los agentes de policía.

Con gran sorpresa del que le observaba, el hombre de la blusa no se fué por allí, sino que continuó avanzando por el ribazo á lo largo del muelle. Se iba colocando en posicion muy crítica.

¿Cómo salir de allí sino arrojándose al Sena? Para volver á subir al muelle no tenia allí pendiente ni escalera, y ambos indivíduos estaban en el sitio en que marca el ángulo del rio el puente de Jena, en el que el ribazo, cada vez más estrecho, acaba en lengua delgada y se pierde bajo el agua. Al llegar allí iba á verse bloqueado por el muro perpendicular á la derecha, por el rio á la izquierda y enfrente y por la autoridad por detrás.

La terminacion del ribazo estaba oculta á la vista por un monton de escombros de seis ó siete piés de altura, producto de alguna demolicion. Pero, ¿esperaba acaso aquel hombre poderse ocultar en un sitio donde pudiera ser descubierto con tanta facilidad? Ese recurso hubiera sido pueril y los ladrones no son inocentes. La aglomeracion de aquellos escombros formaba á la orilla del agua una eminencia, que se extendia como un promontorio hasta la muralla del muelle. El hombre perseguido llegó á aquella eminencia y la dobló; entonces el que le perseguia cesó de verle. Éste, aprovechando el momento en que ni veia ni le veian, empezó á caminar con rapidez; pronto llegó á los escombros, dió la vuelta al monton y en seguida se detuvo asombrado. El hombre á quien perseguia no estaba allí.

El ribazo apenas tendria, desde el monton de los escombros, unos treinta pasos de longitud; luego se sumergia en el agua, que se estrellaba contra la pared del muelle: el fugitivo no podia escalarle, ni arrojarse al Sena, sin que le viera su perseguidor. ¿Dónde estaba, pues?

El hombre de la levita abrochada caminó hasta la punta del ribazo y permaneció allí un instante pensativo, con los puños convulsos y registrándolo todo con la vista. De pronto se dió un golpe en la frente, porque acababa de divisar en el punto donde concluia la tierra y empezaba el agua una reja de hierro gruesa y baja, con enorme cerradura y con tres goznes macizos. Aquella reja, especie de puerta de la parte interior del muelle, daba al rio y al ribazo. Por debajo de ella pasaba un arroyo negruzco que iba á desaguar en el Sena. Al otro lado de los pesados y mohosos barrotes se distinguia una especie de corredor abovedado y oscuro.

El hombre de la levita se cruzó de brazos y miró la reja con el aire de una persona que se echa algo en cara. La empujó y la sacudió, pero la reja se le resistió tenázmente. Probablemente acabaria de abrirla, aunque no hizo ruido alguno, cosa rara siendo una reja tan

llena de herrumbre; si esto fué así, era indudable que la habian vuelto á cerrar, y esto probaba que habia sido abierta, no con una ganzúa, sino con una llave.

Esta evidencia se presentó en seguida al espíritu del hombre que trataba de forzar la reja, pues le arrancó este indignado epifonema:

—Esto es demasiado! ¡Tener una llave del gobierno!

Despues se calmó inmediatamente y expresó todo un mundo interior de ideas lanzando la siguiente palabra, repetida irónicamente:

—Calla! Calla! Calla! Calla!

Dicho esto, esperando no sabemos si ver salir al de la blusa ó entrar á otros, se puso á acechar detrás del monton de escombros, con la paciente rabia del perro que está de muestra.

El carruaje de alquiler, que seguia todas sus evoluciones, se paró junto al parapeto. Los pocos transeuntes que atravesaban el puente de Jena volvian la cabeza antes de alejarse para contemplar un instante aquellos dos detalles inmóviles del paisaje: el hombre en el ribazo y el coche en el muelle.

## IV.

### Tambien lleva su cruz.

Juan Valjean emprendió de nuevo su marcha y ya no volvió á detenerse; cada vez ésta era más embarazosa. El nivel de aquellas bóvedas es vario; su elevacion media es de unos cinco piés y seis pulgadas; no está calculada para la estatura del hombre: así es que Juan Valjean se veia obligado á doblarse con frecuencia por miedo de que Mario se pegase en la bóveda. Contínuamente se bajaba, luego se volvia á levantar y tenia que ir tentando la pared. La humedad de las piedras y la viscosidad del zampeado eran malos sitios de apoyo para las manos y para los piés. Tropezaba en el repugnante estercolero de la ciudad. Los reflejos intermitentes de las cerceras solo se le aparecian á larguísimos intervalos y con débil claridad; lejos de ellos se encontraba en una semioscuridad. Juan Valjean tenia hambre y sed, sobre todo sed, y allí, como en el mar, habia abundancia de agua, pero no era potable. Su fuerza prodigiosa, que la edad habia debilitado muy poco, gracias á haber llevado una vida casta y sóbria, empezaba á abandonarle. Estaba fatigado, y á medida que perdia el vigor le pesaba más la carga. Mario le pesaba como pesan los cuerpos inertes. Juan Valjean lo sostenia dejándole el pecho holgado, para que respirase lo mejor posible. Sentia que los ratones se deslizaban rápidamente por entre sus piernas. Uno de ellos se asustó, hasta el punto de querer morderle. De vez en cuando llegaban hasta allí ráfagas de aire fresco, procedentes de las bocas del alcantarillado, que le reanimaban.

Serian las tres de la tarde cuando entró en el albañal de circunvalacion, y quedó sorprendido de aquel repentino ensanche. De pronto se encontró en una galería cuyas dos paredes no podia tocar con los brazos extendidos y cuya bóveda era mucho más alta que él. En efecto, el gran albañal tiene ocho piés de anchura y siete de elevacion. En el punto que la alcantarilla Montmartre se une con el gran albañal, forman allí una encrucijada otras dos galerías subterráneas, la de la calle de Provenza y la del Matadero. Ante las cuatro vías, otro menos sagaz que Juan Valjean hubiera titubeado, pero éste eligió la más ancha, es decir, la alcantarilla de circunvalacion. Todavía le quedaba la duda entre subir ó bajar.

Calculó que su situacion era apurada y que necesitaba á todo trance llegar hasta el rio, ó, lo que era lo mismo, bajar. Torció, pues, á la izquierda.

Esta fué su suerte, porque se equivoca el que cree que la alcantarilla de circunvalacion tiene dos salidas. El gran albañal es el antiguo arroyo Menilmontant, y vá á parar, subiendo por un callejon sin salida, que fué su antiguo punto de partida, al pié del cerrillo del mismo nombre.

No se comunica directamente con el ramal que recoge las aguas de Paris en el barrio de Popincourt, y que desemboca en el Sena por la alcantarilla Amelot. Este ramal, que completa el albañal colector, está separado de él, bajo la misma calle de Menilmontant, por un macizo que indica el punto de division de las aguas rio abajo y rio arriba. Si Juan Valjean se hubiera decidido á subir, despues de mil esfuerzos y aniquilado de fatiga, hubiera dado contra una pared y estaba perdido sin remedio. Su instinto le guió perfectamente: bajando encontraba su única salvacion posible.

Dejó á la derecha los dos pasillos que se ramifican en figura de grifo por debajo de la calle de Laffitte y la de San

Jorge y el largo corredor bifurcado de la calzada de Antin.

Se paró un poco más allá de una afluente, que era al parecer el ramal de la Magdalena. Estaba rendido de cansancio. Allí recibió una luz bastante clara por un ancho respiradero.

Juan Valjean, con el cuidado que emplearia un hermano con su hermano herido, colocó á Mario en la banqueta de la alcantarilla. El rostro ensangrentado del jóven, iluminado por la luz pálida del respiradero, apareció cadavérico.

Tenia los ojos cerrados, los cabellos pegados á las sienes, como pinceles secos con color rojo; las manos caidas y muertas, los miembros frios, la sangre coagulada en los hoyos de la boca. Un cuajo de sangre se le habia formado en el lazo de la corbata; la camisa se le introducia en las heridas y el paño del traje le rozaba en la carne viva. Juan Valjean, separándole la ropa de la carne, le puso la mano en el pecho y notó que le latia el corazon.

Le rasgó la camisa, le vendó las heridas lo mejor que pudo y le restañó la sangre que corria; despues, inclinándose sobre Mario, que continuaba sin conomiento y casi sin respiracion, le contempló á la dudosa claridad de la cercera con indecible ódio.

Al desabrochar el traje de Mario encontró en sus bolsillos dos objetos: el pan que puso en ellos el dia anterior y una cartera. Se comió el pan y abrió la cartera: en la primera página leyó las líneas que Mario habia escrito, como recordarán nuestros lectores:

"Me llamo Mario Pontmercy: llévese mi cadáver á casa de mi abuelo el señor Gillenormand, que vive calle de las Hijas del Calvario, número 6, en el Marais.„

Despues de leer lo anterior, Juan Valjean permaneció un momento ensimismado y repitiéndose en voz baja:—"Calle de las Hijas del Calvario, núm. 6, señor Gillenormand„. En seguida dejó la cartera en el bolsillo de Mario. Comió y se sintió reanimado. Se echó otra vez á cuestas al jóven y continuó bajando por la alcantarilla.

El gran albañal tiene cerca de dos leguas, y está embaldosado en gran parte de su trayecto.

Juan Valjean no poseia la antorcha con la que enseñamos al lector la marcha subterránea por bajo de las calles de Paris. No sabia ni la zona de la ciudad que atravesaba, ni la distancia que habia recorrido. Unicamente por la palidez creciente de los rayos de luz que llegaban hasta allí comprendia que el sol se retiraba del empedrado y que el dia estaba próximo á declinar. Además, como el ruido de los carruajes fué siendo cada vez menos perceptible, hasta que luego casi cesó, dedujo que no estaba ya debajo del Paris central y que se acercaba á alguna region solitaria, inmediata á los boulevares exteriores ó á los últimos muelles.

Donde hay menos casas y menos calles el albañal tiene menos respiraderos. Se condensaba la oscuridad alrededor de Juan Valjean; pero á pesar de eso, siguió avanzando á tientas en la sombra.

La sombra adquirió bruscamente aspecto terrible.

## V.

### Los fontis.

Juan Valjean conoció que llegaba al agua y que ya no tenia debajo de los piés baldosas, sino cieno.

Hay veces que en ciertas costas de Bretaña y Escocia, el viajero ó el pescador que camina con la marea baja por el arenal, á bastante distancia de la orilla, se apercibe de improviso que hace tiempo que anda penosamente. La playa está bajo sus piés como resinosa; péganse á ella las suelas de los zapatos; no parece que tenga arena, sino liga. La arena no presenta señal alguna de humedad, y sin embargo, en cuanto se alza un pié para dar un paso, el hueco que deja se llena de agua, pero la vista no ha advertido ningun cambio. La inmensa playa está tranquila y la arena conserva el mismo aspecto; no distingue el suelo sólido del no sólido; la alegre nubecilla de los pulgones de mar contínua saltando tumultuosamente ante los piés del caminante. El hombre sigue su marcha siempre hácia delante, pisando con fuerza y procurando acercarse á la costa sin ninguna inquietud. Solo siente que la pesadez de sus piés se aumenta á cada paso que dá; de repente se hunde dos ó tres pulgadas. Comprende que no vá por buen camino. Se pára para orientarse. Se mira los piés y vé que han desaparecido bajo la arena. Los saca y quiere retroceder y se hunde más. La arena le llega al tobillo. Hace un esfuerzo, se arranca de allí y se dirige hácia la izquierda: la arena le llega hasta media pierna. Hace otro esfuerzo hácia la derecha

y la arena le llega hasta las corvas. Entonces conoce con indecible terror que se ha metido en un arenal movedizo. Si lleva alguna carga la arroja, como el buque acosado por la tormenta; pero ya es tarde.

Llama, agita el sombrero ó el pañuelo; pero la arena se apodera de él más y más.

Si el arenal está desierto, si la tierra está muy distante, si el banco de arena ha ahuyentado á los transeuntes, queda sepultado en vida. Se vé condenado á un espantoso hundimiento, implacable é infalible, imposible de retardar ni de apresurar; que le coge de pié, libre, en completa salud y que tira de él hácia abajo; que á cada esfuerzo, á cada grito, le atrae á sí un poco más, introduciéndole lentamente en la tierra.

Este enarenamiento es el sepulcro que se convierte en marea y que sube hácia un sér vivo desde el fondo de la tierra. Cada minuto que pasa es un enterrador inexorable. El infeliz trata de sentarse, de acostarse, de arrastrarse, y estos varios movimientos le ayudan á enterrarse más. Grita, implora, se tuerce los brazos y se desespera. La arena le llega ya al vientre, la arena le llega ya al pecho; solo se le vé el busto. Eleva las manos al cielo, lanza gemidos furiosos, se apoya de codos en el suelo, y la arena sigue subiendo. La arena le llega ya á los hombros, la arena le llega al cuello; solo se le vé la cabeza. La boca se le abre para gritar y se le llena de arena; sus ojos miran y la arena los ciega. Despues la frente vá decreciendo; un resto de los cabellos se extremece sobre la arena; sale una mano, escarba la superficie del suelo y desaparece. Luego se verifica el siniestro eclipse del hombre.

A veces sucede que se hunde el ginete con el caballo, ó el carretero con la carreta.

Eso es el naufragio fuera del agua; eso es la tierra ahogando al hombre. La tierra, compenetrada por el Océano, se convierte en lago engañoso. Ofrece á la vista una llanura y se abre como las olas.

Esta es una de las traiciones del abismo.

La fúnebre aventura á que nos referimos, que es siempre posible en tal ó cual playa de mar, lo era tambien, hace treinta años, en el alcantarillado de Paris.

Antes de los importantes trabajos que comenzaron en 1833, el muladar subterráneo de Paris estaba sujeto á hundimientos repentinos.

Se infiltraba el agua en ciertos terrenos subyacentes y muy desmenuzables; el zampeado, ya fuese de baldosas como en las alcantarillas antiguas, ó de cal hidráulica ó de hormigon como en las galerías modernas, careciendo ya de punto de apoyo cedia, y en pisos de esta clase, ceder es rajarse, es hundirse.

Entonces el zampeado desaparecia en cierta extension. La grieta que se formaba, que era la boca de un abismo de cieno, tenia, en el lenguaje técnico, el nombre de *fontis*. Qué era un *fontis?* La arena movediza de las orillas del mar, que se encuentra de repente debajo de la tierra; el arenal del monte de San Miguel en una alcantarilla.

El terreno humedecido está como en fusion; todas las moléculas se encuentran suspendidas en un medio blando, que ni es tierra ni es agua. La profundidad suele ser muy grande y nada hay tan terrible como semejante encuentro.

Si en ella el agua domina, la muerte es rápida; se verifica por inmersion: si la tierra domina, la muerte es lenta y se verifica por hundimiento.

Es horrorosa una muerte de esta clase. Si es espantoso desaparecer en la arena del mar, ¿qué será desaparecer en la cloaca? En vez de desaparecer al aire libre y con la claridad del dia; en vez de ver sonreir la esperanza bajo todas las formas, contando con el socorro posible de los transeuntes probables hasta el postrer momento; en vez de todo esto, desaparecer en el silencio y en la oscuridad de una bóveda negra, que es ya una fosa abierta; recibir la muerte en el fango, bajo de una tapadera, ó sentirse asfixiados por la inmundicia y la fetidez en el légamo en vez de la arena, por el hidrógeno sulfurado en vez del huracan, y espirar en la basura en vez de espirar en el Océano.

No es posible imaginarse muerte más horrorosa.

La muerte compensa alguna vez su atrocidad con cierta dignidad terrible. Puede haber cierta grandeza en el que muere en la hoguera y en el naufragio; puede conservarse actitud sublime en medio de las llamas como en medio de las olas.

El que se abisma de esta manera se transfigura: el que se abisma de aquella, no. La muerte en el cieno es sucia y humilla al espirar. Las supremas visiones flotantes son abyectas. El lodo es sinónimo de vergüenza. Morir dentro de un tonel de malvasía, como Clarence, no es agradable; pero morir en la fosa del po-

cero, como Escombleau, es horrible. Agonizar en el cieno es asqueroso.

Tiene bastantes motivos el que agoniza así para figurarse que está en el infierno, y fango de sobra para creerse en un lodazal; y el moribundo no sabe si vá á volverse espectro ó si vá á convertirse en sapo.

En todas partes el sepulcro es siniestro, pero aquí es deforme.

Lo profundo de los hundimientos variaba, como tambien su longitud y su densidad, segun era mala ó peor la calidad del terreno. Unas veces éstos tenian tres ó cuatro piés de profundidad; otras veces ocho ó diez, y algunas no se encontraba el fondo. Unas veces el fango era casi sólido y otras casi líquido. El fango sostenia más ó menos, segun era más ó menos denso. El niño se salvaba donde el hombre se perdia.

La primera ley de salvacion es despojarse de toda clase de carga. El pocero que sentia ceder el suelo bajo sus piés, arrojaba el saco con las herramientas del oficio, ó la banasta ó el cubo.

Los *fontis* provenian de diferentes causas: de friabilidad del suelo, de algun derrumbamiento á una profundidad fuera del alcance del hombre, de los violentos chaparrones del verano, de la oleada incesante del invierno y de las lluvias menudas y contínuas.

El peso de las casas vecinas en un terreno morboso ó arenoso hacia ladear las bóvedas de las galerías subterráneas, ó hacia estallar el zampeado, que se abria con tan terrible empuje.

De este modo se verificó el aplanamiento del Panteon, que destruyó el siglo pasado parte de las cuevas de la montaña de Santa Genoveva.

Cuando se hundia una alcantarilla bajo la presion de las casas, el desórden se manifestaba en ciertas ocasiones arriba en la calle por una especie de grietas, como dientes de sierra entre los adoquines; grietas que formaban una línea que serpenteaba en toda la longitud de la bóveda hundida, y entonces, como el daño era visible, el remedio se aplicaba con facilidad. Pero acontecia con frecuencia que el destrozo interior no lo revelaba ninguna hendidura exterior; entonces los pobres poceros, si no entraban con gran precaucion en la alcantarilla, estaban muy expuestos á desaparecer. Los antiguos registros mencionan algunos eclipses de esta clase y hasta citan los nombres de las víctimas.

Una cosa análoga le sucedió al jóven y elegante vizconde de Escombleau, que antes citamos, que fué uno de los héroes del sitio de Lérida, á la que se dió el asalto con medias de seda y llevando al frente una banda de violines. Escombleau fué sorprendido una noche en casa de su prima la duquesa de Sourdis y se ahogó en un hundimiento del albañal de Beautreillis, donde se refugió huyendo de su esposo. Dicha señora, cuando le refirieron esta muerte, pidió un pomo de sales para aspirarlo y se olvidó de llorar. No hay amor que resista al aliento fétido de la cloaca. Hero se niega á lavar el cadáver de Leandro. Tisbe se tapa la nariz delante de Piramo, exclamando: —Puf!

## VI.

### El cenagal.

Juan Valjean se encontraba ante uno de esos *fontis* de que acabamos de ocuparnos.

Esta clase de derrumbamientos eran frecuentes entonces en el subsuelo de los Campos Elíseos, que se sometia con dificultad á los trabajos hidráulicos, y conservaba muy poco tiempo las construcciones subterráneas, por excesiva fluidez del suelo. Esta fluidez deja atrás la inconsistencia de las arenas del barrio de San Jorge y las capas gredosas que infecta el gas del barrio de los Mártires, tan líquidas, que no ha podido practicarse el paso por debajo de la galería de los Mártires más que mediante un tubo de hierro colado.

Cuando en 1836 se demolió en el barrio de San Honorato, para volverla á construir, la antigua alcantarilla de piedra donde está ahora Juan Valjean, la arena movediza que constituye el subsuelo desde los Campos Elíseos hasta el Sena ofreció tales obstáculos, que las obras duraron seis meses; las obras, además de difíciles, fueron peligrosas; durante ellas hubo cuatro meses y medio de lluvia y el Sena experimentó tres crecidas.

El hundimiento con que tropezó Juan Valjean provenia del chaparron del dia anterior. El empedrado, mal sostenido por la arena subyacente, se habia rebajado, dando lugar á que se estancase allí el agua. Luego vino la filtracion y despues el derrumbamiento. El zampeado, arrancado de su sitio, se sumergió en el cieno. Imposible era saber hasta qué extension. En aquel punto la oscu-

ridad era más espesa que en las demás partes. Era aquel sitio un agujero de lodo en una caverna de noche.

Juan Valjean sintió que el embaldosado se hundia bajo sus piés y que empezaba á pisar fango. Agua en la superficie, légamo en el fondo; pero era preciso pasar: retroceder le era imposible de todo punto. Mario estaba espirante y él extenuado. Por otra parte, ¿adónde habia de ir?

Juan Valjean siguió adelante: el hoyo al principio le pareció poco profundo; pero á medida que avanzaba se iban sumergiendo sus piés y el cieno le llegó al tobillo y el agua á la rodilla. Continuó, sin embargo, y con los brazos levantados sostuvo á Mario sobre el agua. El cieno le llegaba ya á las corvas y el agua á la cintura; ya le era imposible retroceder. Hundíase más cada vez y aquel fango, que era demasiado denso para el peso de un hombre, no podia sostener dos. Mucho trabajo hubiera costado á Mario y á Juan Valjean salir de allí á cada uno de ellos aisladamente. Juan Valjean continuaba avanzando, llevando á cuestas á aquel moribundo, que quizá ya fuese cadáver. El agua le llegaba á los sobacos. Conocia que iba á zozobrar y apenas podia moverse en el hoyo de cieno. La densidad de éste, que le servia de sosten, le servia tambien de obstáculo. Sostenia siempre á Mario sobre el agua y con esfuerzos inauditos seguia adelante, pero sumergiéndose, hasta no quedarle ya visible más que la cabeza y los brazos, que sostenian al jóven. En los antiguos cuadros que representan el diluvio hay una madre que lleva así á su hijo.

Juan Valjean, para poder respirar, echaba hácia atrás la cara; parecia una máscara flotando en la oscuridad. Sobresalia vagamente por encima de él la cabeza colgante y el rostro lívido de Mario. Hizo un esfuerzo desesperado y lanzó el pié adelante. El pié tropezó con un punto sólido, con un punto de apoyo. Ya era tiempo. Afirmóse con fúria en aquel punto, que le causó el efecto del primer peldaño de una escalera para subir otra vez á la vida.

Era el principio del zampeado, que cedió sin romperse, encorvándose debajo del agua como una tabla y en una sola pieza.

Los embaldosados bien construidos forman bóveda y presentan esa clase de firmeza. El fragmento de zampeado, en parte estaba sumergido, pero era sólido; era una verdadera pendiente, y en ella se habia salvado Juan Valjean, que subió por aquel plano inclinado, y se vió muy pronto á la otra parte del cenagal.

Al salir del agua tropezó con una piedra y cayó de rodillas. En esa posicion permaneció algun tiempo, abismado en no sé qué meditaciones. Luego se levantó, frio, tiritando, infecto, doblándose bajo el peso del moribundo que llevaba consigo, lleno de cieno y con el alma inundada de extraña claridad.

## VII.

### Naufragio á la vista del puerto.

Juan Valjean continuaba caminando, y aunque no perdió la vida en el cenagal, parecia haber perdido la fuerza. Se la agotó el supremo esfuerzo; era tal su aniquilamiento, que á cada tres ó cuatro pasos que daba tenia que pararse para cobrar aliento y para apoyarse en la pared. Necesitó sentarse en la banqueta para cambiar á Mario de posicion, y creia no poder volverse á levantar. Pero aunque el vigor habia muerto en él, le quedaba la energía, y se levantó.

Caminó desesperadamente, casi de prisa; de repente tropezó en la pared. Llegó á un ángulo de la alcantarilla con la cabeza baja, y esto le produjo el choque. Levantó los ojos, y en la extremidad del subterráneo, delante de él, pero muy lejos, divisó claridad. Esta vez no era claridad terrible, sino claridad blanca; era la luz del dia.

Veia ya la salida Juan Valjean. El alma condenada que en medio de las llamas viese de repente la salida del infierno, experimentaria lo que él experimentó, y volaria con las alas quemadas hácia la puerta radiante. Juan Valjean no sentia ya la fatiga ni el peso de Mario; recobró sus piernas de acero y corria más que caminaba. A medida que iba adelantando distinguia mejor la salida. Era ésta un arco cimbrado, menos alto que la bóveda, la cual por grados iba decreciendo, y menos ancho que la galería, la cual iba estrechándose. El túnel concluia en forma de embudo.

Juan Valjean llegó á la salida y allí se paró.

Era, en efecto, la salida, pero él no podia salir.

El arco estaba cerrado con una fuerte reja, y la reja, que sin duda giraba pocas veces sus oxidados goznes, la sujetaba

al dintel de piedra una gruesa cerradura, llena de herrumbre. Se veia el agujero de la llave y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro.

La cerradura era de dos vueltas, de la forma que tenian las de las Bastillas del antiguo Paris.

Al otro lado de la reja se veian el aire libre, el rio, el dia, el ribazo muy estrecho, pero suficiente para fugarse; los muelles lejanos, Paris, ese abismo donde es tan fácil esconderse, el vasto horizonte y la libertad. A la derecha, rio abajo, se divisaba el puente de Jena, y á la izquierda, rio arriba, el puente de los Inválidos.

El sitio era á propósito para esperar la noche y evadirse.

Serian las ocho y media de la tarde. El dia iba á desaparecer.

Juan Valjean colocó á Mario junto á la pared, en la parte seca del embaldosado; despues se dirigió á la reja y cogió los barrotes con sus dos manos crispadas. Los sacudió frenéticamente, pero no se conmovieron. Juan Valjean los fué probando uno despues de otro, por ver si podia arrancar el menos sólido y convertirlo en palanca para levantar la puerta ó para romper la cerradura, pero no cedió ningun barrote. El obstáculo era invencible. No pudo abrir la reja.

No sabia qué partido tomar; para retroceder y desandar el horrible camino ya recorrido, no se encontraba ya con fuerzas. Además, ¿cómo habia de atravesar otra vez el lodazal, del que por milagro escapó con vida? Y aun suponiendo que lo atravesase, ¿no caeria en poder de la ronda de policía, que estaba acechando á la otra parte del cenagal? Si seguia la pendiente no alcanzaria tampoco la salvacion, porque aunque encontrase otra salida, ¿no estaria cerrada con reja ó de otro modo? Indudablemente todas las salidas del alcantarillado estaban cerradas como aquella. La casualidad hizo que encontrara abierta la reja por donde entró, pero eso fué una pura casualidad. Solo consiguió, pues, evitar el peligro de muerte para caer en una prision.

Cuanto habia hecho Juan Valjean era inútil; no tenia más remedio que morir allí.

Dió las espaldas á la reja y se dejó caer en tierra, al lado de Mario, que continuaba inmóvil, y hundió la cabeza entre las rodillas. Se quedó aniquilado y abatido. ¿Qué pensaba en aquellos tristísimos momentos?

Ni en sí mismo ni en Mario: pensaba en Cosette.

## VIII.

### El pedazo de levita arrancado.

De su doloroso ensimismamiento le sacó una mano que se apoyó en su hombro y una voz que le dijo:

—Parte para dos.

¿Quién era el que le hablaba en aquel sitio? Nada se parece tanto al sueño como la desesperacion, y Juan Valjean creyó que soñaba. No habia oido ruido de pasos, pero, sin embargo, levantó los ojos y vió un hombre delante de él.

Dicho hombre vestia blusa é iba descalzo; llevaba en la mano los zapatos, que sin duda se los habia quitado para poder llegar hasta Juan Valjean sin que éste le oyera.

A pesar del estado en que se encontraba, Juan Valjean le conoció en seguida: era Thenardier.

Aunque despertó con sobresalto, digámoslo así, estaba acostumbrado á vivir alerta, y tan preparado para los golpes del destino, que al instante recobró toda su presencia de espíritu. Su situacion, además, no podia empeorar, que hay angustias que no tienen aumento posible, y ni el mismo Thenardier podia añadir lobreguez á su tenebrosa noche.

Hubo un intervalo de silencio.

Thenardier, levantando la mano derecha á la altura de la frente en forma de pantalla, encogió las cejas y guiñó los ojos, cuyo gesto acompañó con un ligero fruncimiento de boca, marcando de este modo la atencion sagaz del hombre que quiere conocer á otro. Pero no lo consiguió. Como dijimos antes, Juan Valjean estaba de espaldas á la claridad, y además tan desfigurado, tan lleno de fango y de sangre, que nadie le hubiera conocido, ni aun á la luz del sol. A Thenardier, por el contrario, le heria en la fisonomía la luz pálida de la reja, y la desigualdad de sus posiciones daba alguna ventaja á Juan Valjean en el misterioso duelo que iba á empeñarse: éste notó inmediatamente que Thenardier no le conocia.

Se contemplaron un momento en aquella semioscuridad como si trataran de medirse.

Thenardier rompió el silencio de este modo:

—Cómo piensas salir de aquí?

Juan Valjean no dió respuesta. Thenardier continuó:

—No podrás forzar la reja, y sin embargo, tienes que salir.

—Es cierto, contestó Juan Valjean.

—Pues bien, parte para dos.

—Qué quieres decir?

—Has matado á ese hombre, pero yo tengo la llave de la reja.

Thenardier señalaba con el dedo á Mario.

—No te conozco, prosiguió, pero quiero ayudarte, porque debes ser un compinche.

Juan Valjean empezó á comprender. El antiguo posadero le tomaba por un asesino.

—Supongo que no habrás matado á este hombre para no registrarle los bolsillos. Dame la mitad; te abriré la puerta y te proporcionaré que te deshagas del muerto.

Entonces, medio sacando una enorme llave por debajo de su agujereada blusa, añadió:

—Mira cómo es la llave que abre la reja.

Juan Valjean se quedó atónito, no atreviéndose á creer en la realidad de lo que veia. Se le aparecia una Providencia horrible; el ángel bueno surgia ante él bajo la figura de Thenardier.

Éste metió la mano en un ancho bolsillo que tenia bajo la blusa, sacó una cuerda y se la largó á Juan Valjean.

—Toma esto además, le dijo.

—Para qué?

—Tambien necesitarás una piedra, pero fuera la encontrarás. Cerca de la reja las hay de sobra.

—Para qué necesito esa piedra?

—Imbécil! si arrojas el cadáver al rio y no le atas una piedra al pescuezo, flotará sobre el agua.

Juan Valjean tomó maquinalmente la cuerda; en su caso cualquiera hubiera hecho lo mismo.

Thenardier hizo castañetear sus dedos, como si le asaltase una idea repentina, y exclamó:

—¿Cómo has podido desembarazarte del cenagal? Yo no me he atrevido á entrar en él. Puf! qué mal hueles!

Despues de una breve pausa añadió:

—Te dirijo pregunta tras pregunta y haces bien en no contestarme. Es un ensayo para cuando comparezcas ante el juez, que por cierto te hará pasar un mal rato. Quien calla no dice nada; pero no te figures, porque no vea tu cara ni conozca tu nombre, que ignoro lo que eres y lo que pretendes. Hablemos claro. Has estropeado á ese mozo y ahora quieres ocultarle en algun sitio; por ejemplo, en el rio, que es el gran escóndelo-todo. Voy á sacarte del apuro. Me gusta ayudar á la gente de pró.

Mientras aprobaba el silencio de Juan Valjean, se veia que le excitaba á que hablase.

Le empujó en el hombro para que se ladease y poder examinarle de perfil, y le dijo:

—Ahora que reflexiono, eres un animal. ¿Por qué no arrojaste en el cenagal á ese hombre?

Juan Valjean no despegó los labios.

Thenardier, levantando hasta la nuez de la garganta el guiñapo que le servia de corbata, gesto que completa el aire de importancia de un hombre grave, continuó:

—Puede que hayas obrado cuerdamente, porque mañana los trabajadores, al venir á tapar el hueco, pudieran tropezar con el cadáver, é hilo por hilo, hebra por hebra, podrian llegar hasta tí, comprendiendo que álguien habia entrado en la alcantarilla. La policía es muy ingeniosa. La alcantarilla es desleal y denuncia. Semejante hallazgo es una rareza y llama la atencion; por eso pocas personas se valen de la alcantarilla para sus negocios, mientras que el rio es de todos. El rio es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se pesca al hombre en las redes de Saint-Cloud. ¿Quién le ha matado? Paris. Ni siquiera interviene la justicia. Has obrado muy bien.

Cuanto más locuaz era Thenardier, más mudo estaba Juan Valjean.

El antiguo posadero, poniéndole otra vez la mano sobre el hombro, le dijo:

—Terminemos nuestro asunto. Ya has visto mi llave; ahora quiero ver tu dinero.

Thenardier estaba fosco, sus miradas eran atravesadas y amenazadoras, pero su lenguaje y su acento eran amistosos. Notábase en él una cosa extraña; sus modales no eran sencillos, estaba como violento.

Sin afectar misterio, hablaba en voz baja, y de vez en cuando se ponia el dedo en la boca, diciendo:

—Chist!

No era fácil adivinar la causa. Estaba solo con Juan Valjean, y éste supuso que habria más bandidos ocultos en algun rincon, no lejos de allí, y que no queria partir con ellos.

—¿Cuánto tenia ese mozo en el bolsillo? le preguntó Thenardier.

Juan Valjean se metió la mano en el suyo. Sabemos que tenia por costumbre llevar siempre dinero encima, porque así lo exigia la vida de azares imprevistos á que se veia condenado. Esta vez, sin embargo, le cogió desprevenido. Cuando se vistió el uniforme de guardia nacional se olvidó de tomar la cartera, por estar sumido en lúgubres pensamientos. Solo llevaba unas cuantas monedas en el bolsillo del chaleco, lleno de fango. Lo vació en el zampeado y cayeron un luis de oro, dos napoleones y un poco de calderilla.

Thenardier alargó el labio inferior y torció el cuello con gesto significativo.

—Le has matado por bien poco, dijo.

Luego se puso á tentar con toda familiaridad los bolsillos de Juan Valjean y los de Mario; mientras registraba á éste, con la destreza de un escamoteador, halló medio de arrancar un pedazo de levita y de ocultarle bajo de la blusa, calculando, sin duda, que podria servirle algun dia para conocer al asesinado y al asesino. En los bolsillos de Mario solo encontró franco y medio.

—¿Entre el uno y el otro no teneis más que eso?

Olvidándose de sus palabras *parte para dos*, se guardó todo el dinero, murmurando:

—Eso es despachar á la gente demasiado barato.

En seguida sacó la llave.

—Ahora ya puedes irte. Como en la féria, aquí se paga á la salida. Has pagado, sal.

Y se echó á reir.

Al proporcionar así á un desconocido el auxilio de la llave y abrirle la reja, ¿le guiaba la intencion desinteresada de salvar á un asesino? Lo dudamos.

Thenardier ayudó á Juan Valjean á cargar de nuevo con Mario, y luego de puntillas se dirigió á la reja, haciendo señas á Juan Valjean de que le siguiese. Miró hácia fuera, se puso el dedo en la boca y permaneció algunos segundos escuchando; satisfecho de su observacion, metió la llave en la cerradura. El pestillo se deslizó y la puerta giró sobre sus goznes sin hacer el menor ruido y poco á poco. Conocíase que la reja y los goznes estaban untados con aceite y que se abrian más á menudo de lo que se creia. En su suavidad siniestra se presentian las idas y venidas furtivas, las entradas y salidas silenciosas de los hombres nocturnos y los pasos del lobo del crímen. Evidentemente la alcantarilla tenia complicidad con alguna banda misteriosa. Aquella reja taciturna era una encubridora.

Thenardier entreabrió la puerta lo suficiente para que saliese Juan Valjean, la volvió á cerrar, dió dos vueltas á la llave en la cerradura y se sumergió silenciosamente en la oscuridad. Parecia que andaba con las patas afelpadas del tigre.

Un momento despues desapareció en lo invisible esa providencia de mala catadura.

Juan Valjean respiraba el aire libre.

## IX.

### Mario parece muerto á una persona inteligente.

Dejó á Mario sobre el ribazo.

Detrás del jóven y del anciano quedaron los miasmas, la oscuridad y el horror; les inundaba ya el aire libre, respirable é impregnado de alegría.

Habia pasado ya el momento del crepúsculo y llegaba á toda prisa la noche, libertadora y amiga de cuantos la necesitan para salir de su angustiosa situacion. La naturaleza ofrecia por todas partes su apacible calma. El rio llegaba hasta los piés de Juan Valjean con el blando susurro de un beso. Se oia el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches desde los olmos de los Campos Elíseos. Algunas estrellas salpicando débilmente el pálido azul del zenit, visible solo á la meditacion, formaban aquí y allá en la inmensidad cortos é imperceptibles resplandores. La noche desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las dulzuras del infinito. Era esa hora indecisa en la que hay aun bastante oscuridad para poder eclipsarse á cierta distancia y bastante luz para conocerse de cerca.

Durante algunos segundos venció irresistiblemente á Juan Valjean aquella serenidad augusta y halagüeña. Hay momentos de olvido en los que el sufrimiento cesa de oprimir al miserable; en los que todo se abisma en la idea; en los que la paz, como si fuere el manto de la noche, cubre al pensador, y el crepúsculo, que irradia imitando al cielo que se ilumina, llenan el alma de estrellas. Juan Valjean se quedó contemplando la sombra inmensa y vaga que se extendia por encima de él, y pensativo tomaba en el majestuoso silencio del cielo un baño

de éxtasis y de oracion. Despues, como si el sentimiento del deber le asaltase de repente, se inclinó hácia Mario y, cogiendo agua en el hueco de la mano, le roció suavemente el rostro con algunas gotas. Los párpados de Mario no se movieron, y sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Juan Valjean iba á introducir otra vez la mano en el rio, cuando de improviso sintió el embarazo que causa el tener detrás de sí á alguna persona sin verla. Se volvió.

Habia efectivamente una persona detrás de Juan Valjean.

Era un hombre de elevada estatura, envuelto en una levita larga, con los brazos cruzados, y que llevaba en la mano derecha una cachiporra con puño de plomo; estaba de pié á algunos pasos detrás del grupo que formaban Juan Valjean y Mario.

Aquella aparicion en semejante hora hubiera asustado á un hombre sencillo.

Juan Valjean reconoció á Javert, que era el que iba antes persiguiendo á Thenardier.

Javert, en cuanto salió inesperadamente de la barricada, se dirigió á la Prefectura de policía, dió cuenta de todo al prefecto en persona y luego continuó su servicio, que se referia, segun la nota que se le encontró encima, á inspeccionar el ribazo de la orilla derecha de los Campos Elíseos. Allí se encontró con Thenardier y le siguió los pasos. Lo que sucedió despues ya lo sabemos.

Debe comprenderse tambien que era un recurso hábil de Thenardier abrir la reja á Juan Valjean. Sabia que fuera le espiaba el inspector de policía, y el hombre espiado tiene un olfato que no le engaña. Quiso arrojar algo que roer á aquel sabueso. Thenardier, haciendo salir en su lugar á Juan Valjean, proporcionaba una presa á la policía y conseguia así no ser perseguido; recompensaba á Javert el tiempo que estuvo esperando, ganaba treinta francos, y entre tanto se prometia una fácil evasion.

Juan Valjean salia de un escollo para caer en otro.

Javert no conoció á Juan Valjean, porque, como hemos dicho, estaba muy desfigurado. Sin mover los brazos, aseguró mejor la cachiporra con un movimiento imperceptible, y le preguntó con voz tranquila y seca:

—Quién sois?

—Yo.

—Quién sois?

—Juan Valjean.

Javert cogió la cachiporra entre los dientes, dobló las corvas, inclinó el cuerpo, puso en los hombros de Juan Valjean sus dos robustas manos, que encajaron en ellos como si fuesen dos tornillos; lo examinó y lo reconoció. La mirada de Javert era terrible.

Juan Valjean permaneció inerte bajo la presion de Javert, como un leon que consintiera en sufrir la garra de un lince.

—Inspector Javert, le dijo, estoy en vuestro poder. Desde esta mañana me creo prisionero vuestro. No os dí las señas de mi casa para evadirme. Apoderaos de mí. Solo os pido una cosa.

Javert parecia no escucharle; tenia clavadas en él sus pupilas. Su barba fruncida empujaba los labios hácia la nariz, señal de meditacion feroz. Al fin soltó á Juan Valjean, se enderezó de repente, cogió otra vez la cachiporra y murmuró, más que pronunció, estas preguntas:

—Qué hacíais ahí? ¿Quién es ese hombre?

Seguia no tuteando á Juan Valjean: éste le contestó, y el acento de su voz parecia que despertaba á Javert.

—Cabalmente de él deseo hablaros. Ayudadme á llevarle á su casa y disponed de mi persona. Eso es todo lo que os pido.

El rostro de Javert se contrajo, como le sucedia cuando le creian capaz de hacer una concesion. Sin embargo, no le respondió negativamente.

Juan Valjean sacó del bolsillo un pañuelo, que humedeció en el agua, y limpió la frente ensangrentada de Mario.

—Este hombre estaba en la barricada, dijo Javert entre dientes y como hablando consigo mismo. Allí le llamaban Mario.

Conocíase en esta observacion al espía por escelencia, que lo oyó y lo observó todo estando condenado á muerte, y que no dejaba de espiar ni de tomar notas, teniendo ya el pié en la primera grada del sepulcro.

Cogió la mano de Mario y le pulsó.

—Está herido, dijo Juan Valjean.

—Está muerto, le replicó Javert.

—Todavía no, repuso Juan Valjean.

—¿Le habeis traido aquí desde la barricada? observó Javert.

Era preciso que la preocupacion de éste fuera muy profunda para que no insistiera en averiguar cómo se habia efectuado la salvacion sospechosa al tra-

vés de la alcantarilla, y para que no le llamara la atencion el silencio que guardó Juan Valjean despues de su pregunta. Este continuó diciendo:

—Vive en el Marais, calle de las Hijas del Calvario, en casa de su abuelo... cuyo nombre no recuerdo.

Juan Valjean sacó entonces de la levita de Mario la cartera, la abrió por la primera página y se la enseñó á Javert.

Quedaba aun en la atmósfera suficiente claridad flotante para poder leer cuatro palabras; además, los ojos de Javert poseian la fosforescencia felina de las aves nocturnas.

—Gillenormand, calle de las Hijas del Calvario, número 6, dijo Javert leyendo: luego gritó:

—Cochero!

Llamaba al conductor del coche de alquiler que estaba esperando.

Javert se guardó la cartera de Mario.

Un momento despues el carruaje bajó por la pendiente del abrevadero y llegó al ribazo. Colocaron á Mario en el asiento del fondo y Javert y Juan Valjean ocuparon el asiento de delante.

Cerraron la portezuela y el coche se alejó rápidamente, subiendo por los muelles en direccion á la Bastilla.

Dejaron los muelles y entraron en las calles. El cochero, sentado en el pescante, hacia correr sus escuálidos caballos. Silencio glacial reinaba dentro del carruaje.

Mario, inmóvil, con el cuerpo apoyado en uno de los rincones, con la cabeza caida sobre el pecho, con los brazos colgando y las piernas tiesas, parecia que estaba esperando el ataud. Diríase que Juan Valjean era una sombra y Javert una piedra, y que en aquel tenebroso carruaje, cuyo interior, cada vez que pasaba por delante de un farol, se teñia de luz lívida, la casualidad habia reunido y situado una frente de otra á las tres inmovilidades trágicas: el cadáver, el espectro y la estátua.

## X.

### Regreso á la vida del hijo pródigo.

A cada vaiven que daba el carruaje caia una gota de sangre de los cabellos de Mario.

Era ya cerrada la noche cuando el coche llegó al número 6 de la calle de las Hijas del Calvario.

Javert se apeó, y despues de cerciorarse de que aquella era la casa que buscaba, levantó el pesado aldabon de hierro de la puerta cochera y le dejó caer con fuerza. Entreabrieron la puerta y Javert la empujó.

El portero apareció bostezando, entre dormido y despierto, con una vela en la mano.

Todos dormian en la casa.

En el Marais se acuestan temprano, sobre todo cuando hay motin. Aquel antiquísimo barrio, que se asustaba de la revolucion, se refugiaba en el sueño, como los niños cuando oyen que viene el coco se tapan la cabeza con las sábanas de la cama.

Juan Valjean y el cochero sacaron á Mario del carruaje, sosteniéndole el primero por los sobacos y el segundo por las corvas.

Mientras le conducian, Juan Valjean le introdujo la mano por debajo de la ropa, le tentó el pecho y se convenció de que el corazon le latia aun y de que le latia con menos debilidad, como si el movimiento del coche hubiera determinado en él cierta renovacion de vida.

Javert interpeló al portero con el tono de los dependientes del gobierno cuando hablan con un retrógado.

—Vive aquí un tal Gillenormand?

—Aquí vive. Qué se os ofrece?

—Aquí le traemos á su hijo.

—A su hijo? exclamó el portero atónito.

—Muerto.

Juan Valjean, que subia detrás de Javert, que iba haraposo y sucio, al que el portero veia con horror, le hizo un signo negativo de cabeza.

El portero parecia no comprender las palabras de Javert ni la seña de Juan Valjean.

El inspector de policía continuó:

—Estuvo en una barricada y ahí le teneis.

—En una barricada! exclamó el portero.

—Ha conseguido que le maten. Id á despertar á su padre.

El portero no se movia.

—Id pronto! Mañana habrá aquí entierro.

Para Javert los incidentes habituales del servicio público estaban clasificados por categorías, y cada eventualidad tenia distribucion especial. Los hechos posibles se encontraban en cierto modo dentro de gavetas, de donde salian, cuando llegaba el caso, en cantidades variables. Clasificaba por este órden los suce-

sos de la calle: ruido, motin, carnaval y entierro.

El portero se limitó á despertar á Basco, Basco á Nicolasita y Nicolasita á la señora Gillenormand. Al abuelo le dejaron dormir, calculando que demasiado pronto sabria aquella desgracia.

Subieron á Mario al primer piso y le colocaron en un canapé viejo de la cámara del señor Gillenormand. Cuando Basco iba á buscar un médico y Nicolasita abria los armarios de la ropa blanca, Juan Valjean sintió que Javert le tocaba en el hombro. Comprendió lo que esto significaba y bajó siguiendo al inspector de policía.

El portero los vió partir como los habia visto llegar, en medio de una somnolencia estúpida.

Entraron en el carruaje y el cochero ocupó su asiento.

—Inspector Javert, dijo Juan Valjean, concededme otro favor.

—Cuál? preguntó Javert con dureza.

—Dejadme entrar un instante en casa. Despues hareis de mí lo que os acomode.

Javert permaneció mudo durante algunos minutos, con la barba hundida en el cuello de la levita; luego corrió el cristal de delante y dijo:

—Cochero, calle del Hombre-Armado, número 7.

## XI.

### Conmocion en lo absoluto.

No desplegaron los labios en todo el camino.

¿Qué deseaba hacer en su casa Juan Valjean? Acabar lo que habia principiado; advertir á Cosette, decirla dónde estaba Mario, hacerla quizá alguna indicacion útil, tomar si podia disposiciones supremas. Personalmente para él todo estaba terminado; Javert le tenia en su poder y no pensaba escaparse. Cualquier otro en su lugar hubiera pensado tal vez vagamente en la cuerda de Thenardier y en los barrotes del primer calabozo donde entrase; pero desde lo que le sucedió con el obispo, cuando se trataba de algun atentado, aunque fuera contra sí mismo, sentia profunda y religiosa vacilacion.

A la entrada de la calle del Hombre-Armado el coche se paró, por no permitir la estrechez de aquella el tránsito de carruajes.

Javert y Juan Valjean se apearon.

El cochero hizo observar humildemente al señor inspector que el terciopelo de su carruaje estaba manchado de sangre del hombre asesinado y del lodo del asesino y que se le debia indemnizar. Sacó al mismo tiempo su cuaderno, y suplicó al inspector que tuviese la bondad de escribir en él unas cuantas frases laudatorias.

Javert rechazó el cuaderno que le alargaba el cochero y dijo:

—¿Cuánto te debo, contando el tiempo de la parada y de la carrera?

—Siete horas y un cuarto, respondió el cochero, y el terciopelo estaba nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo la cantidad que le exigian, la entregó y despidió al cochero.

El aprensor y el aprehendido internáronse en la calle, que, como casi siempre, se hallaba desierta. Llegaron al número 7; Juan Valjean llamó y le abrieron la puerta.

—Subid, le dijo Javert, y como si le costase gran esfuerzo hablar, añadió:—Os aguardo aquí.

Juan Valjean miró á Javert con extrañeza. Aquel modo de obrar desdecia de los hábitos del inspector de policía; pero estaba resuelto á entregarse y acabar de una vez, y no le sorprendia que Javert tuviese con él confianza altiva, la confianza del gato que concede al raton la libertad de la longitud de su garra.

Empujó la puerta, entró en su casa, gritó al portero que estaba ya acostado: —Soy yo! y subió al primer piso.

Al llegar allí se detuvo un instante.

Todas las vias dolorosas tienen sus estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como en muchas casas, la escalera tenia vistas á la calle. El farol situado enfrente comunicaba alguna claridad á los escalones, lo que equivalia á un ahorro de alumbrado.

Juan Valjean sacó la cabeza por la ventana y recorrió con la vista toda la calle, que era corta y que recibia la luz del farol de un extremo á otro. Juan Valjean se quedó atónito. No vió á nadie en ella.

Javert se habia marchado.

## XII.

### El abuelo.

Basco y el portero habian transportado á Mario á la sala, el que seguia tendido é inmóvil en el canapé donde le pusieron cuando llegó.

El médico que fueron á llamar habia ya acudido.

La señorita Gillenormand se habia levantado; estaba asustada, juntaba las manos, iba y venia, y exclamaba:

—Es posible, Dios mio!

De vez en cuando añadia:

—Todo lo vá á llenar de sangre!

Pasado el primer horror, abrióse camino hasta su espíritu cierta filosofía de la situacion, que se revelaba en esta exclamacion:

—Esto debia acabar así!

Por disposicion del facultativo se puso un catre junto al canapé. El médico examinó á Mario, y cuando se cercioró de que le latia el pulso, de que no tenia en el pecho ninguna herida profunda y de que la sangre de los labios provenia de las fosas nasales, le hizo tender en el catre, sin almohada, con la cabeza al nivel del cuerpo, ó algo más baja, y con el busto desnudo, con la idea de facilitar la respiracion. La señorita Gillenormand, al ver que desnudaban á Mario, se retiró y se fué á su cuarto á rezar el rosario.

El cuerpo del herido no tenia ninguna lesion interior; una bala, que se amortiguó al dar sobre la cartera, se desvió, y corriéndose por las costillas, le habia abierto una grieta de horrible aspecto, pero sin profundidad, y por consecuencia no era de peligro. El largo paseo subterráneo le habia acabado de dislocar la clavícula rota, que presentaba sérias complicaciones. Tenia los brazos acuchillados, pero ningun tajo desfiguraba su rostro; sin embargo, en su cabeza se veian largas heridas. Serian peligrosas? Se detenian en la superficie? ¿Llegaban al cráneo? Eso es lo que no se podia decir aun. Era ya un síntoma grave que le hubiesen producido el desmayo, porque no siempre se despierta de los desmayos de esta clase. Además, la hemorragia le habia debilitado. Desde la cintura á bajo le habia protegido la barricada.

Basco y Nicolasita se ocupaban en rasgar lienzo y preparar vendajes. Nicolasita los cosía y Basco los rollaba.

Como no habia hilas, el médico habia restañado provisionalmente la sangre de las heridas con algodon en rama.

Sobre una mesa, al lado de la cama, habia tres bujías encendidas y estaba abierto el estuche de cirujía. El médico lavó la cara y los cabellos de Mario con agua fria. En un instante el cubo quedó teñido de rojo.

El portero, con una vela en la mano, alumbraba al facultativo.

El médico meditaba profundamente. De vez en cuando hacia con la cabeza una señal negativa, como si se respondiera á alguna pregunta interior.

Malos síntomas son para el enfermo los misteriosos diálogos que el médico entabla consigo mismo.

Cuando éste limpiaba el rostro de Mario y tocaba apenas con los dedos sus párpados cerrados, se abrió la puerta del fondo y apareció en el umbral la figura alta y pálida del señor Gillenormand. El motin le tenia muy inquieto y muy indignado. La noche anterior no pudo dormir, y en todo el dia se vió libre de la fiebre. Se acostó temprano, recomendando que se cerrase bien toda la casa, y, abrumado de fatiga, concluyó por quedarse dormido.

Como los ancianos tienen el sueño ligero, y como el cuarto del señor Gillenormand estaba contiguo al salon, le despertó el ruido, á pesar de las precauciones que se tomaron. Se sorprendió al ver luz por las rendijas de la puerta, abandonó la cama y salió á tientas hácia el salon.

Estaba en el umbral, con la mano apoyada en la puerta á medio abrir, con el rostro inclinado hácia adelante y tembloroso, con el cuerpo envuelto en una bata blanca, estirada y sin pliegues, como un sudario, atónito y con aspecto de un fantasma que mira el interior de un sepulcro.

Vió echado sobre el colchon del catre al jóven, ensangrentado, blanco como la cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios descoloridos, desnudo hasta la cintura, lleno de heridas é inmóvil.

El abuelo sintió en todo el cuerpo el extremecimiento que son capaces de experimentar los miembros osificados: sus ojos, cuya córnea hacia amarillear la vejez, se velaron con una especie de reflejo vidrioso; su fisonomía adquirió en un instante los ángulos terrosos de la cabeza del esqueleto; sus brazos cayeron como si les faltase el resorte que los mantenia suspendidos; se veia el estupor en la separacion de los dedos de sus trémulas manos y en sus rodillas, que for-

maban ángulo hácia adelante y permitian entrever, por la abertura de la bata, sus piernas, flacas y desnudas.

El anciano balbuceó:

—Mario!

—Señor, dijo Basco, acaban de traer al señorito. Fué á la barricada y...

—Ha muerto! gritó el anciano con voz terrible. Ah, tunante!

Entonces una especie de transfiguracion sepulcral dió á aquel centenario la firme apostura del jóven.

—Caballero, dijo, sois el médico y vais á hablarme francamente. Está muerto, no es verdad?

El facultativo guardó silencio.

El señor Gillenormand se torció las manos y prorumpió en carcajada espantosa.

—Está muerto! Está muerto! ¡Se ha dejado matar en las barricadas por ódio á mí! Es un sanguinario! ¡Ved cómo vuelve á casa de su abuelo! ¡Miserable de mí! Está muerto!

Se dirigió á la ventana, abrió las dos hojas, como si se ahogase, y de pié se puso á hablar en la calle con la noche.

—¡Traspasado, acuchillado, exterminado! Ah, miserable! ¡Sabia que le esperaba, que hice arreglar su cuarto y colgar á la cabecera de mi cama su retrato de cuando era niño! ¡Sabia que podia volver cuando quisiera; que no he dejado de llamarle en muchos años, y que todas las noches me ponia á la lumbre con las manos en las rodillas, no sabiendo qué hacer, y que por él me he quedado imbécil! ¡Sabias todo esto; que con solo volver á casa y decir: "Soy yo„ eras el amo, y yo te hubiera obedecido, y hubieras dispuesto á tu antojo del bobalicon de tu abuelo! Lo sabias, pero has dicho: "Es un realista y no quiero ir.„ Y te has metido en las barricadas, y te has dejado matar por perversidad, para vengarte de lo que te dije á propósito del duque de Berry! Eso es una conducta infame! ¡Y luego acuéstese uno y duerma tranquilo, para despertarse y encontrarse muerto á su nieto!

El médico, que empezaba á alarmarse por los dos, dejó un momento á Mario, se fué á la ventana, cogió por el brazo al señor Gillenormand y le sacó de allí.

Volvióse éste hácia el doctor, le miró con ojos que parecian agrandarse y brotar sangre, y le dijo con calma:

—Doctor, os doy las gracias. Estoy tranquilo: he presenciado la muerte de Luis XVI y sé sobrellevar las desgracias. Lo terrible para mí es pensar que vuestros periódicos tienen la culpa de todo. Escritorzuelos, abogados, oradores, tribunos, discusiones, progresos, derechos del hombre, libertad de imprenta, poseeis todo eso; pero en cambio, ved cómo os traerán á casa á vuestros hijos. Ah, Mario! Eso es abominable! ¡Ha muerto antes que yo! Y en una barricada! Ah, bandido! Sé, doctor, que vivís en nuestro barrio. Os conozco perfectamente; desde mi ventana os veo pasar en el coche. No creais que estoy irritado. No es posible irritarse contra un muerto; eso seria una estupidez. Ese niño me lo he criado yo; yo ya era viejo cuando él era aun muy chiquitin. Jugaba en las Tullerías con una pala pequeñita y un carrito, y para que los inspectores no gruñesen iba yo tapando con el baston los agujeros que él hacia en el suelo con la pala. Un dia gritó: "Abajo Luis XVIII!„ y se fué. No fué culpa mia. Era sonrosado y rubio. Es hijo del bandido del Loira, pero los niños no son responsables de los crímenes de sus padres. Un dia, delante del Hércules Farnesio, se formó un corro para admirarle, porque era muy hermoso. Su cabeza se parecia á la de los ángeles que se ven en los cuadros. Yo ahuecaba la voz y le metia miedo con el baston, pero él sabia que no me enfadaba de veras. Por la mañana, cuando entraba en mi cuarto, solia refunfuñar y yo hacia lo que él queria. ¡Venid ahora á hablarme de los Lafayette y de los Benjamin Constant, que me lo asesinan! Esto no puede quedar así.

Acercóse á Mario, que seguia lívido é inmóvil, á cuyo lado estaba el médico, y empezó á retorcerse los brazos otra vez. Los blancos labios del anciano se agitaban maquinalmente, y de ellos salian, á modo de soplos en un estertor, palabras indistintas que se oian apenas:

—Desalmado! Clubista! Malvado! ¡Setembrista!

Reproches que en voz baja hacia un agonizante á un cadáver.

Poco á poco, segun acontece en todas las tempestades interiores, se restableció el encadenamiento de las palabras; pero parecia que al abuelo no le quedaba ya fuerza para pronunciarlas, y su voz era tan sorda y apagada como si saliese del otro lado del abismo.

—Me es indiferente, ya que yo tambien voy á morir. Y más, cuando pienso que no hay en Paris ninguna mujer que no hubiera deseado labrar su felicidad. Pero él es un imbécil que, en vez de divertirse y disfrutar de la vida, se ha ido

á combatir y se ha dejado ametrallar. ¿Y por quién? Por la República! ¡En vez de ir á bailar y á divertirse como los jóvenes! ¿Para qué le ha valido tener veinte años? ¡Para ir á morir por la República, por esa linda sarta de tonterías! ¡Pobres madres, parid hijos hermosos! Ya está muerto. Habrá dos entierros en la casa. Mejor, mucho mejor; me mata sin remedio. Soy viejísimo, tengo cien años, tengo mil años. Hace muchos años que nadie puede disputarme el derecho de morir. Con este golpe todo se acabó. Qué felicidad! ¡Trabajo perdido, médico imbécil! Idos, está muerto, completamente muerto. Lo digo yo, que entiendo de eso; yo, que tambien estoy muerto. El miserable no ha hecho las cosas á medias.

En aquel momento Mario abrió lentamente los párpados, y su mirada, velada aun por el asombro letárgico, se fijó en el señor Gillenormand.

—Mario! gritó el anciano, Mario! ¡Chiquitin mio! ¡Abres los ojos, me miras, estás vivo; soy feliz!

Y cayó desmayado.

# LIBRO CUARTO

## I.

### Javert desorientado.

Javert se alejó lentamente de la calle del Hombre-Armado.

Caminaba con la cabeza baja por la primera vez de su vida, y con las manos cruzadas atrás tambien por vez primera.

Hasta entonces, Javert, de las dos actitudes de Napoleon, solo habia adoptado la que denota el ánimo resuelto, la de los brazos cruzados sobre el pecho; desconocia la que denota incertidumbre, esto es, la de las manos cogidas atrás.

Se habia operado un cambio en él; toda su persona, lenta y sombría, llevaba impreso el sello de la ansiedad.

Internóse por las calles más silenciosas, pero, sin embargo, seguia una direccion.

Tomó el camino más corto hácia el Sena, llegó al muelle de los Olmos, le costeó, dejó tras sí la plaza de la Grève y se detuvo á alguna distancia del cuerpo de guardia del Chatelet, en el ángulo del puente de Nuestra Señora. El Sena, entre el puente de Nuestra Señora y el de los Cámbios por un lado y los muelles de la Megiserie y de las Flores por el otro, forma una especie de lago cuadrado que atraviesa una corriente.

Temen mucho los marineros este punto del Sena.

Era peligrosa dicha corriente, cuya furia aumentaban en aquella época las estacas del molino del puente, hoy demolido. Los dos puentes, que están muy próximos uno á otro, contribuyen á que el peligro sea mayor, y el agua se precipita de un modo formidable por bajo de los árboles. Allí se acumula y forcejea contra los postes, como si quisiera arrancarlos.

Los hombres que caen en aquel remolino no vuelven á aparecer; allí se ahogan los más diestros nadadores.

Javert, apoyando los codos en el parapeto, la barba en las dos manos y crispando las uñas maquinalmente en sus pobladas patillas, se puso á meditar.

Acababa de aparecer en el fondo de su alma una novedad, una revolucion, una catástrofe que merecia examinarse.

Javert sufria mucho. Estaba turbado; su cerebro, tan límpido hasta entonces en su misma ceguedad, habia perdido la transparencia; empañaba su cristal una nube. Javert sentia en su conciencia que el deber se habia partido en dos, y esto era para él incomprensible. Cuando encontró tan impensadamente á Juan Valjean en el ribazo del Sena, sintió algo de lo que siente el lobo que se apodera otra vez de su presa y de lo que siente el perro que vuelve á hallar á su amo.

Se presentaban ante él dos sendas, ambas igualmente rectas, pero eran dos, y esto era lo que le aterraba, porque en toda su vida solo habia conocido una línea recta. Para colmar su angustia, aquellas dos sendas eran contrarias y se excluian mútuamente. ¿Cuál de las dos era la verdadera?

Su situacion era inexplicable.

Le aterraba deber la vida á un malhechor, admitir y reembolsar esta deuda, pagar un servicio con otro servicio, dejar que le dijese:—"Vete„, y el decirle á su vez:—"Sé libre„; sacrificar á motivos personales el deber y sentir en aquellos motivos personales algo general y algo superior; vender á la sociedad por ser fiel á su conciencia. Estaba aterrado ante la realizacion de semejantes absurdos acumulados en él.

Le admiraba que Juan Valjean le hubiese perdonado, y le petrificaba la

idea de que él hubiese perdonado á Juan Valjean.

Él no era el mismo. Se buscaba y no se encontraba.

Cómo habia de obrar? Le parecia que procedia mal entregando á Juan Valjean, pero tampoco le parecia que procedia bien dejándole libre. En el primer caso, el hombre que representaba á la autoridad era inferior al hombre que representaba al presidio; en el segundo caso, un presidiario se sobreponia á la luz y la pisoteaba. En ambos casos el deshonor era para Javert. Cualquier partido que tomase le era perjudicial. El destino tiene ciertas extremidades perpendiculares hácia lo imposible, más allá de las cuales la vida solo es un precipicio. Javert habia llegado á una de esas extremidades.

Le afligia tener que pensar, pero la misma violencia de sus emociones contradictorias le obligaba á ello. El pensamiento era para él cosa inusitada y que le causaba dolor indecible. En el pensamiento hay siempre cierta cantidad de rebelion interior, y á Javert le irritaba sentirla.

El pensar sobre cualquier asunto ageno al estrecho círculo de sus funciones era siempre para él una inutilidad y una fatiga, pero versando sobre lo que acababa de ocurrir era un tormento.

Tenia, sin embargo, que examinar su conciencia despues de semejantes sacudimientos y erigirse en juez de sí mismo.

Se extremecia reflexionando en lo que acababa de hacer, poniendo en libertad á un hombre, faltando á todos los reglamentos de policía, atentando á la organizacion social y judicial y hasta contra el Código. Porque le convino sustituyó sus negocios particulares á los negocios públicos; semejante conducta era incalificable. Cada vez que fijaba la mente en esa accion sin nombre le acometia un temblor general. ¿Qué resolucion debia tomar? Un solo recurso le quedaba: volver apresuradamente á la calle del Hombre-Armado y apoderarse de Juan Valjean; eso es lo que debia hacer, pero no podia.

Algo le cerraba el camino por ese lado.

Qué era ese algo? ¿Hay acaso en el mundo algo fuera de los tribunales, de las sentencias ejecutorias, de la policía y de la autoridad? Javert estaba trastornado.

Ser sagrado un presidiario! ¡Un presidiario que no debia prender la justicia!

¿No era horrible que Javert y Juan Valjean, esto es, el hombre creado para ser riguroso y el hombre creado para padecer, ambos á dos dependientes de la ley, llegasen al extremo de sobreponerse á ella? ¡Sucediendo tales atrocidades nadie seria castigado! ¡Juan Valjean seria más fuerte que el órden social quedando libre, y Javert continuaria comiendo pan del gobierno!

Sus reflexiones iban tomando poco á poco un carácter terrible. Juan Valjean le desconcertaba.

Los axiomas que hasta entonces le sirvieron de punto de apoyo durante toda la vida, se caian por tierra ante ese hombre.

La generosidad que usaba con él le agobiaba.

Recordaba hechos que en otro tiempo calificó de mentiras y de locuras y ahora le parecian realidades. La figura del señor Magdalena se dibujaba por detrás de la de Juan Valjean, superponiéndose ambas y solo formando una, pero venerable.

Javert sentia penetrar en su alma algo horrible; la admiracion hácia un presidiario. Es concebible esto? Esta idea le causaba horror, y, sin embargo, no podia sustraerse á su influencia. Por más esfuerzos que hacia, se veia obligado á confesar, en su fuero interno, la sublimidad de aquel miserable.

Esto era odioso.

Era un mónstruo, cuya existencia tenia que reconocer Javert, el malhechor benéfico, el presidiario compasivo y clemente, que vuelve bien por mal; que compensa el ódio con el perdon y la venganza con la piedad; que prefiere perderse á perder á su enemigo, y que está más cerca del ángel que del hombre.

Preciso es convenir en que Javert no se habia rendido expontáneamente á aquel mónstruo, á aquel ángel infame, á aquel héroe horrible, que le causaba tanta indignacion como asombro. Veinte veces, cuando iba en el coche en compañía de Juan Valjean, rugió como un tigre real. Veinte veces tuvo tentaciones de arrojarse sobre el expresidiario, de cogerle y de devorarle, esto es, de prenderle. Esto era sencillo y además justo.

A Javert se le habia ocurrido y quiso ejecutarlo, pero entonces, lo mismo que ahora, tropezó con una barrera insuperable: cada vez que se levantaba convulsivamente la mano del inspector de policía para coger á Juan Valjean por el cuello, le caia desfallecida como si tirase

de ella un enorme peso, y en el fondo del pensamiento oia una voz extraña que le gritaba: "Me parece bien. Entrega á tu salvador y que te traigan en seguida la jofaina de Poncio Pilatos y lávate.„

Despues se examinaba á sí mismo, y al lado de Juan Valjean ennoblecido, él se veia degradado, porque su bienhechor era un presidiario.

¿Por qué permitió que aquel hombre le perdonase la vida? Tenia el deber de haberse dejado matar en la barricada y hubiera debido usarlo. Debió llamar á los demás insurrectos en su auxilio contra Juan Valjean y hacer que le fusilaran; de ese modo se hubiera portado bien.

Su suprema angustia consistia en ver la desaparicion de la certidumbre. Estaba desencajado.

El Código en sus manos solo era ya un papel mojado.

Le acometian escrúpulos de clase desconocida. Se efectuaba en él una revelacion sentimental completamente distinta de la afirmacion legal, que fué hasta entonces su única medida. No era ya bastante para él permanecer en su honradez antigua, porque un órden de hechos inesperados surgia y le subyugaba. Un mundo nuevo se aparecia á su alma: el beneficio aceptado y devuelto; la abnegacion, la misericordia, la indulgencia, las violencias que hace la piedad á la austeridad, la acepcion de personas; no más sentencias definitivas, no más condenas; la posibilidad de ver una lágrima en los ojos de la ley y cierta justicia segun Dios, contraria á la justicia segun los hombres.

Divisaba en la oscuridad de su noche la imponente salida de un sol moral desconocido, y experimentaba al mismo tiempo el horror y el deslumbramiento que produce semejante espectáculo.

Era un buho que se veia obligado á mirar como una águila.

Veíase en la necesidad de conocer que existia la bondad.

Aquel presidiario habia sido bueno, y él mismo ¡caso inaudito! acababa de serlo tambien.

Se iba, pues, depravando.

Se conceptuaba cobarde y se causaba horror á sí mismo.

El ideal de Javert no era ser humano, grande ni sublime, sino ser irreprensible, y acababa de cometer una falta.

Cómo pudo cometerla? ¿Cómo pasó todo aquello? Ni él mismo lo comprendia; no acertaba á explicárselo.

Sin duda tuvo siempre intencion de poner á Juan Valjean á disposicion de la ley, de la que el presidiario era cautivo y de la que el inspector era esclavo. Nunca, mientras le tuvo en sus manos, le ocurrió el pensamiento de dejarle escapar. Lo hizo, pues, hasta cierto punto contra su voluntad y sin saber lo que se hacia.

Dirigíase preguntas, dábase respuestas, y estas respuestas le aterraban. "¿Por qué ese presidiario, á quien perseguí sin cesar, al caer en sus manos, pudiendo y debiendo vengarse me salvó la vida y me perdonó? Por cumplir con su deber? No; por algo más. Y yo, perdonándole á mi vez, ¿he cumplido estrictamente con mi deber? No; hice algo más. ¿Hay, pues, algo por encima del deber?„

Al llegar á este punto de sus reflexiones se asustaba al ver dislocada su balanza, al ver que uno de los platillos caia en el abismo y el otro se elevaba hasta el cielo, produciéndole el mismo terror el que subia que el que bajaba.

A pesar de no ser volteriano, sino por el contrario, sintiendo instintivamente respeto hácia la Iglesia establecida, no la miraba, sin embargo, más que como un fragmento augusto del edificio social. El órden era su dogma y este dogma le bastaba.

Desde que fué hombre y empezó á desempeñar su cargo, cifraba toda su religion en la policía. Para él, el espionaje era un sacerdocio. Solo tenia un superior, Gisquet; apenas habia pensado hasta aquel dia en ese otro superior que se llama Dios.

Dios! Ahora le sentia dentro de sí inesperadamente y experimentaba cierto malestar. Su presencia inesperada le desorientaba; no sabia cómo obedecer á ese superior, él, que sabia que el subordinado tenia obligacion de obedecer sin censurar ni discutir, y que frente á frente de un superior que asusta, el inferior no tiene otro recurso que presentar su dimision.

Pero, ¿qué hacer para presentar la dimision á Dios?

A pesar de su duda, el hecho predominante para él era que acababa de cometer una infraccion espantosa. Cerró los ojos ante un criminal reincidente, dió libertad á un presidiario; habia, pues, robado á las leyes un hombre que les pertenecia. Era el autor de este hecho, incomprensible para él. Ni siquiera concebia las razones que le impulsaron para obrar así; este hecho le producia una

especie de vértigo. Hasta entonces vivió con la fé ciega que engendra la probidad tenebrosa; abandonándole esta fé y faltándole esta probidad, todas sus creencias se desvanecian. Algunas verdades que no queria escuchar le asediaban inexorablemente. En adelante le era preciso ser otro hombre. Padecia los extraños dolores de la conciencia á la que hiciesen bruscamente la operacion de la catarata. Veia lo que le repugnaba ver, y se encontraba inútil, segregado de su pasada vida, destituido, dimitido. En él habia muerto la autoridad y ya no tenia razon de ser.

Para Javert era situacion terrible sentirse conmovido. ¡Ser de granito y dudar! ¡Ser la estátua del castigo fundida en una pieza en el molde de la ley, y encontrar de repente que bajo el pecho de bronce late algo absurdo y rebelde, semejante á un corazon! ¡Pagar un bien con otro bien, aunque hasta entonces hubiera creido que aquel bien era un mal! Ser el perro de guardia y lamer! ¡Ser de hielo y derretirse! ¡Ser tenaza y convertirse en mano! ¡Sentir de improviso que se abren los dedos para soltar la presa! Para Javert ésta era una situacion horrible.

Se veia obligado á confesarse á sí mismo que la infalibilidad no es infalible, que puede haber error en el dogma, que el Código es incompleto, que la sociedad no es perfecta, que la autoridad puede vacilar, que los jueces son hombres, que la ley puede equivocarse y que los tribunales pueden errar. Eso era para Javert ver una hendidura en la techumbre azul del firmamento.

Javert sufria el torcimiento de su conciencia rectilínea, la desviacion de su alma, el aplastamiento de su probidad, irresistiblemente lanzada en línea recta y estrellándose en Dios. Ciertamente era extraño que el fogonero del órden, el maquinista de la autoridad, montado sobre el férreo caballo ciego de rígida vía, pudiese ser lanzado de sus estribos por una llamarada, y que lo inconmutable, lo directo, lo pasivo y lo perfecto pudiera doblegarse. ¿Javert lo comprendia? Javert lo penetraba? ¿Javert se daba cuenta de esto? Evidentemente no.

Bajo la presion de ese incomprensible sin contestacion se le trastornaba el cerebro, y no era el individuo transfigurado, sino la víctima de ese prodigio, al que sucumbia. Solo comprendia en todo esto la inmensa dificultad de existir, conociendo que desde entonces en adelante la respiracion le produciria contínuo malestar.

No estaba acostumbrado á que lo desconocido pesase sobre él.

Hasta ahora solo habia visto encima de él una superficie lisa, igual, límpida; no veia nada que no fuese definido, coordinado, preciso, limitado, firme y previsto: la autoridad era una cosa llana; no se podia tropezar en ella ni producia ningun vértigo su presencia.

Javert solo habia visto lo desconocido de abajo, lo que es irregular, lo inesperado, la abertura desordenada en el caos, el desliz posible en el precipicio, todo lo que es propio de las regiones inferiores, de los rebeldes, de los malvados y de los miserables. Pero ahora Javert retrocedia bruscamente al ver, espantado, la aparicion inaudita de lo desconocido de arriba, de un abismo en el cielo.

Para él todo estaba absolutamente desconcertado; de nadie podia fiarse ya. Un miserable magnánimo encontraba la rotura de la coraza de la sociedad, y el honrado servidor de la ley se veia cogido de repente entre dos crímenes, entre el crímen de dejar escapar á un hombre y el crímen de prenderle. Se convencia de que no era cierto todo lo que se decretaba en la consigna marcada por el Estado al funcionario, y que el deber podia tener callejones sin salida. Esto era cierto, porque un criminal reincidente, doblegado bajo el peso de las cadenas, puede enderezarse y acabar por tener razon. Es esto creible? ¿Hay casos, pues, en que la ley debe retirarse ante el crímen transfigurado, despues de darle satisfacciones?

Todo eso era así; Javert lo veia, Javert lo palpaba; aquello eran realidades, y era para él abominable que los hechos positivos pudiesen llegar á ser tan deformes.

De este modo, abultados por la angustia y por la ilusion óptica de la consternacion, se borraba todo lo que podia restringir y corregir la impresion que habia recibido Javert, y se reasumia ya á sus ojos la sociedad, el género humano y el universo entero á un simple y terrible contorno. De este modo se convertian en escombros, en desbarajuste y en caos para Javert la penalidad, la cosa juzgada, la magistratura, el gobierno, la sabiduría oficial, la infalibilidad legal, el principio de autoridad y todos los dogmas sobre los que reposa la seguridad política y civil, la soberanía y la justicia. De este modo Javert, el vigilante del ór-

den, la incorruptibilidad al servicio de la policía, la Providencia, Cervero de la sociedad, quedaba vencido y anonadado, y sobre sus ruinas un hombre en pié, con el gorro verde en la cabeza y la aureola en la frente. Ese era el trastorno que presenciaba, esa era la espantosa vision que veia su alma.

Era esto soportable para Javert? No.

Se encontraba en una situacion violenta. Solo podia salir de ella de dos maneras. O volviendo resueltamente á casa de Juan Valjean, prendiendo al presidiario y metiéndolo en el calabozo, ó...

Javert salió del parapeto, y con la cabeza erguida se dirigió con paso firme al cuerpo de guardia, que le indicaba un farol que habia en una de las esquinas de la plaza del Chatelet.

Al llegar allí vió dentro, al través de la vidriera de la ventana, un guardia municipal, y entró.

Javert dijo su nombre, enseñó su tarjeta al municipal y se sentó junto á una mesa en la que habia pluma, tintero y papel, para los casos de sumaria eventual y para escribir los partes de las rondas nocturnas.

La mesa del cuerpo de guardia, con su correspondiente silla de paja, es casi una institucion; existe en todos los puestos de policía, invariablemente adornada con un platillo de boj lleno de serrin y con una caja de carton llena de obleas encarnadas. Representa el piso bajo del estilo oficial; por ella empieza la literatura del Estado.

Javert tomó la pluma y un pliego de papel y escribió lo siguiente:

"ALGUNAS OBSERVACIONES EN PRÓ DEL SERVICIO.

„Primero. Suplico al señor prefecto que pase la vista por estas líneas.

„Segundo. Los detenidos que van á la Sala de la Audiencia se quitan los zapatos y permanecen descalzos en el piso de ladrillo mientras se les registra. Muchos tosen cuando se les vuelve al encierro. Esto ocasiona gastos de enfermería.

„Tercero. Es útil seguir la pista y que se releven los agentes de distancia en distancia; pero convendria que en ocasiones importantes, dos agentes por lo menos no se perdieran de vista, con la idea de que, si por cualquier causa un agente afloja en su servicio, el otro le vigile y le supla.

„Cuarto. No se comprende por qué motivo el reglamento especial de la cárcel de las Madelonetas prohibe al preso que tenga una silla, hasta pagándola.

„Quinto. En la cantina de las Madelonetas no hay más que dos barrotes, y esto permite á la cantinera dejarse tocar las manos por los detenidos.

„Sexto. Los detenidos que se llaman ladradores, porque llaman á los otros á la reja, exigen quince céntimos de cada preso por pregonar su nombre con voz clara. Eso es un robo.

„Séptimo. Por un hilo corredizo en el taller de los tejedores se retiene medio franco al preso. Eso es un abuso del contratista.

„Octavo. No parece bien que los que van á visitar la cárcel de la Fuerza tengan que atravesar por el patio de los raterillos para ir al locutorio de Santa María Ejipciaca.

„Noveno. Diariamente se oye á los gendarmes referir en el patio de la Prefectura los interrogatorios que hacen los jueces á los detenidos. Es una falta grave en un gendarme hacer semejantes revelaciones.

„Décimo. La señora Henry es una buena mujer; su cantina está muy aseada; pero no es conveniente que esté á su cuidado el ventanillo del calabozo de incomunicacion. Esto no es digno de la Conserjería de un pais tan civilizado.„

Javert trazó las anteriores líneas con mano firme y escritura correcta, no omitiendo ninguna coma y haciendo crugir el papel los gavilanes de su pluma. Al pié firmó:

"JAVERT,

*inspector de primera clase.*

En el cuerpo de guardia de la plaza del Chatelet.

7 de Junio de 1832, á la una de la madrugada.„

Secó la tinta fresca, plegó el papel en forma de carta, la cerró y escribió en el sobre: *Nota para la Administracion.*

La dejó sobre la mesa y salió del cuerpo de guardia.

Cruzó otra vez diagonalmente la plaza del Chatelet, llegó al muelle y se situó con exactitud automática en el mismo punto que ocupó antes. Se puso en el parapeto en idéntica actitud. Parecia no haberse movido de allí.

Reinaba completa oscuridad y espesas nubes ocultaban las estrellas. El cielo ofrecia aspecto siniestro. No se veia ni una sola luz en las casas de la *Cité*. No

pasaba nadie: las calles y los muelles estaban desiertos; Nuestra Señora y las torres del palacio de Justicia parecian lineamientos de la noche. Un farol alumbraba el pretil del muelle. Las siluetas de los puentes iban desapareciendo una tras otra. El rio habia crecido con las lluvias.

El punto en que estaba apoyado Javert era encima del remolino del Sena, perpendicular á la formidable espiral de los remolinos de las olas, que se desata y se vuelve á atar como un tornillo sin fin.

Javert inclinó la cabeza y miró al rio, pero como todo estaba negro, oia el ruido de la espuma, pero no veia el agua. Habia instantes en los que aparecia en aquella profunda vorágine una luz que serpenteaba vagamente. Es la virtud que tiene el agua de coger la luz, no se sabe de dónde, en medio de la noche más completa, y de convertirla en culebra. Pero esta claridad no tardaba en disiparse y todo volvia á quedar confuso y negro. La inmensidad parecia estar allí abierta como un abismo. La muralla del muelle, recta, confusa y mezclada con el vapor y ocultándose en seguida, producia el efecto de la muralla del infinito.

No se veia nada, pero se sentia la frialdad hostil del agua y el olor especial de las piedras mojadas. Subia del abismo un hálito salvaje.

Javert permaneció algunos minutos inmóvil mirando hácia el abismo. Miraba lo invisible con una fijeza parecida á la atencion, oyendo el ruido del agua. De repente se quitó el sombrero y lo dejó en el pretil del muelle. En seguida apareció de pié sobre el parapeto una figura alta y negra, que de lejos cualquier transeunte hubiera podido tomar por un fantasma; esta figura se encorvó hácia el Sena, volvió á enderezarse y cayó luego á plomo en el abismo. Sonó el ruido sordo de un cuerpo que chapuzaba, pero solo las tinieblas estuvieron en el secreto de las convulsiones de aquella forma oscura que desapareció bajo las aguas.

# LIBRO QUINTO

## El nieto y el abuelo.

### I.

#### El árbol con parche de zinc.

Algun tiempo despues de los anteriores sucesos, Boulatruelle experimentó viva conmocion.

Dicho Boulatruelle, á quien conocimos de peon caminero en Montfermeil y despues borracho en la caverna de Jondrette, se ocupaba de varias cosas. Rompia piedras y desbalijaba á los viajeros en el camino real. Era un picapedrero ladron que soñaba sin cesar con los tesoros que suponia enterrados en el bosque de Montfermeil, y esperaba el dia menos pensado encontrar dinero al pié de algun árbol. Mientras llegaba ese dia, lo buscaba en el bolsillo de los transeuntes.

En la actualidad obraba con prudencia, porque acababa de escaparse con Thenardier y con los demás bandidos de la cogida que tuvieron en el desvan de éste. Su borrachera le salvó, porque no se pudo averiguar si estaba en el desvan como robado ó como ladron; de lo que resultó la providencia de "no há lugar„, fundada en su notorio estado de embriaguez. Puesto en libertad, volvió á machacar piedra al camino de Gagny á Lagny, bajo la vigilancia judicial, cabizbajo, meditabundo, disgustado del robo que estuvo á pique de perderle y cada dia más encariñado al vino.

Vamos ahora á decir por qué causa experimentó la viva conmocion de que antes hablamos.

Una madrugada que Boulatruelle, como de costumbre, se dirigia á su trabajo, y quizás al sitio desde donde acechaba, divisó entre las ramas de los árboles á un hombre que estaba de espaldas á él, pero cuya traza, por lo que pudo juzgar desde lejos, no le era desconocida.

Boulatruelle, aunque era borracho, tenia excelente memoria, que es un arma defensiva indispensable para todo el que se pone en lucha con el órden legal.

—¿Dónde diablos he visto yo á ese hombre?

Pero la única respuesta que se le ocur-

rió fué que se parecia á álguien que él conocia, pero que no recordaba. Prescindiendo de la identidad, que no le fué posible fijar, hizo comparaciones y formó cálculos. Aquel hombre no era del pais y acababa de llegar á pié, porque ningun carruaje público iba á tales horas á Montfermeil. Debió, pues, haber andado toda la noche. No debia venir de muy lejos, porque no iba cargado con mochila ni con líos. Sin duda venia de Paris. ¿Por qué estaba en el bosque á semejantes horas? Qué objeto le llevaba allí?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de atormentar la memoria, recordó vagamente haber visto muchos años antes otro hombre allí, que bien pudiera ser éste. Reflexionando estaba con la cabeza baja, como cediendo á la presion del pensamiento; esto, aunque era natural, fué en él poco hábil, porque cuando la levantó ya no vió á nadie. El hombre habia desaparecido entre la espesura del bosque.

—Diablo! exclamó Boulatruelle; pero yo lo encontraré, que quiero descubrir la parroquia de ese parroquiano. Nadie tiene secretos en este bosque sin que yo los averigüe.

Cogió su pico, que era muy puntiagudo, y murmuró entre dientes:

—Con esto basta para registrar la tierra y para registrar á ese hombre.

Como quien ata un cabo á otro cabo, encajando su paso lo mejor que pudo en el itinerario del desconocido, se puso en marcha al través de los árboles.

En cuanto andó unos cien pasos, tuvo en su ayuda la luz del dia, que empezaba á clarear. Le indicaron las huellas de la pista pisadas impresas aquí y allá en la arena, yerbas aplastadas, matorrales tronchados y retoños doblados entre el ramaje. Siguió la pista, pero no tardó en perderla.

Se internó en el bosque y llegó á una pequeña eminencia. Un cazador madrugador, que cruzaba á lo lejos de un lado á otro canturreando, le inspiró la idea de trepar á un árbol, porque aunque era viejo el peon caminero, era ágil. Subióse, pues, á lo más alto que pudo de una corpulenta haya. Le ocurrió la buena idea de explorar aquel sitio por el lado en que el bosque era más intrincado y bravío. Boulatruelle, desde el árbol, vió de repente un hombre, pero en seguida le perdió de vista.

El desconocido entró, ó mejor dicho, se deslizó en un claro bastante lejano que ocultaban árboles grandes, pero que Boulatruelle conocia perfectamente, porque habia allí, cerca de un gran monton de piedras de molino, un castaño enfermo, fajado con un parche de zinc adherido á la corteza.

Boulatruelle, con la rapidez que dá la alegría, se dejó caer en vez de bajar del árbol. Conocia ya la guarida y solo le faltaba apoderarse de la fiera. Probablemente estaria en aquel claro el famoso tesoro de sus sueños.

Pero no era fácil llegar allí. Se necesitaba más de un cuarto de hora para ir por los senderos trillados, pero llenos de incómodas revueltas. Dirigiéndose en línea recta por el monte, que por esa parte era espeso, espinoso y agresivo, necesitaba para llegar más de media hora. Boulatruelle cometió la torpeza de no comprenderlo así; creyó en la línea recta, que es ilusion óptica respetable, pero que pierde á muchos hombres. Hasta el monte erizado le parecia un buen camino.

—Me encaminaré por la calle de Rívoli de los lobos, se dijo.

Boulatruelle, acostumbrado á caminar siempre torcido, cometió esta vez la falta de ir recto.

Metióse resueltamente por entre las malezas y tuvo que luchar con los acebos, con las ortigas, con los espinos, con los cardos y con las zarzas, saliendo arañado por todas partes. Al pié del barranco habia una charca que le fué preciso atravesar, y llegó al cabo de cuarenta minutos al claro que buscaba sudando, mojado, jadeante, arañado y con aspecto feroz.

Llegó allí y no encontró al desconocido.

Boulatruelle fué corriendo al monton de piedras; el monton estaba en su sitio, nadie se lo habia llevado; pero el hombre se habia desvanecido en la selva. ¿Por dónde se fué? Por qué parte? Imposible era adivinarlo.

Lo más doloroso fué para el bandido que detrás del monton de piedras que habia al pié del árbol con parche de zinc, vió la tierra recientemente removida, un azadon olvidado ó abandonado y un agujero.

Pero el agujero estaba vacío.

—Ladron! gritó Boulatruelle, apretando y levantando los puños hácia el cielo.

## II.

**Al salir Mario de la guerra civil se prepara para la guerra doméstica.**

Mario estuvo mucho tiempo entre la muerte y la vida.

Durante algunas semanas no le dejó la fiebre con delirio ni con síntomas cerebrales de gravedad, causados más por la conmocion de las heridas de la cabeza que por las mismas heridas.

Repitió el nombre de Cosette noches enteras con la locuacidad fúnebre que dá la calentura y con la sombría obstinacion del que agoniza. La magnitud de ciertas lesiones ofreció peligro sério, porque la supuracion de las llagas podia reabsorberse y matar al enfermo si sobrevenian ciertas influencias atmosféricas. Cada vez que cambiaba el tiempo, el médico se asustaba.—"Sobre todo que el enfermo no experimente ninguna emocion„, decia.

Las curas eran complicadas y difíciles, porque en aquella época no se conocia aun el modo de fijar los aparatos y vendajes por medio del esparadrapo.

Nicolasita gastó en hilas una sábana, y costó mucho trabajo que las lociones de cloro de nitrato de plata pudiesen atajar la gangrena. Mientras Mario estuvo de peligro, su abuelo no se separó de la cabecera de su lecho ni vivo ni muerto.

Todos los dias una ó dos veces un caballero, con pelo blanco y decentemente vestido (segun las señas que daba el portero), venia á saber del enfermo y dejaba para las curas un gran paquete de hilas.

Por fin, el 7 de Setiembre, despues de cuatro meses, contados desde la noche fatal en que trajeron moribundo al enfermo á casa de su abuelo, el médico declaró que respondia de la vida de Mario. Empezó la convalecencia, pero esto no obstante, tuvo que permanecer dos meses más tendido en un sillon por los accidentes que le produjo la fractura de la clavícula.

En cámbio, su larga enfermedad y su no menos larga convalecencia le libraron de las pesquisas judiciales. No hay cólera en Francia, aunque sea pública, que no se extinga á los seis meses.

En el estado actual de la sociedad todos tienen su parte de culpa en los motines, y por lo mismo todos se ven en la necesidad de cerrar los ojos. Añadamos á esto que el incalificable edicto que publicó Gisquet, mandando que los médicos denunciasen á los heridos, indignó de tal modo al público, y más que al público al rey, que los heridos se salvaron protegidos por la indignacion general. Exceptuando á los que fueron cogidos en el sitio del combate, los demás heridos no fueron inquietados por los Consejos de guerra. Dejaron, pues, tranquilo á Mario.

El señor Gillenormand atravesó primero todas las angustias y despues todos los éxtasis junto á la cama del herido, costando mucho trabajo impedir que pasase todas las noches junto á la cabecera. Hizo colocar allí su colosal sillon, y exigió á su hija que emplease el mejor lienzo que hubiera en casa para hacer compresas y vendajes.

La señorita Gillenormand, como persona prudente, economizó el lienzo fino, haciendo creer á su padre que le obedecia. Este asistia á todas las curas que el pudor vedaba presenciar á la solterona, y era interesante el ver cómo daba al herido una taza de tisana con mano trémula. Abrumaba al médico á preguntas, sin advertir que siempre le preguntaba lo mismo. El dia que el facultativo le anunció que Mario estaba fuera de peligro, le faltó poco para volverse loco. Dió tres luises de gratificacion al portero. Por la noche, al entrar en su cuarto, bailó una gavota. Se arrodilló luego sobre una silla, y Basco, que le observaba por entre la puerta entornada, dijo que estaba rezando. Hasta entonces no habia creido verdaderamente en Dios.

A cada nueva fase de la convalecencia de Mario, el abuelo hacia mil locuras. Ejecutaba multitud de acciones maquinales, impregnadas de alegría; subia y bajaba las escaleras sin saber por qué. Una vecina, que por cierto no era mal parecida, se quedó asombrada al recibir por la mañana un ramo grande de flores que el señor Gillenormand le enviaba, y el marido, celoso, tuvo séria explicacion con su mujer. El abuelo se empeñó dos ó tres veces en sentar á Nicolasita sobre sus rodillas; llamaba á Mario señor baron, y gritaba: Viva la República!

A cada momento preguntaba al médico:

—¿No es verdad que ya no hay peligro?

Miraba á Mario con ojos de abuela. Cuando comia, le contemplaba alelado. Estaba desconocido; no hacia mérito de sí mismo para nada. Mario era el dueño

de la casa; el anciano, en el colmo de su júbilo, habia abdicado, viniendo á ser como el nieto de su nieto.

En su alegría era el más venerable de los niños. Por miedo á fatigar ó importunar al convaleciente, se ponia detrás de él y desde allí le sonreía. Estaba contento, gozoso, fuera de sí; habia rejuvenecido. Sus cabellos blancos realzaban con suave majestad el risueño resplandor que brotaba de su rostro.

Mario, mientras le curaban y le cuidaban, tenia fijo el pensamiento en Cosette. Desde que le abandonó la fiebre, y por consiguiente el delirio, no habia vuelto á pronunciar el nombre de su adorada; parecia que ya no pensaba en ella, pero su silencio provenia precisamente de no pensar en otra cosa.

No sabia qué habia sido de Cosette; los sucesos de la calle de la Chanvrerie vagaban como una nube en su memoria; las sombras confusas de Eponina, de Gavroche, de Babeuf y de Thenardier brotaban en su espíritu, así como tambien las de sus amigos, envueltos lúgubremente con el humo de la barricada; la extraña aparicion del señor Fauchelevent en la sangrienta aventura le causaba el efecto de un enigma en medio de una tempestad: no sabia cómo se encontraba allí, ni quién le habia salvado, como tampoco lo sabian las personas que le rodeaban. Lo único que pudieron decirle es que le habian traido moribundo en un coche de alquiler á casa de su abuelo. Su pasado, su presente y su porvenir formaban para él las nieblas de una idea vaga; pero entre su bruma veia un punto inmóvil, una línea clara y precisa, una voluntad; encontrar á Cosette. Para él la idea de la vida no era distinta de la idea de Cosette, y estaba decidido á no aceptar la una sin la otra. Habia formado la inquebrantable decision de exigir al que quisiera obligarle á continuar viviendo la restitucion de su edén perdido.

No ignoraba los obstáculos con que tenia que luchar.

No debemos pasar en silencio que no se dejaba conquistar ni enternecer por las cariñosas solicitudes de su abuelo. No estaba en el secreto de ellas, y además, en sus divagaciones de convaleciente, calenturientas todavía quizá, desconfiaba de esas dulzuras como de cosa extraña y nueva que se proponia sojuzgarle. Manteníase, pues, frio. Su abuelo le prodigaba en vano sus octogenarias sonrisas. Mario comprendia que el anciano seguiria tan complaciente con él mientras no le hablase de Cosette, pero que cuando esto sucediera, todo cambiaria de aspecto y la verdadera actitud del señor Gillenormand apareceria sin disfraces halagüeños. Entonces el choque seria violento y volverian á recrudecerse las cuestiones de familia. Mario, para resistir ese choque, procuraba parapetarse de antemano.

A medida que iba cobrando fuerzas renacian sus antiguos agravios, se abrian las envejecidas úlceras de su memoria; recordaba el pasado; el coronel Pontmercy se interponia entre él y el señor Gillenormand, y comprendia que ningun bien podia esperar de quien fué tan duro y tan ingrato con su padre. A medida que recobraba la salud era más áspero con su abuelo; éste lo notaba y sufria sin desplegar los labios.

El anciano observaba tambien, aunque nada decia, que Mario, desde su vuelta al techo paterno, y despues de haber recobrado el conocimiento, ni una sola vez le habia llamado padre.

Indudablemente se aproximaba una crísis.

Como sucede casi siempre en tales casos, Mario, con la idea de probar sus fuerzas, intentó una escaramuza antes de empeñar la batalla para reconocer el terreno. Sucedió una mañana que el señor Gillenormand, á propósito de un periódico que le cayó en las manos, habló con ligereza de la Convencion y lanzó un epifonema realista contra Danton, Saint-Just y Robespierre.

—Los hombres del 93 eran jigantes, le contestó Mario con severidad.

El anciano se calló y no volvió á chistar en todo el dia.

Mario, que tenia siempre presente la inflexibilidad de su abuelo, interpretó su silencio como profunda concentracion de cólera, que le auguraba una lucha encarnizada, y aumentó en lo recóndito de su pensamiento los preparativos de combate.

En el caso de no complacerle su abuelo, estaba decidido á arrancarse los aparatos, á dislocarse la clavícula, á dejar al descubierto las heridas, que aun no estaban cerradas, y á rechazar todo alimento.

Su dilema era: Cosette ó la muerte.

Esperó un momento favorable, con la paciencia propia de los enfermos, y este momento llegó.

## III.

### Mario ataca.

El señor Gillenormand, mientras su hija arreglaba los frascos y las tazas en el mármol de la cómoda, inclinándose hácia Mario, le decia con ternura:

—Mira, chiquitin, en tu lugar yo preferiria comer carne á pescado. Los lenguados fritos son á propósito para el principio de la convalecencia; pero cuando ésta adelanta, hasta el punto de que vá á levantarse ya el enfermo, no hay nada como las chuletas.

Mario, que habia recobrado ya casi todo su vigor, haciendo un esfuerzo, se incorporó en la cama, apoyó las manos en la colcha, miró á su abuelo con fijeza y, adquiriendo terrible aspecto, le dijo:

—Esto me dá pié para participaros una cosa.

—Qué cosa?

—Que quiero casarme.

—Lo habia previsto, le contestó el abuelo, soltando la carcajada.

—Lo habíais previsto!

—Sí... Tendrás tu chiquilla...

Mario se quedó atónito y temblando.

El señor Gillenormand continuó:

—Verás colmados tus deseos; será tuya esa preciosa niña. Viene todos los dias, bajo la forma de un señor anciano, á saber de tí. Desde que estás herido sé que pasa el tiempo llorando y haciendo hilas. Me he enterado y vive en la calle del Hombre-Armado, núm. 7. ¿Conque la quieres? Me alegro, porque esto destruye tus planes. Te habias formado un pequeño complot, diciendo para tí:—Voy á imponer mi voluntad, sin rodeos y crudamente, á mi abuelo, á esa momia de la Regencia y del Directorio, á ese antiguo pisaverde, á ese Dorante convertido en Geronte. Él tambien ha tenido sus ligerezas, sus amoríos, sus grisetas y sus Cosettes. Vamos á presentarle la batalla.—Te has llevado chasco y merecido. Te ofrezco una chuleta y me respondes que quieres casarte. ¡Está buena la transicion! Contabas con que tendríamos un altercado, olvidándote de que yo soy un viejo cobarde. Qué dices ahora? Te has quedado con la boca abierta. No esperabas encontrar al abuelo más borrico que tú y has perdido el discurso que pensabas dirigirme. Esto es para desesperar á un abogado; pues bien; mejor que mejor; rabia, ya que he seguido la corriente de tu deseo. Tomé informes, porque yo tambien tengo mis puntos de taimado, y sé que es hermosa y formal. Aquello del lancero fué una pura invencion. Ha hecho un monton de hilas; vale un Perú; te adora, y si hubieras muerto, hubiera habido tres cadáveres; su ataud hubiera acompañado al mio. Desde que empezaste á mejorar se me ocurrió traértela, para que te la encontraras á la cabecera del lecho; pero solo en las novelas se introduce de ese modo á las jóvenes en las alcobas de sus galanes heridos; en la vida real no hay semejante costumbre. Qué hubiera dicho tu tia? La mayor parte del tiempo estabas desnudo. Pregúntaselo á Nicolasita, que no se separaba de tí un momento, si era posible que una mujer se acercase á tu cama. Qué hubiera dicho el médico? Una mujer bonita no es el mejor remedio para curar la fiebre. En fin, es negocio concluido; tómala. Te parezco ahora feroz? He visto que ya no me querias y he dicho en mis adentros: ¿Qué haria yo para que me quisiera ese estúpido? Entregarle á Cosette, y así le obligo á que me quiera algo. ¿Pensabas que tu abuelo iba á echar rayos y centellas? Nada de eso. ¿Quieres tomarte la molestia de casarte con Cosette? Pues cásate, hijo de mi alma!

Cuando concluyó de hablar el anciano prorumpió en sollozos.

Se apoderó de la cabeza de Mario, la estrechó contra su pecho, y el viejo y el jóven se pusieron á llorar.

El llanto es una de las formas de la suprema dicha.

—Padre mio! exclamó Mario.

—Ah! Conque me quieres? dijo el anciano.

Hubo un momento de inefable expansion, en el que los dos se ahogaban sin poder hablar.

Por fin el abuelo tartamudeó:

—Vamos, ya estás desenojado; ya has dicho padre mio.

Mario desprendió su cabeza de los brazos del anciano y dijo suavemente:

—Ahora que estoy mejor, me parece que ya podria verla.

—Tambien lo tenia previsto. La verás mañana.

—Padre mio!

—Qué?

—Por qué hoy no?

—Pues bien, hoy. Me has dicho tres veces padre mio y te lo has ganado. Te la traerán. Créeme, lo tenia previsto. Esto está escrito en verso. Es el desenlace de la elegía del *Jóven enfermo* de An-

drés Chenier, á quien degollaron los malva... los jigantes del 93.

Creyó ver el señor Gillenormand un ligero fruncimiento de cejas en Mario, el que, en verdad, ya no le escuchaba, sumido en amoroso éxtasis, pensando en Cosette y no en 1793. Pero el abuelo, temeroso de haber introducido tan estemporáneamente en el diálogo á Andrés Chenier, añadió con precipitacion:

—Degollaron no es la palabra propia. El hecho es que los grandes génios revolucionarios no eran malvados, esto es incontestable, eran héroes; pero conocian que Andrés Chenier les molestaba un poco y le hicieron guillot... Es decir, que los grandes hombres del 7 Termidor, por interés del bien público, suplicaron á Andrés Chenier que se dejase...

El señor Gillenormand, cogido como quien dice entre dos fuegos por su propia frase, no pudo continuar. No acertando á concluir ni á retractarse, aprovechando el instante en que su hija arreglaba la almohada de Mario, se salió fuera de la alcoba tan aprisa como se lo permitieron sus años, cerró la puerta tras sí, y sofocado, echando espumarajos y con los ojos desencajados, se encontró de manos á boca con Basco, que estaba limpiando las botas en la antecámara, le cogió por el cuello y le gritó furioso:

—¡Eran diablos del infierno y le asesinaron esos bandidos!

—A quién? preguntó Basco asombrado.

—A Andrés Chenier!

—Sí, señor, se apresuró á decir Basco lleno de miedo.

## IV.

**La solterona se conforma con que Fauchelevent traiga algo bajo del brazo.**

Cosette y Mario se volvieron á ver. Renunciamos á describir esta entrevista, porque hay escenas que son indescriptibles.

Toda la familia, incluyendo en ella á Basco y á Nicolasita, estaba reunida en el cuarto de Mario cuando entró Cosette.

Apareció en el umbral; parecia que la rodeaba una aureola.

Cosette estaba embriagada de placer y era presa del azoramiento que dá la felicidad. Ya estaba pálida, ya encendida; queria echarse en brazos de Mario y no se atrevia. Se avergonzaba de amar delante de tanta gente. No se tiene compasion de los amantes felices y no se separan de ellos los extraños cuando desean estar solos.

Detrás de Cosette entró un hombre con pelo cano, grave, risueño, pero con sonrisa vaga y dolorosa.

Era Juan Valjean, *vestido decentemente*, como dijo el portero, que llevaba traje negro y nuevo y corbata blanca.

El portero no podia figurarse que aquella persona tan bien vestida fuese el individuo lleno de fango y de sangre, harapiento y asqueroso, que la noche del 7 de Junio llevó en brazos á Mario moribundo á aquella casa, pero, sin embargo, habia excitado su olfato de portero. Cuando el señor Fauchelevent llegó con Cosette, dijo en voz baja á su mujer:

—Se me antoja que he visto otra vez esa cara.

El señor Fauchelevent, en el cuarto de Mario, permanecia como aparte y junto á la puerta. Llevaba bajo del brazo un paquete semejante á un volúmen en octavo envuelto en un papel. El papel de la envoltura era verde y estaba mohoso.

—¿Lleva siempre ese caballero libros bajo del brazo? preguntó Nicolasita á la señora Gillenormand.

—Y qué! respondió el señor Gillenormand, que la habia oido; será un sábio. Qué tiene eso de particular? ¿Es culpa suya?

Luego, levantando la voz, dirigiéndose al aludido, le dijo:

—Señor Fauchelevent, tengo el honor de pediros para mi nieto, el señor baron de Pontmercy, la mano de esta señorita.

El señor Fauchelevent se inclinó en señal de asentimiento.

—Negocio concluido, dijo el abuelo.

Volviéndose hácia Mario y Cosette, con los dos brazos extendidos, en actitud de bendecir, añadió:

—Se os permite adoraros.

No dieron lugar los amantes á que se lo dijesen dos veces. Empezaron á hablarse en voz baja; Mario estaba recostado en el sillon y Cosette de pié junto á él.

—Gracias á Dios que os vuelvo á ver, decia Cosette. Eres tú! Sois vos! ¡Haber ido á pelear de ese modo! Eso es horrible. En cuatro meses no he podido vivir. Es una maldad haber tomado parte en esa batalla. Os perdono, pero con la condicion de que no seais reincidente. Cuando me participaron que viniera á verte, creí

que iba á morirme de alegría. Por venir pronto no me entretuve en vestirme. Seguimos viviendo en la calle del Hombre-Armado. Me han asegurado que la herida que tenias en el hombro era tan honda que cabia dentro el puño; además me han dicho que te han cortado carne con tijeras. Esto me causó tanto horror, que lloré hasta agotar el raudal de mis lágrimas. No comprendo cómo se puede sufrir tanto. Parece muy bondadoso vuestro abuelo. Qué feliz soy ahora! Ha terminado la desgracia ya para nosotros. Me amas como antes?

—Angel mio! exclamó Mario.

La palabra *ángel* es la única del idioma que no se gasta nunca. Ninguna otra resistiria al incesante empleo que hacen de ella los enamorados.

Los dos jóvenes, viendo que habia tanta gente delante, dejaron de hablar, contentándose con estrecharse la mano suavemente.

El señor Gillenormand, volviéndose á los que estaban en el cuarto, les dijo:

—Hablad alto, meted ruido, para que estos muchachos no tengan vergüenza de decirse lo que quieren.

Luego, acercándose á Mario y á Cosette, les dijo en voz baja:

—Tuteaos. No os violenteis.

La señorita Gillenormand veia con estupor esta irrupcion de claridad en su interior de solterona, pero este estupor no tenia nada de agresivo; no era bajo ningun concepto la mirada escandalizada y envidiosa que lanza la lechuza á dos tortolillas; era la mirada imbécil de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida sin vida contemplando el triunfo del amor.

—Ya te lo anuncié yo, le dijo su padre; no podia dejar de suceder esto.

Luego, volviéndose hácia Cosette, exclamó:

—Es linda! Es preciosa! ¡Es una obra de Greuze! ¿Y vas tú á poseer solo semejante tesoro, bribonazo? De buena te libras. Si yo tuviera quince años menos nos la disputaríamos á sablazos, porque me ha enamorado. Vamos á celebrar una gran boda. Nuestra parroquia es San Dionisio del Santísimo Sacramento, pero obtendré una licencia para que os caseis en San Pablo, que es una iglesia mejor. La construyeron los jesuitas y es lindísima. Pienso como vos, señorita; me parece bien que las jóvenes se casen, porque para eso las ha criado Dios. Quedarse solteras es meritorio, pero es muy soso. La Biblia dice: "Multiplicaos„. Para salvar al pueblo se necesita una Juana de Arco, pero para que no concluya la especie se necesita una tia Antonia. A propósito, Mario.

—Qué, padre mio?

—Tú no tenias un amigo íntimo?

—Sí, Courfeyrac.

—Qué se ha hecho?

—Ha muerto.

—Más vale así.

El abuelo se sentó entre Mario y Cosette, y tomando las cuatro manos de los amantes entre las suyas, arrugadas por la edad, dijo:

—Es bocado exquisito esta jóven. Doncellita y gran señora. Lástima es que no sea más que baronesa. ¡Y qué pestañas tiene! Hijos mios, haceis bien en obrar así. Amaos hasta quedar embobados. El amor es la tontería de los hombres y el espíritu de Dios. Adoraos. Pero, añadió entristeciéndose de repente, ahora me ocurre que la mitad de mis rentas son vitalicias. Mientras yo viva, todo irá bien; pero cuando yo muera, sereis pobres, y las blancas y bonitas manos de la baronesa se verán quizá obligadas á dedicarse á faenas impropias de su clase.

Entonces una voz grave y tranquila, interrumpiendo al vejete, dijo:

—La señorita Eufrasia Fauchelevent posee seiscientos mil francos.

Esta voz era la de Juan Valjean. No habia desplegado aun los labios; nadie se acordaba de que estuviese allí; permanecia de pié é inmóvil detrás de aquellos séres felices.

—Quién es la señorita Eufrasia? preguntó el abuelo casi asustado.

—Soy yo, respondió Cosette.

—Seiscientos mil francos! exclamó el señor Gillenormand.

—Menos catorce ó quince mil quizá, contestó Juan Valjean, dejando sobre la mesa el paquete que la solterona tomó por un libro.

El señor Fauchelevent lo abrió en seguida: era un legajo de billetes del Banco. Los contó y habia quinientos billetes de mil francos y ciento sesenta y ocho de quinientos: total, quinientos ochenta y cuatro mil francos.

—Ese es un buen libro! repuso el señor Gillenormand.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! murmuró entre dientes la solterona.

—¡Este diablo de Mario ha ido á tropezar en la region de los sueños con una griseta millonaria! ¡Fiaos ahora de los

amoríos de los jóvenes! ¡Los estudiantes encuentran á veces mejores gangas que Rostchild!

Mario y Cosette no hacian en todo este tiempo más que mirarse, prestando apenas atencion á aquel incidente.

## V.

**Donde se verá que es más seguro depositar el dinero en algun bosque que en manos de algun notario.**

Deben los lectores haber comprendido que Juan Valjean, despues del lance judicial de Champmathieu, pudo, gracias á su primera evasion de algunos dias, ir á Paris y retirar á tiempo de casa de Laffitte la cantidad que ganó siendo el señor Magdalena, y que, temeroso de que le volvieran á prender, ocultó aquella suma, enterrándola en el bosque de Montfermeil, en el claro llamado Blarú. La cantidad, que era de seiscientos treinta mil francos, toda en billetes de Banco, abultaba poco y cabia en una caja, pero para preservarla de la humedad la metió en un cofrecito de encina, lleno de virutas de castaño.

El hombre que Boulatruelle vió una noche en el bosque por primera vez era Juan Valjean.

Cada vez que éste necesitaba dinero iba á buscarlo al escondite, y por eso se ausentaba de Paris por dos ó tres dias.

Tenia escondido un azadon entre los matorrales.

Cuando vió convaleciente á Mario, presintiendo que se acercaba el momento de necesitar aquel dinero, se fué á buscarlo.

Por eso le volvió á ver en el bosque Boulatruelle, que heredó el azadon.

La cantidad completa ascendia á quinientos ochenta y cuatro mil francos, pero Juan se quedó con quinientos.

La diferencia entre esta suma y los seiscientos treinta mil francos que retiró de casa de Laffitte representaba el gasto de diez años, desde 1823 á 1833. Los cinco que permaneció en el convento no gastó más que cinco mil francos.

Juan Valjean puso en la chimenea los dos candelabros de plata del obispo, que la tia Santos contemplaba con admiracion.

Hizo esto porque sabia que estaba libre de Javert.

Habia oido referir, y luego lo vió confirmado en el *Monitor*, el suicidio del susodicho inspector de policía, que encontraron ahogado en el Sena, atribuyendo su muerte á un momento de enagenacion mental.

—En efecto, pensó Juan Valjean, loco debia estar Javert cuando, teniéndome en su poder, me dejó escapar.

## VI.

**Los dos ancianos, cada cual á su manera, procuran labrar la felicidad de Cosette.**

Se preparaba todo para el casamiento, y despues de consultar al médico, dispusieron que se verificase en el mes de Febrero.

Corria el mes de Diciembre, y pasaron algunas semanas de perfecta é inefable dicha; el abuelo no era el menos dichoso.

Se extasiaba ante Cosette con frecuencia y exclamaba:

—Es una niña admirable, de aspecto dulce y candoroso. Nunca ví muchacha de más atractivo. Llegará dia en que sus virtudes olerán á violeta.

Cosette y Mario habian pasado repentinamente desde el sepulcro hasta el paraiso. La transicion fué tan inesperada, que solo el deslumbramiento les impidió perder el sentido.

—¿Comprendes tú lo que nos ha sucedido? preguntaba Mario á Cosette.

—No, respondia ésta, pero me parece que Dios nos está mirando.

Juan Valjean lo concilió y lo facilitó todo, apresurando la ventura de Cosette con tanta solicitud y alegría como ella misma, á lo menos aparentemente.

La circunstancia de haber sido alcalde le ayudó á resolver un problema delicado, cuyo secreto él solo conocia: el estado civil de Cosette.

Declarar secamente su orígen quizá hubiese sido un obstáculo para celebrar la boda.

Supo allanar todas las dificultades, proporcionando á Cosette una familia de individuos ya difuntos, que le pareció el mejor medio de evitar reclamaciones. Hizo constar que Cosette era el último vástago de una línea ya extinguida. Debia el nacimiento, no á él, sino á otro Fauchelevent hermano suyo.

Los dos hermanos habian sido jardineros en el convento del Petit-Picpus.

Se fué al convento y allí le extendieron excelentes informes y respetables testimonios.

Las monjas, poco aptas y sin inclinacion á sondear las cuestiones de paternidad, no supieron nunca con fijeza cuál

de los dos Fauchelevent era el padre de Cosette.

Declararon, pues, lo que Juan Valjean quiso que declararan. Se extendió un acta de notoriedad, y Cosette fué ante la ley Eufrasia Fauchelevent, huérfana de padre y madre.

Juan Valjean se lo arregló de modo que quedó nombrado tutor de Cosette y el señor Gillenormand tutor sustituto.

Los quinientos ochenta y cuatro mil francos provenian de un legado que hizo á Cosette una persona ya difunta y que deseaba permanecer desconocida. El legado primitivo fué de quinientos noventa y cuatro mil francos, pero se gastaron diez mil en la educacion de Eufrasia, cuya cantidad se pagó al indicado convento. Este legado, que se depositó en manos de un tercero, debia entregarse á Cosette cuando fuese mayor de edad ó cuando se casase.

Cosette supo, pues, que no era hija de aquel anciano á quien habia llamado padre tanto tiempo. Solo era tio suyo, era hija del otro Fauchelevent.

En cualquier otra ocasion esta noticia la hubiera entristecido, pero en aquellos momentos de felicidad apenas fué para ella una sombra, una nubecilla que el exceso de alegría disipó pronto.

Teniendo á Mario lo tenia todo. Al desvanecerse ante ella la personalidad del anciano, surgia la del jóven. Estas son las peripecias de la vida.

Además, Cosette estaba acostumbrada, hacia ya muchos años, á ver enigmas en torno suyo. Y los que han tenido una infancia misteriosa se hallan siempre predispuestos á renunciar á ciertos sentimientos.

Continuó, sin embargo, llamando padre á Juan Valjean.

Cosette, en su amoroso éxtasis, se entusiasmaba por el señor Gillenormand; verdad es que él la colmaba de madrigales y de regalos.

Mientras Juan Valjean preparaba á Cosette situacion normal en la sociedad y estado civil inatacable, el señor Gillenormand le preparaba el canastillo de boda. Le complacia y le divertia mostrarse expléndido. Regaló á Cosette un vestido de encaje que habia usado su abuela.

—Las modas antiguas vuelven á ser de moda, decia, y las jóvenes de mi vejez se visten como las viejas de mi infancia.

Sacaba de sus respetables cómodas de laca de Coromandel, que no se habian abierto en muchos años, trapos y trajes antiguos. Abria extrepitosamente gavetas panzudas llenas de vestidos y de adornos de sus dos mujeres, de sus abuelas y de sus queridas, y todo se lo regalaba á Cosette. Cosette, sorprendida, penetrada de amor hácia Mario y de reconocimiento al señor Gillenormand, soñaba en una felicidad sin límites, entre rasos y terciopelos. El canastillo de boda se le aparecia sostenido por serafines. Su alma se perdia en el azul del cielo, volando con alas de encaje de Malinas. La embriaguez de los enamorados solo igualaba el éxtasis del abuelo.

Un dia Mario, que aprovechaba la ocasion de exponer ideas levantadas hasta en medio de su felicidad, dijo, á propósito de no sé qué incidente:

—Los hombres de la revolucion son tan grandes, que han alcanzado ya el prestigio que dá los siglos, como Caton y Focion, y cada uno de ellos parece una antigua memoria.

El señor Gillenormand, por el contrario, del ajuar de la novia sacaba un conjunto de sabiduría diciendo:

—Bueno es el amor, pero estos accesorios son muy útiles. La felicidad necesita de lo supérfluo, es lo necesario por sí sola, pero conviene sazonarla con artículos de lujo. Un palacio y un corazon, un corazon y el Louvre; dadme una pastora, pero procuremos que sea duquesa. Traedme á Filis coronada de florecillas, pero dotádmela con cien mil francos de renta. Construidme una casa de campo rústica que se pierda de vista, pero que sea bajo una columnata de mármol. La felicidad á secas se parece al pan seco, que llena el estómago, pero eso no es comer. Yo quiero lo supérfluo, lo inútil, lo extravagante, lo que no sirve para nada. Recuerdo haber visto en la catedral de Estrasburgo un reloj tan alto como una casa de tres pisos, que señalaba la hora, aunque su aspecto no indicaba que fuese esa su mision; dicho reloj, despues de dar las doce del dia ó las doce de la noche, enseñaba la luna y las estrellas, la tierra y el mar, las aves y los peces, sacando una caterva de cosas de su nicho, entre las que habia un monton de muñequillos dorados tocando la trompeta: comparado con éste, ¿qué vale un reloj que solo marca las horas? Prefiero, pues, el gran reloj de Estrasburgo al cucú de la Selva Negra.

El señor Gillenormand desbarraba, sobre todo cuando se trataba de la boda,

y todo el ajuar del siglo diez y ocho hallaba cabida en sus ditirambos.

—Vosotros no sabeis el arte de celebrar las fiestas. Ahora no sabeis pasar un dia de buen humor. El siglo diez y nueve es blanducho y no conoce el exceso del vigor. No conoce la riqueza ni la nobleza. Ahora todo es mondo y lirondo. La clase media es insípida, inodora é incolora. Sus mujeres solo sueñan al establecerse, como ellas dicen, en un lindo tocador adornado con muebles nuevos de palosanto y con cortinajes de calicot. Valiente suntuosidad! El señor Tacaño se casa con la señorita Ahorrillos. En el siglo actual se hacen negocios, se juega á la Bolsa, se gana dinero, pero los hombres son miserables. Pulir y barnizar la superficie es el objeto predominante; cada cual procura prenderse de veinticinco alfileres, lavarse, jabonarse, peinarse y charolarse, limpiarse por fuera, aparecer irreprochables y pulimentados como un espejo; pero al mismo tiempo, en el fondo de la conciencia solo hay estercoleros y cloacas, capaces de hacer retroceder á una vaquera que se suena con los dedos. Mario, no te enojes y permíteme que hable. Ya ves que no hablo mal del pueblo, al contrario, se me llena la boca cuando le nombro; pero déjame que babee á la clase media. A ella pertenezco, y quien bien te quiera te hará llorar. Repito que hoy se casa la gente, pero no sabe casarse. Echo de menos la gentileza de las costumbres antiguas; la elegancia, la caballerosidad, los modales corteses y graciosos y el lujo; la música formando parte de la boda, arriba la sinfonía, abajo el tamboril; los bailes, los alegres festines, los madrigales alambicados, las canciones, los fuegos artificiales, las risas sin doblez, el diablo y su comitiva y los grandes lazos de cintas. Echo de menos la liga de la novia, que es la prima hermana del ceñidor de Vénus. La guerra de Troya gira sobre la liga de Elena. ¿Por qué el divino Diomedes rompe en la cabeza de Medióneo el enorme casco de bronce de diez puntas? ¿Por qué Aquiles y Héctor cruzan sus picas? ¿Por qué Elena permitió que Páris le atase la liga? De la liga de Cosette sacaria Homero la *Iliada*, introduciria en su poema un viejo charlatan como yo y le llamaria Néstor. En mis tiempos, los casamientos se celebraban en toda regla; primero el contrato de boda y luego una suculenta comilona. Desde que salia Luyacio entraba Camacho; porque el estómago es un animal que pide lo que le pertenece de derecho y quiere tambien tener su boda: cenábamos bien, al lado de una mujer hermosa y descotada. ¡Qué alegría reinaba en mi época! La juventud era un ramillete. El guerrero se convertia en pastor, y si era capitan de dragones, encontraba medio de llamarse Florian. Habia empeño en estar lindos; abundaban los bordados y brillaban los colorines. El simple ciudadano brillaba como una flor y el marqués como un diamante. No se gastaban trabillas, no se usaban botas y nos divertíamos en grande. Hoy predomina la seriedad; el hombre es avaro y la mujer gazmoña, y son capaces de expulsar á las tres Gracias porque van demasiado despechugadas. Hoy esconden á la hermosura como si fuera fealdad. Desde la Revolucion todos llevan pantalones, hasta las bailarinas. Las alumnas de Terpsícore son graves y vuestros rigodones doctrinarios. La majestad ante todo. El gran tono es llevar la barba metida dentro de la corbata. El ideal de un mozalvete de veinte años que se casa consiste en parecerse á Royer Collard. Qué diablo! Ya que os caseis, casaos con la fiebre, el atolondramiento y el bullicio de la felicidad. Me inspira horror una boda prosáica. Cuerpo de Cristo! Ese dia, por lo menos, subid al Olimpo y convertíos en dioses.

Mientras el señor Gillenormand, durante su lírica efusion, se escuchaba á sí mismo, Cosette y Mario sentian la dulce embriaguez de mirarse con entera libertad.

La señorita Gillenormand miraba todo lo que sucedia con su impasibilidad habitual. Durante cinco ó seis meses no dejó de recibir emocion tras emocion: Mario de vuelta, Mario lleno de sangre, Mario traido de una barricada, Mario muerto y luego vivo, Mario reconciliado, Mario casándose con una pobre, Mario casándose con una millonaria. Los seiscientos mil francos fueron su última sorpresa; en seguida recobró su indiferente calma.

Continuó asistiendo con regularidad á los oficios religiosos, y pasaba y repasaba las cuentas del rosario; cuchicheaba sus Ave-Marías, mientras conjugaban en otro rincon el verbo amar, y Mario y Cosette le parecian dos sombras; pero la sombra era ella.

Hay un estado de ascetismo inerte, en el que neutraliza al alma el entorpecimiento, en el que es extraña á lo que

pudiera llamarse la tarea de vivir, y en el que no percibe más que los temblores de tierra y las catástrofes, pero ninguna de las impresiones humanas, ni las agradables, ni las dolorosas.

—Tu devocion, decia el señor Gillenormand á su hija, se asemeja al romadizo de cabeza; no hueles nada de la vida; pero si no sientes el mal olor, tampoco el bueno.

Su padre estaba tan acostumbrado á prescindir de la solterona, que ni siquiera la consultó sobre el casamiento de Mario. El abuelo habia cedido á su primer ímpetu, como hacia siempre, no quedándole del déspota convertido en esclavo más pensamiento que el de tener contento á Mario. Ni siquiera se acordó de que existiese la tia de éste, ni de que pudiera tener opinion; esto hirió el amor propio de la señorita Gillenormand. Algo ofendida en su fuero interno, pero apareciendo impasible, se habia dicho para su sayo:—"Mi padre resuelve la cuestion del matrimonio sin contar conmigo; pero yo resolveré la cuestion de la herencia sin contar con él„.

En efecto; la señorita Gillenormand era rica, aunque su padre no lo era. No comunicó á nadie su decision, y es probable que si Mario se hubiera casado con una pobre, éste no hubiera heredado á su tia. Pero el medio millon de francos de Cosette halagó mucho á la señorita Gillenormand y le hizo cambiar el modo de pensar respecto á los dos enamorados. Seiscientos mil francos es una suma que merece consideracion y respeto, y la solterona no podia menos de testar en favor de los dos jóvenes, por el motivo de que no necesitaban su herencia.

Se convino que los esposos habitarian en casa del abuelo; éste quiso cederles su habitacion, por ser la más hermosa de la casa.

—Esto me rejuvenecerá, decia. Es un antiguo proyecto mio. Siempre tuve la idea de convertir mi cuarto en cámara nupcial.

La amuebló con una porcion de antiguos cachivaches galantes, y la hizo techar y alfombrar con una tela de extraordinario mérito, que conservaba en pieza, y que creia que era de Utrech; tenia el fondo de raso adornado con flores de terciopelo.

—De esta tela, decia, era el cobertor de la cama de la duquesa de Aliville, en Roche Guyon.

Colocó en la chimenea una estatuita de Sajonia, que llevaba un manguito sobre el vientre desnudo.

La biblioteca del señor Gillenormand se transformó en despacho de abogado para Mario, que éste necesitaba, con arreglo á lo que previenen los estatutos del colegio.

## VII.

### Efectos de sueño mezclados con la felicidad.

Los amantes se veian diariamente. Cosette iba á casa del señor Gillenormand con Juan Valjean.

La convalecencia de Mario hizo adoptar esa costumbre, y los sillones de la calle de las Hijas del Calvario, que eran más cómodos para los diálogos amorosos que las sillas de paja de la calle del Hombre-Armado, habian contribuido á arraigarla. Mario y Fauchelevent se veian, pero no se hablaban. Parecia plan convenido. Las jóvenes solteras necesitan un rodrigon, y Cosette no hubiera podido ir á casa de Mario sin que la acompañase Juan Valjean, de modo que éste era para Mario la condicion de Cosette, condicion que él aceptaba.

Cuando discutian sobre política vagamente, bajo el punto de vista de la mejora general de la suerte de todos, llegaban á decirse algo más que sí y no. Ocupándose una vez de la enseñanza, que Mario queria que fuese gratuita y obligatoria y que se prodigase á todos como el aire y como el sol, fueron del mismo dictámen y casi entraron en conversacion. Mario notó entonces que Juan Valjean hablaba bien y hasta con cierta elevacion de lenguaje, pero que le faltaba cierto no sé qué. Tenia algo de menos que el hombre de mundo y alguna cosa más.

Mario, interiormente, en el fondo de su pensamiento, dirigia todo género de preguntas mudas al señor Fauchelevent, que era para él sencillamente benévolo y frio. Habia instantes en que dudaba de sus propios recuerdos. Se hizo en su memoria un agujero, que abrieron cuatro meses de agonía, y en el que se habian perdido muchas cosas. Se preguntaba á sí mismo si tenia la seguridad de haber visto á un hombre tan grave y tan sereno como el señor Fauchelevent en la barricada.

No era éste el único estupor que las apariciones y desapariciones del pasado le habian dejado en el espíritu; ni debe creerse que estuviese libre de las insis-

tencias de la memoria, que nos obligan, hasta siendo dichosos, á mirar melancólicamente hácia atrás. La cabeza que no se vuelve hácia los horizontes desvanecidos, es que no encierra ni pensamiento ni cariño.

A veces Mario se cogia la cara con las dos manos, y su pasado, tumultuoso y vago, atravesaba por el crepúsculo que apenas alumbraba su cerebro. Veia entonces caer otra vez á Babeuf, oia á Gavroche cantar entre la lluvia de metralla, sentia en sus labios el frio de la frente de Eponina, y las sombras de todos sus amigos, de Enjolras, Courfeyrac, Combeferre, Prouvaire, Bossuet y Grantaire surgian ante él, disipándose en seguida. Todos esos séres queridos, valientes y trágicos, ¿eran soñados ó habian existido realmente? El motin lo habia arrastrado todo entre su humareda. Las grandes fiebres originan esta clase de sueños. Mario se interrogaba y se palpaba, agitándose en el vértigo de estas realidades desvanecidas. ¿Dónde estaban, pues, aquellos séres? ¿Habian muerto sin quedar uno solo? De la caida en el abismo tenebroso era él el único que se habia salvado. ¿Fué aquello una desaparicion como las que se verifican en un teatro? Así las hay en el teatro de la vida. Dios pasa al acto siguiente.

Cuando pensaba en sí mismo le parecia no ser el mismo de antes. Antes era pobre, ahora rico; ayer abandonado, hoy tenia familia; estaba desesperado y queria morir, y ahora iba á casarse con la mujer que adoraba. Se figuró que habia cruzado la vida al través de un sepulcro, que penetró en él negro y salió blanco, y que todos los demás habian quedado en la oscuridad.

Habia instantes en que aquellos séres del pasado, apareciéndosele, formaban un círculo á su alrededor y le oscurecian; pero pensaba en Cosette y se tranquilizaba; necesitaba de esta felicidad para borrar de su memoria la pasada catástrofe.

El señor Fauchelevent formaba parte de esos séres desvanecidos. Costaba trabajo á Mario creer que el Fauchelevent de la barricada fuese el que veia ante sí de carne y hueso, sentado gravemente al lado de Cosette. Se creia víctima de una de las pesadillas que tuvo en sus horas de delirio. Como los temperamentos de los dos eran inaccesibles, no habia posibilidad de que Mario dirigiese ninguna pregunta á Juan Valjean, ni viceversa. Dos hombres poseedores de un secreto, y que por una especie de convenio tácito no hablan nunca de él, son menos difícil de encontrar de lo que se cree.

Una vez sola intentó Mario romper aquel silencio. Hizo salir á la conversacion la calle de la Chanvrerie, y volviéndose hácia el señor Fauchelevent, le preguntó:

—Conoceis bien esa calle, ¿no es verdad?

—Qué calle?

—La calle de la Chanvrerie.

—No tengo idea alguna del nombre de esa calle, contestó Juan Valjean con naturalidad.

La respuesta, referente al nombre de la calle y no á la calle misma, le pareció á Mario más concluyente de lo que era en realidad.

—Decididamente, dijo para sí, lo he soñado. Fué una alucinacion. Sin duda es alguno que se le parece. El señor Fauchelevent no estuvo en la barricada.

## VIII.

### Dos hombres imposibles de encontrar.

El encanto en que vivia Mario no podia borrar de su espíritu otras preocupaciones.

Mientras se preparaba su boda esperando la época fijada, se dedicó á hacer difíciles y escrupulosas indagaciones retrospectivas.

Tenia contraidas dos deudas de gratitud, una en nombre de su padre y otra suya personal: la de Thenardier y la del desconocido que le llevó moribundo á casa de su abuelo. Mario deseaba encontrar á esos dos hombres; no podia conciliar la idea de su casamiento y de su felicidad con la de olvidarlos, creyendo que no pagando esas dos deudas de gratitud, proyectarian sombra en su vida luminosa del porvenir. Le era imposible dejar tras sí esas dos partidas en descubierto, y queria, antes de entrar en la vida nueva, recibir el finiquito del pasado.

Aunque Thenardier fuese un infame, habia salvado al coronel Pontmercy. Thenardier era un bandido para todos, excepto para Mario: éste, como ignoraba lo que habia pasado en el campo de Waterlóo, no sabia que aunque Thenardier salvó la vida de su padre, no tenia motivo para estarle agradecido. Ninguno de los diversos agentes que empleó Mario llegó á descubrir la pista de Thenardier. Se habia eclipsado completamente. La

mujer de Thenardier murió en la cárcel durante el proceso. El bandido y su hija Azelma, únicos personajes que quedaban de aquel deplorable grupo, habian desaparecido otra vez en las tinieblas. Muerta la ex-posadera, absuelto Boulatruelle y fugado Suena-dinero con los principales acusados, abortó, ó poco menos, el proceso referente á la emboscada de la casucha Gorbeau, y aquel asunto quedó envuelto en cierta oscuridad. El tribunal tuvo que contentarse con el castigo de dos subalternos, Panchaud (a) Primaveral y Dos Millares; fueron condenados á diez años de presidio y á cadena perpétua sus cómplices, fugados y contumaces. Contra Thenardier, como jefe y autor de la trama, recayó sentencia de muerte, tambien por contumacia. La pena capital, lanzando á éste á lo más profundo del abismo, consiguió, burlando la vigilancia de la justicia, espesar más las tinieblas que ya le envolvian.

En cuanto al individuo que habia salvado á Mario, las indagaciones dieron al principio algun resultado, pero luego ya no dieron ninguno. Consiguieron dar con el coche de alquiler que transportó á Mario á la calle de las Hijas del Calvario la noche del 6 de Junio. Declaró el cochero que el 6 de Junio, por órden de un agente de policía, se estacionó desde las tres de la tarde hasta el anochecer en el muelle de los Campos Elíseos, encima del vertedero del gran albañal; que sobre las nueve de la noche se abrió la reja de la alcantarilla que dá sobre el ribazo del rio, y salió de ella un hombre que llevaba á cuestas á otro que parecia estar muerto; que el agente colocado allí en acecho habia preso al hombre vivo y cogido al hombre muerto; que subieron los tres en el coche y se dirigieron á la calle de las Hijas del Calvario, en la que depositaron al moribundo, que era el mismo Mario, y que le reconocia aunque ahora estaba vivo; que los demás se marcharon en el coche, y que el agente le mandó que parara á pocos pasos de la puerta de los Archivos, y que allí, en medio de la calle, le pagó y le despidió, llevándose el inspector al otro individuo, y que no sabia nada más.

Mario, como sabemos, no recordaba nada. Solo tenia idea de que se apoderó de él una mano enérgica en el momento de caer en tierra en la barricada; entonces perdió el conocimiento y no lo recobró hasta mucho más tarde en casa de su abuelo.

Mario se perdia en un mar de conjeturas. No podia comprender cómo habiendo caido en la calle de la Chanvrerie, el agente de policía le pudiese recoger en el ribazo del Sena, junto al puente de los Inválidos. Alguno le habia trasladado desde el barrio de los Mercados á los Campos Elíseos. Y cómo? Al través del alcantarillado, lo que indica inaudita abnegacion.

A descubrir, pues, quién era su salvador se dirigian todas las pesquisas de Mario; pero no pudo encontrar ni el menor indicio, ni el más leve rastro de ese hombre. Con mucha reserva se presentó en la Prefectura de policía; pero allí, como en otros puntos, los datos que le dieron no le aclararon nada. La Prefectura sabia menos que el cochero. No tenia noticia de ningun arresto verificado el 6 de Junio en la reja del gran albañal; y como no recibió parte ninguno, consideraba ese arresto como una fábula. El hecho, sin embargo, era cierto, y Mario no podia dudar de él á no dudar de su propia identidad.

Todo era inexplicable en ese extraño enigma.

¿Qué se hizo el personaje misterioso que el cochero vió salir del gran albañal, llevando á cuestas á Mario moribundo, y que prendió el agente en el momento de salvar á un insurrecto? ¿Qué se hizo dicho agente de policía y por qué guardaba silencio sobre este asunto? ¿Habria conseguido evadirse su salvador sobornando al agente? Y en este caso, ¿por qué su salvador no se presentaba á Mario, que le debia estar agradecido? El desinterés en este caso no era menos prodigioso que la abnegacion. Quizá ese hombre estaba por encima de la recompensa, pero nadie debe estar por encima del agradecimiento. Quién seria? Habria muerto? Nadie podia decirlo. Basco y Nicolasita, azorados, solo se fijaron en el señorito moribundo. El portero, que alumbró la trágica llegada de Mario, recordaba vagamente al individuo en cuestion, pero solo decia: "Es un hombre espantoso„.

Creyendo Mario que podria ayudarle en sus investigaciones la ropa ensangrentada que llevaba puesta cuando le condujeron á casa de su abuelo, la conservó, y al examinar la levita, notó que uno de los faldones estaba roto; le faltaba un pedazo.

Hablando Mario una noche delante de Cosette y de Juan Valjean de su singular aventura, de los infructuosos da-

tos que habia recogido y de la inutilidad de sus esfuerzos, le impacientó el rostro frio del señor Fauchelevent y exclamó con vivacidad, que casi participaba de la vibracion de la cólera:

—Mi salvador, sea quien quiera, estuvo sublime. Sabeis lo que ha hecho? Intervino como un ángel. Se arrojó en medio del combate, me arrebató de allí, abrió la alcantarilla y se bajó á ella conmigo á cuestas. Tuvo que andar más de legua y media por horribles galerías subterráneas, encorvado, en la profunda oscuridad y al través de las cloacas, con un cadáver en hombros, sin más objeto que el de salvarle, y aquel cadáver era yo. Sin duda se dijo:—"En ese miserable puede que quede aun un resto de vida, y por salvarla voy á aventurar mi existencia.„ No la arriesgó una vez, sino veinte! Cada paso que daba seria para él un peligro, y la prueba está en que al salir de la alcantarilla fué preso. ¿Sabeis por qué hizo todo eso? Para esconderse despues, para no recibir recompensa alguna. ¿Qué era yo? Un insurrecto, un vencido. ¡Si los seiscientos mil francos de Cosette fuesen mios!...

—Vuestros son, le dijo Juan Valjean, interrumpiéndole.

—Pues los daria por encontrar á ese hombre, le respondió Mario.

Juan Valjean guardó silencio.

# LIBRO SEXTO

## La noche toledana.

### I.

**El 16 de Febrero de 1833.**

Fué la noche de la boda de Mario y de Cosette.

Pasaron el dia con felicidad, aunque no tuvieron la fiesta que soñaba el abuelo; esto es, una mágia con grupos de querubines y de Cupidos sobre las cabezas de los novios; una boda digna de figurar en un retablo.

En 1833 la moda de los casamientos no era la misma que en la actualidad. Francia no habia tomado aun de Inglaterra la exquisita delicadeza de llevarse á la mujer fuera de su pais, de huir al salir de la iglesia, de ocultar la dicha avergonzados y de combinar la conducta del que ha hecho bancarrota con las delicias del cántico de los cánticos. Aun no habia comprendido la castidad y decencia que supone llevar entre vaivenes el paraiso dentro de una silla de posta; en entremezclar su misterio con los chasquidos del látigo; en elegir por lecho nupcial una mala cama de posada, dejando tras sí en la vulgar alcoba, á tanto por noche, el más sagrado de los recuerdos de la vida, confundido con la plática del mayoral de diligencia y con la moza de la posada.

En la mitad del siglo diez y nueve en que vivimos no nos bastan el corregidor con su banda, el sacerdote con su casulla, la ley y Dios; necesitamos en Francia, para que la ceremonia sea completa, al postillon de Lonjumeau, con su chaqueta azul de vueltas encarnadas y botones con cascabel, con brazaletes de cuero, pantalon de piel verde, galones falsos, sombrero charolado, pelo largo y lleno de polvo, látigo enorme y botas de tres suelas para armonizar el conjunto.

En 1833 no se practicaba aun el casamiento á gran trote en la silla de posta.

En aquella época se creia que el casamiento era una fiesta íntima y social; que un banquete patriarcal no echa á perder una solemnidad doméstica; que la alegría excesiva, si no traspasa los límites del decoro, no perjudica la felicidad, y que, por último, que excita la veneracion el ver la fusion de los dos destinos de donde ha de salir una familia, y ver que la cámara nupcial sirve en el porvenir de testimonio de la fé jurada.

Tenian entonces, pues, el impudor de casarse en su casa.

La boda de Mario y de Cosette, siguiendo esa moda, hoy ya caduca, se efectuó en casa del señor Gillenormand.

Los trámites duraron algun tiempo é impidieron que ésta se celebrase antes del 16 de Febrero, que era martes de Carnaval, lo que hizo entrar en escrúpulos á la vieja solterona.

—Martes de Carnaval! exclamó el abuelo. Hay un refran que dice:

*La boda en Carnavales*
*dá hijos muy cabales.*

Celebrémosla, pues, ese dia. ¿Quieres que la aplacemos, Mario?

—No, de ninguna manera, respondió el enamorado.

—Casémonos, pues, dijo el abuelo.

Así lo hicieron. Ese dia estuvo lloviendo, pero el cielo siempre tiene un rincon-cito azul al servicio de la felicidad, que

los amantes ven, aunque el resto de la creacion esté bajo sus paraguas.

Juan Valjean entregó la víspera á Mario, en presencia del señor Gillenormand, los quinientos ochenta y cuatro mil francos.

Como se verificó el casamiento bajo el régimen de la comunidad de bienes, los contratos de boda fueron muy sencillos.

La tia Santos era ya inútil á Juan Valjean, por lo que se la cedió á Cosette, que la ascendió al grado de doncella.

En la casa del señor Gillenormand amueblaron expresamente una bonita habitacion para Juan Valjean, y Cosette insistió tanto en que se fuese á vivir allí, que casi se lo hizo prometer.

Dias antes del fijado para el casamiento, á Juan Valjean le ocurrió un accidente. Se lastimó el dedo pulgar de la mano derecha; como no era cosa grave no permitió que nadie le curase; se envolvió la mano en un lienzo y llevó el brazo suspendido de un pañuelo. Le fué, pues, imposible firmar, pero lo hizo por él el señor Gillenormand, como á tutor sustituto de Cosette.

No conduciremos al lector ni á la alcaldía ni á la iglesia. Nunca se sigue hasta allí á dos enamorados, y la costumbre es volver las espaldas al drama desde este momento. Nos limitaremos á tomar nota de un incidente que, sin advertirlo la nupcial comitiva, aconteció en el tránsito de la calle de las Hijas del Calvario á la iglesia de San Pablo.

Estaban reparando entonces el empedrado de la extremidad de la calle de San Luis, que se hallaba interceptada desde la calle del Parque Real, por lo que los coches de la boda no podian ir directamente hasta San Pablo. Cambiaron de itinerario y torcieron por el boulevard.

Uno de los convidados hizo la observacion de que, siendo martes de Carnaval, habria allí acumulacion de carruajes.

—Por qué? preguntó el señor Gillenormand.

—Por las máscaras.

—Pues bien, vamos por esa parte. Estos muchachos se casan, y al entrar en la parte séria de la vida bueno es que se preparen viendo antes una mascarada.

Siguieron el camino del boulevard.

En la primera berlina iban Cosette y la señorita Gillenormand, el abuelo y Juan Valjean. En la segunda iba Mario, separado de la novia, segun es costumbre.

La comitiva nupcial, al salir de la calle de las Hijas del Calvario, tuvo que formar parte de la larga procesion de coches que rodaba desde la Magdalena á la Bastilla y desde la Bastilla á la Magdalena.

Las máscaras abundaban en el boulevard, á pesar de caer una lluvia intermitente. Paris, que tenia buen humor en el invierno de 1833, se disfrazó de Venecia. Hoy ya no se ven martes de Carnaval como aquellos.

Las travesías estaban llenas de gente y las ventanas de curiosos. Coronaban las azoteas de los peristilos de los teatros multitud de espectadores. Además de las máscaras, se veia el desfile propio del martes de Carnaval de toda clase de carruajes, que andaban ordenados y rigurosamente embutidos unos en otros, segun disponian los reglamentos de policía, como si andasen encajados en los rails de un camino de hierro. Los que ocupaban estos vehículos eran á la vez actores y espectadores. Algunos municipales, colocados en los extremos, cuidaban de que no se detuvieran las dos interminables filas paralelas que se movian en sentido contrario, los dos arroyos de carruajes que corrian uno hácia arriba y otro hácia abajo, uno buscando la calzada de Antin y otro el arrabal de San Antonio. Los coches con escudos de armas, pertenecientes á pares de Francia y embajadores, caminaban por el centro de la calzada, yendo y viniendo, sin que nadie se lo estorbase: igual privilegio disfrutaban ciertas comparsas magníficas, como la del Buey Gordo.

En las dos filas de carruajes, que los guardias municipales de á caballo recorrian, habia muchos carruajes modestos de familia, atestados de tias y abuelas, que llevaban junto á las portezuelas graciosos grupos de niños disfrazados, que parecian conocer que formaban oficialmente parte de la alegría pública y que iban penetrados de la dignidad de su disfraz, como graves funcionarios.

De vez en cuando sobrevenia un obstáculo en la procesion de los coches, que hacia detener una de las filas, hasta que el tropiezo desaparecia. El embarazo de un solo coche bastaba á paralizar toda la línea. Luego se ponian en marcha otra vez.

Los carruajes de la boda entraron en la fila que se dirigia á la Bastilla por el lado derecho del boulevard. En el punto

más alto de la calle de Pont-aux-Choux hubo una parada. Casi al mismo instante, en el otro extremo, la otra fila que iba hácia la Magdalena se detuvo tambien. Habia en ese punto de la indicada fila un carruaje lleno de máscaras.

Estos carruajes, ó mejor dicho estas carretadas de máscaras, excitan el júbilo y la alegría de los parisienses. No podrian suprimirse sin que creyeran que la nacion atravesaba circunstancias gravísimas.

Grecia necesitaba la carreta de Tespis y Francia necesita el coche alquilado de Vadé. Todo se presta á la parodia, hasta la parodia misma.

La saturnal, esa gesticulacion de la belleza antigua, vá aumentándose progresivamente hasta llegar al martes de Carnaval, y la bacanal, que en otro tiempo se coronaba de pámpanos, mostrando su seno de mármol en semidesnudez divina, envuelta hoy con los harapos húmedos del Norte, ha acabado por convertirse en súcia mojiganga.

La tradicion de los carruajes de máscaras se remonta á los tiempos más antiguos de la monarquía. En las cuentas de Luis XI se asignan al bailío del palacio veinte sueldos torneses para traer coches de mojigangas.

En nuestros dias esas comparsas bulliciosas ocupan algun vehículo antiguo, ó abruman con su tumultuoso grupo algun landó descubierto. Veinte ocupan un carruaje que es para seis. Se acoplan en el pescante, en las bigoteras, en los resortes de la cubierta, en la lanza y hasta en los faroles. Están de pié, sentados, con las piernas cruzadas ó colgando. Las mujeres ocupan con desenfado las rodillas de los hombres. Desde lejos se ven por encima de innumerables cabezas esas pirámides de furiosos, esas montañas de alegría en medio de la batahola. El catecismo de las rabaneras desciende de allí, y sus lecciones se esparcen por el pueblo. Allí se vocifera, se aulla, se ruge y se patalea; la alegría es feroz, el sarcasmo se reparte á derecha é izquierda, y la jovialidad deslumbra; dos matalones tiran de esa apoteósis de la farsa; es el carro triunfal de la risa.

Dichos impúdicos carruajes, en los que se vé como una capa de tinieblas, hacen meditar al filósofo. Dentro de ellos se percibe algo que tiene cierta semejanza con el gobierno y se toca con el dedo una afinidad misteriosa entre los hombres públicos y las mujeres públicas.

Triste es pensar que de tantas torpezas amontonadas resulte un total de alegría; que escalonando la ignominia sobre el oprobio se engolosine al pueblo; que el espionaje, sirviendo de cariátide á la prostitucion, divierta á la chusma; que la multitud guste de ver pasar sobre las cuatro ruedas de un carruaje á ese monstruoso grupo vivo, mitad oropel, mitad harapos, brillo y basura, que canta y que ladra, y que aplauda un espectáculo, una gloria compuesta de todas las vergüenzas; triste es pensar que no hay fiesta posible para las multitudes si no sacan á relucir esas especies de hidras de la alegría con veinte cabezas. ¿Pero qué remedio? La risa de todos es cómplice de la degradacion universal.

Ciertas fiestas nocivas convierten al pueblo en populacho, y el populacho, como los tiranos, necesita bufones. Paris es la ciudad loca cuando no es la ciudad sublime.

El Carnaval forma parte allí de la política. Paris consiente que le diviertan, aunque sea por medios infames. No pide á sus señores, cuando los tiene, más que una cosa: que le den el cieno con colorete. Roma era lo mismo. Amaba á Neron; á Neron, que era un histrion titánico.

La casualidad quiso, como dijimos antes, que uno de esos disformes grupos de hombres y mujeres enmascarados, con el carruaje que los llevaba, se detuviesen á la izquierda del boulevard cuando la comitiva nupcial se paraba á la derecha. Dichos máscaras alcanzaron á ver á la novia.

—Calla! dijo uno de ellos; aquello es una boda.

—Una boda fingida, observó otro. En nuestro carruaje vá la verdadera.

Como estaban demasiado lejos para interpelar á los novios, y como temian que llamara la atencion de los municipales, los dos máscaras dirigieron la vista á otra parte.

El citado carruaje tuvo que habérselas con la multitud que le perseguia rechiflándole, y los dos máscaras que acababan de hablar y los demás que iban con ellos entablaron una lucha de garganta con el pueblo, agotando toda la carga de proyectiles de los mercados, y se empeñó un horrible tiroteo de metáforas entre la mojiganga y la chusma.

Entre tanto, otros dos máscaras del mismo carruaje, un español, que ostentaba gran nariz y descomunales bigotes negros, y una arrabalera flaca y jóven,

cubierta con antifaz, fijaban su atencion en los personajes de la boda, y durante la granizada de insultos hablaban en voz baja.

Su diálogo se perdia entre el tumulto. Como la lluvia habia mojado el carruaje, soplaba viento frio y la jóven iba descotada, tiritaba y tosía mientras contestaba á su compañero.

Hé aquí la conversacion que tenian:

—Dime.

—Qué, padre?

—Ves aquel viejo?

—¿El que vá en el primer carruaje de la boda?

—El que lleva el brazo colgando de un pañuelo negro.

—Sí. Y qué?

—Que yo le conozco.

—Bah!

—Que me ahorquen si no le conozco. ¿Puedes ver á la novia inclinándote un poco más?

—No.

—Y al novio?

—En ese carruaje no vá ningun novio.

—Sí que vá.

—Como no sea el otro viejo...

—Procura ver á la novia inclinándote.

—No puedo.

—Lo mismo dá. Te digo que conozco al que lleva el brazo vendado.

—Y qué ganas con eso?

—Quién sabe!

—Poco me gustan á mí los viejos.

—Es que le conozco.

—A mí qué me importa!

—Cómo diablos asiste á la boda?

—Tambien asistimos nosotros.

—De dónde vendrá?

—No lo sé.

—Escucha. Hay una cosa.

—Qué cosa?

—Baja del carruaje y sigue esa boda.

—Para qué?

—Para saber adónde se dirige y lo que es. Anda, hija mia, tú que eres jóven.

—No puedo dejar el carruaje.

—Por qué?

—Porque estoy alquilada.

—Ah! Diantre!

—Debo un dia de verdulera á la Prefectura.

—Es verdad.

—Si salgo del coche, me atrapará el primer inspector que me vea.

—Es verdad.

—Hoy me paga el Gobierno.

—De todos modos ese viejo me apesta.

—Los viejos te apestan? Pues tú no eres aun mujer.

—Está en el primer carruaje.

—Y qué!

—En el carruaje de la novia.

—Y qué más?

—Por consiguiente es su padre.

—Y á mí qué me importa?

—Te repito que es su padre.

—Que sea.

—Escucha.

—Escucho.

—Yo solo puedo salir con careta. Aquí estoy como escondido y nadie sabe quién soy. Pero mañana ya no habrá máscaras; es miércoles de Ceniza, y corro peligro de que me echen el guante. Tendré que volverme á mi agujero y tú estás libre.

—No del todo.

—Pero más que yo.

—Bien. Qué es lo que quieres?

—Que averigües adónde vá esa boda.

—Que lo averigüe?

—Sí.

—Lo sé.

—Adónde vá?

—Al Cuadrante Azul.

—No lleva ese camino.

—A la Rapée.

—O á otra parte.

—Como que es libre.

—Las bodas van donde quieren.

—Es preciso que me averigües qué boda es esa y dónde viven los novios.

—Pues vaya una cosa fácil!

—Séalo ó no, quiero que lo averigües. Obedéceme, Azelma.

Las dos filas de coches continuaron otra vez á los dos lados del boulevard su movimiento en sentido inverso, y el carruaje de las máscaras perdió de vista al de la novia.

## II.

### Juan Valjean sigue con el brazo en cabestrillo.

Pocos hombres realizan lo que sueñan; para eso, sin duda, habrá elecciones en el cielo; los mortales, sin saberlo, somos los candidatos, y los ángeles votan. Cosette y Mario eran los elegidos.

Cosette, en la alcaldía y en la iglesia, estuvo radiante y enamorada. La habia vestido la tia Santos, ayudada por Nicolasita.

Sobre una saya de tafetan negro llevaba el vestido de guipur que le regaló el señor Gillenormand, y realzaba su belleza un velo de punto, de Inglaterra,

un collar de perlas finas y una corona de azahar, todo blanco.

Los hermosos cabellos de Mario estaban lustrosos y perfumados, y debajo de los rizos se entreveian, aquí y allá, líneas pálidas, que eran las cicatrices de las heridas.

El abuelo llevaba la cabeza erguida y risueña, amalgamando más que nunca, en su traje y en sus modales, toda la elegancia del tiempo de Barras, y conducia á Cosette.

Reemplazaba á Juan Valjean, que, por el inconveniente del brazo, no podia dar la mano á la novia.

Este los seguia con la sonrisa en los labios y vestido de negro.

—Señor Fauchelevent, decia el abuelo, éste es un hermoso dia que vá á poner fin á las aflicciones y á los pesares. En lo sucesivo no debe haber tristeza en ninguna parte. Decreto que reine la alegría. El mal no tiene derecho á existir. Debe causar vergüenza al azul del cielo que haya hombres desgraciados. El mal no proviene del hombre, que en el fondo es bueno. Todas las miserias humanas radican en el infierno, que llaman tambien las Tullerías del diablo. Hoy se me escapan hasta frases demagógicas, pero es porque ya no tengo opiniones políticas; hoy solo aspiro á que todos los hombres sean ricos y felices.

Cuando al finalizar las ceremonias, despues de haber firmado en los registros civil y eclesiástico, Mario y Cosette llegaron asidos de la mano, atravesando por medio de dos filas de gente, á las puertas de la iglesia y se dispusieron á subir al coche, la jóven apenas se atrevia á creer en la realidad de su ventura. Miraba á Mario, miraba al gentío, miraba al cielo; parecia como que temiese despertar, y atónita é inquieta estaba aun más hermosa.

Al regresar á casa entraron juntos en el primer carruaje, poniéndose Mario al lado de Cosette y enfrente del señor Gillenormand y de Juan Valjean.

La solterona ocupó el segundo coche.

—Hijos mios, les decia el abuelo, ya sois el baron y la señora baronesa, con treinta mil francos de renta.

Cosette, arrimándose cuanto pudo á Mario, acariciaba su oido con este susurro angélico:

—Conque es verdad! ¡Conque llevo tu nombre! Conque soy tuya!

Estos dos séres, radiantes de felicidad, se encontraban en el minuto irrevocable y único, en el deslumbrante punto de interseccion de toda la juventud y de toda la alegría.

Entre los dos no sumaban cuarenta años. Constituian el matrimonio sublimado. No se miraban, sino que se contemplaban. Cosette veia á Mario rodeado de una aureola, y Mario á Cosette dentro de un altar; y en aquel altar y en aquella aureola, mezclándose las dos apoteósis, no se sabe cómo, detrás de una nube para Cosette y de un resplandor para Mario, estaba lo ideal, lo verdadero, la cita del ósculo y el sueño, el tálamo nupcial.

Sus tormentos pasados se convertian para ellos en presentes goces. Les parecia que sus insomnios, sus disgustos y su desesperacion se transformaban en caricias y en rayos de luz, y les hacian más luminosa la halagüeña hora que se les aproximaba.

Si hubieran sufrido menos anteriormente, seria ahora menor su felicidad. La prolongada agonía de su amor tuvo por término una ascension.

Semejante dia es una mezcla inefable de sueños y de certidumbres. Se posee y se forman suposiciones.

¡Indecible es la emocion de ese dia, en el que á media mañana se piensa en la noche!

Las delicias de aquellos dos corazones rebosaban sobre la multitud, comunicando la alegría á los que los veian pasar.

En la calle de San Antonio, delante de San Pablo, se detenia la gente para verlos al través de las ventanillas del coche.

Luego entraron en la calle de las Hijas del Calvario.

Mario, sin separarse de Cosette, subió con aire triunfante la escalera misma por la que le habian subido moribundo. Los pobres los bendecian, agrupados delante de la puerta, repartiéndose las limosnas.

Por todas partes se veian flores. La casa estaba tan perfumada como la iglesia. Creian oir voces en lo infinito; sentian á Dios dentro del alma; el destino se les aparecia como una techumbre de estrellas, y sobre sus cabezas divisaban la claridad del naciente sol.

Sonó el reloj. Mario contempló el gracioso brazo desnudo de Cosette y la rosada garganta, entrevelada por los encajes del vestido, y la jóven, observando la mirada de su esposo, se ruborizó.

Estaban convidados muchos antiguos amigos de la familia Gillenormand, que



GUILLENORMAND BRINDÓ POR LOS NOVIOS.

se agolpaban alrededor de Cosette y la llamaban á porfía señora baronesa.

El lancero Teodulo, que era ya capitan, vino de Chartres, donde se hallaba de guarnicion, para asistir á la boda de su primo. Cosette no le conoció; él tampoco, acostumbrado como estaba á que las mujeres le encontrasen seductor, no se acordaba de Cosette ni de ninguna.

—Bien hice en no creer el cuento de este estúpido lancero, decia para sí el señor Gillenormand.

Cosette nunca habia manifestado más cariño á Juan Valjean: mientras el abuelo expresaba su alegría por medio de aforismos y de máximas, ella exhalaba el amor y la bondad como un perfume. Es propio de las personas que son felices desear que las demás lo sean. Para hablar á Juan Valjean buscaba las inflexiones de voz del tiempo en que era niña, y le acariciaba sonriéndole.

Un banquete estaba preparado en el comedor, expléndidamente iluminado. En el centro, sobre la mesa blanca y resplandeciente, destellaba reflejos de mil colores una araña de Venecia, en la que ardian sinnúmero de bujías, y deslumbraban con su brillo espejos, cristalería, vajilla, porcelana, loza, cubiertos y candelabros de plata. Los huecos que formaban los candelabros unos entre otros, los ocupaba tal profusion de ramos, que donde faltaba una luz habia una flor. En la antecámara, una flauta, dos violines y un violoncello ejecutaban á la sordina cuartetos de Hayden.

Juan Valjean ocupaba una silla en el salon, detrás de la puerta, cuya hoja casi le ocultaba. Momentos antes de sentarse á la mesa, Cosette fué hácia él y le hizo una gran reverencia, cogiendo entre los dedos la saya de su vestido de novia y preguntándole:

—Estais contento, padre?

—Sí, muy contento, contestó Juan Valjean.

—Pues entonces reíos.

Juan Valjean se sonrió.

En seguida vino Basco á anunciar que la sopa estaba servida.

Los convidados entraron en el comedor, precedidos por el señor Gillenormand, que daba el brazo á Cosette, y se fueron colocando alrededor de la mesa.

Habia dispuestos dos sillones grandes á la derecha y á la izquierda de la novia, el primero para el señor Gillenormand y el segundo para Juan Valjean; el abuelo ocupó el suyo, pero el otro sillon permaneció vacío.

Entonces buscaron al señor Fauchelevent, pero ya no estaba allí.

El señor Gillenormand preguntó á Basco:

—Sabes dónde está?

—Señor, respondió Basco, acaba de salir, encargándome que os dijera que la mano enferma le hacia sufrir mucho y le impedia sentarse á la mesa con el señor baron y la señora baronesa. Que rogaba le dispensara y que vendria mañana á primera hora.

El sillon vacío entibió un instante la efusion del banquete nupcial; pero si el señor Fauchelevent se ausentó, estaba allí presente el señor Gillenormand, y éste valia por dos.

Dijo que si el señor Fauchelevent no se encontraba bien, obró con prudencia retirándose, y que esto no merecia la pena de afligirse. Esta declaracion bastó. ¿Qué significa un rincon oscuro en medio de una inundacion de alegría?

Cosette y Mario se hallaban en uno de esos momentos egoistas y bienaventurados, en los que todas las facultades se concentran en la percepcion de la felicidad.

Al señor Gillenormand se le ocurrió una buena idea.

—Pardiez! Ya que ha quedado vacío ese sillon, ocúpalo tú, Mario. Tu tia, aun que le asista derecho para retenerte á su lado, te lo permitirá. Siéntate en el sillon. La ley y el amor así lo disponen. Fortunato junto á Fortunata.

Estas palabras fueron acogidas con aplauso general. Mario ocupó al lado de Cosette el sillon destinado á Juan Valjean, y las cosas se arreglaron de manera que Cosette, que al principio estaba triste por la ausencia de Juan Valjean, acabó por alegrarse del cambio. Mario ocupó el indicado sillon, y poco despues reinaba el júbilo y la risa de un extremo á otro de la mesa.

A los postres, el señor Gillenormand, de pié, con su copa de vino de Champagne en la mano, medio llena, para que el temblor de sus noventa y dos años no lo hiciera derramar, brindó por los novios.

—No os librareis de dos sermones, exclamó. Por la mañana habeis oido al cura, por la noche oireis al abuelo. No os voy á dar más que un consejo; quereos mucho. No os voy á manifestar más que un solo deseo; el de que seais felices. Las tórtolas son los únicos sábios de la

creacion. Los filósofos dicen: "Moderad la alegría„. Yo digo: "Soltadle las riendas„. Los filósofos desbarran, y yo quisiera hacerles tragar su filosofía. ¿El amor puede ser nunca demasiado? ¿En agradarse mútuamente puede haber exceso? Eso son disparates! Por mucho que se disfrute siempre se disfruta poco, porque la vida es corta y lo mismo la felicidad. ¡Váyanse al diablo todos los filósofos que quieren que moderemos la alegría! La sabiduría consiste en divertirse. El amor es poderoso y la mujer es omnipotente. Preguntad al demagogo Mario si no es esclavo con mucho gusto de la tiranuela Cosette. No hay ningun Robespierre capaz de resistir á la mujer. La mujer reina. Desde hoy en adelante solo seré realista de ese trono. ¿Qué es Adan? Es la monarquía de Eva, y para Eva no hay 1789. La Revolucion hizo pedazos, como si fuera de paja, el cetro real, que corona la flor de lis; el cetro imperial, que corona el globo; el cetro férreo de Carlo-Magno, el cetro de oro de Luis el Grande; pero nadie se rebela contra el pañuelito bordado que huele á pachulí. De qué proviene su solidez? De que es un pedazo de trapo. Representais el siglo diez y nueve. Y qué? Nosotros representamos el siglo diez y ocho y hemos sido tan imbéciles como vosotros. No os figureis que el universo ha progresado mucho porque su mata-gente se llame el cólera morbo y su agita-piernas se llame la cachucha; en el fondo es preciso amar siempre á las mujeres. Os desafío á escapar de ellas. Esos diablillos son nuestros ángeles. El amor, la mujer y el beso, forman un círculo del que no se puede salir: en cuanto á mí, de buena gana volveria á entrar en él. Mario peleaba hace seis meses, y hoy se casa; hace perfectamente. Mario y Cosette tienen razon. Existid el uno para el otro, embebeceos amándoos y hacednos reventar de envidia á todos. Coged con vuestros dos picos las ramitas de felicidad que hay en la tierra y construíos un nido para toda la vida. Amar y ser amados es el gran placer de la juventud, pero no creais que lo habeis inventado vosotros; tambien yo he soñado, tambien yo he querido, tambien yo he tenido una alma radiante de luz. El amor es un niño de seis mil años que tiene derecho á una gran barba blanca; Matusalén es un chicuelo al lado de Cupido. El hombre y la mujer se aman desde hace sesenta siglos. El diablo, que es maligno, aborrece al hombre, y el hombre, que es más maligno que el diablo, ama á la mujer; de lo que resulta un bien mayor que el mal que le ha hecho el diablo. El amor es tan antiguo como el Paraiso terrenal. La invencion, aunque es tan vieja, conserva, sin embargo, toda su novedad. Habeis robado á la lotería un número premiado, el amor en el sacramento; ya que habeis conseguido el premio gordo, guardadlo bajo llave, no lo malgasteis; adoraos y no os cuideis de lo demás. Creedme; sed una religion el uno para el otro. Soy viejo, segun dicen, pero tengo bríos de jóven. Me casaria de buena gana si encontrase con quién. Es imposible imaginar que Dios nos destine para otras cosas que para idolatrar, arrullar y galantear; tal debe ser el objeto de la vida. Así pensábamos los viejos de mi tiempo cuando erámos jóvenes. ¡Qué preciosas mujeres habia en mi época! Qué palmitos! ¡Qué pimpollos! Aquello era una viña. Amaos eternamente. Si los jóvenes no se amasen, no sé de qué serviria la primavera: por mi parte rogaria á Dios que encerrase las maravillas que nos pone de manifiesto, que nos privase de verlas, que volviese á meter en sus cajones á las flores, á los pájaros y á las mujeres hermosas. Hijos mios, recibid la bendicion de vuestro abuelo.

Pasaron la noche alegremente; el buen humor del anciano dió tono á la fiesta, y todos correspondieron á su cordialidad casi centenaria. Se bailó un poco, se rió mucho; fué una boda segun la costumbre del antiguo régimen.

Despues de tanto ruido la casa quedó en silencio.

Desaparecieron los novios.

Poco despues de la media noche, la casa del señor Gillenormand se transformó en templo. Nos paramos ante el umbral de la noche de bodas, en el que se destaca un ángel en pié, sonriéndose y con el dedo sobre los labios. El alma queda sumida en la contemplacion, ante el santuario donde se celebra el sacrificio del amor.

Deben salir resplandores por encima de esas casas. La alegría que contienen debe traspasar las paredes, convertidas en claridad, é irradiar vagamente en las tinieblas. Es imposible que esa fiesta sagrada no envie al infinito celestiales resplandores. El amor es el crisol sublime donde se verifica la fusion del hombre y la mujer; de él sale el sér uno, el sér triple, el sér final, la trinidad humana. El amante es sacerdote; la vírgen, enagenada, se asusta. Algo de ese goce sube

hasta Dios. Donde hay realmente matrimonio, es decir, amor, hay idealismo.

Si la pupila material pudiese percibir las visiones, ora terribles, ora agradables, de la vida superior, probablemente veria las formas de la noche, los desconocidos alados, los viajeros azules de lo invisible, inclinar satisfechos sus cabezas sombrías alrededor de la casa luminosa y bendecir á la tímida y virginal esposa, reflejando la felicidad humana en sus rostros divinos. Si en esa hora suprema los esposos, deslumbrados por el deleite, y que se creen solos, escuchasen, oirian en su cuarto ruido de alas. La dicha perfecta implica la solidaridad de los ángeles. La oscura alcoba tiene por techumbre el cielo. Cuando dos bocas, santificadas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que por encima de ese beso inefable no haya un extremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Estas son las únicas felicidades verdaderas; no hay verdadera alegría fuera de estas alegrías. El amor es el único éxtasis. Todo lo demás llora.

Amar ó haber amado basta. No pidais nada más. No se encuentra otra perla en el mar de la vida. Amar es una consumacion.

## III.

### La inseparable.

Qué se habia hecho Juan Valjean? Despues que se sonrió, obligado por Cosette, aprovechando un momento en que nadie le miraba, se salió á la antecámara, que era la sala misma donde ocho meses antes entró lleno de cieno, de sangre y de polvo, conduciendo al nieto moribundo á casa de su abuelo. La antigua ensambladura estaba entonces adornada con hojas y con flores, y los músicos ocupaban el canapé en el que depositaron á Mario. Basco, vestido de negro, calzon corto, medias y guantes blancos, arreglaba coronas de rosas alrededor de los platos que iban á servirse.

Juan Valjean le mostró su brazo con cabestrillo, y se marchó despues de encargarle que explicase el motivo por qué se iba.

Las ventanas del comedor daban á la calle. Juan Valjean permaneció algunos minutos de pié é inmóvil en la oscuridad, delante de aquellas ventanas iluminadas. El confuso ruido del banquete llegaba hasta allí; estaba escuchando. Oia la voz alta y magistral del abuelo, los violines, el sonido de los platos y de los vasos, las carcajadas, y en medio de todo aquel alegre rumor, la voz gozosa de Cosette.

Dejó la calle de las Hijas del Calvario y se volvió á la del Hombre-Armado; entró en su casa, encendió la vela y subió. En la habitacion no habia nadie; ni la tia Santos. Las pisadas de Juan Valjean hacian más ruido que de ordinario. Todos los armarios estaban abiertos. Penetró en el cuarto de Cosette. La cama no tenia sábanas. La almohada de cutí, sin funda y sin guarniciones, estaba sobre las mantas, dobladas al pié de los colchones, en los que nadie habia de acostarse ya. Los pequeños objetos femeninos que apreciaba Cosette no estaban allí; solo quedaban los muebles grandes y las cuatro paredes. La cama de la tia Santos ofrecia el mismo aspecto; solo su cama estaba hecha y parecia esperar que se acostase.

Juan Valjean miró las paredes; cerró las puertas de algunos armarios y visitó una habitacion tras otra.

Despues volvió á su cuarto y dejó la vela sobre una mesa.

Sacó el brazo del cabestrillo y se sirvió de la mano derecha como si la tuviera sana.

Se acercó á su cama, y no sabemos si por casualidad ó por intencion, sus ojos se fijaron en la *inseparable* que dió celos á Cosette, en la maleta que no se separaba nunca de él.

El 4 de Junio, al llegar á la calle del Hombre-Armado, la colocó sobre un velador junto á la cabecera de su cama.

Se dirigió al velador, tomó una llavecita de su bolsillo y abrió la maleta.

Fué sacando de ella poco á poco los vestidos que diez años antes se habia llevado Cosette de Montfermeil; primero el traje negro, despues el pañuelo negro tambien, en seguida sus zapatos de niña, el justillo de bombasí tupido, las enaguas de punto de media, el delantal y las medias de lana. Era el traje de luto que Juan Valjean llevó á Montfermeil para Cosette.

A medida que lo iba sacando de la maleta iba dejándolo sobre la cama.

Estaba pensativo. Le asaltaban muchos recuerdos. Se acordaba de que fué en invierno, en un Diciembre muy frio, que la pobre criatura tiritaba medio desnuda cuando él la hizo dejar sus andrajos y vestir aquel traje de luto. Pensaba

en el bosque de Montfermeil, que atravesó acompañado de Cosette, en el corazon del invierno, cuando los árboles no tenian hojas, ni la selva pájaros, ni el cielo sol, y que así y todo, atravesaron el bosque con embeleso.

Colocó ordenadamente las prendas de vestir sobre la cama, el pañuelo junto á las enaguas, las medias cerca de los zapatos, el justillo cerca del traje, y las contempló, diciéndose:—Esta era su estatura; llevaba en brazos la muñeca, se habia guardado en el delantal el luis de oro, se reia, íbamos los dos asidos de la mano y solo contaba conmigo en el mundo.

Al decir esto, su cabeza blanca y venerable cayó sobre el lecho; quebrantóse su corazon estóico; su faz se hundió, por decirlo así, en los vestidos de Cosette, y si álguien hubiese pasado entonces por la escalera, le hubiera oido sollozar angustiosamente.

## IV.

### Inmortale Jécur.

La antigua y formidable lucha que entablaba con la vida Juan Valjean comenzó otra vez para él bajo nueva fase.

Jacob no luchó con el ángel más que una sola noche; pero Juan Valjean luchó muchas veces en la oscuridad á brazo partido con su conciencia. Lucha inaudita, en la que en ciertos instantes el pié se desliza y en otros el suelo se hunde. Muchas veces su conciencia, al precipitarle hácia el bien, le habia estrechado y comprimido. Muchas veces la verdad inexorable le hincó la rodilla en el pecho, derribándole, y á impulsos de su luz él imploraba su gracia. Muchas veces esa implacable luz que el obispo encendió en él le habia deslumbrado cuando deseaba ser ciego. Muchas veces, despues de un equívoco, despues de un razonamiento traidor y especioso del egoismo, oyó su conciencia irritada, que le gritaba al oido:—¡Eso es una evasiva, eres un miserable!

En esa lucha secreta recibió crueles heridas, que solo el veia cómo destilaban sangre; y muchas veces se irguió sangriento, destrozado, con la desesperacion en el alma, pero con la serenidad en la conciencia, y siendo vencido comprendia que era vencedor; quedábase entonces en paz consigo mismo, pero, ¡qué lúgubre paz despues de lucha tan sombría!

Esta noche, sin embargo, conoció Juan Valjean que empeñaba su postrer combate en una cuestion dolorosa.

Las predestinaciones no siempre caminan rectas ante el predestinado; tienen callejuelas sin salida, travesías oscuras y encrucijadas que alarman, porque ofrecen la dificultad de la eleccion. Juan Valjean se habia parado ante la más peligrosa de las encrucijadas.

Se encontraba en el cruzamiento más complicado de las sendas del bien y del mal. Como le sucedió en otras peripecias dolorosas, se abrian ante él dos caminos; uno tentador y el otro angustioso. ¿Cuál elegiria?

Le señalaba el segundo el misterioso dedo indicador que todos divisamos cuando fijamos la vista en la oscuridad: tenia que elegir otra vez entre el puerto terrible y la emboscada risueña.

¿De qué modo iba á obrar Juan Valjean ante la felicidad de Cosette y de Mario? Él deseó, él construyó su felicidad, digámoslo así, por más que esta dicha le destrozase las entrañas; y ahora, contemplándola, experimentaba la especie de satisfaccion que sentiria el armero al reconocer la marca de su fábrica en un cuchillo que se sacase humeante del pecho.

Cosette y Mario estaban unidos por indisoluble lazo; todo lo poseian, hasta la opulencia, y se lo debian á él.

Ahora que eran felices, ¿qué le correspondia hacer á Juan Valjean? ¿Imponerse á su felicidad? ¿Gozarla como si fuese cosa suya? Cosette era ya de otro. ¿Continuaria siendo su padre adoptivo como hasta aquí? ¿Se introduciria tranquilamente en casa de Cosette? ¿Uniria al porvenir de ella su pasado? ¿Posaria sus piés en la apacible chimenea del salon del señor Guillenormand, sus piés que arrastraban tras sí la infamante reprobacion de la ley? ¿Participaria de la suerte reservada á Cosette y á Mario? ¿Intercalaria su catástrofe entre aquellas dos felicidades? ¿Callaria su pasado, ó seria al lado de aquellos dos séres dichosos el nudo siniestro del destino?

Preciso es estar habituado á los golpes de la fatalidad para atreverse á alzar los ojos, cuando ciertas cuestiones se presentan con su desnudez horrible. El bien y el mal se hallan detrás de ellas. ¿Qué vas á hacer? nos pregunta la esfinge.

Juan Valjean, que estaba acostumbrado á semejantes golpes, miró fijamente á la esfinge.

Examinó el terrible problema bajo todas sus fases.

Cosette era la tabla de salvacion de aquel náufrago. ¿Se asiría á ella fuertemente ó la soltaria? Si se asía, se libraba del desastre, volvia á ver el sol, se salvaba: si soltaba su presa, entonces caia en el abismo.

Pedia consejo angustiosamente á su pensamiento; mejor dicho, peleaba furioso, dentro de sí mismo, ya con su voluntad, ya con su conviccion.

Fué una dicha para Juan Valjean haber podido llorar: esto quizás le iluminó. Al principio, esto no obstante, la tempestad tomó aspecto horrible, desencadenándose con mas violencia dentro de él que cuando le impulsó á ir á Arras. El pasado se le aparecia ante él: comparaba y sollozaba. Cuando se abrió la esclusa de sus lágrimas, se sintió como detenido.

Pero en el pugilato entre el egoismo y el deber, á pesar del doloroso combate, la conciencia no desiste jamás. Bruto, Caton, adoptad el partido que querais. La conciencia no tiene límites, es como Dios. Se arroja en su pozo el trabajo de toda la vida, la riqueza, los triunfos, la libertad, la patria, el bienestar, el reposo, la alegría. A veces es preciso tambien arrojar el corazon. En la espesa bruma del infierno antiguo hay un tonel parecido á este pozo.

¿No es digno de perdon el que al fin sucumbe? ¿Es que puede exigírsenos lo inagotable? ¿Es que las cadenas interminables son compatibles con la fuerza humana? ¿Quién vituperaría que Sísifo y Juan Valjean gritasen: "Basta?„

El razonamiento limita la obediencia de la materia, y debe tener límites la obediencia del alma. Si el movimiento perpétuo es imposible, ¿por qué ha de exigirse la abnegacion perpétua?

El primer paso es obvio; el último es el difícil. ¿Qué significa el asunto de Champmathieu, comparado con la boda de Cosette, y sus consecuencias? ¿Qué valia volver á presidio, en comparacion de perder lo único que se ama en la vida?

Juan Valjean, despues de esta espantosa lucha, quedó sumido en la calma del anonadamiento. Pensó, meditó y comparó las alternativas de la misteriosa balanza de luz y sombra, y vió que, ó tenia que imponer su presidio á los dos jóvenes dichosos, ó consumar él mismo su irremediable sumersion. En un platillo de la balanza estaba el sacrificio de Cosette y en el otro su propio sacrificio.

¿Qué respuesta definitiva dió en su interior al incorruptible interrogatorio de la fatalidad? ¿Qué puerta se decidió á abrir?

Su meditacion vertiginosa duró toda la noche.

Permaneció allí hasta el amanecer, en la misma actitud, doblado sobre el lecho, aplastado por el peso de su destino, con los puños crispados, con los brazos extendidos en ángulo recto, como un crucifijo desclavado y colocado allí boca abajo.

Así pasó las doce horas de una larga noche de invierno, sin levantar la cabeza ni pronunciar una palabra, inmóvil como un cadáver, mientras que su pensamiento se arrastraba por la tierra ó subia hasta las nubes, ya como hidra, ya como águila. Viéndole sin movimiento podia creerse que estaba muerto; pero de pronto se extremeció convulsivamente, y su boca, pegada á los vestidos de Cosette, los llenó de besos; aun vivia.

El único testigo de su inmenso dolor fué el sér que vé en las tinieblas.

# LIBRO SÉPTIMO

## Las heces del cáliz.

### I.

#### El séptimo círculo y el octavo cielo.

Las tornabodas son solitarias. Se respeta el recogimiento de los novios y su sueño retardado. La baraunda de las visitas comienza ese dia muy tarde. El 17 de Febrero, despues de las doce, Basco oyó dar un ligero golpe en la puerta, sin tocar la campanilla, conducta discreta en semejante dia.

Basco abrió la puerta y entró el señor Fauchelevent. Le introdujo en el salon, que estaba aun revuelto y ofrecia el aspecto del campo de batalla de la fiesta de la víspera.

—Se ha levantado ya tu señor? preguntó Juan Valjean.

—Cuál, el antiguo ó el nuevo?

—El señor de Pontmercy.

—El señor baron? repuso Basco con aire vanidoso.

A nadie como á los criados les suenan bien los títulos. Parece que les toca algo de ellos; les alcanza lo que un filósofo llamaria las salpicaduras, y esto les lisonjea.

Mario, digámoslo de paso, republicano militante, como lo acababa de probar, era ahora baron á pesar suyo. Se habia verificado en la familia una revolucioncilla acerca de este título. El señor Gillenormand y Mario habian trocado sus papeles; el primero argumentaba en pró y el segundo en contra, pero como el coronel Pontmercy dejó escrito *mi hijo llevará mi título*, Mario obedeció al mandato de su padre. Además, Cosette se alegraba de que la llamasen señora baronesa.

—Voy á ver si se ha levantado el señor baron, repitió Basco. Le diré que le estais aguardando.

—No le digais que soy yo; decidle que le espera una persona que desea hablarle.

—Ah! exclamó Basco.

—Deseo causarle una sorpresa.

—Ah! repitió el criado, pretendiendo explicar con la segunda interjeccion el sentido de la primera. Y se fué.

Juan Valjean quedó solo.

Acabamos de decir que el salon estaba todo revuelto. Por tierra se veian flores de todas clases desprendidas de las guirnaldas y de los peinados. Las bujías, enteramente consumidas, añadian á los cristales de las arañas estalactitas de cera. No habia ningun mueble en su sitio. En los rincones, tres ó cuatro sillas aproximadas y formando círculo parecia que querian seguir una conversacion; el sol sucedia á la araña, y sus rayos penetraban alegremente en las habitaciones.

Así transcurrieron algunos minutos, durante los que Juan Valjean permaneció inmóvil en el mismo sitio en que le dejó Basco.

Estaba muy pálido y tenia los ojos hundidos bajo las órbitas á causa del insomnio. Las arrugas de su levita negra denotaban que no se la habia quitado por la noche; tenia en los codos esa pelusa blanca que se adhiere al paño cuando se frota con el lienzo.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse levantó la vista.

Mario entró con la cabeza erguida, la boca risueña, el semblante inundado de luz, la frente dilatada y la mirada triunfante. Tampoco él habia dormido.

—Sois vos, padre mio! exclamó viendo á Juan Valjean. ¡El imbécil Basco no me lo ha dicho! Venís muy temprano, apenas son las doce y media: Cosette aun está durmiendo.

La palabra *padre* que Mario dirigió al señor Fauchelevent significaba felicidad suprema. Existia siempre entre ambos tibieza y embarazo, hielo que romper ó que derretir; pero Mario se encontraba en el período de la embriaguez, en que las dificultades desaparecen, en que el hielo se disuelve, y el señor Fauchelevent era un padre para él como para Cosette.

Continuó, pues, hablando con la superabundancia de palabras que es propia de los divinos paroxismos de la alegría:

—Estoy muy contento de veros! ¡Si supiéseis qué falta nos hicísteis anoche! Buenos dias, padre mio. ¿Cómo vá la mano? Mejor, no es verdad?

Satisfecho de la respuesta que se daba á sí mismo, prosiguió:

—Hemos hablado mucho de vos, porque Cosette os quiere con delirio. No olvideis de que aquí os tenemos preparada una habitacion. Dejad la calle del Hombre-Armado y veníos, porque sino se enfadará Cosette, que está dispuesta á manejarnos á todos segun sus caprichos. Os lo prevengo. He visto ya vuestro cuarto; está junto al nuestro y dá á los jardines. Se ha arreglado la cerradura, la cama está preparada; solo falta que vengais. Cosette ha puesto cerca de la cama una butaca antigua, diciéndola:—"Tiéndele los brazos!„ Vuestro cuarto mira á Oriente: Cosette colocará en él vuestros libros y los demás objetos que os pertenecen. Sé que poseeis una maletita que me han dicho que apreciais mucho; pues bien, la he destinado sitio de honor. Habeis conquistado á mi abuelo, le agradais sobremanera. Viviremos todos juntos; los dias que yo vaya al Tribunal, llevareis á paseo á Cosette, apoyada en vuestro brazo, como hacíais en otros tiempos en el Luxemburgo. Estamos decididos á ser muy dichosos y á que formeis parte de nuestra felicidad. Lo oís, padre mio?

—Señor, contestó Juan Valjean, tengo que revelaros un secreto. Soy un antiguo presidiario.

El límite de los sonidos agudos perceptibles puede estar lo mismo fuera del alcance del espíritu que de la materia. Las palabras "Soy un antiguo presidiario„, al salir de los labios del señor Fauchelevent y al entrar en el oido de Mario, iban más allá de lo posible.

Mario, pues, no oyó. Comprendió que acababa de decirle algo, pero no supo qué.

Se quedó con la boca abierta.

Entonces notó que el hombre que le

hablaba estaba espantoso. Enajenado de felicidad, no habia advertido la horrible palidez del personaje que tenia delante.

Juan Valjean se desató el pañuelo negro que le sostenia el brazo, se quitó la ligadura de la mano, descubrió el dedo pulgar y, enseñándoselo á Mario, le dijo:

—No tengo nada en la mano.

Mario le miró el dedo.

—Ni he tenido nunca nada, añadió Juan Valjean.

En efecto, no habia en su mano señal alguna de herida.

Juan Valjean prosiguió:

—Convenia que no asistiese á vuestra boda y me alejé lo más que pude. Supuse esta herida para evitar una falsedad. para no introducir nulidades en los contratos matrimoniales, para no tener que firmar.

—Qué significa esto? preguntó Mario.

—Esto significa, respondió Juan Valjean, que he estado en presidio.

—Vais á volverme loco! exclamó Mario espantado.

—Señor de Pontmercy, añadió Juan Valjean, estuve diez y nueve años en presidio por robo. Luego me condenaron á cadena perpétua por reincidente, y ahora ando prófugo.

Mario hacia vanos esfuerzos por retroceder ante la realidad y por resistirse á la evidencia, pero le fué preciso ceder á ella. Empezó á comprender y, como sucede siempre en semejantes casos, comprendió más de lo que debia, y le hizo extremecer la idea que atravesó su espíritu al entrever en el porvenir un destino horrible.

—Decídmelo todo, todo! ¿Sois el padre de Cosette?

Diciendo esto, Mario dió dos pasos hácia atrás con indecible movimiento de horror.

Juan Valjean irguió la cabeza con actitud tan majestuosa, que parecia tocar al techo.

—Es necesario que me creais, señor, aunque mi juramento no se admita en juicio.

Hubo una pausa; luego, con cierta autoridad soberana y sepulcral, añadió, articulando lentamente cada palabra:

—En el nombre de Dios os juro que no soy padre de Cosette. Soy un aldeano de Faverolles, que ganaba la vida podando árboles. No me llamo Fauchelevent, me llamo Juan Valjean, y no me une á Cosette ningun parentesco. Tranquilizaos.

—Y quién me prueba...? balbuceó Mario.

—Yo, yo que lo digo.

Mario contempló á aquel hombre y le vió lúgubre, pero tranquilo. La mentira no podia salir de semejante calma. La verdad se sentia en aquella frialdad sepulcral.

—Os creo, le contestó Mario.

Juan Valjean inclinó la cabeza, como quien toma acta, y continuó:

—Soy un extraño para Cosette. Hace diez años ignoraba que ella existia, pero es cierto que la quiero mucho. Cuando se llega á viejo y se vé crecer á los pequeñuelos, se les quiere naturalmente. Los viejos se creen abuelos de todos los niños. Supongo que creereis que tengo corazon. Cosette era huérfana de padre y madre, me necesitaba y por eso la consagré todo mi cariño. Los niños son tan débiles, que cualquiera, hasta un hombre de mi clase, puede protegerlos. He cumplido este deber con Cosette. No creo que esto deba llamarse una buena accion, pero si lo es, yo la ejecuté. Tened presente esta circunstancia atenuante. Al salir Cosette hoy de mi casa, nuestros dos caminos se separan, y en lo sucesivo no puedo hacer nada por ella. Cosette es hoy la señora de Pontmercy. Hoy sois su Providencia; la baronesa ha ganado en este cambio. Aunque no me hableis de los seiscientos mil francos, os hablo yo para anticiparme á vuestro pensamiento. Constituyen un depósito. Cómo está ese depósito en mis manos? Eso nada importa. Devuelvo el depósito y no se me puede exigir nada más. Completo la restitucion declarando mi verdadero nombre, porque así me conviene. Ahora ya sabeis quién soy.

Juan Valjean clavó la vista en Mario. Lo que éste experimentaba era tumultuoso é incoherente. Ciertas ráfagas del destino forman esas olas en nuestra alma.

Todos hemos tenido momentos como esos de turbacion, en los que las ideas se dispersan, y decimos lo primero que se nos ocurre, y esto no siempre es lo más oportuno. Hay revelaciones súbitas que no se pueden resistir y que embriagan como un vino funesto. Mario estaba atónito con la nueva situacion que ante él surgia, hasta el extremo de hablar á aquel hombre casi como si le reprochara amargamente su confesion.

—Por qué me decís todo eso? ¿Quién os obligaba á descubrirme el secreto de vuestra vida? Podíais habéroslo callado,

porque nadie os denuncia, nadie os persigue, se ignora vuestro paradero. ¿Por qué me hicísteis esa revelacion? ¿Qué motivo os indujo á ello?

—Qué motivo? respondió Juan Valjean en voz baja, como si hablase consigo mismo. El motivo es extraño, efectivamente. El motivo es la honradez. Mi mayor desgracia estriba en un hilo que está pendiente de mi corazon y me tiene prendido. Esos hilos nunca son más sólidos que cuando se llega á la vejez. Toda la vida se deshace á su alrededor y ellos resisten. Si hubiera podido arrancar ese hilo, romperle, desatarle ó cortar el nudo, con irme muy lejos estaba salvado; era suficiente partir de aquí. Pero traté de romperle, me ha resistido y se ha roto; con el hilo me arrancaba el corazon al mismo tiempo. Comprendiendo que no es posible que viva en otra parte, necesito quedarme. Pero teneis razon, soy un imbécil: me puedo quedar y olvidarlo todo; instalarme en la habitacion que me ofreceis, ya que la señora Pontmercy me quiere mucho y ha dicho al sillon que me destina: "Tiéndele los brazos!„ Puedo vivir en vuestra compañía como en familia.

Al pronunciar esta palabra Juan Valjean adquirió aspecto sombrío. Cruzó los brazos, fijó la vista en el suelo, como si quisiese agujerearlo para abrir á sus piés un abismo, y exclamó con voz tonante:

—En familia! No, yo no tengo familia. La vuestra no es la mia; yo no pertenezco á la familia de los hombres. Estoy de sobra donde se vive en comunidad. Soy un sér desgraciado, un sér espúreo. El dia que casé á esa niña todo ha concluido para mí; se ha unido al hombre que ama, vive con ese buen anciano, yo no debo turbar su felicidad. Fácil me era seguir mintiendo y que creyérais que me llamaba Fauchelevent. Mientras era conveniente para ella he callado; pero hoy que se trata de mí, debo hablar y hablo, porque á ello me obliga la conciencia. Por eso vengo á descubríroslo todo ó casi todo, porque lo que únicamente á mí me concierne me lo reservo. Pero sabeis lo esencial, porque os he revelado mi secreto. El misterio que me envolvia deja de serlo para vos. Para decidirme á declararlo he estado luchando toda la noche. A ser dichoso prefiero tener la conciencia tranquila, ya que desgraciadamente no tengo derecho á ser feliz.

Juan Valjean calló: Mario le seguia escuchando, sin atreverse á interrumpir tal encadenamiento de ideas y de angustias. El ex-presidiario habló otra vez, pero ya no con voz sorda, sino con voz siniestra:

—Me preguntais por qué hablo, cuando no me denuncian ni me persiguen; pero habeis de saber que yo mismo soy el que me denuncio y el que me persigo. Me cierro el paso, me comunico el impulso, me pongo los grillos y me ejecuto. ¿Creeis que estas manos son capaces de retener fuertemente el cuello de mi levita sin que haya medio de que la suelten? Pues aun agarran con más fuerza las manos de la conciencia. Para que yo fuera dichoso se necesitaria que yo no comprendiese mi deber. Quizá creais que lo que digo no tiene sentido comun; pero yo os afirmo que soy un hombre honrado. Degradándome á vuestros ojos me elevo á los mios: otra vez me sucedió una cosa análoga, pero aquel caso no fué tan terrible como éste. Soy un hombre honrado: no lo seria si por mi culpa continuáseis estimándome; pero ahora que me despreciais, lo soy. Tengo la fatalidad de que no puedo poseer más que consideracion robada, consideracion que me humilla y que me agobia, y necesito para creerme hombre digno el desprecio de los demás.

Juan Valjean hizo otra pausa; tragaba la saliva con esfuerzo, como si sus palabras tuviesen sabor amargo, y luego prosiguió:

—Cuando uno se horroriza á sí mismo hasta ese extremo, no tiene derecho á hacer que los demás participen, sin saberlo, de su horror, ni á comunicarles su peste, ni á lanzarlos en su precipicio, ni á embarazar con su miseria la felicidad agena. Es odioso acercarse á los que están sanos y tocarlos en la oscuridad con la úlcera invisible. En vano Fauchelevent me prestó su nombre; no me asiste derecho á usarlo, y aunque él me lo cedió cariñosamente, yo no puedo admitirlo. El nombre es la personalidad. Comprendeis que he pensado y he leido mucho, aunque fuí un simple labriego, y estais viendo que sé explicarme y que me doy cuenta de todo. Me he proporcionado la educacion á mi manera. Sustraer un nombre y ocultarse con él es una mala accion. Tanto delito es robar letras del alfabeto como robar un bolsillo ó un reloj. Vale más padecer y pasar noches de insomnio que tener la conciencia intranquila.

Respiró penosamente y pronunció despues esta última frase:

—En otro tiempo, para vivir robé un pan; hoy, para vivir, no quiero robar un nombre.

—Para vivir! dijo Mario. ¿Acaso necesitais de ese nombre para vivir?

—Yo me entiendo, respondió Juan Valjean, levantando y bajando la cabeza lentamente muchas veces seguidas.

Medió una larga pausa.

Los dos callaban, sumergido cada cual en un abismo de pensamientos.

Mario se sentó junto á una mesa y apoyaba el ángulo de la boca en uno de sus dedos doblado.

Juan Valjean iba y venia. Se paró delante de un espejo y se quedó inmóvil.

Luego, como contestando á un razonamiento interior, exclamó:

—Ahora ya me siento aliviado.

Se puso otra vez á pasear, dirigiéndose al otro extremo de la sala; despues, parándose ante Mario, le dijo:

—Figuraos que nada os he dicho; que soy el señor Fauchelevent; que vivo en vuestra casa; que soy de la familia; que os acompaño al teatro, á las Tullerías ó á la plaza Real, y que, cuando hablamos ó reimos íntimamente, oís que pronuncian el nombre de Juan Valjean y veis que la mano de la policía me arranca bruscamente de vuestro lado.

Juan Valjean calló; Mario se levantó extremecido.

El señor Fauchelevent le preguntó:

—Qué decís á eso?

Mario no acertó á desplegar los labios.

—Ya veis que he tenido razon para hablar. Sed dichosos; vivid en el cielo; sed el ángel de otro ángel, y no os cuideis de un pobre desventurado que se desgarra las entrañas por cumplir con su deber.

Mario cruzó lentamente la sala y, cuando estuvo cerca de Juan Valjean, le tendió la mano; pero como éste no alargase la suya para estrechársela, Mario se la cogió.

Juan Valjean dejó que se la tomara, y el jóven creyó tocar una mano de mármol.

—Mi abuelo tiene muy buenos amigos, dijo Mario; yo haré que os consiga el indulto.

—Es inútil, respondió Juan Valjean. Me creen muerto y esto basta. Los muertos no están sometidos á la vigilancia de la policía y los dejan pudrirse tranquilamente. La muerte equivale al perdon.

Retirando su mano de la de Mario, añadió con una especie de dignidad inexorable:

—Además, no necesito otro amigo que el cumplimiento de mi deber, ni necesito otro perdon que el de mi conciencia.

En este momento entreabrióse nuevamente la puerta del otro extremo de la sala y apareció al través de ella la cabeza de Cosette.

Hizo el movimiento de un pájaro que saca la cabeza fuera del nido; miró primero á su esposo, luego á Juan Valjean, y les dijo:

—Apostaria cualquier cosa á que hablais de política. Vaya una tontería! ¡En vez de estar conmigo!...

Juan Valjean se extremeció y tambien Mario, aunque de diferente modo; parecian dos criminales.

Cosette, con faz radiante, seguia mirándolos. Salian de sus ojos como destellos del paraiso.

—Os he cogido infraganti, añadió Cosette. Al entrar oí las últimas palabras de mi padre Fauchelevent:—La conciencia... el cumplimiento de mi deber... No cabe duda. Hablábais de política y yo no quiero eso. No me parece bien hablar de política al dia siguiente de la boda.

—Te equivocas, Cosette, respondió Mario. Hablábamos de negocios. Tratábamos de ver el medio mejor de colocar tus seiscientos mil francos.

—Entonces, aquí estoy yo.

Cosette, diciendo esto, entró resueltamente en la sala. Llevaba ceñido peinador blanco, con muchos pliegues, con mangas anchas, que le partia desde el cuello y le llegaba hasta los piés. Se contempló en un espejo de cuerpo entero y exclamó con explosion de éxtasis inefable:

—Habia una vez un rey y una reina... Oh! qué contenta estoy!

Dicho esto, saludó á Mario y á Juan Valjean.

—Me instalo en este sillon; almorzaremos dentro de media hora; entre tanto podeis hablar de lo que querais.

Mario la dijo con acento tierno:

—Hablamos de negocios.

—A propósito, respondió Cosette; al abrir mi ventana ví llegar al jardin una bandada de gorriones.

—Te repito que estamos hablando de negocios; vamos, déjanos un instante. Oir hablar de números te fastidiaria.

—¡Qué bonita corbata te has puesto hoy, Mario! Estais guapísimo, monseñor. No, no me fastidiaré.

—Te aseguro que sí.

—Yo te aseguro que no. Hablais vosotros y eso me basta para que os escuche, aunque no os entienda. Cuando oimos las voces de las personas queridas no necesitamos comprender sus palabras. Que estemos juntos es todo lo que yo quiero, y me quedo con vosotros.

—Amor mio, es imposible.

—Imposible?

—Sí.

—Pues bien, repuso la jóven, os hubiera dicho muchas cosas. Por ejemplo, que el abuelo duerme aun, que la tia se ha ido á misa, que la chimenea de mi padre Fauchelevent echa humo, que Nicolasita ha llamado al desollinador, que la tia Santos y Nicolasita han empezado ya á gruñir... ¿Conque es imposible que me quede? Pues yo te contesto que es imposible que me vaya.

—Te aseguro que necesitamos estar solos.

—Yo no soy nadie.

Juan Valjean no pronunciaba ni una palabra. Cosette se volvió hácia él y le dijo:

—Lo primero que quiero, padre, es que me deis un abrazo, ya que estais callado y no me defendeis, viendo que soy muy desgraciada en mi nuevo estado; mi marido me pega. Ea, un abrazo y un beso, pronto.

Juan Valjean se acercó á ella y ella se volvió hácia Mario:

—Para tí esta mueca, le dijo:

En seguida alargó la frente á Juan Valjean: al acercársele éste, Cosette retrocedió, exclamando:

—Qué pálido estais! Os duele el dedo?

—No; ya está bien.

—Habeis dormido mal?

—No.

—Estais triste?

—No.

—Venga el beso. Si os sentís bien, si dormís bien, si estais contento, no os reñiré.

Juan Valjean besó aquella frente en la que brillaba reflejo celestial.

—Ahora sonreíos.

Juan Valjean obedeció. Su sonrisa era la de un espectro.

—Ya es hora de que me defendais contra mi marido.

—Cosette... tartamudeó Mario.

—Enfadaos, padre. Decidle que debo quedarme, que se puede hablar delante de mí, que yo no soy una tonta. Sí, señor, quiero quedarme. Mario, mírame. ¿Me encuentras bonita?

Con un movimiento de hombros adorable y cierto aire de despique, la jóven fijó los ojos en Mario. Pasó como un relámpago entre aquellos dos séres. Poco importaba que no estuviesen solos.

—Te amo! exclamó Mario.

—Te adoro! le contestó Cosette.

Y sin poderlo resistir, cayeron en brazos uno de otro.

—Ahora, repuso Cosette arreglándose un pliegue del peinador con aire de triunfo, me quedo.

—Eso no, replicó Mario con tono suplicante. Tenemos que terminar cierto negocio.

—Conque no!

Mario, tomando una inflexion de voz grave y estrechando al mismo tiempo la mano de la jóven, la dijo:

—Cosette, te aseguro que es imposible.

—Ya que me hablas con ese acento, me marcho. Mi padre tampoco me apoya. Sois unos tiranos. Se lo voy á contar al abuelo. Si creeis que volveré á decir tonterías, os equivocais. Yo tambien tengo mi orgullito. Ya vereis cómo sin mi compañía os fastidiais.

Cosette salió de la sala: al cabo de dos segundos la puerta se abrió otra vez; su linda cabeza asomó por entre las dos hojas y les gritó:

—Estoy furiosa.

La puerta se volvió á cerrar. Mario se cercioró de que estaba bien cerrada:

—Pobre Cosette! murmuró; cuando sepa...

Extremecieron estas palabras á Juan Valjean, que clavó la vista en Mario.

—Ah! Es verdad! Se lo direis todo. No habia pensado en ello. Os suplico, señor, que me prometais no revelarle mi secreto. Basta que vos lo sepais. Nadie me ha obligado á delatarme, lo hice expontáneamente; me delataria ante el universo entero, pero ante ella, no. Oh, Dios mio!

Se dejó caer en un sillon y ocultó el rostro entre las manos. Por el movimiento de sus hombros se conocia que lloraba. Las lágrimas silenciosas son lágrimas terribles.

En el sollozo hay algo de sofocacion. Con movimiento convulsivo se respaldó en el sillon como para respirar, y Mario vió su semblante bañado en llanto y le oyó decir, con acento tan imperceptible, que su voz parecia salir de un abismo sin fondo:

—Oh! Quisiera morir!

—Serenaos, dijo Mario; guardaré vuestro secreto para mí solo.

Menos enternecido acaso de lo que de-

biera, pero obligado á familiarizarse con la revelacion horrible, viendo á un presidiario en el señor Fauchelevent, cautivado poco á poco por la realidad lúgubre y conducido por la pendiente natural de la situacion á medir el intervalo que á ambos separaba, añadió Mario:

—Debo deciros algo sobre el depósito que tan fiel y honradamente me habeis entregado, ejecutando un acto de probidad. Mereceis que os recompense. Fijad vos mismo la cantidad y no temais que sea muy crecida.

—Gracias, respondió Juan Valjean con dulzura.

Permaneció pensativo un momento y luego dijo:

—Todo ha concluido... una sola cosa me falta decir.

—Cuál?

Juan Valjean experimentó como una suprema vacilacion, y sin voz, sin aliento casi, balbuceó:

—Ahora que todo lo sabeis, ¿creeis que no debo volver á ver más á Cosette?

—Seria lo más acertado, respondió Mario friamente.

—No volveré á verla, contestó Juan Valjean.

Se dirigió hácia la puerta: puso la mano en la cerradura, cedió el pestillo, se entreabrió la puerta lo suficiente para que él pudiese pasar, se quedó un instante inmóvil; pero luego cerró otra vez y se encaró con Mario.

No estaba ya pálido, sino lívido. En sus ojos no se veian ya lágrimas, sino una especie de luz trágica. Su voz habia recobrado extraña serenidad.

—Si me lo permitís, vendré á verla. Os aseguro que para mí verla es un deseo irresistible. Si no necesitase ver á Cosette, no os hubiera hecho esta confesion. Me hubiera ausentado sencillamente de Paris; pero queriendo verla y permanecer donde ella vive, he creido que debia descubríroslo todo. No nos separamos desde hace nueve años; primero habitábamos en aquella casucha del boulevard, luego en un convento y despues junto al Luxemburgo, en cuyo paseo la vísteis por primera vez. Nos trasladamos más tarde al barrio de los Inválidos, á la casa que tenia una reja y un jardin que daba á la calle Plumet. Nueve años y algunos meses hace que vivimos juntos. Fuí para ella un padre, hasta el punto de creerse hija mia. Os aseguro que me seria muy difícil marcharme y no volverla á ver, porque es lo único que amo en el mundo. Si no os parece mal, vendré de vez en cuando á ver á Cosette, de tarde en tarde, y permaneceré aquí poco tiempo. Dad órden de que me reciban en el cuarto bajo y de que me dejen entrar por la puerta trasera, si no quereis que vean que vengo aquí. Poneos en mi lugar y comprended que ella es el único objeto de mi cariño, y además, que si no volviese á esta casa, todos lo extrañarian. Vendré por la tarde, cuando empiece ya á oscurecer.

—Vendreis todas las tardes, le contestó Mario, y Cosette os esperará.

—Qué bueno sois! exclamó Juan Valjean.

Mario le saludó; la felicidad acompañó hasta la puerta á la desesperacion, y el viejo y el jóven se separaron.

## II.

### Tras la revelacion la duda.

Mario quedó trastornado.

La antipatía que le inspiraba el padre de Cosette se la explicaba ahora. Lo enigmático de este personaje encerraba un enigma vergonzoso, el presidio. El señor Fauchelevent era el presidiario Juan Valjean. Descubrir de repente semejante secreto el dia de su dicha, equivalia á encontrar un escorpion en un nido de tórtolas.

En adelante, ¿no podria prescindir de aquel testigo la felicidad de Mario y de Cosette? ¿Formaba parte de su casamiento la aceptacion de Juan Valjean? No habia ya remedio? ¿Se habia casado tambien Mario con el prófugo de presidio?

Aunque se ciña una corona de luz y de alegría el triunfo del amor, sacudimientos como este harian extremecer al mismo arcángel en sus éxtasis, al mismo semidios en su gloria.

Como acontece siempre en los cambios de situacion, se preguntaba Mario si tendria algo que echarse en cara. ¿Su prevision y su prudencia habrian sufrido voluntario eclipse? ¿Se empeñó, sin bastante precaucion y sin ver las circunstancias personales, en la aventura amorosa, cuyo término era el casamiento con Cosette? ¿Reconocia el lado quimérico y visionario de su naturaleza, que es una especie de nube interior peculiar á muchas organizaciones, que en los paroxismos de la pasion y del dolor se dilata é invade al hombre, hasta con-

vertirle en una conciencia bañada por la bruma?

Más de una vez hemos indicado este elemento característico de la individualidad de Mario. Recordaba que en la embriaguez de su amor, durante las seis ó siete semanas de éxtasis que pasó en la calle Plumet, ni siquiera habló á Cosette del drama de la casucha Gorbeau, en el que la víctima guardó extraño silencio durante la lucha y se fugó cuando prendieron á los criminales. No se concibe que no hubiese dicho nada de esto á Cosette, siendo, como era, un acontecimiento tan reciente y tan terrible. No se concibe que ni siquiera nombrase á los Thenardier, sobre todo el dia que encontró á Eponina. Trabajo le costaba explicarse ahora el silencio de entonces. Se lo explicaba, sin embargo, recordando que estaba aturdido y embriagado al lado de Cosette, que el amor le absorbia por completo, y diciéndose que se apoderó de él un vago y sordo instinto de ocultar y de borrar de su memoria la horrible aventura cuyo contacto temia, en la que le repugnaba representar ningun papel, y de la que no podia ser cronista ni testigo sin ser acusador.

Despues de considerar y de examinar ese recuerdo, resultaba que aunque hubiese referido á Cosette la emboscada de Thenardier, y aunque hubiera descubierto que Juan Valjean era un presidiario, todo esto no hubiera amortiguado en él el amor ni en Cosette. Por eso no la hubiera querido menos ni hubiera desistido del matrimonio. Nada tenia, pues, qué sentir ni qué echarse en cara. Habia obrado bien. Hay un Dios para esos beodos que se llaman enamorados. Mario, ciego, siguió el camino que hubiera elegido teniendo buena vista. El amor le habia vendado los ojos para conducirle al paraiso.

Pero su paraiso debia tener desde entonces resplandor infernal.

La antipatía de Mario hácia el señor Fauchelevent, transformado ahora en Juan Valjean, se complicaba con el horror; y en ese horror, digámoslo así, habia algo de lástima y algo de sorpresa.

Ese ladron, ese ladron reincidente, habia restituido un depósito de seiscientos mil francos, de los que él solo tenia noticia y que pudo muy bien guardarse para sí.

Era además delator de sí mismo. Quién le obligaba á delatarse? Si sabia su verdadero nombre, era porque él lo habia declarado. Al confesarlo Juan Valjean aceptaba, no solo la humillacion, sino tambien el peligro. Para el condenado la máscara no es máscara, es un abrigo. Llevar nombre falso dá seguridad, y él renunciaba expontáneamente á un nombre falso; á pesar de haber sido presidiario podia ocultarse en el seno de una familia honrada, y resistió á esa tentacion por escrúpulo de conciencia. Así se lo acababa de explicar con el irresistible acento de la verdad.

Quien quiera que fuese aquel hombre, era incontestablemente que su conciencia se despertaba. Se veia en él en sus principios cierta misteriosa rehabilitacion, y segun todas las apariencias, desde hacia algun tiempo ya. Semejantes accesos de lo justo y de lo bueno no son propios de naturalezas vulgares. El despertar de la conciencia indica una alma grande.

Juan Valjean era sincero, con sinceridad visible, y la hacia evidente el dolor que le causaba. Veia en esto Mario inversion extraña en las situaciones. ¿Qué se desprendia de la del señor Fauchelevent? La desconfianza. ¿Qué se desprendia de la de Juan Valjean? La confianza. En el misterioso balance que Mario formaba de aquel individuo, comparando el debe y el haber, queria llegar á un resultado; pero se veia envuelto en un torbellino. El depósito restituido honradamente y la probidad de la confesion, eran acciones meritorias y producian como un resplandor en la nube; pero pasaban, y ésta quedaba otra vez negra.

Aunque los recuerdos de Mario estaban confusos, acertaba á explicar ahora escenas antes inconcebibles.

En la aventura del desvan de Jondrette, ¿por qué á la llegada de la justicia, aquel hombre, en vez de querellarse, huyó? Mario se respondia: porque era un escapado de presidio.

¿Por qué aquel hombre fué á la barricada y allí no combatia? ¿Qué fué á hacer allí? Ante esta pregunta surgia un espectro y le contestaba: Era Javert. Mario recordaba perfectamente que Juan Valjean arrastró fuera de la barricada á Javert, atado, y aun oia detrás del ángulo de la callejuela Mondetour el horrible pistoletazo. Existia ódio sin duda entre el espía y el presidiario. El uno molestaba al otro, y Juan Valjean habria ido á la barricada por vengarse. Llegó á ella tarde, probablemente cuando supo que Javert habia caido prisionero. Le parecia evidente que Juan Valjean habia matado á Javert.

¿Por qué la existencia de Juan Valjean fué tanto tiempo unida á la de Cosette? ¿Cuál seria el designio de la Providencia al poner á aquella niña en contacto con semejante hombre? ¿Se forjan en el cielo cadenas dobles y Dios se complace en juntar al ángel con el demonio? ¿Pueden ser compañeros de cuarto, en el misterioso presidio de las miserias, el crímen y la inocencia? La infancia y la adolescencia de Cosette, su virginal desarrollo de vida y de educacion, encontraron abrigo en la abnegacion disforme del presidiario.

Al llegar Mario á este punto, sus cuestiones se esfoliaban, por decirlo así, en innumerables enigmas; los abismos se abrian en el fondo de otros abismos, y al querer sondear á Juan Valjean sentia vértigos. ¿Qué era, pues, aquel hombre erizado de precipicios?

Los antiguos símbolos del Génesis son eternos.

En la sociedad humana, tal como hoy existe y hasta el dia que la cambie claridad mayor, habrá siempre dos hombres: uno superior, otro subterráneo; uno que camina hácia el bien, Abel; otro que se tuerce hácia el mal, Cain. Pero ¿cómo definir aquel Cain sensible, aquel bandido religiosamente absorto en la adoracion de una vírgen, velando por ella, educándola y dignificándola? ¿Juan Valjean formando el corazon de Cosette? ¿La figura tenebrosa dedicándose exclusivamente á preservar de toda sombra y de toda nube la salida del astro?

Este era el secreto de Juan Valjean y el secreto de Dios.

Ante estos dos secretos, Mario retrocedia. En cierto modo, el uno le tranquilizaba respecto al otro. Dios, en esa aventura, era para él tan visible como Juan Valjean. Dios tiene sus instrumentos y emplea el que quiere; no es responsable ante el hombre. ¿Sabemos nosotros acaso cómo obra Dios? Juan Valjean trabajó para perfeccionar la educacion de Cosette y contribuyó en gran parte á formar su alma; esto era incontestable. Pues bien; de un obrero horrible resultó una obra admirable.

Dios produce sus milagros como mejor le parece. Le plugo elegir un extraño colaborador. ¿Es la primera vez que el estiércol ayuda á la primavera á crear las rosas?

Mario se preguntaba y se respondia á sí mismo. No se atrevió á insistir con Juan Valjean sobre los puntos que acabamos de indicar, pero sin confesarse á sí mismo que no se atrevia. Adoraba á Cosette, era pura y la poseia; esto le bastaba. Para qué otra aclaracion? ¿Qué más podia desear?

Los negocios personales de Juan Valjean no le incumbian. Al aproximarse á la sombra fatal de aquel hombre, tomaba acta de esta declaracion solemne: "Soy un extraño para Cosette. Hace diez años ignoraba que existia.„

Juan Valjean era un simple transeunte; pasó y habia terminado ya su papel. De hoy en adelante, Mario seria la Providencia para Cosette, que habia encontrado en las regiones etéreas á su igual, á su amante, á su esposo, á su celestial compañero.

En cualquier círculo de ideas que girase Mario siempre sentia horror hácia Juan Valjean. Horror sagrado quizá, porque, segun ya hemos consignado, comprendia que habia cierto *quid divinum* en aquel hombre. Pero por mucho que atenuase su situacion, no podia escapar de ver en él al presidiario; es decir, el sér que en la escala social carece hasta de sitio, por hallarse más abajo del último escalon. Despues del último de los hombres viene el presidiario. El presidiario no figura, digámoslo así, entre los vivientes. La ley le ha destituido de toda la cantidad de humanidad que puede quitar al hombre.

Mario, aunque era demócrata, admitia en las cuestiones penales este sistema inexorable, y tenia, acerca de los que la ley hiere, todas las ideas de la ley. No habia avanzado aun en todos los progresos. No era todavía capaz de distinguir entre lo escrito por el hombre y lo escrito por Dios, entre la ley y el derecho. No habia examinado ni pesado el derecho que se arroga el hombre de disponer de lo irrevocable y de lo irreparable. No le irritaba la palabra *vindicta*. Le parecia natural que ciertas infracciones de la ley escrita fuesen seguidas de penas eternas, y aceptaba como procedimiento de civilizacion la condena social.

Ante sus ideas, pues, se le aparecia Juan Valjean disforme y repugnante. Era el réprobo, era el presidiario. Esta palabra le causaba el efecto de la trompeta del juicio final, y despues de estudiar mucho tiempo á Juan Valjean, su último gesto fué volverle la cabeza.

Fuerza es reconocer que Mario no dejó de dirigir á Juan Valjean dos ó tres preguntas decisivas porque no le ocurriesen, sino porque le inspiraba cierto pavor. Si le hubiese preguntado por el desvan de

Jondrette, por la barricada y por Javert, no se sabe hasta dónde hubieran llegado las revelaciones de Juan Valjean, que no era hombre capaz de retroceder. Quizá Mario, despues de empujarle, hubiera deseado detenerle. Nos ha sucedido á todos en circunstancias supremas hacer una pregunta y taparnos luego los oidos para no oir la contestacion. Estas timideces ocurren sobre todo á los enamorados. No es prudente interrogar con exceso á las personas colocadas en situaciones siniestras, sobre todo cuando la parte indisoluble de nuestra vida está totalmente en contacto con ellas. De las explicaciones desesperadas de Juan Valjean podia brotar claridad espantosa que se extendiera acaso hasta Cosette, esparciendo una especie de fulgor infernal sobre la frente de un ángel. La fatalidad tiene esas solidaridades, en las que la inocencia misma adquiere el sello del crímen por la sombría ley de los reflejos colorantes. Las figuras más puras pueden conservar para siempre la reverberacion de una vecindad horrible. Con razon ó sin ella, Mario habia tenido miedo de preguntar. Sabia ya demasiado, y más trataba de aturdirse que de orientarse. Atarantado, llevaba á Cosette en sus brazos y cerraba los ojos para no ver á Juan Valjean.

En la situacion de espíritu que se encontraba Mario, le causaba perplejidad dolorosa pensar que aquel hombre hubiera de tener cualquier contacto con Cosette de hoy en adelante. Pero se dejó conmover, y suya era la culpa. Debió pura y simplemente alejar de su casa á Juan Valjean.

Estaba descontento de sí mismo. ¿Qué hacer ya? Las visitas de Juan Valjean le repugnaban. ¿Por qué aquel hombre habia de volver á su casa? Mario estaba profundamente agitado, agitacion que le costó mucho ocultar á Cosette; pero el amor le inspiró y llegó á conseguirlo. Solo hizo, sin objeto aparente, algunas preguntas á su esposa, que era cándida y que no receló. Le preguntó de su infancia y de su juventud, convenciéndose cada vez más de que el presidiario fué respecto á Cosette todo lo bueno, paternal y respetable que cabe en criatura humana. Lo que Mario previó y supuso era positivo. El cardo siniestro amó y protegió á la azucena.

---

# LIBRO OCTAVO

## El crepúsculo de la tarde.

### I.

#### El cuarto bajo.

Al dia siguiente, cuando empezó á oscurecer, Juan Valjean llamó á la puerta cochera de casa del señor Gillenormand. Basco le recibió; estaba sin duda en el patio, obedeciendo alguna órden.

Basco, sin esperar á que Juan Valjean se adelantase hácia él, le dirigió la palabra:

—El señor baron me encargó que os preguntase si queríais subir ó quedaros abajo.

—Me quedaré abajo, respondió Juan Valjean.

Basco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala baja y dijo:

—Voy á avisar á la señora.

La habitacion en que entró Juan Valjean era un cuarto abovedado y húmedo, que á veces servia de bodega, y que daba á la calle; el suelo tenia ladrillos encarnados, y entraba en el cuarto escasa luz por entre los barrotes de estrecha reja.

El polvo yacía allí tranquilo. Las arañas campeaban libremente. Hermosa tela, anchamente desplegada y muy negra, salpicada de moscas muertas, giraba alrededor de los vidrios de la ventana.

Habia una porcion de botellas vacías amontonadas en un rincon. La pared, pintada de ocre amarillo, se iba descascarando á toda prisa. Se distinguia una chimenea con repisa estrecha de madera en el fondo del cuarto; en ella ardia lumbre, lo que indicaba que querian recibir allí á Juan Valjean.

Además de la chimenea, habian colocado dos sillones, y á guisa de alfombra una manta de cama vieja. El alumbrado de esta habitacion consistia en la llama que salia de la chimenea y en la luz del crepúsculo que entraba por la ventana.

Juan Valjean estaba fatigado de tanta emocion, de pasar dos dias sin comer y sin dormir, y se dejó caer en uno de los sillones.

Basco entró, dejó sobre la chimenea

una bujía encendida y se retiró, sin que Juan Valjean, que tenia la cabeza inclinada y la barba tocándole el pecho, se apercibiera ni de Basco ni de la bujía.

De repente se levantó sobresaltado. Cosette estaba detrás de él. Sin verla entrar sintió que entraba. Se volvió hácia ella y la contempló. Estaba muy hermosa; pero lo que él contemplaba con sus profundas miradas no era su hermosura, sino su alma.

—Padre, exclamó Cosette; conocia vuestras rarezas, pero no creia que llegasen hasta este extremo. Me dijo Mario que os habeis empeñado en que os reciba aquí.

—Sí; me he empeñado.

—Ya lo sabia. Pero os prevengo que voy á armar un escándalo. Empecemos por el principio; besadme.

Y le presentó la mejilla. Juan Valjean permaneció inmóvil.

—Os estais quieto! Vuestra actitud me indica que sois culpable; pero yo os perdono. Jesucristo dijo: "Presentad la otra mejilla„, y aquí la teneis.

La jóven le presentó la otra mejilla; pero Juan Valjean no se movió; parecia que estuviese clavado en el suelo.

—Esto se pone sério, exclamó Cosette. Qué es lo que os he hecho? Me declaro ofendida, y me debeis una satisfaccion: comereis con nosotros.

—He comido ya.

—Eso no es cierto. Haré que el señor Gillenormand os riña. Los abuelos están encargados de reñir á los padres. Vamos, subid conmigo al salon. Pronto.

—Imposible.

Al llegar aquí perdió Cosette algo de terreno. Cesó de mandar y pasó á hacer preguntas.

—Imposible! Por qué? Habeis escogido para verme el cuarto más feo de la casa. Aquí se está muy mal.

—Sabeis, señora, que soy raro, que tengo caprichos...

—Señora!... Sabeis!... ¿Qué significa esto? exclamó Cosette dando una palmada.

—Habeis querido ser señora y lo sois.

—No para vos, padre.

—Dejad de llamarme padre.

—Cómo!

—Llamadme el señor Juan, ó Juan á secas, como querais.

—¡Ya no sois mi padre ni yo soy Cosette! Que os llame el señor Juan! ¿Qué significa este cambio? ¿Qué es lo que ha pasado? En qué os he ofendido?

—En nada.

—Pues entonces...?

—Todo sigue lo mismo.

—Por qué mudais de nombre?

—Siendo vos la señora de Pontmercy, bien puedo ser yo el señor Juan.

—No os comprendo. ¡Eso es una estupidez! Pediré permiso á mi marido para que seais el señor Juan, y vereis cómo no lo consentirá. Me dais un gran disgusto. Vuestros caprichos no deben llegar hasta el extremo de causarme pesadumbre. Vos que sois tan bueno, no teneis derecho á ser malo.

Juan Valjean no respondió.

Cosette tomó con viveza las dos manos de éste, y con movimiento irresistible, levantándolas hasta el nivel de su rostro, las estrechó contra su cuello, con ademan de profundo cariño.

—Oh! le dijo. Sed bueno! Ved á lo que yo llamo ser bueno: á estar amable, á venir á vivir con nosotros, almorzar y comer en nuestra compañía y á ser mi padre.

Juan Valjean retiró las manos del cuello de Cosette y la contestó:

—No necesitais ya de padre, porque teneis marido.

Cosette se incomodó:

—Conque no necesito de padre! No tiene sentido comun lo que decís.

—Si la tia Santos estuviese aquí, repuso Juan Valjean como el que busca testigos para asirse de un cabello, seria la primera en convenir en que soy un hombre antojadizo. Esto no es nuevo. Siempre me ha gustado estar en un rincon.

—Pero aquí hace frio, aquí está oscuro. Es un antojo abominable querer que os llame el señor Juan. Me opongo resueltamente á que no me tuteeis. ¡Estoy furiosa! Desde ayer todos me haceis rabiar. No os comprendo; ni me defendeis de Mario, ni Mario me defiende de vos. Pongo mis cinco sentidos en arreglaros la habitacion y me dejais desairada. Sois un hombre raro, convengo en ello; ese es vuestro carácter: pero, ¿no se ha de conceder alguna tregua á los que se casan? ¿Por qué sacar á relucir tan pronto las rarezas? Vivireis muy contento en vuestra abominable casa de la calle del Hombre-Armado, que tan malos ratos me ha hecho pasar. ¿Estais resentido conmigo?

Formalizándose de repente, clavó la vista en Juan Valjean y le preguntó:

—Os pesa que sea dichosa?

La candidez, sin saberlo, penetra á veces muy hondo. Esta pregunta, tan

sencilla para Cosette, era profunda para Juan Valjean. La jóven solo queria arañar y destrozaba. Su padre adoptivo palideció, permaneciendo un momento sin responder: luego, con acento indescriptible y hablando consigo mismo, murmuró:

—Su felicidad era el objeto de mi vida. Dios ahora puede quitármela, porque ya no hago falta á nadie. Cosette, eres dichosa y mi mision ha terminado.

—Ah! Me habeis tuteado! exclamó Cosette, arrojándose en brazos de Juan Valjean.

Este, desvanecido, la estrechó contra su pecho y le pareció que casi la recobraba.

—Gracias, padre! exclamó Cosette.

Aquel arrebato iba á ser doloroso para Juan Valjean. Se desprendió suavemente de los brazos de Cosette y tomó el sombrero.

—Adónde vais? le preguntó la jóven.

—Me retiro, señora; os aguardan, respondió Juan Valjean; y ya en el umbral de la puerta, añadió:

—Os he tuteado, pero decid á vuestro marido que no volverá á sucederme.

Juan Valjean salió, dejando á Cosette atónita con su despedida enigmática.

## II.

### De mal en peor.

Juan Valjean volvió al dia siguiente á la misma hora y al mismo sitio de casa el señor Gillenormand.

Cosette no le preguntó, ni se admiró, ni dijo que sentia frio, ni habló mal de la sala; no le llamó padre ni señor Juan, y dejó que no la tuteara, pero estaba menos alegre.

Probablemente habria tenido con Mario una de esas conversaciones íntimas en las que el hombre amado dice lo que quiere, y sin explicar nada deja satisfecha á la mujer amada. La curiosidad de los enamorados no se extiende mucho más allá de su amor.

La sala baja estaba algo más arreglada. Basco habia suprimido las botellas y Nicolasita las arañas.

Las visitas de Juan Valjean continuaron siendo diarias; éste tomó las palabras de Mario al pié de la letra. Mario se lo arregló de modo que no estaba nunca en casa cuando iba Juan Valjean. Las gentes de la casa se habian acostumbrado á aquel capricho del señor Fauchelevent. La tia Santos contribuyó á ello, diciendo con frecuencia que su amo siempre fué así. El abuelo decretó que era un extravagante, y se alegró de verse libre de él.

—Ese género de extravagantes es muy comun, decia; tienen sin motivo toda clase de rarezas. El marqués de Canaples compró un palacio para vivir en las buhardillas.

Nadie entrevió la siniestra realidad, ni ¿cómo era posible adivinarla? Así hay pantanos en la India: el agua presenta aspecto extraordinario, se extremece sin que la impulse el viento, y está agitada debiendo estar tranquila. Solo se vé su superficie, pero no la hidra que se arrastra en su fondo.

Muchos hombres tambien tienen un mónstruo secreto, un mal que alimentan, un dragon que los roe. Esos individuos se asemejan á los demás; van y vienen, y todo el mundo ignora que llevan dentro de ellos un dolor parásito y horrible que les devora. Bajo este punto de vista, el hombre es como el remolino, en el que el agua, aunque está estancada, tiene gran profundidad. De vez en cuando se vé conmocion incomprensible en la superficie, se forma una ola misteriosa, que se desvanece y que luego vuelve á aparecer. Una burbuja de aire sube y revienta. Es la respiracion del animal desconocido.

De esto provienen los hábitos extremos de llegar á la hora en que los demás se marchan, de ocultarse cuando los demás se dejan ver, de buscar los paseos solitarios, de preferir las calles desiertas, de no mezclarse en las conversaciones, de llevar la llave de casa en el bolsillo, dejando la vela en la portería; de entrar por la puerta falsa, de subir por la escalera secreta, y todas las singularidades insignificantes, ondas, burbujas de aire, pliegues fugitivos en la superficie, provienen muchas veces de un fondo formidable.

Varias semanas transcurrieron de este modo. Poco á poco entró Cosette en una nueva vida: el matrimonio crea relaciones, y por consecuencia visitas, y el arreglo de la casa ocupa gran parte del tiempo. Los placeres de la nueva vida no eran costosos para ella, porque se reducian á uno solo: á estar con Mario. Su principal gloria consistia en salir con él y no separarse de su lado. Ambos gozaban paseándose asidos del brazo, solos y á la vista de todos.

Cosette experimentó la contrariedad de que la tia Santos, no pudiendo llevar-

se bien con Nicolasita, se marchó de la casa.

La salud del abuelo era excelente; Mario, de vez en cuando, defendia algunas causas; la señorita Gillenormand pasaba agradablemente con la nueva familia la vida lateral que era suficiente para ella.

Juan Valjean iba á ver á Cosette todos los dias y á la hora convenida.

Un dia ella le dijo de repente:

—Antes érais mi padre, hoy ya no lo sois; érais mi tio y no lo sois tampoco; érais el señor Fauchelevent y sois el señor Juan. No me gustan estas cosas. Si no os conociese tanto me causaríais miedo.

Juan Valjean seguia viviendo en la calle del Hombre-Armado, no pudiendo resolverse á alejarse del barrio que habitaba Cosette. Al principio solo permanecia al lado de ésta unos cuantos minutos, pero poco á poco iba alargando las visitas, como aprovechando la autorizacion de los dias, que iban creciendo tambien. Llegaba más temprano y se despedia más tarde.

Un dia Cosette le dijo maquinalmente:

—Padre!

Y un relámpago de alegría iluminó el sombrío semblante de Juan Valjean.

—Llamadme Juan, la contestó.

—Ah! es verdad! repuso Cosette riéndose; señor Juan!

—Eso es, replicó el desgraciado, volviéndole las espaldas para que ella no viese que lloraba.

## III.

### Se acuerdan del jardin de la calle Plumet.

Aquella fué la última vez que Juan Valjean oyó que Cosette le llamaba padre. No hubo entre ellos ya familiaridad, ni frases cariñosas, ni besos. Veíase, pues, el infeliz anciano despojado sucesivamente de todas sus felicidades; su mayor miseria consistia en que, despues de perder á Cosette de un golpe, le era preciso acabar de perderla poco á poco.

Una tarde... era uno de los primeros dias del mes de Abril, cuando el calor alterna aun con la frescura. El sol desplegaba todos sus rayos; los jardines que circuían las ventanas de Mario y de Cosette experimentaban la emocion del despertar; el espino iba á florecer, los alelíes extendian sus diamantes por las viejas paredes, las bocas de lobo sonreian en las hendiduras de las piedras, empezaban á asomar entre las yerbas las belloritas y los ranúnculos; las mariposas blancas salian á la escena, y el viento, ese trovador de la eterna boda, ensayaba en los árboles el preludio de la gran sinfonía matinal que se llama primavera.

Mario dijo á Cosette:

—Hemos ofrecido hacer una visita al jardin de la calle Plumet; vamos á verle; no seamos ingratos.

Volaron hácia él como dos golondrinas en busca de la primavera.

El jardin de la calle Plumet pertenecia aun á Cosette, por no haberse terminado todavía el plazo del arriendo.

Los recuerdos del pasado les hicieron olvidar allí el presente.

Al oscurecer, Juan Valjean fué, como todos los dias, á la casa de la calle de las Hijas del Calvario.

—La señora salió con el señor baron y aun no ha vuelto, le dijo Basco.

Juan Valjean se sentó silenciosamente y esperó durante una hora: viendo que Cosette no volvia, inclinó la cabeza y se marchó.

Embriagó tanto á Cosette aquel paseo á su jardin, que la tarde siguiente no habló de otra cosa á Juan Valjean, sin advertir siquiera que no le habia visto la tarde anterior.

—Cómo habeis ido? le preguntó éste.

—A pié.

—Cómo habeis vuelto?

—En un coche de alquiler.

Juan Valjean notaba hacia algun tiempo la estrechez con que vivian los dos esposos, y esto le hacia estar reflexivo. La economía de Mario era rigurosa y Juan Valjean tomaba esta palabra en un sentido absoluto, por lo que se atrevió á preguntar:

—Por qué no teneis coche propio? Una buena berlina os costaria quinientos francos al mes, y sois ricos.

—No sé, respondió Cosette.

—La tia Santos se fué de casa y no la habeis reemplazado. Por qué?

—Me basta con Nicolasita.

—Pero no teneis doncella!

—Ya tengo á Mario.

—Pues debíais tener casa propia, criados, carruaje y palco en la Opera. Si os aprovecháraís de la riqueza, seríais doblemente dichosa.

Cosette no respondió.

Las visitas de Juan Valjean se prolongaban más cada vez. Siempre que éste deseaba alargar la visita y hacer olvidar la hora, escogia por tema de conversacion elogiar á Mario, y le ensalzaba

bajo todos conceptos. Obrando así conseguia Juan Valjean permanecer allí bastante tiempo. Varias veces tuvo Basco que repetir este recado:—El señor Gillenormand me envia para que recuerde á la señora baronesa que la sopa espera en la mesa.

Cuando esto sucedia, Juan Valjean se marchaba muy pensativo.

Un dia se quedó más tiempo de lo que tenia por costumbre. Al dia siguiente notó que no habian encendido la chimenea; justificaba esta falta con la llegada de Abril y con haber cesado el frio.

—Dios mio! Qué frio hace aquí! exclamó Cosette al entrar.

—No... contestó Juan Valjean.

—¿Habeis mandado á Basco que no encienda la chimenea?

—Sí... estamos encima de Mayo.

—¡Pero si encendemos fuego hasta Junio! En esta cueva se necesita todo el año.

—Me ha parecido que era inútil.

—Esta es otra de vuestras rarezas, le respondió Cosette.

Al otro dia estaba encendida la chimenea, pero los dos sillones los habian colocado en el extremo opuesto de la sala, junto á la puerta.

—Qué significa esto? se preguntó á sí mismo Juan Valjean.

Cogió los sillones y los puso en el sitio de costumbre junto á la chimenea. Le reanimó estar cerca de la lumbre y prolongó mucho la visita. Cuando se levantaba para marcharse, le dijo Cosette:

—Mi marido me dijo ayer una cosa, muy graciosa por cierto.

—Cuál?

—Me dijo: Tenemos treinta mil francos de renta, veintisiete mil tuyos y tres mil que me ha designado el abuelo. ¿Te atreverias á vivir solo con los tres mil? me preguntó.—Sí, le respondí, siempre que sea á tu lado.—¿Por qué me preguntas eso? Y me contestó:—Para saberlo.

Juan Valjean calló. Cosette aguardaba de él alguna explicacion probablemente, pero no la obtuvo. Se fué á la calle del Hombre-Armado, tan abstraido, que equivocó la puerta, y en lugar de entrar en su casa entró en la del lado, y no lo advirtió hasta que llegó al segundo piso. Empezó á hacer conjeturas. Supuso que Mario tenia escrúpulos acerca del orígen de los seiscientos mil francos, y que dudaba de la legitimidad de su procedencia. Creeria quizá que provenian de Juan Valjean, y acaso le repugnaba aceptar una riqueza sospechosa, prefiriendo vivir pobre á disfrutar de un caudal que suponia mal adquirido. Además, Juan Valjean empezaba á comprender que le despedian. Al dia siguiente al entrar en la sala se extremeció. Los sillones habian desaparecido; no habia en el cuarto ni una sola silla.

—Qué es esto? exclamó Cosette. ¿Dónde están los sillones?

—Se los han llevado, respondió Juan Valjean.

—Esto ya pasa de raya!

Juan Valjean balbuceó:

—Le he dicho á Basco que se los lleve.

—Por qué?

—Porque no voy á estar más que un momento.

—Eso no es motivo para estar en pié.

—Creí que Basco necesitaba los sillones.

—Para qué?

—Para el salon. Si teneis que recibir gente esta noche...

—No recibimos á nadie.

Juan Valjean no pudo articular una palabra más. Cosette se encogió de hombros.

—Qué raro sois!

—Adios, murmuró Juan Valjean.

Salió abrumado de dolor; esta vez lo habia comprendido todo.

Al dia siguiente no fué á visitar á Cosette; ésta no lo notó hasta por la noche.

—El señor Juan no ha venido hoy, dijo.

Sintió que se le oprimia ligeramente el corazon, pero Mario la dió un beso y la distrajo en seguida.

Juan Valjean tampoco fué al dia siguiente.

Cosette apenas lo echó de ver; pasó bien la velada, durmió profundamente por la noche, como tenia por costumbre, y solo al levantarse pensó en la ausencia de su padre adoptivo.

Envió á Nicolasita á casa del señor Juan para saber si estaba enfermo y por qué no habia venido la víspera.

Nicolasita le llevó esta respuesta del señor Juan:

—No estoy enfermo, pero estoy muy ocupado. Iré lo más pronto que me sea posible. Voy á emprender el viaje que tengo costumbre de hacer, como la señora sabe.

Nicolasita, al entrar en casa del señor Juan, le repitió las mismas palabras que le habia dicho su señora.

—Es verdad, hace dos dias que no he ido, le contestó Juan Valjean.

Pero Nicolasita no comprendió el sen-

tido de esta observacion y no se la hizo saber á Cosette.

## IV.

### La atraccion y la extincion.

Los últimos meses de la primavera y los primeros del verano de 1833, los pocos transeuntes que pasaban por el Marais, los tenderos y los ociosos que se paraban á las puertas de las tiendas, se fijaban en un anciano que iba aseadamente vestido de negro, y todos los dias á la misma hora, antes de oscurecer, salia de la calle del Hombre-Armado por la parte de la calle de Santa Cruz, pasaba por delante de la de los Mantos Blancos, llegaba á la de Santa Catalina, y torciendo á la izquierda, entraba en la de San Luis.

Llegado allí, caminaba á paso lento, con el cuello estirado, sin ver ni oir nada, teniendo siempre la vista fija en la esquina de la calle de las Hijas del Calvario. Cuanto más se acercaba á aquella esquina habia más brillo en sus ojos, y cierta alegría iluminaba sus pupilas como una aurora interior, sus labios se movian como si hablase á una persona sin verla, se sonreia vagamente y andaba muy despacio. Parecia que deseaba llegar y lo temia. Cuando solo mediaban algunas casas entre él y la calle que le atraia, menguaba el paso hasta el punto de parecer inmóvil. La vacilacion de la cabeza y la direccion fija de la pupila recordaban la aguja que busca el polo. Al llegar á la calle de las Hijas del Calvario se paraba tembloroso, sacaba la cabeza con timidez sombría más allá de la esquina, y miraba con ansiedad trágica algo semejante al descubrimiento de lo imposible y á la reverberacion de un paraiso cerrado. Entonces una lágrima, que poco á poco se fué condensando en el ángulo de sus párpados, que pesaba ya bastante para caer, resbalaba por su mejilla, yendo á parar alguna vez á la boca, en la que el anciano sentia el sabor amargo. Permanecia de aquel modo unos cuantos minutos como si fuera de piedra, y despues se volvia por el mismo camino y con la misma lentitud, y se apagaba su mirada á medida que se alejaba de allí.

Poco á poco el anciano dejó de ir hasta la esquina de la calle de las Hijas del Calvario, deteniéndose á la mitad del camino en la calle de San Luis, ya más lejos, ya más cerca. Un dia se paró en la esquina de la calle de Santa Catalina y desde allí miró á la de las Hijas del Calvario; despues movió silenciosamente la cabeza de derecha á izquierda, como si se negase algo á sí mismo, y retrocedió sobre sus pasos. Pronto ya dejó de llegar siquiera hasta la calle de San Luis. En la de Pavée sacudia la cabeza y se volvia atrás. Luego no fué más allá de la calle de los Tres Pabellones. Poco despues se contentó con llegar á la de los Mantos Blancos. Parecia un péndulo cuyas oscilaciones, por falta de cuerda, van acortándose hasta que al fin se para.

Todos los dias salia de su casa á la misma hora, seguia el mismo trayecto, pero no lo terminaba ya; tal vez sin conciencia de lo que hacia lo iba abreviando incesantemente. Su semblante expresaba esta idea: Para qué? Su pupila se habia apagado, su lágrima estaba seca y ya no se condensaba en el ángulo de los párpados. El anciano estiraba siempre la cabeza hácia adelante, la barba se le movia, daba compasion ver las arrugas de su cuello flaco. Algunas veces, cuando hacia mal tiempo, llevaba bajo del brazo un paraguas, pero no lo abria. Las mujeres del barrio decian de él: "Es un bobo.„ Los chicos iban detrás de él riéndose.

# LIBRO NOVENO

## Suprema sombra, suprema aurora.

### I.

#### Compasion para los desgraciados, pero indulgencia para los dichosos.

La felicidad nos hace olvidadizos. Cuando poseemos el falso objeto de la vida, que es la felicidad, nos olvidamos del verdadero objeto, que es el deber. Sin embargo, haríamos mal en acusar á Mario.

Ya hemos dicho que antes de casarse no se enteró de quién era el señor Fauchelevent, y que despues temió preguntar á Juan Valjean. Le pesó la promesa que hizo por la lastimosa situacion de éste, y repetidas veces se dijo que habia obrado mal concediendo aquella gracia á la desesperacion. Se concretó, pues, á alejar poco á poco á Juan Valjean de su casa y á borrar en lo posible su recuerdo del espíritu de Cosette. Procuró

en cierto modo colocarse siempre entre Juan Valjean y su esposa, creyendo que si ella no le veia cesaria de pensar en él.

Mario hacia lo que juzgaba necesario y justo. Creia que para alejar á Juan Valjean de su casa sin dureza, pero tambien sin debilidad, le asistian graves razones, como las que se han expuesto y como otras que se indicarán á su tiempo.

La casualidad le puso en contacto, durante los trámites de un pleito que habia defendido, con un antiguo empleado de casa de Laffitte, y adquirió, sin buscarlas, misteriosas noticias, que no profundizó por guardar el secreto que se le habia confiado, pero que, segun su criterio, le obligaban á restituir á su dueño los seiscientos mil francos, y se ocupaba en hacer esta restitucion lo más discretamente posible. Entre tanto se abstenia de tocar aquel dinero.

Cosette no conocia estas interioridades, pero tambien era digna de disculpa. Existia de ella á Mario un terrible magnetismo, que la obligaba á ejecutar por instinto y casi maquinalmente los deseos de su esposo. Sufria respecto á Juan Valjean la imposicion de la voluntad de Mario; éste no necesitaba decirla nada; ella experimentaba la presion vaga, pero clara, de las tácitas imposiciones de su esposo, y obedecia ciegamente. En este caso su obediencia consistia en no acordarse de lo que Mario olvidaba, y lo hacia sin esfuerzo alguno. No obstante, justo es decir que acerca de Juan Valjean este olvido y esta extincion solo eran superficiales.

Cosette estaba más bien aturdida que olvidada; en el fondo queria mucho al que tanto tiempo llamó padre, pero queria más á su esposo.

Esto era lo que falseó algo la balanza de su corazon, inclinándola á una parte.

Sucedia á veces que Cosette extrañaba que no volviese Juan Valjean, pero Mario la tranquilizaba diciéndola:

—Estará ausente; ya te dijo que iba á emprender un viaje.

—Es verdad, pensaba Cosette. Hacia viajes con frecuencia, pero nunca tardaba tanto.

Dos ó tres veces envió á Nicolasita á la calle del Hombre-Armado á preguntar si el señor Juan habia regresado de su viaje, y le contestaban que no. Cosette no inquirió más, porque para ella en la tierra no habia ya más que una necesidad: Mario. Además, los jóvenes estuvieron unos dias ausentes de Paris; fueron á Vernon á visitar el sepulcro del padre de Mario; éste consiguió poco á poco separar á Cosette de Juan Valjean.

Lo que en muchos casos se califica duramente de ingratitud de los hijos, no es siempre tan reprensible como se cree. Es la ingratitud de la naturaleza. La naturaleza, como hemos dicho en otra parte, mira hácia adelante. La naturaleza divide á los vivientes en séres que vienen y en séres que van. Los que van dirigen la vista hácia la oscuridad y los que vienen la dirigen hácia la luz. De esto nace, pues, cierto desvío, que es fatal en los viejos é involuntario en los jóvenes.

Este desvío, insensible al principio, se aumenta lentamente, como toda separacion de ramas que, sin desprenderse del tronco, se alejan. No es esto culpa suya. La juventud vá donde está la alegría, á las fiestas, á las claridades vivas, á los amores; la vejez vá al término de su carrera. No se pierden de vista, pero se afloja ya el lazo. Los jóvenes sienten el frio de la vida y los viejos el de la tumba. No acusemos, pues, á los jóvenes.

## II.

### Ultimas palpitaciones de la lámpara sin aceite.

Un dia Juan Valjean bajó la escalera de su casa, dió unos cuantos pasos por la calle, se sentó en un trascanton, en el mismo en que Gavroche le encontró pensativo la noche del 5 al 6 de Junio; permaneció allí algunos momentos y luego subió á su habitacion.

Esto fué la última oscilacion del péndulo.

Al dia siguiente no salió y al otro se quedó en cama.

La portera, que le preparaba su parco alimento, consistente en algunas coles ó patatas con tocino, mirando el plato, exclamó:

—Ayer no comísteis!

—Sí, comí, respondió Juan Valjean.

—El plato está intacto.

—Mirad el jarro del agua. Está vacío.

—Eso prueba que habeis bebido, pero no que habeis comido.

—Porque solo tuve sed.

—Cuando se tiene sed y no se come es señal de que hay calentura.

—Mañana comeré.

—O el año que viene. ¿Por qué no comeis ahora en vez de dejarlo para mañana? No desprecieis las patatas, que están muy bien aderezadas.

Juan Valjean cogió la mano de la vieja y la dijo con acento bondadoso:

—Os prometo que me las comeré.

—Me teneis enfadada, le respondió la portera.

Juan Valjean no veia casi más sér humano que aquella buena mujer. Hay en Paris calles por donde nadie pasa y casas á las que nadie vá. De éstas eran la calle del Hombre-Armado y la casa de Juan Valjean. Cuando éste aun salia, compró un crucifijo de cobre y le colgó de un clavo frente á su cama. La vista del crucificado siempre es un alivio para el que sufre.

Transcurrió una semana sin que Juan Valjean pasease por su cuarto. Siempre estaba acostado.

La portera le dijo á su marido:

—El buen hombre que vive arriba ya no se levanta ni come; ya no tirará mucho. Las desazones lo matan. Nadie me quita de la cabeza que su hija ha hecho un mal casamiento.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

—Si es rico que llame á un médico; si no es rico, que no lo llame. Si no tiene médico se morirá.

—Y si tiene?

—Morirá tambien, replicó el portero gravemente.

La portera murmuraba entre dientes:

—Es una lástima! ¡Es un anciano muy limpio y muy bondadoso!

Vió que pasaba por la calle un médico del barrio, le llamó y le rogó que subiese á visitar al anciano.

—Es en el segundo piso; entrad sin inconvenientes, porque como el infeliz no se mueve de la cama, tiene siempre puesta la llave en la cerradura.

El médico subió á visitar á Juan Valjean. La portera, que le esperaba cuando bajó, le preguntó por el paciente.

—Está muy grave, dijo el doctor.

—Qué es lo que tiene?

—Todo y nada. Segun parece ha perdido á una persona querida. Algunos mueren de eso.

—Qué os ha dicho?

—Que se encontraba bien.

—Volvereis?

—Sí, respondió el doctor; pero más que mi visita necesita la de un médico del alma.

## III.

**Pesa una pluma al que pudo levantar una carreta.**

Una tarde, Juan Valjean, apoyándose trabajosamente con el codo, se cogió la mano y no se encontró el pulso. Su respiracion era difícil y se interrumpia á cada momento. Bajo la presion sin duda de alguna idea suprema hizo un gran esfuerzo, se incorporó y se vistió.

Se puso el traje de obrero, porque no pudiendo salir de casa, le preferia á los otros. Tuvo que pararse repetidas veces para vestirse, y le costó sudar mucho para poder introducir los brazos en las mangas de la blusa. Desde que vivia solo puso la cama en la antesala, con la idea de habitar lo menos posible aquel domicilio desierto.

Abrió la maleta, sacó el ajuar de Cosette y lo extendió sobre la cama.

Los candeleros del obispo estaban sobre la chimenea. Sacó del cajon dos velas de cera y las colocó en ellos. Aunque no habia oscurecido aun, las encendió. Algunas veces se ven así al medio dia hachas encendidas en la habitacion donde hay algun difunto.

Cada paso que daba yendo de un mueble á otro le extenuaba y se veia obligado á sentarse. No le cansaba la fatiga ordinaria, que gasta la fuerza para renovarla luego; su cansancio era el resto de los movimientos posibles, era la vida que se agotaba en abrumantes esfuerzos que no debian reproducirse.

Una de las sillas donde se dejó caer estaba enfrente del espejo, que tan fatal fué para él y tan providencial para Mario, en el que leyó la carta de Cosette. Se miró á aquel espejo y no se conoció. Aparentaba tener ochenta años; antes del casamiento de Mario solo representaba cincuenta; en tan corto plazo habia envejecido treinta años. Lo que surcaba su frente no eran las arrugas de la edad; era el sello misterioso de la muerte. Sus mejillas pendian; el cutis de su rostro era de ese color terroso que podia hacer creer que ya tenia encima la tierra de la fosa; los dos extremos de su boca se hundian como en la máscara que los antiguos esculpian sobre los sepulcros. Miraba al cielo en ademan de reproche; pudiera tomarse por uno de esos grandes séres trágicos, víctimas del destino inexorable.

Se encontraba en la última fase de la agonía, fase en la que ya el dolor no

fluye; está, por decirlo así, coagulado.

Anocheció. Arrastró penosamente una mesa y el sillon viejo junto á la chimenea y puso sobre la mesa pluma, tintero y papel.

Este esfuerzo le desmayó.

Cuando recobró los sentidos tenia sed, y no pudiendo levantar el jarro, le inclinó penosamente hácia la boca y bebió un poco. Despues se volvió hácia la cama, siempre sentado, porque no podia permanecer en pié, y clavó los ojos en el traje negro de Cosette.

Esta clase de contemplaciones duran horas que parecen minutos.

De repente le extremeció un temblor y, figurándose que iba á morir, se apoyó en la mesa que alumbraban los candeleros del obispo y cogió la pluma.

Como la pluma y la tinta no habian servido en mucho tiempo, la primera tenia los puntos encorvados y la segunda estaba seca: le fué, pues, preciso levantarse y poner algunas gotas de agua en el tintero, lo que ejecutó parándose y sentándose dos ó tres veces, y luego tuvo la molestia de escribir con el dorso de la pluma. De vez en cuando se enjugaba la frente.

Le temblaba la mano. Con mucha lentitud escribió las siguientes líneas:

"Cosette, te bendigo. Voy á explicártelo todo. Tu esposo ha tenido razon en darme á entender que debia marcharme; aunque haya padecido algun error en lo que ha creido, en el fondo tiene razon. Es un hombre excelente. Quiérele mucho. Señor de Pontmercy, amad siempre á mi querida niña. Cosette, encontrarás este papel y en él lo que quiero decirte. Vas á saber los guarismos, si tengo fuerzas para recordarlos. El dinero que te he dado es tuyo y muy tuyo. Lo vas á saber todo. El azabache blanco viene de Noruega, el azabache negro de Inglaterra, los abalorios negros de Alemania. El azabache es más ligero, mejor y más caro. En Francia pueden hacerse imitaciones como en Alemania. Se necesita para eso un yunque pequeño, de dos pulgadas cuadradas, y una lámpara de espíritu de vino para ablandar la cera. La cera en otro tiempo se elaboraba con resina y negro de humo, y costaba á cuatro francos libra, pero á mí se me ocurrió hacerla con goma laca y trementina, que cuesta solo franco y medio y que es preferible. Las hebillas se hacen con vidrio violado, que se pega, con esta cera, en una planchita de hierro negro. El vidrio ha de ser violado para las alhajas de hierro y negro para las de oro. España compra gran cantidad: es el pais del azabache...„

No pudo ya continuar. La pluma se le cayó de los dedos y le acometió uno de esos sollozos desesperados que le subian por instantes desde lo más hondo de su pecho. El desgraciado se cogió la cabeza entre las manos y se hundió en la meditacion.

—Oh! Todo ha acabado para mí! No la volverá á ver. Voy á sepultarme en la noche eterna. Si Dios me concediera un minuto oir su voz, tocar su ropa, mirarla, despues moriria contento. Morir no me importa, pero morir sin verla es horrible. Quiero ver una sonrisa suya y oir una palabra de su boca. Esto no perjudica á nadie. Pero no, todo ha acabado para mí, todo. Dios mio! Dios mio! ¡No la volveré á ver!

En aquel momento llamaron á la puerta.

## IV.

### Botellas de tinta que sirven para blanquear.

Aquella tarde, cuando Mario se levantaba de la mesa y entraba en su gabinete para examinar unos autos, Basco le entregó una carta, diciéndole que la persona que la habia escrito estaba en la antesala.

Cosette, llevando del brazo al abuelo, se paseaba por el jardin.

Hay cartas que, como ciertos hombres, tienen mala catadura. Repugna ver el papel basto y la manera tosca de cerrarlas. La carta que Mario acababa de recibir pertenecia á esta clase. Al tomarla percibió olor á tabaco, que despertó en él una série de recuerdos. Leyó el sobre, que decia: *Al señor baron Pontmercy. En su casa.* El olor del tabaco le hizo conocer la letra.

Pudiera decirse que del asombro se desprenden relámpagos; uno de esos relámpagos iluminó á Mario.

El olfato, misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revivir en él todo un mundo. Aquel era el papel, la manera de doblarlo, el color de la tinta y la letra que conocia de Jondrette. Por una extraña casualidad se le presentaba uno de los dos hombres que deseaba encontrar y que tan solícito buscó.

Abrió la carta y leyó lo que sigue:

"Señor baron:

„Si el Sér Supremo me hubiese dado talento, hubiera podido ser el baron

Thenard, miembro del Instituto, pero no lo soy. Me llamo como él y me conceptuaré feliz si este recuerdo me recomienda á la excelencia de vuestras bondades. El beneficio con que me honreis será recíproco. Poseo un secreto que concierne á un indivíduo, y este indivíduo os concierne. El secreto está á vuestra disposicion. Os proporcionaré un medio sencillo de arrojar de vuestra digna familia á ese indivíduo que no tiene derecho á estar en ella, pues la señora baronesa pertenece á una clase elevada. El santuario de la virtud no puede cohabitar más tiempo con el crímen sin mancharse.

„Espero en la antesala las órdenes del señor baron.

„THENARD.„

La firma era verdadera, aunque abreviada; además, el estilo y la ortografía completaban la revelacion. El certificado de orígen era evidente. No era posible dudar.

Mario quedó profundamente emocionado. Tras el movimiento de sorpresa, experimentó un movimiento de felicidad. Si lograba encontrar ahora á su salvador, realizaba los dos mayores deseos de su vida.

Abrió un cajon de la papelera, tomó algunos billetes de Banco, los guardó en el bolsillo y tiró de la campanilla. Basco asomó la cabeza.

—Que entre, dijo Mario.

Poco despues Basco anunció:

—El señor Thenard.

Entró un hombre, que causó la segunda sorpresa de Mario, porque le era completamente desconocido.

El personaje que introdujo Basco era de edad avanzada, de nariz abultada; hundia la barba en la corbata, gastaba anteojos verdes y dobles, y peinaba el pelo traido sobre la frente hasta el nacimiento de las cejas. Vestia de negro de piés á cabeza, con ropa muy usada, pero limpia; del bolsillo le salian unas cuantas baratijas, con pretensiones de sellos de reloj. Llevaba en la mano un sombrero viejo. Iba algo encorvado, y aumentaba la curvatura de su espalda lo profundo del saludo.

Lo que á primera vista sorprendia era que el traje de este personaje era demasiado ancho y no parecia cortado para él.

Permítasenos una breve digresion.

Vivia en Paris en aquella época, en la calle de Beautreillis, cerca del Arsenal, un ingenioso judío, que tenia por profesion convertir al pícaro en hombre honrado por uno ó dos dias, pagándole franco y medio diarios, á cambio de proporcionarle un traje que se pareciese todo lo posible al que usan los hombres honrados. Este ropero alquilador era el *cambista*; así le habian bautizado los rateros parisienses. Poseia un vestuario completo y adecuado á las diferentes clases de personas. De cada clavo de su almacen pendia una condicion social, gastada y ajada; aquí el traje de magistrado, allí el de cura, allá el de banquero; en un rincon el uniforme de militar retirado, en otro el traje de literato y más allá el de hombre de Estado. El *cambista* era el guardaropa del inmenso drama que los tunantes representan en Paris. Su casa era la decoracion de donde salia el robo y adonde entraba la estafa. El bribon haraposo entraba, dejaba franco y medio y elegia el traje á propósito para el papel que se habia propuesto ejecutar; cuando bajaba la escalera para salir, tenia ya facha de persona decente. Al dia siguiente devolvia el traje; y al *cambista*, que alquilaba su guardaropa á los ladrones, nunca le robaban éstos.

Si Mario hubiera conocido las instituciones secretas de Paris, con poco trabajo hubiera descubierto en el extraño personaje que tenia delante el traje del hombre de Estado del guardaropa del *cambista*.

El disgusto que experimentó Mario viendo entrar á un hombre diferente del que esperaba, recayó sobre el recien venido. Le examinó de piés á cabeza mientras le saludaba, y le preguntó secamente:

—Qué se os ofrece?

El personaje, sonriéndose, le dijo:

—Me parece imposible que no haya tenido antes de ahora el honor de ver al señor baron. Creo haberle encontrado años atrás en casa la señora princesa Bagration y en los salones de su señoría el vizconde Dambray, par de Francia.

Es hábil práctica en los pícaros aparentar que conocen á personas desconocidas.

Mario escuchaba con atencion á aquel hombre, espiando su acento y su gesto, pero le desconcertó su pronunciacion gangosa, distinta del acento ágrio y seco que se imaginaba oir. Estaba desorientado.

—No conozco á esos señores; en mi vida he puesto los piés en sus casas.

La respuesta era contundente; sin em-

bargo, el personaje, sonriéndose otra vez, añadió:

—Entonces fué en casa de Chateaubriand. Sí, sí; le conozco mucho. Es muy amable. Un dia me dijo:—"Thenard, quereis tomar una copa conmigo?

La frente de Mario se oscurecia por momentos.

—Nunca tuve el honor de visitar á Chateaubriand. En fin, qué quereis?

El personaje, notando el tono duro del jóven, le saludó profundamente y habló así:

—Señor baron, dignaos oirme. Hay en América, en un pais que confina con el Panamá, una aldea que se llama Joya. Este pueblo es todo él una gran casa, que consta de tres pisos, y está edificada con adobes secados al sol; cada fachada del cuadrado tiene quinientos piés de longitud, y cada piso se retira del inferior doce, para dejar delante de sí una azotea que da la vuelta al edificio. En el centro hay un patio, que es donde están los víveres y las municiones. En lugar de ventanas hay troneras; en lugar de puertas escalas; escalas para subir desde el suelo á la primera azotea, desde ésta á la segunda, y desde la segunda á la tercera, y escalas para bajar al patio interior; hay trampas en vez de puertas para entrar en los cuartos, y por la noche se cierran las trampas, se retiran las escalas, asoman trabucos y carabinas por las troneras y es imposible entrar allí. De dia es casa y de noche ciudadela. Se toman tantas precauciones porque el pais es peligroso; abundan allí los antropófagos. Pero le visitan porque es pais maravilloso. Allí se encuentra el oro.

—Adónde vais á parar? le preguntó Mario, contrariado é impaciente.

—Vais á saberlo, señor baron. Soy un antiguo diplomático cansado del servicio. La civilizacion me clava sus dientes y deseo probar á vivir entre salvajes.

—Qué más?

—Señor baron el egoismo es la ley del mundo. La aldeana proletaria que trabaja á jornal vuelve la cabeza cuando pasa la diligencia; la aldeana propietaria que cultiva su campo ni siquiera la mira. El perro del pobre ladra al rico, y el perro del rico ladra al pobre. Cada uno trabaja para sí. El interés es el blanco de los hombres y su imán es el oro.

—Concluid.

—Quisiera ir á establecerme en Joya; somos tres: tengo esposa y una hija, que es una muchacha muy linda. El viaje es largo y caro y necesito proporcionarme algunos fondos.

—Qué me importa eso? preguntó Mario.

El desconocido sacó el pescuezo fuera de la corbata y replicó, sonriéndose otra vez:

—No ha leido el señor baron mi carta?

Algo habia de verdad en esto, porque Mario, fijándose solo en la letra, apenas se fijó en el contenido y no le recordaba. Al hablar el personaje de su esposa y de su hija, volvió á anudar el hilo de sus conjeturas y clavó en él sus miradas penetrantes, limitándose á responderle:

—Sed más esplícito.

El desconocido metió las manos en los bolsillos del pantalon, irguió la cabeza sin enderezar la espina dorsal y examinó á Mario por entre el verde cristal de sus anteojos, añadiendo:

—Voy á ser más esplícito, señor baron. Vengo á venderos un secreto.

—Un secreto?

—Un secreto.

—Que me interesa á mí?

—Os interesa.

—Qué secreto es ese?

—Empiezo gratis, dijo el desconocido. Vereis como mi secreto es interesante.

—Hablad.

—Señor baron, teneis en vuestra casa un ladron y un asesino.

Mario se extremeció.

—En mi casa? No.

Imperturbable el desconocido, pasando el codo por el sombrero, continuó:

—Asesino y ladron. Eso sin referirme á hechos antiguos, anulados por la prescripcion ante la ley y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo solo de hechos recientes, de hechos que aun ignora la justicia. Ese sugeto se ha introducido en vuestra confianza y casi en vuestra familia, usurpando su nombre. Os diré gratis su nombre verdadero.

—Decidlo.

—Se llama Juan Valjean.

—Lo sé.

—Pues voy á deciros quién es.

—Decidlo.

—Es un antiguo presidiario.

—Lo sé tambien.

—Lo sabeis desde que he tenido el honor de decíroslo.

—Lo sabia antes.

El tono frio de Mario y su laconismo, que parecia repugnar el diálogo, despertaron en el desconocido cólera sorda. Asestó al jóven á hurtadillas una mirada

furiosa, que se apagó pronto; pero á pesar de su rapidez, fué una de esas miradas que se reconocen cuando se han visto otra vez, y no se le escapó á Mario. Ciertos resplandores solo pueden emanar de ciertas almas. Las pupilas, que son las ventanas del pensamiento, los reflejan sin que lo impidan los anteojos. El desconocido prosiguió, siempre sonriéndose:

—No me permito desmentir al señor baron; pero de todos modos debeis conocer que estoy bien enterado. Lo que tengo que revelaros ahora lo sé yo solo é importa mucho á la señora baronesa. Es un secreto extraordinario y caro. Os lo ofrezco antes que á nadie y barato. Por veinte mil francos.

—Sé tambien ese secreto como los demás, dijo Mario.

El personaje conoció que era preciso rebajar algo el precio.

—Señor baron, dadme diez mil francos y hablo.

—Os repito que no teneis que tomaros ese trabajo. Sé lo que deseais decirme.

Los ojos de aquel hombre chispearon otra vez y replicó:

—Es preciso, sin embargo, que yo coma hoy. Insisto en que es un secreto extraordinario, y que os lo revelaré, si me dais veinte francos.

—Conozco vuestro secreto extraordinario, como sabia el nombre de Juan Valjean y como sé vuestro nombre.

—Mi nombre?

—Sí.

—No es difícil, señor baron, pues he tenido el honor de escribíroslo y de decíroslo. Thenard.

—...dier.

—Eh?

—Thenardier.

—Quién os ha....?

Cuando sobreviene el peligro, el puerco espin se eriza, el escarabajo se finge muerto, la Guardia veterana forma el cuadro; nuestro hombre se echó á reir. Despues sacudió de un papirotazo un poco de polvo que tenia la manga de la levita.

Mario continuó:

—Tambien sois el obrero Jondrette, el comediante Fabantou, el poeta Genflot, el español Alvarez y la señora Balizart.

—La señora qué?

—Tuvísteis un figon en Montfermeil.

—Un figon! jamás.

—Os repito que sois Thenardier.

—Os lo niego.

—Y que sois un miserable. Tomad.

Mario sacó del bolsillo un billete de Banco y se lo arrojó á la cara.

—Gracias! Perdon! ¡Quinientos francos! Señor baron!

Aquel hombre, atónito, saludando y cogiendo el billete, lo examinó.

—Quinientos francos! repitió absorto.

Luego, cambiando de tono y haciendo un movimiento repentino, dijo:

—Pues bien, fuera disfraces.

Con la prontitud del mono se echó hácia atrás los cabellos, se arrancó los anteojos, se sacó la nariz, escamoteando los cañones de pluma, y se quitó el rostro como cualquiera se quita el sombrero.

Aparecieron sus ojos inflamados, su frente desigual, agrietada, con protuberancias; su nariz volvió á ser aguda como un pico, y el contorno de su rostro el perfil feroz y sagaz del hombre de rapiña.

—El señor baron es infalible; soy Thenardier.

Dijo esto con su propia voz y enderezando la espina dorsal.

Thenardier se quedó sorprendido y se hubiera turbado si fuera capaz de turbarse. Quiso causar asombro y él fué el asombrado. Aunque esta humillacion le valia quinientos francos, esto no impidió que quedase aturdido. Veia por primera vez al baron de Pontmercy, se presentaba ante él disfrazado, y se encontró con que el baron le conocia, y le conocia á fondo. No solo sabia su historia, sino la historia de Juan Valjean. ¿Quién era, pues, aquel jóven casi imberbe, glacial y generoso á la vez, que sabia sus dos nombres, que le abria el bolsillo, que trataba á los bribones como un juez y que les daba dinero como una víctima?

Recordarán los lectores que Thenardier fué en otro tiempo vecino de Mario, pero que no le vió nunca, lo que es frecuente en Paris. Oyó hablar á sus hijas de un jóven pobre que se llamaba Mario y que vivia en la casa; pero le escribió sin conocerle la carta que ya sabemos. Ninguna relacion podia existir en su mente entre Mario y el baron Pontmercy.

Encargó á su hija Azelma que siguiese la pista de los novios del 16 de Febrero; estas pesquisas y sus propias investigaciones le aclararon muchas cosas y logró apoderarse de más de un hilo misterioso. A fuerza de industria consiguió descubrir ó adivinar, de induccion en induccion, quién era el hombre que encontró cierto dia en el gran albañal,

Sabia tambien que la señora baronesa de Pontmercy era Cosette; pero acerca de esto se proponia ser discreto, porque ignoraba el verdadero orígen de la jóven. Entreveia que su nacimiento era bastardo, porque la historia de Fantina siempre le pareció ambígua; pero, ¿qué sacaria con hablar? ¿que le pagasen caro su silencio? Creia poseer un secreto de mucho más valor, y comprendió que decir al baron de Pontmercy, sin el apoyo de ninguna prueba: *Vuestra esposa es hija bastarda*, no le traeria otro resultado que el de atraerse la cólera del esposo, expresada en puntapiés aplicados á las caderas.

En la mente de Thenardier, el diálogo que queria entablar con Mario no habia comenzado aun. Se vió obligado á retroceder, á modificar su estrategia, á abandonar una posicion y cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aun comprometido y habia sacado ya quinientos francos. Tenia algo decisivo que decir, y se sentia fuerte contra el baron, tan enterado y que esgrimia tan buenas armas. Para hombres del temperamento de Thenardier, todo diálogo es un combate.

Mario se habia quedado pensativo. Al fin tenia ante sí al hombre que tanto deseaba encontrar y podia cumplir la recomendacion de su padre. Le humillaba que el héroe debiera algo al bandido, y que la letra de cambio, que giró contra él su padre desde el fondo de la tumba, estuviera aun en descubierto. Creia, en la situacion compleja de su espíritu respecto á Thenardier, que se le presentaba la ocasion de vengar al coronel de la desgracia de que le salvase la vida un sér tan perverso. Además, trataba de ver si podia averiguar el orígen de la fortuna de Cosette. La ocasion parece que se le venia á las manos. Tal vez Thenardier lo supiera; tal vez fuera útil sondear el interior de este hombre. Con esta idea Mario rompió el silencio de este modo:

—Os he dicho cómo os llamais, y ahora os voy á decir el secreto que pretendíais descubrirme. Tambien yo he reunido datos y pretendo convenceros de que sé más que vos. Juan Valjean es un asesino y un ladron. Ladron, porque robó al rico fabricante señor Magdalena, causando su ruina, y asesino, porque mató al agente de policía Javert.

—No comprendo, señor baron, contestó Thenardier.

—Pues quiero que me comprendais; escuchadme. Vivia en un distrito del Paso de Calais, en el año 1822, un hombre que tuvo no sé qué choque con la justicia, y que con el nombre supuesto de Magdalena se corrigió y se rehabilitó. Este hombre era un justo, dándole á esta expresion toda su fuerza. Con la industria de la fabricacion de abalorios negros labró la fortuna de todo un pueblo. Él por su parte, y por medio del trabajo incesante, reunió tambien una gran fortuna. Era el padre de los pobres: fundaba hospitales, abria escuelas, visitaba los enfermos, dotaba á las jóvenes, sostenia á las viudas, adoptaba á los huérfanos; era como el tutor del pais. Se negó á admitir una cruz, y le nombraron alcalde. Un presidiario cumplido sabia el secreto de una pena en que incurrió en otro tiempo aquel hombre; le denunció, logró que le prendiesen, y aprovechándose de su prision para venir á Paris, logró que el banquero Laffitte, segun su mismo cajero me contó, le entregase, en virtud de una firma falsa, una suma de más de medio millon perteneciente al señor Magdalena. El presidiario que robó al señor Magdalena es Juan Valjean. En cuanto al otro hecho, tambien me consta. Juan Valjean mató al agente Javert de un pistoletazo. Yo estaba cerca de allí.

Thenardier miró á Mario con el ademan soberano del hombre derrotado que se repone para conseguir la victoria y vuelve á ganar en un minuto todo el terreno que habia perdido. Apareció otra vez la sonrisa en su rostro. Por de pronto se limitó á decir:

—Señor baron, no vamos por el camino recto.

Subrayó esta frase, haciendo girar de un modo expresivo los colgantes del supuesto reloj.

—Cómo? Negais estos hechos? replicó Mario.

—Esos hechos son quimeras. La confianza con que me honra el señor baron me impone el deber de decirlo así. Ante todo es la verdad y la justicia. No me gusta que acusen á nadie injustamente. Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena ni ha matado á Javert.

—En qué fundais vuestro aserto?

—En dos razones.

—Hablad.

—Primera razon: no ha podido robar al señor Magdalena, porque el señor Magdalena y Juan Valjean son una misma persona.

—Qué es lo que me decís!

—Segunda razon: no ha asesinado á Javert, porque Javert es el autor de su muerte.

—Esplicaos.

—Quiero decir que Javert se suicidó.

—Probadlo, probadlo! gritó Mario fuera de sí.

Thenardier contestó, pronunciando lentamente cada una de sus palabras:

—Al agente de policía Javert se le encontró ahogado debajo de una barca en el puente del Cambio.

—Probadlo!

Thenardier sacó del bolsillo del pecho un gran rollo de papel gris, que contenia varios pliegos doblados de diferentes tamaños.

—Traigo mi expediente en regla, dijo con calma. Por vuestro propio interés he tratado de conocer á fondo á Juan Valjean. Repito que él y el señor Magdalena son la misma persona, y que Javert se ha suicidado; me expreso así porque me sobran pruebas. No pruebas manuscritas, que pudieran ser sospechosas, sino pruebas impresas.

Hablando así, Thenardier extraia del legajo dos números de periódicos amarillos, estrujados y que olian á tabaco. Uno de ellos, roto por los dobleces y casi deshaciéndose en trozos cuadrados, parecia mucho más antiguo que el otro.

—Dos hechos, dos pruebas, dijo Thenardier, dándole á Mario los dos periódicos desdoblados.

El lector conoce ya estos dos periódicos. El más antiguo era un número de *La Bandera blanca* del 25 de Junio de 1823, cuyo texto insertamos en la segunda parte de nuestra obra, y probaba de un modo indudable la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean. El otro era un *Monitor* del 15 de Julio de 1832, que referia el suicidio de Javert, añadiendo que resultaba, de un informe verbal del mismo Javert al prefecto, que aquel cayó prisionero en la barricada de la calle de Chanvrerie, y debió la vida á la magnanimidad de un insurrecto, que teniéndole al alcance de su pistola, en vez de matarle la disparó al aire.

Mario leyó los dos sueltos de los periódicos; no podia dudar; las fechas eran ciertas, las pruebas irrefragables; aquellas líneas no se habian impreso expresamente para apoyar los asertos de Thenardier; la nota publicada en el *Monitor* fué comunicada oficialmente por la Prefectura de policía.

Mario no podia ya dudar. Las noticias del dependiente de Laffitte eran falsas, y él mismo se habia equivocado respecto á Javert.

Juan Valjean, engrandeciéndose de repente ante sus ojos, salia de una nube. Mario no pudo contener un grito de alegría:

—¡Entonces ese desgraciado es un hombre admirable! ¡Entonces los seiscientos mil francos eran verdaderamente suyos! ¡Es Magdalena la Providencia de todo un pais! ¡Es Juan Valjean el salvador de Javert! Es un héroe! Es un santo!

—Ni santo ni héroe, replicó Thenardier. Es asesino y ladron.

Despues añadió, con el tono del que empieza á sentirse con alguna autoridad:

—Hablemos con calma.

Las palabras ladron y asesino, que Mario no creia ya aplicables á Juan Valjean, cayeron sobre él como un témpano de hielo.

—¿Os referís al robo miserable que cometió ese hombre hace cuarenta años, y que expió, como prueban esos periódicos, con una vida de arrepentimiento, de abnegacion y de virtud?

—Repito, señor baron, que me refiero á hechos recientes. Lo que os voy á revelar es desconocido, es inédito. Quizá os haga descubrir el orígen del caudal que hábilmente entregó á la señora baronesa. Digo hábilmente, porque no prueba torpeza el conseguir introducirse, mediante tal donativo, en una familia honrada, ocultar el crímen, disfrutar de lo robado y hacer desaparecer su nombre.

—Pudiera contestaros, observó Mario, pero continuad.

—Voy á decíroslo todo, y dejo la recompensa á vuestra generosidad. El secreto vale oro macizo. Estoy algo fatigado; permitidme que tome asiento.

Mario se sentó y le indicó que se sentase.

Thenardier se sentó en un sillon con aire satisfecho, cogió los periódicos, los puso dentro de la cubierta, y dijo, refiriéndose á *La Bandera blanca*:

—Trabajo me costó encontrar éste.

Luego cruzó las piernas y se arrellanó con la actitud propia de las personas que están seguras de lo que van á decir, y entró en materia del modo siguiente:

—El 6 de Junio de 1832, hará un año el dia del motin, estaba un hombre en la alcantarilla grande de París, por la parte que desemboca en el Sena, entre el puente de Jena y el de los Inválidos.

Mario acercó bruscamente su silla á la de Thenardier. Éste notó el movimiento

y continuó con la lentitud del orador que se apodera de la atencion de sus oyentes.

—Dicho hombre, que se vió obligado á ocultarse por razones agenas á la política, habia elegido la alcantarilla para su domicilio y tenia una llave de la reja. Repito que era el 6 de Junio, á las ocho de la noche. El hombre oyó ruido en el alcantarillado. Sorprendido, se ocultó y espió. El ruido de pasos lo producia álguien que caminaba en la oscuridad y que se adelantaba hácia él. Habia otro hombre dentro de la alcantarilla. La reja estaba cerca, y la escasa claridad que por ella penetraba le permitió reconocer al recien venido y ver que traia algo á cuestas. Andaba doblado y era un antiguo presidiario que iba cargado con un cadáver. Flagrante delito de asesinato, que hace suponer el robo, porque no se mata á ningun hombre gratis. El presidiario iba á arrojar aquel cadáver al Sena. Es digno de notarse que antes de llegar á la reja de la salida, el presidiario, que venia desde lejos por el interior de la alcantarilla, debió inevitablemente tropezar con un cenagal espantoso, donde pudo enterrar el cadáver; pero al dia siguiente los poceros que trabajaban allí hubieran descubierto al hombre asesinado, lo que sin duda queria evitar el asesino. Prefirió atravesar el pantano con su carga, haciendo grandes esfuerzos y arriesgando de un modo increible su propia existencia. No comprendo cómo acertó á salir vivo de allí.

La silla de Mario se acercó más, y Thenardier aprovechó este segundo movimiento para respirar con desahogo. Luego prosiguió:

—Señor baron, una alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí falta todo, hasta sitio, y cuando la ocupan dos hombres es preciso que se encuentren. Esto fué lo que sucedió. El domiciliado y el transeunte tuvieron que darse las buenas noches de mala gana. El transeunte dijo al domiciliado:—Mira lo que llevo á cuestas; necesito salir de aquí; si tienes llave, dámela. El presidiario era hombre de extraordinarias fuerzas y no era posible resistirle. Sin embargo, el que poseia la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó al muerto, pero solo pudo averiguar que era jóven, de buena apostura, de aspecto de persona rica, y que su rostro lo desfiguraba la sangre. Mientras el transeunte hablaba con el domiciliado, encontró medio aquel de romper y de arrancar, sin que éste lo advirtiese, un pedazo de faldon de la levita que vestia el hombre asesinado. Eso fué un documento justificativo, como podeis comprender; el hilo para descubrir el ovillo y probar el crímen. Se guardó en el bolsillo dicho documento y, abriendo la reja, dejó salir al presidiario con su carga. Despues cerró y se puso en salvo, importándole ya poco el desenlace de la aventura y, sobre todo, no conviniéndole estar allí cuando el asesino arrojase el cadáver al Sena. Ahora podeis comprenderlo todo. El conductor del cadáver era Juan Valjean, el que poseia la llave de la reja es el que tiene el honor de hablaros en este momento, y el pedazo de la levita...

Thenardier acabó la frase sacando del bolsillo y poniendo á la altura de los ojos, cogiéndolo entre sus dos pulgares y sus dos índices, un giron de paño negro, rasgado y lleno de manchas oscuras.

Mario se habia levantado pálido, respirando apenas, con los ojos fijos en el pedazo de paño negro, y sin pronunciar palabra, sin apartar la vista de aquel harapo, retrocedió hasta la pared, con la mano derecha extendida detrás de sí, buscando la llave puesta en la cerradura de una alacena que habia cerca de la chimenea. Encontró la llave, abrió la alacena é introdujo el brazo en ella, sin volver la cara ni separar su pupila asustada del pedazo de paño que Thenardier tenia aun desplegado.

Éste continuó diciendo:

—Me asisten grandes razones para creer que el jóven asesinado era un opulento extranjero, atraido por Juan Valjean á una emboscada.

—El jóven era yo, y aquí está mi levita, gritó Mario, arrojando en tierra una levita negra y vieja, manchada de sangre.

En seguida, arrancando el giron de manos de Thenardier, se inclinó hácia el suelo y lo ajustó al faldon roto, al que se adaptaba perfectamente; el giron completaba la levita.

Thenardier se quedó petrificado, diciéndose en su interior:

—Me he lucido.

Mario se levantó tembloroso, radiante, enfurecido; metió la mano en el bolsillo, se dirigió con fúria hácia Thenardier, presentando y casi apoyando sobre su rostro el puño lleno de billetes de Banco y exclamando:

—¡Sois un infame, un embustero, un calumniador y un malvado! Vinísteis á acusar á ese hombre y le habeis justifi-

cado; queríais perderle y solo habeis conseguido glorificarle. ¡Vos sois el ladron y el asesino! Yo he presenciado la emboscada de Jondrette en la caverna del boulevard del Hospital. Sé de vos lo suficiente para enviaros á presidio, ó quizás más lejos, pero tomad esos mil francos, gran canalla!

Diciendo esto arrojó un billete de mil francos á Thenardier.

—Thenardier, vil tunante! ¡Que esto te sirva de leccion, chalan de secretos, mercachifle de misterios, desenterrador de huesos, miserable! ¡Toma esos otros quinientos francos y sal de aquí! Waterlóo te protege.

—Waterlóo! exclamó Thenardier guardándose el último billete, despues de haberse guardado el primero.

—Sí, asesino! Salvaste en esa batalla la vida de un coronel...

—De un general, contestó Thenardier irguiendo la cabeza.

—De un coronel! replicó Mario furioso. No te daria un ochavo por la vida de un general. ¡Venias aquí á cometer nuevas infamias! Vete! Quítate de mi vista! Llévate esos otros tres mil francos y mañana mismo huye á América con tu hija, porque tu mujer ha muerto, abominable farsante! Cuidaré de que partas, bandido, y en el buque haré que te entreguen más dinero. Que te ahorquen en otra parte!

—Señor baron, le respondió Thenardier inclinándose hasta el suelo, contad con mi eterno agradecimiento.

El bandido salió de aquella casa sin comprender una sola palabra, atónito, pero contento por verse abrumado bajo sacos de oro y herido en la cabeza por una granizada de billetes de Banco.

Terminemos ya con este personaje. Dos dias despues de los sucesos que hemos referido salió para América con nombre fingido y acompañado de su hija Azelma. Mario, como le habia ofrecido, giró sobre Nueva-York á su favor una letra de veinte mil francos. La miseria moral de Thenardier era irremediable, y fué en América lo que habia sido en Europa. El contacto de un hombre perverso basta á veces para bastardear una buena accion; esto sucedió con el dinero de Mario: Thenardier se hizo negrero.

Cuando Mario se quedó solo corrió al jardin, donde Cosette estaba aun paseando.

—Cosette! Cosette! exclamó. Ven! ¡ven pronto! Marchemos. Basco, un coche. Ven, Cosette. Ah, Dios mio! ¡Él es quien me ha salvado la vida! ¡No perdamos un minuto! Ponte el chal.

Cosette creyó que se habia vuelto loco, pero le obedeció.

Mario no respiraba: se ponia la mano sobre el corazon para comprimir los latidos; iba y venia á grandes pasos, y abrazaba á Cosette, diciendo:

—Qué desgraciado soy!

Mario estaba desalentado; empezaba á entrever la elevada y sombría figura de Juan Valjean, y se le aparecia su virtud inaudita suprema y humilde. El presidiario se transfiguraba á sus ojos en Cristo y le deslumbraba aquel prodigio. No sabia precisamente lo que veia, pero sí que veia una cosa inmensa.

En breve el coche estuvo delante de la puerta.

Mario hizo subir en él á Cosette y se lanzó en seguida dentro.

—Cochero, dijo, calle del Hombre-Armado, número 7.

El coche partió.

—Ah, qué felicidad! exclamó Cosette. A la calle del Hombre-Armado; no me atrevia á decirte que fuésemos. Vamos á ver al señor Juan.

—A tu padre, á tu padre, que lo es hoy más que nunca. Cosette, todo lo comprendo ahora. Me has dicho que no recibiste la carta que te mandé con Gavroche. Sin duda cayó en manos de tu padre, que fué á la barricada para salvarme. Como su mision es ser ángel, de paso salvó tambien á Javert. Me sacó de aquel abismo para entregarme á tí. Me llevó á cuestas á través de la alcantarilla. He sido con él un ingrato y un ruin, porque despues de haber sido tu Providencia fué tambien la mia. Figúrate que en la alcantarilla hay un espantoso cenagal, donde es fácil ahogarse en lodo, y lo atravesó llevándome á cuestas. Yo estaba sin sentido, ni veia ni oia. Vamos á traerle á casa á que viva en nuestra compañía: que quiera ó que no quiera no se separará de nosotros... Si le encontramos, si no ha partido. Pasaré lo que me quede de vida venerándole. Todo se explica de este modo: Gavroche le entregaria mi carta. No lo comprendes así?

Cosette no comprendia una palabra.

—Tienes razon, le respondió.

Entre tanto el coche seguia rodando.

---

## V.

### Noche que deja entrever el dia.

Al oir llamar á la puerta, Juan Valjean se volvió y dijo con voz débil:

—Adelante.

Abrieron la puerta y aparecieron Cosette y Mario.

Cosette se precipitó en el cuarto.

Mario permaneció en el umbral, de pié y apoyado en el quicio de la puerta.

—Cosette! exclamó Juan Valjean, que se incorporó en la silla, con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, manifestando en los ojos inmensa alegría.

Cosette, sofocada por la emocion, cayó sobre el pecho de Juan Valjean, exclamando:

—Padre mio!

Juan Valjean, fuera de sí, tartamudeaba:

—Cosette! Es ella! Sois vos, señora! Eres tú.

Al ver que Cosette le abrazaba y le besaba, añadió:

—Eres tú, sí! Me perdonas, pues!

Mario, inclinando los ojos para contener sus lágrimas, dió un paso y murmuró, contrayendo los labios convulsivamente para no dar curso á los sollozos:

—Padre mio!

—Vos tambien me perdonais! exclamó Juan Valjean.

Mario no encontró palabras qué decir, y Juan Valjean añadió:

—Gracias.

Cosette se quitó el chal y el sombrero y los arrojó sobre la cama. Sentándose luego en las rodillas del anciano, le apartó cariñosamente los cabellos blancos y le besó en la frente. Juan Valjean, extasiado, no se oponia. Cosette, que solo comprendia confusamente los motivos de este cambio, redoblaba sus caricias, como si tratase de pagar la deuda de Mario.

Juan Valjean balbuceaba:

—Qué ignorantes somos! Creia no volverla á ver. Figuraos, señor Pontmercy, que en el mismo momento en que entrábais me estaba diciendo: Todo se acabó para mí; no volveré ya á ver á Cosette. Me lo decia en el momento mismo en que estábais subiendo la escalera. El hombre no cuenta con la bondad infinita de Dios. Dios habrá dicho:—¿Crees que te van á abandonar, idiota? Eso no puede ser. Este pobre viejo necesita su ángel, el ángel ha venido y he vuelto á ver á Cosette.

Estuvo un momento sin poder hablar y luego continuó:

—Verdaderamente yo necesitaba ver á Cosette de vez en cuando. Pero conocia que estaba allí de sobra, y decia en mis adentros:—No te necesitan, quédate en tu rincon. ¡Gracias, Dios mio, porque la he vuelto á ver. Tu marido es un guapo mozo. Llevas un cuello bordado muy bonito, el dibujo me gusta. Será preciso que te compres chales de cachemira. Señor Pontmercy, permitidme que la tutee, que esto ya será por poco tiempo.

A su vez Cosette le reprendia de este modo:

—Es una picardía habernos dejado así. Dónde habeis ido? ¿Por qué habeis estado ausente tanto tiempo? Vuestros viajes antes solo duraban tres ó cuatro dias. Envié varias veces á Nicolasita á preguntar y siempre le respondian que estábais fuera. Cuándo habeis vuelto? Por qué no habeis avisado? ¡Estais enfermo y no lo sabíamos nosotros! ¡Mario, toca su mano y mira qué fria está!

—Habiendo venido aquí, señor Pontmercy, prueba que me perdonais, repitió Juan Valjean.

Al oir otra vez estas palabras, Mario dió salida á los sentimientos que se agolpaban en su corazon:

—Oyes que me pide perdon, Cosette? Sabes lo que ha hecho? Me ha salvado la vida. Más aun; te ha entregado á mí. Despues de salvarme y entregarte á mí se ha sacrificado. Y á mí, que fuí ingrato, olvidadizo, desapiadado y culpable, me dá las gracias!... Cosette, aunque pasase toda mi vida á los piés de ese hombre, no seria para mí suficiente expiacion. La barricada, el albañal, el pozo, la cloaca, todo lo atravesó por mí y por tí, preservándome de mil muertes que alejaba de mí y que aceptaba para él. Ese hombre reune toda clase de valor, de virtud y de heroismo; es un ángel.

—Silencio! Silencio! murmuró en voz baja Juan Valjean. ¿A qué viene decir todo eso?

—¿Pero vos, exclamó Mario con cierta cólera llena de veneracion, por qué no lo habeis dicho? En parte es vuestra la culpa. ¡Salvais la vida á los hombres y lo ocultais! ¡Y además, bajo el pretexto de quitaros la máscara, os calumniais! ¡Eso es horrible!

—He dicho la verdad, respondió Juan Valjean.

—No, replicó Mario; la verdad es toda

la verdad, y no habeis dicho más que una parte de ella. ¿Por qué os callábais que érais el señor Magdalena, que habíais salvado á Javert y que yo os debia la vida?

—Porque pensaba lo mismo que vos y conocia que era preciso que me alejase de vuestra casa. Si os hubiera referido lo de la alcantarilla, me hubiérais detenido á vuestro lado. Debia, pues, callarme, porque hablando os hubiera contrariado.

—Contrariarme á mí? repuso Mario. ¿Os figurais que os vamos á dejar en esta casa? No. Vendreis con nosotros. Formareis nuestra familia. Sois el padre de Cosette y el mio. Mañana ya no vivireis aquí.

—Mañana, contestó Juan Valjean, no estaré aquí, pero tampoco en vuestra casa.

—Qué quereis decir? replicó Mario. Terminaron ya vuestros viajes. No os volvereis á separar de nosotros. Nos perteneceis y no os soltaremos.

—Abajo nos espera el coche, añadió Cosette. Os sacaremos de aquí, aunque sea necesario emplear la fuerza.

Riéndose, hizo ademan de coger al anciano en sus brazos y dijo:

—Vuestra habitacion os está esperando. El jardin está muy hermoso ahora y muy lleno de flores y de frutas, y os comereis mis fresas, que son muy ricas. Yo misma las riego. Todos nos hablaremos de tú, porque ya se ha cambiado el programa. Vais á venir con nosotros y el abuelo se alegrará mucho. Os cederé un cuadro en el jardin para que lo cultiveis, y veremos si vuestras fresas valen tanto como las mias.

Juan Valjean la escuchaba sin oirla. Percibia la música de su voz sin casi comprender el sentido de sus palabras, y una de esas lágrimas, que son perlas sombrías del alma, se formaba lentamente en sus ojos. Murmuró:

—La prueba de que Dios es bueno está en que me permite que te vuelva á ver.

—Padre mio! exclamó Cosette.

Juan Valjean continuó:

—Indudablemente seria delicioso vivir juntos. Recorreria el jardin paseándome con Cosette. Es muy grato pasar la vida en compañía de las personas queridas. Cultivaríamos cada cual nuestro pedazo de jardin. Ella me haria comer sus fresas y yo le haria coger mis rosas. Eso seria delicioso, pero...

Se paró y, bajando la voz, añadió:

—No hay remedio.

La lágrima no cayó, sino que entró otra vez en la órbita, y Juan Valjean la reemplazó con una sonrisa.

Cosette tomó las dos manos del anciano entre las suyas.

—Dios mio! exclamó. ¡Vuestras manos están más frias que antes! Sufrís? ¿Padeceis?

—No... respondió Juan Valjean. Me encuentro bien. Solo que...

Se detuvo.

—Solo qué?...

—Voy á morir muy pronto.

Cosette y Mario se extremecieron.

—Morir! exclamó Mario.

—Sí, pero eso no es nada, contestó Juan Valjean.

Respiró, se sonrió y repuso:

—Cosette, qué estabas diciendo? Continúa hablándome.

Mario, petrificado, contemplaba al anciano.

Cosette lanzó un grito desgarrador.

—Vivireis, padre mio, vivireis. Quiero que vivais. Lo oís?

Juan Valjean levantó los ojos y los fijó en ella con adoracion.

—Sí, prohíbeme que muera. Quizá tal vez te obedezca. Iba á morir cuando los dos entrásteis y la muerte detuvo su golpe. Me pareció que renacia.

—Estais lleno de fuerza y de vida, observó Mario. No se muere con tanta facilidad. Habeis tenido disgustos, pero no volvereis ya á tenerlos. Os pido perdon de rodillas. Vivireis con nosotros y por mucho tiempo.

—Ya lo veis, dijo Cosette llorando; Mario asegura que no morireis.

Juan Valjean continuaba sonriéndose.

—Aunque me recobreis, eso no impide que sea lo que soy. Dios piensa de otra manera y él no cambia de opinion como nosotros; es inútil que salga yo de aquí. La muerte lo arregla todo bien. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Os deseo que seais dichosos, ya que la juventud se desposa con la mañana; que haya en torno vuestro, hijos mios, lilas y ruiseñores; que vuestra vida sea un hermoso césped que ilumine el sol; que los encantos del cielo inunden vuestra alma, y que yo, que para nada sirvo, muera; esto se armoniza perfectamente. Seamos razonables; conozco que para mí ya no hay remedio.

El ruido que hizo la puerta al abrirse le interrumpió.

Era el médico que entraba.

—Buenos dias, doctor, dijo Juan Valjean. Ved aquí á mis hijos.

Mario se acercó al médico y le dirigió esta sola palabra:

—Caballero...

En el modo de pronunciarla se encerraba una pregunta completa. El médico le respondió con una mirada expresiva.

—Porque estas cosas desagraden, dijo Juan Valjean, no hay motivo para ser injusto con Dios.

Reinó profundo silencio. Todos los corazones estaban oprimidos.

Juan Valjean se volvió hácia Cosette, como si quisiera atesorar recuerdos para una eternidad. En lo profundo de la sombra, á la que iba ya descendiendo, aun le era posible el éxtasis cuando miraba á Cosette. La reverberacion de aquel dulce semblante iluminaba su pálida faz. A la puerta del sepulcro tambien puede haber deslumbramientos.

El médico le tomó el pulso.

—Os necesitaba, dijo éste dirigiéndose á Cosette y á Mario.

Luego, inclinándose al oido del último, le dijo en voz muy baja:

—Pero habeis venido demasiado tarde. Nada importa morir, pero no vivir es horrible.

Esta frase, apenas articulada, se oyó salir de los labios de Juan Valjean. De repente se levantó. Estas renovaciones indican algunas veces la agonía. Caminó con paso firme hácia la pared, desvió á Mario y al médico que querian ayudarle, descolgó el crucifijo de cobre, volvió á sentarse con la libertad de movimientos del que goza completa salud, y exclamó, colocando el crucifijo sobre la mesa:

—Este es el gran mártir.

Despues su pecho se rindió; sintió vacilarle la cabeza, como si le acometiese el postrer vértigo, y apoyándose las manos en las rodillas, se puso á escarbar el paño del pantalon.

Cosette le sostenia los hombros y sollozaba; procuraba hablarle, pero apenas podia conseguirlo. Entre sus palabras entrecortadas se oia lo siguiente:

—Padre! No nos abandoneis. ¿Os habremos recobrado para perderos?

Puede decirse que la agonía serpentea. Vá, viene, se adelanta hácia el sepulcro y retrocede hácia la vida. Hay algo como andar á tientas en la accion de morir.

Juan Valjean, despues de aquel semisíncope, se serenó, sacudió la frente, como para desprenderse de las tinieblas que se iban allí aglomerando, y recobró casi completa lucidez. Cogió la manga del vestido de Cosette y la besó.

—Vuelve en sí, doctor, vuelve en sí! gritó Mario.

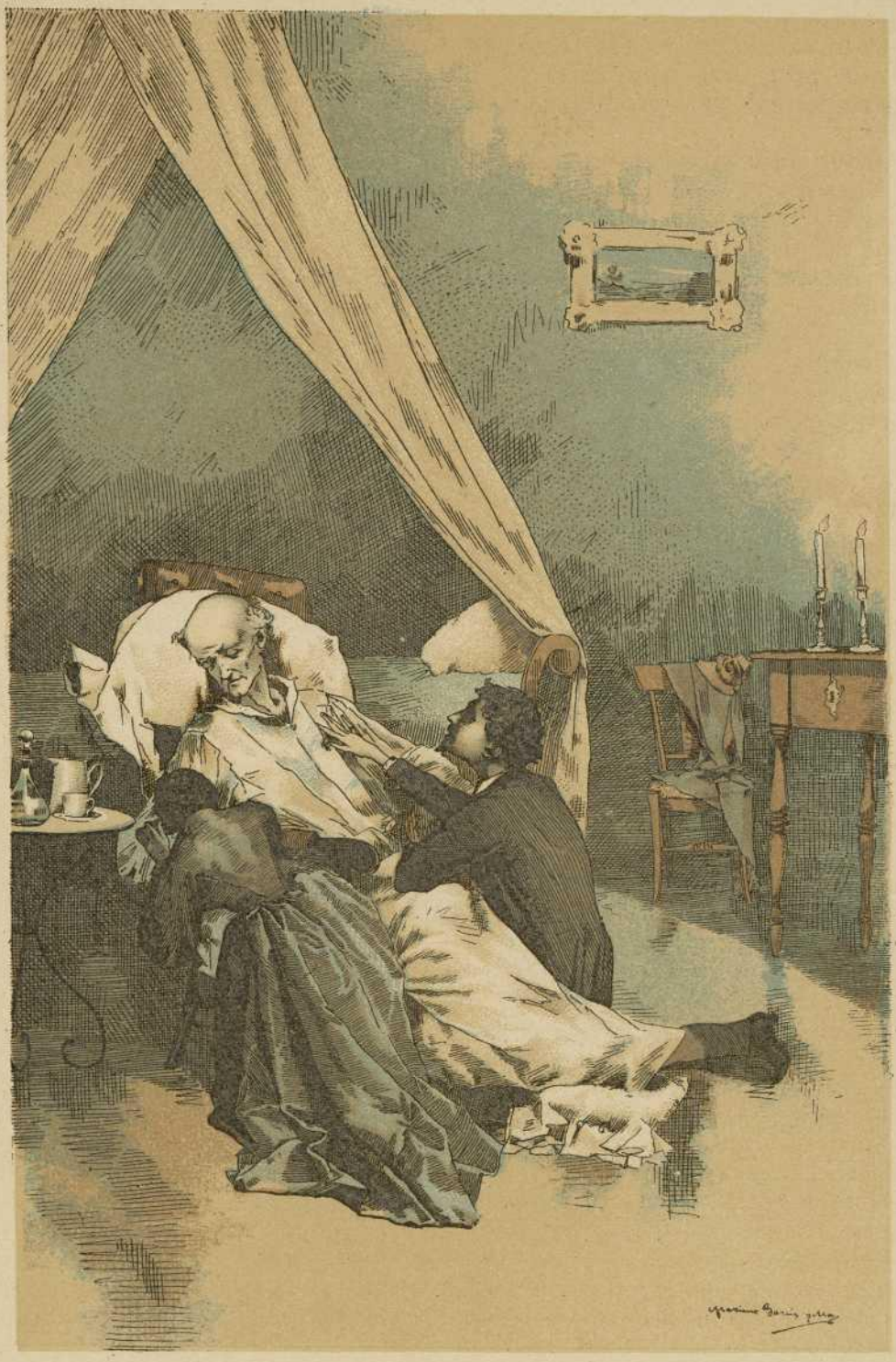
—Voy á explicaros lo que me ha causado gran sentimiento, dijo Juan Valjean. No habeis querido tocar el dinero que os entregué, señor de Pontmercy, y pertenece á vuestra mujer. Este es uno de los motivos por qué me he alegrado de volver á veros. El azabache negro viene de Inglaterra y el azabache blanco de Noruega. En el papel que está ahí sobre la mesa encontrareis todo esto. Para los brazaletes inventé sustituir los colgantes simplemente enlazados á los colgantes soldados. Es más bonito, mejor y menos caro. Ya comprendereis cuánto dinero puede ganarse de este modo; por esto el caudal de Cosette es suyo, legítimamente suyo. Os refiero estos pormenores para que tranquiliceis vuestro espíritu. Si no disfrutais de los seiscientos mil francos de Cosette, resultaria perdido todo el trabajo de mi vida. Conseguí fabricar los abalorios con sin igual perfeccion, hasta el punto de poder rivalizar con los de Berlin.

Cuando se vé morir á una persona que nos es querida, las miradas se fijan en ella como para retenerla. Los dos jóvenes, mudos de angustia, no sabiendo qué decir á la muerte, desesperados y trémulos, estaban de pié delante del anciano; Cosette daba la mano á Mario.

Juan Valjean iba declinando más cada momento. Su respiracion era ya intermitente y entrecortada por algun estertor. Le costaba trabajo cambiar la posicion del antebrazo, y sus piés habian perdido el movimiento. Al mismo tiempo que la postracion del cuerpo aumentaba, brillaba toda la majestad del alma, desplegándose sobre su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en sus pupilas. Su rostro palidecia, pero continuaba sonriendo. Su aliento decaia, pero su mirada se sublimaba. Diríase que era un cadáver con alas.

Hizo señas á Cosette de que se aproximase y luego á Mario. Llegaba sin duda á los últimos momentos de su última hora, y se puso á hablarles con voz tan débil que parecia venir de lejos, pudiéndose casi decir que desde aquel instante habia una pared divisoria entre ellos y él.

—Acércate, acercaos los dos. Os quiero mucho. Es un placer morir así. Tam-



ESTABA MUERTO.

bien tú me quieres, Cosette; yo ya sabia que conservabas siempre cariño al pobre viejo. Sé que me llorarás, pero no me llores mucho, no quiero que tengas por mí disgustos. Se me olvidaba deciros que las hebillas sin clavillos me producian más que todo. La gruesa me costaba diez francos y la vendia á sesenta; no debeis extrañar, pues, que haya reunido seiscientos mil francos, que he ganado honradamente. Podeis disfrutarlos sin repugnancia. Sed dichosos... Me ocupaba hace poco en escribir á Cosette. Allí encima encontrarás la carta empezada. Le lego los dos candeleros que están sobre la chimenea; son de plata, pero para mí son de oro, de diamantes. No sé si el que me los dió estará satisfecho de mí en el cielo; he hecho lo que he podido. Hijos mios, no olvideis que soy pobre y que deseo que me hagais enterrar en cualquier rincon, poniendo solo una piedra por lápida. Esta es mi voluntad. Sobre la piedra no grabeis ningun nombre. Si quereis ir allí alguna vez, os lo agradeceré. Os estoy muy reconocido, señor Pontmercy, porque sé que hareis feliz á Cosette. La quiero y la he querido como el padre más cariñoso. Dentro de la cómoda hay un billete de quinientos francos que destino para los pobres. Cosette, ahí sobre la cama está tu trajecillo de luto de hace diez años. Hemos sido muy dichosos. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque y tenias miedo. ¿Te acuerdas cuando yo cogí el asa del cubo lleno de agua? ¿Te acuerdas de la muñeca que llamabas Catalina y de cuando llorabas por no haberla llevado al convento? ¿Te acuerdas del figon? Los Thenardier han sido muy perversos; pero debes perdonarlos. Cosette, ha llegado por fin el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina, recuérdalo: Fantina. Arrodíllate cada vez que pronuncies este nombre; padeció mucho y te queria con delirio. Su desgracia fué tan grande como es grande tu felicidad. Me voy, pues, mis queridos hijos. Quereos siempre mucho, que en el mundo no se debe hacer otra cosa. Pensad alguna vez en el pobre viejo que ha muerto aquí, que yo no tengo la culpa de no haberte visto en tanto tiempo. Se me desgarraba el corazon de no verte. Hijos mios, la vista se me vá; tenia que deciros muchas cosas, pero no puedo. Pensad algo en mí. Os bendigo. No sé lo que siento, pero veo extraña claridad. Acercaos más. Muero dichoso. Acercad vuestras cabezas queridas, para que pose las manos encima de ellas...

Cosette y Mario, fuera de sí, cayeron de rodillas, inundando de lágrimas las manos de Juan Valjean; manos augustas, que ya no se movian.

Juan Valjean estaba recostado hácia atrás; su pálido rostro miraba al cielo.

Cosette y Mario cubrian sus manos de besos.

La oscuridad de la noche era tan grande, que no se veian brillar las estrellas. Sin duda en esa oscuridad, algun ángel inmenso estaba de pié, con las alas desplegadas, esperando el alma.

## VI.

### La yerba oculta y la lluvia borra.

En el cementerio del Padre Lachaise se descubre una piedra, en los alrededores de la fosa comun, lejos del barrio elegante de la ciudad de los sepulcros, en un ángulo desierto, al pié de una antigua pared y bajo un gran tejo, por el que trepan enredaderas de campanillas.

Dicha piedra no está menos expuesta que las demás á la lepra del tiempo, de la humedad, del líquen y de las inmundicias de los pájaros. El agua la pone verde y el aire negra. No está cerca de ninguna senda ni convida á ir hácia allí, por tener gran altura la yerba y porque se sienten los piés mojados. Cuando la bañan los rayos del sol, se suben á ella los lagartos. A su alrededor se extremecen las balluecas, que agita el viento, y en un árbol que hay allí inmediato, en la primavera, cantan las currucas.

Dicha piedra es lisa. Cuando la cortaron solo tuvieron presente las necesidades de la tumba, esto es, que fuese bastante larga y bastante estrecha para cubrir un cadáver.

No se lee en ella nombre alguno; pero hace muchos años escribió allí una mano con lápiz estos cuatro versos, que poco á poco quedaron ilegibles á causa de la lluvia y del polvo, y que indudablemente no existirán ya:

*Aquí descansa de su suerte ruda;*
*Murió al perder la prenda de su alma;*
*Su larga expiacion, su pena aguda*
*Le conquistaron la celeste palma.*

FIN DE LOS MISERABLES.

# LOS TRABAJADORES DEL MAR.

# 1866.

La religion, la sociedad y la naturaleza constituyen las tres luchas del hombre: estas luchas son al mismo tiempo sus necesidades. Necesita creer, y de esto ha nacido el templo; necesita crear, y de esto ha nacido la ciudad; necesita vivir, y de esto han nacido la carreta y el navío. Estas tres soluciones encierran tres guerras, y de las tres dimana la misteriosa dificultad de la vida. El hombre tiene que luchar con el obstáculo, que se le presenta bajo las formas de la supersticion, de la preocupacion y del elemento. Triple fatalidad pesa sobre los hombres: la fatalidad de los dogmas, la fatalidad de las leyes y la fatalidad de los elementos. En *Nuestra Señora de Paris* hemos denunciado la primera de estas fatalidades; en *Los Miserables* la segunda, y en Los Trabajadores del mar denunciamos la tercera. Entre dichas fatalidades se inmiscuye la fatalidad interior del hombre, la fatalidad suprema, su propio corazon.

V. H.

Hauteville-House, Marzo, 1866.

# Á la Isla de Guernesey.

Dedico este libro á la roca de hospitalidad y de libertad, al rincon de la antiquísima tierra normanda, al exíguo, pero noble pueblo del mar, á la isla de Guernesey, severa y cariñosa, que es mi asilo actual y será mi probable tumba.

Víctor Hugo.

1866.

# LOS TRABAJADORES DEL MAR.

## PRIMERA PARTE.

## EL SEÑOR CLUBIN.

### LIBRO PRIMERO

#### De lo que se compone una mala reputacion.

I.

**Una palabra escrita en una página en blanco.**

El dia primero del año de 182* fué notable en Guernesey, porque nevó, y en las islas de la Mancha helar en invierno es acontecimiento memorable.

La mañana del referido dia, el camino que vá desde Saint-Pierre Port á Valle estaba cubierto de nieve en toda su extension. Estuvo nevando desde media noche hasta la madrugada. A las nueve, poco despues de salir el sol, como aun no era hora para que los anglicanos fuesen á la iglesia de Saint-Sampson, ni para que los wesleyanos fuesen á la capilla de Eldad, el camino estaba casi desierto. En todo el pedazo que separa la primera torre de la segunda no se veian más que tres transeuntes: un niño, un hombre y una mujer.

Estos tres transeuntes andaban separados unos de otros, y visiblemente se conocia que no mediaba ningun lazo entre ellos. El niño, que podria contar ocho años, estaba parado y contemplaba la nieve con curiosidad. Entre el hombre que caminaba detrás de la mujer mediaba el intervalo de unos cien pasos. Ambos se dirigian hácia Saint-Sampson. El hombre, que era jóven todavía, parecia

trabajador ó marinero. Llevaba el traje diario, consistente en una chaqueta de paño oscuro y burdo y en un pantalon embreado, lo que indicaba que, á pesar de ser dia festivo, no iba á visitar ninguna iglesia. Los zapatos gruesos de tosco cuero, con suelas guarnecidas de grandes clavos, dejaban impresa en la nieve una huella, más parecida á la cerradura de una prision que al pié de un hombre. La mujer iba vestida, sin duda, para ir á la iglesia; se cubria con una toca de seda, negra, ancha y acolchada, bajo la que se ajustaba graciosamente un vestido de muselina de Irlanda, con listas blancas y de color de rosa, y á no gastar medias coloradas, se la hubiera podido tomar por una parisiense. Andaba con soltura y desembarazo: su modo de andar era propio de una mujer á quien no pesa aun la vida, y por él se comprendia que era soltera. Poseia la gracia fugitiva en el andar que marca la más delicada de las transiciones, la de la adolescencia; la de esos dos crepúsculos, en la que se mezclan el principio de la mujer y la terminacion de la niña.

El hombre no se fijaba en ella.

De repente, junto á un grupo de encinas que se destacaba en el ángulo de un huerto, en el sitio llamado las Casas Grandes, la jóven volvió la cabeza, y este movimiento hizo que el hombre la mirase.

Se paró la mujer, fijándose en él un momento; despues se encorvó y el hombre creyó notar que con el índice escribia algo sobre la nieve. Se irguió otra vez, emprendió el camino, redobló el paso, volvió la cabeza riéndose y desapareció por la izquierda del camino, por el sendero cercado de setos que conduce al castillo de Sierra.

El hombre, cuando la mujer se volvió la segunda vez, reconoció que ésta era una de las jóvenes más hermosas de la comarca.

Sin acelerar el paso, poco despues el hombre llegó junto al grupo de encinas situado en el ángulo del huerto. No pensaba ya en la transeunte que habia desaparecido, y es probable que si entonces alguna marsopla le hubiese saltado por encima de las olas, ó algun reyezuelo se le hubiese aparecido entre los zarzales, hubiera seguido su camino con la mirada fija en el pájaro ó en el pez. Pero casualmente andaba con la vista baja y su mirada se dirigia al punto en que la jóven se paró. En dicho punto vió impresa la huella de dos piés diminutos y este nombre, trazado sobre la nieve: *Gilliatt*.

Era su propio nombre; se llamaba Gilliatt.

Permaneció largo tiempo inmóvil contemplando dicho nombre, la huella de los piés y la nieve, y despues, pensativo, prosiguió su camino.

## II.

### El Bú de la Calle.

Gilliatt vivia en la parroquia de Saint-Sampson, en la que por varias razones tenia muy pocas simpatías.

Desde luego vivia en una casa "endemoniada„. Sucede algunas veces en Jersey y Guernesey, en el campo y en la misma ciudad, pasando por algun andurrial desierto ó por una calle transitada, que se encuentra una casa cuya entrada está embarrerada; el acebo obstruye la puerta, emplastos asquerosos de tablas claveteadas tapan las ventanas de la planta baja, y las de los cuartos de arriba están cerradas y abiertas á un tiempo; en todos los bastidores está echado el cerrojo y todas las baldosas están resquebrajadas ó rotas. Si la casa tiene patio ó corral, la yerba brota en él y la cerca se desmorona; si tiene jardin, se llena de ortigas, de cambrones y de cicuta, y fijan en él su residencia insectos raros. Las chimeneas se resquebrajan, los techos se hunden, el interior de los aposentos está desmantelado, la madera se pudre y la piedra se enmohece. Se despega el papel de las paredes, y en ellas se pueden estudiar el papel pintado de las modas antiguas, los grifos del Imperio, las colgaduras con alzapaños del Directorio, las balaustradas y los cipos de Luis XVI. El espesor de las telarañas, llenas de moscas, indican la paz profunda de que disfrutan las arañas allí. Es una casa endemoniada. El diablo vá á visitarla por la noche.

La casa, como el hombre, puede convertirse en cadáver; una supersticion la mata, y entonces es terrible. Estas casas muertas no son raras en la Mancha.

Las poblaciones campesinas y marítimas no viven tranquilas respecto al diablo. Las de la Mancha, del archipiélago inglés y del litoral francés, tienen acerca de él nociones precisas. El diablo cuenta con emisarios en todas partes. Es incontestable que Belphagor es embajador del infierno en Francia, Hutgino en Italia, Belial en Turquía, Thamuz

en España, Martineto en Suiza, Mammon en Inglaterra. Satanás es un emperador como cualquier otro. Satanás César. Su casa está muy bien montada: Dagones es su gran mayordomo, Suecor Benot es jefe de los eunucos, Asmodeo lleva la banca en el juego, Kobal es director del teatro y Verdelot gran maestro de ceremonias. Nibbas es bufon. Widrus, hombre sábio, muy estrigologo y demonógrafo, pues posee muchos datos, llama á Nibbas "el parodiador por excelencia„.

Los pescadores normandos de la Mancha toman muchas precauciones cuando están en el mar á consecuencia de las ilusiones que el diablo les produce. Se creyó durante mucho tiempo que San Maclou vivia en la gran roca cuadrada de Ortach, situada entre Auriny y los Casquets, y muchos viejos marineros afirmaban haberle visto con frecuencia allí, sentado y leyendo un libro. Por eso los marineros al pasar por allí hacian genuflexiones, hasta el dia en que la fábula se disipó y brilló la luz de la verdad. Descubrieron y saben actualmente que el habitante de la roca de Ortach no es un santo, sino un diablo. Este diablo, que se llama Yochmus, tuvo la malicia y la audacia de pasar durante muchos siglos por San Maclou. Otras veces ya se ha incurrido en equivocaciones análogas. Los diablos Raguhel, Oribel y Tobiel fueron santos hasta 745, en que el papa Zacarías los arrojó del calendario. Para hacer semejantes expulsiones, que sin duda son muy útiles, es menester conocer mucho á los diablos.

Los ancianos del pais cuentan (aunque estos hechos pertenecen al pasado), que la poblacion católica del archipiélago normando estuvo en otros tiempos, y á su pesar, más en comunicacion con el demonio que la poblacion de hugonotes. Por qué? Lo ignoramos. Lo cierto es que esa minoría fué enojosa para el diablo. Se aficionó á los católicos y procuraba visitarlos con frecuencia, lo que parece probar que el diablo es más católico que protestante. Consistia una de sus más insoportables familiaridades en visitar por la noche los lechos conyugales en el momento en que se hallaba el esposo completamente dormido y la mujer semidormida; de aquí provenian muchos chascos. Pantouillet opinaba que Voltaire habia nacido á consecuencia de una de esas diabólicas visitas. Esto no es inverosímil. Este caso está perfectamente reconocido y descrito en los formularios de exorcismo bajo la rúbrica *de erroribus nocturnis et de diabolorum*. Por eso se castigó severamente á Saint-Helier hácia el fin del último siglo, probablemente por los crímenes de la revolucion, porque las consecuencias de los excesos revolucionarios son incalculables. Sea de esto lo que quiera, la aparicion posible del demonio de noche, cuando no se vé claro, cuando se está durmiendo, preocupaba mucho á las mujeres ortodoxas. No era agradable creer que Voltaire habia nacido así. Azorada una de dichas mujeres, consultó á su confesor para que le pusiese en claro este *quid pro quo*. El confesor le respondió:—Para aseguraros si teneis que habéroslas con el diablo ó con vuestro marido, palpadle la frente, y si tocais cuernos, estad segura... —De qué? preguntó la mujer.

La casa que habitaba Gilliatt estuvo endemoniada; no lo estaba ya, pero aun era sospechosa. Sabido es que cuando un brujo se establece en una habitacion que frecuenta el diablo, éste comprende que ya no hace falta allí, y por consideraciones al brujo no la vuelve á visitar si no le llaman, como se llama al médico.

Esta casa la bautizaron con el nombre del Bú de la Calle.

Estaba situada en la punta de una lengua de tierra, ó mejor dicho, de roca, que formaba una pequeña rada, independiente del fondeadero de Houmet-Paradis.

Habia allí bastante profundidad de agua. La casa estaba enteramente sola, casi fuera de la isla, y solo tenia la tierra absolutamente necesaria para hacer un jardincillo, que anegaban algunas veces las mareas altas. Entre el puente de Saint-Sampson y la rada de Houmet-Paradis existe una colina robusta, que rebasa la enorme masa de torres y de yedra que se llama el Palacio del Valle ó del Arcángel, de tal modo, que desde Saint-Sampson no se podia ver el Bú de la Calle.

Los brujos en Guernesey son muy comunes. Los brujos ejercen su profesion en ciertas parroquias, aunque le sepa mal al siglo diez y nueve.

Se entregan á prácticas verdaderamente criminales. Hacen hervir el oro. Cogen yerbas á media noche. Miran de reojo los ganados de los campesinos. Les consultan, hacen que se les traigan en botellas las secreciones líquidas de los enfermos, y dicen en voz baja:—*Esas aguas*

*presentan mal carácter*. Un dia, en Marzo de 1857, encontró un brujo en el líquido de un enfermo siete diablos. Otro hechizó hace poco tiempo á un panadero y al horno de éste. Otro cometió la avilantéz de cerrar y sellar con el mayor esmero sobres que nada tenian dentro. Otro llegó al extremo de tener en un vasar de su casa tres botellas, á las que en vez de rótulo puso la letra B.

Están comprobados estos hechos monstruosos.

Algunos brujos son complacientes, y por dos ó tres guineas se quedan con las enfermedades de los demás; cuando esto hacen se revuelcan en la cama, lanzando gritos, y mientras se retuercen, el enfermo que recurrió á ellos les dice:—"Yo ya estoy bueno„. Otros libran al prógimo de todos sus males, atándole un pañuelo alrededor del cuerpo.

Este medio es tan sencillo, que es asombroso que no lo use todo el mundo.

En el siglo anterior el Tribunal Real de Guernesey colocaba á los brujos sobre un monton de leña y los quemaba vivos.

En la actualidad los condena á ocho meses de cárcel, teniéndolos cuatro á pan y agua y cuatro incomunicados alternativamente.

El último auto de fé de hechiceros en Guernesey se verificó en 1747. La ciudad habilitó para esto una de sus plazas, la encrucijada del Bordaje, la que desde 1565 á 1700 vió quemar once hechiceros. En general los culpables confesaban; el tormento les hacia confesar. Dicha plaza ha prestado además otros servicios á la sociedad y á la religion: en ella se han quemado herejes. Reinando María Tudor quemaron, con otros hugonotes, á una madre y á sus dos hijas; la madre se llamaba Perrotina Massy. Una de sus hijas estaba en cinta. Parió entre las llamas de la hoguera. La crónica dice: "Su vientre estalló„. Salió de aquel vientre un niño vivo. El recien nacido cayó fuera de la hoguera y lo recogió un tal Housse. El bailío Helier-Gosselin, que era un buen católico, hizo arrojar el niño á las llamas.

## III.

### Para tu mujer cuando te cases.

Volvamos á ocuparnos de Gilliatt.

Referíase en el pais, que al terminar la Revolucion del 93 se estableció en Guernesey una mujer que vivia con un chiquillo. Debia ser inglesa ó francesa. Su nombre, la pronunciacion guerneseyana y la ortografía de la gente vulgar de la comarca lo habian convertido en Gilliatt. Vivia sola con el niño, que unos tomaban por sobrino, otros por hijo y algunos por nieto, y hasta habia quien creia que no era pariente suyo. Poseia algun dinero para poder vivir pobremente. Compró un pequeño prado en Sergentée y un poco de tierra en la roca Crespel, cerca de Rocquaine. La casa del Bú de la Calle, en esa época, estaba endemoniada, y hacia treinta años que nadie la habitaba. Amenazaba ruina, y su jardin, que contínuamente inundaba el mar, nada producia. Además de los ruidos y resplandores nocturnos, ofrecia esa casa algunas particularidades terroríficas. Si se dejaba al anochecer encima de la chimenea algun ovillo de estambre, agujas de hacer calceta y algun plato de sopa, al dia siguiente se notaba que la sopa se la habian comido y se veian encima de la chimenea un par de mitones de punto de media. Por estas razones la casa se puso en venta y la daban por unas cuantas libras esterlinas. La mujer la compró, ó tentada por el diablo, ó porque era muy barata.

Hizo más que comprarla; se fué á vivir en ella con el niño, y desde entonces cesaron los resplandores y los ruidos. *Esa casa tiene lo que ella buscaba*, dijeron las gentes del pais. Dejáronse de oir gritos al apuntar el dia y ya no apareció en ella otra luz que la de la vela de sebo que al anochecer encendia la buena mujer. La vela de la bruja equivale á la antorcha del diablo. Esta explicacion satisfizo al público.

La mujer sacaba algun partido de la escasa tierra que poseia. Tenia además una vaca. Cosechaba guisantes, alcachofas y patatas, vendia cargas de nabos, manojos de cebollas y celemines de habas. No iba al mercado, pero hacia que le vendiera su cosecha Gilbert Falliot. El registro de Falliot demuestra que una vez vendió por su cuenta doce fanegas de patatas.

Reparó la casa lo estrictamente necesario para que fuese habitable. Solo se llovia en los cuartos cuando caian grandes chubascos. La casa se componia de una planta baja y de un granero. La planta baja se dividia en tres salas, dos de ellas eran dormitorios y la otra comedor. Se subia al granero por una escalera de mano. La mujer guisaba y enseñaba á leer al niño.

No iba ni á la iglesia, lo que hizo que la tuvieran por francesa; pero no ir á ninguna parte era cosa grave.

Podian no equivocarse y que realmente fuese francesa. Los volcanes arrojan piedras y las revoluciones hombres. Familias enteras son lanzadas á grandes distancias; se truecan los destinos; se dispersan y desmenuzan los grupos; caen gentes de las nubes sobre Alemania, sobre Inglaterra y sobre América, que asombran á los naturales del pais. De dónde vienen esos desconocidos? El Vesubio, que humea allá bajo, los ha expectorado. Se dan nombres á esos aerolitos, á esos individuos espulsados y perdidos, á esos eliminados de la suerte; y se les llama emigrados, refugiados y aventureros. Si se quedan en el pais, los toleran; pero si se van, se alegran. Algunas veces estos séres son absolutamente inofensivos, por lo menos las mujeres, y agenos á los acontecimientos que los han arrojado allí. Echan raices cómo y dónde pueden. No hacen daño á nadie y no saben lo que les pasa. La Revolucion francesa, más que otras muchas explosiones, ha lanzado familias á grandes distancias.

La mujer que en Guernesey llamaban la Gilliatt, quizás fuera lanzada allí de ese modo. Ella envejeció y el niño fué creciendo. Vivian solos y retraidos; se bastaban á sí mismos. Loba y lobezno se lamian mútuamente, y esta era otra de las fórmulas que les aplicó la benevolencia de sus vecinos; el niño llegó á adolescente, el adolescente á hombre; y cuando esto sucedió, como es preciso que caigan las viejas cortezas de la vida, murió la madre. Dejó al niño el prado de la Sergentée, la tierra de la roca Crespel, la casa del Bú de la Calle y además, segun decia el inventario oficial, cien guineas de oro metidas en un calcetin. La casa estaba amueblada con dos cofres de encina, dos camas, seis sillas y una mesa con todos los utensilios necesarios. En un estante habia algunos libros, y en un rincon una maleta que debió abrirse para inventariarse. Esta maleta era de badana amarilla, con arabescos de clavos de cobre y estrellas de estaño, y contenia un equipo nuevo y completo de lienzo fino de Dunkerque, camisas y sayas, cortes de vestidos de seda, y en un papel escrito lo siguiente, de puño y letra de la mujer que acababa de morir, que decia: *Para tu mujer cuando te cases.*

Esta muerte fué para el que sobrevivió terrible golpe. Era salvaje y se volvió feroz. El desierto se extendió á su alrededor; lo que antes solo era aislamiento desde entonces fué el vacío. Entre dos la vida es posible, pero uno solo parece que no pueda arrastrarla y que desee dejar de vivir.

Esa es la primera forma de la desesperacion. Más adelante es cuando se comprende que constituye el deber una série de aceptaciones. Se reflexiona en la muerte, se reflexiona en la vida, y aunque heridos, consentimos en vivir.

Gilliatt era jóven y su herida se cicatrizó. A su edad la carne del corazon retoña. Su tristeza se disipó poco á poco; se mezcló á su alrededor con la naturaleza, se convirtió para él en una especie de encanto, que le atrajo hácia las cosas y le alejó de los hombres, amalgamando su alma más y más con la soledad.

## IV.

### Impopularidad.

Como ya hemos dicho, á Gilliatt no le veian con buenos ojos en la parroquia. Pero era natural la antipatía que inspiraba. En primer lugar por vivir en la casa endemoniada, y en segundo lugar por su orígen. No sabian quiénes eran aquella mujer y aquel niño, y á las gentes del pais no les gusta que sean enigmas los extranjeros; les chocaba tambien que fuese vestido como un trabajador, cuando, á pesar de no ser rico, tenia lo suficiente para vivir sin trabajar; les chocaba tambien que consiguiese cultivar el jardin y sacar cosecha de patatas, á pesar de las mareas que se lo inundaban de vez en cuando; y por fin, les llamaba la atencion los libros grandes que tenia en un estante y que los leyera.

No se podian explicar por qué vivia solo.

El Bú de la Calle era una especie de lazareto en el que Gilliatt pasaba la cuarentena, y llamaba la atencion su aislamiento, haciéndole responsable de la soledad que reinaba á su alrededor. No iba nunca á la capilla. Salia con frecuencia por la noche. Hablaba con los brujos. Una vez le vieron sentado en la yerba y estático. Visitaba contínuamente el cerro de la Anerene y las piedras encantadas que habia esparcidas por el campo. Compraba todos los pájaros que le presentaban y luego los soltaba. Era

atento con las personas acomodadas de la calle de Saint-Sampson, pero daba un rodeo para no tener que pasar por ella. Pescaba muchos dias y volvia siempre á casa con buena pesca. Cultivaba el huerto los domingos. Tenia un bug-pipe (especie de gaita), comprado á unos soldados escoceses que pasaron por Guernesey, y lo tocaba sentado en una roca á la orilla del mar, en el crepúsculo de la tarde.

Los libros, que procedian de la difunta, eran poco tranquilizadores y él los leia.

El reverendo Jaquenin Hérode, rector de Saint-Sampson, cuando entró en la casa con ocasion del entierro de la mujer, leyó en ellos los siguientes títulos: *Dictionaire*, de Rosier; *Candide*, por Voltaire; *Avis au peuple sur sa santé*, por Tissot.

Un caballero francés emigrado, que vivia en Saint-Sampson, dijo:

—*Ese Tissot debe ser el que llevó en sus manos la cabeza de la princesa de Lamballe.*

El reverendo habia notado en uno de los libros un título verdaderamente fatídico y amenazador: *De Rhubarbaro.*

Digamos, sin embargo, que estando la obra, como su título indica, escrita en latin, era muy dudoso que Gilliatt la hubiese leido; pero precisamente los libros que el hombre no lee son los que más le acusan.

La Inquisicion de España ha juzgado este punto y le ha puesto fuera de duda.

El libro era, ni más ni menos, que el tratado del doctor Tilingius *sobre el Ruibarbo*, publicado en Alemania en 1679.

No se podia asegurar si Gilliatt se dedicaba ó no á encantamientos, filtros y otras diabluras. Lo cierto es que tenia redomas en su casa.

¿Por qué por la tarde, y algunas veces por la noche, se paseaba por los peñascos de la costa del mar? Sin duda alguna lo hacia para trabar conversacion con las gentes de mal vivir que durante la noche van por la playa.

Una vez ayudó á la hechicera de Torteval á desatollar su carro. Esta bruja era una vieja que se llamaba Montonne Gahy.

Interrogado sobre su profesion cuando se hizo un empadronamiento en la isla, respondió:

—*Pescador, cuando hay peces que pescar.*

Semejantes respuestas eran enigmáticas.

La pobreza y la riqueza son cosas relativas; Gilliatt poseia tierras y una casa, y comparándole con los que absolutamente nada poseen, no era pobre.

Un dia, para probarle y quizá tambien para iniciar una declaracion, una jóven le preguntó:

—Cuándo pensais tomar esposa?

El la contestó:

—*Me casaré cuando la Roca que Canta se case.*

La Roca que Canta es un peñasco grande que se levanta verticalmente en un huerto próximo á la casa del señor Lemezurier de Fry. Dicho peñasco es muy sospechoso.

No se sabe qué sucede en él; se oye cantar allí un gallo que no se vé, y está perfectamente demostrado que los fantasmas lo colocaron en aquel huerto; como si dijéramos, los duendes.

De noche, cuando truena, si se ven volar hombres entre las nubes rojas y en el aire tembloroso, estos hombres son duendes. Una mujer, que reside en Grand Mielles, los conoce perfectamente. Una tarde que habia duendes en una encrucijada, dicha mujer dijo á un carretero que no sabia qué partido tomar: *Preguntádselo á ellos; son génios benéficos y os lo dirán con mucha amabilidad.* Apostamos cualquier cosa á que aquella mujer era tambien bruja.

El juicioso y sábio rey Jacobo I hacia cocer vivas á esta clase de mujeres; probaba el caldo, y segun el gusto que le encontraba decia: *Era bruja ó no era bruja.* Es de sentir que los reyes actuales no posean este talento, para hacer comprender la utilidad de la institucion real.

Gilliatt, no sin verdaderos motivos, vivia en olor de brujería.

Durante una tempestad, de noche, hallándose Gilliatt solo en el mar en una barca, se le oyó preguntar:—"¿Se puede pasar?„

Una voz dijo desde lo alto de las rocas:—"Eres valiente?„

A álguien hablaba cuando le respondieron. La prueba es decisiva.

Otra noche tempestuosa y oscura, cerca de la Catian Roque, que es una doble fila de peñas, adonde van los hechiceros, las cabras y los duendes á bailar los viernes, creyeron reconocer la voz de Gilliatt entablando el diálogo siguiente:

—Cómo se encuentra Verin Brovard? (que era un albañil que se habia caido de un tejado).

—Está curándose.

—Parece imposible. Cayó de inmensa

altura, y asombra que no se haya roto ni un solo hueso.

—La última semana los pescadores de la costa tuvieron buen tiempo.

—Mejor que hoy.

—Ya lo creo. Hoy no habrá en el mercado un pescado para un remedio.

—Hace demasiado viento.

—Será imposible echar las redes.

—Cómo está Catalina?

—Muy hermosa.

Indudablemente esta Catalina seria alguna bruja.

Segun todas las apariencias, Gilliatt ejercia de noche sus malas artes; así al menos lo creian en la isla.

Algunas veces se le veia echar agua de un cántaro en el suelo, y es sabido que el agua que cae en tierra traza la forma de los diablos.

En el camino de Saint-Sampson, delante del parador núm. 1, hay tres piedras sobrepuestas que forman una escalera; en la plataforma, actualmente vacía, hubo una cruz, segun unos, y una horca, segun otros. Personas cuerdas y dignas de crédito aseguran haber visto á Gilliatt cerca de las tres piedras platicando con un sapo.

Como en Guernesey no hay más que culebras, y en Jersey abundan los sapos, es indudable que el sapo pasó á nado desde Jersey á Guernesey para hablar con Gilliatt. Estos hechos son incontestables, y la prueba es que las tres piedras están allí. Los incrédulos pueden verlas cuando quieran. Todas estas cosas perjudicaban á Gilliatt.

Solo los ignorantes no saben que el mayor peligro de los mares de la Mancha es el Roi des Auxcriniers. No hay personaje marítimo tan terrible. El que le vé naufraga.

Es pequeño, enano, sordo y rey. Sabe el nombre de todos los que han perecido en el mar y el punto donde se encuentran. Conoce á fondo el cementerio Océano. Su cabeza es gruesa por la base y estrecha por la coronilla; su cuerpo es rechoncho, su vientre gelatinoso y disforme, sus piernas cortas, sus brazos largos; en lugar de piés tiene aletas y en lugar de manos garras. Sus zarpas son membranosas, como las patas de los palmípedos, y sus aletas uñas. Imaginaos un pez que es un espectro y que tiene cara de hombre. Para exterminarle seria menester exorcisarlo ó pescarlo. Entre tanto es siniestro y dá miedo verle.

Encima de las olas y de la marejada, á través del denso velo de la bruma, se entrevé un lineamiento que es un sér; que tiene la frente deprimida, la nariz aplastada, las orejas chatas, la boca desmedida y sin dientes, el hocico verdoso, las cejas triangulares y los ojos grandes y alegres. Es rojo cuando el relámpago es lívido, y pálido cuando el relámpago es de color de púrpura. Su barba rígida, cortada en cuatro, se destaca de una membrana á manera de esclavina, y está adornada con catorce conchas, siete anteriores y siete posteriores. Solo es visible cuando el mar está violentamente agitado. Es el volatinero lúgubre de la tempestad. Se esboza su forma en la niebla, en las ráfagas del viento y en la lluvia. Su vientre es asqueroso, y una armadura de escamas le tapa los costados como si fuese un chaleco. Se sube á lo más alto de las olas encrespadas, que saltan bajo la presion de las ráfagas, y que se retuercen como las virutas que saltan del cepillo del carpintero. Se mantiene todo entero fuera de la espuma, y si se ven en el horizonte buques en peligro, palidece en la oscuridad y su rostro se ilumina con el resplandor de una vaga sonrisa, bailando con aire terrible y loco. Es un encuentro fatal. En la época en que Gilliatt preocupaba á los habitantes de la isla, las últimas personas que habian visto al Roi de Auxcriniers declaraban que en su esclavina no habian visto más que trece conchas. Qué se habia hecho la catorce? Nadie podia decirlo, y era preciso limitarse á hacer conjeturas. Lo que podia asegurarse era que Lupin Mabier, hombre de peso y propietario de muchas campanillas, afirmaba bajo juramento que un dia vió en manos de Gilliatt una concha singularísima.

Era frecuente oir entre los campesinos diálogos como el siguiente:

—¿No es verdad, vecino, que tengo un buey escelente?

—Pero hinchado, compadre.

—Es posible.

—Tiene más sebo que carne.

—De veras?

—¿Estais seguro de que Gilliatt no le ha hecho mal de ojo?

Gilliatt se detenia en la márgen de los campos, cerca de donde estaban los labradores, y en los huertos, cerca de donde estaban los hortelanos, y les dirigia palabras misteriosas como estas:

—Cuando el bocado de diablo florezca, segad el centeno de invierno. (El bocado de diablo es la escabiosa.)

—Cuando el freno echa hojas, ya ha concluido de helar.

—En el solsticio de verano, el cardo en flor.

—Si no llueve en Junio, blanquearán los trigos.

—Cuando el cerezo forma racimos, desconfiad de la luna llena.

—No perdais de vista á los vecinos que pleiteen con vosotros y temed su venganza.

—Si al cerdo se le dá á beber leche caliente, revienta.

—Cuando la rana aparece, sembrad melones.

—Cuando la hepática florece, sembrad centeno.

—Cuando el tilo florece, segad los prados.

—Cuando el tabaco florece, cerrad los invernaderos.

Lo particular era que el que seguia estos consejos no tenia motivos de arrepentirse.

Una tarde, al descender la marea, en la playa de enfrente de una casa del Bú de la Calle volcó una carreta cargada de fuco. Sin duda tuvo miedo á que le encausaran y se dió mucha prisa á ayudar á levantarla y á cargarla.

Se decia que Gilliatt miraba á los pozos, lo que es peligroso cuando la mirada es maligna; lo cierto es que un dia en los Arculons, cerca de Saint-Pierre Port, el agua se convirtió en malsana. La buena mujer dueña del pozo le dijo á Gilliatt:—Probad esta agua,—y le dió un vaso. Gilliatt la probó, contestándole que le parecia muy gruesa. La buena mujer, que estaba recelosa, repuso:—Saneádmela.—Gilliatt le preguntó si tenia establo, si el establo tenia sumidero, y si el conducto del sumidero pasaba cerca del pozo. La mujer contestó afirmativamente y Gilliatt entró en el establo, trabajó en el sumidero, varió el curso del conducto y el agua del pozo volvió á ser potable.

En el pueblo comentaron este hecho á su manera. El pozo es malo ó bueno por algun motivo; no era natural la enfermedad de dicho pozo, y creyeron que Gilliatt habia hecho en el agua algun sortilegio.

En las inmediaciones de San Miguel, una vez se detuvo en un prado de los jardines de Huriaux, que están en la carretera de los Videelins. Dió un silbido en el prado y en seguida apareció un ciervo, y un momento despues una marica.

En Hamel hubo algunas viejas que estaban seguras de haber oido una mañana, al rayar el alba, que las golondrinas llamaban á Gilliatt.

Añádase á lo dicho que Gilliatt no era bueno. Un dia vió que un hombre apaleaba á un jumento; el jumento no se movia; el hombre le dió puntapiés en el vientre y el animal cayó al suelo. Gilliatt acudió para ayudarle á levantarlo, pero los esfuerzos de ambos fueron inútiles: el asno estaba muerto. Gilliatt entonces abofeteó al hombre.

Otro dia, viendo bajar á un muchacho de un árbol con un nido de verderones recien nacidos, casi sin plumas, Gilliatt se lo quitó, y llevó su perversidad hasta el extremo de volver á dejar el nido en el árbol. Los transeuntes le reconvinieron por esta accion y él se escusó señalándoles al padre y á la madre de los inocentes pajarillos, que chillaban en lo alto del árbol y que volvian al nido. Tenia cariño á los pájaros, y esta es otra señal que hace reconocer á los hechiceros.

Por todas estas razones Gilliatt era casi odioso en el pais; no cabe duda de que el ódio que inspiraba era fundado y legítimo.

## V.

### Otros lados oscuros de Gilliatt.

La opinion respecto de Gilliatt no era fija y determinada.

Generalmente le creian *marcou*, como dicen los franceses, y algunos llegaban á tenerle por *cambion*. El cambion es el hijo que la mujer tiene del diablo. Cuando la mujer tiene de un hombre siete machos consecutivos, el séptimo es marcou, pero para eso es preciso que ni una sola hembra interrumpa la séria de los varones. El marcou saca una flor de lis natural impresa en cualquier parte del cuerpo, que tiene la virtud de curar los lamparones y las escrófulas. En Francia hay marcous en todas partes, particularmente en Orleans. Basta para curar á los enfermos que el marcou sople en sus llagas ó que las toque con su flor de lis. El éxito es sobre todo seguro la noche del Viernes Santo. Hay marcous en Jersey, en Auriny y en Guernesey, lo que depende sin duda de los derechos que Francia tiene sobre el ducado de Normandía. Hay en las islas de la Mancha muchos escrofulosos, por lo que en ella los marcous son necesarios.

Algunas personas que estaban presentes un dia que Gilliatt se bañaba en el mar, creyeron verle marcado con la flor de lis. Le preguntaron sobre este particular, y por toda contestacion se echó á reir, porque algunas veces se reia como los demás hombres.

Desde entonces ya no le vieron tomar el baño; solo se bañaba en sitios peligrosos y solitarios, probablemente de noche y á la claridad de la luna, lo que contribuyó á despertar sospechas.

Los que sospechaban que era cambion, es decir, hijo del diablo, estaban equivocados; no sabian que no existian cambiones más que en Alemania, pero cincuenta años atrás en esos paises eran muy ignorantes.

Como Gilliatt les inquietaba, le consultaban.

Miedosos los labradores, le visitaban para hablarle de sus enfermedades. El miedo que le tenian contribuia á inspirarles confianza, porque cuanto más sospechoso es el médico para los campesinos, más seguras les parecen sus medicinas.

Gilliatt poseia medicamentos, que heredó de la difunta, y los administraba, sin retribucion alguna, al que lo solicitaba.

Curaba los panadizos con la aplicacion de ciertas yerbas; con un licor especial cortaba las calenturas, y el químico de Saint-Sampson, que en Francia seria farmacéutico, opinaba que el líquido con que Gilliatt combatia las tercianas era un cocimiento de quina.

Los menos benévolos convenian en que Gilliatt era un buen diablo para los enfermos cuando se trataba de remedios ordinarios; pero decian que, como marcou, no queria servir á nadie, y si un escrofuloso le pedia que le dejase tocar su flor de lis, por toda contestacion le daba con la puerta en las narices. Se negaba obstinadamente á hacer milagros, lo que en un hechicero es ridículo.

La antipatía universal que inspiraba tenia una ó dos excepciones.

El señor Landoys, del Clos-Landes, era escribano cartulario de la parroquia de Saint-Pierre Port, encargado de las escrituras y guardian del registro de los nacimientos, matrimonios y defunciones.

Se jactaba de descender del tesorero de Bretaña Pedro Landoys, que fué ahorcado en 1485.

Un dia que se estaba bañando y se alejó demasiado de la orilla, corrió gran peligro de ahogarse. Gilliatt se echó al agua y, con peligro de su vida, salvó la de Landoys.

Desde entonces éste no habló mal de Gilliatt. A los que le echaban en cara su benevolencia les respondia:

—¿Por qué quereis que aborrezca á un hombre que no me ha causado ningun daño y que me ha salvado la vida?

El escribano cartulario llegó á ser hasta amigo de Gilliatt, porque no era preocupado y se reia de los que tienen miedo á los aparecidos. Poseia un barquichuelo; dedicaba sus ócios á la pesca y nunca vió nada de extraordinario, más que un dia que, á la luz de la luna, divisó una mujer blanca que se agitaba en el agua, pero no estaba aun muy seguro de esto.

Montonne Gahy, la bruja de Torteval, le dió un taleguillo que se ata al cuello bajo la corbata y que protege contra los malos espíritus; él se burlaba del talego, ignorando lo que contenia, pero sin embargo, le llevaba y se creia más seguro con este amuleto.

Algunas gentes atrevidas se aventuraban á imitar al señor Landoys, reconociendo en Gilliatt circunstancias atenuantes, su sobriedad, su abstinencia de aguardiente y de tabaco, y alguno llegó á hacer de él este elogio:—No bebe, ni fuma, ni masca, ni toma rapé.

Pero ser sóbrio solo es una buena cualidad cuando se poseen otras.

Gilliatt seguia excitando la aversion pública.

Sin embargo, como marcou podia prestar grandes servicios.

Un Viernes Santo, todos los escrofulosos de la isla, por inspiracion propia ó por convenio recíproco, se trasladaron en procesion al Bú de la Calle, suplicando á Gilliatt, con las manos juntas, que los curase; él se negó, y desde entonces quedó reconocida su maldad.

## VI.

### El buque holandés.

Gilliat parecia feo á las mujeres; sin embargo, no lo era; quizás era hermoso.

Su perfil tenia algo del bárbaro antiguo. Cuando estaba inmóvil parecia un Dacio de la columna trajana. Sus orejas eran pequeñas, delicadas, sin lóbulo y de admirable forma acústica. Tenia entre los dos ojos la arruga altiva y vertical del hombre audaz y perseverante. Los

dos extremos de la boca le caian, dándole expresion de amargura; su frente ofrecia una curva noble y serena; sus pupilas francas miraban bien, aunque las enturbiaba algo el fruncimiento á que habitúa á los pescadores la reverberacion de las olas. Su risa era pueril y graciosísima. Sus dientes eran de marfil, pero el solano casi los habia ennegrecido.

No vive el hombre impunemente en el Océano entre la tempestad y la noche; á los treinta años aparentaba tener cuarenta y cinco. Su fisonomía se habia cubierto con la sombría máscara que dan el viento y el mar.

Le habian puesto el sobrenombre de Gilliatt el Maligno.

Una fábula de la India dice: "Un dia Brahma preguntó á la Fuerza: ¿Quién es más fuerte que tú? La Fuerza respondió: La Destreza.„ Un proverbio chino dice: "¿Qué no podria el leon si fuese mono?„ Gilliatt no era leon ni mono; pero todo lo que hacia confirmaba el proverbio chino y la fábula india. Su estatura era regular y su fuerza ordinaria, pero poseia destreza tan ingeniosa y potente, que conseguia levantar fardos jigantescos y llevar á cabo prodigios de atleta. Tenia algo de gimnasta, y lo mismo se servia de una mano que de otra. No era cazador, era pescador. Tenia lástima á los pájaros, pero no á los peces. Era nadador notable.

La soledad aguza el ingénio del hombre ó le convierte en idiota. Gilliatt ofrecia esos dos aspectos. Habia momentos en que se le encontraba estático; parecia un estúpido. Otras veces tenia misteriosa profundidad en la mirada. La antigua Caldea tuvo hombres semejantes; á ciertas horas la opacidad del pastor se volvia transparente y dejaba ver al mago.

En resúmen; Gilliatt solo era un pobre hombre que sabia leer y escribir. Probablemente estaba colocado en el límite que separa al soñador del pensador. El pensador quiere, el soñador se somete. La soledad contamina á los hombres sencillos, y los complica de tal modo, que se penetran sin saberlo de horror sagrado.

La sombra en que se sumergia el espíritu de Gilliat se componia, en cantidad casi igual, de dos elementos, los dos oscuros, pero muy distintos: en él la ignorancia era defecto; fuera de él, el misterio era inmensidad.

A fuerza de trepar por las escarpaduras, de escalar las rocas, de ir y venir por el archipiélago á todas horas, de navegar y maniobrar con la primera embarcacion que se le presentaba, llegó á ser un marino sorprendente, sin que esto le sirviera de nada, solo por placer y por capricho.

Habia nacido piloto. El verdadero piloto es el marino que navega más por el fondo que por la superficie. La ola es un problema exterior, contínuamente complicado por la configuracion submarina de los lugares que el buque recorre. Al ver á Gilliatt entre los escollos y los arrecifes del archipiélago normando, parecia que tenia dentro del cráneo un mapa geográfico del fondo del mar. Conocia todos los peligros y los retaba á todos.

Conocia las balizas mejor que los cuervos marinos y las filocrocoras que se paraban en ellas. Las diferencias imperceptibles que distinguen una de otra las cuatro boyas del Creux, de Alligande, de los Tremies y de la Lardrette, eran para él, hasta en los dias nebulosos, perfectamente claras.

No vacilaba ni sobre la estaca oval de Anfré, ni sobre la lanza de tres puntas de Rousse, ni sobre la bola blanca de la Corbette, ni sobre la bola negra de Longue-Pierre; y no confundia la cruz Goubean con la espada clavada en tierra de la Platte, ni la baliza en forma de martillo de las Barbés, con la baliza en forma de cola de golondrina del Moulinet.

Su rara ciencia de marino se descubrió especialmente un dia que hubo en Guernesey una de esas justas marítimas que se llaman regatas. La cuestion era la siguiente: Estar solo en una embarcacion de cuatro velas, conducirla desde Saint-Sampson hasta la isla Herm, que dista una legua, y volver con el buque desde Herm á Saint-Sampson. Hacer maniobrar un barco de cuatro velas es empresa que no se atreve á acometer ningun pescador, y la hacia más difícil el que dicha embarcacion era una de esas anchas y fuertes chalupas ventrudas que se usaban en otros tiempos en Rotterdam.

En la actualidad se encuentra algunas veces alguno de esos antiguos buques holandeses. Además dificultaba la empresa la vuelta de Herm, que la complicaba llevar pesado lastre de piedras. El buque debia salir vacío y volver cargado.

El premio del certámen consistia en la

misma chalupa, que de antemano entregaban al vencedor. Dicha embarcacion sirvió á Gilliatt de buque-piloto; el piloto que la montó y condujo por espacio de veinte años, era el marino más robusto de la Mancha, y cuando murió, como no encontraron á nadie que fuese capaz de gobernarla, resolvieron que sirviese de galardon en una de las citadas regatas.

Se la disputaron con empeño: la lucha fué ruda, porque el premio valia la pena. Se presentaron siete ú ocho pescadores solicitantes, los más vigorosos de la isla. Probaron sucesivamente, pero ni uno solo pudo llegar á Herm. El último que luchó era famoso por haber salvado á fuerza de remo, estando la mar muy alborotada, la peligrosísima barra que hay entre Serz y Breis-Hon. Sudando á mares, recondujo el barco á la orilla y dijo: "No puedo„. Entonces Gilliatt entró en el buque; empuñó primero el palo de virar, luego la escota mayor, y se hizo mar adentro. Despues, sin aferrar la escota, que hubiera sido imprudente, y sin soltarla para ser dueño de la vela mayor, dejando á la escota rodar en los estribos á merced del viento sin trivar, cogió el timon con la mano izquierda. En tres cuartos de hora llegó á Herm. Tres horas despues, á pesar de levantarse un fuerte viento de Sur y de tomar la rada por lo ancho, regresaba á Saint-Sampson con el buque cargado de piedras. Por lujo y por bravata añadió al cargamente el cañon de bronce de Herm, que todos los años el 5 de Noviembre los habitantes de la isla disparaban, en conmemoracion de la muerte de Guy Fawkes.

Digamos de paso que Guy Fawkes hacia ya doscientos sesenta años que habia muerto.

De este modo llegó vencedor Gilliatt á Saint-Sampson.

Mess Lethierry, al presenciar este triunfo, exclamó:—¡Sois un marinero valiente!

Dijo esto tendiendo la mano á Gilliatt.

Ya volveremos á hablar de Mess Lethierry.

El buque fué adjudicado á Gilliatt.

Algunos declararon que el hecho nada tenia de admirable, porque Gilliat habia ocultado en el barco una rama de meliloto silvestre; pero esto no pudo probarse.

Desde aquel dia Gilliatt ya solo se embarcó en el buque holandés. En aquella pesada barca iba á la pesca. La amarraba en el pequeño fondeadero, que usaba él solo, por estar debajo de la pared misma de su casa del Bú de la Calle. Al anochecer se echaba las redes al hombro, atravesaba el huerto, saltaba á la otra parte del parapeto, y de roca en roca brincaba á bordo del buque. Despues se iba mar á dentro.

Pescaba mucho, pero seguian asegurando que llevaba siempre en el buque la rama de meliloto. El meliloto es el níspero. Nadie habia visto la rama, pero todo el mundo creia que la llevaba en el barco.

El sobrante de la pesca no lo vendia, lo regalaba.

No se limitaba á ser pescador. Por aficion y para distraerse aprendió tres ó cuatro oficios. Era carpintero, herrero, carretero, calafate, y entendia algo de maquinista. Nadie componia como él. Se construia él mismo á su manera todos los chismes de pescar. En un rincon del Bú de la Calle tenia una pequeña fragua y un yunque, y como su barco no tenia más que una ancla, él mismo, sin que nadie le auxiliase, se hizo otra que era excelente. El argáneo tenia la fuerza que necesitaba, y Gilliatt, sin que nadie se lo enseñara, supo encontrar la dimension exacta que debe tener el cepo para que el ancla no zozobre.

Reemplazó con paciencia todos los clavos del bordaje con cabillones y cabillas, haciendo de este modo imposible los agujeros de la herrumbre.

De esta manera aumentó considerablemente las buenas cualidades del buque, que le servia para ir de cuando en cuando á pasar uno ó dos meses en algun islote solitario, como Chousey ó los Casquets.

En la isla decian: "Gilliatt se ha marchado„, pero su ausencia no desazonaba á nadie.

## VII.

### En casa endemoniada, habitante endemoniado.

Gilliatt era hombre que soñaba, y de esta circunstancia nacian sus audacias y tambien sus timideces. Tenia ideas propias.

Quizá tenia Gilliatt algo de alucinado y de iluminado. El alucinamiento se apodera lo mismo de un rústico como Martin que de un rey como Enrique IV. Lo desconocido causa algunas veces sorpresas al espíritu del hombre. La rasgadura brusca de la oscuridad deja de repente ver lo invisible, y luego vuelve á cerrarse. Estas visiones transfiguran al-

gunas veces, consiguiendo hacer de un conductor de camellos un Mahoma y de una pastora una Juana de Arco. La soledad desprende cierta cantidad de extravío sublime. Es el humo que sale del matorral ardiendo. De ella resulta misterioso temblor de ideas, que convierte al doctor en visionario y al poeta en profeta; de ella resultan las embriagueces del laurel de Castalia machacado; las revelaciones del mes Busion: de ella resultan Peleya en Dódena, Hemonoes en Delfos, Trofonio en Levadea. El estado visionario agobia al hombre y le vuelve estúpido generalmente. Existe el embrutecimiento sagrado. Al faquir le anonada su vision como á Cretino su papera. Lutero platicando con los diablos en el granero de Witemberg; Pascal tapando el infierno con la mampara de su gabinete; el obi negro dialogando con el dios Bonum, de rostro blanco, constituyen el mismo fenómeno, diversamente modificado, segun los cerebros que atraviesa, segun su dimension y su fuerza. Lutero y Pascal fueron y son grandes, y el obi es imbécil.

Gilliatt no se hallaba ni tan alto ni tan bajo: era un hombre pensador y nada más.

Veia á la naturaleza de un modo algo extraño.

Porque distinguia algunas veces en el agua limpia del mar animales inesperados, bastante voluminosos y de diversas formas, deducia que poblando el agua transparencias vivientes, otras transparencias vivientes podian tambien poblar el aire. Los pájaros no son los habitantes del aire, que son sus anfibios. Gilliatt no creia que el aire estuviera desierto. Decia:—"Ya que el mar está poblado, la atmósfera no debe estar vacía. Criaturas del color del aire, que la luz borra, deben escaparse á nuestras miradas. ¿Quién es capaz de probar la no existencia de esas criaturas? La analogía indica que en el aire deben vivir sus peces como en el mar viven los suyos; dejando pasar la luz á través de su forma, no haciendo sombra y no teniendo silueta, permanecen ignorados de nosotros, no podemos cogerlos.„ Gilliatt se imaginaba que si la tierra pudiese dejar en seco la atmósfera y se pescase en el aire como se pesca en un estanque, se encontrarian en ella multitud de séres sorprendentes: entonces se explicarian muchas cosas.

El desvarío, que es el pensamiento en estado de nebulosa, confina con el sueño, y tiene en éste su frontera. El aire, habitado por transparencias vivientes, seria el principio de lo desconocido; pero más allá se presenta la vasta abertura de lo posible. Allí hay otros séres, allí hay otros hechos. Ningun sobrenaturalismo, la continuacion oculta de la naturaleza indefinida. Gilliatt, en la desocupacion laboriosa que constituia su existencia, era un observador extraño. Llegaba hasta observar el sueño. El sueño está en contacto con lo posible, que llamamos inverosímil. El mundo nocturno es un verdadero mundo. La noche, como noche, es todo un universo. El organismo material humano, sobre el que pesa una columna atmosférica de quince leguas de altura, se encuentra fatigado por la noche; está laxo, se acuesta y reposa; los ojos de carne se cierran, pero entonces en la cabeza adormecida, menos fuerte de lo que se cree, otros ojos se abren y lo desconocido aparece. Las cosas sombrías del mundo ignorado se aproximan al hombre, ya sea por verdadera comunicacion, ya porque aumenten la vision las lontananzas del abismo; parece entonces que los confusos vivientes del espacio vienen á mirarnos, y que les inspiramos curiosidad los vivientes terrestres; una creacion fantástica sube ó desciende hácia nosotros y pasa por nuestro lado á la luz crepuscular: ante nuestra contemplacion espectral, una vida que no es la nuestra se agrega y se desagrega, y el durmiente, semivisionario é inconsciente, entrevé esas animalidades extrañas, esas vejetaciones extraordinarias, esas lividéces terribles ó sonrientes, esas larvas, esas máscaras, esas hidras, esas confusiones, esa luz de luna sin luna, esas oscuras descomposiciones del prodigio, esos crecimientos y decrecimientos de la inmensidad turbia, esa flotacion de formas en las tinieblas, y en fin, todo ese misterio que llamamos sueño, y que solo es la aproximacion de una realidad invisible. El sueño es el *aquarium* de la noche.

Así lo creia Gilliatt.

## VIII.

### La Silla Gild-Holm-Ur.

En vano se buscaria hoy dia en la ensenada del Houmet la casa de Gilliatt, el jardin y la pequeña rada que abrigaba al buque. El Bú de la Calle no existe ya. La pequeña península donde la casa se levantaba ha caido bajo el



GILLIAT.

pico de los demoledores y la han trasladado á carretadas á los buques de chalanes y de mercaderes de granito; se ha convertido la capital en malecon, iglesia y palacio. Toda aquella crestería de escollos se empleó en Lóndres.

Las prolongaciones de las rocas en el mar, con sus quebrajas y dentellones, son verdaderas cadenas de montañas en miniatura, y verlas nos causa la impresion que debe experimentar un jigante cuando mira las cordilleras de montañas. El idioma local las llama Banques. Estas Banques tienen diferentes figuras: unas se asemejan á una espina dorsal, de la que cada roca es una vértebra; otras afectan la forma de un arete de pescado y otras la de un cocodrilo que está bebiendo.

A la extremidad de la Banque del Bú de la Calle habia un enorme peñasco que los pescadores llamaban el Cuerno de la Bestia. Aquella roca era una especie de pirámide. Cuando la marea estaba alta, el agua la separaba del Banque y el Cuerno se quedaba aislado. Estando la marea baja, se podia llegar allí por el istmo de rocas practicables. Lo curioso de esta roca era que por la parte del mar tenia la forma de una silla, de una verdadera silla natural, construida por las olas y pulimentada por las lluvias. Pero era una silla traidora. El que pasaba por allí se sentia arrastrado hácia ella; la silla le convidaba á sentarse: formaba una especie de nicho en la fachada, cortada á pico de roca; era fácil trepar á aquel nicho, porque el mar, que lo talló en la roca, dispuso y ordenó cómodamente una especie de escalera de piedras planas: el abismo ofrece sus agasajos, pero no hay que fiarse de él; el que pasaba por allí subia á la silla y se sentaba; allí estaba muy bien, tenia por asiento el granito desgastado y redondeado de espuma; por reclinatorio para los codos dos fragosidades que parecian hechas expresamente, y por respaldo la muralla alta y vertical de la roca, que se veia y se admiraba por encima de la cabeza: desde aquel asiento todo se olvidaba; desde allí se descubria la inmensidad del mar; se veian á lo lejos los buques que se acercaban ó partian, se podia seguir con la vista una vela hasta perderse más allá de los Casquets; el hombre estático miraba y gozaba, sintiendo las caricias del céfiro y de las olas. El que llegaba á sentarse y á contemplar el mar, oia el viento y le dominaba el sopor del éxtasis. Es verdadera voluptuosidad cerrar los ojos cuando están llenos y saturados de un exceso de belleza y de luz. De pronto el que se sentó allí se despertaba, pero se despertaba tarde; la marea habia subido poco á poco y el agua envolvia la roca.

El hombre estaba perdido.

El mar que sube es un bloqueo terrible. La marea crece al principio insensiblemente y despues con violencia. Al llegar á las rocas se encoleriza y arroja espuma. Para salvarse de las rompientes no basta muchas veces saber nadar; grandes nadadores se han ahogado en el Cuerno del Bú de la Calle.

En ciertos sitios y á ciertas horas mirar el mar es como aspirar un veneno. Es como, algunas veces, mirar á una mujer.

Los antepasados de los actuales habitantes de Guernesey llamaban á este nicho que el oleaje abrió en la roca la Silla Gild-Holm-Ur, ó *Kidormur*. Dícese que esta palabra es celta, pero los que saben este idioma no la comprenden, y la entienden los que saben francés, *Qui-dort-meurt*. El que duerme, muere.

Tal es la tradicion del vulgo.

Hay en Auriny otra silla del mismo género y que se llama la Silla del Monje, tambien construida por las olas, y con prominencia tan bien colocada, que pudiera decirse que el mar quiso poner un taburete á los piés de la silla.

Cuando la marea estaba alta desaparecia la Silla Gild-Holm-Ur, cubriéndola el agua enteramente. Gilliatt se sentaba en ella con frecuencia, no para meditar, sino para soñar; pero no se dejaba sorprender por la marea.

# LIBRO SEGUNDO

## Mess Lethierry.

### I.

#### Vida agitada y conciencia tranquila.

Mess Lethierry, hombre muy notable en Saint-Sampson, era un marinero terrible. Habia navegado mucho. Fué grumete, velero, gaviero, timonel, contramaestre, jefe de tripulacion, piloto y patron. Luego llegó á ser armador. Conocia el mar perfectamente. Era intrépido para los salvamentos, y cuando reinaba la tempestad se paseaba á lo

largo de la playa examinando el horizonte.

Qué se vé allá abajo? Alguno que está en peligro. Una balandra de Weymouth, un místico de Auriny, una polacra de Corseulle ó un yacht de un lord; ya fuese inglés, ya francés, ya pobre, ya rico, aunque fuese un diablo, nada le importaba: Mess Lethierry se embarcaba, llamando á dos ó tres hombres resueltos, ó sin ellos; acudia él con su tripulacion, soltaba la amarra, cogia el remo, se lanzaba á alta mar y volaba hácia el peligro. Desde lejos se le veia como arrebatado por las rachas, de pié sobre el buque, empapado con el agua del chubasco, y á la luz de los relámpagos, con el aspecto de un leon que tuviera la melena de espuma.

Pasaba así algunas veces todo el dia entre el oleaje, el granizo y el viento, acercándose á los buques náufragos, salvando los cargamentos y disputándoselos á la tempestad. Por la noche volvia á casa y se entretenia en hacer un par de calcetines.

Llevó esta vida durante cincuenta años, desde los diez á los sesenta. A los sesenta echó de ver que con un solo brazo ya no podia levantar el yunque de la herrería de Varclin, que pesaba trescientas libras, y poco despues fué víctima de los reumatismos. Tuvo, pues, que renunciar al mar. Pasó entonces de la edad heróica á la edad patriarcal, y no fué ya más que un buen hombre.

Llegó al mismo tiempo á los reumatismos y á las comodidades de la vida.

Estos dos productos del trabajo suelen vivir en compañía. El que llega á rico se queda paralizado; este es el remate de la vida. El hombre dice entonces: Ahora gocemos.

En Guernesey, como en casi todas las islas, la poblacion se compone de hombres que han pasado la existencia en dar la vuelta alrededor de su campo y de otros que han pasado la suya dando la vuelta alrededor del mundo.

Constituyen dos clases de trabajadores: los de la tierra y los del mar. Mess Lethierry era de los últimos. Sin embargo, conocia la tierra; llevó tambien penosa vida de trabajador. Habia viajado por el continente. Trabajó algun tiempo de carpintero de navío en Rochefort y despues en Cette. Habia trabajado tambien en los aparatos de extraccion de aguas de las salinas del Franco-Condado. Era un hombre honrado que llevó la vida de aventurero. En Francia aprendió á leer, á pensar y á querer. Se ocupó de muchas cosas y de todas ellas extrajo la probidad; pero su naturaleza en el fondo era de marinero. Creia que el agua le pertenecia, y solia decir:

—*Los peces están en mi casa.*

En resúmen: toda la existencia, excepto dos ó tres años, la entregó al Océano; fué *echado al agua*, como él decia. Navegó en los grandes mares, en el Atlántico y en el Pacífico, pero preferia el mar de la Mancha. Decia siempre con entusiasmo que habia nacido en el mar y en él queria morir. Despues de haber hecho dos viajes de circunvalacion regresó á Guernesey, de donde ya no pensaba salir nunca.

Desde entonces sus viajes se reducian á ir á Granville y á Saint-Malo.

Mess Lethierry era de Guernesey, es decir, normando; es decir, inglés; es decir, francés. Pertenecia á esa cuádruple patria que está sumergida y ahogada en el Océano, que era su gran patria.

Toda su vida y en todas partes habia conservado sus costumbres de pescador normando, lo que no le impedia en algunas ocasiones abrir un libro viejo, recreándose en su lectura, para saber los nombres de los filósofos y de los poetas, y chapurrar algunas veces varios idiomas.

## II.

### Las manos blancas.

Gilliatt era salvaje. Mess Lethierry era salvaje de otro modo; tenia sus elegancias; era descontentadizo y difícil con las mujeres.

Siendo adolescente, oyó decir al bailío de Suffren:

—*Es una hermosa jóven. ¡Lástima es que tenga las manos tan grandes y tan coloradas!*

En todas las materias, cuanto dice un almirante es una voz de mando; es un oráculo que dá consignas.

La exclamacion del bailío de Suffren hizo á Lethierry delicado y exigente cuando se trataba de manos pequeñas y blancas. Las suyas eran anchas espátulas de color de caoba, mazas para la ligereza y tenazas para las caricias.

No se habia casado; no quiso ó no encontró con quién, sin duda porque siendo marinero tenia las pretensiones de dar la mano á una duquesa, y manos de duquesa no se encuentran entre las pescadoras de Portbail.

Se referia, sin embargo, de él que en Rochefort tropezó con una costurera que realizaba su ideal. Era una hermosa jóven con manos preciosas. Meditaba y se rascaba la cabeza, porque necesitaba andar con piés de plomo. Las uñas de la costurera, exquisitamente limpias, no tenian pero; entusiasmaron á Lethierry y le inspiraron cierto recelo; temiendo no ser algun dia dueño de su querida, resolvió no casarse con ella.

Lethierry poseia en materia de amor ó de amoríos cierta gramática parda, cierta filosofía de brocha gorda, cierta discrecion de marinero enamoradizo, pero nunca esclavizado, y se jactaba de que en su juventud nunca le habia vencido ningun guardapiesillo. Guardapiesillo se llamaba entonces lo que hoy se llama zagalejo; queria, pues, decir que nunca le habia dominado ninguna mujer.

Los rudos marineros del archipiélago normando son muy despejados; casi todos saben leer y leen. Los dias festivos se ven grumetes de ocho años, sentados sobre un rollo de cuerdas, con un libro abierto en la mano.

Los marineros normandos son siempre sarcásticos y tienen felices ocurrencias. El audaz piloto Quidipal dirigió á Montgomery, refugiado en Ferry, despues de la desgraciada lanzada que mató á Enrique II, este apóstrofe: *La cabeza loca ha roto la cabeza vacia.*

## III.

### La antigua jerigonza náutica.

Los marineros de los Chasmel-Jislands son los verdaderos galos antiguos. Estas islas, que actualmente se anglicanizan con rapidez, permanecieron durante mucho tiempo autónomas. El campesino de Serk habla la lengua de Luis XIV.

Cuarenta años atrás oian hablar á los marineros de Jersey y de Auriny el idioma marítimo chino. El que los escuchaba se creia transportado á la marina del siglo diez y siete.

Hubiera podido entonces estudiar un arqueólogo especialista el antiguo patois de maniobras de batalla que rugia Juan Bart en la bocina que aterrorizaba al almirante Hidde. El vocabulario marítimo de nuestros padres, renovado casi enteramente en la actualidad, se usaba aun en Guernesey en 1820.

Un buque que andaba bien á la bolina y ceñia bien el viento, se llamaba *bon baulinier*; un buque que casi por sí mismo tomaba su posicion favorable al viento, á pesar de su gobernalle y de sus velas de proa, se llamaba *un vaisseau ardent*. Empezar á moverse era *prendre aire;* estar á la capa era *capeyer*; amarrar el cabo de un cable en banda, era *faire dorment;* tomar el barlovento, era *faire chapelle;* estar agarrado al cable, era *faire teste;* haber motin á bordo, era *etre en patenne;* formar viento las velas, era *porter-plain*. Nada de eso se dice actualmente. Ahora se dice: bordear *(lonvoyer)*, entonces se decia: *leamoyer*; se dice: navegar *(naviguer)*, se decia: *naviger*; se dice: virar hácia el viento *(virer vent devant)*, se decia: *donner vent devant;* se dice: avanzar *(aller de l' avant)*, se decia: *tailler de l' avant*; se dice: halad *(tirez d' accord)*, se decia: *halez d' accord*; se dice: quitad el fondo *(derapez)*, se decia: *deplantes*; se dice: tirad *(cubraquez)*, se decia: *abraquez*; se dice: barrotes *(taquets)*, se decia *bittoni*; se dice: bureles *(lurins)*, se decia: *tappes;* en lugar de *elonger* (ponerse á lo largo), *alonger;* en lugar de *forte vrise* (viento fresco), *survent;* en lugar de *jonail* (cepo del ancla), *jas*; en lugar de *sonte* (pañol), forse; tal era á principios de siglo la jerga que se hablaba á bordo de las islas de la Mancha. Oyendo hablar á un piloto de Jersey, Ango se hubiera conmovido.

Mientras en todas partes las velas *faseyaient* (flameaban ó relingaban), en las islas de la Mancha *barbe yaient*. Una *sante-devent* (bocanada de aire), es una *folle vente*. Allí no se empleaban más que las dos especies góticas de amarradero, la veldun y la portuguesa. Solo allí se oian las antiguas voces de mando:—*¡Tour-et-choque!—Bosse et bitte!* Un marinero de Granville decia ya *le clan* (la cajera reclama), cuando un marinero de Saint-Aubin ó de Saint-Sampson decia aun *la canal de pouliot*. Lo que se llamaba *bout d' uleuge* (cabo de urnicrin) en Saint-Malo, se llamaba en Saint-Lepier *oreille d' ane*; Mess Lethierry, lo mismo que el duque de Vivonne, llamaba á la curvatura cóncava de los puentes ó cubiertas *le tonsure;* al escoplo del calafate *le patarasse*.

Con este extraño idioma entre dientes, Duquesne batió á Ruyser, Ducnay Tronin á Wasmaer, y Tourville en 1681 ancló á mitad del dia la primera galera que bombardeó á Argel. En la actualidad es una lengua muerta. La jerigon-

za náutica es hoy muy diferente. Duperre no entenderia hoy á Suffren.

No se ha transformado menos el lenguaje de las señales. Hay gran diferencia de las cuatro flámulas ó gallardetes rojos, blancos, azules y amarillos de ayer á los diez y ocho pabellones de hoy, que se izan de dos en dos, de tres en tres ó de cuatro en cuatro, y ofrecen á las necesidades de la comunicacion lejana muchísimas combinaciones, contestan siempre y puede decirse que prevén lo imprevisto.

### IV.

**El hombre es vulnerable en lo que ama.**

Mess Lethierry llevaba el corazon en la mano; su mano era grande y su corazon tambien.

Era su defecto la admirable cualidad que se llama confianza. Su manera particular y solemne de contraer un compromiso la formulaba de este modo:—*Doy mi palabra de honor á Dios*. Dicho esto iba hasta el fin sin cejar nunca. Creia en Dios y en nada más. Frecuentaba las iglesias solo por el buen parecer. En el mar era supersticioso.

Jamás, sin embargo, la tempestad le hizo retroceder; era inaccesible á la contradiccion. No la toleraba ni del Océano ni de nadie. Queria ser obedecido y resistia al mar. Mess Lethierry no cedia nunca. Ni le detenian las olas encrespadas ni los vecinos que se le oponian. Lo que decia lo sostenia; lo que tenia en proyecto lo realizaba. No se doblaba ante una contradiccion ni ante una tempestad. La palabra *no* no existia para él, ni en la boca de los hombres ni en los rugidos de la tempestad. Pasaba adelante. No consentia que le rechazasen, y de esto dimanaba su obstinacion en la vida y su intrepidez en el Océano.

Se sazonaba él mismo una sopa de pescado, sabiendo la dósis de pimienta y de sal y las yerbas que necesitaba, y gozaba tanto condimentándola como comiéndosela.

Mess Lethierry era un sér que un sombrero transfigura y que un sobretodo hace degenerar; que con la cabeza descubierta y los cabellos al aire libre se parece á Juan Bart, y con sombrero de copa alta puesto se le parece á Jocrisse: un sér que es torpe en la ciudad, extraño y temible en el mar; que tiene espalda de mozo de cordel; que sin jurar es muy colérico; es un sér plebeyo que ha leido la *Enciclopedia*, un hijo de Guernesey que ha presenciado la revolucion, un ignorante muy perspicaz sin santurronería, pero visionario; con más fé en la Dama blanca que en la Santa Vírgen; con la forma de Polifemo, con la lógica de la veleta, con la voluntad de Cristóbal Colon.

Mess Lethierry tenia dos amores, que eran *Duranda* y Deruchette.

## LIBRO TERCERO

## «Duranda» y Deruchette.

### I.

**Cháchara y humo.**

El cuerpo humano quizá solo es una apariencia que oculta nuestra realidad y que se condensa sobre nuestra luz ó sobre nuestra sombra. La realidad es el alma, y casi puede decirse que el rostro solo es una máscara. El verdadero hombre se oculta bajo la apariencia del hombre. Si pudiéramos percibirle agachado y abrigado detrás de la ilusion que se llama carne, experimentaríamos más de una sorpresa. Es error bastante comun tomar el sér exterior por el sér real. Hay niña, por ejemplo, que si se la viese como es, apareceria como un pájaro.

Seria cosa deliciosa ver un pájaro con la forma de una niña. Figuraos, pues, que la teneis en vuestra casa y que se llama Deruchette. No se le ven las alas, pero se oye su gorjeo; de vez en cuando canta. Su charla es inferior á la del hombre, pero su canto es superior. Hay misterio en ese canto; la vírgen parece que tenga envoltura de ángel. Cuando la mujer se forma, el ángel se vá, pero más tarde vuelve trayendo una alma pequeñita á la madre. Transcurriendo los años de la vida, la que ha de ser madre un dia es mucho tiempo niña. Al contemplarla nos asalta este pensamiento: Es muy complaciente! No se vuela desde la tierra al cielo. La jóven tiene en sí algo del ángel. Es como un pensamiento azul que se mezcla con nuestro pensamiento negro. Le agradecemos que sea tan ligera, tan frívola, tan fugaz, tan intangible y que se preste á ser visible, cuando parece que podria, si quisiera, ser impalpable. Lo hermoso es necesario

en la tierra. Hay en el mundo pocas funciones más importantes que la de encantar. El bosque se desesperaria sin el colibrí. Es prestarnos un gran servicio darnos alegría, despedir rayos de felicidad, ser lo halagüeño del destino, la armonía, la gracia y la gentileza. Tal belleza en la criatura posee el arte de ser para todo lo que la rodea un encantamiento: algunas veces ella misma no lo sabe; entonces nos seduce más; su presencia nos ilumina, su aproximacion nos enardece; pasa y nos alegra, se detiene y nos hace felices; mirarla es vivir; no hace más que eso, pero es lo suficiente; convierte la casa en edén; de todos sus poros brota un paraiso. Tiene algo de divino poseer esa sonrisa que, sin saber cómo, disminuye el enorme peso de la cadena que arrastramos. Deruchette poseia esa sonrisa; mejor dicho, era esa misma sonrisa.

Es sangre particularmente atractiva la de Guernesey y la de Jersey. Las mujeres, sobre todo cuando son solteras, brillan con belleza floreciente y cándida. Se vé en ellas la combinacion de la blancura sajona y la de la frescura normanda; tienen las mejillas rosadas y las miradas dulces, aunque les falta el resplandor. La educacion inglesa las amortigua. Sus ojos límpidos serán irresistibles el dia en que la profundidad parisiense aparezca en ellos. Deruchette no era parisiense, pero tampoco era guernesiana. Nació en Saint-Pierre Port, y Mess Lethierry la educó. La educó para ser linda, y lo era.

Deruchette tenia la mirada indolente y era agresiva sin saberlo. Quizá no conocia el sentido de la palabra amor, pero se complacia en enamorar á los que la rodeaban, aunque sin mala intencion. No pensaba en casarse.

Deruchette poseia las manos más hermosas del mundo y piés dignos de sus manos; *cuatro patitas de mosca*, como decia Mess Lethierry. Toda su persona respiraba bondad y dulzura. Su familia y su riqueza la constituian Mess Lethierry, que era tio suyo; su trabajo consistia en ir viviendo; su talento, en entonar algunas canciones; su ciencia en su belleza; su ingenio en su inocencia, y su corazon en su ignorancia; tenia la graciosa pereza de la criolla mezclada con la viveza y el atolondramiento, la alegría insustancial de la niñez con tendencias á la melancolía; gastaba tocados algo insulares, elegantes, pero incorrectos, y sombreros con flores todo el año; su frente era cándida, su cuello suelto y tentador, sus cabellos castaños, y en su boca, grande, pero bien modelada, brillaba la peligrosa claridad de su sonrisa. Tal era Deruchette. Algunos dias despues de puesto el sol, en los momentos en que la noche se confunde con el mar, á la hora en que el crepúsculo dá cierto vapor á las olas, se veia entrar en el puerto de Saint-Sampson una masa informe, una silueta monstruosa que silbaba y escupia, un bulto horrible que rugia como una bestia y echaba humo como un volcan, una especie de hidra babeando espuma y rodando hácia la ciudad con espantoso sacudimiento de aletas natatorias y con fauces que vomitaban llamas.

Era la *Duranda*.

## II.

### Historia eterna de la utopia.

Era una prodigiosa novedad un barco de vapor en las aguas de la Mancha en 182*, que tuvo, por espacio de mucho tiempo, azorada á toda la costa normanda.

En la actualidad, diez ó doce vapores se cruzan en sentido inverso en su horizonte marítimo y no llaman la atencion de nadie. Lo más que consiguen es atraer la atencion del conocedor especial, que distingue por el color del humo que tal buque quema carbon de Wales y tal otro carbon de Newcastle. Pasan y nada más. Bien venidos sean, cuando llegan. Buen viaje tengan, cuando parten.

No veian con tanta tranquilidad esas invenciones en el primer cuarto del siglo, y su mecanismo y su humo eran repulsivos á los insulares de la Mancha.

En el archipiélago puritano, en el que la reina de Inglaterra fué acusada de haber violado la Biblia (1) por haberse auxiliado en un parto con el cloroformo, lo que consiguió el buque de vapor fué que se le bautizase con el nombre de *el Buque-Diablo*.

A los buenos pescadores de entonces, que primero fueron católicos, despues calvinistas y siempre santurrones, les parecia ver en el barco un infierno flotante.

Un predicador local trató en el púlpito esta cuestion: "*¿Hay derecho para hacer trabajar juntos el agua y el fuego, que Dios ha separado?* Esa bestia de fuego y de hierro, ¿no se parece á Leviatan? ¿No

(1) Génesis, cap. III, ver. 16. Parirás los hijos con dolor,

es eso rehacer el caos por un capricho humano?„ No era aquella la primera vez que la ascension hácia el progreso se calificaba de vuelta al caos.

*Idea loca, error grosero, absurdo.* Ese fué el veredicto que pronunció la Academia de Ciencias cuando la consultó al principio del siglo Napoleon, pidiéndola dictámen sobre el barco de vapor.

Los pescadores de Saint-Sampson merecen indulgencia si no se hallan en materias científicas más que al nivel de los geómetras de Paris, y en materia religiosa la isla de Guernesey no está obligada á saber más que un gran continente como el de América.

En 1807 hizo el primer viaje el barco de vapor de Fulton, patrocinado por Livingston, provisto de la máquina de Watt, traida de Inglaterra, llevando, además de la tripulacion, dos marineros franceses, y haciendo la travesía desde Nueva-York á Albany, y la casualidad hizo que este viaje se verificase el 17 de Agosto. Sobre esta fecha el metodismo tomó la palabra y en todas las capillas los predicadores maldijeron aquella máquina, declarando que el número 17 era el total de las diez antenas y de las siete cabezas de la bestia del Apocalipsis. En América se invocaba contra el navío de vapor la bestia del Apocalipsis y en Europa la bestia del Génesis. No habia otra diferencia.

Los sábios rechazaban el buque de vapor como cosa imposible, y los sacerdotes le rechazaban como cosa impía; la ciencia condenaba y la religion seguia condenando. Fulton era una variedad de Lucifer. Las gentes sencillas de las costas y de los campos se adherian á esta doble reprobacion por el desasosiego que les causaba aquella novedad. Ante el barco de vapor, el punto de vista religioso era el siguiente:—El agua y el fuego están divorciados por mandato expreso de Dios. Ni se debe desunir lo que Dios ha unido, ni unir lo que Dios desunió. El punto de vista del vulgo era el siguiente:—Esa máquina me dá miedo.

Para atreverse en aquella época á acometer la empresa de hacer navegar un buque de vapor desde Guernesey á Saint-Malo, se necesitaba nada menos que un hombre del temple de Mess Lethierry; solo él podia concebir esta idea como libre-pensador, y realizarla como audaz marino: lo que él tenia de francés concibió este pensamiento, y lo que tenia de inglés lo ejecutó.

En qué ocasion? Vamos á decirlo.

## III.

### Rantaine.

Cuarenta años antes de la época que pasaban los sucesos que estamos relatando, habia en las afueras de Paris, cerca de la muralla de la ronda, entre la Fosa de los Lobos y la Tumba-Jesoire, una casa sospechosa. Era una casucha aislada, y todos temian pasar por allí. La habitaba con su mujer y con su hijo una especie de bandido de levita, antiguo pasante del Chatelet, que acabó por ser ladron. Más adelante le persiguieron los tribunales de justicia. Se llamaba Rantaine. En la casa, sobre una cómoda de caoba, habia dos jarros de porcelana que contenian flores; en uno de ellos habia escrito con letras doradas: *Recuerdos de amistad*, y en el otro: *Prueba de afecto*. Como el padre y la madre habian pertenecido á la clase media, el niño aprendia á leer; le educaban. La madre, pálida y haraposa, casi maquinalmente daba educacion al pequeñuelo; le hacia deletrear, interrumpiendo solo su tarea para ayudar á su marido á cometer alguna alevosía, ó para prostituirse á cualquier transeunte. Entre tanto, el niño, con el abecedario abierto por la página en que se habia quedado deletreando, reflexionaba.

El padre y la madre, cogidos en algun flagrante delito, desaparecieron en el abismo de la noche penal. El niño desapareció tambien. Lethierry, en sus excursiones, encontró á un hombre que era aventurero como él; le sacó de no sabemos qué atolladero, le prestó un servicio, que el desconocido le reconoció; le cobró voluntad, le recogió, le condujo á Guernesey, y viendo que era inteligente en el cabotaje, le hizo su asociado. Este asociado era el chicuelo Rantaine, que habia crecido. Rantaine, como Lethierry, estaba dotado de cuello robusto, de ancha y poderosa espalda para cargarse fardos y de fuertes lomos como un Hércules Farnesio. Lethierry y él tenian el mismo modo de andar é idéntico continente, pero Rantaine era algo más alto. El que los veia pasearse juntos por el puerto, decia: "Ahí van dos hermanos.„ Mirados de frente se diferenciaban mucho. Todo lo que en Lethierry era franco y abierto, en Rantaine era nebuloso y cerrado. Rantaine era circunspecto, maestro de armas; á veinte pasos clavaba un balazo en una vela, daba desce-

munales puñetazos, recitaba versos de la Henriada y adivinaba los sueños. Si hubiese sido posible hojear el librito de memorias que llevaba encima, entre las notas se hubieran encontrado datos del género siguiente: "En Lem de Francia, en una de las hendiduras de la pared de uno de los calabozos de San José, hay escondida una lima.„ Hablaba con lentitud discreta.

Decia que era hijo de un caballero de San Luis. Su ropa blanca la tenia marcada con iniciales diferentes. Nadie era tan quisquilloso como él en puntos de honor; se batia y mataba. Tenia en la mirada algo de la madre de la actriz. La fuerza en él servia de envoltura á la astucia.

En Guernesey se ignoraban completamente sus aventuras, que eran abigarradas. Si los destinos humanos tienen su vestuario, el destino de Rantaine debia vestirse de arlequin. Habia recorrido el mundo y sabia vivir. Era un circunnavegante. Fué cocinero en Madagascar, pajarero en Sumatra, general en Hocululu, periodista religioso en las islas de los Galápagos, poeta en Omrawutte y francmason en Haiti. Pero su máscara de fracmason no le impedia llevar careta católica. La primera le conciliaba con los hombres del progreso y la segunda con los hombres de órden. Se declaraba blanco de pura sangre y odiaba á los negros. En Burdeos en 1815 habia sido polizonte. Su vida era un contínuo eclipse: aparecia, desaparecia y volvia á aparecer. Era un tuno de siete suelas. Poseia el turco. Fué esclavo de un taleb en Trípoli, donde aprendió el turco á palos; su empleo entonces se concretaba á ir por la noche á la puerta de la mezquita y leer allí en alta voz delante de los fieles el Alcoran, escrito en tablas de madera ó en omoplatos de camello. Probablemente era un renegado.

Era capaz de todo y de algo más.

Soltaba carcajadas y fruncia al mismo tiempo las cejas. Era alegre y cordial. La forma de su boca desmentia el sentido de sus palabras. Las ventanas de su nariz eran tan grandes como las de un caballo. Tenia en el ángulo de los ojos una encrucijada de arrugas, en la que se habian dado cita toda clase de pensamientos oscuros; solo en ella podia descifrarse el secreto de su fisonomía. Su pata de gallo era una especie de garra de gavilán. Su cráneo estaba deprimido por la parte alta y era ancho junto á las sienes.

Llegó un dia que en Guernesey no supieron dónde estaba Rantaine.

El asociado de Lethierry desapareció, dejando vacía la caja de la sociedad. En aquella caja se encerraba dinero de Rantaine, pero habia tambien cincuenta mil francos de Lethierry; éste, á fuerza de constancia y de probidad, pudo ganar en cuarenta años cien mil francos. Rantaine se le llevó la mitad.

Lethierry, semiarruinado, no se abatió por eso y pensó inmediatamente en el modo de rehacerse del golpe recibido. Se arruina la fortuna, pero no el valor de los hombres de corazon. Entonces empezaba á hablarse de la invencion de los buques de vapor. Le ocurrió, pues, á Lethierry la idea de ensayar la máquina de Fulton, y de comunicar por medio de un barco de esta clase el archipiélago normando con Francia. Para realizar esta idea se jugó el todo por el todo, dedicando á ella el resto de su fortuna. Seis meses despues de la fuga de Rantaine, vieron salir con asombro los habitantes de la isla, del puerto de Saint-Sampson, un buque que echaba humo y que producia el efecto de un incendio dentro del mar; era el primer barco de vapor que surcaba las aguas de la Mancha.

Dicho buque, que el ódio y el desden del vulgo bautizó inmediatamente con el burlesco apodo de la Galeota de Lethierry, fué destinado desde luego á prestar un servicio regular desde Guernesey á Saint-Malo.

## IV.

### Continuacion de la historia de la utopia.

El éxito que obtuvo el referido buque se acogió desfavorablemente en la isla. Los patrones que hacian el viaje de la isla de Guernesey á la costa francesa pusieron el grito en el cielo. Denunciaron este atentado contra la Santa Escritura, y algunas iglesias fulminaron sus rayos contra él. Un reverendo, llamado Elilin, calificó el buque de vapor de *libertinaje*. El buque de vela fué declarado ortodoxo. Se vieron con claridad los cuernos del diablo en el testuz de los bueyes que el vapor traia y desembarcaba. Esta protesta duró bastante tiempo. Pero poco á poco fueron notando que los bueyes llegaban menos fatigados y se vendian á más precio; que era mejor su carne; que eran menores los riesgos marítimos para los hombres; que la trave-

sía era menos costosa, más segura y más breve; que se partia y se llegaba á hora fija; que como el pescado viajaba más de prisa, lo compraban más fresco, y que desde entonces podian despachar en los mercados franceses lo que les sobraba de las grandes pescas de Guernesey; que la manteca de las admirables vacas de Guernesey hacia los viajes con mayor rapidez y la solicitaban de muchos puntos, y en fin, que, gracias á la galeota de Lethierry, el viaje era seguro, habia regularidad en las comunicaciones, las idas y las vueltas eran fáciles y rápidas, se desarrollaba la circulacion, se multiplicaban las salidas de las mercancías y se extendia el comercio. Algunos despreocupados aplaudieron este adelanto. El señor Landoys, el escribano cartulario, concedió imparcialmente sus simpatías al buque, y eso que no queria bien á Lethierry, entre otras razones porque aunque era escribano de Saint-Pierre Port, era feligrés de Saint-Sampson, y en esta parroquia no habia más que dos hombres despreocupados, Lethierry y él. Era, por consiguiente, natural que se aborrecieran el uno al otro.

Esto no obstante, el señor Landoys tuvo la abnegacion de aplaudir el progreso del buque de vapor, y algunos otros se adhirieron á su opinion. Este hecho fué subiendo insensiblemente en la consideracion pública como una marea. El tiempo, el éxito contínuo y creciente y la evidencia del servicio que prestaba, como lo demostró el aumento del bienestar general, consiguieron que llegase un dia en que todo el mundo en la isla admirase la galeota de Lethierry, exceptuando unos cuantos sábios.

Actualmente la admirarian menos: aquel buque de vapor, construido hace cuarenta años, haria reir á nuestros actuales constructores. Aquella maravilla era deforme y defectuosa.

De los modernos buques de vapor trasatlánticos á los de ruedas, tambien de vapor, que hizo maniobrar Dionisio Papin en 1707, hay la misma diferencia que la que hay del navío de tres puentes *Montebello*, de doscientos piés de longitud y cincuenta de anchura, de entena mayor de quinientos piés, de tres mil toneladas, de mil y cien hombres de tripulacion, á la carabela danesa del siglo segundo, que se encontró cargada de hachas de piedra, de arcos y de mazas en las playas de Wester-Setrup, y se depositó en el ayuntamiento de Hensburgo.

Cien años de intervalo, desde 1707 á 1807, separan el primer buque de Papin del primer buque de Fulton. La galeota de Lethierry era indudablemente un progreso comparado con aquellos dos bocetos, pero ella era tambien un boceto, aunque magistral. Todo embrion de la ciencia presenta este doble aspecto: es monstruoso como feto y maravilloso como gérmen.

## V.

### El «Buque-Diablo».

La galeota de Lethierry no estaba arbolada segun las exigencias de los buques de vela, pero esto no era defecto, porque el barco tenia por motor el vapor, y el velámen solo era un accesorio; además de que el buque de ruedas es casi insensible á la accion de las velas. La galeota pecaba de corta, de redonda y de recogida; tenia exceso de mofletes y de caderas. No se atrevieron á hacerla ligera. Cabeceaba, arfaba poco, pero rodaba mucho; los tambores eran demasiado altos. Su mucha latitud no era proporcionada á su longitud. Su máquina maciza la agobiaba, y para poderla cargar bien era preciso levantar mucho las obras muertas, lo que la hacia casi adolecer de los efectos de las gabarras bastardas, cuyas obras muertas se han de quitar para darles condiciones marineras y de combate. Siendo corta debia virar con prontitud, hallándose el tiempo empleado en la evolucion en razon directo de la longitud del buque, pero su pesadez la privaba de esta ventaja que debia tener. Su costillaje era demasiado ancho y la entorpecia, porque sabido es que la resistencia del agua es proporcionada á la mayor seccion sumergida y al cuadrado de la velocidad del buque. La proa era vertical; esto actualmente no seria defecto, pero en aquel tiempo era costumbre invariable dar á la proa una inclinacion de cuarenta y cinco grados. Las corvas del casco estaban bien igualadas, pero no eran bastante largas respecto á la oblicuidad y respecto al paralelismo con el prisma de agua desalojado, el que solo debe rechazarse lateralmente. Cuando la mar estaba gruesa, la galeota echaba demasiada agua, lo que indicaba un vicio en el centro de gravedad. No estando colocada la carga donde era conveniente por el motivo del peso de la máquina, el centro de gravedad pasaba con frecuencia detrás del palo mayor, y en este caso solo podia

contarse con el vapor y desconfiar de la vela mayor, porque el efecto de ésta hacia arribar el buque á la banda en lugar de permitirle ceñir el viento. El gobernalle era el gobernalle antiguo, no de rueda como el actual, sino de palanca, y se volvia alrededor de sus goznes, unidos al estambor ó codaste, y se movia por medio de una vigueta horizontal que pasaba por debajo de los yugos principales. El buque tenia dos botes, que eran una especie de canoas, y cuatro anclas, la mayor, la segunda y dos anclas de horca. Estas cuatro anclas, todas con cadena, funcionaban por medio del cabestrante mayor de popa ó del pequeño de proa. Entonces el molinete de bomba no habia aun reemplazado al esfuerzo intermitente de la barra de espeque. No teniendo más que dos anclas de horca, no podia el buque fondear con bastante asiento. Las boyas eran normales, y estaban construidas de modo que, permaneciendo á flote, llevaban el peso del orinque. La chalupa tenia la dimension conveniente: era la verdadera lancha de auxilio del buque, y bastante fuerte para poder levar un ancla maestra. Consistia una de las novedades de la galeota, en que se hallaba en parte aparejada con cadenas, sin que esta circunstancia menoscabase la movilidad de las maniobras corrientes ni la tension de las maniobras durmientes. La arboladura era correcta, la cepilladura bien cerrada. Los tablones eran sólidos, pero groseros. El buque andaba con una velocidad de dos leguas por hora. Puesto en facha, se echaba perfectamente. Tal como era la galeota de Lethierry, resistia bien el mar; pero carecia de tajamar para dividir el líquido, y no se podia decir que tuviera buenas maneras. Se comprendia que en un peligro debia ser poco manejable. Producia el crujido de una cosa informe.

La galeota era, sobre todo, un recipiente, y, como todo buque destinado principalmente al comercio, estaba casi exclusivamente dispuesto para la estiva. Admitia pocos pasajeros. El transporte del ganado hacia la estiva muy difícil, porque se arrimaban los bueyes á la sentina, lo que producia complicaciones. Actualmente se les estiva sobre cubierta. Los tambores estaban pintados de blanco; el casco, hasta la línea de flotacion, de color de fuego, y todo el resto del buque de negro.

Vacío calaba siete piés y cargado catorce.

La máquina era poderosa. Tenia la fuerza de un caballo por cada tres toneladas, que es casi la fuerza de un remolcador. Las ruedas bien puestas, algo delante del centro de gravedad del buque. La máquina tenia una presion máxima de dos atmósferas. Gastaba mucho carbon, á pesar de ser de condensador y de fiador. Carecia de volante, por la instabilidad del punto de apoyo, y lo suplia, como se suple hoy, por medio de un doble aparato, que hace alternar dos manubrios fijos en las extremidades del árbol de rotacion y dispuestos de modo que uno se halla siempre en un punto fuerte cuando el otro está en un punto muerto. Toda la máquina descansaba sobre una sola plancha de fundicion, por cuya circunstancia, ni aun en el caso de grave avería podia haber golpe de mar que le quitase el equilibrio, y el casco deformado no podia deformar la máquina. Para que ésta fuese todavía más sólida, tenia colocado el contrapeso principal cerca del cilindro, que se transportaba desde el medio á la extremidad del centro de oscilacion. Posteriormente se han inventado los cilindros oscilantes, que permiten suprimir los contrapesos, pero entonces no se conocian. La caldera tenia tabiques y estaba provista de su correspondiente bomba. Las ruedas eran muy grandes, lo que le disminuia la fuerza, y la chimenea era muy alta, lo que aumentaba la atraccion del humo; pero la magnitud de las ruedas hacia que tomasen más agua, y la altura de la chimenea hacia que ésta tomase más viento. En aquel tiempo la máquina de la galeota parecia y era admirable.

Se forjó en Francia en el taller de fundicion de Berey. Mess Lethierry en parte la ideó; el mecánico que la compuso segun sus instrucciones murió á poco de terminarla, de modo que era una máquina única y de imposible reemplazo. Vivia el dibujante, pero faltaba el constructor. La máquina habia costado cuarenta mil francos.

El mismo Lethierry construyó la galeota en el astillero cubierto que está situado al lado de la primera torre, entre Saint-Pierre Port y Saint-Sampson. Fué á Bresna á comprar la madera, y empleó en su construccion toda su habilidad de calafate. Se reconocia su talento en el bordaje, cuyos tablones eran estrechos é iguales y estaban cubiertos de sarangusti, que es un betun de la India superior á la brea. El forro estaba claveteado y la coraza untada con gallegalle. Para

remediar en lo posible la redondez del casco, ajustó su botavante al bauprés, lo que le permitia añadir á la cebadera otra cebadera falsa.

El dia que se botó el barco al agua exclamó Lethierry:

—Ya me he salvado de la ruina!

La galeota, efectivamente, tuvo muy buen éxito.

Casualmente ó con intencion, fué botada al agua el 14 de Julio. Lethierry, de pié sobre cubierta entre los dos tambores, mirando al mar con fijeza, exclamó:

—Te ha llegado tu vez! ¡Los parisienses se han apoderado de la Bastilla; ahora, mar, me apodero yo de tí!

La galeota de Lethierry hacia todas las semanas el viaje desde Guernesey á Saint-Malo. Zarpaba el martes por la mañana y volvia el viernes por la tarde. Era de mayor casco que los buques mayores de cabotaje de todo el archipiélago, y como su capacidad estaba en razon directa de su dimension, cada uno de sus viajes valia, por su porte y por sus rendimientos, por cuatro viajes de un buque ordinario. Los beneficios que reportaba eran considerables. La reputacion de un buque depende de su estiva y Lethierry era un estivador admirable. Cuando ya no pudo embarcarse, dió sus instrucciones al marinero que se encargó del buque. A los dos años, la galeota producia limpias setecientas cincuenta libras esterlinas anuales, es decir, ocho mil francos. La libra esterlina de Guernesey vale veinticuatro francos, la de Inglaterra veinticinco y la de Jersey veintiseis.

## VI.

### Entrada de Lethierry en la gloria.

La galeota prosperaba. Mess Lethierry iba á llegar á ser señor don. En Guernesey hay varios escalones que subir para llegar hasta allí. El primer escalon es llamarse por el nombre á secas, Pedro, por ejemplo. El segundo escalon es ser el vecino Pedro. El tercero ser el tio Pedro. El cuarto ser el señor Pedro. El quinto ser don Pedro, y el último escalon ser el señor don Pedro.

Esta escala, que nace de la tierra, continúa en el mar. Toda la gerarquía de Inglaterra se escalona en ella. Esta escala sube desde el pueblo á la clase media, desde la clase media á la nobleza, desde la nobleza á la pairía y desde la pairía al trono.

Mess Lethierry llegó á ser algo, gracias á que su empresa llegó á feliz término, esto es, gracias á la máquina de vapor.

Para construir la galeota tuvo que tomar dinero prestado; contrajo deudas en Bresna y en Saint-Malo, pero iba amortizándolas anualmente.

Además, compró á crédito, en la entrada del puerto de Saint-Sampson, una elegante casa de piedra, nueva, situada entre el mar y un jardin, que en uno de sus ángulos tenia este letrero: *Las Bravées.*

La casa de las Bravées, cuya fachada interior formaba parte de la muralla del puerto, era notable por la doble fila de ventanas, que por la parte del Norte daban á un cercado lleno de flores y por la parte del Sur al Océano; de modo que aquella casa tenia una fachada frente á las tempestades y otra frente á las flores. Las dos fachadas parecian hechas exprofeso para sus dos habitantes; Mess Lethierry y miss Deruchette.

La casa de las Bravées era popular en Saint-Sampson, porque su dueño lo era. La popularidad de éste procedia de su bondad, de su desprendimiento y de su valor; de haber salvado la vida á muchos hombres y de la circunstancia de haber dado al puerto de Saint-Sampson el privilegio de las salidas y entradas del buque de vapor. Viendo que el Debil-Boat era un buen negocio, Saint-Pierre, la capital, lo reclamó para su puerto; pero Mess Lethierry quiso permanecer en Saint-Sampson, que era su ciudad natal. Así adquirió gran popularidad en la isla. Su cualidad de propietario contribuyente le convirtió en lo que se llama en Guernesey un ciudadano. Le declararon prohombre. El pobre marinero subió cinco escalones de los seis de que consta el órden social guernesiano, y estaba próximo á asaltar el sexto.

Mess Lethierry desdeñaba, ó tal vez no conocia, el lado vanidoso de la sociedad. Su única satisfaccion se cifraba en saber que la era útil: ser popular le halagaba menos que ser necesario. No sentia, como hemos dicho ya, más que dos amores, y, por consiguiente, dos ambiciones. *Duranda* y Deruchette. Puso dos números á la lotería del mar y le tocó el premio gordo. El premio gordo para él era la *Duranda* navegando.



LETIERRY ESCLAMÓ: AHORA, MAR, ME APODERO DE TI

## VII.

### El mismo padrino y la misma patrona.

En cuanto Lethierry acabó de construir su galeota, le puso por nombre *Duranda*. Así la llamaremos en lo sucesivo.

*Duranda* y Deruchette son el mismo nombre. Deruchette es el diminutivo de Duranda, diminutivo muy usado en el Oeste de Francia. Los santos en sus aldeas llevan con frecuencia este nombre, con todos sus diminutivos y aumentativos. Se cree que son varios nombres, pero siempre es uno mismo. Las identidades de patrones y patronas, bajo nombres diferentes, no son raras. Lise, Lisette, Lisa, Elisa, Isabel, Lisbeth, Betsi, todo esto significa Elisabeth.

Santa Duranda es una santa del Angoumois y de la Charente. ¿Era ó no conforme á las reglas? Que lo averigüen las personas competentes. Nosotros solo diremos que, correcta ó no, tenia capillas.

Cuando Lethierry era jóven marinero y se encontraba en Rochefort, conoció á esa santa, probablemente en el nombre de la persona de alguna jóven del pais, que pudo ser muy bien la modistilla de manos y de uñas bonitas. Recordó bastante ese nombre para bautizar con él á lo que más amaba en el mundo, para llamar *Duranda* á la galeota y Deruchette á la niña.

Era padre de la primera y tio de la segunda.

Deruchette era hija de un hermano suyo y huérfana de padre y madre.

Reemplazó á los dos Lethierry, adoptándola.

Deruchette era, pues, su sobrina y su ahijada. La sacó de pila, le encontró una patrona, Santa Duranda, y un pronombre, Deruchette. Esta, como dijimos, nació en Saint-Pierre Port y estaba inscrita con la fecha correspondiente en el registro de la parroquia.

Mientras la sobrina fué niña y el tio pobre, nadie hizo caso de ella; pero cuando la niña se convirtió en *miss* y el marinero fué casi un *gentleman*, Deruchette llamó la atencion. El nombre chocó tanto, que algunos le preguntaban á su tio por qué se llamaba Deruchette, y el tio les respondia: *Porque le he querido poner ese nombre.* Trataron muchas veces que la cambiase el nombre, pero Lethierry no quiso nunca. Un dia una mujer de la *high life* de Saint-Sampson, casada con un herrero rico retirado ya, le dijo á Lethierry:—De hoy en adelante llamaré á vuestra hija *Nancy.*—Pues mi hija no responderá á semejante nombre, contestó él.

Se engañaria el que dedujese de lo que acabamos de decir que Lethierry no queria casar á su sobrina. Queria casarla, pero á su gusto. Estaba empeñado en que diese la mano á un hombre parecido á él, que trabajase mucho, para que ella no hiciera nada. Le gustaban las manos negras en el hombre y blancas en la mujer. Para que su sobrina no se las echase á perder, la educó como una señorita. Le puso maestro de música, un piano, una pequeña biblioteca, y tambien hilo y agujas en un canastillo de labor. Deruchette tenia más aficion á leer que á coser, y más aficion á la música que á la lectura. Mess Lethierry deseó que fuera así. Solo queria que fuera hermosa. La educó más para ser flor que para ser mujer: esto lo comprenderá con facilidad todo el que haya estudiado á los marinos. Los hombres rudos se apasionan de todo lo delicado. Para que la sobrina realizase el ideal del tio, era necesario que éste fuera rico; á eso aspiraba Lethierry y con ese objeto explotaba su máquina marítima. La *Duranda* tenia que constituir la dote de Deruchette.

## VIII.

### El aire escocés Bonny Dundée.

Deruchette ocupaba la habitacion más bonita de las Bravées, que era un aposento con dos ventanas, con muebles de caoba y una cama con pabellon verde y blanco, que tenia vistas al jardin y á la elevada colina donde está situado el castillo del Valle. Al otro lado de esta colina estaba el Bú de la Calle.

En este aposento tenia Deruchette sus papeles de música y el piano. Se acompañaba al piano cantando su cancion favorita, la melancólica melodía escocesa *Bonny Dundée*, que entonaba con singular expresion. Cuando Deruchette tocaba al piano, los que pasaban por la falda de la colina se paraban muchas veces á la parte de fuera de la tapia del jardin, al oir cantar con su voz tan fresca aquella cancion tan triste.

Deruchette era la alegría de la casa y hacia reinar en ella primavera perpétua. Era bella, pero más que bella hermosa, y más que hermosa gentil. Recordaba á

los viejos pilotos camaradas de Lethierry cierta princesa de cierta cancion de soldados y marineros, que era tan hermosa, *que pasaba por tal en el regimiento.* Lethierry decia: "Mi sobrina tiene una cascada de cabellos.„

Desde la infancia fué hechicera. Durante mucho tiempo creyeron que la desgraciaria la nariz, pero el crecimiento y el desarrollo desmintieron este recelo. Su nariz ni se prolongó ni se acortó demasiado, y cuando llegó á la juventud adquirió hermosa forma.

A su tio le llamaba siempre padre. Éste le consentia que se dedicase á la jardinería, y ella misma regaba los cuadros de su jardin, llenos de rosas de Alejandría, de dalias de mil colores y de otras flores de varias clases. Como todos los guernesianos, tenia áloes y cactos expuestos al aire libre, y, lo que es más difícil, logró cultivar la potentila de Nepaul. Su huerta estaba ingeniosamente ordenada: hacia que se sucediesen en ella las espinacas á los repollos y los guisantes á las espinacas; solia sembrar coliflores de Holanda y berzas de Bruselas, que trasplantaba en Julio; nabos en Agosto, achicorias rizadas en Setiembre, pasticanas redondas en otoño y rábanos en invierno. Su tio la dejaba hacer, con tal de que manejase poco la azada y la mielga y con tal de que ella no abonase la tierra. La puso dos criadas, que se llamaban Gracia y Dulce, que son dos nombres bastante comunes en Guernesey.

El cuarto de Lethierry consistia en un pequeño gabinete, que tenia vista al puerto y se comunicaba con la sala de la planta baja, que era donde se abria la puerta de entrada, y era el punto en que confluían las varias escaleras de la casa. El mueblaje se reducia á una hamaca, á su cronómetro y á su pipa. En el cuarto solo habia una mesa y una silla. El techo, que enseñaba las vigas, estaba blanqueado con cal, lo mismo que las cuatro paredes; á la derecha de la puerta pendia de un marco el grabado del archipiélago de la Mancha, que era un hermoso mapa; y á la izquierda colgaba en la pared, de otros clavos, uno de esos grandes pañuelos de algodon, en los que están pintados los pabellones de toda la marina del globo, que tienen en las cuatro puntas las banderas de Francia, de Rusia, de España y de los Estados Unidos de América, y en el centro la Union Jask de Inglaterra.

Dulce y Gracia eran dos mujeres como las demás, diciendo esto en el buen sentido de la palabra. Dulce no era mala y Gracia no era fea. No eran enteramente indignas de sus nombres peligrosos. Dulce no era casada, pero tenia un galan. Esta palabra en las islas de la Mancha está admitida y el hecho tambien. Las dos jóvenes servian como sirven las criadas, esto es, con una dejadez propia de las criadas normandas en el archipiélago. Gracia, amiga de devaneos y bonita, contemplaba sin cesar el horizonte con la inquietud del gato. Consistia esto en que, teniendo un galan, como Dulce, tenia además, segun se murmuraba, un marido marinero, cuyo regreso temia; pero esto no nos importa. La diferencia entre Gracia y Dulce consistia en que en casa menos austera y menos inocente, Dulce hubiera seguido siendo fámula y Gracia hubiera llegado á ser confidente. Sirviendo á una niña cándida como Deruchette, los talentos posibles de Gracia se perdian. Por otra parte, los amores de Dulce y de Gracia eran latentes. Ni sabia nada de ellos Lethierry, ni los adivinaba Deruchette.

La sala de la planta baja era una especie de alhóndiga con chimenea, rodeada de bancos y de mesas, y sirvió en el siglo pasado de punto de reunion á un conventículo de refugiados franceses protestantes. La pared de piedra sin pintar ostentaba un cuadro con marco de madera negra, que encerraba un cartelon de pergamino, en el que se referian las proezas de Benigno Bossuett, obispo de Meaux. Algunos pobres diocesanos, que dicho obispo persiguió cuando la revocacion del edicto de Nantes, cuando encontraron asilo en Guernesey, colgaron aquel cuadro en la pared. El que podia descifrar los garabatos, escritos con tinta que ya se habia vuelto amarilla, leia los siguientes hechos, poco conocidos:

"El 29 de Octubre de 1685 se demolieron los templos de Mocet y de Nanteuill, que solicitó del rey el obispo de Meaux.„

"El 2 de Abril de 1686 fueron arrestados Cochart, padre é hijo, por causa religiosa, á instancias del señor obispo de Meaux. Habiendo abjurado, los pusieron en libertad.„

"El 28 de 1699, el señor obispo de Meaux envió á Pontchartrain una Memoria encaminada á demostrar que debian encerrarse á las jóvenes de Chalaudes y de Neuville, que perteneciesen á la religion reformada, en la casa de las Nouvelles-Catholiques de Paris.„

En el fondo de la sala inmediata á la

puerta del cuarto de Lethierry habia una especie de trinchera de tablas, que sirvió de púlpito á los hugonotes, y que en la actualidad la habian convertido, por medio de una verja, en despacho del buque de vapor, de cuyo despacho se encargaba Mess Lethierry en persona. Sobre el viejo pupitre de encina, un libro, registro compaginado, que llevaba en el márgen Debe y Haber, habia reemplazado á la Biblia.

## IX.

### El hombre que habia adivinado á Rantaine.

Mientras Lethierry pudo navegar dirigió la *Duranda*, de la que era el único piloto y capitan; pero cuando le sobrevinieron los achaques, tuvo que nombrarse un sustituto. Eligió para este empleo al señor Clubin de Torteval, que era hombre que hablaba poco y que gozaba en toda la costa fama de severa probidad. Era el *alter ego* y el vicario de Mess Lethierry.

El señor Clubin, aunque tenia más facha de notario que de marinero, era un marino capaz y raro. Tenia todos los talentos que necesita el riesgo perpétuamente transformado. Era estivador hábil, gaviero meticuloso, contramaestre celoso y conocedor, timonel robusto, piloto inteligente y atrevido capitan. Era prudente, y algunas veces llevaba la prudencia hasta la osadía, lo que es excelente condicion para el mar. El temor de lo probable lo templaba en él el instinto de lo posible. Era uno de esos marinos que afrontan el peligro en una proporcion que ellos conocen y que saben sacar partido de todos los accidentes. Poseia toda la seguridad que el mar puede tener para el hombre. Era además nadador famoso; pertenecia á la raza de hombres que son maestros en la gimnasia de las olas y que pueden permanecer en el agua el tiempo que quieren; de esos hombres que hacen largos viajes á nado. Nació en Torteval, y se contaba de él que atravesaba con frecuencia nadando, desde el peligroso trayecto de los Hanois, hasta la punta de Pleynmont.

Una de las circunstancias que recomendaron especialmente Clubin á Mess Lethierry, fué la de haber penetrado en el fondo de Rantaine y haber indicado al dueño de la *Duranda* la falta de probidad de su asociado, diciéndole: *Rantaine os robará*. Así fué en efecto. Más de una vez en negocios poco importantes puso á prueba la honradez del señor Clubin; le experimentó, y luego le confiaba todos sus asuntos. Tenia en él seguridad completa.

## X.

### Relaciones de largos viajes.

Lethierry llevaba casi siempre su traje de á bordo; le incomodaban los demás, y hasta preferia el traje de marinero al de piloto, lo que hacia poner mal gesto á Deruchette. Es agradable ver que se encolerizan las fisonomías graciosas. Deruchette le reñia sonriéndose:—Padre mio, oleis á brea.—Diciendo esto le golpeaba ligeramente en el hombro.

El viejo héroe del mar habia traido de sus viajes relatos sorprendentes. Vió en Madagascar plumas de ave tan grandes, que tres bastaban para cubrir el techo de una casa. Habia visto en la India tallos de acedera que tenian nueve piés de altura. Habia visto en la Nueva Holanda bandadas de pavos y de gansos, que conducia y guardaba un perro de pastor, que era un pájaro, que allí llamaban Aganis. Habia visto cementerios de elefantes. Habia visto en Africa gorillas, que son una especie de hombres-tigres, de siete piés de estatura.

Conocia las costumbres de todos los monos, desde el macaco salvaje hasta el macaco hablador. En China habia visto una macuca que enternecia á los cazadores, enseñándoles sus hijuelos. Habia visto en California el tronco de un árbol hueco y derribado, en cuyo interior un hombre á caballo podia dar ciento cincuenta pasos. Habia visto en Marruecos á los morabitas y los brikris batirse con matraks y barras de hierro, por haber los brikris sido tratados de *kelb*, que quiere decir perros, y por haber los morabitas sido tratados de *khams*, que quiere decir gente de la quinta secta. Habia visto en la China cortar en pedacitos menudos al pirata Chant-Hung-qunanlarh-Qoni, por haber asesinado al ap de una aldea. En Thu-danmot habia visto cómo un leon se llevaba una vieja del mercado de la ciudad. Habia asistido á la llegada de la gran serpiente, que desde Cantin venia á Saigon para celebrar en la pagoda de Cholen la fiesta de la diosa de los navegantes. En el Rio Janeiro vió que elegantes brasileñas se ponian por la noche en el cabello unas burbujitas de gasa, que contenia

cada una de ellas un cocuyo, que es una especie de luciérnaga ó insecto fosforescente, y parecia que llevaban un tocado de estrellas. En la orilla del rio Arinos, en los bosques vírgenes al Norte de Diamantins, habia comprobado la existencia del pueblo de los murciélagos, que son hombres que nacen con el cabello blanco y los ojos colorados, que habitan en bosques sombríos, duermen de dia y se despiertan de noche, pescan y cazan en la oscuridad y tienen más vista cuando no brilla la luna.

Historias tan verdaderas, que se parecian á cuentos, entretenian y divertian á Deruchette.

La *muñeca* de la *Duranda* era el lazo que unia el buque á la jóven. Llaman muñeca en las islas normandas al mascaron tallado en la proa, que es una estátua de madera, esculpida más ó menos artísticamente. Deruchette tenia gran afecto al mascaron de la *Duranda*, porque Lethierry encargó al carpintero que lo hiciese parecido á su sobrina. El carpintero hizo lo que pudo, pero pudo muy poco, porque el mascaron en nada se parecia á una jóven hermosa. Sin embargo, ilusionaba á Lethierry, que lo veia con la contemplacion del creyente y se estasiaba en su presencia, reconociendo en él el busto de Deruchette. Semejante es á éste el parecido del dogma á la verdad y el del ídolo á Dios.

Mess Lethierry recibia dos alegrías cada semana; una el martes y otra el viernes. La primera la motivaba la partida de la *Duranda* y la segunda su regreso. Se apoyaba de codos sobre la ventana, contemplaba su obra y era feliz. Algo de eso hay en el Génesis. *Y vió lo que era bueno.*

La presencia de Lethierry en su ventana los viernes equivalia á una señal. Cuando se asomaba encendiendo la pipa, la gente decia:—"Ya viene el buque de vapor." Un humo anunciaba á otro.

Cuando llegaba al puerto la *Duranda*, anudaba el cable debajo de las ventanas de Lethierry á una gran argolla de hierro, fija en el basamento de las Bravées. Esas noches Lethierry disfrutaba apacible sueño en la hamaca, pensando que á un lado tenia á Deruchette dormida y al otro lado á *Duranda* amarrada.

El amarradero de la *Duranda* estaba cerca de la campana del puerto. Habia allí un pequeño malecon, el cual, lo mismo que las Bravées, la casa y el jardin, han desaparecido ya actualmente. La explotacion del granito de Guernesey hizo vender aquellos terrenos: hoy lo ocupan canterías de picapedreros.

## XI.

### Ojeada sobre los maridos eventuales.

Deruchette crecia y no se casaba. Dándole educacion de señorita, Mess Lethierry la habia hecho muy difícil. Esta clase de educaciones se vuelven más tarde contra la persona que la recibe.

Pero Mess Lethierry era aun más difícil de contentar. El marido que deseaba encontrar para Deruchette habia de ser tambien hasta cierto punto marido de la *Duranda*. Deseaba casar de una vez á sus dos hijas, y pretendia que el que guiase la una fuese tambien el piloto de la otra. Porque, ¿qué es el marido más que el capitan de un viaje? ¿Por qué no dar el mismo patron á la hija y al buque? El matrimonio obedece á las mareas. El que sabe dirigir un barco sabe dirigir una mujer. Uno y otra están sujetos á la luna y al viento. Teniendo el señor Clubin quince años menos que Lethierry, solo podia ser para *Duranda* un patron provisional; necesitaba encontrar un piloto jóven, un patron definitivo, el verdadero sucesor del fundador y del inventor. El piloto definitivo de *Duranda* debia ser hasta cierto punto yerno de Mess Lethierry. ¿Por qué no fundir los dos yernos en uno? Acariciaba esta idea. Veia, como su sobrina, aparecer en sus sueños un prometido, cuyo ideal era un gaviero robusto, tostado y brusco, un atleta del mar; pero el ideal de Deruchette no era éste; su ideal era un sueño de color de rosa.

De todos modos, el tio y la sobrina parecia que estaban acordes en no tener prisa. Cuando creyeron á Deruchette rica heredera, se presentaron muchos aspirantes á marido. Estas solicitudes apremiantes no son siempre de buena calidad. Lethierry lo comprendia, y solia decia: "Novia de oro, novio de cobre." Por eso despedia á los pretendientes, y tio y sobrina continuaban esperando.

Mess Lethierry no aspiraba á aliarse con la aristocracia; era un inglés inverosímil. Cuesta trabajo creer que llegó á rehusar para Deruchette partidos tan excelentes como los que le ofrecian un Gauduel, de Jersey, y un Bucuet-Nicolin, de Serk. Hasta se atrevieron á afirmar que no quiso aceptar una propo-

sicion procedente de la aristocracia de Auriny, y que habia desatendido la de un miembro de la familia de Edou, que evidentemente descendia de Eduardo el Confesor.

## XII.

### Excepcion en el carácter de Lethierry.

Tenia un gran defecto; odiaba á los sacerdotes.

Un dia, leyendo en Voltaire estas palabras: "Los curas son gatos„, dejó el libro y refunfuñó á media voz:—Pues si ellos son gatos, yo soy perro.

Debemos recordar, que cuando creó el Debil-Boat local, los curas luteranos y calvinistas le combatieron con empeño y le persiguieron todo lo que pudieron. Ya dijimos tambien que era temeridad condenable ser revolucionario en la navegacion, procurar que progresase el archipiélago normando y hacer tragar á la isla de Guernesey la nueva invencion. Por eso el clero le condenó. Nos referimos al clero antiguo, no al actual, que hoy en casi todas las Iglesias locales tiene tendencia liberal hácia el progreso. Pusiéronle muchas trabas á Lhetierry, y le opusieron toda la cantidad de obstáculos de que son capaces las pláticas y los sermones. Como los eclesiásticos le detestaban, él los detestaba tambien; el ódio de ellos era circunstancia atenuante del suyo.

Debemos, sin embargo, confesar que su aversion á los sacerdotes era idiosincrática. No tenia necesidad de que le odiasen para odiarles. Estaba contra ella por sus ideas y por su instinto. Entreveia que escondian las uñas y les enseñaba los dientes. Pero hay que convenir en que se los enseñaba á tontas y á locas y no siempre con oportunidad. Es injusto no distinguir. Los ódios que se profesan en globo no son racionales. Lethierry no hubiera sido indulgente ni con el mismo vicario saboyano. No sabemos si en su concepto habia un solo cura que fuese bueno. A fuerza de ser filósofo, perdia gran parte de su discrecion. Existe la intolerancia de los tolerantes, como existe la rabia de los moderados; pero Lethierry era tan bondadoso que no podia odiar verdaderamente. Rechazaba más que atacaba. Se mantenia á cierta distancia de las gentes de iglesia. Iban contra él y se limitaba á no quererlas. La diferencia entre su ódio y el de los curas consistia en que el de éstos era animosidad y el suyo antipatía.

Tan pequeña como es la isla de Guernesey, tiene sitio para dos religiones. Se profesan en ella la religion católica y la religion protestante; pero no las encierra la misma iglesia: cada culto tiene su templo ó su capilla particular. En Alemania, por ejemplo en Heidelberg, no se andan con tantos miramientos; dividen la iglesia en dos, la mitad para San Pedro y la otra mitad para Calvino; entre las dos mitades se levanta un tabique para prevenir disputas; los católicos tienen tres altares, los hugonotes otros tres, y como se oficia á las mismas horas, la campana única llama á los fieles á un mismo tiempo á diferentes ceremonias; llama al mismo tiempo á Dios y al diablo. Este es un sistema de simplificacion.

La flema alemana consiente esas aproximaciones. En Guernesey cada religion tiene su templo. Existe la parroquia ortodoxa y la parroquia herética, y se puede escoger. Mess Lethierry no iba á una ni á otra. Este marinero, obrero, filósofo y aventurero del trabajo, que aparentemente era sencillo, no lo era tanto en el fondo. Tenia sus contradicciones y sus terquedades. Respecto á los clérigos era inflexible. Se permitia las bromas más intempestivas. Tenia dichos que le eran propios, estrafalarios, pero que tenian sentido. A ir á confesarse llamaba: "Ir á desenredar la conciencia„.

Tenia poca instruccion literaria y cometia muchas faltas de ortografía.

Su antipapismo no le captaba la benevolencia de los anglicanos. No le querian más los rectores protestantes que los curas católicos. Hasta cuando se trataba de los dogmas más graves, su falta de religion se manifestaba casi sin recato. Oyó por casualidad un sermon que sobre el infierno predicó el reverendo Jaquemin Hérode, cura protestante, sermon magnífico, salpicado de textos sagrados, para probar las penas eternas, los suplicios, los castigos inexorables, las quemas perpétuas, la cólera de la Omnipotencia, las venganzas divinas, todas estas cosas incontestables, y se le oyó decir en voz baja al salir del templo con uno de los fieles:—Qué quereis! Yo tengo otra idea. Yo creo que Dios es bueno.

Adquirió esa levadura de ateismo durante su residencia en Francia. Aunque guernesiano, y guernesiano de pura san-

gre, le llamaban en la isla el francés, por su carácter *improper*. Él no ocultaba que estaba impregnado de ideas subversivas: su tenacidad en construir el buque de vapor lo probaba completamente. Decia: *Me ha amamantado el 89*. El 89 era una nodriza que no podia dar buena leche.

Además cometia contrasentidos. Es muy difícil no malearse en las pequeñas poblaciones. En Francia hay que guardar las apariencias, en Inglaterra hay que ser respetable; la tranquilidad de la vida solo se consigue á ese precio. Ser respetable implica multitud de observancias, desde santificar el domingo hasta ponerse bien la corbata. No hacerse señalar con el dedo es otra de estas observancias. Ser señalado con el dedo es el diminutivo del anatema. Las aldeas, que son nidos de comadrería, se distinguen en esa malignidad aisladora, que es la maldicion vista por el pequeño agujero del anteojo. Hasta los más osados temen los chismes de vecindad; el que desafía la metralla y el huracan retrocede ante ellos. Lethierry era más terco que lógico, y esto no obstante, su tenacidad se doblaba bajo la presion del *qué dirán?* Echaba agua en su vino, y esta frase es una locucion preñada de concesiones latentes y algunas veces repugnantes.

Se separaba de los hombres del clero, pero no les cerraba resueltamente la puerta. En actos oficiales y en las épocas de visitas pastorales, recibia con suficiente urbanidad lo mismo al rector luterano que al capellan papista. Acompañaba á Deruchette á la parroquia anglicana cuando ella iba, que eran las cuatro grandes solemnidades del año.

En resúmen: esos compromisos le molestaban y le irritaban, y en vez de inclinarle hácia las gentes de iglesia, hacian que les tuviera más aversion. Tomaba sus represalias multiplicando sus burlonas chanzonetas. Este hombre sin hiel no tenia otras asperezas, pero no habia medio de corregírselas. Este era su temperamento y habia que dejarle estar.

El clero en masa le desagradaba y lo veia con irreverencia revolucionaria. No sabia distinguir entre las formas del culto. Su miopía en esta materia llegaba al extremo de no ver la diferencia que hay entre un ministro de la religion y un abate. Confundia á un reverendo doctor con un reverendo padre. Decia: *Weley no vale más que Loyola*. Cuando veia pasar á un pastor con su mujer, volvia la cabeza al otro lado. *¡Un cura casado!* decia, con la entonacion absurda que esas dos palabras juntas tenian en Francia en aquella época. Referia que en su último viaje á Inglaterra habia visto á la arzobispa de Lóndres. Sus rebeliones contra este género de enlaces le hacian montar en cólera.—"¡Un traje talar no se debe casar con otro traje talar!„ exclamaba. El sacerdocio le causaba el efecto de un sexo. Hubiera dicho de buena gana:—"No es hombre ni mujer, es sacerdote.„ Aplicaba con mal gusto los mismos epítetos desdeñosos al clero papista que al clero anglicano; envolvia las dos sotanas en la misma fraseología, sin tomarse la molestia de parodiar, respecto á los clérigos católicos y luteranos, las metonimias soldadescas que se usaban en aquel tiempo. Decia á Deruchette:—*Cásate con quien quieras, como no sea con un solideo.*

## XIII.

### La frivolidad forma parte de la gracia.

Cuando Lethierry decia una palabra la tenia siempre presente; cuando Deruchette la decia la olvidaba: en esto se diferenciaban el tio y la sobrina.

Deruchette, que fué educada como ya sabemos, se habia acostumbrado á no tener responsabilidad. Insistimos en que hay más de un peligro latente en la educacion que no se dá con bastante seriedad. Querer hacer felices á los hijos demasiado pronto es tal vez una imprudencia.

Deruchette creia que estando ella contenta todo iba bien.

Comprendia, además, que su tio se alegraba de verla alegre. Con leve diferencia, sus ideas eran las mismas que las de Lethierry. Su religion se daba por satisfecha con ir á la parroquia cuatro veces al año.

Ignoraba todo lo que sucedia en la vida. Poseia todo lo necesario para llegar un dia á enloquecer de amor; entre tanto estaba alegre.

Cantaba sin pensar que cantaba, hablaba sin ton ni son, vivia por vivir, soltaba una palabra y se iba, hacia algo y huia. Era embelesadora. Unid á estos encantos el que dá la libertad inglesa. En Inglaterra los niños van solos, las jóvenes solteras tambien. Tales son las costumbres. Andando el tiempo, las solteras libres se convierten en esposas esclavas. Tomamos aquí estas dos pala-

bras en su buena acepcion: libres en el desarrollo, esclavas de su deber.

Deruchette se levantaba todas las mañanas sin tener conciencia de sus acciones del dia anterior.

Se la pondria en un apuro si se la preguntase qué es lo que hizo la semana pasada, pero esto no la impedia experimentar en ciertas horas de turbacion misterioso malestar, y sentir pasar algo sombrío sobre su expansion y su alegría. Los espacios azules tambien tienen nubes, pero estas nubes se desvanecen pronto. Las veia desvanecerse sonriendo, no comprendiendo por qué habia estado triste, ni tampoco por qué se encontraba ahora tranquila. Jugueteaba con todo; su travesura picoteaba á los transeuntes. Se burlaba de los jovenzuelos. Si á su paso se hubiera encontrado con el diablo, indudablemente le hubiera hecho una mueca. Era hermosa, y al mismo tiempo tan inocente, que abusaba de su inocencia. Daba una sonrisa como un gatito dá un zarpazo, y en seguida ya no se acordaba del que habia arañado. El dia de ayer no existia para ella; vivia en la plenitud del dia de hoy. Esto era un exceso de felicidad.

En Deruchette se desvanecia el recuerdo como la nieve se derrite.

# LIBRO CUARTO

## El bug-pipe.

### I.

**Primeros resplandores de una aurora ó de un incendio.**

Gilliatt no habia hablado nunca á Deruchette. La conocia por haberla visto de lejos, como se vé la estrella de la mañana.

En la época en que Deruchette encontró á Gilliat en el camino que vá desde Saint-Pierre Port á Valle, y él la sorprendió escribiendo su nombre sobre la nieve, ella tenia diez y seis años. Precisamente el dia anterior le habia dicho su tio:

—No hagas más travesuras, que ya eres una mujer.

El nombre *Gilliatt*, que escribió esa niña, cayó en desconocida profundidad.

Qué eran las mujeres para Gilliatt? Él mismo no lo sabia. Cuando encontraba alguna, la causaba miedo y él tambien lo tenia. No hablaba á ninguna mujer más que por completa necesidad. Jamás fué el galan de ninguna campesina. Cuando iba solo por un camino y veia venir hácia él á una mujer, saltaba la tapia de un jardin, ó se escondia entre las malezas. Huia hasta de las viejas. En toda su vida solo habia visto una parisiense; una parisiense de paso, que era extraño acontecimiento en Guernesey en aquella época. Gilliatt la oyó referir sus desventuras en los siguientes términos:

—"Estoy de mal humor; me han caido algunas gotas de lluvia en el sombrero, que es de color de albaricoque, y este color es tan delicado, que el agua lo mancha.„

Más tarde encontró entre las páginas de un libro antiguo "una dama de la calzada de Antin„, vestida de lujo, y lo pegó en la pared de su huerto para recordar la aparicion. En el verano, por las tardes, se escondia detrás de las rocas de la rada Houmet-Paradis para ver cómo se bañaban en el mar, en camisa, las hijas del pais. Un dia, escondido tras un seto, vió cómo la hechicera de Torteval se ataba la liga. Probablemente era vírgen.

La mañana del primer dia de *Navidad* (1), en que encontró á Deruchette, y ésta, sonriéndose, escribió su nombre, Gilliatt entró en su casa sin saber por qué habia salido. Aquella noche no durmió. Pensó en mil cosas; en que debia cultivar reponches negros en su jardin; en que no habia visto pasar al buque de Lerk; en que habia visto siemprevivas en flor, cosa rara en aquella estacion. Nunca supo de un modo concreto el lazo de parentesco que le unia á la anciana mujer que habia muerto, y se acordó de ella con más ternura que nunca. Recordó que encerraba un ajuar de mujer la maleta de cuero. Pensó que el reverendo Jaquemin Hérode le nombrarian de un dia á otro dean de Saint-Pierre Port, auxiliar del obispo, y que el rectorado de Saint-Sampson quedaria vacante.

Pensó que un dia despues de Navidad la luna se halla en su vigésimo-séptimo dia, y que por consiguiente la marea alta es á las tres y veinticinco minutos, la media retirada á las siete y quince, la marea baja á las nueve y treinta y tres, y la media subida á las doce y treinta y nueve.

(1) En Guernesey y demás islas del archipiélago de la Mancha, los protestantes celebran el dia de Navidad el primer dia del año.

Recordó con todas sus más minuciosas circunstancias el traje del highlander que le vendió el bug-pipe, el sombrero adornado con un cardo, el caymore, el vestido ceñido con faldones cortos y cuadrados, el scilter philaberg, adornado con el bolso sporran y con smushing-mull (caja de cuerno); el alfiler hecho de piedra escocesa, los dos cintos, la sash-wise y el belts, la espada (el swond), el machete (el dirck), y el skene dhu (cuchillo negro con mango del mismo color), armado de dos cairgornus, y las rodillas desnudas de aquel soldado, las medias, las pulseras y los zapatos con hebillas. Con ese traje se convirtió en espectro, que le persiguió, le dió calentura y le amodorró. Se despertó ya muy entrado el dia, y lo primero que pensó fué en Deruchette.

Al dia siguiente durmió, pero toda la noche estuvo viendo al soldado escocés. Soñó tambien con el viejo rector Jaquemin Hérode. Al despertar pensó en Deruchette, y concibió contra ella violenta cólera; sintió no ser ya niño, porque hubiera ido á romper á pedradas los cristales de su casa. Despues reflexionó que si fuese niño aun tendria madre, y se echó á llorar.

Se formó el proyecto de ir á Chousey ó á los Niquiers á pasar allí tres meses; pero, sin embargo, no fué.

No volvió á pasar por el camino que desde Saint-Pierre Port se dirige á Valle.

Se figuraba que su nombre Gilliatt se habia quedado grabado en tierra sobre la nieve y que todos los transeuntes lo leerian.

## II.

### Entrada paso á paso en lo desconocido.

En cambio iba todos los dias á las Bravées. No lo hacia exprofeso, pero iba siempre por allí. El camino que llevaba le obligaba á pasar por el sendero que seguia á lo largo de la tapia del jardin de Deruchette. Una mañana, encontrándose en el referido sendero, oyó que una mujer del mercado, que pasaba cerca de él, le decia á otra:—*Mess Lethierry tiene aficion á los seakales.* Desde entonces destinó una parte de su jardin del Bú de la Calle al cultivo de seakales, que son una especie de coles que tienen sabor á espárragos.

La tapia del jardin de las Bravées era muy baja; de un salto se podia pasar al otro lado. La idea de asaltar el jardin le parecia espantosa. Pero no se le prohibia oir al pasar, como las oia todo el mundo, las voces de las personas que hablaban en las habitaciones ó en el jardin. No escuchaba, pero oia. Una vez oyó disputar á las dos criadas, Dulce y Gracia. La disputa la entablaban en la casa, y sin más razon que ésta, le quedó en el oido como una música.

Otra vez distinguió una voz que no se parecia á las dos anteriores; debia ser la de Deruchette. Entonces huyó.

Las palabras que esta voz habia pronunciado quedaron eternamente grabadas en su memoria. Eran las siguientes: *Quereis barrer mi cuarto?*

Poco á poco se fué haciendo más audaz, hasta que se atrevió á pararse delante del jardin. Un dia Deruchette, que él no podia ver desde fuera aun estando abierta la puerta de su cuarto, se sentó al piano y estaba cantando la cancion escocesa; Gilliatt palideció, pero tuvo la suficiente firmeza para quedarse escuchando.

Un dia de primavera, Gilliatt se apercibió de que el cielo se abria y se le aparecia una vision: vió á Deruchette que estaba regando las lechugas.

Luego Gilliatt hizo más que pararse; se dedicó á observar las costumbres de Deruchette, á investigar las horas de su aparicion y á esperarla, pero cuidando que ella no le viese.

Poco á poco, al mismo tiempo que el jardin se llenaba de mariposas y de rosas, inmóvil y mudo horas enteras, escondido detrás de la tapia y conteniendo el aliento, se acostumbró á ver á Deruchette ir y venir por el jardin. Desde su escondrijo la oia con frecuencia conversar con Lethierry, sentados en un banco debajo de un pabellon, y oia perfectamente lo que conversaban.

Iba haciendo camino y habia ya conseguido atisbar y escuchar. El corazon humano es un espía.

Observando la clase de flores que veia coger y oler á Deruchette, acabó por adivinar sus gustos en materia de perfumes. El albohol era el olor que preferia, despues el clavel, despues la madreselva, despues el jazmin. La rosa ocupaba el quinto lugar en el órden de sus preferencias. Le gustaba contemplar los lirios, pero no los olia. Gilliatt á cada olor preferente de Deruchette hacia corresponder una perfeccion.

La sola idea de dirigir la palabra á la jóven le hacia erizar los cabellos.

Una pobre vieja, cuya industria am-

bulante la hacia transitar con frecuencia por la senda que pasaba por el cercado de las Bravées, llegó á fijarse en la asiduidad de Gilliatt junto á aquella tapia y en sus aficiones á aquel lugar desierto. ¿Comprendió por qué era contínua la presencia del jóven detrás de aquella tapia? ¿En su estado de mendigante decrepitud, recordaba sus juveniles años y apreciaba, aun en la noche de su invierno, lo que es la claridad del alba? Lo ignoramos, pero una vez que pasó cerca de Gilliatt le dirigió expresiva sonrisa y refunfuñó entre encías, porque ya no tenia dientes: *La cosa marcha.*

Gilliatt oyó la frase, que le impresionó, y se preguntó á sí mismo:—¿La cosa marcha? Qué querrá decir la vieja?

Una noche que estaba asomado á la ventana de su casa del Bú de la Calle, cinco ó seis muchachas de la Anerene empezaron á bañarse por puro placer en la rada de Houmet. Jugaban inocentemente en el agua, á unos cien pasos de distancia. Al verlas, Gilliatt cerró violentamente la ventana. Se apercibió de que la mujer desnuda le causaba horror.

## III.

### La cancion escocesa encuentra eco en la colina.

Detrás de la cerca del jardin de las Bravées, en un ángulo de la pared, cubierto de acebo y de hiedra, pasó Gilliatt todo el verano estático y pensativo. Los lagartos, que se acostumbraron á su presencia, se calentaban tomando el sol casi en las mismas piedras que él. Aquel verano fué explendoroso y apacible. Gilliatt estaba sentado sobre la yerba, oyendo el sinnúmero de cantos de los pájaros. Se cogia la frente con las dos manos y se preguntaba: "¿Por qué habrá escrito mi nombre sobre la nieve?„ El viento del mar arrojaba á lo lejos fuertes bocanadas. De vez en cuando en la cantera lejana de la Vauche la trompa de los mineros sonaba bruscamente, advirtiendo á los pasajeros que se separasen de allí porque iba á reventar una mina. No distinguia el puerto de Saint-Sampson, pero veia los topes de los mástiles por encima de los árboles. Las gaviotas volaban dispersas. Gilliat oyó decir á su madre que las mujeres podian enamorarse de los hombres, y que esto sucedia algunas veces. El sacaba esta deduccion: "Ahora sucede, y lo comprendo. Deruchette se ha enamorado de mí.„ Estaba muy triste, y se decia: "Pero ella tambien piensa en mí.„ Pensaba en que Deruchette era rica y en que él era pobre. Creia que el buque de vapor era una invencion execrable. No recordaba nunca á cuántos estaba del mes. Contemplaba vagamente los abejorros grandes y negros, que se hundian zumbando en los agujeros de la tapia.

Una noche Deruchette entró en su cuarto para acostarse; se acercó á la ventana con intencion de cerrarla. La noche era muy oscura. De repente Deruchette se puso á escuchar, porque en la profundidad sombría habia oido una música.

Alguno que estaba probablemente en la pendiente de la colina ó al pié de las torres del castillo del Valle, ó quizás más lejos, tocaba un instrumento. Deruchette reconoció que lo que tocaban era su melodía escocesa favorita, reproducida por el bug-pipe. No comprendió este misterio.

Desde entonces dicha cancion se repetia de vez en cuando á la misma hora, sobre todo en las noches más oscuras. Esto disgustó á Deruchette.

## IV.

### Lethierry oye tambien el bug-pipe.

Transcurrieron cuatro años.

Derechutte iba á cumplir veintiuno y no se habia casado.

Alguien ha escrito, no sé dónde, que una idea fija es un barrena. Cada año penetra una vuelta más. Si queremos estirparla, el primer año nos arrancará el cabello; el segundo año nos destrozará la piel; el tercer año nos arrancará el hueso, y el cuarto año nos arrancará el cerebro.

Gilliatt habia llegado al cuarto año de su idea fija.

Aun no habia dirigido la palabra á Deruchette. Soñaba y pensaba siempre en ella, pero nada más.

Sucedió una vez que hallándose por casualidad en Saint-Sampson, vió á Deruchette hablar con Lethierry á la puerta de las Bravées, que se abria sobre el malecon del puerto; Gilliatt se arriesgó á acercarse mucho. Creyó que en el momento de pasar ella le habia sonreido. Esto no era imposible.

Deruchette seguia oyendo de vez en cuando el bug-pipe, que tocaba su cancion escocesa. Mess Lethierry, que la oia tambien, acabó por notar ese encarnizamiento musical debajo de las ventanas

de Deruchette. Aquella música tierna era para él una circunstancia agravante. Le disgustaban los amantes nocturnos. Queria casar á Deruchette, cuando fuese hora, á gusto de los dos, pero pura y sencillamente sin aventuras y sin música. La curiosidad le hizo espiar, y creia haber vislumbrado á Gilliatt. Se rascó las patillas con las uñas—esto en él era señal de cólera—y exclamó, refunfuñando:—¿Por qué toca el reclamo ese animal? Es claro que ama á Deruchette, pero pierde el tiempo miserablemente. El que la quiera tiene que dirigirse á mí, y sin tocar la flauta.

Por entonces sobrevino un acontecimiento de trascendencia, previsto algun tiempo ya; se anunció que el reverendo Jaquemin Hérode fué nombrado subrogado del obispo de Winchester, dean de la isla y rector de Saint-Pierre Port, y que abandonaria la poblacion para ir á Saint-Pierre en seguida que diese posesion á su sucesor.

El nuevo rector no podia tardar mucho en llegar. Era éste un gentleman, de orígen normando, que se llama Joë Ebenezeer Caudray.

Se referian respecto del futuro rector pormenores que la benevolencia y la malevolencia interpretaban en diferente sentido. Se decia que era jóven y pobre, pero que compensaba su juventud, su saber y su pobreza tener esperanza; porque en el lenguaje especial que se ha creado para la herencia y para la riqueza, la muerte se llama esperanza. Era sobrino y heredero del anciano y opulento dean de Saint-Asaph, y cuando éste muriera él seria rico. Su doctrina era juzgada de diversos modos. Era anglicano, pero segun la expresion del obispo Tillotson, muy *libertino*, esto es, muy severo. Repudiaba el farisaismo y se aliaba mejor con el presbiterio que con el episcopado. Acariciaba el sueño de la primitiva Iglesia, en que Adan tenia el derecho de escoger á Eva, y en que Frumentatus, obispo de Hierápolis, se apoderaba de una jóven para casarse con ella, diciendo á los padres: *Ella quiere y yo quiero; no sois ya su padre ni su madre; yo soy el ángel de Hierápolis y ella es mi esposa. El padre es Dios.* Dando crédito á lo que se decia de Ebenezeer Caudray, éste subordinaba el texto *Honrarás padre y madre*, á este otro texto: *La mujer es la carne del hombre. La mujer abandonará á su padre y á su madre por seguir á su marido.* Desde luego esta tendencia á circunscribir la autoridad paternal y á favorecer religiosamente todos los medios de formacion del lazo conyugal, es propio del protestantismo, sobre todo en Inglaterra y en América.

## V.

### El éxito justo siempre tiene enemigos.

Hé aquí cuál era en aquel momento el balance de Lethierry. La *Duranda* dió de sí todo lo que prometia. Su dueño pagó las deudas, reparó sus brechas, satisfizo los créditos de Bresna y pagó los vencimientos de Saint-Malo. Libró la casa de las Bravées de las hipotecas que la agravaban; redimió todos los censos y las pequeñas cantidades anuales que sobre ella se percibian. Era dueño del capital productivo de la *Duranda*, cuyo producto líquido ascendia ya á mil libras esterlinas, que iban aumentando. La *Duranda*, pues, constituia su fortuna y tambien la fortuna del pais. Como el transporte de bueyes era uno de los mayores beneficios que reportaba el buque, para mejorar la estiva y la entrada y la salida de las reses suprimió las dos perchas y los dos botes, lo que tal vez fué imprudente. La *Duranda* solo tenia, pues, una embarcacion, la chalupa, pero una chalupa hermosa.

Diez años habian transcurrido desde el robo de Rantaine.

La prosperidad de la *Duranda* tenia un lado débil, y es que no inspiraba confianza; creian que su suerte era una casualidad; la aceptaban como una excepcion. Creian que Lethierry habia cometido una locura afortunada. Los imitadores que tuvo en Cowes, en la isla de Wight, tuvieron mal éxito. El ensayo arruinó á sus accionistas. Lethierry decia: "La máquina está mal construida„, pero todo el mundo en la isla meneaba negativamente la cabeza. La generalidad está prevenida en contra de todas las novedades, y el menor paso que dan en falso las compromete. Uno de los oráculos comerciales del archipiélago normando, que era el banquero Jauje de Paris, al consultarle sobre una especulacion de buques de vapor, respondió desdeñosamente: *Lo que me proponeis es una conversion; es convertir el dinero en humo.* En cambio, los buques de vela encontraban todos los socios comanditarios que deseaban. En Guernesey, la *Duranda* era un hecho, pero el vapor no era un principio. Tal es el encarnizamiento de la negacion ante la vista del progreso. De-

cian de Lethierry: *Esta vez le salió bien, pero no lo haria otra vez.* Su ejemplo, en vez de inspirar aliento, intimidaba. Nadie se hubiera atrevido á botar al agua otro barco de vapor.

## VI.

**Fortuna que los náufragos encontraron la goleta.**

El equinoccio se anuncia prematuramente en la Mancha. La Mancha es un mar estrecho que opone obstáculos al viento y le irrita. Desde Febrero empiezan los vientos del Oeste y sacuden el agua en todos los sentidos. La navegacion se hace con inquietud, las gentes de la costa miran el palo de seña y les preocupa la imaginacion las embarcaciones que pueden encontrarse en peligro. El mar parece que está en acecho; clarin invisible lanza no sé qué gritos de guerra; furiosos vientos trastornan el horizonte; el huracan es terrible. La oscuridad silba y sopla. En la profundidad de las nubes la faz negra de la tempestad hincha las mejillas.

El viento es un peligro, la niebla otro.

Desde los tiempos más remotos los navegantes temen las nieblas; en algunas de ellas se hallan suspensos prismas microscópicos de hielo, á los que Mariotte atribuye los halos, las parelias y las paraselenes. Las nieblas tempestuosas son de un órden compuesto: diversos vapores de peso específico y desigual se combinan en ellas con el vapor de agua y se sobreponen en un órden que divide la bruma en zonas y hace de la niebla una verdadera formacion; el yodo está debajo, el azufre encima del yodo, el bromo encima del azufre, el fósforo encima del bromo. Esto en cierta medida, y atribuyendo á la tension eléctrica y magnética la parte que les corresponde, explica muchos fenómenos, como el fuego de San Telmo, de Colon y de Magallanes; las estrellas vagas que se mezclaban con los buques, de que nos habla Séneca; las dos llamas, Castor y Polux, de que nos habla Plutarco; la legion romana, en cuyas azagayas creyó César que se prendia fuego; la pica del castillo de Druino, en el que el soldado que estaba de centinela la hacia centellear tocándola con la punta de la lanza, y esas fulguraciones de acá abajo, que los antiguos llamaban *relámpagos terrestres de Saturno.* En el Ecuador una inmensa nube persistente permanece atada alrededor del globo; es el Cloud-ring, el anillo de nubes. La mision del Cloud-ring es refrescar el trópico, así como la mision del Goust-Stream es calentar el polo. Los etruscos, que son para la meteorología lo que los caldeos para la astronomía, tenian dos pontificados, el del trueno y el de la nube; los fulguradores observaban los relámpagos, y los aquílegos observaban la niebla. Consultaban al colegio de los sacerdotes augures de Tarquinia, los turios, los fenicios, los pedasgos y todos los navegantes primitivos del antiguo Mar interno. Entonces ya se entrevió la manera de engendrarse las tempestades, que está íntimamente ligada con el modo de formarse las nieblas, y constituye, hablando propiamente, el mismo fenómeno. Existen en el Océano tres regiones de brumas, una ecuatorial y dos polares.

En todas partes, y especialmente en la Mancha, las nieblas del equinoccio son peligrosas. Forman bruscamente la noche en el mar. Consiste uno de los peligros de la niebla en que impide reconocer el cambio de fondo por el cambio del color del agua, de lo que resulta terrible disimulo de la aproximacion de las rompientes y de los bajíos. El navegante se encuentra junto á un escollo sin que nada le advierta su presencia. Muchas veces las nieblas no dejan al buque otro recurso que ponerse al pairo ó echar anclas. Hay tantos naufragios de niebla como de viento. A pesar de haber pasado por la borrasca violenta que sucedió á uno de esos dias de niebla, la goleta-correo *Cashmere* llegó de Inglaterra sin sufrir accidente alguno. Entró en Saint-Pierre Port al dar los primeros rayos del sol en el mar, en el momento en que el castillo Cornet disparaba el cañonazo de leva. El cielo quedó despejado. Esperaban con impaciencia dicha goleta, porque en ella debia venir el nuevo rector de Saint-Sampson. Poco despues que llegó á la isla, se susurró en la poblacion que por la noche dicha goleta-correo salvó una tripulacion náufraga que atracó junto á ella en una chalupa.

## VII.

**Fortuna tuvo el distraido de que le viera el pescador.**

Aquella noche Gilliatt, apenas cesó el viento, se fué á pescar, alejándose poco de la costa, con su buque.

A las dos de la tarde, al subir la ma-

rea, brillaba expléndido el sol, y al regresar Gilliatt, pasando por delante del Cuerno de la Bestia, creyó ver que proyectaba la Silla Gild-Holm-Ur una sombra que no era la de la roca. Pasó con el buque por aquel lado y vió que habia un hombre sentado en la referida silla. La marea habia subido mucho, el oleaje batia la roca y era casi imposible salir ya de allí. Gilliatt hizo al hombre varias señas, pero éste permanecia inmóvil. Gilliatt se aproximó á él. El hombre estaba adormecido. Vestia de negro.

—Parece un cura, dijo para sí Gilliatt.

Se acercó más y se encontró con un adolescente que le era desconocido.

Dichosamente la roca estaba cortada á pico, y como el mar allí tenia mucha profundidad, Gilliatt atracó á lo largo de la pared de las rocas. El oleaje levantaba el barco lo suficiente para que Gilliatt, de pié sobre el borde del buque, pudiese alcanzar los piés del hombre. Se encaramó por encima del bordaje y levantó las manos. Si hubiera caido al mar en aquel momento, difícilmente hubiera podido reaparecer en la superficie del agua. Esta se estrellaba contra las rocas y era fácil aplastarse entre éstas y el buque.

Tiró de un pié al hombre dormido.

—Eh! qué haceis ahí?

El hombre se despertó.

—Miro, dijo: restregándose los ojos añadió:

—Acabo de llegar á este pais; he pasado la noche en el mar; vine por aquí paseando; me gustó esta hermosa perspectiva, pero estaba tan fatigado que me quedé dormido.

—Diez minutos más de sueño y hubiérais muerto ahogado, le contestó Gilliatt.

—Bah!

—Saltad á mi barco.

Gilliatt sostuvo con el pié atracado el buque; se agarró á la roca con una mano, tendiendo la otra al hombre que vestia de negro, el que saltó á bordo con ligereza. Era un arrogante jóven.

Gilliatt tomó el remo y en dos minutos el barco llegó á la rada del Bú de la Calle.

El jóven desconocido llevaba sombrero redondo y corbata blanca, y abrochado hasta la corbata su redingote largo y negro. El cabello rubio le formaba cerquillo. Su fisonomía era femenina, sus ojos límpidos, su aspecto grave.

El barco llegó á tierra; Gilliatt pasó el cable por la argolla de amarra, y al volverse hácia el desconocido vió que la mano de éste le ofrecia un soberano de oro.

Gilliatt separó suavemente la mano del jóven.

—Me habeis salvado la vida, replicó el desconocido.

—Tal vez, le respondió Gilliatt.

Cuando la amarra estuvo atada, salieron del barco.

El desconocido añadió:

—Os debo la vida.

—Eso qué importa?

A la respuesta de Gilliatt siguió una corta pausa.

—Sois de esta parroquia? preguntó el desconocido.

—No, respondió Gilliatt.

—De qué parroquia sois?

Gilliatt levantó la mano derecha, señalando al cielo, y contestó:

—De aquella.

El desconocido le saludó y se fué. Pero en cuanto andó unos pasos, se paró, metió la mano en el bolsillo, sacó de él un libro, y volviéndose hácia Gilliatt, se lo entregó, diciéndole:

—Permitidme que os ofrezca este recuerdo.

Gilliatt tomó el libro. Era una Biblia.

Un instante despues Gilliatt, puesto de codos sobre el parapeto, seguia con la vista al desconocido, que andaba muy de prisa por la senda que se dirige á Saint-Sampson.

Bajó gradualmente la cabeza, olvidó al recien venido, se borró de su memoria la Silla de Gild-Holm-Ur, y todo desapareció para él en la inmensidad sin fondo del delirio. Pensaba en Deruchette.

Una voz que le llamaba le sacó de su ensimismamiento.

—Eh, Gilliatt!

Reconoció la voz y levantó la vista.

—Qué hay de nuevo, señor Landoys?

Era, en efecto, el señor Landoys, que pasaba por la carretera, á cien pasos del Bú de la Calle, en su carruaje, tirado por una jaquita. Se detuvo para llamar á Gilliatt, pero parecia estar azorado y de prisa.

—Hay novedades, Gilliatt.

—Dónde?

—En las Bravées.

—Qué sucede?

—Estoy muy lejos para contároslo todo.

Gilliatt se extremeció.

—Se casa miss Deruchette?

—No. Eso es menester.

—Qué quereis decir?

—Id á las Bravées y allí lo sabreis.

El señor Landoys dió un latigazo á la jaca y partió.

# LIBRO QUINTO

## El rewólver.

### I.

#### Las conversaciones de la posada Jean.

El señor Clubin pertenecia á esa clase de hombres que acechan y esperan la ocasion.

Era de corta estatura y amarillento, pero tenia tanta fuerza como un toro. El mar no consiguió tostarle el rostro. Su carne parecia de cera, tenia el color del cirio y chispeaba en sus ojos la claridad discreta de éste. Su memoria era particular é imperturbable. Para él, ver una vez á un hombre era tenerle siempre presente, como se tiene una nota en un registro. Su mirada lacónica agarraba. Su pupila sacaba una copia de su semblante y la estereotipaba, y aunque el semblante envejeciese, el señor Clubin lo volvia á encontrar. No era posible hacer perder la pista á su tenáz recuerdo. El señor Clubin era conciso, sóbrio, frio; jamás hacia un gesto. Su aspecto candoroso cautivaba á primera vista. Algunos le creian simple, porque en la cola de los ojos tenia un pliegue que le hacia parecer estúpido. Pero no habia mejor marino que él, como ya hemos dicho; ninguno como él amuraba una vela ni la amarraba, ni la mantenia orientada con la escota. Ninguna reputacion de religion é integridad excedia á la suya. El que la hubiere puesto en duda se hubiera hecho sospechoso. Era muy amigo de Rebuchet, cambista de Saint-Malo, y éste decia con frecuencia: *Daria á guardar mi establecimiento á Clubin.* El señor Clubin era viudo. Su mujer fué muy honrada. Murió con el renombre de una virtud á toda prueba. Si el bailío le hubiera echado flores, hubiera ido á declarárselo al rey, y si Dios se hubiera enamorado de ella, se lo hubiera ido á decir al señor cura. Clubin y su esposa formaban una pareja respetable. La mujer era el cisne y el marido el armiño; una mancha le hubiera causado la muerte. Si se hubiese encontrado un alfiler, hubiera ido á buscar á su dueño para entregárselo, y si se hubiese encontrado un mazo de pajuelas, lo hubiera hecho pregonar. Entró un dia en un bodegon de Saint-Servan, y le dijo al bodegonero:—Tres años atrás almorcé aquí y os equivocásteis al darme la vuelta.—Le devolvió sesenta y cinco céntimos que le dió de más. Era la misma probidad y vigilaba con mucha constancia. Parecia un perro de muestra. Acechaba siempre; á quién? Probablemente á los pícaros.

Todos los martes conducia la *Duranda* desde Guernesey á Saint-Malo. Llegaba á Saint-Malo el martes por la noche, permanecia allí dos dias haciendo su cargamento y volvia á partir para Guernesey el viernes por la mañana.

En aquella época habia en el puerto de Saint-Malo una botillería que se llamaba la posada Jean. Para la construccion de los actuales muelles se derribó la referida posada. En aquella época el mar llegaba casi hasta la puerta Saint-Vincent y hasta la puerta Dinan; Saint-Malo y Saint-Servan, mientras estaba la marea baja, se comunicaban por medio de carromatos que circulaban entre los buques, evitando las boyas, las áncoras y las járcias, arriesgándose algunas veces á romper las capillas de cuero de una verja baja ó de un bauprés. Entre las dos mareas los cocheros hacian correr sus caballos sobre la misma arena donde seis horas despues el viento azotaria las olas.

El señor Clubin iba á la posada Jean. Allí estaba el despacho francés de la *Duranda*. Los aduaneros y guardacostas bebian y almorzaban en dicha posada, en la que tenian mesa aparte. Se encontraban allí, y esto era ventaja para el servicio, los aduaneros de Vinic con los aduaneros de Saint-Malo.

Tambien acudian allí patrones de buques, pero comian en otra mesa. El señor Clubin se sentaba en una y en otra mesa, pero preferia la de los aduaneros á la de los patrones. En las dos le recibian muy bien.

Las dos mesas estaban bien servidas. Habia refinamiento de bebidas locales, que eran extranjeras para los marinos de otros paises. El marinero de Bilbao encontraba allí helados: se bebia Stolt como en Greenwich y Guense-brune como en Amberes.

Capitanes de largas carreras y armadores se encontraban algunas veces en la mesa de los patrones. Allí las noti-

cias mercantiles y políticas se sucedian sin cesar.

—Cómo van los azúcares? Los azúcares se presentan en el mercado en pequeñas partidas. Sin embargo, los terciados no escasean; tres mil sacos de Bombay y quinientas barricas de Sagua.—Vereis cómo la derecha acaba por derribar á Villele.—El añil?—No se han negociado más que siete corachas de Guatemala.—La *Nanine-Julie* está en la rada. Hermosa fragata de Bretaña. —¿Y siguen las dos ciudades de la Plata con sus peloteras?—Cuando Montevideo engorda, Buenos-Aires enflaquece. —Ha sido preciso trasladar el cargamento del *Regina Cœli*, condenado en el Callao.—Los cacaos marchan; los sacos de Caracas han costado doscientos treinta y cuatro y los de Trinidad setenta y tres.—Parece que en la revista del Champ de Mars se ha gritado: ¡Abajo los ministros!—Los cueros de Buenos-Aires se venden á sesenta francos los de buey y á cuarenta y ocho los de vaca.— Se ha pasado el Balkan? ¿Qué hace Diebitsch? En San Francisco falta el anicete. El aceite de olivas Plagniol está en calma. El queso de Gruyére á treinta y dos francos el quintal.—¿Conque Leon XII ha muerto? etc. etc.

Todo esto que hemos indicado y otras muchas cosas más se comentaban extrepitosamente.

En la mesa de los aduaneros y de los guardacostas no se hablaba tan alto. Los asuntos de policía de las costas y de los puertos requieren menos sonoridad y menos claridad en el diálogo.

Presidia la mesa de los patrones un capitan viejo de larga carrera, Gertais Gaboureau, que no era un hombre, sino un barómetro. Su larga práctica marítima hacia casi infalibles sus pronósticos. Decretaba el tiempo que haria al dia siguiente; auscultaba el viento y tomana el pulso á la marea. Decia á la nube: "Enséñame la lengua„, es decir, el relámpago. Era el doctor de las olas, de la brisa, de las ráfagas. El Océano era su enfermo. Hizo un viaje alrededor del mundo como se hace una clínica, examinando cada clima en el estado de buena y de mala salud; sabia á fondo la patología de las estaciones. Consignaba hechos como el siguiente: "En 1796 el barómetro descendió una vez tres líneas más abajo de la tempestad.„ Era marino por aficion. Odiaba á Inglaterra tanto como queria entrañablemente al mar. Estudió minuciosamente la marina inglesa solo para conocer su lado vulnerable. Las naciones para él no existian más que por sus instituciones marítimas, y le eran peculiares sinonimias extrañas. Designaba la Inglaterra con el nombre de *Trinite House*, la Escocia con el de *Northen comissioners* y la Irlanda con el de *Ballast boart*. Poseia abundancia de datos; era á la vez alfabeto y almanaque, mapa y tarifa. Sabia de memoria el peaje de los faros, sobre todo el de los ingleses.

Un dia, estando á bordo, tuvo una enfermedad grave: creyeron que habia muerto; la tripulacion rodeó su camarote, y él interrumpió el hipo de su agonía para decir al carpintero del buque:— "Seria ventajoso adaptar al grueso de los tamboretes una muesca á cada lado para recibir una pieza de fundicion con eje de hierro, por donde pasasen las guindaletas„.

De todo lo que acabamos de decir se deduce que dicho capitan resultaba una figura magistral.

Pocas veces era el mismo el objeto de la conversacion en la mesa de los patrones y en la de los aduaneros; este caso, sin embargo, se presentó en los primeros dias del mes de Febrero. Llamó la atencion de las dos mesas la fragata *Tamaulipas*, que procedia de Chile y que mandaba el capitan Zuela. En la mesa de los patrones se hablaba de su cargamento, y en la de los aduaneros de sus condiciones marítimas.

El capitan Zuela, de Copiapo, era chileno; habia intervenido en las dos guerras de la Independencia, perteneciendo ya al partido de Bolivar, ya al de Morillo, segun le convenia.

No habia hombre más borbónico ni más bonapartista, ni más absolutista, ni más liberal, ni más ateo, ni más católico. Formaba parte de ese gran partido que se pudiera llamar el partido lucrativo. De vez en cuando aparecia en Francia bajo el pretexto de comerciar, y á ser cierto lo que se decia, admitia á bordo á gentes fugitivas, lo mismo á los que habian quebrado fraudulentamente que á los proscriptos políticos, si se lo pagaban bien. Su procedimiento de embarque era muy sencillo. El fugitivo esperaba en un punto desierto de la costa, y en el momento de aparejar, Zuela le enviaba una lancha que lo conducia á bordo. En su precedente viaje contribuyó á la fuga de un contumaz del proceso Bertou, y ahora, segun se decia, iba á llevarse á algunos comprometidos en el

negocio del Bidasoa. La policía estaba avisada y no le perdia de vista.

Aquellos tiempos eran una época de fugas. La restauracion era una reaccion, y así como las revoluciones acarrean emigraciones, las reacciones producen proscripciones. Durante los siete ú ocho primeros años que siguieron á la vuelta de los Borbones, el pánico se extendia por todas partes, en la hacienda, en la industria y en el comercio; menudeaban las quiebras. Lavalette, Lefebvre-Desnouettes y Delon habian huido. Los tribunales excepcionales funcionaban. Huian del puente de Saumur, de la esplanada de la Beole, de las paredes del Observatorio de Paris, de la torre de Taurias, siluetas que se yerguen lúgubremente en la historia, marcadas por la reaccion, en las que todavía se distingue su sangrienta mano. En Lóndres el proceso Tehistlewood se ramificaba en Francia; en Paris el proceso Togoff se ramificaba en Bélgica, en Suiza y en Italia, y multiplicaba los motivos de inquietud y de desaparicion, aumentando el profundo derrotero subterráneo, que hacia el vacío hasta en las altas clases del órden social. El principal cuidado de todo el mundo era estar seguros; estar comprometidos, era perderse. El espíritu de los tribunales prebostales habia sobrevivido á su institucion. Condenaban por complacencia. Los comprometidos buscaban la salvacion en Tejas, en las montañas Rocosas, en el Perú y en Méjico. Los hombres del Loire, que antes eran bandidos y entonces paladines, fundaron el campo de Asilo. Una cancion de Beranger decia: *Salvajes somos franceses; tened compasion de nuestra gloria.* No habia más recurso que expatriarse. Pero es muy difícil huir, porque todo sirve de obstáculo al que se evade. El que se fuga tiene que disfrazarse. Personas importantes y hasta ilustres tenian que obrar como malhechores, y aun así desempeñaban mal su papel. El bandido escapado de presidio era ante la policía más correcto que un general; porque la inocencia se veia obligada á ser hipócrita, la virtud á falsificar la voz y la gloria á ponerse una mascarilla. El transeunte de aspecto sospechoso era entonces una celebridad que iba á buscar un pasaporte falso. Las maneras torpes del hombre que se escapa no probaban que ese hombre fuese un héroe. Esto son rasgos fugitivos y característicos de los tiempos, que la historia general no anota y que el verdadero pintor de un siglo debe subrayar. Detrás de las fugas de personas honradas se hilvanaban las fugas de los bribones, que eran menos sospechosas. El foragido que se veia obligado á eclipsarse, aprovechándose de la confusion, formaba entre los proscriptos, y con frecuencia, gracias á su destreza y á su habilidad, aparecia más honrado que el que realmente lo era. La probidad perseguida es torpe, porque no sabe lo que le pasa y comete imprudencias. El falsario se fuga más fácilmente que el convencional.

Es cosa extraña que para la gente de mala vida la evasion sea camino para llegar á todo. La cantidad de civilizacion que un pícaro aportaba de Paris ó de Lóndres le servia de dote en los paises primitivos ó bárbaros; le recomendaba y hacia de él un iniciador. No era imposible que un aventurero burlase en Francia y se escapase del Código, y en otra parte llegase hasta el sacerdocio. Habia algo de fantasmagórico en las desapariciones, y más de una evasion dió resultados que parecian sueños. Fugas de esta clase conducian á lo desconocido y á lo quimérico. Tal quebrado que huyó de Europa de mala manera, reaparecia veinte años despues siendo gran visir en el Mogol ó rey en Tasmania.

Favorecer, pues, las evasiones era una industria, y como se repetian con frecuencia, era una industria beneficiosa, una especulacion que completaba ciertos comercios. El que queria salvarse en Inglaterra se dirigia á los contrabandistas; el que queria salvarse en América se dirigia á los defraudadores, que hacian grandes viajes, como el capitan Zuela.

## II.

### Clubin se prepara.

Zuela comia algunas veces en la posada Jean. El señor Clubin le conocia de vista.

El señor Clubin no era orgulloso y no desdeñaba conocer á los ganapanes; les trataba y les daba en medio de la calle los buenos dias y la mano. Hablaba inglés con el zmogler y chapurraba el español con el contrabandista. Para conducirse de este modo en la vida práctica le servian de norma estas sentencias: "Se puede sacar el bien del conocimiento del mal.—El guardian de un soto saca utilidad de platicar con el matutero.—El piloto debe echar la sonda al pirata, porque el pirata es un escollo.—Hay que

probar á los pícaros como los médicos prueban los venenos.„ Estos apotegmas no admitian réplica. Todo el mundo daba la razon al capitan Clubin y aprobaba que no adoleciese de delicadezas y de miramientos ridículos. Nadie le censuraba, porque todo lo hacia en pró del buen servicio. Nada de eso le comprometia. La confianza que tenian en él era la recompensa de su honradez, nunca desmentida, que es la que constituye la excelencia de las reputaciones bien sentadas. En cuanto hacia ó parecia querer hacer le suponian cierta malicia en sentido favorable á la virtud, porque tenia adquirida fama de impecable y de sagaz. Su reputacion de hábil se combinaba armoniosamente con su reputacion de sencillez, sin contradiccion y sin violencia. El cándido hábil es tipo que existe y constituye una de las variedades más apreciadas del hombre honrado. El señor Clubin era de esos hombres que, cuando se les sorprende en conversacion íntima con un estafador ó con un bandido, se les comprende, sin embargo, y se les respeta, y tienen en su favor el guiño de satisfaccion y de inteligencia de la estimacion pública.

El *Tamaulipas* habia completado su cargamento; estaba de marcha é iba pronto á aparejar.

Un martes por la tarde la *Duranda* llegó á Saint-Malo antes del anochecer. El señor Clubin, que vigilaba desde la cubierta la maniobra de la entrada en el puerto, divisó, cerca de Petit-Bey, en la playa, entre dos rocas y en paraje muy solitario, dos hombres que estaban conversando. Los miró con su anteojo de marino y reconoció uno de los dos hombres. Era el capitan Zuela. Le pareció conocer tambien al otro, que era un personaje de alta estatura y canoso. Llevaba el sombrero ancho y el traje grave de los Amigos. Probablemente era cuákero. Inclinaba la vista con modestia.

Al llegar el señor Clubin á la posada Jean, supo que el *Tamaulipas* pensaba zarpar dentro de diez dias. Despues tomó otros informes.

Por la noche entró en casa del armero de la calle de Saint-Vincent y le dijo:

—Sabeis lo que es un rewólver?

—Sí, es una invencion americana, le respondió el armero.

—Es una pistola que empieza la conversacion.

—En efecto, contiene pregunta y respuesta.

—Y réplica.

—En efecto, señor Clubin. Es un cañon giratorio.

—Con cinco ó seis balas.

El armero entreabrió el extremo de los labios é hizo ese ruido de lengua que, acompañado de movimiento de cabeza, expresa la admiracion.

—Es una excelente arma, señor Clubin. Creo que se generalizará pronto.

—Dadme, pues, un rewólver de seis cañones.

—No tengo.

—Siendo armero!

—Es de invencion reciente y no ha llegado aun hasta aquí. No los construyen aun en Francia.

—Diablo!

—Aun no se construyen para vender.

—Diablo!

—Pero tengo excelentes pistolas.

—Quiero un rewólver.

—Convengo en que es más ventajoso. Pero esperad, señor Clubin.

—A qué?

—He oido decir que en Saint-Malo se vende uno de lance.

—Un rewólver?

—Sí.

—Dónde?

—Me enteraré y lo sabremos.

—Cuándo me dareis la contestacion?

—Es de lance, pero me han asegurado que es bueno.

—Cuándo quereis que vuelva?

—Si os lo proporciono, será de toda mi confianza.

—Cuándo lo sabré?

—Cuando volvais en el próximo viaje.

—No digais que es para mí, le dijo Clubin.

## III.

### Clubin lleva y no trae.

El señor Clubin hizo el cargamento de la *Duranda*, embarcó muchos bueyes y algunos pasajeros, y como de ordinario, salió de Saint-Malo para Guernesey el viernes por la mañana.

El mismo dia, cuando el buque estuvo en alta mar, Clubin entró en su camarote, se encerró en él, metió algunos trajes en el compartimiento elástico de un saco de viaje; galleta, botes de conservas, algunas libras de cacao, un cronómetro y un anteojo de marino en el compartimiento sólido; cerró con candado el saco y pasó por las asas un cable dispuesto para izarlo en caso necesario. Despues bajó á la sentina, entró en el

departamento de los cables y subió con una de esas cuerdas de nudos armadas de gancho, que en el mar sirven á los calafates y en tierra á los ladrones. Estas cuerdas facilitan los escalamientos.

Cuando llegó á Guernesey, Clubin se trasladó á Torteval, en donde pasó treinta y seis horas. Llevó allí la balija y la cuerda de nudos y salió de allí sin ellas.

Digámoslo de una vez para siempre: el Guernesey de que nos ocupamos es el antiguo Guernesey, que hoy no existe ya más que en los campos; en éstos aun vive, pero en las ciudades ha muerto. Lo que decimos de Guernesey aplíquese á Jersey. Gracias al progreso y al admirable espíritu de iniciativa de este pueblo insular, en cuarenta años se ha transformado todo el archipiélago de la Mancha. Aquella sombra se ha convertido en luz. Dicho esto pasemos adelante.

En aquellos tiempos el contrabando era muy activo en la Mancha. Abundaban los buques contrabandistas, sobre todo en la costa del Oeste de Guernesey. Personas competentes y enteradas de lo que sucedia hace ya casi medio siglo, casi llegan á citar los nombres de varios de estos buques, que eran casi todos asturianos y guipuzcoanos. Lo que no cabe duda es que no transcurria una semana sin que apareciesen uno ó dos, ya en la bahía de los Santos, ya en Pleynmont, con todas las apariencias del servicio regular. Existe un subterráneo marítimo en Serk que se llamaba y se llama aun *las Tiendas*, pero que en dicha gruta compraban las mercancías á los contrabandistas. Para las necesidades de ese comercio se hablaba una especie de dialecto contrabandista, olvidado hoy, que era al español lo que el levantino es al italiano.

En muchos puntos del litoral inglés y francés el contrabando estaba en cordial acuerdo secreto con el negocio que pagaba su patente. Entraba en casa del comerciante más encopetado, aunque por la puerta secreta, y penetraba subterráneamente en la circulacion comercial y en la industria. Era negociante por delante y contrabandista por detrás: esta es la historia de muchas fortunas. Seguin lo decia de Bourgain; Bourgain lo decia de Seguin. No salimos garantes de sus palabras; quizá se calumniaban mútuamente. Como quiera que sea, el contrabando, que la ley perseguia, estaba bien emparentado con la Hacienda. Se relacionaba con las altas clases.

De aquí arrancaban muchas connivencias que necesariamente debian permanecer ocultas. Semejantes misterios requerian sombra impenetrable. El contrabandista sabia muchas cosas que debia callar, y guardar fé inviolable y rígida era su norma. La primera cualidad que ha de tener un contrabandista es la lealtad. Sin discrecion no hay contrabando posible. Guardaban imperturbablemente los secretos. El contrabandista juraba no publicarlos y cumplia su juramento. De nadie podia fiarse mejor que de un contrabandista. El alcalde de Oyarzun cogió un dia un contrabandista y le hizo poner en el tormento para obligarle á declarar quién era el depositario de sus fondos secretos. El contrabandista no le nombró: era el mismo alcalde. De estos dos cómplices, el juez y el contrabandista, uno de ellos debió, para aparecer á los ojos de la sociedad cumplidor de la ley, mandar que diesen tormento al otro, y el otro resistió el tormento por no faltar á su juramento.

Nada era más fácil ni más difícil que encontrar á los contrabandistas cuando se adquirian noticias del furtivo itinerario del contrabando. Bastaba para ponerse en contacto con ellos no tener preocupaciones nocturnas, ir á Pleynmont y arrostrar las misteriosas interrogaciones que allí se dirigian.

## IV.

### Pleynmont.

Pleynmont, que está cerca de Torteval, forma uno de los tres ángulos de Guernesey. Hay allí, en la extremidad del cabo, una alta bóveda de césped, que domina el mar y que está desierta. Dicha cumbre parece más desierta aun porque en ella se levanta una casa.

Aquella casa añade horror á la soledad. Segun se dice es una casa hechizada.

Es de aspecto extraño, construida de granito, de un cuerpo solo, y está situada entre la yerba. No solo no es ruinosa, sino que es perfectamente habitable. Sus paredes son gruesas y su techo sólido; ni falta á aquellas una piedra ni á éste una teja. Dicha casa dá las espaldas al mar. Su fachada, que mira al Océano, es una muralla; examinándola con atencion, se distingue que hay en ella una ventana tapiada. Sus dos paredes contienen tres tragaluces; uno al Este y dos al Oeste, los tres murados. La fachada

que mira á tierra tiene una puerta y dos ventanas. La puerta está murada. Las dos ventanas del piso de tierra tambien. En el primer piso hay dos ventanas abiertas; pero estas ventanas, abiertas, tienen aspecto más siniestro que las que están muradas. Su abertura las hace negras hasta el medio dia. Ni tienen cristales ni siquiera bastidores. Se abren hácia dentro y en la oscuridad. Se asemejan á las cuencas vacías de dos ojos arrancados. No hay nada dentro de aquella casa. Por las ventanas abiertas se distingue el destrozo interior. No hay en ella ningun artesonado, ni enmaderamiento de ensambladura; solo se vé allí la piedra pelada. Parece un sepulcro con ventanas, que permite á los espectros mirar lo que pasa fuera. Las lluvias, por la parte del mar le descaman los cimientos, y ortigas, que el viento agita, acarician la parte baja de las paredes. En todo el horizonte que distingue la vista no se divisa ninguna habitacion humana. Esta casa es un hueco vacío en el que anida el silencio. Sin embargo, el transeunte que se para y aplica el oido á la pared, oye confusamente, de vez en cuando, batimientos de alas espantadas. Encima de la puerta murada, en la piedra que forma el arquitrabe, se ven grabadas estas letras: E L M—P B I L G, y esta fecha: 1780.

Por la noche penetra en lo interior lúgubremente la luna. El mar rodea aquella casa. Su situacion es magnífica y por consiguiente siniestra. La belleza del lugar la convierte en enigma. ¿Por qué nadie la habita? El sitio es hermoso, la casa es buena. ¿Por qué está abandonada? A estas preguntas que hace la razon se agregan las que hace el desvarío. Aquella casa tiene un campo cultivable, y está inculto porque no tiene dueño. La puerta está tapiada. ¿Por qué el hombre huye de allí? ¿Qué pasa en aquel sitio? Si no sucede nada, ¿por qué no hay allí habitantes? Cuando todo está dormido, ¿hay allí alguno que esté despierto? La ráfaga tenebrosa, el viento, las aves de rapiña, animales ocultos, séres ignorados asaltan la imaginacion, amalgamados en aquella casa. ¿A qué pasajero sirve de hospedaje? Parece que tinieblas de granizo y de lluvia se abisman en aquellas ventanas. Vagos arroyos formados por las tempestades han dejado sus huellas en la pared interior. Visita el huracan aquellos aposentos murados y abiertos. ¿Se ha cometido allí algun crímen? Parece que por la noche aquella casa, sepultada en la oscuridad, ha de pedir auxilio. ¿Permanece muda? Salen de ella voces? El misterio de las horas negras está allí en su propio elemento. Aquella casa duerme en la plenitud del dia. ¿Qué hará en medio de la noche? Al mirarla parece que se mira un secreto. Como el desvarío tiene su lógica y lo posible tiene su pendiente, cualquiera se pregunta lo que será de aquella casa desde el crepúsculo de la tarde hasta el crepúsculo de la mañana. La inmensa dispersion de la vida extrahumana, ¿tiene sobre esta cumbre desierta un nudo que la hace parar, que la obliga á hacerse visible y á descender? Vá á remolinarse allí todo lo disperso? ¿Se condensa allí todo lo impalpable hasta que adquiere formas? Inspiran horror sagrado aquellas piedras. La oscuridad que hay en aquellos aposentos deshabitados es más que oscuridad: es lo desconocido. Se pondrá el sol, volverán los barcos de los pescadores, dejarán de cantar los pájaros, las grietas y junturas de las piedras franquearán el paso á los primeros esfuerzos de los reptiles, las estrellas empezarán á asomar en el cielo, y aquellas dos ventanas continuarán estando abiertas. Se abren á los sueños, y por medio de apariciones, por medio de larvas, por medio de fantasmas confusos, por medio de los misterios tumultuosos de las almas y de las sombras, la creencia popular, que es á la vez estúpida y profunda, traduce las sombrías intimidades que tiene aquella casa con la noche. Dice: "La casa está hechizada„, y esta palabra contesta á todo.

Los espíritus crédulos tienen esta explicacion, pero los espíritus positivos tambien tienen la suya. Nada más sencillo que explicar lo que es aquella casa. Es un antiguo punto de observacion de los tiempos de las guerras de la Revolucion y del Imperio, y tambien un punto de contrabandos. Se construyó con este objeto; terminó la guerra y el punto quedó abandonado. No han derribado la casa por si pudiera ser útil algun dia. Han tapiado la puerta y las ventanas de la planta baja para evitar las inmundicias humanas y para que nadie entre allí; han tapiado las ventanas de los tres lados que dan al mar para librar á la casa de los vientos del Sur y del Oeste. Esto es todo.

Los ignorantes y los incrédulos insisten en sus dudas. Desde luego la casa no se construyó en la época de las guerras de la Revolucion y del Imperio, por-

que lleva la fecha de 1780, que es anterior á la Revolucion. Además no se edificó para que sirviera de punto militar, porque tiene escritas las letras E L M—P B I L G, que forman el doble monograma de dos familias, é indican, segun la costumbre antigua, que la casa se edificó para que sirviera de residencia á un matrimonio jóven. Por lo tanto estuvo habitada. Por qué no lo está ya? Si se han tapiado las puertas y las ventanas, para que nadie pueda penetrar en la casa, ¿por qué se han dejado dos ventanas abiertas? Se prohibe á la lluvia entrar por el Mediodía y se la deja entrar por el Norte.

Los crédulos no tienen razon sin duda alguna, pero los positivos tampoco. El problema persiste.

Lo más probable es que el edificio haya sido más útil que perjudicial para los contrabandistas.

El exceso de horror quita á los hechos su verdadera proporcion. Sin duda alguna, algunos de los fenómenos nocturnos que poco á poco han creado á aquella casa reputacion de hechizada, se pudieran explicar por la presencia vaga y furtiva de algunas personas, por la breve permanencia de hombres que se reembarcan en seguida, por las persecuciones y por la osadía de ciertos industriales sospechosos, que se ocultan para obrar mal y que se dejan entrever para causar miedo.

En aquel tiempo, ya bastante lejano, eran posibles muchas audacias. La policía, especialmente en los pueblos pequeños, no era lo que es actualmente.

Añadamos á lo dicho, que si esa casa era cómoda para los contrabandistas, debian tener allí sus citas con bastante libertad y con bastante seguridad, precisamente porque la casa causaba miedo, y como tenia mala fama, nadie la denunciaba. No se avisa á aduaneros y alguaciles para que persigan espectros. Los supersticiosos se limitan á hacer la señal de la cruz y no se atreven á entablar procesos verbales. Ven ó creen ver, huyen y callan. Existe connivencia tácita, involuntaria, pero real, entre los que causan miedo y los que lo tienen. Los asustados conocen que han hecho mal de asustarse; imaginan haber sorprendido un secreto, y temiendo agravar su posicion misteriosa y exasperar á los aparecidos, son discretos y callan. Pero hasta sin este cálculo guardan silencio por instinto las gentes crédulas; el terror hace enmudecer; los aterrados hablan poco; parece que el miedo les diga:—Punto en boca.

Es preciso no olvidar que lo que decimos se remonta á la época en que los lugareños de Guernesey creian que todos los años repetian los bueyes y los asnos el misterio del santo pesebre, en un dia fijo, en la noche de Navidad, y en dicha época nadie se hubiera atrevido á entrar en un establo por miedo de encontrar en él las bestias arrodilladas.

Si hemos de dar fé á las leyendas locales y á los relatos de algunos ancianos, la supersticion llegó en tiempos antiguos algunas veces hasta el extremo de colgar en las paredes de la casa de Pleynmont, de escarpias, ratones sin patas, murciélagos sin alas, esqueletos de animales, sapos aplastados entre las páginas de una Biblia y tallos de altramuz amarillos: extraños ex-votos, que colgaron allí imprudentes pasajeros nocturnos que creyeron ver algo extraordinario, y que con semejantes dádivas esperaban conseguir su perdon y conjurar el malhumor de los duendes, de las larvas y de las almas en pena. En todos tiempos ha habido quien creyera en brujas y en sábados, y ha habido crédulos de alta esfera y de gran talento. César consultaba á Sagana y Napoleon á la señorita Lenormand. Hay conciencias tan inquietas que tratan de obtener indulgencias hasta del mismo diablo. *Que Dios haga y que Satanás no deshaga*, era una de las plegarias de Cárlos V. Otros espíritus son más timoratos aun. Llegan á persuadirse hasta de que se han portado mal con el diablo. Ser intachables en el concepto del demonio es una de sus preocupaciones. De aquí nacen las prácticas religiosas de una falsa devocion. Crímenes contra el demonio existen en ciertas imaginaciones descarriadas; haber violado la ley del abismo atormenta á extravagantes casuistas de la ignorancia; tienen escrúpulo de haber ofendido á las tinieblas. Creer que es eficaz la devocion á los misterios del Brocken y de Armuyr, figurarse que se peca contra el infierno, recurrir por infracciones quiméricas á quiméricas penitencias, confesar la verdad ante el espíritu de la mentira, decir el *mea culpa* á los piés del padre de la falta y confesarse en sentido inverso, todo esto existe ó ha existido; los procesos sobre la mágia lo prueban en cada una de las páginas de sus legajos. ¡Hasta ese punto llega el desvarío humano! Cuando el hombre empieza á azorarse ya no se detiene. Sueña en fal-

tas imaginarias, inventa ridículas purificaciones y barre su conciencia perturbada con la escoba de las brujas.

De todos modos, sea ó no sea aquel edificio casa de aventuras, nadie ha de ir á ser testigo de ellas sino por casualidad ó por excepcion; y todo el mundo la deja entregada á su soledad, porque nadie quiere arriesgarse á encuentros infernales. Gracias al terror que la guarda y que aleja de ella á los que pudieran espiarla y atestiguar lo que allí sucede, gracias á esto, siempre ha sido fácil penetrar de noche en su interior por una escala de cuerda ó por una escalera de mano, tomándola de los huertos inmediatos. Llevando algunos víveres podria aguardarse allí con seguridad el momento oportuno de embarcarse furtivamente.

La tradicion refiere que cuarenta años atrás, un fugitivo, que segun unos era político y segun otros comerciante quebrado, permaneció algun tiempo oculto en la casa hechizada de Pleynmont, desde la que se fugó á Inglaterra en una barca pescadora. Desde Inglaterra se pasa fácilmente á América.

Desde la cumbre donde está situada la casa se distingue, hácia el Sudoeste, á una milla de la costa, el escollo de los Hanois.

Este escollo es célebre. Ha cometido todas las malas acciones que puede cometer una roca. Fué uno de los más temibles asesinos del mar: esperaba traidoramente de noche á los navíos; él ha poblado los cementerios de Torteval y de la Rocquaine.

En 1862 colocaron un faro sobre ese escollo.

En la actualidad, el escollo de los Hanois, que antes extraviaba á los navegantes, los alumbra; el traidor lleva una antorcha en la mano. Hoy buscan los navegantes en el horizonte aquel peñasco para que les sirva de protector y de guia, así como antes huian de él como de un malhechor. Los Hanois tranquilizan los vastos espacios nocturnos que antes asustaban. Ese peñasco es algo parecido al ladron convertido en gendarme.

Hay tres Hanois: el mayor, el menor y la Mauve. En el menor se encuentra actualmente el "Light Red„. Este escollo forma parte de un grupo de peñas, que unas son submarinas y otras salientes, pero él las domina todas. Tiene, como una fortaleza, obras avanzadas; hácia alta mar, un cordon de trece rocas; hácia el Norte dos rompientes, las Hautes-Forquies, los Aiguillons y un banco de arena, el Heronée; hácia el Sud tres rocas, el Cat-Rock, la Percée y la Roca Herpin; además dos ciénagas, la Sauth Bone y la Bone de Monet, y además Pleynmont á flor de agua y el Tas de Pois d' Abal.

Es difícil, pero no imposible, que un nadador atraviese el estrecho que media entre los Hanois y Pleynmont. Recordarán los lectores que esta era una de las hazañas del señor Clubin. El nadador que conoce esos bajo-fondos encuentra en ellos dos estaciones donde descansar, la Roca Redonda, y más adelante, oblicuando un poco á la izquierda, la Roca Roja.

## V.

### Los cogedores de nidos.

Del dia que pasó el señor Clubin en Torteval se refiere un hecho singular, que al principio hizo ruido en el pais y que lejos de él transpiró mucho más tarde; porque, como acabamos de hacer notar, muchas cosas permanecen ignoradas por causa del asombro mismo que producen en los que fueron testigos presenciales.

En la noche del sábado al domingo, tres chiquillos escalaron la escarpadura de peñascos de Pleynmont. Los tres chiquillos regresaban á su pueblo y venian del mar. Eran cazadores de nidos. En todas las costas del mar en que hay rocas y peñascos, se encuentran muchachos cogedores de nidos. Algo hemos hablado ya sobre esto. Recuérdese que Gilliatt quitó un nido á un chico y lo devolvió al árbol. Estos cazadores son poco meticulosos, poco tímidos; son una especie de pilluelos del Océano.

La noche estaba muy oscura. Densas superposiciones de nubes ocultaban el cenit. Acababan de dar las tres de la mañana en el campanario de Torteval, que es redondo y puntiagudo y se parece á la caperuza de un mago.

¿Por qué esos rapaces volvian á casa tan tarde? Por una razon muy sencilla. Habian ido á coger nidos de paviotas en el Tas de Pois d' Abal. Como la estacion era muy apacible, los amores de los pájaros empezaron muy temprano. Los chiquillos, observando las idas y venidas de los machos y de las hembras alrededor de los nidos, estaban tan distraidos y tan encarnizados en su persecu-

cion, que habian olvidado la hora y se les hizo tarde. El flujo del mar les habia asediado; no pudieron ganar á tiempo la diminuta rada en la que dejaron amarrado el bote, y no tuvieron más remedio que esperar en una de las puntas del Tas de Pois que la marea bajase. Por eso tenian que regresar de noche. Regresos semejantes los esperan las madres con febril inquietud, y tranquilizadas al ver volver á sus hijos, convierten su alegría en cólera, que, aumentada por las lágrimas, la disipan dando coscorrones. Por eso los chicos, inquietos, se apresuraban á regresar; pero se apresuraban como el que tiene gana de volver tarde á casa y deseos de no llegar. Los pobres muchachos tenian en perspectiva una zurra.

Solo uno de ellos nada tenia que temer, porque era huérfano.

Nació en Francia; ni conocia ni tenia padres, pero en aquel momento se alegraba de no tenerlos. No interesando á nadie, nadie le podia pegar. Los otros dos eran guernesianos de la parroquia de Torteval. Cuando acabaron de escalar la cumbre de las rocas, los tres buscadores de nidos llegaron á la meseta en la que se levantaba la casa hechizada.

Empezaron por tener miedo, que es el deber de todo pasajero, y sobre todo de los niños, en aquel sitio y en aquellas horas. Tenian deseos de salvarse á todo correr, pero tambien tenian deseos de curiosear aquella casa.

Se pararon; miraron á la casa; la vieron negra y formidable.

La casa aparecia en medio de la meseta desierta como un bloke oscuro, como una excrecencia simétrica y repugnante, como una elevada mole cuadrada con ángulos rectilíneos, semejante al enorme altar de las tinieblas.

La primera idea que les ocurrió á los niños fué huir; la segunda acercarse.

Sabido es que los franceses no creen en nada; además, ser muchos ante un peligro tranquiliza; tener miedo tres, dá valor. Despues se trata de cazadores, de niños que, siendo tres, juntos no suman treinta años; que buscan, que escudriñan, que espían lo que está escondido. Cómo detenerse en el camino? Metiendo la cabeza por un agujero, por qué no meterla por el otro? El que caza se vé arrastrado por esta pasion; el que vá á la descubierta obedece á su afan de descubrir. Habiendo registrado muchos nidos de pájaros, se tiene deseos de registrar un poco el nido de los espectros. Por qué no huronear en el infierno? Tras la curiosidad que inspira la caza, el cazador desea llegar hasta lo desconocido; empieza á correr tras de los gorriones y acaba por ir tras de los duendes. Quiere penetrar en los miedos que nuestros padres nos han infundido. Es resbaladizo el camino del que sigue la pista de los cuentos de hadas, y es tentadora ocasion la que se nos presenta de saber tanto como nuestras abuelas. El torbellino de estas ideas en estado de confusion y de instinto en el cerebro de los buscadores de nidos, dió por resultado la temeridad de dirigirse hácia la casa.

El rapaz que iniciaba esta bravura era digno de emprenderla. Era un muchacho resuelto, aprendiz de calafate, uno de esos niños que son hombres, que se acuestan en el taller sobre un monton de paja, que se ganan la vida, que trepan sin dificultad por paredes y árboles, hijo sin azar, producto de una chiripa, huérfano alegre, nacido en Francia no se sabe dónde, pícaro y bueno al mismo tiempo, rubio, casi rojo.

Entonces ganaba un chelin diario calafateando barcas de pescadores que reparaban sus averías en Pequeríes. Cuando se le antojaba se tomaba vacaciones y se iba á coger nidos.

La soledad del sitio tenia no sé qué de fúnebre. Se sentia en ella la inviolabilidad amenazadora. La meseta, escueta y silenciosa, ocultaba á poca distancia en el precipicio su combadura inclinada y fugitiva. El mar tranquilo callaba, el viento tambien; los tallos de la yerba no se movian.

Los cazadores de pájaros avanzaban con lentitud hácia la casa, yendo el francesito delante. Se aproximaban á ella reprimiendo el aliento, como si se acercasen á una fiera.

Habian ya ganado el ribazo, que estaba situado detrás de la casa y que por la parte del mar iba á parar á un pequeño istmo de rocas poco practicable; estaban bastante cerca de la casa, pero no veian más que su fachada del Sur, toda murada; no se atrevian á volver á la izquierda, por miedo de ver la otra fachada en la que estaban las dos ventanas abiertas. Pero al fin se atrevieron cuando el aprendiz de calafate les dijo:—"Viremos á babor. La otra fachada es la bonita. Vamos á ver las dos ventanas negras.„

"Viraron á babor„ y llegaron al otro lado de la casa: al ver que las ventanas

estaban alumbradas, los guernesianos huyeron.

Al estar de allí algunos pasos, el francesillo volvió la cabeza y exclamó:

—Calla! ya no hay luz.

En efecto, ya no habia claridad en las ventanas. La silueta del edificio se dibujaba como recortada en la lividez difusa del cielo.

Los niños no perdieron el miedo, pero excitados por la curiosidad, se acercaron otra vez á la casa.

Bruscamente las dos ventanas á la vez se iluminaron.

Los dos niños de Torteval echaron á correr. El diablillo francés no avanzó, pero tampoco se movió de donde estaba. Se quedó inmóvil, pero mirando resueltamente á la casa.

La claridad volvió á extinguirse y luego volvió á brillar. Su reflejo formaba vago reguero de fuego en la yerba, que habia mojado la humedad de la noche. Hubo momentos en que el resplandor dibujó en la pared interior del edificio grandes perfiles negros y sombras de cabezas enormes que se movian. Como la casa no tenia techos ni tabiques y estaba reducida á las cuatro paredes y al tejado, no podia salir luz de una ventana sin salir tambien de la otra.

Viendo los dos rapazuelos que el aprendiz de calafate no abandonaba su punto de observacion, volvieron hácia él, paso á paso, uno detrás de otro, trémulos y curiosos.

El aprendiz de calafate les dijo en voz baja:

—Hay aparecidos en esa casa. He visto la nariz de uno.

Los dos niños de Torteval se agazaparon detrás del francés, y poniéndose de puntillas, apoyándose en él, le opusieron al objeto de su terror, tranquilizándose al colocarle entre ellos y la vision, y entonces miraron por encima de los hombros del francés.

La casa parecia que tambien los miraba, haciendo brillar en la muda oscuridad dos pupilas rojas, que eran las ventanas. La luz se eclipsaba, reaparecia y se volvia á eclipsar como hacen esa clase de luces. Esas intermitencias siniestras parece que tengan el vaiven del infierno. El respiradero del sepulcro debe tener esos efectos de linterna sorda.

De repente un bulto negro muy opaco, de forma humana, se encaramó por una de las ventanas, como si viniese de fuera, y se hundió en el interior de la casa. Les pareció que entraba alguno.

Entrar por las ventanas es achaque de ladrones.

Durante un momento fué la claridad más viva, despues se extinguió para no reaparecer. La casa quedó enteramente oscura. Entonces salieron de ella ruidos semejantes á voces. Siempre sucede lo mismo. Cuando se vé no se oye; cuando se oye no se vé.

La noche en el mar tiene una taciturnidad particular. El silencio de la oscuridad es allí más profundo que en ninguna parte. Cuando no hay viento ni marejada, en su movediza extension, donde ordinariamente no se oyen volar las águilas, se oiria volar una mosca. Esta paz sepulcral daba relieve lúgubre á los ruidos que salian del edificio.

—Vamos á ver qué es eso, dijo el francesillo, y avanzó hácia la casa.

Los otros dos tenian tal miedo, que se decidieron á seguirle: no se atrevian ya á huir solos.

Acababan de pasar por delante de un haz de leña grande que, sin saber por qué, les animaba en su soledad, cuando de un zarzal salió volando una lechuza, que extremeció las ramas. Las lechuzas tienen el vuelo pesado y de oblicuidad imponente. El ave cruzó al través por cerca de los niños, fijando en ellos la redondez de sus ojos, que brillan en la oscuridad.

Tembló el grupo de niños que iba detrás del francesito.

Éste apostrofó á la lechuza:—Pajarraco, vienes demasiado tarde; retírate.

Diciendo ésto avanzó.

El crujido que hacian sus zapatos gruesos y claveteados al pisar las aliagas no impedia oir los ruidos del interior de la casa, que subian y bajaban con la acentuacion tranquila y la continuidad del diálogo.

De pronto el aprendiz de calafate exclamó:

—Qué demonio! Solo los bestias creen en brujas.

Ser insolentes ante el peligro dá aliento á los rezagados y los empuja hácia adelante. Los dos rapaces de Torteval se pusieron en marcha, graduando su paso por el del guia.

La casa hechizada les producia el efecto de crecer desmesuradamente. En esta ilusion óptica del miedo habia algo de realidad. La casa crecia en efecto, porque se iban acercando á ella.

Las voces que procedian del interior del edificio sonaban cada vez con más claridad. Los chiquillos las oian. De vez

en cuando se destacaban dos ó tres palabras claramente articuladas, pero de comprension imposible y que sonaban extrañamente. Los muchachos se paraban, escuchaban, y luego volvian á avanzar.

—Se oye la conversacion de los aparecidos, murmuró el aprendiz de calafate; pero yo no creo en ellos.

Los rapaces de Torteval tuvieron intencion de esconderse detrás del haz de leña, pero le habian dejado ya muy atrás y el francesillo seguia marchando hácia la casa. Tenian miedo de separarse de él y le seguian perplejos, andando poco á poco.

El aprendiz de calafate se volvió hácia ellos y les dijo:

—Os aseguro que no hay aparecidos; no los hay.

La casa crecia más cada vez; las voces iban siendo muy claras. Estaban ya muy cerca de ella, y reconocieron que habia en el edificio algo parecido á una luz que agoniza. Producia un resplandor muy vago, uno de esos efectos de linterna sorda que acabamos de indicar y que son propios de los conventículos de brujas. Cuando estuvieron á pocos pasos de la casa hicieron alto.

Uno de los dos niños de Torteval aventuró tímidamente esta observacion:

—No son aparecidos; son damas blancas.

—¿Qué es eso que cuelga de una ventana? preguntó el otro.

—Parece una cuerda.

—Es una serpiente.

—Es la cuerda de un ahorcado, dijo el francesillo con autoridad. Eso les sirve.

Dando tres pasos, ó por mejor decir tres saltos, llegó hasta la misma pared del edificio. Habia algo de fiebre en este atrevimiento.

Los otros dos niños, extremecidos y espeluznados, le imitaron y se pegaron á él, uno á la derecha y otro á la izquierda. Los tres aplicaron el oido á la pared. En la casa seguian hablando.

Hé aquí lo que decian los fantasmas: (1)

—Está entendido?

—Entendido.

—Quedamos en ello?

—Lo dicho, dicho está.

—¿Esperará un hombre aquí y podrá irse á Inglaterra con Blasito?

—Pagando.

—Por supuesto; pagando.

—¿Blasito le llevará á bordo sin enterarse de qué pais es?

—Eso no nos importa.

—Sin preguntarle su nombre?

—No buscamos su nombre, sino su bolsillo.

—Pues bien; el hombre le esperará aquí en esta misma casa.

—¿Es necesario que le demos algo de comer?

—No le faltará.

—Traes provisiones?

—Este saco lleno.

—Corriente.

—¿Puedo dejarlo aquí sin que nadie le meta mano?

—¿Somos acaso ladrones los contrabandistas?

—Vosotros cuándo os vais?

—Mañana por la mañana.

—Si el hombre estuviese dispuesto, podria venir con nosotros.

—No lo está aun.

—Lo siento.

—¿Cuántos dias tendré que aguardar en esta casucha?

—Dos ó tres ó cuatro.

—Blasito vendrá?

—Vendrá.

—A Pleynmont?

—A Pleynmont.

—Cuándo?

—La semana que viene.

—Qué dia?

—Viernes, sábado ó domingo.

—No faltará?

—No falta nunca.

—Haga el tiempo que quiera?

—No tiene miedo al tiempo. Yo soy Blas y él es Blasito.

—¿Así, pues, no puede dejar de venir á Guernesey?

—Venimos un mes cada uno.

—Entendido.

—De hoy á ocho dias, á contar desde el sábado próximo, no pasarán cinco dias sin que Blasito llegue.

—Y si hay tempestad?

—Blasito tardará más en venir, pero de todos modos vendrá.

—De dónde viene?

—De Bilbao.

—Adónde vá?

—A Portland.

—Bien.

—O á Tor-Bay.

—Mejor.

—Ese hombre puede estar tranquilo.

—No le venderá Blasito?

—Los cobardes son traidores, pero nosotros somos valientes. El mar es la

(1) Este diálogo que sigue lo escribe en español Víctor Hugo.

iglesia del invierno. La traicion es la iglesia del infierno.

—Nadie oye lo que hablamos?

—Nadie. El terror hace la soledad alrededor de esta casa.

—Lo sé.

—¿Quién habia de atreverse á escucharnos?

—Es verdad.

—Además, aunque álguien nos oyese no nos entenderia. Hablamos una lengua desconocida en el pais. Ya que tú la posees, debes ser de los nuestros.

—He venido á tratar con vosotros.

—Está bien.

—Ahora ya nada más tengo que decirte. El negocio está arreglado. Adios.

—Adios.

—Pero dime; si el pasajero no quisiere que Blasito le llevase á Portland ni á Tor-Bay, sino á otra parte...

—Si tiene onzas...

—Hará Blasito lo que él quiera?

—Blasito hará lo que las onzas quieran.

—¿Se tarda mucho tiempo en llegar á Tor-Bay?

—El hombre propone y el viento dispone.

—Ocho horas?

—A veces más, á veces menos.

—Blasito obedecerá al pasajero?

—Si el mar obedece á Blasito.

—Le pagará muy bien.

—Se supone. Pero el oro es oro y el viento es viento.

—Es verdad.

—El hombre con el oro hace lo que puede, pero Dios hace lo que quiere con el viento.

—Aquí estará el viernes el hombre que desea marcharse con Blasito.

—Bien.

—A qué hora suele llegar Blasito?

—Por la noche. Por la noche llega y por la noche parte. Nosotros tenemos una mujer que se llama Mar y una hermana que se llama Noche. La mujer nos engaña alguna vez. La hermana nunca.

—Está el trato cerrado. Adios.

—Buenas noches. ¿No echamos un trago de aguardiente?

—Gracias.

—Es mejor que jarabe.

—Me has dado tu palabra.

—Sí, y mi nombre es Pundonor.

—En ella confio. Adios.

—Eres gentleman y yo soy caballero.

Era evidente que solo los diablos podian hablar de un modo tan extraño. Despues que los oyeron los rapaces, huyeron á todo correr, incluso el francesito, que, convencido al fin de que habia aparecidos, corria más deprisa que los otros.

Al llegar el martes próximo, el señor Clubin se encontraba en Saint-Malo conduciendo la *Duranda*.

El *Tamaulipas* seguia en la rada.

El señor Clubin, fumando en la pipa, preguntó al dueño de la posada Jean:

—Cuándo parte el *Tamaulipas?*

—Pasado mañana jueves, le respondió el posadero.

Aquella noche el señor Clubin cenó en la mesa de los guardacostas y, contra su costumbre, salió de la posada despues de cenar, por lo que no pudo estar en el despacho de la *Duranda*, y tuvo que dejar casi abandonado el cargamento. Esto lo encontraron muy raro en un hombre tan exacto.

Habló algunos instantes con su amigo el cambista.

Entró dos horas despues del toque de Oraciones. La campana brasileña dá este toque á las diez. Se retiró, pues, el señor Clubin á la media noche.

## VI.

### La Jacressarde.

Hace cuarenta años Saint-Malo tenia una callejuela que se llamaba Contanchez, que ya no existe. La formaba una doble fila de casas de madera, inclinadas unas hácia otras, que dejaban entre sí bastante sitio para que pasase el arroyo que llamaban calle. Se andaba con las piernas abiertas por los dos lados del agua, tropezando con la cabeza ó con los codos en las casas de la izquierda y de la derecha. Aquellos viejos barracones de la Edad Media normanda tenian perfiles casi humanos, se parecian á las brujas. Sus picos en ángulo entrante, sus desplomes, sus tejadillos circunflejos, sus malezas de hierro viejo figuraban labios, barbas, narices y cejas. El tragaluz de la boardilla era un ojo tuerto. La mejilla era la pared arrugada y herpética. Dichas casuchas se tocaban de frente como si maquinasen un mal golpe. Todas las palabras de la antigua civilizacion, como garito, ladronera, mal paso, se refieren á aquella arquitectura.

Una de las casas de la callejuela Contanchez, la mayor y la más famosa, se llamaba la Jacressarde.

La Jacressarde era la morada de los

que no vivian en ninguna parte. En todas las ciudades, particularmente en las de los puertos de mar, hay debajo de la poblacion un resíduo.

Este resíduo se compone de gente sin oficio ni beneficio, sin casa ni hogar, de espumadores de aventuras, de cazadores de expedientes, de químicos de la estafa, de existencias en bancarrota, de conciencias que han renunciado á su balance, de los que han abortado en la escalada y en los robos con fracturas, de trabajadores y trabajadoras del mal, de pícaros reducidos á la indigencia, de malhechores mal recompensados y de merodeadores del crímen. Tal es el personal de dicho resíduo.

En él la inteligencia humana es bestial: aquello es el monton de basura de las almas, en cuyo rincon de vez en cuando se dan esos escobazos que se llaman visitas de policía.

Los que se encuentran en esas madrigueras no son los grandes criminales, los bandidos, los salteadores, los grandes productos de la ignorancia y de la indigencia. Si en ella se halla representado el asesinato es por algun borracho brutal; los rateros y los fulleros constituyen la mayoría de sus habitantes. Aquella morada es más el esputo de la sociedad que el vómito. Allí se encuentra el truhan, pero no el bandolero. Sin embargo, esto no es una regla general. En el último piso de los bohemios pueden encontrarse extremidades malvadas. Un dia, echando la red barredera en el Episcié, que era para Paris lo que la Jacressarde para Saint-Malo, la policía pescó á Lacenaire.

Aquellas guaridas lo recibian todo. La caida es una nivelacion. Alguna vez cae allí la honradez cubierta de harapos. La virtud y la probidad corren tambien algunas veces extrañas aventuras. No se debe en globo, ni apreciar los Louvres, ni despreciar los presidios. El respeto público, lo mismo que la reprobacion universal, deben andar con piés de plomo para no ser sorprendidos. Es posible hallar un ángel en un lupanar y una perla en un estercolero.

La Jacressarde era, más que una casa, un patio, y más que un patio, un pozo. No tenia habitaciones á la parte de la calle, y constituia su fachada una tapia alta con una puerta baja. El que queria entrar levantaba el picaporte, empujaba la puerta y se encontraba en un patio.

En medio del patio habia un agujero redondo, rodeado de márgenes de piedra al nivel del suelo. Era un pozo. El patio era pequeño y el pozo grande.

El patio, que era cuadrado, tenia tres frentes edificados. Por la parte de la calle, delante de la puerta, habia habitaciones á derecha é izquierda.

El que se arriesgaba á penetrar allí de noche, oia como una especie de ruidos de alientos mezclados, y si brillaba la luna ó las estrellas lo bastante para dar forma á los lineamientos oscuros que tenia ante la vista, hé aquí lo que vislumbraba:

Alrededor del patio, delante de la puerta, un cobertizo formando una especie de herradura cuadrada, una galería carcomida, enteramente abierta; un techo de vigas grandes y desiguales, que sostenian pilares de piedra, guardando entre sí diferentes distancias; en el centro el pozo; alrededor de éste, en una pajera, formando como un rosario circular, suelas de zapatos colocadas verticalmente, tacones de botas desgastados, dedos pasando por los agujeros de unos y de otros, talones desnudos y piés de hombres, de mujeres y de niños. Todos los piés dormian.

Más allá de los piés, en cuanto la vista se abismaba en la penumbra del cobertizo, divisaba cuerpos, formas, cabezas adormecidas, andrajos de dos sexos, promiscuidad en el estiércol y no sé qué siniestra confusion humana. Aquel era el cuarto de dormir de todo el mundo. Se pagaban allí dos sueldos por semana. Los piés tocaban en el pozo. En las noches de tempestad llovia sobre aquellos piés; en las noches de invierno nevaba sobre aquellos cuerpos.

Quiénes eran aquellos séres? Desconocidos. Entraban allí por la noche y se marchaban por la mañana. El órden social se complica con esas larvas. Algunos pasaban allí una noche y no pagaban. La mayor parte de ellos no habian comido en todo el dia. Dormian el mismo sueño del abatimiento en el mismo lecho de lodo todos los vicios, todas las abyecciones y todas las angustias. Los sueños de todas aquellas almas constituian buena vecindad. Acudian á la fúnebre cita y se removian y se amalgamaban, respirando los mismos miasmas, las lasitudes, los desfallecimientos, las borracheras, los remordimientos y los apetitos desordenados. La podredumbre humana fermentaba en aquella tina. La arrojaba allí la fatalidad, el viaje en buque, la salida de la cárcel, la suerte

y la noche. Cada dia el destino vaciaba allí su cesta. Entraba allí quien queria, dormia el que podia y hablaba el que se atrevia. Aquel era un sitio de cuchicheos. Trataban de olvidar durmiendo. Tomaban de la muerte lo que podian. Cerraban los ojos en aquella agonía, que volvia á empezar todas las noches. No habia paja para todos, y más de un cuerpo desnudo se arrastraba por el suelo. Algunos se acostaban derrengados y se levantaban anquilosados.

El pozo, sin baranda y sin tapia, estaba siempre abierto y tenia treinta piés de profundidad. En él caia la lluvia, se rezumaban las inmundicias y se filtraban los arroyos del patio. Junto á él estaba el cubo para sacar agua. El que tenia sed bebia de aquel pozo; el que estaba cansado de vivir se ahogaba en él. Del sueño sobre el estiércol pasaba al sueño de la muerte. En 1819 sacaron de aquella agua inmunda el cadáver de un jóven de catorce años. Para no correr peligro en aquella casa era preciso ser de la cofradía; los legos estaban allí mal vistos.

Aquellos séres se conocian? No; se olian.

Era dueña de la casa una mujer jóven, bastante bien parecida, que usaba gorra con cintas, que se lavaba algunas veces con agua del pozo y que llevaba una pierna de palo.

En cuanto amanecia, el patio se vaciaba y los huéspedes se iban cada uno por su lado.

En el patio habia gallinas y un gallo, que pasaban el dia escarbando la basura. Atravesaba el patio un tirante horizontal que descansaba sobre dos postes y tenia la figura de una horca, que no estaba allí muy fuera de su lugar. Con frecuencia, despues de una noche de lluvias, tendia el tirante para que se secase allí un vestido de seda, mojado y lleno de lodo, la mujer de la pierna de palo.

Encima del cobertizo, formando con éste un marco alrededor del patio, habia un piso y encima del piso una buhardilla. Una escalera de madera carcomida, que taladraba el techo del cobertizo, conducia hasta arriba, y por esta escalera, que se bamboleaba, subia con trabajo y haciendo mucho ruido la mujer coja.

Los inquilinos de paso habitaban en el patio y los inquilinos de temporada vivian en los cuartos.

Los cuartos de la casa tenian ventanas, pero sin cristales; jambas, pero sin puertas; chimeneas, pero sin fogon. Se pasaba de una estancia á otra lo mismo por un agujero cuadrado que habia sido puerta, que por un hueco triangular, que era el espacio intermedio de las viguetas del tabique. La argamasa caida cubria el suelo. No se comprende cómo la casa no se asolaba. El viento la movia. Subian como podian por los gastados y resbaladizos peldaños de la escalera. No habia ningun mueble. Solo se encajaban en los rincones dos ó tres jergones, por cuya tripa abierta se veia más ceniza que paja. Se veia en diferentes puntos un cántaro y un barreño. Se aspiraba en toda la casa olor repugnante y nauseabundo.

Las ventanas daban al patio, y éste, visto desde ellas, parecia la parte superior de un carro de basura. Los objetos, dejando aparte á los hombres, se pudrian, se enmohecian y se llenaban de herrumbre, y eran indescriptibles.

Además de la poblacion flotante, acantonada en el patio, la Jacressarde tenia tres inquilinos; un carbonero, un trapero y un alquimista. El carbonero y el trapero ocupaban dos de los jergones del primer piso; el alquimista vivia en la buhardilla. No se sabe en qué rincon se acostaba la dueña de la casa. El alquimista, fabricante de oro, era algo poeta. Habitaba bajo el techo, en un cuarto que tenia una ventanilla estrecha y una chimenea grande de piedra, en la que mugía el viento. Como la ventanilla no tenia bastidor, clavó encima de ella un pedazo de lona, procedente de la vela de un buque, y la lona dejaba pasar poca luz y mucho frio. El carbonero pagaba el alquiler de vez en cuando dando una espuerta de carbon, el trapero pagaba el suyo dando un celemin de granos por semana para las gallinas, y el fabricante de oro no pagaba de ninguna manera, pero en cambio quemaba la casa. Poco á poco habia arrancado el maderámen que habia en ella, y frecuentemente sacaba de la pared del techo una astilla para calentar su marmita de hacer oro. En el tabique, sobre el jergon del trapero, habia dos columnas de guarismos que él mismo trazaba con yeso cada semana; una columna de 3 y otra de 5, segun que el celemin del grano costaba tres liards ó cinco céntimos. La marmita de hacer oro del químico era una bomba vieja y cascada, que él promovió al empleo de caldera, y en ella combinaba sus ingredientes. La trasmutacion le absorbia. Hablaba algunas veces con los

mendigos del patio, que se le burlaban. Él decia para sus adentros: *Esas gentes están llenas de preocupaciones.* Habia resuelto no morir sin echar la piedra filosofal al tejado de vidrio de la ciencia. Su hornillo comia mucho combustible; habia consumido ya todo un tramo de la escalera. Toda iba pasando por él á fuego lento. La patrona le decia:—"No me vais á dejar más que la cáscara„; pero él la desarmaba dedicándola versos.

El criado de la casa era un chiquillo, quizás enano, de doce á sesenta años de edad, escrofuloso y que tenia siempre la escoba en la mano. Los parroquianos habituales entraban por la puerta del patio; el público entraba por la tienda.

Qué era la tienda? La alta pared que formaba la fachada que caia á la calle tenia á la derecha de la entrada del patio una abertura en escuadra, que era á la vez puerta y ventana, con postigo y bastidor, único postigo en toda la casa que tenia goznes y cerrojos y único bastidor que tenia cristales. Detrás de la delantera abierta á la calle habia un cuartito tomado del cobertizo, que servia de dormitorio general. En la puerta de la calle se leia la siguiente muestra, escrita con carbon: *Aquí se enseñan curiosidades.* La frase gustó. Sobre tres tablas, que en forma de estanterías se aplicaban á las vidrieras, se agrupaban algunos jarros de loza sin asa, un quitasol chinesco bordado de figuritas y sembrado de agujeros, un paraguas que no se podia abrir ni cerrar, pedazos de hierro y de porcelana informes, sombreros de hombre y de mujer desfundados, tres ó cuatro caracoles de mar, algunos paquetes de botones viejos de hueso y de cobre, una tabaquera con el retrato de María Antonieta y un tomo descabalado del álgebra de Boisbertrand. Este era el surtido de curiosidades de aquella tienda. La tienda, por una puerta trasera comunicaba con el patio del pozo. Habia allí una mesa y un taburete. La mujer coja se ponia detrás del mostrador.

## VII.

### Compradores nocturnos y vendedor tenebroso.

El señor Clubin no estuvo en la posada Jean ni el martes ni el miércoles.

La noche de este último dia, dos hombres penetraron en la callejuela de Contanchez y se pararon delante de la Jacressarde. Uno de ellos dió un golpe en la vidriera. La puerta de la tienda se abrió y entraron. La mujer de la pierna de palo les dirigió la sonrisa que reservaba para la gente de la clase media. Encima de la mesa ardia una vela.

El que llamó dijo:

—Buenas noches, patrona; vengo por aquello.

La mujer de la pierna de palo sonrió por segunda vez y salió por la puerta trasera, que daba al patio del pozo. Poco despues se volvió á abrir dicha puerta y se presentó un hombre que venia bostezando. Llevaba gorrilla y blusa; por debajo de ésta sobresalia un objeto. Se adelantó. Se miraron todos unos á otros.

El de la blusa, que tenia aspecto de desconfiado y de tuno, inició la conversacion de este modo:

—Sois el armero?

El que habia llamado respondió:

—Sí. Sois vos el parisiense?

—El mismo. Me llamo Peaurouge.

—Veamos aquello.

—Aquí está.

El hombre sacó de bajo de la blusa una arma muy rara en Europa en aquella época, un rewólver, un rewólver nuevo y brillante. Los recien venidos le examinaron. El que clasificó al hombre de la blusa de armero estudió el mecanismo. Pasó el objeto á manos del otro, que parecia no ser de la ciudad y que permanecia de espaldas á la luz.

El armero le preguntó:

—Cuánto vale?

El hombre de la blusa respondió:

—Acabo de llegar de América con él. Hay viajeros que traen de allí monos, cotorras y otros animaluchos: yo he traido un rewólver, que es una invencion útil.

—Cierto, respondió el armero.

—Es una pistola que hace el molinete.

—Cuánto vale?

—Suelta un tiro, y otro, y otro...

—Decidme su precio.

—Tiene seis cañones.

—Bien, pero decidme cuánto vale.

—Los seis cañones valen seis luises.

—Quereis cinco?

—Imposible; un luis por cada bala; este es su precio.

—Si quereis venderlo sed razonable.

—Os he dicho el justo precio. Examinadle bien, señor arcabucero.

—Ya lo he examinado.

—El molinete dá vueltas como el señor Talleyrand. Podria ponerse este

molinete en el diccionario de las veletas. Es una joya.

—Ya lo he visto.

—Los cañones son de fundicion española.

—Ya lo he notado.

—Son de herraduras retorcidas. Esta operacion se verifica de este modo. Se vacía en la fragua la canasta de un trapero de hierro viejo. Se toma todo el hierro viejo que se encuentra á mano, clavos de albéitar, herraduras rotas...

—Y hojas viejas de hoces y de guadañas...

—Iba á decirlo, señor armero. Se calienta todo eso al fuego, formando una magnífica pasta de hierro...

—Sí, pero puede tener quebrajas...

—Pero eso se remedia con colas de golondrina, así como se evitan los riesgos de las hojas golpeando con fuerza. Se machaca la pasta con el martillo, se le dan otras dos caldas, y si el hierro se ha quemado, se le vuelve á su estado primitivo por medio de otras caldas lentas y batiéndolo con suavidad. Despues se le estiva, luego se le arrolla y en seguida se hacen estos cañones.

—Por lo visto sois del oficio?

—Sé de todos los oficios.

—Los cañones hacen aguas.

—Este es un nuevo mérito, señor armero. Esas aguas se dan con manteca de antimonio.

—Pues bien, dádmelo por cinco luises.

—Ya os dije que queria seis.

El armero, bajando la voz, le habló así:

—Haceis mal de no aprovecharos de la ocasion y de no deshaceros de esta arma, que no sirve para nosotros, porque llama demasiado la atencion.

—En efecto, dijo el parisiense, se vé demasiado. Es mejor para un hombre de su casa.

—Pues insisto en daros cinco luises.

—No, seis. Uno por cada tiro.

—Os daré seis napoleones.

—Quiero seis luises.

—Se conoce que no sois bonapartista. Preferís un luis á un napoleon.

El parisiense, sonriéndose, le contestó:

—Napoleon es mejor, pero Luis vale más.

—Seis napoleones.

—Seis luises. La diferencia para mí es de veinticuatro francos.

—Entonces no lo compraré.

—Me quedaré con mi joya.

—Quedaos con ella.

—No rebajo nada. No quiero deshacerme de una maravilla por un pedazo de pan.

—Entonces buenas noches.

—Este es un progreso sobre la pistola.

—¿Quereis cinco luises y un escudo para echar un trago?

—No; repito que no lo daré por menos de seis luises.

El hombre que daba las espaldas á la luz, y que no hablaba, durante el diálogo hacia girar el mecanismo. Se acercó al armero y le preguntó al oido:

—El rewólver es bueno?

—Excelente.

—Doy los seis luises.

Cinco minutos despues, mientras el parisiense Peaurouge metia en un bolsillo secreto que tenia su blusa debajo del sobaco los seis luises de oro que acababa de recibir, el comprador, metiéndose el rewólver en el bolsillo del pantalon, salia con el armero de la callejuela de Contanchez.

## VIII.

### Carambola de la bola roja y de la bola negra.

Al dia siguiente, que era jueves, á poca distancia de Saint-Malo, cerca de la punta del Decollé, en un sitio en que la costa es alta y el mar profundo, sucedió una escena trágica.

La lengua de rocas en forma de lanza que se une á la tierra por estrecho istmo, se prolonga en el agua y termina de pronto en una gran rompiente cortada á pico. Para llegar, viniendo de la playa, á la meseta de la roca cortada á pico, se sigue un plano inclinado, cuya subida es algunas veces muy áspera.

En dicha meseta estaba de pié á las cuatro de la tarde un hombre, envuelto en un ancho capoton de ordenanza y armado bajo el capoton, lo que se conocia en ciertos pliegues rectos y angulosos que éste formaba. La meseta donde se encontraba dicho hombre era una plataforma espaciosa, sembrada de gruesos cabos de roca, que dejaban entre sí pasajes estrechos. La plataforma, en la que crecia yerbecilla menuda y espesa, terminaba por la parte del mar en un espacio libre que conducia á un barranco vertical. El barranco, que se elevaba unos sesenta piés encima del mar, parecia haberse tallado á plomo. Esto no obstante, su ángulo izquierdo se deterioraba, y ofrecia una de esas escaleras naturales propias de los acantilados de



CAYÓ DE CABEZA AL MAR.



granito, cuyos escalones poco cómodos exigen algunas veces zancadas de jigante ó saltos de volatinero. La escalera de rocas bajaba perpendicularmente hasta el mar y en él se hundia. Era casi un precipicio, pero allí se podia verificar un embarco y un desembarco.

El viento soplaba. El hombre del capoton estaba firme en su puesto, la mano izquierda le servia de apoyo al codo derecho, cerraba un ojo y aplicaba el otro á un anteojo de larga vista. Parecia absorto en grave atencion. Estaba cerca del borde del acantilado, permaneciendo allí inmóvil y con la mirada imperturbablemente fija en un punto del horizonte. Habia subido la marea. El oleaje se estrellaba á sus piés contra las rocas.

Lo que observaba aquel hombre era un buque en alta mar que evolucionaba de una manera sospechosa.

El buque, que hacia una hora que habia salido del puerto de Saint-Malo, se detuvo detrás de los Banquetiers. Era una fragata. No habia arrojado el ancla, tal vez porque el fondo no le hubiera permitido decaer del rumbo sobre el cable y porque cerrara su ancla bajo el tajamar; se limitaba á permanecer en facha.

El hombre, que era un guardacostas, como lo indicaba su capoton de uniforme, espiaba las maniobras de la fragata y parecia que mentalmente tomaba nota de ellas.

El buque se habia puesto al pairo, barloventando, como lo indicaba el velacho que tenia cargado y la gavia que tenia desplegada; habia entablado el palo de mesana y orientado el mastelero de juanete y vergas de periquito, de manera que unas á otras las velas se contrariasen y de este modo podia arribar poco y derivar menos. No se cuidaba de presentarse al viento, porque no habia braceado el velacho más que perpendicularmente, con cuyo procedimiento, cayendo de un lado al otro no derivaba más que una media legua por hora.

Era aun de dia, sobre todo en alta mar y en la cumbre de la meseta. La parte baja de las costas iba oscureciéndose.

El guardacostas, entregado al cumplimiento de su deber y espiando concienzudamente en el mar, no pensaba en escudriñar las rocas que habia debajo de él y á sus lados. Daba las espaldas á la especie de escalera poco practicable que comunicaba la meseta del acantilado con el mar, y no notó que allí se movia algo. En la escalera, detrás de una fragosidad, habia un hombre escondido, y segun todas las apariencias, desde antes de la llegada del guardacostas. De vez en cuando, en la oscuridad asomaba una cabeza por debajo de la roca, miraba hácia arriba y acechaba al acechador. Cubria aquella cabeza un sombrero ancho y americano; era la cabeza del cuákero, la del hombre que diez dias antes estaba conversando en el Petit-Bey con el capitan Zuela.

De repente redobló la atencion el guardacostas. Limpió rápidamente con la bocamanga el cristal del anteojo y lo dirigió con energía á la fragata. Vió que se desprendia de ésta un punto negro. El punto negro, parecido á una hormiga en el mar, era una embarcacion. Esta embarcacion queria, al parecer, acercarse á tierra. La tripulaban algunos marineros, que bogaban vigorosamente; oblicuaba poco á poco y se dirigia á la punta del Decollé.

El acecho del guardacostas llegó á su mayor grado de fijeza. Acercándose más al borde del acantilado, no perdia un solo movimiento de la embarcacion.

En aquel instante el cuákero, que era de alta estatura, salió, por detrás del guardacostas, en lo alto de la escalera. El acechador no le veia.

El cuákero se detuvo un momento, con los brazos caidos y los puños cerrados, y con la vista del cazador que apunta, se fijó en la espalda del guardacostas. Solo le separaban de él cuatro pasos; adelantó un pié, luego se paró; dió un segundo paso y volvió á detenerse: no hacia más movimiento que el de andar; todo el resto de su cuerpo era una estátua; dió el tercer paso y se detuvo otra vez: tocaba casi al guardacostas, que permanecia inmóvil mirando con el anteojo. Levantó lentamente las dos manos cerradas á la altura de las clavículas; despues, bruscamente, sus antebrazos se desplomaron y los dos puños, como soltados por el fiador de una llave de fusil, hirieron los dos hombros del guardacostas. El choque fué siniestro. El guardacostas no tuvo tiempo ni de lanzar un grito. Cayó de cabeza desde lo alto de la meseta en el mar. Instantáneamente se vieron las suelas de sus zapatos y nada más. Cayó como una piedra que cae al agua y todo se cerró tras él, formando solo dos ó tres grandes círculos. En las rocas solo quedó el ante-

ojo, que se escapó de las manos del guardacostas y que cayó en la yerba.

El cuákero se puso de bruces sobre el borde de la escarpadura de rocas, contempló cómo los círculos se desvanecian en el agua; permaneció así algunos minutos y despues se incorporó, cantando entre dientes:

*El buen polizonte ha muerto*
*porque ha perdido la vida.*

Volvió á mirar otra vez al mar y nada vió reaparecer. Pero en el punto que se hundió el guardacostas se formó en la superficie del agua una especie de nube rojiza que dilataba el balanceo de las olas. Era probable que el guardacostas se hubiera roto el cráneo contra alguna roca submarina. La sangre subia y formaba una mancha en la espuma. El cuákero, contemplándola, exclamó:

*Muy poco antes de su muerte*
*estaba lleno.....*

No acabó el verso. Oyó detrás de él una voz suave que le decia:

—Estais aquí, Rantaine? Buenas noches. Acabais de matar á un hombre.

Se volvió y vió á algunos pasos detrás de él, entre las rocas, un hombre de pequeña estatura, que llevaba un rewólver en la mano.

—Buenas noches, señor Clubin; aquí me teneis.

El interpelado se extremeció.

—Me conoceis?

—Como vos á mí, replicó Rantaine.

Se percibia el ruido de remos que golpeaban en el mar. Lo producia la embarcacion que espiaba el guardacostas y que se iba acercando.

El señor Clubin dijo á media voz, como hablándose á sí mismo:

—Todo se ha hecho con rapidez.

—En qué puedo serviros? preguntó Rantaine.

—En algo. Hace cerca de diez años que no os he visto. Habreis hecho buenos negocios. Cómo os vá?

—Bien, dijo Rantaine. Y á vos?

—Muy bien.

Rantaine dió un paso hácia el señor Clubin; un ruido seco llegó á sus oidos. El capitan amartillaba el rewólver.

—Rantaine, estamos á quince pasos uno de otro, estamos á buena distancia; no la acorteis.

—Qué quereis de mí?

—Quiero que hablemos.

Rantaine ni se movió ni habló. El señor Clubin repuso:

—Acabais de asesinar á un guardacostas.

—Habeis tenido el honor de decírmelo dos veces.

—Antes os lo dije en términos menos precisos. Antes os dije que asesinásteis á un hombre; ahora os digo que ese hombre era un guardacostas, el número 619, padre de familia, casado y con cinco hijos.

—Así será, contestó Rantaine.

—Los guardacostas son hombres escogidos; casi todos son antiguos marinos.

—He notado, contestó Rantaine, que generalmente todos los que mueren dejan una mujer y cinco hijos.

El señor Clubin, cambiando de conversacion, dijo:

—Adivinad cuánto me ha costado este rewólver.

—Es una buena pieza, respondió Rantaine.

—Cuánto creeis que vale?

—Debe valer mucho.

—Me ha costado ciento cuarenta y cuatro francos.

—Lo habreis comprado en la tienda de armas de la callejuela Contanchez.

El señor Clubin dijo:

—No ha lanzado ni un solo grito. La caida acorta la voz.

—Señor Clubin, esta noche hará mucho viento.

—Yo solo estoy en el secreto.

—¿Seguís hospedándoos en la posada Jean? preguntó Rantaine.

—Sí; allí no se está mal.

—Me acuerdo de haber comido buenas berzas ácidas.

—Debeis ser muy fuerte, Rantaine. Sois muy ancho de espaldas. No quisiera recibir un puñetazo vuestro. Yo cuando nací estaba tan encanijado y enclenque, que creian que iba á malograrme.

—Felizmente se equivocaron.

—Pues, como iba diciendo, sigo en la posada Jean.

—Os reconocí, señor Clubin, porque vos me reconocísteis. No hay hombre que se atreva á estar aquí más que vos.

Diciendo esto se adelantó un paso.

—Volveos donde estábais, Rantaine.

Rantaine retrocedió, diciendo para sus adentros:

—El hombre se convierte en niño cuando se encuentra delante de esas máquinas.

El señor Clubin prosiguió diciendo:

—Hé aquí nuestra situacion. Tenemos aquí á la derecha, por la parte de Saint-Enogat, á trescientos pasos de aquí, otro guardacostas, el número 618, que está

vivo, y á la izquierda, por la parte de Saint-Lunaire, un puesto de aduaneros. Total, siete hombres armados, que pueden estar aquí antes de cinco minutos: cercarán la roca y custodiarán la garganta del cerro. Será imposible evadirse. Hay un cadáver debajo de las rocas.

Rantaine echó al rewólver una mirada oblícua.

—Como decís, es una hermosa pieza, aunque acaso esté cargada con pólvora sola. Pero no importa; bastará el ruido de un tiro para que acuda la fuerza armada, y puedo disparar seis.

El choque alternativo de los remos se oia cada vez más claro. El bote no estaba lejos.

El hombre de alta estatura miraba al otro de un modo extraño. El señor Clubin seguia hablándole con voz tranquila y melíflua:

—Los hombres que vienen en ese bote que se acerca, cuando sepan lo que habeis hecho aquí me ayudarán á prenderos. Pagais por el pasaje al capitan Zuela diez mil francos. Entre paréntesis, os hubiera salido menos caro ir con los contrabandistas de Pleynmont; pero ellos no os hubieran llevado más que hasta Inglaterra, y, por otra parte, no podeis arriesgaros á volver á Guernesey, donde tienen el honor de conoceros. Voy á poner en claro nuestra situacion. Si disparo os prenden. Dais diez mil francos á Zuela por vuestra fuga, habiéndole anticipado cinco mil; Zuela se quedará con ellos y se marchará muy satisfecho. Estais muy bien disfrazado, Rantaine; el sombrero, el leviton y las polainas os transforman. Habeis hecho bien en dejaros crecer las patillas.

Rantaine dejó escapar una sonrisa semejante á una mueca.

Clubin continuó:

—Llevais calzones americanos, que tienen dos bolsillos; uno de ellos encierra el reloj. Guardadlo.

—Gracias, señor Clubin.

—En el otro escondeis una cajita de hierro que se abre y se cierra por medio de un resorte. Es una tabaquera de marinero. Sacadla del bolsillo y echádmela.

—Eso es un robo!

—Podeis llamar á la guardia.

—Oidme, Mess Clubin, dijo Rantaine, adelantando un paso y tendiéndole la mano abierta.

Le decia MESS por adulacion.

—Permaneced donde estais.

—Mess Clubin, arreglémonos. Os ofrezco la mitad.

Clubin se cruzó de brazos, ladeó un poco hácia Rantaine las seis bocas del rewólver y le dijo:

—Por quién me tomais? Soy un hombre honrado. Lo necesito todo.

Rantaine murmuró entre dientes:—Este hombre es terrible.

Chispearon los ojos de Clubin, su voz se hizo sonora y cortante como el acero y exclamó:

—Estais muy equivocado, porque vos representais el robo; yo represento la restitucion. Escuchadme. Hace diez años os escapásteis de Guernesey, sacando de la caja de la asociacion cincuenta mil francos que eran vuestros y cincuenta mil que eran de otro. Los cincuenta mil robados á Mess Lethierry, vuestro asociado, forman hoy, con los intereses compuestos durante diez años, ochenta mil seiscientos sesenta y seis francos y sesenta y seis céntimos. Fuísteis ayer á casa del cambista Rebuchet. Le entregásteis setenta y seis mil francos en billetes franceses del Banco, contra los cuales os ha entregado tres bank-notes de Inglaterra, de mil libras esterlinas cada uno, y el sobrante. Metísteis los bank-notes en la cajita de hierro, y la cajita de hierro en el bolsillo del pantalon de la derecha. Recibiendo esas mil libras esterlinas, que equivalen á setenta y cinco mil francos, me daré por satisfecho en nombre de Mess Lethierry. Mañana parto para Guernesey, y en cuanto llegue le entregaré esa cantidad. La fragata que vemos desde aquí es la *Tamaulipas*; sé que en ella hicísteis embarcar esta noche, mezclados con los sacos y maletas de la tripulacion, vuestros cofres. Sé que os dirigís á Francia, y para ello tendreis vuestros motivos. Vais á Arequipa; el bote viene á buscaros, ya llega, ya se oye ruido de los remos; de mí depende el que partais ó el que os prendan. Conque basta de palabras. Echadme la cajita de hierro.

Rantaine se metió la mano en el bolsillo, sacó la tabaquera, que era la cajita de hierro á que aludia Clubin, la que fué rodando hasta los piés de éste.

Clubin se inclinó sin bajar la cabeza y cogió la cajita con la mano izquierda, sin dejar de dirigir á Rantaine la vista y los seis cañones del rewólver.

Despues le dijo:

—Hacedme el favor de volveros de espaldas.

Rantaine obedeció.

El señor Clubin se puso el rewólver debajo del sobaco y tocando el resorte de la cajita, la abrió. Contenia cuatro bank-notes, tres de mil libras y uno de diez. Dobló los tres bank-notes de mil libras, los metió otra vez en la cajita de hierro, la cerró y se la metió en el bolsillo. Despues tomó una piedra, la envolvió con el billete de diez libras y dijo:

—Volveos de cara.

Rantaine obedeció.

—Os dije que me contentaba con tres mil libras. Os devuelvo las diez sobrantes.

Esto diciendo, echó á Rantaine el billete y la piedra. Rantaine les dió un fuerte puntapié, que hizo caer al mar el bank-note y el guijarro.

—Como querais, dijo Clubin. Comprendo que debeis ser rico, pero yo ya estoy tranquilo.

El ruido de los remos, que se fué acercando durante el diálogo, cesó, lo que indicaba que el bote habia llegado al pié de las rocas.

—Teneis abajo el carruaje, podeis marcharos.

Rantaine se dirigió hácia la escalera y se hundió en ella.

Clubin se acercó con precaucion al borde del escarpe, y avanzando la cabeza miró cómo bajaba.

El bote estaba atracado cerca del último escalon de rocas, en el mismo punto en que se habia sumergido el guardacostas.

Mientras veia bajar á Rantaine, Clubin murmuraba:

—El buen número 619 creia estar solo; Rantaine creia que no eran más que dos; solo yo sabia que éramos tres.

Recogió el anteojo del guardacostas, que vió sobre la yerba.

Volvió á oirse el ruido de los remos. Rantaine acababa de saltar á la canoa, que se hizo á la mar.

Cuando Rantaine estuvo en el bote, despues de los primeros golpes de remo, que iban dejando atrás el acantilado, se puso bruscamente de pié, su fisonomía adquirió expresion horrible, enseñó los puños y exclamó:

—Hasta el diablo es un canalla!

Algunos momentos despues, Clubin, desde lo alto del acantilado, asestando al bote el anteojo, oia con claridad estas palabras, que pronunciaba una voz estentórea, que dominaba el ruido del mar:

—Señor Clubin, sois hombre honrado; pero no encontrareis mal que yo escriba á Lethierry participándole lo que aquí ha sucedido, ya que se encuentra en el bote un marinero de Guernesey que pertenece á la tripulacion del *Tamaulipas*, que regresará á Saint-Malo en el próximo viaje del capitan Zuela, y atestiguará que os he remitido para Mess Lethierry la suma de tres mil libras esterlinas.

El que así hablaba era Rantaine.

Clubin era hombre que no hacia nada á medias. Inmóvil como lo estuvo el guardacostas, y en el mismo sitio, no separaba la pupila del anteojo, que tenia asestado contra la lancha. La vió decrecer en las olas, aparecer y reaparecer, acercarse á la fragata, llegar á ella y atracar, divisando la alta estatura de Rantaine en la cubierta del *Tamaulipas*.

Cuando subieron el bote á bordo y lo suspendieron de los pescantes, la fragata empezó sus maniobras para hacerse á la mar. El viento, que era de tierra, hinchó todas las velas. El anteojo de Clubin continuó encarado con aquella silueta simplificada, y media hora despues el *Tamaulipas*, á la vista de Clubin, solo era un cuerpo negro que iba disminuyendo en el horizonte, perdiéndose en el cielo pálido del crepúsculo.

## IX.

**Datos que pueden convenir á las personas que esperan ó temen cartas de ultramar.**

Aquella noche el señor Clubin regresó tarde á la posada.

Una de las causas de su demora fué el haberse llegado hasta la puerta de Dinan, donde habia varios figones, en uno de los que compró un frasco de aguardiente, que metió en el ancho bolsillo del chaqueton, como si quisiera ocultarlo; luego, como la *Duranda* tenia que emprender el viaje al dia siguiente por la mañana, fué tambien á bordo para asegurarse de que todo estaba en órden.

Cuando el señor Clubin entró en la posada Jean, solo quedaba ya en la sala baja el viejo capitan de carrera larga, Gertrais-Gaboureau, que bebia un chope y fumaba con pipa.

Entre un trago y una bocanada de humo, Gertrais-Gaboureau saludó al señor Clubin.

—Hola, capitan Clubin!

—Buenas noches, capitan Gertrais.

—¿Conque ha partido ya la *Tamaulipas?*

—Sí?... contestó Clubin; no me habia fijado en ello.

—Se fué con el capitan Zuela.

—Cuándo?

—Esta tarde.

—Adónde vá?

—Al infierno.

—Sin duda, pero...

—A Arequipa.

—No lo sabia, contestó Clubin.

Luego añadió:

—Me voy á acostar.

Encendió la vela y se dirigió á la puerta, pero volvió.

—¿Habeis estado alguna vez en Arequipa, capitan Gertrais?

—Sí; hace ya algunos años.

—En qué puntos se toca?

—En muchas partes. Pero el *Tamaulipas* no hará escala en ninguna.

El capitan Gertrais vació en la orilla de un plato la ceniza de la pipa y continuó hablando:

—Ya sabeis que el queche marino *Cheval-de-Troie* y la hermosa fragata *Trentemuzin* han ido á Cardiff. Yo no era de opinion de que se hiciesen á la vela á causa del mal tiempo, y han arribado en estado lastimoso. El queche marino venia cargado de trementina; hizo agua, y funcionando con las bombas, al mismo tiempo que el agua ha vaciado todo el cargamento. La fragata ha sufrido averías en los altos; el tajamar, el branque, las cofas, el cepo del ancla, todo lo ha traido roto. Por la parte de babor la obra muerta tiene una abertura de tres piés cuadrados. Esta es la consecuencia de no hacer caso de los marinos viejos.

—¿No decíais, capitan Gertrais, que la *Tamaulipas* no tocará en ninguna parte?

—En ninguna. Vá directamente á Chile.

—Siendo así, en su marcha no podrá dar noticias.

—Os equivocais, capitan Clubin. En primer lugar puede entregar cartas á todos los buques que encuentre navegando hácia Europa.

—Eso es verdad.

—En segundo lugar tiene el buzon del mar.

—A qué llamais el buzon del mar?

—No lo sabeis, capitan Clubin?

—No.

—Cuando se pasa el estrecho de Magallanes...

—Qué?

—Hay en todas partes nieves, temporal, malos vientos, oleaje que sube hasta el cielo...

—Y qué más?

—Cuando se dobla el cabo Monmout...

—Qué?

—En seguida se dobla el cabo Valentin.

—Y qué más?

—En seguida se dobla el cabo Isidoro.

—Y despues?

—Se dobla la punta Ana.

—Bien; pero ¿á qué llamais el buzon del mar?

—Ya estamos en él. Se ven montañas á la derecha y montañas á la izquierda. Se ven pájaros bobos y petreles amigos de las tempestades. Es un sitio terrible. Fuego de Dios! Allí hay que vigilar el yugo de la popa; allí hay que quitar trapo; allí hay que reemplazar las mayores con los foques y los foques con el tormentin. Hace un viento horroroso. Está á veces cuatro, cinco y hasta seis dias soplando de proa. A veces de un velámen enteramente nuevo no quedan más que hilas. Hay allí rachas capaces de hacer saltar una corbeta como si fuese una pulga. Y qué costa! No he visto ninguna tan áspera. Las rocas están cortadas como por entretenimiento. Se llega cerca del puerto del Hambre. Allí peor que peor. Rugen allí las olas más impetuosas que he visto en mi vida. Aquello es un infierno. De repente se ven estas tres palabras escritas con tinta roja: *Post Office.*

—Qué quereis decir, capitan Gertrais?

—Quiero decir, capitan Clubin, que inmediatamente despues de doblar la punta Ana se vé, sobre un enorme peñasco, que tiene cien piés de elevacion, una gran viga: es un poste que lleva colgada una barrica. Esta barrica es el buzon. Ha sido preciso que los ingleses escribieran encima *Post Office.* ¿Con qué derecho? Es el buzon del Océano. No pertenece al rey de Inglaterra. Es un buzon general. Pertenece á todas las naciones. El *Post Office* os parece tan extravagante, que os causaria de pronto el mismo efecto que si el diablo os ofreciese una taza de té. Vais á saber cómo funciona este correo. Todo buque que pasa envia al *poste* una lancha con las cartas. El buque que viene del Atlántico envia sus cartas á Europa, y el que viene del Pacífico envia las suyas á América. El oficial que manda la lancha mete en el barril el paquete que lleva y toma el paquete que encuentra allí. Se encarga de aquellas cartas, y el buque que llegará

despues se encargará de las suyas. Como se navega en sentido opuesto, el continente de que vos venís es el continente á donde yo voy. Yo me encargo de vuestras cartas y vos de las mias. La barrica está atada al poste con una cadena, y que llueva, que nieve, que granice, que haya un mar de todos los demonios; la barrica tiene una buena tapa con visagras, sin cerraduras y sin candados, y allí permanece inmóvil. Se puede escribir á los amigos. Las cartas llegan.

—Eso es muy curioso, murmuró Clubin pensativo.

—Supongamos que el bribon de Zuela me escribe, que mete un baturrillo de palabras en la barrica de Magallanes; pues dentro de cuatro meses están en mi poder las cartas de ese tunante. Pero hablando de otra cosa, capitan Clubin, resueltamente partís mañana?

Clubin, absorto en cierta especie de sonambulismo, no oyó lo que le preguntaba el capitan Gertrais.

Este repitió la pregunta.

Clubin se despertó.

—Sí, capitan; parto mañana.

—No partiria yo si estuviera en vuestro pellejo. La piel de los perros siente el pelo mojado. Hace dos noches que las aves marítimas dan vueltas alrededor del faro, y esto es mala señal; yo tengo un *estorm glass* que tambien dá vueltas. Nos encontramos en el segundo octante de la luna, que es el máximum de humedad. He visto hace poco pimpinelas que cerraban sus hojas y un campo de tréboles que tenian los tallos rectos. Las lombrices salen de la tierra, las moscas están pesadas, las abejas no se alejan de la colmena, los gorriones conferencian. Se oye el tañido de las campanas desde muy lejos. He oido esta tarde el toque del Ave-María de Saint-Lunaire. El sol, al ponerse, estaba pálido. Mañana tendremos niebla densa. Me hace más miedo la niebla que el huracan; la niebla es pérfida. Os aconsejo que no partais mañana.

# LIBRO SEXTO

## El timonel borracho y el capitan sóbrio.

### I.

#### Los peñascos Douvres.

Cerca de cinco leguas, en alta mar, al Sur de Guernesey, frente á frente de la punta de Pleynmont, entre las islas de la Mancha y Saint-Malo, hay un grupo peligrosísimo de escollos que se llaman los peñascos Douvres.

El punto de Francia más inmediato al peñasco Douvres es el cabo Breand. El peñasco Douvres está algo más lejos de la costa de Francia que de la primera isla del archipiélago normando. La distancia de este escollo á Jersey se mide aproximadamente por la gran diagonal de Jersey: si esta isla girase alrededor de la Corbiere como alrededor de un gozne, la punta de Santa Catalina iria casi á tropezar con los Douvres, que distan más de cuatro leguas.

En los mares de la civilizacion las rocas más salvajes rara vez están desiertas. Se encuentran contrabandistas en Hagot, aduaneros en Binic, celtas en Breat, cultivadores de ostras en Calcale, cazadores de conejos en Cesambre, cogedores de rustáceos en Brecqhon, pescadores de redes en Minquiers y tambien en Ecréhou. En los peñascos Douvres nadie habita.

Las aves marítimas están allí en su casa.

No hay choque tan terrible como el de estos peñascos. Ni los Casquets ni ningun otro de los bancos ni de los bajíos del mar producen tan horrorosas catástrofes. Valdria más chocar con todos ellos á la vez que chocar en el peñasco Douvres.

En todo el peligroso mar de la Mancha, que es la mar Ejea del Occidente, solo iguala en inspirar terror al peñasco Douvres el peñasco Pater-noster, que está situado entre Guernesey y Serk. Pero al menos desde Pater-noster se puede hacer alguna señal; en los casos apurados puede esperarse allí algun socorro; desde allí se vé por la parte del Norte la punta Dicard y por la del Sur Grós-Nez. Pero desde el peñasco Dou-

vres no se vé nada más que las ráfagas, el agua, las nubes, lo ilimitado. Solo el que vá perdido pasa por allí. Su granito es de una estructura brutal y repugnante; allí no hay más que barrancos y escarpaduras; allí reina la severidad inhospitalaria del abismo. Están en alta mar y el agua es allí inmensamente profunda. Es una especie de vasta madrépora submarina. Es un laberinto inundado. Allí, á una profundidad á que no llegan los buzos, hay antros, cuevas, grutas, encrucijadas y cruzamientos de calles tenebrosas. Allí pululan monstruosos animales. Vagan por aquella oscuridad formas espantosas, creadas para no ser vistas por ojos humanos. Confusos lineamientos de bocas, de antenas, de tentáculos, de aletas natatorias, de mandíbulas abiertas, de escamas, de garras, de tenazas, flotan allí y tiemblan, se desarrollan, se descomponen y se borran en la transparencia siniestra. Se remolinan allí espantosos enjambres de nadadores. Aquello es una colmena de hidras. Es el ideal de lo horrible.

Ver el interior del mar es ver la imágen de lo desconocido por su lado terrible. El abismo es análogo á la noche; allí existe tambien el sueño, aparente al menos, de la conciencia de la creacion. Allí se perpetran con seguridad completa los crímenes de la irresponsabilidad. Allí, en medio de una paz horrible, los esbozos de la vida, casi fantasmas, pero verdaderos demonios, se entregan á las feroces ocupaciones de la oscuridad.

Hace cuarenta años, dos rocas de forma extraordinaria señalaban desde lejos el escollo Douvres á los pasajeros del Océano. Eran dos puntas verticales, agudas é inclinadas, que casi se tocaban por su extremidad. Se creia ver en ellas los dos colmillos de un elefante tragado, sobresaliendo en el mar. Aquellas dos torres naturales de la oscura ciudad de los mónstruos solo dejaban entre ellas un estrecho pasaje, en el que se retorcian las olas. Este pasaje, que era tortuoso y que tenia en su longitud muchos recodos, se parecia á un pedazo de calle entre dos paredes. Estas dos rocas gemelas se llamaban la Douvres mayor y la menor; la una era de sesenta piés de altura y la otra de cuarenta. El choque contínuo de las olas acabó por desmoronar su base, y los violentos ventarrones equinocciales del 26 de Octubre de 1859 derribaron una de ellas. Queda la más pequeña, pero está truncada.

Una de las rocas más extrañas del grupo Douvres se llama el *Hombre*, y actualmente aun subsiste. En el siglo pasado algunos pescadores extraviados en aquellas rompientes encontraron en lo alto del peñasco un cadáver. Al lado del cadáver vieron multitud de almejas vacías. El náufrago que se refugiaria allí probablemente moriria de hambre, despues de alimentarse algun tiempo con las almejas que estarian á su alcance.

Este es el orígen de llamarse dicho peñasco el *Hombre*.

Las soledades del agua son lúgubres. Domina en ellas el silencio, mezclado con el tumulto. Lo que en ellas pasa no atañe ya al género humano y es de utilidad desconocida.

Tal es el inmenso aislamiento del peñasco Douvres; desde allí, en cuanto alcanza la vista, solo descubre el movimiento incesante de las olas.

## II.

### Aguardiente inesperado.

El viernes por la mañana, al dia siguiente de partir la *Tamaulipas*, la *Duranda* se hizo á la vela para Guernesey. Zarpó de Saint-Malo á las nueve.

El tiempo estaba sereno y sin nubes; el veterano capitan Gertrais sin duda chocheaba.

Las preocupaciones del señor Clubin le impidieron sin duda practicar su cargamento y solo embarcó algunos artículos de Paris para las tiendas de comercio de Saint-Pierre Port y tres cajas para el hospicio de Guernesey; una de jabon ordinario, otra de velas y otra de cuero y de becerro francés. De su anterior cargamento se volvia á llevar una caja de azúcar terciado y tres cajas de té verde, que la aduana francesa no quiso admitir. Embarcó poco ganado; solo algunos bueyes, que estaban en la sentina estivados con bastante negligencia.

Habia á bordo seis pasajeros: un guernesiano, dos habitantes de Saint-Malo, un turista, un parisiense de la clase media y un americano que viajaba repartiendo Biblias.

Además del capitan Clubin, la *Duranda* tenia siete hombres de tripulacion: un timonel, un marinero carbonero, otro carpintero, un cocinero, que en casos necesarios ayudaba á las maniobras; dos fogoneros y un grumete. Uno de los fogoneros era al mismo tiempo maquinista. Era negro, holandés, bravo, inteli-

gente; se habia fugado de los ingenios de azúcar de Lurinan y se llamaba Imbrancam. Comprendia y servia admirablemente la máquina. Cuando se inauguró el buque contribuyó en gran parte, viéndole negro entre el fuego y el humo, á dar aspecto diabólico á la *Duranda*. El timonel se llamaba Tangrouille. Era de alta nobleza. Las islas de la Mancha son, como Inglatera, un pais gerárquico. Allí existen aun dos castas. Cada casta tiene su idea, que es la que la defiende. Las ideas de las castas son las mismas en todas partes. Lo mismo en la India que en Alemania. La nobleza se conquista con la espada, se pierde por el trabajo y se conserva con la ociosidad. No hacer nada es vivir noblemente; el que no trabaja es *honorable*. Dedicarse al trabajo es decaer. En el archipiélago de la Mancha, lo mismo que en la Gran-Bretaña, el que quiere continuar siendo noble tiene que permanecer siendo rico; un workman no puede ser gentleman. Si lo ha sido, ya no lo es. Tal ó cual marinero desciende de *baronets* y no es más que un marinero. Treinta años atrás, en Auriny un Gorjes auténtico, que habia tenido derechos al señorío de Gorjes, que conquistó Felipe Augusto, recogia ovas y fuco en el mar enteramente descalzo.

En un caso parecido se encontraba el timonel de la *Duranda*.

Tangrouille conservaba una antigua cualidad de hidalgo, que era un defecto grave en un timonel; se embriagaba. Pero el señor Clubin se obstinaba en no despedirle, y respondia de él á Mess Lethierry, porque el timonel no salia jamás del buque y dormia á bordo.

La víspera de la partida, cuando el señor Clubin, á hora bastante avanzada de la noche, pasó revista al buque, estaba durmiendo en su hamaca.

Durante la noche Tangrouille se despertó; era su costumbre nocturna. Todos los borrachos que no son dueños de sí mismo tienen un escondrijo. El timonel tenia el suyo, que llamaba despensa, y su despensa secreta la tenia en la sentina; la colocó allí por ser sitio disimulado, estando seguro de que nadie conocia su escondrijo. El capitan Clubin, como era sóbrio, era severo. El ron y la ginebra que el timonel podia librar del vigilante acecho del capitan, lo reservaba en un rincon misterioso de la sentina, en el fondo de una cuba ancha, y casi todas las noches tenia citas amorosas con las botellas. Como la vigilancia era rigurosa, la orgía de Tangrouille era pobre, y ordinariamente sus excesos nocturnos se limitaban á echar furtivamente dos ó tres tragos. Eso cuando la despensa no estaba vacía. Aquella noche Tangrouille encontró en su escondrijo una botella de aguardiente inesperada. Tuvo gran alegría, pero mayor admiracion. Le caia del cielo aquella botella? No recordaba cómo ni cuándo la habia traido el buque. Pero se la bebió en seguida, hasta cierto punto por prudencia, temiendo que se la descubriesen y se la escamoteasen. Luego arrojó el casco al mar. Al dia siguiente, cuando se puso en el timon, oscilaba.

Le gobernó, sin embargo, como de ordinario.

Ya sabemos que Clubin aquella noche se fué á la posada Jean, donde se acostó.

Clubin llevaba siempre debajo de la camisa un cinto de viaje de cuero, en el que guardaba unas veinte guineas por si las necesitaba, y solo se lo quitaba durante la noche. En el interior de dicho cinturon escribió su apellido de su puño y letra con tinta litográfica, que se conservaba indeleble.

Cuando se levantó, antes de hacerse á la vela el buque, metió en el cinto la cajita de hierro que contenia los setenta y cinco mil francos en billetes, y despues, como acostumbraba, se lo ató á la cintura.

## III.

### Conversaciones interrumpidas.

El buque partió alegremente. Los viajeros, en cuanto colocaron en su sitio las maletas y los abrigos, pasaron al buque la revista que es de rigor. Dos de ellos, el turista y el parisiense, no habian visto nunca un buque de vapor, y en cuanto dieron las ruedas las primeras vueltas se quedaron admirando la espuma que lanzaban, y despues el humo de la chimenea. Examinaron pieza por pieza en la cubierta y en el sollado los aprestos marítimos de argollas, grapas, ganchos y pernos. Se pasearon alrededor del cañoncito de alarma, que estaba amarrado á la cubierta con una cadena como un mastin, segun dijo el turista, y abrigado, como dijo el parisiense, con blusa de lana embreada para no tomar un catarro. Cuando el buque se alejó de tierra empezaron entre los pasajeros las observaciones acerca de la perspectiva de Saint-Malo, emitiendo

uno de ellos el axioma de que las cercanías del mar engañan de tal modo, que á una legua de la costa nada se parece tanto á Ostende como Dunkquerque.

En el mar dominaba vasta calma. La estela formaba en el Océano detrás del buque una calle larga orlada de espuma, que casi sin torcerse se prolongaba hasta perderse de vista.

Guernesey se halla en medio de la línea recta que pudiera tirarse desde Saint-Malo en Francia á Exeter en Inglaterra. En el mar la línea recta no es siempre la línea lógica. Sin embargo, los vapores tienen hasta cierto punto el poder seguir la línea recta que no es posible á los buques de vela.

El mar, complicado por el viento, es un compuesto de fuerzas.

El buque es un compuesto de máquinas. Las fuerzas son máquinas infinitas, las máquinas son fuerzas limitadas. Entre los dos organismos, uno inagotable y otro inteligente, se empeña el combate que se llama navegacion. La voluntad de un mecanismo sirve de contrapeso á lo infinito. Lo infinito contiene tambien un mecanismo. Los elementos saben lo que hacen y adónde van. Ninguna fuerza es ciega. El hombre debe espiar las fuerzas y procurar descubrir su itinerario.

Mientras que se encuentra esta ley, la lucha continúa, y en esta lucha la navegacion por medio de vapor es una especie de victoria perpétua que el género humano alcanza constantemente en todos los puntos del mar. Esta navegacion disciplina al buque, disminuye la obediencia al viento y aumenta la obediencia al hombre.

Jamás la *Duranda* habia trabajado en el mar mejor que aquel dia. Andaba maravillosamente.

Hácia las once, cuando soplaba una brisa fresca del Noroeste, la *Duranda* estaba engolfada delante de los Minquier, con poco vapor, con rumbo al Oeste, con amarras á estribor y ciñendo el viento. El tiempo seguia claro y explendido. Sin embargo, los faluchos se volvian á la costa.

Poco á poco, como si todo el mundo pensase á un tiempo en entrar pronto en el puerto, el mar se vaciaba de buques.

La *Duranda* no seguia con todo rigor el rumbo de otras veces. La tripulacion no era preocupada y tenia absoluta confianza en el capitan, pero conocia que tal vez por culpa del timonel se desviaba algo. La *Duranda* más parecia dirigirse á Jersey que á Guernesey. Despues de las once el capitan rectificó la direccion y encaró francamente la proa á Guernesey. Se perdió poco tiempo, pero en los dias cortos perder el tiempo tiene sus inconvenientes. Brillaba el sol hermoso de Febrero.

Tangrouille no tenia seguros los piés ni los brazos firmes, de lo que resultaba que declinaba el rumbo y aflojaba la marcha del buque.

El viento habia cesado casi del todo.

El pasajero guernesiano encaraba su anteojo de vez en cuando contra una vedija de bruma cenicienta, que empujaba lentamente el viento hácia el Oeste en el horizonte, cuya vedija se asemejaba á un copo de algodon lleno de polvo.

El capitan Clubin tenia la fisonomía austera y puritana de ordinario, pero redoblaba su atencion.

Todo era apacible y casi riente á bordo de la *Duranda*; los pasajeros no dejaban de conversar. Cerrando los ojos en una travesía, puede juzgarse del estado del mar por el *trémolo* de las conversaciones. La completa libertad del pensamiento de los pasajeros responde de la completa tranquilidad de las aguas. Es imposible, por ejemplo, entablar una conversacion como la siguiente no estando el mar tranquilo.

—Fijaos en esa mosca verde y roja.

—Parece que se haya cansado en el mar y que descanse en el navío.

—Las moscas se cansan poco.

—Es verdad; son muy ligeras. El viento las lleva donde quiere.

—Un curioso pesó una onza de moscas, despues las contó, y vió que habia seis mil doscientas sesenta y ocho.

El guernesiano del anteojo se acercó á los mercaderes de bueyes de Saint-Malo y les dijo lo siguiente:

—El buey de Aubrac tiene el cuerpo redondo y rechoncho, las piernas cortas y el pelo salvaje. Es lento en el trabajo, por tener las piernas cortas.

—Bajo ese punto de vista el buey de Salers es preferible al de Aubrac.

—Yo no he visto más que dos bueyes hermosos en mi vida. El primero tenia las piernas bajas, la parte delantera gruesa, el cuarto trasero lleno, las nalgas anchas, bastante longitud desde la nuca á las ancas, largo el crucero, los movimientos sueltos, el pellejo poco adherido. El segundo presentaba todas las señales de haber sido engordado juiciosamente. Cuerpo carnoso, fuerte, piernas

ligeras, color blanco y rojo, buenos cuartos traseros.

—Era de la raza cotentina?

—Sí, pero mezclada con el toro augus ó con el toro ruftolk.

—En el Mediodía celebran concursos de asnos.

—De asnos?

—Así como suena. Cuanto más feos, son más hermosos.

—Lo mismo sucede con los mulos. Prefieren los más feos.

—Es verdad. Prefieren el jumento poitevino, que es ventrudo y tiene las piernas gruesas.

—Tambien la mejor mula es la más gorda.

—La belleza de las bestias no es como la de los hombres.

—Es verdad.

—Yo estoy por las mujeres bonitas.

—Yo por las elegantes.

El turista y el parisiense hablaban con el americano que repartia Biblias. Su conversacion tambien era un barómetro que marcaba el buen tiempo.

—Vais á saber, decia el turista, cuánto tonelaje hay en el mundo civilizado: á Francia le corresponden 706.000 toneles, á Alemania 1.000,000, á los Estados-Unidos 500.000, á Inglaterra 5.505,000; á esto hay que añadir el contingente de las naciones pequeñas, con lo que resulta un total de 12.904,000 toneles, distribuidos en 145.000 embarcaciones diseminadas por todos los mares del globo.

El americano interrumpió al turista, replicándole:

—Los Estados-Unidos son los que embarcan 5.500,000 toneles.

—Eso será, le contestó el turista. ¿Sois americano?

—Sí.

—Me lo habia figurado.

Hubo una pausa en el diálogo, durante la cual el americano misionero pensó si seria ocasion de ofrecer alguna Biblia.

La vedija de bruma que se veia en lontananza en el horizonte habia ido creciendo. Ocupaba un segmento de unos quince grados. Parecia que era una nube que la falta del viento arrastraba sobre el agua. El mar estaba en calma, límpido como un espejo. No era aun el medio dia, y el sol estaba pálido; alumbraba, pero no calentaba.

—Creo, dijo el turista, que el tiempo vá á variar.

—Quizás llueva, contestó el parisiense.

—O sobrevenga la niebla, repuso el americano.

Al dar las doce, segun era costumbre en el archipiélago, la campana llamó á comer á los pasajeros. Unos fueron á la mesa y otros, que llevaban provisiones en fiambreras, comieron alegremente sobre cubierta. Clubin no probó ni un solo bocado. Durante la comida las conversaciones siguieron su curso.

El guernesiano, que olia las Biblias, se acercó al americano; aquel le preguntó:

—Conoceis estos mares?

—Sin duda; pertenezco á ellos.

—Tambien yo, contestó uno de los vecinos de Saint-Malo.

El guernesiano se adhirió por medio de un saludo y repuso:

—Ahora estamos en alta mar, pero no quisiera ver niebla como las vimos cuando fuimos hácia los Minquiers.

El americano dijo al de Saint-Malo:

—Los isleños conocen más el mar que los ribereños.

—Es verdad; no podemos compararnos con ellos los de las costas.

—Qué son los Minquiers? preguntó el americano.

—Peñascos muy terribles.

—Tambien lo son los Grebets, repuso el guernesiano.

—Ya lo creo.

—Y las Chonas.

—Si vamos á contar todos los escollos, contestó el de Saint-Malo riendo, tambien existen los Salvajes.

—Y los Monjes, observó el guernesiano.

—Y el Canard.

—¿Tenemos que atravesar toda esa multitud de rocas? preguntó el turista.

—No; las hemos dejado detrás de nosotros.

El guernesiano prosiguió:

—Entre peñascos grandes y pequeños los Grebets tienen cincuenta y siete puntas.

—Los Minquiers cuarenta y ocho, contestó el de Saint-Malo.

—Me parece que dejais de contar tres rocas.

—Las cuento todas.

—¿Desde la Derée hasta la Maltrelle?

—Sí.

—Y las Casas?

—Sí, las siete rocas que hay en medio de los Minquiers.

—Veo que conoceis bien los escollos.

—Si no los conociese no seria de Saint-Malo.

—Me gusta oir razonar á los franceses.

El de Saint-Malo dió las gracias por medio de un saludo, y añadió:

—Los Salvajes son tres peñascos.

—Y los Monjes dos.

—Y el Canard uno.

—Es claro; por eso tiene el nombre en singular.

—Eso no es regla, porque la Luarde tambien lo tiene y consta de cuatro rocas.

—A qué llamais la Luarde? preguntó el guernesiano.

—Llamamos la Luarde á lo que vosotros llamais las Chonas.

—Es peligroso pasar entre las Chonas y el Canard.

—Por allí no pasan más que los pájaros.

—Y los peces.

—No tanto, porque cuando hay tempestad se pegan á las piedras.

—Hay mucha arena en los Minquiers.

—Sí, alrededor de las Casas.

—Que son ocho rocas que se ven desde Jersey.

—Justo, desde la playa de Acette. Pero no son ocho, sino siete.

—Cuando está la marea baja se puede pasear por los Minquiers.

—Sí, porque en parte se quedan secos.

—Y los Dirouilles?

—Los Dirouilles no tienen nada de comun con los Minquiers.

—Lo digo porque tambien son peligrosos.

—Están por la parte de Granville.

En aquel instante una voz de trueno gritó:

—Estás borracho!

## IV.

### En el que se desarrollan las buenas cualidades del capitan Clubin.

Todos volvieron la cabeza al oir la anterior exclamacion, que lanzó el capitan interpelando al timonel.

El señor Clubin no tuteaba á nadie; para dirigir á Tangrouille semejante apóstrofe era preciso que estuviese encolerizado ó que quisiera parecerlo.

Hay arranques oportunos de cólera que libran de responsabilidad y, algunas veces, la transfieren á otro.

El capitan, de pié entre los dos tambores, miraba fijamente al timonel y repetia entre dientes:

—Borracho!

Tangrouille bajó la cabeza.

La niebla se habia desarrollado y ya ocupaba casi la mitad del horizonte. Avanzaba á la vez en todas direcciones; hay en la niebla algo análogo á la gota de aceite, y se dilata insensiblemente. El viento la impelia sin precipitacion y sin ruido, y ella tomaba poco á poco posesion del Océano. Venia del Noroeste y el buque la tenia delante de la proa. Se recortaba en el mar como una muralla. Habia en ella un punto preciso en el que el agua inmensa entraba bajo la niebla y desaparecia.

El punto de entrada en la niebla estaba aun á media legua de distancia del buque. Si cambiara el viento pudiera acaso evitarse la inmersion en la bruma; pero para evitarla necesitaba que variase en seguida. La media legua de intervalo disminuia de un modo visible. La *Duranda* andaba y la niebla tambien. La niebla iba hácia el buque y éste hácia aquella.

Clubin mandó dar más fuerza al vapor y virar al Este.

Costearon de este modo algun tiempo la niebla, pero ella seguia siempre avanzando. Sin embargo, el sol iluminaba todavía al buque.

Perdian tiempo en esas maniobras, que difícilmente podrian tener buen éxito, porque la noche llega muy pronto en Febrero.

El guernesiano, que estaba contemplando la bruma, dijo á los vecinos de Saint-Malo:

—Qué maldita niebla!

—Esa es una verdadera suciedad del mar, observó uno de los de Saint-Malo.

El otro añadió:

—Suciedad que puede echar á perder un viaje.

El guernesiano se acercó á Clubin y le dijo:

—Capitan, temo que nos vá á alcanzar la niebla.

Clubin respondió:

—Pensaba quedarme en Saint-Malo, pero me aconsejaron que partiese.

—Quién?

—Marinos viejos.

—Pensándolo bien, replicó el guernesiano, no hicísteis mal en partir hoy. ¿Quién sabe si mañana estallará la tempestad? En esta estacion hay que esperar siempre ir de mal en peor.

Pocos minutos despues la *Duranda* entraba en el banco de bruma. Aquel fué un instante singular. Repentinamente los que estaban en la popa dejaron de

ver á los que hablaban en la proa. Una especie de cerrazon blanda y cenicienta dividió el buque en dos; despues, entero éste, se sumergió en la bruma.

El sol se les apareció de color lívido. De pronto todos empezaron á tiritar. Los pasajeros se pusieron los abrigos y los marineros los capotones. El mar, que no formaba ni un pliegue, aparecia con la fria amenaza de la tranquilidad. Parece que haya mala intencion oculta en el exceso de calma. Todo estaba pálido y descolorido. La chimenea negra y el humo negro luchaban contra la claridad lívida que envolvia al buque.

La derivacion hácia el Este carecia ya de objeto. El capitan dirigió la proa hácia Guernesey y aumentó la fuerza del vapor.

El pasajero guernesiano, que se paseaba alrededor de la máquina, oyó que el negro Imbrancam hablaba con el fogonero, y se puso á escuchar. El negro decia:

—Esta mañana, cuando brillaba un buen sol, andábamos despacio, y ahora que nos envuelve la niebla caminamos deprisa.

El guernesiano se acercó otra vez al señor Clubin.

—Capitan, le dijo, si no hay cuidado, por qué dais tanto vapor á la máquina?

—Porque es preciso que ganemos el tiempo que nos ha hecho perder el timonel, que está borracho.

—Es verdad.

—Tengo prisa en llegar, añadió Clubin. Nos basta tener que luchar con la niebla, sin tener que luchar con la noche.

El guernesiano se unió á los dos vecinos de Saint-Malo y les dijo:

—Tenemos excelente capitan.

De vez en cuando grandes oleadas de bruma sobrevenian pesadamente y tapaban el sol; éste resplandecia cada vez más pálido. El poco espacio de cielo que se entreveia parecia el cielo sucio y manchado de aceite de una decoracion vieja de teatro.

La *Duranda* pasó cerca de un falucho, que por prudencia habia echado el ancla. Este falucho era el *Shealfiel* de Guernesey. El patron del falucho notó la velocidad que llevaba la *Duranda*, y le pareció, además, que no seguia el derrotero exacto; creia que se apoyaba demasiado hácia el Oeste. Le llenó de asombro ver que un buque navegaba á todo vapor envuelto en la niebla.

A las dos de la tarde era tan densa la bruma, que el capitan dejó su puesto y se acercó al timonel. El sol se habia desvanecido; todo lo ocupaba la niebla. Se distinguia alrededor de la *Duranda* una especie de oscuridad blanca. Se navegaba dentro de la palidez difusa. No se veia ya el cielo ni el mar: no soplaba ningun viento.

El barril de trementina, que estaba colgado de una argolla bajo de los tambores, ni siquiera oscilaba.

Los pasajeros quedaron silenciosos.

Sin embargo, el parisiense entonaba entre dientes la cancion de Berager: *Dios despertándose un dia.*

Uno de los de Saint-Malo le preguntó:

—Venís de Paris?

—Sí, señor.

—Qué hacen en Paris?

—En Paris todo anda revuelto.

—Entonces la tierra está como el mar.

—Verdaderamente nos rodea una niebla inoportuna.

—Y que puede ocasionar desastres.

El parisiense exclamó:

—Para qué queremos las desgracias? Todos los desastres son como el incendio del Odeon, que solo sirven para arruinar á las familias. Eso no es justo. No sé cómo pensais vos, pero á mí los desastres me desagradan.

—Y á mí.

—Todo lo que pasa en el mundo me causa el efecto de una cosa que se desconcierta. Creo que estamos dejados de la mano de Dios. Dejados de la mano de Dios, que no se acuerda de nosotros para nada. Así vá ello. Es indudable que los negocios del mundo están á cargo de algun vicario de la Providencia, de algun ángel seminarista, que estropea todo lo que dirige.

El capitan Clubin, que se habia acercado á los dos pasajeros que seguian el anterior diálogo, poniendo una mano en el hombro del parisiense, le dijo:

—Silencio! Os suplico que midais vuestras palabras. Estamos en el mar.

Nadie volvió á desplegar los labios.

Cinco minutos despues el guernesiano, que habia oido lo anterior, murmuró al oido del de Saint-Malo:

—Es un capitan excelente y religioso.

No llovia y sin embargo todos estaban mojados, y solo se daban cuenta del camino que iban andando por el aumento de malestar que experimentaban. La niebla hace callar al Océano, adormece las olas y ahoga al viento. En medio de tan sombría calma, la respiracion de la

*Duranda* tenia un no sé qué de inquieto y quejumbroso.

No encontraban ninguna embarcacion. Si á lo lejos, por la parte de Guernesey ó la de Saint-Malo, hubiera habido algunos barcos en el mar, fuera del espacio que ocupaba la niebla, no hubieran podido ver á la *Duranda*, que estaba sumergida en la bruma, y su largo penacho de humo les hubiera causado el efecto de un cometa negro sobre un cielo blanco.

De repente Clubin exclamó:

—Maldito seas! Acabas de dar un golpe en falso. Vas á causarnos averías. Mereces un presidio. ¡Quítate de ahí, borracho!

Le hizo quitar y se apoderó del timon.

El timonel, humillado, se refugió en el extremo de la proa.

El guernesiano dijo:

—Ahora nos hemos salvado.

La marcha del buque continuó rápida.

Hácia las tres, las capas bajas de la bruma empezaron á levantarse y volvieron á ver el mar.

—No me gusta eso, exclamó el guernesiano.

Efectivamente, solo puede levantar la bruma el sol ó el viento. Si la levanta el sol es buena señal, pero no si la levanta el viento. Para que la levantase el sol era ya demasiado tarde. A las tres de la tarde, en Febrero, el sol se debilita, y no es deseable el viento que se levanta al llegar á este punto crítico de la jornada; con frecuencia anuncia el huracan.

Pero si soplaba alguna brisa, apenas se percibia.

Clubin, con la vista fija en la bitácora, sin separarse del timon, murmuraba entre dientes palabras poco tranquilizadoras, que llegaban hasta los oidos de los pasajeros.

—No se puede perder ni un minuto; ese borracho nos ha retrasado.

Sin embargo, su fisonomía parecia impasible.

El mar estaba menos dormido bajo la niebla. Se veian algunas olas blanquecinas y luces heladas flotaban en la superficie del agua. Estas manchas de luz en las olas preocupan á los marinos, porque indican que ha hecho agujeros en el techo de la bruma el viento superior. La bruma se levantaba, pero volvia á bajar más densa. Habia momentos en que la opacidad era completa. El buque estaba como varado en un banco de niebla. Por intervalos el temible círculo se entreabria como una tenaza, dejaba ver un pedazo de horizonte y volvia á cerrarse.

El guernesiano, con el anteojo de larga vista, permanecia como un centinela en la proa del buque. De pronto se vió algo de claridad, pero se desvaneció inmediatamente.

El guernesiano se volvió azorado:

—Capitan Clubin!

—Qué hay?

—Vamos rectos á los Hanois.

—Os engañais, le contestó Clubin friamente.

El guernesiano insistió:

—Estoy seguro.

—Es imposible.

—Acabo de divisar rocas en el horizonte.

—Dónde?

—Allá.

—Es ilusion vuestra.

Clubin mantuvo la proa hácia el punto que indicaba el pasajero.

El guernesiano volvió á coger el anteojo y á mirar con él. Un momento despues corrió hácia la popa.

—Capitan!

—Qué quereis?

—Virad de bordo.

—Por qué?

—Porque estoy seguro de haber visto un peñasco muy alto y muy cercano, que es el Hanois mayor.

—Habreis visto un poco de niebla más densa.

—Es el Hanois mayor. ¡Virad de bordo en nombre del cielo!

Clubin dió un golpe al timon.

## V.

### Clubin causa admiracion.

Se oyó un gran crujido en el buque. El rompimiento del costado de un barco contra un bajío en alta mar es el ruido más lúgubre que imaginar se puede. La *Duranda* se paró de repente.

El choque hizo caer y rodar sobre la cubierta á algunos pasajeros.

El guernesiano, levantando las manos hácia el cielo, exclamó:

—Los Hanois! Ya lo decia yo!

Resonó en el buque un grito prolongado:

—Estamos perdidos!

La voz de Clubin, seca y breve, dominando el tumulto, tronó:

—Nadie está perdido! Silencio!

El cuerpo negro de Imbrancam, desnudo hasta la cintura, salió por la escotilla. Este dijo con calma:

—Capitan, el buque hace agua; la máquina vá á apagarse.

Aquel momento fué espantoso.

El choque parecia un suicidio: no hubiera sido más terrible hecho adrede. La *Duranda* se lanzó sobre los peñascos como si atacase al escollo, y una punta de roca la entró en el casco como un clavo. Más de una toesa cuadrada de palmejares habia saltado; el estrave estaba roto, el tajamar destrozado, la proa hundida, y el casco abierto tragaba el agua del mar con hervor horrible. Por esa herida entraba el naufragio. La repercusion fué tan violenta, que en la popa hizo trizas la cadena que afianzaba el gobernalle y éste quedó desencajado y suelto. El escollo habia desfondado el buque, y á su alrededor solo se veia niebla densa y compacta, que á la sazon era negra. Era ya casi de noche.

La *Duranda* se sumergia por la proa como el caballo que lleva en las entrañas la cornada del toro.

En el mar se empezaba ya á sentir la hora de la marea.

Tangrouille estaba ya sereno, porque la embriaguez se disipa ante el naufragio; bajó al sollado, volvió á subir á cubierta y dijo:

—Capitan, el agua inunda la sentina. Dentro de diez minutos llegará al nivel de los imbornales.

Los pasajeros corrian por la cubierta desolados, retorciéndose los brazos, asomándose á los bordes del buque, mirando la máquina, haciendo todos los movimientos inútiles del terror.

Clubin hizo con la mano una señal y todos callaron. Despues le preguntó á Imbrancam:

—¿Cuánto tiempo podrá funcionar la máquina?

—Cinco ó seis minutos.

Despues el capitan, dirigiéndose al pasajero guernesiano, le dijo:

—Cuando yo estaba en el timon vos habeis observado la roca. ¿En qué banco de los Hanois hemos encallado?

—En la Mauve. Hace poco, durante un momento de claridad, la he reconocido.

—Pues si estamos en la Mauve, repuso Clubin, tenemos el Hanois mayor á babor y el Hanois menor á estribor, y estamos á una milla de tierra.

La tripulacion y los pasajeros, temblando de ansiedad y atentos, escuchaban al capitan, mirándole fijamente.

Aligerar el buque no tenia objeto, y por otra parte era imposible. Para echar el cargamento al mar era necesario abrir las portas, y esta operacion facilitaria la entrada del agua. Echar el áncora era inútil habiendo encallado; además, si en aquel fondo el áncora no se hubiera apalancado, la cadena no la hubiera podido sujetar. No estando estropeada la máquina y pudiendo servir al buque mientras el fuego no se apagase, es decir, durante algunos minutos, era posible á fuerza de ruedas y de vapor retroceder y arrancar la embarcacion del escollo. Pero en este caso zozobraria inmediatamente, porque la roca, hasta cierto punto, tapaba la avería y dificultaba el paso del agua, sirviéndola de obstáculo. Desembarazando la abertura seria imposible cegar la vía de agua y dominarla con las bombas. El que saca el puñal que ha clavado en el corazon, mata inmediatamente al herido. Desprenderse de la roca era irse á pique.

Los bueyes, al sentirse alcanzados por el agua de la sentina, empezaban á mugir.

Clubin dijo con voz de mando:

—El bote al agua.

Imbrancam y Tangrouille obedecieron con precipitacion y soltaron las amarras. El resto de la tripulacion lo miraba inmóvil, como si todos estuviesen petrificados.

—Todos á la maniobra, gritó Clubin.

Entonces le obedecieron.

A los pocos instantes el bote estuvo en el agua.

En aquel momento las ruedas de la *Duranda* se pararon, cesó el humo de la chimenea; el horno se habia ahogado.

Los pasajeros, deslizándose á lo largo de la escala ó colgándose de los cables, más que bajaban, se dejaban caer dentro del bote. Imbrancam levantó al turista desmayado, lo depositó en la chalupa y subió otra vez al buque.

Los marineros se precipitaban detrás de los pasajeros, pisoteando al grumete que habia caido á sus piés, pero Imbrancam les cerró el paso.

—Nadie ha de pasar antes que el chico, les dijo.

Con sus dos brazos de ébano apartó á los marineros, cogió al grumete y se lo pasó al pasajero guernesiano, que estaba en pié dentro del bote y recibió al muchacho.

Salvado el grumete, Imbrancam dijo á los demás:

—Pasad ahora.

Entre tanto Clubin estaba en su ca-

marote haciendo un paquete con los papeles de á bordo y los instrumentos. Sacó la brújula de la bitácora. Entregó los papeles y los instrumentos á Imbrancam, la brújula á Tangrouille, y les dijo:

—Bajad al bote.

Ambos obedecieron; la tripulacion ya les habia precedido; el bote estaba lleno y el oleaje besaba sus bordes.

—Ahora, les gritó Clubin, partid.

Un grito general salió del bote.

—Y vos, capitan?

—Yo me quedo.

Los que naufragan no tienen tiempo para deliberar ni casi, casi, para enternecerse; sin embargo, los que se encontraban en la chalupa relativamente seguros experimentaron una emocion que no era egoista. Todos á la vez gritaron:

—Venid con nosotros, capitan.

—Me quedo.

El guernesiano, que conocia el mar, le replicó:

—Capitan, escuchadme. Hemos varado en los Hanois, y á nado solo hay que andar una milla para llegar á Pleynmont; pero yendo embarcados no se puede atracar más que en la Roquaine, que dista de aquí dos millas, porque hay rompientes y niebla. El bote no llegará antes de dos horas, porque la noche será muy oscura, la marea sube, el viento refresca y vá á estallar una borrasca. Deseamos venir á buscaros despues, pero si el temporal arrecia, nos será imposible. Embarcaos, pues, con nosotros.

El parisiense intervino, diciendo:

—El bote está demasiado lleno y un hombre más en él será un hombre sobrante; pero somos trece, y este número es fatal. Más vale sobrecargar la barca con el peso de otro hombre, que pese sobre ella este fatídico número. Venid con nosotros, capitan.

Tangrouille añadió:

—La culpa es mia, y no es justo que os quedeis ahí.

—Me quedo, dijo Clubin por tercera vez. La tempestad hará trizas esta noche al buque, pero yo no lo abandonaré. A buque perdido, capitan muerto. Quiero que se diga que hasta el fin he cumplido con mi deber. Tangrouille, yo os perdono.

Cruzándose los brazos, gritó:

—Atencion á la voz de mando. ¡Larga en banda la amarra!

El bote se extremeció. Imbrancam habia cogido el gobernalle. Las manos que no remaban se dirigian hácia el capitan, y las bocas exclamaron:

—Viva el capitan Clubin!

—Es un hombre admirable, dijo el americano.

—Es el hombre más honrado que navega por el mar, le respondió el guernesiano.

Tangrouille lloraba.

—Si tuviese yo corazon, se dijo á sí mismo, me hubiera quedado con él en el buque.

El bote se abismó en la niebla y desapareció.

El ruido de los remos fué decreciendo hasta desvanecerse absolutamente.

El capitan Clubin se quedó solo en la *Duranda*.

## VI.

### El interior de un abismo alumbrado.

Cuando se vió junto á aquel escollo, entre la niebla, en medio del agua, lejos de todo contacto viviente y de todo ruido humano, abandonado por muerto, solo, entre el mar que subia y la noche que bajaba, sintió profunda alegría.

Habia conseguido lo que se propuso. Realizaba sus sueños. Le pagaban la letra de cambio que á largo plazo habia girado contra el destino.

Ser abandonado era para él emanciparse. Se encontraba en los Hanois, á una milla de distancia de la tierra, y tenia en su poder setenta y cinco mil francos. No podia verificarse un naufragio con mayor habilidad; nada le habia faltado para ser verosímil; todo estuvo previsto. Clubin, desde su juventud, solo tuvo una idea fija: colocar la honradez como una puesta en la ruleta de la vida, pasar por hombre probo, y de este modo esperar la ocasion propicia; aprovechar la coyuntura, adivinar el momento; no tantear, sino agarrar; dar un golpe, uno solo, pero decisivo; cargar con todo y dejar detrás de él á los imbéciles. Queria hacer de una vez lo que los estafadores vulgares hacen en veinte, y así como ellos van á parar á la horca, ir él á parar á la fortuna. El encuentro de Rantaine fué para él un rayo de luz, que le hizo combinar su plan inmediatamente. Hizo vomitar á Rantaine los setenta y cinco mil francos que se habia tragado; pensaba anular las revelaciones posibles desapareciendo; para desaparecer queria pasar por muerto, que es la mejor de las desapariciones, y para pasar por muerto

tenia que perder la *Duranda*. Necesitaba este naufragio, y además dejar una buena reputacion, para que toda su existencia fuese una obra maestra.

El que hubiera visto á Clubin en el naufragio, hubiera creido ver un demonio, pero un demonio feliz. Habia pasado toda la vida para llegar á aquel minuto; toda su persona expresaba estas palabras: Al fin lo conseguí! Serenidad espantosa hizo palidecer su frente oscura. Sus ojos empañados, en cuyo fondo se creia ver algo cerrado, se convirtieron en profundos y terribles; reverberaban el incendio interior del alma.

El fuero interno tiene, como la naturaleza exterior, tension eléctrica. Una idea es un meteoro; en el instante del buen éxito, las meditaciones acumuladas que lo preparan se entreabren y de ellas brota una centella; es felicidad que tiene brillo encerrar dentro de sí la garra del mal y sentir en ella una presa; el mal pensamiento que triunfa ilumina la fisonomía; las combinaciones que se consiguen, los fines que se logran, ciertas felicidades malvadas, hacen en los ojos de los hombres aparecer y desaparecer expansiones lúgubres y luminosas. Esa tempestad alegre, esa aurora amenazadora, salen de la conciencia cuando se convierte en sombría y en nublada, y brillaron en las pupilas del capitan.

El bribon comprimido que existia en Clubin hizo explosion.

Clubin miró la oscuridad inmensa, y no pudo contener siniestra carcajada al ver que era libre, al ver que era rico.

Al fin se despejaba su incógnita y resolvia su problema.

Clubin podia disponer aun de bastante tiempo. La marea subia y por consiguiente sostenia á la *Duranda*, que acabaria quizás por ponerse á flote. El buque, entre tanto, estaba sólidamente adherido al escollo y no tenia peligro de zozobrar. Además, tenia que dar tiempo al bote para que se alejase, para que se perdiese tal vez, como Clubin esperaba.

De pié sobre la cubierta de la *Duranda* naufragada, cruzó los brazos y saboreaba en la oscuridad el abandono en que le habian dejado.

Pesaban sobre él treinta años de hipocresía. Era el mal y aparecia ser la probidad. Odiaba la virtud con ódio de mal casado. Vivió siempre con premeditacion malvada, cubierto desde que fué hombre con la armadura rígida de la apariencia. Interiormente era mónstruo y vivia dentro de un tegumento de hombre de bien, teniendo corazon de bandido. Era el prisionero de la honradez. Pasar por hombre honrado es duro, y cuesta gran trabajo mantener siempre en equilibrio el pensar mal y el hablar bien. Apareció como el fantasma de la rectitud siendo el espectro del crímen. Este contrasentido constituyó su destino. Necesitó tener buena apariencia, sonreir, presentarse como hombre probo. La virtud le ahogaba. Pasó la vida deseando morder una mano, pero para morderla tenia que besarla.

Tener que mentir siempre hace sufrir. El hipócrita es un paciente en la doble acepcion de la palabra: calcula un triunfo y soporta un suplicio. Causa la mayor fatiga la premeditacion indefinida de un mal golpe cuando la acompaña una dósis de austeridad, y la infamia interior cuando la sazona una excelente reputacion. Causa inmensa fatiga componer el candor con el negro que el hipócrita muele en su cerebro; y querer devorar á los que le veneran, ser cariñoso, reprimirse, estar alerta, espiarse, poner buena cara á su crímen latente, es lo odioso de la hipocresía. Causa náuseas beber perpétuamente su propia impostura; la dulzura que la astucia dá á la maldad repugna al malvado, que se vé obligado á retener contínuamente en la boca esta mixtura; llegan para él ciertos instantes en que está á punto de vomitar su pensamiento, y es horrible volver á tragar esa saliva. Añadid á esto el orgullo. Llegan para el hipócrita momentos extraños en los que él se estima. Existe un *yo* desmesurado en el bribon. El gusano se arrastra como el dragon y se endereza lo mismo. El traidor es un déspota atado, que solo puede hacer su voluntad resignándose á desempeñar el segundo papel. Es la pequeñez capaz de ser enorme. El hipócrita es un titan enano.

Clubin se creia de buena fé que era un oprimido. ¿Qué razon hubo para que él no naciera rico? Hubiera deseado heredar de su padre y de su madre cien mil libras de renta. No era culpa suya no haberlas heredado. ¿Por qué no dándole todos los goces de la vida se le obligaba á trabajar, es decir, á engañar, á hacer traicion, á destruir? ¿Por qué se le condenaba al tormento de adular, de arrastrarse, de hacerse querer y respetar y de ostentar en el semblante una fisonomía que no era la suya? Disimular es sufrir una violencia. Se aborrece á la persona á quien se miente. Pero en fin,

ya habia llegado su hora. Clubin se vengaba.

De quién? De todos y de todo.

Lethierry solo le hizo beneficios, pero para él eran agravios; por eso se vengaba de Lethierry. Se vengaba de todos ante quienes tuvo que reprimirse. Así se desquitaba. Todo el que le tuvo en buena opinion era su enemigo, porque fué cautivo de él.

Clubin habia recobrado su libertad; se habia evadido, no estaba ya al alcance de los hombres. Lo que éstos creian su muerte era su vida, que iba á empezar.

El verdadero Clubin desnudaba al Clubin falso. Todo lo habia disuelto de un golpe. De un puntapié habia abismado á Rantaine en el espacio, á Lethierry en la ruina, á la justicia humana en las tinieblas, á la opinion en el error, á la humanidad entera fuera de él. Acababa de eliminar el mundo.

En cuanto á Dios, esta palabra de cuatro letras le ocupaba poco, aunque quiso pasar por religioso.

Existen cavernas en el hipócrita, ó por mejor decir, el hipócrita entero es una caverna. Cuando Clubin se encontró solo, se abrió su antro. Tuvo un instante de delicias; aireó su alma.

Respiró su crímen con toda la fuerza de sus pulmones.

El fondo del mal se hizo visible en su fisonomía, se desplegó en ella. Sintió gran desahogo al quitarse la máscara. Gozó su conciencia al verse repugnantemente desnuda y al tomar libremente un baño ignoble en el mal. La compresion de un largo respeto humano acaba por inspirar furioso deseo de imprudencia. Se llega á cierta lascivia en la maldad. En las espantosas profundidades morales, que apenas están sondeadas, existe no sé qué ostentacion atroz y agradable, que es la obscenidad del crímen. La sosería de una buena reputacion falsa excita el apetito de la desvergüenza, y el que la tiene desdeña tanto á los hombres, que quisiera que le despreciasen; le causa tedio ser estimado. Admira las formas francas de la degradacion y contempla con codicia la indecencia, que tan hueca está con su ignominia. Sentirse sinceramente abominable es una voluptuosidad que Clubin experimentó en aquel momento. Vió que estaban saldadas las cuentas atrasadas de su disimulo; su hipocresía hizo el anticipo y Satanás le reembolsó. Clubin sintió el embriagador placer de ser desvergonzado.

Nada semejante pasó jamás en conciencia humana. No hay abertura de cráter comparable á la erupcion de un hipócrita. Estaba contento de encontrarse solo, pero hubiera estado más complacido si hubiera habido ante él algun testigo. Hubiera gozado pudiendo decir cara á cara al género humano: ¡Eres idiota!

La ausencia de los hombres aseguraba su triunfo, pero lo disminuia; así, tenia que ser espectador de sí mismo.

Verse en la picota tambien tiene su encanto. Todo el mundo vé que sois infame, y obligar á la muchedumbre á que os examine es ejercer un acto de poder. El presidiario que está de pié sobre un tablado, en medio de la calle, con la argolla de hierro al cuello, es un déspota que obliga á todos los ojos á que le miren. Su cadalso tiene pedestal. Ser un centro de converjencia de la atencion universal, es conseguir un triunfo. Forzar á que os mire la pupila pública, es una de las formas de la supremacía. Para los que agita el ideal del mal, el oprobio es una aureola. Desde allí se domina. Allí se está en una altura soberanamente. El poste que el universo contempla tiene alguna analogía con el trono.

Ser expuesto á la vergüenza es ser contemplado.

Un mal reinado tiene quizá goces de picota. Neron incendiando á Roma, Luis XIV tomando por traicion el Palatinado, el regente Jorge matando lentamente á Napoleon, Nicolás asesinando á la Polonia cara á cara de la civilizacion, debian experimentar voluptuosidad parecida á la de Clubin. La inmensidad del desprecio produce en el despreciado el efecto de una grandeza.

Ser desenmascarado es una derrota, pero desenmascararse uno á sí mismo es un triunfo, una embriaguez, una imprudencia insolente y satisfecha, una desnudez que insulta todos los pudores, una suprema felicidad.

Estas ideas en un hipócrita parecen contradictorias y no lo son. La infamia es consecuente. La miel es hiel. Escobar confina con el marqués de Sade. Prueba: Leotadio. El hipócrita, cuando es malvado completo, encierra en sí mismo los dos polos de la perversidad. Es á la vez falso sacerdote y cortesano. Su sexo de demonio es doble. El espantoso hermafrodita del mal se fecunda á sí mismo, se engendra y se transforma. Le mirais

por una parte y es hermoso; le volveis por la otra parte y es horrible.

Clubin percibia confusamente estas ideas, pero le hacian gozar. La sucesion de los pensamientos de su alma era como una procesion de llamas de infierno, vislumbradas en medio de la noche.

Clubin permaneció así algun tiempo reflexionando y contemplando su honradez, como una serpiente contempla la piel vieja de que acaba de desprenderse. Todos creian en su honradez, hasta él mismo; pensando en esto soltó otra carcajada.

Le creerian muerto y vivia y era opulento. Le creerian perdido y se habia salvado, dando este gran chasco á la estupidez universal. En ella comprendia á Rantaine. Clubin recordaba á éste con desden sin límites, con el desden que la garduña inspira al tigre. Él realizaba la evasion que Rantaine no pudo verificar con buen éxito; éste partia chasqueado, y él desaparecia triunfante.

No habia combinado aun ningun plan preciso respecto á su porvenir. Le bastaba saber que en la caja de hierro que llebaba en el cinto encerraba un tesoro. Pensaba cambiar de nombre, y en que hay paises en que sesenta mil francos valen seiscientos mil. Pensaba tambien que seria una buena solucion ir á uno de esos paises á vivir honradamente con el dinero arrebatado al ladron Rantaine, y especular, metiéndose en los grandes negocios y aumentando su capital hasta llegar á ser verdadero millonario. En Costa-Rica, por ejemplo, donde entonces principiaba el comercio del café, tenia probabilidades de ganar montones de oro. Pero eso lo veria más tarde; tiempo tenia para pensar en ello. Por de pronto habia realizado lo más difícil. Su gran negocio consistia en despojar á Rantaine y en desaparecer, haciendo desaparecer á la *Duranda*; esto ya lo habia conseguido. Lo demás era sencillo.

En lo sucesivo no era posible que encontrara ya ningun obstáculo.

Pensaba ganar la costa á nado; llegar á Pleynmont de noche, escalar el acantilado, ir á la casa hechizada, entrar en ella con la cuerda de nudos que ocultó de antemano en el agujero de una roca; en dicha casa hechizada encontraria ya su maleta, que contenia vestidos secos y víveres; allí aguardaria, porque sabia que no transcurririan ocho dias sin que tocasen allí Blasito y los contrabandistas españoles; conseguiria que le transportasen, pagándoles bien, no á Tor-Bay, como dijo á Blas para desorientarle, sino á Pasajes ó á Bilbao. Desde allí pasaria á Veracruz ó á Nueva-Orleans.

Llegó el momento de echarse al mar; el bote estaba ya muy lejos, y una hora de natacion era muy poco para Clubin; solo una milla le separaba de la tierra. Iba á echarse al mar, cuando de pronto se desgarró la niebla y apareció á sus ojos el formidable peñasco Douvres.

## VII.

### Interviene lo inesperado.

Sobresaltado Clubin, se quedó mirando.

Vió el espantoso escollo aislado.

Era imposible equivocarse respecto á aquella silueta disforme. Los dos Douvres gemelos se elevaban horriblemente, dejando ver entre ellos, como una trampa, un desfiladero que parecia la ladronera del Océano.

Estaban muy cerca de Clubin. La niebla, como un cómplice, los habia ocultado á su vista. El capitan habia equivocado el rumbo, á pesar de que éste absorbió toda su atencion: le acababa de suceder lo que aconteció á dos grandes navegantes: á Gonzalez, que descubrió el cabo Blanco, y á Fernandez, que descubrió el cabo Verde. La bruma le habia extraviado; le pareció excelente para la ejecucion de su proyecto, pero no contó con que la bruma tenia sus peligros. Clubin se habia desviado hácia el Oeste y se habia equivocado.

El pasajero guernesiano, que creyó reconocer los Hanois, le determinó á hacer la evolucion final.

Clubin creyó haber encallado en los Hanois.

La *Duranda*, que abrió uno de los bajos del escollo, solo estaba separada de los dos Douvres por algunos cables.

Más lejos, á unas doscientas brazas, se divisaba un cubo macizo de granito; en sus bastiones escarpados se veian algunas estrías y algunos relieves, á propósito para el escalamiento. Las esquinas rectilíneas de sus rudas murallas, cortadas en ángulo recto, hacian presentir que hubiera una meseta en su cumbre.

Dicho cubo macizo era el *Hombre*, peñasco más alto aun que las rocas Douvres. En él, la plataforma dominaba su doble punta inaccesible. La plataforma,

que se desplomaba por los bordes, tenia entablamento y regularidad escultural. No se puede imaginar nada tan desolador y tan funesto. Las oleadas se plegaban tranquilamente ante las cuadradas superficies del enorme peñon negro, especie de pedestal para los espectros inmensos del mar y de la noche.

Aquel conjunto estaba como estancado; no habia allí ni un soplo en el aire, ni una arruga en las olas. En la muda superficie de las aguas se adivinaba la vasta vida anegada en aquellas profundidades.

Clubin habia visto con frecuencia, desde lejos, el escollo Douvres, y se convenció de que era el que tenia á la vista; se convenció completamente.

Era un cambio brusco y terrible encontrarse, en vez de los Hanois, con los Douvres, y distar de la tierra cinco leguas en vez de una. Cinco leguas de mar, que son imposibles de salvar á nado.

La roca Douvres para el náufrago solitario equivale á la presencia visible y palpable de su último momento. Es como la prohibicion absoluta de tocar tierra.

Clubin se extremeció. Él mismo se habia arrastrado al abismo. No le quedaba otro refugio que el peñasco el *Hombre*, porque era lo más probable que al avanzar la noche estallara la tempestad y que zozobrara el bote de la *Duranda*, que partió tan cargado de gente, y no podria llegar á tierra ningun aviso del náufrago. Ni se sabria siquiera que Clubin quedó abandonado en el escollo Douvres.

No tenia ante sí más perspectiva que la de morir de frio y de hambre. Sus setenta y cinco mil francos no le darian ni un bocado de pan. Todo el andamio que acababa de construir solo le sirvió para edificar su ruina. Fué arquitecto de su propia catástrofe. No habia para él salvacion posible. El triunfo se convertia en precipicio. En un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que tarda en desaparecer un relámpago, se desplomaba toda su construccion. El paraiso que soñó aquel demonio habia adquirido su verdadera forma, la del sepulcro.

Acababa de levantarse fuerte viento. La niebla, sacudida y arrancada, se dispersaba por el horizonte dividida en pedazos informes. El mar reapareció.

Los bueyes, que el agua invadia más cada momento, seguian mugiendo en la sentina.

La noche se aproximaba y probablemente con ella la tempestad.

La *Duranda*, que movia poco á poco la marea creciente, oscilaba de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, y comenzaba á girar alrededor del escollo como alrededor de un eje.

Podia ya presentirse el instante en que una ola la arrancase y la arrastrara al fondo del agua.

Habia menos oscuridad que en el momento del naufragio. Aunque era más tarde, se veia más claro. Al marcharse la niebla disipó parte de la oscuridad. Por el Oeste estaba el cielo limpio, sin una sola nube. El crepúsculo presenta el cielo blanco, y su vasto resplandor alumbra el mar.

La *Duranda* encalló en plano inclinado de popa á proa. Clubin subió á la popa, que estaba casi fuera del agua, y fijó la mirada en el horizonte. Su situacion era desesperada, pero su alma siniestra no desesperaba. Creia que en cuanto se desvaneciera la niebla, los buques, que mientras ésta duró se quedaron al pairo ó anclados, emprenderian otra vez el camino y tal vez podria descubrir alguno de ellos. En efecto, vió aparecer una vela.

Venia del Este y caminaba hácia el Oeste.

Desde lejos no distinguió qué clase de embarcacion era. Solo tenia un mástil, su aparejo era de goleta, su bauprés casi horizontal. Era un falucho. Antes de media hora, segun los cálculos de Clubin, pasaria bastante cerca del escollo Douvres, y el capitan dijo para sus adentros:—Me he salvado!

Aquel falucho era quizá extranjero. ¿Quién sabe si seria uno de los buques contrabandistas que iban á Pleynmont? Quién sabe si iria en él el mismo Blasito? En ese caso salvaba no solo la vida, sino tambien la fortuna, y el encuentro del escollo Douvres, suprimiendo la necesidad de esperar en la casa hechizada y desenlazando la aventura en alta mar, seria un incidente feliz. La certidumbre del éxito volvió á animar á Clubin.

Es cosa extraña que los malvados crean que les corresponde tener éxito feliz en sus empresas.

La *Duranda*, que estaba varada en los peñascos, mezclaba su contorno con el de éstos, con el que se confundia, y siendo escasa ya la luz, no podia llamar la atencion del buque que iba á pasar. Pero una figura humana que se destacase en negro sobre la blancura crepuscular, po-

niéndose en pié en la meseta del peñasco el *Hombre* y haciendo señas de auxilio, seria vista indudablemente. El buque enviaria una lancha para recoger al náufrago. El peñasco el *Hombre* se hallaba á doscientas brazas de la *Duranda*. Era fácil llegar allí y escalarlo, pero no habia un minuto que perder.

Estando la roca á la proa de la *Duranda*, Clubin debia arrojarse al agua desde la popa, esto es, desde el punto en que se encontraba.

Empezó por echar una sonda y reconoció que debajo de la popa habia mucho fondo. Las conchas microscópicas de framiníferos y de policistíneas que se pescaron en el sebo de la sonda estaban intactas, lo que indicaba que habia allí espacios muy huecos en los que el agua, cualquiera que fuese la agitacion de la superficie, estaba siempre tranquila.

Clubin se desnudó, dejando la ropa sobre cubierta. Ya le vestirian en el falucho. Solo conservó el cinto de cuero.

En cuanto se desnudó se llevó la mano al cinto, lo sujetó bien, palpó á ver si estaba la caja de hierro, estudió con mirada rápida la direccion que tenia que tomar por entre las rompientes y las olas para llegar al peñasco el *Hombre*, y despues, echándose de cabeza en el mar, se sumergió en el agua.

Penetró muy á fondo por debajo de ella, faldeó un momento las rocas submarinas, y despues dió un sacudimiento para subir á la superficie.

Entonces sintió que le cogian de un pié.

# LIBRO SÉPTIMO

## Imprudencia de dirigir preguntas á un libro.

### I.

#### La perla en el fondo del precipicio.

Pocos instantes despues del breve diálogo que con el señor Landoys entabló Gilliatt, éste, inquieto, estaba ya en Saint-Sampson.

Se oia en la isla ruido de colmena espantada. Habia mucha gente en los portales de las casas. Las mujeres gritaban; algunas de éstas referian al parecer noticias y gesticulaban, formándose grupos á su alrededor. Era general esta exclamacion: Qué desgracia!

Gilliatt no preguntó á nadie; no le gustaba preguntar. Estaba además muy conmovido para dirigir la palabra á los indiferentes. Desconfiaba de las narraciones; preferia saberlo todo de un vez; por eso se dirigió en derechura á las Bravées.

Era tal su inquietud, que ni siquiera tuvo miedo de entrar en dicha casa; además, la puerta de la planta baja que daba al muelle estaba abierta de par en par. En los umbrales pululaba un hormiguero de hombres y de mujeres. Todo el mundo entraba y él entró tambien.

Encontró en el dintel de la puerta al señor Landoys, que le dijo á media voz:

—Sabeis ya el acontecimiento?

—No.

—No quise decíroslo en el camino para que no me tomárais por ave de mal agüero.

—Pero, qué es lo que hay?

—Que se ha perdido la *Duranda*.

En la sala habia muchísima gente; formaban grupos y hablaban en voz baja, como en el cuarto de un enfermo.

Los asistentes eran vecinos, transeuntes, curiosos, todos aquellos á quienes ocurria entrar; estaban apiñados junto á la puerta, con cierto recelo, y dejaban vacío el fondo de la sala, donde Deruchette estaba sentada y llorando, y á su lado, en pié, Mess Lethierry. Éste daba las espaldas al tabique del fondo; su gorro de marinero le caia sobre las cejas. Un mechon de cabellos grises le acariciaba una mejilla. No hablaba. Sus brazos carecian de movimiento; parecia que ningun soplo de vida saliera de su boca. Estaba como un objeto cualquiera apoyado contra la pared. Al verle se comprendia que en aquel hombre acababa de derrumbarse la vida interior. No existiendo la *Duranda*, Lethierry no tenia ya razon de ser. Su alma estaba en el mar y esta alma acababa de zozobrar. Qué tenia que hacer ya en el mundo? Levantarse todas las mañanas y acostarse todas las noches. No esperar ya nunca á la *Duranda*, no verla ya partir, no verla ya llegar. Pasar la vida sin objeto. Habia coronado ya sus trabajos con una obra maestra y sus sacrificios con un progreso; y el progreso se habia perdido y la obra maestra estaba muerta. Le era inútil vivir; se habia hecho el

vacío en su vida. A su edad ya no se acometen empresas; además, estaba arruinado.

Deruchette, llorando á su lado, sentada en una silla, tenia entre sus manos uno de los puños de Lethierry; sus manos estaban juntas y el puño de él crispado: en esto se diferenciaban las dos angustias. Las manos juntas indican que aun se espera algo, el puño crispado que no se espera ya nada.

Lethierry le abandonaba el brazo pasivamente, porque ya solo retenia la cantidad de vida que puede quedar al hombre que el rayo ha herido.

Hay empujes en el fondo del abismo que separan al hombre de todos los séres vivientes; las personas que pasan ante él se le aparecen confusas é indistintas. El desesperado presencia la vida de los demás desde muy lejos; está inconsciente de su presencia; llega á perder hasta el sentimiento de su propia vida; no es ya para sí mismo un sér real, es solo un sueño.

Mess Lethierry se encontraba en una de esas situaciones.

Los corrillos cuchicheaban y se transmitian las siguientes noticias, que corrian de boca en boca:

La *Duranda* se habia perdido el dia anterior en las rocas Douvres, por efecto de la niebla, poco antes de ponerse el sol. Exceptuando el capitan, que no quiso abandonar el buque, la tripulacion y los pasajeros todos se habian salvado en el bote. Una borrasca que sobrevino por el Sudoeste, despues de la niebla, les hizo al poco tiempo naufragar por segunda vez y los arrojó mar adentro, más allá de Guernesey. Por la noche tuvieron la fortuna de encontrar al *Cashmere*, que los recogió y los dejó en Saint-Pierre Port. Toda la culpa la tuvo el timonel Tangrouille, que estaba ya en la cárcel. Clubin se portó magnánimamente.

Los pilotos que oian estas noticias pronunciaban la palabra *Douvres* de un modo particular.

—Mala posada! exclamaba uno de ellos.

Se veian encima de una mesa una brújula y un envoltorio de registros y de libros, que sin duda eran la brújula de la *Duranda* y los papeles de á bordo que Clubin entregó á Imbrancam y á Tangrouille en el momento de partir el bote. Todos aplaudian la abnegacion del capitan, que salvó aquellos objetos antes de morir.

Estaban unánimes en admirar á Clubin y en creer que se habria salvado. El falucho *Shealfiel* llegó algunas horas despues que el *Cashmere* y trajo las últimas noticias. Acababa de pasar veinticuatro horas en las mismas aguas que la *Duranda*. Se habia mantenido á la espera durante la niebla y bordeado durante la tempestad. El patron del *Shealfiel* se encontraba entre los asistentes.

En el instante de entrar Gilliatt, dicho patron acababa de hacer el relato á Mess Lethierry, un relato que era un verdadero informe.

Le refirió lo siguiente: Al amanecer, cuando terminó la borrasca y el viento fué manejable, oyó bramidos en alta mar. Este ruido, propio de las praderas, en medio de las olas le sorprendió y le hizo dirigirse hácia el punto donde le oia. A poco divisó á la *Duranda* entre las rocas Douvres. La bonanza del mar le permitió acercarse. Tocó la bocina, á la que solo contestaron los mugidos de los bueyes que en la sentina se ahogaban. Estaba seguro de que no habia ningun hombre á bordo de la *Duranda*, en cuya cubierta se podia permanecer, y en la que Clubin pudo pasar la noche, por desastrosa que fuese la borrasca. No estando allí, era indudable que se habia salvado. Varios pailebots y otros barcos de Grainville y de Saint-Malo, al desvanecerse la niebla, debieron la víspera por la noche costear bastante cerca el escollo Douvres, y alguno de ellos debia haber recogido al capitan. Recordaba dicho patron que el bote de la *Duranda* estaba completamente lleno al separarse del buque encallado; que el peso de un hombre más podia haberle hecho zozobrar, y esta circunstancia debió precisamente resolver á Clubin á quedarse en la cubierta de la *Duranda*; pero que despues de cumplir este deber, al presentársele un buque salvador debió aprovecharse de él, que no por haber sido héroe tenia que ser despues necio. Atribuirle que se habia suicidado era absurdo, porque Clubin era intachable; allí no hubo más culpado que Tangrouille.

Todo esto era concluyente; el patron del *Shealfiel* tenia razon y esperaba ver reaparecer á Clubin de un momento á otro. Del informe del patron resultaba, pues, Clubin salvado y la *Duranda* perdida. Esta catástrofe era irremediable. El citado patron presenció el último acto del naufragio. La roca aguda que se habia clavado en el buque resistió toda la noche el choque de la tempestad; pero

por la mañana, al alejarse el *Shealfiel* de la *Duranda*, sobrevino una de esas olas encrespadas que son como el último arrebato de cólera de la borrasca. Aquella ola levantó furiosamente en alto á la *Duranda*, la arrancó de la rompiente, y con la velocidad y rectitud de la flecha la arrojó entre los dos peñascos Douvres. Se oyó un crujido diabólico, decia el patron. El oleaje subió á cierta altura de la *Duranda*, que se quedó varada entre los dos peñascos y clavada allí otra vez, pero con más firmeza que en la rompiente submarina. Allí la dejó deplorablemente suspendida y entregada á la fúria de los vientos y de las olas.

La *Duranda*, segun decia la tripulacion del *Shealfiel*, habia ya fracasado en sus tres cuartas partes, y se hubiera ido á fondo durante la noche si el escollo no la hubiera sujetado y sostenido. Quizá á aquellas horas habria desaparecido ya por completo en el fondo del mar. Era digno de notarse que la máquina apenas habia sufrido menoscabo, lo que probaba su excelencia; esto es en lo que principalmente se fijó el patron del *Shealfiel*, que con el anteojo de larga vista habia estudiado la obra muerta del barco. Esta era su opinion, de la que tambien participaba el maquinista Imbrancam, que hormigueaba allí entre los grupos. El valiente é inteligente negro era admirador de la máquina; levantaba los brazos, abriendo los diez dedos de sus atezadas manos, y decia á Lethierry, que permanecia mudo:—Mi amo, la máquina aun vive.

Creyendo segura la salvacion de Clubin y perdido el casco de la *Duranda*, las conversaciones de los corrillos se concretaban á la máquina, que inspiraba tanto interés como si fuese una persona. Elogiaban su buena conducta. Exaltó las opiniones en pró y en contra; tenia amigos y enemigos. Habia patron de buque de vela que, esperando hacer suya la clientela de la *Duranda*, no sentia que el escollo Douvres hubiese enterrado la nueva invencion. El cuchicheo se convirtió en altercado, y se discutia casi con extrépito. Sin embargo, habia cierta discrecion en el ruido, y á intervalos las voces se apagaban bajo la presion del silencio sepulcral de Lethierry.

De la cuestion empeñada resultaba lo siguiente:

La máquina era lo esencial. Construir otro buque era posible, pero construir otra máquina como esa, no; era máquina única. Para fabricar una parecida no solo faltaba el dinero, sino tambien el fabricante. El constructor habia muerto y la máquina costó cuarenta mil francos. Nadie se atreveria á arriesgar en lo sucesivo tan gran capital para sufrir eventualidades semejantes, sabiéndose ya por experiencia que los vapores se perdian como los demás buques. El accidente de la *Duranda* esterilizaba sus pasados triunfos. Triste era reflexionar que la máquina ingeniosa se encontraba aun íntegra y que seria dentro de poco una ruina, como el buque. Mientras aquella existiese, no podia decirse que habia habido verdadero naufragio. Salvar la máquina seria reparar el desastre. Eso era fácil de decir. ¿Pero quién se encargaria de salvarla? ¿Era acaso posible?

Concebir un proyecto y ejecutarlo son dos cosas distintas, y este era un proyecto impracticable é insensato; porque seria un absurdo enviar á trabajar en aquellos escollos á un buque y á una tripulacion; no era cuerdo ni aun soñarlo.

Era la estacion de los temporales. Al sobrevenir la primera borrasca, partirian las cadenas de las áncoras las crestas submarinas de las rompientes, y el buque se haria pedazos contra las rocas. Eso seria enviar un segundo naufragio á socorrer el primero. En la especie de agujero de la meseta superior, donde se albergó el náufrago de la leyenda que murió de hambre, solo habia sitio para un hombre. Era, pues, preciso para salvar la máquina que fuese un solo hombre á los peñascos Douvres, que permaneciese allí, solo en aquel desierto, solo, á cinco leguas de la costa, sin socorro alguno en los incidentes del peligro, sin más vestigio humano que el del antiguo náufrago que espiró allí de hambre, sin más compañero que aquel muerto. Además, para salvar la máquina era necesario que el que á esto se arriesgase fuera no solo marinero, sino tambien herrero. ¡Cuántas dificultades! El hombre que acometiese semejante empresa, más que héroe, seria loco. En ciertas empresas desproporcionadas, en las que lo sobrehumano es preciso, sobre la intrepidez está la demencia. Efectivamente, ¿no seria una extravagancia sacrificarse por hierro viejo? Nadie se atreveria, pues, á ir á los peñascos Douvres, y era preciso renunciar á salvar la máquina como el resto del buque. ¿Dónde encontrar semejante salvador?

El patron del *Shealfiel*, que era anti-

guo y viejo piloto, renunció á ir delante de todos en voz alta:

—Es inútil que hablemos más de esto; no hay hombre que se atreva á salvar la máquina.

—Cuando yo no voy, añadió Imbrancam, es evidente que no se puede ir.

El patron del *Shealfiel*, sacudiendo la mano izquierda con la viveza que expresa la conviccion de lo imposible, añadió:

—Si existiese ese hombre...

Deruchette volvió la cabeza y dijo:

—Me casaria con él.

Hubo un momento de silencio.

Un hombre pálido salió de uno de los grupos y preguntó:

—Os casaríais con él, miss Deruchette?

Era Gilliatt.

Todas las miradas se dirigieron á Lethierry, que se irguió de repente. Brillaba en sus ojos claridad extraña.

Tomó su gorro de marinero y lo arrojó al suelo; miró despues solemnemente, sin fijarse en ninguna de las personas que tenia delante, y exclamó:

—Deruchette se casará con él; empeño mi palabra de honor.

## II.

### Asombro en la costa del Oeste.

La noche siguiente, aunque presentaban buena apariencia el viento y el mar, ningun pescador se atrevia á salir de la Hougue la Perre, ni de Port Grat, ni de la bahía Vason, ni de Perrelle Bay, ni de Pezeris, ni de Tielles, ni de la bahía de los Saint, ni de Petit-Bey, ni de ningun puerto ni ensenada de Guernesey. No se atrevian, porque el gallo habia cantado á las doce del dia. Cuando el gallo canta á hora extraordinaria se hace mala pesca.

Sin embargo, á la caida de la tarde de aquel dia, un pescador que regresaba á Omtolle experimentó una sorpresa. A la altura del Houmet-Paradis, más allá de las dos Brayes y de las dos Grunes, teniendo á la izquierda la baliza de las Plates-Fouyeres, que representa un embudo vuelto del revés, y teniendo á la derecha la baliza de Saint-Sampson, que representa una figura de hombre, creyó divisar una tercera baliza desconocida. Qué significaba aquello? ¿Cuándo la habian colocado en aquel punto? La baliza respondia en seguida á todas estas preguntas; se meneaba, era un mástil. No por eso se disminuyó el asombro del pescador, porque si una baliza llama la atencion, más debia llamarla un mástil.

Allí no habia pesca posible.

Habia un barco que salia cuando los otros entraban.

Por qué y á qué?

Diez minutos despues el mástil, caminando lentamente, llegó á corta distancia del pescador de Omtolle, que no reconoció el barco.

Oyó remar; era, pues, probable que le conducia un hombre solo. Reinaba el viento del Norte; aquel hombre bogaba sin duda alguna para ir á tomar el viento más allá de la punta Fontenelle. Allí quizás se haria á la vela. Contaba, pues, con doblar la Ancrese y el monte Crevel. Qué significaba aquello? El mástil pasó.

Aquella misma noche, en la costa del Oeste de Guernesey, varios observadores, separados y aislados unos de otros, hicieron observaciones á distintas horas y en diferentes puntos.

Cuando el pescador de Omtolle acababa de amarrar su barca, un carretero que iba cargado de fuco, guiando los caballos por la carretera desierta de las Clotures, en las inmediaciones de los postes seis y siete, vió en el mar, en un punto poco frecuentado, entre la Roca Nort y la Sabloneuse, una vela que se izaba.

Media hora despues que el carretero distinguió aquella vela, un albañil que volvia de su trabajo de la ciudad, por las inmediaciones de la ciénaga Pale, se encontró de pronto casi delante de una barca que avanzaba atrevidamente entre las rocas del Querum, de la Rousse, de Mer y de la Gripe de Rousse. La noche estaba oscura, el mar claro, y se podian distinguir de lejos las idas y las venidas. Solo se veia en el mar aquella barca.

Un poco más abajo, y algo más tarde, un revendedor de langosta, cuando disponia su mercancía en el mégano que separa el Port-Soif del Port-Enfer, no pudo comprender lo que hacia una barca que se deslizaba entre la Boue Corneille y la Moulrette. Era necesario ser buen piloto y tener mucha prisa de llegar para arriesgarse en punto semejante.

Las ocho estaban dando en Catel, cuando el tabernero de Cobo Bay divisó con extrañeza una vela más allá de la Boue del Jardin, muy cerca de la Suzane y de las Grunes del Oeste.

No lejos de Cobo Bay, en la punta solitaria del Houmet, dos amantes estaban

despidiéndose y separándose. Al decir la jóven al galan:—"Me voy, porque tengo que hacer„ les distrajo de su beso de despedida un barco bastante grande que pasó muy cerca de ellos, dirigiéndose hácia las Messellettes.

Norgiots, que vivia en Cotillon Pipet, que estaba ocupado en la plantacion de árboles, no pudo abstenerse de seguir con la vista la direccion de un buque que á aquellas horas de la noche doblaba temerariamente el Crocq-Point.

A las nueve y media, en el Equerrier, un pescador que estaba transportando sus redes, se paró para observar entre Colombelle y las Soufleuse un bulto en el mar que debia ser un buque.

En el instante de levantarse la luna, estando la marea alta y el mar tranquilo, en el pequeño estrecho de Li-Hon, el guarda solitario de la isla del mismo nombre se hizo cruces de ver pasar entre la luna y él voluminosa figura negra; aquella figura negra, alta y estrecha, parecia un sudario andando, y se deslizaba lentamente por encima de la especie de murallas que forman los bancos de rocas; el guarda creyó que era la Dama Negra.

La Dama Blanca habita el Tau de Pez d' Amont, la Dama Gris habita el Tau de Pez d' Aval, la Dama Roja habita la Silleuse, al Norte del Banc-Marquis, y la Dama Negra habita el Grand-Etacré, al Oeste del Houmet. Por la noche, á la claridad de la luna, las cuatro Damas salen y algunas veces se encuentran.

Pero aquella forma negra podia ser una vela; las largas barreras de rocas, sobre las que parecia marchar, podian esconder el casco de un barco que bogase detrás de ellas, dejando la vela solo al descubierto.

Cuando la luna acababa de pasar más allá del campanario de San Pedro del Bosque, el sargento de Chateau Rocaine, al levantar el puente levadizo, divisó en la embocadura de la bahía, más allá de la Haute Cauce y más acá de la Laubule, un buque de vela que parecia bajar del Norte al Sur.

En la costa Sur de Guernesey, detrás de Pleynmont, en el fondo de una bahía que cercan precipicios y que está cortada á pico dentro del agua, existe un puerto singular, que un francés que residia en las islas desde 1855, quizá el que escribe estas líneas, bautizó con el nombre de *Puerto de cuatro pisos*, que es el que se le dá en la actualidad. Dicho puerto, que entonces se llamaba la Moye, lo constituye una meseta de piedra, medio natural y medio tallada, que se eleva unos cuarenta piés sobre el nivel del agua, y se comunica con las olas por medio de dos gruesas albitanas paralelas en plano inclinado. Los barcos, izados á fuerza de brazos con cadenas y garruchas, suben del mar y vuelven á bajar á lo largo de dos tablones que hacen el oficio de dos rails. Para los hombres hay una escalera. Frecuentaban aquel puerto entonces los contrabandistas. Algunos de ellos, quizá los mismos con quien habia contado Clubin, estaban entre fardos, á las once de la noche, en la plataforma de la Moye. Mientras acechaban, les sorprendió una vela que desembocó de repente más allá de la silueta del Cabo Pleynmont. Brillaba con claridad la luna. Los contrabandistas espiaron aquella vela, temiendo que fuera de algun guardacostas que fuese á emboscarse y á observar detrás del Hanois mayor. Pero la vela pasó más allá de los Hanois, dejó en pos de sí al Noroeste la Bone Blondel y se perdió entre las brumas del horizonte.

—Dónde diablo puede ir aquel barco? se preguntaron los contrabandistas.

Aquella misma tarde, despues de puesto el sol, se oyó llamar á un hombre á la puerta de la casa del Bú de la Calle. Era un jóven vestido de pardo con medias amarillas, que indicaba ser un empleado de la parroquia.

Una pescadora de almejas, que pasaba por allí con un farol en la mano, llamó al jóven, y entre los dos se cruzaron las siguientes palabras:

—Qué se os ofrece, mancebo?

—Busco al hombre que vive en esta casa.

—No está.

—Dónde está?

—No lo sé.

—Volverá mañana?

—Tampoco lo sé.

—Está ausente?

—Lo ignoro.

—Pues si le veis, decidle que el nuevo rector de la parroquia, el reverendo Ebenezeer Caudray, desea hacerle una visita.

—Pues no sé dónde está.

—Pues el reverendo me envia á preguntarlo.

—Pues no lo sé.

## III.

### No tenteis á la Biblia.

En las veinticuatro horas siguientes á la noticia de la catástrofe, Lethierry no durmió, ni comió, ni bebió; besó en la frente á Deruchette, se informó de Clubin, del que nada se supo; firmó una declaracion renunciando á formular queja alguna, é hizo que pusieran en libertad á Tangrouille.

Despues que el público satisfizo su curiosidad, quedó desierta la casa de las Bravées. La puerta de la calle estaba cerrada y todos abandonaron á Lethierry y á Deruchette.

El relámpago de esperanza que brilló un instante en los ojos del dueño de la *Duranda* se habia ya extinguido, y apareció en ellos la mirada lúgubre que tenian cuando recibió la fatal nueva.

Deruchette, inquieta, por consejo de Gracia y de Dulce volvió á ocuparse del par de medias que estaba haciendo cuando supieron su desgracia.

Lethierry, sonriendo amargamente, dijo:

—Sin duda me tienen por imbécil.

Despues de un cuarto de hora de silencio, dirigiéndose á su ahijada, añadió:

—Esas manías tuyas se deben tener cuando uno es dichoso.

Deruchette hizo desaparecer el par de medias, la brújula y los papeles de á bordo, que Lethierry miraba con demasiada fijeza.

Por la tarde, poco antes de tomar el té, se abrió la puerta y aparecieron dos hombres vestidos de negro, uno viejo y otro jóven. Los dos tenian aspecto grave, pero de gravedad diferente: el viejo la gravedad que pudiéramos llamar del estado, y el jóven la de la naturaleza; la una la dá el traje, la otra el pensamiento.

Iban los dos vestidos de eclesiásticos.

Lo que en el jóven llamaba la atencion á primera vista, era que la gravedad profunda de su mirada resultaba evidentemente de su espíritu, no de su persona. La gravedad admite la pasion y la exalta depurándola; pero aquel jóven era, sobre todo, hermoso. Para ser sacerdote debia haber ya cumplido veinticinco años, y aparentaba tener diez y ocho. Ofrecia la armonía, que es al mismo tiempo un contraste, de que su alma parecia creada para la pasion y su cuerpo para el amor. Era rubio, rosado, fresco, ligero y suelto, á pesar de su severo traje; de mejillas de doncella y de manos delicadas; su modo de andar era vivo y natural, pero reprimido. Se desprendia de su persona cierta elegancia, cierto encanto y cierta voluptuosidad. La belleza de su mirada corregia su exceso de gracia. La sonrisa sincera, que hacia aparecer sus dientes de niño, era pensativa y religiosa. Tenia la gentileza de un paje y la dignidad de un obispo. Sus espesos cabellos rubios, casi dorados, coronaban un cráneo elevado, cándido y bien formado. Al verle creeríamos encontrarnos en presencia de uno de esos séres benévolos, inocentes y puros, que progresan en sentido inverso de la humanidad vulgar, que la ilusion dá discrecion y la experiencia entusiasmo. Su juventud transparente dejaba ver la madurez interior. Comparándole con el eclesiástico de cabellos grises que le acompañaba, á primera vista parecia hijo, y examinándole más despacio, parecia padre.

El viejo era el doctor Jaquemin Hérode, que pertenecia á la alta Iglesia, la que es casi, casi, un papismo sin papa. El anglicanismo estaba ya trabajado en aquella época por las tendencias que se han afirmado y condensado despues en el pureismo. El doctor Jaquemin Hérode pertenecia á aquel matiz anglicano. Era alto, correcto, severo, superior. Su rayo visual interior salia apenas á la parte de fuera. Tomaba por espíritu la letra; fuera de esto era altanero y tenia los modales de un personaje. Menos parecia un reverendo que un monseñor. Su redingote estaba cortado casi como una sotana. Su verdadero centro hubiera sido estar en Roma; era prelado de cámara nato. Parecia ser creado expresamente para servir de adorno á un papa y para marchar detrás de la silla de manos, con toda la córte pontificia *in abitto paonazzo*. Le impidió cumplir su destino el accidente de haber nacido inglés y de haberle dado educacion teológica más inclinada hácia el Antiguo que hácia el Nuevo Testamento. Se limitaba á brillar siendo rector de Saint-Pierre Port, dean de la isla de Guernesey y coadjutor del obispo de Winchester. Esta gloria no impedia que Jaquemin Hérode, bien examinado, fuese un hombre bueno.

Como teólogo estaba bien conceptuado entre los conocedores, y su opinion formaba casi autoridad en la curia de los Arches, que es la Sorbona de Inglaterra.

Tenia fisonomía de hombre docto, el exagerado movimiento de ojos del hombre capaz, las ventanas de la nariz velludas, los dientes visibles, el labio superior delgado y el inferior grueso; poseia varios diplomas y una buena prebenda; tenia amigos aristócratas, la confianza del obispo y una Biblia siempre en el bolsillo.

Mess Lethierry estaba tan completamente absorto en sus meditaciones, que la entrada de los dos sacerdotes solo le produjo indescriptible fruncimiento de cejas.

Jaquemin Hérode adelantóse, hizo un saludo y recordó con palabras sóbrias su promocion reciente, diciendo que venia, segun era costumbre, á presentar á los notables, entre los que contaba á Mess Lethierry, á su sucesor en la parroquia, el nuevo rector de Saint-Sampson, el reverendo Joe Ebenezeer Caudray.

Deruchette se levantó entonces y saludó.

El jóven rector se inclinó tambien.

Lethierry examinó á Ebenezeer Caudray y murmuró para sí:—¡Mal marinero!

Gracia les acercó dos sillas, y los reverendos se sentaron junto á la mesa.

El doctor Hérode dijo que habia llegado á sus oidos la noticia de un infausto suceso: el naufragio de la *Duranda*. Venia como pastor á aconsejar y á consolar á su dueño, y con ese motivo le dirigió un discurso que venia á decir lo siguiente:

El naufragio era una desgracia, pero tambien una dicha. Sondeémonos y veremos que nos hincha la prosperidad. Las aguas de la felicidad son peligrosas. Es menester acostumbrarse á no considerar como un mal los contratiempos, porque las miras del Señor nos son desconocidas. Si se ha arruinado Mess Lethierry, ese es un peligro á que está expuesto el que es rico; pero en cambio la pobreza aleja á los malos amigos y el hombre se queda solo. La *Duranda* se decia que dejaba cada año de ganancia mil libras esterlinas. Esa cantidad es excesiva para el hombre juicioso. Debemos huir de las tentaciones, desdeñar el oro y aceptar con reconocimiento la ruina y el abandono. El aislamiento produce excelentes frutos: en él se obtienen las gracias del Señor. En la soledad, Oia encontró las aguas calientes, conduciendo los asnos de su padre Sebeon. No nos rebelemos contra los impenetrables decretos de la Providencia. El paciente Job, cuando estuvo en la miseria es cuando fué más rico. ¿Quién sabe si la pérdida de la *Duranda* obtendrá compensaciones hasta temporales? Él mismo empleó capitales en una buena operacion, próxima á realizarse en Shefield; si Lethierry, con los fondos que le restasen, quisiera tomar parte en esa operacion, podria conseguir rehacer su fortuna. Esta operacion se reducia á suministrar un número de armas al czar para reprimir la insurreccion de Polonia. En el negocio se podia ganar el trescientos por ciento.

La palabra czar sacó á Lethierry de sus meditaciones. Interrumpiendo al doctor Hérode, le dijo:

—No quiero tener que ver con el czar.

El reverendo Hérode respondió:

—Mess Lethierry, Dios ama á los príncipes y dice: "Dad al César lo que es del César. El czar es César„.

Lethierry, que estaba otra vez distraido con su idea fija, murmuró:

—Quién es César? Yo no le conozco.

El reverendo Jaquemin Hérode continuó en su exhortacion y no insistió ya en el negocio; porque no queriendo Lethierry á César debia ser republicano. En tal caso le dejó que hiciera sus negocios con una república, creyendo que podia restablecer su fortuna en los Estados-Unidos mejor aun que en Inglaterra. Le dijo que si queria hacer otro gran negocio, podia tomar acciones en la gran compañía de explotacion de plantaciones de Tejas, que empleaba más de veinte mil negros.

—No quiero nada con la esclavitud, contestó Lethierry.

—La esclavitud, replicó el reverendo Hérode, es de institucion sagrada. Está escrito: "Si el amo maltrata á su esclavo, no se le podrá castigar ni reconvenir, porque el esclavo es su dinero.„

Gracia y Dulce, de pié en el umbral de la puerta, recogian casi con éxtasis las palabras del reverendo doctor.

Como hemos dicho, bien considerado era un buen hombre, y cualesquiera que fuesen las diferencias de casta de persona con Lethierry, le ofrecia sinceramente todo el auxilio espiritual y hasta temporal de que podia disponer.

Si Lethierry estaba arruinado y no podia dedicarse á ninguna especulacion, podia proporcionarse funciones asalariadas, destinos nobles, y el reverendo estaba dispuesto á proporcionárselos. Precisamente en Jersey se hallaba vacante un cargo de importancia, y el reverendo Hérode se empeñaba en ob-

tenerle para el dueño del buque perdido. Este cargo era el de diputado-vizconde, que asiste, como representante de su majestad, á la celebracion de los juicios, á la vista de las causas y á las ejecuciones de las sentencias.

Lethierry, mirando fijamente al doctor Hérode, le contestó:

—No soy partidario de la pena de muerte.

El doctor Hérode, que hasta entonces habia pronunciado todas las palabras con la misma entonacion, adquirió aspecto más severo y dijo con otra inflexion de voz:

—Mess Lethierry, la pena de muerte es de institucion divina. Dios puso la espada en manos del hombre. Está escrito: "Ojo por ojo, diente por diente.„

El reverendo Ebenezeer acercó imperceptiblemente su silla á la del reverendo Jaquemin, y le dijo de modo que él solo pudiese oirle:

—A ese hombre le dicta lo que dice...

—Quién? preguntó Jaquemin Hérode con el mismo tono de voz.

Ebenezeer le respondió lo mismo:

—Su conciencia.

El reverendo Hérode sacó del bolsillo un tomo grueso, encuadernado y con broches, lo dejó encima de la mesa y dijo en voz alta:

—La conciencia está aquí.

El libro era una Biblia.

El doctor Hérode se suavizó. Deseaba ser útil á Lethierry, á quien consideraba mucho. Como pastor, tenia derecho y deber de aconsejar, pero comprendiendo que el aconsejado era libre.

Lethierry volvió á hundirse en su ensimismamiento y ya no le escuchaba ni le oia. Deruchette, sentada á su lado y tambien pensativa, no levantaba los ojos del suelo y añadia á aquella conversacion tan poco animada la cantidad de incomodidad que acarrea una presencia silenciosa. El testigo que nada dice es una especie de peso indefinible, que parecia no comprender el doctor Hérode.

Viendo que Lethierry nada le contestaba, el anciano sacerdote se apresuró á terminar su discurso del modo siguiente:

—El consejo viene del hombre y la inspiracion de Dios, pero en el consejo del eclesiástico hay algo de inspiracion. Es prudente aceptar los consejos y peligroso rechazarlos. Tiburiano se vió cubierto de lepra por haber arrojado de su casa al apóstol Andrés. Barjems, á pesar de ser mago, se quedó ciego por haberse reido de las palabras de San Pablo. Oolibama, que tambien se llama Judith, se sometia á los consejos. Ruben y Pheniel escuchaban las órdenes que venian de lo alto.

Mess Lethierry dió un puñetazo en la mesa.

—Pardiez! gritó; yo tengo la culpa.

—Qué quereis decir? preguntó Jaquemin Hérode.

—Digo que yo tengo la culpa.

—De qué?

—De hacer regresar á la *Duranda* el viernes.

Jaquemin Hérode murmuró al oido de Ebenezeer Caudray:

—Este hombre es supersticioso.

Despues, levantando la voz, dijo magistralmente:

—Mess Lethierry, es pueril creer en la mala influencia del viernes. No debe darse crédito á las fábulas. El viernes es un dia como otro cualquiera. Hay viernes de feliz recordacion. Melendez fundó la ciudad de San Agustin un viernes; un viernes dió Enrique VII su comision á John Cabot; los peregrinos de *Mayflawer* llegaron un viernes á la provincia Town. Washington nació el viernes 22 de Febrero de 1732, y Cristóbal Colon descubrió la América el viernes 12 de Octubre de 1492.

Dicho esto se levantó. Ebenezeer se levantó tambien.

Gracia y Dulce, al ver que los reverendos iban á marcharse, abrieron la puerta de par en par.

Mess Lethierry ni veia ni oia.

Jaquemin Hérode dijo en voz baja al oido de Ebenezeer Caudray:

—Ni siquiera nos saluda. Eso ya no es tristeza, es embrutecimiento. Sospecho que está loco.

A pesar de esta sospecha, cogió la Biblia que estaba encima de la mesa y la agarró con las dos manos, como si fuera un pájaro y temiera que se le escapase. Esta actitud llamó la atencion de todos los presentes. Gracia y Dulce alargaron el cuello.

El anciano sacerdote dijo:

—Mess Lethierry, no nos separemos sin leer una página del Santo libro. Las situaciones de la vida se aclaran por medio de los libros; los profanos se acogen á los agüeros virgilianos y los creyentes á las advertencias bíblicas. Por cualquiera de sus páginas que se abra la Biblia encontraremos una revelacion. Es el libro que consuela á los afligidos. Se desprende de la Santa Escritura el consuelo de nuestras penas, y se debe

consultar ante los que sufren, sin escoger la página en que se abra, y leer con candor el primer pasaje que se presente á nuestra vista. Si el hombre no lo escoge, lo escoge Dios. Dios siempre sabe lo que nos conviene. Su dedo invisible señala las líneas inesperadas que leemos. Cualquiera que sea el pasaje con que tropecemos, de él brota para nosotros necesariamente la luz. No busquemos otro, atengámonos á él, que sus palabras vienen de lo alto. Nos revela misteriosamente nuestro destino el texto que invocamos con confianza y con respeto. Escuchémoslo, pues, y obedezcamos. Mess Lethierry, os hallais sumido en el dolor, pero este libro es un bálsamo de consuelo; estais enfermo, pero este libro es la salud.

El reverendo Jaquemin Hérode abrió los broches de la Biblia, resbaló la uña á la ventura entre dos páginas, puso un instante la mano sobre el libro abierto, se recogió luego dos minutos, inclinó hácia las páginas escritas los ojos con autoridad y leyó en voz alta:

"Isaac se paseaba por el camino que conduce al pozo llamado el Pozo del que vió y del que vé.

„Rebeca, habiendo visto á Isaac, dijo: ¿Quién es ese hombre que vá delante de mí?

„Entonces Isaac la hizo entrar en su tienda y la tomó por mujer, y el amor que por ella sintió fué grande.„

Ebenezeer y Deruchette se miraron.

# SEGUNDA PARTE

## GILLIATT EL MALIGNO

### LIBRO PRIMERO

#### El escollo.

I.

**Sitio donde es difícil de llegar y más difícil salir.**

Como el lector habrá comprendido, el buque que la noche anterior se divisó á distintas horas desde varios puntos de la costa era el barco de Gilliatt. Este se dirigió por el camino que costea el canal por entre las rocas, que era el más peligroso, pero el más recto. Todo su afan era llegar pronto. Los naufragios no esperan, el mar es apremiante, y una hora de retraso podia ser irreparable. Gilliatt queria ir pronto en socorro de la máquina que peligraba.

Evitó al salir de Guernesey llamar la atención y partió como si se evadiese. Parecia que se ocultaba. Evitó la costa del Este como si no quisiera que le viesen en Saint-Sampson ni en Saint-Pierre Port, y se deslizó silenciosamente á lo largo de la costa opuesta, que está poco habitada. Tuvo que remar en las rompientes, pero Gilliatt manejaba el remo con arreglo á la ley hidráulica; tomaba el agua sin choque y la volvia con ligereza; de este modo pudo navegar en la oscuridad con la mayor fuerza y el menor ruido posible. Parecia que iba á cometer una mala accion.

Pero era porque aunque iba á arrojarse con los ojos cerrados á una empresa de éxito muy dudoso y á arriesgar la vida, casi con seguridad de perderla, aun temia que alguno le hiciera la competencia.

Cuando el sol empezaba á declinar, los ojos desconocidos, que quizá están abiertos en los espacios, pudieron ver en medio del mar, en uno de los sitios más solitarios y amenazadores, dos objetos, entre los que el intervalo decrecia al acercarse uno al otro. Uno de ellos, casi imperceptible en medio del anchuroso movimiento de las olas, era un barco de vela que dirigia un hombre. Era el buque holandés de Gilliatt. El otro objeto, inmóvil, colosal y negro, elevaba encima del agua sorprendente figura. Dos altos pilares sostenian encima de las olas, en el vacío, una especie de traviesa horizontal, que era como un puente echado entre los dos remates. La traviesa aparecia tan informe desde lejos, que era imposible adivinar lo que era, y formaba cuerpo comun con los dos pilares. Se asemejaba á una puerta. Pero, ¿de qué servia una puerta en el mar, que está abierto por todas partes? Pudiera creerse que era un dolmen titánico, levantado en pleno Océano por una fantasía sobresaliente y por manos acostumbradas á construcciones que guardasen proporciones con el abismo. Aquella silueta feroz se destacaba sobre la claridad del cielo.

La luz de la alborada se iba extendiendo hácia Levante, y la blancura del horizonte aumentaba la oscuridad del

mar. Frente á frente, y á la otra parte, la luna se ponia.

Esos dos pilares eran los Douvres. La mole encajada entre ellos, como un arquitrabe entre dos jambas, era la *Duranda*.

El escollo, sujetando de ese modo su presa y enseñándola, era terrible; los objetos ostentan á veces á la vista del hombre actitud sombría y hostil. Parecia que aquellas rocas estaban en guardia y en actitud de desafío; era altivo y arrogante aquel conjunto; el buque vencido estaba en poder del abismo, su señor. Las dos rocas, goteando aun la tempestad de la víspera, parecian dos combatientes sudando. El viento se habia apaciguado, el mar se plegaba pacíficamente: se adivinaban, mirando la superficie del agua, rompientes en las que caian penachos de espuma, y de vez cuando llegaba desde alta mar murmullo semejante al zumbido de las abejas. Todo estaba á un nivel, menos los dos Douvres, que seguian rectos como dos columnas negras, cubiertas de ova hasta cierta altura. Sus escarpados lomos ofrecian reflejos de armaduras. Se comprendia que bajo del agua tenian montañas por raices. Trasporaban una especie de omnipotencia trágica.

Ordinariamente disimula el mar los desastres que vá á causar, los vela con su sombra inconmensurable. Es raro que el misterio renuncie al secreto. Ciertamente hay algo monstruoso en la catástrofe, pero en cantidad desconocida. El mar es potente y secreto; se oculta, no le place divulgar sus acciones. Produce un naufragio y lo tapa; engullir es su pudor. La ola es hipócrita; mata, encubre, afecta candidez y sonrie. Ruge y despues se riza.

Aquí no sucedia eso. Los Douvres, despues de levantar sobre las olas á la *Duranda* muerta, conservaban su actitud de triunfo. Parecia que eran dos brazos monstruosos que salian del abismo para enseñar á las tempestades el cadáver de un buque. Se asemejaban al asesino que se jacta de sus fechorías.

A ese espectáculo habia que añadir el horror sagrado de la hora. El amanecer ostenta grandeza misteriosa, que se compone de un resto de sueño y de un principio de pensamiento. En aquellos confusos momentos flota aun en el espacio algo del espectro. La especie de inmensa H mayúscula, que formaban los dos Douvres, que la *Duranda* unia como un eslabon, aparecia en el horizonte con cierta majestad crepuscular.

Gilliatt llevaba el traje de marinero: camisa de lana, medias de estambre, zapatos claveteados, chaqueton de punto de media, pantalon de paño burdo y uno de esos gorros de lana colorada que usaban entonces en la marina.

Reconoció el escollo y avanzó.

La *Duranda*, al revés que el buque echado á pique, estaba suspendida en el aire.

No se podia acometer salvamento más extraño.

Era ya muy avanzado el dia cuando Gilliatt llegó á las aguas del escollo.

Como acabamos de decir, el mar estaba tranquilo. El agua solo tenia la cantidad de agitacion que le imprime la opresion entre los peñascos.

Gilliatt abordó los Douvres con mucha precaucion.

Arrojó la sonda varias veces.

Necesitaba practicar un desembarco provisional.

Como acostumbraba á viajar, tenia dispuesto todo lo necesario. Metió en la barca un saco de galleta, otro de harina de centeno, una cesta de stock-fiseh y de tasajo, una pipa de agua dulce, un cajon de Noruega, en el que encerró algunas camisas gruesas de lana, un chaqueton, unos calzones embreados y una piel de carnero. Además de todo esto pan tierno, que puso en el buque antes de salir del Bú de la Calle. Impaciente por partir, no sacó de su morada más instrumentos de trabajo que su martillo de herrero, el hacha y la segur, una sierra y una cuerda de nudos, armada con su correspondiente garfio. Con una escalera de nudos, sabiendo servirse de ella, las pendientes más ásperas se hacen accesibles y el buen marino encuentra practicables las más rudas escarpaduras. Tambien metió en el barco las redes, los sedales y todos sus aparejos de pesca. Se los llevó por costumbre y maquinalmente, porque demasiado comprendia que en la empresa que iba á acometer no los podria usar.

Cuando Gilliatt llegó al escollo, la marea bajaba; esta circunstancia era favorable para él. Las olas decrecientes dejaban al descubierto al pié de la Douvres menor algunos asientos chatos y poco inclinados, que se parecian bastante á las repisas que sostienen un piso. Estas superficies, ya estrechas, ya anchas, escalonadas en espacios desiguales

á lo largo del monolito vertical, se prolongan en figura de estrecha cornisa hasta debajo de la *Duranda*, que sacaba la barriga entre los dos peñascos: estaba colocada allí como en un torno.

Dichas plataformas eran á propósito para descargar y para columbrar; podia dejarse en ellas provisionalmente el cargamento del barco, pero por poco tiempo, porque al subir la marea quedaban otra vez sepultadas bajo el agua.

Ante aquellas rocas, que unas eran planas y otras formaban declive, Gilliatt detuvo el buque. Como las cubria espesa capa de ova y eran oblícuas en varios puntos, era fácil resbalarse en ellas.

Gilliatt se descalzó, saltó sobre las ovas y amarró el buque al pico de una roca.

Despues avanzó todo lo que pudo por entre los peñascos, se puso bajo de la *Duranda*, levantó los ojos y se dedicó á examinarla.

La *Duranda* estaba cogida, suspensa y como amoldada entre los dos peñascos, á unos veinte piés encima del agua. Se debió necesitar un golpe de mar espantoso para lanzarla á semejante altura.

Esos golpes violentos no asombran á la gente de mar. Para no abusar de los ejemplos, citaremos solo uno. El 25 de Enero de 1840, en el golfo de Stora, al terminar una tempestad, consiguió el ímpetu de su última ola hacer que saltara un bergantin entero por encima del casco de la corbeta la *Marne*, incrustándole entre dos acantilados con el bauprés hácia adelante.

Pero en el escollo Douvres no quedaba más que la mitad de la *Duranda*. El buque que arrancaron las olas, el huracan, en cierto modo, desarraigó del agua.

El torbellino de viento le torció, el torbellino de mar le retuvo, y de este modo, cogido en sentido inverso por las dos manos de la tempestad, se rompió como una endeble tabla. La popa, con la máquina y las ruedas, levantada fuera del agua y arrojada con la fúria del huracan contra el desfiladero de los Douvres, se introdujo en él hasta la mitad del casco y allí se quedó clavada. La cólera del viento debió ser muy violenta para hundir el pesado maderámen entre los dos peñascos; para esto el huracan se convirtió en maza, dislocando la proa del buque en las rompientes. La sentina, desfondada, habia vaciado en el mar los bueyes ahogados.

Un pedazo de los tablones de proa se conservaba aun y colgaba de los sobreplanos del tambor izquierdo, sostenido por cables destrozados. Se veian diseminados desordenadamente, sobrenadando en lejanas fragosidades del escollo, tirantes, tablas, harapos del velámen, pedazos de cadena y todo género de despojos.

Gilliatt examinaba atentamente la *Duranda*.

Estaba sereno el horizonte, en el que el agua ilimitada apenas se movia. El sol salia majestuoso de aquella vasta redondez azul.

De vez en cuando una gota de agua se desprendia de la quilla y se perdia en el mar.

## II.

### Las perfecciones del desastre.

Los peñascos Douvres eran diferentes en altura y en forma.

En la Douvre menor, encorvada y aguda, se ramificaban, desde la base á la cúspide, largas venas de roca de color de ladrillo, relativamente blandas, cuyas láminas penetraban en el interior del granito. Los desmoronamientos de esas láminas rojizas presentaban desigualdades que facilitaban el escalamiento. Una de éstas, situada algo encima de la cubierta de la *Duranda*, la habian ahuecado y trabajado tanto las contínuas salpicaduras de las olas, que estaba convertida en una especie de nicho, donde se podia colocar una estátua. El granito de la Douvre menor estaba redondeado por la superficie y despuntado como la piedra de toque; pero esto no disminuia su dureza. La Douvre menor terminaba en punta como un cuerno. La Douvre mayor, lisa, bruñida, perpendicular y como tallada de una sola pieza, parecia que era de marfil negro. No tenia ni un agujero ni un relieve. Su escarpadura era inhospitalaria; un presidiario no hubiera podido aprovecharla para una fuga, ni un pájaro para hacer un nido. Como el peñasco el *Hombre*, tenia en la cumbre una plataforma, pero inaccesible.

Se podia subir á la Douvre menor, pero no permanecer allí; en la Douvre mayor se podia permanecer, pero no se podia subir.

Gilliatt, despues de hacer sus primeras investigaciones, se volvió á su barco, lo descargó de la más ancha de las cornisas que habia á flor de agua, hizo de su escaso cargamento una especie de fardo, que cubrió con un encerado; dejó

el fardo en un recodo de roca á la que no podia alcanzar el oleaje, y despues, hincando piés y manos en los salientes de las rocas, ciñendo la Douvre menor y agarrándose de las más pequeñas estrías, subió hasta llegar á la *Duranda*, que estaba encallada en el aire.

Cuando llegó á la altura de los tambores saltó á la cubierta.

Entonces vió el destroce interior de la *Duranda*. Aquello fué una horrible violencia, el estupro de la borrasca. Nada se parece tanto á un atentado como un naufragio; en él intervienen multitud de cómplices, la nube, el trueno, la lluvia, el huracan, las olas y las rocas.

Gilliatt se imaginaba ver en la cubierta desamparada algo parecido al pataleo furioso de los espíritus del mar. En todas partes veia indicios de rabia. Extrañas torsiones de ciertas piezas de hierro denunciaban furiosos arrebatos del viento. El entrepuente parecia el aposento de un loco; en él todo estaba hecho pedazos. No hay fiera como el mar para desmenuzar una presa. El agua está llena de garras. El viento muerde, la marejada devora, la ola es una mandíbula. Arranca y aplasta al mismo tiempo. El Océano dá zarpadas como el leon.

El destrozo de la *Duranda* ofrecia la particularidad de ser detallado y minucioso. Era una especie de escrutinio terrible. Muchas averías parecian hechas exprofeso. Las fracturas de los bordajes estaban practicadas con arte; esta clase de destruccion es propia de las mangas de agua y de viento. Destrozar y tijeretear es el capricho de esas furiosas devastadoras. El ciclon tiene semejanza con el verdugo; los desastres que causa parecen suplicios. Podria decirse que es rencoroso y cruelmente refinado como un salvaje. Diseca exterminando. Tortura al náufrago y se recrea en su tormento.

Los ciclones son raros en nuestros climas, pero son más terribles, porque son inesperados. Cuando encuentran un escollo hacen girar la tormenta á su alrededor. Es muy probable que la borrasca formase espiral alrededor de los Douvres y al chocar con ellos se convirtiera en ciclon; de este modo se puede explicar la ascension del buque á tanta altura. Cuando sopla el sifon, el buque pesa tan poco al viento como la piedra á la honda.

La *Duranda* estaba herida como un hombre partido en dos mitades; era un tronco abierto, que dejaba escapar multitud de despojos parecidos á entrañas. La járcia flotaba y se extremecia; cadenas rotas se balanceaban como si tiritasen; las fibras y los nervios del buque estaban descubiertos y colgaban. Lo que no estaba roto estaba desarticulado; en la superficie del forro de la carena se erizaban clavos; todo estaba ruinoso; el espenque no era más que un pedazo de hierro, la sonda no era más que un pedazo de plomo, la vigota no era más que un pedazo de madera, la driza no era más que un cabo de cáñamo, el cable no era más que una madeja enredada; en todas partes se veia la inutilidad lamentable de la demolicion.

Todo se hundia, todo caia; un arroyo de tablas, de escotillas, de hierro viejo, de cables y de tirantes, se quedó detenido alrededor de la gran fractura de la quilla, y el menor choque seria suficiente para precipitar todo esto en el mar. Lo que quedaba de la poderosa carena tan triunfante en otro tiempo, lo que quedaba de la popa suspendida entre los dos Douvres y próxima á caer, todo estaba resquebrajado por diferentes partes y sus grietas dejaban entrever el interior sombrío del buque.

Desde abajo, el mar escupia su espuma á aquellos restos miserables.

## III.

### Sana, pero no salva.

Gilliatt no podia presumir que solo habia de encontrar la mitad del buque. No hacian presentir esto las indicaciones del patron del *Shealfiel*, á pesar de ser bastante precisas. Era posible que cuando se produjo tan terrible avería resonase el crujido diabólico que dicho patron oyó. Este estaba sin duda lejos cuando se verificó la última sacudida del huracan, y podia ser una tromba lo que él tomó por una oleada. Cuando luego se acercó para ver el desastre, quizá solo pudo ver la parte anterior de la quilla, por ocultarle lo restante la compresion del escollo, esto es, la ancha rotura que habia separado la proa de la popa.

Sin embargo, era exacto cuanto dijo el patron del *Shealfiel*. El casco de la *Duranda* estaba perdido, pero la máquina intacta.

Contingencias como éstas son frecuentes en los naufragios y en los incendios,

Es incomprensible la lógica del desastre.

Estaban caidos los mástiles rotos, pero la chimenea ni siquiera se habia doblado; la plancha grande de hierro que soportaba la máquina la sostuvo como si fuese toda de una sola pieza. Los forros de cobre de los tambores estaban casi separados, como las tablillas de una persiana, pero al trasluz de las rendijas se veian las dos ruedas en buen estado. Faltaban algunas palas.

Como la máquina habia tambien resistido, el cabrestante de popa, que conservaba la cadena, por estar fuertemente encajado en un cuadro de albitanas, podia prestar aun servicios.

Las tablas de la cubierta se doblaban en casi todas partes. Todo aquel diafragma se bamboleaba.

En cambio, como dijimos, el pedazo de casco que se encalló entre los peñascos Douvres se mantenia firme y parecia sólido.

La conservacion de la máquina tenia un no sé qué de irrisorio, como si se añadiese la ironía á la catástrofe. La sombría malicia de lo desconocido se revela algunas veces en esa especie de burlas amargas. La máquina estaba ilesa, pero perdida. El Océano la conservaba en su poder para demolerla á su gusto. Era aquello el juego del gato con el raton.

Iba á agonizar deshaciéndose allí pieza tras pieza, sirviendo de juguete á las olas y á los vientos. Porque era locura pensar que aquella pesada mole mecánica y de engranajes, maciza y delicada á la vez, entregada en la soledad á fuerzas demoledoras, pudiese escapar á la destruccion lenta, pero segura.

La *Duranda* era prisionera de los Douvres. Cómo arrebatársela? ¿Cómo redimirla?

La evasion de un hombre es difícil, pero es árduo el problema de la evasion de una máquina.

## IV.

### Exámen local preliminar.

A Gilliatt le apremiaban muchas urgencias, pero las más apremiantes eran encontrar un fondeadero para el buque y una guarida para él.

Como la *Duranda* estaba recostada más sobre babor que sobre estribor, el tambor derecho estaba más elevado que el izquierdo.

Gilliat subió al tambor de la derecha. Desde allí dominaba la parte baja de las rompientes, y aunque formaba varios recodos la cordillera de peñascos que se alineaban en ángulos truncados detrás de los Douvres, pudo estudiar el plano general del escollo.

Empezó por hacer dicho reconocimiento.

Los Douvres eran como dos altas paredes que marcaban la estrecha entrada de una callejuela de pequeños acantilados graníticos con delanteras perpendiculares. No es raro encontrar en las formaciones submarinas primitivas extraños corredores que parecen cortados con una hacha.

Aquel desfiladero tortuoso nunca estaba seco, ni durante las mareas bajas. Una corriente violenta le cruzaba de parte á parte. El ímpetu de las revezas era bueno ó malo segun el rumbo del viento dominante, y ya desconcertaba el oleaje y lo aplacaba ó ya exasperaba sus furores. El último caso era el más frecuente, porque el obstáculo encoleriza al agua y la arrastra á cometer los mayores excesos; la espuma es la exageracion de las olas. El viento de tempestad, cuando se vé comprimido entre dos rocas, sufre estas mismas contrariedades y adquiere la misma malignidad. El soplo inmenso sigue siendo inmenso, pero se hace agudo y se convierte en maza y dardo á la vez. Taladra al mismo tiempo que aplasta. Es huracan y aire colado.

Las dos cordilleras de rocas, dejando entre sí una especie de calle del mar, se escalonaban más bajas que los Douvres en alturas que disminuian gradualmente hasta hundirse en las olas á cierta distancia. Allí se encontraba otro boquete, menos alto y más angosto que el de los Douvres, y que era la entrada del Este del desfiladero. Se comprendia que la doble prolongacion de las dos espinas de roca continuaba la calle por bajo del agua hasta el peñasco el *Hombre*, que estaba situado como una ciudadela en el otro extremo del escollo.

Como estaba baja la marea en el instante en que Gilliatt hacia sus observaciones, pudo ver todos los accidentes de las dos filas de bajíos: algunos se hallaban en seco, pero eran todos visibles y se coordinaban sin interrupcion.

El *Hombre* limitaba y sostenia por el lado de Levante la mole entera del escollo, que estaba apuntalado hácia Poniente por los dos Douvres.

El conjunto del escollo, contemplado á vista de pájaro, ofrecia un rosario de rompientes, que tenia á un extremo los Douvres y al otro el *Hombre*.

El escollo Douvres, considerado en globo, no era más que la inmersion de dos jigantescas láminas de granito, que estaban casi tocándose y que salian verticalmente como una cresta de las cimas que hay en el fondo del Océano. Hay fuera del abismo muchos ejemplares de esas exfoliaciones inmensas. Las rachas y las marejadas habian recortado dicha cresta y la hicieron dentada como una sierra. Solo se veia su parte superior, esto es, el escollo. La parte de él que el agua escondia debia ser inmensa. La callejuela, donde la tormenta lanzó á la *Duranda*, era el sitio intermedio de las dos moles colosales.

La callejuela, que culebreaba como el rayo, tenia la misma anchura en casi todas partes. Así la construyó el Océano. El eterno tumulto produce estas caprichosas regularidades. A veces sale la geometría de las olas.

De un extremo á otro del desfiladero se prolongaban paralelamente hasta cierta distancia, que las costillas de la *Duranda* median casi con exactitud. Entre los dos Douvres, el ensanche de la menor, recorvado y tumbado, dejó sitio para los tambores. En cualquier otra parte del escollo los tambores se hubieran hecho trizas.

La doble fachada del escollo interior era horrible. Cuando explorando el desierto de agua que se llama Océano se llega á las cosas desconocidas del mar, todo lo que se encuentra es sorprendente y disforme. Causaba horror lo que del desfiladero podia Gilliatt distinguir desde la cubierta. En las gargantas graníticas del Océano se halla con frecuencia la representacion extraña y permanente del naufragio. El desfiladero de los Douvres tenia la suya. Los óxidos de la roca juntaban sobre la escarpadura, aquí y allá, manchas rojas, que imitaban cuajarones de sangre: algo parecido era esto al trasudor sanguinolento de una carnicería. Aquel escollo tenia algo de osario. Aquella piedra marítima distintamente coloreada, ya por la descomposicion de aleaciones metálicas mezcladas con la roca, ya por el moho, presentaba en varias partes manchas de púrpura repugnantes, verdinegros sospechosos y salpicaduras rojas, que despertaban en la imaginacion la idea de degüello y de exterminio. Se creia ver allí la pared, no enjuta aun, del aposento en que se ha cometido un crímen. Parecia que hombres allí estrellados dejaron su huella; la roca cortada á pico conservaba no sé qué sello de agonías acumuladas. En ciertos sitios parecia que la carnicería manaba aun sangre, la muralla de rocas estaba mojada, y parecia imposible que se apoyara allí la mano sin retirarla manchada. El orin de la matanza aparecia allí por todas partes. Al pié de la doble escarpadura paralela, esparcidos á flor de agua, bajo las olas ó en seco en las orillas, monstruosos y redondos guijarros, de color de escarlata unos, negros ó azulados otros, aparentaban ser vísceras, y cualquiera hubiera creido ver en ellos pulmones frescos ó hígados que se estaban pudriendo, como si se hubiesen vaciado allí vientres de jigantes. Hilos rojos y largos, que pudieran tomarse por resudaciones fúnebres, rayaban el granito de arriba á bajo.

Aspectos semejantes son frecuentes en las cavernas del mar.

## V.

### Colaboraciones secretas de los elementos.

La forma del escollo no debe ser indiferente para los que pueden verse condenados á habitar temporalmente un escollo en el Océano, obligados á ello por las contingencias de los viajes. Existe el escollo pirámide, que consiste en una cima cónica encima del agua; el escollo círculo, que es como un redondel de piedras grandes, y además el escollo corredor. El escollo corredor es el más imponente, no solo por la agitacion del agua entre sus paredes y por el tumulto que producen las olas comprimidas, sino tambien por las desconocidas propiedades meteorológicas que hace desenvolver el paralelismo de dos rocas en alta mar. Dos rocas rectas son un verdadero aparato voltáico.

El escollo corredor está orientado y conviene conocer su orientacion, porque de ella resulta su primera accion sobre el aire y sobre el agua. El escollo corredor obra sobre las olas y sobre el viento, mecánicamente por su forma, y galvánicamente por la imantacion diferente y posible de sus planos verticales, que son masas superpuestas y contrariadas unas por otras.

La naturaleza de semejantes escollos atrae hácia ellos las fuerzas furiosas que esparce el huracan y tiene sobre la tor-

menta singular poder de concentracion. De aquí dimana la acentuacion que tiene la tempestad en los sitios en que encuentra dichas rompientes.

Es necesario convencerse de que el viento es compuesto. Se cree que es simple y no lo es. Su fuerza no solo es química, sino tambien magnética. Hay en ella algo inexplicable. El viento es tan eléctrico como aéreo. Hay ciertos vientos que coinciden con las auroras boreales. El viento del banco de las Aiguilles levanta olas de cien piés de elevacion, con asombro de Dumont d' Urville. Cuando soplan las ráfagas australes, que son verdaderos tumores que abollan el Océano, el mar se pone tan horrible que los salvajes huyen por no verle. Las ráfagas boreales son diferentes, pero todas están mezcladas con alfileres de hielo; son vientos irrespirables, que obligan á retroceder sobre la nieve á los trineos de los esquimales. Hay vientos que queman, como el Simoun de Africa, que es el Tifon de China y el Samiel de la India. Esos tres nombres parecen los de tres demonios. Funden hasta lo alto de las montañas; una borrasca de ese viento vitrificó el volcan de Tolucca: la produjo el Samiel. Este viento caliente, que se agita entre nubes de color de escarlata, este torbellino de color de tinta hizo exclamar á los Vedas: *Hé aquí el dios negro, que viene á robar las vacas rojas.* En todos estos hechos se siente la presion del misterio eléctrico.

El viento está lleno de este misterio. Tambien el mar se complica con él; bajo sus olas, que se ven y son de agua, tiene sus olas de fuerza, que no se ven. De todas las confusiones, la del Océano es la más indivisible y la más profunda.

Imposible es darse cuenta de caos tan enorme. Es el recipiente universal, es depósito para las fecundaciones y crisol para las transformaciones. Recoge, y luego dispersa; acumula, y luego siembra; devora, y despues crea. Recibe todos los albañales de la tierra y los atesora. Es sólido en el vacío, líquido en las olas y flúido en los efluvios. Como materia es masa y como fuerza es abstraccion. Iguala y enlaza los fenómenos. Se simplifica por medio del infinito en la conviccion. A fuerza de mezclas y de turbaciones, llega á ser transparente. Su diversidad soluble se funde en su unidad. Consta de tantos elementos que producen la identidad. Cada una de sus gotas es el todo entero. Porque está lleno de tempestades, conserva el equilibrio. Platon veia moverse las esferas; cosa extraña, pero real, que en la colosal evolucion terrestre alrededor del sol, el Océano, con su flujo y su reflujo, sea el balancin del globo.

En cada fenómeno del mar se ven todos los fenómenos. El mar es aspirado por el torbellino como un sifon; la tormenta es un cuerpo de bomba; el rayo sale del agua lo mismo que del aire; en los navíos se experimentan sordas sacudidas y sale olor de azufre del fondo de la sentina.

En ciertas tempestades, que caracterizan el remolino de las estaciones y el establecimiento del equilibrio de las fuerzas genésicas, cuando á los navíos bate la espuma, parece que traspiran una claridad, y lucecillas de fósforo corren por las járcias, tan mezcladas con el cordaje, que los marineros tienden la mano y tratan de coger al vuelo aquellos pájaros de fuego. Despues del terremoto de Lisboa, un viento de fragua lanzó contra la ciudad una ola de sesenta piés de altura. La oscilacion oceánica se enlaza con la trepidacion terrestre.

Estas fuerzas inconmensurables hacen posibles todos los cataclismos. En 1864, á cien leguas de las costas de Malabar, una de las islas Maldivias se fué á pique. Se sumergió en el mar como un buque. Los pescadores que salieron de ella por la mañana no la encontraron por la tarde, pudiendo divisar vagamente su pueblo bajo el mar: entonces los buques asistieron á socorrer el naufragio de las casas.

En Europa, donde parece que la naturaleza quiera respetar la civilizacion, son tan raros estos acontecimientos que se creen imposibles. Jersey y Guernesey formaron parte de la Galia; y mientras escribimos estas líneas, una tormenta del equinoccio acaba de demoler en la frontera de Inglaterra y de Escocia el acantilado *First of the Fourth*.

En ninguna parte esas fuerzas pánicas aparecen tan formidablemente amalgamadas como en el sorprendente estrecho boreal llamado Lyse-Fiord, que es el más terrible escollo del Océano. Allí se vé la demostracion completa de lo que asentamos.

Dicho escollo está situado en el mar de Noruega, cerca del rudo golfo Stavanger, á los cincuenta y nueve grados de latitud. Allí el agua es pesada y negra, y sufre calenturas intermitentes de borrascas. En aquella soledad se vé una calle grande y sombría; calle

inútil, porque nadie pasa por ella; no se aventura á tanto ningun buque. Presenta su entrada un corredor de diez leguas de longitud entre dos paredes de tres mil piés de altura. Ese estrecho tiene recodos y ángulos como todas las calles del mar, que nunca son rectas, porque están formadas por la torsion del oleaje.

En el Lyse-Fiord el agua está siempre muy tranquila y el cielo sereno, pero es sitio temible. ¿Dónde está el viento? No está arriba. ¿Dónde está el trueno? No está en el cielo. El huracan está bajo del mar y el rayo entre las rocas. De vez en cuando tiemblan las aguas. De repente, sin ver una nube en el aire, hácia el medio del acantilado vertical, á la altura de mil ó mil quinientos piés sobre las olas, y más por la parte del Sur que por la del Norte, bruscamente la roca truena, sale de ella un rayo; rayo que avanza, que retrocede, tiene contracciones y dilataciones, se lanza al acantilado opuesto, entra en el peñasco, sale, vuelve á entrar, multiplica su cabeza y sus lenguas, se eriza de puntas, hiere donde puede, empieza de nuevo y se extingue siniestramente. Los pájaros huyen á bandadas.

Nada hay tan misterioso como esa artillería que sale de lo invisible; una roca ataca á la otra. Los escollos se arrojan mútuamente rayos. Aquella guerra es diferente de la de los hombres. Es el ódio de dos murallas dentro del abismo.

En el Lyse-Fiord el viento se vuelve efluvio, la roca ejerce funciones de nube y el trueno de volcan. Aquel extraño estrecho es una pila que tiene por elemento sus dos acantilados.

## VI.

### Una cuadra para el caballo.

Gilliatt, que conocia lo que eran escollos, consideró á los Douvres con las precauciones que debia. Pensó ante todo abrigar el barco en sitio seguro.

La doble cordillera de arrecifes, que, como trinchera sinuosa, se prolongaba detrás de los Douvres, se agrupaba aquí y allá con otras rocas y se adivinaba que debia tener recodos y callejuelas sin salida, que se juntarian con el desfiladero principal como las ramas con el tronco.

La parte interior de las rompientes se veia tapizada de ova y la superior de líquen. El nivel uniforme de la ova en todas las rocas marcaba la línea de flotacion de la marea alta y la de la mar tranquila. Los puntos que el agua no alcanzaba tenian el reflejo plateado y dorado que dá á los granitos marítimos la mezcla del líquen blanco con el líquen amarillo.

Una lepra de mariscos ovoideos cubria las rocas en ciertos parajes. En otros, en los ángulos entrantes, en que se acumulaba arena fina, que en su superficie movia más el viento que las olas, habia algunas mazorcas de cardo azul. En los sitios que batian menos las olas se veian las guaridas que se habian construido los esquinos. Estos erizos crustáceos, que avanzan como bolas vivas, rodando sobre sus puntas, cuya coraza consta de más de diez mil piezas artísticamente soldadas, ahuecan el granito con sus cinco dientes que muerden la piedra y se alojan en los agujeros. En esos alvéolos los encuentran los pescadores de mariscos; los parten en cuatro pedazos y se los comen crudos como si fuesen ostras. Hay pescadores que mojan el pan en su carne blanda y los llaman *huevos de mar*.

Las lejanas cúspides de los vacíos, que estaban fuera del agua cuando bajaba la marea, terminaban bajo la escarpadura del *Hombre* en una diminuta rada, que cerraba casi completamente el escollo. Aquello era un fondeadero posible. Gilliatt observó que tenia forma de herradura y que estaba abierto solo por la parte del Este. El agua encerrada allí casi dormia. Era una bahía aceptable; además, Gilliatt no tenia donde escoger, y tenia que darse prisa si queria aprovechar la marea baja.

El tiempo, por otra parte, estaba bonancible y el mar tranquilo.

Gilliatt volvió á bajar, se descalzó, desamarró el cable, entró en su barco y se hizo á la mar, costeando á remo la parte exterior del escollo.

Al llegar cerca del *Hombre* examinó la entrada de la rada.

Una especie de cinta fija en la movilidad del agua indicaba el paso.

Gilliatt estudió un instante aquella curva, que es un lineamiento bastante confuso en el agua; despues echó un poco hácia fuera la barca para virar cómodamente y buscar el punto más hondo, y luego, imprimiéndola un solo movimiento de remo, entró en la pequeña ensenada.

Allí echó la sonda.

El fondeadero era excelente; protegia el barco contra casi todas las eventualidades de la estacion.

Los más temibles arrecifes tienen alguno de esos pacíficos recodos. Los puertos que se encuentran en los escollos se asemejan á la hospitalidad del beduino; son honrados y seguros.

Gilliatt colocó el buque todo lo cerca que pudo del *Hombre*, pero á suficiente distancia para poder maniobrar en caso necesario, y echó las dos anclas.

Despues se cruzó de brazos y celebró consejo consigo mismo.

Habia resuelto el problema de dar abrigo al barco, pero le faltaba resolver el segundo problema; el de encontrar asilo para él. Podia elegir entre dos albergues; el de su mismo buque, que tenia la popa casi habitable, y el de la meseta del *Hombre*, que era fácil de escalar. Desde cualquiera de estos dos albergues podia, estando la marea baja y saltando de una á otra roca, ganar casi á pié enjuto el espacio que hay entre los dos Douvres, donde estaba la *Duranda*.

Pero la marea baja solo dura un momento, y pasado éste, tenia que quedar separado del albergue ó de la *Duranda* por una distancia de más de doscientas brazas. Siempre es difícil navegar en las aguas de un escollo, pero cuando hay marejada es imposible. Tenia, pues, que renunciar á esos dos albergues.

No habia guarida posible en los peñascos vecinos, porque la marea alta hacia desaparecer dos veces al dia las rocas inferiores, y las superiores se veian atacadas incesantemente por saltos de espuma.

No le quedaba otro recurso que la *Duranda*; Gilliatt pensaba albergarse en ella.

## VII.

### Albergue para el viajero.

Media hora despues Gilliatt estaba á bordo del buque perdido, subia y bajaba desde la cubierta al entrepuente y desde el entrepuente á la sentina, profundizando el exámen ligero que hizo á primera vista.

Auxiliado por el cabrestante habia subido á la cubierta de la *Duranda* con el fardo que hizo del cargamento de su buque. El cabrestante se portó bien. No faltaban allí palancas para irle arrastrando. Gilliatt podia escoger en aquel monton de escombros.

Entre las ruinas halló un escoplo, que cayó sin duda del tonel de la carpintería, y con él aumentó su coleccion de herramientas.

Como en los casos de apuro se cuenta con todo, Gilliatt se metió la mano en el bolsillo y se aseguró de que en él habia metido la navaja. Estuvo trabajando todo el dia en la *Duranda*, escombrando, consolidando, simplificando, y al terminar la tarde reconoció lo siguiente:

El buque destrozado se extremecia al menor impulso del viento. Cada paso que Gilliatt daba hacia temblar todo el esqueleto. Solo era estable y firme la parte del casco encajonada entre las rocas que contenia la máquina.

Instalarse en la *Duranda* no era prudente. Era sobrecargarla, y lo que importaba era aligerarla. Apoyarse en ella era lo contrario de lo que debia hacer. Aquella ruina necesitaba ser tratada con mucho mimo. Era peligroso tener que trabajar en ella. La cantidad de trabajo que tendria que soportar le fatigaria: era superior á sus fuerzas.

Además, si Gilliatt se durmiera de noche allí y sobreviniese algun accidente, pudiera irse á pique con la *Duranda*. No podria auxiliarla y malograria su empresa. Para socorrer al buque náufrago necesitaba encontrarse fuera de él; fuera y cerca, este es el problema que tenia que resolver y que aumentaba la dificultad de encontrar albergue. ¿Dónde hallar abrigo con tales condiciones?

Gilliatt meditó.

No le quedaba otro recurso que los dos Douvres, que no parecian habitables.

Desde bajo divisaba en la plataforma superior de la Douvre mayor una especie de excrecencia.

Las rocas enhiestas que tienen el remate plano, como la Douvre mayor y el *Hombre*, son picos decapitados y abundan en las montañas y en el Océano. Algunos peñascos, sobre todo de los que se encuentran en alta mar, tienen talladuras como los árboles podados; parece que han recibido hachazos. Están, en efecto, sometidos á los golpes del huracan, que es el leñador del mar.

Existen otras causas de cataclismos más profundas aun, á las que se deben muchas de las heridas que se notan en los granitos seculares. Algunos de estos colosos tienen la cabeza cortada. Sin que podamos explicar la causa, dicha

cabeza no cae algunas veces y permanece mutilada en el remate truncado. Esta singularidad no es rara. La Roque-au-Diable en Guernesey y la Table en el valle de Amxeiler ofrecen condiciones las más sorprendentes de este extraño enigma geológico.

Probablemente le habria sucedido algo parecido á esto al Douvre mayor.

Si la prominencia que se divisaba en la meseta no era una joroba natural de la piedra, tenia que ser el fragmento restante del remate arruinado. Quizás hubiera en aquel pedazo de roca una excavacion; y un agujero donde meterse era lo que Gilliatt necesitaba.

Pero cómo subir hasta la meseta? ¿Cómo ascender por aquella pared vertical, cubierta de una superficie viscosa y que presentaba la apariencia resbaladiza de una superficie enjabonada? Lo menos habia treinta piés de altura desde la cubierta de la *Duranda* hasta la excrecencia de la meseta.

Gilliatt sacó de una caja de herramientas la cuerda de nudos; se la arrolló alrededor de la cintura y empezó á escalar la Douvre menor. A medida que ascendia, la ascension era más difícil. Se olvidó de quitarse los zapatos y este olvido le aumentaba más la dificultad. Con gran trabajo logró subir hasta la punta y al llegar allí se puso derecho. Era tan estrecha, que apenas tenia espacio para poner los piés. No le podia servir de alojamiento.

La Douvre menor se encorva hácia la mayor, de tal modo, que desde lejos parece que la saluda, y el intervalo de los dos Douvres, que aparecia desde bajo ser de unos veinte piés, de arriba no era más que de unos nueve.

Desde la punta donde estaba encaramado Gilliatt vió más claro el tumor pétreo que cubria en parte la plataforma de la Douvre mayor. Dicha plataforma se levantaba más de tres toesas sobre su cabeza: de ella le separaba un precipicio.

La escarpadura de la Douvre menor, cortada á plomo, desaparecia debajo de él.

Gilliatt se desató de la cintura la cuerda de nudos, midió la distancia rápidamente con la mirada y arrojó el garfio de la cuerda á la plataforma. El garfio arañó la roca sin hacer presa. La cuerda de nudos con su garfio á la extremidad cayó á los piés de Gilliatt, á lo largo de la Douvre menor.

Gilliatt repitió la mismo operacion, arrojando la cuerda más lejos, apuntando á la protuberancia granítica en la que distinguia grietas y estrías. La arrojó con tal tino, que el garfio se clavó allí.

Gilliatt tiró de la cuerda; la roca se rompió y la cuerda volvió á caer en el escarpe á sus piés.

Por tercera vez Gilliatt echó la cuerda; volvió á tirar y el garfio no cayó. El garfio estaba anclado. Sin duda estaba detenido en alguna fragosidad de la meseta que Gilliatt no podia ver.

Comprendió que era necesario confiar la vida á aquel sustentáculo desconocido, y Gilliatt no vaciló.

Todo le apremiaba. Era preciso ganar tiempo; además, volver á bajar á la cubierta de la *Duranda* para recurrir á otro procedimiento casi era imposible. Lo probable era resbalar y caer.

Como todos los buenos marinos, Gilliatt tenia movimientos de precision. No malgastaba sus fuerzas. Solo hacia esfuerzos proporcionados, y esto explica los prodigios de vigor que ejecutaba con músculos ordinarios; á la fuerza, que es física, añadia la energía, que es moral.

El acto que iba á ejecutar era peligroso.

Queria franquear, colgado de una cuerda, el intervalo que separaba á los dos peñascos.

Como última prueba, Gilliatt tiró otra vez de la cuerda; el garfio no se movió.

Entonces se envolvió la mano izquierda con el pañuelo, cogió con la derecha la cuerda, poniendo encima de ella la mano izquierda; despues avanzó un pié hácia adelante y con el otro pié, empujando enérgicamente la roca, con la idea de que el vigor de la impulsion impidiese á la cuerda la rotacion, se precipitó desde lo alto del Douvre menor hácia la escarpadura del otro.

El choque fué violento.

A pesar de la precaucion de Gilliatt, la cuerda giró y él chocó de espaldas contra la roca.

Dió entonces un rebote y sus manos chocaron contra la roca, que quitándole el pañuelo las despellejó; gracias que no se las hizo pedazos.

Permaneció un instante atontado y suspendido, pero fué bastante dueño de sí mismo para no soltar la cuerda.

Medió algun tiempo de oscilaciones y de sobresaltos antes de que pudiese coger la cuerda con los piés, pero al fin lo consiguió. Cogiendo la cuerda con los

piés y con las manos al mismo tiempo, miró hácia abajo.

No le inquietaba la longitud de la cuerda, que le habia servido más de una vez para escalar mayores alturas. En efecto, la cuerda se arrastraba sobre el puente de la *Duranda*. Seguro entonces ya Gilliatt de poder bajar, empezó á encaramarse.

En pocos instantes llegó á la meseta.

Nunca sér alguno sin alas habia puesto allí los piés. La meseta estaba llena de excremento de aves. Era la meseta un trapecio irregular, era la rotura de aquel colosal prisma granítico que se llama la Douvre mayor. El centro del trapecio, minado por las lluvias, estaba hueco como una cubeta.

Gilliatt habia hecho justas apreciaciones. En el ángulo meridional del trapecio se veian pedruscos sobrepuestos, que probablemente serian los escombros del hundimiento del remate de aquel escollo. Los pedruscos, que formaban un monton de losas desmedidas, hubieran podido servir á un animal salvaje, que se hubiera descarriado allí, de escudo, para deslizarse por entre ellos. Se equilibraban unos á otros, ofreciendo los intersticios que se encuentran en un monton de cascote. No formaban gruta, ni antro, sino agujeros, lo mismo que una esponja. En cualquiera de esos agujeros cabia Gilliatt. En todos ellos se veia un fondo de yerba y de musgo; Gilliatt podia meterse allí como en un estuche; la entrada de la guarida tenia dos piés de altura y se iba estrechando hácia el fondo. Hay sepulturas de piedra de la misma forma.

Gilliatt acababa de resolver sus dos problemas; encontró puerto para el barco y habitacion para él. Su habitacion tenia la ventaja de estar al alcance del buque perdido.

El garfio de la cuerda de nudos, que cayó entre dos peñas, estaba sólidamente enganchado. Gilliatt lo inmovilizó poniéndole encima una piedra enorme.

Despues se dedicó á pensar exclusivamente en la *Duranda*.

Desde entonces, la Douvre mayor iba á ser su casa y la *Duranda* su almacen. Ir y venir, subir y bajar, era ya para él muy sencillo.

Se deslizó por la cuerda de nudos hasta la cubierta del buque deshecho.

Habia aprovechado bien el dia; estaba contento y satisfecho de sí mismo, y se apercibió de que tenia hambre.

Abrió la cesta de provisiones, echó mano de la navaja, cortó un buen pedazo de tasajo, que se comió con un buen pedazo de pan, y bebió un trago de agua: cenó admirablemente.

Hacer bien y comer bien son dos alegrías. El estómago lleno tiene algun parecido con la conciencia satisfecha.

Cuando terminó de cenar todavía quedaba luz del dia, que la aprovechó para empezar á aligerar el buque naufragado, que era operacion urgente.

Gilliatt habia pasado parte del dia escogiendo los escombros. En el compartimiento sólido donde se hallaba la máquina metió todo lo que podia servirle, madera, hierro, cordaje, lona; todo lo inútil lo echó al mar.

Tenia que embarazarle, por reducido que fuese, el cargamento de un barco, izado á la cubierta de la *Duranda* por medio del cabrestante. Gilliatt se fijó en la especie de nicho abierto en el muro de la Douvre menor, á una altura que podia alcanzar su mano. Se ven con frecuencia en las rocas esas alacenas naturales, si bien tienen el inconveniente de que no se pueden cerrar. Creyó que podia confiar á aquel nicho su depósito, y le entregó sus dos cajas, la de herramientas y la de ropa, y sus dos sacos, el de centeno y el de galleta, que los metió en el fondo, y puso en la parte anterior la cesta de provisiones, quizá demasiado cerca de la orilla, pero ya no le quedaba más sitio.

Sacó de la caja en que guardaba la ropa la piel de carnero, el capote con capucha y las polainas embreadas.

Para impedir que la cuerda de nudos tomase viento, ató su extremidad inferior á una puerca de la *Duranda*. Como la *Duranda* tenia mucha comba, la puerca estaba muy encorvada y sujetaba la cuerda lo mismo que una puerta cerrada. Le faltaba sujetar á ésta por el cabo superior; por abajo estaba bien amarrada, pero en la cumbre de la escarpadura, en el punto en que la cuerda rozaba con el borde de la plataforma, era de temer que éste la fuese cortando poco á poco con el roce.

Gilliatt escarbó el monton de escombros que tenia de reserva, cogió algunos pingajos de lona, y de pedazos de cable viejos sacó algunos hilos, que se metió en el bolsillo.

Cualquier marino comprenderia que con los pedazos de lona y con los hilos pensaba forrar el pliegue de la cuerda de nudos que rozaba con las rocas para evitar una avería.

Provisto ya de trapos viejos, se puso las polainas, se echó encima del chaqueton el capote, dejando caer la capucha sobre la gorra; ciñóse al cuello la piel de carnero, y así equipado, cogió la cuerda, fuertemente fijada para lo sucesivo al flanco de la Douvre mayor, y subió al asalto á aquella sombría torre del mar.

Gilliatt llegó á la meseta en muy poco tiempo, á pesar de tener lastimadas las manos.

Se extinguian ya los últimos resplandores del sol poniente. En el mar era ya de noche, pero en lo alto del escollo quedaba algo de claridad, que la aprovechó Gilliatt para forrar la cuerda de nudos, aplicándole una porcion de vendajes de lona sobrepuesta, que ató con bramantes. Terminada esta operacion, Gilliatt, que estaba agachado, se levantó.

Mientras vendaba la cuerda, percibia confusamente en el aire extremecimiento singular. Parecia en el silencio del crepúsculo semejante aquel ruido al sacudimiento de alas de un murciélago inmenso.

Gilliatt levantó la vista.

Un círculo negro giraba sobre su cabeza en el cielo blanquecino del crepúsculo. Círculos parecidos se ven en los cuadros antiguos orlando la cabeza de los santos, pero son de oro sobre fondo sombrío, y el que giraba encima de la cabeza de Gilliatt era oscuro sobre fondo claro.

Hubiérase creido que aquello era la aureola nocturna de la Douvre mayor. El círculo se aproximaba á Gilliatt, luego se alejaba, se disminuia y se ensanchaba.

Lo constituia una nube de aves marítimas, de gaviotas, de mofetas, de alciones, de cuervos marinos, que estaban asombrados.

La Douvre mayor quizá seria el albergue donde se retiraban á pasar la noche.

Gilliatt buscó allí dormitorio y les inquietaba el inesperado huésped. No habian visto nunca un hombre allí.

Volaron azoradas durante algun tiempo, como si aguardaran que Gilliatt se fuese. Reflexivo éste, seguia el vuelo con la mirada.

Aquel torbellino volador concluyó por decidirse; de repente el círculo se deshizo en espiral, y la nube de aves marítimas, dirigiéndose al otro extremo del escollo, cayó sobre el *Hombre*.

Allí, al parecer, se juntaron para deliberar.

Cuando Gilliatt se tendió dentro del estuche de granito y se puso una piedra por almohada, oyó durante algun tiempo los graznidos de las diferentes aves que estaban en consulta.

Despues callaron y nada más se oyó; las aves dormian en el peñasco y Gilliatt dentro del estuche.

## VIII.

### Importunæ que volueres.

Gilliatt durmió bien, aunque el frio le despertaba de vez en cuando. Colocó los piés en el fondo y la cabeza en la entrada, pero no tuvo cuidado de quitar antes de la cama multitud de piedrecillas cortantes, que le impidieron dormir seguido.

De vez en cuando entreabria los ojos.

De vez en cuando oia detonaciones profundas, que las producia la marea creciente, que entraba en los huecos del escollo con un ruido semejante á cañonazos.

El sitio en que se encontraba era á propósito para lo extraordinario de la vision; las quimeras se agitaban alrededor de Gilliatt, sugeridas por la influencia de la noche á la imaginacion al verse sumergida en lo imposible; creia soñar.

Despues volvia á dormirse, y soñando realmente creia encontrarse en el Bú de la Calle, en las Bravées, en Saint-Sampson y oir cantar á Deruchette. Mientras dormia creia que velaba y que vivia; cuando despertaba creia soñar.

Hácia la media noche, en medio del sueño, creyó oir en el cielo confuso rumor. Era probable que se levantaba el viento. Le despertó un escalofrío que le hizo abrir los ojos y vió grandes nubes en el cenit, la luna que huia y correr en pos de ella una estrella grande. Tenia el espíritu lleno de la difusion de los sueños, que complicaban los aterradores paisajes de la noche.

Al rayar el alba estaba helado y dormia profundamente. La aparicion súbita de la aurora le despertó de aquel sueño, tal vez peligroso. Su dormitorio miraba al sol saliente.

Gilliatt bostezó, se desesperezó y se echó fuera del agujero medio despierto.

Poco á poco fué recobrando el senti-

miento de la realidad, y entonces exclamó:—Almorcemos.

El tiempo estaba tranquilo; el cielo frio, sereno y sin nubes; la noche las barrió del horizonte, y el sol brillaba expléndido.

Gilliatt vió empezar bien el segundo dia y estaba muy contento.

Se quitó el capote y las polainas, envolviéndolos en la piel de carnero; ató el fardo con una cuerda y lo dejó en el fondo de la guarida, para preservarlo de alguna lluvia eventual.

Despues se hizo la cama, esto es, quitó todas las piedrecillas y guijarros. Luego se deslizó á lo largo de la cuerda, y al llegar á la cubierta de la *Duranda*, fué á la alacena á buscar la cesta de las provisiones. Pero no la encontró. Como la dejó muy cerca del borde, el viento de la noche la echó al mar.

De este modo anunciaba el viento su intencion de defenderse. Necesitó cierta voluntad y cierta malicia para ir á buscar la cesta. Gilliatt comprendió que aquello era el principio de las hostilidades.

Es difícil, cuando se vive con familiaridad con el mar caprichoso, no considerar al viento y á las rocas como personajes.

No tenia otro recurso Gilliatt que alimentarse con la galleta y la harina de centeno y con mariscos, como el náufrago que murió de hambre en el *Hombre*.

No habia que pensar en la pesca. Los peces son enemigos de los choques y evitan las rompientes; los pescadores pierden el tiempo en los arrecifes, que solo sirven para hacer trizas las redes y los armadijos.

Gilliatt se desayunó con unas cuantas lapas, que despegó de las rocas con dificultad, y en esta operacion casi rompió la navaja.

Mientras saboreaba este poco suculento almuerzo, oyó en el mar extraño tumulto y miró.

Vió que el enjambre de gaviotas y de alciones acababa de lanzarse sobre una de las rocas bajas, batiendo las alas, empujándose y gritando. Todo el enjambre hormigueaba extrepitosamente alrededor del mismo punto. Aquella horda con picos y con uñas saqueaba algo; este algo era la cesta de Gilliatt.

La cesta, que el viento arrojó á las rocas, se abrió al chocar contra ellas. Las aves acuáticas habian acudido y agarraban con sus picos piltrafas de todos tamaños.

Gilliatt reconoció desde lejos el tasajo y el stock-fiseh.

Las aves entraban en la lucha á su vez, tomando su revancha.

Gilliatt les quitó su alojamiento y ellas le quitaron sus provisiones.

## IX.

### El escollo y el modo de servirse de él.

Transcurrió una semana.

Aunque era estacion de lluvias no llovia, y esto regocijaba á Gilliatt.

La empresa que habia acometido sobrepujaba á la fuerza humana, al menos en la apariencia, y su realizacion era tan inverosímil, que intentarla parecia locura.

Al empezar las operaciones es cuando mejor se ven las dificultades y los peligros. No hay como comenzar para comprender cuánto ha de costar de concluir. Todo al primer paso se resiste. El primer paso que se dá es un revelador inexorable. Cuando se toca la dificultad, pincha como una espina.

Gilliatt tuvo desde el principio que contar con el obstáculo.

Para librar del naufragio la máquina de la *Duranda*, cuyo buque estaba destruido en sus tres cuartas partes, para conseguirlo en aquel lugar y en semejante estacion, se necesitaban muchos hombres, y Gilliatt estaba solo. Era necesario surtido completo de instrumentos de carpintería y de maquinaria, y Gilliatt no poseia más que una sierra, una hacha, un escoplo y un martillo; parecian indispensables un buen taller y un buen barracon, y Gilliatt no tenia ni siquiera techo bajo que guarecerse; parecian indispensables provisiones y víveres, y Gilliatt no tenia ni un pedazo de pan.

El que durante la primera semana hubiese visto á Gilliatt trabajar en el escollo no hubiera comprendido lo que intentaba hacer. Parecia que no pensaba ni en la *Duranda* ni en los Douvres. Solo se ocupaba de lo que habia en las rompientes, dedicándose exclusivamente á salvar algunos restos miserables del naufragio. Se aprovechaba de las mareas bajas para despojar á los arrecifes de lo que el naufragio hizo caer en ellos. Saltaba de una roca á otra para recoger pingajos de vela, cabos de rueda, trozos de hierro, astillas de tablones, bordajes

desfondados, vergas rotas, aquí un tirante, allí una cadena, alla una garrucha.

Al mismo tiempo estudiaba todas las fragosidades del escollo. Vió con sentimiento que ninguna de ellas era habitable, porque por la noche tenia frio en su albergue, y hubiera deseado encontrar mejor habitacion.

Encontró dos fragosidades bastante espaciosas, aunque en casi todas partes el corte de la roca era desigual y oblícuo; en esas dos podia estar en pié y andar. La lluvia y el viento entraban en ellas como querian, pero allí no llegaban las mareas altas. Estaban próximas á la Douvre menor, y eran accesibles á cualquier hora. Gilliatt resolvió hacer en una de ellas un almacen y en la otra una fragua.

Con los puños del gratil, tomadores, envergues y badazas que pudo recoger hizo varios fardos, formando haces con astillas y paquetes con pedazos de lona. Lo cosió todo con mucho cuidado. A medida que la marea, subiendo, levantaba los lios, él los arrastraba por encima de los arrecifes hasta su almacen. En el hueco de una roca encontró una guindaleta, con la que pudo izar hasta los mayores tablones, y con ella sacó del mar muchos pedazos de cadena que estaban esparcidos por las rocas.

Gilliatt era tenaz y muy hábil para el trabajo. Hacia cuanto queria. Nada resiste á una perseverancia de hormiga.

Al fin de la semana Gilliatt tenia en su sotechado de granito todo el informe revoltijo de la tempestad, pero ordenado. Cada despojo tenia su sitio oportuno. Todo el naufragio estaba allí clasificado y rotulado. Era aquello como si dijéramos el caos dentro de un almacen. Un pedazo de gavia, algo agujereado, que habia sujetado con grandes piedras, cubria lo que la lluvia podia estropear.

A pesar de estar muy averiada la proa de la *Duranda*, Gilliatt consiguió salvar las dos serviolas con sus tres ruedas de poleas. Encontró el bauprés, cuyas trincas le costó mucho desarrollar por estar muy adheridas; sin embargo, las desarrolló, porque comprendia que el grueso bramante de que se componian le podia ser muy útil. Tambien recogió el ancla pequeña, que estaba clavada en el hueco de un bajío, y que descubrió la marea baja. En el escondrijo de la sentina de Tangrouille encontró un pedazo de tiza y lo guardó. Podia tener necesidad de marcar algo.

Un cubo y varios toneles que halló en bastante buen estado completaban su taller.

Trasladó al almacen todo el carbon de piedra que quedaba del cargamento de la *Duranda*.

En ocho dias salvó los restos del naufragio, limpió el escollo y aligeró la *Duranda*. No quedaba en el buque estropeado más que la máquina.

El trozo de bordaje de proa, que estaba roto y desprendido, no pesaba al esqueleto. Colgaba del casco sin tirar de él, porque le sostenia una prominencia de piedra. Además, era ancho y poco manejable, y hubiera ocupado todo el almacen; por eso Gilliatt lo dejó en su sitio.

Profundamente pensativo mientras trabajaba, buscó en vano la muñeca que servia de mascaron á la *Duranda*, que sin duda las olas se la llevaron para no devolverla. Gilliatt por ella hubiera dado los dos brazos, á no tener tanta necesidad de ellos.

A la entrada del almacen, en la parte de fuera, puso dos montones de desechos; uno de hierro, bueno para forjarlo otra vez, y otro de madera, bueno para quemarlo.

En cuanto rayaba el alba Gilliatt estaba ya trabajando. Solo descansaba las pocas horas que se entregaba al sueño.

Las gaviotas, que volaban en todas direcciones, le veian trabajar.

## X.

### La fragua.

Terminado el almacen, Gilliatt hizo la fragua. La segunda fragosidad que escogió era como un reducto. Tuvo al principio intencion de habitarla, pero el viento era allí tan contínuo y tan obstinado, que le obligó á renunciar á esta idea. El soplo contínuo del aire le sugirió el pensamiento de construir una fragua. Ya que la caverna no podia ser dormitorio, quiso que fuese taller. Obligar á que nos sirva el obstáculo es dar un gran paso hácia el triunfo. El viento, su enemigo capital, quiso Gilliatt convertirle en su esclavo. De las cavernas que se encuentran en ciertas rocas se puede decir lo que de algunos hombres: son á propósito para todo, pero buenos para nada; no dan lo que ofrecen. Hay hueco de roca que es una pila de baño, pero que deja escapar el agua por una

piedra; hay otro que es un aposento, pero que no tiene techo; hay otro que es un lecho de musgo, pero está mojado; hay otro que es una butaca, pero es de piedra.

La fragua que Gilliatt queria establecer estaba insinuada por la naturaleza, pero era difícil manejar aquel bosquejo y transformar la caverna en laboratorio. Con tres ó cuatro piedras anchas vaciadas á modo de embudo, que terminaba en estrecha hendidura, hizo la casualidad una especie de soplete informe, más poderoso que los fuelles de fragua antiguos y grandes, que tenian catorce piés de longitud, y que expelian á cada resoplido noventa y ocho mil pulgadas de aire. El fuelle de la fragua de Gilliatt era más enérgico aun, porque las proporciones del huracan son incalculables. Este exceso de fuerza era perjudicial, porque es muy difícil regular semejante soplo.

La caverna ofrecia dos inconvenientes; el aire la atravesaba de parte á parte y el agua tambien; pero esta agua no la producia el oleaje del mar, sino un arroyuelo perpétuo, semejante á una filtracion más que á un torrente.

La espuma, que la resaca arrojaba sin cesar contra el escollo, á veces hasta una elevacion de más de cien piés, acabó por llenar de agua del mar un depósito natural situado en las rocas más altas que dominaban la excavacion. El agua sobrante del depósito formaba en la escarpadura una cascada, que caia desde una altura de cuatro á cinco toesas y que aumentaba con el contingente de la lluvia. De vez en cuando, pasando una nube vertia su chaparron en aquel charco inagotable y siempre desbordado. El agua era salobre y no potable, pero limpia. La cascada se perdia por las extremidades de las confervas.

Gilliatt se propuso aprovecharse de dicha agua para disciplinar el viento. Con un embudo de dos ó tres cañones de tablas ajustadas, uno de ellos con espita; con un pozal ancho para depósito interior, sin apoyo y sin contrapesos, completando el aparato con una lengüeta arriba y tres respiradores abajo, Gilliatt, que era herrero y mecánico, llegó á componer, para que le sirviera de fuelle de fragua, una máquina menos perfecta que la que hoy se llama en Francia *caguiardelle*, pero menos rudimentaria que la que en aquellos tiempos en los Pirineos se llamaba trompa.

Con la harina de centeno hizo engrudo y con pedazos de cuerda estopa. Con la estopa y con el engrudo y con algunas cuñas de madera tapó todas las hendiduras de la roca, dejando solo un pico de aire formado con un trozo de espoleta que halló en la *Duranda*, y que en ella servia de botafuego al pedrero de avisos. Este pico lo dirigió horizontalmente á una ancha losa, en la que colocó el fogon de la fragua. Hizo un tapon de un pedazo de cable, para cerrar el pico en caso necesario.

En seguida Gilliatt llenó el fogon de carbon y de madera, golpeó con el eslabon la misma roca, hizo caer las chispas sobre un puñado de estopa, que ardió, y con ella encendió la leña y el carbon.

Ensayó el fuelle, que se portó bien.

Gilliatt, dueño del aire, del agua y del fuego, sentia orgullo de cíclope.

Dueño del aire, porque dotó al viento de una especie de pulmon, construyó en el granito un aparato respiratorio y convirtió la cueva en fuelle. Dueño del agua, porque de una cascada insignificante hizo una trompa. Dueño del fuego, porque de un peñasco inundado consiguió que brotasen llamas.

Como estaba la excavacion, casi en todas partes, á cielo abierto, el humo se escapaba libremente, ennegreciendo el acantilado. Aquellas rocas, que parecian formadas para no conocer más que la espuma, conocieron el hollin.

Gilliatt construyó un yunque de un guijarro grande y denso, que presentaba casi la forma y la dimension que él apetecia. Era una bigornia muy peligrosa, porque podia romperse. Uno de sus extremos, redondeado y puntiagudo al fin, podia hacer las veces de verdadera bigornia conoidea, pero le faltaba la bigornia piramidal. Gilliatt no poseia, pues, más que el antiguo yunque de piedra de los trogloditas. Su superficie, que habian bruñido las olas, tenia casi la dureza del acero.

Sintió no haberse traido su yunque, pero ignoraba que la tempestad hubiese cortado en dos á la *Duranda*, y creia encontrar en ella el cajon de carpintería con todas las herramientas en la parte de proa de la sentina, y precisamente era la proa del buque lo que las olas se habian llevado.

Las dos excavaciones que Gilliatt practicó en el escollo estaban muy próximas. El almacen y la herrería se comunicaban.

Todas las tardes al anochecer, cuando

Gilliatt terminaba el trabajo del dia, cenaba un pedazo de galleta mojada en agua, un esquino, un cangrejo ó unos cuantos caracoles marítimos, que era la única caza posible en aquellas rocas, y tiritando de frio subia por la cuerda de nudos á acostarse en su agujero de la Douvre mayor.

La materialidad de las ocupaciones de Gilliatt aumentaba la abstraccion en que vivia. La realidad tomada á grandes dosis azora. El trabajo corporal con sus innumerables detalles no disminuia el asombro que le causaba á Gilliatt el encontrarse allí y ocuparse en lo que se ocupaba. Ordinariamente el cansancio material es como un hilo que tira hácia la tierra; pero la singularidad misma del trabajo que emprendió le mantenia en una especie de region ideal y crepuscular. Le parecia algunas veces que daba martillazos á las nubes; otras veces se le figuraba que sus herramientas eran armas de combate. Cruzar cables, sacar filástica de una vela, apuntalar albitanas, era construir máquinas de guerra. Los muchos y minuciosos cuidados que requeria aquel salvamento acababan por parecerse á precauciones tomadas contra agresiones inteligentes y poco disimuladas. Gilliatt no conocia las palabras que expresan las ideas, pero percibia las ideas. Cada momento creia ser menos operario y más batallador.

Tenia ante él y á su alrededor, hasta perderse de vista, el inmenso sueño del trabajo perdido, y nada turba tanto como el ver maniobrar en lo insondable y en lo ilimitado la difusion de fuerzas. Ver siempre el espacio en movimiento, el agua infatigable, las nubes que parecen asustadas, todo ese vasto esfuerzo de la creacion constituye un verdadero problema. ¿Para qué sirve ese temblor perpétuo? ¿Qué constituyen esas ráfagas? Qué edifican esos sacudimientos? ¿Qué crean esos choques, esos sollozos y esos aullidos? ¿En qué se ocupa todo ese tumulto? El flujo y reflujo de estas cuestiones es eterno como la marea. Gilliatt sabia lo que hacia; pero no acertaba á explicarse el enigma de la agitacion de la extension que le rodeaba. Sin saberlo, mecánica, imperiosamente, por presion y por penetracion, sin más resultado que el deslumbramiento inconsciente y casi feroz, asociaba á su propio trabajo el trabajo prodigioso é inútil del mar. Encontrándose frente á frente con la naturaleza, ¿cómo no sufrir y sondear el misterio de la ola imponente y laboriosa? ¿Cómo no meditar, en la medida que es posible, en la vacilacion del oleaje, en el encarnizamiento de la espuma, en los gritos insensatos de los cuatro vientos? Aterra al pensamiento ese perpétuo volver á comenzar, que el Océano sea pozo sin fondo, que las nubes sean el tonel de las Danaides, que se emplee tanto trabajo para nada; pero para nada no. ¡Tú solo, oh Desconocido, tú solo sabes para qué!

## XI.

### Descubrimiento.

Los escollos que están próximos á la costa, algunas veces reciben la visita del hombre; pero los escollos que están en alta mar, nunca. Para qué ir allí? Esos escollos no constituyen una isla; en ellos no puede haber refresco de víveres, ni hay árboles frutales, ni pastos, ni ganados, ni manantiales de agua dulce. Son un yermo en una soledad. Son peñascos con escarpaduras fuera del agua y bajíos dentro. Allí solo se encuentra el naufragio.

Esta especie de escollos, que la antigua lengua marítima llamaba *aislados*, son sitios extraños. En ellos impera el mar en absoluto, sin que le aterre ninguna aparicion terrestre. El hombre asusta al mar; éste desconfia de él y le oculta lo que es y lo que hace. En el escollo, el mar está tranquilo, porque el hombre no vá á buscarle allí, y nada perturba el monólogo de las olas. El mar trabaja en el escollo, repara sus averías, aguza sus puntas, lo eriza, lo mantiene en buen estado. Emprende la abertura del peñasco, desagrega la tierra tierna, descorteza la piedra dura, despega la carne, deja la osamenta, escarba, canaliza, llena el escollo de celdillas, imitando en gran escala á la esponja; ahueca el interior, esculpe el exterior. En la montaña secreta, que le pertenece, forma antros, erige santuarios, levanta palacios; tiene vejetacion disforme y expléndida, que se compone de yerbas flotantes que muerden y de mónstruos que echan raices, y sepulta bajo la sombra del agua esta terrible magnificencia. En el escollo aislado nadie vigila al mar, nadie le espía, nadie le estorba; puede desenvolver con libertad su parte misteriosa, que es inaccesible al hombre. En ella deposita sus secreciones vivientes y horrorosas. Todo lo ignorado del mar está allí.

Son verdaderas construcciones los pro-

montorios, los cabos, los finisterres, los bancos, las rompientes y los arrecifes. La formacion geológica es insignificante comparada con la formacion oceánica. En las construcciones marítimas, que son multiformes, lo fortuito parece hecho exprofeso. Tienen la trabazon del polípero, la sublimidad de la catedral, la extravagancia de la pagoda, la amplitud de la montaña, la delicadeza de la joya, el horror del sepulcro. Tienen alvéolos como un avispero, guaridas como una casa de fieras, túneles como una tapinera, calabozos como un castillo antiguo, emboscadas como campamentos. Tienen puertas, pero barreadas; columnas, pero truncadas; torres, pero inclinadas; puentes, pero rotos. Sus compartimientos son inexorables; unos solo son para los pájaros, otros solo para los peces. No hay allí vivienda para nadie más. Su figura arquitectural se transforma, se desconcierta; afirma y niega la estática; empieza por una arquivolta y acaba por un arquitrabe. Una extraordinaria dinámica presenta allí revueltos sus problemas.

Espantosas vertientes amenazan, pero no caen. No se sabe cómo se sostienen aquellas fábricas vertiginosas. En todas partes hay desplomes, faltas de apoyo, lagunas, suspensiones insensatas; no podemos comprender la ley por que se rige semejante babelismo; lo desconocido es un inmenso arquitecto que no calcula nada y todo le sale bien, que coloca las rocas de cualquier modo y compone un monumento mónstruo sin lógica, pero que conserva vasto equilibrio. Le dá solidez, más que solidez, eternidad. Al mismo tiempo reina en él el desórden. El tumulto de las olas parece que se haya pasado al granito, y que el escollo sea la tempestad petrificada. Conmueve al espíritu ver esa arquitectura salvaje, siempre amenazando ruina y siempre en pié. Todo en ella se ayuda y se contraría; es un combate de líneas, del que resulta un edificio; en él se reconoce la colaboracion de los dos querellantes eternos: el Océano y el huracan.

Esta arquitectura tiene sus obras magistrales y terribles. El escollo Douvres es una de ellas. El mar lo construyó y perfeccionó con amor formidable; el agua arisca lo lame: es horrible, traidor, oscuro, lleno de cuevas. Posee un sistema venoso de conductos submarinos, cuyas ramificaciones llegan á profundidades insondables. Muchos de los orificios de ese subterráneo intrincado quedan en seco en las mareas bajas y se puede entrar en ellos arriesgándose.

Las necesidades del salvamento obligaron á Gilliatt á explorar todas las cuevas del escollo. Todas eran formidables; en todas se reproducia, con las dimensiones exageradas que dá á todo el Océano, el aspecto de matadero y de carnicería que presentaba el espacio intermedio de los dos Douvres. El que no haya visto en excavaciones de este género, en la pared del granito eterno, los espantosos frescos que ofrece la naturaleza, es imposible que forme idea de ellos.

Aquellas grutas feroces son taimadas y no se puede permanecer en ellas mucho tiempo. La marea alta las llena hasta el techo. Abundan en ellas las lapas y los mariscos. Están llenas de morrillos y guijarros pelados que forman monton en el fondo de las bóvedas. Guijarros habia allí que pesaban más de una tonelada; los habia de todos tamaños y colores; la mayor parte parecian cuajarones de sangre; algunos, cubiertos de confervas velludas y viscosas, parecian grandes topos verdes que escarbasen el peñasco.

Algunas grutas terminaban de improviso como el fondo de un horno. Otras, como arterias de circulacion misteriosa, se prolongaban dentro del peñasco en hendiduras tortuosas y negras. Eran las calles del abismo, que se iban estrechando sin cesar hasta que no permitian al hombre pasar por ellas. Con una antorcha encendida se verian oscuridades repugnantes.

Una vez registrando Gilliatt dichas grutas penetró por una de las hendiduras. La hora de la marea era á propósito para atreverse á esa aventurada excursion. Era un dia sereno y de sol radiante. No debia temerse que sobreviniera ningun incidente de mar que aumentara el riesgo.

Como acabamos de indicar, dos necesidades impelian á Gilliatt por el camino de las exploraciones: la de buscar para el salvamento destrozos útiles y la de buscar cangrejos y langostas para alimentarse. Los mariscos empezaban á escasearle en los Douvres.

La hendidura era angosta y el paso dificilísimo. Gilliatt veia claridad á la otra parte. Hizo un esfuerzo, se encogió todo lo que pudo y penetró todo lo adelante que le fué posible.

Se hallaba precisamente en el interior del peñasco á cuya punta Clubin lanzó

la *Duranda*. Gilliatt pasaba por debajo de aquella punta. El peñasco, que exteriormente era sólido é inabordable, estaba vacío por dentro. Contenia galerías, pozos y aposentos, como la tumba de un rey de Egipto. Era entre aquellos dédalos una de las escabrosidades más complicadas. Las encrucijadas de aquel subterráneo debajo del mar quizá se comunicaban por varias salidas con el agua inmensa exterior, las unas abiertas al nivel de las olas y las otras formando embudos invisibles. Muy cerca de allí Clubin se arrojó al mar, pero Gilliatt no lo sabia.

Gilliatt, en aquella hendidura, serpenteaba, trepaba, tropezaba con la frente, se agachaba, se enderezaba, perdia el pié, volvia á tocar la tierra y avanzaba penosamente. Poco á poco la hendidura se ensanchó, brilló tibia claridad, y Gilliatt entró de pronto en una caverna extraordinaria.

## XII.

### El interior de un edificio bajo el mar.

Distinguió aquella claridad oportunamente.

Pocos pasos más que hubiera dado Gilliatt hubiera caido dentro de un agua tal vez sin fondo. El agua de esas cavernas es tan fria, que con frecuencia paraliza á los más fuertes y hábiles nadadores. Además, el que allí hubiera caido no hubiera podido trepar á las escarpaduras que le rodeaban.

Gilliatt se paró. La hendidura por donde acababa de salir conducia á un corredor estrecho y viscoso, que era una especie de repisa en la pared cortada á pico. Gilliatt se arrimó de espaldas á la pared y se quedó contemplando.

Se encontraba en una gruta espaciosa. Tenia encima de él algo parecido á la parte inferior de un cráneo descomunal que estuviese recientemente disecado. Las nervosidades que goteaban de las estrías del peñasco imitaban en la bóveda los cruzamientos de fibras y las suturas dentelladas de una caja oseosa. La gruta tenia por techo la piedra, por suelo el agua. La gruta estaba cerrada por todas partes; no se veia allí ni un respiradero, ni un tragaluz, ni una brecha en el muro, ni una rendija en la bóveda. Todo se iluminaba por bajo al través del agua. Habia allí no sé qué resplandor tenebroso.

Gilliatt, cuyas pupilas se habian dilatado durante el trayecto oscuro del corredor, todo lo veia claro en aquella semiluz.

Conocia, por haberlas visitado, las grutas de Pleynmont en Jersey, el Creux-Maille en Guernesey, las Bontiques en Serk, pero ninguno de estos maravillosos antros podia compararse con el aposento subterráneo y submarino en que acababa de penetrar. Gilliatt estaba contemplando bajo las olas una especie de arco anegado. Este arco, que era una ojiva natural fabricada por el oleaje, era resplandeciente entre sus dos piés derechos, profundos y negros. Por aquel pórtico sumergido en el agua entraba en la caverna la claridad de alta mar, extraña claridad, que se debia á un engullimiento. Dicho resplandor se ensanchaba como un abanico enorme debajo del agua y se reflejaba en el peñasco. Sus rayos rectilíneos, cortados en cintas rectas sobre la opacidad del fondo, se aclaraban ó se oscurecian desde una fragosidad á otra, imitando las interposiciones de varios cristales. Habia luz en la gruta, pero desconocida; una luz que no tenia nada de comun con la claridad que vemos habitualmente. Gilliatt podia muy bien creer que habia saltado á otro planeta. Aquella luz era un enigma; parecia el resplandor verdegay de la pupila de una esfinge. La caverna tenia la figura de una cabeza de muerto desmesurada y expléndida vista por dentro; la bóveda era el cráneo y el arco la boca; solo le faltaban los agujeros de los ojos. Aquella boca, que tragaba y vomitaba el flujo y el reflujo y que se abria al pleno medio dia exterior, bebia la luz y vomitaba la amargura. Esto es lo que hacen algunos séres inteligentes y perversos. El rayo del sol, atravesando el pórtico destruido por la densidad vítrea del agua del mar, se trocaba en verde como un rayo de Aldebaran. El agua que se bañaba en aquella luz mojada parecia ser de esmeralda derretida. Ligera capa de alga marina de delicadeza inaudita teñia suavemente toda la caverna. La bóveda, con sus lóbulos casi cerebrales y sus ramificaciones trepadoras, semejantes á expansiones de nervios, se teñia de reflejo dorado. Los visos de las olas, reverberando en el techo, se descomponian y se recomponian en él sin cesar, ensanchando y estrechando sus mallas de oro con el movimiento de danza misteriosa. Causaba impresion espectral, y el espíritu se preguntaba qué presa ó qué

esperanza hacia tan alegre aquella magnífica red de fuego vivo. De los relieves de la bóveda y de las asperezas de la roca pendian vejetaciones largas y finas, que sin duda bañaban sus raices por entre el granito en algun depósito de agua superior, y desgranaban una tras otra de sus extremos una gota de agua, una perla. Estas perlas caian en el abismo, produciendo grato y suave ruido. El pasmo que producia aquel conjunto era indecible. No puede imaginarse nada tan delicioso ni tan lúgubre al mismo tiempo.

## XIII.

### Lo que se vé allí y lo que se entrevé.

La palpitacion del mar se sentia en aquella gruta. La oscilacion exterior se hinchaba y deprimia despues el caudal del agua interior con la regularidad de una respiracion, como si existiese un alma misteriosa tras del inmenso diafragma verde, que se elevaba y se bajaba silenciosamente.

El agua era singularmente límpida, y Gilliatt distinguia, á través de ella y á diferentes profundidades, playas sumergidas y superficies de rocas salientes de un verde más ó menos oscuro.

A los dos lados del pórtico submarino, esbozos de arcos de bóveda rebajados, sumidos en las tinieblas, indicaban otras grutas pequeñas, apéndices de la caverna central, y que tal vez serian accesibles durante las mareas bajas.

Dichas escabrosidades presentaban techos en plano inclinado y con ángulos más ó menos abiertos. Pequeñas y estrechas playas, que se quedaban al descubierto al retirarse las olas, se hundian y se perdian debajo de aquellas oblicuidades.

Aquí y allá, yerbas de más de una toesa de altura ondulaban bajo el agua, balanceándose. Entreveíanse allí bosques de fucos.

Fuera y dentro del agua, todas las paredes de la gruta, de arriba á abajo, se tapizaban con las prodigiosas eflorescencias del Océano, que rara vez ven los ojos del hombre, y que los antiguos navegantes españoles llamaban *praderas del mar*. Musgo muy lozano, que tenia todos los tonos del color del olivo, ocultaba y amplificaba las exostosis del granito.

Bajo todas las vejetaciones se ocultaban y al mismo tiempo se dejaban adivinar las más raras alhajas de la joyería del Océano, eburnos, estrombos, mitros, cascos, púrpuras, bocinas, estrutiolarios y turrienlos. Las lepadas, semejantes á chozas microscópicas, se adherian por todas partes á las rocas y se agrupaban formando aldeas, en cuyas calles se arrastraban los oscabriones, que son los escarabajos del mar. Allí tambien se refugiaban las almejas. El amontonamiento centelleante de las conchas formaba debajo de las olas, en algunos puntos, inefables irradiaciones, á través de las que se vislumbraban alfombras de lapislázuli de nácar y oro, con todos los matices que les comunicaba la luz al descomponerse en el agua.

En la pared de la gruta, poco más arriba de la línea de flotacion de la marea, una planta magnífica y singular se adhería como un bordado á la tapicería de ova y la continuaba y la concluia. Las florecillas en el agua parecia que se inflamaban y tomaban el aspecto de brasas azules. Fuera del agua eran flores y dentro del agua zafiros, de modo que las olas, cuando subian é inundaban el basamento de la gruta, revestido de tan extrañas plantas, parecia que cubrian las rocas de carbunclos.

Una de las maravillas de la gruta era la roca, que tan pronto era pared como arco, tan pronto estrave como pilastra. Se presentaba en algunos puntos salvaje y escueta y en otros con delicadas cinceladuras naturales. Habia allí paño de pared que, cortado en cuadro y cubierto con redondas jorobas, puestas en actitudes especiales, figuraba un vago bajo-relieve, y ante aquella nebulosa escultura pensábamos en el Proteo bosquejado por Miguel Angel. Parecia que dando unos cuantos martillazos pudo acabar el génio lo que empezó el jigante. En otros puntos la roca era adamascada como un broquel sarraceno ó anieblada como un capacete florentino. Habia cuarterones que parecian de bronce de Corinto, arabescos como en una puerta de mezquita, y como en una piedra rúnica huellas de uñas oscuras é improbables. Plantas de tallos torcidos como tirabuzones, entrecruzándose en las doraduras del líquen, cubrian las paredes de filigranas. Aquel antro era complicado como una Alhambra; era el encuentro del salvajismo y de la joyería en la construccion de la augusta y disforme arquitectura del acaso. Los magníficos musgos del mar aterciopelaban los ángulos del granito. Las

escarpaduras se festoneaban de enredaderas de flores grandes. La sorprendente luz edénica que subia de bajo del agua, que era á la vez penumbra marítima y resplandor de paraiso, prestaba á todos los lineamientos una especie de difusion visionaria. Cada ola era un prisma. Los contornos, entre aquellas ondulaciones del color del iris, presentaban el cromatismo de los lentes demasiado convexos; espectros solares flotaban debajo del agua. Parecia que se torcian en aquella diafanidad de aurora pedazos de arco-iris anegados. En algunas partes reflejaba en el agua cierta claridad de luna. Era perturbador y enigmático tal fausto en una caverna que parecia encantada. La vejetacion fantástica y la estratificacion informe se pusieron de acuerdo para producir la armonía. Aquel maridaje de cosas feroces era feliz. Las ramificaciones trepaban como para acariciarse. Pilares macizos tenian por capiteles delicadas y temblorosas guirnaldas que recordaban á la imaginacion los dedos de las hadas haciendo cosquillas á los piés de un jigante, y la roca sostenia la planta, y la planta abrazaba á la roca con cariño monstruoso.

Resultaba de tantas deformidades, misteriosamente asociadas, cierta belleza soberana. Las obras de la naturaleza, supremas como las del ingenio, contienen algo absoluto, y se imponen. Lo inesperado de ellas sorprende al espíritu, porque le entusiasma su premeditacion, que está fuera del alcance del hombre, y cuando más le fascinan, es cuando hacen brotar súbitamente lo exquisito de lo terrible.

Dicha gruta desconocida estaba, por decirlo así, sideralizada, si esta expresion se nos permite. Se experimentaba en ella todo lo que el asombro tiene de imprevisto. Llenaba aquella cripta una luz de Apocalipsis. No estaba uno seguro de que aquello existiese. Aquello era una realidad marcada con el sello de lo imposible. El hombre la contemplaba, estaba dentro de ella, y difícilmente creia en su existencia.

¿Era la luz diurna lo que entraba por aquella ventana abierta bajo el mar? ¿Era agua salobre lo que temblaba dentro de aquella cueva oscura? Aquellos arcos, aquellos pórticos, ¿no eran nubes celestiales que tomaban la forma de una caverna? ¿Las piedras, las rocas donde asentamos los piés, no se desgregarán y se convertirán en humo? ¿Qué era aquella joyería de conchas que se vislumbraba? ¿A qué distancia estaba allí el hombre de la vida, de la tierra y de los demás hombres? Causaba esa cripta conmocion inaudita, sagrada casi, á la que se añadia la dulce quietud de las yerbas que brillaban en el fondo del agua.

En la extremidad de la gruta, que era oblonga, debajo de una arquivolta ciclópea, detrás de una sábana de claridad verde, interpuesta como un velo de un templo, se divisaba fuera del oleaje un enorme pedrusco cuadrado que tenia el aspecto de un altar. El agua le cercaba por todas partes. Parecia que una diosa acababa de descender de él. Ante aquella cripta, ante aquel altar, la imaginacion soñaba en alguna figura celestial, desnuda y pensativa, que la entrada de un hombre obligara á eclipsarse. Era inconcebible aquella augusta celda sin que la ocupara una vision; la aparicion que evocaba el delirio se la trazaba él mismo; ideaba un arroyo de luz casta iluminando hombros apenas entrevistos, una frente bañada por la luz del alba, un óvalo de rostro olímpico, redondeces de senos misteriosos, brazos púdicos, cabellera suelta, caderas modeladas bajo de una sagrada bruma, formas de ninfa, mirada de vírgen, Vénus saliendo del mar, Eva saliendo del caos. Era inverosímil que no hubiese allí un fantasma. Quizá se encontrara momentos antes en aquel altar una mujer enteramente desnuda y brillando como un astro. Sobre el pedestal, del que emanaba éxtasis indecible, era preciso imaginar una blancura viviente y en pié. El espíritu se representaba recibiendo la adoracion muda de la caverna una Anfítrite, una Tetis, una Diana á quien poder amar, una estátua de lo ideal hecha de rayos y que mirase la sombra con dulzura. Ella fué la que al marcharse dejó en la caverna aquella claridad, especie de perfume-luz emanado de su cuerpo-estrella. El deslumbramiento que produjo el fantasma habia pasado; no se veia ya aquel modelo de perfeccion creado solo para que lo vea el invisible, pero se le sentia al experimentar un temblor parecido á una voluptuosidad. La diosa estaba ausente, pero estaba presente la divinidad, que es la que constituia la belleza de aquel centro. Por aquella deidad, por aquella hada, por aquella reina de los céfiros, por aquella gracia brotada de las olas, el subterráneo estaba religiosamente amurallado, con la idea de que nada pudiese turbar nunca alrededor del fantasma divino la oscuridad, que es un

respeto, y el silencio, que es una majestad.

Gilliatt, que era un visionario de la naturaleza, dejaba descarriar su imaginacion profundamente conmovido.

Repentinamente, debajo de él, en la transparencia límpida de aquella agua, que parecia una pedrería desleida, divisó un objeto extraño y repulsivo. La oscilacion de las olas hacia mover una especie de harapo largo: el harapo no flotaba, bogaba; se dirigia á alguna parte; avanzaba con rapidez. El guiñapo tenia la forma de una muñeca como las que llevaban los bufones sobre un palitroque; todo él parecia cubierto de un polvo que no podia mojarse. Más que horrible, era asqueroso. Parecia dirigirse á la parte más oscura de la gruta para sumergirse en el fondo. A su alrededor se oscurecian las capas de agua. Aquella silueta siniestra se deslizó y desapareció.

# LIBRO SEGUNDO

## El trabajo.

### I.

#### Recursos del que le falta todo.

La entrada en la gruta era fácil, pero la salida muy difícil. Gilliatt con muchísimo trabajo pudo sortear todos los obstáculos y salió; pero no volvió á visitar aquella maravilla, porque no encontró allí nada de lo que buscaba y no le quedaba tiempo para ser curioso.

Inmediatamente hizo funcionar la fragua. Carecia de herramientas y se las fabricó.

Le servian de combustible los despojos del buque naufragado, de motor el agua, de fuelle el viento, de yunque una piedra, de arte su instinto y de poder su voluntad. Se dedicó á trabajar con ahinco.

El tiempo parecia que queria complacerle; continuaba siendo seco y poco equinoccial. Llegó el mes de Marzo; los dias iban siendo más largos. El azul del cielo, la vasta suavidad de los movimientos de la extension, la serenidad de la atmósfera parecian no abrigar malas intenciones.

Hacia poco viento, pero muy suficiente para que el fuelle hidráulico trabajase sin cesar.

Gilliatt tenia una sierra y se construyó una lima. Con la sierra atacó la madera y con la lima atacó el metal; despues se proveyó de las dos manos de hierro del herrero, de las tenazas y de los alicates; las tenazas sujetan, los alicates cogen. Las herramientas son un organismo. Gilliatt se iba proporcionando poco á poco auxiliares y completaba su armería.

Uno de sus principales cuidados fué el de escoger y reparar las poleas. Puso en estado de servicio las roldanas de los motores. Para las necesidades del taller tenia, como dijimos, muchos tablones almacenados y colocados segun su forma, dimension y calidad. Tenia además reserva de puntos de apoyo y de palancas, para disponer de ellos si los necesitaba en momentos dados.

El que piensa construir una palanca debe proveerse de vigas y motores; pero esto no basta: necesita además cuerdas, y Gilliatt reparó los cables y los calabrotes. Consiguió sacar de las velas destrozadas excelente filástica, con la que hizo bramante, que le sirvió para recomponer los cabos de los rebenques. Como carecia de brea, los cables estaban expuestos á pudrirse y necesitaba usarlos pronto. Despues de recomponer las cuerdas recompuso las cadenas.

Gracias á la punta lateral del guijarro que le servia de yunque, pudo forjar eslabones groseros, pero sólidos. Con ellos juntó los extremos de cadenas rotas y las hizo largas. Forjar un hombre solo, sin la ayuda de nadie, es muy difícil; sin embargo, Gilliatt lo consiguió. Verdad es que solo lo hizo con piezas de poco peso, que podia manejar con una mano armada de tenazas, mientras las martilleaba con la otra.

Redujo á pedazos las barras de hierro redondas del buque naufragado, y forjando en una de las extremidades de cada pedazo una punta y en la otra una cabeza chata, hizo clavos largos que tenian cerca de un pié de longitud, y que son útiles para clavarlos en las rocas.

Ya veremos por qué Gilliatt se tomaba tanta molestia.

Tuvo que afilar varias veces el corte del hacha y los dientes de la sierra. Tambien se construyó un triángulo.

Con el auxilio de los alicates y de las tenazas, y sirviéndose de la navaja como de un destornillador, consiguió desmontar las dos ruedas del buque. Esta

operacion podia ejecutarse por la particularidad de la construccion de dichas ruedas, que en el lugar oportuno ya hemos descrito. Los tambores que las habia cubierto sirvieron para embalarlas. De las tablas de los tambores hizo Gilliatt dos cajas, en las que fué colocando las dos ruedas, pieza á pieza y numeradas. Para numerarlas se sirvió de la tiza.

Colocó las dos cajas en la parte más sólida de la cubierta de la *Duranda*.

Terminados estos preliminares, Gilliatt se encontró frente á frente de la dificultad suprema. La cuestion de la máquina.

Desmontar las ruedas le fué posible, pero no lo era desmontar la máquina. En primer lugar Gilliatt no conocia bien su mecanismo, y trabajando á la ventura podia causarla alguna herida irreparable. En segundo lugar, para deshacerla pieza por pieza, si hubiera sido capaz de cometer semejante imprudencia, necesitaba herramientas mejores que las que se pueden fabricar cuando solo se tiene una caverna por fragua, viento colado por fuelle y un guijarro por yunque. Intentando desmontar la máquina, se exponia á romperla.

Gilliatt habia llegado al pié de la muralla de lo imposible.

Qué iba á hacer?

## II.

### Cómo Shakespeare puede encontrarse con Esquilo.

A Gilliatt le ocurrió una idea.

Desde el albañil carpintero de Salbois, que en el siglo diez y seis, en la infancia de la ciencia, sin consejo y sin guia, sin otra ayuda que la de un niño hijo suyo, con herramientas imperfectas, resolvió en globo, para descender el gran reloj de la iglesia de la Charité-sur-Loire, cinco ó seis problemas de estática y de dinámica; desde su maniobra extravagante y soberbia, por la que consiguió bajar toda la máquina entera desde el segundo piso de la torre al primero; desde que dicho hombre hizo aquel milagro, jamás se emprendió nada semejante á lo que Gilliatt intentaba.

Su empresa era aun más difícil. El peso, la delicadeza, el cúmulo de dificultades no eran menores en la máquina de la *Duranda* que en el reloj de la Charité-sur-Loire. El carpintero gótico tenia un ayundante en su hijo; Gilliatt estaba solo. Aquel trabajaba ante una poblacion, que acudió de Meung-sur-Loire, de Nevers y hasta de Orleans, que en caso necesario podia auxiliarle y que le animaba aplaudiéndole; Gilliatt no tenia á su alrededor más rumor que el del viento ni otra muchedumbre que las olas.

A la timidez de la ignorancia solo iguala su temeridad. Cuando la ignorancia se atreve, es que encuentra en sí misma la brújula. Esta brújula es la intuicion de la verdad, que se presenta más clara algunas veces á un espíritu sencillo que á un espíritu complicado. El que ignora tiende á probar. La ignorancia es un desvarío, y el desvarío curioso es una fuerza. El saber desconcierta algunas veces y disuade con frecuencia. Sama, que era sábio, hubiera retrocedido al llegar al cabo de las Tempestades. Si Cristóbal Colon hubiera sido buen cosmógrafo, no hubiera descubierto la América. El segundo que subió al monte Blanco fué un sábio, fué Saussure; pero el primero fué un pastor, que se llamaba Balmat.

Digamos de paso que estos casos son excepcionales y no perjudican á la ciencia, que permanece siendo la regla. El ignorante puede encontrar, pero solo el sábio inventa.

El barco continuaba anclado en la rada del *Hombre*, donde permanecia tranquilo. Gilliatt se trasladó á él y midió con mucho cuidado la manga por varios puntos, particularmente por la parte más ancha del costillaje. Despues regresó á la *Duranda* y midió el diámetro de la máquina. Éste era inmenso; sin las ruedas, tenia dos piés menos que el bordaje de su barco; la máquina, pues, podia entrar en él; pero ¿cómo hacerla entrar?

## III.

### La obra maestra de Gilliatt acude al socorro de la obra maestra de Lethierry.

Algunos dias despues, el pescador que se hubiera atrevido á acercarse en aquella estacion á dichos sitios, en pago de su atrevimiento hubiera contemplado un espectáculo singular en los Douvres.

Hubiera visto cuatro tablones gruesos, igualmente espaciados, que iban de un Douvre al otro, y entraban forzados entre los peñascos para tener la mayor solidez posible. Por la parte del Douvre menor, sus extremidades se encajaban

en los relieves de las rocas, y por la parte del Douvre mayor debió hundirlos violentamente en la escarpadura á martillazos poderoso trabajador, colocado en pié sobre la albitana misma que estaba asegurando. La longitud de los tablones era mayor que la anchura del espacio que mediaba entre los dos peñascos; por eso encajaban fuertemente y se dirigian en plano inclinado. Formaban con la Douvre mayor un ángulo agudo y con la menor un ángulo obtuso. A los cuatro tablones se adherian cuatro cábrias, provistas todas de su correspondiente ustaga y fiador, siendo lo más atrevido y digno de notarse que el moton de dos roldanas estaba en un extremo del tablon y la polea simple en el otro extremo. Esta separacion peligrosa, sin duda la exigia la operacion que iba á ejecutarse. Los motones eran fuertes y las poleas sólidas. Habia cables asidos de las cábrias que desde lejos se veian como hilos, y de ellos parecia suspendida la *Duranda*.

Pero no estaba suspendida aun. Se habian practicado ocho aberturas perpendiculares á los tablones, cuatro á babor y cuatro á estribor de la máquina; bajo de éstas, en la carena, habia ocho más. Los cables descendian verticalmente de los motones, entraban en la cubierta, salian de la carena por las aberturas de estribor, pasaban por debajo de la quilla y de la máquina, volvian á entrar en el buque por la abertura de babor, y subiendo y atravesando otra vez la cubierta, se rollaban en las cuatro poleas de los tablones, donde una especie de palanquin los agarraba, haciendo con ellos un manojo que se ataba á otro gran cable, que podia dirigir un solo brazo. Un gancho y una roldana, por cuyo agujero pasaba y se devanaba dicho cable, completaban el aparato y en caso necesario lo inmovilizaban. Semejante combinacion obligaba á las cuatro cábrias á funcionar á la vez, y verdadero freno de las fuerzas pendientes y gobernable de dinámica en manos del piloto que dirigia la operacion, mantenia la maniobra en equilibrio. El ajuste ingenioso del palanquin tenia algunas de las cualidades simplificadoras de la actual polea Weston y del antiguo polipasto de Vitruvio. Gilliatt comprendió esto, á pesar de no conocer á Vitruvio, que no existia ya, ni á Weston, que no existia aun. La longitud de los cables variaba como el declive desigual de los tablones, corrigiendo un poco esta desigualdad. Las cuerdas ofrecian el peligro de que podian romperse; hubieran sido más sólidas las cadenas, pero éstas no hubieran corrido bien por las cábrias.

Este aparato defectuoso era sorprendente por haberlo construido un hombre solo.

Lo alto de la chimenea de la máquina pasaba por entre los dos tablones del medio.

Gilliatt, sin saberlo él mismo, era plagiario inconsciente de lo desconocido, reconstruyendo, á la distancia de tres siglos, el mecanismo rudimentario é incorrecto del carpintero de Salbois. Pero los defectos más groseros de que adolece un mecanismo no le impiden funcionar bien ó mal. Cojea, pero anda. El obelisco de la plaza de San Pedro de Roma se edificó contra todas las reglas de la estática. La carroza del czar Pedro estaba construida de modo que parecia que debia volcar á cada paso, y sin embargo rodaba. Tenia muchas deformidades la máquina de Marly, pero eso no impedia que diera de beber á Luis XIV.

Gilliatt tenia confianza con su máquina: de tal modo contaba con el éxito, que cuando se trasladó á su barco, colocó á los dos lados de él dos pares de argollas de hierro, equidistantes lo mismo que las cuatro de la *Duranda*, á las que estaban agarradas las cuatro cadenas de la chimenea.

Gilliatt se habia trazado, pues, un plan completo y determinado. Estando en contra de él todas las probabilidades, tomaba todas las precauciones posibles.

Su modo de proceder, como ya indicamos, hubiera desorientado hasta á un observador inteligente. El que presenciase sus trabajos le hubiera visto clavar á martillazos, haciendo esfuerzos inauditos, ocho ó diez de los clavos grandes de los que habia forjado en el basamento de los dos Douvres, sin comprender el objeto de esta operacion. Si en seguida hubiera visto á Gilliatt medir el pedazo del costillaje de proa que continuaba unido al buque náufrago, atar un calabrote al reborde de la pieza, cortar á hachazos el maderaje dislocado que la sujetaba, arrastrarla fuera del desfiladero, aprovechándose de la marea descendente que la empujaba hácia bajo, mientras él la empujaba hácia arriba, y por fin, atar trabajosamente con el calabrote la pesada trabazon de tablas y tablones á los clavos hincados en la base

de la Douvre menor, el observador se hubiera desorientado por completo, creyendo que Gilliatt queria, para facilitar sus operaciones, librar de aquel estorbo el paso de los Douvres, para lo que no tenia que hacer más que abandonarlo á la marea, que se lo hubiera llevado.

Pero Gilliatt, sin duda, tenia sus razones para obrar de ese modo, incomprensible á primera vista.

Para fijar los clavos en el basamento de los Douvres sacaba el partido que podia de las hendiduras del granito, las ensanchaba cuanto era necesario, encajando en ellas cuñas de madera, en las que metia los clavos de hierro. Realizó los mismos trabajos preparatorios en las dos rocas que se erguian en el otro extremo del estrecho del escollo, por el lado del Este, y llenó de clavijas de madera todas las hendiduras, como si quisiera tenerlas preparadas para recibir grapones.

Compréndese que por la prudencia que le hacia tener su penuria, solo gastaba materiales á medida que los necesitaba de un modo apremiante, lo que era para él una dificultad más que se añadia á las muchas con que tenia que luchar.

## IV.

### Sub re.

Gilliatt, en sus múltiples trabajos, gastaba todas las fuerzas á la vez y no las reparaba por completo. Le iban extenuando las privaciones y las fatigas y enflaquecia. El cabello y la barba le crecian desmesuradamente. No le quedaba más que una sola camisa que no estuviera hecha pedazos. Iba descalzo, porque se le llevó un zapato el viento y otro el mar. Los pedazos de piedra del yunque rudimentario con que trabajaba, y que saltaban, le habian causado en las manos y en los brazos muchas y pequeñas heridas; eran superficiales, simples desolladuras si se quiere, pero las enconaban el aire frio y el agua salada.

Tenia hambre, sed y frio.

Habia vaciado el barril de agua dulce, y la harina de centeno se la habia ya comido ó la habia empleado en hacer engrudo.

Solo le quedaba un poco de galleta. La rompia con los dientes, pero no tenia agua para ablandarla.

Poco á poco y de dia en dia menguaban sus fuerzas.

El terrible peñasco le consumia la vida.

Beber, comer y dormir eran para él tres problemas. Comia cuando lograba coger un camaron ó un cangrejo; bebia cuando veia una ave marina descender á un peñasco, que entonces iba tras ella hasta alcanzarla y encontrar en un hueco una corta cantidad de agua dulce. Bebia despues que el pájaro, y algunas veces al mismo tiempo, porque las gaviotas y los alciones se habian acostumbrado á su presencia y ya no huian de él. Gilliatt, ni cuando estaba más hambriento, les causaba daño. Era supersticioso, como ya hemos dicho, respecto á los pájaros, y éstos, al verle con los cabellos erizados y la barba larga, no se asustaban; no creian que era un hombre; creian que era una bestia. Los pájaros y Gilliatt eran amigos. Mientras tuvo harina les desmigajaba pedazos de las tortas que hacia; ellos, en cambio, le indicaban los sitios donde habia agua potable.

Comia almejas crudas, que alimentándose de ellas con moderacion son refrigerantes de la sangre. Los cangrejos se los comia cocidos, pero como no tenia cazuela, los asaba, poniéndolos entre dos piedras hechas áscuas, como los salvajes de las islas Yéroe.

Entre tanto empezaba á declararse el equinoccio; llovia, y la lluvia le era hostil. No caian chaparrones ni aguaceros, sino gotas finas, heladas y agudas, que calaban las ropas de Gilliatt hasta los tegumentos y sus carnes hasta los huesos. Esa lluvia le daba poco de beber y le mojaba mucho. Cayó sobre Gilliatt toda una semana durante el dia y durante la noche. En su agujero de piedra únicamente le hacia dormir algo el cansancio del trabajo. Los grandes mosquitos del mar le atormentaban. Se despertaba lleno de pústulas.

Tenia fiebre, pero ésta le sostenia; la calentura es un socorro que mata. Instintivamente mascaba líquen ó chupaba hojas de coclearia silvestre, que brotaba escuálida por las rendijas secas del escollo. Se preocupaba poco de sus sufrimientos; no tenia tiempo para distraerse de su empresa. La máquina de la *Duranda* se conservaba en buen estado; eso era lo importante para él.

Las necesidades del trabajo le obligaban á nadar á cada instante, pero eso no le importaba. Entraba y salia del agua lo mismo que en una habitacion se pasa

de un cuarto á otro. Su ropa nunca estaba seca. Gilliatt vivia mojado.

Vivir mojados es un hábito que se adquiere. Los grupos de irlandeses pobres, compuestos de viejos, madres, muchachos desnudos y niños, que pasan el invierno al aire libre, cuando llueve y nieva, y se apiñan unos contra otros en las esquinas de las calles de Lóndres, viven y mueren mojados.

Gilliatt sufria el extraño tormento de estar mojado y de tener sed, y mordia de vez en cuando la manga húmeda de su chaqueton.

Las hogueras que encendia le calentaban poco, porque el fuego al aire libre calienta á medias; el que se acerca á él se abrasa por una parte y se hiela por otra.

Gilliatt estaba sudando y tiritaba. Todo le resistia guardando una especie de silencio terrible, silencio de enemigo que acecha. Los objetos tienen un sombrío *Non possumus*. La inercia de las cosas es un aviso lúgubre.

La mala voluntad de los elementos rodeaba á Gilliatt. El fuego le mordia, el agua le helaba, la sed le producia fiebre, el viento le destrozaba la ropa, el hambre le roia el estómago. Sufria la opresion de un conjunto aniquilador. El obstáculo, tranquilo, vasto, con la irresponsabilidad aparente del hecho fatal, pero lleno de unanimidad feroz, convergía de todas partes sobre Gilliatt; sentia que se apoyaba inexorablemente sobre él, y no podia sustraerse á su influencia. Tenia que luchar con la hostilidad impenetrable. Lo desconocido le estrechaba, le comprimia, le quitaba su sitio, le robaba el aliento. Lo invisible le magullaba y cada dia daba una vuelta más al tornillo misterioso.

La situacion de Gilliatt se parecia á un duelo en la oscuridad en el que interviene un traidor. La coalicion de fuerzas secretas le rodeaba y comprendia que estaban decididas á desprenderse de él. Silenciosamente esa coalicion latente le destrozaba la ropa, le hacia heridas y le llenaba de sangre; le ponia, digámoslo así, fuera de combate antes de combatir. No por eso él trabajaba menos, pero á medida que la obra adelantaba, el obrero se deshacia. Hubiérase dicho que aquella naturaleza salvaje, temiendo al alma, se decidió por extenuar el cuerpo del hombre. Pero Gilliatt era terco y esperaba.

La doble Douvres, dragon de granito emboscado en alta mar, consintió en admitir á Gilliatt. Le dejó entrar y le dejaba hacer. Esta aceptacion se parecia á la hospitalidad que ofrece la boca abierta de una fiera.

El desierto, la extension, el espacio, en los que el hombre encuentra tantos inconvenientes; la inclemencia de los fenómenos que siguen impasibles su curso, las leyes generales implacables y pasivas, el flujo y el reflujo, el escollo, la conjuracion de indiferencia de las cosas contra la temeridad del sér, el invierno, las nubes y el mar, envolvian á Gilliatt; le iban acorralando, se cerraban en cierto modo á su alrededor y le separaban de los vivientes. Todo lo tenia contra él y nada en favor suyo. Sus herramientas estaban melladas ó eran insuficientes, sufria sed y hambre durante el dia y frio durante la noche, estaba lleno de heridas, tenia la ropa hecha pedazos, los piés ensangrentados, los miembros débiles y el semblante lívido.

En sus ojos brillaba una llama, la llama soberbia de su voluntad visible.

Los ojos expresan nuestro pensamiento. Cada pupila dice la cantidad de hombre que hay en nosotros, su luz nos inicia en el pensamiento. Las pequeñas conciencias guiñan los ojos, las grandes echan relámpagos. Cuando hay poca claridad bajo los párpados, nada piensa en el cerebro, nada ama en el corazon. El que quiere y el que ama alumbra y resplandece. La resolucion enciende el fuego de la mirada, fuego admirable, que arde con la convulsion de los pensamientos tímidos.

Los obstinados son los sublimes. El que es bravo, solo tiene una accesion; el que es valiente, solo tiene un temperamento; el que es animoso, solo tiene una virtud; el que es obstinado en lo verdadero, es el que posee la verdadera grandeza. Casi todo el secreto de los grandes corazones se encierra en esta palabra: *Perseverancia*.

La perseverancia es al valor lo que la rueda es á la palanca; es la renovacion perpétua del punto de apoyo. Sea á la tierra ó sea al cielo, todo consiste en llegar hasta el fin; en el primer caso está Colon, en el segundo está Jesús. El que no deja discutir á su conciencia ni desarmar su voluntad, obtiene el sufrimiento y el triunfo. En el órden de los hechos morales, caer no excluye cernerse. De la caida arranca la ascension. Las medianías se dejan disuadir por el obstáculo especioso; los fuertes, no.

Todos los esfuerzos de Gilliatt parecian

dirigirse á lo imposible; lo que iba consiguiendo era poco y muy lentamente; y la miseria del trabajo solitario consistia en necesitar tanto preparativo, tantas pruebas, tantas noches de frio y dias de hambre, para levantar cuatro tablones encima de un buque náufrago, para cortar y aislar en él la parte susceptible de salvamento y acomodar á dicho buque cuatro cábrias con sus cables. Pero Gilliatt hizo más que aceptar esta miseria, la deseó y la buscó. Acometió la aniquiladora empresa, el riesgo, la absorcion posible del salvador por el salvamento, el apuro, la desnudez, la fiebre y el hambre.

Se hallaba bajo una especie de espantosa campana neumática. La vitalidad le abandonaba poco á poco, y él apenas lo notaba.

La extenuacion de las fuerzas no extenúa la voluntad. Creer es la segunda potencia; querer es la primera. Las montañas que la fé remueve son insignificantes comparándolas con las que mueve la voluntad.

Lo que Gilliatt perdia en vigor lo ganaba en tenacidad. La decadencia del hombre físico bajo la accion contrariadora de la naturaleza salvaje contribuia al engrandecimiento del hombre moral.

Gilliatt no sentia el cansancio, ó por mejor decir, no se lo consentia, y dá fuerza inmensa que no consienta el alma los desfallecimientos del cuerpo.

Gilliatt solo veia lo que iba adelantando en su trabajo y le alucinaba llegar al fin que se proponia y que veia ya cerca. Su obra se le subia á la cabeza. La voluntad embriaga. Cuando se embriaga el alma, su embriaguez se llama heroismo.

Gilliatt era una especie de Job del Océano, pero un Job que luchaba y combatia con las plagas, un Job conquistador, y si la comparacion no fuese excesiva tratándose de un pobre marinero pescador de cangrejos y de langostas, diríamos que era un Job Prometeo.

## V.

### Sub umbra.

Algunas veces Gilliatt, durante la noche, abria los ojos y miraba en la oscuridad, sintiéndose extrañamente conmovido.

Abrir los ojos y ver negro, es situacion lúgubre que causa ansiedad. Existe la presion de la sombra.

La presion de la sombra obra en sentido inverso sobre las diferentes clases de almas. El hombre ante la noche se reconoce incompleto; al ver la oscuridad comprende que es defectuoso. El cielo negro es como el hombre ciego. El hombre cara á cara con la noche se abate, se arrodilla, se acuesta y se arrastra hácia un escondrijo, ó desea tener alas. Casi siempre desea huir de la presencia informe de lo desconocido. Se pregunta quién es este, tiembla, se abate, y algunas veces quiere ir hácia él. Ir allí: ¿pero dónde? dónde está allí? qué hay allí?

No cabe duda de que esta curiosidad es la excitacion de las cosas prohibidas, porque hácia lo desconocido todos los puentes que hay alrededor del hombre están rotos. Falta el arco de lo infinito; pero lo prohibido es un abismo, y los abismos atraen. Donde no llega el pié, puede alcanzar la mirada; donde la mirada se para, puede el espíritu proseguir el camino, y hasta los hombres más débiles é insuficientes prueban á andar por él.

El hombre, segun su naturaleza, está en acecho ó se para ante la noche. Para unos es una comprension, para otros es una dilatacion.

Es la noche serena? Pues su fondo es de sombra. Es tempestuosa? Pues su fondo es de humo. Lo ilimitado se esquiva y se ofrece á la vez cerrado para el experimento y abierto para la conjetura. Innumerables chispas de luz hacen que aparezca más negra la oscuridad sin fondo. Un punto microscópico que brille, despues otro, despues otro, forman lo imperceptible y al mismo tiempo lo inconmensurable. Aquella luz es un foco, aquel foco es una estrella, aquella estrella es un sol, aquel sol es un universo y aquel universo es nada. Todos los números son cero delante de lo infinito. Aquellos universos, que no son nada, existen, sin embargo. Al corroborar su existencia, vemos con claridad la diferencia que separa el ser nada del no ser.

El cielo es lo inaccesible añadido á lo inexplicable. De su contemplacion se desprende un fenómeno sublime; el engrandecimiento del alma por medio del estupor.

Sentir horror sagrado es propio del hombre; las bestias no conocen este miedo. En el horror sagrado encuentra la inteligencia su eclipse y su prueba.

La sombra es una; de esto nace el horror. Al mismo tiempo es compleja; de esto nace el espanto. Su unidad abruma el espíritu y le quita el deseo de resistir. Su complexidad le hace mirar á todas partes; parece que tema bruscas acometidas. Se rinde y se vigila. Se halla en presencia de Todo, de lo que nace su sumision, y de Varios, de lo que nace su desconfianza. La unidad de la sombra contiene un múltiple misterioso, que es visible en la materia y sensible en el pensamiento. Produce el silencio, y este es un motivo más para estar al acecho.

La noche es el estado propio y normal de la creacion especial de que formamos parte. El dia, breve en la duracion como en el espacio, solo es una proximidad de estrellas.

El prodigio nocturno universal no se cumple sin roces, y todos los roces de semejante máquina producen confusiones en la vida. Los roces de la máquina son lo que llamamos el mal.

En nuestra oscuridad sentimos el mal, que es la repulsa latente al órden divino, que es la blasfemia implícita del hecho rebelde al ideal. El mal complica con ignorada teratología de mil cabezas el vasto conjunto cósmico. El mal está en todo y en todas partes presente para protestar. Es huracan y atormenta la marcha de un navío; es caos, y contrarresta el nacimiento de un mundo. El bien tiene la unidad, el mal tiene la ubicuidad. El mal desconcierta la vida, que constituye una lógica, y hace que el pájaro devore á la mosca y el cometa al planeta. El mal es un borron de la creacion,

La oscuridad nocturna está llena de vértigos. El que la profundiza se sumerge en ella y forcejea como el que se ahoga. No hay fatiga comparable á examinar las tinieblas. Es como estudiar una cosa borrada.

No hay sitio definitivo donde descanse el espíritu. Hay puntos de partida, pero no hay de llegada. Es el cruzamiento de soluciones contradictorias, es la ramificacion de los fenómenos exfoliándose sin límite alguno y renovándose indefinidamente; es una promiscuidad insondable que hace que la mineralizacion vejete, que la vejetacion viva, que el pensamiento pese, que el amor lance rayos y que la gravitacion ame; es el inmenso frente de ataque de todas las cuestiones desarrollándose en la oscuridad sin límites; es la simultaneidad cósmica en plena aparicion, no á la mirada, sino á la inteligencia, en el espacio indistinto; es lo invisible convertido en vision. El hombre está debajo de ella. No conoce los pormenores, pero lleva en cantidad proporcionada á su espíritu el peso monstruoso del conjunto.

Esta obsesion impulsaba á los pastores caldeos á la astronomía. Revelaciones involuntarias trasporan de la creacion; el trasudor de la ciencia se establece en cierto modo por sí mismo é invade al ignorante. El solitario, sintiendo esta impregnacion misteriosa, con frecuencia, y sin tener conciencia de ello, se convierte en filósofo natural.

La oscuridad es indivisible. Está habitada por el absoluto. En ella se envuelve algo que nos inquieta. Una formacion sagrada pasa en ella por todas las fases. Premeditaciones, potencias y destinaciones queridas elaboran allí de mancomun una obra desmesurada. En ella se agita una vida horrible. Hay allí vastas evoluciones de astros, la familia de las estrellas, la familia planetaria, el polen zodiacal, el *quid divinum* de las corrientes, de los efluvios, de las polarizaciones y de las atracciones; hay allí adhesion y antagonismo, el magnífico flujo y reflujo de la antítesis universal, lo imponderable en libertad en medio de sus centros; hay allí la sávia en los globos, la luz fuera de ellos, el átomo errante, el gérmen disperso, curvas de fecundacion, encuentros de cópula y de combate, profusiones inauditas, distancias que parecen sueños, circulaciones vertiginosas, hundimientos de mundos en lo incalculable, prodigios persiguiéndose unos á otros; en todas partes lo incomprensible; en ninguna lo inteligible.

A todo lo dicho hay que añadir esta cuestion formidable: ¿esta Inmanencia es un Sér?

Estamos enteramente en la oscuridad; miramos y escuchamos.

La tierra sombría marcha y rueda; las flores tienen conciencia de este movimiento jigantesco; el sileno se abre á las once de la noche y el anecrócalo á las cinco de la mañana.

En algunas profundidades una gota de agua se convierte en un mundo; el infusorio pulula; fecundidad jigantesca brota del animalillo microscópico é imperceptible; ostentando su grandeza, la inmensidad se desarrolla en su sentido inverso; una diatomea en una hora produce mil trescientos millones de diatomeas. Se presentan mil enigmas á la vez, y enigmas indescifrables. El hombre se vé

obligado á tener fé, tiene que creer á la fuerza. Pero no basta tener fé para estar tranquilos. La fé tiene no sé qué extraña necesidad de formas, y de esto han nacido las religiones. Sea lo que se quiera y piénsese lo que se piense, mirar la oscuridad no es mirar, es contemplar.

Cómo explicarse sus fenómenos? Descomponer su presion nos es imposible y el desvarío se agrega á todos sus lindes misteriosos. La sombra es un silencio, pero un silencio que lo dice todo: de ella se desprende majestuosamente esta conclusion: Dios.

Dios es la nocion incomprensible, pero que está impresa dentro del hombre. Los silogismos, las controversias, las negaciones, los sistemas y las religiones, pasan por encima de ella sin menoscabarla. La oscuridad entera lo afirma.

La inexplicable inteligencia de las fuerzas inmanentes se manifiesta en la conservacion de la oscuridad en equilibrio. El universo cuelga, pero nada cae. Su dislocacion incesante y desmesurada se verifica sin accidente y sin fractura. El hombre participa de este movimiento de traslacion, y llama destino á la cantidad de oscilacion que experimenta.

Dónde empieza el destino? ¿Dónde concluye la naturaleza? ¿Qué diferencia hay entre un acontecimiento y una estacion, entre una pesadumbre y una lluvia, entre una virtud y una estrella? Una hora no es una ola? Las ruedas, siguiendo su movimiento contínuo, sin responder al hombre, continúan impasibles su revolucion. El cielo estrellado es una vision de ruedas, de balancines y de contrapesos. Es la contemplacion suprema, duplicada por la suprema meditacion. Es toda la realidad y además toda la abstraccion. Nada hay más allá. Nos encontramos presos y á merced de la oscuridad; no podemos evadirnos de ella. Estamos cogidos en el engranaje de las ruedas, formamos parte integrante de un Todo ignorado; conocemos que lo desconocido que llevamos en nosotros mismos fraterniza misteriosamente con otro desconocido que existe fuera de nosotros, y este sentimiento es el anuncio sublime de la muerte. Esto dá angustia y produce arrobamiento al mismo tiempo. Estamos adheridos á lo infinito, y esta adherencia nos induce á atribuirnos una inmortalidad necesaria, una eternidad posible, y nos hace sentir en el prodigioso oleaje del diluvio de la vida universal la obstinacion insumergible del *yo*. Miramos los astros y decimos: ¡Yo soy un alma como vosotros! Miramos la oscuridad y decimos: ¡Yo soy un abismo como tú!

Todo esto es la noche.

La noche, pues, agravada por la soledad, pesaba sobre Gilliatt. ¿Comprendia lo que acabamos de insinuar? No. Lo sentia? Sí.

Gilliatt poseia un espíritu grande, pero turbado, y un corazon grande, pero salvaje.

## VI.

### Gilliatt hace tomar posicion á su barco.

El salvamento que Gilliatt ideaba para la máquina era una verdadera evasion, y las evasiones requieren mucha paciencia y luchar con sinnúmero de obstáculos. Es preciso valerse de muchas mañas. Gilliatt poseia las cualidades que para eso necesitaba. Era capaz de subir y bajar el acantilado de Boisrosé.

A pesar de lo ingrata y de lo perjudicial que le era la lluvia, supo sacar partido de ella. Logró recoger una pequeña cantidad de agua dulce, pero como su sed era inextinguible, vaciaba el recipiente tan pronto como lo llenaba.

Cuando llegó el último dia de Abril lo tenia todo preparado para ejecutar la operacion que se proponia. Tenia el entarimado de la máquina como enjaulado entre los ocho cables de las cábrias, cuatro á un lado y cuatro á otro. Habia aserrado en la cubierta y en la carena las diez y seis aberturas por donde pasaban los susodichos cables. Tambien habia cortado con las sierras el empañado, con el hacha las costillas, con la lima el herraje y con el escoplo el forro. La parte de quilla donde se sobreponia la máquina estaba cortada en cuadro y dispuesta á deslizarse con la máquina y sosteniéndola. Toda aquella balumba solo dependia de una cadena, y esta no dependia más que de una limadura. Cuando se está tan cerca del fin, ser prudentes es tener prisa. Debia aprovechar el momento oportuno de estar la marea baja.

Gilliatt consiguió desmontar el árbol de las ruedas, cuyas extremidades podian presentarle algun obstáculo é impedirle levar el ancla. Pudo amarrar verticalmente pieza tan pesada á la jaula misma de la máquina.

Gilliatt necesitaba concluir pronto, porque aunque él no sentia el cansan-

cio, veia que se iban fatigando sus herramientas. El yunque de piedra estaba hendido. El fuelle empezaba á trabajar mal. Como era de agua de mar la cascada hidráulica, se habian quedado en las junturas del aparato sedimentos de sal, que dificultaban su juego.

Gilliatt se trasladó á la rada del *Hombre*, pasó revista al barco, se aseguró de que todo se hallaba en buen estado, sobre todo las cuatro argollas de babor y de estribor; levó en seguida el ancla, y remando fué con su buque á colocarse entre los dos Douvres. El espacio que mediaba entre ellos lo permitia; habia allí bastante fondo y bastante escotadura. Así lo reconoció Gilliatt desde el primer dia.

La maniobra era, sin embargo, excesiva; exigia precision matemática; era expuesto ingerir el barco en medio del escollo, porque era necesario entrar allí por la popa y llevando delante el gobernalle, y convenia que el mástil y los aparejos quedasen más acá del buque náufrago por la parte del boquete.

Las complicaciones de la maniobra dificultaban la operacion, hasta para el mismo Gilliatt. No era suficiente, como para entrar en la rada del *Hombre*, remar un poco; era menester empujar, tirar, remar y sondear: á pesar de eso consiguió su objeto.

En quince ó veinte minutos el barco quedó colocado bajo de la *Duranda*, casi como embutido. Gilliatt echó las dos anclas, formando horquilla. Colocó la mayor de manera que contrarrestase el viento más fuerte y más temible, que era el de Oeste. Despues, valiéndose de una palanca y de un cabrestante, bajó á su barco las dos cajas que contenian las ruedas desmontadas para que sirvieran de lastre.

Desembarazado ya de ellas, ató al gancho de la cadena del cabrestante la eslinga del palanquin regulador, destinado á mantener las cábrias á raya.

Para el plan de Gilliatt, los defectos de su barco eran buenas cualidades; como éste carecia de cubierta, tenia mayor sitio para el cargamento, que podia descansar en la misma sentina. Llevaba el barco el mástil muy adelante, quizás demasiado; pero por esto el cargamento tenia más espacio, y estando el palo fuera del buque náufrago, era más fácil salir de allí.

De repente Gilliatt se apercibió de que el mar subia, y se puso á observar por dónde venia el viento.

## VII.

### De pronto un peligro.

Hacia poco viento, pero soplaba por la parte del Oeste, lo que es frecuente durante el equinoccio.

La marea ascendente, segun el viento que sopla, obra de diverso modo en el escollo Douvres. Segun las ráfagas que las empuja, las olas entran en el corredor por el Este ó por el Oeste. Si entran por el Este son apacibles, pero si entran por el Oeste son furiosas; lo que depende de que el viento del Este viene de la tierra y tiene poco aliento, mientras que el viento del Oeste atraviesa el Atlántico y trae todo el soplo de la inmensidad. Hasta cuando hace poco viento aparentemente, si viene del Oeste es alarmante, porque arroja demasiada agua á la vez en el estrecho del escollo.

El agua que entra violentamente siempre es temible. Sucede con el agua lo mismo que con la muchedumbre; la multitud es un líquido; cuando la cantidad que puede entrar es menor que la que quiere entrar, hay en la muchedumbre aplastamientos y en el agua convulsiones. Reinando el Poniente, aunque el aire no sea muy fuerte, los Douvres sufren dos asaltos diarios. La marea sube, el flujo aprieta, las rocas resisten, la boca del escollo no se abre, la ola, violentamente empujada, salta y ruge, y furiosa marejada azota las fachadas interiores del escollo. Los Douvres, al soplar el menor viento del Oeste, ofrecen este espectáculo singular: fuera, en el mar, la calma; en el escollo la tormenta. Este tumulto local y circunscrito no es una verdadera tempestad; es una conmocion de olas, pero terrible. Los vientos del Norte y del Sur baten el escollo al sesgo, y solo ocasionan escasa cantidad de resaca en el estrecho. Debe tenerse presente que la entrada por el Este confina con el peñasco el *Hombre*, y que la abertura temible del Oeste está en la extremidad opuesta, esto es, entre los dos Douvres, que es donde se encontraba Gilliatt con su barco anclado debajo de la *Duranda*.

Parecia inevitable una catástrofe. Para realizarse contaba con poca cantidad, pero la suficiente del viento que necesitaba.

No debia tardar mucho tiempo la marea alta en empeñar su batalla con el estrecho de los Douvres. Se oia ya el

rumor de las primeras olas. La hinchazon del agua de éstas, que era el reflujo de todo el Atlántico, arrastraria detrás la totalidad del mar. Una simple ola soberana contendria en sí una fuerza de impulsion que, salida de América para terminar en Europa, correria dos mil leguas de trayecto. Al llegar esta ola jigantesca del Océano, encontrará la resistencia que le opondrá el escollo, y replegada ante los Douvres, hinchada por el flujo y por el obstáculo, rechazada por las rocas y empujada por el viento, violentará el escollo y penetrará con todas las contorsiones de la resistencia sufrida y con todos los frenesíes del agua contrariada, entre las dos torres de peñascos, chocará con el barco y con la *Duranda* y las hará trizas.

Gilliatt necesitaba un escudo que oponer á esta eventualidad que temia. Necesitaba impedir que la marea penetrase de golpe, que chocase contra todo lo dicho, dejándola subir, cerarla el paso sin negarla la entrada, resistir y ceder, prevenir la compresion del agua en el estrecho, reemplazando la irrupcion por la introduccion, aplacar el furor y la brutalidad de la ola, obligar á la fúria á morigerarse.

Gilliatt, con su natural destreza, que vale más que la fuerza, ejecutando una maniobra de camello en la montaña ó de titi en el bosque, utilizando para dar zancadas oscilantes y vertiginosas la menor piedra saliente, saltando al agua y saliendo de ella, nadando en los remolinos, trepando por las rocas, con una cuerda entre dientes y un martillo en la mano, desató el calabrote que mantenia suspendido y arrimado al basamento de la Douvre menor el trozo de bordaje de la proa de la *Duranda*; formó con pedazos de cable una especie de goznes, agarrando las tablas á los grandes clavos hincados en el granito; hizo girar alrededor de los goznes aquel armazon; lo presentó de lado á la ola, que la rechazó, aplicando una de sus extremidades á la Douvre mayor, mientras los goznes de cuerda sujetaban en la Douvre menor la otra extremidad; hizo lo mismo sobre la Douvre mayor por medio de los clavos, que, precavido, clavó allí de antemano; amarró sólidamente la tablazon al doble pilar de la boca del estrecho; cruzó sobre ella una cadena, y en menos de una hora levantó un dique contra la marejada y cerró como con una puerta la callejuela del escollo.

Manejó Gilliatt con la destreza de un volatinero el poderoso aparato, la pesada mole de tablones y de tablas, que puesta de plano hubiera hecho el efecto de una almadía y colocada verticalmente producia el efecto de una muralla.

Barreado el estrecho, Gilliatt se ocupó de su barco. Devanó bastante cable sobre las dos anclas para que pudiese subir con la marea. Gilliatt no fué sorprendido, y en todo manifestaba que era un hombre previsor.

El flujo iba aumentando, seguia la marea creciendo, y llegó el momento en que los choques de las olas, á pesar de estar el mar tranquilo, podian ser muy rudos. Se realizó la combinacion de Gilliatt. El oleaje se lanzaba violentamente hácia el dique, pero llegaba á él, se hinchaba y pasaba por debajo. Fuera del dique habia marejada, dentro infiltracion. Gilliatt ideó algo semejante á las horcas caudinas del mar. Habia vencido á la marea.

## VIII.

### Peripecia más que desenlace.

Llegó el momento terrible en el que Gilliatt trató de meter la máquina en el barco. Se quedó pensativo durante algunos instantes, con el codo del brazo izquierdo apoyado en la mano derecha y la frente en la mano izquierda.

Despues subió al buque naufragado; cortó las cuatro eslingas que fijaban á babor y estribor del casco de la *Duranda* las cuatro cadenas de la chimenea. Como eran de cuerda, las cortó con la navaja.

Las cuatro cadenas sin ataduras, libres, quedaron colgadas á lo largo de la chimenea.

Desde la *Duranda* subió al aparato que habia construido, golpeó con los piés los tablones, revistó los motones, se fijó en los cables, examinó las cuerdas para asegurarse de que estaban muy mojadas, se aseguró de que nada faltaba y de que todo estaba seguro, y saltando desde lo alto de los bureles á la cubierta, tomó posicion cerca del cabrestante, en la parte de la *Duranda* que debia quedar enclavada en los Douvres. Aquel era el sitio de su trabajo.

Grave y con poca emocion lanzó la última mirada á las cábrias, cogió una lima y empezó á cortar la cadena de la que todo estaba suspendido.

El rechino de la lima se confundia con los mugidos del mar.



GILLIAT SALVANDO LA MÁQUINA DE LA DURANDA

La cadena del cabrestante, agarrada al palanquin regulador, estaba al alcance de Gilliatt, muy cerca de su mano.

De repente se oyó un crujido. La cadena que mordia la lima, cortada ya hasta más de la mitad, acababa de romperse; todo el aparato se bamboleó. Gilliatt solo tuvo tiempo para apoderarse del palanquin.

La cadena rota flageló el peñasco; los ocho cables se tendieron, la mole serrada y cortada se arrancó del buque naufragado, el vientre de la *Duranda* se abrió, y apareció debajo de la quilla el entarimado de hierro de la máquina pesando sobre los cables.

Si Gilliatt no hubiera empuñado tan pronto el palanquin, todo aquello hubiera caido; pero sujetándolo su mano terrible, solo se verificó un descenso. El palanquin que asió Gilliatt se mantuvo firme y obró admirablemente. Recuérdese que estaba colocado para amortiguar las fuerzas concentradas en una sola y reducidas á un movimiento colectivo. El palanquin tenia alguna relacion con la bolina, solo que en vez de orientar una vela equilibraba un mecanismo.

Gilliatt, en pié y empuñando el cabrestante, tenia, digámoslo así, la mano en el pulso del aparato.

Entonces fué cuando se conoció la ingeniosa invencion de Gilliatt al producir notable coincidencia de fuerzas.

Mientras toda entera y desprendida la máquina de la *Duranda* bajaba hácia su barco, el barco subia hácia la máquina. El buque naufragado y el buque salvador, ayudándose mútuamente en direccion inversa, iban al encuentro uno del otro. Buscándose se ahorraban la mitad del camino.

El flujo, hinchándose sin ruido entre los dos Douvres, levantaba la embarcacion y la aproximaba á la *Duranda*. La marea, más que vencida, estaba domesticada, y el Océano formaba parte del mecanismo.

El agua subiendo levantaba el barco sin hacerle chocar, suavemente, casi con precaucion, como si fuese de porcelana y temiese romperlo.

Gilliatt combinaba y proporcionaba los dos trabajos, el del agua y el del aparato; é inmóvil en el cabrestante, como una especie de estátua temible, á la que obedecian todos los movimientos á la vez, regulaba la lentitud de la descension por la lentitud de la subida.

Ningun sacudimiento hubo en el agua ni en las cábrias. Sumisas todas las fuerzas naturales, prestaban extraña colaboracion. Por un lado, la gravitacion acarreando la máquina; por otro, la marea acarreando el barco. La atraccion de los astros, que es el flujo, y la atraccion del globo, que es la gravedad, parecian estar de acuerdo para servir á Gilliatt. Estaban tan subordinados á él, que ni vacilaban ni se detenian, y bajo su presion eran potencias pasivas que él convirtió en auxiliares activos. Por minutos iba terminándose la realizacion de su plano; el intervalo entre su barco y el buque naufragado disminuia insensiblemente. La aproximacion se verificaba en silencio y con cierto terror por parte del que la ejecutaba. El elemento recibia una órden y la cumplia.

Casi en el momento de dejar la marea de subir, los cables dejaron de devanarse. Súbitamente, pero sin conmocion, los motones se detuvieron. La máquina, como puesta con la mano, quedó sobre el buque de Gilliatt, recta, vertical, inmóvil, sólida. La tabla de hierro que la sostenia se apoyaba por sus cuatro ángulos y á plomo sobre la sentina. Gilliatt acababa de realizar su plan. Estaba loco de contento. No estaba acostumbrado á la alegría y el pobre sintió felicidad inmensa. Ante su triunfo le temblaban todos sus miembros, y él, que hasta entonces no habia experimentado ninguna turbacion, se quedó trémulo de regocijo.

Al ver la máquina dentro de su buque apenas se atrevia á dar crédito á lo que veia. Parecia que no esperaba conseguir lo que habia conseguido. Salió un prodigio de sus manos y lo contemplaba con estupor.

Pero este estupor le duró poco.

Gilliatt, haciendo los movimientos del hombre que acaba de despertarse, se apoderó de la sierra, cortó los ocho cables y despues, separado de su barco, merced á la subida del flujo, á una distancia de unos diez piés, saltó á él, tomó un rollo de cuerdas, hizo cuatro eslingas, las pasó por las argollas que tenia preparadas y amarró al borde de su buque, por ambos lados, las cuatro cadenas de la chimenea, que una hora antes estaban amarradas al borde de la *Duranda*.

Sujeta ya la chimenea, Gilliatt desembarazó lo alto de la máquina, donde estaba adherido un pedazo cuadrado de alero del puente de la *Duranda*, lo desclavó, librando su barco de aquellas tablas inútiles, que lanzó á las rocas.

Su barco se mantuvo firme como él

habia previsto, á pesar de sufrir el sobrepeso de la máquina, y solo se hundió en el agua hasta una línea conveniente de flotacion. Aunque era pesada la máquina de la *Duranda*, tenia menos peso que el monton de piedras y el cañon que desde Herm transportó.

Habia concluido, pues, su trabajo: no tenia ya nada más que hacer que marcharse.

## IX.

### Éxito frustrado casi.

Le faltaba abrir la boca del estrecho que antes cerró con un casco de la *Duranda* y sacar su barco fuera del escollo, y el mar siempre es apremiante. Reinaba poco viento, era escaso el oleaje, y la tarde, que estaba tranquila, parecia prometer una noche hermosa; aunque el mar estaba sereno, comenzaba á sentirse, sin embargo, su reflujo; aquel momento era excelente para partir. Gilliatt tendria la marea descendente para salir de los Douvres, la ascendente para entrar en Guernesey, y podria llegar á Saint-Sampson al amanecer.

De pronto tropezó con un obstáculo imprevisto.

Se escapó á la prevision de Gilliatt que no estaba libre la chimenea de la máquina.

La marea, acercando el barco al buque naufragado suspenso en el aire, aminoró los peligros de la descension y abrevió el salvamento; pero la disminucion de espacio dejó metida la parte superior de la chimenea en el cuadro que Gilliatt habia abierto en el casco de la *Duranda*; la chimenea estaba en él encerrada como entre cuatro paredes.

El servicio que le prestó, pues, la marea no fué tan beneficioso como parecia á primera vista, como si el mar, viéndose obligado á obedecer, se guardase una segunda intencion. Lo que el flujo habia hecho, el reflujo lo iba á deshacer.

La chimenea, que tenia la altura de unas tres toesas, estaba metida unos ocho piés en el casco de la *Duranda*, y como el nivel del agua iba á bajar doce, la chimenea, descendiendo con el barco, tendria aun cuatro piés de holgura y podria sacarse bien, pero esta operacion requeria seis horas.

Dentro de seis horas seria casi la media noche, y no podria salir ni tomar rumbo entre aquellas rompientes, que eran ya intrincadas durante el dia, ni aventurarse en la oscuridad de la noche á penetrar en aquella emboscada de arrecifes.

Le era indispensable aguardar al dia siguiente. Las seis horas que iba á perder le harian perder lo menos doce. Ni siquiera podia pensar, para ganar tiempo, en abrir la boca del escollo, que para la próxima marea volveria á necesitar el buque.

Gilliatt quedó, pues, condenado á la inaccion, y se cruzó de brazos.

El reposo forzado que tuvo que sufrir le irritó, casi le indignó, como si fuese culpa suya; pero esta reparacion de fuerzas le era, sin embargo, muy conveniente.

Determinóse, ya que no podia hacer otra cosa, á pasar la noche en su buque.

Fué por la piel de carnero que tenia en la Douvre mayor, bajó al barco trayéndola, cenó unas cuantas lapas y dos ó tres erizos de mar, bebió con avidez los últimos tragos de agua dulce del barril casi vacío, se envolvió en la piel, se tendió como un mastin cerca de la máquina, se echó la chaquetilla á la cabeza y se quedó dormido.

Dormido profundamente, como se suele dormir cuando creemos haber cumplido con nuestro deber.

## X.

### Las advertencias del mar.

A media noche, de pronto y como impelido por un resorte, Gilliatt se despertó y abrió los ojos.

Vió sobre su cabeza que alumbraba los Douvres la especie de reverberacion de una áscua blanca y grande. En la fachada negra del escollo reflejaba como un incendio.

De dónde provenia aquel fuego? Del agua.

El mar presentaba aspecto extraordinario.

Parecia que el agua estuviese incendiada y que el mar arrojase llamas dentro y fuera del escollo. Estas no eran rojas ni se parecian á las llamas vivientes de los cráteres y de las fraguas. No eran ardorosas, no chisporroteaban, no producian ruido alguno. Rastros azules imitaban en el agua pliegues de sudario. Palpitaba en las olas pálido resplandor. No parecia un incendio, sino el espectro de un incendio. Como si pudiésemos concebir las tinieblas alumbradas.

La noche, la noche vasta, turbia y difusa, parecia que era el combustible de aquel fuego helado. Era no sé qué claridad encendida ciegamente. La sombra entraba como elemento en aquel fantasma de luz.

Los marinos de la Mancha conocen esas indescriptibles fosforescencias, que encierran avisos para el navegante. En ninguna parte son tan sorprendentes como en el Gran V, junto á Jrigny.

Son unas fosforescencias que quitan á los objetos su realidad. Penetracion espectral los hace casi transparentes. Las rocas aparecen como lineamientos. Los cables de las áncoras parece que sean barras de hierro caldeadas hasta adquirir la temperatura blanca. Las redes de los pescadores se asemejan debajo del agua á fuego tejido con punto de malla. La mitad del remo es de ébano y la otra mitad, la que está bajo del agua, es de plata. Al chocar el remo en el mar, las gotas de agua que levanta salpican de estrellas las olas. Toda barca arrastra en pos de sí un cometa. Los marineros, mojados y luminosos, parece que arden. El que mete la mano en el agua la saca cubierta con un guante de llama, pero de llama muerta, que no se siente. El brazo es un tizon encendido. Se ven las formas que van por el mar rodar bajo las olas fuego abajo. La espuma centellea. Los peces son lenguas de fuego y pedazos de relámpago que serpentean en una profundidad pálida.

La citada claridad, atravesando los párpados cerrados de Gilliat, le despertó, y le despertó á tiempo.

El reflujo habia descendido y venia otro flujo.

La chimenea de la máquina, que se desencajó mientras estaba durmiendo Gilliatt, iba á introducirse otra vez en la abertura de la *Duranda* é iba ascendiendo lentamente.

Solo le faltaba ya un pié para que volviese á atascarse en la abertura del casco del buque destrozado.

La ascension de un pié la verifica el flujo en media hora; ese era, pues, el escaso tiempo que tenia Gilliatt para impedir el segundo atascamiento.

Se puso en pié con sobresalto.

A pesar de la urgencia de la situacion, permaneció en pié algunos minutos, contemplando la fosforescencia y reflexionando.

Gilliatt conocia bien el mar; aunque éste le maltrataba con frecuencia, era compañero suyo desde muchos años atrás. Nada podia pensar el misterioso sér que se llama Océano que no lo comprendiese Gilliatt, el que á fuerza de observacion, de estudio y de soledad, era un profeta del tiempo.

Gilliatt corrió á las guindaletas y y arrió cable; despues, no estando ya sujeto por las anclas, cogió el bichero del barco y, apoyándole en las rocas, lo impelió algunas brazas más allá de la *Duranda*, muy cerca del buque.

En menos de diez minutos lo sacó de bajo del casco del buque naufragado. El flujo podia ya ascender, que la chimenea ya no caeria en el lazo que se le tendia.

Gilliatt no parecia, sin embargo, que iba á partir. Contempló otra vez la fosforescencia y levó anclas, pero no para zarpar, sino para anclar el barco más sólidamente y fondear más cerca de la salida.

Hasta entonces no empleó más que las dos áncoras de su barco; no se habia servido aun de la pequeña de la *Duranda*, que, como sabemos, se encontró en las rompientes. La reservaba para casos de urgencia y la tenia en un rincon del barco entre un monton de cuerdas y poleas de guindaleta, guarneciendo antes de dejarla allí su cable de bosas quebradizas. Gilliatt echó esta tercer ancla, amarrando el cable á su calabrote, que tenia uno de sus extremos atado en relinga al rezon y el otro á la orla del barco. De este modo practicó una especie de horca en forma de pata de ganso, mucho más fuerte que la de dos anclas, lo que indicaba en él que veia necesidad de aumentar las precauciones. Los marineros hubieran visto en aquella operacion algo parecido al ancladero en un tiempo forzado, en el que se teme que una corriente tome el buque por sotavento.

La fosforescencia que Gilliatt vigilaba le amenazaba quizá, pero al mismo tiempo le servia. Sin ella hubiera sido prisionero del sueño y quizás víctima aquella noche. La fosforescencia le despertó y le alumbró.

Luz de dia nublado iluminaba el escollo. Pero á pesar de ser sospechosa para Gilliatt, le sirvió para hacerle visible el riesgo y posible la maniobra. Desde entonces ya Gilliatt, cuando quisiera hacerse á la vela, podria partir, porque el buque se llevaba ya la máquina.

Pero no pensaba en partir. En cuanto ancló el buque, se fué al almacen á bus-

car la más fuerte de las cadenas, y agarrándola á los clavos hincados en los Douvres, fortificó interiormente con ella el dique de maderos y de tablones, que exteriormente protegia la otra cadena cruzada.

En vez de abrir la salida la acababa de cerrar.

Brillaba aun la fosforescencia, pero iba disminuyendo, porque empezaba á rayar el dia. De repente Gilliatt escuchó con gran atencion.

## XI.

### El rompe-olas.

Le pareció oir muy á lo lejos algo débil y confuso.

Las profundidades tienen á ciertas horas gruñido sordo.

Púsose Gilliatt á escuchar por segunda vez. Volvió á oir el lejano ruido y sacudió la cabeza con el ademan del que sabe lo que aquello significa.

Poco despues estaba ya al otro extremo del escollo, en la entrada del Este, libre hasta entonces, y clavó á martillazos grandes clavos en el granito de las dos partes de la boca próxima al peñasco el *Hombre*, como antes en la boca de los Douvres.

Las grietas de aquellas peñas estaban todas preparadas y guarnecidas de madera de encina. Como el escollo estaba muy destrozado, tenia muchas hendiduras, y en ellas Gilliatt pudo clavar más clavos que en el basamento de los Douvres.

La fosforescencia se extinguió como un soplo y la reemplazó el crepúsculo, que cada instante era más luminoso.

Gilliatt arrastró maderos, cuerdas y cadenas, y sin cesar un instante en el trabajo, sin distraerse, construyó en la boca del *Hombre*, con tablas fijas horizontalmente y atadas con cables, uno de esos diques de bobadilla que la ciencia ha prohijado y que llama rompe-olas. Los que hayan visto en la Roquaine ó en Guernesey el efecto que producen algunas estacas clavadas en las rocas, comprenderán el poder de aparato tan sencillo. El rompe-olas es la combinacion de lo que en Francia se llama espiga con lo que en Inglaterra se llama dick. Los rompe-olas son los caballo de frisa de las fortificaciones contra las tempestades. Solo se puede luchar con el mar sacando partido de la divisibilidad de su fuerza.

El sol, sin embargo, brillaba con gran explendor. El cielo estaba claro y el mar tranquilo.

Gilliatt apresuraba su trabajo; tambien él estaba sereno, pero ansioso.

Saltaba de una roca á otra, del dique al almacen y del almacen al dique, y volvia arrastrando como un loco, ya una varenga, ya un burel. Era evidente que Gilliatt se encontraba ante una eventualidad prevista.

Una barra fuerte de hierro le servia de espeque para remover los tablones. Trabajaba con prontitud, con rapidez, como un ingeniero militar.

La boca del Este era aun más angosta que la del Oeste. Solo tenia cinco ó seis piés de abertura, y esta circunstancia favorecia á Gilliatt. Como era reducido el espacio que fortificaba y cerraba, la armadura podia ser más sencilla y más sólida; así es que tuvo suficiente con tablas horizontales. Cuando colocó las primeras traviesas del rompe-olas se puso encima de ellas y volvió á escuchar.

El gruñido sordo se hacia cada vez más expresivo.

Gilliatt continuó su construccion, apuntalándola con las dos serviolas de la *Duranda*, agarradas al trabazon de las tablas por medio de drizas que pasaban por las tres ruedas de la polea, y lo anudó todo con cadenas.

Gilliatt multiplicaba las ligaduras, añadiendo clavos donde le parecia conveniente. Como tuvo á su disposicion mucho hierro redondo del buque naufragado, pudo proveerse de gran cantidad de clavos,

Sin dejar de trabajar mascaba galleta. Tenia sed, pero no podia beber, por carecer absolutamente de agua potable. En la cena de la víspera anterior dejó el barril sin una gota.

Unió otras tres ó cuatro tablas y se encaramó otra vez al dique que acababa de construir. Volvió á escuchar.

El sordo gruñido ya no se oia. Reinaba el silencio. El mar estaba tranquilo y soberbio. El azul oscuro del cielo correspondia al verde oscuro del Océano. El cielo y el Océano eran un zafiro y una esmeralda que podian admirarse mútuamente. No podian reconvenirse el uno al otro. No habia una nube arriba ni un copo de espuma abajo, y el sol de Abril dominaba magníficamente todo aquel explendor.

En lo lejano del horizonte rayaba el cielo larga fila negra de aves de paso.

Volaban de prisa dirigiéndose á la tierra. Parecia que su vuelo era una fuga.

Gilliatt seguia levantando el rompeolas tan alto como se lo permitia la disposicion de las rocas.

Hácia el medio dia le pareció que el sol calentaba más de lo que debia. Esa hora es la más crítica del dia. Colocado Gilliatt sobre la robusta armazon que acababa de construir, examinó el espacio.

El mar estaba tan tranquilo que parecia un estanque. No divisaba en toda su extension ni una sola vela. El cielo estaba limpio por todas partes, pero su azul se habia convertido en blanco singular. Se distinguia á lo lejos del horizonte una mancha pequeña de mala apariencia, inmóvil en el mismo punto, pero que crecia. Cerca de las rompientes el oleaje se extremecia con suavidad.

Gilliatt fué muy prudente construyendo un rompe-olas.

Se acercaba la tempestad.

El abismo se decidia á dar la batalla.

# LIBRO TERCERO

## La lucha.

### I.

#### Los extremos se tocan.

Es amenazador el equinoccio cuando se retarda.

Se verifica en el mar un fenómeno teroz, que se podria llamar la llegada de los vientos del golfo.

En todas las estaciones, particularmente en la época de las sicigias, el mar, cuando menos se piensa, queda sumido en una tranquilidad extraña. Apaciguándose su movimiento perpétuo prodigioso, se queda como aletargado; parece que quiera descansar de su fatiga. Las enseñas marítimas, así el cataviento del laud pescador como el gallardete del buque de vela, cuelgan á lo largo de los mástiles. Los pabellones almirantes, reales ó imperiales, duermen. De pronto todos ellos empiezan á moverse.

Aquella es la ocasion á propósito, si hay nubes, para espiar cómo se forman y se acumulan; si es la puesta del sol, para examinar el resplandor del crepúsculo; si es de noche y brilla la luna, para estudiar los halos.

Ese es el momento en el que el capitan ó jefe de escuadra que posee uno de aquellos *cristales de tempestad*, cuyo inventor es desconocido, debe observar con el microscopio y tomar precauciones contra el viento del Sur, si la mixtura ofrece aspecto de azúcar quemado, y contra el viento del Norte, si la mixtura se deshoja en cristalizaciones parecidas á barrilla ó á palos de abeto. Ese es el momento en que el pobre pescador irlandés ó breton, despues de consultar algun gnomon misterioso, grabado por los romanos ó por los diablos en una de las enigmáticas piedras rectas, que se llaman en Bretaña *menhir* y en Irlanda *cruach*, saca del agua la barca.

La serenidad del cielo y del Océano continúan, sin embargo. La mañana se levanta expléndida y la aurora sonríe; esto llenaba de horror religioso á los antiguos adivinos, á los que al parecer espantaba la hipocresía del sol.

La sombría vision de lo sombrío latente está interceptada para el hombre por la opacidad fatal de las cosas: el más temible y el más pérfido de los aspectos es la máscara del abismo.

Como se dice: La anguila bajo la roca, debia decirse: La tempestad bajo la calma.

A veces transcurren horas y dias en esta espectativa, y los pilotos asestan sus anteojos en todas direcciones, y la fisonomía de los marinos envejecidos en el mar adquiere el aire severo de la cólera que se apresta al combate.

De repente se oye en el aire grande, confuso y misterioso murmullo. Nada se vé. La extension permanece impasible.

Sin embargo, el murmullo crece, aumenta y se eleva. El diálogo se acentúa.

Hay álguien detrás del horizonte; este álguien terrible es el viento.

El viento, es decir, el populacho de las tinieblas, que llamamos huracanes, la inmensa canalla de la oscuridad.

La India los llama los Marouts, la Judea los Queribines, la Grecia los Aquilones. Son las invisibles aves de rapiña del infinito.

### II.

#### Los vientos del golfo.

De dónde vienen? De lo inconmensurable. Sus envergaduras necesitan

el diámetro del abismo. Sus alas desmedidas necesitan el espacio indefinido de las soledades, las inmensidades azules del Atlántico y del Pacífico. Por ellas vuelan á bandadas. En alta mar son feroces. Premeditan los desastres. Su trabajo consiste en la hinchazon efímera y en la hinchazon eterna de las olas. Se ignora lo que pueden y se desconoce lo que quieren; son las esfinges del abismo. En la oscuridad de la extension que siempre se agita aparecen sus rostros nebulosos. El que apercibe sus lineamientos lívidos se siente ante la fuerza irreducible. Parece que la inteligencia humana les inquiete y que deseen devorarla. La inteligencia es invencible, pero el elemento es inexpugnable. El soplo se transforma en maza, pero luego vuelve á ser otra vez soplo. Los vientos combaten devastando y se defienden desvaneciéndose. Su salto diverso está lleno de repercusiones que desconciertan. Tan pronto huyen como atacan. Son impalpables y tenaces. Ejercen la dictadura del caos, que es suyo. Qué hacen de él? Algo implacable.

El antro de los vientos es más monstruoso que la cueva de los leones. Son innumerables los cadáveres que caen bajo sus pliegues sin fondo. Se les oye siempre y ellos no escuchan. Cometen actos que parecen crímenes. No se sabe contra quién arrojan las blancas moles de espuma. La impía ferocidad con que causan los naufragios parece que sea un insulto á la Providencia, parece que escupan á Dios. Son los tiranos de los lugares desconocidos. Los torbellinos alternan en sentido inverso, pateando con repugnante danza sobre el líquido elemento. La nube demasiado pesada se rasga por la mitad y cae al mar hecha pedazos. Otras nubes de color de púrpura relampaguean y truenan; luego se oscurecen lúgubremente; la nube que ha vaciado el rayo se ennegrece como un áscua que se apaga. Aquí se vé una fragua que llueve, más allá una ola que desprende una llama. Las blancuras del mar cuando cae el aguacero esclarecen lontananzas sorprendentes. Inmensos fosos ahuecan las nubes. Los vapores giran, las olas saltan, las náyades ruedan ébrias; á lo lejos el mar, macizo y blando á la vez, se mueve sin variar de sitio; todo se vé lívido, y de esa palidez salen gritos desesperados.

El rumor se convierte en tumulto y las olas pequeñas se ajigantan. En el horizonte hay superposicion confusa de oleadas oscilantes que murmuran en voz baja; saltan en él de un modo extraño restos fracasados. Sobrevienen bocanadas de aire frio y despues bocanadas de aire caliente. La trepidacion del mar anuncia un espanto que se extiende á todo lo que alcanza la vista. De repente el huracan acude como una fiera á beber en el Océano; por succion inaudita el agua sube hácia la boca invisible, se forma una ventosa, el tumor se hincha; es el sifon, es la manga, es la tromba marina, estalactita arriba, estalacmita abajo, doble cono inverso y giratorio; una punta en equilibrio sobre la otra; el beso de dos montañas, una de espuma que se levanta y otra de nube que desciende; espantoso coito de la ola y de la sombra. La tromba marina, como la columna de la Biblia, es tenebrosa de dia y luminosa de noche. Ante ella el trueno calla como si tuviese miedo.

La vasta perturbacion de las soledades tiene su diapason, tiene su temible crescendo: el chubasco, la ráfaga, la borrasca, el temporal, la tormenta, la tempestad, la tromba, las siete cuerdas de la lira de los vientos, las siete notas del abismo. El cielo es un plano, el mar es una esfera; pasa el viento y su fúria todo lo transfigura y mezcla. En sitios como en el que se encontraba Gilliatt los vientos corren, vuelan, se abaten, terminan, vuelven á empezar, se ciernen, silban, rugen, rien; frenéticos, lascivos y desenfrenados, juegan caprichosamente con las olas irascibles. Soplan en la nube como en una trompeta; soplan en el espacio y cantan en el infinito con las voces amalgamadas de los clarines, de las bocinas, de los clarinetes y de los trompones una especie de tocata digna de Prometeo. Quien los oye cree escuchar al dios Pan. Fraguan en las soledades sus batidas contra los buques, sin tregua, dia y noche, en todas las estaciones, así en el trópico como en el polo; hacen resonar su trompa loca y arrastran por las encrucijadas de la nube y de la ola su caza mayor, que son los náufragos. Hacen junto á las rocas aullar á sus perros, que son las olas; combinan las nubes y las descomponen. Petrifican la liquidez inmensa del agua. El agua es ligera y es incomprimible. Se desliza á la menor presion ó al menor esfuerzo. Empujándola por un lado se escapa por el otro. Así se convierte en ola, y en esta conversion consiste su libertad.

## III.

### Explicacion del murmullo que oia Gilliatt.

La gran venida de los vientos hácia tierra se verifica en los equinoccios, en cuya época se equilibra la balanza del trópico y la del polo, y la colosal marea atmosférica vierte el flujo sobre un hemisferio y el reflujo sobre el otro. Hay constelaciones que significan dichos fenómenos; éstas son la Balanza y el Acuario.

Esa es la hora de las tempestades. El mar espera y calla.

Algunas veces el cielo presenta mal cariz, está pálido y como velado. Los marineros le miran entonces con ansiedad. Pero temen más su apariencia alegre. El cielo risueño en el equinoccio es indicio seguro de tempestad.

Cuando la tempestad vernal tarda en llegar, es porque está acumulando el mayor número de fuerzas; atesora para la devastacion. Desconfiad de sus tardanzas.

Cuando la tempestad se retarda mucho, el mar solo manifiesta su impaciencia por medio de mayor calma. Solo se revela la tension magnética por lo que pudiera llamarse la inflamacion del agua. Salen del mar resplandores, aire eléctrico y agua fosfórica. Los marineros están cansados y como molidos.

Para los que conocen el mar, este aspecto es extraño. Diríase que desea y teme la llegada del huracan.

Una tempestad es una conspiracion. La antigua mitología entreveía sus personalidades indistintas mezcladas en la inmensa y difusa naturaleza. Eolo se pone de acuerdo con Bóreas. La buena inteligencia de los dos elementos es necesaria. Se distribuyen la tarea. Se ha de impulsar á las olas, á las nubes y á los efluvios; la noche es un auxiliar importante, y es menester contar con ella. Hay que desviar brújulas, extinguir fanales, ocultar faros y apagar estrellas. Se necesita la cooperacion del mar. El murmullo precede á todas las tempestades. Se oye en la lontananza del horizonte el cuchicheo preliminar de los huracanes que domina el temeroso silencio del mar.

Este cuchicheo temible es el que oyó Gilliatt. La fosforescencia le dió el primer aviso y el murmullo lejano el segundo.

Si el demonio Legion existe, este demonio es indudablemente el viento. El aire es uno, pero el viento es múltiple. Consecuencia: todas las tempestades son mixtas. La unidad del aire así lo exige.

En la tempestad está complicado todo el abismo. El Océano entero está en una borrasca. La totalidad de sus fuerzas entra en juego y toma parte. Las olas son el abismo de abajo; los soplos son el abismo de arriba. Habérselas con una tormenta, es habérselas á la vez con todo el mar y con todo el cielo. Messier, el hombre célebre de la marina, el notable astrónomo, decia: *El viento de todas partes está en todas partes*. Decia tambien: *Todas las lluvias vienen del trópico y todos los rayos del polo*.

Efectivamente, el viento se satura de electricidad en la interseccion de los coluros, que marca las extremidades del eje, y se satura de agua en el Ecuador, trayéndonos de la línea el líquido y de los polos el flúido. Ubicuidad, esto es el viento.

No queremos por esto decir que no existen las zonas ventosas. Está demostrado hasta la evidencia que existen esos itinerarios de corrientes contínuas, y llegará un dia en que sirvan á la navegacion aérea los aire-buques y en que utilice las líneas principales. La canalizacion del aire por el viento es incontestable: existen rios, arroyos y arroyuelos de viento, aunque las ramificaciones del aire se forman al contrario que las ramificaciones del agua, pues en el aire los arroyuelos proceden de los arroyos y los arroyos de los rios, en lugar de parar aquellos en éstos, de lo que resulta, en vez de la concentracion, la dispersion. Esta dispersion es la que forma la solidaridad de los vientos y la unidad de la atmósfera. Una molécula fuera de su sitio hace salir de él á la otra. Todo el viento se mueve al mismo tiempo. A estas profundas causas de amalgama hay que añadir el relieve del globo, que taladra la atmósfera con todas sus montañas, que hace nudos y porciones en las carreras del viento y que determina contra-corrientes en todos los sentidos.

El fenómeno del viento es la oscilacion de dos océanos, uno sobre otro; el océano de aire superpuesto al océano de agua, se apoya en base tan fugitiva y participa de sus temblores y oscilaciones. Las islas de la Mancha experimentan la impulsacion del Cabo de Buena Esperanza.

## IV.

### Turba, turma.

Para el compás solo existen treinta y dos vientos, es decir, treinta y dos direcciones; pero estas direcciones se subdividen indefinidamente. El viento, si se clasifica por direcciones, es incalculable; si se clasifica por especies, es el infinito. Ante esta enumeracion retrocederia Homero.

La corriente polar choca con la corriente tropical. Hé aquí el frio y el calor combinados. El equilibrio empieza por el choque; de éste sale la ola de los vientos, hinchada, desparramada y desmenuzada en todos sentidos en feroces corrientes. La dispersion de los soplos sacude hácia los cuatro ángulos del horizonte la melena prodigiosa y enmarañada del aire.

Allí están todos los rumbos: el viento Gulf-Stram, que tanta bruma lanza sobre Terranova; el viento del Perú, region del cielo mudo, donde nunca el hombre ha oido tronar; el viento de la Nueva Escocia, en el que agita sus alas el Gran Auk; los torbellinos de Hierro de los mares de la China; el viento de Mozambique, que sacude las pangayas y los juncos; el viento eléctrico del Japon; el viento de Africa, que habita en la montaña de la Tabla; el viento del Ecuador, que pasa por encima de los vientos alicios y que traza una parábola cuya cumbre mira siempre hácia el Oeste; el viento plutónico, que sale de los cráteres y es soplo de llamas; el extraño viento del volcan Awa, que hace salir del Norte una nube de color de aceituna; el viento de Java, contra el cual se han construido las fortalezas llamadas *casas de huracan;* la tramontana, que forma encrucijadas; los chubascos arqueados del estrecho de Magallanes; el poderoso viento del Suroeste, que llaman Paupero en Chile y Rebojo en Buenos-Aires, que se lleva el condor á alta mar y le salva de la fosa que le aguarda bajo una piel de buey recien degollado; el viento químico, que, segun dice Lemery, forma en la nube piedras de trueno; el harmatán de los cafres; el arroja-nieve polar, que se unce á los témpanos eternos y los arrastra; el viento del golfo de Bengala, que vá hasta Nijui-Novogorod á saquear el triángulo de barracas de madera donde se celebra la féria de Asia; el viento de las Cordilleras, que agita las grandes olas y los grandes bosques; el viento de los archipiélagos de Australia, donde los cazadores de miel ahuyentan los enjambres de abejas salvajes que se ocultan bajo las ramas del eucaliptus jigantesco; el siroco, el mistral, el aquilon, los vientos de sequía, los vientos de inundacion, los diluvianos, los tórridos, los que arrojan á las calles de Génova el polvo de las llanuras del Brasil, los que obedecen á la rotacion diurna, los que la contrarían, los que van apareados y puestos de acuerdo para atropellarlo todo, deshaciendo uno lo que hace el otro; los antiguos vientos que atacaron á Cristóbal Colon en la costa de Veragua; los que por espacio de cuarenta dias, desde el 21 de Octubre al 28 de Noviembre de 1520, pusieron en un brete á Magallanes al abordar el Pacífico, y los que desmantelaron la armada invencible soplando contra la escuadra de Felipe II. Hay más vientos aun, pero cómo enumerarlos todos? Hay vientos portadores de sapos y de langostas, que lanzan nubes de animales por encima del Océano; los hay que operan lo que se llama "el salto del viento„, cuya operacion consiste en rematar á los náufragos; los hay que de una sola bocanada dislocan el cargamento de un buque y le obligan á continuar inclinado su camino; los pesados vientos ciegos, entumecidos por la lluvia; los vientos del granizo; los vientos de la calentura; los vientos que ponen en ebullicion las minas de azufre de Calabria; los que hacen centellear el pelo de las panteras de Africa al recorrer las malezas del Cabo de Hierro; los que llegan sacudiendo fuera de la nube, como una especie de lengua de trigonocéfalo (1), el espantoso rayo ahorquillado; los que traen nieves negras. Tal es el ejército de los vientos. Desde el escollo Douvres, construyendo Gilliatt su rompe-olas, oia de aquella muchedumbre armada el galope lejano.

La horda llegaba entera.

## V.

### Gilliatt puede optar.

Las misteriosas fuerzas escogieron el momento oportuno. El azar, si existe, es hábil.

Mientras el barco permanecia en la rada del *Hombre* y la máquina estuvo encajonada en el buque náufrago, Gilliatt

(1) Género de serpientes venenosas, cuyas especies son especialmente americanas.

era inespugnable. El barco estaba seguro y la máquina resguardada; los Douvres, apoderados de ella, la condenaban á lenta destruccion, pero la protegian contra cualquier sorpresa. En todos los casos le quedaba á Gilliatt el recurso de que si la máquina se destruia, no se destruia él. Tenia siempre su barco para salvarse.

Pero era tenderle inícuo lazo esperar que su buque saliera del fondeadero, donde era inaccesible, dejarle penetrar en el desfiladero de los Douvres, no hostilizarle hasta verle dentro del escollo, permitir á Gilliatt llevar á cabo el salvamento, el arrastre y trasbordo de la máquina, sin oponerse á su maravilloso trabajo. Tal fué la sombría perfidia del abismo.

Entonces la máquina y el barco de Gilliat se habian reunido en el desfiladero de los peñascos y formaban un solo conjunto. Estrellar el barco contra el escollo, lanzar á pique la máquina y ahogar á Gilliatt, era cuestion de un esfuerzo único sobre un punto determinado. Podia ejecutarse todo á la vez y sin dispersion; la tormenta podia aplastarlo todo de un solo golpe.

Era muy crítica la situacion de Gilliatt.

La esfinge, evocada por los visionarios en el fondo de la oscuridad, parecia que le presentaba este dilema: quédate ó vete.

Partir era insensatez y quedarse tambien.

## VI.

### El combate.

Gilliatt subió á la Douvre mayor.

Desde allí dominaba todo el mar.

Por el Oeste ofrecia aspecto sorprendente. Salia de él una gran muralla de nubes, cerrando la extension de un extremo á otro, ascendiendo con lentitud hácia el cenit. Aquella muralla rectilínea, vertical, sin una grieta, sin un rasguño en parte alguna, parecia construida con escuadra y tirada á cordel. Se asemejaba á una nube de granito. Su escarpe, enteramente perpendicular hácia el Sur, se doblaba algo hácia el Norte, como plancha de hierro combada, y ofrecia á la vista el vago deslizamiento de un plano inclinado. Aquella muralla de bruma se ensanchaba y crecia, sin que su entablamiento dejase un instante de estar paralelo á la línea del horizonte, casi confusa en la oscuridad progresiva. Aquella nube subia silenciosamente, sin hacer una ondulacion, un pliegue ni una prominencia que la desfigurase ó la desconcertase. Era lúgubre aquella inmovilidad ascendiendo. El sol, pálido, detrás de no sé qué transparencia morbosa, iluminaba aquel lineamiento apocalíptico. La nube invadia ya casi la mitad del espacio. Era algo semejante á una montaña de sombra que se elevase entre la tierra y el cielo. Era la ascension de la noche en pleno dia.

El aire daba calor de estufa. Tibia humedad se desprendia de aquella mole misteriosa. El cielo, que antes de azul se habia convertido en blanco, ahora de blanco se convertia en pardo; era semejante á una gran pizarra. El mar, empañado y plomizo, se parecia á otra pizarra inmensa.

No habia ni un soplo, ni una ola, ni un ruido. El mar estaba desierto en el espacio que abarcaba la vista; no se divisaba ninguna vela por ningun lado. Las aves marítimas se habian escondido. Desde el infinito sin duda comprendian la traicion.

La amplitud de aquella enorme sombra crecia insensiblemente.

La movediza montaña de vapores que se dirigia hácia los Douvres era una de las nubes que pudieran llamarse nubes de combate. Nubes bizcas. Al través de sus lineamientos oscuros os mira un extraño estravismo.

La aproximacion de la nube era terrible. Gilliatt la examinó detenidamente y dijo para sí:—Tengo sed, tú me darás agua.

Permaneció algunos momentos inmóvil, con la vista clavada en la nube, como si midiera la tempestad.

Sacó la gorra del bolsillo del chaqueton y se la puso. Cogió del agujero que le servia de vivienda la reserva de utensilios; se metió las polainas y se echó á la espalda el capote, como el caballero que se arma al entrar en accion. Sabemos que no tenia zapatos, pero las rocas habian curtido y encallecido sus piés desnudos. Vestido ya con el traje de guerra, examinó el rompe-olas, empuñó resueltamente la cuerda de nudos, descendió de la meseta del Douvres, se puso en pié en las rocas de abajo y corrió al almacen. En seguida se dedicó á trabajar. Qué hacia Gilliatt? Con los clavos, cuerdas y tablones que le quedaban construia en la boca del Este otro dique, de diez á doce piés, detrás del primero.

Continuaba el silencio profundo de la

naturaleza. El sol desapareció de repente; la inmensa nube ascendente acababa de alcanzarle. Sucedió como una extincion del dia, al que reemplazó reverberacion pálida y dudosa.

La muralla de nube habia cambiado de aspecto, no conservaba ya la unidad. Se habia fruncido horizontalmente al tocar en el cenit, desde donde pesaba sobre el resto del cielo, dibujando formas extrañas. La formacion de la tempestad se insinuaba en ella como en una seccion de trinchera, haciendo casi visibles las capas de la lluvia y los depósitos del granizo. No brillaba, pero destellaba espeso resplandor difuso. Se oia en ella la vaga respiracion de la tempestad.

Gilliatt contemplaba cómo se agrupaban sobre su cabeza todos aquellos bloques de bruma y cómo iba apareciendo la deformidad de las nubes. Pesaba, extendiéndose por el horizonte, una faja de niebla de color de ceniza y en el cenit una faja de color de plomo; lívidos guiñapos colgaban desde las nubes de arriba sobre las nieblas de abajo. El fondo, que lo constituia la muralla de nubes, era descolorido, térreo, triste, indescriptible. Un nubarron blanquecino y transversal cortaba oblícuamente del Norte al Sur la alta muralla sombría; una de sus extremidades se arrastraba por el mar: en el punto en que tocaba con la confusion de las olas, se divisaba en la oscuridad una bocanada de vapor rojizo. Debajo de él nubecillas muy bajas y muy negras volaban en sentido contrario unas de otras, como si no supiesen qué hacer. La poderosa nube del fondo crecia por todas partes á un tiempo, aumentaba el eclipse y continuaba su interposicion lúgubre. Solo quedaba al Este, detrás de Gilliatt, un pórtico de cielo claro, que iba á cerrarse. Se habia formado un techo compacto y negro en el extremo horizonte, que llegaba hasta el mar, y allí se mezclaba con la noche. Se sentia avanzar algo vasto, pesado y feroz. La oscuridad se iba condensando. Súbitamente estalló inmenso trueno.

Hasta Gilliat se sintió sacudido. Oir aquella realidad brutal en la region visionaria aterra. Parece que se oiga la caida de un mueble en la cámara de los jigantes.

No acompañó al trueno resplandor eléctrico. Fué un trueno negro. Volvió á restablecerse el silencio. Poco despues aparecieron uno tras otro y lentamente grandes relámpagos informes, relámpagos mudos. Al brillar cada uno de ellos se iluminaba todo. La muralla de nubes se habia transformado; tenia ahora bóvedas y arcos; se distinguian en ella siluetas, se esbozaban cabezas monstruosas que tendian los cabellos, y elefantes cargados con torres se entreveian y se desvanecian.

Una columna de bruma, recta, redonda, negra, coronada de un vapor blanco, remedaba la chimenea de un vapor colosal engullido que calentaba la caldera bajo el agua y echaba humo. Ondeaban nubes que parecian banderas desplegadas. En el centro, entre rojizas densidades, se hundia inmóvil un núcleo de niebla densa, inerte, impenetrable á las chispas eléctricas, especie de feto asqueroso en el vientre de la tempestad.

Súbitamente una bocanada de viento desgreñó á Gilliatt. Tres ó cuatro arañas grandes de lluvia se estrellaron á su alrededor sobre las rocas. Despues rugió un segundo trueno y el viento se levantó.

Habian ya pasado los compases de espera de la tempestad; el primer trueno removió el mar, el segundo hendió de arriba abajo la muralla de la nube, haciéndola, un agujero, por el que salió toda el agua que estaba en suspension; la hendidura se convirtió en boca llena de lluvia, y empezó el vómito de la tormenta.

Aquel momento fué espantoso.

Se desencadenaron á un tiempo todos los mónstruos, el aguacero, el huracan, los relámpagos, los rayos, las olas que llegaban hasta las nubes, los truenos, torsiones frenéticas, gritos, rugidos, silbidos, todo al mismo tiempo. El viento soplaba fulminante, la lluvia no caia, se desplomaba.

No podia haber crísis más amenazadora para un pobre hombre comprometido como Gilliatt con un barco cargado entre dos rocas en alta mar. El peligro de la marea, del que logró triunfar, no era nada comparado con el que iba á correr.

Gilliatt, ante el peligro supremo, descubrió una hábil estrategia. Tomó su punto de apoyo en el enemigo mismo; se asoció al escollo; el peñasco Douvres, que antes era su adversario, era ahora su segundo en aquel inmenso duelo; lo tenia á sus órdenes. De su sepulcro hizo una fortaleza. Se almenó tras de aquella formidable mole del mar. Estaba allí bloqueado, pero amurallado. Puede decirse que se recostaba en el escollo, fren-

te á frente del huracan. Habia barreado el estrecho por aquella calle de olas, que era lo único que podia hacer. Hizo entrar en razon al Océano, que es un déspota, levantando barricadas. El barco por tres partes podia considerarse como seguro: encerrado estrechamente entre las dos fachadas del escollo, se hallaba al Norte abrigado por la Douvre menor, al Sur por la mayor, al Oeste protegido por la trabazon de tablones, amarrado y clavado á las rocas, que formaban para él una barrera que resistió victoriosamente el rudo flujo de la marea alta, y que era una verdadera puerta de ciudadela, que tenia por jambas y por dintel las mismas columnas del escollo.

Su único peligro estaba por la parte del Este, en la que no tenia más que el rompe-olas. El quebranta-olas solo es un aparato de pulverizacion, que necesita dos bovedillas, y Gilliatt solo tuvo tiempo para construir una. Estaba construyendo la segunda cuando se le echó encima la tempestad.

Afortunadamente el viento venia del Noroeste, y el Noroeste, que es el antiguo galerno, produce poco efecto en las rocas Douvres. Asaltaba el escollo de través y no arrojaba las olas contra ninguna de las dos bocas del desfiladero, de modo que, en vez de entrar en una calle, se estrellaba contra un muro. La tempestad habia atacado mal.

Pero los ataques del viento son traidores, y era de temer alguna virada súbita; si se verificaba por el lado del Este antes de que Gilliatt acabase de construir la segunda bovedilla del rompeolas, se veria en gran peligro, porque la tempestad invadiria la callejuela de rocas y todo habria terminado para él.

Iba creciendo el atolondramiento de la tempestad. La tormenta hiere con un golpe tras otro, que es lo que le dá fuerza, y que es tambien su defecto. Su rabia permite á la inteligencia armarse contra ella, y el hombre se defiende arrostrando mil dificultades. Su defensa no le permite un momento de descanso, de interrupcion ni de tregua. Se vé cobardía en la prodigalidad de lo inagotable, que parece el pulmon de lo infinito que sopla.

La inmensidad en tumulto se arrojaba contra el escollo Douvres. Se oian innumerables voces. En algunos momentos parecia que la tempestad hablaba como si diese alguna voz de mando. Luego se oian clamores, clarines, trepidaciones extrañas y el gran ruido majestuoso que los marinos llaman *reto del Océano*. Las espirales indefinidas y fugitivas del viento silbaban encrespando las olas, y éstas, convertidas en discos, eran arrojadas contra las rompientes, como jigantescos guijarros por atletas invisibles. Grandes masas de espuma coronaban todas las rocas. Torrentes arriba, babeo abajo. Se redoblaban los mugidos. No hay rumor humano ni bestial que pueda dar idea de los estruendos que se confundian con las dislocaciones del mar. La nube cañoneaba, el granito ametrallaba, la ola escalaba. Algunos puntos parecian inmóviles; en otros el viento corria veinte toesas por segundo. En cuanto la vista podia alcanzar se veia el mar blanco. Se abrian puertas de fuego. Habia nubes que parecian incendiadas por las otras, y sobre un cúmulo de áscuas algunos nubarrones negros tenian todas las apariencias de una humareda. Configuraciones flotantes se chocaban y se amalgamaban, desfigurándose recíprocamente. Caia agua inconmensurable. Se oian disparos por pelotones en el firmamento. En el centro de la bóveda sombría se recortaba una especie de banasta, de la que caian mezclados el sifon, el granizo, los chubascos, los fuegos fosfóricos, la noche, la luz, los rayos.

Nada de esto llamaba la atencion de Gilliatt. Tenia la cabeza inclinada y continuaba trabajando. Empezaba á levantar la segunda bovedilla. A cada trueno contestaba con un martillazo, y su cadencia resonaba en el caos. Estaba con la cabeza descubierta, porque una ráfaga le habia arrebatado la gorra de marinero.

Sentia sed horrible; probablemente tendria calentura. A su alrededor se habian hecho algunos charcos en los agujeros de las rocas, de cuya agua bebia con el hueco de la mano; en seguida volvia á su trabajo.

Su salvacion dependia de un instante. Sabia lo que le esperaba si no concluia á tiempo el rompe-olas, y no queria perder un minuto en mirar cómo se le acercaba la muerte.

A su alrededor todo estaba trastornado y no cesaba el movimiento ni el estrépito. De vez en cuando parecia que el rayo bajase por una escalera. Los sacudimientos eléctricos se sentian sin cesar en los mismos puntos del escollo, que probablemente tendrian alguna atraccion metálica. Caian granizos gordos como el puño, y Gilliatt tuvo que sacu-

dir varias veces su chaqueton, cuyos bolsillos estaban llenos de granizo.

La tormenta venia del Oeste y azotaba la barrera de los Douvres, pero Gilliatt tenia en ella la mayor confianza. Formó esta barrera de un gran trozo de la proa de la *Duranda*, que recibia con rigidez el choque de las olas; la elasticidad es una resistencia. La barrera de los Douvres tenia buenas condiciones; estaba, además, tan ingeniosamente amarrada, que el agua que la golpeaba por encima era para ella el martillo que hinca el clavo; la apoyaba más y más en la roca y la consolidaba; para demolerla era preciso derribar los Douvres. Efectivamente, las ráfagas solo conseguian lanzar al barco por encima del osbtáculo algunos esputos de espuma. Por aquella parte la tempestad no era temible. Gilliatt volvió las espaldas á sus imponentes esfuerzos, y tranquilo oia detrás de él aquella rabia inútil.

Los copos de espuma, que volaban en todas direcciones, parecian vedijas de lana. El agua copiosa é irritada inundaba las rocas, subia sobre ellas, penetraba en la red de hendiduras interiores y por estrechas grietas, y volvia á salir de las masas graníticas. En distintos puntos, hebras de plata desde los agujeros caian graciosamente al mar.

Gilliatt estaba ya terminando la bovedilla de refuerzo de la barrera del Este.

De repente vió gran claridad; cesó la lluvia, se diseminaron las nubes, varió el viento, abrióse en el cenit una especie de alta ventana crepuscular y los relámpagos se extinguieron; parecia que iba á terminar la tormenta, pero empezaba.

La variacion del viento era del Suroeste al Noroeste.

La tempestad iba á entrar en batalla con un nuevo ejército de huracanes. El Norte iba á dar el violento asalto. Los marinos llaman á esa segunda parte tan temida *la ráfaga de la gran prueba*. El viento del Sur trae más agua; el del Norte más electricidad.

Viniendo ahora la agresion del Este, atacaba el punto débil de Gilliatt; éste suspendió el trabajo y se puso á observar.

Colocóse sobre una roca saliente y vertical detrás de la segunda bovedilla, que estaba casi terminada. Si el agua arrastraba el primer zarzo de rompe-olas, hundiria tambien el segundo, que no estaba aun consolidado, y esta demolicion aplastaria á Gilliatt; seria despedazado en el punto que acababa de elegir, antes de que se sumergieran en el abismo el barco, la máquina y todo su trabajo. Tal era la terrible eventualidad que Gilliatt corria y aceptaba. En el naufragio de todas sus esperanzas necesitaba morir, morir el primero; porque la máquina era para él como un sér querido. Se levantó con la mano izquierda los cabellos humedecidos por la lluvia, que le caian sobre los ojos; cogió con la mano derecha el martillo, se inclinó hácia atrás, colocándose tambien en actitud amenazadora, y esperó.

No esperó mucho tiempo.

El resplandor de un rayo dió la señal: cerróse la abertura pálida del cenit, sopló de repente una bocanada de aire de chubasco, se oscureció todo, y Gilliatt no vió ya más claridad que la luz de los relámpagos. Empezaba el ataque sombrío.

Una ola poderosa, que iluminaban los contínuos relámpagos, se levantó hácia el Este, más allá del peñasco el *Hombre*. Parecia inmenso rodillo de cristal; era verdosa y sin espuma y ocupaba gran parte del mar, avanzando hácia el rompe-olas. Iba ensanchándose á medida que se acercaba. El trueno gruñia sordamente.

La ola jigantesca alcanzó el peñasco el *Hombre*; se dividió en dos y cada parte se fué por un lado. Al volverse á reunir, los dos trozos formaron una montaña de agua, que estaba perpendicular al quebranta-olas, cuando antes estaba paralela á él. La ola tenia la forma de una viga. Era un ariete arrojado contra el rompe-olas. El choque fué rugidor, y todo se desvaneció entre la espuma.

Poco despues la espuma se disipó. Gilliatt continuaba en pié. La barrera pudo resistir; ni se le rompió una cadena ni se le desclavó un clavo. Demostró que estaba construida magistralmente.

Afortunadamente la tormenta estuvo algun tiempo divagando. Las olas volvieron á encarnizarse contra las partes muradas del escollo, y de esto se aprovechó Gilliatt para terminar la bovedilla de refuerzo. En este trabajo pasó todo el dia. La tormenta siguió chocando contra el flanco del escollo con solemnidad lúgubre. La urna de agua y la urna de fuego de las nubes se vertian sin vaciarse nunca. Las ondulaciones altas y bajas del viento remedaban los movimientos de un dragon.

Como el dia fué tan oscuro, cuando llegó la noche no se notó siquiera. La

oscuridad era completa. Las tempestades que ilumina y ciega el rayo ofrecen lo visible y lo invisible con intermitencias.

Una zona de fósforo, de color rojo boreal, flotaba como andrajo espectral detrás de las nubes densas, que las hacia palidecer. La lluvia era luminosa. Estas claridades ayudaban á Gilliatt y le dirigian. Una vez, levantando la vista al cielo, le dijo á un relámpago: ¡Alúmbrame! Gracias á su resplandor, pudo hacer más alta que la primera la bovedilla segunda y el rompe-olas quedó casi completo. Cuando Gilliatt amarraba á la roda culminante un cable de refuerzo, el viento le sopló de lleno en la cara y le hizo levantar la cabeza. El viento se inclinó de pronto al Nordeste; por consiguiente, volvia á empezar el ataque de la boca del estrecho. Gilliatt miró á lo lejos y vió que el rompe-olas iba á ser arrollado otra vez, porque venia hácia él otra ola.

Esta ola acometió rudamente, tras ésta otra y otra, cinco ó seis llegaron en tumulto, casi juntas, y la última fué espantosa.

Ésta, que resumia un total de fuerzas, tenia el aspecto de cosa viviente. La imaginacion podia dar á su entumecimiento y á su transparencia aspecto de agallas y de aletas. La ola se rompió, destrozándose al chocar con el rompe-olas; en su destrozo contra la pesada mole de rocas y de tablas se veia algo parecido al aplastamiento de una hidra. La ola, al morir, devastaba; parecia que se encaramaba y mordia, y removió el escollo con profundo temblor, en el que se oyeron mezclados gruñidos de bestia. La espuma parecia la saliva de un Leviatan.

La espuma, al desaparecer, dejó ver una avería. El último escalamiento causó estragos; habia sufrido el rompe-olas. Una viga pesada y larga, que arrancó de la bovedilla anterior, fué lanzada por encima de la barrera de atrás contra la roca vertical que un momento escogió Gilliatt para sitio de combate. Afortunadamente éste no volvió á subir allí, que á haber subido hubiera quedado muerto en el acto.

La singularidad de la caida de la viga la impidió rebotar y libró á Gilliatt del contra-golpe. Como vamos á ver, en cierto modo esto le fué hasta útil.

Entre la roca saliente y el escarpe interior del desfiladero habia un intervalo, una muesca, que tenia bastante parecido con la entalladura de una hacha ó con el alvéolo de una cuña. Una de las extremidades del tablon que lanzó al aire la ola se embutió al caer en el alvéolo y lo ensanchó.

Esto le sugirió una idea á Gilliatt. Pasar sobre la extremidad opuesta del tablon.

El tablon, que estaba sujeto por un extremo en la hendidura de la roca que ensanchó, salia recto como un brazo tendido, prolongándose paralelamente á la fachada interior del desfiladero; el extremo libre del tablon se alejaba del punto de apoyo unas veinte pulgadas, que era gran distancia para los esfuerzos que era preciso hacer.

Gilliatt se apuntaló con los piés, con las rodillas y con los puños contra la escarpadura, pegando los hombros á la enorme palanca. Como el tablon era largo, aumentaba la fuerza del peso de Gilliatt. Aunque la roca estaba ya conmovida, tuvo que multiplicar cuatro veces sus esfuerzos. Le chorreaba del cabello tanto sudor como lluvia. Al hacer el cuarto esfuerzo, que fué frenético, dió un ronquido la roca; la muesca, ensanchada y hendida, se abrió como una mandíbula, y la pesada mole cayó en el estrecho del desfiladero con horrible extrépito, al que replicaron los truenos.

Cayó entera, esto es, sin romperse, como una torre que se precipita en una sola pieza. El tablon, convertido en palanca, siguió á la roca, y Gilliat, cediendo al empuje, estuvo próximo á caer.

El monolito, al chapucear, salpicando de espuma á Gilliatt, quedó acostado entre las dos rocas grandes y paralelas del desfiladero y formó una muralla transversal, una especie de eslabon que unia los dos escarpes. Sus dos extremos tocaban en el desfiladero; como era demasiado largo, su vértice de roca musgosa se rompió al encajarse. Resultó de su caida un callejon sin salida, que aun hoy dia puede verse. El agua, detrás de esa barrera de piedra, permanece siempre tranquila.

Constituia una trinchera más invencible que el pedazo de la proa de la *Duranda* embutida entre los dos Douvres, Trinchera que se levantó muy á propósito.

Continuaba la marejada y las olas se obstinaban en estrellarse contra el obstáculo. La primera bovedilla atacada comenzaba á desarticularse. Deshacerse solo una malla en un rompe-olas causa grave avería; el ensanche del agujero es

inevitable y no se puede reparar en el acto, porque el oleaje se llevaria al trabajador.

Una descarga eléctrica, que alumbró el escollo, descubrió á Gilliatt el estrago que habia sufrido el rompe-olas; se le habian aflojado los tablones, los cabos de cuerda y de cadena empezaban á ser juguete del viento y se divisaba una abertura en el centro del aparato. La segunda claraboya estaba intacta.

El bloc de piedra que tan poderosamente arrojó Gilliatt en el estrecho del escollo era una barrera sólida, pero tenia el defecto de ser demasiado baja. El oleaje no podia romperla, pero podia saltarla.

No podia levantarse más; solo era posible sobreponer á la barrera de piedra masas de roca; pero, ¿cómo desprenderlas, arrastrarlas y consolidarlas? Se ajustan tablas sobre tablas, pero no rocas sobre rocas. Gilliatt no era Encelado.

La falta de elevacion de aquel pequeño istmo de granito tenia preocupado á Gilliatt. No tardó mucho en conocer este defecto. Las ráfagas no dejaban en paz al rompe-olas: se encarnizaban de tal modo contra él, que parecia que se dedicaran á destruirle. Se oia una especie de pateo sobre aquella armazon tan traqueteada.

De pronto un pedazo de burel, destacado de la dislocacion, saltó más allá de la segunda bovedilla y fué á parar al desfiladero, donde el agua se apoderó de él y lo arrastró hasta las sinuosidades de la callejuela. Allí Gilliatt le perdió de vista. Era probable que aquel pedazo de viga fuese á chocar contra su barco. Por fortuna el agua, encerrada por todos lados en el interior del escollo, se resentia apenas del sacudimiento exterior. Como habia poca marejada, el choque no podia ser muy rudo. Además, Gilliatt no tenia tiempo para ocuparse de aquella avería, si realmente habia sucedido. Todos los peligros se le presentaban á la vez: la tempestad se concentraba en su punto vulnerable, y el inminente peligro estaba ante él.

Como por connivencia siniestra, los relámpagos se interrumpieron y reinó profunda oscuridad. La nube y la ola se combinaron como un solo enemigo, y se oyó un golpe sordo.

A este golpe sucedió un fracaso.

Gilliatt levantó la cabeza y miró. La bovedilla, que era el frente de la barrera, se habia hundido. Veia saltar en las olas las extremidades de las vigas, y que el mar se servia del primer rompe-olas para batir en brecha al segundo. Gilliatt sintió la conmocion que experimentaria el general que viese derrotada su vanguardia.

La segunda fila de tablones resistió el choque; estaba bien apuntalada y atada con solidez. Pero pesaba mucho la bovedilla rota; estaba á discrecion de las olas, que la arrojaban, la volvian á coger y la volvian á arrojar, y conservaba siempre su volúmen, impidiéndola hacerse pedazos las ligaduras que la sujetaban aun. De modo que las buenas cualidades con que Gilliatt la dotó como aparato de defensa, la convirtieron en excelente máquina de destruccion. Era escudo y se trocó en maza. Además, las quebraduras le hacian formar puntas; salian de su superficie numerosos clavos y astillas, y estaba como cubierta de dientes y de espolones. No era posible idear arma tan contundente, tan temible y tan á propósito para que la tempestad la manejase. Era el proyectil y el mar la catapulta.

Los golpes se sucedian con cierta regularidad trágica. Gilliatt estaba pensativo detrás de la puerta que él tapió, oyendo cómo llamaba la muerte, que queria entrar.

Reflexionaba con amargura que si la tempestad no hubiera retenido fatalmente la máquina de la *Duranda*, á aquellas horas hubiera ya entrado en el puerto de Guernesey.

Se realizó lo que Gilliatt temia. Se verificó un fraccionamiento que produjo ruido de estertor. Toda la armazon del rompe-olas á la vez, las dos armaduras confundidas y desmenuzadas á un tiempo, fueron arrastradas por las olas hasta la barrera de piedra, y allí se detuvieron. Aquello fué un caos, informe maleza de tablones, por donde penetraban las olas, pulverizándolos. La muralla vencida agonizaba heróicamente.

El mar la despedazaba, pero el mar se rompia contra ella. Hasta derribada era útil. La roca, formándole una barrera, un obstáculo sin retroceso posible, la retenia por el pié. El desfiladero era muy estrecho por aquel punto; la ráfaga victoriosa habia hecho retroceder el rompe-olas entero, destrozado y machacado; la violencia misma del empuje, apilando las vigas y hundiendo las unas en las fracturas de las otras, construyó con aquella demolicion un aplastamiento sólido. Lo destruido era inquebranta-

ble. Solo saltaron algunos tablones, que dispersó el oleaje. Uno de ellos hendió el aire tan cerca de Gilliatt, que sintió en la frente el viento que le arrojaba con ímpetu.

Algunas de las olas grandes saltaban por encima del arruinado rompe-olas, y al caer en el desfiladero, á pesar de los recodos, agitaban el agua. El oleaje del estrecho comenzaba á agitarse demasiado.

¿Cómo impedir que esta agitacion se prolongase hasta su barco? Necesitarian poco tiempo las ráfagas para volver tempestuosa toda el agua del interior, y unos cuantos golpes de mar bastarian para abrir el buque de Gilliatt y para tragarse la máquina.

El se extremecia, pero no se desconcertaba. No se abatia nunca la grandeza de su alma.

Entre tanto el huracan encontró la coyuntura favorable y se engolfaba frenético entre las dos murallas del estrecho.

De repente, á alguna distancia detrás de Gilliatt, resonó y se prolongó en el desfiladero un estallido más espantoso que todo lo que Gilliatt hasta entonces habia oido.

Se oyó por la parte donde estaba su barco.

Debió suceder algo funesto.

Gilliatt corrió á ver el buque.

Desde la boca del Este, donde se encontraba, le impedian verlo las tortuosidades del desfiladero. Al estar cerca de él se paró, esperando la luz de un relámpago.

El relámpago llegó y le hizo ver lo que deseaba.

El golpe de mar en la boca del Este habia coincidido con una arremetida del viento en la boca del Oeste, y en este punto se iniciaba un desastre.

El barco no tenia ninguna avería visible. Del modo que estaba anclado ofrecia poco blanco á los embates del viento y de las olas, pero el esqueleto de la *Duranda* amenazaba desplomarse. Sus ruinas presentaban á la tempestad mucha superficie. Estaban enteramente fuera del agua y en el aire. El agujero que practicó Gilliatt en el casco para extraer la máquina, debilitó los restos de la *Duranda*. Tenia la quilla cortada; era un esqueleto al que se le habia roto la columna vertebral. Como el huracan fué muy récio, no necesitó más. El puente se habia plegado como un libro que se abre; se produjo en ella un desmembramiento, que fué el que causó el estallido que oyó Gilliatt.

El espectáculo que vió al acercarse á la *Duranda* parecia casi irremediable.

La incision cuadrada que él practicó se habia convertido en llaga, en la que el viento abrió una fractura. Esta rotura transversal dividia en dos al buque destrozado. Su parte posterior, próxima al barco de Gilliatt, permanecia firme, apoyada entre las rocas. La parte anterior estaba colgando. Una fractura, cuando no es completa, es un gozne. Aquella masa oscilaba al rededor de sus roturas, como si éstas fueran bisagras, y el viento la balanceaba con imponente ruido.

Por fortuna el barco no estaba debajo de la *Duranda*.

Pero el balanceo conmovia la otra mitad del casco aun incrustado é inmóvil entre los dos Douvres, y podia caer arrancado. Si el viento le batia con obstinacion, la parte dislocada podia arrastrar á la otra, que casi estaba tocando con el barco, y éste y la máquina cederian al golpe y al peso y bajarian al abismo. Gilliatt comprendió que ese peligro seria para él la gran catástrofe.

Cómo conjurarla?

Gilliatt era uno de esos hombres que del mismo peligro hacen brotar el socorro.

Meditó un momento.

Fué al almacen y cogió el hacha. Despues subió al buque naufragado. Sentó el pié en la parte de cubierta que no estaba doblada ni inclinada sobre el precipicio que separaba á los dos Douvres, y acabó de romper los tablones, medio fracturados, y de cortar las ligaduras que aun quedaban en el averiado casco. Su operacion se reducia á acabar de separar los dos trozos del buque naufragado, dejando en su sitio la mitad de él, que estaba aun enclavada, y á echar al agua la otra mitad, que servia de piqueta al viento y á la tempestad. Esa operacion era más peligrosa que difícil. La mitad del casco que estaba colgando, y que sacudian el viento y su propio peso, solo estaba adherida por algunos puntos. El conjunto de la *Duranda* se asemejaba á una ventana con dos puertas, en la que una de ellas medio desclavada golpeara á la otra. Solo se mantenian firmes cinco ó seis tablas, dobladas y resquebrajadas, pero no rotas. Sus fracturas crujian y se ensanchaban á cada embestida del huracan, y el hacha casi no tenia que hacer más que

ayudar al viento. Las pocas adherencias, que facilitaban el trabajo de Gilliatt, eran para él el verdadero peligro. Todo podia á la vez venirse abajo y arrastrarle en su caida.

La tempestad se hallaba en su paroxismo; hasta entonces fué imponente, ahora llegaba á ser horrible. La convulsion del mar invadió el cielo. La nube, que hasta aquel momento fué soberana y obraba como queria, dábale impulso, infundia á las olas su locura, pero conservaba, sin embargo, no sé qué lucidez siniestra. Abajo dominaba la demencia, arriba la cólera. El cielo es el soplo, el Océano solo es la espuma. El huracan es un génio, pero la embriaguez de su propio horror le habia turbado y no era más que un torbellino. Era la ceguedad engendrando la noche.

En las tormentas hay un momento insensato, que es para el cielo como un vapor que se le sube al cerebro. El abismo no sabe lo que se hace y fulmina rayos á tientas. Ese momento es espantoso. La trepidacion del escollo llegaba á su colmo. Toda tempestad tiene misteriosa ostentacion, pero que la pierde cuando llega ese momento. Es el lado malo de la tempestad. *Entonces*, decia Tomás Fuller, *el viento es un loco furioso*. Entonces las tempestades hacen el gasto contínuo de electricidad que Piddington llama *la cascada de relámpagos*. Entonces aparece en lo más negro de la nube, para espiar el azoramiento universal, un círculo de resplandor azul, que los antiguos marinos españoles llamaban *el ojo de la tempestad*.

Este ojo lúgubre miraba á Gilliatt, que estaba observando la nube. A cada hachazo que daba se erguia altanero. Estaba ó parecia estar demasiado perdido para que no le dominase el orgullo. Desesperaba? No. Ante el supremo arrebato de rabia del Océano era tan prudente como atrevido. Solo ponia los piés en los puntos sólidos de la *Duranda*. Como la tempestad, tambien habia llegado á su paroxismo. Su vigor se centuplicaba; estaba loco de intrepidez. Sus hachazos resonaban como desafíos. Parecia haber ganado en lucidez lo que la tempestad habia perdido. En este terrible conflicto luchaban, por una parte lo inagotable y por otra lo infatigable, hasta vencerse el uno al otro.

Las nubes terribles modelaban en la inmensidad máscaras de górgonas, causando la mayor intimidacion posible; la lluvia venia de las olas; la espuma de las nubes; los fantasmas del viento se encorvaban; fases de meteoros aparecian purpúreos y se eclipsaban, haciendo más negra la oscuridad despues de sus desvanecimientos; un chaparron inmenso caia por todas partes; todo era ebullicion; la sombra en masa se desbordaba; los cúmulos cargados de granizo, desgarrados y de color de ceniza, parecian ser presa de frenesí giratorio; se oia en el aire ruido de granos secos pasados por una criba; las electricidades inversas, que observó Volta, producian de una á otra nube su fuego culminante; las prolongaciones del rayo eran espantosas; los relámpagos tocaban casi á Gilliatt, que parecia asombrar al abismo.

Iba y venia por la *Duranda* vacilante; sus pasos hacian temblar la cubierta y golpeaba, cortaba y tronchaba, con el hacha en la mano, lívido á la luz de los relámpagos, desmelenado, descalzo y haraposo, con el rostro lleno de salivazos del mar y grande en medio de aquel laberinto de truenos. Solo la destreza puede luchar contra las fuerzas en delirio, y la destreza hacia triunfar á Gilliatt. Queria producir la caida general de la parte de buque dislocada, y debilitaba las partes próximas á derrumbarse, sin romperlas del todo, para dejar algunas fibras que sostuviesen el resto. De pronto se paró con el hacha levantada. Habia terminado la operacion. El pedazo entero se desprendió.

La mitad del esqueleto de la *Duranda* se deslizó entre los dos Douvres ante la vista de Gilliatt, que estaba sobre la otra mitad de pié, inclinado y observando. El trozo desprendido cayó verticalmente en el agua, salpicó las rocas y se detuvo en la angostura antes de tocar el fondo. Quedó bastante fuera del agua para dominar el oleaje á más de doce piés de altura; el tablero vertical formama muralla entre los dos Douvres, y como la roca atravesada en el estrecho un poco más arriba, dejaba apenas filtrar la espuma por sus dos extremos. Esta fué la quinta barricada que improvisó Gilliatt en contra de la tempestad en aquella calle del mar. Era una suerte que la proximidad de las paredes hubiera impedido á esta barrera llegar hasta el fondo. Así tenia mayor altura; además, podia el agua sin obstáculo pasar por debajo y aumentar la fuerza de las tablas.

Desde entonces estaba ya vencida la borrasca; Gilliatt no podia temer ni por su barco ni por la máquina. El agua no

podia ya circular á su alrededor. Entre la cerca de los Douvres que les cubria por el Oeste y la nueva barrera que les protegia por el Este, ningun golpe de mar ni de viento podia alcanzarlos.

Gilliatt sacó su salvacion de la misma catástrofe, consiguiendo la ayuda de la tempestad. Convencido de que estaba sano y salvo, tomó de un charco de lluvia un poco de agua con el hueco de la mano, bebió, y dirigiéndose al huracan, le dijo:—Zopenco!

Dá alegría irónica á la inteligencia que combate hacer constar que la vasta estupidez de las fuerzas furiosas solo consigue prestarle servicios; y Gilliatt sintió la inmemorial necesidad de insultar al enemigo, necesidad que se remonta á los tiempos de Homero.

Gilliatt fué á su buque, aprovechándose de la claridad de los relámpagos, para examinarle. Ya era hora de que acudiera á socorrerle. Soportó violentas sacudidas y comenzaba á torcerse. Gilliatt no le encontró ninguna avería á primera vista, á pesar de que reconoció que habia sufrido choques rudos.

En cuanto el agua se calmó, el casco se habia enderezado por sí mismo; las anclas se habian portado bien, y las cuatro cadenas sujetaban admirablemente la máquina. Cuando Gilliatt terminó de pasar esta revista, un objeto blanco pasó muy cerca de él y se sumergió en la oscuridad. Era una paviota.

En las tormentas esta es la aparicion más agradable. Cuando las aves vienen el huracan se vá.

Gilliatt vió otra buena señal; la tronada aumentaba.

Las supremas violencias de la tempestad la desorganizan, y todos los marinos saben que la última prueba es ruda, pero corta. El exceso de rayos anuncia el fin de la borrasca.

La lluvia paró bruscamente. El huracan cesó; se quebró, por decirlo así. El inmenso aparato de nubes se deshizo. Una rendija de cielo claro brilló en la oscuridad. Gilliatt quedó estupefacto; estaba en pleno dia.

La tempestad habia durado cerca de veinte horas.

El viento que la trajo se la llevó. Oscuridad difusa llenó el horizonte. Las brumas rotas y fugitivas se amasaron en tumulto; hubo de un extremo á otro de la línea de las nubes un movimiento de retirada. Se oyó largo rumor decreciente, cayeron algunas rezagadas gotas de lluvia, y toda aquella sombra llena de truenos huyó como un cortejo de carros terribles.

De repente el cielo quedó azul.

Gilliatt se apercibió de que estaba fatigado. El sueño se abate sobre el hombre rendido como una ave de presa. Gilliatt se doblegó y se dejó caer en el barco sin buscar sitio, y se quedó dormido. Permaneció así algunas horas inerte y tendido, casi como los tablones y las vigas sobre los que yacía.

# LIBRO CUARTO

## Los dobles fondos del obstáculo.

### I.

**No es el único que tiene hambre.**

Cuando Gilliatt se despertó tenia hambre.

El mar se iba apaciguando, pero aun estaba demasiado agitado para poder partir en seguida. Además, el dia iba declinando, y para llegar á Guernesey con la carga que llevaba Gilliatt á la media noche, necesitaba hacerse á la vela al rayar el dia.

Aunque el hambre le apremiaba, lo primero que hizo fué desnudarse para entrar en calor. Su ropa, que empapó la lluvia, la habia lavado el agua del mar y podia secarse. Solo se dejó puesto el pantalon, que se lo levantó hasta las rodillas.

Extendió y fijó con guijarros sobre las prominencias de las rocas la camisa, el chaqueton, el capote, las polainas y la piel de carnero.

Despues pensó en comer.

Recurrió á la navaja, que tenia cuidado de afilar y mantener siempre en buen estado, y con ella arrancó del granito algunas lapas. Ya se sabe que las lapas se comen crudas. Esa comida, despues de tantos y tan rudos trabajos, era demasiado frugal. No le quedaba ya galleta, pero agua tenia de sobra.

Aprovechando la circunstancia de estar bajando la marea, registró por entre las rocas, buscando langostas. Tenia bastante terreno á su disposicion y esperaba buena caza.

Pero no pensó que ya no podia cocer nada. Si se hubiera dirigido al almacen, le hubiera encontrado hundido por la lluvia y por el huracan. La madera y el

carbon estaban anegados, y en la provision de estopa que le servia de yesca no habia seca ni una sola hebra. Le era imposible encender fuego. El fuelle, además, estaba desorganizado; el tejadillo del fogon de la fragua deshecho; la tempestad habia saqueado su laboratorio. Con los útiles salvados de la avería acaso pudiese trabajar de carpintero, pero no de herrero. En aquella ocasion no se ocupaba del taller.

El estómago le arrastraba á otra parte, y sin más reflexion se lanzó en busca de comida. Se dirigió, no al interior del escollo, sino á la parte exterior, que era la opuesta á las rompientes. Allí diez semanas atrás la *Duranda* chocó contra los arrecifes.

Para la caza que perseguia Gilliatt, el exterior del desfiladero era preferible al interior. Los cangrejos, cuando baja la marea, tienen la costumbre de tomar el aire y el sol; les gusta la luz del medio dia, y causa un efecto extraño verlos salir del agua en plena luz. Su aparicion casi indigna. Cuando se les vé, con paso torpe y oblícuo, subir pesadamente de un escalon á otro por los picos inferiores de las rocas como por los peldaños de una escalera, comprendemos que el Océano tambien tiene sabandijas. Hacia dos meses que Gilliatt vivia de ellas.

Sin embargo, aquel dia los cangrejos y las langostas no aparecian. La tempestad les obligó á guarecerse en sus escondrijos y quizás aun estaban asustados. Gilliatt, con la navaja abierta en la mano, arrancaba de vez en cuando algun molusco de bajo de las ovas. Iba andando y comiendo.

No debia estar lejos el punto en que se perdió el señor Clubin.

Mientras Gilliatt comia algunos esquinos y erizos de mar, sintió bajo sus piés extraña impresion. Un gran cangrejo que espantó su presencia saltó al agua, pero no se hundió lo suficiente para que Gilliatt le perdiese de vista. Se puso á correr tras él por el basamento del escollo. El cangrejo huyó y Gilliatt le perdió de vista.

Se metió sin duda en alguna grieta debajo de la roca. Gilliatt se agarró á las partes salientes de ésta y estiró el cuello para ver por debajo de ella. Vió efectivamente allí una fragosidad, que es donde el cangrejo debia haberse refugiado. Aquella fragosidad era una especie de pórtico. El mar entraba por debajo, pero allí no era profundo; se veia el fondo lleno de guijarros. Los guijarros eran verdosos y estaban tapizados de confervas, lo que era señal de que nunca se quedaban en seco. Parecian cabezas de niños con cabelleras verdes.

Gilliatt cogió la navaja entre los dientes, y agarrándose con los piés y con las manos, bajó al agua desde lo alto del escarpe. El agua le llegaba casi á la espalda.

Se internó por debajo del pórtico y se encontró en un corredor sin tipo ni carácter especial, que presentaba un esbozo de bóveda ojiva sobre su cabeza. Las paredes eran lisas y bruñidas. No veia el cangrejo. Avanzó, y al avanzar le parecia que el dia declinaba; comenzó á no ver.

Al andar algunos pasos no encontró ya bóveda encima de él; estaba ya fuera del corredor. Habia allí más espacio y por consiguiente más luz; además, sus pupilas se habian ya dilatado y veia bastante claro.

Quedó sorprendido. Acababa de entrar en la extraña cueva que visitó un mes atrás; solo que ahora entraba en ella por el mar.

Pasó por bajo del arco que vió anegado y que en las mareas bajas era practicable. Cada vez veia más claro. Estaba atónito al volver á encontrar aquel extraordinario palacio de las tinieblas, con su bóveda, con sus pilares, con sus púrpuras, con su vejetacion de pedrería, con su cripta en el fondo, que era casi un santuario, y con aquella piedra inmensa y tallada, que era casi un altar.

No retenia en la memoria estos pormenores, pero recordaba el conjunto.

Volvia á ver á cierta altura en el escarpe la hendidura por la que penetró la primera vez, y que desde el punto en que se encontraba ahora parecia inaccesible. Volvia á ver junto al arco ojivo las grutas bajas y oscuras, que parecian una especie de cavernas en la cueva que habia divisado desde lejos y que ahora distinguia desde cerca. La que estaba más próxima á él estaba en seco y era fácilmente abordable. Más cerca aun de aquel hundimiento notó, sobre el nivel del agua y al alcance de su mano, una hendidura grande y horizontal en el granito. Allí sin duda se ocultó el cangrejo. Metió en la hendidura el puño tan adentro como le fué posible, y empezó á buscarle palpando por dentro del tenebroso agujero.

De pronto sintió que le asian del brazo.

Experimentó en aquel momento horror indescriptible.

Un objeto delgado, áspero, chato, frio, viscoso y viviente, acababa de enroscarse, en la oscuridad, alrededor de su brazo desnudo; le subia hasta el pecho, causándole la presion de una correa, y dándole las vueltas de una barrena. En menos de un segundo no sé qué espiral le invadió la muñeca y el codo y le tocó el hombro; la punta le escarbaba el sobaco.

Gilliatt se echó hácia atrás, pero apenas pudo moverse; se quedó como clavado. Con la mano izquierda, que tenia libre, cogió la navaja que llevaba agarrada entre los dientes y se apuntaló contra el peñasco, haciendo desesperado esfuerzo para sacar el brazo derecho. Esto solo consiguió irritar aquella ligadura viva, que le apretó más; era elástica como el cuero, sólida como el acero, fria como la noche.

Otra correa estrecha y aguda salió de la hendidura del peñasco, como una lengua que sale fuera de la boca. Lamió espantosamente la cintura desnuda de Gilliatt, y alargándose de pronto desmesurada y sutilmente, se le aplicó á la piel y le rodeó todo el cuerpo.

Al mismo tiempo sufrimiento desconocido henchia los crispados músculos de Gilliatt, que sentia en la piel surcos redondos y horribles. Le parecia que innumerables labios, pegados á la carne, querian beberle la sangre.

Una tercera correa ondeó fuera de la roca, tocó á Gilliatt y le flageló los lomos como una cuerda, quedando fija en ellos.

La angustia, cuando llega á su paroxismo, es muda. Gilliatt no lanzó ni un solo grito. Habia allí bastante claridad para ver las repugnantes formas que tenia enroscadas.

Una cuarta ligadura, rápida como una flecha, saltó alrededor de su vientre y se enroscó en él. Le era imposible cortar ni arrancar aquellas correas viscosas, que se adherian estrechamente á su cuerpo por infinidad de puntos. Cada uno de estos puntos era un foco de extraño dolor.

Una quinta prolongacion saltó del agujero. Se sobrepuso á las otras y se replegó sobre el diafragma de Gilliatt; la compresion y la angustia apenas le dejaban respirar.

Aquellas correas, que terminaban en punta, iban ensanchándose como hojas de espada hácia la empuñadura; las cinco partian de un mismo centro. Andaban y trepaban sobre Gilliatt, el que sentia cambiar de sitio las presiones oscuras, que parecia que le ocasionaban otras tantas bocas.

De pronto de la hendidura salió una viscosidad ancha, redonda y chata; aquello era el centro; las cinco correas arrancaban de él como del eje los rayos de una rueda, y se distinguia al lado opuesto de aquel disco inmundo la raiz de otros tres tentáculos que se habian quedado en el agujero de la roca. En aquella viscosidad sobresalian dos ojos que miraban.

Gilliatt conoció que aquello era un pulpo.

## II.

### El mónstruo.

Para saber lo que es el pulpo es necesario haberle visto. Comparadas con él, las antiguas hidras eran séres inofensivos.

Momentos hay en que nos sentimos inclinados á creer que nuestros más vagos sueños encuentran en lo posible imanes que atraen sus lineamientos, y de ellos salen verdaderos séres. Lo desconocido dispone del prodigio y se aprovecha de él para crear el mónstruo. Orfeo, Homero y Hesiodo solo han podido crear la quimera, pero Dios ha formado el pulpo.

Cuando Dios quiere sobresale en lo execrable. El por qué de esa voluntad causa espanto al pensador religioso.

Admitiendo todos los ideales, si causar terror es un propósito, el pulpo es una obra maestra.

La ballena es enorme, el pulpo es pequeño, el hipopótamo lleva una coraza, el pulpo carece de armadura. La jararaca silba, el pulpo es mudo. El rinoceronte ostenta un cuerno, el pulpo no lo tiene. El alacran posee un dardo, el pulpo carece de él. El buttnes tiene pinzas, el pulpo no. El tiburon se defiende con aletas cortantes, el pulpo carece de esas aletas. El escuerzo arroja un vírus, el pulpo no. El leon posee zarpas, el pulpo está sin zarpas. El águila hiere con el pico, el pulpo carece de pico. El cocodrilo presenta la boca armada de dientes, el pulpo carece de ellos. El pulpo no tiene masa muscular, ni coraza, ni cuerno, ni dardo, ni pinzas, ni aletas cortantes, ni alas con uñas, ni vírus, ni garras, ni pico, ni dientes; y sin embargo, el pulpo es el más formidablemente armado de todos los animales.

Qué es, pues, el pulpo? Es la ventosa.

En los escollos de alta mar, en los huecos de rocas no visitadas, en las cuevas desconocidas en que abundan las vejetaciones, los crustáceos y las almejas, el nadador que, seducido por los encantos de la perspectiva, se aventura en ellos demasiado, se expone á un terrible encuentro.

Hé aquí lo que es este encuentro.

Una forma cenicienta oscila en el agua, es gruesa como el brazo y de media vara de longitud. Es un arambel, un andrajo parecido á un paraguas cerrado y sin mango. Anda poco á poco. De repente se abre y extiende ocho rayos como los de una rueda alrededor de una cara, en la que brillan dos ojos. Aquellos rayos viven; proyecta cierta fosforescencia su movimiento ondulatorio; forman una especie de rueda, que desplegada tiene cuatro ó cinco piés de diámetro. Aquella rueda se arroja sobre su víctima.

La hidra lanza al hombre su harpon.

Esta bestia inmunda se agarra á su presa, la cubre y la ata con sus largas correas. Por bajo es amarillenta, por encima de color de tierra. No hay pintor capaz de copiar su inexplicable matiz de polvo. Diríase que es un animal formado de ceniza que vive en el agua. Es araña por su forma y camaleon por su color. Cuando se irrita se vuelve violáceo. Es blando, pero sus nudos extrangulan; su contacto paraliza.

Tiene aspecto de escorbuto y de gangrena. Es una enfermedad ingertada en una monstruosidad. Es inarrancable. Se adhiere sólidamente á su presa.

Las ocho antenas, que son anchas en su orígen, se van adelgazando hasta terminar en agujas. Debajo de cada una de ellas se prolongan paralelamente dos filas de pústulas decrecientes, las gruesas junto á la cabeza, las pequeñas en la punta. Cada fila tiene veinticinco, de modo que cada antena tiene cincuenta pústulas y el animal entero cuatrocientas. Cada pústula es una ventosa.

Estas ventosas son cartílagos, cilíndricos, córneos y lívidos. En la especie mayor van disminuyendo de diámetro desde el de un duro al de una lenteja. Estos pedazos de tubos salen del animal y entran en él y pueden hundirse más de una pulgada.

Es un aparato de succion, que tiene la delicadeza de un teclado de órgano. Se prolonga y luego se contrae. Obedece á la menor intencion del animal. La sensibilidad más exquisita no iguala á la contractibilidad de sus ventosas, que es siempre proporcionada á los movimientos interiores del animal y á los incidentes exteriores. Ese dragon es tambien sensitiva.

Tal es el mónstruo que los marinos llaman pulpo, que la ciencia llama cefalópodo, y que la leyenda llama kraken. Los marineros ingleses le llaman Devil-fish, esto es, el Pez-diablo. Tambien le llaman *Blood-ineker*, chupador de sangre. En las islas de la Mancha se le llama *Pieuvre*.

Es muy raro en Guernesey, muy pequeño en Jersey, grande y bastante frecuente en Serk.

Un grabado de la edicion de Buffon, de Somsini, representa un cefalópodo sujetando una fragata. Dionisio Monfort cree que el pulpo de las grandes latitudes tiene fuerza suficiente para echar á pique un buque. Bory Saint-Vincent lo niega, pero afirma que en nuestras regiones ataca al hombre. Id á Serk y allí os enseñarán el hueco de una roca en el que años atrás un pulpo acometió, cogió y ahogó á un pescador de cangrejos. No estaban en lo cierto Paron y Lamarch cuando dudaban de que el pulpo pudiese nadar, por carecer de aletas natatorias.

El que estas líneas escribe ha visto en Serk, en la cueva llamada las Boutiques, un pulpo que perseguia á nado á un hombre que se estaba bañando. Mataron al pulpo, le midieron y tenia cuatro piés ingleses de envergadura, y se le contaron cuatrocientos chupadores que al agonizar echaba fuera de sí convulsivamente.

Segun Dionisio Monfort, uno de esos observadores cuya intuicion llega hasta lo imaginario, el pulpo tiene casi pasiones de hombre; el pulpo ódia: efectivamente, en lo absoluto, ser deforme es odiar. Lo deforme se debate en la necesidad de eliminacion que le convierte en hostil.

El pulpo, nadando, permanece, si así puede decirse, dentro de la vaina. Nada con todos sus pliegues cerrados. Representémonos una manga cosida con un puño dentro; este puño, que es la cabeza, empuja el líquido y avanza con vago movimiento ondulatorio. Sus dos ojos, aunque son grandes, se distinguen poco, por ser del color del agua.

El pulpo, cuando está cazando ó en acecho, se oculta, se achica, se condensa, se reduce á su más simple expresion. Se confunde con la penumbra. Parece

el pliegue de una ola. A todo se asemeja menos á un sér viviente.

El pulpo es hipócrita; no fijamos en él la atencion, y de pronto, cuando menos lo pensamos, se abre. ¿Puede haber cosa más espantosa que la viscosidad que tiene voluntad, que el glutinante petrificado?

En el agua azul más limpia se levanta esta estrella del mar repugnante y voraz. No puede preverse su avance, lo que es muy terrible, porque cuando el nadador le vé ya está cogido.

Por la noche, sin embargo, particularmente en ciertas estaciones, el pulpo es fosforescente. Ese espantajo tambien tiene sus amores y busca el himeneo. Se embellece, se compone, se ilumina, y desde lo alto de una roca se le divisa en las tinieblas profundas, dilatándose con pálida irradiacion. El pulpo nada y anda. Es anfibio de pez y de reptil. Se arrastra en el fondo del mar. Utiliza para andar sus ocho patas y trepa lo mismo que una oruga.

No tiene huesos, sangre ni carne: está hueco. Es un pellejo. Se pueden volver de dentro á fuera sus ocho tentáculos como los dedos de los guantes. Tiene un solo orificio en el centro, de donde parten sus rayos. ¿Este orificio es el ano ó la boca? Le sirve de las dos cosas; la misma abertura ejerce las dos funciones. El animal entero es frio.

Hay zoofitos en el Mediterráneo muy repugnantes. Es contacto odioso el de la gelatina animada, que envuelve al nadador, que hunde en ella las manos, hinca las uñas y la desgarra sin matarle, porque ese sér glutinoso y tenaz se le escurre entre los dedos; pero no hay estupor comparable con la súbita aparicion del pulpo. Es Medusa coronada por ocho serpientes. No hay sobresalto semejante al que produce su contacto.

El cefalópodo es una máquina neumática que os ataca.

Teneis que luchar con el vacío con patas. Ni os dá zarpadas ni dentelladas, sino una escarificacion indecible. El mordisco es temible, pero lo es mucho más la succion. La garra es suave comparándola con la ventosa. La garra es la bestia que entra en vuestra carne; la ventosa sois vosotros mismos que entrais dentro de la bestia. Los músculos de la víctima se hinchan, las fibras se retuercen, la piel estalla bajo una pesadumbre inmunda, la sangre salta y se mezcla horriblemente con la linfa del molusco. La bestia se sobrepone á su presa con mil bocas infames; la hidra se incorpora y el hombre se amalgama con la hidra, formando un solo sér. El tigre nos devora, pero el pulpo nos aspira. Atrae al hombre y se lo asimila, y atado, pegado, impotente, se vé poco á poco vaciado todo él en aquel saco espantoso, que es un mónstruo. Más horrible aun que ser comido vivo es ser bebido vivo.

La ciencia empieza por rechazar á estos extraños animales siguiendo en sus hábitos de excesiva prudencia, hasta que presencia los hechos y se decide á estudiarlos; los diseca, los clasifica, los incluye en catálogos, los rotula, se procura ejemplares y los expone bajo fanal en los museos; los califica de moluscos, invertebrados, radiados; comprueba sus aproximaciones, un poco más alla de los camaleones, un poco más allá de las gibias; encuentra que esas hidras del agua salada tienen su análogo en el agua dulce, que es el argironacto; los divide en especies mayor, mediana y menor; admite con más facilidad la especie menor que la mayor, siguiendo la tendencia de la ciencia, que en todas las regiones es más espontáneamente microscópica que telescópica; examina su construccion y los llama cefalópodos, cuenta sus antenas y los llama octópedos. Pero nada más; donde la ciencia los deja, la filosofía los toma.

La filosofía estudia á su vez estos séres. Vá más y menos lejos que la ciencia. No los diseca, pero los estudia. Despues que trabajó en ella el escalpelo, hace trabajar á la hipótesis, busca la causa final, que es el profundo tormento del pensador. Casi le inquieta el que las ha creado. La dan sorpresas repugnantes, siendo los aguafiestas del contemplador, que se vuelve loco al comprobar su existencia. Los pulpos son las formas que el mal prefiere. ¿Qué pensar de esas blasfemias de la creacion contra ella misma?

Lo posible es una matriz formidable. El misterio se concreta en los mónstruos. Pedazos oscuros salen del bloque de la inmanencia, se desgarran, se destacan, ruedan, flotan, se condensan, toman parte de la negrura del ambiente, experimentan polarizaciones desconocidas, adquieren vida, constituyéndola de no sé qué forma con la oscuridad y de no sé qué alma con el miasma, y se agitan como larvas con el movimiento de la vitalidad. Para qué? Para qué sirve eso? Hay que insistir siempre en la cuestion eterna.

Los pulpos tienen tanto de fantasmas como de mónstruos. Están comprobados y son improbables. Es un hecho su sér, pero no ser seria su derecho. Son los anfibios de la muerte. Su inverosimilitud complica su existencia. Tocan en las fronteras humanas y pueblan el límite quimérico. Negamos el vampiro y se nos aparece el pulpo. Su hormigueo es una certidumbre que desconcierta nuestra seguridad. El optimismo se marea en su presencia. Constituyen la extremidad visible de los círculos negros y marcan la transicion de nuestra realidad á otra. Parece que pertenezcan á aquel principio de séres terribles que el que sueña entrevé confusamente con los ojos cerrados.

Han sospechado, han apercibido tal vez en su éxtasis severo y con la mirada fija los magos y los filósofos semejantes prolongaciones de mónstruos, primero dentro de lo invisible y despues dentro de lo visible. Por eso han conjeturado que existia un infierno. El demonio es el tigre de lo invisible. La bestia montés de las almas fué denunciada al género humano por dos séres visionarios é inspirados: uno de ellos se llamó Juan y el otro se llamó Dante.

Si, en efecto, los círculos de la sombra continúan indefinidamente; si despues de un anillo se encuentra otro; si esta gradacion persiste en progresion ilimitada; si esta cadena, de la que nosotros dudamos, existe, estando el pulpo en una extremidad, Satanás debe estar en la otra. Estando el malvado á un extremo, la maldad debe estar al otro.

La bestia cruel, como la inteligencia perversa, es una esfinge. Esfinge terrible, que se propone resolver el enigma del mal. La perfeccion del mal es la que hizo inclinar algunas veces á grandes pensadores á la creencia de un Dios doble, á creer en el temible Dios de los maniqueos.

Un tapiz de seda chino que robaron del palacio del emperador de la China durante la última guerra, representa un tiburon comiéndose á un cocodrilo, al cocodrilo comiéndose una serpiente, á la serpiente comiéndose á un águila, al águila comiéndose una golondrina y á la golondrina comiéndose una oruga. Toda la naturaleza que tenemos ante la vista come y es comida. Las presas se muerden unas á otras.

Hay, sin embargo, sábios que son á la vez filósofos, y por consiguiente benévolos para con la creacion, que creen que tiene ese hecho explicacion satisfactoria. El objeto final deslumbra, entre otros á Bañnet de Génova, rival de Buffon, como más tarde Geoffry Saint-Hilaire fué rival de Cuvier. Se dan la explicacion siguiente: la muerte por todas partes exige el enterramiento en todas partes. Los voraces son sepultureros. Todos los séres entran unos en otros. Quien dice podredumbre dice nutricion. De esto dimana la limpieza espantosa del globo. El hombre carnívoro es un enterrador tambien; nuestra vida se forma de la muerte. Tal es la ley terrible. Nosotros mismos somos sepulcros.

En nuestro mundo crepuscular la fatalidad del órden produce mónstruos. Direis: Por qué? ¿Es acaso esto una explicacion? Si esa es la respuesta á la pregunta, ¿por qué no haber establecido otro órden? La cuestion eterna vuelve á renacer.

Vivamos, sea de ello lo que quiera; pero procuremos que la muerte sea para nosotros un progreso. Aspiremos á mundos menos tenebrosos, siguiendo á la conciencia que á ellos nos guia.

## III.

### Otra forma del combate en el abismo.

Tal era el animal que tenia preso á Gilliatt desde hacia unos momentos. Semejante mónstruo era el habitante de aquella gruta, el espantoso génio del lugar, una especie de sombrío demonio del agua.

En el centro de aquellas magnificencias se tropezaba con el horror.

Un mes antes, el dia que Gilliatt penetró en la gruta por primera vez, su oscuridad tenia un contorno que él entrevió en los pliegues del agua secreta; este contorno es el pulpo, que estaba allí en su casa.

Cuando Gilliatt entró por segunda vez en la cueva persiguiendo al cangrejo, percibió la hendidura en la que el crustáceo se habia refugiado: el pulpo estaba acechando en el agujero.

Se comprende lo que es este acecho? El pájaro no se atreveria á empollar, ni el pollo á salir del huevo, ni la flor á abrirse, ni el pecho á criar, ni el corazon á amar, ni el espíritu á tender el vuelo, si les preocupasen las siniestras paciencias emboscadas en el abismo.

Gilliatt metió el brazo en el agujero, el pulpo le atrapó, y le tenia sujeto.

Gilliatt era la mosca de aquella araña.

Estaba metido en el agua hasta la cintura, con los piés crispados sobre los guijarros resbaladizos, con el brazo derecho amarrado y apretado por las enroscaduras de las correas del pulpo, y la espalda casi no se le veia bajo los pliegues y cruzamientos de aquel vendaje horrible.

De los ocho brazos del pulpo, tres se adherian á la roca y cinco á Gilliat. De modo que el mónstruo, aferrado por un lado á los peñascos y por el otro al hombre, tenia á Gilliatt encadenado en la roca, y estaba éste como si le chuparan cincuenta bocas. Se encontraba apretado dentro de un puño desmesurado, cuyos dedos elásticos, de más de un metro de longitud, estaban llenos interiormente de pústulas vivientes que le escarbaban la carne.

Como ya dijimos, el pulpo es inarrancable, y oprime con más violencia cuanto mayores esfuerzos se hacen para desasirse de él.

A Gilliatt no le quedaba más recurso que la navaja.

Solo tenia libre la mano izquierda, pero ya sabemos que la estaba utilizando; en esta mano tenia abierta la navaja.

No se pueden cortar las antenas del pulpo, porque son de un tejido que hace resbalar la hoja, y se hincan de tal modo en la carne del hombre, que es imposible cortarlas sin lastimar la parte á que se adhieren.

El pulpo es formidable, pero sin embargo, los pescadores de Serk saben el modo de vencerle. Las marsoplas tambien lo conocen y muerden á los pulpos y á los individuos de su familia, cortándoles la cabeza. Por eso se encuentran decapitados en alta mar calamares, gibias y pulpos.

Efectivamente, el pulpo no es vulnerable más que por la cabeza. Gilliatt lo sabia.

Nunca habia visto un pulpo de tan grandes dimensiones; por eso á primera vista le sorprendió su encuentro.

Para acabar con el pulpo, como para acabar con el toro, es preciso acechar la ocasion y aprovecharla. La ocasion es el momento en que el toro humilla la cerviz y el pulpo adelanta la cabeza; ese momento es rápido. El que no lo aprovecha está perdido.

Todo lo que acabamos de referir se verificó durante pocos minutos. Gilliatt, esto no obstante, sentia aumentarse la absorcion de las doscientas cincuenta ventosas.

El pulpo es traidor; lo primero que hace es atontar su presa. La agarra y luego espera el tiempo que puede.

Gilliatt, con la navaja abierta, miraba al pulpo y éste le miraba tambien.

De repente la bestia destacó de la roca la sexta antena, y lanzándola sobre Gilliatt, procuró cogerle el brazo izquierdo.

Al mismo tiempo adelantó rápidamente la cabeza para ir á aplicarle la boca-ano al pecho, y Gilliatt, desangrado por el flanco y con los dos brazos agarrados, hubiera sido hombre muerto.

Pero, aunque era acechado, acechaba tambien.

Evitó la antena, y cuando el animal iba á morderle el pecho, dejó caer la mano armada sobre el mónstruo.

Entonces se experimentaron dos convulsiones en sentido contrario; la del pulpo y la de Gilliatt. Aquello fué la lucha de dos relámpagos.

Gilliatt hundió la punta de la navaja en la viscosidad viviente, y haciendo un movimiento giratorio, semejante á la torsion de un latigazo, describió un círculo alrededor de los ojos de la bestia y le arrancó la cabeza como se arranca un diente.

El animal cayó en tierra como un vendaje que se desprende. Con la destruccion de la bomba aspirante se deshizo el vacío. Las cuatrocientas ventosas soltaron á la vez la roca y al hombre. Aquel pingajo cayó en el fondo del agua.

Gilliatt, jadeante aun por la fatiga del combate, pudo divisar á sus piés sobre los guijarros dos montones gelatinosos é informes, que tenian la cabeza en uno y el cuerpo en el otro.

Gilliatt, temiendo alguna reincidencia en la convulsiva agonía del mónstruo, se puso fuera del alcance de los tentáculos.

Cuando se convenció de que el mónstruo estaba muerto cerró la navaja.

## IV.

### Nada se oculta y nada se pierde.

Gilliatt mató á tiempo el pulpo: estaba ahogándose; tenia el brazo derecho y la espalda amoratados, y en ellos se esbozaban más de doscientos tumores; de algunos de ellos brotaba sangre. El remedio para curar esas lesiones es el

agua salada, y Gilliatt se sumergió en ella, restregándose al mismo tiempo con la palma de la mano, cuyas fricciones hacian desaparecer las abolladuras.

Retrocediendo y avanzando al hundirse en el agua, se encontró, sin apercibirse de ello, á la entrada de la especie de caverna que antes vió cerca de la hendidura donde le acometió el pulpo.

Dicha caverna se prolongaba oblícuamente y se quedaba en seco debajo de las paredes grandes de la cueva. Los guijarros allí acumulados habian levantado el fondo sobre el nivel de las mareas ordinarias.

Aquella escabrosidad era un arco de bóveda rebajado de medio punto, por el que podia entrar un hombre agachándose. La claridad verde de la gruta submarina penetraba en ella, dándole débil claridad.

Mientras Gilliat friccionaba de prisa su piel tumificada, levantó maquinalmente los ojos y dirigió la vista á la caverna.

Se extremeció. Creyó ver en la oscuridad, en el fondo de aquel agujero, una especie de cara que reia.

Gilliatt sintió un alucinamiento. Los misteriosos encuentros con lo inverosímil, que por explicárnoslos de algun modo llamamos alucinaciones, existen en la naturaleza. Ilusiones ó realidades, las visiones pasan, y el que se encuentra ante ellas las vé. Ya dijimos que Gilliatt era soñador. Poseia la grandeza de alucinarse algunas veces como un profeta. No se sueña impunemente en los lugares solitarios.

Como era hombre nocturno, creyó en uno de esos espejismos que más de una vez le habian dejado estupefacto.

La escabrosidad figuraba con bastante exactitud un horno de cal. Era una especie de nicho bajo, de forma de asa de cesto, cuyos arcos abruptos iban estrechándose hasta la extremidad de la cripta, donde el piso de guijarros y la bóveda de la roca se juntaban, terminando en un callejon sin salida.

Entró allí inclinando la frente y se dirigió hácia el objeto que veia en el fondo; en efecto, algo se reia allí.

Era una calavera. Solo encontró una cabeza y un esqueleto.

Un esqueleto humano estaba acostado en aquella caverna.

Gilliatt miró á su alrededor y se vió cercado de innumerables cangrejos, que no se movian y presentaban el aspecto de un hormiguero muerto. Todos estaban inertes, vacíos, en grupos sembrados sin concierto, formando en el pavimento de guijarros de la cueva constelaciones deformes.

Al extremo de la cripta, donde Gilliatt habia llegado, era aun más considerable la multitud de cangrejos, que formaban un erizamiento inmóvil de antenas, patas y mandíbulas. Pinzas abiertas se sostenian derechas y no se cerraban. Las cajas oseosas no se movian bajo su bóveda de espinas, y algunas vueltas del revés presentaban un hueco lívido.

Debajo de aquel monton estaba el esqueleto.

Se veia en medio del revoltijo de tentáculos y de conchas el cráneo con sus estrías, las vértebras, los fémures, las tibias y los dedos largos y nudosos con sus correspondientes uñas. La caja del pecho estaba llena de cangrejos. Musgos marinos tapizaban las cuencas de los ojos. Las lapas habian dejado sus babas en las fosas nasales. No habia en aquel rincon de la roca ni fucos, ni yerbas, ni un soplo de aire. Los dientes parecia que se reian.

El maravilloso palacio del abismo, recamado é incrustado con todas las pedrerías del mar, se revelaba por fin y divulgaba su secreto; era la guarida que habitaba un pulpo; era la tumba en que yacía un hombre.

La inmovilidad espectral del esqueleto y de los animaluchos oscilaba vagamente á causa de la reverberacion de las aguas subterráneas, que temblaban sobre aquella petrificacion. Parecia que la turba de cangrejos acabara de saciar su apetito, parecia que las cáscaras y las conchas se habian comido aquella osamenta. Causaba extrañeza ver los gusanos muertos sobre la presa muerta.

Gilliatt se encontraba en el comedor del pulpo.

Los cangrejos se comieron al hombre, y el pulpo se habia comido los cangrejos.

Cerca del cadáver no habia restos de su traje; el hombre debió morir desnudo.

Gilliatt empezó á quitar los cangrejos de encima del cadáver para ver si le reconocia. El cadáver estaba admirablemente disecado, como para una preparacion anatómica; tenia toda la carne eliminada, no le quedaba ni un músculo, no le faltaba un solo hueso. Los periostos descubiertos estaban blancos y limpios, y á no tener algunas manchas verdes de confervas esparcidas por diferentes puntos, hubiera parecido un es-



GILLIAT DESCIFRÓ LAS LETRAS Y LEYÓ. SIEUR CLUBIN



queleto de marfil. El cadáver estaba como enterrado debajo de los cangrejos muertos.

Gilliatt, encorvándose, le estaba desenterrando.

Al examinarle vió que llevaba alrededor de la columna vertebral una especie de cinto.

Era un cinturon de cuero, que el hombre indudablemente llevó por encima del vientre sujeto por una hebilla.

El cuero estaba enmohecido, la hebilla llena de orin.

Gilliatt tiró del cinturon, pero las vértebras se resistieron, y para sacarlo tuvo que romperlo. Estaba intacto y empezaba á formarse en él una corteza de mariscos.

Palpándolo conoció que encerraba un objeto duro y de forma cuadrada; como era imposible deshacer la hebilla, cortó el cuero del cinturon con la navaja.

El cinturon encerraba una cajita de hierro y algunas monedas de oro. Gilliatt las contó: habia veinte guineas.

La cajita de hierro era una tabaquera de marinero, que se abria por medio de resorte. Estaba enmohecida y herméticamente cerrada. El resorte, oxidado, habia perdido el juego.

La navaja volvió á sacar de apuros á Gilliatt. Con la punta de la hoja hizo saltar la tapa de la cajita.

Se abrió: en ella solo encontró papel.

Un paquetito de hojas delgadas y dobladas llenaba el fondo de la caja; estaban húmedas, pero no deterioradas. Gilliatt las desdobló y las examinó: eran tres bank-notes de mil libras esterlinas cada uno, que juntos sumaban setenta y cinco mil francos.

Gilliatt los volvió á doblar y á meter en la cajita, en la que quedó sitio suficiente para meter tambien las veinte guineas, y la cerró lo mejor que pudo.

Despues examinó el cinturon.

El cuero, que estuvo barnizado por la parte de fuera, no tenia barniz por el interior; en él vió trazados algunos caractéres escritos con tinta negra é indeleble, que decian: *Señor Clubin.*

## V.

**En el espacio que separa seis pulgadas de dos piés hay sitio para meterse la muerte.**

Gilliatt dejó la caja en el cinto y se metió éste en el bolsillo del pantalon. Salió de allí.

Mientras se entretuvo con el pulpo y con el esqueleto, el flujo creciente habia inundado el corredor por donde entró. Solo pudo subir buzando por debajo del arco, lo que no le costó gran trabajo, porque conocia la salida y era maestro en la gimnasia del mar.

Puede comprenderse el drama que se representó allí diez semanas antes. Un mónstruo cogió á otro: el pulpo se apoderó de Clubin.

Se realizó en la oscuridad inexorable lo que casi podríamos llamar el encuentro de las hipocresías. Se verificó en el fondo del abismo el abordaje entre dos existencias formadas de espectativas y de tinieblas, y una de ellas, la bestia, mató á la otra. Justicias siniestras!

El cangrejo se nutre de carroña; el pulpo de cangrejos. El pulpo detiene al paso á animales que nadan, á la nutria, al perro, al hombre cuando puede; se bebe la sangre y deja en el fondo del agua el cuerpo muerto. Los cangrejos son los escarabajos necróforos del mar. Los atrae la carne podrida; acuden, se comen el cadáver, y el pulpo se los come á ellos. Los séres muertos desaparecen dentro del cangrejo, y el cangrejo desaparece dentro del pulpo; ya indicamos algo respecto á esta ley.

Clubin fué el cebo del pulpo; el pulpo le sujetó y le ahogó, y los cangrejos le devoraron. Una ola le arrojó dentro de la cueva hasta la caverna donde Gilliatt acababa de encontrar su cadáver.

Gilliatt se marchó de allí, escarbando en las rocas, en busca de erizos y de lapas, no queriendo ya comer cangrejos, porque hubiera creido que comia carne humana.

Pensaba en comer pronto antes de partir, porque ahora ya nada le detenia allí.

A las grandes tempestades sigue siempre profunda calma, que á veces dura algunos dias. El mar no ofrece ya peligro. Gilliatt estaba decidido á partir al dia siguiente. Era útil conservar durante la noche, por causa de la marea, el dique que colocó entre los Douvres. Gilliatt pensaba deshacerlo al amanecer, sacar el barco del escollo y hacerse á la vela en direccion de Saint-Sampson. La brisa apacible del Sudeste que soplaba era precisamente el viento que más le convenia.

Empezaba el primer cuarto de luna de Mayo y los dias eran ya largos.

Cuando Gilliatt terminó su excursion por las rocas y casi satisfizo su estómago, volvió al canal de los Douvres don-

de se encontraba su barco. El sol se habia ya puesto, y el crepúsculo duplicaba su claridad con la ayuda de la naciente luz de la luna. El flujo, llegado á su plenitud, empezaba á descender. La chimenea de la máquina, enhiesta sobre el buque, que cubrieron las espumas de la tempestad con una capa de sal, plateaba al reflujo de la luna.

Esto recordó á Gilliatt que la borrasca arrojó dentro del barco mucha agua de lluvia y de mar, y que queriendo partir al dia siguiente tenia que vaciar el barco. Cuando le dejó para ir á cazar cangrejos observó que habia cerca de seis pulgadas de agua en la sentina. Su pala de desagüe bastaba para echarla fuera.

Al volver al buque se encontró con que habia calado mucho más de lo que él creia; se encontró con que hacia agua.

Cargado como iba el barco, veinte pulgadas de agua eran un exceso peligroso; poco más necesitaba para irse á pique. Si Gilliatt hubiera acudido una hora más tarde, quizá ya no hubiera visto fuera del agua más que la chimenea y el mástil.

No podia perder un minuto. Le era indispensable buscar la via de agua, taparla y luego vaciar la barca, ó aligerarla cuando menos. Las bombas de sacar agua de la *Duranda* se habian perdido en el naufragio, y Gilliatt se vió reducido á servirse del achicador del buque.

Gilliatt empezó á trabajar inmediatamente, sin vestirse siquiera, á pesar de estar tiritando; pero ya no sentia hambre ni frio.

El barco continuaba llenándose; por fortuna no hacia viento. El menor balance le hubiera podido echar á pique.

La luna se ocultó. Gilliatt, á tientas, encorvado, metiendo en el agua más de la mitad del cuerpo, examinó mucho tiempo al barco, hasta que encontró la avería.

Durante la tormenta, al torcerse el barco, tocó el fondo y chocó con violencia contra la roca, y uno de los picos de la Douvre menor le hizo una fractura en el casco á estribor.

La via de agua estaba, por desgracia, junto al punto de encuentro de las dos puercas; esto, añadido al sobresalto que ocasionó la tormenta, impidió á Gilliatt en su rápido exámen distinguir entonces la avería.

Alarmaba la fractura por ser grande, pero aunque estaba sumergida por la crecida interior del agua, tranquilizaba ver que estaba por encima de la línea de flotacion.

En el momento de hacerse la grieta el oleaje sacudia rudamente el estrecho, y no habia ya nivel de flotacion; las olas penetraron por la rotura del barco, y este sobrepeso le hundió algunas pulgadas; despues que el mar se apaciguó, el peso del líquido infiltrado volvió á hacer subir la línea de flotacion y á colocar la grieta debajo del agua. De esto provenia la inminencia del peligro. El agua habia aumentado de seis pulgadas hasta veinte. Consiguiendo tapar la via del agua, se podia achicar la barca, y una vez vaciada, volveria á adquirir su flotacion normal, la fractura saldria fuera del agua, y entonces la reparacion seria fácil.

Como ya dijimos, las herramientas de carpintería de Gilliatt se conservaban en bastante buen estado.

Gilliatt se reconvino á sí mismo amargamente por no haber visto la avería cuando hubiera podido repararla con mayor facilidad. Debieran habérselo advertido las seis pulgadas de agua de la sentina; fué un estúpido atribuyéndolas á la lluvia y á la espuma. Se reconvino tambien por haber dormido, por haber comido, por estar cansado; él tenia la culpa de todo. Las imprecaciones que se lanzaba contra sí mismo se mezclaban con la agitacion de su faena, pero no le impedian trabajar.

Encontró la via de agua, que era el primer paso; el segundo era cegarla. En aquel momento no podia hacer más, porque se ejerce mal el arte de carpintero debajo del agua.

Era circunstancia favorable para él que la rotura del casco estuviera en el espacio que mediaba entre las dos cadenas que sujetaban á estribor la chimenea de la máquina. Estas cadenas podian contribuir á sujetar el tapon de estopa.

El agua, sin embargo, ganaba terreno. La crecida habia subido dos piés más. Le llegaba á Gilliatt el agua más arriba de la rodilla.

## VI.

### De profundis ad altum.

Gilliatt tenia á su disposicion en la reserva de aparejos del barco un encerado embreado de bastante tamaño,

provisto de largas agujetas en las cuatro esquinas.

Cogió el encerado, amarró dos de sus esquinas por medio de las agujetas á dos eslabones de las cadenas de la chimenea por la parte de la vía de agua, y echó el encerado por encima del borde. El encerado cayó como una sábana entre la Douvre y el barco y se sumergió en el agua. Queriendo entrar el oleaje en la sentina, lo aplicó contra el casco al agujero. Cuanto más empujaba el agua tanto más se adheria el encerado, que la misma marejada pegaba á la fractura. La herida del barco tenia ya aplicado el apósito. La tela embreada se interponia entre el interior de la sentina y las olas de fuera. No entraba ya ni una sola gota de agua.

La vía de agua estaba ya cubierta, pero no cerrada con estopas; aquello solo era un paliativo.

Gilliatt cogió la pala de desagüe y se puso á vaciar el barco. Era ya tiempo de aliviarle del excesivo peso. El trabajo hizo entrar un poco en calor á Gilliatt, pero estaba tan estenuado de fatiga, que no sabia si podria concluir de vaciar la sentina.

Medía los progresos del trabajo por el descenso del nivel del agua en sus rodillas, que era lento.

La vía de agua, como acabamos de decir, solo estaba interrumpida, no reparada. El encerado, que empujaba el oleaje dentro de la fractura, empezaba á formar un tumor en la sentina, como si hubiese un puño debajo de la tela que se empeñase en romperla. La tela, que era sólida y embreada, resistia; pero la hinchazon y la tirantez aumentaban y la tela podria ceder, y el tumor abrirse de un momento á otro, en cuyo caso volveria á empezar la irrupcion del agua.

En estos casos el único remedio consiste en poner un tapon. Se echa mano de cuantos trapos se encuentran, de todo lo que en la lengua marítima se llama *forro*, para repeler como se pueda dentro de la grieta el tumor del encerado.

Gilliatt carecia de *forros*. Habia consumido ya los guiñapos y estopas que almacenó, y parte de ellos se los llevaron tambien las ráfagas.

Quizás hubiera podido encontrar algunos restos registrando las rocas. El buque estaba ya bastante aligerado para poder separarse de él un cuarto de hora; pero no podia hacer semejante recurso sin luz, y reinaba oscuridad completa. No brillaba la luna, y el cielo estrellado estaba sombrío. Gilliatt no contaba con ningun resto de járcia seca para hacer una mecha, con ningun sebo para improvisar una vela, con ningun fuego para encenderla, con ningun farol para resguardarla del aire. Todo lo entreveía confuso y oscuro en el barco y en el escollo. Oia el agua zumbar alrededor del casco herido, pero como no veia la grieta, tuvo que conocer por el tacto la tension creciente del encerado. No podia, pues, hacer á oscuras ninguna investigacion útil de harapos, de tela y de cordaje que pudiera haber diseminados por las rompientes.

Gilliatt notó que habiendo disminuido dentro del barco la masa líquida, la presion exterior aumentaba. La hinchazon del encerado adquiria proporciones alarmantes. Crecia sin cesar, y la situacion, que mejoró momentáneamente, volvia á ser amenazadora.

Las circunstancias reclamaban imperiosamante un tapon; para fabricarlo Gilliatt solo podia contar con su ropa.

Recuérdese que la habia puesto á secar sobre las rocas salientes de la Douvre menor.

La recogió y la dejó en el borde del barco.

Tomó el capote embreado, y de rodillas dentro del agua, lo introdujo en la grieta, echando hácia fuera el tumor del encerado y por consiguiente vaciándolo. Despues del capote metió la piel de carnero, despues la camisa de lona y despues el chaqueton. El agujero se lo tragó todo.

No llevaba más pieza de ropa que el pantalon, y se lo quitó para afianzar el tapon, que quizás aun era insuficiente. El tapon salia fuera de la grieta envuelto en el encerado. El oleaje, para entrar, empujaba el obstáculo, lo ensanchaba sobre la fractura y lo consolidaba como una especie de compresa exterior. Por dentro solo se repelió el centro de la hinchazon, pero quedaba alrededor del agujero y del tapon un rodete circular del encerado muy adherido, porque las desigualdades mismas de la fractura le retenian. La vía de agua estaba cegada.

Pero las agudas esquirlas de la fractura, que fijaban el encerado, pudieran taladrarlo, y si lo conseguian, por los agujeros volveria á entrar el agua. Era poco probable que el tapon resistiese hasta el amanecer. La ansiedad de Gilliatt cambiaba de forma y la sentia cre-

cer al mismo tiempo que conocia que le abandonaban las fuerzas.

Volvió á vaciar la sentina, pero sus brazos estaban tan cansados, que apenas podian levantar el achicador lleno de agua.

Gilliatt iba desnudo y tiritaba. Veia acercarse siniestramente su última hora, pero le sonreia la esperanza de encontrar una eventualidad posible.

Quizá viese aparecer alguna vela en el mar; pudiera ayudarle algun pescador que por casualidad pasase por las aguas de los Douvres. Tenia necesidad absoluta de un colaborador; necesitaba que alguno le socorriese. De otro modo tenia que estar esperando toda la noche que rayase el dia, y esta espera podia causar su perdicion. Si hubiera á la vista el farol de algun buque, Gilliatt podria desde lo alto de la Douvre mayor hacerle señas. El tiempo estaba tranquilo, el mar tambien; no soplaba viento alguno, y pudieran ver muy bien al hombre que se agitase en el estrellado fondo del cielo. No hay capitan de buque ni patron de barca que, encontrándose por la noche en las aguas de los Douvres, no tenga la precaucion de dirigir al escollo el anteojo de larga vista.

Gilliatt esperaba que le viesen.

Escaló el buque naufragado y por la cuerda de nudos subió á la Douvre mayor.

No vió ni una vela, ni un fanal en todo el horizonte. El mar estaba desierto.

No podia resistir más ni era posible que encontrara ningun auxilio.

Gilliatt se descorazonó, lo que hasta entonces no le habia sucedido.

No podia ya luchar, estaba condenado á una actitud pasiva, le dominaba la fatalidad. Su barco, la máquina de la *Duranda*, el penoso trabajo que habia realizado, todo, todo iba á hundirse en el abismo.

El mar tenia á su discrecion el aparato que improvisó Gilliatt y que aplicó á la vía de agua. ¿Cómo se portaria aquel obstáculo inerte? Ahora ya no era él, era el guiñapo el que combatia. La hinchazon de una ola era suficiente para destapar el agujero; todo consistia en la mayor ó menor presion. Su situacion iba á desembarazarse por medio de una lucha maquinal entre dos cantidades mecánicas. Gilliatt, en lo sucesivo, ni podria auxiliar ni contrarrestar al enemigo; quedaba reducido á ser el espectador de su vida ó de su muerte.

Ninguno de los peligros ni de los horrores que habia pasado tenian punto de comparacion con este.

Si el tapon cedia, si volvia á abrirse la vía de agua, era imposible evitar que el barco se fuese á pique; y sumergido en el fondo del agua, con el sobrepeso de la máquina, no habia ya medio de sacarlo á flote. El magnánimo esfuerzo que hizo Gilliatt durante dos meses le conducia en definitiva á su anonadamiento. Tal vez al rayar el alba presenciaria cómo su obra entera se hundia lenta é irremediablemente en el abismo. Si se sumergia el barco, no le quedaba otro recurso más que morir de hambre y de frio, como el náufrago del peñasco el *Hombre*.

Todo su prodigio de trabajo abortaba, conduciendo á la impotencia su heroismo inaudito; de este modo terminaria acaso la desesperacion, el formidable combate aceptado, la lucha de la Nada contra Todo, aquella Iliada de uno solo.

Gilliatt miraba al espacio como un loco.

Estaba desnudo ante la inmensidad.

Entonces, en medio de su postracion, en presencia de aquella oscuridad irreducible, entre el rumor de las olas y de las ráfagas, oprimido por la vasta fuerza dispersa y por la intencion posible que puede haber en todas estas cosas desmedidas, se anonadó, renunció á toda resistencia, se echó sobre la roca, vencido, y juntando las manos en ademan de súplica, gritó: Misericordia!

Le aterraba la inmensidad y rezó.

Allí estaba solo, en medio del mar, muerto de fatiga, como herido por el rayo, desnudo como el gladiador en el circo; pero su circo era el abismo, sus fieras las tinieblas, los ojos de su pueblo las miradas de lo desconocido, sus vestales estrellas, su César Dios.

Sus ojos se cerraron.

## VII.

### Lo desconocido oye.

Al dia siguiente iluminó el mar un sol explendoroso.

Su primer rayo alumbró en la meseta de la Douvre mayor una forma inmóvil, que era la de Gilliatt.

Continuaba echado sobre la roca.

Su desnudez helada, aterida, no ofrecia ningun extremecimiento. Sus pupilas estaban cerradas. Hubiera sido difícil de conocer si era ó no cadáver.

El sol parecia que le miraba.

Si no estaba muerto, le faltaba tan poco, que la menor bocanada de aire frio hubiera podido terminar su vida.

El viento empezó á soplar tibio y vivificador; se conocia que era el aliento de la primavera.

El sol en el cielo azul destellaba sus rayos menos horizontales y caldeaba la atmósfera.

Su calor envolvió á Gilliatt, que no se movia. Salia de sus labios una de esas respiraciones próximas á extinguirse, que apenas empañarian un espejo.

El sol prosiguió ascendiendo y dejando caer sobre Gilliatt sus rayos, menos oblícuos cada vez. El viento tibio poco á poco era más caliente.

El sol, aproximándose al cenit, cayó á plomo sobre la meseta de la Douvre, con prodigalidad de luz, á la que se unió la vasta reverberacion del mar sereno, la roca se puso tibia é hizo entrar en calor al hombre.

Un suspiro levantó el pecho de Gilliatt; vivia.

Poco despues Gilliatt se movió.

La tranquilidad del mar era inexpresable. Susurraba con el débil murmullo de la nodriza á su pequeñuelo. Parecia que las olas mecian el escollo.

Las aves marítimas, que conocian á Gilliatt, volaban inquietas á su alrededor. Pero no con su antigua inquietud salvaje, sino cerniéndose con cierta ternura. Lanzaban débiles gritos; parecia que llamaban á Gilliatt. Una paviota, que acaso le amaba, se le acercó y le habló; como él no la oia, se posó en sus hombros y le picoteó suavemente.

Gilliatt entonces abrió los ojos.

Las aves, contentas, pero ariscas, se echaron á volar.

Gilliatt se incorporó, se desesperezó como el leon que acaba de despertarse, corrió al borde de la plataforma y dirigió sus primeras miradas al estrecho de los Douvres.

Allí estaba su barco intacto. El tapon se habia mantenido en el agujero.

Todo se habia salvado.

A Gilliatt ya no le abrumaba el cansancio. Despues que recuperó sus fuerzas, el desvanecimiente le produjo sueño profundo.

Sacó el agua del barco, dejó en seco la sentina, y al poner la avería fuera de la línea de flotacion, se vistió, bebió, comió y estuvo alegre.

Examinando la vía de agua de dia, vió que necesitaba más trabajo de lo que creia. Era bastante grave. Necesitó todo el dia para repararla.

Al dia siguiente, despues de deshacer la barrera y de abrir la salida del desfiladero, vistiéndose los harapos que habian triunfado de la vía del agua, llevando encima el cinturon de Clubin con los setenta y cinco mil francos, y sentándose al lado de la máquina salvada, salió Gilliatt del escollo de los Douvres, con buen viento y con mar bonancible.

Puso la proa hácia Guernesey.

Al salir del escollo tarareaba á media voz la cancion escocesa *Bonny Dundée*.

# TERCERA PARTE

# DERUCHETTE.

## LIBRO PRIMERO.

### Noche y luna.

#### I.

#### La campana del puerto.

Saint-Sampson hoy dia es casi una ciudad; hace cuarenta años era una aldea.

Cuando llegaba la primavera no se trasnochaba; los vecinos solian acostarse al anochecer. Saint-Sampson constituia una antigua parroquia subalterna, que habia conservado la costumbre de apagar la luz temprano; allí todo el mundo se acostaba y se levantaba con el dia, como las gallinas.

En Saint-Sampson vivian pocas familias acomodadas de la clase media; era una poblacion casi reducida á canteros y á carpinteros ribereños. Es un puerto de recorridas; en él todo el dia se extraen piedras ó se construyen tablones, y se oye sin cesar el pico y el martillo. Al anochecer los trabajadores están cansados y se duermen como troncos; los trabajos rudos dan sueños pesados.

En los primeros dias de mayo una tarde, despues de contemplar el creciente de la luna y de oir los pasos de Deruchette, que por la noche se paseaba sola por el jardin de las Bravées, Mess Lethierry se encerró en su cuarto y se acostó. Dulce y Gracia estaban ya en la cama. Todos dormian en la casa, excepto Deruchette, como dormian todos los habitantes de Saint-Sampson. Estaban cerradas todas las puertas y las ventanas y nadie transitaba por las calles. Hacia un rato que habian dado las nueve en el vetusto campanario romano, cubierto de hiedra, que comparte con la iglesia de Saint-Brelade de Jersey la rareza de tener por fecha cuatro números unos: 1111, esto es, mil ciento once.

La popularidad de Mess Lethierry en Saint-Sampson se subordinaba al estado de sus negocios; como éstos iban mal, se formó el vacío á su alrededor. Es preciso creer que la mala suerte ahuyenta las amistades y que el que participa de ella lleva consigo la peste, si juzgamos por la prontitud con que se le obliga á hacer cuarentena. Los jóvenes de buena posicion de la aldea evitaban la presencia de Deruchette. Era tal el aislamiento en que vivia en las Bravées con su padre adoptivo, que allí no se supo siquiera el gran acontecimiento local que hacia mover todas las lenguas de Saint-Sampson. El rector de la parroquia, el reverendo Joe Ebenezeer Caudray, era rico, porque su tio el magnífico dean de Saint-Asaph acababa de morir en Lóndres. Trajo la noticia el buque-correo *Cashmere*, llegado de Inglaterra aquella misma mañana, y aun estaba anclado en la rada de Saint-Pierre Port: debia partir para Southampton al dia siguiente, y embarcarse en él segun voz pública y fama el reverendo rector, que le llamaban apremiantemente á Inglaterra

para que asistiese á la apertura oficial del testamento y para las urgencias de la gran sucesion que iba á recoger. Este era el objeto de todas las conversaciones en Saint-Sampson. Solo en una casa no se sabia nada absolutamente, en las Bravées.

Mess Lethierry se acostó en la hamaca sin desnudarse, que era su único recurso desde la catástrofe de la *Duranda*. ¿Dormia? No. Velaba? Tampoco. Propiamente hablando, hacia ya dos meses que Mess Lethierry era una especie de sonámbulo. Desde el naufragio de su buque no habia entrado aun en caja. Se encontraba en el estado mixto y difuso que solo conocen los que han sufrido grandes contratiempos. Sus reflexiones no eran pensamientos, su sueño no era el reposo; de dia no era un hombre despierto, de noche no era un hombre dormido. Estaba en pié y despues se acostaba; esto es todo lo que hacia. Cuando se tendia en la hamaca, perdia algo la memoria y á eso llamaba dormir; flotaban en él y sobre él las quimeras; la nube nocturna, llena de apariencias confusas, cruzaba por su cerebro; el emperador Napoleon le dictaba sus Memorias; veia varias Deruchettes y divisaba extraños pájaros que poblaban los árboles, y las calles de Lous-le-Lauluier convertirse en serpientes. La pesadilla era el compás de espera de su desesperacion. Pasaba las noches delirando y los dias soñando.

Permanecia algunas veces toda la tarde inmóvil asomado á la ventana de su cuarto, que, como sabemos, caia al puerto, con la cabeza inclinada, apoyando los codos en la piedra y las manos en las sienes, con la vista fija en la argolla de hierro clavada en la pared de la casa, donde en otro tiempo se amarraba la *Duranda*, y contemplaba con melancolía la herrumbre que se apoderaba de la argolla.

Mess Lethierry estaba reducido á la funcion maquinal de vivir, á la que quedan reducidos los hombres más valerosos cuando se ven privados de su idea realizable. Tal es el efecto de las existencias vacías. La vida es un viaje, la idea es su itinerario, el que lo pierde se para; perdido el objeto, la fuerza que lo hace conseguir se acaba. La suerte está dotada de incomprensible poder discrecional; su vara puede tocar hasta nuestro sér moral. La desesperacion es casi la destitucion del alma. Solo la pueden resistir los grandes espíritus, y no siempre.

Si la absorcion puede llamarse meditacion, Mess Lethierry meditaba contínuamente en una especie de precipicio sombrío. Algunas veces se le escapaban frases como las siguientes:—No tengo ya más que hacer que pedir allá arriba mi billete de partida.

Existia una contradiccion en aquella naturaleza, complexa como el mar, de la que puede decirse que Lethierry era el producto. Mess Lethierry no rezaba.

Ser impotente es una fuerza. En presencia de nuestras dos grandes cegueras, el destino y la naturaleza, en su impotencia encuentra el hombre el punto de apoyo de la oracion. Hace que el terror lo socorra; pide auxilio á su miedo, y la ansiedad le hace hincarse de rodillas. La oracion es una fuerza enorme propia del alma y de la misma especie que el misterio. El misterio se dirige á la magnanimidad de las tinieblas; la oracion mira el misterio con los mismos ojos que la sombra, y ante la poderosa fijeza de la mirada suplicante, se cree en el desarme posible del Desconocido. Esta sola posibilidad consuela al hombre.

Como acabamos de decir, Lethierry no rezaba. Cuando fué feliz, Dios existia para él, si así puede decirse, en carne y hueso; le hablaba, le empeñaba su palabra, casi le daba de vez en cuando un apreton de manos. Pero al sobrevenirle la desgracia, Dios se habia eclipsado para Lethierry. Este fenómeno es bastante frecuente. Esto sucede siempre que un indivíduo se forma la idea de que Dios es un buen hombre.

En el estado en que se encontraba Lethierry, solo le quedaba á su alma una vision sonriente: Deruchette. Fuera de esta sonrisa todo era negro para él.

Hacia algun tiempo, sin duda á causa de la pérdida de la *Duranda*, de la que ella representaba la repercusion, que Deruchette sonreia con menos frecuencia y parecia estar preocupada. Se habian extinguido en ella sus monerías de pájaro y de niña. Por la mañana, al oir el cañonazo de leva, no hacia ningun saludo ni decia al sol saliente:—"Bien venido seas! ¡Tómate la molestia de entrar.„ Estaba á veces séria y triste, y aunque se esforzaba en sonreir á Lethierry, su alegría se marchitaba en ella más cada dia y se cubria de polvo, como las alas de la mariposa que tiene en el cuerpo un alfiler atravesado. Además, ya porque le causaba tristeza la de su tio, que

hay dolores de reflejo, ya por otras razones, de algun tiempo á esta parte se inclinaba mucho á la religion. En la época del antiguo rector Jaquemin Hérode no iba á la iglesia más que cuatro veces al año, como el lector recordará, pero ahora la frecuentaba asíduamente. No faltaba á ningun oficio los domingos ni los jueves. Las almas religiosas de la parroquia veian esto con satisfaccion, porque para ellas es una dicha que la jóven, que tantos peligros corre cerca de los hombres, vuelva la cara hácia Dios. De este modo los pobres padres pueden vivir descansados respecto á amoríos.

Por la tarde, siempre que el tiempo se lo permitia, paseaba una ó dos horas por el jardin de las Bravées, en el que estaba siempre sola y tan pensativa como Lethierry. Deruchette era la última que se acostaba, lo que no impedia que Dulce y Gracia fijasen en ella las curiosas miradas, por ese instinto de acecho propio de la domesticidad; que el espiar disminuye la displicencia que causa el servir.

Mess Lethierry, por el estado de preocupacion de su espíritu, no notaba las alteraciones que habian sufrido las costumbres é inclinaciones de Deruchette; además era impropio de su carácter convertirse en dueña. Ni siquiera se apercibió de que Deruchette asistia frecuentemente á los oficios de la parroquia, pues hubiera visto con disgusto que visitase tanto la iglesia, por su preocupacion tenaz é incurable contra los clérigos.

A pesar de esto, su situacion moral tambien estaba en camino de modificarse. La tristeza es una nube que cambia de forma.

Las almas fuertes, como acabamos de decir, quedan algunas veces bajo el peso de algunos infortunios, casi destituidas. Los caractéres enérgicos y viriles, como el de Lethierry, se reaccionan temprano ó tarde. La desesperacion tiene grados ascendientes; del anonadamiento se sube al abatimiento; del abatimiento á la afliccion, y de la afliccion á la melancolía.

La melancolía es el placer de estar tristes.

Estas atenuaciones elegíacas no son propias de espíritus como el de Lethierry. Ni su temperamento, ni la clase de su desgracia, eran á propósito para semejantes matices; solo que cuando le volvemos á sacar en escena, el desvarío de su primera desesperacion hacia algun tiempo que tendia á disiparse; Lethierry, sin estar menos triste, estaba menos inerte, permanecia siendo sombrío, pero no se aburria ya tanto, ni era taciturno ni indiferente á todo; volvia á recobrar con alguna claridad la percepcion de los acontecimientos y empezaba á experimentar algo de ese fenómeno que pudiera llamarse el regreso á la realidad.

Así es que durante el dia, en la sala baja, no escuchaba lo que se decia á su lado, pero lo oia. Una mañana, Gracia, muy contenta, le dijo á Deruchette que vió á Mess Lethierry quitar la faja á un periódico.

Esta semi-aceptacion de la realidad era un buen síntoma. Era la convalecencia. Las grandes desgracias son un atontamiento del cual se sale poco á poco. Pero la mejoría hace en un principio el efecto de una agravacion. El estado anterior de delirio embotaba el dolor. Lethierry veia turbio, pero sentia poco; ahora se le aclaraba la vista, no se le escapaba nada, todo recuerdo le hacia brotar sangre de la herida. Ésta se avivaba. El dolor se acentúa con todos los pormenores que vá examinando. Todo renace visible en la memoria. Hallarlo todo es llorarlo todo. El regreso á la realidad tiene dejos amargos. El hombre se siente mejor y peor. Esto es lo que experimentaba Lethierry.

Una sacudida volvió á Mess Lethierry al sentimiento de la realidad.

Vamos á referir esa sacudida.

Una tarde, desde el 15 al 20 de Abril, llamaron á la puerta de la sala baja de las Bravées dos golpes, que acusaron que era el cartero. Dulce abrió. En efecto, le dieron una carta que venia del mar, dirigida á Mess Lethierry y timbrada en Lisboa.

Dulce entregó la carta á su señor, que estaba en su cuarto. Este tomó la carta y la dejó maquinalmente encima de la mesa sin mirarla. La carta permaneció más de una semana sin abrir en el sitio en que la dejó Lethierry.

Una mañana Dulce le dijo:

—Señor, la carta que os entregué la semana pasada está llena de polvo; ¿quereis que se lo quite?

Lethierry pareció que recordaba y la contesto:

—No; venga la carta.

La abrió y leyó lo siguiente:

"En alta mar 10 de Marzo.

„A Mess Lethierry.—Sampson.

„Recibireis noticias mias con placer.

„Me encuentro á bordo del *Tamauli-*

*pas*, caminando hácia Pasrevenir. Hay en esta tripulacion un marinero que se llama Ahier-Tostevin, de Guernesey, que al regresar os comunicará muchas nuevas. Me aprovecho del buque *Hernan Cortés*, que vá á Lisboa, para que esta carta llegue á vuestras manos.

„Asombraos. Soy un hombre honrado; tan honrado como el señor Clubin.

„Debo suponer que sabeis lo que me ha sucedido, pero si no lo sabeis, quiero decíroslo.

„Os he devuelto lo que os debia.

„Os tomé prestados incorrectamente cincuenta mil francos, pero antes de salir de Saint-Malo entregué para vos al señor Clubin, que era el hombre de vuestra confianza, tres bank-notes de mil libras cada uno, que suman un total de setenta y cinco mil francos. Este reembolso sin duda alguna os parecerá suficiente.

„El señor Clubin cobró los intereses y recibió vuestro dinero con energía. Me pareció que tenia un exceso de celo por vos, y creo de mi deber advertíroslo.

„El otro hombre de vuestra confianza,

„RANTAINE.

„*Postdata.* El señor Clubin tenia un rewólver, por cuya razon no me extendió el recibo.„

El que toca un torpedo, el que toca una botella de Leyden cargada, experimenta lo que experimentó Lethierry al leer la carta de Rantaine.

Salió para el dueño de la *Duranda* una conmocion debajo de aquel sobre, de aquel pliego de papel doblado, que no le llamó la atencion cuando lo recibió.

Reconoció la letra, reconoció la firma, pero á primera vista no pudo comprender el hecho.

Se emocionó tanto, que le levantó el espíritu, si así puede decirse.

El fenómeno de los setenta y cinco mil francos que confió Rantaine á Clubin fué para él la parte útil del sacudimiento, porque como era un enigma, obligaba á trabajar á su cerebro. Formar una conjetura es una ocupacion sana para el pensamiento, porque despierta el raciocinio y le hace invocar la lógica.

Hacia ya tiempo que la opinion pública de Guernesey se ocupaba en juzgar de distinta manera que antes á Clubin, al hombre honrado, que por espacio de muchos años fué unánimemente admitido en la circulacion del aprecio general. Habia quien dudaba ya de él, y hasta se hacian apuestas en pró y en contra. La cuestion Clubin se esclarecia; éste empezaba á aclararse, es decir, á volverse negro.

Se abrió informacion judicial en Saint-Malo para averiguar el paradero del guardacostas núm. 619. La perspicacia legal equivocó el camino, como le sucede con frecuencia. Partió del supuesto de que el capitan Zuela enganchó al guardacostas y de que se embarcó en el *Tamaulipas* con direccion á Chile. Esta hipótesis ingeniosa hizo caer en muchas aberraciones. La miopía de la justicia ni siquiera vió á Rantaine. Andando el tiempo los jueces instructores descubrieron otros rastros. El asunto, que era oscuro, se embrolló más. Clubin entró tambien en el enigma, al establecer una coincidencia y una relacion entre la partida del *Tamaulipas* y la pérdida de la *Duranda*. En el figon de la puerta Dinan, donde Clubin creia ser desconocido, le conocieron perfectamente, y el tabernero declaró que Clubin compró allí una botella de aguardiente. El armero de la calle Saint-Vincent declaró que Clubin compró un rewólver. El posadero de la venta Jean declaró que á Clubin se le echaba allí de menos alguna noche. El capitan Gertrais Gaboureau declaró que Clubin se empeñó en partir á pesar de sus advertencias y sabiendo que iba á encontrarse con la tempestad de niebla. La tripulacion de la *Duranda* declaró que ésta iba sin cargamento y que se hizo mal la estiva, negligencia que se comprende si el capitan trataba de perder el buque. El pasajero de Guernesey declaró que Clubin creyó naufragar en los Hanois. Vecinos de Torteval declararon que Clubin estuvo allí algunos dias antes de perderse la *Duranda*, y que se paseó junto á Pleynmont, cerca de los Hanois, llevando una maleta en la mano; que habia partido con ella y volvió sin ella. Los cazadores de nidos declararon que su historia podia referirse á la desaparicion de Clubin, cambiando sus aparecidos por contrabandistas. Vecinos de Pleynmont, decididos á proveerse de datos, fueron á la casa hechizada, la escalaron y encontraron en ella la maleta de Clubin. El resguardo de Torteval se apoderó de la maleta y la hizo abrir. Contenia provisiones de boca, un anteojo de larga vista, un cronómetro, trajes de hombre y ropa blanca con las iniciales de Clubin.

Con todos estos datos, en las conversaciones de Saint-Malo y de Guerne-

sey hacia cada cual su composicion de lugar y se formaba una especie de baratijo. Se aproximaban los lineamientos confusos; se comprobaba el singular desprecio de Clubin á todas las advertencias; la aceptacion de los peligros de la niebla; la negligencia sospechosa de la estiva; la botella de aguardiente, el timonel ébrio, la sustitucion del capitan al timonel y el movimiento del timon, que por lo menos fué muy torpe. El heroismo de permanecer en el buque naufragado iba pareciendo una bribonada. Todos convenian en que Clubin habia equivocado el escollo, y admitiendo que tenia intencion de naufragar, se explicaban que escogiera los Hanois, desde donde podia ganar fácilmente la costa á nado y esperar en la casa hechizada ocasion de fugarse. El encuentro de la maleta completaba esta demostracion. Pero se ignoraba completamente el lazo con que esta aventura se unia á la aventura del guardacostas. Solo se adivinaba entre ellas una correlacion, entreviendo respecto del guardacostas núm. 619 un drama trágico. Clubin tal vez no representaba en él papel alguno, pero se le veia entre bastidores.

Todo no se lo explicaban por la bribonada de Clubin; habia en este asunto un rewólver, del que no se hizo uso, que probablemente se referiria á otro asunto.

El olfato del pueblo es fino y certero. El instinto público sobresale en esas restauraciones de la verdad formadas de piezas y de retazos; en los hechos que acabamos de mencionar, aunque eran inciertos, todo estaba ligado, todo concordaba; pero faltaba la base.

No se echa á pique un buque por mero capricho; no se corren los riesgos de una tempestad de niebla, del escollo, de la natacion, del refugio y de la fuga, sin impulsarnos á ello un gran interés. Se veia el acto, pero no el interés de Clubin.

Esto es lo que hacia dudar; porque donde no hay motivo, parece que no puede haber acto. Este gran vacío de la informacion judicial lo llenaba la carta de Rantaine.

Por ella se comprendia que el motivo de Clubin fué robar setenta y cinco mil francos.

Rantaine era el *Deus ex machina*, que bajaba de las nubes con una luz en la mano; su carta aclaraba este asunto y lo explicaba todo, anunciando además un testigo, Ahier-Tostevin.

Explicaba tambien el uso del rewólver, dando á entender que era incontestable que Rantaine se hallaba perfectamente informado.

No era posible atenuar ya la maldad de Clubin. Premeditó el naufragio, como lo probaba la maleta que escondió en la casa hechizada. Pero suponiéndole inocente, admitiendo la hipótesis del naufragio fortuito, estando decidido á morir en el buque destrozado, ¿por qué no dió, para que entregasen á Mess Lethierry, los setenta y cinco mil francos á los hombres que se salvaron en la lancha? Era evidente que debia haberlo hecho así. ¿Cuál era, pues, el paradero de Clubin? Probablemente seria víctima de su error y pereceria en el escollo Douvres.

Este conjunto de conjeturas, conformes con la realidad, ocupó por espacio de muchos dias el pensamiento de Lethierry. La carta de Rantaine le prestó el servicio de obligarle á pensar. Tras el sacudimiento que le causó la sorpresa, hizo un esfuerzo para reflexionar y luego otro más difícil; procuró informarse. Aceptó y hasta buscó conversaciones. Al cabo de ocho dias su espíritu recobró la seguridad del hombre práctico, y casi quedó curado.

Admitiendo que Lethierry abrigase la esperanza de que Rantaine le reembolsase de su deuda, la carta de éste la desvaneció por completo, añadiendo á la catástrofe de la *Duranda* el naufragio de los setenta y cinco mil francos. Conoció el paradero de cantidad tan considerable, para que le fuese más lamentable su pérdida. La carta de Rantaine le mostró el fondo de su ruina.

Le acometió nuevo y agudo dolor. Se preocupó de su casa, de su porvenir, de las reformas y economías que era necesario adoptar, cosa que no habia hecho en dos meses. Desazona extraordinariamente experimentar la desgracia hasta en sus pormenores más insignificantes y disputar palmo á palmo al hecho realizado el terreno que acaba de ganar. El bloque de la desgracia se acepta, pero no su polvo. El conjunto agobia, el detalle tortura. La catástrofe hiere como el rayo, y sus pormenores incomodan. Los pormenores son la humillacion que agrava el aplastamiento; son la segunda anulacion añadida á la primera. Se baja de un salto hasta la nada. Despues del sudario quedan los harapos.

No hay pensamiento más triste que el de verse arruinados, y sin embargo, esto es muy fácil. Consiste en un golpe

violento, en la brutalidad de la suerte, en sufrir una gran catástrofe en vez de muchas, y el hombre queda arruinado y como si hubiera muerto; pero no, vive, y al dia siguiente lo nota. En qué? En sentir algunos alfilerazos. Tal transeunte que ayer os saludaba, ya no os saluda; llueven las facturas de los comerciantes; hay enemigos vuestros que se os burlan. Leeis vuestra decadencia hasta en las miradas indiferentes; los que comen con vosotros encuentran que es un exceso que tengais tres platos en la mesa; vuestros defectos saltan á los ojos de todo el mundo; las ingratitudes se manifiestan descaradamente; los imbéciles han previsto lo que os sucede; los malvados os destrozan; los peores os compadecen. En vez de vino teneis que beber sidra. De dos criadas os sobra una; habeis de despedir á la otra y hacer trabajar más á la que se quede. En el jardin no debeis tener tantas flores; debeis plantar patatas y vender en el mercado la fruta que regalábais á vuestros amigos. Teneis que escasear los adornos y los trajes á las jóvenes de la familia, y despues de quitarlas las flores del jardin, quitarlas tambien las flores de los sombreros. Hé aquí lo que es decaer. Es estar muriendo todos los dias. Caer no es nada; es sepultarse en un horno; pero decaer es consumirse á fuego lento.

Waterlóo es el hundimiento; Santa Elena es la decadencia. La muerte que se encarna en Wellington conserva aun alguna dignidad, pero cuando se convierte en Hudson Lowe se hace villana. El destino se vuelve estúpido, y se vé al hombre de Campo Fornio regateando un par de medias de seda. El empequeñecimiento de Napoleon empequeñece á Inglaterra. Todos los hombres que se arruinan atraviesan las dos fases de Waterlóo y de Santa Elena, reducidas á proporciones vulgares.

La noche que indicamos al principio de este capítulo, Lethierry dejó á Deruchette paseándose en el jardin, á la claridad de la luna, y se acostó más triste que nunca.

Bullian en su espíritu todos esos detalles mezquinos y enfadosos, todas esas preocupaciones de tercer órden, que empiezan por ser insípidas y acaban por ser lúgubres. Lethierry comprendia que su caida era irremediable. ¿Qué iba á hacer? ¿Qué sacrificios impondria á Deruchette? ¿Despediria á Dulce ó á Gracia? Venderia las Bravées? Se veria obligado á abandonar la isla? No ser nada donde se ha sido todo, es decadencia insoportable.

Haberlo perdido todo! ¡Recordar aquellas travesías que enlazaban Francia con el archipiélago, los martes de partida, los viernes de regreso, la multitud que se agrupaba en el malecon, los grandes cargamentos, la industria, la prosperidad, la navegacion directa y altiva de aquella máquina! ¿Dónde está su *Duranda*, la magnífica y soberana *Duranda*, señora del mar, reina que le hacia rey? Haber sido en el pais el hombre idea, el hombre éxito, el hombre revolucion, y no ser nada ya! Hacer reir! ¡Excitar la orgullosa compasion de los idiotas! Ver triunfar la rutina, la terquedad, el egoismo y la ignorancia! ¡Ver cómo vuelven á empezar bestialmente las idas y venidas de buques góticos traqueados por las olas! ¡Haber sido la luz y sufrir el eclipse!

Esta obsesion de la pesadumbre torturaba á Lethierry. No habia sentido hasta entonces jamás con tanta amargura la pérdida de la *Duranda*. El embotamiento sucedió á sus agudas sensaciones y le amodorró la pesadumbre de la tristeza.

Permaneció dos horas con los párpados cerrados, durmiendo poco, soñando mucho y calenturiento. Hácia la media noche sacudió su letargo. Se despertó, abrió los ojos, y como la ventana del cuarto estaba pegada á la hamaca, le sorprendió un obstáculo extraordinario.

Por la ventana abierta vió una forma, una forma inaudita, la chimenea de un buque de vapor. Lethierry se incorporó súbitamente. La hamaca osciló como en los balanceos de una tempestad. El puerto, alumbrado por la claridad de la luna, se encerraba como en un marco en los cristales de una ventana, y en aquella claridad, muy cerca de la casa, se destacaba recta, redonda y negra, una silueta soberbia.

Veia el tubo de una máquina de vapor.

Lethierry saltó de la hamaca, corrió á asomarse á la ventana y reconoció que tenia ante sí la chimenea de la *Duranda*, en el sitio mismo en que acostumbraba á anclar.

Las cuatro cadenas la amarraban al borde de un buque, en el que bajo de ella se distinguia una masa de complicado contorno.

Lethierry retrocedió, volvió las espaldas á la ventana y cayó sentado en la hamaca.

Volvió otra vez la cara y distinguió la misma vision.

Poco despues, muy poco despues, estaba ya en el muelle con un farol en la mano.

Vió amarrado á la antigua argolla de la *Duranda* un barco que hácia la popa llevaba una mole maciza, de la que sobresalia la chimenea enhiesta, ante la ventana de la casa las Bravées. La proa del barco se prolongaba, por el nivel del malecon, fuera de la esquina de la pared de la casa.

No vió á nadie dentro del barco, que reconoció; era el buque holandés de Gilliatt.

Lethierry saltó á bordo del barco. Corrió hácia la mole que veia al otro lado del mástil, y reconoció su máquina.

Allí estaba íntegra, completa, intacta, sentada en cuadro sobre la plancha de fundicion, la caldera tenia todos sus tabiques: el árbol de las ruedas estaba enhiesto y amarrado cerca de la caldera, la bomba ocupaba su sitio correspondiente; nada faltaba.

Lethierry examinó la máquina á la luz de la luna y del farol.

Pasó revista á todo el mecanismo.

Entró en el camarote, que encontró vacío.

Volvió á la máquina y la tocó. Metió la cabeza en la caldera. Se arrodilló para verla en el interior.

Dejó en el horno el farol, cuya luz iluminó todo el mecanismo y le produjo casi la ilusion de una máquina encendida.

Despues soltó una carcajada, y levantándose, sin dejar de mirar á la máquina, con los brazos tendidos hácia la chimenea, gritó: Socorro!

La campana del puerto estaba en el puerto á pocos pasos de él; corrió hácia allí, cogió la cadena y empezó á sacudir la campana impetuosamente.

## II.

### Sigue la campana del puerto.

Gilliatt, despues de su travesía sin incidente alguno, pero lenta, por el pesado cargamento del buque, llegó á Saint-Sampson por la noche y cerca ya de las diez.

Gilliatt habia calculado bien la hora. Se encontró con media marea, con agua y con luna para poder entrar en el puerto.

La rada estaba dormida. Fondeaban en la ensenada algunos barcos con las velas cargadas, con las capas encapilladas y sin fanales. Se dintinguian en el fondo algunas barcas que recorrian en seco el carenero.

Gilliatt, en cuanto pasó el boquete del puerto, examinó el muelle y el andén. No vió luz ni en las Bravées ni en ninguna parte. No transitaba nadie, si exceptuamos un solo hombre, que acababa de entrar ó de salir del presbiterio, y todavía no podia asegurar Gilliatt que fuese un hombre, porque la noche borra todo lo que dibuja, y todo aparece indeciso. Habia que añadir á la distancia la oscuridad; el presbiterio estaba situado al otro lado del puerto, en un solar en el que actualmente hay una cala cubierta.

Gilliatt atracó silenciosamente al pié mismo de las Bravées, y amarró el buque á la argolla donde se amarraba á la *Duranda*, debajo de la ventana de Mess Lethierry.

Despues saltó á tierra por encima del bordaje.

Dió la vuelta á la casa, tomó una callejuela, luego otra, sin mirar siquiera en la encrucijada el camino que conduce al Bú de la Calle, y al cabo de algunos minutos se paró en la esquina de la pared, donde habia una malva campestre que ostentaba en Junio flores de color de rosa, donde habia acebos, hiedra y ortigas; donde oculto entre zarzas, sentado en una piedra, muchas veces en el verano, por espacio de largas horas, habia estado contemplando por encima de la tapia del jardin de las Bravées dos ventanas de un cuarto de la casa. Encontró la piedra, las zarzas y la tapia; encontró el ángulo oscuro como siempre, y como alimaña que vuelve á su cubil, se agazapó allí, más deslizándose que andando. Se quedó imóvil y miró. Volvia á ver el jardin, las alamedas, los arriates de flores, las dos ventanas de la casa á la luz de la luna. Es lástima que en ciertas ocasiones el hombre se vea obligado á respirar; Gilliatt hacia lo que podia para contener la respiracion.

Le parecia estar viendo un paraiso fantástico, y tenia miedo de que se disipase. Era casi imposible que aquellos abetos se hallasen realmente ante su vista, y si se encontraban, solo podia ser con la inminencia de desaparicion que tienen las cosas divinas. Gilliatt creia que un soplo disiparia todo aquello y temblaba.

Cerca de él, dentro del jardin, en el borde de un sendero, habia un banco de madera pintado de verde; los lectores recordarán este banco.

Gilliatt miraba las dos ventanas, pensando en el sueño posible de algun sér en aquella habitacion. Desearia no estar donde estaba, y sin embargo, hubiera preferido morir á marcharse. Pensaba en el aliento que levantaba un pecho. Pensaba en aquel sér inaccesible, que estaba dormido cerca de él y al alcance de su éxtasis; pensaba en la mujer imposible entregada al sueño y á las quimeras; pensaba en los sueños que puede crear un sueño; se arriesgaba hasta llegar á las faltas de respeto del delirio; le perturbaba la cantidad de forma femenina que puede tener un ángel, en la hora nocturna abierta para las miradas furtivas de los ojos tímidos; se reconvenia por ir tan lejos, temiendo cometer una profanacion solo pensándolo. Experimentaba la sensacion y casi el dolor de figurarse un corpiño sobre una silla, una manta echada en el tapiz, una cintura desabrochada, una pañoleta. Se imaginaba un corsé, un cordon con herretes que se arrastraba por el suelo, unas medias, unas ligas. Tenia el alma en las estrellas.

Las estrellas han sido creadas lo mismo para el corazon humano del pobre como Gilliatt, que para el corazon humano del millonario. Cuando se llega á cierto grado de la pasion, todos los hombres están sujetos á profundos deslumbramientos, pero las naturalezas ásperas y primitivas los nutren con más motivo, porque su salvajismo se agrega al desvarío.

El enagenamiento es una plenitud que se desborda como todas las plenitudes. Contemplar aquella ventana era por Gilliatt casi demasiado.

De pronto la vió á ella misma, de pronto vió á la mujer adorada.

Por entre el ramaje de un bosquecillo, que espesaba la primavera, salió con inefable lentitud espectral y celeste una figura, un vestido, un semblante divino, casi una claridad debajo de la de la luna.

Gilliatt se creyó desfallecer. Era Deruchette.

Deruchette se acercó y se paró. Dió algunos pasos como para alejarse, pero volvió á detenerse, y luego se sentó en el banco de madera.

La luna plateaba los árboles, algunas nubes erraban entre las estrellas pálidas, el mar hablaba con la oscuridad á media voz, la isla dormia, la bruma subia en el horizonte, reinaba profunda melancolía. Deruchette inclinaba la frente y sus ojos pensativos miraban con fijeza; estaba sentada, de perfil, con la cabeza casi descubierta, con la gorra desatada, que permitia ver en la delicada nuca la raiz de los cabellos; la penumbra modelaba sus manos de estátua y su vestido era de esos colores que la noche hace aparecer blancos; tenian sus pestañas inclinadas la vaga contraccion que anuncia una lágrima reprimida ó un pensamiento rechazado. Sus brazos indecisos parecian no encontrar sitio donde apoyarse; algo flotante se entreveia en toda su actitud; más que una luz era un resplandor, más que una gracia parecia una diosa. Estaba tan cerca de Gilliatt, que éste, conmovido, oia su respiracion.

Gilliatt estaba como loco. Lo que experimentaba no puede expresarse con palabras. El amor era para Gilliatt como la miel para el oso; le proporcionaba sueño exquisito y delicado. Los pensamientos se embrollaban en su cerebro y temia sin saber por qué.

No se le ocurrió idea de levantarse, saltar la tapia, acercarse á Deruchette y decirla: Soy yo: á ocurrírsele, hubiera huido. Estaba satisfecho con ver que Deruchette estaba allí, y era feliz contemplándola.

Se oyó de pronto un ruido que sacó á Deruchette de su enagenacion y á Gilliatt de su éxtasis. Era el ruido de pasos de alguno que andaba por el jardin y que los árboles no permitian ver. Era el paso de un hombre.

Los pasos se acercaron y el ruido cesó. El hombre que andaba debió pararse. El sendero donde estaba colocado el banco se perdia entre árboles frondosos; allí debió pararse la persona que andaba.

La casualidad dispuso de tal modo la espesura de las ramas, que Deruchette veia al recien venido y Gilliatt no le podia ver.

La luna proyectaba una sombra en el cielo, desde el bosquecillo al banco, que era lo único que podia ver Gilliatt. Éste miró á Deruchette y notó que estaba pálida, que su boca entreabierta iniciaba un grito de sorpresa, que se levantó del banco, dejándose caer en él otra vez; que su actitud de fuga la contrarrestaba una actitud de fascinacion. Casi tenia en los labios el centelleo de la sonrisa y en los ojos el brillo de las lágrimas. Compren-

dia que la transfiguraba la presencia de alguno superior á un sér humano, y veia en sus miradas la reverberacion de un ángel.

El sér, que para Gilliatt solo era sombra, habló. Salió de la espesura una voz dulce, como voz femenina, pero que, sin embargo, era voz de hombre. Gilliatt oyó estas palabras:

—Señorita, os veo todos los domingos y todos los jueves, y sé que antes no asistíais tanto á la iglesia. Nunca os he hablado, porque tal era mi deber, así como hoy por deber os hablo. El *Cashmere* parte mañana; esto es lo que me obliga á venir aquí. Sé que todas las noches os paseais por el jardin. Seria indiscrecion en mí enterarme de vuestras costumbres si á ello no me indujera el proyecto que abrigo. Sé que estais arruinada; yo desde ayer soy rico. Me quereis por esposo?

Deruchette juntó las dos manos con ademan suplicante y miró al que le hablaba, muda, con los ojos fijos y temblando de piés á cabeza.

La voz prosiguió:

—Os amo. Debo hablar. Dios bendice el lazo del matrimonio. En la tierra solo hay para mí una mujer, que sois vos, Deruchette. Pienso en vos como en una oracion. En Dios deposito mi fé y en vos mi esperanza. Las alas que yo agito las llevais vos, que sois mi vida y mi cielo.

Deruchette, emocionada, inclinaba los ojos y guardaba silencio.

La voz continuó hablando de este modo:

—Me producís el efecto de la gloria. Sois la misma inocencia y os amo apasionadamente. Sé que ahora está regocijado todo el mundo en la casa y que podia haber escogido otro momento para hablaros. ¿Recordais el pasaje de la Biblia que nos leyeron? He pensado mucho en él y lo he leido con frecuencia. El reverendo Hérode me decia:—"Debeis desposaros con mujer rica„; pero yo le contesté:—"Al contrario, debo desposarme con mujer pobre.„ Os hablo sin acercarme, pero retrocederé si me lo mandais. Sois mi soberana y os acercareis á mí si quereis. Amo y espero. Sois para mí la forma viviente de la bendicion.

—Ignoraba que hubiérais observado mi presencia en la iglesia los domingos y los jueves, balbuceó Deruchette.

La voz continuó:

—Nada se puede oponer contra los séres angélicos. El amor es la ley universal. El matrimonio es Canaán, y sois vos la belleza prometida. ¡Oh, mujer, llena de gracia, yo os saludo!

Deruchette suspiró.

—Dios quiere que se ame. Los encuentros de las almas no dependen de ellas; por eso no sois culpable. Asistísteis á los oficios y yo estaba allí: esto es todo lo que ha sucedido. Comprendí que os amaba y algunas veces se fijaron en vos mis miradas. Hice mal, pero no pude evitarlo. Mirándoos, el amor se ha introducido en mí. Hay voluntades misteriosas superiores á nosotros. El corazon es el primero de los templos. Aspiro al paraiso terrenal de que consintais en tener vuestra alma dentro de mi morada. Mientras fuí pobre nada os dije. Teneis veintiun año y yo veintiseis. Mañana parto; si no accedeis á mi demanda no volveré. Quereis ser mi prometida? Os amo, respondedme. Hablaré á vuestro tio cuando logre vuestro consentimiento.

Deruchette inclinó la frente y exclamó:

—Oh! Le adoro!

Pero lo dijo en voz tan baja, que solo lo oyó Gilliatt.

Hubo un momento de pausa. Uno de aquellos momentos severos y pacíficos en los que el sueño de las cosas se agrega al de los séres, en los que la noche parece que escuche los latidos del corazon de la naturaleza. En tan profundo recogimiento se oia una armonía que completaba su silencio, la que producia el inmenso ruido del mar.

—Deruchette...

La jóven se extremeció. La voz continuó de este modo:

—Estoy esperando.

—Qué esperais?

—Vuestra respuesta.

—Dios la ha oido ya.

La voz entonces adquirió sonoridad y mayor dulzura; expresóse así:

—Ya que eres mi prometida, levántate y ven. Que la bóveda azul donde brillan los astros presencie la aceptacion de mi alma y de tu alma, y que nuestro primer beso ascienda al firmamento.

Deruchette se levantó, permaneciendo un instante con los ojos fijos en otros ojos. Despues, con paso lento, con la cabeza erguida, con los brazos caidos y los dedos de las manos separados, se dirigió hácia la espesura y desapareció.

Un momento despues, en vez de proyectarse una sombra en la arena del sendero, se proyectaron dos, que se confundian, y Gilliatt vió á sus piés que se abrazaban las dos sombras.

El tiempo pasa para nosotros como los granos en un reloj de arena, y no conocemos su fuga, sobre todo en ciertos instantes supremos. La dichosa pareja estaba á una parte, ignorando que habia allí un testigo presencial, y á la otra parte estaba éste, que no veia tampoco á la pareja feliz, pero que sabia que estaba á pocos pasos de él. ¿Cuántos minutos permanecerian en aquella suspension misteriosa? Imposible es decirlo.

Repentinamete sonaron ruidos lejanos, y una voz que gritaba: ¡Socorro! y los tañidos de la campana del puerto. Es imposible que los dos séres embriagados de dicha celestial oyesen aquel tumulto.

La campana del puerto siguió repicando. El que hubiera buscado entonces á Gilliatt en el rincon de pared donde se ocultaba no le hubiera encontrado ya.

# LIBRO SEGUNDO

## La gratitud en pleno despotismo.

### I.

#### Alegría y angustia.

Mess Lethierry agitaba la campana con frenesí, pero se detuvo de pronto al ver que un hombre volvia la esquina del muelle. Era Gilliatt.

Lethierry corrió hácia él, le cogió con su mano las dos suyas y le contempló un momento silenciosamente, con uno de esos silencios que indican que la explosion no encuentra por dónde salir.

Despues le sacudió, y apretándole los brazos, tirando de él con violencia, le hizo entrar en la sala baja de las Bravées, cuya puerta entreabierta empujó con el pié; se sentó, ó mejor dicho, cayó sobre una silla al lado de una mesa que alumbraba la luna, cuyo reflejo blanqueaba vagamente el rostro de Gilliatt, y gritó, entre carcajadas y sollozos:

—Gilliatt! Hijo mio! ¡El tocador del bug-pipe! ¡Ya sabia yo lo que valias y lo que valia tu barco holandés! Cuéntamelo todo. Has ido allí? Cien años atrás te hubieran quemado por brujo. No falta ni un tornillo; lo he mirado y reconocido todo, y adivino que las ruedas están en las cajas. Te he buscado en el camarote y por todas partes, y para encontrarte tocaba la campana. Preciso es convenir en que pasan cosas extraordinarias. Vienes del escollo Douvres y me traes la vida. Fuego de Dios! Eres un ángel. Sí, es mi máquina; la verán y nadie lo creerá; nada le falta; ni una serpentina, ni un piton. El tubo de coger el agua no ha hecho movimiento. Parece imposible que no haya sufrido ninguna avería. ¿Pero cómo lo has conseguido? La *Duranda* vá á viajar otra vez. Dame tu palabra de honor de que no estoy loco.

Lethierry se puso en pié, respiró y prosiguió:

—Me pellizco para convencerme de que no estoy soñando; no, no sueño. Eres mi hijo, mi querido hijo, que has ido á salvar la máquina del más traidor de los escollos y en plena mar. Cosas maravillosas he visto en el curso de mi vida, pero como ésta ninguna. He conocido á los parisienses, que son de la piel del diablo, pero te aseguro que no son capaces de hacer eso. Lo que tú has hecho es más difícil que tomar la Bastilla. Has hecho un milagro, un verdadero milagro. Abrázame. El pais te deberá su prosperidad y refunfuñarán los envidiosos de Saint-Sampson. Desde luego voy á ocuparme en construir otro barco. Señores, ha estado en los Douvres y ha salvado mi máquina, y solo, enteramente solo. Te lo han dicho ya? Pues está probado que Clubin hizo encallar adrede la *Duranda* para estafarme el dinero que tenia que entregarme y emborrachó á Tangrouille. Esa piratería es larga de referir; ya te la contaré otro dia. ¡Yo fuí tan bestia que tenia confianza en Clubin! Pero de ese bribon me habrá vengado el escollo; allí habrá perecido. ¡Hay Dios, canalla! Vamos á construir otra *Duranda* con veinte piés más de longitud. Compraré madera en Dantzick y en Brema, y ahora que he adquirido la máquina tendré crédito y me fiarán. Para hacerlo todo en grande escala me vendria bien un poco de metálico sonante. ¡Si hubiese cobrado mis tres banknotes, los setenta y cinco mil francos que el pillastre Rantaine me devolvió y que el pillastre Clubin me ha robado!

Gilliatt, sin decir palabra, sacó del bolsillo el cinto de cuero del capitan. Lo abrió y lo dejó encima de la mesa; sacó del cinto una caja, y de la caja tres pedazos de papel doblados, que desdobló y entregó á Mess Lethierry.

Éste los examinó, y en cuanto comprendió lo que eran, miró á Gilliatt, quedóse un momento como privado de sen-

tido, y luego tuvo una erupcion que degeneró en explosion.

—Esto más! ¡Eres un hombre prodigioso, Gilliatt! ¡Tres billetes del Banco, de mil libras esterlinas cada uno! ¡Mis setenta y cinco mil francos! ¡Este es el cinturon de Clubin! ¡Entonces has ido hasta el infierno á buscar á ese perro! ¡Señores; me trae la máquina y el dinero! Lo consignaré en todos los periódicos. Compraré madera de primera calidad. Tomaré el abeto en Dantzick y el roble en Brema, para que tenga un buen casco. No tendré necesidad de crédito, porque ahora tengo dinero contante. ¡Me has salvado, Gilliatt! ¡Yo ni siquiera pensaba en tí, te habia olvidado completamente. Pero ahora me acuerdo de todo. Te lo prometí, y vas á casarte con Deruchette.

Gilliatt se apoyó de espaldas contra la pared, como si vacilase, y con voz baja, pero clara, contestó:—No.

Mess Lethierry experimentó un sobresalto.

—Cómo que no?

—Porque no la amo, respondió Gilliatt.

Lethierry fué á la ventana, la abrió y la cerró; se acercó otra vez á la mesa, cogió los tres billetes, los dobló, puso encima de ellos la caja de hierro, se rascó las patillas, cogió el cinturon de Clubin, lo lanzó violentamente contra la pared, y exclamó:—Aquí pasa algo.

Hundió las manos en los bolsillos y dijo:

—Conque no amas á Deruchette? ¿Conque es decir que para obsequiarme á mí tocabas el bug-pipe?

Gilliatt seguia apoyado en la pared, palideciendo como el hombre que vá á exhalar el último suspiro. A medida que él palidecia, Lethierry iba estando más colorado.

—Este imbécil no ama á Deruchette! Pues haz lo que puedas para amarla, porque se ha de casar contigo. ¡Y te figuras que yo te creo! ¡Si estás enfermo que te vea el médico, pero no digas extravagancias! No has tenido tiempo para reñir ni para incomodarte con ella. Verdad es que los enamorados son muy bestias. Si tienes algun motivo, dímelo. No soy tan ganso que no me deje convencer. Además, tengo los oidos torpes y puede que no te haya oido bien. Repíteme lo que me has dicho.

—He dicho que no, respondió Gilliatt.

—Has dicho que no? ¡El imbécil sigue en sus trece! No he visto estupidez semejante. Por menos de lo que tú haces se encierra á muchos hombres en un manicomio y les echan chorros de agua en la cabeza. Conque no amas á Deruchette? Entonces has hecho por mí todos los sacrificios. Por la linda cara del papá has ido á los Douvres, has sufrido frio, calor, hambre y sed, te has mantenido con cuatro lapas, has tenido por dormitorio la niebla, la lluvia y el viento, y has realizado la incomparable proeza de devolverme la máquina. Además, has arrostrado la tempestad de hace tres dias, que no te habrá dado poco que bregar. Conque no amas á Deruchette? No sé qué mal bicho te ha picado. Recuerdo perfectamente que yo estaba en aquel rincon cuando Deruchette dijo que se casaria con el que salvase la máquina. Y se casará contigo! ¡Dices que no la quieres! Cuanto más reflexiono, menos te comprendo. O tú ó yo estamos locos. No se presta un gran servicio á un hombre para venir á encolerizarle. Si no te casas con ella, se quedará para vestir imágenes. Por de pronto te necesito. Nadie más que tú ha de ser el piloto de la *Duranda*. No te figures que te vas á escapar. Ni te suelto, ni admito que te niegues. Pero hombre, habla!

La campana habia despertado á los de la casa y á los de los alrededores. Dulce y Gracia se levantaron y acababan de entrar en la sala baja, asombradas. Gracia llevaba una vela en la mano. Un grupo de vecinos, compuesto de marineros y de campesinos, se formó repentinamente, y estaba en el muelle contemplando atónito la chimenea de la *Duranda* dentro del barco de Gilliatt. Algunos del grupo, que oyeron la voz de Lethierry en la sala baja, penetraron en ella silenciosamente por la puerta que estaba entornada. Entre ellos se hallaba el señor Landoys. Mess Lethierry se apercibió de pronto de que estaba rodeado de gente, y aceptando complacido aquel auditorio, exclamó:

—Me alegro que hayais venido. Ya sabreis lo que ocurre; ya sabreis que Gilliatt ha estado en los Douvres y me ha sacado de allí la máquina sana y salva. Me la ha traido completa, no le falta ni un clavo. Mientras estábais durmiendo, me traian la máquina. Mientras os calábais el gorro de dormir y apagábais la vela, otros eran héroes. Gilliatt ha pescado la *Duranda* en el fondo del mar y setenta y cinco mil francos en el bolsillo de Clubin. No sé cómo has conseguido lo que conseguiste. Estaban con-

tra tí todos los diablos, el viento, el mar y la borrasca; verdad es que tú eres hechicero. Los que creen que eres brujo no van descaminados. La *Duranda* ha vuelto á casa; ya pueden desencadenarse las tempestades; aquí hay quien sabe atarlas corto. Amigos mios, se acabaron ya los naufragios. Me ha salvado la máquina. Sí, Gilliatt, te casarás con ella.

—Con la máquina? preguntó el señor Landoys.

—No, con la jóven, y tambien con la máquina; con las dos. Vamos á tener otra *Duranda*. En la isla habrá mucha circulacion, mucho comercio, muchos cargamentos de carneros y de bueyes. No cambiaré Saint-Sampson por Lóndres. Gilliatt el maligno será el autor de nuestra riqueza futura. Pero aquí hay luises de oro.

Mess Lethierry acababa de fijarse en que habia algunas monedas de oro en la tabaquera que estaba encima de los billetes de Banco. La tomó, la vació en la palma de la mano y dejó en la mesa el puñado de guineas.

—Para los pobres. Señor Landoys, entregad de mi parte esta friolera al condestable de Saint-Sampson. Ya leísteis la carta de Rantaine que os enseñé el otro dia; pues bien, ya están en mi poder los bank-notes. ¿Recordais la tempestad del otro dia? Pues mientras llovia á cántaros y el cielo disparaba cañonazos, Gilliatt estaba en el escollo de los Douvres y descolgaba la máquina del buque naufragado como yo descuelgo mi reloj. Gracias á él vuelvo á ser algo. Señores: la galeota del tio Lethierry vuelve al servicio. Nosotros somos los lobos del mar, pero él es el leon. ¡Viva Gilliatt! No sé cómo lo ha conseguido; pero de todos modos no le puedo negar la mano de Deruchette; se casará con ella.

Hacia algunos instantes que la ahijada de Lethierry habia entrado en la sala sin hablar y sin hacer el menor ruido. Estaba sentada en una silla detrás de su padre adoptivo, que no la vió entrar y que permanecia en pié, locuaz, alegre, gesticulando y hablando muy alto. Poco despues hubo en la sala otra aparicion muda. Un hombre, vestido de negro, con corbata blanca, con el sombrero en la mano, se paró en el umbral de la puerta. En el grupo, que habia aumentado extraordinariamente, habia muchos hombres con velas encendidas; estas luces iluminaban de perfil al hombre vestido de negro, cuyo blanco y bien dibujado contorno se destacaba del fondo oscuro con la pureza de una medalla. Se apoyaba en un ángulo de la puerta, sosteniendo la cabeza con la mano izquierda, y esta actitud hacia que resaltase la magnitud de la frente junto á la pequeñez de la mano. Examinaba y escuchaba con atencion profunda. Al reconocer los asistentes al reverendo Ebenezeer Caudray, rector de la parroquia, se separaron para dejarle paso, pero él se obstinó en permanecer en el dintel de la puerta. Sus miradas se encontraban con frecuencia con las de Deruchette. Gilliatt, por casualidad ó de intento, estaba situado en la parte oscura de la sala, y los concurrentes apenas le veian.

En cuanto Lethierry se apercibió de que estaba allí Deruchette, se acercó á ella y la besó con todo el entusiasmo con que puede darse un beso en la frente. Tendiendo los brazos hácia el rincon que ocupaba Gilliatt, la dijo:

—Deruchette, vuelves á ser rica y aquí tienes á tu esposo.

Deruchette levantó la cabeza y sus miradas se extraviaron en la oscuridad.

Mess Lethierry continuó hablando:

—En seguida celebraremos la boda, si puede ser mañana. Obtendremos las dispensas necesarias; aquí las formalidades son muy ligeras; el dean hace lo que quiere; cualquiera se casa en menos que canta un gallo; no sucede lo mismo en Paris. Te casarás y podrás jactarte de ser esposa de un valiente y de un gran marino, como yo le califiqué desde que le ví volver de Herm con el cargamento de piedras y el cañon por añadidura. Ahora viene de los Douvres con su fortuna, con la mia, con la de todo el pais; prometiste que te casarias con él, y ha llegado la hora de que le cumplas la palabra; te casarás y tendrás chiquillos, yo seré abuelo, y tú te vanagloriarás de ser la mujer de un gallardo mozo, que trabaja, que es útil, que es sorprendente, que vale más que ciento, que salva las invenciones de los demás; y no serás esposa, como las ricachas necias de este pais, de un soldado ó de un cura, esto es, del hombre que mata ó del hombre que miente. ¿Qué haces en ese rincon, Gilliatt? No te vemos. Dulce! Gracia! Alumbrad, alumbrad á mi yerno. Te desposo con Gilliatt, que es un buen muchacho, un gran marinero; y ni yo tendré otro yerno, ni tú tendrás otro marido. Doy á Dios mi palabra de honor. Ah! Estais ahí, señor cura? Pues casareis á este par de jóvenes.

Mess Lethierry acababa de apercibirse de que estaba allí el reverendo Ebenezeer.

Dulce y Gracia, obedeciendo á su señor, dejaron encima de la mesa dos bujías, que alumbraban á Gilliatt desde la cabeza hasta los piés.

—Qué hermoso es! exclamó Lethierry contemplándole.

Gilliatt estaba horrible; iba aun como salió aquella misma mañana del escollo Douvres, haraposo, con los codos agujereados, con la barba larga, con el pelo erizado, con los ojos quemados y rojos, con la cara desollada, con las manos ensangrentadas, con los piés descalzos. Algunas de las pústulas que le hizo el pulpo se veian aun en sus velludos brazos.

Lethierry seguia contemplándole.

—Es mi verdadero yerno. Se ha batido como un héroe con el mar y llega cubierto de gloriosos andrajos. ¡Qué espaldazas tiene! Qué magníficos piés! Qué hermoso es!

Gracia corrió hácia Deruchette y la sostuvo; acababa de desmayarse.

## II.

### La maleta de cuero.

La resurreccion de la *Duranda* metió mucho ruido en la isla; no solo alborotó á ésta, sino tambien á los habitantes de Saint-Pierre Port, que desde la madrugada empezaron á llegar á ver la máquina. Innumerable multitud se agolpaba en el muelle contemplándola; la gente no solo queria ver, sino tambien tocar la máquina; pero Lethierry, despues de volver á inspeccionar al amanecer todas las piezas, puso en el barco de Gilliatt dos marineros que se encargasen de impedir que el gentío se acercase á la máquina. Todos estaban admirados; todos con asombro se ocupaban de Gilliatt.

Desde el muelle se veia á Mess Lethierry sentado junto á una mesa, delante de la ventana, escribiendo, pero sin perder de vista la máquina. Estaba absorbido de tal modo, que solo una vez interrumpió la escritura para llamar á Dulce y preguntarla cómo se encontraba Deruchette. Dulce le contestó que la señorita se habia levantado y habia salido de casa. Mess Lethierry le replicó:

—Ha hecho bien en tomar el aire. El excesivo calor que hacia anoche en la sala la indispuso. ¡Habia allí tanta gente! Además, tuvo mucha sorpresa y mucha alegría! ¡Vá á casarse con un excelente marido!

En seguida prosiguió su tarea. Habia ya rubricado y cerrado dos cartas, que dirigia á los constructores más notables de Brema. Iba ya á cerrar la tercera, cuando el ruido de una rueda en el muelle le hizo erguir la cabeza. Se asomó á la ventana y vió salir por el sendero que conducia al Bú de la Calle á un mozo de cordel que arrastraba un carreton. El mozo se dirigia hácia Saint-Pierre Port. El carreton llevaba una maleta de cuero amarillo, que tenia embutidos de clavos de cobre y estaño.

Mess Lethierry llamó al mozo.

—Adónde vas, muchacho?

El mozo se paró y le respondió:

—Al *Cashmere*.

—A qué?

—A llevar esta maleta.

—Pues bien; lleva tambien estas tres cartas.

Lethierry abrió el cajon de la mesa, sacó un pedazo de bramante, ató con él las cartas y echó el paquete al mozo, que al vuelo lo recibió con las dos manos.

—Dile al capitan del *Cashmere* que tenga cuidado de esas cartas, que soy yo quien las escribo. Son para Alemania.

—Es que yo no hablaré con el capitan.

—Por qué?

—Porque el *Cashmere* no está en el muelle.

—Ah!

—Está en la rada.

—Hace bien; tendrá miedo al mar.

—Solo podré hablar con el patron del buque.

—Pues recomiéndale mis cartas.

—Se las recomendaré.

—A qué hora parte el *Cashmere*?

—A las doce.

—Hoy á medio dia la marea subirá y la tendrá en contra.

—Pero el viento le será favorable.

—Muchacho, le dijo Lethierry, señalando con el índice la chimenea de la máquina: —Ves aquello? Pues aquello se burla del viento y de la marea.

El mozo se metió las cartas en el bolsillo, hizo andar al carreton y prosiguió su camino.

Mess Lethierry llamó á sus sirvientas.

Gracia entreabrió la puerta y dijo:

—Qué mandais?

—Entra, y espérate.

Mess Lethierry tomó un pliego de pa-

pel y escribió. Si Gracia, que estaba en pié detrás de él, hubiera adelantado la cabeza, mientras escribia, por encima de los hombros de su señor, hubiera leido lo siguiente:

"Escribo á Brema para que me proporcionen madera. Tengo citados á varios carpinteros para el avaloro. Quiero que la construccion sea rápida. Tú ves á visitar al dean y procura obtener las dispensas. Deseo que la boda se realice cuanto antes; si puede ser, hoy mismo. Me estoy ocupando de la *Duranda*, ocúpate tú de Deruchette.„

Puso la fecha y firmó:

LETHIERRY.

No cerró la carta; la dobló, entregándosela á Gracia.

—Lleva esto á Gilliatt.

—Al Bú de la Calle?

—Al Bú de la Calle.

# LIBRO TERCERO

## La partida del «Cashmere».

### I.

#### El Havelet muy cerca de la iglesia.

Las noticias circulan con rapidez en los pueblos pequeños. Desde la salida del sol preocupaba á todos los habitantes de Guernesey ir á ver la máquina de la *Duranda*. Este acontecimiento era la conversacion exclusiva de toda la isla y eclipsaba á todas las demás. Nadie se acordaba ya del reverendo Ebenezeer Caudray, de su repentina riqueza ni de su partida en el *Cashmere*. Todos se ocupaban de la salvacion de la máquina de vapor, pero nadie creia semejante milagro. El naufragio fué tan extraordinario, que creian imposible el salvamento, y todos necesitaban ver para creer. Largas procesiones de gente de todas las clases sociales, hombres, mujeres, familias enteras con niños, acudian por todos los caminos á las Bravées para cerciorarse de la verdad por sus propios ojos, y dejaron despoblado á Saint-Pierre Port, en cuyo pueblo casi todas las tiendas se cerraron; en el Comercial-Arcade, punto de gran venta y de muchos negocios, quedaron todos paralizados; nadie vendia nada, exceptuando un joyero que vendió una sortija de oro, una sortija matrimonial, á un hombre que le preguntó de un modo muy apremiante dónde vivia el señor dean. Solo permanecian abiertas las tiendas en los puntos de reunion y de charla, en las que se comentaba de mil maneras el milagroso salvamento. Nadie se paseaba en la Hijoreuse, llamada actualmente, sin saber por qué, Cambridge-Park; nadie habia tampoco en High-Street, que se llamaba entonces la Grand Rue, ni en Forges; nadie en Hauteville, y hasta la misma Esplanada estaba desierta. Parecia domingo. Una alteza real pasando revista á la milicia de la Aneresse no hubiera vaciado mejor la poblacion. Tanto bullicio provocado por un nadie como Gilliatt, hacia encogerse de hombros á las personas graves y á los hombres correctos.

La iglesia de Saint-Pierre Port, con sus tres cimborios y sus flechas, estaba situada á la orilla del mar, en el fondo del puerto, casi en el mismo desembarcadero. Al mismo tiempo que es parroquia, es el deanato de toda la isla. Tiene por ecónomo al coadjutor del obispo, importante eclesiástico, revestido de plenos poderes.

El ancon de Saint-Pierre Port, que en la actualidad es un puerto muy ancho y muy hermoso, era entonces menos considerable que la ensenada de Saint-Sampson. Le constituian dos murallones gruesos, ciclópeos y curvos, que, partiendo de la playa á estribor y á babor, se juntaban casi en su extremidad, en la que se elevaba un faro. Debajo del faro daba paso á los buques una boca estrecha, que aun conserva la doble argolla de la cadena con que se cerraba en la Edad Media. Las dos patas de una langosta medio abierta dan idea bastante exacta de cómo era el ancon de Saint-Pierre Port. Aquellas patas, que formaban una tenaza, abarcaban un pedazo de mar dentro del abismo y le obligaban á permanecer tranquilo, excepto cuando soplaba el viento del Este, que entonces habia marejada en la boca del puerto, se picaba, y no era prudente entrar en él; así lo comprendió el *Cashmere* y por eso fondeó en la rada.

Los buques, cuando reina el viento de Levante, toman este partido, porque además de la seguridad se ahorran los gastos de puerto. En semejantes casos los bateleros que comisionaba la ciudad embarcaban en sus lanchas, ya en el embarcadero, ya en las estaciones de la playa, á los viajeros con sus equipajes, transportándolos á los buques que iban

á partir. El viento del Este es un viento de costado, á propósito para hacer la travesía de Inglaterra.

Cuando la embarcacion que iba á partir estaba dentro del puerto, en él se embarcaban todos los pasajeros; pero cuando estaba en la rada, se embarcaban en cualquiera de los puntos de la costa próximos al fondeadero. En todas las ensenadas se encontraban muchos bateleros.

Una de estas ensenadas era el Havelet. Havelet es diminutivo de havre, que significa ancon: estaba cerca de la ciudad, pero era poco frecuentado. Debia su soledad al encajonamiento de los altos acantilados del fuerte George, que le dominaba. Se iba al Havelet por varias sendas. La más directa corria á lo largo de la orilla, y aunque tenia la ventaja de conducir á la ciudad y á la iglesia en menos de cinco minutos, ofrecia el inconveniente de que se cubria de agua dos veces cada dia. Las demás sendas se hundian en las escabrosidades de los tajos de las peñas. El Havelet, hasta en pleno dia, tenia poca claridad. Allí colgaban de todas partes bloques inclinados. Se enmarañaba, formando una especie de noche apacible entre el desórden de las rocas y de las olas, un bosque de espinos y de malezas; era muy pacífico el Havelet en tiempo de calma; pero muy tumultuoso en los dias de tempestad. Muchas de las puntas de sus ramas estaban casi siempre mojadas por la espuma del mar. En la primavera se llenaban de flores, de nidos, de perfumes, de pájaros, de mariposas y de abejas. Los trabajos recientes le han hecho perder su aspecto salvaje, reemplazándole con las hermosas líneas rectas que forman los caseríos, los malecones y los jardines. Se ha desmontado el terreno y el buen gusto ha borrado las extravagancias de las montañas y las incorrecciones de las rocas.

## II.

### Las desesperaciones cara á cara.

Sobre las diez de la mañana la afluencia de gente iba en aumento en Saint-Sampson. Toda la poblacion, febricitante de curiosidad, se dirigia al Norte de la isla, y el Havelet, que estaba situado al medio dia, se veia más desierto que nunca.

Solo habia allí un batel y un batelero; en el batel descansaba un saco de noche, y el batelero estaba esperando á alguno.

Distinguíase en la rada el *Cashmere*, que estaba anclado, pero que, como no debia zarpar hasta el medio dia, no hacia aun ninguna maniobra para aparejar.

El transeunte que desde cualquiera de las costas del acantilado prestara atencion, oiria en el Havelet murmullo de palabras; si se asomase, veria á cierta distancia del batel, en un recodo formado de rocas y de ramas, en el que no podia penetrar la vista del batelero, á un hombre y á una mujer, á Ebenezeer y á Deruchette.

Los reductos sombríos de la orilla del mar, que parece que invitan á tomar el baño, no están siempre solitarios, como se cree. Observan y oyen algunas veces, á los que en ellos se ocultan por entre las espesuras de las vejetaciones y de las rocas, ojos curiosos.

Deruchette y Ebenezeer estaban en pié frente á frente, mirándose y cogidos de las manos. Deruchette estaba hablando; Ebenezeer la oia silencioso, y una lágrima, cuajada y detenida en sus párpados, vacilaba sin caer.

El desconsuelo y la pasion habian impreso sus huellas en la frente religiosa de Ebenezeer, y en su fisonomía se adivinaba dolorosa resignacion. Su semblante, sencillamente angélico hasta entonces, empezaba á marcar fatal expresion. El que hasta entonces solo habia meditado en el dogma, meditaba sobre la suerte, que es maligna meditacion para un sacerdote, porque descompone la fé, y no hay nada que perturbe tanto como flotar en lo desconocido. El hombre es juguete de los acontecimientos, y la vida es un estado de espectativa perpétua. No sabemos por qué parte descenderá bruscamente el azar. Las catástrofes y las felicidades entran y salen, como personajes desconocidos; tienen su ley, su órbita y su gravitacion fuera del hombre. La virtud no conduce á la felicidad, el crímen no conduce á la desgracia; la conciencia tiene su lógica y la suerte tiene otra lógica diferente, entre las que no hay coincidencia recíproca. Nada puede preverse. Vivimos amenazados de golpes inesperados. La conciencia es la línea recta, pero la vida es un torbellino, y este torbellino arroja inesperadamente á la cabeza del hombre caos negros y cielos azules. La suerte no conoce el arte de las transiciones, y algunas veces su rueda gira con tanta

velocidad, que el hombre distingue apenas el intervalo que media de una peripecia á otra y el eslabon que enlaza el dia de ayer con el de hoy. Ebenezeer era un creyente que raciocinaba y un sacerdote apasionado. Las religiones que prescriben el celibato clerical obran con acierto, porque nada destruye tanto al sacerdote como amar á una mujer.

Contemplaba demasiado á Deruchette.

Aquellos dos séres se idolatraban. En las pupilas de Ebenezeer brillaba la adoracion muda que acompaña á la desesperacion.

Deruchette decia:

—No partireis. Me falta valor para veros partir: creia poder deciros adios y no puedo. No es culpa mia. ¿Por qué vinísteis ayer, para marcharos hoy? Nunca os habia hablado; os amaba, pero no lo sabia. La primera vez que os ví, cuando el reverendo Hérode leyó la historia de Rebeca y vuestras miradas se encontraron con las mias, se me abrasaron las mejillas, y pensé en mi interior: ¡Cómo debió ruborizarse Rebeca! Si hace algunos dias me hubieran dicho que os amaba, no lo hubiera creido; esto es precisamente lo más terrible de mi amor. El amor se ha apoderado de mí á traicion y encontrándome descuidada. Iba á la iglesia, os veia, como todo el mundo. No os acrimino; nada hicísteis para que os amase; únicamente me mirábais, esto no tiene nada de particular; pero vuestras miradas han conseguido que os ame. No puedo explicarme lo que me ha sucedido. Me hablábais de arcángeles y vos sois el arcángel. Antes de veros no sé si creia en Dios; despues creo y rezo. Le decia á Dulce que me vistiese pronto, porque no queria llegar tarde á los oficios, y corria á la iglesia. Ahora comprendo que era para amar á un hombre; entonces lo ignoraba y extrañaba volverme tan devota. Me habeis hecho comprender que yo no iba á la iglesia por ser religiosa, sino por veros. Sois hermoso, hablais muy bien, y cuando levantábais los ojos al cielo, me parecia que elevábais mi corazon con vuestras dos manos blancas. Estaba loca y no lo sabia. Vuestra única culpa consiste en entrar ayer en el jardin y en habérseme declarado. Si nada me hubiéseis dicho, yo nada sabria. Hubiérais partido; quizás me hubiera quedado triste y melancólica, pero ahora partireis y moriré. Ahora que sé que os amo, no es posible que os separeis de mí. ¿Qué estais pensando? No me escuchais?

—Ya sabeis lo que ayer dijo vuestro padre, respondió Ebenezeer.

—Ay! por desgracia lo sé.

—Cómo he de oponerme?

Callaron un instante. Ebenezeer añadió:

—No tengo más remedio que partir.

—Entonces me condenais á muerte. Por qué os dirigísteis á mí? Despues de decirme que me amábais, ya no podeis partir. Si os ausentais os aseguro que moriré. Tengo el corazon destrozado. Soy muy desdichada! Mi tio, sin embargo, es bueno.

Por la primera vez en su vida Deruchette llamaba á Mess Lethierry *tio*. Hasta entonces siempre le habia llamado *padre*.

Ebenezeer retrocedió un paso, haciendo una señal al batelero. Se oyó el ruido de los remos y se vió que la lancha se aproximaba.

—No! No! exclamó Deruchette.

Ebenezeer se acercó á ella y la dijo:

—Es preciso.

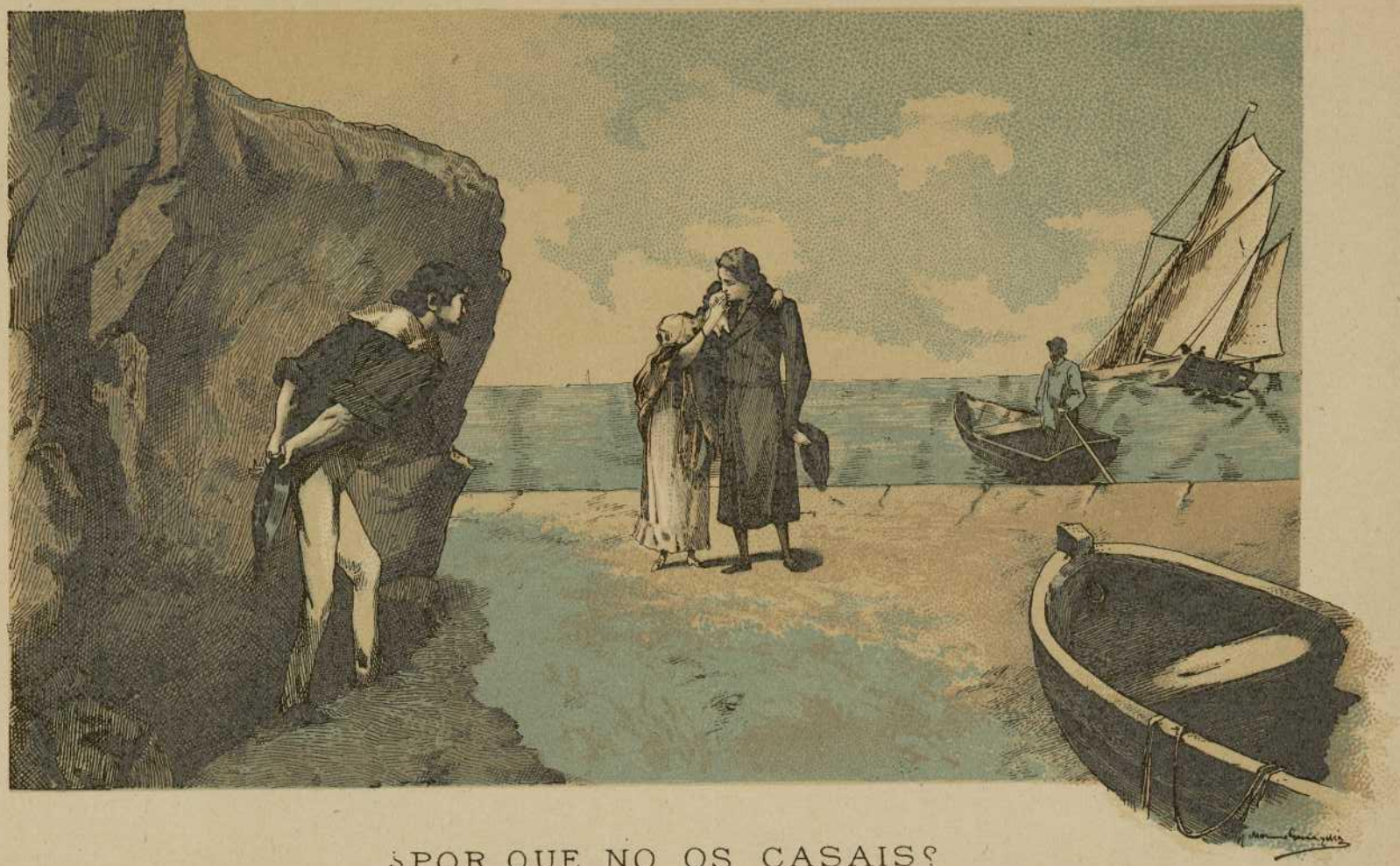
—Es imposible. ¡Abandonarme por una máquina! ¡Dejarme en poder de aquel hombre horroroso! No, no podeis abandonarme. Teneis ingenio y ya encontrareis el medio de vencer este obstáculo. No es posible que me hayais citado aquí con la idea de que os vea partir. No os he hecho ningun daño, ni os he dado ningun motivo de queja. ¿Quereis iros en el buque que tenemos á la vista? No quiero; no me abandonareis. No me habeis enseñado el cielo para privarme de él. Os quedareis aquí conmigo. Yo te amo!

Abrazándole, cruzó los dedos de las dos manos detrás del cuello de Ebenezeer para formar con sus brazos un vínculo que le sujetase, y para dirigir con las manos juntas una súplica á Dios; pero el jóven desató aquel nudo delicado, que resistió todo lo que pudo.

Deruchette cayó sentada sobre una roca saliente cubierta de hiedra, levantando con un gesto maquinal la manga del vestido hasta el codo, y enseñó su hermoso brazo desnudo, con ojos pálidos é inmoviles. La lancha se acercaba.

Ebenezeer cogió entre sus manos la cabeza de Deruchette, tocando sus cabellos con una especie de precaucion religiosa; fijó algunos instantes su mirada en ella; depositó un beso en su frente, y con el acento de suprema angustia, que hacia traslucir que se arrancaba el alma, la dijo:

—Adios!



¿POR QUE NO OS CASAIS?



Deruchette prorumpió en sollozos.

En aquel instante una voz lenta y grave preguntó:

—Por qué no os casais?

Ebenezeer volvió la cabeza, Deruchette levantó los ojos, y vieron á Gilliatt.

Gilliatt no era ya el hombre del dia anterior. Iba peinado y afeitado, con zapatos, llevaba camisa blanca de marinero, con cuello doblado y ancho; vestia su mejor traje. En su dedo meñique brillaba una sortija de oro. Aunque parecia tranquilo, su semblante estaba lívido.

Le contemplaron atónitos. A pesar del diferente aspecto que ofrecia, Deruchette le reconoció; pero las palabras que acababa de pronunciar estaban tan distantes de lo que les ocupaba en aquellos momentos, que se deslizaron por sus espíritus sin comprenderlas.

Gilliatt añadió:

—No teneis necesidad de separaros. Casaos y partid juntos.

Deruchette se extremeció, temblando de piés á cabeza.

Gilliatt prosiguió hablando:

—Miss Deruchette tiene ya veintiun años y no necesita licencia de su tio para casarse, conque...

Deruchette, interrumpiéndole, le preguntó:

—Cómo es que estais aquí?

—Casaos, volvió á decir impertérrito Gilliatt.

—Mi pobre tio...

—Negaria el consentimiento si la boda se verificase, repuso Gilliatt; pero cuando esté consumado el acto, lo aprobará. Además, vais á partir, y cuando volvais os perdonará.

Despues de una pausa, añadió Gilliatt con acento amargo:

—Ahora solo piensa en reconstruir su buque, que le distraerá durante vuestra ausencia. Le consolará la *Duranda*.

—No quisiera causar á nadie pesadumbre, tartamudeó Deruchette, con asombro mezclado de alegría.

—Las pesadumbres duran poco tiempo, contestó Gilliatt.

Ebenezeer y Deruchette habian experimentado una turbacion y un deslumbramiento de los que ya se reponian, y poco á poco iban comprendiendo el sentido de las palabras de Gilliatt. Veian que iba desapareciendo el obstáculo y no se oponian á su desaparicion. Dejaban que los salvase el que queria salvarlos. Solo le oponian objeciones débiles. No se rehusa con empeño volver á entrar en el Eden. Aquel hombre les decia: Casaos. Si para verificarse ese acto se contraia alguna responsabilidad, él la aceptaba completamente. Deruchette conocia confusamente que él estaba en su derecho. Lo que decia de Mess Lethierry era cierto. Ebenezeer, pensativo, murmuraba:—"Un tio no es un padre„. Sufria la corrupcion casuística de una peripecia súbita y dichosa. Los posibles escrúpulos del sacerdote se fundian y se disolvian en el corazon del enamorado.

La voz de Gilliatt, breve y dura, hacia presentir las pulsaciones de la fiebre.

—Partid en seguida. El *Cashmere* se hace á la vela dentro de dos horas; solo os queda el tiempo preciso. Vamos.

Ebenezeer le contemplaba atentamente. De pronto exclamó:

—En este instante os reconozco; vos fuísteis el que me salvó la vida.

Gilliatt le respondió:

—No me acuerdo.

—En la punta de los Banques.

—No conozco ese sitio.

—Sí, sí; el dia de mi llegada.

—No perdamos el tiempo, repuso Gilliatt.

—Si no estoy equivocado, sois el hombre de ayer noche.

—Tal vez.

—Cómo os llamais?

Gilliatt levantó la voz:

—Barquero, espéranos. Miss, me preguntásteis por qué estoy aquí, y os respondo que os he seguido. Teneis veintiun años, y en este pais, cuando las personas son mayores de edad y solo dependen de sí mismas, pueden casarse en un cuarto de hora. Tomemos el sendero que está á la orilla del mar, podemos ir y venir por él, porque la marea no subirá hasta medio dia, pero no podemos perder ni un minuto. Seguidme.

Deruchette y Ebenezeer parecia que se consultaban con las miradas. De pié, uno al lado de otro y sin moverse, parecian atontados. Se ven estas extrañas vacilaciones en el borde del abismo de la felicidad.

—Se llama Gilliatt, dijo en voz baja Deruchette á Ebenezeer.

Gilliatt repitió con cierta autoridad:

—Qué esperais? Os dije que me siguiérais.

—Adónde? preguntó Ebenezeer.

—Allá.

Gilliatt indicó el campanario de la iglesia.

Los amantes le siguieron; él iba delante con paso firme; ellos vacilaban.

A medida que se acercaban al campanario, en los semblantes de Ebenezeer y de Deruchette se iba insinuando la sonrisa; la aproximacion á la iglesia les iluminaba. Los ojos de Gilliatt estaban foscos; parecia un espectro que conducia dos almas al paraiso.

Ebenezeer y Deruchette no se daban cuenta exacta de lo que iba á suceder. La intervencion de aquel hombre era para ellos como la rama á que se agarra el que se ahoga. Le siguieron con la docilidad que sigue el desesperado al primero que llega. El que se siente morir acepta con facilidad cualquier incidente. Deruchette, como la más ignorante, era la más confiada. Ebenezeer estaba muy pensativo.

Deruchette era mayor de edad. Las formalidades del matrimonio inglés son muy sencillas, sobre todo en los paises autótomos, donde los rectores de parroquia tienen poder casi discrecional; ¿pero consentiria el dean en la celebracion del matrimonio sin informarse de si el tio lo aprobaba? Nada, sin embargo, perdian probándolo; de todos modos conseguian una próroga.

Si aquel hombre era el mismo que Lethierry deseaba tener por yerno, ¿cómo podia explicarse su modo de obrar? El que debia ser obstáculo, se convertia en Providencia para los dos amantes. Ebenezeer se convenia, pero dando á este suceso el consentimiento tácito del hombre que acepta su único camino de salvacion.

La senda era desigual, llena de baches, y en algunos puntos estaba obstruida por pedruscos y por rocas. Ebenezeer caminaba distraido, y Gilliatt le decia de vez en cuando:

—Cuidad de no tropezar con las piedras y dad la mano á miss.

## III.

### Lo que prevé la abnegacion.

Dando las diez y media entraban en la iglesia, que por ser esa hora y por el acontecimiento del dia, estaba solitaria.

Cerca de la mesa que en las iglesias reformadas reemplaza al altar, habia tres personas: el dean, el evangelista y el registrador. El dean era el reverendo Jaquemin Hérode, que estaba sentado; el evangelista y el registrador en pié.

Sobre la mesa se hallaba el Libro abierto. A su lado estaba tambien abierto el libro de registro de la parroquia, en el que habia una página recientemente escrita, y la tinta no estaba seca aun. Al lado del libro-registro habia un tintero con pluma.

Al entrar el reverendo Ebenezeer Caudray, el reverendo Jaquemin Hérode se levantó.

—Os estoy esperando, dijo; todo está preparado.

El dean, efectivamente, llevaba el traje de oficiar.

—Estoy á vuestras órdenes.

Dijo esto saludando á su colega y mirándole directamente, pues para el dean solo estaba allí presente Ebenezeer, que era elergyman y gentleman, como si dijéramos de la aristocracia del clero é hijodalgo. El dean no comprendia en su saludo ni á Deruchette, que estaba á su lado, ni á Gilliatt, que estaba detrás. La conservacion de esas distinciones forma parte del buen órden y consolida las sociedades.

El dean repuso con amenidad graciosamente altiva:

—Os felicito doblemente. Vuestro tio ha muerto y os casais; por una parte sois rico y por otra feliz. Además, Mess Lethierry vá á reconstruir su *Duranda* y vuelve tambien á ser rico. Lo celebro, porque ha nacido en esta parroquia, y yo apunté la fecha de su nacimiento en el registro. Quereis casaros inmediatamente porque teneis necesidad de salir de la isla. Lo comprendo, pero celebrando el matrimonio de un rector de parroquia, hubiera deseado darle solemnidad. Sin embargo, lo abreviaré por complaceros. Lo esencial puede consignarse en el sumario. El acta ya la tengo extendida en el registro; solo falta que la firmeis. Segun la ley y segun la costumbre, el matrimonio puede celebrarse inmediatamente despues de la inscripcion. La declaracion que se necesita para la licencia se hizo debidamente. Yo asumo la responsabilidad de una irregularidad insignificante; esto es, de que la demanda de la licencia debe registrarse con siete dias de anticipacion; pero paso sobre esta fórmula por la necesidad y por la urgencia de vuestra partida. Voy á casaros. Mi evangelista será el testigo del esposo; en cuanto al testigo de la esposa...

El dean se volvió hácia Gilliatt. Éste le contestó con un signo afirmativo de cabeza.

—Pues no se necesita más, dijo el dean.

Ebenezeer estaba inmóvil; Deruchette en éxtasis, como petrificada.

El dean continuó:

—Ahora, sin embargo, se presenta un obstáculo.

Deruchette hizo un movimiento. El dean prosiguió:

—El enviado de Mess Lethierry, que está aquí presente y que pidió por vos la licencia y firmó la declaracion en el registro, dijo señalando á Gilliatt, me dijo que estando Lethierry muy ocupado para venir personalmente, deseaba que esto no fuera óbice para que el casamiento se verificase en seguida; pero no basta expresar este deseo verbalmente. Por las dispensas, que es preciso otorgar, y por la irregularidad de que soy responsable, no puedo proceder con ligereza, y debo informarme por mí mismo de la voluntad de Mess Lethierry, á no ser que éste me manifieste su deseo bajo firma. Necesito esta seguridad.

—Pues esta dificultad está zanjada, contestó Gilliatt, entregando un papel al dean.

El dean lo tomó, echó sobre él una ojeada, sin duda para omitir la lectura de algunas líneas inútiles, y leyó en alta voz:

—"Vete á casa del dean para sacar las dispensas. Deseo que el matrimonio se verifique cuanto antes; si puede ser hoy mismo.„

Dejó el papel encima de la mesa y prosiguió hablando:

—Está firmado por Lethierry. Hubiera sido en él más respetuoso dirigirme la carta; pero puesto que se trata del matrimonio de un colega, lo doy por bien hecho.

Ebenezeer lanzó á Gilliatt una mirada significativa; hay almas que se comprenden. Ebenezeer adivinó que engañaba al reverendo dean, pero no tuvo fuerza ni intencion para denunciarle. No dijo ni una sola palabra, ya por obedecer al heroismo latente que vislumbraba, ya porque le aturdiese la conciencia el golpe de felicidad que acababa de recibir.

El dean tomó la pluma y, con ayuda del registrador, llenó los blancos de la página escrita en el registro, y despues invitó á Ebenezeer y á Deruchette á que se acercasen á la mesa.

La ceremonia empezó.

Ebenezeer y Deruchette estaban juntos delante del ministro. El que haya soñado que se casa ó el que en realidad se ha casado, experimenta lo que ellos experimentaban.

Gilliatt estaba oculto en la oscuridad de los pilares, á alguna distancia de ellos.

Al levantarse por la mañana Deruchette, pensando, con la desesperacion que de ella se habia apoderado, en el ataud y en el sudario, se vistió de blanco (1); iba, pues, vestida para la boda. El traje blanco caracteriza á la desposada, y la tumba es tambien un casamiento.

Deruchette resplandecia de felicidad y estaba como nunca. Su belleza pecaba por exceso de gracia, si por exceso de gracia se puede pecar. Deruchette, en el estado normal, es decir, sin pasion y sin dolor, era esencialmente gentil, como ya otra vez lo hemos dicho. Se transfiguraba en vírgen ideal. Deruchette, engrandecida por el amor y por el sufrimiento, habia tenido, si esta palabra se nos permite, anticipacion súbita. Conservaba el mismo candor, pero con más dignidad; la misma frescura, pero con más perfume. Era una margarita convertida en lirio.

Sus mejillas aun estaban húmedas del llanto, ya extinguido. Parecia que quedaba aun alguna lágrima en algun rincon de su sonrisa.

El dean, en pié junto á la mesa, poniendo un dedo sobre la Biblia abierta, preguntó en alta voz:

—No hay quién se oponga?

Nadie respondió.

—Amen, dijo el dean.

Ebenezeer y Deruchette se acercaron un poco más al reverendo Jaquemin Hérode, que prosiguió hablando de este modo:

—Joe Ebenezeer Caudray, ¿quieres tomar á esta mujer por esposa?

Ebenezeer respondió:

—Quiero.

El dean repuso:

—Duranda Deruchette Lethierry, ¿quieres tomar á este hombre por marido?

La jóven, cuya alma agonizaba de alegría, como la lámpara se apaga por tener demasiado aceite, balbuceó:

—Quiero.

Despues, siguiendo lo prescrito por el rito del matrimonio anglicano, el dean miró á su alrededor, y dirigiéndose á la parte oscura de la iglesia, hizo esta pregunta solemne:

---

(1) En las islas de la Mancha, y en otras partes, el vestido blanco es traje de boda y de luto.

—Quién dá esta mujer á este hombre?

—Yo, contestó Gilliatt.

Hubo unos instantes de silencio. A pesar del encanto que envolvia á Ebenezeer y á Deruchette, sintieron no sé qué vaga opresion.

El dean puso la mano derecha de Deruchette en la mano derecha de Ebenezeer. Éste dijo á la jóven:

—Deruchette, te tomo por esposa; ya seas mejor ó peor, más rica ó más pobre, enferma ó sana, te tomo para amarte hasta la muerte y te entrego mi fé.

El dean puso la mano derecha de Ebenezeer en la mano derecha de Deruchette. La jóven dijo al rector:

—Ebenezeer, te tomo por marido; ya seas mejor ó peor, más rico ó más pobre, enfermo ó sano, te tomo para amarte y obedecerte hasta la muerte y te entrego mi fé.

El dean preguntó:

—Dónde está el anillo?

Esto era imprevisto. Ebenezeer, arrastrado á la iglesia de improviso, no llevaba el anillo.

Gilliatt se quitó la sortija de oro que llevaba en el dedo meñique y se la entregó al dean. Sin duda alguna era el anillo nupcial que vendió por la mañana el joyero de Comercial-Arcade.

El dean dejó un momento el anillo sobre el Libro. Despues se lo entregó á Ebenezeer. Éste tomó á Deruchette la mano izquierda, que le temblaba, la introdujo el anillo en el dedo anular y dijo:

—Te ligo con este anillo.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, añadió el dean.

—Que así sea, dijo el evangelista.

El dean levantó la voz, exclamando:

—Oremos.

Ebenezeer y Deruchette se volvieron hácia la mesa y se arrodillaron.

Gilliatt permaneció en pié con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Los esposos se prosternaban ante Dios; él se doblaba bajo el peso de su destino.

## IV.

### Para tu mujer cuando te cases.

Cuando salieron de la iglesia, se fijaron en que el *Cashmere* empezaba á aparejar.

—Llegareis á tiempo, les dijo Gilliatt.

Volvieron á tomar la senda del Havelet; ellos iban delante, él detrás. Los jóvenes esposos eran dos sonámbulos. No habian hecho otra cosa, por decirlo así, que cambiar de alucinacion. Ni sabian dónde estaban ni lo que hacian; andaban maquinalmente, no se acordaban de nada, se sentian el uno en el otro y no podian enlazar las ideas. Durante el éxtasis no se puede pensar, como no se puede nadar en el torrente. Desde su profunda oscuridad se habian precipitado bruscamente á un Niágara de alegría. Pudiera decirse que experimentaban felicidad de paraiso. No se hablaban con la lengua, pero se hablaban con el alma. Deruchette apretaba contra el pecho el brazo de Ebenezeer.

De vez en cuando el rumor de los pasos de Gilliatt, que iba detrás de ellos, les recordaba que estaba allí. Se encontraban en un estado delicioso, pero abrumador. Debian á Gilliatt el estar casados; Gilliatt se habia portado muy bien con ellos; esto es todo lo que pensaban, y desde el fondo de sus corazones le daban las gracias de una manera vaga. Deruchette comprendia que tenia que desenredar algo en este acontecimiento, pero lo dejaba para más tarde; mientras, lo aceptaba. Entrambos se sentian dependientes de aquel hombre decisivo y súbito, que creian autorizado para hacerlos felices; pero les era imposible preguntarle ni hablar con él, porque se precipitaban á la vez sobre ellos demasiadas impresiones. Era perdonable su ensimismamiento.

Los hechos caen á veces como una granizada; os acribillan y os atontan. La brusquedad de los incidentes, desplomándose sobre existencias habitualmente tranquilas, hacen pronto ininteligibles los acontecimientos á los que los sufren ó á los que los aprovechan. Se ven aplastados sin adivinar cómo ó coronados de dicha sin saber por qué. Sobre todo Deruchette habia en muy pocas horas recibido todas las conmociones; primero el deslumbramiento que le produjo Ebenezeer entrando en el jardin; en seguida la pesadilla que le causó aquel mónstruo declarado su marido; luego la desolacion que le causaba la ausencia del ángel que abria sus alas para partir; luego la alegría inaudita con que la inundó el mónstruo al entregarle el ángel; su matrimonio brotando de su agonía; la catástrofe de ayer, la salvacion de hoy. No veia claro nada de todo esto. Era evidente que desde el amanecer, Gilliatt solo se ocupó de los preparativos de la boda; él la arregló completamente;

respondió por Mess Lethierry, se avistó con el dean, le pidió la licencia y firmó la declaracion requerida; por eso pudo verificarse instantáneamente el casamiento. Deruchette no lo comprendia, y aunque hubiese comprendido el cómo, no podia comprender el por qué.

No podia hacer otra cosa más que cerrar los ojos, dar gracias mentalmente, olvidar la tierra y la vida, dejarse llevar al cielo por aquel complaciente diablo. Una aclaracion era demasiado larga y un agradecimiento era demasiado poco. Estaba aletargada con el dulce embrutecimiento de la felicidad.

Debajo del agua existen partes esponjosas que permanecen siempre blancas. Le quedaba la cantidad precisa de lucidez que se necesita para distinguir el mar de la tierra y el *Cashmere* de cualquier otro buque. En pocos minutos llegaron al Havelet.

Ebenezeer entró el primero en la lancha, y al ir á seguirle Deruchette, sintió que la tiraban del vestido. Era Gilliatt, que la habló de este modo:

—Como no pensábais partir, y no teníais nada preparado, he creido que podríais necesitar algunos trajes y ropa blanca. A bordo del *Cashmere* encontrareis un cofre que está lleno de ropa de mujer. Lo heredé de mi madre. Le destinaba para la mujer que se casase conmigo, pero permitidme ofrecéroslo.

Deruchette se despertó de su ensimismamiento y se volvió hácia Gilliatt; éste, con voz tan baja que apenas se oia, continuó diciendo:

—No os hablo ahora para retardar vuestro viaje, sino porque creo que es menester que os dé algunas explicaciones. El dia que se supo en las Bravées el naufragio de la *Duranda*, estábais sentada en la sala baja y empeñásteis una palabra. No la recordais ya, y lo comprendo. Nadie está obligado á recordar todas las palabras que dá. Mess Lethierry estaba profundamente afectado. Verdad es que el buque perdido era bueno y prestaba grandes servicios. Circuló la noticia del desastre y puso al pais en conmocion; pero todo esto se ha olvidado. Es el único buque que se ha perdido en los escollos Douvres, pero siempre no se ha de estar pensando en un accidente. Como nadie queria ir á salvar á la máquina, como nadie se atrevia, tuve yo esa audacia. Todos decian que era imposible, pero lo imposible ha sido otra cosa. Os agradezco que me hayais oido un instante y que comprendais que si yo fuí allí, no fuí por ofenderos. El pensamiento que me llevó á salvar la máquina me agitaba ya muchos años. Sé que teneis prisa. Si tuviéseis tiempo, hablaríamos y recordaríamos algo, aunque estos recuerdos para nada sirven. Mi adoracion empezó un dia que nevaba. Despues, una vez que pasé por vuestro lado, me pareció que me habíais sonreido. Esto lo explica todo. Ayer no habia tenido tiempo aun de entrar en casa; acababa de terminar un trabajo rudo, llegué completamente destrozado, os causé miedo, y os sentísteis indispuesta; no hice lo que debia, nadie debe presentarse ante la mujer adorada como me presenté yo; os suplico que me perdoneis. Esto es casi todo lo que os queria decir. Vais á partir y tendreis buen tiempo; sopla el viento del Este. Adios. Supongo que no encontrareis inconveniente que os hable un minuto por última vez.

—¿Por qué no conservais ese cofre para vuestra esposa cuando os caseis? en vez de responder, le preguntó Deruchette.

—Porque probablemente no me casare, contestó Gilliatt.

—Pues será lástima, porque sois bueno.

Deruchette se sonrió; Gilliatt le devolvió la sonrisa, y despues la ayudó á entrar en la lancha.

Transcurridos algunos minutos el bote que conducia á Ebenezeer y á Deruchette abordaba en la rada al *Cashmere*.

## V.

### La gran tumba.

Gilliatt, siguiendo la orilla del mar, pasó rápidamente por Saint-Pierre Port y se dirigió hácia Saint-Sampson por veredas ocultas y evitando los sitios concurridos, que para admirar su proeza se llenaban de transeuntes.

Sabido es que desde hace mucho tiempo tenia habilidad para cruzar por todas partes el pais sin que nadie le viese. Conocia todas las veredas y todos los itinerarios aislados y tortuosos, pues desde niño era arisco, porque sabia que era antipático en el pais.

Dejó atrás la esplanada y luego la Salerie. De vez en cuando volvia la cabeza para mirar en la rada al *Cashmere*, que acababa de partir. Hacia poco viento y Gilliatt caminaba más que el buque. Gilliatt trepaba por las últimas

rocas de la orilla del mar con la cabeza baja. El flujo comenzaba á subir.

Se paró un momento de espaldas al mar y contempló durante algunos minutos un bosquecillo de encinas situado más allá de los peñascos que ocultan el camino del Valle. Allí, en otro tiempo, bajo aquellos frondosos árboles, la mano de Deruchette escribió su nombre sobre la nieve.

Despues prosiguió su camino.

Hacia un dia deslumbrador; aquella mañana tenia algo de nupcial. Era una de las hermosas mañanas de Mayo, en las que la creacion parece que esté de fiesta y sea feliz. Parecia que formaban un arrullo todos los rumores, los del bosque, los de la ciudad, los de las olas y los de la atmósfera. Las mariposas se posaban sobre las primeras flores. Todo estaba renovado en la naturaleza, las yerbas, los musgos, las hojas, los perfumes, los rayos de luz. Parecia que el sol no habia servido nunca. Las guijas estaban recien lavadas. Cantaban en los árboles pájaros nacidos el dia anterior; es probable que la cáscara del huevo rota estuviera aun en el nido. Ensayos de alas se agitaban entre el temblor de las ramas. Cantaban su primer canto y volaban su primer vuelo infinidad de pajarillos. Las lilas, los lirios y otras muchas variedades de flores formaban confusion de colores exquisitos. La preciosa lentejuela de agua que existe en Guernesey cubria los pantanos con una sábana de esmeralda. Por todos los espacios que dejaba la vegetacion se entreveia el azul del cielo. Nubecillas lascivas se perseguian en la azulada bóveda con ondulaciones de ninfas. Creíase sentir el roce de besos que se enviaban bocas invisibles. Los endrinos y los citisos estaban en flor; se veian racimos de flores blancas y amarillas que centelleaban entre las ramas cruzadas. La primavera echaba toda su plata y todo su oro en el inmenso canasto de los bosques. Los renuevos estaban frescos y verdes. Se oian en el aire gritos de regocijo. El verano hospitalario abria sus puertas á los pájaros de paises lejanos. Era el momento de la llegada de las golondrinas. Lo elegante y lo bello estaban relacionados; lo soberbio se completaba con lo gracioso; lo grande no ahogaba á lo pequeño; no se perdia ninguna nota del concierto; las magnificencias microscópicas ocupaban su sitio en el cuadro de la hermosura universal, en el que todo se veia como en una agua limpia. En todas partes divina plenitud y turgencia misteriosa hacia comprender el esfuerzo pánico y sagrado de la savia laboriosa. Lo que brillaba, brillaba más, y lo que amaba, amaba mejor. La grande armonía difusa se dilataba. Cierta turbacion, que venia así de abajo como de arriba, conmovia vagamente los corazones, corruptibles á la influencia dispersa y subterránea de los gérmenes. La flor prometia el fruto; la vírgen soñaba: la reproduccion de los séres, que premeditaba la inmensa alma de la oscuridad, se esbozaba en la irradiacion de las cosas. En todas partes se veian desposorios. Se celebraba un himeneo infinito y universal. La vida se apareaba con el instinto. Reinaba un tiempo claro y cálido; entre los vallados y dentro de las cercas se veian niños riendo y jugando. Corrian entre las piedras insectos enteramente dorados. La siempreviva, en plena florescencia, adornaba los lechos de bálago. Los zánganos de las colmenas estaban fuera, las abejas trabajaban dentro. La naturaleza permeable en la primavera estaba húmeda de voluptuosidad.

Cuando Gilliatt llegó á Saint-Sampson, no habia agua en el fondo del puerto y le cruzó á pié seco, pasando desapercibido por detrás de los cascos de los buques que estaban carenando ó recorriendo.

Gilliatt pasó sin ser visto, porque la multitud se apiñaba en el otro extremo del puerto, cerca de la casa de las Bravées.

Vió de lejos su barco en el punto mismo en que le dejó amarrado, con la chimenea de la máquina entre las cuatro cadenas, el movimiento de los calafates que trabajaban, siluetas confusas de gentes que iban y venian, y oyó la voz ronca y alegre de Mess Lethierry que daba órdenes.

Despues siguió su camino.

Nadie habia detrás de las Bravées y Gilliatt siguió la senda que pasaba por la tapia baja del jardin. Se paró en el ángulo en que crecia la malva campestre; reconoció la piedra en que él se sentó, el banco de madera en que se sentaba Deruchette y la alameda donde vió abrazarse las dos sombras.

Trepó por la colina del castillo del Valle, volvió á bajar y se dirigió al Bú de la Calle.

El Houmet-Paradis tambien estaba solitario.

En su casa habia abierta una venta-



MUERTE DE GILLIAT.

na, que desde fuera permitia ver el bugpipe colgado de un clavo, y encima de la mesa descansaba la pequeña Biblia que Ebenezeer dió en agradecimiento á Gilliatt. La llave estaba en la cerradura; cerró la puerta con doble vuelta, se metió la llave en el bolsillo y se alejó.

Pero no se alejó por el lado de tierra, sino por el lado del mar.

Atravesó diagonalmente su jardin sin tener miramiento con los acirates, pero procurando no pisar las plantas que, por ser favoritas de Deruchette, habia cultivado.

Franqueó el parapeto y descendió á las rompientes.

Siguió la larga y estrecha línea de arrecifes que enlaza el Bú de la Calle con el obelisco grande de granito que se levanta en medio del mar y se llama el Cuerno de la Bestia, que es donde estaba la Silla Gild-Holm-Ur.

Saltaba de un arrecife á otro, como un jigante de una á otra colina. Una pescadora que recorria con los piés desnudos á alguna distancia de él los charcos que habia dejado la marea, le gritó:—¡Id con cuidado! El mar está subiendo!

Pero él continuaba avanzando.

Llegó al Cuerno de la Bestia y se paró. Allí terminaba la tierra.

En alta mar estaban pescando algunas barcas ancladas, en las que de vez en cuando reflejaba el sol arroyos de plata, que formaba las salidas de las redes del agua. El *Cashmere* no habia llegado aun á la altura de Saint-Sampson; se encontraba entre Herm y Gethou.

Gilliatt dió la vuelta alrededor de la roca y se encontró al pié de la Silla Gild-Holm-Ur, al pié de la escalera gastada, por la que tres meses atrás ayudó á bajar á Ebenezeer. Él la subió. Estaban ya la mayor parte de sus escalones debajo del agua; solo quedaban en seco dos ó tres. Gilliatt se encaramó por ellos y llegó á la Silla, despues se sentó en el hueco de la roca, teniendo á sus espaldas la escarpadura y á sus piés el Océano.

En aquel instante el *Cashmere* se colocó á lo largo de la torre redonda y sumergida, que custodia un cabo de escuadra y un cañon, y que marca en la rada la mitad del camino entre Herm y Saint-Pierre Port.

Sobre la cabeza de Gilliatt algunas flores se extremecian en las hendiduras de las rocas. El agua presentaba un azul limpio. Como soplaba el viento del Este, habia poca resaca alrededor de Serk, desde donde solo se veia la costa más occidental de Guernesey. Francia se distinguia á lo lejos como una bruma.

Como el *Cashmere* tenia poco viento, izó sus arrastraderas para coger la brisa. Navegaba á todo trapo, pero como el viento era de costado, las arrastraderas le obligaban á cerrar de muy cerca la costa de Guernesey. Habia traspasado ya la baliza de Saint-Sampson y llegaba á la colina del castillo del Valle. Iba ya á doblar la punta del Bú de la Calle.

Gilliatt lo veia venir.

El aire y el agua estaban como adormecidos. La marea no se verificaba por oleadas, sino por hinchazon. El nivel del agua subia sin palpitaciones. El rumor de alta mar era tan débil como el soplo de un niño.

El *Cashmere* se acercaba con lentitud fantástica.

Gilliatt le esperaba.

De repente sintió una sensacion de frio, que le hizo mirar á bajo; el agua le mojaba los piés.

Bajó los ojos y luego los volvió á levantar. Tenia muy cerca ya al *Cashmere*.

El acantilado, donde las lluvias construyeron la Silla Gild-Holm-Ur, era tan vertical y tenia tanto fondo, que en tiempo de calma los buques pasaban sin peligro muy cerca de las rocas.

El *Cashmere* llegó, adquiriendo gran tamaño. Parecia que crecia debajo del agua. En el cielo claro se destacó su aparejo negro, que apenas movia el suave balanceo del mar. Las largas velas, superpuestas un momento al sol, se hicieron casi rosadas y adquirieron inefable transparencia. Las olas apenas murmuraban. Ningun ruido turbaba el majestuoso deslizamiento de la silueta del buque.

El *Cashmere* pasó rozando casi con las rocas.

El timonel estaba junto á la bitácora; un grumete trepaba por los obenques; algunos pasajeros, apoyándose en la borda, admiraban la serenidad del tiempo; el capitan fumaba. Nada de eso veia Gilliatt; veia otra cosa.

Se fijaba en la cubierta, en un punto que bañaba el sol, en el que, inundados de luz, Ebenezeer y Deruchette estaban sentados juntos. Al lado uno de otro y muy cerca, como dos pájaros que se vivifican al calor del mismo rayo de sol, estaban en uno de los bancos cubiertos con toldo embreado, que los buques bien dispuestos ofrecen á los viajeros. Deru-

chette apoyaba la cabeza en el hombro de Ebenezeer, y el brazo de éste ceñia la cintura de aquella; estaban asidos de las manos y con los dedos entrecruzados. Las diferencias de un ángel á otro eran perceptibles en aquellas dos exquisitas imágenes materiales de la inocencia. Una era más virginal, la otra más ideal. Sus castos abrazos eran expresivos. El banco en que se sentaban era una alcoba, casi un nido; al mismo tiempo era una gloria, la dulce gloria del amor huyendo en una nube.

Aquel silencio era celestial. Los ojos de Ebenezeer contemplaban los labios de Deruchette, que se movian, y en el rápido instante de pasar el buque cerca de la Silla Gild-Holm-Ur, Gilliatt oyó la voz tierna y delicada de Deruchette que decia:

—Mira, mira. Hay un hombre en aquella roca.

El *Cashmere*, como una aparicion, pasó, dejando tras sí la punta del Bú de la Calle y hundiéndose en los pliegues profundos de las olas. En menos de un cuarto de hora su arboladura y sus velas solo se veian en el mar como una especie de obelisco blanco que decrecia en el horizonte. A Gilliatt le llegaba el agua hasta las rodillas.

Miraba alejarse el buque.

Cuando el *Cashmere* llegó á alta mar refrescó la brisa, izó sus correderas y foques para aprovechar el viento; estaba ya fuera de las aguas de Guernesey; pero Gilliatt no apartaba de él sus ojos.

El agua le llegaba á la cintura.

La marea iba subiendo. Las paviotas y los cuervos marinos volaban inquietos alrededor de Gilliatt, como si quisieran indicarle el peligro que corria. Tal vez en la bandada de aves acuáticas habria alguna paviota llegada de los Douvres que le reconoció.

Transcurrió una hora.

El viento de alta mar no habia llegado aun á la rada, pero la silueta del *Casmhere* disminuia con rapidez. Indudablemente el buque navegaba á toda velocidad. Casi tocaba la altura de los Casquets.

No saltaba espuma alrededor de la roca Gild-Holm-Ur, porque las olas no la azotaban. El agua se hinchaba apaciblemente, alcanzando casi ya los hombros de Gilliatt.

Pasó otra hora.

El *Cashmere* habia llegado á las aguas de Auriny. La roca Ortach le tapó un momento. Se ocultó tras ella y despues volvió á salir. El buque huia hácia el Norte. Muy pronto ya solo fué un punto que centelleaba como una luz iluminado por el sol. Las aves marítimas lanzaban gritos alrededor de Gilliatt.

Solo se le veia ya la cabeza.

La marea subia con suavidad siniestra.

Inmóvil Gilliatt, veia desvanecerse el *Casmhere*.

El flujo llegaba á su plenitud. Se acercaba la noche. En la rada se veian algunas barcas pescadoras que regresaban á la isla.

Gilliatt continuaba con la mirada inmóvil y fija en el buque. En sus pupilas trágicas y serenas se veia algo inespresable; en ellas se encerraba toda la cantidad de sosiego que deja el ideal no realizado, y trasporaba la aceptacion lúgubre del cumplimiento de otro destino desconocido. La fuga de una estrella debe seguirse con miradas análogas. Por momentos oscuridad celeste se formaba debajo de aquellas cejas, en aquellos ojos cuyo rayo visual permanecia fijo en un punto del espacio. Al mismo tiempo que una inmensidad de agua subia hasta la roca Gild-Holm-Ur, la inmensa tranquilidad de las tinieblas subia hasta los ojos inmóviles de Gilliatt.

El *Cashmere* fué ya imperceptible; solo era una mancha que se confundia con la bruma; para distinguirlo era preciso saber dónde estaba.

Poco á poco aquella mancha, que ya no era una forma, palideció; luego menguó y despues se disipó.

En el momento en que el buque se borró en el horizonte, la cabeza de Gilliatt se hundió en el agua. Nada quedó en el mar.

FIN DEL TOMO II.

# ÍNDICE

## LOS MISERABLES.

### PRIMERA PARTE.—Fantina.

#### LIBRO PRIMERO.-Un justo.


| | Páginas |
|---|---|
| I.—Myriel. | 7 |
| II. - M. Myriel se convierte en monseñor Bienvenido. | 8 |
| III.—A buen obispo mal obispado.. | 11 |
| IV.—Las obras como las palábras. | 12 |
| V.—De como monseñor Bienvenido hacia durar demasiado tiempo sus sotanas. | 15 |
| VI.—Quién era el guardian de su casa. | 16 |
| VII. - Cravatte.. | 19 |
| VIII.—Filosofar despues de beber. | 20 |
| IX.—El hermano retratado por la hermana. | 22 |
| X.—El obispo ante una luz desconocida. | 24 |
| XI.—Una restriccion.. | 29 |
| XII.—Soledad de monseñor Bienvenido. | 31 |
| XIII.—Lo que el obispo creia. | 32 |
| XIV.—Lo que el obispo pensaba. | 34 |


#### LIBRO SEGUNDO.-La caida.


| | |
|---|---|
| I.—La noche de un dia de marcha. | 35 |
| II.—La prudencia aconsejando á la sabiduría. | 41 |
| III.—Heroismo de la obediencia pasiva. | 42 |
| IV.—Pormenores acerca de las queserías de Pontarlier.. | 45 |
| V.—Tranquilidad. | 46 |
| VI. - Juan Valjean. | 47 |
| VII —El interior de la desesperacion. | 49 |
| VIII.—La ola y la sombra. | 52 |
| IX.—Nuevos agravios. | 53 |
| X.—El hombre despierto.. | 54 |
| XI.—Lo que hace. | 55 |
| XII.—El obispo trabaja. | 57 |
| XIII.—Gervasillo. | 58 |


#### LIBRO TERCERO.-En el año 1817.


| | |
|---|---|
| I.—El año 1817. | 62 |
| II.—Doble quator.. | 65 |
| III. - Cuatro á cuatro.. | 67 |
| IV.—Tholomyés está tan alegre que canta una cancion española. | 68 |
| V.—En casa de Bombarda. | 69 |
| VI.—Cómo amaba Favorita.. | 71 |
| VII.—Sabiduría de Tholomyés. | 71 |
| VIII.—Muerte de un caballo. | 74 |
| IX.—Alegre fin de la alegría. | 75 |


#### LIBRO CUARTO.-Confiar es á veces entregar.


| | |
|---|---|
| I.—Una madre que se encuentra con otra. | 76 |
| II.—Primer bosquejo de dos rostros bizcos. | 80 |
| III.—La Alondra. | 81 |


#### LIBRO QUINTO.-El descenso.


| | Páginas |
|---|---|
| I.—Historia de un progreso en los abalorios negros.. | 82 |
| II.—El tio Magdalena. | 83 |
| III.—Cantidades depositadas en casa de Laffitte. | 84 |
| IV.—El señor Magdalena de luto. | 86 |
| V.—Vagos relámpagos en el horizonte.. | 87 |
| VI.—El tio Fauchelevent. | 89 |
| VII.—Fauchelevent, jardinero de Paris. | 91 |
| VIII.—La señora Victurnien gasta treinta francos en favor de la moralidad.. | 91 |
| IX.—Triunfo de la señora Victurnien. | 93 |
| X.—Continuacion del triunfo. | 94 |
| XI.—Cristo nos redimió. | 96 |
| XII.—Los ócios del señor Bamatabois. | 97 |
| XIII.—Solucion de algunas cuestiones de policía municipal.. | 98 |


#### LIBRO SEXTO.-Javert.


| | |
|---|---|
| I.—Principio del reposo. | 102 |
| II.—De como Juan puede convertirse en Champ. | 104 |


#### LIBRO SÉPTIMO.-La causa de Champmathieu.


| | |
|---|---|
| I.—Sor Simplicia.. | 108 |
| II.—Perspicacia de maese Scaufflaire. | 109 |
| III.—Una tempestad dentro de un cráneo. | 111 |
| IV.—Formas que toma el sufrimiento durante el sueño. | 119 |
| V.—La rueda estropeada. | 120 |
| VI.—Sor Simplicia puesta á prueba. | 125 |
| VII.—Al llegar el viajero al término del viaje, toma precauciones para la vuelta. | 128 |
| VIII.—Entrada de favor. | 130 |
| IX.—Sitio donde empiezan á formarse las convicciones. | 131 |
| X.—El sistema de negativas. | 134 |
| XI.—Champmathieu cada vez más asombrado. | 137 |


#### LIBRO OCTAVO.-Reaccion.


| | |
|---|---|
| I.—Espejo en que Magdalena mira su cabello. | 139 |
| II.—Fantina feliz. | 141 |
| III.—Javert contento. | 142 |
| IV.—La autoridad recobra sus derechos. | 144 |
| V.—Tumba correspondiente.. | 145 |


### SEGUNDA PARTE.—Cosette.

#### LIBRO PRIMERO.-Waterlóo.


| | |
|---|---|
| I.—Lo que se encuentra viniendo de Nivelles. | 149 |
| II.—Hougomont. | 150 |
| III.—El 18 de Junio de 1815. | 153 |
| IV.—A. | 154 |
| V.—El quid obscurum de las batallas. | 155 |
| VI.—Las cuatro de la tarde.. | 157 |
| VII.—Napoleon de buen humor. | 158 |
| VIII.—El emperador hace una pregunta al guia Lacoste. | 161 |
| IX.—Lo inesperado. | 162 |
| X.—La meseta de Mont-Saint-Jean. | 164 |
| XI.—Mal guia para Napoleon y bueno para Bulow. | 166 |
| XII.—La Guardia.. | 167 |

Páginas

XIII.—La catástrofe. . . . . 168
XIV.—El último cuadro. . . . . 169
XV.—Cambronne. . . . . 169
XVI.—Quot libras induce? . . . . . 170
XVII —Fué bueno el resultado de Waterlóo?. . . . 173
XVIII.—Recrudescencia del derecho divino. . . . . 174
XIX.—El campo de batalla por la noche. . . . . 175

**LIBRO SEGUNDO.-El navío «Orion».**

I.—El número 24.601 se convierte en el 9.430. . . 178
II.—En el que se leerán dos versos que son quizás del diablo. . . . . 179
III.—El salvador. . . . . 181

**LIBRO TERCERO.-Cumplimiento de la promesa hecha á la difunta.**

I.—La cuestion del agua en Montfermeil. . . . . 185
II.—Dos retratos completos. . . . . 187
III.—Vino á los hombres y agua á los caballos. . . 189
IV.—Entra en escena una muñeca. . . . . 190
V.—La niña completamente sola. . . . . 191
VI.—Donde se prueba la inteligencia de Boulatruelle. . 193
VII.—Cosette y el desconocido. . . . . 195
VIII.—Las apariencias engañan. . . . . 197
IX.—Thenardier maniobrando. . . . . 204
X.—El que busca lo mejor puede hallar lo peor. . . 207
XI —Reaparece el núm. 9.430 y Cosette lo gana á la lotería. . . . . 209

**LIBRO CUARTO.-La casucha de Gorbeau.**

I.—Maese Gorbeau. . . . . 210
II.—Nido para buho y curruca. . . . . 212
III.—Dos desgracias entrelazadas producen felicidad. . 213
IV.—Observaciones de la inquilina principal. . . . . 215
V.—Cuando cae al suelo una moneda de cinco francos hace ruido. . . . . 216

**LIBRO QUINTO.-A caza de espera, jauría muda.**

I.—Los zig-zags de la estrategia . . . . . 217
II.—Es una suerte que pasen carruajes por el puente de Austerlitz. . . . . 219
III.—Véase el plano de Paris de 1727. . . . . 219
IV.—Tentativas de evasion. . . . . 221
V.—Imposible con el alumbrado de gas. . . . . 222
VI.—Principio de un enigma. . . . . 224
VII.—Continuacion del enigma . . . . . 225
VIII.—Se duplica el enigma. . . . . 226
IX.—El hombre del cascabel. . . . . 226
X.—Relacion retrospectiva. . . . . 228

**LIBRO SEXTO.-El Petit-Picpus.**

I —Callejuela Picpus, número 62. . . . . 232
II.—La regla de Martin Vargas. . . . . 234
III.—Severidades. . . . . 236
IV.—Alegrías. . . . . 237
V.—Distracciones . . . . . 238
VI.—El convento pequeño. . . . . 240
VII.—Madres y hermanas. . . . . 241
VIII.—Post corda lapides. . . . . 242
IX.—Un siglo bajo una toca. . . . . 243
X.—Orígen de la adoracion perpétua. . . . . 244
XI.—Fin del Petit-Picpus. . . . . 245

**LIBRO SÉPTIMO.-Paréntesis.**

I.—El convento como idea abstracta. . . . . 245
II.—El convento como hecho histórico. . . . . 246
III.—Bajo qué condiciones puede respetarse lo pasado. 247
IV.—El convento bajo el punto de vista de los principios 248
V.—La oracion. . . . . 249

Páginas

VI.—Bondad absoluta de la oracion. . . . . 249
VII.—Precauciones que deben tomarse al condenar. . 250
VIII.—La fé, la ley. . . . . 251

**LIBRO OCTAVO.-Los cementerios toman lo que se les dá.**

I.—De cómo se puede entrar en un convento. . . . 252
II.—Fauchelevent ante la dificultad. . . . . 255
III.—La madre Inocente. . . . . 256
IV.—De como Juan Valjean parece que haya leido á Agustin Castillejo. . . . . 261
V.—No basta ser borracho para ser inmortal. . . . 263
VI.—Entre cuatro tablas. . . . . 266
VII.—El nuevo enterrador. . . . . 267
VIII.—Interrogatorio de buen resultado. . . . . 270
IX.—Clausura. . . . . 271

**TERCERA PARTE.-Mario.**

**LIBRO PRIMERO.-París estudiado en su átomo.**

I.—Parvulus. . . . . 275
II.—Señas particulares . . . . . 275
III.—Se divierte. . . . . 276
IV.—Puede ser útil. . . . . 276
V.—Sus fronteras. . . . . 277
VI.—Un poco de historia. . . . . 278
VII.—El pilluelo podia ocupar un sitio en las clasificaciones de la India. . . . . 279
VIII.—Donde se leerá una buena ocurrencia del último rey. . . . . 279
IX —El antiguo espíritu de los galos. . . . . 280
X.—Ecce Paris, ecce homo. . . . . 280
XI.—Burlarse es reinar. . . . . 282
XII.—El porvenir latente del pueblo. . . . . 283
XIII.—El muchacho Gavroche. . . . . 283

**LIBRO SEGUNDO.-El gran hidalgo.**

I.—Noventa años y treinta y dos dientes. . . . . 284
II.—A tal dueño tal casa. . . . . 285
III.—Lucas-Espíritu. . . . . 286
IV.—Aspirante á centenario. . . . . 286
V.—Basco y Nicolasita. . . . . 287
VI.—En el que se vislumbra á la Magnon y á sus dos hijos. . . . . 287
VII.—Regla: no recibir á nadie más que de noche. . . 288
VIII.—Las dos no forman pareja. . . . . 288

**LIBRO TERCERO.-El abuelo y el nieto.**

I.—Una tertulia antigua. . . . . 289
II.—Uno de los espectros rojos de aquel tiempo. . . 291
III.—Requiescat. . . . . 294
IV.—Fin del bandido. . . . . 296
V.—Utilidad de ir á misa para convertirse en revolucionario. . . . . 298
VI.—Consecuencias de haber encontrado á un mayordomo. . . . . 299
VII.—Algun amorcillo. . . . . 302
VIII.—Mármol contra granito. . . . . 304

**LIBRO CUARTO.-Los amigos del A. B. C.**

I.—Un grupo que estuvo á punto de ser histórico. . . 307
II.—Oracion fúnebre de Blondeau por Bossuet. . . . 313
III.—Asombros de Mario. . . . . 314
IV.—La sala interior del café Musain. . . . . 315
V.—Ensánchase el horizonte. . . . . 318
VI.—Res augusta. . . . . 320

**LIBRO QUINTO.-Excelencia de la desgracia.**

I.—Mario indigente. . . . . 321
II.—Mario pobre. . . . . 322

Páginas

III.—Mario crece. . . . . 324
IV.—El señor Babeuf. . . . . 326
V.—La pobreza es buena vecina de la miseria. . . . . 328
VI.—El sustituto. . . . . 329

**LIBRO SEXTO.-La conjuncion de dos estrellas.**

I.—El apodo: manera de formar nombres de familia. . 331
II.—Lux facta est. . . . . 332
III.—Efecto de primavera. . . . . 333
IV.—Principio de una gran enfermedad. . . . . 334
V.—Caen varios rayos sobre la tia Bougon. . . . . 335
VI.—Prisionero. . . . . 337
VII.—Aventura de la letra U en el terreno de las conjeturas. . . . . 337
VIII.—Hasta los inválidos pueden ser felices. . . . . 338
IX.—Eclipse. . . . . 338

**LIBRO SÉPTIMO.-Patron-Minette.**

I.—Las minas y los mineros. . . . . 339
II.—El bajo-fondo. . . . . 341
III.—Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnasse.. 341
IV.—Composicion de la banda. . . . . 342

**LIBRO OCTAVO.-El mal pobre.**

I.—Buscando Mario una jóven con sombrero, se encuentra un hombre con gorra. . . . . 344
II.—Hallazgo. . . . . 344
III.—Cuatro cartas. . . . . 345
IV.—Una rosa en la miseria. . . . . 347
V.—El ventanillo de la Providencia. . . . . 350
VI.—El hombre-fiera en su cueva. . . . . 351
VII.—Estrategia y táctica. . . . . 353
VIII.—El rayo de sol en la cueva . . . . . 355
IX —Jondrette casi llora. . . . . 356
X.—Tarifa de los coches de alquiler: dos francos por hora.. . . . . 358
XI.—Ofertas de servicio de la miseria al dolor. . . . 359
XII.—Empleo de los cinco francos del señor Blanco. . . 360
XIII.—Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur orare Pater noster. . . . . 362
XIV.—El inspector de policía y el abogado. . . . . 363
XV.—Jondrette hace sus compras. . . . . 365
XVI.—En el que aparece una cancion con música inglesa que estaba en moda en 1832. . . . . 366
XVII.—Empleo del napoleon de Mario.. . . . . 367
XVIII.—Las dos sillas de Mario frente á frente. . . . 369
XIX.—Entrada de personajes mudos. . . . . 370
XX.—La emboscada. . . . . 372
XXI.—Debiera empezarse por prender á las víctimas. . 382
XXII.—El niño que lloraba en la segunda parte.. . . 384

**CUARTA PARTE.--El idilio de la calle de Plumet y la epopeya de la calle de San Dionisio.**

**LIBRO PRIMERO.-Algunas páginas de historia.**

I.—Bien cortado. . . . . 386
II.—Mal cosido. . . . . 388
III.—Luis-Felipe. . . . . 389
IV.—Grietas en los cimientos. . . . . 392
V.—Hechos históricos que la historia ignora. . . . 395
VI. Enjolras y sus tenientes. . . . . 400

**LIBRO SEGUNDO.-Eponina.**

I.—El campo de la Alondra. . . . . 402
II.—Formacion embrionaria de los crímenes en la incubacion de las cárceles. . . . . 405
III.—Aparicion al señor Babeuf. . . . . 406
IV.—Aparicion á Mario. . . . . 408

Páginas

**LIBRO TERCERO.-La casa de la calle de Plumet.**

I.—La casa del secreto. . . . . 410
II.—Juan Valjean, guardia nacional. . . . . 412
III.—Follis ac frondibus.. . . . . 413
IV.—Cámbio de reja. . . . . 415
V.—La rosa se apercibe de que es máquina de guerra.. 417
VI.—Empieza la batalla. . . . . 419
VII.—A tristeza, tristeza y media. . . . . 421
VIII.—La cadena.. . . . . 423

**LIBRO CUARTO.-Socorros de abajo pueden ser socorros de arriba.**

I.—Herida por fuera y curacion por dentro . . . . 427
II.—La tia Plutarco no encuentra dificultades para explicar un fenómeno. . . . . 428

**LIBRO QUINTO.-Cuyo fin no se parece al principio.**

I.—La soledad y el cuartel combinados. . . . . 432
II.—Miedo de Cosette. . . . . 433
III.—Enriquecido con comentarios de la tia Santos.. . 434
IV.—Un corazon bajo una piedra. . . . . 435
V.—Cosette despues de leer lo anterior. . . . . 437
VI.—Los viejos saben marcharse oportunamente. . . 438

**LIBRO SEXTO.-El muchacho Gavroche.**

I.—Travesuras del viento. . . . . 440
II.—De cómo Gavroche saca partido de Napoleon el Grande. . . . . 441
III.—Peripecias de la evasion. . . . . 451

**LIBRO SÉPTIMO.-El caló.**

I.—Orígen. . . . . 457
II.—Raices. . . . . 460
III.—Caló que llora y caló que rie. . . . . 463
IV.—Los dos deberes: velar y esperar. . . . . 465

**LIBRO OCTAVO.-Encanto y desconsuelo.**

I.—Plena luz. . . . . 467
II.—El aturdimiento de la felicidad completa. . . . 470
III.—Principia la oscuridad. . . . . 471
IV.—Cab roule en inglés y tamború en caló.. . . . 472
V.—Cosas de la noche. . . . . 475
VI.—Mario se despierta. . . . . 475
VII.—El corazon viejo y el corazon jóven frente á frente 478

**LIBRO NOVENO.-Adónde van?**

I.—Juan Valjean. . . . . 483
II.—Mario. . . . . 484
III.—El señor Babeuf. . . . . 485

**LIBRO DÉCIMO.-El 5 de Junio de 1832.**

I.—La superficie de la cuestion. . . . . 487
II.—El fondo de la cuestion.. . . . . 488
III.—Un entierro: ocasion de renacer.. . . . . 491
IV.—El hervor de otro tiempo. . . . . 494
V.—Originalidad de París. . . . . 496

**LIBRO UNDÉCIMO.-El átomo fraterniza con el huracan.**

I.—Algunas aclaraciones sobre los orígenes de la poesía de Gavroche. Influencia de un académico sobre su poesía. . . . . 497
II.—Gavroche en marcha. . . . . 499
III.—Justa indignacion de un peluquero. . . . . 500
IV.—El muchacho admira al viejo.. . . . . 501
V.—El anciano. . . . . 501
VI.—Reclutas.. . . . . 502

**LIBRO DUODÉCIMO.-Corinto.**

I.—Historia de Corinto desde su fundacion. . . . . 503
II.—Alegres preliminares. . . . . 505
III.—Grantaire se duerme. . . . . 509

Páginas

IV.—Tratan de consolar á la viuda Hucheloup. . . . 510
V.—Preparativos. . . . . 512
VI.—Esperando. . . . . 513
VII.—El hombre reclutado en la calle de los Billetes. . 513
VIII.—Un tal Cabuc, que quizás no se llama Cabuc. . 515

**LIBRO DECIMOTERCIO.-Mario entra en la oscuridad.**

I.—Desde la calle de Plumet al barrio de San Dionisio.. 517
II.—París á vista de buho. . . . . 518
III.—El límite extremo. . . . . 519

**LIBRO DECIMOCUARTO.-Grandezas de la desesperacion.**

I.—La bandera: Acto primero. . . . . 522
II.—La bandera: Acto segundo. . . . . 523
III.—El aviso de Gavroche. . . . . 524
IV.—El barril de pólvora . . . . . 525
V.—Juan Prouvaire. . . . . 526
VI.—La agonía de la muerte despues de la agonía de la vida.. . . . . 527
VII.—Gavroche profundo calculador de distancias. . . 529

**LIBRO DECIMOQUINTO.-La calle del Hombre-Armado.**

I.—Carta canta. . . . . 530
II.—El pilluelo enemigo de las luces. . . . . 534
III.—Mientras Cosette y la tia Santos duermen. . . . 536
IV.—Los excesos de celo de Gavroche.. . . . . 537

QUINTA PARTE.—Juan Valjean.

**LIBRO PRIMERO.-La guerra entre cuatro paredes.**

I.—Caribdis del arrabal de San Antonio y Scila del arrabal del Temple. . . . . 541
II.—Mientras amanece. . . . . 544
III.—Claridad y sombra.. . . . . 546
IV.—Cinco menos y uno más. . . . . 547
V.—El horizonte que se descubre desde lo alto de la barricada. . . . . 549
VI.—Mario esquivo y Javert lacónico. . . . . 551
VII.—La situacion se agrava. . . . . 552
VIII.—La situacion se vá formalizando. . . . . 554
IX.—La puntería segura que influyó en la condena del año 1796. . . . . 555
X.—Aurora.. . . . . 556
XI.—El tiro de fusil certero que no mata á nadie. . . 557
XII.—El desórden partidario del órden. . . . . 558
XIII.—Claridades que pasan. . . . . 559
XIV.—En el que se leerá el nombre de la querida de Enjolras. . . . . 560
XV.—Gavroche fuera de la barricada.. . . . . 561
XVI.—Donde se verá que el hermano puede convertirse en padre.. . . . . 563
XVII.—Mortus pater filium moriturum espectat. . . 566
XVIII.—El buitre convertido en presa. . . . . 567
XIX.—La venganza de Juan Valjean. . . . . 568
XX.—Los muertos tienen razon y los vivos tambien. . 569
XXI.—Los héroes. . . . . 573
XXII.—Palmo á palmo. . . . . 575
XXIII.—Orestes en ayunas y Pílades ébrio. . . . . 577
XXIV.—Prisionero. . . . . 578

**LIBRO SEGUNDO.-El intestino del Leviatan.**

I.—La tierra empobrecida por el mar. . . . . 579
II.—Historia antigua del alcantarillado. . . . . 581
III.—Bruneseau. . . . . 583
IV.—Pormenores ignorados.. . . . . 584
V.—Progreso actual. . . . . 585
VI.—Progreso futuro. . . . . 586

**LIBRO TERCERO.-A un tiempo barro y alma.**

I.—La cloaca y sus sorpresas. . . . . 588

Páginas

II.—Explicacion. . . . . 590
III.—El hombre acechando.. . . . . 591
IV.—Tambien lleva su cruz.. . . . . 593
V.—Los Fontis. . . . . 594
VI.—El cenagal. . . . . 596
VII.—Naufragio á la vista del puerto. . . . . 597
VIII.—El pedazo de levita arrancado. . . . . 598
IX.—Mario parece muerto á una persona inteligente. . 600
X.—Regreso á la vida del hijo pródigo. . . . . 602
XI.—Conmocion en lo absoluto.. . . . . 603
XII.—El abuelo. . . . . 604

**LIBRO CUARTO.-Javert desorientado.**

**LIBRO QUINTO.-El nieto y el abuelo.**

I.—El árbol con parche de zinc. . . . . 611
II.—Al salir Mario de la guerra civil se prepara para la guerra doméstica. . . . . 613
III.—Mario ataca.. . . . . 615
IV.—La solterona se conforma con que Fauchelevent traiga algo bajo del brazo. . . . . 616
V.—Donde se verá que es más seguro depositar el dinero en algun bosque que en manos de algun notario.. . . . . 618
VI.—Los dos ancianos, cada cual á su manera, procuran labrar la felicidad de Cosette. . . . . 618
VII.—Efectos del sueño mezclados con la felicidad. . . 621
VIII. Dos hombres imposibles de encontrar. . . . 622

**LIBRO SEXTO.-La noche toledana.**

I.—El 16 de Febrero de 1833. . . . . 624
II.—Juan Valjean sigue con el brazo en cabestrillo.. . 627
III.—La inseparable.. . . . . 631
IV.—Inmortale Jecur.. . . . . 632

**LIBRO SÉPTIMO.-Las heces del cáliz.**

I.—El séptimo círculo y el octavo cielo. . . . . 633
II.—Tras la revelacion la duda.. . . . . 639

**LIBRO OCTAVO.-El crepúsculo de la tarde.**

I.—El cuarto bajo. . . . . 642
II.—De mal en peor. . . . . 644
III.—Se acuerdan del jardin de la calle de Plumet. . . 645
IV.—La atraccion y la extincion. . . . . 647

**LIBRO NOVENO.-Suprema sombra, suprema aurora.**

I. Compasion para los desgraciados, pero indulgencia para los dichosos. . . . . 647
II.—Ultimas palpitaciones de la lámpara sin aceite.. . 648
III.—Pesa una pluma al que pudo levantar una carreta. 649
IV.—Botellas de tinta que sirven para blanquear. . . 650
V.—Noche que deja entrever el dia. . . . . 658
VI.—La yerba oculta y la lluvia borra.. . . . . 661

## LOS TRABAJADORES DEL MAR.

PRIMERA PARTE.—El señor Clubin.

**LIBRO PRIMERO.-De lo que se compone una mala reputacion.**

I.—Una palabra escrita en una página en blanco. . . 667
II.—El Bú de la Calle. . . . . 668
III.—Para tu mujer cuando te cases. . . . . 670
IV.—Impopularidad. . . . . 671
V.—Otros lados oscuros de Gilliatt. . . . . 674
VI.—El buque holandés. . . . . 675
VII.—En casa endemoniada, habitante endemoniado. . 677
VIII.—La Silla Gild-Holm-Ur. . . . . 678

Páginas

**LIBRO SEGUNDO.-Mess Lethierry.**

I. -Vida agitada y conciencia tranquila. . . . . 679
II.- Las manos blancas . . . . . 680
III. - La antigua jerigonza náutica. . . . . 681
IV.—El hombre es vulnerable en lo que ama.. . . . 682

**LIBRO TERCERO.-Duranda y Deruchette.**

I.—Cháchara y humo. . . . . 682
II.- Historia eterna de la utopia. . . . . 683
III. - Rantaine.. . . . . 684
IV.—Continuacion de la historia de la utopia. . . . 685
V. - El buque-diablo.. . . . . 686
VI. Entrada de Lethierry en la gloria. . . . . 688
VII. - El mismo padrino y la misma patrona. . . . . 689
VIII. - El aire escocés Bonny Dundée.. . . . . 689
IX.—El hombre que habia adivinado á Rantaine.. . . 691
X.—Relaciones de largos viajes. . . . . 691
XI. - Ojeada sobre los maridos eventuales. . . . . 692
XII.- Escepcion en el carácter de Lethierry . . . . 693
XIII. - La frivolidad forma parte de la gracia.. . . . 694

**LIBRO CUARTO.-El bug-pipe.**

I.—Primeros resplandores de una aurora ó de un incendio. . . . . 695
II.—Entrada paso á paso en lo desconocido. . . . . 696
III.—La cancion escocesa encuentra eco en la colina. . 697
IV.—Lethierry oye tambien el bug-pipe. . . . . 697
V. - El éxito justo siempre tiene enemigos. . . . . 698
VI.—Fortuna que los náufragos encontraron la goleta. . 699
VII.- Fortuna tuvo el distraido de que le viera el pescador. . . . . 699

**LIBRO QUINTO.-El rewólver.**

I.—Las conversaciones de la posada Jean.. . . . . 701
II. - Clubin se prepara. . . . . 703
III.—Clubin lleva y no trae. . . . . 704
IV.—Pleynmont. . . . . 705
V.—Los cogedores de nidos.. . . . . 708
VI.—La Jacressarde. . . . . 712
VII.—Compradores nocturnos y vendedor tenebroso. . . 715
VIII.—Carambola de bola roja y de bola negra. . . . 716
IX.—Datos que pueden convenir á las personas que esperan ó temen cartas de Ultramar.. . . . . 720

**LIBRO SEXTO.-El timonel borracho y el capitan sóbrio.**

I.—Los peñascos Douvres. . . . . 722
II.—Aguardiente inesperado.. . . . . 723
III.—Conversaciones interrumpidas. . . . . 724
IV.—En el que se desarrollan las buenas cualidades del capitan Clubin. . . . . 727
V.- Clubin causa admiracion. . . . . 729
VI.—El interior de un abismo alumbrado. . . . . 731
VII. - Interviene lo inesperado. . . . . 734

**LIBRO SÉPTIMO.-Imprudencia de dirigir preguntas á un libro.**

I. - La perla en el fondo del precipicio.. . . . . 736
II.—Asombro en la costa del Oeste.. . . . . 739
III.— No tenteis á la Biblia. . . . . 741

**SEGUNDA PARTE.-Gilliatt el Maligno.**

**LIBRO PRIMERO.-El escollo.**

I.—Sitio donde es difícil llegar y más difícil salir. . . 745

Páginas

II. - Las perfecciones del desastre. . . . . 747
III.—Sana, pero no salva . . . . . 748
IV. - Exámen local preliminar. . . . . 749
V.- Colaboraciones secretas de los elementos.. . . . 750
VI. - Una cuadra para el caballo. . . . . 752
VII. - Albergue para el viajero. . . . . 753
VIII.—Importunæque volueres. . . . . 756
IX.—El escollo y modo de servirse de él. . . . . 757
X.—La fragua. . . . . 758
XI. - Descubrimiento.. . . . . 760
XII. - El interior de un edificio bajo el mar. . . . . 762
XIII.—Lo que allí se vé y lo que se entrevé. . . . . 763

**LIBRO SEGUNDO.-El trabajo.**

I.—Recursos del que todo le falta. . . . . 765
II.—Cómo Shakespeare puede encontrarse con Esquilo. 766
III.—La obra maestra de Gilliatt acude al socorro de la obra maestra de Lethierry. . . . . 766
IV. - Sub ré. . . . . 768
V. - Sub umbra. . . . . 770
VI.—Gilliatt hace tomar posicion á su barco. . . . 772
VII.—De pronto un peligro.. . . . . 773
VIII.—Peripecia más que desenlace. . . . . 774
IX.—Éxito frustrado casi. . . . . 776
X. - Las advertencias del mar. . . . . 776
XI. - El rompe-olas. . . . . 778

**LIBRO TERCERO.-La lucha.**

I. - Los extremos se tocan. . . . . 779
II. - Los vientos del golfo. . . . . 779
III. - Explicacion del murmullo que oia Gilliatt. . . . 781
IV.—Turba, turma. . . . . 782
V.—Gilliatt puede optar. . . . . 782
VI. - El combate. . . . . 783

**LIBRO CUARTO.-Los dobles fondos del obstáculo.**

I.—No es el único que tiene hambre. . . . . 791
II. - El mónstruo. . . . . 793
III. - Otra forma del combate en el abismo. . . . . 796
IV. - Nada se oculta y nada se pierde.. . . . . 797
V.- En el espacio que separa seis pulgadas de dos piés hay sitio para meterse la muerte . . . . 799
VI.—De profundis ad altum. . . . . 800
VII.—Lo desconocido oye. . . . . 802

**TERCERA PARTE.-Deruchette.**

**LIBRO PRIMERO.-Noche y luna.**

I. - La campana del puerto. . . . . 805
II.—Sigue la campana del puerto. . . . . 811

**LIBRO SEGUNDO.-La gratitud en pleno despotismo.**

I.—Alegría y angustia. . . . . 814
II.—La maleta de cuero.. . . . . 817

**LIBRO TERCERO.-La partida del «Cashmere».**

I.—El Havelet muy cerca de la iglesia . . . . . 818
II. - Las desesperaciones cara á cara. . . . . 819
III. - Lo que prevé la abnegacion. . . . . 822
IV. - Para tu mujer cuando te cases. . . . . 824
V. - La gran tumba. . . . . 825

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Biblioteca Pública de Soria



71644442 DR 10011 (V.2)

TERRAZA ALIENA Y CIA
Editores
VALENCIA

OBRAS
COMPLETAS
DE
VICTOR HUGO

TOMO II

DR
10011